NACAR - COLUNGA

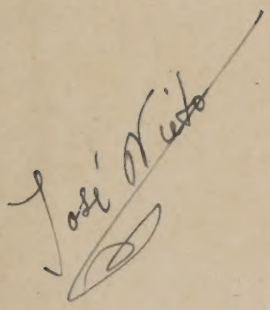
SAGRADA BIBLIA

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

LIBRARY OF PRINCETON
AUG 8 2005
THEOLOGICAL SEMINARY

BS 299 1944
Bible.
Sagrada Biblia

LIBRERIA CASTILLO
S. Bernardo, 113
MADRID



EN MEMORIA DE
D.ª GUMERSINDA GARCIA
(Vda. de Madroza)
BILBAO

SAGRADA BIBLIA

VERSIÓN DIRECTA DE LAS LENGUAS ORIGINALES, HEBREA Y GRIEGA, AL CASTELLANO

BIBLIOTECA
DE
AUTORES CRISTIANOS

BAJO LOS AUSPICIOS Y ALTA DIRECCIÓN
DE LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

LA COMISIÓN DE DICHA PONTIFICIA UNIVERSIDAD ENCARGADA DE LA INMEDIATA RELACIÓN CON LA B. A. C., ESTÁ INTEGRADA EN EL AÑO 1944 POR LOS SEÑORES SIGUIENTES:

PRESIDENTE:

Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. Fr. Francisco Barbado Viejo, O. P., *Obispo de Salamanca y Gran Canciller de la Pontificia Universidad.*

VICEPRESIDENTE: Ilmo. Sr. Dr. D. Lorenzo Miguélez Domínguez, *Rector Magnífico.*

VOCALES: *Sr. Decano de la Facultad de Sagradas Escrituras,* M. R. P. Alberto Colunga, O. P.; *Sr. Decano de la Facultad de Teología,* M. I. Sr. Dr. Gregorio Alastruey; *Sr. Decano de la Facultad de Derecho,* M. I. Sr. Dr. Lorenzo Pérez Mier; *Sr. Decano de la Facultad de la Historia,* R. P. Dr. Ricardo García Villoslada, S. I.

SECRETARIO: M. I. Sr. Dr. Lorenzo Turrado, *Profesor.*

ASESORES TÉCNICOS AGREGADOS: Rvdo. Sr. D. Angel Herrera Oria, *Presbítero;* Ilmo. Sr. D. Luis Ortiz Muñoz, *Catedrático y Director-General de Enseñanza Superior y Media.*

LA EDITORIAL CATÓLICA, S. A. - Apartado 466
MADRID. MCMXLIV

SAGRADA BIBLIA

VERSIÓN DIRECTA DE
LAS LENGUAS ORIGINALES

POR

ELOÍNO NÁCAR FUSTER

CANÓNIGO LECTORAL DE LA S. I. C.
DE SALAMANCA

Y EL MUY RVDO. P.

ALBERTO COLUNGA, O. P.

PROFESOR DE SAGRADA ESCRITURA
EN EL CONVENTO DE SAN ESTEBAN
Y EN LA PONTIFICIA UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

PRÓLOGO DEL

EXCMO. Y RVDMO. SR. D.

GAETANO CICOGNANI

NUNCIO DE SU SANTIDAD EN ESPAÑA

LIBRARY OF PRINCETON
AUG 8 2005
THEOLOGICAL SEMINARY

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID. MCMXLIV

NIHIL OBSTAT:

Fr. E. Cuervo, O. P.
Bac. S. Theol.

Fr. V. Berecibar, O. P.
S. Theol. Lect.

Salmanticae, 12 Martii 1944.

IMPRIMATUR:

Fr. Josephus Cuervo, O. P.
Prior Provincialis.

Salmanticae, 12 Martii 1944.

NIHIL OBSTAT:

Dr. L. Turrado.
Censor.

Salmanticae, 26 Februarii 1944.

IMPRIMATUR:

✠ Fr. Franciscus, O. P.
Episc. Salmant.

Salmanticae, 7 Martii 1944.

Aldus, S. A. de Artes Gráficas.—Castelló, 112.—Madrid.

ÍNDICE

Págs.

Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Nuncio de S. S. en España. XIII

Encíclica «Divino Afflante Spiritu» de S. S. Pío XII. . . . XXXIII

Prólogo de los traductores. LXI

Consejos de San Agustín a los lectores de la Sagrada Escritura LXV

Introducción general. LXIX

Introducción especial a los libros históricos. LXXXIII

Nota acerca de los grabados XCI

Fe de erratas XCIII

Introducción al Pentateuco. 1

Génesis. 7
Exodo 59
Levítico 104
Números 133
Deuteronomio 174

Introducción a Josué. 213

Josué 214

Introducción a los Jueces 241

Jueces 242
Rut. 267

Introducción a los libros de Samuel 273

Samuel I. 274
Samuel II. 305

Introducción a los libros de los Reyes 331

Reyes I 332
Reyes II 361

Introducción a los libros de las Crónicas o Paralipómenos 391

Crónicas I 392
Crónicas II 419

Introducción a los libros de Esdras y Nehemías. 453

Esdras. 454
Nehemías. 465

Págs.

Introducción al libro de Tobías 481
Tobías 482
Introducción al libro de Judit 493
Judit 494
Introducción al libro de Ester 511
Ester 512
Introducción al libro I de los Macabeos 525
Macabeos I 526
Introducción al libro II de los Macabeos 557
Macabeos II. 557
Introducción a los libros proféticos 581
Introducción al profeta Isaías. 589
Isaías 591
Introducción al profeta Jeremías 637
Jeremías 638
Introducción a las lamentaciones de Jeremías. 690
Lamentaciones 690
Introducción al libro de Baruc. 695
Baruc 695
Introducción al profeta Ezequiel 702
Ezequiel 702
Introducción al profeta Daniel. 751
Daniel 753
Introducción al libro de Oseas. 775
Oseas 775
Introducción al libro de Amós. 782
Amós 782
Introducción al libro de Miqueas 787
Miqueas 787
Introducción al libro de Nahum 791
Nahum 791
Introducción al libro de Habacuc. 793
Habacuc 793
Introducción al libro de Sofonías 795
Sofonías 795
Introducción al libro de Joel 797
Joel. 798
Introducción al libro de Jonás 801
Jonás 801

Págs.

Introducción al libro de Abdías 803
Abdías. 804
Introducción al libro de Ageo 804
Ageo 805
Introducción al libro de Zacarías. 806
Zacarías 806
Introducción al libro de Malaquías 814
Malaquías. 815
Introducción general a los libros sapienciales 819
Introducción al libro de Job 821
Job. 822
Introducción al libro de los Salmos 853
Salmos. 860
Introducción a los Proverbios 935
Proverbios. 936
Introducción al Eclesiastés 963
Eclesiastés 964
Introducción al Cantar de los Cantares. 979
Cantar de los Cantares 979
Introducción al libro de la Sabiduría 987
Sabiduría de Salomón. 988
Introducción al Eclesiástico. 1005
Eclesiástico 1006
Introducción general al Nuevo Testamento. 1053
Introducción general a los Evangelios 1063
Introducción al Evangelio de San Mateo 1065
Evangelio de San Mateo 1066
Introducción al Evangelio de San Marcos 1109
San Marcos 1111
Introducción al Evangelio de San Lucas 1137
San Lucas 1139
Introducción al Evangelio de San Juan. 1181
San Juan. 1184
Introducción a los Hechos de Apóstoles. 1219
Hechos de Apóstoles 1221
Introducción general a las Epístolas de San Pablo 1255
Introducción a las Epístolas a los Tesalonicenses 1258
I a los Tesalonicenses 1259
II a los Tesalonicenses.. 1263

Págs.

Introducción a la I a los Corintios. 1265
I a los Corintios. 1265
Introducción a la II a los Corintios. 1279
II a los Corintios. 1279
Introducción a la Epístola a los Gálatas. 1288
A los Gálatas. 1290
Introducción a la Epístola a los Romanos. 1295
A los Romanos. 1297
Introducción a la Epístola a los Filipenses. 1313
A los Filipenses. 1313
Introducción a las Epístolas de la Cautividad. 1317
Introducción a la Epístola a los Efesios. 1318
A los Efesios. 1319
Introducción a la Epístola a los Colosenses. 1324
A los Colosenses. 1325
Introducción a la Epístola a Filemón. 1329
A Filemón. 1329
Introducción a las Epístolas pastorales. 1330
Introducción a la Epístola I a Timoteo. 1330
I a Timoteo. 1331
Introducción a la Epístola II a Timoteo. 1335
II a Timoteo. 1336
Introducción a la Epístola a Tito. 1339
A Tito. 1339
Introducción a la Epístola a los Hebreos. 1341
A los Hebreos. 1343
Introducción a la Epístola de Santiago. 1357
Epístola de Santiago. 1357
Introducción a la Epístola de San Pedro. 1361
I de San Pedro. 1362
II de San Pedro. 1366
Introducción a las Epístolas de San Juan 1369
I de San Juan. 1370
II de San Juan. 1374
III de San Juan. 1375
Introducción a la Epístola de San Judas. 1375
Epístola de San Judas. 1376
Introducción al Apocalipsis. 1379
Apocalipsis. 1383

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Por el Excmo. y Rvdmo. Sr.

Dr. D. GAETANO CICOGNANI,
Arzobispo de Ancira,
Nuncio de Su Santidad en España.

LA primera versión completa de la Biblia, hecha de las lenguas originales, hebrea y griega, al castellano por autores católicos, con la que la Editorial Católica inicia, bajo los auspicios y la alta dirección de la Pontificia Universidad de Salamanca, su Biblioteca de Autores Cristianos, no hubiese podido ser publicada en circunstancia más propicia ni presentada con cartas credenciales más augustas y autorizadas que la Encíclica *Divino Afflante Spiritu*, de Su Santidad Pío XII.

El mundo católico, y de manera especial los que en la Iglesia ejercen el magisterio o se dedican al apostolado, recuerdan con íntimo júbilo y con ánimo agradecido el L aniversario de la *Providentissimus* de León XIII, el cual, enfrentándose de lleno con errores y corrientes que parecían triunfar y que daban a los pusilánimes y tímidos la sensación de acabar con la Iglesia, proclamó el origen divino de las Sagradas Escrituras en toda su integridad, sin titubeos ni compromisos. «La solicitud de Nuestro cargo apostólico—declara desde las primeras líneas del inmortal documento—Nos anima y en cierto modo Nos impulsa, no solamente a querer que esté abierta con toda seguridad y amplitud, para la utilidad del pueblo cristiano, esta preciosa fuente de la revelación católica, sino también a no tolerar que sea enturbiada en alguna de sus partes, ya por aquellos a quienes mueve una audacia impía y que

atacan abiertamente a la Sagrada Escritura, ya por los que suscitan a cada paso innovaciones engañosas e imprudentes.»

El gran Pontífice, que en su largo y fecundo pontificado no dejó de tratar con suprema visión ninguna de las cuestiones vitales que afectan a la Iglesia misma y al interés de los pueblos y de las naciones, que habló magistralmente del origen del Poder civil y de la constitución de los Estados, de la verdadera y falsa libertad y de las obligaciones de los ciudadanos, del matrimonio y de la familia, de los errores funestos del socialismo y del comunismo, proclamando en el magno problema social y económico los grandes principios de la *Rerun Novarum*, el gran propulsor de los estudios filosóficos según las doctrinas y el método de Santo Tomás de Aquino, no podía menos de fomentar y recomendar y dirigir, en conformidad con las exigencias de los tiempos, el nobilísimo estudio de las Sagradas Escrituras.

A la exaltación de la Biblia considerada como fuente única de la Revelación y árbitro supremo de la verdad divina a través de una interpretación puramente personal, a esa exaltación enarbolada en el tiempo de la Reforma como bandera y señal contra la Iglesia, se suceden en fuerza del mismo principio del libre examen, las desviaciones del espíritu humano, que empieza por despojar a las Sagradas Escrituras de su aureola más preciada, de su carácter de libros divinos, inspirados por el mismo Dios, y en pos de sus cavilaciones, altanero e infatuado por los progresos obtenidos en las ciencias físicas y en las disciplinas históricas, frente a las dificultades que surgen, acaba por desvirtuarlo todo y por negarlo todo, arrebatando a los Sagrados Libros hasta la fe y la autoridad humana, que concede fácilmente a otros escritos de la antigüedad, y dejándolos reducidos a un conjunto de mitos y leyendas. «Miran a los Sagrados Libros—decía León XIII—no como el relato fiel de acontecimientos reales, sino como fábulas ineptas y falsas historias. A sus ojos no han existido profecías, sino predicciones forjadas después de haber ocurrido los acontecimientos, o bien presentimientos producidos por causas naturales; para ellos no existen milagros verdaderamente dignos de este nombre, manifestaciones de la omnipotencia divina, sino hechos asombrosos que no traspasan en modo alguno los límites de las fuerzas de la Natu-

raleza, o más bien ilusiones y mitos; y que, en una palabra, los Evangelios y los escritos de los Apóstoles no han sido escritos por los autores a quienes se atribuyen.»

Y para sostener todo ese cúmulo de negaciones y monstruosidades, se somete el texto a constante tortura, en nombre de una crítica interna asentada sobre prejuicios racionalistas, se mutilan a capricho partes integrantes de los Libros Sagrados hasta dejarlos reducidos a un cuerpo sin alma, mejor diríamos, a un esqueleto sin carne y sin nervios, del que vanamente podríamos esperar palabras de vida.

Ni faltaron desprecios y sarcasmos *scurriles ioci* y toda una propaganda baja y vulgar, si bien en los ambientes intelectuales y de mediana cultura el tono era de mentida serenidad y de aparato científico atrayente y seductor, tan seductor, que causó a veces el desconcierto entre los mismos escritores católicos, produciendo en unos vacilaciones; en otros, afán de componenda a base de sacrificar y restringir el concepto y el alcance de la inspiración divina y de la revelación, y empujando a algunos a aventurar hipótesis híbridas y aún a declararse ineptos y vencidos.

A pesar, sin embargo, del ropaje vistoso con que se presentaba, toda esta inmensa construcción adolecía de un defecto fundamental, radicado precisamente en el principio erigido contra la Iglesia: el libre examen. Los sistemas se sucedían sin cesar, diferentes y aun contrarios los unos de los otros, presentándose cada nueva teoría como definitiva para resolver el problema de la Biblia, pero cediendo el paso a los pocos años, si no a los pocos meses, a una nueva explicación, destinada también a caer muy pronto en el descrédito y en el olvido. Frente a este vértigo de doctrinas y de contradicciones levanta su voz augusta el Papa León XIII para infundir nueva vida a todo aquel cúmulo de ruinas, para poner nuevamente sobre los Libros Santos la aureola de su carácter divino, invitando a colaborar en esta obra de defensa y de restauración del auténtico sentido cristiano acerca de las Sagradas Escrituras, a los cultivadores de las ciencias teológicas y a los dedicados al ministerio pastoral, y trazando a este respecto todo un plan y programa de trabajo y de estudio «de tal modo que a esa ciencia nueva, a esa falsa ciencia, se oponga la doctrina antigua y verdadera que la Iglesia ha recibido de Cristo por medio de los Apóstoles».

La Encíclica fué acogida con gran entusiasmo y aplauso, aun por todo un sector protestante, fué estudiada y comentada en las Universidades y Academias, divulgada y explicada en libros y revistas. No faltaron, es verdad, como no podían faltar, voces de crítica, y se volvió a lanzar al rostro de la Iglesia el ya viejo dicterio de «oscurantista»; pero, pese a esas voces discordantes, cuando a la distancia de cincuenta años contemplamos la ubérrima cosecha producida en el campo de los estudios bíblicos por la Encíclica *Providentissimus*, no podemos menos de unirnos a los entusiasmos con que fué saludada su publicación y de comprobar con íntimo regocijo que las esperanzas concebidas por el Pontífice y compartidas por el mundo católico son hoy una consoladora realidad.

Esto mismo es lo que comprueba y pone de relieve el Sucesor de León XIII en la Cátedra de la Verdad, Pío XII, en su reciente Encíclica *Divino Afflante Spiritu*; en la cual, después de señalar cuál fuera el fin principal de la *Providentissimus*, el de exponer la doctrina de la verdad contenida en los Sagrados Libros y reivindicarlos de las impugnaciones, con el alma henchida de gozo hace desfilar ante nosotros las instituciones y normas que durante estos cincuenta años, por el impulso y vigilante celo de los Sumos Pontífices, fueron creadas para el progreso del estudio de la Biblia: la Escuela Bíblica de Jerusalén, la Comisión Bíblica, la creación de grados académicos y programa de estudios bíblicos, el Instituto Bíblico de Roma, la revisión de la Vulgata, la difusión en el pueblo de los Libros Sagrados.

De estas instituciones la Escuela Bíblica de Jerusalén nació a la vida por obra personal de León XIII, y su pensamiento generador parece que estuvo inspirado en el ejemplo y en la práctica del gran San Jerónimo. Conocido es su axioma de que «desconocer las Sagradas Escrituras es desconocer a Cristo», como conocido es también su criterio de que para penetrar más lúcidamente en el sentido y valor de los Sagrados Libros, contribuye en gran manera, juntamente con el estudio de las lenguas en que fueron escritos, la visión directa de los lugares en que se desarrollaron los hechos que prepararon y consumaron la Redención. «*Sanctam Scripturam*—dice escribiendo a Domnione—*lucidius intuebitur, qui Iudaeam oculis contemplatus est et antiquarum urbium memorias locorumque vel eadem*

vocabula vel mutata cognoverit. Unde et nobis curae fuit, cum eruditissimis Hebraeorum hunc laborem subire, ut circumiremus provinciam quam universae Christi Ecclesiae sonant».

Por eso el gran Doctor, que pasó toda su vida dedicado a estos estudios, se estableció definitivamente en Belén, dando de mano a todas las grandezas de Roma, cuyos tesoros le parecían pequeños al lado del que encerraba la pequeña ciudad, cuna de Jesús: «*Habeat Roma quod angustior Urbe Romana possidet Bethlehem!*»; y sus discípulas predilectas, las nobilísimas Paula y Eustoquio, deseando que la queridísima amiga Marcela las imitara fijando como ellas su residencia en Palestina, describen en una carta, escrita bajo el dictado del Maestro, el encanto espiritual de la vida en Tierra Santa, donde cada lugar recuerda un hecho de la Sagrada Escritura, cada nombre suscita una visión y despierta un afán de perfección, donde se puede orar en el mismo pesebre *in quo infantulus vagiit*, llorar en el mismo sepulcro en que lloraron las santas mujeres, aspirar y sentirse elevados *voto et animo* hacia el cielo en el Monte de los Olivos y donde hasta la gente más humilde recuerda el ambiente en que se desenvolvió la vida de Cristo. Hasta sus cánticos comunes, dicen, son bíblicos y regocijantes: «*Quocumque te verteris, arator stivam tenens, Alleluia decantat; sudans messor psalmis se avocat, et curva attondens vitem falce vinitor, aliquid Davidicum canit.*» («A dondequiera que fueres, el arador con la mano en la esteva canta el Alleluia, el segador sudoroso se distrae con salmos; el viñador, mientras poda la vid con el corvo cuchillo, entona algún cántico de David.») No sé si estos cuadros, de un dulce sabor virgiliano, se ofrecen hoy al viajero que visita Palestina: tales y tantas han sido las vicisitudes de aquella tierra a lo largo de los siglos, tales y tantas sus destrucciones materiales y sus convulsiones políticas, que no creo empeño fácil, ni imaginarse ante la realidad presente el cuadro que nos describen San Jerónimo y sus discípulas, ni dar una reconstrucción exacta de lo que fué la Tierra y la Ciudad Santa: sin embargo, aun en el estado actual, el conocimiento de aquellos lugares y las investigaciones, racionales y metódicas, de sus ruinas venerandas, siguen siendo instrumento eficacísimo para la inteligencia de las Sagradas Escrituras y para la contemplación del drama humano-divino de la Redención.

Y al hablar de este tema, prologando una versión de

la Biblia nacida en tierra española, a la sombra augusta de la Universidad salmantina, me complazco en recordar aquí ciertos lazos, no por tenues menos gratos, que existen entre la Escuela Bíblica y aquella Universidad.

La Escuela Bíblica de Jerusalén fué fundada en un convento de dominicos, que lleva el mismo nombre del celebérrimo convento de Salamanca, San Esteban, y que fué construído por un español, por el Maestro General de la Orden, Padre Larroca, con la intención primera de que sirviera de noviciado, siendo luego ofrecido por el mismo a Su Santidad León XIII, apenas supo que el Augusto Pontífice deseaba fundar en Jerusalén una Escuela de Estudios Bíblicos. Es verdad que el convento y la escuela pasaron a pertenecer a la Provincia Dominicana francesa, pero esta circunstancia no rompió, antes reforzó, aquellos lazos al ser encargado de la dirección de aquel centro de altos estudios el P. José M. Lagrange, el cual había hecho su noviciado y sus estudios teológicos en el convento de San Esteban, de Salamanca. En época aciaga para las congregaciones religiosas en Francia, el P. Lagrange tuvo que dejar su patria y vino a Salamanca, donde, además de experimentar la generosa hospitalidad española, de la que conservó siempre un agradecido recuerdo, pudo conocer directamente y empaparse en la doctrina de los grandes teólogos y escrituristas españoles, que sin duda templaron y forjaron su espíritu para que, frente a las dificultades, se mantuviera, como supo mantenerse, recio en la fe y ardiente en el deseo de Dios. Lo que la Escuela Bíblica de Jerusalén ha contribuído al desenvolvimiento y a la dignificación de los estudios de la Sagrada Escritura, lo demuestran palmariamente los sabios volúmenes que ha publicado, las excavaciones practicadas y la difusión en las esferas intelectuales de los éxitos alcanzados.

Con el fin, sin embargo, de que estos estudios, que tantas dificultades encierran y tantos peligros ofrecen, no se apartaran del recto camino, fué instituída la Comisión Bíblica, ese alto Consejo de varones preclaros «que tuvieran por encomendado a sí el cargo de procurar y lograr por todos los medios que los divinos oráculos hallen entre los nuestros en general aquella más exquisita exposición que los tiempos reclaman y se conserven incólumes no sólo de todo hálito de errores, sino también de toda temeridad de opiniones».

Instituída por el mismo León XIII, la Comisión Bíblica fué sucesivamente confirmada por los Sumos Pontífices y de manera especial por Pío XII, el cual, en la Encíclica que comentamos, le tributa un homenaje de estimación y de complacencia. Los que siguen el creciente progreso de los estudios bíblicos y se afanan con santa pasión por penetrar cada día mejor el genuino sentido de los Libros Sagrados, conocen la labor vigilante y delicada de la Comisión, su voz orientadora y tranquilizadora. Bastaría recordar a este propósito su actuación tan eficaz en los agitados tiempos del Modernismo, fuego fatuo que se creyó iba a encender fatalmente una lucha difícil y duradera; y la carta dirigida en agosto de 1941 a los Arzobispos y Obispos de Italia para poner coto a tendencias de sabor iluminista. Mientras el Modernismo, en nombre de la Ciencia y del pretendido progreso humano, había intentado repetir los errores que León XIII tan enérgicamente anatematizara en su Carta, recientemente un alma desviada se pronunciaba contra todo estudio científico y erudito de las Sagradas Escrituras, contra el estudio de las lenguas orientales y de las ciencias auxiliares, contra los esfuerzos de la crítica textual y la compulsa de códices y manuscritos antiguos, abogando por el uso exclusivo de la Vulgata, menospreciando la cuidadosa investigación del sentido literal y defendiendo una exégesis y una hermenéutica a base únicamente de sencilla lectura y de piadosa meditación. El episodio quedó muy pronto truncado por la vigilante intervención de la Comisión Bíblica y a él hace clara alusión Pío XII en su reciente Encíclica.

La creación de esas dos grandes instituciones, la Escuela de Jerusalén y la Comisión Bíblica, respondían a fines específicos de la mayor importancia; pero ya la mente previsora de León XIII, en su deseo de hacer todavía más en orden a la restauración de los estudios bíblicos y a la eficacia salvadora de la verdad revelada, había acariciado la idea de fundar en el corazón mismo del mundo cristiano, en Roma, un ateneo donde se formara toda una pléyade de sabios sacerdotes, profunda y cuidadosamente preparados, que encendidos en un santo ardor llevaran por todos los ámbitos del mundo y a todos los campos del apostolado sacerdotal, al Seminario, a la cátedra, al púlpito, al libro y a la revista, la luz de una auténtica ciencia escriturística y la hicieran servir eficazmente a los grandes

fines que San Pablo señalara a las Sagradas Escrituras *ad docendum. ad arguendum, ad corripiendum, ad erudiendum in iustitia.*

Esa idea de León XIII halló un munífico realizador en el Pontífice Pío X, que instituyó primero los grados académicos en Sagrada Escritura, trazó después un completo plan de estudios bíblicos para los seminarios y erigió, finalmente, el Instituto Bíblico de Roma, que, confiado a la ínclita Compañía de Jesús, puesto bajo la especial protección del Sagrado Corazón de Jesús, cuya hermosa estatua domina el salón principal del Instituto, y organizado sabiamente por un hombre de eminente sabiduría y de gran fe, el ilustre P. Leopoldo Fonk, ha sido y es la forja donde se forman y de donde salen para el mundo entero los maestros de la Sagrada Escritura.

Juntamente con estas obras de alta formación y de dirección, se inician por el impulso vigoroso del mismo Papa Pío X y se prosiguen con la decidida protección de Pío XI, los pacientes trabajos de la revisión de la Vulgata en el Monasterio de San Jerónimo de Roma, al cual va gloriosamente unido el nombre del Cardenal Adriano Gasquet y en el cual continúan esta meritoria labor los Padres benedictinos con su proverbial e infatigable laboriosidad; y para que toda esta empresa cultural y al mismo tiempo apostólica no quedara encerrada en las escuelas y en los monasterios, surge la Sociedad de San Jerónimo para la difusión de los Evangelios, se multiplican los Congresos y las Semanas Bíblicas, se publican libros y revistas, y yo me complazco en destacar aquí la contribución no pequeña que España ha prestado a ese florecimiento de los estudios bíblicos, contribución que, si se vió pasajeramente truncada por el vendaval de la guerra civil, ha vuelto a renacer con mayor pujanza y con renovados bríos, apenas pasada la tempestad y serenado el ambiente nacional.

* * *

Pero la Encíclica *Divino Afflante Spiritu*, antepuesta como pórtico insuperable a esta versión de la Sagrada Biblia, no es solamente un recuerdo y una evocación de la *Providentissimus* y de los frutos por ella producidos, ya que tiene una segunda parte, mucho más importante, la parte doctrinal, en la cual el Santo

Padre, siguiendo la trayectoria de sus antecesores, consciente del depósito sagrado que le fué confiado el día en que el Espíritu Santo le escogió para regir la Iglesia de Dios, con la autoridad de su palabra, con la amplia comprensión de su inteligencia y a pesar de las hondas preocupaciones que agobian su corazón y de las solicitudes paternales que de El reclaman los sufrimientos de los pueblos, nos traza y nos señala los caminos y los métodos, que las condiciones actuales exigen, para que el estudio y la lectura de las Sagradas Escrituras sean cada día más fecundos en frutos de santificación y de conquista de las inteligencias y de los corazones de los hombres.

Las nuevas e importantes excavaciones realizadas en el suelo palestinense, el hallazgo de nuevos y valiosos documentos escritos, el conocimiento cada día más amplio de las lenguas orientales «invita en cierta manera y amonesta a los intérpretes de los Sagrados Libros a aprovecharse con denuedo de tanta abundancia de luz para examinar con más profundidad los Divinos Oráculos, ilustrarlos con más claridad y proponerlos con mayor lucidez».

Y hablando de los progresos modernos en el conocimiento de las lenguas orientales, y en particular de aquellas en que fueron originariamente escritos los Libros Sagrados, ve en ello el Santo Padre una nueva ayuda, a la par que un poderoso estímulo, para que los intérpretes católicos traten de acercarse lo más posible a la fuente original de la verdad revelada, calificando de ligereza y de desidia el descuido en aprender aquellas lenguas; y aún la crítica textual, con su paciente rebusca y cotejo de códices y manuscritos, es plenamente justificada, loada y estimulada por Su Santidad, como medio necesario para «que se restituya a su ser el sagrado texto lo más perfectamente posible», y todo ello «por la reverencia debida a la divina palabra» y «por la misma piedad por la que debemos estar sumamente agradecidos a aquel Dios providentísimo, que desde el Trono de su Majestad nos envió estos libros a manera de cartas paternales, como a propios hijos».

Por otra parte, como la mayoría de los fieles no pueden llegar por sí mismos a esas fuentes de la Revelación en su texto latino y menos aún en los textos originales, el Santo Padre, al hablar de la declaración de la autenticidad hecha por el Concilio Tridentino a favor de la Vulgata, dice expresamente: «Y ni aun siquiera prohibe el decreto

del Concilio Tridentino que, para uso y provecho de los fieles de Cristo y para más fácil inteligencia de la divina palabra, se hagan versiones en lenguas vulgares, y eso aún tomándolas de los textos originales, como ya en muchas regiones vemos que loablemente se ha hecho, aprobándolo la autoridad de la Iglesia.»

Eso que alaba y aprueba la Iglesia es justamente lo que han pretendido hacer los preclaros y beneméritos traductores de esta primera versión de la Biblia en lengua castellana sobre los textos originales, y eso es lo que la EDITORIAL CATÓLICA entiende brindar a España y a los países del mundo hispanoamericano con la publicación del Libro de los Libros en este primer volumen de su BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS. En su empresa les ha guiado el amoroso afán de poner al alcance de los fieles de habla castellana el riquísimo tesoro de las Sagradas Escrituras, mediante una traducción lo más fiel y exacta posible del texto original, aprovechándose para ello de todos los adelantos realizados en la ciencia escriturística y en el conocimiento de las lenguas orientales durante los últimos años, y dejándose guiar en la interpretación de los pasajes más oscuros y difíciles por el Magisterio de la Iglesia y por la luz y sabiduría de los Santos Padres y de los grandes teólogos y escrituristas.

* * *

Al lograr los traductores su alto empeño, han realizado una triple obra: de cultura, de piedad y de apostolado.

Esta versión completa de la Sagrada Biblia al castellano constituye ante todo una auténtica obra de cultura, que viene a enriquecer el ya espléndido acervo de saber escriturístico cosechado por España desde los primeros siglos de la Era Cristiana y desarrollado en los siglos posteriores con asombrosa fecundidad. Desde los tiempos en que el Papa Dámaso, el santo y culto Pontífice español, se complacía en fijar en exámetros trozos del Antiguo y del Nuevo Testamento y encargaba a San Jerónimo una revisión general de los Libros Sagrados, sosteniéndole y protegiéndole en sus dificultades y luchas; y el presbítero Desiderio, nacido, según todas las probabilidades en la ciudad de Barcelona, rogaba al mismo San Jerónimo que emprendiera la versión de los Libros Sagrados, y el noble

español Licinio enviaba amanuenses para que bajo la dirección del mismo Santo copiaran la Biblia, y el enciclopédico Arzobispo de Sevilla, San Isidoro, considerado como el heredero más fiel del pensamiento y de la obra del gran Dálmata, salvaba en sus libros el rico tesoro de la antigua cultura cristiana, y pasando luego a través de un sinnúmero de códices bíblicos esparcidos en catedrales y monasterios, en aulas regias y en casas señoriales, hasta la gran Biblia Complutense y los excelsos exegetas que florecieron en el Siglo de Oro y que aun causan asombro por su portentosa erudición y por su fino sentido exegético, España representa el supremo anhelo de conocer, de penetrar y de defender los Sagrados Libros.

Considerando Menéndez y Pelayo este florecimiento tantas veces secular de la ciencia bíblica en España, escribía con harta razón en una famosa carta incluída en *La Ciencia Española:* «El nombre sólo de Arias Montano basta para llenar un siglo... Pero España posee, además, una larga serie de cultivadores ilustres de las ciencias bíblicas, serie que empieza con los colaboradores de la Poliglota Complutense y con aquel Diego López de Estúñiga que tan malos días y tan malas noches hizo pasar a Erasmo, y termina, bien entrado el siglo XVII, con Pedro de Valencia y Fray Andrés de León.» «No hay libro de la Escritura—afirma el gran pensador santanderino—sobre el cual no poseamos algún comentario de un español, célebre en las escuelas católicas»; y en confirmación de su aserto hace una larga enumeración de los más preclaros comentaristas.

Los dos siglos que siguieron fueron de tono menos elevado y los estudios bíblicos en España participaron de la general decadencia, si bien no dejaron de brillar algunos esfuerzos, tan meritorios como aislados, ni faltaron muy aceptables traducciones de la Vulgata, como las dos tan conocidas y tantas veces impresas, en las que continuaron alimentándose las almas deseosas de conocer la palabra de Dios; pero cuando el vendaval del Modernismo, que apenas salpicó la recia fe española, se desató para manchar y debilitar la verdad cristiana, vuelven en España a cobrar lozanía y vigor los estudios eclesiásticos, aparecen revistas de cultura religiosa, cuyos nombres y cuyos méritos están en el pensamiento de todos, y en el mismo terreno de la ciencia escriturística sale a luz la revista *Estudios Bíblicos,* se publica la Biblia de Montserrat, se reeditan con profu-

sión y con muy útil aparato de notas e introducciones las conocidas versiones castellanas, en particular las del Nuevo Testamento, se constituye la A. F. E. B. E. para el fomento de los estudios bíblicos, se publican muy estimables manuales, y tras la dolorosa pausa impuesta por la guerra civil reflorecen con nuevo brío todas aquellas actividades y apuntan otras nuevas de singular importancia, entre las que merecen destacarse la fundación del Instituto «Arias Montano» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la celebración de Semanas Bíblicas organizadas con mucho acierto y desarrolladas con gran provecho, nuevas traducciones de los Salmos, de los Evangelios y de las Epístolas de San Pablo, la reciente publicación de una edición crítica del Nuevo Testamento en griego y en latín, y finalmente esta versión del texto original de toda la Biblia, que no dudo ha de marcar un hito luminoso en la historia de la ciencia bíblica española.

Sería presunción y desconocimiento de las dificultades que ofrece siempre una versión de las Sagradas Escrituras el que los traductores pensaran haberlas superado plenamente y consideraran su obra como acabada y perfecta. Ellos saben que no han de faltarles ni observaciones ni diversidad de criterios; pero de antemano piden indulgencia por los yerros en que hayan podido incurrir, y la esperan confiadamente en razón de lo difícil del empeño que asumieron y de la buena voluntad que en lograrlo han puesto.

Hablando precisamente el Santo Padre de las dificultades que en este género de trabajos existen, «nadie se admire—dice—que no se hayan todavía resuelto y vencido, sino que aún hoy haya graves problemas que preocupan los ánimos de los exegetas católicos». Y después de exhortar a los intérpretes católicos a que, movidos de un amor eficaz y decidido de su ciencia y sinceramente devotos a la Santa Madre Iglesia, se esfuercen por hallar una explicación sólida a aquellas dificultades, añade: «Y por lo que hace a los conatos de esos estrenuos operarios de la Viña del Señor, recuerden los demás hijos de la Iglesia que no sólo se han de juzgar con equidad y justicia, sino también con suma caridad..., y estar alejados de aquel espíritu poco prudente con el que se juzga que todo lo nuevo, por el mismo hecho de serlo, debe ser impugnado o tenerse por sospechoso.» Santas palabras que salen de un corazón solí-

cito y paternal y de una inteligencia comprensiva, deseosa de hacer llegar a los espíritus apasionados por la busca de la verdad una palabra de afectuosa concordia y de santa emulación. La historia de las versiones de la Sagrada Escritura y de los problemas que a ésta atañen, no está libre de fuertes divergencias y de acres polémicas, excusables tan sólo porque la pasión por la verdad puede encender a veces en demasía nuestros espíritus, pero siempre se deben tener presentes los paternales consejos de Pío XII, y en último término acudir al remedio supremo, en el que San Jerónimo buscaba la luz y la concordia en sus trabajos y en medio de sus graves polémicas: la oración. «Ruégote ahora, carísimo Desiderio, que ya que me hiciste emprender tamaña empresa y empezar mi labor desde el Génesis, me ayudes con tus oraciones, a fin de que pueda trasladar al latín los Santos Libros con el mismo espíritu con que fueron escritos.»

* * *

Obra de cultura, es además esta versión de la Biblia una obra eminente de piedad. En el pasaje de San Pablo arriba citado, en el que expone las utilidades que la Sagrada Escritura ofrece, a saber: «para enseñar, convencer, corregir y educar en la justicia», añade el Apóstol esta finalidad suprema: «a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para toda obra buena», *ut perfectus sit homo Dei, ad omne opus bonum instructus.*

Demasiado poco representaría esta versión, si fuera considerada únicamente como obra de cultura, aunque nobilísima; demasiado poco, ya que estas Cartas paternales dadas por Dios a la humanidad tienen por fin rehabilitar al hombre, redimirle, elevarlo hasta las alturas del conocimiento de los misterios de Dios y a la participación de la vida divina, sostenerlo en las luchas del espíritu, santificarlo en todo momento, encauzarlo por los caminos que conducen a las celestes moradas. Y eso mismo es lo que los autores de esta versión han pretendido ofrecer a los fieles.

San Juan Crisóstomo, que supo revestir sus inmensos conocimientos bíblicos con una elocuencia portentosa, se quejaba amargamente de que los fieles de su vastísima diócesis no conocieran bastante ni leyeran los Sagrados Li-

bros, quedando por ello privados de uno de los más poderosos medios de santificación. El hubiese querido que existiese en cada casa cristiana una Biblia y que sus fieles supiesen de memoria al menos algunos salmos o algunos trozos escogidos del Santo Evangelio, pero comprueba dolorosamente—y su lamento pudiéramos repetirlo en nuestros días—que sus fieles saben muy bien los nombres y el historial de los caballos y de los jinetes que toman parte en las carreras, pero no saben siquiera cuántas son las Epístolas de San Pablo y desconocen casi por completo el Libro que encierra la fuente de la vida.

Unos alegan como excusa de su descuido y negligencia que están muy ocupados con los negocios o con los quehaceres de la casa, otros que no tienen dinero; pero es un absurdo—dice el Santo—pretextar indigencia o exceso de trabajo, cuando de la lectura de los Libros Sagrados se saca tanta utilidad. *Quomodo non absurdum fuerit... ubi tanta decerpenda est utilitas, occupationes et inopiam deflere!*

Junto a los que no compran el Libro Santo están los que lo tienen, pero sólo como adorno de la casa, no como alimento del espíritu. Muy bien describe a los tales el santo Arzobispo y elocuentísimo orador: «¿Quién de vosotros, pregunto, toma en su casa un libro y examina sus sentencias, o escudriña las Escrituras? Nadie, ciertamente: sino que encontraremos en la mayoría de las casas dados y tabas, pero libros nunca o muy raras veces. Y el mismo reproche merecen los que los tienen, pero los conservan atados o colocados en los armarios, y ponen todo su interés en la suavidad de las membranas o en la elegancia de los caracteres, menospreciando, en cambio, su lectura. Porque no los adquieren para ningún fin útil, sino solamente para hacer presuntuosa ostentación de su opulencia: ¡tan fuerte es el vano fausto de la gloria! A nadie oigo que ambicione el comprender los Libros, sino más bien jactarse de que posee libros escritos con letras de oro. Y yo pregunto: ¿qué provecho puede haber en esto?» *Et quid, quaeso, hinc lucri provenit?*

Me haría interminable si quisiera citar todos los pasajes en que San Jerónimo excita a sus discípulos y discípulas a la lectura de la Biblia, pero no quiero dejar de consignar algunos, ya que el eco de sus encendidas palabras puede animar también hoy a las almas, sedientas de Dios y de la perfección cristiana, a frecuentar esta pro-

vechosa lectura. Para el gran Doctor la palabra divina contenida en la Sagrada Biblia no sólo es alimento, sino también fuerza del espíritu, arma segura contra todo lo que abate y deprime, contra todo lo que puede rebajar el alma y el cuerpo. Desde el Cenáculo del Aventino, donde un grupo de selectísimas matronas cultivaba la vida de perfección, se hace el gran propagandista de la lectura y meditación de la Biblia e inculca su estudio a las vírgenes para que sepan conservarse puras e intactas de las salpicaduras del mundo, a los religiosos para que sepan elevarse a las cumbres de la perfección, a las viudas para que sepan llevar con dignidad su viudez, y a las madres, como en su carta a Leta, para que con la Biblia en la mano sepan formar desde los primeros años el corazón de sus hijos. «Léela con frecuencia y aprende lo más posible de ella—escribía a la virgen Eustoquio—; que el sueño te sorprenda con el libro en la mano y que al inclinarse tu cabeza la reciba la página santa»; y a la virgen Demetríades: «Ama las Santas Escrituras y te amará a ti la Sabiduría; ámala y te guardará; hónrala y te abrazará. Estos aderezos cuelguen de tu pecho y de tus oídos.» Y en idénticos términos se expresa, escribiendo al monje Rústico, al Presbítero Nepociano, al santo Obispo de Nola y a todos aquellos a los que favorecía con sus consejos y exhortaciones.

San Agustín escribe sobre el particular un pequeño pero admirable tratado: *De doctrina cristiana*, que puede considerarse como una introducción al estudio y a la interpretación de las Sagradas Escrituras, y en él se esfuerza por convencer a los hombres de que el estudio que versa acerca de la Sabiduría divina, *omnibus rebus est anteponendus*, se ha de anteponer a todas las demás cosas e intereses. «Leed las Escrituras—decía en otra ocasión con gran vehemencia a sus ermitaños el santo Obispo de Hipona—, leedlas para que no seáis ciegos y guías de ciegos. Leed las Santas Escrituras, porque en ellas encontraréis todo lo que debéis practicar y todo lo que debéis evitar. Leedla, porque es más dulce que la miel y más nutritiva que cualquier otro alimento.»

Me he limitado a citar testimonios de estos tres insignes Santos Padres, porque a ellos de manera singular los señala León XIII como maestros en el estudio e interpretación de las Sagradas Escrituras, pero análogos testi-

monios y recomendaciones podrían espigase a millares de la riquísima literatura patrística.

Mas para que el estudio y la lectura de la Biblia produzcan aquellos frutos de santificación, que quiere Dios y busca la Iglesia, no basta cualquiera disposición del espíritu, sino que es necesaria aquella que tan acertadamente indicaba el Papa Benedicto XV en su Encíclica *Spiritus Paraclitus*; es decir, que hay que acercarse a estas fuentes sagradas de la verdad divina *pia mente, firma fide, humili animo et voluntate proficiendi*, con mente piadosa, con fe firme, con ánimo humilde y con voluntad de aprovechar. Así lo exige el carácter divino de las Escrituras, así lo demandan el respeto y la sumisión con que nuestra pequeñez humana ha de acercarse a Dios. Y como este depósito sagrado ha sido confiado por Dios a la Iglesia, a la que ha hecho intérprete infalible de sus oráculos, es también necesario que nuestro estudio y nuestra lectura vayan iluminados y dirigidos por la luz que brota del magisterio infalible de la Santa Madre Iglesia.

Altísimo ejemplo de esta sumisión al magisterio de la Iglesia nos han dejado aquellos tres grandes Doctores, cuyas palabras recogíamos hace poco. Conocedores profundos de la Biblia y propagandistas fervorosos de su lectura y meditación, coinciden todos en afirmar la absoluta necesidad de atenerse a las enseñanzas y normas de la *Mater nostra communis, Ecclesia*, cuya solidez de cimientos y seguridad en las direcciones ponderaba el Crisóstomo frente al caos de las herejías que pululaban en Oriente.

En una gran cuestión acerca de la Trinidad, el gran Dálmata escribía al Papa Dámaso: «Por esto he creído que debía consultar a la Cátedra de Pedro y a la fe alabada por labios apostólicos, pidiendo recibir el alimento de mi alma de allí mismo de donde antes recibiera la vestidura... Yo que a nadie sigo como a primero sino a Cristo, me uno en comunión de espíritu con Vuestra Beatitud, es decir, con la Cátedra de Pedro»; y en otra de sus cartas declara: «Yo entretanto clamo: si alguno está unido a la Cátedra de Pedro, ése es de los míos.» Cada vez que se presentaban cuestiones acerca del Canon de los Libros Sagrados, él, que tanto había estudiado y que tan autorizado estaba para exponer una opinión propia, sólo admite una regla definitiva: *Sed haec non recipit Ecclesia Dei*, pero esto no lo admite la Iglesia de Dios.

Celebérrimo es también el en cierto modo paradójico axioma de San Agustín: *Ego vero Evangelio non crederem, nisi me Catholicae Ecclesiae conmoveret auctoritas*, yo no creería en el Evangelio, si no me moviese a ello la autoridad de la Iglesia Católica.

Es verdad que la Iglesia limitó un tiempo y aun prohibió la lectura de la Biblia en lengua vulgar a los fieles; pero ésa fué una medida provisional, plenamente justificada por la malicia de los tiempos. En una época de apasionadas discusiones religiosas, en la que el principio del libre examen y de la interpretación personal y subjetiva de las páginas sagradas hacía brotar, aun entre los medios más plebeyos e indoctos, intérpretes más o menos visionarios y exaltados, la prudente medida de la Iglesia evitó en los países católicos la frondosa exuberancia de divergencias doctrinales, que hizo del Protestantismo un abigarrado conjunto de sectas, a las que apenas queda más que un disipado y movedizo fondo común de cristianismo.

Esta versión de la Biblia que estamos prologando no está hecha con un fin de lucha y de combate, ni tampoco de vana curiosidad o de estériles discusiones, sino con el santo propósito de que los fieles puedan acercar sus labios a la fuente purísima de la sabiduría divina y saciar en ella su sed de Dios, de paz y de verdad.

* * *

Constituye, finalmente, esta versión una obra de apostolado. Al final de su Encíclica, el Papa Pío XII exhorta con acento apasionado al clero para que difunda las riquezas de los Libros Sagrados y para que sepa hacerlo «con tanta elocuencia, con tanta distinción y claridad, que los fieles no sólo se muevan y se inflamen a poner en buen orden sus vidas, sino que conciban también en sus ánimos suma veneración a la Sagrada Escritura». De una manera especial el Santo Padre insiste en recomendar a los Prelados «que favorezcan y presten su auxilio a todas aquellas pías asociaciones que tengan por fin editar y difundir entre los fieles ejemplares impresos de las Sagradas Escrituras, principalmente de los Evangelios, y procurar con todo empeño que en las familias cristianas se tenga, ordenada y santamente, cotidiana lectura de ellas; recomienden eficazmente la Sagrada Escritura, traducida en la

actualidad a las lenguas vulgares con aprobación de la autoridad de la Iglesia, ya de palabra, ya con el uso práctico, cuando lo permitan las leyes de la Liturgia».

La atención tan preferente que en la Encíclica *Divino Affiante Spiritu* ha dedicado Su Santidad a los simples fieles, no sólo en lo tocante a la lectura y meditación de las Sagradas Escrituras, sino también en lo que atañe a esa forma de apostolado, que es su propaganda y difusión por medio de adecuadas ediciones y traducciones, y la novedad muy significativa de que la tradicional dedicatoria de la Encíclica vaya dirigida no solamente, como de costumbre, «a los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios en comunión con la Santa Sede Apostólica», sino también «a todo el Clero y fieles del Orbe Católico» deben servir a todos los católicos de motivos de gratitud y de legítima satisfacción, y al mismo tiempo de poderoso estímulo para secundar con fervoroso entusiasmo los deseos del Santo Padre y prestar a esta alta empresa su más decidida colaboración.

Así lo ha entendido la Editorial Católica al encabezar su Biblioteca de Autores Cristianos con esta versión de la Biblia, y santamente puede gloriarse de haberse colocado con ella en la vanguardia de la colaboración pedida por el Papa, ofreciendo a los millones de fieles que en España y en Hispanoamérica hablan y rezan en español este medio tan poderoso de conocimiento de la palabra divina y de santificación de sus almas.

Ponderábamos al comienzo de este prólogo la oportunidad con que salía a luz esta versión castellana del texto original de las Sagradas Escrituras, en el L aniversario de la *Providentissimus* y a raíz de la Encíclica *Divino Affiante Spiritu*; pero no quiero dejar de recordar aquí otra razón de oportunidad, la misma que el Santo Padre ha querido recoger al final de su Encíclica, a saber, la terrible y dolorosa crisis por la que atraviesa en estos momentos la humanidad.

En medio de este caos de opiniones encontradas y de intereses antagónicos, en medio de tantas ruinas materiales y espirituales, de tantos dolores de los cuerpos y de tantas amarguras de las almas, la luz sólo puede venir del Unico que tiene palabras de Vida eterna, Cristo Jesús, a quien nos dan a conocer las páginas sagradas; la paz verdadera sólo puede esperarse del amor de Dios y del

prójimo, en los que, en frase de San Agustín, está la plenitud de las Escrituras. Bien venida sea esta versión de la Biblia, si con ella contribuyen sus autores y editores a que este mundo estremecido de dolor conozca más a Cristo y aprenda a practicar mejor la ley suprema del amor de Dios y del prójimo.

A España y a todo el mundo hispánico ofrece la Editorial Católica esta nueva traducción de la Biblia; se la ofrece con el mismo afecto y con el mismo celo evangelizador con que los primeros misioneros españoles llevaron al Continente americano la luz y la caridad de Cristo, se la ofrece con el cariño de hermanos que hablan una misma lengua y tienen una misma cultura y comulgan en la misma fe y en la misma liturgia, se la ofrece segura de que la acogerán con entusiasmo cordial, para que, correspondiendo a los deseos e invitaciones del Santo Padre, sea todo este gran mundo hispanoamericano uno de los agentes más eficaces de la auténtica paz de Cristo en los espíritus y en los corazones.

Y al presentársela parece que florecen en los labios de autores y editores aquellas palabras con que hace trece siglos el Abad Floro ofrecía al gran Isidoro de Sevilla un trabajo semejante: la revisión del texto del Salterio, que había llevado a cabo por encargo suyo: «Por tus ruegos comencé con mano escrupulosa y con gran sudor de fatiga a buscar las primitivas lecturas de los Libros Divinos; y ahora, devuelta su belleza al pensamiento hebraico y renovada y hermoseada la frase griega, podremos, levantando nuestras voces hasta más allá de las estrellas, cantar los himnos sagrados con el mismo acento de los ángeles.»

Sed tamen hebraica rursus ratione polita
ac simul Argolica denuo picta manu,
mellifluas coeli apargens trans sidera voces
concrepat Angelico carmina sacra sono.

Sean mis últimas palabras a los que se disponen a recorrer con ánimo piadoso las páginas de esta versión de los Libros Santos, aquellas mismas que un día pronunciara San Gregorio Magno: *Disce cor Dei in verbis Dei, ut ardentius ad aeterna suspires.* «Aprende a conocer el corazón de Dios en las palabras de Dios, para que con más ardor aspires a las cosas eternas.»

CARTA ENCÍCLICA

DE NUESTRO SANTÍSIMO SEÑOR

PÍO

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

PAPA XII

A LOS VENERABLES HERMANOS
PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS
Y OTROS ORDINARIOS
EN PAZ Y COMUNIÓN CON LA SEDE APOSTÓLICA
Y ASIMISMO A TODO EL CLERO
Y FIELES DE CRISTO DEL ORBE CATÓLICO

SOBRE EL PROMOVER OPORTUNAMENTE LOS ESTUDIOS DE LA SAGRADA BIBLIA

(30 septiembre 1943)

A LOS VENERABLES HERMANOS
PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS, OBISPOS
Y OTROS ORDINARIOS
EN PAZ Y COMUNIÓN CON LA APOSTÓLICA SEDE
Y ASIMISMO A TODO EL CLERO Y FIELES DE CRISTO
DEL ORBE CATÓLICO

PÍO PP. XII

VENERABLES HERMANOS, AMADOS HIJOS
SALUD Y BENDICIÓN APOSTÓLICA

INTRODUCCION

Ocasión de la Encíclica «Providentissimus Deus». Modo de celebrar su cincuentenario.

Por inspiración del divino Espíritu escribieron los Sagrados Escritores aquellos libros, que Dios, conforme a su paterna caridad con el género humano, quiso liberalmente dar «para enseñar, para convencer, para corregir, para dirigir en la justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté apercibido para toda obra buena» [1]. No es, pues, de admirar que la Santa Iglesia, tratándose de este tesoro dado del cielo, que ella posee como preciosísima fuente y divina norma de la doctrina sobre la fe y las costumbres, así como lo recibió incontaminado de manos de los Apóstoles, así lo haya custodiado con todo esmero, defendido de toda falsa y perversa interpretación y empleado solícita-

[1] II *Tim.* III, 16 s.

mente en el ministerio de comunicar a las almas la salud sobrenatural, como lo atestiguan a toda luz casi innumerables documentos de todas las edades. Por lo que hace a los tiempos modernos, cuando de un modo especial corrían peligro las divinas Letras en cuanto a su origen y recta exposición de ellas, la Iglesia tomó a su cuenta el defenderlas y protegerlas todavía con mayor diligencia y empeño. De ahí que ya el Sacrosanto Sínodo Tridentino pronunció con decreto solemne que «deben ser tenidos por sagrados y canónicos los libros enteros con todas sus partes, tal como se han solido leer en la Iglesia católica y se hallan en la antigua edición vulgata latina»[2]. Y en nuestro tiempo el Concilio Vaticano, a fin de reprobar las falsas doctrinas acerca de la inspiración, declaró que estos mismos libros se han de tener por sagrados y canónicos «no ya porque compuestos con la sola industria humana hayan sido después aprobados con su autoridad, ni solamente porque contengan la revelación sin error, sino porque escritos con la inspiración del Espíritu Santo tienen a Dios por autor, y como tales fueron entregados a la misma Iglesia»[3]. Más adelante, cuando contra esta solemne definición de la doctrina católica, en la que a los libros «enteros con todas sus partes» se atribuye esta divina autoridad inmune de todo error, algunos escritores católicos osaron coartar la verdad de la Sagrada Escritura tan sólo a las cosas de fe y costumbres, y en cambio lo demás que perteneciera al orden físico o histórico reputarlo como «dicho de paso» y en ninguna manera—como ellos pretendían—enlazado con la fe, nuestro Antecesor de inmortal memoria León XIII en su Carta Encíclica *Providentissimus Deus*, dada el 18 de noviembre del año 1893, reprobó justísimamente aquellos errores, y afianzó con preceptos y normas sapientísimas los estudios de los Divinos Libros.

Y toda vez que es conveniente conmemorar el término del año cincuentenario desde que fueron publicadas aquellas Letras Encíclicas que se tienen como la ley principal de los estudios bíblicos, Nos, según la solicitud que desde el principio del Sumo Pontificado manifestamos respecto de las disciplinas sagradas[4], juzgamos que había de ser oportunísimo, confirmar e inculcar por una parte lo que nuestro Antecesor sabiamente estableció y sus sucesores añadieron para afianzar y perfeccionar la obra, y decretar por otra lo que al presente parecen exigir las circunstancias, para más y más incitar a todos los hijos de la Iglesia, que se dedican a estos estudios, a una empresa tan necesaria y tan loable.

[2] Sessio IV, decr. 1; *Ench. Bibl.* n. 45.
[3] Sessio III, Cap. 2; *Ench. Bibl.* n. 62.
[4] *Sermo ad alumnos Seminariorum... in Urbe* (die 24 Iunii 1939); *Acta Ap. Sedis* XXXI (1939), p. 245-251.

I

PARTE HISTORICA

SOLICITUD DE LEON XIII Y SUS SUCESORES POR LOS ESTUDIOS BIBLICOS

§ 1.—La obra de León XIII.

Doctrina de la inerrancia o exclusión de todo error.

El primero y sumo empeño de León XIII fué el exponer la doctrina de la verdad contenida en los Sagrados Volúmenes y vindicarlos de las impugnaciones. Así fué que con graves palabras declaró que no hay absolutamente ningún error, cuando el hagiógrafo, hablando de cosas físicas, «se atuvo (en el lenguaje) a las apariencias de los sentidos», como dice el Angélico [5], expresándose «o con cierta manera de traslación, o como se estilaba aquellos tiempos en el lenguaje común y aun hoy se usa en muchas cosas de la vida cotidiana, aun entre los mismos hombres más doctos». Añadiendo que ellos «los escritores sagrados, o por mejor decir—son palabras de San Agustín [6]—el Espíritu de Dios que por ellos hablaba, no quiso enseñar a los hombres estas cosas —a saber, la íntima constitución de las cosas visibles—que de nada servían para su salvación» [7]; lo cual «útilmente ha de aplicarse a las disciplinas allegadas, principalmente a la historia», es a saber, refutando «de modo análogo las falacias de los adversarios» y defendiendo «de sus impugnaciones la fidelidad histórica de la Sagrada Escritura» [8]. Y que no se ha de imputar el error al Escritor Sagrado, si «en la transcripción de los códices se les escapó algo menos exacto a los copistas», o si «queda oscilante el sentido genuino de algún pasaje». Por último, que no es lícito en modo alguno «o el restringir la inspiración de la Sagrada Escritura a algunas partes tan sólo, o el conceder que erró el mismo

[5] Cf. I.ª, q. 70, art. 1 ad 3.

[6] *De Gen. ad litt.* 2, 9, 20; *PL.* XXXIV, col. 270 s.; *CSEL.* XXVIII (Sectio III, pars 2), p. 46.

[7] Leonis XIII, *Acta* XIII, p. 355; *Ench. Bibl.* n. 106.

[8] Cf. Benedictus XV, Enc. *Spiritus Paraclitus*, *Acta Ap. Sedis* XII (1920), p. 396; *Ench. Bibl.* n. 471.

sagrado escritor», siendo así que la divina inspiración «por sí misma no sólo excluye todo error, sino que lo excluye y rechaza con la misma necesidad absoluta con la que es necesario que Dios, Verdad Suma, no sea en modo alguno autor de ningún error. Esta es la antigua y constante fe de la Iglesia» [9].

Ahora bien: esta doctrina, que con tanta gravedad expuso nuestro Predecesor León XIII, también Nos la proponemos con Nuestra autoridad y la inculcamos a fin de que todos la retengan religiosamente. Y decretamos que con no menor solicitud se obedezca también el día de hoy a los consejos y estímulos que él sapientísimamente añadió conforme al tiempo. Pues como surgieran nuevas y no leves dificultades y cuestiones, ya por los prejuicios del racionalismo que por doquiera perniciosamente cundía, ya sobre todo por las excavaciones y descubrimientos de monumentos antiquísimos, llevados a cabo por doquiera en las regiones orientales, el mismo Predecesor nuestro, impulsado por la solicitud del oficio apostólico, a fin que esta tan preclara fuente de la revelación católica no sólo estuviera abierta con más seguridad y abundancia para utilidad de la grey del Señor, sino también para no permitir que en manera alguna fuese contaminada, ardientemente deseó «que fuesen cada vez más los que sólidamente tomaran a su cargo y mantuviesen constantemente el patrocinio de las Divinas Letras; y que aquéllos principalmente, a los que la divina gracia llamó al sagrado orden, emplearan cada día, como es justísimo, mayor diligencia e industria en leerlas, meditarlas y exponerlas» [10].

Impulso dado a los estudios bíblicos: La Escuela Bíblica de Jerusalén, la Comisión Bíblica.

Por lo cual el mismo Pontífice, así como ya hacía tiempo había alabado y aprobado la Escuela de Estudios Bíblicos fundada en San Esteban de Jerusalén, gracias a la solicitud del Maestro General de la Sagrada Orden de Predicadores, Escuela de la que, como él mismo dijo, «el conocimiento de la Biblia recibió no leve incremento y los espera mayores» [11]; así el último año de su vida añadió todavía una nueva razón, para que estos estudios, tan encarecidamente recomendados por las Letras Encíclicas *Providentissimus Deus*, cada día se perfeccionasen más y con la mayor seguridad se adelantasen. En efecto: con las Letras Apostólicas *Vigilantiae*, dadas el 30 del mes de octubre del año 1902, estableció un Consejo, o como se dice, Comisión, de graves varones,

[9] Leonis XIII, *Acta* XIII, p. 357 sq.; *Ench. Bibl.* n. 109 sq.

[10] Cf. Leonis XIII, *Acta* XIII, p. 328; *Ench. Bibl.* n. 67 sq.

[11] Litt. Apost. *Hierosolymae in coenobio*, d. d. 17 Sept. 1892; Leonis XIII, *Acta* XII, pp. 239-241, v. p. 240.

«que tuvieran por encomendado a sí el cargo de procurar y lograr por todos los medios, que los divinos oráculos hallen entre los nuestros en general aquella más exquisita exposición que los tiempos reclaman, y se conserven incólumes no sólo de todo hálito de errores, sino también de toda temeridad de opiniones» [12]; el cual Consejo también Nos, siguiendo el ejemplo de nuestros antecesores lo confirmamos y aumentamos de hecho, valiéndonos, como muchas veces antes, de su ministerio, para encaminar los intérpretes de los Sagrados Libros a aquellas sanas leyes de la exégesis católica, que enseñaron los Santos Padres y los Doctores de la Iglesia y los mismos Sumos Pontífices [13].

§ 2. — La obra de los sucesores de León XIII.

Pío X: *creación de grados académicos; pauta de estudios bíblicos; el Instituto Bíblico.*

Y aquí no parece ajeno del asunto recordar con gratitud las cosas principales y más útiles para el mismo fin que sucesivamente hicieron nuestros Antecesores, y que podríamos llamar complemento o fruto de la feliz empresa Leoniana. Y en primer lugar Pío X, queriendo «proporcionar un medio fijo de preparar un buen número de maestros, que, recomendables por su gravedad y pureza de doctrina, interpreten en las escuelas católicas los Divinos Libros», ...instituyó «los grados académicos de licenciado y doctor en Sagrada Escritura... que habrían de ser conferidos por la Comisión Bíblica» [14]; luego dió una ley «sobre la norma de los estudios de Sagrada Escritura que se ha de guardar en los Seminarios de Clérigos», con el designio de que los alumnos seminaristas «no sólo penetrasen y conociesen la fuerza, modo y doctrina de la Biblia, sino que pudiesen además ejercitarse en el ministerio de la divina palabra con competencia y probidad, y defender... de las impugnaciones los libros escritos bajo la inspiración divina» [15]; finalmente, «para que en la Ciudad de Roma se tuviera un centro de estudios más elevados relativos a los Sagrados Libros, que promoviese del modo más eficaz posible

[12] Cf. Leonis XIII, *Acta* XXII, p. 232 ss.; *Ench. Bibl.* n. 130-141; v. nn. 130, 132.

[13] Pontificiae Commissionis de Re biblica Litterae ad Excmos. PP. DD. Archiepiscopos et Episcopos Italiae d. d. 20 Aug. 1941; *Acta Ap. Sedis* XXXIII (1941), pp. 465-472.

[14] Litt. Apost. *Scripturae Sanctae* d. d. 23 Febr. 1904; Pii X, *Acta* I, pp. 176-179; *Ench. Bibl.* nn. 142-150; v. nn. 143-144.

[15] Cf. Litt. Apost. *Quoniam in re biblica* d. d. 27 Mart. 1906; Pii X, *Acta* III, pp. 72-76; *Ench. Bibl.* nn. 155-173, v. n. 155.

la doctrina bíblica y los estudios a ella anejos, según el sentido de la Iglesia católica», fundó el Pontificio Instituto Bíblico, que encomendó a la ínclita Compañía de Jesús y quiso estuviera «provisto de las más elevadas cátedras y todo recurso de erudición bíblica», y prescribió sus leyes y disciplina, declarando que en este particular «ponía en ejecución el saludable y provechoso propósito» de León XIII [16].

Pío XI: *prescripción de grados académicos; el Monasterio de San Jerónimo para la revisión de la Vulgata.*

Todo esto, finalmente, lo colmó nuestro próximo Predecesor, de feliz recordación, Pío XI, al decretar entre otras cosas, que ninguno «fuese profesor de la asignatura de Sagradas Letras en los Seminarios, sin haber legítimamente obtenido, después de terminado el curso peculiar de la misma disciplina, los grados académicos en la Comisión Bíblica o en el Instituto Bíblico». Y estos grados quiso que tuvieran los mismos efectos que los grados legítimamente otorgados en la Sagrada Teología o en el derecho canónico; y asimismo estableció, que a nadie se concediese «beneficio en el que canónicamente se incluyera la carga de explicar al pueblo la Sagrada Escritura, si, además de otras condiciones, el sujeto no hubiese obtenido o la licencia o la láurea en Escritura». Y exhortando a la vez juntamente tanto a los Superiores mayores de las Órdenes regulares, como a los Obispos del orbe católico, a enviar a las aulas del Instituto Bíblico, para obtener allí los grados académicos, los más aptos de sus alumnos, confirmó tales exhortaciones con su propio ejemplo, señalando de su liberalidad para este mismo fin rentas anuales [17].

El mismo Pontífice, después que con el favor y aprobación de Pío X, de feliz memoria, el año 1907 «se encomendó a los monjes Benedictinos el cargo de investigar y preparar los estudios en que haya de basarse la edición de la Versión Latina de las Escrituras, que recibió el nombre de Vulgata» [18], queriendo afianzar con mayor firmeza y seguridad esta misma «trabajosa y ardua empresa», que exige largo tiempo y subidos gastos, cuya grandísima utilidad habían evidenciado los egregios volúmenes ya dados a la pública luz, levantó desde sus cimientos el monas-

[16] Litt. Apost. *Vinea electa* d. d. 7 Maii 1909; *Acta Ap. Sedis* I (1909), pp. 447-449; *Ench. Bibl.* nn. 293-306, v. nn. 296 et 294.

[17] Cf. Motu proprio *Bibliorum scientiam* d. d. 27 Aprilis 1924; *Acta Ap. Sedis* XVI (1924), pp. 180-182.

[18] Epistula ad Revmum. D. Aidanum Gasquet d. d. 3 Dec. 1907; Pii X, *Acta* IV, pp. 117-119; *Ench. Bibl.* n. 285 s.

terio Urbano de San Jerónimo, que exclusivamente se dedicase a esta obra, y lo enriqueció abundantísimamente con biblioteca y todos los demás recursos de investigación [19].

§ 3.—Solicitud de los Sumos Pontífices por el uso y difusión de la Sagrada Escritura.

Ni parece que aquí debe pasarse en silencio, con cuánto ahinco los mismos Predecesores Nuestros, con diferentes ocasiones, recomendaron ora el estudio, ora la predicación, ora, en fin, la pía lectura y meditación de las Sagradas Escrituas. Porque Pío X, respecto de la Sociedad de San Jerónimo, que trata de persuadir a los fieles de Cristo la costumbre, en verdad loable, de leer y meditar los santos Evangelios y hacerla más accesible según sus fuerzas, la aprobó de todo corazón y la exhortó a que animosamente insistiera en su propósito, declarando «que esta obra es la más útil y que mejor responde al tiempo», toda vez que contribuye no poco «a extirpar la idea de que la Iglesia se resiste a la lectura de las Sagradas Escrituras en lengua vulgar, o pone para ello impedimento» [20]. Por su parte, Benedicto XV, al cumplirse el ciclo del décimoquinto siglo, desde que dejó la vida mortal el Doctor Máximo en exponer las Sagradas Letras, después de haber esmeradísimamente inculcado, ya los preceptos y ejemplos del mismo Doctor, ya los principios y normas dadas por León XIII y por Sí mismo, y recomendado otras cosas oportunísimas en estas materias y que nunca se deben olvidar, exhortó «a todos los hijos de la Iglesia, principalmente a los clérigos, a juntar la reverencia de la Sagrada Biblia con la piadosa lectura y asidua meditación de la misma»; y advirtió que «en estas páginas se ha de buscar el alimento con que se sustente hasta llegar a la perfección la vida del espíritu» y que «la principal utilidad de la Escritura pertenece al ejercicio santo y fructuoso de la divina palabra»; y el mismo de nuevo alabó la obra de la Sociedad llamada del nombre del mismo San Jerónimo, gracias a la cual se divulgan en grandísima extensión los Evangelios y los Hechos de los Apóstoles, «de suerte que ya no haya ninguna familia cristiana que carezca de ellos, y todos se acostumbren a su lectura y meditación cotidiana» [21].

[19] Const. Apost. *Inter praecipuas* d. d. 15 Iun. 1933; *Acta Ap. Sedis* XXVI (1934), pp. 85-87.

[20] Epist. ad Emum. Card. Cassetta *Qui piam* d. d. 21 Ian. 1907; Pii X, *Acta* IV, pp. 23-25.

[21] Litt. encycl. *Spiritus Paraclitus* d. d. 15 Sept. 1920; *Acta Ap. Sedis* XII (1920), pp. 385-422; *Ench. Bibl.* nn. 457-508; v. nn. 457, 495, 491, 497.

§ 4.—Frutos de esta acción múltiple.

Y a la verdad es cosa justa y grata el confesar que no sólo con estas instituciones, preceptos y estímulos de nuestros Antecesores, sino también con las obras y trabajos arrostrados por todos aquellos que diligentemente los secundaron, ya en estudiar, investigar y escribir, ya en enseñar y predicar, como también en traducir y propagar los Sagrados Libros, ha adelantado no poco entre los católicos la ciencia y uso de las Sagradas Escrituras. Porque son ya muchísimos los cultivadores de la Escritura Santa, que salieron ya y cada día salen de las aulas en las que se enseñan las más elevadas disciplinas en materia teológica y bíblica, y principalmente de Nuestro Pontificio Instituto Bíblico, los cuales, animados de ardiente afición a los Sagrados Volúmenes, imbuyen en este mismo espíritu el clero adolescente, y constantemente le comunican la doctrina que ellos bebieron. No pocos de ellos han promovido y promueven todavía con sus escritos los estudios bíblicos, o bien editando los sagrados textos redactados conforme a las normas del arte crítica, y explicándolos, ilustrándolos, traduciéndolos para su pía lección y meditación, o bien, por fin, cultivando y adquiriendo las disciplinas profanas útiles para la explanación de la Escritura. Así, pues, por estas y otras empresas que cada día se propagan y cobran fuerza, como, por ejemplo, las asociaciones en pro de la Biblia, los congresos, las Semanas de asambleas, las bibliotecas, las sociedades para meditar el Evangelio, concebimos la esperanza, nada dudosa, de que en adelante crezcan doquiera más y más para bien de las almas la reverencia, el uso y el conocimiento de las Sagradas Letras, con tal que con firmeza, valentía y confianza retengan todos la regla de los estudios bíblicos prescrita por León XIII, explicada por sus Sucesores con más claridad y perfección, y por Nos confirmada y fomentada—que es en realidad la única segura y confirmada por la experiencia—, sin dejarse arredrar en modo alguno por aquellas dificultades, que, como en las cosas humanas suele acontecer, nunca le faltarán tampoco a esta obra preclara.

II

PARTE DOCTRINAL

LOS ESTUDIOS BÍBLICOS DE NUESTRO TIEMPO

Estado actual de los estudios bíblicos.

No hay quien no pueda fácilmente echar de ver que las condiciones de los estudios bíblicos y de los que para los mismos son útiles han cambiado mucho en estos cincuenta años. Porque, pa-

sando por alto otras cosas, cuando Nuestro Predecesor publicó su Letra Encíclica *Providentissimus Deus*, apenas se había comenzado a explorar en Palestina uno u otro lugar de excavaciones relacionadas con estos asuntos. Ahora, en cambio, las investigaciones de este género no sólo se han aumentado muchísimo en cuanto al número, sino que además, cultivadas con más severo método y arte por el mismo ejercicio, nos enseñan muchas más cosas y con más certeza. Y en efecto, cuánta luz brote de estas investigaciones para entender mejor y con más plenitud los Sagrados Libros, lo saben todos los peritos, lo saben cuantos se consagran a estos estudios. Crece todavía la importancia de estas exploraciones por los documentos escritos hallados de vez en cuando, que contribuyen mucho al conocimiento de las lenguas, letras, sucesos, costumbres y cultos más antiguos. Ni es de menor momento el hallazgo y la búsqueda, tan frecuente en esta edad nuestra, de papiros, que han tenido tanto valor para el conocimiento de las letras e instituciones públicas y privadas, principalmente del tiempo de Nuestro Salvador. Se han hallado además y editado con sagacidad vetustos códices de los Sagrados Libros; se ha investigado con más extensión y plenitud la exégesis de los Padres de la Iglesia; finalmente, se ilustra con innumerables ejemplos el modo de hablar, narrar y escribir de los antiguos. Todo esto, que, no sin especial consejo de la providencia de Dios, ha conseguido esta nuestra época, invita en cierta manera y amonesta a los intérpretes de las Sagradas Letras a aprovecharse con denuedo de tanta abundancia de luz para examinar con más profundidad los Divinos Oráculos, ilustrarlos con más claridad y proponerlos con mayor lucidez. Y si, con sumo consuelo en el alma, vemos que los mismos intérpretes estrenuamente han obedecido ya y siguen obedeciendo a esta invitación, ciertamente no es éste el último ni el menor fruto de las Letras Encíclicas *Providentissimus Deus*, con las que Nuestro Predecesor León XIII, como presagiando en su ánimo esta nueva floración de los estudios bíblicos, por una parte invitó al trabajo a los exegetas católicos, y por otra les señaló sabiamente cuál era el modo y método de trabajar. Pero también Nos con estas Letras Encíclicas queremos conseguir que esta labor no solamente persevere con constancia, sino que cada día se perfeccione y resulte más fecunda, puesta sobre todo Nuestra mira en mostrar a todos lo que resta por hacer, y con qué espíritu debe hoy el exegeta católico emprender tan grande y excelso cargo, y en dar nuevo acicate y nuevo ánimo a los operarios que trabajan constantemente en la viña del Señor.

§ 1.—Recurso a los textos originales.
Estudio de las lenguas bíblicas.

Ya los Padres de la Iglesia, y en primer término San Agustín, al intérprete católico que emprendiese la tarea de entender y exponer las Sagradas Escrituras le recomendaban encarecidamente el estudio de las lenguas antiguas y el volver a los textos primitivos [22]. Con todo llevaba consigo la condición de aquellos tiempos, que conocieran pocos la lengua hebrea, y éstos imperfectamente. Por otra parte, en la Edad Media, cuando la Teología Escolástica florecía más que nunca, aun el conocimiento de la lengua griega desde mucho tiempo antes se había disminuído de tal manera entre los occidentales, que hasta los mismos supremos Doctores de aquellos tiempos, al explicar los Divinos Libros, solamente se apoyaban en la versión latina, llamada Vulgata. Por el contrario, en estos nuestros tiempos no solamente la lengua griega, que desde el renacimiento de las letras humanas en cierto sentido ha sido resucitada a nueva vida, es ya familiar a casi todos los cultivadores de la antigüedad, sino que aun el conocimiento de la lengua hebrea y de otras lenguas orientales se ha propagado grandemente entre los hombres doctos. Es tanta, además, ahora la abundancia de medios para aprender estas lenguas, que el intérprete de la Biblia que, descuidándolas, se cierre la puerta para los textos originales, no puede en modo alguno evitar la nota de ligereza y desidia. Porque al exegeta pertenece el andar como a caza, con sumo cuidado y veneración, aun de las cosas más mínimas, que, bajo la inspiración del Divino Espíritu, brotaron de la pluma del hagiógrafo, a fin de penetrar su mente con más profundidad y plenitud. Procure, por lo tanto, con diligencia adquirir cada día mayor pericia en las lenguas bíblicas y aun en las demás orientales, y corrobore su interpretación con todos aquellos recursos que provienen de toda clase de filología. Lo cual, en verdad, lo procuró conseguir solícitamente San Jerónimo, según los conocimientos de su época; y asimismo no pocos de los grandes intérpretes de los siglos XVI y XVII, aunque entonces el conocimiento de las lenguas fuese mucho menor que el de hoy, lo intentaron con infatigable esfuerzo y no mediocre fruto. De la misma manera conviene que se explique aquel mismo texto original, que escrito por el sagrado autor tiene mayor autoridad y mayor peso, que cualquiera versión, por buena que sea, ya antigua, ya moderna; lo cual puede sin duda hacerse con mayor facilidad y provecho, si, respecto del mismo texto, se junta al mismo tiempo con el conocimiento de las lenguas una sólida pericia en el manejo de la crítica.

[22] Cf. ex gr. S. Hieron., *Praef. in* IV *Evang. ad Damasum. PL.* XXIX, col. 526-527; S. August., *De doctr. christ.* II, 16; *PL.* XXXIV, col. 42-43.

Importancia de la crítica textual.

Cuánta importancia se haya de atribuir a esta crítica, atinadamente lo advirtió San Agustín, cuando entre los preceptos que deben inculcarse al que estudia los Sagrados Libros puso por primero de todos el cuidado de poseer un texto exacto. «En enmendar los Códices—así el clarísimo Doctor de la Iglesia—debe ante todo estar alerta la vigilancia de aquellos que desean conocer las Escrituras Divinas, para que los no enmendados cedan su puesto a los enmendados» [23]. Ahora bien, hoy este arte, que lleva el nombre de crítica textual y que se emplea con gran loa y fruto en la edición de los escritos profanos, con justísimo derecho se ejercita también, por la reverencia debida a la divina palabra, en los Libros Sagrados. Porque por su mismo fin logra que se restituya a su ser el sagrado texto lo más perfectamente posible, se purifique de las depravaciones introducidas en él por la deficiencia de los amanuenses, y se libre, cuanto se pueda, de las inversiones de palabras, repeticiones y otras faltas de la misma especie, que suelen furtivamente introducirse en los libros transmitidos de uno en otro por muchos siglos. Y apenas es necesario advertir que esta crítica, que desde hace algunos decenios no pocos han empleado absolutamente a su capricho, y no pocas veces de tal manera, que pudiera decirse haberla los mismos usado para introducir en el sagrado texto sus opiniones prejuzgadas, hoy ha llegado a adquirir tal estabilidad y seguridad de leyes, que se ha convertido en un insigne instrumento para editar con más pureza y esmero la divina palabra, y fácilmente puede descubrirse cualquier abuso. Ni es preciso recordar aquí—ya que es cosa notoria y clara a todos los cultivadores de la Sagrada Escritura—en cuánta estima ha tenido la Iglesia ya desde los primeros siglos hasta nuestros días estos estudios del arte crítica. Así es que hoy, después que la disciplina de este arte ha llegado a tanta perfección, es un oficio honorífico, aunque no siempre fácil, el procurar por todos los medios que cuanto antes por parte de los católicos se preparen oportunamente ediciones tanto de los Sagrados Libros, como de las versiones antiguas, hechas conforme a estas normas, que junten, es a saber, con una reverencia suma del sagrado texto la escrupulosa observancia de todas las leyes críticas. Y ténganlo todos por bien sabido, que este largo trabajo no solamente es necesario para penetrar bien los escritos dados por divina inspiración, sino que además es reclamado por la misma piedad, por la que debemos estar sumamente agradecidos a aquel Dios providentísimo, que desde el trono de su majestad nos envió estos libros a manera de cartas paternales, como a propios hijos.

[23] *De doctr. christ.* II, 21; *PL.* XXXIV, col. 46.

Sentido del decreto Tridentino sobre el uso de la Vulgata. Versiones en lenguas vulgares.

Ni piense nadie que este uso de los textos primitivos, conforme a la razón de la crítica, sea en modo alguno contrario a aquellas prescripciones que sabiamente estableció el Concilio Tridentino acerca de la Vulgata Latina [24]. Documentalmente consta que a los Presidentes del Concilio se dió el encargo de rogar al Sumo Pontífice a nombre del mismo Santo Sínodo—como, en efecto, lo hicieron—, mandase corregir primero la edición latina, y luego, en cuanto se pudiese, la griega y la hebrea, con el designio de divulgarla al fin para utilidad de la Santa Iglesia de Dios [25]. Y si bien, a la verdad, a este deseo no pudo entonces por las dificultades de los tiempos y otros impedimentos responderse plenamente, confiamos que al presente, aunadas las fuerzas de los doctores católicos, se pueda satisfacer con más perfección y amplitud. Mas por lo que hace a la voluntad del Sínodo Tridentino de que la Vulgata fuese la versión latina «que todos usasen como auténtica», esto en verdad, como todos lo saben, solamente se refiere a la Iglesia latina y al uso público de la misma Escritura, y no disminuye sin género de duda en modo alguno la autoridad y valor de los textos originales. Porque no se trataba de los textos originales en aquella ocasión, sino de las versiones latinas que en aquella época corrían de una parte a otra, entre las cuales el mismo Concilio con justo motivo decretó que debía ser preferida la que «había sido aprobada en la misma Iglesia con el largo uso de tantos siglos». Así, pues, esta privilegiada autoridad o, como dicen, autenticidad de la Vulgata no fué establecida por el Concilio principalmente por razones críticas, sino más bien por su legítimo uso en las Iglesias durante el decurso de tantos siglos; con el cual uso ciertamente se demuestra que la misma está en absoluto inmune de todo error en materia de fe y costumbres; de modo que, conforme al testimonio y confirmación de la misma Iglesia, se puede presentar con seguridad y sin peligro de errar en las disputas, lecciones y predicaciones; y por tanto este género de autenticidad no se llama con nombre primario crítica, sino más bien jurídica. Por lo cual esta autoridad de la Vulgata en cosas doctrinales de ninguna manera prohibe—antes por el contrario, hoy más bien exige—que esta misma doctrina se compruebe y confirme por los textos primitivos, y que también sean a cada momento invocados como auxiliares estos mismos textos, por los cuales dondequiera y cada día más se patentice y exponga el recto sentido de las Sagradas Letras. Y ni aun siquiera prohibe el de-

[24] *Decr. de editione et usu Sacrorum Librorum; Conc. Trid.* ed. Soc. Goerres, t. V, p. 91 s.

[25] *Ib.*, t. X, p. 271; cf. t. V, pp. 29, 59, 65; t. X, p. 446 sg.

creto del Concilio Tridentino que, para uso y provecho de los fieles de Cristo y para más fácil inteligencia de la divina palabra, se hagan versiones en las lenguas vulgares, y eso aun tomándolas de los textos originales, como ya en muchas regiones vemos que loablemente se ha hecho, aprobándolo la autoridad de la Iglesia.

§ 2.—De la interpretación.

Importancia e investigación del sentido literal.

Armado egregiamente con el conocimiento de las lenguas antiguas y con los recursos del arte crítica, emprenda el exegeta católico aquel oficio, que es el supremo entre todos los que se le imponen: a saber, el hallar y exponer el sentido genuino de los Sagrados Libros. Para el desempeño de esta obra tengan ante los ojos los intérpretes que, como la cosa principal de todas, han de procurar el distinguir bien y determinar cuál es el sentido de las palabras bíblicas llamado literal. Sea este sentido literal de las palabras el que ellos averigüen con toda diligencia, por medio del conocimiento de las lenguas, valiéndose del contexto y de la comparación con pasajes semejantes; a todo lo cual suele también apelarse en favor de la interpretación de los escritos profanos, para que aparezca en toda su luz la mente del autor. Sólo que los exegetas de las Sagradas Letras, acordándose que aquí se trata de la palabra divinamente inspirada, cuya custodia e interpretación fué por el mismo Dios encomendada a la Iglesia, no menos diligentemente tengan cuenta de las exposiciones y declaraciones del magisterio de la Iglesia, y asimismo de la explicación dada por los Santos Padres, como también de la «analogía de la fe», como sapientísimamente lo advirtió León XIII en las Letras Encíclicas *Providentissimus Deus* [26]. Traten también con singular empeño de no exponer únicamente—cosa que con dolor vemos se hace en algunos comentarios—las cosas que atañen a la historia, arqueología, filología y otras disciplinas por el estilo; sino que, sin dejar de aportar oportunamente aquéllas, en cuanto puedan contribuir a la exégesis, muestren principalmente cuál es la doctrina teológica de cada uno de los libros o textos respecto de la fe y costumbres, de suerte que esta exposición de los mismos, no solamente ayude a los doctores teólogos para proponer y confirmar los dogmas de la fe, sino que sea también útil a los sacerdotes para explicar ante el pueblo la doctrina cristiana, y finalmente sirva a todos los fieles para llevar una vida santa y digna de un hombre cristiano.

[26] Leonis XIII, *Acta* XIII, pp. 345-346; *Ench. Bibl.* n. 94-96.

Recto uso del sentido espiritual.

Una vez que hubieren dado tal interpretación, teológica ante todo, como hemos dicho, eficazmente obligarán a callar a los que, aseverando que en los comentarios bíblicos apenas hallan nada que eleve la mente a Dios, nutra el alma, promueva la vida interior, repiten que es preciso acudir a cierta interpretación espiritual, que ellos llaman mística. Cuán poco acertado sea este su modo de ver, lo enseña la misma experiencia de muchos, que, considerando y meditando una y otra vez la palabra de Dios, perfeccionaron sus almas, y se sintieron movidos de vehemente amor a Dios; como también lo muestran a las claras la perpetua educación de la Iglesia y las amonestaciones de los mayores Doctores. Y no es que se excluya de la Sagrada Escritura todo sentido espiritual. Porque las cosas dichas o hechas en el Viejo Testamento, de tal manera fueron sapientísimamente ordenadas y dispuestas por Dios, que las pasadas significaran anticipadamente las que en el nuevo pacto de gracia habían de verificarse. Por lo cual el intérprete, así como debe hallar y exponer el sentido literal de las palabras, que el hagiógrafo pretendiera y expresara, así también el espiritual, mientras conste legítimamente que fué dado por Dios. Ya que solamente Dios pudo conocer y revelarnos este sentido espiritual. Ahora bien, este sentido en los Santos Evangelios nos lo indica y enseña el mismo divino Salvador; lo profesan también los Apóstoles, de palabra y por escrito, imitando el ejemplo del Maestro; lo demuestra la doctrina tradicional perpetua de la Iglesia; lo declara por último el uso antiquísimo de la liturgia, dondequiera que pueda rectamente aplicarse aquel conocido enunciado: La ley de orar es la ley de creer. Así, pues, este sentido espiritual, intentado y ordenado por el mismo Dios, descúbranlo y propónganlo los exegetas católicos con aquella diligencia que la dignidad de la palabra divina reclama; mas tengan religiosa cautela en no proponer como sentido genuino de la Sagrada Escritura otros sentidos traslaticios. Porque aun cuando, principalmente en el desempeño del oficio de predicador, puede ser útil para ilustrar y recomendar las cosas de la fe cierto uso más amplio del Sagrado Texto según la significación traslaticia de las palabras, siempre que se haga con moderación y sobriedad, nunca, sin embargo, debe olvidarse que este uso de las palabras de la Sagrada Escritura le es como externo y añadido, y que sobre todo hoy no carece de peligro, cuando los fieles, aquellos especialmente que están instruídos en los conocimientos tanto sagrados como profanos, buscan qué es lo que Dios en las Sagradas Letras nos da a entender, y no más bien qué es lo que el facundo orador o escritor, expone, empleando con cierta destreza las palabras de la Biblia. Ni tampoco aquella «palabra de Dios viva y eficaz y más penetrante que espadas de dos filos, y

que llega hasta la división del alma y del espíritu, y de las coyunturas y medulas, discernidora de los pensamientos y conceptos del corazón» [37], necesita de afeites o de acomodación humana, para mover y sacudir los ánimos; porque las mismas Sagradas Páginas, redactadas bajo la inspiración divina, tienen por sí mismas abundante sentido genuino; enriquecidas por divina virtud, tienen fuerza propia; adornadas con soberana hermosura, brillan por sí mismas y resplandecen, con tal que sean por el intérprete tan íntegra y cuidadosamente explicadas, que se saquen a luz todos los tesoros de sabiduría y prudencia en ellas ocultos.

Cómo se debe fomentar el estudio de los Santos Padres y de los grandes intérpretes.

En este desempeño podrá el exegeta católico egregiamente ayudarse del industrioso estudio de aquellas obras, con las que los Santos Padres, los Doctores de la Iglesia e ilustres intérpretes de los pasados tiempos expusieron las Sagradas Letras. Porque ellos, aun cuando a veces estaban menos pertrechados de erudición profana y conocimiento de lenguas que los intérpretes de nuestra edad, sin embargo, en conformidad con el oficio que Dios les dió en la Iglesia, culminan por cierta suave perspicacia de las cosas celestes y admirable agudeza de entendimiento, con las que íntimamente penetran las profundidades de la divina palabra, y ponen en evidencia todo cuanto puede conducir a la ilustración de la doctrina de Cristo y santidad de la vida. De doler es, en verdad, que tan preciosos tesoros de la antigüedad cristiana sean demasiado poco conocidos a no pocos de los escritores de nuestros tiempos, y que tampoco los cultivadores de la historia de la exégesis hayan todavía llevado a término todo aquello que, para investigar con perfección y estimar en su punto cosa de tanta importancia, parece necesario. Ojalá surjan muchos, que, examinando con diligencia los autores y obras de la interpretación católica de las Escrituras, y agotando, por decirlo así, las casi inmensas riquezas que aquellos acumularon, contribuyan eficazmente a que por un lado aparezca más claro cada día cuán hondamente penetraron ellos e ilustraron la divina doctrina de los Sagrados Libros, y por otro también los intérpretes actuales tomen ejemplo de ello y saquen oportunos argumentos. Pues así, por fin, se llegará a lograr la feliz y fecunda unión de la doctrina y espiritual suavidad de los antiguos en el decir con la mayor erudición y arte de los modernos, para producir, sin duda, nuevos frutos en el campo de las divinas Letras, nunca bastantemente cultivado, nunca exhausto.

[37] *Hebr.* IV, 12.

§ 3.—Puntos a los que especialmente deben atender los intérpretes de nuestro tiempo.

Condición actual de la exégesis.

Es además muy justo esperar que también nuestros tiempos puedan contribuir en algo a la interpretación más profunda y exacta de las Sagradas Letras. Puesto que no pocas cosas, sobre todo entre las concernientes a la historia, o apenas o no suficientemente fueron explicadas por los expositores de los pasados siglos, toda vez que les faltaban casi todas las noticias necesarias para ilustrarlas mejor. Cuán difíciles fuesen y casi inaccesibles algunas cuestiones para los mismos Padres, bien se echa de ver, por omitir otras cosas, en aquellos esfuerzos, que muchos de ellos repitieron, para interpretar los primeros capítulos del Génesis; y asimismo por los repetidos tanteos de San Jerónimo para traducir los Salmos de tal manera que se descubriese con claridad su sentido literal, o expresado en las palabras mismas. Hay, por fin, otros libros o sagrados textos cuyas dificultades ha descubierto precisamente la época moderna, desde que por el conocimiento más profundo de la antigüedad han nacido nuevos problemas, que hacen penetrar con más exactitud en el asunto. Van, pues, fuera de la realidad algunos que, no penetrando bien las condiciones de la ciencia bíblica, dicen sin más que al exegeta católico de nuestros días no le queda nada que añadir a lo que ya produjo la antigüedad cristiana; cuando, por el contrario, estos nuestros tiempos han planteado tantos problemas, que exigen nueva investigación y nuevo examen, y estimulan no poco el estudio activo del intérprete moderno.

Se ha de tener en cuenta la índole del escritor sagrado.

Porque nuestra edad, así como acumula nuevas cuestiones y nuevas dificultades, así también, por el favor de Dios, suministra nuevos recursos y subsidios de exégesis. Entre éstos parece digno de peculiar mención que los teólogos católicos, siguiendo la doctrina de los Santos Padres y principalmente del Angélico y Común Doctor, han explorado y propuesto la naturaleza y los efectos de la inspiración bíblica mejor y más perfectamente que como solía hacerse los siglos pretéritos. Porque partiendo del principio de que el escritor sagrado al componer el libro es órgano o instrumento del Espíritu Santo, con la circunstancia de ser vivo y dotado de razón, rectamente observan que él, bajo el influjo de la divina moción, de tal manera usa de sus facultades y fuerzas, que fácilmente puedan todos colegir del libro nacido de su acción la índole propia de cada uno y por decirlo así sus singulares carac-

teres y trazos»[28]. Así, pues, el intérprete con todo esmero, y sin descuidar ninguna luz que hayan aportado las investigaciones modernas, esfuércese por averiguar cuál fué la propia índole y condición de vida del escritor sagrado, en qué edad floreció, qué fuentes utilizó, ya escritas, ya orales, y qué formas de decir empleó. Porque a nadie se oculta que la norma principal de interpretación es aquella en virtud de la cual se averigua con precisión y se define qué es lo que el escritor pretendió decir, como egregiamente lo advierte San Atanasio: «Aquí, como conviene hacerlo en todos los demás pasajes de la divina Escritura, se ha de observar, con qué ocasión habló el Apóstol; se ha de atender con cuidado y fidelidad cuál es la persona, cuál el asunto que le movió a escribir, no sea que uno, ignorándolo, o entendiendo algo ajeno a ello, vaya descarriado del verdadero sentido»[29].

Importancia del género literario, especialmente en la historia.

Por otra parte, cuál sea el sentido *literal*, no es muchas veces tan claro en las palabras y escritos de los antiguos orientales como en los escritores de nuestra edad. Porque no es con solas las leyes de la gramática o filología, ni con solo el contexto del discurso con lo que se determina qué es lo que ellos quisieron significar con las palabras; es absolutamente necesario que el intérprete se traslade mentalmente a aquellos remotos siglos del Oriente, para que, ayudado convenientemente con los recursos de la historia, arqueología, etnología y de otras disciplinas, discierna y vea con distinción qué géneros literarios, como dicen, quisieron emplear y de hecho emplearon los escritores de aquella edad vetusta. Porque los antiguos orientales no empleaban siempre las mismas formas y las mismas maneras de decir que nosotros hoy, sino más bien aquellas que estaban recibidas en el uso corriente de los hombres de sus tiempos y países. Cuáles fuesen éstas, no lo puede el exegeta como establecer de antemano, sino con la escrupulosa indagación de la antigua literatura del Oriente. Ahora bien, esta investigación, llevada a cabo en estos últimos decenios con mayor cuidado y diligencia que antes, ha manifestado con más claridad qué formas de decir se usaron en aquellos antiguos tiempos, ora en la descripción poética de las cosas, ora en el establecimiento de las normas y leyes de la vida, ora, por fin, en la narración de los hechos y acontecimientos. Esta misma investigación ha probado ya lúcidamente que el pueblo israelítico se aventajó singularmente entre las demás antiguas naciones orientales en escribir bien la historia, tanto por la antigüedad

[28] Cf. Benedictus XV, Enc. *Spiritus Paraclitus; Acta Ap. Sedis* XII (1920), p. 390; *Ench. Bibl.* n. 461.
[29] *Contra Arianos* I. 54; *PG.* XXVI, col. 123.

como por la fiel relación de los hechos, lo cual en verdad se concluye también por el carisma de la divina inspiración y por el peculiar fin de la historia bíblica, que pertenece a la religión. No por eso se debe admirar nadie que tenga recta inteligencia de la inspiración, de que también entre los Sagrados Escritores, como entre los otros de la antigüedad, se hallen ciertas artes de exponer y narrar; ciertos idiotismos, sobre todo propios de las lenguas semíticas; las que se llaman aproximaciones, y ciertos modos de hablar hiperbólicos; más aún, a veces hasta paradojas para imprimir las cosas en la mente con más firmeza. Porque ninguna de aquellas maneras de hablar, de que entre los antiguos, particularmente entre los orientales, solía servirse el humano lenguaje para expresar sus ideas, es ajena de los Libros Sagrados, con esta condición, empero, que el género de decir empleado en ninguna manera repugne a la santidad y verdad de Dios, según que, conforme a su sagacidad, lo advirtió ya el mismo Doctor Angélico por estas palabras: «En la Escritura las cosas divinas se nos dan al modo que suelen usar los hombres» [30]. Porque así como el Verbo substancial de Dios se hizo semejante a los hombres en todas las cosas «excepto el pecado» [31], así también las palabras de Dios, expresadas en lenguas humanas, se hicieron semejantes en todo al humano lenguaje, excepto el error; lo cual en verdad lo ensalzó ya con sumas alabanzas San Juan Crisóstomo, como una *sincatábasis* o «condescendencia» de Dios próvido, y afirmó una y varias veces que se halla en los Sagrados Libros [32].

Por esta razón, el exegeta católico, a fin de satisfacer a las necesidades actuales de la ciencia bíblica, al exponer la Sagrada Escritura y mostrarla y probarla inmune de todo error, válgase también prudentemente de este medio, indagando qué es lo que la forma de decir o el género literario empleado por el hagiógrafo contribuye para la verdadera y genuina interpretación; y se persuada que esta parte de su oficio no puede descuidarse sin gran detrimento de la exégesis católica. Puesto que no raras veces —para no tocar sino este punto— cuando algunos reprochándolo cacarean que los Sagrados Autores se descarriaron de la fidelidad histórica, o contaron las cosas con menos exactitud, se averigua que no se trata de otra cosa sino de aquellas maneras corrientes y originales de decir y narrar propias de los antiguos, que a cada momento se empleaban mutuamente en el comercio humano, y que en realidad se usaban en virtud de una costumbre lícita y común. Exige, pues, una justa equidad del ánimo, que, cuando se encuentran estas cosas en el divino oráculo, el cual, como destinado a hombres, se expresa con palabras humanas,

[30] *Comment ad Hebr.* cap. I, lectio 4.

[31] *Hebr.* IV, 15.

[32] Cf. v. gr. *In Gen.* I, 4 (*PG.* LIII, col. 34-35); *In Gen.* II, 21 (*ib.* col. 121); *In Gen.* III, 8 (*ib.*, col. 135); *Hom.* 15 *in Ioan.*, ad 1, 18 (*PG.* LIX, col. 97 sq.).

no se las arguya de error, no de otra manera que cuando se emplean en el uso cotidiano de la vida. Así es que, conocidas y exactamente apreciadas las maneras y artes de hablar y escribir en los antiguos, podrán resolverse muchas dificultades, que se objetan contra la verdad y fidelidad histórica de las Divinas Letras; ni será menos a propósito este estudio para conocer más plenamente y con mayor luz la mente del Sagrado Autor.

Se han de promover los estudios de las antigüedades bíblicas.

Así, pues, nuestros cultivadores de estudios bíblicos pongan también su atención en esto con la debida diligencia, y no omitan nada de nuevo que hubieren aportado, sea la arqueología, sea la historia antigua, o el conocimiento de las antiguas letras, y cuanto sea apto para mejor conocer la mente de los escritores vetustos y su manera, forma y arte de razonar, narrar y escribir. Y en esta cuestión aun los varones católicos del estado seglar tengan en cuenta que no sólo contribuyen a la utilidad de la doctrina profana, sino que son también beneméritos de la causa cristiana, si se entregan, como es razón, con toda constancia y empeño a la exploración e investigación de la antigüedad, y ayudan conforme a sus fuerzas a resolver las cuestiones de este género, hasta ahora menos claras y transparentes. Porque todo conocimiento humano, aun no sagrado, así como tiene su como nativa dignidad y excelencia—por ser una cierta participación finita de la infinita ciencia de Dios—, así recibe una nueva y más alta dignidad y como consagración, cuando se emplea para ilustrar con más clara lumbre las mismas cosas divinas.

§ 4.—Modo de tratar las cuestiones más difíciles.

Dificultades felizmente resueltas con los estudios modernos.

Por la exploración tan adelantada, que arriba dijimos, de las antigüedades orientales, por la investigación más esmerada del mismo texto primitivo, y asimismo por el más amplio y diligente conocimiento, ya de las lenguas bíblicas, ya de todas las que pertenecen al Oriente, con el auxilio de Dios felizmente ha acontecido que no pocas de aquellas cuestiones, que en la época de Nuestro Predecesor de inmortal recordación León XIII suscitaron contra la autenticidad, antigüedad, integridad y fidelidad histórica de los Libros Sagrados los críticos ajenos a la Iglesia o también hostiles a ella, hoy se hayan eliminado y resuelto. Puesto que los exegetas católicos, valiéndose justamente de las mismas armas de ciencia, de que nuestros adversarios no raras veces abusaban, han presentado por una parte aquellas interpretaciones

que están en conformidad con la doctrina católica y la genuina sentencia heredada de nuestros mayores, y por otra parecen haberse al mismo tiempo capacitado para resolver las dificultades, que o las nuevas exploraciones y nuevos inventos trajeren o la antigüedad hubiere dejado a nuestra época para su resolución. De aquí ha resultado, que la confianza en la autoridad y verdad histórica de la Biblia, debilitada en algunos un tanto por tantas impugnaciones, hoy entre los católicos se haya restituído a su entereza; más aún, no faltan escritores no católicos, que, emprendiendo investigaciones con sobriedad y equidad, han llegado al punto de abandonar los prejuicios de los modernos y volver, a lo menos acá y allá, a las sentencias más antiguas. El cual cambio de situación se debe en gran parte a aquel trabajo infatigable con que los expositores católicos de las Sagradas Letras, sin dejarse arredrar en modo alguno de las dificultades y obstáculos de todas clases, con todas sus fuerzas se empeñaron en usar debidamente de los medios que la investigación actual de los eruditos proporcionaba para resolver las nuevas cuestiones, ora en el campo de la arqueología, ora en el de la historia y filología.

Dificultades todavía no resueltas o insolubles.

Nadie, con todo eso, se admire que no se hayan todavía resuelto y vencido todas las dificultades, sino que aun hoy haya graves problemas que preocupan no poco los ánimos de los exegetas católicos. Y en este caso no hay que decaer de ánimo, ni se debe olvidar que en las disciplinas humanas no acontece de otra manera que en la naturaleza: a saber, que los comienzos van creciendo poco a poco y que no pueden recogerse los frutos sino después de muchos trabajos. Así ha sucedido, que algunas disputas que en los tiempos anteriores se tenían sin solución y en suspenso, por fin en nuestra edad con el progreso de los estudios se han resuelto felizmente. Por lo cual tenemos esperanza que aun aquellas que ahora parezcan sumamente enmarañadas y arduas, lleguen por fin con el constante esfuerzo a quedar patentes en plena luz. Y si la deseada solución se retarda por largo tiempo, y el éxito feliz no nos sonríe a nosotros, sino que acaso se relega a que lo alcancen los venideros, nadie por eso se incomode, siendo, como es, justo que también a nosotros nos toque lo que los Padres, y especialmente San Agustín [33], avisaron en su tiempo: a saber, que Dios con todo intento sembró de dificultades los Sagrados Libros, que él mismo inspiró, para que no sólo nos excitáramos con más intensidad a revolverlos y escudriñarlos, sino

[33] Cf. S. Aug., *Epist.* 149 ad Paulinum, n. 34 (*PL.* XXXIII, col. 644); *De diversis quaestionibus*, q. 53, n. 2 (*ib.* XL, col. 36); *Enarr. in Ps.* 146, n. 12 (*ib.* XXXVII, col. 1907).

también, experimentando saludablemente los límites de nuestro ingenio, nos ejercitáramos en la debida humildad. No es, pues, nada de admirar si de una u otra cuestión no se ha de tener jamás respuesta completamente satisfactoria, siendo así que a veces se trata de cosas oscuras y demasiado lejanamente remotas de nuestros tiempos y de nuestra experiencia, y pudiendo también la exégesis, como las demás disciplinas más graves, tener sus secretos, que, inaccesibles a nuestros entendimientos, no puedan descubrirse con ningún esfuerzo.

Se han de buscar las soluciones positivas.

Con todo, en tal condición de cosas, el intérprete católico, movido por un amor eficaz y esforzado de su ciencia, y sinceramente devoto a la Santa Madre Iglesia, por nada debe cejar en su empeño de emprender una y otra vez las cuestiones difíciles no desenmarañadas todavía, no solamente para refutar lo que opongan los adversarios, sino para esforzarse en hallar una explicación sólida, que de una parte concuerde fielmente con la doctrina de la Iglesia, y nominalmente con lo por ella enseñado acerca de la inmunidad de todo error en la Sagrada Escritura, y de otra satisfaga también debidamente a las conclusiones ciertas de las disciplinas profanas. Y por lo que hace a los conatos de estos estrenuos operarios de la viña del Señor, recuerden todos los demás hijos de la Iglesia, que no sólo se han de juzgar con equidad y justicia, sino también con suma caridad; los cuales, a la verdad, deben estar alejados de aquel espíritu poco prudente, con el que se juzga que todo lo nuevo, por lo mismo de serlo, debe ser impugnado, o tenerse por sospechoso. Porque tengan en primer término ante los ojos, que en las normas y leyes dadas por la Iglesia se trata de la doctrina de fe y costumbres; y que entre las muchas cosas que en los Sagrados Libros, legales, históricos, sapienciales y proféticos se proponen son solamente pocas aquellas cuyo sentido haya sido declarado por la autoridad de la Iglesia, ni son muchas aquellas de las que haya unánime consentimiento de los Padres. Quedan, pues, muchas, y ellas muy graves, en cuyo examen y exposición se puede y debe libremente ejercitar la agudeza y el ingenio de los intérpretes católicos, a fin de que cada uno, conforme a sus fuerzas, contribuya a la utilidad de todos, al adelanto cada día mayor de la doctrina sagrada y a la defensa y honor de la Iglesia. Esta verdadera libertad de los hijos de Dios, que retenga fielmente la doctrina de la Iglesia, y como don de Dios reciba con gratitud y emplee todo cuanto aportare la ciencia profana, levantada y sustentada, eso sí, por el empeño de todos, es condición y fuente de todo fruto sincero y de todo sólido adelanto en la ciencia católica, como preclaramente lo amonesta nuestro Antecesor, de feliz recordación, León XIII, cuando dice: «Si no es con el con-

sentimiento de los ánimos y colocados en firme los principios, no será posible esperar de los esfuerzos aislados de muchos grandes frutos en esta ciencia» [34].

§ 5.—Uso de la Sagrada Escritura en la instrucción de los fieles.

Varias maneras de emplear la Sagrada Escritura en el ministerio sagrado.

Quien considerare aquellos enormes trabajos, que la exégesis católica se ha echado sobre sí por casi dos mil años, para que la palabra de Dios concedida a los hombres por las Sagradas Letras se entienda cada día con más profundidad y perfección y sea más ardientemente amada, fácilmente se persuadirá que a los fieles de Cristo, y sobre todo a los sacerdotes, incumbe la grave obligación de servirse abundante y santamente de este tesoro, acumulado durante tantos siglos por los más excelsos ingenios. Porque los Sagrados Libros no se los dió Dios a los hombres para satisfacer su curiosidad o para suministrarles materia de estudio e investigación, sino, como lo advierte el Apóstol, para que estos divinos oráculos nos pudieran «instruir para la salud por la fe que es en Cristo Jesús» y «a fin de que el hombre de Dios fuese perfecto y estuviese apercibido para toda obra buena». [35] Los sacerdotes, pues, a quienes está encomendado el cuidado de la eterna salvación de los fieles, después de haber indagado ellos con diligente estudio las Sagradas Páginas, y habérselas hecho suyas con la oración y meditación, expongan cuidadosamente estas soberanas riquezas de la divina palabra en sermones, homilías y exhortaciones; confirmen asimismo la doctrina cristiana con sentencias tomadas de los Sagrados Libros, ilústrenla con preclaros ejemplos de la historia sagrada, y nominalmente del Evangelio de Cristo nuestro Señor, y todo esto—evitando con cuidado y diligencia aquellas acomodaciones propias del capricho individual y sacadas de cosas muy ajenas al caso, lo cual no es uso, sino abuso de la divina palabra—expónganlo con tanta elocuencia, con tanta distinción y claridad, que los fieles no sólo se muevan y se inflamen a poner en buen orden su vida, sino que conciban también en sus ánimos suma veneración a la Sagrada Escritura. Por lo demás, esta veneración procúrenla aumentar más y más cada día los sagrados Prelados en los fieles encomedados a ellos, dando auge a todas aquellas empresas, con las que varones llenos de espíritu apostólico se esfuerzan loablemente en excitar y fomentar entre

[34] Litt. Apost. *Vigilantiae;* Leonis XIII, *Acta* XXII, p. 237; *Ench. Bibl.* n. 136.
[35] Cf. II *Tim.* III, 15, 17.

los católicos el conocimiento y amor de los Sagrados Libros. Favorezcan, pues, y presten su auxilio a todas aquellas pías asociaciones que tengan por fin editar y difundir entre los fieles ejemplares impresos de las Sagradas Escrituras, principalmente de los Evangelios, y procurar con todo empeño que en las familias cristianas se tenga ordenada y santamente cotidiana lectura de ellas; recomienden eficazmente la Sagrada Escritura, traducida en la actualidad a las lenguas vulgares con aprobación de la autoridad de la Iglesia, ya de palabra, ya con el uso práctico, cuando lo permiten las leyes de la liturgia, y o tengan ellos o procuren que las tengan otros sagrados oradores de gran pericia, disertaciones o lecciones de asuntos bíblicos. Y por lo que atañe a las revistas, que periódicamente se editan en varias partes del mundo con tanta loa y tanto fruto, ya para tratar y exponer cuestiones según la norma científica, ya para acomodar los frutos de estas investigaciones o al ministerio sagrado o a la utilidad de los fieles, todos los sagrados ministros les presten su ayuda según sus fuerzas, y divúlguenlos oportunamente entre los varios grupos y clases de su grey. Y los mismos sacerdotes en general estén persuadidos de que todas estas cosas y todas las demás por el estilo que el celo apostólico y el sincero amor de la divina palabra inventare, a propósito para este designio, han de serles un eficaz auxiliar en el cuidado de las almas.

Formación bíblica en los Seminarios.

Pero a nadie se le esconde que todo esto no pueden los sacerdotes llevarlo a cabo en regla, si primero ellos mismos, mientras permanecieron en los Seminarios, no bebieron este activo y perenne amor de la Sagrada Escritura. Por lo cual los sagrados Prelados, sobre quienes carga el paternal cuidado de sus Seminarios, vigilen con diligencia para que también en este punto nada se omita, que pueda ayudar a la consecución de este fin. Y los maestros de Sagrada Escritura de tal manera lleven a cabo en los Seminarios la enseñanza bíblica, que armen a los jóvenes que han de formarse para el sacerdocio y para el ministerio de la divina palabra con aquel conocimiento de las divinas Letras y los imbuyan en aquel amor hacia ellas, sin los cuales no se pueden obtener abundantes frutos de apostolado. Por lo cual la exposición exegética atienda principalmente a la parte teológica, evitando las disputas inútiles y omitiendo aquellas cosas que nutren más la curiosidad que la verdadera doctrina y piedad sólida; propongan el sentido llamado literal y sobre todo el teológico con tanta solidez, explíquenlo con tal competencia e incúlquenlo con tal ardor, que en cierto modo sus alumnos experimenten lo que los discípulos de Jesucristo que iban a Emaús, los cuales, después de oídas las palabras del Maestro, exclamaron: «¿No es cierto que nuestro

corazón se abrasaba dentro de nosotros, mientras nos descubría las Escrituras¿» [36]. De este modo las divinas Letras sean para los futuros sacerdotes de la Iglesia por un lado fuente pura y perenne de la vida espiritual de cada uno, y por otro alimento y fuerza del sagrado cargo de predicar que han de tomar a su cuenta. Y a la verdad, si esto llegaren a conseguir los profesores de esta gravísima asignatura en los Seminarios, persuádanse con alegría que han contribuído en sumo grado a la salud de las almas, al adelanto de la causa católica, al honor y gloria de Dios, y que han llevado a término una obra la más íntimamente unida con el ministerio apostólico.

Oportunidad de la palabra de Dios en este tiempo de guerra: consuelo para los atribulados, camino de justicia para todos.

Estas cosas que hemos dicho, Venerables Hermanos y amados hijos, si bien en todas las épocas son necesarias, urgen sin duda mucho más en nuestros luctuosos tiempos, mientras los pueblos y las naciones casi todas se sumergen en un piélago de calamidades, mientras la gigantesca guerra acumula ruinas sobre ruinas y muertes sobre muertes, y mientras, excitados mutuamente los odios acerbísimos de los pueblos, vemos con sumo dolor que en no pocos se extingue no sólo el sentido de la cristiana benignidad y caridad, sino aun el de la misma humanidad. Ahora bien: a estas mortíferas heridas del comercio humano ¿quién otro puede poner remedio, sino aquél, a quien el Príncipe de los Apóstoles, lleno de amor y de confianza, invoca con estas frases: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna»¿ [37]. Es, pues, necesario reducir a todos y con todas las fuerzas a este misericordiosísimo Redentor nuestro; porque Él es el divino consolador de todos los afligidos; Él es quien a todos—sea que presidan con pública autoridad, sea que estén sujetos con el deber de obediencia y sumisión—enseña la probidad digna de este nombre, la justicia integral y la caridad generosa; Él es, finalmente, y sólo Él, quien puede ser firme fundamento y sostén de la paz y de la tranquilidad. «Porque nadie puede poner otro fundamento, fuera del puesto, que es Cristo Jesús» [38]. Y a este Cristo, autor de la salud, tanto más plenamente le conocerán los hombres, tanto más intensamente le amarán, tanto más fielmente le imitarán, cuanto con más afición se sientan movidos al conocimiento y meditación de las Sagradas Letras, especialmente del Nuevo Testamento. Porque, como dijo el Estridonés: «El ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo» [39], y «si algo hay que en esta vida inte-

[36] Luc. XXIV, 32.
[37] Ioan. VI, 69.
[38] I *Cor.* III, 11.
[39] S. Hieronymus, *In Isaiam, prologus; PL.* XXIV, col. 17.

rese al hombre sabio, y le persuada a permanecer con igualdad de ánimo entre los aprietos y torbellinos del mundo, creo que más que nada es la meditación y ciencia de las Escrituras» [40]. Porque de aquí sacarán los que se ven fatigados y oprimidos con adversidades y ruinas verdadero consuelo y divina virtud para padecer, para aguantar; aquí, en los Santos Evangelios, se presenta a todos Cristo, sumo y perfecto ejemplar de justicia, caridad y misericordia; y al género humano desgarrado y trepidante le están abiertas las fuentes de aquella divina gracia, postergada la cual y dejada a un lado, no podrán los pueblos ni los directores de los pueblos iniciar, ni establecer ninguna tranquilidad de situación ni concordia de los ánimos; allí finalmente aprenderán todos a Cristo, «que es cabeza de todo principado y potestad» [41] y «que fué hecho para nosotros por Dios sabiduría y justicia y santificación y redención» [42].

CONCLUSIÓN

Exhortación a los cultivadores de los estudios bíblicos.

Expuestas, pues, y recomendadas aquellas cosas que tocan a la adaptación de los estudios de las Sagradas Escrituras a las necesidades de hoy, resta ya, Venerables Hermanos y amados hijos, que a todos y cada uno de aquellos cultivadores de la Biblia, que son devotos hijos de la Iglesia y obedecen fielmente a su doctrina y normas, no sólo les felicitemos con ánimo paternal por haber sido elegidos y llamados a cargo tan excelso, sino que también les demos nuevo aliento, para que continúen en cumplir con fuerzas cada día renovadas, con todo empeño, y con todo cuidado la obra felizmente comenzada. Excelso cargo, decimos: ¿qué hay, en efecto, más sublime que escudriñar, explicar, proponer a los fieles, defender contra los infieles la misma palabra de Dios, dada a los hombres por inspiración del Espíritu Santo? Se apacienta y nutre con este alimento espiritual el mismo espíritu del intérprete «para recuerdo de la fe, para consuelo de la esperanza, para exhortación de la caridad» [43]. «Vivir entre estas ocupaciones, meditar estas cosas, no conocer, no buscar nada más, ¿no os parece que es un goce anticipado en la tierra del reino celeste?» [44]. Apaciéntense también con este mismo manjar las

[40] Id., *In Ephesios, prologus; PL.* XXVI, col. 439.
[41] *Col.* II, 10.
[42] I *Cor.* I, 30.
[43] Cf. S. Aug. *Contra Faustum* XIII 18; *PL.* XLII, col. 294; *CSEL.* XXV, p. 400.
[44] S. Hieron., *Ep.* 53, 10; *PL.* XXII, col. 549; *CSEL.* LIV, p. 463.

almas de los fieles, para sacar de él conocimiento y amor de Dios y el propio aprovechamiento y felicidad de sus almas. Entréguense, pues, de todo corazón a este negocio los expositores de la divina palabra. «Oren, para entender» [45]; trabajen para penetrar cada día con más profundidad en los secretos de las Sagradas Páginas; enseñen y prediquen, para abrir también a otros los tesoros de la palabra de Dios. Lo que en los siglos pretéritos llevaron a cabo con gran fruto aquellos preclaros intérpretes de la Sagrada Escritura, emúlenlo también según sus fuerzas los intérpretes del día, de tal manera, que, como en los pasados tiempos, así también al presente tenga la Iglesia eximios Doctores en exponer las Divinas Letras; y los fieles de Cristo, gracias al trabajo y esfuerzo de ellos, perciban toda la luz, fuerza persuasiva y alegría de las Sagradas Escrituras. Y en este empleo, arduo en verdad y grave, tengan también ellos «por consuelo los Santos Libros» [46] y acuérdense de la retribución que les espera: toda vez que aquellos «que hubieren sido sabios brillarán como la luz del firmamento; y los que enseñan a muchos la justicia, como estrellas por toda la eternidad» [47].

Entretanto, mientras a todos los hijos de la Iglesia, y nominalmente a los profesores de la ciencia bíblica, al clero adolescente y a los sagrados oradores ardientemente les deseamos que, meditando continuamente los oráculos de Dios, gusten cuán bueno y suave es el espíritu del Señor [48]; a vosotros todos y a cada uno en particular, Venerables Hermanos y amados hijos, como prenda de los dones celestes y testimonio de Nuestra paterna benevolencia, os impartimos de todo corazón en el Señor la Bendición Apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, el día XXX del mes de septiembre, en la festividad de San Jerónimo, Doctor Máximo en exponer las Sagradas Escrituras, el año MDCCCCXXXXIII, quinto de Nuestro Pontificado.

PIO PP. XII

[45] S. Aug., *De doctr. christ.* III, 56; *PL.* XXXIV, col. 89.
[46] I *Mach.* XII, 9.
[47] Dan. XII, 3.
[48] Cf. *Sap.* XII, 1.

PROLOGO DE LOS TRADUCTORES

NO es nada fácil el oficio de traductor, si el que traduce no ha de hacer verdadero el proverbio italiano: «Traduttore, traditore».

La dificultad es mucho mayor cuando lo que se ha de traducir es la Sagrada Escritura, cuyos textos originales fueron escritos en hebreo o en griego bíblico, y la traducción ha de hacerse a una lengua de tan distinta índole como respecto de aquéllas es la castellana.

Si la primera cualidad de una versión ha de ser la fidelidad, *mucho más necesaria será ésta al traducir la Sagrada Escritura, por ser obra divinamente inspirada, palabra de Dios, pues de no dar la versión fielmente el sentido de de los originales, ofrecería el traductor, como palabra de Dios, lo que realmente sería palabra humana. Por eso, al hacer esta versión, nos hemos propuesto que sea en primer término enteramente fiel. Aun siendo firmísimo el propósito, son a veces insuperables las dificultades que a su realización se oponen, por no haber siempre exacta correspondencia entre las palabras de las lenguas originales y las de nuestra lengua. No creemos, sin embargo, que la fidelidad obligue al traductor a seguir servilmente la letra del original, reproduciéndola exactamente con palabras castellanas. Esto, más que una traducción, sería una trascripción, y en la mayor parte de los casos, un verdadero galimatías ininteligible y enteramente insoportable. De traducciones así podríamos aducir numerosos ejemplos; pero atendiendo a la brevedad, nos limitamos a consignar el hecho.*

También a las palabras del texto ha de atender el traductor; pero más que a ellas ha de atender, y principalmente, al sentido de las construcciones, para darlo con escrupulosa fidelidad en la lengua a que traduce. Esto es imposible de conseguir, si no ha de tener el traductor cierta libertad; pero es al mismo tiempo causa de que el traductor navegue siempre entre dos escollos a cual más peligroso: El excesivo servilismo a la letra y la excesiva libertad en la interpretación. En evitar el uno y el otro hemos puesto gran empeño; mas seguramente habremos dado no pocas veces en alguno de los dos.

Las lenguas originales empleadas en la Biblia tienen, como todas las lenguas, sus modismos, hebraísmos principalmente, y los tiene también la lengua castellana. Los de aquéllas se corresponden a veces exactamente con los de ésta, o han pasado a ella por el influjo que sobre nuestra lengua ha ejercido la literatura bíblica. Cuando así es, no hay dificultad en la traducción. Pero son muchos los casos en que el hebraísmo es intraducible, o solamente con muchos rodeos podría traducirse de manera que lo entendiese el lector castellano. En estos casos, o hemos dado en la versión el sentido del mismo, o lo hemos aclarado en breve nota exegética.

En la trascripción de nombres propios, personales o geográficos, hemos seguido el camino que siguió nuestra lengua al apropiárselos, acomodándolos

a su índole. Así, hemos trascrito siempre por nuestra j *el* Iod *inicial, excepto en el nombre* Yave, *por parecernos intolerable a oídos castellanos la palabra que de hacerlo resultaría. No trascribimos las semivocales, creyéndolas suficientemente representadas por nuestras vocales. Hemos, sin embargo, exceptuado el* He, *sobre todo en principio de palabra, por tener en nuestra ortografía su correspondiente, la* h. *Hemos prescindido de la diversa pronunciación, dura o suave, de ciertas consonantes hebreas, excepto en los casos en que esa pronunciación tiene correspondencia en los sonidos consonantes de nuestra lengua. Todas las sibilantes, en que tan rica es la lengua hebrea, las trascribimos por nuestra* s, *fuera del* Zain, *que corresponde a nuestra* z *o a nuestra* c *suave. Hemos prescindido de la duplicación o alargamiento de las consonantes, tan frecuente en hebreo, fuera de los casos en que, por darse dos nombres distintos, uno con la duplicación y otro sin ella, el suprimirla podía ser causa de confusión.*

Tampoco trascribimos el Ayin *más que por su vocal, ya que esta consonante, ni tiene correspondiente gráfico en nuestro alfabeto, ni es para nosotros pronunciable.*

La trascripción de los nombres propios griegos no ofrece ya tanta dificultad, por la mayor afinidad de ambas lenguas. Al trascribirlos, hemos seguido también el proceso que al apropiárselos siguió nuestra lengua, acomodándonos a las normas corrientes en la derivación de tantas palabras griegas como han entrado a formar parte de nuestro léxico.

Además de la fidelidad, ha de tener toda buena traducción la claridad, *pues de nada serviría todo si la traducción fuera ininteligible. Hemos puesto nuestro empeño todo en procurarla, hasta el punto de sacrificar a veces en aras de ella otras deseables cualidades. Hay, sin embargo, casos en que la claridad es imposible, si la versión ha de ser fiel, por ser oscuro el texto mismo; y en estos casos hemos preferido dar el texto con su propia oscuridad, antes que exponernos a falsearlo con nuestra interpretación. En casos tales hemos procurado aclararlo en breve nota exegética. Afortunadamente esos casos no son muchos.*

No está todo conseguido si se logra una versión fiel *y* clara. *Es preciso que la versión esté verdaderamente en* lengua castellana, *en frase castellana, con períodos castellanos, conforme a la sintaxis de nuestra lengua. Mas al procurar esto se corre el peligro de quitar a la obra su color semítico o griego. Es, pues, necesario armonizar lo uno con lo otro, dar a la versión color castellano sin que pierda su color hebreo o griego, y esto sí que es arduo y difícil. Por conseguirlo hemos hecho cuanto nos ha sido posible; mas no se nos oculta que muchas veces no lo hemos alcanzado.*

Hemos, pues, pretendido, al hacer esta versión directa de los textos originales de la Sagrada Escritura, dar al lector una versión castellana lo más fiel, clara y limpia que nosotros hemos podido y sabido hacer. Lo difícil del empeño en sí, y la buena voluntad que en lograrlo hemos puesto, muevan al lector, no a disimular, mas sí a perdonar los yerros que hayamos cometido.

Sabido es que, tanto el texto hebreo masorético, cuanto la versión alejandrina, y aun el mismo texto griego del Nuevo Testamento, no han llegado hasta nosotros enteramente puros, y que a veces sus lecciones no son las originales de los hagiógrafos. Por eso, a la interpretación ha de preceder la crítica de los textos. Al hacerla, hemos procurado seguir siempre con la mayor escrupulosidad las normas de la más sana crítica, rechazando sólo las lecciones evidentemente erróneas, por no dar sentido o dar un sentido contradictorio del contexto. Si a veces, para la reconstrucción del texto, hemos tenido que recurrir a la conjetura, hemos procurado reducirla a lo menos posible. Dar razón de esta crítica textual, más que de una versión, es propio del comentario, y por eso tan sólo algunas

veces damos razón de ella en breve nota crítica. Cuando en el texto masorético hemos creído ver omisiones, las hemos suplido. Cuando en él hemos creído ver traslocaciones, el orden del texto y el que a nuestro parecer tuvo antes, van suficientemente indicados por la numeración de los versos.

La versión va precedida de una breve introducción general a todos los libros de la Sagrada Escritura. Hemos procurado que, dentro de la brevedad, sea lo más completa posible, dando al lector lo más necesario para entrar preparado en la lectura de los libros.

Las introducciones especiales son generalmente introducciones a grupos de libros; mas hemos creído conveniente hacer preceder también cada libro de una introducción especial. En todas ellas hemos procurado ser breves, pero completos en cuanto a lo más necesario.

Por lo que hace al orden de los libros, hemos seguido el tradicional, aunque introduciendo en él una ligera modificación. En cada grupo de libros van éstos en el orden acostumbrado; mas nos ha parecido conveniente invertir en algo el de los grupos, poniendo los proféticos a continuación de los históricos y dejando los sapienciales para el fin, ya que los proféticos son principalmente la explicación o inculcación de la Ley, que principalmente contienen los históricos, y los sapienciales son como la corona, la flor diríamos más bien, de la Ley y de la profecía. Cuanto al Nuevo Testamento, en la sucesión de los grupos de las epístolas paulinas hemos seguido el orden cronológico.

CONSEJOS DE SAN AGUSTIN A LOS LECTORES DE LA SAGRADA ESCRITURA

«Cuantos temen a Dios y por la piedad son mansos, buscan en todos estos libros la voluntad de Dios.

Como ya hemos dicho, lo primero en este empeño y trabajo ha de ser conocer estos libros, leyéndolos, aunque no todavía para entenderlos; más bien, o para aprenderlos de memoria, o por lo menos para que no le sean enteramente desconocidos.

Después se ha de investigar ya más solícita y cuidadosamente lo que en ellos claramente se dice, ya sean reglas de vida, ya reglas de fe; y en esto, tanto más podrá hallar cada uno, cuanto mayor capacidad de entender tenga, pues en esto que claramente se dice en las Escrituras está cuanto pertenece a la fe y a las costumbres de vida; es decir, a la esperanza y a la caridad, de que tratamos en el libro anterior.

Luego, una vez ya adquirida cierta familiaridad con el lenguaje mismo de las Divinas Escrituras, procédase a explicar y discutir lo que de oscuro hay en ellas, tomando ejemplos de locuciones claras, para ilustrar por ellas las locuciones más oscuras, y por las sentencias ciertas resolver las dudas de las dudosas. En esto servirá de mucho la memoria; pero si ésta falta, no se la darán a nadie estas reglas.»

De *Doctrina Christiana*, l. II, c. 9.

INTRODUCCIONES

INTRODUCCION GENERAL A LOS LIBROS DE LA SAGRADA ESCRITURA

I

LA REVELACION PROFETICA

1. Las Sagradas Escrituras, inestimable don de Dios.

Las sagradas Escrituras son un inestimable don de Dios, que el hombre no podrá nunca suficientemente agradecerle. Elevado al orden sobrenatural, a la participación de la misma naturaleza divina, y caído de él por el pecado de nuestros primeros padres, plugo a Dios en su infinita misericordia redimirle, elevándole de nuevo a una altura sobrenatural, mayor todavía que aquella de que cayó. Estos sus amorosos designios sobre él, ha ido Dios descubriéndoselos al hombre gradualmente, *revelándoselos*, dándole así a conocer los inefables misterios de la vida divina, de su amorosa providencia, especialmente en cuanto a la redención, en los cuales participaría el hombre, por su incorporación como miembro al cuerpo místico de la Iglesia, cuya cabeza es el Unigénito del Padre, hecho carne, que con su sangre preciosa había de redimir a la caída humanidad de la servidumbre del pecado.

2.—Principal contenido de las Sagradas Escrituras. La revelación.

Esta revelación, hecha de una manera gradual y progresiva, es el principal contenido de las Sagradas Escrituras, pues aunque en ellas se contengan otras muchas cosas, accesibles a la humana inteligencia, que reveló Dios al hombre para que con mayor facilidad y certeza pudiera conocerlas sin mezcla de error, todas ellas se subordinan al fin principal de las Sagradas Escrituras: Dar a conocer al hombre los inescrutables amorosos designios de Dios sobre él.

3. No son las Sagradas Escrituras la fuente única de la revelación.

No son solamente las Divinas Escrituras las que contienen este sagrado depósito. Se contiene, además, en la tradición viviente de la Iglesia de Cristo, que es la fiel depositaria del divino tesoro y el intérprete autorizado de los sagrados libros.

Sólo la Iglesia puede indicarnos con infalible certeza cuáles son los libros que, escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, contienen el sagrado depósito. Cualquier otro criterio será del todo insuficiente y sólo podrá servir para confirmar la verdad de la doctrina de la Iglesia, pues siendo la inspiración un hecho sobrenatural, sólo una autoridad de orden sobrenatural e infalible podrá suficientemente certificarnos de él.

4. Las Sagradas Escrituras son obra de Dios y del hombre.

Todos y sólo los libros canónicos, es decir, los que ha incluído la Iglesia en su canon de las Sagradas Escrituras, han sido escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo, y son, por tanto, obra divina. Tienen a Dios por autor principal, aunque sean también al mismo tiempo obra humana, cada uno del autor que, inspirado, lo escribió. Este doble carácter de los libros santos, totalmente obra de Dios, totalmente obra del hombre, es fundamental y capitalísimo para el conocimiento e interpretación de las Divinas Escrituras, y, de no tenerlo en cuenta, tropezará el lector de estos libros con innumerables e insolubles dificultades.

El autor humano es órgano, instrumento del Espíritu Santo, pero instrumento vivo y racional, que bajo la acción de Dios desarrolla su actividad y usa de sus facultades de tal manera que en el libro por él escrito queda como grabada su personalidad, que fácilmente podrá de él deducir el lector. Es, pues, necesario, al interpretar, penetrar en ello cuanto sea posible, sin prescindir de nada que pueda contribuir a darnos a conocer al autor en todos sus rasgos personales característicos y en el desarrollo de su actividad, su índole, su carácter, su formación espiritual, sus condiciones de vida, el tiempo en que vivió, las fuentes que utilizó, ya orales, ya escritas; las formas de decir o géneros literarios que empleó. En cuanto posible sea, nos hemos de hacer otro él. (Véase la Enciclica *Divino afflante Spiritu*.)

5. La profecía.

Sacra doctrina llama muy bien Santo Tomás a la Sagrada Escritura, y por consiguiente, a la Teología, que de ella toma sus principios, ordenándolos sistemáticamente y desarrollándolos, y considerando cuanto trata bajo la razón formal de la divinidad, *sub ratione Deitatis*, pues es Dios mismo, o algo a El ordenado como a principio o como a fin; y siempre visto a la luz de la divina revelación y en cuanto por ella cognoscible. Esta luz es el *lumen propheticum*, pues no ha querido Dios revelarse inmediatamente a todos y cada uno de los hombres, sino a algunos solamente que, como intermediarios entre Dios y el resto de los humanos, recibiesen de él las divinas enseñanzas, y en su nombre y con su divina autoridad las transmitiesen a los demás.

6. Los profetas.

Por esto han sido llamados *profetas* o intérpretes de Dios, y en su nombre y con su divina autoridad transmiten las verdades sobrenaturales que sobrenaturalmente les dió Dios a conocer. Por haber sido hecha de este

modo, se llama también la divina revelación doctrina profética, principalmente la del Antiguo Testamento, pues la del Nuevo nos ha sido hecha directa e inmediatamente por el mismo Verbo de Dios encarnado, aunque a los que no pudimos oírla de sus divinos labios, nos haya sido trasmitida por sus apóstoles y discípulos en los libros que divinamente inspirados escribieron algunos de ellos y en las divinas tradiciones que, de ellos recibidas, conserva fielmente la Iglesia, fundada sobre ellos como cimiento por Cristo Nuestro Señor.

7.—Objeto de la profecía.

El objeto de estas divinas comunicaciones se extiende, según Santo Tomás, a todas aquellas cosas que pueden ser conocidas por vía sobrenatural: Los misterios de la vida divina, de su providencia, especialmente de la redención; las leyes de las buenas costumbres, por las que el hombre se encamina a Dios; sucesos futuros, etc. Es, pues, el objeto de la profecía el mismo que el de la fe, que define San Pablo: *Sperandarum substantia rerum*, la firme certidumbre de las cosas que esperamos, indicando así que la fe nos muestra aquí, tras el velo del misterio, lo que con su visión nos hará bienaventurados. Las otras cosas que no sean la verdad divina, en tanto pertenecen a la fe, en cuanto tienen relación con Dios y nos declaran algo de su naturaleza. Los mismos misterios de la humanidad de Jesucristo y de su Iglesia sólo caen dentro del objeto de la fe en cuanto que por ellos nos encaminamos a Dios: *In quantum per haec ordinamur ad Deum.*

8.—Los grados de la profecía.

Dentro del amplísimo objeto de la ciencia que comunica Dios a sus profetas, cabe distinguir varios grados en la ilustración de la mente del profeta y el conocimiento por él así adquirido. Es el primero aquella ilustración divina, en virtud de la cual conoce el profeta las verdades sobrenaturales, los misterios divinos que se ofrecen a su mente, en forma clara, inteligible y sin los velos de imágenes sensibles, y juzga de ellos. El segundo es la ilustración en que las cosas divinas se presentan a la mente del profeta revestidas de imágenes sensibles. El tercero, finalmente, es la ilustración por la cual el profeta juzga, con una verdad y certeza que excede las fuerzas del humano entendimiento natural de cosas cuyo conocimiento adquiere por medios naturales. Es propio este último grado de profecía de aquellos escritores sagrados que tratan de cosas cuyo conocimiento es asequible a la razón, *verbi gratia*, de materias históricas. En esta misma categoría pueden incluirse los que tratan de cosas aun sobrenaturales, cuyo conocimiento han adquirido por la vía ordinaria del estudio o de la fe, por ser enseñanzas de profetas anteriores.

9.—El conocimiento profético de los hagiógrafos.

Este último grado de profecía es el más común a los autores sagrados, aunque en muchos de los libros santos se contengan partes, de mayor o menor extensión, en que se exponen revelaciones por ellos recibidas en el

modo correspondiente al primero o al segundo grado de la profecía. Conviene, pues, determinar con alguna mayor precisión qué significa ese conocimiento profético y qué es lo que añade al adquirido por vía natural y ordinaria. Santo Tomás dice que esa luz profética se les concedía para conocer las cosas y juzgar de ellas *secundum veritatem divinam, secundum certitudinem veritatis divinae;* con divina verdad, con la certeza de la divina verdad. La Fe, como la Teología, contempla todas las cosas bajo una razón formal divina y sobrenatural. De un modo semejante, los hagiógrafos conocen las cosas y juzgan de ellas a la luz de los altos principios divinos, y conocen y juzgan con aquella claridad, verdad y certeza que dimana de la que de esos principios divinos tienen. Esos principios son como su filosofía de la historia, basada, no en la especulación, sino en el conocimiento sobrenatural de los atributos divinos: Del poder, de la justicia, de la misericordia, de la bondad, de la veracidad de Dios, que todas las cosas las ordena a la manifestación de su Verbo y a la salud de los predestinados. Tal es, por ejemplo, la filosofía divina en que se inspira Moisés al narrar el origen de las cosas, la historia de la humanidad primitiva, la de los patriarcas, la de Israel. Tal la de Josué, al describirnos el cumplimiento de las divinas promesas en la distribución de la tierra prometida, etc. Esa misma es la que, camino de Emaús, exponía el Salvador a sus dos discípulos, mostrándoles por los profetas, a partir de Moisés, cómo era preciso que Cristo muriese y por la muerte entrase en su gloria. La misma era la que exponía el santo Protomártir en su discurso ante el Sanedrín, que tantas dificultades encierra para los exegetas demasiado esclavos de la letra. El Espíritu Santo, que es quien inspira a los santos, es siempre el mismo, y siempre les muestra las cosas a la luz de Dios y les hace en todas buscar a Dios.

Este aspecto del conocimiento de las cosas contenidas en la Sagrada Escritura es común a los Profetas y Hagiógrafos o Escritores Sagrados por iluminación divina, y a los simples fieles por fe y teología, pues constituye el objeto formal *quod, o ratio formalis quae attingitur* en todo conocimiento sobrenatural, que versa acerca de Dios y sus misterios o acerca de las criaturas en orden a Dios.

Mas en el conocimiento profético y hagiográfico hay otro aspecto, que les es propio y singular y constituye como su objeto formal *quo*, y es la luz divina *(lumen propheticum)* con el que juzgan con infalible certeza divina de la verdad de las cosas que enseñan de palabra o por escrito, aunque se trate de aquellas verdades cuyo conocimiento hayan adquirido por modo ordinario de la razón o del magisterio de tradición o del estudio de anteriores libros sagrados.

Esta luz sobrenatural, junto con la moción divina para escribir, constituye la inspiración de los libros sagrados, en virtud de la cual éstos son, al mismo tiempo, obra de Dios—autor principal—y de los Hagiógrafos—instrumentos racionales—: toda de Dios, y toda de los autores sagrados,

10.—El progreso de la revelación profética.

Esta revelación profética de las verdades divinas se ajusta a una ley que importa mucho conocer. Es la ley del progreso, que expone admirablemente Santo Tomás, extendiéndola a todas las verdades, tanto a las especulativas cuanto a las prácticas. La doctrina de la fe va desarrollándose a la manera como se desarrollan las verdades de una ciencia, procediendo de los principios a las conclusiones. La razón de este progreso no está en Dios,

que desde el primer momento podía revelarlo todo, sino en el hombre, que no era materia dispuesta para recibir de una vez todo cuanto Dios quería comunicarle. Aun los mismos profetas, órganos del magisterio divino, aunque más ilustrados que el pueblo a quien se dirigían, no siempre vieron cuanto en sus conceptos y en las palabras con que los expresaban iba implícito. También para ellos había un progreso correspondiente al del pueblo, pues siendo el fin de la profecía el bien y la utilidad espiritual del pueblo, tanto a cada uno de ellos se les comunicaba en términos claros o en imágenes y símbolos, cuanto en cada tiempo convenía enseñar al pueblo. Así llevó Dios a plena ejecución su plan, comenzando la revelación desde los orígenes mismos de la humanidad. Jesucristo, que es el fin y la consumación de la antigua alianza, puso el sello a la divina revelación, por sí o por sus apóstoles y discípulos, y entregó a su Iglesia ese divino tesoro de la revelación, dándole al mismo tiempo su Espíritu, y asegurándola con la promesa de su asistencia hasta el fin de los siglos. Con ella y por ella repite la Iglesia día tras día al mundo las mismas divinas enseñanzas en forma acomodada a las necesidades de cada época, para que nadie se vea privado del don de Dios.

II

LA INSPIRACION Y LA VERACIDAD DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

11.—La Sagrada Escritura es veraz con verdad divina.

Es doctrina de la Iglesia que cuanto se contiene en las Sagradas Escrituras ha sido inspirado por Dios, y es, por consiguiente, infaliblemente verdadero en el sentido en que el autor inspirado intentó decirlo, sin que en esto haya que distinguir entre cosas tocantes o no tocantes a la fe y a las costumbres. Así dice León XIII que no puede tolerarse la conducta de los que en la solución de las dificultades no vacilan en conceder que la inspiración se extiende sólo a las cosas de fe y costumbres, y dicen que cuando se trata de la verdad de las sentencias de la Escritura, no se ha de atender tanto a lo que dice Dios cuanto a la razón por que lo dice. Todos los libros que la Iglesia recibe y propone como canónicos y sagrados han sido en todas sus partes escritos bajo la inspiración del Espíritu Santo; y está la divina inspiración tan lejos de admitir error alguno, y tanto por su misma naturaleza lo excluye, cuanto es imposible que Dios, suma verdad, esté sujeto a error. Tal es la antigua fe de la Iglesia, definida solemnemente por los Concilios de Florencia y Trento, confirmada por fin y más solemnemente expuesta por el Concilio Vaticano. (Encíclica *Providentissimus Deus.*)

12.—La verdad en las cosas de fe y costumbres.

No se limita esta veracidad a las cosas de fe y costumbres, aunque sean éstas el objeto propio y *per se* de la Sagrada Escritura, al cual se ordena todo lo demás que en ella se dice; pero en éstas ha de tenerse en cuenta prin-

cipalmente lo que en el número 10 se dijo acerca del progreso de la revelación, sin lo cual no sería posible establecer la concordia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento.

13. —La verdad en las cosas naturales.

Los libros sagrados hablan con frecuencia de las cosas creadas, y en ellas nos muestran la grandeza del poder, de la soberanía, de la providencia y de la gloria de Dios; pero como la misión de los autores inspirados no era enseñar las ciencias humanas, que tratan de la íntima naturaleza de las cosas y de los fenómenos naturales, y acerca de ellas no recibían por lo general revelación alguna, nos las describen, o en lenguaje metafórico, o según el corrientemente usado en su época, como sucede todavía en muchos puntos aun entre los más sabios. El lenguaje vulgar describe las cosas tal cual las perciben los sentidos; y así también *el escritor sagrado*, advierte Santo Tomás, expresa las *apariencias sensibles*, o aquello que Dios mismo, hablando a los hombres, expresa de humano modo, para acomodarse a la humana capacidad. (Encíclica *Providentissimus Deus.*)

14 —La verdad en las cosas históricas.

Es historia una gran parte de los libros sagrados. Contiene ésta, en primer término, la narración de hechos que forman parte del tesoro revelado, como, por ejemplo, el pecado de nuestros primeros padres, el nacimiento de Cristo, su muerte y su resurreción, etc. Otros hay que, si no cada uno de por sí, pero sí en su conjunto, constituyen el objeto de algún dogma, por ser como la expresión de una ley de la sobrenatural intervención de Dios en la economía de la salud. Tales son las profecías y los milagros. Estas cosas vienen a ser la realización del artículo de la fe *credo in Spiritum Sanctum, qui locutus est per prophetas*; pero la mayor parte de la historia sagrada la forman sucesos naturales, que muestran la providencia de Dios sobre Israel o sobre el mundo todo, ordenada a la realización de sus designios de salud por Jesucristo. En la narración de estos hechos, los autores sagrados, como inspirados, son del todo infalibles, como lo son en las cosas de fe y costumbres, ya que escriben la historia sagrada inspirados por el Espíritu Santo, autor principal de la Sagrada Escritura, que ni puede engañarse ni engañarnos. Esta es la doctrina de la Iglesia, que hemos de retener firmemente y siempre al interpretar la Escritura.

Para resolver las dificultades históricas que se presenten, hemos de examinar con toda atención y rigor científico el texto sagrado y los documentos profanos, no dando por cierto como sentido de la Sagrada Escritura lo que realmente no lo es, ni dando por dato histórico cierto lo que en verdad no dice el monumento o documento.

En esto es preciso tener muy en cuenta las enseñanzas de la Encíclica *Divino afflante Spiritu*. No es tan fácil muchas veces conocer lo que en sus escritos intentan decir los antiguos orientales como lo es en nuestros escritores contemporáneos, ni puede esto conocerse sólo por la gramática o sólo por el contexto. Para entender lo que ellos quisieron significar con sus palabras, le es necesario al intérprete trasladarse mentalmente a aquellos remotos siglos del Oriente y ayudarse de todos los recursos de la Historia,

de la Arqueología y de otras disciplinas, para ver con la posible claridad y distinción qué géneros literarios quisieron emplear y emplearon aquellos vetustos escritores, pues no fueron siempre las de las antiguos orientales las mismas formas de decir que hoy nosotros usamos, sino otras recibidas y corrientemente usadas en sus tiempos y países. Cuáles fueran éstas no puede establecerlo el exegeta de antemano, sino que ha de deducirlo de la escrupulosa investigación de la antigua literatura del Oriente, que, hecha en los últimos decenios con mayor cuidado y diligencia, nos ha dado a conocer con más claridad las formas de decir en aquellos antiguos tiempos usadas, ora en la poesía, ora en la legislación y en las normas de la vida, ora, por fin, en la narración de hechos y acontecimientos.

III

SENTIDOS DE LA ESCRITURA Y REGLAS HERMENEUTICAS

15.—El sentido literal.

Es el sentido literal el pensamiento que las palabras de la Escritura expresan según la intención de quien las dice. No importa que las palabras estén tomadas en su significación propia o en una acepción metafórica; el sentido que según la intención del autor expresan es siempre literal, literal propio o literal metafórico. En la religión se dan también cosas o acciones que se ordenan a expresar ideas y sentimientos del que las ejecuta. Tales ideas y sentimientos son, por consiguiente, sentido literal de las mismas. Pero la Sagrada Escritura es toda obra de dos autores: el autor humano y el Espíritu Santo, que le ilustra y le mueve a escribir. Como advierte Santo Tomás, la mente del autor sagrado es instrumento imperfecto del Espíritu Santo inspirante, y, por tanto, aun los verdaderos profetas no siempre alcanzan todo cuanto en las visiones que vieron o en las palabras que oyeron quiso el Espíritu Santo encerrar. Dios no comunica siempre a cada uno de los profetas toda la luz que por medio de ellos quiere derramar sobre el mundo, y cada uno de ellos viene a representar una fase en el progreso del magisterio divino, sin tener a veces por eso pleno conocimiento de cuanto oscura e implícitamente se halla en sus profecías contenido.

De aquí que en las Sagradas Escrituras puedan distinguirse dos sentidos literales: uno, el propiamente literal histórico; el otro, más espiritual, que, por tener en el Evangelio su pleno desarrollo, puede llamarse evangélico. El primero depende de las circunstancias históricas del escritor sagrado y de las de los destinatarios inmediatos de su obra. Tal, por ejemplo, el sentido histórico de la Ley, es el que ésta tenía para los israelitas que la practicaban y para quienes era norma de vida.

El segundo viene a ser el mismo literal histórico visto a la luz de revelaciones posteriores, principalmente de la revelación evangélica. Es, por tanto, más amplio, más perfecto, pues el Espíritu Santo, que destinaba las Sagradas Escrituras, aun las del Antiguo Testamento, para alimento espiritual de la Iglesia de Cristo, no coartaba el sentido de la letra a la mente del escritor sagrado, ni a la necesidad transitoria del pueblo de Israel, al cual iban inmediatamente destinados los libros. Y así vemos que en los

Salmos y en otros libros que a diario usa la Iglesia, hallan los fieles sublimes enseñanzas religiosas y la expresión de los más exquisitos sentimientos de piedad, como si para los cristianos directamente hubieran sido escritos, pues, como dice Santo Tomás, «el Espíritu Santo fecundó la Sagrada Escritura con verdad más abundante que la que los hombres pueden comprender» (II, Sent. 12, 1, 2 ad 7).

16.—Reglas para la investigación del sentido literal histórico y del evangélico.

Las reglas hermenéuticas que en la investigación del sentido histórico se deben seguir están condensadas en estas palabras de Eutimio: «Los que leen las Sagradas Escrituras deben inquirir la intención del que habla, las disposiciones del que oye, atender a los lugares y a los tiempos, observar los modismos, y no tomar de igual modo todas las cosas, si quieren alcanzar el sentido y no quedarse en la superficie de la letra.» En cuanto al espiritual o evangélico, más perfecto que el histórico, pues la tendencia a la espiritualidad y a la perfección es la norma de la acción divina sobre el hombre, son dos las reglas que en su investigación han de observarse. Es la primera la unidad lógica que liga todas las verdades reveladas, haciendo de ellas un perfecto organismo. La segunda es el progreso de la revelación, la tendencia al desenvolvimiento lógico de esas verdades, partiendo de los más elementales principios para llegar a las más elevadas cumbres. Atendiendo a esta tendencia ascensional, y apoyados en el sentido histórico de los lugares que sobre cada punto de la doctrina revelada forman como una cadena, podremos ver implícitas en textos oscuros de los primeros libros verdades que más claramente se contienen en libros posteriores, hasta llegar al Nuevo Testamento, conforme al antiguo axioma: *Vetus Testamentum in Novo patet, Novum in Vetere latet.*

17.—El sentido típico.

La tradición judía y la cristiana reconocen que hay en la Escritura además del sentido literal, un sentido en que no son las palabras, sino las cosas o personas por ellas expresadas, las que inmediatamente significan. «El autor principal de la Escritura, dice Santo Tomás, es Dios, en cuyo poder está emplear, para significar las ideas, no sólo palabras, sino también cosas. Y siendo común a todas las ciencias expresar las ideas con palabras, la ciencia de la Sagrada Escritura tiene esto de propio: Que en ella también significan algo las cosas mismas, expresadas por las palabras. Esa primera significación, por la que las palabras expresan las cosas, pertenece al sentido literal o histórico; aquella otra, en virtud de la cual las cosas mismas contenidas en las palabras representan y expresan a su vez otras cosas, se llama sentido típico, que supone el literal, y en él se apoya.» La razón objetiva de este sentido la expone Santo Tomás como sigue: «Dios, autor del orden sobrenatural y ordenador de los hechos históricos, va disponiendo suavemente el curso de los sucesos, de suerte que todo se dirija a la glorificación de su Verbo y a la realización de su obra de salud.» La semilla de la verdad va disponiendo las almas a recibir la revelación del gran misterio; las instituciones y observancias de la ley fomentan la piedad y el fervor religioso, que recibirán de Cristo su última perfección; las personas, los acontecimientos de la vida familiar o nacio-

nal, que contribuyen a preparar la obra mesiánica, sirven por el mismo caso para anunciar desde lejos al gran Rey de las naciones, y para ir, aunque confusamente, dibujando el plan de su obra portentosa. Los profetas señalan repetidas veces la liberación de la servidumbre egipcia como señal y prenda cierta de otra liberación más insigne; la de la cautividad babilónica o de la salud mesiánica. La bondad divina, mostrada por algún hecho especial, era motivo para excitar la confianza de los fieles en recibir otros más excelentes favores de Dios y prepararlos para ellos. Así se cumple que la vida en la antigua Ley es en todo una preparación de la vida cristiana, y la Ley misma, la primera etapa, la figura, el vaticinio del Evangelio. Debe, sin embargo, advertirse que este sentido, por la misma imprecisión de los signos que lo expresan, aunque apto para fomentar la piedad, no sirve para probar los dogmas de la fe, sino cuando de su existencia en un determinado lugar de la Escritura, nos conste por la autoridad de un autor inspirado, la de la Iglesia o la unánime interpretación de los Padres. En estos casos tendrá el texto la autoridad de los intérpretes.

18.—La Tradición y la Escritura.

Además de estas normas hermenéuticas, derivadas de la naturaleza divina de las Escrituras, se impone a los católicos la autoridad de la Tradición, representada por el magisterio de la Iglesia y las enseñanzas de los Santos Padres. Podría parecer que esto es un elemento extraño a la Escritura, y que, como dicen los heterodoxos, impide y coarta el estudio científico de la misma. ¿Cómo justificar esta intrusión? No hay tal intrusión. La verdad divina, que es el objeto de la Sagrada Escritura, fué depositada primero en la mente de los profetas, órganos de Dios, para la revelación de sus misterios. Los profetas, antes que nadie, recibieron la vida que de esa revelación brota, y laboraron luego por infundirla en el corazón del pueblo elegido, antes de que la escribieran en sus pergaminos. No otra fué también la obra de Cristo y de sus apóstoles y discípulos. De manera que la verdad revelada, alma y vida de la Iglesia, antes que en los libros, fué escrita en la inteligencia y en el corazón de la misma. Allí reside vivificada por el Espíritu Santo, libre de las mutaciones de los tiempos y de la fluctuación de las humanas opiniones; no expuesta a los descuidos de los amanuenses, ni a la ignorancia de los trascriptores y traductores, ni a la malicia de los herejes, manifiesta a los sencillos, oculta a los soberbios y segura de los tiranos. El Espíritu Santo, que la depositó en la Iglesia, es el que da a ésta la inteligencia de la misma, y, por la inteligencia, la vida. Por eso el sentir de la Iglesia católica, la doctrina de los Padres y Doctores, que son sus portavoces y testigos, la voz del mismo pueblo fiel, unido a sus pastores y formando con ellos el cuerpo social de la Iglesia, son el criterio supremo, según el cual se han juzgado siempre las controversias acerca de los puntos doctrinales, así teóricos como prácticos; y así decretó el Concilio Tridentino que en la exposición de la Sagrada Escritura, en las cosas de fe y costumbres, a nadie es lícito apartarse del sentir de los Padres y de la Iglesia.

S. S. Pío XII, en su Encíclica «Divino afflante Spiritu», dice: «Es preciso que los intérpretes no se contenten con exponer lo que toca a la historia, a la arqueología, a la filología y otras disciplinas semejantes, como por desgracia sucede en ciertos comentarios, sino que usando de éstos en cuanto pueda contribuir a la exégesis, se esfuercen principalmente por exponer

la doctrina teológica tocante a la fe y las costumbres de cada libro o cada texto, para que esta exposición suya pueda servir a los teólogos para proponer y confirmar los dogmas, y sirva también a los sacerdotes para enseñar al pueblo fiel la doctrina cristiana, y contribuir a que los fieles todos vivan una vida santa y digna de un cristiano.»

IV

EL CANON DE LOS SAGRADOS LIBROS

19. —Criterio de canonicidad.

Llámase canon a toda regla de la fe o de la disciplina eclesiástica. De aquí procede la denominación de *canónicos* que se da a los libros sagrados como tales, pues son regla de nuestra fe y de la vida cristiana, y, además, porque han sido incluídos en otra regla más alta y universal, que es la tradición viva de la Iglesia. De esta regla decía San Agustín que no creería en la Escritura si no le dijera la Iglesia que había que creer en ella. En la tradición de la Iglesia se contiene la doctrina, no sólo acerca de la naturaleza de los libros santos, sino de cuáles son éstos. El medio por el cual se nos transmite esto último es principalmente la lectura pública de estos libros en la liturgia eclesiástica. Por eso los más antiguos documentos oficiales que poseemos sobre el canon de los libros sagrados regulaban la lectura pública en la Iglesia. En ella, sobre todo, se apoyaron los Concilios de Florencia y de Trento para definir y declarar de fe el siguiente:

20. Canon de los Libros Sagrados.

«Son los que a continuación se enumeran: Del Antiguo Testamento: cinco de Moisés, a saber: El Génesis, El Exodo, El Levítico, Los Números y El Deuteronomio; Josué, Jueces, Rut, cuatro de los Reyes, dos de los Paralipómenos; Esdras, el primero, y el segundo, que se llama Nehemías; Tobías, Judit, Ester, Job; el Salterio davídico, que comprende 150 salmos; Proverbios, Eclesiastés, Cantar de los Cantares, Sabiduría, Eclesiástico, Isaías; Jeremías con Baruc, Ezequiel, Daniel; doce profetas menores, a saber: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías; y dos de los Macabeos, primero y segundo. Del Nuevo Testamento: cuatro Evangelios: de San Mateo, de San Marcos, de San Lucas y de San Juan; Hechos de Apóstoles, escritos por el evangelista San Lucas; catorce Epístolas de San Pablo Apóstol: a los Romanos, dos a los Corintios, a los Gálatas, a los Efesios, a los Filipenses, a los Colosenses, dos a los Tesalonicenses, dos a Timoteo, a Tito, a Filemón y a los Hebreos; dos de San Pedro Apóstol, tres de San Juan Apóstol, una de Santiago Apóstol, una de San Judas Apóstol y el Apocalipsis de San Juan Apóstol.»

A esta lista añadió el Concilio Tridentino el siguiente canon: «Si alguno no recibiere por canónicos y sagrados estos libros, íntegros, con todas sus partes, como en la Iglesia católica acostumbraron a leerse y se contienen en la antigua edición Vulgata latina, sea anatema.»

Estos libros suelen distinguirse en protocanónicos y deuterocanónicos, según que desde luego y sin vacilaciones fueron reconocidos como canónicos, o fueron objeto durante algún tiempo de dudas y discusiones. Los deuterocanónicos del Antiguo Testamento son: Tobías, Judit, los dos de los Macabeos, Eclesiástico, Sabiduría y Baruc, con algunos fragmentos de Ester y Daniel. Los del Nuevo Testamento son: Epístola a los Hebreos, II de San Pedro, II y III de San Juan, la de Santiago, la de San Judas y el Apocalipsis de San Juan.

V

TEXTOS Y VERSIONES

21.—Lenguas en que fueron escritos los originales de la Sagrada Escritura.

Acerca de un libro, sobre todo si es antiguo, importa mucho conocer dos cosas: La lengua en que fué escrito y la fidelidad con que su texto reproduce el original del autor. Esto impone a los estudiosos de la Sagrada Escritura larga y penosa labor. Los libros santos fueron escritos en la lengua hablada por aquellos a quienes inmediatamente se destinaron. Así, la mayoría de los libros del Antiguo Testamento fueron escritos en hebreo. Algunos de ellos tienen trozos en arameo, lengua afín y muy semejante al hebreo, y que hablaron vulgarmente los judíos desde los tiempos de la cautividad babilónica. Finalmente, hay también algunos escritos en griego, lengua hablada por los judíos después de la dispersión, sobre todo en Egipto; y otros que, originalmente escritos en hebreo o en arameo, sólo se han conservado en una versión griega. De los libros del Nuevo Testamento sólo el Evangelio según San Mateo fué originalmente escrito en arameo, como inmediatamente destinado a los judíos convertidos de Jerusalén; pero sólo en la versión griega se ha conservado, y en griego fueron originalmente escritos todos los otros libros. Esta doctrina va resumida en el siguiente cuadro sinóptico.

Antiguo Testamento.	Daniel: Hebreo, con fragmentos arameos, y griegos deuterocanónicos. Esdras: Hebreo, con inserción de documentos arameos. Ester: Hebreo, con fragmentos griegos deuterocanónicos. Eclesiástico y Libro I de los Macabeos: Hebreo, pero conservados en griego. Tobías y Judit: Hebreo o arameo, conservados en griego. Baruc, fragmentos deuterocanónicos de Daniel y Ester: Hebreo, conservados en griego. Sabiduría y Libro II de los Macabeos: Griego. Todos los demás: Hebreo y conservados en hebreo.
Nuevo Testamento.	Evangelio según San Mateo: Arameo, conservado en griego. Todos los otros: Griego.

22.—Versiones antiguas.

Los judíos de la dispersión primero, y luego los cristianos, que no entendían la lengua original de los libros sagrados, hubieron de procurarse versiones de ellos en su lengua vulgar, para poder leerlos en las sinagogas y en las iglesias. A los judíos de Alejandría se debe la primera y más antigua versión de la Biblia hebrea, hecha por varios autores, entre los siglos III y I antes de Cristo. Es la versión llamada de los LXX, que los Apóstoles autorizaron con su uso y entregaron a las iglesias por ellos fundadas. De esta versión griega, por desconocer el hebreo, hicieron después versiones los latinos, los coptos y otros, mientras que los sirios, cuya lengua es afín del hebreo, hicieron directamente de esta lengua la versión a la suya.

23.—Orígenes de la Vulgata latina.

A San Jerónimo, llamado por la Iglesia *Doctor maximus in interpretandis sacris scripturis*, se debe un triple trabajo sobre ellas. Primeramente corrigió la versión latina del Salterio, según la edición griega corriente. Después corrigió el mismo Salterio y otros libros del Antiguo Testamento, según la edición hexaplar de Orígenes. Por último, tradujo directamente del hebreo todos los libros del canon judío, y del arameo, los libros de Tobías y Judit. Algunos de estos trabajos no pasaron al uso público de las iglesias y sólo se conservaron en poder de los eruditos. Los demás fueron siendo poco a poco adoptados por las iglesias, aunque mezclados con lecciones de la primitiva versión latina y reteniendo otras de ésta que San Jerónimo con sus correcciones había excluído. De estos elementos vino a formarse el texto de la actual Vulgata, que el Concilio de Trento, apoyándose, no en un examen crítico de la versión, sino en el uso tradicional de la Iglesia, declaró auténtica, mandando que nadie, bajo ningún pretexto, osara rechazarla en los actos públicos del magisterio ordinario de la Iglesia, como lecciones, predicaciones, etc. El cuadro trazado a continuación como resumen indica los elementos de que consta la Vulgata, cuya corrección, después de la verificada por Sixto V y Clemente VIII, está actualmente encomendada a la Orden Benedictina.

Antiguo Testamento.

a) Libros protocanónicos: Traducidos del hebreo por San Jerónimo, excepto el
b) Salterio: Corregido por San Jerónimo según el texto hexaplar.
c) Tobías y Judit: Traducidos por San Jerónimo del texto arameo.
d) Baruc y los Macabeos: De la versión latina primitiva.
e) Fragmentos deuterocanónicos de Daniel: Traducidos por San Jerónimo del texto griego de Teodoción.
f) Fragmentos deuterocanónicos de Ester: Traducidos por San Jerónimo del texto griego de los LXX.
g) Sabiduría y Eclesiástico: De la antigua latina, ligeramente corregidos por San Jerónimo según el texto griego.

Nuevo Testamento. { *a*) Evangelios: Corregidos ciertamente por San Jerónimo según el texto griego. *b*) Los demás libros: Corregidos probablemente por San Jerónimo según el texto griego.

24.—Autenticidad de la Vulgata.

Respecto de la autenticidad de la Vulgata, más que decir nada por nuestra cuenta, preferimos reproducir lo que respecto de ella dice S. S. Pío XII en su Encíclica «Divino afflante Spíritu».

Nadie piense que el uso de los textos primitivos, hecho según las normas de la crítica, se opone en modo alguno a lo que sabiamente decretó el Concilio Tridentino acerca de la Vulgata latina, pues como lo atestigua la Historia, los Padres del Concilio, lejos de oponerse al uso de los textos primitivos, expresamente rogaron al Pontífice que «en favor de las ovejas de Cristo encomendadas a Su Santidad», procurase también que, además de la edición de la Vulgata latina, «tuviese la Santa Iglesia de Dios un ejemplar griego y uno hebreo, lo más correctos posible», deseo al que, si por lo difícil de los tiempos y por otros impedimentos no se pudo responder plenamente, al presente, como esperamos, unidos los esfuerzos de todos los católicos doctos, podrá satisfacerse más perfecta y plenamente. Que el Concilio mandara que la Vulgata latina fuese la versión latina «que todos tuviesen por auténtica», sólo, como todos ven, afecta a la Iglesia latina y al uso público en ella de la Escritura, y sin duda no disminuye en nada la autoridad y la fuerza de los textos primitivos. Pues ni se trataba entonces de textos primitivos, sino de las versiones latinas entonces divulgadas, entre las cuales muy justamente mandó el Concilio preferir aquella que «por el prolongado uso de tantos siglos ha sido aprobada en la Iglesia misma». Por tanto, esta superior autoridad de la Vulgata o, como suele decirse, autenticidad, no la fundó el Concilio en razones principalmente críticas, sino más bien en el legítimo uso de la Iglesia por el decurso de tantos siglos, que demuestra que está inmune de todo error en las cosas de fe y costumbres, de modo que puede ser aducida, con el testimonio y la confirmación de la misma Iglesia, seguramente y sin temor alguno de errar, y por tanto esta autenticidad no se dice principalmente crítica, sino más bien jurídica. Por lo cual esta autoridad de la Vulgata en las cosas doctrinales no prohibe—sino más bien hoy casi exige—que esa misma doctrina se compruebe y confirme también por los textos primitivos y que a esos mismos textos se acuda, para que cada vez más se aclare y explane la significación de las Sagradas Letras. Ni se prohibe tampoco por el decreto del Concilio Tridentino, que para el uso y bien de los fieles de Cristo y para más fácil inteligencia de la divina palabra, se hagan versiones en las lenguas vulgares, y se hagan también éstas de los mismos textos primitivos, como ya, con la aprobación de la autoridad de la Iglesia, sabemos que en muchas regiones se ha hecho.

25.—Versiones españolas.

Las múltiples versiones españolas, ya totales, ya parciales, de los libros sagrados son, unas, del texto latino de la *Vulgata*; otras, de los textos originales. Las primeras contienen todos los libros, como hechas por autores católicos; las segundas, como hechas por judíos o protestantes, sólo contienen

los libros protocanónicos del Antiguo Testamento, es decir, aquellos cuyo texto hebreo ha llegado hasta nosotros, las de judíos, o los protocanónicos de uno y otro Testamento, las de protestantes.

1.° En su *Crónica General*, Alfonso X, *el Sabio*, incluyó la traducción de casi toda la Escritura, hecha del latín: *Biblia alfonsina*.

2.° En los siglos XIV y XV, los judíos hicieron hasta seis versiones de la Biblia, la principal de las cuales, la única impresa, es la llamada *Biblia de Alba*, editada en Madrid. Imprenta Artística, 1920.

3.° En el 1553, los judíos españoles residentes en Italia publicaron la Biblia traducida «palabra por palabra» en dos ediciones, la una dedicada a los judíos y la otra dedicada a los católicos. Del lugar de su impresión lleva el nombre de *Biblia de Génova*.

4.° En Basilea (1567-1569), Casiodoro de Reina, protestante, publicó una versión de toda la Biblia que es conocida por *Biblia del Oso*. Esta misma, corregida luego por Cipriano de Valera, fué impresa en Amsterdam (1602). Es la que acredita y difunde por España la Sociedad Bíblica inglesa.

5.° Modificada la legislación eclesiástica, que desde el siglo XVI prohibía la lectura, y por consiguiente, la impresión de los libros santos en lengua vulgar, publicó el P. Felipe Scio, escolapio, la traducción española hecha del latín. (Valencia, 1791-1793.)

6.° Don Félix Torres Amat, canónigo entonces de Barcelona, dió a luz otra nueva versión de la Vulgata latina, hoy muy difundida, en Madrid (1823-1825). Parece que en la preparación de su trabajo el Sr. Torres Amat utilizó una traducción del P. José Miguel Petisco, S. J.

Fuera de estas versiones generales, ya del Antiguo Testamento hebreo, ya de la Biblia toda, abundan las traducciones y ediciones de libros particulares o de grupos de libros de uno u otro Testamento.

No hay, pues, traducción alguna castellana total, hecha directamente de los textos originales. Las totales son versiones de la *Vulgata*. Las hechas sobre los textos originales no comprenden los libros deuterocanónicos, que ni judíos ni protestantes admiten.

Al dar a la pública luz esta nueva versión castellana directa y completa de las Sagradas Escrituras, llenamos un vacío de tiempo ha sentido en nuestra España, y al encomendarla a la benevolencia de los lectores, les pedimos y rogamos instantemente que la reciban y juzguen con la ecuanimidad y suma caridad que a todos los hijos de la Iglesia recomienda Su Santidad Pío XII en su reciente Encíclica para con los conatos de los valientes operarios de la viña del Señor en las cosas bíblicas, huyendo de ese poco prudente prurito de impugnar o al menos de tener por sospechoso todo lo nuevo, pues sólo en un ambiente de mutua confianza y caridad podrán dar frutos los aunados esfuerzos, que manteniendo incólumes los principios dogmáticos y la doctrina de la Iglesia, aporten cada uno lo que pueda para el bien de todos, para provecho cada día creciente de la doctrina sagrada y defensa y honor de la Santa Iglesia. La verdadera libertad de los hijos de Dios, fomentada y sustentada por todos, es condición y fuente de todo fruto verdadero y de todo progreso de la ciencia católica, como ya egregiamente lo expuso Su Santidad León XIII, diciendo: «Sin la común conspiración y la seguridad en los principios, no podrán esperarse para estos estudios grandes provechos de los esfuerzos aunados de muchos.»

INTRODUCCION ESPECIAL A LOS LIBROS HISTORICOS

1. —La Historia Sagrada.

Se llama Historia Sagrada a la historia del pueblo de Israel, escogido por Dios para preparar la obra de la salud mesiánica. El concepto de esta historia depende del que de la misma salud se tenga. Para los racionalistas, esta salud no implica nada sobrenatural, y así, la historia de Israel no se distingue sustancialmente de la historia de los otros pueblos. Según ellos, Israel, por una selección lenta y natural, fué elevándose de su estado primitivo de ignorancia y barbarie hasta la perfección moral y religiosa de que nos da testimonio la Biblia.

Mas para quien cree en los destinos sobrenaturales del hombre y en la intervención sobrenatural y extraordinaria de Dios en la historia del humano linaje, la Historia Sagrada es la historia de esta sobrenatural intervención de Dios por medio de sus enviados, los profetas y legisladores de Israel. Desde los comienzos de la humanidad depositó Dios en el corazón del hombre una aspiración y una esperanza: La aspiración a participar de la vida divina y la esperanza de poder algún día alcanzar el término de esa aspiración, no obstante los impedimentos que a ello puedan oponerse. Esta aspiración y esta esperanza van tomando forma cada vez más clara en el corazón humano, hasta llegar a Jesucristo, que las lleva a feliz término. Este desarrollo no se realiza sin enconada lucha, por oponerse a él las mismas fuerzas humanas. Pues bien, la Historia Sagrada es la historia de esa intervención divina, de sus luchas con las fuerzas adversas y de sus progresos hasta llegar a la cumbre de la perfección en Jesucristo. San Agustín nos ofrece esta historia como la historia de dos ciudades opuestas; la Ciudad de Dios, que vive del amor del sumo Bien y lucha por él, y la ciudad del mundo, que vive del amor de sí misma y combate por hacerle triunfar.

2.—Las leyes de la Historia sagrada.

La primera ley que rige el desarrollo de esta historia es la del progreso de la revelación profética, de que antes hemos hablado en la «Introducción general». San Cirilo de Alejandría compara la obra de Dios a la de un pintor, que al ejecutar un cuadro comienza por el dibujo, y va luego, poco a poco, dándole el colorido, hasta dejarlo acabado. La segunda ley es la de la adaptación. El progreso de la revelación es ya una adaptación a la capacidad del hombre, como bellamente lo declara San Juan Crisóstomo.

Pero hay, además, otra adaptación a las condiciones intelectuales, morales y religiosas del hombre, en virtud de la cual va Dios elevando constantemente las ideas, los sentimientos, las instituciones, los ritos y ceremonias, para cada vez mejor expresar la verdad revelada y ennoblecer los sentimientos que de ella brotan. Más lejos lleva todavía Dios esta adaptación, llegando hasta condescender temporalmente con ciertas flaquezas humanas, esperando a que la fuerza de su gracia venga a hacerlas desaparecer. De aquí que las verdades de orden moral y religioso, como destinadas por su naturaleza a informar y regir la vida humana, comiencen por tomar cuerpo en la misma organización social, en las leyes e instituciones civiles, en las costumbres domésticas y en los ritos y ceremonias religiosas, ya antes conocidos y practicados por Israel, y vaya purificándolos y elevándolos en virtud de un nuevo principio de vida sobrenatural, elevando mediante ellas la vida misma del hombre. Esto explica la gran semejanza entre la vida de Israel y la de los otros pueblos, especialmente si son de su misma raza o han vivido en estrecha relación con él. De ahí las coincidencias de Israel con esos pueblos en cuanto al nacionalismo, la venganza personal, la poligamia, el divorcio y otras cosas tocantes a la religión y a la moral, que va Dios por sus profetas poco a poco restringiendo, hasta que del todo quedan corregidas con la promulgación del Evangelio.

Por esta incorporación de la revelación divina a la vida del pueblo se explican también las influencias que han ejercido en el desarrollo de la Historia Sagrada los sucesos históricos, como guerras, invasiones extranjeras, deportaciones, cambios de dinastía, etc.

Estas sencillas, pero fundamentales consideraciones, nos dan la solución de las dificultades y argumentos que oponen los racionalistas, y en que apoyan éstos su teoría de la absoluta semejanza entre la Historia Sagrada y la historia de los otros pueblos, por las analogías externas que entre una otra se ofrecen.

3.—Clasificación de los libros históricos.

Del concepto que de la Historia Sagrada hemos expuesto se desprende que los documentos primarios de la misma son los escritos de los profetas, por los que se comunica la divina revelación, y los textos legislativos en los que esa revelación toma cuerpo para obrar sobre la vida del pueblo. Pero no es de estos libros de los que ahora tratamos, sino de aquellos que formalmente narran la vida del pueblo, sus vicisitudes, sus guerras, deportaciones, caídas y resurgimientos religiosos, en los que, como importantes actores de la historia, intervienen los ministros de la revelación. Estos libros son, en el Antiguo Testamento, los siguientes: El Génesis y, en parte, los otros cuatro libros del Pentateuco; Josué, los Jueces, Rut, los dos de Samuel, los dos de los Reyes, los dos de las Crónicas, comúnmente llamados Paralipómenos, Esdras y Nehemías, Judit, Tobías, Ester, y finalmente los dos de los Macabeos. De ellos, la mayor parte contienen la historia general de Israel; otros se limitan a episodios personales importantes en la vida del pueblo; por ejemplo, Judit y Ester; otros son biografías particulares, pero siempre relacionadas con la vida del pueblo; por ejemplo, Rut y Tobías. Los que contienen la vida general del pueblo forman dos series, aunque con algunos vacíos. En el Pentateuco, El Génesis, que es como la prehistoria de Israel, y el Deuteronomio, que es un resumen de la historia y de la ley, forman dos obras literariamente distintas de los

otros tres libros, en que se nos cuentan la liberación de la servidumbre egipcia, la legislación dada a Israel y las peregrinaciones por el desierto. Entre El Génesis y El Exodo hay un vacío de varios siglos, correspondientes a la estancia de Israel en el país de los Faraones. Josué, que cuenta la conquista y la distribución de la tierra de Canaán entre las tribus, empalma literaria e históricamente con el Deuteronomio. Los Jueces son literariamente obra distinta, pero su historia enlaza con la que le precede y la que le sigue; abarca el espacio de varios siglos que median entre Josué y Samuel. Los dos que en hebreo llevan el nombre de este último, y que en los LXX y en la *Vulgata* son los dos primeros de los Reyes, forman literariamente una sola obra, que narra los orígenes y la consolidación de la monarquía, precedida de la judicatura de Samuel, que es el órgano de Dios para la introducción de este cambio de gobierno en Israel. Con esta obra enlazan históricamente los dos libros de los Reyes, que en los LXX y en la *Vulgata* son el III y el IV de los Reyes y forman literariamente una obra independiente en que se narra la historia de la monarquía davídica en tres períodos: primero, el reinado de Salomón (I Reg., 1-11); luego, la historia paralela de los dos reinos, hasta la destrucción de Samaría en 721 (I. Reg. 12, II Reg., 17); y por fin, la historia de Judá hasta la cautividad en 587 (II Reg., 18-25).

Los libros siguientes a éstos forman una segunda serie paralela a la primera. Los Paralipómenos o Crónicas resumen en forma de genealogías toda la historia que media entre Adán y Samuel, y prosiguen luego en la forma histórica ordinaria la historia de la monarquía de Jerusalén, en sus relaciones con el Santuario, hasta la destrucción de la ciudad santa. Literaria e históricamente, entroncan con el libro de Esdras, que narra los esfuerzos para la restauración de Jerusalén, después de la vuelta de la cautividad. Nehemías completa la historia de este período; pero ni literaria ni históricamente enlaza con las dos obras precedentes. Los dos de los Macabeos son dos libros independientes y, en parte, paralelos entre sí. Por vía de introducción, comienza el primero contando la historia de Alejandro Magno y de sus sucesores hasta Antíoco IV, que con su tiranía originó la sublevación de los judíos, objeto principal de la obra. Cuenta las hazañas de los tres hijos de Matatías: Judas, Jonatás y Simón, durante un espacio de cuarenta años (175-136). El libro segundo toma el hilo de la historia desde Seleuco IV, predecesor de Antíoco IV, y termina en 161, con la victoria de Judas sobre Nicanor. Entre Esdras-Nehemías y los de los Macabeos queda sin llenar un espacio bastante largo de tiempo.

En cuanto a las historias episódicas particulares, no cabe duda de que la de Rut pertenece a la época de los Jueces; pero acerca de la de Judit, discuten mucho los críticos si pertenece a la época anterior o a la posterior a la cautividad. La de Ester no cabe dudar que es de la época de los persas. Tobías cuenta sucesos acaecidos bajo la dominación asiria.

En el Nuevo Testamento son históricos los cuatro Evangelios y los Hechos de Apóstoles. Ninguno de los Evangelios es la perfecta y completa biografía de Cristo Nuestro Señor, pues aunque todos ellos tengan por objeto la narración de los sucesos de su vida, sus milagros y sus predicaciones, hay, como advierte San Juan al fin del suyo, otras muchas cosas que hizo Jesús, y que si todas se consignaran por escrito, ni el mundo todo podría contener tantos libros. Cada uno de los evangelistas consignó de los hechos y de las predicaciones del Salvador, aquellos que más hacían al fin doctrinal que cada uno se propuso. Los tres primeros tienen entre sí gran semejanza en el material histórico que eligieron y aun en el orden que siguieron en su narración. Por eso se llaman sinópticos, pues los tres nos dan una común visión de la vida de Jesús, en su mayor parte durante su

ministerio evangélico en la Galilea. El cuarto, el de San Juan, se distingue notablemente de los otros tres, y el material histórico, principalmente sermones del Salvador, lo toma de su ministerio evangélico en la Judea. El no ser los cuatro Evangelios biografías propiamente dichas de Jesús, no obsta para que contengan y de ellos se deduzca, una historia bastante completa, lo completa que quiso Dios que la tuviéramos, de la vida y del ministerio evangélico del Salvador, pues nos describen su origen, su ministerio, sus dichos, su pasión y muerte, su gloriosa resurrección y su ascensión a los cielos.

Los Hechos de Apóstoles son la narración de algunos acontecimientos de capital importancia acaecidos en la Iglesia primitiva desde la Ascensión del Señor hasta la cautividad de San Pablo en Roma, como son: La solemne fundación de la Iglesia, la primera persecución contra ella desencadenada por los judíos, la vocación de los gentiles, la conversión de Pablo, el Concilio de Jerusalén y algunos de los principales hechos de la actividad apostólica de Pedro y de Pablo.

4. - Concepción pragmática de la historia.

Por lo que hace al método con que han sido escritos los libros históricos, es preciso distinguir entre la concepción de la historia y su ejecución literaria. La concepción de la historia es en los autores sagrados pragmática, es decir, de tesis doctrinal, y su pragmatismo se funda en los principios religiosos enseñados por los profetas y expuestos en muy varias formas en los libros de la Escritura. Estos principios son distintos en los distintos autores; pero todos se derivan de la especial providencia que Dios había prometido a Israel. En la primera parte del Génesis es manifiesto el propósito de narrar algunos sucesos en que se manifiestan los divinos atributos, principalmente aquellos que tienen más estrecha relación con el orden moral, y el de tejer las humanas genealogías, hasta llegar a Abraham, en quien y en cuya descendencia se concretan las divinas promesas. Los restantes libros del Pentateuco y el de Josué demuestran cómo cumplió Dios la promesa hecha a Israel de tomarle por pueblo suyo, sacándole de la servidumbre egipcia, haciéndo con él una alianza y dándole la tierra prometida. El pragmatismo de los Jueces se halla claramente formulado en la segunda introducción (2, 6-29). Cuando Israel, olvidado de su vocación y de su pacto con Dios, se deja seducir por el culto idolátrico de los Cananeos, el Señor le manda enemigos que le castiguen, y el castigo le reduce a penitencia. Convertido, le envía Dios un juez, que le libra de sus enemigos. El pragmatismo de Samuel tiende a demostrar cuáles son los deberes de la monarquía teocrática de Israel, cuyos Reyes no deben obrar como señores absolutos, a semejanza de los de los otros pueblos, sino mostrarse dóciles a la ley divina y a la dirección de los profetas. David es el modelo de los Reyes de Israel. Sobre este mismo concepto está calcado el plan de los libros de los Reyes y de las Crónicas. En general, puede decirse que los historiadores sagrados van siempre guiados por un fin doctrinal, inspirado en la ley y en los profetas. No sin razón incluyeron los judíos sus escritos en la sección de profetas. De aquí procede que para establecer su pragmatismo, su filosofía de la historia, no necesitan hacer una completa exposición de los hechos, de los que poder deducir científicamente sus conclusiones. Los hechos más bien que material para una argumentación inductiva, son como ejemplos en los que se realizan los principios conocidos por la revelación; y así la narración no necesita ser completa, ni en la exposición general de los hechos ni

en la detallada descripción de los mismos. Ya hemos indicado que hay largos lapsos de tiempo sobre los que nada nos dicen los historiadores, y añadiremos que no pocas veces la narración está lejos de ser suficientemente detallada y completa para darnos cabal conocimiento de los hechos.

5.—Ejecución literaria de la historia.

Dos métodos se muestran claramente en el modo que los historiadores siguieron en la composición de sus obras: el de *redacción personal* y el de *compilación* o *trascripción de documentos*. Judit, Tobías y I de los Macabeos nos ofrecen un ejemplo del primer modo. El segundo aparece claramente en los Reyes, las Crónicas, Esdras-Nehemías y II de los Macabeos. Según la opinión de algunos exegetas, esto último sucede también en los restantes libros del Antiguo Testamento, desde El Génesis hasta los de Samuel.

Acerca de este segundo método hay que advertir que la trascripción y compilación de documentos se hace alguna vez sin ninguna indicación de las fuentes, y aunque de ordinario se redactan adaptándolos al cuadro histórico que el autor sagrado se ha propuesto, alguna que otra vez se trascribe tal y como se hallan en sus fuentes: pero con esto gana la historia, si no en claridad, en autoridad humana, toda vez que se nos dan mejor a conocer las fuentes en que la Historia se apoya; y éstas, cuanto son más antiguas que el escritor que en ellas bebe y más cercanas a los hechos mismos, tanto mayor crédito merecen ante el tribunal de la razón histórica.

6.—Relaciones entre la Historia Sagrada y la profana.

Debemos recordar el concepto que de la Historia Sagrada hemos expuesto, según el cual es la historia de la verdad y de la gracia divinas, encarnadas en el pueblo de Israel, cuya vida tienden a elevar, a divinizar, según la expresión de los místicos. Por esta incorporación a la vida de Israel, la Historia Sagrada viene a ponerse en contacto con la profana y a recibir sus influencias.

Primeramente hay que considerar en la historia de los pueblos gentiles sus instituciones políticas, sociales, domésticas, etc., para compararlas con las del pueblo hebreo. Asimismo se ha de atender a la vida moral y religiosa, a la manera de concebir la divinidad y sus relaciones con el hombre, a las ceremonias y ritos del culto, etc. Aun prescindiendo de lo que en esto pudiera haber que se remontase a la tradición primitiva, se ha de tener en cuenta que son con frecuencia manifestaciones de la razón natural, que son un destello del Verbo divino y que algunas son buenas y tienden a la perfección de la vida humana, aunque en ellas, como en todo quepan no pocos errores. Participando Israel de la cultura antigua, y recibiendo las influencias de otros pueblos, en muchas cosas más adelantados que él, es natural que tales influencias hayan alcanzado a sus costumbres y a la manera de expresarlas. De aquí proceden las grandes semejanzas que en muchos puntos existen entre el pueblo de Israel y los otros pueblos con quienes vivió en contacto. Pero al lado de estas semejanzas hay una sustancial diferencia y una manifiesta superioridad en la verdad sobrenatural que anima la vida del pueblo hebreo. Hay en la religión de Israel un soplo de vida que tiende a elevar las almas a las altas regiones de

lo divino. Y de aquí procede el término que una y otra cultura han tenido. Murió la gentílica con los pueblos que la crearon, a no ser en aquellos elementos que fueron asimilados por la religión bíblica, mientras que ésta va cada día progresando y contribuyendo al progreso espiritual del mundo. En el primer aspecto de esta exposición, cuanto contribuya a ilustrar la historia de la antigua cultura servirá para ilustrar la historia bíblica.

En segundo lugar, hemos de considerar los grandes sucesos históricos de influencia universal que más resonancia han tenido en la historia del pueblo hebreo, tales como emigraciones, invasiones, guerras, nacimientos y caídas de imperios, etc. Fueron éstos en gran número, porque la Palestina ha sido el lugar de encuentro de las antiguas civilizaciones y de los antiguos imperios. Por eso, cuantos documentos contribuyan a ilustrar la historia de Egipto, de Asiria, de Caldea, del imperio de Alejandro Magno y de sus sucesores, pueden contribuir a ilustrar la Historia Sagrada, que tantas veces los menciona o los supone conocidos de los lectores. Al contrario, son muy raros los casos en que los documentos de la histria profana hacen mención del pueblo de Israel o de cosas tocantes a él; y cuando esto ocurre, hablan de él sólo como objetivo de alguna de sus campañas; pero la vida religiosa de Israel, lo que constituye su privilegiada grandeza, fué totalmente desconocido de los escribas egipcios, asirios y babilónicos. Solamente los griegos, curiosos investigadores de las cosas extranjeras, se dieron cuenta de este hecho, y el juicio que de él formaron concuerda con el que más tarde se hicieron del Evangelio. (I. Cor. 1. 22 sig.)

7.—Principales documentos históricos.

Entre los principales documentos que contribuyen a ilustrar la Historia Sagrada indicaremos los siguientes:

1.° El relato caldeo de la Creación, siquiera sea por el manifiesto contraste con la narración del Génesis.

2.° El del Diluvio, bastante más interesante que el de la Creación, y cuyas semejanzas con el relato bíblico, fuera de lo que atañe a la noción de Dios, son innegables.

3.° La inscripción de Meneftá, único documento egipcio en que se menciona a Israel, y que si en su estilo fuera más preciso, podría servir para fijar mejor la época del éxodo.

4.° Para el estudio de la Ley contribuye el monumental código de Hammurabí, juntamente con otros muchos documentos jurídicos y religiosos que nos ofrece la literatura cuneiforme.

5.° La correspondencia diplomática de El-Amarna nos da una idea muy cumplida del estado político de la Palestina en la época de la invasión de los hebreos, conducidos por Josué. No hay hasta hoy modo de ilustrar el período de los Jueces ni los comienzos de la monarquía.

6.° Sesak nos dejó grabados en los muros de Karnak los nombres de las ciudades de la Palestina por él conquistadas en la expedición de que nos da cuenta el libro segundo de las Crónicas (12-3).

7.° Mesa, rey de Moab, celebra en su inscripción las victorias alcanzadas sobre Israel, de que hace mención el libro segundo de los Reyes (4. 3 sig.).

8.° Muy ricos en noticias son los archivos asirios, en los que hallamos minuciosos relatos de las campañas de Salmanasar, Teglatfalasar IV, Sargón, Senaquerib, Asaradón y Asurbanipal.

9.° Otro tanto sucede con las crónicas de Babilonia, que ilustran la historia de los imperios mesopotámicos hasta la conquista de Babilonia por Ciro.

10. A la época de la restauración de Jerusalén pertenecen los papiros de Elefantina, que esclarecen notablemente la historia de Esdras y Nehemías.

11. Para la época posterior tenemos los historiadores clásicos, prinpalmente Flavio Josefo, que para trazar la historia de los últimos días de su patria dispuso, sin duda, de más abundante documentación que los extraños y presta una gran contribución a la Historia Sagrada.

8.—La cronología bíblica.

La historia describe los hechos, condicionados por el espacio y el tiempo; por eso se dice que la geografía y la cronología son los dos ojos de la historia. Para muchos es casi un axioma que en la Escritura no hay cronología, y la verdad es que las incertidumbres en la cronología bíblica son muchas, aunque no las mismas en todos los libros. La cronología precedente a la época de Abraham se halla en las dos genealogías de los diez patriarcas anteriores y posteriores al diluvio. Adicionados los años que corren entre el nacimiento de cada uno de estos patriarcas y el de su primogénito o sucesor, nos dan la duración de cada uno de estos períodos. Pero la inseguridad de las cifras y la incertidumbre acerca de la naturaleza de estos números y de estas genealogías hace aquí verdadera la anterior afirmación de que no hay cronología bíblica. El historiador caldeo Beroso nos presenta también para los tiempos antediluvianos una serie de diez Reyes, que reinaron en Caldea; pero la oscuridad de la cronología bíblica no se disipa con este también oscuro documento. Los datos generales de la historia de Caldea, de Egipto, de Elam, y sobre todo los de la Prehistoria, parecen demostrar que estas genealogías bíblicas son muy incompletas.

Ha sido bastante común aceptar la coincidencia de la época de Abraham con la de Hammurabi; pero nuevos documentos han obligado a mudar de sentencia. Los más recientes descubrimientos cuneiformes colocan el comienzo del reinado de Hammurabi por el año 1870 ó el 1790. No hay, pues, hasta ahora punto fijo de la cronología profana que pueda en este período servirnos de apoyo para la cronología bíblica del mismo. Todos convienen en que la inmigración de Israel en Egipto se verificó durante la dominación de los reyes Hiksos; pero habiendo durado ésta varios siglos, y siendo muy oscura su historia, en esa misma o mayor oscuridad quedamos respecto del tiempo de la inmigración. El tiempo del éxodo tampoco puede con seguridad determinarse. Las opiniones de los egiptólogos se dividen, optando unos por el reinado de Amenofis II, en la postrera mitad del siglo xv a. C., y otros por el de Meneftá, dos siglos más tarde, hacia el año 1230 a. C. La sentencia común hace recaer en el año 1000 a. C., el reinado de David. La duración del período de los Jueces queda sin determinar. Son bien conocidas las palabras de San Jerónimo sobre la oscura cronología de los libros de los Reyes. Sin embargo, a la nueva luz de los documentos asirios la cronología bíblica adquiere algunos puntos fijos en este período. Así la campaña siro-efraimita, que tan importante lugar ocupa en los vaticinios de Isaías, ocurrió por los años 734-732 a. C.; la destrucción de Samaria por Sargón, el año 722 a. C. Para el último período de la vida de Judá no hallamos ya tantos datos en los documentos asirios. La destrucción de

Nínive ocurrió en el 612 a. C.; en 586 la de Jerusalén, y en 539 la conquista de Babilonia por Ciro. Con ésta termina oficialmente la cautividad. La cronología de la restauración, aunque más fija, tiene todavía sus dificultades, y los doctos disputan sobre el orden que en la historia tienen las legaciones de Esdras y Nehemías. En los libros de los Macabeos el cómputo de los años es más preciso, pues ambos libros parten de la misma fecha, la de la batalla de Gaza, comienzo de la era seléucida, que principia el primero de octubre del año 312, antes de Cristo. Pero el libro primero comienza a contar a partir de la pascua del dicho año, mientras que el segundo cuenta desde el otoño del mismo, originándose así una diferencia de seis meses en el cómputo del uno y el del otro.

NOTA DE LOS GRABADOS

Los grabados escogidos para ilustrar esta edición de la *Sagrada Biblia* de la **Biblioteca de Autores Cristianos**, son obra de famosos maestros flamencos del siglo XVI, y han sido fotografiados expresamente de los guardados en la Sección de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional.

GRABADOS A PLANA ENTERA

ANTIGUO TESTAMENTO.—Acompañan a cada uno de sus libros, a excepción del libro de la *Sabiduría* y del *Cantar de los Cantares*, grabados que pertenecen a la obra *Thesaurus sacrarum historiarum Veteris Testamenti, elegantissimis imaginibus expressum*, que de la editorial de Gerard de Iode salió en 1585, y son debidos al buril de J. Sadeler, J. H. Wierix, Harmen Müller y A. Collaert, según dibujos de **Martin Vos, Martin Heemskerck** y **Adriaen de Weerdt.**

Para el libro de los *Salmos* se ha elegido especialmente una lámina de la Historia de Saúl y David titulada *Patientiae Davidis Regis*, dibujada por **Vos** y grabada y editada por Sadeler en 1586.

De los mismos dibujantes y editor, es el precioso grabado que ilustra el *Cantar de los Cantares*, y que está en colección aparte en nuestra sección.

NUEVO TESTAMENTO.—Durero ilustra casi todo el Nuevo Testamento, en su doble manifestación de grabador en madera y cobre.

Evangelios de San Mateo y San Marcos.—«El Nacimiento de Cristo» y «Cristo se despide de su madre» son las láminas 10 y 17 de la serie en madera *Vida de la Virgen*, que posee la Biblioteca Nacional.

Evangelios de San Lucas y San Juan.—«El descendimiento» y la «Resurrección» pertenecen a la *Pequeña Pasión*, serie grabada en cobre.

También de **Durero** es la ilustración del Apocalipsis (madera) y el San Pablo de las Cartas (cobre).

Los «Hechos de los Apóstoles» son dibujados por **M. de Vos** y editados por la Viuda de Gerard de Iode.

CABECERAS DE LIBRO

Las del Antiguo Testamento están tomadas de la obra *Historiarum Veteris Testamenti* (Lyón, 1543), bella y rara edición grabada por **Holbein** en madera.

Las del Nuevo, de una *Biblia Sacra ad Hebraicam veritatem...*, editada por los herederos de Jacobo Giunta en Lyón, 1549.

COLOFONES

Los colofones, dibujados por **Martin de Vos** y editados por Ph. Galle, están grabados con extraordinaria delicadeza por Wierix, Callaert, Passe y otros maestros del siglo XVI.

ELENA PÁEZ

Bibliotecaria de la Sección de Estampas
de la Biblioteca Nacional.

FE DE ERRATAS

No señalamos los errores que se han deslizado en la transcripción de algunos nombres personales y geográficos, ni las erratas tipográficas, relativamente pocas, que con facilidad salvará el buen sentido de los lectores. Consignamos tan sólo las que podrían ocasionar alteración o confusión en el sentido del texto.

Página	Columna	Línea	Dice	Léase
21	1	34	acaneos	cananeos
21	1	50	el de desierto	el desierto
32	1	2	dos	los
48	2	21	espinas	espigas
77	2	33	lo	le
83	2	46	violada	violeta
85	1	2	de ella	en ella
91	1	41	santuario Yave	santuario de Yave
101	1	11	cortina	cortina con veinte columnas y sus veinte
101	2	21	los	las
144	1	19	flenos	llenos
156	1	13	vuestra familia	vuestras familias
157	2	35	revista	reviste
206	1	38	los	les
206	2	31	grana	grama
209	1	1	a	la
209	1	44	óe	de
214		8	realizada	realizadas
214		9	hacérselas	hacérsela
224	2	41	todo	todos
229	1	32	Betsabe	Berseba
231	2	36	Siclaj	Siceleg
231	2	37	Jaseruso	Josersua
233	2	22	e	de
246	1	1	Jereset	Jaroset
246	1	13	Joreset	Jaroset
257	1	7	el	al
262	2	43	con	a
274	2	14	consagré	consagré a
288	2	51	y	ti
288	2	52	ti	y
291	2	53	en	a
292	1	47	El	Un
302	1	10	Jeerael	Jezrael
311	1	48	él	el
352	1	9	Mispa	Masfa
421	2	34	libro	lirio
640	2	11	Baales	Baales?
679	1	4	nerusalén	Jerusalén
683	1	9	el	él
683	1	14	refugiaros	refugiaos
683	1	26	vida	viña
683	1	44	fronda	flauta
687	2	23	Sersá	Serás

Página	Columna	Línea	Dice	Léase
688	2	23	Sebaot	Yave Sebaot
689	1	38	que es	—era
697	2	46	tor-ado	tor-nado
713	1	38	predicando	prediciendo
761	1	51	un cielo	un siclo
765	1	54	ungir al	ungir el
780	2	28	nombre	hombre
788	1	58	ejecutar	ejecutarla
792	1	53	torno	retorno
798	2	21	huído la	huído de la
1224	1	44	ha sido así cumplimentado	ha dado así cumplimiento
1224	2	54	hombre	nombre

ANTIGUO TESTAMENTO

INTRODUCCION ESPECIAL AL PENTATEUCO

I.—Plan del Pentateuco.

LOS cinco primeros libros, que los judíos pusieron siempre a la cabeza de su canon, recibieron conjuntamente el nombre de Torá o Ley, y cada uno de ellos se denominaba con las palabras por que comenzaba, fuera del cuarto, Los Números, que llamaron Bamidbar, «En el desierto». Los judíos alejandrinos, que leían los libros sagrados en la versión griega alejandrina, dieron al conjunto de los cinco libros el nombre de Pentateuco, y a cada uno de ellos un título que expresaba su contenido: Génesis, Exodo, Levítico, Números y Deuteronomio. San Jerónimo, en su versión Vulgata, *conservó ambos nombres: así el primero:* Génesis, hebraice Beresit, *etc.*

El Pentateuco tiene por fin narrar los orígenes del pueblo de Israel «y su constitución como pueblo de Dios.» Esto, que es también su argumento, da su unidad general a toda la obra, que el autor desarrolló del modo siguiente: El Génesis es como la prehistoria de Israel. Tiene su unidad literaria, constituida por la serie de diez genealogías, que comienzan por la del cielo y la tierra y terminan con la de Jacob. Las cinco primeras pertenecen a la historia general; las otras cinco, que comienzan con Tare, padre de Abraham, se refieren a los patriarcas del pueblo elegido. En esta serie de generaciones nos traza el autor sagrado el camino por el que las divinas promesas de un Redentor se transmiten de Adán

a Abraham y de éste al pueblo de Israel, que las conservará y preparará su cumplimiento. Tal es el pensamiento de San Agustín: propositum quippe scriptoris illius fuit, per quem Spiritus Sanctus id agebat per successionem certarum generationum ex uno homine propagatarum, pervenire ad Abraham et deinde ex ejus semine ad populum Dei, in quo distincto a coeteris gentibus praefigurarentur» *Los misterios del reino de Dios y de Cristo. (De Civ. Dei. XV, 8.) Al mismo tiempo que teje la historia de estas diez generaciones, va el autor inspirado intercalando algunas leyes fundamentales de Israel, como la de no comer sangre (Gen. 9, sig.), y la de la circuncisión, como señal de la alianza con Dios (Gen. 17). Termina el Génesis con el establecimiento de Jacob en Egipto, donde, según la promesa de Dios a Abraham y a Jacob, se multiplicaría su descendencia, adquiriendo el suficiente desarrollo para constituir un pueblo capaz de recibir la ley.*

Los tres libros que siguen forman un todo, y contienen la historia de la opresión y la liberación de Egipto y la de la peregrinación por el desierto, con todas sus peripecias. Ocupa en ellos un lugar preeminente la permanencia en el Sinaí. En el curso de esta historia va el autor intercalando la promulgación de las leyes que formarán el Código mosaico. En el conjunto de esta obra podemos distinguir cuatro grupos de leyes, como si dijéramos cuatro Códigos especiales. Es el primero el Código de la Alianza, *que tiene por introducción la primera teofanía del Sinaí con la promulgación del Decálogo (Exod. 19, 20), seguido de una serie de disposiciones legales, religiosas, civiles y penales, promulgadas por Moisés, como base del pacto allí mismo establecido entre Dios y el pueblo (20-23). El segundo Código, que podemos llamar* levítico o sacerdotal, *comienza con la segunda teofanía (Exod. 24, 1, 9), y la permanencia de Moisés en el monte por espacio de cuarenta días, durante los cuales le comunica Dios toda la organización del culto. Viene luego la ejecución de ese plan, hasta la erección del tabernáculo, con la cual termina el Exodo (25-40); y por fin, las disposiciones del Levítico sobre los sacrificios y la consagración de los sacerdotes, que constituyen la primera parte de este libro (1-16). La segunda (17-27) forma el llamado* Código de santidad, *que contiene diversos preceptos ordenados a conservar la santidad interior y exterior del pueblo elegido, conforme a la santidad de su Dios, repitiéndose muchas veces la fórmula: «Sed santos, como yo, el Señor vuestro Dios, soy santo.»*

Los Números, que abarcan un período de treinta y siete años, es el libro que presenta menos unidad. Recibe el nombre este libro de los empadronamientos del pueblo, con que comienza (1-4), y siguen luego algunas leyes, la peregrinación por el desierto con algunos de sus episodios, la mayor parte de ellos desagradables, que muestran la dura cerviz de aquel pueblo y justifican plenamente el reproche que les dirigió San Esteban: «Vosotros resistís siempre al Espíritu Santo» (5-26). El Deuteronomio es una obra aparte, una recopilación histórica y legal de todo lo sucedido desde la salida de Egipto hasta aquel momento en la llanura de Moab, y está hecha por Moisés en tres discursos, en que recuerda al pueblo los beneficios recibidos de Dios y los exhorta a la observancia de su ley. El primer discurso (1-4) es una recopilación de la historia, y termina con la alianza del Sinaí. El segundo comienza con la repetición del Decálogo, sigue con apremiantes exhortaciones a la observancia de la ley (5-11), y termina con la explicación de las leyes contenidas en los Códigos de la alianza y de la santidad, que se refieren al pueblo, dejando las del Código levítico, que se refieren a los sacerdotes (12-26). El tercer discurso contiene las sanciones divinas de la ley y la renovación del pacto en la llanura de Moab (27-30). Los últimos capítulos vienen a ser como un apéndice de la obra, y contienen el gran cántico de Moisés y la bendición de las doce tribus, terminando con la muerte del profeta, a la vista de la tierra prometida (31-34).

2.—La autenticidad de la revelación mosaica.

Repetidamente hemos dicho que la Historia Sagrada es la historia de la divina revelación, comunicada al pueblo por el ministerio de los profetas. Esto profesamos cuando decimos: Credo in Spiritum Sanctum qui locutus est per prophetas. *Moisés es el primero entre los profetas, pues como dice Santo Tomás, habló a todo el pueblo en nombre de Dios y como promulgador de la ley, mientras que todos los otros inculcaron la observancia de la misma, según estas palabras de Malaquías (4, 4): «Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo» (II.ª II.ª q. 174, a. 4). Antes, pues, de tratar de la autenticidad literaria del Pentateuco, conviene tratar de la autenticidad de la revelación en él contenida, como cosa que está íntimamente ligada con la fe y que ha de servir de base para determinar luego la autenticidad literaria del Pentateuco.*

El Pentateuco mismo y el libro de Josué nos ofrecen testimonios de haber Moisés recibido revelaciones de Dios; y son tantos estos testimonios, que para reproducirlos todos habríamos de citar una buena parte de estos libros. También abundan testimonios semejantes en los otros libros del Antiguo y del Nuevo Testamento. En el primero de los Reyes exhorta David a Salomón a guardar la Ley del Señor, andar por sus caminos y guardar sus preceptos, ceremonias y testimonios, como están escritos en la Ley de Moisés (2, 3). En el segundo de los Reyes se alaba la piedad y el celo de Ezequías, por haberse adherido a la Ley del Señor, no haberse apartado de sus caminos y haber cumplido los mandatos que dió Dios a Moisés (18, 6). Nehemías confiesa a Dios su pecado y el de sus padres, por haber olvidado los preceptos, las ceremonias y los juicios que dió a Moisés, su siervo (1, 7). En este mismo libro los representantes del pueblo recuerdan los favores de Dios, que descendió y habló con ellos desde el cielo y les dió sus juicios rectos, una ley de verdad y ceremonias y preceptos buenos, por medio de Moisés, su siervo (9, 1; conf. 10, 28). El Eclesiástico termina el elogio de Moisés diciendo: «Y dió Dios por su mano sus preceptos, una ley de vida y de inteligencia, para enseñar a Jacob sus estatutos y a Israel sus testimonios y sus juicios» (46, 6). El joven mártir de la ley habla así a sus verdugos: «No obedezco las órdenes del Rey, sino las preceptos de la ley, que nos ha sido dada por Moisés» (II. Mac. 7, 30).

Esta tradición del Antiguo Testamento la confirman testimonios del Nuevo. El Señor pone en boca de Abraham estas palabras, dirigidas al rico Epulón: «Tienen a Moisés y a los Profetas... Si a Moisés y a los Profetas no oyen, tampoco oirán a un muerto que resucite» (Luc. 16, 29 sig.). El mismo Salvador, camino de Emaús, les va explicando a los discípulos los vaticinios que a El se referían, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas (Luc. 24, 24). De estas explicaciones parece hacerse eco el Santo Protomártir, al citar ante el Sanedrín, como dicho por Moisés, el pasaje del Deuteronomio 18, 15. Asimismo San Pedro, ante la asamblea de los fieles, declara que ni ellos ni sus padres pudieron guardar la Ley de Moisés (Act. 15, 10). San Pablo, en la cárcel de Roma disputaba con los judíos, probándoles por la Ley de Moisés y por los Profetas que Jesús era el Mesías (Act. 28, 23). De la misma suerte habla el Apóstol en sus Epístolas, como puede verse en Rom. 5, 1; II. Cor. 3, 13 sigs.; Heb. 3, 2 sigs., 9, 19. Estos testimonios prueban ser histórica y dogmáticamente cierto que Moisés es el legislador inspirado de Israel y que su ley se halla contenida en el Pentateuco, único Código conocido por el pueblo elegido. Esto ha de entenderse de la sustancia de la ley y de la revelación mosaica, puesto que mucho de la una y de la otra lo habría

recibido ya Israel de sus patriarcas, y algo más pudieron añadir luego los profetas posteriores, prometidos por Dios en la misma ley, como sucesores de Moisés y perfeccionadores de su obra.

3.—La autenticidad mosaica del Pentateuco.

Después de esta cuestión de la autenticidad de la revelación mosaica, que interesa primordialmente a nuestra fe, síguese otra acerca de la autenticidad del testimonio histórico de esa revelación, que debe provenir de Moisés, y hallarse contenido en documentos que tendrán tanto más valor histórico cuanto más cerca estén de la persona del profeta legislador.

Fuera de alguna pequeña parte, como el capítulo último del Deuteronomio, y algunas otras que se consideraron como glosas o adiciones por algunos intérpretes, la total autenticidad mosaica del Pentateuco fué indiscutida en la antigüedad. Es principalmente al fin del siglo XVIII *cuando la crítica racionalista comienza a impugnarla y acaba por negarla del todo. Del examen interno del libro se deduce que son muchas las partes que indudablemente fueron escritas por Moisés, precisamente lo principal de los Códigos legislativos, a más de otros pasajes de menor importancia. Igualmente hay otros que prueban haber tenido Moisés tanta parte en el resto de la obra, que puede con verdad decirse el autor responsable de todo su contenido. Así en Exod. 24, 4, después de exponer Moisés las leyes por que quería Dios que Israel se gobernase en adelante, se dice que Moisés escribió todo aquello y a la mañana siguiente lo leyó al pueblo, que protestó estar dispuesto a observarlo. Se trata del Código de la alianza, llamado así porque conforme a él se estableció el pacto del Sinaí entre Dios e Israel. Palabras semejantes se leen también en el Deuteronomio (31, 9): «Escribió Moisés esta ley y la entregó a los sacerdotes leníticos y a todos los ancianos de Israel», palabras que parece deben referirse al resumen de la ley, que es el Deuteronomio, aunque no faltan intérpretes que las extienden a todo el Pentateuco. Fuera de estas dos importantes porciones, se dice en el libro haber sido escritas por Moisés la historia sobre los Amalecitas (Exod. 17, 4) y las etapas del paso de Israel por el desierto (Núm. 33, 1).*

La trama general del libro y su redacción prueba en muchos casos que procede de la época mosaica. El término a que todas sus páginas convergen, es la liberación de la servidumbre de Egipto y la entrada en la tierra de Canán. El gran conocimiento que de las cosas de Egipto y su civilización muestra el autor prueba que éste ha vivido en él y en él se ha educado. Otras cosas no se explica que puedan haber sido escritas sino por quien ha vivido la vida del desierto y al tiempo en que la Palestina no había sido aún ocupada por Israel.

A estos argumentos intrínsecos se añaden otros extrínsecos, deducidos de los testimonios de otros libros de la Escritura, que atestiguan que es Moisés el autor del Pentateuco. Recuérdense los testimonios antes aducidos para probar la autenticidad de la revelación mosaica. Además, en el libro de Josué se mencionan varios preceptos de la ley escritos por Moisés (1, 7 sigs.; 13, 6). Baruc, haciendo a Dios confesión de sus pecados y de los beneficios que de él había recibido Israel, cuenta entre ellos el haber mandado a Moisés escribir la ley para los hijos de Israel (2, 27). El divino Salvador, echando en cara a los judíos su incredulidad, les anuncia que Moisés será su acusador, diciendoles: «De mí escribió él, y si de verdad creyerais en sus escritos, creeríais también en mí.» (Jn. 5, 45 sigs.) Finalmente el Apóstol, escribiendo

a los Romanos, cita la ley escrita por Moisés (10, 5). Todos convienen en que los judíos, al tiempo de Cristo Nuestro Señor, tenían por cierto de toda certeza que Moisés había escrito el Pentateuco. Esta convicción se refleja en el Nuevo Testamento, por ejemplo, en Mat. 8, 4; 19, 7 sigs.; Marc. 7, 10; 12, 26; Luc. 20, 28; Jn. 1, 46; Act. 3, 22; 14, 21.

4.—La hipótesis documentaria.

La crítica independiente, que para nada tiene en cuenta el testimonio de la Escritura y de la Tradición, ateniéndose sólo a los argumentos internos, de negación en negación ha venido a rechazar totalmente la autenticidad del Pentateuco, y lo que para la fe importa más, la autenticidad de la misión profética y legislativa de su autor. Son sus argumentos: El carácter de composición que dentro de su unidad general tiene el Pentateuco; la diversidad de estilo y de lenguaje que se nota en sus distintas partes; la repetición de algunos episodios históricos y de varias prescripciones legales, etc. Según la crítica, estos hechos arguyen, o diversidad de autores, o diversidad de tiempos en que fueron dadas las leyes, acomodadas a las varias condiciones de vida del pueblo. Así, el Pentateuco, o por mejor decir el Hexateuco, incluyendo también el libro de Josué, sería una compilación, en la cual pueden distinguirse cuatro principales documentos: El Yavista, *que comienza en Gen., 2, 4; y comprende toda la historia junto con la legislación del Sinaí, y podría haber sido redactado en los comienzos de la monarquía; el* Elohista, *que empieza en la época de Abraham y corre paralelo al precedente, narrando la historia y la legislación sinaítica, y sería un tanto posterior al Yavista; el* Deuteronómico, *que comprende todo el libro del Deuteronomio y se continúa luego en el de Josué, escrito a fines de la monarquía; y finalmente, el* Código Sacerdotal, *que es el que da el plan general al Pentateuco y abarca, por tanto, toda la obra, desde el primer capítulo del Génesis hasta el fin del libro de Josué, incluyendo toda la legislación levítica y sacerdotal, redactado en la época de la cautividad. Posterior a estos cuatro documentos sería la composición del Pentateuco, que pudiera haber sido obra de Esdras, a quien atribuye una antigua tradición judía la restitución de los libros sagrados, perdidos en la universal ruina de la nación.*

Bien se ve cuán mermada queda en estas opiniones la autenticidad de la obra mosaica, si es que algo queda de ella, y cuán poco crédito histórico se da a los relatos del Pentateuco.

5.—Otros datos del problema.

Además de los testimonios que atrás dejamos indicados, tomados de la Escritura, y además de los hechos alegados por la crítica independiente, que proceden del examen interno de la Sagrada Escritura, conviene señalar un tercer grupo de datos con que hay que contar para la posible resolución del problema. Se debe advertir, ante todo, que la ley mosaica no es como la ley evangélica, una ley que pudiéramos decir de principios (II. II.ª q. 106), destinada a regir a los pueblos todos hasta el fin de los siglos. Es más bien una ley de circunstancias, que ha de regir la vida moral, religiosa, litúrgica, social, política, etc., del pueblo hebreo con preceptos muy concretos y circunstanciales, amoldados a las condiciones de Israel.

El pueblo al que fué dada la ley es un pueblo medio nómada, medio sedentario, medio patriarcal, medio político, y es muy natural que la ley se adaptase

a estas circunstancias, y que en el transcurso del tiempo, al modificarse la situación social y religiosa del pueblo, recibiría la ley algunas explicaciones y adaptaciones, hechas por los profetas y los sacerdotes, que se introdujeron en el texto sagrado.

A la luz de todos estos datos, podrá el discreto lector formarse idea clara del siguiente decreto de la Comisión Pontífica Bíblica de 27 de junio de 1906.

6.—El decreto de la Comisión Pontífica Bíblica.

Acerca de las teorías anteriormente expuestas y del problema que pretenden resolver, ha dado la Comisión P. Bíblica un decreto cuyo compendio es: I. Los argumentos acumulados por la crítica para negar la autenticidad mosaica del Pentateuco, comparados con los testimonios de uno y otro Testamentos, con el asentimiento del pueblo judío y con la tradición de la Iglesia y las pruebas que del texto mismo del libro se deducen, no son de tal peso que autoricen para afirmar que tales libros no tienen a Moisés por autor, sino que han sido compuestos de fuentes en su máxima parte posteriores a Moisés. II. La autenticidad mosaica del Pentateuco no exige que Moisés haya escrito todas y cada una de sus partes. Se puede permitir la hipótesis de que Moisés encomendara a diversos amanuenses la ejecución de la obra, que él con divina inspiración había planeado, confirmándola, después de la ejecución, con su autoridad. III. Puede también concederse, sin perjuicio de la autenticidad del Pentateuco, que Moisés haya hecho uso, en la composición de su obra, de documentos escritos o tradiciones orales, sea transcribiéndolos a la letra, sea resumiéndolos o ampliándolos según viera convenir a su plan, todo bajo la divina inspiración. IV. Salvo la autenticidad y la sustancial integridad del Pentateuco, puede admitirse que en tan largo espacio de siglos se hayan introducido en él algunas modificaciones, tales como adiciones posteriores a la muerte de Moisés, glosas explicativas del texto, correcciones de palabras anticuadas y lecciones incorrectas debidas al descuido de los amanuenses, y de las cuales puede juzgarse conforme a las reglas de la crítica.

GÉNESIS

[illegible] Deus Uno creat hic animalia Verbo. Estq; uigetq; statim, quod fuit ante nihil. Genes. 1.

GENESIS

La creación del universo

1 [1] Al principio creó Dios los cielos
y la tierra (1) [2] La tierra estaba
confusa y vacía, y las tinieblas cubrían la haz del abismo, pero el espíritu de Dios estaba incubando (2) sobre la superficie de las aguas.
[3] Dijo Dios: «Sea la luz»; y hubo
luz. [4] Y vió Dios ser buena la luz, y
la separó de las tinieblas; [5] y a la
luz llamó día, y a las tinieblas noche,
y hubo tarde y mañana, día primero.
[6] Dijo luego Dios: «Haya firmamento en medio de las aguas, que
separe unas de otras.» [7] E hizo Dios
el firmamento, separando aguas de
aguas, las que estaban debajo del
firmamento, de las que estaban sobre
el firmamento. Y así fué. [8] Llamó
Dios al firmamento cielo, y hubo
tarde y mañana, segundo día.
[9] Dijo luego: «Júntense en un lugar
las aguas de debajo de los cielos, y
aparezca lo seco.» Así se hizo; [10] y a
lo seco llamó Dios tierra, y a la reunión
de las aguas mares. Y vió Dios ser
bueno.
[11] Dijo luego: «Produzca la tierra
brotes de hierba verde con semilla, y
árboles frutales cada uno con su fruto,
según su especie y con su simiente,
sobre la tierra.» [12] Y produjo la tierra
brotes de hierba verde, cada uno con
su semilla, y árboles de fruto con su
semilla cada uno. Vió Dios ser bueno;
[13] y hubo tarde y mañana, día tercero.
[14] Dijo luego Dios: «Haya en el
firmamento de los cielos lumbreras
para separar el día de la noche, y
servir de señales a estaciones, días y
años; [15] y luzcan en el firmamento
de los cielos, para alumbrar la tierra.» Y así fué. [16] Hizo Dios los dos
grandes luminares, el mayor para presidir al día, y el menor para presidir
a la noche, y las estrellas; [17] y los
puso en el firmamento de los cielos
para alumbrar la tierra [18] y presidir
al día y a la noche, y separar la luz
de las tinieblas. Y vió Dios ser bueno,
[19] y hubo tarde y mañana, día cuarto.
[20] Dijo luego Dios: «Llénense las

(1) La creación es el dogma fundamental de la religión, opuesto a todas las falsas religiones y a todas las falsas filosofías.

(2) La palabra hebrea significa propiamente el aletear del ave sobre los huevos, al incubar. Con esta imagen se expresa la acción del espíritu de Dios sobre el caos.

aguas de animales, y vuelen sobre la tierra aves debajo del firmamento de los cielos.» [21] E hizo Dios los grandes monstruos del agua y todos los animales que bullen en ella, según su especie, y todas las aves aladas, según su especie. Y vió Dios ser bueno, [22] y los bendijo, diciendo: «Creced y multiplicaos y henchid las aguas del mar, y multiplíquense sobre la tierra las aves.» [23] Y hubo tarde y mañana, día quinto.

[24] Dijo luego Dios: «Brote la tierra seres animados según su especie, bestias, reptiles y vivientes de toda especie.» Y así fué. [25] Hizo Dios todos los vivientes de la tierra según su especie, las bestias, según su especie, y todos los reptiles de la tierra, según su especie. Y vió Dios ser bueno.

[26] Díjose entonces Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza, para que domine sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre las bestias, y sobre toda la tierra y cuantos animales se mueven sobre ella.» [27] E hizo Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo hizo, y los hizo macho y hembra; [28] y los bendijo Dios, diciéndoles: «Creced y multiplicaos, y henchid la tierra; sometedla y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, y sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra.» [29] Dijo también Dios: «Ahí os doy cuantas hierbas de semilla hay sobre la haz de la tierra toda, y cuantos árboles producen fruto de simiente, para que todos os sirvan de alimento. [30] También a todos los animales de la tierra, y a todas las aves del cielo, y a todos los vivientes que sobre la tierra están y se mueven, les doy para comida cuanto de verde hierba la tierra produce.» Y así fué.

[31] Y vió Dios ser bueno cuanto había hecho, y hubo tarde y mañana, día sexto.

2 [1] Así fueron acabados los cielos y la tierra y todo su cortejo. [2] Y rematada toda la obra que había hecho, descansó Dios el séptimo día de cuanto hiciera; [3] y bendijo al día séptimo y lo santificó, porque en él descansó Dios de cuanto había hecho y obrado.

[4] Este es el origen de los cielos y la tierra cuando fueron creados (1).

(1) En este primer relato ha de distinguirse entre el fondo y la forma literaria. El fondo

El Paraíso.

Al tiempo de hacer Yave Dios la tierra y los cielos, [5] no había aún arbusto alguno en el campo, ni germinaba la tierra hierbas, por no haber todavía llovido Yave Dios sobre la tierra, ni haber todavía hombre que la labrase, [6] ni rueda que subiese el agua con que regarla; [7] formó Yave Dios al hombre del polvo de la tierra, y le inspiró en el rostro aliento de vida, y fué así el hombre ser animado. [8] Plantó luego Yave Dios un jardín en Edén, al oriente, y allí puso al hombre a quien formara. [9] Hizo Yave Dios brotar en él de la tierra toda clase de árboles hermosos a la vista y sabrosos al paladar, y en el medio del jardín el árbol de la vida y el árbol de la ciencia del bien y del mal. [10] Salía de Edén un río que regaba el jardín y de allí se partía en cuatro brazos. [11] El primero se llama Pisón, y es el que rodea toda la tierra de Evila, donde abunda el oro, [12] un oro muy fino y a más también bedelio y ágata; [13] el segundo se llama Guijón, y es el que rodea toda la tierra de Cus; [14] el tercero se llama Gidequel, y corre al oriente de Asia; el cuarto es el Perat (1). [15] Tomó, pues, Yave Dios al hombre, y le llevó al jardín de Edén para que lo cultivase y guardase, [16] y le dió este mandato: «De todos los árboles del paraíso puedes comer, [17] pero del árbol de la ciencia del bien y del mal no comas, porque el día que de él comieres, ciertamente morirás.» [18] Y se dijo Yave Dios: «No es bueno que el hombre esté solo, voy a ha-

contiene las principales verdades de la religión; la creación del universo, en el tiempo, por la omnipotencia y la sabiduría de Dios; la formación de los astros para servicio del hombre, no para ser por él adorados; el origen divino de toda fecundidad, también por error divinizada en las religiones paganas; la formación del hombre, a imagen y semejanza de Dios. Esta semejanza, según la Escritura y los Padres, está en el dominio y señorío vicario del hombre sobre toda la creación, y radicalmente se funda en la naturaleza racional del hombre. La forma literaria es una especie de parábola, en que la obra de Dios, a tenor del precepto sabático, se presenta cual modelo de la obra del hombre. La obra de Dios se divide, no según la naturaleza de las cosas, sino según éstas aparecen a los sentidos y conforme al lenguaje de la época. (I. G. n. 13 y 15.)

(1) Los dos ríos primeros no se sabe cuáles son; el tercero es probablemente el Tigris; el cuarto, el Eufrates.

cerle una ayuda semejante a él»;
19 pues había Yave Dios traído ante
Adán todos cuantos animales del
campo y cuantas aves del cielo hizo
de la tierra, para que viese cómo los
llamaría, y fuese el nombre de todos
los vivientes el que él les diera; 20 y
había dado Adán nombre a todas las
bestias y a todas las aves del cielo
y a todos los animales del campo;
pero entre todos ellos no había para
Adán ayuda semejante a él. 21 Hizo
pues Yave Dios caer sobre Adán un
profundo sopor; y dormido, tomó una
de sus costillas, cerrando en su lugar
la carne, 22 y de la costilla que de
Adán tomara formó Yave Dios a la
mujer, y se la presentó a Adán.
23 Adán exclamó:

«Esto sí que es ya hueso de mi
hueso y carne de mi carne.
Esto se llamará varona, porque
del varón ha sido tomada.
24 Por esto dejará el hombre a su
padre y a su madre
Y se adherirá a su mujer
Y vendrán a ser los dos una sola
carne.»

Tentación, caída y primera promesa de redención.

25 Estaban ambos desnudos, Adán
y su mujer, sin avergonzarse de ello.

3 1 Pero la serpiente, el más astuto
de cuantos animales del campo
hiciera Yave Dios, dijo a la mujer:
«¿Conque os ha mandado Dios que
no comáis de los árboles todos del
paraíso?» 2 Y respondió la mujer a
la serpiente: «Del fruto de los árbo-
les del paraíso comemos, 3 pero del
fruto del que está en medio del pa-
raíso nos ha dicho Dios: «no comáis
de él, ni lo toquéis siquiera, no va-
yáis a morir.» 4 Y dijo la serpiente
a la mujer: «No, no moriréis; 5 es
que sabe Dios que el día que de él
comáis, se os abrirán los ojos, y se-
réis como Dios, conocedores del bien
y del mal.» 6 Vió, pues, la mujer
que el árbol era bueno para comerse,
hermoso a la vista y deseable para
alcanzar la sabiduría, y cogió de él
fruto, y comió, y dió de él a su ma-
rido, que también con ella comió.
7 Abriéronse los ojos de ambos, y
viendo que estaban desnudos, cosie-
ron unas hojas de higuera y se hi-
cieron unos cinturones. 8 Oyeron a
Yave Dios, que andaba por el jardín
al fresco del día, y se escondieron
de Yave Dios Adán y su mujer, en
medio de la arboleda del jardín.
9 Pero llamó Yave Dios a Adán, di-
ciendo: «Adán, ¿dónde estás?» 10 Y
éste contestó: «Te he oído en el
jardín, y temeroso porque estaba des-
nudo, me escondí.» 11 «¿Y quién, le
dijo, te ha hecho saber que estabas
desnudo? Es que has comido del árbol
de que te prohibí comer?» 12 Y dijo
Adán: «La mujer que me diste por com-
pañera me dió de él y comí.» 13 Dijo,
pues, Yave Dios a la mujer: «¿Por qué
has hecho eso?», y contestó la mujer:
«La serpiente me engañó y comí.» 14
Dijo luego Yave Dios a la serpiente:

«Por haber hecho esto,
Maldita serás entre todas las bestias
Y entre todos los animales del
campo.
Te arrastrarás sobre tu pecho
Y comerás el polvo todo el tiempo
de tu vida.
15 Pongo perpetua enemistad entre
ti y la mujer
Y entre tu linaje (1) y el suyo;
Este te aplastará la cabeza,
Y tú le morderás a él el calcañal» (2).
16 A la mujer le dijo:
«Multiplicaré los trabajos de tus
preñeces;
parirás con dolor los hijos,
y buscarás con ardor a tu marido,
que te dominará.»
17 A Adán le dijo: «Por haber es-
cuchado a tu mujer, comiendo del
árbol de que te prohibí comer, di-
ciéndote: no comas de él:
Por ti será maldita la tierra;
con trabajo comerás de ella todo
el tiempo de tu vida;
18 te dará espinas y abrojos,
y comerás de las hierbas del campo.

(1) Nuestra palabra «linaje» no corresponde exactamente a la palabra hebrea aquí empleada, pues aquélla significa no sólo posteridad, que es lo que significa la palabra hebrea, sino también ascendencia; la hemos preferido, sin embargo, por ser de género masculino, y convenir mucho en este lugar hacer resaltar la contraposición que, de no distinguir entre los dos géneros, queda oscurecida.

(2) La palabra hebrea es la misma para la acción del linaje de la mujer contra la serpiente y para la de la serpiente contra el linaje de la mujer. En ambos casos debería traducirse del mismo modo. Sin embargo, como la palabra hebrea significa acechar o herir, prefiriendo esta última significación, la matizamos de aplastar o de morder, según las circunstancias de la acción en el uno y el otro caso.

19 Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido formado;
ya que polvo eres, y al polvo volverás» (1).
20 Adán llamó Eva a su mujer, por ser la madre de todos los vivientes. 21 Hízoles Yave Dios a Adán y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió.
22 Díjose Yave Dios: «He ahí a Adán hecho como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal; que no vaya ahora a tender su mano al árbol de la vida, y comiendo de él, viva para siempre. 23 Y le arrojó Yave Dios del jardín de Edén, a labrar la tierra de que había sido tomado. 24 Expulsó a Adán, y puso delante del jardín de Edén un querubín, que blandía flameante espada (2), para guardar el camino del árbol de la vida (3).

Caín y Abel.

4 1 Conoció Adán a su mujer, que concibió y parió a Caín, diciendo: «He alcanzado de Yave un varón.» 2 Volvió a parir, y tuvo a Abel, su hermano. Fué Abel pastor y Caín labrador; 3 y al cabo de tiempo hizo Caín ofrenda a Yave de los frutos de la tierra, 4 y se la hizo también Abel de los primogénitos de su ganado, de lo mejor de ellos; y agradóse Yave de Abel y su ofrenda, 5 pero no de Caín y la suya. Se enfureció Caín y andaba cabizbajo; 6 y Yave le dijo: «¿Por qué estás enfurecido, y por qué andas cabizbajo? 7 ¿No es verdad que si obraras bien andarías erguido, mientras que si no obras bien, estará el pecado a la puerta? Cesa, que él siente apego a ti, y tú le dominarás a él.» 8 Dijo Caín a Abel, su hermano: «Vamos al campo.» Y cuando estuvieron en el campo, se alzó Caín contra Abel, su hermano, y le mató. 9 Preguntó Yave a Caín: «¿Dónde está Abel, tu hermano?» Contestóle: «No sé. ¿Soy yo acaso el guarda de mi hermano?» 10 «¿Qué has hecho?—le dijo Yave—. La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra. 11 Ahora, pues, maldito serás de la tierra, que abrió su boca para recibir de mano tuya la sangre de tu hermano. 12 Cuando la labres, te negará sus frutos, y andarás por ella fugitivo y errante» (1). 13 Dijo Caín a Yave: «Insoportablemente grande es mi castigo. 14 Ahora me arrojas de la tierra cultivada; oculto a tu rostro, habré de andar fugitivo y errante por la tierra, y cualquiera que me encuentre me matará.» 15 Pero Yave le dijo: «No será así. Si alguien matare a Caín, sería éste siete veces vengado.» Puso, pues, Yave a Caín una señal, para que nadie que le encontrase le matara. 16 Caín, alejándose de la presencia del Señor, habitó la región de Nod, al oriente de Edén.

La descendencia de Caín.

17 Conoció Caín a su mujer, que concibió y parió a Enoc. Púsose a edificar una ciudad, a la que dió el nombre de Enoc, su hijo. 18 A Enoc le nació Irad, e Irad engendró a Maviael; Maviael a Matusael y Matusael a Lamec. 19 Lamec tomó dos mujeres, una de nombre Ada, otra de nombre Sela. 20 Ada parió a Jabel, que fué el padre de los que habitan tiendas y pastorean. 21 El nombre de su hermano fué Jubal, el padre de

(1) En estas palabras de Dios a la mujer y al hombre resalta la diversa misión del uno y de la otra en la familia. La del hombre, ser jefe de ella y su mantenedor; la de la mujer, los afanes de la maternidad.

(2) En todo este relato, como en el del a creación, hay que distinguir entre el fondo y la forma literaria. Esta es poética; y si absurdo sería tomar en sentido propio todas las palabras, definir del todo los límites entre la imagen y la realidad sería temerario. La C. P. Bíblica, en decreto de 30 de junio de 1908, después de condenar los sistemas que niegan todo valor histórico a estos relatos, señala algunos puntos que en éste han de ser tenidos por históricos: haber sido formada la mujer del cuerpo del primer hombre; la unidad específica del género humano; la felicidad original de los primeros padres en el estado de justicia, integridad e inmortalidad; el precepto dado por Dios al hombre para probar su obediencia; el primer pecado cometido por el hombre, a instigación del diablo en figura de serpiente; la pérdida, por parte del hombre, del privilegio de la justicia original, y la promesa de un futuro redentor.

(3) Son imágenes que expresan que no le queda al hombre esperanza alguna de recobrar la inmortalidad.

(1) Está maravillosamente expresado el remordimiento del homicida, que, perseguido siempre por la imagen de su víctima y el temor de la venganza, huye, buscando lugar donde ocultarse.

cuantos tocan la cítara y el órgano. 22 También Sela tuvo un hijo, Tubalcaín, forjador de instrumentos cortantes de bronce y de hierro. Hija de Tubalcaín fué Noema. 23 Dijo, pues, Lamec a sus mujeres Ada y Sela:

Oíd mi voz, mujeres de Lamec,
Dad oídos a mis palabras.
Yo mataré a cualquier hombre que me hiera,
Al joven que me hiciere un cardenal.
24 Si Caín sería vengado siete veces,
Lamec lo será setenta veces siete (1).

Set y su descendencia.

25 Conoció de nuevo Adán a su mujer, que parió un hijo, a quien puso por nombre Set, diciendo: «Hame dado Yave otro descendiente por Abel, a quien mató Caín.» 26 También a Set le nació un hijo, al que llamó Enós; entonces comenzó a llamarse con el nombre de Yave (2).

5 1 Este es el libro de las generaciones de Adán. Cuando creó Dios al hombre le hizo a imagen de Dios. 2 Hízolos macho y hembra, y los bendijo, y les dió, al crearlos, el nombre de Adán. 3 Tenía Adán ciento treinta años cuando engendró un hijo a su imagen y semejanza, y le llamó Set. 4 Fueron los días de Adán, después de engendrar a Set, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. 5 Fueron todos los días de la vida de Adán novecientos treinta años, y murió. 6 Era Set de ciento cinco años, cuando engendró a Enós; 7 vivió, después de engendrar a Enós, ochocientos siete años, y engendró hijos e hijas; 8 fueron los días todos de su vida novecientos doce años, y murió. 9 Era Enós de noventa años, cuando engendró a Cainán; 10 vivió, después de engendrar a Cainán, ochocientos quince años, y engendró hijos e hijas. 11 Fueron todos los días de la vida de Enós novecientos cinco años, y murió. 12 Era Cainán de setenta años cuando engendró a Malaleel; 13 vivió, después de engendrar a Malaleel, ochocientos cuarenta años, y engendró hijos e hijas. 14 Fueron todos los días de su vida novecientos diez años, y murió. 15 Era Malaleel de sesenta y cinco años cuando engendró a Jared. 16 Vivió, después de engendrar a Jared, ochocientos treinta años, y engendró hijos e hijas. 17 Fueron todos los días de su vida novecientos sesenta y dos años, y murió. 18 Era Jared de ciento sesenta y dos años, cuando engendró a Enoc. 19 Vivió, después de engendrar a Enoc, ochocientos años, y engendró hijos e hijas. 20 Fueron todos los días de su vida novecientos sesenta y dos años, y murió. 21 Era Enoc de sesenta y cinco años cuando engendró a Matusalén. 22 Anduvo Enoc en la presencia de Dios, después de engendrar a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. 23 Fueron todos los días de la vida de Enoc trescientos sesenta y cinco años, 24 y anduvo constantemente en la presencia de Dios, y desapareció (1), pues se lo llevó Dios. 24 Era Matusalén de ciento ochenta y siete años, cuando engendró a Lamec. 26 Vivió, después de engendrar a Lamec, setecientos ochenta y dos años, y engendró hijos e hijas. 27 Fueron todos los días de Matusalén novecientos sesenta y nueve años, y murió. 28 Era Lamec de ciento ochenta y dos años, cuando engendró un hijo, 29 al que puso por nombre Noé, diciendo: «Este nos consolará de nuestros quebrantos y del trabajo de nuestras manos por la tierra que maldijo Yave.» 30 Vivió Lamec, después de engendrar a Noé, quinientos noventa y cinco años, y engendró hijos e hijas. 31 Fueron todos los días de Lamec setecientos setenta y siete años, y murió. 32 Era Noé de quinientos años, y había engendrado a Sem, Cam y Jafet (2).

(1) En esta genealogía se pone de relieve la tendencia de los descendientes de Caín al cultivo de la civilización material con todos los vicios que ésta suele llevar consigo. La poesía de Lamec, el primer polígamo, es la explosión feroz de un alma ensoberbecida por la invención de las armas de bronce y hierro.

(2) La interpretación es dudosa. Algunos interpretan que entonces comenzó a invocarse el nombre de Yave, es decir, que comenzó a dársele culto público; nos parece preferible la interpretación de que entonces la descendencia elegida comenzó a llamarse la descendencia de los hijos de Dios.

(1) Esta desaparición de Enoc es para nosotros un misterio. Aunque otras veces alude a ella la Escritura, no levanta el velo. Las fantasías de los apócrifos no merecen crédito alguno.

(2) En esta genealogía, al contrario de la de los cainitas, se pone de relieve la piedad de los setitas para con Dios, y se indica cuidadosa-

El diluvio.

6 [1] Cuando comenzaron a multiplicarse los hombres sobre la tierra, y tuvieron hijos, [2] viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron de entre ellas por mujeres las que bien quisieron. [3] Y dijo Yave: «No permanecerá por siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne. Ciento veinte años serán sus días.»
[4] Había entonces gigantes en la tierra, y también después, cuando los hijos de Dios se unieron con las hijas de los hombres, les engendraron los héroes, que muy de antiguo son hombres famosos (1).
[5] Viendo Yave cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra, y cómo todos sus pensamientos y deseos sólo y siempre tendían al mal, [6] se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, doliéndose grandemente en su corazón, [7] y dijo: «Voy a exterminar al hombre que hice de sobre la haz de la tierra; al hombre, a los animales, a los reptiles y hasta a las aves del cielo, pues me pesa de haberlos hecho.» [8] Pero Noé halló gracia a los ojos de Yave.
[9] Estas son las generaciones de Noé: Noé era varón justo y perfecto entre sus contemporáneos, y siempre anduvo con Dios. [10] Había engendrado tres hijos, Sem, Cam y Jafet. [11] La tierra estaba corrompida ante Dios, y llena toda de iniquidad. [12] Viendo, pues, Dios que todo en la tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino, [13] dijo a Noé: «Veo venir el fin de todos, pues la tierra está llena toda de sus iniquidades, y voy a exterminarlos a ellos con la tierra.» [14] Hazte un arca de maderas resinosas, divídela en compartimentos, y la calafateas con pez por dentro y por fuera. [15] Hazla así: trescientos codos de largo, cincuenta de ancho y treinta de alto: [16] harás en ella un tragaluz, y a un codo sobre éste acabarás el arca por arriba; la puerta la haces a un costado; harás en ella un primero, un segundo y un tercer piso, [17] pues voy a arrojar sobre la tierra un diluvio de aguas que exterminará cuanto bajo el cielo tiene hálito de vida. [18] Pero contigo haré yo mi alianza; y entrarás en el arca tú y tus hijos, tu mujer y las mujeres de tus hijos, contigo. [19] De todos los animales meterás en el arca parejas para que vivan contigo, [20] de las aves, de las bestias y de toda especie de animales, macho y hembra. [21] Recoge alimentos de toda clase, para que os sirvan de comida.» [22] Hizo, pues, Noé en todo como Dios se lo mandó. Después dijo Yave a Noé:

7 [1] «Entra en el arca tú y toda tu casa, pues sólo tú has sido hallado justo en esta generación. [2] De todos los animales puros toma dos setenas, machos y hembras, y de los impuros dos parejas, machos y hembras. [3] También de las aves puras dos setenas, machos y hembras, para que se salve su prole sobre la haz de la tierra toda, [4] porque dentro de siete días voy a hacer llover sobre la tierra cuarenta días y cuarenta noches, y exterminaré de sobre ella cuanto hice y vive. [5] Hizo Noé cuanto Dios le mandara. [6] Era Noé de seiscientos años cuando las aguas del diluvio inundaron la tierra. [7] Y ante el diluvio entró en el arca Noé con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos y los animales limpios e inmundos; de las aves y cuanto vive sobre la tierra [9] entraron con Noé en el arca parejas, machos y hembras, según se lo había ordenado Dios. [10] Pasados los siete días, las aguas del diluvio cubrieron la tierra. [11] A los seiscientos años de la vida de Noé, el segundo mes, el día diecisiete de él, se rompieron todas las fuentes del abismo, se abrieron las cataratas del cielo, [12] y estuvo lloviendo sobre la tierra durante cuarenta días y cuarenta noches. [13] Aquel mismo día entraron en el arca Noé y sus hijos, Sem, Cam y Jafet, su mujer y las mujeres de sus tres hijos, [14] y los animales todos según su especie, todas las bestias, según su especie; todo reptil que se arrastra por la

---

mente el tiempo en que fué engendrado el patriarca, que entra después en la genealogía del Mesías. Cuanto a la longevidad y a la cronología que de estas genealogías se deduce, véase Intr. Gral. n.° 8.

(1) La interpretación del lugar es difícil; parece lo más probable que se trata de las uniones conyugales de los descendientes de la raza elegida, los hijos de Dios, con las mujeres de la raza de Caín, las hijas de los hombres; uniones que aun a aquéllos llevaron la más profunda corrupción. De los gigantes se hace después mención en la Escritura (Num. 13. 33) y, aunque con nombres distintos, también en otros ugares.

tierra, según su especie; toda ave, según su especie; todo pájaro, toda especie de volátil. 15 Entraron con Noé en el arca, de dos en dos, de toda carne que tiene hálito de vida. 16 De toda carne entraron macho y hembra, como se lo había mandado Dios, y tras él cerró Yave. 17 Diluvió durante cuarenta días sobre la tierra. Crecieron las aguas y levantaron el arca, que se alzó sobre la tierra. 18 Siguieron creciendo, creciendo las aguas sobre la tierra, y el arca flotaba sobre la superficie de las aguas. 19 Tanto crecieron las aguas, que cubrieron los altos montes de debajo del cielo. 20 Quince codos sobre ellos subieron las aguas por encima de ellos. 21 Perecieron cuantos animales se mueven en la tierra, aves, ganados, bestias y todos los reptiles que se arrastran por la tierra, todos los hombres, 22 y todo cuanto vive sobre la tierra seca. 23 Fueron destruídos todos los vivientes sobre la superficie de la tierra, desde el hombre a la bestia, y los reptiles y las aves del cielo, quedando sólo Noé y los que con él estaban en el arca. 24 Ciento cincuenta días estuvieron las aguas altas sobre la tierra.

8 1 Acordóse Dios de Noé y de cuantos con él estaban en el arca, y mandó sobre la tierra un viento, y menguaron las aguas. 2 Cerráronse las fuentes del abismo y las cataratas del cielo. Cesó de llover, 3 y las aguas iban menguando, menguando. Comenzaron a bajar a los lados del arca al cabo de ciento cincuenta días, 4 pues el arca se había asentado sobre los montes de Ararat el día veintisiete del séptimo mes. 5 Siguieron menguando las aguas hasta el mes décimo, y el día primero de este mes aparecieron las cumbres de los montes. 6 Pasados cuarenta días más, abrió Noé la ventana, que había hecho en el arca, 7 y soltó un cuervo, que volando iba y venía, mientras se secaban las aguas sobre la tierra. 8 Siete días después, para ver si se habían secado ya las aguas, soltó una paloma, 9 que como no hallase donde posar el pie, se volvió al arca. 10 Esperó otros siete días, y soltó otra vez la paloma, 11 que volvió a la tarde, trayendo en el pico una ramita verde de olivo. Conoció por esto Noé que las aguas no cubrían ya la tierra, 12 pero todavía esperó otros siete días, y volvió a soltar la paloma, que ya no volvió más a él. 13 El año seiscientos uno, en el primer mes, el día primero de él, estaba secándose la superficie de la tierra, y abriendo Noé el techo del arca miró, y vió que se secaba la superficie de la tierra. 14 El día veintisiete del segundo mes estaba ya seca la tierra (1). 15 Habló, pues, Dios a Noé y le dijo: 16 «Sal del arca tú y tu mujer, tus hijos y las mujeres de tus hijos contigo. 17 Saca también todos los animales de toda especie, aves, bestias y demás vivientes; llenad la tierra, creced, y multiplicaos sobre ella.» 18 Salió, pues, Noé, con sus hijos, su mujer y las mujeres de sus hijos, 19 y salieron también todos los animales, reptiles y aves según sus especies. 20 Alzó Noé un altar a Yave, y tomando de todos los animales puros y de todas las aves puras, ofreció sobre el altar un holocausto. 21 Y aspiró Yave el suave olor, y se dijo en su corazón: «No volveré ya más a maldecir a la tierra por el hombre, pues los deseos del corazón humano, desde la adolescencia tienden al mal; no volveré ya a exterminar cuanto vivo hice sobre la tierra. 22 Mientras dure la tierra, habrá sementera y cosecha, frío y calor, verano é invierno, día y noche.»

Alianza de Dios con Noé.

9 1 Bendijo Yave a Noé y a sus hijos, diciéndoles: «Creced y multiplicaos, y llenad la tierra; 2 que os teman, y de vosotros se espanten todos los animales de la tierra y todas las aves del cielo, todo cuanto sobre la tierra se mueve y todos los peces del mar: todos los pongo en vuestra mano. 3 Cuantos animales viven y se mueven os servirán de comida; todo os lo entrego, así como las hierbas y legumbres. 4 Solamente os abstendréis de comer carne con su sangre 5 porque ciertamente yo demandaré

(1) El relato, en su sentido obvio, parece dar un diluvio universal con que castiga Dios la universal corrupción de toda carne, y del cual se salva sólo el que en su generación era justo ante Dios. Si en verdad el autor sagrado intenta describir el diluvio del todo universal, con universalidad geográfica, zoológica y antropológica, es muy dudoso y discutido. La mención que de él se hace varias veces en el A. y en el N. Testamento no parece exigir una estricta y absoluta universalidad.

vuestra sangre de mano de cualquier viviente, como la demandaré de mano del hombre, extraño o deudo. 6 El que derramare la sangre del hombre, por mano de hombre será derramada la suya; porque el hombre ha sido hecho a imagen de Dios (1). 7 Vosotros, pues, creced y multiplicaos y henchid la tierra y dominadla.» 8 Dijo también Yave a Noé y a sus hijos con él: 9 «Ved, yo voy a establecer mi alianza con vosotros y con vuestra descendencia después de vosotros; 10 y con todo ser viviente que está con vosotros, aves, bestias, y animales, todos los salidos con vosotros del arca. 11 Hago con vosotros pacto de no volver a exterminar a todo viviente por las aguas de un diluvio, y de que no habrá ya más un diluvio que destruya la tierra.» 12 Y añadió Dios: «Ved aquí la señal del pacto que establezco entre mí y vosotros, y cuantos vivientes están con vosotros, por generaciones sempiternas: 13 pondré mi arco (2) en las nubes, para señal de mi pacto con la tierra, 14 y cuando cubriere yo de nubes la tierra, aparecerá el arco, 15 y me acordaré de mi pacto con vosotros y con todos los vivientes de la tierra, y no volverán más las aguas del diluvio a destruirla. 16 Estará el arco en las nubes, y yo lo veré, para acordarme de mi pacto eterno entre Dios y toda alma viviente y toda carne que hay sobre la tierra.» 17 «Esta es—dijo Dios a Noé—la señal del pacto que establezco entre mí y toda carne que está sobre la tierra.»

Los hijos de Noé.

18 Fueron los hijos de Noé salidos del arca, Sem, Cam y Jafet; Cam era padre de Canán. 19 Estos tres eran los hijos de Noé, y de ellos se pobló toda la tierra. 20 Noé, agricultor, comenzó a labrar, y plantó una viña. 21 Bebió de su vino, y se embriagó, y se desnudó en medio de su tienda. 22 Vió Cam, el padre de Canán, la desnudez de su padre, y fué a decírselo a sus hermanos, que estaban fuera; 23 y tomando Sem y Jafet el manto, se lo pusieron sobre los hombros, y yendo de espaldas, vuelto el rostro, cubrieron, sin verla, la desnudez de su padre. 24 Despierto Noé de su embriaguez, supo lo que con él había hecho el más pequeño de sus hijos, 25 y dijo:

«Maldito Canán,
Siervo de los siervos de sus hermanos será.
26 Bendito Yave, Dios de Sem,
Y sea Canán siervo suyo.
27 Dilate Dios a Jafet,
Y habite éste en las tiendas de Sem, y sea Canán su siervo (1).
28 Vivió Noé después del diluvio trescientos cincuenta años, 29 siendo todos los días de su vida novecientos cincuenta años, y murió.

Los pueblos descendientes de Noé.

10 1 Estas son las generaciones de Noé (2): Sem, Cam y Jafet. Naciéronles hijos a éstos después del diluvio. 2 Hijos de Jafet fueron Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mosoc y Tiras; 3 hijos de Gomer: Asquenaz, Rifat y Togorma; 4 hijos de Javán: Elisa, y Tarsis, Quitim y Rodanim; 5 de éstos se poblaron las islas de las gentes en sus tierras, según sus lenguas, familias y naciones. 6 Hijos de Cam fueron: Cus, Misraim, Put y Canán. 7 Hijos de Cus: Saba, Evila, Sabta, Rama y Sableca. Hijos de Rama: Seba y Dadán. 8 Cus engendró a Nemrod, que fué quien comenzó a dominar sobre la tierra, 9 pues era un robusto

(1) Repite Dios a Noé la bendición dada a Adán (Gen. 1. 28), y repite igualmente el mandato de respetar la vida del hombre, por ser éste imagen y semejanza de Dios.

(2) El arco iris se nos da como señal del pacto entre Dios y Noé, y más que servir para traer a Dios el recuerdo del pacto, como en frase antropomórfica nos dice la Escritura, servirá para tranquilizar al hombre, con la seguridad de que no habrá un nuevo diluvio, seguridad que tendrá precisamente al llover, que es cuando el arco se forma.

(1) La bendición de Sem es indudable y directamente mesiánica; la de Jafet lo es indirectamente. La maldición recae no sobre Cam, sino sobre Canán, su hijo; la razón de esto podría ser que fuera Canán el autor del desacato a que parece referirse el hagiógrafo al decir: «Despierto Noé, supo lo que con él había hecho el más pequeño de sus hijos», que ciertamente no era Cam, el segundo de los tres.

(2) La tabla etnográfica del Génesis está en forma de árbol genealógico; en ella los nombres, más que personas, representan frecuentemente naciones, tribus o ciudades, abarcando el mundo conocido de los hebreos, desde el mar Caspio hasta España, límite occidental de las colonias fenicias.

TABLA
ETNOGRAFICA
Genesis X.
Tarsis
Tiras
Mabog
Gomer
Tubal
Mosoc
Arfaxad
Asur
Maddai
Elam
Rodanim
Cetin
Cadnaan
Lauvim
Misraim

cazador ante Yave, y de ahí se dijo: «Como Nemrod, robusto cazador ante Yave.» [10] Fué el comienzo de su reino Babel, Ereq, Acad y Calne, en tierra de Senaar. [11] De esta tierra salió para Asur, y edificó Nínive, Rejobothir, Calaj [12] y Resen, entre Nínive y Calaj; ésta era la ciudad más grande. [13] Misraim engendró a los Ludim, los Anamim, los Leabim, los Naftujim, [14] los Petrusim y los Caslujim, de los cuales salieron los Pilistim y los Caftorim. [15] Canán engendró a Sidón, su primogénito, y a Jet, [16] el Jebuseo, el Amorreo, el Guergueseo, [17] el Jeveo, el Araqueo, el Sineo, [18] el Arvadeo, el Semareo y Jamateo, de los que descendieron después las familias del Cananeo. [19] Los límites del Cananeo eran desde Sidón, viniendo hacia Gerara, hasta Gaza, y viniendo hacia Sodoma, Gomorra, Adama y Seboim, hasta Lesa. [20] Estos son los hijos de Cam, según sus familias, lenguas, regiones y naciones. [21] También le nacieron hijos a Sem, padre de todos los Beneeber y hermano mayor de Jafet. [22] Son hijos de Sem: Elam, Asur, Arfacsad, Lud, Aram y Caínán (1). [23] Hijos de Aram: Uz, Jul, Gueter y Mas. [24] Arfacsad engendró a Salaj, y Salaj a Heber. [25] A Heber le nacieron dos hijos, el uno se llamó Paleg, porque en su tiempo se dividió la tierra; su hermano se llamó Joctán; [26] Joctán engendró a Almodad, Salar, Jasarmavet, Jaraj, [27] Adoram, Uzal, Dicla, [28] Obad, Abimael, Jeba, [29] Ofir, Evila y Jobab. Todos éstos son hijos de Joctán, [30] y habitaron desde Mesa, según se va a Sefar, el monte oriental. [31] Estos son los hijos de Sem, según sus familias, lenguas, regiones y naciones. [32] Estas las familias de los hijos de Noé, según sus generaciones y naciones. De estos se dividieron los pueblos en la tierra después del diluvio.

La confusión de las lenguas.

11 [1] Era la tierra toda de una sola lengua y de unas mismas palabras. [2] En su marcha desde oriente hallaron una llanura en la tierra de Senaar y se establecieron allí. [3] Dijéronse unos a otros: «Vamos a hacer ladrillos, y a cocerlos al fuego»; y se sirvieron de los ladrillos como de piedra, y el betún les sirvió de cemento; [4] y dijeron: «Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque a los cielos y nos haga famosos, por si tenemos que dividirnos por la haz de la tierra.» [5] Y bajó Yave a ver la ciudad y la torre que estaban haciendo los hijos de los hombres, [6] y se dijo: «He aquí un pueblo uno. y tienen todos una lengua sola. Se han propuesto esto, y nada les impedirá llevarlo al cabo. [7] Bajemos, pues, y confundamos su lengua, de modo que no se entiendan unos a otros.» [8] Y los dispersó de allí Yave por toda la haz de la tierra, y así cesaron de edificar la ciudad. [9] Por eso se llamó Babel, porque allí confundió Yave la lengua de la tierra toda, y de allí los dispersó por la haz de toda la tierra (1).

Genealogía de Abram.

[10] Estas son las generaciones de Sem: Era Sem de cien años, cuando engendró a Arfacsad, dos años después del diluvio; [11] vivió Sem después de engendrar a Arfacsad quinientos años, y engendró hijos e hijas. [12] Vivió Arfacsad cincuenta años, y engendró a Sale; [13] vivió después de engendrar a Sale trescientos años, y engendró hijos e hijas. [14] Vivió Sale treinta años, y engendró a Heber; [15] vivió después de engendrar a Heber cuatrocientos tres años, y engendró hijos e hijas. [16] Vivió Heber treinta y cuatro años, y engendró a Paleg; [17] vivió después de engendrar a Paleg cuatrocientos treinta años, y engendró hijos e hijas. [18] Vivió Paleg treinta años, y engendró a Reu; [19] vivió después de engendrar a Reu doscientos nueve años, y engendró hijos e hijas. [20] Vivió Reu treinta y dos años, y engendró a Sarug; [21] vivió después de

(1) Añadimos a la genealogía el nombre de Caínán por hallarse en los LXX y haberlo incluído San Lucas en la de Cristo (Luc. 3. 36.) La genealogía, aunque incompleta, es el documento etnográfico más importante que nos ha transmitido la antigüedad, pues por él conocemos el lugar que ocupaba el pueblo de las promesas en medio de las naciones.

(1) El relato nos presenta a los hombres ensoberbecidos por su fuerza y su unidad, basada en la unidad de lengua. Los castiga Dios, confundiendo su lengua y obligándolos así a dispersarse.

engendrar a Sarug doscientos siete años, y engendró hijos e hijas. 22 Vivió Sarug treinta años, y engendró a Najor; 23 vivió después de engendrar a Najor doscientos años, y engendró hijos e hijas. 24 Vivió Najor veintinueve años, y engendró a Tarej; 25 vivió después de engendrar a Tarej ciento diecinueve años, y engendró hijos e hijas. 26 Vivió Tarej setenta años, y engendró a Abram, a Najor y a Aram (1).

Emigración de Abram a la Palestina.

27 Estas son las generaciones de Tarej: Tarej engendró a Abram, Najor y Arán. Arán engendró a Lot, 28 y murió antes de Tarej, su padre, en la tierra de su nacimiento, en Ur Casdim. 29 Y tomaron Abram y Najor mujer cada uno; el nombre de la de Abram, Sarai, y el de la de Najor, Melca, hija de Arán, el padre de Melca y de Jesca. 30 Era Sarai estéril y no tenía hijos. 31 Tomó, pues, Tarej a Abram su hijo, a Lot, el hijo de Arán, hijo de su hijo y a Sarai su nuera, la mujer de su hijo Abram, y los sacó de Ur Casdim, para dirigirse a la tierra de Canán, y llegados a Jarán, se quedaron allí. 32 Siendo Tarej de doscientos cinco años, murió en Jarán.

12 1 Había dicho Yave a Abram:
«Salte de tu tierra,
De tu parentela
De la casa de tu padre,
Para la tierra que yo te indicaré;
2 Yo te haré un gran pueblo,
Te bendeciré y engrandeceré tu nombre
Que será bendición
3 Y bendeciré a los que te bendigan.
Y maldeciré a los que te maldigan.
Y te bendecirán todas las familias de la tierra» (2). 4 Emprendió Abram el camino, conforme le había dicho Yave, llevando consigo a Lot. Al salir de Jarán, era Abram de setenta y cinco años. 5 Tomó, pues, Abram a Sarai, su mujer, y a Lot, su sobrino y toda su hacienda y la familia y ganados que en Jarán habían adquirido. Salieron, para dirigirse a la tierra de Canán, y llegaron a ella. 6 Penetró en ella Abram hasta el lugar de Siquem, hasta el encinar de Moré. Entonces estaban los cananeos en aquella tierra. 7 Y se le apareció Yave a Abram, y le dijo: «A tu descendencia daré yo esta tierra.» Alzó allí un altar a Yave, que se le había aparecido, 8 y saliendo hacia el monte que está frente a Betel, asentó allí sus tiendas, teniendo a Betel a occidente y a Hai al oriente, y alzó un altar a Yave, e invocó el nombre de Yave.

Bajada de Abram a Egipto.

9 Alzó Abram sus tiendas para ir al Negueb; 10 pero hubo un hambre en aquella tierra, y bajó a Egipto para peregrinar allí, por haber en aquella tierra gran escasez. 11 Cuando estaba ya próximo a entrar en Egipto, dijo a Sarai su mujer: «Mira que sé que eres mujer hermosa, 12 y cuando te vean los egipcios, dirán: «es su mujer», y me matarán a mí y a ti te dejarán la vida: 13 di pues, te lo ruego, que eres mi hermana, (1) para que así me traten bien por ti, y por amor de ti salve yo mi vida.» 14 Cuando, pues, hubo entrado Abram en Egipto, vieron los egipcios que su mujer era muy hermosa; 15 y viéndola los jefes del Faraón, se la alabaron mucho, y la mujer fué llamada al palacio del Faraón. 16 A Abram le trataron muy bien por amor de ella, y tuvo ovejas, ganados y asnos, siervos y siervas, asnos y camellos.

(1) Abram es el término de la genealogía patriarcal, que comprende además todo el Cap. 5 del Gén. En cuanto al modo de la genealogía, su sentido mesiánico y su valor cronológico, V. la nota a Gén. 5. 31.

(2) Las palabras de Dios a Abram contienen un mandato y una promesa, uno y otra dados en Ur Casdim (Act. 7. 2). La promesa se repite, en términos casi idénticos, tres veces al mismo Abram y después a Isac y a Jacob. Promete Dios a Abram darle la tierra de Canán, a él y a su descendencia; esto, si bien aquí está sólo indicado, se halla luego terminantemente en las promesas siguientes (13. 14 sgs.): multiplicar su descendencia, hasta hacerla una gran nación; engrandecerle y darle por fuente de bendición; bendecir a los que le bendigan maldecir a los que le maldigan y ser objeto de bendición para todas las naciones de la tierra. La razón de todas estas bendiciones es el Mesías, que de Abram descenderá.

(1) Según Gen. 20, 12, Abraham y Sara eran hermanos de padre, lo que no era en muchos pueblos antiguos impedimento del matrimonio. En Israel mismo, a pesar de la Ley (Lev. 18, 9, 11; Deut. 27, 22), tal vez no se consideraban tales matrimonios como ilícitos, a juzgar por las palabras de Tamar a su hermano Ammón (II Sam. 13, 13).

LA MESOPOTAMIA EN EL GÉNESIS

17 Pero Yave afligió con grandes
plagas al Faraón y a su casa, por
Sarai, la mujer de Abram; 18 y
llamando el Faraón a Abram, le
dijo: «¿Por qué me has hecho esto?
¿Por qué no me hiciste saber que
era tu mujer? 19 ¿Por qué dijiste: es
mi hermana, dando lugar a que la
tomase yo por mujer? Ahora, pues,
ahí tienes a tu mujer, tómala y vete.»
20 Y dió el Faraón órdenes acerca
de él a sus hombres, y éstos le con-
dujeron a él y a su mujer con todo
cuanto era suyo.

13 1 Subió, pues, de Egipto Abram
con su mujer, toda su hacienda,
y con Lot hacia el Negueb. 2 Era
Abram muy rico en ganados y en
plata y oro, 3 y se volvió desde el
Negueb hacia Betel, 4 hasta el lugar
donde estuvo antes acampado entre
Betel y Hai, el lugar del altar que
allí alzara al principio, e invocó allí
el nombre de Yave.

Separación de Abram y Lot.

5 También Lot, que acompañaba
a Abram, tenía rebaños, ganados y
tiendas, 6 y no podían habitar juntos
en aquella tierra, por ser muy gran-
des sus haciendas para poder habi-
tar juntamente. 7 Hubo contiendas
entre los pastores del ganado de
Abram y los del ganado de Lot.
Habitaban entonces aquella tierra
acnaneos y fereceos. 8 Dijo, pues,
Abram a Lot: «Que no haya contien-
das entre los dos, ni entre mis pas-
tores y los tuyos, pues somos her-
manos. 9 ¿No tienes ante ti toda la
región? Sepárate, pues, de mí, te
lo ruego; si tú a la izquierda, yo a la
derecha; si tú a la derecha, yo a la
izquierda.» 10 Alzando Lot sus ojos,
vió toda la olla (1) del Jordán,
enteramente regada, antes de que
destruyera Yave a Sodoma y Gomo-
rra, que era como un jardín de Yave,
y a partir de Segor se parecía al
Egipto. 11 Eligió, pues, Lot la olla
del Jordán, y se dirigió al oriente
separándose el uno del otro. 12 Abram
siguió en la tierra de Canán, y Lot
habitó en las ciudades de la olla del
Jordán, teniendo su morada en So-
doma. 13 Eran los habitantes de
Sodoma malos y pecadores ante Yave
en muy alto grado. 14 Dijo Yave a
Abram, después que Lot se hubo
separado de él: «Alza tus ojos, y
desde el lugar donde estás, mira al
norte y al mediodía, a oriente y a
occidente. 15 Pues toda la tierra
que ves te la daré yo a ti y a tu des-
cendencia para siempre. 16 Haré tu
descendencia como el polvo de la
tierra; si hay quien pueda contar
el polvo de la tierra, ése será quien
pueda contar tu descendencia. 17 An-
da, y camina por esta tierra a lo
largo y a lo ancho, que a ti te la daré
toda.» 18 Alzó, pues, Abram sus
tiendas, y se fué a habitar en el
encinar de Mambre, cerca de Hebrón,
y alzó allí un altar a Yave.

Liberación de Lot.

14 1 Sucedió en tiempo de Amrafel,
rey de Senaar, que Arioc, rey
de Elasar, Codorlaomor, rey de Elam,
y Tadal, rey de Goim, 2 hicieron
guerra a Bara, rey de Sodoma; a
Bersa, rey de Gomorra; a Senab, rey
de Adama; a Semebar, rey de Se-
boim, y al rey de Bala, que es Segor.
3 Estos se concentraron en el valle
de Sidim, que es el mar de sal.
4 Por doce años habían estado some-
tidos a Codorlaomor, pero el año
trece se rebelaron. 5 El catorce vino
Codorlaomor y los reyes con él coa-
ligados, y derrotaron a los Refaim
en Astarot Carnaim, y a los Zurim
en Sam, a los Emim en Save Caria-
taim 6 y a los jorreos en los montes
de Seir hasta el Paran, que está
junto al desierto; 7 y volviéndose,
vinieron a la fuente de Mispat, que
es Cades, y talaron todos los campos
de los amalecitas, y los de los amo-
rreos que habitaban en Jasason Ta-
mar. 8 Saliéronles al encuentro el
rey de Sodoma, el de Gomorra, el de
Adama, el de Seboim y el de Bala,
que es Segor, y presentaron batalla
en el valle de Sidim 9 contra Codor-
laomor, rey de Elam; Tadal, rey de
Goim; Amrafel, rey de Senaar, y
Arioc, rey de Elasar; cuatro reyes
contra cinco. 10 Había en el valle de
Sidim muchos pozos de betún. Los
reyes de Sodoma y Gomorra se die-
ron a la fuga, y cayeron allí muchos,
y los que se salvaron huyeron al
monte. 11 Saquearon todas las ha-

(1) Una depresión rodeada de montes, como es la región del Jordán, se llama frecuentemente olla; por eso traducimos así, pues tal es el aspecto que presenta, vista desde Betel, desde donde la contemplan Abram y Lot.

PALESTINA
EN LA ÉPOCA DE LOS
PATRIARCAS
MAR MEDITERRANEO
FILISTEOS
MAR DE GALILEA
Dotain.
M. Ebal
Sichem
Morch
M. Garizim
Montes de Galaad
Masfah
R. Jaboc
Betel
Hai
Jericó
JERUSALEM
Tamnah
Belen
Odolam
Mamreh-Hebron
MAR MUERTO
AMMON
Gerara
Bersabe
Wady Ruheibeh
Sodoma
Segor
MOAB
SEIR

ciendas de Sodoma y Gomorra y todas sus provisiones, y se retiraron. 12 Llevábanse también con toda su hacienda a Lot, el hijo del hermano de Abram, que habitaba en Sodoma, 13 y fué uno de los fugitivos a decírselo a Abram, el hebreo, que habitaba en el encinar de Mambre, amorreo, hermano de Escol y de Aner, que habían hecho alianza con Abram; 14 y como supo Abram que había sido hecho cautivo su hermano, reunió los capaces de entre sus domésticos, trescientos dieciocho, y persiguió a los aprehensores hasta Dan, 15 y dividiendo su tropa cayó sobre ellos por la noche, él y sus siervos y los derrotaron; persiguiéndolos hasta Joba, que está a la izquierda de Damasco, 16 y recobró todo el botín y a Lot, su hermano, con toda su hacienda, y mujeres y pueblo. 17 Después que volvió de derrotar a Codorlaomor y a los reyes que con él estaban, salióle al encuentro el rey de Sodoma en el valle de Save, que es el valle del rey; 18 y Melquisedec, rey de Salem, sacando pan y vino, pues era sacerdote del Dios Altísimo, 19 bendijo a Abram, diciendo (1):

«Bendito Abram del Dios Altísimo, dueño de cielos y tierra

20 Y bendito el Dios Altísimo, que ha puesto a tus enemigos en tus manos.» Y le dió Abram diezmo de todo. 21 Dijo el rey de Sodoma a Abram: «Dame las personas, la hacienda tómala para ti»; 22 pero Abram dijo al rey de Sodoma: «Alzo mi mano a Yave, el Dios Altísimo, dueño de cielos y tierra, 23 si desde un hilo hasta una correa de zapato, tomare yo nada de cuanto es tuyo, para que no digas: yo enriquecí a Abram; 24 salvo lo que han comido los mozos y la parte de los que me han acompañado, Aner, Escol y Mambre. Estos cogerán sus partes.»

Alianza de Yave con Abram.

15 1 Después de estos sucesos habló Yave a Abram en visión, diciéndole: «No temas, Abram, yo soy tu escudo, tu recompensa será muy grande.» 2 Contestóle Abram: «Señor, Yave: ¿qué me vas a dar? Yo me iré sin hijos, y será heredero de mi casa ese damasceno Eliezer. 3 No me has dado descendencia, y será mi criado quien me herede.» 4 Pero en seguida le respondió Yave: «No te heredará ése, sino al contrario, uno salido de tus entrañas, ése te heredará.» 5 Y sacándole fuera le dijo: «Mira al cielo, y cuenta, si puedes, las estrellas; así de numerosa será tu descendencia.» 6 Y creyó Abram a Yave, y le fué reputado por justicia (1). 7 Díjole después Yave: «Yo soy Yave, que te saqué de Ur Casdim, para darte esta tierra en posesión.» 8 Preguntóle Abram: «Señor, Yave, ¿en qué conoceré que he de poseerla?» 9 Y le dijo Yave: «Elígeme una vaca de tres años, una cabra de tres años también, y un carnero igualmente de tres años, y una tórtola y una paloma.» 10 Tomó Abram todo esto, y partió los animales por la mitad; pero no las aves, y puso de cada uno una parte frente a la otra. 11 Bajaban las aves sobre las carnes muertas, y Abram las espantaba. 12 Cuando estaba ya el sol para ponerse, cayó un sopor sobre Abram, y fué presa de gran terror, y le envolvió densa tiniebla. 13 Y dijo a Abram: «Has de saber que tu descendencia peregrinará en una tierra no suya, y estará en servidumbre, y los afligirán por cuatrocientos años; 14 pero yo juzgaré al pueblo que los esclavizará, y saldrán de allí después con mucha hacienda; 15 pero tú irás a reunirte en paz con tus padres, y serás sepultado en buena ancianidad. 16 A la cuarta generación volverán acá, pues todavía no se han consumado las iniquidades de los amorreos.» 17 Puesto ya el sol, y en densísimas tinieblas, apareció una hornilla humeando y un fuego llameante, que pasó entre las mitades de las víctimas (2). 18 En

(1) Melquisedec es rey y sacerdote, y como tal, tipo del Mesías. Salm. 110 (Vulg. 109), v. 4. Como sacerdote bendice a Abram y recibe de él las décimas, en que ve San Pablo señalado el sacerdocio levítico. (Hbr. 5. 7 sgs.)

(1) La fe de Abram en la divina promesa, contra toda humana esperanza, fué un acto de justicia gratísimo al Señor. San Pablo la considera como expresión de la justificación por la fe. Santiago, como ejemplo de la sinceridad de la fe, que se muestra en las obras, como en Abram, dispuesto a sacrificar a su hijo único por obedecer a Dios.

(2) El paso por entre las partes de las víctimas es la forma ritual de consagrar un pacto entre hombres, poniendo a Dios por testigo. (Jer. 34. 18, 19.) Aquí el mismo Dios pasa entre las víctimas, simbolizado por el fuego}

aquel día hizo Yave pacto con Abram, diciéndole: «A tu descendencia he dado esta tierra desde el río de Egipto hasta el gran río, el Eufrates (1), 19 al Quineo, al Quineceo, al Cadmoneo, 20 al Jebeo, al Ferezeo, a los Refaim, 21 al Amorreo, al Cananeo, al Guergueseo y al Jebuseo.»

Nacimiento de Ismael.

16 1 Sarai, la mujer de Abram, no tenía hijos. Pero tenía una esclava egipcia, de nombre Agar, 2 y dijo a Abram: «Mira, Yave me ha impedido concebir; entra, pues, a mi esclava, a ver si por ella puedo tener hijos» (2). Escuchó Abram a Sarai. 3 Tomó, pues, Sarai, la mujer de Abram, a Agar, su esclava egipcia, al cabo de diez años de habitar Abram en la tierra de Canán, y se la dió por mujer a su marido, Abram. 4 Entró éste a Agar, que concibió, y viendo que había concebido, miraba con desprecio a su señora. 5 Dijo, pues, Sarai a Abram: «Mi afrenta sobre ti cae; yo puse mi esclava en tu seno, y ella, viendo que ha concebido, me desprecia. Juzgue Yave entre tú y yo.» 6 Y Abram dijo a Sarai: «Mira, en tus manos está tu esclava, haz con ella como bien te parezca.» Corrigióla Sarai, y ella huyó de su presencia; 7 la encontró el ángel de Yave junto a la fuente que hay en el desierto, camino de Sur, 8 y le dijo: «Agar, esclava de Sarai, ¿de dónde vienes y a dónde vas?», y le respondió ella: «Voy huyendo de Sarai, mi señora.» 9 «Vuelve a tu señora—le dijo el ángel de Yave—y humíllate bajo su mano»; 10 y añadió: «Yo multiplicaré tu descendencia,

Que por lo numerosa no podrá contarse.

11 Mira, has concebido y parirás un hijo,

Y le llamarás Ismael,

Porque ha escuchado Yave tu aflicción. 12 Será un onagro de hombre;

Su mano contra todos, y las manos de todos contra él.

Y habitará frente a todos sus hermanos.» 13 Dió Agar a Yave, que la había hablado, el nombre de Atba-El-Roi; pues se dijo: «¿No he visto también aquí al que me ve?» 14 Por eso llamó al pozo el pozo del viviente vidente. Es el que está entre Cades y Berad. 15 Parió Agar a Abram un hijo, y le dió Abram el nombre de Ismael. 16 Tenía Abram ochenta y seis años cuando Agar le parió a Ismael.

Renovación de la alianza. La circuncisión.

17 1 Cuando era Abram de noventa y seis años, se le apareció Yave, y le dijo: «Yo soy El-Sadai (1); anda en mi presencia, y sé perfecto. 2 Yo haré contigo mi alianza, y te multiplicaré muy grandemente.» 3 Cayó Abram rostro a tierra, y siguió diciéndole Yave: 4 «Cuanto a mí, he aquí mi pacto contigo: serás padre de una muchedumbre de pueblos, 5 y ya no te llamarás Abram, sino Abraham, porque yo te haré padre de una muchedumbre de pueblos. 6 Te acrecentaré mucho, mucho y te haré pueblos, y saldrán de ti reyes; 7 yo estableczco contigo, y con tu descendencia después de ti por sus generaciones, mi pacto eterno de ser tu Dios y el de tu descendencia, después de ti, 8 y de darte a ti, y a tu descendencia, después de ti, la tierra de tus peregrinaciones, toda la tierra de Canán, en eterna posesión. 9 Tú, de tu parte, guarda mi pacto, tú y tu descendencia, después de ti, por sus generaciones. 10 Esto es lo que has de observar tú y tu descendencia después de ti: 11 circuncidad todo varón (2). Circuncidaréis la carne de vuestro

(1) Los límites naturales de la Palestina son: el Líbano y ante-Líbano, al norte; al sur, el de desierto, al oeste, el Mediterráneo, y al este el Jordán. Este último parece ser el río aquí señalado. Si aquí y en otros lugares se dice el río grande, y a veces el Eufrates, esto parece ser una glosa interpretativa, fundada en la universalidad del reino mesiánico, según profecías subsiguientes.

(2) Ajústase aquí Abram al código de Hammurabí, que parece regular la vida conyugal de Abram e Isac. Según él, la mujer estéril podía dar a su marido una esclava por mujer, perdiendo así éste el derecho a repudiarla.

(1) El nombre parece significar Dios Omnipotente, quizá Dios de la fecundidad. Con él se manifestó Dios a los patriarcas. (Exod. 3. 6.)

(2) Aunque la circuncisión era observada en otros pueblos, se da aquí como señal de la alianza entre Dios y su pueblo. Por eso el que la omite queda excluído de él. Los profetas hablan de la circuncisión del corazón y de los oídos, significando la obediencia y la docilidad a la divina ley. Este rito es, según la tradición, tipo del bautismo, por el cual somos incorporados a la Iglesia, el pueblo de Dios.

prepucio, y ésa será la señal del pacto entre mí y vosotros. 12 Dentro de los ocho días de nacido, todo varón será circuncidado en vuestras generaciones; los siervos, ya los nacidos en casa, ya los comprados, serán circuncidados, aunque no sean de vuestra estirpe. 13 Todos, todos, criados en casa o comprados, se circuncidarán, y llevaréis en vuestra carne la señal de mi pacto por siempre; 14 y el incircunciso que no circuncidare la carne de su prepucio, será borrado de su pueblo; rompió mi pacto.» 15 Dijo también Yave a Abraham: «Sarai, tu mujer, no se llamará ya Sarai, sino Sara, 16 pues la bendeciré, y te daré de ella un hijo, a quien bendeciré, y engendrará pueblos, y saldrán de él reyes de pueblos.» 17 Cayó Abraham sobre su rostro, y se reía, diciéndose en su corazón: «¿Conque a un centenario le va a nacer un hijo, y Sara, ya nonagenaria, va a parir?» 18 Y dijo a Yave: «Ojalá que viva a tus ojos Ismael.» 19 Pero le respondió Yave: «De cierto que Sara, tu mujer, te parirá un hijo, a quien llamarás Isac, con quien estableceré yo mi pacto sempiterno, y con su descendencia después de él. 20 También te he escuchado en cuanto a Ismael Yo le bendeciré y le acrecentaré, y multiplicaré muy grandemente. Doce jefes engendrará, y le haré un gran pueblo; 21 pero mi pacto lo estableceré con Isac, el que te parirá Sara el año que viene por este tiempo.» 22 Y como acabó de hablarle, desapareció Yave. 23 Tomó, pues, Abraham a Ismael, su hijo, y a todos los siervos, los nacidos en casa y los comprados, todos los varones de su casa, y circuncidó la carne de su prepucio aquel mismo día, como se lo había mandado Yave. 24 Era Abraham de noventa y nueve años cuando circuncidó la carne de su prepucio, 25 e Ismael de trece años cuando fué circuncidado. 26 En el mismo día fueron circuncidados Abraham e Ismael, su hijo, 27 y todos los varones de su casa, los nacidos en ella y los extraños comprados se circuncidaron con él.

La aparición en el encinar de Mambre.

18 1 Apareciósele Yave un día en el encinar de Mambre. Estaba sentado a la puerta de la tienda a la hora del calor, 2 y alzando los ojos, vió parados cerca de él a tres varones. En cuanto los vió, salióles al encuentro desde la puerta de la tienda, y se postró en tierra, 3 diciéndoles: «Señor mío; si he hallado gracia a tus ojos, te ruego que no pases de largo junto a tu siervo; 4 haré traer un poco de agua para lavar vuestros pies, y descansaréis debajo del árbol, 5 y traeré un bocado de pan y os confortaréis; después seguiréis, pues no en vano habéis llegado hasta vuestro siervo.» Ellos contestaron: «Haz como has dicho». 6 Y se apresuró Abraham a llegarse a la tienda, donde estaba Sara, y le dijo: «date prisa; amasa tres *seas* (1) de flor de harina, y cuece en el rescoldo unos panes». 7 Corrió al ganado, y cogió un ternero muy tierno y muy gordo, y se lo dió a un mozo que se apresuró a prepararlo; 8 y tomando leche cuajada y leche recién ordeñada y el ternero ya dispuesto, se lo puso todo delante, y él se quedó junto a ellos debajo del árbol, mientras comían. 9 Dijéronle: «¿Dónde está Sara, tu mujer?» «En la tienda está», contestó él; 10 y dijo uno de ellos: «A otro año por este tiempo volveré sin falta, si Dios quiere, y ya tendrá un hijo Sara, tu mujer.» Sara oía desde la puerta de la tienda, que estaba a espaldas del que hablaba. 11 Eran ya Abraham y Sara ancianos, muy entrados en años, y hab a cesado ya a Sara la menstruación. 12 Rióse, pues, Sara dentro, diciendo: «¿Cuando estoy ya consumida, voy a remocear, siendo ya también viejo mi señor?» 13 Y dijo Yave a Abraham: «¿Por qué se ha reído Sara, diciéndose: de veras voy a parir, siendo tan vieja? 14 ¿Hay algo imposible para Yave? A otro año por este tiempo volveré, si Dios quiere, y Sara tendrá ya un hijo.» 15 Temerosa Sara, negó haberse reído, diciendo: «No me he reído», pero él le dijo: «Sí, te has reído.» 16 Levantáronse los tres varones, y se dirigieron hacia Sodoma, y Abraham iba con ellos para despedirlos. 17 Yave dijo: «¿Voy

(1) Es medida de capacidad para sólidos. Probablemente equivalía a unos 13 litros. Tanta cantidad de harina para obsequiar a tres huéspedes, se explica por el hecho de que entre los nómadas es común que del banquete participe luego toda la casa del anfitrión.

a encubrir yo a Abraam lo que voy a hacer, 18 habiendo él de ser, como será, un pueblo grande y fuerte, y habiendo de bendecirle todos los pueblos de la tierra? 19 Pues bien sé que mandará a sus hijos, y a su casa después de él, que guarden los caminos de Yave, y hagan justicia y juicio, para que cumpla Yave a Abraham cuanto le ha dicho.» 20 Y prosiguió Yave: «El clamor de Sodoma y Gomorra ha crecido mucho, y su pecado se ha agravado en extremo; 21 voy a bajar, a ver si sus obras han llegado a ser como el clamor que ha venido hasta mí, y si no, lo sabré.» 22 Y partiéndose de allí dos de los varones, se encaminaron a Sodoma; Abraham siguió estando con Yave.

Intercesión por Sodoma.

23 Acercósele, pues, y le dijo: «¿Pero vas a exterminar juntamente al justo con el malvado? 24 Si hubiera cincuenta justos en la ciudad, ¿los exterminarías acaso, y no perdonarías al lugar por los cincuenta justos? 25 Lejos de ti obrar así, matar al justo con el malvado, y que sea el justo como el malvado; lejos eso de ti; el juez de la tierra toda ¿no va a hacer justicia?» 26 Y le dijo Yave: «Si hallare en Sodoma cincuenta justos, perdonaría por ellos a todo el lugar.» 27 Prosiguió Abraham, y dijo: «Mira, te ruego, ya que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza: 28 Si de los cincuenta justos faltaran cinco, ¿destruirías por los cinco a toda la ciudad?» Y le contestó: «No la destruiría, si hallase allí cuarenta y cinco justos.» 29 Insistió Abraham todavía y dijo: «¿Y si se hallasen allí cuarenta?» Contestóle: «También por los cuarenta lo haría.» 30 Volvió a insistir Abraham: «No te incomodes, Señor, si hablo todavía. ¿Y si se hallasen allí treinta justos?» Repuso: «Tampoco lo haría, si se hallasen treinta.» 31 Volvió a insistir: «Señor, ya que comencé: ¿Y si se hallasen allí veinte justos?» Y contestó: «No la destruiría por los veinte.» 32 Todavía Abraham: «Perdona, Señor, sólo una vez más: ¿Y si se hallasen allí diez?» Y le contestó: «Por los diez no la destruiría.» 33 Fuése Yave después de haber hablado así a Abraham, y éste se volvió a su lugar (1).

Corrupción de Sodoma.

19 1 Llegaron a Sodoma los dos ángeles ya de tarde, y Lot estaba sentado a la puerta de la ciudad. Al verlos, se levantó Lot, y les salió al encuentro, e inclinó su rostro a tierra, 2 diciendo: «Mirad, señores; os ruego que vengáis a la casa de vuestro siervo, para pernoctar en ella, y lavaros los pies. Cuando os levantéis por la mañana, seguiréis vuestro camino.» Y le contestaron: «No, pasaremos la noche en la plaza.» 3 Instólos mucho, y se fueron con él a su casa, donde les preparó de comer, y coció panes ácimos, y comieron. 4 Antes que fueran a acostarse, los hombres de la ciudad, los habitantes de Sodoma, rodearon la casa, mozos y viejos, todos sin excepción. 5 Llamaron a Lot, y le dijeron: «¿Dónde están los hombres que han venido a tu casa esta noche? Sácanoslos, para que los conozcamos.» 6 Salió Lot a la puerta, y cerrándola tras sí, 7 les dijo: «Por favor, hermanos míos, no hagáis semejante maldad. 8 Mirad, dos hijas tengo (2) que no han conocido varón, os las sacaré, para que hagáis con ellas como bien os parezca; pero a esos hombres no les hagáis nada, pues para eso se han acogido a la sombra de mi techo.» 9 Ellos le respondieron: «Quítate allá. Quien ha venido como peregrino, ¿va a querer gobernarnos ahora? Te trataremos a ti peor todavía que a ellos.» Forcejeaban con Lot violentamente, y estaban ya para romper la puerta, cuando, 10 sacando los hombres su mano, metieron a Lot dentro de la casa, y cerraron la puerta. 11 A los que estaban a la

(1) En este admirable diálogo se pone de relieve la familiaridad con que trata Dios a Abraham, la influencia que a éste da sobre sí, y la estima grande en que tiene Dios a los justos, por los cuales, aun escasos en número, está dispuesto a librar de la destrucción a muchos pecadores.

(2) Las palabras de Lot ponen ante todo de relieve el horror que le causa ver holladas de aquel modo las leyes de la hospitalidad. La propuesta que él hace al pueblo no debía horrorizarle menos. San Agustín ve en esto una grande perturbación de ánimo, que no le permite hacerse cargo de lo que dice. Véase también Juec. 19, 22-24.

puerta de la casa los hirieron de ceguera, desde el menor hasta el mayor, y no pudieron ya dar con la puerta. 12 Dijeron los dos hombres a Lot: «¿Tienes aquí alguno, yerno, hijo o hija? Todo cuanto tengas en esta ciudad, sácalo de aquí, 13 porque vamos a destruir este lugar, pues es grande su clamor en la presencia de Yave, y éste nos ha mandado para destruirla.» 14 Salió, pues, Lot para hablar a sus yernos, los que habían de tomar por mujeres a sus hijas, y les dijo: «Levantaos, y salid de este lugar, porque va a destruir Yave la ciudad»; y les pareció a sus yernos que se burlaba.

Destrucción de Sodoma y Gomorra.

15 En cuanto salió la aurora, dieron prisa los ángeles a Lot, diciéndole: «Levántate, coge a tu mujer y a las dos hijas que tienes, no sea que perezcas tú también por las iniquidades de la ciudad.» 16 Y como se retardase, cogiéronlos de la mano los hombres, a él, a su mujer y a sus dos hijas, pues quería Yave salvarle, y sacándolos, los pusieron fuera de la ciudad. 17 Una vez fuera, le dijeron: «Salva la vida. No mires atrás, y no te detengas en parte alguna del contorno, sálvate en el monte, si no quieres perecer.» 18 Díjoles Lot: «No, por favor, señores: 19 vuestro siervo ha hallado gracia a vuestros ojos, pues me habéis hecho el gran beneficio de salvarme la vida, pero yo no podré salvarme en el monte sin riesgo de que me alcance la destrucción y perezca. 20 Mirad, ahí cerca está esa ciudad en que podré refugiarme; es bien pequeña, permitid que me salve en ella; ¿no es bien pequeña?», así viviría.» 21 Y le dijeron: «Mira, te concedo también la gracia de no destruir esa ciudad de que hablas. 22 Pero apresúrate a refugiarte en ella, pues no puedo hacer nada, mientras en ella no hayas entrado tú.» Por eso se dió a aquella ciudad el nombre de Segor. 23 Salía el sol sobre la tierra, cuando entraba Lot en Segor, 24 e hizo Yave llover sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego de Yave, desde el cielo. 25 Destruyó estas ciudades y todo el contorno, y cuantos hombres había en ellas y hasta las plantas de la tierra. 26 La mujer de Lot miró atrás, y se convirtió en un bloque de sal.

27 Levantóse Abraham de mañana, y fué al lugar donde había estado con Yave, 28 y mirando hacia Sodoma y Gomorra y toda la olla, vió que salía de la tierra una humareda, como humareda de horno. 29 Cuando destruyó Yave las ciudades de la olla, se acordó de Abraham, y salvó a Lot de la destrucción al destruir las ciudades donde habitaba Lot.

La descendencia de Lot.

30 Subió Lot desde Segor, y habitó en el monte con sus dos hijas, porque temía habitar en Segor, y moró en una caverna con sus dos hijas. 31 Y dijo la mayor a la menor: «Nuestro padre es ya viejo, y no hay aquí hombres que entren a nosotras, como en todas partes sucede. 32 Vamos a embriagar a nuestro padre, y a acostarnos con él, a ver si tenemos de él descendencia.» 33 Embriagaron, pues, a su padre aquella misma noche, y se acostó con él la mayor, sin que él la sintiera, ni al acostarse ella ni al levantarse. 34 Al día siguiente dijo la mayor a la menor: «Ayer me acosté yo con mi padre: embriaguémosle también esta noche, y te acuestas tú con él, para ver si tenemos descendencia de nuestro padre.» 35 Embriagaron, pues, también aquella noche a su padre, y se acostó con él la menor, sin que ni al acostarse ella, ni al levantarse, la sintiera. 36 Y concibieron de su padre las dos hijas de Lot. 37 Parió la mayor un hijo, a quien llamó Moab, que es el padre del Moab de hoy. 38 También la menor parió un hijo, a quien llamó Ben Ammi, que es el padre de los Bene Ammón de hoy.

Abraham en Gerara. Abimelec.

20 1 Partióse de allí Abraham para la tierra del Negueb, y habitó entre Cades y Sur, y fué a Gerara. 2 Abraham decía de Sara, su mujer: «Es mi hermana» (1). Abimelec, rey de Gerara, mandó tomar a Sara; 3 pero

(1) Según los relatos que preceden, Sara sería muy anciana, siendo por eso extraño que el rey de Gerara pusiera en ella los ojos. San Agustín propone a esta dificultad la única solución posible: que los episodios de que consta la historia del Patriarca no están ordenados cronológicamente.

vino Dios a Abimelec en sueños durante la noche, y le dijo: «Mira que vas a morir, por la mujer que has tomado, pues tiene marido.» 4 Abimelec, que no se había acercado a ella, respondió: «Señor, ¿matarías así aún al inocente? 5 ¿No me ha dicho él: es mi hermana? Con pureza de corazón y con manos inocentes hice yo esto.» 6 Y le dijo Dios en el sueño: «Bien sé yo que lo has hecho con pureza de corazón; por eso te he impedido que pecaras contra mí, y no he consentido que la tocaras. 7 Ahora, pues, devuelve la mujer al marido, pues él, que es profeta, rogará por ti, y vivirás; pero si no la devuelves, sabe que ciertamente morirás tú con todos los tuyos.» 8 Por la mañana llamó Abimelec a sus servidores, y les contó todo esto, y ellos fueron presa de gran terror. 9 Llamó después a Abraham, y le dijo: «¿Qué es lo que nos has hecho? ¿En qué te he faltado yo, para que trajeras sobre mí y sobre mi reino tan gran pecado? Lo que has hecho con nosotros no debe hacerse.» 10 Y dijo Abimelec a Abraham: «¿Qué es lo que has visto, para que eso hicieras?» 11 Y le respondió Abraham: «Es que me dije: De seguro que no hay temor de Dios en este lugar, y me van a matar por causa de mi mujer. 12 Aunque es también en verdad mi hermana, hija de mi padre, pero no de mi madre, y la tomé por mujer; 13 y desde que me hizo Dios errar fuera de la casa de mi padre, la dije: Has de hacerme la merced de decir en todos los lugares a donde lleguemos, que eres mi hermana.» 14 Tomó, pues, Abimelec rebaños y ganados, siervos y siervas, y se los dió a Abraham, y le devolvió a Sara, su mujer, 15 y le dijo: «Tienes la tierra a tu disposición, mora donde bien te parezca.» 16 Y a Sara le dijo: «Mira, a tu hermano le he dado mil monedas de plata; sírvante de velo para los ojos a ti y a cuantos contigo están, y todo así estará arreglado.» 17 Rogó Abraham por Abimelec, y curó Dios a Abimelec, a su mujer, a sus siervos, y engendraron, 18 pues había Yave cerrado enteramente todo útero en la casa de Abimelec por lo de Sara, la mujer de Abraham (1).

(1) En todos estos episodios, el autor sagrado mira a poner de relieve la especial providencia de Dios sobre el Patriarca.

Nacimiento de Isac.

21 1 Visitó, pues, Yave a Sara, como le dijera, e hizo con ella lo que le prometió; 2 y concibió Sara, y dió a Abraham un hijo en su ancianidad, al tiempo que le había dicho Dios. 3 Y dió Abraham el nombre de Isac a su hijo, el que le nació de Sara. 4 Circuncidó Abraham a Isac, su hijo, dentro de los ocho días, como se lo había mandado Dios. 5 Era Abraham de cien años de edad cuando le nació Isac, su hijo. 6 Y dijo Sara: «Me ha hecho reír Dios, y cuantos lo sepan reirán conmigo.» 7 Y añadió: «¿Quién había de decir a Abraham: amamantará hijos Sara? Pues yo le he dado un hijo en su ancianidad.» 8 Creció el niño, y le destetaron, y dió Abraham un gran banquete el día del destete de Isac. 9 Vió Sara jugando al hijo de Agar, la egipcia, el que le parió a Abraham; 10 y dijo a Abraham: «Echa a esa esclava y a su hijo, pues el hijo de una esclava no ha de heredar con mi hijo, con Isac.» 11 Muy duro se le hacía esto a Abraham, por causa de su hijo; 12 pero le dijo Yave: «No te dé pena por el niño y la esclava: haz lo que te dice Sara, porque es por Isac por quien será llamada tu descendencia. 13 También al hijo de la esclava le haré un pueblo, por ser descendencia tuya» (1). 14 Se levantó, pues, Abraham de mañana; y cogiendo pan y un odre de agua, se lo dió a Agar, poniéndoselo a la espalda, y con ello al niño, y la despidió. Ella se fué, y erraba por el desierto de Berseba. 15 Se acabó el agua del odre, y ella echó al niño bajo unos arbustos, 16 y fué a sentarse frente a él a la distancia de un tiro de arco, diciéndose: «No quiero ver morir al niño»; y se sentó enfrente del niño, que lloraba en voz alta. 17 Oyó Dios al niño, y el ángel de Dios llamó a Agar desde los cielos, diciendo: «¿Qué tienes, Agar? No temas, que ha escuchado Yave la voz del niño que ahí está. 18 Levántate, toma al niño y cógele de la mano, pues he de hacerle un gran pueblo.» 19 Y abrió Dios los

(1) La ley de Hammurabí excluye de la herencia al hijo de la esclava. La expulsión obedece a la necesidad de conservar la paz doméstica, siempre perturbada por la poligamia. En este caso se debe más bien al plan divino de hacer a Isac el descendiente heredero de las promesas mesiánicas. (Rom. 9. 6 sigs.)

ojos de Agar, haciéndola ver un pozo, a donde fué y llenó el odre de agua, dando de beber al niño. 20 Fué Dios con el niño, que creció y habitó en el desierto, y de mayor fué arquero. 21 Habitó en el desierto de Farán y su madre tomó para él mujer de la tierra de Egipto.

Alianza de Abraham con Abimelec.

22 Sucedió por entonces que Abimelec y Picol, jefe de su ejército, dijo a Abraham: «Dios está contigo en todo cuanto haces: 23 Júrame, pues, ahora por Dios, que no me has de engañar, ni a mí, ni a mis descendientes, y que como te favorecí yo a ti, así harás tú conmigo y con la tierra por donde andas.» 24 Y dijo Abraham: «Yo te lo juro.» 25 Pero reconvino Abraham a Abimelec por causa de un pozo de aguas, de que se habían apoderado los siervos de Abimelec, 26 y contestó Abimelec: «No sé quién haya hecho eso, tú tampoco me has dicho nada de ello, y nada he sabido hasta ahora.» 27 Tomó, pues, Abraham ovejas y bueyes y se los dió a Abimelec, e hicieron entre ambos alianza. 28 Apartó Abraam siete corderas del rebaño, 29 y le preguntó Abimelec: «¿Para qué son esas siete corderas que has apartado?» 30 Abraham le contestó: «Para que las recibas de mi mano, y me sirvan de prueba de que yo he abierto este pozo.» 31 Por eso se llamó aquel lugar Berseba, 32 porque allí juraron ambos, e hicieron alianza, en Berseba. Y se levantó Abimelec y Picol, jefe de su ejército, y se volvieron a la tierra de los filisteos. 33 Abraham plantó en Berseba un tamarindo, e invocó allí el nombre de Yave, el Dios eterno, 34 y anduvo mucho tiempo Abraham por tierra de filisteos.

El sacrificio de Isac.

22 1 Después de todo esto, quiso probar Dios a Abraham, y llamándole, dijo: «Abraham.» Y éste contestó: «Heme aquí.» 2 «Anda, coge a tu hijo, a tu unigénito, a quien tanto amas, a Isac, y ve a la tierra de Moria, y ofrécemelo allí en holocausto, sobre uno de los montes que yo te indicaré.» 3 Se levantó, pues, Abraham de mañana, aparejó su asno, y tomando consigo dos mozos y a Isac, su hijo, partió la leña para el holocausto, y se puso en camino para el lugar que le había dicho Dios. 4 Al tercer día alzó Abraham sus ojos, y vió de lejos el lugar. 5 Dijo a sus dos mozos: «Quedaos aquí con el asno; yo y el niño iremos hasta allí, y después de haber adorado, volveremos a vosotros.» 6 Y tomando Abraham la leña para el holocausto, se la cargó a Isac, su hijo; tomó él en su mano el fuego y el cuchillo, y siguieron ambos juntos. 7 Y dijo Isac a Abraham, su padre: «Padre mío.» «¿Qué quieres, hijo mío?», le contestó. Y él dijo: «Aquí llevamos el fuego y la leña, pero la res para el holocausto, ¿dónde está?» 8 Y Abraham le contestó: «Dios se proveerá de res para el holocausto»; y siguieron juntos los dos. 9 Llegados al lugar que le dijo Dios, alzó allí Abraham el altar, y dispuso sobre él la leña, ató a su hijo y le puso sobre el altar, encima de la leña. 10 Tendió luego su brazo, y cogió el cuchillo para degollar a su hijo. 11 Pero le gritó desde los cielos el ángel de Yave, diciéndole: «Abraham, Abraham.» Y éste contestó: «Heme aquí.» 12 «No extiendas tu brazo sobre el niño—le dijo—y no le hagas nada, porque ahora he visto que en verdad temes a Dios, pues por mí no perdonaste a tu hijo, a tu unigénito.» 13 Alzó Abraham los ojos, y vió tras sí un carnero enredado por los cuernos en la espesura, y cogió el carnero y lo ofreció en holocausto en vez de su hijo (1). 14 Llamó Abraham al lugar aquél: Yave ve; por lo que todavía se dice: «en el monte de Yave ve». 15 Llamó el ángel de Yave a Abraam por segunda vez desde los cielos, 16 y le dijo: «Por mí mismo juro, palabra de Yave, que por haber hecho cosa tal, de no perdonar a tu hijo, a tu unigénito, 17 te bendeciré largamente, y multiplicaré grandemente tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de las orillas del mar, y se adueñará tu descendencia de las puertas de sus enemigos, 18 y la bendecirán todos los pueblos de la tie-

(1) La prueba de la fe y obediencia de Abraham es realmente suprema. Se le manda sacrificar a su hijo único, tan pedido, tan deseado y al fin conseguido, en quien habían de tener realización las promesas mesiánicas. Isac, aceptando resignado el sacrificio, es figura de la sumisión de Cristo a la voluntad del Padre.

rra, por haberme tú obedecido.» 19 Volvióse Abraham a los mozos, y levantándose, fueron todos juntos, a Berseba, y habitó Abraham en Berseba.

20 Después de todo esto recibió Abraham noticia, diciéndole: «También Melca ha dado hijos a Najor, tu hermano; 21 Hus es el primogénito, Buz su hermano, y Camuel, padre de Aram, 22 Cased, Azaud, Peldas, Guedlaf y Batuel. 23 Batuel fué el padre de Rebeca. Estos son los ocho hijos que dió Melca a Najor, hermano de Abraham. 24 También su concubina, de nombre Raumi, le parió a Tebaj, Gajam, Tajas y Maaca.

Muerte de Sara.

23 1 Fueron los días de vida de Sara ciento veintisiete años. 2 Murió en Quiriat Arbe, que es Hebrón, en la tierra de Canán. Vino Abraham a llorar a Sara y hacer duelo por ella, 3 y cuando se levantó de junto a su muerta, habló así a los hijos de Get: 4 «Soy entre vosotros peregrino y huésped: Dadme en propiedad una sepultura, donde pueda sepultar a mi muerta, apartándola de mi vista.» 5 Los hijos de Get contestaron a Abraham: 6 «Oyenos, Señor, por favor: Tú eres entre nosotros un príncipe de Dios; sepulta a la muerta en el mejor de nuestros sepulcros; ninguno de nosotros te negará su sepulcro para que en él sepultes a tu muerta.» 7 Alzóse Abraham, e inclinándose profundamente ante el pueblo de aquella tierra, los hijos de Get, 8 les dijo: «Si de veras queréis que pueda yo apartar a mi muerta de mi vista, sepultándola, escuchadme, y rogad por mí a Efrón, el hijo de Seor, 9 que por su justo precio me ceda para sepultura, en propiedad, en presencia vuestra, su caverna de Macpela, que está al término de su campo.» 10 Efrón estaba sentado entre los hijos de Get, y respondió Efrón, el geteo, a Abraham en presencia de los hijos de Get y de cuantos entraban por las puertas de la ciudad: 11 «No, señor mío, óyeme: yo te doy el campo y la caverna que se halla a su extremo: te la doy ante los hijos de mi pueblo; sepulta a tu muerta.» 12 Abraham volvió a prosternarse ante la gente de aquella tierra, 13 y habló así a Efrón, oyéndolo todos: «Ciertamente, si tú te dignas escucharme, yo te daré el precio del campo. Recíbelo tú y sepultaré en él a mi muerta.» 14 Y respondió Efrón a Abraham diciéndole: 15 «Señor mío, óyeme: ¿Qué es para mí ni para ti una tierra de cuatrocientos siclos de plata? Sepulta a tu muerta.» 16 Oyó Abraham a Efrón y pesóle la plata que éste había dicho, ante los hijos de Get, cuatrocientos siclos de plata corriente en el mercado. 17 Vino, pues, a ser propiedad de Abraham ante los hijos de Get y de cuantos entraban por la puerta de la ciudad, 18 el campo de Efrón en Macpela, frente a Mambre, con la caverna que hay en él, y todos los árboles del campo y sus contornos. 19 Después de esto sepultó Abraham a Sara, su mujer, en la caverna del campo de Macpela, frente a Mambre, que es Hebrón, en tierra de Canán. 20 El campo, con la caverna que hay en él, vino a ser sepultura de propiedad de Abraham, recibida de los hijos de Get.

Casamiento de Isac.

24 1 Era Abraham ya viejo, muy entrado en años, y Yave le había bendecido en todo. 2 Dijo, pues, Abraham al más antiguo de los siervos de su casa, el que administraba cuanto tenía: «Pon, te ruego, tu mano bajo mi muslo, 3 y júrame por Yave, Dios de los cielos y de la tierra, que no tomarás mujer para mi hijo de entre las hijas de los cananeos, en medio de los cuales habito, 4 sino que irás a mi tierra, a mi parentela, a buscar mujer para mi hijo Isac.» 5 Y le dijo el siervo: «Y si la mujer no quiere venir conmigo a esta tierra, ¿habré de llevar allí a tu hijo, a la tierra de donde saliste?» 6 Díjole Abraham: «Guárdate muy bien de llevar allá a mi hijo: 7 Yave, Dios de los cielos, que me sacó de la casa de mi padre y de la tierra de mi nacimiento, que me ha hablado, y me juró, diciendo: a tu descendencia daré yo esta tierra, enviará a su ángel ante ti y traerás de allí mujer para mi hijo. 8 Si la mujer no quisiere venir contigo, quedarás libre de este juramento, pero de ninguna manera volverás allá a mi hijo.» 9 Puso, pues, el siervo su mano bajo el muslo de Abraham, su señor, y le juró.

10 Cogió el siervo diez de los camellos de su señor, y se puso en camino, llevando consigo de cuanto bueno tenía su señor, y se dirigió a Arán Naharaim, a la ciudad de Najor. 11 Hizo que los camellos doblaran sus rodillas fuera de la ciudad, junto a un pozo de aguas, ya de tarde, a la hora de salir las que van a coger agua, 12 y dijo (1): «Yave, Dios de mi amo Abraham, haz que me salga ahora buen encuentro, y muéstrate benigno con mi señor Abraham: 13 Voy a ponerme junto al pozo de aguas, mientras las mujeres de la ciudad vienen a buscar agua: 14 la joven a quien yo dijere: inclina tu cántaro, te ruego, para que yo beba; y ella me respondiere: bebe tú y daré también de beber a tus camellos, sea la que destinas a tu siervo Isac, y conozca yo así que te muestras propicio a mi señor.» 15 Y sucedió, que antes de que él acabara de hablar, salía con el cántaro al hombro Rebeca, hija de Batuel, hijo de Melca, la mujer de Najor, hermano de Abraham. 16 La joven era muy hermosa, y virgen, que no había conocido varón. Bajó al pozo, llenó su cántaro, y volvió a subir. 17 Salióle al encuentro el siervo, y le dijo: «Dame, por favor, a beber un poco de agua de tu cántaro.» 18 «Bebe, señor mío», le contestó ella; y bajando el cántaro lo cogió con sus manos, y le dió de beber. 19 Cuando hubo él bebido, le dijo: «También para tus camellos voy a sacar agua, hasta que hayan bebido lo que quieran.» 20 Y se apresuró a vaciar el cántaro en el abrevadero, y corrió de nuevo al pozo a sacar más, hasta que hubo sacado para todos los camellos. 21 El siervo la contemplaba en silencio, y se preguntaba si habría prosperado Yave su camino, o no. 22 Cuando hubieron acabado de beber los camellos, tomó el siervo un arillo de oro de medio siclo de peso y dos brazaletes de diez siclos, también de oro, y dándoselos, 23 le preguntó: «¿De quién eres hija tú? Dime, por favor, si no habría lugar en casa de tu padre para pasar allí la noche.» 24 Ella le contestó: «Soy hija de Batuel, el hijo que Melca dió a Najor.» 25 Y añadió: «Hay en nuestra casa paja y heno en abundancia y lugar para pernoctar.» 26 Postróse entonces el hombre y adoró a Yave, 27 diciendo: «Bendito sea Yave, Dios de mi señor Abraham, que no ha dejado de hacer gracia y mostrarse fiel a mi señor, y a mí me ha conducido derecho a la casa de los hermanos de mi señor.» 28 Corrió la joven a contar en casa de su madre lo que había pasado. 29 Tenía Rebeca un hermano, de nombre Labán, que se apresuró a ir al pozo en busca del hombre. 30 Había visto el arillo y los brazaletes en la mano de su hermana, y la había oído decir: «Así me ha hablado el hombre.» Vino, pues, a él, que seguía con sus camellos junto a la fuente, 31 y le dijo: «Ven, bendito de Yave, por qué estás ahí fuera? Ya he preparado yo la casa y lugar para los camellos.» 32 Fué, pues, el hombre a casa. Labán desaparejó los camellos, dió a éstos paja y heno, y agua al hombre y a los que le acompañaban, para lavarse los pies, 33 y después le sirvió de comer; pero el hombre dijo: «No comeré mientras no diga lo que tengo que decir.» Respondióle: «Di.» 34 Este dijo: «Yo soy siervo de Abraham. 35 Yave ha bendecido largamente a mi señor, y le ha engrandecido, dándole rebaños y ganados, plata y oro, siervos y siervas, camellos y asnos. 36 Parióle Sara, la mujer de mi señor, un hijo en su ancianidad, y a él le ha dado todos sus bienes. 37 Mi señor me ha hecho jurar, diciendo: No tomarás para mi hijo mujer de entre las hijas de los cananeos, de la tierra en que habito; 38 sino que irás a la casa de mi padre, a mi parentela, y de allí traerás mujer para mi hijo. 39 Yo dije a mi señor: Quizá no quiera venir conmigo la mujer; 40 y él me contestó: Yave, ante quien yo ando, mandará contigo su ángel, y hará que tu camino tenga buen éxito, y tomarás mujer para mi hijo, de mi parentela y de la casa de mi padre. 41 Quedarás desligado del juramento, si fueres a mi parentela y no te la dieren; libre quedarás entonces. 42 Llegué hoy a la fuente, y dije: Yave, Dios de mi señor Abraham, te ruego que si en verdad quieres prosperar el camino que traigo, 43 hagas que mientras yo me quedo junto a la fuente, la joven que salga a buscar agua y a quien diga yo: Dame de beber, te ruego, un poco de agua de tu cántaro 44 y me diga ella: Bebe,

(1) No es infrecuente en el A. T. esta manera de explorar la voluntad de Dios para conocerla.

y sacaré también para tus camellos, sea la mujer que Yave ha destinado para mujer del hijo de mi señor. 45 No había yo acabado de decir esto en mi corazón, cuando salía Rebeca con su cántaro al hombro, bajó a la fuente y sacó agua. Yo le dije: dame de beber, te lo ruego. 46 Bajó ella en seguida el cántaro de sobre su hombro, y dijo: bebe, y daré también de beber a tus camellos. 47 Yo le pregunté: ¿De quién eres hija? Ella me respondió: Soy hija de Batuel, el hijo de Najor, que le dió Melca. Entonces puse yo el arillo en su nariz y los brazaletes en sus manos, 48 y me incliné postrándome ante Yave, y bendije a Yave, Dios de mi señor Abraham, que me había traído por camino derecho, para tomar a la hija de su hermano para mujer de su hijo. 49 Ahora, si queréis hacer gracia y fidelidad a mi señor, decídmelo; si no, decídmelo también, y me dirigiré a la derecha o a la izquierda.» 50 Labán y Batuel contestaron, diciendo: «De Yave viene esto, nosotros no podemos decirte ni bien ni mal. 51 Ahí tienes a Rebeca, tómala y vete, y sea la mujer del hijo de tu señor, como lo ha dicho Yave.» 52 Cuando el siervo de Abraham hubo oído estas palabras, se postró en tierra ante Yave; 53 y sacando objetos de plata, objetos de oro y vestidos, se los dió a Rebeca, e hizo también presentes a su hermano y a su madre. 54 Pusiéronse luego a comer y a beber, él y los que con él venían, y pasaron la noche. A la mañana, cuando se levantaron, dijo el siervo: «Dejad que me vaya a mi señor.» 55 El hermano y la madre de Rebeca dijeron: «Que esté la joven con nosotros todavía algunos días, unos diez, y después partirá.» 56 El les contestó: «No retraséis mi vuelta, ya que Yave ha hecho feliz el éxito de mi viaje; dejadme partir, para que vuelva a mi señor.» 57 Dijéronle, pues: «Llamemos a la joven, y preguntémosle lo que ella quiere.» 58 Llamaron a Rebeca, y le preguntaron: «¿Quieres partir luego con este hombre?» Y ella respondió: «Partiré.» 59 Dejaron, pues, ir a Rebeca, su hermana, y a su nodriza con el siervo de Abrahám y sus hombres, 60 y bendecían a Rebeca diciendo;

«Hermana nuestra eres;
Que crezcas en millares de millares,
Y se adueñe tu descendencia
De las puertas de sus enemigos.»

61 Montaron, pues, Rebeca, sus doncellas y su nodriza en dos camellos, y se fueron tras el hombre, y éste con Rebeca se partió.

62 Volvía un día Isac del pozo Jai Roi, pues habitaba entonces en el Negueb, 63 y había salido por la tarde al campo para lamentarse, y alzando los ojos vió venir camellos. 64 También Rebeca alzó sus ojos, y viendo a Isac, se apeó del camello, 65 y preguntó al siervo: «¿Quién es aquel hombre que viene por el campo a nuestro encuentro?» El siervo le respondió: «Es mi señor.» Ella cogió el velo y se cubrió. 66 El siervo contó a Isac cuanto había ocurrido, 67 e Isac condujo a Rebeca a la tienda de Sara, su madre, la tomó por mujer y la amó, consolándose de la muerte de su madre.

Muerte de Abraham.

25 1 Volvió Abraham a tomar mujer, de nombre Quetura, 2 que le parió a Zamrán, Jocsán, Madán, Madián, Jesboc y Sué. 3 Jocsán engendró a Saba y Dadán. Hijos de Dadán son los Asurim, los Latusim y los Laumim. 4 Los hijos de Madián fueron Efa, Efer, Janoc, Abida y Elda. Estos son todos los hijos de Quetura. 5 Abraham dió todos sus bienes a Isac. 6 A los hijos de las concubinas les hizo donaciones, pero viviendo él todavía, los separó de su hijo Isac, hacia oriente, a la tierra de oriente. 7 Los días de la vida de Abraham fueron ciento setenta y cinco años. 8 Expiró, y murió Abraham en senectud buena, anciano y lleno de días, y fué a reunirse con su pueblo. 9 Isac e Ismael, sus hijos, le sepultaron en la caverna de Macpela, en el campo de Efrón, hijo de Seor, el geteo, frente a Mambre. 10 Es el campo que compró Abraam a los hijos de Get. Allí fué sepultado con Sara, su mujer.

11 Después de la muerte de Abraam, Dios bendijo a Isac, su hijo, y habitó Isac junto al pozo de Jai Roi.

Descendencia de Ismael.

12 Estas son las generaciones de Ismael, hijo de Abraham y de Agar, la egipcia, esclava de Sara. 13 He aquí los nombres de los hijos de Ismael, según sus nombres y sus generaciones.

El primogénito de Ismael fué Nebayot; después Quedar, Adbel, Mabasam, [14] Masema, Duma, Masa, [15] Adad, Tema, Jetur, Nafir y Quedma. [16] Estos son los hijos de Ismael, estos sus nombres, según sus pagos y campamentos; estos fueron los doce jefes de sus tribus. [17] Los años de la vida de Ismael fueron ciento treinta y siete. Después expiró y murió, yendo a reunirse con su pueblo. [18] Sus hijos habitaron desde Evila hasta Sur, que está frente al Egipto, según se va a Sur, frente a todos sus hermanos.

Jacob y Esaú.

[19] Estas son las generaciones de Isac, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isac. [20] Era Isac de cuarenta años cuando tomó por mujer a Rebeca, hija de Batuel, arameo, de Padan Aram y hermana de Labán, arameo. [21] Rogó Isac a Yave por su mujer, que era estéril, y fué oído por Yave, y concibió Rebeca, su mujer. [22] Chocábanse en su seno los niños, y dijo: «Para esto, ¿a qué concebir?» Y fué a consultar a Yave, [23] que le dijo:

«Dos pueblos llevas en tu seno,
Dos pueblos que al salir de tus
entrañas se separarán.
Una nación prevalecerá sobre la
otra nación,
Y el mayor servirá al menor.»

[24] Llegó el tiempo del parto, y salieron de su seno dos gemelos. [25] Salió el primero uno rojo, todo él como un manto peludo, y se le llamó Esaú. [26] Después salió su hermano agarrando con la mano el talón de Esaú, y se le llamó Jacob. Era Isac de sesenta años cuando los engendró. [27] Crecieron los niños, y fué Esaú diestro cazador y hombre agreste, mientras que era Jacob hombre apacible y amante de la tienda. [28] Isac, porque le gustaba la caza, prefería a Esaú, y Rebeca prefería a Jacob. [29] Hizo un día Jacob un guiso, y llegó Esaú del campo, muy fatigado, [30] y dijo Esaú a Jacob: «Por favor, dame a comer ese guiso rojo, que estoy desfallecido.» Por esto se le dió a Esaú el nombre de Edom. [31] Contestóle Jacob: «Véndeme ahora mismo tu primogenitura.» [32] Respondió Esaú: «Estoy que me muero; ¿qué me importa la primogenitura?» [33] «Júramelo ahora mismo», le dijo Jacob; y juró Esaú, vendiendo a Jacob su primogenitura. [34] Dióle entonces Jacob pan y el guiso de lentejas; y una vez que comió y bebió, se levantó Esaú y se fué, no dándosele nada de la primogenitura.

Isac en Gerar. Alianza con Abimelec. Casamiento de Esaú.

26 [1] Hubo en aquella tierra un hambre, distinta de la primera que hubo en tiempo de Abraham; y fué Isac a Gerar, a Abimelec, rey de los filisteos, [2] pues se le apareció Yave, y le dijo: «No bajes a Egipto. [3] Sigue habitando en esta tierra, donde yo te diga; peregrina por ella, que yo estaré contigo, y te bendeciré, pues a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, cumpliendo el juramento que hice a Abraham, tu padre, [4] y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y le daré todas estas tierras, y la bendecirán todos los pueblos de la tierra, [5] por haberme obedecido Abraham, y haber guardado mi mandato, mis preceptos, mis ordenaciones y mis leyes.» [6] Habitó, pues, Isac en Gerar. [7] Preguntábanle los hombres del lugar por su mujer, y él decía: (1) «Es mi hermana.» Pues temía decir que era su mujer, no fuera que le mataran los hombres del lugar por Rebeca, que era muy hermosa. [8] Como se prolongase su estancia en Gerar, mirando Abimelec, rey de los filisteos, por la ventana, vió que estaba Isac jugando con Rebeca, su mujer. [9] Llamó Abimelec a Isac, y le dijo: «De cierto que es tu mujer. ¿Por qué, pues, dices: es mi hermana?» Y le contestó Isac: «Es que me dije, no vaya yo a morir por causa suya.» [10] Respondióle Abimelec: «¿Cómo nos has hecho eso? Hubiera podido alguno tomar a tu mujer, y hubieras arrojado sobre nosotros un delito.» [11] Dió, pues, Abimelec una orden a todo el pueblo, diciendo: «El que toque a este hombre o a su mujer, morirá.» [12] Sembró Isac en aquella tierra, y cogió aquel

(1) Por tercera vez vemos repetirse la historia. Dios vela con cuidado sobre los patriarcas. En este caso no nos ofrece el texto la solución que en los de Sara. Cabe, sin embargo, pensar que Isac dijera de Rebeca que era su hermana, apoyándose en la significación amplia que la palabra *hermano* tiene en las lenguas semíticas. En efecto, Rebeca era prima carnal de Isac.

año ciento por uno, pues le bendijo Yave. 13 Engrandecióse y fué creciendo, creciendo cada vez más, hasta hacerse muy poderoso. 14 Tenía muchos rebaños y ganados y mucha servidumbre, y los filisteos llegaron a envidiarle. 15 Todos los pozos abiertos por los siervos de su padre Abraham los cegaron los filisteos, llenándolos de tierra. 16 Dijo Abimelec a Isac: «Vete de aquí, porque has llegado a ser mucho más poderoso que nosotros.» 17 Fuése Isac, y acampó en el valle de Gerar, y habitó allí. 18 Volvió a abrir los pozos abiertos en tiempo de Abraham, su padre, y cegados por los filisteos después de la muerte de Abraham, dándoles los mismos nombres que les había dado su padre. 19 Cavaron los siervos de Isac en el valle, y alumbraron una fuente de aguas vivas; 20 pero los pastores de Gerar riñeron con los de Isac, diciendo: «Estas aguas son nuestras.» Y llamó al pozo Ezec, porque había habido riña por él. 21 Excavaron sus siervos otro pozo, por el cual hubo también un altercado, y lo llamó Situa. 22 Yéndose más lejos, excavó otro pozo, por el cual no hubo ya querellas, y le llamó Rejobot, diciendo: «Ahora ya nos ha dado Yave holgura, y prosperaremos en esta tierra.» 23 Subió después a Bersabe, 24 y se le apareció Yave aquella noche, y le dijo: «Yo soy el Dios de Abraham, tu padre; nada temas, que yo estoy contigo: Yo te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia, por Abraham, mi siervo.» 25 Alzó allí un altar, e invocó el nombre de Yave: plantó allí su campamento, y abrieron también allí sus siervos un pozo. 26 Vinieron a él, desde Gerar, Abimelec, Ajurot, amigo suyo, y Picol, jefe de su ejército; 27 e Isac les dijo: «¿Para qué habéis venido a mí vosotros, que me odiáis, y me habéis arrojado de entre vosotros?» 28 Ellos dijeron: «Porque hemos visto claramente que está Yave contigo, y nos hemos dicho: Haya en medio de nosotros un juramento entre ti y nosotros, y queremos hacer alianza contigo: 29 de no hacernos tú mal, como no te hemos tocado nosotros, haciéndote sólo bien, y dejándote partir en paz. Tú eres ahora el bendito de Yave.» 30 Isac les preparó un banquete, y comieron y bebieron. 31 A la mañana siguiente se levantaron, y se juraron unos a otros, y los despidió Isac, yéndose ellos en paz. 32 Aquel mismo día vinieron los siervos de Isac a informarle acerca del pozo que estaban haciendo, y le dijeron: «Hemos hallado agua», 33 e Isac llamó al pozo Seba, por eso se llamó la ciudad Berseba hasta el día de hoy. 34 Era Esaú de cuarenta años, y tomó por mujeres a Judit, hija de Beeri, geteo, y a Basemat, hija de Elón, geteo, 35 que fueron para Isac y Rebeca una amarga pesadumbre.

Suplanta Jacob a Esaú en la bendición paterna.

27 1 Cuando envejeció Isac, se debilitaron sus ojos, y no veía. Llamó, pues, a Esaú, su hijo mayor y le dijo: «Hijo mío.» Este contestó: «Heme aquí.» 2 «Mira—le dijo—, yo ya soy viejo, y no sé cuál será el día de mi muerte. 3 Toma, pues, tus armas, la aljaba y el arco, y sal al campo a cazar algo, 4 y me haces un guiso como sabes que a mí me gusta, y me lo traes, para que lo coma y después te bendiga antes de morir.» 5 Rebeca estaba oyendo lo que Isac decía a Esaú, su hijo. Esaú salió al campo a cazar algo para traerlo; 6 y Rebeca dijo a Jacob, su hijo: «Mira, he oído a tu padre hablar a Esaú, tu hermano, y decirle: 7 Tráeme caza y prepáramela, para que la coma y te bendiga delante de Yave antes de mi muerte. 8 Ahora, pues, hijo mío, obedéceme, y haz lo que yo te mando. 9 Anda, vete al rebaño, y tráeme dos cabritos gordos y tiernos, para que yo haga con ellos a tu padre un guiso como a él le gusta, 10 y se lo lleves a tu padre, y lo coma y te bendiga antes de su muerte.» 11 Contestó Jacob a Rebeca, su madre: «Mira que Esaú, mi hermano, es hombre velludo y yo soy lampiño, 12 y si me toca mi padre, apareceré ante él como un mentiroso, y traeré sobre mí una maldición, en vez de la bendición.» 13 Díjole su madre: «Sobre mí tu maldición, hijo mío, pero obedéceme, anda y tráemelo.» 14 Fué, pues, él, lo cogió y lo trajo a su madre, que hizo el guiso como a su padre le gustaba. 15 Cogió Rebeca vestidos de Esaú, su hijo mayor, los mejores que tenía en casa, y se los vistió a Jacob, su hijo menor; 16 y con las pieles de los cabritos le cubrió las manos y lo desnudo del

cuello; puso el guiso y pan que había hecho en manos de Jacob, su hijo, 18 y éste lo llevó a su padre, y le dijo: «Padre mío.» «Heme aquí, hijo mío», contestó Isac. «¿Quién eres, hijo mío?»; 19 y le contestó Jacob: «Yo soy Esaú, tu hijo primogénito. He hecho como me dijiste. Levántate, pues, te ruego, vuélvete, y come de mi caza, para que me bendigas.» 20 Y dijo Isac a su hijo: «¿Cómo tan pronto hallaste, hijo mío?»; y le respondió: «Porque hizo Yave que se me pusiera delante.» 21 Dijo Isac a Jacob: «Anda, acércate para que yo te palpe, hijo mío, a ver si eres o no mi hijo Esaú.» 22 Acercóse Jacob a Isac, su padre, que le palpó y dijo: «La voz es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú»; 23 y no le conoció, porque estaban sus manos vellu-das como las de Esaú, su hermano, y se dispuso a bendecirle. 24 Todavía le preguntó: «¿De verdad eres tú mi hijo Esaú?»; y él contestó: «Yo soy.» 25 Díjole, pues: «Acércame la caza para que yo coma de ella, hijo mío, y te bendiga.» Acercósela Jacob y comió, y le trajo también vino, y bebió. 26 Díjole después Isac: «Acércate y bésame hijo mío.» 27 Acercóse él y le besó; y en cuanto olió la fragancia de sus vestidos, le bendijo, diciendo:

«Oh, es el olor de mi hijo
Como el olor de un campo
Al que ha bendecido Yave.
28 Dete Dios el rocío del cielo y la grosura de la tierra,
Y abundancia de trigo y mosto.
29 Sírvante pueblos,
Y prostérnense ante ti naciones;
Sé el señor de tus hermanos,
Y póstrense ante ti los hijos de tu madre.
Maldito quien te maldiga,
Y bendito quien te bendiga.»

30 En cuanto acabó Isac de bendecir a Jacob, no bien había salido éste de la presencia de Isac, su padre, Esaú, su hermano, que venía del campo 31 y había hecho su guiso y se lo traía a su padre, dijo a su padre: «Levántese mi padre y coma de la caza de su hijo, para que me bendiga.» 32 Díjole Isac, su padre: «¿Pues quién eres tú?» Contestóle: «Yo soy tu hijo primogénito, Esaú.» 33 Pasmóse Isac con pasmo muy grande, y repuso: «¿Y quién es entonces el que me ha traído la caza y he comido de todo ello antes que tú vinieras, y le he bendecido, y bendito está?» 34 Al oír Esaú las palabras de su padre, rompió a gritar y a llorar amargamente, y le dijo: «Bendíceme también a mí, padre mío.» Isac le contestó: «Tu hermano ha venido con engaño, y se ha llevado la bendición.» 36 Díjole Esaú: «¿No es su nombre Jacob? Dos veces me ha suplantado: me quitó la primogenitura, y ahora me ha quitado mi bendición», y añadió: «¿No tienes ya bendición para mí?» 37 Respondió Isac y dijo a Esaú: «Mira, le he hecho señor tuyo, y todos sus hermanos se los he dado por siervos; le he atribuído el trigo y el mosto. A ti, pues, ¿qué voy a hacerte, hijo mío?» 38 Y dijo Esaú a su padre: «¿No tienes más que una bendición, padre mío? Bendíceme también a mí, padre mío»; y lloró en voz alta. 39 Respondió Isac diciéndole:

«Mira, fuera de la grosura de la tierra será tu morada,
Y fuera del rocío que baja de los cielos.
40 Vivirás de tu espada, y servirás a tu hermano;
Y cuando te revuelvas romperás su yugo de sobre tu cuello.»

41 Concibió Esaú contra su hermano Jacob un odio profundo, por lo de la bendición que le había dado su padre, y se dijo en su corazón: «Cerca están los días del duelo por mi padre; después mataré a Jacob, mi hermano.» 42 Supo Rebeca lo que había dicho Esaú, su hijo mayor; y mandó llamar a Jacob, su hijo menor, y le dijo: «Mira, que tu hermano Esaú quiere matarte. 43 Anda, pues, obedéceme, hijo mío, y huye a Jaran, a Labán mi hermano, 44 y estate algún tiempo con él, hasta que la cólera de tu hermano se aparte de ti, 45 se aplaque su ira y se haya olvidado de lo que le has hecho; yo mandaré allí a buscarte. ¿Habría de verme yo privada de vosotros dos en un solo día?» (1).

46 Rebeca dijo a Isac: «Me pesa la vida a causa de las hijas de Get; si Jacob toma mujer de entre las

(1) En este relato se pone de manifiesto la lucha entre las preferencias paternas y maternas respecto de los dos hijos; pero al mismo tiempo, y sobre todo, la providencia de Dios, que sin atender a la primogenitura de la carne, elige a quien elige, para que en él se realicen las promesas mesiánicas. (Mal. 1. 2. sig. y Rom. 9. 6. sigs.)

hijas de Get, como éstas de esta tierra, ¿para qué quiero vivir?»

Huída de Jacob a Mesopotamia.

28 [1] Llamó, pues, Isac a Jacob y le bendijo, y le mandó: «No tomes mujer de entre las hijas de Canán. [2] Anda, y vete a Padan Arán, a casa de Batuel, el padre de tu madre, y toma allí mujer de entre las hijas de Labán, hermano de tu madre; [3] el Dios omnipotente te bendecirá, te hará crecer y te multiplicará, y te hará muchedumbre de pueblos, [4] y te dará la bendición de Abraham a ti y a tu descendencia contigo, para que poseas la tierra de tus peregrinaciones, que dió Dios a Abraham.» [5] Despidió, pues, Isac a Jacob, que se fué a Padan Arán, a Labán, hijo de Batuel, arameo, hermano de Rebeca, madre de Jacob y Esaú. [6] Viendo Esaú que Isac había bendecido a Jacob, y que al bendecirle, le había mandado irse a Padan Arán para tomar mujer de allí, diciéndole: no tomes mujer de entre las hijas de Canán; [7] y que obedeciendo a su padre y a su madre, se había ido Jacob a Padan Arán, [8] conoció Esaú que disgustaban a Isac, su padre, las hijas de Canán; [9] y se fué a Ismael, y sobre las que ya tenía, tomó por mujer a Majalat, hija de Ismael, hijo de Abraham y hermano de Nabaiot.

[10] Salió, pues, Jacob de Berseba, para dirigirse a Jarán. [11] Llegó a un lugar donde se dispuso a pasar la noche, pues el sol se ponía ya, y tomando una de las piedras que en el lugar había, la puso de cabecera y se acostó.

Visión de la escala.

[12] Tuvo un sueño, y veía una escala que, apoyándose sobre la tierra, tocaba con la cabeza en los cielos, y que por ella subían y bajaban los ángeles de Dios. [13] Sobre ella estaba Yave, que le dijo: «Yo soy Yave, el Dios de Abraham, tu padre, y el Dios de Isac; la tierra sobre la cual estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia. [14] Será ésta como el polvo de la tierra, y te ensancharás a occidente y a oriente, a norte y mediodía, y a ti y a tu descendencia os bendecirán todas las naciones de la tierra. [15] Yo estoy contigo, y te bendeciré donde quiera que vayas, y volveré a traerte a esta tierra, y no te abandonaré hasta cumplir lo que te digo.»

[16] Despertó Jacob de su sueño, y se dijo: «Ciertamente está Yave en este lugar, y yo no lo sabía»; [17] y atemorizado añadió: «¡Qué terrible es este lugar! No es sino la casa de Dios y la puerta de los cielos.» [18] Levantóse Jacob por la mañana, y tomando la piedra que había tenido de cabecera, la alzó, como memoria, y vertió óleo sobre ella. [19] Llamó a este lugar Betel, aunque la ciudad se llamaba al principio Luza. [20] E hizo Jacob un voto diciendo: «Si Yave está conmigo, y me protege en mi viaje, y me da pan que comer y vestidos que vestirme, [21] y retorno en paz a la casa de mi padre, Yave será mi Dios; [22] esta piedra que he alzado como memoria será casa de Dios, y de todo cuanto a mí me dieres, te daré el diezmo.»

Jacob en casa de Labán.

29 [1] Volvió a emprender Jacob su marcha, y llegó a la tierra de los hijos de Oriente. [2] Vió en el campo un pozo, junto al cual descansaban tres rebaños, pues era el pozo en que se abrevaban los ganados. [3] Reuníanse allí, se quitaba una gran piedra que le cubría, y se daba de beber al ganado, volviendo a poner en su lugar la piedra que cubría la boca del pozo. [4] Jacob preguntó a los pastores: «¿De dónde sois, hermanos?» «De Jarán somos», le respondieron ellos. [5] «¿Conocéis a Labán hijo de Najor?» «Le conocemos», contestaron. [6] «¿Y está bien?» siguió preguntando Jacob. «Sí, bien está, mira, ahí viene Raquel, su hija, con su rebaño.» [7] El les dijo: «Todavía es muy de día, no es tiempo de recoger el ganado. ¿Por qué no abreváis los rebaños y os volvéis a que pasten?» [8] Ellos le respondieron: «No podemos hacerlo hasta que se reúnan todos los rebaños y se quite la piedra de la boca del pozo, y entonces damos de beber al rebaño.» [9] Todavía estaba Jacob hablando con ellos cuando llegó Raquel con el rebaño de su padre, pues ella era la pastora. [10] Y en cuanto vió Jacob a Raquel, hija de Labán, hermano de su madre y el rebaño de Labán, hermano de su madre, se acercó, removió la piedra de sobre

a boca del pozo, y abrevó el rebaño de Labán, hermano de su madre. 11 Besó Jacob a Raquel, y alzó la voz llorando. 12 Hizo saber a Raquel que era hermano de su padre, e hijo de Rebeca, y ella corrió a contárselo a su padre. 13 En cuanto oyó Labán lo que de Jacob, hijo de su hermana, le decía, corrió a su encuentro, le abrazó, le besó, y le llevó a su casa. Contó Jacob a Labán lo que ocurría, 14 y éste le dijo: «Sí, eres hueso y carne mía.» Y moró Jacob con Labán un mes entero. 15 Pasado éste, le dijo Labán: «Acaso porque eres mi hermano, ¿vas a servirme de balde? Dime cuál ha de ser tu salario.»

Lía y Raquel.

16 Tenía Labán dos hijas; una, la mayor, de nombre Lía; otra, la menor, de nombre Raquel. 17 Lía era tierna de ojos, pero Raquel era muy esbelta y hermosa. 18 Amaba Jacob a Raquel, y dijo a Labán: «Te serviré siete años por Raquel, tu hija menor.» 19 Y contestó Labán: «Mejor es que te la dé a ti que dársela a un extraño. Quédate conmigo.» 20 Y sirvió Jacob por Raquel siete años, que le parecieron sólo unos días, por el amor que le tenía. 21 Jacob dijo a Labán: «Dame a mi mujer, pues se ha cumplido el tiempo, y entraré a ella.» 22 Reunió Labán a todos los hombres del lugar, y dió un convite; 23 y por la noche, tomando a Lía, su hija, se la llevó a Jacob, que entró a ella. 24 Dió Labán a Lía, su hija, su sierva Silfa, para que fuera sierva de ella. 25 Llegada la mañana, vió Jacob que era Lía, y dijo a Labán: «¿Por qué me has hecho esto? ¿No te he servido por Raquel? ¿Por qué me has engañado?» 26 Labán le respondió: «No es en nuestro lugar costumbre dar la menor antes que la mayor. 27 Acaba esta semana, y te daré también después la otra por el servicio que me prestes de otros siete años.» 28 Hízolo así Jacob, y cumplida la semana, dióle Labán a Raquel, su hija, por mujer, y con ella a Bala, su sierva, para sierva de ella. 30 Entró también a Raquel Jacob, y la amó más que a Lía, y sirvió por ella otros siete años. 31 Viendo Yave que Lía era odiada, abrió su matriz, mientras que Raquel era estéril.

Los hijos de Jacob.

32 Concibió Lía y parió un hijo, al que llamó Rubén, diciendo: «Yave ha mirado mi aflicción, y ahora mi marido me amará.» 33 Concibió de nuevo y parió un hijo, diciendo: «Yave ha visto que yo era odiada, y me ha dado este más»; y le llamó Simeón. 34 Concibió otra vez, y parió un hijo, y dijo: «Ahora mi marido se apegará a mí, pues le he parido tres hijos»; y por eso le llamó Leví. 35 Concibió nuevamente, y parió un hijo, diciendo: «Ahora sí que he de alabar a Yave»; y por eso le llamó Judá. Y cesó de tener hijos.

30 1 Raquel, viendo que no daba hijos a Jacob, estaba celosa de su hermana, y dijo a Jacob: «Dame hijos o me muero.» 2 Airóse Jacob contra Raquel, y le dijo: «¿Por ventura soy yo Dios, que te ha hecho estéril?» 3 Ella le dijo: «Ahí tienes a mi sierva Bala; entra a ella, que para sobre mis rodillas, y tenga yo prole por ella.» 4 Dióle, pues, su sierva por mujer, y Jacob entró a ella. 5 Concibió Bala, y parió a Jacob un hijo, 6 y dijo Raquel: «Dios me ha hecho justicia, me ha oído y me ha dado un hijo»; por eso le llamó Dan. 7 Concibió otra vez Bala, sierva de Raquel, y parió un segundo hijo a Jacob, 8 diciendo Raquel: «Lucha de Dios he luchado con mi hermana, y la he vencido», por eso le llamó Neftalí.

9 Viendo Lía que había dejado de tener hijos, tomó a Zelfa, su esclava, y se la dió por mujer a Jacob. 10 Zelfa, esclava de Lía, parió a Jacob un hijo, y Lía dijo: 11 «¡Qué buena fortuna!»; y le llamó Gad. 12 Parió Zelfa, esclava de Lía, un segundo hijo a Jacob; 13 y dijo Lía: «Por dicha mía, pues los hijos me han hecho feliz»; y le llamó Aser. 14 Salió Rubén al tiempo de la siega del trigo, y halló en el campo unas mandrágoras, y se las trajo a Lía, su madre, y dijo Raquel a Lía: «Dame, por favor, de las mandrágoras de tu hijo.» 15 Lía le contestó: «¿Te parece todavía poco haberme quitado el marido, que quieres también quitarme las mandrágoras de mi hijo?» Y le dijo Raquel: «Mira; que duerma esta noche contigo, a cambio de las mandrágoras de tu hijo.» 16 Vino Jacob del campo por la tarde, y le salió Lía al encuentro, y le dijo:

«Entra a mí, pues te he comprado por unas mandrágoras de mi hijo.» Y durmió con ella Jacob aquella noche, y oyó Yave a Lía, que concibió, y parió a Jacob el quinto hijo. 18 Y dijo Lía: «Dios me ha pagado mi salario por haber dado mi sierva a mi marido»; y le llamó Isacar. 19 Concibió de nuevo Lia, y parió a Jacob un sexto hijo, 20 y dijo: «Dios me ha hecho un buen don; ahora mi marido morará conmigo, pues le he dado seis hijos»; y le llamó Zabulón.

21 Después parió una hija, a la que llamó Dina.

22 Acordóse Dios de Raquel, la oyó, y la hizo fecunda. 23 Concibió, pues, y parió un hijo, y dijo: «Dios ha quitado mi afrenta»; 24 y le llamó José, pues dijo: «Que me añada Yave otro hijo.»

Prosperidad de Jacob en casa de Labán.

25 Cuando Raquel parió a José, dijo Jacob a Labán: «Déjame irme a mi lugar, a mi tierra. 26 Dame mis mujeres y mis hijos, por los que te he servido, y me iré, pues bien sabes tú qué buen servicio te he hecho.» 27 Respondióle Labán: «Mira, por favor, si he hallado gracia a tus ojos, yo sé por agüero que por causa tuya me ha bendecido Yave. 28 Fíjame tu salario, y yo te lo daré.» 29 Contestóle Jacob: «Tú bien sabes cómo te he servido, y lo que conmigo ha venido a ser tu ganado. 30 Bien poco era lo que antes tenías, pero se ha aumentado grandemente, y Yave te ha bendecido a mi paso. Ahora, pues, habré de hacer también yo por mi casa.» 31 Labán le dijo: «Dime qué es lo que he de darte.» «No has de darme nada—le contestó Jacob—, sino hacer lo que voy a decirte, y volveré a apacentar tu ganado y a guardarlo. 32 Yo pasaré hoy por entre todos tus rebaños, y separaré toda res manchada o negra entre los corderos, y toda res manchada entre las cabras. Eso será mi salario. 33 Mi probidad responderá así por mí mañana, cuando vengas a reconocer mi salario; todo cuanto no sea manchado entre las cabras, y negro entre los corderos, será en mí un robo.» 34 Y respondió Labán: «Bien, sea como dices». 35 Pero aquel mismo día separó Labán todos los machos cabríos manchados, todas las cabras manchadas, y cuantas tenían algo de blanco, y entre los corderos todos los negros y manchados, y se los entregó a sus hijos, 36 haciéndolos llevar a tres días de camino de donde estaba Jacob. Jacob siguió apacentando el resto del ganado de Labán. 37 Cogió Jacob varas verdes de estoraque, de almendro y de plátano, y haciendo en ellas unos cortes, las descortezaba, dejando lo blanco de las varas al descubierto. 38 Puso después las varas, así descortezadas, en los canales de los abrevaderos a donde venía el ganado a beber; 39 y las que se apareaban a la vista de las varas, parían crías rayadas y manchadas. 40 Jacob separó el ganado, poniendo delante cuanto de negro y manchado había en los rebaños de Labán, y puso su grey aparte, sin dejar que se mezclara con la de Labán. 41 Era cuando las reses vigorosas entraban en calor, cuando ponía Jacob las varas a su vista en los abrevaderos, para que se apareasen ante las varas, 42 pero ante las débiles no las ponía, y así las crías débiles eran las de Labán y las fuertes las de Jacob. 43 Vino a ser Jacob rico en extremo, dueño de numerosos rebaños, de siervos y siervas, de camellos y asnos.

Vuelta de Jacob a la tierra de Canán.

31 (1 Oyó Jacob a los hijos de Labán decir: «Ha cogido Jacob todo lo de nuestro padre, y con lo nuestro ha hecho toda esa riqueza.» 2 Vió que la cara de Labán no era para él lo que había sido antes, 3 y Yave le dijo: «Vuélvete a la tierra de tu padre y a tu parentela, que yo estaré contigo.» 4 Mandó a llamar, pues, Jacob a Raquel y a Lía, para que fueran al campo a donde estaba con su ganado, y les dijo: «Veo que el semblante de vuestro padre no es para mí ya el que antes era, y el Dios de mi padre ha estado conmigo. 6 Bien sabéis vosotros que yo he servido a vuestro padre con todas mis fuerzas, 7 y que vuestro padre se ha burlado de mí, mudando diez veces mi salario; pero Dios no le ha permitido perjudicarme. 8 Cuando él decía: tu salario serán las reses manchadas, todas las ovejas parían corderos manchados; y si decía: las reses rayadas serán tu salario, todas

las ovejas parían corderos rayados. 9 Es, pues, Dios el que ha cogido lo de vuestro padre y me lo ha dado a mí. 10 Cuando las ovejas entran en calor vi yo en sueños que los carneros que cubrían a las ovejas eran rayados y manchados, 11 y mi ángel me dijo en el sueño: «Jacob»; yo le respondí: «Heme aquí.» 12 Y él dijo: «Alza tus ojos y mira: todos los carneros que cubren a las ovejas son rayados y manchados, porque yo he visto todo lo que te ha hecho Labán. 13 Yo soy el Dios de Betel, donde ungiste tú un monumento, y me hiciste el voto. Levántate, pues, sal de esta tierra, y torna a la tierra de tu parentela.»

14 Raquel y Lia respondieron: «¿Tenemos acaso nosotras parte o herencia en la casa de nuestro padre?» 15 ¿No nos ha tratado como extrañas, vendiéndonos y comiéndose nuestro dinero? 16 Y además, cuanto Dios le ha quitado a él, nuestro es y de nuestros hijos. Haz, pues, ya lo que Dios te ha mandado.» 17 Levantóse Jacob, e hizo montar a sus mujeres y a sus hijos sobre los camellos; y llevando consigo todos sus ganados y todo cuanto en Padan Arán había adquirido, 18 se encaminó hacia Isac, su padre, a tierra de Canán. 19 Labán había ido al esquileo de sus ovejas y Raquel robó los *terafim* (1) de su padre. 20 Jacob engañó a Labán, arameo, y no le dió cuenta de su huída. 21 Huyó con todo cuanto tenía, y ya en camino atravesó el río y se dirigió al monte de Galad.

22 Al tercer día dijéronle a Labán que Jacob había huído; 23 y tomando consigo a sus parientes, le persiguió durante siete días, hasta darle alcance en el monte de Galad. 24 Vino Dios en sueño durante la noche a Labán, arameo, 25 y le dijo: «Guárdate de decir a Jacob nada, ni en bien ni en mal.» Cuando alcanzó Labán a Jacob, había éste fijado sus tiendas en el monte, y Labán fijó la suya y la de sus parientes en el monte de Galad. 26 Dijo, pues, Labán a Jacob: «¿Qué es lo que has hecho? ¡Escaparte de mí, llevándote mis hijas como si fuesen cautivas de guerra! 27 ¿Por qué has huído secretamente, engañándome, en vez de advertirme, y te hubiera despedido yo jubilosamente con cantos, tímpanos y cítaras? 28 ¡Sin dejarme siquiera abrazar a mis hijos y a mis hijas! Has obrado insensatamente. 29 Mi mano es lo suficientemente fuerte para haceros mal, pero el Dios de nuestro padre me ha hablado la pasada noche, diciéndome: «Guárdate de decir a Jacob cosa alguna, ni en bien ni en mal. 30 Y si es que te vas, porque anhelas irte a la casa de tu padre, ¿por qué me has robado mis dioses?»

31 Jacob respondió a Labán, diciendo: «Es que temía, pensando que quizá me quitarías tus hijas. 32 Cuanto a lo de los dioses, aquel a quien se los encuentres, que muera. En presencia de nuestros hermanos busca cuanto sea tuyo, y tómalo.» Jacob no sabía que era Raquel la que los había robado.

33 Labán penetró en la tienda de Jacob, en la de Lia y en la de las dos siervas, y no halló nada. Después de salir de la tienda de Lia, entró en la de Raquel; 34 pero Raquel había cogido los *terafim* y los había escondido en la albarda del camello, sentándose ella encima. Labán rebuscó por toda la tienda, pero no halló nada. 35 Raquel le dijo: «No se irrite mi señor porque no pueda levantarme ante él, pues me hallo con lo que comúnmente tienen las mujeres.» Así fué como, después de buscar y rebuscar, no pudo hallar los *terafim*. 36 Jacob montó en cólera, y reprochó a Labán, diciéndole: «¿Qué crimen es el mío? ¿Cuál es mi pecado, para que así me persigas? 37 Después de buscar y rebuscar en todas mis cosas, ¿qué has hallado tuyo? Preséntalo aquí ante mis hermanos y los tuyos, y que juzguen ellos entre los dos. 38 He pasado en tu casa veinte años; tus ovejas y tus cabras no abortaron, y yo no me he comido los corderos de tus rebaños. 39 Lo destrozado no te lo llevaba, la pérdida iba a cuenta mía. Me reclamabas lo que me robaban de día y lo que me robaban de noche. 40 He vivido devorado por el calor del día y por el frío de la noche, y huía de mis ojos el sueño. 41 He llevado en tu casa veinte años; catorce te he servido por tus dos hijas, seis por tus ganados, y me has mudado diez veces el salario. 42 Si no hubiera sido por el Dios

(1) Parecen ser algo semejante a los dioses penates de los romanos. (I. Sam. 19. 13, 16; Os. 3. 4; Ezeq. 21. 29; Zac. 10. 2.) El modo como Raquel los oculta en la albarda, sentándose encima, parece darnos el desprecio del autor sagrado hacia ellos.

de mi padre, el Dios de Abraham, y por el temor de Isac, ahora me hubieras dejado ir de vacío. Dios ha visto mi aflicción y el trabajo de mis manos, y ha juzgado la pasada noche.» 43 Respondió Labán, y dijo a Jacob: «Las hijas, hijas mías son; los hijos, son hijos míos; el ganado es mío también, y cuanto ves, mío es; a estas mis hijas y a los hijos que ellas han parido, ¿qué les haría yo hoy? 44 Ven, pues, hagamos alianza yo y tú, y que haya testigo entre tú y yo.» 45 Tomó, pues, Jacob una piedra, y la alzó en monumento, 46 y dijo a sus hermanos que cogieran piedras y las reunieran en un montón, y comieron sobre él. 47 Y le llamó Labán Jegar Saaduta, mientras que le llamó Jacob Galad. 48 Y dijo Labán: «Este montón es hoy testigo entre tú y yo.» Por eso se le llamó Galad, 49 y también Mispa, por haber dicho Labán: «Que vele Yave entre los dos cuando nos hayamos separado uno de otro. 50 Si tú maltratas a mis hijas, o tomas otras mujeres además de ellas, no habrá hombre que pueda argüirte; pero mira que Dios es testigo entre tú y yo.» 51 Y añadió Labán: «He aquí el monumento, y he aquí el testigo que he alzado entre tú y yo. 52 Este montón es testigo de que yo no lo pasaré yendo contra ti, ni tú lo pasarás para hacerme daño. 53 El Dios de Abraham, el Dios de Najor, juzgue entre nosotros.» Juró, pues, Jacob por el temor de Isac su padre, 54 ofreció un sacrificio en el monte, e invitó a sus hermanos a comer. Comieron y pasaron la noche en el monte, y a la mañana siguiente 55 se levantó Labán, besó a sus hijas y a sus hijos y los bendijo. Después se marchó para volverse a su lugar.

Temores de Jacob al encuentro con Esaú.

32 1 Jacob prosiguió su camino, y le salieron al encuentro ángeles de Dios. 2 Al verlos, dijo Jacob: «Este es el campo de Dios»; y por eso llamó a aquel lugar Majanaim. 3 Envió Jacob ante sí mensajeros a Esaú, su hermano, a tierras de Seir, en los campos de Edóm, mandándoles: 4 «Así habéis de decir a mi señor Esaú: He aquí lo que dice Jacob, tu siervo: He estado con Labán como peregrino hasta hoy; 5 tengo bueyes y asnos, ovejas, siervos y siervas, y quiero hacerlo saber a mi señor, para hallar gracia a sus ojos.» 6 Los mensajeros volvieron, diciendo a Jacob: «Hemos ido a ver a tu hermano Esaú, y él viene a tu encuentro con cuatrocientos hombres.» 7 Jacob se atemorizó grandemente, y se angustió: dividió en dos partes a los que le acompañaban, a los rebaños, los ganados y los camellos, diciéndose: 8 «Si encuentra Esaú una parte, y la destroza, quizá podrá salvarse la otra»; 9 y dijo: «Dios de mi padre Abraham, Dios de mi padre Isac, Yave, que me dijiste: vuelve a tu tierra, al lugar de tu nacimiento, que yo te favoreceré. 10 Muy poco soy para todas las gracias que a tu siervo has hecho, y toda la fidelidad que con él has tenido, pues pasé este río Jordán, llevando sólo mi cayado, y vuelvo ahora con dos escuadras. 11 Líbrame, te ruego, de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú, pues le temo, no sea que venga a matarme a mí, y juntamente a madres e hijos. 12 Tú me has dicho: Yo te favoreceré grandemente, y haré tu descendencia como las arenas del mar, que por numerosas no pueden contarse.»

13 Pasó allí Jacob aquella noche, y de cuanto tenía tomó para hacer presentes a Esaú, su hermano: doscientas cabras y veinte machos; 14 doscientas ovejas y veinte carneros; 15 treinta camellas criando, con sus crías; cuarenta vacas y diez toros; veinte asnas y diez asnos; 16 y poniendo en manos de sus siervos cada uno de los rebaños separadamente, les dijo: «Id delante de mí, dejando un espacio entre cada rebaño.» 17 Al primero le dió esta orden: «Si te encuentra Esaú, mi hermano, y te pregunta: ¿De quién eres, a dónde vas y de quién es eso que llevas?, 18 le responderás: De tu siervo Jacob: es un presente que envía a mi señor, a Esaú, y él viene también detrás de nosotros.» 19 La misma orden dió al segundo y al tercero y a todos cuantos llevaban el ganado, diciéndoles: «Así habéis de hablar a Esaú, cuando le encontréis: 20 Le diréis: Mira, tu siervo, Jacob viene detrás de nosotros.» Pues se decía: Le aplacaré con los presentes que van delante y luego le veré; quizá me acoja bien. 21 Los presentes pasaron delante de él, y él se quedó allí aquella noche en Majane; 22 y levantándose

todavía de noche, y tomando a sus dos mujeres, a sus dos siervas y a sus once hijos, les hizo pasar el vado de Jaboc. 23 Pasó también después cuanto tenía.

La lucha con el ángel.

24 Quedóse Jacob solo, y hasta salir la aurora estuvo luchando con él un hombre, el cual, 25 viendo que no podía con él, le dió un golpe en la articulación del muslo, y se relajó la articulación del muslo de Jacob, luchando con él. 26 El hombre dijo a Jacob: «Déjame ya que me vaya, que sale la aurora.» Pero Jacob respondió: «No te dejaré ir, si no me bendices.» 27 El le preguntó: «¿Cuál es tu nombre?» «Jacob», contestó éste. 28 Y él le dijo: «No te llamarás ya en adelante Jacob, sino Israel, pues has luchado con Dios y con hombres y los has vencido.» 29 Rogóle Jacob: «Dame, por favor, a conocer tu nombre»; pero él le contestó: «¿Para qué preguntas por mi nombre?»; y se despidió. 30 Jacob llamó a aquel lugar Panuel, pues dijo: «He visto a Dios cara a cara, y se ha salvado mi vida.» 31 Salía el sol, cuando pasó de Panuel, e iba cojeando del muslo. 32 Por eso los hijos de Israel no comen, todavía hoy, el tendón femoral, que hay en la articulación del muslo, por haber sido herido en él Jacob.

Reconciliación con Esaú.

33 1 Alzó Jacob los ojos, y vió venir hacia él a Esaú con cuatrocientos hombres. Había repartido sus hijos entre Lia, Raquel y las dos siervas, 2 poniendo en cabeza a estas dos con sus hijos; después a Lia con los suyos, y en último lugar a Raquel con José. 3 El se puso delante de todos, y se postró en tierra siete veces antes de llegar cerca de su hermano. 4 Esaú corrió a su encuentro, le abrazó, cayó sobre su cuello y le besó. Ambos lloraban. 5 Luego, alzando los ojos, vió Esaú a las mujeres y a los niños, y preguntó: «¿Quiénes son éstos que traes contigo?» Jacob le contestó: «Son los hijos que Dios ha dado a tu siervo.» 6 Aproximáronse las siervas con sus hijos, y se postraron. 7 Aproximóse también Lia con los suyos, y se postraron. Luego se acercaron José y Raquel, y se postraron. 8 Esaú le preguntó: »¿Qué pretendes con todos esos rebaños que he ido encontrando?» «Hallar gracia a los ojos de mi señor». 9 Contestóle Esaú: «Tengo mucho, hermano mío, sea lo tuyo para ti.» 10 «No, te ruego—respondió Jacob—si es que he hallado gracia a tus ojos, acepta de mi mano el presente, ya que he visto tu faz como si viera la de Dios, y me has acogido favorablemente. 11 Acepta, pues, el presente que te hago, pues Dios me ha favorecido y tengo de todo.» Tanto le instó, que aceptó Esaú. 12 Este le dijo: «Pongámonos en marcha; yo iré delante de ti.» 13 Jacob le respondió: «Bien ve mi señor que hay niños tiernos, y que llevo ovejas y vacas que están criando, y si un día se les hiciera marchar apresuradamente, todo el ganado moriría. 14 Pase, pues, mi señor delante de su siervo, y yo seguiré lentamente al paso de los rebaños que llevo delante y al paso de los niños, hasta llegar a Seir, a mi señor.» 15 Dijo Esaú: »Dejaré, pues, detrás de mí una parte de la gente que llevo.» Pero Jacob respondió: «¿Y para qué eso, si he hallado gracia a los ojos de mi señor?» 16 Volvióse, pues, a Seir Esaú aquel mismo día. 17 Jacob partió para Socot, y se hizo allí una casa, e hizo apriscos para sus ganados, por eso se llamó Socot aquel lugar. 18 Llegó Jacob en paz a la ciudad de Siquem, en tierra de Canán, de vuelta de Padan Arán, y acampó frente a la ciudad. 19 Compró a los hijos de Jamor, padre de Siquem, el trozo de tierra donde había asentado sus tiendas por cien *quesitas* (1) 20 y alzó allí un altar, y le llamó «El Elohe Israel».

---

(1) Era un determinado peso de plata, cuya equivalencia no conocemos. En cuanto a los valores monetarios que aparecen citados en las Sagradas Escrituras, algunos son de equivalencia dudosa. Así, el *siclo*, más bien que una moneda real, es una moneda ideal, un determinado peso de plata y oro, pero de conjunto. Los nombres de los pesos que hallamos en la Escritura son: el *siclo*, la *quesita*, la *mina*, el *talento*, el *beqa* y el *guerah*. El valor de la quesita nos es enteramente desconocido. La mina y el talento son múltiplos del siclo; el beqa y el guerah son divisores de él. La mina equivalía a cien siclos, y el talento, antes de la cautividad, a treinta minas, es decir, tres mil siclos. El beqa era la mitad del siclo, y el guerah la vigésima parte del siclo. La equivalencia de estos

Dina y los siquemitas.

34 [1] Salió Dina, la hija que había parido Lia a Jacob, para ver a las hijas de aquella tierra; [2] y viéndola Siquem, hijo de Jamor, jeveo, la cogió, se acostó con ella y la violó. [3] De tal modo se prendó de Dina, la hija de Jacob, que la amó y la habló tiernamente. [4] Y dijo Siquem a Jamor, su padre: «Tómame esa joven por mujer.» [5] Supo Jacob que Dina, su hija, había sido violada, pero como sus hijos estaban en el campo con el ganado, se calló Jacob hasta su vuelta.

[6] Jamor, padre de Siquem, salió para hablar a Jacob. [7] Cuando de vuelta del campo lo oyeron los hijos de Jacob, se llenaron de ira y de furor por el ultraje hecho a Israel, acostándose con la hija de Jacob, cosa que no debía hacerse. [8] Jamor les habló, diciendo: «Siquem, mi hijo, está prendado de vuestra hija; dádsela, os ruego, por mujer; [9] haced alianza con nosotros; dadnos vuestras hijas, y tomad las nuestras para vosotros y habitad con nosotros. [10] La tierra estará a vuestra disposición, para que habitéis en ella, la recorráis y tengáis propiedades en ella.» [11] Siquem, por su parte, dijo al padre y a los hermanos de Dina: «Halle yo gracia a vuestros ojos, y os daré lo que me pidáis. [12] Acrecentad mucho la dote y las dádivas. Cuanto me digáis os lo daré, pero dadme a la joven por mujer.» [13] Los hijos de Jacob respondieron a Siquem y a su padre dolosamente, por el estupro de Dina, su hermana, y les dijeron: [14] «No podemos hacer eso de dar nuestra hermana a un incircunciso, porque eso sería para nosotros una afrenta. [15] Sólo podríamos venir en ello con esta condición: que seáis como nosotros, y se circunciden todos vuestros varones. [16] Entonces os daremos nuestras hijas y tomaríamos las vuestras, y habitaríamos juntos y seríamos un solo pueblo; [17] pero si no consentís en circuncidaros, cogeremos nuestra hija y nos iremos.» [18] Estas palabras agradaron a Jamor y a Siquem, hijo de Jamor. [19] El joven no dió largas a la cosa, por lo enamorado que estaba de la hija de Jacob, y por ser el más respetado de la casa de su padre. [20] Fueron, pues, Jamor y Siquem, su hijo, a las puertas de la ciudad, y hablaron a los hombres de su ciudad, diciendo: [21] «Estos hombres son gente de paz en medio de nosotros; que se establezcan en esta tierra y la recorran; la tierra es a ambas manos espaciosa para ellos. Tomaremos por mujeres a sus hijas, y les daremos a ellos las nuestras: [22] pero sólo consienten en habitar con nosotros y ser con nosotros un pueblo solo, si se circuncida entre

---

pesos en nuestro sistema es muy problemática; el siclo, según las diversas opiniones, vendría a oscilar entre grs. 14,2 y 13,5; esto, antes de la cautividad. En el N. T. hallamos mencionada la libra romana, de peso variable según las diversas regiones, y dividida en doce onzas. Al peso se computaba el valor de la plata y el oro, sin que hasta después de la cautividad hallemos mención de moneda alguna propiamente dicha; las que después de la cautividad hallamos mencionadas son: el *dárico*, moneda persa de un peso de grs. 8,42, y el *dracma* fenicio, de un peso de grs. 3,55, cuyo cuádruplo es el *tetradracma* o *estatera*, que venía a equivaler al siclo. En el N. T. hallamos mencionados: el dracma griego, de peso variable, según las diversas épocas y regiones, con sus múltiplos el *didracma* y el *tetradracma* o *estatera;* la mina, equivalente a cien dracmas, y el talento, equivalente a sesenta minas, o sean seis mil dracmas. De monedas romanas hallamos el *áureo*, de grs. 7,80 de oro, y el *denario*, de grs. 3,90 de plata; y de monedas de bronce, el *as*, que era la décima parte del denario; el doble as o *dipondio;* el *cuadrante*, la cuarta parte del as, y el *lepton* o *minutum*, la octava parte del as.

La cuestión de los pesos y medidas en uso entre los hebreos tiene todavía muchos puntos oscuros, sobre todo por lo que hace a las medidas de capacidad. Los nombres de medidas de capacidad que hallamos mencionadas en la Escritura son, para sólidos, el *efa*, el *sea* y el *omer;* para líquidos, el *bat*, el *hin*, el *qab* y el *log*. Como es natural, hay cierta correspondencia entre las de los sólidos y las de los líquidos. La medida mayor cuyo nombre hallamos en la Escritura es el *jomer* o *cor*, que no hay que confundir con el omer. Era el jomer un múltiplo del bat, equivalente a diez bats. La mitad del jomer era el *letec;* por tanto, cinco bats. La unidad para sólidos era el bat, de igual capacidad que el efa. La sistematización de estas medidas es en parte ternaria, en parte cuaternaria, en parte decimal. Así el bat es la décima parte del jomer; el hin la sexta parte del bat, el qab la tercera parte del hin, y el log la cuarta parte del qab. Igualmente, el efa, de la misma capacidad que el bat, es la décima parte del jomer; el sea la tercera parte del efa, y el omer la décima parte del efa. La exacta equivalencia de estas medidas en nuestro sistema es bastante incierta. Lo más probable parece ser que el bat = efa, equivalía a lits. o kls. 21,250, y que por tanto equivalían, el hin a lits. 3,541; el qab a lits. 1,180, y el log a lits. 0,295.

A su vez el sea equivalía a lits. 7,083, y el omer a lits. 2,125.

nosotros todo varón, como lo están ellos. 23 Sus ganados, sus bienes y todas sus bestias, ¿no serán así nuestros? Sólo falta que accedamos a su petición, y habitarán con nosotros.» 24 Escucharon a Jamor y a Siquem cuantos salían por las puertas de la ciudad, y todo varón fué circuncidado. 25 Al tercer día, cuando estaban con los dolores, dos de los hijos de Jacob, Simeón y Leví, hermanos de Dina, penetraron sin peligro en la ciudad, la espada en la mano, y mataron a todos los varones. 26 Pasaron a filo de espada a Jamor y a Siquem, su hijo; y sacando a Dina de la casa de Siquem, salieron. 27 Los hijos de Jacob se arrojaron sobre los muertos, y saquearon la ciudad, por haber sido deshonrada su hermana. 28 Lleváronse sus ovejas, sus bueyes, sus asnos, cuanto había en la ciudad y cuanto había en los campos. 29 Todos sus bienes, todos sus niños, todas sus mujeres, los cautivaron y se los llevaron, y robaron cuanto había en las casas.

30 Dijo Jacob a Simeón y a Leví: «Habéis perturbado mi vida, haciéndome odioso a los habitantes de esta tierra, a los cananeos y fereceos. Yo tengo poca gente. Ellos se reunirán contra mí y me matarán, destruyéndome a mí y a mi casa.» 31 Ellos le respondieron: «¿Y había de ser tratada nuestra hermana como una prostituta?»

Jacob en Betel.

35 1 Dijo Dios a Jacob: «Anda, sube a Betel, para habitar allí y alza allí un altar al Dios que se te apareció cuando huías de Esaú, tu hermano.» 2 Jacob dijo a su familia y a cuantos estaban con él: «Arrojad todos los dioses extraños que haya entre vosotros; purificaos y mudaos de ropas, 3 pues vamos a subir a Betel, y a alzar allí un altar al Dios que me oyó el día de mi angustia, y que me acompañó en el viaje que hice.»

4 Entregaron, pues, todos los dioses extraños que pudieron haber a mano, y los pendientes de sus orejas a Jacob, que los enterró bajo la encina que hay en Siquem. 5 Partieron, y se extendió el terror de Dios por las ciudades del contorno, y no los persiguieron.

6 Llegó Jacob, y cuantos con él iban, a Luz, en la tierra de Canán, que es Betel. 7 Alzó allí un altar y llamó a este lugar El Bétel, porque allí se le apareció Dios, cuando huía de su hermano.

8 Murió Débora, la nodriza de Rebeca, y fué enterrada por debajo de Betel, bajo una encina que se llamó la encina del llanto.

9 Apareciόse de nuevo Dios a Jacob, de vuelta de Padan Arán, y le bendijo, 10 diciendo: «Tu nombre es Jacob, pero no serás llamado ya Jacob; tu nombre será Israel»; y le llamó Israel. 11 Y le dijo: «Yo soy el Dios omnipotente: sé prolífico y multiplícate. De ti saldrá un pueblo, un conjunto de pueblos, y de tus lomos saldrán reyes. 12 La tierra que di a Abraham y a Isac, yo te la daré a ti, y a tu descendencia después de ti.» 13 Y ascendió Dios del lugar donde le había hablado, 14 en el que levantó Jacob un monumento de piedras, y en él hizo una libación y derramó óleo sobre él, 15 dando el nombre de Betel al lugar donde Dios le había hablado.

Muerte de Raquel y de Isac.

16 Partiéronse de Betel, y cuando estaban todavía a un *quibrat* (1) de

(1) Era una medida longitudinal, de equivalencia desconocida. Las medidas longitudinales en uso entre los hebreos derivan sus nombres de los de ciertas partes del cuerpo, lo mismo que las de tantos otros pueblos. Las que hallamos mencionadas en la Escritura son: el *amma* = codo; el *zeret* = palmo; el *tefa* = coto, y el *esba* = dedo. En el codo se distinguían el vulgar y el sagrado o real. Este último parece ser el codo de Egipto, que según los monumentos egipcios equivalía a mms. 325; mientras que el vulgar parece que era el codo de Asiria, y equivalía a mms. 495. El palmo era la mitad del codo; el coto la tercera parte del palmo, y el dedo la cuarta parte del coto. A más de estas medidas, hallamos mencionadas en el A. T. el *gomed*, de equivalencia desconocida, y, sobre todo en Ezeq., la *caña*, que más que una medida real y corriente, era un instrumento para medir, algo parecido, claro que no en la materia, a las cintas empleadas entre nosotros, y tenía seis codos y un palmo, es decir ms. 3,237. En el N. T. se mencionan el camino de sábado, unos 2.000 codos; el *estadio*, medida griega, equivalente a 600 pies, o sean 400 codos, unos 185 metros; la *braza* = Vulg. *passus*, medida marina, equivalente, aproximadamente, a ms. 1,85.

De medidas de superficie no hallamos en la Escritura mencionadas más que el *semed* = Vulg. *yugerum*, yugada, que no es una medida exacta, sino solamente aproximada: el espacio de tierra de labor que puede arar en un día una yunta.

distancia de Efrata, parió Raquel, teniendo un parto muy difícil. 17 Entre las dificultades del parto, la dijo la partera: «No temas, que también éste es hijo.» 18 Y al dar el alma, pues estaba ya moribunda, le llamó Benoni, pero su padre le llamó Benjamín. 19 Murió Raquel, y fué sepultada en el camino de Efrata, que es Belén, 20 y alzó Jacob sobre la tumba de Raquel un monumento, que todavía subsiste.

21 Partióse Jacob y plantó sus tiendas más allá de Migdal Eder. 22 Durante su estancia en esta región vino Rubén, y se acostó con Bala, la concubina de su padre, y lo supo Jacob. Los hijos de Jacob eran doce. 23 Hijos de Lía: Rubén, el primogénito de Jacob, Simeón, Leví, Judá, Isacar y Zabulón. 24 Hijos de Raquel: José y Benjamín. 25 Hijos de Bala, la sierva de Raquel: Dan y Neftalí. 26 Hijos de Zelfa, la sierva de Lía: Gad y Aser. Estos son los hijos que le nacieron a Jacob en Padan Arán.

27 Fué Jacob a donde estaba Isac, su padre, a Mambre, a la ciudad de Arbe, que es Hebrón, donde habitaron Abraham e Isac. 28 Fueron los días de Isac ciento ochenta años 29 y murió y se reunió con su pueblo, anciano y lleno de días. Esaú y Jacob, sus hijos, le sepultaron.

Descendencia de Esaú.

36 1 Estas son las generaciones de Esaú, que es Edom. 2 Esaú tomó sus mujeres de entre las hijas de Canán a Ada, hija de Elón, geteo; a Olibama, hija de Ana, hija de Sebeón, jeveo. 3 Además a Basemat, hija de Ismael, hermana de Nebayot. 4 Ada le parió a Elifaz; Basemat a Rauel, 5 y Olibama a Jeus, Jalón y Corea. Estos son los hijos que le nacieron a Esaú en tierra de Canán. 6 Esaú tomó a sus mujeres, sus hijos y sus hijas y todas las gentes de su casa, sus ganados y todas sus bestias y todos los bienes que había adquirido en la tierra de Canán, y se fué a una tierra lejos de Jacob, su hermano; 7 pues siendo muchos los bienes de uno y otro, no podían habitar juntos, y la tierra en que se movían no les bastaba a causa de sus muchos ganados. 8 Estableciόse Esaú en el monte de Seir. Esaú es Edom.

9 He aquí los nombres de los hijos de Esaú, padre de Edom, en el monte Seir: 10 Elifaz, hijo de Ada, mujer de Esaú; Rajel, hijo de Basemat, mujer de Esaú. 11 Los hijos de Elifaz fueron: Teman, Omar, Sefo, Gatam y Quenez. 12 Tamna fué concubina de Elifaz, hijo de Esaú, y le parió a Amalec. Estos son los hijos de Ada, mujer de Esaú. 13 Los hijos de Rauel: Najat, Zaraj, Samma y Meza. 14 Estos son los hijos de Basemat, mujer de Esaú. Los hijos de Olibama, hija de Ana, hija de Jebeón, mujer de Esaú, fueron: Jebus, Jelón y Coré.

15 He aquí los jefes de tribu de los hijos de Esaú: Hijos de Elifaz, primogénito de Esaú el jefe Teman, el jefe Omar, el jefe Sefo, el jefe Quenez, 16 el jefe Coreaj, el jefe Gatam, el jefe Amalec. Estos son los jefes de Elifaz en la tierra de Edom; son los hijos de Ada. 17 Hijos de Rauel, hijo de Esaú: el jefe Najat, el jefe Zaraj, el jefe Samma y el jefe Meza. 18 Hijos de Olibama, mujer de Esaú: el jefe Jeus, el jefe Jelón, y el jefe Coré. Estos son los jefes de Olibama, hija de Ana y mujer de Esaú. 19 Estos son los hijos de Esaú, éstos sus jefes; es Edom. 20 Los hijos de Seir, el jorreo que habitaba la región: Lotán, Sobal, Sebeón, Ana, 21 Disón, Eser y Disán. Estos son los jefes de los jorreos, hijos de Seir, en la tierra de Edom. 22 Los hijos de Lotán fueron: Jori y Heman: y Tamna era hermana de Lotán. 23 Los hijos de Sobal: Alván, Manajat, Ebal, Sefó y Onam. 24 Los hijos de Sebeón: Aya y Ana. Este Ana es el que halló en el desierto los manantiales de agua caliente, mientras apacentaba el ganado de Sebeón, su padre. 25 Los hijos de Ana: Disón y Olibama, hija de Ana. 26 Los hijos de Disón: Jemdam, Esebán, Jetram y Caram. 27 Los hijos de Eser: Balam, Zaavam y Acam. 28 Los hijos de Disán: Hus y Aram.

29 He aquí los jefes de los jorreos: el jefe Lotán, el jefe Sobal, el jefe Sebeón, 30 el jefe Ana, el jefe Disón, el jefe Eser, el jefe Disán. Estos son los jefes de los jorreos, cada uno de sus jefes en la tierra de Edom.

31 He aquí los reyes que han reinado en tierra de Edom antes que reinara un rey sobre los hijos de Israel: 32 Bela, hijo de Beor, reinó en Edom y el nombre de su capital era Denaba. 33 Murió Bela y le sucedió Jobab, hijo de Zara, de Bosra. 34 Murió Jobab

y le sucedió Jusam, de la tierra de Temani. 35 Murió Jusam y le sucedió Adad, hijo de Badad, que derrotó a Madián en los campos de Moab; el nombre de su ciudad era Avit. 36 Murió Adad y le sucedió Semla, de Masreca. 37 Murió Semla y le sucedió Saúl de Rejabot, junto al río. 38 Murió Saúl y le sucedió Baaljanam, hijo de Acbor. 39 Murió Baaljamán, hijo de Acbor y le sucedió Hadar; el nombre de su capital era Pau y el de su mujer Metabel, hija de Matrad, hija de Mezaab. 40 Estos son los nombres de los jefes de Esaú, según sus tribus y sus territorios. El jefe de Tamma, el jefe de Alva, el jefe de Jetet, 41 el jefe de Olibama, el jefe de Eta, el jefe de Finón, 42 el jefe de Quenez, el jefe de Temán, el jefe de Mabsar, 43 el jefe de Magdiel, el jefe de Iram. Estos son los jefes de Edom, según sus moradas en la tierra que ocupan. Es Esaú padre de Edom.

José.

37 1 Habitó Jacob en la tierra por donde peregrinó su padre, en la tierra de Canán.

2 Estas son las generaciones de Jacob:

Cuando tenía José diecisiete años, siendo todavía un niño, iba con sus hermanos, los hijos de Bala y de Zelfa, mujeres de su padre, a apacentar el ganado, e hizo llegar José a su padre la pésima fama de aquéllos. 3 Israel amaba a José más que a todos sus otros hijos, por ser el hijo de su ancianidad, y le hizo una túnica de muchos colores. 4 Viendo sus hermanos que su padre le amaba más que a todos, llegaron a odiarle, y no podían hablarle amistosamente. 5 Tuvo también José un sueño, que contó a sus hermanos, y que acrecentó más todavía el odio de éstos contra él. 6 Díjoles: «Oíd, si queréis, este sueño que he tenido. 7 Estábamos nosotros en el campo, haciendo gavillas, y vi que se levantaba mi gavilla, y se tenía en pie, y las vuestras la rodeaban, y se inclinaban ante la mía, adorándola.» 8 Y sus hermanos le dijeron: «¿Es que vas a reinar sobre nosotros, y vas a dominarnos?» Estos sueños y las palabras de José fueron causa de que le odiaran todavía más. 9 Tuvo José otro sueño, que contó también a sus hermanos, diciendo: «Mirad, he tenido otro sueño más, y he visto que el sol, la luna y once estrellas me adoraban.» 10 Contó el sueño a su padre y a sus hermanos, y aquél le increpó, diciéndole: «¿Qué sueño es ése que has soñado? ¿Acaso vamos a postrarnos en tierra ante ti, yo, tu madre y tus hermanos?» 11 Sus hermanos le envidiaban, pero a su padre le daba esto que pensar. 12 Fueron sus hermanos a apacentar el ganado de su padre en Siquem; 13 y dijo Israel a José: «Tus hermanos están apacentando en Siquem. Ven que te mande a ellos.» El le respondió: «Heme aquí.» 14 «Pues vete a ver si están bien tus hermanos y el ganado, y vuelve a decírmelo.» Y le envió desde el valle de Hebrón y se dirigió José a Siquem. 15 Encontróle un hombre errando por el campo, y le preguntó: «¿Qué buscas?», 16 y él le contestó: «A mis hermanos busco. Haz el favor de decirme dónde están apacentando.» 17 Contestóle el hombre: «Se han ido de aquí, pues oí decir: Vámonos a Dotain.» Fué José en busca de sus hermanos, y los halló en Dotain. 18 Viéronle ellos desde lejos, antes de que a ellos se aproximara, y le acechaban para matarle. 19 Dijéronse unos a otros: «Mirad, ahí viene el de los sueños; 20 vamos a matarle y le arrojaremos a uno de estos pozos, y diremos que le ha devorado una fiera; así veremos de qué le sirven sus sueños.» 21 Rubén, que esto oía, quería librarle de sus manos y les dijo: «Matarle, no; 22 no vertáis sangre; arrojadle a ese pozo que hay en el desierto, y no pongáis la mano sobre él.» Quería librarle de sus manos, para devolvérselo a su padre. 23 Cuando llegó José hasta sus hermanos, despojáronle de su túnica, la túnica de varios colores que llevaba, 24 y cogiéndole, le arrojaron al pozo, un pozo vacío que no tenía agua.

José, vendido por sus hermanos.

25 Sentáronse a comer, y alzando los ojos, vieron venir una caravana de ismaelitas, que venía de Galad, cuyos camellos iban cargados de estoraque, tragacanto y láudano, que llevaban a Egipto; 26 y dijo Judá a sus hermanos: «¿Qué sacaremos de matar a nuestro hermano y ocultar su sangre? 27 Vamos a venderlo a esos ismaelitas, y no pongamos en él nues-

tra mano, pues es hermano nuestro y carne nuestra.» Asintieron sus hermanos; [28] y cuando pasaban los mercaderes madianitas sacaron a José, subiéndole del pozo, y por veinte monedas de plata se lo vendieron a los ismaelitas, que le llevaron a Egipto. [29] Volvió Rubén al pozo, pero no estaba en él José, y rasgó sus vestiduras; [30] y volviéndose a sus hermanos, dijo: «El niño no parece, ¿a dónde iré yo ahora?» [31] Tomaron la túnica de José, y matando un macho cabrío, empaparon en la sangre la túnica; [32] y cogiendo la túnica de varios colores, se la llevaron a su padre, diciendo: «Esto hemos encontrado, mira a ver si es o no la túnica de tu hijo.» [33] Reconocióla él y dijo: «La túnica de mi hijo es; una fiera le ha devorado, ha despedazado enteramente a José.» [34] Rasgó Jacob sus vestiduras, vistióse de saco, e hizo duelo por su hijo durante mucho tiempo. [35] Venían todos sus hijos y sus hijas a consolarle, pero él rechazaba todo consuelo, diciendo: «En duelo bajaré al sepulcro con mi hijo.» Y su padre le lloraba. [36] Los madianitas le vendieron en Egipto a Putifar, ministro del Faraón, jefe de la guardia.

Judá y Tamar.

38 [1] Sucedió por entonces que bajó Judá, apartándose de sus hermanos, y llegó hasta un adulamita, de nombre Jira. [2] Vió allí a una cananea, llamada Sue, y la tomó, y entró a ella, [3] que concibió, y parió un hijo, al que llamó Er. [4] Concibió de nuevo y parió un hijo, a quien llamó Onán; [5] Volvió a concebir y parió un hijo, a quien llamó Sela; cuando le parió estaba en Quizib. [6] Tomó Judá para Her, su primogénito, una mujer llamada Tamar. [7] Her, primogénito de Judá, fué malo a los ojos de Yave, y Yave le hizo morir. [8] Entonces dijo Judá a Onán: «Entra a la mujer de tu hermano, y tómala, como cuñado que eres, para suscitar prole a tu hermano» (1). [9] Pero Onán, sabiendo que la prole no sería suya, cuando entraba a la mujer de su hermano, se derramaba en tierra, para no dar prole a su hermano. [10] Era malo a los ojos de Yave lo que hacía Onán, y le mató también a él. [11] Dijo entonces Judá a Tamar, su nuera: «Quédate como viuda en casa de tu padre, hasta que sea grande mi hijo Sela.» Pues se decía: «No vaya a morir también éste como sus hermanos.» Fuése, pues, Tamar, y habitaba en casa de su padre. [12] Pasó mucho tiempo, y murió la hija de Sue, mujer de Judá. Pasado el duelo por ella, subió Judá con su amigo Jiras, el adulamita, al esquileo de su ganado a Tamna. [13] Hiciéronselo saber a Tamar, diciéndole: «Mira, tu suegro ha ido a Tamna al esquileo de su ganado.» [14] Despojóse ella de sus vestidos de viuda, se cubrió con un velo, y cubierta se sentó a la entrada de Enaim, en el camino de Tamna, pues veía que Sela era ya mayor y no le había sido dada por mujer. [15] Judá, al verla, la tomó por una meretriz, pues tenía tapada la cara. [16] Dirigióse a donde estaba, y le dijo: «Déjame entrar a ti», pues no conoció que era su nuera. Ella le respondió: «¿Qué me vas a dar por entrar a mí?», [17] y él contestó: «Te mandaré un cabrito del rebaño.» Ella le dijo: «Si me das una prenda hasta que lo mandes...» [18] «¿Qué prenda quieres que te dé?», le dijo él. Ella contestó: «Tu sello, el cordón de que cuelga, y el báculo que llevas en la mano.» El se los dió, y entró a ella, que concibió de él. [19] Luego se levantó, se fué, y quitándose el velo, volvió a vestirse sus ropas de viuda. [20] Mandó Judá el cabrito por medio de su amigo el adulamita, para que retirase la prenda de manos de la mujer, pero éste no la halló, [21] y preguntó a las gentes del lugar, diciendo: «¿Dónde está la meretriz que se sienta en Enaim a la vera del camino?» Y ellos le respondieron: «No ha habido ahí nunca ninguna meretriz.» [22] Volvió, pues, a Judá, y le dijo: «No la he hallado, y las gentes del lugar me han dicho que no ha habido allí ninguna meretriz.» [23] Y dijo Judá: «Que se quede con ello, no vaya a burlarse de nosotros; yo ya he mandado el cabrito, y tú no la has hallado.» [24] Al cabo de unos tres meses, hicieron saber a Judá el asunto, diciéndole: «Tamar, tu nuera, se ha prostituído, y de sus prostituciones está encinta.» Y Judá

(1) La ley del levirato, ya vigente entre los hebreos antes de la promulgación de la ley mosaica, como por este lugar se ve, está consignada en Deut, 25. 5. sigs. Del nombre de Onán procede el de onanismo, vicio detestable y detestado por Dios.

contestó: «Sacadla y quemadla.» [25] Cuando se la llevaban, mandó ella a decir a su suegro: «Del hombre cuyas son estas cosas estoy yo encinta. Mira a ver de quién son ese anillo, ese cordón y ese báculo.» [26] Los reconoció Judá, y dijo: «Mejor que yo es ella, pues no se la he dado a Sela, mi hijo.» Pero no volvió a conocerla más. [27] Cuando llegó el tiempo del parto, tenía en el seno dos gemelos. [28] Al darlos a luz, sacó uno de ellos una mano, y la partera la cogió, y ató a ella un hilo rojo, diciendo: «Este ha sido el primero en salir», [29] pero él retiró la mano y salió su hermano. «¡Vaya rotura que has hecho!», dijo ella, y le llamó Fares (1); [30] luego salió su hermano, que tenía el hilo atado a la mano, y le llamó Zaraj.

José en Egipto.

39 [1] Entretanto a José, que había sido llevado a Egipto y comprado a los ismaelitas por Putifar, ministro del Faraón y jefe de la guardia egipcia, [2] le protegió Yave, que hizo prosperar todas sus cosas. Estaba en la casa de su señor, el egipcio, [3] que vió que Yave estaba con él, y que todo cuanto hacía, Yave lo prosperaba por su mano. [4] Halló, pues, José gracia a los ojos de su señor, y le servía a él. [5] Hízole mayordomo de su casa, y puso en su mano todo cuanto tenía. Bendijo Yave por José a la casa del egipcio, y derramó Yave su bendición sobre todo cuanto tenía en casa y en el campo, [6] y él lo dejó todo en mano de José, y no se cuidaba de nada, a no ser de lo que comía. Era José de hermosa presencia y bello rostro.

Castidad de José.

[7] Sucedió después de todo esto, que la mujer de su señor puso en él sus ojos, y le dijo: «Acuéstate conmigo.» [8] Rehusó él, diciendo a la mujer de su señor: «Cuando mi señor no me pide cuentas de nada de la casa, y ha puesto en mi mano cuanto tiene, [9] y no hay en esta casa nadie superior a mí, sin haberse reservado él nada fuera de ti, por ser su mujer, ¿voy a hacer yo una cosa tan mala y a pecar contra Dios?» [10] Y como hablase ella a José un día y otro día, y no la escuchase él, negándose a acostarse con ella y a estar con ella; [11] un día que entró José en la casa, para cumplir con su cargo, y no había nadie en ella, [12] le cogió por el manto, diciendo: «Acuéstate conmigo.» Pero él, dejando en su mano el manto, huyó y se salió de la casa. [13] Viendo ella que había dejado el manto en sus manos, y se había ido huyendo, [14] se puso a gritar, llamando a las gentes de su casa, y les dijo con grandes voces: «Mirad, nos ha traído a ese hebreo para que se burle de nosotros; ha entrado a mí para acostarse conmigo, [15] y cuando vió que yo alzaba mi voz, para llamar, ha dejado su manto junto a mí y ha huído fuera de la casa.» [16] Dejó ella el manto de José cerca de sí, hasta que vino su señor a casa, [17] y le habló así: «Ese siervo hebreo que nos has traído, ha entrado a mí para burlarse de mí, [18] y cuando vió que alzaba mi voz y llamaba, dejó junto a mí su manto y huyó fuera.» [19] Al oír su señor lo que le decía su mujer, esto y esto es lo que me ha hecho tu siervo, montó en cólera, [20] y cogiendo a José, le metió en la cárcel donde encerraba a los presos del rey, y allí en la cárcel quedó José.

José en la cárcel.

[21] Pero estaba Yave con José, y extendió sobre él su favor, haciéndole grato a los ojos del jefe de la cárcel, [22] que puso en su mano a todos los allí presos; y cuanto allí se hacía, era él quien lo hacía. [23] De nada se cuidaba por sí el jefe de la cárcel, porque estaba Yave con José, y cuanto hacía éste, Dios lo prosperaba.

40 [1] Sucedió después, que habiendo faltado contra su señor, el rey de Egipto, el copero y el repostero del rey, [2] se encolerizó el Faraón contra sus dos ministros, el jefe de los coperos y el jefe de los reposteros, [3] y los encarceló en la casa del jefe de la guardia, en la cárcel donde estaba preso José. [4] Púsolos el jefe de la guardia bajo la custodia de José, y éste les servía el tiempo que estuvieron en la cárcel. [5] El jefe de los coperos y el jefe de los reposteros del rey de Egipto, que estaban presos

(1) Fares, fruto de una unión incestuosa, es, sin embargo, uno de los anillos de la genealogía de Cristo. Mat. 1. 3.

en la cárcel, tuvieron ambos un sueño en la misma noche, cada uno el suyo, y cada sueño de diversa significación. 6 Cuando José vino a ellos por la mañana, los vió que estaban tristes, 7 y preguntó a los dos ministros, que con él estaban presos en la casa de su señor, diciéndoles: «¿Por qué tenéis hoy mala cara?» 8 Ellos le contestaron: «Hemos tenido un sueño, y no hay quien lo interprete.» Díjoles José: «¿No es de Dios la interpretación de los sueños? Contádmelo, si queréis.» 9 El jefe de los coperos contó a José su sueño, diciéndole: «En mi sueño tenía ante mí una vid 10 con tres sarmientos, que estaban como echando brotes, subían y florecían y maduraban sus racimos. 11 Tenía en mis manos la copa del Faraón, y cogiendo los racimos, los exprimí en la copa del Faraón, y puse ésta en sus manos.» 12 José le dijo: «Esta es la interpretación del sueño: Los tres sarmientos son tres días. 13 Dentro de tres días el Faraón exaltará tu cabeza y te restablecerá en tu cargo, y pondrás la copa del Faraón en sus manos, como antes lo hacías, cuando eras copero. 14 A ver si te acuerdas de mí, cuando te vaya bien, y me haces la gracia de recordarme al Faraón, para que me saque de esta casa, 15 pues he sido furtivamente sacado de la tierra de los hebreos, y aun aquí nada he hecho para que me metieran en prisión.» 16 Viendo el jefe de los reposteros cuán favorablemente había interpretado el sueño, dijo a José: «Pues he aquí el mío: Llevaba sobre mi cabeza tres canastillos de pan blanco. 17 En el canastillo de encima había toda clase de pastas de las que hacen para el Faraón los reposteros, y las aves se las comían del canastillo que llevaba sobre mi cabeza.» 18 Contestó José, diciendo: «Esta es la interpretación: Los tres canastillos son tres días. 19 Dentro de tres días te quitará el Faraón la cabeza y te colgará de un árbol, y comerán las aves tus carnes.» 20 Al día tercero, que era el del natalicio del Faraón, dió éste un banquete a todos sus servidores, y alzó en medio de ellos la cabeza del jefe de los coperos y la del jefe de los reposteros, 21 restableciendo al jefe de los coperos en su cargo de poner la copa en manos del Faraón, 22 y colgando al jefe de los reposteros, como les había interpretado José. 23 Pero el jefe de los coperos no se acordó más de José, sino que se olvidó de él.

Interpreta José los sueños del Faraón.

41 1 Al cabo de dos años, soñó el Faraón que estando a orillas del río, 2 vió subir de él siete vacas hermosas y muy gordas, que se pusieron a pacer la verdura de la tierra; 3 pero he aquí que después subieron del río otras siete vacas feas y muy flacas, y se pusieron junto a las siete que estaban a la orilla del río, 4 y las siete vacas feas y flacas se comieron a las siete hermosas y gordas; y el Faraón se despertó. 5 Volvió a dormirse, y por segunda vez soñó que veía siete espigas, que salían de una sola caña de trigo muy granadas y hermosas, 6 pero detrás de ellas brotaron siete espinas flacas y quemadas por el viento solano, 7 y las siete espigas flacas y quemadas devoraron a las siete espigas hermosas y granadas, y se despertó el Faraón. Este fué el sueño. 8 A la mañana, estaba perturbado su espíritu y mandó llamar a todos los adivinos y a todos los sabios de Egipto; les contó su sueño, pero no hubo quien lo interpretara. 9 Entonces habló al Faraón el jefe de los coperos diciendo: «Ahora me acuerdo de mi falta. 10 Estaba el Faraón irritado contra sus siervos, y nos había hecho encerrar en la casa del jefe de la guardia a mí y al jefe de los reposteros. 11 Tuvimos ambos un sueño en la misma noche, yo y él, cada uno el suyo y de distinta interpretación. 12 Estaba allí con nosotros un joven hebreo, siervo del jefe de la guardia, y le contamos nuestros sueños, y él nos dió la interpretación; a cada uno le interpretó el suyo, 13 y como lo interpretó él, así nos sucedió: yo fuí restablecido en mi cargo, él fué colgado.» 14 Mandó, pues, el Faraón llamar a José, y apresuradamente le sacaron de la prisión. Se cortó el pelo, se mudó de ropas, y se fué a ver al Faraón. 15 Este le dijo: «He tenido un sueño, y no hay quien lo interprete, y he oído decir de ti que en cuanto oyes un sueño lo interpretas.» 16 José respondió al Faraón: «No yo, Dios será el que dé una respuesta favorable al Faraón.» 17 Habló, pues, el Faraón a José: «Este es mi sueño: estaba yo en la ribera del río, 18 y vi subir

del río siete vacas gordas y hermosas, que se pusieron a pacer en la verdura de la orilla, 19 y he aquí que detrás de ellas suben otras siete vacas malas, feas y flacas, como no las he visto de malas en toda la tierra de Egipto, 20 y las vacas malas y feas se comieron a las primeras siete vacas gordas, 21 que entraron en su vientre sin que se conociera que habían entrado, pues el aspecto de aquéllas era tan malo como al principio. Y me desperté. 22 Vi también en sueños que salían de una misma caña siete espigas granadas y hermosas, 23 y que salían después de ellas siete espigas malas, secas y quemadas del viento solano, 24 y las siete espigas secas devoraron a las siete hermosas. Se lo he contado a los adivinos, y no ha habido quien me lo explique.»

25 José dijo al Faraón: «El sueño del Faraón es uno solo. Dios ha dado a conocer al Faraón lo que va a suceder. 26 Las siete vacas hermosas son siete años, y las siete espigas hermosas siete años; el sueño es uno solo. 27 Las siete vacas flacas y malas que subían detrás de las otras son otros siete años, y las siete espigas secas y quemadas del viento solano son siete años de hambre. 28 Es lo que he dicho al Faraón, que Dios le ha hecho ver lo que va a hacer. 29 Vendrán siete años de gran abundancia en toda la tierra de Egipto, 30 y detrás de ellos vendrán siete años de hambre, que harán se olvide toda la abundancia en la tierra de Egipto, y el hambre consumirá la tierra. 31 No se conocerá la abundancia en la tierra a causa de la escasez, porque ésta será muy grande. 32 Cuanto a la repetición del sueño al Faraón por dos veces, es que el suceso está firmemente decretado por Dios, y que Dios se apresurará a hacerlo. 33 Ahora, pues, busque el Faraón un hombre inteligente y sabio, y póngale al frente de la tierra de Egipto. 34 Nombre el Faraón intendentes, que visiten la tierra y recojan el quinto de la cosecha de la tierra de Egipto en los años de la abundancia; 35 reúnan el producto de los años buenos que van a venir, y hagan acopio de trigo a disposición del Faraón, 36 para mantenimiento de las ciudades, y lo conserven para que sirvan a la tierra de reserva, para los siete años de hambre que vendrán sobre la tierra de Egipto, y no perezca de hambre la tierra.» 37 Parecieron muy bien estas palabras al Faraón y a toda su corte, 38 y el Faraón dijo a sus cortesanos: «¿Podríamos por ventura encontrar un hombre como éste, lleno del espíritu de Dios?» 39 Y dijo a José: «Toda vez que Dios te ha dado a conocer estas cosas, no hay persona tan inteligente y sabia como tú.

José, virrey de todo el Egipto.

40 Tú serás quien gobierne mi casa, y todo mi pueblo te obedecerá; sólo por el trono seré mayor que tú»; 41 y añadió: «Mira, te pongo sobre toda la tierra de Egipto.» 42 Quitóse el Faraón el anillo de su mano, y lo puso en la mano de José; hizo que le vistieran blancas vestiduras de lino, y puso en su cuello un collar de oro, 43 y mandó que montado sobre el segundo de sus carros, se gritara ante él *abrek*, y así fué puesto al frente de toda la tierra de Egipto. 44 Díjole también el Faraón: «Yo soy el Faraón, y sin ti no alzará nadie mano ni pie en toda la tierra de Egipto.» 45 Llamó el Faraón a José con el nombre de *Zafnat Paneaj* y le dió por mujer a Asenet, hija de Putifar, sacerdote de On. Salió José por toda la tierra de Egipto. 46 Tenía treinta años cuando se presentó ante el Faraón, rey de Egipto, y le dejó para recorrer toda la tierra de Egipto. 47 La tierra produjo a montones durante los siete años de abundancia, 48 y José recogió el producto de los siete años que de ella hubo en Egipto, y lo almacenó en las ciudades, depositando en cada una de ellas los productos de los campos que las rodeaban, 49 llegando a reunir tanto trigo como las arenas del mar; en tan gran cantidad, que hubo que dejar ya de contar, porque no podía contarse.

Hijos de José.

50 Antes que llegara el tiempo de la escasez, naciéronle a José dos hijos, que le parió Asenet, hija de Putifar, sacerdote de On. 51 Dió al primero el nombre de Manasés, porque dijo: «Dios me ha hecho olvidar todas mis penas y toda la casa de mi padre»; 52 y al segundo le llamó Efraím, diciendo: «Dios me ha dado fruto en la tierra de mi aflicción.»

Medidas de gobierno durante la escasez.

53 Acabáronse los siete años de
abundancia que hubo en Egipto, 54 y
comenzaron los siete años de escasez,
como lo había anunciado José; y
hubo hambre en todas las tierras,
mientras había pan en toda la tierra
de Egipto; 55 y clamaba el pueblo
al Faraón por pan, y el Faraón decía
a todos los egipcios: «Id a José y
haced lo que él diga.» 56 Cuando el
hambre se extendió por toda la
superficie de aquella tierra, abrió
José los graneros, y lo que en ellos
había, se lo vendía a los egipcios,
pues crecía el hambre en la tierra de
Egipto. 57 De todas las tierras venían
a Egipto a comprar a José, pues el
hambre era grande en toda la tierra.

Bajan a Egipto los hermanos de José en busca de mantenimientos.

42 1 Viendo Jacob que había trigo
en Egipto, dijo a sus hijos:
«¿Qué estáis mirándoos unos a otros?
2 He oído decir que en Egipto hay
trigo. Bajad, pues, allá para comprárnoslo, y vivamos y no muramos.»
3 Bajaron, pues, diez de los hermanos
de José a Egipto a comprar pan;
4 a Benjamín, el hermano de José,
no le mandó Jacob con sus hermanos, por temor de que le sucediera
alguna desgracia. 5 Llegaron los hijos
de Israel con otros que venían también a comprar trigo, pues había
hambre en toda la tierra de Canán.
6 Como era José el jefe de la tierra y
el que vendía el trigo a cuantos venían a comprarlo, los hermanos de
José entraron, y se postraron ante él,
rostro a tierra. 7 Al verlos, José los
reconoció, pero disimuló y les habló
con dureza, diciéndoles: «¿De dónde
venís?»; y ellos respondieron: «De
la tierra de Canán, para comprar
mantenimientos.» 8 Conoció José a
sus hermanos, pero ellos no le conocieron a él.

9 Se acordó José de los sueños que
les había contado, y les dijo: «Vosotros sois unos espías que habéis
venido a reconocer las partes no
fortificadas de la tierra.» 10 Ellos le
dijeron: «No, señor mío, tus siervos
han venido a comprar mantenimientos; 11 todos nosotros somos hijos
del mismo padre; somos gente buena;
no son tus siervos unos espías.»
12 El repuso: «No, sois unos espías
que habéis venido a ver lo indefenso
de la tierra.» 13 Ellos dijeron: «Somos
tus siervos doce hermanos, todos
del mismo padre en la tierra de Canán; el más pequeño se quedó con
nuestro padre, y el otro no vive ya.»
14 Insistió José: «Es lo que os he
dicho; sois unos espías. 15 Voy a probaros. Por la vida del Faraón, que
no saldréis de aquí, mientras no
venga vuestro hermano menor. 16 Mandad a uno de vosotros a buscar a
vuestro hermano, y los demás quedaréis aquí presos. Así probaré si lo
que decís es verdad, y si no, por la
vida del Faraón, que sois unos espías.» 17 Y los hizo meter todos juntos en prisión por espacio de tres
días. 18 Al tercero les dijo José:
«Haced esto y viviréis, pues yo temo
a Dios. 19 Si en verdad sois gente
buena, que se quede uno de los hermanos preso en la cárcel donde estáis,
y los otros id a llevar el trigo, para
remediar el hambre de vuestras casas,
20 y me traéis a vuestro hermano
menor, para probar la verdad de
vuestras palabras, y no moriréis.»
21 Ellos se dijeron unos a otros: «Ciertamente somos nosotros reos de culpa
contra nuestro hermano, a quien
vimos con angustia de su alma pedirnos compasión, y no le escuchamos. Por eso ha venido sobre nosotros
esta desventura.» 22 Rubén les dijo:
«¿No os advertí yo, diciéndoos: no
pequéis contra el niño, y no me escuchásteis? Ved cómo ahora se nos
demanda su sangre.» 23 Ellos no
sabían que José los entendía, pues él
les había hablado por medio de intérprete. 24 Alejóse José llorando, y
cuando volvió, les habló, y eligió a
Simeón entre ellos, y le hizo atar
ante los ojos de los otros. 25 Mandó
José que llenaran de trigo sus sacos,
que pusieran en el de cada uno su
dinero, y les diesen provisiones para
el camino, y así se hizo. 26 Ellos cargaron el trigo sobre los asnos, y se
partieron de allí. 27 Abrió uno de
ellos el saco para dar pienso a su asno
en el lugar donde pernoctaron, y vió
que su dinero estaba en la boca del
saco, 28 y dijo a sus hermanos: «Me
han devuelto mi dinero, aquí está
en mi saco.» Quedáronse estupefactos, y unos a otros se decían, temblando: «¿Qué será esto que ha hecho
Dios con nosotros?»

29 Llegaron a Jacob, su padre, a

la tierra de Canán, y le contaron cuanto les había sucedido, diciendo: 30 «El hombre que es el señor de aquella tierra, nos habló duramente y nos tomó por espías de la tierra. 31 Nosotros le dijimos que éramos gente buena: no somos espías. 32 Éramos doce hermanos, hijos todos del mismo padre; uno ha desaparecido, el más pequeño está con nuestro padre en la tierra de Canán. 33 Y nos dijo el hombre, señor de la tierra: «Ved cómo sabré que sois gente buena: dejad aquí a uno de vosotros, tomad con que atender a la necesidad de vuestras casas, y partid, 34 y traedme a vuestro hermano pequeño; así sabré que no sois unos espías, sino gente buena. Entonces os devolveré vuestro hermano, y podréis recorrer la tierra.» 35 Cuando vaciaron los sacos, cada uno encontró el paquete de su dinero en la boca de su saco. Y al ver los paquetes de dinero, ellos y su padre se llenaron de temor. 36 Jacob, su padre, les dijo: «¿Me váis a dejar sin hijos? José desapareció, Simeón desapareció, ¿y os váis a llevar a Benjamín? Todo esto ha venido sobre mí.» 37 Rubén dijo a su padre: «Haz morir a mis dos hijos, si yo no te devuelvo a Benjamín. Entrégamelo, y yo te le devolveré.» 38 El le contestó: «No bajará mi hijo con vosotros. Su hermano murió, y no queda más que él. Si en el viaje que vais a hacer le ocurre una desgracia, haréis descender en dolor mis canas al sepulcro.»

43 1 Pero el hambre era ya muy grande en la tierra, 2 y cuando acabaron de comer las provisiones que habían traído de Egipto, les dijo su padre: «Volved a comprarnos algo que comer.» 3 Pero Judá le contestó: «Aquel hombre nos dijo terminantemente: no me veréis, si no traéis con vosotros a vuestro hermano menor. 4 Si mandas con nosotros a nuestro hermano, bajaremos y te compraremos provisiones, 5 pero si no, no bajaremos, pues el hombre aquél nos dijo: no veréis mi rostro, a no ser que venga con vosotros vuestro hermano.» 6 Y dijo Israel: «¿Por qué me habéis hecho ese mal, de dar a conocer a aquel hombre que teníais otro hermano?» 7 Y le contestaron: «Aquel hombre nos preguntó insistentemente sobre nosotros y sobre nuestra familia, y nos dijo: «¿Vive todavía vuestro padre? ¿Tenéis algún otro hermano? Y nosotros contestamos según las preguntas: ¿Sabíamos acaso nosotros que nos iba a decir: traed a vuestro hermano?» 8 Y Judá dijo a Israel, su padre: «Deja ir al niño conmigo, para que podamos ponernos en camino, y podamos vivir y no muramos nosotros, tú y nuestros pequeños. 9 Yo te respondo de él, tú le reclamarás de mi mano, y si no te lo vuelvo a traer y te lo pongo delante, seré reo ante ti por siempre. 10 Si no nos hubiéramos retrasado tanto estaríamos ya dos veces de vuelta.» 11 Israel, su padre, les dijo: «Si es así, haced esto: tomad de los mejores productos de esta tierra en vuestro equipaje, y bajádselos al hombre aquél como presente: un poco de tragacanto, un poco de miel, astrágalo, láudano, alfónsigos y almendras. 12 Coged dinero de nuevo, y el que hallásteis en la boca de vuestros sacos, devolvedlo, pues quizá ha sido un error. 13 Tomad a vuestro hermano, e id, y volved a ver a aquel hombre. 14 Que el Dios omnipotente os haga hallar gracia ante ese hombre, para que deje volver a vuestro hermano y a Benjamín. Cuanto a mí, si he de verme privado de mis hijos, sea.» 15 Tomaron ellos el presente y el dinero doble y a Benjamín; y bajaron a Egipto, y se presentaron ante José. 16 Apenas vió José con ellos a Benjamín, dijo a su mayordomo: «Haz entrar en casa a esas gentes, y mata mucho y prepáralo, pues esas gentes comerán conmigo a mediodía.» 17 El mayordomo hizo lo que le ordenó José, e introdujo a aquellas gentes en casa. 18 Mientras los llevaban a casa de José, llenos de temor, se decían: «Es por lo del dinero que volvió en nuestros sacos por lo que nos traen aquí, para asaltarnos, caer sobre nosotros, y hacernos esclavos con nuestros asnos.» 19 Acercándose al mayordomo, le dijeron: 20 «Perdone, mi señor. Nosotros vinimos ya una vez a comprar víveres. 21 Al llegar al lugar donde a la vuelta pasamos la noche, abrimos los sacos y vimos que el dinero de cada uno de nosotros estaba justo a la boca de nuestros sacos. 22 Lo hemos vuelto a traer con nosotros, y traemos al mismo tiempo otra cantidad, para comprar provisiones. Nosotros no sabemos quién puso nuestro dinero en los sacos.» 23 «Que la paz sea con vosotros—les

dijo el mayordomo—; no temáis. Ha sido vuestro Dios, el Dios de vuestro padre, el que os puso ese tesoro en los sacos. Yo recibí vuestro dinero.» [24] Hizo traer con ellos a Simeón, y después de hacerlos entrar en la casa, les dió agua para que se lavaran los pies, y dió también pienso a los asnos. [25] Ellos prepararon su presente, esperando que viniera José a mediodía, pues habían sido advertidos de que comerían allí. [26] Vino José a casa, y le presentaron el regalo que habían traído con ellos, postrándose ante él, rostro a tierra. [27] El les preguntó si estaban buenos, y les dijo: «Vuestro anciano padre, de quien me hablásteis, ¿está bien, vive todavía?» [28] Ellos le contestaron: «Tu siervo, nuestro padre, está bien, vive todavía», y se inclinaron profundamente. [29] José alzó los ojos, y vió a Benjamín, su hermano, hijo de su madre, y dijo: «¿Es éste vuestro hermano pequeño, de quien me habéis hablado?», y añadió: «Que Dios te bendiga, hijo mío.» [30] Apresuróse José a buscar dónde llorar, pues se conmovieron sus entrañas a la vista de su hermano, y se entró en su cámara, y allí lloró. [31] Salió después de haberse lavado la cara, y haciendo esfuerzos por contenerse, dijo: «Servid la comida.» [32] Sirvieron a José aparte, aparte a sus hermanos, y aparte también a los egipcios que comían con él, pues los egipcios no pueden comer con los hebreos, por ser esto para ellos una cosa abominable. [33] Pusieron a los hermanos de José frente a él: el primogénito, según su primogenitura, y el más joven según su edad, y se miraban atónitos unos a otros. [34] Cuando les pusieron delante las porciones, la de Benjamín era cinco veces mayor que la de todos los otros. Y bebieron y estuvieron muy alegres en compañía suya.

44 [1] José dió orden a su mayordomo de llenar cuanto pudiera de víveres los sacos de aquellas gentes, y de poner el dinero de cada uno en la boca de su saco. [2] «Pon también mi copa—le dijo—, la copa de plata, en la boca del saco del más joven, juntamente con el dinero.» El mayordomo hizo lo que le había mandado José. [3] Despuntaba el alba, cuando despidieron a los hebreos con sus asnos. [4] Habían salido de la ciudad, pero no estaban lejos, cuando José dijo a su mayordomo: «Levántate, y sal en persecución de esas gentes, y cuando los alcances, diles: «¿Por qué habéis devuelto mal por bien? [5] Es donde bebe mi señor, y de la que se sirve para adivinar. Habéis obrado muy mal.» [6] Cuando los alcanzó les dijo estas mismas palabras. [7] Ellos le contestaron: «¿Por qué nos habla así mi señor? Lejos de tus siervos hacer semejante cosa. [8] Te hemos vuelto a traer desde la tierra de Canán el dinero que hallamos a la boca de nuestros sacos; ¿cómo íbamos a robar de la casa de tu señor plata ni oro? [9] Aquel de tus siervos en cuyo poder sea hallada la copa, muera, y seamos también nosotros esclavos de tu señor.» [10] El les dijo: «Bien está, que sea como decís. Aquel a quien se le encuentre la copa será mi esclavo, y vosotros quedaréis en libertad.» [11] Bajó cada uno a tierra su saco a toda prisa, y lo abrió. [12] El mayordomo los reconoció, comenzando por el del mayor y acabando por el del más joven, y se halló la copa en el saco de Benjamín. [13] Rasgaron ellos sus vestiduras, cargaron de nuevo los asnos, y volvieron a la ciudad. [14] Judá llegó con sus hermanos a la casa de José, que estaba allí todavía, y postráronse rostro a tierra. [15] José les dijo: «¿Qué es lo que habéis hecho? ¿No sabíais que un hombre como yo había de adivinarlo?» [16] Judá respondió: «¿Qué vamos a decir a mi señor? ¿Cómo hablar, cómo justificarnos? Dios ha hallado la iniquidad de tus siervos, y somos esclavos tuyos, tanto nosotros cuanto aquel en cuyo poder se ha hallado la copa.» [17] «Lejos de mí hacer eso—dijo José—: aquel a quien se le ha encontrado la copa será mi esclavo, vosotros subiréis en paz a vuestro padre.» [18] Acercóse entonces Judá, y le dijo: «Por favor, señor mío; que pueda decir tu siervo unas palabras en tu oído, sin que contra tu siervo se encienda tu cólera, pues eres como otro Faraón. [19] Mi señor ha preguntado a tus siervos: ¿Tenéis padre todavía, y tenéis algún otro hermano? [20] Y nosotros le hemos contestado: Tenemos un padre anciano, y tenemos otro hermano, hijo de su ancianidad. Tenía éste un hermano, que murió, y ha quedado sólo él de su madre, y su padre le ama mucho. [21] Tu dijiste a tus siervos: Traédmelo, que yo

pueda verle. 22 Nosotros te dijimos:
Mira, señor, no puede el niño dejar
a su padre; si le deja se morirá.
23 Pero tú dijiste a tus siervos: Si
no baja con vosotros vuestro her-
mano menor, no veréis más mi rostro.
24 Cuando subimos a tu servidor,
mi padre, le dimos cuenta de las
palabras de mi señor; 25 y cuando
mi padre nos dijo: volved a bajar
para comprar algunos víveres, 26 le
contestamos: No podemos bajar, a
no ser que vaya con nosotros nues-
tro hermano pequeño, pues no pode-
mos presentarnos a ese hombre si
nuestro hermano no nos acompaña.
27 Tu siervo, nuestro padre, nos dijo:
Bien sabéis que mi mujer me dió
dos hijos; 28 el uno salió de casa y
seguramente fué devorado, pues no
le he visto más; 29 si me arrancáis
también a éste, y le ocurre una des-
gracia, haréis bajar mis canas en dolor
al sepulcro. 30 Ahora, cuando yo
vuelva a tu siervo, mi padre, si no
va con nosotros el joven, de cuya
vida está pendiente la suya, 31 en
cuanto vea que no está, morirá, y
tus siervos habrán hecho bajar en
dolor al sepulcro las canas de tu
siervo, nuestro padre. 32 Tu siervo
ha salido responsable del joven al
tomarlo a mi padre, y ha dicho:
Si yo no te lo traigo otra vez, seré
reo contra ti para siempre. 33 Permí-
teme, pues, que te ruegue que quede
tu siervo por esclavo de mi señor,
en vez del joven, y que éste vuelva
con sus hermanos. 34 ¿Cómo voy a
poder yo subir a mi padre, si no llevo
al niño conmigo? No, que no vea
yo la aflicción en que caerá mi
padre.»

José se da a conocer a sus hermanos.

45 1 Entonces José, viendo que
no podía contenerse más ante
todos los que allí estaban, gritó:
«Haced salir a todos.» Y no quedó
nadie con él, cuando se dió a cono-
cer a sus hermanos. 2 Lloraba José
tan fuertemente, que le oyeron los
egipcios, y le oyó toda la casa del
Faraón. 3 «Yo soy José—les dijo—:
¿Vive todavía mi padre?» Pero sus
hermanos no pudieron contestarle,
pues se llenaron de terror ante él.
4 El les dijo: «Acercaos a mí.» Acer-
cáronse ellos, y les dijo: «Yo soy José,
vuestro hermano, a quien vendis-
teis para que fuese traído a Egipto.
5 Pero no os aflijáis, y no os pese
haberme vendido para aquí, pues
para vuestra vida me ha traído Dios
aquí antes de vosotros. 6 Van dos
años de hambre en esta tierra, y
durante otros cinco no habrá arada
ni cosecha. 7 Dios me ha enviado
delante de vosotros para dejaros un
resto sobre la tierra, y haceros vivir
para una gran salvación. 8 No sois,
pues, vosotros los que me habéis
traído aquí; es Dios quien me trajo,
y me ha hecho padre del Faraón y
señor de toda su casa, y me ha puesto
al frente de toda la tierra de Egipto.
9 Apresuraos, y subid a mi padre, y de-
cidle: «Así dice tu hijo José: Me ha
hecho Dios señor de todo el Egipto;
baja, pues, a mí sin tardar, 10 y habi-
tarás en la tierra de Gosen, y esta-
rás cerca de mí, tú, tus hijos y los
hijos de tus hijos con tus rebaños,
tus ganados y todo cuanto tienes;
11 allí te mantendré yo, pues quedan
todavía otros cinco años de hambre,
y así no perecerás tú, tu casa y todo
cuanto tienes. 12 Con vuestros mismos
ojos veis, y ve mi hermano Benjamín
con los suyos, que soy yo mismo el
que os habla. 13 Contad a mi padre
cuánta es mi gloria en Egipto y
todo cuanto habéis visto, y apresu-
raos a bajar aquí a mi padre.» 14 Y
se echó sobre el cuello de Benjamín,
su hermano, y lloró; y lloraba tam-
bién Benjamín sobre el suyo. 15 Besó
también a todos sus hermanos, llo-
rando mientras los abrazaba, y des-
pués sus hermanos estuvieron ha
blando con él. 16 Corrió por la casa
del Faraón la voz de que habían
venido los hermanos de José, y se
complacieron de ello el Faraón y sus
cortesanos. 17 Y dijo el Faraón a
José: «Di a tus hermanos: Haced
esto: cargad vuestros asnos, id a la
tierra de Canán, 18 tomad a vuestro
padre y vuestras familias, y venid a
mí. Yo os daré lo mejor de la tierra
de Egipto, y comeréis lo mejor de la
tierra. 19 Mándalos que lleven de
Egipto carros para sus hijos y sus
mujeres, traigan con ellos a tu padre,
y vengan; 20 que no les pese de tener
que dejar algunas de sus cosas, pues
suyo será lo mejor de la tierra de
Egipto.» 21 Hicieron así los hijos de
Israel, y les dió José carros, según la
orden del Faraón, y provisiones para
el camino. 22 Dióles también a todos

vestidos para mudarse, y a Benjamín trescientas monedas de plata y cinco vestidos. 23 Mandó también a su padre asnos cargados con lo mejor de Egipto, y diez asnos cargados de trigo, de pan y de víveres para su padre para el camino. 24 Después despidió a sus hermanos que partían, diciéndoles: «No vayáis a reñir en el camino.» 25 Subieron, pues, de Egipto, y llegaron a la tierra de Canán, a Jacob, su padre, 26 y le dijeron: «Vive todavía José, y es el jefe de toda la tierra de Egipto.» Pero él no se conmovió, pues no los creía. 27 Dijéronle cuanto les había mandado José y les había dicho; y al ver los carros que le mandaba José para trasladarle, se reanimó Jacob, 28 y dijo: «Basta, mi hijo vive todavía; iré, y le veré antes de morir.»

Jacob y sus hijos en Egipto.

46 1 Partióse Israel con todo cuanto tenía, y al llegar a Berseba ofreció sacrificios al Dios de su padre Isac. 2 Dios habló a Israel en una visión nocturna, diciéndole: «Jacob, Jacob», y él contestó: «Heme aquí», 3 y le dijo: «Yo soy el Dios fuerte, el Dios de tu padre: no temas bajar a Egipto, pues yo te haré allí un gran pueblo. 4 Yo bajaré contigo a Egipto y te haré volver a subir. 5 José te cerrará los ojos.» Levantóse Jacob y dejó a Berseba, y los hijos de Israel pusieron a Jacob, su padre, y a sus mujeres e hijos, en los carros que había mandado el Faraón para transportarlos. 6 Lleváronse también sus ganados y los bienes que habían adquirido en la tierra de Canán, y Jacob se encaminó a Egipto con toda su familia. 7 Llevó con él a Egipto a sus hijos y a los hijos de sus hijos, a sus hijas y a los hijos de sus hijas; toda su familia entró con él en Egipto. 8 He aquí los nombres de los hijos de Israel que llegaron a Egipto: Jacob y sus hijos (1): el primogénito de Jacob, Rubén. 9 Hijos de Rubén: Janoc, Falú, Jesrón y Carmi. 10 Hijos de Simeón: Jamuel, Jamik, Ohad, Jaquin y Sojar, y Saúl, hijo de la Cananea. 11 Hijos de Leví: Gersón, Caat y Merari. 12 Hijos de Judá: Iber, Onán, Sela, Fares y Zaraj; pero Iber y Onán habían muerto en la tierra de Canán. Hijos de Fares fueron: Jesrom y Jamul. 13 Hijos de Isacar: Tola, Fua, Job y Semrón. 14 Hijos de Zabulón: Sared, Elón y Jajleel. 15 Estos son los hijos que Lia parió a Jacob en Padan Arán, con su hija Dina. Sus hijos e hijas eran en total treinta y tres personas. 16 Hijos de Gad: Sefión, Jagui, Semi, Esebón, Heri, Arodi y Areli. 17 Hijos de Aser: Gimna, Jesua, Jesui y Beria; y Saraj, su hermana. Hijos de Beria eran Jeber y Melquiel. 18 Estos son los hijos de Zelfa, la esclava que había dado Labán a Lia, su hija, y los parió a Jacob. Dieciséis personas.

19 Hijos de Raquel, la mujer de Jacob: José y Benjamín. 20 Nacieron a José, en Egipto, de Asenet, hija de Putifar, sacerdote de On, Manasés y Efraim. 21 Hijos de Benjamín: Bela, Bajor, Asbel, Gera, Namán, Eji, Ros, Mafim, Jufim y Ared. 22 Éstos son los hijos de Raquel, que le nacieron a Jacob: en total catorce personas.

23 Hijos de Dan: Jusim. 24 Hijos de Neftalí, Jajsiel y Guni, Jeser y Salem. 25 Estos son los hijos de Bala, que dió Labán a Raquel, su hija, y le nacieron a Jacob. En todo, siete personas. 26 El total de las pesonas que vinieron con Jacob a Egipto, procedentes de él, sin contar las mujeres de sus hijos, era de setenta y seis. 27 Los hijos de José nacidos en Egipto eran dos. El total de las personas de la familia de Jacob que vinieron a Egipto fué de setenta. 28 Jacob había mandado delante de él a Judá, para que se presentase a José, y se informase acerca de Gosen; y llegado a la tierra de Gosen, 29 hizo José preparar su carro, y subiendo en él se fué a Gosen al encuentro de Israel, su padre. En cuanto le vió, se echó a su cuello, y lloró largo tiempo sobre su cuello. 30 Israel dijo a José: «Ya puedo morir, pues he visto tu rostro y vives todavía.» 31 José dijo a sus hermanos y a la familia de Jacob: «Voy a subir a dar noticia al Faraón: han venido mis hermanos y toda la casa de mi padre, que estaban en la tierra de Canán. 32 Son pastores, y tienen

(1) Enuméranse sin distinción todos los hijos de Jacob; y sin distinción, en cuanto a la condición de la madre, entrarán luego a participar en la herencia paterna, siguiéndose en esto no el derecho caldeo, sino el derecho del desierto.

rebaños de ovejas y bueyes que con todo lo suyo han traído consigo. 33 Cuando el Faraón os llame y os pregunte: ¿cuál es vuestra ocupación?, 34 le diréis, tus siervos somos ganaderos desde nuestra infancia hasta ahora, nosotros y nuestros padres; para que habitéis en la tierra de Gosen, porque los egipcios abominan de todos los pastores.»

47 1 Fué José a anunciar al Faraón: «Mi padre y mis hermanos, con sus rebaños, sus ganados y cuanto tienen, han venido de la tierra de Canán, y están en la tierra de Gosen.» 2 Habiendo llevado consigo a cinco de sus hermanos, se los presentó al Faraón; 3 y el Faraón les preguntó: «¿Cuál es vuestra ocupación?» Ellos respondieron: «Nosotros, tus siervos, somos ganaderos desde nuestra infancia hasta ahora, y lo mismo fueron nuestros padres.» 4 Dijéronle también: «Hemos venido para peregrinar por esta tierra, pues no tenemos pasto para nuestros rebaños, por ser grande el hambre en la tierra de Canán. Permite, pues, que habiten tus siervos en la tierra de Gosen.» 5 El Faraón dijo a José: «Tu padre y tus hermanos han venido; 6 tienes a tu disposición toda la tierra de Egipto; establece a tu padre y a tus hermanos en lo mejor de la tierra; que habiten en la tierra de Gosen; y si sabes que hay entre ellos hombres capaces, hazlos jefes de los ganados que tengo.» 7 José hizo venir a su padre y le presentó al Faraón. Jacob saludó al Faraón, 8 y éste le preguntó: «¿Cuántos años tienes?» 9 Y Jacob contestó: «Ciento treinta son los años de mi peregrinación. Corta y mala ha sido mi vida, y no llega al tiempo de la peregrinación de mis padres.» 10 Jacob saludó de nuevo al Faraón, y se retiró de su presencia.

11 José estableció a su padre y a sus hermanos, asignándoles una propiedad en la tierra de Egipto, en la mejor parte de la tierra, en el distrito de Rameses, como lo había mandado el Faraón, 12 y proveyó de pan a su padre y a sus hermanos y a toda la casa de su padre, según el número de las familias.

13 Ya no había pan en toda aquella tierra, pues el hambre era muy grande, y el Egipto y la tierra de Canán estaban exhaustos por el hambre. 14 José llegó a recoger a cambio de trigo todo cuanto dinero había en la tierra de Egipto y en la tierra de Canán, e hizo entrar el dinero en la casa del Faraón. 15 Cuando se acabó el dinero en la tierra de Egipto y en la tierra de Canán, venían todos los egipcios a José, diciéndole: «Danos pan. ¿Vamos a morir en tu presencia? Mira que nos falta dinero.» 16 José les dijo: «Puesto que os falta dinero, traedme vuestros ganados, y os daré pan a cambio de ellos.» 17 Trajeron sus ganados, y José les dió pan a cambio de caballos, rebaños de ovejas y bueyes, y de asnos. Aquel año los proveyó de trigo a cambio de todos sus ganados. 18 Pasado éste, vinieron al siguiente, y le dijeron: «No se le oculta a nuestro señor que se nos ha acabado el dinero, y que le hemos dado nuestros ganados; ni a nuestro señor se le oculta que no nos queda más que nuestro cuerpo y nuestras tierras. 19 ¿Vamos a perecer ante ti nosotros y nuestras tierras? Cómpranos y compra nuestras tierras por pan; seremos nosotros y nuestras tierras esclavos del Faraón; y danos para sembrar, para que podamos vivir, y no muramos y no se queden yermas nuestras tierras.» 20 José adquirió para el Faraón todas las tierras de Egipto, pues los egipcios, obligados por el hambre, vendieron cada uno su campo, y la tierra vino a ser propiedad del Faraón, 21 y sometió a la servidumbre del Faraón tierras y pueblos, desde el uno al otro extremo de la tierra de Egipto. 22 Sólo dejó de comprar las tierras a los sacerdotes, porque éstos recibían del Faraón una porción, y no tuvieron que vender sus tierras. 23 Y dijo José al pueblo: «Hoy os he comprado para el Faraón, a vosotros y a vuestras tierras. Ahí tenéis para sembrar; sembrad vuestras tierras. 24 Al tiempo de la recolección daréis el quinto al Faraón, y las otras cuatro partes serán para vosotros, para sembrar y para manteneros vosotros, los de vuestra casa y vuestras familias.» 25 Ellos le dijeron: «Nos das la vida. Que hallemos gracia a los ojos de nuestro señor, y seremos siervos del Faraón.» 26 Dió José una ley, que todavía hoy subsiste, por la cual pertenece al Faraón el quinto del producto de las tierras de Egipto. Sólo las tierras de los sacerdotes no son del Faraón.

27 Habitó Israel en la tierra de Egipto, en la región de Gosen, y

adquirieron allí posesiones, creciendo y multiplicándose grandemente. [28] Vivió Jacob en la tierra de Egipto diecisiete años, siendo todos los días de su vida ciento cuarenta y siete años. [29] Cuando los días de Israel se acercaban a su fin, llamó a su hijo José y le dijo: «Si he hallado gracia a tus ojos, pon, te lo ruego, la mano bajo mi muslo, y ten conmigo favor y fidelidad. No me sepultes en Egipto. [30] Cuando me duerma con mis padres, sácame de Egipto y sepúltame en sus sepulturas.» José le respondió: «Haré lo que me dices.» [31] «Júramelo», dijo Jacob. José se lo juró, e Israel se postró sobre la cabecera del lecho.

Bendice Jacob a los hijos de José.

48 [1] Después de todo esto, vinieron a decir a José: «Mira que tu padre está enfermo»; y cogió José consigo a sus dos hijos, Manasés y Efraím. [2] Anunciáronlo a Jacob, diciéndole: «Mira que tu hijo José viene a verte»; y haciendo un esfuerzo, se sentó en el lecho. [3] Después dijo a José: «El Dios omnipotente se me apareció en Luz, tierra de Canán, y me bendijo diciendo: [4] «Yo te acrecentaré y te multiplicaré, y te haré un conjunto de pueblos, y daré esta tierra a tu descendencia después de ti, para que por siempre la posea. [5] Los dos hijos, que antes de mi venida a ti a la tierra de Egipto te nacieron en ella, serán hijos míos. Efraím y Manasés serán hijos míos como lo son Rubén y Simeón; [6] pero los que tú has engendrado después de ellos serán tuyos, y bajo el nombre de sus hermanos serán llamados a la herencia. [7] A mí, cuando volvía de Padan Arán se me murió Raquel en el camino en la tierra de Canán, a distancia de un *quibrat* de Efrata, y allí la sepulté en el camino de Efrata, que es Belén.»

[8] Vió Israel a los hijos de José, y preguntó: «¿Quiénes son éstos?» [9] José respondió a su padre: «Son mis hijos, los que me ha dado Dios aquí.» «Hazlos que se acerquen, te ruego, para que yo los bendiga.» [10] Los ojos de Israel se habían oscurecido por la edad, y no podía ya ver. José hizo que se acercaran a él, y él los besó y los abrazó, [11] diciendo a José: «Yo no creí ver ya más tu rostro, y he aquí que Dios me ha dejado verte a ti y también tu prole.» [12] José los sacó de entre las rodillas de su padre y postrándose ante él en tierra, [13] los cogió, a Efraím a su derecha y a la izquierda de Israel, y a Manasés a su izquierda, y a la derecha de Israel, y los hizo acercarse. [14] Israel extendió su mano derecha y la puso sobre la cabeza de Efraím, que era el menor, y su izquierda sobre la cabeza de Manasés. De intento lo hizo, pues Manasés era el primogénito. [15] Bendijo a José, diciendo: «Que el Dios en cuya presencia anduvieron mis padres, Abraham e Isac, el Dios que me ha sustentado desde que existo hasta hoy, [16] que el ángel que me ha librado de todo mal, bendiga a estos niños. Que se llamen con mi nombre y con el nombre de mi padre Abraham e Isac, y se multipliquen grandemente en medio de la tierra.» [17] José, al ver que su padre ponía su mano derecha sobre la cabeza de Efraím, se disgustó; y tomando la mano de su padre de sobre la cabeza de Efraím, para ponerla sobre la de Manasés, [18] le dijo: «No es así, padre mío, pues el primogénito es éste; pon la mano derecha sobre su cabeza.» [19] Pero su padre rehusó, diciendo: «Lo sé, hijo mío, lo sé; también él será un pueblo, también él será grande; pero su hermano menor será más grande que él, y su descendencia vendrá a ser más muchedumbre de pueblos.» [20] Los bendijo, pues, Israel aquel día, diciendo: «Por ti bendecirán a Israel, diciendo: hágate Dios como a Efraím y Manasés.» Y puso a Efraím antes de Manasés.

[21] Israel dijo a José: «Yo voy a morir, pero Dios estará con vosotros, y os reconducirá a la tierra de nuestros padres. [22] Te doy a ti, a más de lo de tus hermanos, una parte que yo tomé a los amorreos con mi espada y mi arco.»

Bendice Jacob a sus hijos y muere.

49 [1] Jacob llamó a sus hijos, y les dijo (1): «Reuníos, que os voy a anunciar lo que os sucederá a lo último de los días.

(1) Las bendiciones de Jacob, más que a las personas de sus hijos, miran a las tribus de ellos descendientes. Tienen algún paralelo en las bendiciones de Moisés. (Deut. 33.) El texto ha sufrido mucho y es de muy dudosa y difícil interpretación. Aun teniendo que recurrir a veces a la conjetura para su restitución, damos lo que más probable nos parece.

2 Reuníos y escuchad, hijos de Jacob,
Escuchad a Israel, vuestro padre.
3 Rubén, tú eres mi primogénito,
Mi fuerza y el fruto de mi primer vigor,
Cumbre de dignidad y cumbre de fuerza.
4 Herviste como el agua. No tendrás la primacía, porque subiste al lecho de tu padre.
Cometiste entonces una profanación: Subió a mi lecho.
5 Simeón y Leví son hienas. Instrumentos de violencia son sus espadas.
6 No entre mi alma en sus designios, y no se una a ellos mi aprobación,
Porque en su furor degollaron hombres y caprichosamente desjarretaron toros.
7 Maldita su cólera, por violenta,
Maldito por cruel, su furor.
Yo los dividiré en Jacob y los dispersaré en Israel.
8 Tú eres en verdad Judá; te alabarán tus hermanos,
Y tu mano pesará sobre la cerviz de tus enemigos.
Postraránse ante ti los hijos de tu padre.
9 Cachorro de león, Judá, de la presa subes, hijo mío;
Posando, te agachas como león, como leona.
¿Quien le hostigará para que se levante?
10 No faltará de Judá el cetro,
Ni de entre sus pies el báculo,
Hasta que venga aquél cuyo es,
Y a él darán obediencia los pueblos.
11 Atará a la vid su pollino,
A la vid generosa el hijo de la asna;
Lavará en vino sus vestidos,
Y en la sangre de las uvas su ropa.
12 Brillan por el vino sus ojos,
Y de la leche blanquean sus dientes.
13 Zabulón habitará la costa del mar,
La costa de las naves,
Y tendrá su flanco junto a Sidón.
14 Isacar es un robusto asno,
Que descansa en sus establos.
15 Vió que su lugar de reposo era bueno,
Y que era deleitosa la tierra,
Y prestó sus lomos a la carga,
Y hubo de servir como tributario.
16 Dan juzgará a su pueblo,
Como tribu de Israel.
17 Es Dan como serpiente en el camino,
Como víbora en el sendero,
Que mordiendo los talones al caballo,
Hace caer hacia atrás al caballero.
18 Tu salvación espero, ¡oh Yavé!
19 Gad: Salteadores le asaltan,
Y él les pica los talones.
20 Aser: Su pan es suculento,
Hará las delicias de los reyes.
21 Neftalí es un terebinto, que echa muchas ramas,
Ramas altas y espléndidas.
22 José es un novillo hacia la fuente,
A la fuente se encamina,
23 Los arqueros le hostigan,
Los tiradores de saetas le atacan,
24 Pero la cuerda de su arco se rompe,
Y su poderoso brazo se encoge,
Por el poderío del fuerte de Jacob,
Por el nombre del pastor de Israel.
25 En el Dios de tu padre hallarás tu socorro,
En El-Sadai, que te bendecirá
Con bendiciones del cielo arriba,
Bendiciones del abismo abajo,
Bendiciones del seno y de la matriz;
26 Las bendiciones de tu padre y de tu madre,
Sobrepasan a las bendiciones de mis progenitores.
Suben por encima de los eternos collados.
Que caigan sobre la cabeza de José,
Sobre la frente del príncipe de sus hermanos.
27 Benjamín es lobo rapaz,
Que a la mañana devora la presa,
Y a la tarde reparte los despojos.»
28 Todas éstas son las tribus de Israel, doce, y esto es lo que les habló su padre, bendiciéndolos a cada uno con una bendición. 29 Después les mandó: «Yo voy a reunirme con mi pueblo; sepultadme con mis padres en la caverna que está en el campo de Efrón, el geteo, 30 en la caverna del campo de Macpela, frente a Mambre, que es la caverna que compró Abraham a Efrón, el geteo, con su campo, para tener sepultura de su propiedad. 31 Allí están sepultados Abraham y Sara, su mujer, Isac y Rebeca, su mujer, y allí sepulté yo a Lia. 32 El campo y la caverna que

en él hay fueron comprados a los hijos de Get.» 33 Y cuando acabó Jacob de dar estas órdenes a sus hijos, juntó sus pies en el lecho, y expiró, yendo a reunirse con su pueblo.

Sepultura de Jacob.

50 1 Cayó José sobre el rostro de su padre, y lloró sobre él y le besó. 2 Mandó José a los médicos que tenía a su servicio embalsamar a su padre, y los médicos embalsamaron a Israel, 3 empleando en ello cuarenta días, ya que éste es el tiempo que se emplea para embalsamar. Los egipcios hicieron duelo por él durante sesenta días.

4 Pasados los días del duelo, habló José a las gentes de la casa del Faraón, diciéndoles: «Si he hallado gracia a vuestros ojos, haced llegar esto, os lo ruego, a oídos del Faraón: 5 Mi padre me hizo jurar, diciendo: «Voy a morir; sepúltame en la sepultura que yo he hecho para mí en la tierra de Canán. Que me permita, pues, subir a sepultar a mi padre, y volveré.» 6 Y le contestó el Faraón: «Sube y sepulta a tu padre, según tu juramento.» 7 Subió, pues, José a sepultar a su padre; y subieron con él todos los servidores del Faraón, los ancianos de su casa y los ancianos de Egipto, 8 toda la casa de José, sus hermanos, y la casa de su padre, no dejando en la tierra de Gosen más que a los niños, las ovejas y los bueyes. 9 José llevaba también consigo carros y caballeros, así que el cortejo era muy grande. 10 Llegados a la era de Atod, que está al otro lado del Jordán, hicieron allí muy grande llanto, e hizo José un duelo de siete días por su padre. 11 Los moradores de la tierra, los cananeos, al ver este duelo en la era de Atod, se dijeron: «Gran duelo éste de los egipcios»; por eso se dió el nombre de Abel Misraim a este lugar, que está al lado de allá del Jordán. 12 Los hijos de Jacob hicieron con su padre lo que él había mandado, 13 llevándole a la tierra de Canán, y sepultándole en la caverna del campo de Macpela, que había comprado Abraham con el campo de Efrón, el geteo, para tener sepultura de su propiedad, frente a Mambre.

14 Después de haber sepultado a su padre, José se volvió a Egipto con sus hermanos y cuantos habían subido con él para sepultar a su padre.

15 Cuando los hermanos de José vieron que había muerto su padre, se dijeron: «¿Si nos guardará rencor José, y nos devolverá todo el mal que le hemos hecho?» 16 Y dijeron a José: «Tu padre, antes de morir, nos mandó que te dijéramos: 17 Perdona el crimen de tus hermanos y su pecado, pues ciertamente te han hecho mucho mal; pero, por favor, te ruego, perdona ya el crimen de los servidores del Dios de tu padre.» José lloró al oírlos. 18 Sus hermanos vinieron a prosternarse ante él, y le dijeron: «Somos tus siervos.» 19 El les dijo: «No temáis. ¿Estoy yo acaso en el lugar de Dios? 20 Vosotros creíais hacerme mal, pero Dios ha hecho de él un bien, cumpliendo lo que hoy sucede, de poder conservar la vida de un pueblo numeroso. 21 No temáis, pues; yo seguiré manteniéndoos a vosotros y a vuestros niños.» Así los consoló, hablándoles al corazón. 22 Habitó José en Egipto, él y la casa de su padre. 23 Vivió ciento diez años, y vió a los hijos de Efraím hasta la tercera generación; también recibió sobre sus rodillas, al nacer, hijos de Maquir, hijo de Manasés.

Muerte de José.

24 José dijo a sus hermanos: «Voy a morir, pero Dios ciertamente os visitará y os hará subir de esta tierra, a la tierra que juró a Abraham, Isac y Jacob.» 25 Hizo jurar José a los hijos de Israel, diciéndoles: «Ciertamente os visitará Dios, y entonces llevad de aquí mis huesos.» 26 Murió José en Egipto a los ciento diez años, y fué embalsamado y puesto en un ataúd de Egipto.

ÉXODO

Ægypti [illegible] populus cepit aurea vasa, imponitque humeris, tollere quod potuit. Exod. 12.

EXODO

Dura servidumbre de Israel en Egipto.

1 [1] Estos son, pues, los nombres de los hijos de Israel, que vinieron a Egipto con Jacob, cada uno con su casa. [2] Rubén, Simeón, Leví y Judá; [3] Isacar, Zabulón y Benjamín; [4] Dan y Neftalí; Gad y Aser. [5] Eran todas las almas salidas del muslo de Jacob, setenta y dos. José estaba en Egipto. [6] Murió José, y murieron sus hermanos y toda aquella generación. [7] Los hijos de Israel habían crecido y se habían multiplicado, llegando a ser muchos en número y muy poderosos, y llenaban aquella tierra. [8] Alzóse en Egipto un rey nuevo, que no sabía de José, y dijo a su pueblo: [9] «Los hijos de Israel forman un pueblo más numeroso y más poderoso que nosotros. [10] Tenemos que obrar astutamente con él, para impedir que siga creciendo y que, si sobreviene una guerra, se una contra nosotros a nuestros enemigos y logre salir de esta tierra.» [11] Pusieron, pues, sobre ellos capataces, para que los oprimiesen con onerosos trabajos en la edificación de Pitom y Rameses, ciudades almacenes del Faraón. [12] Pero cuanto más se les oprimía, tanto más crecían y se multiplicaban, y llegaron a detestar mucho a los hijos de Israel. [13] Sometieron los egipcios a los hijos de Israel a cruel servidumbre, [14] haciéndoles amarga la vida con rudos trabajos de mortero, de ladrillos y del campo, obligándolos cruelmente a hacer cuanto les exigían. [15] Ordenó el rey de Egipto a las parteras de los hebreos, de las cuales una se llamaba Sifra y la otra Fua, diciéndoles: [16] «Cuando asistáis al parto a las hebreas, y al lavar la criatura veáis que es niño, le matáis; si es niña, que viva.» [17] Pero las parteras eran temerosas de Dios y no hacían lo que les había mandado el rey de Egipto, sino que dejaban con vida a los niños. [18] El rey de Egipto las mandó llamar y les dijo: «¿Por qué habéis hecho eso de dejar con vida a los niños?» [19] Y le dijeron las parteras al Faraón: «Es que no son las hebreas como las mujeres egipcias. Son más robustas, y antes que llegue

la partera ya han parido.» [20] Y favoreció Dios a las parteras, y el pueblo seguía creciendo y multiplicándose. [21] Por haber temido a Dios las parteras, prosperó él sus casas. [22] Mandó, pues, el Faraón a todo su pueblo que fueran arrojados al río cuantos niños nacieran a los hebreos, preservando sólo a las niñas.

Nacimiento de Moisés.

2 [1] Habiendo tomado un hombre de la casa de Leví una mujer de su linaje, [2] concibió ésta y parió un hijo, y viéndole muy hermoso, le tuvo oculto durante tres meses. [3] No pudiendo tenerle ya escondido más tiempo, cogió una cestilla de papiro, la calafateó con betún y pez, y poniendo en ella al niño, la dejó entre las plantas de papiro de la ribera del río. [4] La hermana del niño estaba a poca distancia, para ver lo que pasaba. [5] Bajó la hija del Faraón a bañarse en el río, y sus doncellas se pusieron a pasear por la ribera. Vió la cestilla entre las plantas de papiro, y mandó a una de sus doncellas que la trajera. [6] Al abrirla, vió al niño que lloraba, y compadecida del niño dijo: «Es un hijo de los hebreos.» [7] La hermana del niño dijo entonces a la hija del Faraón: «¿Quieres que vaya a buscarte entre las mujeres de los hebreos una nodriza, para que críe al niño?» [8] «Ve», le dijo la hija del Faraón, y la joven fué a llamar a la madre del niño. [9] La hija del Faraón le dijo: «Toma este niño, críamelo, y yo te daré tu merced.» La mujer tomó al niño y le crió. [10] Cuando fué grandecito, se lo llevó a la hija del Faraón y fué para ella como uno de sus hijos. Dióle el nombre de Moisés; pues se dijo: «De las aguas le saqué.»

[11] Cuando ya fué grande Moisés, salía a ver a sus hermanos, siendo testigo de la opresión en que estaban; y un día vió cómo un egipcio maltrataba a uno de sus hermanos, a un hebreo; [12] miró a uno y otro lado, y no viendo a nadie, mató al egipcio y le enterró en la arena. [13] Salió también al día siguiente, y vió a dos hebreos riñendo, y dijo al agresor: «¿Por qué maltratas a tu prójimo?, [14] y éste le respondió: «¿Y quién te ha puesto a ti como jefe y juez entre nosotros? ¿Es que quieres matarme, como mataste al egipcio?» Moisés se atemorizó, y se dijo: «Es que la cosa se sabe.»

Huída de Moisés a Madián.

[15] El Faraón supo lo que había pasado, y buscaba a Moisés para darle muerte; pero éste huyó del Faraón y se refugió en la tierra de Madián. [16] Estando sentado junto a un pozo siete hijas que tenía el sacerdote de Madián vinieron a sacar agua y llenar los canales, para abrevar el ganado de su padre. [17] Llegaron unos pastores y las echaron de allí, pero Moisés se levantó, salió en defensa de las jóvenes, y abrevó su ganado. [18] De vuelta ellas a la casa de Raguel, su padre, les preguntó éste: «¿Cómo venís hoy tan pronto?» [19] Ellas respondieron: «Es que un egipcio nos ha librado de la mano de los pastores, y aun él mismo se puso a sacar agua y abrevó nuestro ganado.» [20] Dijo él a sus hijas: «¿Y dónde está? ¿Por qué habéis dejado allí a ese hombre? Id a llamarle, para que coma algo.» [21] Moisés accedió a quedarse en casa de aquel hombre, que le dió por mujer a su hija Séfora. [22] Séfora parió un hijo a quien llamó él Gersam; pues dijo: «Extranjero soy en tierra extranjera.»

[23] Pasado mucho tiempo, murió el rey de Egipto, y los hijos de Israel seguían gimiendo bajo dura servidumbre, y clamaron. Sus gritos, arrancados por la servidumbre, subieron hasta Dios. [24] Dios oyó sus gemidos, y se acordó de su alianza con Abraham, Isac y Jacob. [25] Miró Dios a los hijos de Israel, y atendió.

La visión de la zarza que ardía sin consumirse.

3 [1] Apacentaba Moisés el ganado de Jetro, su suegro, sacerdote de Madián. Llevólo más allá del desierto; y llegado al monte de Dios, Horeb, [2] se le apareció el ángel de Yave en llama de fuego, de en medio de una zarza. Veía Moisés que la zarza ardía y no se consumía, [3] y se dijo: «Voy a ver qué gran visión es ésta, y por qué no se consume la zarza.» [4] Vió Yave que se acercaba para mirar, y [5] Dios le llamó de en medio de la zarza: «¡Moisés!» El

respondió: «Heme aquí.» Dios le dijo: «No te acerques. Quita las sandalias de tus pies, que el lugar en que estás es tierra santa»; [6] y añadió: «Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isac, el Dios de Jacob.» Moisés se cubrió el rostro, pues temía mirar a Dios.

[7] Yave le dijo: «He oído los gritos que le arranca su opresión, y conozco sus dolores. [8] He bajado para librarle de las manos de los egipcios y subirle de esa tierra a una tierra fértil y espaciosa, una tierra que mana leche y miel, la tierra que habitan cananeos, geteos, amorreos, fereceos, jeveos y jebuseos. [9] El clamor de los hijos de Israel ha llegado ya hasta mí, y he visto la opresión que sobre ellos hacen pesar los egipcios. [10] Ve, pues; yo te envío al Faraón, para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto.»

[11] Moisés dijo a Dios: «¿Y quién soy yo para ir al Faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel?» [12] Dios le dijo: «Yo estaré contigo; y para señal de que soy yo quien te envía, cuando hayas sacado de Egipto al pueblo, sacrificaréis a Dios sobre este mismo monte.» [13] Moisés dijo a Dios: «Pero, si voy a los hijos de Israel y les digo: el Dios de vuestros padres me envía a vosotros, y me preguntan cuál es su nombre, ¿qué voy a responderles?» [14] Y Dios dijo a Moisés: «Yo soy el que soy. Así responderás a los hijos de Israel: El que es, Yave, me manda a vosotros.» [15] Y prosiguió: «Esto dirás a los hijos de Israel: Yave, Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isac y de Jacob, me manda a vosotros. Este es para siempre mi nombre; éste mi nombre, de generación en generación. [16] Ve, reúne a los ancianos de Israel, y diles: Yave, Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, de Isac y de Jacob, se me ha aparecido y me ha encomendado que os diga: Os he visitado, y he visto lo que hacéis en Egipto, [17] y he dicho: Yo os sacaré de la opresión de los egipcios, y os subiré a la tierra de los cananeos, de los geteos, de los amorreos, de los fereceos, de los jeveos y de los jebuseos, a una tierra que mana leche y miel. [18] Ellos te escucharán, y tú, con los ancianos de Israel, irás al rey de Egipto, y le diréis: Yave, Dios de los hebreos, nos llama. Deja, pues, que vayamos camino de tres días por el desierto, para sacrificar a Yave, nuestro Dios. [19] Bien sé yo que el rey de Egipto no os permitirá ir, sino en mano poderosa. [20] Pero yo tenderé la mía, y castigaré a Egipto con toda suerte de prodigios, que obraré en medio de ellos; y después os dejará salir. [21] Yo haré que halle el pueblo gracia a los ojos de los egipcios; y cuando salgáis, no saldréis con las manos vacías, [22] sino que cada mujer pedirá a su vecina y a la que vive en su casa objetos de plata, objetos de oro y vestidos, que pondréis vosotros a vuestros hijos y a vuestras hijas, y os llevaréis los despojos de Egipto.»

4 [1] Moisés respondió: «No me van a creer, no me van a escuchar; me dirán que no se me ha aparecido Yave.» [2] Yave le dijo: «¿Qué es lo que tienes en la mano?» El respondió: «Un cayado.» [3] «Tíralo a tierra», le dijo Yave. El lo tiró, y el cayado se convirtió en serpiente, y Moisés corrió de ella. [4] Yave dijo a Moisés: Extiende la mano, y cógela por la cola.» Moisés tendió la mano y la cogió, y la serpiente volvió a ser cayado en su mano. [5] «Para que crean que se te ha aparecido Yave, el Dios de sus padres, el Dios de Abraham, Isac y de Jacob.»

[6] Díjole además Yave: «Mete tu mano en tu seno.» Metióla él, y cuando la sacó estaba cubierta de lepra, como la nieve. [7] Yave le dijo: «Vuelve a meterla.» El volvió a meterla, y cuando después la sacó estaba la mano como toda su carne. [8] «Si no te creen a la primera señal, te creerán a la segunda; [9] y si ni aun a esta segunda creyeran, coges agua del río, y la derramas en el suelo, y el agua que cojas se volverá en el suelo sangre.» [10] Moisés dijo a Yave: «Pero, Señor, yo no soy hombre de palabra fácil, y esto no es ya de ayer ni de anteayer, y aun ahora, que te estoy hablando, se me traba la lengua.» [11] Yave le respondió: «Y ¿quién ha dado al hombre la boca, y quién hace al sordo y al mudo, al que ve y al ciego? ¿No soy por ventura yo, Yave? [12] Ve, pues, yo estaré en tu boca y te enseñaré lo que has de decir.» [13] Moisés replicó: «¡Ah, Señor!, manda tu mensaje, te lo pido, por mano del que debas enviar.» [14] Encendióse entonces en cólera Yave contra Moisés, y le dijo: «¿No tienes a tu hermano Arón, el levita? El es de fácil palabra. Al encuentro te

sale, y al verte se alegrará su corazón. 15 Háblale a él, y pon en su boca las palabras, y yo estaré en tu boca y en la suya, y os mostraré lo que habéis de hacer. 16 El hablará por ti al pueblo y te servirá de boca, y tú le servirás a él de Dios. 17 El cayado que tienes en la mano, llévalo, y con él harás las señales.»

Vuelta de Moisés a Egipto.

18 Fuése Moisés, y de vuelta a casa de su suegro, le dijo: «Hazme el favor de dejarme partir, a ver a mis hermanos de Egipto, si viven todavía.» Jetro dijo a Moisés: «Vete en paz.» 19 En tierra de Madián dijo Yave a Moisés: «Ve, retorna a Egipto, pues han muerto ya los que buscaban tu vida.» 20 Tomó, pues, Moisés a su mujer y a su hijo, y montándolos sobre un asno, volvió a Egipto, llevando en sus manos el cayado de Dios. 21 Yave le dijo: «Al partir para volver a Egipto, ten cuenta de hacer delante del Faraón los prodigios que yo he puesto en tu mano. Yo endureceré su corazón (1), y no dejará salir al pueblo; 22 pero tú le dirás: Así habla Yave: Israel es mi hijo, mi primogénito. 23 Yo te mando que dejes a mi hijo ir a servirme, y si te niegas a dejarle ir, yo mataré a tu hijo, a tu primogénito.» 24 Por el camino, en un lugar donde pasaba la noche, salióle Yave al encuentro, y quería matarle; 25 pero Séfora, cogiendo en seguida un cuchillo de piedra, circuncidó a su hijo, y arrojó el prepucio a sus pies, diciendo: «Eres para mí esposo de sangre», 26 y le dejó, diciendo lo de esposo de sangre por la circuncisión de su hijo.

27 Yave dijo a Arón: «Ve al desierto, al encuentro de Moisés.» Partió Arón, y encontrándose con su hermano en el monte de Dios, le besó. 28 Moisés dió a conocer a Arón todo lo que Yave le había dicho, al encomendarle la misión, y todos los prodigios que le había mandado hacer. 29 Prosiguieron Moisés y Arón su camino; y llegados, reunieron a los ancianos de Israel. 30 Arón refirió todo lo que Dios había dicho a Moisés, y éste hizo los prodigios a los ojos del pueblo. 31 El pueblo creyó, y al ver que Yave había visitado a los hijos de Israel y había atendido a su aflicción, postrándose, le adoraron.

Moisés y Arón delante del Faraón.

5 1 Presentáronse Moisés y Arón al Faraón, y le dijeron: «He aquí lo que dice Yave, Dios de Israel: deja ir a mi pueblo para que me ofrezca sacrificios en el desierto.» 2 Pero el Faraón respondió: «¿Y quién es Yave, para que yo le obedezca, dejando ir a Israel? No conozco a Yave, y no dejaré ir a Israel.» 3 Ellos le dijeron: «El Dios de los hebreos nos llama. Deja, pues, que vayamos al desierto, tres jornadas de camino, y ofrezcamos sacrificios a Yave, para que no venga sobre nosotros peste ni espada.» 4 Pero el rey de Egipto les dijo: «¿Por qué vosotros, Moisés y Arón, distraéis al pueblo de sus trabajos? Idos al trabajo que os hayan impuesto.» 5 Y se dijo: «Ese pueblo es ya más numeroso que el de la región; ¿qué será si se le deja holgar, relevándole de sus trabajos forzados?»

La servidumbre de Israel se agrava cada vez más.

6 Aquel mismo día dió el Faraón a los capataces de pueblo y a los escribas la orden 7 de no facilitar como hasta entonces al pueblo la paja para hacer los ladrillos, sino que fueran ellos a buscarla y recogerla. 8 «Pero exigidles la misma cantidad de ladrillos que antes, sin quitar ni uno, 9 pues huelgan, y por eso gritan: «Tenemos que ir a sacrificar a nuestro Dios. Cargadlos de trabajo, que estén ocupados, y no den oídos a embustes.» 10 Fueron, pues, los capataces y los escribas, y dijeron al pueblo: «Oíd lo que dice el Faraón: «No os daré en adelante la paja; 11 id vosotros mismos a cogerla donde podáis, pero no se os dismi-

(1) En la lucha tenaz entablada entre Moisés y el Faraón, defendiendo éste los intereses políticos de su pueblo contra la orden dada a Moisés por un Dios que él desconocía, muéstrase el Faraón cada vez más recalcitrante, más endurecido de corazón; y este endurecimiento, previsto por Dios y ordenado por El para hacer muestra de su poder y de su especial providencia para con Israel, es lo que expresa la Escritura con la frase «endureció Dios el corazón del Faraón» y otras semejantes.

nuirá nada de la tarea impuesta.»
12 El pueblo se dispersó por toda la
tierra de Egipto, en busca de cañas
secas de cereales con que hacer la
paja. 13 Los capataces los apremia-
ban: «Acabad la tarea impuesta para
cada día, como cuando se os daba la
paja.» 14 Fueron castigados los escri-
bas de los hijos de Israel, que los
exactores habían puesto sobre ellos,
diciéndoles éstos: «¿Por qué ni ante-
ayer, ni ayer, ni hoy, habéis com-
pletado la tarea de ladrillos como
antes?» 15 Fueron a quejarse al Faraón,
diciendo: «¿Cómo haces así con tus
siervos? 16 A tus siervos no se les
da la paja y se nos dice: haced
los mismos ladrillos; y azotan a tus
siervos, siendo el pueblo el que falta.»
17 El Faraón respondió: «Es que holgáis, holgáis, y por eso decís: «Que-
remos ir a sacrificar a Yave. 18 Id,
pues, a trabajar; no se os dará la
paja, y habéis de hacer la misma
cantidad de ladrillos.» 19 Los escribas
de los hijos de Israel viéronse angus-
tiados por decírseles que no se les
disminuiría en nada la cantidad de
ladrillos, y que habían de hacer cada
día la misma tarea. 20 Encontráronse
con Moisés y Arón, que estaban
esperando a que saliesen de la casa
del Faraón, 21 y les dijeron: «Que
vea Yave y juzgue, pues vosotros
habéis sido causa de que el Faraón
no nos pueda ver, y habéis puesto la es-
pada en sus manos para que nos mate.»

Promesa de liberación.

22 Entonces Moisés se volvió a
Yave, diciendo: «Señor, ¿por qué
has castigado a este pueblo? ¿Para
qué me has enviado? 23 Desde que
fuí al Faraón para hablarle en tu
nombre, maltrata al pueblo, y tú
no haces nada por librar a tu pueblo.»

6 1 Yave dijo a Moisés: «Pronto
verás lo que yo voy a hacer al
Faraón. En mano fuerte los dejará
ir, en mano fuerte los echará él mismo
de su tierra.» 2 Dios habló a Moisés
y le dijo: «Yo soy Yave. Yo me mostré
a Abraham, a Isac y a Jacob como
El-Sadai, pero no les di a conocer
mi nombre de Yave. 4 No sólo hice
con ellos mi alianza de darles la
tierra de Canán, la tierra de sus pere-
grinaciones, donde habitaron como
extranjeros, 5 sino que ahora he
escuchado los gemidos de los hijos
de Israel, que tienen los egipcios
en servidumbre, y me he acordado
de mi alianza. 6 Di, por tanto, a los
hijos de Israel: «Yo soy Yave, yo os
libertaré de los trabajos forzados de
los egipcios, os libraré de su servi-
dumbre, y os salvaré a brazo ten-
dido y por grandes juicios. 7 Yo os
haré mi pueblo, y seré vuestro Dios,
y sabréis que yo soy Yave, vuestro
Dios, que os libraré de la servidum-
bre egipcia, 8 y os introduciré en la
tierra que juré dar a Abraham, a Isac
y a Jacob, y os la daré en posesión.
Yo, Yave.» 9 Así habló Moisés a
los hijos de Israel, pero ellos no le
escucharon, por lo angustioso de su
dura servidumbre.

10 Habló Yave a Moisés, y le dijo:
11 «Ve a hablar a Faraón, rey de
Egipto, para que deje salir a los
hijos de Israel fuera de su tierra.»
12 Moisés le respondió: «Los hijos de
Israel no me escuchan; ¿cómo va a
escucharme el Faraón a mí, que soy
de labio incircunciso?» 13 Yave habló
a Moisés y a Arón, y les dió órdenes
para los hijos de Israel y para el
Faraón, rey de Egipto, con el fin
de sacar de Egipto a los hijos de Israel.

Genealogía de Moisés y Arón.

14 Estas son las cabezas de sus
linajes: Hijos de Rubén, primogé-
nito de Israel: Janoc, Falu, Jesrón
y Carmi; estos son los linajes de Rubén.
15 Hijos de Simeón: Jamuel, Jasmin
Oad, Jaguin, Sojar y Saúl, hijo de la
cananea: estos son los linajes de Simeón.
16 He aquí los nombres de los hijos
de Leví, con sus linajes: Gersón, Caat
y Merari. Los años de vida de Leví
fueron ciento treinta y siete años.
17 Hijos de Gersón, Lobni y Semei,
con sus generaciones. 18 Hijos de
Caat: Amran, Jishar, Hebrón y Oriel.
Los años de Caat fueron ciento treinta
y tres años. 19 Hijos de Merari: Majli
y Musi. Estos son los linajes de los
levitas, según sus familias.
20 Amram tomó por mujer a Joza-
bed, que le parió a Arón y Moisés.
Los años de vida de Amram fueron
ciento treinta y siete años. 21 Hijos
de Jishar: Core, Nefeg y Zicri. 22 Hi-
jos de Oziel: Misael, Elisafán y Petri.
23 Arón tomó por mujer a Elisabet,
hija de Aminadab, hermana de Naj-
són, la cual parió a Nadab, Abiu,
Eleazar e Itamar.
24 Hijos de Core: Aser, Elcana y

Abiasat. Estas son las familias de los coreitas.
25 Eleazar, hijo de Arón, tomó por mujer a una hija de Futiel, que parió a Fines. Estos son los jefes de los linajes de los levitas, según sus familias.
26 Estos son el Arón y el Moisés a quienes dijo Yave: «Sacad de Egipto a los hijos de Israel, según sus escuadras.» 27 Estos son los que hablaron al Faraón, rey de Egipto, para sacar de Egipto a los hijos de Israel. Estos son Moisés y Arón.

Moisés y los magos de Egipto.

28 Cuando habló Yave a Moisés en tierra de Egipto, 29 dijo Dios a Moisés: «Yo soy Yave: di al Faraón, rey de Egipto, cuanto yo te diga: 30 Y Moisés dijo a Yave: «Yo soy de labios incircuncisos. ¿Cómo va a escucharme el Faraón?»

7 1 Dijo Yave a Moisés: «Mira, te he puesto como Dios para el Faraón, y Arón, tu hermano, será tu profeta. Tú le dirás a él lo que yo te diga a ti, y Arón, tu hermano, será tu profeta. 2 Tú dirás lo que yo te diga a ti, y Arón, tu hermano, se lo dirá al Faraón, para que deje salir de Egipto a los hijos de Israel. 3 Yo endureceré el corazón del Faraón, y multiplicaré mis señales y mis prodigios en la tierra de Egipto. 4 El Faraón no os escuchará, y yo pondré mi mano sobre Egipto, y sacaré de la tierra de Egipto a mis ejércitos, a mi pueblo, a los hijos de Israel, por grandes juicios. Los egipcios sabrán que yo soy Yave, cuando tienda yo mi mano sobre Egipto, y saque de en medio de ellos a los hijos de Israel.» 6 Moisés y Arón hicieron lo que Yave les mandaba; tal cual se lo mandó, así lo hicieron.
7 Tenía Moisés ochenta años, y Arón ochenta y tres, cuando hablaron al Faraón. 8 Yave dijo a Moisés y Arón: 9 «Cuando el Faraón os diga: Haced un prodigio, le dices a Arón: Coge tu cayado, y échalo delante del Faraón, y se convertirá en serpiente.» 10 Moisés y Arón fueron al Faraón e hicieron lo que Yave les había mandado. Arón arrojó su cayado delante del Faraón y de sus cortesanos, y el cayado se convirtió en serpiente. 11 Hizo llamar también el Faraón a sus sabios y encantadores, los magos de Egipto, 12 y también ellos echaron cada uno su báculo, que se convirtieron (1) en serpientes. Pero el de Arón devoró a todos los otros. 13 El corazón del Faraón se endureció, y no escuchó a Moisés y Arón, como se lo había dicho Yave.

Primera plaga

14 Yave dijo a Moisés: «El corazón del Faraón se ha endurecido y rehusa dejar salir al pueblo. 15 Ve a verle mañana por la mañana. Saldrá para ir a la orilla de las aguas; tú te estás esperándole a la orilla de las aguas, tomas en tu mano el cayado que se convirtió en serpiente, 16 y le dices: «Yave, Dios de los hebreos, me manda a decirte: Deja ir a mi pueblo para que me sirva en el desierto. Hasta ahora no me has escuchado. 17 Pues he aquí lo que dice Yave: Para que sepas que yo soy Yave, voy a golpear con el cayado que tengo en la mano las aguas del río, y se convertirán en sangre. 18 Los peces que hay en el río morirán, el río se infectará, y los egipcios repugnarán beber el agua del río» (2).
19 Yave dijo a Moisés: «Dile a tu hermano Arón: Toma el cayado, y tiende tu mano sobre las aguas de Egipto, sobre sus ríos, sobre sus canales, sobre sus estanques, y sobre todas sus reuniones de aguas. Todas se convertirán en sangre, y habrá sangre en todo Egipto, lo mismo en los vasos de madera que en los vasos de piedra.» 20 Moisés y Arón hicieron lo que Yave les había mandado, y Arón, levantando el cayado, golpeó las aguas del río a la vista del Faraón y de todos sus servidores, y toda el agua del río se volvió sangre. 21 Los peces que había en el río murieron, el río se inficcionó, los egipcios no podían beber el agua, y hubo en vez de ella sangre en toda la tierra de Egipto. 22 Pero los magos de Egipto hicieron otro tanto con sus encanta-

(1) Esto de hacer los sabios y encantadores egipcios cosas semejantes a las hechas milagrosamente por Moisés parece debe tomarse como efectos de prestidigitación, en que los egipcios ya de antiguo y aun ahora son famosos.
(2) Las plagas, si exceptuamos la última, la muerte de todos los primogénitos, responden a las calamidades que Egipto padece muy de ordinario. Lo milagroso de ellas es el modo de producirlas Moisés y su extraordinaria gravedad.

mientos, y el corazón del Faraón se endureció, y no escuchó a Moisés y Arón, como había dicho Yave. 23 El Faraón se volvió, y entró en su palacio sin hacer caso. 24 Los egipcios cavaron en las orillas del río, para buscar agua potable, pues no podían beber las del río.

Segunda plaga.

8 25 Pasaron siete días desde que Yave había herido el río; 1 y Yave dijo a Moisés: «Ve a ver al Faraón, y dile: Deja salir a mi pueblo, para que me sirva. 2 Si rehusas dejarle ir, voy a castigar con ranas a toda tu tierra. 3 En el río bullirán ranas, subirán, y penetrarán en tu casa, en tu dormitorio y en tu lecho, en las casas de todos tus servidores y de todo tu pueblo, en los hornos y en las artesas; 4 subirán las ranas sobre ti, sobre tus servidores y sobre todo tu pueblo.»

5 Yave dijo a Moisés: «Dile a Arón: extiende tu mano con el cayado sobre los estanques, y haz subir ranas sobre toda la tierra de Egipto.» 6 Arón extendió su mano sobre las aguas de Egipto, y subieron las ranas, y cubrieron toda la tierra de Egipto. 7 Pero los magos hicieron otro tanto con sus encantamientos, haciendo subir ranas sobre la tierra de Egipto.

8 El Faraón llamó a Moisés y Arón: «Pedid a Yave que aleje de mí y de mi pueblo las ranas, y dejaré ir al pueblo a sacrificar a Yave.» 9 Moisés dijo al Faraón: «Dime cuándo he de rogar por ti, por tus servidores y por todo tu pueblo, para que aleje Yave las ranas de ti y de tus casas, y no queden más que en el río.» 10 «Mañana», respondió él. Moisés le dijo: «Así será; y para que sepas que no hay como Yave, nuestro Dios, 11 las ranas se alejarán de ti y de tus casas, de tus servidores y de tu pueblo, y no quedarán más que en el río.» Salieron Moisés y Arón de la casa del Faraón, y Moisés rogó a Yave sobre lo que de las ranas había prometido al Faraón. 13 Hizo Yave como le pedía Moisés, y murieron las ranas en las casas, en los atrios y en los campos. 14 Reuniéronlas en montones, y se infestó la tierra. 15 Pero el Faraón, viendo que se le daba respiro, endureció su corazón y no escuchó a Moisés y Arón, como Yave había dicho.

Tercera plaga.

16 Yave dijo a Moisés: «Dile a Arón: «Extiende tu cayado, y golpea el polvo de la tierra, que se convertirá en mosquitos en toda la tierra de Egipto.» 17 Hiciéronlo así: Arón extendió su mano con el cayado y golpeó el polvo de la tierra, y vinieron mosquitos sobre hombres y animales. Todo el polvo de la tierra se convirtió en mosquitos en toda la tierra de Egipto. 18 Los magos quisieron hacer otro tanto con sus encantamientos, pero no pudieron. Había mosquitos sobre hombres y animales, 19 y los magos dijeron al Faraón: «El dedo de Dios está aquí.» Pero el Faraón se endureció, y como había dicho Yave, no escuchó.

Cuarta plaga.

20 Yave dijo a Moisés: «Levántate temprano, y preséntate al Faraón, al tiempo que sale él para ir a la ribera, y dile: «Así habla Yave: Deja ir a mi pueblo, a que me sirva. 21 Si no dejas ir a mi pueblo, voy a mandar tábanos contra ti, contra tus servidores y contra tu pueblo, contra tus casas, y se llenarán de ellos las casas de los egipcios y la tierra que éstos habitan; 22 pero distinguiré en ese día el país de Gosen donde habita mi pueblo, y allí no habrá tábanos, para que sepas que yo soy Yave en medio de la tierra. 23 Haré distinción entre mi pueblo y el tuyo. Mañana será esta señal.» 24 Hízolo así Yave, y vino una muchedumbre de tábanos sobre la casa del Faraón y las de sus servidores y sobre toda la tierra de Egipto, y se corrompió la tierra por los tábanos. 25 Llamó el Faraón a Moisés y Arón, y dijo: «Id y sacrificad a vuestro Dios en esta tierra.» 26 Pero Moisés respondió: «No puede ser así, pues para los egipcios es abominación el sacrificio que nosotros ofrecemos, y si a su vista lo ofreciéramos, nos apedrearían. 27 Tenemos que ir por el desierto tres días de camino, para sacrificar a Yave, nuestro Dios, como él nos diga.» 28 El Faraón contestó: «Yo os dejaré que vayáis a sacrificar a Yave, vuestro Dios, en el desierto; pero no os vayáis más lejos y rogad por mí.» 29 Moisés respondió: «En saliendo de tu casa, yo rogaré por t.

a Yave, y mañana se alejarán los tábanos del Faraón, de sus servidores y de su pueblo; pero que el Faraón no nos engañe más, y permita al pueblo ir a sacrificar a Yave.» 30 Salió Moisés de casa del Faraón, y rogó a Yave, 31 y Yave hizo lo que le pedía Moisés, y los tábanos se alejaron del Faraón, de sus servidores y del pueblo, sin quedar ni uno. 32 Pero el Faraón endureció su corazón también esta vez, y no dejó salir al pueblo.

Quinta plaga.

9 1 Yave dijo a Moisés: «Ve al Faraón, y dile: «Así habla Yave, Dios de los hebreos: deja ir a mi pueblo a que me sirva. 2 Si rehusas dejarlos ir y todavía le retienes, 3 caerá la mano de Yave sobre los ganados que están en tus campos; sobre los caballos, sobre los asnos, sobre los camellos, sobre los bueyes y sobre las ovejas, una peste muy mortífera. 4 Yave hará distinción entre los ganados de Israel y los ganados de los egipcios, y nada perecerá de lo perteneciente a los hijos de Israel.» 5 Yave fijó el momento, diciendo: «Mañana hará esto Yave en esta tierra.» Hízolo así Yave al día siguiente. Pereció todo el ganado de los egipcios, y no murió un solo animal de los ganados de los hijos de Israel. 7 El Faraón se informó, y ni un animal de los ganados de los hijos de Israel había muerto. Pero el corazón del Faraón se endureció, y no dejó ir al pueblo.

Sexta plaga.

8 Yave dijo a Moisés y Arón: «Coged un puñado de ceniza de un horno, y que la tire Moisés hacia el cielo, a la vista del Faraón, 9 para que se convierta en un polvo fino sobre toda la tierra de Egipto, y produzca en toda la tierra de Egipto a hombres y animales pústulas eruptivas y tumores.» 10 Cogieron la ceniza de un horno, y se presentaron al Faraón. Moisés la tiró hacia el cielo, y se produjeron en hombres y animales pústulas y tumores. 11 Los magos no pudieron continuar en presencia de Moisés, porque les salieron tumores como a todos los egipcios. 12 Y Yave endureció el corazón del Faraón, que no escuchó a Moisés y Arón, como Yave se lo había dicho a Moisés.

Séptima plaga.

13 Dijo Yave a Moisés: «Levántate temprano, preséntate al Faraón, y dile: «Así habla Yave, Dios de los hebreos: Deja ir a mi pueblo a que me sacrifique, 14 porque esta vez voy a desencadenar todas mis plagas contra ti, contra tus servidores y contra tu pueblo, para que sepas que no hay como yo en toda la tierra. 15 Si yo hubiera tendido mi mano y te hubiera herido con la peste, tú y tu pueblo habríais desaparecido de la tierra; 16 pero te he dejado con vida, para que por ti brille mi poder, y mi nombre sea celebrado en toda la tierra. 17 Te opones todavía como un muro entre mí y mi pueblo para no dejarle ir; 18 pues sabe que mañana a esta hora yo haré llover una granizada tan fuerte, como no la hubo jamás en Egipto, desde el día en que se fundó hasta hoy. 19 Retira, pues, tus ganados y cuanto tienes en el campo; cuantos hombres y animales haya en el campo, y si no se retiran serán heridos por el granizo y morirán.» 20 Aquellos de los servidores del Faraón que temieron la palabra de Yave, mandaron retirar a su casa siervos y ganados; 21 pero los que no atendieron la palabra de Yave, dejaron a sus siervos y a sus ganados en el campo.

22 Yave dijo a Moisés: «Tiende tu mano, para que caiga el granizo en toda la tierra de Egipto sobre hombres y animales y sobre todas las verduras del campo.» 23 Moisés tendió su cayado hacia el cielo, y Yave mandó truenos y granizo, y el fuego se precipitó sobre la tierra. 24 Yave hizo llover granizo sobre la tierra de Egipto, y mezclado con el granizo cayó fuego; y tan fuerte era el granizo, que no lo hubo semejante en toda la tierra de Egipto, desde que comenzó a ser un pueblo. 25 El granizo hirió en toda la tierra de Egipto cuanto había en los campos, hombres y animales. Machacó también todas las hierbas del campo, y

destrozó todos los árboles del campo. 26 Sólo en la tierra de Gosen, donde habitaban los hijos de Israel, no cayó granizo. 27 El Faraón mandó llamar a Moisés y Arón, y les dijo: «Esta vez he pecado. Yave es justo, y yo y mi pueblo, impíos. 28 Rogad a Yave para que cesen los truenos de Dios y el granizo, y os dejaré ir, y no quedaréis más aquí.» 29 Moisés dijo: «Cuando haya salido de la ciudad, alzaré mis manos a Yave, y cesarán los truenos, y dejará de granizar, para que sepas que de Yave es la tierra, 30 aunque sé que ni tú ni tus servidores teméis todavía a Yave, Dios.» 31 El lino y la cebada habían sido destrozados, pues la cebada estaba todavía en espiga y el lino en flor, 32 pero el trigo y la escanda no, por ser tardíos. 33 Moisés dejó al Faraón, y salió de la ciudad; alzó sus manos a Yave, y cesaron los truenos y el granizo, y dejó de llover sobre la tierra. 34 Viendo el Faraón que habían cesado la lluvia, el granizo y los truenos, acrecentó su pecado, 35 y endureció su corazón hasta el extremo, y no dejó salir a los hijos de Israel, como le mandaba Yave por boca de Moisés.

Octava plaga.

10 1 Yave dijo a Moisés: «Ve al Faraón, porque yo he agravado su corazón y el de sus servidores, para obrar en medio de todos las señales que vas a ver, 2 para que cuentes a tus hijos y a los hijos de tus hijos cuán grandes cosas hice yo entre los egipcios, y qué prodigios obré en medio de ellos, y sepan que yo soy Yave.» 3 Moisés y Arón fueron al Faraón, y le dijeron: «Así habla Yave, Dios de los hebreos: ¿Hasta cuándo no querrás someterte a mí? Deja ir a mi pueblo para que me sacrifique. 4 Si te resistes y no quieres dejarle, mañana traeré sobre todo tu territorio la langosta, 5 que cubrirá toda la tierra, sin que se vea nada de ella; y devorará todo el resto salvado del granizo, royendo todos los árboles que crecen en vuestros campos. 6 Y llenarán tus casas y las casas de tus servidores y de todos los egipcios. Tanta como no la vieron ni tus padres, ni tus abuelos, desde que comenzaron a ser sobre la tierra hasta hoy.» Moisés se retiró y salió de la casa del Faraón.

7 Dijeron al Faraón sus servidores: «¿Hasta cuándo vamos a padecer este escándalo? Deja a esa gente que vaya a sacrificar a Yave, su Dios. ¿Todavía no ves que va a perecer Egipto?» 8 E hicieron venir a Moisés y Arón ante el Faraón, que les dijo: «Id y sacrificad a Yave, vuestro Dios. ¿Quiénes sois los que habéis de ir?» 9 Dijo Moisés: «Hemos de ir todos, con nuestros niños y nuestros ancianos, con nuestros hijos y nuestras hijas, con nuestras ovejas y nuestros bueyes, porque es la fiesta de Yave.» 10 El Faraón les contestó: «Así sea Yave con vosotros, como os dejaré yo ir a vosotros y vuestros hijos. Tened cuidado, pues se ve que obráis con malicia. 11 No, no, id los hombres solos, y sacrificad a Yave, pues eso fué lo que pedisteis.» Y en seguida fueron arrojados de la presencia del Faraón.

12 Pero Yave dijo a Moisés: «Tiende tu mano a la tierra de Egipto, para que venga sobre ella la langosta: que suba a Egipto y devore todo lo que dejó el granizo.» 13 Moisés tendió su cayado sobre la tierra de Egipto, y Yave hizo soplar sobre la tierra el viento solano durante todo el día y toda la noche. A la mañana el viento solano había traído la langosta. 14 Subieron por toda la tierra de Egipto, y se posaron sobre todo el territorio de Egipto en tan gran cantidad, como ni la hubo ni la habrá nunca. 15 Cubrieron toda la superficie de la tierra, y oscurecieron la tierra. Devoraron todas las hierbas de la tierra, todos los frutos de los árboles, todo cuanto había dejado el granizo; y no quedó nada de verde, ni en los árboles, ni de las hierbas de los campos, en toda la tierra de Egipto. 16 El Faraón llamó en seguida a Moisés y Arón, y dijo: «He pecado contra Yave, vuestro Dios, y contra vosotros. 17 Perdonadme por esta vez, y rogad a Yave, vuestro Dios, que aleje de mí esta muerte.» 18 Salió Moisés de la presencia del Faraón, y rogó a Yave, 19 y éste hizo dar vuelta al viento, que sopló muy fuertemente del ocaso, y arrastrando la langosta, la precipitó en el Mar Rojo. No quedó ni una en todo el territorio de Egipto. 20 Pero Yave endureció el corazón del Faraón y éste no dejó salir a los hijos de Israel.

Novena plaga.

21 Dijo Yave a Moisés: «Alza tu
mano al cielo, y haya tinieblas sobre
la tierra de Egipto, tan densas, que
se palpen. 22 Alzó Moisés al cielo
su mano, y hubo densísimas tinieblas
en todo Egipto durante tres días.
23 Durante ellos no se veían unos a
otros, y nadie se movía del sitio
donde estaba; pero los hijos de Israel
tenían luz en la región que habitaban.
24 El Faraón llamó a Moisés y
Arón, y dijo: «Id, sacrificad a Yave,
pero que queden aquí vuestras ove-
jas y vuestros bueyes; aun a los niños
podéis llevaros con vosotros.» 25 Moi-
sés respondió: «Tienes que poner
en nuestras manos de qué hacer
sacrificios y holocaustos a Yave, nues-
tro Dios. 26 Nuestros ganados han
de venir también con nosotros; no
ha de quedar ni una uña: porque de
ellos hemos de tomar lo que ofrezca-
mos a Yave, nuestro Dios, y ni
nosotros siquiera sabemos, hasta que
lleguemos allá, las víctimas que a
Yave habremos de ofrecer.» 27 Yave
endureció el corazón del Faraón, y el
Faraón no quiso dejarlos ir. 28 Dijo
a Moisés: «Sal de aquí, y guárdate
de volver a parecer en mi presencia,
porque el día que parezcas delante
de mí, morirás.» 29 «Tú lo has dicho
—respondió Moisés—no volveré a
parecer delante de ti.»

Anuncio de la décima y última plaga.

11 1 Y añadió: «He aquí lo que
dice Yave: En medio de la noche
pasaré por la tierra de Egipto, 5 y
morirá todo primogénito de la tierra
de Egipto, desde el primogénito del
Faraón, que se sienta sobre su trono,
hasta el primogénito de la esclava,
que está detrás de la muela, y todos
los primogénitos del ganado. 6 En-
tonces se alzará en toda la tierra de
Egipto gran griterío, como ni lo
hubo ni lo habrá. 7 Pero entre los
hijos de Israel, en hombres y en
animales, ni siquiera ladrará un perro,
para que sepáis la diferencia que hace
Yave entre Egipto e Israel. 8 Todos
cuantos servidores tuyos están aquí,
irán entonces a decirme, proster-
nándose ante mí: Sal tú, y tu pueblo
que te obedece. Después de eso yo
saldré.» Y muy encolerizado se retiró
de la presencia del Faraón.

1 Yave dijo a Moisés: «Sólo una
plaga más voy a hacer venir sobre
el Faraón y sobre Egipto, y
después de ella, no sólo os dejará
ir, sino que os echará de aquí.
2 Di, pues, al pueblo que cada hom-
bre pida a su vecino y cada mujer
a su vecina, objetos de plata y oro.»
3 Yave hizo que hallase gracia el pue-
blo a los ojos de los egipcios, y aun el
mismo Moisés era muy estimado y
respetado por los servidores del Fa-
raón y por el pueblo.
9 Yave había dicho a Moisés: «El
Faraón no os escuchará, para que se
multipliquen mis prodigios en la
tierra de Egipto.» 10 Moisés y Arón
habían obrado todos estos prodigios
ante el Faraón, pero Yave endureció
el corazón del Faraón, y no quería
dejar salir de su tierra a los hijos
de Israel.

Institución de la pascua.

12 1 Yave dijo a Moisés y Arón
en tierra de Egipto: 2 «Este mes
será para vosotros el comienzo del
año, el mes primero del año (1).
3 Hablad a toda la asamblea de Is-
rael, y decidles: El día diez de este
mes tome cada uno según las casas
paternas una res menor por cada casa.
4 Si la casa fuere menor de lo nece-
sario para la res, tome a su vecino, al
de la casa cercana, según el número
de personas, computándolo para la
res según lo que cada cual puede co-
mer. 5 La res será sin defecto, macho,
primal, cordero o cabrito. 6 Lo reser-
varéis hasta el día catorce de este
mes y todo Israel lo inmolará entre
dos luces. 7 Tomarán de su sangre,
y untarán los postes y el dintel
de la casa donde se coma. 8 Comerán
la carne esa misma noche, la come-
rán asada al fuego, con panes ácimos
y lechugas silvestres. 9 No comerán
nada de él crudo, ni cocido al agua;
todo asado al fuego, cabeza, patas
y entrañas. 10 No dejaréis nada para
el día siguiente; si algo quedare, lo
quemaréis. 11 Lo habéis de comer así:
ceñidos los lomos, calzados los pies,
y el báculo en la mano, y comiendo
de prisa, pues es el paso de Yave.
12 Esa noche pasaré yo por la tierra

(1) El comienzo y el fin del año varían mucho, según las diversas regiones y épocas. En la Escritura comienza con la primavera, el mes de Nisán, o con el otoño, el mes de Tisri.

de Egipto y mataré a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los hombres hasta los animales, y castigaré a todos los dioses de Egipto. Yo, Yave. [13] La sangre servirá de señal en las casas donde estéis, pues yo veré la sangre y pasaré de largo, y no habrá para vosotros plaga mortal, cuando yo hiera la tierra de Egipto. [14] Este día será para vosotros memorable, y lo celebraréis solemnemente en honor de Yave, de generación en generación; será una fiesta a perpetuidad.

[15] Por siete días comeréis panes ácimos; desde el primer día no habrá ya levadura en vuestras casas, y quien del primero al séptimo día comiere pan con levadura, será borrado de Israel. [16] El día primero tendréis asamblea santa, y lo mismo el día séptimo. No haréis en ellos obra alguna, fuera de lo que pertenece a la comida, [17] y guardaréis los ácimos, porque fué en ese día mismo cuando yo saqué vuestros ejércitos de la tierra de Egipto. Guardaréis ese día de generación en generación, como institución perpetua. [18] El primer mes, desde el día catorce del mes, comeréis pan sin levadura hasta el día veintiuno. [19] Por siete días no habrá levadura en vuestras casas, y quien coma pan fermentado, será borrado de la congregación de Israel, sea extranjero o indígena. [20] No comeréis pan fermentado; en todas vuestras moradas se comerán panes ácimos.»

[21] Convocó Moisés a todos los ancianos de Israel, y les dijo: «Tomad del rebaño para vuestras familias, e inmolad la Pascua, [22] y tomando un manojo de hisopo lo mojáis en la sangre del cordero, untáis con ella el dintel y los dos postes, y que nadie salga fuera de la puerta de su casa hasta mañana, [23] pues pasará Yave por Egipto, para castigarle, y viendo la sangre en el dintel y en los dos postes, pasará de largo por vuestras puertas y no permitirá a ningún exterminador entrar en vuestras casas para herir. [24] Guardaréis este rito, como rito perpetuo para vosotros y para vuestros hijos; [25] y cuando hayáis entrado en la tierra que Yave os dará, según su promesa, guardaréis este rito. [26] Cuando os pregunten vuestros hijos: ¿Qué significa para vosotros este rito?. [27] les responderéis: Es el sacrificio de la Pascua de Yave, que pasó de largo por las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a Egipto, salvando nuestras casas.» El pueblo se prosternó y adoró. [28] Los hijos de Israel fueron e hicieron lo que Yave había mandado a Moisés y Arón.

Muerte de todos los primogénitos de Egipto.

[29] En medio de la noche mató Yave a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde el primogénito del Faraón, que se sienta sobre su trono, hasta el primogénito del preso en la cárcel, y a todos los primogénitos de los animales. [30] El Faraón se levantó de noche, él, todos sus servidores y todos los egipcios, y resonó en Egipto un gran clamor, pues no había casa donde no hubiera un muerto. [31] Aquella noche llamó el Faraón a Moisés y Arón, y les dijo: «Id, salid de en medio de nosotros, vosotros y los hijos de Israel, e id a sacrificar a Yave, como habéis dicho. [32] Llevad vuestras ovejas y vuestros bueyes, como habéis pedido; idos, y dejadme.»

La salida del pueblo.

[33] Los egipcios apremiaban a los hebreos, teniendo prisa de que salieran de su tierra, pues decían: «Moriremos todos.» [34] Cogió, pues, el pueblo la masa, antes de que fermentara, atando sus ropas a las artesas, y se las echó al hombro. [35] Los hijos de Israel habían hecho lo que les dijera Moisés, y habían pedido a los egipcios objetos de plata y oro y vestidos. [36] Yave hizo que hallaran gracia a los ojos de los egipcios, que accedieron a su petición, y se llevaron aquéllos los despojos de Egipto (1).

[37] Partieron los hijos de Israel de Rameses para Socot en número de unos seiscientos mil infantes, (2) sin contar los niños. [38] Subía, además,

(1) Dios, como dueño supremo de todo y juez inapelable, da estos despojos a su pueblo para compensarlo de la dura servidumbre a que le habían reducido los egipcios durante muchos años.

(2) Estas cifras, así como las correlativas que vienen después, parecen excesivas a muchos intérpretes, aun católicos. Sabido es que del texto sagrado lo que generalmente peor se ha conservado son los números.

con ellos una gran muchedumbre de toda suerte de gentes, y muchas ovejas y bueyes y muy gran número de animales. 39 Cocieron bajo la ceniza la masa que habían sacado de Egipto, e hicieron panes ácimos, pues la masa no había podido fermentar, por la mucha prisa que para que salieran les daban, ni pudieron preparar nada para comer.

40 La estancia de los hijos de Israel en Egipto duró cuatrocientos treinta años. 41 En aquel mismo día salieron de la tierra de Egipto todos los ejércitos de Israel. Aquella noche en que salvó Yave a Israel y le sacó de la tierra de Egipto, 42 será noche de vigilias a Yave, y con vigilias a Yave le celebrarán todos los hijos de Israel por todas sus generaciones.

Ley de la Pascua.

43 Dijo Yave a Moisés y Arón: «Esta es la ley de la Pascua. No la comerá ningún extranjero. 44 Al siervo comprado a precio de plata, le circuncidarás y la comerá; 45 pero el adventicio y el mercenario no la comerán. 46 Se comerá en una sola casa, y no sacaréis fuera de ella nada de sus carnes, ni quebrantaréis ninguno de sus huesos, 47 Toda la asamblea de Israel comerá la Pascua. 48 Si alguno de los extranjeros que habite contigo quisiera hacer la Pascua de Yave, deberá circuncidarse todo varón en su casa, y entonces podrá celebrarla, como si fuera indígena, pero ningún incircunciso podrá celebrarla. 49 La misma ley será para el indígena y para el extranjero que habita con vosotros.»

50 Todos los hijos de Israel hicieron lo que Yave había mandado a Moisés y Arón. 51 Aquel mismo día sacó Yave de la tierra de Egipto a los hijos de Israel por escuadras.

Ley sobre los primogénitos.

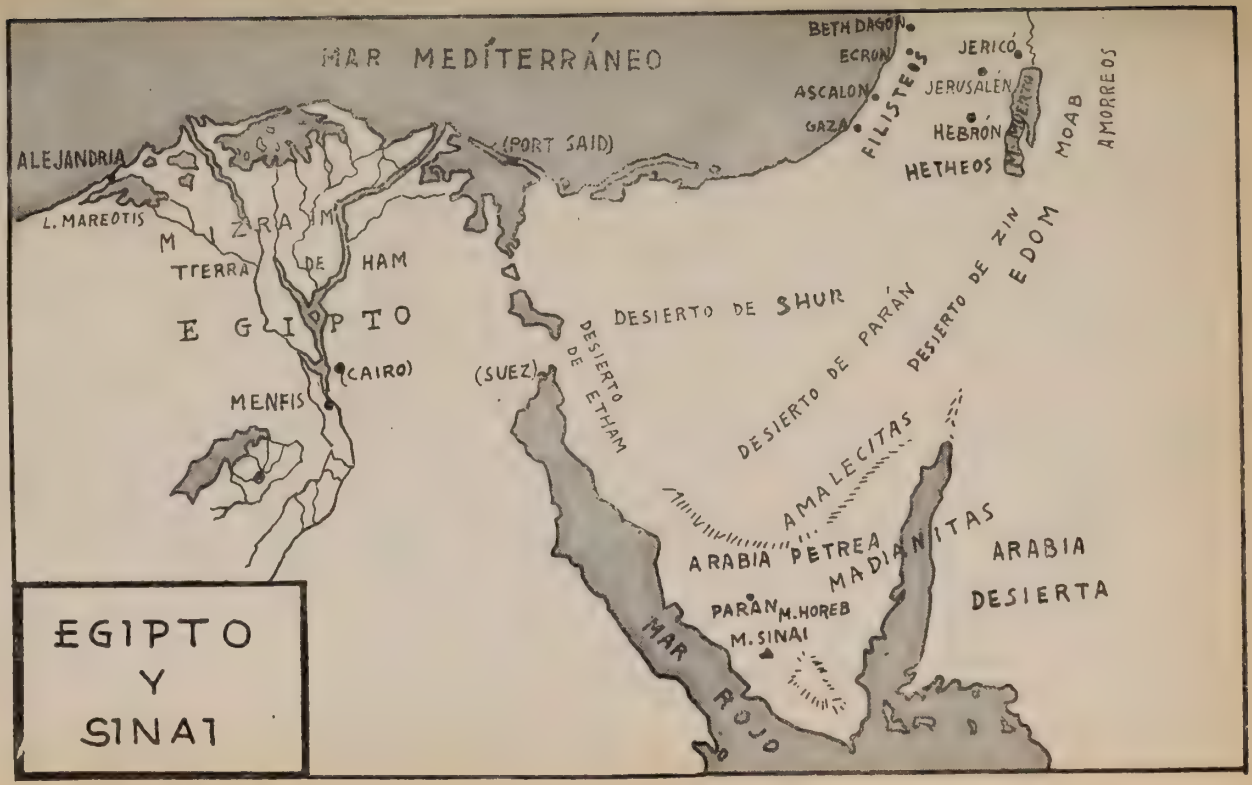
13 1 Habló Yave a Moisés y le dijo: 2 «Conságrame todo primogénito. Todos los primogénitos de entre los hijos de Israel, tanto de los hombres, cuanto de los animales, míos son.»

3 Moisés dijo al pueblo: «Acordaos siempre del día en que salisteis de Egipto, de la casa de la servidumbre, pues ha sido la poderosa mano de Yave la que os ha sacado. No se comerá pan fermentado. 4 Salís hoy en el mes de Abib. 5 Cuando te introduzca Yave en la tierra de los cananeos, de los geteos, de los amorreos, de los jeveos y de los jebuseos, que a tus padres juró darte, tierra que mana leche y miel, guardarás ese rito en este mismo mes. 6 Durante siete días comerás pan ácimo, y el día séptimo será fiesta de Yave. 7 Se comerá pan ácimo durante siete días, y no se verá pan fermentado ni levadura en todo su territorio. 8 Dirás entonces a tus hijos: Esto es en memoria de lo que por mí hizo Yave al salir de Egipto. 9 Esto será para ti como una señal en tu mano, como un recuerdo a tus ojos, para que tengas en tu boca la ley de Yave, porque con su poderosa mano te ha sacado Yave de Egipto. 10 Observarás esto al tiempo fijado, de año en año.

11 Cuando te haya introducido Yave en la tierra de los cananeos, como lo juró a tus padres, y te la haya dado, 12 consagrarás a Yave todo cuanto abre la vulva; y de todo primer parto de los animales que tengas, el macho lo consagrarás a Yave, 13 el del asno lo redimirás por cordero, y si no le redimes le romperás la nuca. También redimirás a todo primogénito humano de entre tus hijos. 14 Y cuando tu hijo te pregunte mañana, ¿qué significa esto?, le dirás: con su poderosa mano nos sacó Yave de Egipto, de la casa de la servidumbre. 15 Como el Faraón se obstinaba en no dejarnos salir, Yave mató a todos los primogénitos de la tierra de Egipto, desde los primogénitos de los hombres hasta los primogénitos de los animales; por eso yo sacrifico a Yave todo primogénito de los animales, y redimo todo primogénito de mis hijos. 16 Esto será como una señal en tu mano, como un recuerdo a tus ojos, porque fué con su poderosa mano cómo nos sacó Yave de Egipto.

Paso de Israel por en medio del Mar Rojo.

17 Cuando el Faraón dejó salir al pueblo, no le condujo Yave por el camino de la tierra de los filisteos, aunque más corto, pues se dijo: «No se arrepienta el pueblo si se ve atacado, y se vuelva a Egipto.» 18 Hízole Yave rodear por el camino del desierto, hacia el Mar Rojo. Los hijos de Israel subían en buen orden desde Egipto.


MAR MEDITERRÁNEO
BETH DAGON
ECRON
ASCALON
GAZA
FILISTEOS
JERICÓ
JERUSALÉN
HEBRÓN
HETHEOS
MOAB
AMORREOS
ALEJANDRIA
L. MAREOTIS
(PORT SAID)
MIZRAIM
TIERRA DE HAM
EGIPTO
(CAIRO)
MENFIS
DESIERTO DE SHUR
DESIERTO DE ETHAM
(SUEZ)
DESIERTO DE PARÁN
DESIERTO DE ZIN
EDOM
AMALECITAS
ARABIA PETREA
MADIANITAS
ARABIA DESIERTA
PARÁN
M. HOREB
M. SINAI
MAR ROJO
EGIPTO Y SINAI

19 Moisés había cogido los huesos de
José, pues había hecho jurar José
a los hijos de Israel que cuando Yave
los visitara, se llevarían consigo su
huesos, lejos de allí.
20 Partiendo de Socot, acampa-
ron en Etam, al extremo del desierto.
21 Iba Yave delante de ellos, de día
en columna de nube, para guiarlos en
su camino, y de noche en columna de
fuego, para alumbrarlos, y pudiesen
así marchar de día o de noche. 22 La
columna de nube no se apartaba del
pueblo de día, ni de noche la de fuego.

14 1 Yave dijo a Moisés: 2 «Habla
a los hijos de Israel; que cam-
bien de rumbo y vayan a acampar
en Piajirot, entre Migdol y el mar,
frente a Beelsefón; allí acamparéis,
cerca del mar. 3 El Faraón se dirá,
respecto de los hijos de Israel: «Andan
errantes por la tierra; el desierto les
cierra el camino.» 4 Yo endureceré el
corazón del Faraón y él os perseguirá,
y haré brillar mi gloria ante el Faraón
y ante todo su ejército, y sabrán
los egipcios que yo soy Yave.» Hi-
cieron así los hijos de Israel.
5 Anunciaron al rey de Egipto que
había huído el pueblo, y el corazón
del Faraón y el de sus servidores se
trocaron en orden al pueblo, y dijeron:
«¿Qué es lo que hemos hecho, de-
jando salir a Israel, y privándonos de
sus servicios?» 6 El Faraón hizo pre-
parar su carro y llevó consigo a su
pueblo. 7 Tomó seiscientos carros
escogidos y todos los aurigas de
Egipto y jefes para el mando de
todos. 8 Yave endureció el corazón
del Faraón, rey de Egipto, y el Fa-
raón persiguió a los hijos de Israel;
pero éstos habían salido por muy
alta mano.
9 Los egipcios llegaron en su per-
secución al lugar donde acampaban
aquéllos cerca del mar. Todos los
caballos de los carros del Faraón,
sus caballeros y su ejército, los alcan-
zaron en Piajirot, frente a Beelsefón.
10 El Faraón se acercaba; los hijos
de Israel, alzando los ojos vieron a
los egipcios marchar contra ellos, y
llenos de terror clamaron a Yave,
11 y dijeron a Moisés: «¿Es que no
había sepulcros en Egipto, y nos
has traído al desierto a morir? ¿Qué
es lo que nos has hecho al sacarnos
de Egipto? 12 ¿No te decíamos nos-
otros en Egipto: deja que sirvamos
a los egipcios, que mejor es para
nosotros servir en Egipto que morir
en el desierto?» 13 Moisés respondió
al pueblo: «No temáis, estad tran-
quilos, y veréis la victoria que en
este día os dará Yave, pues los egip-
cios que hoy veis no volveréis a
verlos jamás. 14 Yave combatirá por
vosotros; vosotros estaos tranquilos.»
15 Yave dijo a Moisés: «¿Por qué
me gritáis? Di a los hijos de Israel
que se pongan en marcha. 16 Tú,
alza tu cayado, y tiende el brazo sobre
el mar, y divídelo, para que los
hijos de Israel pasen por en medio,
en seco. 17 Yo endureceré el corazón
de los egipcios, para que entren tam-
bién detrás de ellos, y haré brillar
mi gloria sobre el Faraón y sobre todo
su ejército; sus carros y sus caba-
lleros harán resplandecer mi gloria,
18 y los egipcios sabrán que yo soy
Yave, cuando el Faraón, sus carros
y sus caballeros, hagan resplandecer
mi gloria.» 19 El ángel de Yave, que
marchaba delante de las huestes de
Israel, se puso detrás de ellas, 20 entre
las de los egipcios y las de Israel, y la
nube se hizo tenebrosa y luminosa
toda la noche, y las dos huestes no
se acercaron una a otra durante toda
la noche. 21 Moisés tendió su mano
sobre el mar, e hizo soplar Yave
sobre el mar toda la noche un fortí-
simo viento solano, que le secó, y
se dividieron las aguas (1). 22 Los
hijos de Israel entraron en medio
del mar, a pie enjuto, formando para
ellos las aguas una muralla a dere-
cha e izquierda. 23 Los egipcios se
pusieron a perseguirlos, y todos los
caballos del Faraón, sus carros y
sus caballeros, entraron en el mar en
seguimiento suyo. 24 A la vigilia
matutina, miró Yave desde la nube
de fuego y humo a la hueste egipcia
y la perturbó. 25 Hizo que las ruedas
de los carros se enredasen unas con
otras, de modo que sólo muy peno-
samente avanzaban. Los egipcios di-
jeron entonces: «Huyamos ante Israel,
que Yave combate por él contra
los egipcios.» 26 Pero Yave dijo a
Moisés: «Tiende tu mano sobre el
mar, y las aguas se reunirán sobre
los egipcios, sus carros y sus caba-
lleros.» 27 Moisés tendió su mano
sobre el mar, y al despuntar el día

(1) Estas palabras parecen indicar que el hecho fué prodigioso al menos en el modo de producirse y en el efecto extraordinario, como las plagas.

el mar recobró su estado ordinario, y los egipcios en fuga dieron en él, y arrojó Yave a los egipcios en medio del mar. 28 Las aguas, al reunirse, cubrieron carros, caballeros y todo el ejército del Faraón, que habían entrado en el mar en seguimiento de Israel, y no escapó uno solo. 29 Pero los hijos de Israel pasaron a pie enjuto por en medio del mar, formando para ellos las aguas una muralla a derecha e izquierda. 30 Aquel día libró Yave a Israel de los egipcios, cuyos cadáveres vió Israel en las playas del mar. 31 Israel vió la mano potente que mostró Yave para con Egipto, y el pueblo temió a Yave, y creyó en Yave y en Moisés, su siervo.

Canto triunfal de Moisés.

15 1 Entonces cantaron Moisés y los hijos de Israel a Yave este canto, diciendo:

«Cantemos a Yave, porque se ha mostrado sobre modo glorioso.
El arrojó al mar al caballo y al caballero.
2 Yave es mi fortaleza, a Yave cantaré.
El me ha salvado.
El es mi Dios, yo le alabaré; es el Dios de mis padres, yo le exaltaré.
3 Yave es un fuerte guerrero. Yave es su nombre.
4 El precipitó en el mar los carros del Faraón y su ejército.
La flor de sus capitanes se la tragó el Mar Rojo.
5 Cubriéronlos los abismos, y cayeron en el fondo como una piedra.
6 Tu diestra, ¡oh Yave!, destrozó al enemigo.
7 En la plenitud de tu poderío derribas a tus adversarios.
Das rienda suelta a tu furor y los devora como paja.
8 Al soplo de tu ira amontonáronse las aguas, se pararon las corrientes olas, cuajáronse los abismos en el fondo del mar.
9 Dijose el enemigo: «Los perseguiré, los alcanzaré, me repartiré sus despojos, hartaré mi alma.
Desenvainaré la espada y los reducirá a la servidumbre mi mano.»
10 Sopló tu soplo y los cubrió el mar, se hundieron como plomo en lo profundo de las aguas.
11 ¿Quién como tú, ¡oh Yave!, entre los dioses? ¿Quién como tú magnífico en santidad, terrible en maravillosas hazañas, obrador de prodigios?
12 Tendiste tu diestra, y se los tragó la tierra.
13 En tu misericordia, tú acaudillas al pueblo que redimiste.
Y por tu poderío lo conduces a tu santa morada
14 Supiéronlo los pueblos y temblaron.
El terror se apoderó de los filisteos.
15 Los príncipes de Edom se estremecieron, se apoderó la angustia de los fuertes de Moab.
Todos los habitantes de Canán perdieron su valor.
16 Caerá sobre ellos el espanto y la angustia.
Por la fuerza de tu brazo se quedarán inmóviles como una piedra.
Hasta que tu pueblo, ¡oh Yave!, pase, hasta que pase el pueblo que redimiste.
17 Tú le conducirás y le establecerás sobre el monte de tu heredad,
Al lugar de que has hecho tu morada, ¡oh Yave!
Al santuario, ¡oh Señor!, que fundaron tus manos.
18 Yave reinará por siempre jamás.
19 Entraron en el mar los caballos del Faraón, sus carros y sus caballeros,
Y echó Yave sobre ellos las aguas del mar.
Mas los hijos de Israel pasaron por en medio del mar a pie enjuto.»

20 María, la profetisa, hermana de Arón, tomó en sus manos un tímpano, y todas las mujeres seguían en pos de ella con tímpanos y en coros; y 21 María respondía a los hijos de Israel:

«Cantad a Yave, que ha hecho resplandecer su gloria,
Precipitando en el mar al caballo y al caballero.»

Las aguas de Mara.

22 Mandó Moisés que los hijos de Israel se partieran del Mar Rojo. Avanzaron hacia el desierto de Hur y marcharon por él tres días, sin hallar agua. 23 Llegaron a Mara, pero no podían beber el agua de Mara, por ser amarga. 24 El pueblo murmuraba contra Moisés, diciendo: «¿Qué vamos a beber?» 25 Moisés clamó a Yave, que le indicó una madera que él echó en el agua, y ésta se

volvió dulce. Allí dió al pueblo leyes y estatutos, y le puso a prueba. 26 Les dijo: «Si escuchas a Yave, tu Dios, si obras lo que es recto a sus ojos, si das oído a sus mandatos y guardas todas sus leyes, no traeré sobre ti ninguna de las plagas con que he afligido a Egipto, porque yo soy Yave, tu sanador.»

27 Llegaron a Elim, donde había doce fuentes y setenta palmeras, y acamparon allí cerca de las aguas.

Las codornices y el maná.

16 1 Partieron de Elim, y toda la congregación de los hijos de Israel llegó al desierto de Zin, que está entre Elim y el Sinaí, el día quince del segundo mes después de su salida de Egipto. 2 Todo Israel se puso a murmurar contra Moisés y Arón. 3 Los hijos de Israel decían: «¿Por qué no hemos muerto de mano de Yave en Egipto, cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne y nos hartábamos de pan? Hemos sido traídos a este desierto para matar de hambre a toda esta muchedumbre.»

4 Yave dijo a Moisés: «Voy a haceros llover comida de lo alto de los cielos. El pueblo saldrá a recoger cada día la porción necesaria, para ponerle yo a prueba, viendo si marcha o no según mi ley. 5 El día sexto preparen para llevar el doble de lo que recogen cada día.»

6 Moisés y Arón dijeron a todos los hijos de Israel: «Esta tarde sabréis que es Yave quien os ha sacado de Egipto, 7 y a la mañana veréis la gloria de Yave, pues ha oído vuestras murmuraciones, que van contra Yave; porque nosotros, ¿qué somos, para que murmuréis contra nosotros?» 8 Moisés dijo: «Esta tarde os dará a comer Yave carnes, y mañana pan a saciedad, pues ha oído vuestras murmuraciones contra él; pues ¿nosotros, qué? No van contra nosotros vuestras murmuraciones, sino contra Yave.»

9 Moisés dijo a Arón: «Di a toda la congregación de Israel que se acerque a Yave, pues ha oído Yave sus murmuraciones.» 10 Mientras hablaba Arón a toda la asamblea de los hijos de Israel, volviéronse éstos de cara al desierto y apareció la gloria de Yave en la nube. 11 Yave dijo a Moisés: 12 «He oído las murmuraciones de los hijos de Israel. Diles: Entre dos luces comeréis carne y mañana os hartaréis de pan, y sabréis que yo soy Yave, vuestro Dios.» 13 A la tarde vieron subir codornices que cubrieron el campo, y a la mañana había en todo él una capa de rocío. 14 Cuando el rocío se evaporó, vieron sobre la superficie del desierto una cosa menuda, como granos, parecida a la escarcha. 15 Los hijos de Israel, al verla, se preguntaban unos a otros: «¿Manhu?», pues no sabían lo qué era. 16 Moysés les dijo: «Ese es el pan que os da Yave, para alimento. Mirad que Yave ha mandado que cada uno de vosotros recoja la cantidad que necesita para alimentarse, un *gomer* por cabeza, según el número de personas; cada uno recogerá para cuantos tenga en su tienda.»

17 Los hijos de Israel no obedecieron, y recogieron unos más, otros menos. 18 Pero al medir luego con el *gomer*, hallaron que el que había recogido de más no tenía nada de más, y el que había recogido de menos no tenía nada de menos, sino que tenía cada uno lo que para su alimento necesitaba.

19 Moisés dijo: «Que nadie deje nada para mañana.» 20 No obedecieron a Moisés, y muchos dejaron algo para el día siguiente; pero se llenó de gusanos y se pudrió. Irritóse Moisés contra ellos. 21 Todas las mañanas recogían el maná, cada uno según su consumo, y cuando el sol dejaba sentir sus ardores, el resto se liquidaba.

22 El día sexto recogieron doble cantidad de alimento, dos *gomer* por cabeza. Todos los principales del pueblo vinieron a decírselo a Moisés, 23 que les contestó: «Eso es lo que ha mandado Yave. Mañana es sábado, día de descanso consagrado a Yave. Moled lo que hayáis de moler, y coced lo que hayáis de cocer, y lo que sobre guardadlo para mañana.» 24 Guardáronlo para el día siguiente, y no se pudrió, ni se agusanó. 25 Moisés dijo: «Comed eso hoy, que es sábado, y hoy no lo habrá en el campo. 26 Recogeréis seis días; el séptimo, sábado, no lo hallaréis.» 27 Al séptimo día salieron algunos del pueblo a recoger, pero no lo había. 28 Y Yave dijo a Moisés: «¿Hasta cuándo rehusaréis guardar mis mandatos y mis

leyes? 29 Mirad que Yave os ha dado el sábado, y por eso el día sexto os da pan para dos días. Que se quede cada uno en su puesto, y no salga de él el día séptimo.» 30 El pueblo descansó el día séptimo.

31 La casa de Israel dió a este alimento el nombre de maná. Era parecido a la semilla del cilantro, blanco, y tenía un sabor como de torta de harina de trigo amasada con miel. 32 Moisés dijo: «Yave ha ordenado que se llene un *gomer* de maná para conservarlo, y puedan ver vuestros descendientes el pan con que yo os he alimentado en el desierto, cuando os saqué de la tierra de Egipto.» 33 Dijo, pues, Moisés a Arón: «Coge un vaso, pon en él un *gomer* de maná lleno, y depositalo ante Yave, que se conserve para vuestros descendientes.» 34 Arón lo depositó ante el Testimonio, para que se conservase, como se lo había mandado Yave a Moisés.

35 Comieron los hijos de Israel el maná durante cuarenta años, hasta que llegaron a la tierra habitada. Lo comieron hasta llegar a los confines de la tierra de Canán. 36 El *gomer* es la décima parte del *e'a*.

Brota el agua de la roca de Horeb.

17 1 Marchóse la congregación de los hijos de Israel del desierto de Sin, según las etapas que Yave les ordenaba, y acamparon en Rafidim, donde no halló el pueblo agua que beber. 2 Entonces el pueblo se querelló contra Moisés, diciendo: «Danos agua que beber.» Moisés les respondió: «¿Por qué os querelláis contra mí? ¿Por qué tentáis a Yave?» 3 Pero el pueblo, sediento, murmuraba contra Moisés y decía: «¿Por qué nos hiciste salir de Egipto, para matarnos de sed a nosotros, a nuestros hijos y a nuestros ganados?» 4 Moisés clamó a Yave, diciendo: «¿Qué voy a hacer con este pueblo? Poco más y me apedrean.» 5 Yave dijo a Moisés: «Vete delante del pueblo, y toma contigo a ancianos de Israel; lleva en tu mano el cayado con que heriste el río, y vé, 6 que yo estaré ante ti en la roca que hay en Horeb. Hiere la roca, y saldrá de ella agua, para que beba el pueblo.» Hízolo así Moisés en presencia de los ancianos de Israel, 7 y dió a este lugar el nombre de Masa y Meriba, por la querella de los hijos de Israel, y porque habían tentado a Yave, diciendo: «¿Está Yave en medio de nosotros o no?»

Victoria contra Amalec.

8 Amalec vino a Rafidim a atacar a los hijos de Israel, 9 y Moisés dijo a Josué: «Elígenos hombres, y ataca mañana a Amalec. Yo estaré sobre el vértice de la colina con el cayado de Dios en la mano.» 10 Josué hizo lo que le había mandado Moisés, y atacó a Amalec. Arón y Jur subieron al vértice de la colina. 11 Mientras Moisés tenía alzada la mano, llevaba Israel la ventaja, y cuando la bajaba, prevalecía Amalec. Moisés estaba cansado y sus manos le pesaban; tomando, pues, una piedra, la pusieron debajo de él para que se sentara, y al mismo tiempo Arón y Jur sostenían sus manos, uno de un lado, otro del otro, y así no se le cansaron las manos hasta la puesta del sol, 13 y Josué derrotó a Amalec al filo de la espada.

14 Yave dijo a Moisés: «Pon eso por escrito para recuerdo, y di a Josué que yo borraré a Amalec de debajo del cielo.» 15 Moisés alzó un altar, y lo dió el nombre de Yave Nesi, 16 diciendo: «Pues que se alzó mi mano contra quien me tentó, estará Yave en guerra de generación en generación.»

Viene Jetro con la mujer y los hijos de Moisés.

18 Jetro, sacerdote de Madián, suegro de Moisés, supo lo que había hecho Dios en favor de Moisés y de Israel, su pueblo, que había sacado Yave de Egipto. 2 Tomó Jetro, suegro de Moisés, a Séfora, mujer de Moisés, a quien éste había hecho volverse y a los dos hijos de Séfora, de los cuales uno se llamaba Gersón, porque Moisés había dicho: «Soy un extranjero en tierra extranjera», 4 y el otro Eliezer, porque había dicho: «El Dios de mi padre me ha socorrido y me ha librado de la espada del Faraón.» 5 Jetro, suegro de Moisés, con los hijos y la mujer de Moisés, vino a éste al desierto, donde estaba acampado, al monte de

Dios. 6 Mandó a decir a Moisés: «Yo, tu suegro Jetro, voy a ti con tu mujer, y con ella sus dos hijos.» 7 Moisés salió al encuentro de su suegro, y después de haberse prosternado, le besó. Después de preguntarse uno a otro por la salud, entraron en la tienda de Moisés. 8 Moisés contó a su suegro todo cuanto había hecho Yave al Faraón y a los egipcios en favor de Israel, y todas las contrariedades que en el camino habían tenido, y cómo Yave le había librado de ellas. 9 Jetro se felicitó de todo el bien que Yave había hecho a Israel librándole de la mano de los egipcios: 10 «Bendito sea Yave—dijo— que os ha librado de la mano de los egipcios y de la del Faraón, y que ha librado al pueblo de la mano de los egipcios. 11 Ahora sé bien que Yave es más grande que todos los dioses, pues se ha mostrado grande cuando los egipcios oprimían a Israel.» 12 Jetro, suegro de Moisés ofreció a Dios un holocausto y sacrificios. Arón y todos los ancianos de Israel comieron con él ante Dios.

Consejo de Jetro a Moisés.

13 Al día siguiente sentóse Moisés para juzgar al pueblo, y el pueblo estuvo delante de él desde la mañana hasta la tarde. 14 El suegro de Moisés, viendo lo que el pueblo hacía, dijo: «¿Cómo haces eso con el pueblo? ¿Por qué te sientas tú sólo a juzgar, y todo el mundo está delante de ti desde la mañana hasta la tarde?» 15 Moisés respondió a su suegro: «Es que el pueblo viene a mí para consultar a Dios. 16 Cuando tienen alguna querella, vienen a mí, y yo pronuncio entre ellos, haciéndoles saber los mandatos de Dios y sus leyes.» 17 El suegro de Moisés dijo a éste: «Lo que haces no está bien. Te consumes neciamente y consumes al pueblo que tiene que estar delante de ti. 18 Ese trabajo es superior a tus fuerzas, y no puedes llevarlo tú solo. 19 Oyeme, yo voy a darte un consejo, y que Dios sea contigo. Sé tú el representante del pueblo ante Dios, y lleva ante él los asuntos. 20 Enséñales el camino que han de seguir y lo que deben hacer. 21 Pero escoge de entre todo el pueblo a hombres capaces y temerosos de Dios, íntegros, enemigos de la avaricia, y constitúyelos sobre el pueblo como jefes de millar, de centena, de cincuentena y de decena. 22 Que juzguen ellos al pueblo en todo tiempo y te lleven a ti los asuntos de mayor importancia, decidiendo ellos mismos en los menores. Aligera tu carga, y que te ayuden ellos a soportarla. 23 Si esto haces, tú podrás sostenerte, y el pueblo podrá atender en paz a lo suyo.» 24 Siguió Moisés el consejo de su suegro, e hizo lo que le había dicho. 25 Eligió de entre todo el pueblo a hombres capaces, que puso sobre el pueblo como jefes de millar, de centena, de cincuentena y de decena. 26 Ellos juzgaban al pueblo en todo tiempo, y llevaban a Moisés los asuntos graves, resolviendo por sí todos los pequeños. 27 Despidió Moisés a su suegro, y Jetro se volvió a su tierra.

Alianza de Dios con el pueblo en el Sinaí.

19 1 El día primero del tercer mes después de la salida de Egipto, llegaron los hijos de Israel al desierto del Sinaí. 2 Partieron de Rafidim, y llegados al desierto del Sinaí, acamparon en el desierto. Israel acampó frente a la montaña. 3 Subió Moisés a Dios, y Yave le llamó desde lo alto de la montaña, diciendo: «Habla así a la casa de Jacob, di esto a los hijos de Israel: 4 «Vosotros habéis visto lo que yo he hecho a Egipto, y cómo os he llevado sobre alas de águila, y os he traído a mí. 5 Ahora, si oís mi voz y guardáis mi alianza, vosotros seréis mi pueblo entre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra, 6 pero vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y una nación santa» (1). Estas son las palabras que has de decir a los hijos de Israel.»

7 Moisés vino, y llamó a los ancianos de Israel, y les expuso todas estas palabras, como Yave se lo había mandado. 8 El pueblo todo entero respondió: «Nosotros haremos

(1) Este concepto del sacerdocio y de la santidad del pueblo está estrechamente ligado con el de ser Israel el pueblo primogénito de Dios. (4. 22.) Según el derecho primitivo, el sacerdocio estaba vinculado a la primogenitura, y por tanto Israel, el primogénito de los pueblos, es el pueblo sacerdote que, por consiguiente, ha de ser santo.

todo cuanto ha dicho Yave.» Moisés fué a transmitir a Yave las palabras del pueblo, [9] y Yave dijo a Moisés (1): «Yo vendré a ti en una densa nube, para que vea el pueblo que yo hablo contigo, y tenga siempre fe en ti.» Una vez que Moisés hubo transmitido a Yave las palabras del pueblo, [10] Yave le dijo: «Ve al pueblo, y santificalos hoy y mañana. Que laven sus vestidos, [11] y estén prestos para el día tercero, porque al tercer día bajará Yave a la vista de todo el pueblo, sobre la montaña del Sinaí. [12] Tú marcarás al pueblo un límite en torno, diciendo: Guardaos de subir vosotros a la montaña y de tocar el límite, porque quien tocare la montaña, morirá. [13] No pondrá nadie la mano sobre él, sino que será lapidado o asaeteado. Hombre o bestia, no ha de quedar con vida. Cuando se toque la trompeta, entonces subirán a la montaña.» [14] Bajó Moisés de la montaña a donde estaba el pueblo, y le santificó, y ellos lavaron sus vestidos. [15] Después dijo al pueblo: «Aprestaos durante tres días, y nadie toque mujer.» [16] Al tercer día hubo truenos y relámpagos, y una densa nube sobre la montaña, y un muy fuerte sonido de trompetas, y el pueblo temblaba en el campamento. [17] Moisés hizo salir de él al pueblo para ir al encuentro de Dios, y se quedaron al pie de la montaña. [18] Todo el Sinaí humeaba, pues había descendido Yave en medio de fuego, y subía el humo, como el humo de un horno, y toda la montaña retemblaba fuertemente. [19] El sonido de la trompeta se hacía cada vez más fuerte. Moisés hablaba, y Yave le respondía con una voz. [20] Descendió Yave sobre la montaña del Sinaí, sobre la cumbre de la montaña, y llamó a Moisés a la cumbre, y Moisés subió a ella. [21] Yave dijo a Moisés: «Baja, y prohibe terminantemente al pueblo que traspase el término marcado, para acercarse a Yave y ver, no vayan a perecer muchos de ellos. [22] Que aun los sacerdotes, que son los que se acercan a Yave, se santifiquen, no los hiera Yave.» [23] Moisés dijo a Yave: «El pueblo no podrá subir a la montaña del Sinaí, pues lo has prohibido terminantemente, diciendo que señalara un límite en torno a la montaña y la santificara.» [24] Yave le respondió: «Ve, baja, y subes luego con Arón; pero que los sacerdotes y el pueblo no traspasen los términos, para acercarse a Yave, no los hiera.» [25] Moisés bajó y se lo dijo al pueblo.

(1) En esta teofanía, como en las siguientes, preséntase Dios al pueblo en forma de nube, figura que Israel no puede reproducir, queriendo Dios con esto confirmar el segundo mandamiento del Decálogo, como se nos explica en Deut. 4. 19.

El Decálogo.

20 [1] Y habló Dios todo esto, diciendo:

[2] «Yo soy Yave, tu Dios, que te ha sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. [3] Tú no tendrás otro dios que a mí. [4] No te harás imágenes talladas, ni figuración alguna de lo que hay en lo alto en los cielos, ni de lo que hay abajo sobre la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra. [5] No te postrarás ante ellas, y no las servirás, porque yo soy Yave, tu Dios, un Dios celoso, que castiga en los hijos las iniquidades de los padres, hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian, [6] y hago misericordia hasta mil generaciones de los que me aman y guardan mis mandamientos.

[7] No tomarás en falso el nombre de Yave, tu Dios, porque no dejará Yave sin castigo al que tome en falso su nombre.

[8] Acuérdate del día del sábado para santificarlo. [9] Seis días trabajarás y harás tus obras, [10] pero el séptimo día es día de descanso, consagrado a Yave, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu ganado, ni el extranjero que esté dentro de tus puertas; [11] pues en seis días hizo Yave los cielos y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene, y el séptimo descansó; por eso bendijo Yave el día del sábado y lo santificó.

[12] Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años en la tierra que Yave, tu Dios, te da.

[13] No matarás.

[14] No adulterarás.

[15] No robarás.

[16] No testificarás contra tu prójimo falso testimonio.

[17] No desearás el bien de tu prójimo, ni la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni

su asno, ni nada de cuanto le pertenece.» (1).

18 Todo el pueblo oía los truenos y el sonido de la trompeta, y veía las llamas y la montaña humeante; y atemorizados, llenos de pavor, se estaban lejos.

19 Dijeron a Moisés: «Háblanos tú, y te escucharemos; pero que no nos hable Dios, no muramos.» 20 Respondió Moisés: «No temáis, que para probaros ha venido Dios, para que tengáis siempre ante vuestros ojos su temor y no pequéis.» 21 El pueblo se estuvo a distancia, pero Moisés se acercó a la nube donde estaba Dios.

22 (2) Yave dijo a Moisés: «Habla así a los hijos de Israel: Vosotros mismos habéis visto como os he hablado yo desde el cielo. 23 No os hagáis conmigo dioses de plata, ni os hagáis dioses de oro. 24 Me alzarás un altar de tierra sobre el cual me ofrecerás tus holocaustos, tus hostias pacíficas, tus ovejas y tus bueyes. En todos los lugares donde yo haga memorable mi nombre, vendré a ti y te bendeciré. 25 Si me alzas altar de piedras, no lo harás de piedras labradas, porque al levantar tu cincel contra la piedra la profanas. 26 No subirás por gradas a mi altar, para que no se descubra tu desnudez.

Leyes respecto de la vida y la libertad,

21 1 He aquí las leyes que les darás: 2 Si compras un siervo hebreo, te servirá por seis años; al séptimo saldrá libre, sin pagar nada. 3 Si entró solo, solo saldrá; si teniendo mujer, saldrá con él su mujer. 4 Pero si el amo le dió mujer, y ella le dió a él hijos o hijas, la mujer y los hijos serán del amo, y él saldrá solo 5 Si el siervo dijere: Yo quiero a mi amo, a mi mujer y a mis hijos, no quiero salir libre; 6 entonces el amo le llevará ante los jueces, y acercándose a la puerta de la casa o a la jamba de ella, le perforará la oreja con un punzón, y el siervo lo será suyo de por vida.

7 Si vendiere un hombre a su hija, por sierva, no saldrá ésta como los otros siervos. 8 Si ella desplace a su amo, al que estaba destinada, éste permitirá que sea redimida; pero no podrá venderla a extraños, después de haberla despreciado. 9 Si la destinaba a su hijo, la tratará como se trata a los hijos; 10 y si para éste tomare otra mujer, proveerá a la sierva de alimento, vestido y lecho. 11 y si de estas tres cosas no la proveyere, podrá ella salirse sin pagar nada, sin rescate.

12 El que hiera mortalmente a otro, será castigado con la muerte; 13 pero si no pretendía él herirle, y sólo porque Dios se lo puso ante la mano le hirió, yo le señalaré un lugar donde podrá refugiarse. 14 Si de propósito mata un hombre a su prójimo traidoramente, de mi altar mismo le arrancarás para darle muerte. 15 El que hiera a su padre o a su madre, será muerto. 16 El que robe un hombre, háyalo vendido o téngalo en su poder, será muerto. 17 El que maldijere a su padre o a su madre, será muerto.

18 Si riñen dos hombres, y uno hiere al otro con piedra o con el puño, sin causarle la muerte, pero de modo que éste tuviese que hacer cama: 19 si el herido se levanta, y puede salir fuera apoyado en su bastón, el que le hirió será quito pagándole lo no trabajado y lo gastado en la cura.

20 Si uno hiere con palo a su siervo o a su sierva, de modo que muriere a su mano, se le exigirá responsabilidad; 21 pero si sobreviviere un día o dos, no, pues hacienda suya era.

22 Si en riña de hombres golpeare uno a una mujer encinta, y el niño naciere sin más daño, será multado en la cantidad que el marido de la mujer pida y decidan los jueces; 23 pero si resultare algún daño, entonces dará

(1) Este decálogo, que contiene los fundamentos de la ley mosaica, no tiene paralelo alguno en las religiones gentílicas ni en la filosofía antigua. Fuera del que aquí es el quinto, todos sus preceptos tienen forma negativa, de prohibición. Tampoco se le ha de considerar como idéntico al decálogo cristiano. Es a él lo que la ley es al Evangelio. Sus preceptos pueden dividirse en tres grupos. El primero, que contiene los cuatro primeros preceptos, se refiere a Dios, excluyendo toda idolatría, las imágenes de Dios en el culto, el perjurio, pues el juramento llama, invoca a Dios por testigo, y el trabajo en el sábado, que es la profanación del día por él santificado. El quinto precepto prescribe la honra a los padres, y es el único a que expresamente se une una promesa. El tercer grupo se refiere al bien del prójimo, condenando el homicidio, el adulterio, el robo, la calumnia, y la codicia de los bienes del prójimo, incluyendo en éstos a la mujer.

(2) El conjunto de leyes comprendido entre 20. 22-23. 33, se llama comúnmente Código de la alianza»

vida por vida, [24] ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, [25] quemadura por quemadura, herida por herida, cardenal por cardenal.

[26] Si uno diere a su siervo o a su sierva un golpe en un ojo, y se lo hiciere perder, habrá de ponerle en libertad en compensación del ojo. [27] Y si le hiciere caer al siervo o a la sierva un diente, le dará libertad en compensación de su diente.

[28] Si un buey acornea a un hombre o a una mujer, y se sigue la muerte, el buey será lapidado, no se comerá su carne, y el dueño será quito. [29] Pero si ya de mucho antes el buey acorneaba, y requerido el dueño, no lo tuvo encerrado, el buey será lapidado, si mata a un hombre o a una mujer, pero el dueño será también reo de muerte. [30] Si en vez de la muerte le pidieran al dueño un precio como rescate de la vida, pagará lo que se le imponga. [31] Si el buey hiere a un niño o a una niña, se aplicará esta misma ley; [32] pero si el herido fuese un siervo o una sierva, pagará el dueño treinta siclos de plata al dueño del esclavo o de la esclava, y el buey será lapidado.

[33] Si uno abre una cisterna, o cava una, y no la cubre, y cayere en ella un buey o un asno, [34] pagará el dueño de la cisterna en dinero el precio al dueño de la bestia, pero lo muerto será para él.

[35] Si el buey de uno acornea a un buey de otro, y éste muere, se venderá el buey vivo, partiéndose el precio, y se repartirán igualmente el buey muerto. [36] Pero si se sabe que el buey acorneaba ya de mucho tiempo atrás, y su dueño no lo tuvo encerrado, dará éste buey por buey, y el buey muerto será para él.

Leyes relativas a la propiedad.

22 [1] Si uno roba un buey o una oveja, y la mata o la vende, restituirá cinco bueyes por uno y cuatro ovejas por oveja. [2] Si el ladrón fuere sorprendido forzando de noche, y fuese herido y muriese, no será el que le hiere reo de sangre; [3] pero si hubiese ya salido el sol, responderá de la sangre. [4] El ladrón restituirá; y si no tiene con qué, será vendido por lo que robó; y si lo que robó, buey, asno u oveja, se encuentra todavía vivo en sus manos, restituirá el doble. [5] Si uno daña un campo o una viña, dejando pastar su ganado en el campo o en la viña de otro, restituirá por lo mejor del campo o lo mejor de la viña.

[6] Si propagándose un fuego por los espinos, quema mieses recogidas o en pie, o un campo, el que encendió el fuego pagará el daño. [7] Si uno da a otro en depósito dinero o utensilios, y fueren éstos robados de la casa del otro, el ladrón, si es hallado, restituirá el doble. [8] Si no parece el ladrón, el dueño de la casa se presentará ante Dios, jurando no haber puesto su mano sobre lo ajeno. [9] Toda acusación de fraude, sea de buey, de asno, de oveja, de vestido, de cualquier cosa desaparecida, de que se diga, «esto es», decídase por juramento ante Dios. El que fuere condenado restituirá el doble.

[10] Si uno entrega en depósito a su prójimo, asno, buey, oveja o cualquier otra bestia, y lo depositado muere o se estropea, o es cogido por los enemigos, sin que nadie lo haya visto, [11] se interpondrá entre ambas partes el juramento de Yave, de no haber puesto el depositario mano sobre el bien de su prójimo. El dueño aceptará el juramento, y el depositario no será obligado a restituir; [12] pero si la bestia le fué robada, restituirá al dueño. [13] Si la bestia fuere despedazada, preséntese lo destrozado, y no tendrá que restituir.

[14] Si uno pide a otro prestada una bestia, y ésta se estropea o muere, no estando presente el dueño, el prestatario será obligado a restituir; [15] pero si estaba presente el dueño, no tendrá que restituir el prestatario. Si el préstamo fué por precio, reciba el dueño lo estipulado.

[16] Si uno seduce a una virgen no desposada, y tiene con ella comercio carnal, pagará su dote y la tomará por mujer. [17] Si el padre rehusa dársela, el seductor pagará la dote que se acostumbra dar por las vírgenes.

[18] No dejarás con vida a los hechiceros.

[19] El reo de bestialidad será muerto.

[20] Los que ofrezcan sacrificios a dioses extraños serán exterminados.

[21] No maltratarás al extranjero ni le oprimirás, pues extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto.

22 No dañarás a la viuda ni al
huérfano. 23 Si eso haces, ellos cla-
marán a mí, y yo oiré sus clamores;
24 se encenderá mi cólera y os des-
truiré por la espada, y vuestras mu-
jeres serán viudas, y vuestros hijos,
huérfanos.
25 Si prestas dinero a uno de mi
pueblo, a un pobre que habita en
medio de vosotros, no te portarás
con él como acreedor, y no le exigirás
usura.
26 Si tomas en prenda el manto de
tu prójimo, se lo devolverás antes
de la puesta del sol, 27 porque con
eso se cubre él, con eso viste su carne,
y ¿con qué va a dormir? Clamará a mí,
y yo le oiré, porque soy misericordioso.
28 No desacreditarás a los jueces,
ni denigrarás a los príncipes de tu
pueblo.
29 No dilatarás ofrecerme las pri-
micias de tus cosechas y de tu lagar.
Me darás el primogénito de tus hijos.
30 Así harás con el primogénito de
tus vacas y tus ovejas; quedará
siete días con su madre, y al octavo
me lo darás.
31 Sed para mí santos. No comeréis
la carne despedazada en el campo,
se la echaréis a los perros.

23 1 No esparzas rumores falsos.
No te unas con los impíos para
testificar en falso. 2 No te dejes arras-
trar a ello por otros.
En las causas no respondas porque
así respondan otros; 3 ni aun en las
de los pobres mentirás por compa-
sión de ellos.
4 Si encuentras el buey o el asno
de tu enemigo perdidos, llévaselos.
5 Si encuentras el asno de tu enemigo
caído bajo la carga, no pases de
largo, ayúdale a levantarlo.
6 No tuerzas el derecho del pobre
en sus causas. Aléjate de toda men-
tira, y no hagas morir al inocente
y al justo, porque yo no absolveré
al culpable. 8 No recibas regalos,
que ciegan a los prudentes y tuercen
la justicia.
9 No hagáis daño al extranjero;
ya sabéis lo que es un extranjero,
pues extranjeros fuísteis vosotros en
la tierra de Egipto.

Diversas leyes ceremoniales.

10 Sembrarás tu tierra seis años y
recogerás sus cosechas; 11 al séptimo
la dejarás descansar, que coman los
pobres de tu pueblo, y lo que quede
lo coman las bestias del campo. Eso
harás también con las viñas y los
olivares.
12 Seis días trabajarás, y descan-
sarás al séptimo, para que descansen
también tu buey y tu asno, y se
recobre el hijo de tu esclava y el
extranjero.
13 Guardad cuanto os he mandado.
No te acuerdes del nombre de dioses
extraños, ni se oiga de tus labios.
14 Tres veces cada año (1) celebraréis fiesta solemne. 15 Guarda la
fiesta de los ácimos, comiendo ácimo
siete días, como os he mandado, en
el mes de Abib; pues en ese mes
saliste de Egipto. No te presenta-
rás ante mí con las manos vacías.
16 También la solemnidad del co-
mienzo de la recolección, de las pri-
micias de tu trabajo, de cuanto
hayas sembrado en tus campos.
17 También la solemnidad del fin
del año y de la recolección, cuando
habrás recogido del campo todos sus
frutos. 18 Tres veces en el año com-
parecerá todo varón ante Yave, tu
Dios.
No acompañarás de pan fermentado
la sangre de tu víctima, ni dejarás
la carne de ésta para el día siguiente.
19 Llevarás a la casa de Yave,
tu Dios, las primicias de los frutos
de tu suelo.
No cocerás el cabrito en la leche
de su madre.
20 Yo mandaré a un ángel ante ti,
para que te defienda en el camino
y te haga llegar al lugar que te he
dispuesto. 21 Acátale, y escucha su
voz, no le resistas, porque no per-
donará vuestras rebeliones y porque
lleva mi nombre. 22 Pero si le escu-
chas, y haces cuanto él te diga,
yo seré el enemigo de tus enemigos,
y afligiré a los que te aflijan, 23 pues
mi ángel marchará delante de ti y
te conducirá a la tierra de los amo-
rreos, de los geteos, de los fereceos
de los cananeos, de los jeveos y de
los jebuseos, que yo exterminaré.

(1) Estas fiestas tienen un doble carácter; son fiestas agrícolas, y en este aspecto, si no todas, alguna se halla entre los pueblos gentiles. Para Israel, el principal aspecto es el histórico. La pascua, conmemoración de la salida de Egipto; la fiesta de los tabernáculos, memoria de la estancia en el desierto; la de pentecostés, si no lo fué desde el principio, quedó después como conmemoración de la promulgación de la ley.

24 No adores sus dioses ni los sirvas;
no imites sus costumbres, y derriba
y destruye sus cipos. 25 Servirás a
Yave, tu Dios, y él bendecirá tu
pan y tu agua, y alejará de en medio
de vosotros las enfermedades, 26 y
no habrá en vuestra tierra mujer
que se quede sin hijos, ni sea estéril,
y vivirás largos años. 27 Mi terror
te precederá, y perturbaré a todos
los pueblos a que llegues, y todos
tus enemigos volverán ante ti las
espaldas, 28 y mandaré ante ti tábanos,
que pondrán en fuga a jeveos,
cananeos y geteos delante de ti.
29 No los arrojaré en un solo año,
no quede la tierra desierta, y se
multipliquen contra ti las fieras.
30 Poco a poco los haré desaparecer
ante ti hasta que crezcas y poseas la
tierra. 31 Te doy por confines desde
el Mar Rojo hasta el Mar de Palestina
y desde el desierto hasta el río.
Pondré en tus manos a los habitantes
de esa tierra, y los arrojarás
de ante ti. 32 No pactarás con ellos
ni con sus dioses; 33 no sea que habitando
en tu tierra, te hagan pecar
contra mí y sirvas a sus dioses, que
sería tu ruina.»

Moisés, con los ancianos, sube al Sinaí.

24 1 Dijo también a Moisés: «Sube
a Yave tú, Arón, Nadab y
Abiú, con setenta de los ancianos
de Israel, y adoraréis desde lejos.
2 Sólo Moisés se acercará a Yave,
pero ellos no se acercarán, ni subirá
con ellos el pueblo.» 3 Vino, pues,
Moisés, y trasmitió al pueblo todas
las palabras de Yave y sus leyes,
y el pueblo a una voz respondió:
«Todo cuanto ha dicho Yave, lo
cumpliremos.» 4 Escribió Moisés todas
las palabras de Yave. Levantóse
de mañana, y alzó al pie de la montaña
un altar y doce piedras, por
las doce tribus de Israel; 5 y mandó a
algunos jóvenes, hijos de Israel, y
ofrecieron a Yave holocaustos, inmolaron
toros, víctimas pacíficas a Yave.
6 Tomó Moisés la mitad de la sangre,
poniéndola en vasijas, y la otra
mitad la derramó sobre el altar.
7 Tomando después el Libro de la
Alianza, se lo leyó al pueblo, que
respondió: «Todo cuanto dice Yave,
lo cumpliremos, obedeceremos.» 8 Tomó
él la sangre y aspergió al pueblo,
diciendo: «Esta es la sangre de la
alianza que hace con vosotros Yave:
sobre todas estas palabras.» 9 Subió
Moisés con Arón, Nadab y Abiú y
setenta ancianos de Israel, 10 y vieron
al Dios de Israel. Bajo sus pies había
como un pavimento de baldosas de
zafiro, brillantes como el mismo cielo.
11 No tendió su mano contra los que
de lejos le vieron. Comieron y bebieron.

Sube Moisés solo a la cumbre del Sinaí.

12 Dijo Yave a Moisés: «Sube a mí
al monte y estáte allí. Te daré
unas tablas de piedra, escritas en
ellas las leyes y mandamientos que
te he dado, para que se las enseñes.»
13 Cuando iba a subir Moisés a la
montaña con Josué, su ministro
14 dijo a los ancianos: «Esperadnos
aquí hasta que volvamos. Quedan
con vosotros Arón y Jur; si alguna
cosa grave hay, llevadla a ellos.»
15 Subió Moisés a la montaña, y
la nube la cubrió. 16 La gloria de Yave
estaba sobre el monte Sinaí y la
nube la cubrió durante seis días.
Al séptimo llamó Yave a Moisés de
en medio de la nube. 17 La gloria de
Yave parecía a los hijos de Israel
como un fuego devorador sobre la
cumbre de la montaña. 18 Moisés
penetró dentro de la nube, y subió
a la montaña, quedando allí cuarenta
días y cuarenta noches.

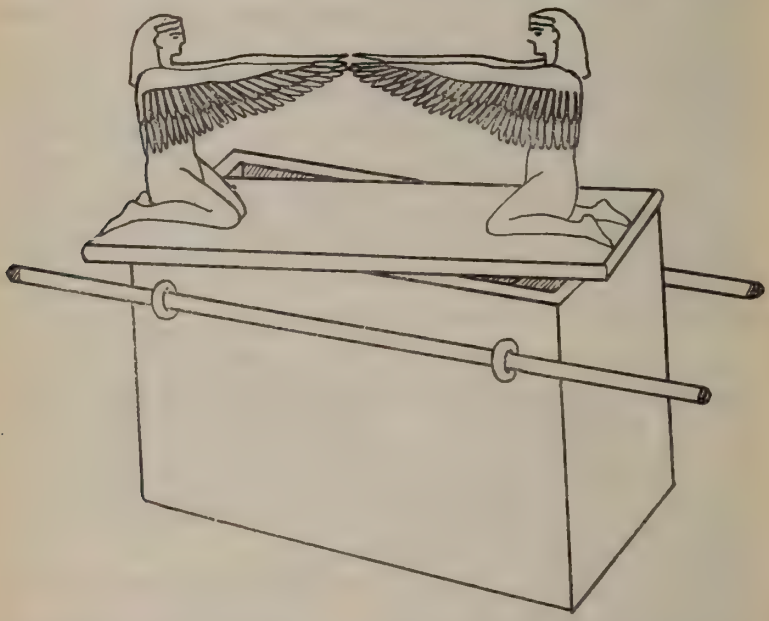
Mandato de construir el Tabernáculo.

25 1 Yave habló a Moisés, diciendo:
2 «Di a los hijos de
Israel que me traigan ofrendas; vosotros
las recibiréis para mí, de cualquiera
que de buen corazón las ofrezca.
3 He aquí las ofrendas que recibiréis
de ellos: oro, plata y bronce;
4 púrpura violada y púrpura escarlata,
carmesí; lino fino y pelo de
cabra; 5 pieles de carnero teñidas de
rojo y teñidas de violeta; madera de
acacia; 6 aceite para las lámparas,
aromas para el óleo de unción, y
para los incensarios; 7 piedras de
ónice y otras piedras de engaste
para el efod y el pectoral. 8 Que me
hagan un santuario, y habitaré en
medio de ellos. 9 Os ajustaréis a

cuanto voy a mostrarte como modelo del santuario y de sus utensilios (1).

El arca, el propiciatorio, los querubines.

10 Se hará un arca de madera de acacia, dos codos y medio de larga, codo y medio de ancha y codo y medio de alta.
11 La cubrirás de oro puro, por dentro y por fuera, y en torno de



ella pondrás una moldura de oro.
12 Fundirás para ella cuatro anillos de oro, que pondrás en los cuatro ángulos, dos de un lado y dos de otro. 13 Harás unas barras de madera de acacia, y las cubrirás de oro,
14 y las pasarás por los anillos de los lados del arca para que pueda llevarse. 15 Las barras quedarán siempre en los anillos y no se sacarán.
16 En el arca pondrás el testimonio que yo te daré.

17 Harás un propiciatorio de oro puro, de dos codos y medio de largo y un codo y medio de ancho. 18 Harás dos querubines de oro, de oro macizo, a los dos extremos del propiciatorio,
19 uno al uno, otro al otro lado de él. Los dos querubines estarán a los dos extremos. 20 Estarán cubriendo cada uno con sus dos alas desde arriba el propiciatorio, de cara el uno al otro, mirando al propiciatorio. 21 Pondrás el propiciatorio sobre el arca encerrando en ella el testimonio que yo te daré. 22 Allí me encontrarás, y de sobre el propiciatorio, de en medio de los dos querubines, te comunicaré yo todo cuanto para los hijos de Israel te mandare (1).

La mesa.

23 Harás de madera de acacia una mesa de dos codos de largo, un codo de ancho y codo y medio de

(1) Fué, pues, construído el tabernáculo y sus utensilios con los despojos de Egipto. (12. 34.) Minas de cobre para el bronce las había en la península del Sinaí, muy conocidas y explotadas por los egipcios.

(1) Estas palabras expresan un hecho fundamentalísimo en la religión mosaica, la habitación de Dios en medio de su pueblo, hecha sensible en el tabernáculo y después en

alto; [24] la revestirás de oro puro, y harás de ella una moldura de oro todo en derredor. [25] Harás también un reborde de un codo de alto en torno, enguirnaldado de oro. [26] Le harás también cuatro anillos de oro, que pondrás en los cuatro ángulos, cada uno a su pie [27] y por debajo de la moldura de oro, para meter por ellos las barras, para llevar la mesa. [28] Las barras para llevar la

mesa las harás también de madera de acacia y las cubrirás de oro. [29] Harás también sus platos, sus navetas, sus copas, sus tazas para las libaciones, [30] y tendrás sobre esa mesa perpetuamente ante mí los panes de la proposición.

El candelabro de oro.

[31] Harás un candelero de oro puro, todo lo harás de oro puro, de oro macizo, con su base, su tallo, sus cálices, sus globos y sus lirios saliendo de él. [32] Seis brazos saldrán de sus lados, tres del uno y tres del otro. [33] Tres cálices, a modo de flores de almendro, tendrá el primer brazo, con sus globos y lirios; tres cálices, a modo de flores de almendro, con sus globos y lirios, el segundo; y lo mismo todos los seis brazos que salen del tallo. [34] El tallo llevará cuatro cálices, a modo de flores de almendro, con sus globos y lirios: de cada dos brazos saldrá una flor, una sobre los dos inferiores, otra sobre los dos siguientes, y otra sobre los dos superiores. [36] Todo hará un solo cuerpo, y todo de oro puro, macizo. [37] Harás para él siete lámparas, que pondrás sobre el candelabro, para que luzcan de frente. [38] Las despabiladeras y la cazoleta donde se apaguen los pábilos cortados, serán

de oro puro. [39] Un talento de oro puro se empleará para hacer el candelabro con todos sus utensilios. [40] Mira, y hazlo conforme al modelo que en la montaña se te ha mostrado.

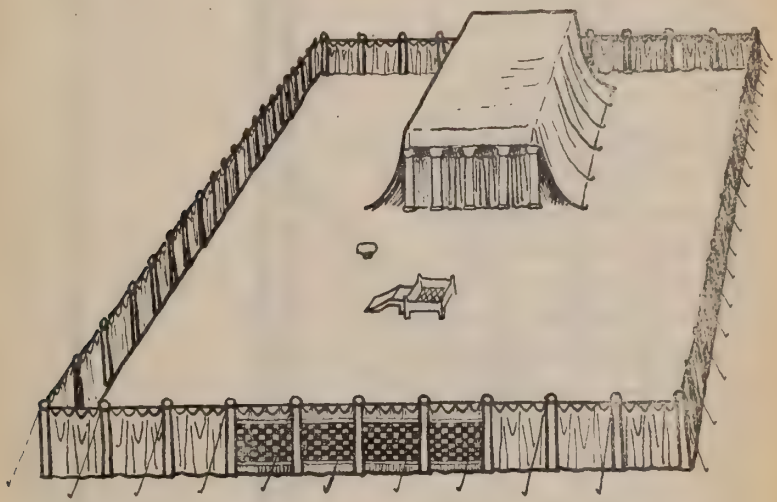
La morada o habitáculo.

26 [1] La morada la harás de diez cortinas; de hilo torzal de lino fino, teñido de púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí, entretejido y representando querubines en tejido plumario. [2] Cada cortina tendrá veintiocho codos de largo y cuatro codos de ancho; todas las cortinas tendrán las mismas dimensiones. [3] Las unirás de cinco en cinco, [4] y pondrás lazos de púrpura violeta en el borde de la cortina que termina el primer conjunto y lo mismo en el extremo del segundo. [5] Cincuenta lazos en el borde del primero y cincuenta en el borde del segundo, correspondiéndose los lazos los unos a los otros.

---

el templo, que la gloria de Dios llena, al inaugurarse. Esta es la principal gloria de Israel ante las naciones, ser el pueblo de Dios y ser Dios el Dios de este pueblo. (Deut. 4. 7.)

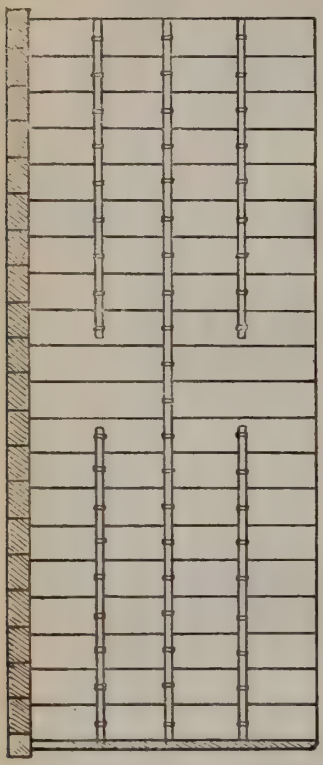
Pondrás cincuenta anillas en uno de los conjuntos de cortinas y cincuenta en el otro, contrapuestas entre sí. [6] Harás cincuenta garfios de oro, y unirás con ellos una cortina a la otra, para que hagan una sola morada. [7] Harás también once tapices de pelo de cabra para el tabernáculo, que cubrirá la morada. [8] Cada tapiz tendrá treinta codos de largo y cuatro de ancho. [9] Los unirás en dos grupos, uno de cinco y el otro sobre ésta, de pieles teñidas de color violeta. [15] Harás también para la morada tablones de madera de acacia, que pondrás de pie, [16] y tendrán cada uno diez codos de largo y codo y medio de ancho. [17] En cada uno habrá dos espigas paralelas entre sí. [18] De estos tablones, veinte estarán en el lado del austro, hacia el mediodía. [19] Harás cuarenta basas de plata para debajo de los veinte tablones, dos basas para debajo de cada tablón,



de seis, de modo que el sexto tapiz del segundo se doble sobre el frente del tabernáculo. [10] Harás cincuenta anillos de bronce, para el borde de uno de los conjuntos, para que pueda unirse al otro, y cincuenta para el borde del otro, para que pueda unirse al primero. [11] Harás también cincuenta garfios de bronce, para unir anillos con anillos, de modo que todo haga un solo tabernáculo. [12] Lo que sobresale de los tapices del uno que hay más, la mitad del tapiz sobrante, penderá sobre la parte posterior de la morada; y la otra mitad, [13] un codo de un lado, un codo del otro, que es lo que sobra de lo largo del tabernáculo, se extenderá sobre los lados de lo morada, a uno y a otro, para cubrirlos.

[14] Harás también para el tabernáculo una cubierta de pieles de carnero, teñidas de escarlata, y otra para las dos espigas. [20] En el otro lado de la morada, que mira al aquilón, harás otros veinte tablones [21] y cuarenta basas de plata, dos basas para debajo de cada tablón. [22] Al lado que mira al occidente pondrás seis tablones, [23] y otros dos en cada uno de los ángulos posteriores de la morada, [24] unidos ambos desde abajo hasta arriba, de modo que cada dos vengan a hacer un tablón angular. [25] Son, pues, entre todos ocho tablones con sus dieciséis basas de plata. [26] Harás también barras traveseras de madera de acacia, cinco para los tablones de un lado, [27] cinco para los del otro, y cinco para los tablones de la morada del lado que cierra el fondo hacia el occidente. [28] La barra travesera de en medio, que pasará por el medio de los tablones, se extenderá a todo lo largo de cada pared, desde el uno

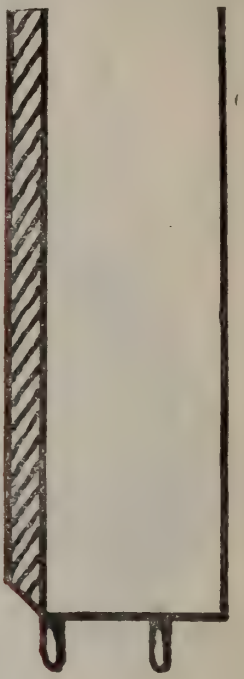
al otro extremo. [29] Los tablones los recubrirás de oro, y harás de oro los anillos en que han de entrar las barras traveseras, y éstas las



recubrirás también de oro. [30] Toda la morada la harás conforme al modelo que en la montaña te ha sido mostrado.

El velo de separación en la morada.

[31] Haz también un velo de lino torzal, de púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí, entretejido en tejido plumario, figurando querubines. [32] Le colgarás de cuatro columnas de madera de acacia recubiertas de oro, provistas de corchetes de oro, y sus cuatro basas de plata. [33] Colgarás el velo de los corchetes, y allí, detrás del velo, pondrás el arca del testimonio. [34] El velo servirá para separar el lugar santo del lugar santísimo. [35] Pondrás sobre el arca del testimonio el propiciatorio, en el lugar santísimo. La mesa la pondrás delante del velo; y frente a la mesa, el candelabro. Este, del lado meridional de la morada: la mesa, del lado del norte.

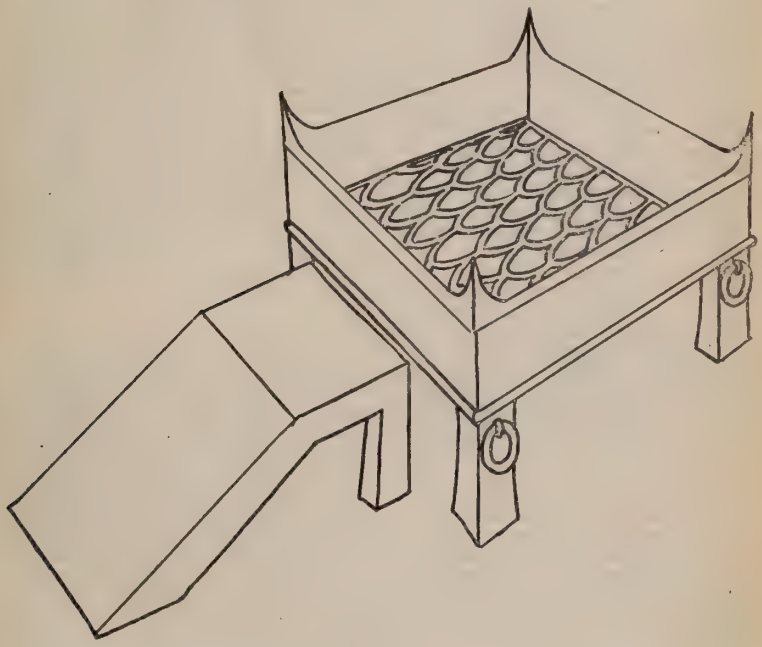


La cortina para la entrada del habitáculo.

[36] Harás también para la entrada del habitáculo un velo de lino torzal,

púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí, entretejido en tejido plumario. 37 Para este velo harás cinco columnas de madera de acacia, recubiertas de oro y con corchetes de oro, y fundirás para ellas cinco basas de bronce.

para el altar barras de madera de acacia, y las recubrirás de bronce. 7 Pasarán por sus anillos, y estarán a ambos lados del altar cuando haya de transportarse. 8 Lo harás hueco, en tableros, como en la montaña te ha sido mostrado.



El altar de los holocaustos.

27 1 Harás un altar de madera de acacia de cinco codos de largo y cinco de ancho, cuadrado, y tres codos de alto. 2 A cada uno de sus cuatro ángulos pondrás un cuerno; saldrán del altar, y los revestirás de bronce. 3 Harás para el altar un vaso para recoger las cenizas, paleta, aspersorio, tenazas e incensario; todos estos utensilios serán de bronce. 4 Harás para él una rejilla de bronce en forma de malla, y a los cuatro ángulos de la rejilla pondrás cuatro anillos de bronce. 5 La colocarás debajo de la corona del altar, a la mitad de la altura de éste. 6 Harás

El atrio.

9 Harás para la morada un atrio. Del lado del mediodía tendrá el atrio cortinas de lino torzal, en una extensión de cien codos a lo largo del lado, 10 y veinte columnas con sus basas de bronce. Los corchetes de las columnas y sus anillos serán de plata. 11 Lo mismo en el lado del norte, tendrá cortinas en un largo de cien codos, y veinte columnas con sus veinte basas de bronce. Los corchetes de las columnas y sus anillos serán de plata. 12 Del lado del occidente tendrá cortinas a lo largo de cincuenta codos, y diez columnas con sus diez basas. 13 Del lado de oriente, tendrá

también cincuenta codos [14] y en él habrá cortinas, a lo largo de quince codos desde un extremo [15] y quince desde el otro, con tres columnas y tres basas en una parte, y tres columnas y tres basas en la otra. [16] Para la entrada del atrio habrá un velo de veinte codos, de lino torzal en púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí, entretejido en tejido plumario, que colgará de cuatro columnas con sus cuatro basas. [17] Todas las columnas que cierran el atrio tendrán corchetes de plata y basas de bronce. [18] Será el atrio de cien codos de largo, cincuenta de ancho de ambos lados y cinco de alto, de lino torzal y basas de bronce.

[19] Todos los utensilios para el servicio de la morada, todos sus clavos y todos los clavos del atrio serán de bronce. [20] Manda a los hijos de Israel que traigan aceite de olivas machacadas, para alimentar continuamente la lámpara. [21] En el tabernáculo de la reunión, del lado de acá del velo tendido delante del testimonio, Arón y sus hijos las prepararán, para que ardan de la noche a la mañana en presencia de Yave. Es ley perpetua para los hijos de Israel, de generación en generación.

Las vestiduras sacerdotales.

28 [1] Y tú haz que se acerque Arón, tu hermano, con sus hijos, de en medio de los hijos de Israel, para que sean mis sacerdotes: Arón y Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar, hijos de Arón.

[2] Harás a Arón, tu hermano, vestiduras sagradas, para gloria y ornamento. [3] Te servirás para ello de los hombres diestros que ha llenado el espíritu de sabiduría, y ellos harán las vestiduras de Arón, para consagrarle, para que ejerza mi sacerdocio. [4] He aquí lo que han de hacer: un pectoral, un efod, una sobretúnica, una túnica a cuadros, una tiara y un ceñidor. [5] Se emplearán para ellas oro y telas tejidas en jacinto, púrpura y carmesí, y lino fino.

El efod.

[6] El efod lo harán de oro, e hilo torzal de lino, púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí, artísticamente entretejidos. [7] Tendrá dos hombreras para unirse la una con la otra banda, dos por extremo, y así se unirán. [8] El cinturón que llevará para ceñírselo será del mismo tejido que él, de lino torzal, oro, púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí. [9] Toma dos piedras de ónice, y graba en ellas los nombres de los hijos de Israel, [10] seis de ellos en una y seis en la otra, por el orden de su generación. [11] Las tallarás como se tallan las piedras preciosas, y grabarás los nombres de los hijos de Israel, como se graban los sellos; y las engarzarás en oro, [12] y las pondrás en los hombros del efod, una en cada uno, para memoria de los hijos de Israel; y así llevará Arón sus nombres sobre los hombros ante Yave, para memoria. [13] Harás también engarces de oro [14] y dos cadenillas de oro puro, a modo de cordón, y las fijarás en los engarces.

El pectoral.

[15] Harás un pectoral de juicio, del mismo tejido del efod, de hilo torzal de lino, oro, púrpura violeta, púrpura escarlata y carmesí. [16] Será cuadrado y doble, de un palmo de largo y uno de ancho. [17] Le guarnecerás de pedrería en cuatro filas. En la primera fila pondrás una sardónica, un topacio y una esmeralda; [18] en la segunda un rubí, un zafiro y un diamante; [19] en la tercera un ópalo, un ágata y una amatista; [20] y en la cuarta un crisólito, un ónice y un jaspe. [21] Todas estas piedras irán engarzadas en oro, cubriendo el pectoral, doce en número según el número de los hijos de Israel; como se graban los sellos, así se grabará en cada una el nombre de cada una de las doce tribus. [22] Harás para el pectoral cadenillas de oro puro, retorcidas a modo de cordón, [23] y dos anillos de oro, que pondrás a dos de los extremos del pectoral; [24] pasarán los dos cordones de oro por los dos anillos fijados en los extremos del pectoral; [25] y fijarás dos extremidades de los cordones a los engarces del pectoral y las otras dos extremidades las unes a los engarces de la parte anterior de las dos piedras de los hombros del efod. [26] Harás otros dos anillos de oro, que pondrás a los dos extremos inferiores del pectoral,

en el borde interior que se aplica el efod, [27] y dos anillos de oro, que pondrás en la parte superior de las hombreras del efod, por delante, cerca de la unión, y por encima del cinturón del efod. [28] Se unirá el pectoral por sus anillos a los anillos del efod con una cinta de jacinto, para que quede el pectoral por encima del cinturón del efod, sin poder separarse de él. [29] Así, cuando entre Arón en el santuario, llevará sobre su corazón los nombres de los hijos de Israel en el pectoral de juicio, en memoria perpetua ante Yave. [30] Pondrás también en el pectoral de juicio los *urim* y los *tummim*, para que estén sobre el corazón de Arón cuando se presente ante Yave, y lleve así constantemente sobre su corazón ante Yave el juicio de los hijos de Israel.

La sobretúnica.

[31] La tela de la sobretúnica del efod la harás toda enteriza de jacinto. [32] Tendrá en medio una abertura para la cabeza, y esta abertura tendrá todo en torno un refuerzo, tejido como el que llevan las orlas de los vestidos para que no se rompan. [33] En la parte inferior pondrás granadas de jacinto, de púrpura y de carmesí, alternando con campanillas de oro, todo en derredor, [34] una campanilla de oro y una granada sobre la orla de la vestidura, todo en torno. [35] Arón se revestirá de ella para su ministerio, para que se haga oír el sonido de las campanillas cuando entre y salga del santuario Yave, y no muera.

La diadema.

[36] Harás una lámina de oro puro, y grabarás en ella como se graban los sellos: «Santidad a Yave.» [37] La sujetarás con una cinta de jacinto a la tiara por delante. [38] Estará sobre la frente de Arón, y Arón llevará las faltas cometidas en todo lo santo que consagren los hijos de Israel en toda suerte de santas ofrendas; estará constantemente sobre la frente de Arón ante Yave, para que hallen gracia ante él.

La túnica, la tiara y los calzones.

[39] La túnica la harás de lino, y una tiara también de lino y un cinturón de varios colores.

[40] Para los hijos de Arón harás túnicas, cinturones y tiaras, para gloria y ornamento. [41] De estas vestiduras revestirás a Arón, tu hermano, y a sus hijos. Los ungirás, les llenarás las manos y los santificarás, para que me sirvan de sacerdotes. [42] Hazles calzones de lino para cubrir su desnudez, que lleguen desde la cintura hasta los muslos. [43] Los llevarán Arón y sus hijos cuando entren en el tabernáculo de la reunión, y cuando se acerquen al altar para servir en el santuario; así no incurrirán en falta y no morirán. Es ley perpetua ésta para Arón y para sus descendientes después de él.

La consagración de los sacerdotes.

29 [1] He aquí lo que has de hacer para consagrarlos sacerdotes a mi servicio. Tomarás de entre el ganado un novillo y dos carneros, todos sin mácula; [2] panes ácimos, tortas ácimas, amasadas con aceite, y frisuelos ácimos untados de aceite, todo ello hecho de flor de harina de trigo; [3] y lo pondrás todo en un cestillo, y lo presentarás así, al tiempo de la presentación del novillo y de los dos carneros. [4] Haz a Arón y a sus hijos avanzar a la entrada del tabernáculo de la reunión, y lávalos con agua. [5] Después, tomando las vestiduras, viste a Arón la túnica, la sobretúnica, el efod y el pectoral, y cíñele el efod con el cinturón. [6] Pon sobre su cabeza la tiara, y en la tiara la lámina de la santidad. [7] Toma el óleo de unciones, derrámalo sobre su cabeza, y le ungirás. [8] Haz que se acerquen sus hijos, y les revistes las túnicas, [9] los cíñes con los cinturones y les pones las tiaras. A ellos les corresponderá el sacerdocio por ley perpetua. Tú instituirás a Arón y a sus hijos. [10] Trae luego el novillo ante el tabernáculo de la reunión, y Arón y sus hijos pondrán sus manos sobre la cabeza del novillo. [11] Degüella el novillo ante Yave, a la entrada del tabernáculo de la reunión; [12] toma la sangre del novillo, y con tu dedo unta de ella los cuernos del altar, y la derramas al pie del altar. [13] Coge

todo el sebo que cubre las entrañas, la redecilla del hígado y los dos riñones con el sebo que los envuelve, y lo quemas todo en el altar. 14 La carne del novillo, la piel y los excrementos, los quemarás fuera del campamento. Este es el sacrificio por el pecado.

15 Tomarás luego uno de los carneros, y Arón y sus hijos pondrán sus manos sobre la cabeza de aquél; 16 degüella el carnero, y riega con su sangre el altar todo en derredor. 17 Descuartiza el carnero, y lavando las entrañas y las piernas, las pones sobre los otros trozos y la cabeza, 18 y lo quemarás todo sobre el altar. Es el holocausto a Yave, de suave olor, el sacrificio a Yave por el fuego.

19 Toma luego el otro carnero, y Arón y sus hijos le pondrán sus manos sobre la cabeza. 20 Degüella el carnero, y tomando su sangre, unta de ella el lóbulo de la oreja derecha de Arón y el lóbulo de la oreja derecha de sus hijos, el pulgar de sus manos derechas y el pulgar de sus pies derechos, y regarás de sangre el altar todo en derredor. 21 Coge de la sangre que habrá sobre el altar y el óleo de unciones, y asperge a Arón y sus vestiduras, y a sus hijos y sus vestiduras, y así será consagrado él y sus vestiduras, sus hijos y sus vestiduras. 22 Coge el sebo del carnero, la cola, el sebo que cubre las entrañas, la redecilla del hígado, los dos riñones con el sebo que los envuelve y la pierna derecha, pues este carnero es carnero de inauguración.

23 También del cestillo de ácimos puesto ante Yave, toma un pan, una torta y un frisuelo, 24 y pon todo esto en las palmas de las manos de Arón y de sus hijos, y haz que las agiten como ofrenda agitada ante Yave. 25 Luego los cogerás de sus manos, y los quemarás en el altar encima del holocausto, en suave olor ante Yave, para ofrecérselo. 26 Tomarás el medio pecho del carnero de inauguración, que sería de Arón, y lo agitarás como ofrenda agitada ante Yave; esa será tu parte. 27 Santificarás el otro medio pecho de agitación y el brazuelo de elevación, que han sido agitados y elevados del carnero de inauguración, lo que cede en favor de Arón y de sus hijos, y esa será la parte de Arón y de sus hijos. 28 Esa será la parte de Arón y sus hijos por ley perpetua que guardarán los hijos de Israel, pues es ofrenda de elevación, y en los sacrificios eucarísticos de los hijos de Israel, la ofrenda de elevación es de Yave.

29 Las vestiduras sagradas que usará Arón, serán después de él las de sus hijos; con ellas serán ungidos, y con ellas se les llenarán las manos. 30 Siete días las llevará el que de sus hijos sea sacerdote en lugar suyo, y entre en el tabernáculo de la reunión para ministrar en el santuario.

31 Tomarás la carne del carnero de inauguración, y la harás cocer en lugar santo. 32 Arón y sus hijos comerán a la entrada del tabernáculo de la reunión la carne del carnero y los ácimos del cestillo. 33 Comerán lo que ha servido para su expiación, para llenarles las manos y consagrarlos. No comerá de ello ningún extraño, porque son cosas santas. 34 Si algo queda de las carnes de la consagración o de los panes para el día siguiente, lo quemarás y no se comerá, porque es cosa santa.

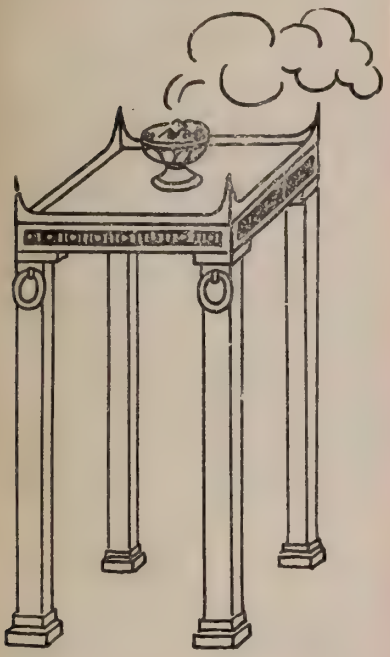
35 Cumplirás respecto de Arón y de sus hijos todo cuanto te he mandado. 36 Durante siete días los consagrarás, y cada día ofrecerás el novillo en sacrificio por el pecado sobre el altar, para expiación, y le ungirás y le santificarás. 37 Durante siete días expiarás el altar y lo santificarás, y el altar será santísimo, y cuanto a él toque será santo.

El holocausto perpetuo.

38 He aquí lo que sobre el altar ofrecerás: dos corderos primales cada día perpetuamente, 39 uno por la mañana, el otro entre dos luces; 40 con el primero ofrecerás un décimo de harina de flor, amasado con un cuarto de *hin* de aceite de oliva machacada y una libación de un cuarto de *hin* de vino.

41 El segundo cordero lo ofrecerás entre dos luces, con una ofrenda y una libación iguales a las de la mañana, en olor de suavidad; 42 es sacrificio por el fuego a Yave, holocausto perpetuo en vuestras generaciones, a la entrada del tabernáculo de la reunión, ante Yave, allí donde yo me haré presente para hablarte. 43 Allí me haré yo presente a los hijos de Israel, y será consagrado por mi gloria. 44 Yo consagraré el tabernáculo

de la reunión y el altar, y consagraré a Arón y a sus hijos para que sean sacerdotes a mi servicio. 45 Habitaré en medio de los hijos de Israel, y seré su Dios. 46 Ellos conocerán que yo soy su Dios, que los he sacado de la tierra de Egipto para habitar entre ellos, yo, Yave, su Dios.



El altar de los perfumes.

30 1 Harás también un altar para quemar en él el incienso. Lo harás de madera de acacia, 2 de un codo de largo, un codo de ancho, cuadrado, y de dos codos de alto. Sus cuernos harán un cuerpo con él. 3 Lo revestirás de oro puro por arriba, por los lados todo en torno y los cuernos, y harás todo en derredor una moldura de oro. 4 Harás para él dos anillos de oro para dos de sus lados, que pondrás debajo de la moldura a ambos lados, para las barras con que pueda transportarse. 5 Las barras serán de madera de acacia, y las revestirás de oro. 6 Colocarás el altar delante del velo que oculta el arca del testimonio y el propiciatorio que está sobre el testimonio, allí donde yo me he de encontrar contigo. 7 Arón quemará en él el incienso; lo quemará todas las mañanas, al preparar las lámparas, 8 y entre dos luces, cuando las ponga en el candelabro. Así se quemará el incienso ante Yave perpetuamente entre vuestros descendientes. 9 No ofreceréis sobre el altar ningún perfume profano; ni holocaustos, ni ofrendas, ni derramaréis sobre él ninguna libación. 10 Arón hará la expiación sobre los cuernos del altar, una vez por año, con la sangre de la víctima expiatoria; y la expiación la hará una vez por año, de generación en generación. Este altar es santísimo de Yave.

El rescate de la vida.

11 Yave habló a Moisés diciendo: 12 «Cuando enumeres a los hijos de Israel para hacer el censo, cada uno ofrecerá a Yave un rescate por su vida, para que no sean heridos de plaga alguna al ser empadronados. 13 Lo que dará cada uno que ha de comprender el censo será medio siclo, del peso del siclo del santuario, que es de veinte *gueras*, medio siclo será el don a Yave. 14 Todo hombre comprendido en el censo, de veinte años para arriba, hará ese don a Yave; 15 ni el rico dará más, ni el pobre menos del medio siclo, para pagar el don a Yave, como rescate de vuestras vidas. 16 Tú recibirás de los hijos de Israel este rescate, y lo aplicarás al servicio del tabernáculo de la reunión; será para los hijos de Israel memoria ante Yave en expiación de sus vidas.»

La pila de bronce.

17 Yave habló a Moisés, diciendo: «Haz un pilón de bronce con su base de bronce, para las abluciones. Lo pondrás entre el tabernáculo de la reunión y el altar, y pondrás agua en él, 19 de la que tomarán Arón y sus hijos para lavarse las manos y los pies. 20 Con este agua se lavarán, para que no mueran, cuando entren en el tabernáculo de la reunión, cuando se acerquen al altar para el ministerio y para quemar un sacrifi-

cio a Yave. 21 Se lavarán pies y manos y así no morirán. Esta será ley perpetua para ellos, para Arón y su descendencia de generación en generación.»

El óleo de unción y el timiama.

22 Yave habló a Moisés, diciendo: 23 «Toma aromas; quinientos siclos de mirra de primera; la mitad, es decir, doscientos cincuenta siclos, de cinamomo aromático, y doscientos cincuenta siclos de caña aromática; 24 quinientos siclos de casia, según el peso del siclo del santuario, y un *hin* de aceite de oliva. 25 Con esto harás un aceite para la unción sagrada, y un perfume compuesto con arreglo al arte de la perfumería, que será el óleo para la unción sagrada. 26 Con él ungirás el tabernáculo de la reunión, el arca del testimonio, 27 la mesa, con todos sus utensilios, el candelero, con sus utensilios, el altar del incienso, 28 el altar de los holocaustos, con sus utensilios, y el pilón con su base. 29 Así los consagrarás, y serán santísimos; cuanto los tocare será santo. 30 Con él ungirás a Arón y a sus hijos, y los consagrarás para mi servicio como sacerdotes. 31 Hablarás así a los hijos de Israel; ese será el óleo de la unción sagrada para mí, de generación en generación. 32 No se derramará sobre cuerpo de hombre alguno, ni haréis parecido a él de la misma composición; será cosa sagrada, y como cosa sagrada lo miraréis. 33 Cualquiera que haga otro semejante, o de él diere a un profano, será borrado de en medio de mi pueblo.»

34 Yave dijo a Moisés: «Toma aromas, estacte, uña aromática, gálbano e incienso purísimo. Aromas e incienso entrarán por cantidades iguales, 35 y harás con ellos el timiama, compuesto según el arte de perfumería, salado, puro, santo. 36 Lo pulverizarás, y lo pondrás delante del testimonio en el tabernáculo de la reunión, donde me he de encontrar yo contigo. Será para vosotros cosa santísima el perfume que hagas, 37 y nadie hará para sí otro de la misma composición; lo mirarás como cosa sagrada, perteneciente a Yave. 38 Cualquiera que haga otro semejante para aspirar su aroma, será borrado de en medio de su pueblo.»

Los artífices destinados a la obra.

31 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «Sabrás que yo llamo por su nombre a Bezalel, hijo de Uri, hijo de Jur, de la tribu de Judá. 3 Le he llenado del espíritu de Dios, de sabiduría, de entendimiento y de saber, para toda clase de obras, para toda suerte de manufacturas, 4 para proyectar, para labrar el oro, la plata y el bronce, 5 para tallar piedras y engastarlas, para tallar la madera y ejecutar trabajos de toda suerte. 6 Le asocio Odolias, hijo de Ajisamec, de la tribu de Dan. He puesto la sabiduría en el corazón de todos los hombres hábiles, para que ejecuten todo lo que te he mandado hacer: 7 el tabernáculo de la reunión, el arca del testimonio, el propiciatorio de encima, y todos los muebles del tabernáculo; 8 la mesa, con sus utensilios, el candelabro de oro, con sus utensilios, el altar de los perfumes, 9 el altar de los holocaustos, con sus utensilios, la pila con su base, 10 las vestiduras sagradas para Arón y sus hijos, para ejercer los ministerios sacerdotales; 11 el óleo de unción y el timiama aromático para el santuario. Cuanto yo te he mandado hacer, ellos lo harán.»

Renovación de la ley del sábado.

12 Yave habló a Moisés diciendo: 13 «Habla a los hijos de Israel y diles: No dejéis de guardar mis sábados, porque el sábado es entre mí y vosotros una señal para todas vuestras generaciones, para que sepáis que soy yo, Yave, el que os santifico. 14 Guardaréis el sábado, porque es cosa santa. El que lo profane será castigado con la muerte; el que en él trabaje será borrado de en medio de su pueblo. 15 Se trabajará seis días, pero el día séptimo será día de descanso completo, dedicado a Yave. El que trabaje en sábado, será castigado con la muerte. 16 Los hijos de Israel guardarán el sábado y lo celebrarán por sus generaciones, ellos y sus descendientes como alianza perpetua; 17 será entre mí y ellos una señal perpetua, pues en seis días hizo Yave los cielos y la tierra, y el séptimo día cesó en su obra y descansó.»

El becerro de oro.

18 Cuando hubo acabado Yave de
hablar a Moisés en la montaña del
Sinaí, le dió las dos tablas del testi-
monio, tablas de piedra, escritas por
el dedo de Dios.

32 1 El pueblo, viendo que Moisés
tardaba en bajar de la mon-
taña, se reunió en torno de Arón y
le dijo: «Anda, haznos un dios que
vaya delante de nosotros. Porque ese
Moisés, ese hombre que nos ha sa-
cado de Egipto, no sabemos qué ha
sido de él.» 2 Arón les dijo: «Coged
los anillos de oro que tengan en sus
orejas vuestras mujeres, vuestros hijos
y vuestras hijas, y traédmelos.» 3 To-
dos se quitaron los anillos de oro que
llevaban en las orejas y se los traje-
ron a Arón. 4 El los recibió de sus
manos, hizo un molde y en él un
becerro fundido, y ellos dijeron: «Is-
rael, ahí tienes a tu Dios, el que te
ha sacado de la tierra de Egipto.»
5 Al ver esto Arón, alzó un altar ante
la imagen y clamó: «Mañana habrá
fiesta en honor de Yave.» 6 Al día
siguiente levantándose de mañana,
ofrecieron holocaustos y sacrificios
eucarísticos, y el pueblo se sentó
luego a comer y beber, y se levan-
taron después para danzar.

7 Yave dijo entonces a Moisés:
«Ve, baja, que tu pueblo, el que tú
has sacado de la tierra de Egipto,
ha prevaricado. 8 Bien pronto se han
desviado del camino que les prescribí.
Se han hecho un becerro de metal
y se han prosternado ante él, di-
ciendo: Israel, ahí tienes a tu dios,
el que te ha sacado de la tierra de
Egipto.» Yave dijo a Moisés: «Ya
veo que este pueblo es un pueblo de
cerviz dura. 10 Déjame, pues, que se
desfogue contra ellos mi cólera, y los
consuma. Yo te haré a ti una gran
nación.» 11 Moisés imploró a Yave,
su Dios, y le dijo: «¿Por qué ¡oh
Yavel vas a desfogar tu cólera contra
tu pueblo, que sacaste de la tierra
de Egipto con gran poder y brazo
fuerte? 12 ¿Por qué habrán de poder
decir los egipcios: para mal suyo los
sacó de la tierra de Egipto, para ha-
cerlos perecer en las montañas, y
para exterminarlos de sobre la tierra?
Apaga tu cólera, y perdona la ini-
quidad de tu pueblo. 13 Acuérdate
de Abraham, Isac y Jacob, tus siervos,
a los cuales jurando por tu nombre,
dijiste: yo multiplicaré vuestra des-
cendencia como las estrellas del cielo,
y toda la tierra de que os he hablado
se la daré a vuestros descendientes
en eterna posesión.» 14 Y se arre-
pintió Yave del mal que había dicho
haría a su pueblo.

15 Volvióse Moisés y bajó de la mon-
taña, llevando en sus manos las dos ta-
blas del testimonio, que estaban escri-
tas de ambos lados, por una y otra cara.
16 Eran obra de Dios, lo mismo que
la escritura grabada sobre las tablas.

17 Josué oyó el ruido que el pueblo
hacía lanzando gritos, y dijo a Moi-
sés: «En el campamento resuena ruido
de batalla.» 18 Moisés respondió:
«No son gritos de victoria, ni gritos
de derrota, oigo la voz de los que
cantan.» 19 Cuando estuvo cerca del
campamento, vió el becerro y las
danzas; y encendido en cólera, tiró
las tablas, y las rompió al pie de la
montaña. 20 Cogió el becerro que
habían hecho, y lo quemó, desmenu-
zándolo hasta reducirlo a polvo, que
mezcló con agua, haciéndosela beber
a los hijos de Israel.

21 Moisés dijo a Arón: «¿Qué te
ha hecho este pueblo, para que tú
hayas echado sobre él tan gran pe-
cado?» 22 Arón respondió: «Que no
se encienda la cólera de mi señor.
Tú mismo sabes cuán inclinado al
mal es este pueblo. 23 Me dijeron:
haznos un dios, que marche delante
de nosotros, porque ese Moisés, ese
hombre que nos sacó de la tierra de
Egipto, no sabemos qué ha sido de él.
24 Yo les dije: Que los que tienen oro se
despojen de él, y me lo dieron, lo eché
al fuego, y de él salió ese becerro.»

25 Moisés, viendo que el pueblo
estaba desarmado, pues lo había des-
armado Arón para dejarle a merced
de quien le atacase, 26 se puso a la
entrada del campamento, y gritó:
«¡A mí los de Yavel», y todos los
hijos de Leví se reunieron en torno
de él. 27 El les dijo: «Así habla Yave,
Dios de Israel: cíñase cada uno su
espada sobre su muslo, pasad y re-
pasad el campamento de la una a
la otra puerta, y mate cada uno a
su hermano, a su amigo, a su deudo.»
28 Hicieron los hijos de Leví lo que
les mandaba Moisés, y perecieron
aquel día unos tres mil del pueblo.
29 Moisés les dijo: «Hoy os habéis
consagrado a Yave, haciéndole cada
uno oblación del hijo y del hermano;
por ello recibiréis hoy bendición.»

Intercesión de Moisés por el pueblo.

30 Al día siguiente dijo Moisés al
pueblo: «Habéis cometido un gran
pecado. Yo ahora voy a subir a Yave,
a ver si os alcanzo el perdón.» 31 Volvióse Moisés a Yave, y le dijo:
«¡Oh, este pueblo ha cometido un
gran pecado! Se han hecho un dios
de oro. 32 Pero perdónales su pecado,
o bórrame de tu libro, del que tú
tienes escrito.» 33 Yave dijo a Moisés:
«A él, que ha pecado contra mí, es
al que borraré de mi libro. 34 Ve
ahora, y conduce al pueblo a donde
yo te he dicho. Mi ángel marchará
delante de ti, pero cuando llegue el
día de mi visitación, yo los castigaré
por su pecado.» 35 Así castigó Yave
al pueblo, por haberse hecho el be-
cerro de oro, que les hizo Arón.

Orden de partida.

33 1 Habló Yave a Moisés, y le
dijo: «Anda, sube ya de aquí,
tú y el pueblo que has sacado de
Egipto, y ve hacia la tierra que con
juramento prometí yo a Abraham, a
Isac y a Jacob, diciendo: a tu des-
cendencia se la daré. 2 Yo mandaré
delante de ti un ángel, que arrojará
al cananeo, al amorreo, al geteo, al
fereceo, al jeveo, y al jebuseo. 3 Sube
a la tierra que mana leche y miel,
pues yo no subiré en medio de ti,
porque eres un pueblo de dura cer-
viz, no sea que te destruya en el
camino.» 4 Al oír estas duras pala-
bras, el pueblo se puso a llorar
y nadie se vistió sus galas. 5 Entonces
dijo Yave a Moisés: «Di a los hijos
de Israel: sois un pueblo de dura
cerviz, si yo subiera con vosotros os
aniquilaría. Depón, pues, tus galas,
y ya sabré yo lo que he de hacer.»
6 Los hijos de Israel se despojaron
de sus galas, a partir del monte
Horeb.

7 Moisés cogió su tienda y la puso
fuera del campamento, a alguna dis-
tancia; le dió el nombre de tienda de
reunión, y todo el que buscaba a Yave
iba a la tienda de reunión, que estaba
fuera del campamento. 8 Cuando salía
Moisés para ir a la tienda, se levan-
taba el pueblo todo, estándose todos
a la puerta de sus tiendas, y seguían
con sus ojos a Moisés, hasta que él
entraba en la suya. 9 Una vez que en-
traba en ella Moisés, bajaba la co-
lumna de nube, y se paraba a la
entrada de la tienda, y Yave hablaba
con Moisés. 10 Todo el pueblo, al ver
la columna de nube parada ante la
entrada de la tienda, se alzaba, y
se prosternaba a la entrada de sus
tiendas. 11 Yave hablaba a Moisés
cara a cara, como habla un hombre
a su amigo. Luego volvía Moisés al
campamento, pero su ministro, el
joven Josué, hijo de Nun, no se
apartaba de la tienda.

12 Moisés dijo a Yave: «Tú me
dices: haz subir a este pueblo, pero
no me das a conocer a quién man-
darás conmigo, a pesar de que me
has dicho: te conozco por tu nombre
y has hallado gracia a mis ojos. 13 Si,
pues, en verdad he hallado gracia a
tus ojos, dame a conocer el camino,
para que yo, conociéndolo, vea que
he hallado gracia a tus ojos. Consi-
dera que este pueblo es tu pueblo.»
14 Yave le respondió: «Iré yo mismo
contigo y te descansaré.» 15 Moisés
añadió: «Si no vienes tú delante, no
nos saques de este lugar, 16 pues
¿en qué vamos a conocer yo y tu
pueblo que hemos hallado gracia a
tus ojos, sino en que marches con
nosotros, y nos gloriemos yo y tu
pueblo entre todos los pueblos que
habitan sobre la tierra?» 17 Dijo Yave
a Moisés: «También a eso que me
pides accedo, pues has hallado gracia
a mis ojos, y te conozco por tu nom-
bre. Yo mismo iré delante de ti y
te guiaré.» 18 Moisés le dijo: «Mués-
trame tu gloria», 19 y Yave respondió:
«Yo haré pasar ante ti todo mi bien,
y pronunciaré ante ti mi nombre,
Yave, pues yo hago gracia al que
hago gracia, y tengo misericordia de
quien tengo misericordia; pero mi
faz no podrás verla, porque no puede
verla el hombre y vivir.» 20 Y añadió:
«Ahí en ese lugar te pondrás conmigo
sobre la roca. 21 Cuando pase mi
gloria, yo te meteré en el hueco de
la roca, 22 y te cubriré con mi mano
mientras paso, 23 luego retiraré mi
mano, y me verás las espaldas, pero
mi faz no la verás.»

Moisés sube de nuevo a la cima del Sinaí.

34 1 Yave dijo a Moisés: «Haz
dos tablas de piedra como las
primeras y escribe en ellas lo que

tenían las primeras que rompiste, 2 y está pronto para mañana subir temprano y presentarte a mí en la cumbre de la montaña. 3 Que no suba nadie contigo, ni aparezca nadie en ninguna parte de la montaña, ni oveja, ni buey paste junto a la montaña.» 4 Moisés talló dos piedras como las dos primeras, y levantándose muy temprano, subió a la montaña del Sinaí, como se lo había mandado Yave, llevando en sus manos las dos tablas de piedra.

5 Yave descendió en la nube, y poniéndose allí con él, pronunció el nombre de Yave, 6 y pasando delante de él exclamó: «¡Yave, Yave!, Dios misericordioso y clemente, tardo a la ira, rico en misericordia y fiel, 7 que conserva su gracia para mil generaciones, y perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, pero no los deja impunes, y castiga la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación!» 8 Moisés se echó en seguida en tierra y se prosternó, 9 diciendo: «Señor, si he hallado gracia a tus ojos, dígnate, Señor, marchar en medio de nosotros, porque este pueblo es de dura cerviz; perdona nuestras iniquidades y nuestros pecados, y tómanos por heredad tuya.» 10 Yave respondió: «Mira, voy a pactar alianza. Yo haré ante todo tu pueblo prodigios, cuales no se han hecho jamás en ninguna tierra, ni en ninguna nación, para que el pueblo que te rodea vea la obra de Yave, porque he de hacer contigo cosas terribles. 11 Atiende bien a lo que te mando hoy: Yo arrojaré de ante ti al amorreo, al cananeo, al geteo, al fereceo, al jeveo y al jebuseo. 12 Guárdate de pactar con los habitantes de la tierra contra la cual vas, pues sería para vosotros la ruina. 13 Derribad sus altares, romped sus cipos, y destrozad sus *aseras* (1). 14 No adores otro Dios que yo, porque Yave se llama celoso, es un Dios celoso. 15 No pactes con los habitantes de esa tierra, no sea que al prostituirse ellos ante sus dioses, ofreciéndoles sacrificios, te inviten, y comas de sus sacrificios, 16 y tomes a sus hijas para tus hijos, y sus hijas, al prostituirse ante sus dioses, arrastren a tus hijos a prostituirse también ellos ante sus dioses.

17 No te harás dioses de metal fundido.

18 Guardarás la fiesta de los ácimos, durante siete días comerás pan ácimo, como te lo he mandado en el tiempo señalado, en el mes de Abib, pues en ese mes saliste de Egipto. 19 Todo masculino que abre la vulva es mío: De todos los animales, de bueyes, de ovejas, será mío. 20 El primogénito del asno lo redimirás con una oveja, y si no lo redimes a precio, lo matarás. Redimirás al primogénito de tus hijos, y no te presentarás ante mí con las manos vacías.

21 Seis días trabajarás, el séptimo descansarás; no ararás ni recolectarás.

22 Celebrarás la fiesta de las semanas, de las primicias de la recolección del trigo, y la solemnidad de la recolección de la mies al fin del año.

23 Tres veces al año se prosternarán ante el Señor, Yave, Dios de Israel, todos los varones; 24 pues yo arrojaré de ante ti las gentes y dilataré tus fronteras, y nadie insidiará tu tierra mientras subas para presentarte ante Yave, tu Dios, tres veces al año.

25 No asociarás a pan fermentado la sangre de la víctima, y el sacrificio de la fiesta de la Pascua no lo guardarás durante la noche hasta el siguiente día.

26 Llevarás a la casa de Yave, tu Dios, las primicias de los frutos de tu suelo.

No cocerás un cabrito en la leche de su madre.»

27 Yave dijo a Moisés: «Escribe tú estas palabras, según las cuales hago alianza contigo y con Israel.»

28 Estuvo Moisés allí cuarenta días y cuarenta noches, sin comer y sin beber, y escribió en las tablas los diez mandamientos de la ley. 29 Cuando bajó Moisés de la montaña del Sinaí, traía en sus manos las dos tablas del testimonio, y no sabía que su faz se había hecho radiante, desde que había estado hablando con Yave. 30 Arón y todos los hijos de Israel, al ver cómo resplandecía la faz de Moisés, tuvieron miedo de acercarse a él. 31 Llamólos Moisés; y Arón y los jefes de la asamblea volvieron y se acercaron, y él les

(1) Grupo de troncos de árboles, con el arranque de algunas ramas, que simbolizaba un bosque, símbolo a su vez de Astarté, diosa de la fecundidad.

habló. 32 Acercáronse luego todos
los hijos de Israel, y él les comunicó
todo lo que le había mandado Yave
en la montaña del Sinaí. 33 Cuando
Moisés hubo acabado de hablar, se
puso un velo sobre el rostro. 34 Al
entrar Moisés ante Yave para ha-
blar con él, se quitaba el velo hasta
que salía; después salía para decir
a los hijos de Israel lo que se le había
mandado. 35 Los hijos de Israel
veían la radiante faz de Moisés, y
Moisés volvía después a cubrir su
rostro con el velo, hasta que entraba
de nuevo a hablar con Yave.

Ofrendas para la construcción del tabernáculo.

35 1 Convocó Moisés la asamblea
de todo Israel, y les dijo: «He
aquí lo que Yave ha mandado hacer:
2 Seis días trabajaréis, pero el sép-
timo será para vosotros santo, día
de descanso, consagrado a Yave.
El que en ese día haga un trabajo
cualquiera, será castigado con la
muerte. 3 El sábado no encenderéis
la lumbre en ninguna de vuestras
moradas.» 4 Moisés habló a toda la
asamblea de los hijos de Israel, y
les dijo: «He aquí lo que ha mandado
Yave: 5 Tomad de vuestros bienes,
para hacer ofrenda a Yave. Ofrezcan
todos voluntariamente una ofrenda
de oro, plata, bronce, 6 jacinto, púr-
pura, carmesí, lino, pelo de cabra,
7 pieles de carnero teñidas de rojo
y jacinto, madera de acacia, 8 aceite
para el candelabro, aromas para el
óleo de unción y para el timiama,
9 piedras de ónice y piedras de en-
gaste para el efod y el pectoral.
10 Cuantos de vosotros sean hábiles,
vengan para ejecutar todo lo que
Yave ha mandado; 11 el habitáculo
con su tabernáculo, su cubierta, sus
anillos, sus tablones, sus travesaños,
sus columnas y sus basas; 12 el arca
y sus barras; el propiciatorio y el
velo de separación, 13 la mesa con
sus barras y todos sus utensilios, y
los panes de la proposición; 14 el can-
delabro con sus utensilios, sus lám-
paras y el aceite para el candelabro;
15 el altar del timiama y sus barras;
el óleo de unción y el timiama aro-
mático; la cortina de la puerta de
entrada al habitáculo; 16 el altar de
los holocaustos, su rejilla de bronce,
sus barras y todos sus utensilios;
la pila y su base; 17 las cortinas del
atrio, sus columnas, sus basas y la
cortina para la puerta del atrio;
18 los clavos del habitáculo y del
atrio y sus cuerdas; 19 las vestiduras
sagradas para el servicio en el san-
tuario, las vestiduras sagradas para
el sacerdote Arón, y las vestiduras
de sus hijos para los ministerios sa-
cerdotales.»

20 Una vez que la asamblea de
Israel salió de la presencia de Moisés,
vinieron todos los de corazón gene-
roso, 21 y todos aquellos a quienes
impulsaba su ánimo a ofrecer dones
a Yave para la obra del tabernáculo
del testimonio y todo cuanto para
el culto y las vestiduras sagradas era
necesario. 22 Vinieron hombres y mu-
jeres, y todos los de ánimo dispuesto
ofrecieron pendientes, arillos, anillos,
cadenas, brazaletes y toda suerte
de objetos de oro, presentando cada
uno la ofrenda de oro que dedicaba
a Yave. 23 Cuantos tenían jacinto,
púrpura, carmesí, lino, pelo de cabra
y pieles de carnero teñidas de rojo
y de jacinto, las trajeron. 24 Los que
tenían plata o bronce se lo trajeron
a Yave. Lo mismo hicieron los que
tenían madera de acacia para los
objetos destinados al culto. 25 Todas
las mujeres que tenían habilidad para
ello, hilaron con sus manos lino, y
trajeron su labor, el jacinto, la púr-
pura, el carmesí y el lino. 26 Todas
las mujeres bien dispuestas y que
tenían habilidad para ello hilaron
pelo de cabra. 27 Los principales del
pueblo trajeron piedras de ónice y
piedras de engaste para el efod y el
pectoral; 28 aromas y aceite para el
candelabro, para el óleo de unción
y para el timiama. 29 Todos los hijos
de Israel, hombres y mujeres de co-
razón bien dispuesto para contribuir
a la obra que Yave había mandado
hacer a Moisés, trajeron a Yave
ofrendas voluntarias.

30 Moisés dijo a los hijos de Israel:
«Sabed que Yave ha elegido a Besa-
lel, hijo de Uri, hijo de Jur, de la
tribu de Judá. 31 El le ha llenado
del espíritu de Dios, de sabiduría,
de entendimiento y de saber para
toda suerte de obras, 32 para pro-
yectar, para trabajar el oro, la plata
y el bronce, 33 para grabar piedras y
engastarlas, para tallar la madera
y hacer toda clase de obras de arte.
34 El ha puesto en su corazón el don
de enseñanza, así como en el de

Oliab, hijo de Ajisamec, de la tribu de Dan. 35 El les ha llenado de inteligencia, para ejecutar toda obra de escultura de arte, para tejer en diversos dibujos el jacinto, la púrpura, el carmesí y el lino, para ejecutar toda suerte de trabajos y para proyectar combinaciones.

36 1 Besalel, Oliab y todos los hombres hábiles, en cuyo corazón había puesto Yave inteligencia, y se sentían impulsados en su corazón para trabajar en esta obra, hicieron lo destinado al servicio del santuario como Dios se lo había mandado a Moisés. 2 Llamó Moisés a Besalel y Oliab y a todos los hombres hábiles en quienes había puesto Yave entendimiento y corazón dispuesto a ponerse a la obra para realizarla, 3 y ellos tomaron de Moisés los dones que los hijos de Israel habían traído para ejecutar las obras destinadas al servicio del santuario, y cada mañana seguía el pueblo trayendo a Moisés sus voluntarias ofrendas. 4 Pero un día los que hacían las obras para el santuario dejaron el trabajo 5 y vinieron a decir a Moisés: «El pueblo trae bastante más de lo que se necesita para hacer lo que el Señor ha mandado»; 6 y Moisés hizo publicar en el campamento que ninguno, hombre ni mujer, trajera ya más dones para el santuario, y se impidió al pueblo traer más. 7 Lo reunido bastaba y sobraba para todo lo que había de hacerse.

Construcción de todo lo mandado.

8 Los hombres hábiles, de los que trabajaban en la obra, hicieron el habitáculo de diez cortinas de hilo torzal, de lino jacinto, púrpura y carmesí, con querubines, en un artístico tejido. 9 El largo de cada cortina era de veintiocho codos, y el ancho de cuatro, todas de las mismas medidas. 10 Uniéronse cinco de estas cortinas en un conjunto y cinco en otro. 11 Se pusieron los lazos de jacinto al borde de la cortina que terminaba el primer conjunto, y lo mismo se hizo al borde de la última cortina del segundo. 12 Cincuenta lazos para la primera cortina y otros cincuenta para el borde de la última del segundo conjunto, correspondiéndose los lazos unos con otros. 13 Se hicieron cincuenta garfios de oro con los que se unían unas o otras las cortinas, de modo que el habitáculo hiciera un solo todo. 14 Se hicieron los tapices de pelo de cabra, para servir de tabernáculo sobre el habitáculo; 15 cada uno de treinta codos de largo y cuatro de ancho; todos de la misma medida. Se unieron estos tapices, cinco en una parte y seis en otra. 17 Se pusieron cincuenta lazos en el borde de la cortina que terminaba una parte y cincuenta en el borde de la que terminaba la otra, 18 y cincuenta garfios de bronce para unir las cortinas, de modo que formase un solo todo. 19 Se hizo para el tabernáculo una cubierta de pieles de carnero teñidas de rojo, y encima otra de pieles de carnero teñidas de jacinto.

20 Hiciéronse los tablones para el habitáculo; eran de madera de acacia, para ponerse de pie; 21 cada uno de diez codos de largo y codo y medio de ancho. 22 Cada tablón tenía dos espigas, cerca una de otra, y así se hicieron todos los tablones del habitáculo. 23 Se hicieron veinte tablones para el habitáculo para el costado del mediodía, a la derecha. 24 Se pusieron las cuarenta basas de plata debajo de las veinte planchas, dos para cada una, para sus dos espigas. 25 Para el segundo costado, el del norte, se hicieron otros veinte tablones 26 con sus cuarenta basas de plata, dos para debajo de cada uno. 27 Se hicieron seis tablones para el fondo del habitáculo, al lado de occidente, 28 y dos para los ángulos del habitáculo en el fondo; 29 eran dobles desde la basa hasta arriba, junto al primer anillo; así se hicieron estas planchas para los dos ángulos. 30 Había, pues, ocho tablones con dieciséis basas, dos bajo cada tablón. 31 Se hicieron cinco travesaños de madera de acacia para los tablones de un costado del habitáculo, 32 cinco para el otro costado y cinco para los del fondo, del lado de occidente. 33 El travesaño de en medio se extendía a todo lo largo de los tablones del uno al otro extremo. 34 Se revistieron de oro las tablas, y se hicieron de oro los anillos por donde pasaban las barras traveseras, y se revistieron éstas de oro. 35 Se hizo el velo de jacinto, púrpura, carmesí e hilo de lino torzal, con querubines trazados en un artístico tejido. 36 Se hicieron

para él cuatro columnas de madera de acacia revestida de oro, con garfios de oro, y se fundieron para ellas cuatro basas de plata.

37 Se hizo para la entrada del tabernáculo un velo de jacinto, púrpura, carmesí e hilo torzal, en tejido de vario dibujo. 38 Se hicieron para este velo cinco columnas con sus garfios, revistiendo de oro los capiteles y los anillos, siendo de bronce las cinco basas.

37 1 Besalel hizo el arca de madera de acacia, de dos codos y medio de largo y uno y medio de ancho y uno y medio de alto. 2 La revistió de oro puro por dentro y por fuera e hizo en ella una moldura todo en derredor. 3 Fundió para ella cuatro anillos de oro, poniéndolos a sus cuatro pies, dos a un lado y dos al otro. 4 Hizo las barras de acacia, y las revistió de oro, 5 y pasó las barras por los anillos de los lados para poder llevarla. 6 Hizo el propiciatorio de oro puro, de dos codos y medio de largo y codo y medio de ancho; 7 y los dos querubines de oro, de oro macizo, haciendo un cuerpo con los dos extremos del propiciatorio; 8 los dos querubines salían del propiciatorio mismo en sus dos extremos; 9 tenían las alas desplegadas hacia lo alto y cubrían con ellas el propiciatorio, de cara el uno al otro y con el rostro vuelto hacia el propiciatorio. 10 Hizo la mesa de madera de acacia, de dos codos y medio de largo, un codo de ancho y codo y medio de alto. 11 La revistió de oro puro, e hizo la moldura todo en derredor. 12 Hizo el reborde de oro de un codo de alto, y en él una moldura de oro todo en derredor. 13 Fundió para la mesa cuatro anillos de oro, y los puso a los cuatro pies de ella. 14 Los anillos estaban cerca del reborde, y servían para recibir las barras con que transportarla. 15 Hizo las barras de acacia y las revistió de oro; servían para llevar la mesa. 16 Hizo todos los utensilios de la mesa, sus platos, sus cazoletas, sus copas y sus tazas para las libaciones, todo de oro puro.

17 Hizo de oro puro el candelabro, con su pie y su tallo era de oro batido; sus cálices, sus globos, y sus lirios hacían cuerpo con él. 18 De su tallo salían seis brazos, tres de un lado y tres de otro. 19 Tenía en el primer brazo tres cálices de flor de almendro, figurando un botón que se abre, y otros tres de la misma forma en el segundo brazo, y lo mismo en todos los seis brazos que salían del candelabro. 20 En el tallo del candelabro había otros cuatro cálices de flor de almendro figurando un botón que se abre, 21 el primero en el arranque de los dos primeros brazos, el segundo en el de los dos siguientes, y otro en el arranque de los dos últimos. 22 Los brazos y sus cálices hacían todos un cuerpo con el candelabro, y todo él era una sola masa de oro macizo. 23 Hizo siete lámparas con sus despabiladeras y su plato, de oro puro todo. 24 Se empleó para hacer el candelabro y sus utensilios un talento de oro puro. 25 Hizo el altar del timiama, de madera de acacia, de un codo de largo, un codo de ancho, cuadrado, y dos codos de alto; sus cuernos hacían con él un solo cuerpo; 26 le revistió de oro puro por encima, por los lados, todo en derredor, y los cuernos, y le adornó con una moldura de oro puro todo en derredor. 27 Por debajo de la moldura colocó los anillos de oro a los dos ángulos, dos en cada lado para recibir las barras que servían para transportarlo. 28 Hizo las barras de madera de acacia y las revistió de oro. 29 Hizo también el óleo de unción y el timiama, según las reglas del arte de la perfumería.

38 1 Hizo el altar de los holocaustos, de madera de acacia, de cinco codos de largo, cinco de ancho cuadrado y tres codos de alto. 2 A los cuatro ángulos hizo los cuernos formando con él un solo cuerpo, y lo revistió de bronce. 3 Hizo todos sus utensilios, los vasos para la ceniza, las palas, las bandejas, los tenedores y los braseros. Todos estos utensilios eran de bronce. 4 Hizo para el altar una rejilla de bronce, a modo de malla, y la colocó debajo de la cornisa del altar, hacia la mitad de él, por debajo. 5 Fundió cuatro anillos para las cuatro puntas de la rejilla de bronce, para recibir las barras. 6 Hizo las barras de madera de acacia, y las revistió de bronce, 7 y pasó las barras por los anillos a los dos lados del altar, para transportarlo. Le hizo hueco, en tableros. 8 Hizo la pila de bronce, con su base

de bronce, con los espejos de las mujeres que velaban a la entrada del tabernáculo de la reunión.
9 Hizo el atrio. Las cortinas del atrio para el lado del mediodía, a la derecha, eran de lino torzal y de cien codos de largo. 10 Había veinte columnas con sus veinte basas de bronce. Los garfios de las columnas y sus anillos eran de plata. 11 Del lado del norte había cien codos de cortina basas de bronce. Los garfios de las columnas y los anillos eran de plata. 12 Del lado de occidente había cincuenta codos de cortina y diez columnas con sus diez basas. 13 En el lado de delante, al oriente, había cincuenta codos; 14 quince codos de cortina de una parte y tres columnas con sus basas 15 y quince codos de cortina de la otra, con tres columnas y tres basas; una parte a un lado de la entrada del atrio, la otra al otro. 16 Todas las cortinas que cerraban el atrio eran de hilo de torzal de lino; 17 las basas de las columnas, de bronce; los garfios y los anillos, de plata; y los capiteles estaban revestidos de plata. 18 La cortina de la entrada del atrio estaba tejida en vario dibujo, en hilo torzal, jacinto, púrpura y carmesí; era de veinte codos de largo y cinco de alto en lo ancho, según la medida de las otras cortinas del atrio. 19 Sus cuatro columnas y sus cuatro basas, de bronce; los garfios y los anillos, de plata, y los capiteles, revestidos de plata. 20 Todos los clavos para el habitáculo y el recinto del atrio eran de bronce.
21 He aquí el cómputo de lo empleado para el habitáculo; el habitáculo del testimonio, hecho por los levitas, de orden de Moisés y bajo la dirección de Itamar, hijo del sacerdote Arón. 22 Besalel, hijo de Uri, hijo de Jur, de la tribu d Judá, hizo cuanto Yave había mandado a Moisés, 23 teniendo por ayudante a Oliab, hijo de Ajisamec, de la tribu de Dan, hábil escultor, dibujante, para tejido en vario dibujo en jacinto, púrpura, y carmesí, de lino torzal. 24 El total del oro empleado en la obra del santuario, producto de las ofrendas, veintinueve talentos con setecientos treinta siclos, según el peso del siclo del santuario. 25 La plata de los de la asamblea que fueron incluídos en el censo se elevó a cien talentos y mil setecientos setenta y cinco siclos, según el peso del siclo del santuario. 26 Era un *beca* por cabeza, medio siclo, según el siclo del santuario, para cada hombre comprendido en el censo, de veinte años para arriba, o sea de seiscientos tres mil quinientos cincuenta. 27 Los cien talentos de plata se emplearon para fundir las basas del santuario, las del velo; cien basas, un talento por basa. 28 Con los mil setecientos setenta y cinco siclos se hicieron los garfios para las columnas, y se revistieron los capiteles. 29 El bronce ofrendado subió a setenta talentos y dos mil cuatrocientos siclos. 30 De él se hicieron las basas de la entrada del tabernáculo de la reunión, el altar de bronce con su rejilla, y todos sus utensilios, 31 las basas del recinto del atrio y los de la puerta, y todas las otras piezas de bronce del habitáculo y del recinto del atrio.

39 1 Con el jacinto, la púrpura y el carmesí se hicieron las vestiduras sagradas para el ministerio del santuario; las vestiduras sagradas de Arón, como lo había mandado Yave: 2 el efod, de oro, hilo torzal de lino, jacinto, púrpura y carmesí, en obra plumaria. 3 Laminó el oro, y cortó las láminas en hilos para entretejerlos con el jacinto, la púrpura y el carmesí, en obra plumaria; 4 las dos hombreras que unían una a otra las dos bandas por dos extremos; 5 la faja del efod que éste lleva unida y es del mismo tejido, oro, jacinto, púrpura y carmesí. 6 Talló dos piedras de ónice, encerradas en dos cápsulas de oro, para el engaste, y con los nombres de los hijos de Israel grabados según el arte de los grabadores de sellos, 7 y los puso a los hombros del efod, para memoria de los hijos de Israel, como a Moisés se lo mandó Yave. 8 Se hizo el pectoral, artísticamente trabajado, del mismo tejido del efod, oro, jacinto, púrpura y carmesí, en hilo torzal de lino. 9 Era cuadrado y doble, de un palmo de largo y uno de ancho, doble. 10 Se le guarneció de cuatro filas de piedras; en la primera fila una sardónice, un topacio y una esmeralda; 11 en la segunda un rubí, un zafiro y un diamante; 12 en la tercera un ópalo, un ágata y una amatista; 13 y en la cuarta un crisólito, una ónice y un jaspe. 14 Las piedras estaban engas-

tadas en cápsulas de oro y correspondían a los nombres de los hijos de Israel, las doce según sus nombres, grabados en ellas como se graban los sellos, un nombre en cada una. 15 Se hicieron para el pectoral cadenillas de oro torcidas en forma de cordones; 16 dos cápsulas de oro y dos anillos de oro, y se pusieron los anillos a los extremos superiores del pectoral. 17 Se pasaron los dos cordones de oro por los dos anillos de los extremos del pectoral a las dos cápsulas colocadas delante de las hombreras del efod. 18 Se fijaron estos dos cordones a las dos cápsulas puestas en las hombreras del efod. 19 Se hicieron otros dos anillos de oro, que se pusieron a los extremos inferiores del pectoral, en el borde inferior al efod por de fuera, 20 cerca de la unión, por encima de la cintura del efod, 21 y fijaron el pectoral, uniéndole por sus anillos a los anillos del efod con una cinta de jacinto, para que se sostuviese el pectoral sobre la cintura del efod, sin separarse de él, como Yave se lo había mandado a Moisés.

22 Se hizo la sobretúnica del efod, toda de una pieza, tejida en jacinto. 23 Tenía en medio una abertura semejante a la de una cota y con un reborde todo en torno para que no se rasgase. 24 Se pusieron en la orla inferior granadas de jacinto, de púrpura y carmesí, en hilo de lino torzal, 25 y se hicieron las campanillas de oro puro, poniéndolas entre las granadas, en el borde inferior de la vestidura, todo en derredor, 26 una campanilla y una granada, una campanilla y una granda, en el borde de la vestidura todo en derredor, para el ministerio, como se lo había mandado Yave a Moisés.

27 Se hicieron las túnicas de lino tejidas para Arón y sus hijos; 28 las tiaras de lino para el ministerio; los calzones de hilo torzal de lino; 29 el cinturón de torzal de lino, jacinto, púrpura y carmesí en tejido plumario, como se lo había mandado Yave a Moisés.

30 Hicieron de oro puro la lámina, diadema sagrada y grabaron en ella, como se graban los sellos, «Santidad a Yave», 31 y se la ató con una cinta de jacinto a la tiara, arriba, como se lo había mandado Yave a Moisés.

32 Así se acabó toda la obra del habitáculo y del tabernáculo de la reunión, y los hijos de Israel hicieron todo lo que Yave había mandado a Moisés.

Presentación de toda la obra a Moisés.

33 Presentaron a Moisés el habitáculo, el tabernáculo y todos los objetos que hacían parte de ellos, los garfios, las tablas, los travesaños, las columnas y las basas, 34 la cubierta de pieles de carnero teñidas de rojo, la cubierta de pieles teñidas de jacinto, y el velo de separación; 35 el arca del testimonio con sus barras y el propiciatorio; 36 la mesa con todos sus utensilios, y los panes de la proposición; 37 el candelabro de oro puro con sus lámparas: las lámparas que se habían de poner en él; todos sus utensilios y el aceite para las lámparas; 38 el altar de oro, el óleo de unción y el timiama; el velo para la entrada del tabernáculo; el 39 altar de bronce, sus barras y todos sus utensilios; la pila con su base, 40 las cortinas del atrio, sus columnas, sus basas; la cortina de la entrada del atrio, sus cuerdas y sus clavos y todos los utensilios para el servicio del habitáculo, para el tabernáculo de la reunión; 41 las vestiduras sagradas para el servicio del santuario, las del sacerdote Arón y las de sus hijos para las funciones sacerdotales. 42 Los hijos de Israel habían hecho todas sus obras conforme a lo que Yave había mandado a Moisés. 43 Moisés lo examinó todo, viendo lo qne habían hecho, y todo lo habían hecho como Yave se lo había mandado, y Moisés los bendijo.

Alza Moisés el tabernáculo.

40 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «El día primero del mes prepararás el habitáculo y el tabernáculo de la reunión, 3 y pondrás en él el arca del testimonio y la cubrirás con el velo; 4 llevarás la mesa y dispondrás lo que en ella se ha de proponer; llevarás el candelabro, y colocarás en él las lámparas; 5 pondrás el altar de oro para el timiama delante del arca del testimonio, y colocarás el velo a la entrada del habitáculo del tabernáculo de la reunión. 6 Pondrás el altar de los holocaustos delante de la entrada

del tabernáculo de la reunión. [7] Pondrás la pila entre el tabernáculo de la reunión y el altar, y echarás agua en ella; [8] alzarás el atrio en torno, y pondrás la cortina a la entrada del atrio. [9] Tomarás óleo de unción, ungirás el habitáculo y cuanto en él se contiene; lo consagrarás con todos sus utensilios y será santo; [10] ungirás el altar de los holocaustos y todos sus utensilios; consagrarás el altar y será santísimo; [11] ungirás la pila con su base, y la consagrarás. [12] Harás avanzar a Arón y a sus hijos cerca de la entrada del tabernáculo, y los lavarás con el agua; [13] y luego revestirás a Arón de sus vestiduras sagradas, y le ungirás, y le consagrarás, y será sacerdote a mi servicio; [14] harás acercar a sus hijos, y después de revestirlos de sus túnicas, [15] los ungirás como ungiste al padre, y serán sacerdotes a mi servicio. Esta unción los ungirá sacerdotes perpetuamente entre sus descendientes.»

[16] Moisés hizo todo lo que le ordenó Yave; como se lo ordenó, así lo hizo.

[17] El día primero del año segundo fué alzado el tabernáculo; [18] Moisés lo alzó, puso los tablones, las barras, los travesaños, y alzó las columnas; [19] extendió el tabernáculo sobre el habitáculo, y puso por encima la cubierta del tabernáculo como se lo había mandado Yave a Moisés. [20] Tomó el testimonio y lo puso dentro del arca, y puso las barras del arca, y encima de ella el propiciatorio. [21] Llevó el arca al habitáculo, y habiendo colocado el velo de separación, ocultó el arca del testimonio, como Yave se lo había mandado a Moisés.

[22] Puso la mesa en el tabernáculo de la reunión, al lado norte del habitáculo por delante del velo, [23] y dispuso en ella los panes, como Yave se lo había mandado a Moisés. [24] Puso el candelabro en el tabernáculo de la reunión, frente por frente de la mesa, al lado meridional del habitáculo, [25] y colocó en él las lámparas, como Yave se lo había mandado a Moisés. [26] Puso el altar de oro en e tabernáculo de la reunión, delante del velo, [27] y quemó sobre él el titiama, como Yave se lo había mandado a Moisés. [28] Puso la cortina a la entrada del habitáculo. [29] Colocó el altar de los holocaustos a la entrada del habitáculo, y ofreció el holocausto y la oblación, como Yave se lo había mandado a Moisés. [30] Puso la pila entre el tabernáculo de la reunión y el altar, y echó agua en ella para las abluciones; [31] Moisés, Arón y sus hijos se lavaron en ella manos y pies. [32] Siempre que entraban en el tabernáculo de la reunión y se acercaban al altar, se lavaban, como Yave se lo había mandado a Moisés. [33] Alzó el atrio en torno del habitáculo y del altar, y puso la cortina a la entrada del atrio. Así acabó Moisés su obra.

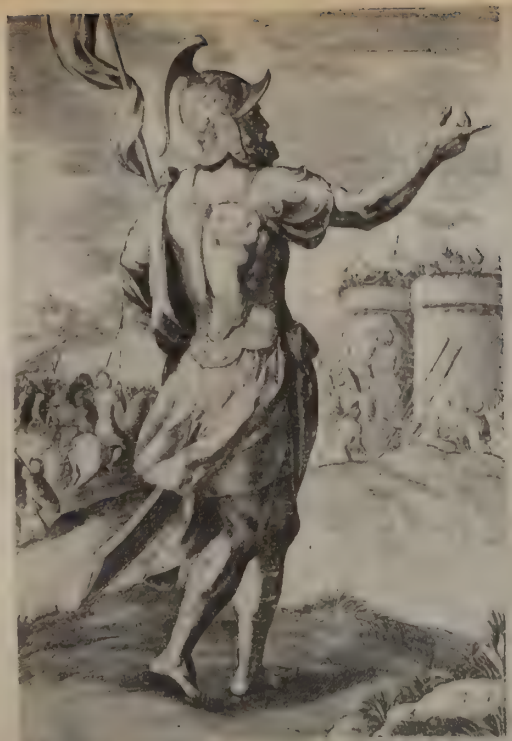
La gloria de Dios llena el tabernáculo.

[34] Entonces la nube cubrió el tabernáculo de la reunión, y la gloria de Yave llenó el habitáculo. [35] Moisés no podía ya entrar en el tabernáculo de la reunión, porque estaba encima la nube, y la gloria de Yave llenaba el habitáculo (1).

[36] Todo el tiempo que los hijos de Israel hicieron sus marchas, se ponían en movimiento cuando se alzaba la nube sobre el tabernáculo, [37] y si la nube no se alzaba, no marchaban, hasta el día en que se alzaba. [38] Pues la nube de Yave se posaba durante el día sobre el habitáculo, y durante la noche la nube se hacía ígnea a la vista de todos los hijos de Israel, todo el tiempo que duraron sus marchas.

---

(1) La gloria de Dios en forma de nube llena el tabernáculo, como llenará luego el templo. Es como la toma de posesión de éstos por Dios y una forma sensible de su habitación en medio del pueblo. Así Israel, a quien se le prohibe toda representación sensible de la divinidad, tiene algo sensible en que apoyar su fe.



LEVI

JUDA

LEVITICO

Leyes acerca de los holocaustos.

1 [1] Llamó Yave a Moisés y le habló desde el tabernáculo de la reunión, diciendo: [2]«Habla a los hijos de Israel, y diles: Quien de vosotros ofreciere a Yave una ofrenda de reses (1) ofrecerá ganado mayor o ganado menor. [3] Si su ofrenda es de holocausto de ganado mayor, será de un macho inmaculado; lo traerá a la puerta del tabernáculo del testimonio, para ser grato a Yave; [4] pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima, y será acepta ésta para expiación suya, [4] e inmolará la res ante Yave. Los sacerdotes, hijos de Arón, llevarán la sangre y la derramarán en torno del altar que está a la entrada del tabernáculo de la reunión. [6] Desollarán la víctima y la descuartizarán. [7] Los hijos del sacerdote Arón pondrán fuego en el altar y dispondrán la leña sobre el fuego, [8] y ordenarán sobre ella los trozos con la cabeza y lo pegado al hígado, [9] las entrañas y las patas, lavadas antes en agua, y todo lo quemará el sacerdote sobre el altar. Es holocausto y suave olor a Yave.

[10] Si la ofrenda es de ganado menor, holocausto de oveja o cabra, ofrecerá un macho inmaculado, [11] y lo inmolará al lado del altar que mira al norte, ante Yave; y los sacerdotes, hijos de Arón, derramarán la sangre en torno del altar. [12] Lo descuartizarán en torno del altar. [13] Lo descuartizarán, y con la cabeza y el sebo lo dispondrá el sacerdote sobre la leña encendida del altar. [13] Las entrañas

(1) El sacrificio es la oblación hecha a Dios de un ser vivo, matándole, y en esto se diferencia de la *minja*, que es la oblación de frutos de la tierra. Hay cuatro especies de sacrificio: el holocausto, en que toda la víctima se consume por el fuego, en honor de Dios; el sacrificio expiatorio del pecado, y el sacrificio expiatorio del delito, en los cuales una parte de la víctima cede en favor del sacerdote, y por eso se dice que los sacerdotes comen los pecados del pueblo; el sacrificio pacífico o eucarístico, en que participa también el oferente, en banquete sagrado de comunión. La distinción entre el pecado y el delito parece estar en la voluntariedad. El primero se comete sin advertencia contra algo santo; el segundo con advertencia, y es, además de contra la santidad, contra la justicia.

y las patas se lavarán con agua, y todo lo quemará el sacerdote sobre el altar. Es holocausto y olor suave a Yave.
14 Si la ofrenda a Yave fuere un holocausto de aves, ofrecerá tórtolas o pichones. 15 El sacerdote llevará la víctima al altar, y quitándole la cabeza, la quemará en el altar; la sangre la dejará correr sobre un lado del altar; 16 los intestinos con sus excrementos los tirará junto al altar, al lado de oriente, en el lugar donde se echa la ceniza. 17 Le romperá las alas, sin separarlas del todo, y el sacerdote la quemará sobre la leña encendida en el altar. Es holocausto y suave olor a Yave.

Leyes acerca de las oblaciones.

2 1 Quien ofrezca a Yave una oblación de ofrenda incruenta, su oblación será de flor de harina, sobre la cual habrá derramado aceite y pondrá incienso. Es *minja*. 2 La llevará al sacerdote de los hijos de Arón, quien, tomando un puñado de la harina con aceite y todo el incienso, lo quemará sobre el altar, como combustión en memoria, en olor suave a Yave. 3 Lo que resta de la oblación, será para Arón y sus hijos, santísimo de las combustiones a Yave.
4 Si ofrecieres oblación de cosas cocidas al horno, será de pastas de flor de harina, sin levadura, amasadas con aceite, o untadas con aceite, sin levadura. 5 Si la oblación fuere de frisuelos fritos en sartén, será de flor de harina amasada con aceite, sin levadura; 6 la partirás en trozos y echarás aceite encima, es *minja*. 7 Si la oblación fuere de cosa cocida en la parrilla, será de flor de harina amasada con aceite. 8 Llevarás la *minja*, hecha de estas cosas a Yave, y la entregarás al sacerdote, quien la presentará ante el altar, y al ofrecerla, 9 tomará de la *minja* la memoria y la quemará sobre el altar en olor de suavidad a Yave. 10 El resto será de Arón y sus hijos, santísimo de las oblaciones a Yave.
11 Toda oblación que ofrezcáis a Yave ha de ser sin levadura, pues nada fermentado, ni que contenga miel, se ha de quemar en el sacrificio de holocausto a Yave. 12 Podréis, sí, presentarlo como ofrenda de primicias, pero no se pondrá sobre el altar como ofrenda de suave olor. 13 A toda oblación que presentes le pondrás sal; no dejarás que a tu ofrenda le falte la sal de la alianza de Yave; en todas tus ofrendas ofrecerás sal.
14 Si hicieres a Yave una oblación de primicias, la harás de espigas tostadas al fuego y hechas una pasta. Así ofrecerás la *minja* de tus primicias, 15 y derramarás aceite sobre ella, y pondrás encima incienso. Es *minja*. 16 De ella quemará el sacerdote la memoria, una parte de la pasta con aceite y todo el incienso combustión de Yave.

Leyes acerca de los sacrificios eucarísticos.

3 1 Quien ofreciere un sacrificio pacífico, si lo que ofrece es de ganado mayor, macho o hembra, 2 sin defecto lo ofrecerá a Yave. Pondrá la mano sobre la cabeza de la víctima y la degollará a la entrada del tabernáculo de la reunión; y los sacerdotes, hijos de Arón, derramarán la sangre en torno del altar. 3 De este sacrificio pacífico ofrecerá a Yave en combustión el sebo que envuelve las entrañas y cuanto hay sobre ellas, 4 los dos riñones, con el sebo que los recubre y el que hay entre los riñones y los lomos, y el que hay en el hígado sobre los riñones, 5 y lo quemarán los hijos de Arón en el altar, encima del holocausto puesto sobre la leña encendida. Es combustión de suave olor a Yave.
6 Si lo que ofrece es ganado menor, macho o hembra, en sacrificio pacífico a Yave, lo ofrecerá inmaculado. 7 Si es cordero, lo presentará ante Yave, 8 pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima, y la degollará ante el tabernáculo de la reunión. Los sacerdotes, hijos de Arón, derramarán la sangre en torno del altar. 9 De este sacrificio pacífico ofrecerán a Yave en combustión la cola toda entera, que se cortará desde la rabadilla, el sebo que envuelve las entrañas y cuanto hay sobre ellas, 10 los dos riñones, el sebo que los recubre y el que hay entre ellos y los lomos, y la redecilla del hígado sobre los riñones. 11 El sacerdote lo quemará sobre el altar. Es manjar de combustión a Yave.
12 Si lo que ofreciere a Yave es

una cabra, la presentará a Yave,
13 pondrá su mano sobre la cabeza de
la víctima y la degollará a la entrada
del tabernáculo de la reunión, y los
hijos de Arón derramarán la sangre
en torno del altar. 14 De la víctima
se tomará, para ofrecer oblación de
combustión a Yave, el sebo que cu-
bre las entrañas y cuanto hay sobre
ellas, 14 los dos riñones, con el sebo
que los recubre y el que hay entre
ellos y los lomos, y la redecilla del
hígado sobre los riñones. 16 El sacer-
dote lo quemará sobre el altar, man-
jar de combustión de suave olor a
Yave. Todo sebo a Yave. 17 Esta es
una ley perpetua para vuestros des-
cendientes, donde quiera que habitéis.
Vosotros no comeréis ni sangre ni
sebo.»

Leyes acerca de los sacrificios expiatorios por el pecado.

4 1 Yave habló a Moisés, diciendo:
2 «Habla a los hijos de Israel, y
diles: Si pecare alguno por ignoran-
cia, haciendo algo contra cualquiera
de los mandatos prohibitivos de Yave:
3 Si es el sacerdote ungido el que
peca, haciendo así culpable al pueblo,
ofrecerá a Yave por su pecado un
novillo sin defecto en sacrificio expia-
torio. 4 Llevará el novillo a la entrada
del tabernáculo de la reunión ante
Yave, y después de poner la mano
sobre su cabeza, lo degollará ante
Yave. 5 El sacerdote ungido tomará
la sangre del novillo, y la llevará al
tabernáculo de la reunión; 6 y mo-
jando un dedo en la sangre, hará siete
aspersiones ante Yave hacia el velo
del santuario; 7 untará de ella los
cuernos del altar del timiama, y de-
rramará todo el resto de la sangre
del novillo en torno del altar de los
holocaustos, que está a la entrada
del tabernáculo de la reunión. 8 Co-
gerá luego el sebo del novillo sacri-
ficado por el pecado, el sebo que cubre
las entrañas y cuanto hay sobre
ellas, 9 los dos riñones con el sebo
que los cubre y el que hay entre ellos
y los lomos, y la redecilla del hígado
sobre los riñones, 10 como se coge en
el novillo del sacrificio pacífico, y lo
quemará en el altar de los holocaustos.
11 La piel del novillo, sus carnes, la
cabeza, las piernas, las entrañas y
los excrementos, 12 lo llevará todo
fuera del campamento a un lugar
puro, donde se tiran las cenizas, y lo
quemará sobre leña. Se quemará en
el lugar donde se tiran las cenizas.
13 Si fuere la asamblea toda del
pueblo la que por ignorancia pecare
sin darse cuenta, haciendo algo que
los mandatos de Yave prohiben, in-
curriendo así en culpa; 14 al darse
cuenta la asamblea del pecado come-
tido, ofrecerá en sacrificio expiatorio
un novillo, que se llevará a la en-
trada del tabernáculo de la reunión.
15 Los ancianos de la asamblea pon-
drán sus manos sobre la cabeza del
novillo ante Yave; 16 el sacerdote
ungido llevará la sangre del novillo
al tabernáculo de la reunión, 17 y
mojando su dedo en la sangre, asper-
gerá siete veces ante Yave hacia el
velo; 18 untará de sangre los cuernos
del altar, que está ante Yave en el
tabernáculo de la reunión, y la de-
rramará al pie del altar de los holo-
caustos, que está a la entrada del
tabernáculo de la reunión. 19 Luego
cogerá todo el sebo del novillo y lo
quemará en el altar, 20 haciendo con
este novillo como con el novillo an-
terior. Así los expiará el sacerdote y
les será perdonado. 21 Llevará el no-
villo fuera del campamento, y lo
quemará como el anterior. Este es el
sacrificio por el pecado de la asam-
blea de los hijos de Israel.
22 Si el que pecó es un príncipe del
pueblo, haciendo por ignorancia algo
de lo que los mandamientos de Yave,
su Dios, prohiben, incurriendo así en
culpa; 23 al darse cuenta del pecado
cometido, llevará como ofrenda un
macho cabrío sin defecto; 24 pondrá
su mano sobre la cabeza, y lo dego-
llará en el lugar donde se degüellan
los holocaustos a Yave; es sacrificio
por el pecado; 25 el sacerdote mojará
su dedo en la sangre de la víctima
y untará de ella los cuernos del altar
de los holocaustos, y la derramará;
la derramará al pie del altar. 26 des-
pués quemará todo el sebo en el altar,
como se quema en los sacrificios pa-
cíficos. Así le expiará el sacerdote
de su pecado, y le será perdonado.
27 Si el que por ignorancia pecó
es uno del pueblo, haciendo algo que
Yave ha prohibido hacer, e incu-
rriendo así en culpa; 28 al caer en
la cuenta de su pecado, llevará en
ofrenda una cabra sin defecto, hem-
bra, por el pecado cometido; 29 pondrá
su mano sobre la cabeza de la vícti-
ma por el pecado, y la degollará en

el lugar donde se ofrecen los holocaustos. 30 El sacerdote mojará su dedo en la sangre de la víctima, untará de ella los cuernos del altar de los holocaustos, y la derramará al pie del altar. 31 Después, tomando todo el sebo, como en el sacrificio pacífico, lo quemará en el altar en suave olor a Yave. Así le expiará el sacerdote, y le será perdonado.

32 Si lo que ofrece en sacrificio por el pecado es cordero, llevará una cordera sin defecto, 33 pondrá su mano sobre la cabeza de la víctima por el pecado, y la degollará en sacrificio de expiación en el lugar donde se ofrecen los holocaustos. 34 El sacerdote mojará su dedo en la sangre de la víctima, y untará de ella los cuernos del altar de los holocaustos, y derramará la sangre al pie del altar. 35 Después, tomando el sebo, como en el sacrificio pacífico, lo quemará en el altar sobre las combustiones de Yave. Así le expiará el sacerdote por el pecado cometido, y le será perdonado.

5 1 Si uno pecare oyendo a otro imprecar, y siendo testigo de lo que arranca la imprecación, porque lo vió, o de otro modo lo conoció, y sin embargo no lo denunció, contrayendo así reato; 2 o si tocare sin darse cuenta algo impuro, sea el cadáver impuro de una bestia, sea el cadáver impuro de un reptil; haciéndose impuro él mismo y contrayendo reato; 3 o tocare sin darse cuenta cualquier impureza humana, dándose cuenta de ello después, contrayendo así reato; 4 o vanamente jurare de ligero hacer algo, de mal o de bien, de lo que uno suele jurar vanamente, sin darse cuenta, y cae después en ella. 5 El que de uno de estos modos incurre en reato, por el reato de uno de estos modos contraído confesará su pecado, 6 y ofrecerá a Yave por su pecado una hembra de ganado menor, oveja o cabra, y el sacerdote le expiará de su pecado. 7 Si no pudiese ofrecer una res, ofrecerá a Yave dos tórtolas o dos pichones, uno por el pecado y otro en holocausto, 8 y los llevará al sacerdote, que ofrecerá primero el que es por el pecado, quitándole la cabeza sin separarla del todo, 9 y haciendo con la sangre la aspersión de un lado del altar, dejando que el resto fluya al pie del altar; es sacrificio por el pecado; 10 después el otro lo ofrecerá en holocausto, según suele hacerse, y así hará el sacerdote la expiación del pecado cometido, y le será perdonado. 11 Si tampoco pudiera ofrecer dos tórtolas o dos pichones, llevará en ofrenda por su pecado un décimo de *efa* de flor de harina, como sacrificio por su pecado; no pondrá en ella ni aceite ni incienso, porque es sacrificio por el pecado; 12 lo llevará al sacerdote, quien, tomando un puñado para memoria, lo quemará en el altar, sobre las combustiones de Yave; así es el sacrificio por el pecado. 13 Así le expiará el sacerdote por el pecado cometido en una de aquellas tres cosas, y le será perdonado. El resto será para el sacerdote, como en la oblación.»

Leyes acerca del sacrificio expiatorio por el delito.

14 Yave habló a Moisés diciendo: 15 «Si uno por ignorancia prevaricase, pecando contra las cosas santas que son de Yave, ofrecerá por el delito un carnero sin defecto, tomado del ganado, estimado por lo menos en dos siclos, según el peso del siclo del santuario, 16 y restituirá el daño causado, con el recargo de un quinto, entregándolo al sacerdote, quien hará por él la expiación del reato, y le será perdonado.

17 Si uno pecare por ignorancia, haciendo sin darse cuenta algo de lo prohibido por Yave, contrayendo reato, y llevando sobre sí la iniquidad, 18 traerá al sacerdote un carnero sin defecto del ganado, según la cuantía del pecado. El sacerdote le expiará por el pecado cometido por ignorancia, y le será perdonado. 19 Este es sacrificio por el delito, pues se hizo reo de delito contra Yave.»

20 Habló Yave a Moisés diciendo: 21 «El que con desprecio de Yave pecare, negando a uno de su pueblo un depósito, una prenda puesta en sus manos, que injustamente se apropió, o con violencia le quitase algo, 22 o se apropiase algo perdido que encontró, y más si perjurase en cualquiera de estas cosas en que los hombres suelen perjudicar, 23 pecando, y contrayendo reato, restituirá íntegramente a su dueño lo robado, defraudado, confiádole en depósito, o encontrado y negado, 24 o aquello sobre que falsamente juró, con el recargo de un quinto del valor, el día de su sacrifi-

cio por el delito; [25] y ofrecerá a Yave en sacrificio por el delito un carnero sin defecto de la grey, y lo llevará al sacerdote según su estimación; [26] el sacerdote hará por él la expiación ante Yave, y le será perdonado el delito de que se hizo reo.»

Leyes acerca de los holocaustos, oblaciones y sacrificios de diversa especie.

6 [1] Yave habló a Moisés, diciendo: [2] «Manda a Arón y a sus hijos, y diles: Esta es la ley del holocausto: El holocausto arderá sobre el hogar del altar de la noche a la mañana, y el fuego del altar se tendrá siempre encendido. [3] El sacerdote, revestido de la túnica de lino, y puestos sobre su carne los calzones de lino, quitará la ceniza que deje el fuego que consumió el holocausto, y la pondrá al lado del altar; [4] luego, quitándose esas vestiduras, y poniéndose otras, llevará la ceniza fuera del campamento a un lugar puro. [5] El fuego arderá siempre en el altar, sin que se apague: el sacerdote lo alimentará con leña todas las mañanas, pondrá sobre ella el holocausto, y quemará allí el sebo de los sacrificios pacíficos. [6] Es fuego perenne que ha de arder en el altar sin apagarse.»

[7] Esta es la ley de la *minja*: «Los hijos de Arón la presentarán a Yave ante el altar. [8] El sacerdote tomará un puñado de flor de harina con su aceite y todo el incienso puesto sobre la ofrenda, y lo quemará en el altar, en olor de suavidad, como memoria a Yave. [9] Lo que resta de la ofrenda lo comerán Arón y sus hijos. Lo comerán sin levadura, en lugar santo, en el atrio del tabernáculo de la reunión. [10] No se cocerá con levadura. Es la parte que yo les destino de mis ofrendas de combustión: cosa santísima, como el sacrificio por el pecado, y el sacrificio por el delito. [11] Lo comerán los varones, hijos de Arón. Es ley perpetua para vuestros descendientes sobre las ofrendas hechas a Yave por el fuego. Quienquiera que la toque, se santificará.»

[12] Yave habló a Moisés, diciendo: [13] «He aquí la ofrenda que han de hacer los hijos de Arón el día de su unción: un décimo de *efa* de flor de harina, como oblación perpetua, la mitad por la mañana, la mitad por la tarde, [14] se freirá en la sartén, amasada con aceite, y la ofrecerá caliente en suave olor a Yave. [15] También el sacerdote ungido de su linaje ofrecerá esto como oblación. Es ley perpetua ante Yave; toda se quemará. [16] Toda oblación de sacerdote se quemará toda, no se comerá.»

[17] Yave habló a Moisés diciendo: [18] «Di a Arón y a sus hijos: Esta es la ley de la hostia por el pecado: Se inmolará donde se inmola ante Yave el holocausto. Es cosa santísima. [19] El sacerdote que la ofrece la comerá en lugar santo, en el atrio del tabernáculo de la reunión. [20] Quienquiera que tocare la carne, se santificará. Si la sangre mojare alguna vestidura, será lavada en lugar santo. [21] La vasija en que se cueza, si es de barro se romperá, si es de bronce se fregará y lavará en el agua. [22] La comerán los varones de los sacerdotes, es cosa santísima. [23] Pero no se comerá ninguna víctima expiatoria cuya sangre se haya de llevar al tabernáculo de la reunión para hacer la expiación del santuario; ésa no se comerá, será quemada.»

7 [1] Esta es la ley del sacrificio por el delito. Es cosa santísima. [2] La víctima del sacrificio por el delito será degollada en el lugar donde se degüella el holocausto. La sangre se derramará en torno del altar. [3] Se ofrecerá todo el sebo: la cola, el sebo que recubre las entrañas, [4] los dos riñones, con el sebo que los cubre y el que hay entre los riñones y los lomos, y la redecilla del hígado sobre los riñones. [5] El sacerdote lo quemará en el altar. Es combustión de Yave, víctima por el delito. [6] Comerán la carne los varones de entre los sacerdotes, en lugar santo: es cosa santísima. [7] Como el sacrificio por el pecado, así se hará el sacrificio por el delito. La ley para uno y otro es la misma. La víctima será del sacerdote que la ofrezca. [8] Del sacerdote que ofrezca un holocausto será la piel de la víctima que ha ofrecido. [9] Toda *minja*, amasada con aceite o seca, será de los hijos de Arón. [10] Se distribuirá entre ellos por partes iguales.

[11] He aquí la ley del sacrificio pacífico que se ofrece a Yave: [12] Si se ofrece en acción de gracias, con la víctima eucarística ofrecerán panes ácimos amasados con aceite, tortas ácimas untadas de aceite; frisuelos de flor de harina amasada con aceite. [13] Tam-

bién se podrán ofrecer con la víctima del sacrificio pacífico ofrecido en acción de gracias panes fermentados.
14 De cada una de estas ofrendas se presentará por elevación una pieza, reservada a Yave, que será del sacerdote que haya hecho la aspersión de la sangre de la víctima pacífica.
15 La carne de la víctima del sacrificio pacífico eucarístico se comerá el día mismo en que se ofrece, sin dejar nada para el día siguiente.
16 Si la víctima se ofrece en cumplimiento de un voto, o como ofrenda voluntaria, se comerá el día en que se ofrece, 17 y lo que reste se comerá el día siguiente; pero si algo queda para el tercer día, se quemará. 18 Si alguno comiere carne del sacrificio pacífico el día tercero, el sacrificio no será aceptable, no se le computará al que lo ofreció, sino que será abominación, y el que así comió contraerá reato. 19 La carne que haya tocado una cosa impura no se comerá, se quemará. 20 La carne podrá comerla quien quiera que esté puro; pero el que, estando impuro, comiere la carne de la víctima pacífica ofrecida a Yave, será borrado de su pueblo, 21 y todo aquel que tocare inmundicia de hombre, de animal, o cualquiera otra abominación inmunda, y comiere de esta carne, será borrado de su pueblo.
22 Yave habló a Moisés diciendo:
«Habla a los hijos de Israel y diles:
23 No comeréis sebo de buey, de oveja, ni de cabra.
24 Del sebo de un animal muerto o destrozado por una alimaña, podréis serviros para cualquier uso, pero de ninguna manera lo comeréis, 25 pues quienquiera que comiere sebo de animales de los que se ofrecen a Yave en holocausto, será borrado de su pueblo.
26 No comeréis sangre, ni de ave, ni de bestia, en ninguno de los lugares en que habitéis. 27 El que comiere sangre de cualquier especie, será borrado de su pueblo.»
28 Yave habló a Moisés diciendo:
29 «Habla a los hijos de Israel y diles: El que ofreciere a Yave, Dios, una víctima pacífica, 30 traerá él mismo a Yave el don de su hostia pacífica, tomará con sus manos el sebo de la víctima y el pecho, balanceando éste ante Yave; 31 el sacerdote quemará el sebo en el altar, y el pecho será para Arón y sus hijos. 32 Daréis también al sacerdote el brazuelo derecho, como ofrenda reservada de vuestras hostias pacíficas. 33 El brazuelo será del sacerdote que ofrezca la sangre y el sebo, 34 pues yo me he reservado de las víctimas pacíficas de los hijos de Israel el pecho de balanceo, y la espalda de separación de las hostias pacíficas de los hijos de Israel, y se los he dado a Arón y a sus hijos, como ley perpetua para los hijos de Israel.
35 Esa es la parte de Arón y de sus hijos en las combustiones a Yave, desde el día en que fueron promovidos a ejercer ante mí el sacerdocio; 36 por eso ha mandado Yave a los hijos de Israel dársela desde el día de su unción, y será ley perpetua de generación en generación.
37 Tal es la ley del holocausto y la de la *minja*, del sacrificio por el pecado y por el delito, del sacrificio de consagración y del sacrificio pacífico, 38 que dió Yave a Moisés en el monte Sinaí, el día en que mandó a los hijos de Israel que ofrecieran sus oblaciones a Yave en el desierto del Sinaí.«

Consagración de Arón y sus hijos.

8 1 Habló Yave a Moisés diciendo:
2 «Toma a Arón, y con él a sus hijos, las vestiduras, el óleo de unción, el novillo para el sacrificio por el pecado, los dos carneros y el cestillo de panes ácimos, 3 y convoca toda la asamblea a la entrada del tabernáculo de la reunión.»
4 Hizo Moisés lo que le mandaba Yave y, reunida la asamblea a la entrada del tabernáculo de la reunión, 5 les dijo Moisés: »He aquí lo que Yave ha mandado hacer.»
6 Después hizo que se acercaran Arón y sus hijos y los lavó con agua.
7 Vistió a Arón la túnica, se la ciñó, le vistió la sobreveste y el efod, que le ciñó con el cinturón del efod, atándoselo; 8 le puso el pectoral con los *urim* y los *tummim*; 9 cubrió su cabeza con la tiara, poniendo en la parte anterior de ella la diadema de oro, la diadema de la santidad, como le había mandado Yave; 10 y tomando luego el óleo de la unción, ungió el tabernáculo y cuanto en él había, y los consagró. 11 Aspergió siete veces el altar, y le ungió con todos sus utensilios, como también

la pila y su base, y los consagró.
12 Derramó el óleo de la unción
sobre la cabeza de Arón, y le ungió,
consagrándole. 13 Hizo luego que se
acercaran los hijos de Arón, y les
vistió sus túnicas, los ciñó, y les
puso sus tiaras, como se lo había
mandado Yave. 14 Hizo traer el no-
villo para el sacrificio por el pecado,
y Arón y sus hijos pusieron sus
manos sobre el novillo del sacrificio
por el pecado. 15 Moisés le degolló;
y tomando su sangre, untó con su
dedo los cuernos del altar todo en
torno, y lo purificó, derramando la
sangre al pie del altar, y lo consagró
para hacer sobre él el sacrificio ex-
piatorio. 16 Tomó todo el sebo que
recubre las entrañas, la redecilla del
hígado y los dos riñones con su sebo,
y lo quemó todo en el altar. 17 El
novillo, su piel, sus carnes y sus ex-
crementos se quemaron fuera del
campamento, como se lo había man-
dado Yave a Moisés.

18 Hizo que acercaran el carnero
del holocausto, y Arón y sus hijos
le pusieron sus manos sobre la ca-
beza. 19 Moisés lo degolló, y derramó
su sangre en torno del altar. 20 Lo
dividió en trozos, y Moisés quemó la
cabeza y los trozos y el sebo. 21 Se
lavaron en agua las entrañas y las
patas, y Moisés quemó todo el car-
nero en el altar; era holocausto de
suave olor, como se lo había man-
dado Yave a Moisés.

22 Hizo que acercasen el otro car-
nero, el de la inauguración, y Arón
y sus hijos le pusieron la mano sobre
la cabeza. 23 Moisés lo degolló, tomó
su sangre y untó de ella el lóbulo
de la oreja derecha de Arón, el pul-
gar de su mano derecha y el de su
pie derecho. 24 Hizo acercar a los
hijos de Arón, y untó de la sangre
el lóbulo de su oreja derecha, el pul-
gar de su mano derecha y el de su
pie derecho, derramando luego la
sangre en torno del altar. 25 Tomó
después el sebo, la cola, todo el sebo
que encubre las entrañas, la redecilla
del hígado, los dos riñones con su
sebo, y el brazuelo derecho. 26 Tomó
del cestillo de los ácimos, puesto
ante Yave, un pan ácimo, una torta
ácima amasada con aceite, y un fri-
suelo, y los puso sobre el sebo y so-
bre el brazuelo derecho; 27 y después
de haber puesto todo esto en las
manos de Arón y sus hijos, lo balan-
cearon como ofrenda a Yave. 28 Moi-
sés lo tomó de sus manos y lo quemó
en el altar encima del holocausto,
pues era el sacrificio de inauguración
de suave olor, combustión a Yave.
29 Moisés tomó luego el pecho del
carnero de inauguración y lo balan-
ceó ante Yave; ésta fué la porción
de Moisés, como se lo había man-
dado Yave.

30 Tomó Moisés el óleo de unción
y sangre de la que había en el altar,
aspergió a Arón y sus vestiduras y
a los hijos de Arón y sus vestiduras,
consagrando a Arón y sus vestiduras
y a los hijos de Arón y sus vesti-
duras.

31 Moisés dijo a Arón y a sus
hijos: «Coced la carne a la entrada
del tabernáculo de la reunión; es
allí donde habéis de comerla con el
pan que hay en el cestillo de la inau-
guración, como yo lo he mandado,
diciendo: Arón y sus hijos lo come-
rán. 32 Lo que reste de la carne y
del pan, lo quemaréis. 33 Durante
siete días no saldréis de la entrada
del tabernáculo de la reunión, hasta
que se cumplan los días de vuestra
inauguración, pues vuestra inaugu-
ración durará siete días, 34 como se
ha hecho hoy para expiaros. Os que-
daréis los siete días, día y noche,
35 a la entrada del tabernáculo de
la reunión, y guardaréis lo que ha
mandado Yave, para no morir, por-
que esto es lo que él me ha man-
dado.» 36 Arón y sus hijos hicieron
todo lo que Yave les mandó por
Moisés.

Primeros sacrificios ofrecidos por Arón y sus hijos.

9 1 El día octavo Moisés llamó a
Arón, a sus hijos y a los ancianos
de Israel, 2 y dijo a Arón: «Toma
un novillo para el sacrificio por el
pecado, y un carnero para el holo-
causto, ambos sin defecto, y ofré-
celos ante Yave. 3 Hablarás a los
hijos de Israel diciendo: Tomad un
macho cabrío para el sacrificio de
expiación, un becerro y un cordero
primales, para el holocausto, ambos
sin defecto; 4 un buey y un carnero
para el sacrificio pacífico, para in-
molarlos ante Yave; y una ofrenda
amasada con aceite; porque hoy se
os dará a ver Yave.»

5 Trajeron ante el tabernáculo de
la reunión cuanto había mandado

Moisés, y toda la asamblea se acercó, poniéndose ante Yave. 6 Moisés dijo: «Esto es lo que ha mandado Yave; hacedlo y se os mostrará la gloria de Yave.» 7 Dijo, pues, a Arón: «Acércate al altar, ofrece tu sacrificio por el pecado y tu holocausto, y haz la expiación para ti y para el pueblo; presenta también la ofrenda del pueblo, y haz la expiación para él, como lo ha mandado Yave.»

8 Arón se acercó al altar y degolló el novillo, víctima del sacrificio del pecado ofrecido por él. 9 Los hijos de Arón le presentaron la sangre; y mojando él su dedo, untó de ella los cuernos del altar y la derramó al pie del altar. 10 Quemó en el altar el sebo, los riñones y la redecilla del hígado de la víctima por el pecado, como Yave se lo había mandado a Moisés; 11 pero la carne y la piel las quemó fuera del campamento. 12 Degolló el holocausto, y sus hijos le presentaron la sangre, que él derramó en torno del altar. 13 Le presentaron el holocausto descuartizado, con la cabeza, y él los quemó en el altar. 14 Lavó las entrañas y las patas, y las quemó encima del holocausto. 15 Luego presentó la ofrenda del pueblo. Tomó el macho cabrío por el pecado, ofrecido por el pueblo; y degollándolo, ofreció la expiación como la víctima primera. 16 Ofreció el holocausto y lo sacrificó según su rito. 17 Presentó la ofrenda, y tomando un puñado, lo quemó encima del holocausto de la mañana. 18 Degolló el toro y el carnero del sacrificio pacífico por el pueblo. Los hijos de Arón le presentaron la sangre, que él derramó en torno del altar; 19 y el sebo del toro y del carnero, la cola, el sebo que recubre las entrañas, los riñones y la redecilla del hígado, 20 las partes grasas las puso sobre los pechos. Arón quemó los sebos en el altar, 21 después balanceó los pechos ante Yave, y el brazuelo derecho en ofrenda balanceada, como lo había mandado Moisés.

22 Arón, alzando su mano hacia el pueblo le bendijo, y bajó después de haber ofrecido el sacrificio por el pecado, el holocausto y el sacrificio pacífico. 23 Moisés y Arón entraron en el tabernáculo de la reunión; y cuando salieron bendijeron al pueblo, y la gloria de Yave se apareció a todo el pueblo, 24 y fuego mandado por Yave consumió en el altar el holocausto y los sebos. A su vista el pueblo todo lanzó gritos de júbilo y se postraron rostro a tierra.

Nadab y Abiú, consumidos por el fuego.

10 1 Los hijos de Arón, Nadab y Abiú, tomaron cada uno un incensario, y poniendo fuego en ellos y echando incienso, presentaron ante Yave un fuego extraño; cosa que no les había sido ordenada. 2 Entonces salió de ante Yave un fuego que los abrasó, y murieron ante Yave. 3 Dijo Moisés a Arón: «Esto es lo que declaró Yave al decir: Yo seré santificado en aquellos que se me acercan y glorificado ante el pueblo todo.» Arón calló.

4 Moisés llamó a Misael y Elisafán, hijos de Oziel, tío de Arón, y les dijo: «Venid, y llevad a vuestros hermanos lejos del santuario, fuera del campamento.» 5 Ellos se acercaron, y los llevaron con sus túnicas fuera del campamento, como se lo había mandado Moisés.

6 Moisés dijo a Arón, a Eleazar y a Itamar: «No desnudéis vuestras cabezas, ni rasguéis vuestras vestiduras, no sea que muráis. Que vuestros hermanos, toda la casa de Israel, lloren el incendio que ha encendido Yave. 7 Vosotros no salgáis del tabernáculo de la reunión, no sea que muráis, porque lleváis sobre vosotros el óleo de la unción de Yave.» Ellos hicieron lo que Moisés les mandaba.

8 Yave habló a Arón, diciendo: 9 «No beberás vino ni bebida alguna inebriativa, tú, ni tus hijos, cuando entréis en el tabernáculo de la reunión, para que no muráis. Es ley perpetua entre tus descendientes, 10 para que sepáis discernir entre lo santo y lo profano, lo puro y lo impuro, 11 y enseñar a los hijos de Israel todas las leyes, que por medio de Moisés les ha dado Yave.»

12 Moisés dijo a Arón, a Eleazar y a Itamar, los dos hijos que le quedaban a Arón: «Tomad la ofrenda que resta de los sacrificios hechos a Yave, y comedla sin levadura cerca del altar, pues es cosa santísima. 13 La comeréis en lugar santo. Es tu derecho y el derecho de tus hijos sobre las ofrendas hechas a Yave, como me ha sido ordenado. 14 Comeréis en lugar puro, tú y tus hijos y

tus hijas, el pecho balanceado y el brazuelo reservado, porque esos trozos se te dan como derecho tuyo y de tus hijos sobre los sacrificios pacíficos de los hijos de Israel. 15 Brazuelo de separación, y pecho de balanceo, que con el sebo destinado al fuego se presentan a Yave para hacer la ofrenda; a ti, pues, y a tus hijos os pertenecen por ley perpetua, como lo ha mandado Yave.» 16 Moisés preguntó por el macho cabrío que había sido sacrificado por el pecado, y se encontró con que había sido quemado; y airado contra Eleazar e Itamar, los hijos que de Arón quedaban, les dijo: 17 «¿Por qué no habéis comido la víctima por el pecado en el lugar santo? Es cosa santísima, y Yave os lo ha dado para que llevéis vosotros la iniquidad de la asamblea, y os hagáis por ella expiación ante Yave; 18 y más no habiendo sido llevada la sangre dentro del santuario, debíais haber comido la carne en lugar santo, como lo he mandado.» 19 Arón dijo a Moisés: «Hoy se han ofrecido ante Yave la víctima por el pecado y el holocausto, y me ha pasado esto. ¿Podía comer hoy la víctima por el pecado? ¿Habría sido esto grato a Yave?» 20 Oyólo Moisés, y se dió por satisfecho.

Ley acerca de los animales puros e impuros.

11 1 Yave habló a Moisés y Arón, diciendo: 2 «Hablad a los hijos de Israel, y decidles: «He aquí los animales que comeréis de entre las bestias de la tierra. 3 Todo animal de casco partido y pezuña hendida y que rumie, lo comeréis; 4 pero no comeréis los que sólo rumían, o sólo tienen partida la pezuña. El camello que rumia, pero no tiene partida la pezuña, será inmundo para vosotros; 5 el conejo que rumía y no parte la pezuña es inmundo; 6 la liebre que rumia y no parte la pezuña es inmunda; 7 el cerdo que divide la pezuña y no rumia es inmundo para vosotros. 8 No comeréis su carne, ni tocaréis sus cadáveres; serán inmundos para vosotros.

9 He aquí los animales que entre los acuáticos comeréis: Todo cuanto tiene aletas y escamas, tanto en el mar como en los ríos, lo comeréis; 10 pero abominaréis de cuanto no tiene aletas y escamas en el mar y en los ríos, de entre los animales que se mueven en el agua y de entre todos los vivientes que en ella hay. 11 Serán para vosotros abominación, no comeréis sus carnes, y tendréis como abominación sus cadáveres. 12 Todo cuanto en las aguas no tiene aletas y escamas, lo tendréis por abominación. 13 He aquí entre las aves las que tendréis por abominación, y no las comeréis por ser cosa abominable: 14 el águila, el quebrantahuesos y el halieto; el milano y el buitre según sus especies; 15 toda clase de cuervos; 16 el avestruz, la lechuza, el loro, la gaviota y el gavilán de toda clase; 17 el buho, el mergo, el ibis; 18 el cisne, el pelícano, el calamón; 19 la garza, la cigüeña en todas sus especies; la abubilla y el murciélago. 20 Todo volátil que anda sobre cuatro patas lo tendréis por abominación; 21 pero entre los insectos alados que marchan sobre cuatro patas, comeréis aquellos que tienen más largas las de atrás, para saltar sobre la tierra. 22 He aquí de entre éstos los que comeréis: toda especie de brugo, toda especie de atacos, de ofiómacos y de langostas. 23 Todo otro volátil de cuatro patas lo tendréis por inmundo, y comiéndolos os haréis inmundos. 24 Quien tocare uno de sus cadáveres se contaminará y será inmundo hasta la tarde; 25 y si tocare algo de esto muerto, lavará sus vestiduras y será inmundo hasta la puesta del sol. 26 Todo animal que tenga pezuña, pero no partida, ni rumie, será para vosotros inmundo, y quien tocare su cadáver será inmundo. 27 Los que andan sobre la planta de los pies serán para vosotros inmundos, y quien tocare su cadáver será inmundo hasta la tarde, 28 y quien transportare su cadáver, lavará sus vestiduras y será inmundo hasta la tarde. 29 También estos animales serán para vosotros inmundos, de entre los que andan por la tierra: la comadreja, el ratón y el cocodrilo, en todas sus especies; 30 el musgaño, el camaleón, la salamandra, el lagarto y el topo; 31 estos son los para vosotros inmundos entre los reptiles; quien tocare su cadáver será inmundo hasta la tarde. 32 Todo objeto sobre el que cayere uno de estos cadáveres, será manchado; y los utensilios de madera, vestidos, pieles, sacos, todo objeto de uso, será puesto en agua

y será inmundo hasta la tarde: 38 toda vasija de barro donde algo de esto caiga quedará manchada, y la romperéis; 34 todo alimento preparado con agua quedará manchado, y lo mismo toda bebida, cualquiera que sea el vaso que la contenga; 35 Todo aquello sobre lo cual caiga algo de estos cadáveres quedará manchado y por manchado lo tendréis. 36 Las fuentes y las cisternas, donde hay cantidad de agua, quedarán puras, mas quien tocare el cadáver, será impuro. 37 Si alguno de estos cuerpos muertos cayere sobre una simiente que ha de sembrarse, la simiente quedará pura; 38 pero si se le hubiera echado agua encima, y cae alguno de estos cuerpos muertos, la tendréis por manchada.

39 Si muere uno de los animales cuya carne podéis comer, quien tocare el cadáver lavará sus vestidos y quedará impuro hasta la tarde. 40 Será para vosotros abominación todo reptil que repta sobre la tierra; no comeréis su carne. 41 No comeréis ningún animal que repta sobre la tierra, sea de los que se arrastran sobre su vientre, 42 sea de los que marchan sobre cuatro o sobre muchas patas; los tendréis por abominación. 43 No os hagáis abominables por los reptiles que reptan, ni os hagáis impuros por ellos; seréis manchados por ellos. 44 Porque yo soy Yave, vuestro Dios, vosotros os santificaréis y seréis santos, porque yo soy santo, y no os mancharéis con ninguno de los reptiles que reptan sobre la tierra. 45 Pues yo soy Yave, que os ha sacado de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Vosotros seréis santos, porque santo soy yo.

46 Esta es la ley referente a los cuadrúpedos, las aves, todos los seres vivientes que se mueven en las aguas y todos los que reptan sobre la tierra, 47 para que distingáis entre lo puro y lo impuro, entre lo que puede y lo que no puede comerse.»

La purificación de la recién parida.

12 1 Yave habló a Moisés diciendo: 2 «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando dé a luz una mujer y tenga un hijo, será impura durante siete días; será impura como en el tiempo de su menstruación. 3 El octavo día será circuncidado el hijo, 4 pero ella quedará todavía en casa durante los treinta y tres días de la sangre de su purificación; no tocará nada santo, ni irá al santuario hasta que se cumplan los días de su purificación. 5 Si da a luz hija, será impura durante dos semanas, como el tiempo de su menstruación, y se quedará en casa durante los sesenta y seis días de la sangre de su purificación. 6 Cuando se cumplan los días de su purificación, según que haya tenido hijo o hija, presentará ante el sacerdote, a la entrada del tabernáculo de la reunión, un cordero primal en holocausto y un pichón o una tórtola en sacrificio por el pecado. 7 El sacerdote los ofrecerá ante Yave, y hará por ella la expiación, y será pura del flujo de su sangre. Esta es la ley para la mujer que da a luz hijo o hija. 8 Si no puede ofrecer un cordero, tomará dos tórtolas o dos pichones, uno para el holocausto y otro para el sacrificio por el pecado; el sacerdote hará por ella la expiación, y será pura.»

Ley acerca de la lepra.

13 1 Yave habló a Moisés y Arón, diciendo: 2 «Cuando tenga uno en su carne alguna mancha escamosa, o un conjunto de ellas, o una mancha blanca brillante, y se presente así en la piel de su carne la plaga de la lepra, será llevado a Arón, sacerdote, o a uno de sus hijos, sacerdotes. 3 El sacerdote examinará la plaga de la piel de la carne; y si viere que los pelos se han vuelto blancos y que la parte afectada está más hundida que el resto de la piel, es plaga de lepra; y el sacerdote que le haya examinado le declarará impuro. 4 Si tiene sobre la piel de su carne una mancha blanca que no aparece más hundida que el resto de la piel, y el pelo no se ha vuelto blanco, el sacerdote le recluirá durante siete días. 5 El día séptimo le examinará; y si el mal no parece haber cundido ni haberse extendido sobre la piel, le recluirá por segunda vez otros siete días, 6 y al séptimo día le examinará nuevamente; si la parte enferma se ha puesto menos brillante y la mancha no se ha extendido sobre la piel, el sacerdote le declarará puro; es sarna. El enfermo lavará sus vestiduras y será puro. 7 Pero si, después de haber sido examinado por el sacerdote y declarado puro, la mancha se extendiere, será llevado a él nuevamente para que le

vea; [8] y si la mancha brillante ha crecido en la piel, le declarará inmundo, que es lepra. [9] Si uno tuviere la plaga de la lepra, será llevado al sacerdote, [10] que le examinará; y si viere éste en la piel la escama blanca, y se ha vuelto el color de los pelos, y en la mancha escamosa se nota la carne viva, [11] será juzgada lepra inveterada en la piel de su carne, y el sacerdote le declarará impuro; no le recluirá, pues es impuro. [12] Pero si la lepra se ha extendido hasta llegar a cubrir toda la piel del enfermo desde la cabeza hasta los pies, en cuanto a la vista del sacerdote aparece, le examinará; [13] y si, en efecto, cubre todo su cuerpo, declarará puro al enfermo, pues se ha puesto todo blanco, será puro. [14] Si en el así afectado aparece la carne viva, será impuro, [15] y el sacerdote, al ver la carne viva, le declarará impuro, pues la carne viva es impura, es lepra. [16] Si la carne viva se pone otra vez blanca, se presentará el enfermo al sacerdote, [17] que le examinará; y si la llaga se ha puesto en verdad blanca, el sacerdote le declarará puro; es puro.

[18] Cuando uno tenga en su cuerpo, sobre su piel, una úlcera cicatrizada, [19] y apareciere en ella una escamosidad blanca o rojiza, se presentará al sacerdote, [20] quien le examinará. Si la mancha está más hundida que el resto de la piel y el pelo se ha vuelto blanco, le declarará impuro, es lepra, que se ha presentado en la úlcera cicatrizada. [21] Si el color de los pelos no se ha vuelto, y la escamosidad rojiza no está más hundida que el resto, le recluirá por siete días; [22] y si se ha extendido, le declarará impuro; es lepra; [23] pero si está como estaba, sin extenderse la mancha, es la cicatriz de la úlcera, y el sacerdote le declarará puro.

[24] Si uno tiene en su cuerpo, en la piel, una quemadura producida por el fuego, y sobre la señal de la quemadura aparece una mancha blanca, o de un blanco rojizo, [25] el sacerdote le examinará. Si el pelo se ha vuelto blanco en la mancha, y ésta aparece más hundida que el resto de la piel, es lepra que ha brotado en la quemadura; el sacerdote le declarará impuro. [26] Pero si el sacerdote ve que el pelo de la mancha no se ha vuelto blanco, y que ésta no aparece más hundida que el resto de la piel, y fuere de un color suboscuro, le recluirá durante siete días, y después, [27] al séptimo, le examinará. Si la mancha se ha extendido sobre la piel, el sacerdote le declarará impuro; es lepra. [28] Si está como estaba, sin extenderse sobre la piel, y es de color suboscuro, es la quemadura, y le declarará puro, pues es la cicatriz de la quemadura.

[29] Si un hombre o una mujer tuviere una llaga en la cabeza o en la barba, [30] el sacerdote la examinará. Si está más hundida que el resto de la piel, y el pelo se ha vuelto rojizo y más delgado, el sacerdote lo declarará impuro, es *netec*, lepra de la cabeza o de la barba. [31] Pero si la llaga no se ha extendido, ni está más hundida que el resto de la piel, y el pelo no está rojizo, recluirá al afectado por siete días, [32] y al séptimo examinará la llaga. Si ésta no se ha extendido y el pelo no ha mudado el color, ni está la llaga más hundida que la piel, [33] le hará que se afeite, fuera de la parte afectada, y le recluirá por otros siete días, [34] y al séptimo examinará la llaga; si no se ha extendido ni está más hundida que la piel, le declarará puro; el hombre lavará sus vestiduras y será puro. [35] Pero si, después de declarado puro, la llaga se extendiere sobre la piel, [36] le examinará el sacerdote; y si en efecto se ha extendido, no hay ya que mirar si el pelo ha mudado de color; es impuro. [37] Mas si la llaga no se ha extendido y el pelo está negro, la llaga está curada, es puro, y puro le declarará el sacerdote.

[38] Si cualquier hombre o mujer tiene en su piel manchas blancas, [39] el sacerdote le examinará. Si las manchas son de un color suboscuro, es *bahaq* que le ha salido en la piel; es puro.

[40] Si a uno se le caen los pelos de la cabeza y se queda calvo, es calvicie de atrás; es puro. [41] Si los pelos se le caen a los lados de la cara, es calvicie anterior; es puro. [42] Pero si en la calva, posterior o anterior, apareciere llaga de color blanco rojizo, es lepra que ha salido en el occipucio o en el sincipucio. [43] El sacerdote le examinará, y si la llaga escamosa es de un blanco rojizo, como el de la lepra en la piel de la carne, [44] es leproso; es impuro, e impuro le declarará el sacerdote, pues es leproso de la cabeza.

45 El leproso, manchado de lepra,
llevará rasgadas sus vestiduras, des-
nuda la cabeza, y cubrirá su rostro,
e irá clamando: «¡Inmundo, inmundo!»
46 Todo el tiempo que le dure la lepra
será inmundo. Es impuro y habitará
solo; fuera del campamento tendrá
su morada.
47 Si apareciere mancha de lepra
en un vestido, sea de lana, sea de
lino; 48 o en hilo de trama o de ur-
dimbre; o en una piel, o un objeto
cualquiera de cuero; 49 si la mancha
es de color verdoso o rojizo, es plaga
de lepra. 50 Se le enseñará al sacer-
dote, quien después de examinar la
mancha, encerrará el objeto por siete
días. 51 El séptimo examinará de
nuevo la mancha; si ésta se ha ex-
tendido sobre el vestido, el hilo de
trama o de urdimbre, la piel o el
objeto de cuero, es plaga de lepra
tenaz; la cosa es impura. 52 Se que-
mará el vestido, el hilo de trama o
de urdimbre, la piel o el objeto de
cuero en que se halla la mancha,
pues es lepra tenaz; el objeto será
quemado al fuego. 53 Pero si ve que
la mancha del vestido, la urdimbre,
la trama, o el objeto de cuero no se
ha extendido, 54 mandará lavar aque-
llo en que apareció la lepra y lo
encerrará por otros siete días. 55 Si
después de lavada, ve que la man-
cha no ha mudado de aspecto, aun-
que no haya cundido, es inmundo,
y se quemará porque está infectado
en el reverso o en el anverso. 56 Pero
si el sacerdote ve que después del
lavado la parte manchada ha mu-
dado el color, la arrancará del ves-
tido o del cuero, de la urdimbre o
de la trama; 57 y si después de esto
se viera que en el vestido o en la
urdimbre o en la trama o en el ob-
jeto de cuero cunde todavía la man-
cha, se quemarán. 58 Pero si después
del lavado, en la urdimbre o la trama
o el objeto de cuero la mancha ha
desaparecido, se lavará otra vez, y
será puro. 59 Tal es la ley de la
lepra del vestido, de lana o lino, de
la urdimbre o de la trama y de todo
objeto de cuero, para declararlos
mundos o inmundos.

Ley acerca de la purificación del leproso.

14 1 Yave habló a Moisés, dicien-
do: 2 «Esta será la ley del le-
proso para el día de su purificación:
Será conducido al sacerdote, 3 que
saldrá a su encuentro fuera del cam-
pamento y le examinará. Si la plaga
de la lepra ha desaparecido del le-
proso, 4 mandará tomar para el que
ha de purificar dos avecillas vivas,
puras, madera de cedro, un hilo de
púrpura e hisopo; 5 degollará una de
las aves encima de una vasija llena de
agua viva; 6 y tomando el ave viva,
el cedro, el hilo de púrpura y el
hisopo, los mojará, lo mismo que el
ave viva, en la sangre del ave de-
gollada sobre el agua viva; 7 asper-
gerá siete veces al que ha de ser
purificado de la lepra, y le declarará
puro, dando suelta en el campo al
ave viva. 8 Luego, el que ha de ser
purificado lavará sus vestidos, raerá
todo su pelo y se bañará en agua, y
será puro. Podrá ya entrar en el
campamento, pero quedará por siete
días fuera de su tienda.
9 El día séptimo raerá todo su
pelo, sus cabellos, su barba, sus cejas,
todo su pelo, lavará sus vestidos, y
bañará su cuerpo en agua, y será
limpio. 10 El día octavo tomará dos
corderos sin defecto y una oveja
primal sin defecto y tres décimos de
efa de flor de harina, amasada con
aceite, y un *log* de aceite. 11 El sacer-
dote que haga la purificación presen-
tará ante Yave al hombre que ha de
purificarse, con todas esas cosas, a
la entrada del tabernáculo de la
reunión. 12 Tomará uno de los dos
corderos, para ofrecerle en sacrificio
expiatorio y el *log* de aceite, y lo
agitará ante Yave; 13 luego degollará
el cordero donde se inmola la víc-
tima expiatoria y el holocausto, en
lugar santo, porque la víctima del
sacrificio expiatorio, como la del sa-
crificio por el pecado, es para el sacer-
dote, es cosa santísima. 14 El sacer-
dote, tomando la sangre del sacrifi-
cio expiatorio, untará de ella el ló-
bulo de la oreja derecha del que se
purifica y el pulgar de la mano de-
recha y del pie derecho. 15 Tomará
el *log* de aceite, y echando de él en
la palma de su mano izquierda,
16 meterá el índice de su mano dere-
cha en el aceite que tiene en la palma
de su mano izquierda, y hará con él
por siete veces aspersión ante Yave.
17 Después, del aceite que le queda
en la palma untará el lóbulo de la
oreja derecha del que se purifica y
el pulgar de la mano derecha y del
pie derecho, encima de la sangre de

la víctima; [18] el resto del aceite que le queda en la palma lo echará sobre la cabeza del que se purifica, cumpliendo así la expiación por él ante Yave. [19] Luego el sacerdote ofrecerá el sacrificio por el pecado, haciendo la expiación del que se purifica de su mancha; [20] y después de inmolar el holocausto, lo ofrecerá en el altar con la oblación, y así hará por él la expiación y será puro.

[21] Si fuere pobre y no pudiere procurarse las víctimas ordinarias, tomará sólo un cordero, que se ofrecerá en sacrificio expiatorio, en ofrenda de expiación. Llevará una décima de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda, y un *log* de aceite; [22] también dos tórtolas o dos pichones, según sus facultades, uno como víctima expiatoria, el otro para el holocausto. [23] Lo presentará el día octavo al sacerdote para su purificación, a la entrada del tabernáculo de la reunión, ante Yave. [24] El sacerdote tomará el cordero de la expiación y el *log* de aceite y los agitará ante Yave; [25] y después de haber inmolado el cordero del sacrificio de expiación, tomará de su sangre y la pondrá en el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica y sobre el dedo pulgar de la mano derecha y del pie derecho. [26] Echará luego aceite en la palma de su mano izquierda, [27] y con el dedo índice de su mano derecha hará siete veces aspersión ante Yave; [28] untará del aceite que tiene en la mano el lóbulo de la oreja derecha del que se purifica y el pulgar de la mano derecha y del pie derecho en el lugar donde puso la sangre de la víctima expiatoria. [29] Lo que le quede en la mano lo echará sobre la cabeza del que se purifica, para hacer por él la expiación ante Yave. [30] Después ofrecerá una de las tórtolas o uno de los pichones que haya podido procurarse, [31] el uno en sacrificio por el pecado, el otro en holocausto, con la ofrenda; y así el sacerdote hará la expiación, ante Yave, del que se purifica. [32] Esta es la ley de la purificación del que tiene plaga de lepra y no puede presentar las víctimas ordinarias.»

[33] Yave habló a Moisés y Arón, diciendo: [34] «Cuando hayáis entrado en la tierra de Canán que yo voy a daros en posesión, y mandare yo la plaga de lepra a alguna casa de la tierra que poseeréis, [35] el dueño de la casa irá a ponerlo en conocimiento del sacerdote, diciéndole: Noto que hay en mi casa una mancha. [36] El sacerdote mandará desocupar la casa antes de ir a examinar la mancha, para que no se contamine cuanto hay en ella. Desocupada, irá el sacerdote a examinarla. [37] Examinará la mancha, y si en las paredes de la casa hallare cavidades verdosas o rojizas como hundidas en la pared, [38] saldrá a la puerta de la casa, y la hará cerrar por siete días. [39] Al séptimo día volverá el sacerdote; y si ve que la mancha ha cundido en las paredes de la casa, [40] mandará quitar las piedras manchadas y arrojarlas fuera de la ciudad, en un lugar impuro; [41] hará raspar la casa toda en lo interior, arrojándose en un lugar impuro el polvo que se raspe. [42] Se tomarán otras piedras y se pondrán en el lugar de las quitadas, y se revocará de nuevo. [43] Si la mancha reapareciere nuevamente en la casa después de haber quitado las piedras y de haberla raspado y revocado de nuevo, [44] volverá el sacerdote a examinarla. Si la mancha hubiere cundido en la casa, es lepra corrosiva de la casa: es impura. [45] Se demolerá, y las piedras, la madera y todo el mortero se llevarán fuera de la ciudad a un lugar impuro. [46] Quien entrare en la casa durante el tiempo que se ha tenido cerrada, será impuro hasta la tarde. [47] Quien hubiere dormido en ella lavará sus vestidos, y quien en ella hubiere comido lavará sus vestidos.

[48] Pero si el sacerdote, al volver a la casa, ve que la mancha no ha cundido en ella después que la casa ha sido revocada de nuevo, declarará pura la casa, pues el mal se ha curado. [49] Entonces tomará para expiar la casa dos avecillas, madera de cedro, lana escarlata e hisopo: [50] degollará una de las aves sobre una vasija de barro con agua viva, [51] y tomando luego la madera de cedro, el hisopo y la lana escarlata con la otra ave, lo mojará todo en la sangre del ave degollada sobre el agua viva, y aspergerá la casa siete veces. [52] Purificará la casa con la sangre del ave, el agua viva, el ave viva, la madera de cedro, el hisopo y la lana escarlata [53] y dará suelta al ave viva fuera de la ciudad, en el campo.» [54] Tal es la ley de toda clase de mancha de lepra, o de *netec*, [55] y

de la lepra de los vestidos y de las casas, 56 de las manchas brillantes, de las escamosas y de las manchas, 57 para declarar lo mundo y lo inmundo. Esta es la ley de la lepra.

Inmundicia del hombre y de la mujer.

15 1 Yave habló a Moisés y Arón, diciendo: 2 «Hablad a los hijos de Israel y decidles: Cualquier hombre que padezca flujo seminal en su carne, será inmundo. 3 Esta es la ley de su inmundicia en el flujo, ya sea por destilar su carne el flujo, ya por retenerlo, es inmundo. 4 El lecho en que se acueste, el asiento en que se siente, será inmundo. 5 Quien tocare su lecho, lavará sus vestidos, se bañará en agua, y será impuro hasta la tarde. 6 Quien se sentare sobre un objeto sobre el que se sentó el que padece el flujo, lavará sus vestidos, se bañará en agua, y será impuro hasta la tarde. 7 Quien tocare la carne del enfermo, lavará sus vestidos, se bañará en agua, y será impuro hasta la tarde. 8 Si el enfermo escupe sobre un hombre puro, éste lavará sus vestidos, se bañará en agua, y será impuro hasta la tarde. 9 El carro en que viaje el enfermo será inmundo. 10 Quien tocare algo que haya estado debajo del enfermo será impuro hasta la tarde, y quien lo trasportare, lavará sus vestidos, se bañará en agua, y será impuro hasta la tarde. 11 Todo aquel a quien el enfermo tocare sin haberse antes lavado las manos en agua, lavará sus vestidos, se bañará en agua, y será impuro hasta la tarde. 12 Toda vasija de barro que tocare se romperá, y la de madera se lavará en agua. 13 Cuando esté curado de su flujo, contará siete días para su purificación: lavará sus vestidos, bañará su cuerpo en agua viva, y será puro. 14 Al octavo día, tomando dos tórtolas o dos pichones, se presentará ante Yave, a la entrada del tabernáculo de la reunión, y se los dará al sacerdote, 15 que los ofrecerá, uno en sacrificio expiatorio, el otro en holocausto, y hará por él la expiación ante Yave, por su flujo.

16 El hombre que efundiere su semen, lavará con agua todo su cuerpo, 17 y toda ropa o piel en que se efunda será lavada con agua, y será inmunda hasta la tarde. 18 La mujer con quien se acostare con emisión del semen, se lavará como él, y como él será inmunda hasta la tarde.

19 La mujer que tiene su flujo, flujo de sangre en su carne, estará siete días en su impureza. Quien la tocare será impuro hasta la tarde. 20 Aquello sobre que durmiere o se sentare durante su impureza, será impuro, 21 y quien tocare su lecho, lavará sus vestidos, se bañará en agua y será impuro hasta la tarde. 22 Si algo hubiere sobre el lecho o sobre el asiento, quien lo tocare será impuro hasta la tarde. 23 Lo que hubiere sobre su lecho o sobre su asiento, quien lo tocare será impuro hasta la tarde. 24 Pero si uno se acostare con ella, será sobre él su impureza, y será inmundo por siete días, y el lecho en que durmiere será inmundo.

25 La mujer que tuviere flujo de sangre por más tiempo del acostumbrado, prolongándose éste más allá de los días de su impureza, será impura todo el tiempo que dure el flujo, como en el tiempo del menstruo. 26 El lecho en el cual durante él duerma y todo objeto sobre el que se siente, será impuro, como en el tiempo del menstruo, 27 y quien los toque será impuro y lavará sus vestidos, se bañará en agua, y será impuro hasta la tarde. 28 Cuando curare de su flujo, contará siete días, después de los cuales será pura. 29 Al octavo día tomará dos tórtolas o dos pichones, y los llevará al sacerdote a la entrada del tabernáculo de la reunión. 30 El sacerdote los ofrecerá, uno en sacrificio expiatorio y el otro en holocausto, y hará por ella la expiación ante Yave de la inmundicia de su flujo.

31 Enseñad a los hijos de Israel a purificarse de sus inmundicias, no sea que por ellas mueran, por manchar el tabernáculo que está en medio de ellos.

32 Esta es la ley del que padece flujo y efunde el semen, haciéndose inmundo, 33 y de la mujer en su flujo menstrual; de cuantos padecen flujo, hombres o mujeres, y del hombre que se acuesta con una mujer impura.»

Ley acerca de la fiesta anual de la expiación.

16 1 Después de la muerte de los dos hijos de Arón, heridos al acercarse ante Yave, 2 dijo Yave a

Moisés: «Di a tu hermano Arón, que no entre nunca en el santuario por detrás del velo que está delante del propiciatorio de sobre el arca, no sea que muera, pues yo me muestro en la nube sobre el propiciatorio (1).

3 He aquí el rito según el cual entrará Arón en el santuario: Tomará un novillo para el sacrificio por el pecado y un carnero para el holocausto. 4 Se revestirá de la túnica santa de lino, y se pondrá sobre sus carnes el calzón de lino; se ceñirá un cinturón de lino y cubrirá su cabeza con la tiara de lino, vistiéndoselos después de haberse lavado en el agua. 5 Recibirá de la asamblea de los hijos de Israel dos machos cabríos, para el sacrificio por el pecado, y un carnero para el holocausto; 6 Arón ofrecerá su novillo por el pecado, y hará la expiación por sí y por su casa. 7 Tomará después los dos machos cabríos, y presentándolos ante Yave a la entrada del tabernáculo de la reunión, 8 echará sobre ellos las suertes, una la de a Yave, otra la de a Azazel. 9 Arón hará acercar el macho cabrío sobre que recayó la suerte de a Yave, y le ofrecerá en sacrificio por el pecado; 10 el macho cabrío sobre el que recayó la suerte de a Azazel, le presentará vivo ante Yave, para hacer la expiación y soltarle después a Azazel. 11 Arón ofrecerá el novillo del sacrificio por el pecado, haciendo la expiación por sí y por su casa. Después de degollar su novillo por el pecado, 12 tomará del altar un incensario lleno de brasas encendidas, de ante Yave, y dos puñados de timiama pulverizado, y lo llevará todo detrás de la cortina; 13 echará el timiama en el fuego ante Yave, para que la nube de incienso cubra el propiciatorio que está sobre el testimonio, y no muera. 14 Tomando luego la sangre del novillo, aspergerá con su dedo el frente del propiciatorio, haciendo con el dedo siete aspersiones. 15 Degollará el macho cabrío expiatorio del pueblo; y llevando su sangre detrás del velo, hará como con la sangre del novillo, aspergiéndola sobre el propiciatorio y delante de él, 16 y así purificará el santuario de las impurezas de los hijos de Israel y de todas las trasgresiones con que hayan pecado. Lo mismo hará con el tabernáculo de la reunión, que está entre ellos, en medio de sus impurezas. 17 Que no haya nadie en el tabernáculo de la reunión, desde que él entre para hacer la expiación del santuario hasta que salga, hecha la expiación por sí y por su casa y por toda la asamblea de Israel. 18 Después irá al altar que está ante Yave y hará la expiación de él, y tomando sangre del novillo y sangre del macho cabrío, untará de ellas los cuernos del altar todo en torno; 19 hará con su dedo siete veces la aspersión de sangre, y le santificará y le purificará de las impurezas de los hijos de Israel.

20 Hecha la expiación del santuario, del tabernáculo de la reunión y del altar, presentará el macho cabrío vivo; 21 y poniendo sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, confesará sobre él todas las culpas, todas las iniquidades de los hijos de Israel y todas sus trasgresiones con que han pecado, y los echará sobre la cabeza del macho cabrío, y lo mandará al desierto por medio de un hombre designado para ello. 22 El macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada, y el que lo lleve lo dejará en el desierto. 23 Después Arón entrará en el tabernáculo de la reunión y se desnudará de las vestiduras de lino, que se vistió para entrar en el santuario; 24 y quitadas, se lavará su cuerpo con agua en lugar santo, y se pondrá sus vestiduras. Saldrá luego, ofrecerá su holocausto y el del pueblo, hará la expiación por sí y por el pueblo, 25 y quemará en el altar el sebo del sacrificio por el pecado. 26 El que habrá ido a soltar el macho cabrío a Azazel, lavará sus vestidos y bañará en agua su cuerpo, después de lo cual podrá entrar en el campamento. 27 Serán llevados fuera del campamento el novillo y el macho cabrío inmolados por el pecado, cuya sangre se introdujo en el santuario para hacer la expiación, y se consumirán por el fuego sus pieles, sus carnes y sus excrementos. 28 El que los queme lavará luego sus vestidos, bañará en agua su cuerpo y después podrá entrar en el campamento.

29 Esta será para todos ley perpetua; el séptimo mes, el día diez del mes, mortificaréis vuestras personas

(1) Es el comienzo del llamado código sacerdotal, que tiene como introducción todo lo referente a la construcción del tabernáculo.

y no haréis trabajo alguno, ni el indígena ni el extranjero que habita en medio de vosotros; [30] porque en ese día se hará la expiación por vosotros, para que os purifiquéis y seáis purificados ante Yave de todos vuestros pecados. [31] Será para vosotros día de descanso, sábado, y mortificaréis vuestras personas. Es ley perpetua.

[32] La expiación la hará el sacerdote que haya sido ungido y haya sido iniciado para ejercer las funciones sacerdotales en lugar de su padre. Se revestirá de las vestiduras de lino, las vestiduras sagradas, [33] y hará la expiación del santuario de la santidad, del tabernáculo de la reunión y del altar, la de los sacerdotes y la de todo el pueblo de la asamblea. [34] Será para vosotros ley perpetua, y se hará la expiación una vez por año para los hijos de Israel por sus pecados» (1).

Hízose lo que Yave había mandado a Moisés.

Ley acerca del lugar del sacrificio.

17 [1] Yave habló a Moisés, diciendo: [2] «Habla a Arón y a sus hijos y a todos los hijos de Israel, y diles: He aquí lo que ha mandado Yave: [3] A todo hombre de la casa de Israel que en el campamento o fuera del campamento degüelle un buey, una oveja o una cabra, [4] sin haberla llevado a la entrada del tabernáculo de la reunión, para presentarla en ofrenda a Yave ante el santuario, le será imputada la sangre; ha derramado sangre, y será borrado de en medio de su pueblo.

[5] Por eso deben los hijos de Israel, en vez de inmolar sus víctimas en el campo, traerlas al sacerdote ante Yave a la entrada del tabernáculo de la reunión, y ofrecerlas a Yave en sacrificio pacífico; [6] el sacerdote derramará la sangre en el altar de Yave a la entrada del tabernáculo de la reunión, y quemará el sebo en olor de suavidad a Yave. [7] Así no ofrecerán sus sacrificios a los sátiros, con los cuales se prostituyen. Esta será para ellos ley perpetua, de generación en generación.

[8] Diles, pues: Todo hombre de la casa de Israel o de los extranjeros que habitan en medio de ellos que ofrezca un holocausto o un sacrificio, [9] y no llevare la víctima a la entrada del tabernáculo de reunión, para ser sacrificado a Yave, será borrado de en medio del pueblo.

Prohibición de comer sangre, animal mortecino y desgarrado.

[10] Todo hombre de la casa de Israel, o de los extranjeros que habitan en medio de ellos, que coma sangre de un animal cualquiera, yo me volveré contra el que come sangre, y le borraré de en medio de su pueblo, [11] porque la vida de la carne es la sangre, y yo os la he mandado poner sobre el altar para expiación de vuestras almas, y la sangre expía, por ser vida. [12] Por eso he mandado a los hijos de Israel: Nadie de entre vosotros ni de los extranjeros que habiten en medio de vosotros, comerá sangre.

[13] Todo hombre de entre los hijos de Israel, o de los extranjeros que habitan en medio de ellos, que cazare un animal o un ave puros, verterá la sangre y la cubrirá de tierra; [14] porque la vida de toda carne es la sangre. Por eso he mandado yo a los hijos de Israel: no comeréis la sangre de carne alguna, porque la vida de toda carne es la sangre; quien la comiere será borrado.

[15] Todo indígena o extranjero que comiere carne morticina o desgarrada, lavará sus vestidos, se bañará en agua, y será impuro hasta la tarde; después será puro. [16] Si no lava sus vestidos y su cuerpo, contraerá reato.»

Uniones ilícitas y pecados contra natura.

18 [1] Yave habló a Moisés, diciendo: [2] «Habla a los hijos de Israel y diles: [3] Yo soy Yave, vuestro Dios. No haréis lo que se hace en la tierra de Egipto donde habéis morado, ni haréis lo que se hace en la tierra de Canán, a donde yo os

(1) La alianza entre Dios y su pueblo podía perturbarse por los pecados voluntarios o involuntarios del pueblo y de los sacerdotes. Esta es la razón de la fiesta de la expiación, restablecer la alianza borrando los pecados. El rito con que se celebraba se expone minuciosamente en este capítulo. San Pablo (Hebr. 9. 15 sigs.) la considera como tipo del sacrificio redentor de Cristo.

llevo; no seguiréis sus leyes. 4 Practicaréis mis mandamientos y cumpliréis mis leyes; las seguiréis. Yo, Yave, vuestro Dios.

5 Guardaréis mis leyes y mis mandamientos; el que los cumpliere vivirá por ellos. Yo, Yave.

6 Ninguno de vosotros se acercará a una consanguínea suya para descubrir su desnudez. Yo, Yave.

7 No descubrirás la desnudez de tu padre, ni la de tu madre; es tu madre; no descubrirás su desnudez.

8 No descubrirás la desnudez de la mujer de tu padre; es la desnudez de tu padre.

9 No descubrirás la desnudez de tu hermana, hija de tu padre o hija de tu madre; nacida en la casa o nacida fuera de ella, no descubrirás su desnudez.

10 No descubrirás la desnudez de la hija de tu hijo o de la hija de tu hija, porque es tu propia desnudez.

11 No descubrirás la desnudez de la hija de mujer de tu padre, nacida de tu padre; es tu hermana.

12 No descubrirás la desnudez de la hermana de tu padre; es la carne de tu padre.

13 No descubrirás la desnudez de la hermana de tu madre; es la carne de tu madre.

14 No descubrirás la desnudez del hermano de tu padre, acercándote a su mujer; es tu t'a.

15 No descubrirás la desnudez de tu nuera; es la mujer de tu hijo; no descubrirás su desnudez.

16 No descubrirás la desnudez de la mujer de tu hermano; es la desnudez de tu hermano.

17 No descubrirás la desnudez de una mujer y la de su hija, ni tomarás a la hija de su hijo, ni a la hija de su hija para descubrir su desnudez; son parientes; es un crimen.

18 No tomarás a la hermana de tu mujer para hacer de ella una rival suya, descubriendo su desnudez con la de tu mujer en vida de ésta.

19 No te acercarás a una mujer durante el tiempo de su impureza, para descubrir su desnudez.

20 No tendrás comercio con la mujer de tu prójimo, manchándote con ella.

21 No darás hijo tuyo para ser pasado en honor de Moloc; no profanarás el nombre de tu Dios. Yo, Yave.

22 No te ayuntarás con hombre como con mujer; es una abominación.

23 No te ayuntarás con bestia, manchándote con ella.

La mujer no se pondrá ante una bestia, prostituyéndose ante ella; es una perversidad.

24 No os manchéis con ninguna de estas cosas, pues con ellas se han manchado los pueblos que yo voy a arrojar de delante de vosotros. 25 Han manchado la tierra, yo castigaré sus maldades, y la tierra vomitará a sus habitantes. 26 Pero vosotros guardad mis leyes y mis mandamientos, y no cometáis ninguna de esas abominaciones, ni indígena ni extranjero de los que habitan en medio de vosotros. 27 Porque todas esas abominaciones son las que han cometido los hombres de esa tierra que la habitaron antes de vosotros, y la tierra se ha manchado. 28 Que no os vomite la tierra por haberla manchado, como vomitó a los pueblos que antes de vosotros la habitaron; 29 porque cualquiera que cometa una de esas abominaciones, será borrado de en medio de su pueblo 30 Guardad mis mandamientos, no practicando ninguna de esas prácticas abominables que se practicaban antes de vosotros, y no os manchéis con ellas. Yo, Yave, vuestro Dios.»

Diversas leyes religiosas, ceremoniales y morales.

19 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «Habla a toda la asamblea de Israel y diles:

3 Sed santos, porque santo soy yo, Yave, vuestro Dios (1).

(1) Comienza aquí el llamado código de santidad, que termina en el c. 26, con una larga y apremiante exhortación. Es una miscelánea legal, en la cual se repiten no pocas leyes antes dadas, pero que entran en él en un nuevo aspecto: el de la santidad. Por ser santo Dios, ha de ser santo el pueblo, en medio del cual habita el Santo, que es quien a él le santifica. Santo viene a ser puro, limpio, sin mancha, sin defecto; y es, entre los atributos de Dios en la Escritura, el que más íntimamente ligado esta a la religión. «Tres veces santo» proclaman á Dios los serafines. (Is. 6.) Pero esta santidad se nos presenta como algo terrible y mortal para quien a ella se acerca no estando en consonancia con ella. (Is. 6. 5.) Y por eso lo impuro ha de santificarse antes, mediante una consagración; así, por ejemplo, se consagran el santuario, el altar, la víctima, los sacerdotes, el pueblo, el tiempo, etc., que se santifican mediante una especial consagración a Dios. Hay

Tema cada uno a su padre y a
su madre y guardad mis sábados.
Yo, Yave, vuestro Dios.
4 No vayáis tras los ídolos, y no
os hagáis dioses fundidos. Yo, Yave,
vuestro Dios.
5 Cuando ofrezcáis a Yave un
sacrificio pacífico, ofrecedlo de ma-
nera que sea aceptable. 6 La víctima
será comida el día de su inmolación
o al día siguiente; lo que quedare
para el día tercero será quemado por
el fuego. 7 Si alguno comiere de ello
al tercer día, es una abominación;
el sacrificio no será aceptable. 8 El
que lo haga contraerá reato, porque
profana lo consagrado a Yave, y
será borrado de en medio de su pueblo.
9 Cuando hagáis la recolección de
vuestra tierra, no segarás hasta el
límite extremo de tu campo, ni reco-
gerás las espigas caídas, 10 ni harás
el rebusco de tus viñas y olivares,
ni recogerás la fruta caída de los
frutales; lo dejarás para el pobre y el
extranjero. Yo, Yave, tu Dios.
11 No hurtaréis, ni os haréis en-
gaño y mentira unos a otros.
12 No jures por mi nombre min-
tiendo; es profanar el nombre de tu
Dios. Yo, Yave.
13 No oprimas a tu prójimo ni le
despojes. No quede en tu mano
hasta el siguiente día el salario del
jornalero.
14 No profieras maldición contra el
sordo, ni pongas ante el ciego tro-
piezos para hacerle caer; has de temer
a tu Dios. Yo, Yave.

15 No hagas injusticia en tus jui-
cios, ni favoreciendo al pobre, ni
complaciendo al poderoso; juzga a
tu prójimo según justicia.
16 No vayas sembrando entre el
pueblo la difamación; no depongas
contra la sangre de tu prójimo. Yo,
Yave.
17 No odies en tu corazón a tu her-
mano, pero repréndele para no car-
garte tú por él con un pecado.
18 No te vengues, y no guardes
rencor contra los hijos de tu pueblo.
Amarás a tu prójimo como a ti mis-
mo (1). Yo, Yave.
19 Guardad mis mandamientos.
No aparearás bestias de diversa
especie, ni sembrarás en tu campo
simiente de dos especies, ni llevarás
vestido tejido de dos especies de
hilo.
20 Si alguno yaciere con mujer
esclava desposada a otro, no rescatada
ni puesta en libertad, castigueseles,
no con la muerte, pues ella no era
libre. 21 Ofrecerá por su pecado el
hombre ante Yave, a la entrada del
tabernáculo de la reunión, un car-
nero en sacrificio de expiación; 22 el
sacerdote hará por él la expiación
ante Yave, con el carnero del sacri-
ficio expiatorio por el pecado come-
tido, y le será perdonado.
23 Cuando hubiéreis entrado en
la tierra, y plantéis árboles frutales
de cualquier especie, sus frutos los
miraréis como incircuncisos: durante
tres años serán para vosotros incir-
cuncisos y no los comeréis. 24 Al
cuarto año, todos sus frutos serán
consagrados a Yave. 25 Al quinto
año comeréis ya sus frutos, y el
árbol aumentará vuestras utilidades.
Yo, Yave, vuestro Dios.
26 No comeréis carne con sangre,
ni practicaréis la adivinación ni la
magia. 27 No os raparéis en redondo
la cabeza, ni raeréis los lados de
vuestra barba. 28 No os haréis inci-
siones en vuestra carne por un muerto,
ni imprimiréis en ella figura alguna.
Yo, Yave.
29 No profanes a tu hija, prostitu-
yéndola, que no se entregue la tierra
a la prostitución y se llene de crí-
menes.

---

cosas por naturaleza impuras, por ejemplo, un cadáver, la mujer parida, etc.; los animales inmundos, como el cerdo, etc. Estas cosas comunican su impureza a quien las toca, a modo de contagio, y para verse libre de esta inmundicia se exige una purificación. Hay una tercera clase de cosas, que pudiéramos decir neutras, no son por sí ni puras ni impuras, pero son capaces de una especial consagración y santicación, por ejemplo, el hombre, la oveja, etc. Pueden, sin embargo, resultar impuras en ciertos momentos, en que por manera especial se manifiesta la santidad de Dios, por ejemplo cuando Dios bajó al monte Sinaí, el que ha de ofrecer el incienso en el tabernáculo, etc. Aun las cosas santificadas pueden adolecer a veces de este defecto; por ejemplo, el sumo sacerdote ha de expiarse para entrar en el santísimo, etc. Es algo parecido a lo que es para nosotros la santidad del óleo santo, del cáliz, de las imágenes bendecidas, de las iglesias consagradas, etc.; aunque este concepto de santidad, por decirlo así, demasiado material, es más propio del A. T. que del N.

(1) El amor al prójimo como a sí mismo no se limita aquí al amor de los connacionales: se extiende al extranjero que habita en medio de ellos. Es un precedente del precepto evangélico, pero dista mucho de él, pues en éste el amor se extiende aun a los mismos enemigos.

30 Observad mis sábados y reverenciad mi santuario. Yo, Yave.
31 No acudáis a los que evocan a los muertos, ni a los adivinos, ni los consultéis, para no mancharos con su trato. Yo, Yave, vuestro Dios.
32 Alzate ante una cabeza blanca y honra la persona del anciano. Teme a tu Dios. Yo, Yave.
33 Si viene un extranjero para habitar en vuestra tierra, no le oprimáis; 34 tratad al extranjero que habita en medio de vosotros como al indígena de entre vosotros; ámale como a ti mismo, porque extranjeros fuisteis vosotros en la tierra de Egipto. Yo, Yave, vuestro Dios.
35 No hagáis injusticia, ni en los juicios, ni en las medidas de longitud, ni en los pesos, ni en las medidas de capacidad. 36 Tened balanzas justas, pesos justos, un *efa* justo y un *hin* justo. Yo, Yave, vuestro Dios, que os he sacado de la tierra de Egipto.
37 Guardad todas mis leyes y mandamientos y practicadlos. Yo, Yave.»

Algunas leyes penales.

20 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «Di a los hijos de Israel: Quienquiera que de entre los hijos de Israel, o de los extranjeros que habitan en Israel, ofrezca a Moloc un hijo suyo, será castigado con la muerte; el pueblo le lapidará. 3 Yo me volveré contra ese hombre y le exterminaré de en medio de su pueblo, por haber entregado a Moloc a uno de sus hijos, manchando mi santuario y profanando mi santo nombre. 4 Si el pueblo cerrase los ojos cuanto a este hombre que ofreció a Moloc a uno de sus hijos, y no le diera muerte, 5 yo me volveré contra él y contra su parentela, y le exterminaré de en medio de su pueblo y a cuantos como él se prostituyan ante Moloc (1).
6 Si alguno acudiere a los que evocan a los muertos, y a los que adivinan, prostituyéndose ante ellos, yo me volveré contra él y le exterminaré de en medio de su pueblo.
7 Santificaos y sed santos, porque yo soy Yave, vuestro Dios. 8 Guardad mis leyes y practicadlas. Yo, Yave, que os santifica.
9 Quien maldiga a su padre o a su madre, sea castigado con la muerte; caiga su sangre sobre él.
10 Si adultera un hombre con mujer casada, si comete adulterio con la mujer de su prójimo, hombre y mujer adúlteros serán castigados con la muerte.
11 Si uno se acuesta con mujer de su padre, descubriendo así la desnudez de su padre, los dos serán castigados con la muerte; caiga sobre ellos su sangre.
12 Si uno se acuesta con su nuera, ambos serán castigados con la muerte; han cometido un crimen vergonzoso; caiga su sangre sobre ellos.
13 Si uno se acuesta con otro como se hace con mujer, ambos hacen cosa abominable y serán castigados con la muerte. Caiga sobre ellos su sangre.
14 Si uno toma por mujeres la hija y la madre, es un crimen abominable; serán quemados él y ellas, para que no se dé entre vosotros crimen semejante.
15 El que tenga comercio con una bestia será castigado con la muerte, y la bestia la mataréis.
16 Si una mujer se acerca a una bestia, prostituyéndose ante ella, matarás a la mujer y a la bestia; ambas serán muertas; caiga sobre ellas su sangre.
17 Si uno toma a su hermana, hija de su padre o de su madre, viendo él la desnudez de ella y ella la desnudez de él, es un crimen, y los dos serán borrados de su pueblo a la vista de los hijos de su pueblo; él ha descubierto la desnudez de su hermana; lleve sobre sí su iniquidad.
18 Si uno se acuesta con mujer mientras tiene ésta el flujo menstrual, y descubre su desnudez, su flujo, y ella descubre el flujo de su sangre, serán ambos borrados de en medio de su pueblo.
19 No descubras la desnudez de la hermana de tu madre, ni la de la hermana de tu padre, porque es descubrir tu propia carne. Llevarán sobre sí su iniquidad.
20 Si uno se acuesta con su tía, descubre la desnudez de su tío. Lleva-

(1) El sacrificio de niños por el fuego a Moloc, dios fenicio, era entre los cananeos frecuentísimo, y esta abominación la siguieron muchas veces los hebreos. Si en este lugar se trata de verdaderos sacrificios por el fuego, o de una mera ceremonia de consagración del niño a Moloc pasándolo por el fuego, es discutido entre los intérpretes.

rán sobre sí su iniquidad; no tendrán hijos.
21 Si uno toma mujer de su hermano, es una inmundicia. Descubrió la desnudez de su hermano. No tendrán hijos.
22 Guardad todas mis leyes y todos mis mandamientos y ponedlos por obra, para que no os vomite la tierra a donde os llevo. 23 No imitéis las costumbres de las gentes que yo voy a arrojar de delante de vosotros; ellos hacían estas maldades, y yo los aborrecí. 24 Yo os he dicho: vosotros poseeréis esa tierra, yo os la daré en posesión, es una tierra que mana leche y miel. Yo, Yave, vuestro Dios, que os ha separado de las gentes.
25 Distinguid entre animales puros e impuros, entre aves puras e impuras, y no os hagáis abominables por los animales, por las aves, ni por cuanto repta sobre la tierra, que yo os he enseñado a tener por impuro.
26 Sed santos para mí, porque yo, Yave, soy santo, y os he separado de las gentes para que seáis míos.
27 Todo hombre o mujer que evoque a los muertos y se dé a la adivinación, será muerto, lapidado; caiga sobre ellos su sangre.»

Leyes acerca de la pureza ritual de los sacerdotes.

21 1 Yave dijo a Moisés: «Habla a los sacerdotes hijos de Arón, y diles (1): 2 Que ninguno se contamine por un muerto de los de su pueblo, a no ser por un próximo consanguíneo, por su madre, por su padre, por su hijo, por su hija, por su hermano; 3 por su hermana virgen, que viva con él y no se hubiera casado, por ésa puede contaminarse; 4 pero no por sus otros parientes, profanándose. 5 No se raerán la cabeza ni los lados de la barba, ni se harán incisiones en la carne 6. Serán santos para su Dios, y no profanarán su nombre, pues son ellos los que ofrecen las combustiones de Yave, pan de su Dios, y han de ser santos.
7 No tomarán mujer prostituída, ni desposada, ni mujer repudiada por su marido, porque el sacerdote está consagrado a su Dios. 8 Por santo le tendrás, pues él ofrece el pan de tu Dios, y será santo para ti, porque santo soy yo, Yave, que los santifico. 9 Si la hija de un sacerdote se profana prostituyéndose, profana a su padre, y será quemada en el fuego.
10 El sumo sacerdote de entre sus hermanos, sobre cuya cabeza se derramó el óleo de unción, a quien se le llenó la mano para vestirse las vestiduras sagradas, no desnudará su cabeza, ni rasgará sus vestidos, 11 ni se acercará a ningún muerto, ni se contaminará, ni por su padre, ni por su madre.
12 No se saldrá del santuario, ni profanará el santuario de su Dios, pues ha sido consagrado con el óleo de la unción de su Dios. Yo, Yave. 13 Tomará virgen por mujer, 14 no viuda, ni repudiada, ni desflorada, ni prostituída. Tomará una virgen de las de su pueblo, 15 y no deshonrará su descendencia en medio de su pueblo, porque soy yo, Yave, quien le santifico.»
16 Yave habló a Moisés, diciendo: 17 «Habla a Arón, y dile: Ninguno de tu estirpe según sus generaciones, que tenga una deformidad corporal, se acercará a ofrecer el pan de tu Dios. 18 Ningún deforme se acercará; ni ciego, ni cojo, ni mutilado, ni monstruoso, 19 ni quebrado de pie o de mano, 20 ni jorobado, ni enano, ni bisojo, ni sarnoso, ni tiñoso, ni hernioso. 21 Ninguno de la estirpe de Arón que tenga una deformidad corporal, se acercará para ofrecer las combustiones de Yave; es defectuoso, no se acercará a ofrecer el pan de su Dios; 22 podrá comer el pan de su Dios, lo santísimo y lo santo, 23 mas no entrar detrás del velo, ni acercarse al altar, porque tiene defecto, y no debe contaminar mi santuario. Yo, Yave, que los santifico.» 24 Y así habló Moisés a Arón y a sus hijos y a todos los hijos de Israel.

Los que pueden comer las cosas santas.

22 1 Habló Yave a Moisés, diciendo: 2 «Habla a Arón y a sus hijos, para que respeten las cosas santas que me consagran los hijos de

(1) Un cadáver es algo impuro, su contacto contamina, y el que por necesidad tiene que tocarlo, ha de purificarse. A los sacerdotes se les prohibe tocar cadáver que no sea de un próximo consanguíneo, y al sumo sacerdote se le prohibe tocar aun al del padre y la madre. La santidad del sacerdote ha de ser mayor que la de los demás.

Israel, y no profanen mi santo nombre. Yo, Yave.
3 Diles: Cualquiera de vuestra estirpe en vuestras generaciones que tenga sobre sí alguna impureza, guárdese de acercarse a las cosas santas que los hijos de Israel ofrecen a Yave; si lo hiciere, será retirado de mi presencia. Yo, Yave. 4 El que de la estirpe de Arón tuviere lepra o flujo, no comerá de las cosas santas, hasta no quedar puro. 5 Lo mismo el que haya tocado a un inmundo manchado por el contacto de un cadáver, o que haya derramado el semen, o que haya tocado un reptil que le impurificó, o que esté impurificado por haber tocado a un impuro, que le transmitió su impureza, cualquiera que ésta sea. 6 Quien tocare algo de eso será impuro hasta la tarde y no comerá cosa santa; se bañará en agua, 7 y después de la puesta del sol será puro y podrá comer cosas santas, pues son su comida. 8 No comerá de animal mortecino ni desgarrado, manchándose con ello. Yo, Yave. 9 Que guarden todos mis mandamientos, no sea que por algo de esto incurran en pecado y mueran por haber profanado las cosas santas. Yo, Yave, que los santifico. 10 Ningún extraño comerá las cosas santas; ni el que habite en la casa del sacerdote, ni el mercenario, las comerán; pero el esclavo comprado a precio por el sacerdote, y el nacido en su casa, podrán comer, pues son su alimento. 12 La hija de un sacerdote casada con un extraño no podrá comer de las cosas santas; 13 pero si enviudare, o fuese repudiada, sin tener hijos, y vuelve a la casa de su padre, como estaba en ella en su juventud, podrá comer de lo que come su padre; mas ningún extraño comerá. 14 Quien por inadvertencia comiere una cosa santa, restituirá al sacerdote con un quinto de más.
15 No profanen los sacerdotes las cosas santas de los hijos de Israel, lo reservado a Yave, 16 y se carguen la fealdad del delito cuando coman las cosas santas. Yo, Yave, que los santifico.»

Las víctimas para los sacrificios han de ser sin defecto.

17 Yave habló a Moisés, diciendo: «Habla a Arón y a sus hijos y a todos los hijos de Israel, y diles: Quienquiera de la casa de Israel o de los extranjeros que presente su ofrenda, sea en cumplimiento de su voto, sea como ofrenda voluntaria, sí lo que ofrece a Yave es holocausto, 19 para que sea aceptable, la víctima ha de ser sin defecto, de entre los bueyes, las ovejas o las cabras. 20 No ofreceréis nada defectuoso, pues no sería aceptable. 21 Cuando uno ofrezca a Yave ganado mayor o ganado menor en sacrificio pacífico, sea para cumplir un voto, sea como ofrenda voluntaria, la víctima para ser aceptable ha de ser perfecta, sin defecto. 22 Un animal ciego, estropeado o mutilado, ulcerado, sarnoso o tiñoso, no se lo ofreceréis a Yave, ni quemaréis nada de él en el altar a Yave. Podrás inmolar como oferta voluntaria un buey o una oveja que tenga un miembro demasiado largo o demasiado corto, pero esa víctima no sería aceptable para el cumplimiento de un voto. 24 No ofreceréis a Yave un animal que tenga los testículos aplastados, hundidos, cortados o arrancados; no lo ofreceréis a Yave; eso no lo haréis nunca en vuestra tierra. 25 Ni de la mano de un extranjero recibiréis tales víctimas, para ofrecerlas como alimento de vuestro Dios, pues están corrompidas y manchadas y no os serían aceptables.»
26 Yave dijo a Moisés: 27 «Al nacer un becerro, un cordero o un cabrito, quedarán siete días a la ubre de la madre; a partir del día octavo, serán ya en adelante agradables para ser ofrecidos a Yave en sacrificio por el fuego; 28 sea buey o cordero, no inmoléis en el mismo día el animal y su cría. 29 Cuando ofrezcáis a Yave un sacrificio de acción de gracias, lo ofreceréis de manera que sea aceptable; 30 la víctima será comida el día mismo, sin dejar nada para el día siguiente. Yo, Yave.
31 Guardad mis mandamientos, y ponedlos por obra; yo, Yave. 32 No profanéis mi santo nombre; sea yo santificado en medio de los hijos de Israel. Yo, Yave, que os santifico 33 y os he sacado de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Yo, Yave.»

Las solemnidades. El sábado.

23 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «Habla a los hijos de Israel, y diles: Estas son las solemnidades, asambleas santas, que con-

vocaréis: 3 Seis días trabajaréis, pero el séptimo, que es sábado, es santo, día de descanso y de santa asamblea. No haréis en él trabajo alguno. Es el descanso consagrado a Yave, dondequiera que habitéis.

4 Estas son las fiestas de Yave, las asambleas santas que convocaréis a su tiempo:

La pascua.

5 El mes primero, el día catorce del mes, entre dos luces, es la pascua de Yave. 6 El quince del mes es la fiesta de los ácimos de Yave. Durante siete días comeréis pan sin levadura. 7 El primer día convocaréis asamblea santa y no haréis ningún trabajo servil. 8 Ofreceréis a Yave por siete días consecutivos sacrificios por el fuego. El séptimo día convocaréis asamblea santa y no haréis en él ningún trabajo servil.»

Las primicias.

9 Yave habló a Moisés, diciendo: 10 «Habla a los hijos de Israel, y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra que yo os daré y hagáis en ella la recolección, llevaréis al sacerdote un manojo de espigas, primicias de vuestra recolección; 11 y él agitará el manojo ante Yave, para que os sea propicio, 12 y sacrificaréis en holocausto a Yave un cordero primal sin defecto; 13 acompañaréis la oblación de dos décimas de flor de harina, como ofrenda de combustión de olor suave a Yave; la libación será de vino, un cuarto de *hin*. No comeréis ni pan, ni trigo tostado, ni espigas frescas de lo nuevo, hasta el día en que llevéis la ofrenda de vuestro Dios. Es ley perpetua para vuestros descendientes, dondequiera que habitéis.

Pentecostés.

15 A partir del día siguiente al sábado, del día en que traigáis el manojo de espigas para ser agitado, contaréis siete semanas completas. 16 Contados así cincuenta días hasta el día siguiente al sábado de la séptima semana, ofreceréis a Yave una nueva oblación. 17 Llevaréis de vuestra casa, para agitarlos, dos panes hechos con dos décimas de flor de harina y cocidos con levadura. Son las primicias de Yave. 18 Con estos panes ofreceréis en holocausto a Yave siete corderos, acompañando la ofrenda y la libación, en sacrificio de combustión de suave olor a Yave. 19 Inmolaréis también un macho cabrío en sacrificio por el pecado, y dos corderos primales en sacrificio pacífico. 20 El sacerdote agitará los corderos, con los panes de las primicias, en ofrenda de agitación ante Yave: y los panes, lo mismo que los dos corderos consagrados a Yave, serán para el sacerdote. 21 Ese mismo día convocaréis asamblea santa, y no haréis en él ningún trabajo servil. Es ley perpetua para vuestros descendientes, dondequiera que habitéis. 22 Cuando hagáis la recolección en vuestra tierra, no segaréis hasta el límite extremo del campo, ni recogerás lo que queda para espigar; lo dejarás para el pobre y el extranjero. Yo, Yave, vuestro Dios.»

Fin de año.

23 Yave habló a Moisés, diciendo: 24 «Habla a los hijos de Israel, y diles: Al séptimo mes, el día primero del mes tendréis fiesta solemne, anunciada a son de trompeta, asamblea santa. 25 No haréis en él ningún trabajo servil, y ofreceréis a Yave sacrificios de combustión.»

La expiación.

26 Yave habló así a Moisés: 27 «El día décimo del séptimo mes es el día de la expiación; tendréis asamblea santa, os mortificaréis, y ofreceréis a Yave sacrificios de combustión. 28 No haréis en ese día ningún trabajo servil, porque es día de expiación y se ha de hacer la expiación por vosotros ante Yave, vuestro Dios. 29 Todo el que en ese día no se afligiere, será borrado de en medio de su pueblo; 30 y todo el que en ese día haga un trabajo cualquiera, yo le exterminaré de en medio de su pueblo. 31 No haréis trabajo alguno. Es ley perpetua para vuestros descendientes, dondequiera que habitéis. 32 Será para vosotros sábado, día de reposo absoluto, y os afligiréis; el noveno día del mes, desde la

tarde hasta la tarde siguiente, guardaréis vuestro sábado.»

Fiesta de los tabernáculos.

33 Yave habló a Moisés, diciendo:
34 «Habla a los hijos de Israel y diles:
El día quince de este séptimo mes
es la fiesta de los tabernáculos, durante siete días, en honor de Yave.
35 El día primero asamblea santa; no haréis en él ningún trabajo servil.
36 Durante siete días ofreceréis a Yave sacrificios de combustión. El día octavo, asamblea santa, y ofreceréis a Yave sacrificios de combustión. Es asamblea santa; no haréis en él ningún trabajo servil.
37 Estas son las fiestas de Yave que convocaréis, para tener en ellas la asamblea santa y ofrecer a Yave sacrificios de combustión, holocaustos y oblaciones, víctimas y libaciones, cada día lo que corresponda,
38 además de los sábados de Yave, de vuestros dones, de vuestros votos y de todas las ofrendas voluntarias que presentéis a Yave.
39 El día quince del séptimo mes, cuando hayáis recogido los frutos de la tierra, celebraréis la fiesta de Yave durante siete días. El primer día será de descanso completo, e igualmente el octavo. 40 El primer día tomaréis gajos de frutales hermosos, ramos de palmera, ramas de árboles frondosos, de sauces de ribera, y os regocijaréis ante Yave, vuestro Dios, durante siete días. 41 Celebraréis esta fiesta durante siete días cada año. Es ley perpetua para vuestros descendientes, y la celebraréis el séptimo mes. 42 Moraréis los siete días en cabañas; todo indígena de Israel morará en cabañas, 43 para que sepan sus descendientes que yo hice habitar en cabañas a los hijos de Israel cuando los saqué de la tierra de Egipto. Yo, Yave, vuestro Dios.»
44 Moisés promulgó las fiestas de Yave a los hijos de Israel.

Las lámparas del santuario.

24 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «Manda a los hijos de Israel que te traigan para el candelabro aceite puro de olivas machacadas, para alimentar continuamente las lámparas. 3 Por defuera del velo que está delante del testimonio, en el tabernáculo de la reunión, Arón las preparará, para que ardan continuamente, de la tarde a la mañana, en presencia de Yave. Es ley perpetua para vuestros descendientes. 4 Dispondrá siempre las lámparas en el candelabro de oro puro.

Los panes de la propiciación.

5 Tomarás flor de harina, y cocerás doce panes de dos décimas cada uno; 6 y los colocarás, en dos rimeros de seis cada uno, sobre la mesa de oro, delante de Yave. 7 Pondrás incienso puro sobre cada rimero, que sea para el pan perfume de combustión a Yave. 8 Cada sábado, de continuo, lo dispondrás así ante Yave, de parte de los hijos de Israel, en perpetua alianza. 9 Serán para Arón y sus hijos, que los comerán en lugar santo, porque es para ellos cosa santísima, entre las ofrendas de combustión hechas a Yave. Es ley perpetua.

Castigo de un blasfemo

10 El hijo de una mujer israelita, pero de padre egipcio, que habitaba entre los hijos de Israel, riñó en el campo con el hijo de una mujer israelita y de padre israelita; 11 y profirió el Nombre y le maldijo. Su madre se llamaba Salumit, hija de Dabri, de la tribu de Dan. 12 Le encarcelaron hasta que Moisés pronunciase de parte de Yave lo que había de hacerse; 13 y Yave habló a Moisés, diciendo: 14 «Haz sacar del campamento al blasfemo; que cuantos le han oído le pongan su mano sobre la cabeza, y que toda la asamblea le lapide. 15 Y hablarás a los hijos de Israel, diciendo: Quienquiera que maldijere a su Dios llevará sobre sí su iniquidad; 16 y quien blasfemare el nombre de Yave será castigado con la muerte; toda la asamblea le lapidará. Extranjero o indígena, quien blasfemare el sagrado nombre, morirá.

Penas contra los homicidas.

17 Quien hiera a otro mortalmente, morirá. 18 Quien hiera mortalmente a una bestia, restituirá bestia por bestia. 19 Al que maltrata a su prójimo

se le hará como él ha hecho; [20] fractura por fractura, ojo por ojo, diente por diente; se le hará la misma herida que él haya hecho a su prójimo. [21] Quien matare una bestia, páguela; pero quien matare a un hombre, será muerto. [22] Una sola ley tendréis para el extranjero, igual que para el indígena, porque yo soy Yave, vuestro Dios.» [23] Moisés se lo comunicó a los hijos de Israel; y conducido el blasfemo fuera del campamento, lo lapidaron, haciendo lo que Yave había mandado a Moisés.

El año sabático.

25 [1] (1) Yave habló a Moisés en el monte Sinaí, diciendo: [2] «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hubiereis entrado en la tierra que Yave os da, descansará la tierra, será un descanso en honor de Yave. [3] Seis años sembrarás tu campo, y seis años vendimiarás tu viña y recogerás sus productos; [4] pero el séptimo año será un sábado de completo descanso para la tierra, sábado en honor de Yave. Ni sembrarás en él tu campo, ni podarás tu viña, [5] ni recogerás lo que de sí dieren; ni el trigo que dé tu campo, ni las uvas que dé tu viña las vendimiarás; será para la tierra año de descanso. [6] Lo que la tierra diere de sí os servirá de comida a ti, a tu siervo y a tu sierva, a tu jornalero y al extranjero que habita contigo, [7] a tus bestias y a los animales de tu tierra; todo su producto os servirá de alimento.

El año jubilar.

[8] (2) Contarás siete semanas de años, siete veces siete años, viniendo a ser el tiempo de las siete semanas de cuarenta y nueve años. [9] El día décimo del séptimo mes harás que resuene el sonido de la trompeta, el sonido de la expiación; haréis resonar el sonido de la trompeta por toda vuestra tierra, [10] y santificaréis el año cincuenta, y pregonaréis la libertad por toda la tierra para todos los habitantes de ella. Será para vosotros jubileo, y cada uno de vosotros recobrará su posesión, que volverá a su familia. [11] El año cincuenta será para vosotros jubileo; no sembraréis, ni recogeréis lo que de sí diere la tierra, ni vendimiaréis la viña no podada; [12] porque es el jubileo, que será sagrado para vosotros. Comeréis el fruto que de sí dieren los campos. [13] En este año jubilar volverá cada uno a su posesión. [14] Si vendéis a vuestro prójimo o le compráis alguna cosa, que nadie perjudique a su hermano. [15] Comprarás a tu prójimo conforme al número de años transcurridos después del jubileo, y conforme al número de años de cosecha te venderá él a ti. [16] Cuantos más años queden, tanto más aumentarás el precio; cuantos menos queden, tanto más le bajarás, porque es el número de las cosechas lo que se vende. [17] Que nadie de vosotros perjudique a su hermano; teme a tu Dios, porque yo soy Yave, vuestro Dios. [18] Cumplid mis leyes y poned por obra mis mandamientos, guardadlos y viviréis seguros en la tierra. [19] La tierra dará sus frutos, comeréis a saciedad y habitaréis en ella en seguridad. [20] Si preguntáis: ¿Qué comeremos el año séptimo, pues que no sembramos ni cosechamos nuestros frutos? [21] Yo os mandaré mi bendición el año sexto, y él producirá frutos para tres años. [22] Sembraréis el año octavo, y comeréis de la cosecha añeja; hasta la cosecha del año venidero comeréis frutos añejos.

El rescate de las propiedades y los siervos.

[23] Las tierras no se venderán a perpetuidad, porque la tierra es mía, y vosotros sois en lo mío peregrinos y extranjeros. [24] En toda la tierra de vuestra posesión daréis derecho a redimir la tierra. [25] Si tu hermano empobreciere y vendiere algo de su propiedad, vendrá el que tenga derecho, su pariente más próximo, y rescatará lo vendido por su hermano. [26] Si no tuviere rescatador, que busque él con qué hacer el rescate; [27] entonces descontará los años desde

(1) La razón del año sabático es, si no única, principalmente, religiosa. Como en el sábado descansan aun los animales, así descansará el año sabático la tierra.

(2) El año jubilar, que viene a ser la última extensión de la ley sabática, es además una institución de gran valor social, pues impide la acumulación de la tierra en pocas manos y mantiene la primitiva distribución.

la venta, y pagará al comprador lo que reste, volviendo a su propiedad. 28 Si no halla de qué pagar el resto, lo vendido quedará en poder del comprador, hasta el año del jubileo; y entonces será libre, y el vendedor tornará a entrar en su propiedad.

29 Si vendiere uno una casa en ciudad amurallada, tendrá derecho al rescate durante un año, a partir de la venta; su derecho al rescate durará un año entero. 30 Si la casa situada en una ciudad amurallada no es rescatada dentro del año completo, será por siempre del que la compró y de sus descendientes; no quedará libre el año del jubileo. 31 Las casas de los pueblos no amurallados serán tenidas como feudo de tierra, podrán ser rescatadas, y serán liberadas el año del jubileo. 32 Por lo que hace a las ciudades de los levitas, las casas que en ellas tengan los levitas serán perpetuamente rescatables. 33 Cuando la casa de un levita no fuere rescatada, la casa vendida en ciudad de las que les han sido dadas, quedará liberada en el jubileo, porque las casas de los levitas en sus ciudades son su posesión en medio de los hijos de Israel. 34 Los campos situados en derredor de las ciudades de los levitas no podrán venderse, pues son su posesión a perpetuidad.

35 Si empobreciere tu hermano y te tendiere su mano, acógele, y viva contigo como extranjero y peregrino; 36 no le darás tu dinero a usura, ni de tus bienes a ganancia. Teme a tu Dios y viva contigo tu hermano. 37 No le prestes tu dinero a usura, ni tus víveres a ganancia. 38 Yo, Yave vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para daros la tierra de Canán, para ser vuestro Dios.

39 Si empobreciere tu hermano cerca de ti y se te vende, no le trates como siervo; 40 sea para ti como criado o jornalero; te servirá hasta el año del jubileo. 41 Saldrá de tu casa él y sus hijos con él, y volverá a su familia, entrando de nuevo en la propiedad de sus padres. 42 Porque son siervos míos que saqué yo de la tierra de Egipto, y no han de ser vendidos como esclavos. 43 No le dominarás duramente, sino que temerás a Yave, tu Dios. 44 Los esclavos o esclavas que tengas, tómalos de las gentes que están en derredor vuestro; de ellos compraréis siervos y siervas. 45 También podréis comprar de entre los hijos de los extranjeros que viven con vosotros y de entre los que de su linaje han nacido en medio de vosotros, y serán propiedad vuestra. 46 Se los dejaréis en herencia a vuestros hijos después de vosotros, como posesión hereditaria, sirviéndoos de ellos siempre; pero de vuestros hermanos, los hijos de Israel, ninguno de vosotros será para su hermano un amo duro. 47 Si el extranjero o peregrino que vive entre vosotros se enriqueciere, y un hermano tuyo cerca de él empobreciere, y se vendiere al extranjero que vive contigo o a uno de su linaje, 48 tendrá derecho a su rescate después de haberse vendido; cualquiera de sus hermanos podrá redimirle; 49 su tío, o el hijo de su tío o un pariente próximo podrá redimirle, o si él ganare con qué, él mismo se redimirá. 50 Contará al que le compró los años desde su venta al año del jubileo, y el precio de venta se computará según el número de años, valorando sus jornadas de trabajo como las de un jornalero. 51 Si quedan todavía muchos años, pagará su rescate conforme al número de esos años, pagará el precio en que se vendió; 52 si quedan pocos años hasta el del jubileo, hará la cuenta, y conforme al número de esos años pagará su rescate. 53 Le tratará como a un ajustado por año, y no consentirás que a tus ojos le trate su amo con dureza. 54 Si no es rescatado por sus parientes, quedará libre el año del jubileo, él y sus hijos consigo. 55 Porque son míos los hijos de Israel, son siervos míos, que saqué yo de la tierra de Egipto. Yo, Yave, vuestro Dios.

El culto del verdadero Dios.

26 1 No hagáis ídolos, ni os alcéis esculturas ni cipos sagrados, ni pongáis en vuestra tierra piedras esculpidas, para prosternaros ante ellos, porque soy yo, Yave, vuestro Dios. 2 Guardad mis sábados y reverenciad mi santuario. Yo, Yave.

Promesas a los fieles.

3 Si cumplís mis leyes, si guardáis mis mandamientos y los ponéis por

obra, [4] yo mandaré las lluvias a su tiempo, la tierra dará sus frutos, y los árboles de los campos darán sus frutos. [5] La trilla se prolongará entre vosotros hasta la vendimia, y la vendimia hasta la sementera, y comeréis vuestro pan a saciedad, y habitaréis en seguridad en vuestra tierra. [6] Daré paz a la tierra, nadie turbará vuestro sueño, y dormiréis sin que nadie os espante. Haré desaparecer de vuestra tierra los animales dañinos, y no pasará por vuestro país la espada. [7] Perseguiréis a vuestros enemigos, que caerán ante vosotros al filo de la espada. [8] Cinco de vosotros perseguirán a ciento, ciento de vosotros perseguirán a diez mil, y vuestros enemigos caerán ante vosotros al filo de la espada. [9] Yo volveré a vosotros mi rostro, y os haré crecer y multiplicaros, y afirmaré mi alianza con vosotros. [10] Comeréis lo añejo, añejo, y habréis de sacar fuera lo añejo para encerrar lo nuevo. [11] Estableceré mi morada entre vosotros y no os abominará mi alma. [12] Marcharé en medio de vosotros y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo. [13] Yo, Yave, vuestro Dios, que os saqué de la tierra de Egipto, para que no fueseis esclavos en ella, rompí las coyundas de vuestro yugo y hago que podáis andar erguida la cabeza.

Amenazas contra los infieles.

[14] Pero si no me escucháis y no ponéis en obra mis mandamientos, si desdeñáis mis leyes [15] y menospreciáis mis mandamientos y no los ponéis todos por obra, y rompéis mi alianza, [16] ved lo que también yo haré con vosotros: [17] echaré sobre vosotros el espanto, la consunción y la calentura, que debilitan los ojos y destrozan el alma; sembraréis en vano vuestra simiente, pues serán los enemigos los que la comerán; me volveré airado contra vosotros y seréis derrotados por vuestros enemigos; os dominarán los que os aborrecen, y huiréis sin que os persiga nadie.

[18] Si después de esto no me obedecéis todavía, echaré sobre vosotros plagas siete veces mayores por vuestros pecados; [19] quebrantaré la fuerza de vuestro orgullo; haré como de hierro vuestro cielo y como de bronce vuestra tierra. [20] Serán vanas vuestras fatigas, pues no os dará la tierra sus productos, ni los árboles de ella sus frutos. [21] Y si todavía me os oponéis y no queréis obedecerme, os castigaré otras siete veces más por vuestros pecados; [22] lanzaré contra vosotros fieras, que devoren a vuestros hijos, destrocen vuestro ganado y os reduzcan a escaso número, de modo que queden desiertos vuestros caminos.

[23] Si con tales castigos no os convertís a mí y seguís marchando contra mí, [24] yo a mi vez marcharé contra vosotros y os rechazaré, y os heriré también yo siete veces más por vuestros pecados; [25] esgrimiré contra vosotros la espada vengadora de mi alianza; os refugiaréis en vuestras ciudades, y yo mandaré en medio de vosotros la peste, y os entregaré en manos de vuestros enemigos, [26] quebrantando todo vuestro sostén de pan; diez mujeres bastarán para cocer el pan en un solo horno y os lo darán tasado; comeréis y no os hartaréis.

[27] Si todavía no me obedecéis y seguís oponiéndoos a mí, [28] yo me opondré a vosotros con furor y os castigaré siete veces más por vuestros pecados: [29] Comeréis las carnes de vuestros hijos; comeréis las carnes de vuestras hijas; [30] destruiré vuestros altares; abatiré vuestras estelas consagradas al sol; amontonaré vuestros cadáveres sobre los cadáveres de vuestros execrables ídolos, y mi alma os abominará. [31] Convertiré vuestras ciudades en desiertos, saquearé vuestros santuarios y no aspiraré ya más el suave olor de vuestros perfumes. [32] Devastaré la tierra, y vuestros enemigos, que serán los que la habiten, se quedarán pasmados de ello; [33] y a vosotros os dispersaré yo entre las gentes y os perseguiré con la espada desenvainada en pos de vosotros; vuestra tierra será devastada, y vuestras ciudades quedarán desiertas.

[34] Entonces disfrutará la tierra de sus sábados, durante todo el tiempo que durare su soledad y estéis vosotros en la tierra de vuestros enemigos. Entonces descansará la tierra y gozará de sus sábados. [35] Todo el tiempo que quedará devastada, tendrá el descanso que no tuvo en vuestros sábados, cuando erais vosotros los que la habitabais. [36] A los que

de vosotros sobrevivan yo les infundiré espanto tal en sus corazo es, en la tierra de sus enemigos, que el moverse de una hoja los sobresaltará y los hará huir como se huye de la espada, y caerán sin que nadie los persiga; 37 y tropezarán los unos con los otros, como si huyeran delante de la espada, aunque nadie los persiga; y no podréis resistir ante vuestros enemigos; 38 y pereceréis entre las gentes, y la tierra de vuestros enemigos os devorará. 39 Los que sobrevivan serán consumidos por sus iniquidades en la tierra enemiga, y consumidos por las iniquidades de sus padres, que sobre sí llevan.

40 Confesarán sus iniquidades y las de sus padres por las prevaricaciones con que contra mí prevaricaron, 41 y que por habérseme ellos opuesto a mí me opuse yo a ellos, y los eché a tierra de enemigos. Humillarán su corazón incircunciso y reconocerán sus iniquidades; 42 y yo entonces me acordaré de mi alianza con Jacob, de mi alianza con Isac, de mi alianza con Abraham, y me acordaré de su tierra. 43 Ellos tendrán que abandonar la tierra, que gozará de sus sábados, yerma, lejos de ellos. Serán sometidos al castigo de sus iniquidades, por haber menospreciado mis mandamientos y haber aborrecido mis leyes. 44 Pero aun con todo esto, cuando estén en tierra enemiga, yo no los rechazaré, ni abominaré de ellos hasta consumirlos del todo, ni romperé mi alianza con ellos, porque yo soy Yave, su Dios. 45 Me acordaré de ellos, de la alianza antigua, cuando los saqué de la tierra de Egipto a los ojos de las gentes, para ser su Dios. Yo, Yave.»

46 Estos son los mandamientos, estatutos y leyes que Yave estableció entre sí y los hijos de Israel, en el monte Sinaí, por medio de Moisés.

Votos y décimas.

27 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «Habla a los hijos de Israel y diles: Si uno hace voto a Yave, se estimarán para Yave las personas, como las estimas tú: 3 Un hombre de veinte a sesenta años lo estimarás en cincuenta siclos de plata, según el peso del siclo del santuario. 4 Una mujer la estimarás en treinta siclos. 5 De los cinco a los veinte años, estimarás un mozo en veinte siclos, y una moza en diez. 6 De un mes a cinco años, estimarás en cinco siclos un niño y en tres siclos una niña. 7 De sesenta años para arriba, estimarás en quince siclos un hombre y en diez una mujer. 8 Si el que hizo el voto es demasiado pobre para pagar el valor de tu estimación, será presentado al sacerdote, que fijará el precio según los recursos del hombre aquel.

9 Si el voto es de animales de los que se ofrecen a Yave, cuanto así se ofrece en don a Yave, será cosa santa. 10 No será mudado, no se pondrá uno malo en vez de uno bueno, ni uno bueno en vez de uno malo; si se permutare un animal por otro, ambos serán cosa santa. 11 Si es de animal impuro, de los que no pueden ofrecerse a Yave, se le presentará al sacerdote, 12 que lo estimará según sea bueno o malo, y se estará a la estimación del sacerdote. 13 Si se le quiere rescatar, se añadirá un quinto a su valor.

14 Si uno santifica su casa, consagrándola a Yave, el sacerdote hará la estimación de ella, según que sea buena o mala, y se estará a la estimación del sacerdote. 15 Si se la quisiere rescatar, se añadirá un quinto al precio de tu estimación, y será suya.

16 Si uno santifica parte de la tierra de su propiedad, tu estimación será conforme a su sembradura, a razón de cincuenta siclos por cada *gomer* de cebada de sembradura. 17 Si la santifica antes del año del jubileo, habrá de atenerse a tu estimación; 18 pero si es después del jubileo cuando santifica su campo, el sacerdote la estimará según el número de años que quedan hasta el jubileo, haciendo la rebaja de tu estimación. 19 Si el que santificó el campo quiere rescatarlo, añadirá un quinto al precio de tu estimación, y el campo quedará suyo. 20 Si no lo rescata, o lo vende a uno de otra familia, el campo no podrá ser rescatado más; 21 y cuando al jubileo quede libre, será consagrado a Yave, como campo de voto, y pasará a ser propiedad del sacerdote.

22 Si uno consagra a Yave un campo comprado por él, que no es parte de su heredad, 23 el sacerdote calculará el valor según tu estimación y los años que falten para el jubileo, y el

hombre pagará aquel mismo día lo
fijado, como cosa consagrada a Yave.
24 El año del jubileo el campo vol-
verá a quien lo había vendido, y de
cuya heredad era parte. 25 Toda esti-
mación se hará según el siclo del
santuario, que es de veinte *gueras*.
26 Nadie, sin embargo, podrá con-
sagrar el primogénito de su ganado,
que como primogénito pertenece a
Yave; buey u oveja, de Yave es.
27 Si se tratare de animal impuro,
será redimido conforme a tu estima-
ción, añadiendo sobre ella un quinto,
y si no lo redimieren será vendido
conforme a tu estimación. 28 Nada
de aquello que se consagre a Yave
con anatema, sea hombre o animal
o campo de su propiedad, podrá ser
vendido ni rescatado; cuanto se con-
sagra a Yave con anatema es cosa
santísima. 29 Nada consagrado con
anatema podrá ser rescatado, habrá
de ser muerto. 30 Toda décima de la
tierra, tanto de las semillas de la
tierra como de frutos de los árboles,
es de Yave, es cosa consagrada a Yave.
31 Si alguno quisiera rescatar parte
de su décima, habrá de añadir el
quinto. 32 Las décimas del ganado
mayor o menor, de todo cuanto
pasa bajo el cayado, son de Yave.
33 No se mirará si es bueno o si es
malo, ni se trocará; y si se trocare,
el animal y su trueque serán ambos
cosa santa, y no podrán ser resca-
tados».

34 Estos son los mandamientos
que dió Yave a Moisés para los hijos
de Israel, en el monte Sinaí.

NÚMEROS

[illegible] Quam [illegible] domini [illegible] esse [illegible]. Num. 22.

NUMEROS

Censo de las tribus.

1 [1] El día primero del segundo mes, del segundo año después de la salida de Egipto, habló Yave a Moisés en el desierto del Sinaí, en el tabernáculo de la reunión, diciendo: [2] «Haz un censo general de toda la asamblea de los hijos de Israel, por familias y por linajes, describiendo por cabezas (1) los nombres de todos los varones [3] de veinte años para arriba, de todos los aptos para el servicio de las armas (2) en Israel. Tú y Arón haréis el censo, según sus escuadras. [4] Tendréis con vosotros para asistiros un hombre por cada tribu, jefe de un linaje.

[5] He aquí los nombres de los que os han de asistir:

De Rubén, Elisur, hijo de Sedeur. [6] De Simeón, Selamiel, hijo de Zurisadai. [7] De Judá, Nasón, hijo de Aminadab. [8] De Isacar, Natanael, hijo de Suar. [9] De Zabulón, Eliab, hijo de Jelón. [10] De los hijos de José: De Efraim, Elisama, hijo de Amiud. De Manasés, Gamaliel, hijo de Pedasur. [11] De Benjamín, Abidán, hijo de Gedeón. [12] De Dan, Ajiezer, hijo de Amisadai. [13] De Aser, Feguiel, hijo de Ocrán. [14] De Gad, Eliasab, hijo de Deuel. [15] De Neftalí, Ajira, hijo de Enán.

[16] Estos serán los nombrados de la asamblea; son príncipes de sus tribus, jefes de los millares de Israel.»

[17] Moisés y Arón tomaron a estos varones designados por sus nombres, [18] y convocaron la asamblea toda para el día primero del segundo mes, y se hizo el censo por familias y linajes, registrándose por cabezas los nombres de los de veinte años para arriba. [19] Como se lo había mandado Yave a Moisés, así se hizo el censo en el desierto del Sinaí.

[20] Hijos de Rubén, primogénito de Israel, sus descendientes por familias y linajes, contando por cabezas los nombres de todos los varones de

(1) Esta organización familiar es la que todavía subsiste entre los nómadas del desierto al oriente del Jordán, y conforme a ella se hace el recuento de la población.

(2) El servicio militar era en Israel universal, sin excepción, obligatorio e ilimitado, desde los veinte años para arriba.

veinte años para arriba, todos los hombres aptos para servirse de las armas: [21] fueron contados de la tribu de Rubén, cuarenta y seis mil quinientos.

[22] Hijos de Simeón: sus descendientes por familias y linajes, contando los nombres de todos los hombres de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [23] fueron contados de la tribu de Simeón cincuenta y nueve mil trescientos.

[24] Hijos de Gad, sus descendientes por familias y linajes, contando los nombres de todos de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [25] fueron contados de la tribu de Gad cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta.

[26] Hijos de Judá sus descendientes por familias y linajes, contando los nombres de todos los de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [27] fueron contados de la tribu de Judá setenta y cuatro mil seiscientos.

[28] Hijos de Isacar, sus descendientes por familias y linajes, contando los nombres de todos los varones de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [29] fueron contados de la tribu de Isacar cincuenta y cuatro mil cuatrocientos.

[30] Hijos de Zabulón, sus descendientes por familias y linajes, contando los nombres de todos los varones de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [31] fueron contados de la tribu de Zabulón cincuenta y siete mil cuatrocientos.

[32] Hijos de José: de los hijos de Efraím, por sus familias y linajes, contando los nombres de todos los varones de veinte años para arriba, aptos paro servirse de las armas, [33] fueron contados de la tribu de Efraim cuarenta mil quinientos.

[34] Hijos de Manasés, por sus familias y linajes, contando los nombres de todos los varones de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [35] se contaron de la tribu de Manasés treinta y dos mil doscientos.

[36] Hijos de Benjamín, por sus familias y linajes, contando todos los varones de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [37] se contaron de la tribu de Benjamín treinta y cinco mil cuatrocientos.

[38] Hijos de Dan, por familias y linajes, contando todos los varones de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [39] se contaron de la tribu de Dan sesenta y dos mil setecientos.

[40] Hijos de Aser, por sus familias y linajes, contando todos los varones de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [41] se contaron de la tribu de Aser cuarenta y un mil quinientos.

[42] Hijos de Neftalí, por sus familias y linajes, contando todos los varones de veinte años para arriba, aptos para servirse de las armas, [43] se contaron de la tribu de Neftalí cincuenta y tres mil cuatrocientos.

[44] Estos fueron todos los contados de los hijos de Israel, por sus linajes, los que contaron Moisés y Arón con los doce príncipes de Israel, uno por cada tribu; [45] siendo todos los contados de los hijos de Israel, según sus linajes, de veinte años para arriba, aptos para hacer la guerra en Israel, [46] seiscientos tres mil quinientos cincuenta (603.550).

[47] Los levitas no fueron contados entre éstos según la tribu, [48] porque había hablado Yave a Moisés, diciendo: [49] «Sólo dejarás de contar la tribu de Leví; no los contarás entre los hijos de Israel, [50] sino que pondrás a los levitas en el tabernáculo del testimonio, sobre todos sus utensilios y sobre todo cuanto le pertenece. Ellos llevarán el tabernáculo y todos sus utensilios, y servirán en él y sentarán sus tiendas en derredor del tabernáculo. [51] Y cuando el tabernáculo hubiere de trasladarse, los levitas lo desarmarán; y cuando hubiere de pararse ellos lo armarán, y el extraño que se acercare, morirá. [52] Los hijos de Israel sentarán sus tiendas cada uno en su cuartel, bajo la propia enseña, por orden de escuadras; [53] pero los levitas sentarán las suyas alrededor del tabernáculo del testimonio, para que la congregación de los hijos de Israel no incurra en ira; los levitas tendrán la guarda del tabernáculo del testimonio. [54] Hicieron los hijos de Israel todo cuanto mandó Yave a Moisés; así lo hicieron.

Orden del campamento.

2 [1] Habló Yave a Moisés, diciendo: [2] «Que acampen los hijos de Israel cada uno junto a su enseña, bajo las enseñas de sus linajes, frente al

tabernáculo de reunión y en torno de él (1).

3. Delante, al oriente, acampará Judá, con su enseña y sus escuadras. De los hijos de Judá es jefe Nasón, hijo de Aminadab; [4] su cuerpo de ejército, según el censo, es de setenta y cuatro mil seiscientos hombres. [5] A sus lados acampará la tribu de Isacar; el jefe de los hijos de Isacar es Natanael, hijo de Suar, [6] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de cincuenta y cuatro mil cuatrocientos hombres. [7] Después la tribu de Zabulón; el jefe de los hijos de Zabulón es Eliab, hijo de Jelón, [8] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de cincuenta y siete mil cuatrocientos hombres. [9] El total para el campo de Judá es, según el censo, de ciento ochenta y seis mil cuatrocientos hombres, por sus escuadras. Serán los primeros que se pongan en marcha.

[10] Al mediodía la enseña del campo de Rubén, con sus escuadras. El jefe de los hijos de Rubén es Elisur, hijo de Sedeur, [11] y su cuerpo de ejército, según el censo, es de cuarenta y seis mil quinientos hombres. [12] A sus lados acampará la tribu de Simeón; el jefe de los hijos de Simeón es Salamiel, hijo de Zurisadai, [13] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de cincuenta y nueve mil trescientos hombres. [14] La tribu de Gad; el jefe de los hijos de Gad es Eliasab, hijo de Deuel, [15] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de cuarenta y cinco mil seiscientos cincuenta hombres. [16] El total del campo de Rubén es, según el censo, de ciento cincuenta y un mil cuatrocientos cincuenta hombres. Se pondrán en marcha los segundos.

[17] Después avanzará el tabernáculo de reunión, yendo el campo de los levitas en medio de los otros. Seguirán en la marcha el orden de su campamento, cada uno según su puesto y su enseña.

[18] A occidente, la enseña de Efraím; el jefe de los hijos de Efraím es Elisama, hijo de Amiud, [19] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de cuarenta mil quinientos hombres. [20] A sus lados acampará la tribu de Manasés; el jefe de la tribu de Manasés es Gamaliel, hijo de Pedasur, [21] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de treinta y dos mil doscientos hombres. [22] La tribu de Benjamín; el jefe de los hijos de Benjamín es Abidán, hijo de Gedeón, [23] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de treinta y cinco mil cuatrocientos hombres. [24] El total del campo de Efraím es, según el censo, de ciento ocho mil cien hombres; se pondrán en marcha los terceros.

[25] Al norte, la enseña del campo de Dan, con sus tropas. El jefe de los hijos de Dan es Ajiezer, hijo de Amisadai, [26] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de sesenta y dos mil setecientos hombres. [27] A sus lados acampará la tribu de Aser; el jefe de los hijos de Aser es Feguiel, hijo de Ocrán, [28] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de cuarenta y un mil quinientos hombres. [29] La tribu de Neftalí; el jefe de los hijos de Neftalí es Ajira, hijo de Enán, [30] y su cuerpo de ejército es, según el censo, de cincuenta y tres mil cuatrocientos hombres. [31] El total del campo de Dan es, según el censo, de ciento cincuenta y siete mil seiscientos hombres. Se pondrán en marcha los últimos, según sus enseñas. [32] Estos fueron los hijos de Israel inscritos en el censo, según sus linajes. El total de todos los hombres inscritos, repartidos en varios campos, según sus cuerpos de ejército, fué de seiscientos tres mil quinientos cincuenta hombres. [33] Los levitas no fueron comprendidos en el censo con los hijos de Israel, según la orden que Yave había dado a Moisés. [34] Los hijos de Israel hicieron todo lo que a Moisés había mandado Yave. Así acampaban, según sus enseñas, y así se ponían en marcha cada uno, según su familia y su linaje.

Número y oficio de los levitas.

3 [1] He aquí la descendencia de Arón y Moisés, al tiempo en que Yave habló a Moisés en la montaña del Sinaí.

[2] He aquí los nombres de los hijos de Arón: Nadab, el primogénito, Abiú, Eleazar e Itamar. [3] Estos son los nombres de los hijos de Arón, sacer-

(1) La organización del pueblo es militar, bajo la conducta de Dios, que es el jefe supremo, y tiene su tienda en medio del campamento y dirige los movimientos por medio de la nube. (9 15. sigs.) Los levitas, que acampaban inmediatamente en torno del santuario, son la guardia de honor y de servicio.

dotes ungidos y consagrados para ejercer el sacerdocio. 4 Nadab y Abiú murieron al llevar ante Yave un fuego extraño, en el desierto del Sinaí, y no dejaron hijos. Eleazar e Itamar ejercieron el sacerdocio con Arón, su padre.

5 Yave habló a Moisés, diciendo: 6 «Llama a la tribu de Leví, que se acerque a Arón, el sacerdote, y se ponga a su servicio. 7 Ellos se encargarán de todo cuanto sea necesario para él y para toda la asamblea ante el tabernáculo de reunión, haciendo así el servicio del tabernáculo. 8 Tendrán a su cargo todos los utensilios del tabernáculo de reunión y cuanto necesiten los hijos de Israel en el servicio del tabernáculo. 9 Darás los levitas a Arón y a sus hijos, se los darás enteramente de entre los hijos de Israel. 10 A Arón y a sus hijos les encomendarás las funciones de su sacerdocio; el extraño que se acercare al santuario será castigado con la muerte.

11 Yave habló a Moisés, diciendo: 12 «Yo he tomado de en medio de Israel a los levitas en lugar de todo primogénito, que abre la vulva de su madre, entre los hijos de Israel, y los levitas serán míos, 13 porque mío es todo primogénito; el día en que yo maté a todos los primogénitos en la tierra de Egipto, me consagré a mí todos los primogénitos de Israel, tanto de hombres como de animales; son míos. Yo, Yave.»

14 Y habló Yave a Moisés en el desierto del Sinaí, diciendo: 15 «Enumera a los hijos de Leví, según sus linajes y familias. 16 Haz el censo de todos los varones de un mes para arriba.» Y Moisés hizo el censo, según la orden de Yave, como éste se lo había mandado. 17 Éstos fueron los hijos de Leví, por sus nombres: Gersón, Caat y Merari. 18 Nombres de los hijos de Gersón por sus familias: Lební y Semei. 19 Hijos de Caat: Amram, Jesuar, Hebrón y Oziel. Hijos de Merari: por familias: Mojli y Musi. Estas son las familias de Leví, según sus linajes. 21 De Gersón proceden la familia de Libní y la de Semei; éstos son los linajes de Gersón. 22 Los enumerados de ellos, en el censo de todos los varones de un mes para arriba, fueron siete mil quinientos. 23 Los linajes de Gersón sentarán sus tiendas a espaldas del tabernáculo, a occidente. 24 El jefe del linaje de los gersonitas es Eliasaf, hijo de Lael. 25 Cuanto al tabernáculo de reunión, los hijos de Gersón tenían a su cargo la tienda, y sus cubiertas, el velo de la entrada de la tienda, la cortina de la entrada del atrio 26 y las de éste en torno del tabernáculo y del altar y las cuerdas para todo su servicio.

27 De Caat proceden los linajes de los amramitas y los azielitas; éstos son los linajes de Caat. 28 El censo de todos los varones de un mes para arriba dió ocho mil seiscientos, adscritos al servicio del santuario. 29 Los linajes de los hijos de Caat acampaban al mediodía del tabernáculo. 30 El jefe de los linajes de las familias de Caat era Elisafán, hijo de Oziel. 31 Estaban a su cargo el arca, la mesa, el candelabro, los altares y los utensilios sagrados de su servicio y el velo con todo lo que pertenecía a su servicio. 32 El jefe supremo de los levitas era Eleazar, hijo del sacerdote Arón, a quien correspondía la superintendencia de todos los adscritos al servicio del santuario.

33 De Merari proceden los linajes de los mojlitas y los musitas. Estos son los linajes de Merari. 34 Los enumerados de ellos, conforme al censo de todos los varones de un mes para arriba, fueron seis mil doscientos. 35 El jefe de los linajes de Merari era Suriel, hijo de Abijail; acampaban al lado norte del tabernáculo. 36 Al cargo de los hijos de Merari estaban los tablones del habitáculo con sus barras, 37 sus columnas y sus basas y todo su servicio, y las columnas del atrio con sus basas, sus clavos y sus cuerdas.

38 Delante del tabernáculo de reunión, a levante, acampaban Moisés, Arón y sus hijos, que velaban al cuidado del santuario para los hijos de Israel; todo extraño que se acercaba era castigado con la muerte. 39 Los levitas que Moisés y Arón enumeraron de orden de Yave fueron, contando de todos los linajes los varones de un mes para arriba, ventidós mil.

Rescate de los primogénitos de Israel.

40 Yave dijo a Moisés: «Haz el censo de todos los primogénitos de entre los hijos de Israel de un mes

para arriba, contándolos por sus nombres. 41 Tomarás para mí a los levitas, en lugar de todos los primogénitos de los hijos de Israel, y el ganado de los levitas, en lugar de los primogénitos del ganado de los hijos de Israel. Yo, Yave.»
42 Moisés hizo el censo de todos los primogénitos de los hijos de Israel, según la orden que Yave le había dado. 43 Todos los primogénitos, contados por sus nombres, de un mes para arriba, fueron veintidós mil doscientos setenta y tres.
44 Yave habló a Mosiés, diciendo: 45 «Toma a los levitas en lugar de los primogénitos de lo- hijos de Israel y el ganado de los levitas en lugar de los primogénitos de sus ganados. Los levitas son míos. Yo, Yave.»
46 Para el rescate de los doscientos setenta y tres primogénitos de los hijos de Israel, que sobrepasan el número de los levitas, 47 toma cinco siclos por cabeza, según el siclo del santuario, que es de veinte *gueras*. 48 Ese dinero se lo entregarás a Arón y a sus hijos, como rescate de los que sobrepasan el número de los levitas.» 49 Moisés tomó el dinero de los primogénitos de los hijos de Israel, 50 mil trescientos sesenta y cinco siclos, según el siclo del santuario. 51 Moisés entregó a Arón y a sus hijos el dinero del rescate, según la orden de Yave, según lo que Yave había dicho a Moisés.

Obligaciones de los levitas.

4 1 Yave habló a Moisés y Arón, diciendo: 2 «Haz el censo de los hijos de Caat de entre los hijos de Leví, según sus familias y linajes, 3 desde los treinta años para arriba hasta los cincuenta, todos los que han de prestar servicio o cumplir alguna función en el tabernáculo de reunión. 4 Estos serán los servicios de los hijos de Caat en el tabernáculo de reunión: consistirán en lo tocante a las cosas santísimas. 5 Cuando hubiere de levantarse el campamento, vendrán Arón y sus hijos a bajar el velo, y cubrirán con él el arca del testimonio; 6 pondrán encima una cubierta de pieles curtidas y tenderán por encima de toda ella un paño de jacinto, y colocarán las barras del arca. 7 Tenderán sobre la mesa de los panes de la proposición una tela jacinto y pondrán encima de ella los platos, los cálices, las cazoletas y los vasos de las libaciones; el pan perpetuo irá sobre ella; 8 tenderán encima una tela carmesí, con que la envolverán, y una cubierta de pieles curtidas, y pondrán las barras de la mesa. 9 Tomarán una tela jacinto, con la que cubrirán el candelabro con sus lámparas, sus despabiladeras, sus platos para los pábilos cortados y todos los utensilios para el aceite que se emplean en su servicio 10 y con todos sus utensilios; los cubrirán de pieles curtidas y lo pondrán sobre unas angarillas. 11 Tenderán un paño jacinto sobre el altar de oro, y después de cubrirlo con pieles curtidas, le pondrán las barras. 12 Tomarán todos los utensilios para el servicio del santuario, y metiéndolos en una tela jacinto, los cubrirán con pieles curtidas y los colocarán sobre unas angarillas. 13 Quitarán del altar las cenizas, y tenderán sobre él un paño de púrpura escarlata; 14 pondrán encima de él todos los utensilios de su servicio, los braseros, los tenedores, las paletas y las bandejas, todos los utensilios del altar, y lo cubrirán con pieles curtidas y le pondrán las barras.
15 Cuando Arón y sus hijos hayan acabado de cubrir el santuario y sus utensilios todos y se levante el campamento, vendrán los hijos de Caat para llevarlos, pero sin tocar las cosas santas, no sea que mueran. He aquí lo que del tabernáculo de la reunión trasportarán los hijos de Caat. 16 Eleazar, hijo de Arón, el sacerdote, tendrá bajo su vigilancia el aceite del candelabro, el timiama, la oblación perpetua y el óleo de unción, así como todo el tabernáculo y cuanto él contiene, el santuario con todos sus utensilios.»
17 Yave habló a Moisés y Arón, diciendo: 18 «Tened cuidado de que los hijos del linaje de Caat no sean extirpados de en medio de los levitas, 19 y haced de modo que tengan segura la vida y no mueran si se acercan a las cosas santísimas; sean Arón y sus hijos los que entren para encargar a cada uno su servicio y su cargo; 20 pero ellos que no entren para ver un solo instante las cosas santas, no sea que mueran.»
21 Yave habló a Moisés, diciendo: 22 «Haz también el censo de los hijos de Gersón según sus familias y lina-

jes, [23] haciendo el censo de los de treinta años para arriba hasta los cincuenta, de todos los que han de prestar sus servicios y cumplir alguna función en el tabernáculo de la reunión. [24] He aquí los servicios de los linajes de Gersón, lo que habrán de hacer y lo que habrán de llevar. [25] Llevarán las cortinas del habitáculo y tienda de la reunión; su cubierta y la cubierta de pieles curtidas con que se cubren, [26] las cortinas del atrio y la de la puerta de entrada del atrio, todo lo que rodea la tienda y el altar, sus cuerdas y todos los utensilios de su servicio, y harán cuanto con ellos se ha de hacer. [27] A las órdenes de Arón y sus hijos estará el servicio de los gersonitas en todo cuanto éstos han de hacer y llevar; vosotros asignaréis a cada uno determinadamente lo que hayan de trasportar. [28] Este es el servicio de los linajes de Gersón en el tabernáculo de reunión, y su vigilancia estará a cargo de Itamar, hijo del sacerdote Arón.

[29] Haz el censo de los hijos de Merari según sus familias y linajes, [30] contándolos desde los treinta años para arriba hasta los cincuenta, todos los adscritos al servicio y para cumplir sus funciones en el tabernáculo de la reunión. [31] He aquí lo que habrán de trasportar, según sus servicios, en el tabernáculo de la reunión: los tablones del habitáculo, sus traveseros, sus columnas y sus basas, [32] y las columnas del atrio en derredor, con sus basas, sus estacas y sus cuerdas y todos los utensilios de sus basas, y les indicaréis determinadamente los utensilios que han de trasportar. [33] Este es el oficio del linaje de los hijos de Merari, conforme a su servicio en el tabernáculo de la reunión, bajo la vigilancia de Itamar, hijo del sacerdote Arón.»

Censo de los levitas.

[34] Moisés y Arón y los príncipes de la asamblea hicieron el censo de los hijos de Caat por linajes y familias, [35] de cuantos eran de treinta años para arriba hasta los cincuenta; [36] y los enumerados según sus familias y sus linajes fueron dos mil setecientos cincuenta; [37] éstos fueron los enumerados del linaje de los caataitas, todos los que hacían el servicio en el tabernáculo de la reunión, que Moisés y Arón enumeraron de orden de Yave dada a Moisés. [38] Hízose el censo de los hijos de Gersón, por familias y linajes, [39] desde los treinta años para arriba hasta los cincuenta, de cuantos hacían servicio en el tabernáculo de reunión, [40] y fueron enumerados por familias y linajes dos mil seiscientos treinta. [41] Estos son los enumerados de los linajes de Gersón, todos los que hacían servicio en el tabernáculo de reunión que Moisés y Arón enumeraron de orden de Yave. [42] Hízose el censo de las familias de los hijos de Merari por familias y linajes [43] desde los treinta años para arriba hasta los cincuenta, de cuantos prestaban servicio en el tabernáculo de la reunión, [44] y fueron enumerados por familias tres mil doscientos. [45] Estos son los enumerados de las familias de Merari, que Moisés y Arón enumeraron según la orden de Yave dada a Moisés. Todos los que fueron enumerados en el censo que Moisés y Arón y los príncipes de Israel hicieron de los levitas, por familias y linajes, [47] desde los treinta años para arriba hasta los cincuenta, [48] todos los que prestaban servicio de ministerio o de trasporte en el tabernáculo de la reunión, vinieron a ser ocho mil quinientos ochenta. [49] Según la orden dada por Yave a Moisés, fueron designados cada uno para su propio ministerio y su propio cargo, y los designados fueron aquellos que Yave había mandado.

Leyes varias.

5 [1] Habló Yave a Moisés, diciendo: [2] «Manda a los hijos de Israel que hagan salir del campamento a todo leproso, a todo el que padece flujo, y a todo inmundo por un cadáver. [3] Hombres o mujeres todos los haréis salir del campamento para que no contaminen el campamento en que habitan.» [4] Así lo hicieron los hijos de Israel, haciéndolos salir del campamento; como lo ordenó Moisés, así lo hicieron los hijos de Israel.

[5] Habló Yave a Moisés, diciendo: [6] «Di a los hijos de Israel: Si uno, hombre o mujer, comete uno de esos pecados que perjudican al prójimo, prevaricando contra Yave y haciéndose culpable, [7] confesará su pecado

y restituirá enteramente el daño, añadiendo un quinto; restituirá a aquel a quien perjudicó, [8] y si no hubiere ya nadie a quien pertenezca la restitución, la hará a Yave, y será entregada al sacerdote, además del carnero expiatorio con que se hará la expiación del culpable. [9] Toda ofrenda de elevación de cosas consagradas por los hijos de Israel que éstos presentan al sacerdote, de éste es; [10] cuanto cada uno consagre, de él es; lo que se presenta al sacerdote, de éste es.»

Ley sobre los celos.

[11] Habló Yave a Moisés, diciendo: [12] «Habla a los hijos de Israel y diles: Si la mujer de uno fornicare y le fuese infiel, [13] durmiendo con otro en concúbito de semen, sin que lo haya podido ver el marido ni haya testigos, por no haber sido hallada en el hecho; [14] y se apoderase del marido el espíritu de los celos y tuviese celos de ella, háyase ella manchado en realidad o no se haya manchado, [15] la llevará al sacerdote, y ofrecerá por ella una oblación de la décima parte de una *efa* de harina de cebada, sin derramar aceite sobre ella ni poner encima incienso, porque es *minja* de celos, *minja* de memoria para traer el pecado a la memoria. [16] El sacerdote hará que se acerque y se esté ante Yave; [17] tomará del agua santa en una vasija de barro, y cogiendo un poco de la tierra del suelo del tabernáculo, la echará en el agua. [18] Luego el sacerdote, haciendo estar a la mujer ante Yave, le descubrirá la cabeza y le pondrá en las manos la *minja* de memoria, la *minja* de los celos, teniendo él en la mano el agua amarga de la maldición (1), [19] y la conjurará, diciendo: Si no ha dormido contigo ninguno, y si no te has descarriado, contaminándote y siendo infiel a tu marido, indemne seas del agua amarga de la maldición; [20] pero si te descarriaste, y fornicaste infiel a tu marido, contaminándote y durmiendo con otro; [21] el sacerdote la conjurará con el juramento de execración, diciendo: hágate Yave maldición y execración en medio de tu pueblo, púdranse tus muslos e hínchese tu vientre, [22] éntre este agua de maldición en tus entrañas, para hacer que tu vientre se hinche y se pudran tus muslos. La mujer contestará: Amén, amén. [23] El sacerdote escribirá estas maldiciones en una hoja, y las diluirá en el agua amarga, [24] y hará beber a la mujer el agua amarga de la maldición. [25] Luego tomará de la mano de la mujer la *minja* de los celos y la agitará ante Yave, y la llevará al altar; [26] y tomando un puñado de memoria, lo quemará en el altar, haciendo después beber el agua a la mujer. [27] Dárale a beber el agua; y si se hubiere contaminado, siendo infiel a su marido, el agua de maldición entrará en ella con su amargura, se le hinchará el vientre, se le pudrirán los muslos, y será maldición en medio de su pueblo. [28] Si, por lo contrario, no se contaminó y es pura, quedará ilesa y será fecunda.»

[29] Esta es la ley de los celos, para cuando una mujer haya sido infiel a su marido y se haya contaminado, [30] o que el espíritu de los celos se haya apoderado de su marido y tenga celos de ella; presentará a su mujer ante Yave, y el sacerdote hará con ella cuanto en esta ley se prescribe. [31] Así el marido quedará libre de culpa, y la mujer llevará sobre sí su pecado.»

Ley del nazareato.

6 [1] Habló Yave a Moisés, diciendo: [2] «Habla a los hijos de Israel, y diles: Si uno, hombre o mujer, hiciere voto de consagración, consagrándose a Yave (1), [3] se abstendrá de vino y de toda bebida embriagante; no beberá vinagre de vino ni bebida embriagante; no comerá uvas, ni fres-

(1) Sin negar, ni mucho menos, el carácter sobrenatural que este rito pudiera tener, todo este ceremonial parece que había de influir grandemente en la mujer culpable, para moverla a declararse tal.

(1) Esta consagración personal, singularísima, da al consagrado una especial santidad que le exige abstenerse de todo contacto de cosa impura, aun del cadáver de los mismos padres, y la obligación de abstenerse de todo fruto de la vid, cualquiera que sea. Al terminar, tiene que despojarse de todo el pelo de su cuerpo, que por considerarse santificado, había de ser quemado en el altar, pues al volver a su estado ordinario había de despojarse de cuanto de santo o consagrado podía despojarse su persona.

cas ni secas; [4] durante todo el tiempo de su nazareato no comerá fruto alguno de la vid; desde la piel hasta los granos de la uva. [5] Durante todo el tiempo de su voto de nazareo no pasará la navaja por su cabeza; hasta que se cumpla el tiempo por que se consagró a Yave, será santo y dejará libremente crecer su cabellera. [6] Durante todo el tiempo de su consagración a Yave no se acercará a cadáver alguno; [7] no se contaminará ni por su padre ni por su madre, ni por su hermano, ni por su hermana, si murieren; porque lleva sobre su cabeza la consagración a su Dios. [8] Todo el tiempo de su nazareato está consagrado a Yave. [9] Si ante él muriere alguno repentinamente, manchándose así su cabeza consagrada, se raerá la cabeza en el día de su purificación; se la raerá el séptimo día, [10] y al octavo presentará al sacerdote dos tórtolas o dos pichones a la entrada del tabernáculo de la reunión. [11] El sacerdote ofrecerá uno en sacrificio por el pecado y el otro en holocausto, haciendo por él la expiación de su pecado por el muerto. [12] Este día el nazareo consagrará otra vez su cabeza, la consagrará de nuevo a Yave por el tiempo de su nazareato, y ofrecerá un cordero primal en sacrificio de expiación; el tiempo precedente quedará anulado, por haberse contaminado su nazareato.

[13] Esta es la ley del nazareo: El día en que se cumpla el tiempo de su nazareato, se presentará a la entrada del tabernáculo de la reunión, para hacer su ofrenda a Yave: [14] un cordero primal, sin defecto, para el holocausto; una oveja, sin defecto, para el sacrificio por el pecado; un carnero, sin defecto, para el sacrificio pacífico, [15] y un cestillo de panes ácimos, de tortas de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda y la libación. [16] El sacerdote los presentará a Yave, y ofrecerá su sacrificio por el pecado y su holocausto. [17] Después presentará a Yave el carnero de su sacrificio pacífico con el cestillo de panes ácimos, y hará la oblación y la libación. [18] El nazareo raerá a la entrada del tabernáculo de la reunión su cabeza consagrada, y tomando los cabellos de su cabeza consagrada, los echará al fuego que arde bajo el sacrificio pacífico. [19] Luego el sacerdote tomará la espalda ya cocida del carnero, un pan ácimo del cestillo y una torta ácima, y se los pondrá en las manos al nazareo, después que se haya raído la cabeza consagrada; [20] y el sacerdote lo agitará ante Yave. Es la cosa santa del sacerdote, además del pecho agitado y del brazuelo reservado. Después ya podrá el nazareo beber vino.»

[21] Esta es la ley del nazareo que hace voto, y de su ofrenda a Yave por su nazareato, fuera de aquello que sus posibilidades le consientan añadir. Hará de conformidad con su voto, según la ley del nazareato.»

La bendición litúrgica.

[22] Yave habló a Mosés, diciendo: [23] «Habla a Arón y a sus hijos, diciendo: De este modo habréis de bendecir a los hijos de Israel; diréis: [24] Que Yave te bendiga y te guarde. [25] Que haga resplandecer Yave su faz sobre ti y te otorgue su gracia. [26] Que Yave vuelva a ti su rostro y te dé la paz. [27] Así invocarán mi nombre sobre los hijos de Israel, y yo los bendeciré.» (1).

Las ofrendas de los jefes de tribu.

7 [1] El día en que acabó Moisés de alzar el tabernáculo y de ungirlo y consagrarlo con todos sus utensilios, el altar con todos sus utensilios, ungiéndolos y consagrándolos, [2] los príncipes de Israel, jefes de sus linajes, presentaron sus ofrendas; eran los príncipes que habían presidido el censo. [3] Llevaron sus ofrendas ante Yave: seis carros cubiertos y doce bueyes, un carro por cada dos, y un buey por cada uno de los príncipes, y los presentaron ante el tabernáculo.

[4] Yave habló a Moisés, diciendo: [5] «Recibe de ellos eso, y que se destine al servicio del tabernáculo de la reunión; se los darás a los hijos de Leví, a cada uno según las necesidades de su servicio.»

[6] Moisés, tomando los carros y los bueyes, se los entregó a los levitas;

(1) Esta bendición, que atrae sobre el bendecido bienes puramente espirituales, está en plena oposición con las bendiciones de las religiones gentílicas, que se limitan a la adprecación de bienes materiales.

7 dió dos carros y cuatro bueyes a
los hijos de Gersón, como lo pedía
su servicio; 8 cuatro carros y ocho
bueyes a los hijos de Merari, con-
forme a su servicio, bajo la vigilan-
cia de Itamar, hijo de Arón, el sacer-
dote; 9 pero no dió ninguno a los
hijos de Caat, porque el servicio
suyo de las cosas santas habían de
hacerlo llevándolas sobre sus hom-
bros. 10 Los príncipes hicieron su
ofrenda para la dedicación del altar
cuando fué ungido, presentando su
ofrenda ante el altar. 11 Yave dijo a
Moisés: «Que presenten los prínci-
pes su ofrenda uno a uno, para la de-
dicación del altar.» 12 Aquel día, el
primero, presentó su ofrenda Nasón,
hijo de Aminadab, de la tribu de
Judá, 13 ofreciendo un plato de plata
de ciento treinta siclos de peso y un
jarro de plata de setenta siclos, según
el peso del siclo del santuario, ambos
llenos de flor de harina amasada con
aceite, para las ofrendas; 14 un fras-
quito de oro de diez siclos, lleno de
perfumes; 15 un novillo, un carnero
y un cordero primal, para el holo-
causto; 16 un macho cabrío, para el
sacrificio expiatorio; 17 y para el
sacrificio pacífico, dos bueyes, cinco
carneros, cinco machos cabríos y
cinco corderos primales. Esta fué la
ofrenda de Nasón, hijo de Aminadab.
18 El segundo día hizo su ofrenda
Natanael, hijo de Suar, príncipe de
Isacar. 19 Ofreció un plato de plata
de ciento treinta siclos; un jarro de
plata de setenta siclos, al peso del
siclo del santuario, llenos ambos de
flor de harina amasada con aceite,
para la ofrenda; 20 un frasquito de
oro de diez siclos, lleno de perfumes;
21 un novillo, un carnero y un cor-
dero primal, para el holocausto; 22 un
macho cabrío para el sacrificio expia-
torio; 23 y para el sacrificio pacífico,
dos bueyes, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos pri-
males. Esta fué la ofrenda de Nata-
nael, hijo de Suar.
24 El tercer día el príncipe de los
hijos de Zabulón, Eliab, hijo de
Jelón, 29 ofreció: un plato de plata
de ciento treinta siclos, un jarro
de plata de setenta siclos, al peso del
siclo del santuario, llenos ambos de
flor de harina amasada con aceite,
para la ofrenda; 26 un frasquito de
oro de diez siclos, lleno de perfumes;
27 un novillo, un carnero, un cordero
primal, para el holocausto; 28 un
macho cabrío, para el sacrificio ex-
piatorio; 29 y para el sacrificio pa-
cífico, dos bueyes, cinco carneros,
cinco machos cabríos y cinco cor-
deros primales. Esta fué la ofrenda
de Eliab, hijo de Jelón.
30 El cuarto día el príncipe de los
hijos de Rubén, Elisur, hijo de Se-
deur, 31 ofreció: un plato de plata
de ciento treinta siclos; un jarro
de plata de setenta siclos, al peso
del siclo del santuario, ambos llenos
de flor de harina amasada con aceite,
para la ofrenda; 32 un frasquito de
oro de diez siclos, lleno de perfumes;
33 un novillo, un carnero, un cordero
primal, para el holocausto; 34 un
macho cabrío, para el sacrificio ex-
piatorio; 35 y para el sacrificio pací-
fico, dos bueyes, cinco carneros, cinco
machos cabríos y cinco corderos pri-
males. Esta fué la ofrenda de Elisur,
hijo de Sedeur.
36 El quinto día el príncipe de los
hijos de Simeón, Salamiel, hijo de
Surisadai, 37 ofreció: un plato de
plata de ciento treinta siclos; un
jarro de plata de setenta siclos, al
peso del siclo del santuario, ambos
llenos de flor de harina amasada
con aceite, para la ofrenda; 38 un
frasquito de oro de diez siclos, lleno
de perfumes; 39 un novillo, un car-
nero y un cordero primal, para el
holocausto; 40 un macho cabrío, para
el sacrificio expiatorio; 41 y para el
sacrificio pacífico, dos bueyes, cinco
carneros, cinco machos cabríos y
cinco corderos primales. Esta fué
la ofrenda de Salamiel, hijo de Suri-
sadai.
42 El sexto día el príncipe de los
hijos de Gad, Eliasaf, hijo de Deuel,
43 ofreció un plato de plata de ciento
treinta siclos; un jarro de plata de
setenta siclos, al peso del siclo del
santuario; ambos llenos de flor de
harina amasada con aceite, para la
ofrenda; 44 un frasquito de oro de
diez siclos, lleno de perfumes; 45 un
novillo, un carnero, un cordero pri-
mal, para el holocausto; 46 un macho
cabrío, para el sacrificio expiatorio;
47 y para el sacrificio pacífico, dos
bueyes, cinco carneros, cinco machos
cabríos y cinco corderos primales.
Esta fué la ofrenda de Eliasaf, hijo
de Deuel.
48 El séptimo día el príncipe de
los hijos de Efraím, Elisama, hijo
de Amiud, 49 ofreció: un plato de
plata de ciento treinta siclos; un

jarro de plata de setenta siclos, la peso del siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; [50] un frasquito de oro de diez siclos, lleno de perfumes; [51] un novillo, un carnero y un cordero primal, para el holocausto; [52] un macho cabrío, para el sacrificio expiatorio; [53] y para el sacrificio pacífico, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fué la ofrenda de Elisama, hijo de Amiud.

[54] El octavo día el príncipe de los hijos de Manasés, Gamaliel, hijo de Pedasur, [55] ofreció: un plato de plata de ciento treinta siclos, un jarro de plata de setenta siclos al peso del siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; [56] un frasquito de oro de diez siclos, lleno de perfumes; [57] un novillo, un carnero y un cordero primal, para el holocausto; [58] un macho cabrío, para el sacrificio expiatorio; [59] y para el sacrificio pacífico, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fué la ofrenda de Gamaliel, hijo de Pedasur.

[60] El noveno día el príncipe de los hijos de Benjamín, Abidán, hijo de Gedeón, [61] ofreció: un plato de plata de ciento treinta siclos; un jarro de plata de setenta siclos, al peso del siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; [62] un frasquito de oro de diez siclos, lleno de perfumes; [63] un novillo, un carnero y un cordero primal, para el holocausto; [64] un macho cabrío, para el sacrificio expiatorio; [65] y para el sacrificio pacífico, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fué la ofrenda de Abidán, hijo de Gedeón.

[66] El décimo día el príncipe de los hijos de Dan, Ajieser, hijo de Amisadán, [67] ofreció: un plato de plata de ciento treinta siclos; un jarro de plata de setenta siclos, al peso del siclo del santuario, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; [68] un frasquito de oro de diez siclos, lleno de perfumes; [69] un novillo, un carnero y un cordero primal, para el holocausto; [70] un macho cabrío, para el sacrificio expiatorio, [71] y para el sacrificio pacífico, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fué la ofrenda de Ajieser, hijo de Amisadán.

[72] El undécimo día el príncipe de los hijos de Aser, Feguiel, hijo de Ocrán, [73] ofreció: un plato de plata de ciento treinta siclos; un jarro de plata de setenta siclos, ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; [74] un frasquito de oro de diez siclos, lleno de perfumes; [75] un novillo, un carnero y un cordero primal, para el holocausto; [76] un macho cabrío, para el sacrificio expiatorio, [77] y para el sacrificio pacífico, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fué la ofrenda de Feguiel, hijo de Ocrán.

[78] El duodécimo día el príncipe de los hijos de Neftalí, Ajira, hijo de Enán, [79] ofreció: un plato de plata de ciento treinta siclos; un jarro de plata de setenta siclos, al peso del siclo del santuario; ambos llenos de flor de harina amasada con aceite, para la ofrenda; [80] un frasquito de oro de diez siclos, lleno de perfumes; [81] un novillo, un carnero y un cordero primal, para el holocausto; [82] un macho cabrío, para el sacrificio expiatorio; [83] y para el sacrificio pacífico, dos bueyes, cinco carneros, cinco machos cabríos y cinco corderos primales. Esta fué la ofrenda de Ajira, hijo de Enán.

[84] Estos fueron los dones de los príncipes de Israel para la dedicación del altar el día en que se ungió; doce platos de plata, doce jarros de plata, doce frasquitos de oro; [85] cada plato de ciento treinta siclos de peso; cada jarro de setenta siclos; total de la plata de estos utensilios, dos mil cuatrocientos siclos, al peso del siclo del santuario; [86] doce frasquitos de oro llenos de perfume, de diez siclos cada uno, al siclo del santuario; total del oro de los frasquitos, ciento veinte siclos. [87] Total de los animales para el holocausto: doce novillos, doce carneros y doce corderos primales, con sus ofrendas, y doce machos cabríos para el sacrificio expiatorio. [88] Total de los animales para el sacrificio pacífico: veinticuatro bueyes, sesenta carneros, sesenta machos cabríos y sesenta corderos primales. Estos fueron los dones ofrecidos para la dedicación del altar cuando se ungió.

[89] Cuando Moisés entraba en el

tabernáculo de la reunión para hablar con Yave, oía la voz que le hablaba desde encima del propiciatorio puesto sobre el arca del testimonio, entre los dos querubines; así le hablaba (1).

El candelabro.

8 [1] Yave habló a Moisés, diciendo: [2] «Habla a los hijos de Arón, y diles: Cuando pongas las lámparas del candelabro, ponlas de modo que las siete lámparas del candelabro alumbren hacia adelante.» [3] Así lo hizo Arón, y puso las lámparas en la parte anterior del candelabro, como Yave se lo había mandado a Moisés. [4] El candelabro era de oro macizo; su pie, sus flores, todo de oro macizo; lo había hecho Moisés conforme al modelo que le había mostrado Yave.

Consagración de los levitas.

[5] Habló Yave a Moisés, diciendo: [6] «Toma a los levitas de en medio de los hijos de Israel y purifícalos. [7] He aquí lo que harás para purificarlos: Haz sobre ellos una aspersión con agua expiatoria; que pasen la navaja por todo su cuerpo, laven sus vestidos y se purifiquen. [8] Que tomen un novillo, con su ofrenda de flor de harina amasada con aceite; y toma tú otro para el sacrificio por el pecado. [9] Haz que se acerquen los levitas al tabernáculo, y convoca a toda la asamblea de los hijos de Israel. [10] Una vez que hayas hecho a los levitas acercarse ante Yave, los hijos de Israel pondrán sus manos sobre ellos, [11] y Arón ofrecerá los levitas en ofrenda agitada ante Yave de parte de los hijos de Israel, para que sirvan a Yave. [12] Los levitas pondrán sus manos sobre la cabeza de los novillos, y tú los ofrecerás, uno en sacrificio por el pecado, el otro en holocausto a Yave, para hacer la expiación de los levitas. [13] Harás que los levitas estén en pie ante Arón y sus hijos, y los ofrecerás en ofrenda agitada a Yave. [14] Así los separarás de en medio de los hijos de Israel, y los levitas serán míos, [15] y vendrán luego a servir en el tabernáculo de la reunión. Así los purificarás, y los ofrecerás en ofrenda agitada, [16] porque son donados a mí enteramente de en medio de los hijos de Israel, y yo los he tomado para mí en lugar de todos los primogénitos que abren la vulva de su madre, de los primogénitos de entre los hijos de Israel; [17] pues todo primogénito de los hijos de Israel es mío; lo mismo los de los hombres que los de los animales; el día en que herí a todos los primogénitos de la tierra de Egipto me los consagré, [18] y he tomado a los levitas en lugar de todos los primogénitos de los hijos de Israel, [19] y se los he dado enteramente a Arón y a sus hijos de en medio de los hijos de Israel, para que hagan el servicio de los hijos de Israel en el tabernáculo de la reunión, y para que hagan la expiación de los hijos de Israel, para que los hijos de Israel no sean castigados con plaga, acercándose al santuario.»

[20] Moisés, Arón y toda la asamblea de los hijos de Israel hicieron con los levitas cuanto Yave había mandado a Moisés; eso hicieron con ellos los hijos de Israel. [21] Los levitas se purificaron, lavaron sus vestidos, Arón los ofreció en ofrenda agitada ante Yave; hizo la expiación para purificarlos, [22] y luego vinieron los levitas a prestar sus servicios en el tabernáculo de la reunión a las órdenes de Arón y sus hijos. Como Yave se lo había mandado a Moisés respecto de los levitas, así se hizo con ellos.

[23] Yave habló a Moisés, diciendo: [24] «Esto es lo que toca a los levitas: desde los veinticinco años arriba, los levitas estarán al servicio del tabernáculo de la reunión para cumplir en él sus funciones. [25] A los cincuenta, saldrán del servicio y no cumplirán sus funciones; [26] ayudarán a sus hermanos en el tabernáculo de la reunión, en la guarda de él, pero no prestarán más servicio. Así has de hacer con los levitas, en cuanto a sus funciones.»

La Pascua en el Sinaí.

9 [1] Yave habló a Moisés en el desierto del Sinaí, el primer mes del año segundo después de la salida de la tierra de Egipto. Dijo: [2] «Que celebren los hijos de Israel la pascua

(1) El arca con el testimonio (las tablas de la ley) es el símbolo material de la presencia de Dios en medio de Israel, y por eso habla Dios desde ella a su profeta.

a su tiempo. 3 El día catorce de este mes, entre dos luces, a su tiempo, la celebraréis conforme a todas las leyes y todos los ritos que a ella se refieren.»
4 Moisés habló a los hijos de Israel para que celebraran la pascua; 5 y la celebraron el día catorce del primer mes, entre dos luces, en el desierto del Sinaí. Conforme a todo cuanto había mandado Yave a Moisés, así hicieron los hijos de Israel.
6 Había dos hombres que estaban impuros por un cadáver, y no pudieron celebrar la pascua en ese día. Presentándose aquel mismo día ante Moisés y Arón, les dijeron: 7 «Estamos impuros por un cadáver; ¿por qué habremos de vernos privados de presentar nuestra ofrenda a Yave, a su tiempo, con los demás hijos de Israel?» 8 Y Moisés les respondió: «Esperad que sepa yo lo que cuanto a vosotros dispone Yave.»
9 Yave habló a Moisés, diciendo: 10 «Habla a los hijos de Israel y diles: Si alguno de vosotros o de vuestros descendientes está impuro por un cadáver, o está en viaje lejos, celebrará la pascua de Yave. 11 En el segundo mes, el día catorce de él, entre dos luces la celebrará. La comerán con pan ácimo y lechugas amargas; 12 no dejarán de ella nada para el día siguiente, ni quebrantarán ninguno de sus huesos; la celebrarán conforme a todos sus ritos. 13 Si alguno, estando limpio y no estando de viaje, dejare de celebrarla, ése será borrado de su pueblo; por no haber ofrecido a su tiempo su ofrenda a Yave, llevará sobre sí su culpa. 14 Si el extranjero que habita entre vosotros celebra la pascua, guardará todas las leyes y ritos que a ella se refieren. La ley será la misma para vosotros, la misma para el extranjero que para el natural.»

La nube.

15 El día en que fué alzado el tabernáculo, la nube cubrió el tabernáculo, y desde la tarde hasta la mañana hubo sobre el tabernáculo como un fuego. 16 Así sucedía constantemente; de día lo cubría la nube, y de noche la nube parecía de fuego. 17 Cuando la nube se alzaba del tabernáculo, partían los hijos de Israel; y en el lugar en que se paraba la nube, allí acampaban los hijos de Israel. 18 A la orden de Yave partían los hijos de Israel, y a la orden de Yave sentaban su campo; cuanto tiempo estaba la nube sobre el tabernáculo, estábanse quietos. 19 Cuando la nube se detenía muchos días sobre el tabernáculo, guardaban los hijos de Israel la orden de Yave y no se movían; 20 y cuando la nube estaba pocos días sobre el tabernáculo, a la orden de Yave posaban, y a la orden de Yave partían. 21 Cuando la nube se detenía desde la tarde a la mañana, y a la mañana se levantaba, partían; y si se levantaba a la noche, entonces partían. 22 Fuesen dos días, un mes o un año, mientras la nube se detenía sobre el tabernáculo, estándose sobre él, los hijos de Israel seguían acampados y no se movían; cuando ella se alzaba, se movían ellos. 23 A la orden de Yave acampaban, y a la orden de Yave partían, guardando el mandato de Yave, como Yave se lo había dicho a Moisés.

Las trompetas de plata.

10 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «Hazte dos trompetas de plata batida a martillo, que te sirvan para convocar la congregación, y para hacer mover el campamento. 3 Cuando se toquen las dos, acudirá a ti toda la asamblea a la puerta del tabernáculo de la reunión; 4 cuando se toque una sola, se congregarán a ti los príncipes jefes de los millares de Israel. 5 A un toque estrepitoso, moverán su campamento los acampados al oriente. 6 A un segundo toque de la misma clase, moverán su campamento los acampados al mediodía; y a un tercero los acampados a occidente; estos toques son para ponerse en movimiento.
7 También para reunir la congregación las tocaréis, pero no con ese toque. 8 Los hijos de Arón, los sacerdotes, serán los que toquen las trompetas, y éstas serán para vosotros de uso obligatorio, por siempre en vuestras generaciones. 9 Cuando en vuestra tierra saliereis a la guerra contra el enemigo que os atacare, tocaréis alarma con las trompetas, y servirán de recuerdo ante Yave, vuestro Dios, para que os salve de vuestros enemigos. 10 También en vuestros días de alegría, en vuestras solemnidades y en las fiestas del comienzo de mes,

tocaréis las trompetas; y en vuestros, holocaustos y vuestros sacrificios pacíficos, serán para vosotros un recuerdo cerca de vuestro Dios. Yo, Yave.»

Partida del Sinaí.

11 En el año segundo, el segundo mes, a veinte del mes, se alzó la nube de sobre el tabernáculo del testimonio, 12 y los hijos de Israel marcharon por etapas, del desierto del Sinaí, al desierto de Farán, donde la nube se paró, 13 moviéndose por primera vez a la orden de Yave por Moisés. 14 La primera en moverse fué la enseña del campo de los hijos de Judá, con sus escuadras. Jefe de las escuadras de aquéllos era Nasón, hijo de Aminadab. 15 Jefe de las escuadras de la tribu de los hijos de Isacar, Natanael, hijo de Suar; 16 y jefe de las escuadras de la tribu de los hijos de Zabulón, Eliab, hijo de Jelón. 17 Desmontado que fué el tabernáculo, pusiéronse luego en marcha los hijos de Gersón y los hijos de Merari llevando el tabernáculo.

18 Luego se puso en marcha la enseña del campo de Rubén, por sus escuadras. 19 El jefe de sus escuadras era Elisur, hijo de Sedeur; el jefe de las escuadras de la tribu de los hijos de Simeón, Selamiel, hijo de Zurisadai; 20 y el jefe de las escuadras de la tribu de los hijos de Gad, Eliasaf, hijo de Deuel. 21 Comenzaron luego a marchar los hijos de Caat, llevando el santuario; y en tanto que ellos llegaban, se disponía el tabernáculo. 22 Después se puso en marcha la enseña del campo de los hijos de Efraím, por sus escuadras; jefe de sus escuadras era Elisama, hijo de Amiud; 23 jefe de las escuadras de la tribu de Manasés, Gamaliel, hijo de Pedasur; 24 jefe de las escuadras de la tribu de los hijos de Benjamín, Abidán, hijo de Gedeón.

25 Después se puso en marcha la enseña del campo de los hijos de Dan, por sus escuadras, a retaguardia de los otros campos; jefe de las escuadras de los hijos de Dan era Ajiezer, hijo de Amisadai; 26 jefe de las escuadras de la tribu de los hijos de Aser, Feguiel, hijo de Ocrán; 27 jefe de las escuadras de la tribu de los hijos de Neftalí, Ajira, hijo de Enán. 28 Los hijos de Israel se pusieron en marcha, con sus escuadras, por este orden.

28 Moisés dijo entonces a Jobab, hijo de Ragüel, madianita, su suegro: «Nosotros nos vamos para el lugar que Yave nos ha dicho: «Yo os lo daré»; ven con nosotros y te favoreceremos; porque Yave ha prometido favorecer a Israel.» 30 El respondió: «No, me iré a mi tierra y a mi parentela.» 31 Moisés insistió: «No nos dejes, pues tú conoces bien los lugares donde habremos de acampar y podrás servirnos de guía (1); 32 si vienes, nosotros te daremos parte de lo que nos dé Yave.»

33 Así se marcharon del monte de Yave, e hicieron tres días de camino; y el arca de la alianza de Yave fué con ellos tres días de camino, buscando donde acampar. 34 La nube de Yave los acompañaba de día desde que levantaron el campamento. 35 Cuando movían el arca, decía Moisés:

«Levántate Yave; dispérsense tus enemigos
Y huyan ante ti los que te aborrecen.»

36 Y cuando el arca se posaba, decía:

«Pósate, oh Yave, entre las miríadas de Israel.»

Descontento del pueblo.

11 1 Aconteció que el pueblo a oídos de Yave se quejó, y al oírlo Yave ardió en ira, y encendió contra ellos un fuego que abrasó una de las alas del campamento. 2 Clamó entonces el pueblo a Moisés, y Moisés oró a Yave, y el fuego se apagó; 3 y llamaron a aquel lugar Tabera, porque allí se había encendido contra ellos el fuego de Yave.

4 El vulgo adventicio (2) que en medio de ellos habitaba tenía tantas ganas de comer carne, que aun los

(1) A pesar de lo dicho en 9. 15, de que el campamento se movía a la señal de la nube, este lugar nos indica que no quería Dios se prescindiese del orden natural.

(2) Este vulgo adventicio que acompaña a los hijos de Israel, y de que se hace mención en varios lugares, estaría compuesto de asiáticos de diversas procedencias, sujetos a servidumbre, como los hebreos. Aprovechó la propicia ocasión que se le presentaba de escapar. Su presencia entre los israelitas podría servir de explicación a no pocos de los episodios del paso por el desierto.

hijos de Israel se pusieron a llorar y decir: «¡Quién nos diera carne que comer! 5 ¡Cómo nos acordamos de tanto pescado como de balde comíamos en Egipto, de los cohombros, de los melones, de los puerros, de las cebollas, de los ajos! 6 Ahora está en seco nuestro apetito, y no vemos sino el maná.»

7 El maná era parecido a la semilla del culantro y tenía un color como de bedelio. 8 Esparcíase el pueblo para recogerlo, y lo molían en molinos o lo majaban en morteros, y cociéndolo en una caldera, hacían de él tortas, que tenían un sabor como de pasta amasada con aceite. 9 Cuando de noche caía el rocío sobre el campo, caía también el maná.

10 Oyó Moisés las lamentaciones del pueblo, que por familias se reunía a las puertas de sus tiendas, encendiendo el ardor de la ira de Yave; y desagradó a Moisés, 11 que dijo a Yave: «¿Por qué tan mal tratas a tu siervo? ¿Por qué no ha hallado gracia a tus ojos, y has echado sobre mí la carga de todo este pueblo? 12 ¿Lo he concebido yo ni lo he engendrado, para que me digas, llévalo en tu regazo, como lleva la nodriza al niño a quien da de mamar, a la tierra que juraste dar a sus padres? 13 ¿Dónde tengo yo carne para alimentar a todo este pueblo? ¿Por qué me llora a mí, clamando: danos carne que comer? 14 Yo no puedo soportar solo a este pueblo. Me pesa demasiado. 15 Si así has de hacer conmigo, dame la muerte, te lo ruego; y si es que he hallado gracia a tus ojos, que no me vea ya más así afligido.» 16 Entonces dijo Yave a Moisés: «Elígeme a setenta varones de los hijos de Israel, de los que tú sabes que son ancianos del pueblo y de sus principales, y tráelos a la puerta del tabernáculo; que esperen allí contigo. 17 Yo descenderé, y contigo hablaré allí, y tomaré del espíritu que hay en ti y lo pondré sobre ellos, para que te ayuden a llevar la carga del pueblo y no la lleves tú solo. 18 Y di al pueblo: Santificaos para mañana, y comeréis carne, ya que habéis llorado a Yave diciendo: ¡Quién nos diera carne que comer! ¡Mejor ciertamente estábamos en Egipto! Ya os dará Yave carne que comer. 19 No comeréis un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte; 20 la comeréis todo un mes, hasta que se os salga por la boca y os produzca náuseas, por haber menospreciado a Yave, que está en medio de vosotros, y haber llorado diciendo: ¿Por qué hemos salido de Egipto?» 21 Moisés le dijo: «Seiscientos mil infantes cuenta el pueblo en medio del cual estoy, y me dices: yo les daré carne, y la comerán todo un mes. 22 ¿Bastará para ello degollar todas las ovejas y todos los bueyes? ¿Se juntarán todos los peces del mar para darles abasto?» 23 Yave replicó a Moisés: «¿Acaso se ha acortado el brazo de Yave? Ya verás si es o no es como te he dicho.»

24 Salió Moisés y transmitió al pueblo lo que había dicho Yave; y eligió los setenta varones de entre los ancianos de Israel y los puso en derredor del tabernáculo. 25 Descendió Yave en la nube y habló a Moisés; tomó del espíritu que residía en él y lo puso sobre los setenta ancianos; y cuando sobre ellos se posó el espíritu, pusiéronse a profetizar, y no cesaban. 26 Habíanse quedado en el campamento dos de ellos, uno llamado Eldad y otro llamado Medad; y también sobre ellos se posó el espíritu; eran de los nombrados, pero no se presentaron ante el tabernáculo, y se pusieron a profetizar en el campamento. 27 Corrió un mozo a avisar a Moisés, diciendo: «Eldad y Medad están profetizando en el campamento.» 28 Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés desde su juventud, dijo: «Mi señor, Moisés, impídeselo»; 29 y Moisés le respondió: «¿Tienes celos por mí? ¡Ojalá que todo el pueblo de Yave profetizara y pusiese Yave sobre ellos su espíritu!» 30 Volvióse Moisés al campamento, y con él los ancianos de Israel. 31 Vino un viento de Yave, trayendo desde el mar codornices, que dejó sobre el campamento, hasta la altura de dos codos sobre la tierra. 32 El pueblo estuvo todo el día, toda la noche y todo el día siguiente, recogiendo codornices; el que menos recogió diez montones, y las pusieron a secar en los alrededores del campamento. 33 Aún tenían la carne entre sus dientes, antes de que hubiesen podido acabar de comerlas; encendióse en el pueblo el furor de Yave, y Yave hirió al pueblo con una plaga; 34 siendo llamado aquel lugar Quibrat-Ha-Tava, porque allí quedó sepultado el pueblo glotón. 35 De Quibrat-Ha-Tava partieron para Jaserot y acamparon allí.

Castigo de María, la hermana de Moisés.

12 [1] María y Arón murmuraban de Moisés por la mujer etíope que éste había tomado, pues había tomado Moisés por mujer una etíope. [2] Decían: «¿Acaso sólo con Moisés habla Yave? ¿No nos ha hablado también a nosotros?» Oyó esto Yave. [3] Moisés era hombre mansísimo, más que cuantos hubiese sobre la haz de la tierra. [4] Y dijo a Moisés, a Arón y a María: «Id los tres al tabernáculo de la reunión.» [5] Una vez allí, descendió Yave en la columna de nube, y poniéndose a la entrada del tabernáculo, llamó a Arón y a María. Salieron ambos, [6] y él les dijo: «Oíd mis palabras: Si uno de vosotros profetizara, yo me revelaría a él en visión y le hablaría en sueños. [7] No así a mi siervo Moisés, que es en toda mi casa el hombre de confianza. [8] Cara a cara hablo con él, y a las claras, no por figuras; y él contempla el semblante de Yave. ¿Cómo, pues, os habéis atrevido a difamar a mi siervo Moisés?» [9] Y encendido en furor contra ellos, fuése Yave. [10] Apenas se había retirado del tabernáculo la nube, apareció María cubierta de lepra, como de nieve; y miró Arón a María y la vió toda cubierta de lepra. [11] Dijo entonces Arón a Moisés: «¡Oh mi señor, no eches sobre nosotros el peso de nuestro pecado! Neciamente hemos obrado, hemos pecado. [12] Que no quede como el abortivo, que sale del vientre de su madre ya medio consumido.» [13] Clamó entonces Moisés a Yave, diciendo: «Ruégote, oh Dios, que la sanes.» [14] Respondió Yave: «Si su padre la hubiera escupido en el rostro, ¿no quedaría por siete días llena de vergüenza? Que sea echada fuera del campamento por siete días, y después volverá.» [15] Fué, pues, María echada fuera del campamento, y el pueblo no se movió hasta que no hubo tornado.

13 [1] Partióse después de Jaserot y acampó en el desierto de Farán.

Los exploradores.

[2] Yave habló a Moisés, diciendo: «Manda a algunos hombres a explorar la tierra de Canán que voy a daros: [3] manda a uno por cada tribu, y que sean todos de los principales de entre ellas.» [4] Mandólos Moisés desde el desierto de Farán, según el mandato de Yave, todos de los jefes de los hijos de Israel. [5] Sus nombres son: de la tribu de Rubén, Samua, hijo de Zecur; [6] de la tribu de Simeón, Safat, hijo de Juri; [7] de la tribu de Judá, Caleb, hijo de Jefone; [8] de la tribu de Isacar, Jigal, hijo de José; [9] de la tribu de Efraím, Osea, hijo de Nun; [10] de la tribu de Benjamín, Falti, hijo de Rafu; [11] de la tribu de Zabulón, Gadiel, hijo de Sodi; [12] de la tribu de Manasés, Gadi, hijo de Susi; [13] de la tribu de Dan, Amiel, hijo de Guemalí; [14] de la tribu de Aser, Setur, hijo de Miguel; [15] de la tribu de Neftalí, Najbi, hijo de Vapsi; [16] de la tribu de Gad, Güel, hijo de Maqui. [17] Estos son los nombres de los mandados por Moisés para explorar la tierra.

A Osea, hijo de Nun, le dió Moisés el nombre de Josué. [18] Mandólos, pues, Moisés a explorar la tierra de Canán, diciéndoles: «Subid de aquí al Negueb; después subid a los montes [19] y observad la tierra cómo es, qué gente la habita, si fuerte o floja, si poca o mucha; [20] qué tal es la tierra habitada, si buena o mala; cuáles son sus ciudades, si abiertas o amuralladas; [21] cuál su terreno; si fértil o pobre, si con árboles o sin ellos. Haceos fuertes y traed algunos frutos de esa tierra.» Era esto al tiempo de las primeras uvas. [22] Subieron ellos y reconocieron la tierra desde el desierto de Sin hasta Rejob, camino de Emat. [23] Subieron al Negueb y llegaron a Hebrón, donde estaban Ajimar, Sesai y Tolmai, hijos de Enac. Hebrón fué fundada siete años antes que Tanis en Egipto. [24] Llegaron hasta el valle de Escol (1), cortaron un sarmiento con racimos de uvas, que trajeron dos en un palo, y granadas e higos. [25] Llamaron a aquel lugar Najal-Escol, por el sarmiento de vid que allí hallaron los hijos de Israel. [26] Volvieron de explorar la tierra al cabo de cuarenta días; [27] y llegados, se presentaron a Moisés y Arón y a toda la asamblea de los hijos de Israel en el desierto de Farán, en Cades; [28] e hicieron relación a ellos y a toda la asamblea, mostrando

(1) Está al Norte de Hebrón y se dan allí todavía las mejores uvas de mesa de la Palestina.

los frutos de la tierra, y contaron así: «Hemos llegado a la tierra a donde nos mandasteis; en verdad mana leche y miel; ved sus frutos. [29] Pero la gente que la habita es fuerte, y sus ciudades son muy grandes y están amuralladas; hemos visto también allí a los hijos de Enac. [30] Los amalecitas habitan la región del Negueb; los geteos, jebuseos y amorreos, la parte montuosa; los cananeos, las costas del mar y a lo largo del Jordán.» [31] Caleb, imponiendo silencio al pueblo que murmuraba contra Moisés, clamó: «¡Subamos, subamos luego. La conquistaremos, seremos más fuertes que ellos!» [32] Pero los que habían subido con él, dijeron: «No debemos subir contra aquella gente; es más fuerte que nosotros.» [33] Y desacreditaban entre los hijos de Israel la tierra que habían explorado, diciendo: «Es una tierra que se traga a sus habitantes, y todos cuantos de ella hemos visto eran de gran talla. [34] Hasta gigantes hemos visto allí; hijos de Enac, raza de gigantes, ante los cuales nos pareció a nosotros que éramos como langostas; y así les parecíamos nosotros a ellos.»

Sedición.

14 [1] Entonces toda la muchedumbre rompió a gritar, y el pueblo se pasó toda la noche llorando; [2] y todos los hijos de Israel murmuraban contra Moisés y Arón, y todos decían: «¡Ah, si hubiéramos muerto en la tierra de Egipto, o muriéramos siquiera en este desierto! [3] ¿Por qué quiere llevarnos Yave a esa tierra a perecer a la espada, y que sean nuestras mujeres y nuestros hijos presa de otros? ¿No sería mejor que nos volviéramos a Egipto?» [4] Y unos a otros se decían: «Elijamos un jefe y volvámonos a Egipto.»

[5] Entonces Moisés y Arón cayeron sobre sus rostros ante toda la asamblea de los hijos de Israel. [6] Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefone, que eran de los que habían explorado la tierra, rasgaron sus vestiduras; [7] y hablaron a toda la asamblea de los hijos de Israel, diciendo: «La tierra por la que hemos pasado en reconocimiento es sobremanera buena. [8] Si agradamos a Yave, él nos hará entrar en esa tierra y nos la dará. Es una tierra que mana leche y miel. [9] No os rebeléis contra Yave, y no tengáis miedo de la gente de esa tierra, que nos los comeremos como pan. Ellos se han quedado sin amparo, y Yave está con nosotros.» [10] Toda la asamblea de Israel quería lapidarlos, pero la gloria de Yave se mostró en el tabernáculo de la reunión a todos los hijos de Israel, [11] y Yave dijo a Moisés: «¿Hasta cuándo me ha de ultrajar este pueblo? ¿Hasta cuándo no me ha de creer, después de todos los prodigios que en medio de ellos he hecho.» [12] Voy a herirle de mortandad y a hacer de ti una gran nación más grande y más fuerte que ellos.» [13] Pero Moisés respondió a Yave: «Y lo sabrán los egipcios, de cuyo poder sacaste a este pueblo, [14] y se lo dirán a los habitantes de esa tierra. Todos ellos saben que tú, ¡oh Yave!, habitas en medio de este pueblo, que te dejas ver la cara, que se posa sobre ellos tu nube, que vas delante de ellos, de día en columna de nube y de noche en columna de fuego. [15] Si, pues, destruyes a este pueblo, como si fuera un solo hombre, los pueblos a los que ha llegado tu fama dirán: [16] Por no haber podido llevar a ese pueblo a la tierra que le había prometido, los ha destruído Yave en el desierto. [17] Haz, pues, mi Señor, que resplandezca la fortaleza de Yave como tú mismo dijiste: [18] Yave, tardo a la ira y grande en misericordia, que perdona la iniquidad y la rebeldía, aunque no la deja impune, y visita la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y la cuarta generación. [19] Perdona, pues, la iniquidad de este pueblo según tu gran misericordia, como desde Egipto hasta aquí le has perdonado.» [20] Díjole entonces Yave: «Los perdono, según me lo pides, [21] mas por mi vida y por mi gloria que hinche la tierra toda, [22] que todos aquellos que han visto mi gloria y todos los prodigios que yo he obrado en Egipto y en el desierto, y todavía me han tentado diez y diez veces, desoyéndome, [23] no verán la tierra que a sus padres juré dar. No, ninguno de los que así me han ultrajado la verá. [24] Sólo a mi siervo Caleb, que con espíritu del todo diferente me siguió enteramente, le haré yo entrar en esa tierra donde ha estado ya, y su descendencia la tendrá en posesión, [25] aunque amalecitas y cananeos habiten en sus valles. Ma-

ñana mismo volveos y partid del desierto, camino del Mar Rojo.»

Castigo.

26 Yave habló a Moisés y Arón, diciendo: 27 «¿Hasta cuándo voy a estar oyendo lo que contra mí murmura esta turba depravada, las quejas contra mí de los hijos de Israel? 28 Diles, pues: Por mi vida, palabra de Yave, que lo que a mis oídos habéis susurrado, eso haré yo con vosotros; 29 en este desierto yacerán vuestros cuerpos. De todos vosotros, los que en vuestro censo fuisteis contados de veinte años arriba, que habéis murmurado contra mí, 30 ninguno entrará en la tierra que con juramento os prometí por habitación. Sólo Caleb, hijo de Jefone, y Josué, hijo de Nun. 31 Pero a vuestros hijos, los que dijisteis que serían presa ajena, a ésos los introduciré yo; y ellos disfrutarán la tierra que vosotros habéis desdeñado. 32 Cuanto a vosotros, en este desierto yacerán vuestros cuerpos. 33 Vuestros hijos errarán por el desierto cuarenta años, llevando sobre sí vuestras rebeldías, hasta que vuestros cuerpos se consuman en el desierto. 34 Tantos como fueron los días de la exploración de la tierra, cuarenta, tantos serán los años que llevaréis sobre vosotros vuestras rebeldías; cuarenta años, año por día; y experimentaréis así mi aversión por vosotros. 35 Yo, Yave, yo lo he dicho. Eso haré con esta perversa muchedumbre que se ha confabulado contra mí. En este desierto se consumirán; en él morirán.»

36 Todos aquellos a quienes mandó Moisés a explorar la tierra, y de vuelta concitaron a la muchedumbre a murmurar contra él, desacreditando la tierra, 37 todos cuantos habían hablado mal de ella, murieron de mala muerte ante Yave. 38 Sólo Caleb, hijo de Jefone, y Josué, hijo de Nun, quedaron con vida, de todos aquellos hombres que fueron a explorar la tierra.

Derrota.

39 Moisés refirió todo esto a los hijos de Israel, y el pueblo quedó desolado. 40 Subieron por la mañana a la cumbre de un monte, diciendo: «Vamos a subir a la tierra de que nos habló Yave; porque hemos pecado.» 41 Díjoles entonces Moisés: «¿Por qué queréis contravenir a la orden de Yave? Eso no puede saliros bien. 42 No subáis, porque no va Yave en medio de vosotros, y seréis derrotados por el enemigo. 43 Los amalecitas y los cananeos están del lado de allá, frente a vosotros, y caeréis bajo su espada; porque habiendo vuelto vosotros las espaldas a Yave, él no estará con vosotros.» 44 Ellos temerariamente se obstinaron en subir a la cumbre del monte, pero el arca de la alianza de Yave y Moisés no se movieron de en medio del campamento. 44 Bajaron los amalecitas y los cananeos del monte y los derrotaron, poniéndolos en fuga y persiguiéndolos hasta Jorma.

Algunas leyes relativas a los sacrificios.

15 1 Yave habló a Moisés diciendo: 2 «Habla a los hijos de Israel y diles: «Cuando hayáis entrado en la tierra de vuestra habitación, que yo voy a daros, 3 y hagáis a Yave ofrenda de combustión, holocausto o sacrificio para cumplir un voto, o de vuestra libre voluntad o en una de vuestras solemnidades, presentando a Yave suave olor en bueyes u ovejas, 4 quien haga la ofrenda a Yave le presentará una ofrenda de flor de harina, un décimo de *efa* amasada con un cuarto de *hin* de aceite, que añadirá al holocausto o al sacrificio, 5 y un cuarto de *hin* de vino para la libación, por cada cordero. 6 Si es por carnero, añadirá por cada uno la ofrenda de dos décimas de *efa* de flor de harina amasada con un tercio de *hin* de aceite; 7 y presentará un tercio de *hin* de vino para la libación, perfume grato a Yave. 9 Si fuere de buey el holocausto, ya en cumplimiento de voto, ya de sacrificio pacífico a Yave, presentará a más de él a Yave, como ofrenda, tres décimas de *efa* de flor de harina amasada con medio *hin* de aceite, 10 y medio de vino para la libación, combustión de olor agradable a Yave. 11 Así hará por cada buey, carnero, cordero o cabrito. 12 Cualquiera que sea el número de las víctimas que ofrezcáis, eso haréis por cada una. 13 Así

lo harán todos los naturales, al ofrecer víctimas de combustión en olor grato a Yave. 14 Y si en vuestras generaciones, un extranjero que habite en medio de vosotros o esté entre vosotros, ofreciere ofrenda de combustión, de suave olor a Yave, lo hará como lo hagáis vosotros. 15 Una misma ley regirá ante Yave para vosotros, los de la congregación, y para el extranjero que con vosotros mora. 16 Una misma ley, un mismo derecho tendréis vosotros y el peregrino» (1).

17 Habló Yave a Moisés, diciendo: 18 «Habla a los hijos de Israel y diles: «Cuando hubiéreis entrado en la tierra a la cual os llevo, 19 cuando comáis el pan de esa tierra, ofreceréis de él ofrenda a Yave. 20 Como primicia de vuestra masa, ofreceréis un pan, del mismo modo que ofrecéis las primicias de vuestra era. 21 De las primicias de vuestras masas ofreceréis ofrenda a Yave en vuestras generaciones. 22 Si por inadvertencia (2) faltareis, no poniendo por obra todos estos mandamientos que Yave os ha dado por Moisés, 23 todo lo que Yave os ha mandado por Moisés, desde el día en que para vosotros lo dispuso para todas vuestras generaciones en adelante, 24 entonces la inadvertencia cometida por la congregación será expiada por la ofrenda de ella toda, de un novillo en holocausto de suave olor a Yave, con la oblación y la libación de rito, y un macho cabrío por el pecado. 25 El sacerdote que haga la expiación, la hará por toda la congregación de los hijos de Israel, y les será perdonado, porque fué por ignorancia y han presentado a Yave su ofrenda de combustión y la víctima expiatoria por su inadvertencia ante Yave. 26 Y le será perdonado a toda la congregación de los hijos de Israel y al extranjero que en medio de ellos habita, porque del pueblo todo fué la inadvertencia. 27 Si el que por inadvertencia pecó fuese uno solo, ofrecerá un cabrito primal por el pecado, 28 y el sacerdote hará la expiación ante Yave por el que pecó por inadvertencia, para expiarle, y le será perdonado. 29 Para el indígena de los hijos de Israel y para el extranjero que habita en medio de vosotros tendréis la misma ley, cuanto al pecado cometido por inadvertencia. 30 Pero cualquiera que sea, indígena o extranjero, el que con altiva mano obrare, ultrajando a Yave, 31 ése será enteramente borrado de en medio de su pueblo; por haber menospreciado la palabra de Yave y haber traspasado su mandato, será exterminado y llevará sobre sí su iniquidad.

Castigo de un violador del sábado

32 Sucedió, cuando estaban los hijos de Israel en el desierto, que encontraron a un hombre recogiendo leña en sábado; 33 y los que le encontraron le denunciaron a Moisés y Arón y a toda la asamblea; 34 y le encarcelaron, porque no había sido todavía declarado lo que se había de hacer con él. 35 Yave dijo a Moisés: «Sin remisión muera ese hombre. Que lo lapide el pueblo todo fuera del campamento.» 36 Y fué llevado fuera del campamento y fué lapidado, como se lo mandó Yave a Moisés (1).

37 Yave habló a Moisés, diciendo: 38 «Habla a los hijos de Israel, y diles que se pongan flecos en los bordes de sus mantos, y aten los flecos de cada borde con un cordón de color de jacinto, 39 para que les sirva, cuando lo vean, para acordarse de todos los mandamientos de Yave; para que los pongan por obra, sin irse detrás de los deseos de su corazón y de sus ojos, a los que se prostituyen; 40 porque así, acordándoos de mis preceptos y poniéndolos por obra, seréis santos a vuestro Dios. 41 Yo, Yave, vuestro Dios, que os ha sacado de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Yo, Yave, vuestro Dios.»

---

(1) Por la circuncisión, el extranjero se incorpora a Israel. Esto, como también el ser admitido el extranjero a ofrecer sacrificios (Núm. 14. 15), rompe el cerco de religión nacional y hace a la religión de Israel universal en potencia.

(2) Esto de que aun el pecado cometido por inadvertencia impurifique, pone de relieve el altísimo concepto que de la santidad divina quería Dios que tuviese el pueblo.

(1) La violación del sábado, día consagrado a Dios, era un sacrilegio; y el sacrilegio, no sólo en la religión de Israel, sino en las religiones gentílicas, era generalmente castigado con la muerte.

La sedición de Coré y su castigo.

16 (1) [1] Coré, hijo de Isar, hijo de Caat, hijo de Leví; Datán y Abirón, hijos de Eliab; y On, hijo de Felet, de los descendientes de Rubén, [2] se alzaron y se pusieron enfrente de Moisés, arrastrando tras sí a doscientos cincuenta varones de los hijos de Israel, todos de los principales de la asamblea, de los del consejo, hombres distinguidos. [3] Se conjuraron contra Moisés y Arón y dijeron a éstos: «Básteos ser uno de tantos, pues santos son todos los de la asamblea, y en medio de todos está Yave. ¿Con qué derecho os levantáis vosotros sobre la asamblea de Yave?» [4] Apenas oyó esto Moisés, se echó rostro a tierra. [5] Después habló a Coré y a toda su facción, diciendo: «Mañana dará Yave a conocer quién es el suyo y quién es el santo que quiere cerca de sí; y al elegido, él a sí lo acercará: [6] Haced esto: Tomad vuestros incensarios, Coré y toda su facción; [7] poned mañana fuego en ellos, y sobre el fuego el incienso ante Yave; aquel a quien elija Yave, ése será el santo. Esto os bastará, hijos de Leví.» [8] Y volviéndose después a Coré, añadió: [9] «Oídme, hijos de Leví: ¿Os parece todavía poco el haberos Yave, Dios de Israel, segregado de la congregación de Israel, acercándoos a sí, para que le sirváis en el tabernáculo de Yave, y estéis delante de la comunidad como ministros suyos? [10] Porque él os ha allegado de ese modo a ti y a todos tus hermanos, hijos de Leví, ¿ambicionáis también ahora el sacerdocio? [11] Tú y tus partidarios habéis conspirado contra Yave. ¿Qué es Arón, para que contra él vayan vuestras murmuraciones?» [12] Moisés mandó llamar a Datán y Abirón, hijos de Eliab; pero ellos respondieron: «No queremos ir; [13] ¿todavía te parece poco habernos sacado de una tierra que mana leche y miel, para traernos a morir en un desierto, que también quieres hacerte nuestro emperador y como emperador tiranizarnos? [14] No es a una tierra que mana leche y miel a donde nos has traído; ni un trozo de tierra nos has dado en posesión, ni una viña. ¿Crees que están ciegos todos estos hombres? No, no vamos.» [15] Moisés, muy enojado, dijo a Yave: «No atiendas a su oblación. Ni un asno siquiera he tomado yo de ellos; a nadie he perjudicado.» [16] Y luego dijo a Coré: «Tú y tus partidarios, presentaos mañana ante Yave; tú y ellos y Arón. [17] Tomad cada uno un incensario y poned en él el incienso, y llegaos a Yave cada uno con su incensario, doscientos cincuenta incensarios, tú también y Arón, con su incensario cada uno.» [18] Tomaron, pues, cada uno su incensario, pusieron en ellos el fuego y echaron sobre él el incienso, y se presentaron a la entrada del tabernáculo del testimonio con Moisés y Arón. [19] Coré había llevado tras sí a toda la muchedumbre, a la entrada del tabernáculo de la reunión, y la gloria de Yave se mostró a toda la muchedumbre. [20] Yave dijo a Moisés y Arón: [21] «Apartaos de esa turba, que voy a destruirla en seguida.» [22] Ellos, postrándose rostro a tierra, dijeron: «¡Oh Dios, Dios del espíritu de toda carne! ¿No es uno el que ha pecado? ¿Por qué airarte contra toda la congregación?» [23] Yave habló entonces a Moisés, diciendo: [24] «Habla a la congregación y di: Apartaos de en derredor del tabernáculo, de donde está Coré.» [25] Levantóse Moisés y se fué a donde estaban Datán y Abirón, yendo tras él los ancianos, [26] y habló a la congregación, diciendo: «Apartaos luego de las tiendas de estos impíos, no toquéis nada suyo, para que no perezcáis por sus pecados.» [27] Apartóse la muchedumbre de en derredor de las tiendas de Datán y Abirón, y salieron éstos a la puerta de sus tiendas, y se quedaron allí en pie con sus mujeres, sus hijos y sus pequeños. [28] Dijo entonces Moisés: «Ahora vais a saber que es Yave quien me ha enviado, para hacer cuanto he hecho, y que no lo hice de mi propio impulso. [29] Si éstos mueren de muerte natural, como mueren los hombres, no ha sido Yave el que me ha enviado; [30] pero si haciendo Yave algo insólito, abre la tierra su boca y se los traga con todo cuanto es suyo, y bajan vivos al abismo, conoceréis que estos hombres han irritado a Yave.» [31] Apenas acabó de decir estas palabras, rompióse el suelo

(1) En esta sedición intervienen dos facciones, que se unen en la rebelión. La de Coré, levita, y sus seguidores, levitas, que aspiran al sacerdocio, y la facción de Datán y Abirón, rubenitas, que aspiran a la supremacía política.

debajo de ellos, [32] abrió la tierra su boca y se los tragó, [33] a ellos, sus casas y todos los partidarios de Coré, con todo lo suyo. Vivos se precipitaron en el abismo, y los cubrió la tierra, siendo exterminados de en medio de la asamblea. [34] Todo Israel que allí en torno se hallaba, al oír sus gritos, huyó por miedo de que los tragase también a ellos la tierra. [35] También los doscientos cincuenta hombres que ofrecían el incienso fueron abrasados por un fuego de Yave. [36] Después Yave habló a Moisés, diciendo: [37] «Manda a Eleazar, hijo de Arón, sacerdote, que saque del incendio los incensarios, apartando el fuego, porque están santificados. [38] Los incensarios de esos que contra sus vidas pecaron, hazlos laminar y reviste con las láminas el altar, pues se ofreció con ellos a Yave quedando santificados, y servirán de recuerdo para los hijos de Israel.» [39] Tomó Eleazar los incensarios de bronce con que habían ofrecido los abrasados, y los mandó laminar para revestir el altar, [40] para memoria de los hijos de Israel, de que ningún extraño a la estirpe de Arón se acerque a ofrecer el timiama ante Yave, para no incurrir en la muerte de Coré y de sus secuaces, como lo había mandado Yave por Moisés.

Otro tumulto.

[41] Al día siguiente la muchedumbre de los hijos de Israel murmuraba contra Moisés y Arón, diciendo: «Vosotros habéis exterminado al pueblo de Yave.» [42] Y mientras la muchedumbre se reunía contra Moisés y Arón, éstos se dirigieron al tabernáculo de la reunión; y he aquí que le cubrió la nube y apareció la gloria de Yave. [43] Moisés y Arón se acercaron al tabernáculo de la reunión, [44] y Yave habló a Moisés, diciendo: [45] Quitaos de en medio de esa turba, que voy luego a destruirla.» Ellos se postraron rostro a tierra, y Moisés dijo a Arón: [46] «Coge el incensario, pon en él fuego del altar y el incienso, y corre a esa muchedumbre y expíala, porque se ha encendido la ira de Yave y ha comenzado ya la mortandad.» [47] Tomó Arón el incensario, como se lo mandara Moisés, y corrió a la muchedumbre: ya había comenzado la plaga a hacer estragos en el pueblo; pero él tomó el incienso e hizo expiación por el pueblo, [48] y se quedó entre muertos y vivos hasta que cesó la mortandad. [49] Habían perecido en aquella mortandad catorce mil setecientos, sin contar los que murieron por lo de Coré. [50] Después, cuando hubo cesado la mortandad, se volvió Arón a la entrada del tabernáculo de la reunión, donde estaba Moisés.

La vara de Arón.

17 [1] Habló Yave a Moisés, diciéndole: [2] «Habla a los hijos de Israel y haz que te entreguen una vara por cada uno de los príncipes de casa patriarcal, una por cada una de las doce casas patriarcales, y escribe en cada una el nombre de una de ellas. El nombre de Arón lo escribirás en la vara de Leví, pues cada vara ha de llevar el nombre del cabeza de cada casa patriarcal. [4] Ponlas todas en el tabernáculo, delante del testimonio, desde el cual yo hablo. [5] Florecerá la vara de aquel a quien elija yo, a ver si hago cesar de una vez las quejas y murmuraciones de los hijos de Israel contra vosotros.» [6] Habló Moisés a los hijos de Israel, y todos sus jefes le entregaron las varas, una por cada casa patriarcal, doce varas; a ellas se unió la vara de Arón, [7] y Moisés las puso todas ante Yave en el tabernáculo de la reunión. [8] Al día siguiente vino Moisés al tabernáculo; y la vara de Arón, la de la casa de Leví, había echado brotes, yemas, flores y almendras. [9] Sacó Moisés las varas a los hijos de Israel, y tomó cada uno su vara.

[10] Yave dijo a Moisés: «Vuelve la vara de Arón al testimonio, y guárdese en él, para que sirva de memoria a los hijos rebeldes, y que cesen así sus quejidos contra mí y no mueran.» [11] Hízolo así Moisés; como Yave se lo había mandado, así lo hizo.

[12] Los hijos de Israel hablaron a Moisés, diciendo: «Está visto, muertos somos, perdidos, perdidos todos; [13] cuantos pretenden acercarse al tabernáculo de Yave, perecen. ¿En verdad, habremos de perecer todos?»

Deberes y derechos de los levitas.

18 [1] Dijo Yave a Arón: «Tú y tus hijos, y la casa de tu padre contigo, llevaréis sobre vosotros la iniquidad del santuario; tú y tus hijos contigo, la de vuestro sacerdocio. [2] Acerca a ti tus hermanos, la tribu de Leví, la tribu de tu padre; admítelos contigo al servicio del santuario como adjuntos, para que te sirvan cuando tú y tus hijos estéis en el tabernáculo de la reunión. [3] Estarán a tu servicio y al de todo el tabernáculo; pero no han de acercarse, ni a los utensilios del santuario, ni al altar, para no morir ellos y vosotros. [4] Los tendrás como adjuntos, y tendrán a su cuidado el tabernáculo de la reunión, para hacer todo el servicio. Ningún extraño se acercará a vosotros. [5] Tendréis el cuidado del santuario y del altar, para que no se desfogue ya más la ira contra los hijos de Israel. [6] Yo he tomado de entre los hijos de Israel a los levitas, vuestros hermanos, y os los he dado a vosotros, don de Yave, para hacer el servicio del tabernáculo del testimonio. [7] Pero tú y tus hijos ejerceréis vuestro sacerdocio en cuanto concierne al altar y del velo adentro; sois vosotros los que habéis de hacer este servicio. Yo os he dado en puro don vuestro sacerdocio, y el extraño que pretenda acercarse, morirá.»

[8] Dijo también Yave a Arón: «Te encomiendo también la guarda de las ofrendas a mí, y os doy todas las cosas santas de los hijos de Israel, por razón de la unción, a ti y a tus hijos por ley perpetua. [9] He aquí lo que de las cosas santísimas te corresponderá, de las combustiones. Todas sus ofrendas, toda oblación, todo sacrificio por el pecado y todo sacrificio expiatorio que me ofrezcan, todo esto, como cosas santísimas, serán para ti y para tus hijos. [10] Las comeréis en lugar santísimo, las comerán todos los varones, y serán cosas santas para vosotros. [11] También será tuyo esto otro: lo que de sus dones se reserva, de toda ofrenda agitada de los hijos de Israel; os lo doy a ti y a tus hijos y a tus hijos contigo, por estatuto perpetuo; todo el que sea puro de tu casa, lo comerá. [12] Todo lo mejor del aceite, del mosto y del trigo, [13] las primicias de su tierra, que han de traer a Yave, tuyos son; todos los que de tu casa estén limpios, comerán de ellos [14] Todo cuanto en Israel sea consagrado al anatema, te pertenecerá [15] Todo primogénito de toda carne, así de los hombres como de los animales que han de ofrecer a Yave, será tuyo. [16] Harás rescatar los primogénitos de los hombres y los primogénitos de los animales impuros. Harás que sean rescatados cuando tengan un mes, y según tu estimación, en cinco siclos de plata, al siclo del santuario, que es de veinte *gueras*; [17] pero no aceptarás rescate por el primogénito de una vaca, de una oveja, ni de una cabra; serán cosas santas; derramarás su sangre en torno del altar, quemarás su sebo en sacrificio de combustión de olor grato a Yave, [18] y su carne será para ti, como lo es el pecho que se agita y el brazuelo derecho. [19] Todo cuanto de las cosas santas se reserva, lo que reservan los hijos de Israel para Yave, a ti te lo doy, a ti, a tus hijos y a tus hijas contigo, en estatuto perpetuo; es pacto de sal perpetuo, ante Yave, contigo y con toda tu descendencia.»

[20] Dijo también Yave a Arón: «Tú no tendrás tu parte de la heredad en su tierra, y no habrá parte para ti en medio de ellos; soy yo tu parte y tu heredad en medio de los hijos de Israel. [21] Yo doy como heredad a los hijos de Leví todas las décimas, por el servicio que prestan, por el servicio del tabernáculo de la reunión. [22] Los hijos de Israel no han de acercarse ya más al tabernáculo de la reunión, no lleven sobre sí su pecado y mueran. [23] Serán los levitas los que harán el servicio del tabernáculo de la reunión, y ellos los que sobre sí llevarán su iniquidad. Por ley perpetua entre vuestros descendientes, no tendrán heredad en medio de los hijos de Israel, [24] pues yo les doy por heredad las décimas que los hijos de Israel han de entregar a Yave; por eso les digo: no tendréis heredad en medio de Israel.»

[25] Habló Yave a Moisés, diciendo: [26] «Habla a los levitas y diles: Cuando recibáis de los hijos de Israel las décimas de sus bienes, que yo os doy por heredad vuestra, presentaréis a Yave en ofrenda una décima de la décima, [27] y esta ofrenda os será contada como si fuese el trigo de la era o el mosto del lagar. [28] Así ofreceréis también vosotros a Yave

una ofrenda de todas las décimas que recibáis de los hijos de Israel, y esta ofrenda reservada a Yave se la daréis al sacerdote Arón. [29] De todos los dones que recibáis, reservaréis la ofrenda a Yave, de todo lo mejor, la porción santa que de ello habéis de consagrarle. [30] Les dirás: Una vez reservado lo mejor, la décima será para los levitas, como fruto de la tierra o fruto del lagar; [31] la comeréis en cualquier lugar, vosotros y vuestra familia, porque es vuestro salario por el servicio que prestáis en el tabernáculo de la reunión. [32] Una vez ofrecido lo mejor en ofrenda, no incurrís ya en culpa ni profanáis las cosas santas de los hijos de Israel, y no moriréis.»

El agua lustral.

19 [1] Habló Yave a Moisés y Arón, diciéndoles: «He aquí la ordenación de ley que prescribe Yave: Di a los hijos de Israel que te traigan una vaca roja perfecta, sin defecto, y que no haya todavía llevado el yugo sobre sí; [3] se la entregaréis a Eleazar, sacerdote, y él la sacará fuera del campamento, la hará degollar en su presencia, [4] y tomando de su sangre con su dedo, aspergerá con ella hacia el frente del tabernáculo de la reunión siete veces. [5] Hará quemar la vaca en su presencia, quemando la piel, la carne y la sangre y los excrementos. [6] Tomará luego el sacerdote madera de cedro, hisopo y púrpura, y lo echará en medio del fuego en que arde la vaca. [7] El sacerdote lavará luego sus vestidos y su cuerpo con agua, y entrará después en el campamento; será inmundo el sacerdote hasta la tarde. [8] Lo mismo el que la quemó, lavará con agua sus vestiduras y su cuerpo, y será inmundo hasta la tarde. [9] Un hombre limpio recogerá las cenizas; las recogerá y las llevará fuera del campamento a un lugar limpio, y las guardarán los hijos de Israel para el agua expiatoria. Es una expiación.

[10] El que recogió las cenizas de la vaca, lavará sus vestidos y será inmundo hasta la tarde. Será ésta para los hijos de Israel, y para el extranjero que habita entre ellos, ley perpetua. [11] El que tocare un muerto, cualquier cadáver humano, se hace impuro por siete días, [12] y se purificará con este agua al tercer día y al séptimo será puro; no quedará limpio hasta el día séptimo. [13] Quien tocare un muerto, el cadáver de un muerto, y no se purificare, contamina el tabernáculo de Yave, y será borrado de Israel porque no se purificó con el agua lustral; será inmundo, quedando sobre él su inmundicia. [14] Esta es la ley: Cuando muriere alguno en una tienda, todo el que entre en la tienda y cuanto en ella hay, será inmundo por siete días; [15] toda vasija que no tenga tapadera será inmunda; [16] y cualquiera que en campo abierto tocare un muerto de espada o un muerto cualquiera, o huesos humanos, o un sepulcro, será inmundo por siete días. [17] Para quien esté inmundo, tomarán de la ceniza de la vaca quemada en sacrificio expiatorio, y echarán sobre ella un vaso de agua viva; [18] uno que esté limpio tomará hisopo, y mojándolo en el agua aspergerá la tienda y todos los muebles y todas las personas que en ella hubiere, o al que hubiere tocado huesos humanos, o al matado, o al muerto, o al sepulcro. [19] El limpio aspergerá al inmundo al tercero y al séptimo día; y purificado el impuro al séptimo día, lavará sus vestidos y a la tarde será puro. [20] El inmundo que no se purificare será borrado de la congregación, por haber contaminado el santuario de Yave; no habiendo sido rociado con el agua lustral, es inmundo. [21] Será ley perpetua; y el que haga aspersión al otro con el agua lustral, lavará sus vestidos, y quien tocare el agua lustral será inmundo hasta la tarde. [22] Todo lo que tocare el inmundo será inmundo, y quien algo de ello tocare, será inmundo hasta la tarde.

Las aguas de Meriba.

20 [1] Llegaron los hijos de Israel, toda la congregación, al desierto de Sin, el primer mes, y acampó el pueblo en Cades (1). Allí murió María y allí fué sepultada. [2] No había allí agua para la muchedumbre, y

(1) Cades se halla en los límites entre el desierto y la tierra habitada de la Palestina; todavía subsiste y con el mismo nombre. La estancia del pueblo allí fué muy larga.

ésta se amotinó contra Moisés y Arón. 3 El pueblo se quejaba contra Moisés, y decía: «¡Ojalá hubiéramos perecido cuando perecieron nuestros hermanos ante Yavé! 4 ¿Por qué has traído al pueblo de Yavé a este desierto a morir, nosotros y nuestros ganados? 5 ¿Por qué nos sacaste de la tierra de Egipto, para traernos a un lugar tan horrible como éste, que ni puede sembrarse, ni tiene viñas, ni higueras, ni granados, y donde ni agua siquiera hay para poder beber?» 6 Moisés y Arón se apartaron de la muchedumbre, a la entrada del tabernáculo de la reunión, y postráronse rostro a tierra. Apareció la gloria de Yavé, 7 y Yavé habló a Moisés, diciendo: 8 «Coge el cayado y reúne a la muchedumbre, tú y Arón, tu hermano, y en su presencia hablad a la roca y ésta dará sus aguas; de la roca sacarás agua para dar de beber a la muchedumbre y a sus ganados.» 9 Moisés tomó de delante de Yavé el cayado, como se lo había él mandado; 10 y juntando Moisés y Arón a la muchedumbre delante de la roca, les dijo: «¡Oíd, rebeldes! ¿Podremos nosotros hacer brotar agua de esta roca?» 11 Alzó Moisés su brazo e hirió con el cayado la roca por dos veces, y brotaron de ella aguas en abundancia, y bebió la muchedumbre y sus ganados. 12 Yavé dijo entonces a Moisés y Arón: «Porque no habéis creído en mí, santificándome a los ojos de los hijos de Israel, no introduciréis vosotros a este pueblo en la tierra que yo les he dado.» 13 Estas son las aguas de Meriba, donde los hijos de Israel se querellaron contra Yavé, que les dió una prueba de su santidad.

Edom se niega a dar paso libre a Israel.

14 Mandó Moisés embajadores desde Cades al rey de Edom, para que le dijesen: «Israel, tu hermano, te dice: Tú sabes todas las peripecias que nos han ocurrido: 15 cómo nuestros padres bajaron a Egipto, y hemos estado en Egipto largo tiempo, y cómo nos maltrataron los egipcios a nosotros y a nuestros padres; 16 cómo clamamos a Yavé, y oyó éste nuestra voz, y mandó a su ángel que nos sacó de Egipto; y que estamos aquí en Cades, ciudad situada al extremo de tus fronteras. 17 Te rogamos, pues, que nos des paso libre por tu territorio. No atravesaremos tus sembrados ni tus viñas, ni beberemos el agua de tus pozos; iremos por el camino real, sin apartarnos, ni a derecha ni a izquierda, hasta que salgamos de tu territorio.» 18 Edom respondió: «No pasarás, o me opondré con las armas contra ti.» 19 Dijéronle entonces los hijos de Israel: «Iremos por el camino trillado, y si de tus aguas bebo, yo y mis ganados, te daremos el precio de ellas; es cosa de nada; sólo con mis pies tocaré tu tierra.» 20 Pero Edom respondió: «No pasarás.» Y salió Edom contra él con mucha gente fuertemente armada. 21 No dió Edom paso por su territorio, e Israel se alejó de él.

Muerte de Arón.

22 Alzando de Cades el campamento, llegó Israel con toda la muchedumbre al monte Or. 23 Yavé habló a Moisés y Arón en el monte Or, que está en los confines de la tierra de Edom, diciendo: 24 «Arón va a reunirse con su pueblo, pues no ha de entrar en la tierra que yo he dado a los hijos de Israel, por haber sido rebelde a mi mandato en las aguas de Meriba. 25 Toma a Arón, y a su hijo Eleazar, y sube con ellos al monte Or; y allí 26 que se desnude Arón de sus vestiduras, y revista de ellas a Eleazar, su hijo, porque allí se reunirá Arón con los suyos; allí morirá.» 27 Hizo Moisés lo que mandaba Yavé, y a la vista de toda la muchedumbre subieron al monte Or. 28 Moisés hizo que se desnudara Arón de sus vestiduras y revistió de ellas a Eleazar, su hijo; y allí murió Arón en la cumbre del monte. Moisés y Eleazar bajaron del monte; 29 y viendo la muchedumbre que Arón había muerto, hicieron duelo por él todas las familias de Israel, por treinta días.

Victoria contra el rey de Arad.

21 1 El cananeo, el rey de Arad, que habitaba en el Negueb, al oír que venía Israel por el camino de Atarim, los atacó y cogió prisioneros. 2 Hizo entonces Israel voto a Yavé, diciendo: «Si entregas a este

pueblos en mis manos, yo destruiré sus ciudades.» 3 Oyó Yave la voz de Israel, y le entregó el cananeo, a quien dió al anatema, destruyéndolos a ellos y a sus ciudades, por lo cual fué llamado aquel lugar Jorma.

La serpiente de bronce.

4 Partiéronse del monte Or en dirección al Mar Rojo (1), rodeando la tierra de Edom; y el pueblo, impaciente, 5 murmuraba por el camino contra Dios y contra Moisés, diciendo: «¿Por qué nos habéis sacado de Egipto a morir en este desierto? No hay pan ni agua, y estamos ya cansados de un tan ligero manjar como éste.» 6 Mandó entonces Yave contra el pueblo serpientes venenosas que los mordían, y murió mucha gente de Israel. 7 El pueblo fué entonces a Moisés, y le dijo: «Hemos pecado, murmurando contra Yave y contra ti; pide a Yave que aleje de nosotros las serpientes.» Moisés intercedió por el pueblo, 8 y Yave dijo a Moisés: «Hazte una serpiente de bronce y ponla sobre un asta; y cuantos mordidos la miren, sanarán.» 9 Hizo, pues, Moisés una serpiente de bronce, y la puso sobre un asta; y cuando alguno era mordido por una serpiente, miraba a la serpiente de bronce y se curaba.

Victoria contra los amorreos.

10 Partiéronse los hijos de Israel y acamparon en Obot; 11 y partidos de Obot, acamparon junto a las fuentes de Abarim, en el desierto que hay enfrente a Moab, al oriente. 12 Partidos de allí, acamparon junto al torrente Zared; 13 y partidos de allí, acamparon a la otra orilla del Arnón, en el desierto, fuera del territorio de los amorreos, pues el Arnón es confín de Moab, entre Moab y los amorreos. 14 Por eso se decía en el libro «Guerras de Yave»:

«Contra Vaheb en Sufa,
Contra las estrechuras del Arnón,
15 Las estrechuras de su curso,
Que se extiende hacia la región de Ar,
Y se apoya en los confines de Moab.»

16 De allí vinieron a Beer; es el pozo a que se refería Yave, cuando dijo a Moisés: «Reúne al pueblo y yo le daré agua.» 17 Entonces cantó Israel este canto:

«¡Sube, pozo: cantadle!
18 Los príncipes del pueblo le excavaron
Con sus cayados, con sus báculos.»

Del desierto fueron a Matana, 19 de Matana a Najaliel, de Najaliel a Bamot, 20 de Bamot al valle que hay en los llanos de Moab, dominado por el monte Fasga, que mira al desierto. 21 Israel mandó embajadores a Seón, rey de los amorreos, que le dijeran: 22 «Déjanos pasar por tu territorio; no iremos ni por los campos ni por las viñas, ni beberemos el agua de tus pozos; iremos por el camino real, hasta salir de tus fronteras.» 23 Seón se negó a dejar pasar a Israel por su territorio; y reuniendo a toda su gente, salió al encuentro de Israel en el desierto, y le dió la batalla en Jasa. 24 Israel le derrotó al filo de la espada, y se apoderó de su tierra, desde el Arnón hasta el Jaboc, junto a la frontera de los hijos de Ammón, pues Jazer era frontera de los amonitas. 25 Conquistó Israel todas estas ciudades, y habitó en las ciudades de los amorreos, en Hesebón y todas las ciudades que de ella dependen, 26 pues Hesebón era la residencia de Seón, rey de los amorreos, que había hecho antes la guerra al rey de Moab y se había apoderado de toda su tierra hasta el Arnón. 27 Por eso cantaban los trovadores:

«Id a Hesebón, edificad y construid la ciudad de Seón;
28 Fuego ha salido de Hesebón, llama de la ciudad de Seón;
Que devoró las ciudades de Moab y consumió las alturas del Arnón.
29 ¡Ay de ti, Moab! Has perecido, pueblo de Camos,
Fueron dados a la fuga sus hijos, y sus hijas por cautivas.
30 Pero al rey de los amorreos, Seón, le han arrebatado el noval desde Hesebón hasta Dibón.
Y sus mujeres, humilladas hasta

(1) Desde Cades, marchando hacia Oriente, el pueblo hubiera podido ir directamente a la tierra prometida por camino bien corto, atravesando el territorio de Edom. La negativa de éste a darles paso, les obligó a seguir rodeando la frontera occidental de Edom, hasta llegar a Asiongaber, en la costa del Mar Rojo, para continuar luego por su frontera oriental, hasta llegar a los límites de los amorreos.

tener que encender el fuego en Madaba.»
31 Así habitó Israel en la tierra de los amorreos.
32 Mandó Moisés a reconocer a Jazer, y se apoderaron de las ciudades que de ella dependían, expulsando de ellas a los amorreos que allí habitaban; 33 y volviéndose, subieron camino de Basán, saliéndoles al encuentro Og, rey de Basán, con todo su pueblo, para dar la batalla en Edraí. 34 Yave dijo a Moisés: «No le temas, que a tus manos te lo entrego a él, a su pueblo, y toda su tierra, y harás con él lo que hiciste de Seón, rey de los amorreos, que habitaba en Hesebón.» 35 Y le derrotaron a él, a su hijo y a toda su gente, hasta no dejar ni uno, y se apoderaron de su tierra.

Balam.

22 1 Partieron los hijos de Israel y acamparon en los llanos de Moab, al otro lado del Jordán, frente a Jericó. 2 Balac, hijo de Sefor, supo cuanto había hecho Israel a los amorreos; 3 y Moab temió grandemente, al aparecer aquel pueblo tan numeroso, y se amedrentó ante los hijos de Israel. 4 Moab dijo a los ancianos de Madián: «Este pueblo va a devorar nuestros contornos, como devora un buey la hierba del campo.» Era entonces rey de Moab, Balac, hijo de Sefor. 5 Mandó, pues, mensajeros a Balam, hijo de Beor, a Petur, que está junto al río, en tierra de los hijos de Ammón, para que le llamasen, diciéndole: «Mira, ha salido de Egipto un pueblo que cubre la superficie de la tierra, y está ya cerca de mí. 6 Ven, pues, y maldíceme a este pueblo, pues es más fuerte que yo, a ver si así podemos hacer que le derrotemos, pues sé que es bendito aquel a quien tú bendices, y maldito aquel a quien maldices tú.» 7 Fueron, pues, ancianos de Moab, y ancianos de Madián, llevando en sus manos el precio del conjuro; y llegados a Balam, le transmitieron las palabras de Balac. 8 El les dijo: «Pasad aquí esta noche y yo os responderé, según lo que me diga Yave.» Quedáronse los príncipes de Moab con Balam; 9 Dios vino en la noche a Balam y le dijo: «¿Quiénes son ésos que están contigo?» 10 Balam respondió a Dios: «Balac, hijo de Sefor, rey de Moab: los ha mandado a mí para decirme, 11 El pueblo salido de Egipto está ya aquí y cubre toda la superficie de la tierra; ven, pues, luego a maldecírmelo, a ver si puedo derrotarle y rechazarle.» 12 Pero Dios dijo a Balam: «No vayas con ellos; no maldigas a ese pueblo, porque bendito es.» 13 Balam, levantándose de mañana, dijo a los príncipes de Balac: «Idos a vuestra tierra, porque Yave se niega a dejarme ir con vosotros.» 14 Oído esto, los príncipes de Moab se levantaron; y tornados a Balac, le dijeron: «Balam se ha negado a venir con nosotros.» 15 Pero Balac mandó de nuevo a otros príncipes, más en número y más respetables que los primeros, 16 que llegados a Balam, le dijeron: «He aquí lo que te dice Balac, hijo de Sefor: No te niegues a venir a verme, 17 que yo te colmaré de bienes, y haré todo lo que tú me digas.» 18 Balam respondió a los siervos de Balac: «Aunque me diese Balac su casa llena de plata y de oro, no podría yo traspasar las órdenes de Yave, mi Dios, ni en poco ni en mucho; 19 pero podéis quedaros aquí también esta noche, para saber lo que vuelve a decirme Yave.» 20 Durante la noche vino Dios a Balam, y le dijo: «Ya que ésos han venido otra vez a llamarte, levántate, y vete con ellos, pero no hagas más que lo que yo te diga.» 21 Levantóse Balam de mañana, aparejó su asna y se fué con los príncipes de Moab. 22 Pero Dios estaba indignado de que fuese, y el ángel de Yave se puso delante de él en el camino, para cerrarle el paso. Iba Balam montado en su asna y llevaba consigo a dos de sus criados. 23 El asna, al ver al ángel de Yave parado en el camino con la espada desenvainada en la mano, se salió del camino y echó por el campo, y Balam se puso a fustigarla para retraerla al camino. 24 Entonces el ángel se puso en una estrechura entre las viñas, entre pared de un lado y pared de otro; 25 y al verle el asna, echóse contra una de las paredes, cogiendo entre ella y la pared el pie de Balam. Este se puso de nuevo a fustigarla. 26 El ángel volvió a ponerse en una angostura, de donde ni a derecha ni a izquierda podía desviarse; 27 y al verle el asna, se echó debajo de Balam, quien enfurecido la fustigó más. 28 Abrió enton-

ces Yave la boca del asna, que dijo a Balam: «¿Qué te he hecho yo, para que por tres veces me hayas fustigado?» 29 Y Balam respondió: «¿Por qué te burlas de mí? Si tuviera a mano una espada ahora mismo te mataría.» 30 Y el asna dijo a Balam: «¿No soy yo tu asna? Tú me has montado desde que yo soy tuya hasta hoy. ¿Te he hecho yo nunca cosa semejante?» Y él le respondió: «No.» 31 Entonces abrió Yave los ojos a Balam y éste vió al ángel de Yave, que estaba en el camino con la espada desenvainada en la mano. Balam se postró, echándose sobre el rostro, 32 y el ángel de Yave le dijo: «¿Por qué por tres veces has fustigado a tu asna? Es que he salido yo para cerrarte el camino, porque es malo ante mí el que llevas. 33 El asna me ha visto y ha querido apartarse luego de delante de mí las tres veces; si ella no me hubiera esquivado, te hubiera matado a ti, dejándola a ella viva.» 34 Entonces Balam dijo al ángel de Yave: «He pecado, no sabía que tú me cerrabas el camino; si te parece mal, ahora mismo me volveré.» 35 El ángel de Yave respondió a Balam: «Ve con esos hombres, pero di solamente lo que te diga yo.» Siguió, pues, Balam con los príncipes de Balac. 36 Este, en sabiendo que venía Balam, le salió al encuentro hasta Ir Moab, que está en la frontera del Arnón, en lo último de la frontera. 37 Balac dijo a Balam: «He mandado a llamarte. ¿Por qué no viniste? ¿No estoy acaso yo en situación de tratarte con la debida honra?» 38 Balam respondió a Balac: «Aquí me tienes ya, pero, ¿podré yo decir lo que quisieres? La palabra que Dios ponga en mi boca, esa será la que te diga.» 39 Siguió Balam con Balac, y llegaron a Cariat Jusot. 40 Balac inmoló bueyes y ovejas, mandándoselas a Balam y a los príncipes que le acompañaban.

Balam bendice a Israel.

41 A la mañana siguiente, tomó Balac a Balam y le hizo subir a Bamot Baal, desde donde se veía un ala del pueblo.

23 1 Balam dijo a Balac: «Alzame aquí siete altares y tenme prontos siete novillos y siete carneros.» 2 Balac hizo lo que Balam le había dicho, e inmolaron un novillo y un carnero en cada uno de los altares. 3 Después dijo Balam a Balac: «Tú, quédate ahí junto a tu holocausto, mientras me alejo yo, a ver si me sale Yave al encuentro; y lo que me dé a conocer, eso te diré.» Y se alejó hacia un monte desnudo. 4 Salió Dios al encuentro de Balam y éste le dijo: «He dispuesto siete altares y he ofrecido en cada uno de ellos un novillo y un carnero.» 5 Y Yave puso en boca de Balam su palabra y añadió después: «Tórnate a Balac y dile esto.» 6 Vuelto a él, le vió parado ante su holocausto, junto con los príncipes de Moab; 7 y comenzando su parábola, dijo:

«Del Aram me ha traído Balac,
rey de Moab,
De los montes del oriente;
Ven a maldecirme a Jacob,
Ven a execrar a Israel.
8 ¿Cómo voy a maldecir yo al que
nó ha maldecido Dios?
¿Cómo voy a execrar yo al que
Yave no ha execrado?
9 Desde la cima de las rocas le veo,
Desde lo alto de los montes le contemplo.
He ahí un pueblo que tiene aparte su morada
Y que no se cuenta entre las gentes.
10 ¿Quién es capaz de contar el polvo de Jacob?
¿Quién es capaz de enumerar un cuarto de Israel?
Muera yo la muerte del justo,
Y sea mi fin semejante al suyo.»

11 Balac dijo a Balam: «¿Qué es lo que conmigo has hecho? Te he llamado para maldecir a mis enemigos, y no has hecho otra cosa que bendecirlos?» 12 El respondió: «¿No he de tener yo el cuidado de proferir lo que en mis labios pone Yave?» 13 Balac le dijo: «Ven conmigo a otro sitio, desde donde puedas contemplarle, y maldícemelo desde allí.» 14 Llevóle al campo de Zofim, en la cumbre del monte Fasga; y después de alzar siete altares e inmolar en cada uno un novillo y un carnero, 15 dijo Balam a Balac: «Estate ahí junto a tu holocausto, mientras voy yo allí a consultar a Dios.» 16 Salió Yave al encuentro de Balam y puso en su boca la palabra, y le dijo: «Vuelve a Balac y dile esto.» 17 Volvióse él y vió que estaba Balac junto a su holocausto, y con él los príncipes de Moab; y Balac le preguntó

«¿Qué es lo que ha dicho Yave?»
18 Y tomando Balam su parábola, dijo:
«Levántate, Balac, y oye;
Dame oídos, hijo de Sefor:
19 No es Dios un hombre, para que mienta,
Ni hijo de hombre, para arrepentirse.
¿Lo ha dicho él y no lo hará?
¿Lo ha prometido y no lo mantendrá?
20 De bendecir he recibido yo orden;
Bendición ha dado él, yo no puedo revocarla.
21 No se ve iniquidad en Jacob,
No hay en Israel perversidad;
Yave, su Dios, está con él,
Rey aclamado es en medio de él.
22 El Dios que de Egipto le ha sacado
Es para él la fuerza del unicornio.
23 No hay en Jacob hechicería,
Ni hay adivinación en Israel.
A su tiempo se le dirá a Jacob
Y a Israel lo que Dios va a cumplirle.
24 He ahí un pueblo que se alza como leona,
Y que se yergue como león,
No se acostará sin haber devorado su presa,
Sin haber bebido la sangre de sus víctimas.»
25 Y Balac dijo a Balam: «No le maldigas, pero al menos no le bendigas.» 26 Balam, respondiendo, dijo a Balac: «¿No te dije ya que yo no puedo hacer sino cuanto me diga Yave?» 27 Entonces dijo Balac a Balam: «Ven, que te lleve a otro sitio, a ver si quiere Dios de una vez que desde allí le maldigas.» 28 Y llevó a Balam a la cima del Fogor, que mira al desierto. 29 Balam dijo a Balac: «Alzame los siete altares aquí y disponme los siete novillos y los siete carneros.» 30 Hízolo así Balac, como Balam le decía, y ofreció un novillo y un carnero en cada uno de los altares.

Vaticinio de Balam.

24 1 Había visto Balam que Yave se complacía en bendecir a Israel, y por eso no fué como las otras veces en busca del presagio; sino que se volvió de cara al desierto, 2 y alzando los ojos vió a Israel acampado, tribu por tribu. Vino sobre él el espíritu de Yave, 3 y tomando su parábola, dijo:
«Oráculo de Balam, hijo de Beor;
Oráculo del hombre que tuvo los ojos cerrados,
4 Oráculo de quien oye palabra de Dios,
Del que ve visiones del Omnipotente,
De quien, al caer, se le abrieron los ojos.
5 ¡Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob!
¡Qué bellos tus tabernáculos, Israel!
6 Se extienden como un extenso valle;
Como un jardín a lo largo de un río;
Como áloe plantado por Yave;
Como cedro que está junto a las aguas.
7 Desbórdanse de sus cubos las aguas;
Sus ramas crecen como en aguas abundantes.
Alzase rugiente su rey,
Exaltaráse su reino.
8 El Dios que de Egipto le ha sacado
Es para él como la fuerza del unicornio.
Devorará a las naciones enemigas;
Triturará sus huesos;
Las traspasará con sus saetas.
9 Se agacha, se posa como un león,
Como una leona. ¿Quién le concitará?
El que te bendiga será bendecido;
El que te maldiga maldito será.»
10 Encendido en ira Balac contra Balam y palmoteando, le dijo: «Te he llamado para maldecir a mis enemigos, y tú los has colmado de bendiciones, ya por tres veces. 11 Está muy bien: ahora huye pronto a tu tierra; yo pensaba honrarte grandemente, pero Yave te ha privado de conseguirlo.» 12 Respondióle Balam: «¿No dije ya a tus mensajeros: 13 Aunque me diera Balac su casa llena de plata y oro, no podré yo contravenir a la orden de Dios, haciendo por mí mismo cosa alguna, ni buena ni mala, contra sus órdenes, y solamente lo que Yave me diga eso le diré? 14 Ahora, pues, que voy a irme a mi pueblo, ven que te diga lo que este pueblo ha de hacer al tuyo al fin de los tiempos. 15 Y volviendo a tomar su parábola, dijo:
«Oráculo de Balam, hijo de Beor;
Oráculo del hombre de los ojos cerrados;

16 Oráculo del que oye palabras de Dios,
Del que conoce los consejos del Altísimo,
Del que ve visiones del Omnipotente,
De quien al caer, se le abrieron los ojos.
17 La veo, pero no ahora;
La contemplo, pero no de cerca.
Alzase de Jacob una estrella,
Surge de Israel un cetro (1),
Que quebrantará las dos sienes de Moab,
Y socavará a los hijos del tumulto.
18 Edom será su posesión;
Seir presa será de sus enemigos;
Israel acrecentará su poder;
19 De Jacob saldrá el dominador
Que devastará de las ciudades las reliquias.»
20 Y mirando a Amalec, prosiguió:
«La primera de las naciones es Amalec,
Pero su fin será eterna ruina.»
21 Luego, mirando a los quenitas, prosiguió su discurso:
«Por fuerte que sea tu morada,
Aunque pongas en las rocas tu nido,
22 El quenita será devastado,
Hasta que Asur le lleve cautivo.»
23 Y volviendo a tomar la palabra, prosiguió:
«¿Quién vivirá cuando Dios lo ponga por obra?
24 Vendrán naves de los Quitim,
Que oprimirán a Asur y oprimirán a Heber;
También éste será dado a la ruina.»
25 Partióse después Balam y se volvió a su tierra, y también Balac se fué por su camino.

Corrupción idolátrica en Baal Fogor.

25 1 Estuvo Israel estacionado en Setim, y el pueblo se prostituyó por el trato con las hijas de Moab. 2 Invitábanle éstas a las fiestas de sus dioses, y el pueblo comía y se prosternaba ante sus dioses. 3 Israel se fué tras Baal Fogor, y la ira de Yave se encendió contra Israel. 4 Dijo Yave a Moisés: «Reúne a todos los príncipes del pueblo, y cuelga a ésos del patíbulo ante Yave, cara al sol, para que se aparte su ira de Israel.» 5 Dijo, pues, Moisés a los jueces de Israel: «Matad a cualquiera de los vuestros que haya servido a Baal Fogor.» 6 En esto llegó uno de los hijos de Israel, e introdujo en medio de sus hermanos a una madianita, a los ojos mismos de Moisés y en presencia de toda la comunidad de los hijos de Israel, mientras éstos lloraban a la entrada del tabernáculo de la reunión. 7 Viéndolo Fines, hijo de Eleazar, hijo de Arón, sacerdote, se alzó de en medio de la asamblea; y cogiendo una lanza, 8 se fué tras el hijo de Israel, hasta la parte posterior de su tienda, y los alanceó a los dos, al hombre y a la mujer, en sus vientres, y cesó el azote de entre los hijos de Israel. 9 En aquella plaga murieron veinticuatro mil.
10 Habló Yave a Moisés diciéndole: 11 «Fines, hijo de Eleazar, hijo de Arón, sacerdote, ha apartado mi furor de los hijos de Israel, por el celo con que ha celado mi honor; por eso no he consumido yo en el furor de mi celo a los hijos de Israel. 12 Por tanto, le dirás que yo hago con él una alianza de paz, alianza de un sacerdocio eterno, 13 para él y para su descendencia, por haber sido celador de su Dios y haber hecho la expiación por los hijos de Israel.» 14 El israelita que fué muerto juntamente con la madianita se llamaba Zamri, hijo de Salú, y era jefe de una de las familias de la tribu de Simeón. 15 La madianita se llamaba Cozbi, hija de Sur, jefe de tribu de una de las casas patriarcales de Madián.
16 Yave habló a Moisés, diciéndole: «Tratad a los madianitas como enemigos y destruidlos; porque como enemigos os han tratado ellos, 18 seduciéndoos con sus malas artes, por medio de Fogor, por medio de Cozbi, hija del príncipe de Madián, su hermana, que murió cuando la plaga por lo de Fogor.»

Nuevo censo (1).

26 1 Después de esta plaga, habló Yave a Moisés y a Eleazar, hijo de Arón, sacerdote, diciéndoles: 2 «Ha-

(1) En la estrella y el cetro está indudablemente simbolizado el futuro Mesías, siendo, por tanto, este vaticinio de Balam estrictamente mesiánico.

(1) El resultado de este nuevo censo, que comprende la generación siguiente a la que salió

ced el censo de los hijos de Israel por sus casas patriarcales y sus linajes, de veinte años arriba, de los hábiles para el servicio de las armas. 3 Moisés y Eleazar, sacerdote, hablaron a los del pueblo en los llanos de Moab, cerca del Jordán, frente a Jericó, diciéndoles: 4 «Haced el censo de los de veinte años para arriba, como Yave se lo manda a Moisés.»

Los hijos de Israel salidos de la tierra de Egipto eran: 5 Rubén, primogénito de Israel: Hijos de Rubén: De Enoc, la familia de los enoquitas; de Falú, la familia de los faluítas; 6 de Esrón, la familia de los esronitas; de Carmí, la familia de los carmitas. 7 Estas son las familias de los rubenitas, y fueron contados cuarenta y tres mil setecientos treinta.

8 Hijos de Falu, Eliab; 9 hijos de Eliab: Namuel, Datán y Abirón; el Datán y el Abirón, miembros del consejo, que se rebelaron contra Moisés y Arón con la facción de Coré, rebelándose contra Yaye, 10 cuando abrió la tierra sus fauces y se los tragó con Coré, muriendo los de la facción, y devorando el fuego a doscientos cincuenta hombres, para servir de escarmiento. 11 Pero los hijos de Coré no perecieron.

12 Hijos de Simeón, por sus familias: de Namuel, la familia de los namuelitas; de Jamín, la familia de los jaminitas; de Jaquín, la familia de los jaquinitas; 13 de Zare, la familia de los zareítas: de Saul, la familia de los saulitas. 14 Estas son las familias de los simeonitas. Fueron contados veintidós mil doscientos.

15 Hijos de Gad, por sus familias: de Safón, la familia de los safonitas; de Jagui, la familia de los jaguitas; de Suni, la familia de los sunitas; 16 de Ozni, la familia de los oznitas; de Eri, la familia de los eritas; 17 de Arod, la familia de los aroditas; de Ariel, la familia de los arielitas. 18 Estas son las familias de los hijos de Gad. Fueron contados cuarenta mil quinientos.

19 Hijos de Judá: Er y Onán, que murieron en la tierra de Canán. 20 Hijos de Judá, por sus familias: de Sela, la familia de los selitas; 21 de Fares, la familia de los faresitas de Zare, la familia de los zareítas. Hijos de Fares: de Esrón, la familia de los esronitas; de Jamul, la familia de los jamulitas. 22 Estas son las familias de Judá. Fueron contados setenta y seis mil quinientos.

23 Hijos de Isacar, por sus familias: de Tola, la familia de los tolitas; de Fua, la familia de los fuitas; 24 de Jasub, la familia de los jasubitas: de Semram, la familia de los semranitas. 25 Estas son las familias de Isacar. Se contaron setenta y cuatro mil trescientos.

26 Hijos de Zabulón, por sus familias: de Sared, la familia de los sareditas; de Elón, la familia de los elonitas; de Jajlel, la familia de los jajlelitas. 27 Estas son las familias de Zabulón. Se contaron sesenta mil quinientos.

28 Hijos de José, por sus familias, de Manasés y de Efraím: 29 Hijos de Manasés: de Maquir, la familia de los maquiritas. Maquir engendró a Galad; de Galad, la familia de los galaditas. Estos son los hijos de Galad: de Jeser, la familia de los jeseritas; de Jelec, la familia de los jelequitas; 31 de Asriel, la familia de los asrielitas; de Siquem, la familia de los siquenitas; 32 de Semida, la familia de los semiditas; de Jefer, la familia de los jeferitas. 33 Salfad, hijo de Jefer, no tuvo hijos varones, sino solamente hijas, y los nombres de las hijas de Salfad son: Majla, Noa, Jagla, Melca y Tersa. 34 Esas son las familias de Manasés. Se contaron cincuenta y dos mil setecientos.

35 Hijos de Efraím, por sus familias; De Sutalaj, la familia de los sutaljitas; de Bequer, la familia de los bequeritas; de Tajan, la familia de los tajanitas. 36 Hijos de Sutalaj: de Erón, la familia de los eronitas. 37 Estas son las familias de Efraím. Se contaron treinta y dos mil quinientos. Estos son los hijos de José, por sus familias.

38 Hijos de Benjamín, por sus familias: de Bela, la familia de los belaitas; de Asbel, la familia de los asbelitas; de Ajiram, la familia de los ajiramitas; 39 de Sufam, la familia de los sufamitas; de Jufam, la familia de los jufamitas. 40 Hijos de Bela fueron Arde y Noamán; de Arde, la familia de los arditas; de Noamán, la familia de los noamitas. 41 Estos son los hijos de Benjamín, por sus familias.

---

de Egipto, muestra cómo el pueblo, a pesar de tantas muertes como produjeron los varios castigos que sufrió, continuaba siendo tan numeroso como antes, pues los muertos pertenecían a la generación anterior.

Se contaron cuarenta y cinco mil seiscientos.
42 Hijos de Dan, por sus familias; de Sujam, la familia de los sujamitas. Estas son las familias de Dan, por sus familias. 43 Se contaron de la familia de Sujam sesenta y cuatro mil cuatrocientos.
44 Hijos de Aser, por sus familias: De Jemna, la familia de los jemnaítas; de Jesuí, la familia de los jesuítas; de Brie, la familia de los brieítas. 45 Hijos de Brie: de Jeber, la familia de los jeberitas; de Malquiel, la familia de los malquielitas. 46 La hija de Aser se llamaba Saraj. 47 Estas son las familias de los hijos de Aser. Se contaron cincuenta y cuatro mil cuatrocientos.
48 Hijos de Neftalí, por sus familias: De Jajseel, la familia de los jajseelitas; de Guni, la familia de los gunitas; 49 de Jeser, la familia de los jeseritas; de Selem, la familia de los selemitas. 50 Estas son las familias de Neftalí, por sus familias. Se contaron cuarenta y cinco mil cuatrocientos.
51 Los hijos de Israel incluídos en el censo fueron: seiscientos un mil setecientos treinta hombres.
52 Habló Yave a Moisés, diciéndole: 53 A éstos repartirás la tierra en heredad, según el número de sus nombres. 54 A los más numerosos les darás una parte mayor, a los menos numerosos una parte más pequeña. A cada uno le será atribuída la heredad según el número de sus contados en el censo. 55 La distribución de la tierra se hará, sin embargo, por suertes. Recibirá cada una la tierra según los nombres de las familias patriarcales. 56 Por suertes se distribuirá la tierra entre el mayor y el menor.»
57 Este es el censo de los levitas por sus familias: De Gersón, la familia de los gersonitas; de Caat, la familia de los caatitas; de Merari, la familia de los meraritas. 58 Estas son las familias de Leví: la familia de los libnititas, la familia de los hebronitas, la familia de los majlitas, la familia de los amusitas, la familia de los coreítas. Caat engendró a Amrom, 59 y la mujer de Amrom se llamaba Joquebed, hija de Leví, que le nació a Leví en Egipto, 60 y le parió a Amram, Arón y Moisés, y María, hermana de éstos. De Arón nacieron Nadab y Abiú, Eleazar e Itamar. 61 Nadab y Abiú murieron cuando ofrecían ante Yave el fuego profano. 62 Hecho el censo de todos los varones de un mes arriba, se contaron veinte mil. No se contaron entre los otros hijos de Israel, porque no había de asignárseles heredad alguna en medio de los hijos de Israel.
63 Este es el censo que hicieron Moisés y Eleazar, sacerdote, en los llanos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó. 64 Entre éstos no había ninguno de los enumerados en el censo que habían hecho en el desierto del Sinaí, 65 pues les había dicho Yave que morirían en el desierto; no quedó ni uno, excepto Caleb, hijo de Jefone, y Josué, hijo de Nun.

Ley de las herencias.

27 1 Acercáronse las hijas de Salfad, hijo de Jefer, hijo de Galad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, de las familias de Manasés, el hijo de José, que se llamaban Majla, Noa, Jagla, Melca y Tersa; 2 y presentándose a Moisés ante Eleazar, sacerdote, y ante todos los príncipes de la asamblea, a la entrada del tabernáculo de la reunión, dijeron: 3 «Nuestro padre ha muerto en el desierto, y no era de la tropa de los que se confabularon contra Yave, de la tropa de Coré; pero ha muerto por su pecado y no ha dejado hijos. 4 ¿Por qué va a ser el nombre de nuestro padre borrado de en medio de su familia, por no haber dejado hijos? Danos una heredad entre los hermanos de nuestro padre.»
5 Moisés llevó la cosa ante Yave, 6 y Yave dijo a Moisés: 7 «Las hijas de Salfad piden una cosa justa. Dales en heredad una propiedad entre los hermanos de su padre, y que pase a ellas la heredad de su padre. 8 Habla a los hijos de Israel, y diles: Si uno muere sin dejar hijos, haréis pasar su heredad a su hija; 9 y si no hay tampoco hija, pasará a sus hermanos la heredad. 10 Si no hay hermanos, daréis la heredad a los hermanos de su padre; 11 y si no hay hermanos de su padre, pasaréis la heredad al más próximo pariente de la familia; de éste será. Esta será para los hijos de Israel regla de derecho, como se lo ha ordenado Yave a Moisés.»

Elección de Josué.

12 Dijo Yave a Moisés: «Sube a
este monte de Abarim, para ver la
tierra que voy a dar a los hijos de
Israel, 13 pues también tú te reunirás
con tu pueblo, como Arón, tu hermano
se ha reunido, 14 por haber sido rebel-
des a mi mandato en el desierto de
Sin, al rebelarse la muchedumbre,
en vez de santificar ante ellos mi
nombre, con ocasión de las aguas de
Meriba, en Cades, en el desierto
de Sin.»
15 Moisés habló a Yave, diciendo:
16 «Que Yave, el Dios de los espíri-
tus de toda carne, constituya sobre la
asamblea un hombre, 17 que los con-
duzca y acaudille, para que la mu-
chedumbre de Yave no sea como re-
baño de ovejas sin pastor.» 18 Yave
dijo a Moisés: «Toma a Josué, hijo
de Nun, hombre sobre quien reside
el espíritu, y pon tu mano sobre él.
19 Ponle ante Eleazar, sacerdote, y
ante toda la asamblea, y le instala-
rás ante sus ojos. 20 Trasmítele una
parte de tu autoridad, para que la
asamblea de los hijos de Israel le
obedezca. 21 Que se presente al sacer-
dote Eleazar, que consultará por él
el juicio de los *Urim* ante Yave; y
según este juicio, Josué saldrá y
entrará, él y todos los hijos de Israel
y toda la asamblea» (1).
22 Hizo Moisés lo que le ordenó
Yave; y tomando a Josué, le llevó
ante Eleazar y ante toda la asamblea;
23 y poniendo sobre él sus manos, le
instituyó, como se lo había dicho
Yave a Moisés.

Fiestas y sacrificios.

28 1 Yave habló a Moisés, di-
ciendo: 2 «Habla a los hijos de
Israel y diles: Cuidad de presentarme
a sus tiempos mi ofrenda, mi ali-
mento, por los sacrificios de combus-
tión de olor suave para mí. 3 Diles:
He aquí el sacrificio de combustión
que ofreceréis a Yave. Cada día dos
corderos primales, sin defecto, como
holocausto. 4 Ofrecerás uno de los
corderos a la mañana y el otro entre
dos luces, 5 y por oblación un décimo
de *efa* de flor de harina, amasada con
un cuarto de *hin* de aceite de olivas
machacadas. 6 Es el holocausto per-
petuo que se ofrecía en el monte Sinaí,
de olor suave, sacrificio de combus-
tión a Yave. 7 La libación será de
un cuarto de *hin* por cada cordero,
y la libación de vino para Yave la
harás en lugar santo. 8 El segundo
cordero lo ofrecerás entre dos luces;
y harás su libación como para el de
la mañana; es sacrificio de combustión
de suave olor a Yave.
9 El día del sábado, dos corderos
primales sin defecto, y como obla-
ción, dos décimas de flor de harina
amasada con aceite, y su libación.
10 Este es el holocausto del sábado,
para cada sábado, a más del holo-
causto perpetuo y su libación.
11 Al comienzo de vuestros meses
ofreceréis como holocausto a Yave
dos novillos, un carnero y siete cor-
deros primales, sin defecto; 12 y
como oblación, por cada novillo tres
décimas de flor de harina amasada
con aceite; por el carnero, dos déci-
mas de flor de harina amasada con
aceite; 13 y por cada uno de los cor-
deros, una décima de flor de harina
amasada con aceite. Es holocausto
de agradable olor, sacrificio de com-
bustión a Yave. 14 Las libaciones serán
de un medio *hin* de vino, para un
novillo; de un tercio de *hin*, para un
carnero, y de un cuarto de *hin*, para
un cordero. Este es el holocausto
del comienzo de mes, para cada uno
de los meses del año.
15 Se ofrecerá a Yave un macho
cabrío en sacrificio por el pecado,
a más del holocausto perpetuo y su
oblación. 16 El mes primero, a los
catorce días del mes, será la pascua
de Yave. 17 El día quince de ese
mes será día de fiesta. Se comerá
durante siete días pan ácimo. 18 El
primero habrá asamblea santa, y
no haréis ningún trabajo servil.
19 Ofreceréis en sacrificio de combus-
tión un holocausto a Yave, de dos
novillos, un carnero y siete corderos
primales, sin defecto; 20 y como
oblación, flor de harina amasada con
aceite, tres décimas por novillo, dos
por carnero, 21 y una por cada uno
de los siete corderos.
22 Ofreceréis también un macho
cabrío en sacrificio por el pecado,
para expiaros; 23 y lo ofreceréis a más

(1) Josué sucede a Moisés, pero sólo en una parte de la autoridad de éste, enteramente extraordinaria. Dios sigue siendo el jefe supremo de Israel; pero su lugarteniente, Josué, tiene ya que recurrir al sacerdote para conocer por los *urim* y *tummim* la voluntad de Dios. Ya no le habla éste cara a cara, como a Moisés

del holocausto de la mañana, el holocausto perpetuo. 24 Ofreceréis estos sacrificios cada día durante siete días; es el alimento consumido por el fuego, de olor agradable a Yave; y los ofreceréis sin perjuicio del holocausto perpetuo y de su libación. 25 El séptimo día tendréis asamblea santa, y no haréis en él trabajo servil alguno.

26 El día de las primicias presentaréis a Yave una oblación de lo nuevo; y en vuestra fiesta de las semanas tendréis asamblea santa y no haréis trabajo servil alguno. 27 Ofreceréis, como holocausto de olor suave a Yave, dos novillos, un carnero y siete corderos primales; 28 y como oblación, flor de harina amasada con aceite; tres décimas por cada novillo, dos por el carnero 29 y una por cada uno de los siete corderos. 30 Ofreceréis un macho cabrío para expiaros. 31 Esto, sin perjuicio del holocausto perpetuo y de la oblación, eligiendo las víctimas sin defecto, y añadiendo las libaciones ordinarias.

Las fiestas de otoño.

29 1 El séptimo mes, el día primero del mes, tendréis asamblea santa y no haréis en él trabajo servil alguno. Será para vosotros el día del sonar de las trompetas. 2 Ofreceréis, como holocausto de suave olor a Yave, un novillo, un carnero y siete corderos primales, sin defecto; 3 y como oblación, flor de harina amasada con aceite, tres décimas por el novillo, dos por el carnero 4 y una por cada uno de los siete corderos.

5 Ofreceréis un macho cabrío en sacrificio por el pecado, para expiaros. 6 Lo ofreceréis a más del holocausto del mes y de su oblación, y del holocausto perpetuo y su oblación, y de sus libaciones, según lo prescrito. Son sacrificios de combustión, de olor grato a Yave.

7 El día diez de ese mismo mes tendréis asamblea santa, y afligiréis vuestras almas, y no haréis en él trabajo alguno. 8 Ofreceréis, en holocausto de olor grato a Yave, un novillo, un carnero y siete corderos primales, sin defecto; 9 y como oblación, flor de harina amasada con aceite, tres décimas por el novillo, dos por el carnero 10 y una por cada uno de los siete corderos. 11 Ofreceréis un macho cabrío en sacrificio por el pecado, a más del sacrificio expiatorio, del holocausto perpetuo y de sus oblaciones y libaciones.

12 El día quince del séptimo mes tendréis asamblea santa y no haréis en él trabajo servil alguno; y celebraréis la fiesta en honor de Yave durante siete días, 13 ofreciendo en holocausto, sacrificio de combustión de olor grato a Yave, trece novillos, dos carneros y catorce corderos primales, sin defecto; 14 y como oblación, flor de harina amasada con aceite; tres décimas por cada uno de los catorce novillos, dos por cada uno de los dos carneros, 15 y una por cada uno de los catorce corderos. 16 Ofreceréis un macho cabrío en sacrificio por el pecado, a más del holocausto perpetuo y de su oblación y sus libaciones. 17 El segundo día ofreceréis doce novillos, dos carneros y catorce corderos primales, sin defecto; 18 con la oblación y las libaciones por los novillos, los carneros y los corderos, según su número, y según la regla, 19 y un macho cabrío por el pecado, a más del holocausto perpetuo, su oblación y sus libaciones.

20 El día tercero ofreceréis once novillos, dos carneros y catorce corderos primales, sin defecto, 21 con su oblación y sus libaciones por los novillos, los carneros y los corderos, según su número y conforme a la regla; 22 y un macho cabrío para el sacrificio por el pecado, a más del holocausto perpetuo, su oblación y sus libaciones.

23 El cuarto día ofreceréis diez novillos, dos carneros y catorce corderos primales, sin defecto, 24 con sus oblaciones y libaciones por los novillos, los carneros y los corderos, según su número y conforme a la regla. 25 Ofreceréis un macho cabrío en sacrificio por el pecado, a más del holocausto perpetuo, de su oblación y de su libación.

26 El quinto día ofreceréis nueve novillos, dos carneros y catorce corderos primales, sin defecto, 27 con sus oblaciones y libaciones por los novillos, los carneros y los corderos, según su número y conforme a la regla. 28 Ofreceréis un macho cabrío en sacrificio por el pecado, a más

del holocausto perpetuo y de su oblación y libación.
29 El sexto día ofreceréis ocho novillos, dos carneros y catorce corderos primales, sin defecto, 30 con sus oblaciones y libaciones, por los novillos, los carneros y los corderos, según su número y conforme a la regla. 31 Ofreceréis un macho cabrío en sacrificio por el pecado, a más del holocausto perpetuo y de su oblación y su libación.
32 El séptimo día ofreceréis siete novillos, dos carneros y catorce corderos primales, sin defecto, 33 con sus oblaciones y libaciones por los novillos los carneros y los corderos, según su número y conforme a la regla. 34 Ofreceréis el macho cabrío en sacrificio por el pecado, a más del holocausto perpetuo, de su oblación y de su libación.
35 El día octavo tendréis asamblea solemne y no haréis en él trabajo servil alguno. 36 Ofreceréis en holocausto, sacrificio de combustión de olor grato a Yave, un toro, un carnero y siete corderos primales, sin defecto 37 con sus oblaciones y sus libaciones por el toro, el carnero y los corderos, según su número y conforme a la regla. 38 Ofreceréis un macho cabrío en sacrificio por el pecado, a más del holocausto perpetuo y de su oblación y su libación.
39 Estos son los sacrificios que en vuestras fiestas ofreceréis a Yave, independientemente de vuestros votos y de vuestras ofrendas voluntarias, holocaustos, oblaciones y sacrificios pacíficos.»

Ley acerca de los votos.

30 1 Moisés habló a los jefes de las tribus de Israel, diciendo: 2 «He aquí lo que manda Yave: 3 Si uno hace un voto a Yave, o un juramento por el cual se obliga a sí mismo, no faltará a su palabra; cuanto salió de su boca, hágalo.
4 Si una mujer núbil en la casa de su padre hace un voto a Yave y se obliga a alguna privación; 5 y su padre, al conocer el voto o la obligación contraída, nada dice, todo voto que haya hecho y toda obligación que haya contraído serán válidos; 6 pero si al tener conocimiento de ello el padre lo desaprueba, todos los votos que haya hecho y todas las obligaciones que haya contraído serán nulos, y Yave la perdonará, por haberlo desaprobado su padre.
7 Si cuando se casa está ligada por algún voto o por palabra salida de sus labios; 8 si al saberlo su marido se calla el día en que lo ha sabido, sus votos son válidos, así como las obligaciones que haya contraído tendrán valor. 9 Pero si al saberlo su marido lo desaprueba, anula el voto que hizo y la palabra que salió de sus labios, con la cual se obligó, y Yave la perdonará.
10 El voto de una viuda o de una repudiada, y la obligación que contrayere, son válidos.
11 Si, ya en la casa de su marido, una mujer hace un voto o se obliga a algo con juramento, 12 y su marido al saberlo nada dice y no desaprueba, todos sus votos serán válidos, así como las obligaciones que contraiga; 13 pero si su marido, al saberlo, lo anula, todo cuanto salió de sus labios, votos y obligaciones, quedan sin valor; los anuló su marido, y Yave la perdonará. 14 Todo voto y todo juramento por el cual se obligara a mortificar su persona, puede el marido ratificarlo o anularlo. 15 Pero si el marido un día y otro guarda silencio, ratifica todos los votos que ella haya hecho y todas las obligaciones que haya contraído; los ratifica por haber callado al tener conocimiento de ello. 16 Si en lo sucesivo los anula, llevará sobre sí su iniquidad.» 17 Esta es la ley que Yave dió a Moisés para entre marido y mujer, y para entre padre e hija, mientras ésta es núbil en la casa de su padre.

Guerra contra los madianitas.

31 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «Venga a los hijos de Israel de los madianitas, y después te reunirás con tu pueblo.»
3 Moisés habló a los hijos de Israel, diciendo: «Armad de entre vosotros hombres para la guerra, que marchen contra Madián para ejecutar en ellos la venganza de Yave; 4 mil hombres por cada una de las tribus de Israel.»
5 Hízose, pues, entre las tribus de Israel la leva de mil hombres por tribu, doce mil hombres armados en guerra. 6 Moisés los mandó al

combate, mil hombres por tribu, y con ellos mandó a la lucha a Fines, el hijo de Eleazar, el sacerdote, que llevaba consigo los ornamentos sagrados y las trompetas para tocarlas. 7 Avanzaron contra Madián, conforme a la orden que Yave había dado a Moisés y mataron a todos los varones. 8 A más de los que habían caído mataron a los reyes de Madián Evi, Requem, Sur, Jur y Reba, cinco reyes de Madián; y mataron también al filo de la espada a Balam, hijo de Beor; 9 tomaron todas sus mujeres y sus niños, sus ganados y toda su posesión; 10 y quemaron todas sus ciudades y aldeas y tiendas; 11 y cogiendo la presa, cuanto habían tomado en hombres y animales, 12 llevaron a Moisés y Eleazar, sacerdote, y a toda la muchedumbre de Israel, los prisioneros, los despojos y el botín, al campamento en los llanos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó. 13 Moisés, Eleazar y todos los príncipes de la asamblea salieron a su encuentro fuera del campamento; 14 y airado Moisés contra los jefes de las centenas que venían del combate, 15 les dijo: «¿Por qué habéis dejado la vida a las mujeres? 16 Fueron ellas las que por consejo de Balam arrastraron a los hijos de Israel a ser infieles a Yave en lo de Fogor. 17 Matad de los niños a todo varón, y de las mujeres a cuantas han conocido lecho de varón; 18 las que no han conocido lecho de varón, reservádoslas; 19 y vosotros acampad fuera del campamento durante siete días; quien hubiere matado a un hombre o tocado a un muerto, purifíquese al tercero y al séptimo día, vosotros y vuestros prisioneros. 20 Purificad también todos los vestidos, todo objeto de cuero o hecho de pelo de cabra, y todo utensilio de madera.»

21 Eleazar, el sacerdote, dijo a los hombres de guerra que habían ido al combate: «He aquí lo que manda la ley de Yave dada a Moisés: 22 el oro, la plata, el bronce, el hierro, el estaño y el plomo, 23 todo lo que puede resistir el fuego, pasadlo por el fuego, y será puro, después de ser, además, purificado por el agua lustral; lo que no resiste el fuego, lo haréis pasar por el agua; 24 lavaréis vuestros vestidos el día séptimo y seréis puros, y ya podréis luego entrar en el campamento.»

Distribución del botín.

25 Habló Yave a Moisés, diciendo: 26 «Tú y Eleazar, sacerdote, y todos los cabezas de familia de la comunidad, haced el cómputo de todo lo cogido, tanto en hombres como en animales, 27 y distribuye el botín entre los combatientes que han ido a la guerra y el resto de la comunidad. 28 De lo de los combatientes que han ido a la guerra tomarás como tributo a Yave (1), uno por cada quinientos, tanto en hombres como en bueyes, asnos y ovejas; 29 lo tomarás de su mitad, y lo entregarás a Eleazar, sacerdote, como tributo a Yave. 30 De la mitad de los hijos de Israel tomarás el uno por cincuenta, tanto en hombres como en bueyes, asnos, ovejas y animales de toda clase, y se lo darás a los levitas que velan al servicio del tabernáculo de Yave.» 31 Moisés y Eleazar, sacerdote, hicieron lo que Yave había mandado a Moisés; 32 y resultó que del botín cogido por las tropas combatientes quedaban seiscientas setenta y cinco mil ovejas, 33 setenta y dos mil cabezas de ganado bovino 34 y sesenta y un mil asnos; 35 y de mujeres que no habían compartido lecho de varón, treinta y dos mil almas. 36 La mitad correspondiente a los que habían ido a la guerra fué: de ovejas, trescientas treinta y siete mil quinientas, 37 y el tributo a Yave, de seiscientas setenta y cinco; 38 de bueyes, treinta y seis mil, y el tributo a Yave, setenta y dos; 39 de asnos, treinta mil quinientos, y el tributo a Yave, de sesenta y cinco; 40 de personas, dieciséis mil, y el tributo a Yave, treinta y dos almas. 41 Moisés dió a Eleazar, sacerdote, el tributo reservado a Yave, como éste lo había mandado a Moisés.

42 La mitad correspondiente a los hijos de Israel, que Moisés había separado de la de los combatientes, 43 la mitad que tocaba a la comunidad, fué de treinta y siete mil quinientas ovejas, 44 treinta y seis mil bueyes, 45 treinta mil asnos 46 y dieciséis mil personas. 47 De esta mitad correspondiente a los hijos de

(1) Participa Yave en la distribución del botín, como jefe supremo del pueblo, que es quien les da la victoria, y esta parte suya es la que da él a los sacerdotes y levitas.

Israel, tomó Moisés el uno por cincuenta en hombres y animales, y se lo dió a los levitas que velan al servicio del tabernáculo de Yave, como éste se lo había mandado a Moisés. 48 Entonces los jefes de la expedición, cabos de los millares y cabos de las centenas, se presentaron a Moisés 49 y le dijeron: «Tus siervos han hecho la lista de los hombres de guerra que han estado a nuestras órdenes, y no falta ni uno. 50 Traemos, pues, como ofrenda a Yave, los objetos de oro que cada uno ha cogido; brazaletes, cadenas, anillos, pendientes y collares, para hacer la expiación por nosotros ante Yave.» 51 Moisés y Eleazar, sacerdote, recibieron de ellos el oro, todos objetos artísticamente trabajados. 52 Todo el oro que presentaron a Yave, de parte de los cabos de los millares y de los cabos de las centenas, fué de dieciséis mil setecientos cincuenta siclos. 53 Los hombres de tropa tuvieron todos sus botín para cada uno. 54 Moisés y Eleazar, sacerdote, tomando el oro de los cabos de millares y de los cabos de centenas, lo llevaron al tabernáculo de la reunión, como memoria de los hijos de Israel ante Yave.

División de la Transjordania.

32 1 Eran muy numerosos los rebaños de los hijos de Rubén y los de los hijos de Gad; extraordinariamente numerosos; 2 y viendo que la tierra de Jazer y la de Galad sería una tierra muy a propósito para apacentarlos, vinieron a Moisés y a Eleazar y a los príncipes de la asamblea, y les dijeron: 3 «Atarot, Dibón, Jazer, Nemra, Hesebón, Eleale, Sabán, Nebo y Neon; 4 esa tierra que Yave ha herido ante la congregación de Israel es tierra muy a propósito para los ganados, y vuestros siervos los tienen. 5 Si, pues—dijeron—, tus siervos han hallado gracia a tus ojos, dése a tus siervos en heredad esta tierra y no nos hagas pasar el Jordán.» 6 Moisés respondió a los hijos de Gad y a los hijos de Rubén: «¿Van a ir a la guerra vuestros hermanos, y vais a quedaros vosotros aquí? 7 Por qué queréis desanimar a los hijos de Israel, para que no pasen a la tierra que les da Yave? 8 Así hicieron ya vuestros padres, cuando yo los mandé de Cades Barne a explorar la tierra. 9 Subieron hasta el valle de Escol, vieron la tierra, y acobardaron a los hijos de Israel, para que no se atreviesen a ir a la tierra que les da Yave; 10 y la cólera de Yave se encendió aquel día, y juró, diciendo: 11 «Esos que han subido de Egipto, de los veinte años para arriba, no verán la tierra que con juramento prometí yo a Abraham, Isac y Jacob, porque no han seguido fielmente mis caminos, 12 fuera de Caleb, hijo de Jefone, el quenecita, y Josué, hijo de Nun, que fielmente han seguido los caminos de Yave. 13 Encendióse contra Israel la cólera de Yave, y le ha hecho ir y venir por el desierto durante cuarenta años, hasta extinguirse toda la generación que había obrado mal ante Yave. 14 Y ahora vosotros sucedéis a vuestros padres, prole de pecadores, para encender más todavía la cólera de Yave contra Israel? 15 Porque si os negáis a seguirle, él seguirá dejando a Israel en el desierto, y seréis la causa de la ruina de todo el pueblo.»

16 Ellos, acercándose a Moisés, le dijeron: «Nosotros edificaremos aquí apriscos para nuestros ganados y ciudades para nuestros niños; 17 pero armados, iremos sin demora delante de los hijos de Israel, hasta que los hayamos introducido en el lugar que ellos han de ocupar; nuestros hijos quedarán en ciudades fortificadas a causa de los habitantes de esta tierra; 18 pero nosotros no volveremos a nuestras casas hasta que los hijos de Israel hayan tomado cada uno posesión de su heredad, 19 pues no queremos tener heredad para nosotros al otro lado del Jordán, ni más allá, porque tendríamos ya nuestra heredad de este lado del Jordán, al oriente.» 20 Moisés les dijo: «Si eso hacéis, si armados para combatir ante Yave, 21 todos vuestros hombres de guerra pasan el Jordán ante Yave, hasta que hayan arrojado de ante sí a sus enemigos, 22 y no os volvéis a vuestras casas hasta que la tierra quede sometida a Yave, entonces inculpables seréis ante Yave y ante Israel, y esta tierra será vuestra posesión ante Yave. 23 Pero si no hacéis lo que prometéis, pecaréis ante Yave, y estad ciertos de que vuestro pecado os alcanzará. 24 Edificad, pues, ciudades

para vuestros hijos y apriscos para vuestros ganados, y cumplid la palabra que ha salido de vuestra boca.»
25 Los hijos de Gad y los hijos de Rubén dijeron a Moisés: «Tus siervos harán cuanto mi señor les mande;
26 nuestros hijos y nuestras mujeres, nuestros rebaños y nuestros ganados, quedarán en las ciudades de Galad;
27 y tus siervos, todos nuestros hombres, armados para el combate, iremos a la guerra ante Yave, como mi señor lo ha dicho.» 28 Entonces dió Moisés órdenes acerca de ellos a Eleazar, sacerdote, a Josué, hijo de Nun, y a los jefes de familia de las tribus de Israel, 29 diciendo: «Si los hijos de Gad y los hijos de Rubén pasan con vosotros el Jordán con todos sus hombres armados, para combatir ante Yave, una vez conquistada la tierra les daréis por heredad la tierra conquistada de Galad;
30 pero si no pasan con vosotros armados, se establecerán en medio de vosotros en la tierra de Canán.»
31 Los hijos de Gad y los hijos de Rubén respondieron: «Haremos lo que Yave ha dicho a sus siervos. 32 Pasaremos armados ante Yave a la tierra de Canán, y la posesión de nuestra heredad quedará del lado acá del Jordán.»
33 Moisés dió a los hijos de Gad, a los de Rubén y a la media tribu de Manasés, hijo de José, el reino de Seón, rey de los amorreos, y el reino de Og, rey de Basán; la tierra con sus ciudades y el territorio en torno de las ciudades. 34 Los hijos de Gad edificaron Dibón, Atarot, Aroer,
35 Atarot-Sofan, Jazer, Jegboa, 36 Betnimra, y Betoron, ciudades fuertes, e hicieron apriscos para sus ganados.
37 Los hijos de Rubén edificaron Hesebón, Eleale, Cariataim, 38 Nabo y Balmeón, cuyos nombres fueron mudados, y Sebama, y dieron nuevos nombres a las ciudades que edificaban.
39 Los hijos de Maquir, hijo de Manasés, marcharon contra Galad, y conquistándola, arrojaron a los amorreos que allí estaban. 40 Moisés dió Galad a Maquir, hijo de Manasés, que se estableció allí. 41 Jair, hijo de Manasés, marchó también y se apoderó de sus burgos, que llamó Javot Jair. 42 También marchó Nobaj y se apoderó de Canat y de las ciudades de ella dependientes, llamándola de su nombre, Nobaj.

Las etapas del camino desde Egipto al Jordán.

33 1 He aquí las estaciones de los hijos de Israel, cuando salieron según sus escuadras de la tierra de Egipto, conducidos por Moisés y Arón. 2 Moisés describió su salida según sus estaciones a voluntad de Yave, y son éstas las estaciones de su salida: 3 Partieron de Rameses el primer mes, el día quince del primer mes. Al día siguiente a la pascua, los hijos de Israel salieron con mano alzada, a la vista de todos los egipcios. 4 Los egipcios estaban sepultando a sus primogénitos, que había herido Yave entre ellos, haciendo así justicia contra sus dioses.
5 Partieron, pues, los hijos de Israel de Rameses y acamparon en Sucot.
6 Partidos de Sucot, acamparon en Etam, que está en el extremo del desierto. 7 Partidos de Etam, volvieron hacia Piajirot, que está frente a Balsefón, y acamparon frente a Migdol. 8 Partidos de Piajirot, pasaron por en medio del mar hacia el desierto, e hicieron tres días de camino en el desierto de Etam, y acamparon en Mara. 9 Partidos de Mara, llegaron a Elim, donde había doce fuentes y setenta palmeras, y acamparon allí.
10 Partidos de Elim, acamparon junto al Mar Rojo. 11 Partidos del Mar Rojo, acamparon en el desierto de Sin. 12 Partidos del desierto de Sin, acamparon en Dafca. 13 Partidos de Dafca, acamparon en Alus. 14 Partidos de Alus, acamparon en Rafidim, donde no había agua para que bebiera el pueblo. 15 Partidos de Rafidim, acamparon en el desierto del Sinaí. 16 Partidos del desierto del Sinaí, acamparon en Quibrotatava.
17 Partidos de Quibrotatava, acamparon en Jaserot. 18 Partidos de Jaserot, acamparon en Retma. 19 Partidos de Retma, acamparon en Remón Pares. 20 Partidos de Remón Pares, acamparon en Lebna. 21 Partidos de Lebna, acamparon en Resa. 22 Partidos de Resa, acamparon en Quelata.
23 Partidos de Quelata, acamparon en el monte Sefer. 24 Partidos del monte Sefer, acamparon en Jarada.
25 Partidos de Jarada, acamparon en Maquelot. 26 Partidos de Maquelot, acamparon en Tajat. 27 Partidos de Tajat, acamparon en Taraj. 28 Partidos de Taraj, acamparon en Mitca.
29 Partidos de Mitca, acamparon en

Jasmona. 30 Partidos de Jasmona, acamparon en Moserot. 31 Partidos de Moserot, acamparon en Bene Jacán. 32 Partidos de Bene Jacán, acamparon en Jor Agadgad. 33 Partidos de Jor Agadgad, acamparon en Jatbata. 34 Partidos de Jatbata, acamparon en Ebrona. 35 Partidos de Ebrona, acamparon en Asiongaber. 36 Partidos de Asiongaber, acamparon en el desierto de Sin, que es Cades. 37 Partidos de Cades, acamparon en el monte Or, al extremo de la tierra de Edom. 38 Arón, sacerdote, subió al monte Or por orden de Yave, y murió allí el año cuadragésimo después de la salida de la tierra de Egipto, el quinto mes, el primero del mes. 39 Tenía Arón ciento veintitrés años cuando murió en la cima del monte Or. 40 Fué entonces cuando el cananeo, rey de Arad, que habitaba el Negueb, en la tierra de Canán, tuvo conocimiento de la llegada de los hijos de Israel. 41 Partidos del monte Or, acamparon en Salmona. 42 Partidos de Salmona, acamparon en Punón. 43 Partidos de Punón, acamparon en Obot. 44 Partidos de Obot, acamparon en Jabarín en los confines de Moab. 45 Partidos de Jabarín, acamparon en Dibon Gad. 46 Partidos de Dibon Gad, acamparon en Elmon Deblataim. 47 Partidos de Elmon Deblataim, acamparon en los montes de Abarim, frente a Nebo. 48 Partidos de los montes de Abarim, acamparon en los llanos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó; 49 acamparon a lo largo del Jordán, desde Bet Jesinot hasta Abelsetim, en los llanos de Moab.

Distribución de la tierra prometida.

50 En los llanos de Moab habló Yave a Moisés, diciendo: 51 «Di a los hijos de Israel: Cuando hubiereis pasado el Jordán para la tierra de Canán, 52 arrojad de delante de vosotros a todos los habitantes de la tierra, 53 y destruid todas sus esculturas y todas sus imágenes fundidas, y devastad todos sus excelsos. 54 Tomad posesión de la tierra y habitadla, pues para que la poseáis os la doy. Distribuidla por suerte entre las familias. A las más numerosas les daréis mayor heredad, y una más pequeña heredad a las menos numerosas. La que en suerte le tocare a cada una, esa será su heredad, y la recibiréis en posesión según vuestras tribus patriarcales. 55 Si no arrojáis de delante de vosotros a los habitantes de la tierra, los que de ellos dejéis en medio de vosotros serán como espinas en vuestros ojos y aguijón en vuestros flancos, y os hostilizarán en la tierra que vais a habitar, 56 y yo mismo os trataré a vosotros como había resuelto tratarlos a ellos.»

Las fronteras.

34 1 Yave habló a Moisés, diciendo: 2 «Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando hayáis entrado en la tierra de Canán, he aquí el territorio que será vuestra parte: la tierra de Canán según sus fronteras: 3 Del lado meridional, irá por el desierto de Sin a lo largo de Edom, y vuestra frontera meridional arrancará del extremo del mar de sal, a oriente; 4 se inclinará al sur, por la subida de Acrobim, pasará por Sin, llegando hasta el mediodía de Cades Barne, y continuará por Jatsar Adar, pasando por Asemón, 5 y desde Asemón irá hasta el torrente de Egipto, para morir en el mar. 6 Por frontera occidental tendréis el Mar grande, que por este lado os servirá de confín. 7 El confín septentrional será éste: A partir del Mar grande, le trazaréis por el monte Or; 8 del monte Or le llevaréis hasta la entrada de Jamat, llegando a Jedada, 9 y continuará por Zefrón, para terminar en Hatsar Enón: éste será vuestro confín septentrional. 10 La frontera oriental la llevaréis desde Jasar Enán a Sefama; 11 bajará de Sefama a Rebla, al este de Ain, descendiendo de aquí al oriente hasta el Mar de Queneret, 12 y llegando hasta el Jordán, seguirá a lo largo de éste, para morir en el Mar de sal. Esta será vuestra tierra y las fronteras que la rodearán.»

13 Moisés dió esta orden a los hijos de Israel: «Esta es la tierra que por suertes habéis de distribuir y que Yave ha ordenado dar a las nueve y media tribus; 14 porque la tribu de los hijos de Rubén y la de los hijos de Gad han recibido ya su heredad según sus familias, y la media tribu de Manasés ha recibido también la suya. 15 Estas tribus y la media tienen ya su heredad al lado de allá

del Jordán, frente a Jericó, al oriente.»
16 Habló Yave a Moisés, diciendo:
17 «He aquí los nombres de los que
han de hacer la distribución de la
tierra entre vosotros: Eleazar, sacer-
dote, y Josué, hijo de Nun. 18 Toma-
réis también un príncipe de cada
tribu para distribuiros la tierra. 19 He
aquí los hombres de éstos: Por la
tribu de Judá, Caleb, hijo de Jefone;
20 por la tribu de los hijos de Simeón,
Samuel, hijo de Amiud; 21 por la tribu
de Benjamín, Elidad, hijo de Caselón;
22 por la tribu de los hijos de Dan,
el príncipe Boqui, hijo de Jogli; 23 por
la tribu de los hijos de Manasés, el
príncipe Janiel, hijo de Efod; 24 por
la tribu de los hijos de Efraím, el
príncipe Camuel, hijo de Seftán;
25 por la tribu de los hijos de Za-
bulón, el príncipe Elisafán, hijo de
Parmac; 26 por la tribu de los hijos
de Isacar, el príncipe Paltiel, hijo
de Ozán; 27 por la tribu de los hijos
de Aser, el príncipe Ajiud, hijo de
Salomí; 28 por la tribu de los hijos
de Neftalí, el príncipe Pedael, hijo de
Amiud. 29 Estos son aquellos a quie-
nes manda Yave distribuir la tierra
de Canán entre los hijos de Israel.

Las ciudades levíticas.

35 1 Habló Yave a Moisés en los
llanos de Moab, junto al Jordán,
frente a Jericó, diciendo: 2 «Manda
a los hijos de Israel que de la heredad
de su posesión, cedan a los levitas
ciudades, en las que puedan habitar.
Dadles también lugares de pastos en
los contornos de esas ciudades. 3 Que
tengan ciudades en que habitar y
pastos para sus animales, para sus
ganados y para todas sus bestias.
4 Los lugares de pastos en torno de
las ciudades que daréis a los levitas,
serán: a partir de los muros de la
ciudad, para afuera, de mil codos en
torno; 5 y la extensión de fuera de
la ciudad, dos mil codos a la parte
de oriente, dos mil codos a la parte
del mediodía, dos mil codos a la
parte de occidente y dos mil codos a
la parte del norte, quedando en medio
la ciudad. Estos serán los lugares de
pastos de sus ciudades. 6 De las ciu-
dades mismas que daréis a los levitas,
seis serán las ciudades de refugio,
donde pueda refugiarse el homicida;
y las otras, cuarenta y dos en número;
7 en total, cuarenta y ocho ciudades
con sus lugares de pasto. En cuanto
a las ciudades que de los hijos de
Israel habéis de dar a los levitas,
8 tomaréis más de los que tengan más,
y menos de los que tengan menos.
Cada uno cederá para los levitas sus
ciudades en proporción de la heredad
que haya recibido.»

Ciudades de refugio.

9 Yave habló a Moisés, diciendo:
10 «Habla a los hijos de Israel y diles:
Cuando hayáis pasado el Jordán, en
la tierra de Canán, 11 elegiréis ciuda-
des que sean para vosotros ciudades
de refugio, donde pueda refugiarse el
homicida que hubiere muerto a algu-
no sin querer. 12 Estas ciudades os
servirán de asilo contra el vengador
de la sangre, para que no sea muerto
el homicida antes de comparecer en
juicio ante la asamblea. 13 Las ciu-
dades a esto destinadas serán seis,
que serán para vosotros ciudades de
refugio. 14 Destinaréis tres del lado
de allá del Jordán, y tres en la tierra
de Canán, para ciudades de refugio,
15 para los hijos de Israel, para el
extranjero y para el que habita en
medio de vosotros, para que quien
haya matado a alguno sin querer,
pueda refugiarse en ellas. 16 Si le
hirió con instrumento de hierro y
se sigue la muerte, es homicida, y el
matador será muerto; 17 lo mismo si
le hirió con piedra en la mano, capaz
de causar la muerte, y ésta se sigue;
es homicida y será castigado con la
muerte; 18 lo mismo si le hirió mane-
jando un instrumento de madera,
capaz de producir la muerte y ésta
se sigue; es homicida y será muerto.
19 El vengador de la sangre matará
por sí mismo al homicida, cuando le
encuentre, le matará. 20 Si por odio
le derribó o le arrojó de propósito
encima alguna cosa y se sigue la
muerte, 21 o si por odio le golpea con
las manos y se sigue la muerte, el
que hirió será castigado con la muer-
te: es homicida. El vengador de la
sangre le matará cuando le encuentre.
22 Mas si, al contrario, por azar, sin
odio, le derriba o le arroja encima
alguna cosa sin querer, 23 o sin verle
le tira encima una piedra que puede
causar la muerte, y la muerte se
sigue, sin que fuera su enemigo, ni
buscase su mal, 24 juzgará la asam-
blea entre el que hirió y entre el

vengador de la sangre, según las leyes. 25 La asamblea librará al homicida del vengador de la sangre, le volverá a la ciudad de asilo donde se refugió, y allí morará hasta la muerte del sumo sacerdote ungido con el óleo sagrado. 26 Si el homicida sale del territorio de la ciudad de asilo en que se refugió, 27 y el vengador de la sangre le encuentra fuera del territorio de su ciudad de refugio, y le mata, no será responsable de su muerte; 28 porque el homicida debe morar en su ciudad de refugio hasta la muerte del sumo sacerdote, y muerto ya el sumo sacerdote, podrá retornar a la tierra donde está su posesión.

29 Estas disposiciones serán normas de derecho, y para todas vuestras generaciones, en todas vuestras habitaciones. 30 En todo caso de homicidio, a deposición de testigos se quitará la vida al homicida; un testigo sólo no basta para deponer contra uno y condenarle a muerte. 31 No aceptaréis rescate por la vida del homicida que deba ser condenado a muerte: ha de ser muerto. 32 Tampoco aceptaréis rescate para dejar salir al refugiado de su ciudad de asilo y habitar en su tierra antes de la muerte del sumo pontífice. 33 No dejéis que se contamine la tierra en que habitéis; porque la sangre contamina la tierra y no puede la tierra purificarse de la sangre en ella vertidá, sino con la sangre de quien la derramó. 34 No profanéis la tierra que habitéis, donde habitaré yo también, porque yo soy Yave, que habita en medio de los hijos de Israel.»

La heredad de las mujeres.

36 1 Presentáronse ante Moisés y ante los príncipes jefes de las casas de los hijos de Israel, los jefes de las casas de los hijos de Galad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, de entre las familias de José, 2 y hablaron diciendo: «Yave ha mandado a mi señor dar por suertes la tierra de heredad a los hijos de Israel; mi señor ha recibido también orden de dar la heredad de Salfad, nuestro hermano, a sus hijas. 3 Si ellas se casan con uno de otra tribu de los hijos de Israel, su heredad se sustraerá a la heredad de nuestros padres, yendo a aumentar la heredad de la tribu a que ellos pertenezcan, y disminuirá lo que nos haya tocado en suerte. 4 Y aun cuando llegase el jubileo para los hijos de Israel, la heredad quedaría añadida a la de la tribu a que pertenezcan y sustraída de la de la tribu de nuestros padres.»

5 Moisés, por mandato de Yave, dió esta orden a los hijos de Israel: «La tribu de los hijos de José dice bien. He aquí lo que respecto de las hijas de Salfad 6 manda Yave: Podrán casarse con quien quieran, siempre que sea dentro de una de las familias de la tribu de sus padres. 7 La heredad de los hijos de Israel no pasará de tribu a tribu, porque los hijos de Israel han de quedar ligados cada uno a la heredad de la tribu de sus padres. 8 Toda hija que posea una heredad en alguna de las tribus de los hijos de Israel, tomará por marido un hombre de una de las familias de la tribu de su padre, para que los hijos de Israel conserven cada uno la heredad de sus padres. 9 Ninguna heredad pasará de una tribu a otra tribu, sino que cada una de las tribus de Israel estará ligada a su heredad.»

10 Como se lo ordenó Yave a Moisés, así lo hicieron las hijas de Salfad, 11 Majla, Tersa, Jegla, Melca y Noa, hijas de Salfad, se casaron con hijos de sus tíos. 12 Se casaron en las familias de los hijos de Manasés, hijo de José, y su heredad quedó en la tribu de la familia de su padre.

13 Estas son las órdenes y las leyes que dió Yave, por Moisés, a los hijos de Israel en los llanos de Moab, junto al Jordán, frente a Jericó.

DEUTERONOMIO

DISCURSO PRIMERO

Proemio.

1 [1] Estas son las palabras que dirigió Moisés a todo Israel, al otro lado del Jordán, en el desierto, en el Araba, que está frente a Suf, entre Faran, Tofel, Labán, Jasero y Dirab [2] a diez jornadas de camino del Horeb a Cadesbarne, por el camino de los montes de Seir.

[3] El año cuarenta, el undécimo mes, el día primero del mes, había hablado Moisés a los hijos de Israel de todo aquello que Yave le mandara hacer respecto de ellos, [4] después de haber sido derrotados Seón, rey de los amorreos, que habitaba en Hesebón, y Og, rey de Basán, que habitaba en Astarot y Edrai.

[5] Al lado de allá del Jordán, en tierra de Moab, púsose Moisés a inculcarles esta ley, y dijo:

Mirada retrospectiva. La elección de los jueces.

(Exod. 18, 13-26.)

[6] Yave, nuestro Dios, nos habló en Horeb, diciendo: «Ya habéis morado bastante tiempo en este monte; [7] Ea, levantad el campamento: id a las montañas de los amorreos y de todos sus otros habitantes; al Araba, a la Montaña, a la Sefela, al Negueb, a las costas del mar, a la tierra de los cananeos y al Líbano hasta el gran río, el Eufrates. [8] Yo os entrego esa tierra; id y tomad posesión de la tierra que a vuestros padres juró Yave darles, a ellos y a su descendencia después de ellos.»

[9] Entonces os hablé así: «Yo no puedo por mí solo soportaros. [10] Yave, vuestro Dios, os ha multiplicado hasta el punto de ser hoy tan numerosos como las estrellas del cielo. [11] Que Yave, Dios de vuestros padres, os

multiplique mil veces más y os bendiga, como él os lo ha prometido. 12 Pero, ¿cómo soportar yo, por mí solo, vuestra carga, vuestro peso y vuestras lites? 13 Elegid de vuestras tribus hombres sabios, inteligentes, probados, para que yo los constituya sobre vosotros. 14 Y vosotros me respondisteis: Está bien lo que nos mandas hacer. 15 Entonces tomé yo a cincuenta de los principales de vuestras tribus, hombres sabios y probados, y los constituí vuestros cabos, jefes de millar, de centena, de cincuentena y de decena, y magistrados en vuestras tribus. 16 Al mismo tiempo di a vuestros jefes este mandato: «Oíd a vuestros hermanos, juzgad según justicia las diferencias que pueda haber o entre ellos o con peregrinos. 17 No atenderéis en vuestros juicios a la apariencia de las personas; oíd a los pequeños, como a los grandes, sin temor a nadie, porque de Dios es el juicio; y si alguna causa halláis demasiado difícil, llevádmela a mí para que yo la conozca.' 18 Entonces os mandé cuanto en esto habíais de hacer.

En Cadesbarne. (Núm. 13.)

19 Partidos de Horeb, atravesamos todo el vasto y horrible desierto que habéis visto, en dirección a las montañas de los amorreos, como nos lo había mandado Yave, nuestro Dios, y llegamos a Cadesbarne. 20 Entonces os dije: Habéis llegado ya a las montañas de los amorreos, que Yave vuestro Dios va a daros. 21 Mira; Yave, tu Dios, te da en posesión esa tierra; sube y apodérate de ella, conforme a la promesa que te ha hecho Yave, Dios de tus padres. No temas, no te acobardes. 22 Pero os presentasteis a mí todos, para decirme: Mandemos por delante hombres que nos exploren la tierra y nos informen acerca del camino por donde debemos subir y de las ciudades a donde hemos de llegar. 23 Parecióme bien la propuesta, y tomé de entre vosotros doce, uno por cada tribu. 24 Partieron, y después de atravesar la parte montuosa, llegaron al valle de Escol y le exploraron. 25 Cogieron frutos de los de la tierra para traérnoslos; y nos dijeron en su relato: Es una buena tierra la que nos da Yave, nuestro Dios. 26 Sin embargo, vosotros os negasteis a subir y fuisteis rebeldes a las órdenes de Yave, vuestro Dios. 27 Murmurasteis en vuestras tiendas, diciendo: Nos odia Yave y por eso nos ha sacado de Egipto, para entregarnos en manos de los amorreos y destruirnos. 28 ¿A dónde vamos a subir? Nuestros hermanos nos han acobardado, al decirnos: Es una gente más numerosa y de mayor estatura que nosotros; son grandes sus ciudades, y las murallas de éstas se alzan hasta el cielo, y hasta gigantes hemos visto allí, los hijos de Enac. 29 Yo os dije: No os acobardéis, no les tengáis miedo; 30 Yave, vuestro Dios, que marcha delante de vosotros, combatirá él mismo por vosotros, según cuanto por vosotros a vuestros mismos ojos hizo en Egipto 31 y en el desierto, por donde has visto cómo te ha llevado Yave, tu Dios, como lleva un hombre a su hijo, por todo el camino que habéis recorrido, hasta llegar a este lugar. 32 Con todo, vosotros ni por esto confiasteis en Yave, vuestro Dios, 33 que delante de vosotros marchaba por el camino, buscándoos los lugares de acampamento, en fuego durante la noche, para mostraros el camino que habíais de seguir, y en nube durante el día. 34 Yave oyó el rumor de vuestras palabras, y montando en cólera juró, diciendo: 35 Ninguno de los hombres de esta perversa generación llegará a la buena tierra que yo juré dar a vuestros padres, 36 excepto Caleb, hijo de Jefone; éste la verá, y yo le daré a él y a sus hijos la tierra que él ha pisado, porque ha seguido fielmente a Yave.

37 Yave se irritó también contra mí por vosotros, y dijo: Tampoco tú entrarás en ella. 38 Josué, hijo de Nun, tu lugarteniente, entrará; fortalécele, porque él ha de poner a Israel en posesión de esa tierra. 39 Y vuestros niños, de quienes habéis dicho que serían presa del enemigo; vuestros hijos, que no distinguen hoy todavía entre el bien y el mal, serán los que entren, a ellos se la daré y ellos la poseerán. 40 Vosotros volveos y partid por el desierto, camino del Mar Rojo.

41 Vosotros respondisteis, diciéndome: Hemos pecado contra Yave; queremos subir y combatir como Yave, nuestro Dios, ha mandado

t

Y ciñéndoos vuestras armas, os dispusisteis inconsideradamente a subir a la montaña. 42 Yave me dijo: Diles: No subáis y no combatáis, porque yo no iré en medio de vosotros; no os hagáis derrotar por vuestros enemigos. 43 Yo os lo dije; pero vosotros no me escuchasteis, os resististeis a las órdenes de Yave; y fuisteis tan presuntuosos, que os empeñasteis en subir a la montaña. 44 Entonces los amorreos que habitan en esas montañas salieron contra vosotros, y os persiguieron como persiguen las abejas; os derrotaron en Seir hasta Jorma. 45 Vinísteis y llorasteis ante Yave; pero Yave no escuchó vuestra voz, no os dió oídos. 46 Así estuvisteis tanto tiempo en Cades, todo el tiempo que allí habéis morado.

A través del desierto

(Núm. 20, 14-21, 20.)

2 1 Mudando de dirección, partimos por el desierto, camino del Mar Rojo, como Yave me lo había ordenado; y anduvimos largo tiempo, dando vueltas en torno a las montañas de Seir. 2 Yave me dijo: 3 Harto tiempo habéis estado rodeando estas montañas; volved a tomar la dirección norte. 4 Da esta orden al pueblo: Vais a pasar por la frontera de vuestros hermanos, los hijos de Esaú, que habitan en Seir. Ellos os temerán; pero guardaos bien 5 de tener querellas con ellos, porque yo no os daré nada de su tierra, ni siquiera lo que puede pisar la planta de un pie. Yo he dado a Esaú las montañas de Seir en posesión. 6 Compraréis de ellos a precio de plata los alimentos que comáis y aun el agua que bebáis; 7 porque Yave, tu Dios, te ha bendecido en todo el trabajo de tus manos y te ha provisto en tu viaje por este vasto desierto, y ya desde cuarenta años ha está contigo Yave, sin que nada te haya faltado. 8 Pasamos, pues, flanqueando a nuestros hermanos, que habitan en Seir, camino del Araba a Elat y a Asiongaber, y dando vuelta, avanzamos por el camino del desierto de Moab.

9 Entonces me dijo Yave: No hostigueis a los moabitas y no trabéis lucha con ellos, pues no he de darte nada de su tierra en posesión; he dado a los hijos de Lot el Ar en posesión. 10 Antes habitaron allí los emitas, pueblo grande, numeroso, de alta talla, como los enaquitas; 11 también ellos, como los enaquitas, pasaban por refaitas, pero los moabitas les daban el nombre de Emim. 12 Por lo contrario, en Seir habitaron antes los joritas; pero los hijos de Esaú los desposeyeron, y exterminándolos, se establecieron en su tierra, como lo hace Israel en la tierra de su posesión, que le da Yave.

13 Ahora, pues, levantaos y atravesad el Zared. Y atravesamos el torrente Zared. 14 El tiempo que duraron nuestras marchas desde Cadesbarne al torrente Zared fué de treinta y ocho años, hasta que hubo desaparecido toda la generación de hombres de guerra de en medio del campamento, como Yave se lo había jurado. 15 La mano de Yave pesó sobre ellos en el campamento, hasta hacerlos desaparecer a todos.

16 Cuando la muerte hubo hecho desaparecer de en medio del pueblo a todos aquellos hombres de guerra, 17 me habló Yave, diciendo: 18 Hoy vas a pasar la frontera de Moab, el Ar, y vas a acercarte a los hijos de Ammón, pero sin pasar sus confines. 19 No los ataques y no les hagas la guerra, porque yo no he de darte en posesión nada de la tierra de los hijos de Ammón. Se la he dado en posesión a los hijos de Lot. 20 También era tenida esta tierra por tierra de refaim; habitaron antes allí los refaim, que los amonitas llamaban zomzomin, 21 pueblo grande, numeroso, de alta talla, como los enaquim. Yave los destruyó ante los amonitas, que los expulsaron y se establecieron en su tierra. 22 Lo mismo hizo Yave por los hijos de Esaú, que habitaban en Seir, destruyendo ante ellos a los jorreos; los expulsaron y se establecieron en su lugar hasta el día de hoy.

23 Los geteos, que habitaban en chozas hasta Gora, fueron destruídos por los caftorim, que salidos de Caftor, se establecieron en su lugar. 24 Levantaos, pasad el torrente del Arnón; yo entrego en tus manos a Seón, rey de Hesebón, amorreo, con su tierra; comienza la conquista; hazle la guerra. 24 Aquel día comenzó a extenderse el terror y el miedo a ti, entre los pueblos que hay bajo el cielo; al oír hablar de ti temblarán y se dolerán.

Victoria sobre Seón y Og, y conquista de sus territorios.
(Núm. 21, 21-35).

26 Entonces, desde el desierto de
Cademot mandé embajadores a Seón,
rey de Hesebón, que le dijeran en
términos amistosos: 27 Déjame atra-
vesar tu territorio, seguiré siempre el
camino, sin apartarme ni a la dere-
cha ni a la izquierda; 28 me venderás
por dinero los víveres que coma, y
por dinero me darás el agua que beba;
déjame sólo atravesar a pie, 29 como
lo han hecho ya los hijos de Esaú,
que habitan en Seir, y los moabi-
tas, que habitan en el Ar, hasta que,
a través del Jordán, llegue a la tierra
que Yave, nuestro Dios, nos da.
30 Pero Seón, rey de Hesebón, no
quiso dejarnos pasar por su territo-
rio, porque Yave, tu Dios, hizo
inflexible su espíritu y endureció
su corazón, para entregarle en tus
manos, como hoy lo está. 31 Yave
me dijo: Comienzo ya por entre-
garte a Seón y su tierra. Emprende
la conquista, para apoderarte de ella.
32 Salió Seón a nuestro encuentro
con toda su gente, para darnos la
batalla en Jasa. 33 Yave, nuestro
Dios, nos lo entregó, y le derrotamos
a él, a su hijo y a todo su pueblo.
34 Tomamos todas sus ciudades y
dimos al anatema todos sus lugares
de habitación, con las mujeres y los
niños, sin dejar con vida uno sólo.
35 Sólo tomamos para nosotros los
ganados y los despojos de las ciuda-
des que habíamos conquistado. 36 Des-
de Aroer, que está al borde del valle
del Arnón, y desde las ciudades
que están en el valle, hasta Galad,
no hubo ciudad suficientemente fuerte
para poder resistirnos; Yave, nues-
tro Dios, nos las entregó todas.
37 Pero no te acercaste a la tierra de
los hijos de Ammón, ni a ningún lugar
de la orilla derecha del torrente
de Jaboc, ni a las ciudades de la
montaña, ni a ninguno de los luga-
res de que Yave, nuestro Dios, te
había prohibido apoderarte.

3 1 Volviéndonos, subimos por el
camino de Basán; y Og, rey de
Basán, nos salió al encuentro con
toda su gente, para darnos la ba-
talla en Edrai. 2 Yave me dijo:
No le temas, le he entregado en
tus manos, a él, a todo su pueblo
y su territorio; trátalo como tra-
taste a Seón, rey de los amorreos,
que habitaba en Hesebón. 3 Y Yave,
nuestro Dios, entregó también en
nuestras manos a Og, rey de Basán,
con todo su pueblo, y los derrota-
mos hasta destruirlos, 4 devastando
todas sus ciudades, sin quedar lugar
de habitación que nos escapara; sesen-
ta ciudades, toda la región de Argob,
el reino de Og, en Basán. 5 Todas
estas ciudades, que estaban amura-
lladas con muy altas murallas, con
puertas y cerrojos, sin contar las
ciudades abiertas, que eran en gran
número, 6 las dimos al anatema,
como habíamos hecho con Seón, rey
de Hesebón, dando al anatema ciu-
dades, hombres, mujeres y niños,
7 pero conservamos para nosotros
todo el ganado y el botín de las ciu-
dades.
8 Tomamos, pues, entonces a los
dos reyes de los amorreos toda la
tierra del lado de allá del Jordán,
desde el torrente del Arnón hasta
el monte Hermón. 9 Los sidonios al
Hermón le llaman Sarión, y los amo-
rreos Sanir. 10 Todas las ciudades
del llano, todo Galad y todo Basán,
hasta Selja y Edrai, capitales del
reino de Og, en Basán, 11 pues Og,
rey de Basán, era el solo que de la
raza de los refaim quedaba; su lecho,
lecho de hierro, se ve en Rabat de
los hijos de Ammón, largo de nueve
codos y de cuatro codos ancho,
codos humanos.

Distribución de lo conquistado.
(Núm. 32.)

12 Tomamos posesión de la tierra
que di a los rubenitas y a los gadi-
tas, a partir de Aroer, en el valle
del Arnón, así como la mitad de la
montaña de Galad con sus ciudades.
13 Di a la mitad de la tribu de Ma-
nasés el resto de Galad y toda la parte
de Basán que pertenecía al reino de
Og: toda la región de Argob, todo
el Basán, lo que hoy se llama tierra
de refaim. 14 Jair, hijo de Manasés,
obtuvo toda la región de Argob
hasta la frontera de los gesuritas y
de los macacitas, y dió su nombre a
los burgos de Basán llamados hasta
hoy Jovot-Jair. 15 A Maquir le di
Galad; 16 a los rubenitas y a los gadi-
tas les di una parte de Galad y hasta
el torrente Arnón, sirviendo de límite
el medio del valle, y hasta el torrente
de Jaboc, frontera de los hijos de

Ammón, [17] como también el Araba, con el Jordán por límite, desde Queneret hasta el mar del Araba, el mar de sal, al pie de las faldas del Pasga, a oriente.

[18] Entonces os di yo esta orden: Yave, vuestro Dios, os ha dado esa tierra para que sea posesión vuestra; y vosotros todos, hombres robustos, marcharéis delante de vuestros hermanos, los hijos de Israel; [19] sólo vuestras mujeres, vuestros niños y vuestros ganados—yo sé que tenéis muchos ganados—se quedarán en las ciudades que os he dado, [20] hasta que Yave conceda quieta morada a vuestros hermanos, como a vosotros, y tomen también ellos posesión de la tierra que Yave, vuestro Dios, les da, al otro lado del Jordán. Volveréis entonces cada uno a la heredad que os he dado.

[21] Entonces di también órdenes a Josué, diciendo: Con tus ojos has visto todo lo que Yave, vuestro Dios, ha hecho con esos dos reyes; así hará Yave también a todos los reinos contra los cuales vas a marchar. [22] No los temas, que Yave, vuestro Dios, es quien combate por vosotros

Moisés, privado de entrar en la tierra prometida.

(Núm. 27, 12 sgs.)

[23] Entonces pedí yo a Yave misericordia, diciendo: [24] ¡Señor, Yave! Tú has comenzado a mostrar a tu siervo tu grandeza y tu potente brazo; pues ¿qué Dios hay, ni en los cielos ni en la tierra, que pueda hacer las obras que tú haces y tan poderosas hazañas? [25] Déjame, te pido, atravesar, para que pueda ver la excelente tierra del lado de allá del Jordán, esas hermosas montañas del Líbano. [26] Pero Yave, como fuera de sí por causa vuestra, no me escuchó; antes bien me dijo: Basta, no vuelvas a hablarme de eso; [27] sube a la cima del monte Pasga y dirige tus ojos hacia el occidente, el septentrión, el mediodía y el oriente, y contémplala con tus ojos, pues no has de pasar este Jordán. [28] Manda a Josué, infúndele valor y fortaleza, pues él es quien lo pasará a la cabeza de este pueblo y le pondrá en posesión de la tierra, que tú no puedes más que ver.

[29] Nos quedamos, pues, en el valle, frente a Bet Fogor.

Exhortación a la observancia de la ley.

4 [1] Ahora, pues, Israel, guarda las leyes y mandamientos que yo te inculco, y ponlas por obra, para que vivas, y entréis y os posesionéis de la tierra que os da Yave, Dios de vuestros padres. [2] No añadáis nada a lo que yo os prescribo, ni nada quitéis, sino guardad los mandamientos de Yave que yo os prescribo. [3] Con vuestros ojos habéis visto lo que hizo Yave por lo de Baal Fogor. A cuantos se fueron tras Baal Fogor, los exterminó Yave, vuestro Dios, de en medio de vosotros. [4] Por lo contrario, vosotros, los que fuisteis fieles a Yave, vuestro Dios, estáis todavía vivos todos. [5] Mirad: Yo os he enseñado leyes y mandamientos, como Yave, mi Dios, me los ha enseñado a mí, para que los pongáis por obra en la tierra en que vais a entrar, para poseerla. [6] Guardadlos y ponedlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría (1) y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos, que al conocer todas esas leyes, se dirán: Sabia e inteligente es, en verdad, esta gran nación. [7] Porque ¿cuál es en verdad la gran nación que tenga dioses que a ella se acerquen, como Yave, nuestro Dios se acerca a nosotros, siempre que le invocamos? [8] ¿Y cuál la gran nación que tenga leyes y mandamientos justos, como toda esta ley que yo os propongo hoy? [9] Cuida, pues, con gran cuidado, no olvidarte de cuanto con tus ojos has visto, y no dejarlo escapar de tu corazón por todos los días de tu vida; antes bien, enséñaselo a tus hijos y a los hijos de tus hijos. [10] Acuérdate del día en que estuviste ante Yave, tu Dios, en Horeb, cuando Yave me dijo: Convoca al pueblo a asamblea, para que yo le haga oír mis palabras, y sepan temerme todos los días de su vida sobre la tierra, y se lo enseñen a sus hijos. [11] Vosotros os acercasteis, quedándoos en las faldas del monte, mientras éste ardía en fuego, cuyas

(1) Israel, pueblo pequeño e insignificante, comparado con otros muchos desde el punto de vista de la cultura material, es, sin embargo, en el aspecto cultural religioso, la nación más grande de toda la antigüedad; y su patrimonio cultural religioso, perfeccionado por el cristianismo, ha venido a ser el de todo el mundo civilizado.

llamas se elevaban hasta el corazón del cielo; tiniebla, nube y oscuridad. 12 Entonces os habló Yave de en medio del fuego y oisteis bien sus palabras, pero no visteis figura alguna; era sólo una voz. 13 Os promulgó su alianza y os mandó guardarla; los diez mandamientos, que escribió sobre las tablas de piedra. 14 Y a mí me mandó entonces Yave que os enseñase leyes y mandatos, que habíasis de guardar en la tierra a que vais a pasar para poseerla.

15 Puesto que el día en que os habló Yave de en medio del fuego, en Horeb, no visteis figura alguna, 16 guardaos bien de corromperos, haciéndoos imagen alguna tallada, ni de hombre ni de mujer, 17 ni de animal ninguno de cuantos viven sobre la tierra, ni de ave que vuela en el cielo, 18 ni de animal que repta sobre la tierra, ni de cuantos peces viven en el agua debajo de la tierra; 19 ni alzando tus ojos al cielo, al sol, a la luna, a las estrellas, a todo el ejército de los cielos, te engañes, adorándolos y dándoles culto; porque es Yave, tu Dios, quien se los ha dado a todos los pueblos de bajo los cielos. 20 Pero a vosotros os tomó Yave y os sacó del horno del hierro del Egipto, para que fuerais el pueblo de su heredad, como lo sois hoy.

21 Yave se irritó contra mí por causa vuestra, y juró que yo no pasaría el Jordán y no entraría en la buena tierra que Yave, tu Dios, te da en heredad. 22 Voy a morir en esta tierra, sin pasar el Jordán; vosotros lo pasaréis y poseeréis esa buena tierra. 23 Guardaos, pues, de olvidaros de la alianza que Yave, vuestro Dios, ha hecho con vosotros, y guárdate de hacerte imagen esculpida de cuanto Yave, tu Dios, te ha prohibido, 24 porque Yave, tu Dios, es fuego abrasador, es un Dios celoso.

Conminaciones.

25 Cuando tengáis hijos, e hijos de vuestros hijos, y ya de mucho tiempo habitéis en esa tierra; si corrompiéndoos os hacéis ídolos de cualquiera clase, haciendo el mal a los ojos de Yave, vuestro Dios, y provocando su indignación — 26 yo invoco hoy como testigos a los cielos y a la tierra—; de cierto desapareceréis de la tierra de que, pasado el Jordán, vais a posesionaros; no se prolongarán en ella vuestros días; seréis enteramente destruídos. 27 Yave os dispersará entre las gentes, y sólo quedaréis de vosotros un corto número, en medio de las naciones a que Yave os arrojará. 28 Allí serviréis a sus dioses, obra de las manos de los hombres, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni comen, ni huelen. 29 Allí buscaréis a Yave, vuestro Dios; y le hallarás si con todo tu corazón y con toda tu alma le buscas en medio de tus angustias. 30 Cuando todo esto haya venido sobre ti, en los últimos tiempos, te convertirás a Yave, tu Dios, y le oirás; 31 porque Yave, tu Dios, es Dios misericordioso. No te rechazará ni te destruirá del todo, ni se olvidará de la alianza que a tus padres juró. 32 Pregunta a los días que te han precedido, desde aquel en que Dios creó al hombre sobre la tierra, y desde el uno al otro cabo de los cielos, si se ha visto jamás cosa tan grande ni se ha oído nada semejante. 33 ¿Qué pueblo ha oído la voz de su Dios hablándole en medio de fuego, como la has oído tú, quedando con vida? 34 Jamás probó un dios a venir a tomar para sí un pueblo de en medio de pueblos, a fuerza de pruebas, de señales y prodigios, de lucha, mano fuerte y brazo extendido, de tremendas hazañas, como las que hizo por vosotros en Egipto Yave, vuestro Dios, viéndolas tú con tus mismos ojos. 35 A ti se te hicieron ver, para que conocieras que Yave es, en verdad, Dios, y que no hay otro Dios más que él. 36 Desde el cielo te habló, para enseñarte, y sobre la tierra te ha hecho ver su gran fuego, y de en medio del fuego has oído sus palabras. 37 Porque amó a tus padres, eligió después de ellos a su descendencia; y con su asistencia, con su gran poder, te sacó de Egipto, 38 arrojó de ante ti a pueblos más numerosos y más fuertes que tú, para darte entrada en su tierra, y dártela en heredad, como hoy lo ves. 39 Reconoce, pues, hoy, y revuelve en tu corazón que Yave sí que es Dios, arriba, allá en los cielos, y abajo, aquí sobre la tierra, y que no hay otro sino él. 40 Guarda sus leyes y sus mandamientos, que hoy yo te prescribo, para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y permanezcas

largos años en lo futuro en la tierra que te da Yave, tu Dios.

Ciudades de refugio al lado de allá del Jordán

(19, 1-10; Número 35, 9-15.)

41 Entonces Moisés eligió tres ciudades de la región al oriente del Jordán, 42 que sirviesen de refugio al homicida, que hubiese matado involuntariamente a su prójimo, sin ser de antes enemigo suyo; para que, refugiándose en una de ellas, tuviera salva la vida: 43 Bosor en el desierto, en la altiplanicie, para los rubenitas; Ramot en el Galad, para los gaditas; y Golán en el Basán, para los manaseítas.

SEGUNDO DISCURSO

Proemio.

44 Esta es la ley que Moisés puso ante los ojos de los hijos de Israel. 45 Estos son, los estatutos, leyes y mandamientos, que Moisés había dado a los hijos de Israel, a su salida del Egipto, 46 al otro lado del Jordán, en el valle que hay frente a Bet Fogor, en la tierra de Seón, rey de los amorreos, que habitaba en Hesebón y había sido derrotado por Moisés y los hijos de Israel, a su salida de Egipto. 47 Se apoderaron de su tierra y de la de Og, rey de Basán, dos de los reyes de los amorreos que habitaban al otro lado del Jordán, al oriente, 48 desde Aroer a orillas del torrente del Arnón, 49 con todo el Araba del otro lado del Jordán, al oriente, hasta el mar del Araba, al pie del Pasga.

5 1 Convocado todo Israel, Moisés les dijo:

El Decálogo

(Exod. 20.)

Oye, Israel, las leyes y los mandamientos que hoy voy a hacer resonar en tus oídos; apréndetelos y pon mucho cuidado en guardarlos.
2 Yave, nuestro Dios, hizo con vosotros una alianza en Horeb. 3 No hizo Yave esta alianza con nuestros padres, la hizo con nosotros, que hoy vivimos todavía todos. 4 Yave nos habló cara a cara, sobre la montaña, en medio de fuego. 5 Yo estaba entonces entre Yave y vosotros, para traeros sus palabras, pues vosotros teníais miedo del fuego y no subisteis a la cumbre de la montaña. El dijo:
6 «Yo soy Yave, tu Dios, que te he sacado de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre.
7 No tendrás más Dios que a mí.
8 No te harás imagen de escultura, ni figura alguna de cuanto hay arriba, en los cielos, ni abajo, sobre la tierra, ni de cuanto hay en las aguas, más abajo de la tierra. 9 No las adorarás ni las darás culto, porque Yo, Yave, tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos, hasta la tercera y la cuarta generación, para los que me aborrecen, 10 y hago misericordia por mil generaciones, para los que me aman y guardan mis mandamientos.
11 No tomarás el nombre de Yave, tu Dios, en falso, porque Yave no dejará impune al que tome en falso su nombre.
12 Guarda el sábado, para santificarlo como te lo ha mandado Yave, tu Dios. 13 Seis días trabajarás y harás tus obras, 14 pero el séptimo es sábado a Yave, tu Dios. No harás en él trabajo alguno, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu buey, ni tu asno, ni ninguna de tus bestias, ni el peregrino que está dentro de tus puertas; para que tu siervo y tu sierva descansen, como descansas tú. 15 Acuérdate de que siervo fuiste en la tierra de Egipto, y de que Yave, tu Dios, te sacó de allí con mano fuerte y brazo tendido; y por eso Yave, tu Dios, te manda guardar el sábado.
16 Honra a tu padre y a tu madre, como Yave, tu Dios, te lo ha mandado, para que vivas largos años y seas feliz en la tierra que Yave, tu Dios, te da.
17 No matarás.
18 No adulterarás.
19 No robarás.
20 No darás falso testimonio contra tu prójimo.
21 No desearás a la mujer de tu prójimo, ni desearás su casa, ni su campo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada de cuanto a tu prójimo pertenece.»
22 Estas son las palabras que Yave dirigió a toda vuestra comunidad desde la montaña, en medio de fuego,

de nube y de tinieblas, con fuerte voz, y no añadió más. Las escribió sobre dos tablas de piedra, que él me dió.

23 Cuando oísteis su voz de en medio de las tinieblas estando la montaña toda en fuego, os acercasteis luego a mí todos los jefes de tribus y todos los ancianos, 24 y me dijisteis: Yave, nuestro Dios, nos ha hecho ver su gloria y su grandeza, y oír su voz de en medio del fuego; hoy hemos visto a Dios hablar al hombre, y quedar éste con vida (1). 25 ¿Por qué, pues, ya morir devorados por ese gran fuego, si seguimos oyendo la voz de Yave, nuestro Dios? 26 Porque, de toda carne, ¿quién como nosotros ha oído la voz del Dios vivo, hablando de en medio del fuego, y ha quedado con vida? 27 Acércate tú y oye lo que te diga Yave, nuestro Dios, y transmítenos a nosotros cuanto Yave, nuestro Dios, te diga, y nosotros lo oiremos y lo haremos.

28 Yave escuchó vuestras palabras, cuando me hablabais, y me dijo: «He oído las palabras que el pueblo te ha dirigido; está bien lo que dicen. 29 ¡Oh, si tuvieran siempre ese mismo corazón y siempre me temieran y guardaran mis mandamientos, para ser por siempre felices, ellos y sus hijos, 30 Ve y diles: Volveos a vuestras tiendas. 31 Pero tú quédate aquí conmigo, y yo te diré todas las leyes, mandamientos y preceptos que tú les has de enseñar, para que las pongan por obra en la tierra que yo les voy a dar en posesión. 32 Poned, pues, mucho cuidado en hacer cuanto Yave, vuestro Dios, os manda; no declinéis ni a la derecha ni a la izquierda; 33 seguid en todo los caminos que Yave, vuestro Dios, os prescribe, para que viváis y seáis dichosos y duréis largos años en la tierra que vais a poseer.»

El amor de Dios y la observancia de la ley.

6 1 Esta es la ley—los mandamientos, los preceptos — que Yave, vuestro Dios, me mandó que os enseñase, para que la cumplas en la tierra en que vas a entrar y a poseer; 2 para que temas a Yave, tu Dios, tú y tus hijos y los hijos de tus hijos, y guardando todos los días de tu vida todas sus leyes y todos sus mandamientos que yo te inculco, vivas largos años. 3 Escúchalos, Israel, y ten sumo cuidado en ponerlos por obra, para que seas dichoso y os multipliquéis grandemente, según lo que ha dicho Yave, el Dios de tus padres, de darte la tierra que mana leche y miel.

4 Oye, Israel: Yave, nuestro Dios, es el solo Yave. 5 Amarás a Yave, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu poder (1), 6 y llevarás muy dentro del corazón todos estos mandamientos que yo hoy te doy. 7 Incúlcaselos a tus hijos; y cuando estés en tu casa, cuando viajes, cuando te acuestes, cuando te levantes, habla siempre de ellos. 8 Atatelos a tus manos, para que te sirvan de señal; póntelos en la frente, entre tus ojos; 9 escríbelos en los postes de tu casa y en tus puertas.

10 Cuando Yave, tu Dios, te introduzca en la tierra que a tus padres, Abraham, Isac y Jacob, juró darte, ciudades grandes y hermosas que tú no has edificado, 11 casas llenas de toda suerte de bienes, que tú no has llenado, cisternas que tú no has excavado, viñas y olivares que tú no has plantado; cuando comas y te hartes, 12 guárdate de olvidarte de Yave, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre. 13 Teme a Yave, tu Dios, sírvele a él y jura por su nombre. 14 No te vayas tras otros dioses, de los dioses de los pueblos que te rodean; 15 porque Yave, tu Dios, que está en medio de ti, es un Dios celoso, y la cólera de Yave, tu Dios, se encendería contra ti y te exterminaría de sobre la tierra.

16 No tentéis a Yave, vuestro Dios, como le tentasteis en Masa. 17 Guardad con gran cuidado los mandamientos de Yave, vuestro Dios, y las leyes que él os da. 18 Haz lo que es recto y bueno a los ojos de Yave, para que seas dichoso 19 y entres,

(1) En la Escritura se dice frecuentemente de quien tiene una teofanía, que no puede el hombre soportar la visión de Dios sin morir. Esto expresa la persuasión de que es tan grande la majestad de Dios, que quien llegue a verla queda herido de muerte.

(1) Este mandamiento es la síntesis perfecta de toda la religión del A. T. El Evangelio no ha hecho más que revelarnos nuevos motivos para amar a Dios, sin mudar la forma del precepto.

para poseerla, en la buena tierra que Yave con juramento prometió a tus padres, cuando ante ti arroje a todos tus enemigos, como él lo ha dicho.
[20] Cuando un día te pregunte tu hijo, diciendo: ¿Qué son estos mandamientos, estas leyes y preceptos que Yave, nuestro Dios, os ha prescrito?, [21] tú responderás a tu hijo: Nosotros éramos en Egipto esclavos del Faraón, y Yave nos sacó de allí con su potente mano. [22] Yave hizo a nuestros ojos grandes milagros y prodigios terribles contra Egipto, contra el Faraón y contra toda su casa; [23] y nos sacó de allí, para conducirnos a la tierra que con juramento había prometido a nuestros padres. [24] Yave nos ha mandado poner por obra todas sus leyes, y temer a Yave, nuestro Dios, para que seamos dichosos siempre, y él nos conserve la vida, como hasta ahora ha hecho; [25] y es para nosotros la justicia guardar sus mandamientos y ponerlos por obra ante Yave, nuestro Dios, como él nos lo ha mandado.

Conducta que habrán de seguir con los cananeos y su culto.

7 [1] Cuando Yave, tu Dios, te introduzca en la tierra que vas a poseer, y arroje delante de ti a muchos pueblos, a geteos, guergueseos, amorreos, cananeos, fereceos, jeveos y jebuseos, siete naciones más numerosas y más poderosas que tú; [2] y Yave, tu Dios, te las entregue, y tú las derrotes, las darás al anatema, no harás pactos con ellas, ni les darás gracia (1). [3] No contraigas matrimonios con ellas, no des tus hijas a sus hijos, ni tomes sus hijas para tus hijos, [4] porque ellas desviarían a tus hijos de en pos de mí, y los arrastrarían a servir a otros dioses, y la ira de Yave se encendería contra vosotros y os destruiría prontamente. [5] Así, por lo contrario, habéis de hacer con ellos: derribaréis sus altares, romperéis sus cipos, abatiréis sus *aseras*, y daréis al fuego sus imágenes talladas: [6] porque eres un pueblo santo a Yave, tu Dios.
Yave, tu Dios, te ha elegido para ser el pueblo de su porción, entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra. [7] Si Yave se ha ligado con vosotros, y os ha elegido, no es por ser vosotros los más en número entre todos los pueblos, pues sois el más pequeño de todos. [8] Porque Yave os amó, y porque ha querido cumplir el juramento que hizo a vuestros padres, os ha sacado de Egipto Yave con mano poderosa, redimiéndoos de la casa de la servidumbre, de la mano del Faraón, rey de Egipto. [9] Has de saber, pues, que Yave, tu Dios, es el Dios fiel, que guarda la alianza y la misericordia hasta mil generaciones, a los que le aman y guardan sus mandamientos; [10] pero retribuye en cara al que le aborrece, destruyéndole; no tarda en darle en cara su merecido. [11] Guarda, pues, tú sus mandamientos, las leyes y estatutos que te prescribe hoy, poniéndolos por obra.
[12] Si escucháis sus mandatos y los guardáis y los ponéis por obra, en retorno Yave, tu Dios, te guardará su alianza y la misericordia que a tus padres juró. [13] Te amará, te bendecirá y te multiplicará; bendecirá el fruto de tus entrañas y el fruto de tu suelo; tu trigo, tu mosto, tu aceite, las crías de tus vacas y las crías de tus ovejas, en la tierra que a tus padres juró darte. [14] Serás bendito sobre todos los pueblos, no habrá estériles en ti ni en tus ganados; [15] Yave alejará de ti las enfermedades, no mandará sobre ti ninguna de las plagas malignas de Egipto, que tú conoces, y afligirá con ellas a los que te odien. [16] Devorarás a todos los pueblos que Yave, tu Dios, va a entregarte; tus ojos no los perdonarán y no servirás a sus dioses, porque eso sería para ti la ruina. [17] Y si se te ocurriere decir: ¿Cómo voy a poder expulsar a esas naciones, que son más numerosas que yo? [18] No las temas, acuérdate de lo que Yave, tu Dios, hizo con el Faraón y con todo el Egipto, [19] las grandes pruebas que vieron tus ojos, los portentos y prodigios, la mano fuerte y el brazo tendido, con que Yave, tu Dios, te sacó; así hará también Yave, tu Dios, con todos los pueblos que tú temes. [20] Aun tábanos mandaría Yave, tu

(1) La destrucción de estos pueblos, que a primera vista puede parecer inhumana, se justifica principalmente en dos aspectos, fundados ambos en la crueldad e inmoralidad de las religiones de estos pueblos. Por ello los castiga Dios y toma por instrumento a Israel para destruirlos. El contacto de ellos con Israel era, además, peligrosísimo, como lo demuestra la Historia.

Dios, contra ellos, hasta hacer perecer a los sobrevivientes o a los que se escondiesen. [21] No los temas, porque en medio de ti está Yave, tu Dios, el Dios grande y terrible. [22] Yave, tu Dios, expulsará a esas naciones poco a poco, no puedes exterminarlas en un día, no fuera que las fieras salvajes se multiplicaran contra ti. [23] Yave, tu Dios, te los entregará y los conturbará con gran conturbación, hasta que desaparezcan; entregará en tus manos sus reyes, y harás desaparecer sus nombres de debajo de los cielos; nadie podrá resistirte hasta que los hayas destruído. [25] Consumirás por el fuego las imágenes esculpidas de sus dioses; no codicies la plata ni el oro que haya sobre ellas, apropiándotelo, y cayendo en una trampa, porque es abominación de Yave, tu Dios, [26] y no has de introducir en tu casa abominación, para no hacerte como ello es, anatema. Detéstalo y abomínalo como abominación, por ser cosa dada al anatema (1).

Agradecimiento a Dios por los beneficios recibidos.

8 [1] Tened gran cuidado de poner por obra los mandamientos que os prescribo hoy para que viváis y os multipliquéis, y entréis, para poseerla, en la tierra que Yave juró dar a vuestros padres. [2] Acuérdate de todo el camino que Yave, tu Dios, te ha hecho hacer estos cuarenta años por el desierto, para castigarte y probarte, para conocer los sentimientos de tu corazón, y saber si guardas o no sus mandamientos. [3] El te afligió, te hizo pasar hambre, y te alimentó con el maná, que no conocieron tus padres, para que aprendieras que no sólo de pan vive el hombre, sino de cuanto procede de la boca de Yave. [4] Tus vestidos no se envejecieron sobre ti, ni se hincharon tus pies durante esos cuarenta años, para que reconocieras en tu corazón que Yave, tu Dios, te instruye, como instruye un hombre a su hijo, [6] y guardaras los mandamientos de Yave, tu Dios, marchando por sus caminos y temiéndole.

[7] Ahora, Yave, tu Dios, va a introducirte en una buena tierra, tierra de torrentes, de fuentes, de aguas profundas, que brotan en los valles y en los montes; [8] tierra de trigo, de cebada, de viñas, de higueras, de ganados; tierra de olivos, de aceite y de miel; [9] tierra donde comerás tu pan en abundancia y no carecerás de nada; tierra cuyas piedras son hierro, y de cuyas montañas sale el bronce. [10] Comerás y te hartarás; bendice, pues, a Yave por la buena tierra que te ha dado. [11] Guárdate bien de olvidarte de Yave, tu Dios, dejando de observar sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos, que hoy te prescribo yo; [12] no sea que cuando comas y te hartes, cuando edifiques y habites hermosas casas, [13] y veas multiplicarse tus bueyes y tus ovejas y acrecentarse tu plata, tu oro y todos tus bienes, [14] te ensoberbezcas en tu corazón y te olvides de Yave, tu Dios, que te sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre, [15] y te ha conducido a través de vasto y horrible desierto, de serpientes de fuego y escorpiones, tierra árida y sin aguas; que hizo brotar para ti agua de la roca pedernalina, [16] y te ha dado a comer en el desierto el maná, que tus padres no conocieron, castigándote y probándote para a la postre hacerte bien, [17] no dijeras: Mi fuerza, y el poder de mi mano me ha dado esta riqueza. [18] Acuérdate, pues, de Yave, tu Dios, que es quien te da poder para adquirirla, cumpliendo como hoy la alianza que a tus padres juró. [19] Si olvidándote de Yave, te llegaras a ir tras otros dioses, y les sirvieras y te prosternaras ante ellos, yo doy testimonio hoy contra vosotros, de que con toda certeza pereceréis; [20] como las naciones que Yave hace perecer ante vosotros, así vosotros pereceréis, por no haber escuchado la voz de Yave, vuestro Dios.

9 [1] ¡Escucha, Israel! Estáis hoy para pasar el Jordán y marchar a la conquista de naciones más numerosas y más poderosas que tú; de grandes ciudades, cuyas murallas se levantan hasta el cielo; [2] de un pueblo numeroso y de elevada estatura, los hijos de los Enaquim que ya conoces, y de quienes has oído

(1) Los premios y castigos con que se sanciona la ley son, por lo general, materiales. En primer lugar, porque el sujeto de ellos es principalmente el pueblo, y además por la imperfección religiosa y moral de éste, incapaz de estimar los bienes morales, puramente espirituales. (S. Th. I. II[a] q. 99. a. 6.)

hablar: ¿quién podrá resistir contra los hijos de Enac? 3 Has de saber desde hoy que Yave, tu Dios, irá él mismo delante de ti, como fuego devorador, que él los destruirá, los humillará ante ti, y tú los arrojarás y los destruirás pronto, como te lo ha dicho Yave. 4 No digas luego en tu corazón, cuando Yave, tu Dios los arroje de ante ti: Por mi justicia me ha puesto Yave en posesión de esta tierra. Por la iniquidad de esos pueblos, Yave los arrojará de ante de ti. 5 No, no por tu justicia ni por la rectitud de tu corazón vas a entrar en posesión de esa tierra; por la maldad de esas naciones las expulsa Yave delante de ti; para cumplir la palabra que con juramento dió a tus padres, Abraham, Isac, y Jacob. 6 Entiende que no por tu justicia te da Yave la posesión esa buena tierra, que eres pueblo de dura cerviz.

Las infidelidades de Israel.

7 ¡Acuérdate! No olvides cuánto has irritado a Yave, tu Dios, en el desierto; desde el día en que salisteis de la tierra de Egipto hasta que habéis llegado a este lugar, habéis sido rebeldes a Yave. 8 Ya en Horeb provocasteis la ira de Yave, y Yave se irritó contra vosotros hasta querer destruiros. 9 Cuando subí yo a la cumbre de la montaña, para recibir las tablas de la alianza que Yave hacía con vosotros, y estuve allí cuarenta días con cuarenta noches sin comer pan ni beber agua, 10 y me dió Yave las dos tablas de piedra escritas por el dedo de Dios, que contenían todas las palabras que él os había dicho en la montaña, en medio de fuego, el día de la congregación; 11 al cabo de los cuarenta días y las cuarenta noches me dió Yave las dos tablas de piedra, las tablas de la alianza, 12 y me dijo entonces: «Anda, baja presto de aquí, porque tu pueblo, el que has sacado de Egipto, se ha corrompido; pronto se ha apartado del camino que yo le mandé, y se han hecho una imagen fundida.» 13 Y me dijo Yave: «Ya veo que este pueblo es un pueblo de cerviz dura; 14 déjame que le destruya y que borre su nombre de bajo los cielos y te haré a ti una nación más poderosa y más numerosa que ese pueblo.» 15 Yo me volví y bajé de la montaña, que estaba toda en fuego, trayendo en mis manos las dos tablas de la alianza; 16 miré y vi que habíais pecado contra Yave, vuestro Dios; os habíais hecho un becerro fundido, apartándoos bien pronto del camino que Yave os había prescrito; 17 cogí entonces las dos tablas y con mis manos las tiré, rompiéndolas ante vuestros ojos. 18 Luego me postré en la presencia de Yave, como la primera vez, durante cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan y sin beber agua, por todos los pecados que vosotros habíais cometido, haciendo lo malo a los ojos de Yave, irritándole. 19 Yo estaba espantado de ver la cólera y el furor con que Yave estaba enojado contra vosotros, hasta querer destruiros; pero todavía esta vez me escuchó Yave. 20 Estaba Yave también fuertemente irritado contra Arón, hasta el punto de querer hacerle perecer, y yo intercedí entonces también por Arón; 21 y cogí vuestro pecado, el que os habíais hecho, el becerro, y lo arrojé al fuego, y desmenuzándolo bien hasta reducirlo a polvo, eché el polvo en el agua del torrente que baja de la montaña.

22 En Tabera, en Masa, y en Quibrot Hatava, excitasteis también la cólera de Yave; 23 y cuando Yave os hizo subir de Cades Barne, diciendo: «Subid y tomad posesión de la tierra que os doy», fuisteis rebeldes a las órdenes de Yave, vuestro Dios, no tuvisteis confianza en él y no obedecisteis su voz. 24 Habéis sido rebeldes a Yave, desde el día en que él comenzó a poner en vosotros sus ojos.

25 Yo me postré ante Yave aquellos cuarenta días y cuarenta noches que estuve postrado, porque Yave hablaba de destruiros, 26 y le rogué, diciendo: ¡Señor, Yave, no destruyas a tu pueblo, a tu heredad, redimida por tu grandeza, sacándolo de Egipto con tu mano poderosa! 27 Acuérdate de tus siervos Abraham, Isac y Jacob; no mires a la dureza de este pueblo, a su perversidad, a su pecado; 28 que no puedan decir los de la tierra de que nos has sacado: Por no poder Yave hacerlos entrar en la tierra que les había prometido, y porque los odiaba, los ha sacado fuera, para hacerlos morir en el desierto. 29 Son tu heredad, que con tu gran poder y y brazo tendido has sacado fuera.

10 [1] Entonces me dijo Yave: «Hazte dos tablas de piedra como las primeras, y sube a mí a la montaña; haz también un arca de madera; [2] yo escribiré sobre esas tablas las palabras que estaban escritas sobre las primeras que tú rompiste, y las guardarás en el arca.» [3] Hice, pues, un arca de madera de acacia; y habiendo cortado dos tablas de piedra como las primeras, subí con ellas a la montaña. [4] El escribió sobre estas tablas lo que estaba escrito en las primeras, los diez mandamientos que Yave os había dicho en la montaña de en medio del fuego, el día de la congregación, y me las dió. [5] Yo me volví, y bajando de la montaña, puse las tablas en el arca que había hecho, y allí han quedado, como Yave me lo mandó.

[6] Los hijos de Israel partieron de Berot Bene Jacan para Mosera. Allí murió Arón y allí fué enterrado. Eleazar, su hijo, fué sacerdote en su lugar. [7] De allí partieron para Gadgad, y de Gadgad para Jetebata, región rica en aguas. [8] En ese tiempo separó Yave la tribu de Leví, para llevar el arca de la alianza de Yave, para que estuvieran en su presencia y le sirvieran y bendijeran su nombre, como hasta hoy. [9] Por eso Leví no tiene parte ni heredad entre sus hermanos, porque es Yave su heredad, como Yave te lo ha dicho.

[10] Yo me estuve en la montaña como anteriormente, cuarenta días y cuarenta noches; y Yave me escuchó esta vez también, y no quiso ya destruiros. [11] Me dijo Yave: Levántate y ve a ponerte a la cabeza del pueblo, para que entren y se posesionen de la tierra que a sus padres juré darles.

Exhortación a la observancia. Promesas y amenazas.

[12] Ahora, pues, Israel, ¿qué es lo que de ti exige Yave, tu Dios, sino que temas a Yave, tu Dios, siguiendo por todos sus caminos, amando y sirviendo a Yave, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, [13] y guardando los mandamientos de Yave y sus leyes, que hoy te prescribo yo, para que seas dichoso? [14] Mira: De Yave, tu Dios, son los cielos de los cielos, la tierra y todo cuanto en ella se contiene. [15] Y sólo con tus padres se ligó amándolos, y a su descendencia después de ellos, a vosotros, os ha elegido de entre todos los pueblos, como hoy.

[16] Circuncidad, pues, vuestros corazones, y no endurezcáis más vuestra cerviz; [17] porque Yave, vuestro Dios, es el Dios de los dioses, el Señor de los señores, el Dios grande, fuerte y terrible, que no hace acepción de personas ni recibe regalos, [18] hace justicia al huérfano y a la viuda, [19] ama al peregrino y le alimenta y le viste. Amad también vosotros al peregrino, porque peregrinos fuisteis en la tierra de Egipto. [20] Teme a Yave, tu Dios, sírvele, apégate a él y jura por su nombre. [21] El es tu gloria, él es tu Dios, que por ti ha hecho cosas grandes y terribles, que con tus mismos ojos has visto. [22] Tus padres bajaron a Egipto en número de setenta personas, y ahora Yave, tu Dios, ha hecho de ti una muchedumbre, como las estrellas del cielo.

11 [1] Ama, pues, a tu Dios, y cumple lo que de ti demanda, sus leyes, sus preceptos, sus mandamientos por siempre. [2] Reconoced hoy, pues no hablo ahora a vuestros hijos, que no saben y no vieron, la enseñanza de Yave, vuestro Dios; su grandeza, su mano fuerte y su brazo tendido; [3] los prodigios y portentos que en medio de Egipto obró contra el Faraón, rey de Egipto, y contra toda su tierra; [4] lo que hizo con el ejército egipcio, con sus caballos y sus carros, arrojando sobre ellos las aguas del Mar Rojo, cuando os perseguían, y destruyéndolos hasta hoy; [5] lo que por vosotros ha hecho en el desierto, hasta que habéis llegado a este lugar; [6] lo que hizo con Datán y Abirón, hijos de Eliab, hijo de Rubén, cuando abriendo la tierra su boca se los tragó con sus casas, sus tiendas y todos sus secuaces, en medio de todo Israel. [7] Porque con vuestros ojos habéis visto todos los grandes prodigios que ha hecho Yave. [8] Guardad, pues, todos sus mandamientos que hoy os prescribo yo, para que seáis fuertes, y entréis y os adueñéis de la tierra a que vais a pasar, para tomar posesión de ella, [9] y para que se dilaten vuestros días sobre la tierra que Yave juró dar a vuestros padres, a ellos y a su descendencia, la tierra que mana leche y miel. [10] Porque la tierra en que vais a entrar para poseerla, no es como la

tierra de Egipto, de donde habéis salido, donde echabas tu simiente, y la regabas con tu pie, como se riega una huerta. [11] La tierra en que vais a entrar para poseerla es una tierra de montes y valles, que riega la lluvia del cielo; [12] es una tierra de que cuida Yave, tu Dios, y sobre la cual tiene siempre puestos sus ojos, desde el comienzo del año hasta el fin.

[13] Si vosotros obedecéis los mandatos que yo os prescribo, amando a Yave, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, [14] yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía; y tú cosecharás tu trigo, tu mosto y tu aceite; [15] yo daré también hierba en tus campos para tus ganados, y de ellos comerás y te saciarás. [16] Pero cuidad mucho de que no se deje seducir vuestro corazón, y desviándoos, sirváis a otros dioses, y os prosternéis ante ellos; [17] porque la cólera de Yave se encendería contra vosotros y cerraría el cielo, y no habría más lluvia, y la tierra no daría más sus frutos, y desapareceríais presto de la buena tierra que Yave os da. [18] Poned, pues, en vuestro corazón y en vuestra alma las palabras que yo os digo; atadlas por recuerdo a vuestras manos y ponedlas como frontal entre vuestros ojos. [19] Enseñádselas a vuestros hijos, habladles de ellas; ya cuando estés en tu casa, ya cuando vayas de viaje, al acostarte y al levantarte. [20] Escríbelas en los postes de tu casa y en tus puertas, [21] para que vuestros días y los días de vuestros hijos, sobre la tierra que a vuestros padres Yave juró darles, sean tan numerosos como los días de los cielos sobre la tierra. [22] Porque, si cuidadosamente guardáis estos mandamientos que yo os prescribo, amando a vuestro Dios, marchando siempre por sus sendas y apegándoos a él, [23] Yave arrojará de ante vosotros a todos los pueblos, más numerosos y más poderosos que vosotros; [24] cuanto pise la planta de vuestros pies vuestro será, y vuestras fronteras se extenderán desde el desierto al Líbano, desde el río, el Eufrates, hasta el mar occidental; todo será dominio vuestro. [25] Nadie podrá resistir ante vosotros; Yave, vuestro Dios, esparcirá ante vosotros, como os lo ha dicho, el miedo y el terror sobre toda tierra donde pongáis vuestro pie. [26] Ved; yo os pongo hoy delante bendición y maldición; [27] la bendición, si cumplís los mandamientos de Yave, vuestro Dios, que yo os prescribo hoy; [28] la maldición, si no cumplís los mandamientos de Yave, vuestro Dios, y apartándoos del camino que yo os prescribo hoy, os vais tras otros dioses, que no habéis conocido. [29] Y cuando Yave, tu Dios, te haya hecho entrar en la tierra de que vas a tomar posesión, pronunciarás la bendición sobre el monte Garizim, y la maldición sobre el monte Ebal, [30] esas montañas del otro lado del Jordán, detrás del camino de occidente en la tierra de los cananeos, que habitan en el Araba, frente a Galgal, junto al encinar de Moré. [31] Porque vais a pasar el Jordán y a posesionaros de la tierra que Yave, vuestro Dios, os da, y la poseeréis y habitaréis en ella. [32] Tened, pues, gran cuidado en cumplir todos los mandamientos que hoy os propongo.

LEYES ACERCA DEL CULTO

El santuario único.

12 [1] He aquí, pues, las leyes y preceptos que cuidaréis de poner por obra en la tierra que Yave, Dios de vuestros padres, os da en posesión, todo el tiempo que viváis sobre la tierra.

[2] Destruiréis enteramente todos los lugares donde las gentes que vais a desposeer han dado culto a sus dioses, sobre los altos montes, sobre los collados y bajo todo árbol frondoso; [3] abatiréis sus altares, romperéis sus cipos, destruiréis sus *aseras* (1), quemaréis sus imágenes talladas y sus dioses, y haréis desaparecer de la memoria sus nombres.

[4] No haréis así cuanto a Yave, vuestro Dios, [5] sino que le buscaréis

(1) En este lugar tenemos una sucinta descripción de los santuarios cananeos. Situados, por lo general, en lugares altos, collados, colinas, y estaban al descubierto. Distingue Moisés en ellos el altar, los ídolos. el *maseba* = cipos, y el *asera*. Este último era un grupo de troncos,. con el arranque de algunas ramas, que reunidos venían a simbolizar un bosque, símbolo a su vez de Astarté, la diosa de la fecundidad.

en el lugar que él elija entre todas las tribus, para poner en él su santo nombre y hacer en él su morada, allá iréis; [6] allí le presentaréis vuestros holocaustos y sacrificios, vuestras décimas y la ofrenda alzada de vuestras manos, vuestros votos y vuestras oblaciones voluntarias, y los primogénitos de vuestras vacas y ovejas. [7] Allí comeréis delante de Yave, vuestro Dios, y os regocijaréis vosotros y vuestras familias, gozando de los bienes que vuestras manos adquieran, y con que Yave, tu Dios, te bendiga. [8] No haréis cada uno como bien le parezca, como lo hacemos nosotros aquí ahora, [9] porque no habéis llegado todavía al descanso y a la heredad que Yave, tu Dios, te da. [10] Mas pasaréis el Jordán, y habitaréis en la tierra que Yave, vuestro Dios, os dará en heredad; y entonces os dará reposo contra todos vuestros enemigos que os rodean, y habitaréis en seguridad. [11] Entonces, en el lugar que Yave, vuestro Dios, elija, para que en él more su santo nombre, allá llevaréis todo lo que yo os mando, vuestros holocaustos, vuestros sacrificios, vuestras décimas, las ofrendas elevadas de vuestras manos y las escogidas ofrendas de vuestros votos a Yave. [12] Allí os regocijaréis en la presencia de Yave, vuestro Dios, vosotros y vuestros hijos, vuestros siervos y vuestras siervas, y el levita que esté dentro de vuestras puertas, ya que éste no ha recibido parte y heredad con vosotros. [13] Guárdate de ofrecer holocaustos en cualquier lugar a que llegues; [14] los ofrecerás en el lugar que Yave haya elegido en una de tus tribus; allí harás todo lo que yo te mando (1).

[15] Pero cuando quieras, podrás matar y comer la carne en todas tus ciudades, conforme a la bendición que Yave, tu Dios, te haya otorgado. Podrán comerla lo mismo el impuro que el puro, como se hace con la gacela y el ciervo. [16] Mas no comeréis sangre, la derramaréis sobre la tierra, como el agua.

[17] No podrás comer en cualquiera de tus ciudades las décimas de tu trigo, de tu mosto y de tu aceite, ni los primogénitos de tus vacas y tus ovejas, ni nada de cuanto ofrezcas en cumplimiento de un voto, ni tus ofrendas voluntarias, ni las oblaciones de elevación. [18] Delante de Yave, tu Dios, en el lugar que Yave, tu Dios, elija, las comerás, tú, tu hijo y tu hija, tu siervo y tu sierva, y el levita que more en tus ciudades; allí te regocijarás ante Yave, tu Dios, disfrutando de los bienes que adquiera tu mano. [19] Guárdate de desamparar al levita en todo el tiempo que vivas sobre tu tierra. [20] Cuando Yave, tu Dios, haya extendido tus fronteras, como te lo ha prometido, y digas: Quiero comer carne, porque sienta deseo de ella tu alma, podrás comerla cuantas veces quieras. [21] Si el lugar que Yave, tu Dios, elija, para poner en él su nombre, está lejano, podrás matar tu ganado mayor y menor, que Yave te dé, según lo que te he prescrito, y comerlo en tu ciudad, a tu deseo. [22] Lo comerás como se come la gacela y el ciervo; el puro y el impuro podrán comerlo uno y otro; [23] pero atente siempre a la prohibición de comer sangre; es la vida, y no debes comer la vida de la carne; [24] no la comerás, la derramarás sobre la tierra como el agua; [25] no la comerás, para que seas dichoso, tú y tus hijos después de ti, haciendo lo que es recto a los ojos de Yave. [26] Pero las ofrendas sagradas que se te imponen, y las que tú hagas en cumplimiento de un voto, ésas tómalas, y ve al lugar que Yave elija; [27] y allí ofrecerás tus holocaustos, carne y sangre, en el altar de Yave, tu Dios; en los sgcrificios, la sangre será derramada en el altar de Yave, tu Dios, y la carne la comerás tú. [28] Escucha y guarda todo esto que yo te mando, para que seas dichoso tú, y tus hijos después de ti, por siempre, haciendo lo que es recto a los ojos de Yave, tu Dios.

Contra los ritos gentílicos.

[29] Cuando Yave, tu Dios, haya exterminado a los pueblos que de delante de ti va a arrojar, y ya los hayas destruído, y habites en la tierra, [30] guárdate de imitarlos, cayendo en una trampa, después de haber desaparecido de delante de ti, y de indagar acerca de sus dioses,

(1) Es nota característica del Deuteronomio la insistencia en señalar como centro religioso el lugar elegido por Dios de entre las tribus de Israel.

diciendo: ¿Cómo acostumbraban esas gentes servir a sus dioses? Voy a hacer también yo como ellos hacían. 31 No obres así con Yave, tu Dios; porque cuanto hay de aborrecible y abominable a Yave, lo hacían ellos para sus dioses; hasta quemar en el fuego a sus hijos, en honor suyo. 32 Todo lo que yo te mando, guárdalo diligentemente, sin añadir ni quitar nada.

Prevenciones contra la apostasía.

13 1 Si se alzare en medio de ti un profeta o un soñador, que te anuncia una señal o un prodigio, 2 aunque se cumpliere la señal o el prodigio de que te habló, diciendo: Vamos tras de otros dioses—dioses que tú no conoces—y sirvámosles; 3 no escuches las palabras de ese profeta o ese soñador, porque te prueba Yave, tu Dios, para saber si amáis a Yave, vuestro Dios, con todo vuestro corazón y toda vuestra alma. 4 Tras de Yave, vuestro Dios, habéis de ir; a él habéis de temer, guardar sus mandamientos, obedecer su voz, servirle y allegaros a él. 5 Y ese profeta o soñador será condenado a muerte (1), por haber aconsejado la rebelión contra Yave, vuestro Dios, que os sacó de Egipto y os libró de la casa de la servidumbre, para apartaros del camino por donde Yave, tu Dios, te ha mandado ir. Así harás desaparecer la maldad de en medio de ti.

6 Si tu hermano, hijo de tu madre, o tu hijo o tu hija, o la mujer que descansa en tu regazo, o tu amigo, aunque le quieras como a tu propia alma, te incitare en secreto, diciendo: Vamos a servir a otros dioses—dioses que no conocísteis ni tú ni tus padres; 7 de entre los dioses de los pueblos que os rodean, cercanos o lejanos, del uno al otro cabo de la tierra—, 8 no asientas ni le escuches, ni tenga tu ojo piedad de él, ni le tengas compasión ni le encubras; 9 denúnciale irremisiblemente, y sea tu mano la primera que contra él se alce para matarle, siguiendo después las de todo el pueblo; 10 le lapidaréis hasta que muera, por haber buscado apartarte de Yave, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la casa de la servidumbre. 11 Así todo Israel lo sabrá y temerá de hacer más una semejante maldad en medio de ti.

12 Si de una de las ciudades que Yave, tu Dios, te ha dado por morada, oyeres decir: 13 gentes malvadas, salidas de en medio de ti, andan seduciendo a los habitantes de la ciudad, diciendo: Vamos a servir a otros dioses; 14 inquirirás, examinarás y preguntarás cuidadosamente; si el rumor es verdadero y cierto el hecho, si se ha cometido en medio de ti tal abominación, 15 entonces, dando al anatema esa ciudad, con todo cuanto hay en ella y sus ganados, no dejes de pasarla a filo de espada; 16 y reuniendo todo su botín en medio de la plaza, quemarás completamente la ciudad con su botín, para Yave, tu Dios; sea para siempre un montón de ruinas y no vuelva a ser edificada. 17 Que no se te pegue a las manos nada de cuanto fué dado al anatema, para que se vuelva Yave del furor de su ira, y te haga gracia y misericordia, y te multiplique, como a tus padres se lo juró, 18 si guardas todos sus mandamientos que yo hoy te prescribo, haciendo lo que es recto a los ojos de Yave, tu Dios.

Animales puros y animales impuros.

(Lev. 11, 2-23.)

14 1 Vosotros sois hijos de Yave, vuestro Dios. No os hagáis incisiones, ni os decalvéis entre los ojos, por un muerto. 2 Porque tú eres un pueblo consagrado a Yave, tu Dios, y te ha elegido Yave para que seas su pueblo singular, de entre todos los pueblos que hay sobre la haz de la tierra.

3 No comas abominación alguna. 4 He aquí los animales que comeréis: el buey, la oveja y la cabra; 5 el ciervo, la gacela y el corzo; la cabra montés, el antílope, el búfalo, la gamuza; 6 todo animal que tenga la pezuña dividida y el pie hendido y

(1) Como la existencia misma del pueblo pendía de la observancia de su religión, todo delito grave contra ésta era, al mismo tiempo, un atentado contra aquélla. Por eso se castigan tan rigurosamente los delitos contra la religión. En el mismo cap., v. 13, se expone cómo ha de ser castigada la ciudad en que tal delito se cometa.

rumie; [7] pero no comeréis los que solamente rumian, ni los que solamente tienen la pezuña dividida y el pie hendido; el camello, la liebre, el conejo, que rumian, pero no tienen la pezuña dividida, son inmundos para vosotros; [8] el puerco, que tiene la pezuña hendida, pero no rumia, es inmundo para vosotros. No comeréis sus carnes ni tocaréis sus cadáveres.

[9] De los animales que viven en el agua, comeréis los que tienen aletas y escamas; [10] pero cuantos no tienen aletas y escamas, no los comeréis, son para vosotros inmundos. [11] Comeréis toda ave pura. [12] He aquí las que no comeréis: el águila, el quebrantahuesos, el buitre, [13] el milano y toda suerte de halcones; [14] toda suerte de cuervos; [15] el avestruz, el mochuelo, la lechuza; [16] el ibis, el buho y el pelícano; [17] la cerceta, el mergo, la cigüeña; [18] la garza de todas clases, la abubilla y el murciélago. [19] Tendréis también por inmundo todo insecto alado, no lo comeréis. [20] Comeréis los volátiles puros. [21] No comeréis morticino de ningún animal; podrás dárselo a comer al peregrino que reside en tus ciudades o vendérselo al extranjero; vosotros sois un pueblo consagrado a Yave, tu Dios. No cocerás el cabrito en la leche de su madre.

Décimas.

(Exod. 22, 20; Lev. 27, 30-33.)

[22] Diezmarás todo producto de tus sementeras, de lo que dé tu campo cada año; [23] y comerás delante de Yave, tu Dios, en el lugar que él elija, para hacer habitar en él su nombre, la décima de tu trigo, de tu mosto y de tu aceite, y los primogénitos de tus vacas y ovejas, para que aprendas a temer siempre a Yave, tu Dios; [24] pero si el camino fuere largo para poder llevarlos allá, por estar tú demasiado lejos del lugar que elija Yave para hacer habitar en él su nombre, cuando Yave te bendecirá, [25] lo venderás; y tomando el dinero en tus manos, irás con él al lugar que Yave, tu Dios, elija. [26] Allí comprarás con el dinero lo que desees, bueyes, ovejas, vino u otro licor fermentado, lo que quieras; y comerás allí, delante de Yave, y te regocijarás, tú y tu casa. [27] No dejarás de lado al levita que mora en tu ciudad, porque él no tiene parte ni heredad contigo.

[28] Al fin de cada tercer año, separarás todas las décimas de los productos de aquel año y las depositarás en tu ciudad; [29] allá vendrá el levita, que no tiene parte ni heredad contigo y el peregrino, el huérfano y la viuda que habita en tus ciudades y comerán y se saciarán, para que Yave, tu Dios, te bendiga en todas las obras de tus manos (1).

El año de la remisión.

15 [1] Al fin de cada séptimo año, harás la remisión. [2] He aquí cómo se ha de hacer la remisión: Todo acreedor que haya prestado, condonará al deudor lo prestado; no lo exigirá ya más a su prójimo, una vez publicada la remisión de Yave; [3] podrás exigirlo del extranjero, pero no de tu hermano, al que harás la remisión, [4] para que no haya entre ti pobres; porque Yave te bendecirá seguramente en la tierra que Yave, tu Dios, te ha dado en heredad, para que la poseas, [5] siempre que oigas la voz de Yave, tu Dios, poniendo por obra cuidadosamente todos sus mandatos, que yo hoy te prescribo. [6] Porque Yave, tu Dios, te bendecirá, como él te lo ha dicho, y prestarás a muchos pueblos, y no tendrás que tomar prestado de nadie; dominarás a muchas naciones y ellas no te dominarán a ti.

Los pobres y los esclavos.

[7] Si hubiere en medio de ti un necesitado de entre tus hermanos, en tus ciudades, en la tierra que Yave, tu Dios, te da, no endurecerás tu corazón ni cerrarás tu mano a tu hermano pobre, [8] sino que le abrirás tu mano y le prestarás con que poder satisfacer sus necesidades, según lo que necesite. [9] Guárdate de que

(1) Es de notar, como característica del Deuteronomio, el gran cuidado del legislador por el pobre, incluyendo entre éstos al levita, al huérfano, a la viuda y al peregrino.

se alce en tu corazón este bajo pensamiento: Está ya cercano el año de la remisión; y de mirar con malos ojos a tu hermano pobre y no darle nada, no sea que él clame a Yave contra ti y te cargues con un pecado. 10 Debes darle, sin que al darle se entristezca tu corazón; porque por ello Yave, tu Dios, te bendecirá en todos tus trabajos y en todas tus empresas. 11 Nunca dejará de haber pobres en la tierra, por eso te doy este mandamiento: abrirás tu mano a tu hermano, al necesitado y al pobre de tu tierra.

12 Si uno de tus hermanos, un hebreo o una hebrea, se te vende, te servirá seis años, pero al séptimo le despedirás libre de tu casa; 13 y al despedirle libre de tu casa, no le mandarás vacío, 14 sino que le darás algo de tus ovejas, de tu era y de tu lagar, haciéndole partícipe de los bienes con que Yave, tu Dios, te bendice a ti. 15 Acuérdate de que esclavo fuiste en la tierra de Egipto, y de que Yave, tu Dios, te libertó; por eso te doy yo este mandato. 16 Y si tu esclavo te dice: No quiero salir de tu casa, porque te amo a ti y a tu casa, y se halla bien contigo, 17 entonces, tomando un punzón, le agujerearás la oreja junto a la puerta, y será esclavo tuyo para siempre; lo mismo harás con tu sierva. 18 Que no te pese darle por libre, porque sirviéndote seis años, te ha valido el doble del salario de un jornalero, y Yave, tu Dios, te bendecirá en cuanto hagas.

Los primogénitos.

(Exod. 13, 11-16; Núm. 13, 14-19.)

19 Consagrarás a Yave, tu Dios, todos los primogénitos, todo primogénito macho de tus vacas y ovejas; no harás trabajar al primogénito de tu vaca, ni esquilarás al primogénito de tus ovejas, 20 sino que lo comerás cada año, tú y tu familia, delante de Yave, tu Dios, en el lugar que él elija. 21 Pero si es defectuoso, si ciego o cojo o con otro defecto, no se lo ofrecerás en sacrificio a Yave, tu Dios. 22 Lo comerás en tus ciudades, como se come la gacela o el ciervo; 23 pero no comerás la sangre, la derramarás sobre la tierra como el agua.

LAS TRES SOLEMNIDADES ANUALES

(Exod. 12; 23, 14-16; 34, 18-23; Lev. 23; Núm. 28 sig.)

La pascua.

16 1 Guarda el mes de Abib, celebrando la pascua de Yave, tu Dios; porque precisamente en el mes de Abib te sacó Yave, tu Dios, de Egipto, de noche. 2 Inmolarás la pascua a Yave, tu Dios, de las crías de las ovejas y de las vacas, en el lugar que Yave, tu Dios, haya elegido para poner en él su nombre; 3 no comerás con ella pan fermentado, sino que por siete días comerás pan ácimo, el pan de la aflicción, porque de prisa saliste de Egipto; para que así te acuerdes toda tu vida del día en que saliste de Egipto. 4 No se verá levadura esos siete días en toda la extensión de tu territorio, y nada de la víctima que a la tarde inmolares quedará para la noche hasta la mañana siguiente. 5 No sacrificarás la pascua en cualquiera de las ciudades que te dará Yave, tu Dios; 6 sólo en el lugar que Yave, tu Dios, elija, para hacer habitar en él su nombre, sacrificarás la pascua, a la tarde, al ponerse el sol, al tiempo de tu salida de Egipto. 7 La asarás y la comerás en el lugar que Yave, tu Dios, elija, y de allí te volverás a la mañana siguiente, para irte a tus tiendas. 8 Durante seis días comerás pan ácimo, y el día séptimo será la solemnidad de Yave, tu Dios, y no harás en él trabajo alguno.

Pentecostés.

9 Contarás siete semanas; desde el día en que comienza a meterse la hoz en el trigo, comenzarás a contar las siete semanas; 10 y celebrarás la fiesta de las semanas en honor de Yave, tu Dios, con ofrendas voluntarias, que harás conforme Yave, tu Dios, te haya bendecido. 11 Te regocijarás en la presencia de Yave, tu Dios, en el lugar que elija para hacer habitar en él su nombre, tú y tu hijo, tu hija, tu siervo, tu sierva, el levita que mora en tus ciudades, así como el peregrino, el huérfano y la viuda que habitan en medio

de ti. 12 Acuérdate de que siervo fuiste en Egipto, y cuida de poner en obra estos mandamientos.

La fiesta de los tabernáculos.

13 Celebrarás la fiesta de los tabernáculos durante siete días, una vez recogido el producto de tu era y de tu lagar; 14 te regocijarás en esta fiesta tú, tu hijo, tu hija, tu siervo y tu sierva, así como el levita, el peregrino, el huérfano y la viuda que habitan en tu ciudad. 15 Celebrarás la fiesta en honor de Yave, tu Dios, en el lugar que haya elegido, para que Yave, tu Dios, te bendiga en todas tus cosechas y en todo trabajo de tus manos, y te darás todo a la alegría.

16 Tres veces al año, todo varón de entre vosotros se presentará delante de Yave, vuestro Dios, en el lugar que él haya elegido; en la festividad de los ácimos, en la de las semanas y en la de los tabernáculos; y no se presentará ante Yave con las manos vacías. 17 Cada cual hará sus ofrendas, conforme a las bendiciones que Yave, tu Dios, le haya otorgado.

La administración de justicia.

18 Te constituirás jueces y escribas, en todas las ciudades que Yave, tu Dios, te dará, según tus tribus, que juzguen al pueblo justamente. 19 No tuerzas el derecho, no hagas acepción de personas, no recibas regalos, porque los regalos ciegan los ojos de los sabios y corrompen las palabras de los justos. 20 Sigue estrictamente la justicia, para que vivas y poseas la tierra que te da Yave, tu Dios.

Represión de la apostasía.

21 No plantarás arboleda alguna junto al altar que elevarás a Yave, tu Dios; 22 ni alzarás cipos, que eso lo detesta Yave, tu Dios.

17 1 No sacrificarás a Yave, tu Dios, buey ni oveja que tengan defecto, porque es abominación ante Yave, tu Dios.

2 Si en medio de ti, en alguna de las ciudades que Yave, tu Dios, te da, hubiere hombre o mujer que hiciere lo que es malo a los ojos de Yave, tu Dios, traspasando su alianza, 3 yéndose tras otros dioses para servirles y postrarse ante ellos, ante el sol o la luna o cualquier astro del ejército de los cielos (1), cosa que yo no he mandado; 4 cuando la cosa llegue a ti, harás una escrupulosa investigación; si el rumor es verdadero y el hecho cierto, si se cometió tal abominación en Israel, 5 llevarás a tus puertas al hombre o mujer que tal maldad ha cometido y los lapidarás, hasta que mueran.

6 Sólo sobre palabra de dos o tres testigos se condenará a muerte al que haya de ser condenado; no será condenado a muerte sobre la palabra de un solo testigo. 7 Las manos de los testigos se alzarán las primeras contra él, para hacerle morir, y después seguirán las del pueblo. Has de extirpar el mal de en medio de ti.

Diversas categorías de jueces.

8 Si una causa te resultare difícil de resolver, entre sangre y sangre, entre contestación y contestación, entre herida y herida, objeto de litigio en tus puertas, te levantarás y subirás al lugar que Yave, tu Dios, haya elegido, 9 y te irás a los sacerdotes hijos de Leví, al juez entonces en funciones, y le consultarás; él te dirá la sentencia que haya de darse, conforme a derecho. 10 Obrarás según la sentencia que te hayan dado en el lugar que Yave, ha elegido, y pondrás cuidado en ajustarte a lo que ellos te hayan enseñado. 11 Obrarás conforme a la ley que ellos te enseñen y a la sentencia que te hayan dado, sin apartarte ni a la derecha ni a la izquierda, de lo que te hayan dado a conocer. 12 El que, dejándose llevar de la soberbia, no escuchare al sacerdote, que está allí para servir a Yave, tu Dios, o no escuchare al juez, será condenado a muerte. 13 Así extirparás el mal de en medio de Israel, y tu pueblo, al saberlo, temerá, y no se dejará llevar de la soberbia.

---

(1) El culto de los astros no era propio de las religiones cananeas. Lo era más bien de las caldeas, cuyo influjo se dejó también sentir en Palestina.

El rey.

14 Cuando hayas entrado en la
tierra que Yave, tu Dios, te da, y
te hayas posesionado de ella y esta-
blecido en ella tu morada; si te dices:
Voy a poner sobre mí un rey, como
lo tienen todas las naciones, que me
rodean; 15 pondrás sobre ti el rey
que Yave, tu Dios, elija; uno de tus
hermanos tomarás para hacerle rey
sobre ti; no podrás darte por rey un
extranjero, que no sea tu hermano;
16 pero que no tenga gran número
de caballos, ni pretenda volver al
pueblo a Egipto; porque Yave, tu
Dios, ha dicho: no volváis nunca
jamás allá por ese camino. 17 Que no
tenga mujeres en gran número, para
que no se desvíe; ni grandes cantida-
des de plata y oro. 18 En cuanto se
siente en el trono de su realeza, escri-
birá para sí en un libro una copia de
esta ley, en presencia de los sacer-
dotes levitas. 19 Lo tendrá consigo
y lo leerá todos los días de su vida,
para que aprenda a temer a Yave,
su Dios, y a guardar todas las pala-
bras de esta ley y todos estos man-
datos, y los ponga por obra, 20 para
que no se alce su corazón sobre el
de sus hermanos, y no se aparte ni
a la derecha ni a la izquierda, y así
prolongue los días de su reinado, él
y sus hijos, en medio de Israel.

Los sacerdotes.

18 1 Los sacerdotes levitas, toda
la tribu de Leví, no tendrán
parte y heredad con Israel; se man-
tendrán de los sacrificios de combus-
tión a Yave y de la heredad de éste.
2 No tendrán heredad en medio de
sus hermanos; Yave es su heredad,
como él se lo ha dicho. 3 Estos serán
los derechos de los sacerdotes sobre
el pueblo, sobre aquellos que ofrez-
can en sacrificio un buey o una oveja:
se dará al sacerdote el brazuelo, las
mandíbulas y el cuajar. 4 También
le darás las primicias de tu trigo,
de tu mosto y de tu aceite, y las
primicias del esquileo de tus ovejas;
5 porque a él ha elegido Yave, tu
Dios, de entre todas las tribus, para
estar ante él y ministrar en nombre
de Yave, él y sus hijos por siempre.
6 Si un levita sale de alguna de tus
ciudades de todo Israel, donde pere-
grinó, para venir con todo el deseo
de su alma al lugar que Yave elija,
7 ministrará en nombre de Yave, su
Dios, como todos sus hermanos, los
levitas, que allí estén delante de
Yave, 8 y comerá una porción igual
a la de los otros, excluyendo a los
sacerdotes de la iniquidad y a los
magos.

Los profetas.

9 Cuando hayas entrado en la tie-
rra que Yave, tu Dios, te da, no
imites las abominaciones de esas na-
ciones, 10 y no haya en medio de
ti quien haga pasar por el fuego a
su hijo o a su hija, ni quien se dé
a la adivinación ni a la magia, ni
a hechicerías 11 y encantamientos;
ni quien consulte a encantadores, ni
a espíritus, ni a adivinos, ni pregunte
a los muertos. 12 Es abominación
ante Yave cualquiera que esto hace,
y precisamente por tales abomina-
ciones arroja Yave, tu Dios, de de-
lante de ti a esas gentes. 13 Sé puro
ante Yave, tu Dios. 14 Esas gentes
que vas a desposeer consultan a he-
chiceros y adivinos, pero a ti nada
de eso te permite Yave, tu Dios.
15 Yave, tu Dios, te suscitará de en
medio de ti, de entre tus hermanos,
un profeta como yo; a él le oirás,
16 precisamente como a Yave, tu
Dios, pediste en el Horeb, el día
de la congregación, diciendo: Que
no oiga yo la voz de Yave, mi Dios,
y no vea este gran fuego, para no
morir. 17 Entonces me dijo Yave:
Dicen bien, hablando así. 18 Yo les
suscitaré de en medio de sus her-
manos un profeta, como tú, pondré
en su boca mis palabras, y él les co-
municará todo cuanto yo le mande.
19 A quien no escuchare las palabras
que él dirá en mi nombre, yo le pe-
diré cuenta. 20 Pero el profeta que
ose decir en nombre mío lo que yo
no le haya mandado decir, o hable
en nombre de otros dioses, ha de
morir. 21 Y si te dices en tu corazón:
¿cómo voy a conocer yo la palabra
que no ha dicho Yave? 22 Cuando un
profeta te hable en nombre de Yave,
si lo que dijo no se cumple, no se
realiza, es cosa que no ha dicho
Yave; en su presunción habló el pro-
feta, no le temas (1).

(1) Se refiere aquí el legislador, no a un profeta particular y determinado, sino a una verdadera institución, como es la de la ju-

Ciudades de refugio.

19 [1] Cuando Yave, tu Dios, haya exterminado las naciones cuya tierra te da, y las hayas desposeído y habites en sus ciudades y en sus casas, [2] te separarás tres ciudades de en medio de la tierra que Yave, tu Dios, te da en posesión; [3] allanarás los caminos y dividirás en tres regiones el territorio que Yave, tu Dios, te da en heredad, para que todo homicida pueda refugiarse en esas ciudades. [4] He aquí el caso en que el homicida que allí se refugie tendrá salva la vida: Si mató a su prójimo sin querer, sin que antes fuera enemigo suyo, ni ayer ni anteayer. [5] Así, si uno va a cortar leña en el bosque con otro, y mientras maneja con fuerza el hacha para derribar el árbol, salta del mango el hierro y da a su prójimo y le mata, ése huirá a una de las ciudades y tendrá salva la vida. [6] Si no, el vengador de la sangre perseguiría en su furor al homicida, y si el camino era demasiado largo, le alcanzaría y le heriría de muerte; y sin embargo, ese hombre no merecía la muerte, pues que ni de ayer ni de anteayer tenía odio. [7] Por eso te doy este mandato: Separa tres ciudades; [8] y si Yave, tu Dios, ensancha tus fronteras, como a tus padres se lo ha jurado, y te da toda la tierra que a tus padres juró darte, [9] siempre que guardes y pongas por obra todos los mandamientos que yo te prescribo hoy, amando a Yave, tu Dios, y siguiendo todos sus caminos, añadirás a esas tres, otras tres ciudades, [10] para que no sea derramada sangre inocente en medio de la tierra que Yave, tu Dios, te da por heredad, y no caiga sangre sobre ti. [11] Pero si uno que odiaba a su prójimo le acechare, se echare sobre él y le hiere mortalmente y huye a una de esas ciudades, [12] los ancianos de la ciudad le mandarán prender y le entregarán en manos del vengador de la sangre, para que muera. [13] No tendréis piedad de él, quitarás de Israel sangre inocente y prosperarás.

[14] No moverás los términos de tu prójimo de donde los pusieron los antepasados en la heredad de tu propiedad, en la tierra que Yave, tu Dios, va a darte en posesión.

La prueba testifical.

[15] Un solo testigo no vale contra uno en cualquier delito o en cualquier pecado, cualquiera que sea el pecado. En la palabra de dos o tres testigos se apoyará siempre la cosa.

[16] Si surgiere contra uno un testigo malo, acusándole de un delito, [17] los dos interesados en la causa se presentarán ante Yave, ante el sacerdote [18] y los jueces en funciones en ese tiempo, quienes, si después de una escrupulosa investigación, averiguasen que el testigo, mintiendo, había dado falso testimonio contra su hermano, [19] le castigarán haciéndole a él lo que él pretendía se hiciese con su hermano; así quitarás el mal de en medio de Israel. [20] Los otros, al saberlo, temerán y no cometerán esa mala acción en medio de ti; [21] no tendrá tu ojo piedad: vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie

La guerra.

20 [1] Cuando hagas la guerra a tus enemigos, al ver los caballos y los carros de un pueblo más poderoso que tú, no los temerás; porque Yave, tu Dios, que te sacó de Egipto, está contigo. [2] Cuando se vaya a dar la batalla, avanzará el sacerdote y hablará al pueblo, [3] y le dirá: ¡Oye, Israel! Hoy vais a dar la batalla a vuestros enemigos; que no desfallezca vuestro corazón; no temáis, no os asustéis ni os aterréis ante ellos; [4] porque Yave, vuestro Dios, marcha con vosotros, para combatir con vosotros contra vuestros enemigos, y él os salvará. [5] Luego hablarán al pueblo los escribas, diciendo: ¿Quién ha construído una casa nueva y no la ha estrenado? Que se vaya y vuelva a su casa, no muera en la batalla y sea otro el que la estrene. [6] ¿Quién ha plantado una viña y no la ha vendimiado todavía? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que muera

---

dicatura, la del sacerdocio y la de la realeza. Comprende a todos los profetas que en el transcurso del tiempo mandará Dios a su pueblo; pero no se excluye, antes por modo especialísimo se incluye, al profeta por antonomasia, el Mesías. Uno de los fines de esta institución es apartar al pueblo de acudir a hechiceros y adivinos, como acostumbraban los cananeos, y en general los gentiles.

en la batalla y la vendimie otro. [7] ¿Quién se ha desposado con una mujer y todavía no la ha tomado? Que se vaya y vuelva a su casa, no sea que muera en la batalla y la tome otro. [8] Los escribas seguirán hablando al pueblo y le dirán: ¿Quién tiene miedo y siente desfallecer su corazón? Que se vaya y vuelva a su casa, para que no desfallezca como el suyo el corazón de sus hermanos (1). [9] Cuando los escribas hayan acabado de hablar al pueblo, los jefes de las tropas pasarán lista del pueblo por cabezas.

[10] Cuando te acercares a una ciudad para atacarla, le brindarás la paz. [11] Si la acepta y te abre, la gente de ella será hecha tributaria y te servirá. [12] Si en vez de hacer paces contigo quiere la guerra, la sitiarás; [13] y cuando Yave, tu Dios, la pusiere en tus manos, pasarás a todos los varones al filo de la espada; [14] pero las mujeres, los niños y los ganados y cuanto haya en la ciudad, todo su botín, lo tomarás para ti y podrás comer los despojos de tus enemigos, que Yave, tu Dios, te da. [19] Así harás con todas las ciudades situadas lejos de ti, que no sean de las ciudades de estas gentes (2). [16] Pero en las ciudades de las gentes que Yave, tu Dios, te da por heredad, no dejarás con vida a nada de cuanto respira; [17] darás al anatema esos pueblos, a los jeteos, amorreos, cananeos, fereceos, jeveos y jebuseos, como Yave, tu Dios, te lo ha mandado, [18] para que no aprendáis a imitar las abominaciones a que esas gentes se entregan para con sus dioses, y no pequéis contra Yave, vuestro Dios.

[19] Si para apoderarte de una ciudad enemiga tienes que hacer un largo asedio, no destruyas la arboleda, metiendo en ella el hacha; come sus frutos y no los tales, que no es un hombre el árbol del campo, para que pueda reforzar la defensa contra ti. [20] Los árboles que veas que no son de fruto podrás destruirlos y derribarlos, para hacer ingenios con que combatir a la ciudad en guerra contigo, hasta que caiga.

(1) Aunque la ley del servicio militar era universal, pónense aquí estas excepciones, para el momento mismo en que se va a dar la batalla, y parecen tender todas a retirar de en medio de las tropas a los que pudieran ser causa de desmoralización y cobardía.

(2) Esta era entonces la ley común de la guerra; como el servicio de las armas en todos aquellos pueblos era universal, todos los varones en edad de empuñarlas eran combatientes.

Expiación del homicidio cometido por mano desconocida.

21 [1] Si en la tierra que Yave, tu Dios, te da en posesión, fuere encontrado un hombre muerto en el campo, sin que se sepa quien lo mató, [2] tus ancianos y los jueces irán a medir las distancias del lugar donde esté el cadáver, hasta las ciudades del contorno. [3] Los ancianos de la ciudad más cercana al lugar del cadáver tomarán una becerra que no haya trabajado, que no haya llevado sobre sí el yugo, [4] y la llevarán a un valle inculto, que nunca haya sido arado ni sembrado; y allí, en el valle, la degollarán. [5] Entonces vendrán los sacerdotes, hijos de Leví, porque a ellos los eligió Yave, tu Dios, para que le sirvan, y para bendecir el nombre de Yave, y por su palabra ha de decidirse toda contestación y toda percusión. [6] Vendrán todos los ancianos de la ciudad que esté más cerca del muerto, y lavarán sus manos sobre la becerra degollada en el valle, [7] y responderán diciendo: «No han derramado nuestras manos esta sangre, ni lo han visto nuestros ojos; [8] expía a tu pueblo Israel a quien redimiste, oh Yave, y no imputes la sangre inocente a tu pueblo Israel.» Y la sangre les será perdonada. [9] Así quitarás de en medio de ti la sangre inocente, y harás lo que es recto a los ojos de Yave (1).

Las mujeres apresadas en la guerra.

[10] Cuando hagas la guerra a los pueblos enemigos, y Yave, tu Dios, te los dé en tus manos y hagas cautivos; [11] si entre ellos vieres a una mujer hermosa y la deseas, la tomarás por mujer; [12] la entrarás en tu casa, y ella se raerá la cabeza y se

(1) Tan grave delito se considera el homicidio, que, cuando no puede ser descubierto el autor, cuantos por estar cerca del lugar en que se cometió pudieran creerse complicados, manda la ley que se purguen de la responsabilidad, mediante el juramento dado por sus representantes.

cortará las uñas, [13] y quitándose los vestidos de su cautividad quedará en tu casa; llorará a su padre y a su madre por tiempo de un mes (1); después entrarás a ella y serás su marido y ella será tu mujer. [14] Si después te desagradare, le darás la libertad y no la venderás por dinero ni la maltratarás, pues tú la humillaste.

Derechos del primogénito.

[15] Cuando un hombre tenga dos mujeres, la una amada, la otra aborrecida, si la amada y la aborrecida le dieran hijos y el primogénito fuere de la aborrecida, [16] el día en que distribuya sus bienes entre sus hijos no podrá dar a los hijos de la amada el derecho de la primogenitura con preferencia al de la aborrecida, si éste es el primogénito; [17] mas habrá de reconocer por primogénito al hijo de la aborrecida, dándole de sus bienes dos tantos, porque es el primogénito de su robustez, y suyo es el derecho de la primogenitura.

El hijo rebelde.

[18] Cuando uno tenga un hijo indócil y rebelde, que no obedece la voz de su padre ni la de su madre, y aun castigándole no los obedece, [19] lo cogerán su padre y su madre y lo llevarán a los ancianos de su ciudad; y a la puerta de ella, [20] dirán a los ancianos de la ciudad: «Este hijo nuestro es indócil y rebelde y no obedece nuestra voz; es un desenfrenado y un borracho»; [21] y le lapidarán todos los hombres de la ciudad. Así quitarás el mal de en medio de ti, y todo Israel, al saberlo, temerá.

El cadáver del ajusticiado.

[22] Cuando uno que cometió un delito digno de la muerte, sea muerto colgado de un madero, [23] su cadáver no quedará en él la noche, no dejarás de enterrarle el día mismo, porque el ahorcado es maldición de Dios, y no has de manchar la tierra que Yave, tu Dios, te da en heredad (1).

Las cosas perdidas.

(Exod. 23, 4-9.)

22 [1] Si encuentras perdidos el buey o la oveja de tu hermano, no te retires, llévaselos a tu hermano. [2] Si tu hermano habita lejos de ti y no le conoces, recoge al animal en tu casa y tenlo contigo hasta que tu hermano venga a buscarlo, y devuélveselo. [3] Lo mismo harás con su asno, con su manto y con todo cuanto perdido encontrares. [4] Si ves el asno de tu hermano o su buey caído en el camino, no te desentiendas, ayúdale a levantarlo.

Prohibición de ciertos usos.

[5] No llevará la mujer vestidos de hombre, ni el hombre vestidos de mujer, porque el que tal hace es abominación a Yave, tu Dios.

[6] Si en tu camino encuentras un nido de pájaros, en un árbol o en tierra, con pollos o con huevos y la madre sobre ellos, no cojas la madre con los pollos; [7] deja libre a la madre, y no cojas más que los pollos, para que seas dichoso y vivas largos años.

[8] Cuando construyas una casa nueva, pondrás un pretil en derredor de tu terrado; no eches sangre sobre tu casa, si alguien se cayera de él.

Mescolanzas prohibidas.

(Lev. 19, 19.)

[9] No siembres en tu viña simientes de dos clases, porque todo sería declarado cosa santa, lo sembrado y el producto de la viña.

[10] No ares con buey y asno uncidos juntos.

[11] No lleves vestido tejido de lana y de lino juntamente.

[12] Te harás borlas en las cuatro puntas del vestido con que te cubras.

---

(1) Esta cautiva de guerra pasa de su nación a una nación nueva, cosa en cierto modo equivalente a la muerte para su nación, y por eso ha de despojarse de cuanto recuerda su nación propia.

(1) Un cadáver, ya por sí, es un foco de impureza. Lo es mucho más el del ajusticiado, por razón de su crimen.

Delitos de los cónyuges y sus penas.

13 Si un hombre, después de haber
tomado mujer y haber entrado a
ella, la aborreciere 14 y la imputare
falsamente delitos y la difamase, di-
ciendo: «He tomado a ésta por mujer,
y cuando a ella entré no la hallé
virgen»; 15 el padre y la madre de
ella tomarán las pruebas de su vir-
ginidad y las presentarán a los an-
cianos de la ciudad en las puertas.
16 El padre de la joven dirá: «Yo he
dado por mujer mi hija a este hom-
bre, y él, habiéndola aborrecido, le
imputa cosas deshonrosas, 17 dicien-
do: no la he hallado virgen. Ahí están
las pruebas de la virginidad de mi
hija», y desplegarán la sábana ante
los ancianos de la ciudad. 18 Estos
cogerán al hombre y le castigarán;
19 le impondrán una multa de cien
siclos de plata, que entregarán al
padre de la joven, por haber esparcido la difamación de una virgen de
Israel; tendrá que tomarla por mujer,
y nunca en la vida podrá repudiarla.
20 Pero si la acusación fuera verdad
habiéndose hallado no ser virgen la
joven, 21 la llevará a la entrada de
la casa de su padre, y las gentes de
la ciudad la lapidarán hasta matarla,
por haber cometido una infamia en
Israel, prostituyéndose en la casa
paterna; así quitarás el mal de en
medio de ti.

22 Si un hombre fuere cogido ya-
ciendo con una mujer casada, serán
muertos los dos, el hombre que yació
con la mujer, y la mujer. Así quita-
rás el mal de en medio de Israel.
23 Si una joven virgen se desposa a
un hombre y encontrándola en tanto
otro en la ciudad, yace con ella,
24 los llevaréis a los dos a las puertas
de la ciudad y los lapidaréis hasta
matarlos; a la joven, por no haber
gritado en la ciudad; al hombre, por
haber deshonrado a la mujer de su
prójimo. 25 Pero si fué en el campo
donde el hombre encontró a la joven
desposada, y haciéndola violencia
yació con ella, será sólo el hombre
el que muera. 26 A ella nada le harás;
no hay en ella reato de muerte, por-
que es como si un hombre se arroja
sobre otro y le mata, el caso es
igual. 27 Cogida en el campo, la
joven gritó, pero no había nadie que
la socorriese. 28 Si un hombre en-
cuentra a una joven virgen, no des-
posada, la coge y yace con ella y
fueren sorprendidos, 29 el hombre
que yació con ella dará al padre de
la joven cincuenta siclos de plata, y
ella será su mujer, por haberla él
deshonrado, y no podrá repudiarla
en su vida.

30 Nadie tomará mujer de su padre,
ni levantará la cubierta del lecho
paterno.

Inclusión y exclusión de la comunidad de Israel.

23 1 No será admitido en la asam-
blea de Yave aquel cuyos órga-
nos genitales hayan sido aplastados
o amputados.

2 El fruto de una unión ilícita no
será admitido en la samblea de Yave;
ni aun a la décima generación entrará.

3 Amonitas y moabitas no serán
admitidos, ni aun a la décima gene-
ración; no entrarán jamás, 4 porque
no vinieron a vuestro encuentro con
el pan y el agua al camino, cuando
salisteis de Egipto, y porque trajeron
contra ti a Balam, hijo de Beor, de
Petur, de Aram Naharaim, para que
te maldijera; 5 aunque Yave, tu Dios,
no quiso oír a Balam y mudó su mal-
dición en bendición, porque Yave,
tu Dios, te ama. 6 No buscarás su
amistad ni cuidarás de su bienestar,
jamás en los días de tu vida. 7 No
detestes al edomita, porque es her-
mano tuyo; no detestes al egipcio,
porque peregrino fuíste en su tierra:
8 sus hijos, a la tercera generación,
podrán ser admitidos en la asamblea
de Yave.

Limpieza en los campamentos.

9 Cuando salgas en guerra contra
tus enemigos, guárdate de toda cosa
mala. 10 Si hubiere alguno impuro
por accidente nocturno, sálgase fuera
del campamento 11 y no entre hasta
que, al caer de la tarde, se bañe en
agua. A la puesta del sol podrá entrar
en el campamento.

12 Tendrás fuera del campamento
un lugar donde agacharte, para hacer
tus necesidades, 13 llevando a más
de las armas un palo, con el que
harás un hoyo para agacharte; y
después de haberte agachado taparás
tus excrementos; 14 porque Yave, tu
Dios, anda en medio de tu campa-

mento para protegerte y entregar en tu poder a tus enemigos, y tu campamento debe ser santo, para que Yave no vea en ti nada de indecente y no aparte de ti sus ojos.

Humanidad.

15 No entregarás a su amo un esclavo huído, que se haya refugiado en tu casa. 16 Tenle contigo en medio de tu tierra, en el lugar que él elija, en una de tus ciudades, donde bien le viniere, sin causarle molestias (1).

17 Que no haya prostituta de entre las hijas de Israel, ni prostituto de entre los hijos de Israel. 18 No lleves a la casa de Yave ni la merced de una ramera ni el precio de un perro, para cumplir un voto, que lo uno y lo otro es abominación para Yave, tu Dios.

19 No exijas de tus hermanos interés alguno, ni por dinero ni por víveres, ni por nada de lo que con usura se presta. 20 Puedes exigírselo al extranjero, pero no a tu hermano, para que Yave, tu Dios, te bendiga en todas tus empresas, en la tierra en que vas a entrar para poseerla.

21 Cuando hicieres un voto a Yave, tu Dios, no retardes el cumplirlo; pues Yave, tu Dios, de cierto te pedirá cuenta de ello y cargarías con un pecado. 22 Si no haces voto, no cometes pecado; 23 pero la palabra salida de tus labios, la mantendrás y la cumplirás conforme al voto libremente hecho a Yave, tu Dios, que tu boca pronunció.

24 Si entras en la viña de tu prójimo, podrás comer uvas hasta saciar tu apetito, pero no guardarlas en recipiente alguno tuyo.

25 Si entras en la mies de tu prójimo, podrás coger unas espigas con la mano, pero no meter la hoz en la mies de tu prójimo.

El repudio.

24 1 Si un hombre toma una mujer, y es su marido, y ésta luego no le agrada, porque ha notado en ella algo de torpe, le escribirá el libelo de repudio, y poniéndoselo en la mano, la mandará a su casa. 2 Una vez que de la casa de él salió, podrá ella ser mujer de otro hombre (1). 3 Si también el segundo marido la aborrece, y le escribe el libelo de repudio, y poniéndoselo en la mano, la manda a su casa, o si el segundo marido que la tomó por mujer muere, 4 no podrá el primer marido volver a tomarla por mujer, después de haberse ella manchado, porque esto es una abominación para Yave, y no has de llevar el pecado a la tierra que Yave, tu Dios, te da en heredad.

5 Cuando un hombre sea recién casado, no irá a la guerra ni se le ocupará en cosa alguna: quede libre en su casa durante un año, para contentar a la mujer que tomó.

Equidad, humanidad y moderación.

6 No tomarás en prenda las dos piedras de una muela, ni la piedra de encima de ella, porque es tomar la vida en prenda.

7 Si se descubriere que alguno secuestró a su hermano de entre los hijos de Israel para hacerle esclavo, o que le vendió, el ladrón será condenado a muerte. Quitarás el mal de en medio de ti.

8 Ten cuidado con la plaga de la lepra, guardando escrupulosamente y cumpliendo cuanto te digan los sacerdotes levitas; todo cuanto yo les he prescrito, lo pondréis escrupulosamente por obra. 9 Acuérdate de lo que con María hizo Yave, tu Dios, durante el camino, a la salida de Egipto.

10 Si prestas algo a tu prójimo, no entrarás en su casa para tomar prenda; 11 esperarás fuera de ella a que el deudor te saque fuera la prenda.

12 Si éste es pobre, no te acostarás sobre la prenda, 13 se la devolverás al ponerse el sol, para que él se acueste sobre su vestido y te bendiga, y esto será para ti justicia ante Yave, tu Dios.

---

(1) En contraposición con el derecho de otros pueblos, entre ellos el romano, se manda respetar la libertad de quien huyendo de su amo la recobro.

(1) La ley tiende a impedir la separación de los cónyuges; por eso prescribe que se entregue a la mujer el repudio por escrito, no sólo para que tenga ésta una prueba de su libertad, sino para dar lugar a que intervenga el escriba, que pueda procurar la reconciliación.

14 No oprimas al mercenario pobre
e indigente, sea uno de tus hermanos,
sea uno de los peregrinos que moran
en tu tierra, en tus ciudades. 15 Dale
cada día su salario, sin dejar pasar
sobre esta deuda la puesta del sol,
porque es pobre y lo necesita. De
otro modo clamaría a Yave contra
ti y tú cargarías con un pecado.
16 No morirán los padres por la
culpa de los hijos, ni los hijos por
la culpa de los padres; cada uno sea
condenado a muerte por pecado
suyo (1).
17 No hagás injusticia al peregrino
ni al huérfano, ni tomes en prenda
las ropas de la viuda. 18 Acuérdate
de que esclavo fuiste en Egipto,
y de que Yave, tu Dios, te libró;
por eso te mando hacer así.
19 Cuando en tu campo siegues tu
mies, si olvidas alguna gavilla, no
vuelvas a buscarla; déjala para el
peregrino, el huérfano y la viuda,
para que te bendiga Yave, tu Dios,
en todo trabajo de tus manos.
20 Cuando sacudas tus olivos, no
hagas tras de ti rebusco en sus ramas;
déjalos para el peregrino, el huér-
fano y la viuda. 21 Cuando vendimies
tu viña, no hagas en ella rebusco;
déjalo para el peregrino, el huérfano
y la viuda. 22 Acuérdate de que
esclavo fuiste en Egipto, y por eso
te mando hacer así.

25 1 Si cuando entre algunos hu-
biere pleito, y llegado el juicio,
absolviendo los jueces al justo y
condenando al reo, 2 fuere el delin-
cuente condenado a la pena de azotes,
el juez le hará echarse en tierra y
le hará azotar conforme a su delito,
llevando cuenta de los azotes, 3 pero
no le hará dar más de cuarenta, no
sea que pasando mucho de este nú-
mero, quede tu hermano afrentado
ante ti.
4 No pongas bozal al buey que
trilla.

Ley del levirato.

5 Cuando dos hermanos habitan
uno junto al otro, y uno de los dos
muere sin dejar hijos, la mujer del
muerto no se casará fuera con un
extraño; su cuñado irá a ella y la
tomará por mujer, 6 y el primogé-
nito que de ella tenga se alzará en
el nombre del hermano muerto, para
que su nombre no desaparezca de
Israel. 7 Si el hermano se negase a
tomar por mujer a su cuñada, subirá
ésta a la puerta, a los ancianos, y
les dirá: «Mi cuñado se niega a sus-
citar en Israel el nombre de su her-
mano; no quiere cumplir su obli-
gación de cuñado, tomándome por
mujer.» 8 Los ancianos de la ciudad
le harán venir y le hablarán. Si
persiste en la negativa, y dice: «No
me agrada tomarla por mujer»; 9 su
cuñada se acercará a él en presencia
de los ancianos, le quitará del pie
un zapato y le escupirá en la cara,
diciendo: «Esto se hace con el hom-
bre que no sostiene la casa de su
hermano.» 10 Y su casa será llamada
en Israel la casa del descalzado.

Honestidad.

11 Si mientras riñen dos hombres
uno con otro, la mujer del uno, inter-
viniendo para librar a su marido de
las manos del que le golpea, cogiere
a éste por las partes vergonzosas,
12 le cortarás las manos sin piedad.
13 No tendrás en tu bolso pesa
grande y pesa chica.
14 No tendrás en tu casa dos *efas*,
uno grande y otro chico. 15 Tendrás
pesas cabales y justas, y *efas* cabales
y justos, para que se alarguen tus
días sobre la tierra que Yave, tu
Dios, te da. 16 Porque es abomina-
ción para Yave, tu Dios, quien eso
hace, cometiendo una iniquidad.
17 Acuérdate de lo que te hizo
Amalec en el camino, a la salida de
Egipto; 18 cómo sin temor de Dios
te asaltó en el camino, y cayó sobre
los rezagados que venían detrás de
ti, cuando ibas tú cansado y fati-
gado. 19 Cuando Yave, tu Dios, te
dé el reposo, librándote de todos tus
enemigos en derredor, en la tierra
que él te da en heredad, para que
la poseas, extinguirás la memoria
de Amalec de debajo del cielo; no
lo olvides.

Primicias y décimas.

(14, 22-29; Núm. 18.)

26 1 Cuando hubieres entrado en
la tierra que Yave, tu Dios, te
da por heredad, y tomares posesión

(1) Esta ley, enteramente justa, se opone a la entonces muy general, de hacer pagar a justos por pecadores, y que aun hoy es ley de los que se dejan dominar por la pasión y la barbarie.

de ella y te establecieres, [2] tomarás una parte de las primicias de todos los productos de tu suelo, que coseches en la tierra que Yave, tu Dios, te da, y poniéndola en una cesta, irás al lugar que Yave, tu Dios, haya elegido para establecer en él su nombre. [3] Te presentarás al sacerdote entonces en funciones, y le dirás: «Yo reconozco hoy ante Yave, tu Dios que he entrado en la tierra que Yave juró a nuestros padres darnos.» [4] El sacerdote recibirá de tu mano la cesta y la pondrá delante del altar de Yave, tu Dios; [5] y tomando de nuevo la palabra, dirás: «Un arameo errante fué mi padre, y bajó al Egipto en corto número para peregrinar allí, y creció hasta hacerse gran muchedumbre, de mucha y robusta gente. [6] Afligiéronnos los egipcios y nos persiguieron, imponiéndonos rudísimas cargas, [7] y clamamos a Yave, Dios de nuestros padres, que nos oyó y miró nuestra humillación, nuestro trabajo y nuestra angustia, [8] y nos sacó de Egipto con mano poderosa y brazo tendido, en medio de gran pavor, prodigios y portentos, [9] y nos introdujo en este lugar, dándonos una tierra que mana leche y miel. [10] Por eso ofrezco ahora las primicias de la tierra que Yave me ha dado»; y las dejarás ante Yave, tu Dios; y adorado Yave, tu Dios, [11] te regocijarás con los bienes que Yave, tu Dios, te ha dado a ti y a tu casa, tú y el levita y el peregrino que mora en medio de ti. [12] Cuando hubieres acabado de separar la décima de los frutos de tus campos, el año tercero, año de doble décima, darás de ella al levita, al peregrino, al huérfano y a la viuda, para que coman y se sacien en tu ciudad, [13] y dirás ante Yave, tu Dios: «He tomado de mi casa lo santo, y se lo he dado al levita, al peregrino, al huérfano y a la viuda, conforme a lo que me has mandado; no he traspasado tus mandatos ni los he olvidado; [14] no he comido nada de ello impíamente; no he consumido nada inmundamente, no lo he dado a los muertos; he obedecido la voz de Yave, mi Dios, y en todo he hecho lo que tú me has mandado; [15] mira desde tu santa morada, desde los cielos, y bendice a tu pueblo, Israel, y la tierra que nos has dado, como juraste a nuestros padres, la tierra que mana leche y miel.»

[16] Hoy Yave, tu Dios, te manda que pongas por obra estos preceptos, y mandatos, que los guardes y practiques con todo tu corazón y toda tu alma. [17] Hoy has hecho que Yave te diga que él será tu Dios; y has prometido seguir sus caminos, guardar sus leyes, sus mandamientos, sus preceptos, y obedecer su voz. [18] Yave te ha dicho hoy que serás para él un pueblo singular, como ya te lo había dicho antes, guardando todos sus mandamientos; y dándote el Altísimo, sobre todas las naciones que él ha hecho, la superioridad en gloria, en fama y en esplendor, para que vengas a ser un pueblo santo para Yave, tu Dios, como El te lo ha dicho.

TERCER DISCURSO

Solemne promulgación de la ley.

27 [1] Moisés, con todos los ancianos de Israel, dió al pueblo esta orden: «Guardad todo el mandamiento que yo os prescribo hoy.

[2] Cuando hayáis pasado el Jordán, a la tierra que Yave, tu Dios, te da, levantarás grandes piedras, que revocarás de cal, [3] y escribirás en ellas todas las palabras de esta ley, apenas hayas pasado para llegar a la tierra que Yave, tu Dios, te da, tierra que mana leche y miel, como Yave, tu Dios, se lo prometió a tus padres. [4] Cuando paséis el Jordán alzaréis esas piedras, como yo te lo mando hoy, sobre el monte Ebal, y las revocarás con cal. [5] Alzarás allí un altar a Yave, un altar de piedras a las que no haya tocado el hierro; alzarás con piedras brutas el altar a Yave, tu Dios, y ofrecerás sobre él holocaustos a Yave, tu Dios; [7] le ofrecerás sacrificios pacíficos, y allí comerás y te regocijarás ante Yave, tu Dios; [8] escribirás sobre esas piedras todas las palabras de esta ley, con caracteres bien claros.

[9] Moisés y los sacerdotes levitas hablaron a todo Israel, diciendo: Guarda silencio, Israel, y escucha: Hoy eres el pueblo de Yave, tu Dios. [10] Obedece, pues, la voz de Yave, tu Dios, y pon por obra sus mandamientos y sus leyes, que yo hoy te prescribo.

Maldiciones.

11 El mismo día dió Moisés al
pueblo esta orden: 12 Cuando hayáis
pasado el Jordán, Simeón, Leví, Judá,
Isacar, José y Benjamín, se estarán
sobre el monte Garizín, para la ben-
dición del pueblo; 13 los otros, Rubén,
Gad, Aser, Zabulón, Dan y Neftalí,
sobre el monte Ebal, para la maldi-
ción. 14 Los levitas alzarán la voz,
y en voz alta dirán a todos los hom-
bres de Israel: 15 ¡Maldito quien
haga escultura o imagen fundida,
abominación a Yave, obra de artí-
fice, y la ponga en lugar oculto! Y
todo el pueblo responderá: Amén.
16 Maldito quien deshonre a su
padre y a su madre; y todo el pueblo
responderá: Amén.
17 Maldito quien reduzca los tér-
minos de su prójimo; y todo el pueblo
responderá: Amén.
18 Maldito quien lleve al ciego fuera
de su camino; y todo el pueblo res-
ponderá: Amén.
19 Maldito quien haga entuerto al
peregrino, al huérfano y a la viuda;
y todo el pueblo responderá: Amén.
20 Maldito quien yace con la mujer
de su padre, para alzar la cubierta
del lecho de su padre; y todo el pue-
blo responderá: Amén.
21 Maldito quien tuviere parte con
una bestia cualquiera; y todo el
pueblo responderá: Amén.
22 Maldito quien yace con su her-
mana, hija de su padre o de su madre;
y todo el pueblo responderá: Amén.
23 Maldito quien yace con su suegra;
y todo el pueblo responderá: Amén.
24 Maldito quien ocultamente hiera
a su prójimo; y todo el pueblo res-
ponderá: Amén.
25 Maldito quien reciba dones para
herir de muerte una vida, sangre ino-
cente; y todo el pueblo responderá:
Amén.
26 Maldito quien no mantenga las
palabras de esta ley, cumpliéndolas;
y todo el pueblo responderá: Amén.

Sanciones de la ley. Bendiciones y maldiciones.

(Lev. 26.)

28 1 Si de verdad escuchas la voz
de Yave, tu Dios, guardando
diligentemente todos sus manda-
mientos, que hoy te prescribo, Yave,
tu Dios, te pondrá en alto sobre todos
los pueblos de la tierra, y vendrán
sobre ti 2 y te alcanzarán todas estas
bendiciones, por haber escuchado la
voz de Yave, tu Dios.
3 Serás bendito en la ciudad y
bendito en el campo.
4 Será bendito el fruto de tu vien-
tre y el de tus bestias, las crías de
tus vacas y las de tu grey.
5 Bendita será tu panera y ben-
dita tu artesa.
6 Bendito serás en tu entrar y
bendito en tu salir.
7 Pondrá Yave a tus enemigos,
los que contra ti se alcen, en derrota
delante de ti; vendrán contra ti por
un camino, y por siete caminos huirán
delante de ti.
8 Yave mandará la bendición para
que te acompañe en tus graneros y
en todo trabajo de tus manos. Te
bendecirá en la tierra, que Yave, tu
Dios, te da.
9 Yave te confirmará por pueblo
santo suyo, como te lo ha jurado,
si guardas los mandamientos de Yave,
tu Dios, y andas por sus caminos;
10 y verán todos los pueblos de la
tierra que está sobre ti el nombre de
Yave, y te temerán.
11 Yave te colmará de dones y
bendecirá el fruto de tus entrañas,
el fruto de tus ganados, el fruto de
tu suelo, en la tierra que a tus padres
juró darte.
12 Yave te abrirá sus tesoros, el
cielo, para dar a tu tierra la lluvia
a su tiempo, bendiciendo todo el
trabajo de tus manos. Prestarás a
muchas gentes, y de ninguna tomarás
prestado. 13 Pondráte Yave a la
cabeza, no a la cola; estarás siempre
en alto y nunca debajo, si obedeces
los mandamientos de Yave, tu Dios,
que yo te prescribo hoy, y los guar-
das y los pones por obra, 14 sin apar-
tarte ni a la derecha ni a la izquierda
de todos los mandamientos que yo
te prescribo hoy, no yéndote tras
otros dioses para servirles.
15 Pero si no obedeces la voz de
Yave, tu Dios, guardando todos sus
mandamientos y todas sus leyes que
yo te prescribo hoy, he aquí las mal-
diciones que vendrán sobre ti, y te
alcanzarán:
16 Maldito serás en la ciudad y
maldito en el campo.
17 Maldita tu panera y maldita tu
artesa.
18 Maldito será el fruto de tus en-

trañas, el fruto de tu suelo y las crías de tus vacas y de tus ovejas.
19 Maldito en tu entrar y en tu salir.
20 Y Yave mandará contra ti la maldición, la turbación y la amenaza, en todo cuanto emprendas, hasta que seas destruído y perezcas bien pronto, por la perversidad de tus obras, con que te apartarás de mí.
21 Yave hará que se te pegue la mortandad, hasta consumirte sobre la tierra en que vas a entrar para poseerla. 22 Yave te herirá de tisis, de fiebre, de inflamación, de ardor, de sequía, de quemadura y de podredumbre, que te perseguirán hasta destruirte. 23 Tu cielo, sobre tu cabeza, será de bronce, y el suelo, bajo tus pies, de hierro. 24 Yave mandará sobre tu tierra, en vez de lluvia, polvo y arena, que bajarán del cielo sobre ti, hasta que perezcas.
25 Yave hará que seas derrotado por tus enemigos; marcharás contra ellos por un camino y huirás por siete delante de ellos, y serás vejado en todos los reinos de la tierra.
26 Tu cuerpo será pasto de todas las aves del cielo y de todas las bestias de la tierra, sin que haya nadie que las espante.
27 Yave te herirá con las úlceras de Egipto, con almorranas, con sarna, con tiña, de que no curarás. 28 Yave te herirá de locura, de ceguera y de delirio; 29 en pleno día andarás palpando, como palpa el ciego en tinieblas. No tendrá éxito ninguno de tus proyectos, y te verás siempre oprimido y despojado, sin que nadie te socorra. 30 Tomarás una mujer y otro la gozará; construirás una casa y no la habitarás tú; plantarás una viña y no la vendimiarás tú. 31 Tu buey será degollado a tus ojos y no lo comerás tú; tu asno te lo quitarán y no te lo devolverán; tus ovejas las tomarán tus enemigos y nadie te socorrerá; 32 tus hijos y tus hijas serán presa de otro pueblo, tus ojos lo verán y los buscarán todo el día, pero tu mano no tendrá fuerza para traértelos.
33 El fruto de tu suelo y el producto de tu trabajo se lo comerá un pueblo que no conoces; serás siempre oprimido y aplastado.
34 Te volverás loco a la vista de lo que con tus ojos verás.
35 Yave te herirá en tus rodillas y en tus piernas de úlcera maligna, que no curará, y te cubrirá de ellas desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza.
36 Yave te hará ir a ti y a tu rey, al que sobre ti pongas, a pueblo que no has conocido ni tú ni tus padres, y allí servirás a otros dioses, a leños y a piedras, 37 y serás objeto de pasmo, de fábula y de burla, en todos los pueblos a que Yave te llevará.
38 Echarás en tu campo mucha simiente y cosecharás poco, porque se lo comerá la langosta. 39 Plantarás viñas y las labrarás, pero no beberás su vino ni vendimiarás nada, porque se lo comerá el gusano. 40 Tendrás en todo tu término olivos, pero no te ungirás con su aceite, porque la aceituna se caerá.
41 Engendrarás hijos e hijas, pero no serán para ti, porque serán llevados cautivos.
42 Todos tus árboles y todos los frutos de tu suelo los roerá la langosta.
43 El extranjero que habita en medio de ti subirá por encima de ti cada vez más alto, y tú bajarás cada vez más bajo; 44 te prestará él, pero tú no le prestarás; el vendrá a ser cabeza, y tú cola.
45 Vendrán sobre ti todas estas maldiciones y te perseguirán y te alcanzarán, hasta que del todo perezcas, por no haber obedecido la voz de Yave, tu Dios, guardando las leyes y los mandamientos que él te prescribía, 46 y serán prodigio y portento en ti y en tu descendencia, para siempre.
47 Por no haber servido a Yave alegre y de buen corazón, en abundancia de bienes, 48 habrás de servir en hambre, en sed, en desnudez y en la indigencia de todo, a los enemigos que Yave mandará contra ti; él pondrá sobre tu cuello un yugo de hierro, hasta que te destruya.
49 Yave hará venir contra ti desde lejos, desde el cabo de la tierra, una nación que vuela como el águila, cuya lengua no conoces, 50 gente de feroz aspecto, que no tiene miramientos con el anciano ni perdona al niño, 51 que devorará las crías de tus ganados y el fruto de tu suelo, hasta que seas exterminado; no te dejará ni trigo, ni mosto, ni aceite, ni las crías de tus vacas y de tus ovejas, hasta hacerte perecer. 52 Pondrá sitio a todas tus ciudades, hasta

que caigan en tierra las altas y fuertes murallas en que habrás puesto tu confianza, te asediará en todas tus ciudades, en toda la tierra que Yave, tu Dios, te habrá dado. 53 Comerás el fruto de tus entrañas, la carne de tus hijos y tus hijas, que Yave, tu Dios, te habrá dado: tanta será la angustia y el hambre a que te reducirá tu enemigo. 54 El hombre de entre vosotros más delicado y más hecho al lujo, mirará con malos ojos a su hermano, a la mujer que en su seno reposa, y a los hijos que todavía le queden, 55 para no tener que dar ninguno de ellos de la carne de sus hijos, que él se comerá, por no quedarle otra cosa que comer en el cerco y en la angustia a que te reducirá tu enemigo en todas tus ciudades. 56 La mujer de en medio de ti más delicada, la más hecha al lujo, demasiado blanda y delicada para probar a poner sobre el suelo la planta de su pie, mirará con malos ojos al marido que en su seno reposa, a su hijo y a su hija, 57 a las secundinas que salen de entre sus pies y al hijo que acabará de dar a luz; porque faltos de todo, llegaréis hasta comer todo eso en secreto, tanta será la angustia y el hambre a que te reducirá el enemigo dentro de tus ciudades.

58 Si no cuidas de poner por obra todas las palabras de esta ley, escritas en este libro, temiendo este glorioso y terrible nombre, el de Yave, tu Dios, 59 hará Yave portentosos tus azotes y los azotes de tu descendencia; azotes grandes y continuos, enfermedades graves y obstinadas; 60 arrojará sobre ti todas las plagas de Egipto, ante las cuales te aterrorizaste, y se pegarán a ti. 61 Vendrán sobre ti toda otra clase de enfermedades y azotes, no escritos en el libro de esta ley. 62 Yave te los echará encima, hasta que seas exterminado; quedaréis pocos, cuando erais como las estrellas del cielo en muchedumbre, por no haber escuchado la voz de Yave, tu Dios. 63 Así como se gozaba Yave en vosotros haciéndoos beneficios y multiplicándoos, así se gozará sobre vosotros, arruinándoos y destruyéndoos. Así seréis exterminados de la tierra en que vais a entrar para posesionaros de ella, 64 y te dispersará Yave por entre todos los pueblos, del uno al otro cabo de la tierra; y allí servirás a otros dioses, que ni tú ni tus padres conocisteis, leño y piedra. 65 Tampoco en medio de estos pueblos tendrás tranquilidad ni hallarás punto donde posar tranquilamente la planta de tus pies; por lo contrario, te dará Yave un corazón pávido, unos ojos decaídos y un alma angustiada, 66 y tendrás día y noche la vida pendiente como de un hilo ante ti; día y noche estarás temeroso y no tendrás seguridad; 67 a la mañana dirás: ¡Oh, si fuese de noche! Y a la noche dirás: ¡Oh, si fuese de día!; por el miedo que se apoderará de tu corazón y por lo que tus ojos verán. 68 Acabará Yave por haceros volver en naves a Egipto, por el camino de que te había dicho: no volverás más por él; allí seréis vendidos a vuestros enemigos como esclavos, y no habrá quien os compre.

CUARTO DISCURSO

Recapitulación.

29 1 Estas son las palabras de la alianza que mandó Yave a Moisés hacer con los hijos de Israel en la tierra de Moab, además de la alianza que con ellos hizo en Horeb.

2 Convocó Moisés a los hijos de Israel y les dijo: «Habéis visto todo cuanto a vuestros ojos hizo Yave en la tierra de Egipto al Faraón, a todos sus servidores y a toda su tierra; 3 los grandes portentos que tus ojos vieron, los milagros y los prodigios grandes. 4 Pero Yave no os ha dado todavía hasta hoy un corazón que entienda, ojos que vean, y oído que escuche. 5 Por cuarenta años os ha conducido a través del desierto; vuestros vestidos no se han envejecido sobre vosotros; tu zapato no se ha envejecido en tu pie; 6 no habéis comido pan ni habéis bebido vino ni licor, para que sepáis que soy yo, Yave, vuestro Dios; 7 y al llegar a esta región, Seón, rey de Hesebón, y Og, rey de Basán, salieron contra ti en guerra, pero los derrotamos 8 y nos apoderamos de su tierra, dándosela en posesión a los rubenitas y gaditas y a media tribu de la de Manasés. 9 Por eso debéis guardar todas las palabras de esta alianza, para asegurar el feliz éxito de cuanto emprendáis.»

Amenazas contra los infieles.

10 Hoy estáis todos ante Yave;
vuestros jefes, vuestros jueces, vues-
tros ancianos, vuestros oficiales, todos
los varones de Israel, 11 y vuestros
hijos y vuestras mujeres y todos los
peregrinos que se hallan dentro de
tu campamento, desde tu leñador
hasta tu aguador, 12 para que hagas
con Yave, tu Dios, tu alianza y tu
juramento, de hacerte él su pueblo
y de tenerle tú a él por tu Dios,
como se lo prometió y juró por ti a
Abraham, Isac y Jacob. 13 Pero no
sólo con vosotros, hago yo esta
alianza y este juramento, 14 sino con
todos los que estáis hoy con nosotros
ante Yave, nuestro Dios, y los que
no están hoy aquí con nosotros.
15 Sabéis cómo hemos morado en la
tierra de Egipto, y cómo hemos pa-
sado por entre los pueblos por que
habéis pasado; 16 habéis visto sus
abominaciones y sus ídolos, leño y
piedra, plata y oro, que hay entre
ellos. 18 No haya, pues, entre vos-
otros hombre ni mujer, familia ni
tribu, que se aparte hoy de Yave,
nuestro Dios, para ir a servir a los
dioses de esos pueblos; no haya entre
vosotros raíz que produzca veneno
ni ajenjo; 19 nadie al oír las palabras
de este juramento se bendiga en su
corazón, diciéndose: paz tendré, aun-
que persista en el propósito de mi
corazón; de modo que se una la sed
a la gana de beber. 20 Yave no per-
donará a ése, sino que se encende-
rán contra él la cólera y el celo de
Yave, se echarán sobre él todas las
maldiciones escritas en este libro, 21 y
Yave borrará su nombre de debajo
de los cielos. 22 Yave le elegirá para
entregarle a la desventura, de entre
todas las tribus de Israel, conforme
a las maldiciones de esta alianza, es-
critas en el libro de esta ley. 23 Las
generaciones venideras, los hijos que
después de vosotros nacerán, y los
extranjeros que de lejanas tierras
vengan, a la vista de las plagas y
de las calamidades con que habrá
castigado Yave a esta tierra—azufre
y sal, quemada toda la tierra, sin
sembrarse, ni germinar, sin que nazca
en ella la hierba, como la catástrofe
de Sodoma y Gomorra, de Adama y
Seboim, que destruyó Yave en su
furor—, 24 dirán todos: ¿Cómo es que
así ha dejado Yave a esta tierra?
¿Qué ira y qué furor tan grande ha
sido éste? 25 Y les contestarán: Es
por haber roto el pacto de Yave, el
Dios de sus padres, que con ellos hizo
cuando los sacó de Egipto, 26 se fue-
ron a servir a dioses extraños y los
sirvieron, dioses que no conocían y
a los que nadie los había atribuído,
27 y se encendió el furor de Yave
contra esta tierra, y echó sobre ella
todas las maldiciones que están es-
critas en este libro, 28 y los arrancó
Yave de esta tierra, con cólera, con
furor, con gran indignación, y los
arrojó a otras tierras, como están
hoy. 29 Las cosas ocultas sólo son
para Yave, pero las reveladas son
para nosotros y para nuestros hijos
por siempre, para que se cumplan
todas las palabras de esta ley.

Promesas de redención.

30 1 Cuando te sobrevengan todas
estas cosas, y traigas a la me-
moria la bendición y la maldición
que hoy te propongo, y en medio de
las gentes a las que te arrojará Yave,
tu Dios, 2 te conviertas a Yave, tu
Dios, y obedezcas su voz, conforme a
todo lo que yo te mando hoy, tú y
tus hijos, con todo tu corazón y toda
tu alma, 3 también Yave, tu Dios,
reducirá a tus cautivos, tendrá mise-
ricordia de ti (1), y te reunirá de
nuevo de en medio de todos los pue-
blos entre los cuales te dispersó.
4 Aunque se hallasen tus hijos dis-
persos en el último cabo de los cie-
los, de allí los reunirá Yave, tu Dios,
y de allí irá a tomarlos. 5 Yave, tu
Dios, volverá a traerte a la tierra
que poseyeron tus padres, y volverás
a poseerla, y él te bendecirá y te
multiplicará más que a ellos. 6 Cir-
cuncidará Yave, tu Dios, tu corazón
y el corazón de tus descendientes,
para que ames a Yave, tu Dios, con
todo tu corazón y con toda tu alma,
y vivas. 7 Por lo contrario, Yave, tu
Dios, arrojará todas estas maldicio-
nes sobre tus enemigos, sobre los que
te odiaron y te persiguieron, 8 y tú
obedecerás la voz de Yave, tu Dios,

(1) Por muchos y graves que sean los castigos con que por sus pecados aflija Dios al pueblo, siempre acaba por prevalecer la misericordia y por cumplirse las divinas promesas en el resto de los salvados. Este concepto, que desarrollan después tanto los profetas, está íntimamente ligado con el plan de la redención por el Mesías.

cumpliendo todos sus mandamientos que hoy te propongo. 9 Te hará abundar Yave en toda obra de tus manos, en el fruto de tu vientre, en el fruto de tus ganados, en el fruto de tu tierra, y te bendecirá, porque volverá a complacerse Yave en hacerte bien, como se complacía en hacérselo a tus padres, 10 si obedeciendo a la voz de Yave, tu Dios, guardas todos sus preceptos y mandatos, lo que está escrito en esta ley, y te conviertes a Yave, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma. 11 En verdad esta ley que hoy te impongo no es muy difícil para ti ni es cosa que esté lejos de ti. 12 No está en los cielos para que puedas decir: ¿Quién puede subir por nosotros a los cielos, para cogerla y dárnosla a conocer, y que así la cumplamos? 13 No está al otro lado de los mares, para que puedas decir: ¿Quién pasará por nosotros al otro lado de los mares, para cogerla y dárnosla a conocer y que así la cumplamos? 14 La tienes enteramente cerca de ti, la tienes en tu boca, en tu mente, para poder cumplirla. 15 Mira; hoy pongo ante ti la vida con el bien, la muerte con el mal. 16 Haciendo lo que hoy te mando, amar a Yave, tu Dios, seguir sus caminos y guardar sus mandamientos, decretos y preceptos, vivirás y te multiplicarás, y Yave, tu Dios, te bendecirá en la tierra en que vas a entrar para poseerla. 17 Pero si se aparta tu corazón, y no escuchas, sino que te dejas arrastrar a la adoración y el servicio de otros dioses, 18 hoy te anuncio que irás a tu segura ruina y que no durarás largo tiempo sobre la tierra a cuya conquista vas pasando el Jordán. 19 Yo invoco hoy por testigos a los cielos y a la tierra, de que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge la vida para que vivas, tú y tu descendencia, 20 amando a Yave, tu Dios, obedeciendo su voz y adhiriéndote a él, porque en eso está tu vida y tu perduración en habitar la tierra que Yave juró a tus padres, Abraham, Isac y Jacob, que les daría.

Ultimas disposiciones. Elección de Josué.

31 1 Anduvo Moisés esparciendo por todo Israel estas palabras: 2 Yo ya tengo ciento veinte años, no puedo ya entrar ni salir; además me ha dicho Yave: Tú no pasarás el Jordán. 3 Yave, tu Dios, pasará delante de ti y destruirá delante de ti a todas esas gentes, y tú las heredarás. Josué pasará delante de ti, como te lo ha dicho Yave, 4 y hará Yave con ellos como hizo con Seón y Og, reyes de los amorreos, y con su tierra, destruyéndolos; y os las entregará Yave, y haréis con ellos conforme a todo cuanto yo os he mandado; 6 esforzaos, pues, tened ánimo y no temáis ante ellos, ni les tengáis miedo, que Yave, tu Dios, va contigo, y no te dejará ni te desamparará.

7 Llamó, pues, Moisés a Josué, y le dijo ante todo Israel: Esfuérzate y ten ánimo, porque tú has de entrar con este pueblo en la tierra que a sus padres juró Yave darles, y tú los pondrás en posesión de ella; 8 y Yave marchará delante de ti, estará contigo y no te dejará ni te abandonará; por esto no has de temer ni acobardarte.

Lectura periódica de la ley.

9 Escrita esta ley, entregósela Moisés a los sacerdotes hijos de Leví, que llevan el arca de la alianza de Yave, y a todos los ancianos de Israel, 10 mandándoles: Al fin de cada septenio, al llegar el año de la remisión, en la fiesta de los tabernáculos, 11 cuando vendrá todo Israel a presentarse ante Yave, tu Dios, en el lugar que él elija, leerás esta ley ante todo Israel, a sus oídos. 12 Reunirás al pueblo, hombres, mujeres y niños, y a todos los peregrinos que se hallen en tus ciudades, para que la oigan y aprendan a temer a Yave, vuestro Dios, y estén siempre atentos a cumplir todas las palabras de esta ley. 13 Especialmente vuestros hijos, que nada saben de ella, habrán de oírla, para aprender a temer a Yave, vuestro Dios, todo el tiempo que viváis sobre la tierra a la cual os dirigís, pasando el Jordán, para apoderaros de ella.

La futura apostasía de Israel, precedente del canto.

14 Entonces dijo Yave a Moisés: «Mira que ya se acerca para ti el día

de tu muerte: llama, pues, a Josué, y esperad a la entrada del tabernáculo de la reunión, que le dé yo mis órdenes.» Fueron, pues, Moisés y Josué, y esperaron a la entrada del tabernáculo de la reunión. 15 Apareció se Yave en el tabernáculo, en la columna de nube, poniéndose la columna de nube a la entrada del tabernáculo; 16 y dijo Yave a Moisés: «He aquí que vas ya a dormirte con tus padres, y este pueblo se levantará y se prostituirá ante dioses ajenos, los de la tierra a donde va, en medio de ellos, y me dejará y romperá mi pacto, el que con él he hecho; 17 y se encenderá entonces mi furor contra él, y yo los abandonaré y esconderé de ellos mi rostro, y los devorarán y vendrán sobre ellos muchos males y aflicciones; y entonces se dirán: ¿No es por no estar ya mi Dios en medio de mí, por lo que sobre mí han venido todos estos males y aflicciones? 18 Y yo entonces ocultaré mi rostro de ellos, por tanto mal como hicieron, yéndose tras otros dioses. 19 Escribid, pues, este cántico; enseñádselo a los hijos de Israel, ponédselo en su boca, para que este cántico me sirva de testimonio contra los hijos de Israel; 20 porque cuando yo los haga entrar en la tierra que con juramento prometí a sus padres, tierra que mana leche y miel; cuando hayan comido y se hayan hartado y engrasado, se volverán a otros dioses y los servirán, y a mí me despreciarán y romperán mi alianza. 21 Y cuando venga sobre ellos una muchedumbre de males y aflicciones, este cántico dará testimonio contra ellos, porque no se dará al olvido en la boca de sus descendientes. Porque yo conozco su índole, y veo lo que hoy hace, aun antes de haberle introducido en la tierra que le juré.»

22 Escribió, pues, Moisés este cántico aquel día, y se lo enseñó a los hijos de Israel.

23 A Josué, hijo de Nun, le mandó y dijo: «Esfuérzate y ten ánimo, que tú introducirás a los hijos de Israel en la tierra que les he jurado, y yo seré contigo.»

24 Y acabado que hubo Moisés de escribir en un libro las palabras de esta ley, hasta terminarla, 25 mandó a los levitas que llevaban el arca de la alianza de Yave, diciendo: 26 «Tomad este libro de la ley y ponedlo en el arca de la alianza de Yave, vuestro Dios, que esté allí como testimonio contra ti; 27 porque yo conozco tu rebeldía y tu dura cerviz; aun viviendo yo hoy con vosotros, sois rebeldes a Yave; ¡cuánto más después que yo muera! 28 Congregad a todos los ancianos de vuestras tribus y a vuestros prefectos, que quiero proferir, oyéndolo ellos, estas palabras, invocando como testigos contra ellos a los cielos y a la tierra; 29 pues sé bien que después de mi muerte os pervertiréis del todo y os apartaréis del camino que os he mandado, y que en tiempos venideros os alcanzará la desventura, por haber hecho lo que es malo a los ojos de Yave, irritándole con las obras de vuestras manos.»

30 Moisés pronunció a oídos de la asamblea de Israel las palabras de este cántico, hasta el fin.

Cántico de Moisés.

32 1 Escuchad, cielos, y hablaré.
Oiga la tierra las palabras de mi boca,
2 Caiga a gotas como la lluvia mi doctrina.
Destile como el rocío mi discurso,
Como la llovizna sobre la yerba,
Como las gotas de la lluvia sobre la grana;
3 Porque voy a celebrar el nombre de Yave.
¡Magnificad a nuestro Dios!
4 ¡Oh Dios defensor! Su obra es perfecta;
Todos sus caminos son justísimos;
Es fidelísimo y no hay en él iniquidad;
Es justo, es recto.
5 Indignamente se portaron con él, no hijos suyos, hijastros,
Generación malvada y perversa,
6 ¿Así pagas a Yave,
Pueblo loco, necio?
¿No es él el padre que te crió,
El que por sí mismo te hizo y te formó?
7 Trae a la memoria los tiempos pasados;
Atiende a los años de todas y cada una de las generaciones;
Pregunta a tu padre, que él te enseñe;
A tus ancianos, que te digan ellos.
8 Cuando distribuyó el Altísimo su heredad entre las gentes,
Destinó tierras a los pueblos,
Al número de los hijos de Israel;

9 Pero de cierto Jacob es su pueblo, la parte propia de Yave;
La suerte de su heredad es Israel.
10 Le halló en tierra de desierto,
En región inculta, hórrida, abrasada;
Y le rodeó, le enseñó,
Y le guardó como a la niña de sus ojos;
11 Como el águila, que incita a sus polluelos a volar
Y revolotea sobre ellos,
Y extiende sus alas, y los coge,
Y los lleva sobre sus plumas.
12 Sólo Yave le guiaba;
No estaba con él ningún dios ajeno.
13 Le subió a las alturas de la tierra,
Le nutrió de los frutos de los campos,
Le dió a chupar miel de las rocas
Y aceite de durísimo sílice.
14 La nata de la leche de vacas y de ovejas,
Con la gordura de los corderos, de los carneros,
Criados en Basán; y la de los machos cabríos,
Con la flor de trigo;
Y bebió la sangre de las uvas, la espumosa bebida.
Comió Jacob y se hartó,
15 Y engordó el Jesurún (1), y tiró coces,
Engordaste, te cebaste, te hinchaste,
Y volvió las espaldas a Dios, su Hacedor,
Y despreció al Dios tutelar de su salvación,
16 Provocándole con dioses ajenos
Irritáronle con abominaciones;
17 Inmolaron a demonios, a no-dioses,
A dioses que no habían conocido,
Nuevos, de a poco advenedizos,
A los que no sirvieron sus padres.
18 Del Dios tutelar que te crió, te olvidaste,
Diste al olvido a Dios, a tu Hacedor.
19 Viólo Yave y te rechazó,
Provocado a ira por sus hijos y sus hijas.
20 Y dijo: «Esconderé de ellos mi rostro,
Veré cuál será su fin,
Porque es una generación perversa,
Hijos sin fidelidad alguna,
21 Ellos me han provocado con no-dioses,
Me han irritado con vanidades,
Yo los provocaré a ellos con no-pueblo,
Y los irritaré con gente insensata.
22 Ya se ha encendido el fuego de mi ira,
Y arderá hasta lo profundo del infierno,
Y devorará la tierra con sus frutos,
Y abrasará los fundamentos de los montes.
23 Amontonaré sobre ellos males y más males,
Lanzaré contra ellos todas mis saetas,
24 Los consumirá el hambre, la ardiente fiebre,
La nauseabunda pestilencia.
Mandaré contra ellos los dientes de las fieras,
Y el veneno de los reptiles que se arrastran por el polvo.
25 A los que fuera estén los matará la espada,
Y dentro, en sus estancias, el espanto,
Lo mismo a mancebos que a doncellas,
Lo mismo al que mama que al encanecido.
26 Ya hubiera yo dicho: Voy a exterminarlos del todo,
Voy a borrar de entre los hombres su memoria,
27 Si no hubiera sido por la arrogancia de los enemigos,
Porque se envanecerían sus perseguidores,
Y dirían: Ha vencido nuestra mano,
No es Yave quien ha hecho todo esto.
28 Es gente sin consejo,
No tienen conocimiento,
29 Si fueran prudentes, comprenderían esto,
Y atenderían a lo que les espera.
30 ¿Cómo puede uno solo perseguir a mil,
Y dos poner en fuga a diez mil,
31 Si no porque su Dios tutelar los haya vendido,
Y Yave los haya entregado?
Porque no es como nuestro defensor el defensor suyo,
Sean jueces nuestros mismos enemigos.
32 De cierto su vid es de la vid de Sodoma,
De los campos de Gomorra sus sarmientos,
Sus uvas son uvas ponzoñosas,

(1) El predilecto, el niño mimado.

Sus racimos son racimos amarguísimos,
33 Veneno de dragones es su vino,
Veneno mortal de áspides.
34 Todo lo tengo yo guardado,
Encerrado en mis archivos,
35 Para el día de la venganza y la retribución,
Para el tiempo en que resbalarán sus pies,
Y se acercará el día de su perdición.
Y ya lo que les espera se aproxima.
36 De cierto hará Yave justicia a su pueblo,
Y tendrá misericordia de sus siervos,
Cuando verá que desaparece ya toda fuerza,
Y que no hay ya ni esclavo, ni libre.
37 Y dirá entonces: «¿Dónde están ahora sus dioses,
Los dioses en quienes ellos confiaban?
38 Los que comían las grasas de sus víctimas,
Y bebían el vino de sus libaciones?
Que se levanten ahora y os socorran,
Que os defiendan ellos.
39 Ved, pues, que soy yo, yo sólo,
Y que no hay Dios alguno más que yo.
Yo doy la vida, yo doy la muerte,
Yo hiero, y yo sano,
Sin que haya nadie que pueda librar a nadie de mi mano.
40 Ciertamente yo alzo al cielo mi mano,
Y juro por mi eterna vida:
41 Cuando yo afile el rayo de mi espada,
Y tome en mis manos el juicio,
Yo retribuiré con mi venganza a mis enemigos,
Y daré su merecido a los que me aborrecen.
42 Emborracharé de sangre mis saetas,
Y mi espada se hartará de carne,
De la sangre de los muertos y de los cautivos,
De las cabezas de los jefes del enemigo.
43 Regocijaos, pueblos, por su pueblo,
Porque ha sido vengada la sangre de sus siervos,
Le ha vengado de sus enemigos,
Y hará la expiación de la tierra de su pueblo.»

44 Vino Moisés e hizo oír al pueblo todas las palabras de este canto. Con él estaba Josué, hijo de Nun. 45 Cuando hubo acabado de dirigir al pueblo estas palabras, 46 añadió: «Meted en vuestro corazón todas las palabras que hoy os he pronunciado y enseñádselas a vuestros hijos, para que escrupulosamente pongan por obra todas las palabras de esta ley. 47 Porque no es cosa indiferente para vosotros; es vuestra vida, y cumpliéndolo prolongaréis vuestros días sobre la tierra que vais a poseer, pasando el Jordán.

El último día de la vida de Moisés.

48 Aquel mismo día habló Yave a Moisés, diciendo: 49 «Sube a este monte de los Abarim—el monte Nebo, en tierra de Moab, frente a Jericó—y mira desde ahí la tierra de Canán, que voy a dar en posesión a los hijos de Israel; 50 y muere en ese monte a que vas a subir, y reúnete con tu pueblo, como murió Arón, tu hermano, en el monte Or, y se reunió allí a los suyos; 51 porque pecasteis contra mí en medio de los hijos de Israel, en las aguas de Meriba, en Cades, en el desierto de Sin, no santificando mi nombre en medio de los hijos de Israel. 52 Tú verás ante ti la tierra, pero no entrarás en esa tierra que doy yo a los hijos de Israel.»

Bendiciones de Moisés.

33 1 He aquí las bendiciones (1) con que antes de morir bendijo Moisés a los hijos de Israel. 2 Dijo:
«Yave, saliendo del Sinaí,
Vino a Seir en favor nuestro.
Resplandeció en la montaña de Farán,
Y llegó a las aguas de Meriba en Cades.
Fuego en su diestra...
...para ellos.
3 Ha hecho gracia a su pueblo, bendijo a todos sus santos,
Que reanudando su marcha a pie, prosiguieron por en medio del desierto.
4 Dió Moisés su *tora* a su heredad de la casa de Jacob.
5 Hízose él rey de su Jesurún en

(1) Son paralelas a las de Jacob; su texto nos ha llegado tan deformado, que es de muy difícil interpretación.

a reconciliación de los jefes del pueblo, de todas las tribus de Israel.
6 Viva Rubén, y no se extinga, aunque sean pocos sus varones.
7 Esto para Judá, dijo:
Oye, ¡oh Yavel, la voz de Judá, y tráele a su pueblo.
Por él luchó su mano, sea su fuerza contra sus enemigos.
8 A Leví le dijo:
Tus *tummim* y *urim* al varón favorecido a quien probaste en Masa,
En cuyo favor diste sentencia en las aguas de Meriba,
9 El que dijo a su padre y a su madre: No os conozco; y a sus hermanos no consideró, y desconoció a sus hijos.
Por haber guardado tus palabras, por haber observado tu pacto.
10 Ellos enseñarán tus juicios a Jacob y tu ley a Israel,
Y pondrán a tus narices el timiama y el holocausto en tu altar.
Bendice, ¡oh Yavel, a Leví, y acepta las obras de sus manos.
Hiere el dorso de los que contra él se alcen y de los que le odien, que no se levanten.
12 A Benjamín le dijo:
Amado de Yave, reposará siempre en seguridad.
Es el Altísimo su protección y morará en los desfiladeros de sus montes.
13 A José le dijo:
Bendita de Yave sea su tierra, de lo mejor del cielo, arriba; abajo, de las aguas del abismo;
14 De lo mejor de los frutos que madura el sol, de los frutos selectos de los meses,
15 De lo mejor de los viejos montes, óe lo mejor de los de lo antiguos collados,
16 De los dones exquisitos de la tierra, de su abundancia, gracioso don del que se apareció en la zarza.
Desciendan sobre la cabeza de José, sobre la frente del príncipe de sus hermanos,
17 La primogenitura, el poder, la majestad; sean sus cuernos, los cuernos del búfalo,
Con que postre a las gentes, a los términos todos de la tierra.
Son las miríadas de Efraím, son las miríadas de Manasés.
18 A Zabulón le dijo:
Gózate, Zabulón, en tus negocios, y tú, Isacar, en tus tiendas;
19 Exterminen a las gentes y por ellas susciten su nombre e inmolen víctimas de justicia,
Por la abundancia de los mares que ellos chupan, por los escondidos tesoros de las costas.
20 A Gad le dijo:
Bendito sea el que ensancha a Gad, como un león se sienta, y desgarra el brazo con parte de la cabeza.
21 Miró primero por sí, allí en secreto dividiste la tribu, y se fué a los jefes del pueblo.
22 A Dan le dijo:
Dan es un cachorro de león, que salta de Basán.
23 A Neftalí le dijo:
Colmad de favores a Neftalí, llenadle de las bendiciones de Yave, posea el mar y el mediodía.
24 A Aser le dijo:
Bendito en hijos Aser, sea grato a sus hermanos; en el aceite meterá sus pies.
25 De hierro y bronce serán sus cerraduras; dure mientras vivas tu prosperidad.
26 No hay para Jesurún otro Dios, el que en auxilio suyo marcha sobre los cielos, y en su majestad sobre las nubes.
27 Su morada son los eternos tabernáculos, debajo de él lo que desde siglos sembró.
Expulsa delante de ti al enemigo, y dice: ¡Extermina!
Te adularán los enemigos, pero tú les pisarás el cuello.
28 Habite Israel en seguridad, more aparte la fuente de Jacob;
En la tierra del trigo y del mosto, cuyos cielos difunden el rocío.
29 Venturoso tú, Israel, ¿quién semejante a ti, pueblo salvado por Yave?
El es tu escudo de defensa, él es la espada de tu gloria.»

Muerte de Moisés.

34 1 Subió Moisés desde los llanos de Moab al monte Nebo, a la cima del Pasga, que está frente a Jericó; y Yave le mostró la tierra toda, desde el torrente de Egipto hasta Dan, 2 todo Neftalí, la tierra de Efraím con Manasés, toda la tierra de Judá, hasta el mar occidental; 3 el Negueb y todo el campo de Jericó, la ciudad de las palmas, hasta Segor; 4 y le dijo Yave: «Ahí tienes la tierra que juré dar a Abraham, Isac y Jacob, diciendo: A tu descendencia se la

daré; te la hago ver con tus ojos, pero no entrarás en ella.» Moisés, el siervo de Dios, [5] murió allí en la tierra de Moab, conforme a la voluntad de Yave (1). [6] El le enterró en el valle, en la tierra de Moab, frente a Bet Fogor, y nadie hasta hoy conoce el sepulcro. [7] Tenía, cuando murió, ciento veinte años, y ni se habían debilitado sus ojos, ni se había mustiado su vigor. [8] Los hijos de Israel lloraron a Moisés en los llanos de Moab, durante treinta días, cumpliéndose los días de llanto por el duelo de Moisés.

[9] Josué, hijo de Nun, estaba lleno del espíritu de sabiduría, pues había puesto Moisés sus manos sobre él. Los hijos de Israel le obedecieron, como Yave se lo había mandado a Moisés.

[10] No ha vuelto a surgir en Israel profeta semejante a Moisés, a quien cara a cara conociese Yave, [11] ni en cuanto a las maravillas y portentos que Yave le mandó hacer en la tierra de Egipto contra el Faraón y contra todos sus servidores y todo su territorio, [12] ni en cuanto a su mano poderosa y a tantos terribles prodigios como hizo a los ojos de todo Israel (1).

(1) La triste muerte de Moisés, a la vista de la tierra de Canán, sin poner en ella el pie, y sobre todo su sepultura por el mismo Yave, es uno de los misterios *históricos* que nos ha dejado el A. T., parecido a la desaparición de Enoc y al rapto de Elías en el carro de fuego. San Judas (9. sigs.) nos habla de un altercado entre San Miguel y Satanás, por el cuerpo de Moisés, que lejos de explicar el misterio, lo acrecienta.

(1) Santo Tomás (II. II. q. 174. a. 4.) concluye que Moisés fué el más eximio de los profetas, en cuanto al oficio profético en general, aunque en alguna de las cosas que éste comprende haya habido algún otro profeta superior a él, por ejemplo, David, en cuanto al conocimiento de los misterios mesiánicos. Funda su conclusión en cuatro razones: En la superioridad de la visión intelectual de Dios; en la familiaridad del trato con Dios; en ser el primero y universal legislador, y en haber sido obrador de numerosos y portentosos prodigios.

JOSUÉ

AD ARCÆ DOMINI PRÆSENTIAM BUCCINARIAMQ
MVRI IERICHO. TRADENTE EAM DOMINO IN MANVS IOSVE.
Iojue Cap 6

INTRODUCCION AL LIBRO DE JOSUE

EL libro de Josué recibe su nombre de este capitán, que en el Pentateuco se nos presenta como ayudante de Moisés (Ex. 24, 13) y su lugarteniente en las empresas guerreras (Ex. 17, 9). Por eso luego le sucede, con la misión de llevar a cabo la conquista de la tierra prometida. (Núm. 20, 12.)

Canán estaba dividido en infinidad de reinos, *independientes unos de otros y muy de ordinario enemigos y en guerra. Así nos los presentan las cartas de Tell-el-Amarna en los siglos* XV-XIV, *cuando el Egipto ejercía en Canán poderosa influencia (Intr. Ls. hists.); y esta situación no había mudado cuando Josué los acometió. La conquista de las primeras ciudades cananeas (Jericó y Hai) les hizo comprender la necesidad de unirse para resistir al invasor. Los gabaonitas no quisieron entrar en esta coalición defensiva y fueron atacados por los demás. Esta fué la ocasión de la primera victoria de Josué en Gabaón, en la que la coalición de los reyes de Mediodía quedó deshecha y entregado cada príncipe a sus propias fuerzas (10, 8-43). Otra batalla, junto a las aguas del Merón, acabó con la coalición de los del Norte, y con esto se allanó el camino para la ocupación de la tierra (11, 1-15).*

Josué la dividió toda en diez partes, excluídas las tribus que habían sido heredadas en la Transjordania. Cada tribu hubo de ocupar su porción por sus propios esfuerzos. No fueron iguales los hechos por las diversas tribus para conseguirlo, ni iguales tampoco las dificultades que todas hallaron (17, 16) (18, 3). Por esto, la división de Israel quedó al cabo de algún tiempo tan irregular.

Dios había prometido a Josué que estaría con él y que autorizaría ante el pueblo su persona con grandes prodigios. No puede dudarse que el Señor cum-

pliría su palabra. Tres son los hechos prodigiosos que se consignan en el libro: El paso del Jordán, la toma de Jericó y la victoria de Gabaón. En los tres el texto, sea por su deficiente conservación, sea por su oscuridad, no nos ofrece elementos suficientes para hacernos una idea exacta de los milagros. Aun los intérpretes católicos, que no rehuyen el milagro, dan de ellos explicaciones muy diversas.

La conquista de Canán, desde el punto de vista bíblico, está plenamente justificada por los juicios de Dios a favor de Israel (Ex. 23, 27; 33, 2; Deut. 9, 4). Desde el punto de vista humano, la conquista no se diferencia de las realizadas por tantos pueblos que, careciendo de patria, buscan un territorio donde hacérselas apoyándose en su propia fuerza.

Ignoramos cuándo el libro haya sido escrito y por quién; lo que sí podemos comprobar es que su autor dispuso de documentos anteriores a la conquista de Jerusalén por David (Jos. 15, 63) y de Guezer por el Faraón, suegro de Salomón (Jos. 16, 10; I Rey. 9, 17).

JOSUE

La orden de partida.

1 [1] Después de la muerte de Moisés, siervo de Yave, habló Yave a Josué, hijo de Nun, ministro de Moisés, diciendo: [2] «Moisés, mi siervo, ha muerto. Alzate ya, pues, y pasa ese Jordán, tú y tu pueblo, a la tierra que yo doy a los hijos de Israel. [3] Cuantos lugares pise la planta de vuestros pies, os los doy, como prometí a Moisés. [4] Desde el desierto, desde ese Líbano, hasta el río grande, el Eufrates, toda la tierra de los geteos, y hasta el mar grande, a occidente, será vuestro territorio. [5] Nadie podrá resistir ante ti, por todos los días de tu vida; yo seré contigo, como fuí con Moisés; no te dejaré ni te abandonaré. [6] Esfuérzate y ten ánimo, porque tú has de introducir a este pueblo a posesionarse de la tierra que a sus padres juré darle. [7] Esfuérzate, pues, y ten gran valor para cumplir cuidadosamente cuanto Moisés, mi siervo, te ha prescrito. No te apartes ni a la derecha, ni a la izquierda, para que triunfes en todas tus empresas. [8] Que ese libro de la ley no se aparte nunca de tu boca, tenle presente día y noche, para procurar hacer cuanto en él está escrito, y así prosperarás en todos tus caminos y tendrás buen suceso. [9] ¿No te mando yo? Esfuérzate, pues, y ten valor; nada te asuste, nada temas, porque Yave, tu Dios, irá contigo a dondequiera que tú vayas.»

[10] Dió, pues, Josué a los oficiales del pueblo esta orden: «Recorred el campamento y dad esta orden al pueblo: [11] Preparaos y proveeos, porque dentro de tres días pasaréis ese Jordán, para ir a ocupar la tierra que Yave, vuestro Dios, os da en posesión.»

A los rubenitas y gaditas y a la media tribu de Manasés, les dijo: [13] «Acordaos de lo que os mandó Moisés, siervo de Yave, diciéndoos: Yave, vuestro Dios, os ha concedido el reposo, dándoos esta tierra. Vuestras mujeres, vuestros niños y vuestros ganados, quedarán en la tierra que Moisés os dió; y vosotros, armados, iréis delante de vuestros hermanos, todos vuestros hombres fuertes y valientes, y los auxiliaréis, [15] hasta que Yave haya dado a vuestros hermanos el reposo, como a vosotros, tomando también ellos posesión de la tierra que Yave, vuestro Dios, les da. Después volveréis a la tierra que os pertenece y que Moisés, siervo de Yave, os dió, al lado de allá del Jordán, a oriente.»

[16] Ellos respondieron a Josué diciendo: «Cuanto nos mandas lo haremos, y a donde quiera que nos envíes, iremos. [17] Como en todo obedecimos a Moisés, así te obedeceremos

mos a ti. Que quiera Yave estar contigo, como con Moisés estuvo. 18 Quien rebelándose contra tus órdenes te desobedezca, morirá. Esfuérzate y ten valor.»

Espías a Jericó. Rahab.

2 1 Josué, hijo de Nun, mandó en secreto dos espías desde Setim, diciéndoles: «Id a explotar la tierra.» Puestos en camino, llegaron a Jericó, a casa de una cortesana de nombre Rahab (1) y pararon allí. 2 Al rey de Jericó le dieron noticia, diciendo: «Hombres de entre los hijos de Israel han llegado aquí durante la noche, para explorar la tierra.» 3 El rey mandó decir a Rahab: «Saca a esos hombres que han venido a ti y han entrado en tu casa, porque han venido para explorar la tierra.» 4 Cogió ella a los dos hombres y los escondió en el terrado, y dijo: «Cierto que han venido hombres a mí, pero yo no sabía de dónde eran, 5 y cuando esta tarde se iban a cerrar las puertas han salido y no sé a dónde han ido; daos prisa a perseguirlos y de seguro los encontraréis.» 6 Pero ella los había subido al terrado y los había escondido debajo de tascos de lino, que para ello dispuso en el terrado. 7 Aquellos hombres fueron en su persecución por el camino que va a los vados del Jordán, y una vez que salieron, se cerraron las puertas.

8 Antes de que los espías se acostasen, subió Rahab al terrado y les dijo: 9 «Yo sé que Yave os ha entregado esta tierra; el terror de vuestro nombre se ha apoderado de nosotros, 10 pues hemos sabido cómo Yave, a vuestra salida de Egipto, secó las aguas del Mar Rojo, y cómo habéis tratado a los dos reyes de los amorreos del lado de allá del Jordán, Seón y Og, que disteis al anatema. 11 Al saberlo, nuestro corazón ha desmayado, y todos se han acobardado ante vosotros; porque Yave, vuestro Dios, es Dios arriba en los cielos y abajo sobre la tierra. 12 Ahora, pues, os pido que me juréis por Yave que, como yo he tenido misericordia de vosotros, la tendréis vosotros también de la casa de mi padre 13 y dejaréis la vida a mi padre, a mi madre, a mis hermanos y a todos los suyos, y que nos libraréis de la muerte.» 14 Los hombres la dijeron: «Te juramos por nuestra vida que, si no nos denuncias, cuando Yave nos entregue esta tierra tendremos contigo misericordia y fidelidad.»

15 Ella los bajó con una cuerda por la ventana, pues su casa estaba adosada a la muralla. Antes les dijo: 16 «Idos al monte, no sea que los que os persiguen den con vosotros; estad allí escondidos durante tres días, hasta que aquéllos estén de vuelta, y luego id vuestro camino.» 17 Los hombres le dijeron: «Mira cómo habrás de hacer, para que cumplamos el juramento que te hemos hecho: 18 Cuando entremos en esta tierra, ata este cordón de hilo de púrpura a la ventana por la cual nos has descolgado, y reúne contigo en tu casa a tu padre, a tu madre, a tus hermanos y a toda la casa de tu padre. 19 Si alguno sale fuera de la puerta de tu casa, su sangre será sobre su cabeza y nosotros seremos inocentes; pero si alguien pone la mano sobre ninguno de los que contigo estén en tu casa, su sangre sea sobre nuestra cabeza. 20 Si nos denuncias, seremos libres del juramento que nos has pedido.» 21 Ella respondió «Sea como decís.» Luego los despidió.

22 Los espías se fueron al monte y se estuvieron escondidos allí tres días. Los que los perseguían los estuvieron buscando por el camino, sin hallarlos. 23 Los dos espías, bajando del monte, repasaron el Jordán, se fueron a Josué, hijo de Nun, y le contaron todo lo sucedido, 24 diciendo: «Cierto es que Yave ha entregado en nuestras manos toda esa tierra, pues los habitantes de ella están acobardados de nosotros.»

Paso del Jordán.

3 1 Josué, levantándose bien de mañana, partió de Setim, él y todos los hijos de Israel; y llegados al Jordán, hicieron allí alto, antes de pasar. 2 Al cabo de tres días, los oficiales recorrieron el campamento 3 y dieron al pueblo esta orden: «Cuando veáis el arca de la alianza

(1) Probablemente la razón de ir los espías a la casa de Rahab fué que entonces, por lo general, las cortesanas eran las mesoneras. La epístola a los Hebreos (11. 31.) pondera la fe de Rahab en los destinos de Israel, y que por eso fué incorporada a este pueblo y mereció figurar en la genealogía del Salvador. (Mat. 1. 4.)

de Yave, vuestro Dios, llevada por los sacerdotes, hijos de Leví, partiréis de este lugar donde estáis acampados y os pondréis en marcha tras ella, [4] pero dejando entre vosotros y ella una distancia de unos mil codos, sin acercaros a ella, para que podáis ver el camino que habéis de seguir, pues no habéis pasado nunca por él.»

[5] Y Josué dijo al pueblo: «Santificaos, porque mañana Yave hará prodigios en medio de vosotros.» [6] Después habló Josué a los sacerdotes, diciendo: «Llevad el arca de la alianza, e id delante del pueblo.» Ellos llevaron el arca de la alianza, adelantándose al pueblo.

[7] Yave dijo a Josué: «Hoy voy a comenzar a engrandecerte a los ojos de todo Israel, para que sepan que yo estoy contigo, como estuve con Moisés. [8] Tú da esta orden a los sacerdotes que llevan el arca de la alianza: Cuando lleguéis al borde de las aguas del Jordán, os paráis en el Jordán.» [9] Josué dijo a los hijos de Israel: «Acercaos, y oíd las palabras de Yave, vuestro Dios.» [10] Y dijo Josué: «En esto vais a conocer que el Dios vivo está en medio de vosotros, y que no dejará de arrojar delante de vosotros a los cananeos, los geteos, los fereceos, los guergueseos, los amorreos y los jebuseos. [11] El arca de la alianza del dueño de toda la tierra va a entrar delante de vosotros en el Jordán. [12] Tomad doce hombres de entre las tribus de Israel, uno por cada tribu; [13] y cuando los sacerdotes que llevan el arca de la alianza del dueño de toda la tierra pongan la planta de sus pies en las aguas del Jordán, las aguas del Jordán se partirán, y las que bajan de arriba se pararán en montón.»

[14] Cuando hubo salido el pueblo de sus tiendas para pasar el Jordán, precedido por los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, [15] en el momento en que los que llevaban el arca llegaron al Jordán, y los pies de los sacerdotes que llevaban el arca se mojaron en la orilla de las aguas—pues el Jordán se desborda por todas sus orillas durante el tiempo de la siega— [16] las aguas que bajaban de arriba se pararon, se amontonaron a mucha distancia, cerca de la ciudad de Adam, que está junto a Sartán; y las que bajaban hacia el mar del Araba, el mar de sal, quedaron enteramente partidas de las otras, y el pueblo pasó frente a Jericó. [17] Los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza de Yave se estuvieron en seco a pie firme, mientras todo Israel pasaba en seco, hasta que todo el pueblo hubo acabado de pasar el Jordán.

Monumento conmemorativo del paso del Jordán.

4 [1] Cuando toda la gente hubo acabado de pasar el Jordán, Yave dijo a Josué: [2] «Tomad de entre el pueblo doce hombres, uno por cada tribu, [3] y dadles esta orden: De ahí, del lecho del Jordán, donde los sacerdotes han estado a pie firme, coged doce piedras, traedlas y depositadlas en el lugar donde acampéis esta noche.» [4] Josué llamó doce hombres, que eligió entre los hijos de Israel, uno por tribu, [5] y les dijo: «Id al medio del Jordán, ante el arca de Yave, vuestro Dios, y echaos al hombro una piedra cada uno, según el número de las tribus de los hijos de Israel, para que sea señal en medio de vosotros. [6] Cuando un día os pregunten vuestros hijos: ¿Qué significan para vosotros estas piedras?, [7] les responderéis: Las aguas del Jordán se partieron ante el arca de la alianza de Yave; cuando ella pasó el Jordán, las aguas del río se dividieron; y esas piedras serán para siempre jamás un memorial para los hijos de Israel.»

[8] Los hijos de Israel cumplieron la orden de Josué. Cogieron del medio del Jordán doce piedras, como se lo mandó Yave a Josué, según el número de las tribus de los hijos de Israel, y llevándolas consigo al lugar donde pasaron la noche, las depositaron allí.

[9] Josué alzó doce piedras en el lecho del Jordán, en el lugar donde habían estado a pie firme los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza, y allí han estado hasta hoy.

[10] Los sacerdotes que llevaban el arca se estuvieron a pie quieto en medio del Jordán, hasta que se hizo todo cuanto Yave había mandado a Josué decir al pueblo, conforme a todo cuanto Moisés había ordenado a Josué, y el pueblo se apresuró a pasar. [11] Cuando el pueblo hubo acabado de pasar, el arca de Yave y los sacerdotes se pusieron al frente

del pueblo. 12 Los hijos de Rubén, los de Gad y la media tribu de Manasés, armados, iban en vanguardia delante de los hijos de Israel, como se lo había mandado Moisés. 13 Unos cuarenta mil hombres de ellos, armados en guerra, pasaron ante Yave a los llanos de Jericó. 14 Aquel día engrandeció Yave a Josué, a los ojos de todo Israel, y éstos le respetaron, como habían respetado a Moisés, todos los días de su vida.

15 Yave habló a Josué, diciendo: 16 «Manda a los sacerdotes que llevan el arca del testimonio, que salgan del Jordán»; 17 y Josué dió a los sacerdotes esta orden: «Salid del Jordán»; 18 y en cuanto los sacerdotes que llevaban el arca de la alianza de Yave salieron del medio del Jordán y asentaron la planta de su pie en la tierra seca, las aguas del río volvieron a su lugar y se desbordaron, como antes estaban, por todas las orillas.

19 El pueblo salió del Jordán el día diez del mes primero, y acampó en Gálgala, al límite oriental de Jericó. 20 Josué alzó en Gálgala las doce piedras que habían cogido del Jordán, 21 y dijo a los hijos de Israel: «Cuando un día os pregunten vuestros hijos: ¿Qué significan esas piedras?, 22 instruid a vuestros hijos, diciendo: Israel pasó este Jordán a pie enjuto; 23 porque Yave, vuestro Dios, secó delante de vosotros las aguas del Jordán, como lo había hecho Yave, vuestro Dios, con las aguas del Mar Rojo, que secó delante de nosotros, hasta que hubimos pasado, 24 para que todos los pueblos de la tierra sepan que es poderosa la mano de Yave y vosotros conservéis siempre el temor de Yave, vuestro Dios.

5 1 Cuando todos los reyes de los amorreos, a occidente del Jordán, y todos los reyes de los cananeos de cerca del mar, supieron que Yave había secado las aguas del Jordán hasta que ellos pasaron, desmayó su corazón y perdieron todo su valor ante los hijos de Israel.

Circuncisión.

2 Entonces dijo Yave a Josué: «Hazte con cuchillos de piedra y vuelve a circuncidar a los hijos de Israel.» 3 Hízose Josué con cuchillos de piedra y circuncidó a los hijos de Israel en el monte Aralot. 4 He aquí por qué los circuncidó Josué: Todos los salidos de Egipto, los varones, todos los hombres de guerra, habían muerto en el desierto, durante el camino, después de la salida de Egipto. 5 El pueblo que salió estaba circuncidado; pero los nacidos en el desierto durante el camino después de la salida de Egipto, no habían sido circuncidados; 6 pues los hijos de Israel anduvieron durante cuarenta años por el desierto, hasta que perecieron todos los hombres de guerra salidos de Egipto, por no haber escuchado la voz de Yave. Yave les había jurado que no les dejaría ver la tierra que con juramento había prometido a sus padres darles, la tierra que mana leche y miel. 7 Los hijos de aquéllos les sucedieron en su lugar; y éstos son los que circuncidó Josué, porque estaban sin circuncidar, pues no habían sido circuncidados durante el camino. 8 Cuando todos se circuncidaron, quedáronse en el campamento hasta curarse; 9 y Yave dijo a Josué: «Hoy he quitado de sobre vosotros el oprobio de Egipto. Y aquel lugar fué llamado Gálgala, hasta hoy (1).

La pascua.

10 Los hijos de Israel acamparon en Gálgala; y allí, el día catorce del mes, celebraron la pascua, a la tarde, en los llanos de Jericó. 11 Comieron de los frutos de la tierra desde el día después de la pascua, panes ácimos y trigo tostado ya aquel mismo día; 12 y al día siguiente de comer de los frutos de la tierra no tuvieron ya el maná, y comieron ya aquel año de los frutos de la tierra de Canán.

Aparición a Josué.

13 Estando Josué cerca de Jericó, alzó los ojos, y vió que estaba un hombre delante de él en pie, con la espada desnuda en la mano; y Josué se fué hacia él y le dijo: «¿Eres de los nuestros o de los enemigos?» Y él

(1) No deja de ser sorprendente que cuando con tanta instancia se dió a Abraham (Gén. 17. 14) el mandato de circuncidar a toda su casa, pasaron los israelitas tanto tiempo sin circuncidar a sus hijos; por eso el autor sagrado se siente obligado a dar la explicación de este hecho.

le respondió: 14 «No, soy un príncipe del ejército de Yave, que vengo ahora.» Entonces Josué se prosternó rostro a tierra, y adorando, dijo: «¿Qué es lo que manda mi señor a su siervo?» 15 El príncipe del ejército de Yave dijo a Josué: «Descalza tus pies, pues el lugar que pisas es santo.» Hízolo así Josué.

Toma de Jericó.

6 1 Estaba Jericó cerrada; y cerrada permanecía, por miedo a los hijos de Israel; y nadie salía ni entraba en ella (1).

2 Yave dijo a Josué: «Mira, he puesto en tus manos a Jericó, a su rey y a todos sus hombres de guerra. 3 Marchad vosotros, todos los hombres de guerra, en torno a la ciudad, dando una vuelta en derredor suyo. Así haréis por seis días. 4 Siete sacerdotes llevarán delante del arca siete trompetas resonantes. Al séptimo día daréis siete vueltas en derredor de la ciudad, yendo los sacerdotes tocando sus trompetas. 5 Cuando ellos toquen repetidamente el cuerno potente, y oigáis el sonar de las trompetas, todo el pueblo se pondrá a gritar fuertemente, y las murallas de la ciudad se derrumbarán. Entonces subirá el pueblo, cada uno enfrente de sí.»

6 Josué, hijo de Nun, llamó a los sacerdotes y les dijo: «Llevad el arca de la alianza, y que siete sacerdotes vayan con siete trompetas resonantes delante del arca de Yave.» 7 Dijo también al pueblo: «Marchad y dad también una vuelta a la ciudad, yendo los armados delante del arca de Yave.»

8 Así que Josué hubo hablado al pueblo, los siete sacerdotes con las siete trompetas resonantes iban tocando las trompetas delante de Yave. 9 Los hombres de guerra iban delante de los sacerdotes que tocaban las trompetas, y la retaguardia detrás del arca. Durante la marcha se tocaban las trompetas. 10 Josué había dado al pueblo esta orden: No gritéis, ni hagáis oír vuestra voz, ni salga de vuestra boca una palabra, hasta el día en que yo os diga: Gritad. Entonces gritaréis.» 11 El arca de Yave dió una vuelta en derredor de la ciudad, una vuelta sola, y se volvieron al campamento, donde pasaron la noche.

12 Al día siguiente se levantó Josué y los sacerdotes llevaron el arca de Yave. 13 Los siete sacerdotes que llevaban las siete trompetas resonantes delante del arca de Yave se pusieron en marcha tocando las trompetas. Los hombres de guerra iban delante de ellos, y detrás la retaguardia seguía al arca de Yave; y durante la marcha iban tocando las trompetas.

14 Dieron el segundo día la vuelta en derredor de la ciudad y se volvieron al campamento; esto mismo hicieron por seis días.

15 Al día séptimo se levantaron con el alba, y dieron del mismo modo siete vueltas en derredor de la ciudad; aquel día dieron siete vueltas. 16 A la séptima, mientras los sacerdotes tocaban las trompetas, Josué dijo al pueblo: «Gritad, porque Yave os entrega la ciudad. 17 La ciudad será dada a Yave en anatema, con todo cuanto en ella hay. Sólo Rahab, la cortesana, vivirá, ella y cuantos con ella estén en su casa, por haber escondido a los exploradores que habíamos mandado. 18 Guardaos bien de lo dado al anatema, no sea que tomando algo de lo que así habéis consagrado, hagáis anatema el campamento de Israel y traigáis sobre él la confusión. 19 Toda la plata, todo el oro y todos los objetos de bronce y de hierro, serán consagrados a Yave y entrarán en su tesoro.»

20 Los sacerdotes tocaban las trompetas; y cuando el pueblo, oído el sonido de las trompetas, se puso a gritar clamorosamente, las murallas de la ciudad se derrumbaron; y cada uno subió a la ciudad frente de sí. 21 Apoderándose de la ciudad, dieron al anatema todo cuanto en ella había, hombres y mujeres, niños y viejos, y los bueyes, ovejas y asnos, al filo de la espada. 22 Pero Josué dijo a los exploradores: «Entrad en la casa de Rahab, la cortesana, y sacad a esa mujer con todos los suyos, como se lo habéis jurado.» 23 Los jóvenes, los espías, entraron y sacaron a los

(1) El emplazamiento y la forma de la primitiva ciudad cananea son hoy suficientemente conocidos, por las excavaciones que allí se han hecho desde el año 1907. El relato de la caída de la ciudad presenta notables diferencias en los textos hebreo y griego. En cuanto a lo milagroso del derrumbamiento de las murallas, véase Intr. Gral.

de la familia y los pusieron en lugar seguro, fuera del campamento de Israel.
24 Los hijos de Israel quemaron la ciudad con todo cuanto en ella había, salvo la plata y el oro y todos los objetos de bronce y de hierro, que pusieron en el tesoro de la casa de Yave.
25 Josué dejó la vida a Rahab, la cortesana, y a la casa de su padre; y ella habitó en medio de Israel, hasta hoy, por haber ocultado a los enviados por Josué a explorar a Jericó.
26 Entonces juró Josué, diciendo: «Maldito de Yave quien se ponga a reedificar esta ciudad de Jericó. Al precio de la vida de su primogénito ponga los cimientos, al precio de la de su hijo menor ponga las puertas» (1).
27 Yave fué con Josué, y su fama se extendió por toda la tierra.

Pecado de Acán.

7 1 Los hijos de Israel cometieron una prevaricación en lo del anatema. Acán, hijo de Jarmi, hijo de Zabdi, hijo de Zaré, de la tribu de Judá, se apropió objetos de los dados al anatema, y la cólera de Yave se encendió contra los hijos de Israel.

Desastre en Hai.

2 Josué mandó desde Jericó hombres hacia Hai, que está cerca de Bet Aven, al oriente de Betel, y les dijo: «Id a explorar la tierra.» Llegaron y reconocieron Hai. 3 De vuelta a Josué, le dijeron: «No se necesita que el pueblo todo se ponga en marcha contra esa ciudad. Dos o tres mil hombres que suban bastarán para tomar Hai, pues sus habitantes son pocos en número; no es preciso que todo el pueblo se fatigue.» 4 Pusiéronse, pues, en marcha unos tres mil hombres, que emprendieron la fuga ante los hombres de Hai. 5 Las gentes de Hai les mataron unos treinta y seis hombres y los persiguieron desde las puertas hasta Sebarim, batiéndolos en la bajada. El corazón del pueblo desmayó y perdió todo valor.

El castigo de Acán.

6 Josué rasgó sus vestiduras, y se postró rostro en tierra ante el arca de Yave, hasta por la tarde, él y los ancianos de Israel, y echaron polvo sobre sus cabezas. 7 Josué dijo: «¡Oh Señor, Yave, ¿por qué has hecho pasar el Jordán a este pueblo, para entregarnos en manos de los amorreos, que nos destruyan? ¿Por qué no hemos sabido quedarnos al otro lado del Jordán? 8 Por favor, Yave, ¿qué voy a poder decir yo, después de haber vuelto Israel las espaldas ante los enemigos? 9 Lo sabrán los cananeos y todos los habitantes de esta tierra, y nos envolverán y harán desaparecer de la tierra nuestro nombre. ¿Y qué harás tú por la gloria de tu nombre?»
10 Yave dijo a Josué: «Levántate; ¿por qué te echas sobre tu rostro?
11 Israel ha pecado y ha llegado a traspasar mi alianza, la que yo le he mandado guardar, hasta tomar cosas de las dadas al anatema, robarlas, mentir y guardarlas entre sus enseres. 12 Por eso los hijos de Israel no han podido resistir ante sus enemigos y les dieron las espaldas, porque son anatema. Ya no estaré yo en adelante en medio de ellos, si no quitáis de en medio de vosotros el anatema. 13 Levántate, santifica al pueblo, y diles: Santificaos para mañana, porque así dice Yave, Dios de Israel: Hay en medio de ti, oh Israel, un anatema; y no podrás resistir ante el enemigo mientras no hayas quitado el anatema de en medio de vosotros. 14 Os acercaréis mañana por tribus; y la tribu que Yave señale, se acercará por familias; y la familia que señale Yave, se acercará por casas; y la casa señalada por Yave, se acercará por cabezas. 15 El que fuere cogido en el anatema, será consumido por el fuego, él y todo lo suyo, por haber traspasado la alianza de Yave y haber cometido en Israel una maldad» (1).
16 Al siguiente día, de mañana,

(1) La conminación de Josué viene a significar que, si se reedificara Jericó, habría de ser esto considerado, no como reedificación, sino más bien como fundación, la que, por tanto, había de ir acompañada de las ceremonias con que acompañaban las cananeos, la fundación de una ciudad, es decir, el sacrificio de niños. Que se cumplió la conminación siglos después, consta de I. Reg. 16. 34.

(1) Es quizá uno de los puntos en que más se muestra la intervención de los copistas, tendiendo a agravar el castigo del sacrilegio

Josué hizo que se acercara Israel por tribus, y fué señalada la tribu de Judá. 17 Hizo acercarse a las familias de Judá, y fué señalada la familia de Zare. Hizo acercarse a la familia de Zare, por casas, y fué señalada la casa de Zabdi. 18 Hizo acercarse a la casa de Zabdi, por cabezas, y fué señalado Acán, hijo de Jarmi, hijo de Zabdi, hijo de Zare, de la tribu de Judá.

19 Josué dijo a Acán: «Hijo mío, anda, da gloria a Yave, Dios de Israel, y ríndele honor. Confiésame lo que has hecho, no me lo ocultes.» 20 Acán respondió a Josué, diciendo: «Es cierto, soy yo el que ha pecado contra Yave, Dios de Israel. He aquí lo que he hecho: 21 Vi entre los despojos un hermoso manto de Senaar, doscientos siclos de plata y una barra de oro de cincuenta siclos de peso; y codicioso los cogí, y los enterré en medio de mi tienda, poniendo debajo el dinero.» 22 Josué mandó entonces comisionados que fueron corriendo a la tienda y vieron los objetos enterrados en la tienda de Acán, y debajo el dinero. 23 Tomáronlos de en medio de la tienda y se los llevaron a Josué y a todos los hijos de Israel, y los depositaron ante Yave.

24 Josué, y todo Israel con él, cogieron a Acán, hijo de Zare, el dinero, el manto y la barra de oro; a los hijos y las hijas de Acán, sus bueyes, sus asnos, sus ovejas, su tienda y todo cuanto le pertenecía; y subieron al valle de Acor: 25 Josué dijo: «¿Por qué nos has puesto en perturbación? Pertúrbete a ti hoy Yave.» Y todo Israel le lapidó. Después de lapidado, fué quemado en el fuego, 26 y echado sobre Acán un gran montón de piedras, que todavía hoy subsiste. Por eso se llamó a aquel lugar valle de Acor, hasta el día de hoy.

Toma de Hai.

8 1 Yave dijo a Josué: «No temas ni te acobardes. Toma contigo a todos los hombres de guerra, levántate, y sube contra Hai. Mira, pongo en tus manos al rey de Hai, a su pueblo, su ciudad y su territorio. 2 Trata a Hai como trataste a Jericó; pero el botín y el ganado, tomadlo para vosotros. Pon una emboscada detrás de la ciudad.» 3 Josué se dispuso a subir con todos los hombres de guerra contra Hai. Escogió treinta mil, todos ellos hombres valerosos, y los hizo partir de noche, dándoles esta orden: 4 «Estad sobre aviso; poneos en emboscada detrás de la ciudad, sin alejaros mucho, y estad todos prontos. 5 Yo, con la gente que llevo conmigo, nos acercaremos a la ciudad, y cuando salgan a nuestro encuentro como la primera vez, huiremos ante ellos. 6 Ellos saldrán en persecución nuestra; y cuando los hayamos atraído lejos de la ciudad, porque se dirán: Huyen delante de nosotros, como la primera vez; 7 entonces, saliendo vosotros de la emboscada, os apoderáis de la ciudad. Yave, vuestro Dios, la entregará en vuestras manos. 8 Cuando la hayáis tomado, la incendiaréis. Haced según lo que ha dicho Yave. Ved, ésas son mis órdenes.» 9 Josué los hizo partir; y ellos fueron a ponerse en emboscada entre Betel y Hai, al occidente de Hai. Josué pasó la noche en medio del pueblo.

10 Levantóse Josué bien de mañana; y después de revistar al pueblo, avanzó a la cabeza de él, él y los ancianos de Israel, contra Hai. 11 Todos los hombres de guerra que estaban con él subieron y se acercaron; llegados frente a Hai, se detuvieron al norte de la ciudad, teniendo el valle entre ellos y Hai. 12 Tomó Josué unos cinco mil hombres, y los puso en emboscada a occidente. 13 Luego que todo el pueblo hubo tomado posiciones al norte de la ciudad, y la emboscada al occidente de ella, avanzó Josué durante la noche al medio del valle.

14 Cuando el rey de Hai vió esto, las gentes de la ciudad se levantaron de prisa, bien de mañana, para combatir a los hijos de Israel, sin saber que detrás de la ciudad había una emboscada contra ella. 15 Josué y todo Israel, fingiéndose derrotados por ellos, huyeron por el camino del desierto; 16 se reunió toda la gente que había en la ciudad, para perseguirlos con gran griterío, y persiguieron a Josué, que los alejó así de la ciudad. 17 No hubo ni uno de Hai y de Betel que no saliera tras de Israel y le persiguiera, dejando abierta la ciudad.

---

con glosas que lo hacen extensivo a la familia y a la hacienda del sacrílego. El texto de los LXX, que está más libre de estas intervenciones, reduce el castigo a la lapidación del culpable, conforme al precepto de la ley. (Deut. 24. 16).

18 Yave dijo a Josué: «Tiende hacia
Hai la lanza que llevas en la mano,
porque voy a poner en tu poder la
ciudad.» Josué tendió hacia la ciudad
la lanza que tenía en la mano; 19 y
las gentes de la emboscada se levan-
taron prestamente del lugar donde
estaban, y corriendo, entraron en la
ciudad, se apoderaron de ella, y le
pusieron fuego. 20 Cuando los de Hai
miraron atrás y vieron el humo que
de la ciudad subía al cielo, ya no
pudieron ponerse en salvo por ningún
lado; pues el pueblo que huía camino
del desierto se volvió contra los que
le perseguían. 21 Josué y todo Israel,
viendo que la ciudad había sido to-
mada por los emboscados, y cómo
subía el humo de la ciudad, se vol-
vieron y derrotaron a los de Hai;
22 los otros salieron de la ciudad a
su encuentro; los de Hai se vieron
envueltos por los de Israel, de un
lado por unos, del otro por otros;
y los de Israel los batieron, sin dejar
ni un superviviente ni un fugitivo:
23 cogieron vivo al rey de Hai y se
lo llevaron a Josué.

24 Cuando Israel hubo acabado de
exterminar en el campo a todos los
habitantes de Hai, camino del de-
sierto, por donde los había perse-
guido, y todos hasta el último hubie-
ron sido pasados a filo de espada,
todo Israel se volvió a la ciudad y
la pasaron a filo de espada.
25 El número de muertos aquel día
fué de doce mil, hombres y mujeres,
todas las gentes de Hai. 26 Josué
no retiró la mano que tenía tendida
con la lanza, hasta que no hubo dado
el anatema a todos los habitantes
de Hai. 27 Los de Israel sólo reser-
varon para ellos el ganado y el botín
de esta ciudad, como Yave se lo
había mandado a Josué. 28 Josué
quemó a Hai, convirtiéndola en un
montón de ruinas, que todavía hoy
subsiste. 29 Hizo colgar de un árbol
al rey de Hai y le dejó allí hasta la
tarde; a la puesta del sol dió orden
de coger el cadáver y arrojarlo a la
puerta de la ciudad, echando sobre
él un gran montón de piedras, que
todavía subsiste hoy.

Confirmación de la alianza.

30 Entonces Josué edificó un altar
a Yave sobre el monte Ebal, 31 según
la orden que Moisés, siervo de Dios,
había dado a los hijos de Israel,
como está escrito en el libro de la
ley de Moisés; un altar de piedras
en bruto, a las cuales no había to-
cado el hierro. Ofrecieron en él ho-
locaustos a Yave y sacrificios eucarís-
ticos. 32 Allí, sobre las piedras,
escribió Josué una repetición de la
ley que Moisés había escrito delante
de los hijos de Israel. 33 Todo Israel,
sus ancianos, sus oficiales y sus jue-
ces, estaban a los dos lados del arca,
ante los sacerdotes hijos de Leví, que
llevaban el arca de la alianza de Yave;
y los peregrinos e indígenas, lo mismo
que los hijos de Israel, una mitad del
lado del monte Garizin, otra mitad
del lado del monte Ebal, según la
orden que Moisés, siervo de Dios,
había dado antes, para comenzar a
bendecir al pueblo de Israel. 34 Leyó
después Josué todas las palabras de
la ley, la bendición y la maldición,
conforme a todo lo que está escrito
en el libro de la ley. 35 Ni una pala-
bra de cuanto había prescrito Moi-
sés se omitió en la lectura que hizo
Josué, en presencia de toda la asam-
blea de los hijos de Israel, de mujeres
y niños, y de los peregrinos que iban
en medio de Israel.

Estratagema de los gabaonitas.

9 1 Cuando supieron estos sucesos
todos los reyes del lado acá del
Jordán, los de la montaña y los del
llano y los de las costas del mar
grande, frente al Líbano, los geteos,
los amorreos, los cananeos, los fere-
ceos, los jeveos y los jebuseos, se
unieron todos para combatir a Josué
y a Israel, de común acuerdo.
3 Los habitantes de Gabaón, al
saber cómo había tratado Josué a
Jericó y a Hai, 4 recurrieron a la
astucia y se pusieron en camino, lle-
vando provisiones para el viaje. To-
maron sacos viejos sobre sus asnos,
cueros viejos de vino, rotos y remen-
dados; 5 zapatos viejos y recosidos
para sus pies, y se pusieron vestidos
viejos; todo el pan que traían para
el camino estaba duro y hecho migas.
6 Llegaron a Josué, al campamento
de Gálgala; y le dijeron a él y a los
de Israel: «Venimos de muy lejanas
tierras, para hacer alianza con vos-
otros; hagámosla, pues.» 7 Y los de
Israel respondieron a aquellos jeveos:
«Quizá vosotros habitáis en medio

nuestro; ¿cómo vamos a poder hacer alianza con vosotros?» 8 Ellos respondieron a Josué: «Somos siervos tuyos.» Y Josué les dijo: «¿Quiénes sois y de dónde venís?» 9 Respondieron ellos: «Tus siervos vienen de muy lejanas tierras, por la fama de Yave, tu Dios, pues hemos oído hablar de cuanto hizo en Egipto 10 y de lo que ha hecho a los reyes de los amorreos de la otra parte del Jordán, Seón, rey de Hesebón, y Og, rey de Basán, que habitaba en Astarot. 11 Por eso nuestros ancianos y todos los habitantes de nuestra tierra nos han dicho: «Tomad con vosotros provisiones para el camino, e id a su encuentro y decidles: Somos siervos vuestros, haced alianza con nosotros. 12 Aquí tienes nuestro pan; estaba caliente cuando lo cogimos en nuestras casas para el camino, el día en que partimos para venir a vosotros; y ahora, como véis, está seco y en migajas; 13 estos odres de vino eran nuevos cuando los llenamos: y ya los veis, rotos; nuestros vestidos y nuestros zapatos se han hecho viejos por lo largo del camino.» 14 Los de Israel tomaron de sus provisiones, y sin consultar a Yave, 15 Josué les otorgó la paz y concertó con ellos que les dejaría la vida, y también los príncipes de la asamblea les juraron.

16 Tres días después de concertada la alianza, supieron que eran vecinos suyos y que habitaban en medio de ellos. 17 Los hijos de Israel partieron y llegaron a sus ciudades al tercer día. Eran sus ciudades Gabaón, Cafira, Beriot, y Cariatiarim. 18 No los destruyeron, por el juramento que los príncipes de la asamblea les habían hecho por el nombre de Yave, Dios de Israel; pero toda la asamblea murmuraba contra los príncipes. 19 Los príncipes todos dijeron a la asamblea: «Nosotros les hemos jurado por el nombre de Yave, Dios de Israel; no podemos, pues, tocarlos; 20 pero he aquí cómo los trataremos: les dejaremos la vida, por no traer sobre nosotros la cólera de Yave, por el juramento que les hemos hecho: 21 y añadieron los príncipes: «Que vivan, pues, pero que sirvan de leñadores y aguadores para toda la congregación»; y se hizo como los príncipes dijeron.

22 Josué hizo llamar a los gabaonitas, y les habló así: «¿Por qué nos habéis engañado, diciendo: estamos muy alejados de vosotros, cuando habitáis en medio de nosotros? 23 Ahora, pues, malditos sois, y no dejaréis nunca de ser esclavos, para cortar la leña y sacar el agua para la casa de mi Dios.»

24 Ellos respondieron a Josué, diciendo: «Es que supimos la orden que Yave, tu Dios, había dado a Moisés, su siervo, de que toda la tierra se os entregara, y de que todos sus habitantes fueran exterminados delante de vosotros. Al aproximaros, tuvimos gran miedo por nuestras vidas, y por eso hemos hecho esto. 24 Estamos en tus manos, trátanos como te parezca bueno y justo tratarnos.» 26 Josué hizo de ellos lo que había dicho, y los libró de la mano de los hijos de Israel, para que no los matasen. 27 Josué los destinó desde entonces a cortar la leña y a sacar el agua para la asamblea y para el altar de Yave, en el lugar que Yave eligiese, lo que hacen todavía hoy.

Coalición de los reyes del Mediodía y batalla de Gabaón

10 1 Al saber Adonisedec, rey de Jerusalén, que Josué se había apoderado de Hai y que la había dado al anatema—como había hecho con Jericó y su rey, así hizo con Hai y su rey—y que los habitantes de Gabaón habían hecho paces con los de Israel y moraban entre ellos, 2 temieron mucho, porque Gabaón era una gran ciudad, como una de las ciudades reales, más grande todavía que Hai, y sus hombres eran valientes. 3 Adonisedec, rey de Jerusalén, mandó a decir a Oham, rey de Hebrón, a Faram, rey de Jerimot, a Jafia, rey de Laquis, y a Dabir, rey de Eglón: 4 «Subid a mí y prestadme vuestra ayuda, para combatir a Gabaón, que ha hecho paces con Josué y con los hijos de Israel.» 5 Cinco reyes de los amorreos, el rey de Jerusalén, el rey de Hebrón, el rey de Jerimot, el rey de Laquis y el rey de Eglón, se juntaron y subieron con todos sus ejércitos, y acamparon cerca de Gabaón, asediándola. 6 Los de Gabaón mandaron a decir a Josué, al campamento de Gálgala: «No rechaces acudir a tus siervos; sube prestamente a nosotros y socórrenos, porque se han

coligado contra nosotros todos los reyes de los amorreos que habitan en la montaña.» Josué subió de Gálgala, él y todos los hombres de guerra con él, todos los valientes guerreros. 8 Yave había dicho a Josué: «No los temas, porque te los entregaré en tus manos y ninguno de ellos podrá resistir ante ti.» 9 Josué se echó sobre ellos de improviso; había hecho la marcha desde Gálgala, andando toda la noche. 10 Yave arrojó en medio de ellos la turbación ante Israel, e Israel les dió una gran derrota cerca de Gabaón; y, persiguiéndolos por el camino que va a Betorón, los batió hasta Azeca y Maceda. 11 Cuando iban huyendo delante de los hijos de Israel en la bajada de Betorón, Yave hizo caer sobre ellos grandes piedras hasta Azeca, y murieron muchos, siendo más los muertos por las piedras de granizo que los muertos por la espada de los hijos de Israel. 12 Aquel día, el día en que Yave entregó a los amorreos en las manos de los hijos de Israel, habló Josué a Yave; y a la vista de Israel, dijo:

«¡Sol, detente sobre Gabaón;
Y tú, luna, sobre el valle de Ayalón;
13 Y el sol se detuvo, y se paró la luna,
Hasta que la gente se hubo vengado de sus enemigos.»

¿No está esto escrito en el libro de Jaser? (1). El sol se detuvo en medio del cielo, y no se apresuró a ponerse, casi un día entero. 14 No hubo, ni antes, ni después, día como aquel en que obedeció Yave a la voz de un hombre, porque Yave combatía por los hijos de Israel. 15 Josué, con todos los hijos de Israel, se tornó al campamento, a Gálgala.

16 Los cinco reyes huyeron y se refugiaron en la caverna de Maceda. 17 Se lo comunicaron a Josué, diciendo: «Han sido hallados los cinco reyes, escondidos en la caverna de Maceda.» 18 Josué dijo: «Rodad grandes piedras a la boca de la caverna, y poned a unos cuantos hombres que la guarden, 19 pero vosotros no os paréis: perseguid al enemigo y picadle la retaguardia; no los dejéis entrar en sus ciudades, porque Yave, vuestro Dios, los ha entregado en vuestras manos.»

20 Cuando Josué y los hijos de Israel los hubieron enteramente derrotado y batido, hasta exterminarlos, y se refugiaron en las ciudades fuertes los que pudieron escapar, 21 se vino todo el pueblo tranquilamente al campamento, a Josué en Maceda, sin que hubiera quien moviese la lengua contra los hijos de Israel.

22 Josué dijo: «Abrid la boca de la caverna, sacad a los cinco reyes, y traédmelos.» 23 Lo hicieron así, llevando a los cinco reyes, que sacaron de la caverna: el rey de Jerusalén, el rey de Hebrón, el rey de Jerimot, el rey de Laquis y el rey de Eglón. 24 Una vez delante de Josué, llamó éste a todos los hombres de Israel y dijo a los jefes de los hombres de guerra que le habían acompañado: «Acercaos y poned vuestro pie sobre sus cuellos.» Ellos se acercaron y pusieron su pie sobre sus cuellos, 25 y Josué dijo: «No temáis y no os acobardéis, sed firmes y valientes, pues así tratará Yave a todos vuestros enemigos, contra los cuales combatís.» 26 Después Josué hizo darles muerte y los mandó colgar de cinco árboles, y allí estuvieron colgados hasta la tarde. 27 Al ponerse del sol los hizo bajar de los árboles y echarlos en la caverna donde se habían escondido, y pusieron a la boca de la caverna grandes piedras, que todavía se ven hoy allí.

Conquista de los territorios del mediodía.

28 Aquel mismo día se apoderó Josué de Maceda y la destruyó con todos los vivientes que en ella había y su rey, pasándola a filo de espada. Dió al anatema la ciudad y a todos los vivientes que en ella había, sin dejar uno solo, y trató a su rey como había tratado al de Jericó. 29 Pasó Josué con todo Israel de Maceda a Lebna y la atacó. 30 Yave la entregó también a las manos de Israel, con su rey, y la pasó a filo de espada a ella y a cuantos en ella había, sin dejar escapar uno, y a su rey le trató como había tratado al de Jericó.

(1) Otros traducen «in libro justorum», o en singular, el libro del justo. Nos parece mejor transcribirlo como nombre propio personal. No vuelve a mencionarse tal libro en la Escritura más que en II. Sam. 1. 18, y quizá, más que un libro, fué una colección de cantos bélicos. Desde luego, las dos citas prueban que se trata de una composición poética. Por lo breve de la cita, es mucho más difícil todavía determinar el sentido de las palabras citadas.

31 Pasó luego Josué, y con él todo
Israel, de Lebna a Laquis y la atacó,
acampando ante ella. 32 Yave entregó
a Laquis en las manos de Israel, que
la tomó al segundo día, y la pasó a
filo de espada con todos los vivientes
que en ella había, como había hecho
en Lebna. 33 Entonces Oram, rey
de Gazer, subió para socorrer a La-
quis; pero Josué le derrotó a él y a
su pueblo, sin dejar escapar a nadie.
34 Josué, y con él todo Israel,
pasó de Laquis a Eglón; pusieron su
campo junto a la ciudad y la atacaron. 35 Aquel mismo día la tomaron
y pasaron a filo de espada a todos los
vivientes que había en ella, y la dieron al anatema, como habían hecho
con Laquis.
36 Josué, con todo Israel, subió de
Eglón a Hebrón y atacaron la ciudad;
37 tomada, la pasaron a filo de espada
a ella y a su rey, a todas las ciudades
de ella dependientes, y a todos los
vivientes que con ellos se hallaban,
sin dejar a nadie, como lo había
hecho Josué en Eglón, y la dió al
anatema con todos los vivientes que
en ella había.
38 Josué, y todo Israel con él, se
volvió contra Dabir y la atacó.
39 Tomada, con su rey y todas las
ciudades de ella dependientes, las
pasaron a filo de espada, y dieron al
anatema a todos los vivientes que
allí había, sin dejar escapar a nadie.
Josué trató a Dabir y a su rey como
había tratado a Hebrón, y como había
tratado a Lebna y a su rey.
40 Josué batió toda la tierra, la
montaña, el mediodía, los llanos y
las pendientes, con todos sus reyes,
sin dejar escapar a nadie y dando
al anatema a todo viviente, como lo
había mandado Yave, Dios de Israel.
41 Batiólos Josué, desde Cadesbarne
hasta Gaza, y todo el territorio de
Gosen hasta Gabaón. 42 Cogió Josué
a todos sus reyes y toda su tierra en
una sola expedición, porque Yave,
Dios de Israel, combatió por Israel.
43 Después Josué, y todo Israel con
él, tornó al campamento, a Gálgala.

Coalición de los reyes del Norte. Su derrota y conquista de sus territorios.

11 1 Al tener noticia de estos sucesos Jabín, rey de Jasor, mandó
una embajada a Jobab, rey de Madón,
al rey de Seberón, al rey de Acsaf
2 y a los reyes que estaban al norte
de la montaña y en el Araba, al sur
de Queneret, en la llanura, y en las
alturas de Dor, al occidente, 3 y a
los cananeos de oriente y de occidente,
a los amorreos, a los geteos, a los
fereceos, a los jebuseos de la montaña,
y a los jeveos del pie del Hermón,
en el territorio de Masfa.
4 Salieron con ellos todos sus ejércitos, gente innumerable, como las
arenas que hay a orillas del mar,
con una gran muchedumbre de caballos y carros. 5 Reuniéronse todos y
vinieron a acampar concentrados
junto a las aguas de Merom, para
combatir a Israel. 6 Yave dijo a
Josué: «No los temas, porque mañana,
a esta misma hora, yo te los daré
traspasados delante de Israel; desjarretarás sus caballos y quemarás sus
carros.» 7 Josué y todos sus hombres
de guerra se echaron sobre ellos de
improviso, cerca de las aguas de
Merom, y se precipitaron contra ellos.
8 Yave los dió enteramente en manos
de Israel, que los batió y los persiguió hasta Sidón, la grande, hasta
las aguas de Masrefot y hasta el
valle de Masfa, a oriente. Los batió,
sin dejar escapar uno solo. 9 Josué
los trató como Yabe se lo había
dicho; desjarretó sus caballos y dió
al fuego sus carros. 10 Entonces se
volvió Josué y tomó y pasó a su rey
al filo de la espada. Asor era antes
la capital de todos estos reinos.
11 Pasaron a filo de espada a todos los
vivientes que en ella se hallaban,
dándolos todo al anatema; nada quedó
de cuanto vivía, y Asor fué dada a las
llamas. 12 Josué tomó todas las ciudades de estos reyes, y cogió a todos
sus reyes y los pasó a filo de espada,
dándolos al anatema, como se lo
había mandado Moisés, siervo de
Yave. 13 Israel no quemó ninguna
de las ciudades de la montaña, fuera
de Asor, que incendió Josué. 14 Todo
el botín de estas ciudades, sus ganados, los cogieron los hijos de Israel
para ellos; pero pasaron a filo de
espada a todos los hombres, hasta
exterminarlos, sin dejar uno. 15 Lo
que había mandado Yave a Moisés,
su siervo, lo ejecutó Josué, sin quitar
palabra de cuanto Yave había mandado a Moisés.
16 Así se apoderó Josué de todo este
territorio de la montaña, de todo el
mediodía, de todo el distrito de Go-

sen, de la tierra baja, de la montaña de Israel y de sus llanos, [17] desde la montaña desnuda que se alza hacia Seir, hasta Baal Gad en el valle del Líbano, al pie del monte Hermón. Cogió a todos sus reyes y les dió muerte. [18] La guerra que hizo Josué contra todos estos reyes duró largo tiempo: [19] no hubo ciudad que hiciese paces con los hijos de Israel, fuera de los jeveos que habitaban en Gabaón; todas las tomaron por la fuerza de las armas; [20] porque era designio de Yave que estos pueblos endureciesen su corazón, en hacer la guerra a Israel, para que Israel los diese al anatema, sin tener para ellos misericordia y los destruyera, como Yave se lo había mandado a Moisés.

[21] En este tiempo se puso Josué en marcha y exterminó a los enaquim de la montaña de Hebrón, de Dabir y de Anab, de toda la montaña de Judá y de toda la montaña de Israel. [22] No quedó un enaquim en todo el territorio de los hijos de Israel: sólo quedaron en Gaza, en Get y en Azoto.

[23] Se apoderó Josué de todo el territorio, conforme a todo lo que Yave había dicho a Moisés, y se lo dió en heredad a Israel por partes, según sus tribus, y la tierra descansó de la guerra.

Los reyes vencidos.

12 [1] He aquí los reyes de la tierra que batió Israel, apoderándose de sus territorios, al otro lado del Jordán, a oriente, desde el torrente del Arnón, hasta el monte Hermón, y todo el Araba, a oriente: [2] Seón, rey de los amorreos, residente en Hesebón; su dominio se extendía desde Aroer, a orillas del torrente del Arnón, y desde el medio de este valle, sobre la mitad de Galad, hasta el torrente de Jaboc, en la frontera de los hijos de Ammón; [3] sobre el Araba hasta el mar de Queneret, a oriente, y sobre el mar del Araba, el mar de sal, a oriente, hacia Betjerimot, y del lado del mediodía, al pie de las pendientes del Pasga. [4] El territorio de Og, rey de Basán, de los restos de los refaim, residente en Astarot y en Edrai. [5] Su dominio se extendía sobre la montaña de Hermón, sobre Saleja, sobre todo Basán, hasta la frontera de Gesur y de Macat y hasta la mitad de Galad, territorio de Seón, rey de Hesebón. [6] Moisés, siervo de Dios, y los hijos de Israel los batieron; y Moisés, siervo de Yave, dió sus territorios en heredad a los rubenitas y gaditas y a media tribu de Manasés.

[7] Reyes de la tierra que batió Josué y los hijos de Israel, de este lado del Jordán, a occidente, desde Baal Gad, en el valle del Líbano, hasta la montaña desnuda que se alza hacia Seir, cuyos territorios dió Josué en heredad a las tribus de Israel, según sus familias, [8] en la montaña, en la tierra baja, en las pendientes, en el desierto, en el Negueb; de los geteos, de los amorreos, de los cananeos, de los fereceos, de los jeveos y de los jebuseos; [9] el rey de Jericó, el rey de Hai, cerca de Betel, [10] el rey de Jerusalén; el rey de Hebrón; [11] el rey de Jerimot; el rey de Laquis; [12] el rey de Eglón; el rey de Gazer; [13] el rey de Dabir; el rey de Gueder; [14] el rey de Jorma; el rey de Arad; [15] el rey de Lebna; el rey de Odulam; [16] el rey de Maceda; el rey de Betel; [17] el rey de Tafua; el rey de Ofer; [18] el rey de Afeq; el rey de Lasarón; [19] el rey de Madón; el rey de Asor; [20] el rey de Semerón; el rey de Acsaf; [21] el rey de Tanac; el rey de Mageddo; [22] el rey de Cades; el rey de Jacneam, en el Carmelo; [23] el rey de Dor, en las alturas de Dor; el rey de Goím, en Galgal; [24] el rey de Tersa. En todo treinta y un reyes.

Distribución de la tierra.

13 [1] Josué era ya viejo, entrado en años, y Yave le dijo: «Eres ya viejo, de edad avanzada, y queda todavía mucha tierra por conquistar. [2] Mira lo que queda: todos los distritos de los filisteos y todo el territorio de Gesur; [3] desde el Sija, que corre al oriente de Egipto, hasta la frontera de Acarón, hacia el norte, que se reputa como de los cananeos; los cinco príncipes de los filisteos, el de Gaza, el de Azot, el de Ascalón, el de Get y el de Acarón; los jeveos al mediodía; [4] toda la tierra de los cananeos, y Mara que es de los sidonios, hasta Afec, hasta la frontera de los amorreos; [5] la tierra de los gelitas y todo el Líbano a oriente, desde Baal Gad, al pie del monte Hermón, hasta la entrada de Hamot; [6] todos los habitantes de

la montaña, desde el Líbano hasta las aguas de Mazrefot; todos los sidonios. Yo los arrojaré delante de los hijos de Israel. Pero distribuye por suertes esta tierra en heredad a los hijos de Israel, como yo lo he mandado.

7 Ahora, pues, distribuye esta tierra entre las nueve tribus y la media de Manasés.» 8 Con la otra mitad, los rubenitas y gaditas recibieron ya su heredad, que les dió Moisés al otro lado del Jordán, a oriente, como se la distribuyó Moisés, siervo de Yave: 9 desde Aroer, a orillas del torrente del Arnón, y desde la ciudad que está en medio del valle, toda la llanura de Madaba, hasta Dibón; 10 todas las ciudades de Seón, rey de los amorreos, que reinaba en Hesebón, hasta la frontera de los hijos de Ammón; 11 Galad, el territorio de Gesur y de Macat, toda la montaña de Hermón y todo el Basán, hasta Saleja; 12 todo el reino de Og, en Basán, que reinaba en Astarot, y en Edrai, y eran los últimos restos de los refaim. Moisés batió a estos reyes y los desposeyó; 13 pero los hijos de Israel no desposeyeron a los gesuritas y a los macatitas, y Gesur y Macat habitan en medio de ellos hasta hoy. 14 La tribu de Leví fué la sola a que Moisés no dió heredad, porque las combustiones de Yave, Dios de Israel, son su heredad, como él se lo dijo.

Rubén.

15 Moisés había dado a los hijos de la tribu de Rubén una parte según sus familias. 16 Tuvieron por territorio, a partir de Aroer, a orillas del torrente del Arnón y de la ciudad situada en medio del valle, toda la llanura cerca de Madaba. 17 Hesebón y todas las ciudades del llano, Dibón, Bamot Baal, Bet Baal, Maón, 18 Jas, Quedamot, Mefat, 19 Cariataim, Sabama, Sarat Asar, en el monte del valle, 20 Bet Fogor, las pendientes del Pasga, Bet Jesimot, 21 todas las ciudades del llano y todo el reino de Seón, rey de los amorreos, que reinaba en Hesebón; Moisés le derrotó a él y a los príncipes de Madián, Evi, Requem, Sur, Jur y Rebe, tributarios de Seón, que habitaban la tierra. 22 El adivino Balam, hijo de Beor, fué también del número de los que los hijos de Israel pasaron a filo de espada. 23 Así el territorio de los hijos de Rubén llegaba hasta el Jordán y sus riberas. Esta fué la heredad, las ciudades y sus pueblos, de los hijos de Rubén y sus familias.

Gad.

24 Moisés dió a la tribu de Gad, a los hijos de Gad, una parte según sus familias. 25 Su territorio comprendía: Jaser, todas las ciudades de Galad, la mitad de la tierra de los hijos de Ammón hasta Aroer, que está enfrente de Raba, 26 desde Hesebón hasta Rabot, Masfe y Betonim, y desde Majanaim hasta la frontera de Debir; 27 y en el valle Bet Aram, Bet Nemra, Socot y Safán, partes del reino de Seón, rey de Hesebón, el Jordán y sus riberas hasta el cabo del mar de Queneret, del otro lado del Jordán, a oriente.

28 Esta fué la heredad, ciudades con sus pueblos, de los hijos de Gad, según sus familias.

Media tribu de Manasés.

29 Moisés dió a media tribu de Manasés, a los hijos de Manasés, una parte según sus familias. 30 Tuvieron por territorio, a partir de Majanaim, todo Basán, todo el reino de Og, rey de Basán, y todos los burgos de Jair en Basán, sesenta ciudades; 31 la mitad de Galad, Astarot y Edrai, ciudades del reino de Og en Basán, fueron dadas a Maquir, hijo de Manasés, a la mitad de los hijos de Maquir, según sus familias.

32 Estas son las partes que distribuyó Moisés, cuando estaba en los llanos de Moab, del otro lado del Jordán, frente a Jericó, a oriente. 33 Pero Moisés no dió parte a la tribu de Leví: Yave, Dios de Israel, es su parte, como él se lo ha dicho.

Hebrón, para Caleb.

14 1 He aquí lo que los hijos de Israel recibieron en heredad en la tierra de Canán; lo que les distribuyeron Eleazar, sacerdote, Josué, hijo de Nun, y los jefes de familia de las tribus de los hijos de Israel. 2 Fué

PALESTINA
Y LAS
DOCE TRIBUS
SIDÓN
DAMASCO
TIRO
ASER
ZABULÓN
NEFTALI
MANASÉS
MAR MEDITERRÁNEO
ISACAR
MANASÉS
GAD
RAMOTH
JOPPE
EFRAIM
DAN
BENJAMIN
JERICÓ
GABAÓN
JERUSALEN
ASCALÓN
JUDA
RUBÉN
GAZA
HEBRON
BEZER
MAR MUERTO
MOAB
SIMEON
EDOM

la suerte la que asignó su heredad, como Yave se lo había mandado a Moisés, a las nueve tribus y a la media tribu de Manasés. 3 Pues Moisés había ya dado su heredad a dos tribus y a media de la de Manasés, al otro lado del Jordán. No dió nada de la heredad a los levitas en medio de ellos. 4 Los hijos de José formaban dos tribus, Manasés y Efraím, y no se dió a los levitas parte en el territorio, fuera de las ciudades de su habitación y los campos de pastos para sus ganados y rebaños. 5 Los hijos de Israel cumplieron lo que Yave había mandado a Moisés y distribuyeron la tierra.

6 Algunos de los hijos de Judá se acercaron a Josué, en Gálgala; y Caleb, hijo de Jefone, el quineceo, le dijo: «Ya sabes lo que a Moisés, siervo de Dios, dijo Yave respecto de mí y de ti. 7 Cuarenta años tenía yo, cuando Moisés, siervo de Yave, me mandó de Cades Barne para explorar la tierra, y yo le hice relación, según la sinceridad de mi corazón. 8 Mientras que mis hermanos, los que conmigo habían subido, descorazonaron al pueblo, yo seguí enteramente a Yave, mi Dios. 9 Aquel día hizo Moisés este juramento; la tierra que han pisado tus pies será tu heredad y la de tus hijos perpetuamente, porque tú has seguido enteramente a Yave. 10 Ahora, pues, Yave me ha conservado la vida, como lo prometió, durante los cuarenta y cinco años transcurridos desde que Yave dirigió a Moisés esta palabra, mientras caminaba Israel por el desierto, y tengo ahora ochenta y cinco años; 11 pero ya ves que estoy robusto hoy, como lo estaba al tiempo en que Moisés me mandó; mi fuerza es ahora la misma de entonces para luchar, para salir y para entrar. 12 Dame, pues, este monte, de que habló Yave aquel día, pues allí están los enaquim, y tienen ciudades grandes y fuertes; quizá quiera Yave estar conmigo y logre arrojarlos, según la palabra de Yave.» 13 Josué bendijo a Caleb, hijo de Jefone, y le dió Hebrón en heredad. 14 Por eso Hebrón pertenece en heredad a Caleb, hijo de Jefone, el queneceo, hasta el día de hoy, porque siguió enteramente a Yave, Dios de Israel. 15 Hebrón se llamó antes Cariat Arbe.

Arbe fué el hombre más grande entre los enaquim.

La tierra descansó de la guerra.

Judá.

15 1 La parte que en suerte tocó a la tribu de los hijos de Judá, según sus familias, se extendía desde la frontera de Edóm, en el desierto de Sin, a mediodía, hasta el confín meridional. 2 Su frontera meridional partía desde la extremidad del mar de sal, de la parte de este mar que se vuelve hacia el sur, 3 y se prolongaba al mediodía de la subida de Acrabim, pasaba a Sin, y subía al mediodía de Cades Barne; pasaba a Esron, subía hacia Adar, y se volvía a Cacá; 4 pasaba luego a Asmón y continuaba hasta el torrente de Egipto, para morir en el mar. Esta os será la frontera meridional. 5 La frontera oriental fué el mar de sal, hasta la desembocadura del Jordán. La frontera septentrional partía de la parte del mar de sal donde desemboca en el Jordán, 6 subía hacia Bet Agla, pasaba al norte de Bet Araba, subía hasta la peña de Boén, hijo de Rubén; 7 seguía subiendo a Debera, a partir del valle, a Ajor, y volvía hacia el norte del lado de Gálgala, que está frente al monte de Adomim, al sur del torrente; pasaba a En Semes y llegaba a En Rogel; 8 de allí subía por el valle de Ben Hinón, viniendo del mediodía hasta tocar el límite de Jebus, que es Jerusalén; y subía luego por la cima del monte que está frente al valle de Hinón, a occidente, y al extremo del valle de Refaim, al norte. 9 Desde la cima del monte se inclinaba hacia los manantiales de agua de Neftoa, seguía hacia las ciudades de la montaña de Efrón, y se volvía en dirección a Bala, que es Cariatiarim. 10 De Bala se volvía la frontera a occidente, hacia el monte Seir; pasaba por la vertiente septentrional del monte Jarim, que es Quesalón; bajaba a Betsames y pasaba por Timna; 11 continuaba al norte por la vertiente de Acarón y se dirigía hacia Secrona; pasaba por el monte de Bala y llegaba a Jebnel, para morir en el mar. 12 La frontera occidental era el mar grande; éste era el límite. Estas fueron las fronteras de los hijos de Judá, según sus familias.

13 Se había dado a Caleb, hijo de Jefone, una parte en medio de los hijos de Israel, como Yave se lo había mandado a Josué; Cariat Arbe, del

padre de Enac, que es Hebrón. 14 Caleb arrojó de allí a los tres hijos de Enac; Sesai, Ajiman y Tolmai, descendientes de Enac. 15 De allí subió contra los habitantes de Dabir, que se llamaba antes Cariat Sefer. 16 Caleb dijo: «Al que bata y tome Cariat Sefer, le daré por mujer mi hija Acsa.» 17 La tomó Otoniel, hijo de Quenaz, hermano de Caleb y éste le dió su hija Acsa por mujer. 18 Cuando iba ella a la casa de Otoniel, incitóla éste a que pidiera a su padre un campo; inclinóse ella sobre su asno, y Caleb le dijo: «¿Qué tienes?» 19 Ella le respondió: «Hazme un don; pues que me has heredado en tierra de secano, dame también tierra de regadío.» El le dió el Gulot superior y el inferior.

20 Esta fué la heredad de la tribu de los hijos de Judá, según sus familias. 21 Las ciudades situadas al extremo de los hijos de Judá, hacia la frontera de Edom, en el Negueb, son: Cabsel, Edel, Jagur, 22 Quina, Dimona, Adada, 23 Cades, Asor y Jetnan; 24 Zif, Telem, Balot, 25 Asor el nuevo y Cariot Esrom, que es Asor; 26 Aman, Sama, Molada, 27 Asergada, Asemon, Bet Felet, 28 Asarsual, Betsabe y Baciotia; 29 Bala, Jim, Esem, 30 Eltolad, Quesil, Jorma, 31 Siceleg, Madmana, Sansana, 32 Lebaot, Seljim, Ain y Remon; en todo, veintinueve ciudades con sus pueblos.

33 En el Sefela: Estaol, Sarea, Asena, 34 Zanoe, Ain Ganim, Tafua, Enaim, 35 Jerimot, Adulam, Socó, Azeca, 36 Saraim, Aditaim, Gedera y Gederotaim; catorce ciudades con sus pueblos.

37 Sanan, Adasa, Migdal Gad, 38 Delean, Masefa, Jactel, 39 Laquis, Bascat, Eglón, 40 Cabón, Lejma, Cetlis, 41 Guiderot, Bet Dagón, Nahama y Maceda; dieciséis ciudades con sus pueblos. 42 Lebana, Eter, Asán 43 Jefta, Esna, Nesib. 44 Queila, Ajzob, Maresa; nueve ciudades con sus pueblos. 45 Acarón, con las ciudades de ella dependientes y sus pueblos.

46 A partir de Acarón, del lado de occidente, todas las ciudades cercanas a Azoto, con sus pueblos; 47 Azoto, las ciudades dependientes de ella y sus pueblos; Gaza, las ciudades de su dependencia y sus pueblos, hasta el torrente de Egipto y el mar grande, que es la frontera.

48 En la montaña, Samir, Jeter, Socot, 49 Dana, Cariat Sena, que es Dabir, 50 Anab, Istemo, Anim, 51 Gosem, Delon y Gilo; once ciudades con sus pueblos. 52 Arab, Duma, Esan, 53 Janim, Bet Tafua, Afeca, 54 Janta, Cariat Arbe, que es Hebrón y Sión; nueve ciudades con sus pueblos. 55 Maón, Carmel, Zif, Juta, 56 Jezrael, Jocdam, Zanoe, 57 Acain, Gueba, Zamna; diez ciudades con sus pueblos. 58 Jaljul, Besur, Guedor, 59 Marat, Bet Anot y Eltecón; seis ciudades con sus pueblos. 60 Cariat Baal, que es Jearim y Areba; dos ciudades con sus pueblos. 61 En el desierto, Bet Araba, Medin, Secaca, 62 Nebsan, Hir Armelaj y Engaddi; seis ciudades con sus pueblos.

63 Los hijos de Judá no pudieron expulsar a los jebuseos; habitan en Jerusalén con los hijos de Judá, hasta hoy.

José (Efraím y Manasés).

16 1 La parte que tocó en suerte a los hijos de José comenzaba en el lado de oriente, en el Jordán de Jericó, en las aguas de Jericó; es el desierto, que por la montaña sube de Jericó a Betel; 2 la frontera seguía de Betel a Luz y pasaba a lo largo del territorio de los Arqueos, a Astorot; 3 bajaba a occidente hacia la frontera de los jefletitas hasta la de Betoron de abajo y hasta Gazer, para morir en el mar. 4 Esta es la heredad que recibieron los hijos de José, Manasés y Efraím.

Efraím.

5 He aquí la frontera de los hijos de Efraím, según sus familias. El límite de su heredad era, a oriente, Atarot Adar hasta Betoron de arriba; 6 se dirigía al lado de occidente hacia Macnetat, al norte; volvía luego a oriente hacia Tanat Selo y pasaba por delante de ella, al oriente, hasta Janoc; 7 de Janoe bajaba a Atorot y Narata, tocaba en Jericó, y llegaba hasta el Jordán; 8 de Tafua iba a occidente al torrente de Cana, para morir en el mar. Esta era la heredad de los hijos de Efraím, según sus familias. 9 Los hijos de Efraím tuvieron también ciudades separadas en medio de la heredad de los hijos de Manasés. 10 No expulsaron a los cananeos que habitaban en Gazer

y los cananeos han habitado hasta hoy en medio de Efraím, pero sometidos a tributo.

Manasés.

17 [1] La tribu de Manasés tuvo este territorio, pues era el primogénito de José. Maquir, primogénito de Manasés, y padre de Galad, había recibido Galad y Basán, pues era hombre de guerra. [2] También fué atribuída una parte a los otros hijos de Manasés, según sus familias; a los hijos de Abiezer, a los hijos de Elec, a los hijos de Esriel, a los hijos de Sequem, a los hijos de Jefa y a los hijos de Semida; éstos eran los hijos varones de Manasés, hijo de José, según sus familias. [3] Salfad, hijo de Jefer, hijo de Galad, hijo de Maquir, hijo de Manasés, no tuvo hijos, sino hijas, cuyos nombres son: Majla, Noa, Jegla, Melca y Tersa; [4] presentáronse a Eleazar, sacerdote, delante de Josué, hijo de Nun, y delante de los príncipes, y dijeron: «Yave mandó a Moisés que nos diera heredad en medio de nuestros hermanos.» Se les dió, pues, según el mandato de Yave, heredad en medio de los hijos de su padre. [5] Tocaron a Manasés diez suertes, además del territorio de Galad y de Basán, que está al otro lado del Jordán, [6] pues las hijas de Manasés tuvieron su heredad entre los hijos; la tierra de Galad fué para los otros hijos de Manasés. [7] La frontera de Manasés partía de Aser hacia Majnefat, que está frente a Siquem, e iba después a derecha hacia los habitantes de Tafua; [8] el territorio de Tafua tocó a Manasés; pero Tafua, en la frontera de Manasés, fué para los hijos de Efraím; [9] bajaba la frontera del torrente de Cana, hasta el medio del torrente. Las ciudades de este territorio que tocaron a Efraím estaban en medio de las ciudades de Manasés. la frontera de Manasés pasaba al norte del torrente y terminaba en el mar; [10] el territorio al mediodía era de Efraím y el del norte de Manasés, y su término era el mar; hacia el norte tocaban con Aser, hacia oriente con Isacar. [11] Manasés tuvo en los territorios de Isacar y de Aser: Betsán y las ciudades que de ella dependen, Jeblam y las ciudades de su dependencia; los habitantes de Dor y las ciudades de su dependencia; los habitantes de Tenac y las ciudades de su dependencia, y los habitantes de Mageddo y las ciudades de su dependencia: éste es el distrito de las tres colinas.

[12] Los hijos de Manasés no pudieron expulsar a los habitantes de estas ciudades; [13] sometieron a los cananeos a tributo, pero no los expulsaron.

[14] Los hijos de José hablaron a Josué, diciendo: «¿Cómo nos has dado en heredad una sola suerte y una sola parte, a nosotros que somos un pueblo numeroso, al que Yave ha bendecido hasta ahora?» [15] Josué les dijo: «Puesto que eres un pueblo numeroso, sube al monte y rotura una parte en la tierra de los fereceos y los refaim, ya que la montaña de Efraím te viene demasiado estrecha.» [16] Los hijos de José dijeron: «La montaña no nos basta, y todos los cananeos que habitan en el valle disponen de carros de hierro, lo mismo que los de Betsán y las ciudades de su dependencia, y los que habitan el valle de Jezrael.» [17] Josué respondió a la casa de José, a Efraím y Manasés: «Eres un pueblo numeroso, tu fuerza es mucha; no puedes tener una sola suerte, [18] pero la montaña será tuya; tú roturarás el bosque y sus términos te pertenecerán; expulsarás a los cananeos por carros de hierro que tengan y por fuertes que sean.»

El tabernáculo en Silo.

18 [1] Se reunió en Silo toda la asamblea de los hijos de Israel y alzaron allí el tabernáculo de la reunión. El territorio estaba sometido. [2] Quedaban siete tribus, de entre los hijos de Israel, que todavía no habían recibido su heredad. [3] Josué dijo a los hijos de Israel: «¿Hasta cuándo vais a ser negligentes en apoderaros de la tierra que Yave, Dios de vuestros padres, os ha dado? [4] Elegid tres hombres por cada tribu, y yo los enviaré para que vayan a recorrer la tierra y hagan de ella una descripción, con vistas a la distribución que hay que hacer, y me la traigan. [5] La dividiréis en siete partes; Judá quedará dentro de sus fronteras, al mediodía, y la casa de José dentro de las suyas, al norte. [6] Describid,

pues, la tierra en siete partes, traedme la descripción, y yo haré el sorteo de ellas para vosotros, aquí ante Yave, nuestro Dios; 7 pues para los levitas no ha de haber parte en medio de vosotros, por ser el sacerdocio de Yave su heredad; Gad, Rubén y media tribu de Manasés han recibido ya su heredad al otro lado del Jordán, a oriente, la que les dió Moisés, siervo de Yave.»

8 Levantáronse los hombres y se pusieron en camino; y al partirse para hacer la descripción de la tierra, les dió Josué sus órdenes, diciendo: «Id, recorred la tierra, describidla y volved a mí, y yo os haré el sorteo aquí, ante Yave, en Silo.» 9 Partieron, pues, recorrieron la tierra, la describieron en un libro según sus ciudades, dividiéndola en siete partes, y volvieron a Josué, al campo de Silo. 10 Josué les hizo el sorteo en Silo, en presencia de Yave, y distribuyó allí la tierra entre los hijos de Israel, según sus familias.

Benjamín.

11 La parte de la tribu de Benjamín fué sacada a suerte según sus familias, y el territorio que les tocó en suerte tenía sus fronteras entre los hijos de Judá y los hijos de José. 12 Del lado del norte partía su frontera del Jordán, subía al norte sobre la vertiente de Jericó, se elevaba por la montaña a occidente, y terminaba en el desierto de Bet Aven; 13 de allí iba a Luz, al mediodía, que es Betel; luego bajaba a Atarot Adar, por la montaña que hay al mediodía de Betorón de abajo.

14 Del lado de occidente, se prolongaba la frontera volviendo hacia el mediodía, desde la montaña situada frente a Betorón, al sur, y terminaba en Cariat Baal, que es Cariat Jearim, ciudad de los hijos de Judá; esto por el lado de occidente. 15 Por el lado del mediodía, partía del extremo de Cariat Jearim hasta la fuente de aguas de Neftoa; 16 bajaba al extremo de la montaña que está frente al valle de Ben Hinón, y al norte del valle de Refaim, y bajaba luego por el valle de Hinón hacia el límite meridional de los jebuseos, hasta la fuente de Rogel; 17 volvíase al norte y pasaba luego por En Semes, seguía por Guelitot, que está frente a la subida de Adomim, y bajaba a la peña de Boen, hijo de Rubén; 18 pasaba por la vertiente septentrional, frente al Araba, bajaba del Araba, 19 y seguía por la vertiente septentrional de Bet Agla, para morir en el extremo norte del mar de sal, hacia la desembocadura del Jordán, al mediodía. 20 Esta era la frontera meridional. El Jordán era el límite de la frontera oriental.

Esta fué la heredad de los hijos de Benjamín con todas sus fronteras, según sus familias.

21 Las ciudades de la tribu de Benjamín, según sus familias, eran: Jericó, Bet Agla, Emec Casis, 22 Bet Araba, Samoraim, Betel, 23 Avim Afara, Ofera, 24 Quefar Emona, Ofru y Gueba; doce ciudades con sus pueblos. 25 Gabaón, Ramá Berot, 26 Mesfe, Cafara, Amosas, 27 Requem, Jarfel, Tarela, 28 Sela, Elef, Jebus, que es Jerusalén, Gabat y Cariat; catorce ciudades con sus pueblos. Esta fué la heredad de los hijos de Benjamín, según sus familias.

Simeón.

19 1 La suerte atribuyó la segunda parte a Simeón, a la tribu de los hijos de Simeón, según sus familias; tuvieron su heredad en medio de la heredad de los hijos de Judá. 2 Su heredad fué: Beersabe, Sabe, Molada, 3 Aser Sual, Bala, Asem, 4 Eltolad, Betul, Jarma, 5 Siclaj, Bet Marcabot, Jaserusa, 6 Bet Lebaot, y Sarujen; trece ciudades con sus pueblos; 7 Ain, Remon, Afar y Asar, cuatro ciudades con sus pueblos, 8 así como todos los burgos de los alrededores de estas ciudades, hasta Baalat Beer, que es la Ramat del sur. Esta fué la heredad de la tribu de los hijos de Simeón, según sus familias. 9 La heredad de los hijos de Simeón se tomó de la parte de los hijos de Judá, por ser la heredad de los hijos de Judá demasiado grande para ellos, y fué en medio de su territorio donde los hijos de Simeón recibieron su heredad.

Zabulón.

10 La tercera parte tocó en suerte a los hijos de Zabulón, según sus familias; la frontera de su heredad se

extendía hasta Sarid; [11] subía al occidente hacia Merala y tocaba en Debaset, y luego al torrente, ante Jacnam. [12] De Sarid se volvía a oriente, al sol levante, hasta los confines de Queselet Tabor; se prolongaba hacia Daberet y subía a Jafia; [13] de allí pasaba a oriente, a Guita Jefer y Tacasin, y se dirigía a Remon, que confina con Noa; [14] volvía del lado norte hacia Anaton, y terminaba en el valle de Jeftael; [15] Catet, Nalal, Semeron, Jedala y Betlejem; doce ciudades con sus pueblos. [16] Esta fué la heredad de los hijos de Zabulón, según sus familias; las ciudades y los pueblos.

Isacar.

[17] La cuarta parte tocó en suerte a Isacar, a los hijos de Isacar, según sus familias. [18] Su territorio era: Jezrael, Hacsulot, Semen, [19] Jafaraim, Sión, Anajerat, [20] Rabot, Quesyon, Abes, [21] Ramet, En Ganim, En Jadda y Bet Fases. [22] La frontera tocaba en el Tabor, en Sejesima y en Betsames, y se extendía hasta el Jordán, dieciséis ciudades con sus pueblos. [23] Esta fué la heredad de la tribu de los hijos de Isacar, según sus familias; las ciudades y los pueblos

Aser.

[24] La quinta parte tocó en suerte a la tribu de los hijos de Aser, según sus familias. [25] Su territorio fué Jelcat, Jali, Beten, Acsaf, [26] Elmelec, Amad y Mesa; la frontera tocaba a occidente al Carmelo y a Sijor Lebanat; [27] después se tornaba a oriente hacia Bet Dagón, tocaba a la de Zabulón y al valle de Jeftael, al norte de Bet Emec, y de Nejiel, y se prolongaba hacia Cabul, a la izquierda, [28] y hacia Abrón, Rejob Jamon y Cana, hasta Sidón, la grande; [29] se dirigía luego hacia Rama, hasta la ciudad fuerte de Tiro, y hacia Josa, para morir en el mar, cerca del distrito de Acziba; [30] además Ama, Afec, y Rejob; veintidós ciudades con sus pueblos. [31] Esta fué la heredad de la tribu de los hijos de Aser, según sus familias; sus ciudades y sus pueblos.

Neftalí.

[32] La sexta parte tocó en suerte a los hijos de Neftalí, según sus familias. [33] Su frontera iba desde Jelef, a partir del encinar que hay en Senanim, hacia Adami; Negueb y Jabnel hasta Lecum, y terminaba en el Jordán; [34] volvía hacia occidente, a Azonot Tabor, y de allí seguía a Jucoca; tocaba a la de Zabulón, al mediodía, a la de Aser, a occidente, y a la de Judá, cerca del Jordán, a oriente. [35] Las ciudades fuertes eran: Asedim, Ser, Jamat, Recat, Quenereth, Edema, [36] Arama, Jasor, [37] Quedes, Edrai, En Jasor, [38] Jeron, Magdalet, Joren, Bet Anat y Bet Sames; diecinueve ciudades y sus pueblos. [39] Esta fué la heredad de la tribu de los hijos de Neftalí, según sus familias; sus ciudades y sus pueblos.

Dan.

[40] La séptima parte tocó en suerte a la tribu de los hijos de Dan, según sus familias. [41] El territorio de su heredad comprendía Saraa, Estaol, Ir Semes, [42] Selebin, Ayalon, Jetela, [43] Elon, Temna, Acron, [44] Elteque, Guibeton, Balat, [45] Jud, Bene Barac, Gat Renom, [46] Mejarcon y Racón, con el territorio frente a Joppe. [47] El territorio de los hijos de Dan se extendió más allá de sus límites, pues los hijos de Dan subieron a combatir contra Lesem, se apoderaron de ella y la pasaron a filo de espada; posesionáronse de ella, se establecieron allí, y la llamaron Dan, del nombre de su padre. [48] Esta fué la heredad de la tribu de los hijos de Dan, según sus familias; sus ciudades y sus pueblos.

[49] Terminada la distribución de la tierra, según sus límites, los hijos de Israel dieron a Josué, hijo de Nun, una heredad en medio de ellos. [50] Por mandato de Yave, le dieron la ciudad que él pidió, Tamnat Sara, en la montaña de Efraím. Josué reedificó la ciudad y habitó allí. [51] Estas fueron las heredades que Eleazar, sacerdote, Josué, hijo de Nun, y los jefes de familias de las tribus de los hijos de Israel, distribuyeron por suerte en Silo, en presencia de Yave, a la entrada del tabernáculo de la reunión, terminando la distribución de la tierra.

Las ciudades de refugio.

20 [1] Yave habló a Josué diciendo: [2] «Habla a los hijos de Israel, y di: Designad, como os lo mandó Moisés, las ciudades de asilo, [3] donde pueda refugiarse el homicida que haya matado a alguno sin querer, sin saberlo, y le sirvan de refugio contra el vengador de la sangre (1). [4] El homicida huirá a una de estas ciudades, se detendrá a la puerta de la ciudad, y expondrá su caso a los ancianos de ella; éstos le recibirán entre ellos en la ciudad, y le darán habitación donde more con ellos. [5] Si el vengador de la sangre le persigue, no le entregarán en sus manos, porque sin querer mató a su prójimo, a quien de antes no odiaba. [6] El homicida quedará en la ciudad, hasta que comparezca ante la asamblea para ser juzgado, y hasta la muerte del sumo sacerdote que entonces lo sea. Luego se volverá y entrará en su ciudad y en su casa, en la ciudad de donde huyó.

[7] Consagraron, pues, a Cades en Galilea, en la montaña de Neftalí; a Siquem, en la montaña de Efraím, y a Cariat Arbe, que es Hebrón, en la montaña de Judá. [8] Del otro lado del Jordán, a oriente de Jericó, designaron Bosor, en el desierto, en la llanura, ciudad de la tribu de Rubén; Ramot, en Galad, de la tribu de Gad; y Golán, en Basán, de la tribu de Manasés. [9] Estas fueron las ciudades señaladas a todos los hijos de Israel y a los peregrinos que habitan en medio de ellos, para que cualquiera que matase a alguno impensadamente pudiera refugiarse en ellas, y no muriera a manos del vengador de la sangre antes de comparecer ante la asamblea.

Las ciudades levíticas.

21 [1] Los jefes de familia de los levitas se acercaron a Eleazar, sacerdote, a Josué, hijo de Nun, y a los jefes de familia de las tribus de los hijos de Israel, [2] y les hablaron en Silo, en tierra de Canán, diciendo: «Yave mandó a Moisés que nos diese ciudades donde habitar, con sus campos para nuestros ganados.» [3] Los hijos de Israel dieron a los levitas, de sus heredades, según el mandato de Yave, estas ciudades, con sus campos.

[4] Salió la suerte para la familia de los caatitas; y los hijos del sacerdote Arón, de entre los levitas, obtuvieron por suerte trece ciudades de la tribu de Judá, de la de Simeón y de la de Benjamín; [5] Los otros hijos de Caat obtuvieron por suerte diez ciudades de las familias de la tribu de Efraím, de la tribu de Dan y de la media tribu de Manasés. [6] Los hijos de Gersón obtuvieron por suerte trece ciudades, de las familias de la tribu de Isacar, de la tribu de Aser, de la tribu de Neftalí y de la media tribu de Manasés, en Basan. [7] Los hijos de Merari, según sus familias, obtuvieron doce ciudades de la tribu de Rubén, de la tribu de Gad y de la tribu de Zabulón. [8] Los hijos de Israel dieron por suerte a los hijos de Leví esas ciudades y sus contornos, como Yave se lo había mandado a Moisés.

[9] Dieron de la tribu de los hijos de Judá y de la tribu de los hijos de Simeón estas ciudades; [10] pues la suerte de los hijos de Arón, de la familia de Caat, de los hijos de Leví, fué la primera. [11] Diéronles, pues, en la montaña de Judá la ciudad de Arbe, padre de Enac, que es Hebrón, con sus contornos; [12] pero los campos de esta ciudad y las ciudades de ella dependientes se las dieron a Caleb, hijo de Jefone, en heredad. [13] Dieron a los hijos del sacerdote Arón la ciudad de refugio para los homicidas, Hebrón y su contorno; así como Lebna y su contorno; [14] Jeter y su contorno; Estemo y su contorno; [15] Jelón y su contorno; Dabir y su contorno; Asin, [16] Juta, Betsames con sus contornos; nueve ciudades de estas dos tribus.

[17] De la tribu de Benjamín, Gabaón y su contorno; Gueba y su contorno, [18] Anatot y Almón y sus contornos; cuatro ciudades.

[19] En todo, las ciudades de los sacerdotes, hijos de Arón, trece ciudades y sus contornos; [20] pero a las familias de los hijos de Caat hijos de Leví, a los otros hijos de Caat, les señaló la suerte ciudades de la

(1) Como la ejecución del castigo, en los delitos de sangre, la atribuye la ley al más próximo pariente de la víctima, el vengador de la sangre (Núm. 35.), para impedir en los casos de homicidio involuntario que prevaleciera la pasión sobre la justicia, se constituyen las ciudades de refugio, en las cuales el tribunal competente juzgará el caso.

tribu de Efraím. 21 Se les dió la ciudad de refugio para los homicidas, Siquem y su contorno, en la montaña de Efraím, y Gazer, 22 Quisaim y Betorón, con sus contornos; cuatro ciudades. 23 De la tribu de Dan, Elteco, Guibeton, 24 Ayalon y Gat Remon, con sus contornos; cuatro ciudades. 25 De la media tribu de Manasés, Tanac y Jibleam con sus contornos; dos ciudades. 26 En todo, diez ciudades con sus contornos para las familias de los otros hijos de Caat. 27 Se dió a los hijos de Gersón, de entre las familias de los hijos de Leví, de la media tribu de Manasés, la ciudad de refugio para los homicidas, Golán, en Basán, y su contorno; como también Belestera y su contorno; dos ciudades. 28 De la tribu de Isacar, Quisyon, Daberet, 29 Jaramut y En Ganim y sus contornos; cuatro ciudades. 30 De la tribu de Aser, Masal, Abdón, 31 Jelcat y Rejob, con sus contornos; cuatro ciudades. 32 De la tribu de Neftalí, la ciudad de refugio para los homicidas, Cades, en Galilea, con su contorno, como también Jamot, Dor y Cartan, con sus contornos; tres ciudades. 33 En todo, las ciudades de los gersonitas, según sus familias, trece ciudades y sus contornos.

34 A las familias de los hijos de Merari, al resto de los hijos de Leví, en la tribu de Zabulón, Jocneam, Carta, 35 Damna y Nalol, con sus contornos; cuatro ciudades; 36 de la tribu de Rubén, Besor, Jasa, 37 Quedemot y Mefat, con sus contornos; cuatro ciudades; 38 y de la tribu de Gad, la ciudad de refugio para los homicidas, Ramot en Galad, y su contorno; así como Majanaim, 39 Jesebón y Jazer, con su contorno; cuatro ciudades. 40 En todo, las ciudades señaladas por la suerte a los hijos de Merari, según sus familias, al resto de las familias de los hijos de Leví, doce ciudades.

41 Todas las ciudades de los hijos de Leví, en medio de las posesiones de los hijos de Israel: cuarenta y ocho ciudades y sus contornos. 42 Cada una de estas ciudades tenía en torno suyo un campo, y así para todas las ciudades.

43 Yave dió a Israel toda la tierra que a sus padres había jurado darles, y se posesionaron de ella y se establecieron allí. 44 Yave les concedió el descanso en torno suyo, como se lo había jurado a sus padres; ninguno de sus enemigos pudo resistir, y Yave los entregó a todos en sus manos. 45 De todas las palabras buenas que Yave había dicho a la casa de Israel, ni una quedó sin efecto, todas se cumplieron.

Vuelta de las tribus orientales a su territorio.

22 1 Entonces llamó Josué a los rubenitas, a los gaditas y a la media tribu de Manasés, y les dijo: 2 «Habéis guardado todo lo que os mandó Moisés, siervo de Yave; habéis obedecido a mi voz en todo cuanto os he mandado. 3 No habéis abandonado a vuestros hermanos durante este largo espacio de tiempo, hasta hoy, y habéis observado fielmente el mandato de Yave, vuestro Dios. 4 Ahora, pues, que Yave, vuestro Dios, ha concedido a vuestros hermanos el descanso, como se lo había prometido, volveos, y tornad a vuestras tiendas en la tierra que os pertenece, que Moisés, siervo de Yave, os dió al otro lado del Jordán. 5 Pero tened gran cuidado de poner por obra los mandamientos y las leyes que Moisés, siervo de Dios, os ha prescrito, amando a Yave, vuestro Dios, marchando por todos sus caminos, apegándoos a él y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma.» 6 Josué los bendijo y los despidió, y ellos se fueron a sus tiendas.

7 Moisés había dado a una mitad de la tribu de Manasés un territorio en Basán, y Josué dió a la otra mitad un territorio en medio de sus hermanos del lado de acá del Jordán, a occidente. Al mandarlos a sus tiendas, Josué los bendijo, 8 diciéndoles: «Volvéis a vuestras tiendas con grandes riquezas, rebaños muy numerosos y mucha plata, oro, bronce y hierro y vestidos; partid con vuestros hermanos los despojos de vuestros enemigos.»

9 Los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés, dejando en Silo a los hijos de Israel, en la tierra de Canán, se volvieron, para ir a la tierra de Galad, que era la propiedad que habían recibido, como Yave se lo mandó a Moisés. 10 Cuando llegaron a las regiones del

Jordán que pertenecen a la tierra de Canán, los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés edificaron allí un altar en la ribera del Jordán, un altar muy grande (1). 11 Los hijos de Israel lo supieron, cuando se les dijo: «Mirad que los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés han edificado un altar delante de la tierra de Canán, en los distritos del Jordán, del lado de los hijos de Israel.» 12 Cuando los hijos de Israel lo supieron, se reunió en Silo toda la asamblea de los hijos de Israel, para subir contra ellos y hacerles la guerra.

13 Los hijos de Israel mandaron a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés, en tierra de Galad, a Fines, hijo del sacerdote Eleazar, 14 y con él a diez príncipes, un príncipe de casa por cada una de las tribus de Israel, todos jefes de casa patriarcal en medio de los millares de Israel. 15 Llegados a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés, en tierra de Galad, les hablaron diciendo: 16 «Así habla toda la asamblea de Yave: ¿Qué infidelidad es la que habéis cometido contra el Dios de Israel, apartándoos así de Yave y edificándoos un altar, volviéndoos contra Yave? 17 ¿No nos basta la maldad de Fogor, de que no nos hemos purificado todavía hasta hoy, a pesar de la plaga que afligió a la asamblea de Yave, 18 para que os apartéis hoy vosotros de Yave? Si hoy os volvéis vosotros contra Yave, mañana se volverá la ira de Yave contra toda la asamblea de Israel. 19 Si miráis como malo el territorio que es vuestra propiedad, pasad a la tierra que es propiedad de Yave, donde Yave ha establecido su morada, y estableceos en medio de nosotros, pero no os volváis contra Yave y contra nosotros, edificándoos un altar distinto del altar de Yave, nuestro Dios. 20 Acan, hijo de Zare, cometió una infidelidad cuanto a las cosas dadas al anatema, y la cólera de Yave vino sobre toda la asamblea de Israel, y no fué él sólo el que pereció por su crimen.»

21 Los hijos de Rubén, los hijos de Gad y la media tribu de Manasés respondieron así a los jefes de los millares de Israel: 22 «El Todopoderoso Dios, Yave, sabe; el Todopoderoso Dios, Yave, sabe, y sabrá toda la asamblea de los hijos de Israel: Si ha sido por rebelión y por infidelidad contra Yave, que no nos salve. 23 Si hemos edificado un altar para apartarnos de Yave, para ofrecer allí holocaustos y oblaciones y hacer sacrificios eucarísticos, que Yave nos pida cuenta de ello. 24 Más bien hemos obrado por temor de que llegara algún día en que vuestros hijos nos dijeran: «¿Qué hay de común entre vosotros y Yave, el Dios de Israel? 25 Yave ha puesto el Jordán como frontera entre vosotros y nosotros, hijos de Rubén y de Gad; no tenéis parte alguna con Yave.» De ese modo vuestros hijos serían causa de que nuestros hijos no temieran ya a Yave. 26 Y nos dijimos: Pongámonos a edificar un altar, no para ofrecer holocaustos y sacrificios, 27 sino para que sea testimonio entre nosotros y vosotros, y nuestros descendientes después de nosotros, de que servimos a Yave en su presencia, con nuestros holocaustos, nuestros sacrificios y nuestras víctimas pacíficas, para que vuestros hijos no digan un día a los nuestros: No tenéis parte con Yave. 28 Nos dijimos: Si algún día llegaran a decirnos eso a nosotros o a nuestros descendientes, les responderíamos: Mirad la forma del altar que nuestros padres edificaron, no con el fin de que sirviera para holocaustos y sacrificios, sino para ser testimonio entre nosotros y vosotros. 29 Lejos de nosotros querer rebelarnos contra Yave y apartarnos hoy de él, alzando un altar para holocaustos, oblaciones y sacrificios, distinto del altar de Yave, nuestro Dios, que está ante su tabernáculo.» 30 El sacerdote Fines y los príncipes de la asamblea, jefes de los millares de los hijos de Israel, que le acompañaban, al oír las palabras de los hijos de Rubén, de los hijos de Gad y de la media tribu de Manasés, se dieron por satisfechos; 31 y Fines, hijo del sacerdote Eleazar, dijo a los hijos de Rubén, a los hijos de Gad y a la media tribu de los

(1) Está en el lugar, bien claro, el fin con que los habitantes de la Trasjordania alzaron este altar. Es para que sirva de monumento, que recuerde siempre la comunidad nacional y religiosa con los que habitan en Canán. Al mismo tiempo aparece en el lugar que la Trasjordania no forma propiamente parte de la tierra prometida y santificada por la presencia de Dios, y que el límite de ésta es el natural de la Palestina, el Jordán.

hijos de Manasés: «Reconocemos ahora que está Yave en medio de nosotros, puesto que no habéis cometido contra Yave esa infidelidad, librando así de la mano de Yave a los hijos de Israel.»
32 Fines, hijo del sacerdote Eleazar, y los príncipes dejaron a los hijos de Rubén y a los hijos de Gad y a la media tribu de Manasés, y se volvieron de la tierra de Galad, a la tierra de Canán, a los hijos de Israel, a los cuales hicieron relación. 33 La cosa agradó a los hijos de Israel; bendijeron a Dios y no hablaron más de subir armados contra ellos, para devastar la tierra que habitaban los hijos de Rubén y los hijos de Gad. 34 Los hijos de Rubén y los hijos de Gad llamaron al altar Ed, porque es testimonio para nosotros de que Yave es Dios.

Exhortación de Josué al pueblo.

23 1 Había pasado largo tiempo desde que Yave diera a los hijos de Israel el descanso, librándolos en derredor de todos sus enemigos; y Josué era ya viejo, de edad avanzada. 2 Convocó entonces Josué a todo Israel, a sus ancianos, sus jefes, sus jueces y sus oficiales, y les dijo: «Yo soy ya viejo, de edad avanzada. 3 Vosotros habéis visto todo cuanto Yave, vuestro Dios, ha hecho con todas las naciones que tenías ante vosotros; porque es Yave, vuestro Dios, el que por vosotros ha combatido. Ved: Yo os he distribuido por suerte en heredad para vuestras tribus esas naciones que han quedado, y todas aquellas que yo exterminé, desde el Jordán hasta el mar grande, a occidente, 5 Yave, vuestro Dios, las rechazará y las expulsará ante vosotros, y os dará en posesión su territorio, como Yave, vuestro Dios, os lo ha dicho. 6 Esforzaos, pues, en guardar y poner por obra todo lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés, sin apartaros ni a la derecha ni a la izquierda. 7 No os mezcléis con esas naciones que han quedado en medio de vosotros, no invoquéis el nombre de sus dioses ni juréis por ellos ni les sirváis ni os prosternéis ante ellos, 8 sino adheríos a Yave, vuestro Dios, como hasta ahora lo habéis hecho. 9 Yave ha arrojado de delante de vosotros naciones grandes y poderosas, y ninguna ha podido resistiros hasta hoy. 10 Uno solo de vosotros perseguía a mil, porque Yave, vuestro Dios, combatía por vosotros, como os lo había dicho. 11 Tened gran cuidado de vosotros mismos, amando a Yave, vuestroDios; 12 porque si os apartáis de él y os ligáis con los restos de esas naciones, que han quedado entre vosotros; si contraéis matrimonios con ellas, mezclándoos con ellas y mezclándose ellas con vosotros, 13 sabed bien que Yave, vuestro Dios, no seguirá arrojándolas delante de vosotros, sino que serán para vosotros un lazo y una trampa, aguijón en vuestros costados y espinas en vuestros ojos, hasta que desaparezcáis de sobre esta excelente tierra que os ha dado Yave, vuestro Dios.
14 Yo estoy ya para irme por el camino de todos. Reconoced con todo vuestro corazón y toda vuestra alma que tod s las buenas promesas que Yave, vuestro Dios, os ha hecho, se han cumplido; ninguna ha quedado sin efecto, ninguna ha caído. 15 Lo mismo, pues, que todas las buenas palabras que Yave, vuestro Dios, os ha dado se han cumplido, lo mismo también cumplirá Yave contra vosotros sus palabras de amenaza, hasta que os haga desaparecer de sobre esta excelente tierra que Yave, vuestro Dios, os ha dado; 16 si traspasáis la alianza de Yave, vuestro Dios, la que él os ha prescrito, y os vais a servir a otros dioses y os prosternáis ante ellos, la cólera de Yave se encenderá contra vosotros, y desapareceréis bien pronto de sobre la tierra buena que él os ha dado.»

Despedida de Josué.

24 1 Josué reunió en Siquem a todas las tribus de Israel y convocó a los ancianos, a los jefes, a los jueces y a los oficiales. Todos se presentaron ante Dios, 2 y Josué dijo a todo el pueblo: «He aquí lo que dice Yave, Dios de Israel: Vuestros padres, Tarej, padre de Abraham y de Najor, habitaron al principio al otro lado del río, y servían a otros dioses. 3 Yo tomé a Abraham del lado allá del río, y le conduje a través de toda la tierra de Canán, y multipliqué su posteridad dándole Isac. 4 A Isac le di Jacob y Esaú, y yo di

a Esaú en posesión la montaña de Seir, y Jacob y sus hijos bajaron a Egipto. 5 Después envié a Moisés y Arón, y herí a Egipto con mi mano, como en medio de él lo hice, y os saqué de allí. 6 Saqué de Egipto a vuestros padres, y llegasteis al mar. Los egipcios persiguieron a vuestros padres con carros y caballos hasta el Mar Rojo. 7 Clamaron ellos a Yave, y Yave puso tinieblas entre vosotros y los egipcios y redujo sobre éstos las aguas del mar, que los cubrió. Vuestros ojos han visto lo que yo hice en Egipto y habéis estado largo tiempo en el desierto. 8 Yo os traje a la tierra de los amorreos, que habitaban del otro lado del Jordán, y ellos combatieron contra vosotros. Yo os los entregué en vuestras manos y os posesionásteis de su tierra, y yo los destruí delante de vosotros. 9 Balac, hijo de Sefor, rey de Moab, se alzó para luchar contra Israel, e hizo llamar a Balam, hijo de Beor, para que os maldijera. 10 Pero yo no quise dar oídos a Balam, y él os bendijo y yo os libré de las manos de Balac. 11 Pasasteis el Jordán y llegasteis a Jericó. Las gentes de Jericó combatieron contra vosotros, los amorreos, los fereceos, los cananeos, los geteos, los guergueseos, los jeveos y los jebuseos, y yo os los puse en vuestras manos. 12 Mandé delante de vosotros tábanos, que los echaron de delante de vosotros, a los dos reyes de los amorreos. No ha sido vuestro arco ni vuestra espada. 13 Yo os he dado una tierra que no habíais cultivado, ciudades que no habéis edificado, y en ellas habitáis, y coméis el fruto de viñas y olivares que no habéis plantado.

14 Temed a Yave y servidle con integridad y en verdad; quitad los dioses a quienes sirvieron vuestros padres al otro lado del río y en Egipto, y servid a Yave. 15 Y si no os parece bien servirle, elegid hoy a quién queréis servir, sean los dioses a quienes sirvieron vuestros padres al lado allá del río y en Egipto, sean los dioses de los amorreos, cuya tierra habéis ocupado. En cuanto a mí y a mi casa toca, nosotros serviremos a Yave.»

16 El pueblo respondió, diciendo: «Lejos de nosotros querer apartarnos de Yave, para servir a otros dioses, 17 porque Yave es nuestro Dios, el que a nosotros y a nuestros padres nos sacó de la tierra de Egipto, de la casa de la servidumbre; el que ha hecho a nuestros ojos tan grandes prodigios; el que nos ha guardado durante todo el largo camino que hemos recorrido, y entre todos los pueblos por en medio de los cuales hemos pasado. 18 Yave ha arrojado delante de nosotros a todos los pueblos, a los amorreos, que habitaban en esta tierra. También nosotros serviremos a Yave, nuestro Dios.»

19 Josué dijo al pueblo: «Vosotros no podéis servir a Yave, que es un Dios santo, un Dios celoso; él no perdonará vuestras transgresiones y vuestros pecados; 20 si os apartáis de Yave, y servís a dioses extraños, él se volverá, y después de haberos hecho el bien, os hará el mal y os consumirá.»

21 El pueblo respondió: «No, no, queremos servir a Yave.» 22 Y Josué dijo al pueblo: «Testigos sois hoy contra vosotros mismos, de que habéis elegido a Yave, para servirle»; y ellos respondieron: «Testigos.» 23 «Quitad, pues, los dioses ajenos que hay entre vosotros, y volved vuestros corazones a Yave, Dios de Israel.» 24 Y el pueblo dijo a Josué: «Serviremos a Yave, nuestro Dios, y obedeceremos su voz.»

25 Josué concluyó aquel día una alianza con el pueblo y le dió en Siquem leyes y mandatos; 26 y escribió estas palabras en el libro de la ley de Dios, y tomando una gran piedra, la alzó allí, debajo de la encina que hay en el lugar consagrado a Yave. 27 Dijo a todo el pueblo: «Esta piedra servirá de testimonio contra vosotros, pues ella ha oído todas las palabras que Yave os ha dicho, y será testimonio contra vosotros, para que no neguéis a vuestro Dios.» 28 y Josué mandó al pueblo que se fuese cada uno a su heredad.

Muerte de Josué.

29 Después de esto, Josué, hijo de Nun, siervo de Yave, murió a la edad de ciento diez años. 30 Fué sepultado en la tierra de su posesión, en Tamnat Saré, en la montaña de Efraím, al norte del monte Gas. 31 Israel sirvió a Yave durante toda la vida de Josué y durante toda la

vida de los ancianos que le sobrevivieron y conocían cuanto había hecho Yave en favor de Israel

32 Los huesos de José, que los hijos de Israel habían traído de Egipto, fueron enterrados en Siquem, en el trozo de tierra que Jacob había comprado por cien *quesitas* a los hijos de Jemor, padre de Siquem, y fueron propiedad de los hijos de José.

33 Eleazar, hijo de Arón, murió, y fué sepultado en Gueba, ciudad de Fines, su hijo, a quien le había sido dada, en la montaña de Efraím.

JUECES

Mandato domini Venit angelus ad Gedeonem. Cons tituitque ducem qui fera bella premat. Judicum 6.

INTRODUCCION AL LIBRO DE LOS JUECES Y AL DE RUT

LOS jueces son personajes que Dios, en momentos difíciles, suscitó para librar a las tribus de Israel de sus opresores. Obtenida la victoria y la libertad, con el prestigio que esto les daba, quedaban reconocidos como gobernantes, que ejercían su poder principalmente juzgando *al pueblo, de donde les vino el nombre de* Jueces.

Las tribus, aunque conscientes de su unidad étnica y religiosa, no formaban por esta época una unidad *políticamente organizada. Cada tribu vivía por sí, luchando con los cananeos por adueñarse del territorio, o en paz con ellos, resignada en la estrechez de los límites que desde el principio había logrado. Esto había traído otro mal más grave, que el Legislador había puesto ya empeño en evitar: El trato íntimo con los cananeos, las alianzas matrimoniales y, con esto, la contaminación con los idólatras e inmorales cultos cananeos.*

Este libro es continuación del de Josué, aunque no está enlazado literariamente con él. Tiene dos prólogos. El primero, histórico (1, 1-2. 5), nos pinta la situación política y religiosa del pueblo, reproduciendo a veces a la letra textos de Josué. El segundo (2, 6-3. 6.) nos presenta las normas de la Providencia divina con Israel y el plan del libro. Israel prevarica, dándose al culto de los dioses cananeos, y Dios le castiga con invasiones; esto le induce a penitencia, y movido por ello, Dios le envía un libertador. Sigue luego la historia de los Jueces, de los que unos, los mayores, *tienen su historia más o menos desarrollada, y de los otros, los* menores, *no se hace más que una breve mención.*

Dos apéndices históricos (17-18 y 19-2) nos refieren sucesos de la misma época, pero que están fuera del plan general del libro.

Quién sea el autor, se desconoce en absoluto; ni aun de la época de su composición sabemos cosa cierta. Pero sí que los documentos empleados eran antiguos, anteriores, a lo menos algunos, a la conquista de Jerusalén por David (1. 21; 19. 1.011).

La cronología resulta oscura. Todos coinciden en que no se pueden sumar los años de gobierno de los Jueces y los de las invasiones. Por excesiva, la suma no se ajustaría a la realidad histórica. Alguien la reduce, suponiendo la coexistencia de varios Jueces; pero como no sabemos cuáles sean, quedaríamos sin cronología alguna. Más razonable parece suponer que no entran en ésta los años de invasión, como de poder ilegítimo, y que esos años van incluídos en los de los Jueces, según el uso corriente en la antigüedad. En la cronología oficial de España no figura José Bonaparte. El rey legítimo de España era Fernando VII.

Otra particularidad de la cronología del libro es la naturaleza de las cifras, casi todas de una generación, de cuarenta años, su duplo, ochenta, o los submúltiplos, veinte, diez, etc. Como la Naturaleza no procede con esta regularidad, hay que suponer aquí algún artificio. El autor, no disponiendo de datos precisos, ordenó de este modo los que poseía. Eso mismo veremos en el libro siguiente. Al libro de los Jueces suele ir unido el de Rut. Es un bello idilio, cuya finalidad parece ser darnos la genealogía de David, en la que aparece como abuela de éste una moabita, que por esto figurará después en la genealogía del Salvador. Mateo 1, 5.

JUECES

Nuevas conquistas.

1 [1] Después de muerto Josué, consultaron los hijos de Israel a Yave, diciendo: «¿Quién de nosotros subirá antes contra el cananeo y le combatirá?» [2] Y respondió Yave: «Judá subirá, pues he dado la tierra en sus manos.» [3] Y dijo Judá a Simeón, su hermano: «Sube conmigo a la parte que me ha tocado, a hacer la guerra al cananeo, y también iré luego yo contigo a la que te ha tocado a ti.» Y fué con él Simeón.

[4] Subió, pues, Judá, y puso Yave en sus manos al cananeo y al fereceo, y derrotaron en Bezec a diez mil hombres. [5] Habiendo encontrado en Bezec a Adoni Bezec, le atacaron y derrotaron a los cananeos y fereceos. [6] Huyó Adoni Bezec y ellos le persiguieron, y cogiéndole, le amputaron los pulgares de las manos y de los pies. [7] Y dijo Adoni Bezec: «Setenta reyes con los pulgares de manos y pies amputados, migajeaban debajo de mi mesa. Me devuelve Dios lo que yo les hice a ellos»; y le llevaron a Jerusalén y allí murió. [8] Atacaron los hijos de Judá a Jerusalén; y habiéndola tomado, pasaron a los habitantes a filo de espada y pegaron fuego a la ciudad. [9] Bajaron luego los hijos de Judá, para combatir a los cananeos que habitaban en el monte, en el Negueb y en el Sefela. [10] Marchó contra los cananeos que habitaban en Hebrón, antes llamado Cariat Arbe, y batió a Sesai, Jimón y Tolmai. [11] De allí marchó contra los habitantes de Dabir, que se llamó antes Cariat Sefer. [12] Caleb dijo: «Al que ataque y tome a Cariat Sefer, le daré por mujer mi hija Acsa.» [13] «Otoniel, hijo de Quenez, el hermano menor de Caleb, se apoderó de ella, y Caleb le dió su hija Acsa por mujer. [14] Cuando era llevada a la casa de Otoniel, él la excitó a que pidiera a su padre un campo. Inclinóse ella, según iba montada, sobre el asno, y Caleb le preguntó: «¿Qué tienes?» [15] Ella dijo: «Hazme una gracia. Ya que me has dado tierra de se-

cano, dame también regadíos.» Y le dió Caleb el Gulot superior y el Gulot inferior.
16 Los hijos de Jeser, el Quineo, suegro de Moisés, subieron de la ciudad de Tamarim, con los hijos de Judá, al desierto que está al mediodía de Judá, según se baja a Arad, y vinieron a habitar con el pueblo.
17 Marchó después Judá con Simeón y batieron a los cananeos que habitaban en Sefat, la destruyeron totalmente, y se llamó la ciudad Jorma. 18 Apoderóse también Judá de Gaza y de su territorio, de Ascalón y Acarón con los suyos. 19 Fué Yave con Judá y se apoderó Judá de la parte montañosa, pero no pudo expulsar a los habitantes del llano, que tenían carros de hierro. 20 Atribuyóse Hebrón a Caleb, como lo había dicho Moisés, y aquél arrojó de allí a los tres hijos de Enac.
21 Los hijos de Benjamín no expulsaron a los jebuseos que habitaban en Jerusalén, y los jebuseos han habitado hasta el día de hoy con los hijos de Benjamín.
22 También la casa de José subió contra Betel, y Yave estuvo con ellos. 23 La casa de José hizo una exploración cerca de Betel, que antes se llamó Luz, 24 y los centinelas cogieron a un hombre que salía de la ciudad, y le dijeron: «Enséñanos por dónde se entra en la ciudad y te haremos gracia.» 25 El les enseñó por dónde podrían entrar en la ciudad, y ellos la pasaron a filo de espada, pero dejaron en libertad a aquel hombre y a toda su familia. 26 Este hombre se fué a tierra de geteos y edificó allí una ciudad, a la que dió el nombre de Luz, y así se llama todavía hoy.

Cananeos no expulsados.

27 Manasés no expulsó a los habitantes de Betsán y de las ciudades de ella dependientes, ni a los de Tanac, Dor, Jeblam, Mageddo y las ciudades dependientes de ellas, y los cananeos se arriesgaron a permanecer en esta tierra. 28 Cuando Israel fué suficientemente fuerte los hicieron tributarios, pero no los arrojaron.
29 Efraím no expulsó a los cananeos que habitaban Gazer, y los cananeos siguieron habitando en medio de Efraím.
30 Zabulón no expulsó a los habitantes de Quetrom ni a los de Nalol, y los cananeos siguieron habitando en medio de Zabulón, pero fueron hechos tributarios.
31 Aser no expulsó a los habitantes de Aco ni a los de Sidón, ni a los de Ajelab, de Aczib, de Jelba, de Afec y de Rojob; 32 y los hijos de Aser habitan en la tierra en medio de los cananeos, porque no los expulsaron.
33 Neftalí no expulsó a los habitantes de Bet Sames ni a los de Bet Anot, y habitó en medio de los cananeos, habitantes de aquella tierra; pero los habitantes de Bet Sames y de Bet Anot fueron sometidos a tributo. 34 Los amorreos rechazaron a los hijos de Dan hacia los montes y no los dejaban bajar al llano;
35 arriesgáronse los amorreos a quedarse en el Har Jeres, en Ayalón y en Selebim pero la mano de la casa de José pesó mucho sobre ellos y fueron sometidos a tributo. 36 El territorio de los amorreos se extendía desde la subida de Acrabim y desde Sela para arriba.

Infidelidad del pueblo.

2 1 Subió el ángel de Yave de Galgal a Boquim y dijo: «Yo os he hecho subir de Egipto y os he traído a la tierra que juré a vuestros padres, y he dicho: No romperé mi pacto eterno con vosotros, 2 si vosotros no pactais con los habitantes de esta tierra; habéis de destruir sus altares. Pero vosotros no me habéis obedecido: ¿por qué habéis obrado así?
3 Pues yo también me he dicho: No los arrojaré de ante vosotros, y los tendréis por enemigos, y sus dioses serán para vosotros un lazo.» 4 Cuando el ángel de Yave hubo dicho estas palabras a todos los hijos de Israel, lloraron todos a voces. 5 Llamaron a este lugar Boquim, y ofrecieron allí sacrificios a Yave.

Los jueces.

6 Cuando Josué despidió al pueblo y se fueron los hijos de Israel cada uno a su heredad, para posesionarse de la tierra, 7 el pueblo sirvió a Yave durante toda la vida de Josué y la de los ancianos que le sobrevivieron y habían visto toda la grande obra

que Yave había hecho en favor de Israel. 8 Josué, hijo de Nun, siervo de Yave, murió a la edad de ciento diez años 9 y fué sepultado en el territorio de su heredad, en Tamnat Jefer, en los montes de Efraím, al norte del monte Gas. 10 Toda aquella generación fué a reunirse con sus padres, y surgió una nueva generación, que no conocía a Yave ni la obra que éste había hecho en favor de Israel.

11 Los hijos de Israel hicieron el mal a los ojos de Yave y sirvieron a los baales. 12 Se apartaron de Yave, el Dios de sus padres, que los había sacado de Egipto, y se fueron tras otros dioses, de entre los dioses de los pueblos que los rodeaban, y se postraron ante ellos, irritando a Yave. 13 Apartándose de Yave, sirvieron a Baal y Astarte. 14 Encendióse en cólera Yave contra Israel, y los entregó en manos de salteadores, que los asaltaban y los vendían a los enemigos del contorno, y llegaron a no poder ya resistir a sus enemigos. 15 En cualquier salida que hacían pesaba sobre ellos para mal la mano de Yave, como él se lo había dicho, como se lo había jurado, y se vieron en muy gran aprieto.

16 Yave suscitó jueces, que los libraron de los salteadores; 17 pero desobedeciendo también a los jueces se prostituyeron, yéndose detrás de dioses extraños; y los adoraron, apartándose bien pronto del camino que habían seguido sus padres, obedeciendo los preceptos de Yave; no hicieron ellos así. 18 Cuando Yave les suscitaba un juez, estaba con él y los libraba de la opresión de sus enemigos durante la vida del juez, porque se compadecía Yave de sus gemidos, a causa de los que los oprimían y los vejaban. 19 En muriendo el juez, volvían a corromperse, más todavía que sus padres, yéndose tras de los dioses extraños para servirlos y adorarlos, sin dejar de cometer sus crímenes, y persistían en sus caminos (1).

20 Encendióse la cólera de Yave contra Israel, y dijo: «Pues que este pueblo ha roto el pacto que yo había establecido con sus padres y no me obedece, 21 tampoco volveré yo a arrojar de ante ellos a ninguno de los pueblos que dejara Josué al morir, 22 para por ellos poner a Israel a prueba, si procuraría o no seguir los caminos de Yave, como los procuraron sus padres.» 23 Y Yave dejó en paz, sin apresurarse a expulsarlos, a aquellos pueblos que no había entregado en manos de Josué.

3 1 He aquí los pueblos que dejó Yave, para probar por ellos a Israel, a cuantos no conocieron las guerras de Canán; 2 sólo para probar a las generaciones de los hijos de Israel, acostumbrando a la guerra a los que no la habían hecho antes: 3 Cinco príncipes de los filisteos; todos los cananeos; los sidonios, y los jeveos que habitaban el monte Líbano, desde el monte Baal Hermón hasta la entrada de Hamat. 4 Estos pueblos habían de servir para por ellos probar a Israel, y saber si obedecería los mandatos que Yave había dado a sus padres por medio de Moisés. 5 Los hijos de Israel habitaban en medio de los cananeos, de los geteos, de los amorreos, de los fereceos, de los jeveos y de los jebuseos. 6 Tomaron por mujeres a las hijas de éstos y dieron a los hijos de ellos las hijas propias y sirvieron a sus dioses.

Otoniel, Aod, Samgar.

7 Hicieron el mal los hijos de Israel a los ojos de Yave, y olvidándose de Yave, su Dios, sirvieron a Baal y Astarte. 8 Encendióse la cólera de Yave contra Israel y los entregó a manos de Cusán Rasataim, rey de Edom, y los hijos de Israel sirvieron a Cusán Rasataim ocho años. 9 Clamaron a Yave los hijos de Israel; y suscitó Yave a los hijos de Israel un libertador, que los libertó; Otoniel, hijo de Quenez, el hermano menor de Caleb. 10 Vino sobre él el espíritu de Yave, y juzgó a Israel y salió a hacer la guerra. Puso Yave en sus manos a Cusán Rasataim, rey de Edom, y pesó su mano sobre Cusán Rasataim; 11 y estuvo en paz la tierra durante cuarenta años, y murió Otoniel, hijo de Quenez.

12 Volvieron otra vez a hacer mal los hijos de Israel a los ojos de Yave, y Yave hizo fuerte a Eglón, rey de Moab, contra los hijos de Israel, porque hacían el mal a los ojos de

(1) Esta constante alternativa de pecado y castigo, conversión y misericordia, es el tema fundamental de este libro. (V. not. Deut. 28.)

Yave. 13 Eglón se unió con los hijos de Ammón y con Amalec; y marchó contra Israel, le derrotó y conquistó la ciudad de Tamarin; 14 y sirvieron los hijos de Israel a Eglón, rey de Moab, dieciocho años. 15 Clamaron los hijos de Israel a Yave, y Yave les suscitó un libertador: Aod, hijo de Gera, benjaminita, zurdo. Los hijos de Israel enviaron por medio de él un presente a Eglón, rey de Moab. 16 Habíase hecho Aod un puñal de dos filos, de un palmo de largo, que se ciñó bajo sus vestidos, sobre el muslo derecho. 17 Presentó los dones a Eglón, rey de Moab, que era un hombre muy gordo; 18 y hecha la presentación, despidió a los que habían traído el presente. 19 Venía él de Ha Pesilim, cerca de Gálgala, y le dijo: «Tengo que decirte, ¡oh rey!, una cosa en secreto.» El dijo: «Salid»; y se salieron todos los que estaban con él. 20 Estaba tomando el fresco en el cenador alto, que era sólo para él, y le dijo: «Tengo que comunicarte una palabra de parte de Dios, ¡oh rey!» Eglón se levantó de su silla; 21 y entonces Aod, cogiendo con su mano izquierda el puñal que sobre el muslo derecho llevaba, se lo clavó en el vientre, 22 entrándole también el puño tras la hoja y cerrándose la gordura en derredor de la hoja, pues no sacó del vientre el puñal. 23 Salió Aod al pórtico, cerrando tras sí las puertas del cenador y echando el cerrojo. 24 Una vez que hubo salido, vinieron los servidores; y viendo que las puertas del cenador tenían echado el cerrojo, se dijeron: «Seguramente está haciendo alguna necesidad en el cubículo de verano.» 25 Esperaron mucho tiempo, hasta darles vergüenza, y como las puertas del cenáculo alto no se abrían, cogieron la llave y abrieron, viendo que su amo yacía en tierra, muerto. 26 Mientras estaban ellos perplejos, huyó velozmente Aod, pasó de Ha Pesilim y se puso en salvo en Seirat. 27 En cuanto llegó, hizo tocar las trompetas en el monte de Efraím. Los hijos de Israel bajaron con él de la montaña, y él se puso al frente de ellos 28 y les dijo: «Seguidme, que Yave ha entregado en vuestras manos a vuestros enemigos, los moabitas.» Bajaron tras él y se apoderaron de los vados del Jordán, frente a Moab, sin dejar pasar a nadie. 29 Derrotaron entonces a Moab. De unos diez mil hombres, todos robustos y valientes, no escapó uno sólo. 30 Aquel día quedó Moab humillado bajo la mano de Israel; y la tierra quedó en paz durante ochenta años, mientras vivió Aod.

31 Después de Aod, Samgar, hijo de Anat, derrotó a seiscientos filisteos con una aijada de bueyes, libertando también él a Israel.

Débora.

4 1 Volvieron los hijos de Israel a hacer mal a los ojos de Yave, 2 y los entregó Yave en mano de Jabín, rey de Canán, que reinaba en Asor y tenía por jefe de su ejército a Sísara, que residía en Jaroset Goím. 3 Clamaron los hijos de Israel a Yave, pues tenían aquéllos novecientos carros de hierro, y desde hacía veinte años oprimían duramente a los hijos de Israel. 4 Juzgaba en aquel tiempo a Israel Débora, profetisa, mujer de Lapidot. 5 Sentábase para juzgar debajo de la palmera de Débora, entre Rama y Betel, en el monte de Efraím; y los hijos de Israel iban a ella a pedir justicia. 6 Mandó a llamar Débora a Barac, hijo de Abinoem, de Cades, de Neftalí, y le dijo: «¿No te ha mandado Yave, Dios de Israel: Ve a ocupar el monte Tabor y lleva contigo diez mil hombres, de los hijos de Neftalí y de los de Zabulón? 7 Yo te traeré allí, al torrente de Cison, a Sísara, jefe del ejército de Jabín, y a sus carros y sus tropas, y los pondré en tus manos.» 8 Díjola Barac: «Si vienes tú conmigo, iré; si no vienes tú, no iré.» 9 Ella le contestó: «Iré, sí, iré contigo; pero ya no será gloria tuya la expedición que vas a emprender, porque a mano de una mujer entregará Yave a Sísara.» Levantóse Débora y se fué con Barac a Cades. 10 Convocó Barac a Zabulón y Neftalí a Cades, y subió con diez mil hombres, subiendo también con él Débora.

11 Jeber, quineo, se había separado de los otros quineos, hijos de Jobab, suegro de Moisés, y había plantado sus tiendas en el encinar de Sesim, cerca de Cades.

12 Hicieron saber a Sísara que Barac, hijo de Abinoem, subía al monte Tabor; 13 y Sísara reunió todos sus carros, novecientos carros de hierro, y todo el ejército de que disponía,

y salió de Jereset Goím al torrente de Cisón. 14 Dijo entonces Débora a Barac: «Anda, que hoy es el día en que Yave entrega a Sísara en tus manos. ¿No va él delante de ti?» 15 Bajó Barac del monte Tabor con los diez mil hombres que llevaba, y puso Yave en fuga a Sísara, a todos sus carros y a todo su ejército, a filo de espada ante Barac. Sísara se bajó de su carro y huyó a pie. 16 Barac persiguió con su infantería a los carros y al ejército hasta Joreset Goím, y todo el ejército de Sísara cayó a filo de espada, sin que quedara ni un solo hombre. 17 Sísara huyó a pie a la tienda de Jael, la mujer de Jeber, el quineo, pues había paz entre Jabín, rey de Jasor, y la casa de Jeber, quineo. 18 Salió Jael al encuentro de Sísara, y le dijo: «Entra, señor mío, entra en mi casa y no temas.» Entró él en la tienda, y ella le tapó con una alfombra. Díjola él: «Dame, por favor, un poco de agua, que tengo sed.» Y sacando ella el odre de la leche, le dió de beber y volvió a cubrirle. 20 Díjola él: «Estáte a la puerta de la tienda, y si viene alguno preguntando si hay aquí algún hombre, dile que no.» 21 Cogió Jael, mujer de Jeber, un clavo de los de fijar la tienda; y tomando en su mano un martillo, se acercó a él calladamente y le clavó en la sien el clavo, que penetró en la tierra; y él, profundamente dormido, desfalleció y murió. 22 Llegó entonces Barac, que iba persiguiendo a Sísara. Jael salió a su encuentro y le dijo: «Ven, que te enseñe al hombre a quien vienes buscando.» Entró y halló a Sísara en tierra, muerto, clavado el clavo en la sien. 23 Aquel día humilló Yave a Jabín, rey de Canán, ante los hijos de Israel, 24 y la mano de los hijos de Israel pesó cada vez más sobre Jabín, rey de Canán, hasta que le destruyeron.

Cántico triunfal de Débora.

5 1 Aquel día cantaron Débora y Barac, hijo de Abinoem, este canto:

2 «Los príncipes de Israel al frente,
Ofrecióse el pueblo al peligro.
Bendecid a Yave.
3 Oíd, reyes, dadme oído, príncipes.
Yo, yo cantaré a Yave.
Yo cantaré a Yave, Dios de Israel.
4 Cuando tú, ¡oh Yavel, salías de Seir,
Cuando subías desde los campos de Edom,
Tembló ante ti la tierra,
Destilaron los cielos,
Y las nubes se deshicieron en agua.
5 Derritiéronse los montes a la presencia de Yave,
Este, el Sinaí, a la presencia de Yave, Dios de Israel.
6 En los días de Samgar, hijo de Anat, en los días de Jael,
Estaban desiertos los caminos;
Los que antes andaban por caminos trillados,
Ibanse por senderos desviados;
7 Desiertos estaban los lugares indefensos,
Desiertos en Israel,
Hasta que me levanté yo,
Hasta que me levanté yo, madre en Israel.
8 Elegidos dioses nuevos, estaba a las puertas la guerra;
Y no se veía ni un escudo ni una lanza,
Entre los cuarenta mil de Israel.
9 Se va mi corazón tras los príncipes de Israel.
Los que del pueblo os ofrecísteis al peligro,
Bendecid a Yave.
10 Los que montáis blancas asnas,
Los que os sentáis sobre tapices,
Los que ya vais por los caminos, cantad.
El que fué lugar de rapiña,
Es ya lugar de regocijo.
11 Cantad en él las justicias de Yave,
Las justicias que ha hecho Yave,
A los lugares indefensos de Israel.
Entonces pudo ya el pueblo de Yave bajar a sus puertas.
12 Despierta, despierta, Débora,
Despierta, despierta, entona un canto.
Levántate, Barac,
Apresa a los que te aprisionaban, hijo de Abinoem.
13 Entonces vencieron los pequeños a los grandes;
Prevaleció el pueblo de Yave contra los fuertes.
14 Los de Efraím los exterminaron en el valle.
Detrás de ti (Débora) iba Benjamín con tu ejército.
De Maquir bajaron los jefes, de Zabulón los capitanes;
15 Los príncipes de Isacar están con Débora.

Isacar y Barac se precipitaron
con los infantes en el valle.
En Rubén hay división,
Hay en el corazón grandes propósitos.
[16] ¿Por qué te quedaste en tus apriscos,
Oyendo las flautas de tus pastores?
En Rubén hay división,
Hay en su corazón grandes propósitos.
[17] Gad descansaba al otro lado del Jordán.
Y Dan; ¿por qué se quedó junto a sus naves?
Aser, a orillas del mar, descansaba en sus puertos;
[18] Pero Zabullón es un pueblo que ofrece su vida a la muerte.
Lo mismo es también Neftalí, desde lo alto de sus campos.
[19] Vinieron los reyes, combatieron;
Lucharon entonces los reyes de Canán,
En Tanac, junto a las aguas de Mageddo.
No cogieron plata por botín.
[20] Desde los cielos combatieron las estrellas;
Desde sus órbitas combatieron las estrellas,
Contra Sísara.
[21] El torrente de Cisón los arrastró,
El viejo torrente de Cisón.
Pisa firme, alma mía!
[22] Entonces resonaron los cascos de los caballos,
En la veloz huída de los guerreros.
Maldecid a Meroz, dijo el ángel de Yave,
[23] Maldecid, maldecid a sus habitantes,
Porque no cooperaron a la victoria de Yave,
A la ayuda de Yave a sus valientes.
[24] Bendita entre las mujeres Jael,
Mujer de Jaber, el quineo;
Bendita entre las mujeres de su tienda.
[25] La pidió agua, y ella le dió leche;
En el vaso de honor le sirvió leche;
[26] Cogió el clavo con la izquierda,
Con la derecha el pesado martillo,
Y golpeó a Sísara,
Rompióle la cabeza,
Le atravesó la sien.
[27] El se retorció, cayó, yació,
A sus pies se retorció,
Cayó donde se retorció,
Allí mismo quedó exánime.
[28] Mira por la ventana la madre de Sísara,
Por entre las celosías y grita:
¿Por qué tardan en venir sus carros?
¿Por qué tardan en oírse los pasos de sus cuadrigas?
[29] Las más avisadas de sus mujeres le contestan,
Y ella se repite las mismas palabras:
[30] Seguramente están repartiéndose los despojos,
Una joven, dos jóvenes para cada uno, presa;
Un vestido de varios colores para Sísara, presa;
Un vestido, dos vestidos de colores para mis hombros.
[31] Perezcan así todos tus enemigos, ¡oh Yave!
Y sean, los que te aman, como el sol cuando nace con toda su fuerza.»
La tierra estuvo en paz durante cuarenta años.

Gedeón.

6 [1] Los hijos de Israel hicieron mal a los ojos de Yave, y Yave los entregó en manos de Madián, durante siete años. [2] La mano de Madián pesó fuertemente sobre Israel. Por miedo a Madián se hicieron los hijos de Israel los antros que hay en los montes, las cavernas y las alturas fortificadas. [3] Cuando Israel había sembrado, subía Madián con Amalec y con los Bene Quedem y marchaban contra ellos; [4] acampaban en medio de Israel y devastaban los campos hasta cerca de Gaza, no dejando subsistencia alguna en Israel, ni ovejas, ni bueyes, ni asnos, [5] pues subían con sus ganados y sus tiendas, como una nube de langostas. Ellos y sus camellos eran innumerables, y venían a la tierra para devastarla. [6] Israel vino a ser muy débil, a causa de Madián, y los hijos de Israel clamaron a Yave. [7] Cuando los hijos de Israel clamaron a Yave contra Madián, [8] Yave les envió un profeta, que les dijo: «Así habla Yave, Dios de Israel: Yo os hice subir de Egipto y os saqué de la servidumbre. [9] Yo os libré de la mano de los egipcios y de la mano de todos vuestros opresores; yo los arrojé ante vosotros, y os di su tierra. [10] Entonces os dije: «Yo soy Yave, vuestro Dios; no temáis a los dioses de los amorreos, en cuya tierra habitáis. Pero vosotros no habéis escuchado mi voz.» [11] Vino el ángel de Yave y se sentó bajo el terebinto de

Ofra, que era propiedad de Joas, abiaserita, cuando Gedeón, su hijo, estaba batiendo el trigo en el lagar para esconderlo de Madián. 12 Apareciósele el ángel de Yave y le dijo: «Yave contigo, valiente héroe.» 13 Gedeón le dijo: «Por favor, mi señor, si Yave está con nosotros, ¿por qué nos sucede todo esto? Dónde están todos los prodigios que nos contaron nuestros padres, diciendo: Yave nos hizo subir de Egipto? Y ahora Yave nos ha abandonado, y nos ha puesto en las manos de Madián.» 14 Yave se volvió a él y le dijo: «Ve, y con esa fuerza que tú tienes, libra a Israel de las manos de Madián; ¿no soy yo quien te envía?» 15 Gedeón le dijo: «De gracia, Señor, ¿con qué voy a libertar yo a Israel? Mi familia es la más débil de las de Manasés, y yo soy el más pequeño de la casa de mi padre.» 16 Yave le dijo: «Yo estaré contigo y derrotarás a Madián, como si fuera un solo hombre.» 17 Gedeón le dijo: «Si he hallado gracia a tus ojos, dame una señal de que eres tú quien me habla, 18 y no te vayas de aquí hasta que vuelva yo con una ofrenda y te la presente.» Yave le dijo: «Aquí me estaré hasta que tú vuelvas.» 19 Entróse Gedeón y preparó un cabrito, y con un *efa* de harina hizo panes ácimos; y poniendo la carne en un cestillo y el caldo en una olla, los llevó debajo del terebinto y se los presentó. 20 El ángel de Dios le dijo: «Coge la carne y los ácimos, ponlos encima de aquella piedra y vierte sobre ellos el caldo.» Hízolo así Gedeón; y el ángel de Yave, 21 alzando el báculo que en la mano tenía, tocó con la punta la carne y los panes. Surgió en seguida fuego de la piedra, que consumió la carne y los panes, y el ángel de Yave desapareció de su vista. 22 Viendo Gedeón que era el ángel de Yave, dijo: «¡Ay, Señor, Yavé! ¿Entonces he visto cara a cara al ángel de Yave?» 23 Díjole Yave: «La paz sea contigo, no temas, no morirás.» 24 Gedeón alzó allí un altar, y le llamó Yave Salom, que todavía existe en Ofra de Abiezer. 25 Aquella misma noche le dijo Yave a Gedeón: «Coge el toro de tu padre, el segundo toro, de siete años; derriba el altar de Baal que tiene tu padre, y corta el asera que hay cerca, 26 y construye con la leña un altar a Yave, tu Dios, en lo alto de este fuerte; y tomando el toro segundo, lo ofreces en holocausto sobre la leña que cortarás. 27 Tomó, pues, Gedeón diez hombres de entre sus criados, e hizo como le había mandado Yave; pero como no se atreviese a hacerlo de día, por temor de la casa de su padre y de las gentes de la ciudad, lo hizo de noche. 28 Cuando, al levantarse a la mañana siguiente, las gentes de la ciudad vieron que el altar de Baal había sido destruído, cortado el asera que había cerca, y el toro segundo ofrecido en holocausto sobre el altar construído, 29 se preguntaban unos a otros: «¿Quién ha hecho esto?» Inquirieron, buscaron, y alguien dijo: «Gedeón, el hijo de Joás, ha hecho esto.» Entonces dijeron a Joás las gentes de la ciudad: 30 «Saca a tu hijo para que muera, pues ha derribado el altar de Baal y ha cortado el asera que estaba cerca.» 31 Joás respondió a todos los que estaban contra él: «¿Os toca a vosotros defender a Baal? ¿Sois vosotros los que le habéis de salvar a él? Quien tome partido por Baal, será muerto hoy mismo. Si Baal es dios, que se defienda a sí mismo, ya que le han derribado su altar.» 32 Aquel día dieron a Gedeón el nombre de Jerobaal, diciendo: «Que sea Baal quien se vengue de él, pues que ha derribado su altar.»

33 Todo Madián, Amalec y los Benequedem, se juntaron, y pasando el Jordán, vinieron a acampar en el valle de Jezrael. 34 El espíritu de Yave revistió a Gedeón, que tocó la trompeta, y los abieseritas le siguieron. 35 Envió mensajeros a todo Manasés, que se reunió también para seguirle. Mandólos también a Aser, a Zabulón y a Neftalí, que subieron a su encuentro.

36 Dijo Gedeón a Dios: «Si en verdad quieres salvar a Israel por mi mano, como me has dicho, 37 voy a poner un vellón de lana al sereno; si sólo el vellón se cubre de rocío, quedando todo el suelo seco, conoceré que libertarás a Israel por mi mano, como me lo has dicho.» Así sucedió. 38 A la mañana siguiente levantóse muy temprano, y exprimiendo el vellón, sacó de él el rocío, una cazuela llena de agua. 39 Gedeón dijo a Dios: «Que no se encienda tu cólera contra mí, si hablo todavía otra vez; quisiera hacer otra prueba con el vellón; que sea el vellón el que se quede seco,

y caiga el rocío sobre todo el suelo.» 40 Así lo hizo Dios aquella noche: sólo el vellón quedó seco, y todo el suelo estaba cubierto de rocío.

Victoria contra los madianitas.

7 1 A la mañana siguiente, Jerobaal, que es Gedeón, fué a acampar con toda la gente que estaba con él, por encima de la fuente de Jarod. El campamento de Madián estaba debajo del de Gedeón, al norte de las colinas de More, en el valle. 2 Y dijo Yave a Gedeón: «Es demasiada la gente que tienes contigo, para que yo entregue en sus manos a Madián y se glorie Israel contra mí, diciendo: Ha sido mi mano la que me ha librado. 3 Haz llegar esto a oídos de la gente: el que tema y tenga miedo, que se vuelva y se retire.» Veintidós mil hombres se volvieron, y quedaron sólo diez mil. 4 Yave dijo a Gedeón: «Todavía es demasiada la gente. Hazlos bajar al agua y allí te los seleccionaré; y aquel de quien yo te diga: Ese irá contigo, vaya; y todos aquellos de quienes te diga: Esos no irán contigo, que no vayan.» 5 Hizo bajar al agua Gedeón a la gente, y dijo Yave a Gedeón: «Todos los que en su mano laman el agua con la lengua, como la lamen los perros, ponlos aparte de los que para beber doblen su rodilla.» 6 Trescientos fueron los que al beber lamieron el agua en su mano, llevándola a la boca; todos los demás se arrodillaron para beber. 7 Y dijo Yave a Gedeón: «Con esos trescientos hombres que han lamido el agua, os libertaré y entregaré a Madián en tus manos. Todos los demás, que se vayan cada uno a su casa.» 8 Se proveyeron de víveres y cogieron las trompetas, y a todos los otros israelitas los mandó a cada uno a su tienda, quedándose con los trescientos hombres. El campamento de Madián estaba abajo, en el valle.

9 Aquella noche le dijo Yave: «Levántate y baja al campamento, porque te los entrego en tus manos. 10 Y si temes atacar, baja con Fara, tu escudero, al campamento, 11 y escucha lo que dicen, y se fortalecerán tus manos y atacarás el campamento.» Bajó con Fara, su escudero, hasta el extremo del campamento, donde estaban los hombres de armas. 12 Madián, Amelec y los Bene Quedem se habían extendido por el valle, numerosos como langostas, y sus camellos eran innumerables, como las arenas del mar. 13 Cuando llegó Gedeón, estaba un hombre contando a su compañero un sueño, diciéndole: «He tenido un sueño. Rodaba por el campamento de Madián un pan de cebada, que llegó hasta una tienda y chocó contra ella, la derribó y la hizo rodar por tierra, y la tienda quedó por tierra.» 14 El compañero le dijo: «Eso no es sino la espada de Gedeón, hijo de Joás, de Jezrael. Dios ha puesto en sus manos a Madián y a todo el campamento.» 15 Como Gedeón oyó el sueño y la explicación, se prosternó; y volviéndose al campamento de Israel, les dijo: «Arriba, que Yave ha entregado en nuestras manos el campamento de Madián.» 17 Dividió en tres escuadras los trescientos hombres, y les entregó a todos trompetas, cántaros vacíos, y en los cántaros, teas encendidas, 18 diciéndoles: «Miradme a mí y haced como me veais hacer. En cuanto llegue yo a los límites del campamento, hacéis lo que yo haga. Cuando toque yo la trompeta y la toquen los que van conmigo, la tocaréis también vosotros en derredor de todo el campamento, y gritaréis: «¡Por Yave y por Gedeón!»

19 Gedeón y el centenar de hombres que le acompañaban llegaron a los límites del campamento al comienzo de la segunda vigilia, en cuanto acababan de relevarse los centinelas, y tocaron las trompetas y rompieron los cántaros que llevaban en la mano. 20 Los tres cuerpos tocaron las trompetas, rompieron los cántaros; y cogiendo las teas con la mano izquierda y las trompetas con la derecha para tocarlas, gritaban: «¡Espada por Yave y por Gedeón!» 21 Quedáronse cada uno en su puesto en derredor del campamento, y todo el campamento se puso a correr, a gritar y a huir. 22 Mientras los trescientos hombres tocaban las trompetas, hizo Yave que volviesen todos su espada los unos contra los otros en todo el campamento, y huyó el campamento hasta Bet Seta, hacia Sederata, hasta los límites del Abel Mejula, junto a Tabat. 23 Reuniéronse los hombres

de Israel, de Neftalí, de Aser y de todo Manasés, y persiguieron a los de Madián. 24 Gedeón mandó mensajeros por todo el monte de Efraím, para decirles: «Bajad al encuentro de Madián y tomad, antes que lleguen, los vados hasta Betbera y los del Jordán.» Reuniéronse todos los hombres de Efraím y tomaron los vados hasta Betbera y los del Jordán. 25 Se apoderaron de dos príncipes de Madián, Oreb y Zebe, y dieron muerte a Oreb en la roca de Oreb, y a Zebe en el lugar de Zebe. Persiguieron a Madián y llevaron a Gedeón las cabezas de Oreb y Zebe, del otro lado del Jordán.

8 1 Dijéronle los hombres de Efraím: «¿Cómo has hecho con nosotros eso de no llamarnos cuando ibas a combatir contra Madián?», y se querellaron violentamente contra él. 2 El les dijo: «¿Qué es lo que he hecho yo, para lo vuestro? No ha sido mejor el rebusco de Efraím que la vendimia de Abiezer? 3 En vuestras manos ha puesto Dios a los príncipes de Madián, Oreb y Zebe. ¿Qué he podido yo hacer comparable a lo vuestro?» Calmóse su cólera contra él, cuando así les habló. 4 Llegó Gedeón al Jordán, lo pasó con los trescientos hombres que llevaba, cansados de la persecución, 5 y dijo a las gentes de Socot: «Dad, os ruego, unos panes a la gente que me sigue, que están cansados y van en persecución de Zebe y Salmana, reyes de Madián.» 6 Respondiéronle los jefes de Socot: «¿Acaso tienes ya en tus manos el puño de Zebe y Salmana, para que demos pan a tu tropa?» 7 Y Gedeón les dijo: «Sí! Cuando Yave haya puesto en mis manos a Zebe y Salmana, yo desgarraré vuestras carnes con espinas del desierto y cardos.» 8 Desde allí subió a Fanuel, e hizo a las gentes de Fanuel la misma petición, recibiendo la misma respuesta de los hijos de Socot. 9 Y dijo también a las gentes de Fanuel: «Cuando vuelva vencedor, arrasaré esta fortaleza.» 10 Zebe y Salmana estaban en Carcor con su ejército, unos quince mil hombres, los que habían quedado de todo el ejército de los Bene Quedem, pues habían perecido ciento veinte mil hombres de armas. 11 Gedeón subió por el camino de los que moran en tiendas, al oriente de Nobai y de Jegboa, y atacó el campamento, que se creía a seguro. 12 Zebe y Salmana huyeron. El los persiguió y se apoderó de los dos reyes de Madián, Zebe y Salmana, y derrotó a todo su ejército. 13 Volvióse Gedeón, hijo de Joás, de la batalla, por la subida de Jares; 14 y habiendo cogido a un joven de los de Socot, le interrogó y éste le dió por escrito los nombres de los jefes y ancianos de Socot, setenta y siete hombres. 15 Entonces vino Gedeón a las gentes de Socot y dijo: «Ved aquí a Zebe y Salmana, con los que me zaheristeis diciendo: ¿Acaso tienes ya en tu poder el puño de Zebe y Salmana, para que demos de comer a tus tropas fatigadas?» 16 Cogió, pues, a los ancianos de la ciudad, y con espinas del desierto y cardos castigó a los de Socot. 17 Arrasó la fortaleza de Fanuel y mató a los hombres de la ciudad.

18 Dijo a Zebe y Salmana: «¿Cómo eran los hombres que matasteis en el Tabor?» Ellos respondieron: «Eran como tú. Cada uno de ellos parecía un hijo de rey.» 19 El les dijo: «Eran hermanos míos, hijos de mi madre. 20 Vive Yave, que no os mataría si no les hubierais dado muerte.» 21 Y dijo a Jeter, su primogénito: «Anda, mátalos.» El joven no desenvainó la espada, por tener miedo, pues era todavía muy niño; y Zebe y Salmana dijeron: «Levántate y mátanos tú, pues como es el hombre, es la fuerza.» Levantóse Gedeón y los mató, y cogió las lunetas que llevaban al cuello sus camellos.

22 Las gentes de Israel dijeron a Gedeón: «Reina sobre nosotros, tú, tu hijo y los hijos de tu hijo, pues nos has libertado de las manos de Madián.» 23 Respondióles Gedeón: «No reinaré yo sobre vosotros, ni reinará tampoco mi hijo. Yave será vuestro rey», 24 y añadió: «Voy a pediros una cosa. Dadme cada uno de su botín los arillos de nariz que habéis cogido.» Los enemigos, como ismaelitas, llevaban arillos de oro en la nariz. 25 Ellos respondieron: «Con mucho gusto te los daremos»; y extendiendo un manto, fueron echando en él cada uno los arillos del botín. 26 Y fué el peso de los arillos de oro que había pedido Gedeón, de tres mil setecientos siclos de oro, sin contar las lunetas y los pendientes, ni los vestidos de púrpura que llevaban los reyes de Madián, ni los collares que al cuello llevaban sus

camellos. 27 Con este oro hizo Gedeón un Efod (1) que puso en su ciudad, en Efra. Todo Israel iba a prostituirse ante este Efod, que fué un lazo para Gedeón y para su casa. 28 Madián quedó humillado ante los hijos de Israel y no volvió a levantar la cabeza, quedando la tierra en paz durante cuarenta años, los días de Gedeón.

29 Jerobaal, hijo de Joás, se volvió a su casa; 30 y tuvo Gedeón setenta hijos, todos nacidos de él, pues fueron muchas sus mujeres. 31 Una concubina (2) que tenía en Siquem le parió también un hijo, al que puso por nombre Abimelec. 32 Murió Gedeón, hijo de Joás, en buena ancianidad, y fué sepultado en la sepultura de Joás, su padre, en Efra de Abiezer.

33 Muerto Gedeón, los hijos de Israel se prostituyeron de nuevo ante los baales y tomaron por su dios a Baal Berit, 34 y no se acordaron más de Yave, su Dios, que los había librado de los enemigos que los rodeaban. 35 No se mostraron agradecidos a la casa de Jerobaal, Gedeón, según el mucho bien que éste había hecho por Israel.

Abimelec.

9 1 Abimelec, hijo de Jerobaal, se fué a Siquem, y habló a los hermanos de su madre y a toda la familia de la casa del padre de su madre, diciéndoles: 2 «Hablad al oído a todos los varones de Siquem: ¿Qué es mejor para vosotros: que os dominen setenta hombres, todos hijos de Jerobaal, o que os domine uno solo? Acordaos de que yo soy hueso vuestro y carne vuestra.» 3 Habiendo hablado de él los hermanos de su madre a todos los habitantes de la ciudad, conforme a aquellas palabras, se inclinó su corazón hacia Abimelec, pues se dijeron: «Este es hermano nuestro»; 4 y le dieron setenta siclos de plata de la casa de Baal Berit, con los que asoldó a hombres vagos y pervertidos que le siguieron. 5 Bajó con ellos a la casa de su padre, a Efra, y mató a sus hermanos, los hijos de Jerobaal, setenta hombres, a todos sobre una misma piedra. Sólo se salvó Jotán, el hijo menor de Jerobaal, que pudo esconderse. 6 Reuniéronse entonces todos los habitantes de Siquem y todos los de Bet Melo, y viniendo, proclamaron rey (1) a Abimelec, junto al terebinto de Misab, que está en Siquem.

Apólogo de Jotán.

7 Súpolo Jotán, y fué a ponerse en la cresta del monte Garizim; y alzando su voz, les dijo a gritos desde allí: «Oídme, habitantes de Siquem, así os oiga Dios a vosotros. 8 Pusiéronse en camino los árboles para ungir un rey que reinase sobre ellos, y dijeron al olivo: Reina sobre nosotros. 9 Contestóles el olivo: ¿Voy yo a renunciar a mi aceite, que es mi gloria ante Dios y ante los hombres, para ir a mecerme sobre los árboles? 10 Dijeron, pues los árboles a la higuera: Ven tú, y reina sobre nosotros. 11 Y les respondió la higuera: ¿Voy a renunciar yo a mis dulces y ricos frutos, para ir a mecerme sobre los árboles? 12 Dijeron, pues, los árboles a la vid: Ven tu, y reina sobre nosotros: 13 Y les contestó la vid: ¿Voy yo a renunciar a mi mosto, alegría de Dios y de los hombres, para ir a mecerme sobre los árboles? 14 Y dijeron todos los árboles a la zarza espinosa: Ven tú, y reina sobre nosotros. 15 Y dijo la zarza espinosa a los árboles: Si en verdad queréis ungirme por rey vuestro, venid y poneos a mi sombra, y si no, que salga fuego de la zarza espinosa y devore a los cedros del Líbano.

16 Ahora bien, si al elegir rey a Abimelec habéis obrado bien y justamente; si os habéis portado con Jerobaal y su casa como ella merecía —17 pues mi padre combatió por vos-

(1) Indudablemente el efod, en este caso, no es la vestidura sacerdotal que lleva este nombre. Es probabilísimamente un ídolo, en relación con los *terafim*, destinados a la adivinación. Lo que era, no podemos determinarlo exactamente.

(2) Parece ser el caso, todavía frecuente entre los nómadas del desierto de Moab, de una mujer que no habita en la casa del marido, sino que, por razones particulares, sigue habitando en su propia casa.

(1) El deseo de Israel de darse un rey, que obtiene satisfacción en tiempo de Samuel, comienza ya a manifestarse después de la victoria de Gedeón 8. 22, con el ofrecimiento que hacen a éste de que se proclame rey, pero más todavía en la proclamación efectiva de Abimelec por los siquemitas.

otros, y exponiendo su vida, os libró del poder de Madián—; [18] levantándoos hoy contra la casa de mi padre y matando a sus hijos, setenta sobre una misma piedra, y haciendo rey de las gentes de Siquem a Abimelec, hijo de una esclava suya, porque es hermano vuestro; [19] si habéis obrado leal y justamente hoy con Jerobaal y su casa, que haga Abimelec vuestra felicidad y que hagáis vosotros la suya. [20] Pero si no, que salga de Abimelec un fuego que devore a los habitantes de Siquem y de Bet Milo, y salga de Siquem y de Bet Milo un fuego que devore a Abimelec.»

Desastroso fin de Abimelec.

[21] Retiróse Jotán y emprendió la huída, yéndose a Bera, donde habitó, por miedo de Abimelec, su hermano.

[22] Tres años dominó Abimelec sobre Israel. [23] Mandó Dios un mal espíritu entre Abimelec y los habitantes de Siquem, e hicieron traición los habitantes de Siquem a Abimelec, [24] para que el asesinato de los setenta hijos de Jerobaal y la sangre de ellos cayese sobre Abimelec, su hermano, que los había matado, y sobre los habitantes de Siquem, que le habían prestado ayuda, para matar a sus hermanos.

[25] Pusieron los habitantes de Siquem en lo alto de los montes asechanzas, que despojaban a cuantos pasaban cerca de ellos por los caminos, y llegó esto a conocimiento de Abimelec.

[26] Vino a Siquem Gaal, hijo de Obed, con sus hermanos. Los de Siquem pusieron en él su confianza; [27] y salieron al campo, vendimiaron sus viñas, pisaron e hicieron gran fiesta; y entrando en la casa de su dios, comieron y bebieron, maldiciendo a Abimelec. «¿Quién es Abimelec, y quién es Siquem—[28] dijo Gaal, hijo de Obed—para que le sirvamos? ¿No sirvieron el hijo de Jerobaal y Zebul, su gobernador, a los hombres de Jemor, padre de Siquem? ¿Por qué, entonces, vamos a servirles a ellos nosotros? [29] ¡Quién me diera este pueblo en mis manos! Yo expulsaría a Abimelec. Le diría: Refuerza tu ejército y sal.» [30] Llegaron a oídos de Zebul, gobernador de la ciudad, las palabras de Gaal, hijo de Obed; y montando en cólera, [31] mandó secretamente mensajeros a Abimelec, para decirle: «Mira que ha venido Gaal, hijo de Obed, a Siquem con sus hermanos, y está sublevando la ciudad. [32] Sal, pues, de noche tú y la gente que tienes contigo, y ponte en el campo en emboscada. [33] Por la mañana, al salir del sol levántate, y cae sobre la ciudad; y cuando Gaal y los que le siguen salgan contra ti, haz contra ellos lo que puedas.» [34] Levantóse Abimelec y toda la gente que con él tenía, de noche, y se pusieron en emboscada cerca de Siquem, divididos en cuatro cuerpos. [35] Salió Gaal, hijo de Obed, a la puerta de la ciudad; y se alzó Abimelec y el cuerpo que con él estaba de la emboscada. [36] Vió Gaal a la gente, y dijo a Zebul: «Mira cómo baja gente de las cumbres de los montes.» Y le dijo Zebul: «Son las sombras de los montes, que se te hacen hombres.» [37] Volvió a mirar Gaal, y dijo: «Es gente que baja de Tabor Arez, y otro cuerpo que viene por el camino de Elon Neconenim.» [38] Díjole entonces Zebul: «¿Dónde está ahora tu boca, con que dijiste: Quién es Abimelec, para que le sirvamos? ¿No es ésa la gente para ti despreciable? Sal, pues, a darle la batalla.» [39] Salió Gaal, y a la vista de los habitantes de Siquem combatió contra Abimelec, que le puso en fuga. [40] Gaal huyó de él, y cayeron muchos hasta la puerta de la ciudad. [41] Abimelec se quedó en Haruma, mientras que Zebul impidió a Gaal y los suyos permanecer en la ciudad. [42] Al día siguiente salió el pueblo al campo, y lo supo Abimelec, [43] que cogiendo su gente, la había dividido en tres cuerpos, los había puesto en el campo en emboscada, y cuando vió que el pueblo salía de la ciudad, se levantó, arremetió contra ellos, [44] y avanzando Abimelec con el cuerpo que le seguía, se puso a la puerta de la ciudad, mientras que los otros dos cuerpos se extendían por el campo y destrozaban a cuantos en él había. [45] Abimelec combatió a la ciudad durante todo aquel día y se apoderó de ella, dando muerte a cuantos allí había, la destruyó y la sembró de sal.

[46] Los que estaban en la fortaleza de Siquem se fueron a la torre de la casa de El Berit. [47] Supo Abimelec que se habían reunido todos los habitantes de la fortaleza de Siquem;

48 y subió al monte Selmón con toda
la gente que llevaba; y tomando en
su mano un hacha, cortó una rama
de un árbol y se la puso al hombro,
mandando a su gente que hiciera
prestamente lo que le veía hacer a él.
49 Cortó, pues, también toda la gente
cada uno su rama; y siguiendo a Abi-
melec, las pusieron contra la forta-
leza, y prendiéndolas fuego, la in-
cendiaron, muriendo allí todos los
habitantes de la fortaleza de Siquem,
unos mil entre hombres y mujeres.
50 Fué luego Abimelec a Tebes, que
sitió y tomó. 51 Pero había en Tebes,
en medio de la ciudad, una fuerte
torre, en la que se refugiaron todos
los habitantes de la ciudad, hombres
y mujeres, y cerrando tras sí, se su-
bieron a lo alto de la torre. 52 Abi-
melec llegó a la torre, la atacó y se
aproximó para pegar fuego a la
puerta; 53 y entonces una mujer le
lanzó contra la cabeza un pedazo
de rueda de molino y le rompió el
cráneo. 54 Llamó él en seguida a su
escudero y le dijo: «Saca tu espada
y mátame, para que no pueda de-
cirse que me mató una mujer.» El
joven le traspasó, y murió Abimelec.
55 Viendo los hijos de Israel que había
muerto Abimelec, fuéronse cada uno
a su casa. 56 Así hizo caer Dios sobre
la cabeza de Abimelec el mal que
había hecho a su padre, asesinando
a sus setenta hermanos; 57 y sobre
las gentes de Siquem todo el mal que
habían hecho, cumpliéndose en ellos
la maldición de Jotán, hijo de Je-
robaal.

Tola.

10 1 Después de Abimelec, surgió
para librar a Israel Tola, hijo de
Fua, hijo de Dodo, hombre de Isacar.
Habitó en Samir, en los montes de
Efraím. 2 Juzgó a Israel durante
veintitrés años y murió, siendo se-
pultado en Samir.

Jair.

3 Después de él surgió Jair, de
Galad, que juzgó a Israel por veinti-
dós años. 4 Tuvo treinta hijos, que
montaban treinta asnos y eran due-
ños de treinta ciudades, llamadas
todavía Javot Jair, en la tierra de
Galad. 5 Murió Jair y fué sepultado
en Camón.

Jefté.

6 Volvieron los hijos de Israel a
hacer mal a los ojos de Yave, y sir-
vieron a los baales y Astartes, a los
dioses de Sidón, a los de Moab, a
los de los hijos de Ammón, a los de
los filisteos, y se apartaron de Yave,
no sirviéndole más. 7 Encendióse
la ira de Yave contra Israel y los en-
tregó en manos de los filisteos y en
manos de los hijos de Ammón, 8 que
los oprimieron, y afligieron con gran
violencia a los hijos de Israel, durante
dieciocho años. 9 Los hijos de Ammón
oprimieron a todos los hijos de Israel
que habitaban al otro lado del Jor-
dán, en la tierra de los amorreos,
en Galad, y hasta pasaron el Jordán
para combatir a Judá, a Benjamín
y la casa de Efraím, viéndose Israel
muy apretado.
10 Clamaron a Yave los hijos de
Israel, diciendo: «Hemos pecado con-
tra ti, porque hemos dejado a nues-
tro Dios y hemos servido a los baales.»
11 Yave dijo a los hijos de Israel:
«¿No os liberté yo de los egipcios, de
los amorreos, de los hijos de Ammón,
de los filisteos? 12 Y cuando os opri-
mían los de Sidón, Amalec y Madián,
y clamasteis a mí, ¿no os libré yo
de sus manos? 13 Pero vosotros me
habéis dejado a mí para servir a
dioses extraños. Por eso no os libraré
ya más. 14 Id e invocad a los dioses
que os habéis dado; que os libren
ellos al tiempo de vuestra angustia.»
15 Los hijos de Israel dijeron a Yave:
«Hemos pecado, castíganos como quie-
ras, pero líbranos ahora.» 16 Quitaron
de en medio de ellos los dioses extraños
y sirvieron a Yave, pero su alma no
podía soportar la aflicción de Israel.
17 Reuniéronse los hijos de Ammón
y acamparon en Galad; y se reunie-
ron también los hijos de Israel, acam-
pando en Masfa. 18 El pueblo, los
jefes de Israel, se dijeron unos a
otros: «¿Quién será el que comen-
zará a combatir a los hijos de Ammón?
Que sea él quien mande a todos los
habitantes de Galad.»

11 1 Era Jefté, el galadita, un fuer-
te guerrero, hijo de una me-
retriz, y tuvo por padre a Galad.
2 La mujer de Galad dió a éste otros
hijos, que cuando fueron grandes
arrojaron de casa a Jefté, diciendo:
«No vas tú a heredar en la casa de
nuestro padre, pues eres hijo de otra

mujer.» [3] Jefté huyó de sus hermanos y habitó en tierra de Tob. Uniéronse con él gentes perdidas, que salían con él. [4] Al cabo de días, hicieron guerra los hijos de Ammón contra Israel; [5] y fueron entonces los ancianos de Galad a la tierra de Tob, en busca de Jefté, [6] y le dijeron: «Ven, serás nuestro jefe en la guerra contra los hijos de Ammón.» [7] Respondió Jefté a los ancianos de Galad, diciéndoles: «¿No sois vosotros los que me aborrecéis y me arrojasteis de la casa de mi padre? ¿A qué venís a mí ahora, cuando os veis en aprieto?» [8] Los ancianos de Galad respondieron: «Por eso venimos a ti ahora, para que vengas a combatir con nosotros a los hijos de Ammón y seas nuestro jefe, el de todos los habitantes de Galad.» [9] Contestóles Jefté: «Si me lleváis con vosotros a combatir contra los hijos de Ammón, en el caso de que Yave me los entregue, seré vuestro jefe.» [10] Dijéronle los ancianos de Galad: «Sea Yave testigo entre nosotros, si no hiciéremos lo que dices.» [11] Partió Jefté con los ancianos de Galad y le hicieron su jefe y caudillo, y repitió Jefté sus palabras en presencia de Yave, en Masfa.

[12] Mandó Jefté mensajeros al rey de los hijos de Ammón, que le dijeran: «¿Qué hay entre tú y yo, para que hayas venido contra mí a combatir la tierra?» [13] El rey de los hijos de Ammón respondió a los mensajeros de Jefté: «Cuando subió Israel de Egipto, se apoderó de mi tierra, desde el Arnón hasta Jaboc y hasta el Jordán. Devuélvemela, pues, ahora pacíficamente.» [14] Jefté mandó nuevos mensajeros al rey de los hijos de Ammón, [15] que le dijeran: «He aquí lo que dice Jefté: Israel no se apoderó de la tierra de Moab, ni de la tierra de los hijos de Ammón. [16] Cuando Israel subió de Egipto, marchó por el desierto hasta el Mar Rojo y llegó a Cades. [17] Entonces envió Israel mensajeros al rey de Edom, para que le dijeran: Te ruego que me dejes pasar por tu tierra; pero el rey de Edom no se lo consintió; también se los envió al rey de Moab, que rehusó; e Israel se quedó en Cades. [18] Después, marchando por el desierto, rodeó la tierra de Edom y la tierra de Moab, y llegó al oriente de la tierra de Moab y acampó del lado de allá del Arnón, sin entrar en tierra de Moab, pues el Arnón era el límite de Moab. [19] Israel envió mensajeros a Seón, rey de los amorreos, rey de Hesebón, para decirle: Te ruego que nos dejes pasar por tu tierra, hasta nuestro lugar. [20] Pero Seón no se fió de Israel dejándole pasar por su tierra, y reuniendo a toda su gente, acampó en Jasa y luchó contra Israel. [21] Yave, Dios de Israel, puso a Seón con todo su pueblo en las manos de Israel, que los derrotó y se apoderó de la tierra de los amorreos, que habitaban en aquella región. [22] Se apoderó de toda la tierra de los amorreos, desde el Arnón hasta Jaboc y desde el desierto hasta el Jordán. [23] Ahora, pues, que Yave, Dios de Israel, desposeyó a los amorreos ante su pueblo, Israel, ¿pretendes tú apoderarte de su tierra y seríamos despojados de cuanto Yave, nuestro Dios, nos dió en posesión? [24] ¿Eso que Camos, tu Dios, te ha dado en posesión, no lo posees tú? ¿Y no vamos a poseer nosotros lo que Yave, nuestro Dios, nos ha dado en posesión? [25] ¿Querrás tú ser mejor que Balac, hijo de Sefor, rey de Moab? ¿Acaso ha disputado éste a Israel su tierra? ¿Le ha hecho acaso la guerra? [26] Hace trescientos años que habita Israel en Hesebón y en Aroer y en las ciudades que de ellas dependen, lo mismo que en todas las que están a orillas del Arnón. ¿Por qué no las habéis tomado durante todo ese tiempo? [27] Yo no te he hecho mal alguno; pero tú obras mal conmigo, haciéndome la guerra. Que Yave, el Juez, juzgue hoy entre los hijos de Israel y los hijos de Ammón.» [28] El rey de los hijos de Ammón desoyó lo que Jefté le mandó a decir.

[29] El espíritu de Yave fué sobre Jefté (1) y pasando por Galad y Manasés, llegó hasta Masfa de Galad, y de Masfa de Galad marchó contra los hijos de Ammón. [30] Jefté hizo voto a Yave, diciendo: «Si pones en mis manos a los hijos de Ammón, [31] el que a mi vuelta, cuando venga yo en paz de vencerlos, salga de las puertas de mi casa a mi encuentro, será de Yave y se lo ofreceré en holocausto.» [32] Avanzó Jefté contra los hijos de Ammón y se los dió Yave en sus manos, batiéndolos desde Aroer hasta según se va a Menit, veinte

(1) Esta frase no significa sino que Dios le movió a realizar la hazaña referida.

ciudades, y hasta Abel Queramim. Fué una gran derrota, y los hijos de Ammón quedaron humillados ante los hijos de Israel.

La hija de Jefté.

34 Al volver Jefté a Masfa, salió a recibirle su hija con tímpanos y danzas. Era su hija única, no tenía más hijos ni hijas. 35 Al verla rasgó él sus vestiduras y dijo: «¡Ah, hija mía, me has abatido del todo, y tú misma te has abatido al mismo tiempo! He abierto mi boca a Yave y no puedo volverme atrás.» 36 Ella le dijo: «Padre mío, si has abierto tu boca a Yave, haz conmigo lo que de tu boca salió, pues te ha vengado Yave de tus enemigos, los hijos de Ammón.» 37 Y añadió: «Hazme esta gracia: Déjame que por dos meses vaya con mis compañeras por los montes, llorando mi virginidad.» 38 «Ve», le contestó él, y ella se fué por los montes con sus compañeras, y lloró por dos meses su virginidad. 39 Pasados los dos meses, volvió a su casa, y él cumplió en ella el voto que había hecho (1). No había conocido varón. 40 De ahí viene la costumbre en Israel, de que al terminar el año, se reúnan todos los años las hijas de Israel para llorar a la hija de Jefté, galadita, por cuatro días.

Guerra civil entre efraimitas y galaditas.

12 1 Los hijos de Efraim se reunieron, y pasando a Safón, dijeron a Jefté: «¿Por qué fuiste a combatir a los hijos de Ammón, sin habernos llamado a combatir contigo» Vamos a pegar fuego a tu casa.» 2 Jefté les respondió: «Estaba yo y estaba mi pueblo en gran contienda con los hijos de Ammón. Entonces os llamé yo, pero no me habéis librado vosotros de sus manos. 3 Viendo que no me librabais vosotros, puse mi vida en mis manos, marché contra los hijos de Ammón, y Yave me los entregó. ¿Por qué, pues, venís hoy a hacerme la guerra?» 4 Reunió Jefté a todas las gentes de Galad y libró batalla contra Efraím. 5 Los hombres de Galad derrotaron a los de Efraím, que decían de ellos: «Vosotros, galaditas, sois huídos de Efraím; ni sois de Efraím, ni de Manasés.» Los galaditas se apoderaron de los vados del Jordán del lado de Efraím; y cuando llegaba alguno de los fugitivos de Efraím, diciendo: «Dejadme pasar», le preguntaban: «¿Eres efraimita?» Respondía: «No»; 6 entonces ellos le decían: «A ver, di: *schibbolet*», y el decía *sibbolet*, pues no podían pronunciar así. Los hombres de Galad le cogían y le degollaban junto a los vados del Jordán. Murieron entonces cuarenta y dos mil hombres de Efraím.

7 Juzgó a Israel Jefté, galadita, durante seis años, y murió, siendo sepultado en una de las ciudades de Galad.

Abesán.

8 Después de él fué juez en Israel Abesán, de Belén. 9 Tuvo treinta hijos y treinta hijas. Casó a éstas con gente de fuera, y trajo de fuera mujeres para sus hijos. 10 Juzgó a Israel siete años, murió, y fué sepultado en Belén.

Elón.

11 Después de él juzgó a Israel Elón, de Zabulón, durante diez años; 12 murió Elón, de Zabulón, y fué sepultado en Ayalón, en tierra de Zabulón.

Abdón.

13 Después de él juzgó a Israel Abdón, hijo de Faratón. 14 Tuvo cuarenta hijos y treinta nietos, que montaban sobre setenta asnos. Juzgó a Israel durante ocho años, 15 murió, y fué sepultado en Faratón, en el monte de Efraím, en tierra de Salim.

Sansón. Su nacimiento.

13 1 Volvieron los hijos de Israel a hacer el mal a los ojos de Yave, y Yave los dió en manos de los filisteos durante cuarenta años.

(1) Son muchos los intérpretes que explican este sacrificio como simbólico, no real. Sin embargo, toda la descripción que del voto y de su cumplimiento se hace parece convencer de que Jepté realmente sacrificó su hija a Yave. De aquí no se deduce que el acto fuera legítimo; fué contra la ley. Ni parece esto de extrañar, dado el ambiente religioso-moral que Israel respiraba y de que muchas veces se dejó inficionar.

[2] Había un hombre de Sara, de la familia de Dan, de nombre Manué. Su mujer era estéril y no le había dado hijos. [3] El ángel de Yave se apareció a la mujer y le dijo: «Eres estéril y sin hijos, pero vas a concebir y parirás un hijo. [4] Mira, pues, que no bebas vino ni licor alguno inebriante, ni comas nada inmundo, [5] pues vas a concebir y a parir un hijo, a cuya cabeza no ha de tocar la navaja, porque será nazareo de Dios el niño, desde el vientre de su madre, y será el que primero librará a Israel de la mano de los filisteos.» [6] Fué la mujer y dijo a su marido: «Ha venido a mí un hombre de Dios. Tenía el aspecto de un ángel de Dios, muy temible. No le pregunté de dónde era y él no me dió a conocer su nombre, [7] pero me dijo: Vas a concebir y a parir un hijo. No bebas, pues, vino ni otro licor inebriante, y no comas nada inmundo, porque el niño será nazareo de Dios, desde el vientre de su madre hasta el día de su muerte.» [8] Entonces Manué oró a Yave, diciendo: «De gracia, Señor: que el hombre de Dios que enviaste venga otra vez a nosotros, para que nos enseñe lo que hemos de hacer con el niño que ha de nacer.» [9] Oyó Dios la oración de Manué, y volvió el ángel de Dios a la mujer de Manué, cuando estaba ésta sentada en el campo y no estaba con ella su marido. [10] Corrió ella en seguida a anunciárselo a su marido, diciéndole: «El hombre que vino a mí el otro día acaba de aparecérseme.» [11] Levantóse Manué, y siguiendo a su mujer fué hacia el hombre y le dijo: «¿Eres tú el que has hablado a esta mujer?» El respondió: «Yo soy.» [12] Repuso Manué: «Cuando tu palabra se cumpla, ¿qué hay que guardar y qué habremos de hacerle?» [13] El ángel de Yave dijo a Manué: «La mujer, que se abstenga de cuanto le he dicho: [14] que no tome nada de cuanto procede de la vid, no beba vino ni otro licor inebrativo, y no coma nada inmundo: cuanto la mandé, ha de observarlo.» [15] Manué dijo al ángel de Yave: «Te ruego que permitas que te retengamos, mientras te traemos preparado un cabrito.» [16] El ángel de Yave dijo a Manué: «Aunque me retengas, no comería tus manjares; pero si quieres preparar un holocausto, ofréceselo a Yave.» Manué, que no sabía que era el ángel de Yave. [17] le dijo: «¿Cuál es tu nombre, para que te honremos cuando tu palabra se cumpla?» [18] El ángel de Yave le respondió: «¿Para qué me preguntas mi nombre, que es admirable?» [19] Manué tomó el cabrito y la oblación, para ofrecerlo a Yave en holocausto sobre la roca, y sucedió un prodigio a la vista de Manué y su mujer. [20] Cuando subía la llama de sobre el altar hacia el cielo, el ángel de Yave se puso sobre la llama del altar. Al verlo Manué y su mujer, cayeron rostro a tierra [21] y ya no vieron más al ángel de Yave. Entendió entonces Manué que era el ángel de Yave, [22] y dijo a su mujer: «Vamos a morir, porque hemos visto a Dios.» [23] La mujer le contestó: «Si Yave quisiera hacernos morir, no habría recibido de nuestras manos el holocausto y la oblación, ni nos hubiera hecho ver todo esto, ni oír hoy todas estas cosas.»

[24] Parió la mujer un hijo y le dió el nombre de Sansón (1). Creció el niño, y Yave le bendijo, [25] y comenzó a mostrarse en él el espíritu de Yave, en Majane Dan, entre Sara y Estaol.

Boda de Sansón con una filistea.

14 [1] Bajó Sansón a Tamna, y vió allí una mujer de entre las hijas de los filisteos; [2] y cuando volvió a subir, dijo a su padre y a su madre: «He visto en Tamna una mujer de entre las hijas de los filisteos; id a tomármela por mujer.» [3] Dijéronle su padre y su madre: «¿Acaso no hay mujeres entre las hijas de tus hermanos y en mi pueblo, para que vayas tú a tomar mujer de los filisteos, incircuncisos?» Repuso Sansón y dijo a su padre: «Tómame ésa, pues me gusta.» [4] Su padre y su madre no sabían que aquello venía de Yave, que buscaba una ocasión de parte de los filisteos, que eran los

(1) Sansón es entre los jueces un caso enteramente singular. No es el héroe que acaudilla al pueblo y le lleva a la victoria. Es él solo quien realiza sus hazañas contra los filisteos, que oprimían a los israelitas del mediodía. Su fuerza extraordinaria estaba ligada a su consagración como nazareo, cuyo signo principal es el no tocar la navaja a la cabeza del consagrado, y la conservación, por tanto, de su cabellera. Cuando perdió ésta perdió su fuerza. Y la causa de la pérdida fué el amor de las mujeres.

que entonces oprimían a Israel. 5 Bajó Sansón a Tamna, cuando al llegar a los olivares de Tamna le salió al encuentro un joven león, rugiendo. 6 Apoderóse de Sansón el espíritu de Yave; y sin tener nada a mano, destrozó el león como se destroza un cabrito. No dijo nada a su padre ni a su madre de lo que había hecho. 7 Bajó y habló a la mujer que le había gustado. 8 Tiempo después, bajando para desposarse con ella, se desvió para ver el cadáver del león, y vió que había un enjambre de abejas con miel en la osamenta del león. 9 Cogióla en sus manos y siguió andando y comiendo; y cuando llegó a su padre y a su madre, les dió de ella, sin decirles que la había cogido de la osamenta del león, y ellos la comieron. 10 Bajó, pues, el padre de Sansón a casa de la mujer, y Sansón dió allí un banquete, según la costumbre de los mozos. 11 En cuanto le vieron, invitaron a treinta mozos para acompañarle. 12 Sansón les dijo: «Quisiera que me permitierais proponeros un enigma. Si dentro de los siete días del convite me lo descifráis acertadamente, yo tendré que daros treinta camisas y treinta túnicas; 13 pero si no podéis descifrármelo, seréis vosotros los que habréis de darme a mí treinta camisas y treinta túnicas.» Ellos le dijeron: «Propón tu enigma, que lo oigamos.» 14 El les dijo: «Del que come salió lo que se come, y del fuerte la dulzura.» Tres días pasaron, sin que pudieran descifrar el enigma. 15 Llegó el día séptimo. A la mujer de Sansón le habían dicho ellos: «Persuade a tu marido a que te dé la solución del enigma; si no, te quemaremos a ti y la casa de tu padre. ¿Nos habéis invitado para robarnos?» 16 Ella lloraba y le decía: «Me aborreces, has propuesto un enigma a los hijos de mi pueblo y no quieres explicármelo a mí.» El la respondió: «No se lo he explicado ni a mi padre ni a mi madre, ¿y voy a explicártelo a ti?» 17 Así le había estado llorando durante los siete días del convite; pero el séptimo día, tanto le importunó, que él le dió la explicación, y ella se la comunicó a los hijos de su pueblo. 18 Los de la ciudad dijeron a Sansón el día séptimo, antes de la puesta del sol:

«¿Qué más dulce que la miel?
¿Qué más fuerte que el león?»

19 El les contestó:

«Si no hubierais arado con mi novilla,
No hubierais descifrado mi enigma.»

20 Apoderóse de él el espíritu de Yave; y bajando a Ascalón, mató allí a treinta hombres, los despojó y dió las túnicas a los que habían descifrado el enigma. Muy enfurecido, se subió a casa de sus padres. 21 La mujer de Sansón fué entregada a uno de los mozos que le habían servido de compañeros.

15 1 Al cabo de días, al tiempo de la siega, fué Sansón a visitar a su mujer, llevando un cabrito, y dijo: «Quiero entrar a mi mujer en su cámara.» 2 Pero el padre le negó la entrada, diciendo: «Yo creí que la habías aborrecido enteramente, y se la he entregado a tu compañero. Su hermana menor es más hermosa todavía que ella. Tómala por mujer en lugar suyo.» 3 Sansón le dijo: «Ahora, ya sin culpa de mi parte contra los filisteos, podré hacerles daño.»

Hazañas de Sansón.

4 Se fué, y cogiendo trescientas zorras y teas, ató a las zorras dos a dos, cola con cola, y puso entre ambas colas una tea. 5 Encendió luego las teas, y soltó a las zorras en las mieses de los filisteos, abrasando los montones de gavillas, los trigos todavía en pie, y hasta los olivares. 6 Los filisteos se preguntaban: «¿Quién ha hecho esto?» Y se les dijo: «Ha sido Sansón, el yerno de Tamnat, porque éste le ha quitado su mujer y se la ha dado a un compañero suyo.» Los filisteos subieron y la quemaron a ella y a su padre. 7 Sansón les dijo: «¿Eso habéis hecho? Pues yo no pararé hasta vengarme de vosotros.» 8 Y los tundió ancas y muslos, haciendo en ellos gran destrozo, y se bajó luego a la caverna del roquedo de Etam. 9 Subieron entonces los filisteos y acamparon en Judá, extendiéndose por Leji. 10 Los de Judá les preguntaron: «¿Por qué habéis subido contra nosotros?» Ellos respondieron: «Hemos venido a atar a Sansón, para tratarle como él nos ha tratado a nosotros.» 11 Bajaron, pues, tres mil hombres de Judá a la caverna del roquedo de Etam, y dijeron a Sansón: «¿No sabes que los

filisteos nos dominan? ¿Por qué nos has hecho eso?» El les respondió: «He hecho con ellos como ellos han hecho conmigo.» 12 Ellos repusieron: «Hemos bajado para atarte y entregarle atado en manos de los filisteos.» Sansón respondió: «Jurad que no vais a matarme.» 13 Ellos le dijeron «No, solamente a atarte, para entregarte a los filisteos, pero no te mataremos.» Y atándole con dos cuerdas nuevas, le hicieron subir del roquedo. 14 Llegados a Leji, los filisteos les salieron al encuentro, lanzando gritos de júbilo. Apoderóse entonces de él el espíritu de Yave, y las cuerdas que a los brazos tenía fueron como hilos de lino quemados por el fuego; las ligaduras cayeron de sus manos, 15 y viendo cerca una quijada de asno fresca, la cogió y derrotó con ella a mil hombres. 16 Dijo Sansón:

«Con una quijada de asno los he puesto rojos del todo;
Con una quijada de asno he derrotado a mil hombres».

17 Y dicho esto, tiró la quijada y llamó a aquel lugar Ramat Leji. 18 Devorado por la sed, clamó a Yave, diciendo: «Eres tú el que por la mano de tu siervo has hecho esta gran liberación; ¿voy a caer ahora, muerto de sed, en la mano de los incircuncisos?» 19 Y abrió Yave el mortero que hay en Leji, y brotó de él agua. Bebió, se recobró y vivió, y la llamó por eso la fuente de En Hacore, que es la que hay todavía en Leji. 20 Sansón juzgó a Israel en tiempo de los filisteos, durante veinte años.

16 1 Fué Sansón a Gaza, donde había una meretriz, a la cual entró. 2 Se les dijo a las gentes de Gaza: «Ha venido aquí Sansón.» Y le cercaron, y estuvieron toda la noche en acecho cerca de la puerta de la ciudad. Se estuvieron tranquilos durante la noche, diciéndose: «Al alba le mataremos.» 3 Sansón estuvo acostado hasta medianoche. A medianoche se levantó, y cogiendo las dos hojas de la puerta de la ciudad con las jambas y el cerrojo, se las echó al hombro y las llevó a la cima del monte que mira hacia Hebrón.

Dalila.

4 Después amó a una mujer del valle de Sorec, de nombre Dalila. 5 Los príncipes de los filisteos subieron a ella y la dijeron: «Sedúcele, para saber en qué está su gran fuerza y cómo podríamos apoderarnos de él, para atarle y castigarle. Si lo haces, te daremos cada uno mil cien siclos de plata.» Dijo, pues, 6 Dalila a Sansón: «Dime, te ruego, en qué está tu gran fuerza, y con qué habrías de ser atado para sujetarte.» 7 Sansón respondió: «Si me atasen con siete cuerdas húmedas, que no se hubieran secado todavía, me quedaría sin fuerzas y sería como otro hombre cualquiera.» 8 Subiéronle los príncipes de los filisteos las siete cuerdas húmedas, sin secar todavía, y ella le ató con ellas. 9 Como tenía en su cuarto gentes en acecho, le gritó: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!» El rompió las cuerdas como se rompe un cordón de estopa cuando se le pega fuego, y quedó desconocido el secreto de su fuerza.

10 Dalila dijo a Sansón: «Te has burlado de mí y me has engañado. Dime, pues, ahora con qué hay que atarte.» 11 El le dijo: «Si me atan con cuerdas nuevas que no hayan sido empleadas para ningún otro uso, me quedaré sin fuerzas y seré como otro hombre cualquiera.» 12 Dalila cogió cuerdas nuevas y le ató con ellas. Después le gritó: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!», pues tenía en el cuarto gentes en acecho. El rompió como un hilo las cuerdas que tenía en los brazos. 13 Dalila dijo a Sansón: «Hasta ahora te has burlado de mí y no me has dicho más que mentiras. Dime de una vez con qué hay que atarte.» El le dijo: «Si entretejes con un lizo las siete trenzas de mi cabeza y las fijas con una clavija de tejedor, me quedaré sin fuerzas y seré como otro hombre cualquiera.» 14 Entretejió Dalila con un lizo las siete trenzas, las fijó con la clavija de tejedor y le gritó: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!» Y despertando de su sueño, arrancó la clavija y el tretejido.

15 Ella le dijo: «¿Cómo puedes decir que me quieres, cuando tu corazón no está conmigo? Por tres veces te has burlado de mí y no me has descubierto en qué está tu gran fuerza.» 16 Y le importunaba incesantemente, siempre insistiendo en su demanda, hasta llegar a producirle un tedio de muerte. 17 Y le abrió de par en par su corazón, diciendo: «Nunca ha tocado la navaja mi cabeza, pues soy

nazareo de Dios, desde el vientre de mi madre. Si me rapasen, perdería mi fuerza, me quedaría débil, y sería como todos los otros hombres.» [18] Dalila vió que en verdad le había abierto de par en par su corazón; y mandó a llamar a los príncipes de los filisteos, diciéndoles: «Subid, que esta vez ya me ha abierto de par en par su corazón.» Subieron, llevando el dinero en sus manos. [19] Le durmió ella sobre sus rodillas, y llamando al hombre, hizo que rapara las siete trenzas de la cabellera de Sansón y comenzó a mortificarle. Había perdido su fuerza, [20] y ella le dijo entonces: «¡Sansón, los filisteos sobre ti!» El se despertó, diciendo: «Saldré como tantas otras veces y me sacudiré», pues no sabía que Yave se había apartado de él.

Prisión de Sansón.

[21] Cogiéronle los filisteos, le sacaron los ojos, y llevándole a Gaza, le encadenaron con doble cadena de bronce, y en la cárcel le pusieron a hacer dar vueltas a la muela. [22] Entretanto, volvieron a crecerle los pelos de la cabeza, después de haber sido rapada. [23] Los príncipes de los filisteos se congregaron para ofrecer un gran sacrificio a Dagón, su dios; y para regocijarse, decían: «Nuestro dios ha puesto en nuestras manos a Sansón, nuestro enemigo.» [24] El pueblo, al verle, alababa a su dios, diciendo: «Nuestro dios ha puesto en nuestras manos a nuestro enemigo, al que asolaba nuestra tierra, y mató a tanta gente.» [25] Cuando su corazón se alegró, dijeron: «Que traigan a Sansón para que nos divierta.» [26] Sansón fué sacado de la cárcel y tuvo que bailar ante ellos. Habíanle puesto entre las columnas, y Sansón dijo al mozo que le hacía de lazarillo: «Déjame tocar las columnas que sostienen la casa, para apoyarme.»

Su última venganza.

[27] Estaba la casa llena de hombres y mujeres. Allí estaban los príncipes de los filisteos, y había entre todos más de tres mil personas, hombres y mujeres viendo bailar a Sansón. [28] Entonces invocó Sansón a Yave, diciendo: «¡Señor, Yave, acuérdate de mí, devuélveme la fuerza sólo por esta vez, para que ahora me vengue de los filisteos por mis dos ojos.» [29] Sansón se agarró a las dos columnas centrales, que sostenían la casa; y haciendo fuerza sobre ellas, sobre la una con la mano derecha, sobre la otra con la mano izquierda, [30] dijo: «¡Muera yo con los filisteos!» Tan fuertemente sacudió las columnas, que la casa se hundió sobre los príncipes de los filisteos y sobre todo el pueblo que allí estaba, siendo los muertos que hizo al morir más que los que había hecho en vida. [31] Sus hermanos y toda la casa de su padre bajaron y se lo llevaron, y le sepultaron entre Sata y Estaol, en la sepultura de Manué, su padre. Juzgó a Israel durante veinte años.

Culto sacrílego.

17 [1] Había un hombre de los montes de Efraím, Mica de nombre. [2] Dijo éste a su madre: «Los mil cien siclos de plata que habías puesto aparte, por los que te lamentabas a veces, aun oyéndote yo, yo los tengo, yo te los quité.» [3] Díjole su madre: «Bendito de Yave seas, hijo mío.» Devolvió, pues, los mil cien siclos de plata a su madre, que dijo: «Quiero consagrar a Yave este dinero y que de mi mano pase a mi hijo, para que se haga una imagen tallada y chapeada. Ahí, pues, te lo entrego.»

[4] Habiendo, pues, devuelto él a su madre el dinero, tomó su madre doscientos siclos y se los dió a un orífice, y este hizo una imagen tallada y chapeada, que quedó en la casa de Mica; [5] y así un hombre como Mica vino a tener una casa de Dios. Hízose también un efod y unos *terafim*, y llenó la mano de uno de sus hijos para que hiciera de sacerdote. [6] No había entonces rey en Israel, y hacía cada uno lo que bien le parecía.

[7] Un joven de Belén de Judá, de nombre Jonatán, levita, que habitaba allí, [8] saliendo de la ciudad de Belén de Judá, se puso a recorrer la tierra para buscar dónde vivir; y pasando por los montes de Efraím, llegó en su camino a la casa de Mica. [9] Preguntóle Mica: «¿De dónde vienes?», y el levita le contestó: «Soy de Belén de Judá, y ando a ver si encuentro dónde vivir.» [10] Díjole

Mica: «Quédate conmigo y me servirás de padre y de sacerdote. Te daré diez siclos de plata al año, vestidos y comida», e instó al levita. 11 Consintió éste en quedarse con Mica, para quien fué el joven como otro hijo. 12 Llenó, pues, Mica la mano del levita, y el joven hizo con él de sacerdote, quedándose en casa de Mica. 13 Dijo Mica: «Ahora sí que de cierto me favorecerá Yave, pues tengo por sacerdote a un levita.»

Conquista de Lais.

18 1 No había por aquel entonces rey en Israel, y la tribu de Dan andaba buscando dónde establecerse, pues no le había tocado hasta entonces heredad en medio de las otras tribus de Israel. 2 Mandaron, pues, los hijos de Dan de entre los suyos a cinco exploradores, hombres fuertes; los mandaron de Sara y de Estaol, para que recorriesen la tierra y la explorasen, diciéndoles: «Id a reconocer la tierra.» Llegaron los cinco hombres por los montes de Efraím, hasta la casa de Mica, y pasaron allí la noche. 3 Estando cerca de la casa de Mica, conocieron por la voz al joven levita; y acercándose a él, le preguntaron: «¿Quién te ha traído a ti aquí? ¿Qué haces aquí, y qué tienes aquí?» 4 El les contestó: «Mica ha hecho por mí esto y lo otro, y me he ajustado con él y le sirvo de sacerdote.» 5 Ellos le dijeron: «Entonces, consulta a Dios, para que sepamos si prosperará el viaje que hemos emprendido.» 6 Y les dijo el sacerdote: «Id tranquilos, está ante Yave el camino que seguís.» 7 Reemprendieron su camino los cinco hombres y llegaron a Lais. Vieron que la gente de ella vivía en seguridad, a modo de los sidonios, pacífica y tranquilamente, sin que nadie dañase a nadie, y que eran ricos y estaban alejados de los sidonios y no tenían relación con nadie. 8 Volviéronse, pues, a sus hermanos, a Sara y a Estaol, que les preguntaron: «¿Qué traéis?» 9 Ellos contestaron: «¿Subamos luego contra ellos. Hemos visto la tierra y es muy buena. ¿Os estáis callados? No dilatéis la ida, para apoderarnos de esa tierra. 10 Daréis con un pueblo que vive seguro. La tierra es amplia y Dios la ha puesto en vuestras manos. Es una tierra que produce de todo.» 11 Salieron, pues, de Sara y de Estaol seiscientos hombres de las familias de Dan, armados en guerra; 12 y subiendo, acamparon en Caratiarim, de Judá, por lo cual se llamó hasta hoy este lugar Majane Dan, al occidente de Caratiarim. 13 Pasaron de allí a los montes de Efraím y llegaron hasta la casa de Mica. 14 Los cinco hombres que habían ido a explorar la tierra de Lais dijeron a sus hermanos: «¿Sabéis que en esta casa hay un efod, *terafim* y una imagen tallada y chapeada? Ved vosotros lo que se ha de hacer.» 15 Pasaron adelante; y entrando en la casa del joven levita, la casa de Mica, le preguntaron por su salud. 16 Los seiscientos hombres de los hijos de Dan, armados en guerra, se quedaron a la entrada de la puerta. 17 Subieron los cinco exploradores y entraron para apoderarse del efod, de los *terafim* y de la imagen chapeada, mientras estaba el sacerdote a la entrada de la puerta con los seiscientos hombres armados en guerra. 18 Después que, entrando en la casa de Mica, se apoderaron del efod, de los *terafim* y de la imagen tallada y chapeada, les dijo el sacerdote: «¿Qué hacéis?» 19 Ellos le dijeron: «Cállate, ponte la mano a la boca, vente con nosotros, y serás nuestro padre y nuestro sacerdote. ¿Qué te es mejor, ser sacerdote de la casa de un solo hombre o serlo de una tribu y de las familias de Israel?» 20 Alegrósele al sacerdote el corazón; y cogiendo el efod, los *terafim* y la imagen tallada, se fué con aquella gente. 21 Pusiéronse en marcha de nuevo, llevando por delante a los niños, a los animales y las cosas de precio; 22 y estaban ya lejos de la casa de Mica, cuando éste y los hombres que habitaban las casas vecinas de la de Mica se reunieron para salir en persecución de los hijos de Dan. 23 Gritaron a los hijos de Dan; y éstos, volviendo la cara dijeron a Mica: «¿Qué te ocurre, para que nos vengas dando voces?» 24 El contestó: «Mis dioses, los que yo he hecho, me los habéis quitado junto con el sacerdote y os marcháis. ¿Qué me queda entonces? Y todavía me preguntáis qué me ocurre?» 25 Dijéronle los hijos de Dan: «No nos hagas oír más tu voz, si no quieres que hombres irritados se arrojen sobre vosotros y pierdas tu vida y la de los de tu casa.» 26 Prosiguieron los hijos

de Dan su camino; y Mica, viendo que eran más fuertes que él, se volvió y tornó a su casa. 27 Lleváronse, pues, lo que había hecho Mica y al sacerdote que tenía; y marcharon contra Lais, contra el pueblo tranquilo y confiado, y los pasaron a filo de espada y prendieron fuego a la ciudad. 28 No hubo quien la librara, por lo lejos que estaba Sidón y por no tener relación con nadie. Estaba en el valle que se extiende hacia Bet Rejobot. Los hijos de Dan reedificaron la ciudad y habitaron en ella, 29 y la llamaron Dan, del nombre de su padre, hijo de Israel, pero antes se llamaba Lais.

Culto sacrílego e ilegítimo en Dan.

30 Los hijos de Dan se erigieron la imagen tallada de Mica; y Jonatán, hijo de Gersón, hijo de Moisés, él y sus hijos, fueron sacerdotes de la tribu de Dan, hasta el tiempo de la cautividad del arca 31 Permaneció entre ellos la imagen tallada de Mica, que él se había hecho, todo el tiempo que estuvo en Silo la casa de Dios (1).

Crimen de los de Gueba de Benjamín.

19 1 Sucedió por aquel tiempo, cuando no había rey en Israel, que un levita, que peregrinaba en el límite septentrional de los montes de Efraím, tomó por mujer a una concubina de Belén de Judá (2). 2 Fuéle infiel la concubina y le dejó, para irse a la casa de su padre, a Belén de Judá, donde se estuvo por espacio de cuatro meses. 3 Su marido, llevando consigo un mozo y dos asnos, se encaminó a donde ella estaba, para hablarla al corazón y reducirla. Hízole entrar ella en la casa de su padre, 4 que al verle, salió muy contento a recibirle. Instóle su suegro, el padre de la joven, y se quedó allí por tres días, comiendo, bebiendo y pasando la noche allí. 5 Al cuarto día se levantó de mañana y se dispuso a marchar; pero el padre de la joven dijo a su yerno: «Toma antes un bocado de pan, para refocilarte, y luego partirás.» 6 Sentáronse ambos y comieron y bebieron; y el padre de la joven dijo al marido: «Anda, quédate hoy a pasar aquí la noche alegremente.» 7 Levantóse el marido para marcharse, pero le instó aún su suegro, y se quedó a pasar la noche allí. 8 Levantóse de mañana el día quinto, para emprender la marcha; y le dijo el padre de la joven: «Anda, toma un refrigerio y diferid la marcha hasta el caer del día»; y se pusieron a comer juntos. 9 Levantóse el marido para marcharse él, la concubina y el mozo; pero el suegro, el padre de la joven, le dijo: «Mira, comienza ya a caer la tarde; anda, pasad la noche aquí, que el día se acaba ya; pasa aquí la noche, que se te alegre el corazón, y mañana os levantáis bien temprano, para volveros a tu casa.» 10 El marido rehusó pasar allí la noche, se levantó y partió. Llegó frente a Jebús, que es Jerusalén, con el par de asnos y la concubina. 11 Cuando estaban cerca de Jebús, el día había ya bajado mucho, y dijo el mozo a su amo: «Será mejor que nos desviemos hacia la ciudad de los jebuseos, para pasar allí la noche.» 12 El amo le respondió: «No, no torceremos hacia una ciudad extraña, en la que no hay hijos de Israel; 13 lleguemos a Gueba»; y añadió: «Anda, vamos a acercarnos a uno de esos dos lugares, y pasaremos la noche en Gueba o en Rama.» 14 Prosiguieron la marcha, y al ponerse el sol llegaron cerca de Gueba, que es de Benjamín. 15 Tomaron, pues, hacia allá, para pasar la noche en Gueba. Entraron y se sentaron en la plaza de la ciudad; y no hubo quien los admitiera en su casa, para pasar en ella la noche. 16 Llegó en esto un anciano, que venía de trabajar en el campo; era un hombre de los montes de Efraím, que se hallaba en Gueba; los habitantes del lugar eran benjaminitas. 17 Cuando, al levantar los ojos, vió al viajero en la plaza de la ciudad, le dijo: «¿A

(1) El objeto de este pasaje parece ser darnos el origen histórico del santuario que, contra la ley, erigieron los danitas en la ciudad de Lais, en el cual puso después Jeroboam uno de los becerros que alzó; la gran prevaricación con que Jeroboam hizo prevaricar a Israel. (I. Reg. 12. 28.)

(2) Los episodios que a continuación se relatan muestran cuánto había cundido en Israel la corrupción; hasta llegar a ser Gueba una nueva Sodoma. Este crimen lo castiga la ley con la muerte. El haber aprobado toda la tribu a la ciudad criminal, agrava todavía el pecado (Rom. 1. 32), y explica lo cruento de la represión, que llega casi al total exterminio de Benjamín.

dónde vas y de dónde vienes?» 18 El le contestó: «Vamos de Belén de Judá al límite septentrional de los montes de Efraím, de donde soy yo. Había ido a Belén de Judá y voy a mi casa, pero nadie me admite en su casa. 19 Sin embargo, tenemos paja y forraje para los asnos, y también pan y vino para mí, para tu sierva y para el mozo que acompaña a tus siervos; no necesitamos nada.» 20 El anciano le dijo: «Sea contigo la paz; de cuanto te es necesario te proveeré yo; no te quedes en la plaza.» 21 Hízolos entrar en su casa y dió forraje a los asnos. Laváronse los pies los viajeros, y después comieron y bebieron. 22 Mientras estaban refocilándose, los hombres de la ciudad, gente perversa, aporrearon fuertemente la puerta, diciendo al anciano, dueño de la casa: «Sácanos al hombre que ha entrado en tu casa, para que le conozcamos.» 23 El dueño de la casa salió a ellos y les dijo: «No, hermanos míos, no hagáis tal maldad, os lo pido: pues que este hombre ha entrado en mi casa, no cometáis semejante crimen. 24 Aquí están mi hija, que es virgen, y la concubina de él: yo os las sacaré fuera, para que abuséis de ellas y hagáis con ellas como bien os parezca; pero a este hombre no le hagáis semejante infamia.» 25 Aquellos hombres no quisieron escucharle; y entonces el levita cogió a su concubina y la sacó fuera.» La conocieron y estuvieron abusando de ella toda la noche, hasta la mañana, dejándola al romper la aurora. 26 Al venir la mañana, cayó la mujer a la entrada de la casa donde estaba su señor, y allí quedó hasta que fué de día. 27 Su marido se levantó de mañana y abrió la puerta de la casa, para salir y continuar su camino; y vió que la mujer, su concubina, estaba tendida a la entrada de la casa, con las manos en el umbral. 28 El le dijo: «Levántate y vámonos»; pero nadie respondió. Púsola entonces el marido sobre su asno, y partió para su lugar. 29 Llegado a su casa, cogió un cuchillo y la concubina, y la partió miembro por miembro, en doce trozos, que mandó por toda la tierra de Israel. 30 A su vista, dijeron todos: «Jamás ha sucedido cosa parecida, ni se ha visto tal, desde que los hijos de Israel subieron de Egipto, hasta hoy; miradlo bien, deliberad y resolved.»

20 1 Salieron, pues, los hijos de Israel, desde Dan hasta Berseba y la región de Galad, y se reunieron como un solo hombre en Masfa, delante de Yave.

Guerra de Israel contra Benjamín.

2 Los jefes de todo el pueblo y todas las tribus de Israel estuvieron presentes en la asamblea del pueblo de Dios; cuatrocientos mil hombres de a pie, armados. 3 Supieron los de Benjamín que los hijos de Israel habían subido a Masfa. Los hijos de Israel dijeron: «Sepamos cómo se ha cometido el crimen.» 4 Tomó entonces la palabra el levita, marido de la mujer que había sido muerta, y dijo: «Yo había entrado en Gueba de Benjamín con mi concubina, para pasar allí la noche. 5 Los habitantes de Gueba se levantaron contra mí y rodearon de noche la casa donde estaba, con intención de matarme. Hicieron fuerza a mi concubina, que murió. 6 La cogí y la corté en trozos, que mandé por todo el territorio de la heredad de Israel, porque han cometido un crimen infame en Israel. 7 Todos estáis aquí, hijos de Israel: deliberad y decidid aquí mismo.» 8 Y poniéndose el pueblo todo en pie, como un solo hombre, dijeron: «No vuelva nadie a sus tiendas ni se vaya nadie a su casa. 9 Lo que hay que hacer con Gueba, es ir contra ella a la suerte. 10 Tómense de todas las tribus de Israel diez hombres por cada ciento, ciento de cada mil y mil de cada diez mil, que vayan en busca de víveres para la gente; y cuando estén de vuelta, que sea tratada Gueba de Benjamín, conforme con toda la infamia que ha cometido en Israel.» 11 Quedáronse, pues, reunidos en torno a la ciudad todos los hijos de Israel, unidos como un solo hombre. 12 Habían enviado las tribus de Israel mensajeros a todas las familias de Benjamín, que les dijeran: «¿Qué crimen es éste que se ha cometido entre vosotros? 13 Entregad luego a los perversos de Gueba para que les demos muerte, y extirpemos el mal de en medio de Israel»; pero los benjaminitas no accedieron a la demanda de sus hermanos, los hijos de Israel; 14 y saliendo de sus ciudades, se reunieron en Gueba para combatir contra los hijos

de Israel. 15 Los hijos de Benjamín, que salidos de sus ciudades se reunieron entonces en Gueba, fueron veintiséis mil hombres de guerra, sin contar los habitantes de Gueba. 16 Había, de entre éstos, setecientos hombres escogidos, zurdos, todos capaces de lanzar con la honda una piedra contra un cabello, sin errar el blanco. 17 El número de los hijos de Israel reunidos, no contando a los de Benjamín, fué de cuatrocientos mil; todos hombres de guerra.

18 Levantáronse, pues, los hijos de Israel y subieron a Betel, y consultando a Dios, preguntaron: «¿Quién subirá primero a combatir a los hijos de Benjamín?» Respondió Yave: «Judá subirá el primero.» 19 Pusiéronse en marcha de mañana los hijos de Israel, y acamparon contra Gueba. 20 Avanzaron los hijos de Israel, para combatir a los de Benjamín, y se pusieron en orden de batalla contra ellos, delante de Gueba. 21 Salieron los hijos de Benjamín de Gueba, y echaron por tierra en aquel día a veintidós mil hombres de Israel. 22 Los hombres de Israel hiciéronse fuertes y presentaron nuevamente batalla en el mismo lugar donde se pusieron el primer día; 23 habían subido antes a llorar ante Yave, hasta la tarde, y habían consultado, diciendo: «¿Marchamos todavía a combatir a Benjamín, nuestro hermano?»; y Yave había respondido: «Marchad contra él.» 24 Acercáronse, pues, los hijos de Israel a los hijos de Benjamín el segundo día; 25 y salieron a su encuentro de Gueba los hijos de Benjamín, y echaron por tierra esta vez a dieciocho mil hombres de los hijos de Israel, todos hombres de guerra. 26 Subió todo el pueblo, todos los hijos de Israel, a Betel; y allí lloraron ante Yave, ayunaron aquel día hasta la tarde, y ofrecieron holocaustos y hostias pacíficas ante Yave. Luego consultaron a Yave.

Derrota y casi total extinción de los benjaminitas.

27 Por entonces estaba en Silo el arca de la alianza de Dios; 28 y Fines, hijo de Eleazar, hijo de Arón, servía ante ella. Preguntaron pues: «¿Marcharé todavía otra vez para combatir a los hijos de Benjamín, mi hermano, o debo desistir?» Yave respondió: «Marcha, que mañana lo pondré en tu mano.» 29 Israel puso en torno a Gueba una emboscada; 30 y al tercer día subieron los hijos de Israel contra los hijos de Benjamín, y se ordenaron en batalla ante Gueba, como las otras veces. 31 Los hijos de Benjamín salieron al encuentro del pueblo, dejándose arrastrar lejos de la ciudad. Comenzaron a herir y matar gente en el campo, como las otras veces, en los dos caminos, de los cuales el uno sube a Betel y el otro a Gabata, unos treinta hombres de Israel. 32 Los hijos de Benjamín se decían: «Derrotados ante nosotros como antes.» Y los hijos de Israel dijeron: «Huyamos y atraigámoslos sobre estos caminos, lejos de la ciudad; y abandonando todos sus posiciones, se pusieron en orden de batalla en Baal Tamar. 33 Los emboscados de Israel, al occidente de Gueba, se echaron fuera de su puesto; 34 y llegaron contra Gaba diez mil hombres escogidos de todo Israel. El combate fué duro, pues los hijos de Benjamín no se dieron cuenta del gran desastre que les amenazaba. 35 Yave batió a Benjamín ante Israel, y los hijos de Israel mataron aquel día veinticinco mil cien hombres de Benjamín, hombres de guerra. 36 Viéronse derrotados los hijos de Benjamín, y se dieron cuenta de que Israel había cedido terreno ante ellos porque confiaba en la emboscada que había puesto contra Gueba. 37 Los emboscados se echaron rápidamente sobre la ciudad, y avanzando contra ella, la pasaron a filo de espada. 38 Los hijos de Israel habían convenido con los de la emboscada en una señal, diciendo: «Haced subir de la ciudad una gran nube de humo.» 39 Al verla, los hijos de Israel simularon la fuga. Los de Benjamín habían ya matado unos treinta hombres y se decían: «Helos ahí batidos ante nosotros, como en la primera batalla.» 40 Cuando la nube de humo comenzó a alzarse como una columna sobre la ciudad, volvieron los ojos atrás y vieron que toda la ciudad subía en fuego hacia el cielo. 41 Diéronles entonces la cara los hijos de Israel; y los de Benjamín, aterrados ante el desastre que se les venía encima, 42 volvieron las espaldas ante los hijos de Israel y emprendieron la huída, camino del desierto; pero la batalla los apretaba y los que venían de la ciudad los exterminaron. 43 Cercaron a Benjamín, le persiguieron

sin descanso, le aplastaron, hasta el oriente de Gueba. 44 Dieciocho mil hombres cayeron de Benjamín, todos gente valiente. 45 De entre los que huían hacia el desierto, hacia la roca de Remón, mataron los de Israel por las subidas cinco mil, y siguieron persiguiéndolos hasta Guidom y mataron otros dos mil. 46 El número total de los de Benjamín que perecieron aquel día fué de veinticinco mil hombres de guerra, todos valientes. 47 Seiscientos hombres, de los que emprendieron la huída hacia el desierto y pudieron llegar a la roca de Remón, permanecieron allí durante cuatro meses. 48 Los hijos de Israel se volvieron sobre Benjamín y pasaron a filo de espada las ciudades, hombres y ganados y todo cuanto hallaron, e incendiaron cuantas ciudades encontraron.

21 1 Los hombres de Israel habían jurado en Masfa, diciendo: «Ninguno de nosotros dará por mujer su hija a uno de Benjamín.» 2 Vino el pueblo a Betel y estuvo allí ante Dios toda la tarde. Alzando su voz, lamentábase grandemente, diciendo: 3 «¿Por qué, ¡oh Yave, Dios de Israel!, ha sucedido que en Israel venga hoy a faltar una tribu?» 4 Al día siguiente, levantándose de mañana, alzaron allí un altar, ofrecieron holocaustos y hostias pacíficas, 5 y se preguntaron: «¿Quién de entre las tribus de Israel no ha subido a la asamblea de Yave?» Porque habían jurado solemnemente contra quien no subiera ante Yave a Masfa, diciendo: «Será castigado con la muerte.» 6 Los hijos de Israel se compadecían de Benjamín y se decían: «Hoy ha sido amputada de Israel una tribu. 7 ¿Qué haremos por ellos, para procurar mujeres a los que quedan? Porque hemos jurado por Yave no darles por mujeres nuestras hijas.» 8 Dijéronse, pues: «¿Hay alguno entre las tribus de Israel que no haya subido ante Yave a Masfa?» Y ninguno de Jabes Galad había venido al campo, a la asamblea. 9 Hicieron un recuento del pueblo, y no se halló ninguno de Jabes Galad. 10 Entonces envió contra ellos la asamblea doce mil hombres de los más valientes, con esta orden: «Id, y pasad a filo de espada a los habitantes de Jabes Galad, con sus mujeres y niños. 11 Pero habéis de hacer así: Anatematizad a todo hombre y a toda mujer que haya conocido varón.» 12 Hallaron entre los habitantes de Jabes Galad cuatrocientas jóvenes vírgenes, que no habían conocido varón compartiendo su lecho, y las llevaron al campo de Silo en la tierra de Canán. 13 Mandó entonces toda la asamblea mensajeros que hablaran a los hijos de Benjamín, que estaba en la roca de Remón, y les ofrecieran la paz. 14 Volvieron los de Benjamín entonces, y se les dieron por mujeres las que habían sobrevivido de las mujeres de Jabes Galad, pero no hubo bastantes. 15 El pueblo se compadecía de Benjamín, porque había abierto Yave una brecha en las tribus de Israel; 16 y los ancianos de la asamblea se preguntaron: «¿Cómo haremos para procurar mujeres a los de Benjamín, puesto que sus mujeres han sido muertas? 17 Y decían: «Quede en Benjamín la heredad de los que han escapado, para que no desaparezca una de las tribus de Israel; 18 pero nosotros no podemos darles por mujeres nuestras hijas, porque los hijos de Israel han jurado diciendo: Maldito quien dé a los de Benjamín su hija por mujer. 19 Y dijeron: «Cerca está la fiesta de Yave, que de año en año se celebra en Silo» —ciudad situada al norte de Betel, al oriente del camino que de Betel sube a Siquem, y al mediodía de Lebona—. 20 Y dieron a los de Benjamín esta orden: 21 «Id, y poneos en emboscada en las viñas. Estad atentos; y cuando veais salir a las hijas de Silo, para danzar en coro, salís vosotros de las viñas y os lleváis cada uno a una de ellas para mujer, y os volvéis a la tierra de Benjamín. 22 Si los padres o los hermanos vienen a reclamárnoslas, les diremos: Dejadnos en paz, pues con las de Jabes Galad tomadas en guerra no ha habido una para cada uno, y no habéis sido vosotros los que se las habéis dado, que, sólo entonces seríais culpables.» 23 Hicieron así los hijos de Benjamín, y cogieron de entre las que danzaban una cada uno, llevándoselas y volviéndose a su heredad. Reedificaron las ciudades y habitaron en ellas.

Fuéronse entonces los hijos de Israel cada uno a su tribu, a su familia, volviendo todos a su heredad. No había entonces rey en Israel, y hacía cada uno lo que bien le parecía.

RUT

RUT

1 [1] Al tiempo en que gobernaban los jueces, hubo hambre en la tierra; y salió de Belén un hombre con su mujer y dos hijos, para peregrinar por los campos de Moab: [2] Llamábase el hombre Elimelec, la mujer Noemí, y los dos hijos, Majalón el uno y Quelyón el otro; efrateos, de Belén de Judá. Llegaron a los campos de Moab y se estuvieron allí. [3] Murió Elimelec, marido de Noemí, y se quedó la mujer con los dos hijos, [4] que habían tomado mujeres moabitas, una de nombre Orfa, y la otra Rut. Permanecieron allí por unos diez años [5] y murieron ambos, Majalón y Quelyón, quedándose la mujer sin hijos y sin marido.

Piedad filial de Rut.

[6] Levantóse la mujer con sus dos nueras para dejar los campos de Moab, pues había oído decir en los campos de Moab que había mirado Yave a su pueblo, dándole pan. [7] Salió con las dos nueras del lugar donde estaba y emprendió el camino para volver a la tierra de Judá. [8] Y dijo Noemí a sus dos nueras: «Andad, volveos cada una a la casa de vuestra madre, y que os haga Yave gracia, como la habéis hecho vosotras con los muertos y conmigo. [9] Que os dé Yave hallar paz cada una en la casa de su marido.» Y las besó. Alzando la voz pusiéronse a llorar, [10] y le decían: «No, nos iremos contigo a tu pueblo.» [11] Noemí les dijo: «Volveos, hijas mías; ¿para qué habéis de venir conmigo? ¿Tengo por ventura todavía en mi seno hijos, que puedan ser maridos vuestros? [12] Volveos, hijas mías, andad. Soy ya demasiado vieja para volver a casarme. Y aunque me quedara todavía esperanza, y esta misma noche estuviera casada y tuviera hijos, ¿ibais a esperar vosotras hasta que fueran grandes? [13] Ibais por eso a dejar de volveros a casar? No, hijas mías, mi pena es más grande que la vuestra, porque pesa sobre mí la mano de Yave.» [14] Y alzando la voz, se pusieron otra vez a llorar. Después

Orfa besó a su suegra, pero Rut se abrazó a ella. 15 Noemí le dijo: «Mira, tu cuñada se ha vuelto a su pueblo y a su Dios; vuélvete tú como ella.» 16 Rut le respondió: «No insistas en que te deje y me vaya lejos de ti; donde vayas tú, iré yo; donde mores tú, moraré yo; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será mi Dios; 17 donde mueras tú, allí moriré y seré sepultada yo. Que Yave me castigue con dureza si algo, fuera de la muerte, me separa de ti.» 18 Viendo que Rut estaba decidida a seguirla, cesó Noemí en sus instancias. 19 Juntas hicieron el camino hasta llegar a Belén; y cuando entraron, toda la ciudad se conmovió al verlas, y las mujeres se decían: «¿Es ésta Noemí?» 20 Y ella les contestaba: «No me llaméis más Noemí; llamadme Mara, porque el Omnipotente me ha llenado de amargura. 21 Salí con las manos llenas, y Yave me ha hecho volver con las manos vacías. ¿Por qué, pues, habríais de llamarme más Noemí, una vez que Yave da testimonio contra mí y me ha afligido el Omnipotente?»

22 Así se volvió Noemí con Rut, la moabita, su nuera, y vino de los campos de Moab, llegando de los campos de Moab a Belén cuando comenzaba la siega, de las cebadas.

Casamiento de Rut con Boz, y genealogía de David.

2 1 Tenía Noemí un pariente, por parte de su marido Elimelec, hombre poderoso, de nombre Boz. 2 Dijo Rut a Noemí: «Si quieres, iré a espigar al campo donde me acojan benévolamente»; y Noemí le dijo: «Ve, hija mía.» 3 Fué, pues, Rut, y se puso a espigar en un campo detrás de los segadores. Dióse precisamente el caso de que el campo era de Boz, el pariente de Noemí; 4 y he aquí que vino éste de Belén, para visitar a los segadores, a quienes dijo: «Yave sea con vosotros», contestándole ellos: «Yave te bendiga.» 5 Y preguntó Boz al criado suyo que estaba al frente de los segadores: «¿De quién es esa joven?»; 6 y él le contestó: «Es una joven moabita, que se ha venido con Noemí, de los campos de Moab. 7 Me dijo: Déjame espigar detrás de los segadores. Desde la mañana hasta ahora está aquí, y bien poco que ha descansado en la cabaña.» 8 Dijo Boz a Rut: «¿Oyes, hija mía? No vayas a otros campos a espigar ni te apartes de aquí. 9 Únete a mis criadas y vete con ellas al campo donde se siege. Ya diré a mis criados que nadie te toque; y si tienes sed, te vas al hato y bebes de lo que beban los criados.» 10 Postróse Rut, rostro a tierra, y dijo: «¿De dónde a mí, haber hallado gracia a tus ojos y serte conocida yo, una mujer extraña?» 11 El le contestó: «Sé lo que has hecho por tu suegra, después de muerto su marido, y que has dejado a tus parientes y la tierra en que naciste, para venir con ella a un pueblo para ti desconocido.

12 Que Yave te pague lo que has hecho y recibas plena recompensa de Yave, Dios de Israel, a quien te has confiado y bajo cuyas alas te has refugiado.» 13 Ella le dijo: «Que halle yo gracia a tus ojos, mi señor, que me has consolado y has hablado al corazón de tu sierva, aunque no soy yo ni como una de tus siervas.» 14 A la hora de comer, dijo Boz a Rut: «Acércate acá, come, y moja tu pan en el vinagre.» Ella se sentó al lado de los segadores, y él le dió una porción de trigo tostado, de que comió ella hasta saciarse, y le sobró; y guardando lo que le había sobrado, 15 se levantó para seguir espigando; Boz mandó a sus criados, diciéndoles: «Dejadla espigar también entre los haces, sin reñirla, 16 y sacad vosotros mismos algunas espigas de las gavillas y tiradlas, para que ella las recoja, sin decirle nada.» 17 Estuvo espigando Rut en el campo hasta por la tarde; y después de batir lo que había espigado, había como un *efa* de cebada. 18 Cogiólo y se volvió a la ciudad, y mostró a su suegra lo que había espigado. Sacó también lo que había guardado, lo que después de comer le sobrara, y se lo dió. 19 Su suegra le dijo: «¿Dónde has espigado hoy y dónde has trabajado? Bendito sea el que se ha interesado por ti.» Rut dió a conocer a su suegra donde había trabajado, diciendo: «El nombre del hombre en cuyo campo he trabajado es Boz»; 20 y dijo Noemí a su nuera: «Bendito él de Yave, que la gracia que hizo a los vivos se la ha hecho también a los muertos»; y añadió Noemí: «Es pariente cer-

cano nuestro ese hombre, es de los que tienen sobre nosotros el derecho del levirato»; [21] Rut añadió: «También me ha dicho: «Sigue con mis gentes, hasta que se sieguen todas mis cosechas.» [22] Y Noemí dijo a Rut, su nuera: «Mejor es, hija mía, que vayas con sus criados, no te vayan a tratar mal en otro campo.» [23] Siguió, pues, Rut espigando con los criados de Boz, hasta el fin de la siega de las cebadas y de los trigos, y habitando con su suegra.

3 [1] Dijo Noemí, la suegra de Rut, a ésta: «Hija mía, voy a procurarte una posición, para que seas feliz. [2] Boz, con cuyos criados has estado, es pariente nuestro, y esta noche va a hacer en su era la limpia de la cebada. [3] Lávate, úngete, vístete y baja a la era. Procura que no te vea hasta que no haya acabado de comer y beber; [4] y cuando vaya a acostarse, mira bien dónde se acuesta; y entra después, y levantando la cubierta de sus pies, te acuestas a ellos. El mismo te dirá qué es lo que has de hacer.» [5] Ella la respondió: «Haré cuanto tú me mandes.»

[6] Bajó, pues, a la era, e hizo todo cuanto la había mandado su suegra. [7] Boz comió y bebió y se alegró su corazón. Fué a acostarse al extremo de la hacina, y Rut se acercó calladamente, descubrió sus pies y se acostó. A medianoche, tuvo el hombre un sobresalto; e incorporándose, vió que a sus pies estaba acostada una mujer, [9] y preguntó: «¿Quién eres tú?» Ella respondió: «Soy Rut, tu sierva; extiende tu manto sobre tu sierva, pues tienes sobre ella el derecho del levirato.» [10] El dijo: «Bendita de Yave seas, hija mía; tu proceder ha sido a lo último mejor todavía que al principio, pues no has buscado ningún joven, pobre o rico. [11] No temas, hija mía, yo haré por ti cuanto me digas, pues sabe muy bien todo el pueblo que habita dentro de las puertas de mi ciudad, que eres una mujer virtuosa. [12] Yo tengo en verdad el derecho del levirato, pero hay otro que es pariente más próximo que yo. [13] Pasa ahí la noche, y mañana, si él quiere hacer uso de su derecho, que lo haga, y si no quiere hacerlo, yo lo haré, vive Yave. Acuéstate hasta la mañana.» [14] Quedóse ella acostada a sus pies hasta la mañana, levantándose antes de que los hombres puedan reconocerse unos a otros. El mandó: «Que no se sepa que esta mujer ha venido a la era.» [15] Y añadió: «Coge el manto que te cubre y sostenlo.» Sostúvolo ella, y le echó él seis medidas de cebada, que le cargó, y ella entró en la ciudad. [16] Cuando llegó Rut a casa de su suegra, le preguntó ésta: «¿Qué has hecho, hija mía?» Ella le contó lo que el hombre había hecho por ella, [17] y añadió: «Me ha dado, además, estas seis medidas de cebada, diciéndome: «No vuelvas a casa de tu suegra con las manos vacías.» [18] Noemí le dijo: «Estate tranquila, hija mía, hasta ver cómo acaba la cosa, pues ese hombre no descansará hasta terminar hoy mismo este asunto.»

4 [1] Boz subió a la puerta de la ciudad y se sentó allí. Vió pasar al pariente mencionado y le dijo: «Detente y siéntate aquí, fulano.» Detúvose el hombre y se sentó. [2] Llamó Boz a diez de los ancianos de la ciudad y dijo: «Sentaos aquí.» Una vez sentados, [3] dijo al pariente próximo: «Noemí, que ha vuelto de la tierra de Moab, vende la porción de campo que fué de nuestro hermano Elimelec. [4] He querido darte cuenta de ello, para decirte: Cómprala si quieres, en presencia de los ancianos de la ciudad que están aquí sentados. Si quieres usar de tu derecho de levirato, usa; y si no quieres, manifiéstamelo, para que yo lo sepa, pues no hay nadie que antes que tú tenga ese derecho; después de ti vengo yo.» El respondió: «La compraré.» [5] Boz le dijo: «Al comprar a Noemí el campo, tendrás que recibir a Rut, la moabita, por mujer, como mujer del difunto, para hacer vivir el nombre del difunto en su heredad.» [6] El otro respondió: «Así no puedo comprarlo, por temor de perjudicar a mis herederos. Cómpralo tú, pues yo no puedo hacerlo.» [7] Había en Israel la costumbre, en caso de compra o de cambio, para convalidar el contrato, de quitarse el uno un zapato y dárselo al otro. Esto servía de prueba en Israel. [8] El pariente próximo había dicho a Boz: «Cómpralo tú por tu cuenta.» Y se quitó el zapato. [9] Boz dijo a los ancianos y a todos los presentes: «Testigos sois hoy de que yo compro a Noemí cuanto perteneció a Elimelec, a Quelyón y a Majalón, [10] y

que tomo al mismo tiempo por mujer
a Rut, la moabita, mujer de Majalón,
para que no se borre de entre sus
hermanos y de la puerta de la ciudad
el nombre del difunto. Testigos sois
de ello.» 11 Respondió todo el pueblo
que estaba en la puerta, y los an-
cianos: «Somos testigos. Haga Yave
que la mujer que entra en tu casa
sea como Lia y Raquel, que edifi-
caron la casa de Israel. Que por ella
seas poderoso en Efrata y tengas
renombre en Belén. 12 Que sea tu
casa como la casa de Fares, el que
Tamar dió a Judá, por la descen-
dencia que de esa joven te dé
Yave.»
13 Tomó Boz a Rut y la recibió
por mujer; y entró a ella y Yave
la concedió concebir y parir un hijo.
14 Las mujeres decían a Noemí:
«Bendito Yave, que no ha consen-
tido que te faltase hoy un redentor.
Que su nombre sea celebrado en
Israel. 15 Que sea el consuelo de tu
alma y el sostén de tu vejez; pues te
lo ha dado tu nuera, que tanto te
quiere, y es para ti mejor que siete
hijos.» 16 Noemí tomó al niño, se
lo puso al seno y fué su madrina.
17 Las vecinas le dieron nombre,
al decir: «A Noemí le ha nacido un
hijo», y le llamaron Obed. Este fué
padre de Isaí, padre de David. 18 He
aquí la posteridad de Fares: Fares
engendró a Esrom; 19 Esrom engendró
a Aram; Aram engendró a Aminadab;
20 Aminadab engendró a Nasón;
Nasón engendró a Salmón; 21 Salmón
engendró a Boz; Boz engendró a
Obed; 22 Obed engendró a Isaí; e
Isaí engendró a David.

SAMUEL

INTRODUCCION A LOS LIBROS DE SAMUEL

LOS libros que en la Vulgata, como en la versión griega de los LXX, llevan el nombre de I-II de los Reyes o de los Reinos, se denominan en hebreo Samuel y forman un solo libro, sin enlace literario con los precedentes. Ha sido luego dividido en dos, conforme a la división de las versiones latina y griega.

Es su argumento uno de los períodos más importantes de la historia hebrea, aquel en que salió Israel de su estado de disgregación política para constituir una verdadera nación organizada. Se divide en tres partes, según los personajes que en ellas dominan: Samuel (I Sam. I-XIII), Saúl (XIV-XXXI) y David (II Sam. I-XXII). Al fin tenemos también dos capítulos de apéndices (XXXII y XXIV).

Cuando nació Samuel, ejercía la suprema autoridad en Israel Helí, Sumo sacerdote. Por este tiempo comenzaron los filisteos a apretar al pueblo, subiendo del llano a la montaña de Judá. Samuel, a título de profeta, sucede a Helí. Su autoridad es religiosa y judicial; pero, llegado el caso, hace también la guerra contra los invasores. La persistencia de éstos en el ataque induce al pueblo a desear un rey que con mano fuerte los defienda. La petición del pueblo de tener un rey, «como las demás naciones», es mirada por Dios y su profeta como una protesta contra la organización teocrática que hasta entonces había tenido; pero al fin Dios les otorga el rey, que será su vicario y el salvador de Israel. Saúl, a pesar de sus proezas contra los filisteos, es rechazado, por su falta de docilidad a las órdenes del profeta, que en nombre de Dios conserva la dirección espiritual del reino y del rey. Le sucede David, varón según el corazón de Dios, que es considerado como el más grande rey de Israel. En premio a su piedad, le pro-

mete Dios la perpetuidad de su dinastía, promesa que implica la promesa mesiánica.

Del autor y de la época de la composición del libro no tenemos noticia cierta. Pero sin duda que el autor dispuso de documentos antiguos y muy próximos a los sucesos. La historia no está completa, pues no se cuenta de cada personaje más que algunos episodios de su vida. También la cronología es deficiente, bastando para darse cuenta de ello considerar que, según ésta, Helí juzgó a Israel cuarenta años (I Sam. 4. 18); David reinó cuarenta años (II Sam. 5. 4.). Y nos faltan los años de Samuel y Saúl. (Cfr. Intr. Is. Arist.)

SAMUEL I

Ana.

1 [1] Había en Ramataim Sofim, en los montes de Efraím, un hombre llamado Elcana, hijo de Jeroam, hijo de Eliú, hijo de Toú, hijo de Sur, efrateo. [2] Tenía dos mujeres, de nombre una Ana y otra Penena. Penena tenía hijos, pero Ana era estéril. [3] Subía de su ciudad este hombre de año en año, para adorar a Yave Sebaot, y ofrecerle sacrificios en Silo. Estaban allí los dos hijos de Helí, Ofni y Fines, sacerdotes de Yave. [4] El día en que ofrecía Elcana su sacrificio, daba a Penena, su mujer su porción y la de sus hijos e hijas. [5] A Ana le daba solamente una porción; pues aunque amaba mucho a Ana, Yave había cerrado su útero. [6] Irritábala su rival y la exasperaba, por haberla Yave hecho estéril. [7] Así hacía cada año cuando subían a la casa de Yave, y siempre la mortificaba del mismo modo. Ana lloraba y no comía. [8] Elcana, su marido, le decía: «Ana, ¿por qué lloras y no comes? ¿Por qué está triste tu corazón? No soy yo para ti mejor que diez hijos?»

El voto de Ana.

[9] Un año, después que hubieron comido y bebido en Silo, se levantó Ana. Helí, el sacerdote, estaba sentado en una silla ante la puerta del tabernáculo de Yave. [10] Ella, amargada el alma, oraba a Yave, llorando muchas lágrimas, [11] e hizo un voto diciendo: «¡Oh Yave Sebaot!, si te dignas reparar en la angustia de tu esclava, y te acuerdas de mí y no te olvidas de tu esclava, y das a tu esclava hijo varón, yo lo consagraré Yave por todos los días de su vida, y no tocará la navaja a su cabeza.» [12] Mientras así oraba reiteradamente a Yave, Helí la estaba mirando la cara. [13] Ana hablaba para sí, moviendo los labios, pero sin que se oyera su voz, y Helí la tomó por ebria [14] y le dijo: «¿Hasta cuándo te va a durar la embriaguez?; anda a que se te pase el vino.» [15] Ana contestó: «No, mi señor, soy una mujer que tiene el corazón afligido. No he bebido vino ni otro ningún licor inebriante; es que estaba derramando mi alma ante Yave. [16] No tomes a tu sierva por una mujer cualquiera. Lo grande de mi dolor y mi aflición, exponía yo de ese modo.» [17] Díjole entonces Helí: «Vete en paz, y que el Dios de Israel te otorgue lo que tanto le has pedido.» [18] Ella le dijo: «Que halle gracia a tus ojos tu sierva.» Fuése y comió, y no hizo ya la cara de antes. [19] Levantáronse de mañana, y después de postrarse ante Yave se marcharon, volviendo a su casa, a Rama.

Nacimiento de Samuel.

Elcana conoció a Ana, su mujer, y Yave se acordó de ella. [20] Al volver del tiempo, había concebido y parido Ana un hijo, al que puso por nombre Samuel, porque a Dios se lo había pedido; [21] y subió Elcana con toda su casa a sacrificar a Yave el sacri-

ficio anual y cumplir sus votos. 22 Ana no subió, sino que dijo a su marido: «Cuando el niño se haya destetado yo le llevaré, para presentárselo a Yave y para que se quede ya allí para siempre.» 23 Elcana, su marido, le dijo: «Haz lo que mejor te parezca. Quédate hasta que le destetes; en verdad que Yave ha cumplido su promesa.» Quedóse la mujer en casa, amamantando a su hijo hasta que le destetó. 24 Destetado, le subió consigo, llevando un toro de tres años, un *efa* de harina y un ánfora de vino, y le condujo a la casa de Yave en Silo. El niño era todavía pequeñito. 25 Inmolaron el toro, y llevaron el niño a Helí. 26 Ana le dijo: «Oyeme por tu vida, mi señor: Yo soy aquella mujer que estuve aquí cerca de ti, orando a Yave. 27 Este niño le pedía yo, y Yave me ha concedido lo que pedí; 28 también ahora quiero yo dárselo a Yave, por todos los días de su vida, para que sea siempre donado a Yave.» Y adoraron allí a Yave.

Cántico de Ana.

2 1 Oró Ana diciendo:
«Mi alma salta de júbilo en Yave;
Yave ha levantado mi frente
Y ha abierto mi boca contra mis enemigos,
Porque esperé de él la salud.
2 No hay santo como Yave,
No hay fuerte como nuestro Dios.
3 Dejaos de hablar altaneramente;
No salgan de vuestra boca arrogancias,
Que Yave es Dios sapientísimo,
Y no se ocultan a su vista las maldades.
4 Rompióse el arco de los poderosos,
Ciñéronse los débiles la fuerza,
5 Los hartos pusiéronse a servir por la comida,
Y se holgaron los hambrientos.
Parió la estéril siete hijos,
Y se marchitó la que muchos tenía,
6 Que Yave da la muerte y da la vida,
Hace bajar al sepulcro y subir de él.
A uno empobrece o enriquece,
7 Humilla y exalta,
8 Levanta del polvo al pobre,
De la basura saca al indigente,
Para hacer que se siente entre los príncipes,
Y darle parte en un trono de gloria;
Pues suyos son los fundamentos de la tierra,
Y él sobre ellos puso el orbe.
9 El atiende a los pasos de los piadosos,
Y los malvados callarán entre tinieblas,
No vence el hombre por su fuerza.
10 Aterrados serán los enemigos de Yave;
Desde los cielos tronará contra ellos.
Yave juzga los confines de la tierra.
Robustecerá a su rey,
Y erguirá la frente de su ungido.»

Los hijos de Helí.

11 Volvióse Elcana a Ramata, a su casa, y el niño quedó sirviendo en el ministerio de Yave, en presencia de Helí, sacerdote.
12 Los hijos de Helí eran hombres perversos, que desconocían a Yave y las obligaciones de los sacerdotes para con el pueblo. 13 Cuando alguno ofrecía sacrificios, venía un criado del sacerdote, mientras se estaba cociendo la carne, con un tenedor en la mano; 14 lo metía en la caldera, caldero, olla o puchero, y cuanto sacaba con el tenedor era para el sacerdote. 15 Así hacían con cuantos de Israel venían allí a Silo. Aun antes de que se quemara el sebo, venía el criado del sacerdote y decía al que sacrificaba: «Dame la carne para asársela al sacerdote; no recibirá de ti carne cocida, sino cruda.» 16 Y si el hombre le decía: «Espera a que se queme el sebo, como siempre, y luego cogerás lo que tú quieras»; le respondía el criado: «No, tienes que dármela ahora mismo, y si no, la cojo yo por fuerza.» 17 Muy grande era el pecado de aquellos jóvenes ante Yave, pues hacían odioso a los hombres el ofrecer ante Yave. 18 Samuel ministraba ante Yave, vestido de un efod de lino. 19 Hacíale su madre un mantito y se lo traía de año en año, cuando subía con su marido a ofrecer el sacrificio anual. 20 Helí bendijo a Elcana y a su mujer, diciendo: «Que te dé Yave hijos de esta mujer por el que le pediste.» Volviéronse ellos a su casa; 21 y Yave visitó a Ana, que concibió y parió tres hijos y dos hijas.
El joven Samuel iba creciendo en la presencia de Yave. 22 Helí era

ya muy viejo, y supo lo que sus hijos hacían a todo Israel, y cómo dormían con las mujeres que velaban a la puerta del tabernáculo de la congregación (1); [23] y les dijo: «¿Por qué hacéis cosas tales y tan malas como las que de vosotros he oído a todo este pueblo? [24] No, hijos míos, que no es bueno lo que de vosotros oigo. Estáis haciendo que el pueblo de Yave se aparte de él. [26] Si un hombre ofende a otro hombre, está de por medio Dios, que puede aplacar al ofendido; pero si el hombre ofende a Yave, ¿de quién puede esperar la intervención?» No hicieron caso de lo que les decía su padre, pues quería Yave matarlos. [26] Entre tanto el niño Samuel iba creciendo, y se hacía grato, tanto a Yave como a los hombres.

Predicción de la ruina de la casa de Helí.

[27] Vino a Helí un hombre de Dios y le dijo: Así habla Yave: «¿No me revelé yo claramente a la casa de tu padre, cuando eran esclavos en Egipto, en la casa del Faraón? [28] Yo me le elegí de entre todas las tribus de Israel para sacerdote, para que subiese al altar a quemar el incienso y para que llevase ante mí el efod. Yo di a la casa de tu padre todas las combustiones de los hijos de Israel. [29] ¿Por qué, pues, acoceáis mis víctimas, las que yo mandé se ofreciesen en mi casa, y tienes en más a tus hijos que a mí, engordándoos de lo mejor de todas las oblaciones de Israel, mi pueblo? [30] Por eso, he aquí lo que dice Yave, Dios de Israel: Yo había dicho y repetido a tu casa y a la casa de tu padre que ministrarían ante mí por siempre; pero ahora dice Yave: Lejos de mí eso, porque yo honro a los que me honran y desprecio a los que me desprecian. [31] Tiempo vendrá en que yo amputaré tu brazo y el brazo de la casa de tu padre, de modo que ya no haya nunca ancianos en tu casa [32] y siempre veas ante ti un rival. Aun en las prosperidades de Israel, no habrá nunca ancianos en tu casa. [33] No haré desaparecer de mi altar a todos tus descendientes, de modo que se consuman tus ojos y desfallezca tu alma; pero todos los de tu casa morirán en edad viril; [34] te servirá de señal lo que sucederá a tus hijos Ofni y Fines; ambos morirán en el mismo día. [35] Yo me suscitaré un sacerdote fiel, que obrará según mi corazón y según mi alma; le edificaré una casa estable, y él andará siempre en presencia de mí ungido; [36] y cuantos de tu casa queden vendrán a prosternarse ante él, pidiéndole una moneda de plata y un pedazo de pan; y le dirán: Haz el favor de colocarme en alguna de tus funciones sacerdotales, para que tenga un pedazo de pan que comer.»

Primera visión de Samuel.

3 [1] El joven Samuel ministraba a Yave en presencia de Helí. Era por entonces rara la palabra de Yave, y no era frecuente la visión. [2] Un día, estando acostado en su lugar Helí, cuyos ojos se habían oscurecido y no podían ver, cuando todavía no se había apagado la lámpara de Dios en el santuario, [3] Samuel, que dormía en el santuario de Yave, donde estaba el arca de Dios, [4] oyó la voz de Yave que le llamaba: «¡Samuel!»; él contestó: «Heme aquí»; [5] y corrió a Helí, y le dijo: «Aquí estoy; me has llamado» Helí contestó: «No te he llamado, vuelve a acostarte.» Y fué a acostarse. [6] Yave llamó otra vez a Samuel; y éste se levantó, y yendo a donde estaba Helí, le dijo: «Heme aquí, pues me has llamado.» Helí repuso: «No te he llamado, hijo mío: vuélvete y acuéstate.» [7] Samuel no conocía todavía a Yave, pues todavía no se le había revelado la palabra de Yave. [8] Yave volvió a llamar a Samuel, por tercera vez; y éste se levantó y fué a Helí, y le dijo: «Heme aquí, pues que me has llamado.» [9] Comprendió entonces Helí que era Yave quien llamaba al joven, y le dijo: «Anda, acuéstate, y si vuelven a llamarte, di: «Habla, Yave, que tu siervo escucha.» Samuel se fué y se acostó en su lugar. [10] Vino Yave, se paró y llamó como las otras veces: «¡Samuel, Samuel!» Samuel contestó: «Habla, Yave, que tu siervo escucha»; [11] y dijo Yave a Samuel: «Voy a hacer en Israel una cosa, que a cuantos la oigan les retiñirán ambos oídos.

(1) Cuál fuera la función que a la puerta del tabernáculo ejercían estas mujeres (Véase Exod. 38. 8) no podemos determinarlo.

12 Entonces cumpliré cuanto a Helí le
he dicho, todo lo que de su casa le
he dicho; comenzaré y acabaré. 13 Yo
le he dicho que iba a castigar a su
casa para siempre, por el crimen que
sabía cometían sus hijos, de hacer
odiosos los sacrificios, y que él no
corrigió. 14 Por eso he jurado a la
casa de Helí que su crimen no será
expiado, ni con sacrificios ni con obla-
ciones.» 15 Samuel siguió acostado
hasta la mañana, y después abrió
las puertas de la casa de Yave. No
se atrevía a contar a Helí su visión;
16 pero éste llamó a Samuel, diciendo:
«Samuel, hijo mío»; y éste contestó:
«Heme aquí.» 17 Helí le preguntó:
«¿Qué es lo que te ha dicho Yave?
Te ruego que no me ocultes nada.
Que Yave te castigue si me ocultas
algo de cuanto te ha dicho.» 18 Samuel
se lo contó todo, sin ocultarle nada;
y Helí dijo: «El es Yave, haga lo
que parezca bien a sus ojos.»
19 Samuel llegó a ser grande, y Yave
estaba con él y no dejó que cayera
por tierra nada de cuanto él decía.
20 Todo Israel, desde Dan hasta
Berseba, reconoció que era Samuel
un verdadero profeta de Yave. 21 Yave
siguió apareciéndosele en Silo. Helí
estaba ya muy viejo, y los hijos de
éste seguían por el mismo camino,
pésimo ante Yave.

Derrota de Israel, cautiverio del arca y muerte de Helí y sus hijos.

4 1 Sucedió por entonces que los
filisteos se reunieron para hacer
la guerra a Israel. Samuel dirigía su
palabra a todo Israel; Israel salió al
encuentro de los filisteos para com-
batir. Acamparon cerca de Eben
Ezer, y los filisteos estaban acampa-
dos en Afec. 2 Habiendo presentado
batalla los filisteos contra Israel, se
empeñó el combate, e Israel fué derro-
tado por los filisteos, que mataron
en el combate, en el campo, unos
cuatro mil hombres. 3 El pueblo se
recogió en el campamento, y los
ancianos se preguntaron: «¿Por qué
nos ha derrotado Yave hoy ante los
filisteos? Vamos a traer de Silo el
arca de la alianza de Yave, para
que esté entre nosotros y nos salve
de la mano de nuestros enemigos.»
4 Mandaron a Silo, y se trajo de allí
el arca de la alianza de Yave Se-
baot (1), que se sienta sobre los
querubines, y con ella fueron los
los dos hijos de Helí, Ofni y Fines.
5 Cuando el arca de la alianza de
Yave entró en el campamento, todo
Israel lanzó tan grandes gritos de
júbilo, que hacían retemblar la tierra.
6 Oyeron los filisteos el vocerío, y
dijeron: «¿Qué vocerío es éste tan
grande que se oye hoy en el campa-
mento de los hebreos?» Y supieron
que había sido traída al campamento
el arca de Yave. 7 Atemorizáronse
los filisteos, y decían: «Ha venido
Dios al campamento. ¡Desgraciados
de nosotros! Cosa tal no había suce-
dido hasta ahora. 8 ¡Desgraciados de
nosotros! ¿Quién nos librará de la
mano de esos dioses poderosos? Son
ésos los que castigaron a Egipto con
toda suerte de plagas y con peste!
9 Esforzaos y sed hombres, filisteos,
no tengamos que servirles nosotros a
ellos, como os sirven ellos a vosotros.»
10 Combatieron, pues, los filisteos,
y fué derrotado Israel, huyendo cada
uno a sus tiendas. Fué una gran
derrota, en la que cayeron de Israel
treinta mil peones, 11 y fué cogida
el arca de Dios, y murieron los dos
hijos de Helí, Ofni y Fines. 12 Un
hombre de Benjamín, de los huídos
del campo de batalla, vino corriendo
a Silo aquel mismo día, con los ves-
tidos desgarrados y la cabeza cu-
bierta de polvo. 13 Cuando llegó,
estaba Helí sentado en una silla,
a la vera del camino, cerca de la
puerta, esperando, pues su corazón
temblaba por el arca de Dios. Entró
el hombre en la ciudad para infor-
marla; y toda ella fué un grito. 14 Al
oírlo Helí, preguntó: «¿Qué ruido,
qué tumulto es ése?» Entonces vino el
hombre para darle la noticia. 15 Helí
tenía noventa y ocho años, sus ojos
se habían quedado rígidos, y no veía.
16 El hombre dijo a Helí: «Vengo del
campo de batalla, de donde he huído
hoy.» Helí le preguntó: «¿Y qué ha
pasado, hijo mío?» 17 El le contestó:
«Israel ha huído ante los filisteos;
ha habido muchos muertos del pueblo;
también tus dos hijos, Ofni y Fines,
han sido muertos, y el arca de Dios
ha sido tomada.» 18 Apenas hubo

(1) El arca es el símbolo de la presencia de Dios y de su habitación en medio del pueblo. La derrota sufrida por el ejército de Israel mueve a éste a llevar al campamento el arca de Yave, jefe supremo de los ejércitos de Israel.

mentado el arca de Dios, cayó Helí de su silla hacia atrás, junto a la puerta, y se desnucó y murió, pues era ya muy anciano y estaba muy pesado. Había juzgado a Israel durante cuarenta años. [19] Su nuera, la mujer de Fines, estaba encinta, ya para dar a luz. Al saber la noticia de la toma del arca de Dios, de la muerte de su suegro y de su marido, se doblegó y parió, pues le sobrevinieron los dolores del parto. [20] Como se veía morir, las mujeres que estaban junto a ella le decían: «Ánimo, que has parido un hijo»; pero ella ni respondía ni atendía. [21] Llamó al hijo, Icabod, [22] diciendo: «Ha pasado de Israel la gloria,» por haber sido tomada el arca de Dios y por la muerte de su suegro y de su marido. Ella dijo: «Ha pasado la gloria de Israel, porque ha sido tomada el arca de Dios.»

El arca, en tierra de los filisteos.

5 [1] Cogieron, pues, los filisteos el arca (1) de Dios y la llevaron de Eben Ezer a Azoto, [2] y la metieron en el templo de Dagón y la pusieron junto a Dagón (2). [3] Al día siguiente, levantándose de mañana, vieron los filisteos a Dagón tendido en tierra y con la cara contra ella, delante del arca de Yave. Le cogieron, y le volvieron a poner en su sitio; [4] pero al otro día, cuando se levantaron, encontraron a Dagón tendido en tierra boca abajo, y cortadas la cabeza y las manos, que yacían en el umbral, sin quedar de Dagón más que el tronco. [5] Por esto los sacerdotes de Dagón, y cuantos entran en el templo de Dagón en Azoto, no pisan todavía el umbral del templo de Dagón. [6] La mano de Yave pesó grandemente sobre los de Azoto, y los desoló e hirió con tumores a Azoto y su territorio. [7] Viendo los de Azoto lo que pasaba, dijeron: «Que no quede entre nosotros el arca del Dios de Israel, porque su mano pesa mucho sobre nosotros y sobre Dagón, nuestro dios»; [8] y convocando a todos los príncipes de los filisteos para que vinieran, se preguntaron: «¿Qué haremos con el arca del Dios de Israel?» Ellos contestaron: «Que lleven el arca del Dios de Israel a Get.» [9] La llevaron, y la mano de Yave se dejó sentir sobre la ciudad, y hubo en ella gran espanto, pues hirió a las gentes de la ciudad, pequeños y grandes, haciendo que les salieran tumores. [10] Entonces mandaron el arca de Dios a Acarón. Pero en cuanto entró el arca de Dios en Acarón, los acaronitas se pusieron a gritar: «Han traído aquí el arca del Dios de Israel, para que nos mate a todos, a nosotros y a nuestro pueblo»; [11] y convocaron a todos los príncipes de los filisteos, que dijeron: «Devolved el arca del Dios de Israel; que vuelva a su sitio, para que no nos mate a nosotros y a nuestro pueblo»; pues había en toda la ciudad un terror mortal, y la mano de Dios pesaba sobre ella muy fuertemente. [12] Los que no morían eran heridos de tumores, y los desesperados gritos de la ciudad subían hasta el cielo.

Devolución del arca a Israel.

6 [1] Siete meses estuvo el arca de Yave en la tierra de los filisteos. [2] Congregaron éstos a sacerdotes y adivinos, y les preguntaron: «¿Qué hemos de hacer con el arca de Yave? Decidnos cómo hemos de devolverla a su sitio.» [3] Ellos respondieron: «Si volvéis el arca del Dios de Israel, no la mandéis de vacío, y no dejéis de hacerle una ofrenda de desagravio; si os curáis, sabréis que era su mano la que pesaba sobre vosotros sin alzarse.» [4] Preguntaron los filisteos: «¿Y qué desagravio hemos de hacerle?» Respondieron: «Cinco tumores de oro y cinco ratas de oro, según el número de los príncipes de los filisteos, pues una misma es la plaga que a vosotros y a vuestros príncipes aflige. [5] Haced, pues, una imagen de vuestros tumores y de las ratas que asuelan la tierra, y honrad al Dios de Israel; quizá deje así de hacer sentir su mano sobre vosotros, sobre vuestros dioses y sobre vuestra tierra. [6] ¿Para qué endurecer vuestro corazón, como endurecieron el suyo Egipto y el Faraón? ¿No tuvieron que dejar salir a los hijos de

(1) La presencia del arca no produjo los efectos que de ella esperaba Israel. Dios quiere castigar al pueblo por sus pecados; sin embargo, aun en la cautividad del arca, muestra Dios su poderío en medio de los filisteos.

(2) Idolo cuyo cuerpo era de hombre de la cintura para arriba, y de pez de la cintura para abajo.

Israel, después que los hubo castigado? 7 Haced, pues, un carro nuevo, tomad dos vacas que estén criando y no hayan sido nunca puestas al yugo; uncid las vacas al carro, y dejad los terneros lejos de ellas, en el establo. 8 Coged luego el arca, la ponéis sobre el carro, y junto a ella, en un cofre, los objetos que haréis como ofrenda de desagravio, y la devolvéis; que ella se vaya. 9 Seguidla con los ojos: si sube por el camino de su tierra hacia Bet Sames, será que Yave nos ha infligido tanto mal; si no, sabremos que no ha sido su mano la que nos ha herido, y que esto ha sucedido por casualidad.» 10 Hiciéronlo así; y tomando dos vacas que estaban criando, las uncieron al carro y dejaron los terneros en el establo. 11 Pusieron sobre el carro el arca de Yave y el cofre, con las ratas de oro y la figura de sus tumores. 12 Las vacas tomaron el camino de Bet Sames y siguieron siempre por él; e iban andando y mugiendo, sin declinar ni a la derecha ni a la izquierda. Los príncipes de los filisteos fueron tras ella, hasta llegar al territorio de Bet Sames.

13 Las gentes de Bet Sames estaban segando el trigo en el valle; y alzando los ojos, vieron el arca con gran alegría. 14 El carro llegó al campo de Josué, betsamita, y se paró en él. Había allí una gran piedra, y partieron las maderas del carro y ofrecieron las vacas a Yave en holocausto. 15 Los levitas, bajando del carro el arca de Yave y el cofre que estaba junto a ella, los pusieron sobre la gran piedra. Las gentes de Bet Sames ofrecieron aquel día holocaustos y sacrificios a Yave. 16 Los cinco príncipes de los filisteos, después de ver esto, se volvieron a Acarón aquel mismo día.

17 Estos son los tumores de oro que los filisteos donaron a Yave, como ofrenda de desagravio: uno por Azoto, uno por Gaza, uno por Ascalón, uno por Get y uno por Acarón. 18 También las ratas de oro eran según el número de las ciudades de los cinco príncipes, tanto de las fortificadas como de las no amuralladas Testigo la gran piedra, que todavía hoy queda en el campo de Josué, betsamita, sobre la cual se depuso el arca de Yave.

19 Los hijos de Jeconías no se alegraron con las gentes de Bet Sames al ver el arca de Yave, e hirió éste de entre ellos a setenta hombres. El pueblo hizo gran duelo, por haberlos herido Yave con tan gran plaga; 20 y las gentes de Bet Sames se decían: «¿Quién puede estar delante de Yave, este Dios santo? ¿Y a dónde habrá de ir, al alejarse de nosotros?» 21 Mandaron mensajeros a los habitantes de Cariatiarim, para que les dijeran: «Los filisteos han devuelto el arca de Yave: bajad para subirla con vosotros.»

7 1 Las gentes de Cariatiarim (1) vinieron y subieron el arca, depositándola en la casa de Abinadad, que está sobre una colina; y consagraron a Eliezer, su hijo, para que custodiase el arca de Yave.

Derrota de los filisteos en Masfa.

2 Mucho tiempo pasó, veinte años, desde que el arca fué depositada en Cariatiarim, y toda la casa de Israel gemía. 3 Dijo, pues, Samuel: «Si de todo corazón os convertís a Yave, quitad de en medio de vosotros los dioses extraños y los astartes; enderezad vuestro corazón a Yave y servidle sólo a él, y él os librará de las manos de los filisteos.» 4 Los hijos de Israel quitaron todos los Baales y Astartes, y sirvieron sólo a Yave. 5 Samuel les dijo: «Congregad a todo Israel en Masfa, y yo rogaré a Yave por vosotros.» 6 Reuniéronse en Masfa, y sacando agua, la derramaron ante Yave; y ayunaron aquel día, y clamaban: «Hemos pecado contra Yave.» Samuel juzgaba a los hijos de Israel en Masfa. 7 Habiendo sabido los filisteos que los hijos de Israel se habían congregado en Masfa, subieron sus príncipes contra Israel. Tuvieron miedo de los filisteos los hijos de Israel, 8 y dijeron a Samuel: «No ceses de clamar por nosotros a Yave, nuestro Dios, para que nos libre de la mano de los filisteos.» 9 Samuel tomó un cordero de leche y lo ofreció entero en holocausto a Yave, y clamó a Yave por Israel, y Yave le escuchó. 10 Mientras Samuel ofrecía el holocausto, se acercaron los

(1) Restituída el arca, es llevada a Cariatiarim, no a Silo, que no aparece ya más como lugar del santuario, probablemente por haber sido destruído por los filisteos. (Jer. 7. 12, 14; 26. 6. 9.)

filisteos para atacar a Israel; pero Yave hizo tronar muy fuertemente aquel día sobre los filisteos y los puso en derrota, siendo batidos por los hijos de Israel. 11 Los hombres de Israel, saliendo de Masfa, persiguieron en derrota a los filisteos hasta más abajo de Bet Horón. 12 Samuel cogió una piedra y la puso entre Masfa y Jesana; la llamó Eben Ezer, diciendo: «Hasta aquí nos. socorrió Yave.»
13 Así humillados, no volvieron los filisteos más contra la tierra de Israel; y pesó la mano de Yave sobre ellos durante toda la vida de Samuel. 14 Las ciudades que los filisteos habían tomado a Israel volvieron a poder de éste, desde Acarón hasta Get. Israel arrancó de las manos de los filisteos su territorio, y hubo también paz entre Israel y los amorreos.

Petición de rey.

15 Samuel juzgó a Israel todo el tiempo de su vida. 16 Cada año hacía un recorrido por Betel, Gálgala y Masfa, y allí, en todos estos lugares, juzgaba a Israel. 17 Volvíase luego a Rama, donde estaba su casa, y allí juzgaba a Israel. Alzó allí un altar a Yave.

8 1 Cuando envejeció Samuel, puso para juzgar a Israel a sus dos hijos; 2 el primogénito, de nombre Joel, y el segundo, de nombre Abia, y juzgaban en Berseba. 3 Pero los hijos de Samuel no siguieron los caminos de éste, sino que se apartaban de ellos por avaricia, recibiendo presentes y juzgando injustamente. 4 Reuniéronse todos los ancianos de Israel, y vinieron a Samuel en Rama, 5 y le dijeron: «Tú eres ya viejo y tus hijos no siguen tus caminos; danos un rey, para que nos juzgue, como todos los pueblos.» 6 Desagradó a Samuel (1) que le dijeran: «Danos un rey para que nos juzgue», y oró ante Yave; 7 pero Yave dijo a Samuel: «Oye la voz del pueblo en cuanto te pide, pues no es a ti a quien rechazan, sino a mí, para que no reine sobre ellos. 8 Como han hecho conmigo, desde que los saqué de Egipto hasta ahora, dejándome para irse a servir a otros dioses, así hacen ahora contigo. 9 Escúchalos, pues; pero da testimonio contra ellos y dales a conocer cómo los tratará el rey que reinará sobre ellos.» 10 Samuel transmitió al pueblo que le pedía rey todo lo que le había dicho Yave, 11 y les dijo: «Ved cómo os tratará el rey que reinará sobre vosotros: Cogerá a vuestros hijos y los pondrá sobre sus carros y entre sus aurigas, y los hará correr delante su carro. 12 De ellos hará jefes de mil, de ciento y de cincuenta; los hará labrar sus campos, recolectar sus mieses, fabricar sus armas de guerra y el atelaje de sus carros. 13 Tomará a vuestras hijas para perfumeras, cocineras y panaderas. 14 Tomará vuestros mejores campos, viñas y olivares, y se los dará a sus servidores. 15 Diezmará vuestras cosechas y vuestros vinos, para sus eunucos y servidores. 16 Cogerá vuestros siervos y vuestras siervas, vuestros mejores bueyes y asnos, para emplearlos en sus obras. 17 Diezmará vuestros rebaños y vosotros mismos seréis esclavos suyos. 18 Entonces clamaréis a Yave, pero Yave no os oirá.» 19 El pueblo desoyó a Samuel, y dijeron: «No, no, que haya sobre nosotros un rey, 20 y así seremos como todos los pueblos: nos juzgará nuestro rey, y saldrá al frente de nosotros para combatir nuestros combates.» 21 Samuel, después de oír las palabras del pueblo, se las repitió a Yave; 22 y Yave le dijo: «Escúchalos y pon sobre ellos un rey.» Entonces dijo Samuel al pueblo: «Váyase cada uno a su ciudad.»

Saúl.

9 1 Había en Benjamín un hombre, llamado Quis, hijo de Abiel, hijo de Seror, hijo de Becorat, hijo de Afia, de Gueba de Benjamín. Era hombre valiente; 2 y tenía un hijo de nombre Saúl, robusto y alto. No había hijo de Israel más alto que él, y a todos les sacaba la cabeza. 3 Extraviáronse las asnas de Quis, padre

(1) Hasta ahora el gobierno de Israel ha sido puramente teocrático. Sólo Dios gobernaba a su pueblo, y de cuando en cuando suscitaba legados suyos a quienes encomendaba funciones de gobierno. Por eso la petición del pueblo supone el deseo de mudar la forma de gobierno y, por tanto, Dios manda al profeta que acceda a la petición, porque el cambio en sí se había hecho casi necesario, para que Israel, políticamente organizado de un modo permanente, pudiera rechazar los persistentes ataques de sus enemigos, principalmente los filisteos. (Os. 8. 3 sigs.; 13. 10, 11.)

de Saúl; y dijo Quis a Saúl: «Lleva contigo un mozo y vete en busca de las asnas.» [4] Recorrió los montes de Efraím y atravesó la tierra de Salisa, sin hallarlas. Recorrieron también la región de Salim, y tampoco estaban allí; volvieron a tierra de Benjamín, y tampoco las hallaron. [5] Cuando llegaron a la región de Suf, dijo Saúl al mozo que le acompañaba: «Vamos a volvernos, no sea que mi padre, más que por las asnas, esté ya intranquilo por nosotros.» [6] El mozo le dijo: «Mira, en esta ciudad hay un hombre de Dios muy famoso. Cuanto él dice seguramente sucede. [7] Vamos, pues, allá, que quizá él nos diga el camino que hemos de seguir.» [7] Saúl dijo al mozo: «Vamos allá, pero ¿qué vamos a llevarle? Ya no hay provisiones en las alforjas, y nosotros no tenemos nada que podamos ofrecerle como presente.» [8] El mozo le dijo: «Mira, he encontrado un cuarto de siclo de plata; se lo daré al hombre de Dios, y él nos indicará nuestro camino.» [9] En otro tiempo, en Israel, los que iban a consultar a Dios se decían unos a otros: «Venid, vamos a consultar al vidente»; pues al que llaman hoy profeta le llamaban antes vidente. [10] Saúl dijo al mozo: «Has tenido buena idea, vamos»; y se dirigieron a la ciudad, donde estaba el hombre de Dios. [11] Cuando subían el repecho que conduce a la ciudad, encontraron a unas jóvenes que habían salido a coger agua, y les preguntaron: «¿Está aquí el vidente?» [12] Ellas les respondieron, diciendo: «Sí, aquí está; mira allí delante; pero ve pronto, porque ha venido hoy a la ciudad por tener el pueblo un sacrificio en la altura. [13] En cuanto entréis en la ciudad id a verle, antes que suba a la altura para la comida, pues el pueblo no comerá antes que llegue él, que es quien ha de bendecir el sacrificio, y después comerán los invitados. Subid, pues, ahora mismo y le hallaréis.» [14] Ellos subieron a la ciudad. Cuando entraban en ella encontraron a Samuel, que salía para subir a la altura. [15] Un día antes de la llegada de Saúl, había hecho Yave una revelación a Samuel, diciéndole: [16] «Mañana, a esta hora, yo te mandaré a un hombre de Benjamín, y tú le ungirás por jefe de mi pueblo, de Israel, y él librará a mi pueblo de la mano de los filisteos, pues he visto la humillación de mi pueblo y han llegado hasta mí sus clamores.» [17] Luego que Samuel vió a Saúl, le dijo Yave: «Este es el hombre de quien te hablé ayer. Este reinará sobre mi pueblo.» [18] Saúl se acercó a Samuel dentro de la puerta, y le dijo: «¿Harías el favor de indicarme dónde está la casa del vidente?» [19] Samuel le contestó: «Soy yo el vidente; sube delante de mí a la altura y comeréis hoy conmigo. Mañana te despediré y te diré cuanto tienes en tu corazón. [20] Por las asnas que hace tres días perdiste, no te inquietes, han sido halladas. ¿De quién va a ser cuanto de precioso hay en Israel? ¿No va a ser tuyo y de toda la casa de tu padre?» [21] Saúl respondió: «¿Pues no soy yo benjaminita? ¿No soy yo de la mínima tribu de Israel, de Benjamín, y no es mi familia la menor de las familias de Benjamín? ¿Por qué me dices eso?» [22] Samuel, tomando a Saúl y a su mozo, los introdujo en el comedor y les dió el primer lugar, a la cabeza de los invitados, que eran unos treinta hombres. [23] Samuel dijo al cocinero: «Dame la porción que te mandé pusieras aparte.» [24] El cocinero cogió un brazuelo y el rabo y lo puso ante Saúl. «Es la porción que se te reservaba», dijo a éste Samuel: «Ponlo delante de ti y come, pues la hice guardar cuando convoqué al pueblo, para el momento oportuno.» Comió Saúl con Samuel aquel día. [25] Bajaron de la altura a la ciudad, y Samuel estuvo hablando con Saúl en la terraza, y luego se acostaron. [26] Al día siguiente, a la aurora, llamó Samuel a Saúl a la terraza, y le dijo: «Levántate y te despediré.» Levantóse Saúl y salieron ambos juntos. [27] Cuando hubieron bajado al extremo de la ciudad, dijo Samuel a Saúl: «Dile al mozo que pase delante de nosotros.» Tomó el mozo la delantera, y dijo Samuel: «Detente ahora, que te dé a conocer lo que dice Yave.»

Unción de Saúl.

10 [1] Cogió Samuel una redoma de óleo, la vertió sobre la cabeza de Saúl, y le besó diciendo: «Yave te unge (1) por príncipe de su here-

(1) La unción es una consagración. Además, en Israel la unción del rey vino a tener una significación equivalente a lo que nosotros decimos coronación. Es signo del especial

dad. Tú reinarás sobre el pueblo de Yave y le salvarás de la mano de los enemigos que le rodean. Esto te será señal de que Yave te ha ungido como jefe de su heredad: [2] Cuando hoy me dejes, encontrarás dos hombres cerca del sepulcro de Raquel, en tierra de Benjamín, al mediodía, que te dirán: Las asnas que has ido a buscar han parecido, y tu padre no piensa ya en ellas, sino en vosotros, y dice: ¿Cómo haré yo para saber de mi hijo? [3] Siguiendo tu camino, llegarás a la encina de la lamentación de Débora, y te encontrarás con tres hombres subiendo a Dios a Betel, y llevando uno tres cabritos, el otro tres panes, y el otro una bota de vino; [4] después de preguntarte por tu salud, te darán dos de los panes, que tú tomarás de su mano; [5] luego llegarás a Gueba Elohim, donde hay una guarnición de filisteos; y al entrar en la ciudad te encontrarás con un grupo de profetas, bajando del excelso, precedidos de salterios, tímpanos, flautas y arpas, y profetizando. [6] El espíritu de Yave se apoderará de tí, y profetizarás con ellos y te transformarás en otro hombre. [7] Cuando todas estas señales se hayan cumplido en ti, haz lo que te venga a mano, pues Dios estará contigo. [8] Baja antes que yo a Gálgala, a donde iré a reunirme contigo, para ofrecer holocaustos y sacrificios eucarísticos. Espera siete días, hasta que yo vaya y te diga lo que has de hacer.»

[9] En cuanto volvió Saúl las espaldas para apartarse de Samuel, se sintió otro, y todas las señales aquellas le sucedieron el mismo día. [10] Cuando llegaron a Gueba encontráronse con un tropel de profetas, y le arrebató el espíritu de Dios y se puso a profetizar en medio de ellos. [11] Cuantos de antes le conocían se preguntaban: «¿Qué le ha pasado al hijo de Quis? ¡Saúl entre los profetas!» [12] Uno de los presentes contestó: «¿Y quién es el padre de esos otros?» Por eso ha quedado en proverbio: «¿También Saúl entre los profetas?» [13] Cuando hubo acabado de profetizar, subió a Gueba. [14] Un tío de Saúl preguntó a éste: «¿A dónde habéis ido?» Saúl respondió: «A buscar las asnas, pero no las hemos visto por ninguna parte y fuimos a casa de Samuel.» [15] El tío le dijo: «Cuéntame lo que te ha dicho Samuel»; [16] y Saúl respondió: «Nos dió a saber que las asnas habían parecido»; pero en cuanto a lo del reino, nada le dijo de lo que le había hablado Samuel.

Elección de Saúl a la suerte.

[17] Samuel convocó al pueblo ante Yave en Masfa, [18] y dijo a los hijos de Israel: «Así habla Yave, Dios de Israel: Yo os saqué de Egipto; yo os he librado de la mano de los egipcios y de la de cuantos reyes os oprimieron; [19] y vosotros hoy rechazáis a vuestro Dios, que os ha librado de vuestros males y de vuestras aflicciones, y le decís: ¡No, pon sobre nosotros un rey! Presentaos ahora ante Yave, por tribus y por familias» (1). [20] Samuel hizo que se acercasen todas las tribus de Israel, y fué sacada la tribu de Benjamín. [21] Hizo que se acercara la tribu de Benjamín, por familias, y fué elegida la familia de Metri; e hizo acercar a la familia de Metri, por varones, y fué elegido Saúl, hijo de Quis. Buscáronle, pero no le hallaron. [22] Preguntaron entonces de nuevo a Yave: «¿Ha venido?» Y Yave respondió: «Está escondido entre los bagajes.» [23] Corrieron a sacarle de allí, y cuando estuvo en medio del pueblo sobresalía de entre todos, de los hombros arriba. [24] Samuel dijo al pueblo: «No hay entre todos otro como él.» Y el pueblo se puso a gritar «¡Viva el rey!». [25] Entonces expuso Samuel al pueblo el derecho real y lo escribió en un libro, que depositó ante Yave; [26] y despidió Samuel al pueblo todo, cada uno a su casa.

También Saúl se fué a su casa, a Gueba, acompañado de una tropa de hombres robustos, cuyos corazones había tocado Dios. [27] Sin embargo, algunos perversos decían: «¿Este va a salvarnos?» Y despreciándole, no le hicieron presentes.

---

carácter que en Israel tenía la realeza. No es el rey un poder meramente político, como en las demás naciones, sino el ministro de Dios, que vicariamente rige su pueblo.

(1) Saúl, que había sido ungido en privado, es ahora públicamente elegido a la suerte, que es un medio de que se manifieste la voluntad de Dios. (Prov. 16. 33.)

Derrota de los amonitas y liberación de Jabes Galad.

11 [1] Pasó cosa de un mes, y subió Najas, amonita, y sitió a Jabes Galad. Los habitantes de Jabes dijeron a Najas: «Pacta con nosotros y te serviremos.» [2] Pero Najas, amonita, les respondió: «Pactaré, a condición de sacaros a cada uno de vosotros el ojo derecho y hacer de esto oprobio para todo Israel.» [3] Dijéronle los ancianos de Jabes: «Danos tregua de siete días, para mandar mensajeros por todo Israel; si no viene nadie a socorrernos, nos rendiremos a ti.» [4] Vinieron mensajeros a Gueba, de Saúl, y contaron al pueblo esto, y el pueblo todo alzó la voz y lloró. [5] Venía entonces Saúl del campo tras de sus bueyes, y preguntó: «¿Qué tiene el pueblo para llorar así?» Contáronle lo que decían los de Jabes. [6] En cuanto lo oyó, le arrebató el espíritu de Yave y se encendió en cólera. [7] Cogió un par de bueyes, los cortó en pedazos y mandó éstos por todo el territorio de Israel, por medio de mensajeros que dijeran: «Así serán tratados los bueyes de cuantos no se pongan en marcha tras Saúl y Samuel.» El terror de Yave cayó sobre el pueblo, que se puso en marcha como un solo hombre. [8] Saúl los revistó en Bezec; y los hijos de Israel eran trescientos mil; los de Judá, treinta mil. [9] Dijo a los mensajeros que habían venido de Jabes: «Decid a los hombres de Jabes Galad: Mañana, a medio día, seréis socorridos.» Los mensajeros llevaron la noticia a los hombres de Jabes, que se llenaron de alegría, [10] y dijeron a los amonitas: «Mañana nos rendiremos a vosotros, para que con nosotros hagáis lo que bien os parezca.» [11] Al día siguiente, dividió Saúl el pueblo en tres cuerpos; y a la vigilia matutina penetraron en el campamento de los amonitas y los estuvieron batiendo hasta la hora de más calor. Los que escaparon se dispersaron de tal modo, que no quedaron dos hombres juntos.

[12] El pueblo decía a Samuel: «¿Quiénes son los que decían: Saúl va a reinar sobre vosotros? Entréganos esas gentes para que les demos muerte.» [13] Pero Saúl dijo: «Nadie será muerto hoy, pues hoy ha salvado Yave a Israel.» [14] Y dijo Samuel al pueblo: «Venid y vayamos a Gálgala, para renovar allí el reino.» [15] Todo el pueblo fué a Gálgala, y restablecieron a Saúl rey ante Yave en Gálgala y ofrecieron sacrificios eucarísticos, dando Saúl y todo el pueblo muestras de gran regocijo.

Samuel resigna la judicatura.

12 [1] Dijo Samuel a todo Israel: «Ya veis que os he oído en cuanto me habéis dicho, y que he puesto sobre vosotros un rey. [2] Ahora, pues, tenéis ya rey que marche a vuestra cabeza. Yo ya soy viejo y he encanecido, y mis hijos ahí los tenéis entre vosotros, como unos de tantos. He estado al frente de vosotros, desde mi juventud hasta hoy. [3] Aquí me tenéis. Dad testimonio de mí ante Yave y ante su ungido. ¿He quitado a nadie un buey? ¿He quitado a nadie un asno? ¿He oprimido a nadie? ¿He perjudicado a nadie? ¿He aceptado de nadie presentes que no me dejaran ver lo que él hacía? Os lo restituiré.» [4] Ellos respondieron: «No nos has perjudicado, no nos has oprimido, de nadie has aceptado nada.» [5] El les dijo: «Testigo Yave contra vosotros, y lo es también hoy su ungido, de que nada habéis hallado en mis manos.» El pueblo respondió: «Testigo.» [6] Samuel añadió: «Yave, que hizo a Moisés y Arón y sacó a vuestros padres de Egipto, es testigo. [7] Ahora, pues, poneos delante de Yave, que quiero juzgaros ante Yave por los beneficios que os ha hecho a vosotros y a vuestros padres. [8] Cuando Jacob con sus hijos entró en Egipto y los humillaron los egipcios, y vuestros padres clamaron a Yave, Yave les mandó a Moisés y Arón, que los sacaron de Egipto, y los establecieron en este lugar. [9] Pero se olvidaron de Yave, su Dios, y éste los entregó en manos de Sísara, jefe del ejército de Jasor, en manos de los filisteos, en manos del rey de Moab, que les hicieron la guerra. [10] Clamaron a Yave, diciendo: «Hemos pecado, porque hemos abandonado a Yave y hemos servido a los Baales y los Astartes. Líbranos ahora y nosotros te serviremos. [11] Mandóles Yave a Jerobaal, Bedan, Jefté y Samuel, y os libró de manos de los enemigos que teníais en torno vuestro, y habéis habitado vuestras casas en seguridad. [12] Y ahora, cuando habéis visto que

Najas, rey de los hijos de Ammón, se ponía en marcha contra vosotros, me habéis dicho: No, que reine un rey sobre nosotros; cuando Yave, vuestro Dios, era vuestro rey. [13] Ahí tenéis, pues, el rey que habéis querido y habéis pedido; Yave le ha puesto por rey vuestro. [14] Si teméis a Yave, si le servís y obedecéis, si no sois rebeldes a los mandatos de Yave, viviréis vosotros y vuestro rey, que reinará sobre vosotros. [15] Pero si no obedecéis a Yave, si sois rebeldes a sus mandatos, tendréis contra vosotros la mano de Yave, como contra ellos la tuvieron vuestros padres. [16] Quedaos todavía, para que veáis el prodigio que va a obrar Yave a vuestros ojos. [17] ¿No estamos en el tiempo de la siega de los trigos? Pues yo voy a invocar a Yave, y Yave tronará y lloverá, y veréis así cuán grande es a los ojos de Yave el mal que habéis hecho pidiendo un rey.»

[18] Invocó Samuel a Yave, y aquel mismo día dió Yave truenos y lluvia, y todo el pueblo tuvo gran temor de Yave y de Samuel; [19] y dijeron a éste: «Ruega por tus siervos a Yave, tu Dios, para que no muramos, pues a todos nuestros pecados hemos añadido el de pedirnos un rey.» [20] Samuel les dijo: «No temáis; habéis hecho todo ese mal, pero no ceséis de seguir a Yave y servirle con todo vuestro corazón. [21] No os apartéis de él, porque será ir tras vanidades que no os darían provecho ni ayuda alguna, porque de nada sirven. [22] Yave, por la gloria de su nombre, no abandonará a su pueblo, ya que ha querido haceros el pueblo suyo. [23] Lejos también de mí pecar contra Yave, dejando de rogar por vosotros; yo os mostraré el camino bueno y derecho.

[24] Temed sólo a Yave, servidle fielmente y con todo vuestro corazón, pues ya habéis visto los prodigios que ha hecho en medio de vosotros. [25] Pero si perseveráis en el mal, pereceréis vosotros y vuestro rey.»

Nueva invasión de los filisteos.

13 [1] Era Saúl de ..... (1) años cuando comenzó a reinar, y había ya reinado dos años sobre Israel. [2] Saúl eligió para sí tres mil hombres de Israel. Dos mil estaban con él en Mijmas y sobre el monte de Betel, y mil con Jonatán, en Gueba de Benjamín. El resto del pueblo lo mandó cada uno a su tienda. [3] Jonatán batió a la guarnición de filisteos que había en Gueba; y al saberlo dijeron los filisteos: «Se han rebelado los hebreos.» Saúl hizo que tocasen la trompeta por toda la tierra; [4] y todo Israel supo la noticia: «Saúl ha batido a la guarnición de los filisteos»; e Israel se hizo odioso a los filisteos, y fué convocado el pueblo por Saúl a Mijmas. [5] Reuniéronse los filisteos para combatir contra Israel; mil carros y seis mil caballeros, y de pueblo un número comparable a las arenas del mar. Vinieron a acampar en Mijmas, al oriente de Bet Horon. [6] Los hombres de Israel se vieron en gran aprieto, pues estaban casi cercados, y se ocultaron en las cavernas, en la maleza y en las peñas, en las torres y en las cisternas; [7] y los de más lejos pasaron el Jordán y se internaron en tierra de Gad y de Galad.

(1) Ni el texto ni las versiones antiguas nos dan el número, que parece haber desaparecido.

Pecado de Saúl.

Saúl estaba todavía en Gálgala, y la gente que estaba con él se dispersaba. [8] Esperó siete días, según el término que había fijado Samuel; pero Samuel no venía, y la gente se dispersaba cada vez más. [9] Entonces dijo Saúl: «Traedme el holocausto y las hostias pacíficas»; y ofreció el holocausto (1). [10] Apenas ofrecido el holocausto, vino Samuel y Saúl salió a su encuentro para saludarle. [11] Samuel le dijo: «¿Qué has hecho?» Saúl respondió: «Viendo que la gente se dispersaba, que tú no venías en el término fijado y que los filisteos acampaban en Mijmas, [12] me dije: Los filisteos van a venir a atacarme a Gálgala y yo no he implorado a Yave. Entonces, obligado por la necesidad, he ofrecido el holocausto.» [13] Samuel dijo a Saúl: «Has obrado neciamente y has desobedecido el mandato de Yave, tu Dios. Estaba

(1) Esta intromisión de Saúl, así como la desobediencia en el cumplimiento de la orden de Dios, de dar al anatema todo lo de Amalec, son muestras de la indocilidad de Saúl, indocilidad que se da como causa de su reprobación y del cambio de dinastía.

Yave para afirmar tu reino sobre Israel, para siempre; [14] pero ahora ya tu reino no persistirá. Ha buscado Yave un hombre según su corazón, para que sea jefe de su pueblo, porque tú no has cumplido lo que Dios te había mandado.» [15] Levantóse Samuel, y de Gálgala subió a Gueba de Benjamín. Saúl revistó su tropa, y quedaban con él seiscientos hombres. [16] Saúl, Jonatán, su hijo, y la gente que con ellos quedaba, se apostaron en Gueba de Benjamín, mientras los filisteos acampaban en Mijmas. [17] Salieron del campamento de los filisteos tres tropas en algara, para saquear la tierra. Una tomó el camino de Ofra, hacia la tierra de Saúl; [18] otra el de Bet Horón, y la tercera el de Gueba, que domina el valle de Seboim, hacia el desierto. [19] No había en toda la tierra de Israel herrero alguno, pues los filisteos se habían dicho: «Que no puedan los hebreos forjar espadas ni lanzas.» [20] Todo Israel tenía que bajar a tierra de los filisteos, para aguzar cada uno su reja, su segur, su azadón o su pico. [21] No se disponía más que de la lima, para sacar el filo a toda clase de segures, tridentes y hoces, y para aguzar las aijadas. [22] Llegado el día del combate, no había en mano del pueblo todo que estaba con Saúl y Samuel espada ni lanza, más que las de Saúl y las de Jonatán, su hijo. [23] Los filisteos habían salido para guarnecer el paso de Mijmas.

Hazaña de Jonatán y derrota de los filisteos.

14 [1] Un día Jonatán dijo a su escudero: «Anda, vamos a pasar al puesto de los filisteos que está allí del otro lado.» Nada había dicho a su padre. [2] Saúl estaba apostado al extremo de Gueba, bajo el granado de Magrón, y tenía con él unos seiscientos hombres. [3] Ajías, hijo de Ajijot, hermano de Icabod, hijo de Fines, hijo de Helí, era sacerdote de Yave en Silo, y llevaba el efod. Tampoco la gente sabía nada de a dónde había ido Jonatán. [4] Entre los pasos por donde Jonatán tentaba llegar al puesto de los filisteos había un diente de roca de un lado y otro del otro, el uno de nombre Boses y el otro Sene. [5] Uno de ellos se alza al norte enfrente de Mijmas, y el otro al mediodía, enfrente de Gueba. [6] Jonatán dijo a su escudero: «Anda, vamos a pasar al puesto de los incircuncisos; puede ser que Yave nos ayude, pues nada le impide salvar con muchos o con pocos.» [7] Su escudero le respondió: «Haz lo que quieras. Donde tu vayas, pronto estoy a seguirte.» [8] Jonatán le dijo: «Vamos a pasar hacia ésos y a dejarnos ver de ellos. [9] Si nos dicen: «Esperad a que vayamos», nosotros nos quedaremos donde estemos y no subiremos a ellos; [10] pero si nos dicen: «Subid acá», subiremos, porque Yave nos los ha entregado en nuestras manos. Esa será para nosotros la señal.» [11] Hiciéronse ver ambos del puesto de los filisteos, y éstos dijeron: «Mirad, los hebreos salen de los agujeros donde se habían metido»; [12] y dirigiéndose a Jonatán y a su escudero, dijeron: «Subid a nosotros y os enseñaremos una cosa.» Jonatán dijo al escudero: «Sube detrás de mí, que Yave los ha puesto en nuestras manos.» [13] Y sirviéndose de manos y pies, subió Jonatán, seguido de su escudero. Los filisteos, unos caían delante de Jonatán, y otros detrás de él, los mataba el escudero. [14] Esta primera matanza que hizo Jonatán fué de unos veinte hombres; en un espacio como de la mitad de una yugada. [15] Trascendió el espanto al campamento, al llano y a todos los puestos de los filisteos, y aun las tres columnas de saqueadores fueron presa del terror. Temblaba la tierra. Fué un espanto de Dios. [16] Los centinelas de Saúl, que estaban en Gueba de Benjamín, vieron cómo la muchedumbre se dispersaba y corría de un lado para otro. [17] Saúl dijo a la gente que tenía con él: «Pasad revista y ved quién falta de entre nosotros.» Pasáronla, y se halló que faltaban Jonatán y su escudero. [18] Dijo entonces Saúl a Ajías: «Trae el efod»; pues había llevado el efod y lo tenía allí aquel día ante Israel. [19] Mientras Saúl hablaba con el sacerdote, iba extendiéndose y creciendo el tumulto en el campamento de los filisteos; y Saúl dijo al sacerdote: «Retira tu mano.» [20] Saúl y cuantos con él estaban se reunieron y avanzaron hasta el lugar de la lucha, y vieron que los filisteos habían vuelto sus armas unos contra otros y la confusión era grandísima. [21] Los he

breos que de antes estaban con los filisteos y habían subido con ellos al campamento, se pusieron también del lado de los de Israel, que estaban con Saúl y Jonatán. 23 Los que de Israel se habían ocultado en los montes de Efraím, al tener noticia de la huída de los filisteos se pusieron igualmente a perseguirlos. 23 Así libró Yave aquel día a Israel. El combate siguió hasta Bet Horón. 24 Vinieron a ser los que se reunieron con Saúl unos diez mil hombres, y se extendió la lucha por todos los montes de Efraím.

Temerario juramento de Saúl.

Saúl cometió aquel día una gran imprudencia, pues conjuró al pueblo, diciendo: «Maldito el hombre que coma nada hasta la tarde, mientras no me haya vengado de mis enemigos.» Y nadie probó bocado. 25 El pueblo estaba extenuado por la fatiga; 26 y llegó a un bosque donde había mucha miel en el suelo. A pesar de ver la miel corriendo por el suelo, nadie la tomó para llevársela a la boca, por temor del juramento hecho. 27 Pero Jonatán, que nada sabía del juramento que su padre había hecho hacer al pueblo, metió la punta del bastón que llevaba en la mano en un panal de miel, y se la llevó a la boca con la mano, y le brillaron los ojos. 28 Uno del pueblo le advirtió: «Tu padre ha hecho jurar al pueblo, diciendo: «Maldito el hombre que coma hoy.» 29 Jonatán respondió: «Mi padre ha hecho hoy mucho mal al pueblo. ¿No veis cómo han brillado mis ojos sólo con haber probado un poco de miel? 30 Si el pueblo hubiera comido hoy del botín cogido a los enemigos, ¡cuánto mayor habría sido la derrota de los filisteos!»

31 Batieron aquel día a los filisteos desde Mijmas hasta Ayalón. El pueblo, desfallecido, 32 cuando volvió sobre el botín, cogió ovejas, bueyes y terneros; y matándolos en el suelo, comió la carne con su sangre. 33 Dijéronle a Saúl que el pueblo había pecado contra Yave, comiendo la carne con su sangre; y dijo: «Habéis prevaricado. Traedme luego una piedra grande», 34 y añadió: «Id por todo el pueblo y decidle que me traiga cada uno su buey o su oveja, y que la degüelle aquí. Después comeréis, y no pecaréis contra Yave comiendo la carne con sangre.» Llevó cada cual de la mano durante la noche su buey, y le degolló sobre la piedra. 35 Saúl alzó un altar a Yave. Fué el primer altar que alzó Saúl.

36 Saúl dijo: «Vamos a salir a perseguir a los filisteos durante la noche, a destrozarlos hasta que luzca el día, sin dejar uno solo con vida.» Y le dijeron: «Haz cuanto bien te parezca» Y él dijo al sacerdote: «Acércate»; 37 y consultó a Dios: «¿He de bajar en persecución del enemigo? ¿Los entregarás en manos de Israel?» Pero Yave no dió aquel día respuesta. 38 Saúl dijo: «Acercaos aquí todos los jefes de tribus del pueblo, y buscad, a ver por quién haya sido cometido el pecado; 39 pues por vida de Yave, el salvador de Israel, que si hubiera sido por Jonatán, mi hijo, sin remisión morirá.» Nadie del pueblo osó responderle. 40 Dijo, pues, a todo Israel: «Poneos todos vosotros de un lado, y yo y mi hijo nos pondremos del otro.» El pueblo contestó: «Haz como bien te parezca.» 41 Saúl dijo: «Yave, Dios de Israel, ¿cómo es que no respondes hoy a tu siervo? Si en mí o en Jonatán, mi hijo, está este pecado, Yave, Dios de Israel, da *urim*; y si está la iniquidad en el pueblo, da *tumim*. Y fueron señalados por la suerte Jonatán y Saúl y librado el pueblo. 42 Saúl dijo: «Echad ahora la suerte entre mí y Jonatán, mi hijo»; y fué señalado Jonatán. 43 Saúl dijo a Jonatán: «Dime qué has hecho.» Y Jonatán respondió: «He gustado un poco de miel con la punta del bastón que llevaba en la mano, ¿y por eso voy a morir?» 44 Saúl dijo: «Que me castigue Dios con todo rigor si no mueres, Jonatán.» 45 El pueblo dijo entonces a Saúl: «¿Va a morir Jonatán, el que ha hecho en Israel esta gran liberación? ¡Jamás! Vive Yave, no caerá a tierra un solo cabello de su cabeza, pues hoy ha obrado con Dios.» Así salvó el pueblo a Jonatán y no murió. 46 Saúl desistió de salir en persecución de los filisteos, y éstos llegaron a su tierra. 47 Mientras Saúl reinó sobre Israel, hizo la guerra a todos los enemigos de en torno; a Moab, a los hijos de Ammón, a Aram Bet Rejob, al rey de Soba y a los filisteos, venciendo en todas partes a donde se volvía. 48 Llegó a ser muy fuerte; derrotó a Amalec y libró a

Israel de las manos de cuantos antes le saqueaban.
49 Los hijos de Saúl fueron Jonatán, Jesui y Melquisua; sus dos hijas se llamaron: Merob la mayor y Michol la menor. 50 La mujer de Saúl se llamaba Ajinoam, hija de Ajimas. El nombre del jefe de su ejército era Abner, hijo de Ner, tío de Saúl. 51 Quis, padre de Saúl, y Ner, padre de Abner, eran hijos de Abiel.
52 La guerra contra los filisteos fué encarnizada, durante toda la vida de Saúl; y en cuanto veía Saúl un hombre robusto y valiente, le ponía a su servicio.

Desobediencia de Saúl al mandato de Yave.

15 1 Samuel dijo a Saúl: «A mí me envió Yave para que te ungiera rey de su pueblo, de Israel. Escucha, pues, ahora lo que te dice Yave: 2 Así habla Yave Sebaot: Tengo presente lo que hizo Amalec contra Israel, cuando le cerró el camino a su salida de Egipto: Ve, pues, ahora, y castiga a Amalec; 3 y da al anatema cuanto es suyo (1). No perdones; mata a hombres, mujeres y niños, aun los de pecho; bueyes y ovejas, camellos y asnos.» 4 Dió, pues, Saúl la orden al pueblo y lo congregó en Telaim. Contó doscientos mil infantes y diez mil hombres de Judá. 5 Avanzó Saúl hasta las ciudades de Amalec y puso una emboscada en el torrente; 6 y dijo a los quineos: «Id, retiraos, salid de en medio de Amalec, no sea que os veais envueltos con él; pues vosotros tratasteis con benevolencia a los hijos de Israel cuando subían de Egipto.» Retiráronse, pues, de Amalec, los quineos. 7 Saúl batió a Amalec, desde Evila hasta Sur, frente a Egipto. 8 Cogió vivo a Agag, rey de Amalec, y dió al anatema a todo el pueblo, pasándolo a filo de espada. 9 Pero Saúl y el pueblo dejaron con vida a Agag y las mejores ovejas y los mejores bueyes, los más gordos y cebados, no dándolos al anatema y destruyendo solamente lo malo y sin valor.

Saúl, rechazado por Dios.

10 Yave dirigió a Samuel su palabra, diciendo: 11 «Estoy arrepentido de haber hecho rey a Saúl, pues se aparta de mí y no hace lo que le digo.» Samuel se entristeció y estuvo clamando a Yave toda la noche; 12 y levantándose de mañana, para ir al encuentro de Saúl, supo que había ido al Carmelo, donde se había alzado un monumento, y de vuelta, pasando más allá, había bajado a Gálgala. 13 Dirigióse, pues a donde estaba Saúl, y le dijo Saúl: «Bendito seas de Yave. He cumplido la orden de Yave.» 14 Samuel le contestó: «¿Qué es entonces ese balar de ovejas que llega a mis oídos, y ese mugir de bueyes que oigo?» 15 Saúl respondió: «Los han traído de Amalec, pues el pueblo ha reservado las mejores ovejas y los mejores bueyes, para los sacrificios de Yave, tu Dios; el resto ha sido dado al anatema.» 16 Samuel dijo entonces a Saúl: «Basta; voy a darte a conocer lo que Yave me ha dicho esta noche.» Saúl le dijo: «Habla.» 17 Samuel dijo: «¿No es verdad que, hallándote tú pequeño a tus propios ojos, has venido a ser el jefe de las tribus de Israel y te ha ungido Yave rey sobre Israel? 18 Yave te dió una misión, diciéndote: Ve y da al anatema a esos pecadores de Amalec, y combátelos hasta exterminarlos. 19 ¿Por qué no has obedecido al mandato de Yave, y te has echado sobre el botín, haciendo mal a los ojos de Yave?» 20 Saúl contestó a Samuel: «Yo he obedecido el mandato de Yave, y he seguido el camino que me ordenó Yave, y he traído a Agag, rey de Amalec. 21 El pueblo ha tomado del botín esas ovejas y esos bueyes, como primicias de lo dado al anatema, para sacrificarlos a Yave, su Dios, en Gálgala.» 22 Pero Samuel repuso: «¿No quiere mejor Yave la obediencia a sus mandatos, que no los holocaustos y las víctimas? Mejor es la obediencia que las víctimas. Y mejor escuchar que ofrecer el sebo de los carneros. 23 Tan pecado es la rebelión

(1) Entre Amalec, pueblo nómada, siempre dispuesto a echarse sobre un pueblo sedentario como ya era Israel, y este último, no podía menos de haber perpetua guerra. Ya a la salida de Egipto se echó traidoramente Amalec sobre la retaguardia de Israel y apresó y mató a los rezagados por la fatiga; y después constantemente se registran incursiones de los amalecitas contra Israel. (Exod. 17. 8 sigs. Deut. 26. 17 sigs. I. Sam. 30.)

como la superstición, y la resistencia como la idolatría. Pues que tú has rechazado el mandato de Yave, él te rechaza también a ti como rey.»
24 Dijo entonces Saúl a Samuel: «He pecado, traspasando el mandato de Yave y tus palabras; temí al pueblo y le escuché. Perdona, pues, te ruego, mi pecado, 25 y vuélvete conmigo para adorar a Yave.» 26 Samuel le contestó: «No me volveré contigo, porque tú rechazaste el mandato de Yave, y Yave te rechaza a ti para que no reines en Israel.» 27 Volvióse Samuel para irse, pero Saúl le cogió por la orla del manto, que se rompió; 28 y le dijo Samuel: «Hoy ha roto Yave de sobre ti el reino, para entregárselo a otro mejor que tú; 29 y el Esplendor de Israel no se doblegará, no se arrepentirá, pues no es un hombre para que se arrepienta.» 30 Saúl dijo: «He pecado; pero hónrame ahora, te lo ruego, en presencia de los ancianos de mi pueblo y en presencia de Israel, y ven conmigo a adorar a Yave, tu Dios.» 31 Volvióse Samuel y siguió a Saúl, y éste adoró a Yave. 32 Samuel dijo: «Traedme a Agag, rey de Amalec»; y Agag se acercó a él con rostro complaciente, diciendo: «Seguramente se apartó la amarga muerte.» 33 Samuel repuso: «Así como a tantas madres privó tu espada de hijos, así será entre las mujeres tu madre privada de su hijo.» Y destrozó a Agag ante Yave, en Gálgala. 34 Partióse Samuel para Rama, y Saúl subió a su casa de Gueba de Saúl. 35 No volvió Samuel a ver a Saúl hasta el día de su muerte.

Unción de David.

16 Como se lamentase Samuel de que se hubiera Yave arrepentido de haber hecho a Saúl rey de Israel, 1 dijo Yave a Samuel: «¿Hasta cuándo vas a estar tú llorando sobre Saúl, a quien he rechazado yo para que no reine más sobre Israel? Llena tu cuerno de óleo, y ve; te envío a casa de Isaí de Belén, pues he elegido entre sus hijos al rey que yo quiero.» 2 «¿Cómo voy a ir?—contestó Samuel—; lo sabrá Saúl y me matará.» Yave le dijo: «Lleva contigo una ternera, y dirás: He venido para ofrecer a Yave un sacrificio. 3 Invitarás al sacrificio a Isaí, y ya te indicaré yo luego lo que has de hacer, ungiendo al que yo te señale.» 4 Hizo Samuel lo que le mandaba Yave, y llegó a Belén. Los ancianos acudieron inquietos a él y le dijeron: «¿Tu llegada es para bien?» 5 El contestó: «Sí, he venido para ofrecer un sacrificio a Yave. Santificaos y venid conmigo al sacrificio.» Santificó a Isaí y a sus hijos y los invitó al sacrificio. 6 Cuando se presentaron ante él, al ver a Eliab, se dijo Samuel: «Seguramente se halla ante Yave su ungido.» 7 Pero Yave dijo a Samuel: «No tengas en cuenta su figura y su gran talla, que yo le he descartado. No ve Dios como el hombre; el hombre ve la figura, pero Yave mira el corazón.» 8 Isaí llamó a Abinadab y le hizo pasar ante Samuel. Samuel dijo: «Tampoco es éste el que ha elegido Yave.» 9 Hizo Isaí pasar a Sama, y Samuel dijo: «Tampoco éste es el que ha elegido Yave.» 10 Isaí hizo pasar ante Samuel a sus siete hijos, y Samuel le dijo: «A ninguno de éstos ha elegido Yave.» 11 Preguntó entonces Samuel: «¿Son éstos todos tus hijos?» Y él le respondió: «Queda el más pequeño, que está apacentando las ovejas.» Samuel le dijo: «Manda a buscarle, pues no nos sentaremos a comer mientras no venga él.» 12 Isaí mandó a buscarle. Era rubio, de hermosos ojos y muy bella presencia. Yave dijo a Samuel: «Levántate y úngele, pues éste es.» 13 Samuel, tomando el cuerno de óleo, le ungió a la vista de sus hermanos; y desde aquel momento en lo sucesivo, vino sobre David el espíritu de Yave. Samuel se levantó y se volvió a Rama.

David, al servicio de Saúl.

14 El espíritu de Yave se retiró de Saúl, y le turbaba un mal espíritu, mandado de Yave. 15 Y dijeron a Saúl sus servidores: «Te ves turbado por un mal espíritu de Dios; 16 permite, señor, que tus siervos te digan que se busque a un diestro tañedor de arpa, que cuando se apodere de y el mal espíritu de Dios, la toque ti halles alivio.» 17 Saúl les dijo: «Buscadme, pues, un buen músico, y traédmelo.» 18 Tomando uno de los servidores la palabra, dijo: «Yo he visto a un hijo de Isaí, de Belén, que sabe tocar el arpa. Es hombre fuerte y valiente, hombre de guerra

y discreto en el hablar, y está Yave con él.» 19 Saúl envió mensajeros a casa de Isaí, para decirle: «Mándame a David, tu hijo, el que está con las ovejas.» 20 Isaí tomó un *omer* de pan, un odre de vino y un cabrito, y se lo mandó a Saúl por David, su hijo. 21 Llegado a casa de Saúl, David se presentó a él. Saúl le cogió cariño y le hizo escudero suyo. 22 Saúl dijo a Isaí: «Que se quede, te ruego, conmigo David, a mi servicio, pues ha hallado gracia a mis ojos.» 23 Cuando el mal espíritu de Dios se apoderaba de Saúl, David cogía el arpa, la tocaba, y Saúl se calmaba y se ponía mejor, y el espíritu malo se alejaba de él.

El gigante Goliat.

17 1 Los filisteos, juntando sus tropas para hacer la guerra, se reunieron en Soco, que pertenece a Judá. Acamparon entre Soco y Azeca, en Efes Domim. 2 Reuniéronse también Saúl y los hombres de Israel, y vinieron al valle del Terebinto, y pusiéronse allí en orden de batalla contra los filisteos. 3 Estaban éstos acampados en un monte y los de Israel en un monte opuesto, mediando entre ellos el valle, que los separaba. 4 Salió al medio, de las filas de los filisteos, un hombre llamado Goliat, de Get, que tenía de talla seis codos y un palmo. 5 Cubría su cabeza un casco de bronce y llevaba una coraza escamada, de bronce también, de cinco mil siclos de peso. 6 A los pies llevaba botas de bronce, y a las espaldas un escudo, también de bronce. 7 El asta de su lanza era como el enjullo de un telar, y la punta de la lanza, de hierro, pesaba seiscientos siclos. Delante de él iba su escudero. 8 Goliat se paró, y dirigiéndose a las tropas de Israel, ordenadas en batalla, les gritó: «¿Para qué os habéis puesto en orden de batalla? ¿No soy yo un filisteo y vosotros siervos de Saúl? Elegid un hombre que baje a pelear conmigo. 9 Si en la lucha me vence, que me mate y os quedaremos sujetos; pero si soy yo el que le venzo y le mato a él, seréis vosotros los que nos quedaréis sujetos y nos serviréis.» 10 El filisteo añadió: «Yo arrojo hoy este reto al ejército de Israel. Dadme un hombre y lucharemos.» Al oír las palabras del filisteo, 11 Saúl y todo Israel se asombraron y se llenaron de miedo.

Mata David al gigante

12 David era hijo de un efrateo, de Belén de Judá, que tenía ocho hijos, llamado Isaí, y era al tiempo de Saúl uno de los hombres más ancianos. 13 Los tres hijos mayores de Isaí habían salido para la guerra, y se llamaban el mayor Eliab, el segundo Abinadab, y Samma el tercero. 14 David era el menor; y cuando las tropas marcharon tras de Saúl, 15 David iba y venía y apacentaba las ovejas de su padre en Belén. 16 El filisteo salía de su campo mañana y tarde, y estuvo haciendo así por cuarenta días. 17 Isaí dijo a David, su hijo: «Toma ese *efa* de trigo tostado y esos diez panes, y corre al campamento donde están tus hermanos; 18 lleva también esos diez requesones, para el jefe de su millar. Visitas a tus hermanos para ver cómo están, y les preguntas si quieren algo.» 19 Saúl, ellos y todos los hombres de Israel, estaban en el valle del Terebinto, en campaña contra los filisteos.

20 David se levantó de madrugada; y dejando las ovejas al cuidado de un pastor, se fué, cargado de lo que le mandara Isaí. 21 Llegó al campamento cuando el ejército salía a ordenarse en batalla, lanzando sus gritos de guerra. 22 Israelitas y filisteos se ordenaban en batalla, ejército contra ejército. David dejó los objetos que traía, en mano de un guardia del bagaje, y corrió hacia las filas del ejército. En cuanto llegó, preguntó a sus hermanos cómo estaban; 23 pero mientras hablaba con ellos, el filisteo de Get, Goliat, de nombre *el filisteo*, salió de las filas de los filisteos y se puso a decir lo de los otros días, oyéndolo David. 24 En viendo a aquél, todos los hombres de Israel se retiraron ante él, temblando de miedo. 25 Decíanse unos a otros: «¿Veis a ese hombre que avanza? Viene a desafiar a Israel. Al que le mate le colmará el rey de riquezas, le dará su hija por mujer y eximirá de tributos la casa de su padre.»

26 David preguntó a los que tenía cerca: «¿Qué darán al que mate a ese filisteo y arranque a Israel la afrenta? ¿Quién es ese filisteo, ese incircun-

ciso, para insultar así al ejército del Dios vivo?» [27] La gente le repitió las mismas palabras, diciendo: «Esto es lo que harán al que le mate.» [28] Eliab, su hermano, que había oído hablar a aquellos hombres, se encendió en cólera contra David, y le dijo: «¿Para qué has bajado y a quién has dejado tu pequeño rebaño en el desierto? Conozco tu orgullo y la malicia de tu corazón. Para ver la batalla has bajado tú.» [29] David le contestó: «¿Qué he hecho? Sencillamente hablar una palabra.» [30] Y apartándose de él se dirigió a otro, haciéndole la misma pregunta, y recibió la misma respuesta.

[31] Los que habían oído las palabras de David se las repitieron a Saúl, que le mandó venir. [32] David dijo a Saúl: «Que no desfallezca el corazón de mi señor, por el filisteo ése. Tu siervo irá a luchar contra él.» [33] Saúl le dijo: «Tú no puedes ir a batirte con ese filisteo; eres todavía un niño, y él es hombre de guerra desde su juventud.» [34] David dijo a Saúl: «Cuando tu siervo apacentaba las ovejas de su padre, y venía un león o un oso, y se llevaba una oveja del rebaño, [35] yo le perseguía, le golpeaba y le arrancaba de la boca la oveja; y si se volvía contra mí, le agarraba por la mandíbula, le hería y le mataba. [36] Tu siervo ha matado leones y osos; y ese filisteo, ese incircunciso, será como uno de ellos, pues ha insultado al ejército del Dios vivo.» [37] Y añadió: «Yave, que me libró del león y del oso, me librará también de la mano de ese filisteo.» Saúl entonces le dijo: «Ve, y que Yave sea contigo.»

[38] Saúl hizo que vistieran a David sus ropas, púsole sobre la cabeza un casco de bronce y le cubrió de una coraza. [39] Después David se ciñó la espada de Saúl sobre sus ropas y probó de andar, pues nunca había ensayado la armadura; y dijo a Saúl: «No puedo andar con estas armas, no estoy acostumbrado»; y deshaciéndose de ellas, [40] cogió su cayado, eligió en el torrente cinco chinarros bien lisos y los metió en su zurrón de pastor; y con la honda en la mano avanzó hacia el filisteo. [41] El filisteo, se acercó poco a poco a David, precedido de su escudero. [42] Miró, vió a David, y le despreció por muy joven, de blondo y bello rostro. [43] Díjole, pues: «¿Crees que soy yo un perro, para venir contra mí con un cayado?» «No—contestó David—, eres todavía peor que un perro.» [44] Maldíjole el filisteo por sus dioses, y añadió: «Ven, que dé tus carnes a las aves del cielo y a las bestias del campo.» [45] David respondió al filisteo: «Tú vienes contra mí con espada y lanza y venablo, pero yo voy contra ti en el nombre de Yave Sebaot, Dios de los ejércitos de Israel, a los que has insultado. [46] Hoy te entregará Yave en mis manos; yo te heriré, te cortaré la cabeza y daré tu cadáver y los del ejército de los filisteos, a las aves del cielo y a los animales de la tierra; y sabrá así toda la tierra que Israel tiene un Dios, [47] y sabrán todos éstos que no por la espada ni por la lanza salva Yave, porque él es el Señor de la guerra, y os entregará en nuestras manos.» [48] El filisteo se levantó, se puso en marcha y avanzó hacia David. David echó a correr a lo largo del frente del ejército, para ir al encuentro del filisteo; [49] metió la mano en su zurrón, sacó de él un chinarro y lo lanzó con la honda. El chinarro se clavó en la frente del filisteo, y éste cayó de bruces a tierra. [50] Así David, con una honda y una piedra, venció al filisteo y le hirió de muerte. [51] Corrió, parándose ante el filisteo; y no teniendo espada a la mano, cogió la de él, sacándola de la vaina, le mató y le cortó la cabeza. Viendo los filisteos muerto a su campeón, pusiéronse en fuga, [52] y los hombres de Israel, levantándose, y lanzando los gritos de guerra, persiguieron a los filisteos, hasta la entrada de Get, y hasta las puertas de Acarón y cayeron filisteos en el camino de Saraim hasta Get y Acarón (1).

[53] A la vuelta de la persecución de los filisteos, los hombres de Israel saquearon su campamento. [54] David cogió la cabeza y las armas del filisteo, y tiempo después llevó a Jerusalén la cabeza, y las armas las puso en el tabernáculo. [55] Cuando Saúl había visto a David avanzar contra

(1) No podemos menos de reconocer que en este relato del episodio David Goliat hay ciertas divergencias en el texto, que no pueden explicarse más que suponiendo que en él se han contraído diversos documentos. Quizá esta divergencia, no fácilmente explicable, movió a los copistas de ciertos códices griegos a suprimir los Vs. 17. 55 a 18. 6. (V. Int. Hist. y la esp. a Sam.)

el filisteo, dijo a Abner, el jefe de su ejército: «¿De quién es hijo ese joven, Abner?» Abner respondió: [56] «Por tu vida que no lo sé, oh rey.» Y el rey le dijo: «Infórmate, pues, a ver de quién es hijo.» [57] De vuelta David de la muerte del filisteo, Abner le cogió, y le llevó ante Saúl, teniendo todavía en la mano la cabeza del filisteo. [58] Saúl le preguntó: «¿De quién eres hijo, mozo?» Y David le contestó: «Soy hijo de tu siervo Isaí, de Belén.»

Amistad más que fraternal entre David y Jonatán.

18 [1] Cuando hubo acabado David de hablar con Saúl, el alma de Jonatán se apegó a la de David, y le amó Jonatán como a sí mismo (1). [2] Aquel día tomó Saúl a David, y no le dejó que se fuera a la casa de su padre. [3] Jonatán hizo pacto con David, pues le amaba como a su alma, [4] y quitándose el manto que llevaba, se lo puso a David, así como sus arreos militares, su espada, su arco y su cinturón. [5] David salía a combatir donde le mandaba Saúl, y siempre procedía con acierto. Saúl le puso al mando de hombres de guerra, y toda la gente estaba contenta con él, aun los servidores de Saúl.

Enemiga de Saúl contra David.

[6] Cuando hicieron su entrada, después de haber muerto David al filisteo, salían las mujeres de todas las ciudades de Israel, cantando y danzando delante del rey Saúl con tímpanos y triángulos alegremente, [7] y alternando, cantaban las mujeres en coro:

«Saúl mató sus mil,
Y David sus diez mil.»

[8] Saúl se irritó mucho, y esto le desagradó, pues decía: «Dan diez mil a David, y a mí mil: nada le falta, si no es el reino.» [9] Desde entonces miraba Saúl a David con malos ojos. [10] Al otro día se apoderó de Saúl el mal espíritu, y desvariaba en su casa. David tocaba el arpa, como otras veces. Tenía Saúl en la mano su lanza, [11] y blandiéndola, la lanzó contra David, diciendo: «Voy a clavar a David en la pared.» Pero David esquivó el golpe por dos veces. [12] Comenzó Saúl a temer a David, pues veía que estaba Yave con éste, mientras que de él se había apartado. [13] Alejóle de sí, haciéndole jefe de millar, y David entraba y salía, a la vista de todo el pueblo; [14] en todas sus empresas se mostró acertado. [15] Vió, pues, Saúl que era muy precavido, y le temía. [16] Todo Israel y todo Judá amaba a David, que a su vista entraba y salía. [17] Dijo Saúl a David: «Mira, te daré por mujer a mi hija mayor, Merob; pero has de mostrarte valiente y hacer la guerra de Yave»; pues se decía: «No quiero poner mis manos sobre él, que le maten las de los filisteos.»

[18] David respondió a Saúl: «¿Quién soy yo, y qué es mi vida, qué la casa de mi padre, para que sea yo yerno del rey?» [19] Pero cuando llegó el tiempo en que Merob, la hija mayor de Saúl, había de ser entregada a David, se la dió por mujer a Hadriel, de Mejola. [20] Micol, la otra hija de Saúl, amaba a David; lo supo Saúl, y esto le agradó, [21] pues se decía: «Se la daré para que le sirva de lazo, y le haga caer en las manos de los filisteos.» Dijo, pues, Saúl a David: «Por segunda vez voy a darte ocasión de ser yerno mío.» [22] Al mismo tiempo dió orden a sus servidores, diciéndoles: «Hablad a David a escondidas de mí, y decidle: El rey te estima, y todos sus servidores te queremos; haz por ser yerno del rey.» [23] Dijéronle a David esto los servidores, y respondió David: «¿Os parece cosa fácil eso de ser yerno del rey? Yo soy hombre de poco, y de poca hacienda.» [24] Fuéronle a contar a Saúl sus servidores lo que decía David, [25] y él les dijo: «Habladle así: No necesita el rey dote, sólo quiere cien prepucios de filisteos, para vengarse.» Así pensaba Saúl que caería David en manos de los filisteos.

[26] Cuando los servidores dijeron a David las palabras que había dicho Saúl, le agradó a aquél la condición puesta para ser yerno del rey; [27] y a los pocos días salió con los que estaban a su mando, y mató a doscientos filisteos, trayéndose sus prepucios, y entregó al rey el número completo para ser su yerno. [28] Dióle, pues, Saúl

(1) El mutuo afecto de David y Jonatán es un verdadero modelo de amistad más que fraternal.

por mujer su hija Micol. Saúl vió claramente que Yave estaba con David, y que todo Israel le amaba. [29] Temíale Saúl más y más cada vez, y fué toda su vida enemigo de David. [30] Los príncipes de los filisteos hacían incursiones; pero cada vez que salían, David, por su habilidad, alcanzaba mejor suceso que todos los otros servidores de Saúl, y su nombre llegó a ser muy celebrado.

Intervención de Jonatán en favor de David.

19 [1] Propuso Saúl a Jonatán y a todos sus servidores matar a David; y Jonatán, hijo de Saúl, que amaba mucho a David, [2] se lo comunicó a éste, diciéndole: «Saúl, mi padre, busca matarte. Ponte, pues, en guardia; mañana, por favor, no te dejes ver y escóndete. [3] Yo saldré con mi padre al campo, a donde tú estés, hablaré de ti a mi padre, veré qué piensa y te lo comunicaré.» [4] Jonatán habló a su padre en favor de David, diciéndole: «No peque el rey contra su siervo David, pues él no ha pecado contra ti. Por lo contrario, cuanto hace es para bien tuyo; [5] ha expuesto su vida, ha derrotado al filisteo, y Yave ha obrado por él una gran liberación en todo Israel. Tú lo has visto, y te has alegrado. ¿Por qué, pues, vas a hacerte reo de sangre inocente, haciendo morir a David, sin culpa suya?» [6] Saúl escuchó a Jonatán, y juró: «¡Vive Yave! No morirá David.» [7] Jonatán llamó a David y le transmitió estas palabras; le llevó luego a Saúl, y se quedó David a su servicio, como estaba antes.

David huye de Saúl.

[8] Comenzó de nuevo la guerra, y David marchó contra los filisteos y les dió la batalla, infligiéndoles una gran derrota y poniéndolos en fuga. [9] El espíritu malo de Yave se apoderó de Saúl; y estando éste sentado en su casa con la lanza en la mano, mientras tocaba David el arpa, [10] quiso Saúl clavar a David en la pared, pero esquivó éste el golpe, y la lanza quedó clavada en el muro. Huyó David; [11] aquella noche Saúl mandó gente a la casa de David para prenderle, y matarle a la mañana; pero Micol, mujer de David, le informó de ello, diciéndole: «Si no te escapas esta misma noche, mañana mismo te matarán», [12] y le descolgó por la ventana.

David huyó, poniéndose en salvo. [13] Micol cogió luego los *terafim* y los metió en el lecho, puso una piel de cabra en el lugar de la cabeza, y echó sobre ella una cubierta. [14] Cuando Saúl mandó gente para prender a David, ella les dijo: «Está malo.» [15] Saúl volvió a mandarlos, para que viesen a David, y les dijo: «Traédmelo en su lecho, para que lo haga matar.» [16] Volvieron ellos, pero hallaron en el lecho los *terafim* y la piel de cabra en el sitio de la cabeza. [17] Saúl dijo a Micol: «¿Por qué me has engañado así, y has dejado escapar a mi enemigo, para que se ponga en salvo?» Micol respondió a Saúl: «Me dijo: Déjame ir o te mato.»

[18] Así huyó David y se salvó. Fuése a casa de Samuel, en Rama, y le contó cuanto le había hecho Saúl. Después se fué con Samuel a habitar en Nayot, en Rama.

Otra vez Saúl entre los profetas.

[19] Dijéronle a Saúl: «Mira, David está en Nayot, en Rama.» [20] Saúl mandó gente para prenderle, y viendo a la tropa de profetas profetizando, con Samuel a la cabeza, se apoderó de ellos el espíritu de Yave, y pusiéronse ellos también a profetizar. [21] Dieron a conocer esto a Saúl, y éste mandó nueva gente, y también éstos se pusieron a profetizar. Por tercera vez envió otros, pero también éstos profetizaron. [22] Entonces fué Saúl en persona a Rama, y al llegar a la gran cisterna que hay en Soco, preguntó: «¿Dónde están Samuel y David?» Y le respondieron: «Están en Nayot de Rama.» [23] Dirigióse allá, a Nayot de Rama. El espíritu de Dios se apoderó de él; e iba profetizando, hasta que llegó a Nayot de Rama; [24] y quitándose sus vestiduras, profetizó él también ante Samuel, y se estuvo desnudo por tierra todo aquel día y toda la noche. De ahí el proverbio: «¿También Saúl entre los profetas?» (1).

(1) En estas turbas de profetas parece que debe distinguirse entre fondo y formas exteriores. El primero era indudablemente religioso, deducido de la misma religión mosaica, pues eran hombres dedicados de una manera especial al culto de Yave, por el canto de sus alabanzas. Las formas exteriores, el acompaña-

Alianza entre David y Jonatán.

20 [1] David huyó de Nayot de Rama, y fué a ver a Jonatán, y le dijo: «¿Qué he hecho yo? ¿Qué crimen he cometido contra tu padre, para que de muerte me persiga?» [2] Jonatán le dijo: «No, no será así, no morirás. ¿Había de celarme a mí eso mi padre? No hace mi padre cosa alguna, ni grande ni pequeña, sin dármela a conocer. ¿Por qué había de ocultarme ésta? No hay nada de eso.» [3] Y juró nuevamente a David. Pero éste dijo: «Sabe muy bien tu padre que me quieres, y se habrá dicho: Que no lo sepa Jonatán, no vaya a darle pena; pero por Dios y por tu vida, que no hay más que un paso entre mí y la muerte.» [4] Jonatán dijo a David: «Di qué quieres que haga, que yo haré cuanto me pidas.» [5] David le respondió: «Mañana es el novilunio, y yo debería sentarme junto el rey en el convite. [6] Me iré, y me ocultaré en el campo, hasta la tarde del tercero día. [7] Si tu padre advierte mi ausencia, le dices: David me rogó que le permitiera ir de una escapada a Belén, su ciudad, porque se celebra el sacrificio anual de toda la familia.» [7] Si contesta: «Bien está», será que a tu siervo no le amenaza mal ninguno, pero si se enfurece, sabrás que tiene resuelta mi pérdida. Hazme, pues, ese favor, ya que hemos hecho entre los dos alianza por el nombre de Yave. Si algún crimen hay en mí, quítame tú mismo la vida. ¿Para qué llevarme a tu padre?»

Jonatán le dijo: «Lejos de ti ese pensamiento; pero si llego a saber que verdaderamente mi padre tiene resuelta tu perdición, te lo daré a conocer, te lo juro.» Preguntó David a Jonatán: «¿Y quién me va a informar de la cosa, y de si tu padre decide algo contra mí?» Jonatán le contestó: «Ven, vamos al campo.» Jonatán dijo allí a David: «Por Yave, Dios de Israel, te juro que yo sondearé a mi padre mañana o pasado mañana. Si la cosa va bien para David, y no mando quien te informe, que castigue Yave a Jonatán con todo rigor. Si mi padre trata de hacerte mal, te informaré también, para que te vayas en paz, y que te asista Yave, como asistió antes a mi padre. Si todavía vivo entonces, usa conmigo de la bondad de Yave; y si he muerto, no dejes de usarla jamás con mi casa; y cuando Yave haya arrancado de la tierra a todos los enemigos de David, persista la alianza de Jonatán con la casa de David, y vengue Yave a David de todos sus enemigos.»

Jonatán adjuró, una vez más a David, por el grande amor que le tenía, pues le amaba como a su propia vida. [18] Dijo Jonatán: «Mañana es el novilunio; se notará que está vacío tu asiento; [19] al tercer día se notará más; vienes y te escondes en el mismo lugar donde te esconderás mañana, junto a la piedra hito. [20] Yo lanzaré tres flechas hacia allá, como si tirara al blanco, y mandaré al mozo que vaya a buscarlas. [21] Si le digo: «Mira, las flechas están más acá de ti, cógelas; entonces vienes, que es señal de que las cosas van bien para ti, y no hay nada que temer, vive Yave. [22] Pero si le digo: Mira, las flechas están más allá de ti, entonces vete, porque es que Yave quiere que te vayas. [23] En cuanto a lo que uno a otro nos hemos prometido, Yave es testigo entre los dos.»

[24] David se escondió en el campo. Llegado el novilunio, el rey asistió a la comida del festín. [24] Sentóse en su sitio, como de costumbre, en la silla cercana a la pared. Jonatán se sentó enfrente, y Abner al lado de Saúl, pero la silla de David estaba vacía. [26] Saúl nada dijo aquel día, pensando que algo le habría pasado, y que se habría contaminado: «Seguramente es eso, que no estará puro», se dijo. [27] Al siguiente día, segundo del novilunio, la silla de David estaba también vacía, y Saúl preguntó a Jonatán: «¿Cómo el hijo de Isaí no ha venido a comer ni ayer ni hoy?» [28] Jonatán contestó a Saúl: «David me pidió poder ir con premura a Belén. Me dijo: Te ruego que me des permiso para ir, pues tenemos mañana en la ciudad un sacrificio de familia, y mi hermano me ha convocado. Si, pues, he hallado gracia a tus ojos, permíteme que vaya de una escapada, a ver a mis hermanos. Esta es la causa de que no haya ve-

---

miento de músicas estrepitosas, el danzar y bailar prolongados, etc., parecen tomadas de los falsos profetas de las religiones cananeas. No todo en ellos era divino, y no debemos dejarnos engañar por la denominación de profeta, ya que la significación de este nombre en la Escritura es múltiple.

nido a sentarse a la mesa del rey.»
30 Entonces se encendió en cólera
Saúl contra Jonatán y le increpó:
«¡Hijo perverso y contumaz! ¿No sé
yo bien que tú prefieres al hijo de
Isaí, para vergüenza tuya y ver-
güenza de la desnudez de tu madre?
31 Pues mientras el hijo de Isaí viva
sobre la tierra, no habrá seguridad
ni para ti ni para tu reino. Manda,
pues, a prenderle, y tráemele, porque
hijo es de la muerte.» 32 Jonatán res-
pondió a Saúl, su padre, diciéndole:
«¿Por qué ha de morir? ¿Qué ha he-
cho?» 33 Saúl blandió contra él su
lanza, para herirle. Comprendió Jo-
natán que su padre estaba enteramente resuelto a hacer morir a David.
34 Levantóse, pues, de la mesa muy
enojado, y no asistió a la comida del
segundo día del novilunio, por estar
muy apenado por David y haberle
ofendido su padre.
35 Al siguiente día por la mañana,
salió Jonatán al campo, como había
convenido con David, acompañado
de un mozo, 36 a quien dijo: «Corre
a cogerme las flechas que tiro.» Corrió
el mozo, y Jonatán entretanto dis-
paró otra flecha, de modo que pasase
más allá de él. 37 Cuando el mozo
llegaba al lugar donde estaba la fle-
cha que Jonatán había tirado, éste
le gritó: «La flecha está más allá de
ti», 38 y siguió diciendo, como si al
mozo se dirigiera: «Pronto, date prisa,
no te detengas.» El mozo de Jonatán
recogió la flecha, y se vino a donde
estaba su señor. 39 Nada sabía el
mozo. Sólo Jonatán y David lo en-
tendían. 40 Jonatán dió sus armas al
mozo que le acompañaba, y le dijo:
«Anda, llévalas a la ciudad.» 41 Ido
el mozo, se alzó David de junto a
la piedra, y echóse cara a tierra por
tres veces. Después ambos se abra-
zaron y lloraron, derramando David
muchas lágrimas. 42 Jonatán dijo a
David: «Vete en paz, ya que uno a
otro nos hemos jurado, en nombre
de Yave, que él estará entre tú y yo
y entre mi descendencia y la tuya,
para siempre.» 43 David se levantó
y se fué; y Jonatán se volvió a la
ciudad.

David en Nob.

21 1 Llegó David a Nob, donde
estaba Ajimelec, sacerdote, que
le salió asustado al encuentro, y le
dijo: «¿Cómo vienes tú solo, sin que
nadie te acompañe?» 2 David le res-
pondió: «Me ha dado el rey una orden,
y me ha dicho: Que nadie sepa nada
del asunto por que te he enviado, ni
de la orden que te he dado. A los
mozos les he dicho que se reúnan en
tal lugar. 3 Mira, pues, lo que tienes
a mano, y dame cinco panes, o lo
que encuentres.» 4 El sacerdote res-
pondió a David: «No tengo a mano
pan del ordinario; pero hay pan santo,
siempre que tus mozos se hayan abs-
tenido de trato con mujeres.» 5 David
le contestó: «Eso sí, nos hemos abs-
tenido ayer y anteayer, desde que
salimos. Los vasos de los mozos,
están puros, y como el camino que
llevamos es desviado, es seguro que
hoy están puros sus vasos.» 6 Dióle
entonces el sacerdote pan del santo,
por no tener más que panes de los
de la proposición, de los que habían
sido retirados de la presencia de
Yave, para reemplazarlos por otros
recientes.
7 Estaba allí aquel día uno de los
servidores de Saúl retenido en el
santuario, y de nombre Doeg, edo-
mita, jefe de los cursores de Saúl.
8 Preguntó David a Ajimelec: «¿Tie-
nes a mano una lanza o una espada?,
pues no he traído mis armas, porque
urgía la orden del rey.» 9 El sacer-
dote respondió: «Ahí está la espada
de Goliat, el filisteo, que tú mataste
en el valle del Terebinto. Allí la
tienes envuelta en un paño, detrás
del efod; si ésa quieres, cógela, pues
otra no hay.» David le dijo: «Ninguna
mejor, dámela.»

David en Get.

10 Levantóse, pues, David, y hu-
yendo de Saúl, se encaminó aquel
mismo día a Aquis, rey de Get.
11 Los servidores de Aquis dijeron
a éste: «Ahí está David, rey de la
tierra; aquel de quien cantaban:
Mató Saúl sus mil, pero David sus
diez mil.» 12 David comprendió lo
que aquellas palabras encerraban, y
temiendo mucho de Aquis, rey de
Get, 13 fingió haber perdido la razón,
y hacía entre ellos el loco; hacía que
tocaba el tambor en las puertas y
dejaba caer la saliva sobre su barba.
14 Aquis dijo a sus servidores: «¿No
veis que ese hombre está loco? ¿Para
qué me lo habéis traído? 15 ¿Me faltan
a mí locos, y me traéis a ése para que

vea sus locuras? ¿Voy a tenerlo yo en mi casa?»

22 [1] Partióse de allí David, y huyó a la caverna de Odolam. Al saberlo sus hermanos y toda la casa de su padre bajaron a él, [2] y todos los perseguidos, los endeudados y descontentos, se le unieron (1), llegando así a mandar a unos cuatrocientos hombres. [3] De allí fuése David a Masfa, en tierra de Moab, y dijo al rey de Moab: «Te ruego que acojas entre vosotros a mi padre y a mi madre, hasta que yo sepa lo que de mí hará Dios.» [4] Y trajo a su padre y a su madre al rey de Moab, y allí con él habitaron, mientras estuvo David en la fortaleza. [5] El profeta Gad dijo a David: «No sigas en la fortaleza, ve y vuelve a tierra de Judá.» Volvióse David, y se refugió en el bosque de Jaret.

Da Saúl muerte de los sacerdotes de Nob.

[6] Supo Saúl que David y los suyos habían sido vistos, y estando en Gueba, bajo el Tamarindo, en la altura, con la lanza en la mano, y rodeado de todos sus servidores, [7] les dijo Saúl: «Escuchad, benjaminitas: ¿Va a daros también a vosotros el hijo de Isaí campos y viñas, y va a haceros a todos jefes de mil y jefes de ciento, [8] para que así todos os hayáis conjurado contra mí, y no haya nadie que me informe de que mi hijo se ha ligado con el hijo de Isaí, y nadie de vosotros se duela de mí y me advierta que mi hijo ha sublevado contra mí a un servidor mío, para que me tienda asechanzas, como está haciendo?» [9] Doeg, el edomita, que estaba entre los servidores de Saúl, respondió: «Yo he visto al hijo de Isaí en Nob, con Ajimelec, hijo de Ajitob. [10] Ajimelec consultó por él a Yave, y le dió víveres y la espada de Goliat, el filisteo.» [11] El rey hizo llamar a Ajimelec, sacerdote, hijo de Ajitob y a toda la casa de su padre, los sacerdotes que había en Nob, y todos vinieron al rey, [12] que dijo: «¿Oyes, hijo de Ajitob?», y éste contestó: «Aquí me tienes, mi señor.» [13] Y añadió Saúl: «¿Por qué os habéis ligado contra mí, tú y el hijo de Isaí? Tú le has dado pan y una espada, y consultaste por él a Yave, para que él se sublevara contra mí, y me tendiera emboscadas, como lo está haciendo.» [14] Ajimelec respondió al rey: «¿Quién de entre todos tus servidores, como David, de una probada fidelidad, yerno del rey, admitido a sus consejos y tan honrado por toda tu casa? [15] ¿Es acaso ese día el primero en que he consultado yo a Yave por él? Lejos de mí semejante cosa. No me haga el rey cargos, que pesarían sobre toda la casa de mi padre, pues tu siervo no sabe nada de todo eso, ni poco ni mucho.» [16] El rey le dijo: «Vas a morir, Ajimelec, tú y toda la casa de tu padre»; [17] y mandó a los guardias que tenía cerca: «Volveos y dad muerte a los sacerdotes de Yave, pues han dado mano a David, y sabiendo bien que huía, no me informaron de ello.»

Los guardias del rey no quisieron poner su mano sobre los sacerdotes de Yave; [18] y entonces dijo el rey a Doeg, edomita: «Vuélvete y mata a los sacerdotes.» Y Doeg, edomita, se volvió, y él mató aquel día a los sacerdotes: ochenta y cinco hombres de los que vestían efod de lino. [19] Saúl pasó también a cuchillo a Nob, ciudad sacerdotal; hombres y mujeres, niños, hasta los de pecho, bueyes, asnos y ovejas; todos fueron pasados a cuchillo. [20] Un hijo de Ajimelec, hijo de Ajitob, pudo escapar. Llamábase Abiatar; fué a refugiarse a David, [21] y le dió la noticia de que Saúl había matado a los sacerdotes de Yave. [22] David dijo a Abiatar: «Ya pensé yo aquel día que Doeg, edomita, que estaba en Nob, no dejaría de informar a Saúl. Soy yo la causa de la muerte de toda la casa de tu padre. [23] Quédate conmigo y nada temas, que quien a ti te persigue es quien me persigue a mí, y aquí estarás bien guardado.»

Libra David a Queila.

23 [1] Vinieron a decirle a David que los filisteos estaban atacando a Queila, y habían saqueado las eras; [2] y David consultó a Yave, preguntando: «¿Iré a batir a los filisteos?» Y Yave respondió: «Ve,

(1) Hay entre los seguidores de David gentes perdidas, como lo eran también los de Jefté (Juec. 11. 3), fenómeno muy común en la historia de las revueltas políticas.

batirás a los filisteos y liberarás a Queila.» [3] Pero la gente de David le dijo: «Aquí en Judá tenemos que guardarnos; ¿qué será si vamos a Queila contra las tropas de los filisteos?» [4] Consultó David otra vez a Yave, y Yave le respondió: «Alzate y baja a Queila, pues te he dado los filisteos en tus manos.» [5] Fué, pues, David a Queila con su gente, y atacó a los filisteos, los puso en fuga apoderándose de su ganado, y haciéndolos experimentar una gran derrota, liberando así a los habitantes de Queila. [6] Abiatar, hijo de Ajimelec, que se había acogido a David, bajó con él a Queila, llevando consigo el efod.

Saúl, en persecución de David.

[7] Cuando Saúl supo que David había ido a Queila, se dijo: «Dios me lo entrega, pues ha ido a encerrarse en una ciudad que tiene puertas y cerrojos.» [8] Saúl reunió al pueblo para la guerra, para bajar a Queila y sitiar en ella a David y a los suyos; [9] pero David supo el mal designio que contra él tramaba Saúl, y dijo al sacerdote Abiatar: «Trae el efod»; [10] y luego preguntó: «Yave, Dios de Israel; tu siervo sabe que Saúl se dispone a venir a Queila, para destruir la ciudad por causa mía. [11] ¿Será sitiada la ciudad? ¿Bajará contra ella Saúl, como a tu siervo le han dicho? Yave, Dios de Israel, dígnate descubrírselo a tu siervo.» Y Yave respondió: «Bajará.» [12] Volvió a preguntar David: «Los habitantes de Queila, ¿me entregarán a mí y a los míos en manos de Saúl?» Y Yave respondió: «Te entregarán.» [13] Entonces se levantó David con su gente, unos seiscientos hombres; y saliendo de Queila, iban y venían a la ventura. Informado de que David había salido de Queila, suspendió Saúl su marcha.

[14] David andaba por el desierto, acogiéndose a los lugares fuertes, y se estableció en la montaña del desierto de Zif. [15] Saúl no dejaba de perseguirle constantemente, pero Dios no le puso en sus manos. Mientras andaba David por el desierto, temió, por saber que Saúl se había puesto en campaña para quitarle la vida; y estando en el desierto de Zif, en Jaresa, [16] fué en su busca Jonatán, hijo de Saúl, a Jaresa, y le animó diciéndole: «Nada temas, pues la mano de Saúl, mi padre, no te alcanzará. Tú reinarás sobre Israel, y yo seré tu segundo. Saúl, mi padre, lo sabe muy bien.» Renovaron ambos su pacto ante Yave, y quedándose David en Jaresa, Jonatán se volvió a casa.

Los de Zif habían ido a Gueba a decir a Saúl: «David está escondido entre nosotros en los lugares fuertes, en Jaresa, en la colina de Ajila, que está al mediodía del desierto. Baja, pues, ¡oh rey!, como estás deseándolo, que ponerle en tus manos es cosa nuestra.» Saúl les dijo: «Bendígaos Yave, por haberos dolido de mi suerte. Pero id, os ruego, y observad mejor todavía por dónde anda, inquirid y ved cuáles son sus andanzas y quién le ha visto; porque, según me han dicho, es muy astuto. Examinad y reconoced todos los escondrijos donde se oculta, y volved luego a mí con informes exactos; y entonces iré con vosotros, y si allí está, yo le descubriré entre todas las familias de Judá.» Fuéronse, pues, otra vez a Zif, precediendo a Saúl; pero David con los suyos se había retirado al desierto de Maón, al mediodía, al desierto.

Saúl salió con su gente en busca de David; y habiéndolo sabido éste, bajó de la colina, quedándose en el desierto de Maón. [26] Informado de ello Saúl, fué en persecución de David al desierto de Maón. Marchaba él por un lado de la colina, y David y sus gentes por el opuesto lado. Mientras se apresuraba David, para escapar de Saúl, y éste y sus gentes perseguían a David y los suyos para apoderarse de ellos, [27] vino un mensajero a decir al rey: «Apresúrate, pues los filisteos han invadido la tierra»; [28] y Saúl hubo de desistir de perseguir a David, para salir al encuentro de los filisteos. Por eso se llama todavía hoy aquel lugar Sela Hammajlecot.

David, en la caverna de Engadi. Respeta la vida de Saúl, teniéndola en su mano.

24 [1] Subió David, y se estableció en los lugares fuertes de Engadi. [2] De vuelta Saúl de perseguir a los filisteos, supo que David estaba en el desierto de Engadi, [3] y tomando Saúl tres mil hombres escogidos de

entre todo Israel, iba en busca de David y los suyos por el roquedo de Jealim; [4] y llegado a unos rediles que había junto al camino, entró en una caverna que allí había, para hacer una necesidad. David y sus gentes estaban en el fondo de la caverna, [5] y los hombres de David decían a éste: «Ahí tienes el día que Yave te anunció, diciéndote que entregaría a tu enemigo en tus manos; trátale como bien te parezca.» David se levantó, y acercándose calladamente, cortó la orla del manto de Saúl. [6] Luego le latía fuerte el corazón, por haber cortado la orla del manto de Saúl; [7] y dijo a sus hombres: «Líbreme Yave de hacer cosa tal contra mi señor, el ungido de Yave; poner mi mano sobre el que es ungido de Yave» (1).

[8] Reprimió David con sus palabras a los suyos, y no dejó que se echasen sobre Saúl. Levantóse luego Saúl para proseguir su camino; [9] y entonces se levantó también David, y saliendo de la caverna, se puso a gritarle: «¡Oh rey, mi señor!» Saúl miró atrás, y David se echó rostro a tierra, prosternándose; [10] y dijo luego a Saúl: «¿Por qué escuchas lo que te dicen algunos, de que yo pretendo tu mal? [11] Hoy ven tus ojos cómo Yave te ha puesto en mis manos en la caverna. Decíanme que te matara, pero yo te he preservado, diciéndome: «No pondré yo mi mano sobre mi señor, que es el ungido de Yave. [12] ¡Mira, padre mío, mira! En mi mano tengo la orla de tu manto. Yo la he cortado con mi mano, y cuando no te he matado, reconoce y comprende que no hay en mí ni maldad ni rebeldía, y que no he pecado contra ti. Tú, por el contrario, andas a la caza de mi vida, para quitármela. [13] Que juzgue Yave entre tú y yo, y sea Yave el que me vengue, que yo no pondré mi mano sobre el ungido de Yave. [14] De los malos, la malicia, dice el proverbio, pero yo no pondré nunca mi mano sobre ti. [15] ¿Y contra quién se ha puesto en marcha el rey de Israel? ¿A quién persigues? A un perro muerto, a una pulga. [16] Juzgue y pronuncie Yave entre tú y yo. Que él vea, que él tome mi causa, y que su sentencia me libre de tus manos.»

[17] Cuando hubo acabado de hablar David, dijo Saúl: «¿Eres tú, hijo mío, David?» Y alzando la voz se puso a llorar, y dijo: [18] «Mejor eres tú que yo, pues tú me has hecho bien y yo te pago con mal. [19] Tú has probado hoy que obras benévolamente conmigo, pues que Yave me ha puesto en tus manos y tú no me has matado. [20] ¿Quién es el que se encuentra con su enemigo y le deja seguir en paz su camino? Que Yave te pague lo que conmigo has hecho hoy. [21] Bien sé ya que tú reinarás, y que la realeza de Israel se afirmará en tus manos. [22] Júrame, pues, por Yave, que no destruirás a mi descendencia después de mí, y que no borrarás mi nombre de la casa de mi padre.» [23] David se lo juró a Saúl, y éste se volvió á su casa, y David y sus hombres subieron a un lugar fuerte.

(1) David dió siempre muestra de su espíritu religioso, en el respeto a la unción sagrada, que hacía que poner la mano sobre el rey fuese no sólo un homicidio, sino un verdadero sacrilegio.

Muerte de Samuel.

25 [1] En tanto murió Samuel, y todo Israel se reunió para llorarle, y fué sepultado en su ciudad, en Rama. David bajó al desierto de Farán. [2] Había en Maón un hombre muy rico, cuyos bienes estaban en el Carmel; tenía tres mil ovejas y mil cabras, y estaba en el Carmel para el esquileo de sus ovejas. [3] Llamábase el hombre Nabal, y su mujer Abigail; era una mujer de mucho entendimiento y muy hermosa, mientras que él era un hombre duro y malo; era del linaje de Caleb. [4] Supo David en el desierto que Nabal estaba de esquileo, [5] y le mandó diez mozos, a los que dijo: «Subid al Carmel e id en busca de Nabal; y después de saludarle de mi parte, [6] le habláis de esta manera: «Vivas muchos años; la paz sea contigo, con tu casa, y con cuanto tienes. [7] He sabido que estás de esquileo. Pues bien, tus pastores han estado tiempo con nosotros; nunca les hemos hecho ningún mal, ni les ha faltado nada del ganado mientras han estado en el desierto. [8] Pregúntales a ellos y te lo dirán. Que hallen, pues, gracia a tus ojos estos mozos, ya que llegamos en un día de júbilo. Da, pues, a tus siervos y a tu hijo David lo que halles a mano.»

9 Cuando llegaron los hombres de
David, y en nombre de éste repi-
tieron todas sus palabras, se queda-
ron esperando; 10 pero Nabal les res-
pondió: «¿Quién es David, y quién
el hijo de Isaí? Son hoy muchos los
siervos que andan huídos de su señor.
12 ¿Voy a tomar yo mi comida y mi
bebida y el ganado que he matado
para mis esquiladores, para dárselo
a gente que no sé de dónde es?»
13 Los servidores de David, dando
media vuelta, tomaron el camino y
se tornaron; y una vez llegados,
repitieron a David lo que Nabal
les había dicho. Entonces David
dijo: «Cíñase cada uno su espada.»
Ciñéronsela, y se ciñó también David
la suya, y salió con unos cuatro-
cientos hombres, dejando doscientos
custodiando el bagaje. 14 Uno de los
criados de Nabal fué a decirle a Abi-
gail: «David ha mandado del de-
sierto unos mensajeros a saludar a
nuestro amo, que los ha tratado
duramente. 15 Siempre esas gentes
se mostraron buenas con nosotros,
y nunca nos molestaron, ni nada
nos faltó de nuestros rebaños cuando
estábamos en el campo. 16 Antes
nos servían de defensa de noche y
de día todo el tiempo que estuvimos
con ellos guardando el ganado. 17 Mira
tú lo que has de hacer, porque la
pérdida de nuestro amo y de su casa
es segura, y es tan malo, que no se
le puede hablar.»
18 En seguida Abigail cogió dos-
cientos panes, dos odres de vino,
cinco carneros ya compuestos, cinco
medidas de trigo tostado, cien atados
de uvas pasas y doscientas masas de
higos secos; y haciéndolo cargar todo
sobre asnos, 19 dijo a sus criados:
«Pasad vosotros delante, que yo os
sigo.» Nada dijo a su marido; 20 y
cuando montada en su asno bajaba
por lo cubierto del monte, se encon-
tró con David y su gente, que bajaban
frente a ella. 21 David se había
dicho: «Muy en vano he guardado
yo todo cuanto ese hombre tiene
en el desierto, y he hecho que nada
de lo suyo le faltara; me ha pagado
mal por bien. 22 Que castigue Dios
a su siervo David, si de aquí al alba
queda con vida un solo hombre en
todo lo de Nabal.» 23 En cuanto
Abigail se dió cuenta de la presencia
de David, bajóse del asno; y echán-
dose ante David rostro a tierra,
24 se prosternó a sus pies, y le dijo:
«Caiga sobre mí, mi señor, la falta.
Deja que te hable tu esclava y es-
cucha sus palabras. 25 No haga cuenta
mi señor de ese malvado de Nabal,
porque es lo que su nombre signi-
fica, un necio, y está loco. Yo, mi
señor, no vi a los que mi señor envió.
26 Y ahora, mi señor, como vive
Yave y vivas tú, que te ha preser-
vado Yave de derramar sangre y
tomar por tu mano la venganza,
ojalá que todos tus enemigos y cuan-
tos te persiguen sean como Nabal.
27 Ahí tienes este presente, que tu
sierva trae a mi señor; que se reparta
entre la gente que sigue a mi señor.
28 Perdona, te ruego, la falta de tu
sierva, pues de cierto Yave hará a
mi señor casa estable, ya que mi
señor combate los combates de Yave,
y no vendrá sobre ti el mal en todo
el tiempo de tu vida. 29 Si alguno se
levanta para perseguirte y buscar
tu vida, la vida de mi señor estará
atada en el ramillete de los vivos
ante Yave, tu Dios, y la de tus ene-
migos será volteada dentro de lo cavo
de la honda. 30 Cuando Yave haga a
mi señor todo el bien que le ha pro-
metido y le haga jefe de Israel,
31 no sentirá mi señor el remordi-
miento de haber derramado sangre
inocente y de haberse vengado por
su mano. Cuando, pues, Yave favo-
rezca a mi señor, acuérdate de tu
esclava.»
32 David dijo a Abigail: «¡Bendito
Yave, Dios de Israel, que te ha man-
dado hoy a nuestro encuentro! 33 ¡Ben-
dita tu sabiduría, y bendita tú que
me has impedido hoy derramar san-
gre y vengarme por mi mano! 34 De
otro modo, ¡vive Yave, Dios de Israel,
que no me dejó hacer el mal!, si tú
no te hubieras apresurado a venir
a mi encuentro, que de aquí al alba
no le hubiera quedado a Nabal hom-
bre vivo. 35 David recibió de la mano
de Abigail lo que ella había traído, y
le dijo: «Sube en paz a tu casa; te he
oído y he acogido tu petición.»
36 Volvióse Abigail a casa de Nabal.
Hallábase éste sentado a un gran
banquete, como de rey, y estaba
enteramente ebrio. Nada le dijo ella,
ni poco ni mucho, hasta ser de día;
37 pero a la mañana, cuando ya había
digerido el vino, le contó su mujer
lo que había pasado, y el corazón
se le quedó como muerto, como una
piedra. 38 Unos diez días después
Yave hirió a Nabal y murió éste.

David toma a Abigail por mujer.

39 Cuando supo David la muerte
de Nabal, se dijo: «¡Bendito Yave,
que ha defendido mi causa contra el
ultraje que me hizo Nabal, e impi-
dió a su siervo hacer el mal! Yave ha
hecho que la maldad de Nabal reca-
yera sobre su cabeza.» Después mandó
mensajeros a Abigail, para propo-
nerla que quería tomarla por mujer.
40 Llegados a casa de Abigail, en el
Carmel, los mensajeros la hablaron
de esta manera: «David nos envía
a ti para decirte que quiere tomarte
por mujer.» 41 Ella se levantó, y
postrándose rostro a tierra, dijo:
«Que tu sierva sea una esclava para
lavar los pies a los servidores de mi
señor.» 42 Levantóse luego Abigail, y
montando sobre su asno, acompañada
de cinco de sus mozas, siguió a los
mensajeros de David, y fué su mujer.
43 David tomó también por mujer
a Ajinoam, de Jezrael. Una y otra
fueron mujeres de David. 44 Saúl
había dado su hija Micol, mujer de
David, a Paltí, de Galim, hijo
de Lais.

Respeta otra vez David la vida de Saúl teniéndola en sus manos.

26 1 Vinieron los de Zif a Saúl a
Gueba, y le dijeron que David
estaba en la colina de Jaquila, al
mediodía del desierto; 2 y levan-
tándose, bajó al desierto, llevando
consigo tres mil hombres escogidos
de Israel, al desierto de Zif, en busca
de David. 3 Acampó sobre la colina
de Jaquila, frente al desierto, junto
al camino. David andaba por el
desierto. Sabiendo David que había
venido Saúl al desierto en busca
suya, 4 mandó espías que le infor-
maran de si había llegado a Nacón.
5 Levantóse y fué al campo donde
acampaba Saúl, y exploró el lugar
donde dormía con Abner, hijo de
Ner, jefe de su ejército. Dormía
Saúl en su tienda, en derredor de la
cual acampaba la gente. 6 Dirigién-
dose, pues, a Ajimelec, geteo, y a
Abisai, hijo de Sarvia, hermano de
Joab, les dijo: «¿Quién baja conmigo
al campo de Saúl?» Abisai contestó:
«Yo bajaré contigo.»
7 Llegaron David y Abisai, y en-
contraron a Saúl durmiendo en su
tienda, con la lanza clavada en tierra,
junto a la cabecera. Abner y la gente
dormían en torno de la tienda. 8 Abi-
sai dijo a David: «Dios ha entregado
hoy en tus manos a tu enemigo.
Déjame que ahora mismo le atra-
viese con mi lanza, y de un golpe
le clave en la tierra, no tendré que
repetir.» 9 Pero David le dijo: «No
le mates. Quien pusiere su mano
sobre el ungido de Yave, ¿quedaría
impune?»; 10 y añadió: «Tan cierto
como vive Yave, que si no le hiere
él y le llega su día y muere, o muere
en la guerra, 11 Yave me libre de
poner la mano sobre su ungido.»
Coge la lanza y el jarro que está
junto a la cabecera, y vámonos.»
12 Llevóse David la lanza y el jarro
que estaban junto a la cabecera de
Saúl, y se fueron. Nadie los vió,
ni se dió nadie cuenta de nada;
nadie se despertó, todos dormían,
pues había hecho caer Yave sobre
ellos un profundo sopor.
13 David pasó al otro lado y se
puso lejos, sobre la cumbre de una
colina, separándoles largo trecho, 14 y
gritó a la gente y a Abner, hijo
de Ner: «¡Abner! ¿No contestas?»
Abner respondió: «¿Quién eres tú,
que así me llamas?» 15 David dijo
a Abner: «¿No eres tú un valiente?
¿Quién como tú en Israel? ¿Cómo
no guardas a tu rey y señor? 16 Al-
guien ha venido a matar al rey, tu
señor. Eso no está bien. Como vive
Yave, que mereces la muerte, por
no guardar a tu señor, el ungido
de Yave. Busca la lanza y el jarro
que tenía el rey junto a su cabecera.»
17 Saúl conoció la voz de David,
y dijo: »¿Eres tu, hijo mío, David?»
David contestó: «Yo soy, ¡oh rey
mi señor!» 18 Y añadió: «¿Por qué
persigue el rey a su siervo? 19 Si es
Yave quien te excita contra mí,
dale a oler el sacrificio; pero si son
hombres, malditos sean de Yave,
pues me echan ahora de mi puesto
en la heredad de Yave, diciendo:
«Vete a servir a dioses ajenos.»
20 Que caiga mi sangre sobre la tierra
delante de Yave; ya que el rey se
ha puesto a perseguirme como se
persigue por los montes a una perdiz.»
21 Saúl dijo: «He pecado. Vuelve,
David, hijo mío, que yo no te haré
ya mal, puesto que mi vida ha sido
hoy preciosa a tus ojos. He obrado
como un insensato y he faltado
mucho.» 22 David respondió: «Aquí
tienes tu lanza, rey. Que venga un

mozo a buscarla; [23] Yave dará a cada uno según su justicia y su fidelidad. Hoy te ha puesto en mis manos, y yo no he querido alzar mi mano contra el ungido de Yave. [24] Como ha sido hoy preciosa tu vida a mis ojos, así lo sea la mía a los ojos de Yave, y me libre él de toda angustia.» [25] Saúl dijo a David: «¡Bendito seas, hijo mío, David! Afortunado serás er todas tus empresas.» David prosiguió su camino y Saúl se volvió a su casa.

David, al servicio de los filisteos.

27 [1] David se dijo: «Un día u otro voy a perecer a manos de Saúl; lo mejor será que luego me refugie en la tierra de los filisteos, para que desista Saúl de buscarme en la de Israel, así escaparé de sus manos.» [2] Levantóse, pues, y pasó con los seiscientos hombres que le seguían a la tierra de Aquis, hijo de Maoc, en Get. [3] Quedóse con sus gentes en Get, cada uno con su familia. David con sus dos mujeres, Ajinoam de Jezrael y Agibail de Carmel, mujer de Nabal. [4] Sabiendo Saúl que David había huído a Get, no volvió a perseguirle. [5] David dijo a Aquis: «Si he hallado gracia a tus ojos, que me designen en una de las ciudades del campo un lugar donde habitar: ¿Para qué ha de habitar tu siervo en la ciudad real?» [6] Entonces le designó Aquis Siceleg, y por eso Siceleg pertenece hasta hoy a los reyes de Judá.

[7] El tiempo que pasó David entre los filisteos fué de un año y cuatro meses. [8] David y sus gentes subían y hacían excursiones contra los de Gesur, contra los de Guerz y contra los amalecitas, pues todos éstos habitaban la región, desde Telaim, según se va a Sur, hasta el Egipto. [9] David asolaba estas tierras, sin dejar vivos hombre ni mujer, apoderándose de ovejas, bueyes, asnos, camellos y vestidos, y se volvía a Aquis. [10] Este le preguntaba: «¿A quién habéis atacado hoy?» David contestaba: «Al mediodía de Judá, al mediodía de Jerameel, al mediodía de los quineos.» [11] David no dejaba con vida hombre ni mujer trayéndolos a Get, por temor de que informasen contra ellos, diciendo: «Esto es lo que ha hecho David.» Así procedió todo el tiempo que estuvo en la tierra de los filisteos. [12] Aquis se fiaba de David y se decía: «Se está haciendo odioso a su pueblo, y será para siempre mi servidor.»

Nueva invasión de los filisteos.

28 [1] Por aquel tiempo reunieron los filisteos sus tropas en un solo ejército, para ir contra Israel. Aquis dijo entonces a David: «Sabrás que has de venir conmigo a la campaña, tú y tus hombres.» [2] David le contestó: «Ya verás lo que hace tu siervo.» Aquis añadió: «Yo te confiaré la guardia de mi persona para siempre.»

Va Saúl a consultar a la pitonisa de Endor.

[3] Había muerto Samuel. Todo Israel le había llorado, y había sido sepultado en Rama, su ciudad. Saúl había hecho desaparecer de aquella tierra a todos los evocadores de los muertos, y adivinos. [4] Los filisteos, reuniéndose, vinieron a acampar en Sunam; y Saúl, reuniendo a todo Israel, acampó en Gelboe. [5] A la vista del campamento de los filisteos, Saúl tembló, y se le agitó el corazón. [6] Consultó a Yave, pero Yave no le respondía, ni por sueños, ni por los *urim*, ni por profetas; [7] y dijo a sus servidores: «Buscadme una pitonisa (1), para que vaya a consultarla.» Sus servidores le dijeron: «En Endor hay una pitonisa»; [8] y Saúl, disfrazándose, fué allá, acompañado de dos hombres. Llegados de noche a la casa de la mujer, Saúl le dijo: «Predime lo por venir, evocando a un muerto, el que que yo te diga.» [9] Ella contestó: «Bien sabrás lo que ha hecho Saúl, que ha borrado de esta tierra a todos los evocadores y adivinos. ¿Me tiendes un lazo para hacerme morir?» [10] Saúl le juró por Yave, diciendo: «Como vive Yave, que por esto no te ha de venir ningún mal.» [11] Díjole la mujer: «¿A quién he de evocar?» Y Saúl contestó: «Evócame a Samuel.»

[12] A la vista de Samuel, la mujer lanzó un grito, y dijo a Saúl: [13] «¿Por qué me has engañado? Tú eres Saúl.» El rey le dijo: «No temas. ¿Qué es

(1) Saúl, viendo que por ningún medio lícito le contestaba Dios, recurre al reprobado por la ley, la evocación de los muertos. La evocación de Samuel es diversamente concebida por los Padres e intérpretes, sin que podamos dar como cierta ninguna de las interpretaciones.

o que ves?» La mujer dijo a Saúl: «Veo un dios que se alza de la tierra.» 14 «¿Y cuál es su figura?—preguntó Saúl—. Ella respondió: «Es un anciano que sube envuelto en su manto.» Comprendió Saúl que era Samuel y se prosternó rostro a tierra. 15 Samuel dijo a Saúl: «¿Por qué has turbado mi reposo, evocándome?» Saúl respondió: «Estoy en gran aprieto. Los filisteos me hacen la guerra, y Yave se ha retirado de mí. No me ha respondido, ni por profetas ni por sueños. Te he evocado, para que me digas qué he de hacer.» 16 Samuel dijo: «¿Cómo me consultas tú, siendo así que Yave se ha retirado de ti y se ha hecho enemigo tuyo? 17 Yave hace lo que te había predicho por mi boca: arranca el reino de tus manos, para dárselo a otro, a David. 18 Porque no obedeciste a Yave y no trataste a Amalec según el ardor de su cólera, por eso hace ahora Yave eso contigo. 19 El entregará a Israel, juntamente contigo, a manos de los filisteos. Mañana tú y tus hijos estaréis conmigo, y Yave entregará el campamento de Israel a los filisteos.»

20 Cayó luego Saúl por tierra, cuan largo era, pues las palabras de Samuel le llenaron de espanto, y faltáronle las fuerzas, pues no había tomado nada ni en el día ni en la noche. 21 La mujer se acercó a Saúl, y viendo su gran turbación, le dijo: «Tu sierva no ha hecho más que obedecerte, exponiendo su vida. 22 Escucha, pues, tú también a tu sierva, y permite que te ofrezca un trozo de pan, para que tengas fuerzas para proseguir tu camino.» 23El contestó: «No comeré nada.» Sus servidores, uniéndose a la mujer, insistieron, y él se rindió a sus instancias. Levantose de tierra y se sentó sobre el diván. 24 Tenía en casa la mujer un ternero gordo; matóle luego, y tomando harina, coció unos ácimos 25 y lo presentó a Saúl y a sus servidores, quienes, después de comer, se levantaron y partieron aquella misma noche.

David, despedido del ejército de los filisteos.

29 1 Reunieron los filisteos todas sus tropas en Afec, e Israel acampaba cerca de la fuente de Jezrael. 2 Mientras avanzaban los príncipes de los filisteos a la cabeza de sus centenas y sus millares, David y los suyos marchaban a retaguardia con Aquis; 3 y los jefes de los filisteos preguntaron: «¿Qué hacen aquí los hebreos?» Aquis les dijo: «¿No veis que es David, siervo de Saúl, rey de Israel, que está conmigo hace días y años, sin que haya hallado yo la menor cosa que reprocharle, desde que se pasó a nosotros hasta ahora?» 4 Pero los jefes de los filisteos se enfurecieron contra Aquis, y le dijeron: «Despide a ese hombre, y que se vuelva al lugar que le has designado; que no venga a la batalla, no se revuelva contra nosotros durante el combate. ¿Cómo podría él volver a la gracia de su amo, mejor que ofreciéndole cabezas de nuestros hombres? 5 ¿No es ese David del que cantaban danzando: Saúl mató sus mil, pero David sus diez mil?»

6 Aquis llamó a David, y le dijo: «Como vive Yave, que tú eres hombre leal, y que yo veo con buenos ojos toda tu conducta en esta expedición, sin haber visto en ti nada malo, desde que llegaste a mí hasta hoy; pero a los príncipes no les agradas. 7 Vuélvete, pues, y torna en paz, para no desagradar a los príncipes.» 8 David respondió: «¿Pero qué te he hecho yo, y qué has hallado tú en tu siervo, desde que estoy junto a ti hasta hoy, para que no marche yo a combatir a los enemigos de mi señor, el rey?» 9 Aquis respondió a David: «Yo sé bien que tú has sido bueno conmigo, como un ángel de Dios; pero los jefes de los filisteos dicen: Que no suba con nosotros a la batalla. 10 Así que, levántate de mañana tú y los siervos de tu señor, que han venido contigo; levántate bien de mañana, y partid en cuanto sea de día.» 11 David y sus gentes se levantaron bien temprano, y partieron de vuelta a la tierra de los filisteos, y los filisteos subieron a Jezrael.

Saqueo e incendio de Siceleg por los amalecitas.

30 1 Cuando al tercer día llegó David con sus hombres a Siceleg, los amalecitas habían irrumpido en el Negueb y en Siceleg, y la habían tomado e incendiado. 2 Habían apresado a las mujeres que allí estaban y a pequeños y grandes, pero

sin matar a nadie, y llevándoselos, se habían puesto en camino. [3] Cuando llegaron David y sus gentes a la ciudad y vieron que había sido quemada, y que sus mujeres, hijos e hijas habían sido llevados cautivos, [4] alzaron la voz y lloraron hasta más no poder. [5] Habían sido llevadas las dos mujeres do David, Ajinoam, de Jeerael, y Abigail, de Carmel, mujer de Nabal.

[6] David se vió muy angustiado, pues la gente hablaba de lapidarle, ya que todos estaban muy amargados, cada uno por sus hijos y sus hijas. Pero David se confortó en Yave, su Dios. [7] Dijo, pues, al sacerdote Abiatar, hijo de Ajimelec: «Aplica el efod.» Aplicó Abiatar el efod, [8] y David consultó a Yave, diciendo: «¿He de perseguir a esa banda? ¿La alcanzaré?» Yave respondió: «Persíguela, porque de cierto la alcanzarás y recobrarás.» [9] Púsose David en marcha, con los seiscientos hombres que le seguían. Cuando llegaron al torrente de Besor, doscientos quedaron sin pasar más allá, rezagados por la fatiga. [10] David continuó la persecución con cuatrocientos hombres. [11] Encontraron en el campo a un egipcio, que llevaron a David; [12] diéronle pan que comiera y agua que bebiera, y un trozo de torta de higos secos y un racimo de pasas. Una vez que con el alimento se recobró, pues había estado tres días y tres noches sin comer ni beber, [13] le preguntó David: «¿De quién y de dónde eres tú?» El respondió: «Soy un esclavo egipcio, al servicio de un amalecita, y hace tres días me abandonó mi amo, porque enfermé. [14] Habíamos hecho una incursión en el Negueb de Queret, en Judá, y en el Negueb de Caleb, y hemos incendiado Siceleg.» [15] David le preguntó: «¿Quieres guiarme hacia donde está la banda?» El le respondió: «Júrame por Dios, que no me matarás ni me entregarás a mi amo, y te guiaré a donde está la banda.» [16] Guióllos, y vieron que estaban los amalecitas esparcidos por todo el campo, comiendo, bebiendo y bailando, pues era muy grande el botín que habían cogido en la tierra de los filisteos y en la de Judá. [17] David los batió desde la aurora hasta la tarde, y no escapó ninguno de ellos, fuera de cuatrocientos mozos, que huyeron montados en camellos. [18] David recobró cuanto los amalecitas se llevaban, y rescató a sus dos mujeres. [19] No faltó nadie, ni chico ni grande, ni niño, ni niña, ni nada del botín y de cuanto se habían llevado. David lo recobró todo; [20] y cogiendo el ganado mayor y menor, se pusieron en marcha delante de él, diciendo: «Este es el botín de David.»

[21] Llegó David a los doscientos hombres que, fatigados, no habían podido seguirle y se quedaron junto al torrente de Besor. Salieron éstos al encuentro de David y de los que venían con él, y David se acercó a ellos y los saludó amistosamente. [22] Pero lo peor de cuanto de málo había en la tropa de David, se puso a decir: «Pues que no han venido con nosotros, no les daremos parte del botín que hemos cogido; que coja cada uno su mujer y sus hijos y se los lleve.» [23] Pero David dijo: «No, hermanos míos, no hagáis eso con lo que nos ha dado Yave; porque él nos ha guardado y ha puesto en nuestras manos la banda que vino contra nosotros. [24] Eso, ni oírse siquiera. La parte debe ser la misma para el que combate y para el que custodia el bagaje. Todos partirán por igual.» [25] Y así se hizo aquel día y en lo sucesivo, quedando esto como ley y norma, que todavía se observa.

[26] De vuelta a Siceleg, David mandó parte del botín a los ancianos de Judá, sus amigos, diciendo: «Ahí va para vosotros un presente, del botín de los enemigos de Yave.» [27] Mandó a los de Betel, a los de Ramot del Negueb, a los de Jeter, [28] a los de Aroer, a los de Sefamot, a los de Estamo, [29] a los de Recal, a los de las ciudades de Jerameel, a los de las ciudades de Quene, [30] a los de Jorma, a los de Borasán, a los de Atac, [31] a los de Hebrón, y a los de todos los lugares por donde David y sus gentes habían estado.

Derrota y muerte de Saúl.

31 [1] Libraron batalla los filisteos, y los hijos de Israel se pusieron en fuga ante los filisteos, y cayeron muchos en los montes de Gelboe. [2] Los filisteos se pusieron a perseguir a Saúl y a sus hijos, y mataron a Jonatán, a Abinadab y a Melquisua, hijos de Saúl. [3] El peso de la batalla cargó principalmente sobre Saúl. Habiéndole descubierto los arqueros, y

viéndose muy apretado por ellos,
[4] dijo a su escudero: «Saca tu espada
y traspásame, no me hieran esos
incircuncisos y me afrenten.» El escu-
dero no obedeció por el gran temor
que tenía; y cogiendo Saúl su propia
espada, se echó sobre la punta de
ella. [5] El escudero, viéndole muerto,
se arrojó igualmente sobre la suya,
y murió con él. [6] Así murieron aquel
día juntos Saúl y sus tres hijos y su
escudero. [7] Los de Israel, que estaban
del lado acá del llano, y del lado acá
del Jordán, viendo huir a los hijos
de Israel y sabiendo que Saúl y sus
hijos habían muerto, abandonaron
sus ciudades, para emprender tam-
bién la fuga, y viniendo los filisteos,
las ocuparon.

[8] Al día siguiente vinieron los fi-
listeos para despojar a los muertos,
y hallaron a Saúl y a sus tres hijos,
que yacían sobre los montes de Gel-
boe. [9] Cortaron la cabeza de Saúl
y se apoderaron de sus armas, e hi-
cieron publicar esta buena noticia
por toda la tierra de los filisteos, en
los templos de sus ídolos y entre el
pueblo. [10] Las armas de Saúl las
depositaron en el templo de Astarte,
y su cabeza la colgaron de las murallas
de Betsán.

[11] Los habitantes de Jabes Galad,
habiendo sabido lo que los filisteos
habían hecho con Saúl, [12] reunieron
a los más valientes; y después de
marchar durante toda la noche, lle-
garon hasta Betsán; y cogiendo de
sus murallas el cadáver de Saúl y
los de sus hijos, se volvieron con ellos
a Jabes, donde los quemaron. [13] Co-
gieron sus huesos y los sepultaron
bajo el taray de Jabes, y ayunaron
siete días.

Absolon ex pugna fugiens ex arbore pendet Illius loab et ferit hasta latus 2 Sam 18

SAMUEL II

Comunican a David la noticia de la muerte de Saúl.

1 [1] Después de la muerte de Saúl, cuando hacía dos días que David, victorioso de los amalecitas, estaba en Siceleg, [2] llegó el tercer día al campamento un hombre, que venía del campo de Saúl, desgarrados los vestidos y cubierta la cabeza de polvo. Cuando estuvo cerca de David, se echó en tierra, prosternándose, [3] y David le preguntó: «¿De dónde vienes?» El respondió: «Vengo huído del campamento de Israel.» [4] David preguntó: «¿Qué ha sucedido? Cuéntamelo.» El respondió: «El pueblo huyó de la batalla, y gran número de hombres han caído y han perecido. Saúl mismo y Jonatán, su hijo, han sido muertos.» [5] David dijo al joven que le daba estas noticias: «¿Y cómo sabes tú que han muerto Saúl y su hijo Jonatán?» [6] El joven que le daba las noticias respondió: «Yo me hallaba por casualidad en el monte Gelboe, y vi a Saúl, apoyado sobre su lanza, mientras se acercaban a él carros y caballeros, que estaban ya para alcanzarle; [7] y volviéndose, me vió y me llamó. Yo respondí: «Aquí me tienes.» [8] Me dijo: «¿Quién eres tú?» Yo le respondí; Soy un amalecita.» [9] Y él me dijo: «Acércate a mí y mátame, porque me siento presa de un espasmo, mientras todavía tengo en mí toda la vida.» [10] Yo me acerqué a él y le maté, pues sabía muy bien que no sobreviría a su derrota; y cogiendo la diadema que llevaba en la cabeza y el brazalete que tenía en su brazo, se los he traído aquí a mi señor» (1).

[11] David, cogiendo sus vestiduras, las rasgó, y también todos los hombres que con él estaban. [12] Hicieron duelo, llorando y ayunando hasta la tarde, por Saúl, por su hijo Jonatán y por el pueblo de Yave y la casa de Israel, que habían caído bajo la espada.

---

(1) En su relato, el amalecita se atribuye falsamente la muerte de Saúl a petición de éste, creyendo que así se congraciaría con David, y éste le recompensaría. Por lo contrario, su falsa confesión es causa de su castigo.

13 David dijo al joven que le había
traído las noticias: «¿De dónde eres
tú?» El respondió: «Soy hijo de un
extranjero, de un amalecita.» 14 Y
David le dijo: «¿Y cómo te atreviste
a tender tu mano para dar muerte al
ungido de Yave?» 15 Y llamando a
uno de los suyos, le dijo: «Echate so-
bre él y mátale.» El hombre hirió al
amalecita, que murió. 16 David dijo:
«Caiga tu sangre sobre tu cabeza!
Tu misma boca ha atestiguado contra
ti al decir: Yo he dado la muerte al
ungido de Yave.»

Elegía de David por Saúl y Jonatán.

17 David cantó una elegía por Saúl
y Jonatán, su hijo, 18 y mandó que
se la enseñasen a los hijos de Judá.
Es el canto del arco, y está escrito
en el libro de Jaser (1):
19 «Tu gloria, Israel, ha perecido
en tus montes;
¿Cómo cayeron los héroes?
20 No lo propaléis en Get;
No lo publiquéis por las calles de
Ascalón,
Que no se regocijen las hijas de
los filisteos,
Y no salten de júbilo las hijas de
los incircuncisos.
21 ¡Montes de Gelboe! No caiga
sobre vosotros ni rocío ni lluvia,
Ni seáis campos de primicias,
Porque allí fué abatido el escudo
de los héroes,
El escudo de Saúl, como si no fuera
el ungido con el óleo.
22 De la sangre de los muertos, de
la grasa de los valientes,
El arco de Jonatás no se hartaba
nunca,
La espada de Saúl no se blandía
en vano.
23 Saúl y Jonatán, amados y queri-
dos, inseparables en vida,
Tampoco se separaron en la muerte.
Más ágiles que las águilas,
Más fuertes que los leones.
24 Hijas de Israel, llorad por Saúl,
Que os vestía de lino fino,
Y adornaba de oro vuestros ves-
tidos.
25 ¿Cómo han caído los héroes en
medio de la batalla?
¿Cómo fué traspasado Jonatán en
las alturas?
26 Angustiado estoy por ti, ¡oh
Jonatán, hermano mío!
Me eras carísimo,
Y tu amor era para mí dulcísimo,
Más que el amor de las mujeres.
27 ¿Cómo han caído los héroes?
¿Cómo han caído los fuertes gue-
rreros?»

(1) La nobleza de sentimientos de David, tantas veces mostrada en su proceder para con Saúl, se manifiesta en este canto elegíaco, en que David se lamenta no sólo de la muerte de Jonatán, su entrañable amigo, sino de la de Saúl, su encarnizado perseguidor.

David, rey de Judá.

2 1 Después de esto, consultó David
a Yave, diciendo: «¿He de subir
a alguna de las ciudades de Judá?»
Y Yave respondió: «Sube.» Preguntó
David: «¿A cuál de ellas subiré.»
Y Yave respondió: «A Hebrón.»
2 Subió, pues, allá David, con sus
dos mujeres, Ajinoam de Jezrael y
Abigail de Carmel, mujer de Nabal.
3 Hizo también que subieran los que
estaban con él, cada uno con su fa-
milia, y habitaron en la ciudad de
Hebrón. 4 Vinieron los hombres de
Judá, y ungieron allí a David, rey
de la casa de Judá. Supo David que
las gentes de Jabes Galad habían
dado sepultura a Saúl; 5 y David envió
mensajeros a los hombres de Jabes
Galad, que les dijeran: «Benditos
seáis de Yave por la misericordia que
habéis hecho con vuestro señor Saúl,
dándole sepultura. 6 Que haga Yave
con vosotros misericordia y verdad.
Yo también os pagaré con favores
lo que habéis hecho. 7 Fortaleced
vuestras manos y tened valor, pues
que, muerto Saúl, los hombres de
Judá me han ungido por rey suyo.»

Oposición de la casa de Saúl.

8 Pero Abner, hijo de Ner, jefe del
ejército de Saúl, tomó a Isboset, hijo
de Saúl; y llevándole a Majanaim,
9 le alzó por rey de Galad, de Aser, de
Jezrael, de Efraím, de Benjamín y
de todo Israel.
10 Cuarenta años tenía Isboset, hijo
de Saúl, cuando comenzó a reinar en
Israel y reinó dos años.
11 El tiempo que David reinó en
Hebrón, sobre la casa de Judá, fué
de siete años y seis meses.

La batalla de Gabaón.

12 Abner, hijo de Ner, y los seguidores de Isboset, salieron de Majanaim para Gabaón.
13 Joab, hijo de Sarvia, y los seguidores de David se pusieron en marcha. Encontráronse cerca del estanque de Gabaón y acamparon los unos de un lado del estanque y los otros del otro. 14 Abner dijo a Joab: «Salgan unos cuantos jóvenes y combatan a nuestra vista.» Joab respondió: «Que salgan.» 15 Y salieron, avanzando en igual número, doce de Benjamín, por Isboset, hijo de Saúl, y doce de los seguidores de David; 16 y cogiendo cada uno a su adversario por la cabeza, le hundió la espada en el costado, y cayeron todos a una, llamándose por eso aquel lugar Elcatusurim, que está en Gabaón. 17 Hubo aquel día muy recia batalla, y Abner y los hombres de Israel fueron vencidos por los seguidores de David. 18 Estaban allí los tres hijos de Sarvia: Joab, Abisai y Azael. Azael era ligero de pies, como un corzo de los campos, 19 y persiguió a Abner, sin apartarse de él, ni a la derecha ni a la izquierda. 20 Abner miró detrás de sí, y le dijo: «¿Eres tú, Azael?» El respondió: «Yo soy.» 21 Y Abner le dijo: «Apártate o a la derecha o a la izquierda, coge a uno de esos mozos, y toma sus despojos.» Pero Azael no quiso apartarse de él, 22 y Abner dijo entonces a Azael: «Apártate de mí o te derribo en tierra, ¿y cómo podría yo levantar mis ojos delante de Joab, tu hermano?» 23 Pero Azael rehusó retirarse, y Abner le hirió entonces con el regatón de la lanza en el abdomen, saliéndole la lanza por detrás, y allí cayó y murió. Todos, al llegar al lugar donde había caído Azael, se detenían. 24 Joab y Abisai persiguieron a Abner, llegando al ponerse del sol a la colina de Amma, que está frente a Guiaj, del lado del desierto de Gabaón.
25 Los hijos de Benjamín se reunieron detrás de Abner en apretado haz, y se apostaron en lo alto de la colina; 26 y Abner llamando a Joab, le dijo a voces: «¿Hasta cuándo no dejará de devorar la espada? ¿No sabes que al fin viene la desesperación? ¿A cuándo esperas, para decir a los tuyos que dejen de perseguir a sus hermanos?» 27 Y Joab respondió: «Por Dios vivo, que si no hubieras hablado tú, el pueblo no habría dejado de perseguir a sus hermanos hasta mañana.» 28 Y Joab hizo sonar la trompeta, y el pueblo se detuvo, y no persiguieron ya a Israel, cesando el combate. 29 Abner y sus gentes, después de marchar toda la noche por el Araba, pasaron el Jordán, cruzaron todo el Bitrón, y llegaron a Majanaim.
30 Joab, cesando en la persecución de Abner, reunió a todo el pueblo. Faltaban de los seguidores de David diecinueve hombres y Azael. 31 Los seguidores de David habían herido de muerte a trescientos sesenta hombres de los de Benjamín, de los de Abner. Llevaron a Azael y le sepultaron en el sepulcro de su padre en Belén. 32 Joab y sus hombres marcharon toda la noche, y llegaron a Hebrón al despuntar el día.

Guerra civil entre la casa de David y la de Saúl.

3 1 Fué larga la guerra entre la casa de David y la casa de Saúl, pero David iba fortaleciéndose cada vez más, y la casa de Saúl cada vez más debilitándose.
2 En Hebrón naciéronle hijos a David: su primogénito fué Amnón, hijo de Ajinoam de Jezrael; 3 el segundo Jeleab, de Abigail, del Carmel, mujer de Nabal; el tercero Absalón, hijo de Maca, hija de Tolmai, rey de Gesur; 4 el cuarto Adonías, hijo de Agit; el quinto Safatía, hijo de Abital; 5 el sexto Jetram, de Egla, mujer de David. Estos son los hijos que nacieron a David en Hebrón.
6 Durante la guerra entre la casa de Saúl y la casa de David, era Abner el que se hacía fuerte por la casa de Saúl. 7 Había tenido Saúl una concubina, de nombre Resfa, hija de Aya; e Isboset dijo a Abner: «Por qué has entrado a la concubina de mi padre?» Abner, muy irritado por lo que le decía Isboset, respondió: «¿Soy yo acaso hoy una cabeza de perro? Hasta hoy he favorecido yo a la casa de Saúl, tu padre, y a sus hermanos y amigos, y no te he puesto en las manos de David; ¿y tú me recriminas hoy por causa de esa mujer? 9 Así haga Dios a Abner, y así le añada, si no hago yo con David, conforme a lo que le ha jurado Yave, que quitaría el reino a la casa de Saúl, y confirmaría el trono de David, sobre Israel y sobre Judá, desde Dan hasta Berseba.»

11 No pudo Isboset responder a
Abner palabra, porque le temía. 12 Envió, pues, Abner mensajeros de su
parte a David, diciéndole: «¿Cúya es
la tierra?», y para que le dijeran: «Haz
alianza conmigo y mi mano te ayudará
a traer a ti a todo Israel.»
13 David respondió: «Está bien,
yo haré alianza contigo, pero te pido
una cosa: Que no vengas a verme,
sin traer contigo a Micol, la hija de
Saúl, cuando vengas a verme.» 14 Después de esto mandó David mensajeros a Isboset, hijo de Saúl, que le dijeran: «Devuélveme mi mujer, Micol, que adquirí a costa de cien prepucios de filisteos.» 15 Mandó Isboset
a quitársela a su marido Paltiel, hijo
de Laín, y 16 el marido se fué tras ella
siguiéndola y llorando hasta Bajurim. Abner le dijo: «Anda y vuélvete»,
y él entonces se volvió. 17 Habló Abner
a los ancianos de Israel, diciendo: «No
es de ayer vuestro deseo de que David
reinase sobre vosotros: 18 cumplidlo,
pues, ahora, pues que Yave ha hablado
a David, diciendo: Por mano de mi
siervo David libraré yo a mi pueblo
Israel, de la mano de los filisteos y
de la mano de todos sus enemigos.»
19 Habló también Abner a los hijos
de Benjamín, y fué luego a Hebrón, a
comunicar a David la disposición en
que estaba Israel y toda la casa de
Benjamín. 20 Vino, pues, Abner a
David, a Hebrón, con veinte hombres,
y David dió un banquete a Abner y a
a los que con él habían venido. 21 Y
Abner dijo a David: «Voy a levantarme, y partiré para reunir a todo
Israel, y traerle a mi señor el rey. Ellos
harán alianza contigo, y tú reinarás
como deseas.« David despidió luego
a Abner, y éste se fué en paz.
22 Vinieron los seguidores de David y Joab, de vuelta de expedición, trayendo consigo gran botín.
No estaba ya Abner con David en
Hebrón; ya le había despedido David y ya se había ido él en paz; 23 pero
al llegar Joab con el ejército que mandaba, dieron aviso a Joab, diciendo:
«Abner, hijo de Ner, ha venido a estar con el rey, y éste le ha despedido,
y él se ha ido en paz». 24 Vino entonces Joab al rey, y le dijo: «¿Cómo has
hecho esto? Ha venido a estar contigo Abner. ¿por qué, pues, le has dejado irse en paz? 25 No sabes tú que
Abner, hijo de Ner, ha venido a engañarte y a espiarte en tus entradas y
salidas y sorprender tus planes?»
26 Y en saliendo de estar con David,
mandó Joab algunos tras Abner,
que le trajeron desde la cisterna de Sira,
sin que David supiera nada. 27 Cuando
Abner estuvo de vuelta en Hebrón,
Joab, llevándole aparte dentro de la
puerta, como para hablarle en sesecreto, le hirió en el vientre y le
mató, en venganza de la sangre de
Azael, su hermano. 28 Al saberlo David, dijo: «Inocente soy yo para siempre, yo y mi reino delante de Yave,
de la sangre de Abner, hijo de Ner;
29 caiga su sangre sobre la cabeza de
Joab, y sobre toda la casa de su padre. Haya siempre en la casa de Joab
quien padezca de flujo, leproso, quien
ande con báculo, quien muera a cuchillo, quien carezca de pan.»
30 Joab y Abisai, su hermano, mataron a Abner, porque éste había
muerto a Azael, hermano de los dos,
en la batalla de Gabaón.
31 David dijo a Joab y a todo el pueblo que con él estaba: «Rasgad vuestras vestiduras, ceñíos de saco, y
haced duelo por Abner.» 32 Sepultaron a Abner en Hebrón. El rey iba
detrás del féretro; y lloró en alta voz
sobre la tumba de Abner, y todo el
pueblo lloró con él. 33 El rey cantó
una elegía por Abner, y dijo: «¿Ha
muerto acaso Abner la muerte del
criminal?
34 No estaban atadas tus manos,
Ni encadenados tus pies.
Caíste como cae el inocente,
A manos de malvados.»
Todo el pueblo siguió llorando a
Abner, 35 y se acercaron a David para
hacerle tomar algún alimento antes
de que acabase el día; pero David
juró: «Hágame esto Yave, y esto me
añada, si cómo nada antes de la puesta del sol.» 36 Todo el pueblo lo supo,
viendo con agrado lo que hacía el rey;
37 y comprendió aquel día, que no
había sido obra del rey la muerte de
Abner, hijo de Ner. El rey dijo a sus
servidores: «¿No veis que ha caído hoy
en Israel un gran capitán y un gran
hombre? 38 Por lo que a mí hace, yo soy
todavía débil, aunque ungido, y esos
hombres, los hijos de Sarvia, son más
poderosos que yo. Que Yave pague al
que ha hecho el mal, según su malicia.»

Muerte de Isboset.

4 1 Cuando supo Isboset que Abner
había muerto en Hebrón, se le
cayeron los brazos, y todo Israel

quedó consternado. [2] Estaban con el hijo de Saúl dos jefes de bandidos uno de nombre Bana y otro de nombre Recab, hijos de Remón, de Berot, de los hijos de Benjamín, pues Berot se cuenta también como parte de Benjamín. [3] Estos berotitas habían huído a Guitaim, y habían habitado allí hasta entonces. [4] Un hijo de Jonatán, hijo de Saúl, tenía cinco años; y al llegar de Jezrael la noticia de la muerte de Saúl y Jonatán, le cogió la nodriza para huir con él, y en la precipitación de la fuga le dejó caer, y quedó cojo; se llamaba Mifisboset. [5] Los hijos de Remón, de Berot, Recab y Bana, vinieron durante las horas del calor [6] y entraron en la casa de Isboset, que estaba durmiendo la siesta; la portera, limpiando trigo, se había dormido; y Recab y Bana [7] llegaron sin ser vistos hasta la alcoba donde Isboset dormía, e hiriéndole, le mataron, y cortándole la cabeza, huyeron por el camino del desierto toda la noche.

[8] Trajeron a David, a Hebrón, la cabeza de Isboset, y dijeron al rey: «Ahí tienes la cabeza de Isboset, hijo de Saúl, tu enemigo, que te perseguía; Yave ha vengado hoy a mi señor, el rey, de Saúl y de su descendencia.» [9] Pero David, respondiendo a Recab y Bana, su hermano, hijos de Remón de Berot, les dijo: «Vive Yave, que me salvó de toda angustia; [10] que si al que me anunció, diciendo: «Ha muerto Saúl, creyendo anunciarme cosa grata para mí, le cogí, y le maté en Siceleg, cuando parecía que era digno de albricias por la noticia, [11] ¿cuánto más ahora, que unos malvados han quitado la vida a un hombre inocente, en su casa, en su lecho, no habré de demandar su sangre de vuestras manos, exterminándoos de sobre la tierra?» [12] Dió, pues, orden David a sus gentes, de matarlos; y cortándoles manos y pies, los colgaron junto a la piscina de Hebrón. La cabeza de Isboset, la cogieron y la sepultaron en el sepulcro de Abner, en Hebrón.

Reina David sobre todo Israel.

5 [1] Vinieron a David, a Hebrón, todas las tribus de Israel, y hablaron, diciendo: «Hueso tuyo y carne tuya somos; [2] ya antes, cuando reinaba Saúl sobre nosotros, tú sacabas a Israel y entrabas con él. Además Yave te ha dicho: Apacienta a mi pueblo, y sé el jefe de Israel.» [3] Vinieron, pues, todos los ancianos de Israel a David, a Hebrón; y David hizo con ellos alianza en Hebrón ante Yave, y ungieron a David rey de Israel. [4] Treinta años tenía David cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años. [5] Reinó en Hebrón, sobre Judá, siete años y seis meses, y treinta y tres años en Jerusalén, sobre todo Israel y Judá.

[6] El rey se dirigió con su gente a Jerusalén, contra los jebuseos que la habitaban, que dijeron a David: «No entrarás tú aquí: ciegos y cojos bastarán para impedírtelo.» Con lo que querían decir: «Jamás entrará David aquí.» [7] Pero David se apoderó de la fortaleza de Sión, que es la ciudad de David; [8] pues había dicho: «¿Quién, batiendo al jebuseo, llegará a alcanzar por el túnel a los ciegos y cojos, aborrecidos del alma de David?» Por eso quedó en proverbio: «No volverán a casa los ciegos y los cojos.»

[9] David estableció su residencia en la fortaleza, y la llamó la ciudad de David (1), y edificó en derredor, desde el terraplén para adentro. [10] David iba creciendo en poder cada vez más, y Yave Sebaot estaba con él. [11] Hirán, rey de Tiro, envió a David una embajada y maderas de cedro, carpinteros y canteros, que edificaron la casa de David.

[12] Conoció David que Yave le había confirmado rey de Israel, y que realzaba su reino por amor de Israel, su pueblo. [13] Tomó David más concubinas y mujeres, de Jerusalén, después de venir de Hebrón, y le nacieron hijos e hijas. [14] He aquí los nombres de los que le nacieron en Jerusalén: Samua, Sobab, Natán, Salomón, [15] Jebar, Elima, Nefeg, [16] Jafia, Elisama, Elijoda y Elifelet.

[17] Cuando los filisteos supieron que David había sido ungido rey de Israel, subieron todos en busca suya, y David, que lo supo, bajó a su encuentro. [18] Los filisteos hicieron una incursión en el valle de Refaim, [19] y David consultó a Yave, diciendo: «¿Subiré contra los filisteos? ¿Los

(1) Jerusalén viene a ser el centro político de Israel, como será también poco después el centro religioso, con el traslado del arca. David mostró en la elección su buen ojo, pues nunca después perdió Jerusalén su preponderancia en Israel.

entregarás en mis manos?» Y Yave dijo a David: «Sube, pues de cierto los entregaré en tus manos.» [20] Vino, pues, David, a Baal Parasim, donde los derrotó, y dijo: «Yave ha roto a mis enemigos como rompen las aguas.» Por eso se dió a aquel lugar el nombre de Baal Parasim. [21] Dejaron allí sus ídolos, que David y su gente se llevaron. [22] Volvieron los filisteos a subir, y a invadir el valle de Refaim. [23] Consultó David a Yave: «¿Subiré contra los filisteos? ¿Los entregarás en mis manos?» Y él le respondió: «No subas a su encuentro, rodea por detrás de ellos y atácalos por la espalda, desde el lado de las balsameras. [24] Cuando entre las balsameras oigas ruido de pasos, ataca fuertemente, porque es Yave que marcha delante de ti, para derrotar al ejército de los filisteos.» [25] David hizo lo que Yave le mandaba, y batió a los filisteos desde Gabaón hasta Quezer.

Traslado del arca a Jerusalén.

6 [1] Volvió a reunir David a los selectos de Israel, treinta mil hombres; [2] y acompañado de todo el pueblo congregado tras él, se puso en marcha desde Baale Judá, para subir el arca de Dios, sobre la cual se invoca el nombre de Yave Sebaot, sentado sobre los querubines. [3] Pusieron sobre un carro nuevo el arca de Dios, y la sacaron de la casa de Abinadab, que está sobre la colina. [4] Oza y Ajio, hijos de Abinadab, guiaban el carro nuevo; iba Oza al lado del arca, y Ajio iba delante; [5] David y toda la casa de Israel iban danzando delante de Yave con todas sus fuerzas, con arpas, salterios, adufes, flautas y címbalos. [6] Cuando llegaron a la era de Nacón, tendió Oza la mano hacia el arca de Dios, y la cogió, porque los bueyes daban sacudidas. [7] Encendióse de pronto contra Oza la cólera de Yave, y cayó allí muerto, junto al arca de Dios. [8] Entristecióse David de que hubiese herido Yave a Oza,y fué llamado aquel lugar Pere Oza, hasta hoy [9] Atemorizóse entonces David de Yave, y dijo: «¿Cómo voy a llevar a mí el arca de Yave?» [10] Y desistió ya de llevar a sí el arca de Yave, a la ciudad de David, y la hizo llevar a casa de Obededón, de Get. [11] Tres meses estuvo el arca de Yave en casa de Obededón, y Yave le bendijo a él y a toda su casa. [12] Dijéronle a David: «Yave ha bendecido a la casa de Obededón y a cuanto tiene con él, por causa del arca de Dios»; y poniéndose David en camino, subió el arca de Dios, de la casa de Obededón a la ciudad de David, con un jubiloso cortejo. [13] Como los que llevaban el arca de Yave hubieron andado seis pasos, se sacrificaron un buey y un becerro cebado. [14] David danzaba con toda su fuerza delante de Yave, y vestía un efod de lino. [15] Así subieron David y toda la casa de Israel, entre gritos de júbilo y el sonar de las trompetas.

[16] Cuando el arca de Yave llegó a la ciudad de David, Micol, hija de Saúl, miró por la ventana; y al ver al rey David, saltando y danzando delante de Yave, le menospreció en su corazón. [17] Una vez que el arca de Yave fué introducida y puesta en su lugar, en medio del tabernáculo que David había alzado para ella, David ofreció a Yave holocaustos y sacrificios eucarísticos. [18] Acabado que hubo de ofrecer los holocaustos y los sacrificios eucarísticos, bendijo al pueblo en nombre de Yave Sebaot. [19] Repartió a todo el pueblo, a toda la muchedumbre de Israel, hombres y mujeres, a cada uno una torta, un pedazo de carne y un racimo de uvas, y el pueblo se fué cada uno a su casa.

[20] Cuando se volvió David a la suya para bendecirla, Micol, la hija de Saúl, le salió al encuentro, diciendo: «¡Qué gloria hoy para el rey de Israel, haberse desnudado a los ojos de las siervas de sus siervos, como se desnuda un juglar!» [21] David respondió a Micol: «Delante de Yave, que con preferencia a tu padre y a toda su casa me eligió para hacerme jefe de su pueblo, de Israel, he danzado yo. [22] Y aún más vil que esto quiero parecer todavía, y rebajarme más a tus ojos, y seré así honrado a los ojos de las siervas de que tú has hablado.» [23] Y ya Micol, hija de Saúl, no tuvo más hijos hasta el día de su muerte.

Promesa del trono eterno.

7 [1] Cuando el rey se hubo establecido en su casa y le hubo dado Yave el descanso, librándole de todos sus

enemigos en derredor, [2] dijo a Natán, profeta: «Ya ves; yo habito en casas de cedro, y el arca de Yave está en una tienda.» [3] Natán respondió al rey: «Anda, haz lo que tienes en tu corazón, pues que Yave está contigo.» [4] Pero aquella misma noche tuvo Natán palabra de Yave: «Anda [5] y ve a decir a David, mi siervo: Así habla Yave: ¿Vas a edificarme tú una casa, para que yo habite en ella? Mira, yo no he habitado en casa desde el día en que saqué de Egipto a los hijos de Israel, hasta hoy, sino que he andado en una tienda, en un tabernáculo. Y en todo el tiempo en que anduve con los hijos de Israel, ¿he dicho yo palabra a ninguno de los jefes de Israel, a quienes mandé que apacentaran mi pueblo de Israel, de hacerme una casa de cedro? [8] Di, pues, a David, mi siervo: Así habla Yave Sebaot: Yo te tomé de la majada, de detrás de las ovejas, para que fueses príncipe de mi pueblo, de Israel. [9] He estado contigo por dondequiera que has ido; he exterminado delante de ti a todos tus enemigos, y te estoy haciendo un nombre grande, como el de los grandes de la tierra, [10] estableciendo a mi pueblo Israel y plantándolo en su lugar, para que habite en él y no sea ya perturbado, y los hijos de la iniquidad no le aflijan como antes, [11] desde el día en que constituí jueces sobre mi pueblo, Israel, y dándote descanso de todos tus enemigos. Hácete, pues, saber Yave, que él te edificará casa a ti; [12] y que cuando se cumplieren tus días y te duermas con tus padres, suscitaré a tu linaje, después de ti, el que saldrá de tus entrañas, y afirmaré su reino. [13] El edificará casa a mi nombre, y yo estableceré su trono por siempre. [14] Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Si obrare él mal, yo le castigaré con varas de hombres y con azotes de hijos de hombres; [15] pero no apartaré de él mi misericordia, como la aparté de Saúl, arrojándole de delante de ti. [16] Permanente será tu casa para siempre ante mi rostro, y tu trono estable por la eternidad» (1).

[17] Conforme a todas estas palabras y a toda esta visión, habló Natán a David; [18] y entrándose el rey David, puesto delante de Yave, dijo: «Señor, Yave, ¿quién soy yo, y qué es mi casa, para que hasta tal punto me hayas traído? [19] Y aun esto ha sido poco a tus ojos, Señor, Yave, y has hablado acerca de la casa de tu siervo para lo por venir, aventajándome sobre los otros hombres, ¡Señor, Yave! [20] ¿Qué más podrá decirte David? Tú, ¡oh Señor, Yave!, conoces a tu siervo. [21] Todas estas grandezas las haces según tu palabra y según tu corazón, y se las has dado a conocer a tu siervo. [22] ¡Qué grande eres, Señor, Yave! No hay nadie que se te asemeje, ni hay Dios fuera de ti, como lo hemos oído con nuestros oídos. [23] ¿Y hay sobre la tierra pueblo, como tu pueblo Israel, que haya rescatado Dios para hacerle el pueblo suyo, dándole su nombre y haciendo por él tan terribles y portentosas maravillas como en favor de tu pueblo hiciste, redimiéndole de Egipto, de las gentes y de sus dioses? [24] Has confirmado a tu pueblo Israel, por pueblo tuyo, para que sea tu pueblo para siempre jamás, y seas tú su Dios. [25] Mantén, pues, siempre, Señor, Yave, la palabra que has dicho de tu siervo y de su casa, y obra según tu palabra, [26] y sea glorificado por siempre tu nombre; y dígase: Yave Sebaot es el Dios de Israel. Sea firme ante ti la casa de tu siervo David, [27] pues que tú mismo, Yave Sebaot, Dios de Israel, te has revelado a tu siervo, diciendo: Yo te edificaré a ti casa. [28] Por eso se atreve tu siervo a dirigirte esta plegaria: ¡Oh Señor, Yave! Tú eres Dios, y tus palabras son verdaderas, y has prometido a tu siervo hacerle esta gracia. [29] Tenlo, pues, a bien, y bendice la casa de tu siervo, para que subsista siempre delante de ti; porque tú, Señor, Yave, has hablado, y con tu bendición será por siempre bendita la casa de tu siervo.»

(1) Es la promesa de la perpetuidad de la dinastía davídica, que tendrá su más perfecta realización en el Mesías, hijo de David.

Guerras y triunfos de David.

8 [1] Después de esto batió David a los filisteos y los humilló, arrebatando de las manos de los filisteos Get y las ciudades de su dependencia. [2] Batió también a los moabitas, y haciéndolos postrarse en tierra,

los midió, echando sobre ellos las cuerdas; y dos de las medidas las condenó a muerte, y a la otra le dejó la vida. Los moabitas quedaron sometidos a David y le pagaron tributo.

3 Batió a Hadadezer, hijo de Rojob, rey de Soba, cuando iba camino para restablecer su dominio hasta el Eufrates. 4 Tomóle David mil setecientos caballeros y veinte mil infantes; desjarretó a todos los caballos de los carros de guerra, no dejando más que cien tiros de carros. 5 Habiendo venido en socorro de Hadadezer, rey de Soba, los sirios de Damasco, batió David a veinte mil de ellos; 6 puso guarniciones en la Siria de Damasco, y se le sometieron los sirios, haciéndose tributarios.

Yave dió a David la victoria por dondequiera que fué.

7 Tomó David los escudos de oro que llevaban los de Hadadezer, y los trajo a Jerusalén. 8 Tomó también gran cantidad de bronce en Belaj y Berotai, ciudades de Hadadezer.

9 Cuando Toú, rey de Amat, supo que David había derrotado a todas las fuerzas de Hadadezer, 10 mandó a Jodorán, su hijo, al rey David, para saludarle y felicitarle por haber atacado y vencido a Hadadezer, pues Toú estaba constantemente en guerra con Hadadezer. Jodorán trajo vasos de oro, vasos de plata y vasos de bronce; 11 y el rey David los consagró también a Yave, como había hecho con la plata y el oro de las gentes que había sometido, 12 de Siria, de Moab, de los hijos de Ammón, de los filisteos, de Amalec, y el botín que había tomado a Hadadezer, hijo de Rojob, rey de Soba.

13 David adquirió gran fama, y de vuelta de la victoria de Siria, combatió en el valle de la sal, derrotando a dieciocho mil edomitas. 14 Puso guarniciones en Edom, y todo Edom le quedó sometido. Yave le daba la victoria por dondequiera que iba.

15 Reinó David sobre todo Israel, haciendo derecho y justicia a todo su pueblo. 16 Joab hijo de Sarvia, era el jefe del ejército; Josafat, hijo de Ajilud, era cronista; 17 Sadoc, hijo de Ajimelec, hijo de Ajitob, y Abiatar, fueron sacerdotes; y Saraia secretario. 18 Banaias, hijo de Joiada, era el jefe de los cereteos y los feleteos, y los hijos de David eran los áulicos.

Mifiboset, el hijo de Jonatán.

9 1 David preguntó: «¿Queda todavía alguno de la casa de Jonatán, a quien pueda favorecer por amor a Jonatán?» 2 Había un servidor de la casa de Saúl, de nombre Siba; hiciéronle, pues, venir a David, y el rey le dijo: «¿Eres tú Siba?» El respondió: «Tu siervo.» 3 El rey le preguntó: «¿No queda ninguno de la casa de Saúl, a quien pueda hacer yo misericordia de Dios?» Siba respondió al rey: «Queda todavía un hijo de Jonatán, que está lisiado de ambos pies.» 4 «¿Dónde está?», preguntó el rey; y Siba respondió: «Está en casa de Maquir, hijo de Amiel, en Lodabar.»

5 El rey David mandó a buscarle a la casa de Maquir, hijo de Amiel, a Lodabar; 6 y llegado a David Mifiboset, hijo de Jonatán, se echó sobre su rostro, prosternándose, y David le dijo: «Mifiboset.» El le respondió: «Aquí tienes a tu siervo.» 7 David le dijo: «Nada temas, porque quiero favorecerte por amor de Jonatán, tu padre. Te devolveré todas las tierras de Saúl, tu padre, y comerás siempre a mi mesa.» 8 El se prosternó y dijo: «¿Qué es tu siervo, para que pongas tu vista en un perro muerto como yo?» 9 El rey llamó a Siba, servidor de Saúl, y le dijo: «Todo cuanto pertenece a Saúl, toda su casa, se lo doy al hijo de tu amo. 10 Tú cultivarás para él las tierras, tú, tus hijos y tus siervos, y le traerás la cosecha, para que la casa de tu amo tenga de qué vivir, y Mifiboset, tu amo, comerá siempre a mi mesa.» Siba tenía quince hijos y veinte siervos; 11 y dijo al rey: «Todo se hará como el rey, mi señor, se lo manda a su siervo.» Mifiboset comió a la mesa de David, como uno de los hijos del rey. 12 Mifiboset tenía un hijo pequeño, que se llamaba Mica, y todos los que vivían en la casa de Siba eran siervos de Mifiboset; 13 pero éste moraba en Jerusalén, porque comía siempre a la mesa del rey; y era cojo de ambos pies.

Guerra contra los amonitas y los sirios, sus aliados.

10 1 Después de esto murió el rey de los hijos de Ammón, y le sucedió Janón, su hijo. 2 David dijo:

«Voy a mostrar benevolencia a Janón, hijo de Najas, como su padre me la mostró a mí.» Y envió David embajadores para darle el pésame por la muerte de su padre. Cuando los embajadores de David llegaron a la tierra de los hijos de Ammón, [3] dijeron los príncipes de los hijos de Ammón a su Señor: «¿Crees tú que para honrar a tu padre ha mandado David consoladores? ¿No los ha mandado más bien para explorar la ciudad, con el fin de destruirla?» [4] Entonces Janón, cogiendo a los embajadores de David, rapóles la mitad de la barba, y les cortó los vestidos hasta la mitad de las nalgas, y los despachó. [5] En cuanto lo supo David, mandó quienes les salieran al encuentro, porque aquéllos estaban en gran confusión, y les dijeran: «Quedaos en Jericó, hasta que os vuelva a crecer la barba, y entonces volveréis.»

[6] Viendo los hijos de Ammón que se habían hecho odiosos a David, concertaron tomar a sueldo a veinte mil infantes de los sirios de Bet Rojob y de Soba, mil de los de Maca, y doce mil de los de Tob. [7] Súpolo David, y mandó salir contra ellos a Joab y a todo el ejército, gente aguerrida. [8] Salieron los hijos de Ammón, y se ordenaron en batalla a la entrada de la puerta; los sirios de Soba y de Rojob, así como las gentes de Tob y de Maca, estaban aparte en el campo. [9] Al ver Joab que tenía un frente de batalla delante de sí y otro detrás, escogió entre lo mejor de su ejército un cuerpo que oponer a los sirios, [10] y puso el resto del pueblo a las órdenes de Abisai, su hermano, para hacer cara a los hijos de Ammón, [11] y dijo: «Si ves que los sirios me superan, vienes en mi ayuda, y si los hijos de Ammón te superan a ti, yo iré a socorrerte. [12] Esfuérzate, y luchemos valientemente por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios, y que haga Yave lo que mejor le parezca.»

[13] Avanzó Joab con su hueste, para atacar a los sirios, pero éstos se pusieron en fuga ante él; [14] y los hijos de Ammón, viendo que huían los sirios, huyeron también ellos ante Abisai, entrándose en la ciudad. Joab se volvió de contra los hijos de Ammón, y retornó a Jerusalén; [15] pero los sirios, viéndose vencidos por Israel, reconcentraron sus fuerzas; [16] y Hadadezer hizo venir a los sirios que estaban al otro lado del río, que vinieron a Jelam, mandados por Sobac, jefe del ejército de Hadadezer. [17] Súpolo David, y reuniendo a todo Israel, pasó el Jordán y vino a Jelam. Los sirios presentaron batalla a David, y se trabó el combate, [18] pero huyeron delante de Israel, y David les mató los caballos de setecientos carros, mil caballeros y cuarenta mil hombres de a pie. Mató también al jefe del ejército, Sobac, que quedó muerto allí. [19] Todos los reyes vasallos de Hadadezer, viéndose vencidos por Israel, hicieron la paz con Israel y se le sometieron, y los sirios no osaron ya socorrer a los hijos de Ammón.

Adulterio y homicidio de David.

11 [1] Al año siguiente, al tiempo en que los reyes suelen ponerse en campaña, mandó David a Joab con todos sus servidores y todo Israel, a talar la tierra de los hijos de Ammón, y pusieron sitio a Raba, pero David se quedó en Jerusalén.

[2] Una tarde, levantóse del lecho y se puso a pasear en la terraza de la casa real; y vió desde allí a una mujer, que estaba bañándose y era muy bella. [3] Hizo preguntar David quién era aquella mujer, y le dijeron: «Es Betsabé, hija de Eliam, la mujer de Urías, el geteo.» [4] David envió gentes en busca suya, vino ella a su casa, y él durmió con ella. Purificada de su inmundicia, volvióse a su casa. [5] Quedó encinta, y lo hizo saber a David, mandando a decirle: «Estoy encinta.» [6] Entonces David expidió a Joab esta orden: «Mándame a Urías, el geteo.» Y Joab mandó Urías a David. [7] Presentóse Urías a David, y el rey le pidió nuevas de Joab, del ejército y de las operaciones militares; [8] y después dijo a Urías: «Baja a tu casa y lávate los pies.» Salió Urías de la casa del rey, y detrás de él un obsequio del rey; [9] pero Urías se acostó a la puerta del palacio real con los demás servidores de su señor, y no bajó a su casa.

[10] Dijéronle a David: «Urías no ha bajado a su casa.» Y David le dijo: «¿Después de haber estado fuera, cómo no has bajado a tu casa?» [11] Urías respondió a David: «El arca,

Israel y Judá habitan en tiendas; mi señor, Joab, y los servidores de mi señor acampan al raso, ¿e iba yo a entrar en mi casa, para comer y beber y dormir con mi mujer? Por tu vida y por la vida de tu alma, que no haré yo cosa semejante.» 12 David dijo a Urías: «Quédate aquí todavía hoy, y mañana te despacharé.» Quedóse, pues Urías en Jerusalén aquel día; 13 y al siguiente David le convidó a comer con él, y Urías se embriagó, y salió ya tarde a acostarse con los servidores.

A la mañana siguiente escribió David a Joab una carta, y se la mandó por manos de Urías. 15 En esta carta había escrito: «Poned a Urías en el punto donde más dura sea la lucha, y cuando arrecie el combate, retiraos y dejadle solo, para que caiga muerto.» 16 Joab, que asediaba la ciudad, puso a Urías en el sitio donde sabía que estaban los más valerosos de los defensores. 17 Los de la ciudad hicieron una salida contra Joab, y cayeron muchos del pueblo, de los servidores de David, y entre ellos cayó muerto Urías, el geteo. 18 Joab mandó uno que informara a David de lo sucedido en el combate, 19 y le dió esta orden: «Cuando hayas acabado de contar al rey lo sucedido en el combate, 20 si se enciende su cólera, y dice: «¿Por qué os habéis acercado a la ciudad, para trabar combate? ¿No sabíais que los sitiados habían de arrojar sus tiros contra vosotros? 21 ¿Quién mató a Abimelec, hijo de Jerobaal? ¿No fué una mujer, que lanzó sobre él un pedazo de rueda de molino, de cuya herida murió en Tebes? ¿Por qué, pues, os acercásteis a la muralla?» Le dirás: «Tu siervo Urías ha muerto también.»

22 Partió el mensajero, y a su llegada contó a David todo lo que Joab le había ordenado 23 diciendo a David: «Aquellas gentes, en más número que nosotros, hicieron una salida, pero los rechazamos hasta la la puerta. 24 Sus arqueros tiraban contra tus servidores desde lo alto de la muralla, y muchos de los servidores del rey fueron muertos: entre ellos tu siervo Urías, el geteo, quedó muerto también.» 25 David dijo al mensajero: «He aquí lo que dirás a Joab: No te apures demasiado por este asunto, porque la espada devora unas veces a uno, otras veces a otro. Refuerza el ataque contra la ciudad, y destrúyela.» Y alentóle así.

26 La mujer de Urías supo la muerte de su marido, y le lloró. 27 Pasado el duelo, mandó David a buscarla y la introdujo en su casa, y la tomó por mujer, y ella le dió un hijo.

Reproches de Natán a David.

12 1 Lo que había hecho David fué desagradable a los ojos de Yave; y Yave le envió a Natán, para decirle: «Juzga este caso: Había en una ciudad dos hombres, el uno rico y el otro pobre. 2 El rico tenía muchas ovejas y muchas vacas, 3 y el pobre no tenía más que una sola ovejuela, que él había comprado y criado, que con él y con sus hijos había crecido juntamente, comiendo de su pan y bebiendo de su vaso y durmiendo en su seno, y era para él como una hija. 4 Llegó un viajero a casa del rico; y éste, no queriendo tocar a sus ovejas ni a sus bueyes, para dar de comer al viajero que a su casa llegó, tomó la ovejuela del pobre, y se la aderezó al huésped.» 5 Encendido David fuertemente en cólera contra aquel hombre, dijo a Natán: «¡Vive Yave, que el que tal hizo es digno de la muerte, 6 y que ha de pagar la oveja con siete tantos encima, por haber hecho tal cosa, obrando sin piedad!» 7 Natán dijo entonces a David: «¡Tú eres ese hombre! He aquí lo que dice Yave, Dios de Israel: 8 Yo te ungí rey de Israel, y te libré de las manos de Saúl; yo te he dado la casa de tu señor, y he puesto en tu seno las mujeres de tu señor, y te he dado la casa de Israel y de Judá; y por si esto fuera poco, te añadiría todavía otras cosas mucho mayores. 9 ¿Cómo, pues, menospreciando la palabra de Yave, has hecho lo que es malo a sus ojos? Has herido a espada a Urías, geteo; tomaste por mujer a su mujer, y a él le mataste con la espada de los hijos de Ammón. 10 Por eso, no se apartará ya jamás de tu casa la espada, por haberme menospreciado, tomando por mujer a la mujer de Urías, geteo. 11 Así dice Yave: Yo haré surgir el mal contra ti, de tu misma casa, y tomaré ante tus mismos ojos tus mujeres, y se las daré a otro, que yacerá con ellas a la cara misma de este sol; 12 porque

tú has obrado ocultamente, pero yo haré esto a la presencia de todo Israel y a la cara del sol.»
13 David dijo a Natán: «He pecado contra Yave.» Y Natán dijo a David: «Yave te ha perdonado tu pecado. No morirás; 14 mas por haber hecho con esto que menospreciasen a Yave sus enemigos, el hijo que te ha nacido, morirá.» 15 Y Natán se fué a su casa. Hirió Yave al niño que había dado a luz la mujer de Urías, enfermando gravemente. 16 Entonces rogó David a Dios por el niño, y ayunó y se recogió, pasando las noches acostado en tierra. 17 Los ancianos de su casa fueron a él, para hacer que se levantase de la tierra, mas él no quiso y ni comía con ellos. 18 Al sétimo día murió el niño, y los servidores no se atrevían a darle la noticia de su muerte, pues se decían: «Si cuando aún vivía el niño, le hablábamos y no quería oír nuestra voz, ¿cuánto más no lo hará cuando le digamos que el niño ha muerto?» 19 Mas David, al ver que sus servidores cuchicheaban entre sí, comprendió que el niño había muerto, y preguntó a sus servidores: «¿Ha muerto el niño?» Y ellos le respondieron: «Ha muerto.»
20 Levantóse entonces de tierra David; se bañó, se ungió, se mudó sus ropas, y entrando en la casa de Yave, oró. Cuando hubo vuelto a casa, pidió que le trajeran de comer, y comió. 21 Dijéronle sus servidores: «¿Qué es lo que haces? Cuando el niño aún vivía, ayunabas por él y llorabas, y ahora que ha muerto te has levantado y has comido.» 22 Y él respondió: «Cuando aún vivía el niño, ayunaba y lloraba, diciendo: ¡Quién sabe si Yave se apiadará de mí y hará que el niño viva! 23 Ahora que ha muerto, ¿para qué he de ayunar? ¿Podré ya volverle la vida? Yo iré a él, pero él no vendrá ya más a mí.»
24 Consoló David a Betsabé, su mujer; y entrando a ella, durmió con ella, y ella le dió un hijo, a quien llamó Salomón, 25 al que amó Yave, que envió a Natán, profeta, el cual le dió el nombre de Jedidya, por causa de Yave.
26 Joab que asediaba Raba, de los hijos de Ammón, se apoderó de la ciudadela, 27 y mandó mensajeros a David, para decirle: «He atacado a Raba y ya me he apoderado de la ciudadela; 28 reúne, pues, al pueblo todo, y ven a acampar contra la ciudad, para que no sea yo quien por mí mismo la tome, y se me atribuya a mí la victoria.» 29 David reunió al pueblo, y marchando contra Raba, la atacó y se apoderó de ella. 30 Quitó de sobre su cabeza la corona de su rey, que pesaba un talento de oro y estaba guarnecida de piedras preciosas, y fué puesta en la cabeza de David, que tomó de la ciudad muy gran botín. 31 A los habitantes los sacó de la ciudad, y los puso a las sierras, a los trillos herrados, a las hachas, a los molinos y a los hornos de ladrillos. Eso mismo hizo con todas las ciudades de los hijos de Ammón. Después se tornó David a Jerusalén con todo el pueblo.

Incesto de Ammón.

13 1 Después de esto, sucedió que teniendo Absalón una hermana, que era muy bella y se llamaba Tamar, se prendó de ella Amnón, hijo de David. 2 Amnón andaba por ella atormentado, hasta enfermar por Tamar, su hermana; pues siendo ella virgen, le parecía a Amnón difícil obtener nada de ella. 3 Tenía Amnón un amigo, de nombre Jonadab, hijo de Simea, hermano de David, que era muy astuto, 4 y que le dijo: «Hijo del rey, ¿cómo y por qué de día en día vas enflaqueciendo? ¿No me lo descubrirás a mí?» Y Amnón le dijo: «Es que estoy enamorado de Tamar, la hermana de Absalón, mi hermano.» 5 Jonadab le dijo: «Métete en cama y hazte el enfermo, y cuando tu padre venga a verte, dile: Ruégote que venga mi hermana Tamar, para darme de comer, y preparando delante de mí algún manjar, lo coma yo de su mano.»
6 Amnón se metió en cama, fingiéndose enfermo. Vino el rey a verle, y Amnón le dijo: «Te ruego que Tamar mi hermana venga a hacerme delante de mí un par de hojuelas, y las coma yo de su mano.» 7 David mandó a decir a Tamar a sus habitaciones: «Vete a las habitaciones de tu hermano Amnón, a prepararle algo de comer.» 8 Fué Tamar a las habitaciones de Amnón, que estaba en la cama; y tomando la harina, la amasó, hizo las hojuelas delante de él; 9 y tomando la sartén, las frió y se las presentó, pero él no quiso

comerlas, y dijo: «Que salgan todos de aquí», y todos se salieron. [10] Entonces dijo Amnón a Tamar: «Trae las hojuelas a la alcoba, para que yo las coma allí de tu mano», y tomando Tamar las hojuelas que había preparado, se las llevó a su hermano a la alcoba. [11] Cuando se las puso delante para que las comiese, él, cogiéndola, le dijo: «Ven, hermana mía, acuéstate conmigo.» [12] Ella le dijo: «No, hermano mío, no me hagas fuerza, mira que no se hace eso en Israel. No hagas tal infamia, [13] porque ¿adónde iría yo con mi deshonra? Y tú serías uno de los perversos de Israel. Mira, habla al rey, que seguramente no rehusará darme a ti» (1). [14] Pero él no quiso darle oídos; y como era más fuerte que ella, la violentó y se echó con ella.

[15] Aborrecióla luego Amnón, con tan gran aborrecimiento, que el odio que le tomó fué todavía mayor que el amor con que la había amado; y le dijo: «Levántate y vete.» [16] Ella le respondió: «Al mal que me has hecho no añadas ahora el mayor todavía de echarme.» [17] Pero él no quiso oírla, y llamando al mozo que le servía, le dijo: «Echame a ésta fuera de aquí, y cierra la puerta.» [18] Estaba ella vestida con una amplia túnica, traje que llevaban las hijas del rey vírgenes. El criado la echó fuera, y cerró tras ella la puerta. [19] Tamar echó ceniza sobre su cabeza, rasgó la amplia túnica que vestía, y puestas sobre la cabeza las manos, se fué gritando. [20] Su hermano Absalón le dijo: «¿De modo que tu hermano Amnón ha estado contigo? Pues calla por ahora, hermana; es tu hermano; no dés demasiada importancia a la cosa»; y Tamar se quedó desconsolada en la casa de Absalón, su hermano. [21] Cuando el rey supo todo esto, enojóse grandemente, pero no quiso castigar a Amnón, porque le amaba como a primogénito. [22] Absalón no dijo a Amnón nada, ni de bueno ni de malo, pero le odió por la violación de su hermana Tamar.

[23] Al cabo de dos años tenía Absalón el esquileo en Baljasor, que está cerca de Efraím, y quiso convidar Absalón a todos los hijos del rey. [24] Vino Absalón al rey y le dijo: «Tu siervo tiene ahora el esquileo, te ruego que venga el rey y sus siervos a la casa de tu siervo.» [25] El rey respondió a Absalón: «No, hijo mío, no iremos todos para no serte gravosos.» Y aunque le porfió, no quiso ir, y le bendijo. [26] Entonces le dijo Absalón: «Al menos, permite que venga Amnón, mi hermano.» «¿Y para qué ha de ir?», le dijo el rey; [27] mas como le importunase Absalón, dejó ir con él a Amnón y a todos los hijos del rey.

Absalón había preparado un gran banquete, como banquete de rey, [28] y había dado orden a sus criados, diciendo: «Estad atentos, y cuando el corazón de Amnón se haya alegrado con el vino, y os diga yo: Herid a Amnón; matadle, y no temáis, que yo os lo mando. Esforzaos, pues, y tened valor.» [29] Los criados de Absalón hicieron con Amnón lo que Absalón les había mandado; y luego todos los hijos del rey se levantaron, montaron en sus mulos, y huyeron. [30] Cuando todavía no estaban de vuelta, llegó a oídos de David el rumor de que Absalón había matado a todos los hijos del rey, sin que ninguno quedara; [31] y levantándose David, rasgó sus vestiduras y se echó en tierra, y todos sus servidores rasgaron delante de él sus vestiduras. [32] Jonadab, hijo de Simea, hermano de David, habló y dijo: «No crea mi señor que han muerto todos los jóvenes hijos del rey; es Amnón sólo el que ha muerto, porque era cosa que estaba en los labios de Absalón, desde que Amnón forzó a Tamar, su hermana. [33] No crea, pues, mi señor el rey, ese rumor que dice: «Han muerto todos los hijos del rey», porque es sólo Amnón el muerto.» [34] Absalón huyó.

El joven que hacía de centinela, alzando los ojos, vió venir gran tropel de gentes por el camino de Joronaim, del lado de la montaña, y lo anunció. [35] Entonces dijo Jonadab al rey: «Ya vienen los hijos del rey, es lo que tu siervo ha dicho» [36] y apenas acabó de hablar, llegaron los hijos del rey, y alzando la voz, lloraron. También el rey y sus servidores lloraron con grandes lamentos.

[37] Absalón fuése huído a Talmai, hijo de Amiud, rey de Gesur, y David lloraba todos los días la ausencia de

(1) Nada nos autoriza a suponer que esta esperanza de Tamar se hubiera realizado, permitiendo David un matrimonio entre hermanos, reprobado por la ley, aunque autorizado por el ejemplo de Abraham.

su hijo. [38] Estuvo allí Absalón, después que huyó a Gesur, tres años; [39] y el rey David se consumía por ver a Absalón, pues de Amnón, el muerto, ya se había consolado.

Vuelta de Absalón.

14 [1] Conociendo Joab, hijo de Sarvia, que el corazón del rey estaba por Absalón, [2] mandó a Tecua, y trajo de allí una mujer ladina, y le dijo: «Mira, enlútate, vístete las ropas de duelo, no te unjas con óleo, antes preséntate como mujer que de tiempo atrás lleva luto por un muerto; [3] y entrando al rey, háblale de esta manera; y puso Joab en boca de la mujer lo que había de decir.

[4] Entró, pues, la mujer de Tecua al rey; y postrándose en tierra, le hizo reverencia y dijo: «¡Oh rey, sálvame!» [5] El rey le dijo: «¿Qué tienes?», y ella respondió: «Soy una mujer viuda, murió mi marido, [6] y tenía tu sierva dos hijos. Riñeron los dos en el campo, donde no había quien los separase, y el uno, hiriendo al otro, le mató; [7] y he aquí que toda la parentela, alzándose contra tu sierva, dice: Entréganos al que mató a su hermano, para que le demos muerte, por la vida de su hermano, a quien mató él; y quieren matar al heredero, apagando así el ascua que me ha quedado, y no dejando a mi marido ni nombre ni sobreviviente sobre la tierra.» [8] El rey dijo a la mujer: «¡Vete a tu casa, que ya daré yo órdenes sobre eso tuyo.» [9] Entonces dijo la mujer de Tecua al rey: «Rey mi señor, yo querría que la responsabilidad recayera sobre mí y sobre la casa de mi padre, no sobre el rey y sobre su trono.» [10] El rey entonces, respondió: «Si alguno sigue inquietándote, tráelo a mí, que no te inquietará más.» [11] Ella entonces dijo: «Ruégote, oh rey, que interpongas el nombre de Yave, tu Dios, y no dejes que el vengador de la sangre aumente la ruina matando a mi hijo.» Y él respondió: «Vive Yave, que no caerá en tierra ni un cabello de la cabeza de tu hijo.» [12] La mujer añadió: «Permite, oh rey, a tu sierva que diga una palabra a mi señor.» El rey dijo: «Habla.» [13] Y la mujer entonces dijo: «¿Por qué, pues, piensas tú de otro modo contra el pueblo de Dios? Pues con el juicio que el rey ha pronunciado, se hace como reo, por no hacer el rey que vuelva su fugitivo. [14] Porque todos morimos y somos como agua que se derrama en la tierra, que no puede volver a recogerse. Deja Dios la vida, y es que quiere que el fugitivo no quede arrojado de su presencia. [15] Si he venido yo a decir esto al rey, mi señor, es porque el pueblo me dió miedo, y me dije: «Voy a hablar al rey, a ver si hace lo que su sierva le diga. [16] Seguramente el rey escuchará a su sierva y la librará de la mano del que quiere raerme a mí, juntamente con mi hijo, de la heredad de Dios. [17] Tu sierva ha dicho: Que me tranquilice la palabra de mi señor el rey, ya que es el rey, mi señor, como el ángel de Dios, para discernir entre lo bueno y lo malo. Y ahora, que Yave tu Dios, sea contigo.»

[18] El rey entonces dijo a la mujer: «Mira, no me ocultes nada de lo que voy a preguntarte.» Y la mujer respondió: «Hable el rey, mi señor.» [19] El rey le dijo: «¿No anda en todo esto la mano de Joab?»; y la mujer respondió: «Por tu vida, oh rey mi señor, que no se aparta lo que el rey mi señor dice, ni a la derecha ni a la izquierda. [20] Joab, tu siervo, me ha mandado, y ha puesto en la boca de tu sierva todas estas palabras. Joab, tu siervo, ha hecho esto para ver de mudar el aspecto de las cosas. Pero mi señor es sabio, con la sabiduría de un ángel de Dios, para conocer cuanto pasa en la tierra.» [21] Entonces el rey dijo a Joab: «Voy a hacer según tu palabra: Ve, pues, y haz que vuelva el joven Absalón.» [22] Joab se echó rostro a tierra y se prosternó, y bendiciendo al rey, dijo: «Ahora comprendo que tu siervo ha hallado gracia a tus ojos, oh rey, mi señor, pues ha hecho el rey lo que su siervo le ha dicho.» [23] Levantóse luego Joab y se fué a Gesur, y trajo consigo a Absalón a Jerusalén. [24] Pero el rey dijo: «Que se vaya a su casa y no se me presente», y fuése Absalón a su casa sin ver al rey.

[25] No había en todo Israel hombre tan hermoso como Absalón; desde la planta de los pies hasta la cabeza, no había en él defecto; [26] y cuando se cortaba el pelo, cosa que hacía al fin de cada año, porque le molestaba y por eso se lo cortaba, pesaba el cabello de su cabeza doscientos siclos,

peso real. 27 Naciéronle a Absalón tres hijos y una hija de nombre Tamar, que era hermosísima. 28 Por dos años estuvo Absalón en Jerusalén, sin poder ver al rey.

29 Mandó Absalón por Joab, para que éste fuera por él al rey, pero Joab se negó a ir, y aunque por segunda vez le llamó, no quiso ir. 30 Entonces dijo a sus siervos: «Ya sabéis que el campo de Joab está junto al mío, y que tiene allí su cebada; id y prendedle fuego.» Y los siervos de Absalón pegaron fuego a las tierras de Joab. Vinieron entonces los siervos de Joab, rasgadas las vestiduras, y le dijeron: «Los siervos de Absalón han pegado fuego a tu campo.» 31 Levantóse Joab y vino a casa de Absalón, y le dijo: «¿Por qué han pegado fuego tus siervos a mis tierras?» 32 Y Absalón le respondió: «Dos veces te he mandado a llamar, para que vinieses, y fueses por mí al rey a decirle: ¿Para qué he venido de Gesur? Mejor me hubiera sido estarme allí. Que pueda yo ver a mi padre, y si soy culpable, máteme.» 33 Fué, pues, Joab al rey, y le dijo esto, y el rey llamó a Absalón, que inclinó a tierra su rostro ante el rey, y el rey besó a Absalón.

Rebelión de Absalón. Fuga de David.

15 1 Después de esto se hizo Absalón con carros y caballos, y cincuenta hombres iban delante de él. 2 Levantábase Absalón bien de mañana, y poniéndose junto a la puerta, a cualquiera que tenía un pleito y venía a juicio ante el rey, le llamaba Absalón y le decía: «¿De dónde eres?» Y él le contestaba: «Tu siervo es de tal o cual de las tribus de Israel.» 3 Entonces Absalón le decía: «Mira, tu causa es buena y justa, pero no tendrás quien por el rey te oiga. 4 ¡Quién me pusiera a mí por juez de la tierra, para que viniesen a mí cuantos tienen algún pleito o algún negocio, y yo les haría justicia!» 5 Y cuando alguno quería postrarse ante él, él le tendía la mano, le cogía y le besaba; 6 y así robaba el corazón de los de Israel.

7 Al cabo de cuatro años dijo Absalón al rey: «Te ruego que me permitas ir a Hebrón, a cumplir un voto que he hecho a Yave; 8 porque cuando tu siervo estaba en Gesur, en Siria, prometí: «Si Yave me vuelve a Jerusalén, sacrificaré a Yave.» 9 El rey le dijo: «Ve en paz»; y él se levantó y se fué a Hebrón. 10 Absalón mandó mensajeros por todas las tribus de Israel, diciendo: Cuando oigáis sonar la trompeta, gritad: «Absalón reina en Hebrón.» 11 Fueron con Absalón a Hebrón doscientos hombres invitados, con corazón sencillo, que nada sabían. 12 También mandó a llamar Absalón a Ajitofel, gilonita, del consejo de David, a su ciudad de Giló.

Mientras hacía sus sacrificios, la conjuración iba creciendo, y llegó a ser grande, pues iban aumentando los secuaces de Absalón. 13 Vinieron a avisar a David, diciendo: «Todo Israel se va tras Absalón.» 14 Entonces David dijo a todos sus servidores, que estaban con él en Jerusalén: «Levantaos, y huyamos, porque no podríamos escapar delante de Absalón. Daos prisa a salir, no sea que nos sorprenda él y eche sobre nosotros el mal, y pase la ciudad a filo de espada.» 15 Los servidores le dijeron: «Tus siervos están dispuestos a hacer cuanto mande el rey nuestro señor.»

16 Partióse, pues, el rey a pie, seguido de toda su familia, dejando diez concubinas al cuidado de la casa. 17 El rey salió con toda su gente, a pie, y se detuvieron en un lugar alejado. 18 Todos sus servidores iban a sus lados; los cereteos, los feleteos y los geteos, en número de seiscientos, que desde Get le habían seguido, marchaban a pie delante del rey. 19 El rey dijo a Itai, el geteo: «¿Por qué has de venir tú también con nosotros? Vuélvete y quédate con el rey, pues tú eres un extranjero y estás fuera de tu tierra, sin domicilio. 20 Ayer llegaste, ¿y voy a hacerte hoy errar con nosotros, cuando ni yo mismo sé siquiera a dónde voy? Vuélvete, y lleva contigo a tus hermanos, y sea contigo la gracia y la verdad.» 21 Pero Itai respondió al rey, diciendo: «Vive Dios, y vive mi señor el rey, que donde mi señor esté, vivo o muerto, allí estará tu siervo.» 22 Entonces dijo David a Itai: «Ven y pasa», y pasó Itai, geteo, con toda su gente y su familia.

23 Todos iban llorando en alta voz, y pasaron el torrente de Cedrón el rey y todo el pueblo, camino del desierto. 24 Iba también Sadoc, y

con él todos los levitas, que llevaban el arca de la alianza de Dios. Detuviéronse con el arca de la alianza de Dios, mientras subía Abiatar, y hasta que toda la gente se hubo salido de la ciudad. [25] Entonces dijo el rey a Sadoc: «Vuelve el arca de Dios a la ciudad. Si hallo gracia a los ojos de Yave, él me volverá a traer, y me hará volver a ver el arca y el tabernáculo. [26] Pero si él dice: No me complazco en ti, aquí me tiene; haga él conmigo lo que bien le parezca.» [27] Y siguió diciendo a Sadoc: «Tú, vuélvete en paz a la ciudad, con Ajimas, tu hijo, y con Jonatán, hijo de Abiatar. Vayan vuestros dos hijos con vosotros. [28] Yo esperaré en las llanuras del desierto, hasta que me llegue de vosotros algún aviso. [29] Volviéronse entonces Sadoc y Abiatar a Jerusalén, llevando el arca de Dios, y se quedaron allí.

[30] Subía David la pendiente del monte de los olivos; y subía llorando, cubierta la cabeza y descalzos los pies. También cuantos le seguían cubriéronse todos la cabeza, y subían llorando. [31] Dieron aviso a David de que Ajitofel estaba entre los conjurados, y dijo David: «Confunde, oh Yave, el consejo de Ajitofel.» [32] Cuando llegó David a la cumbre, donde se adora a Yave, llegó ante él Cusai, el araquita, rasgadas las vestiduras y cubierta de polvo la cabeza. [33] y le dijo David: «Si vienes conmigo, me serías una carga; [34] si, por lo contrario, te vuelves a la ciudad y dices a Absalón: —¡Oh rey, siervo tuyo soy, como he servido a tu padre, así te serviré a ti!, podrás confundir el consejo de Ajitofel en favor mío—, [35] tendrás contigo a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y podrás comunicarme cuanto sepas de la casa del rey. [36] Y como tendrán consigo a sus dos hijos, Ajimas, hijo de Sadoc, y Jonatán, hijo de Abiatar, por ellos podréis informarme de lo que sepáis.» [37] Cusai, amigo de David, se tornó a la ciudad, cuando Absalón hacía su entrada en ella.

Fidelidad de Siba, el siervo de Mifiboset.

16 [1] Cuando David hubo traspuesto la cumbre, Siba, el siervo de Mifiboset, vino a él con dos asnos aparejados y cargados de doscientos panes, cien colgajos de uvas pasas y un pellejo de vino; [2] y dijo el rey a Siba: «¿Qué es esto?» Y Siba respondió: «Los asnos son para la familia del rey, para que monte en ellos; los panes y las tortas de higos y las pasas, para que coman; y el vino, para que beban los que desfallezcan en el desierto.» [3] El rey le preguntó: «¿Con quién está el hijo de tu amo?»; y Siba respondió: «Se ha quedado en Jerusalén, diciendo: Hoy me devolverá la casa de Israel el reino de mi padre.» [4] Y el rey dijo a Siba: «Tuyo será cuanto fué de Mifiboset.» Siba respondió: «Que halle yo gracia a los ojos del rey, mi Señor.»

Semei ultraja a David.

[5] Cuando llegó el rey a Bajurim, salióle al encuentro un hombre de los de la casa de Saúl, de nombre Semei, hijo de Gera, que se adelantó profiriendo maldiciones [6] y tirando piedras a David y a los servidores de David, aunque iban los hombres de guerra a la derecha y a la izquierda del rey. [7] Semei decía, maldiciendo: «¡Vete, vete, hombre sanguinario y malvado! [8] Yave hace recaer sobre tu cabeza toda la sangre de la casa de Saúl, cuyo reino has usurpado, y ha entregado tu reino en manos de Absalón, tu hijo. Te ha dado lo que tú mereces, porque eres un hombre sanguinario.» [9] Entonces Abisai, hijo de Sarvia, dijo al rey: «¿Cómo se atreve ese maldito perro muerto a maldecir al rey? Déjame, te ruego, que vaya a cortarle la cabeza»; [10] pero el rey le respondió: «¿Qué vamos a hacerle yo y vosotros, hijos de Sarvia? Déjale que maldiga, que si Yave le ha dicho: Maldice a David, ¿quién va a decirle: por qué lo haces?»

[11] David dijo a Abisai y a todos sus seguidores: «Ya veis que mi hijo, salido de mis entrañas, busca mi vida; con mucha más razón ese hijo de Benjamín. Dejadle maldecir, pues se lo ha mandado Yave. [12] Quizá Yave mirará mi aflicción y me pagará con favores las maldiciones de hoy.» [13] Y David y sus gentes prosiguieron su camino, mientras iba Semei por el lado del monte, detrás de David, sin dejar de maldecirle y tirarle piedras y tierra. [14] El rey y los que con él iban llegaron extenuados, y descansaron allí.

15 Cuando Absalón, llevando con
él a Ajitofel, entró en Jerusalén con
todo el pueblo, los hombres de Israel,
16 Cusai, el arquita, amigo de David,
vino a su encuentro, diciendo: «¡Viva
el rey, viva el rey!» 17 Absalón dijo
a Cusai: «¿Es ése el pago que das
a tu amigo?» ¿Por qué no te has ido
con tu amigo?» 18 Cusai dijo a Ab-
salón: «No, yo soy de aquel a quien
Yave y todo su pueblo, todos los
hombres de Israel, han elegido, y
con ése quiero estar. 19 Por lo demás,
¿a quién voy a servir? ¿No es a un
hijo suyo? Como serví a tu padre,
así te serviré a ti.»
20 Absalón dijo a Ajitofel: «Tened
consejo, para ver lo que conviene
hacer»; 21 y Ajitofel dijo a Absalón:
«Entra a las concubinas que tu padre
ha dejado al cuidado de la casa, y
así sabrá todo Israel que has roto
del todo con tu padre, y se fortale-
cerán las manos de cuantos te siguen.
22 Levantóse, pues, para Absalón
una tienda en la terraza, y entró
a las concubinas de su padre a los
ojos de todo Israel. 23 Consejo que
daba Ajitofel, era mirado como si
fuera palabra de Yave; tal era la
confianza que el consejo de Ajito-
fel inspiraba, lo mismo a David que
a Absalón.

El consejo de Ajitofel, frustrado por Cusai.

17 1 Ajitofel dijo a Absalón: «Voy
a elegir doce mil hombres, para
salir esta noche en persecución de
David, 2 y cargaré sobre él cuando
esté cansado y flaco de fuerzas; le
atemorizaré, y cuantos le siguen hui-
rán, y heriré al rey sólo, 3 y haré
que vengan a ti todos sus partida-
rios, el pueblo todo, como viene la
novia a su novio.
4 Agradó este consejo a Absalón
y a todos los ancianos de Israel;
5 pero Absalón dijo: «Llamad a Cusai
y sepamos su parecer.» 6 Vino Cusai
a Absalón, y Absalón le dijo: «Esto
ha dicho Ajitofel. ¿Hemos de hacer
lo que él dice? Si no, habla tú.»
7 Y Cusai respondió a Absalón: «Por
esta vez, el consejo de Ajitofel no
es bueno. 8 Tú sabes bien que tu
padre y sus gentes son unos valien-
tes, y exasperarlos sería como si
en el campo a una osa le arrebataran
su cría. Tu padre es hombre de gue-
rra, y seguramente no pasará la
noche entre los suyos. 9 De cierto
que estará escondido en alguna ca-
verna o en otro lugar, y si a los co-
mienzos cayeran algunos de los tuyos,
los que lo oyeran seguramente dirían:
Han sido derrotados los secuaces de
Absalón; 10 y entonces, aun el va-
liente, cuyo corazón sea como el
corazón de un león, desmayaría, por-
que todo Israel sabe que tu padre
es un valiente, y que son valientes
también los que con él están. 11 Acon-
séjote, pues, que reúnas a todo Israel,
desde Dan hasta Berseba, en mu-
chedumbre como las arenas que están
en la orilla del mar, y que tú en
persona vayas a darle la batalla.
12 Entonces le atacaremos donde-
quiera que esté; y daremos sobre él
como rocío que cae sobre la tierra,
y no dejaremos ni uno de cuantos
con él están. 13 Y si se acogiere a
ciudad, todos los de Israel llevarán
allá cuerdas, y la arrastraremos al
arroyo, hasta no quedar de ella
piedra sobre piedra.»
14 Entonces Absalón y todos los
de Israel dijeron: «El consejo de
Cusai, arquita, es mejor que el de
Ajitofel»; porque había dispuesto Yave
frustrar el acertado consejo de Aji-
tofel, para traer Yave el mal sobre
Absalón. 15 Dijo luego Cusai a Sadoc
y Abiatar, sacerdotes: «Esto y esto
ha aconsejado Ajitofel a Absalón y
a los ancianos de Israel, y esto y esto
aconsejé yo: 16 Enviad, pues, inme-
diatamente a dar aviso a David,
diciendo: «No te quedes esta noche
en el campo del desierto; pasa en se-
guida, para que no sea destruído el
rey con todos los que le siguen.»
17 Jonatán y Ajimas estaban junto
a la fuente de Rogel, porque no
podían dejarse ver, viniendo a la
ciudad; y allá fué una sierva para
darles aviso, y ellos lo hicieran luego
llegar al rey David. 18 Viólos, sin
embargo, un mozo, que dió cuenta
de ello a Absalón; pero ellos se apre-
suraron y llegaron a la casa de un
hombre de Bajurim, que tenía un
pozo en el patio, y en él se metieron.
19 Tomó la mujer una manta y
cubrió con ella la boca del pozo,
poniendo sobre ella el grano trillado,
y así nadie pudo percatarse de la
cosa. 20 Llegaron los seguidores de
Absalón a la casa de la mujer, y le
preguntaron: «¿Dónde están Ajimas
y Jonatán?» Y la mujer respondió:

«Ya han pasado el vado.» Y aunque los buscaron, no los hallaron, y se volvieron a Jerusalén. 21 Cuando se hubieron ido, salieron del pozo, y fuéronse luego a dar el aviso a David, diciéndole: «Pasad luego el vado, porque Ajitofel ha dado este consejo contra vosotros.» 22 Levantóse entonces David con todo el pueblo que con él estaba, y pasaron el Jordán. 23 Ajitofel, viendo que no se había seguido su consejo, aparejó su asno, levantóse, se fué a su casa de la ciudad, y después de tomar disposiciones acerca de su casa, se ahorcó; y muerto, fué sepultado en el sepulcro de su padre.

Absalón, derrotado y muerto.

24 Llegó David a Majanaim, y Absalón pasó el Jordán con toda la gente de Israel. 25 Absalón hizo jefe de su ejército a Amasa, en vez de Joab. Era Amasa hijo de un varón de Israel, llamado Jitrai, que había entrado a Abigail, hija de Nasa, hermana de Sarvia, madre de Joab. 26 Asentó su campo Israel con Absalón en tierra de Galad; 27 y en cuanto llegó David a Majanaim, 28 Sobi, hijo de Najas, de Raba, de los hijos de Ammón, y Maquir, hijo de Amiel, de Lobedan con Barzilai, galadita, de Rogelim, trajeron a David y a la gente que con él estaba, camas, calderas y vasijas de barro, trigo, cebada y harina, grano tostado, habas, lentejas 29 y miel, terneros y vacas; y ofrecieron todo esto a David y a los que con él estaban, pues se dijeron: «Seguramente están hambrientos, fatigados y sedientos en el desierto.»

18 1 David revistó sus tropas, y puso al frente de ellas jefes de millares y de centenas; 2 una tercera parte a las órdenes de Joab, una tercera a las de Abisai, hijo de Sarvia, hermano de Joab, y la otra tercera a las de Itai, el geteo. El rey dijo a su gente: «Yo saldré con vosotros.» 3 Pero la gente respondió: «No, no salgas tú, porque si somos vencidos, no importaría mucho, aunque sucumbiéramos la mitad de nosotros. Pero tú, tú eres para nosotros como diez mil, y es mejor que puedas salir de la ciudad a socorrernos. 4 El rey respondió: «Haré como os parece.» Estúvose el rey cerca de la puerta, mientras por grupos de mil y de ciento salía la gente, 5 y dió esta orden a Joab, a Abisai y a Itai: «Preservad por amor mío la vida del joven Absalón», y todo el pueblo oyó esta orden que dió David a todos los jefes.

6 Salió, pues, la gente al campo contra Israel, y trabóse la batalla en los bosques de Majanaim. 7 Allí sucumbió el pueblo de Israel ante los seguidores de David, y se hizo una gran matanza, de veinte mil hombres. 8 Dispersóse la gente por toda aquella tierra, y fueron más los que devoró el bosque que los que aquel día hirió la espada. 9 Al encontrarse Absalón con las gentes de David, iba montado en un mulo; y al pasar en el mulo debajo de una encina muy grande y copuda, se enredó su cabellera en el ramaje de la encina, quedando colgado entre el cielo y la tierra, mientras el mulo en que iba montado escapaba. 10 Vió esto uno, y le dijo a Joab: «He visto a Absalón pendiente de una encina.» 11 Joab le dijo: «¿Y por qué no le echaste a tierra, y yo te hubiera regalado diez siclos de plata y un talabarte?» 12 Pero aquel hombre le dijo: «Aunque me pesaras mil de plata, no pondría yo la mano sobre el hijo del rey, pues bien oímos todos que a ti, a Abisai y a Etai os dijo el rey: Guardadme a Absalón. 13 Además, haría yo traición a mi vida, pues al rey nada se le esconde, y tú mismo testificarías contra mí.» 14 Joab dijo entonces: «No será así, yo mismo le atravesaré delante de ti»; y cogiendo tres dardos en sus manos, se los clavó en el corazón a Absalón, que todavía vivía, pendiente de la encina. 15 Cercáronle luego diez mozos, escuderos de Joab, que hirieron a Absalón, acabándole.

16 Entonces tocó Joab la trompeta, y el pueblo cesó en la persecución de Israel, porque Joab dió esta orden; 17 y cogiendo a Absalón, echáronle en un gran hoyo en el bosque y le cubrieron con un gran montón de piedras, e Israel huyó cada uno a su casa. 18 Habíase alzado Absalón en vida un monumento en el valle del rey, diciendo: «Para que se conserve la memoria de mi nombre, pues que no tengo hijos»; y dió al monumento su nombre, y así se llama hoy todavía el lugar de Absalón.

19 Ajimas, hijo de Sadoc, dijo:

«Déjame correr al rey, para darle la noticia de que Yave le ha hecho justicia de las manos de sus enemigos.» 20 Joab le dijo: «No le llevarás tú hoy la noticia; ya se la llevarás otra vez, pero no lo hagas hoy, pues que ha muerto el hijo del rey.» 21 Y Joab dijo a un cusita: «Ve y anuncia al rey lo que has visto.» El cusita se prosternó ante Joab y corrió. 22 Ajimas, hijo de Sadoc, dijo a pesar de todo a Joab: «Ocurra lo que ocurra, déjame que corra tras el cusita.» Y Joab le dijo: «¿Por qué te empeñas en correr a él, hijo mío? Este mensaje no te aprovecharía.» 23 «Ocurra lo que ocurra, yo voy», repuso Ajimas, y Joab le respondió: «Ve.» Ajimas corrió por el camino del llano, y se adelantó al cusita.

24 Estaba David sentado entre las dos puertas. 25 El centinela que estaba en la torre sobre la puerta alzó los ojos, y miró, y vió al hombre que corría solo hacia la ciudad, y gritó para advertir al rey. El rey dijo: «Si viene solo, es que trae buenas noticias.» En tanto el hombre siguió acercándose a la ciudad, 26 y el centinela descubrió al otro que corría también y gritó del lado de la puerta: «Otro que corre solo.» El rey dijo: «Es que también trae buenas noticias.» 27 El centinela dijo: «Por el modo de correr, el primero me parece Ajimas, el hijo de Sadoc.» Y el rey dijo: «Es hombre de bien, seguramente trae buenas noticias.»

28 Ajimas, gritando, dijo al rey: «¡Victoria!» Prosternóse luego ante el rey, rostro a tierra, y dijo: «Bendito Yave, tu Dios, que ha entregado a los que alzaban su mano contra mi señor, el rey.» 29 El rey preguntó: «Y el joven Absalón, ¿está bien?» Ajimas respondió: «Yo vi un gran alboroto cuando Joab envió al rey a su siervo y a mí, tu siervo, pero no pude saber lo que pasaba.» 30 Y el rey le dijo: «Pasa y ponte allí.» Pasó él, y se paró. 31 Llegó luego el cusita, y dijo: «Recibe, oh rey, mi señor, la nueva de que Yave ha defendido hoy tu causa, contra todos los que se alzaron contra ti.» 32 Y el rey preguntó al cusita: «Y el joven Absalón, ¿está bien?» Y el cusita respondió: «Que lo que es de ese mozo sea de los enemigos de mi señor, el rey, y de todos cuantos para mal se alcen contra ti.» 33 Turbóse entonces el rey; y subiendo a la estancia que había sobre la puerta, lloraba y decía: «¡Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera que fuera yo el muerto en vez de ti! ¡Absalón, hijo mío, hijo mío!»

19 1 Dijeron a Joab: «El rey llora a su hijo y se lamenta.» 2 La victoria se trocó aquel día en luto para todo el pueblo, porque todos supieron que el rey estaba afligido por la muerte de su hijo; 3 y la gente entró en la ciudad calladamente, como entra avergonzado el ejército que huye de la batalla. 4 El rey, cubierto el rostro, gemía: «¡Absalón, hijo mío! ¡Hijo mío, Absalón! ¡Hijo mío!» 5 Entró Joab en casa del rey, y le dijo: «Hoy has llenado de confusión a todos tus siervos, que han salvado tu vida y la vida de tus hijos y tus hijas, la de tus mujeres y tus concubinas. 6 Amas a los que te aborrecen y aborreces a los que te aman, pues has demostrado hoy que nada te importan tus príncipes y tus siervos y que si viviera Absalón, aunque todos nosotros hubiéramos muerto, estarías contento. 7 Levántate, pues, y sal fuera, y habla con el corazón a los que te siguen; pues de lo contrario, por Yave juro que si no sales, ni uno quedará esta noche contigo; y te habrá de pesar de esto, más que de cuantos males han venido sobre ti, desde tu mocedad hasta ahora.» 8 Levantóse el rey, se sentó a la puerta, y todo el pueblo se enteró de que el rey estaba sentado a la puerta, y todos vinieron ante el rey. Los de Israel habían huído cada uno a su casa.

Vuelta de David a Jerusalén.

9 Todo el pueblo, en todas las tribus de Israel, se acusaba diciendo: «El rey nos ha librado de la mano de nuestros enemigos; nos ha salvado del poder de los filisteos, y ahora ha tenido que huir de la tierra por miedo a Absalón; 10 y Absalón, a quien habíamos nosotros ungido, ha muerto en la batalla. ¿Por qué, pues, no tratáis de hacer volver al rey?» 11 El rey David mandó quien dijera a Sadoc y Abiatar, sacerdotes: «Hablad a los ancianos de Judá, y decidles: ¿Vais a ser vosotros los últimos en volver al rey a su casa? Pues lo que por todo Israel se decía había llegado a la casa del rey». 12 «Vosotros

sois mis hermanos, sois hueso mío y carne mía. ¿Por qué, pues, habréis de ser los últimos en volver al rey a su casa? 13 Decid asimismo a Amasa: ¿No eres tú también hueso mío y carne mía? Esto me haga Dios, y esto me añada, si no te hago jefe de mi ejército para siempre, en lugar de Joab.» 14 David inclinó el corazón de todos los de Judá, para que como un solo hombre mandasen a decir al rey: «Vuelve con todos tus servidores.» 15 Volvióse, pues, el rey; y llegado al Jordán, vino Judá a Galgal, a recibir al rey y acompañarle en el paso del Jordán. 16 Semei, hijo de Gera, hijo de Benjamín, que era de Bajurim, apresuróse a venir con los hombres de Judá a recibir al rey David, 17 trayendo consigo mil hombres. Asimismo Siba, siervo de la casa de Saúl, con sus quince hijos y sus veinte siervos, que pasaron el Jordán delante del rey. 18 Pasaron a la familia del rey. Semei, hijo de Gera, se echó a los pies del rey en el momento en que el rey iba a pasar el Jordán, 19 y le dijo: «Que mi señor no me impute la iniquidad, y olvide las ofensas de su siervo el día en que mi señor salió de Jerusalén: ¡Oh rey!, no atiendas a ellas, 20 pues tu siervo reconoce que ha pecado, y hoy vengo el primero de toda la casa de José delante del rey, mi señor.»

21 Abisai, hijo de Sarvia, tomó la palabra, y dijo: «¿Pero no va a morir Semei por haber maldecido al ungido de Yave?» 22 Mas David respondió: «¿Qué os hace a vosotros conmigo, hijos de Sarvia? ¿Por qué habéis de oponeros hoy a mí? ¿Hoy va a morir nadie en Israel? ¿No soy yo hoy rey de Israel?» 23 Y dijo a Semei: «No morirás»; y se lo juró el rey. 24 También bajó a recibir al rey Mifiboset, hijo de Saúl; no se había lavado los pies, ni se había afeitado, ni había lavado sus vestidos desde el día en que el rey salió de Jerusalén hasta el día en que llegó la paz. 25 Vino de Jerusalén a recibir al rey, y éste le dijo: «Mifiboset, ¿por qué no viniste conmigo?» 26 Y él respondió: «Mi señor y rey, mi siervo me engañó, porque tu servidor se había dicho: aparejaré el asno y montaré en él, para ir con el rey—pues que tu siervo está cojo— 27 y él ha calumniado a tu siervo ante mi señor, el rey, pero mi señor, el rey, que es como un ángel de Dios, hará lo que bien le parezca; 28 pues todos los de la casa de mi padre no podían esperar de mi señor, el rey, otra cosa que la muerte; y sin embargo, tú has puesto a tu siervo entre los que comen a tu mesa. ¿Qué derecho tengo yo a pedir nada al rey?» 29 El rey le dijo: «Para qué tantas palabras? Ya lo he dicho. Tú y Siba os repartiréis las tierras.» 30 Y Mifiboset dijo al rey: «Que las coja todas, ya que mi señor el rey ha vuelto a entrar en paz en su casa.»

31 Barzilai, el galadita, bajó de Rogelim para acompañar al rey en el paso del río. 32 Barzilai era muy viejo, tenía ya ochenta años, y había proporcionado alimentos al rey durante su estancia en Majanaim, pues era hombre muy rico. 33 El rey le dijo: «Vente conmigo, y yo te mantendré en Jerusalén.» 34 Pero Barzilai respondió al rey: «¿Cuántos años voy a vivir yo, para ir con el rey a Jerusalén? 35 Tengo ya ochenta años. ¿Puedo ya distinguir entre lo bueno y lo malo? ¿Puede tu siervo saborear lo que come y lo que bebe? ¿Puedo ya oír la voz de cantores y cantoras? ¿Y por qué tu siervo ha de ser una carga para mi señor el rey? 36 Tu siervo acompañará hasta un poco más allá del Jordán al rey. ¿Y por qué el rey me ha de conceder esta recompensa? 37 Permite, te lo ruego, que tu siervo se vuelva, y muera yo en mi ciudad, cerca del sepulcro de mi padre y de mi madre. 38 Pero ahí tienes a tu siervo Quimam, que vaya él con el rey mi señor, y haz por él lo que quieras.» El rey le dijo: «Que venga conmigo Quimam, y yo haré por él cuanto tú quieras, y todo cuanto tú me pidas, yo te lo concederé.»

39 Cuando todo el pueblo hubo pasado el Jordán, lo pasó también el rey, y el rey abrazó a Barzilai y le bendijo, y Barzilai se volvió a su casa. 40 Dirigióse luego el rey a Gálgala, acompañado de Quimam, y de todo el pueblo de Judá y la mitad de Israel, que escoltaban al rey. 41 Pero he aquí que todos los hombres de Israel se llegaron al rey y le dijeron: «¿Por qué nuestros hermanos, los hombres de Judá, te han secuestrado, y han pasado por el Jordán al rey y su casa? ¿No son pueblo de David todas sus gentes? 42 Los hombres de Judá respondieron a los de Israel:

«Es que el rey nos toca a nosotros más de cerca; ¿por qué os ha de enojar eso? ¿Hemos vivido nosotros a costa del rey? ¿Hemos recibido algo de él?» 43 Los hombres de Israel respondieron a los de Judá: «Nosotros tenemos en el rey diez partes, y aún nos pertenece David más que a vosotros. ¿Por qué nos habéis hecho esta ofensa? ¿No hemos sido nosotros los primeros en proponer el restablecimiento del rey?» Y la contestación de los de Judá fué todavía más fuerte que la de los de Israel.

Revuelta de Seba.

20 1 Había allí un hombre perverso, llamado Seba, hijo de Becri, benjaminita, que se puso a tocar la trompeta, diciendo: «No tenemos nosotros nada que ver con David, ni con el hijo de Isai. ¡Israel, a tus tiendas! ¡Cada uno a su casa!» 2 Y se fueron de con David todos los hombres de Israel, siguiendo a Seba, hijo de Becri. Pero los de Judá se adhirieron a su rey, desde el Jordán hasta Jerusalén (1).

3 Cuando llegó David a Jerusalén, cogió a las diez concubinas que había dejado al cuidado de su casa, y las puso bajo guardia. Proveyó a su mantenimiento, pero no volvió a entrar a ellas, y encerradas estuvieron hasta el día de su muerte, viviendo como viudas.

4 El rey dijo a Amasa: «Convócame para dentro de tres días a los hombres de Judá, y hállate tú también aquí presente.» 5 Fué, pues, Amasa a reunir a Judá, pero se detuvo más del tiempo señalado; 6 y David dijo a Abisai: «Seba, hijo de Becri, va a hacernos ahora más mal que Absalón. Toma, pues, a los siervos de tu señor, y ve tras él, no sea que se acoja a las ciudades fuertes y se escape de nuestra vista.» 7 Marcharon con Abisai las gentes de Joab, los cereteos y peleteos, y todos los valientes, y saliendo de Jerusalén, fueron tras Seba, hijo de Becri. 8 Cuando llegaron a la gran piedra que hay en Gabaón, les salió al encuentro Amasa.

Iba Joab vestido de una túnica, y sobre ella llevaba ceñida a sus lomos una espada en su vaina, y según avanzó, se cayó de ella la espada. 9 Joab dijo a Amasa: «¿Estás bien, hermano?»; y con la mano derecha tomó a Amasa de la barba, como para besarle. 10 Amasa no hizo atención a la espada que tenía Joab en la mano, y éste le hirió con ella en el vientre, echándole a tierra las entrañas, sin repetir el golpe. Amasa murió. Después Joab y Abisai, su hermano, fueron en seguimiento de Seba, hijo de Becri. 11 Uno de los servidores de Joab se quedó junto a Amasa, y decía: «Los de Joab, los de David, que sigan tras Joab.» 12 Amasa, bañado en sangre, yacía en el camino. Viendo aquel hombre que todos se paraban, apartó a Amasa del camino, lo llevó al campo y echó sobre él una cubierta, porque vió que cuantos venían se paraban junto a él. 13 Una vez apartado del camino, iban ya todos tras Joab, en seguimiento de Seba, hijo de Becri.

14 Pasó por todas las tribus de Israel, hasta llegar a Abel Bet Maca, y los hombres escogidos que le seguían se reunieron. 15 Encerraron a Seba en Abel Bet Maca, y alzaron contra la ciudad un baluarte, que llegaba a la explanada de la muralla. 16 Dió entonces voces desde la ciudad una avisada mujer: «¡Oíd, oíd! Os pido que digáis a Joab que se llegue aquí, para que yo le hable. 17 Y una vez que se acercó, le dijo ella: «¿Eres tú Joab?» Y el respondió: «Yo soy.» Ella siguió: «Pues oye las palabras de tu sierva.» Y él respondió: «Oigo.» 18 Entonces volvió ella a hablar, diciendo: «En otros tiempos había costumbre de decir: «Quien preguntare, pregunte en Abel», y las querellas se arreglaban. 19 Yo soy una ciudad pacífica y fiel a Israel, y tú procuras destruir una ciudad que es madre de Israel. ¿Por qué has de destruir la heredad de Yave?» 20 Joab respondió: «Lejos de mí querer destruirla y arruinarla. 21 No es eso; es que un hombre de la montaña de Efraím, Seba, hijo de Becri, ha alzado su mano contra el rey David; entregadle a él sólo, y yo me alejaré de la ciudad.» La mujer dijo a Joab: «Se te echará su cabeza por encima de la muralla.» 22 La mujer se dirigió a todo el pue-

(1) Esta revuelta de Seba, así como las precedentes disensiones y rivalidades entre Israel y Judá, y la tendencia de Efraím a la supremacía política, que aparece ya por primera vez en Juec. 8. 1. sig., 12, 1 sigs., explican perfectamente la definitiva separación de los reinos. I. Rey. 12.

blo con mucha sabiduría, y cortando la cabeza de Seba, hijo de Becri, se la echaron a Joab. Joab hizo sonar la trompeta, y lejos ya de la ciudad, las gentes se dispersaron, cada uno a su casa, y Joab volvió a Jerusalén, al rey.

23 Joab mandaba todo el ejército de Israel; Banaías, hijo de Joiada era el jefe de los cereteos y feleteos; 24 Adoram, el inspector de los tributos; Josafat, hijo de Ajilud, cronista; 25 Siva, escriba; Sadoc y Abiatar, sacerdotes, e Ira, el jaireíta consejero áulico de David.

Los gabaonitas y la casa de Saúl.

21 1 Hubo en tiempo de David un hambre que duró tres años continuos; y David consultó a Yave, que le respondió: «Es por la casa de Saúl y por la sangre que hay sobre ella, por haber hecho perecer a los gabaonitas» (1). 2 El rey llamó a los gabaonitas y les dijo: «Los gabaonitas no eran de los hijos de Israel; eran un resto de los amorreos, con el cual estaban los hijos de Israel ligados con juramento; y sin embargo, Saúl había procurado extinguirlos, por celo de los hijos de Israel y de Judá.» 3 Dijo, pues, David a los gabaonitas: «¿Qué queréis que os haga para expiaros, y que bendigáis a la heredad de Yave?» 4 Los gabaonitas le dijeron: «Nuestra querella con Saúl y su casa no es cuestión de plata ni oro, ni pretendemos que muera nadie en Israel.» Y él preguntó: «Decid, pues, lo que queréis, para que yo lo haga.» 5 Ellos respondieron al rey: «Aquel hombre nos destruyó y quería exterminarnos, haciéndonos desaparecer de toda la tierra de Israel; 6 que se nos entreguen siete de sus hijos, para que nosotros los colguemos ante Yave en Gabaón, en el monte de Yave.» El rey dijo: «Los entregaré.»

7 No entregó el rey a Mifiboset hijo de Jonatán, hijo de Saúl, por el juramento de Yave que habían hecho entre sí David y Jonatán, hijo de Saúl. 8 Y tomó el rey a los dos hijos que Resfa, hija de Aya, había dado a Saúl, Armoni y Mifiboset, y a los cinco hijos que Merob, hija de Saúl, había dado a Adriel, hijo de Barzilai, de Mejola, 9 y se los entregó a los gabaonitas, que los colgaron en el monte ante Yave. Todos siete murieron juntos en los primeros días de la cosecha, al comienzo de la siega de las cebadas. 10 Resfa, hija de Aia, tomando un saco, se lo tendió sobre la tierra, y estuvo desde el comienzo de la cosecha hasta que sobre ellos cayeron del cielo las aguas de la lluvia, espantando durante el día a las aves del cielo y durante la noche a las bestias del campo.

11 Dieron noticia a David de lo que había hecho Resfa, hija de Aia, concubina de Saúl; 12 y fué David a recoger los huesos de Saúl y los de Jonatán, su hijo, a la ciudad de Jabes, en Galad, cuyos habitantes los habían cogido de los muros de Betsán, donde los habían colgado los filisteos después de derrotar a Saúl en Gelboe. 13 Llevó de allí los huesos de Saúl y los de Jonatán, su hijo, y recogió también los de los que habían sido colgados; 14 y fueron enterrados con los huesos de Saúl y de su hijo Jonatán en tierra de Benjamín, en Sela, en el sepulcro de Quis, padre de Saúl, cumpliéndose las órdenes del rey. Después de esto se apiadó Yave de la tierra.

Hazañas de algunos valientes de David.

15 Hubo todavía guerra entre los filisteos e Israel, y bajó David con los suyos para combatir a los filisteos. En el combate, David, muy cansado, 16 estaba para ser muerto por Josbi Benob, uno de los hijos de Rafa, que tenía una lanza que pesaba trescientos siclos de bronce y ceñía una espada nueva. 17 Abisai, hijo de Sarvia, vino en socorro de David, hirió al filisteo y le mató. Entonces las gentes de David le conjuraron, diciendo: «No salgas ya más con nosotros al combate, para que no extingas la lámpara de Israel.»

18 Hubo después de esto en Gob

(1) Esta cruenta persecución de Saúl contra los gabaonitas era un quebrantamiento oficial del juramento oficialmente hecho a los de Gabaón por las autoridades del pueblo, aunque hubiera sido arrancado con engaño (Jos 9). El derramamiento de sangre inocente exigía el castigo cruento del culpable, y la ejecución se dejaba al vengador de la sangre, que en este caso eran los gabaonitas; que ahora tal principio prevaleciera sobre el precepto de no hacer pagar a los hijos la culpa de los padres, quizá se debió a la extraordinaria gravedad de la culpa de Saúl.

una batalla con los filisteos, y entonces Sobacai, jusatita, mató a Saf, uno de los hijos de Rafa.
19 Hubo otra segunda batalla en Gob con los filisteos, y Eljanan, hijo de Jari, betlemita, mató a Lajmi, hermano de Goliat, que tenía una lanza cuya asta era como un enjullo de tejedor.
20 Hubo también una batalla en Get, en que se halló un hombre de gran talla, que tenía seis dedos en cada mano y en cada pie, veinticuatro en todo, descendiente también de Rafa. 21 Insultó a Israel, y Jonatán, hijo de Sima, hermano de David, le mató. 22 Estos cuatro hombres eran de los hijos de Rafa, de Get, y todos perecieron a manos de David y de sus servidores.

Cántico de David en acción de gracias.

22 1 David dirigió a Yave las palabras de este cántico, cuando le hubo librado Yave de la mano de todos sus enemigos y de la mano de Saúl. 2 Dijo:
«Yave es mi roca, mi fortaleza, mi refugio,
3 Mi Dios, la roca en que me amparo,
Mi escudo, el cuerno de mi salvación, mi inaccesible asilo,
Mi salvador de la violencia.
4 Yo invoco, alabándole, a Yave,
Y quedo a salvo de mis enemigos.
5 Ya me rodeaban con estrépito las olas de la muerte,
Ya me aterrorizaban los torrentes del Averno,
6 Ya me aprisionaban las ataduras del sepulcro,
Ya me habían cogido los lazos de la muerte,
7 Y en mi angustia invocaba a Yave,
Imploraba el auxilio de mi Dios.
El me oyó mi voz desde sus palacios,
Mi clamor a él llegó a sus oídos.
8 Conmovióse, y tembló la tierra,
Vacilaron los fundamentos de los montes,
Y se estremecieron, porque se airó contra ellos.
9 Subía de sus narices el humo de su ira,
Y de su boca fuego abrasador,
Carbones encendidos por él.
10 Y abajo los cielos, y descendió,
Negra oscuridad tenía bajo sus pies,
11 Subió sobre los querubines y voló,
Voló sobre las alas del viento.
12 Puso en derredor suyo tinieblas por velo,
Se cubrió con calígine acuosa y densas nubes.
13 Ante su resplandor se deshicieron sus nubes,
En granizo y centellas de fuego.
14 Tronó Yave desde los cielos,
El Altísimo hizo resonar su voz,
15 Lanzó sus saetas y los desbarató,
Fulminó sus muchos rayos y los consternó.
16 Y aparecieron arroyos de aguas,
Y quedaron al descubierto los fundamentos del orbe,
Ante la increpadora ira de Yave,
Al resoplido del huracán de su furor.
17 Extendió su mano desde lo alto, y me cogió,
Me sacó de la muchedumbre de las aguas,
18 Me arrancó de mi feroz enemigo,
De los que me aborrecían y eran más fuertes que yo.
19 Querían asaltarme en día fatal para mí.
Pero fué Yave mi fortaleza,
20 Y me puso en seguro,
Salvándome, porque se agradó de mí.
21 Remunerábame Yave conforme a mi justicia,
Según la pureza de mis manos me pagaba,
22 Pues yo había seguido los caminos de Yave,
Y no me había impíamente apartado de mi Dios.
23 Tenía ante mis ojos todos sus mandatos,
Y no rehuía sus leyes,
24 Sino que fuí íntegro con él,
Y me guardé de la iniquidad.
25 Y me retribuyó Yave conforme a mi justicia,
Y según la limpieza de mis manos ante sus ojos.
26 Con el piadoso muéstrase piadoso,
Integro con el íntegro,
27 Muéstrase limpio con el limpio,
Y sagaz con el perverso astuto.
28 Tú salvas al humilde,
Pero humillas al soberbio.
29 Tú haces lucir mi lámpara, oh Yave,
Mi Dios ilumina mis tinieblas.
30 Ciertamente fiado en ti, soy capaz de romper ejércitos.

Fiado en mi Dios, asalto murallas.
31 Es perfecto el camino de Dios,
La palabra de Yave es acrisolada.
Es el escudo de cuantos a él se acogen.
32 ¿Qué Dios hay fuera de Yave?
¿Qué Dios hay fuera de nuestro Dios?
33 El Dios fuerte, que me ciñó de fortaleza,
Y prosperó mis caminos,
34 Que me dió pies como los de los ciervos,
Y me puso sobre las alturas,
35 Que adiestró mis manos para la lucha,
Y mis brazos para tender el arco de bronce.
36 Me entregaste tu escudo salvador,
Tu diestra me fortalecía,
Y tu solicitud me engrandecía,
37 Me hacías correr a largos pasos,
Sin que se cansaran mis pies.
38 Perseguía a mis enemigos, y los alcanzaba,
Y no me volvía sin haberlos desbaratado.
39 Los machacaba, sin que pudieran levantarse,
Caían bajo mis pies.
40 Me ceñiste de fortaleza para la guerra,
Sometiste a los que se alzaban contra mí,
41 Obligaste a mis enemigos a darme las espaldas,
Y reducías al silencio a los que me odiaban.
42 Vociferaban, pero no había quien les socorriese,
A Yave, pero él no los oía.
43 Y los dispersaba como el polvo lo dispersa el viento,
Y como al lodo de las plazas los pulverizaba.
44 Me libraste de las sediciones del pueblo,
Me pusiste por cabeza de gentes.
Pueblos que no conocía me servían,
45 Obedecíanme con diligente oído.
Los extraños me halagaban,
46 Los extraños palidecían,
Y salían de sus refugios.
50 Por eso te daré gracias, oh Yave, entre las gentes,
Y cantaré salmos en tu honor.
47 ¡Viva Yave, y bendito sea su nombre!
Ensalzado sea el Dios, mi salvador.
48 El es el fuerte, que me otorga la venganza,
El que me somete los pueblos,
49 El que me libra de mis enemigos,
El que me hace superar a los que se alzan contra mí,
El que me libra del hombre violento,
51 El que da grandes victorias a su rey,
El que hace misericordia a su ungido, David,
Y a su descendencia por la eternidad.»

Ultimas palabras de David.

23 1 Estas son las últimas palabras de David:
«Oráculo de David, hijo de Isai,
Oráculo del hombre puesto en lo alto,
Del ungido del Dios de Jacob,
Del dulce cantor de Israel.
2 El espíritu de Yave habla por mí,
Y su palabra está en mis labios.
3 Ha hablado el Dios de Israel.
La roca de Israel me ha dicho:
Un justo dominador de los hombres,
Dominador en el temor de Dios,
4 Como la luz de la mañana cuando se levanta el sol,
En una mañana sin nubes.
A sus rayos, después de la lluvia,
Yérguese la hierba de la tierra.
5 ¿No es así mi casa para con Dios?
Porque él ha hecho conmigo una eterna alianza,
En todo ordenada, y que será cumplida.
El hará germinar toda mi salud y todo su buen deseo,
6 Mientras que los impíos serán todos como espinas detestadas,
Que nadie toca con sus manos.
7 El que las coge se arma de un hierro o de un asta de lanza,
Y son luego arrojadas al fuego.»

Los valientes de David.

8 He aquí los nombres de los héroes de David:
Jesbal, jacamonita, era el primero de los tres; éste desnudó su espada contra trescientos hombres, y los derrotó de un solo ímpetu.
9 Después de éste, Eleazar, hijo de Dodo, ajojita; era uno de los tres más valientes que estaban con David en Las Damim, cuando los filisteos presentaron allí batalla, y huyendo los de Israel, 10 se quedó él a pie firme, blandiendo su espada, hasta que se

le cansó la mano y se le quedó pegada a ella la espada, consiguiendo aquel día una gran victoria, pues el pueblo se tornó a donde estaba Eleazar, pero sólo tuvo que recoger los despojos.
11 Después de él, Sama, hijo de Age, jaradita. Habíanse concentrado los filisteos en un solo cuerpo, en un lugar donde había un trozo de terreno sembrado de lentejas, y el pueblo iba huyendo ante los filisteos; 12 Sama se puso en medio del campo aquél, le defendió y derrotó a los filisteos, obrando Yave por él una gran victoria.
13 Estos tres, los más valientes de los treinta, habían antes bajado al tiempo de la cosecha a reunirse con David, en la caverna de Odolam, mientras acampaba una tropa de filisteos en el valle de Refaim. 14 Estaba entonces David en la fortaleza, y los filisteos tenían guarnición en Belén. 15 Se le antojó a David decir: «¡Quién me diera poder beber agua de la cisterna que está a la puerta de Belén!» 16 Y luego los tres valientes, atravesando el campamento de los filisteos, cogieron agua de la cisterna de Belén y se la llevaron a David; pero David no la bebió, e hizo con ella una libación a Yave diciendo: 17 «¡Lejos de mí, oh Yave, hacer tal cosa! ¿No sería beber la sangre de estos hombres, que con peligro de su vida han ido a buscarla?» Y se negó a beberla. Esto hicieron los tres valientes. 18 Abisai, hermano de Joab, hijo de Sarvia, era el jefe de los treinta. Blandiendo su lanza contra trescientos hombres, los derrotó, y adquirió gran renombre entre los treinta. 19 Era el más considerado entre los treinta y jefe de ellos, pero no igualaba a los tres.
20 Banaías, hijo de Joyada, hombre valiente y hazañoso, de Cabsel. Este mató a los dos Ariel, de Moab, y bajando a una cisterna en un día de nieve, mató en ella a un león. 21 También mató a un egipcio de gran talla, que blandía una lanza; acometiéndole con un palo, le arrancó de las manos la lanza, y con su propia lanza le mató. 22 Esto hizo Banaías, hijo de Joyada, de fama entre los treinta 23 y glorioso entre ellos, pero que no llegaba tampoco a los tres. Hízole David jefe de su guardia.
24 Azael, hermano de Joab, era de los treinta; también Eljanán, hijo de Dodo, de Belén; 25 Sama, de Jarod; Elica, de Jarod; 26 Jeles, de Bet Palti; Ira, hijo de Iques, de Tecua; 27 Abieser, de Anatot; Mebonai, jusatita; 28 Selmón, ajojita; Marai, de Netofat; 29 Jeleb, hijo de Bana, de Netofat; Itai, hijo de Ribai, de Gueba de los hijos de Benjamín; 30 Banaía, de Paratón; Edi, de los valles de Gas; 31 Abi Albón, del Araba; Azmavet, de Barjum; 32 Elyajba, de Salabona; Jasén, de Guni; Jonatán; 33 Sama, arorita; Ajiam, hijo de Sarar, fararita; 34 Elifelet, hijo de Ajasbai, macatita; Eliam, hijo de Ajitofel, de Gilon; 35 Jesra, de Carmel; Para, de Arba; 36 Jigal, hijo de Natán, de Soba de Gad; 37 Selec, amonita; Najarai, de Betot, escudero de Joab, hijo de Sarvia; Ira, jetrita; Gareb, jetrita; 39 Urías, geteo. En todo, treinta y siete.

Censo del pueblo. Peste.

24 1 Volvió a encenderse el furor de Yave contra Israel, impulsando a David a que hiciera el censo de Israel y de Judá. 2 Dijo, pues, David a Joab, jefe de su ejército: «Recorre todas las tribus de Israel, desde Dan hasta Berseba, y haz el censo del pueblo, para saber su número.» 3 Joab dijo al rey: «Aumente Yave, tu Dios, el pueblo, cien veces otro tanto como son, y véalo mi señor el rey. Mas ¿para qué quiere esto mi señor el rey?» 4 Pero prevaleció la orden del rey sobre Joab y sobre los jefes del ejército; y salió Joab con los jefes del ejército de la presencia del rey, para hacer el censo del pueblo de Israel; 5 y pasado el Jordán, comenzaron por Aroer, la ciudad que está en medio del valle, y por Gad hasta Jazer. 6 Y fueron a Galad, y a la tierra de los geteos hasta Cades, y luego desde Dan hasta Sidón la grande; 7 fueron a la ciudad fuerte de Tiro y a todas las ciudades de los geteos y cananeos, y por fin al Negueb de Judá, a Berseba. 8 Cuando hubieron así recorrido toda la tierra, volvieron a Jerusalén, al cabo de nueve meses y veinte días; 9 y Joab remitió al rey el rollo del censo del pueblo. Había en Israel ochocientos mil hombres de guerra que esgrimían la espada, y quinientos mil en Judá.
10 David sintió latir su corazón cuando hubo hecho el censo del pueblo,

y dijo a Yave: «He pecado gravemente al hacer esto. Ahora, ¡oh Yavé!, perdona, te ruego, la iniquidad de tu siervo, pues he obrado como un insensato.»

11 Al día siguiente, cuando se levantó David, había llegado a Gad, profeta, el vidente de David, palabra de Yave, diciendo: 12 «Ve a decir a David: Así habla Yave: Te doy a elegir entre tres cosas la que he de hacer yo, a tu elección.» 13 Vino Gad a David y se lo comunicó, diciendo: «¿Qué quieres: Siete años de hambre sobre la tierra, tres años de derrotas ante los enemigos que te persiguen, o tres días de peste en toda la tierra? Reflexiona, pues, y ve lo que he de responder al que me envía» (1).

14 David respondió a Gad: «Estoy en una cruel angustia. Caigamos en las manos de Yave, cuya misericordia es grande; pero que no caiga yo en las manos de los hombres.» 15 Y Yave mandó sobre Israel la peste, desde la mañana de aquel día hasta el tiempo fijado. Murieron, desde Dan a Berseba, setenta mil hombres del pueblo. 16 El ángel de Yave tendía ya su mano sobre Jerusalén para destruirla, pero se arrepintió Yave del mal, y dijo al ángel que hacía perecer al pueblo: «Basta, retira ya tu mano.»

El ángel de Yave estaba cerca de la era de Areuna, el jebuseo. 17 A la vista del ángel, que hería al pueblo, dijo David a Yave: «Yo he pecado, pero éstos, las ovejas, ¿qué han hecho? Caiga tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre.» 18 Aquel día vino Gad a David, y le dijo: «Sube, y alza a Yave un altar en la era de Areuna, el jebuseo.» 19 Subió David conforme a la orden de Gad, como se lo había mandado a éste Yave. 20 Areuna, al mirar, vió al rey y a sus servidores que se dirigían hacia él; y saliendo, se prosternó delante del rey, rostro a tierra, 21 diciendo: «¿Cómo mi señor, el rey, viene a su siervo?» David respondió: «Vengo a comprarte esta era y alzar en ella un altar a Yave, para que se retire la plaga de sobre su pueblo.» 22 Areuna dijo a David: «Tómela mi señor, y ofrezca cuantos sacrificios le plazca. Ahí están los bueyes para el holocausto; los trillos y los yugos darán la leña; 23 todo eso, ¡oh rey!, se lo regala Areuna al rey. Que Yave, tu Dios, te sea favorable.» 24 Pero el rey respondió a Areuna: «No, quiero comprártelo por precio de plata; no voy a ofrecer yo a Yave, mi Dios, holocaustos que no me cuesten nada.» Y compró David la era y los bueyes en cincuenta siclos de plata; 25 alzó allí el altar a Yave, y ofreció holocaustos y sacrificios pacíficos. Así se aplacó Yave con su pueblo, y cesó la plaga en Israel.

(1) Que la confección de un censo, ya por dos veces hecha antes (Num. 1; 26) inculpablemente, sea ahora culpa que recae sobre el pueblo y es castigada con la peste, es para nosotros un misterio. Quizá quiso Dios castigar así un acto de vanagloria de David.

Deuic tum Golead proprio Dauid ense peremit, Hoc cæso fugiunt agmina tota procul. 1. Reg. 17.

INTRODUCCION A LOS LIBROS DE LOS REYES

FORMAN estos dos libros una sola obra, dividida, como la anterior, según la división introducida en las versiones. Abarcan toda la historia de Israel bajo la monarquía, durante unos cuatro siglos, que terminan en 587 con la cautividad babilónica.

Se divide la obra en tres partes: La primera nos cuenta la historia de Salomón, que reinó cuarenta años sobre las doce tribus. (I Reg. 2-XI.) La segunda comprende la historia paralela de los dos reinos en que a la muerte de Salomón se dividió Israel, sus relaciones casi siempre hostiles, hasta la desaparición del reino de Samaria, en 721, en que el pueblo fué llevado a Asiria (I Reg. XII-22; Reg. XVII), y sustituído en la tierra por otras naciones orientales. La última parte cuenta la historia de Judá, ya sólo desde la caída y cautividad de Samaria, hasta su propia ruina, en 587. El autor es desconocido. La época de la composición está próxima al cautiverio. El plan de la primera parte es semejante al de los libros de Samuel, y asimismo la cronología. En el resto tiene parecido con los Jueces. Sirve de marco a los sinceros historiadores un esquema sobre la conducta religiosa de los reyes, tomado de las Crónicas de ambos reinos, que expresamente cita el autor. El juicio sobre los reyes de Israel o Samaria es constantemente el mismo, desfavorable, y por esto las dinastías se suceden unas a otras en medio de guerras civiles y regicidios. En Judá se distinguen algunos reyes piadosos, si bien los bruscos cambios en la vida religiosa del pueblo nos hacen ver la gran influencia del paganismo de las naciones vecinas o invasoras, Asiria y Caldea. A pesar de esto, Dios mantiene la promesa de la perpetuidad de la dinastía davídica, hasta el fin. Los profetas, sobre todo Elías y Eliseo en el reino del Norte, ocupan una parte importante en la historia del pueblo.

La cronología de las partes segunda y tercera, basada en los años de cada reinado, es más detallada, aunque de difícil armonización, a causa de la deficiente conservación del texto o de los diferentes cómputos. Los documentos cuneiformes nos dan aquí gran luz, tanto en la parte histórica como en la cronológica. Cf. Intr. hist.

REYES I

(Vul. III Reg.)

Abisag

1 [1] Era ya viejo el rey David, entrado en años, y por más que le cubrían con ropas, no podía entrar en calor. [2] Dijéronle entonces sus servidores: «Que busquen para mi señor, el rey, una joven virgen, que le cuide y le sirva; durmiendo en su seno, el rey mi señor entrará en calor.» [3] Buscaron por toda la tierra de Israel una joven hermosa, y hallaron a Abisag, sunamita, y la trajeron al rey. [4] Era esta joven muy hermosa, y cuidaba al rey y le servía, pero el rey no la conoció.

Pretensiones de Adonías al trono.

[5] Adonías, hijo de Jaguit, había levantado sus pensamientos y decía: «Yo reinaré.» Se había hecho con carros y caballos, y cincuenta hombres que corrieran delante de él; [6] y su padre nunca se lo había reprochado, diciéndole: «¿Por qué haces eso?» Era, además, Adonías de hermosa presencia, y había nacido después de Absalón. [7] Se entendía con Joab, hijo de Sarvia, y con Abiatar, sacerdote, que se hicieron partidarios suyos; [8] pero el sacerdote Sadoc, Banaías, hijo de Joyada, Natán, profeta, Semeí, Reí y los valientes de David, no le seguían.

[9] Inmoló Adonías ovejas, bueyes y becerros cebados, junto a la piedra de Zojelet, que está al lado de En Rogel, e invitó a todos sus hermanos, los hijos del rey, y a todos los hombres de Judá que estaban al servicio del rey; [10] pero no invitó a Natán, profeta, ni a Banaías, ni a los valientes, ni a Salomón, su hermano.

[11] Entonces dijo Natán a Betsabé, madre de Salomón: «¿No sabes que Adonías, hijo de Jaguit, pretende reinar, sin que nuestro señor David lo sepa? [12] Ven, pues, y sigue ahora mi consejo, para que salves tu vida y la de tu hijo Salomón. [13] Ve y entra al rey David, y dile: ¡Oh rey, mi señor! ¿No has jurado tú a tu sierva, diciendo: Salomón, tu hijo reinará después de mí, él se sentará sobre mi trono? ¿Cómo, pues, reina Adonías?» [14] Y mientras tú hablas con el rey, entraré yo detrás y confirmaré tus palabras.»

[15] Betsabé fué a la cámara del rey. Estaba ya muy viejo, y le servía Abisag, la sunamita. [16] Inclinóse y prosternóse ante el rey, que le preguntó: «¿Qué quieres?» [17] Ella le respondió: «¡Oh señor! Tú has jurado a tu sierva por Yave, diciendo: Salomón, tu hijo, reinará después de mí, él se sentará sobre mi trono; [18] y he aquí que Adonías se ha hecho rey, sin que tú sepas nada. [19] Ha inmolado bueyes, becerros cebados y ovejas, en gran número, y ha invitado a Abiatar, sacerdote, a Joab, jefe del ejército, pero no ha invitado a Salomón, tu siervo. [20] En tanto, los ojos de todo Israel están puestos en ti, ¡oh rey!, mi señor, esperando que tú des a conocer quién es el que se ha de sentar sobre el trono del rey, mi señor, después de él; [21] pues de lo contrario, cuando el rey mi señor se duerma con sus padres, mi hijo Salomón y yo seremos tenidos por culpables.»

[22] Mientras todavía estaba ella hablando con el rey, llegó Natán, profeta. [23] Anunciáronselo a David, diciendo: «Natán, profeta, está ahí.» Entró a la presencia del rey, y se prosternó ante él, rostro a tierra, [24] y dijo: «¡Oh rey, mi señor! ¿Has dicho tú: Adonías reinará después de mí, y se sentará sobre mi trono?

25 Porque hoy ha bajado, y ha inmolado bueyes, becerros cebados y ovejas en gran número, y ha invitado a todos los hijos del rey y a los jefes del ejército, y al sacerdote Abiatar, que están comiendo y bebiendo con él, y han dicho: ¡Viva Adonías, rey! 26 Pero ni me ha invitado a mí, tu siervo, ni al sacerdote Sadoc, ni a Banaias, hijo de Joyada, ni a Salomón, tu siervo. 27 ¿Se ha hecho esto por voluntad del rey mi señor, sin dar a saber a tus siervos quién es el que se ha de sentar en el trono del rey, mi señor, después de él?»

28 El rey David respondió: «Que venga Betsabé.» Entró ella y se puso ante el rey, 29 y el rey hizo este juramento: «Vive Yave, que libró mi alma de toda angustia, 30 que así como he jurado por Yave, Dios de Israel, diciendo: Salomón, tu hijo, reinará después de mí, y se sentará en mi trono en lugar mío, ahora mismo lo haré.» 31 Betsabé se inclinó rostro a tierra, prosternándose ante el rey, y dijo: «Viva por siempre mi señor, el rey David.» 32 Luego dijo el rey: «Que vengan Sadoc, sacerdote; Natán, profeta, y Banaias, hijo de Joyada.» Cuando estuvieron éstos en presencia del rey, 33 el rey les dijo: «Tomad con vosotros a los servidores de vuestro señor, montad a Salomón sobre mi mula, y bajadle a Guijón. 34 Allí el sacerdote Sadoc y Natán, profeta, le ungirán rey de Israel, y tocaréis las trompetas, gritando: ¡Viva el rey Salomón! 35 Después volveréis a subir tras él, y se sentará en mi trono, para que reine en mi lugar; pues a él le instituyo jefe de Israel y de Judá.» 36 Banaias, hijo de Joyada, respondió al rey: «Amén. Hágalo así Yave, el Dios de mi señor, el rey, 37 y como estuvo Yave con el rey, mi señor, esté igualmente con Salomón, y alce su trono sobre el trono de mi señor, el rey David.»

Unción de Salomón.

38 Bajó el sacerdote Sadoc, con Natán, profeta, Banaias, hijo de Joyada, los cereteos y los peleteos; y montando a Salomón sobre la mula de David, le llevaron a Guijón: 39 y tomando Sadoc, sacerdote, el cuerno de óleo del tabernáculo, ungió a Salomón, al son de las trompetas, y gritó todo el pueblo: «¡Viva Salomón, rey!» 40 Después subió con él todo el pueblo, tocando las flautas y haciendo gran fiesta, y parecía retemblar la tierra con sus aclamaciones.

41 Oyólo Adonías, así como sus invitados, cuando terminaba su banquete; y Joab, al oír el sonido de las trompetas, dijo: «¿Por qué con tanto estrépito se alborota la ciudad?» 42 Todavía estaba él hablando, cuando llegó Jonatán, hijo del sacerdote Abiatar. Díjole Adonías: «Acércate, que tú eres un valiente, y de seguro traerás buenas nuevas.» 43 Respondió Jonatán a Adonías: 44 «De cierto que nuestro señor el rey David ha hecho rey a Salomón. Ha hecho que montado en la mula del rey, fueran con él Sadoc, sacerdote; Natán, profeta; Banaias, hijo de Joyada; los cereteos y peleteos; 45 y Sadoc, sacerdote, y Natán, profeta, le han ungido rey en Guijón, y de allí han subido con grandes muestras de júbilo, y toda la ciudad está en conmoción; ése es el estrépito que habéis oído. 46 Además, Salomón se ha sentado en el trono real, 47 y los servidores del rey han ido a felicitar al rey David, diciendo: «Que haga tu Dios el nombre de Salomón más grande que el tuyo, y eleve su trono sobre tu trono.» 48 El rey mismo se prosternó en su lecho, y habló así: «Bendito Yave, Dios de Israel, que ha hecho sentarse hoy sobre mi trono un sucesor, viéndolo mis ojos.»

49 Todos los convidados de Adonías se llenaron de miedo, y levantándose, fuéronse cada uno por su lado. 50 Adonías, temiendo de Salomón, se levantó y fué a cogerse de los cuernos del altar.

51 Vinieron a decir a Salomón: «Adonías tiene miedo del rey Salomón, y ha ido a cogerse de los cuernos del altar, diciendo: Que el rey Salomón me jure hoy que no hará morir por la espada a su siervo.» 52 Salomón respondió: «Si él se porta lealmente, ni uno de sus cabellos caerá a tierra; pero si algo malo trama, morirá.» 53 Mandó, pues, Salomón gentes que le hicieron bajar del altar, y Adonías vino a postrarse ante el rey Salomón, que le dijo: «Vete a tu casa.»

Ultimas instrucciones de David a Salomón.

2 1 Llegaron los días de la muerte para David, y dió sus instrucciones a Salomón, su hijo, diciéndole

2 «Yo me voy por el camino de todos; esfuérzate, pues, y sé hombre. 3 Sé fiel a Yave, tu Dios, marchando por sus caminos, guardando sus mandamientos, sus leyes y sus preceptos y testimonios, como están escritos en la ley de Moisés, para que seas afortunado en cuanto hicieres y dondequiera que vayas; 4 de manera que cumpla Yave su palabra, la que a mí me ha dado, diciendo: Si tus hijos siguen su camino ante mí en verdad y con todo su corazón y toda su alma, no te faltará jamás un descendiente sobre el trono de Israel. 5 Bien sabes también tú mismo lo que me ha hecho Joab, hijo de Sarvia; lo que hizo con los dos jefes del ejército de Israel, Abner, hijo de Ner, y Amasa, hijo de Jeter, que los mató, derramando en la paz la sangre de la guerra, y manchando con la sangre de la guerra el cinturón que ceñía sus lomos y los zapatos que calzaban sus pies. 6 Haz, pues, con él, conforme a tu sabiduría, y no dejes que sus cabellos blancos bajen en paz a la morada de los muertos. 7 Trata con benevolencia a los hijos de Barzilai, el galadita, y sean de los invitados a tu mesa, pues hicieron así bien conmigo, cuando yo iba huyendo de Absalón, tu hermano. 8 Ahí está contigo también Semeí, hijo de Gera, benjaminita, que profirió contra mí violentas maldiciones, el día que iba yo a Majanaim. Cuando luego me salió al encuentro al Jordán, yo le juré por Yave, diciendo: No te haré morir a espada. 9 Pero ahora no le dejes impune, pues como sabio que eres, sabes cómo has de tratarle, y harás que con sangre bajen sus canas al sepulcro.»

10 Durmióse David con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de David. 11 El tiempo que reinó David sobre Israel, fué de cuarenta años; siete años reinó en Hebrón y treinta y tres en su Jerusalén. 12 Sentóse Salomón en el trono de David, su padre, y su reino quedó muy firme.

13 Adonías, hijo de Hagit, fué en busca de Betsabé, madre de Salomón. Ella le dijo: «¿Vienes de paz?» Y él respondió: «De paz», 14 y añadió: «Quisiera decirte una palabra.» «Habla»—le dijo ella—. 15 Y él dijo: «Tú sabes que el reino era mío, y que todo Israel había puesto en mí sus ojos para hacerme rey; pero el reino ha sido traspasado, y dado a mi hermano, porque Yave se lo había destinado. 16 Una sola cosa te pido ahora; no me la niegues.» Ella respondió: «Di.» 17 Y él prosiguió: «Te pido que digas a Salomón, porque él no te lo negará, que me dé por mujer a Abisag, la sunamita.» 18 Betsabé sijo: «Bien, yo hablaré por ti al rey.» 19 Betsabé fué a hablar a Salomón por Adonías, y el rey se levantó para salir a su encuentro, se prosternó ante ella, y sentándose sobre su trono, hizo poner otro para la madre del rey, y la sentó a su derecha.

20 Ella le dijo entonces: «Tengo una cosita que pedirte; no me la niegues.» Y el rey la dijo: «Pide, madre mía, que yo no te negaré nada.» 21 Ella dijo: «Que des por mujer a Adonías, tu hermano, Abisag, la sunamita.» 22 El rey Salomón preguntó a su madre: «¿Por qué pides tú para Adonías a Abisag, la sunamita? Pide ya el reino para él, pues que es mi hermano mayor, y tiene con él a Abiatar, sacerdote, y a Joab, hijo de Sarvia.» 23 Y juró por Yave, diciendo: «Así me haga Yave y así me añada, si no ha sido pronunciada contra su vida esta palabra de Adonías (1). 24 Ahora, pues, vive Yave, que me ha confirmado y me ha establecido sobre el trono de David, mi padre, y me ha edificado casa, según su promesa, que hoy mismo morirá Adonías.»

25 El rey Salomón mandó a Banaias, hijo de Joyada, que le hirió, y Adonías murió. 26 Luego dijo el rey al sacerdote Abiatar: «Vete a tus tierras de Anatot. Tú merecías la muerte, pero yo no quiero hacerte morir ahora, por haber llevado el arca del Señor, Yave, delante de David, mi padre, y porque participaste en los trabajos de mi padre.» 27 Echó, pues, Salomón a Abiatar, para que no fuese sacerdote de Yave, cumpliéndose así la palabra que había pronunciado Yave contra la casa de Helí, en Silo.

28 Llegaron estas noticias a Joab, que había seguido el partido de Adonías y no había seguido el de Salomón, y se refugió en el tabernáculo de Yave, cogiéndose a los cuernos del

(1) La petición de Adonías, de que se le diera por mujer la que había sido mujer de su padre, parece incluir aspiraciones al trono; así al menos la interpretó Salomón.

altar. 29 Dijeron a Salomón que Joab se había refugiado en el tabernáculo de Yave, y estaba junto al altar; y Salomón mandó a Banaias, hijo de Joyada, diciendo: «Ve y hiérele.» 30 Llegado al tabernáculo de Yave, Banaias dijo a Joab: «Así habla el rey; sal.» Pero él respondió: «No, quiero morir aquí.» Banaias, llevó al rey esta respuesta, diciendo: Esto he dicho a Joab, y esto me ha contestado.» 31 El rey dijo a Banaias: «Haz como él dice: hiérele y sepúltale, y quita de sobre mí y de sobre la casa de mi padre la sangre inocente que Joab ha derramado. 32 Haga caer Yave esa sangre sobre su cabeza, pues mató a dos hombres más rectos y mejores que él, dándoles la muerte con la espada, sin que nada supiera mi padre David: a Abner, hijo de Ner, jefe del ejército de Israel, y Amasa, hijo de Jeter, jefe del ejército de Judá. 33 Su sangre caerá sobre la cabeza de Joab y sobre la de sus descendientes, por siempre, mientras que sobre David y su descendencia, sobre su casa y su trono, dará siempre Yave su paz.»

34 Subió entonces Banaias, hijo de Joyada, y le hirió, matándole (1), y Joab fué sepultado en su sepulcro en el desierto. 35 Puso el rey en su lugar, por jefe del ejército, a Banaias, hijo de Joyada, y al sacerdote Sadoc en el lugar de Abiatar.

36 Hizo el rey llamar a Semeí, y le dijo: «Hazte una casa en Jerusalén y habita en ella, sin salir ni entrar para nada. 37 El día en que salgas y pases el torrente de Cedrón, sabe que con toda certeza morirás; sea tu sangre sobre tu cabeza.» 38 Semeí respondió al rey: «La orden es buena. Como lo dice mi señor el rey, así hará tu siervo.»

Semeí estuvo mucho tiempo en Jerusalén; 39 pero al cabo de tres años, dos siervos de Semeí huyeron a refugiarse junto a Aquis, hijo de Maca, rey de Get. Le dijeron a Semeí: «Tus siervos están en Get»; 40 y levantándose, montó en su asno y se fué a Get, a Aquis, en busca de sus siervos, y de vuelta, se los trajo con él. 41 Informaron a Salomón de que Semeí había ido de Jerusalén a Get y estaba ya de vuelta; 42 y mandando llamar a Semeí, le dijo: «¿No te conjuré yo, por Yave, y no te advertí que el día en que salieras acá o allá sería el de tu muerte? Y me dijiste tú: La orden es buena y la obedeceré. 43 ¿Por qué, pues, no has guardado el juramento de Yave, y la orden que yo te di?» 44 Y siguió diciendo el rey a Semeí: «Bien sabes tú, tu corazón lo sabe muy bien, todo el mal que hiciste a David, mi padre. Yave hace recaer tu maldad sobre tu cabeza, 45 mientras que el rey Salomón será bendecido, y el trono de David afirmado por siempre ante Yave.»

46 Dió el rey orden a Banaias, hijo de Joyada, que salió e hirió a Semeí, y Semeí murió. El reino se afirmó en las manos de Salomón.

(1) Es el cumplimiento de la ley. Exod. 21. 14.

Casamiento de Salomón

3 1 Emparentó Salomón con el Faraón, rey de Egipto, tomando a una hija del Faraón por mujer. Trájola a la ciudad de David, hasta acabar de edificar su casa, la casa de Yave, y las murallas de Jerusalén en derredor. 2 El pueblo sacrificaba en los altos (1), porque no había sido hasta entonces edificada casa a Yave. 3 Salomón amaba a Yave y marchaba según las órdenes de David, su padre, pero sacrificaba y quemaba perfumes en los altos.

4 Fué el rey a sacrificar a Gabaón, que era uno de los principales altos. Mil holocaustos ofrecía Salomón en aquel altar. 5 Yave se le apareció en Gabaón durante la noche, en sueños, y dijo Dios a Salomón: «Pídeme lo que quieras que te dé.» 6 Salomón respondió: «Tú hiciste gran misericordia a David, mi padre, conforme marchaba él en tu presencia en la fidelidad, en la justicia y en la rectitud de corazón ante ti; le has guardado esta misericordia, dándole un hijo que se sentara sobre su trono, como lo está hoy. 7 Ahora, pues, ¡oh Yave!, mi Dios, que has hecho reinar a tu siervo en el lugar de David,

(1) El Deuteronomio insiste mucho en que no se ha de sacrificar más que en el lugar elegido por Dios; el tabernáculo, primero, y después, el templo de Jerusalén. Sin embargo, esta ley no parece haberse cumplido siempre, aun en el tiempo de los reyes más piadosos. Se nos dice muchas veces que seguía sacrificándose en los altos. Sólo en tiempo de Josías se cumplió rigurosamente.

mi padre, no siendo yo más que un mocito, que no sabe por dónde ha de entrar y por dónde ha de salir, 8 y que está tu siervo en medio del pueblo que tú te elegiste, un pueblo grande, que por su muchedumbre no puede contarse ni numerarse, 9 da a tu siervo un corazón prudente, para juzgar a tu pueblo y poder discernir entre lo bueno y lo malo; porque ¿quién, si no, podrá gobernar a un pueblo tan grande?»

10 Agradó a Yave que Salomón le hiciera esta petición; 11 y Dios le dijo: «Por haberme pedido esto, y no haber pedido para ti, ni vida larga, ni muchas riquezas, ni la muerte de tus enemigos, sino haberme pedido entendimiento para hacer justicia, 12 yo te concedo lo que me has pedido, y te doy un corazón sabio e inteligente, tal como antes de ti no ha habido otro, ni lo haya en adelante después de ti. 13 Y aún te añado lo que no has pedido; riquezas y gloria, tales que no habrá en tus días rey alguno como tú; 14 y si andas por mis caminos, guardando mis leyes y mis mandamientos, como lo hizo David, tu padre, prolongaré tus días.»

15 Despertóse Salomón de su sueño, y de vuelta a Jerusalén, se presentó ante el arca de la alianza de Yave, y ofreció holocaustos y sacrificios eucarísticos, y dió un banquete a todos sus servidores.

16 Vinieron por entonces al rey, y se presentaron ante él, dos mujeres de mala vida. 17 Dijo una de ellas. «Escucha, mi señor: Yo moraba con esta mujer en la misma casa, y allí di a luz un niño. 18 A los tres días dió también ella a luz un niño. Habitábamos juntas, y ningún extraño había entrado en la casa, no había allí más que las dos. 19 El hijo de esta mujer murió una noche, por haberse ella acostado sobre él; 20 y ella, levantándose en medio de la noche, me quitó de mi lado a mi hijo, mientras tu sierva dormía, y púsolo a su lado, dejando al mío a su hijo muerto. 21 Cuando yo me levanté por la mañana, para dar el pecho a mi hijo, halléle muerto; mas mirándole atentamente durante la mañana, vi que no era mi hijo, el que había yo parido.»

22 La otra mujer dijo: «No, mi hijo es el que vive, es el tuyo el que ha muerto.» Y la primera replicaba: «No, tu hijo es el muerto, y el mío el vivo.» Y así disputaban en presencia del rey.

23 Tomó entonces el rey la palabra: «La una dice: Mi hijo es el que vive, el tuyo ha muerto; y la otra dice: No, es el tuyo el que ha muerto, y el mío vive»; 24 y añadió: «Traedme una espada.» Trajeron al rey la espada, 25 y él dijo: «Partid por el medio al niño vivo, y dad la mitad de él a la una, y la otra mitad a la otra.»

26 Entonces la mujer, cuyo era el niño vivo, dijo al rey, pues se le conmovían todas las entrañas por su hijo: «¡Oh, señor rey, dale a ésa el niño, pero vivo, que no le maten.» Mientras que la otra decía: «Ni para mí, ni para ti, que le partan.» 27 Entonces dijo el rey: «Dad a la primera el niño vivo, sin matarle; ella es su madre.» 28 Todo Israel supo la sentencia que el rey había pronunciado, y todos temieron al rey, viendo que había en él una sabiduría divina para hacer justicia.

Altos funcionarios de Salomón.

4 1 Reinaba Salomón sobre Israel. 2 Los jefes que tenía a su servicio eran: Azarías, hijo de Sadoc, su primer ministro; 3 Elijoret y Ajías, hijos de Sisa, eran los secretarios; Josafat, hijo de Ajilud, cronista; 4 Banaías, hijo de Joyada, mandaba el ejército; Sadoc y Abiatar eran sacerdotes; 5 Azarías, hijo de Natán, superintendente; Zabud, hijo de Natán, era el consejero íntimo del rey. 6 Ajisar, mayordomo del palacio; Adoniram, hijo de Abdar, el prefecto de los tributos.

7 Tenía Salomón sobre todo Israel doce intendentes, que proveían al rey y a su casa, cada uno durante un mes del año. 8 Sus nombres eran: Ben Hur, en la montaña de Efraím; 9 Ben Decar, en Minces, en Salebin, en Betsames, y el Elón de Betanán; 10 Ben Jeset, en Arubot; éste tenía también Soco y toda la región de Jefer; 11 Ben Abinadad, que tenía todas las alturas de Dor, estaba casado con Tafet, hija de Salomón; 12 Bana, hijo de Ajilud, tenía Tanac y Mageddo y todo Betsán, que está cerca de Sartana, por debajo Jezrael, desde Betsán hasta Abelmejula y más allá de Jocmeán; 13 Ben Gaber, en Ramot Galad, tenía los burgos de Jair, hijo de Manasés,

en Galad, sesenta grandes ciudades
muradas y con cerrojos de bronce;
14 Ajinodab, hijo de Ido, en Maja-
naim: 15 Ajimas, en Neftalí, también
casado con una hija de Salomón,
de nombre Basemat; 16 Bana, hijo
de Jusi, en Aser Alot; 17 Josafat,
hijo de Farua, en Isacar; 18 Semeí,
hijo de Ela, en Benjamín; 19 Gebar,
hijo de Urí, en la región de Galad,
la tierra de Seón, rey de los amorreos
y de Og, rey de Basán; para esta
región había un solo intendente.
20 Judá e Israel eran numerosos como
las arenas que hay en la orilla del
mar, y comían, bebían y se alegra-
ban. 21 Salomón señoreaba sobre todos
los reinos desde el río hasta la tierra
de los filisteos y hasta la frontera
de Egipto; todos le pagaban tributo,
y le estuvieron sometidos todo el
tiempo de su vida.

22 Consumía Salomón cada día
treinta coros de harina común; diez
bueyes cebados; 23 veinte bueyes de
pasto y cien carneros, sin contar
los ciervos, las cabras, los búfalos
y las aves cebadas. 24 Señoreaba
toda la tierra al lado de acá del río,
desde Tafta, hasta Gaza y sobre
todos los reyes del lado de acá del
río, y tuvo paz por todos lados en
derredor suyo. 25 Judá e Israel habi-
taban seguros, cada uno debajo de
su parra y de su higuera, desde Dan
hasta Berseba, durante toda la vida
de Salomón.

26 Tenía Salomón en sus caballerizas
cuarenta mil pesebres, para los caba-
llos de sus carros y doce mil caballos
de silla. 27 Los intendentes proveían
al rey Salomón y a cuantos se sen-
taban a su mesa, cada uno un mes,
sin dejar que nada faltara. 28 Hacían
llegar también la cebada y la paja
para los caballos de tiro y de carrera
allí donde se hallaran, cada uno según
las órdenes recibidas.

29 Dió Dios a Salomón sabiduría
y un gran entendimiento y anchura
de corazón, como la arena que está
a orillas del mar. 30 La sabiduría de
Salomón sobrepasaba la de todos los
hijos del oriente y la sabiduría toda
del Egipto. 31 Fué más sabio que
hombre alguno; más que Etán, el
ezraíta; más que Eman, Calcol y
Dorda, hijos de Majol, y su fama se
extendió por todos los pueblos en
derredor. 32 Profirió tres mil pará-
bolas, y sus cantos fueron mil cinco;
33 disertó acerca de los árboles, desde
el cedro del Líbano hasta el hisopo
que nace en el muro, y acerca de los
animales, de las aves, de los reptiles
y los peces. 34 De todos los pueblos
venían para oír la sabiduría de Salo-
món, de parte de todos los reyes de
la tierra, a los que había llegado la
fama de su sabiduría.

Alianza de Salomón con Hiram, rey de Tiro.

5 1 Hiram, rey de Tiro, mandó
sus embajadores a Salomón, cuan-
do supo que había sido ungido rey
en lugar de su padre, pues siempre
había sido amigo de David. 2 Salomón
dijo a Hiram: 3 «Tú sabes que David,
mi padre, no pudo hacer casa para
Yave, su Dios, por las guerras que
tuvo en torno, hasta que Yave los
puso bajo la planta de sus pies. 4 Ahora
Yave, mi Dios, me ha dado la paz
por todas partes; no tengo enemigos
ni querellas, 5 y quiero edificar a
Yave, mi Dios, una casa, como se lo
manifestó Yave a mi padre, diciendo:
«Tu hijo, el que pondré yo en tu lugar
sobre tu trono, edificará casa a mi
nombre.» 6 Manda, pues, cortar para
mí cedros en el Líbano; mis siervos
se unirán a los tuyos, y yo te daré
lo que tú me pidas para el salario
de los tuyos, pues bien sabes que no
hay entre nosotros quien sepa labrar
la madera como los sidonios.»

7 Alegróse mucho Hiram cuando
oyó las palabras de Salomón, y dijo:
«Bendito Yave, que ha dado a David
un hijo sabio, para ese gran pueblo.»
8 Y mandó a Salomón esta respuesta:
«He oído lo que me has mandado a
decir. Haré lo que me pides, en cuanto
a la madera de cedros y cipreses.
9 Mis siervos los bajarán del Líbano
al mar, y yo los haré llegar en balsas
hasta el lugar que tú me digas. Allí
se desatarán, y tú los tomarás, y
cumplirás mi deseo proveyendo de
víveres a mi casa.»

10 Hiram facilitó a Salomón cuanta
madera de cedro y de ciprés quiso
éste; 11 y Salomón daba a Hiram
veinte mil coros de trigo para el
mantenimiento de su casa, y veinte
coros de aceite de olivas molidas.
Esto es lo que cada año entregaba
Salomón a Hiram. 12 Yave dió a
Salomón la sabiduría, como se lo
había prometido, y hubo entre Hiram
y Salomón paz, e hicieron una alianza.

13 Salomón hizo en todo Israel una
leva de treinta mil hombres para el
trabajo, 14 que enviaba al Líbano.
Diez mil por mes alternativamente,
estando un mes en el Líbano y dos
en sus casas. El prefecto de estos
trabajadores obligados era Adoni-
ram. 15 Tenía además Salomón setenta
mil hombres dedicados al transporte,
y ochenta mil cortadores en el monte,
16 sin contar los principales jefes
que había puesto Salomón al frente
de las obras, en número de tres mil
trescientos, que mandaban a los
grupos de trabajadores. 17 Mandó el
rey traer grandes piedras, escogidas,
para los cimientos de la casa, y los
carpinteros 18 y canteros de Salomón
y los de Hiram cortaban y labraban
la madera y la cantería para la casa.

Edificación del templo.

6 1 El año cuatrocientos ochenta,
después de la salida de los hijos
de Israel de Egipto, el cuarto año
del reinado de Salomón sobre Israel,
el mes de Ziv, que es el segundo mes,
comenzó a edificar la casa de Yave.
2 Tenía la casa que Salomón edificó
a Yave sesenta codos de largo, veinte
de ancho y treinta de alto.
19 Dispuso dentro, en lo más inte-
rior de la casa, el santuario para el
arca de la alianza de Yave, 16b re-
servando este espacio para el san-
tuario, el santísimo. 17 Los cuarenta
codos de delante eran el largo de la
casa, es decir, del templo. 20a El
santuario tenía veinte codos de largo,
veinte codos de ancho y veinte de
alto. 3 El vestíbulo, delante del tem-
plo, de la casa, era veinte codos de
largo, el ancho de la casa, y diez
de profundidad, por delante de la
casa. 4 Hizo en la casa ventanas enre-
jadas. 5 Edificó también en derredor
de la casa tres órdenes de habita-
ciones, que rodeaban los muros de
la casa, el templo y el santuario, en
tres pisos. 6 El inferior era de cinco
codos de ancho, el de en medio de
seis codos de ancho, y el tercero de
siete codos, pues había hecho retallos
en el muro, por fuera, para no tener
que empotrar en los muros.
7 Cuando se construyó la casa,
hízose de piedras ya labradas, de
modo que durante la edificación no
se oyó allí el golpe del martillo, ni
el del pico, ni de ningún otro instru-
mento de hierro. 8 La puerta de
entrada a las habitaciones del piso
inferior estaba al costado derecho
de la casa, y por un caracol se subía al
del medio, y de éste al tercero.
9 Cuando hubo acabado de edificar
la casa, recubrió las paredes por
dentro con tablas de cedro, desde el
suelo hasta el techo. 10 A cada uno
de los pisos de habitaciones que ro-
deaban la casa les dió cinco codos
de altura, y los unió a la casa con
vigas de cedro. 15 Revistió Salomón
los muros de la casa, al interior,
con planchas de cedro, desde el
suelo hasta el techo, revistiendo así
de madera todo el interior; y el suelo
lo revistió de planchas de ciprés.
16a Revistió también de planchas
de cedro los veinte codos del fondo
de la casa, desde el suelo, todo lo
alto de los muros. 18 El revestimiento
interior de cedro iba tallado con enta-
lladuras de flores abiertas y en botón,
y todo era cedro, sin que se viera
nada de piedra.
29 Hizo esculpir todo en torno de
la casa en los muros, por dentro y
por fuera, querubines, palmas y guir-
naldas de flores. 21 Recubrió luego
de oro fino el interior de la casa, e
hizo se colgara de anillos de oro el
velo, delante del santuario, que recu-
brió también de oro puro. 20b Hizo
para delante del santuario un altar
de madera de cedro, y lo recubrió
de oro puro. 22 Toda la casa la recu-
brió de oro puro, de arriba abajo,
y recubrió también de oro todo el
altar, que estaba ante el santuario.
30 También recubrió de oro el piso
de la casa, lo mismo en el espacio
interior que en el exterior.
23a Hizo en el santuario dos queru-
bines de madera de olivo. 26 La altura
del uno era de diez codos, 23b e
igualmente de diez codos la del otro.
24 Cinco codos era el largo de una
de las alas del querubín, y cinco
el de la otra, haciendo en todo diez
codos, desde la punta de un ala
hasta la punta de la otra. 25 El se-
gundo querubín tenía también diez
codos. La medida y la forma eran
las mismas para ambos querubines.
27 Puso los querubines en medio de
la casa, en el espacio interior. Te-
nían las alas desplegadas, y la punta
del ala del primero tocaba a uno
de los muros, y la punta del ala del
segundo al otro muro, tocándose una
a otra las otras dos alas en el medio

de la casa. 28 También cubrió de oro
los querubines. 31 A la entrada del
santuario hizo una puerta de dos
hojas, de madera de olivo, y el dintel
y las jambas eran de cinco esquinas.
32 Las dos hojas eran de madera
de olivo, y talladas con entalladuras
de querubines, palmas y botones de
flores; y todo, querubines, palmas y
botones de flores, cubierto de lámi-
nas de oro. 33 Hizo igualmente para
las puertas de entrada del templo
postes de madera de olivo, cuadra-
dos, y dos hojas de madera de ciprés.
34 Ambas puertas eran de madera
de ciprés, de dos hojas giratorias la
una, y de dos hojas giratorias la
otra. 35 Hizo esculpir en ellas queru-
bines, palmas y botones de flor, y
todo lo recubrió de láminas de oro.
36 Hizo también el atrio interior, de
tres órdenes de piedras labradas, y
uno de vigas de cedro.
11 Entonces dirigió Yave la pala-
bra a Salomón, diciendo: 12 «Tú estás
edificando esta casa. Si sigues mis
leyes, y pones por obra mis manda-
mientos, y guardas y observas todos
mis preceptos, yo cumpliré contigo mi
palabra, la promesa que hice a David,
tu padre, 13 y habitaré en medio de
los hijos de Israel, y no abandonaré
a mi pueblo, Israel.» 14 Así, pues,
edificó Salomón la casa y la terminó.
37 El año cuarto, el mes de Ziv,
quedaron puestos los cimientos de
la casa de Yave; 38 y el año undé-
cimo, el mes de Bul, que es el octavo
mes, estaba terminada en todas sus
partes y con todo lo necesario. La
construyó en el espacio de siete años.

Construcción del palacio de Salomón.

7 1 También edificó Salomón su
casa, durando trece años la edi-
ficación, hasta que estuvo completa-
mente terminada. 2 Construyó la casa
«Bosque del Líbano», de cien codos
de largo, cincuenta codos de ancho
y treinta codos de alto, sobre tres
filas de columnas de cedro y capi-
teles de cedro sobre las columnas.
3 Estaba cubierta de tablones de
cedro, arriba, sobre arquitrabes que
se apoyaban en las cuarenta y cinco
columnas, quince columnas en cada hi-
lera, 4 pues había tres naves, y en cada
una de ellas ventanas que se correspon-
dían unas enfrente de otras. 5 Todas las
puertas y ventanas eran cuadradas, y
en las tres naves se correspondían unas
a otras. 6 Hizo además un pórtico
de columnas de cincuenta codos de
largo y treinta de ancho, y delante
de éste, otro pórtico con columnas
y techo. 7 Hizo asimismo el salón
del trono, donde juzgaba, el pórtico
de la justicia, cubriéndolo de cedro
desde el suelo hasta el techo. 8 Del
mismo modo fué construída la casa
donde había de habitar, en otro patio,
detrás del pórtico. Hizo también otra
casa habitación, de obra semejante
a la del pórtico, para la hija del Fa-
raón, que había tomado por mujer.
9 Para todas estas construcciones
se emplearon grandes piedras, que
habían sido cortadas con la sierra,
a la medida, por el lado de dentro
y el de fuera, y esto desde los cimien-
tos hasta las cornisas, y asimismo
en el exterior, hasta el gran atrio.
10 Los cimientos eran de excelentes
y muy grandes piedras de diez y de
ocho codos. 11 De ahí arriba se em-
plearon también excelentes piedras
cortadas a la medida, y madera
de cedro. 12 En el gran atrio había
todo en torno tres órdenes de piedras
labradas, y uno de vigas de cedro.
Lo mismo que en el atrio interior
de la casa de Yave, así también en el
atrio de la casa.

Utensilios para el templo.

13 Trajo Salomón de Tiro a Hiram,
hijo de una viuda de la tribu de
Neftalí y de padre natural de Tiro,
que trabajaba el bronce. 14 Estaba
Hiram lleno de sabiduría, de enten-
dimiento y de conocimiento, para
hacer toda suerte de obras de bronce;
y vino al rey Salomón, y fué quien
hizo para él toda la obra. 15 Fundió
dos columnas de bronce. Tenía cada
una dieciocho codos de alto, y un
hilo de doce codos era el que podía
rodear a cada una de las columnas.
16 No eran macizas, sino huecas;
el grueso de sus paredes era de cuatro
dedos. Fundió capiteles de bronce
para encima de las columnas, de
cinco codos de alto el uno, y cinco
codos de alto el otro. 17 Hizo para
los capiteles de encima de las colum-
nas reticulados y trenzados, de tren-
zas a modo de cadenas, uno para
cada capitel. 18ab Hizo granadas
todo en derredor del reticulado y el

trenzado de los capiteles en dos filas. 20b Había doscientas granadas en las filas que rodeaban un capitel, 18c y las mismas en las que rodeaban el otro. 19b Eran en todo cuatrocientas granadas. 19a Los capiteles eran por arriba de forma de flor de loto... 20a Erigió las columnas en el pórtico del templo. 21 Alzó la primera al lado de la derecha, y la llamó Jaquín, luego la del lado de la izquierda, y la llamó Boaz. 22 Encima de las columnas había una flor de loto. Así terminó la obra de las columnas.

23 Hizo asimismo un mar de fundición, de diez codos del uno al otro lado, redondo, y de cinco codos de alto, y ceñíalo en derredor un cordón de treinta codos. 24 Por debajo del borde llevaba todo en derredor coloquíntidas, diez por cada codo, dispuestas en dos órdenes, y fundidas al mismo tiempo que el mar. 25 Estaba asentado sobre doce bueyes, de los cuales, tres miraban al norte, tres al poniente, tres al mediodía y tres al naciente. Sobre éstos se apoyaba el mar, y la parte posterior de sus cuerpos quedaba por dentro. 26 Tenía un palmo de grueso, y su labio estaba en forma de cáliz, como una flor de loto. Hacía dos mil *bat.*

27 Hizo también diez basas de bronce. Cada una tenía cuatro codos de largo, cuatro codos de ancho y tres de alto. 28 He aquí cómo eran: Estaban hechas de tableros, encerrados dentro de sus marcos y unidos. 29 En los tableros, dentro de los marcos, había leones, bueyes y querubines, y en los marcos, lo mismo por encima que por debajo de los leones y bueyes, había adornos en relieve. 30 Cada basa tenía cuatro ruedas de bronce con sus ejes de bronce, y en las cuatro esquinas había repisas de fundición, sobre las cuales iba la fuente, y que sobresalían de los festones. 31 El coronamiento de las basas tenía en lo interior un hueco, con una prolongación de un codo hacia arriba; este hueco era redondo, de la misma hechura del remate y de medio codo de altura, y también esculpido, pero los tableros eran cuadrados, no redondos. 32 Las cuatro ruedas estaban debajo de los tableros, y los ejes de las ruedas, fijos en la basa. Tenía cada rueda codo y medio de altura, 33 y estaban hechas como las de un carro; sus ejes, llantas, rayos y cubos, todo era fundido; 34 y en las cuatro esquinas de cada basa había cuatro repisas, que hacían un mismo cuerpo con la basa. 35 La parte superior de la basa terminaba en un cilindro de medio codo de altura, cuyos apoyos y entables eran una sola pieza. 36 Esculpió en los tableros y en los marcos querubines, leones y palmas, en todos los espacios vacíos y molduras en derredor. 37 Así fué como hizo las diez basas; la fundición, la medida y la forma eran las mismas para todas.

38 Hizo también diez fuentes de bronce, cada una de cuarenta *bat* de cabida, y de cuatro codos cada una, para asentarlas en las diez basas; 39 y puso cinco basas al lado derecho de la casa y cinco al lado izquierdo, y el mar de bronce lo puso al lado derecho, al sudeste.

40 Hizo también Hiram los ceniceros, las tenazas y las copas. Así terminó Hiram toda la obra de bronce, que Salomón le encargó para la casa de Yave; 41 dos columnas, con sus capiteles para encima de las columnas; sus reticulados y trenzados para los capiteles; 42 las cuatrocientas granadas para los reticulados y trenzados; dos filas de granadas para cada una en derredor de los capiteles; 43 las diez basas y las diez fuentes para poner sobre estas basas; 44 el mar y los doce bueyes que iban debajo de él; 45 los ceniceros, las tenazas y las copas. Todos estos utensilios que el rey Salomón mandó hacer a Hiram para la casa de Yave eran de bronce bruñido. 46 Hízolos fundir el rey en las llanuras del Jordán, de suelo arcilloso, entre Sucot y Sartán. 47 Salomón no inquirió el peso de bronce de estos utensilios, por su gran cantidad. 48 Salomón hizo, además, todos los otros utensilios para la casa de Yave: el altar de oro, la mesa de oro, sobre la cual se ponían los panes de la proposición; 49 los candelabros de oro macizo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda del santuario, con sus flores, sus lámparas y sus despabiladeras de oro; 50 las fuentes, los cuchillos, las copas, las tazas y los braseros de oro macizo; los goznes de oro para la puerta del interior de la casa, a la entrada del santísimo, y para la puerta de entrada del templo.

51 Así se acabó toda la obra que hizo el rey Salomón para la casa de Yave. Después tomó el dinero, el

oro y los utensilios que David, su padre, había consagrado, y los puso en el tesoro de la casa de Yave.

Dedicación del templo.

8 [1] Entonces convocó Salomón a los ancianos de Israel, a todos los cabezas de las tribus y a los príncipes de las familias de los hijos de Israel, para trasladar el arca de la alianza de Yave, de la ciudad de David, que es Sión. [2] Reuniéronse con el rey Salomón todos los varones de Israel en el mes de Etanim, que es el séptimo mes, en el día solemne de la fiesta; [3] y llegados todos los ancianos de Israel, llevaron los sacerdotes el arca. [4] Llevaban el arca de Yave, el tabernáculo de la reunión y todos los utensilios sagrados del tabernáculo. Los sacerdotes y los levitas los llevaban. [5] El rey Salomón y toda la asamblea de Israel, convocada por él, iban delante del arca. Sacrificaron ovejas y bueyes en número incontable por su muchedumbre. [6] Los sacerdotes pusieron el arca de la alianza de Yave en su sitio, en el santuario de la casa, en el lugar santísimo, bajo las alas de los querubines; [7] pues los querubines tenían las alas extendidas sobre el lugar del arca y la cubrían por encima, el arca y sus barras. [8] Se había dado a las barras una longitud suficiente para que sus extremidades se viesen desde el lugar santo, que está delante del santuario, pero sin que pudieran verse desde fuera, y así quedaron hasta el día de hoy. [9] No había en el arca ninguna otra cosa más que las dos tablas de piedra, que Moisés depositó en ella en Horeb, cuando hizo Yave alianza con los hijos de Israel, a su salida de Egipto.

[10] En cuanto salieron los sacerdotes del santuario, la nube llenó la casa de Yave, [11] sin que pudieran permanecer allí los sacerdotes para el servicio, por causa de la nube, pues la gloria de Yave llenaba la casa.

[12] Entonces dijo Salomón: «Yave ha dicho que habitaría en la oscuridad. [13] Yo he edificado una casa para que sea tu morada, el lugar de tu habitación para siempre.»

[14] Volvióse el rey y bendijo a toda la asamblea de Israel, mientras toda la asamblea de Israel se tenía en pie, [15] y dijo: «Bendito Yave, Dios de Israel, que con su misma boca habló a David, mi padre, y ha cumplido con su mano lo que había prometido, diciendo: [16] «Desde el día en que yo saqué de Egipto a mi pueblo, Israel, no he elegido ciudad de entre todas las tribus de Israel, para que en ella se me edificase una casa donde residiera mi nombre, aunque elegí a David para que reinase sobre mi pueblo, Israel.» [17] David, mi padre, tuvo en su corazón edificar una casa al nombre de Yave, Dios de Israel; [18] pero Yave dijo a David, mi padre: «Tú tenías en tu corazón el deseo de edificar una casa a mi nombre; has hecho bien en tener esa voluntad, [19] pero no edificarás tú la casa; tu hijo, salido de tus entrañas, edificará casa a mi nombre.» [20] Yave ha cumplido la palabra que dió. Yo me he levantado en el lugar de David, mi padre, y me siento sobre el trono de Israel, como se lo había anunciado Yave, y he edificado la casa al nombre de Yave, Dios de Israel. [21] He dispuesto un lugar para el arca de la alianza de Yave, de la alianza que hizo con nuestros padres al sacarlos de la tierra de Egipto.»

[22] Púsose Salomón ante el altar de Yave, en presencia de toda la asamblea de Israel; y tendiendo sus manos al cielo, [23] dijo (1): «Yave, Dios de Israel: No hay Dios semejante a ti, ni en lo alto en los cielos, ni abajo sobre la tierra. Tú guardas la alianza y la misericordia con tus siervos, los que de todo corazón andan en tu presencia. [24] Así has mantenido tu palabra a tu siervo David, mi padre, y lo que por tu boca dijiste lo has cumplido hoy con tu mano. [25] Ahora, pues, ¡oh Yave!, Dios de Israel, guarda la promesa que a David mi padre hiciste, diciendo: No faltará de ti varón delante de mí, que se siente en el trono de Israel, siempre que tus hijos sigan mis caminos, y

(1) Es de notar, en la oración de Salomón, el claro concepto de la inmensidad de Dios. Ya más que considerar el templo como la morada de Dios, se le da por lugar donde Dios ha querido que se invoque su nombre; y le pide Salomón que ponga en él sus ojos desde los cielos y oiga las plegarias que desde él se le dirigen. Se nota igualmente el concepto universalista de la religión de Yave, pidiendo que oiga Dios al extranjero que venga a orar en aquel lugar, incorporándose así, en cierto modo, al pueblo de Israel.

anden delante de mí como has andado tú. [26] Cúmplase ahora, ¡oh Yavé!, la palabra que a David, tu siervo, mi padre, dijiste. [27] Pero, en verdad, ¿morará Dios sobre la tierra? Los cielos, y los cielos de los cielos, no son capaces de contenerte. ¡Cuánto menos esta casa que yo he edificado! [28] Mas con todo, atiende a la plegaria de tu siervo, ¡oh Yavé, Dios mío!, y oye el clamor y la oración que ante ti hace hoy tu siervo. [29] Que estén abiertos tus ojos noche y día sobre este lugar, del que has dicho: «En él estará mi nombre», y oye la oración que tu siervo haga en este lugar. [30] Oye, pues, la oración de tu siervo y la de tu pueblo Israel; cuando oren en este lugar, óyela tú también desde el lugar de tu morada de los cielos, y oyendo, perdona.

[31] »Cuando pecare alguno contra su prójimo, y haciéndole jurar, le tomen juramento delante de tu altar en esta casa, [32] oye tú desde los cielos, y obra, juzgando a tus siervos, condenando al impío, haciendo recaer su maldad sobre su cabeza, y justificando al justo, para retribuirle según su justicia. [33] Cuando tu pueblo Israel cayere ante sus enemigos, por haber pecado contra ti, y vueltos a ti confiesen tu nombre y oren, y te rueguen y te supliquen en esta casa, [34] óyelos tú en los cielos, y perdona el pecado de tu pueblo, Israel, y restitúyelos a la tierra que diste a sus padres.

[35] »Cuando se cierre el cielo y no llueva, por haber ellos pecado contra ti, y te ruegen en este lugar, invocando tu nombre, convertidos del pecado por haberlos tú afligido, [36] oye tú en los cielos, y perdona el pecado de tus siervos y de tu pueblo Israel, enseñándoles el recto camino por donde han de ir, y dando las lluvias a su tierra, la que por heredad diste a tu pueblo. [37] Cuando haya en la tierra hambre o pestilencia; o tizón, añublo, langosta o pulgón invadan la tierra; y cuando el enemigo asedie a tu pueblo en su tierra, en sus ciudades; cuando haya enfermedades y plagas de cualquier clase; [38] si cada uno, si todo tu pueblo, Israel, reconociendo la llaga de su corazón y alzando las manos hacia este lugar, te hiciere oraciones y súplicas, [39] óyelas desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y perdona. Obra con cada uno según sus caminos, y según ellos retribúyeles, tú que escudriñas el corazón de todos los hijos de los hombres, [40] y ellos te temerán durante todo el tiempo que habiten en la tierra que diste a nuestros padres.

[41] »Cuando el extranjero, el que no es de tu pueblo Israel, venga de tierra lejana, por la fama de tu nombre, [42] porque se sabrá que tu nombre es grande, fuerte tu mano y tendido tu brazo; cuando venga a a orar a ti en esta casa, [43] óyele desde los cielos, desde el lugar de tu morada, y otorga a ese extranjero lo que pida, para que todos los pueblos de la tierra conozcan tu nombre, para temerte como tu pueblo, Israel, y sepan que tu nombre es invocado en esta casa que yo he edificado.

[44] »Cuando salga el pueblo para combatir a sus enemigos por el camino que tú les señalares, si dirigen a Yavé sus plegarias, vueltos sus ojos a la ciudad que tú has elegido y a la casa que yo he edificado a tu nombre, [45] oye desde los cielos sus oraciones y súplicas, y hazle justicia. [46] Si hubieren pecado contra ti, pues no hay hombre que no peque, y estuvieres tú airado contra ellos, y los entregares al enemigo, para que los cautive y los lleve a tierra enemiga, lejana o cercana; [47] si ellos vuelven en sí en la tierra de su cautividad, y dicen: Hemos pecado, hemos hecho el mal, hemos cometido impiedad, [48] y se convierten a ti de todo su corazón y de toda su alma, en la tierra de los enemigos que los cautivaron, y oran a ti, hacia su tierra, la que diste a sus padres, y hacia la ciudad que elegiste y la casa que yo he edificado a tu nombre, [49] oye en los cielos, en la habitación de tu morada, su oración y su súplica, y hazles justicia.

[50] »Perdona, pues, a tu pueblo, que ha pecado contra ti, todas las infracciones con que contra ti se rebelaron, y haz que hagan con ellos misericordia los que los hubieran llevado cautivos; [51] porque son tu pueblo y tu heredad, que tú sacaste de Egipto, de en medio del horno del hierro. [52] Que estén abiertos tus ojos a las oraciones de tu siervo y a la plegaria de tu pueblo, Israel, para oírlos en todo aquello en que te invoquen, [53] pues que tú los separaste para ti, por heredad tuya, de entre todos los pueblos de la tierra,

como lo dijiste por medio de Moisés, tu siervo, cuando sacaste de Egipto a nuestros padres, ¡oh Señor, Yavé!»
54 Cuando hubo acabado Salomón de hacer esta oración y súplica, levantóse de delante del altar de Yavé, donde estaba arrodillado; y con las manos tendidas al cielo, 55 puesto en pie, bendijo a toda la asamblea de Israel, diciendo: 56 «Bendito Yavé, que ha dado el reposo a su pueblo, conforme a lo que él había dicho; ninguna de las promesas hechas por medio de Moisés, su siervo, ha fallado; 57 que Yavé, nuestro Dios, sea con nosotros, como lo fué con nuestros padres; que no nos deje ni nos abandone, 58 sino que incline nuestros corazones hacia él, para que marchemos por todos sus caminos y sigamos sus mandamientos, sus leyes y sus mandatos, los que él prescribió a nuestros padres. 59 Que éstas mis palabras y el objeto de mis súplicas estén delante de Yavé, día y noche presentes a Yavé, nuestro Dios, para que defienda la causa de su siervo y la de su pueblo, Israel, en todo tiempo; 60 para que todos los pueblos de la tierra sepan que Yavé es Dios, y no hay otro. 61 Que vuestro corazón sea todo para Yavé, nuestro Dios, como lo es hoy, para seguir sus leyes y guardar sus mandamientos.»
62 El rey y todo Israel ofrecieron sacrificios a Yavé. 63 Salomón inmoló veintidós mil bueyes y cien mil ovejas en sacrificios eucarísticos que ofreció a Yavé. Así hizo el rey, y con él todos los hijos de Israel, la dedicación del templo. 64 Aquel día consagró el rey el atrio que está delante de la casa de Yavé, pues ofreció allí holocaustos y ofrendas y los sebos de los sacrificios eucarísticos, porque el altar de bronce que hay delante de Yavé era demasiado pequeño para contener los holocaustos, las ofrendas y los sebos de los sacrificios eucarísticos. 65 Celebró entonces la fiesta, y todo Israel con él. Una gran muchedumbre, venida de todas partes, desde Hamat hasta el torrente de Egipto, se reunió ante Yavé, nuestro Dios, durante siete días y otros siete días, es decir, catorce días. 66 El día octavo despidió al pueblo, y ellos bendijeron al rey, yéndose cada uno a su morada, alegre y lleno de gozo el corazón, por todos los beneficios que Yavé había hecho a David, su siervo, y a su pueblo, Israel.

Segunda aparición de Yavé a Salomón.

9 1 Cuando hubo acabado Salomón la casa de Yavé, la casa real y todo cuanto se había propuesto hacer, 2 se apareció Yavé por segunda vez a Salomón, como se le había aparecido en Gabaón, 3 y le dijo: «He oído tu oración, el ruego que has hecho ante mí. He santificado esa casa que has edificado, para poner en ella mi nombre para siempre, y en ella estarán siempre mis ojos y mi corazón. 4 Si andas en mi presencia, como anduvo David, tu padre, en integridad de corazón y en equidad, haciendo cuanto yo te he mandado y guardando mis leyes y mandamientos, 5 yo afirmaré el trono de tu reino sobre Israel, para siempre, como se lo prometí a David, tu padre, diciendo: No faltará de ti varón en el trono de Israel. 6 Pero si os apartáis de mí vosotros y vuestros hijos, si no guardáis mis mandamientos, mis leyes, las que yo os he prescrito, y os vais tras dioses ajenos, para servirles y prosternaros ante ellos, 7 yo exterminaré a Israel de la tierra que le he dado, y echaré lejos de delante de mí esta casa, que he consagrado a mi nombre, e Israel será el sarcasmo y la burla de todos los pueblos. 8 Y por alta que estuviera esta casa, cuantos pasen cerca de ella se quedarán pasmados, y silbarán. Se dirá: ¿Por qué ha tratado así Yavé a esta tierra y esta casa? 9 Y responderán: Porque abandonaron a Yavé, su Dios, que sacó de la tierra de Egipto a sus padres, y se ligaron a otros dioses, prosternándose ante ellos y sirviéndoles. Por eso ha hecho venir Yavé sobre ellos todos estos males.»

Ciudades edificadas por Salomón.

10 Al cabo de veinte años de haber edificado Salomón la casa de Yavé y la casa real, 11 para las cuales Hiram, rey de Tiro, había mandado a Salomón madera de cedro y de ciprés y cuanto oro quiso, dió Salomón a Hiram veinte ciudades en tierra de Galilea. 12 Salió Hiram de Tiro, para ver las ciudades que le daba Salomón; y no gustándole, 13 dijo: «¿Qué ciudades me has dado, hermano?» Y las llamó tierras de Cabul, nombre que tienen todavía

hoy. 14 Había mandado Hiram a Salomón ciento veinte talentos de oro.
15 He aquí cómo se reguló el servicio personal impuesto por el rey Salomón a los hombres cuya leva hizo para edificar la casa de Yave y su propia casa, el terraplén y las murallas de Jerusalén, y además, Hasor, Megiddo y Guezer.
16 Había subido el Faraón, rey de Egipto; y apoderándose de Guezer, la había incendiado, matando a los cananeos que habitaban la ciudad. Después se la dió en dote a su hija, la mujer de Salomón; 17 y Salomón edificó a Guezer, Betorón de abajo, 18 Balat y Tamar, en el desierto del mediodía; 19 todas las ciudades de almacenes, que le pertenecían, y las destinadas a los carros y a la caballería, y todo cuanto quiso Salomón edificar en Jerusalén, en el Líbano y en toda la tierra de su dominio.
20 Toda la gente que había quedado de los amorreos, de los geteos, de los fereceos, de los jeveos y de los jebuseos, que no pertenecían al pueblo de Israel, 21 y sus descendientes, que habían quedado después de ellos en la tierra y que los hijos de Israel no habían podido dar al anatema, los hizo Salomón esclavos de servicio como lo han sido hasta hoy; 22 no empleó Salomón como tales a los hijos de Israel, que eran sus hombres de guerra, sus servidores, sus jefes, sus oficiales y los comandantes de sus carros y su caballería. 23 Los jefes que Salomón puso al frente de las obras eran quinientos cincuenta, encargados de vigilar a los trabajadores.
24 La hija del Faraón subió de la ciudad de David a la casa que Salomón le había edificado. Entonces fué cuando se hizo el terraplén.
25 Tres veces cada año ofrecía Salomón holocaustos y sacrificios pacíficos sobre el altar que él edificó a Yave, y quemaba perfumes sobre el que estaba delante de Yave. El acabó toda la casa.
26 Construyó también Salomón naves en Asion Gaber, que está junto a Elat, en la costa del Mar Rojo, en la tierra de Edóm; 27 y mandó Hiram para estas construcciones a sus siervos, diestros marineros, con los siervos de Salomón, 28 y fueron hasta Ofir, y trajeron de allí oro, cuatrocientos veinte talentos, que llevaron al rey Salomón.

La reina de Saba, en Jerusalén.

10 1 Llegó a la reina de Saba la fama que para gloria de Yave tenía Salomón, y vino para probarle con enigmas (1). 2 Llegó a Jerusalén con muy numeroso séquito y con camellos cargados de aromas, de oro, en gran cantidad, y de piedras preciosas. Vino a Salomón, y le propuso cuanto quiso proponerle; 3 y a todas sus preguntas respondió Salomón, sin que hubiera nada que el rey no pudiera explicarle. 4 La reina de Saba, al ver la sabiduría de Salomón, la casa que había edificado, 5 los manjares de su mesa y las habitaciones de sus servidores, sus cometidos y los vestidos que vestían, los de los coperos, y los holocaustos que se ofrecían en la casa de Yave, fuera de sí, 6 dijo al rey: «Verdad es cuanto en mi tierra me dijeron de tus cosas y de tu sabiduría. 7 Yo no lo creía antes de venir y haberlo visto con mis propios ojos. Pero cuanto me dijeron, no es ni la mitad. Tienes más sabiduría y prosperidad que la fama que a mí me había llegado. 8 Dichosas tus gentes, dichosos tus servidores, que están siempre ante ti, y oyen tu sabiduría. 9 Bendito Yave, tu Dios, que te ha hecho la gracia de ponerte sobre el trono de Israel. Por el amor que Yave tiene siempre a Israel, te ha hecho su rey, para que hagas derecho y justicia.» 10 Dió al rey ciento veinte talentos de oro, una gran cantidad de aromas y de piedras preciosas. No se vieron nunca después tantos aromas, como los que la reina de Saba dió al rey Salomón.
11 Las flotas de Hiram, que traían el oro de Ofir, trajeron también de Ofir gran cantidad de madera de sándalo y de piedras preciosas. 12 Con la madera de sándalo hizo el rey las balaustradas de la casa de Yave y de la casa del rey, y arpas y salterios para los cantores. No vino después nunca más madera de ésta, y no se ha vuelto a ver hasta hoy. 13 El rey Salomón dió a la reina de Saba todo cuanto ella deseó y le pidió, haciéndole, además, presentes dignos de

(1) Serían probablemente parecidos al que propuso Sansón. (Juec., 14, 14). Esta especie de sabiduría la estiman mucho los orientales.

un rey como Salomón. Después se volvió ella a su tierra con sus servidores.

14 El peso de oro que cada año llegaba a Salomón era de seiscientos sesenta y seis talentos de oro, 15 además del que como tributo recibía de los grandes mercaderes, de los impuestos, de los traficantes, de los príncipes de los beduínos y de los intendentes de la tierra. 16 Hizo también el rey Salomón doscientos grandes escudos de oro macizo, para cada uno de los cuales empleó seiscientos siclos de oro, 17 y otros trescientos escudos de oro macizo, para cada uno de los cuales empleó tres minas de oro, y los puso en la casa «Bosque del Líbano». 18 Hizo también el rey un gran trono de marfil que cubrió con láminas de oro purísimo. 19 Seis gradas tenía el trono, y por arriba cabezas de toros, y tenía dos brazos, uno a cada lado del asiento, y junto a los brazos dos leones, 20 y doce leones en las gradas, uno a cada lado de cada una de ellas. No se ha hecho nada semejante para rey alguno. 21 Todas las copas del rey Salomón eran de oro, y toda la vajilla de la casa «Bosque del Líbano» era de oro macizo. No había nada de plata, no se hacía caso alguno de ésta en tiempos de Salomón, 22 porque el rey tenía en el mar naves de Tarsis con las de Hiram, y cada tres años llegaban las naves de Tarsis, trayendo oro, plata, marfil, monos y pavones.

23 Fué el rey Salomón más grande que todos los reyes de la tierra, por las riquezas y la sabiduría. 24 Todo el mundo buscaba ver a Salomón, para oír la sabiduría que había puesto Yave en su corazón; 25 y todos le llevaban presentes, objetos de plata, de oro, vestidos, aromas, caballos y mulos, y todos los años era lo mismo. 26 Reunió carros y caballos. Tenía mil cuatrocientos carros y doce mil jinetes, que puso en las ciudades donde tenía los carros, y en Jerusalén, cerca del rey. 27 El rey hizo que en Jerusalén abundara la plata como las piedras, y los cedros fueran tan numerosos como los sicomoros que crecen en el llano. 28 Los caballos los traía de Egipto, de Coa; una caravana de comerciantes del rey los compraba a un precio determinado; 29 un tiro de carro venía a costar, al salir de Egipto, seiscientos siclos de plata, y un caballo ciento cincuenta siclos. Traíanlos también al mismo tiempo para los reyes de los geteos y los de Siria.

Las mujeres extranjeras.

11 1 El rey Salomón, además de la hija del Faraón, amó a muchas mujeres extranjeras, moabitas, amonitas, edomitas, sidonias y geteas, 2 de las naciones de que había dicho Yave a los hijos de Israel: «No entréis a ellas, ni entren ellas a vosotros, porque de seguro arrastrarán vuestros corazones tras sus dioses.» A éstas, pues, se unió Salomón con amor. 3 Tuvo setecientas mujeres de sangre real y trescientas concubinas, y las mujeres torcieron su corazón. 4 Cuando envejeció Salomón, sus mujeres arrastraron su corazón hacia los dioses ajenos; y no era su corazón enteramente de Yave, su Dios, como lo había sido el de David, su padre; 5 y se fué Salomón tras de Astarte, diosa de los sidonios, y tras de Malcom, abominación de los amonitas; 6 e hizo Salomón el mal a los ojos de Yave, y no siguió enteramente a Yave, como David, su padre. 7 Entonces edificó Salomón, en la montaña que está frente a Jerusalén, un excelso a Camos, abominación de Moab, y a Moloc, abominación de los hijos de Ammón; 8 y de modo semejante hizo para todas sus mujeres extranjeras, que allí quemaban perfumes y sacrificaban a sus dioses.

9 Irritóse Yave contra Salomón, porque había apartado su corazón de Yave, Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces, 10 y le había mandado cuanto a esto que no se fuese tras los dioses ajenos; pero él no siguió lo que Yave le había mandado. 11 Yave dijo a Salomón: «Pues que así has obrado, y has roto mi alianza y las leyes que yo te había prescrito, yo romperé de sobre ti tu reino y se lo daré a un siervo tuyo. 12 No lo haré, sin embargo, en tus días, por amor de David, tu padre; lo arrancaré de las manos de tu hijo. 13 Ni le arrancaré tampoco todo el reino, sino que dejaré a tu hijo una tribu, por amor de David, mi siervo, y por amor de Jerusalén, que yo he elegido.

Enemigos de Salomón.

14 Suscitó Yave a Salomón un
enemigo, Adad, amonita, de la sangre
real de Edom. 15 Cuando David batió
a Edom, Joab, jefe del ejército, subió
para enterrar a los muertos, y mató
a todos los varones de Edom, 16 que-
dándose con todo Israel durante seis
meses en Edom, hasta exterminar a
todos los varones. 17 Entonces Adad,
con algunos edomitas, siervos de su
padre, huyó para refugiarse en Egipto,
siendo todavía muchacho. 18 Par-
tiendo de Madián, se fueron a Parán,
y uniéndose allí a algunos de Parán,
llegaron a Egipto, junto al Faraón,
rey de Egipto. El Faraón dió a
Adad una casa, proveyó a su sub-
sistencia y le dió tierras. 19 Fué Adad
muy grato al Faraón, que le dió por
mujer Ano, hermana mayor de su
mujer, hermana de la reina Tafnes.
20 La hermana de Tafnes le dió su
hijo Guenubat, a quien Tafnes educó
en la casa del Faraón, estando en ella
Guenubat como un hijo del Faraón.
21 Cuando supo Adad, en Egipto,
que David se había dormido con sus
padres, y que Joab, jefe del ejército,
había muerto, dijo al Faraón: «Dé-
jame ir a mi tierra»; 22 y el Faraón
le respondió: «¿Qué te falta cerca
de mí, para que quieras irte a tu
tierra?» Y él contestó: «Nada me
falta, pero déjame ir.» Adad se volvió
a su casa. Este fué el mal que hizo
Adad, que odiaba a Israel, y se hizo
rey de Edom. 23 Suscitó Dios a Salo-
món otro enemigo, Rezón, hijo de
Elyada, que había huído de su señor
Adadezer, rey de Soba. 24 Reunió
gente y se hizo jefe de banda, cuando
David derrotó a las tropas arameas.
Fuése entonces a Damasco y se esta-
bleció allí, y reinó en Damasco,
25 siendo enemigo de Israel todo el
tiempo de la vida de Salomón. Al
mismo tiempo que Adad, le hacía
el mal que podía, porque aborrecía
a Israel y reinaba en Siria.
26 También Jeroboam, siervo de
Salomón, se alzó contra el rey. Era
hijo de Nabat, efrateo, de Sereda,
siervo de Salomón, y tenía por ma-
dre a una viuda llamada Serna.
27 He aquí la ocasión de alzarse
contra el rey. Estaba Salomón cons-
truyendo el terraplén para rellenar
la depresión que había en la ciudad
de David, su padre. 28 Jeroboam
era hombre muy capaz y fuerte; y
habiéndole visto Salomón a la obra,
dió al joven el mando de todas las
gentes de trabajo de la casa de José.

Ajías predice a Jeroboam que reinará sobre Israel.

29 Por aquel tiempo salió Jeroboam
de Jerusalén y le halló en el camino
el profeta Ajías, de Silo. Iba éste
cubierto con un manto nuevo, y
estaban los dos solos en el campo.
30 Ajías cogió el manto nuevo que
llevaba sobre sí, lo partió en doce
pedazos, 31 y dijo a Jeroboam: «Coge
diez pedazos, porque así habla Yave,
Dios de Israel: Voy a romper el
reino en manos de Salomón, y a
darte a ti diez tribus. 32 El tendrá
una tribu, por amor de David, mi
siervo, y de Jerusalén, que yo he
elegido entre todas las tribus de
Israel. 33 Porque me han abando-
nado, y se han prosternado ante
Astarte, diosa de los sidonios, ante
Camos, dios de Moab, y ante Mal-
com, dios de los hijos de Ammón.
No han marchado por mis caminos,
haciendo lo que es bueno a mis ojos
y guardando mis leyes y manda-
mientos, como lo hizo David, padre
de Salomón. 34 No quitaré de sus
manos todo el reino, pues mantendré
su reinado todos los días de su vida,
por amor de David, mi siervo, a
quien elegí yo y que guardó mis
mandamientos y mis leyes. 35 Pero
quitaré el reino de las manos de su
hijo, y te daré a ti diez tribus, 36 de-
jando a su hijo una tribu, para que
David, mi siervo, tenga siempre una
lámpara ante mí en Jerusalén, la
ciudad que yo he elegido para poner
allí mi nombre. 37 A ti te tomaré
yo, dominarás sobre cuanto tu cora-
zón desea, y serás rey de Israel.
38 Si me obedeces en cuanto yo te
mande y sigues mis caminos, mis
leyes y mandamientos, como lo hizo
David, mi siervo, yo seré contigo y
te edificaré casa estable, como se la
edifiqué a David, y te daré Israel.
39 Humillaré a la descendencia de
David, mas no por siempre.» 40 Salo-
món procuró dar muerte a Jeroboam,
pero Jeroboam huyó, refugiándose en
Egipto, cerca de Sesac, rey de Egipto,
hasta la muerte de Salomón.
41 Lo demás de los hechos de Salo-
món, de lo que hizo y de su sabiduría,

¿no está escrito en el libro de los hechos de Salomón?
42 Reinó Salomón en Jerusalén cuarenta años sobre todo Israel,
43 y luego se durmió con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de David, su padre. Le sucedió Roboam, su hijo.

División del reino.

12 1 Roboam fué a Siquem, por haberse reunido en Siquem todo Israel para proclamarle rey. 2 Jeroboam, hijo de Nabat, que había venido de Egipto, donde moraba por haber huído lejos de Salomón, recibió estas noticias, 3 y le mandaron a llamar. Vinieron Jeroboam y toda la asamblea de Israel a Roboam, y le hablaron así:
4 «Tu padre hizo muy pesado nuestro yugo; aligera tú, pues, ahora esta dura servidumbre, y te serviremos.»
5 El les respondió: «Id, y volved a mí dentro de tres días.» Fuése el pueblo.
6 El rey Roboam consultó a los ancianos que habían estado cerca de Salomón, su padre, durante su vida, diciéndoles: «¿Qué me aconsejáis que haga con este pueblo?» 7 Y ellos le dijeron: «Si ahora te rindes a este pueblo, y le complaces hablándole blandas palabras, te estará siempre sujeto.» 8 Pero Roboam no siguió el consejo de los ancianos, y consultó a los jóvenes que se habían criado con él y le rodeaban, 9 diciéndoles: «¿Qué me aconsejáis que responda a este pueblo que así me habla? Aligera el yugo que tu padre nos impuso.» 10 Y los jóvenes que se habían criado con él, le dijeron así: «Habla de este modo al pueblo que te ha dicho: Tu padre hizo muy pesado su yugo sobre nosotros, alígéralo tú. Háblales así: Mi dedo meñique es más grueso que los lomos de mi padre. 11 Ahora, pues, mi padre os cargó con pesado yugo, y yo haré vuestro yugo más pesado todavía. Mi padre os azotó con azotes, y yo os azotaré con escorpiones.»
12 Vinieron, pues, Jeroboam y todo el pueblo, al día tercero, según lo que había dicho el rey: «Volved dentro de tres días»; 13 y el rey respondió al pueblo duramente, dejando el consejo que le habían dado los ancianos, 14 y le habló así, según el consejo de los jóvenes: «Mi padre hizo pesado vuestro yugo, y yo lo haré más pesado todavía; mi padre os azotó con azotes y yo os azotaré con escorpiones.» 15 Desoyó, pues, el rey al pueblo, porque así lo disponía Yave, para cumplir la palabra que Yave había dicho por medio de Ajías, de Silo, a Jeroboam, hijo de Nabat.
16 Entonces todo Israel, viendo que el rey no le escuchaba, dijo al rey: «¿Qué tenemos que ver nosotros con David? ¿Ni qué heredad es la nuestra con el hijo de Isaí? ¡A tus tiendas, Israel! ¡Provee ahora a tu casa, David!»
Fuése Israel a sus tiendas, 17 y Roboam no reinó sobre más hijos de Israel que los que habitaban en las ciudades de Judá. 18 Mandó entonces Roboam a Adoram, que era prefecto de los tributos; pero éste fué lapidado por todo Israel, y murió. Apresuróse Roboam a montar en su carro, para huir a Jerusalén; 19 y así se separó Israel de la casa de David hasta el día de hoy (1).
20 Sabiendo que había vuelto Jeroboam, todo Israel le mandó a llamar a la asamblea, y le hicieron rey de todo Israel. La tribu de Judá fué la sola que siguió a la casa de David.
21 Llegado Roboam a Jerusalén, convocó a toda la casa de Judá y a la tribu de Benjamín, ciento ochenta mil hombres de guerra, para hacer la guerra a la casa de Israel y reducirla a la obediencia de Roboam, hijo de Salomón; 22 pero Semeías, varón de Dios, recibió palabras de Yave, diciendo: 23 «Habla a Roboam, hijo de Salomón, rey de Judá, y a toda la casa de Judá y de Benjamín, y a todos los del pueblo, diciendo:
24 «He aquí lo que dice Yave: No subáis a hacer la guerra a vuestros hermanos, los hijos de Israel. Vuélvase cada uno de vosotros a su casa, porque de mí ha venido esto»; y ellos, obedeciendo la palabra de Dios, se volvieron, según la palabra de Yave.

---

(1) Prescindiendo de los divinos designios, la escisión, tan profunda y definitiva, que no tuvo soldadura en la vida de Israel, históricamente se explica por el concurso de varias causas. La rivalidad entre Judá y Efraím, como causa remota; los gravámenes a que Salomón sometió al pueblo, como causa inmediata. La persistencia principalmente se debió a la política de los reyes de Israel.

Reinado de Jeroboam en Israel.

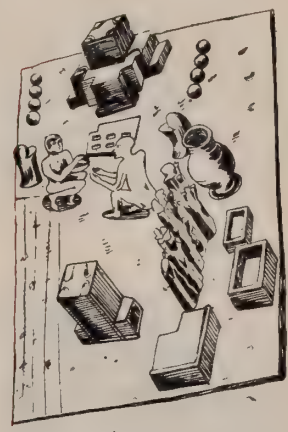
25 Jeroboam edificó Siquem, en la
montaña de Efraím, y residió allí;
salió después y edificó Penuel. 26 Je-
roboam se dijo en su corazón: «El
reino podría muy bien volver otra
vez a la casa de David. 27 Si este
pueblo sube a Jerusalén para hacer
sus sacrificios en la casa de Yave,
el corazón del pueblo se volverá a
su señor, Roboam, rey de Judá;
me matarán a mí y se volverán a
Roboam, rey de Judá.» 28 Después
de pensarlo, hizo el rey dos becerros
de oro, y dijo al pueblo: «Bastante
tiempo habéis subido a Jerusalén;
ahí tienes a tu dios, el que te sacó
de la tierra de Egipto.» 29 Hizo poner
uno de los becerros en Betel y el
otro en Dan; 30 y esto indujo al
pecado, pues iba el pueblo hasta
Dan para adorar. 31 Edificó también
Jeroboam lugares excelsos, e hizo
sacerdotes a gentes del pueblo, que
no eran de los hijos de Leví. 32 Ins-
tituyó Jeroboam una solemnidad en
el mes octavo, el quince del mes,
conforme a las de Judá, y sacrificó
sobre el altar. Así puso también en
Betel sacerdotes en los altos que
había construído, para que sacrifica-
sen a los becerros que había hecho;
33 y subió al altar que se había hecho
en Betel, el día quince del octavo
mes, que él a su voluntad eligió.
Instituyó una fiesta para los hijos
de Israel, y subió al altar para que-
mar perfumes (1).

Un profeta reprende a Jeroboam.

13 1 Llegó de Judá a Betel un
hombre de Dios, por mandato
de Yave, mientras estaba Jeroboam
en el altar para quemar perfumes;
2 y alzando su voz contra el altar,
según la palabra de Yave, gritó:
«¡Altar, altar! Así habla Yave: Nacerá
de la casa de David un hijo, que se
llamará Josías, que inmolará sobre
ti a los sacerdotes de los altos que
en ti queman perfumes, y sobre ti
quemarán huesos humanos.» 3 Y dió
entonces mismo una señal, diciendo:
«Esta es la señal que da Yave: El
altar se quebrará y se derramará la
ceniza que hay en él.»
4 Al oír el rey Jeroboam las pala-
bras del varón de Dios, lo que había
gritado contra el altar de Betel,
extendió su brazo desde el altar,
diciendo: «Detenedle»; pero la mano
que contra él extendió se quedó
rígida, y no pudo volverla a sí. 5 El
altar se quebró, y las cenizas que
sobre él había se derramaron, según
la señal que el hombre de Dios había
dado, conforme a la palabra de Yave.
6 Entonces el rey, dirigiéndose al
hombre de Dios, dijo: «Implora a
Yave, tu Dios, y ruégale por mí,
para que pueda volver a mí la mano.»
El hombre de Dios imploró a Yave,
y el rey pudo volver a sí la mano,
que quedó como estaba antes. 7 En-
tonces dijo el rey al hombre de Dios:
«Vente conmigo a mi casa para tomar
algo, y te haré un presente.» 8 Pero
el hombre de Dios dijo al rey: «No
iré contigo a tu casa, aunque me
dieras la mitad de tu casa, y no comeré
pan ni beberé agua en este lugar,
9 porque esa orden me ha sido dada
por la palabra de Yave: No comas
pan, ni bebas agua, ni tomes para
tu vuelta el camino por donde vayas.
10 Fuése, pues, por otro camino,
no tomando para volver el camino
por donde había venido a Betel.
11 Habitaba en Betel un viejo pro-
feta, cuyos hijos vinieron a contarle
lo que el hombre de Dios había
hecho aquel día en Betel y lo que
había dicho al rey; 12 y su padre les
dijo: «¿Por qué camino ha ido?»
Indicáronle sus hijos el camino por
donde se volvió el hombre de Dios
venido de Judá; 13 y él les dijo:
«Aparejadme el asno.» Ellos se lo
aparejaron, y él, subiendo en el asno,
14 se fué tras el hombre de Dios;
y una vez que le alcanzó, mientras
estaba sentado bajo una encina, le
preguntó: «¿Eres tú el hombre de
Dios que ha venido de Judá?» El le
respondió: «Yo soy.» 15 Díjole enton-
ces el otro: «Ven conmigo a casa,
para tomar algún alimento.» 16 Pero
él respondió: «No puedo ir contigo,
ni entrar en tu casa, 17 porque la
palabra de Yave me ha dicho: No
comas pan, ni bebas agua, ni tomes
para la vuelta el camino de la ida.»

(1) Jeroboam erige en estos dos santuarios, opuestos al santuario nacional, dos becerros de oro, repitiendo la prevaricación del desierto. Esta prevaricación persiste durante todo el tiempo de la vida de Israel y es considerada por el hagiógrafo como el principal pecado con que todos los reyes de Israel hicieron pecar a su pueblo, sin que ninguno se apartara de la conducta de Jeroboam.

18 Pero él le dijo: «Yo también soy
profeta como tú, y un ángel me ha
hablado de parte de Yave, diciéndome: «Tráele contigo a tu casa,
para que coma pan y beba agua.»
Mentía. 19 Volvióse entonces con él,
y en su casa comió pan y bebió agua.
20 Pero mientras estaban sentados a
la mesa, fué palabra de Yave al
profeta que le había hecho volver,
21 que gritó al venido de Judá: «Así
habla Yave: Por haber sido rebelde
al mandato de Yave, y no haber
guardado la orden que Yave, tu
Dios, te había dado, 22 y porque
volviéndote has comido pan y bebido
agua en el lugar de que te había
dicho: No comas pan allí, ni bebas
allí agua, no entrará tu cadáver en la
sepultura de tu padre.»
23 Cuando el profeta que le había
hecho volver acabó de comer pan y
de beber agua, hizo que aparejaran
para el otro su asno, y el hombre
de Dios se fué. 24 Encontró en el
camino un león que le mató, quedando su cadáver tendido en el camino; el asno siguió junto a él, y el
león junto al cadáver. 25 Los que
pasaban vieron el cadáver tendido
en el camino, y junto a él el león,
y hablaron de ello en la ciudad donde
moraba el viejo profeta. 26 Cuando
el profeta que le había hecho volver
lo supo, dijo: «Es el hombre de Dios,
que ha sido rebelde a la orden de
Yave, y por eso le ha entregado Yave
al león, que le ha destrozado y muerto, conforme a la palabra que Yave
le había dicho.» 27 Después, dirigiéndose a sus hijos, dijo: «Aparejadme
un asno.» Aparejáronlo ellos, 28 y
se fué. Halló el cadáver tendido en
el camino, y el asno y el león que
estaban junto al cadáver. El león ni
había devorado el cadáver ni había
destrozado al asno. 29 El profeta levantó el cadáver del hombre de Dios,
y poniéndolo sobre el asno, se lo
llevó, y vino con él a la ciudad,
donde le lloró y le sepultó. 30 Puso
su cadáver en la sepultura, y le lloraba, diciendo: «¡Ay, hermano mío!»
31 Después que le sepultó, dijo a
sus hijos: «Cuando yo muera, me sepultaréis en la sepultura donde está
enterrado el hombre de Dios, poniendo mis huesos junto a los suyos, para
que mis huesos se conserven intactos
junto a los suyos; 32 porque se ha
de cumplir la palabra que de parte
de Yave gritó él contra el altar de
Betel, y contra todos los altares de
la ciudad de Samaria.»
33 A pesar de esto, no se apartó
Jeroboam de su mal camino; creó
nuevos sacerdotes de entre todo el
pueblo para los altos. A cualquiera
que quisiera serlo, le consagraba él
sacerdote de los altos.



34 Esto fué causa de pecado para
la casa de Jeroboam, y por eso fué
exterminada y borrada de sobre la
haz de la tierra.

Ajías predice a Jeroboam su ruina.

14 1 Enfermó por entonces Abiya,
hijo de Jeroboam; 2 Jeroboam
dijo a su mujer: «Anda, levántate y
disfrázate de modo que nadie sepa
que eres la mujer de Jeroboam, y
vete a Silo. Allí está Ajías, profeta,
el que me anunció que sería rey de
este pueblo. 3 Coge contigo diez panes,
tortas y una vasija de miel, y entra
en su casa, y él te dirá lo que va a
ser del niño.» 4 Hízolo así la mujer de
Jeroboam. Se levantó, fué a Silo, y
entró en la casa de Ajías. Ajías no
veía ya, pues por la vejez se le habían quedado fijos los ojos; 5 pero
Yave había dicho a Ajías: «La mujer
de Jeroboam va a venir a consultarte
acerca de su hijo, que está enfermo;
cuando llegue querrá hacerse pasar
por otra.»
6 Cuando oyó Ajías el ruido de sus
pasos, en el momento en que tras-

ponía la puerta, dijo: «Entra, mujer de Jeroboam. ¿Por qué te finges otra? Estoy encargado de anunciarte cosas muy duras. 7 Ve y dile a Jeroboam: Así habla Yave, Dios de Israel: «Yo te alcé de en medio del pueblo, y te hice jefe de mi pueblo, Israel, 8 rompiendo el reino de la casa de David y dándotelo a ti. Pero tú no has sido como mi siervo David, que guardó mis mandamientos y me siguió de todo su corazón, no haciendo más que lo recto a mis ojos; 9 antes hiciste el mal, más que cuantos han sido antes de ti, haciéndote otros dioses y fundiendo imágenes para irritarme, echándome tras de tus espaldas. 10 Por eso voy a hacer venir el mal sobre la casa de Jeroboam, y exterminaré a todos cuantos a Jeroboam pertenecen, al esclavo y al libre en Israel, y barreré a la casa de Jeroboam, como se barren las basuras, hasta que del todo desaparezca. 11 El que de la casa de Jeroboam muera en la ciudad, será devorado de los perros, y el que muera en el campo, será comido por las aves del cielo. Porque habla Yave.» 12 Y tú álzate y vete a tu casa. En cuanto tus pies entren en la ciudad, morirá el niño; 13 todo Israel le llorará, y será sepultado, pues será el único de la casa de Jeroboam que será sepultado, por ser el único de la casa de Jeroboam en que se ha hallado algo de bueno a los ojos de Yave, Dios de Israel. 14 Yave alzará sobre Israel un rey, que exterminará en su día a la casa de Jeroboam. ¿Y qué es lo de ahora? 15 Yave sacudirá a Israel como en el agua se agita una caña, y arrancará a Israel de esta buena tierra que dió a sus padres, y le dispersará al otro lado del río, por haberse hecho ídolos, irritando a Yave. 16 Entregará a Israel por los pecados que ha cometido Jeroboam, y los que ha hecho cometer a Israel.»

17 Levantóse la mujer de Jeroboam, y se fué. Llegó a Tirsa, y cuando tocaba con sus pies el umbral de la puerta, murió el niño. 18 Se le enterró, y todo Israel le lloró, según la palabra que Yave había dicho por su siervo Ajías, profeta.

19 Lo demás de los hechos de Jeroboam, de las guerras que hizo, y de cómo reinó, todo ello está escrito en las crónicas de los reyes de Israel. 20 Reinó veintidós años, y se durmió con sus padres. Le sucedió Nadab, su hijo.

El reino de Judá bajo Roboam.

21 Roboam, hijo de Salomón, reinó sobre Judá. Tenía cuarenta y un años cuando comenzó a reinar en Jerusalén, la ciudad que Yave se había elegido de entre todas las tribus de Israel para poner allí su nombre. Su madre se llamaba Noama, amonita.

22 Roboam hizo el mal a los ojos de Yave, irritando su celo con los pecados que cometía, más que cuanto lo habían hecho antes sus padres. 23 Edificáronse altos, con cipos y *aseras* sobre todas las alturas y bajo todo árbol frondoso. 24 Hasta consagrados a la prostitución idolátrica hubo en la tierra. Imitaron todas las abominaciones de las gentes que Yave había echado delante de los hijos de Israel.

25 El año quinto del reinado de Roboam, Sesac, rey de Egipto, subió contra Jerusalén. 26 Pilló los tesoros de la casa de Yave y los tesoros de la casa del rey; todo lo pilló, con todos los escudos de oro que había hecho Salomón. 27 El rey Roboam hizo en su lugar escudos de bronce, y se los entregó a los jefes de la guardia de la entrada de la casa del rey. 28 Cuantas veces iba el rey a la casa de Yave, los llevaban los de la guardia, y luego los volvían al cuartel de la guardia.

29 El resto de los hechos de Roboam, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? 30 Siempre hubo guerra entre Roboam y Jeroboam. 31 Durmióse Roboam con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de David. Su madre se llamó Noama, amonita. Le sucedió Abiam, hijo suyo.

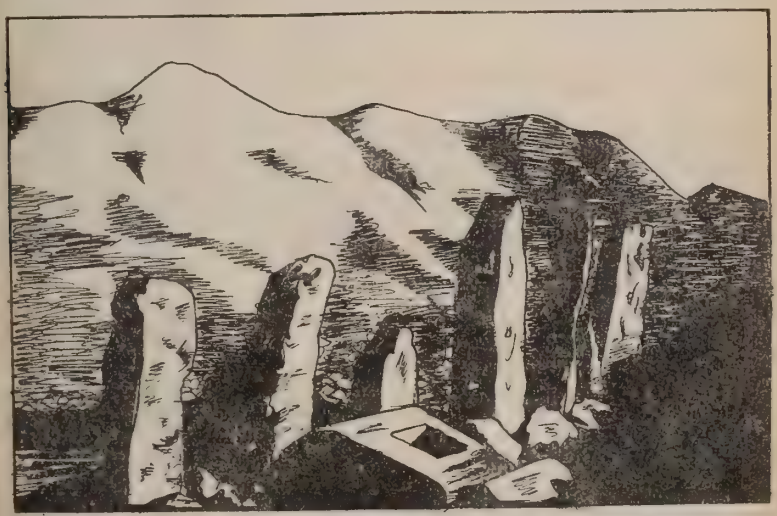
Abiam, réy de Judá.

15 1 El año octavo del reinado de Jeroboam, hijo de Nabat, comenzó a reinar en Judá Abiam. 2 Reinó tres años en Jerusalén. Su madre se llamaba Maca, hija de Abisalón. 3 Dióse a todos los pecados que antes de él había cometido su padre, y su corazón no estuvo enteramente con Yave, como lo había estado el de David, su padre. 4 Mas por amor de David, Yave, su Dios, dió a éste una lámpara en Jerusalén,

estableciendo a su hijo después de él y sosteniendo a Jerusalén; [5] porque David había hecho lo recto a los ojos de Yave, y no se había apartado de ninguno de sus mandamientos durante toda su vida, fuera de lo de Urías, el geteo. [6] Hubo guerra entre Roboam y Jeroboam mientras vivió aquél.

[7] El resto de los hechos de Abiam, lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

Hubo guerra entre Abiam y Jeroboan. [8] Abiam se durmió con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de David. Le sucedió Asa, su hijo (1).



Reinado de Asa en Judá.

[9] El año veinte del reinado de Jeroboam, comenzó a reinar Asa en Judá. [10] Reinó cuarenta y un años en Jerusalén, y su madre se llamaba Maca, hija de Abisalam.

[11] Asa hizo lo recto a los ojos de Yave, como David, su padre. [12] Arrancó de la tierra a los consagrados a la prostitución idolátrica, e hizo desaparecer los ídolos que sus padres se habían hecho; [13] y hasta despojó a su madre, Maca, de la dignidad de reina, porque se había hecho un *asera* abominable; cogió la abominación y la quemó en el torrente de Cedrón. [14] Pero no desaparecieron todos los altos, aunque el corazón de Asa estuvo enteramente con Yave durante toda su vida. [15] Llevó a la casa de Yave cosas consagradas por su padre y por él mismo, plata, oro y utensilios.

[16] Hubo guerra entre Asa y Basa, rey de Israel, durante toda su vida. [17] Basa, rey de Israel, subió contra Judá, y fortificó Rama para impedir a Asa, rey de Judá, salir y entrar.

[18] Asa tomó toda la plata y todo el oro que habían quedado en el tesoro de la casa de Yave y en el tesoro de la casa del rey, y se lo entregó a sus servidores, que envió a Ben Adad, hijo de Tabrimón, hijo de Jezyón, rey de Siria, que residía en Damasco. El rey Asa le dijo: [19] «Que haya alianza entre tí y mí, como la hubo entre mi padre y tu padre. Te mando este presente de plata y oro. Rompe tu alianza con Basa, rey de Israel, para que éste se aleje de mí.»

[20] Ben Adad escuchó a Asa, y mandó a los jefes de su ejército contra las ciudades de Israel; y devastó a Iyón, Dad, Abel, Bet Maca, todo el

(1) Tenemos en los vs. 1-8 el modelo del esquema adoptado por el autor en esta segunda parte, para encuadrar los hechos históricos de cada uno de los reinados.

Quinerot, y toda la tierra de Neftalí.
21 Cuando Basa supo ésto, cesó de
fortificar a Rama y se volvió a Tirsa.
22 El rey Asa convocó a todo Judá
sin excepción, y se apoderó de las
piedras y de la madera que Basa em-
pleaba en las fortificaciones de Rama,
y el rey Asa se sirvió de ellas para for-
tificar a Gueba de Benjamín y Mispa.
23 El resto de los hechos de Asa,
todas sus hazañas, cuanto hizo, las
ciudades que edificó, ¿no está escrito
en el libro de las crónicas de los
reyes de Judá? Al tiempo de su vejez
estuvo enfermo de los pies.
24 Durmióse Asa con sus padres, y
fué sepultado con sus padres en la
ciudad de David, su padre. Le suce-
dió Josafat, su hijo.

Reinados de Nadab y Basa en Israel.

25 Nadab, hijo de Jeroboam, reinó
sobre Israel, comenzó a reinar el se-
gundo año de Asa, rey de Judá, y reinó
dos años sobre Israel. 26 Hizo lo malo
a los ojos de Yave, y marchó por el
camino de su padre, dándose a todas
las abominaciones que su padre había
hecho cometer a Israel.
27 Basa, hijo de Asiya, de la casa
de Isacar, conspiró contra él, y le
mató en Guibetón, que pertenecía a
los filisteos, mientras Nadab y todo
Israel asediaba a Guibetón. 28 Le
mató el año tercero de Asa, rey de
Judá, y reinó en lugar suyo. 29 Cuando
reinó, destruyó toda la casa de Jero-
boam, sin dejar escapar a nadie, ma-
tando a cuanto respiraba, según la
palabra que Yave había dicho por
medio de Ajías, de Silo, su siervo,
30 por los pecados que Jeroboam había
cometido y los que había hecho co-
meter a Israel, irritando así a Yave,
Dios de Israel.
31 El resto de los hechos de Nadab,
cuanto hizo, ¿no está escrito en el
libro de las crónicas de los reyes de
Israel?
32 Hubo guerra entre Asa y Basa
todos los días de su vida.
33 El año tercero de Asa, rey de
Judá, reinó sobre todo Israel en Tirsa
Basa, hijo de Ajiya. Reinó veinti-
cuatro años. 34 Hizo lo malo a los
ojos de Yave, y marchó por el ca-
mino de Jeroboam, dándose a los
pecados que Jeroboam había hecho
cometer a Israel.

16 1 Recibió Jehú, hijo de Janani,
palabra de Yave contra Basa,
diciendo: 2 «Yo te he levantado del
polvo, y te hice jefe de mi pueblo
Israel; mas por haber tú marchado
por el camino de Jeroboam, y haber
hecho pecar a mi pueblo, Israel, irri-
tándome con sus pecados, 3 voy yo
a barrer a Basa y a su casa, y haré
tu casa semejante a la de Jeroboam,
hijo de Nabat. 4 El que de la casa
de Basa muera en la ciudad, será
devorado por los perros; y el que de
los suyos muera en el campo, será
comido por las aves del cielo.»
5 El resto de los hechos de Basa,
cuanto hizo, sus hazañas, ¿no está
escrito en el libro de las crónicas de
los reyes de Israel?
6 Basa se durmió con sus padres,
y fué sepultado en Tirsa. Le sucedió
Ela, su hijo.
7 La palabra de Yave había sido
dirigida por medio del profeta Jehú,
hijo de Janani, contra Basa y contra
su casa, no sólo por todo el mal que
él había hecho a los ojos de Yave,
irritándole con la obra de sus manos
y haciéndose semejante a la casa de
Jeroboam, sino también por haber
destruído a la casa de Jeroboam.

Reinados de Ela, Zimri y Omri en Israel.

8 El año veintiséis de Asa, rey de
Judá, comenzó a reinar sobre Israel
en Tirsa, Ela, hijo de Basa, y reinó
dos años. 9 Conspiró contra él Zimri,
su siervo, jefe de la mitad de los
carros. Estaba Ela en Tirsa, comiendo
y embriagándose en casa de Arsa, su
mayordomo en Tirsa; 10 y entró
Zimri y le hirió, matándole, el año
veintisiete de Asa, rey de Judá, y
reinó en su lugar. 11 Hecho rey, una
vez que se sentó sobre el trono, 12 des-
truyó a toda la casa de Basa, sin
dejar que escapara nadie de cuantos
le pertenecían, ni pariente ni amigo.
Destruyó Zimri toda la casa de Basa,
según la palabra que Yave había
dicho contra Basa, por medio de Jehú,
profeta, 13 por todos los pecados que
Basa y Ela, su hijo, habían cometido
y habían hecho cometer a Israel, irri-
tando con sus ídolos a Yave, Dios
de Israel.
14 El resto de los hechos de Ela,
cuanto hizo, ¿no está escrito en el

libro de las crónicas de los reyes de Israel?

15 El año veintisiete de Asa, rey de Judá, reinó siete días Zimri en Tirsa. 16 Estaba el pueblo acampado contra Guibetón, que pertenecía a los filisteos, y supo la noticia: «Zimri ha conspirado contra el rey, y aun le ha dado muerte»; y aquel mismo día todo Israel alzó en el campamento por rey a Omri, jefe del ejército. 17 Omri, y con él todo Israel, subieron de Guibetón, y pusieron cerco a Tirsa. 18 Cuando Zimri vió que era tomada la ciudad, se metió en el palacio real, y puso fuego a la casa con él dentro, y así murió, 19 por los pecados que él había cometido, haciendo lo malo a los ojos de Yave, y marchando por el camino de Jeroboam, y dándose a los pecados que Jeroboam había cometido, para hacer pecar a Israel.

20 El resto de los hechos de Zimri, la conspiración que tramó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?

21 Entonces el pueblo de Israel se dividió en dos partidos; una mitad del pueblo quería hacer rey a Tibni, hijo de Guinat, y la otra mitad estaba por Omri. 22 Los partidarios de Omri vencieron a los partidarios de Tibni, hijo de Guinat, y Tibni fué muerto, y reinó Omri.

23 El año treinta y uno de Asa, rey de Judá, comenzó a reinar Omri sobre Israel, y reinó doce años. Reinó en Tirsa seis años; 24 luego compró a Semer la montaña de Samaria, por dos talentos de plata, y edificó sobre la montaña, dando a la ciudad que edificó el nombre de Samaria, del monte de Semer, el dueño del monte (1). 25 Omri hizo el mal a los ojos de Yave, y obró todavía peor que los que le habían precedido. 26 Marchó por todos los caminos de Jeroboam, hijo de Nabat, y se dió a todos los pecados que Jeroboam había hecho cometer a Israel, irritando con sus ídolos a Yave, Dios de Israel.

27 El resto de los hechos de Omri, cuanto hizo, sus hazañas, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? 28 Se durmió Omri con sus padres, y fué sepultado en Samaria. Le sucedió Ajab, su hijo.

(1) Omri es uno de los principales reyes de Israel, hasta el punto de que, en los monumentos asirios, Israel es generalmente llamado Bet Omri = la casa de Omri. La edificación de Samaria es igualmente un suceso importantísimo en la historia de Israel, que con ello tiene ya su capital que oponer a la del reino de Judá. La elección del lugar, por su centralidad y su natural fortaleza, es muestra del buen ojo político-militar de Omri.

Reinado de Ajab en Israel.

29 Ajab, hijo de Omri, comenzó a reinar en Israel el año treinta y ocho de Asa, rey de Judá, 30 y reinó sobre Israel en Samaria veintidós años.

Ajab, hijo de Omri, hizo el mal a los ojos de Yave, más que todos cuantos le habían precedido; 31 y como si fuese todavía poco para él darse a los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, tomó por mujer a Jezabel, hija de Etbal, rey de Sidón, y se fué tras Baal, le sirvió y se prosternó ante él. 32 Alzó a Baal un altar en la casa de Baal que edificó en Samaria, 33 hízose además un *ascra*, haciendo más que cuantos reyes le precedieron para provocar la ira de Yave, Dios de Israel (1).

34 En su tiempo, Jiel, de Betel, reedificó a Jericó; echó los fundamentos, al precio de su primogénito, Abiram; y puso las puertas, al precio de Segub, su hijo menor, según la palabra que Yave había dicho por medio de Josué, hijo de Nun.

El profeta Elías.

17 1 Elías, tesbita, habitante en Galad, dijo a Ajab: «Vive Yave, Dios de Israel, a quien sirvo, que no habrá en estos años ni rocío ni lluvia, sino por mi palabra.» 2 Y dirigió Yave a Elías su palabra, diciendo: 3 «Pártete de aquí, vete hacia el oriente, y escóndete junto al torrente de Querit, que está frente al Jordán. 4 Beberás el agua del torrente, y yo mandaré a los cuervos que te den de comer allí.» 5 Hizo según la palabra de Yave, y fué a asentarse junto al torrente de Querit, que está frente al Jordán. 6 Los cuervos le llevaban por la mañana pan y carne, y pan y carne por la tarde, y bebía del agua

(1) Con Ajab se da en Israel una nueva y profunda invasión de la religión cananea, favorecida por la reina Jezabel, sidonia. Para combatirla manda Dios a Elías, que con razón es considerado como el príncipe de los profetas que se oponen a la corrupción idolátrica.

del torrente; [7] pero al cabo de cierto tiempo se secó el torrente, pues no había caído lluvia alguna sobre la tierra.

[8] Entonces le dirigió Yave su palabra, diciendo: [9] «Levántate y vete a Sarepta, que pertenece a Sidón, y mora allí. Yo he dado orden a una mujer viuda para que te mantenga allí.» [10] Levantóse y fuése a Sarepta. Al llegar a la entrada de la ciudad, vió a una mujer viuda, que recogía leña; la llamó, y le dijo: «Vete a buscarme, por favor, un poco de agua en un vaso para que beba»; [11] y ella fué a buscarla. Llamóla de nuevo cuando iba a traérselo, y le dijo: «Tráeme también, por favor, un bocado de pan»; [12] pero ella le contestó: «Vive Yave, tu Dios, que no tengo nada de pan cocido, y que no me queda más que un puñado de harina en la tinaja, y un poco de aceite en la vasija; precisamente estaba ahora cogiendo unos trozos de leña, para ir a preparar esto para mí y para mi hijo; lo comeremos, y después nos dejaremos morir.» [13] Él le dijo: «No temas, ve y haz lo que has dicho, pero prepárame para mí antes una tortita, y tráemela, y luego ya harás para ti y para tu hijo; [14] pues he aquí lo que dice Yave: No faltará la harina que tienes en la tinaja, ni disminuirá el aceite en la vasija, hasta el día en que Yave haga caer la lluvia sobre la haz de la tierra.» [15] Fué ella, e hizo lo que le había dicho Elías, y durante mucho tiempo tuvieron que comer, ella y su familia y Elías, [16] sin que faltase la harina de la tinaja, ni disminuyese el aceite de la vasija, según lo que había dicho Yave por Elías.

[17] Después de esto enfermó el hijo de la mujer, dueña de la casa; y su enfermedad era tan violenta, que no podía resollar. [18] La mujer dijo entonces a Elías: «¿Qué hay entre ti y mí, hombre de Dios? ¿Has venido por ventura a mi casa para traer a memoria mis pecados y hacer morir a mi hijo?» [19] Él le respondió: «Dame acá tu hijo.» Él le tomó del regazo de su madre, le subió a la habitación donde él dormía, y le puso en su cama, [20] e invocó a Yave, diciendo: «¡Oh Yave, mi Dios! ¿Vas a afligir a la viuda que en su casa me ha recibido como huésped, matando a su hijo?» [21] Tendióse tres veces sobre el niño, invocando a Yave, y diciendo: «¡Yave, Dios mío! Que vuelva, te ruego, el alma de este niño a entrar en él.» [22] Yave oyó la voz de Elías, y volvió dentro del niño su alma, y revivió. [23] Tomó entonces al niño Elías, bajó y entrególo a su madre diciendo: «Mira, tu hijo vive.» [24] La mujer dijo a Elías: «Ahora conozco que eres hombre de Dios, y que es verdad en tu boca la palabra de Yave.»

Elías y los profetas de Baal.

18 [1] Pasado mucho tiempo, al tercer año, dirigió Yave su palabra a Elías, diciendo: «Ve, preséntate a Ajab, que voy a hacer que caiga la lluvia sobre la haz de la tierra.» [2] Fué, pues, Elías, para presentarse ante Ajab.

El hambre era grande en Samaria, [3] y Ajab mandó a llamar a Abdías, su mayordomo. Abdías era muy temeroso de Yave; [4] y cuando Jezabel exterminaba a los profetas de Yave, escondió a cien profetas, de cincuenta en cincuenta, por cincuenta días en cavernas, proveyéndoles de pan y de agua. [5] Ajab dijo a Abdías: «Vete por la tierra a todas las fuentes de agua y a todos los torrentes, a ver si por allí hay alguna hierba para que podamos conservar con vida a los caballos y mulos, y no nos quedemos sin ganado.» [6] Dividiéronse, pues, la tierra para recorrerla, y Ajab se fué solo por un camino, y Abdías se fué solo por otro camino.

[7] Cuando iba Abdías por su camino, encontróse con Elías, y como le reconoció, echóse sobre el rostro, diciendo: «¿Eres tú, mi señor, Elías?» [8] El le respondió: «Sí, yo soy; vete a decir a tu señor: Ahí está Elías.» [9] Y Abdías le contestó: «¿Qué pecado he cometido yo, para que tú me entregues en manos de Ajab, que seguramente me hará morir? [10] Vive Yave, tu Dios, que no hay nación ni reino a donde no haya mandado mi amo a buscarte; cuando venían diciéndole que no estabas allí, hacía jurar al reino y a la nación que no te habían hallado. [11] ¿Y ahora tú me dices: Ve a decir a tu amo, ahí está Elías? [12] Además, en cuanto yo te deje, el espíritu de Yave te llevará yo no sé dónde, y cuando vaya a informar a Ajab, él no te hallará y me matará. Sin embargo, tu siervo teme a Yave desde su juventud. [13] ¿No le han dicho

a mi señor lo que yo hice cuando Jezabel mataba a los profetas de Yave? Yo oculté a cien profetas de Yave, de cincuenta en cincuenta, en cavernas, y los proveí de pan y de agua. [14] Y ahora me mandas: Ve a decir a tu amo, ahí está Elías. Me matará.»

[15] Pero Elías le dijo: «Vive Yave Sebaot, a quien sirvo, que hoy mismo me presentaré yo delante de Ajab.» [16] Abdías, yendo al encuentro de Ajab, le informó, y Ajab se volvió para ir al encuentro de Elías. [17] Apenas le vió Ajab, le dijo: «¿Eres tú, ruina de Israel?» [18] Y Elías le respondió: «No soy yo la ruina de Israel, sino tú y la casa de tu padre, apartándoos de los mandamientos de Yave y yéndoos tras los Baales. [19] Anda, convoca a todo Israel al monte Carmel, y a los cuatrocientos cincuenta profetas de Baal, y a los cuatrocientos profetas del *asera*, que comen de la mesa de Jezabel.» [20] Convocó, pues, Ajab a todos los hijos de Israel y a todos los profetas al monte Carmel; [21] y acercándose Elías a todo el pueblo, le dijo: «¿Hasta cuándo habéis de estar vosotros claudicando de un lado y de otro? Si Yave es Dios, seguidle a él; y si lo es Baal, id tras él.» El pueblo no respondió nada.

[22] Volvió a decir Elías al pueblo: «Sólo quedo yo de los profetas de Yave, mientras que hay cuatrocientos cincuenta profetas de Baal. [23] Que traigan bueyes, para que escojan ellos uno, lo corten en pedazos y lo pongan sobre la leña, pero sin poner fuego debajo; yo prepararé otro sobre la leña, sin poner fuego debajo. [24] Después, invocad vosotros el nombre de vuestros dioses, y yo invocaré el nombre de Yave. El Dios que respondiere con el fuego, ése sea Dios»; y todo el pueblo respondió: «Está muy bien.»

[25] Entonces dijo Elías a los profetas de Baal: «Escogeos el buey, y haced vosotros primero, pues que sois los más, e invocad el nombre de vuestros dioses, pero sin poner fuego debajo.» [26] Tomaron ellos el buey que les entregaron, aprestáronlo, y estuvieron invocando el nombre de Baal, desde la mañana hasta el mediodía, diciendo: «Baal, respóndenos.» Pero no había voz, ni quien respondiese, mientras estaban ellos saltando en torno del altar que habían hecho. [27] Al mediodía burlábase de ellos Elías, diciendo: «Gritad bien fuerte; dios es, pero quizá está entretenido conversando, o tiene algún negocio, o está de viaje. Acaso esté dormido, y así le despertaréis.» [28] Ellos daban voces y más voces, y se sajaban con cuchillos y lancetas, según su costumbre, hasta chorrear la sangre sobre ellos. [29] Pasado el mediodía, siguieron enfurecidos hasta la hora en que suele hacerse la ofrenda de la tarde; pero no hubo voz, ni quien escuchase ni respondiese.

[30] Entonces dijo Elías a todo el pueblo: «Acercaos.» Y todo el pueblo se acercó a él. Preparó el altar de Yave, que estaba en ruinas; [31] y tomando Elías doce piedras, según el número de las tribus de los hijos de Jacob, a quien había dicho Yave: «Israel será tu nombre», [32] alzó con ellas un altar al nombre de Yave. Hizo en derredor una zanja, tan grande como la superficie en que se siembran dos *atos* de simiente; [33] compuso la leña, cortó el buey en pedazos y púsolo sobre la leña. [34] Dijo luego: «Llenad de agua cuatro cántaros, y echadla sobre el holocausto y sobre la leña.» Después dijo: «Haced lo mismo otra vez.» Otra vez lo hicieron. Dijo aún: «Hacedlo por tercera vez». Y por tercera vez lo hicieron. [35] Corría el agua todo en derredor del altar, y había llenado el agua también la zanja. [36] Cuando llegó la hora de ofrecerse el holocausto, llegóse el profeta Elías, y dijo: «Yave, Dios de Abraham, de Isac y de Israel: Que se sepa hoy que tú eres Dios de Israel, y que yo soy tu siervo, que todo esto hago por mandato tuyo. [37] Respóndeme, Yave, respóndeme, para que todo este pueblo conozca que tú, ¡oh Yave!, eres Dios, y que tú conviertes a ti su corazón.» [38] Bajó entonces fuego de Yave, que consumió el holocausto y la leña, las piedras y el polvo, y aun lamió las aguas que había en la zanja. [39] Viendo esto el pueblo, cayeron todos sobre sus rostros, y dijeron: «¡Yave es Dios, Yave es Dios!» [40] Y díjoles Elías: «Coged a los profetas de Baal, sin dejar que escape ninguno.» Cogiéronlos ellos, y llevólos Elías al torrente Cisón, donde los degolló.

[41] Entonces dijo Elías a Ajab: «Sube a comer y a beber, porque ya se oye gran ruido de lluvia.» [42] Y

subió Ajab a comer y a beber. Elías subió a la cumbre del Carmel y se postró en tierra, poniendo el rostro entre las rodillas; [43] y dijo a su siervo: «Sube y mira hacia el mar.» Subió él, miró y dijo: «No se ve nada.» Elías le dijo: «Vuelve a hacerlo siete veces.» [44] Y a la sétima vez dijo el siervo: «Veo una nubecilla, como la palma de la mano de un hombre, que sube del mar.» El le dijo: «Ve y dile a Ajab: «Unce, y baja, no te lo impida luego la lluvia.» [45] Y en esto se cubrió el cielo de nubes, sopló el viento, y cayó gran lluvia.

Subió Ajab y vino a Jezrael. [46] Fué sobre Elías la mano de Yave, que ciñó sus lomos, y vino corriendo a Jezrael delante de Ajab.

Va Elías a Horeb, huyendo de Jezabel.

19 [1] Ajab hizo saber a Jezabel lo que había hecho Elías, y cómo había pasado a cuchillo a todos los profetas; [2] y Jezabel mandó a Elías un mensajero, para decirle: «Así me hagan los dioses y así me añadan, si mañana a estas horas no estás tú como uno de ellos.» [3] Huyó, pues, Elías, para salvar su vida, y llegó a Berseba, que está en Judá; y dejando allí a su siervo, [4] siguió él por el desierto un día de camino, y sentóse bajo una mata de retama; deseó morirse, y dijo: «¡Basta, Yave! Lleva ya mi alma, que no soy mejor que mis padres.» [5] Y echándose bajo la planta de retama, se quedó dormido.» Y he aquí que un ángel le tocó, diciéndole: «Levántate y come.» [6] Miró él, y vió a su cabecera una torta cocida y una vasija de agua. Comió y bebió, y luego volvió a acostarse; [7] pero el ángel de Yave vino por segunda vez, y le tocó, diciendo: «Levántate y come, porque te queda todavía mucho camino.»

[8] Levantóse, pues, comió y bebió, y anduvo con la fuerza de aquella comida cuarenta días y cuarenta noches, hasta el monte de Dios, Horeb. [9] Allí metióse en una cueva, donde pasó la noche, y le dirigió Yave su palabra, diciendo: «¿Qué haces aquí, Elías?» [10] El respondió: «He sentido vivo celo por Yave Sebaot; porque los hijos de Israel han roto tu alianza, han derribado tus altares, y han pasado a cuchillo a tus profetas, de los que sólo he quedado yo, y me están buscando para quitarme la vida.» [11] Díjole Yave: «Sal afuera y ponte en el monte ante Yave.» Y he aquí que pasó Yave, y delante de él un viento fuerte y poderoso que rompía los montes y quebraba las peñas; pero no estaba Yave en el viento. Y vino tras el viento un terremoto; pero no estaba Yave en el terremoto. [12] Vino tras el terremoto un fuego, pero no estaba Yave en el fuego. Tras el fuego vino un ligero y blando susurro. [13] Cuando lo oyó Elías, cubrióse el rostro con su manto, y saliendo, se puso en pie a la entrada de la caverna, y oyó una voz que le dirigía estas palabras: «¿Qué haces aquí, Elías?» [14] Y él respondió: «He sentido vivo celo por Yave Sebaot, porque los hijos de Israel han roto tu alianza, han derribado tus altares y han pasado a cuchillo a tus profetas, de los que sólo quedo yo, y me buscan para quitarme la vida.»

[15] Díjole entonces Yave: «Vete, vuélvete por tu camino, por el desierto de Damasco; y cuando llegues, unge a Jazael por rey de Siria, [16] y a Jehú, hijo de Nimsi, le unges por rey de Israel. A Eliseo, hijo de Safat, de Abelmeula, le ungirás, para que sea profeta en lugar tuyo. [17] Al que escapare de la espada de Jezael, le matará Jehú; y al que escapare de la espada de Jehú, le matará Eliseo. [18] Voy a dejar con vida en Israel a siete mil, cuyas rodillas no se han doblado ante Baal, y cuyos labios no le han besado.»

[19] Partió de allí y halló a Eliseo, hijo de Safat, que estaba arando con doce yuntas, una de las cuales era la suya; y pasando Elías junto a él, echole su manto (1); [20] y él, dejando los bueyes, se vino corriendo tras Elías y le dijo: «Déjame ir a abrazar a mi padre y a mi madre, y te seguiré.» Elías le respondió: «Ve, y vuelve, pues ya ves lo que he hecho contigo.» [21] Alejóse de Elías, y cuando volvió cogió un par de bueyes, y los ofreció en sacrificio; con el yugo y el arado de los bueyes coció la carne, e invitó a comer al pueblo; y levantándose, siguió a Elías y se puso a su servicio.

---

(1) Como la invasión religiosa del culto de Baal se prolongaba, Elías elige y se prepara un sucesor, que continuará su lucha contra ella, mediante prodigios y milagros que caracterizan la misión de estos dos profetas.

Victorias de Ajab sobre Benadad, rey de Siria.

20 [1] Ben Adad, rey de Siria, reunió todo su ejército. Tenía consigo treinta y dos reyes vasallos, caballos y carros. Subió y puso sitio a Samaria, [2] y mandó a la ciudad mensajeros, que dijesen a Ajab, rey de Israel: [3] «Así habla Ben Adad: Tu plata y tu oro son míos, mías tus mujeres y los más hermosos de tus hijos.» [4] El rey de Israel respondió: «Rey, mi señor, yo soy tuyo, y tuyo es, como tú dices, todo lo que yo tengo.» [5] Volvieron los mensajeros, y dijeron: «Así habla Ben Adad: Yo te he mandado a decir: Entrégame tu plata y tu oro, tus mujeres y tus hijos. [6] Mañana, pues, a estas horas, yo mandaré a ti mis servidores, para que pongan su mano sobre cuanto de precioso tienes, y me lo traigan.»

[7] El rey de Israel convocó a todos los ancianos de Israel, y les dijo: «Oíd bien, y entended que este hombre nos quiere mal; porque él me ha pedido mis mujeres y mis hijos, mi plata y mi oro, y yo no se los he rehusado.» [8] Todos los ancianos del pueblo dijeron a Acab: «No le oigas y niégate a ello.» [9] Y él les dijo a los mensajeros de Ben Adad: «Decid a vuestro señor, el rey: Yo haré todo lo que has mandado a decir a tu siervo la primera vez, pero esto otro no puedo hacerlo.» Los mensajeros se fueron, y le llevaron la respuesta. [10] Ben Adad mandó a decir a Ajab: «Que esto me hagan los dioses y esto me añadan, si el polvo de Samaria basta para llenar el hueco de la mano del pueblo todo que me sigue.» [11] Y el rey de Israel, respondió: «Decidle que no ha de alabarse el que se ciñe, como el que se desciñe.» [12] Cuando Ben Adad recibió esta respuesta, estaba bebiendo en su tienda con los reyes vasallos, y dijo a sus servidores: «Preparaos.» E hicieron sus preparativos contra la ciudad.

[13] Acercóse a Ajab, rey de Israel, un profeta, y le dijo: «Así habla Yave, Dios de Israel: ¿Ves toda esa muchedumbre? Voy a entregarla en tus manos, y así sabrás que yo soy Yave.» [14] Ajab preguntó: «¿Por mano de quién?» Y él respondió: «Así dice Yave: Por mano de los servidores de los jefes de provincia.» Ajab preguntó más: «¿Quién comenzará el combate?» Y él respondió: «Tú mismo.» [15] Entonces Ajab revistó a los servidores de los jefes de provincia, en todo doscientos treinta y dos. Luego revistó a todo el pueblo, a todos los hijos de Israel, que fueron siete mil.

[16] Hicieron una salida al mediodía, mientras Ben Adad estaba bebiendo y embriagándose en las tiendas con los treinta y dos vasallos, sus auxiliares. [17] Salieron los primeros los servidores de los jefes de provincia. Ben Adad fué informado, y le dijeron: «Los de Samaria han hecho una salida.» [18] Y él respondió: «Si han salido de paz, traédmelos vivos, y si han salido en guerra, traédmelos vivos.»

[19] Una vez que los servidores de los jefes de provincia salieron de la ciudad, [20] cada uno de ellos mató a su hombre, y los sirios emprendieron la fuga. Israel los persiguió. Ben Adad, rey de Siria, se salvó en un caballo con algunos de la caballería. [21] El rey de Israel salió y destrozó a la caballería y a los carros, haciendo en los sirios gran estrago.

[22] Entonces se acercó al rey de Israel el profeta, y le dijo: «Ve y fortificate, y mira lo que debes hacer, porque el rey de Siria volverá contra ti, a la vuelta del año.» [23] Los servidores del rey de Siria dijeron a éste: «Su dios es un dios de monte, por eso nos han vencido; pero si peleamos con ellos en el llano los venceremos. [24] Haz, pues, así: Quita a los reyes auxiliares sus mandos, y pon jefes en lugar de ellos, [25] y hazte un ejército semejante al que has perdido, con otros tantos caballos y otros tantos carros. Después daremos la batalla en el llano, y se verá si no los vencemos.» El rey les dió oídos, e hizo así. [26] Pasado el año, Ben Adad reunió a los sirios y vino a Afec, a dar la batalla a Israel. [27] Reuniéronse también los hijos de Israel, y aprovisionándose, saliéronles al encuentro. Asentaron su campo frente a ellos, como dos rebañitos de cabras, mientras que los sirios llenaban la tierra.

[28] Un hombre de Dios se acercó al rey de Israel, y le dijo: «Así habla Yave: Porque los sirios han dicho: Yave es un dios de monte, y no de llano, entregaré en tus manos toda

esa muchedumbre, y así sabréis que yo soy Yave.» [29] Siete días estuvieron acampando los unos frente a los otros. El séptimo día se trabó el combate; y los hijos de Israel hicieron a los sirios cien mil muertos de la infantería, en un día. [30] El resto huyó a la ciudad de Afec, y las murallas se les caían encima a los veintisiete mil hombres que quedaban.

También Ben Adad se refugió en la ciudad, y andaba de cámara en cámara. [31] Sus servidores le dijeron: «Nosotros hemos oído que los reyes de la casa de Israel son reyes misericordiosos; vamos a vestirnos sacos sobre nuestros lomos, y a ponernos sogas al cuello, y a ir así al rey de Israel, a ver si te deja la vida.» [32] Vistiéronse sacos sobre los lomos, y pusiéronse sogas al cuello, y se fueron al rey de Israel, y le dijeron: Tu siervo Ben Adad dice: «Déjame la vida.» Ajab respondió: «¿Vive todavía? Es mi hermano.» [33] Tuvieron esto los hombres por buen agüero, y se apresuraron a tomarle por la palabra, diciendo: «Ben Adad es tu hermano.» Y él dijo: «Id, y traédmelo.» Vino a él Ben Adad, y Ajab le hizo subir a su carro. [34] Ben Adad le dijo: «Yo te devolveré las ciudades que mi padre tomó al tuyo, y tendrás en Damasco calles para ti, como las tuvo mi padre en Samaria.» Y yo, repuso Ajab, te dejaré ir libre, hecha esta alianza.» Hizo, pues, alianza con él, y le dejó ir.

[35] Uno de los profetas dijo a un su compañero, por mandato de Yave: «Hiéreme, te lo ruego»; pero éste se negó a herirle. [36] Entonces le dijo el otro: «Por no haber obedecido la voz de Yave, en cuanto me dejes, te herirá un león»; y cuando se alejó, encontróse con un león, que le hirió. [37] Encontró el otro a otro hombre, y le dijo: «Hiéreme, te lo ruego»; y éste le dió un golpe, y le hirió. [38] Fué a ponerse el profeta en el camino del rey, y se disfrazó, cubriéndose el rostro con un velo. [39] Cuando pasaba el rey, le gritó diciendo: «Tu siervo estaba entre las tropas, y apartándose uno, me entregó a un hombre, diciendo: Guarda a este hombre. Si llega a faltar responderás de su vida con la tuya, o con un talento de plata. [40] Mientras tu siervo andaba de una parte para otra, el hombre desapareció.» El rey de Israel le dijo: «Tú mismo te juzgas, ésa es tu sentencia.» [41] Quitóse entonces el profeta el velo de sobre los ojos, y vió el rey que era un profeta. [42] Este le dijo entonces: «Así dice Yave: Por haber dejado ir de tus manos al que yo había dado al anatema, tu vida responderá de la suya, y tu pueblo de su pueblo.» [43] Fuése el rey para su casa, triste e irritado, y llegó a Samaria.

La viña de Nabot.

21 [1] Después de esto, Nabot, de Jezrael, tenía en Jezrael una viña, junto al palacio de Ajab, rey de Samaria; [2] y Ajab dijo a Nabot: «Cédeme tu viña, para hacer un huerto para legumbres, pues está muy cerca de mi casa. Yo te daré otra viña mejor, y si esto no te conviene, te daré en dinero su valor.» [3] Pero Nabot le respondió: «Guárdeme Yave de cederte la heredad de mis padres.» [4] Volvióse Ajab a su casa, entristecido e irritado por la respuesta que le había dado Nabot de Jezrael: «No te cederé la heredad de mis padres.» Acostóse en su lecho, vuelto el rostro, y no quiso comer. Jezabel, su mujer, vino a él y le dijo: «¿Por qué estás triste y no quieres comer?» [6] El le respondió: «He hablado a Nabot, de Jezrael, y le he dicho: «Cédeme tu viña en venta, y si no quieres, yo te daré otra viña en su lugar. Pero él me ha contestado: No te daré mi viña.» [7] Entonces Jezabel, su mujer, le dijo: «¿Y eres tú el rey de Israel? Levántate, come, y que se alegre tu corazón. Yo te haré con la viña de Nabot de Jezrael.»

[8] Escribió ella unas cartas en nombre de Ajab, sellólas con el sello de éste, y se las mandó a los ancianos y a los magistrados que habitaban con Nabot en su ciudad. [9] He aquí lo que escribió en las cartas: «Promulgad un ayuno, y traed a Nabot delante del pueblo, [10] y poned ante él a dos malvados que depongan contra él, diciendo: Tú has maldecido a Dios y al rey; y sacadle luego y lapidadle hasta que muera.»

[11] Las gentes de la ciudad de Nabot, ancianos y magistrados que habitaban en la ciudad, hicieron como Jezabel les decía, según las cartas que les mandó. [12] Promulgaron un ayuno, trajeron a Nabot ante el pueblo,

13 y dos malvados vinieron a ponerse
ante él, y depusieron así contra Nabot
delante del pueblo: «Nabot ha mal-
decido a Dios y al rey.» Luego le
sacaron fuera de la ciudad y le lapi-
daron, y murió. 14 Mandaron a decir
a Jezabel: «Nabot ha sido lapidado
y muerto.» 15 Cuando Jezabel supo
que Nabot había sido lapidado y
muerto, dijo a Ajab: «Levántate,
y ve a posesionarte de la viña de
Nabot de Jezrael, que se negó a
cedértela por su precio, porque Nabot
no vive ya, ha muerto.» 16 Ajab, al
oír que Nabot había muerto, se
levantó para bajar a la viña de Nabot
de Jezrael y tomar posesión de ella.
17 Entonces fué la palabra de Yave
a Elías, tesbita, diciendo: 18 «Leván-
tate, y baja ante Ajab, rey de Israel,
a Samaria. Está en la viña de Nabot,
a donde ha bajado para posesionarse
de ella. 19 Dile: Así habla Yave:
¿No eres tú un asesino y un ladrón?
Y le dirás: Así habla Yave: En el
lugar mismo donde han lamido los
perros la sangre de Nabot, lamerán
los perros tu propia sangre.» 20 Ajab
dijo a Elías: «¿Me has hallado, ene-
migo mío?» Y Elías le respondió:
«Te he hallado. Porque tú te has
vendido para hacer el mal a los ojos
de Yave, 21 yo haré venir el mal
sobre ti, yo te barreré, yo exterми-
naré a cuantos pertenecen a Ajab,
esclavo y libre en Israel, 22 y haré
tu casa semejante a la de Jeroboam,
hijo de Nabat, y a la casa de Basa,
hijo de Ajiya, porque tú me has pro-
vocado, y has hecho pecar a Israel.
23 Así habla Yave de Jezabel: Los
perros comerán a Jezabel cerca del
muro de Jezrael. 24 El que de la casa
de Ajab muera en la ciudad, será
comido por los perros, y el que muera
en el campo, será comido por las
aves del cielo.»
25 Nadie hubo que como Ajab se
vendiera para hacer el mal a los
ojos de Yave. Jezabel, su mujer,
le incitaba a ello. 26 Obró de manera
enteramente abominable, yéndose tras
los ídolos, como lo hacían los amo-
rreos, que arrojó Yave de delante
de los hijos de Israel.
27 Cuando hubo oído Ajab las
palabras de Elías, rasgó sus vesti-
duras, se vistió de saco y ayunó;
dormía con saco y caminaba humi-
llado; 28 y Yave dirigió a Elías, tes-
bita, su palabra, diciendo: 29 «¿Has
visto cómo se humilla Ajab ante mí?
Porque se ha humillado ante mí, yo
no haré venir el mal durante su vida:
durante la vida de su hijo haré yo
venir el mal sobre su casa.»

Alianza de Ajab con Josafat.

22 1 Tres años pasaron, sin que hu-
biera guerra entre Siria e Israel.
2 Al tercer año, Josafat, rey de Judá,
bajó a ver al rey de Israel. 3 El rey
de Israel dijo a sus servidores: «¿No
sabéis que Ramot Galad es nuestra?
Y nosotros nada hacemos para tomár-
sela al rey de Siria.» 4 Y dijo a Josa-
fat: «¿Quiéres venir conmigo, para
atacar a Ramot Galad?» Josafat res-
pondió al rey de Israel: «Iremos: yo
como tú, mi pueblo como tu pueblo,
y mis caballos como tus caballos.
5 Luego dijo Josafat al rey de Israel:
«Consulta, te ruego, la palabra de
Yave.
6 El rey de Israel reunió a los pro-
fetas, en número de unos cuatrocien-
tos, y les preguntó: «¿Iré a atacar a
Ramot Galad, o he de desistir de
ello?» Y ellos le respondieron: «Sube,
que el Señor la entregará en manos
del rey.» 7 Pero Josafat preguntó:
«¿No hay aquí ningún profeta de
Yave, para que podamos consultarle?»
8 El rey de Israel respondió a Josafat:
«Queda todavía aquí un hombre, por
quien podríamos consultar a Yave,
pero yo le aborrezco, porque no me
profetiza bien alguno; nunca me pro-
fetiza más que mal; es Miqueas, hijo
de Jimla»; y Josafat dijo: «No hable
así el rey.» 9 Entonces el rey de Israel
llamó a un eunuco, y le dijo: «Trae
luego a Miqueas, hijo de Jimla.»
10 Estaban el rey de Israel y Josafat,
rey de Judá, sentados, cada uno en
su trono, vestidos de sus reales ves-
tiduras en la plaza, cerca de la en-
trada de la puerta de Samaria, y
todos los profetas estaban delante
de ellos profetizando. 11 Sedecías,
hijo de Canana, se había hecho unos
cuernos de hierro, y decía: «Así habla
Yave: Con estos cuernos heriré yo
a los sirios, hasta destruirlos»; 12 y
todos los profetas profetizaban igual-
mente, diciendo: «Sube a Ramot
Galad y tendrás buen suceso, pues
Yave la pondrá en manos del rey.»
13 El mensajero que había ido
en busca de Miqueas le habló así:
«Todos los profetas a una voz profe-
tizan el bien al rey; que sea, pues, tu

palabra como la de todos ellos; anúnciale el bien.» [14] Pero Miqueas le respondió: «Vive Yave, que yo anunciaré lo que Yave me diga.» [15] Llegado al rey, díjole éste: «Miqueas, ¿iremos a atacar a Ramot Galad, o hemos de desistir de ello?» El respondió: «Sube, tendrás buen éxito, y Yave la entregará en manos del rey.» [16] El rey le dijo entonces: «¿Cuántas veces habré de conjurarte que no me digas más que la verdad en nombre de Yave?» [17] Miqueas respondió: «Yo he visto a todo Israel disperso por los montes, como ovejas sin pastor, y Yave me dijo: Son gentes que no tienen señor, que se vuelva cada uno en paz a su casa.»

[18] El rey de Israel dijo a Josafat: «¿No te lo había dicho yo? No me profetiza nada bueno, no me profetiza más que mal.» [19] Díjole entonces Miqueas: «Oye, pues, la palabra de Yave: He visto a Yave sentado sobre su trono, y rodeado de todo el ejército de los cielos, que estaba a su derecha y a su izquierda; [20] y Yave decía: ¿Quién inducirá a Ajab, para que suba a Ramot Galad, y perezca allí? Unos respondieron de un modo, otros de otro; [21] pero vino un espíritu a presentarse ante Yave, y dijo: «Yo, yo le induciré. ¿Cómo?, preguntó Yave. [22] Y él respondió: Yo iré, y seré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas. Yave le dijo: Sí, tú le inducirás y saldrás con ello. Ve, pues, y haz así. [23] Ahora, pues, he aquí que Yave ha puesto el espíritu de mentira en boca de todos tus profetas, y ha decretado perderte» (1).

[24] Llegóse entonces Sedecías, hijo de Canan, que golpeó a Miqueas en la mejilla, diciendo: «¿Por dónde ha salido de mí el espíritu de Yave, para hablarte a ti?» [25] Y Miqueas respondió: «Ya lo sabrás, el día en que vayas de cámara en cámara, para esconderte.» [26] El rey de Israel dijo: «Coge a Miqueas, y llévalo a Ammón, prefecto de la ciudad, y a Joás, hijo del rey, [27] y diles: Así dice el rey de Israel: Poned preso a este hombre, y mantenedlo con pan escaso y agua tasada, hasta que yo vuelva en paz.» [28] Y Miqueas respondió: «Si tu vuelves en paz, no ha hablado Yave por medio de mí.» Y añadió: «Vosotros todos, ¡oh pueblo!, oíd.»

[29] Subieron a Ramot Galad el rey de Israel y Josafat, rey de Judá. El rey de Israel dijo al de Judá: «Voy a disfrazarme para ir al combate, pero tú vístete tus vestiduras.» [30] El rey de Israel se disfrazó, y fué al combate. [31] El rey de Siria había dado a los treinta y dos jefes de sus carros esta orden: «No ataquéis a ninguno, ni chico ni grande, sino sólo al rey de Israel.» [32] Cuando los jefes de los carros vieron a Josafat se dijeron: «Seguro que éste es el rey de Israel», y todos se dirigieron a él para atacarle. Josafat gritó, [33] y viendo los jefes de los carros que no era el rey de Israel, le dejaron. [34] Entonces uno disparó su arco al azar, e hirió al rey de Israel por entre las junturas de la armadura, y el rey dijo a su auriga: «Vuélvete y sácame del campo, porque estoy herido.»

[35] El combate fué muy encarnizado aquel día. El rey estuvo retenido en su carro frente a los sirios, y por la tarde murió. La sangre de la herida corría por dentro de su carro. [36] A la puesta del sol, se gritó por todo el campo: «Cada uno a su ciudad, cada uno a su tierra.»

[37] Así murió el rey, que fué llevado a Samaria, y sepultaron al rey en Samaria. [38] Cuando lavaron el carro en el estanque de Samaria, los perros lamieron la sangre de Ajab, y las rameras se bañaron en ella, según la palabra que había dicho Yave.

[39] El resto de los hechos de Ajab, lo que hizo, la casa de marfil que construyó, las ciudades que edificó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? [40] Ajab se durmió con sus padres, y le sucedió Ocozías, su hijo.

Josafat, rey de Judá. Ocozías, rey de Israel.

[41] Josafat, hijo de Asa, comenzó a reinar en Judá el año cuarto de

(1) Este episodio pone de relieve, además de la necesidad que sentían de consultar a Dios antes de emprender cualquier empresa, cómo eran los profetas falsos de Yave, siempre prontos a lisonjear a los príncipes y a los pueblos, y cómo el verdadero profeta de Dios, que sólo contra tantos, lucha, guiado de la verdad, aun a riesgo de tener que sufrir la prisión y la muerte. Es curiosa la representación que se nos hace del consejo de Dios, en el que hasta el espíritu malo toma parte, como en el prólogo del libro de Job. Dios, que todo lo tiene en sus manos, se vale hasta de los malos para realizar sus planes de misericordia y justicia.

Ajab, rey de Israel. 42 Tenía treinta y cinco años cuando comenzó a reinar, y reinó en Jerusalén veinticinco años. Su madre se llamaba Azaba, hija de Silji. 43 Marchó por todos los caminos de Asa, su padre, sin apartarse, haciendo lo que es recto a los ojos de Yave. 44 Pero no desaparecieron los altos, y el pueblo siguió ofreciendo sacrificios y perfumes en ellos. 45 Josafat estuvo en paz con el rey de Israel.

46 El resto de los hechos de Josafat, sus gestas y sus guerras, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? 47 Barrió también de la tierra el resto de los consagrados a la prostitución idolátrica, que quedaban del tiempo de Asa su padre. 48 No había entonces rey en Edom; un gobernador la gobernaba. 49 Josafat construyó naves de Tarsis, para ir a Ofir, en busca de oro; pero no fueron, porque las naves se destrozaron en Asion Gaber. 50 Entonces Ocozías, hijo de Ajab, dijo a Josafat: «¿Quieres que que vayan mis servidores con los tuyos en las naves?» Pero Josafat se negó.

51 Josafat se durmió con sus padres, y fué sepultado con sus padres en la ciudad de David, su padre. Le sucedió Joram, su hijo.

52 Ocozías, hijo de Ajab, comenzó a reinar sobre Israel en Samaria, el año diecisiete de Josafat, rey de Judá, y reinó dos años sobre Israel. 53 Hizo el mal a los ojos de Yave, y marchó por los caminos de su padre y los de su madre, y por el camino de Jeroboam, hijo de Nabat, que hizo pecar a Israel. 54 Sirvió a Baal y se prosternó ante él, y provocó a Yave, Dios de Israel, como lo había hecho su padre.

REYES II

(Vul. IV. Reg.)

1 1 Después de la muerte de Ajab, Moab se rebeló contra Israel. 2 Ocozías se cayó por una ventana del piso superior de su casa en Samaria, y se hirió; y envió mensajeros, diciéndoles: «Id a consultar a Baal Zebub, dios de Acarón, para saber si curaré de esta enfermedad»; 3 pero el ángel de Yave dijo a Elías, tesbita: «Levántate y sube al encuentro de los mensajeros del rey de Samaria, y diles: ¿No hay Dios en Israel, para que vayáis a consultar a Baal Zebub, dios de Acarón? 4 Por eso, así dice Yave: «No bajarás del lecho en que has subido, pues morirás.» Y Elías se fué.

5 Volvieron los mensajeros a Ocozías, y él les preguntó: «¿Cómo os habéis vuelto?» 6 Y ellos respondieron: «Ha salido a nuestro encuentro un hombre, y nos ha dicho: Id, y volveos al rey que os ha mandado, y decidle: Así habla Yave: ¿No hay Dios en Israel, para que mandes tú a consultar a Baal Zebub, dios de Acarón? Por eso, no bajarás tú del lecho a que has subido, pues morirás.»

7 Ocozías les preguntó: «¿Qué trazas tenía el hombre que ha subido a vuestro encuentro, y os ha dicho eso?» 8 Ellos le respondieron: «Era un hombre vestido de pieles, y con un cinturón de cuero a la cintura.» Ocozías dijo: Es Elías, tesbita.» 9 Mandó contra el un quincuagenario con sus cincuenta hombres. Subió el jefe a Elías, que estaba sentado en la cumbre de la montaña, y le dijo: «Hombre de Dios, el rey dice: «Baja.» 10 Elías respondió al jefe de los cincuenta: «Si soy hombre de Dios, que baje fuego del cielo, y te abrase a ti y a tus cincuenta hombres. «Y bajó fuego del cielo, y le devoró con sus cincuenta hombres. 11 Ocozías mandó contra él a otro quincuagenario con sus cincuenta hombres. El quincuagenario habló a Elías, y le dijo: «Hombre de Dios, he aquí lo que dice el rey: «Baja en seguida.» 12 Elías le respondió: «Si soy hombre de Dios, que baje fuego del cielo, y te devore a ti y a tus cincuenta hombres.» Y bajó del cielo fuego de Dios que le devoró a él y a sus cincuenta hombres.

13 Mandó de nuevo Ocozías, por
tercera vez, a un quincuagenario con
sus cincuenta hombres. Este tercero
subió, y a su llegada se prosternó
ante Elías suplicándole, y le dijo:
«Hombre de Dios, sea preciosa a
tus ojos mi vida y la vida de mis
cincuenta hombres. 14 Fuego del
cielo ha bajado y ha devorado a los
dos primeros quincuagenarios y a
sus cincuenta hombres; pero ahora
sea a tus ojos preciosa mi vida.»
15 El ángel de Yave dijo a Elías:
«Baja con él. Nada temas de él.»
Elías se levantó, y bajó con él,
para dirigirse al rey; y dijo a éste:
16 «Así habla Yave: Por haber man-
dado mensajeros para consultar a
Baal Zebub, dios de Acarón, como
si no hubiera en Israel Dios a quien
poder consultar, no bajarás del lecho
a que has subido, pues morirás.»
17 Ocozías murió, según la palabra
de Yave por medio de Elías, y le
sucedió Joram, el año segundo de
Joram, hijo de Josafat, rey de Judá,
pues aquél no tenía hijos.
18 El resto de los hechos de Oco-
zías, lo que hizo, ¿no está escrito
en el libro de las crónicas de los
reyes de Israel?

Elías, arrebatado al Cielo.

2 1 Aconteció que cuando quiso
Yave arrebatar al cielo a Elías
en un torbellino, salió Elías de Gál-
gala con Eliseo, 2 y dijo a Eliseo:
«Quédate aquí, te ruego, pues Yave
me manda ir a Betel.» Eliseo res-
pondió: «Vive Yave, y vives tú,
que no te dejaré.» Y bajaron ambos
a Betel. 3 Los hijos de los profetas
que había en Betel salieron al en-
cuentro de Eliseo, y le dijeron: «¿Sabes
tú que Yave alzará hoy a tu señor
sobre tu cabeza?» El respondió: «Sí
lo sé; callad.» 4 Elías le dijo: «Eliseo,
quédate aquí, te lo ruego, pues Yave
me manda ir a Jericó.» El le respondió:
«Por la vida de Yave, y por tu vida,
que no te dejaré.» Y llegaron a Jericó.
5 Los hijos de los profetas que había
en Jericó se acercaron a Eliseo, y
le dijeron: «¿Sabes tú que hoy va a
elevar Yave a tu señor sobre tu
cabeza?» Y él les respondió: «Sí,
lo sé; callad.» 6 Elías le dijo: «Qué-
date aquí, te lo ruego, pues Yave
me manda ir al Jordán.» Y él le res-
pondió: «Por la vida de Yave, y
por tu vida, que no te dejaré.» Y si-
guieron ambos su camino.
7 Vinieron cincuenta hombres de
los hijos de los profetas, y se pararon
enfrente, a distancia, y ellos dos si-
guieron, parándose a la orilla del
Jordán. 8 Cogió entonces Elías su
manto, lo dobló, y golpeó con él las
aguas, que se partieron de un lado
y de otro, pasando los dos a pie
enjuto. 9 Cuando hubieron pasado,
dijo Elías a Eliseo: «Pídeme lo que
quieras que haga por ti, antes que
sea apartado de ti.» Y Eliseo le
dijo: «Que tenga yo dos partes en tu
espíritu.» 10 Elías le dijo: «Difícil
cosa has pedido. Si cuando yo sea
arrebatado de ti, me vieres, así será;
si no, no.» Siguieron andando y ha-
blando, 11 y he aquí que un carro
de fuego con caballos de fuego
separó a uno de otro, y Elías subía
al cielo en el torbellino. 12 Eliseo
miraba y clamaba: «¡Padre mío,
padre mío! ¡Carro de Israel, y auriga
suyo!» Y no le vió más; y cogiendo
sus vestidos los rasgó en dos trozos,
13 y cogió el manto de Elías, que éste
había dejado caer. Volvióse después,
y parándose a la orilla del Jordán,
14 cogió el manto que Elías había
dejado caer, y golpeó con él las
aguas, diciendo: «¿Dónde está ahora
Yave, el Dios de Elías?» Y en cuanto
golpeó las aguas, se partieron éstas
de un lado y de otro, y pasó Eliseo.
15 Los hijos de los profetas que
había en Jericó, frente por frente,
habiéndole visto, dijeron: «El espí-
ritu de Elías reposa sobre Eliseo.»
Y le salieron al encuentro, y se pros-
ternaron ante él, rostro a tierra,
16 diciendo: «Hay entre tus siervos
cincuenta hombres fuertes que, si
quieres, irán en busca de tu señor;
quizá el espíritu de Yave le ha lle-
vado, y le ha echado contra algún
monte o algún valle.» El les respon-
dió: «No, no los mandéis.» 17 Pero
ellos le importunaron, hasta que por
fin dijo; «Mandadlos.» Mandaron ellos
a los cincuenta, que estuvieron du-
rante tres días buscando a Elías, pero
no le hallaron. 18 Cuando estuvieron
de vuelta, Eliseo, que continuaba en
Jericó, les dijo: «¿No os decía yo
que no fuerais?»
19 Las gentes de la ciudad dijeron
a Eliseo: «El sitio de la ciudad es
bueno, como lo ve mi señor, pero las
aguas son malas, y la tierra estéril.»
20 El les dijo: «Traedme un plato

nuevo, y poned sal en él.» Trajéronselo ellos, 21 y yendo a la fuente de las aguas, echó en ellas la sal, diciendo: «Así dice Yave: Yo saneo estas aguas, y no saldrá de ellas en adelante ni muerte ni esterilidad»; 22 y las aguas quedaron saneadas hasta el día de hoy, como lo había dicho Eliseo.

23 De allí subió a Betel; y según iba por la pendiente, salieron de la ciudad unos muchachos, y se burlaban de él, diciéndole: «¡Calvo, calvo! ¡Sube, calvo!» 24 Volvióse él a mirarlos, y los maldijo en nombre de Yave, y saliendo del bosque dos osos, destrozaron a cuarenta y dos de los muchachos.

25 De allí subió al monte Carmel desde donde se volvió a Samaria.

Joram, rey de Israel.

3 1 Joram, hijo de Ajab, comenzó a reinar sobre Israel en Samaria, el año dieciocho de Josafat, rey de Judá, y reinó doce años. 2 Hizo el mal a los ojos de Yave, no tanto, sin embargo, como su padre y su madre. Derribó las estatuas de Baal, que había hecho su padre, 3 pero se dió a los pecados con que Jeroboam, hijo de Nabat, había hecho pecar a Israel, y no se apartó de ellos.

4 Mesa, rey de Moab, tenía muchos ganados, y pagaba al rey de Israel un tributo de cien mil corderos y cien mil carneros con su lana. 5 A la muerte de Ajab, el rey de Moab se rebeló contra el rey de Israel. 6 Entonces el rey Joram salió de Samaria, y reunió a todo Israel, y se puso en marcha, 7 mandando a decir a Josafat, rey de Judá: «El rey de Moab se ha rebelado contra mí. ¿Quieres venir conmigo, para atacar a Moab?» Josafat respondió: «Iré, yo como tú; mi pueblo como tu pueblo, y mis caballos como tus caballos.» 8 Y preguntó: «¿Por qué camino subiremos?» Y Joram dijo: «Por el camino del desierto de Edom.»

9 Partieron el rey de Israel, el rey de Judá y el rey de Edom; y después de siete días de marcha, faltó el agua para el ejército y para las bestias de carga que le seguían. 10 Entonces el rey de Israel dijo: «¡Ay! Yave ha reunido a tres reyes, para entregarlos en manos de Moab.» 11 Pero Josafat dijo: «¿No hay aquí ningún profeta de Yave, por quien podamos consultar a Yave?» Uno de los servidores del rey de Israel dijo: «Sí, aquí está Eliseo, hijo de Safat, que es el que daba aguamanos a Elías.» 12 Josafat dijo: «La palabra de Yave es con él.» El rey de Israel, Josafat y el rey de Edom, bajaron en busca suya. 13 Eliseo dijo al rey de Israel: «¿Qué tengo yo que ver contigo? Ve a los profetas de tu padre y de tu madre.» El rey de Israel le dijo: «No, es que ha reunido Yave tres reyes para entregarlos en manos de Moab.» 14 Eliseo dijo: «Vive Yave Sebaot, a quien sirvo, que si no fuera por respeto a Josafat, rey de Judá, a ti ni te atendería ni te miraría siquiera. 15 Traedme, pues, un tañedor de arpa.»

Mientras el arpista tocaba el arpa, fué sobre Eliseo la mano de Yave, 16 y dijo: «Así habla Yave: Id, y haced en el valle muchas zanjas. 17 Porque así dice Yave: No veréis viento, ni veréis lluvia, y el valle se llenará de agua, y beberéis vosotros, vuestros ganados y vuestras bestias de carga. 18 Pero todo esto es poca cosa a los ojos de Yave. Yave entregará a Moab en vuestras manos; 19 tomaréis todas las plazas fuertes y todas las ciudades de importancia, talaréis todos los árboles frutales y cegaréis todos los manantiales de agua, destruiréis con piedras toda la tierra fértil.» 20 Por la mañana, a la hora de la presentación de la ofrenda, vino el agua de la parte de Edom, y la tierra toda se llenó de agua.

21 Entretanto los moabitas, sabiendo que subían los reyes a atacarlos, reunieron a cuantos estaban en edad de empuñar las armas, y se se pusieron en la frontera. 22 Al levantarse por la mañana, al brillar el sol sobre las aguas, a los de Moab les parecieron las aguas desde lejos como si fueran sangre; 23 y se dijeron: «Es sangre de espada; los reyes se han vuelto uno contra otro, y unos a otros se han matado. Hala, pues, Moab, a la presa.» 24 Mas cuando llegaron al campo de Israel, alzáronse los israelitas, y destrozaron a los de Moab, que se pusieron en huída delante de ellos. Siguieron en la fuga hiriendo a los de Moab, 25 y asolaron sus ciudades, y en todas las tierras fértiles echó cada uno su piedra, llenándolas de ellas; cegaron

los manantiales de aguas y talaron los árboles frutales. Sólo quedó Quir Jareset, que rodearon los honderos, arrojando sobre ella sus tiros. 26 Viendo el rey de Moab que llevaba lo peor en la batalla, hizo una salida con setecientos hombres de guerra, para ver de desbaratar al rey de Edom. No pudo conseguirlo; 27 y entonces, tomando a su primogénito, al que había de reinar después de él, le ofreció en holocausto sobre la muralla. Hubo entonces gran cólera en Israel, que retirándose de allí, se volvió a su tierra.

Los prodigios de Eliseo.

4 1 Una mujer de las de los hijos de los profetas, clamó a Eliseo, diciendo: «Tu siervo, mi marido, ha muerto y bien sabes tú que mi marido era temeroso de Yave; ahora un acreedor ha venido para cogerme a mis dos hijos y hacerlos esclavos.» 2 Eliseo le dijo: «¿Qué puedo yo hacer por ti? Dime: ¿Qué tienes en tu casa?» Ella le respondió: «Tu sierva no tiene en casa absolutamente nada más que una vasija de aceite.» 3 El le dijo: «Vete a pedir fuera a todos los vecinos vasijas vacías, y no pidas pocas. 4 Cuando vuelvas a casa, cierra la puerta tras de ti y tras de tus hijos, y echa en todas esas vasijas el aceite, poniéndolas aparte, conforme vayan llenándose.» 5 Entonces ella se alejó, cerró la puerta tras de sí y de sus hijos; y éstos fueron presentándole las vasijas, y ella las llenaba. 6 Cuando estuvieron llenas todas las vasijas, dijo a su hijo: «Dame otra vasija»; pero él la respondió: «Ya no hay más.» Estacionóse entonces el aceite, 7 y ella fué a dar cuenta al hombre de Dios, que le dijo: «Vete a vender el aceite y paga la deuda; y de lo que te quede, vive tú y tus hijos.»

8 Pasaba un día Eliseo por Sunam. Había allí una mujer distinguida, que insistentemente le invitó a comer, y siempre que por allí pasaba iba a comer a su casa. 9 Ella dijo a su marido: «Yo sé que este hombre, que viene siempre a comer a nuestra casa, es un santo hombre de Dios. 10 Vamos a prepararle en lo alto una habitación con paredes, y a ponerle allí una cama, una mesa, una silla y un candelero, para que él pueda retirarse a ella, cuando venga a nuestra casa.» 11 Habiendo vuelto Eliseo a Sunam, se retiró a la habitación alta, y se acostó. 12 Dijo a su siervo Guejazi: «Llama a esa sunamita.» Llamóla Guejazi, y ella se presentó a él. 13 Eliseo dijo a Guejazi: Dile: «Tú nos has mostrado toda esta solicitud por nosotros y este esmero; ¿qué quieres que haga por ti? ¿Necesitas que hable por ti al rey o al jefe del ejército?» Y ella respondió: «Yo habito en medio de mi pueblo.» 14 Y él dijo: «¿Qué haremos, pues, por ella?» Y Guejazi respondió: «Mira, no tiene hijos, y su marido es viejo.» 15 Entonces dijo Eliseo: «Llámala.» La llamó, y ella se paró a la puerta. 16 El le dijo: «El año que viene, por este tiempo, abrazarás a tu hijo.» «No, por favor, hombre de Dios, no engañes a tu sierva.» 17 La mujer quedó encinta, y al año siguiente, como se lo anunciara Eliseo, por aquel mismo tiempo dió a luz un hijo. 18 Creció el niño, y un día fué a donde estaba su padre con los segadores, 19 y dijo a su padre: «¡Ay, mi cabeza; ay, mi cabeza!» El padre dijo a un criado: 20 «Llévalo a su madre.» El criado lo cogió y se lo llevó a su madre. El niño estuvo sobre las rodillas de su madre hasta el mediodía, y luego murió. 21 Ella subió, le acostó en el lecho del hombre de Dios, cerró la puerta y se fué. 22 Llamó a su marido y le dijo: «Mándame, te ruego, un criado y una asna, que quiero ir en seguida al hombre de Dios, y luego volveré.» 23 El le dijo: «¿Para qué quieres ir a verle hoy? No es ni novilunio ni sábado.» Ella respondió: «Está bien.» 24 Hizo enalbardar la borrica, y dijo al criado: «Cógela y anda, y no te detengas para que monte, más que cuando yo te lo diga.»

25 Partió, pues, y llegó al hombre de Dios en el monte Carmel. Cuando el hombre de Dios la vió de lejos, dijo a su criado Guejazi: «Ahí esta la sunamita. 26 Vete corriendo a recibirla, y pregúntale si está bien ella y su marido y su hijo.» Y ella contestó: «Sí, bien.» 27 Llegó luego al hombre de Dios en el monte, y cogiéndose de sus pies, llegó Guejazi para desasirla, pero el hombre de Dios le dijo: «Déjala, que su alma está angustiada, y Yave me lo ha ocultado y no me lo ha revelado.» 28 Ella le dijo: «¿Pedí yo a mi señor un hijo? ¿No te dije ya

que no me engañaras?» [29] Entonces dijo él a Guejazi: «Cíñete los lomos, toma en tu mano mi bordón, y si a alguno encuentras, no le saludes siquiera, y si alguno te saluda, no le respondas, y pon mi bordón sobre la cara del niño.» [30] La madre del niño le dijo: «Por la vida de Yave y la tuya, que no te dejaré.» [31] Levantóse entonces él y la siguió.

Guejazi había llegado antes que ellos, y había puesto el bordón sobre el rostro del niño, pero éste no tenía voz ni sentido; así que se había vuelto para decírselo a Eliseo, y se lo manifestó, diciendo: «El niño no despierta.» [32] Llegado Eliseo a la casa, el niño estaba tendido, muerto, en la cama. [33] Entró entonces él, cerró la puerta tras los dos, y oró a Yave. [34] Subió a la cama y se acostó sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca del niño, sus ojos sobre los del niño y sus manos sobre las manos del niño, y se tendió sobre él. La carne del niño se recalentó, [35] y Eliseo se alejó, yendo y viniendo por la habitación, y luego volvió a subirse en la cama, y se tendió sobre el niño. El niño estornudó siete veces y abrió los ojos. [36] Llamó entonces Eliseo a Guejazi, y le dijo: «Llama a esa sunamita.» Llamóla Guejazi, y ella vino a Eliseo, que le dijo: «Toma a tu hijo.» [37] Ella se echó a sus pies, y se prosternó ante él rostro a tierra, cogió a su hijo y salió.

[38] Eliseo volvió a Gálgala. Había gran hambre en la región, y estando los hijos de los profetas sentados ante él, dijo a su criado: «Coge la olla grande, y pon a cocer un potaje para los hijos de los profetas.» [39] Salió uno de ellos al campo, para coger hierbas, y encontró una vid silvestre, y cogió de ella coloquíntidas, hasta llenar su vestido. Cuando estuvo de vuelta, las cortó en pedazos en la olla donde estaba el potaje, pues él no las conocía. [40] Sirvióse la comida a aquellos hombres; pero en cuanto hubieron probado el potaje, se pusieron a gritar: «La muerte está en la olla, hombre de Dios», y no pudieron comerlo. [41] Eliseo dijo: «Coged harina.» El la echó en la olla, y dijo: «Servid a esas gentes, que coman.» Y ya no había en la olla nada de malo.

[42] Llegó de Bal Salisa un hombre a traer al hombre de Dios el pan de las primicias, veinte panes de cebada, y espigas nuevas en un saco. Eliseo dijo: «Da a esas gentes que coman.» [43] Su criado le contestó: «¿Cómo voy a poder dar a cien personas?» Pero Eliseo le repitió: «Da a esas gentes que coman. Así dice Yave: Comerán y sobrará.» [44] Puso entonces los panes ante ellos, comieron y quedaron sobras, según la palabra de Yave.

5 [1] Namán, jefe del ejército del rey de Siria, gozaba el favor de su señor, y era tenido en mucha estima, pues por medio de él había salvado Yave a Siria. Pero este hombre, robusto y valiente, era leproso. [2] Habían salido los sirios, por escuadras, y habían cautivado a una jovencita de tierra de Israel, que estaba al servicio de la mujer de Namán; [3] y dijo un día a su señora: «Oh, si mi señor estuviese cerca de un profeta que hay en Samaria, el profeta le curaría de su lepra.» [4] Fué ella a su señor, y le dijo: «Esto y esto ha dicho una jovencita de tierra de Israel»; [5] y el rey de Siria dijo: «Pues anda, vete a la tierra de Israel, y yo mandaré una carta al rey de Israel.» Partió él, llevando diez talentos de plata, seis mil siclos de oro, diez vestidos nuevos, [6] y una carta para el rey de Israel, en que se decía: «Cuando recibas esta carta, sabrás que te mando a mi servidor, Namán, para que le cures de la lepra.» [7] Leída la carta, el rey de Israel rasgó sus vestiduras, y dijo: «¿Soy yo acaso Dios, para dar la vida o la muerte, que así se dirige a mí, para que yo cure a un hombre de su lepra? Sabed, pues, y ved, que me busca querella.» [8] Cuando supo Eliseo que el rey de Israel había rasgado sus vestiduras, mandó a decir al rey: «¿Por qué has rasgado tus vestiduras? Hazle venir a mí, y sabrá que hay en Israel un profeta.»

[9] Vino Namán con sus caballos y su carro, y se detuvo a la puerta de la casa de Eliseo. [10] Eliseo le mandó a decir por un mensajero: «Ve, y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne sanará y quedarás puro.» [11] Enojóse Namán, y se fué, diciendo: «¡Cómo! Yo esperaba que saldría él en persona, se presentaría a mí, invocaría el nombre de Yave, su Dios, me tocaría, y curaría así al leproso. [12] Los ríos de Damasco, el Abana y el Parpar, ¿no son mucho mejores que todas las aguas de Israel? ¿No podía yo lavarme allí, y quedar

limpio?» Y se iba muy enojado. 13 Pero sus siervos se acercaron a él para hablarle, y le dijeron: «Padre mío: Si el profeta te hubiera mandado algo muy difícil, ¿no lo hubieras hecho? ¿Cuanto más no debes hacer lo que ha dicho: Lávate y quedarás limpio?» 14 Bajó él entonces y se lavó siete veces en el Jordán, según la orden del hombre de Dios; y su carne quedó como la carne de un niño, quedó limpio.

15 Volvió Namán al hombre de Dios con todo su séquito, y cuando llegó se presentó a él diciendo: «Ahora conozco que no hay en toda la tierra Dios, sino en Israel. Dígnate aceptar un presente de parte de tu siervo.» 16 Eliseo respondió: «Vive Yave, a quien sirvo, qne no aceptaré.» Namán insistió, pero él senegó. 17 Entonces Namán le dijo: «Pues te niegas, permite que den a tu siervo tierra de ésta, la carga de dos mulos, pues en adelante no ofrecerá tu siervo sacrificio ni holocausto a otros dioses, sino a Yave (1). 18 Yave perdonará a tu siervo, que cuando mi señor entre en el templo de Rimón para adorar, y se apoye en mi mano, me prosterne yo también en el templo de Rimón. Perdone Yave a tu siervo, si me prosterno en el templo de Rimón.» 19 Eliseo le dijo: «Vete en paz.»

Cuando Namán hubo dejado a Eliseo y estaba ya a cierta distancia, 20 Guejazi, el criado del hombre de Dios, Eliseo, dijo para sí: «Mi señor ha tratado demasiado bien a Namán, ese sirio, no queriendo aceptar de él lo que traía: Vive Yave, que voy a correr tras él, a ver si me da algo.» 21 Y Guejazi echó a correr tras Namán. Viéndole Namán correr tras él, bajó de su carro para ir a su encuentro, y le preguntó: «¿Hay novedad?»; 22 y él respondió: «No, todo está bien; pero me manda mi señor, para decirte: Acaban de llegar a mi casa dos jóvenes de la montaña de Efraím, de los hijos de los profetas; haz el favor de darme para ellos un talento de plata y dos vestidos nuevos.» 23 Namán dijo: «Toma dos talentos», y los metió en dos sacos, y le dió dos vestidos, haciendo que sus criados se los llevasen a Guejazi. 24 Llegado a la altura, tomólos Guejazi de sus manos y los metió en casa, despidiendo a aquellas gentes, que se fueron. 25 Luego fué a presentarse a su señor, que le dijo: «¿De dónde vienes, Guejazi?» El le respondió: «Tu siervo no ha ido a ninguna parte.» 26 Pero Eliseo le dijo: «¿Estaba yo ausente en espíritu cuando el hombre se bajó de su carro para salirte al encuentro? ¿Es tiempo éste de tomar dinero y vestidos, y luego olivares, viñas, ovejas y bueyes, siervos y siervas? 27 La lepra de Namán se te pegará a ti y a tu descendencia, para siempre.» Y Guejazi salió de la presencia de Eliseo, blanco de lepra como la nieve.

6 1 Los hijos de los profetas dijeron a Eliseo: «El lugar en que moramos contigo nos es demasiado estrecho. 2 Vamos a ir al Jordán, y tomaremos de allí una viga cada uno, para hacernos una habitación.» Eliseo les respondió: «Id.» 3 Uno de ellos le dijo: «Ven tú también con nosotros.» El dijo: «Iré»; 4 y partió con ellos. Llegados al Jordán, cortaron los árboles; 5 y mientras uno estaba cortándolos, el hierro fué a caer en las aguas. Se puso a clamar: «¡Ah, mi señor! Era prestado.» 6 Y el hombre de Dios le preguntó: «¿Dónde ha caído?» El le indicó el lugar; y Eliseo, cortando un trozo de madera, lo arrojó al mismo lugar y el hierro sobrenadó. 7 Entonces le dijo: «Cógelo»; y él tendió la mano y lo cogió.

8 El rey de Siria estaba en guerra con Israel; y en un consejo que tuvo con sus servidores, dijo: «En tal lugar acamparemos.» 9 El hombre de Dios mandó a decir al rey de Israel: «Guárdate de ir a tal lugar, porque los sirios bajarán allá.» 10 El rey de Israel mandó gentes al lugar que el hombre de Dios había señalado, para que estuvieran al acecho, y esto sucedió, no una ni dos veces solamente. 11 El rey de Siria se inquietó con esto, y preguntó a sus servidores: «¿No me diréis vosotros, quién de los nuestros es del rey de Israel?» 12 Uno de los servidores le dijo: «Nadie, oh rey, mi señor. Es Eliseo, el profeta que hay en Israel, que lleva al rey de Israel las palabras que tú pronuncias en tu misma alcoba.» 13 El rey le dijo: «Id, y ved dónde está, y yo le haré prender.» Vinieron, pues, a de-

(1) Quizá movido de la idea, tan generalmente extendida entre los pueblos antiguos, de considerar a un Dios como ligado a su tierra, quiere Namán llevar tierra de Palestina, para sobre ella adorar a Yave, Dios de la Palestina.

cirle: «Está en Dotana.» 14 Mandó él entonces caballos y carros, una gran tropa, que llegaron de noche y cercaron la ciudad.

15 El siervo del hombre de Dios se levantó muy de mañana, y vió que la ciudad estaba cercada por una tropa con caballos y carros, y dijo al hombre de Dios: «¡Ah, mi señor!, ¿qué haremos?» 16 El le respondió: «Nada temas, que los que están con nosotros son más que los que están con ellos.» 17 Eliseo oró, y dijo: «¡Oh Yavé! Abrele los ojos para que vea.» Y Yavé abrió los ojos del siervo, y vió éste la montaña llena de caballos y carros de fuego, que rodeaban a Eliseo.

18 Los sirios bajaron al valle en busca de Eliseo, y éste dirigió entonces a Yavé esta súplica: «Dígnate herir de ceguera a esta gente.» Y Yavé los hirió de ceguera, conforme a la súplica de Eliseo. 19 Eliseo les dijo: «No es éste el camino, ni ésta la ciudad. Seguidme y yo os llevaré a donde está el hombre a quien buscáis»; y los condujo a Samaria. 20 Entrados en Samaria, dijo Eliseo: «¡Oh Yavé! Abre los ojos de esta gente para que vea»; y Yavé les abrió los ojos, y vieron que estaban en medio de Samaria.

21 El rey de Israel, viéndolos, preguntó a Eliseo: «¿Los hiero, padre mío?» 22 Y Eliseo respondió: «No los hieras. ¿Hieres tú acaso a los que con tu espada y tu arco haces prisioneros? Dales pan y agua, para que coman y beban, y que se vayan luego a su señor.» 23 El rey de Israel hizo que les sirvieran una gran comida, y ellos comieron y bebieron, y luego los despidió, para que se fueran a su señor. Las tropas sirias no volvieron más a la tierra de Israel.

24 Después de esto, Ben Adad, rey de Siria, reunió todo su ejército, y subiendo, puso cerco a Samaria. 25 Hubo en Samaria mucha hambre, y de tal modo la apretaron, que un *jomer* de mosto valía ochenta siclos de plata, y el cuarto de un *cab* de harina fina cinco siclos de plata (1). 26 Pasando el rey por la muralla, le gritó una mujer: «¡Sálvame, oh rey, mi señor!» 27 Y el rey le respondió: «Si Yavé no te salva, ¿cómo voy a salvarte yo? ¿Con algo de la era, o con algo del lagar?» 28 Preguntóle luego el rey: «¿Qué te pasa?» Y ella respondió: «Esta mujer me dijo: Trae a tu hijo, y lo comeremos hoy, y mañana comeremos el mío. 29 Cocimos, pues, mi hijo y lo comimos, y al día siguiente yo le dije: Trae a tu hijo, para que lo comamos, pero ella ha escondido a su hijo.» 30 Cuando oyó el rey las palabras de esta mujer, rasgó sus vestiduras, mientras iba por la muralla, y la gente vió que por dentro estaba vestido de saco.

31 El rey dijo: «Que esto me haga Yavé y esto me añada, si la cabeza de Eliseo, hijo de Safat, quedare hoy sobre sus hombros.» 32 Estando, pues, Eliseo sentado en casa, rodeado de los ancianos que se sentaban con él, mandó el rey a uno delante de él, y antes que el mensajero llegara, dijo Eliseo a los ancianos: «¿No veis cómo ese hijo de asesino manda a que me quiten la cabeza? Oíd: Cuando llegue el mensajero, cerrad la puerta y rechazadle con la puerta; ¿no se oye ya tras él el ruido de los pasos de su amo?» 33 Todavía estaba hablándoles, cuando ya el rey llegó a él, y le dijo: «De Yavé ciertamente nos ha venido este mal. ¿Tendré yo todavía que esperar más de Yavé?»

7 1 Entonces dijo Eliseo: «Oíd, la palabra de Yavé: Así dice Yavé: Mañana a estas horas estará en las puertas de Samaria el *sea* de harina de flor, a un siclo, y dos *seas* de harina de cebada, a un siclo.» 2 El oficial sobre cuyo brazo se apoyaba el rey, respondió al hombre de Dios: «Cuando Yavé abra ventanas en los cielos, sucederá eso.» Y él le dijo: «Con tus ojos lo verás, pero no lo comerás.»

3 Había en la entrada de la puerta cuatro leprosos, que se decían unos a otros: «¿Por qué nos vamos a estar aquí hasta morirnos? 4 Si nos decidimos a entrar en la ciudad, moriremos por el hambre que en ella hay, y si nos quedamos aquí, moriremos igualmente. Vamos a pasarnos al campamento de los sirios, y si nos dejan vivir, viviremos, y si nos matan, moriremos.» 5 Partieron, pues, al anochecer para el campamento de los sirios; y cuando llegaron a la entrada del campamento, no había en

(1) Aunque en el texto y en las versiones antiguas hallamos «una cabeza de asno y un cuarto de *cab* de palomina», traducimos con algunos autores modernos como hemos hecho, por parecernos enteramente inverosímil lo que dice el texto.

él nadie. [6] El Señor había hecho oír en el campamento de los sirios estrépito de carros y estrépito de caballos, el estrépito de un gran ejército, y se habían dicho unos a otros: «Es el rey de Israel, que ha tomado a sueldo contra nosotros a los reyes de los geteos y a los reyes de los egipcios, y viene a atacarnos.» [7] Y se levantaron, y al anochecer, se pusieron en fuga, abandonando sus tiendas, sus caballos y sus asnos, el campamento tal cual estaba, y huyeron para salvar la vida.

[8] Los leprosos, llegados al campamento, penetraron en una tienda, comieron y bebieron, y se llevaron de allí plata, oro y vestidos, que fueron a esconder. Volvieron y penetraron en otra tienda, y se llevaron cosas, que fueron a esconder. [9] Después se dijeron uno a otro: «No está bien lo que hacemos. Este día es un día de buena nueva, y si nosotros nos estamos callados y esperamos la luz del día, nos sucederá mal. Venid, pues, y vayamos a dar cuenta a la casa del rey.» [10] Partieron a la ciudad e hicieron este relato: «Hemos entrado en el campamento de los sirios, y allí no había nadie, ni se oye voz alguna de hombre; no hay más que caballos atados, asnos atados y las tiendas intactas.»

[11] Los centinelas de la puerta dieron voces, y transmitieron este relato al interior de la casa del rey. [12] El rey se levantó de noche, y dijo a sus servidores: «Voy a deciros lo que pretenden los sirios: Como saben que estamos hambrientos, se han salido del campamento para esconderse en los campos, diciéndose: Cuando salgan de la ciudad, los cogeremos vivos y entraremos en la ciudad.» [13] Uno de los servidores del rey dijo: «Que cojan cinco de los caballos que todavía quedan en la ciudad—porque también a ellos les sucede lo que a la muchedumbre, también son ellos como la muchedumbre de Israel, que ha perecido—y mandemos a ver.» [14] Cogieron, pues, dos carros con sus caballos; y el rey mandó gente que siguiera tras los sirios, diciendo: «Id y ved.»

[15] Fueron tras ellos hasta el Jordán; y todo el camino estaba sembrado de vestidos y objetos, que en su precipitación habían tirado los sirios. Volvieron los mensajeros, y dieron cuenta al rey. [16] Salió el pueblo, y saqueó el campamento de los sirios, y se puso el *sea* de flor de harina a un siclo, y a un siclo los dos *seas* de harina de cebada, según lo que había dicho Yave.

[17] El rey había entregado la custodia de la puerta al oficial sobre cuyo brazo se apoyaba el día antes, pero éste fué atropellado por el pueblo a la puerta, y murió según la palabra que había pronunciado el hombre de Dios, cuando el rey bajó a él. [18] El hombre de Dios había dicho al rey: «Mañana a estas horas estarán a siclo los dos *seas* de harina de cebada, y a siclo el *sea* de flor de harina; [19] y el oficial había respondido al hombre de Dios: «Cuando Yave abra ventanas en los cielos, veremos eso.» Y Eliseo le había dicho: «Con tus ojos lo verás, pero no lo comerás.» [20] Fué en verdad lo que sucedió, pues el pueblo le atropelló a la puerta, y murió.

8 [1] Eliseo dijo a la mujer a cuyo hijo había resucitado: «Levántate, y vete, tú y tu casa, y mora donde puedas, porque Yave llama al hambre, y vendrá sobre la tierra por siete años.» [2] Levantóse la mujer, e hizo lo que le decía el hombre de Dios, y se fué ella y su casa, y habitó siete años en tierra de filisteos. [3] Al cabo de siete años, volvió la mujer de la tierra de los filisteos, y fué a implorar al rey por su casa y su campo. [4] Estaba el rey hablando con Guejazi, servidor del hombre de Dios, y le decía: «Anda, y cuéntame todas esas grandes cosas que ha hecho Eliseo», [5] y mientras estaba contando al rey cómo Eliseo había vuelto a la vida a un muerto, llegó la mujer cuyo hijo había resucitado Eliseo, para implorar al rey por su casa y su campo; y dijo Guejazi: «Oh, mi señor, ésa es la mujer, y ése es su hijo, que Eliseo resucitó.» [6] Preguntó el rey a la mujer, y ella le hizo el relato; el rey le dió un eunuco a quien dijo: «Haz que le sea devuelto a esta mujer todo lo que le pertenece, con todos los frutos de su campo, desde el día en que dejó la tierra hasta hoy.»

[7] Fué Eliseo a Damasco. Estaba enfermo Ben Adad, rey de Siria, y le avisaron, diciendo: «Está aquí el hombre de Dios.» [8] El rey dijo a Jazael: «Toma contigo un presente y vete a ver al hombre de Dios, y consulta por mí a Yave si curaré de

esta enfermedad.» [9] Fué Jazael al hombre de Dios, llevando consigo un presente, todo lo mejor que había en Damasco, la carga de cuarenta camellos. Llegado, se presentó a él, y le dijo: «Tu hijo Ben Adad, rey de Siria, me manda a ti para preguntarte: ¿Curaré de esta enfermedad?» [10] Eliseo le respondió: «Ve y dile: No curarás, pues Yave me ha revelado que morirás.» [11] El hombre de Dios puso sus ojos sobre Jazael [12] y los fijó en él, hasta hacerle enrojecer; luego se puso a llorar. El le preguntó: «¿Por qué llora mi señor?» Y Eliseo le respondió: «Porque sé el mal que vas a hacer a los hijos de Israel; incendiarás sus ciudades fuértes, pasarás a cuchillo a sus mancebos, estrellarás a sus niños, y abrirás el seno a sus preñadas.» [13] Y Jazael dijo: «¿Pues qué es tu siervo, este perro, para hacer tan grandes cosas?» Y Eliseo respondió: «Yave me ha revelado que serás rey de Siria.» [14] Jazael dejó a Eliseo y volvió a su señor, que le preguntó: «¿Qué te ha dicho Eliseo?» Y él respondió: «Me ha dicho: Curarás.» [15] Al día siguiente, cogió Jazael una manta, la empapó en agua y la puso sobre el rostro del rey, que murió. Jazael le sucedió.

Joram y Ocozías, reyes de Judá.

[16] El año quinto de Joram, hijo de Ajab, rey de Israel, comenzó a reinar Joram, hijo de Josafat, rey de Judá. [17] Treinta y dos años tenía cuando comenzó a reinar, y reinó ocho años en Jerusalén. [18] Marchó por los caminos de los reyes de Israel, como había hecho la casa de Ajab, pues tuvo por mujer a una hija de Ajab, e hizo el mal a los ojos de Yave. [19] Pero Yave no quiso destruir a Judá, por amor de David, su siervo, según la promesa que le había hecho, de darle siempre una lámpara entre sus hijos. [20] En su tiempo se rebeló Edom contra el dominio de Judá, y se dió un rey. [21] Joram marchó a Jair con todos sus carros. Una noche arriesgó combate con los edomitas, que le tenían cercado, y le derrotaron juntamente con los jefes de los carros, y el pueblo huyó a sus tiendas. [22] La rebelión de Edom contra el dominio de Judá dura hasta hoy. Entonces se rebeló también Lobna.

[23] El resto de los hechos de Joram, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

[24] Joram se durmió con sus padres, y fué sepultado con sus padres en la ciudad de David. Le sucedió su hijo Ocozías.

[24] El año doce de Joram, hijo de Ajab, rey de Israel, comenzó a reinar en Judá Ocozías, hijo de Joram, rey de Judá. [26] Tenía Ocozías veintidós años cuando comenzó a reinar, y reinó un año en Jerusalén. Su madre se llamaba Atalía, hija de Omri, rey de Israel. [27] Marchó por los caminos de la casa de Ajab, e hizo el mal a los ojos de Yave, como la casa de Ajab, con la que estaba emparentado. [28] Acompañó a Joram, hijo de Ajab, en la guerra contra Jazael, rey de Siria, a Ramot Galad. Los sirios hirieron a Joram, [29] y el rey Joram se volvió, para hacerse curar en Jezrael de las heridas que los sirios le habían hecho en Rama, cuando combatía contra Jazael, rey de Siria. Ocozías, hijo de Joram, rey de Judá, bajó a Jezrael para ver a Joram, hijo de Ajab, que estaba allí herido.

Los reyes de Israel y de Judá, asesinados por Jehú.

9 [1] Eliseo, profeta, llamó a uno de los hijos de los profetas y le dijo: «Cíñete los lomos, toma esta redoma de óleo, y vete a Ramot Galad. [2] Cuando llegues, busca a Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsi. Le haces que se levante de entre sus compañeros, y le llevas aparte, a una cámara retirada; [3] y tomando la redoma de óleo, lo derramas sobre su cabeza, diciéndole: «Así habla Yave: Yo te unjo por rey de Israel. Abres luego la puerta, y huyes sin detenerte.» [4] El joven servidor del profeta partió para Ramot Galad; [5] y cuando llegó, estaban los jefes del ejército reunidos, y dijo: «Jefe, tengo que decirte una cosa.» Jehú, le preguntó: «¿A quién de nosotros?» El respondió: «A ti, oh jefe.» [6] Levantóse Jehú y entró, y el joven derramó sobre su cabeza la redoma de óleo, diciéndole: «Así habla Yave, Dios de Israel: Yo te unjo rey de Israel, del pueblo de Yave. [7] Tú herirás a la casa de Ajab, tu señor, y vengarás en Jezabel la sangre de mis siervos, los profetas, y la sangre de todos los siervos de Yave. [8] Toda la casa de Ajab pere-

cerá; yo exterminaré a todos cuantos pertenecen a Ajab, al esclavo y al libre en Israel, [9] y haré la casa de Ajab semejante a la casa de Jeroboam, hijo de Nabat, y a la casa de Basa, hijo de Ajiya. [10] Los perros comerán a Jezabel en el campo de Jezrael, y no habrá nadie que la dé sepultura.»

[11] Después el hombre abrió la puerta y huyó.

Cuando salió Jehú para reunirse con los servidores de su señor, le dijeron éstos: «¿Va todo bien? ¿Por qué ha venido a ti ese loco?» Jehú respondió: «Seguramente conocéis al hombre y sabéis lo que me ha dicho.» [12] Ellos respondieron: «No es verdad. Explícanos lo que ha dicho.» El entonces dijo: «Esto y esto es lo que me ha dicho: Así habla Yave: Yo te unjo por rey de Israel.» [13] En seguida tomaron todos sus ropas y las pusieron debajo de él en las gradas, y haciendo sonar las trompetas, gritaron: «¡Jehú, rey!» [14] Así conspiró Jehú, hijo de Josafat, hijo de Nimsi, contra Joram.

Joram defendía con todo Israel a Ramot Galad contra Jazael, rey de Siria; [15] pero el rey Joram había tenido que volverse, para curarse en Jezrael de las heridas que los sirios le habían hecho, cuando combatía contra Jazael, rey de Siria. Jehú dijo: «Pues que lo queréis, sea, pero que no salga de la ciudad nadie que pueda llevar la noticia a Jezrael.» [16] Jehú subió a su carro y partió para Jezrael, pues Joram estaba allí herido, y Ocozías, rey de Judá, había bajado a verle. [17] El centinela que estaba en la torre de Jezrael, vió venir a la tropa de Jehú, y dió la noticia: «Veo venir una tropa.» Joram dijo: «Manda que salga a su encuentro uno de a caballo, para saber si es de paz.» [18] Salió el jinete, se presentó a Jehú, y preguntó: «Así habla el rey: ¿Es la paz.?» Jehú respondió: «¿Qué te importa a ti la paz? Vuélvete detrás de mí.» El centinela dió luego el aviso, diciendo: «El mensajero ha llegado hasta ellos, pero no vuelve.» [19] Entonces se mandó otro a caballo, que llegado a ellos y preguntó: «Así habla el rey: ¿Hay paz?» Y Jehú contestó: «¿Qué te importa a ti la paz? Vuélvete detrás de mí.» [20] El centinela volvió a decir: «También éste ha llegado a ellos, y no vuelve; mas al parecer, por la marcha, el que viene es Jehú, hijo de Nimsi, porque viene con mucho ímpetu.» [21] Entonces Joram dijo: «Engancha», y enganchado que fué su carro, salió Joram, rey de Israel, y Ocozías, rey de Judá, cada uno en su carro. Salieron al encuentro de Jehú, a quien hallaron en la heredad de Nabot, de Jezrael. [22] En cuanto vió Joram a Jehú, le preguntó: «¿Hay paz, Jehú?» Y éste respondió: «¿Qué paz, mientras duren las prostituciones de Jezabel, tu madre, y sus muchas hechicerías?» [23] Entonces Joram, volviendo grupas, huyó y dijo a Ocozías: «¡Traición, Ocozías!» [24] Pero Jehú tendió su arco, e hirió a Joram entre las espaldas, saliéndole la flecha por el corazón, y Joram cayó en su carro. [25] Jehú dijo a su oficial, Bidcar: «Cógele, y tírale en el campo de Nabot de Jezrael, pues acuérdate de que cuando yo y tú íbamos juntos a caballo detrás de Ajab, su padre, Yave pronunció contra él la sentencia diciendo: [26] Yo he visto ayer la sangre de Nabot y de sus hijos, dice Yave, y yo te daré tu merecido en esa misma heredad. Cógele, pues, y tírale a ese campo según la palabra de Yave.»

[27] Ocozías, rey de Judá, que vió esto, huyó por el camino de la casa del jardín, pero Jehú le persiguió, diciendo: «Heridle también a él en el carro.» Y le hirieron en la subida de Gur, cerca de Jibleam; él siguió hasta Mageddo, pero allí murió. [28] Sus servidores le trasladaron en un carro a Jerusalén, y le sepultaron en la sepultura de sus padres, en la ciudad de David. [29] Ocozías había comenzado a reinar el año once de Joram, hijo de Ajab.

[30] Jehú entró en Jezrael. Sabiéndolo Jezabel, se pintó los ojos, se peinó y se puso en mirar a una ventana. [31] Al pasar Jehú por la puerta le gritó: «¿Le salió bien la cosa a Zimri, asesino de su señor?» [32] El alzó el rostro hacia la ventana, y preguntó: «¿Quién eres tú para que quieras contender conmigo?» Entonces miraron por la ventana dos o tres eunucos, [33] y él mandó: «Echadla abajo»; y ellos la echaron, y su sangre salpicó los muros y los caballos. Jehú la pisoteó con sus pies, [34] y después entró, comió, bebió, y dijo: «Id a ver a esa maldita, y enterradla, que al fin es hija de rey.» [35] Fueron para enterrarla, pero no hallaron de ella más que

el cráneo, los pies y las palmas de las manos. [36] Volvieron a dar cuenta a Jehú, que dijo: «Es la amenaza que había hecho Yave por su siervo Elías, tesbita, diciendo: Los perros comerán la carne de Jezabel en el campo de Jezrael, [37] y el cadáver de Jezabel será como estiércol sobre la superficie del campo, en el campo de Jezrael, de modo que nadie podrá decir: Esta es Jezabel.»

Jehú, rey de Israel.

10 [1] Había en Samaria setenta hijos de Ajab. Jehú escribió cartas, que mandó a Samaria, a los jefes de Jezrael, a los ancianos, y a los ayos de los hijos de Ajab. En ellas decía: [2] «En cuanto recibáis esta carta, pues que tenéis con vosotros a los hijos de vuestro señor, y además carros y caballos, una ciudad fortificada y armas, [3] ved cuál de los hijos de vuestro señor queréis mejor y os conviene poner en el trono de su padre, y combatid por la casa de vuestro señor.» [4] Ellos se llenaron de miedo, y se dijeron: «Dos reyes no han podido resistirle, ¿cómo vamos a resistirle nosotros?» [5] Y el jefe de la ciudad, los ancianos y los ayos de los niños, mandaron a decir a Jehú: «Nosotros somos servidores tuyos, y haremos cuanto tú nos digas. No elegiremos a ninguno por rey. Haz tú lo que bien te parezca.» [6] Entonces les escribió Jehú una segunda carta, en que les decía: «Obedecedme, y tomad las cabezas de esos hombres, hijos de vuestro señor, y venid a mí mañana a estas horas a Jezrael.» Los setenta hijos del rey estaban en las casas de los grandes de la ciudad, que los educaban. [7] Cuando éstos recibieron la carta, cogieron a los hijos del rey, los degollaron a los setenta, pusieron sus cabezas en canastillas, y se las mandaron a Jehú, a Jezrael. [8] Vino uno a informarle, diciendo: «Han traído las cabezas de los hijos del rey»; y él dijo: «Ponedlas en dos montones a la entrada de la puerta, hasta mañana.» [9] Por la mañana salió, y presentándose ante el pueblo todo, dijo: «Vosotros sois justos. Yo he conspirado contra mi señor, y le he dado muerte. Pero ¿quién ha matado a todos éstos? [10] Sabed, pues, que no caerá por tierra ni una de las palabras que Yave ha pronunciado contra la casa de Ajab. Yave cumple lo que declaró por medio de su siervo Elías.» [11] Y Jehú mató a todos cuantos de la casa de Ajab quedaban en Jezrael, a todos sus parientes, a sus familias y a sus sacerdotes, sin dejar escapar a uno solo.

[12] Después se levantó para ir a Samaria; y llegado a un albergue de pastores que había en el camino, [13] encontró a los hermanos de Ocozías, rey de Judá, y les preguntó: «¿quiénes sois vosotros?» Y ellos le dijeron: «Somos los hermanos de Ocozías, que hemos venido a saludar a los hijos del rey y a los hijos de la reina.» [14] Jehú dijo: «Cogedlos vivos.» Cogiéronlos vivos, y los degollaron en número de cuarenta y dos, en la cisterna del albergue. Jehú no dejó escapar ni a uno solo.

[15] Partido de allí, encontró a Jonadab, hijo de Recab, que venía a su encuentro, le saludó y le dijo: «¿Es sincero conmigo tu corazón, como lo es el mío contigo?» Y Jonadab le respondió: «Sincero.» «Si es así—replicó Jehú— dame la mano.» Jonadab le dió la mano, y Jehú le hizo subir a su carro junto a él, [16] y dijo: «Ven conmigo, y verás mi celo por Yave.» Llevóle, pues, en su carro; [17] y cuando llegó a Samaria, mató a cuantos de Ajab quedaban en Samaria, exterminándolos del todo, según la palabra que Yave había dicho a Elías. [18] Después reunió a todo el pueblo, y le dijo: «Ajab sirvió poco a Baal; Jehú le servirá más. [19] Llamad, pues, a mí a todos los profetas de Baal, a todos los sacerdotes, sin que quede ni uno solo, porque quiero ofrecer a Baal un gran sacrificio. El que falte no vivirá.» Jehú obraba arteramente, para exterminar a los servidores de Baal. [20] Dijo, pues: «Promulgad una fiesta en honor de Baal.» Promulgáronla, [21] enviando mensajeros por todo Israel, y llegaron todos los servidores de Baal, sin que ni uno dejara de venir, y entraron en la casa de Baal, que se llenó de bote en bote. [22] Jehú dijo al que estaba al cuidado del vestuario: «Saca vestiduras para todos los siervos de Baal.» El las sacó, [23] y entró Jehú con Jonadab en la casa de Baal, y dijo a los servidores de Baal: «Mirad, y ved si por acaso hay aquí entre vosotros algún servidor de Yave; a ver si todos son sólo servidores de

Baal.» [24] Y entraron para ofrecer sacrificios y holocaustos.

Jehú había apostado fuera a ochenta hombres, diciéndoles: «Cualquiera que dejare escapar a alguno de estos que yo pongo en vuestras manos, me responderá de su vida con la suya.» [25] Cuando hubieron acabado de ofrecer los sacrificios y holocaustos, Jehú dijo a los de su guardia y a los oficiales: «Entrad y matadlos, sin que ni uno quede.» Los de la guardia, y los oficiales pasáronlos a todos a cuchillo, y echaron por tierra los *aseras*. Penetraron luego en el santísimo del templo de Baal, [26] sacaron fuera los *aseras* del templo de Baal, y los quemaron. [27] Destrozaron los cipos de Baal, y derribando el templo, hicieron de él una cloaca, que todavía subsiste hoy. [28] Así exterminó Jehú a Baal de en medio de Israel.

[29] Con todo, no se apartó Jehú de los pecados con que Jeroboam, hijo de Nabat, hizo pecar a Israel, y dejó en pie los becerros de oro que había en Betel y Dan.

[30] Yave dijo a Jehú: «Por haber hecho lo que es recto a mis ojos, haciendo desaparecer a la casa de Ajab, conforme a mi voluntad, tus hijos se sentarán en el trono de Israel hasta la cuarta generación.

[31] Pero Jehú no se cuidó de andar con todo su corazón en la ley de Yave, Dios de Israel, ni se apartó de los pecados con que Jeroboam había hecho pecar a Israel.

[32] En aquellos días comenzó Yave a cercenar el territorio de Israel, [33] desde el Jordán, a oriente, toda la tierra de Galad, de Gad, de Rubén y de Manasés, desde Aroer, que está junto al torrente del Arnón, hasta Galad y Basán.

[34] El resto de los hechos de Jehú, cuanto hizo, sus hazañas, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? [35] Jehú se durmió con sus padres, y fué sepultado en Samaría. Le sucedió Joacaz, [36] Había reinado Jehú veintiocho años sobre Israel en Samaría.

Atalía, reina de Judá.

11 [1] Atalía (1), madre de Ocozías, viendo que había muerto su hijo, levantóse y exterminó a toda la descendencia real. [2] Pero Josaba, hija del rey Joram y hermana de Ocozías, cogió a Joás, hijo de Ocozías, y le sacó furtivamente de entre los hijos del rey, cuando los estaban asesinando, ocultándole de Atalía, a él y a su nodriza, en la cámara dormitorio, y así pudo aquél escapar a la muerte. [3] Seis años estuvo oculto con Josaba en la casa de Yave, y entre tanto reinó Atalía en la tierra.

[4] El año séptimo, Joyada mandó a llamar a los jefes de las centenas, de los cereteos y de la guardia, y los introdujo en la casa de Yave. Hizo liga con ellos, juramentándolos en la casa de Yave, y les mostró el hijo del rey, [5] dándoles esta orden: «He aquí lo que habéis de hacer: La guardia del palacio real la haréis por tercios: Uno en el palacio, otro en la puerta de Sur, [6] y otro en la puerta trasera del cuartel de la guardia; [7] pero el sábado sois dos tercios los que salís del palacio real, para hacer la guardia en la casa de Yave. [8] Ese día rodearéis al rey por todas partes, todos con las armas en la mano, y mataréis a cualquiera que pretenda penetrar en las filas. Estaréis junto al rey, donde quiera que vaya.»

[9] Cumplieron los jefes de las centenas las órdenes que les había dado el sacerdote Joyada. [10] Tomó cada uno sus gentes, las que hacían el servicio el sábado, y se fueron al sacerdote Joyada. Este entregó a los jefes de las centurias las lanzas y los escudos del rey David, que se hallaban en la casa de Yave; [11] y cuando los soldados de la guardia, todos con las armas en la mano, desplegaron desde el lado sur al lado norte, entre el altar y el templo, [12] sacó al rey, púsole la diadema y los brazaletes, y le ungió. Todos entonces palmotearon y gritaron: «¡Viva el rey!»

[13] Cuando oyó Atalía el estrépito del pueblo, se vino a donde estaba la gente reunida en la casa de Yave, [14] y miró. Y estaba el rey sobre el estrado, según costumbre, y cerca de él los jefes y las trompetas, y todo el pueblo daba muestras de gran júbilo, mientras sonaban las trompetas. Atalía rasgó sus vestiduras y

(1) El golpe de Estado de la impía Atalía, sidonia, está a punto de extinguir la dinastía davídica; pero Dios cumple la promesa hecha a David, preservando al niño Joás, en el cual es bien pronto restaurada la dinastía.

clamó: «¡Traición!» 15 Entonces el sacerdote Joyada dió orden a los jefes de las centurias, que estaban a la cabeza de las tropas: «Sacadla de las filas, y matad a quienquiera que la siga.» Pues el sacerdote había dicho: «Que no la maten en la casa de Yave.» 16 Hiciéronla sitio, y cuando llegó al palacio real, por la puerta de los caballos, allí la mataron.

17 Joyada intervino en la alianza que con Yave hicieron el rey y el pueblo, de ser el pueblo de Yave. 18 Todo el pueblo penetró en el templo de Baal y lo demolió, destruyendo del todo su altar y sus estatuas; y al sacerdote de Baal, Matán, le dieron muerte delante del altar. 19 Después, dejando una guardia en el templo de Yave, tomó a los jefes de los cereteos y a los guardias y a todo el pueblo, y llevaron al rey desde el templo de Yave al palacio real, donde entró por la puerta de la guardia. Sentóse allí sobre el trono real, 20 y todo el pueblo estaba lleno de alegría, y la ciudad se quedó tranquila. Atalía había sido muerta en el palacio real. 21 Tenía Joás siete años cuando comenzó a reinar.

Reinado de Joás.

12 1 Comenzó a reinar Joás el séptimo año de Jehú, y reinó cuarenta años en Jerusalén. Su madre se llamaba Sibia, de Berseba. 2 Hizo Joás lo que era recto a los ojos de Yave, todo el tiempo que le dirigió el sacerdote Joyada; 3 pero no desaparecieron los altos, y seguía el pueblo sacrificando y quemando perfumes en ellos. 4 Joás dijo a los sacerdotes: «Todo el dinero que como ofrenda sagrada ha entrado en el templo de Yave, el dinero del rescate de personas según estimación, y el que voluntariamente se ofrece a la casa de Yave, 5 tómenlo los sacerdotes, y empléenlo en reparar la casa de Yave, en todo lo que necesite reparación.» 6 Pero sucedió que el año veintitrés del reinado de Joás, los sacerdotes no habían hecho las reparaciones necesarias en la casa. 7 Llamó entonces el rey al sacerdote Joyada y a los otros sacerdotes, y les dijo: «¿Por qué no habéis reparado lo que había que reparar en la casa? En adelante no seréis vosotros los que dispongáis del dinero del pueblo, sino que lo entregaréis, para que se haga la reparación de la casa.» 8 Los sacerdotes asintieron a no ser ellos los que recogieran el dinero del pueblo para hacer las reparaciones de la casa. 9 Entonces el sacerdote Joyada tomó un cofre, hizo en su tapa un agujero, y le puso al lado del altar, a la derecha, en el paso para la entrada en la casa de Yave. Los sacerdotes de guardia metían allí todo el dinero que se traía a la casa de Yave; 10 y cuando se veía que en el cofre había bastante dinero, subía el secretario del rey con el gran sacerdote, y contaban el dinero que había en la casa de Yave. 11 Iban entregando a los encargados de las obras de reparación lo necesario para pagar a los carpinteros y demás obreros, que trabajaban en la casa de Yave 12 a los albañiles y a los canteros, para el pago de las maderas y el tallado de las piedras necesarias para las reparaciones. 13 Pero con todo lo que entraba en la casa de Yave, no hubo para hacer ni fuentes de plata, ni cuchillos, ni copas, ni trompetas; en suma, nada de oro, ni de plata, 14 sino que hubo que emplearlo todo en pagar a los encargados de las obras de reparación de la casa. 15 No se tomaban cuentas a los que recibían el dinero para entregarlo a los que hacían las obras, porque eran personas de fidelidad 16 El dinero por el delito y el dinero por los pecados no entraba en la casa de Yave, porque era de los sacerdotes.

17 Entonces subió Jazael, rey de Siria, y atacó a Get y la tomó. Jazael tenía el designio de subir contra Jerusalén. 18 Joás, rey de Judá, tomó todas las cosas consagradas, lo que habían consagrado Josafat, Joram y Ocozías, sus padres, reyes de Judá, y lo que él mismo había consagrado, y todo el oro que había en el tesoro de la casa de Yave, y en el del real palacio, y enviólo todo a Jazael, rey de Siria, que desistió de subir contra Jerusalén. 19 El resto de los hechos de Joás, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

20 Sus servidores conspiraron contra él, y rebelándose, le mataron, cuando bajaba a la casa del terraplén. 21 Josasar, hijo de Simat, y Josabab, hijo de Somer, sus siervos, le hirieron, y murió. Fué sepultado con sus padres en la ciudad de David, y le sucedió Amasías, su hijo.

Joacaz y Joás, reyes de Israel.

13 [1] El año veintitrés de Joás, hijo de Ocozías, rey de Judá, comenzó a reinar Joacaz, hijo de Jehú, en Samaria, y reinó diecisiete años.
[2] Hizo el mal a los ojos de Yave, y siguió los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, con que hizo pecar a Israel, y no se apartó de ellos.
[3] Encendióse el furor de Yave contra Israel, y los entregó en manos de Jazael, rey de Siria, y en manos de Ben Adad, hijo de Jazael, todo el tiempo que estos reyes vivieron.
[4] Joacaz imploró a Yave, y Yave le oyó, pues vió la opresión en que los reyes de Siria tenían a Israel.
[5] Deparó a Israel un libertador, que los sacó de las manos de los sirios, y habitaron en sus tiendas como antes;
[6] pero no se apartaron de los pecados de la casa de Jeroboam, que había hecho pecar a Israel, sino que se dieron a ellos y aun un *asera* quedaba en medio de Samaria.
[7] De todo el ejército que tenía Joacaz no le dejó Yave más que cincuenta caballeros, diez carros y diez mil infantes, porque el rey de Siria los había aniquilado, como si los redujera a polvo.
[8] El resto de los hechos de Joacaz, cuanto hizo, sus hazañas, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?
[9] Joacaz se durmió con sus padres, y fué sepultado en Samaria. Le sucedió Joás, su hijo.
[10] El año treinta y siete de Joás, rey de Judá, comenzó a reinar Joás, hijo de Joacaz, en Israel, en Samaria, y reinó dieciséis años.
[11] Hizo el mal a los ojos de Yave, y no se apartó de ninguno de los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que había hecho pecar a Israel, sino que se dió a éstos como él.
[12] El resto de los hechos de Joás, cuanto hizo, sus hazañas, y la guerra contra Amasías, rey de Judá, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Israel?
[13] Joás se durmió con sus padres, y le sucedió Jeroboam. Joás fué sepultado en Samaria con los reyes de Israel.
[14] Enfermó Eliseo de la enfermedad de que murió; y Joás, rey de Israel, bajó a verle, lloró sobre él, y dijo: «¡Padre mío, padre mío! ¡Carro de Israel y su auriga!»
[15] Eliseo le dijo: «Toma tu arco y unas flechas.» El tomó el arco y flechas.
[16] Luego dijo Eliseo al rey de Israel: «Pon tus manos en el arco.» Y él las puso, y puso Eliseo las suyas sobre las del rey.
[17] Luego añadió: «Abre la ventana que da al oriente.» Abrióla, y Eliseo le dijo: «Dispara»; y disparó. Eliseo exclamó: «Es una flecha de liberación de Yave; de liberación contra Siria. Tú batirás a los sirios, en Afec, hasta exterminarlos.»
[18] Eliseo le dijo nuevamente: «Coge las flechas.» El las tomó, y Eliseo le mandó: «Hiere la tierra», y el rey la hirió tres veces, y se detuvo.
[19] El hombre de Dios se irritó contra él, y le dijo: «Debieras haber herido cinco o seis veces, y entonces hubieras llegado a batir a los sirios hasta la exterminación; ahora sólo tres veces los batirás.
[20] Eliseo murió, y fué sepultado. Por entonces hacían incursión en la tierra, un año y otro, las tropas de Moab;
[21] y sucedió que, mientras estaban unos sepultando a un muerto, vieron de pronto venir una de estas tropas, y arrojaron al muerto en el sepulcro de Eliseo; y en cuanto el muerto llegó a tocar los huesos de Eliseo, resucitó y se puso en pie.
[22] Jazael, rey de Siria, afligió a Israel todo el tiempo de la vida de Joacaz;
[23] pero Yave tuvo misericordia de ellos y los miró, por amor de su alianza con Abraham, Isac y Jacob, y no quiso destruirlos del todo, y hasta el presente no los ha arrojado de ante sí.
[24] Murió Jazael, rey de Siria, y le sucedió su hijo Ben Adad.
[25] Joás, hijo de Joacaz, reconquistó de manos de Ben Adad, hijo de Jazael, las ciudades conquistadas por Jazael a Joacaz, su padre, durante la guerra. Joás batió tres veces a los sirios, y recobró las ciudades de Israel.

Amasías, rey de Judá. Jeroboam, rey de Israel.

14 [1] El año segundo de Joás, hijo de Joacaz, rey de Israel, comenzó a reinar Amasías, hijo de Joás, rey de Judá.
[2] Tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó veintinueve años en Jerusalén. Su madre se llamaba Joadán, de Jerusalén.
[3] Hizo lo recto a los ojos de

Yave, no, sin embargo, como David, su padre. Obró enteramente como había obrado Joás, su padre. 4 No desaparecieron los altos, y el pueblo siguió ofreciendo sacrificios y perfumes en ellos. 5 Cuando hubo afirmado en sus manos el reino, castigó a los servidores que habían matado al rey su padre; 6 pero no hizo morir a los hijos de los asesinos, según lo que está escrito en el libro de la ley de Moisés, donde manda Yave: «No se hará morir a los padres por los hijos, ni se hará morir a los hijos por los padres; sino que se hará morir a cada uno por su pecado.»

7 Batió a diez mil edomitas en el valle de la sal. Conquistó en la guerra Sela, y la llamó Joctel, nombre que conserva hoy todavía.

8 Entonces mandó Amasías mensajeros a Joás, hijo de Joacaz, hijo de Jehú, rey de Israel, para decirle: «Ven, que nos veamos las caras.» 9 Joás, rey de Israel, hizo decir a Amasías: «El cardo del Líbano mandó a decir al cedro del Líbano: Dame tu hija por mujer para mi hijo. Las fieras del Líbano pasaron y pisotearon el cardo. 10 Tú has batido a los edomitas, y tu corazón se ha envanecido. Goza tu gloria y quédate en casa. ¿Para qué meterte en una empresa desafortunada, que será tu ruina y la de Judá?» 11 Pero Amasías no le escuchó, y Joás, rey de Israel, subió, y se vieron las caras él y Amasías, rey de Judá, en Betsames, que está en Judá. 12 Judá fué batido por Israel, y cada uno huyó a su tienda. 13 Joás, rey de Israel, cogió prisionero en Betsames a Amasías, rey de Judá, hijo de Joás, hijo de Ocozías, y vino a Jerusalén e hizo una brecha de cuatrocientos codos en la muralla de Jerusalén, desde la puerta de Efraím hasta la puerta de la esquina. 14 Se apoderó de todo el oro y plata, y de los vasos que había en la casa de Yave y en el tesoro del palacio real, y tomando rehenes, retornó con ellos a Samaria.

15 El resto de los hechos de Joás, cuanto hizo, sus hazañas y la guerra que hizo a Amasías, rey de Judá, ¿no está escrito en el libro de los crónicas de los reyes de Israel?

16 Joás se durmió con sus padres, y fué sepultado en Samaria con los reyes de Israel. Le sucedió Jeroboam, su hijo.

17 Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, vivió quince años después de la muerte de Joás, hijo de Joacaz, rey de Israel.

18 El resto de los hechos de Amasías, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

19 Se tramó contra él una conjuración en Jerusalén, y huyó a Laquis, pero le persiguieron hasta Laquis, y allí le dieron muerte. 20 Le trajeron en caballos, y fué sepultado en Jerusalén con sus padres, en la ciudad de David. 21 Todo el pueblo de Judá tomó a Azarías, hijo de Amasías, y le puso sobre el trono, a la edad de dieciséis años, en lugar de Amasías, su padre. 22 Azarías reedificó a Elat y la restituyó al dominio de Judá, después de dormirse el rey con sus padres.

23 El año quince de Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, comenzó a reinar en Samaria Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, y reinó cuarenta y un años.

24 Hizo el mal a los ojos de Yave. No se apartó de ninguno de los pecados de Jeroboam, hijo de Nabat, que había hecho pecar a Israel. 25 Recobró el territorio de Israel, desde la entrada de Amat hasta el mar del Araba, según la palabra que había dicho Yave, Dios de Israel, por medio de su siervo Jonás, profeta, hijo de Amitai, de Gat Efer. 26 Porque había visto Yave la aflicción de Israel, a la que todos, esclavos y libres, habían sido reducidos, sin que hubiera quien pudiera socorrer a Israel. 27 No había resuelto Yave todavía raer el nombre de Israel de debajo del cielo, y le libró por medio de Jeroboam, hijo de Joás.

28 El resto de los hechos de Jeroboam, cuanto hizo, sus hazañas en la guerra, y cómo restituyó al dominio de Israel Damasco y Amat, ¿no está escrito, en el libro de las crónicas de los reyes de Israel? 29 Jeroboam se durmió con sus padres, los reyes de Israel, y le sucedió Zacarías, su hijo.

Azarías, rey de Judá.

15 1 El año veintisiete de Jeroboam, rey de Israel, comenzó a reinar Azarías, hijo de Amasías, rey de Judá. 2 Tenía dieciséis años cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y dos años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jolía, de Jerusalén.

3 Hizo lo que es recto a los ojos de
Yave, enteramente como lo había
hecho Amasías, su padre, 4 pero los
altos no desaparecieron, y el pueblo
seguía ofreciendo sacrificios y per-
fumes en ellos. 5 Yave hirió al rey,
que estuvo leproso hasta el día de
su muerte, y moraba en una habita-
ción aislada. Joatán, su hijo, estaba
a la cabeza del palacio y juzgaba al
pueblo.
6 El resto de los hechos de Azarías,
cuanto hizo, ¿no está escrito en el
libro de las crónicas de los reyes
de Judá?
7 Azarías se durmió con sus padres,
y fué sepultado con sus padres en la
ciudad de David. Le sucedió Joatán,
su hijo.

Zacarías, Selum, Manajem, Pecajya y Pecaj, reyes de Israel.

8 El año treinta y ocho de Azarías,
rey de Judá, comenzó a reinar sobre
Israel en Samaria, Zacarías, hijo de
Jeroboam, y reinó seis meses. 9 Hizo
lo que era malo a los ojos de Yave,
como lo habían hecho sus padres,
y no se apartó de los pecados de
Jeroboam, hijo de Nabat, que había
hecho pecar a Israel. 10 Selum, hijo
de Jabes, conspiró contra él, y le
hirió delante del pueblo, dándole
muerte. El le sucedió.
11 El resto de los hechos de Zaca-
rías, escrito está en el libro de las
crónicas de los reyes de Israel.
12 Así se cumplió lo que Yave había
declarado a Jehú, diciendo: «Tus
hijos se sentarán en el trono de Israel,
hasta la cuarta generación.»
13 Selum, hijo de Jabes, comenzó
a reinar el año treinta y nueve de
Ozías (Azarías), rey de Judá, y
reinó un mes en Samaria. 14 Manajem,
hijo de Gadi, subió de Tirsa a Sama-
ria, hirió a Selum, hijo de Jabes,
matándole, y le sucedió.
15 El resto de los hechos de Selum,
y la conspiración que tramó, está
escrito en el libro de las crónicas de
los reyes de Israel.
16 Entonces Manajem castigó a
Tifsaj y cuanto en ella había, con su
territorio, desde Tirsa, porque no
había querido abrirle sus puertas,
y abrió el vientre de todas las mujeres
encintas.
17 El año treinta y nueve de Aza-
rías, rey de Judá, comenzó a reinar
en Israel Manajem, hijo de Gadi,
y reinó diez años en Samaria.
18 Hizo lo malo a los ojos de Yave,
y no se apartó, mientras vivió, de
los pecados de Jeroboam, hijo de
Nabat, que había hecho pecar a
Israel. 19 Ful, rey de Asiria, vino a
Israel, y Manajem le dió a Ful mil
talentos de plata, para que le ayu-
dase a consolidar el reino en sus
manos. 20 Manajem, para obtener
esta cantidad, hizo una derrama sobre
todos los que en Israel eran ricos,
imponiendo a cada uno cincuenta
siclos de plata, para dárselos al rey
de Asiria. El rey de Asiria se volvió,
y por entonces no se quedó en la
tierra.
21 El resto de los hechos de Manajem,
cuanto hizo, ¿no está escrito en el
libro de las crónicas de los reyes de
Israel? 22 Manajem se durmió con
sus padres, y le sucedió Pecajya,
su hijo.
23 El año cincuenta de Azarías,
rey de Judá, comenzó a reinar en
Israel, en Samaria, Pecajya, hijo de
Manajem, y reino dos años. 24 Hizo
lo malo a los ojos de Yave, y no se
apartó de los pecados de Jeroboam,
hijo de Nabat, que hizo pecar a
Israel. 25 Pecaj, hijo de Romelía,
su oficial, conspiró contra él, y le
hirió en Samaria, en el palacio del
rey, en unión de Argob, y Arie, y de
cincuenta hombres de entre los hijos
de Galad, que le seguían. Así dió
muerte a Pecajya, y le sucedió.
26 El resto de los hechos de Pecajya,
cuanto hizo, escrito está en el libro
de las crónicas de los reyes de Israel.
27 El año cincuenta y dos de Aza-
rías, rey de Judá, comenzó a reinar
en Israel, en Samaria, Pecaj, hijo
de Romelía, y reinó veinte años.
28 Hizo lo malo a los ojos de Yave,
y no se apartó de los pecados de
Jeroboam, hijo de Nabat, que había
hecho pecar a Israel. 29 En tiempo de
Pecaj, rey de Israel, Teglat Falasar,
rey de Asiria, vino y tomó Yyon,
Abel Bet Maca, Janoaj, Quedes y
Gasor, Galad y la Galilea, todo el
territorio de Neftalí, y llevó a sus
habitantes cautivos a Asiria. 30 Oseas,
hijo de Ela, conspiró contra Pecaj,
hijo de Romelía, y le hirió, dándole
muerte, y sucediéndole el año veinte
de Joatán, hijo de Ozías (Azarías).
31 El resto de los hechos de Pecaj,
cuanto hizo, escrito está en el libro
de las crónicas de los reyes de Israel.

33 El año segundo de Pecaj, hijo
de Romelía, rey de Israel, comenzó
a reinar Joatán, hijo de Ozías (Aza-
rías), rey de Judá. 33 Tenía veinti-
cinco años cuando comenzó a reinar,
y reinó dieciséis años en Jerusalén.
Su madre se llamaba Jerusa, hija
de Sadoc. 34 Hizo lo recto a los ojos
de Yave, enteramente como lo había
hecho Ozías, (Azarías) su padre;
35 pero no desaparecieron los altos,
y el pueblo seguía ofreciendo sacri-
ficios y perfumes en ellos. Joatán
edificó la puerta superior de la casa
de Yave. 36 El resto de los hechos
de Joatán, cuanto hizo, ¿no está
escrito en el libro de las crónicas de
los reyes de Judá? 37 En este tiempo
comenzó a mandar Yave contra Judá
a Rasín, rey de Siria, y a Pecaj,
hijo de Romelía.
38 Joatán se durmió con sus padres,
y fué sepultado con ellos en la ciudad
de David, su padre. Le sucedió Ajaz,
su hijo.

Ajaz, rey de Judá.

16 1 El año diecisiete de Pecaj,
hijo de Romelía, comenzó a
reinar Ajaz, hijo de Joatán, rey de
Judá; 2 tenía Ajaz veinte años cuan-
do comenzó a reinar, y reinó dieciséis
años en Jerusalén. No hizo lo recto
a los ojos de Yave, su Dios, como lo
había hecho David, su padre. 3 Mar-
chó por el camino de los reyes de
Israel, y hasta hizo pasar a su hijo
por el fuego, según las abominaciones
de las gentes que Yave había expul-
sado ante los hijos de Israel. 4 Ofre-
cía sacrificios y perfumes en los
altos, en los collados, y bajo cualquier
árbol frondoso.
5 Entonces Rasín, rey de Siria, y
Pecaj, hijo de Romelía, rey de Israel,
subieron contra Jerusalén para ata-
carla, y sitiaron a Ajaz, pero no
pudieron vencerle. 6 En el mismo
tiempo Rasín, rey de Siria, sometió
a Elat al dominio de los sirios, expul-
sando de ella a los judíos, y los sirios
se establecieron en Elat, y allí habi-
tan hasta el día de hoy.
7 Ajaz mandó mensajeros a Teglat
Falasar, rey de Asiria, para decirle:
«Tu siervo soy, y tu hijo. Sube y
líbrame de las manos del rey de Siria
y de las del rey de Israel, que se
alzan contra mí.» 8 Ajaz cogió la
plata y el oro que había en la casa
de Yave y en el tesoro del palacio
del rey, y se lo mandó en presente
al rey de Asiria. 9 El rey de Asiria
le dió oídos, y subió contra Damasco,
la tomó, y llevó a sus habitantes
cautivos a Quir, y dió muerte a
Rasín.
10 El rey Ajaz fué a Damasco, para
ver a Teglafalasar, rey de Asiria, y
habiendo visto el altar que había en
Damasco, mandó luego al sacerdote
Urías el modelo y la forma exacta del
altar. 11 El sacerdote Urías construyó
uno, ajustándose al modelo enviado
de Damasco por el rey Ajaz, aca-
bándole antes de que Ajaz volviese
de Damasco. 12 Llegado de Damasco,
vió el rey el altar, y acercándose,
subió a él; 13 hizo quemar en él su
ofrenda y su holocausto, y libó en
él sus libaciones y derramó en él la
sangre de sus sacrificios eucarísticos.
14 Quitó de ante la casa el altar de
bronce que había ante Yave, para
que no estuviese entre el nuevo altar
y la casa de Yave, y le puso cerca
del nuevo altar, hacia el norte.
15 El rey Ajaz dió al sacerdote
Urías esta orden: «Quema en el gran
altar el holocausto de la mañana y
la ofrenda de la tarde, el holocausto
del rey y su ofrenda, el holocausto
de todo el pueblo y sus ofrendas;
derrama en él sus libaciones y la
sangre de todos los holocaustos y
todos los sacrificios. Del altar de
bronce ya dispondré yo.» 16 El sacer-
dote Urías hizo en todo conforme a
lo que el rey Ajaz le había mandado,
17 y el rey Ajaz rompió los tableros de
las basas, y quitó las fuentes que
había sobre ellas. Quitó el mar de
encima de los toros de bronce, que
estaban debajo, y le colocó sobre
un solado de piedra; 18 y para agra-
dar al rey de Asiria, mudó de la
casa de Yave el pórtico del sábado,
que se había construído en ella, y
la entrada exterior del rey.
19 El resto de los hechos de Ajaz,
cuanto hizo, ¿no está escrito en el
libro de las crónicas de los reyes de
Judá?
20 Ajaz se durmió con sus padres,
y fué sepultado con ellos en la ciudad
de David. Le sucedió Ezequías, su
hijo.

Oseas, último rey de Israel.

17 1 El año doce de Ajaz, rey de
Judá, comenzó a reinar en Israel,
en Samaria, Oseas, y reinó seis años.

[2] Hizo lo malo a los ojos de Yave, aunque no tanto como los reyes de Israel que le precedieron. [3] Subió contra él Samanasar, rey de Asiria, y Oseas se le sometió y le pagó tributo; [4] pero el rey de Asiria descubrió luego una conspiración que tramaba Oseas, que había mandado embajadores a So, rey de Egipto, y había dejado de pagar el tributo anual al rey de Asiria, y el rey de Asiria le hizo encarcelar y encadenar en una prisión. [5] Recorrió el rey de Asiria todo el territorio, y subió contra Samaria, que tuvo asediada durante tres años. [6] El año noveno de Oseas, el rey de Asiria tomó a Samaria, y llevó cautivos a sus habitantes a Asiria, haciéndoles habitar en Calac, y Jabor, junto al río Gozán, y en las ciudades de la Media. [7] Los hijos de Israel habían pecado contra Yave, su Dios, que los había sacado de la tierra de Egipto, de bajo el dominio del Faraón, rey de Egipto, temiendo a dioses ajenos. [8] Siguieron las costumbres de las gentes que Yave había expulsado ante los hijos de Israel, y las que habían introducido los reyes de Israel. [9] Los hijos de Israel hicieron contra Yave ocultamente cosas detestables, edificaron altos en todas sus ciudades, desde la torre de atalaya hasta la ciudad murada. [10] Se alzaron cipos y *aseras* en todo collado alto y bajo todo árbol frondoso, [11] y quemaron perfumes en todos los altos como las gentes que Yave había expulsado ante ellos, e hicieron maldades con las que irritaron a Yave. [12] Sirvieron a los ídolos, de quienes había dicho Yave: «No haréis tal.»

[13] Yave advertía a Israel y a Judá por todos sus profetas, por todos sus videntes, y les decía: «Convertíos de vuestros perversos caminos, y guardad mis leyes y mis mandamientos, siguiendo fielmente la ley que yo prescribí a vuestros padres y os he inculcado por medio de mis profetas.» [14] Pero ellos no le escucharon, y endurecieron su cerviz, como lo habían hecho sus padres, que no creyeron en Yave, su Dios. [15] Rechazaron sus leyes y la alianza que había hecho con sus padres, y las amonestaciones que les había hecho. Se fueron tras las vanidades, y cayeron así ellos mismos en la vanidad, como los pueblos que los rodeaban, y a quienes Yave les había prohibido imitar. [16] Traspasaron todos los mandamientos de Yave, su Dios, y se hicieron imágenes fundidas, dos becerros, *aseras*, y se postraron ante todo el ejército de los cielos, y sirvieron a Baal. [17] Hicieron pasar por el fuego a sus hijos y a sus hijas, se dieron a la adivinación y a los encantamientos, y se entregaron a cuanto era malo a los ojos de Yave, para irritarle. [18] Por eso Yave se irritó fuertemente contra Israel, y le arrojó de su presencia, y no quedó más que la tribu de Judá. [19] Pero tampoco Judá guardó los mandamientos de Yave, su Dios, y ha imitado las costumbres de Israel. [20] Por eso arrojó Yave de sí a toda la descendencia de Israel, la ha humillado, y la entregó en manos de salteadores, hasta arrojarla de su presencia. [21] Israel se separó de la casa de David y se dió por rey a Jeroboam, hijo de Nabat, que los apartó de Yave, e hizo cometer a Israel un gran pecado. [22] Los hijos de Israel se dieron a todos los pecados de Jeroboam, que él comenzó, y no se apartaron de ellos [23] hasta que Yave arrojó a Israel lejos de su presencia, como lo había anunciado por todos sus siervos los profetas. E Israel ha sido llevado cautivo lejos de su tierra, a Asiria, donde ha quedado hasta el día de hoy (1).

[24] El rey de Asiria mandó gentes de Babilonia, de Cuta, de Ava, de Amat y de Sefarvaim, y las estableció en las ciudades de Samaria, en lugar de los hijos de Israel. Se posesionaron de Samaria y habitaron en sus ciudades. [25] Cuando comenzaron a habitar allí, no temían a Yave, y Yave mandó contra ellos leones, que los devoraron. [26] Dijeron, pues, al rey de Asiria: «Las gentes que tú has trasladado, para establecerlas en las ciudades de Samaria, no conocen el modo de servir al Dios de aquella tierra, y éste ha mandado contra ellas leones, que los devoran, porque no saben el modo de servir al dios de

(1) Es la definitiva destrucción y desaparición del reino del norte. Las causas de esta ruina fueron muchas. La principal de todas, la corrupción religiosa. No dejaron de influir también poderosamente las constantes revueltas políticas, acompañadas muchas veces de regicidios y cambios de dinastías. La persistencia de esta desaparición se explica por la paganización de la inmensa mayoría del pueblo, que se diluyó luego entre los pueblos a que fué llevado cautivo. Los pocos que se conservaron fieles se incorporaron después a Judá.

la tierra.» [27] El rey de Asiria dió esta orden: «Mandad que vaya allá uno de los sacerdotes que de allí habéis traído en cautividad, que vaya a establecerse allí y les enseñe el modo de servir al dios de aquella tierra.» (1)

[28] Vino, pues, a establecerse en Betel un sacerdote de los que habían sido llevados cautivos de Samaria, y les enseñó cómo habían de servir a Yave. [29] Pero las gentes aquéllas se hicieron cada una sus dioses en las ciudades que habitaban, y los pusieron en los altos edificados por los samaritanos. [30] Las gentes de Babilonia se hicieron su Sucot Benot, las de Cuta, su Nargal, [31] las de Amat sus Nibjab y Tartac, y las de Sefarvaim pasaban a sus hijos por el fuego, en honor de Adramelec y Anamelec, dioses de Sefarvaim. [32] También servían a Yave, y se dieron sacerdotes de los altos de entre todo el pueblo; estos sacerdotes ofrecían por ellos sacrificios en los templos de los altos. [33] Así que, temían a Yave, y le servían al mismo tiempo que a sus dioses, según la costumbre de las gentes de que provenían. [34] Todavía hoy siguen haciendo como hicieron al principio. Ni temen a Yave, ni se conforman con sus leyes y mandamientos, dados por Yave a los hijos de Jacob, a quien dió el nombre de Israel.

[35] Yave había hecho alianza con ellos y les había dado este mandato: «No temeréis a otros dioses, ni os prosternaréis ante ellos, ni los serviréis, ni les ofreceréis sacrificios. [36] Temeréis a Yave, que os ha sacado de la tierra de Egipto, con gran poder y brazo tendido. Sólo ante él os prosternaréis, y sólo a él ofreceréis sacrificios. [37] Guardaréis y pondréis por obra las leyes y mandamientos, los estatutos y decretos que él ha escrito para vosotros, y no serviréis a otros dioses. [38] No olvidaréis la alianza que yo he hecho con vosotros, y no temeréis a otros dioses, [39] sino que temeréis a Yave, vuestro Dios, y él os librará de las manos de todos vuestros enemigos.» [40] Ellos no le han obedecido, y siguen sus antiguas costumbres; [41] estas gentes temen a Yave, y sirven a sus ídolos, y sus hijos y los hijos de sus hijos han seguido haciendo siempre hasta hoy, como hicieron sus padres.

(1) Estas casi universales transmigraciones eran parte de la política de los reyes de Asiria. Los nuevos colonos se creen obligados a adorar al Dios de la tierra, pero al mismo tiempo siguen dando culto a sus dioses, originando esa inconcebible mezcla cultural religiosa que caracterizó a los samaritanos y los hizo tan odiosos a los judíos. S. Juan 4. 9

Ezequías, rey de Judá.

18 [1] El año tercero de Oseas, hijo de Ela, rey de Israel, comenzó a reinar Ezequías, hijo de Ajaz, rey de Judá. [2] Tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó veintinueve años en Jerusalén. Su madre se llamaba Abi, hija de Zacarías. [3] Hizo lo que es recto a los ojos de Yave, enteramente como lo había hecho David, su padre. [4] Hizo desaparecer los altos, rompió los cipos, derribó los *aseras*, y destrozó la serpiente de bronce que había hecho Moisés, porque los hijos de Israel hasta entonces habían quemado incienso ante ella, dándole el nombre de Nejustan (1).

[5] Puso su confianza en Yave, Dios de Israel; y de todos los reyes de Judá que le sucedieron o le precedieron, no hubo ninguno semejante a él. [6] Se allegó a Yave y no se apartó de él, y guardó todos los mandamientos que Yave había prescrito a Moisés. [7] Yave fué con Ezequías, que salió bien en todas sus empresas. Se rebeló contra el rey de Asiria, y no le estuvo sujeto. [8] Batió a los filisteos, hasta Gaza, y devastó su tierra, desde las torres de atalaya hasta las ciudades fuertes.

[9] El año cuarto del rey Ezequías, que era el año séptimo de Oseas, hijo de Ela, rey de Israel, Salmanasar, rey de Asiria, subió contra Samaria y la asedió. [10] La tomó al cabo de tres años, el año sexto de Ezequías, que era el año noveno de Oseas, rey de Israel; entonces fué tomada Samaria. [11] El rey de Asiria llevó cautivo a Israel a Asiria, y los estableció en Cala, en Cabor, junto al río Gozan, y en las ciudades de Media, [12] porque no habían escuchado la voz de Yave, su Dios, y

(1) La actuación de Ezequías nos muestra en compendio la enorme corrupción religiosa a que había llegado el reino de Judá. Su obra queda enteramente anulada por su hijo y sucesor, Manasés, que todavía aumentó la corrupción, lo cual prueba cuán arraigada estaba en el pueblo la idolatría.

habían roto su alianza, y no habían obedecido y puesto por obra todo lo que Yave había mandado a Moisés, su siervo.

Invasión de Senaquerib.

13 El año catorce del rey Ezequías, Senaquerib, rey de Asiria, subió contra todas las ciudades fuertes de Judá y se apoderó de ellas. 14 Ezequías, rey de Judá, mandó decir al rey de Asiria, a Laquis: «He pecado. Déjame, y haré todo lo que me impongas.» El rey de Asiria impuso a Ezequías, rey de Judá, trescientos talentos de plata y treinta talentos de oro. 15 Ezequías entregó toda la plata que había en la casa de Yave y en el tesoro del palacio real. 16 Fué entonces cuando Ezequías destruyó las puertas del templo de Yave y los d nteles que el mismo Ezequías, rey de Judá, había cubierto láminas de oro, para entregárselas al rey de Asiria.

Sitio de Jerusalén.

17 El rey de Asiria mandó desde Laquis a Ezequías, al generalísimo, al mayordomo mayor y al copero mayor, con un fuerte ejército a Jerusalén. Pusiéronse en marcha, y cuando se acercaron a Jerusalén, hicieron alto en el acueducto del estanque superior, en el camino del campo del batanero, 18 y preguntaron por el rey. Vino entonces Elyaquín, hijo de Helcías, mayordomo del rey, con Sobna, el secretario, y Joaj, hijo de Asaf, cronista; 19 y el copero mayor les habló, diciendo: «Decid a Ezequías: Así habla el rey grande, el rey de Asiria: 20 ¿Qué confianza es esa que manifiestas? ¿Crees tú que las meras palabras son prudencia y fuerza para la guerra? ¿En quién realmente confías, para querer rebelarte contra mí? 21 ¿Confías en Egipto, en la caña rota, que pincha y hiere la mano de quienquiera que en ella se apoya? Así les sucede con el Faraón, rey de Egipto, a cuantos confían en él. 22 Y si me decís: Confiamos en Yave, nuestro Dios, ¿no ha hecho desaparecer Ezequías sus altos y sus altares, diciendo a Judá y a Jerusalén: Ante este altar de Jerusalén habéis de ofrecer? 23 Haz, pues, un convenio con mi señor, el rey de Asiria, y yo te daré dos mil caballos, si estás en condiciones para proveerlos de caballeros. 24 ¿Cómo podrás resistir ni a un solo jefe de los menores entre los siervos de mi señor? ¿Confías en que Egipto te mandará carros y caballeros? 25 Y además: ¿ha sido sin la voluntad de Yave cómo he subido yo a este lugar, para destruirlo? Es Yave quien me ha dicho: Sube contra esa tierra, y destrúvela.»

26 Elyaquín, hijo de Helcías, Sobna y Joaj, dijeron al copero mayor: «Habla a tus siervos en arameo, que lo entendemos; no nos hables en judío delante de todo el pueblo que está en las murallas.» 27 Entonces el copero mayor respondió: «¿Acaso es a tu señor y a ti a quienes mi señor me ha mandado decir estas palabras, y no más bien a la gente que hay en la muralla, para comerse sus propios excrementos y beberse su propia orina?» 28 Entonces se acercó el copero mayor, y gritó en alta voz, en judío: «Escuchad la palabra del rey grande, del rey de Asiria: 29 Así habla el rey de Asiria: No os dejéis engañar de Ezequías, que no podrá libraros de mi mano. 30 Que no os haga confiar tampoco Ezequías en Yave, diciendo: Yave nos librará, y esta ciudad no será entregada en manos del rey de Asiria. 31 No deis oídos a Ezequías, porque así habla el rey de Asiria: Haced paces conmigo, rendíos a mí, y cada uno de vosotros comerá de su viña y de su higuera, y beberá el agua de su cisterna, 32 hasta que yo venga y os lleve a otra tierra como la vuestra, a una tierra de trigo y de vino, tierra de pan y de viñas, de olivos, de aceite y de miel; y allí viviréis y no moriréis. No escuchéis a Ezequías; no hace más que engañaros cuando dice: Yave nos librará. 33 ¿Han librado los dioses de los pueblos a su tierra del poder del rey de Asiria? 34 ¿Dónde están los dioses de Emat y de Arfad? ¿Dónde los dioses de Sefarvaim, Ana y Ava? ¿Dónde están los dioses de la tierra de Samaria? ¿Han librado a Samaria de mi poder? 35 ¿Qué dios de éstos ha librado a su tierra de mi poder, para que pueda Yave librar de mi mano a Jerusalén?»

36 El pueblo estuvo callado, y no dijo una sola palabra, porque el rey había dado esta orden: «No les respondáis.» 37 Elyaquín, hijo de Hel-

cías, mayordomo del palacio, Sobna, secretario, y Joaj, hijo de Asaf, cronista, vinieron a Ezequías, rasgadas las vestiduras, y le refirieron las palabras que el copero mayor había dicho.

Jerusalén, libertada, y el ejército de Senaquerib, destruído.

19 [1] Cuando Ezequías lo oyó, rasgó sus vestiduras, se cubrió de saco, y fué a la casa de Yave. [2] Mandó a Elyaquín, mayordomo del palacio del rey, a Sobna, secretario, y a los sacerdotes más ancianos, cubiertos de saco, al profeta Isaías, hijo de Amós, [3] para que le dijeran: «Así habla Ezequías: Hoy es día de angustia, de castigo y de oprobio, como si los hijos estuvieran para salir del seno de sus madres, y no hubiera fuerza para el alumbramiento. [4] ¿No habrá oído Dios las palabras del copero mayor, que el rey de Asiria, su señor, ha mandado para insultar al Dios vivo, y dejará Yave, tu Dios, de castigar las palabras que ha oído? Haz, pues, subir a él una plegaria, por el resto que aún queda.»

[5] Los servidores del rey Ezequías fueron a Isaías, [6] e Isaías les dijo: «He aquí lo que diréis a vuestro señor: Así habla Yave: No te asusten las palabras que has oído, y con las que los servidores del rey de Asiria me han ultrajado. [7] Yo voy a poner sobre él un espíritu tal, que al oír una noticia que recibirá, se volverá luego a su tierra, y allí, en su tierra, yo le haré morir a espada.» [8] El copero mayor se retiró, y se vió con el rey de Asiria, que estaba atacando a Lobna, pues se le dijo que se había retirado de Laquis. [9] Diéronle noticia de Taraca, rey de Etiopía, diciendo: «Se ha puesto en marcha para atacarte.»

El rey de Asiria mandó entonces de nuevo mensajeros a Ezequías, diciendo: [10] «Hablad así a Ezequías, rey de Judá: Que tu Dios, en quien confías, no te engañe, diciendo: Jerusalén no será entregada en manos del rey de Asiria. [11] Bien sabéis lo que los reyes de Asiria han hecho con todos los pueblos, y cómo los han destruído; ¿y vas a librarte tú? [12] Los dioses de los pueblos que mis padres han destruído, ¿los libraron en Gozán, Harán, Betser, y libraron a los hijos de Edén, que habitan en Telasar? [13] ¿Dónde están el rey de Jamat, el rey de Arfad y el rey de la ciudad de Sefarvaím, de Hena y de Iva?»

[14] Ezequías tomó las cartas de mano de los mensajeros y las leyó. Luego subió a la casa de Yave, y las desplegó ante Yave, [15] a quien hizo esta plegaria: «Yave, Dios de Israel, que te sientas sobre los querubines: Tú que eres el solo Dios de todos los reinos de la tierra; tú, que has hecho los cielos y la tierra, oh Yave, [16] inclina tu oído y escucha. Abre, ¡oh Yave!, tus ojos y mira. Oye las palabras que Senaquerib ha mandado a decir, para insultar al Dios vivo. [17] Es verdad, ¡oh Yave!, que los reyes de Asiria han destruído pueblos y asolado tierras, [18] y que han quemado sus dioses; pero ésos no eran dioses, eran obra de la mano del hombre, leño y piedra; y ellos los aniquilaron. [19] Líbranos, pues, Yave, Dios nuestro, líbranos de la mano de Senaquerib, y que todos los reinos de la tierra sepan que sólo tú eres Dios, ¡oh Yave!»

[20] Entonces Isaías, hijo de Amós, mandó a decir a Ezequías: «Así habla Yave, Dios de Israel: He escuchado la plegaria que tú me has dirigido a causa de Senaquerib, rey de Asiria. [21] He aquí la palabra que Yave ha pronunciado contra él:

El te desprecia y se burla de ti,
virgen hija de Sión,
Detrás de ti él mueve la cabeza,
hija de Jerusalén.

[22] ¿A quién has insultado y ultrajado tú? ¿Contra quién has alzado tu voz?
¿Contra quién alzaste tus ojos?
¡Contra el Santo de Israel!

[23] Por tus mensajeros has ultrajado al Señor y has pensado:
Con el poder de mis carros subo yo a las altas montañas, a las cimas del Líbano,
Derribo los altos cedros, los selectos cipreses,
Penetro en los más remotos lugares, en los más espesos bosques.

[24] Yo alumbro las aguas extranjeras, para refrescarme con ellas,
Y con la planta de mi pie seco todos los ríos de Egipto.

[25] ¿No lo has oído tú? Desde mucho ha, lo he preparado yo;
Desde muy antiguo lo he planeado yo, y ahora lo realizo;

Que sirva para reducir a montones de ruinas las ciudades fortificadas,
26 Sean sus habitantes reducidos a la impotencia, aterrorizados y confusos,
Como la hierba de los campos, como la hierba tierna,
Como las hierbas de los tejados, como el pasto quemado por el viento solano.
27 Yo sé muy bien cuándo te levantas y cuándo te sientas, y cuándo vienes y cuándo vas.
28 Porque te has enfurecido contra mí, y han llegado a mis oídos tus bravatas,
Por eso yo pondré mi anillo en tus narices, y mi freno en tus labios,
Y te haré volver por el camino que has traído.
29 Y he aquí lo que te servirá de señal:
Este año se comerá lo que retoñe, y el año que viene lo que de sí brote.
Pero al tercer año sembrarás, y cosecharás, plantaréis viñas y comeréis su fruto,
30 Pues el resto de la casa de Judá que se salve y quede, echará raíces por debajo, y dará frutos por arriba.
31 Porque saldrá de Jerusalén un resto, y de la montaña de Sión los escapados,
Y el celo de Yave hará esto.
32 Por eso, así dice Yave del rey de Asiria:
No entrará él en esta ciudad, ni meterá en ella una flecha,
Ni la acordonará con escudos, ni alzará contra ella empalizadas.
33 Se volverá por el camino por donde ha venido. No entrará en esta ciudad. Palabra de Yave.
34 Yo protegeré esta ciudad, y la salvaré por amor de mí, y por amor de David, mi siervo.»
35 Aquella misma noche salió el ángel de Yave, e hirió en el campamento de los asirios a ciento ochentay cinco mil hombres, y al levantarse por la mañana, todo eran muertos.
36 Entonces Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campo y partió; se volvió y se quedó en Nínive. 37 Mientras estaba prosternado en el templo de Nisroc, su dios, Adramelec, su hijo, y Sarasar, le hirieron con la espada, y huyeron a la tierra de Ararat. Su hijo Asaradón reinó en su lugar.

Enfermedad de Ezequías.

20 1 Por entonces enfermó de muerte Ezequías, y el profeta Isaías, hijo de Amós, vino a él y le dijo: «Así dice Yave: Dispón de tu casa, porque vas a morir y no vivirás más.»
2 Ezequías volvió su rostro contra la pared, y oró a Yave, diciendo:
3 «¡Oh Yave! Ten en cuenta que he andado ante ti fielmente y con corazón íntegro, y que he hecho lo que es bueno a tus ojos.» Y Ezequías lloraba con gran llanto.
4 Isaías había salido, pero antes que llegase al atrio de en medio, recibió palabra de Yave, que le dijo:
5 «Vuelve a Ezequías, jefe de mi pueblo, y dile: He escuchado tu oración y he visto tus lágrimas. Te curaré. Dentro de tres días subirás a la casa de Yave. 6 Te añadiré otros quince años a tus días, y te libraré a ti y a esta ciudad de la mano del rey de Asiria, y protegeré a esta ciudad por amor de mí, y por amor de David, mi siervo.»
7 Isaías dijo: «Tomad una masa de higos.» Tomáronla, y se la pusieron sobre la úlcera, y Ezequías sanó.
8 Ezequías había preguntado a Isaías: «¿En qué señal conoceré yo que Yave me curará, y que al tercer día subiré a la casa de Yave?» 9 Isaías le respondió: «He aquí la señal por la que conocerás que Yave cumplirá la palabra que ha pronunciado: La sombra avanzará diez grados o retrocederá diez grados.» 10 Y Ezequías dijo: «Poca cosa es que avance diez grados; no así que retroceda diez grados.» 11 Entonces Isaías, profeta, invocó a Yave, que hizo retroceder diez grados la sombra en el reloj de Ajaz.
12 Por este tiempo Merodac Baladán, hijo de Baladán, rey de Babilonia, mandó una carta y un presente a Ezequías, pues había tenido noticia de su enfermedad. 13 Ezequías dió audiencia a los mensajeros, y les enseñó todos sus tesoros, la plata, el oro, los aromas y el aceite refinado, el arsenal, y todo cuanto de precioso había en el tesoro. Nada hubo que Ezequías no les enseñara, en la casa y en todas sus dependencias.
14 Isaías, profeta, vino luego a Ezequías y le dijo: «¿Qué han dicho esas gentes que han venido a ti?» Ezequías contestó: «Vienen de tierra

lejana, de Babilonia.» [15] Isaías añadió: «¿Qué es lo que han visto de tu casa?» Ezequías respondió: «Han visto todo cuanto hay en la casa, les he enseñado todo mi tesoro, sin dejar nada.» [16] Entonces Isaías le dijo a Ezequías: «Escucha la palabra de Yave: [17] Tiempo vendrá, en que será llevado a Babilonia todo cuanto hay en esta casa, todo cuanto atesoraron tus padres hasta hoy, sin quedar nada. [18] Y de los hijos que de ti saldrán, de los engendrados por ti, tomarán para hacer de ellos eunucos del palacio del rey de Babilonia.» [19] Ezequías respondió a Isaías: «Buena es la palabra de Yave que has pronunciado.» Pensando: «Con tal que durante mi vida haya paz y seguridad...»

[20] El resto de los hechos de Ezequías, todas sus hazañas, cómo hizo el estanque y el acueducto y trajo las aguas a la ciudad, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá? [21] Ezequías se durmió con sus padres, y le sucedió Manasés, su hijo.

Manasés, rey de Judá.

21 [1] Doce años tenía Manasés cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jasiba. [2] Hizo el mal a los ojos de Yave, según todas las abominaciones de las gentes que Yave había arrojado ante los hijos de Israel. [3] Reedificó los altos, que Ezequías su padre había destruído, alzó altares a Baal, levantó un *asera*, como había hecho Ajaz, rey de Israel, y se prosternó ante todo el ejército de los cielos, y le sirvió. [4] Alzó altares en la casa de Yave, de la que Yave había dicho: «Pondré mi nombre en Jerusalén.» [5] Alzó altares a todo el ejército de los cielos en los dos atrios de la casa de Yave. [6] Hizo pasar a su hijo por el fuego; se dió a la observación de las nubes y de las serpientes, para obtener pronósticos, e instituyó evocadores de los espíritus y adivinadores del porvenir. Hizo enteramente lo que es malo a los ojos de Yave, para irritarle. [7] También alzó en la casa de Yave el *ascra*, en la casa de que Yave había dicho a David y a Salomón, su hijo: «En esta casa, en Jerusalén, que he elegido entre todas las tribus de Israel, yo pondré para siempre mi nombre. [8] No haré errar más el pie de Israel fuera de la tierra que yo le he dado, siempre que ellos cuiden de poner por obra los mandamientos y las leyes que yo he prescrito a mi siervo Moisés.» [9] Pero ellos no obedecieron, y Manasés fué causa de que se descarriaran e hicieran el mal, más todavía que las gentes que Yave había destruído ante los hijos de Israel.

[10] Entonces Yave habló por medio de sus profetas, diciendo: [11] «Por haber cometido Manasés todas esas abominaciones, por haber obrado peor que antes de él obraron los amorreos, por haber hecho pecar a Judá con sus ídolos, [12] he aquí lo que dice Yave, Dios de Israel: Voy a echar sobre Jerusalén y sobre Judá males, que a quien los oyere le retiñirán los oídos. [13] Yo echaré sobre Jerusalén la cuerda de Samaria, y la plomada de la casa de Ajab, y fregaré a Jerusalén como se friega un plato, volviéndolo de un lado y de otro. [14] Abandonaré el resto de mi heredad, y se lo entregaré a sus enemigos; y serán la presa y el botín de todos sus enemigos, [15] por haber hecho lo malo a mis ojos y haberme irritado, desde el día en que sus padres salieron de Egipto hasta hoy.»

[16] Derramó también Manasés mucha sangre inocente, hasta llenar a Jerusalén de un cabo al otro, sobre los pecados que él cometió y que hizo cometer a Judá, haciendo él mal a los ojos de Yave.

[17] El resto de los hechos de Manasés, cuanto hizo, los pecados a que se entregó, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

[18] Manasés se durmió con sus padres, y fué sepultado en el jardín de su casa, en el jardín de Uza. Le sucedió Ammón, su hijo.

Ammón, rey de Judá.

[19] Veintidós años tenía Ammón cuando comenzó a reinar, y reinó dos años en Jerusalén. Su madre se llamaba Mesalemet, hija de Jarus, de Jotba.

[20] Hizo el mal a los ojos de Yave, como lo había hecho Manasés, su padre, [21] y siguió en todo el camino que había seguido su padre. Sirvió

a los ídolos a que había servido su padre y se prosternó ante ellos,
22 apartándose de Yave, Dios de sus padres, y no siguiendo sus caminos.
23 Los servidores de Ammón conspiraron contra él y mataron al rey en su casa; 24 pero el pueblo castigó a todos los que habían conspirado contra el rey Ammón, y puso por rey a Josías, su hijo, en lugar suyo.
25 El resto de los hechos de Ammón, lo que hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?
26 Fué sepultado en su sepulcro en el jardín de Uzá, y le sucedió Josías, su hijo.

Josías, rey de Judá.

22 1 Ocho años tenía Josías cuando comenzó a reinar, y reinó treinta y un años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jedida, hija de Adaya, de Boscat.
2 Hizo lo que es recto a los ojos de Yave, y siguió en todo el camino de David, su padre, sin apartarse ni a la derecha ni a la izquierda.
3 El año dieciocho del reinado de Josías, mandó el rey a la casa de Yave a Safán, secretario, hijo de Asalía, hijo de Mesulam, diciéndole:
4 «Sube a Helcías, sumo sacerdote, y que reúna el dinero que haya en la casa de Yave y que han recaudado del pueblo los guardias de la puerta,
5 y lo entregue a los encargados de hacer las obras en la casa de Yave, empleándolo en pagar a los que trabajan en las obras de reparación de la casa de Yave, 6 a los carpinteros, a los maestros y albañiles, y en pagar la madera y las piedras talladas para la reparación de la casa. 7 Pero que no se les exijan cuentas del dinero que se les entregue, por ser gente de probidad.»

Hallazgo del libro de la ley.

8 Entonces Helcías, el sumo sacerdote, dijo a Safán, secretario: «He encontrado en el templo de Yave el libro de la ley.» Helcías dió el libro a Safán, y Safán, escriba, lo leyó;
9 y fué luego a dar cuenta al rey, y le dijo: «Tus siervos han reunido el dinero que había en el templo, y se lo han entregado a los encargados de hacer las obras en la casa de Yave.» 10 Y añadió: «El sacerdote Helcías me ha entregado este libro»; y lo leyó delante del rey.
11 Cuando oyó el rey las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestiduras, 12 y dió esta orden al sacerdote Helcías, a Ajicam, hijo de Safan, a Acbor, hijo de Miqueas, a Safán, secretario, y a Asaya, ministro del rey: 13 «Id a consultar por mí a Yave, respecto de las palabras del libro que se ha encontrado, porque seguro que es grande la cólera de Yave contra mí, contra el pueblo y contra Judá, por las palabras del libro que se ha encontrado, pues grande es la cólera de Yave que se ha encendido contra nosotros, por no haber obedecido nuestros padres las palabras de este libro, y no haber puesto por obra cuanto en él se nos manda» (1).
14 El sacerdote Helcías, Ajicam, Acbor, Safán y Asaya fueron a la profetisa Jolda, mujer de Salum, hijo de Tiera, hijo de Jarjam, guardarropa, que moraba en Jerusalén, en el otro barrio de la ciudad. Una vez que la hablaron, 15 les dijo ella: «Así habla Yave, Dios de Israel: Decid al que a mí os ha enviado:
16 Así dice Yave: Yo voy a hacer venir sobre este lugar y sus habitantes los males de que habla este libro, que el rey de Judá ha leído; 17 porque me han dejado y han quemado perfumes a otros dioses, irritándome con la obra de sus manos, y mi cólera se ha encendido contra este lugar, y no se apagará; 18 pero diréis al rey de Judá, que os envía para consultar a Yave: Así dice Yave, Dios de Israel, acerca de las palabras de este libro, que tú has oído: 19 Por haberse conmovido tu corazón y haberte humillado ante Yave, al oír lo que yo he anunciado contra este lugar y contra sus habitantes, que serán objeto de espanto y de execración; por haber rasgado tus vestiduras y haber llorado ante mí, yo también te he oído a ti, dice Yave, 20 y por eso yo te recogeré a tus padres y

(1) Discuten los autores si lo hallado fué el Pentateuco, el Deuteronomio o una parte de éste. Sea de ello lo que quiera, la sorpresa y gran conmoción que en el rey y en el pueblo produce el hallazgo, muestran claramente hasta qué punto habían dado al olvido la ley de Dios. La reforma de Josías parece enteramente ajustada al Deuteronomio

serás sepultado en paz, y no verán tus ojos todos los males que yo haré venir sobre este lugar.» Ellos llevaron al rey esta respuesta.

23 [1] El rey Josías hizo reunir junto a él a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén, [2] y subió luego con todos los hombres de Judá y todos los habitantes de Jerusalén, los sacerdotes, los profetas, y todo el pueblo, desde el más pequeño hasta el más grande; y leyó delante de ellos todas las palabras del libro de la alianza que se había encontrado en la casa de Yave. Estaba el rey junto a la columna en su estrado; [3] y puesto en pie, hizo alianza con Yave, de seguir a Yave y guardar sus mandamientos, sus preceptos y sus leyes, con todo su corazón y toda su alma, poniendo por obra las palabras de esta alianza escritas en el libro. Todo el pueblo confirmó esta alianza.

Destrucción de la idolatría.

[4] El rey mandó al sumo sacerdote, Helcías, a los sacerdotes de segundo orden y a los que hacían la guardia a la puerta, que sacaran del templo de Yave todos los enseres que habían sido hechos para Baal, para el *asera* y para toda la milicia del cielo, y los quemó fuera de Jerusalén, en el valle de Cedrón, e hizo llevar las cenizas a Betel. [5] Expulsó a los sacerdotes de los ídolos, puestos por los reyes de Judá para quemar perfumes en los altos, en las ciudades de Judá y en los alrededores de Jerusalén; a los que ofrecían perfumes a Baal, al sol, a la luna, a Venus y a toda la milica de los cielos. [6] Sacó el *asera* fuera de Jerusalén, al valle de Cedrón, y lo quemó allí, reduciéndolo a ceniza, que hizo arrojar a la sepultura común del pueblo. [7] Derribó los lugares de prostitución idolátrica del templo de Yave, donde las mujeres tejían para el *asera*. [8] Hizo venir de las ciudades de Judá a todos los sacerdotes, profanó los altos donde los sacerdotes quemaban perfumes, desde Gueba hasta Berseba; derribó los altos de los sátiros, que había delante de la puerta del gobernador Josué, a mano izquierda de la puerta de la ciudad. [9] Los sacerdotes de los altos no subieron al altar de Yave en Jerusalén, pero comían panes ácimos con sus hermanos. [10] El rey profanó el Tofet del valle de los hijos de Hinón, para que nadie hiciera pasar a sus hijos por el fuego en honor de Moloc. [11] Hizo desaparecer de la entrada de la casa de Yave los caballos que los reyes de Judá habían dedicado al sol, cerca de la habitación del camarero Natanmelec en el Farvarím. Quemó los carros del sol, [12] demolió los altares que había en la terraza de la cámara alta de Ajaz, que habían alzado los reyes de Judá, y los altares que había hecho Manasés en los dos atrios de la casa de Yave; y después de destrozarlos y quitarlos de allí, arrojó el polvo al valle de Cedrón. [13] Profanó el rey los altos que había al oriente de Jerusalén, al mediodía del monte de los olivos, que Salomón, rey de Israel, había erigido a Astarte, la abominación de los sidonios, a Camos, la abominación de los moabitas, y a Melcom, la abominación de los amonitas. [14] Destrozó los cipos, derribó los *aseras*, y llenó los lugares donde estaban de huesos humanos. [15] Derribó también el altar de Betel, el alto que había hecho Jeroboam, hijo de Nabat, que había hecho pecar a Israel; destrozó sus piedras y las redujo a polvo, y quemó el *asera*.

[16] Cuando Josías se volvía de allí, vió los sepulcros que había en la montaña, y mandó sacar de ellos los huesos y los quemó sobre el altar, profanándolo, conforme a la palabra de Yave, pronunciada por el hombre de Dios, que había anunciado esto cuando estaba Jeroboam ante el altar. [17] Al volverse, puso sus ojos sobre el sepulcro del hombre de Dios que había anunciado esto, y preguntó: «¿Qué es aquello que veo allí?» Los habitantes de la ciudad le respondieron: «Es el sepulcro del hombre de Dios, que vino de Judá, y anunció estas cosas que tú has hecho con el altar de Betel.» [18] Entonces dijo él: «Dejadle en paz. Que nadie remueva sus huesos.» Así se conservaron intactos sus huesos, juntos con los del profeta que procedía de Samaria. [19] Josías hizo también desaparecer todos los templos de los altos de las ciudades de Samaria, que habían hecho los reyes de Israel para irritar a Yave; hizo con ellos enteramente como había hecho con Betel. [20] In-

moló sobre los altares a todos los sacerdotes de los altos que había allí, y quemó huesos humanos en el sitio donde habían sido elevados. Después se volvió a Jerusalén.

Celebración de la pascua.

21 Luego mandó Josías a todo el pueblo: «Celebrad la pascua en honor de Yave, vuestro Dios, como está escrito en el libro de esta alianza.» 22 Ninguna pascua semejante a ésta se había celebrado desde el tiempo en que los jueces juzgaban a Israel, ni durante todo el tiempo de los reyes de Israel y de los reyes de Judá. 23 El año dieciocho del reinado de Josías se celebró esta pascua en honor de Yave, en Jerusalén.

24 Además, hizo Josías desaparecer a los evocadores de los espíritus y a los adivinos, los *terafim*, los ídolos y todas las abominaciones que se veían en la tierra de Judá y en Jerusalén, para poner por obra las palabras de la ley, escritas en el libro que el sacerdote Helcías había encontrado en la casa de Yave. 25 Antes de Josías no hubo rey que como él volviera a Yave con todo su corazón y con toda su alma y con todas sus fuerzas, conforme a toda la ley de Moisés; y después de él no la ha habido tampoco semejante. 26 Pero con todo, no desistió Yave del ardor de su gran cólera, encendida contra Judá, por todo lo que había hecho Manasés para irritarle. 27 Yave dijo: «Quitaré también de mi presencia a Judá, como lo he hecho con Israel, y rechazaré a esta ciudad de Jerusalén, que yo había elegido, y la casa de que yo dije: Allí estará mi nombre.»

28 El resto de los hechos de Josías, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

29 En su tiempo el Faraón Necao, rey de Egipto, subió contra el rey de Asiria, hacia el río Eufrates. El rey Josías le salió al paso, y el Faraón le mató en el Mageddo, en cuanto le vió. 30 Sus servidores le llevaron muerto en el carro, trayéndolo de Mageddo a Jerusalén, y le sepultaron en su sepulcro. El pueblo tomó a Joacaz, hijo de Josías, y le ungió rey en lugar de su padre.

Joacaz, Joaquim y Joaquín, reyes de Judá.

31 Veintitrés años tenía Joacaz cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses en Jerusalén. Su madre se llamaba Jamital, hija de Jeremías, de Lobna. 32 Hizo el mal a los ojos de Yave, enteramente como lo habían hecho sus padres. 33 El Faraón Necao le encadenó en Ribla, en tierra de Hamat, y le destronó, e impuso a las gentes de la tierra una contribución de cien talentos de plata y un talento de oro.

34 El Faraón Necao puso por rey a Elyaquín, hijo de Josías, en lugar de Josías, su padre, y le mudó el nombre, poniéndole el de Joaquim. Cogió a Joacaz y lo llevó a Egipto, donde murió. 35 Joaquim entregó al Faraón la plata y el oro; mas para reunir este dinero, según la imposición del Faraón, hubo de sacarlo al pueblo, determinando lo que cada uno había de dar; y exigió al pueblo la plata y el oro que tenía que entregar al Faraón Necao.

36 Veinticinco años tenía Joaquim cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. Su madre se llamaba Sebuda, hija de Pedaya, de Ruma. 37 Hizo el mal a los ojos de Yave, enteramente como lo habían hecho sus padres.

24 1 En su tiempo, Nabucodonosor, rey de Babilonia, se puso en campaña. Joaquim le había estado sujeto durante tres años, pero luego se volvió y se rebeló contra él. 2 Entonces mandó Yave contra Joaquim tropas caldeas, tropas de los sirios, tropas de los moabitas y de los amomitas; las envió contra Judá para destruirle, según la palabra que Yave había pronunciado por sus siervos, los profetas. 3 No sucedió esto, sino por orden de Yave, que quería arrojar a Judá de su presencia, a causa de los pecados cometidos por Manasés, 4 y de la sangre inocente derramada por Manasés, que había llenado a Jerusalén. No quiso Yave perdonar.

5 El resto de los hechos de Joaquim, cuanto hizo, ¿no está escrito en el libro de las crónicas de los reyes de Judá?

6 Joaquim se durmió con sus padres, y le sucedió Joaquín, su hijo. 7 El rey de Egipto no salió ya más

de su tierra, porque el rey de Babilonia se había apoderado de cuanto era del rey de Egipto, desde el torrente de Egipto hasta el Éufrates.

[8] Dieciocho años tenía Joaquín cuando comenzó a reinar, y reinó tres meses en Jerusalén. Su madre se llamaba Nejusta, hija de Elnatán, de Jerusalén. [9] Hizo el mal a los ojos de Yave, enteramente como lo había hecho su padre.

[10] En este tiempo subieron contra Jerusalén los servidores de Nabucodonosor, rey de Babilonia, y la ciudad fué asediada. [11] Nabucodonosor, rey de Babilonia, llegó a la ciudad mientras sus servidores la asediaban. [12] Entonces Joaquín, rey de Judá, salió al rey de Babilonia con su madre, sus servidores, sus jefes y sus eunucos. El rey de Babilonia le prendió el octavo año de su reinado. [13] Sacó de allí todos los tesoros del templo de Yave y los tesoros del palacio real; rompió todos los utensilios que Salomón, rey de Israel, había hecho para el templo de Yave, conforme a lo que Yave había anunciado. [14] Llevó cautiva a toda Jerusalén, a todos los jefes y a todos los hombres de importancia, en número de diez mil, con todos los carpinteros y herreros, no dejando más que a la gente pobre de la tierra. [15] Deportó a Joaquín a Babilonia, y llevó cautivos, de Jerusalén a Babilonia, a la madre del rey, a las mujeres del rey, a sus eunucos, a los grandes de la tierra; [16] a todos los hombres de armas, en número de siete mil, y a los carpinteros y herreros, en número de mil. A todos los hombres de valer, aptos para la guerra, el rey de Babilonia los llevó cautivos a Babilonia. [17] El rey de Babilonia puso por rey, en lugar de Joaquín, a Matanya, su tío, mudándole el nombre en el de Sedecías.

Sedecías, último rey de Judá. Asedio, toma y destrucción de Jerusalén.

[18] Veintiún años tenía Sedecías cuando comenzó a reinar, y reinó once años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jamital, hija de Jeremías, de Lobna.

[19] Hizo el mal a los ojos de Yave, enteramente como lo había hecho Joaquín. [20] Por la cólera de Yave contra Jerusalén y contra Judá, que Yave quería arrojar de su presencia. Sedecías se rebeló contra el rey de Babilonia.

25 [1] El año noveno del reinado de Sedecías, el día diez del mes décimo, Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino con todo su ejército contra Jerusalén, acampó ante ella, y levantaron contra ella ingenios en derredor. [2] La ciudad estuvo cercada hasta el año undécimo del reinado de Sedecías. [3] El día nueve del cuarto mes del año undécimo de Sedecías, era grande el hambre en la ciudad, y no había ya pan para la gente del pueblo. [4] Entonces abrieron brecha en la ciudad, y toda la gente de guerra huyó de noche por el camino de la puerta entre los dos muros, cerca del jardín del rey, mientras los caldeos tenían cercada la ciudad. Los huídos tomaron el camino del Araba; [5] pero el ejército de los caldeos persiguió al rey y le dió alcance en los llanos de Jericó, y todo su ejército se dispersó, dejándole. [6] Apresaron al rey y le llevaron al rey de Babilonia, a Ribla, y le sentenciaron. [7] Los hijos de Sedecías fueron degollados en su presencia; a Sedecías le sacaron los ojos, y cargado de cadenas de bronce, le llevaron a Babilonia.

[8] El día séptimo del quinto mes—era el año diecinueve del reinado de Nabucodonosor en Babilonia—Nebuzardán, jefe de la guardia, servidor del rey de Babilonia, entró en Jerusalén, [9] quemó el templo de Yave, el palacio real y todas las casas de Jerusalén de alguna importancia. [10] Todo el ejército de los caldeos, que estaba con el jefe de la guardia, demolió las murallas que rodeaban a Jerusalén. [11] Nebuzardán, jefe de la guardia, llevó cautivos a los que habían quedado en la ciudad, de los que se rindieron al rey de Babilonia, y al resto de la gente, [12] fuera de algunos pobres que dejó como viñadores y labradores.

[13] Los caldeos rompieron las columnas de bronce que había en la casa de Yave, los vasos, el mar de bronce, que había en la casa de Yave, y se llevaron el bronce a Babilonia. [14] Cogieron los ceniceros, las tenazas, las palas, los cuchillos, las tazas y todos los utensilios de bronce, con que se hacía el servicio. [15] El jefe de la

guardia cogió también los braseros y las copas y todo cuanto era de oro y cuanto era de plata. [16] Las dos columnas, el mar, las basas que Salomón había hecho para la casa de Yave; todos los utensilios de bronce tenían un peso incalculable. [17] La altura de una columna era de dieciocho codos, y tenía encima un capitel de bronce de tres codos de altura, y en derredor del capitel había trenzados y granadas, todo de bronce; y lo mismo la otra columna.

[18] El jefe de la guardia cogió a Sarayas, el sumo sacerdote, a Sofonías, el segundo sacerdote, y a los tres guardias del atrio; [19] y de la ciudad a un eunuco, que tenía a sus órdenes la gente de guerra, a cinco hombres de los consejeros del rey, que fueron encontrados en la ciudad, al secretario del jefe del ejército encargado del alistamiento, y a sesenta más del pueblo, que se hallaban en la ciudad. [20] Nebuzardán, jefe de la guardia, los cogió y los llevó a Ribla, al rey de Babilonia. [21] El rey de Babilonia les dió muerte en Ribla, en tierra de Hamat.

Así fué llevado cautivo Judá lejos de su tierra (1). [22] Nabucodonosor puso el resto del pueblo que quedaba en la tierra bajo el gobierno deGodolías, hijo de Ajicán, hijo de Safán. [23] Cuando los jefes de las tropas supieron, ellos y sus hombres, que Godolías había sido puesto por el rey de Babilonia como gobernador del territorio, vinieron a Godolías a Masfa, Ismael, hijo de Netanía, Jojanán, hijo de Careaj, Seraca, hijo de Tanjumet, de Neftoa, y Jozanía, hijo de un macateo, con sus gentes. [24] Godolías les juró a ellos y a sus hombres, diciéndoles: «No temáis nada de parte de los caldeos; quedaos en la tierra, servid al rey de Babilonia, y os irá bien.» [25] Pero el séptimo mes, Ismael, hijo de Netanía, hijo de Elisama, de sangre real, vino acompañado de diez hombres, e hirieron mortalmente a Godolías, así como a los judíos y caldeos que estaban con él en Masfa. [26] Entonces todo el pueblo, pequeños y grandes, los jefes y sus tropas, se levantaron y se fueron a Egipto, por temor que tenían de los caldeos.

[27] El año treinta y siete de la cautividad de Joaquín, rey de Judá, el día veintisiete del duodécimo mes, Evil Merodac, rey de Babilonia, el año primero de su reinado, alzó la cabeza de Joaquín, rey de Judá, y le sacó de la prisión. [28] Le habló con benevolencia, y puso su trono por encima de los tronos de los reyes que con él estaban en Babilonia. [29] Le hizo quitar sus vestidos de preso, y ya siempre comió a su mesa todo el tiempo de su vida. [30] El rey proveyó constantemente a su mantenimiento todo el tiempo de su vida.

(1) La causa de la ruina y la cautividad es la corrupción religiosa. Los reyes de Babilonia siguieron la política de los de Asiria. Al fin vino la prometida restauración, en la cual no participó sino un corto número de los cautivos, quedando otros muchos en medio de los pueblos paganos.

CRÓNICAS I

INTRODUCCION A LOS LIBROS DE LAS CRONICAS O PARALIPOMENOS

LOS libros precedentes vienen a ser una historia seguida, desde el principio del mundo, hasta la cautividad babilónica. Los Paralipómenos, con Esdras y Nehemías, contienen una historia paralela de la precedente, hecha con criterio distinto. Los dos de los Paralipómenos formaban en el texto hebreo un solo libro, que luego se dividió en dos, tomada de las versiones la división. El nombre hebreo equivale a Crónicas, Anales. *El de Paralipómenos les viene del griego, y vale tanto como cosas* preteridas, omitidas, *porque los traductores creyeron erróneamente que el fin del autor había sido consignar las cosas omitidas de los libros de Samuel y de los Reyes. Siendo tan clara la repetición de cosas, tomadas, según todas las apariencias, de aquellos libros, es manifiesto el error del nombre y su fundamento. Es, sin embargo, el nombre admitido. Los Paralipómenos contienen una historia de Israel, narrada desde el punto de vista del templo y del culto legítimo. El género de su composición es de compilación de documentos, retocados con adiciones aclaratorias, supresiones, correcciones, para amoldarlos mejor a su propósito, aunque con alguna divergencia, para cuya explicación habrá que recurrir a la doctrina de la reciente Encíclica de Pío XII acerca de los géneros literarios. El autor cita cuidadosamente sus fuentes. Los títulos de éstas llegan a catorce, aunque tal vez se reduzcan todas a una o dos obras generales de la historia de Israel.*

Se dividen en cuatro partes: la primera (I. Par. I-IX), que se extiende hasta David, está formada por listas genealógicas tomadas de los libros precedentes y de otros documentos particulares. Las listas, a veces repetidas y discordantes, muestran que tales documentos son más bien empadronamientos de las tribus o familias, realizados en distintas épocas, y que reflejan el estado

de las mismas en cada una. La segunda parte (X-XXIX), omitido Saúl, abarca la historia de David, como fundador del reino y del nuevo tabernáculo de Jerusalén, y preparador de todo lo necesario para la construcción del templo. Omite los pecados del rey. La tercera parte (II Par. I-IX) nos cuenta la ejecución de la gran obra preparada por David y realizada por Salomón. También guarda silencio sobre las caídas de éste. La cuarta parte (X-XXXVI) nos refiere la historia de Judá hasta el decreto de Ciro, que permitió la restauración del templo. Insiste en la historia de aquellos reyes que en diversas épocas más intervinieron en la reforma religiosa.

Para resolver ciertas dificultades históricas que algunos oponen, a causa de varios documentos que se citan y de sucesos que se narran, el lector tendrá una solución general en la Introducción núm. 15.

El autor de la obra es desconocido, aunque muchos la atribuyen a Esdras. La época de su composición, a juzgar por las genealogías de Zorobabel, que nos dan las versiones antiguas, no sería anterior al siglo IV, *en la época griega.*

CRONICAS I

Genealogías.

1 [1] Adán, Set, Enos, [2] Cainán, Malaleel, Jared, [3] Janoc, Metusela, Lamec, [4] Noé: Sem, Cam y Jafet.
[5] Hijos de Jafet: Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Mesec y Tiras.
[6] Hijos de Gomer: Asquenas, Difat y Togorma. [7] Hijos de Javán: Elisa, Tarsisa, Quitim y Rodanim.
[8] Hijos de Cam: Misraim, Put y Canán. [9] Hijos de Cus: Saba, Javila, Sabta, Raema, Sabteca. Hijos de Raema: Seba y Dadán.
[10] Cus engendró a Nimrod; éste comenzó a ser potente sobre la tierra. [11] Misraim engendró a los Ludim, los Anamim, los Leabim, los Naftujim, [12] los Patrusim y los Caslujim, de los que salieron los Pelistim y los Caftorim. [13] Canán engendró a Sidón, su primogénito, [14] y a Jet, a los Jebuseos, los Amorreos, los Guergueseos, [15] los Jeveos, los Arqueos, los Sineos, [16] los Arvadeos, los Semareos y los Jamateos.
[17] Hijos de Sem: Elam, Asur, Arfacsad, Lud y Aram; Us, Jul, Gueter y Mesec. [18] Arfacsad engendró a Salaj y Salaj engendró a Eber. [19] A Eber le nacieron dos hijos, el nombre del uno Peleg, porque en su tiempo se dividió la tierra, y el nombre de su hermano, Joctán. [20] Joctán engendró a Almodad, Selef, Jasarmavet, Jeraj, [21] Adoram, Uzal, Dicla, [22] Eval, Abimael, Seba, [23] Ófir, Abila y Jobab. Todos éstos son hijos de Joctán.

Los diez patriarcas desde Sem a Abraham.

[24] Sem, Arfacsad, Selaj, [25] Eber, Peleg, Reu, [26] Sarug, Najor, Teraj, [27] Abram que es Abraham.

Descendientes de Abraham.

[28] Hijos de Abraham: Isac e Ismael.
[29] Su posteridad:
Nabot, primogénito de Ismael, Quedar, Adbeel, Mibsam, [30] Misma, Duma, Masa, Jadad, Tema, Jetur, Nafis y Quedma. Estos son los hijos de Ismael.
[31] Hijos de Quetura, concubina de Abraham: Tuvo a Zimram, a Mocsam, a Medán, a Madián, a Jisbac y a Suaj. [32] Hijos de Jocsam: Seba y Dadán. [33] Hijos de Madián: Efa, Efer, Janoc, Abida y Elda. Estos son todos los hijos de Quetura.
[34] Abraham engendró a Isac. Hijos de Isac: Esaú e Israel.
[35] Hijos de Esaú: Elifaz, Reuel, Jeús, Jelam y Coré. [36] Hijos de Elifaz: Temán, Omar, Sefi, Guetam, Quenaz, Timna y Amalec. [37] Hijos de Reuel:

Najat, Zeraj, Samma y Miza. 38 Hijos de Seir: Lotán, Sobal, Sibeón, Ana, Disón, Eser y Disan. 39 Hijos de Lotán: Jori y Omán. Hermana de Lotán, Timna. 40 Hijos de Sobal: Abian, Manajat, Ebal, Sefi y Onam. Hijos de Sibeón: Aya y Ana. Hijo de Ana: 41 Disón. Hijos de Disón: Jamram, Esbam, Jitram y Queram. 42 Hijos de Eser: Bilán, Zaván y Jacán. Hijos de Disán: Uz y Arán.

43 He aquí los reyes que reinaron en la tierra de Edom antes que reinase rey alguno sobre los hijos de Israel: Bela, hijo de Beor; el nombre de su ciudad fué Dinaba. 44 Murió Bela y le sucedió Jobab, hijo de Zeraj, de Bosra. 45 Murió Jobab, y le sucedió Jusam, de la tierra de los Temanitas. 46 Murió Jusam y le sucedió Adad, hijo de Bedad. Este es el que destrozó a Madián en los campos de Moab. El nombre de su ciudad fué Avit. 47 Murió Adad y le sucedió Samla, de Masreca. 48 Murió Samla y le sucedió Saúl, de Rejobot del río. 49 Murió Saúl y le sucedió Baal-Jonán, hijo de Acbor. 50 Murió Baal-Jonán y le sucedió Hadad. El nombre de su ciudad fué Pahi, y el nombre de su mujer Metabeel, hija de Matred, hija de Mezahab. 51 Murió Hadad.

Los jefes de Edom fueron: el jefe Timna, el jefe Alya, el jefe Jetet, 52 el jefe Olibama, el jefe Ela, el jefe Pinon, 53 el jefe Quenaz, el jefe Teman, el jefe Mibsar, 54 el jefe Magdiel y el jefe Iram. Éstos son los jefes de Edom.

Los doce hijos de Jacob y los descendientes de Judá.

2 1 He aquí los hijos de Israel: Rubén, Simeón, Leví, Judá, Isacar, Zabulón, 2 Dan, José, Benjamín, Neftalí, Gad y Aser.

3 Hijos de Judá: Er, Onán y Sela; estos tres le nacieron de la hija de Sua, la cananea. El primogénito de Judá fué malo a los ojos de Yave, que le hizo morir. 4 Tamar, nuera de Judá, le dió Fares y Zeraj. En todo, los hijos de Judá, cinco.

5 Hijos de Fares: Hesrón y Jamul. 6 Hijos de Zeraj: Zimri, Hetán, Hemán, Calcol y Dara. En todo, cinco. 7 Hijo de Carmi: Acar, que conturbó a Israel cuando fué infiel acerca de las cosas dadas al anatema. 8 Hijo de Etán: Azaría.

9 Hijos que le nacieron a Esrón: Jerajmeel, Ram y Quelubai. 10 Ram engendró a Aminadab. Aminadab engendró a Nacsón, príncipe de los hijos de Judá; 11 Nacsón engendró a Salma; Salma engendró a Booz; 12 Booz engendró a Obed; Obed engendró a Isaí, 13 Isaí engendró a Eliab, su primogénito, a Abinadab, su segundo; a Simea el tercero; 14 a Netaneel, el cuarto; a Radai, el quinto; 15 a Osen, el sexto, y a David, el séptimo. 16 Sus hermanas fueron Sarvia y Abigail.

Hijos de Sarvia: Abisai, Joab y Azael; tres. 17 Abigail parió a Amasa El padre de Amasa fué Jeter, ismaelita.

18 Caleb, hijo de Esrón, tuvo hijos de Azuba, su mujer, y de Jeriot. Los hijos que tuvo de Azuba fueron: Jeser, Sobab y Ardón. 19 Murió Azuba y Caleb tomó a Efrat, que le parió a Jur. 20 Jur engendró a Uri, y Uri engendró a Betsael. 21 Luego entró Esrón a la hija de Maquir, padre de Galad, cuando tenía sesenta años, y ella le parió a Segub. 22 Segub engendró a Jair, que tuvo veintitrés ciudades en la tierra de Galad. 23 Los Guesureos y los Sirios les tomaron los burgos de Jair, con Quenat, y las ciudades de su dependencia: sesenta ciudades. Todos éstos eran hijos de Maquir, padre de Galad. 24 Después de la muerte de Esrón vino Caleb a Efrata; Abiya, mujer de Esrón, le parió a Asjur, padre de Tecoa.

25 Los hijos de Jerajmeel, primogénito de Esrón, fueron: Ram, el primogénito, Buna, Orén y Otsén, nacidos de Ajiya. 26 Jerajmeel tuvo otra mujer llamada Atara, que fué madre de Onam. 27 Los hijos de Ram, primogénito de Jerajmeel, fueron: Maas, Jamín y Equer. 28 Los hijos de Onam fueron: Samai y Jada. Hijos de Samai: Nadab y Abisur. 29 El nombre de la mujer de Abisur era Abijail y le parió a Ajbán y Molid. 30 Hijos de Nadab: Seled y Apaim. Seled murió sin hijos. 31 Hijo de Apaim, Iseí. Hijo de Iseí: Sesán. Hijo de Sesán, Ajlai. 32 Hijos de Jada, hermano de Samai: Jeter y Jonatán. Jeter murió sin hijos. 33 Hijos de Jonatán: Pelet y Zasa. Estos son los hijos de Jerajmeel. 34 Sesán no tuvo hijos, pero sí hijas. 35 Sesán tenía un esclavo egipcio llamado Jarja, y Sesán dió su hija por mujer a Jarja, su

esclavo, a quien le parió ella a Atai.
36 Atai engendró a Natán; Natán
engendró a Zabad; 37 Zabad engendró
a Efal; Efal engendró a Obed; 38 Obed
engendró a Jehú; Jehú engendró a
Azarías; 39 Azarías engendró a Jales;
Jales engendró a Elasa; 40 Elasa en-
gendró a Sismai; Sismai engendró a
Salum; 41 Salum engendró a Jecamya;
Jecamya engendró a Elisama.

42 Hijos de Caleb, hermano de Je-
rajmeel: Mesa, su primogénito, que
fué padre de Zif, y los hijos de Ma-
resa, padre de Hebrón. 43 Hijos de
Hebrón: Core, Tapuaj, Requen y
Sama. 44 Sama engendró a Rajam,
padre de Jorqueam. Requen engen-
dró a Samai. 45 Hijo de Samai: Aaón;
y Maón, padre de Betsu. 46 Efa, con-
cubina de Caleb, parió a Jarán, Mosa
y Gazez. Jarán engendró a Gazez.
47 Hijos de Jodaim: Reguem, Jotán,
Guesam, Pelet, Efa y Saaf. 48 Maaca,
concubina de Caleb, parió a Seber y
Tircana. 49 También parió a Saaz,
padre de Madmana, y a Seba, padre
de Majbena y padre de Guibea. Hija
de Caleb fué Acsa.

50 Estos fueron hijos de Caleb:
Sobal, hijo de Jur, primogénito de
Efrata, y Sobal, padre de Quiryat-
Jearim; 51 Salma, padre de Betlejem;
Jaret, padre de Bet-Gader.

52 Los hijos de Sobal, padre de
Quiryat-Jearim, fueron: Aroe, Jasi
el menajita. 53 Las familias de Quiryat-
Jearim fueron: los Jeturianos, los
Pucianos, los Sumacianos y los Mis-
reenos; de estas familias salieron los
Soreacianos y los Estatolianos. 54 Hi-
jos de Salma: Betlejem y los Neto-
pacianos, Astoret, Bet-Joab, Jasi,
los manajteos, los sorenos, 55 y las
familias de escribas que habitan en
Jabes; los Tireacianos, los Simeacia-
nos y los Sucacianos. Estos son los
Queneos, descendientes de Jamat,
padre de la casa de Recab.

Los descendientes de David.

3 1 He aquí los hijos de David que
le nacieron en Hebrón: el primo-
génito, Amnón, de Ajinoám, de Jez-
rael; el segundo Daniel, de Abigail,
de Carmel; 2 el tercero Absalón, de
Maaca, hija de Talmai, rey de Gesur;
el cuarto Adoniya, hijo de Agit; 3 el
quinto Sefatya, de Abital; el sexto
Jitream, de Egla, su mujer. 4 Estos
seis le nacieron en Hebrón. Reinó
allí siete años y seis meses, y en
Jerusalén treinta y tres años.

5 He aquí los que le nacieron en
Jerusalén: Simea, Sobab, Natán y
Salomón, cuatro de Betsabé, hija de
Ammiel; 6 Jibjar, Elisama, Elifelet,
7 Noga, Nefeg, Jafia, 8 Elisama,
Elyada y Elifelet: nueve. 9 Todos es-
tos fueron hijos de David, y además
los hijos de las concubinas. Tamar
fué su hermana. 10 Hijos de Salomón:
Roboam; Abiya, su hijo; Asa, su hijo;
Josafat, su hijo; 11 Joram, su hijo;
Ococías, su hijo; Joás, su hijo; 12 Ama-
sías, su hijo; Azarías, su hijo, Jotán,
su hijo; 13 Ajaz, su hijo; Ezequías, su
hijo; Manasés, su hijo: 14 Amón, su
hijo; Josías, su hijo. 15 Hijos de
Josías: el primogénito, Jojanán; el
segundo, Joaquim; el tercero, Sede-
cías; el cuarto, Salum. 16 Hijos de
Joaquim: Jeconías, su hijo; Sedecías,
su hijo; 17 Hijos de Jeconías: Asir,
cuyo hijo fué Salatiel, 18 Malquiram,
Pedaya, Senasar, Jeconías, Hosama
y Nedabia. 19 Hijos de Pedaya: Zoro-
babel y Simei. Hijos de Zorobabel:
Mesulam y Hananía; Selomit, su her-
mana; 20 y Hasaba, Ohel, Berequía,
Jasadía, Jusab, Jesed, cinco. 21 Hijos
de Jananía: Pelatia y Jisaya; los hijos
de Refaya, los hijos de Arnan, los
hijos de Abdías, los hijos de Secanía.
22 Hijos de Secanía: Semaeya. Hijos
de Semaeya: Jatus, Jigueal, Bariaj,
Nearia y Safat, seis. 23 Hijos de Nea-
ria: Elyoenai, Ezequías y Azricam,
tres. 24 Hijos de Elyoenai: Jodavía,
Elyosib, Pelaya, Acub, Jojanán, De-
laya y Anani, siete.

Descendientes de Judá.

4 1 Hijos de Judá: Peres, Jesrón,
Carmi, Jur y Sobal. 2 Reaya, hijo
de Sobal, engendró a Jajat; Jajat
engendró a Ajumai y Lahad. Estas
son las familias de los Sareatitas.
3 He aquí los descendientes del padre
de Etam: Jezrael, Jisma y Jidbas.
El nombre de su hermana era Hasel-
poni. 4 Penuel fué padre de Guedor,
y Ezer padre de Jusa. Estos son los
hijos de Jur, primogénito de Efrata,
padre de Bethlejem.

5 Asjur, padre de Tecoa, tuvo dos
mujeres: Jelea y Naara. 6 Naara le
parió a Ajuzam, Jefer, Temeni y
Ajastari; éstos son los hijos de Naara.
7 Hijos de Elea: Seret, Jesojar y
Etnán.

8 Cos engendró a Annut y Asobeba y las familias de Ajarjel, hijo
de Arum. 9 Jaebes fué más ilustre que
sus hermanos. Su madre le dió el
nombre de Jaebes, diciendo: «Porque
le he parido con dolor.» 10 Jaebes
invocó al Dios de Israel, diciendo:
«Si me bendices y ensanchas mis términos y está conmigo tu mano y me
preservas de mal de modo que yo
no padezca...» Y Dios le dió lo que
le había pedido.
11 Quelub, hermano de Suja, engendró a Maquir, que fué padre de
Estón. 12 Estón engendró la casa de
Rafa, Paseaj y Tejina, padre de la
ciudad de Najas. Estos son los hombres de Reca. 13 Hijos de Quenaz:
Otoniel y Serai. Hijo de Otoniel:
Jatat. 14 Meonatai engendró a Ofra.
Sarvia engendró a Joab, padre del
valle de las herrerías, pues eran
herreros.
15 Hijos de Caleb, hijo de Jefone:
Iru, Ela y Naán; y el hijo de Ela,
Quenaz.
16 Hijos de Heleleel: Zif. Zifa,
Tirya y Asarel.
17 Hijos de Esdras: Jeter, Mered,
Efer y Jalóm. La mujer de Mered
parió a Miriam, Samai y Jisbaj,
padre de Estemoa. 18 Su mujer, Odia,
parió a Jered, padre de Guedor, a
Jeber, padre de Soco, y a Jecutiel,
padre de Zanoaj. Estos son los hijos
de Bitia, hija de Haraón, que Mered
tomó por mujer. 19 Hijos de la mujer
de Odias, hermana de Najam: el
padre de Queila, el Garmita, y Estemoa, el Macateo.
20 Hijos de Simón: Ammón, Rina,
Ben-Janán y Tiloa. Hijos de Jisei:
Zojet y Ben-Zojet.
21 Hijos de Sela, hijo de Judá: Er,
padre de Leca; Laeda, padre de Maresa; y las familias de la casa donde
se trabaja el lino, la casa de Arseba,
22 y Joaquim y los hombres de Cozeba, y Joas y Sarat, que dominaron
en Moab y Jasubi Lejem. Estas son
casas antiguas. 23 Estos eran alfareros y habitaban en plantaciones y
parques, cerca del rey, y trabajaban
para él.

Descendientes de Simeón.

24 Hijos de Simeón: Nemuel, Jamín,
Jarib, Zeraj y Saúl. Hijos de Saúl:
25 Salum, Mibsam, su hijo; Misma, su
hijo. 26 Hijos de Misma: Hamuel, su
hijo; Zacur, su hijo; Simei, su hijo.
27 Simei tuvo dieciséis hijos y seis
hijas. Sus hermanos no tuvieron muchos hijos y sus familias no se multiplicaron tanto como las de los hijos
de Judá. 28 Habitaban en Berseba,
en Molada, en Jasar, en Sual, 29 en
Bila, en Esen, en Tolad, 30 en Batuel,
en Jorma, en Siceleg, 31 en Bet-Marjabot, en Jasar, en Susim, en Bet-Birei y en Saaraim. Estas fueron sus
ciudades hasta el reino de David, y
sus pueblos. 32 Tenían también Etam,
Ain, Rimmón, Toquen y Asán, cinco
ciudades, 33 y todos los pueblos en
derredor de estas ciudades, hasta
Baal. Estas son sus habitaciones y
sus genealogías.
34 Mesebab, Jamlec; Josa, hijo de
Amasia; 35 Joel, Jehú, hijo de Josibia;
hijo de Seraya, hijo de Ariel; 36 Elyoenai, Jacoba, Jesojaia, Asaya, Adiel,
Jesimiel, Benaya, 37 Ziza, hijo de
Sifei, hijo de Aon, hijo de Jedaya,
hijo de Simri, hijo de Semaya. 38 Estos,
por sus nombres, eran príncipes en
sus familias, y sus casas paternas
tomaron gran incremento. 39 Fueron
del lado de Guedor, hasta el oriente
del valle, en busca de pastos para sus
ganados. 40 Hallaron hierba y buenos
pastos y una región vasta, tranquila
y apacible; los que antes la habitaron
descendían de Cam. 41 Estos, descritos
por sus nombres, vinieron en tiempo
de Ezequías, rey de Judá, y atacaron
sus tiendas y las habitaciones que allí
hallaron, y los destruyeron hasta hoy,
habitando en su lugar, por haber allí
pastos para sus ganados. 42 También
quinientos de ellos, de los hijos de
Simeón, se fueron al monte de Seir,
llevando por jefes a Pelatia, Nearias,
Rofaias y Oziel, hijos de Isi; 43 y
derrotaron a las reliquias que habían
quedado de Amalec, y habitaron allí
hasta hoy.

Descendientes de Rubén.

5 1 Hijos de Rubén, primogénito de
Israel. Era el primogénito; mas
por haber manchado el lecho de su
padre, el derecho de primogenitura
fué dado a los hijos de José, hijo de
Israel, y no fué contado en las genealogías como primogénito. 2 Judá fué
en verdad poderoso entre sus hermanos, y el príncipe de ellos, pero el
derecho de primogenitura fué de José.
3 Hijos de Rubén, primogénito de

Israel: Janoc, Palu, Hesrón y Carmi.
4 Hijos de Joel: Semeia, su hijo,
Gog, su hijo; Simai, su hijo; 5 Mical
su hijo; Reaya, su hijo: Baal, su hijo.
6 y Beera, su hijo, que llevó cautivo a
Asiria Teglat-Falasar, rey de Asiria;
era príncipe de los rubenitas. 7 Hermanos de Berám, según sus familias, tacomo fueron registrados en las genealogías según sus generaciones: el primero Jeiel; Zacarías; 8 Bela, hijo de Azaz,
hijo de Sema, hijo de Joel. Nela habitó en Aroer, hasta Nebo y Baal,
Meon; 9 al oriente habitaba hasta la
entrada del desierto, desde el río
Eufrates, pues tenía muchos ganados
en la tierra de Galad. 10 En tiempo
de Saúl hicieron la guerra a los Agareos, que cayeron en su poder, y habitaron en sus tiendas en todo el
lado oriental de Galad.

Descendientes de Gad.

11 Enfrente de ellos habitaban los
hijos de Gad, en la tierra de Basán,
hasta Salca. 12 Joel, el primero; Safán,
el segundo: Jaenai y Safat, en Basán.
13 Sus hermanos, según las casas de
sus padres: Micael, Mesulam, Seba,
Joraim, Jaecan, Zia y Eber; siete.
14 He aquí los hijos de Abigail, hijo
de Juri, hijo de Jaroaj, hijo de Galad,
hijo de Micael, hijo de Jesisai, hijo
de Jajdo, hijo de Buz; 15 Aji hijo de
Abdiel, hijo de Guni, era el jefe de
las casas de sus padres. 16 Habitaban
en Galad, en Basán y en las ciudades
de su dependencia, y en los ejidos de
Sarón, hasta sus límites. 17 Fueron
registrados todos en las genealogías
en tiempo de Jotam, rey de Judá,
y en tiempos de Jeroboam, rey de
Israel.
18 Los hijos de Rubén y de Gad y
de la media tribu de Manasés eran
valerosos, llevaban escudo y espada
y eran diestros en la guerra, en número de cuarenta y cuatro mil setecientos sesenta, aptos para la guerra;
19 Hicieron la guerra a los Agareos,
a Jetur, a Nafis, y a Nodab. 20 Fueron
ayudados contra ellos, y los Adareos
y cuantos estaban con ellos cayeron
en sus manos, pues durante la lucha
clamaron a Dios, que los oyó por
haber confiado en él. 21 Tomaron sus
ganados, cincuenta mil camellos, doscientas cincuenta mil ovejas, dos mil
asnos y cien mil personas, 22 pues
hubo muchos muertos, porque el combate venía de Dios. Se establecieron
en su lugar, hasta el tiempo en que
fueron llevados a la cautividad.

Descendientes de la media tribu de Manasés.

23 Los hijos de la media tribu de
Manasés habitaban la región desde
Basán hasta Baal Hermón, y Sanir,
y la montaña de Hermón. Eran numerosos. 24 He aquí los jefes de las
casas de sus padres: Efer, Jisui, Elici,
Azriel, Jeremías, Jodavía y Jajdiel,
hombres valerosos, gente de fama,
jefes de las casas de sus padres.
25 Pero pecaron contra el Dios de
sus padres y se prostituyeron tras
los dioses de las gentes de la tierra,
que Dios había destruído ante ellos;
26 y el Dios de Israel incitó contra
ellos el espíritu de Pul, rey de Asiria,
y el espíritu de Teglat-Falasar, rey
de Asiria; y Teglat-Falasar llevó cautivos a rubenitas, gaditas y a la
media tribu de Manasés, y los condujo a Calaj, Jabor, Jara y al río
Gozán, donde habitan hasta hoy.

Descendientes de Leví.

6 1 Hijos de Leví: Gersón, Caat
y Merari. 2 Hijos de Caat: Amram, Jitsear, Hebrón y Uziel. 3 Hijos
de Amram: Arón, Moisés y María.
Hijos de Arón: Nadab, Abiú, Eleazar
e Itamar. 4 Eleazar engendró a Fines;
Fines engendró a Abisúa; 5 Abisúa
engendró a Buqui; Buqui engendró
a Uzi; 6 Uzi engendró a Zerajya;
Zerajya engendró a Merajot; 7 Merajot engendró a Amaría; Amaría engendró a Ajitub; 8 Ajitub engendró
a Sadoc; Sadoc engendró a Ajimas;
9 Ajimas engendró a Azaría; Azaría
engendró a Jojanán; 10 Jojanán engendró a Azarías, que ejerció el
sacerdocio en la casa que Salomón
y edificó en Jerusalén; 11 Azarías engendró a Amarías; 12 Amarías engendró a Ajitub; Ajitub engendró a
Sadoc; Sadoc engendró a Salum;
13 Salum engendró a Helcías; Helcías engendró a Azarías; 14 Azarías
engendró a Seraía; Seraía engendró
a Jeosadac; 15 Jeosadac fué a la
cautividad, cuando Yave trasladó a
Judá y a Jerusalén por mano de
Nabucodonosor.
16 Hijos de Leví: Gersón, Caat y

Merari. 17 He aquí los nombres de
los hijos de Gersón: Libni y Simei.
18 Hijos de Caat: Amram, Jitsear,
Hebrón y Uziel. 19 Hijos de Merari:
Majli y Musi. Estas son las familias
de Leví, según sus padres.
20 De Gersón: Libni, su hijo; Jajat,
su hijo; Zimma, su hijo; 21 Joaj,
su hijo; Ido, su hijo; Zeraj, su hijo;
Jeatrai, su hijo; 22 Hijos de Caat:
Aminadab, su hijo; Core, su hijo;
Asir, su hijo; 23 Elcana, su hijo;
Ebyasaf, su hijo; Asir, su hijo;
24 Tajat, su hijo; Oriel, su hijo;
Ozías, su hijo; Saúl, su hijo. 25 Hijos
de Elcana: Amasaí y Ajimot; Elcana,
su hijo; 26 Elcana Sofaim, su hijo;
Najat, su hijo; 27 Eliab, su hijo
Jerojam, su hijo; Elcana, su hijo;
28 y los hijos de Samuel, el primo-
génito, Joel, y el segundo, Abiya.
29 Hijos de Merari: Majli; Libni, su
hijo; Simei, su hijo; Uza, su hijo;
30 Simea, su hijo; Jaguiya, su hijo;
Asuya, su hijo.
31 He aquí los que puso David
para dirigir el canto en la casa
de Yave, después que el arca tuvo
un lugar de reposo. 32 Servían de can-
tores ante el tabernáculo, ante la
tienda de la reunión, hasta que Salo-
món edificó la casa de Yave en Jeru-
salén, en la que hicieron su servicio
según las reglas que les fueron pres-
critas. 33 He aquí los que asistían
con sus hijos: De entre los hijos de
Caat, Hemán, cantor, hijo de Joel,
hijo de Samuel, 34 hijo de Elcana,
hijo de Jerojam, hijo de Eliel, hijo
de Toaj, 35 hijo de Suf, hijo de
Elcana, hijo de Majat, hijo de Ama-
saí, 36 hijo de Elcana, hijo de Joel,
hijo de Azaría, hijo de Sofonía,
37 hijo de Tajat, hijo de Asir, hijo
de Ebiasaf, hijo de Core, 38 hijo
de Jitsear, hijo de Caat, hijo de
Leví, hijo de Israel. 39 Su hermano
Asaf estaba a su derecha: Asaf,
hijo de Baraquías, hijo de Sima,
40 hijo de Micael, hijo de Basías,
hijo de Malaquías, 41 hijo de Aramei,
hijo de Zeraj, hijo de Adaya, 42 hijo
de Etán, hijo de Zima, hijo de Simei,
43 hijo de Jojat, hijo de Gersón,
hijo de Leví. 44 Además, los hijos
de Merari estaban a su izquierda:
Etán, hijo de Cusi, hijo de Abdi,
hijo de Maluc, 45 hijo de Asabías,
hijo de Amasías, hijo de Helcías,
46 hijo de Amasaí, hijo de Bani,
hijo de Semer, 47 hijo de Majalí, hijo
de Musí, hijo de Merari, hijo de Leví.
48 Sus hermanos los levitas fueron
puestos a todo el ministerio del
tabernáculo de la casa de Dios.
49 Arón y sus hijos eran los que ofre-
cían los sacrificios en el altar de los
holocaustos y el incienso en el altar
de los perfumes, cumpliendo estos
servicios en el lugar santísimo y
haciendo la expiación por Israel,
según cuanto había mandado Moisés,
siervo de Dios.
50 He aquí los hijos de Arón:
Eleazar, su hijo; Fines, su hijo;
Abisúa, su hijo; 51 Buqui, su hijo;
Uzi, su hijo; Zerajya, su hijo; 52 Me-
rajot, su hijo; Amaría, su hijo; Ajitub,
su hijo; 53 Sadoc, su hijo; Ajima,
su hijo.
54 He aquí sus habitaciones según
sus términos y los límites que les
fueron señalados: a los hijos de Arón,
de la familia de los caatitas, que
fueron los primeros señalados por la
suerte, 55 se les dió Hebrón, en la
tierra de Judá, y sus contornos;
56 pero el territorio de la ciudad y
sus pueblos fueron atribuídos a Caleb,
hijo de Jefone. 57 A los hijos de Arón
se les dieron: la ciudad de refugio de
Judá, Hebrón y Lobna con sus con-
tornos; Asán, con sus contornos;
58 Jeter y Estemo, con sus contor-
nos; Jelón y sus contornos; Davir
y sus contornos; 59 Asán y sus con-
tornos; Betsames y sus contornos.
60 De la tierra de Benjamín, Gueba,
con sus contornos, y Anatot, con
sus contornos. Todas sus ciudades
fueron trece, según sus linajes.
61 A los otros hijos de Caat dió
la suerte diez ciudades de familias
de la tribu de Efraím, de la tribu
de Dan y de la media tribu de Mana-
sés. 62 Los hijos de Gersón, según
sus familias, tuvieron trece ciuda-
des de la tribu de Isacar, de la tribu
de Aser, de la tribu de Neftalí y
de la tribu de Manasés en Basán.
63 Los hijos de Merari, según sus
familias, tuvieron por suerte doce
ciudades de la tribu de Rubén, de
la tribu de Gad y de la tribu de Za-
bulón.
64 Los hijos de Israel dieron a los
levitas estas ciudades y sus con-
tornos. 65 Diéronles por suerte de la
tribu de los hijos de Judá, de la tribu
de los hijos de Simeón, y de la tribu
de los hijos de Benjamín, las ciudades
que designaron con sus nombres.
66 Para las otras familias de los hijos
de Caat, las ciudades de su terri-

torio fueron de la tribu de Efraím.
67 Les dieron la ciudad de refugio,
Siquem, y sus contornos en la mon-
taña de Efraím; Guezer y sus con-
tornos; 68 Jocmeam y sus contornos;
Betorón y sus contornos; 69 Ayalón
y sus contornos; Gat Rimón y sus
contornos; 70 y de la media tribu de
Manasés, Aner y sus contornos; Bi-
leam y sus contornos, para las otras
familias de los hijos de Caat.
71 Se dió a los hijos de Gersón:
de las familias de la media tribu
de Manasés, Golán en Basán y sus
contornos; Astarot y sus contornos;
72 de la tribu de Isacar, Quedes y
sus contornos; Dobrat y sus con-
tornos; 73 Ramot y sus contornos,
y Anem y sus contornos; 74 de la
tribu de Aser, Masal y sus contornos;
Abdón y sus contornos; 75 Jacot y
sus contornos; y Rejab y sus con-
tornos; 76 y de la tribu de Neftalí:
Quedes de Galilea y sus contornos;
Jammón y sus contornos, y Quirya-
taím y sus contornos.
77 El resto de los levitas, a los
hijos de Merari, se les dieron: de la
tribu de Zabulón, Rimono y sus
contornos y Tabor y sus contornos;
78 y del otro lado del Jordán, frente
a Jericó, al oriente del Jordán: de
la tribu de Rubén, Betser, en el
desierto, y sus contornos; Jasa y sus
contornos; 79 Quedemot y sus con-
tornos; Mefat y sus contornos; 80 y
de la tribu de Gad, Ramot de Galad
y sus contornos, y Jazer y sus con-
tornos.

Descendientes de Isacar.

7 1 Hijos de Isacar: Tola, Túa,
Jasub y Simrom, cuatro. 2 Hijos
de Tola: Uzi, Refaya, Jeriel, Jajmai,
Jibsan y Samuel, jefes de las casas
de sus padres, de Tola, hombres
valerosos en sus generaciones. Su
número al tiempo de David, era de
veintidós mil seiscientos. 3 Hijo de
Uzi: Jizraya. Hijos de Jizraya: Mi-
cael, Abdías, Joel, Jisya, en todo
cinco jefes. 4 Tenían según sus gene-
raciones, según las casas de sus pa-
dres, treinta y seis mil hombres
armados para la guerra, pues eran
muchas sus mujeres e hijos. 5 Sus
hermanos de todas las familias de
Isacar, hombres valerosos, hacían
un total de ochenta y siete mil,
registrados en las genealogías.

Descendientes de Benjamín.

6 Hijos de Benjamín: Bela, Bequer
y Jediael, tres. 7 Hijos de Bela:
Esbón, Uziel, Jerimot e Irir, cinco
jefes de las casas de sus padres,
hombres valerosos, registrados en las
genealogías, en número de veintidós
mil treinta y cuatro. 8 Hijos de Be-
quer: Zemira, Joós, Eliezer, Elyoenai,
Omri, Jeremot, Abiya, Anatot y
Alamet, todos hijos de Bequer, 9 regis-
trados en las genealogías según sus
generaciones, como jefes de las casas
de sus padres, hombres valerosos, en
número de veinte mil doscientos.
10 Hijo de Jediael: Bilán. Hijos de
Bilán: Jehús, Benjamín, Ehud, Que-
nana, Zetán, Tarsis y Ajisajar, 11 todos
hijos de Jediael, jefes de las casas
de sus padres, hombres valerosos en
número de diecisiete mil doscientos,
en estado de tomar las armas para
ir a la guerra.
12 Los Supim y los Jupim fueron
hijos de Ira; y los Jusim, hijos de
Ajer.
13 Hijos de Neftalí: Jajasiel, Guni,
Jerer y Salum, hijos de Bila.

Descendientes de Manasés.

14 Hijos de Manasés: Asriel, que
le dió su concubina siria, que parió
también a Maquir, padre de Galad.
15 Maquir tomó una mujer de los
Jupim y Supim. La hermana se
llamaba Maaca. El nombre de su
segundo hijo fué Selofjad. Selofjad
tuvo hijas. 16 Maaca, mujer de Ma-
quir, parió un hijo y le llamó Peres;
su hermano se llamó Seres, 17 y
fueron sus hijos Ulam y Requem.
Hijo de Ulam: Bedán. Estos son los
hijos de Galad, hijo de Maquir, hijo
de Manasés. 18 Su hermana Hamo-
lequet parió a Isjod, a Abiezer y a
Majla. 19 Los hijos de Semida fueron:
Ajiam, Siquem, Liqji y Aniam.

Descendientes de Efraím.

20 Hijos de Efraím: Sutelaj, Bered,
su hijo: Tajar, su hijo; Eleada, su
hijo; Tajat, su hijo; 21 Zabad, su
hijo; Sutelaj, su hijo; Ezer y Elead.
Los hombres de Gat naturales del
territorio los mataron cuando baja-
ban para recoger sus ganados.
22 Efraím, su padre, hizo mucho tiem-

po duelo por ellos, y sus hermanos vinieron a consolarle. 23 Después entró a su mujer, que concibió y parió un hijo, llamándole Beria, porque su casa estaba en la desgracia.

24 Tuvo por hija a Sera, que edificó a Betorón, el bajo y el alto, y a Uzensera. 25 Reaj, su hijo, y Reset; Telaj, su hijo; Taján, su hijo; 26 Laedán, su hijo; Amihud, su hijo; Elisama, su hijo; 27 Nun, su hijo; Josué, su hijo.

28 Tenían por posesión y habitación Betel y las ciudades de su dependencia; al oriente, Narón; al occidente, Guezer y las ciudades de su dependencia; Siquem y las ciudades de su dependencia, hasta Gaza y las ciudades de su dependencia. 29 Los hijos de Manasés poseían Bet-Sean y las ciudades de su dependencia. Tanac y las ciudades de su dependencia, Megiddo y las ciudades de su dependencia, Dor y las ciudades de su dependencia. En estas ciudades habitaron los hijos de José, hijo de Israel.

Descendientes de Aser.

30 Hijos de Aser: Jimna, Jisva, Jisvi, y Beria, y Seraj su hermana. 31 Hijos de Beria: Jeber y Malquiel. Malquiel fué padre de Birzavit, 32 y Jeber engendró a Jaflet, Somer, Jotán y a Súa, su hermana. 33 Hijos de Jaflet: Pasac, Bimal y Asevat. Estos son los hijos de Jaflet. 34 Hijos de Somer: Aji, Roega, Juba y Aram. 35 Hijos de Elem, su hermano: Sofaj, Jimna, Seles y Amal. 36 Hijos de Sofaj: Suaj, Jarnefer, Sual, Beri, Jimra, 37 Beser, Hod, Samma, Silsa, Jitrán y Beera. 38 Hijos de Jeter: Jefone, Pispa y Ara. 39 Hijos de Ula: Araj, Janiel y Risya. 40 Todos estos hijos de Aser, jefes de las casas de sus padres, hombres selectos y valerosos, jefes de príncipes, registrados en número de veintiséis mil hombres en estado de tomar las armas para la guerra.

Descendientes de Benjamín.

8 1 Benjamín engendró a Bela, su primogénito; Asbel, el segundo; Ajraj, el tercero; 2 Noja, el cuarto, y Rafa, el quinto. 3 Hijos de Bela: Adar, Guera, Abihud, 4 Abisúa, Naamán, Ajoaj, 5 Guera, Sefufán y Juram. 6 He aquí los hijos de Ejud, que eran jefes de familias entre los habitantes de Gueba, y fueron a Manajat: 7 Namán, Ajías y Guera. Este los condujo y engendró a Uza y Ajud.

8 Sajaraín engendró hijos en la tierra de Moab, después de haber dejado a Jusim y a Bara, que eran sus mujeres. 9 Tuvo de Jodes, su mujer: a Jobab, Sibia, Mesa, Malcam, 10 Jeus, Sequiya y Mirma. Estos son sus hijos, jefes de familia. 11 Tuvo de Jusim: Abitub y Elpaal. 12 Hijos de Elpaal: Heber, Misán y Semed, que edificó Ono, Lod y las ciudades de su dependencia. 13 Beria y Sema, que eran jefes de familia entre los habitantes de Ayalón, hicieron huir a los habitantes de Get.

14 Ajio, Sasac, Jeremot, 15 Zebadías, Arad, Heder, 16 Micael, Jispa y Joja, hijos de Beerías. 17 Zebadías, Mesulam, Jizgui, Jeber, 18 Jismerai, Jizlia y Jobab, hijos de Elpaal. 19 Jaquim, Zicri, Zabdi, 20 Elyoenai, Silitai, Eliel, 21 Adaia, Baraya, Semarat, hijos de Semeí. 22 Jispán, Eber, Eliel, 23 Adón, Zicri, Janán, 24 Jananía, Hetam, Anatotías, 25 Jifdaías y Peniel, hijos de Sasac. 26 Samserai, Sejarías, Atalía, Atolía, 27 Jarsias, Elías, Zicri, hijos de Jerojam.

28 Estos eran jefes de familias según sus linajes. Habitaban en Jerusalén.

29 El padre de Gabaón habitaba en Gabaón. El nombre de su mujer fué Maaca, 30 Abdón su hijo primogénito; después Sur, Quis, Baal, Nadab, 31 Guedor, Ajía y Zequer. 32 Mielot engendró a Simea. Estos habitaron también con sus hermanos en Jerusalén. 33 Ner engendró a Quis; Quis engendró a Saúl; Saúl engendró a Jonatán, Malquisua, Abinadab y Esbal. 34 Hijo de Jonatán fué Meribaal, y Meribaal engendró a Mica. 35 Hijos de Mica: Pitón, Melec, Tarea y Ajaz. 36 Ajaz engendró a Joada; Joada engendró a Alemet, Azmavet y Zimri; Zimri engendró a Mosa, 37 y Mosa engendró a Bina; Rafa, su hijo; Eleasa, su hijo; Asel, su hijo; 38 Asel tuvo seis hijos: Arricam, Bocru, Ismael, Searías, Obadías y Jonán. Estos fueron hijos de Asel. 39 Los hijos de Esec, su hermano; Ulán, su primogénito; Jehú, el segundo; Elifelet, el tercero. 40 Los hijos de Ulán eran fuertes y valero-

sos, diestros arqueros. Tuvieron muchos hijos y nietos, ciento cincuenta.

Habitantes de Jerusalén a la vuelta de la cautividad.

9 [1] Todo Israel está registrado en las genealogías e inscrito en el libro de los reyes de Israel.

Judá fué por sus infidelidades llevado cautivo a Babilonia. [2] Los primeros habitantes que entraron en sus posesiones, en sus ciudades, eran israelitas, sacerdotes, levitas y netineos. [3] En Jerusalén habitaron hijos de Judá, hijos de Benjamín e hijos de Efraím y Manasés. [4] De los hijos de Peres, hijo de Judá: Utai, hijo de Amiud, hijo de Omri; hijo de Imri, hijo de Bani. [5] De los silonitas: Asaya, el primogénito, y sus hijos. [6] De los hijos de Zerej: Jehuel y sus hermanos, seiscientos noventa. [7] De los hijos de Benjamín: Salu, hijo de Mesulan, hijo de Jodavía, hijo de Asenúa; [8] Jibnea, hijo de Jerojam; Ela, hijo de Uzi, hijo de Micri; Mesulam, hijo de Sefatya, hijo de Reuel, hijo de Jibniya; [9] y sus hermanos, según sus generaciones, novecientos cincuenta y seis. Todos éstos eran jefes de familias en las casas de sus padres.

[10] Sacerdotes: Jedaya, Jeoyarib; Jaquim, [11] Azaría, hijo de Helcías, hijo de Mesulan, hijo de Sadoc, hijo de Merayot, hijo de Ajitub, jefe de la casa de Dios; [12] Adaya, hijo de Jerojam, hijo de Pasjur, hijo de Malquiya; Maesai, hijo de Adiel, hijo de Jazerat, hijo de Mesulam, hijo de Mesilamit, hijo de Immer, [13] y sus hermanos, jefes de las casas de sus padres, mil setecientos sesenta hombres vigorosos, ocupados en el servicio de la casa de Dios.

[14] De los levitas: Semeya, hijo de Jasub, hijo de Arricam, hijo de Jasabía, de los hijos de Merari: [15] Bacbacar, Jeres, Galal, Matania, hijo de Miqueas, hijo de Zicri, hijo de Asaf; [16] Abdías, hijo de Semeya, hijo de Galal, hijo de Jedutum; Berequías, hijo de Asa, hijo de Elcana, que habitó en los poblados de Netopat. [17] Y los porteros: Salum, Acub, Talmón, Ajmán y sus hermanos; Salum era el jefe, y hasta ahora está a la puerta del rey, a oriente. [18] Estos son los porteros de entre los levitas. [19] Salum, hijo de Core, hijo de Ebiasaf, hijo de Coraj, y sus hermanos de la casa de su padre. Los coreítas tenían a su cargo la guardia de la entrada de la tienda; sus padres habían hecho la guardia de la entrada al campo de Yave, [20] y Fines, hijo de Eleazar, fué antes su jefe. Y Yave estuvo con él. [21] Zacarías, hijo de Meselemía, era portero de la entrada de la tienda de la reunión. [22] Eran, en todo, ciento doce elegidos para porteros de la entrada, y registrados en las genealogías según sus ciudades. David y Samuel, el vidente, los habían nombrado para sus funciones. [23] Ellos y sus hijos guardaban las puertas de la casa de Yave y de la casa de la tienda. [24] Había porteros a los cuatro vientos, a oriente y a occidente, a norte y a mediodía. [25] Sus hermanos, que habitaban en sus ciudades, tenían que venir de tiempo en tiempo por siete días; [26] pero estos cuatro jefes de los porteros, estos levitas, estaban siempre en funciones, y tenían además a su cargo la vigilancia de las cámaras y de los tesoros de la casa de Dios; [27] pasaban la noche en torno a la casa de Dios, cuya guarda tenían, y habían de abrir cada mañana.

[28] Algunos levitas estaban al cuidado de los utensilios de servicio, que recibían por cuenta y entregaban por cuenta. [29] Otros cuidaban de todos los utensilios del santuario, sobre la harina de flor, el vino, el aceite, el incienso y los aromas. [30] Los hijos de los sacerdotes hacían la mezcla de los perfumes aromáticos. [31] Matitiya, uno de los levitas, primogénito de Salum, coreíta, se cuidaba de las tortas fritas en sartén; [32] y algunos de sus hermanos de entre los caatitas tenían a su cargo preparar para cada sábado los panes de la proposición. [33] Estos son los cantores, jefes de familia de los levitas, que moraban en las cámaras, exentos de toda otra función, porque de día y de noche estaban en la suya. [34] Eran los jefes de familia de los levitas, jefes según sus generaciones. Habitaban en Jerusalén.

[35] El padre de Gabaón, Jeiel, habitaba en Gabaón, y el nombre de su mujer era Maaca. [36] Abdón, su hijo, primogénito; después Sur, Quis, Baal, Ner, Nadab, [37] Gedor, Ajio, Zacarías y Miclot. [38] Miclot engendró a Samán. Éstos habitaban también en Jerusalén junto a sus hermanos, con sus hermanos. [39] Ner engendró a Quis;

Quis engendró a Saúl; Saúl engendró a Jonatán, Malquisúa, Abinadab y Esbaal. [40] Hijo de Jonatán: Meribaal; Meribaal engendró a Mica. [41] Hijos de Mica: Pitón, Melec y Tajrea. [42] Ajaz engendró a Jaera, Jaera engendró a Alemet, Azmavet y Zimri; Zimri engendró a Mosa; [43] Mosa engendró a Binca; Rafaya, su hijo; Eleasar, su hijo; Asel, su hijo. [44] Asel tuvo seis hijos, cuyos nombres son: Azricam, Bocru, Ismael, Searía, Abdías y Janán. Estos son los hijos de Asel.

HISTORIA DE DAVID

Muerte de Saúl.

10 [1] Los filisteos dieron la batalla a Israel, y los hombres de Israel huyeron ante los filisteos, y cayeron muchos muertos en el monte de Gelboe. [2] Los filisteos persiguieron a Saúl y a sus hijos, y mataron a Jonatán, Abinadab y Malquisúa, hijos de Saúl. [3] El peso de la batalla cargó sobre Saúl; y viéndose descubierto por los arqueros, se apoderó de él la angustia ante sus dardos. [4] Entonces dijo Saúl a su escudero: «Saca tu espada y traspásame con ella, no vengan esos incircuncisos y me escarnezcan; pero su escudero no quiso, por temor. Entonces cogió Saúl su espada, y se echó sobre ella. [5] El escudero de Saúl, viéndole muerto, se echó también sobre su espada, y murió. [6] Así perecieron Saúl y sus tres hijos, pereciendo con ellos toda su casa. [7] Todos los de Israel que estaban en el valle, viendo que habían huído los hombres, y que Saúl y sus hijos eran muertos, dejaron sus ciudades para ponerse también en fuga, y los filisteos se apoderaron de ellas.

[8] Al día siguiente vinieron los filisteos para despojar a los muertos, y hallaron a Saúl y a sus hijos caídos en el monte de Gelboe. [9] Los despojaron y se llevaron su cabeza y sus armas, e hicieron pregonar las buenas noticias por toda la tierra de los filisteos, a sus ídolos y al pueblo. [10] Pusieron las armas de Saúl en el templo de su dios, y colgaron su cabeza en el templo de Dagón. [11] Todos los de Jabes Galad, al saber lo que los filisteos habían hecho con Saúl, [12] se levantaron todos los hombres útiles, y tomaron el cuerpo de Saúl y los de sus hijos, y los transportaron a Jabes, y allí los sepultaron bajo la encina de Jabes, y ayunaron por siete días.

[13] Murió Saúl porque se había hecho culpable de infidelidad hacia Yave, cuyas palabras no guardó, y por haber preguntado y consultado a los evocadores de los muertos. [14] No obedeció a Yave, y Yave le hizo morir, y transfirió el reino a David, hijo de Isaí.

David, rey.

11 [1] Todo Israel se congregó en torno a David en Hebrón, diciendo: «Mira: tú eres hueso de nuestro hueso y carne de nuestra carne. [2] Ya antes, aun reinando Saúl, eras tú el que sacabas y volvías a Israel. Yave, tu Dios, te ha dicho: «Tú apacentarás a mi pueblo, Israel, y tú serás el jefe de mi pueblo, Israel.» [3] Así todos los ancianos de Israel vinieron al rey a Hebrón, y David hizo con ellos alianza en Hebrón, ante Yave. Ungieron a David por rey de Israel, según la palabra de Yave, pronunciada por Samuel.

[4] Marchó David con todo Israel contra Jerusalén, que es Jebús. Habitaban allí los jebuseos; [5] y los de Jebús dijeron a David: «No entrarás tú aquí.» Pero David se apoderó de la fortaleza de Sión, que es la ciudad de David. [6] David había dicho: «El que primero hiera al jebuseo será jefe y príncipe.» Y fué el primero en subir Joab, hijo de Sarvia, y fué hecho jefe. [7] David se estableció en la fortaleza, que por esto se llamó la ciudad de David. [8] Edificó la ciudad en derredor, desde el terraplén, y Joab reconstruyó el resto de la ciudad. [9] David vino a ser de día en día más grande, y Yave Sebaot estaba con él.

Los valientes de David.

[10] He aquí los primeros de los valientes que seguían a David y que le ayudaron con todo Israel a asegurar su dominación, y hacerle rey de Israel según la palabra de Yave. [11] He aquí por sus nombres los valientes que seguían a David:

Jasobán, hijo de Jacmoni, jefe de los treinta. Blandió su lanza contra trescientos hombres, que derrotó de una vez.
12 Después de él Eleazar, hijo de Dodo, ajojita, otro de los tres.
13 Estaba éste con David en Pas Damim, donde los filisteos se habían reunido para la lucha; había allí una haza llena de cebada, y huyendo ya el pueblo ante los filisteos, 14 se puso en medio de la haza y la defendió, derrotando a los filisteos, y obrando Yave una gran salvación.
15 Tres de los treinta bajaron a donde estaba David, a la roca de la caverna de Odolám, cuando estaban acampados los filisteos en el valle de Refaím. 16 Estaba David en la fortaleza y los filisteos tenían una guarnición en Betlejem. 17 Se le ocurrió a David decir: «¡Quién me diera poder beber agua de la cisterna que está a la puerta de Betlejem!» 18 Y entonces los tres, pasando a través del campamento de los filisteos, cogieron agua de la cisterna que hay a la puerta de Betlejem; y llevándola, se la presentaron a David; pero David se negó a beberla y la derramó ante Yave, diciendo: 19 «Líbreme Dios de hacer tal cosa. ¿Voy a beber yo la sangre de estos hombres, que a riesgo de su vida han ido allá?» Porque era ciertamente con riesgo de la vida como la habían traído, y no quiso beberla. Esto hicieron los tres valientes.
20 Abisai, hermano de Joab, era jefe de los treinta. Blandió su lanza contra trescientos, que mató, 21 y tuvo renombre entre los treinta, y era entre ellos muy considerado, pero no llegaba a los tres primeros.
22 Banaía, hijo de Joyada, que era hombre de mucho valor y célebre por sus hazañas, un día de nieve, bajando a una cisterna, mató a un león.
23 Mató también a un egipcio que tenía cinco codos de estatura, y cuya lanza era como un enjullo de tejedor. Bajó contra él con un palo y le arrancó de la mano la lanza, con la que le mató. 24 Esto hizo Banaía, hijo de Joyada, que tuvo gran renombre entre los treinta. 25 Fué muy considerado entre los treinta, pero no llegaba a los tres primeros, David le puso al frente de su guardia.
26 Los valientes del ejército: Azael, hermano de Joab; Elcana, hijo de Dodo, de Betlehem; 27 Samot, de Haror, y Eles, pelonita; 28 Ira, hijo de Iques, tecuita; Abiezer de Anatot; 29 Sibeca, jusatita; Ilai, ajusita; 30 Maharai, netofatita; Jeled, hijo de Baana, netofatita; 31 Itai, hijo de Ribai, de Gueba, de los hijos de Benjamín; Banaías, faratonita; 32 Jurai, de los valles de Gas; Abiel, arbatita; 33 Azmavet, bajarumita; Eliajba, salbonita; 34 Jasem, agunita; Jonatán, hijo de Sague, de Haror; 35 Aliam, hijo de Sacar, de Haror, Elifal, hijo de Ur; 36 Efer, de Mequera; Ajiya, de Palón; 37 Jesro, del Carmel; Naraí, hijo de Esbaí; 38 Joel, hermano de Natán; Mibjar, hijo de Hagri; 39 Seleco, amonita; Najraí, de Berot, escudero de Joab, hijo de Sarvia; 40 Ira, de Jeter; Gareb, de Jeter; 41 Urías, geteo; Zabad, hijo de Ajlaí; 42 Adina, hijo de Sira, rubenita, jefe de los rubenitas, y treinta con él; 43 Jonán, hijo de Maaca; Josafat, de Mituí; 44 Ozías, de Astarot; Sama y Jetiel, hijos de Jotam, de Haror; 45 Jediael, hijo de Simrí; Joja, su hermano, tisaíta; 46 Eliel, de Majavim, Jeribaí y Josavía, hijos de Elnaam; Jitma, moabita, 47 Eliel, Obed y Joasiel, de Mesobía.

Guerreros que se unieron a David ya en tiempos de Saúl.

12 1 Estos son los que vinieron a unirse a David, en Siceleg, cuando estaba alejado de Saúl, hijo de Quis, y fueron parte de los valientes que le prestaron su ayuda durante la guerra. 2 Eran arqueros que tiraban piedras lo mismo con la mano derecha que con la izquierda, y disparaban flechas con el arco. Eran de Benjamín, del número de los hermanos de Saúl. 3 El jefe era Ajiezar; Joás, hijo de Sema, de Guibea; Jeriel y Pelet, hijos de Azmavet; Beraca; Jehú, de Anatot; 4 Jismaeya, de Gabaón, valiente entre los treinta y jefe de los treinta; Jeremías, Jajaziel, Johanán, Jozabad, de Gueder; 5 Eluzai, Jerimot, Bealia, Semarías, Sefatías, de Jarif; 6 Elcana, Jisjiva, Azazel, Joezer y Jesobeam, corejitas; 7 Joela y Zebadías, hijos de Jerojam, de Guedor.
8 También de entre los gaditas fueron hombres valientes a unirse a David, en la fortaleza del desierto, soldados diestros en la guerra, armados de escudo y lanza, semejantes a leones y ligeros como cabras montesas

9 Ezer, el jefe; Abdías, el segundo;
Eliab, el tercero; 10 Mismana, el cuar-
to; Jeremías, el quinto; 11 Ataí, el
sexto; Eliel, el séptimo; 12 Johanán,
el octavo; Elzabad, el noveno; 13 Je-
remías, el décimo; Macbanai, el un-
décimo. 14 Eran hijos de Gad, jefes
del ejército. Uno solo, el menor de
todos, era capaz de atacar a cien
hombres, y el mayor a mil. 15 Estos
fueron los que pasaron el Jordán en
el mes primero, cuando se desborda-
ba por todas sus márgenes, y pusie-
ron en fuga a todos los habitantes
de los valles, a oriente y a occidente.
16 Hubo también de entre los hijos
de Benjamín y de Judá, quienes se
unieron a David en la fortaleza.
17 David les salió al encuentro y les
dijo: «Si venís a mí con buenas inten-
ciones, para ayudarme, mi corazón se
apegará a vosotros; pero si es para
engañarme en provecho de mis ene-
migos, estando mis manos limpias
de iniquidad, véalo el Dios de nues-
tros padres y que él os lo demande.»
18 Entonces se revistió del espíritu
Amasaí, uno de los jefes principales,
y dijo: «A ti y a tu pueblo, hijo de
Isaí, paz. Paz a ti y a cuantos te
ayudan, pues te ayuda a ti tu Dios.»
David los recibió, y los hizo jefes
de las tropas.
19 También de los hijos de Manasés
vinieron a unirse a David, cuando
vino con los filisteos a la batalla
contra Saúl, aunque no combatió,
porque los príncipes de los filisteos,
habido consejo, le despidieron di-
ciendo: «Se pasaría a Saúl con peligro
de nuestras cabezas.» 20 Cuando re-
tornó a Siceleg, éstos fueron los que
de Manasés se le unieron: Adnas,
Jozabad, Jediael, Micael, Jozabad,
Elihal, y Siltaí, jefes de millares de
Manasés. 21 Ayudaron a David a or-
ganizar las tropas, pues eran todos
hombres valerosos y fueron jefes en
el ejército. 22 De día en día llegaban
gentes a unirse a David, hasta que
vino a tener un gran ejército, como un
ejército de Dios.

Guerreros de las doce tribus que vinieron a Hebrón para hacer rey a David.

23 He aquí el número de hombres
de guerra que armados vinieron a Da-
vid, a Hebrón, para transferirle el rei-
no de Saúl, según el mandato de Yave:
24 Hijos de Judá, armados de es-
cudo y lanza, seis mil ochocientos
hombres de guerra. 25 De los hijos de
Simeón, hombres valerosos para la
guerra, siete mil ciento. 26 De los
hijos de Leví, cuatro mil seiscientos;
27 y Joyada, príncipe de Arón, y con
él tres mil setecientos; y Sadoc, joven
valeroso, con veintidós de los princi-
pales de la casa de su padre. 29 De
los hijos de Benjamín, herma**nos** de
Saúl, tres mil, pues hasta entonces
la mayor parte de ellos habían per-
manecido fieles a la casa de Saúl.
30 De los hijos de Efraím, veinte mil
ochocientos hombres valientes, gen-
tes de renombre, según las casas de
sus padres. 31 De la media tribu de
Manasés, dieciocho mil, que fueron
nominalmente designados para ir a
proclamar rey a David. 32 De los
hijos de Isacar, doscientos jefes,
hombres inteligentes, sabedores de
lo que había de hacer Israel, y cuyo
consejo era respetado por todos. 33 De
Zabulón, cincuenta mil, en estado de
tomar las armas y provistos de toda
clase de armas para el combate, pres-
tos a librar batalla con ánimo re-
suelto. 34 De Neftalí, mil jefes, y
con ellos treinta y siete mil soldados,
que llevaban escudo y lanza. 35 De
Dan, armados para la guerra, veintio-
cho mil seiscientos. 36 de Aser, hom-
bres de guerra prestos para el com-
bate, cuarenta mil. 37 Y del otro lado
del Jordán, de los rubenitas, gaditas
y de la media tribu de Manasés,
ciento veinte mil armados de todas
armas.
38 Todos estos hombres, gente de
guerra, prestos para el combate, lle-
garon a Hebrón con leal corazón
para hacer a David rey de todo Israel,
y todo el resto de Israel estaba igual-
mente unánime en querer a David por
rey. 39 Estuvieron allí tres días con
David, comiendo y bebiendo, pues sus
hermanos los habían provisto de ví-
veres, 40 y aun los que habitaban
cerca, hasta Isacar y Zabulón y Nef-
talí, trajeron en asnos, camellos, mu-
los y bueyes, pan, harina, masas de
higos y pasas, vino, aceite, bueyes y
ovejas en abundancia, porque Israel
estaba en alegría.

El arca, depositada por David en la casa de Obededom.

13 1 Tuvo David consejo con los
jefes de millares y de centenas,
con todos los príncipes, 2 y dijo a

toda la asamblea de Israel: «Si os parece bien, y que la cosa viene de Yave, nuestro Dios, vamos a mandar a todas partes a nuestros hermanos que están por todo Israel, a los sacerdotes y a los levitas en las ciudades que habitan, para que vengan a reunirse con nosotros [3] y traigamos el arca de nuestro Dios, pues no nos hemos cuidado de esto desde el tiempo de Saúl.» [4] Toda la asamblea resolvió hacer así, pues la cosa pareció conveniente a todo el pueblo.

[5] Reunió, pues, David a todo el pueblo, desde el Sijor de Egipto hasta el camino de Hamat, para traer de Cariatiarim el arca de Dios; [6] y subió David con todo Israel a Baala de Cariatiarim, que está en Judá, para trasladar de allí el arca de Dios, ante la cual se invoca el nombre de Yave, que se sienta entre los querubines. [7] Pusieron el arca de Dios sobre un carro nuevo, y la llevaron de la casa de Abinadab. Conducían el carro Uza y Ajió. [8] David y todo Israel danzaban ante el arca con todas sus fuerzas y cantaban y tocaban arpas, salterios y tímpanos, címbalos y trompetas.

[9] Cuando llegaron a la era de Cidón, Uza tendió la mano para coger el arca, porque los bueyes la ladeaban; [10] se encendió la cólera de Yave contra Uza, y Yave le hirió por haber tendido la mano sobre el arca. Uza murió allí ante Dios. [11] David se apesadumbró porque había herido Dios a Uza con tal castigo, y aquel lugar se llamó hasta hoy Peres Uza. [12] David entró aquel día en temor, y dijo: «¿Cómo voy a traer a mí el arca de Dios?»; [13] y no llevó el arca, de Dios con él a la ciudad de David sino que la hizo llevar a la casa de Obededom, de Get. [14] Allí quedó por tres meses el arca en la casa de Obededom, y Yave bendijo la casa de Obededom y cuanto le pertenecía.

Victorias de David sobre los filisteos.

14 [1] Hiram, rey de Tiro, mandó embajadores a David y le proporcionó madera de cedro, canteros y carpinteros, para que edificaran su casa. [2] Conoció David que Yave afirmaba su dominio sobre Israel, y que ensalzaba su reino, por amor de Israel, su pueblo. [3] David tomó entonces mujeres en Jerusalén, y tuvo hijos e hijas. [4] Los nombres de los que le nacieron en Jerusalén son: Samua, Sibab, Natán, Salomón, [5] Jibjar, Elisúa, Elfelet, [6] Noga, Nefeg, Jafia, [7] Elisama, Beeliada y Elifelet.

[8] Cuando los filisteos supieron que David había sido ungido rey de todo Israel, subieron todos en busca suya, y David, que lo supo, les salió al paso. [9] Llegaron los filisteos y se desparramaron por el valle de Refaim. [10] David consultó a Dios, preguntando: «¿Subiré contra los filisteos, y los entregarás en mis manos?» Y Yave le dijo: «Sube, y los entregaré en tus manos.» [11] Subieron ellos a Baal Perasim, donde David los derrotó. Luego dijo: «David ha dispersado por mi mano a mis enemigos, como rotura de aguas que se derraman.» Por eso se dió a aquel lugar el nombre de Baal Perasim. [12] Se dejaron allí sus dioses, que por orden de David fueron quemados en el fuego.

[13] Los filisteos invadieron de nuevo el valle, [14] y David consultó de nuevo a Dios, y Dios le dijo: «No subas contra ellos. Rodéalos, y échate sobre ellos desde delante de las balsameras. [15] Cuando entre las balsameras oigas un estruendo, sal luego y atácalos, que irá Dios delante de ti, para derrotar el campo de los filisteos.» [16] Hizo David como Dios le mandara, y derrotó a los filisteos, desde Gabaón hasta Guezer. [17] La fama de David se extendía por todas aquellas tierras, y puso Yave sobre todas las gentes el temor de David.

Traslado del arca a Jerusalén.

15 [1] David hizo casa para sí en la ciudad de David, y preparó un lugar para el arca de Dios, alzando para ella una tienda. [2] Entonces se dijo: «El arca de Dios no debe ser transportada sino por los levitas, porque son los que eligió Yave para trasladarla y para hacer su servicio por siempre.» [3] Reunió, pues, David a todo Israel en Jerusalén, para subir el arca de Yave al lugar que le había dispuesto. [4] Reunió a los hijos de Arón y a los levitas. [5] De los hijos de Caat, a Uriel, el jefe y sus hermanos, ciento veinte; [6] de los hijos de Merari, Asaya, jefe y sus hermanos, doscientos veinte; [7] de los hijos de Gersón, Joel, jefe y sus hermanos,

ciento treinta; [8] de los hijos de Elisafán, Semeya, jefe y sus hermanos, doscientos; [9] de los hijos de Hebrón, Eliel, jefe y sus hermanos, ochenta; [10] de los hijos de Uziel, Aminadab, jefe y sus hermanos, ciento doce. [11] David llamó a los sacerdotes Sadoc y Abiatar, y a los levitas Uriel, Asaya, Joel, Semeya, Eliel y Aminadab, [12] y les dijo: «Vosotros sois los jefes de familias de los levitas; santificaos vosotros y vuestros hermanos, para subir el arca de Yave, del Dios de Israel, al lugar que yo le he preparado. [13] Por no estar vosotros allí la primera vez, Yave, nuestro Dios, nos castigó, porque no fuimos a buscarle según la ley.

[14] Santificáronse los sacerdotes y los levitas para subir el arca de Yave, Dios de Israel. [15] Los hijos de los levitas llevaban el arca de Dios en hombros, con sus barras, como lo había ordenado Moisés, según el mandato de Yave. [16] David mandó a los jefes de los levitas que dispusieran a sus hermanos los cantores, que hiciesen resonar los instrumentos músicos, arpas, salterios y címbalos, en señal de regocijo; [17] y los levitas designaron a Hemán, hijo de Joel, y de sus hermanos, a Asaf, hijo de Nerequia; y de entre los hijos de Merari, de sus hermanos, a Etán, hijo de Cusaya; [18] después, con ellos, sus hermanos del segundo orden: Zacarías, Joaziel, Semiramot, Jejiel, Uní, Eliab, Banaias, Maaseyas, Matatías, Elifele, Miemas, Obededom y Jeiel, porteros. [19] Los catorce, Hemán, Asaf y Etan, llevaban címbalos de bronce para hacerlos resonar; [20] Zacarías, Aziel, Semiramot, Jejiel, Uni, Eliab, Maaseyas y Benaya, llevaban salterios templados para las voces altas; [21] y Matatías, Elifele, Mieneya, Obededom, Jijiel y Azazías, con cítaras acordadas a la octava; [22] y Quenayas, jefe de los levitas, dirigía el canto, pues tenía mucho conocimiento de él. [23] Berequías y Elcana eran los porteros del arca; [24] y Sebanías, Josafat, Natanael, Amasai, Zacarías, Benayas y Eliezer, sacerdotes, tocaban las trompetas delante del arca de Dios. Obededom y Jijías eran también porteros del arca.

[25] David, pues, los ancianos de Israel y los jefes de millares, fueron a traer el arca de la alianza de Yave desde la casa de Obededom, con gran alegría. [26] Los levitas, asistidos de Dios, llevaban el arca de la alianza de Yave, y se sacrificaron siete novillos y siete carneros. [27] David iba vestido de un manto de byso, lo mismo que todos los levitas que llevaban el arca, los cantores y Quenanía, jefe de la música entre los cantores. Llevaba David también sobre sí el efod de lino.

[28] De esta manera llevó todo Israel el arca de la alianza de Yave entre gritos de júbilo, al son de las bocinas, las trompetas, los címbalos, los salterios y las cítaras. [29] Cuando el arca de la alianza de Yave llegó a la ciudad de David, Micol, hija de Saúl, mirando por una ventana, vió al rey David saltando y bailando delante del arca, y le menospreció en su corazón.

16 [1] Traída el arca de Dios, pusiéronla en medio de la tienda que David había alzado para ella, y ofrecieron ante Dios holocaustos y sacrificios eucarísticos. [2] Cuando hubo acabado David de ofrecer los holocaustos y los sacrificios eucarísticos, bendijo al pueblo en nombre de Yave, [3] y distribuyó a todo Israel, hombres y mujeres, a cada uno una porción de pan, de carne y de uvas pasas.

[4] Puso levitas al servicio del arca de Yave, para que invocaran, alabaran y ensalzaran a Yave, Dios de Israel. [5] Fueron Asaf, el jefe; Zacarías, el segundo después de él; Uziel, Semiramot, Jejiel, Matatías, Eliab, [6] Banaya, Obededom y Jeiel, con instrumentos músicos, salterios y arpas, y Asaf era el que hacía sonar los címbalos. Los sacerdotes Benaya y Jojaziel tocaban continuamente las trompetas delante del arca de la alianza de Dios. [7] Aquel día dió David a Asaf y a sus hermanos por primera vez, para cantar las alabanzas de Yave, este canto (1):

[8] «Alabad a Yave, invocad su nombre,
Pregonad a los pueblos sus hazañas.

---

(1) El canto entregado por David a Asaf y sus hermanos es, con ligeras variantes, el salmo 106 (Vulg. 105). El verso: «dad gracias a Yave, que es bueno, y es eterna su misericordia», es puesto luego numerosas veces en boca de los levitas y del pueblo todo, para alabar y bendecir a Yave.

Los versos 28-33 son mesiánicos, por referirse al reinado universal de Yave, que había de realizar el Mesías.

9 Cantadle, cantad salmos en su honor,
Contad todos sus portentos.
10 Gloriaos en su santo nombre, alégrese el corazón de los que buscan a Yave.
11 Buscad a Yave y fortaleceos,
Buscad siempre su rostro.
12 Recordad cuántas maravillas ha obrado,
Sus prodigios, los juicios de su boca,
13 Descendientes de Abraham, su siervo,
Hijos de Jacob, su elegido.
14 Es Yave nuestro Dios,
Por la tierra toda prevalecen sus juicios.
15 Fielmente se ha acordado siempre de su alianza,
De sus promesas para mil generaciones,
16 De lo que pactó con Abraham,
De lo que juró a Isac,
17 De lo que firmemente estableció con Jacob,
Y con Israel como pacto eterno,
18 Diciendo: A ti te daré la tierra de Canán
Como porción de vuestra heredad.
19 Eran entonces poco numerosos,
Poco numerosos y extranjeros en ella,
20 Iban de una gente a otra gente,
Y de un reino a otro pueblo.
21 Pero no consintió que nadie los oprimiese,
Y por causa de ellos castigó a reyes.
22 No toquéis a mis ungidos,
No hagáis mal a mis profetas.
23 Cantad a Yave, habitantes todos de la tierra,
Pregonad uno y otro día su salvación,
24 Contad a los pueblos su gloria,
Sus maravillas a los pueblos todos.
25 Porque Yave es grande, digno de toda alabanza,
Temible sobre todos los dioses.
26 Porque los dioses de las gentes son ídolos,
Pero Yave es el Hacedor de los cielos.
27 La gloria y la majestad sean ante él,
La alabanza y el honor en su santuario.
28 Dad a Yave, ¡oh familias de los pueblos!,
Dad a Yave la gloria y la alabanza,
29 Dad gloria al nombre de Yave,
Traed ofrendas, y entrad en sus atrios.
Adorad a Yave en ornamentos santos,
30 Temblad ante él todos los de la tierra.
El afirmó el orbe, y firme está.
31 Alégrense los cielos y regocíjese la tierra,
Pregónese entre las gentes: Yave reina.
32 Truene el mar con cuanto lo llena,
Salte de gozo el campo y cuanto hay en él,
33 Den gritos de júbilo los árboles de las selvas,
Al venir Yave, pues viene para juzgar a la tierra.
34 Dad gracias a Yave, que es bueno,
Y es eterna su misericordia.
35 Decid: Sálvanos, ¡oh Dios!, salud nuestra,
Reúnenos y líbranos de las gentes,
Para que confesemos tu santo nombre,
Y nos gloriemos alabándote.
36 Bendito Yave, Dios de Israel,
Por eternidad de eternidades.
Y diga todo el pueblo: Amén,
Alabad a Yave.»
37 David dejó allí, delante del arca de la alianza de Yave, a Asaf y a sus hermanos, para que constantemente ministrasen delante del arca, cada cosa a su tiempo, 38 y a Obededom y sus hermanos, sesenta y ocho. 39 Estableció al sacerdote Sadoc y a los sacerdotes sus hermanos ante el tabernáculo de Yave en la altura de Gabaón, 40 para que allí ofreciesen continuamente a Yave holocaustos y cumpliesen cuanto está escrito en la ley de Yave, dada por Yave a Israel. 41 Con ellos estaban Hemán y Jedutun y los otros que nominalmente habían sido designados para alabar a Yave: «Porque su misericordia es eterna.» 42 Estaban Hemán y Jedutun con ellos, y las trompetas y los címbalos para los que las tocaban, y los instrumentos para los cantos en honor de Dios. Los hijos de Jedutun eran los porteros.
43 Todo el pueblo se fué luego cada uno a su casa, y David se volvió a bendecir a la suya.

Proyecto de David de edificar el templo.

17 1 Una vez que David se hubo establecido en su casa, dijo a Natán, profeta: «Yo estoy habitando

en una casa de cedro, mientras que el arca de la alianza de Yave está bajo una tienda.» [2] Natán respondió a David: «Haz lo que tienes en tu corazón, pues Dios está contigo.» [3] Pero aquella noche fué dirigida a Natán la palabra de Dios: [4] «Ve, y dile a David, mi siervo: Así habla Yave: No serás tú quien a mí me edifique casa para que more en ella. [5] Nunca, desde que saqué a Israel hasta hoy, he habitado en casa, sino que anduve de una parte a otra en una tienda, y adondequiera que iba con todo Israel. [6] ¿Dije yo nunca a ninguno de los jueces de Israel, a quienes mandé apacentar a mi pueblo: Por qué no me hacéis una casa de cedro? [7] Di, pues, ahora a mi siervo David: Así habla Yave Sebaot: Yo te cogí de la majada, de detrás del ganado, para que fueras jefe de mi pueblo, Israel; [8] he estado contigo por dondequiera que tú has andado; he exterminado ante ti a todos tus enemigos, y he hecho tu nombre semejante al de los grandes que hay en la tierra; [9] he dado un lugar de habitación a mi pueblo, Israel, y le estoy plantando para que se fije y no sea ya conmovido, ni los hijos de la iniquidad le destruyan, [10] como antes en el tiempo en que establecí los jueces sobre mi pueblo Israel. He humillado a todos tus enemigos, y te anuncio que Yave te edificará a ti casa. [11] Cuando se cumplan tus días y vayas a reunirte con tus padres, yo alzaré tu descendencia, después de ti, a uno de entre tus hijos, y yo afirmaré su reino. [12] El será quien me edifique casa, y yo afirmaré para siempre su trono. [13] Seré padre para él y él será para mí un hijo, y no apartaré de él mi gracia, como la aparté del que te precedió. [14] Le estableceré para siempre en mi casa y en mi reino, y su trono será firme por toda la eternidad» (1).

[15] Natán transmitió a David todas estas palabras y toda la visión, [16] y el rey David fué a ponerse ante Yave y dijo: «¿Quién soy yo, Yave Dios, y qué es mi casa, para que tú me hayas traído a donde estoy? [17] Y todavía esto es poco a tus ojos: Hablas de la casa de tu siervo para tiempo lejano, y te dignas mirarme como un hombre de excelencia, [18] ¡oh Yave, Dios! ¿Qué más podrá decirte David de la gloria que concedes a tu siervo? Tú conoces a tu siervo, ¡oh Yave! [19] Y por amor de tu siervo y conforme a tu corazón has hecho todas estas grandes cosas, revelando todas estas grandezas, ¡oh Yave! [20] No hay semejante a ti, no hay otro Dios como tú, como con nuestros oídos hemos oído. [21] ¿Hay sobre la tierra una sola nación que sea como tu pueblo, Israel, cuyo Dios fuese a rescatar un pueblo, para hacerse nombre con tantos milagros y prodigios, y arrojando a naciones delante de tu pueblo, al que redimiste de Egipto? [22] Tú has hecho de tu pueblo, Israel, tu pueblo para siempre y tú, ¡oh Yave!, tú eres su Dios. [23] Ahora, pues, ¡oh Yave!, que la palabra que has dicho de tu siervo y de su casa sea durable por la eternidad, y cúmplela. [24] Que perdure, para que tu nombre sea glorificado por siempre, y se diga: Yave Sebaot, Dios de Israel, es en verdad un Dios para Israel. Y que la casa de David, tu siervo, sea firme ante ti, [25] pues que tú mismo, Dios mío, has revelado a tu siervo que le edificarás casa. Por eso ha osado tu siervo orarte así. [26] Ahora, pues, ¡oh Yave!, tú eres Dios, y tú has prometido esta gracia a tu siervo. [27] Bendice, pues, la casa de tu siervo, para que subsista para siempre delante de ti. Porque tú, ¡oh Yave!, la has bendecido, y bendita será por la eternidad.»

Victorias de David sobre filisteos, moabitas, sirios y edomitas.

18 [1] Después de esto batió David a los filisteos y los humilló, arrebatándoles de las manos Get y las ciudades de su dependencia. [2] Batió a los moabitas, que quedaron sujetos a David, pagándole tributo. [3] Batió también David a Haderezer, rey de Soba, cuando iba éste a establecer su dominio sobre el Eufrates. [4] Le tomó David mil carros, siete mil caballeros y veinte mil infantes; desjarretó a todos sus caballos de tiro, no conservando más que los de cien carros. [5] Vinieron los sirios de Damasco en socorro de Haderezer, rey de Soba, y David derrotó a veinte mil sirios, [6] puso guarniciones en la Siria de Damasco, y los sirios quedaron sujetos a David, pagándole tributo.

(1) La promesa del trono eterno, hecha a David, es estrictamente mesiánica, y de Cristo Nuestro Señor la interpreta San Pedro. Act. 2, 30.

Yave protegía a David por dondequiera que iba. 7 Cogió David los escudos de oro que llevaban los servidores de Haderezer, y los llevó a Jerusalén. 8 También se apoderó de una gran cantidad de bronce en Tibcat y en Cun, ciudades de Haderezer. De él hizo Salomón el mar de bronce, las columnas y los utensilios de bronce.

9 Supo Tohú, rey de Hamad, que David había derrotado a todo el ejército de Haderezer, rey de Soba; 10 y le mandó como embajador a Hadoram, su hijo, para saludarle y felicitarle por haber atacado a Haderezer, venciéndole, pues Tohú estaba en guerra con Haderezer. Mandóle también toda suerte de vasos de oro, de plata y de bronce, 11 que el rey David consagró a Yave, con el oro y la plata que había tomado a todas las naciones, a Edom, a Moab, a los hijos de Ammón, a los filisteos y a Amalec.

12 Abisai, hijo de Sarvia, batió en el valle de la sal a dieciocho mil edomitas, 13 puso guarniciones en Edom, y todo Edom quedó sometido a David. Yave protegía a David por todas partes donde iba.

14 David reinó sobre todo Israel, haciendo derecho y justicia a todo el pueblo. 15 Joab, hijo de Sarvia, era jefe del ejército. Josafat, hijo de Ajilud, era cronista, 16 Sadoc, hijo de Ajitub, y Abimelec, hijo de Abiatar, eran sacerdotes; Savsa era secretario; 17 Banaías, hijo de Joyada, era jefe de los cereteos y peleteos, y los hijos de David sus áulicos.

Guerra contra los amonitas y sus aliados.

19 1 Después de esto, murió Najas, Rey de los hijos de Ammón, sucediéndole su hijo. 2 David dijo: «Voy a mostrar mi benevolencia a Janún, hijo de Najas, pues su padre se mostró conmigo benévolo»; y le envió una embajada para consolarle por la muerte de su padre. Cuando los enviados de David llegaron a la tierra de los hijos de Ammón, y se presentaron a Janún para consolarle, 3 los jefes de los hijos de Ammón dijeron a Janún: «¿Crees tú que para honrar a tu padre te manda David consoladores? ¿No será más bien para reconocer la ciudad y destruirla y explorar la tierra, para lo que han venido a ti sus servidores?» 4 Entonces Janún, cogiendo a los servidores de David, los rapó y les cortó los vestidos por el medio hasta las nalgas, y luego los despachó. 5 David, que supo lo que a sus hombres había sucedido, mandó gentes que les salieran al encuentro, pues se hallaban en gran confusión, y les dijeran: «Quedaos en Jericó hasta que os crezca la barba, y volved luego.»

6 Los hijos de Ammón vieron que se habían hecho odiosos a David, y Janún y los hijos de Ammón mandaron mil talentos de plata para asoldar a los carros y a los caballeros de los sirios de Mesopotamia y de los sirios de Maaca y Soba. 7 Tomaron a sueldo treinta y dos mil carros y al rey de Maaca y su pueblo, que vinieron a acampar delante de Madaba. Los hijos de Ammón se reunieron en sus ciudades, y salieron para combatir. 8 Al recibir David estas nuevas, mandó contra ellos a Joab y todo el ejército, hombres valerosos.

9 Salieron los hijos de Ammón y se ordenaron en batalla a la entrada de la ciudad; los reyes que habían venido tomaron posición aparte en el campo. 10 Viendo Joab que tenía contra quién combatir de frente y a la espalda, escogió de lo más selecto de Israel un cuerpo que oponer a los sirios, 11 y el resto del pueblo lo puso a las órdenes de su hermano Abisai, para hacer cara a los hijos de Ammón, 12 diciéndole: «Si los sirios son más fuertes que yo, vas tú en socorro mío; y si los hijos de Ammón son más fuertes que tú, iré yo en socorro tuyo. 13 Esfuérzate y esforcémonos por nuestro pueblo y por las ciudades de nuestro Dios, y haga Yave lo que bien le parezca.»

14 Avanzó Joab con los suyos para atacar a los sirios, que huyeron ante él; 15 y los hijos de Ammón, cuando vieron que habían huido los sirios, se pusieron también en fuga delante de Abisai, hermano de Joab, y se encerraron en la ciudad. Joab se volvió a Jerusalén.

16 Viendo los sirios que habían sido derrotados por Israel, mandaron a buscar a los sirios del otro lado del río, que vinieron al mando de Sofac, jefe del ejército de Haderezer. 17 Súpolo David, y reunió a todo Israel; y pasando el Jordán, marchó contra ellos y se preparó a

atacarlos. Ordenóse David en batalla contra los sirios; [18] y los sirios, después de haberse batido con él, se pusieron en huída delante de Israel, y David les mató siete mil hombres de los carros y cuarenta mil infantes. Mató también a Sofac, jefe del ejército. [19] Los hombres de Haderezer, viéndose derrotados por Israel, concertaron paces con David y se le sometieron. No volvieron más los sirios a socorrer a los hijos de Ammón.

20 [1] Al año siguiente, al tiempo en que suelen los reyes salir a campaña, Joab, a la cabeza de un fuerte ejército, fué a talar la tierra de los hijos de Ammón, y puso sitio a Raba. David se quedó en Jerusalén. Joab se apoderó de Raba, y la destruyó.

[2] Quitó David la corona de su rey de encima de su cabeza, y hallóla del peso de un talento de oro y guarnecida de piedras preciosas. Fué puesta sobre la cabeza de David, que obtuvo de la ciudad un gran botín. [3] Sacó de ella a los habitantes y los puso a serrar con las sierras y a los trillos y a las hoces. Lo mismo hizo con todas las ciudades de los hijos de Ammón. Volvióse luego David con todo el pueblo a Jerusalén.

Victorias contra los filisteos.

[4] Después de esto hubo en Guezer una batalla contra los filisteos. Entonces fué cuando Sibecaí, jusatita, mató a Sipí, uno de los Refaim. Los filisteos quedaron humillados. [5] También hubo otra batalla con los filisteos, en la que Eljanán, hijo de Jair, mató a un hermano de Goliat, Lajmí, de Get, que llevaba una lanza cuya asta era como un enjullo de tejedor.

[6] Hubo otra batalla más en Get, en la que se halló un hombre de alta talla, que tenía seis dedos en cada mano y en cada pie, veinticuatro en todo, y que descendía también de Rafa. [7] Retó a Israel, y Jonatán, hijo de Simea, hermano de David, le mató. [8] Estos hombres eran hijos de Rafa, de Get, y perecieron a manos de David y de sus servidores.

Censo y peste.

21 [1] Alzóse Satán contra Israel e incitó a David a hacer el censo de Israel. [2] David dijo a Joab y a los jefes del ejército: «Id a hacer el censo de Israel, desde Berseba hasta Dan, y traédmelo, para que sepa yo su número.» [3] Joab respondió a David: «¡Ojalá hiciera Yave a su pueblo cien veces más numeroso! Pero, rey y señor mío: ¿no son todos servidores tuyos? ¿Para qué pide esto mi señor? ¿Para qué hacer una cosa que será imputada como pecado a Israel?» [4] El rey persistió en la orden que había dado a Joab; y Joab partió y recorrió todo Israel, y vino luego a Jerusalén. Joab entregó a David el rollo del censo del pueblo, [5] y había en todo Israel once veces cien mil hombres de guerra, y en Judá cuatrocientos setenta mil. [6] No hizo entre ellos el censo de Leví y Benjamín, porque abominaba Joab la orden del rey. [7] Desagradó la orden a Dios (1), y castigó a Israel.

[8] Entonces dijo David a Dios: «He cometido con esto un gran pecado. Perdona, te ruego, la iniquidad de tu siervo, pues he obrado como un insensato.»

[9] Yave habló así a Gad, el vidente de David: [10] «Ve a decir a David: Así habla Yave: Tres plagas te propongo para que elijas una con que te heriré.» [11] Gad vino a David y le dijo: «Así habla Yave: [12] Elige: o tres años de hambre, o tres años durante los cuales serás deshecho por tus enemigos y alcanzado por su espada, o tres días durante los cuales la espada de Yave y la peste estarán sobre la tierra, y el ángel de Yave llevará la destrucción a todo el territorio de Israel. Ve, pues, lo que he de responder al que me envía.» [13] David respondió a Gad: «En gran aprieto me veo. Pero caiga yo en las manos de Yave, cuya misericordia es inmensa, y no caiga en las manos de los hombres.»

[14] Mandó Yave la peste sobre Israel, y cayeron setenta mil hombres de Israel. [15] Dios mandó un ángel a Jerusalén para destruirla; y cuando ya estaba destruyéndola, miró Yave y se arrepintió de aquel mal; [16] y dijo al ángel destructor: «Basta. Retira ya tu mano.» El ángel de Yave estaba junto a la era de Ornán,

(1) El censo ordenado por David atrae sobre Israel la ira del Señor. ¿Por qué? No lo sabemos. Quizá quiso Dios castigar la vanagloria de parte de David.

jebuseo, 17 y David alzó los ojos y vió al ángel entre la tierra y el cielo, teniendo en su mano desnuda la espada, vuelta contra Jerusalén.

Entonces David y los ancianos de Jerusalén, vestidos de saco, cayeron sobre sus rostros; 18 y David dijo a Dios: «¿No soy yo el que he mandado hacer el censo del pueblo? Yo soy quien ha pecado y ha hecho el mal; pero estas ovejas, ¿qué han hecho? ¡Yave, Dios mío! Pese tu mano sobre mí y sobre la casa de mi padre, y no haya plaga en tu pueblo.» 19 El ángel de Yave dijo a Gad que hablase a David, para que subiese a alzar un altar en la era de Ornán, jebuseo, 20 y subió David, cumpliendo la orden que Gad había dado en nombre de Yave. 21 Ornán, que estaba trillando el trigo, se volvió y vió al ángel, y se escondió con sus cuatro hijos.

22 Cuando llegó David cerca de Ornán, miró Ornán y vió a David, y saliendo de la era, se prosternó ante David, rostro a tierra. 23 David dijo a Ornán: «Cédeme el campo de tu era, para que yo alce en ella un altar a Yave; cédemela por su precio en plata, para que se retire la plaga de sobre el pueblo.» 24 Ornán respondió a David: «Tómala, y que mi señor el rey haga en ella lo que bien le parezca: mira, te doy los bueyes para el holocausto, los trillos para leña, y el trigo para la ofrenda. Todo te lo doy.» 25 Pero el rey dijo a Ornán: «No, quiero comprártela por su valor en plata, pues no voy a presentar yo a Yave lo que es tuyo, ni a ofrecerle un holocausto que no me cuesta nada.» 26 Y dió David a Ornán seiscientos siclos de oro por el lugar, 27 y edificó allí un altar a Yave, y le ofreció holocaustos y sacrificios eucarísticos. Invocó a Yave, y Yave le respondió por el fuego que del cielo descendió sobre el altar del holocausto. 28 Entonces habló Yave al ángel, que volvió la espada a la vaina.

29 Viendo David que Yave le había oído en la era de Ornán, jebuseo, sacrificaba allí, 30 pues el tabernáculo de Yave, que Moisés había hecho en el desierto, y el altar de los holocaustos, estaban entonces en la altura de Gabaón; 31 y David no podía ir allá a buscar a Yave, pues la espada del ángel le había llenado de espanto:

22 1 Y dijo David: «Esta será la casa de Yave Dios, y aquí estará el altar de los holocaustos para Israel» (1).

Preparativos de David para la construcción del templo.

2 Mandó David que se reuniesen todos los extranjeros que había en la tierra de Israel, y encargó a los canteros que fuesen preparando piedras talladas para la construcción de la casa de Dios. 3 Preparó también hierro en abundancia para la clavazón de las puertas y para las grapas, y bronce en cantidad imponderable, y madera de cedro innumerable, 4 pues los sidonios y los tirios habían traído a David maderas de cedro en abundancia. 5 David se decía: «Mi hijo Salomón es todavía joven e inexperto, y la casa que ha de edificarse a Yave ha de ser, por la grandeza, por la magnificencia, por la belleza, reputada en todas las tierras; por eso quiero hacer preparativos»; y los hizo antes de su muerte, en abundancia. 6 David llamó a Salomón, su hijo, y le dió orden de edificar una casa a Yave, Dios de Israel. 7 Le dijo: «Hijo mío. Yo tenía el propósito de edificar un templo al nombre de Yave, mi Dios; 8 pero Yave me dijo: Tú has derramado mucha sangre y has hecho grandes guerras. No serás tú quien edifique una casa a mi nombre, porque has derramado ante mí mucha sangre sobre la tierra. 9 He aquí que te nacerá un hijo, que será hombre de paz, y a quien daré yo paz, librándole de todos sus enemigos en derredor. Su nombre será Salomón, y durante su vida haré yo venir sobre Israel la paz y la tranquilidad. 10 Ese edificará una casa a mi nombre. Será para mí un hijo, y yo seré para él un padre, y afirmaré para siempre el trono de su reino en Israel. 11 Ahora, pues, hijo mío, que Yave sea contigo, para que prosperes y edifiques la casa de Yave, tu Dios, como él de ti lo ha declarado. 12 Quiera darte Yave la sabiduría y la inteli-

(1) David, en su celo por la gloria de Yave, una vez que no pudo edificar el templo, hizo para él ingentes preparativos, y aun los planos y proyectos del mismo y de sus utensilios, que entregó a Salomón

gencia, para reinar sobre Israel en la observancia de la ley de Yave, tu Dios. 13 Prosperarás, si cuidas de poner por obra los mandamientos y preceptos que mandó Yave a Moisés para Israel. Esfuérzate, pues, ten ánimo, y no temas ni desmayes. 14 Yo con mis esfuerzos he reunido para la casa de Yave cien mil talentos de oro, un millar de millares de talentos de plata, y una cantidad imponderable de bronce y de hierro, en gran abundancia. He aprestado asimismo madera y piedra, que tú acrecentarás. 15 Tienes a la mano un gran número de obreros, de canteros, carpinteros y hombres expertos en toda clase de obras. 16 El oro, la plata, el bronce y el hierro son sin número. Levántate, pues, ponte a la obra y que Yave sea contigo.»

17 Mandó también David a todos los principales de Israel que prestasen su ayuda a Salomón, su hijo. 18 «¿No está con vosotros Yave, vuestro Dios, y no os ha dado él paz de todas partes? El ha puesto en mis manos a los moradores de la tierra, y la tierra está sometida ante Yave y ante su pueblo. 19 Poned, pues, todo vuestro corazón y vuestro ánimo en buscar a Yave, vuestro Dios: levantaos y edificad el santuario de Yave, Dios, para traer el arca de la alianza de Yave y los utensilios consagrados a Dios, a la casa edificada al nombre de Yave.»

Los levitas: su número y sus funciones.

23 1 Viejo ya David, y harto de días, hizo a Salomón, su hijo, rey de Israel. 2 Reunió a todos los jefes de Israel, a los sacerdotes y a los levitas. 3 Hízose el censo de los levitas de treinta años arriba, y su número, contado por cabezas uno a uno, fué de treinta y ocho mil. 4 Y dijo David: «Que de ellos veinticuatro mil se dediquen a los oficios de la casa de Yave, seis mil sean jueces y magistrados, 5 cuatro mil porteros, y cuatro mil dedicados a alabar a Yave con los instrumentos que yo he hecho para ello.»

6 David los distribuyó en órdenes según los hijos de Leví, Gersón, Caat y Merari.

7 Hijos de Gersón: Ladán y Simeí.
8 Hijos de Ladán, tres, Jejiel, el primero, Zetam y Joel. Hijos de Simeí, tres: Selomit, Jaziel y Harán. Estos son los jefes de las familias de Ladán. 9 Hijos de Simeí: Jajat, Zina, Jeus y Beria. 10 Estos cuatro son los hijos de Simeí. 11 Jajat era el primero y Zinsa el segundo. Jeus y Bería no tuvieron muchos hijos y formaron en el censo una sola casa paterna. 12 Hijos de Caat: Amram, Jiscar, Hebrón y Usiel, cuatro. 13 Hijos de Amram: Arón y Moisés. Arón fué elegido para santificar el santísimo, él y sus hijos perpetuamente, para ofrecer los perfumes ante Yave, para hacer su ministerio y bendecir por siempre su nombre.

14 Los hijos de Moisés, hombre de Dios, fueron contados en la tribu de Leví. 15 Los hijos de Moisés fueron Gersón y Eliezer. 16 Hijo de Gersón fué Sebuel, primogénito. 17 Hijo de Eliezer fué Rejabía, primogénito. Eliezer no tuvo más hijos, pero los hijos de Rejabía fueron muchos. 18 Hijo de Jisear fué Selomit, primogénito. 19 Los hijos de Hebrón: Jeería, el primero; Amarías, el segundo; Jejaziel, el tercero, y Jacamán, el cuarto. 20 Hijos de Uziel: Mica, el primero; Jisía, el segundo. 21 Hijos de Merarí: Majlí y Musí. Hijos de Majlí: Eleazar y Quis. 22 Murió Eleazar sin hijos, pero dejó hijas; y los hijos de Quis, sus hermanos, las tomaron por mujeres. 23 Hijos de Musí: Majlí, Eder y Jerimot, tres. 24 Estos son los hijos de Leví, según las familias de sus padres, cabezas de las casas paternas, según el censo hecho contando por cabezas. Estaban dedicados al ministerio de la casa de Yave desde los veinte años arriba. 25 Pues David dijo: «Yave, Dios de Israel, ha dado el reposo a su pueblo, Israel, y habitará por siempre en Jerusalén, 26 y los levitas no tendrán ya que transportar el tabernáculo y todos los utensilios de su servicio.» 27 Y así, conforme a las últimas disposiciones de David, se hizo el censo de los hijos de Leví desde los veinte años para arriba.

28 Puestos a las órdenes de los hijos de Arón, para el servicio de la casa de Yave, tenían a su cuidado los atrios y las cámaras, la limpieza de todas las cosas santas, y las obras del servicio de la casa de Yave; 29 los panes de la proposición, la harina de flor para las ofrendas, las

tortas de pan ácimo, las hojuelas fritas en sartén y las cocidas, y todas las medidas de capacidad y de longitud. 30 Tenían que presentarse cada mañana y cada tarde para alabar y celebrar a Yave 31 y ofrecer continuamente los holocaustos a Yave los sábados, los novilunios y las fiestas, según el número y los ritos prescritos. 32 Daban la guardia al tabernáculo de la reunión a las órdenes de los hijos de Arón, sus hermanos, en el servicio de la casa de Yave.

Los sacerdotes, distribuídos en veinticuatro clases.

24 1 He aquí las clases de los hijos de Arón: Hijos de Arón: Nadab, Abiú, Eleazar e Itamar. 2 Nadab y Abiú murieron antes que su padre y no dejaron hijos. Eleazar e Itamar cumplieron las funciones sacerdotales. 3 David distribuyó a los hijos de Arón, a Sadoc, de los hijos de Eleazar y a Ajimelec, de los hijos de Itamar, en turnos para el servicio. 4 Hubo entre los hijos de Eleazar más jefes que entre los hijos de Itamar, y se hizo esta división: Los hijos de Eleazar tenían dieciséis jefes de casas paternas y los hijos de Itamar ocho. 5 Hízose la distribución por suerte, unos con otros, y fueron jefes del santuario y jefes de Yave, tanto los hijos de Eleazar como los hijos de Itamar.

6 Semeyas, hijo de Natanael, secretario, de la tribu de Leví, los inscribió delante del rey y de los príncipes, delante de Sadoc, sacerdote, y de Ajimelec, hijo de Abiatar, y de los jefes de familias de sacerdotes y levitas, y se iba sacando por suerte una casa paterna para Eleazar y una casa paterna para Itamar. 7 La primera suerte tocó a Jojarib; la segunda a Jidaya; 8 la tercera a Jorim; la cuarta a Seorim; 9 la quinta a Malaquías; la sexta a Miamín; 10 la séptima a Cos; la octava a Abías; 11 la novena a Jesúa; la décima a Secanía; 12 la undécima a Elyasib; la duodécima a Jacim; 13 la decimatercera a Jupa; la decimacuarta a Jebab; 14 la decimaquinta a Bilga; la decimasexta a Imer; 15 la decimaséptima a Jerir; la decimaoctava a Afses; 16 la decimanona a Detaya; la vigésima a Jezaquiel; 17 la vigésimaprimera a Jaquim; la vigésimasegunda a Gamul; 18 la vigésimatercera a Delaya; la vigésimacuarta a Mazía.

19 Así fueron distribuídos para su ministerio, para que entrasen en la casa de Yave a las órdenes de Arón, conforme a los mandatos que les había dado Yave, Dios de Israel.

Jefes de las familias de los levitas

20 He aquí los jefes de las otras familias de los levitas: Subael, de los hijos de Amram, y Jejdaya, de los hijos de Subael. 21 De los hijos de Rejabía el jefe era Jisía. 22 Salemot era hijo de Isab, y Jojat hijo de Salemot. 23 El primogénito de Jajat fué Jeriyán; el segundo Amarías, el tercero Jajaziel, el cuarto Jacmán. 24 Hijo de Uziél fué Mica, e hijo de Mica Samir. 25 Jisiya era hermano de Mica, y Zacarías hijo de Jisiya.

26 Los hijos de Merari son: Majlí y Musí. Uzías tuvo un hijo llamado Beno. 27 Merari tuvo además a Uzián, Soam, Zacur y Jibrí. 28 Majlí tuvo un hijo llamado Eleazar, que no tuvo hijos. 29 Quis tuvo un hijo llamado Jeramuel. 30 Los hijos de Musí son: Majlí, Eder y Jerimot. Estos son los hijos de Leví según sus familias. 31 También ellos, como los hijos de Arón, fueron sorteados ante David, Sadoc, Ajimelec y los jefes de las casas paternas de sacerdotes y levitas. Todo se hizo por suerte para distribuir igualmente los oficios, siendo el jefe de familia como el menor de sus hermanos.

Los cantores, distribuídos en veinticuatro clases.

25 1 David y los jefes del ejército separaron a los que, de entre los hijos de Asaf, de Heman y de Jedutun, habían de hacer el oficio de cantores acompañándose del arpa, del salterio y de los címbalos, cumpliendo cada uno el oficio a que se le destinaba en proporción de su número. 2 De los hijos de Asaf: Zacur, José, Natanía y Asarela, bajo la dirección de Asaf, cantor del rey. 3 De Jedutun: los hijos de Jedutun, Godolías, Jeseías, Josabías, Matatías y Sira, bajo la dirección de su padre Jedutun, que cantaba con el arpa para alabar y celebrar a Yave.

4 De Hemán: sus hijos, Buquías, Matanías, Oziel, Sabuel, Jerimot, Jananías, Jananí, Eliata, Guedeltí, Romemtiezer, Jesbacasa, Melotí, Otir y Majariot. 5 Todos éstos eran hijos de Hemán, vidente del rey (1), para cantar las alabanzas de Dios y ensalzar su poder, pues Dios había dado a Hemán catorce hijos y tres hijas. 6 Estos hijos de Asaf, de Jedetun y de Hemán, fueron puestos bajo la dirección de sus padres para cantar en el templo de Yave tocando los címbalos, las arpas y los salterios, cumpliendo los ministerios de la casa de Yave según el orden prescrito por el rey. 7 El número de ellos, con sus hermanos hábiles en el arte y que enseñaban a los otros a cantar las alabanzas a Yave, era de doscientos ochenta y ocho. 8 Fueron sorteados en cada clase sin acepción de personas, jóvenes y viejos, hábiles y menos hábiles.

9 El primero por suerte fué José, de la casa de Asaf; el segundo Godolías, por él y por sus hijos y hermanos, en número de doce; 10 el tercero Zacur, y sus hijos y hermanos en número de doce; 11 el cuarto Jisrí, con sus hijos y hermanos en número de doce; 12 el quinto Natanías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 13 el sexto Buquías, con sus hijos y hermanos en número de doce: 14 el séptimo Jisreela, con sus hijos y hermanos en número de doce; 15 el octavo Jesaya, con sus hijos y hermanos en número de doce; 16 el noveno Matanías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 17 el décimo Semeya, con sus hijos y hermanos en número de doce; 18 el undécimo Azareel, con sus hijos y hermanos en número de doce; 19 el duodécimo Asabías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 20 el décimotercero, Sabael, con sus hijos y hermanos en número de doce; 21 el décimocuarto Matatías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 22 el décimoquinto Jerimot, con sus hijos y hermanos en número de doce; 23 el décimosexto Jananías, con sus hijos y hermanos en número de doce; 24 el décimoséptimo Jesbacasa, con sus hijos y hermanos en número de doce; 25 el décimooctavo Jananí, con sus hijos y hermanos en número de doce; 26 el décimonono Melotí, con sus hijos y hermanos en número de doce; 27 el vigésimo Eliata, con sus hijos y hermanos en número de doce; 28 el vigésimoprimero Otir, con sus hijos y hermanos en número de doce; 29 el vigésimosegundo Guedeltí, con sus hijos y hermanos en número de doce; 30 el vigésimotercero Majariot, con sus hijos y hermanos en número de doce; 31 el vigésimocuarto Romemtiezer, con sus hijos y hermanos en número de doce.

(1) El título de «vidente del Rey», que se da aquí a Hemán, en 21, 9, a Gad y en II Par. 35, 15, a Jedutún, parecen indicar un profeta áulico, órgano de las divinas revelaciones cerca de David.

Ordenes de los porteros del templo.

26 1 También fueron distribuídos los guardas de las puertas.

De los hijos de Core: Meseelemías, hijo de Core, de los hijos de Asaf. 2 Hijos de Meseelemías: Zacarías, el primogénito; Jediael, el segundo; Zebadías, el tercero; Jataniel, el cuarto; 3 Elam, el quinto; Jeojanán, el sexto; Elyoenai, el séptimo. 4 Hijos de Obededom: Semeyas, el primogénito; Jozabad, el segundo; Joaj, el tercero; Sacar, el cuarto; Netaneel, el quinto; 5 Amiel, el sexto; Isacar, el séptimo; Peultai, el octavo; pues Dios le había bendecido. 6 A Semeyas, su hijo, le nacieron hijos, que prevalecieron en la casa de su padre y eran hombres fuertes. 7 Hijos de Semeyas: Otni y Refael, Obed, Elzabad y sus hermanos, hombres valerosos, Eliu y Samaquías. 8 Todos éstos eran hijos de Obededom. Ellos, sus hijos y sus hermanos, fueron hombres vigorosos y de mucha fuerza para el servicio; sesenta y dos de Obededom. 9 Los hijos y los hermanos de Meselemía, hombres valientes, eran en número de dieciocho.

10 De los hijos de Merarí: Josa, que tuvo por hijos: Simrí, el jefe, hecho jefe por su padre, a pesar de no ser el primogénito; 11 Jilquiya, el segundo; Tebalía, el tercero; Zacarías, el cuarto. Los hijos y los hermanos de Josa eran, en todo, trece.

12 A estos órdenes de porteros, a los jefes de ellos y a sus hermanos, fué encomendada la guardia para el servicio de la casa de Yave. 13 Fueron sorteados para cada puerta, pe-

queños y grandes, según sus casas paternas.
14 Tocó por suerte a Selemía el lado de oriente. Se echó la suerte para Zacarías, su hijo, que era un prudente consejero, y le tocó el lado del norte. 15 A Obededom, con sus hijos, le tocó el lado del mediodía, donde estaba también la casa de las asambleas. 16 A Supín y a Josa les tocó el lado de occidente, la puerta que sale al camino de la subida. Estos cuerpos de guardia se correspondían unos a otros. 17 La puerta de oriente estaba guardada por seis levitas, y la del norte por cuatro, que se renovaban todos los días. Había también cuatro por día a la puerta del mediodía, y otros cuatro que servían de dos en dos en el lugar de las asambleas. 18 Había también cuatro guardas al occidente para la subida, dos en cada puesto. 19 De este modo fueron distribuídos los porteros, que eran todos hijos de Coré y de Merarí. 20 Ajías tenía la guarda de los tesoros de la casa de Dios y de los utensilios sagrados. 21 De entre los hijos de Laedam, los hijos de Gersón, descendiente de Laedam, jefe de las casas paternas de Laedam, gersonita, eran: Jejielí y Zetán. 22 Los hijos de Jejielí, Zetán y Joel, su hermano, que guardaban los tesoros de la casa de Yave. 23 De entre los amramitas, jisearitas, hebronitas y uzelitas, 24 Sebuel, hijo de Gersón, hijo de Moisés, era intendente del tesoro. 25 De entre sus hermanos los descendientes de Eliezer, cuyo hijo fué Rejabía, hijo de éste Jesaya, hijo de éste Joram, hijo de éste Zicrí, hijo de éste Selomit; 26 Selomit y sus hermanos guardaban los tesoros de las cosas santas que habían sido consagradas por el rey David, por los jefes de las casas paternas, los jefes de millares y de centenas, y los jefes del ejército, 27 del botín de guerra y de los despojos para la casa de Yave. 28 Todo lo que había sido consagrado por Samuel, el vidente, por Saúl, hijo de Quis, por Abner, hijo de Ner, por Joab, hijo de Sarvia, todas las cosas consagradas, estaban bajo la custodia de Selomit y sus hermanos.
29 De entre los Jisearitas, Quenayas y sus hermanos ejercieron funciones exteriores, como magistrados y jueces en Israel. 30 De entre los hebronitas, Josabía y sus hermanos, hombres valientes, mil setecientos, gobernaban a los israelitas del lado de allá del Jordán, en su parte occidental, tanto en lo concerniente al servicio de Yave, cuanto en lo concerniente al servicio del rey. 31 Por lo que hace a los hebronitas, de quienes era jefe Jeriya, se hicieron el año cuarenta del reinado de David investigaciones en Jazer de Galad, según sus genealogías y sus casas paternas; 32 y se halló que los hermanos de Jeriya, hombres valientes y robustos, eran dos mil setecientos, jefes de casas paternas. El rey David los constituyó sobre los rubenitas, los gaditas y la media tribu de Manasés, para lo tocante a Dios y lo tocante al rey.

Los jefes del ejército.

27 1 El número de los hijos de Israel que entraban en servicio de tropa para la guardia del rey, que se relevaba todos los meses del año según la distribución que de ellos se había hecho, era de veinticuatro mil cada vez; cada tropa tenía sus jefes de casas paternas, sus jefes de millar y de centena, y sus oficiales al servicio del rey.
2 A la cabeza de la primera división para el primer mes estaba Jasobeam, hijo de Zabdiel; mandaba una división de veinticuatro mil hombres. 3 Era de los hijos de Peres y mandaba a todos los jefes de la tropa del primer mes.
4 A la cabeza de la división del segundo mes estaba Dodaí, ajotita; y tenía bajo él a Miclot, que mandaba una parte de esta tropa, que era de veinticuatro mil hombres.
5 El jefe de la tercera división, la del tercer mes, era Banaías, hijo de Joyada, sacerdote, y tenía a su mando veinticuatro mil hombres. 6 Este es el Banaías que era el más valiente de los treinta, y los superaba a todos. Su hijo Amisadab era uno de los jefes de su división.
7 El cuarto jefe, para las tropas del cuarto mes, era Azael, hermano de Joab; y Zabdías, su hijo, fué su sucesor. El número de sus tropas era de veinticuatro mil.
8 El quinto jefe para el mes quinto era Samaot, de Jezer, y su tropa era de veinticuatro mil.
9 El sexto para el sexto mes era Jira, hijo de Iques de Tema, y tenía en su tropa veinticuatro mil hombres.

10 El sétimo para el sétimo mes
era Jeles, de Faloní, de la tribu de
Efraím; su tropa era de veinticuatro
mil hombres.
11 El octavo para el octavo mes era
Sibcaí, de Jusat, del linaje de Zarjí,
que tenía bajo él veinticuatro mil
hombres.
12 El noveno para el noveno mes
era Abiezer, de Anatot, de los hijos
de Jeminí, que mandaba veinticuatro
mil hombres.
13 El décimo para el décimo mes
era Maraí, de Netofat, descendiente
de Zarjí, y tenía bajo sí veinticuatro
mil hombres.
14 El undécimo para el undécimo
mes era Banaías, de Faratón, de la
tribu de Efraím; su tropa era de
veinticuatro mil hombres.
15 El duodécimo para el duodécimo
mes era Joldaí, de Netofat, descendiente de Otoniel, y su tropa era de
veinticuatro mil hombres.

Los jefes de las doce tribus.

16 Estos eran los jefes en las doce
tribus:
En la de Rubén, Eliezer, hijo de
Zicrí; en la de Simeón, Safatías, hijo
de Maaca; 17 en la de Leví, Josabías,
hijo de Carmel; de los aronitas, Sadoc;
18 en la de Judá, Elihu, hermano de
David; en la de Isacar, Amzi, hijo
de Micael; 19 en la de Zabulón, Jismaías, hijo de Abdías; en la de Neftalí, Jerimot, hijo de Azriel; 20 en la
de Efraím, Oseas, hijo de Azacías;
en la media tribu de Manasés, Joel,
hijo de Pedaya; 21 en la media tribu
de Manasés en Galad, Jidom, hijo
de Zacarías; en la tribu de Benjamín,
Jasiel, hijo de Abner; 22 en la tribu
de Dan, Ezriel, hijo de Jerojam. Estos
eran los príncipes de las tribus de Israel.
23 David no quiso contar a los que
estaban por debajo de los veinte años,
porque Yave le había dicho que multiplicaría a Israel como las estrellas
del cielo. 24 Joab, hijo de Sarvia,
había comenzado a hacer el censo;
mas no le acabó, porque esto trajo
la ira sobre Israel, y por eso el número de los que habían sido contados
no está escrito en las crónicas de David.

Otros funcionarios de David.

25 Azmavet, hijo de Adiel, tenía
a su cargo el tesoro del rey; sobre
los almacenes del campo, en las
ciudades, en los pueblos, y en las
torres, estaba Jonatán, hijo de Ozías.
26 Ezri, hijo de Jelub, estaba sobre
los obreros del campo, que labraban
las tierras; 27 Simeí, de Rama, sobre
las viñas; Sabdí, de Sefam, sobre el
fruto de las viñas en las bodegas;
28 Baal Anam, de Gueber, sobre los
olivares e higuerales, en el llano;
Joás, sobre las provisiones de aceite;
29 Sitraí, de Sarón, sobre el ganado
vacuno, que se apacentaba en Sarón;
Safat, hijo de Adlaí, sobre el ganado
vacuno que se apacentaba en los
valles; 30 Obid, ismaelita, sobre los
camellos; Jejdía, de Meronot, sobre
los asnos; 31 Jazis, agareno, sobre las
ovejas. Todos éstos eran intendentes
de la hacienda de David.
32 Jonatán, hijo de David, era
consejero, hombre de sentido y de
saber; Jejiel, hijo de Jacmoní, era
mayordomo de los hijos del rey;
33 Ajitofel era consejero del rey;
Jusaí, arguita, era amigo del rey;
34 además de Ajitofel, eran consejeros Joyada, hijo de Banaías, y
Abiatar. Joab era el jefe supremo del
ejército del rey.

Recomendaciones de David a Salomón para la edificación del templo.

28 1 David convocó a Jerusalén
a todos los jefes de Israel; a
los jefes de las tribus, a los jefes de
las divisiones al servicio del rey, a
los jefes de millares y de centenas,
a los intendentes de la hacienda y de
los ganados del rey, a los hijos del
rey, a los eunucos y oficiales del palacio, a todos los hombres de valer;
2 y levantándose en pie, dijo: «Oídme,
hermanos míos y pueblo mío: Yo
tenía el propósito de edificar una casa
de reposo para el arca de la alianza
de Yave, para el escabel de los pies
de nuestro Dios, y había ya hecho
aprestos para ello; 3 pero me dijo
Dios: Tú no edificarás casa a mi
nombre, porque eres hombre de guerra
y has derramado mucha sangre. 4 Pero
Yave, Dios de Israel, me eligió de
toda la casa de mi padre, para que
perpetuamente fuese rey de Israel,
pues eligió a Judá por caudillo, y de
la casa de Judá, a la familia de mi
padre, y de entre los hijos de mi
padre, se agradó de mí, para hacerme rey de todo Israel. 5 De todos mis
hijos, pues me ha dado Yave muchos

hijos, eligió a mi hijo Salomón para sentarse en el trono de Yave, sobre Israel; [6] y me ha dicho: Salomón, tu hijo, edificará mi casa y mis atrios, porque yo le he elegido por hijo, y yo seré padre para él. [7] Yo afirmaré su reino para siempre, si él se esfuerza en poner por obra mis mandamientos y mis juicios como hoy. [8] Ahora, pues, ante todo Israel, la congregación de Yave, y ante nuestro Dios, que nos oye, guardad y observad todos los mandamientos de Yave, vuestro Dios, para que poseáis la buena tierra y la dejéis en heredad a vuestros hijos después de vosotros a perpetuidad. [9] Y tú, Salomón, hijo mío, conoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y ánimo generoso; porque Yave escudriña los corazones de todos y penetra todos los designios y todos los pensamientos. Si tú le buscas, le hallarás; mas si le dejas, te rechazará para siempre. [10] Mira que Yave te ha elegido para edificar casa que sea su santuario; esfuérzate y hazlo.»

[11] Entregó David a su hijo la traza del pórtico y sus dependencias y oficinas, de las salas, de las cámaras y de la casa del propiciatorio. [12] Asimismo la traza de cuanto él quería hacer para los atrios de la casa de Yave, para las cámaras de alrededor, para los tesoros de la casa de Yave, y para los tesoros de las cosas consagradas. [13] Dióle también la distribución de los órdenes de los sacerdotes y los levitas, para todo el ministerio de la casa de Yave, y de los utensilios del ministerio de la casa de Yave; [14] el modelo de los utensilios de oro, con el peso que cada uno había de tener, y el de los utensilios de plata, con el peso de ella que había de tener cada uno de los utensilios para el servicio. [15] El peso de los candeleros de oro, el de las lámparas de oro, con el peso de cada candelero y de cada lámpara; el peso de los candeleros de plata y de sus lámparas, según el uso a que se destinaba cada candelero. [16] Le dió el peso de oro para las mesas de los panes de la proposición, para cada mesa, y la plata para las mesas de plata. [17] Le dió el modelo de los tenedores, de las fuentes, de los cálices de oro puro, el de las copas de oro, con el peso de cada copa; [18] el del altar de los perfumes de oro puro, con su peso de oro; el modelo del carro y de los querubines, que tienden sus alas y cubren el arca de la alianza de Yave. [19] Todo esto, dijo, me ha sido mostrado por la mano de Yave, que me dió a entender el diseño de todas las obras.»

[20] Dijo después David a Salomón, su hijo: «Esfuérzate y anímate, y ponte a la obra; no temas ni desmayes, porque Yave Dios, mi Dios, estará contigo y no te dejará ni te desamparará hasta que acabes toda la obra para el servicio de la casa de Yave. [21] Los órdenes de sacerdotes y levitas, para todo el ministerio de la casa de Yave, y todos los hombres de buena voluntad y de habilidad para toda suerte de obras, y los príncipes y todo el pueblo, estarán contigo para ejecutar todas tus órdenes.»

Ofrendas voluntarias para el templo.

29 [1] Después dijo David a toda la asamblea: «Sólo a Salomón, mi hijo, ha elegido Dios; es joven y de corta edad, y es grande la obra, porque la casa no es para hombres, sino para Yave Dios. [2] Yo, con todo mi esfuerzo, he preparado para la casa de mi Dios, oro para lo de oro, plata para lo de plata, bronce para lo de bronce, hierro para lo de hierro, madera para lo de madera, y piedras de ónice y piedras preciosas, y piedras blancas como el alabastro, y piedras de diversos colores, toda suerte de piedras preciosas y mármol de Sais. [3] Además, en mi devoción para la casa de Yave, guardo en mi tesoro particular oro y plata, además del preparado para la casa del santuario, que doy para la casa de mi Dios. [4] Tres mil talentos de oro, de oro de Ofir, y siete mil talentos de plata fina, para recubrir las paredes de la casa. [5] Oro, pues, para las cosas de oro, plata para las cosas de plata. ¿Quién quiere hacer hoy ofrenda a Yave?»

[6] Entonces todos los príncipes de las familias, los príncipes de las tribus de Israel, los jefes de millares y de centenas y los intendentes de la hacienda real, ofrecieron voluntariamente sus ofrendas, [7] dando para el servicio de la casa de Dios cinco mil talentos de oro, diez mil dáricos (1), diez

(1) El dárico era una moneda persa de oro, común entre los judíos después de la cautividad.

mil talentos de plata, dieciocho mil talentos de bronce y cinco mil talentos de hierro. 8 Y todo el que se halló con piedras preciosas, diólas para el tesoro de la casa de Yave, entregándoselas a Jejiel, gersonita. 9 Gozóse el pueblo de haber contribuído voluntariamente con sus ofrendas, porque con entero corazón se las hacían a Yave, y el rey 10 David tuvo de ello gran alegría.

Oración de David.

David bendijo a Yave ante toda la asamblea, diciendo:

«Bendito tú, ¡oh Yavé!, Dios de Israel, nuestro padre de siglo en siglo. 11 Tuya es, ¡oh Yavé!, la majestad, el poder, la gloria y la victoria; tuyo el honor, y tuyo cuanto hay en los cielos y en la tierra. Tuyo, ¡oh Yavé!, es el reino; tú te alzas soberanamente sobre todo. 12 Tuyas son las riquezas y la gloria, tú eres el dueño de todo. En tu mano está la fuerza y el poderío. Es tu mano la que todo lo afirma y engrandece. 13 Por eso, Dios nuestro, nosotros te confesamos, y alabamos tu santo nombre. 14 Porque, ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos hacerte estas voluntarias ofrendas? Todo viene de ti, y lo que voluntariamente te ofrecemos, de ti lo hemos recibido. 15 Somos ante ti extranjeros y advenedizos, como lo fueron nuestros padres. Son como la sombra nuestros días sobre la tierra, y no dan espera. 16 ¡Oh Yave, Dios nuestro! Toda esta abundancia, que para edificar la casa a tu santo nombre te hemos ofrecido, tuya es, de tu mano la hemos recibido. 17 Yo sé, Dios mío, que tú escudriñas el corazón y que amas la rectitud; por eso te he hecho yo todas mis ofrendas voluntarias en la rectitud de mi corazón, y veo ahora con alegría que todo tu pueblo, que está aquí, te ofrece voluntariamente sus dones. 18 Yave, Dios de Abraham, de Isac y de Israel, nuestros padres; conserva para siempre en el corazón de tu pueblo esta voluntad, y encamina a ti su corazón. 19 Da asimismo a mi hijo Salomón corazón perfecto, para que guarde todos tus mandamientos, tus leyes y tus mandatos, y que todos los ponga por obra, y te edifique la casa para la que yo he hecho aprestos.»

20 Luego dijo David a toda la asamblea: «Bendecid ahora a Yave, vuestro Dios»; y toda la asamblea bendijo a Yave, Dios de sus padres, y postrándose, oraron ante Yave y ante el rey. 21 Sacrificaron víctimas a Yave, y al día siguiente ofrecieron a Yave holocaustos, mil becerros, mil carneros, mil corderos, con sus libaciones y muchos sacrificios, por todo Israel; 22 y comieron y bebieron ante Yave aquel día con gran gozo. Dieron por segunda vez la investidura del reino a Salomón, hijo de David, y le ungieron rey ante Yave, y a Sadoc, sacerdote. 23 Sentóse Salomón por rey en el trono de Yave, en lugar de David, su padre; y fué prosperado, obedeciéndole todo Israel. 24 Todos los príncipes y grandes, y todos los hijos del rey David, prestaron homenaje al rey Salomón, 25 a quien Yave engrandeció en extremo a los ojos de todo Israel, dándole un reinado glorioso, cual ningún rey lo tuvo antes de él en Israel.

Muerte de David.

26 Así reinó David, hijo de Isaí, sobre todo Israel, 27 siendo cuarenta años el tiempo que reinó sobre Israel; siete años reinó en Hebrón y treinta y tres años reinó en Jerusalén.

28 Murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria. Sucedióle Salomón, su hijo.

29 Los hechos del rey David, los primeros y los postreros, están escritos en el libro de Samuel, vidente, y en las crónicas de Natán, profeta, y en las de Gad, vidente, 30 con todo su reinado, su poder, y los tiempos que pasaron sobre él y sobre Israel y sobre los otros reinos de aquellas tierras.

Artaxerxes Longimanus filius Xerxis regnare cepit patre defuncto. Huius dextra manus sinistra longior fuit, vnde illi cognomentum Longimani fuit. in hoc rege singularis prudentia et morum modestia Imperauit. 40. annos. Thucydides.

ARTAJERJES

CRONICAS II

Salomón pide y obtiene la sabiduría.

1 [1] Salomón, hijo de David, se afirmó en su reino; Yave, su Dios, estaba con él y le engrandeció sobremanera.

[2] Salomón convocó a todo Israel, a los jefes de millares y de centenas, a los jueces, a los príncipes de todo Israel, a los jefes de las casas paternas; [3] y fué Salomón con toda la asamblea al alto de Gabaón, donde estaba el tabernáculo del testimonio de Dios, que Moisés, siervo de Yave, había hecho en el desierto. [4] El arca de Dios había sido ya trasladada por David, de Cariatiarim al lugar que él la había preparado, pues había alzado para ella una tienda en Jerusalén. [5] Allí estaba también ante el tabernáculo de Yave el altar de bronce, que había hecho Besalel, hijo de Uri, hijo de Jur. [6] Salomón y la asamblea adoraron a Yave y Salomón ofreció allí en el altar de bronce, que estaba ante el tabernáculo del testimonio, mil holocaustos a Yave.

[7] Durante la noche aparecióse Dios a Salomón, y le dijo: «Pide lo que quieres que te dé»; [8] y Salomón respondió a Dios: «Tú hiciste con David, mi padre, gran misericordia, y a mí me has hecho reinar en su lugar. [9] Ahora, pues, ¡oh Yavel, cumple tu palabra a David, mi padre, ya que me has hecho rey de un pueblo numeroso como el polvo de la tierra. [10] Dame la sabiduría y el entendimiento, para que yo pueda conducir a este pueblo; porque ¿quién podrá gobernar a éste tu gran pueblo?» [11] Dios dijo a Salomón: «Pues que esto es lo que más deseas, y no me has pedido riquezas, hacienda o gloria, ni la vida de tus enemigos, ni muchedumbre de días, sino que me has pedido la sabiduría y el entendimiento para gobernar a mi pueblo, cuyo rey te he hecho, [12] la sabiduría y el entendimiento te doy; pero te daré también, además, riquezas, hacienda y gloria, tales como no las tuvieron nunca los reyes que te han precedido, ni las tendrán los que te sucedan.»

13 Tornóse Salomón a Jerusalén del
alto de Gabaón, delante el taber-
náculo del testimonio, y reinó sobre
Israel.

Carros y caballos de Salomón.

14 Salomón juntó carros y caballe-
ría; tuvo mil cuatrocientos carros y
doce mil jinetes, que distribuyó entre
las ciudades donde tenía los carros,
y Jerusalén, cerca del rey. 15 Hizo
la plata y el oro en Jerusalén tan
común como las piedras, y los cedros
tan numerosos como los sicomoros,
que se dan con abundancia en los
campos. 16 De Egipto traía Salomón
los caballos. Iban a buscarlos a Egip-
to, a Coa, mercaderes del rey, que
los compraban allí a un precio de-
terminado. 17 Un tiro de cuatro ca-
ballos costaba seiscientos siclos de
plata, y un caballo ciento cincuenta,
y los compraba también para todos
los reyes de los geteos y para los de
Siria.

Concierto de Salomón con Hiram.

2 1 Resolvió, pues, Salomón edi-
ficar una casa al nombre de Yave,
y un palacio real para sí. 2 Destinó
setenta mil hombres para trans-
portar las cargas, ochenta mil para
los trabajos de las canteras en los
montes, y tres mil seiscientos capa-
taces para ellos.

3 Mandó también a decir a Hiram,
rey de Tiro: «Lo que hiciste con
David, mi padre, mandándole ma-
dera de cedro para edificar el pala-
cio en que habitara, 4 hazlo también
conmigo, para que pueda yo edifi-
car un templo al nombre de Yave,
mi Dios, y consagrarlo, para quemar
incienso y aromas delante de él,
tener siempre ante él los panes de
la proposición, y ofrecerle holo-
caustos mañana y tarde, así como
también los sábados, los novilunios
y las otras solemnidades de Yave,
nuestro Dios, por siempre, como él
se lo ha mandado a Israel; 5 pues el
templo que quiero edificar ha de ser
grande, ya que grande es nuestro
Dios, más que todos los dioses;
6 ¿y quién se creerá capaz de edifi-
car una casa digna de él? Si el cielo,
y los cielos de los cielos no bastan
a contenerle, ¿quién soy yo para la
empresa de edificarle una casa? Gra-
cias que sólo es para quemar el in-
cienso en su presencia. 7 Envíame,
pues, un hombre hábil, que sepa
trabajar el oro, la plata, el bronce, el
hierro, la púrpura, la escarlata y el
jacinto, que sepa hacer toda suerte
de cincelados, para que dirija a los
maestros que tengo yo en Judá y en
Jerusalén, los cuales previno ya mi
padre. 8 Envíame también maderas
de cedro, de ciprés y de sándalo;
pues yo sé que tus siervos entienden
de cortar los árboles del Líbano; y
los míos trabajarán con los tuyos,
9 para preparar gran cantidad de
madera, pues la casa que yo deseo
construir ha de ser grande y magní-
fica. 10 Yo daré a los siervos tuyos,
que se ocupen en cortar y derribar
los árboles, veinte mil coros de trigo,
y otros tantos de cebada, veinte mil
bats de vino y veinte mil de aceite.»

11 Hiram, rey de Tiro, respondió
en un escrito que dirigió a Salomón:
«Porque amó Yave a su pueblo, te
ha hecho rey de él.» 12 Y decía tam-
bién: «Bendito Yave, Dios de Israel,
que ha hecho los cielos y la tierra,
y ha dado al rey David un hijo
sabio, entendido, cuerdo y prudente,
que edifique casa a Yave y casa real.
13 Yo, pues, te envío un hombre
hábil y entendido, a Hiram, 14 hijo
de una mujer de las hijas de Dan,
pero cuyo padre era de Tiro, que sabe
trabajar el oro, la plata, el bronce,
el hierro, la piedra, la madera, la
púrpura, el jacinto, el lino y la escar-
lata, y grabar toda suerte de figuras;
y es ingenioso en inventar cuanto se
necesita para toda clase de obras.
El trabajará con tus obreros y con
los de David, mi señor, tu padre.
15 Manda tú, pues, mi señor, a tus
siervos el trigo y la cebada, el aceite
y el vino que has ofrecido. 16 Nosotros
cortaremos en el Líbano toda la
madera que necesites, y la pondremos
en balsas, para llevarla por mar
hasta Jope, y tú la harás llevar de
allí a Jerusalén.»

17 Salomón hizo el censo de todos
los extranjeros que había en la tierra
de Israel, después del hecho por
David, su padre, y fueron hallados
ciento cincuenta y tres mil seiscien-
tos. 18 Destinó de ellos setenta mil
para los transportes, y ochenta mil
para las canteras en los montes, y
tres mil seiscientos capataces para
vigilar a los obreros.

Construcción del templo.

3 [1] Comenzó, pues, Salomón a edificar la casa en Jerusalén, en el monte Moria, que había sido mostrado a su padre; en el lugar que David había dispuesto en la era de Ornán, jebuseo. [2] Comenzó la edificación a dos días del mes segundo del año cuarto de su reinado. [3] He aquí el plano seguido por Salomón para la construcción de la casa de Yave: el largo era de sesenta codos según la medida antigua, el ancho de veinte codos. [4] El vestíbulo, que iba delante, tenía un largo correspondiente al ancho de la casa, de veinte codos, y su anchura era de diez codos; lo recubrió interiormente de oro puro. [5] Revistió la parte mayor de la casa de madera de ciprés, y la recubrió de láminas de oro puro, haciendo grabar en ellas palmas y cadenetas que se enlazaban unas con otras. [6] Hizo el pavimento del templo de mármoles preciosos y de gran belleza. Las láminas de oro de que recubrió los artesonados, las vigas, las pilastras, los muros y las puertas, eran de lo más fino. [7] Hizo también cincelar querubines sobre los muros. [8] Hizo también la parte menor, el santísimo, cuyo largo, que correspondía a la anchura de la casa, era de veinte codos, y su ancho igualmente de veinte codos; y lo recubrió todo de láminas de oro, que venían a pesar seiscientos talentos. [9] Hizo también de oro los clavos, cada uno de los cuales pesaba cincuenta siclos de oro. También los techos estaban revestidos de oro. [10] Hizo también para la casa del santísimo dos querubines, en figura de jóvenes, cubiertos de oro. [11] El largo de las alas de los querubines era de veinte codos, pues era cada una de cinco codos, y la una tocaba al muro de la casa y la otra llegaba hasta el ala del otro querubín; [12] y de igual modo las del otro querubín, de cinco codos de largo, tocaba la una al muro y la otra a la del otro querubín. [13] Las alas de ambos querubines estaban desplegadas, y tenían en todo veinte codos de largo. Estaban en pie y con los rostros vueltos a la parte exterior del templo. [14] Hizo también el velo, de jacinto, de púrpura, de escarlata y de lino, en el cual hizo dibujar querubines. [15] Hizo además, ante la puerta del templo, dos columnas de treinta y cinco codos de altura, con sus capiteles, cada uno de los cuales tenía cinco codos de alto. [16] Hizo también en ellos cadenetas, como las del santuario, y las puso en los capiteles, y con ellas se enlazaron cien granadas. [17] Alzó las columnas en el vestíbulo del templo, la una a la derecha y la otra a la izquierda. A la que estaba a la derecha la llamó Jaquín, y a la de la izquierda Boaz.

El altar de bronce, el mar de bronce y otros utensilios.

4 [1] Hizo además el altar de bronce, de veinte codos de largo y veinte de ancho y diez de alto. [2] También hizo un mar de fundición, que tenía diez codos del uno al otro borde, enteramente redondo; su altura era de cinco codos, y un cordón de treinta codos lo ceñía en derredor. [3] Había debajo de él figuras de toros, y estaba todo en derredor adornado de dos filas de figuras de toros, diez por cada codo, todo en torno, y todo de la misma fundición. [4] El mar descansaba sobre doce toros, de los cuales tres miraban al norte, tres al occidente, tres al mediodía y tres al oriente, todos soportando el mar, y la parte posterior de los toros estaba oculta debajo del mar. [5] El grueso de este vaso era de un palmo y su borde era como el de una copa o como el de un libro abierto; hacía tres mil *bats*. [6] Hizo igualmente diez fuentes y puso cinco de ellas a la derecha y cinco a la izquierda, para lavar allí lo que había de ser ofrecido en holocausto. Los sacerdotes se lavaban en el mar.

[7] Hizo diez candeleros de oro, de la forma que se le había ordenado, y los puso en el templo, cinco a un lado y cinco al otro. [8] Igualmente diez mesas, y las puso en el templo, cinco a la derecha y cinco a la izquierda, y cien tazas de oro. [9] Hizo a más el atrio de los sacerdotes y el gran atrio, y las puertas del mismo, que cubrió de bronce. [10] Asentó el mar al lado derecho del templo, al sudeste. [11] Hizo también Hiram las calderas, las palas y las tazas, y acabó toda la obra que el rey había emprendido hacer en el templo de Dios, es decir: [12] las dos columnas, los entrelazados, los dos capiteles que las coronaban y entrelazados con

las granadas que los cubrían. [13] Hizo cuatrocientas granadas y dos retículas, de modo que había dos filas de granadas unidas a cada una de estas retículas, que cubrían los capiteles de las columnas. [14] Hizo también basas, sobre las que asentó las fuentes, [15] y el mar; los doce toros sobre los que se asentaban, [16] las calderas, las palas, los tenedores; todos los enseres se los hizo Hiram al rey Salomón para la casa de Yave, del bronce mejor. [17] Hízolos fundir el rey en los llanos del Jordán, en tierra arcillosa, entre Sucot y Seredat. [18] La muchedumbre de estos utensilios era grande, y no pudo saberse su peso de bronce.

[19] Hizo, pues, Salomón de oro todos los utensilios del templo de Yave, con el altar y las mesas de los panes de la proposición. [20] Hizo también de un oro purísimo los candeleros con sus lámparas, para que ardieran delante del oráculo según costumbre; [21] las flores, las lamparillas y las despabiladeras, todo de oro purísimo. [22] Igualmente las jofainas, las cucharillas y los incensarios, de oro puro. Las puertas del templo interior, del santísimo, estaban cinceladas, y como las del templo exterior, eran de oro. Así terminó Salomón todo lo que había determinado hacer para la casa de Yave.

Traslado del arca al santuario.

5 [1] Salomón hizo traer al templo todo cuanto su padre había consagrado, y puso el oro, la plata y todos los vasos en el tesoro de la casa de Dios. [2] Después convocó a Jerusalén a todos los ancianos de Israel, a todos los príncipes de las tribus y a los jefes de familias de los hijos de Israel, para trasladar el arca de la alianza de Yave, de la ciudad de David, que es Sión. [3] Así se reunió todo Israel en torno del rey el día de la solemnidad del séptimo mes; [4] y cuando hubieron venido todos los ancianos de Israel, tomaron los levitas el arca [5] y la llevaron al templo, con el tabernáculo de la reunión y todos los utensilios del tabernáculo. Los sacerdotes y los levitas llevaron todos los vasos del santuario que había en el tabernáculo. [6] El rey Salomón y todo el pueblo, cuantos se habían reunido, iban delante del arca, e inmolaron carneros y bueyes sin número, tanta fué la muchedumbre de las víctimas.

[7] Los sacerdotes pusieron el arca de la alianza de Yave en el lugar para ella destinado, es decir, en el oráculo del templo, en el santísimo, bajo las alas de los querubines; [8] de modo que los querubines cubrían con sus alas el lugar en que había sido puesta, así como las barras; [9] y como las barras con que había sido trasladada eran un poco largas, salían las cabezas de ellas un poco fuera del santuario, pero no se veían en cuanto uno se alejaba un poco de él. Allí ha estado siempre el arca, hasta hoy.

[10] No había en el arca más que las dos tablas que en ella fueron puestas por Moisés, en Horeb, cuando Yave dió su ley a los hijos de Israel, a su salida de Egipto. [11] Cuando los sacerdotes salieron del santuario, pues todos los sacerdotes que allí se encontraban fueron santificados, por no haberse hecho todavía entonces entre ellos la distribución de los servicios, [12] los levitas cantores, los de Asaf, de Hemán y Jedetún, con sus hijos y hermanos, vestidos de lino fino, [13] hacían resonar los címbalos, los salterios y las cítaras, puestos al oriente del altar, con ciento veinte sacerdotes que tocaban las trompetas. Todos al mismo tiempo cantaban a una, entre el sonar de las trompetas, los címbalos y los otros instrumentos músicos, y alababan y confesaban a Yave: «¡Alabad a Yavel Porque es bueno, porque su misericordia es eterna.»

La casa de Yave se llenó de una nube; [14] y no pudieron ya estar allí los sacerdotes, para ministrar, por causa de la nube, porque la gloria de Yave llenaba la casa de Dios.

Plegaria de Salomón en la dedicación del templo.

6 [1] Entonces dijo Salomón: «Yave ha dicho que habitaría en la oscuridad, [2] y yo he edificado una casa de morada para que él la habite para siempre.» [3] Luego el rey, volviéndose a toda la asamblea, la bendijo, estando toda en pie; [4] y prosiguió (1):

---

(1) La plegaria de Salomón (véase I Rey. 8) pone bien de relieve el concepto de la inmensidad de Dios, a quien no puede contener un templo, que no es más que un lugar donde se

«Bendito Yave, Dios de Israel,
que ha cumplido lo que por su boca
prometió a David, mi padre, diciendo:
5 Desde que saqué de Egipto a mi
pueblo, ninguna ciudad elegí de las
tribus de Israel para edificar casa
donde estuviese mi nombre, ni elegí
varón que fuese príncipe de mi pueblo
Israel; 6 pero elijo a Jerusalén, para
que en ella esté mi nombre, y elijo
a David, para que esté a la cabeza
de mi pueblo, Israel. 7 David, mi
padre, tuvo el propósito de edificar
casa al nombre de Yave, Dios de
Israel; 8 pero Yave dijo a David,
mi padre: Bien has hecho en querer
edificar casa a mi nombre; bueno ha
sido este propósito, 9 pero no serás
tú quien edifique la casa, sino tu
hijo, salido de tus entrañas; ése será
quien edificará casa a mi nombre.
10 Yave ha cumplido lo que dijo,
pues me levanté yo en lugar de David,
mi padre, y me he sentado en el
trono de Israel, como Yave había di-
cho, y he edificado casa al nombre de
Yave, Dios de Israel, 11 y he puesto
en ella el arca, en la cual está el pacto
de Yave, concertado con los hijos
de Israel.»
12 Púsose luego Salomón delante
del altar de Yave, en presencia de
toda la asamblea de Israel; y ten-
diendo sus manos— 13 pues había
hecho un estrado de bronce de cinco
codos de largo, otro tanto de ancho
y tres de alto, que había mandado
poner en medio del templo—y puesto
en pie, arrodillóse luego, vuelto a
toda la muchedumbre; y alzando las
manos al cielo, dijo:
14 «Yave, Dios de Israel: no hay
Dios semejante a ti, ni en el cielo
ni en la tierra; tú guardas la alian-
za y la misericordia a tus siervos
que andan delante de ti con todo
su corazón; 15 otorgaste a David,
mi padre, todo cuanto le prometiste,
y has puesto por obra cuanto de
palabra le dijiste, como lo vemos
hoy. 16 Cumple, pues, ahora, Yave,
Dios de Israel, todo cuanto a David,
mi padre, tu siervo, prometiste, di-
ciendo: No faltará de ti varón de-
lante de mí, que se siente en el trono
de Israel, siempre que tus hijos guar-
den sus caminos, andando en mi ley,
como has andado tú delante de mí.
17 Ahora, pues, ¡oh Yave, Dios de
Israel!, que se cumpla la palabra
dada a tu siervo David.
18 «¿Pero en verdad habitará Dios
con el hombre en la tierra? Los
cielos, y los cielos de los cielos, no
pueden contenerte; ¡cuanto menos
esta casa que yo he edificado! 19 Pero
atiende, ¡oh Yave, mi Dios!, a la
oración de tu siervo y a su súplica;
oye el clamor y la oración con que
tu siervo ora delante de ti, 20 y que
tus ojos estén siempre abiertos sobre
esta casa día y noche, sobre este
lugar de que has dicho: allí estará mi
nombre; 21 y que oigas la oración
que en este lugar ora tu siervo.
Oye asimismo el ruego de tu siervo
y de tu pueblo Israel, cuando oren
en este lugar; oye tú desde lo alto
de los cielos, desde el lugar de tu
morada; oye y perdona.
22 «Si alguno pecare contra su pró-
jimo, y él le pidiere que jure con
juramento, y vinieren a jurar ante
tu altar en esta casa, 23 óyele desde
los cielos, y obra y juzga a tu siervo,
dando su merecido al impío, haciendo
recaer su impiedad sobre su cabeza,
y justifica al justo, retribuyéndole
según su justicia.
24 »Cuando tu pueblo Israel cayere
delante de sus enemigos, por haber
prevaricado contra ti, y convir-
tiéndose, confesaren tu nombre y
rogaren delante de ti en esta casa,
25 óyelos desde los cielos, y perdona
el pecado de tu pueblo Israel, y
vuélvelos a la tierra que a ellos y a
sus padres les diste.
26 »Si se cerraren los cielos y no
hubiere lluvias, por haber pecado
contra ti, y oraren a ti en este lugar,
y confesaren tu nombre, convirtién-
dose de sus pecados al afligirlos tú;
27 oye en los cielos, y perdona el pe-
cado de tus siervos y de tu pueblo
Israel, y enséñales el buen camino,
para que anden por él, y dales la
lluvia sobre tu tierra, la que por here-
dad diste a tu pueblo.
28 »Si hubiere hambre en la tierra,
o pestilencia o tizón, o añublo, o
langosta, o pulgón, o el enemigo
los cercare en su tierra, en sus ciu-
dades, o hubiere otra cualquiera
plaga o enfermedad; 29 si un hombre,
o todo Israel, hace oraciones y súpli-
cas, y reconociendo su llaga y su
dolor, tendiere sus manos hacia esta
casa; 30 óyele desde los cielos, desde

---

invoca su nombre y se da una especial manifestación de su omnipresencia. Al mismo tiempo se halla en la oración la nota de la universalidad en potencia de la religión de Israel.

el lugar de tu morada, y perdona y
da a cada uno conforme a sus caminos, según su corazón; pues sólo tú
conoces el corazón de los hijos de
los hombres; 31 para que te teman,
y anden por tus caminos todos los
días de su vida, en la tierra que
diste a nuestros padres.
32 »Cuando el extranjero, que no
es de tu pueblo Israel, venido de
lejanas tierras por la fama de tu
nombre y de tu fuerte mano y tu
tendido brazo, viniere a orar en esta
casa; 33 óyelo tú desde los cielos,
desde el lugar de tu morada, y haz
lo que con clamores te pida el extranjero, para que todos los pueblos
de la tierra conozcan tu nombre y
te teman, como tu pueblo Israel,
y sepan que tu nombre es invocado
sobre esta casa que yo te he edificado.
34 »Si saliere tu pueblo a la guerra
contra sus enemigos, por el camino
que les señales, y oraren a ti, hacia
esta ciudad que tú has elegido, hacia
la casa que a tu nombre he edificado;
35 oye tú desde los cielos su oración,
su ruego, y ampara su derecho.
36 »Si pecaren contra ti—pues no
hay hombre que no peque—, y airado
contra ellos los entregares a sus enemigos, que los lleven cautivos a tierra
enemiga, lejana o cercana, 37 y ellos
volviendo en sí en la tierra a donde
fueren llevados cautivos se convirtieren y oraren a ti en la tierra de
su cautividad, y dijeren: Hemos pecado, hemos obrado inicua e impíamente; 38 si se convirtieren a ti de
todo corazón y con toda su alma en
la tierra de su cautividad, donde los
hubieren llevado cautivos, y oraren
hacia su tierra, la que diste a sus
padres, hacia la ciudad que tú has
elegido, y hacia esta casa que yo he
edificado a tu nombre; 39 oye tú
desde los cielos, desde el lugar de
tu morada, su oración y su ruego,
y perdona a tu pueblo que pecó
contra ti. 40 Ten, pues, ¡oh Dios
mío!, abiertos tus ojos y atentos
tus oídos a la oración hecha en este
lugar.
41 «¡Oh Yave, Dios! Levántate, y
ven a tu lugar de reposo, tú y el arca
de tu majestad. Que tus sacerdotes,
Yave Dios, se revistan de salud, y
tus santos gocen de tus bienes.
42 «¡Yave, Dios, no rechaces a tu
ungido; acuérdate de tus misericordias a David, tu siervo.»

7 1 Cuando Salomón acabó de orar,
descendió del cielo fuego que consumió los holocaustos y las víctimas, y la gloria de Yave llenó la
casa. 2 No podían los sacerdotes estar
en la casa de Yave, porque la gloria
de Yave llenaba la casa de Yave.
3 Y al ver los hijos de Israel descender
el fuego y la gloria de Yave sobre la
casa, cayeron a tierra sobre sus rostros en el pavimento, y adoraron y
confesaron a Yave: «Porque es bueno,
porque es eterna su misericordia.»
4 Entonces el rey y todo el pueblo
sacrificaron víctimas delante de Yave,
5 y ofreció el rey Salomón en sacrificio veintidós mil bueyes y ciento
veinte mil ovejas, y así fué dedicada
la casa de Dios por el rey y todo el
pueblo. 6 Los sacerdotes asistían en
su ministerio, y los levitas con los
instrumentos de música de Yave,
que había hecho el rey David, para
alabar a Yave, «cuya misericordia
es eterna» y con los que le alababa también David. Asimismo los
sacerdotes tocaban trompetas delante de ellos, y todo el pueblo estaba
en pie.
7 También santificó Salomón el atrio,
que está delante de la casa de Yave,
ofreciendo allí los holocaustos y el sebo
de las víctimas, por ser el altar de bronce que Salomón había hecho insuficiente para tantos holocaustos, la ofrenda
y el sebo. 8 Hizo Salomón fiesta con
todo Israel por siete días, reuniéndose una gran muchedumbre, desde
la entrada de Hamat hasta el torrente
de Egipto. 9 Al octavo día celebraron
asamblea santa, pues habían hecho
la dedicación del altar durante siete
días y celebrado por siete días la
solemnidad. 10 A veintitrés del séptimo mes, envió al pueblo a sus
estancias, alegres y gozosos en su
corazón, por los beneficios que Yave
había hecho a David, a Salomón y a
su pueblo, Israel.

Respuesta de Yave a la plegaria de Salomón.

11 Acabó, pues, Salomón la casa
de Yave y la casa del rey; y todo
cuanto se había propuesto hacer en
la casa de Yave y en su casa, lo
consiguió. 12 Entonces se le apareció
Yave durante la noche, y le dijo:
«He oído tu plegaria, y he elegido
este lugar como la casa en que se
me habrán de ofrecer sacrificios,

13 Cuando yo cierre el cielo y no haya
lluvia, cuando mande yo a la lan-
gosta devorar la tierra, cuando mande
la peste entre mi pueblo, 14 si mi
pueblo, sobre el que se invoca mi
nombre, se humilla, ruega y me busca
la cara, si se aparta de sus malos ca-
minos, yo oiré desde los cielos y le
perdonaré su pecado y curaré a la
tierra. 15 Mis ojos estarán siempre
abiertos y atentos mis oídos a la
plegaria hecha en este lugar. 16 Yo
elijo y santifico esta casa, para que
en ella sea invocado mi nombre, y
para morar en ella por siempre, y la
tendré siempre ante mis ojos y en
mi corazón. 17 Y tú, si andas en mi
presencia como anduvo David, tu
padre, haciendo todo cuanto yo he
mandado, y guardas mis leyes y mis
preceptos, 18 yo afirmaré el trono
de tu reino, como se lo prometí a
David, tu padre, diciendo: No fal-
tará jamás un hijo tuyo que reine
en Israel. 19 Pero, si os volvéis y
dejáis los mandamientos y preceptos
que yo os he prescrito, y os vais a
servir a dioses ajenos, adorándolos,
20 yo os arrancaré de mi tierra, que
os he dado; y esta casa, que a mi
nombre he santificado, la rechazaré
de ante mí, y será la burla y el escar-
nio de todas las gentes; 21 y por ilus-
tre que haya sido, será el espanto
de cuantos cerca de ella pasen, que
dirán: ¿Por qué ha hecho Yave
así con esta tierra y esta casa? 22 Y
se responderá: Porque dejaron a Yave,
Dios de sus padres, que los había
sacado de la tierra de Egipto, y se
adhirieron a dioses ajenos, y los
adoraron y los sirvieron; por eso ha
traído él sobre ellos todos estos males.»

Otras construcciones de Salomón.

8 1 Al cabo de veinte años, en los
que edificó Salomón la casa de
Yave y su propia casa, 2 reconstruyó las
ciudades que le había dado Hiram, y
estableció en ellas a los hijos de Israel.
3 Después marchó Salomón contra
Hamat de Soba y la tomó. 4 Edificó
a Tadmor, en el desierto, y todas las
ciudades de municiones en Hamat.
5 Edificó Bethorón, el alto y el bajo,
ciudades fuertes, amuralladas, con
puertas y barras; 6 Balat y todas las
ciudades de munición que le perte-
necían, y las ciudades de los carros
y de la caballería, y todo lo que
quiso edificar en Jerusalén, en el
Líbano y en toda la tierra de su
dominio. 7 Todo el pueblo que había
quedado de los geteos, amorreos, fe-
receos, jeveos y jebuseos, que no
era parte de Israel; 8 sus descendien-
tes que habían quedado con ellos en
la tierra y no habían exterminado
los hijos de Israel, los hizo servir en
los trabajos, y así se sigue haciendo
hasta hoy. 9 No empleó Salomón
como esclavos para sus trabajos a
ningún hijo de Israel, pues éstos eran
hombres de guerra, jefes, oficiales,
comandantes de los carros y de la
caballería.
10 Los jefes puestos por Salomón
a la cabeza del pueblo y encargados
de la vigilancia eran doscientos cin-
cuenta.
11 Salomón subió a la hija del Fa-
raón, de la ciudad de David, a la casa
que para ella había edificado, pues
dijo: «Mi mujer no ha de habitar
en la casa de David, rey de Israel,
porque los lugares en que ha estado
el arca de Yave son sagrados.»
12 Entonces ofreció Salomón a Yave
holocaustos en el altar de Yave, que
había alzado delante del pórtico,
13 ofreciendo lo que para cada día
prescribió Moisés, para los sábados,
los novilunios y las tres solemnidades
del año; la de los ácimos, la de las
semanas y la de los tabernáculos.
14 Estableció en sus funciones, como
las había determinado David, su
padre, a los sacerdotes según su ofi-
cio, a los levitas según su cargo de
alabar a Yave, y servir cada día a
los sacerdotes en el ministerio, e igual-
mente a los porteros asignados a cada
puerta, según sus clases, como lo
había ordenado David, hombre de
Dios. 15 Nada escapó a la ordenación
del rey en cuanto a los sacerdotes y
levitas, ni en cuanto a cosa alguna
tocante a los tesoros. 17 Así fué diri-
gida toda la obra de Salomón, desde
el día en que se pusieron los cimien-
tos de la casa de Yave, hasta el día
en que fué terminada. Acabóse, pues,
la casa de Yave.
18 Entonces partió Salomón para
Asion-Gueber, y Elat, a orillas del
mar, en tierra de Edom; pues Hiram,
por medio de sus siervos, le había
enviado navíos y marineros diestros,
conocedores del mar. Fueron éstos
con los siervos de Salomón a Ofir,
y trajeron de allí cuatrocientos cin-
cuenta talentos de oro, que entre-
garon a Salomón.

La reina de Saba, en Jerusalén.

9 [1] Llegó a la reina de Saba la fama de Salomón; y vino a Jerusalén para probarle con enigmas, acompañada de muy gran séquito de camellos, cargados de aromas y oro en abundancia y piedras preciosas. Vino a Salomón y le dijo cuanto se le ocurrió, [2] y Salomón respondió a todas sus preguntas, sin que hubiera nada que él no pudiera explicarle.

[3] La reina de Saba, viendo la sabiduría de Salomón, la casa que había construído, [4] los manjares de su mesa, el asiento de sus servidores, el porte y los vestidos de la servidumbre, y la subida a la casa de Yave, [5] fuera de sí dijo al rey: «Verdad es cuanto de tu estado y tu sabiduría había oído en mi tierra. [6] No lo creía hasta que he venido y lo he visto con mis ojos; y hallo ahora que no me habían dicho ni la mitad de tu grandeza, de tu sabiduría, pues sobrepujas la fama que a mí había llegado. [7] Dichosas tus gentes, dichosos tus servidores, que continuamente están delante de ti y oyen tu sabiduría. [8] Bendito Yave, tu Dios, que te ha hecho la gracia de ponerte sobre su trono, por rey para Yave, tu Dios. Por amor de Yave a su pueblo, y por querer que por siempre subsista, te ha hecho rey de él, para que le hagas derecho y justicia.»

[9] Dió al rey ciento veinte talentos de oro, gran cantidad de aromas y de piedras preciosas, y no hubo nunca aromas como los que la reina de Saba dió a Salomón.

[10] También los siervos de Hiram y los de Salomón, que habían traído el oro de Ofir, trajeron madera de sándalo y piedras preciosas. [11] Con la madera de sándalo hizo el rey las gradas de la casa de Yave y de la casa del rey, e hizo también de ella arpas y salterios para los cantores. Nunca en Judá se había visto semejante.

[12] El rey Salomón dió a la reina de Saba cuanto ella quiso y pidió, más que lo que ella había traído al rey. Después volvióse ella a su tierra con sus siervos.

Riquezas, magnificencia y gloria de Salomón.

[13] El peso del oro que cada año llegaba a Salomón era de seiscientos sesenta talentos de oro, [14] fuera del que recibía de negociantes y comerciantes, de todos los reyes de Arabia y de los gobernadores de la tierra, que recaudaban oro y plata para Salomón.

[15] Hizo el rey Salomón doscientos grandes escudos de oro batido, para cada uno de los cuales empleó seiscientos siclos de oro; [16] y otros trescientos escudos de oro batido, para cada uno de los cuales empleó trescientos siclos de oro, y los puso en la casa «Bosque del Líbano». [17] Hizo un gran trono de marfil, que recubrió de oro puro. Tenía el trono seis gradas y un dosel de oro. [18] Había brazos a uno y otro lado de la silla, y cerca de los brazos dos leones, [19] y otros doce leones sobre las seis gradas, de una y otra parte. Para ningún rey se hizo cosa semejante. [20] Todos los vasos del rey Salomón eran de oro, y toda la vajilla de la casa «Bosque del Líbano» era de oro puro. Nada de plata. No se hacía de ella estima alguna en tiempo de Salomón, [21] pues tenía el rey naves de Tarsis que navegaban con las de los siervos de Hiram; y llegaban cada tres años las naves de Tarsis, trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales. [22] Fué el rey Salomón más grande que todos los reyes de la tierra, por riquezas y por sabiduría. [23] Todos los reyes de la tierra buscaban ver a Salomón, para oír la sabiduría que había puesto Dios en su corazón, [24] y cada uno le traía su presente, objetos de plata, de oro, vestidos, armas, aromas, caballos y mulos. Y así cada año.

[25] Tenía Salomón cuatro mil caballerizas, para sus caballos y sus carros, y doce mil jinetes, que puso en las ciudades de los carros y cerca de sí en Jerusalén. [26] Se extendió su dominio sobre todos los reyes, desde el río hasta la tierra de los filisteos y hasta las fronteras de Egipto. [27] Hizo que la plata fuera tan común como las piedras, y que los cedros fuesen tantos como los sicomoros, que se dan en los campos. [28] Traíanle los caballos de Egipto y de todas partes.

[29] El resto de los hechos de Salomón, los primeros y los postreros, ¿no está escrito en los libros de Natán, profeta, en los de Ajías, silonita, y en las profecías de Ido, vidente, contra Jeroboam, hijo de Nabat? [30] Reinó Salomón en Jerusalén,

sobre todo Israel, cuarenta años.
31 Se durmió con sus padres, y fué
sepultado en la ciudad de David, su
padre. Le sucedió Roboam, su hijo.

DIVISION DEL REINO

Roboam, rey de Judá. Jeroboam, rey de Israel.

10 1 Fué Roboam a Siquem, donde
se había reunido todo Israel
para proclamarle rey. 2 Súpolo Jero-
boam, que estaba en Egipto, a donde
había huído por causa del rey Sa-
lomón, y volvió de Egipto, 3 pues
fueron a llamarle. Vino, pues, Jero-
boam y todo Israel, y hablaron a
Roboam, diciendo: 4 «Tu padre hizo
grave nuestro yugo. Afloja tú, pues,
ahora la dura servidumbre y el pe-
sado yugo con que tu padre nos
oprimió, y te serviremos.» 5 El les
respondió: «Volved a mí de aquí a
tres días.» El pueblo se fué. 6 Enton-
ces Roboam pidió consejo a los an-
cianos que habían servido a Salo-
món, su padre, mientras vivió, y
díjoles: «¿Qué me aconsejáis vosotros
que responda a este pueblo?» 7 Ellos
le hablaron diciendo: «Si tú hoy te
conduces humanamente con este pue-
blo, y le complaces, y le das buenas
palabras, ellos te servirán perpetua-
mente.» 8 Pero él, dejando el consejo
que los ancianos le dieron, lo pidió
a los mancebos que se habían criado
con él y le asistían, 9 diciendo: «¿Qué
aconsejáis vosotros que responda a
este pueblo, que me ha hablado di-
ciendo: Alivia el yugo que tu padre
nos impuso?» 10 Los mancebos que se
habían criado con él le hablaron así:
«Diles a los que te han pedido que
aligeres su yugo: Lo más flaco mío
es más grueso que los lomos de mi
padre. 11 Si mi padre os cargó de pe-
sado yugo, yo lo agravaré. Mi padre
os castigó con azotes, y yo os azotaré
con escorpiones.»
12 Vino, pues, Jeroboam con todo
el pueblo a Roboam el tercer día,
según lo que mandara el rey, diciendo:
«Volved a mí de aquí a tres días»;
13 y el rey les respondió ásperamente,
pues se apartó el rey Roboam del
consejo de los ancianos, 14 y siguió
el consejo de los jóvenes, diciendo:
«Mi padre agravó vuestro yugo, y
yo lo agravaré más todavía; mi padre
os castigó con azotes, y yo os azotaré
con escorpiones.» 15 No escuchó el
rey al pueblo, porque era cosa de
Dios, para que se cumpliera la pala-
bra que había dicho Yave por medio
de Ajías, silonita, a Jeroboam, hijo
de Nabat.
16 Viendo todo Israel que no los
había escuchado el rey, respondió el
pueblo al rey, diciendo: «¿Qué tene-
mos que ver nosotros con David ni
con el hijo de Isaí? ¡A tus tiendas,
Israel! Mira tú ahora por tu casa,
David.» Y todo Israel se fué a sus
estancias. 17 Reinó Roboam sobre
los hijos de Israel, que habitaban en
las ciudades de Judá. 18 Mandó luego,
el rey Roboam a Adoram, prefecto
de los tributos, pero los hijos de
Israel le lapidaron, y murió. Enton-
ces se apresuró Roboam a subir a su
carro, y huyó a Jerusalén. 19 Así se
apartó Israel de la casa de David,
hasta hoy.

11 1 Vino Roboam a Jerusalén, y
reunió a la casa de Judá y a
la de Benjamín, ciento ochenta mil
hombres de guerra escogidos, para
combatir contra Israel y reducirle al
dominio de Roboam; 2 pero dirigió
Yave su palabra a Semeyas, hombre
de Dios, diciéndole: 3 «Habla a Ro-
boam, hijo de Salomón, rey de Judá,
y a todos los de Israel en Judá y
Benjamín, y diles: 4 Así habla Yave:
No subáis a luchar con vuestros her-
manos; vuélvase cada uno a su casa,
porque soy yo quien ha hecho esto.»
Y ellos, escuchando la palabra de
Yave, se tornaron y no fueron contra
Jeroboam.

Roboam afirma su reinado.

5 Habitó Roboam en Jerusalén y
edificó y fortificó ciudades en Judá.
6 Fortificó Betlejem, Etán, Tecoa,
7 Betsur, Socó, Adulam, 8 Get, Ma-
resa, Ziv, 9 Adoram, Laquis, Azeca,
10 Sora, Ayalón y Hebrón, que eran
de Judá, y otras en Benjamín. 11 Guar-
neció también las fortalezas, y puso
en ella jefes, y las avitualló de aceite
y vino, 12 las proveyó de armas, es-
cudos y lanzas, fortificándolas en
gran manera, y Judá y Benjamín le
estuvieron sujetos.
13 Los sacerdotes y levitas de todo
Israel venían a él de todos sus térmi-

nos, [14] y dejaban sus heredades y posesiones, para venirse a Judá (1) y a Jerusalén, pues Jeroboam y sus hijos los echaban del ministerio de Yave. [15] El se hizo sacerdote para los altos, para los demonios, y para los becerros que se había fabricado. [16] Tras de aquéllos vinieron también, de todas las tribus de Israel, los que tenían puesto su corazón en seguir a Yave, Dios de Israel, para poder sacrificar en Jerusalén a Yave, el Dios de sus padres. [17] Así se fortaleció el reino de Judá y afirmaron a Roboam en el reino por tres años, pues tres años siguieron por el camino de David y Salomón.

[18] Tomó Roboam por mujer a Majalat, hija de Jerimot, hijo de David, y a Abigail, hija de Eliab, hijo de Isaí, [19] que le parió hijos: Jeus, Samaría y Záham. [20] Tomó después a Maaca, hija de Absalón, que le parió a Abías, Ataí, Zisa y Selomit. [21] Amó Roboam a Maaca, hija de Absalón, más que a todas sus mujeres y concubinas, pues tuvo dieciocho mujeres y sesenta concubinas, y engendró veintiocho hijos y sesenta hijas.

[22] Puso Roboam a Abías, hijo de Maaca, por cabeza y príncipe de sus hermanos, pues quería hacerle rey; [23] y le hizo educar y esparció a sus otros hijos por todas las tierras de Judá y Benjamín, y por todas las ciudades fuertes, dándoles víveres en abundancia y pidiendo para ellos muchas mujeres.

La idolatría de Roboam, castigada.

12 [1] Cuando Roboam se hubo afirmado en el reino y se sintió fuerte, se apartó de la ley de Yave, y con él todo Israel. [2] El año quinto del reinado de Roboam, subió Sesac, rey de Egipto, contra Jerusalén, por haberse rebelado contra Yave, [3] con mil doscientos carros y sesenta mil jinetes; y el pueblo que con él venía de Egipto no tenía número, de lubim, suquiyim y cusim. [4] Tomó las ciudades fuertes de Judá y llegó hasta Jerusalén. [5] Entonces Semeyas, profeta, se presentó a Roboam y a los príncipes de Judá, que estaban reunidos en Jerusalén por causa de Sesac, y les dijo: «Así dice Yave: vosotros me habéis dejado a mí, y por eso también yo os he dejado a vosotros en manos de Sesac.»

[6] Los príncipes de Israel y el rey se humillaron, y dijeron: «Justo es Yave.» [7] Y viendo Yave que se habían humillado, dirigió su palabra a Semeyas, diciendo: «Se han humillado; no los destruiré, antes los salvaré pronto, y no se derramará mi ira sobre Jerusalén por medio de Sesac; [8] pero habrán de servirle, para que sepan distinguir entre lo que es servirme a mí, y servir a los reyes de las gentes.»

[9] Subió, pues, Sesac, rey de Egipto, a Jerusalén, y pilló los tesoros de la casa de Yave y los de la casa del rey; todo se lo llevó. Tomó los escudos de oro que había hecho Salomón, [10] y en vez de ellos hizo el rey Roboam escudos de bronce, para los jefes de la guardia que custodiaban la entrada de la casa del rey. [11] Cuando iba el rey a la casa de Yave, tomábanlos los de la guardia, y los volvían luego al cuartel de la guardia.

[12] Como se humilló, apartóse de él la ira de Yave, por no destruirle del todo, y las cosas mejoraron en Judá. [13] Fortalecióse, pues, Roboam, y reinó en Jerusalén. Cuarenta y un años tenía Roboam cuando comenzó a reinar, y reinó diecisiete años en Jerusalén, la ciudad que eligió Yave entre todas las tribus de Israel, para poner en ella su nombre. El nombre de su madre fué Naama, amonita. [14] Hizo el mal, porque no apresto su corazón para buscar a Yave. [15] Los hechos de Roboam, los primeros y los postreros, ¿no están escritos en los libros de Semeyas, profeta, y de Ido, el vidente, en los registros de las genealogías? Hubo perpetuamente guerra entre Roboam y Jeroboam. [16] Durmióse Roboam con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de David, y le sucedió Abías, su hijo.

Reinado de Abías. Guerra contra Jeroboam.

13 [1] A los dieciocho años del reinado de Jeroboam, comenzó a reinar en Judá Abías, [2] y reinó tres años en Jerusalén. Su madre se llamaba Micaya, hija de Uziel, de Gaba.

(1) La parte todavía sana de Israel se acoge en su mayoría al reino de Judá, huyendo del culto ilegítimo e idolátrico del reino de Israel.

Hubo guerra entre Abías y Jeroboam (1)
3 Reunió Abías un ejército de hombres
de guerra escogidos y valientes, de
cuatrocientos mil hombres, y Jero-
boam se ordenó en batalla contra él
con ochocientos mil hombres de gue-
rra escogidos y valerosos. 4 Alzóse
Abías en el monte de Semarom, de
las montañas de Efraím, y gritó:
«Oídme, Jeroboam y todo Israel:
5 ¿No sabéis vosotros que Yave, Dios
de Israel, dió a David el reino sobre
Israel para siempre, a él y a sus hijos
en pacto de sal? 6 Pero Jeroboam,
hijo de Nabat, siervo de Salomón, se
levantó y rebeló contra su señor; 7 y
allegándose a él hombres vanos y
perversos, se sobrepusieron a Roboam,
hijo de Salomón, porque Roboam,
mozo e inexperto, no se defendió con-
tra ellos. 8 Ahora tratáis vosotros de
triunfar contra el reino de Yave, que
está en manos de los hijos de David,
porque sois muchos. Pero tenéis con
vosotros a los becerros de oro, que
Jeroboam os hizo por dioses. 9 ¿No
habéis arrojado de entre vosotros a
los sacerdotes de Yave, a los hijos
de Arón, y a los levitas, y os habéis
hecho sacerdotes a la manera de las
gentes de la tierra, para que cual-
quiera pueda consagrarse con un be-
cerro y siete carneros, y ser así sacer-
dote de los que no son dioses? 10 Para
nosotros, Yave es nuestro Dios; no
le hemos dejado, y los sacerdotes
ministros de Yave son los hijos de
Arón, y los levitas cumplen sus fun-
ciones. 11 Queman a Yave los holo-
caustos cada mañana y cada tarde
y los perfumes aromáticos; ponen los
panes sobre la mesa limpia, y el
candelero de oro con sus lámparas
cada tarde, para que ardan; porque
nosotros guardamos los mandatos de
Yave, nuestro Dios, mientras que
vosotros los habéis dejado. 12 Dios
está, pues, con nosotros a nuestra
cabeza, y están con nosotros los
sacerdotes con sus trompetas, para
hacerlas resonar contra vosotros. Hijos
de Israel, no hagáis la guerra a Yave,
el Dios de vuestros padres, porque no
os irá bien.»
13 Jeroboam hizo que rodeara una
emboscada, para acometer a los de
Judá por la espalda, atacándolos así
de frente y por la espalda; 14 y cuando
Judá se percató, tenía a Israel de
frente y a las espaldas. 15 Clama-
ron los de Judá a Yave, y los sacer-
dotes tocaron sus trompetas, dieron
sus gritos, y así como alzaron sus
gritos, Dios desbarató a Jeroboam
y a todo Israel delante de Abías,
y de Judá. 16 Huyeron los hijos de
Israel ante Judá, y Dios los entregó
en sus manos; 17 y Abías y sus gentes
hicieron en ellos gran mortandad, ca-
yendo de Israel quinientos mil hom-
bres escogidos. 18 Así fueron humi-
llados entonces los hijos de Israel,
mientras que los de Judá se fortale-
cieron, porque se apoyaron en Yave,
el Dios de sus padres. 19 Persiguió
Abías a Jeroboam, y le tomó ciuda-
des: Betel, con las ciudades de su
dependencia, Jesana, con sus depen-
dencias, y Efrón, con sus depen-
dencias. 20 No tuvo ya Jeroboam
fuerza en tiempo de Abías; le hirió
Yave, y murió.
21 Abías fué poderoso, tuvo catorce
mujeres y engendró veintidós hijos
y dieciséis hijas. 22 El resto de los
hechos de Abías, lo que hizo y dijo,
está escrupulosamente escrito en el
libro de Ido, profeta.

14 1 Durmióse Abías con sus pa-
dres, y fué sepultado en la
ciudad de David. Le sucedió Asa,
su hijo, en cuyo tiempo tuvo paz la
tierra durante diez años.

Asa, rey de Judá. Victoria contra Zerac y los etiopes.

2 Asa hizo lo que es bueno y recto
a los ojos de Yave, su Dios. 3 Hizo
desaparecer los altares de los cultos
extranjeros (1), y los altos, demolió los
cipos y abatió los *aseras*. 4 Mandó
a Judá buscar a Yave, el Dios de sus
padres, y practicar la ley y sus man-
damientos. 5 Hizo desaparecer de
todas las ciudades de Judá los altos
y los simulacros del sol, y su reinado
fué reinado de paz. 6 Edificó ciuda-
des fuertes en Judá, pues la tierra
estaba tranquila, y no hubo guerra

(1) El estado de guerra entre Israel y Judá es casi constante; son pocos los intervalos de relación pacífica, y éstos no hacen sino contribuir a que las apostasías de Israel inficionen a Judá.

(1) La reforma religiosa de Asa hace desaparecer los excelsos que durante tanto tiempo persistieron ilegítimamente en Judá, pues aunque en ellos se sacrificaba a Yave, eran enteramente contra la Ley, que mandaba sacrificar únicamente en el lugar elegido por Dios.

contra él durante aquellos años, pues Yave le dió paz. 7 Dijo a Judá: «Edifiquemos estas ciudades y rodeémoslas de murallas, de fuertes y de torres, con puertas y barras, mientras no estamos en guerra, porque hemos buscado a Yave, nuestro Dios, y por haberle buscado, nos ha dado el reposo de todas partes.» Edificáronlas, pues, sin que nadie lo impidiera. 8 Tenía Asa un ejército de trescientos mil hombres de Judá, armados de escudo y lanza, y doscientos ochenta mil de Benjamín, armados de escudo, y arqueros, todos hombres valerosos.

9 Subió contra ellos Zerac, etíope, con un ejército de mil millares y trescientos carros, y llegó hasta Maresa. 10 Entonces le salió Asa al encuentro, y le presentó batalla en el valle de Sefata, junto a Maresa. 11 Clamó Asa a Yave, su Dios, diciendo: «Yave, no hay para ti diferencia entre socorrer al que tiene muchas fuerzas o al que tiene pocas. Ven, pues, en ayuda nuestra, Yave, nuestro Dios, porque en ti nos apoyamos nosotros, y a combatir en tu nombre hemos venido contra toda esta muchedumbre. Yave, tú eres nuestro Dios, que no sea el hombre quien triunfe de ti.» 12 Yave deshizo a los etíopes, ante Asa y ante Judá, y los etíopes se pusieron en fuga. 13 Asa y la gente que llevaba los persiguieron hasta Gerar y cayeron los etíopes sin poder salvar su vida, porque fueron destruídos por Yave y su ejército. 14 Asa y su gente cogieron gran botín, y batieron todas las ciudades que había cerca de Gerar, porque el terror de Yave se había apoderado de ellos, y saquearon todas las ciudades, siendo muchos los despojos. 15 Dieron también contra los apriscos y establos de los ganados, llevándose gran cantidad de ovejas y camellos. Después se volvieron a Jerusalén.

Celo del rey Asa para destruir la idolatría.

15 1 Fué el espíritu de Yave sobre Azarías, hijo de Obed, 2 y se presentó Azarías a Asa, y le dijo: «Oyeme, Asa, y todo Judá y Benjamín: Yave está con vosotros, cuando vosotros estáis con él; si vosotros le buscáis, le hallaréis; pero si vosotros le abandonáis, él os abandonará a vosotros. 3 Durante mucho tiempo ha estado Israel sin verdadero Dios, y sin sacerdote que enseñase su ley; 4 pero cuando en medio de la tribulación se volvían a Yave, Dios de Israel, y le buscaban, siempre le hallaron. 5 No había en aquellos tiempos paz, ni para quien entraba, ni para quien salía, sino muchas aflicciones sobre todos los moradores de la tierra; 6 y una gente destruía a otra gente, y una ciudad a otra ciudad, porque las conturbaba Dios con toda suerte de calamidades. 7 Esforzaos, pues, vosotros y no desfallezcan vuestras manos, porque merced hay para vuestra obra.»

8 Cuando oyó Asa las palabras y la profecía de Azarías, hijo de Obed, profeta, se sintió fortalecido e hizo desaparecer las abominaciones de toda la tierra de Judá y Benjamín, y de las ciudades que había tomado en la montaña de Efraím, y restauró el altar de Yave que estaba delante del pórtico de Yave. 9 Convocó a todo Judá y Benjamín, y a los de Efraím, Manasés y Simeón, que habitaban entre ellos, pues gran número de gentes de Israel se unieron a él cuando vieron que con él estaba Yave, su Dios; 10 y se reunieron en Jerusalén el tercer mes del año quince del reinado de Asa.

11 Aquel día sacrificaron a Yave, del botín que había traído, setecientos bueyes y siete mil ovejas, 12 y juraron buscar a Yave, el Dios de sus padres, con todo su corazón y toda su alma; 13 y que cualquiera que no buscase a Yave, Dios de Israel, muriese, fuese grande o pequeño, hombre o mujer. 14 Este juramento hicieron a Yave en medio de voces de júbilo y al son de trompetas y bocinas. 15 Alegráronse de este juramento todos los de Judá, porque de todo corazón lo juraron y de todo corazón le buscaban; y así le hallaron, y les dió Yave reposo de todas partes. 16 Aun a Maaca, madre del rey Asa, la depuso él de la dignidad de reina, porque había hecho un ídolo y un *asera*. Abatió el ídolo, lo redujo a polvo, y lo quemó en el valle de Cedrón. 17 Pero los altos no desaparecieron de Israel, a pesar de que el corazón de Asa fué perfecto todos los días de su vida. 18 Metió en la casa de Yave lo que había sido consagrado por su padre

y por él mismo, de plata, oro y vasos.
19 No hubo guerra hasta los treinta
y cinco años del reinado de Asa.

Pecado de Asa. Su muerte.

16 1 El año treinta y seis del reinado de Asa subió contra Judá
Basa, rey de Israel, y edificó Rama,
para impedir la entrada y la salida
a los de Asa, rey de Judá. 2 Asa sacó
de los tesoros de la casa de Yave y
de los de la casa del rey la plata y el
oro, y se los mandó con una embajada
al rey de Siria, Benadad, que habitaba en Damasco. Hizo que le dijeran: 3 «Hagamos alianza entre los
dos, como la hubo entre mi padre
y tu padre. Te mando esta plata y
este oro. Rompe tu alianza con Basa,
rey de Israel, para que se retire de
mí.» 4 Benadad escuchó a Asa, y
mandó a los jefes de su ejército
contra las ciudades de Israel, y batieron a Iyan, Dan, Abelmain y las
ciudades fuertes de Neftalí. 5 Cuando
lo supo Basa, cesó en la edificación
de Rama, suspendió su obra. 6 Entonces el rey Asa mandó a todo Judá
a llevarse la piedra y la madera que
empleaba Basa en la edificación de
Rama, y se sirvió de ellas para edificar a Gueba y Masfa.

7 Entonces Janani, el vidente, fué
a Asa, rey de Judá y le dijo: «Por
haberte apoyado sobre el rey de
Siria, y no sobre Yave, tu Dios, se
te ha escapado de las manos el ejército del rey de Siria: 8 ¿No eran un
gran ejército los etíopes y los libios,
con carros y una muchedumbre de
jinetes? Y con todo, Yave los puso
en tus manos, porque te apoyaste
en él. 9 Pues tiende Yave sus ojos
por toda la tierra, para sostener a los
que tienen para con él corazón perfecto. Has obrado en esto insensatamente, y desde ahora tendrás guerra.»
10 Irritóse Asa contra el vidente, y
le puso en prisión porque se encolerizó mucho contra él, y al mismo
tiempo oprimió también Asa a algunos del pueblo. 11 Los hechos de
Asa, los primeros y los postreros,
están escritos en los libros de los
reyes de Judá y de Israel.

12 El año treinta y nueve de su
reinado enfermó Asa de los pies, padeciendo mucho de ello, pero tampoco en su enfermedad buscó a Yave,
sino a los médicos.

13 Durmióse Asa con sus padres,
muriendo el año cuarenta y uno de
su reinado, 14 y fué sepultado en el
sepulcro que él había hecho para sí,
en la ciudad de David. 15 Se le puso
en un lecho lleno de aromas y perfumes, preparados según el arte de
la perfumería, y se quemó además
en honor suyo una cantidad muy considerable de ellos.

Josafat, rey de Judá.

17 1 A Asa le sucedió Josafat, su
hijo. Se fortificó contra Israel
2 y puso guarniciones en todas las
ciudades fuertes de Judá, así como
en las de Efraím, de que Asa, su
padre, se había apoderado.

3 Estuvo Yave con Josafat, porque éste anduvo por los caminos
primeros de David, su padre, y no
buscó a los baales, 4 sino que se
acogió al Dios de sus padres y siguió
sus mandatos, sin imitar lo que hacía
Israel. 5 Yave afirmó el reino en las
manos de Josafat, a quien traía
presentes todo Judá, y tuvo gran
abundancia de riquezas y mucha
gloria. 6 Su corazón se fortaleció en
los caminos de Yave, e hizo también
desaparecer de Judá los excelsos y los
aseras.

7 El año tercero de su reinado mandó
a sus príncipes Benjail, Abdías, Zacarías, Nataniel y Miqueas, por las
ciudades de Judá, para que enseñasen, 8 y con ellos a los levitas Semeyas,
Netanías, Zebadía, Asael, Semiramot, Jonatán, Adonías, Tobías, levitas, y con ellos a los sacerdotes Elisama y Joram, 9 que enseñaron
por las ciudades de Judá, teniendo
consigo el libro de la ley de Yave,
y recorriendo las ciudades de Judá,
enseñando al pueblo. 10 Cayó el terror
de Yave sobre todos los reinos de las
tierras que había en torno de Judá,
y no osaron hacer la guerra contra
Josafat. 11 Los filisteos traían a
Josafat presentes y tributos de plata.
Traíanle también los árabes ganados,
siete mil setecientos carneros y siete
mil setecientos machos cabríos. 12 Crecía, pues, Josafat grandemente y
edificó en Judá fortalezas y ciudades
de depósito. 13 Tuvo además muchas
obras en las ciudades de Judá, y
hombres de guerra muy valerosos
en Jerusalén. 14 Este es el número
de ellos, según las casas paternas:

En Judá, jefes de millares, cuyo jefe supremo era Adna, y con él trescientos mil hombres muy esforzados; [15] después de él, el jefe Jojanán, y con él doscientos ochenta mil; [16] tras éste, Amasías, hijo de Zicrí, que se había consagrado voluntariamente a Yave, y con él doscientos mil hombres valientes; [17] de Benjamín: Eliada, hombre muy valeroso, y con él doscientos mil armados de escudo y arco; [18] después de éste Josabat, y con él ciento ochenta mil dispuestos para la guerra. [19] Estos eran los que hacían el servicio del rey, sin contar los que el rey había puesto de guarnición en todas las ciudades fuertes de Judá.

Expedición de Josafat, rey de Judá, y Ajab, rey de Israel, contra los sirios.

18 [1] Tuvo Josafat mucha riqueza y poder, y emparentó con Ajab; [2] y al cabo de algunos años bajó a ver a Ajab a Samaria (1). Ajab mató para él y para su séquito gran número de ovejas y bueyes, y le persuadió que subiese con él contra Ramot Galad. [3] Dijo Ajab, rey de Israel, a Josafat, rey de Judá: «¿Quieres marchar conmigo a Ramot Galad?» Y éste respondió: «Yo como tú, y mi pueblo como tu pueblo; iremos contigo.» [4] Y dijo Josafat al rey de Israel: «Pero consulta, te ruego, la palabra de Yave.» [5] Juntó entonces el rey de Israel cuatrocientos profetas, y les preguntó: «¿Iremos contra Ramot Galad, o me estaré quieto?» Ellos le dijeron: «Sube a Ramot Galad, que Dios la entregará en manos del rey.» [6] Pero Josafat dijo: «¿Queda todavía aquí algún profeta de Yave, por quien podamos preguntarle?» [7] El rey de Israel respondió a Josafat: «Aún hay aquí un hombre, por quien podemos preguntar a Yave; pero yo le aborrezco, porque nunca me profetiza cosa buena, sino siempre males. Es Miqueas, hijo de Jimla.» Y respondió Josafat: «No diga eso el rey.» [8] Llamó entonces el rey de Israel a un eunuco, y le dijo: «Haz que venga luego Miqueas, hijo de Jimla.»

[9] El rey de Israel y Josafat, rey de Judá, estaban sentados cada uno en su trono y vestidos de sus vestiduras reales, en la plaza que hay a la entrada de la puerta de Samaria, y estaban delante de ellos todos los profetas. [10] Sedecías, hijo de Quenana, se había hecho cuernos de hierro, y decía: «Así dice Yave: Con éstos acornearás a los sirios hasta destruirlos del todo.» [11] Lo mismo profetizaban también todos los profetas, diciendo: «Sube a Ramot Galad, y triunfarás, porque Yave la entregará en manos del rey.»

[12] El mensajero que había ido a buscar a Miqueas, le habló diciendo: «Mira que todos los profetas a una profetizan bienes; habla, pues, como ellos, y anuncia bienes.» [13] Miqueas respondió: «Vive Yave, que yo anunciaré lo que Yave me diga.» Llegó, pues, a la presencia del rey, [14] que le preguntó: «Miqueas, ¿iremos a combatir a Ramot Galad, o he de estarme quieto?» Y él respondió: «Subid, que la lograréis y serán entregados en vuestras manos.» [15] Entonces le dijo el rey: «¿Hasta cuántas veces tendré que conjurarte, por el nombre de Yave, que no me digas sino la verdad?» [16] Y él le contestó: «He visto a todo Israel disperso por los montes, como ovejas sin pastor»; y dijo Yave: «Es que no tienen señor, que se vuelva cada uno en paz a su casa.»

[17] Y el rey de Israel dijo a Josafat: «¿No te decía yo que no profetiza bien, sino mal?» [18] Y dijo entonces él: «Oíd, pues, la palabra de Yave: Yo he visto a Yave sentado en su trono, y a su derecha y a su izquierda estaba todo el ejército de los cielos»; [19] y Yave dijo: «¿Quién inducirá a Ajab, rey de Israel, a que suba, para caer en Ramot Galad?» Y uno decía una cosa, y otro decía otra; [20] pero salió un espíritu, que se puso delante de Yave y dijo: Yo le induciré. Y Yave le preguntó: ¿Cómo? Y él dijo: [21] Saldré y me haré espíritu de mentira en la boca de todos sus profetas. Y Yave le dijo: Tú le inducirás; tú saldrás con la tuya; ve, y haz así. [22] Y ahora ha puesto Yave el espíritu de mentira en la boca de

(1) Josafat, a pesar de su piedad y su celo por continuar la reforma religiosa de su padre, Asa, inicia las relaciones amistosas entre Israel y Judá y se alía con Ajab, siendo por ello reprendido por los profetas Miqueas y Jehú. Es curiosa la forma literaria en que se nos presenta la inducción a Acab para que vaya a atacar a Ramot Galad, donde hallará la muerte.

todos éstos, tus profetas, pues ha decretado Yave el mal contra ti.» 23 Entonces Sedecías, hijo de Quenana, se llegó a Miqueas y le dió una bofetada en la mejilla, diciendo: «¿Por qué camino se ha ido de mí el espíritu de Yave, para hablarte a ti?» 24 Y Miqueas le respondió: «Ya lo verás un día, cuando andes de cámara en cámara para esconderte.»

25 Entonces el rey de Israel dijo: «Coged a Miqueas y llevadlo a Amón, gobernador de la ciudad, y a Joás, hijo del rey, 26 y decid: Esto dice el rey. Meted a éste en la cárcel, y mantenedle con pan de aflicción y agua de angustia, hasta que yo vuelva en paz.» 27 Miqueas le dijo: «Si vuelves tú en paz, no ha hablado Yave por mí.» Y añadió: «Oíd, pueblo todo, y sed testigos.»

28 Subió, pues, el rey de Israel, y con él Josafat, rey de Judá a Ramot Galad; 29 y dijo el rey de Israel a Josafat: «Yo me disfrazaré para entrar en la batalla; tú vístete tus vestiduras.» Disfrazóse el rey de Israel y entró así en la batalla. 30 El rey de Siria había mandado a los jefes de los carros que con él tenía, diciendo: «No ataquéis a ninguno, ni chico ni grande, sino sólo al rey de Israel.» 31 Y cuando los jefes de los carros vieron a Josafat, dijeron: «Este es el rey de Israel», y le cercaron para combatirle. Entonces clamó Josafat, y Yave le socorrió apartándolos Dios de él. 32 Los jefes de los carros se percataron de que no era el rey de Israel, y se alejaron de él. 33 Entonces disparó un hombre su arco al azar, e hirió al rey de Israel por entre las junturas de la armadura. El rey dijo entonces a su auriga: «Da la vuelta y sácame del campo, que estoy herido.» 34 El combate fué encarnizado aquel día y el rey de Israel estuvo en su carro hasta la tarde frente a los sirios, muriendo a la puesta del sol.

19 1 Josafat, rey de Judá, se volvió en paz a su casa, a Jerusalén. 2 Salióle al encuentro Jehú, el vidente, hijo de Jananí, que dijo a Josafat: «¿Socorres al impío y ayudas a los que aborrecen a Yave? Por eso Yave está irritado contra ti. 3 Pero hay en ti buenas obras, porque has arrancado de la tierra los *aseras*, y has puesto tu corazón en buscar a Yave.»

Reformas en la administración de justicia.

4 Habitaba Josafat en Jerusalén; pero salió a recorrer el reino desde Berseba hasta la montaña de Efraím, para traerlos a todos a Yave, el Dios de sus padres. 5 Puso en la tierra jueces por todas las ciudades fuertes de Judá, por todos los lugares, 6 y les dijo: «Mirad lo que hacéis, porque no juzgáis en lugar de hombres, sino en lugar de Yave, que está cerca de vosotros cuando sentenciáis. 7 Sea, pues, sobre vosotros el temor de Yave, y cuidad de guardarlo; porque no hay en Yave, nuestro Dios, iniquidad ni acepción de personas, ni recibir cohecho.» 8 Puso también Josafat en Jerusalén levitas, sacerdotes y jefes de las familias de Israel, para que diesen a los habitantes el juicio de Yave, y decidiesen las causas. 9 Les dió sus órdenes, diciendo: «Haced en todo con temor de Yave, fielmente y con corazón perfecto. 10 En toda causa que venga a vosotros, de vuestros hermanos que habitan en las ciudades, trátese de causas de sangre, de cuestiones de la ley, de los mandamientos, ceremonias y preceptos, instruídlos, para que no pequen contra Yave y caiga su cólera sobre vosotros y sobre vuestros hermanos, y así no pecaréis. 11 Amarías, sacerdote, os presidirá en toda causa tocante a Yave; y Zebadías, hijo de Ismael, príncipe de la casa de Judá, en las causas tocantes al rey; tenéis entre vosotros a los levitas, que serán vuestros maestros. Esforzaos, pues, y a la obra, y que Yave sea con quien bien lo haga.»

Victoria de Josafat contra moabitas y amonitas.

20 1 Después de esto, los hijos de Moab y los hijos de Ammón y algunos mineos, vinieron en guerra contra Josafat. 2 Dieron noticia a Josafat, diciendo: «Viene contra ti, desde el otro lado del mar, una gran muchedumbre de Edom y están ya en Jasasón Tamar, que es Engadi.» 3 En su temor, se dispuso Josafat a buscar a Yave y promulgó un ayuno para todo Judá. 4 Reuniéronse los de Judá para clamar a Yave, y vinieron para buscar a Yave de todas

las ciudades de Judá. 5 Puesto entonces en pie Josafat, en medio de la asamblea de Judá en Jerusalén, en la casa de Yave, delante del atrio nuevo, 6 dijo: «Yave, Dios de nuestros padres: ¿No eres tú Dios en los cielos, y no eres tú quien domina a todos los reinos de las gentes? ¿No eres tú quien tiene en su mano la fuerza y la potencia, a que nadie puede resistir? 7 ¡Dios nuestro! ¿No arrojaste tú delante de tu pueblo Israel a los moradores de esta tierra, y la diste para siempre a la posteridad de Abraham que te amaba? 8 Ellos la habitan, y han edificado a tu nombre un santuario, diciendo: 9 Si nos sobreviene alguna calamidad, la espada, el castigo, la peste o el hambre, nos presentaremos en esta casa delante de ti, pues tu nombre está en esta casa, y clamaremos a ti en la tribulación, y tú nos oirás y nos salvarás. 10 Ahora, pues, he aquí que los hijos de Ammón y los de Moab, y los del monte Seir, a cuyas tierras no dejaste que fuese Israel cuando venía de Egipto, sino que se apartase y no los destruyese, 11 nos pagan ahora queriendo echarnos de tu heredad, que tú nos diste en posesión. 12 ¡Oh Dios nuestro! ¿No los juzgarás tú? Porque nosotros no tenemos fuerza contra tanta muchedumbre como contra nosotros viene, y no sabemos qué hacer; nuestros ojos se vuelven a ti.»

13 Todo Judá estaba en pie delante de Yave, con sus niños, sus mujeres y sus hijos. 14 Estaba allí Jajaziel, hijo de Zacarías, hijo de Benaya, hijo de Jeiel, hijo de Matanías, levita, de los hijos de Asaf, sobre quien vino el espíritu de Yave en medio de la asamblea, 15 y dijo: «Oíd, Judá todo, y vosotros los moradores de Jerusalén, y tú, rey Josafat: Así dice Yave: No temáis, ni os amedrentéis ante tan gran muchedumbre, porque no es vuestra la guerra, sino de Dios. 16 Mañana bajaréis contra ellos; ellos van a subir por la cuesta de Abis, y los hallaréis al extremo del valle, frente al desierto de Jeruel. 17 No habrá por qué peleéis en esto vosotros; paraos, estaos quedos, y veréis la salvación de Yave con vosotros. ¡Oh Judá y Jerusalén, no temáis, ni desmayéis; salid mañana contra ellos, que Yave estará con vosotros!»

18 Echóse entonces Josafat rostro a tierra, y todo Judá y todos los moradores de Jerusalén se postraron ante Yave, adorándole. 19 Los levitas de los hijos de Caat y de los hijos de Core se levantaron, para alabar a Yave, Dios de Israel, con fuerte y alta voz.

20 Levantáronse por la mañana y salieron por el desierto de Tecua; y mientras salían, Josafat, en pie, dijo: «Oídme, Judá y habitantes de Jerusalén. Confiad en Yave, vuestro Dios, y seréis seguros; creed a sus profetas y prosperaréis.» 21 Después, habido consejo con el pueblo, puso cantores de Yave para alabar la hermosura de su santuario delante del ejército:

«Alabad a Yave, porque es eterna su misericordia.»

22 Y en cuanto comenzaron los cantos y alabanzas, arrojó Yave discordia sobre Ammón, Moab y los del monte Seir, que habían venido contra Judá, y se mataron unos a otros. 23 Echáronse los hijos de Ammón y Moab sobre los moradores del monte Seir, para destruirlos y exterminarlos; y cuando hubieron acabado con los habitantes del monte Seir, unos a otros se destruían. 24 Cuando Judá llegó a la altura desde la cual se descubre el desierto, y miraron del lado donde estaba la muchedumbre, no vieron más que cadáveres por tierra; ninguno había escapado. 25 Josafat y su gente fueron a apoderarse de los despojos, hallando entre los cadáveres muchas riquezas y objetos preciosos; cogiendo tantos, que no pudieron llevárselo todo de una vez y emplearon tres días en recoger el botín; tan considerable fué. 26 Al cuarto día, se reunieron en el valle de Beraca, donde alabaron a Yave. Por eso llamaron a este valle Beraca, nombre que lleva todavía hoy.

27 Los hombres de Judá y de Jerusalén, con Josafat a la cabeza, partieron gozosos para volverse a Jerusalén, pues Yave los había llenado de alegría, librándolos de sus enemigos. 28 Entraron en Jerusalén, en la casa de Yave, al son de las cítaras, los salterios y las trompetas. 29 El terror de Yave se apoderó de todos los reinos de las otras tierras, cuando supieron que Yave había combatido contra los enemigos de Israel. 30 El reinado de Josafat fué tranquilo y su Dios le dió la paz en todas partes.

31 Josafat reinó sobre Judá. Tenía

treinta y cinco años cuando comenzó a reinar, y reinó veinticinco años en Jerusalén. Su madre se llamaba Azuba, hija de Silji. 32 Anduvo por el camino de Asa, su padre, sin apartarse de él, haciendo lo recto a los ojos de Yave. 33 Pero los altos no desaparecieron y el pueblo no tenía su corazón firmemente apegado al Dios de sus padres.

34 El resto de los hechos de Josafat, los primeros y los postreros, están escritos en la historia de Jehú, hijo de Jananí, que fué inserta en el libro de los reyes de Israel. 35 Josafat, rey de Judá, se alió con el rey de Israel, Ocozías, que fué un impío, 36 y se asoció con él para construir naves que fueron a Tarsis, haciéndose las naves en Asion-Gueber. 37 Entonces Eliezer, hijo de Dodava, de Maresa, profetizó contra Josafat, diciendo: «Por haberte asociado con Ocozías, Yave destruirá tu obra.» Las naves se destrozaron y no pudieron ir a Tarsis.

21 1 Josafat se durmió con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de David. Le sucedió Joram, su hijo.

Joram, rey de Judá.

2 Joram, hijo de Josafat, tuvo por hermanos a Azarías, Jejiel, Zacarías, Azarías, Micael y Sefatías, todos hijos de Josafat, rey de Israel. 3 Habíales hecho su padre grandes donaciones de plata, oro y objetos preciosos, con ciudades fuertes en Judá; pero dejó el reino a Joram, por ser el primogénito. 4 Cuando Joram se posesionó del reino y se afirmó en él, pasó a cuchillo a todos sus hermanos y a algunos jefes de Israel. 5 Tenía Joram treinta y dos años cuando comenzó a reinar, y reinó ocho años en Jerusalén. 6 Anduvo por los caminos de los reyes de Israel; como había hecho la casa de Ajab, pues tuvo por mujer a una hija de Ajab, e hizo lo malo a los ojos de Yave. 7 Pero no quiso Yave destruir la casa de David, por la alianza que había hecho con David y la promesa que le hizo de darle siempre una lámpara a él y a sus hijos.

8 En su tiempo se rebeló Edom contra el dominio de Judá, y se dió un rey. 9 Marchó Joram con sus jefes y todos sus carros, y levantándose de noche derrotó a los de Edom, que le tenían cercado a él y a los jefes de sus carros. 10 Sin embargo, la rebelión de Edom contra el dominio de Judá dura hasta hoy. También se rebeló contra su dominio Lobna, porque había dejado a Yave, Dios de sus padres.

11 Joram se hizo altos en los montes de Judá, incitó a los habitantes de Jerusalén a la prostitución idolátrica (1), e impelió a ella a Judá. 12 Recibió un escrito del profeta Elías, que decía: «He aquí lo que dice Yave, Dios de tus padres: «Por no haber andado por los caminos de Josafat, tu padre, ni por los de Asa, rey de Judá, 13 antes bien por los de los reyes de Israel; por haber hecho fornicar a Judá y a los moradores de Jerusalén, como fornica la casa de Ajab, y por haber dado muerte a tus hermanos, a la casa de tu padre, que eran mejores que tú, 14 Yave castigará a tu pueblo con una plaga muy grande, y a tus hijos y a tus mujeres y a tu hacienda, 15 y a ti con una violenta enfermedad, con enfermedad de tus entrañas, que aumentará de día en día, hasta que las entrañas se te salgan por la fuerza del mal.»

16 Despertó entonces Yave contra Joram el espíritu de los filisteos y de los árabes, que habitan cerca de los etíopes; 17 los cuales subieron contra Judá, invadieron la tierra y pillaron toda la hacienda que hallaron de la casa del rey, y se llevaron a sus hijos y a sus mujeres, no quedándole otro hijo que Joacaz, el menor de todos. 18 Después de esto, le hirió a él Yave en las entrañas de una enfermedad incurable, 19 que fué creciendo de día en día, hasta que al fin del año segundo se le salieron a Joram las entrañas, por la violencia del mal. Murió en medio de los más acerbos dolores, y su pueblo no quemó perfumes en su honor, como lo había hecho con sus padres.

20 Treinta y dos años tenía cuando comenzó a reinar, y reinó ocho años

---

(1) Al piadoso Josafat le sucede un hijo impío, Joram, que destruye todo cuanto su padre había hecho por reformar religiosamente a Judá. Lo mismo ocurre luego al suceder a Ezequías su hijo Manasés, siendo esto muestra de que las varias reformas religiosas tuvieron más de externas y políticas que de internas y religiosas. A Joram le envía el profeta Elías una carta reprochándole su impía conducta y anunciándole severos castigos contra él y su casa.

en Jerusalén. Se fué sin ser llorado de nadie, y le sepultaron en la ciudad de David, pero no en los sepulcros de los reyes.

Ocozías, rey de Judá, muere a manos de Jehú.

22 [1] Los habitantes de Jerusalén proclamaron sucesor de Joram a Ocozías, el menor de sus hijos, porque la tropa que había venido al campo con los árabes había dado muerte a todos los mayores que él. Así, Ocozías, hijo de Joram, fué rey de Judá. [2] Tenía Ocozías veintidós años cuando comenzó a reinar, y reinó un año en Jerusalén. Su madre se llamaba Atalía, hija de Omrí.

[3] Anduvo por los caminos de la casa de Ajab, pues su madre le aconsejaba impíamente. [4] Hizo lo malo a los ojos de Yave, como la casa de Ajab, que después de la muerte de su padre le sirvió de consejero para su perdición. [5] Llevado de sus consejos, fué con Joram, hijo de Ajab, rey de Israel, a la guerra contra Jazael, rey de Siria, a Ramot Galad, y los sirios hirieron a Joram. [6] Volvióse éste a Jezreel para curar las heridas que los sirios le habían hecho en Rama, cuando luchaba contra Jazael, rey de Siria. Bajó Ocozías a ver a Joram, hijo de Ajab, a Jezreel, donde estaba herido; [7] y por voluntad de Dios, para su ruina, bajó Ocozías a ver a Joram; pues llegado allí, salió con Joram al encuentro de Jehú, hijo de Nimsí, a quien Yave había ungido para exterminar a la casa de Ajab; [8] y mientras Jehú hacía justicia con la casa de Ajab, dió con los jefes de Judá y con los hijos de los hermanos de Ocozías, que estaban al servicio de Ocozías, y los mató; [9] buscó a Ocozías, que fué hallado en Samaria, donde se había escondido; y le cogieron y llevaron a Jehú, que le dió muerte; sepultáronle, porque dijeron: «Es hijo de Josafat, que buscó a Yave de todo corazón.»

Atalía, reina de Judá.

No quedaba de la casa de Ocozías persona en edad de reinar: [10] y Atalía, madre de Ocozías, viendo que era muerto su hijo, se alzó y exterminó a toda la estirpe real de la casa de Judá; [11] pero Josebet, hija del rey, cogió a Joás, hijo de Ocozías, y le arrebató de en medio de los hijos del rey cuando los mataban, escondiéndole a él y a su nodriza en el dormitorio. Así Josebet, hija del rey Joram, mujer del sacerdote Joyada y hermana de Ocozías, le escondió de Atalía, que no pudo matarle. [12] Seis años estuvo escondido con ellos en la casa de Dios, y era en tanto Atalía la que reinaba en la tierra (1).

Proclamación de Joás. Muerte de Atalía.

23 [1] Al sétimo año revistióse Joyada de valor, y se concertó con los jefes de centenas: Azarías, hijo de Jerojam, Ismael, hijo de Jojanán, Azarías, hijo de Obed, Masaya, hijo de Adaya, y Elisafat, hijo de Zicrí. [2] Recorrieron Judá y reunieron a los levitas de todas las ciudades de Judá, y a los jefes de las familias de Israel, que vinieron a Jerusalén; [3] y toda la asamblea hizo alianza con el rey en la casa de Dios. Joyada les dijo: «Ahí tenéis al hijo del rey, que reinará, como lo ha dicho Yave, de los hijos de David. [4] Mirad lo que habéis de hacer. El tercio de vosotros, que el día del sábado entra de servicio con los sacerdotes y levitas, hará la guardia en los atrios; [5] otro tercio estará en el palacio del rey, y el otro en la puerta de Jesod. Todo el pueblo se reunirá en el atrio de la casa de Yave. [6] Que no entre ni salga nadie de la casa de Yave, fuera de los sacerdotes y levitas que están de servicio; éstos podrán entrar, porque están consagrados. [7] Todo el pueblo hará la guardia de Yave, y los levitas rodearán al rey por todas partes; cada uno tendrá las armas en su mano, y quienquiera que entrare en la casa, morirá. Estaréis con el rey cuando éste entre y salga.»

[8] Los levitas y todo Judá hicieron todo lo que el sacerdote Joyada había mandado; y cada uno tomó a los suyos, los que entraban en servicio y los que salían de servicio el sábado, pues el sacerdote Joyada no excep-

(1) La impía Atalía, de origen fenicio, está a punto de extinguir la dinastía davídica, pero Dios asegura la sucesión y la transmisión de las promesas mesiánicas hechas a David, salvando al niño Joás.

tuó a ninguna de las divisiones. 9 El sacerdote Joyada entregó a los jefes de centenas las lanzas y los escudos, grandes y pequeños, que provenían del rey David y se hallaban en la casa de Dios. 10 Hizo que rodeasen al rey, poniendo a todo el pueblo cada uno con las armas en la mano, desde el lado derecho hasta el lado izquierdo de la casa, junto al altar y por toda la casa; 11 y adelantando al hijo del rey, pusieron sobre su cabeza la diadema y el testimonio, y le proclamaron rey. Joyada y sus hijos le ungieron, y gritaron: «¡Viva el rey!»

12 Atalía oyó el estrépito del pueblo, que corría y aclamaba al rey; vino a donde estaba el pueblo en la casa de Yave, 13 y miró. Estaba el rey sentado en su estrado, a la entrada, y los jefes y las trompetas estaban junto al rey; y todo el pueblo de la tierra daba muestras de gran alegría, y sonaban las trompetas, y los cantores con los instrumentos de música entonaban cánticos de alabanza. Atalía rasgó sus vestiduras y gritó: «¡Conspiración, conspiración!» 14 Entonces el sacerdote Joyada, llamando a los jefes de centena que estaban al frente de las tropas, les dijo: «Sacadla de las filas, y a quienquiera que la siga le matáis.» Pues el sacerdote dijo: «No la matéis en la casa de Yave.» 15 Hízosele lugar, y se encaminó al palacio real por la entrada de la puerta de los caballos, y allí la mataron. 16 Joyada hizo alianza entre Yave, el pueblo todo y el rey, de ser el pueblo de Yave. 17 Después de esto entró todo el pueblo en el templo de Baal y lo derribaron, echando por tierra sus altares, haciendo pedazos sus imágenes, y mataron delante del altar a Matan, sacerdote de Baal (1).

18 Luego ordenó Joyada los oficios en la casa de Yave, por mano de los sacerdotes y levitas, según la ordenación hecha por David en la casa de Yave, para ofrecer a Yave holocaustos, como está escrito en la ley de Moisés, en medio de cantos de júbilo, conforme a la ordenación de David. 19 Puso también los porteros a las puertas de la casa de Yave, para que por ninguna entrase ningún inmundo. 20 Y tomando luego a los jefes de centena, a los jefes del pueblo y al pueblo todo de la tierra, llevaron al rey de la casa de Yave; y llegados al medio de la puerta principal de la casa del rey, sentaron al rey sobre el trono del reino. 21 Todo el pueblo de la tierra estaba lleno de júbilo, y la ciudad se estuvo tranquila. Atalía había sido muerta a espada.

(1) El sacerdote Joyada renueva la alianza de Yave con el pueblo, de ser éste el pueblo de Yave.

Joás, rey de Judá.

24 1 Siete años tenía Joás cuando comenzó a reinar, y reinó cuarenta años en Jerusalén. Su madre se llamaba Sibya, de Berseba.

2 Hizo Joás lo que es recto a los ojos de Yave, todo el tiempo de vida del sacerdote Joyada. 3 Joyada tomó para Joás dos mujeres, y Joás engendró hijo e hijas.

4 Después de esto vino a Joás el pensamiento de reparar la casa de Yave; 5 y reuniendo a los sacerdotes y levitas, les dijo: «Salid por todas las ciudades de Judá, y recoged cada año, de todo Israel, dinero para reparar la casa de vuestro Dios, y poned en esto gran diligencia.» Pero los levitas no se dieron prisa; 6 y llamando el rey a Joyada, sumo sacerdote, le dijo: «¿Por qué no has cuidado de que los levitas trajesen de Judá y de Jerusalén el tributo impuesto por Moisés, siervo de Dios, a toda la congregación de Israel, para el tabernáculo del testimonio? 7 Pues la impía Atalía y sus hijos han saqueado la casa de Dios, empleando para servir a los baales todo lo consagrado a la casa de Yave.»

8 Mandó entonces el rey que se hiciera un arca, y la pusieran fuera a la entrada de la casa de Yave; 9 y se pregonó por Judá y Jerusalén que trajesen a Yave el tributo que Moisés, siervo de Dios, había impuesto a Israel en el desierto. 10 Todos los jefes y el pueblo todo se complacieron en ello, y traían y echaban en el arca lo que había de pagarse. 11 En el momento oportuno, cuando los levitas veían que en el arca había mucho dinero, que había que entregar a los intendentes del rey, el secretario del rey y el comisario del sumo sacerdote venían a vaciar el arca, y luego volvían a ponerla en su sitio, haciendo así todos los días y recogiendo dinero en abundancia.

12 El rey y Joyada se lo entregaban
a los encargados de hacer las obras
en la casa de Yave, para pagar a los
canteros y carpinteros, para la repa-
ración de la casa de Yave, así como
a los herreros y broncistas para repa-
rar la casa de Yave.
13 Los oficiales trabajaron e hicie-
ron las reparaciones necesarias, res-
tituyendo a su estado la casa de Dios
y consolidándola. 14 Cuando se ter-
minaron las obras, llevaron al rey y
a Joyada el resto del dinero, y de
él se hicieron utensilios para la casa
de Yave, los utensilios para el ser-
vicio, para los holocaustos, copas y
otros utensilios de oro y de plata.
Durante toda la vida de Joyada se
ofrecieron continuamente holocaus-
tos en la casa de Yave.
15 Murió Joyada viejo y harto
de días; tenía al morir ciento treinta
años. 16 Fué sepultado en la ciudad
de David, con los reyes, pues había
hecho mucho bien a Israel, y por Yave
y su casa.

Idolatría y castigos.

17 Después de la muerte de Joyada,
comenzaron los príncipes a adular al
rey, y éste los escuchó, 18 y dejando
la casa de Yave, Dios de sus padres,
sirvieron a los *aseras* y a los ídolos;
y vino la ira de Dios sobre Judá
y sobre Jerusalén, porque se habían
hecho culpables. 19 Yave les mandó
profetas para reducirlos a él, pero
no escucharon sus protestaciones.
20 El espíritu de Dios descendió sobre
Zacarías (1), hijo del sacerdote Joyada,
que presentándose ante el pueblo,
dijo: «Así habla Dios: ¿Por qué que-
brantáis los mandamientos de Yave?
No os vendrá bien por ello, pues si
vosotros dejáis a Yave, Yave os de-
jará a vosotros.» 21 Conjuráronse con-
tra él, y de orden del rey le lapida-
ron en el atrio de la casa de Yave.
22 No se acordó el rey Joás del bien
que le había hecho Joyada, padre
de Zacarías, y dió muerte a su hijo.
Zacarías dijo al morir: «Vea Yave,
y él lo requiera.»
23 A la vuelta del año, subió contra
él el ejército de Siria, que vino a
Judá y Jerusalén. Mataron de entre
el pueblo a todos los príncipes de él,
y llevaron todos sus despojos al rey
de Damasco. 24 El ejército de Siria
había venido con poca gente; pero
Yave entregó en sus manos un ejér-
cito muy considerable, porque habían
abandonado a Yave, Dios de sus pa-
dres. 25 Los sirios hicieron justicia en
Joás; y una vez que se retiraron,
dejándole en gran dolor, conspiraron
contra él sus servidores, para vengar
la sangre de los hijos de Joyada,
sacerdote, y le dieron muerte en su
lecho. Murió, y fué sepultado en la
ciudad de David, mas no en los se-
pulcros de los reyes. 26 Los que cons-
piraron contra él fueron Zabud, hijo
de Simat, amonita, y Jozabad, hijo
de Simrit, moabita.
27 Lo que toca a sus hijos, a las
grandes cargas que hubo de soportar
y a las reparaciones hechas en la casa
de Dios, escrito está en las historias
de los libros de los reyes. Le sucedió
Amasías, su hijo.

Amasías, rey de Judá.

25 1 Veinticinco años tenía Ama-
sías cuando comenzó a reinar,
y reinó veintinueve años en Jerusalén.
Su madre se llamaba Joadán, de
Jerusalén.
2 Hizo lo recto a los ojos de Yave,
pero no con un corazón perfecto del
todo. 3 Luego que se afirmó en el
trono, dió muerte a los siervos que
habían asesinado a su padre, 4 pero
no mató a sus hijos; conforme a lo
que está escrito en la ley, en el
libro de Moisés, donde manda Yave:
«No morirán los padres por los hijos,
ni los hijos por los padres, sino que
cada uno morirá por su pecado.»
5 Reunió Amasías a Judá y cons-
tituyó según las casas paternas, jefes
de millares y de centenas, por todas
las ciudades de Judá y Benjamín.
Hizo el censo desde los veinte años
arriba, y fueron hallados trescientos
mil aptos para la guerra, armados
de lanza y escudo. 6 Tomó de Israel
a sueldo cien mil hombres valientes,
por cien talentos de plata. 7 Vino a
él un hombre de Dios y le dijo: «¡Oh
rey! Que no vaya contigo el ejército
de Israel, pues no está Yave con Is-
rael, con todos esos hijos de Efraím.
8 Si vas con ellos, aunque tú hagas

(1) Zacarías, hijo de Joyada, es el profeta a quien se refiere Cristo Nuestro Señor en Mt. 23, 35. Según San Jerónimo, en el Evangelio de los nazarenos se leía hijo de Joyada, en vez de hijo de Baraquías, como se dice en este lugar.

en el combate esfuerzos de valor, Dios te hará caer ante el enemigo, porque tiene Dios poder para levantar y para derribar.» [9] Amasías dijo entonces al hombre de Dios: «¿Qué será, pues, de los cien talentos que he entregado a las tropas de Israel?» Y el hombre de Dios le respondió: «Mucho más que eso puede darte Yave.» [10] Entonces Amasías apartó la tropa que había venido de Efraím, para que se volvieran a sus casas; ellos se irritaron fuertemene contra Judá, y se volvieron a sus casas enfurecidos. [11] Amasías se esforzó, y a la cabeza de su pueblo vino al valle de la sal, y deshizo a diez mil hombres de los hijos de Seir. [12] Los hijos de Judá apresaron vivos a diez mil, y llevándolos a la cresta de una roca los despeñaron, y todos se hicieron pedazos.

[13] Los de la tropa que Amasías había despedido, para que no fuesen con él a la guerra, se derramaron por las ciudades de Judá, desde Samaria hasta Betorón, y mataron a tres mil personas y tomaron muchos despojos. [14] Al regresar Amasías, de la derrota de los edomitas, trajo también consigo los dioses de los hijos de Seir, y se los puso por dioses (1), prosternándose ante ellos y quemándoles perfumes. [15] Encendióse el furor de Yave contra Amasías, y le mandó un profeta que le dijo: «¿Por qué has buscado los dioses de esas gentes, que no pudieron librar a su pueblo de tus manos?» [16] Cuando esto le dijo el profeta, respondió él: «¿Y quién te ha hecho a ti consejero del rey? ¿Es que quieres que te maten?» El profeta se retiró, diciendo: «Yo sé que Dios ha decretado destruirte, por haber hecho eso y no haber escuchado mi advertencia.»

[17] Amasías, después de haber tenido consejo, mandó a decir a Joás, hijo de Joacaz, hijo de Jehú, rey de Israel: «Ven, que nos veamos las caras.» [18] Entonces Joás, rey de Israel, envió a decir a Amasías, rey de Judá: «El cardo del Líbano mandó a decir al cedro del Líbano: da tu hija por mujer a mi hijo. Pero vinieron las fieras del Líbano, pisaron y hollaron el cardo. [19] Tú te dices: he derrotado a Edom; y tu corazón se ha ensoberbecido. Quédate en tu casa. ¿Para qué has de meterte en una empresa desgraciada, que será tu ruina y la ruina de Judá?» [20] Pero Amasías no le escuchó, porque había resuelto Dios entregarle en sus manos, por haber buscado a los dioses de Edom.

[21] Subió, pues, Joás, rey de Israel, y viéronse las caras él y Amasías, rey de Judá, en Betsames, que está en Judá; [22] y cayó Judá delante de Israel, y huyeron cada uno a su casa. [23] Joás, rey de Israel, apresó en Betsames a Amasías, rey de Judá, hijo de Joás, hijo de Joacaz, y le llevó a Jerusalén, donde abrió una brecha de cuatrocientos codos, desde la puerta de Efraím hasta la puerta de la esquina. [24] Tomó el oro y la plata y todos los vasos sagrados que había en la casa de Dios al cuidado de Obededom, y los tesoros del palacio real, y a los hijos de los príncipes, y se volvió a Samaria.

[25] Amasías, hijo de Joás, rey de Judá, vivió quince años después de la muerte de Joás, hijo de Ocozías, rey de Israel.

[26] El resto de los hechos de Amasías, los primeros y los postreros, ¿no está escrito en el libro de los reyes de Judá y de Israel? [27] Después que Amasías se apartó de Yave, tramaron una conjuración contra él en Jerusalén; y como huyera a Laquis, mandaron tras él a Laquis los conjurados, y le mataron allí. [28] Trajéronle en caballos, y le sepultaron con sus padres en la ciudad de David.

(1) Este hecho de Amasías muestra la arraigada tendencia de los israelitas a la idolatría.

Ozías, rey de Judá.

26 [1] Todo el pueblo de Judá tomó a Ozías, de edad de dieciséis años, y le puso por rey en lugar de su padre, Amasías. [2] Ozías reconstruyó Elat y la restituyó al dominio de Judá, después que el rey se durmió con sus padres. [3] Dieciséis años tenía Ozías cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y dos años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jecolía, de Jerusalén. [4] Hizo lo recto a los ojos de Yave, enteramente como lo había hecho Amasías, su padre. [5] Se dió a buscar a Yave durante la vida de Zacarías, que le educó en el temor de Dios; y mientras él buscó a Yave, Dios le protegió. [6] Tuvo guerra contra los filisteos, y derribó las murallas de Get, las de Jabne y las de Azoto, y reconstruyó ciudades en el

territorio de Azoto y en el de los filisteos. 7 Dios le ayudó contra los filisteos, contra los árabes, que habitaban en Gur Baal, y contra los mineos.

8 Los amonitas traían presentes a Ozías, y su fama se extendió hasta las fronteras de Egipto, pues llegó a ser muy poderoso. 9 Alzó en Jerusalén torres en la puerta de la esquina, y las fortificó. 10 Construyó torres en el desierto y excavó muchas cisternas, porque tenía muchos ganados en los valles y en el llano, y labradores y viñadores en la montaña y en el Carmel, pues era muy aficionado a la agricultura. 11 Tuvo un ejército de soldados, que iban a la guerra por bandas, contadas según el censo que de ellas hicieron el secretario Jeiel y el comisario Maseya, a las órdenes de Jananía, uno de los jefes del rey. 12 El número total de los jefes de casas paternas, de guerreros valientes, era de dos mil setecientos, 13 que mandaban un ejército de trescientos siete mil cinco soldados, capaces de sostener al rey contra el enemigo. 14 Ozías proveyó a todo el ejército de escudos, lanzas, cascos, corazas, arcos y hondas. 15 Construyó en Jerusalén máquinas inventadas por un ingeniero, destinadas a las torres y a los ángulos, para lanzar flechas y gruesas piedras. Su fama se extendió lejos, porque supo ayudarse maravillosamente hasta llegar a ser fuerte. 16 Mas cuando se hubo fortalecido, se ensoberbeció su corazón hasta corromperse, y se rebeló contra Yave, su Dios, entrando en el templo de Yave para quemar incienso en el altar de los perfumes. 17 El sacerdote Azarías entró tras él con ochenta sacerdotes de Yave, hombres valerosos, 18 que se opusieron al rey Ozías, y le dijeron: «Tú, Ozías, no tienes derecho a ofrecer perfumes a Yave. Eso pertenece a los sacerdotes, hijos de Arón, que han sido consagrados para ello. Sal del santuario, porque estás prevaricando, y no te será esto de honor ante Yave, Dios.»

19 Enfurecióse Ozías, que tenía un incensario en la mano; y en ésta su ira contra los sacerdotes, brotó la lepra en su frente, en presencia de los sacerdotes, en la casa de Yave, cerca del altar de los perfumes. 20 El sumo sacerdote, Azarías, y todos los sacerdotes, pusieron en él sus ojos, vieron a lepra sobre su frente, y le arrojaron precipitadamente fuera. El mismo apresuróse a salir, porque le había herido Yave. 21 El rey Ozías fué leproso hasta el día de su muerte, y vivió apartado en una casa, excluído de la casa de Yave. Jotán, su hijo, estaba al frente de la casa del rey, y juzgaba al pueblo de la tierra.

22 El resto de los hechos de Ozías, los primeros y los postreros, fué escrito por Isaías, hijo de Amós, profeta.

23 Ozías se durmió con sus padres, y fué sepultado en el campo de los sepulcros, no con los reyes de Israel, por ser leproso. Le sucedió Jotán, su hijo.

Jotán, rey de Judá.

27 1 Veinticinco años tenía Jotán cuando comenzó a reinar, y reinó dieciséis años en Jerusalén. Su madre se llamaba Jerusa, hija de Sadoc. 2 Hizo lo recto a los ojos de Yave, enteramente como había hecho Ozías, su padre, pero no entró como él en el templo de Yave. Seguía, sin embargo, la corrupción del pueblo.

3 Jotán construyó la puerta superior de la casa de Yave, e hizo bastantes edificaciones sobre los muros de Ofel. 4 Edificó ciudades en la montaña de Judá, y fortalezas y torres en los bosques. 5 Hizo la guerra contra el rey de los hijos de Ammón, y los venció. Los hijos de Ammón le entregaron aquel año cien talentos de plata, diez mil coros de trigo y diez mil de cebada, y siguieron pagándole el segundo y el tercer año. 6 Jotán llegó a ser poderoso, porque se afirmó en los caminos de Yave, su Dios.

7 El resto de los hechos de Jotán, todas sus guerras, todo cuanto hizo, está escrito en el libro de los reyes de Israel y de Judá. 8 Tenía veinticinco años cuando comenzó a reinar, y reinó dieciséis años en Jerusalén. 9 Se durmió con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de David. Le sucedió Ajaz, su hijo.

Ajaz, rey de Judá.

28 1 Veinte años tenía Ajaz cuando comenzó a reinar, y reinó dieciséis años en Jerusalén. No hizo lo recto a los ojos de Yave, como lo hizo David, su padre. 2 Marchó por los caminos de los reyes de Israel, y aun se hizo imágenes fundidas de

Baal, [3] y quemó perfumes en el valle de los hijos de Hinón, y pasó a sus hijos por el fuego, según las abominaciones de las gentes que Yave había arrojado ante los hijos de Israel. [4] Ofrecía sacrificios y perfumes en los altos, sobre los collados y bajo todo árbol frondoso. [5] Yave, su Dios, le entregó en manos del rey de Siria, y los sirios le derrotaron haciéndole gran número de prisioneros, que se llevaron a Damasco. Fué entregado también en manos del rey de Israel, que le hizo experimentar una gran derrota (1). [6] Pecaj, hijo de Romelía, mató en un solo día, en Judá, a ciento veinte mil hombres, todos valientes, porque habían dejado a Yave, Dios de sus padres. [7] Zicrí, guerrero de Efraím, mató a Maseya, hijo del rey, a Azricam, jefe de la casa del rey, y a Elcana, segundo después del rey. [8] Los hijos de Israel hicieron entre sus hermanos doscientos mil prisioneros, mujeres, hijos e hijas, y les hicieron mucho botín, que se llevaron a Samaria.

[9] Había un profeta de Yave llamado Obed, que fué al encuentro del ejército, que volvía a Samaria, y les dijo: «Yave, Dios de vuestros padres, en su cólera contra Judá, los ha entregado en vuestras manos, y vosotros los habéis matado con furor, que ha subido hasta el cielo. [10] Ahora queréis hacer de los hijos de Judá vuestros esclavos y vuestras esclavas. Pero vosotros, ¿no sois culpables contra Yave, vuestro Dios? [11] Oídme, pues, y devolved esos cautivos que habéis hecho entre vuestros hermanos, porque os amenaza la cólera encendida de Yave.» [12] Algunos de entre los jefes de Efraím, Azarías, hijo de Jojanán, Berequías, hijo de Beselimot, Ecequías, hijo de Salum, y Amasa, hijo de Adlaí, se opusieron a los que venían en el ejército, [13] y les dijeron: «No entréis con esos cautivos, porque sería añadir pecados sobre pecados, a los que nosotros hemos cometido contra Yave. Demasiado culpables somos ya, y la cólera encendida de Yave está sobre Israel.» [14] Los soldados abandonaron los cautivos y el botín ante los jefes y ante toda la asamblea, [15] y los hombres de que se ha hecho mención tomaron los cautivos, empleando el botín en vestir a los desnudos; les dieron vestidos y calzado, les dieron de comer y de beber, los ungieron; y montando en asnos a los que estaban fatigados, los condujeron a Jericó, la ciudad de las palmas, a sus hermanos, y luego se volvieron a Samaria.

[16] En aquel tiempo el rey Ajaz mandó a pedir socorros al rey de Asiria. [17] Los edomitas volvieron otra vez y derrotaron a Judá, llevándose cautivos. [18] Los filisteos invadieron las ciudades del llano y del mediodía de Judá, tomaron a Betsames, Ayalón, Guederot, Soco y las ciudades de su dependencia, Guimzo y las ciudades de su dependencia, y se establecieron en ellas. [19] Así humillaba Yave a Judá por causa de Ajaz, rey de Israel, que había arrojado la disolución en Judá y pecado contra Yave. [20] Teglat-Falasar, rey de Asiria, vino contra él y le estrechó sin darle respiro.

[21] Ajaz despojó la casa de Yave, la del rey y las de los príncipes, para hacer un presente al rey de Asiria, pero no le sirvió de nada. [22] A pesar de verse en gran aprieto, el rey Ajaz seguía pecando contra Yave; [23] sacrificaba a los dioses de Damasco, que le habían herido, diciéndose: «Puesto que los dioses de los reyes de Siria los ayudan, voy a sacrificarles, para que me socorran a mí.» Pero fueron la ocasión de su ruina, y de la de todo Israel. [24] Ajaz reunió los utensilios de la casa de Dios, y los hizo pedazos; cerró las puertas de la casa de Yave, se hizo altares en todos los rincones de Jerusalén, [25] y levantó altos en todas las ciudades de Judá, para ofrecer allí perfumes a otros dioses, irritando así a Yave, Dios de sus padres.

[26] El resto de sus hechos, todos sus caminos, los primeros y los postreros, está escrito en el libro de los reyes de Judá y de Israel.

[27] Ajaz se durmió con sus padres, y fué sepultado en la ciudad de Jerusalén, pues no se le sepultó en los sepulcros de los reyes de Israel. Le sucedió Ezequías, su hijo.

Ezequías, rey de Judá.

29 [1] Veinticinco años tenía Ezequías cuando comenzó a reinar, y reinó veintinueve años en Jerusalén. Su madre se llamaba Abiya,

(1) Esta guerra de Siria y Efraím contra Judá, es la que está enlazada con la profecía de Isaías sobre el Emmanuel. Is. 7, 13 y ss.

hija de Zacarías. 2 Hizo lo recto a
los ojos de Yave, enteramente como
lo había hecho David, su padre (1).
3 En el primer mes de su reinado,
el mes primero, abrió las puertas
de la casa de Yave y las reparó.
4 Hizo venir a los sacerdotes y levi-
tas, que reunió en el atrio oriental,
5 y les dijo: «Oídme, levitas: santifi-
caos y santificad la casa de Yave,
el Dios de vuestros padres, y echad
la impureza fuera del santuario.
6 Porque han pecado nuestros padres,
y han hecho el mal a los ojos de Yave,
nuestro Dios; le han abandonado,
han apartado sus ojos del taber-
náculo de Yave, y le han vuelto las
espaldas. 7 Hasta cerraron las puer-
tas del pórtico, apagaron las lám-
paras y dejaron de ofrecer a Yave,
Dios de Israel, perfumes y holocaus-
tos en el santuario. 8 Por eso la cólera
de Yave pesa sobre Judá y sobre
Jerusalén, y los ha entregado a la
confusión, a la desolación y a la burla,
como lo estáis viendo con vuestros
ojos. 9 Ya veis que por eso han caído
nuestros padres por la espada, y
nuestros hijos y nuestras hijas están
en cautividad. 10 Yo quiero que haga-
mos alianza con Yave, Dios de Israel,
para que se aparte de nosotros su
encendida cólera. 11 Ahora, pues,
hijos míos, basta de negligencias,
pues habéis sido elegidos por Yave
para ministrar ante él en su servicio,
para sér sus servidores y ofrecerle
perfumes.»
12 Levatáronse los levitas, Macat,
hijo de Amasal, Joel, hijo de Aza-
rías, de los hijos de Caat; y de los
de Merarí, Quis, hijo de Abdí, Aza-
rías, hijo de Jelaleel; y de los gerso-
nitas, Joaj, hijo de Simfa; Edén,
hijo de Joaj; 13 y de los hijos de Elit-
safan, Simrí y Jehiel; y de los hijos
de Asaf, Zacarías y Matanías; 14 y
de los hijos de Hemán, Jejiel y Simei;
y de los hijos de Jedutun, Semaeya y
Uziel. 15 Reunieron a sus hermanos;
y después de santificarse ellos, vi-
nieron a purificar la casa de Yave,
según las órdenes del rey y según
las palabras de Yave. 16 Entraron
los sacerdotes en el interior de la
casa de Yave para purificarla; saca-
ron todas las impurezas que hallaron
en el templo de Yave, y las arroja-
ron al atrio de la casa de Yave,
donde las recibieron los levitas, para
llevarlas fuera, al valle del Cedrón.
17 Comenzaron las purificaciones el
día primero del primer mes; el octavo
día del mismo mes entraron en el
pórtico del templo de Yave, y em-
plearon ocho días en purificar el
templo; el día dieciséis del mismo
mes acabaron lo que habían comen-
zado. 18 Fueron luego a la casa del
rey Ezequías, y le dijeron: «Hemos
purificado toda la casa de Yave,
el altar de los holocaustos y todos
sus utensilios, y la mesa de los panes
de la proposición y todos sus uten-
silios, que el rey Ajaz profanó duran-
te su reinado con sus transgresiones,
y todos están ya ante el altar de
Yave.»
20 El rey Ezequías se levantó bien
de mañana, y reunió a los jefes de
la ciudad, y subió a la casa de Yave.
21 Ofrecieron siete novillos, siete car-
neros, siete corderos y siete machos
cabríos, en sacrificio expiatorio por
el reino, por el santuario y por Judá.
El rey mandó a los sacerdotes hijos
de Arón que los ofreciesen en el altar
de Yave. 22 Los sacerdotes inmola-
ron los novillos, recibieron su sangre
y la derramaron en torno del altar;
inmolaron los carneros y derramaron
su sangre en el altar; 23 inmolaron
los corderos y derramaron su sangre
en el altar. 23 Presentaron luego los
machos cabríos expiatorios ante el
rey y ante la asamblea, que pusieron
sus manos sobre ellos, 24 y los sacer-
dotes los inmolaron y derramaron
la sangre al pie del altar, en expia-
ción por los pecados de todo Israel,
pues por todo Israel había ordenado
el rey el holocausto y el sacrificio
expiatorio.
25 Hizo que los levitas se pusieran
en la casa de Yave con címbalos,
salterios y arpas, según la ordenación
de David, de Gad, vidente del rey,
y de Natán, profeta, porque tal era
la orden de Yave, transmitida por
medio de sus profetas. 26 Los levitas
ocuparon su sitio con los instru-
mentos de David, y los sacerdotes
el suyo con las trompetas. 27 Eze-
quías mandó ofrecer el holocausto
sobre el altar; y en cuanto comenzó
el holocausto, comenzó también el
canto de Yave al son de las trompetas
y con el acompañamiento de los
instrumentos de David, rey de Israel.

(1) Ezequías fué uno de los más piadosos reyes de Judá. Sucedió al impío Azaj. Una más de tantas alternativas de piedad e impiedad que llevaron a Judá a su ruina.

28 Prosternóse toda la asamblea, se
cantó el canto y se tocaron las trom-
petas, todo hasta que el holocausto
se terminó. 29 Cuando se hubo aca-
bado de ofrecer el holocausto, el
rey con toda la asamblea doblaron las
rodillas y se prosternaron. 30 Después
el rey Ezequías y los jefes dijeron
a los levitas que alabasen a Dios con
palabras de David y de Asaf, vidente,
y ellos lo hicieron con gran júbilo,
e inclinándose, adoraron. 31 Luego
dijo Ezequías: «Vosotros habéis lle-
nado seguramente vuestras manos
para Yave. Llegaos, pues, a ofrecer
víctimas y sacrificios eucarísticos en
la casa de Yave.» Y así toda aquella
muchedumbre ofreció hostias, sacri-
ficios eucarísticos y holocaustos con
gran piedad y liberalidad.
32 Los holocaustos que ofreció la
asamblea fueron setenta novillos, cien
carneros y doscientos corderos. 33 Con-
sagraron también a Yave seiscien-
tos bueyes y tres mil ovejas. 34 Como
los sacerdotes eran pocos, y no bas-
taban para desollar las víctimas des-
tinadas al holocausto, ayudáronlos
sus hermanos los levitas, hasta aca-
bar y hasta que se hubieron purifi-
cado los sacerdotes, pues los levitas
se mostraban con corazón dispuesto
a purificarse más que los sacerdotes.
35 Ofreciéronse, pues, muchos holo-
caustos, muchos sebos y muchos sa-
crificios eucarísticos, quedando ente-
ramente restablecido el culto de la
casa de Yave. 36 Ezequías, lo mismo
que todo el pueblo, dieron muestras
de gran júbilo por haber Yave dis-
puesto al pueblo al restablecimiento,
pues la resolución de hacerlo había
sido tomada de pronto.

Solemne celebración de la pascua.

30 1 Mandó el rey Ezequías por
todo Israel y Judá, y escribió
cartas a Efraím y Manasés, para
que viniesen a la casa de Yave a
celebrar la pascua de Yave, Dios de
Israel. 2 Habíase aconsejado el rey
de los príncipes y de toda la asam-
blea en Jerusalén, para celebrar so-
lemnemente la pascua en el mes
segundo, 3 pues no habían podido
celebrarla antes la otra vez, por no
haberse santificado muchos sacer-
dotes y no haberse reunido el pueblo
en Jerusalén. 4 Agradó esto al rey y
a toda la asamblea, 5 y determinaron
de hacer publicar por todo Israel,
desde Berseba hasta Dan, que vinie-
sen a Jerusalén a celebrar la pascua
de Yave, porque en mucho tiempo
no la habían celebrado al modo pres-
crito. 6 Fueron, pues, emisarios con
letras de mano del rey y de los prín-
cipes, por todo Israel y Judá, como
el rey lo había mandado, en que se
decía: «¡Hijos de Israel!: Volveos a
Yave, Dios de Abraham, de Isac y de
Israel, y él se volverá a las reliquias
que os han quedado de las manos de
los reyes de Asiria. 7 No seáis como
vuestros padres y como vuestros her-
manos, que se rebelaron contra Yave,
Dios de sus padres, por lo que los
entregó él a la desolación, como estáis
viendo. 8 No endurezcáis, pues, ahora
vuestra cerviz, como vuestros padres.
Dad vuestras manos a Yave, y venid
a su santuario, que él ha santificado
para siempre, y servid a Yave, vues-
tro Dios, y la ira de su furor se apar-
tará de vosotros. 9 Porque si os vol-
véis a Yave, vuestros hermanos y
vuestros hijos hallarán misericordia
ante los que los tienen cautivos, y
volverán a esta tierra; pues Yave,
vuestro Dios, es clemente y miseri-
cordioso, y no apartará de vosotros
su rostro, si vosotros os volvéis a él.»
10 Fueron, pues, los emisarios de
ciudad en ciudad por tierra de Efraím
y de Manasés, hasta Zabulón, pero
las gentes se reían y se burlaban de
ellos. 11 Con todo, muchos de Aser,
de Manasés y de Zabulón, se humi-
liaron y vinieron a Jerusalén. 12 Tam-
bién en Judá la mano de Dios se
dejó sentir sobre ellos, dándoles cora-
zón pronto y dispuesto a cumplir
el mandaje del rey y de los príncipes,
conforme a la palabra de Yave.
13 Juntóse mucha gente en Jerusalén
para celebrar la solemnidad de los
ázimos, en el segundo mes: una gran
muchedumbre. 14 Levantáronse y
quitaron los altares que había en
Jerusalén, también los altares de per-
fumes, y los echaron al torrente de
Cedrón. 15 Sacrificaron la pascua el
día catorce del mes segundo; y los
sacerdotes y levitas, que llenos de
confusión, se santificaron por fin,
ofrecieron holocaustos en la casa de
Yave. 16 Se dispusieron por sus clases,
según la ordenación y la ley de Moi-
sés, hombre de Dios. Los sacerdotes
recibían de mano de los levitas la
sangre que había de derramarse;
17 y como muchos del pueblo no se

habían santificado todavía, los levitas inmolaron la pascua por los que no habían tenido el cuidado de santificarse para Yave. 18 Una gran parte del pueblo de Efraím, de Manases, de Isacar y de Zabulón, que no se había purificado, comió la pascua sin ajustarse a lo prescrito; pero Ezequías rogó por ellos, diciendo: «Quiera Yave, que es bueno, perdonar a todos aquellos que de todo corazón buscan 19 al Dios de sus padres, y no les impute el no estar suficientemente purificados.» 20 Escuchó Yave a Ezequías, y perdonó al pueblo. 21 Así celebraron los hijos de Israel que se hallaron en Jerusalén la solemnidad de los ácimos durante siete días, con gran gozo cantando todos los días las alabanzas de Yave, y tocando los levitas y los sacerdotes los instrumentos con toda fuerza, a Yave.

22 Ezequías habló con bondad a los levitas que conocían mejor el culto de Yave, y éstos comieron las víctimas durante los siete días que duró la solemnidad, inmolando hostias pacíficas y alabando a Yave, Dios de sus padres. 23 También la muchedumbre decidió alegremente celebrar la fiesta otros siete días, haciéndolo con gran regocijo, 24 pues había regalado Ezequías al pueblo mil toros y siete mil ovejas; y también los príncipes, por su parte, dieron al pueblo mil bueyes y diez mil ovejas. Hubo, pues, gran número de sacerdotes que se habían santificado. 25 Todo el pueblo de Judá estaba rebosando de alegría, lo mismo sacerdotes y levitas, que la muchedumbre venida de Israel, que los peregrinos que habían venido de la tierra de Israel o habitaban en Judá. 26 Fué grande la solemnidad celebrada en Jerusalén, tal cual nunca la hubo desde los días de Salomón, hijo de David, rey de Israel.

27 Levantáronse después los sacerdotes y levitas, y bendijeron al pueblo, y fué oída su voz, y llegó su oración al santuario de los cielos.

31 1 Después de todo esto los de Israel que habían venido fueron por las ciudades de Judá, y destrozaron los cipos, abatieron los *aseras* y derribaron del todo los altos y los altares en todo Judá y Benjamín, y en Efraím y Manasés. Luego todos los hijos de Israel se volvieron a sus ciudades, cada uno a su posesión.

2 Ezequías restableció las clases de los sacerdotes y de los levitas, según sus divisiones, cada uno según sus funciones, sacerdotes y levitas, para los holocaustos y los sacrificios eucarísticos, para el servicio, para los cantos y alabanzas, y las puertas de la casa de Yave. 3 El rey dió una parte de sus bienes para los holocaustos, para los holocaustos de la mañana y de la tarde, para los holocaustos de los sábados, de los novilunios y de las fiestas, como están prescritos en la ley de Yave. 4 Mandó al pueblo y a los habitantes de Jerusalén que dieran su porción a los sacerdotes y a los levitas, para que éstos observasen fielmente la ley de Yave.

5 Cuando la cosa se extendió, los hijos de Israel dieron en abundancia las primicias del trigo, del mosto, del aceite, de la miel y de todos los productos del campo, y trajeron también en abundancia el diezmo de todo. 6 Igualmente los hijos de Israel y de Judá que habitaban en las ciudades de Judá, dieron el diezmo del ganado mayor y menor y el diezmo de las cosas santas que eran consagradas a Yave, su Dios, y de que se hicieron muchos montones. 7 Comenzó a hacerse el cúmulo el tercer mes y se acabó el mes séptimo. 8 Ezequías y los jefes vinieron a ver los montones y bendijeron a Yave y a su pueblo, Israel. 9 Preguntó Ezequías a los sacerdotes y a los levitas acerca de los montones, 10 y el sumo sacerdote Azarías, de la casa de Sadoc, le respondió: «Desde que se ha comenzado a traer ofrendas a la casa de Yave, hemos comido, nos hemos saciado, y hemos dejado mucho de sobra, porque Yave ha bendecido a su pueblo, y he aquí la gran cantidad que todavía queda.»

11 Ezequías dió orden de preparar las cámaras de la casa de Yave, y se prepararon. 12 Lleváronse a ellas fielmente las ofrendas, el diezmo y las cosas consagradas. El levita Cananías tuvo la intendencia de ellas, y su hermano Simeí era su segundo. 13 Jejiel, Azarías, Najat, Azael, Jerimot, Josabad, Eliel, Jismaquía, Majat y Benaya estaban empleados bajo la dirección de Cananías y de su hermano, Simeí, según las órdenes del rey Ezequías y las de Azarías, jefe de la casa de Dios. 14 El levita Core, hijo de Jimna, portero de la

puerta de oriente, tenía la intendencia de las donaciones voluntarias hechas a Dios, para distribuir lo que se presentaba a Yave por elevación y las cosas santísimas. 15 En las ciudades sacerdotales, Edén, Minyamín, Jesua, Semaeya, Amarías y Secamías, estaban a sus órdenes para hacer fielmente las distribuciones a sus hermanos, grandes o pequeños, según lo que les correspondía; 16 a los varones registrados de tres años arriba, y a todos los que diariamente entraban en la casa de Yave, para hacer su servicio según sus funciones y según sus divisiones, 17 y a los sacerdotes registrados según sus casas paternas, y a los levitas de veinte años arriba según sus funciones y según sus divisiones; 18 y a los de toda la congregación registrados con todos sus niños, sus mujeres, sus hijos y sus hijas, porque se consagraban fielmente al servicio del santuario. 19 Y para los hijos de Arón, los sacerdotes, que habitaban en los campos, en los suburbios de sus ciudades, había en cada ciudad hombres nominalmente designados para distribuirles sus porciones a todos los varones de los sacerdotes y a todos los levitas registrados.

20 Esto hizo Ezequías en todo Judá; hizo lo bueno y lo recto y lo verdadero ante Yave su Dios. Obraba con toda la rectitud de su corazón, 21 y prosperó en cuanto emprendió, buscando a su Dios, para el servicio de la casa de Dios, por la ley y por los mandamientos.

Invasión de Senaquerib, rey de Asiria.

32 1 Después de estas cosas y de estos actos de fidelidad, vino Senaquerib, rey de Asiria, que invadió Judá y puso sitio a las ciudades fuertes para apoderarse de ellas. 2 Ezequías, viendo que había venido Senaquerib y que se proponía atacar a Jerusalén, 3 tuvo consejo con los príncipes y los más valerosos de los oficiales, proponiendo si se cegarían las fuentes de aguas que había fuera de la ciudad, 4 diciendo: «¿Por qué habrán de hallar los reyes de Asiria, cuando vengan, provisión de agua?» Todos fueron de su parecer; y él entonces reunió una gran muchedumbre, y cegaron todas las fuentes y el arroyo que corría por en medio del territorio, para que si venían los reyes de Asiria, no hallasen tanta abundancia de agua.

5 Reparó también con gran cuidado todas las murallas que habían sido derribadas, alzó en ellas torres y una antemuralla; reparó el terraplén en la ciudad de David, e hizo armas de toda suerte y escudos. 6 Nombró jefes para mandar al ejército; y reuniendo luego a todo el mundo en la plaza de la puerta de la ciudad, les habló al corazón, diciendo: 7 «Esforzaos y confortaos, no temáis, no os dé miedo el rey de Asiria y toda esa muchedumbre que trae, porque más son los que con nosotros están, que los que están con él. 8 El tiene el brazo de carne: pero con nosotros está Yave, nuestro Dios, para ayudarnos y combatir nuestros combates.» El pueblo cobró valor con las palabras de Ezequías, rey de Judá.

9 Después de esto, Senaquerib, rey de Asiria, que combatía a Laquis con todo su poder, mandó emisarios a Jerusalén para decir a Ezequías, rey de Judá y a todos los de Judá que estaban en Jerusalén: 10 «Así dice Senaquerib, rey de Asiria: ¿En quién confiáis vosotros para estaros quietos, cercados en Jerusalén? 11 ¿No os engaña Ezequías, para entregaros a la muerte, al hambre, a la sed, diciendo: Yave, nuestro Dios, nos librará de la mano del rey de Asiria? 12 ¿No es Ezequías el que ha hecho desaparecer sus altos y sus altares, diciendo a Judá y a Jerusalén: Sólo ante este altar adoraréis y quemaréis perfumes? 13 ¿No sabéis lo que yo y mis padres hemos hecho con todos los pueblos de la tierra? 14 ¿Pudieron acaso los dioses de esas gentes librar sus tierras de mis manos? 15 Que no os engañe, pues, Ezequías; cuando tal cosa quiera persuadiros, no le creáis; que si ningún dios de los de todas esas naciones y reinos pudo librar a sus pueblos de mis manos y de las manos de mis padres, ¿cuánto menos podrá vuestro Dios libraros de mis manos?» 16 Otras cosas más añadieron los emisarios contra Yave y contra Ezequías, su siervo.

17 Escribió, además, cartas en que blasfemaba de Yave, Dios de Israel y hablaba contra él, diciendo: «Lo mismo que los dioses de las gentes de las tierras no pudieron librar a sus pueblos de mis manos, tampoco

el Dios de Ezequías librará al suyo de mis manos.» 18 Y hablaban en voz muy alta en judío, al pueblo de Jerusalén que se hallaba en las murallas, para asustarles y hacerles entrar en temor, para apoderarse de la ciudad. 19 Hablaron contra el Dios de Jerusalén, lo mismo que contra los dioses de las gentes de la tierra, obra de manos de hombres.

20 Pero el rey Ezequías y el profeta Isaías, hijo de Amós, opusieron sus oraciones a estas blasfemias y clamaron al cielo; 21 y Yave envió un ángel, que mató a cuantos fuertes y valerosos había en el ejército del rey de los asirios y al jefe que los mandaba; y Senaquerib se volvió con afrenta a su tierra, y allí, entrando en el templo de su dios, hijos suyos, que de él habían salido, le mataron a espada.

22 Así libró Yave a Ezequías y a los moradores de Jerusalén de la mano de Senaquerib, rey de los asirios, y de las manos de todos, y les dió la paz con todos sus reinos. 23 Muchos de éstos aún trajeron a Jerusalén víctimas para ofrecer allí sacrificios a Yave y presentes a Ezequías, rey de Judá, cuya fama fué luego muy grande entre todas las naciones.

24 Por aquel entonces cayó enfermo de muerte Ezequías, y rogó a Yave, que le escuchó, dándole una señal de su curación.

25 Pero no correspondió Ezequías al bien que le había sido hecho, antes se ensoberbeció su corazón, y se encendió la ira de Yave contra él y contra Judá y Jerusalén. 26 Pero Ezequías, después de haberse engreído su corazón, se humilló, y se humillaron con él los moradores de Jerusalén, y no vino sobre ellos la ira de Yave en los días de Ezequías.

27 Tuvo Ezequías riquezas y gloria sobremanera, y reunió tesoros de plata y oro, de piedras preciosas, de aromas, de escudos y de cuantas alhajas son de desear. 28 Asimismo tuvo depósitos para almacenar las rentas de trigo, vino y aceite, y establos para las bestias y apriscos para sus ganados.

29 Hízose también ciudades para él, pues tenía una gran muchedumbre de rebaños, de ovejas y de toda suerte de ganado mayor, por haberle dado Dios mucha hacienda. 30 Este mismo Ezequías fué el que cubrió los manantiales de las aguas de Guijón de Arriba, y condujo las aguas bajo tierra a occidente de la ciudad de David, y salió con cuanto emprendió. 31 Dios, sin embargo, para probarle y para que descubriese lo que tenía en su corazón, le dejó en lo de los embajadores de los príncipes de Babilonia, que vinieron a él para informarse del prodigio que había acaecido en la tierra.

32 El resto de los hechos de Ezequías, de todas sus buenas obras, escrito está en las profecías de Isaías, profeta, hijo de Amós, y en el libro de los reyes de Judá y de Israel.

33 Durmióse Ezequías con sus padres, y fué sepultado en un lugar más eminente que los sepulcros de los reyes, hijos de David; y todo Judá y Jerusalén celebraron sus funerales. Le sucedió Manasés, su hijo.

Manasés, rey de Judá.

33 1 Doce años tenía Manasés cuando comenzó a reinar, y reinó cincuenta y cinco años en Jerusalén. 2 Hizo el mal a los ojos de Yave, conforme a las abominaciones de las gentes que Yave había arrojado ante los hijos de Israel, 3 y volviéndose reedificó los altos que había derribado Ezequías, su padre; levantó altares a los baales, se hizo *aseras* y adoró a toda la milicia de los cielos y les sirvió. 4 Alzó también altares en la casa de Yave, de la que había dicho Yave: «En Jerusalén estará mi nombre perpetuamente»; 5 pero los alzó en honor de toda la milicia del cielo, en los dos atrios del templo de Yave. 6 Pasó a sus hijos por el fuego en el valle de los hijos de Hinnón; observaba los sueños y los augurios, se dió a la magia, teniendo cerca de sí magos y encantadores, e hizo mucho mal ante Yave, irritándole. 7 Puso además un ídolo, una estatua fundida, en la casa de Dios, de la que había dicho Yave, hablando a David y a Salomón, su hijo: «Estableceré para siempre mi nombre en esta casa y en Jerusalén, que he elegido entre todas las tribus de Israel, 8 y no removeré el pie de Israel de la tierra que yo di a vuestros padres, siempre que ellos guarden y pongan por obra cuanto yo les he mandado, toda la ley, mandamientos y pre-

ceptos que les he dado por mano de Moisés.»

9 Descarrió Manasés a Judá y a los moradores de Jerusalén, para hacer peor todavía que las gentes que Yave destruyó ante los hijos de Israel. 10 Habló Yave a Manasés y a su pueblo, pero ellos no le escucharon; 11 por lo que trajo Yave contra ellos a los jefes del ejército del rey de los asirios, que apresaron a Manasés, y cargado de grillos y cadenas, le llevaron a Babilonia. Cuando se vió en la angustia, oró a Yave, su Dios, humillándose grandemente ante el Dios de sus padres. 12 Gimió y le dirigió instantes súplicas, y fué atendido, pues oyó su oración y le volvió a Jerusalén, a su reino. Entonces conoció Manasés que Yave es Dios (1).

13 Después de esto reedificó la muralla exterior de la ciudad de David, a occidente de Guijón, en el valle, desde la entrada de la puerta del pescado, continuándola hasta Ofel, y elevándola considerablemente, y puso jefes del ejército en todas las ciudades fuertes de Judá.

14 Hizo desaparecer los dioses ajenos, y quitó de la casa de Yave el ídolo y todos los altares que había alzado en el monte de la casa de Yave de Jerusalén, y los hizo arrojar todos fuera de la ciudad. 15 Restableció el altar de Yave, y sobre él ofreció víctimas y sacrificios pacíficos y eucarísticos, y mandó a Judá que sirviese a Yave. 16 Pero el pueblo seguía sacrificando en los altos, aunque a Yave, Dios de Israel.

17 El resto de los hechos de Manasés, su oración a Dios, y las palabras de los videntes que le hablaron en nombre de Yave, Dios de Israel, escrito está en el libro de los reyes de Israel. 18 También su oración, y cómo fué oído, y todos sus pecados y prevaricaciones, los lugares donde edificó altos y puso *ascras* e ídolos antes de humillarse, todo esto está escrito en la historia de los videntes. 19 Durmióse Manasés con sus padres, y fué sepultado en el jardín de su casa. Le sucedió Ammón, su hijo.

(1) El cautiverio de Manasés, de que no hace mención el libro de los Reyes, le fué saludable y en él hizo a Dios una plegaria, que, como atestigua este lugar, fué consignada por escrito. Esta fué quizá la ocasión de que se escribiera la apócrifa oración de Manasés, que en muchas ediciones de la Vulgata se pone a continuación de las Escrituras canónicas, aunque fuera de éstas.

Ammón, rey de Judá.

20 Veintidós años tenía Ammón cuando comenzó a reinar, y reinó dos años en Jerusalén. 21 Hizo el mal a los ojos de Yave, como lo había hecho Manasés, su padre, pues sirvió y sacrificó Ammón a todos los ídolos que había hecho su padre; 22 pero nunca se humilló delante de Yave, como se humilló Manasés, su padre; antes cometió crímenes mucho más grandes.

23 Conspiraron contra él sus servidores; y le mataron en su casa. 24 El pueblo dió muerte a los que habían matado a Ammón, y puso por rey en su lugar a Josías, su hijo.

Josías, rey de Judá.

34 1 Ocho años tenía Josías cuando comenzó a reinar, y reinó treinta y un años en Jerusalén. 2 Hizo lo recto a los ojos de Yave, y anduvo por los caminos de David, su padre, sin apartarse de ellos ni a la derecha ni a la izquierda. 3 A los ocho años de su reinado, siendo aún mozo, comenzó a buscar al Dios de David, su padre, y a los doce años comenzó a limpiar a Judá y Jerusalén de altos, *aseras*, esculturas e imágenes de fundición. 4 Derribaron en su presencia los altares de los baales, e hizo pedazos los ídolos que estaban en ellos, abatió los *aseras* y desmenuzó las esculturas y fundiciones, esparciendo el polvo sobre las sepulturas de los que les habían sacrificado. 5 Quemó los huesos de los sacerdotes de los ídolos sobre sus altares, y limpió a Judá y a Jerusalén. 6 Igual hizo en las ciudades de Manasés, Efraím y Simeón, hasta Neftalí; 7 y después de haber derribado los altares y los *aseras* y de haber roto y desmenuzado las esculturas y destruído todos los ídolos por la tierra de Israel, se volvió a Jerusalén.

8 A los dieciocho años de su reinado, después de haber limpiado la tierra y el templo, mandó a Safán, hijo de Asalías, y a Maasías, gobernador de la ciudad, y a Joaz, hijo de Joajaz, cronista, que reparasen la casa de Yave. 9 Vinieron éstos a

Helcías, sumo sacerdote; y recibido de él el dinero que había sido puesto en la casa de Yave y el que los levitas y porteros habían recaudado de Manasés y Efraím y de todo el resto de Israel, así como de todo Judá y Benjamín y de los habitantes de Jerusalén, 10 lo entregaron a los encargados de las obras de reparación del templo, para restaurarlo y reparar las ruinas. Estos dieron el dinero a los maestros encargados de las obras de la casa de Yave; 11 los cuales lo entregaban a los obreros que trabajaban para restaurar y reparar la casa; a los carpinteros y canteros, para que comprasen piedra en las canteras y maderas para las techumbres de los edificios que habían destruído los reyes de Judá. 12 Estos hombres se portaron con probidad en sus trabajos. Estaban bajo la vigilancia de Jajat y Abdías, levitas, de entre los hijos de Merari, y de Zacarías y Mesulam, de entre los caatitas, todos ellos hábiles músicos, 13 que vigilaban las obras y dirigían a los obreros ocupados en los diversos trabajos; había además otros levitas que hacían de secretarios, comisarios y porteros.

14 Cuando se sacaba el dinero llevado a la casa de Yave, Helcías, sacerdote, encontró el libro de la ley de Yave, dado por mano de Moisés. 15 Entonces Helcías, tomando la palabra, dijo a Safán, secretario: «He encontrado el libro de la ley en la casa de Yave»; y se lo entregó a Safán. 16 Safán llevó el libro al rey y le dió cuenta del hallazgo, diciendo: «Tus siervos han hecho cuanto les has mandado, 17 reuniendo el dinero que había en la casa de Yave, y entregándoselo a los inspectores y a los obreros.» 18 Y Safán, secretario, añadió: «El sacerdote Helcías me ha dado este libro»; y Safán lo leyó ante el rey. 19 Cuando el rey oyó las palabras del libro de la ley, rasgó sus vestiduras 20 y dió esta orden a Helcías, a Ajicam, hijo de Safán, a Abdón, hijo de Miqueas, a Safán, secretario, y a Asaya, servidor del rey: 21 «Id a consultar a Yave por mí y por el resto que queda en Israel y en Judá, acerca de las palabras de este libro que se ha encontrado; porque grande es la cólera de Yave, que se ha derramado sobre nosotros, por no haber guardado nuestros padres la palabra de Yave y no haber puesto por obra todo lo que en este libro está escrito.»

22 Helcías y los que con él había designado el rey fueron a la profetisa Jolda, mujer de Salum, hijo de Toqueat, hijo de Jasra, guarda del vestuario, que habitaba en Jerusalén, en el otro barrio de la ciudad. Después que ellos le manifestaron lo que tenían que decirle, 23 ella les respondió: «Así habla Yave, Dios de Israel: Decid al que a mí os envía: Así habla Yave: 24 Yo voy a traer sobre este lugar y sobre sus habitantes todos los males y maldiciones escritos en el libro que ha sido leído ante el rey de Judá, 25 porque me han abandonado y han ofrecido perfumes a otros dioses, irritándome con todas las obras de sus manos; mi cólera se derramará sobre este lugar, y no se extinguirá. 26 Pero decid al rey de Judá, que os ha mandado a consultar a Yave: Así habla Yave, Dios de Israel, acerca de las palabras que has oído: 27 Por haberse conmovido tu corazón y haberte humillado ante Dios al oír sus palabras contra este lugar y contra sus habitantes; porque has rasgado tus vestiduras y has llorado ante Yave, también yo he oído, dice Yave, 28 y tú te recogerás a tus padres y bajarás en paz al sepulcro, y no verán tus ojos todas las desventuras que yo he de hacer venir sobre este lugar y sobre sus habitantes.»

Ellos llevaron al rey esta respuesta. 29 El rey hizo reunir a todos los ancianos de Judá y de Jerusalén; 30 y subió luego a la casa de Yave con todos los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén, los sacerdotes y los levitas, y todo el pueblo desde el más grande al más chico, y leyó delante de todos las palabras del libro de la alianza que había sido encontrado en la casa de Yave. 31 Estaba el rey sobre su estrado, y renovó la alianza ante Yave, obligándose a seguir a Yave y a guardar sus mandamientos, sus preceptos y sus leyes, con todo el corazón y toda el alma, poniendo por obra las palabras de la alianza escritas en el libro. 32 Hizo entrar en el pacto a todos los que se hallaban en Judá y Benjamín, y los moradores de Jerusalén hicieron según la alianza de Yave, Dios de sus padres. 33 Josías hizo desaparecer todas las abominaciones de toda la tierra de los hijos de Israel, y

obligó a todos cuantos se hallaban en Israel a servir a Yave, su Dios. Durante toda su vida no se apartó de Yave, Dios de sus padres.

Solemne celebración de la pascua.

35 [1] Josías celebró la pascua en honor de Yave en Jerusalén, y se inmoló la pascua el día catorce del primer mes. [2] Estableció a los sacerdotes en sus funciones y los animó al servicio de la casa de Yave. [3] Dijo a los levitas que enseñaban a Israel y estaban consagrados a Yave: «Colocada el arca santa en la casa que edificó Salomón, hijo de David, rey de Israel, ya no tenéis que trasladarla en hombros. Servid ahora a Yave, vuestro Dios, y a su pueblo, Israel. [4] Aprestaos todos según vuestras casas paternas, según vuestras divisiones, conforme a la ordenación escrita por David, rey de Israel, y de Salomón, su hijo; [5] ocupad vuestros puestos en el santuario según las diversas casas paternas de vuestros hermanos, los hijos del pueblo, y según la clasificación de las casas paternas de los levitas. [6] Inmolad la pascua, santificaos, y preparadla para vuestros hermanos, conformándoos a las palabras de Yave, pronunciadas por Moisés.» [7] Josías dió a las gentes del pueblo, a cuantos allí se hallaban, corderos y cabritos en número de treinta mil, todo para la pascua, y tres mil bueyes, todo de la hacienda del rey. [8] Sus jefes hicieron voluntariamente un presente al pueblo, a los sacerdotes y a los levitas. Helcías, Zacarías y Jejiel, príncipes de la casa de Dios, dieron a los sacerdotes para la pascua dos mil seiscientos corderos y trescientos bueyes. [9] Conaya, Semeya y Natanael, sus hermanos, Josabía, Jeiel y Jozabad, jefes de los levitas, dieron a los levitas para la pascua cinco mil corderos y quinientos bueyes.

[10] Organizóse el servicio, y los sacerdotes y levitas ocuparon sus puestos, según sus divisiones, conforme a la orden del rey. [11] Inmolaron la pascua; los sacerdotes derramaron la sangre, que recibían de mano de los levitas, y los levitas desollaron las víctimas. [12] Pusieron aparte los holocaustos, para dárselos a las varias casas paternas de las gentes del pueblo, para que se los ofreciesen a Yave, como está escrito en el libro de Moisés. Lo mismo hicieron con los bueyes. [13] Asaron la pascua al fuego, como está ordenado, y cocieron las cosas santas en calderas, calderos y sartenes, distribuyéndolas diligentemente al pueblo. [14] Luego prepararon lo que era para ellos y para los sacerdotes; pues los sacerdotes, hijos de Arón, estuvieron hasta la noche ocupados en ofrecer holocaustos y los sebos; por eso los levitas hubieron de preparar para ellos y para los sacerdotes, hijos de Arón. [15] Los cantores, hijos de Asaf, estaban en sus puestos, según las órdenes de David, de Asaf, de Hemán y de Jedutun, a la vista del rey; y los porteros, cada uno en su puerta; no tuvieron que abandonar sus oficios, porque sus hermanos, los levitas, prepararon lo que era para ellos.

[16] Así se organizó aquel día todo el servicio de Yave, para celebrar la pascua y para ofrecer holocaustos en el altar de Yave, según las órdenes del rey Josías.

[17] Los hijos de Israel que se hallaban allí celebraron entonces la pascua y la fiesta de los ácim s durante siete días. [18] Ninguna pascua semejante a ésta se había celebrado en Israel desde los días de Samuel, profeta, y ningún rey de Israel había celebrado una pascua semejante a ésta que celebraron Josías, los sacerdotes y los levitas, todo Judá e Israel que allí se hallaban, y los habitantes de Jerusalén. [19] Fué el año dieciocho del reinado de Josías cuando se celebró esta pascua.

[20] Después de esto, después de haber reparado Josías la casa de Yave, Necao, rey de Egipto, subió para combatir en Carquemis a orillas del Eufrates. Josías le salió al paso, [21] y Necao le mandó emisarios que le dijeran: «¿Qué hay entre tú y yo, rey de Judá? No es contra ti contra quien voy yo ahora; es contra una casa con la que estoy en guerra, y Dios me ha dicho que me apresure. No te opongas, pues, a Dios, que está conmigo, no te destruya.» [22] Pero Josías no se retiró, y se disfrazó para entrar en el combate, sin escuchar las palabras de Necao, que venían de la boca de Dios. Avanzó para atacarle en el valle de Megiddo. [23] Los arqueros tiraron contra el rey Josías, y el rey dijo a sus servidores: «Reti-

radme, que estoy gravemente herido.»
24 Los servidores le sacaron de aquel
carro, y le pusieron en otro y le
llevaron a Jerusalén. Murió y fué
sepultado en el sepulcro de sus pa-
dres. Todo Judá y Jerusalén lloraron
a Josías, 25 particularmente Jeremías,
cuyas lamentaciones a Josías cantan
todavía hoy los cantores y cantoras,
habiendo venido a ser esta costum-
bre como ley en Israel. Están escritas
entre las lamentaciones.
26 El resto de los hechos de Josías,
todas sus buenas obras conforme a
lo mandado en la ley de Yave, 27 sus
hechos primeros y postreros, escrito
está en el libro de los reyes de Israel
y Judá.

Joajaz, Joaquim y Joaquín, reyes de Judá.

36 1 El pueblo tomó a Joajaz, hijo
de Josías, y le hicieron rey en
lugar de su padre, en Jerusalén.
2 Veintitrés años tenía Joajaz cuando
comenzó a reinar, y reinó tres meses
en Jerusalén.
3 El rey de Egipto le destituyó en
Jerusalén, y castigó al pueblo con
una contribución de cien talentos de
plata y un talento de oro. 4 El rey
de Egipto puso por rey sobre Judá
a Elyaquim, hermano de Joajaz, mu-
dándole el nombre por el de Joaquim.
Necao cogió a su hermano Joajaz y
se lo llevó a Egipto.
5 Veinticinco años tenía Joaquim
cuando comenzó a reinar y reinó
once años en Jerusalén. Hizo el mal
a los ojos de Yave, su Dios.
6 Nabucodonosor, rey de Babilonia,
subió contra él y le cargó de cadenas
de bronce para conducirle a Babi-
lonia. 7 Llevóse Nabucodonosor a Ba-
bilonia los utensilios de la casa de
Yave, y los puso en su palacio de
Babilonia.
8 El resto de los hechos de Joaquim,
las abominaciones que cometió, y lo
que en él se halló, escrito está en el
libro de los reyes de Israel y de
Judá. Le sucedió Joaquín, su hijo.
9 Ocho años tenía Joaquín cuando
comenzó a reinar, y reinó tres meses
y diez días en Jerusalén. Hizo el
mal a los ojos de Yave. 10 A la vuelta
del año, mandó el rey Nabucodonosor
que le llevasen a Babilonia, con los
vasos preciosos de la casa de Yave,
y puso en su lugar por rey a Sedecías,
su hermano, sobre Judá y Jerusalén.
11 Veintiún años tenía Sedecías
cuando comenzó a reinar, y reinó
once años en Jerusalén. 12 Hizo el
mal a los ojos de Yave, su Dios, y
no se humilló ante Jeremías, profeta,
que le habló de parte de Yave.
13 Rebelóse asimismo contra Nabuco-
donosor, al cual había por Dios ju-
rado fidelidad, y endureció su cerviz
y obstinóse su corazón, y no se
volvió a Yave, el Dios de Israel.
14 También todos los príncipes de
los sacerdotes y el pueblo aumenta-
ron sus prevaricaciones, siguiendo
las abominaciones de las gentes y
contaminando la casa de Yave, que
él había santificado en Jerusalén (1).
15 Yave, Dios de sus padres, les
mandó sus mensajeros constante-
mente, para amonestarlos, pues que-
ría perdonar a su pueblo y a su casa.
16 Pero ellos hicieron escarnio de los
mensajeros de Dios, y menospreciaban sus palabras, burlándose de sus
profetas, hasta que subió la ira de
Dios contra su pueblo, y ya no hubo
remedio. 17 Trajo contra ellos al rey
de los caldeos, que pasó a cuchillo
a sus mancebos en la casa de su san-
tuario, sin perdonar a mancebo ni a
doncella, a viejo ni encanecido. A to-
dos los entregó en sus manos.
18 Nabucodonosor llevó a Babilonia
todos los utensilios de la casa de
Dios, grandes y pequeños, los teso-
ros de la casa de Yave y los del
palacio del rey y los de sus jefes.
19 Quemaron la casa de Dios, demo-
lieron las murallas de Jerusalén, die-
ron al fuego todos sus palacios, y des-
truyeron todos los objetos preciosos.
20 A los que habían escapado a la
espada, llevólos Nabucodonosor cau-
tivos a Babilonia; y allí le estuvie-
ron sujetos a él y a sus hijos, hasta
la dominación del reino de Persia,
21 para que se cumpliese la palabra
de Yave, pronunciada por boca de
Jeremías, hasta que la tierra hubo
reposado sus sábados, descansando
todo el tiempo que estuvo devastada,
hasta que se cumplieron los setenta
años.
22 El año primero de Ciro, rey de
Persia, para que se cumpliese la pa-

(1) Esta síntesis de la historia religiosa de Judá pone de relieve las múltiples y universales transgresiones y apostasías, causa de la destrucción del reino y de la dolorosa cautividad de Babilonia.

labra de Yave pronunciada por boca de Jeremías, Yave suscitó el espíritu de Ciro, rey de Persia, que hizo publicar de viva voz y por escrito, por todo su reino, este decreto:

23 «Así habla Ciro, rey de Persia: Yave, el Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado edificarle una casa en Jerusalén, en Judá. ¿Quién de entre vosotros es de su pueblo? Que suba, y Yave sea con él.»

Ab angelo consolatorem accipit Esdras interpretationeq; a se visæ cognoscit. 4. Cap. 14.

INTRODUCCION A LOS LIBROS DE ESDRAS Y NEHEMIAS

ESTOS dos libros son una continuación de los Paralipómenos, cuya terminación se repite al principio del de Esdras. También formaron antes un solo libro, dividido luego en dos, Esdras y Nehemías, en el texto hebreo, I y II de Esdras en las versiones. Su argumento es la restauración material, religiosa y moral de la nación, después de la vuelta del cautiverio, en virtud del decreto de Ciro (538). Empieza por la restauración del altar y la cimentación del templo, añadiendo una lista de los que volvieron con Zorobabel de Babilonia, en número de 42.360 personas (1-2). La oposición de los samaritanos al ver rechazada su oferta de colaboración impidió proseguir la obra. Los mismos obstáculos opusieron después a la restauración de la ciudad y de sus muros en los reinados de Jerjes I (485-65) y Artajerjes I (465-25) (4). Aprovechando las revueltas del principio del reinado de Darío I (522-485), a instancias de los profetas Ageo y Zacarías se acaba el templo, que es dedicado en 515. (5-6.)

No puede caber duda sobre la inversión de estas dos secciones del primer libro. Lo que resta de él (7-10) cuenta la venida a Jerusalén del anciano Esdras, en compañía de seis mil nuevos repatriados y con autorización de un Artajerjes, ignoramos cuál, para gobernar al pueblo. Llegado a Jerusalén el año séptimo del rey, halla a la ciudad contaminada por los matrimonios con extranjeras, pero los ánimos tan bien dispuestos, que ante las lágrimas del anciano Esdras, todos se ofrecen a despedirlas. Sigue luego, con otros documentos, la autobiografía de Nehemías, que llega solo, con poderes de gobernador para restaurar la ciudad en ruinas, el año veinte de un Artajerjes, que tampoco sabe-

mos cuál sea. Lleva a cabo su obra con gran energía. Levanta y dedica los muros y pone en orden la vida religiosa y moral del pueblo con ayuda de Esdras, que figura con el título de escriba (1-16). Nehemías, acabados sus primeros poderes, retorna al rey; pero vuelve al poco tiempo y encuentra las cosas ya en desorden, teniendo que desplegar gran energía hasta con los sacerdotes, uno de los cuales, que estaba casado con una hija del príncipe de los samaritanos, huye a Samaria (13). No obstante el orden de la narración actual, parece muy probable que la legación de Nehemías precedió a la de Esdras, y que el libro de aquél debiera insertarse antes de los capítulos 7-10 de éste.

Estos libros están en forma de compilación de diversos documentos. Ignoramos el autor. No es improbable la sentencia de muchos que dicen haber sido su autor el mismo que el de los Paralipómenos.

ESDRAS

(Vulg. I de Esdras.)

Da Ciro libertad a los judíos para volver a Jerusalén.

1 [1] El año primero de Ciro, rey de Persia (1), para que se cumpliese la palabra de Yave por boca de Jeremías, profeta, excitó Yave el espíritu de Ciro, rey de Persia, que hizo pregonar de palabra y por escrito por todo su reino: [2] «Así dice Ciro, rey de Persia: Yave, Dios de los cielos, me ha dado todos los reinos de la tierra, y me ha mandado que le edifique casa en Jerusalén, en Judá. [3] ¿Quién hay entre vosotros de todo su pueblo? Sea Dios con él y suba a Jerusalén, que está en Juda, y edifique la casa a Yave, Dios de Israel; él es el Dios, que está en Jerusalén. [4] Y en todo lugar donde habiten restos del pueblo de Yave, ayúdenles las gentes del lugar con plata, oro, utensilios y ganados, con dones voluntarios para la casa de Yave, que está en Jerusalén.»

[5] Levantáronse entonces los jefes de las familias de Judá y de Benjamín, los sacerdotes y levitas, y todos aquéllos cuyo espíritu despertó Dios, para subir a edificar la casa de Dios, que está en Jerusalén. [6] Todos los que habitaban en derredor suyo les dieron objetos de plata y oro, utensilios, ganados y cosas preciosas, a más de los dones voluntarios. [7] El rey Ciro devolvió los utensilios de la casa de Yave, que Nabucodonosor había llevado de Jerusalén y puesto en la casa de sus dioses. [8] Ciro, rey de Persia, hizo que los sacara Mitrídates, tesorero, que se los entregó a Sesbasar, príncipe de Judá. [9] He aquí la lista de ellos:

Treinta fuentes de oro; mil fuentes de plata; veintinueve cuchillos; [10] treinta tazas de oro, cuatrocientas diez tazas de plata, y otros mil vasos de segundo orden. [11] Los objetos de oro y plata eran en número de cinco mil cuatrocientos. Sesbasar lo llevó todo de Babilonia a Jerusalén, a la vuelta de la cautividad.

(1) Ciro es el libertador anunciado en Isaías 44, 24-45, 25. Los persas creyeron ver cierta analogía religiosa entre ellos y los judíos, y a partir de la época persa, Dios es frecuentemente llamado Señor de la tierra y de los cielos, sobre todo en los documentos que aduce la Escritura.

Los israelitas que volvieron a Judea con Zorobabel.

2 [1] Estos son los de la provincia que volvieron del destierro, de los que había llevado cautivos a Babilonia Nabucodonosor, rey de Babilonia, y tornaron a Jerusalén y a Judá, cada uno a su ciudad. [2] Partieron con Zorobabel, Josué, Nehemías, Seraya, Reelaya, Mardoqueo, Bilsán, Mispar, Bigraí, Rejum y Baana (1).

Número de los hijos del pueblo de Israel:

(1) Son pocos los que vuelven. El resto de los cautivos queda como disuelto entre las naciones gentiles, cual se disuelve la sal en el agua.

8 Hijos de Paros, dos mil ciento
setenta y dos.
4 Hijos de Sefatías, trescientos se-
tenta y dos.
5 Hijos de Araj, setecientos se-
tenta y cinco.
6 Hijos de Paat Moab, de los hijos
de Josué y de Joab, dos mil ocho-
cientos doce.
7 Hijos de Elam, mil doscientos
cincuenta y cuatro.
8 Hijos de Zatu, novecientos cua-
renta y cinco.
9 Hijos de Zacai, setecientos sesenta.
10 Hijos de Baní, siscientos cua-
renta y dos.
11 Hijos de Bebaí, seiscientos vein-
titrés.
12 Hijos de Asgad, mil doscientos
veintidós.
13 Hijos de Adonicam, seiscientos
sesenta y seis.
14 Hijos de Bigvaí, dos mil cin-
cuenta y seis.
15 Hijos de Adín, cuatrocientos
cincuenta y cuatro.
16 Hijos de Ater, de Ezequías,
noventa y ocho.
17 Mijos de Besaí, trescientos vein-
titrés.
18 Hijos de Jora, ciento doce.
19 Hijos de Jasún, doscientos vein-
titrés.
20 Hijos de Gibaí, noventa y cinco.
21 Hijos de Betleem, ciento vein-
titrés.
22 De las gentes de Neftoa, cin-
cuenta y seis.
23 De las gentes de Anatot, ciento
veintiocho.
24 Hijos de Asmavet, cuarenta y dos.
25 Hijos de Cariatiarim, Quefira y
Beerot, setecientos cuarenta y tres.
26 Hijos de Rama y Gueba, seis-
cientos veintiuno.
27 De las gentes de Mijmas, ciento
veintidós.
28 De las gentes de Betel y Maí,
doscientos veintitrés.
29 Hijos de Nebo, cincuenta y dos.
30 Hijos de Megbis, ciento cin-
cuenta y seis.
31 Hijos del otro Elam, mil dos-
cientos cincuenta y cuatro.
32 Hijos de Jarim, trescientos
veinte.
33 Hijos de Lod, Jadiel y Ono,
setecientos veinticinco.
34 Hijos de Jericó, trescientos cua-
renta y cinco.
35 Hijos de Senaa, tres mil seis-
cientos treinta.
36 Sacerdotes:
Hijos de Jedaya, de la casa de Jesúa,
novecientos setenta y tres.
37 Hijos de Immer, mil cincuenta
y dos.
38 Hijos de Pasjur, mil doscientos
cuarenta y siete.
39 Hijos de Jarim, mil diecisiete.
40 Levitas:
Hijos de Jesúa y de Cadmiel, de
los hijos de Odavías, setenta y cuatro.
41 Cantores:
Hijos de Asaf, ciento veintiocho.
42 Porteros:
Hijos de Salum, hijos de Ater,
hijos de Talmó, hijos de Acub, hijos
de Jetita, hijos de Sobaí, todos
ciento treinta y nueve.
43 Netineos: Hijos de Sija, hijos
de Jasufa, hijos de Tabaot, 44 hijos
de Queros, hijos de Sia, hijos de
Fadón, 45 hijos de Lebana, hijos de
Jagaba, hijos de Acub, 46 hijos de
Jagab, hijos de Sanlaí, hijos de Janón,
47 hijos de Guidel, hijos de Gajar,
hijos de Reaya, 48 hijos de Resín,
hijos de Necoda, hijos de Gazam,
49 hijos de Uzra, hijos de Paseaj,
hijos de Besaí, 50 hijos de Asena,
hijos de Meunim, hijos de Nefasim,
51 hijos de Bacbuc, hijos de Jacuaj,
hijos de Jarjur, 52 hijos de Baslut,
hijos de Mejida, hijos de Jarsa, 53 hi-
jos de Barcos, hijos de Sisera, hijos
de Tejmaj, 54 hijos de Nesiaj, hijos
de Jatifa.
55 Hijos de los siervos de Salo-
món; hijos de Sotaí, hijos de Soferet,
hijos de Peruda, 56 hijos de Jaala,
hijos de Darcón, hijos de Gudel,
57 hijos de Sefatías, hijos de Jatil,
hijos de Pogueret Asebaim, hijos
de Amí.
58 Todos los netineos e hijos de los
siervos de Salomón, trescientos no-
venta y dos.
59 Estos son los que subieron de
Tel Mela, Tel Harsa, Querub Addan
e Immer, sin poder dar razón de
su casa paterna y de su estirpe, para
probar que eran de Israel: 60 Hijos
de Delaya, hijos de Tobías, hijos de
Necoda, seiscientos cincuenta y dos.
61 Y de los hijos de los sacerdotes,
hijos de Abaya, hijos de Cos, hijos de
Barzilai, que tomó por mujer a una
de las hijas de Barzilai, Galadita, y
fué llamado con el nombre de ellos;
62 éstos buscaron sus registros genea-
lógicos, pero no los hallaron y fueron
excluídos del sacerdocio, 63 y el
gobernador les prohibió comer las

cosas santas, mientras un sacerdote no consultase los *urim* y *tummim*.
64 La congregación toda entera era de cuarenta y dos mil trescientas sesenta personas, 65 sin contar los siervos y siervas, en número de siete mil trescientos treinta y siete. Entre ellos había trescientos cantores y cantoras. 66 Tenían setecientos treinta y seis caballos, doscientos cuarenta y cinco mulos, 67 cuatrocientos treinta y cinco camellos y seis mil setecientos veinte asnos.
68 Muchos de los jefes de familias al llegar a la casa de Yave en Jerusalén, hicieron ofrendas voluntarias, para la casa de Yave, para reedificarla en el lugar en que había estado. 69 Dieron para el tesoro de la obra según sus medios, sesenta y un mil dáricos de oro y cinco mil minas de plata, y cien túnicas sacerdotales. 70 Los sacerdotes y levitas y las gentes del pueblo, los cantores, los porteros y los netineos, se establecieron en sus ciudades. Todo Israel habitó en sus ciudades.

Restauración del altar y del culto.

3 1 Llegado el séptimo mes, los hijos de Israel que estaban ya en sus ciudades se reunieron como un solo hombre en Jerusalén. 2 Josué, hijo de Josadac, con sus hermanos, los sacerdotes, y Zorobabel, hijo de Sealtiel, con sus hermanos, se levantaron para edificar el altar del Dios de Israel y ofrecer sobre él holocaustos, como está escrito en la ley de Moisés, hombre de Dios (1). 3 Asentaron el altar sobre sus cimientos, aunque había que temer de los pueblos vecinos, y ofrecieron en él holocaustos a Yave, el holocausto de la mañana y el de la tarde. 4 Celebraron la fiesta de los tabernáculos, como está escrito, ofrecieron día por día holocaustos, según el número prescrito para cada día. 5 Después siguieron ofreciendo el holocausto perpetuo, los holocaustos de los novilunios y los de todas las solemnidades consagradas a Yave, y los de todos aquellos que hacían ofrendas voluntarias a Yave. 6 Comenzaron a ofrecer holocaustos a Yave el día primero del mes, y los ofrecieron hasta el día séptimo. Todavía, sin embargo, no se habían puesto los cimientos de la casa de Yave. 7 Dieron dinero a los canteros y a los carpinteros, y comida, bebida y aceite a los sidonios y a los tirios, para que trajesen por mar hasta Jafa maderas de cedro del Líbano, según había dispuesto en cuanto a esto Ciro, rey de Persia (1).
8 El año segundo después de la llegada a la casa de Yave, a Jerusalén, el segundo mes, Zorobabel, hijo de Sealtiel, Josué, hijo de Josedec, con el resto de sus hermanos los sacerdotes y los levitas, y todos los otros que habían venido de la cautividad, se pusieron a la obra y encargaron a los levitas de veinte años arriba la vigilancia de los trabajos de la casa de Yave. 9 Josué, con sus hijos y sus hermanos, Cadmiel, con sus hijos, hijos de Judá, los hijos de Quejad con los hijos y los hermanos de los levitas, se dispusieron todos a una a vigilar a los que trabajaban en la casa de Dios.
10 Cuando los obreros pusieron los cimientos de la casa de Yave, asistieron los sacerdotes revestidos, con trompetas, y los levitas, los hijos de Asaf, con címbalos, para alabar a Dios, según la ordenación de David, rey de Israel, 11 y cantaban alabando y confesando a Yave: «Porque es bueno, porque es eterna su misericordia para Israel.»
Todo el pueblo lanzaba gritos jubilosos, alabando a Yave, porque se ponían los cimientos de la casa de Yave. 12 Muchos de los sacerdotes y levitas y de los jefes de familias, ya ancianos, que habían conocido la casa primera, lloraban en voz alta, al ver poner los cimientos de esta otra, mientras que los demás gritaban jubilosos, 13 no pudiendo distinguirse en el pueblo entre el clamor de los gritos de alegría y el de los llantos.

(1) Los primeros cuidados de los repatriados son para restaurar el altar y los sacrificios legales. La restauración nacional no se concibe sin la restauración del culto a Yave.

(1) Restaurado el altar y los sacrificios, se dedican los judíos a la reedificación del templo, que tienen que interrumpir, por la enemiga de los samaritanos. La terminan empujados por el profeta Ageo, pero bien se ve por éste lo lejos que el nuevo templo estaba de la magnificencia del de Salomón.

Interrupción de las obras.

4 [1] Cuando los enemigos de Judá y Benjamín supieron que los vueltos de la cautividad estaban reedificando el templo de Yave, Dios de Israel, [2] llegáronse a Zorobabel y a los jefes de familias, y les dijeron: «Queremos cooperar con vosotros en la reconstrucción, porque también nosotros buscamos a vuestro Dios, y a él sacrificamos desde los días de Asaradón, rey de Asiria, que aquí nos trajo.» [3] Dijéronles Zorobabel, Josué y los demás jefes de familia de Israel: «No conviene que juntos edifiquemos la casa de nuestro Dios; hemos de ser nosotros solos quienes la edifiquemos a Yave, Dios de Israel, pues así lo ha mandado el rey Ciro, rey de Persia.»

[4] Entonces las gentes de aquella tierra intimidaron al pueblo de Judá, queriendo impedir la construcción; [5] y ganándose con dinero algunos consejeros de la corte, procuraron hacer fracasar su propósito durante todo el reinado de Ciro, rey de Persia, hasta el reinado de Darío, rey de Persia. [6] En el reinado de Asuero, al comienzo de él, escribieron una acusación contra los moradores de Judá y de Jerusalén; [7] y en tiempos de Artajerjes, Birla, Mitrídates, Tabeel y el resto de sus colegas escribieron a Artajerjes, rey de Persia. La carta fué traducida al arameo y transcrita con caracteres arameos. [8] Rehum, el gobernador, y Simsaí, escribieron a Artajerjes, rey de Persia, acerca de Jerusalén, esta carta: [9] Rehum, gobernador; Simsaí, secretario, y el resto de sus colegas: los de Din, de Arfarsatac, de Tarpel, de Afaras, de Erec, de Babilonia, de Susa, de Deha, de Elam [10] y de otros pueblos que el grande y glorioso Asnapar trasladó y estableció en la ciudad de Samaria y otros lugares del lado de acá del río, etc.

[11] He aquí la copia de la carta que mandaron:

«Tus siervos, las gentes del lado de acá del río, etc.

[12] »Sepa el rey que los judíos, que de ahí salieron y han llegado entre nosotros a Jerusalén, están reedificando la ciudad rebelde y mala, alzando sus murallas y restaurando los cimientos. [13] Que sepa, pues, el rey que si esta ciudad es reedificada y reconstruídas sus murallas, no pagarán tributo, ni impuesto, ni derecho de peaje, y que de ello se ha de resentir el real tesoro. [14] Ahora, pues, como nosotros comemos la sal del palacio, y no creemos conveniente que el rey sea menospreciado, mandamos al rey esta información; [15] que se investiguen los libros de las historias de tus padres, y en éllos verás que esta ciudad es una ciudad rebelde, funesta para los reyes y sus provincias, y que ya de antiguo se movieron en ella revueltas, habiendo sido por esto destruída. [16] Hacemos saber al rey, que si esta ciudad se reedifica y se levantan sus murallas, perderás con esto mismo tus posesiones del lado de acá del río.»

[17] Respuesta que mandó el rey a Rehum, gobernador; a Simsaí, secretario, y al resto de sus colegas que habitaban en Samaria y otros lugares del lado acá del río:

«Salud, etc.

[18] »La carta que nos habéis enviado ha sido exactamente leída en mi presencia. [19] Di orden de que se hicieran investigaciones, y ha sido hallado que ya de antiguo esa ciudad se rebeló contra los reyes, y que se dió a la sedición y a la revuelta. [20] Hubo en Jerusalén reyes poderosos, dueños de toda la tierra del lado de allá del río, a los que se pagaba tributo, impuesto y derecho de peaje. [21] Por consiguiente, mando que cesen los trabajos de esas gentes, para que esa ciudad no sea reconstruída sin una autorización mía. [22] No dejéis de poner en esto gran diligencia, no sea que el mal aumente con perjuicio de los reyes.»

[23] En cuanto la copia de esta carta del rey Artajerjes fué leída ante Rehum, Simsaí, secretario, y sus colegas, fueron éstos apresuradamente a Jerusalén a los judíos, e hicieron cesar los trabajos por la violencia y por la fuerza.

Se reanuda la reconstrucción.

[24] Habíanse parado las obras de la casa de Yave, en Jerusalén, quedando interrumpidas hasta el año segundo del reinado de Darío, rey de Persia.

5 [1] Ageo, profeta, y Zacarías, hijo de Ido, profeta, hablaron en nombre de Dios a los judíos que había

en Judá y en Jerusalén; [2] y entonces Zorobabel, hijo de Sealtiel, y Josué, hijo de Josadac, se levantaron y comenzaron a edificar la casa de Dios en Jerusalén. Con ellos estaban los profetas de Dios, que les asistían. [3] Vinieron entonces a ellos Tatnaí, gobernador del lado de acá del río, Setar-Boznaí, y sus colegas, y les dijeron: «¿Quién os ha dado autorización para edificar esta casa y levantar estos muros?»; y preguntaron: «¿Cuáles son los nombres de los que construyen este edificio?» [4] Entonces les respondieron, dándoles los nombres de los que hacían la reconstrucción. [5] Pero los ojos de Dios estaban sobre los ancianos de los judíos, y se permitió que continuasen las obras mientras se consultaba al rey Darío, hasta que se recibiese de él carta acerca de esto.

[6] He aquí copia de la carta, que al rey Darío mandaron Tatnaí, gobernador del lado de acá del río, Setar-Boznaí y sus colegas del Afarsac, que habitaban del lado acá del río. [7] Le enviaron una relación en estos términos:

«Al rey Darío, salud.

[8] »Comunicamos al rey que hemos ido a la provincia de Judá, a la casa del Dios grande. Está construyéndose en piedras talladas, y se colocan las maderas en los muros, y el trabajo se hace rápidamente y adelanta en sus manos. [9] Hemos preguntado a los ancianos, y les hemos hablado así: «¿Quién os ha dado autorización para edificar esta casa y levantar estos muros?» [10] Les hemos preguntado también los nombres para dártelos a conocer, y hemos puesto por escrito los nombres de los que están al frente suyo. [11] He aquí la respuesta que nos dieron: «Nosotros somos servidores del Dios de los cielos y la tierra, y estamos reconstruyendo la casa que fué construída muchos años ha. Un gran rey de Israel la edificó y la terminó. [12] Pero luego que nuestros padres irritaron al Dios de los cielos, él los entregó en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, el caldeo, que destruyó esta casa y llevó cautivo al pueblo a Babilonia. [13] Pero el año primero del reinado de Ciro, rey de Babilonia, el rey Ciro dió la orden de reedificar esta casa de Dios, [14] y el mismo rey Ciro sacó del templo de Babilonia los utensilios de oro y plata que Nabucodonosor había sacado del templo de Jerusalén, llevándolos al templo de Babilonia, e hizo que fueran entregados al llamado Sesbasar, que nombró gobernador, [15] diciéndole: Toma esos utensilios y ve a llevarlos al templo de Jerusalén, y que la casa de Dios sea reconstruída en el lugar mismo en que estaba. [16] Este mismo Sesbasar vino y puso los cimientos de la casa de Dios en Jerusalén; desde entonces está reconstruyéndose, y no se ha terminado.

[17] Ahora, pues, si al rey le parece conveniente, que se hagan investigaciones en la casa del tesoro del rey de Babilonia, para ver si hubo una orden del rey Ciro, para la reconstrucción de esta casa de Dios en Jerusalén, y que el rey nos transmita luego su voluntad en este asunto.»

Edicto de Darío.

6 [1] Entonces el rey Darío dió orden de hacer investigaciones en la casa de los archivos, donde se depositaban los tesoros de Babilonia; [2] y se halló en Ajmeta, capital de la provincia de Media, un rollo en que estaba escrito lo que sigue:

[3] «El año primero del rey Ciro, ha dado el rey Ciro esta orden, respecto de la casa de Dios en Jerusalén: Que la casa sea reconstruída para ser un lugar en que se ofrezcan sacrificios, y que tenga sólidos fundamentos. Tendrá sesenta codos de alto, sesenta de ancho [4] y tres hiladas de piedra tallada y una de madera nueva, siendo abonado el importe por la casa del rey. [5] Además, los utensilios de oro y de plata que Nabucodonosor sacó del templo de Jerusalén, trayéndolos a Babilonia, serán devueltos y llevados al templo de Jerusalén, al lugar donde estaban, y depositados en la casa de Dios.

[6] »Por tanto, Tatnaí, gobernador del otro lado del río, Setar-Boznaí y vuestros colegas de Afarsac, que habitáis al lado de allá del río, alejaos de ahí [7] y dejad que prosigan los trabajos de esa casa de Dios, y que el gobernador de los judíos y los ancianos de los judíos la reconstruyan en el lugar que ocupaba. [8] Esta es la orden que os doy, acerca de lo que habéis de hacer respecto de esos ancianos de los judíos, para la construcción de esa casa de Dios. [9] El costo, tomado de la hacienda del rey,

proveniente de los tributos de la parte de allá del río, será íntegramente pagado a esos hombres, para que no haya interrupciones. 10 Lo necesario para los holocaustos al Dios de los cielos, novillos, carneros, corderos, trigo, sal, vino y aceite, será entregado, a petición suya, a los sacerdotes de Jerusalén, día por día y sin falta, para que ofrezcan sacrificios de grato olor al Dios de los cielos, y rueguen por la vida del rey y la de sus hijos. 11 Y ésta es la orden que doy acerca de cualquiera que traspasare este mandato: Se arrancará de su casa una viga, que se alzará para colgarle en ella, y su casa será convertida en un montón de escombros. 12 Que el Dios que hace residir su nombre en ese lugar, derribe a todo rey y todo pueblo que tienda su mano para traspasar mi mandato, destruyendo esa casa de Dios en Jerusalén. Yo, Darío; yo he dado esta orden. Que sea puntualmente cumplida.»

13 Tatnaí, gobernador de la parte de acá del río, Setar-Boznaí y sus colegas, se conformaron puntualmente a esta orden que les mandó el rey Darío; 14 y los ancianos de los judíos prosiguieron con buen suceso la reconstrucción, según las profecías de Ageo, profeta, y de Zacarías, hijo de Ido; y terminaron la reconstrucción, según la orden del Dios de Israel, y las de Ciro, Darío y Artajerjes, reyes de Persia. 15 La casa fué terminada el día tercero del mes de Adar, del año sexto del reinado de Darío.

Dedicación del templo y celebración de la pascua.

16 Los hijos de Israel, los sacerdotes y levitas, y los demás que habían venido de la cautividad, hicieron con gozo la dedicación de esta casa de Dios, 17 ofreciendo en la dedicación de esta casa de Dios cien novillos, doscientos carneros y cuatrocientos corderos; y como víctimas expiatorias por todo Israel, doce machos cabríos, según el número de las tribus de Israel. 18 Establecieron a los sacerdotes según sus clases y a los levitas según sus divisiones, para el servicio de Dios en Jerusalén, como está escrito en el libro de Moisés.

19 Los hijos de la cautividad celebraron la pascua el día catorce del mes primero. 20 Los sacerdotes y los levitas se purificaron todos a una, y todos estaban puros, e inmolaron los levitas la pascua, para todos los hijos de la cautividad, para sus hermanos los sacerdotes y para sí mismos. 21 Los hijos de Israel que habían vuelto de la transmigración comieron la pascua, con todos aquellos que se habían apartado de las inmundicias de las gentes de aquella tierra, y se habían unido a ellos para buscar a Yave, el Dios de Israel. 22 Celebraron con alegría la fiesta de los panes ácimos durante siete días, pues los había regocijado Yave, disponiendo al rey de Asiria a apoyarlos en la obra de la casa de Yave, Dios de Israel.

Llegada de Esdras a Jerusalén.

7 1 Después de esto, en el reinado de Artajerjes, rey de Persia, vino Esdras, hijo de Seraya, hijo de Azarías, hijo de Helcías, 2 hijo de Salum, hijo de Sadoc, hijo de Ajitub, 3 hijo de Amarías, hijo de Azarías, hijo de Merayot, 4 hijo de Zarajías, hijo de Uzi, hijo de Buqui, 5 hijo de Abisúa, hijo de Fines, hijo de Eleazar, hijo de Arón, sumo sacerdote. 6 Venía de Babilonia, y era un escriba muy versado en la ley de Moisés, dada por Yave, Dios de Israel; y como estaba sobre él la mano de Dios, el rey le otorgó todo cuanto le pidió. 7 Muchos de los hijos de Israel, de los sacerdotes y levitas, de los cantores, de los porteros y de los netineos, vinieron también a Jerusalén el año séptimo del rey Artajerjes. 8 Llegó Esdras a Jerusalén el mes quinto del año sétimo del rey, 9 habiendo salido de Babilonia el día primero del primer mes, y llegó a Jerusalén el día primero del quinto mes, estando sobre él la buena mano de su Dios, 10 porque Esdras había dispuesto su corazón para poner por obra la ley de Yave y enseñar en medio de Israel sus mandamientos y preceptos.

11 He aquí la copia de la carta entregada por el rey Artajerjes a Esdras, sacerdote y escriba, maestro en los mandamientos y las leyes de Yave a Israel.

12 «Artajerjes, rey de reyes, a Esdras, sacerdote y escriba, versado en la ley del Dios de los cielos, etc.

13 »He dado la orden de dejar a todos los del pueblo de Israel, de sus sacerdotes y sus levitas, que

hay en mi reino, que estén dispuestos
a partir contigo a Jerusalén. 14 Tú
eres enviado del rey y de sus siete
consejeros, para inspeccionar a Judá
y Jerusalén, respecto de la ley de
Yave que está entre tus manos,
15 y para llevar allá el oro y la plata
que el rey y sus consejeros han
ofrecido generosamente al Dios de
Israel, cuya casa está en Jerusalén;
16 toda la plata y el oro que puedas
reunir en Babilonia, con las ofren-
das voluntarias hechas por el pueblo
y los sacerdotes a la casa de Dios en
Jerusalén. 17 Cuidarás de adquirir
con ese dinero novillos, carneros,
corderos y cuanto es necesario para
las ofrendas y las libaciones que ofre-
cerás sobre el altar de la casa de
vuestro Dios, en Jerusalén, 18 y con
el resto de la plata y el oro harás
lo que mejor te parezca a ti y a tus
hermanos, conforme a la voluntad
de vuestro Dios. 19 Deposita ante el
Dios de Jerusalén los utensilios que
se te entregan para el servicio de
la casa de los tesoros del rey lo que
sea necesario para las otras expen-
sas que has de hacer para la casa
de tu Dios.

21 »Yo, el rey Artajerjes, doy orden
a todos los tesoreros de la parte
de allá del río, de entregar íntegra-
mente a Esdras, sacerdote y escriba,
versado en la ley de Dios de los cielos,
todo lo que él os pidiere, 22 hasta
cien talentos de plata, cien coros de
trigo, cien *bats* de vino, cien *bats*
de aceite y sal a discreción. 23 Que
todo cuanto está mandado por el
Dios de los cielos, se haga puntual-
mente para la casa del Dios de los
cielos, para que no venga su cólera
sobre nuestro reino, sobre el rey y
sobre sus hijos. 24 Os hacemos saber
que no podrá ser impuesto tributo,
ni gabela, ni derecho de peaje, a
ninguno de los sacerdotes, levitas,
cantores, porteros y netíneos, ni a
ningún servidor de esa casa de
Dios.

25 »Y tú, Esdras, según la sabidu-
ría que tú tienes de Dios, establece
jueces y magistrados, que adminis-
tren justicia a todo el pueblo del
otro lado del río, a todos los que co-
nocen la ley de Dios, y haz que la
conozcan aquellos que no la conocen.

26 »Cualquiera que no guarde pun-
tualmente la ley de tu Dios y la ley
del rey, será condenado a muerte,
a destierro, a multa o a prisión.»

27 Bendito Yave, Dios de nuestros
padres, que ha dispuesto el corazón
del rey a glorificar así la casa de
Yave en Jerusalén, 28 y que me hizo
objeto de la benevolencia del rey,
de sus consejeros, y de todos sus pode-
rosos jefes. Fortalecido por la mano
de Yave, mi Dios, que estaba sobre
mí, reuní a los jefes de Israel para
que partieran conmigo.

Los compañeros de Esdras.

8 1 He aquí los jefes de familias y
las genealogías de los que subie-
ron conmigo de Babilonia, en el rei-
nado de Artajerjes.

2 De los hijos de Fínees: Gersón;
de los hijos de Itamar, Daniel; de
los hijos de David, Jatus; 3 de los
hijos de Secanías y de los hijos de
Faros, Zacarías, y con él ciento
cincuenta varones registrados; 4 de
los hijos de Pajat Moab, Elyoenai,
hijo de Zazajías, y con él doscientos
varones; 5 de los hijos de Secanía, el
hijo de Jacaziel y con él trescientos
varones; 6 de los hijos de Adín,
Ebed, hijo de Jonatán, y con él
cincuenta varones; 7 de los hijos de
Elam, Isaías, hijo de Atalía, y con
él setenta varones; 8 de los hijos de
Sefatías, Zebadías, hijo de Micael,
y con él noventa varones; 9 de los
hijos de Joab, Abdías, hijo de Jejiel,
y con él doscientos dieciocho varo-
nes; 10 de los hijos de Selomit, hijo
de Josifía, y con él ciento sesenta
varones; 11 de los hijos de Babaí,
Zacarías, hijo de Bebaí, y con él
veintiocho varones; 12 de los hijos
de Azgad, Jojanán, hijo de Acatán,
y con él ciento diez varones; 13 de
los hijos de Adonicam, los últimos,
he aquí los nombres: Elifelet, Jeuel
y Semaeya, y con ellos sesenta varo-
nes; 14 de los hijos de Bigvaí, Utaí
y Zabud, y con ellos setenta varones.

15 Los reuní cerca del río que corre
hacia Ahava, y acampamos allí tres
días; y habiendo buscado entre el
pueblo y los sacerdotes, no hallé
ninguno de la casa de Leví. 16 En-
tonces llamé a los jefes Eliezer, Ariel,
Semaeya, Elnatán, Jarib, Natán, Za-
carías y Mesulam, y a los doctores
Joyarib y Elnatán, 17 y los mandé
al jefe Ido, que habitaba en Casifía,
poniendo en su boca lo que habían
de decir a Ido y a sus hermanos,

los netineos que había en Casifía, para que nos mandasen servidores para la casa de nuestro Dios. 18 Como estaba con nosotros la buena mano de nuestro Dios, nos trajeron a Serebía, hombre de sentido, de entre los hijos de Majlí, hijo de Leví, hijo de Israel, y con él sus hijos y sus hermanos, en número de dieciocho; 19 Jasabía y con él Isaías, de entre los hijos de Merari, sus hermanos y sus hijos, en número de veinte; 20 y de entre los netineos, que David y los jefes habían puesto al servicio de los levitas, doscientos veinte netineos, todos designados por sus nombres.

21 Allí, cerca del río de Ahava, publiqué un ayuno de penitencia ante nuestro Dios, para implorar de él un feliz viaje para nosotros, para nuestros hijos y para cuanto nos pertenecía. 22 Me hubiera avergonzado de pedir al rey una escolta y caballería para protejernos del enemigo durante el camino, pues habíamos dicho al rey: «La mano de nuestro Dios está para bien de ellos sobre cuantos le buscan.» 23 Por eso ayunamos e invocamos a nuestro Dios, y él nos escuchó.

24 Elegí doce jefes de los sacerdotes, Serebía, Josabía y diez de sus hermanos. 25 Pesé delante de ellos la plata, el oro y los utensilios, donados en ofrenda para la casa de nuestro Dios por el rey, sus consejeros y sus jefes, y por todos los de Israel que habían sido hallados, 26 y puse en sus manos seiscientos cincuenta talentos de plata, utensilios de plata por cien talentos, cien talentos de oro, 27 veinte copas de oro por valor de mil dáricos, y dos vasos de un hermoso bronce bruñido, tan precioso como el oro. 28 Luego les dije: «Vosotros estáis consagrados a Yave; estos utensilios son cosas santas, y esta plata y este oro son ofrenda voluntaria hecha a Yave, el Dios de vuestros padres. 29 Velad y guardadlos, hasta que los peséis ante los jefes de los sacerdotes y levitas, y ante los jefes de las familias de Israel en Jerusalén, en las cámaras de la casa de Yave.» 30 Los sacerdotes y levitas recibieron a peso la plata, el oro y los utensilios para llevarlos a Jerusalén, a la casa de nuestro Dios.

31 Partimos del río de Ahava, para dirigirnos a Jerusalén, el día doce del mes primero. La mano de Dios fué con nosotros, y nos preservó de ataques de enemigos y de toda emboscada durante el camino. 32 Llegamos a Jerusalén y descansamos tres días; 33 al cuarto día pesamos en la casa de nuestro Dios la plata, el oro y los utensilios, y lo entregamos todo a Merimot, hijo de Urías, sacerdote; que tenía consigo a Eleazar, hijo de Fines, y con ellos los levitas Josabad, hijo de Josué, y Noadía, hijo de Biní. 34 Después de recontarlo y repesarlo todo, se puso por escrito el peso total.

35 Los hijos de la cautividad vueltos del destierro ofrecieron en holocausto al Dios de Israel doce novillos por todo Israel, noventa y seis carneros, setenta y siete corderos y doce machos cabríos, como víctimas expiatorias, todo en holocausto a Yave. 36 Transmitieron las órdenes del rey a los sátrapas del rey y a los gobernadores del lado acá del río, y éstos honraron al pueblo y a la casa de Dios.

Aflicción de Esdras por los matrimonios con mujeres extranjeras, y su plegaria.

9 1 Después de todo esto se me acercaron los jefes, diciendo: «El pueblo de Israel, los sacerdotes y levitas, no han estado apartados de las gentes de esta tierra, e imitan sus abominaciones, las de los cananeos, geteos, fereceos, jebuseos, amonitas, moabitas, egipcios y amorreos; 2 pues han tomado de entre ellos mujeres para sí y para sus hijos, y han mezclado su sangre santa con la de las gentes de esta tierra. Los jefes y magistrados han sido los primeros en cometer este pecado.»

3 Al oír esto, rasgué mis vestiduras, mi manto, y me arranqué cabellos de mi cabeza y de mi barba, y me senté desolado. 4 Juntáronse conmigo todos los temerosos de las palabras del Dios de Israel, por la prevaricación de los hijos de la cautividad. Yo estuve desolado hasta el sacrificio de la tarde; 5 y luego, al tiempo de la ofrenda de la tarde, me levanté de mi humillación, y con mis vestidos y mi manto rasgados, postréme de rodillas, y tendiendo a Yave mis manos, 6 dije: «¡Dios mío! Estoy con-

fuso y avergonzado, Dios mío, y no me atrevo a levantar a ti mi rostro, porque nuestras iniquidades se han multiplicado por encima de nuestra cabeza, y nuestros delitos suben hasta el cielo. [7] Desde los días de nuestros padres hasta hoy, hemos sido muy culpables; y por nuestras iniquidades, nosotros, nuestros reyes y nuestros sacerdotes, hemos sido entregados a las manos de los reyes extranjeros, a la espada, a la cautividad, al saqueo, a la vergüenza que cubre nuestro rostro. [8] Con todo, Yave, nuestro Dios, acaba de hacer con nosotros misericordia, dejándonos un resto de libertad y dándonos refugio en su lugar santo, para hacer brillar nuestros ojos y darnos un poco de vida en nuestra servidumbre; [9] porque esclavos somos, pero en medio de nuestra esclavitud, Dios no nos ha abandonado. Nos ha conciliado la benevolencia de los reyes de Persia, conservándonos la vida, para que pudiéramos edificar la casa de nuestro Dios, levantando sus ruinas y dándonos un refugio seguro en Judá y en Jerusalén. [10] ¿Qué podemos, pues, decir después de todo esto, oh Dios nuestro? Pues hemos abandonado tus mandamientos, [11] los que nos prescribiste por medio de tus siervos los profetas, diciendo: «La tierra que vais a poseer es una tierra manchada por las abominaciones de los pueblos de esas regiones, que del uno al otro cabo la han llenado de sus inmundicias; [12] no deis vuestras hijas a sus hijos, ni toméis sus hijas para vuestros hijos, ni os cuidéis nunca de su prosperidad ni de su bienestar, y así vendréis a ser fuertes y comeréis lo mejor de los frutos de la tierra, y la dejaréis a vuestros hijos en heredad para siempre. [13] Después de todo lo que nos ha sucedido por nuestras maldades y grandes pecados que hemos cometido, porque tú, Dios nuestro, no nos has castigado en proporción de nuestras iniquidades, [14] ¿vamos a comenzar de nuevo a traspasar tus mandamientos y a emparentar con esos pueblos abominables? ¿No se ensañaría contra nosotros tu cólera hasta destruirnos del todo, sin dejar ni resto ni escape? [15] Yave, Dios de Israel: Tú eres justo, pues que hemos quedado hoy un resto de escapados. Henos aquí ante ti como culpables, sin poder por esto permanecer en tu presencia.»

Expulsión de las mujeres extranjeras.

10 [1] Mientras que Esdras, llorando postrado ante la casa de Dios, hacía esta plegaria y esta confesión, habíase reunido junto a él una gran muchedumbre de gentes de Israel, hombres, mujeres, niños y todos derramaban abundantes lágrimas.

[2] Entonces Secanía, hijo de Jejiel, de entre los hijos de Elam, tomando la palabra, dijo a Esdras: «Hemos pecado contra Dios, tomando mujeres extranjeras que pertenecen a los pueblos de esta tierra, pero Israel no queda por esto sin esperanza. [3] Hagamos pacto con nuestro Dios, de echar a todas esas mujeres y a los nacidos de ellas, según el parecer de mi señor y de cuantos temen ante los mandamientos de nuestro Dios, y que se cumpla la ley. [4] Levántate, pues, ya que esto cosa tuya es. Ten valor, y a la obra» (1).

[5] Levantóse Esdras, e hizo jurar a los jefes de los sacerdotes, a los de los levitas y a los de todo Israel, que harían lo que se acababa de decir, y ellos lo juraron. [6] Después se retiró Esdras de la casa de Dios, y fué a la cámara de Jojanán, hijo de Eliasib, pero no comió allí pan ni bebió agua, porque estaba en gran desolación por el pecado de los hijos de la cautividad. [7] Se publicó por Judá y Jerusalén a todos los hijos de la cautividad, que se reuniesen en Jerusalén, [8] y que si alguno no se presentaba dentro de los tres días, conforme al acuerdo de los ancianos, le fuesen confiscados todos sus bienes, y él excluído de la congregación de los hijos de la cautividad.

[9] Todos los hombres de Judá y Benjamín se reunieron en Jerusalén dentro de los tres días. Era el día veinte del noveno mes, y todo el pueblo estaba en la plaza de la casa de Dios temblando, con motivo de aquel negocio y a causa de la lluvia. [10] Levantóse Esdras, sacerdote, y dijo: «Habéis prevaricado, tomando mujeres extrañas, añadiendo prevaricaciones a la inquidad de Israel.

---

(1) Esta separación o repudio de las mujeres extranjeras no es más que el cumplimiento de la Ley, que prohibía tales matrimonios. Es de notar, sin embargo, la buena disposición del pueblo para cumplir la Ley.

11 Confesad ahora vuestro pecado a
Yave, el Dios de vuestros padres, y
cumplid su voluntad. Apartaos de
los pueblos de esta tierra y de las
mujeres extrañas.» 12 Toda la asam-
blea respondió a una y en alta voz:
«Hágase así, conforme a tu palabra.»
13 «Pero como el pueblo es muy
numeroso, y está el tiempo de lluvias,
no siendo posible permanecer al des-
cubierto; y como, además, no es cosa
de un día o dos, por ser muchos los
que de nosotros han pecado en esto,
14 que sean nuestros jefes los que en
lugar de la asamblea toda se queden;
y a todos los que de nuestras ciu-
dades han tomado mujeres extrañas,
les hagan venir en tiempos determi-
nados con los ancianos o los jefes de
cada ciudad, hasta que la encendida
cólera de nuestro Dios se aparte de
nosotros en cuanto a este asunto.»
15 Jonatán, hijo de Azael, y Jajzía,
hijo de Ticra, apoyados por Mesulam
y por el levita Sabtaí, fueron los
únicos que se opusieron a este pare-
cer, 16 al que se adhirieron todos los
hijos de la cautividad. Se eligió a
Esdras, sacerdote, y a algunos de
los jefes de las casas paternas, todos
designados por sus nombres, y éstos
se sentaron para resolver el asunto
el día primero del mes décimo. 17 El
día primero del mes primero acaba-
ron de juzgar a todos los que
habían tomado mujeres extrañas.
18 De entre los sacerdotes fueron
hallados que habían tomado mujeres
extrañas: De los hijos de Josué, hijo
de Josedec, y de sus hermanos: Ha-
seya, Eliezer, Jarib y Guedalía, 19 que
se comprometieron, dando su mano,
a echar a sus mujeres y a ofrecer un
carnero por su pecado; 20 de los hijos
de Immer, Jananí y Zebadías; 21 de
los hijos de Jarim, Maseya, Elías,
Semaía, Jejiel y Ozías; 22 de los
hijos de Pasur, Elyoenai, Maseya,
Ismael, Natanael, Josabad y Eleasar.
23 De entre los levitas, Josabad,
Simeí, Quelaya, que es Quelita, Pe-
tajya, Judá y Eliezer. 24 De entre los
cantores: Eliasib. De entre los por-
teros, Salum, Telem y Urí.
25 De entre los hijos de Israel:
De los hijos de Paros; Ramia, Jiziya,
Malquiya, Miyamim, Eleazar, Mal-
quiya y Benaya; 26 de los hijos de
Elam, Matanías, Zacarías, Jejiel,
Abdi, Jeremot y Elías; 27 de los hijos
de Zatui, Elyoenai, Eliasib, Matanía,
Jeremot, Zabad y Aziza; 28 de los
hijos de Bebaí: Jojana, Ananías,
Jabdu y Atlaí; 29 de los hijos de Baní:
Mesulam, Maluc, Adaya, Jasub, Seal
y Jerimot; 30 de los hijos de Pajat
Moab, Adla, Quelal, Banaya, Maseya,
Matanía, Besaleel, Binúy y Manasés;
31 de los hijos de Jarim: Eliezer,
Jisjiya, Malquiya, Semaeya, Simeón,
32 Benjamín, Maluc y Semaría; 33 de
los hijos de Jasum: Matnaí, Matata,
Zabad, Elifelet, Jeremaí, Manasés y
Simeí; 34 de los hijos de Baní: Hadaí,
Amram, Vel, 35 Benaya, Bedia, Que-
luya, 36 Vania, Meremot, Eliasib,
37 Matanías, Matnaí, Jasaí, 38 Baní,
Binúy, Selemías, Natán, Adaya, 40 Mac-
nadbaí, Sasaí, Saraí, 41 Azareel, Se-
lamías y Semarías; 42 Salum, Ama-
rías y José; 43 hijos de Nebo, Jeiel,
Matatías, Zabad, Zebina, Jadar, Joel
y Banaya.
44 Todos éstos habían tomado mu-
jeres extranjeras y muchos tenían
ya hijos de ellas.

SPIRITVS ISTE DVPLEX AD:
DEST MIHI MISSVS A BALTO
NOSTRÃ QVOD ASSYRIO DEX:
TRA TVLISSET OPEM

FLVCTIBVS IMMERSI QVÆ
CEPIT IN AQVORE PISCIS
HVNC LVX MOX VITÆ
TERTIA RESTITVIT

SOLABAR CHRISTI BABYLO
NIS CARCERE CLAVSOS
PANIBVS ET POTV HIS
SÆPE MINISTER ERAM

NEHEMIAS
(Vulg. II de Esdras.)

Plegaria de Nehemías por los hijos de Israel.

1 [1] Palabras de Nehemías, hijo de Helcías (1).

En el mes de Casleu del año veinte, estando yo en Susa, en la capital, [2] llegaron de Judá Jananí y uno de mis hermanos con algunos otros. Yo les pregunté por los judíos que habían sido libertados, los restos de la cautividad y por Jerusalén. [3] Ellos me respondieron: «Los restos de la cautividad están en la provincia en gran mal y afrenta. Las murallas de Jerusalén están en ruinas, y sus puertas quemadas por el fuego. [4] Cuando oí esto sentéme y lloré, y estuve por muchos días desolado. Ayuné y oré ante el Dios de los cielos, [5] diciendo: «Ruégote, Yave, Dios de los cielos, Dios grande y terrible, que guardas tu alianza y haces misericordia con los que te aman y guardan tus mandatos: [6] Que esté atento tu oído y abiertos tus ojos para escuchar la oración que tu siervo te dirige ahora día y noche, por tus siervos, los hijos de Israel, confesando los pecados de Israel, nuestros pecados contra ti, porque yo y la casa de mi padre hemos pecado, [7] te hemos ofendido, y no hemos guardado los mandamientos, las leyes y los preceptos que tú prescribiste a Moisés, tu siervo. [8] Acuérdate de estas palabras que tú mandaste decir a Moisés tu siervo: Si pecareis, yo os dispersaré entre los pueblos, [9] pero si os volvéis a mí y guardáis mis mandamientos y los ponéis por obra, aunque hubiereis sido desterrados a los confines de la tierra, de allí os reuniré yo y os volveré al lugar que he elegido para hacer residir en él mi nombre. [10] Son tus siervos, son tu pueblo, que redimiste tú con tu gran poder y tu fuerte mano. [11] ¡Oh Yave! Que esté atento tu oído a la plegaria de tu siervo y a la de los siervos

(1) Nehemías, que manifiesta sentimientos de profundo amor a su nación, confiesa los pecados de ésta y pide a Dios acelere la restauración. Ocupa en la corte un alto cargo, el de copero del rey, como luego ocupará Mardoqueo el de primer ministro.

tuyos que desean temer tu nombre. Concede ahora próspero suceso a tu siervo, y haz que halle yo gracia a los ojos de este hombre», pues servía yo entonces de copero al rey.

Artajerjes da permiso a Nehemías para ir a reedificar a Jerusalén.

2 [1] En el mes de Nisán, del año veinte del rey Artajerjes, estando ya el vino delante de él, tomé el vino y se lo ofrecí al rey. Jamás había yo aparecido triste en su presencia, [2] pero aquel día me dijo: «¿Por qué estás con tan mala cara? Enfermo no estás; no puede ser, pues, sino alguna pena de tu corazón.» Yo entonces me atemoricé sobremanera, [3] y respondí al rey: «Viva el rey eternamente: ¿Cómo no va a estar triste mi rostro, cuando la ciudad donde están los sepulcros de mis padres está en ruinas, y quemadas por el fuego sus puertas?» [4] Y me dijo el rey: «¿Qué es lo que quieres?» Yo, rogando al rey de los cielos, [5] respondí al rey: «Si al rey le pareciera bien, y hallara gracia tu siervo ante ti, que me mandaras a Judá, a la ciudad de los sepulcros de mis padres, para reedificarla.» [6] El rey, a cuyo lado estaba sentada la reina, me dijo: «¿Cuánto durará tu viaje? ¿Cuándo estarás de vuelta» Plugo al rey dejarme partir, y yo le señalé tiempo. [7] Después dije al rey: «Si al rey le parece bien, que se me den cartas para los gobernadores del otro lado del río, para que me permitan pasar y entrar en Judá; [8] y otra carta para Asaf, guardabosques del rey, para que me facilite maderas y viguería para las puertas de la ciudadela vecina a la casa, para las murallas de la ciudad, y para la casa que yo he de habitar.» Dióme el rey estas cartas, pues la buena mano de Dios estaba sobre mí.

[9] Presentéme a los gobernadores del otro lado del río, y les entregué las cartas del rey, que había hecho que me acompañasen dos jefes del ejército y alguna gente de a caballo. [10] Cuando lo supieron Sanbalat, joronita, y Tobías, siervo amonita, disgustóles en extremo que viniese un hombre para procurar el bien de los hijos de Israel. [11] Llegué a Jerusalén y estuve allí tres días; pasados los cuales, [12] me levanté de noche con algunos hombres, sin decir a nadie lo que Dios me había puesto en el corazón hacer por Jerusalén. No llevaba conmigo bestia alguna de carga, sólo mi propia cabalgadura. [13] Salí de noche por la puerta del valle, y me dirigí hacia la fuente del dragón y la puerta de la escombrera, mirando las murallas de Jerusalén en ruinas y sus puertas consumidas por el fuego. [14] Seguí a la puerta de la fuente y a la esquina del rey, y no había por allí sitio por donde pasar la cabalgadura en que iba. [15] Subí, todavía de noche, por el torrente, e inspeccioné la muralla. Luego volví a entrar por la puerta del valle, estando así de vuelta.

[16] Los magistrados no sabían a dónde había ido, y qué era lo que había hecho. Hasta entonces no había dicho nada a los judíos, ni a los sacerdotes, ni a los jefes, ni a los magistrados, ni a ninguno de los que llevaban la dirección de los negocios. [17] Entonces ya les dije: «Bien veis el lamentable estado en que nos hallamos. Jerusalén está destruída, y sus puertas consumidas por el fuego. Vamos, pues, a reedificar las murallas de Jerusalén, y no estemos más en el oprobio. [18] Les conté cómo la buena mano de Dios había estado sobre mí, y las palabras que el rey me había dirigido; y entonces dijeron: «¡Andando, a edificarla!» Y tomaron resueltamente esta buena determinación.

[19] Cuando lo supieron Sanbalat, joronita; Tobías, siervo amonita, y Guezem, árabe, se burlaban de nosotros y nos menospreciaron. Nos dijeron: «¿Qué es lo que hacéis ahí? Os rebeláis contra el rey?» [20] Y yo les di esta respuesta: «El Dios de los cielos nos hará salir con nuestra empresa. Nosotros, sus siervos, nos levantaremos y haremos la edificación. Vosotros no tenéis parte ni derecho ni recuerdos en Jerusalén.»

Reparación de las murallas de Jerusalén.

3 [1] Eliasib, sumo sacerdote, se levantó con sus hermanos los sacerdotes, y edificaron la puerta de las ovejas; la consagraron y pusieron las puertas, desde la torre de Mea hasta la torre de Jananeel. [2] A continuación

de Eliasib edificaron los hombres de Jericó, y a continuación de éstos edificó Zacur, hijo de Imri (1).

3 Los hijos de Sena edificaron la puerta del pescado y la cubrieron, pusieron las puertas, los cerrojos y los goznes. 4 Al lado de ellos trabajó en las reparaciones Meremot, hijo de Urías, hijo de Acus, y al lado de éstos reconstruyó Mesulam, hijo de Berequías, hijo de Mesezabeel; y al lado de éstos restauró Sadoc, hijo de Baana. 5 Inmediatos a ellos restauraron los tecoítas, aunque sus nobles no doblaron su cerviz al servicio de su Señor.

6 La puerta vieja la restauraron Joyada, hijo de Pasea, y Mesulam, hijo de Besodías; la ensamblaron y pusieron a las puertas sus cerrojos y sus goznes. 7 Junto a éstos reedificaron Melatías, gabaonita, y Jadón, meronotita; y los hombres de Gabaón y Mispa trabajaron a expensas del gobernador de este lado del río. 8 Junto a ellos trabajó Uziel, hijo de Jorayas, de los fundidores, y a su lado Ananías, de los perfumistas; continuaron Jerusalén hasta la muralla de la plaza. 9 A continuación de éstos trabajó Refaías, hijo de Hur, gobernador de la mitad del distrito de Jerusalén. 10 A continuación trabajó enfrente de su casa Jedaya, hijo de Jaromat, y a su lado Jatus, hijo de Jesabnía. 11 Otra porción de la muralla y la torre del horno fué reparada por Malquiya, hijo de Jarim, y Jasub, hijo de Pajat Moab. 12 A continuación de ellos trabajó con sus hijos Salum, hijo de Jaloes, jefe de la otra mitad del distrito de Jerusalén. 13 Janum y los habitantes de Zanoaj repararon la puerta del valle, la edificaron, pusieron las puertas, los cerrojos y los goznes. Hicieron además mil codos de muralla, hasta la puerta de la escombrera.

14 Malquiya, hijo de Recab, jefe del distrito de Bet Maquerem, reedificó la puerta de la escombrera, poniendo sus puertas, sus cerrojos y sus goznes.

15 Salum, hijo de Col Jose, jefe del distrito de Mispa, reconstruyó la puerta de la fuente, la levantó, la cubrió, puso las puertas con sus cerrojos y sus goznes. Construyó además el muro de la piscina de Siloé, cerca del jardín del rey, hasta la escalinata que baja a la ciudad de David.

16 Después de él, Nehemías, hijo de Azbus, jefe de la mitad del distrito de Bet Sur, trabajó en las reparaciones hasta enfrente de los sepulcros de David, y hasta delante de la piscina, que había sido artísticamente construída, y hasta el cuartel. 17 Después de él trabajaron los levitas, Rehú, hijo de Baní, y a su lado trabajaba Josabía, jefe de la mitad del distrito de Queila. 18 Después de él sus hermanos, Davai, hijo de Enadad, jefe de la otra mitad del distrito de Queila; 19 y al lado de éste, Ezer, hijo de Josué, jefe de Mezta, reparó otra porción de la muralla frente al arsenal, hacia el ángulo. 20 Después de él, Baruc, hijo de Zabai, reparó otra porción, desde el ángulo hasta la entrada de la casa de Eliasib, sumo sacerdote. 21 Después de él reparó Meremot, hijo de Uría, hijo de Hacos, otra sección, desde la entrada de la casa de Eliasib hasta el extremo de ella.

22 Después de él trabajaron en la reparación los sacerdotes de la olla del Jordán, 23 y después de ellos Benjamín y Asub, enfrente de sus casas. Después de estos Azarías, hijo de Maasia, hijo de Ananía, reparó lo cercano a su casa. 24 Después de él Binní, hijo de Henadad, reparó otra sección, desde la casa de Azaría hasta el ángulo. 25 Paal, hijo de Uzai, construyó lo de delante del ángulo y la torre que hay en el saliente, sobre lo alto del palacio real en el patio de la prisión. Después de él trabajó Pedaya, hijo de Paros.

26 Los netineos que habitan el Ofel trabajaron hasta enfrente de la puerta de las aguas, a oriente, y la torre en saliente. 27 Después de ellos los tecoitas repararon otra porción, frente a la gran torre en saliente, hasta el muro del Ofel. 28 A partir de la puerta de los caballos, los sacerdotes trabajaron en la reparación, cada uno frente a su casa. 29 Después de ellos trabajó Sadoc, hijo de Immer, delante de su casa; Secanía, guarda de la puerta de oriente. 30 Después de él reparó Jananías, hijo de Selemías, otra sección, y después de éste Mesulam, hijo de Baraquías, reparó delante de su vivienda. 31 Después reparó Malquía, de entre los orífices, hasta la casa de los netineos y de los comerciantes

(1) Los muros de la ciudad son restaurados por el pueblo todo en prestación, que diríamos hoy, personal.

lo de frente a la puerta de Mifcad y hasta la cámara alta del ángulo. 32 Entre la cámara alta del ángulo y la puerta de las ovejas trabajaron los orífices y los mercaderes.

Prosiguen los trabajos a pesar de los obstáculos.

4 1 Cuando supo Sanbalat que estábamos reconstruyendo la muralla, se enojó mucho y se encolerizó. Burlábase de los judíos, 2 diciendo ante sus hermanos y ante los soldados de Samaria: «¿Para qué trabajan esos impotentes judíos? ¿Acaso van a dejarles hacer? ¿Van a sacrificar? ¿Van a terminar? ¿Van a resucitar las piedras enterradas bajo montones de escombros, y consumidas por el fuego?» 3 Y Tobías, el amonita, que estaba junto a él, decía: «Ya pueden edificar. Una zorra que contra ella se lance, derribará su muralla de piedra» (1).

4 «Escucha, oh Dios nuestro, cuánto nos menosprecian, y haz que sus insultos recaigan sobre sus cabezas, y dalos al pillaje en una tierra de cautiverio. 5 No perdones su iniquidad, y que no se borre delante de ti su pecado, porque injurian a los que están edificando.»

6 Reedificamos, pues, la muralla, quedando del todo acabada, hasta la mitad de su altura, y el pueblo se animó para el trabajo. 7 Pero Sanbalat, Tobías, los árabes, los amonitas y los de Azoto, se enfurecieron sobremanera al saber que la reparación de las murallas avanzaba y que comenzaban a cerrarse las brechas, 8 y todos a una se confabularon para venir a atacar a Jerusalén y hacer el daño posible.

9 Nosotros rogamos a nuestro Dios, y pusimos una guardia que de día y de noche vigilara, para defendernos de sus ataques. 10 Sin embargo, Judá decía: «Ya faltan las fuerzas a los acarreadores, y el escombro es todavía mucho; no podremos acabar la muralla.» 11 Mientras que los enemigos decían: «Nada sabrán y nada verán, hasta que lleguemos en medio de ellos y los matemos, y así haremos que cesen las obras.» 12 Los judíos que entre ellos habitaban, vinieron diez veces para advertirnos, de todos los lugares de donde venían a nosotros. 13 Por eso puse detrás de las murallas al pueblo por familias, todos con sus espadas, sus lanzas y sus arcos. 14 Fuí a ver, y levantándome, dije a los jefes y a los magistrados y al resto del pueblo: «¡No los temáis! Acordaos de Yave, grande y terrible, y luchad por vuestros hermanos, por vuestros hijos y vuestras hijas, por vuestras mujeres y vuestras casas.»

15 Cuando supieron los enemigos que estábamos apercibidos, frustró Dios su consejo, y volvimos todos a continuar la muralla, cada uno en su trabajo. 16 Desde entonces, la mitad de los míos trabajaba, y la otra mitad estaba sobre las armas con las lanzas, los escudos, los arcos y las corazas. Los jefes estaban de trás de toda la casa de Judá. 17 Los que construían la muralla y los que cargaban y acarreaban las cargas, trabajaban con una mano y tenían un arma en la otra; 18 todos mientras trabajaban tenían las espadas ceñidas a sus lomos.

Yo tenía junto a mí al trompeta; 19 y dije a los jefes, a los magistrados y al resto del pueblo: «La obra es mucha y extensa, y estamos en la muralla apartados, lejos unos de otros; 20 cuando oigáis, pues, la trompeta, reuníos, y nuestro Dios combatirá por nosotros.» 21 Seguimos, pues, trabajando en la obra, teniendo la mitad de nosotros la lanza en la mano, desde el levantarse de la aurora hasta el salir de las estrellas. 22 Al mismo tiempo dije también al pueblo: «Que cada uno con su criado pase la noche en Jerusalén, haciendo así de noche centinela, y trabajando de día en la obra.» 23 Ni yo, ni mis hermanos, ni mis mozos, ni la gente de guardia que me seguía, nos desnudábamos, si no era para bañarnos.

Quejas del pueblo contra la codicia de los grandes. Intervención y desinterés de Nehemías.

5 1 Alzáronse entre las gentes del pueblo y sus mujeres muchas quejas contra sus hermanos judíos. 2 Unos decían: «Nosotros, nuestros

(1) Este episodio origina históricamente la profunda enemistad entre judíos y samaritanos, aunque ésta procede principalmente del diverso origen y del culto híbrido de los samaritanos.

hijos y nuestras hijas, somos muchos y tendremos que venderlos por trigo, para poder comer y vivir.» [3] Otros decían: «Tenemos que empeñar nuestros campos, nuestras viñas y nuestras casas por trigo, a causa del hambre.» [4] Otros decían: «Hemos tenido que pedir a usura dinero sobre nuestros campos y nuestras viñas, para pagar los tributos del rey; [5] nuestra carne es, sin embargo, como la carne de nuestros hermanos, y nuestros hijos son como sus hijos; pero tenemos que sujetar a servidumbre a nuestros hijos y a nuestras hijas, y algunas de nuestras hijas lo están ya, sin que tengamos con qué rescatarlas, por estar nuestras tierras y nuestras viñas en poder de otros» (1).

[6] Yo me enojé en gran manera, al oír estos clamores y estas quejas. [7] Pensando, resolví reprender a los grandes y a los magistrados, y les dije: «¡Cómo! ¿Prestáis a usura a vuestros hermanos?» Y reuní una gran asamblea contra ellos, [8] y dije: «Nosotros, según nuestras facultades, hemos rescatado a nuestros hermanos los judíos, vendidos a las gentes; ¿y ahora venderíais vosotros mismos a vuestros hermanos, y éstos serían vendidos a nosotros?» Callaron, no teniendo nada que responder; [9] y yo añadí: «Lo que hacéis no está bien. ¿No marcharéis en el temor de Dios, para no ser el oprobio de las gentes enemigas nuestras? [10] También yo, mis hermanos y mis servidores, les hemos prestado dinero y trigo. Vamos a perdonarles lo que nos deben. [11] Devolvedles luego sus campos, sus viñas, sus olivares y sus casas, y restituidles el uno por ciento del dinero, del trigo, del vino y del aceite, que habéis exigido como interés.» [12] Ellos dijeron: «Se los devolveremos y no les exigiremos nada. Haremos como tú dices.» Llamé entonces a los sacerdotes, y delante de ellos les hice jurar que harían así. [13] Yo sacudí mi manto diciendo: «Que así sacuda Dios fuera de esta casa y de sus bienes, al que no cumpla su palabra; y que así sea, el que tal haga, sacudido y vacío.» Y toda la asamblea respondió «Amén», y alabaron a Yave. El pueblo hizo conforme a esto.

[14] Desde el día en que el rey me puso por gobernador de la tierra de Judea, del año veinte al año treinta y dos del rey Artajerjes, durante doce años, ni yo ni mis hermanos habíamos vivido de las rentas del gobernador. [15] Antes de mí, los gobernadores anteriores abrumaban al pueblo tomando de él pan y vino, por valor de cuarenta siclos de plata, y sus servidores mismos oprimían al pueblo. Yo, por temor de Dios, no hice así. [16] Antes bien, he trabajado en la construcción de estas murallas, no hemos adquirido campo alguno, y todos mis servidores a una estaban a la obra. [17] Tenía a mi mesa ciento cincuenta hombres, judíos y magistrados, a más de los que a nosotros venían de los pueblos de enderredor. [18] Cada día se me aderezaba un buey, seis ovejas escogidas y aves, y cada diez días vino en abundancia. A pesar de esto, yo no he reclamado los derechos de gobernador, porque la servidumbre del pueblo era grave. [19] Acuérdate de mí para bien, Dios mío, y de cuanto yo hice por este pueblo.

(1) Contrasta la avaricia y dureza de corazón de los grandes con la generosidad y desprendimiento de Nehemías, que durante todo el tiempo de su residencia en Judea hizo grandes expensas en favor del pueblo y para la restauración.

Nuevas dificultades.

6 [1] Todavía no había acabado yo de poner las puertas, cuando Sanbalat, Tobías, Guesem, el árabe, y los otros enemigos nuestros, supieron que había reconstruído la muralla sin que ya quedara brecha. [2] Entonces Sanbalat y Guesem mandaron a decirme: «Ven, y entrevistémonos en los pueblos del valle de Ono.» Ellos tenían pensado hacerme mal. [3] Yo les mandé emisarios, diciendo: «Estoy ocupado en una grande obra, y no puedo ir, porque tendría que interrumpirla para verme con vosotros.» [4] Por cuatro veces me pidieron lo mismo, y siempre les dí la misma respuesta.

[5] La quinta vez, me mandó Sanbalat el mismo mensaje por medio de un servidor suyo, que traía en la mano una carta abierta. [6] En ella estaba escrito: «Corre entre las gentes el rumor de que tú y los judíos pensáis rebelaros, y con ese fin construís las murallas. Tú vas a ser, según se dice, su rey, [7] y tienes ya profetas que prediquen de ti por Jerusalén, diciendo: «Rey en Judá». Esto seguramente llegará a oídos del

rey. Ven, pues, y hablemos.» [8] Entonces yo le mandaré a decir: «No hay
nada de lo que dices, eres tú que lo
inventas.» [9] Pues todos querían asus-
tarnos, creyendo que así dejaríamos
los trabajos; por eso yo me dí a la
obra con más ardor todavía. [10] Fuí
luego en secreto a casa de Semayas,
hijo de Delayas, hijo de Metabeel,
que andaba encerrado, y éste me
dijo: «Vamos juntos a la casa de
Dios, al medio del templo; y cerra-
remos las puertas del templo, porque
van a venir a matarte; esta noche
vendrán a matarte.» [11] Yo le respon-
dí: «¿Huir un hombre como yo?
¿Un hombre como yo, entrar en el
templo para salvar la vida? No en-
traré.» [12] Entonces conocí que no
era Dios quien le enviaba, sino que
me aconsejaba esto porque Sambalat
y Tobías le habían ganado con di-
nero, [13] y creían que así yo me ate-
morizaría y seguiría su consejo, come-
tiendo un pecado, que podrían apro-
vechar para infamarme y cubrirme
de oprobio.

[14] Acuérdate, Dios mío, de Tobías
y de Sambalat y de sus obras. Acuér-
date también de Noadía la profetisa,
y de los otros profetas que procu-
raban atemorizarme.

[15] La muralla quedó terminada el
día veinticinco del mes de Elul, en
cincuenta y dos días; [16] y cuando to-
dos nuestros enemigos lo supieron,
todas las gentes que habitaban en
torno nuestro entraron en temor, y
experimentaron una gran humilla-
ción, teniendo que reconocer que la
obra se había llevado a cabo por la
voluntad de Dios.

[17] Había también entonces grandes
de Judá, que frecuentemente dirigían
cartas a Tobías y las recibían de éste,
[18] pues muchos de Judá se habían
conjurado con él, por ser yerno de
Secanía, hijo de Arai, y haber tomado
su hijo Jojanán por mujer la hija
de Mesulam, hijo de Baraquías.
[19] Hablaban bien de él en mi pre-
sencia, y le iban a contar lo que yo
decía, y Tobías escribía sus cartas con
el fin de atemorizarme.

Censo de los israelitas que volvieron a la tierra de Judá con Zorobabel.

7 [1] Cuando estuvo terminada la
muralla y hube puesto las puer-
tas, hice la revisión de los porteros,
los cantores y los levitas. [2] Di mis
órdenes a Jananí, mi hermano, y a
Jananías, jefe de la ciudadela de
Jerusalén, hombre superior a muchos
por su fidelidad y por su temor de
Dios, [3] y les dije: «Las puertas de
Jerusalén no han de abrirse hasta
que caliente el sol, y se cerrarán,
echando los cerrojos en presencia
vuestra, y los habitantes de Jerusa-
lén harán la guardia cada uno en su
puesto delante de su casa.» [4] La
ciudad era espaciosa y grande, pero
estaba poco poblada, y había muchas
casas sin reedificar.

[5] Mi Dios me puso en el corazón
reunir a los grandes, a los magistra-
dos y al pueblo, para hacer el censo.
Hallé un registro genealógico de los
primeros que habían vuelto, y vi
escrito en él lo siguiente: [6] «Éstos
son los hijos de la provincia que su-
bieron del destierro, los que había
llevado cautivos Nabucodonosor, rey
de Babilonia, y volvieron a Jerusa-
lén y a Judá cada uno a su ciudad.
[7] Partieron con Zorobabel, Josué,
Nehemías, Azarías, Raamías, Naja-
maní, Mardoqueo, Bilsan, Misperet,
Bigbai, Nahum y Banana.

Número de los hombres del pueblo
de Israel:

[8] Hijos de Paros, dos mil ciento
setenta y dos.

[9] Hijos de Sefatías, trescientos se-
tenta y dos.

[10] Hijos de Ara, seiscientos cincuen-
ta y dos.

[11] Hijos de Pat Moab, de los hijos
de Josué y de Joab, dos mil ocho-
cientos dieciocho.

[12] Hijos de Elam, mil doscientos
cincuenta y cuatro.

[13] Hijos de Zatu, ochocientos cua-
renta y cinco.

[14] Hijos de Zacai, setecientos sesenta.

[15] Hijos de Binní, seiscientos cua-
renta y ocho.

[16] Hijos de Berai, seiscientos vein-
tiocho.

[17] Hijos de Asgad, dos mil seiscien-
tos veintidós.

[18] Hijos de Adonicam, seiscientos
sesenta y siete.

[19] Hijos de Bigbai, dos mil sesenta
y siete.

[20] Hijos de Adín, seiscientos cin-
cuenta y cinco.

[21] Hijos de Ater de Ezequías, no-
venta y ocho.

[22] Hijos de Yasum, trescientos vein-
tiocho

23 Hijos de Besai, trescientos veinticuatro.
24 Hijos de Jarif, ciento doce.
25 Hijos de Gabaón, noventa y cinco.
26 Varones de Betlehem y de Netofa, ciento ochenta y ocho.
27 Varones de Anatot, ciento veintiocho.
28 Varones de Betazmavet, cuarenta y dos.
29 Varones de Cariatiarim, Quejira y Beerot, setecientos cuarenta y tres.
30 Varones de Rama y Gabba, seiscientos veintiuno.
31 Varones de Micmas, ciento veintidós.
32 Varones de Betel y de Jai, ciento veintitrés.
33 Varones de la otra Nebo, cincuenta y dos.
34 Hijos de la otra Elam, mil doscientos cincuenta y cuatro.
35 Hijos de Jarim, trescientos veinte.
36 Hijos de Jericó, trescientos cuarenta y cinco.
37 Hijos de Lod, de Jadid y Ono, setecientos veintiuno.
38 Hijos de Senaa, tres mil novecientos treinta.
39 Sacerdotes: Hijos de Idayas, de la casa de Josué, novecientos setenta y tres.
40 Hijos de Immer, mil cincuenta y dos.
41 Hijos de Pasjur, mil doscientos cuarenta y siete.
42 Hijos de Jarim, mil diecisiete.
43 Levitas: Hijos de Jesúa, de Cadmiel, de los hijos de Odebías, setenta y cuatro.
44 Cantores: Hijos de Asaf, ciento cuarenta y ocho.
45 Porteros: Hijos de Salum, hijos de Ater, hijos de Talman, hijos de Acub, hijos de Jatita, hijos de Sobai, ciento treinta y ocho.
46 Netineos: hijos de Sija, hijos de Jasufa, hijos de Tabaot, 47 hijos de Queros, hijos de Sia, hijos de Jadón, 48 hijos de Lebana, hijos de Jegaba, hijos de Salmei, 49 hijos de Janón, hijos de Guedel, hijos de Gajár, 50 hijos de Rehaya, hijos de Rasín, hijos de Necoda, 51 hijos de Gasam, hijos de Uza, hijos de Fasea, 52 hijos de Besai, hijos de Mehunim, hijos de Nefisesim, 53 hijos de Bacbuc, hijos de Jacufa, hijos de Jarjur, 54 hijos de Baslit, hijos de Mejidas, hijos de Jarsa, 55 hijos de Barcos, hijos de Sisera, hijos de Temaj, 56 hijos de Nesiaj, hijos de Jatifa.
57 Hijos de los siervos de Salomón: hijos de Sotai, hijos de Joferet, hijos de Perida, 58 hijos de Jaala, hijos de Darcón, hijos de Guidel, 59 hijos de Sefatías, hijos de Jatil, hijos de Pegueret Asebasim, hijos de Ammón.
60 Todos los netineos e hijos de los siervos de Salomón, trescientos noventa y dos.
61 Estos son los que subieron de Telmelaj, Teljarsa, Querub Addón e Immer, y no pudieron probar la casa de sus padres ni su linaje, y si eran de Israel: 62 hijos de Delaia, hijos de Tobías, hijos de Necoda, seiscientos cuarenta y dos. 63 Y de los sacerdotes, hijos de Abaías, hijos de Cos, hijos de Barzilai, que tomó mujer de las hijas de Barzilai, galadita, y se llamó con el nombre de ellas. 64 Estos buscaron su registro en las genealogías, y no se halló, y fueron privados del sacerdocio, 65 y les mandó el Tirsata que no comiesen de las cosas santas, hasta que hubiese sacerdote con *urim* y *tummim* (1).
66 La congregación toda era de cuarenta y dos mil trescientos sesenta, 67 sin contar sus siervos y siervas, que eran siete mil trescientos treinta y siete, habiendo entre ellos doscientos cuarenta y cinco cantores y cantoras.
68 Sus caballos eran setecientos treinta y seis; sus mulos doscientos cuarenta y cinco; 69 sus camellos cuatrocientos treinta y cinco, y sus asnos seis mil setecientos veinte.
70 Algunos de los príncipes de las familias dieron para las obras. El Tirsata dió para el tesoro mil dáricos de oro, cincuenta tazones y quinientas treinta vestiduras sacerdotales; 71 y de los príncipes de las familias dieron para el tesoro de la obra veinte mil dáricos de oro y dos mil doscientas minas de plata; 72 y lo que dió el resto del pueblo fueron veinte mil dáricos de oro, dos mil minas de plata y sesenta y siete vestiduras sacerdotales.
73 Habitaron los sacerdotes, los levitas, los porteros, los cantores, los netineos y todo Israel, en sus ciudades. Llegado el séptimo mes, ya es-

(1) Estos sacerdotes, temporalmente excluídos del ministerio, han de esperar a que un sacerdote ungido pueda consultar a Yave por medio de los urim y tummim. El juicio definitivo ha de ser de Yave.

taban los hijos de Israel en sus ciudades.

Esdras lee al pueblo el libro de la ley.

8 [1] Llegado el séptimo mes, los hijos de Israel estaban ya en sus ciudades; y entonces el pueblo, como un solo hombre, se reunió en la plaza que hay delante de la puerta de las aguas, y dijeron a Esdras que llevase el libro de la ley de Moisés, dada por Yave. [2] Llevólo Esdras ante la asamblea, compuesta de hombres y mujeres, de cuantos eran capaces de entenderla. Esto era el día primero del mes séptimo (1).

[3] Esdras estuvo leyendo el libro desde la mañana hasta la tarde en la plaza que hay delante de la puerta de las aguas, y todo el pueblo seguía con atención la lectura del libro de la ley. [4] Estaba Esdras, escriba, sobre un estrado de madera, que se alzó con esta ocasión; y estaban junto a él, a su derecha, Matatías, Sema, Anaía, Urías, Helcías, y Maseya, y a su izquierda Pedaya, Micael, Malquiya, Asum, Jasbadana, Zacarías y Mesulam. [5] Abrió Esdras el libro, viéndolo todos, por estar él más alto que todo el pueblo, y todo el pueblo estaba atento. [6] Bendijo entonces Esdras a Yave, Dios grande, y todo el pueblo, alzando las manos, respondió: «Amén, Amén»; y postrándose adoraron a Yave, rostro a tierra. [7] Josué, Baní, Serebías, Janún, Acub, Sebtai, Odías, Maasías, Quelita, Azarías, Josabad, Janán y Pelaya, levitas, imponían silencio al pueblo, cada uno en su lugar. [8] Leíase el libro de la ley de Dios clara y distintamente, entendiendo el pueblo lo que se le leía. [9] Nehemías, gobernador, Esdras, sacerdote y escriba, y los levitas que hacían al pueblo la explicación, dijeron a todo el pueblo: «Hoy es día consagrado a Yave, vuestro Dios; no os entristezcáis ni lloréis», pues todo el pueblo lloraba, oyendo las palabras de la ley. [10] Y luego les dijo: «Id, y comed manjares grasos, y bebed licores dulces, y mandad parte a los que no han preparado, pues hoy es día consagrado al Señor; y no os entristezcáis, porque la alegría de Yave es nuestra fortaleza.» [11] Los levitas hacían callar al pueblo, diciendo: «Callad, que hoy es día santo, y no os entristezcáis.»

[12] Fuése todo el pueblo a comer y a beber y a enviar porciones, gozando de gran alegría, porque había entendido lo que se le había enseñado.

[13] El segundo día, los jefes de familia de todo el pueblo, sacerdotes y levitas, se reunieron con Esdras, escriba, para oír la explicación de las palabras de la ley; [14] y hallaron que en la ley que había dado Yave por mano de Moisés estaba escrito que los hijos de Israel habitasen en cabañas en la solemnidad del mes séptimo; [15] y proclamaron esta publicación por todas las ciudades y en Jerusalén, diciendo: «Subid a los montes, y traed ramas de olivo, ramas de pino, ramas de arrayán, ramas de palmera y de todo árbol frondoso, para hacer las cabañas, como está mandado.»

[16] Salió, pues, el pueblo todo, y trayéndolas hicieron cabañas, unos en sus terrados, otros en sus patios y en los atrios de la casa de Dios, en la plaza de la puerta de las aguas y en la plaza de la puerta de Efraim; [17] y todos los de la congregación que volvieron de la cautividad hicieron cabañas y habitaron en ellas, cosa que no habían hecho los hijos de Israel desde los días de Josué, hijo de Nun, hasta entonces. Hubo gran alegría. Esdras leyó en el libro de la ley de Dios, cada día desde el primero hasta el último, celebraron la solemnidad siete días, y al octavo tuvieron gran asamblea, según lo prescrito.

Ayuno y confesión de los pecados del pueblo.

9 [1] El día veinticuatro del mismo mes se reunieron los hijos de Israel en ayuno, vestidos de saco y cubiertos de polvo. [2] Ya la estirpe de Israel se había apartado de todos los extranjeros, y puestos en pie, confesaron sus pecados y las iniquidades de sus padres. [3] En pie, cada uno en su lugar, se leyó en el libro de la ley de Yave, su Dios, cuatro veces en el día, y otras cuatro veces en el día confesaron y adoraron a Yave.

(1) Esta actuación de Esdras, como doctor de la Ley, muestra cuán olvidada y, por tanto, inobservada estaba aquélla entre el pueblo.

Plegaria de los levitas.

4 Luego Josué, Baní, Cadmiel, Sebanías, Buní, Serebías, Baní y Quenani, se levantaron sobre la grada de
los levitas y clamaron en voz alta a
Yave, su Dios. 5 Y dijeron los levitas
Josué, Cadmiel, Baní, Jasabanías, Serebías, Odías, Sebanías y Petajya (1):
«Levantaos, bendecid a Yave, vuestro Dios, por los siglos de los siglos;
y bendito sea su glorioso nombre
sobre toda alabanza y bendición.
6 Tú, ¡oh Yavel, eres único; tú hiciste
los cielos y los cielos de los cielos y
toda su milicia; la tierra y cuanto
hay en ella; los mares y cuanto en
ellos hay; tú das vida a todas las
cosas, y los ejércitos de los cielos te
adoran. 7 Tú eres, ¡oh Yavel, el Dios
que elegiste a Abraham, y le sacaste
de Ur Casdim, y le diste el nombre
de Abraham. 8 Hallaste fiel su corazón
ante ti, e hiciste con él alianza de
darle la tierra del cananeo, del geteo,
del amorreo, del fereceo, del jebuseo
y del guergueseo, de dársela a su
descendencia, y cumpliste tu palabra, porque eres justo. 9 Tú miraste
la aflicción de nuestros padres en
Egipto, y oíste su clamor en el Mar
Rojo. 10 Tú obraste prodigios y maravillas contra el Faraón, contra sus
siervos y contra todo el pueblo de
su tierra, porque sabías con cuánta
crueldad los habían tratado, y engrandeciste tu nombre como lo es hoy.
11 Tú dividiste el mar ante ellos, y
pasaron por en medio de él a pie
enjuto, y a sus perseguidores los arrojaste a lo profundo, como cae una
piedra en el abismo. 12 Tú en columna
de nube los guiaste de día, y en columna de fuego de noche, para alumbrar
el camino que habían de seguir.
13 Tú descendiste sobre el monte
Sinaí, y hablaste desde el cielo, y les
diste juicios justos, leyes de verdad
y mandamientos y estatutos de bondad. 14 Tú les diste a conocer tu santo
sábado, y por Moisés, tu siervo,
les prescribiste mandamientos, preceptos y ley. 15 Tú les diste en su
hambre pan del cielo, y en su sed
hiciste que el agua brotara de la
roca. Tú les pusiste en posesión de
la tierra, que alzando tu mano prometiste darles. 16 Pero nuestros padres fueron soberbios, y endurecieron
su cerviz y no guardaron tus mandamientos. 17 No quisieron oír, no se
acordaron de las maravillas que tú
habías hecho por ellos; antes, con
dura cerviz y en rebelión, pensaron
en elegir caudillo para volverse a su
servidumbre.

»Pero tú eres Dios de perdones, clemente y piadoso, tardo a la ira y de
mucha misericordia, y no los abandonaste. 18 Y cuando se hicieron
un becerro fundido, y dijeron: He
ahí tu Dios, que te ha sacado de
Egipto, y cometieron grandes abominaciones, 19 tú, con todo, por tu
mucha misericordia, no los abandonaste en el desierto, y la columna
de nube no se apartó de ellos de día,
para guiarlos por el camino, ni la
columna de fuego de noche, para alumbrarlos el camino por donde habían
de ir.

20 »Tú les diste tu buen espíritu,
para enseñarlos, y no retiraste de
su boca el maná, y les diste agua
en su sed. 21 Los sustentaste por
cuarenta años en el desierto y nada
les faltó y no se envejecieron sus
vestidos ni se hincharon sus pies.
22 Tú les diste reinos y pueblos y les
distribuiste sus regiones y poseyeron
la tierra de Seón, la tierra del rey
de Hesebón, y la tierra de Og, rey
de Basán. 23 Tú multiplicaste sus
hijos como las estrellas del cielo,
y los introdujiste en la tierra de que
dijiste a sus padres que entrarían
a poseerla. 24 Vinieron los hijos, y la
poseyeron, y humillaste delante de
ellos a los moradores de la tierra,
a los cananeos, entregándolos en sus
manos, y a sus reyes, y a los pueblos
de la tierra, para que hicieran con
ellos lo que quisieran. 25 Y tomaron
sus ciudades fuertes y su tierra pingüe, y heredaron casas llenas de
toda suerte de bienes, cisternas hechas, viñas y olivares y muchos árboles frutales, y comieron y se hartaron y engordaron, y se deleitaron
con tu gran bondad.

26 »Pero te irritaron, rebelándose
contra ti, y echaron tu ley a sus espaldas; y mataron a tus profetas,
que los reprendían para convertirlos
a ti, e hicieron grandes abominaciones.

27 »Los entregaste en manos de sus
enemigos, que los afligieron, y cla-

(1) Esta plegaria, confesión de los muchos pecados de Israel, es un resumen de la historia del pueblo a través de los siglos y testimonio de la justicia de Dios al castigarle, y de su gran misericordia al restaurarle.

maron a ti en el tiempo de su aflicción, y tú desde los cielos los oíste, y según tus muchas misericordias, les diste libertadores que los salvasen de las manos de sus enemigos. 28 »Pero en cuanto quedaban en paz se volvían, para hacer lo malo a tus ojos, y los dejaste en manos de sus enemigos, que los dominaban, y de nuevo convertidos clamaban otra vez a ti; y tú desde los cielos los oías, y según tus misericordias los libraste muchas veces. 29 Los amonestaste para que se volviesen a tu ley; pero ellos en su soberbia no escucharon tus mandamientos y pecaron contra tus juicios—los juicios que si los sigue el hombre vivirá—, y tuvieron hombros rebeldes, y endurecieron su cerviz, y no obedecieron. 30 Los soportaste largos años amonestándolos con tu espíritu por medio de tus profetas; pero ellos no les dieron oídos, y entonces los entregaste en manos de pueblos extraños; 31 pero en tu gran misericordia no los consumiste del todo ni los abandonaste; porque eres un dios clemente y misericordioso.

32 »Ahora, pues, Dios nuestro, Dios grande, fuerte, terrible, que guardas la alianza y la misericordia, no tengas en poco todas las aflicciones que nos han alcanzado a nosotros, a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros sacerdotes, a nuestros profetas, a nuestros padres y a todo tu pueblo, desde los días de los reyes de Asiria hasta hoy. 33 Pero tú has sido justo en todo lo que sobre nosotros ha venido; tú has obrado justamente, pues nosotros hemos hecho el mal, 34 y nuestros reyes, nuestros príncipes, nuestros sacerdotes y nuestros padres, no pusieron por obra tu ley y no atendieron a tus mandamientos, a tus testimonios y a tus protestas: 35 y en su reino, en medio de los muchos bienes que les concediste, en la espaciosa y pingüe tierra que les diste, no te sirvieron, no se convirtieron de sus malas obras; 36 y hoy somos siervos en la tierra que diste a nuestros padres, para que comiesen sus frutos y sus bienes. 37 Ella multiplica sus productos para los reyes que has puesto sobre nosotros, por nuestros pecados, para que nos dominasen y se enseñoreasen de nuestros cuerpos, de nuestras bestias, conforme a su voluntad, y estamos en gran angustia. 38 Por todo esto, nosotros hacemos hoy una fiel alianza, y la escribimos, signada por nuestros príncipes, nuestros levitas y nuestros sacerdotes.»

Renovación de la alianza.

10 1 Los que firmaron con sus sellos, fueron (1):

Nehemías, el gobernador, hijo de Acadías; Sedecías, 2 Seraías, Azarías, Jeremías, 3 Pasjur, Amarías, Malaquías, 4 Jatus, Sebanías, Maluc, 5 Janín, Meremot, Obadías, 6 Daniel, Guinetón, Baruc, 7 Mesulam, Abías, Mianaím, 8 Maacías, Bilguí y Sembías. Estos, sacerdotes.

9 Levitas: Josué, hijo de Azanías; Binní, de los hijos de Jenadad; Cadmiel 10 y sus hermanos; Sebamas, Odías, Quelita, Pelayas, Jonán, 11 Mica, Rejob, Jasabías, 12 Zacu, Serebías, Sebanías, 13 Odías, Baní y Beninu.

14 Cabezas del pueblo: Faros, Pajat Moab, Elam, Zatu, Baní. 15 Buní, Asgab, Babai, 16 Adonías, Bigvai, Adín, 17 Ater, Ezequías, Azur, 18 Odías, Jasum, Besai, 19 Josir, Abatot, Nebai, 20 Magpías, Mesulam, Jezir, 21 Mesezabeel, Sadoc, Jadúa, 22 Pelatías, Janín, Ananías, 23 Hoseas, Asanías, Jasub, 24 Lojes, Pilja, Sobec, 25 Rejuim, Jesabna, Maaseas, 26 Ajías, Janán, Anán, 27 Maluc, Jarim, Baana.

28 Y el resto del pueblo, los sacerdotes y los levitas, porteros y cantores, los netíneos y todos los que se habían apartado de los pueblos de la región volviendo a la ley de Dios, sus mujeres, sus hijos y sus hijas y todos cuantos tenían conocimiento y discreción, 29 se adhirieron a sus hermanos, sus príncipes, y convinieron en la protestación y el juramento de andar en la ley de Dios, que dió por mano de Moisés, su siervo, y guardar y cumplir los mandamientos de Yave, nuestro Señor, y sus juicios y preceptos; 30 de no dar nuestras hijas a los pueblos de aquella tierra, ni tomar sus hijas para nuestros hijos; 31 de no comprar nada en día de sábado, en día santificado, de las mercaderías y comestibles que

(1) Se renueva el pacto del Sinaí por parte del pueblo, y la renovación la suscriben y sellan por éste ochenta y seis entre sacerdotes, levitas y grandes

en sábado trajesen a vender los pueblos de la tierra; de liberar la tierra el año séptimo y remitir toda deuda. 32 Impusimos además por ley la carga de contribuir cada año con un tercio de siclo, para la obra de la casa de nuestro Dios, 33 para los panes de la proposición, para la ofrenda perpetua y para el holocausto continuo, el de los sábados, el de los novilunios y el de las solemnidades, para las santificaciones y sacrificios expiatorios por Israel, y para toda la obra de la casa de nuestro Dios.

34 Echamos también suertes entre los sacerdotes, los levitas y el pueblo, sobre la ofrenda de la leña, y para traerla a la casa de nuestro Dios, según las casas de nuestros padres, en tiempos determinados cada año, para quemarla sobre el altar de Yave, nuestro Dios, según está prescrito; 35 de traer cada año las primicias de nuestra tierra y las primicias de los frutos de nuestros árboles a la casa de Yave, así como los primogénitos de nuestros hijos y de nuestras bestias, como está escrito en la ley de Yave; 36 y de traer los primogénitos de nuestras vacas y de nuestras ovejas a la casa de nuestro Dios, a los sacerdotes que ministran de la casa de nuestro Dios; 37 de traer las primicias de nuestras masas y nuestras ofrendas, y del fruto de todo árbol, del vino, del aceite, a los sacerdotes, a las cámaras de la casa de nuestro Dios, y el diezmo de nuestra tierra a los levitas; y de que recibirían los levitas las décimas de nuestras labores en todas las ciudades. 38 De que estaría el sacerdote hijo de Arón, con los levitas cuando los levitas recibieran el diezmo, y que los levitas llevarían el diezmo del diezmo a la casa de nuestro Dios, a las cámaras de la casa del tesoro; 39 pues a las cámaras han de llevar los hijos de Israel y los hijos de Leví la ofrenda del grano, del vino y del aceite, y allí han de estar los vasos del santuario y los sacerdotes que ministran, los porteros y los cantores, no abandonando la casa de Dios.

Nueva repartición de los habitantes en el territorio.

11 Residían en Jerusalén los príncipes del pueblo, pero el resto del pueblo echó suertes para traer de cada diez uno a Jerusalén, a la ciudad santa, quedando los otros nueve en las ciudades. 2 Bendijo el pueblo a todos los varones que voluntariamente se prestaron a quedarse en Jerusalén. 3 Estos son los principales de la provincia, que habitaron en Jerusalén. En las ciudades de Judá habitaba cada uno en su posesión. De Israel, de los sacerdotes, levitas, netineos y de los hijos de los siervos de Salomón, 4 habitaron en Jerusalén, hijos de Judá e hijos de Benjamín:

Hijos de Judá: Ataya, hijo de Uzías, hijo de Zacarías, hijo de Amarías, hijo de Sefatías, hijo de Malaleel, de los hijos de Fares; 5 Maasías, hijo de Baruc, hijo de Coljose, hijo de Jayas, hijo de Adías, hijo de Joyarib, hijo de Zacarías, hijo de Siloní. 6 Todos los hijos de Fares que moraron en Jerusalén fueron cuatrocientos setenta y ocho hombres fuertes. 7 Hijos de Benjamín: Salu, hijo de Mesulam, hijo de Joed, hijo de Pelaías, hijo de Colayas, hijo de Maasías, hijo de Itiel, hijo de Jesaya; 8 y además de él, Gabai y Salai, novecientos veintiocho. 9 Joel, hijo de Zicrí, era su prefecto, y Judas, hijo de Senua, el segundo en la ciudad.

10 Sacerdotes: Jedayas, hijo de Joyarib; Jaquim, 11 Serayas, hijo de Helcías, hijo de Mesulam, hijo de Sadoc, hijo de Merayot, hijo de Ajitub, príncipe de la casa de Dios, 12 y sus hermanos, ocupados en el servicio de la casa, ochocientos veintidós; Adayas, hijo de Jerojam, hijo de Pelayas, hijo de Amsí, hijo de Zacarías, hijo de Pasjur, hijo de Malaquías, 13 y sus hermanos, príncipes de las familias, doscientos cuarenta y dos. Amasai, hijo de Azarael, hijo de Ajazai, hijo de Mesilemot, hijo de Immer, 14 y sus hermanos, hombres de gran vigor, ciento veintiocho, de los cuales era jefe Zabdiel, hijo de Guedolim.

15 Levitas: Semayas, hijo de Jasub, hijo de Azricam, hijo de Jasabías, hijo de Buní; 16 Sabirai y Jozabad, de los príncipes entre los levitas, sobrestantes de la obra exterior de la casa de Dios; 17 Matanías, hijo de Mica, hijo de Zabdí, hijo de Asaf, el primero, el que comenzaba las alabanzas y la acción de gracias al tiempo de la oración; Bacbuquías, el segundo, de entre sus hermanos; y Abda, hijo de Samua, hijo de Galad, hijo de Jedetún: 18 Todos los levitas

en la ciudad santa fueron doscientos ochenta y cuatro. 19 Porteros: Acub, Talman y sus hermanos, guardas de las puertas, ciento setenta y dos.

20 El resto de Israel, de los sacerdotes y de los levitas, en todas las ciudades de Judá, cada uno en su heredad.

21 Los netineos habitaban en Ofel, y sus jefes eran Sija y Guispa. 22 El jefe de los levitas en Jerusalén era Uzí, hijo de Baní, hijo de Jasabías, hijo de Matanías, hijo de Mica, de los cantores, hijos de Asaf, en la casa de Dios, 23 porque había acerca de ellos una ordenación especial del rey, y se les había asignado un salario fijo por cada día.

24 Petayas, hijo de Mesezabel, de los hijos de Zera, hijo de Judá, era comisario del rey para todos los negocios del pueblo.

25 En cuanto a las aldeas y sus tierras, algunos de los hijos de Judá habitaron en Cariatiarim y sus suburbios, en Dibón y los suyos, y en Jacabseel y los suyos. 26 En Josuá, Molada, Betfale, 27 Hasar Sual, Berseba, y en sus aldeas; 28 en Siceleg y Mecana y sus aldeas; 29 en Enrimón, Sarea, Jarmut, 30 Zanoaj, Adulam y sus aldeas; en Laquis y sus tierras y en Azeca y sus aldeas. Habitaban desde Berseba hasta el valle de Hinnón.

31 Los hijos de Benjamín, desde Gueba, en Micmas, Aya, Betel y sus aldeas; 32 en Anatot, Nob, Ananía, 33 Jasor, Rama, Guitaim, 34 Jadid, Seboim, Nabalat, 35 Lod y Ono, en el valle de los obreros. 36 Hubo algunos levitas que se unieron a Benjamín, aunque pertenecían a los repartimientos de Judá.

Enumeración de los sacerdotes y levitas.

12 1 Estos son los sacerdotes y levitas que subieron con Zorobabel, hijo de Sealtiel y con Josué: Seraías, Jeremías, Esdras, 2 Amarías, Maluc, Jatus, 3 Secanías, Rejum, Meremot, 4 Ido, Guineton, Abías, 5 Miamín, Maasías, Bilga, 6 Semayas, Joyarib, Jedayas, 7 Salu, Amoc, Helcías, Jedayas. Estos eran los príncipes de los sacerdotes y sus hermanos en los días de Josué.

8 Levitas: Jesuá, Benuí, Cadmiel, Serebías, Judá y Matatías, que con sus hermanos dirigía el canto de las alabanzas; 9 Babucías y Uní con sus hermanos, cada cual en su ministerio. 10 Jesuá engendró a Joaquín, Joaquín engendró a Eliasib, Eliasib engendró a Joyada, 11 Joyada engendró a Jonatán, y Jonatán engendró a Jadúa.

12 En los días de Joaquín, los sacerdotes cabezas de familias eran de Serayas, Merayas; de Jeremías, Jananías; 13 de Esdras, Mesulam; de Amarías, Jojanán; 14 de Melicu. Jonatán; de Sebanías, José; 15 de Jarim, Adua; de Merayot, Elcai; 16 de Ido, Zacarías; de Guineton, Mesulam; 17 de Abías, Zicrí; de Miniamín y Moadías, Piltai; 18 de Bilga, Samua; de Semayas, Jonatán; 19 de Jojarib, Metenai; de Idayas, Uzí; 20 de Salai, Calai; de Amoc, Eber; 21 de Helcías, Josabías; de Jedayas, Natanael.

22 En los días de Eliasib, Joyada, Jojanán y Jadua, los levitas jefes de familias y los sacerdotes fueron inscritos hasta el reinado de Darío, persa. 23 Los jefes de familias de los hijos de Leví se inscribieron en el libro de los anales hasta el tiempo de Jonatán, hijo de Eliasib. 24 Eran los jefes de los levitas, Jasebía, Serebía, Josué, hijo de Cadmiel y sus hermanos, que cada uno según su rango cantaban las alabanzas y ensalzaban el poder de Dios, según la ordenación prescrita por David, hombre de Dios, y servían por turno. 25 Matanías, Becbecías, Obedías, Mesulam, Talman y Acub, eran los guardas de las puertas y de los vestíbulos de las puertas. 26 Estos lo eran en tiempo de Joaquín, hijo de Josué, hijo de Josedec, en tiempo de Nehemías, gobernador, y de Esdras, sacerdote y escriba.

Dedicación solemne de las murallas de Jerusalén.

27 Para la dedicación del muro de Jerusalén fueron llamados los levitas de todos sus lugares, para venir a Jerusalén a celebrar la dedicación y la fiesta, con alabanzas y cánticos, címbalos, salterios y cítaras; 28 reuniéronse pues los hijos de los cantores lo mismo los de la campiña alrededor de Jerusalén que los de la hoya de Jericó, los de las aldeas de Netofati, 29 de Bet Guilgal y de los campos de Gueba y Azmavet, pues

los levitas se habían edificado aldeas en los alrededores de Jerusalén. 30 Purificáronse los sacerdotes y levitas y purificaron al pueblo, las puertas y el muro.

31 Hice luego subir al muro a los príncipes de Judá y los dividí en dos grandes coros que fueron en procesión; uno por la mano derecha sobre el muro hacia la puerta de la escombrera; 32 tras éste iban Osaías y la mitad de los príncipes de Judá, 33 Azarías, Esdras, Mesulam 34 Judá, Benjamín, Semayas y Jeremías; 35 y de los hijos de los sacerdotes, con las trompetas, Zacarías, hijo de Jonatán, hijo de Semeyas, hijo de Matanías, hijo de Mica, hijo de Zacur, hijo de Asaf, 36 y sus hermanos, Semaya, Azarael, Milalai, Maaí, Natanael, Judá, Jonaní, con los instrumentos músicos de David, hombre de Dios, y Esdras, escriba, delante de ellos; 37 a la puerta de la fuente subieron de frente las escaleras de la ciudad de David, por la subida al palacio de David y hasta la puerta de las aguas, al oriente. 38 El segundo coro iba por la izquierda, y yo en pos de él con la mitad de los príncipes del pueblo, sobre el muro, por encima de la torre del horno, hasta la muralla de la plaza, 39 y luego por la puerta de Efraím, la puerta del pescado y la torre de Jananael, hasta la puerta de las ovejas, haciendo estación a la puerta de la vela.

40 Pararon ambos coros en la casa de Dios, y yo con la mitad de los magistrados, 41 y los sacerdotes Eliacim, Maaseyas, Minyamim, Mica, Elioenai, Zacarías y Ananías, con trompetas; 42 y Maaseyas, Semeyas, Eleazar, Usi, Jojnán, Malquías, Elam y Ezer. Los cantores cantaban alto, dirigidos por Jisrajías. 43 Sacrificáronse aquel día muchas víctimas, y se hicieron grandes regocijos, porque había dado Dios al pueblo un gran motivo de alegría. Regocijáronse también las mujeres y los muchachos, oyéndose de lejos el alborozo de Jerusalén.

Restablecimiento de los diezmos.

44 Por entonces fueron puestos comisarios de las cámaras de los tesoros, de las ofrendas, de las primicias y de los diezmos, para recibir de los campos y de las ciudades las porciones legales para los sacerdotes y levitas; porque estaba muy gozoso Judá de que los sacerdotes y los levitas estuvieran en sus puestos, 45 observando cuanto concierne al servicio de Dios y a las purificaciones, y de que los cantores y porteros cumpliesen sus funciones según la ordenación de David y de Salomón, su hijo; 46 pues desde el tiempo de David y de Asaf, ya de antiguo había jefes de cantores y se cantaban cantos de alabanza y de acción de gracias en honor de Dios. 47 Todo Israel, en los días de Zorobabel y en los días de Nehemías, daba las porciones de los cantores y de los porteros, cada cosa en su día. Dábanse a los levitas las cosas consagradas, y los levitas daban a los sacerdotes las cosas consagradas.

Varios abusos corregidos por Nehemías.

13 1 Leíase un día en el libro de Moisés al pueblo, y salió el lugar en que se mandaba que los amonitas y los moabitas no entrarían jamás en la congregación de Dios, 2 por no haber salido a recibir a los hijos de Israel con el pan y el agua, antes haber incitado contra ellos a Balán para que los maldijera, aunque nuestro Dios volvió la maldición en bendición. 3 Como oyeron esta ley, luego fué apartado de Israel todo extranjero.

4 Antes de esto, Eliasib, siendo superintendente de las cámaras de la casa de nuestro Dios, y habiendo emparentado con Tobías, 5 había cedido a éste una gran cámara, en la cual se guardaban antes las ofrendas, los perfumes, los vasos y el diezmo del trigo, del vino y del aceite, mandado dar a los levitas, a los cantores y a los porteros, y la ofrenda de los sacerdotes. 6 Mas entonces no estaba yo en Jerusalén; pues fué el año treinta y dos de Artajerjes cuando me llegué al rey, siendo a los dos días enviado por el rey. 7 Al llegar a Jerusalén supe el mal que había hecho Eliasib, en favor de Tobías, haciendo para él cámara en los atrios de la casa de Dios; 8 y me dolió en gran manera; y echando fuera de la cámara todo cuanto pertenecía a Tobías, 9 mandé que puri-

ficasen la cámara y volviesen a poner en ella las cosas de la casa de Dios, las ofrendas y los perfumes. [10] Supe asimismo que no se habían dado a los levitas sus porciones, y que los levitas y cantores habían tenido que retirarse cada uno a su heredad. [11] Yo reprendí a los magistrados y dije: «¿Por qué ha estado abandonada la casa de Dios?» Y reuniendo a los levitas y cantores, les restituí cada uno a su puesto. [12] Todo Judá trajo el diezmo del vino y del aceite a los almacenes, [13] y puse por intendentes en ellos a Selemías, sacerdote, y a Sadoc, escriba; y de los levitas a Pedayas, y como adjunto, a Janán, hijo de Zacur, hijo de Matanías, que tenían reputación de fieles. Ellos fueron los encargados de hacer la distribución a sus hermanos.

[14] Acuérdate de mí, ¡oh Dios!, por todo esto, y no olvides el bien que hice a la casa de mi Dios, y en orden a la observancia.

[15] Por aquellos días vi en Judá que algunos pisaban en sus lagares el sábado, y acarreaban haces, cargaban asnos con vino, con uvas, con higos y toda suerte de cargas, y los traían a Jerusalén en día de sábado. Yo les hice advertencias acerca del día en que vendían sus mercancías. [16] Había también tirios, que traían el pescado y toda clase de mercancías, vendiéndolas a los hijos de Judá en Jerusalén, el día del sábado.

[17] Reprendí a los magistrados de Judá y les dije: «¿Qué es esto tan malo que hacéis, profanando así el día del sábado? [18] ¿No es eso lo que hicieron vuestros padres, y por eso trajo nuestro Dios sobre nosotros y sobre esta ciudad tantos males? ¿Y vosotros acumuláis ira contra Israel, profanando el sábado?» [19] Mandé, pues, que al oscurecer antes del sábado, cerrasen las puertas de Jerusalén, y que no las abriesen hasta después del sábado. Puse a las puertas algunos de mis servidores, para que en día de sábado no dejasen entrar carga alguna; [20] y así se quedaron una y dos veces fuera de Jerusalén los mercaderes, que vendían toda suerte de mercancías. [21] Yo les advertí diciendo: «¿Por qué pasáis la noche delante de la muralla? Si otra vez lo hacéis, os mandaré prender.» Y ya no vinieron más en día de sábado. [22] Entonces mandé a los levitas que se purificasen y que viniesen a guardar las puertas, para santificar el día del sábado. También por eso acuérdate de mí, Dios mío, y perdóname según la muchedumbre de tu misericordia.

[23] Vi asimismo por aquellos días judíos que habían tomado mujeres de Azoto, de Ammón y de Moab, [24] cuyos hijos por mitad hablaban azoteo o la lengua de este o el otro pueblo, y no sabían hablar judío. [25] Yo los reprendí y los maldije, hasta golpeé a algunos y les arranqué los pelos (1), y los conjuré en nombre de Dios, diciendo: «No daréis vuestras hijas a sus hijos, ni tomaréis sus hijas para vuestros hijos o para vosotros. [26] ¿No pecó por esto Salomón, rey de Israel? Aunque no hubo en la muchedumbre de las gentes rey semejante a él, que era amado de su Dios, y fué puesto por él rey sobre todo Israel, aun a él le hicieron pecar las mujeres extranjeras. [27] ¿Vamos, pues, a consentir, sabiéndolo, que vosotros cometáis ese gran mal, de prevaricar contra nuestro Dios, tomando mujeres extranjeras?»

[28] Uno de los hijos de Joyada, hijo de Eliasib, sumo sacerdote, era yerno de Sanbalat, joronita, y por eso le arrojé lejos de mí. [29] Acuérdate de ellos, Dios mío, de los que contaminan el sacerdocio y el pacto del sacerdocio y de los levitas. [30] Por eso los limpié de todo lo extranjero, y puse a sacerdotes y levitas por clases, cada uno a su obra, [31] y para la ofrenda de la leña en los tiempos señalados, y para las primicias.

¡Acuérdate de mí, Dios mío, para bien!

---

(1) Grande era el celo de Nehemías contra los transgresores de la Ley, sobre todo contra los que tomaron mujeres extranjeras, hasta el punto de arrancarles pelos de la cabeza y de la barba.

TOBIAS

Junior Tobias Raphaele angelo comite Ragam Mediæ proficiscitur.

INTRODUCCION AL LIBRO DE TOBIAS

TOBIAS, o Tobit, es un piadoso israelita del norte de la Palestina, que en medio de la prevaricación general se mantuvo fiel a la ley de Dios, y llevado luego cautivo a Asiria, perseveró en la misma fidelidad al Señor, manifestada por el ejercicio de las obras de misericordia. Para que más se destacara su piedad, le probó el Señor con diversos trabajos, entre ellos la pobreza y la pérdida de la vista. De todas estas pruebas salió su virtud más acrisolada, y el Señor le premió, colmándole de bendiciones. Se ve claro el propósito de presentarnos a Tobías como modelo de piedad israelita.

No hay uniformidad de criterio, aun entre los exégetas católicos, respecto del género literario en que fué compuesto este hermoso librito, que contiene en forma narrativa preciosas lecciones de piedad, de paciencia y de obras de misericordia. Su doctrina tiene gran semejanza con la expresada en forma poética en el libro de Job, en cuanto a la prueba a que el uno y el otro son sometidos por Dios. De la determinación del género literario empleado por el autor depende principalmente la solución de ciertas dificultadee que el libro ofrece. V. la reciente Encíclica de S. S. Pío XII.

Ignoramos quién haya sido el autor de este libro, que se debe suponer escrito en la época posterior del judaísmo. Se discute también en qué lengua, si en hebreo o arameo, pues el original no se conserva. Las versiones difieren bastante unas de otras. El texto de la Vulgata es debido a San Jerónimo. El santo Doctor, que en cuanto al canon de las Escrituras daba mucha autoridad a la tradición judía, en su Prólogo Galeato no incluye entre los canónicos a Tobías lo mismo que a Judit. Por eso no los tradujo de su propia iniciativa; mas cediendo a los ruegos de sus amigos Cromacio y Heliodoro, preparó su versión del

texto caldeo. Y como esta lengua, que él toma por la original del libro, es parecida a la hebrea, se procuró un judío perito en ambas lenguas, y en el espacio de un día, lo que el judío le iba traduciendo del caldeo al hebreo, él lo dictaba a un escribiente, traducido del hebreo al latín. Entre las muchas versiones que del libro tenemos, griegas, latinas y aun hebreas, etc., la de San Jerónimo hace grupo aparte. Es una abreviación del texto más amplio que nos ofrecen las otras versiones, sin excluir la antigua latina.

Nuestra versión está hecha sobre la versión griega, representada por el códice Vaticano, el mismo que publicó Sixto V en su edición de los LXX. (Cfr., Intr., Gral.)

TOBIAS

1 [1] Historia de Tobit hijo de Tobiel, hijo de Maniel, hijo de Adael, hijo de Gabael, de la familia de Asiel, de la tribu de Neftalí, [2] que fué llevado cautivo en tiempo de Salmanasar, rey de los asirios, y era natural de Tisbe, que está a la derecha de Cades de Neftalí, en Galilea, por encima de Haser.

Piedad de Tobit en su patria.

[3] Yo, Tobit (1), caminé por las sendas de la verdad y de la justicia todos los días de mi vida, haciendo muchas limosnas a mis hermanos, los de mi nación, que conmigo habían sido llevados a tierra de asirios, a Nínive.

[4] Siendo yo joven, vivía en mi patria, en la tierra de Israel. Toda la tribu de Neftalí, mi padre, se había apartado del templo de Jerusalén, de la ciudad elegida entre todas las tribus de Israel para ofrecer sacrificios, y ser morada del Altísimo santificada por todas las generaciones (2).

[5] Todas las tribus, que a una habían apostatado, sacrificaban a Baal, al becerro, y asimismo la casa de Neftalí, mi padre. [6] Yo iba, las más veces solo, a Jerusalén, durante las fiestas, según está mandado a todo Israel por precepto eterno, y llevaba las primicias y los diezmos de las cosechas y las primicias del esquileo, y los entregaba a los sacerdotes, hijos de Arón, en el altar. [7] El diezmo de todas las cosas se lo entregaba yo a los hijos de Leví que viven en Jerusalén, el segundo diezmo lo vendía y lo gastaba en Jerusalén cada año; [8] y el tercero lo daba a quienes correspondía, según que me había recomendado la madre de mi padre, Débora, pues yo era huérfano de padre.

[9] Hombre ya, tomé por mujer a Ana, del linaje de nuestro padre, y de ella tuve a Tobías.

En el cautiverio.

[10] Cuando fuimos llevados cautivos a Nínive (1), todos mis hermanos, los de mi linaje, comían de los manjares de los gentiles; [11] pero yo me abstenía de comerlos, [12] porque con toda mi alma me acordaba de Dios. [13] Dióme el Altísimo favor y gracia ante Salmanasar, que me hizo su proveedor, [14] y viajando por la Media, presté a Gabael, hermano de Gabria, en Rages de Media, diez talentos de plata.

[15] Muerto Salamanasar, le sucedió Senaquerib, su hijo. Los caminos se hicieron inseguros, y ya no pude volver a la Media.

[16] En los días de Salmanasar hacía yo muchas limosnas a mis hermanos, [17] dando pan a los hambrientos y vistiendo a los desnudos; y si veía muerto a alguno de mi linaje, arrojado junto

(1) El texto griego que traducimos comienza la historia poniendo el relato en boca del mismo Tobías.

(2) La división política del reino de David llevó consigo la escisión religiosa. Jeroboam rigió contra el Santuario nacional de Jerusalén otros dos, los de Betel y Dan, en que colocó los becerros como imágenes de Dios. Los israelitas que permanecieron fieles a la Ley acudían, contra las órdenes del rey, a Jerusalén, para cumplir sus obligaciones y devociones religiosas.

(1) El año 721 fué tomada Samaría y la mayor parte de la población del reino llevada a Nínive en cautiverio.

a los muros de Nínive, le daba sepultura. [18] Si el rey Senaquerib mataba a alguno, luego que volvió huído de Judea, yo en secreto lo enterraba. En su furor mató a muchos, cuyos cadáveres buscaba luego él, y no los hallaba (1).

[19] Pero un ninivita hizo saber al rey que era yo el que los enterraba, y entonces tuve que ocultarme; y sabiendo que me buscaba para darme muerte, temeroso, huí. [20] Fueron saqueados todos mis bienes, no dejándome nada, sino a Ana, mi mujer, y a Tobías, mi hijo.

[21] Pasados cincuenta días, le mataron dos de sus hijos, que huyeron a los montes de Ararat, y le sucedió Asaradón, su hijo, el cual puso a Mitcar, el hijo de mi hermano Anael, al frente de toda la contabilidad administrativa del reino.

[22] Mitcar me alcanzó el perdón y pude volver a Nínive. Era Mitcar, mi sobrino, copero, guardasellos, administrador y contador, y Asaradón le había hecho su primer ministro.

2 [1] Al volver a mi casa, me fueron devueltos Ana, mi mujer, y Tobías, mi hijo. Era por la fiesta de Pentecostés, la fiesta santa de las siete semanas; y habiéndome sido preparado un banquete, me recosté para comer. [2] Al ver tantos manjares (2), dije a mi hijo: Vete, y trae al primer necesitado que encuentres de nuestros hermanos, que me recuerde al Señor; yo espero por ti. [3] Cuando volvió, dijo: Padre, uno de nuestro linaje yace en la plaza, estrangulado. [4] En seguida, sin probar bocado, me lancé a la calle, le tomé y le metí en una habitación, hasta que se puso el sol. [5] Vuelto a casa, me lavé y comí con tristeza, [6] porque me vino a la memoria la profecía de Amos:

«Vuestras fiestas se convertirán en duelo, y vuestras alegrías en lamentaciones.»

[7] Lloré, y en poniéndose el sol, fuí a cavar una hoya en que sepultar el cadáver.

[8] Los vecinos se reían de mí, diciendo: «Aún no ha escarmentado; ya tuvo que huir, y ahora vuelve a enterrar a los muertos.»

La prueba.

[9] Aquella misma noche, cuando acabé de darle sepultura, aun antes de purificarme, me dormí en el atrio junto al muro, quedando con el rostro descubierto. [10] No sabía yo que había pájaros en el muro; y teniendo los ojos abiertos, los pájaros dejaron caer en mis ojos su estiércol caliente, que me produjo en ellos unas manchas blancas, que los médicos no fueron capaces de curar. Por este tiempo, Akikar proveía a mi sustento, hasta que partió para Elimaida. [11] Entonces Ana, mi mujer, se ocupaba de su casa en trabajos femeniles [12] y llevaba su labor a los amos. Estos, al pagarle una vez su salario, le regalaron un cabrito. [13] Cuando volvió a casa, comenzó el cabrito a balar. Y yo le dije: «¿De dónde viene ese cabrito? ¿No será robado? Devuélvelo a los amos, que no es lícito comer cosa robada.» [14] Ella me contestó: «Es un regalo que han añadido a mi salario». Pero yo no la creía, y la instaba a que lo devolviese a los amos, enojado contra ella. Mas me replicó: «¿Dónde están tus limosnas y tus buenas obras? Ya lo ves ahora» (1).

3 [1] Yo me entristecí y lloré, y con dolor me puse a orar, diciendo:

[2] «Justo eres, Señor, y justas todas tus obras;
todos tus caminos son misericordia y verdad;
juzgas siempre según verdad y justicia.

[3] Muéstrate a mí y para en mí tus ojos.
No me castigues por mis pecados,
ni por mis ignorancias, ni por las que mis padres
cometieron contra ti.

[4] Porque ellos desoyeron tus preceptos,
tú nos has entregado en botín
al cautiverio y a la muerte,

(1) En la época de Ezequías, hacia el año 700, Senaquerib vió su ejército destruído por la peste en Judea y hubo de retirarse, humillado por la mano de Dios.

(2) No se sabe cómo adquiriera Tobías en su cautiverio la posición desahogada que el relato supone, pero el autor insiste en mostrarnos el empleo que de sus bienes hacía enteramente conforme al Deuteronomio, en que tanto se inculca el amor al prójimo y el socorro de los necesitados.

(1) La mujer de Tobías tiene algún parecido con la de Job; ambas contribuyen a intensificar la prueba a que Dios somete a sus maridos

objeto de escarnio para todas las naciones,
entre las que hemos sido dispersados.
5 Muchos son tus juicios y verdaderos,
para que vayas a tomar venganza
por mis pecados y los de mis padres;
porque ni cumplimos tus preceptos,
ni caminamos sinceramente delante de ti.
6 Ea, pues, haz conmigo según tu beneplácito.
Quítame el aliento de vida,
para que muera y me convierta en polvo;
porque más prefiero morir que vivir,
pues he oído ultrajes mentirosos,
y una gran tristeza se apodera de mí.
Haz que sea yo libertado de esta angustia,
Para ir al eterno lugar.
No apartes tu rostro de mí.»

La prueba de Sara.

7 Aquel mismo día aconteció en Ecbatana de Media, que Sara, hija de Ragüel, fué insultada por las esclavas de su padre, 8 porque habiendo sido dada en matrimonio a siete maridos, el maligno demonio Asmodeo les había dado muerte antes que con ella hubieran tenido vida conyugal; y le decían: «¿No estás loca tú, que ahogas a tus maridos? Siete has tenido ya, y de ninguno de ellos has gozado. 9 ¿Por qué nos azotas? Ya que ellos murieron, vete tú con ellos, y que no veamos jamás hijo o hija tuya» (1).
10 Oyéndolas, se entristeció sobremanera, tanto que quería ahorcarse. Pero decía: Soy la hija única de mi padre; si tal hiciera, el oprobio vendría sobre él, y de dolor conduciría su ancianidad al sepulcro. 11 Y oraba puesta a la ventana, y decía: «Bendito eres, Señor Dios mío, y bendito tu nombre, santo y excelso por los siglos. Bendígante todas tus obras para siempre. 12 Y ahora, Señor, en ti pongo mis ojos y mi rostro. 13 Llévame de la tierra, y que no oiga ya más tales ultrajes. 14 Tú sabes, Señor, que yo estoy limpia de todo pecado con hombre, 15 y que no he manchado mi nombre ni el nombre de mi padre en esta tierra de mi cautiverio. Hija única soy de mi padre, el cual no tiene hijo que pueda heredarle, ni pariente próximo con un hijo, para quien yo deba guardarme por mujer; ya se me han muerto siete maridos: ¿de qué me sirve la vida? Y si no te parece bien quitármela, mírame y ten piedad de mí, y que no escuche ya más estos ultrajes.»
16 Fué escuchada la oración del uno y de la otra en la presencia de Dios. 17 Rafael fué enviado para remediarlos a los dos, para batir las cataratas de Tobit y para casar a Sara, la hija de Regüel, con Tobías, el hijo de Tobit, y paralizar a Asmodeo, el maligno demonio, por cuanto a Tobías tocaba heredarla. Al tiempo mismo en que se volvía Tobit y entraba en su casa, bajaba Sara, la de Ragüel, del piso alto de la suya.

Consejos del padre al hijo.

4 1 En aquel día se acordó Tobit de la suma que tenía en poder de Gabael, en Ragues de Media; 2 y se dijo: Yo he pedido mi muerte; ¿por qué, pues, no llamar a Tobías, mi hijo, y comunicárselo antes de morir? 3 Llamóle, y le dijo: «Si muero, hijo mío, me darás sepultura, y te guardarás de menospreciar a tu madre: hónrala siempre, todos los días de tu vida, obra según su beneplácito y no le causes tristeza. 4 Acuérdate, hijo, de los muchos trabajos que ella pasó por ti cuando te llevaba en su seno; cuando muera, dale sepultura a mi lado, en el mismo sepulcro.
5 Acuérdate siempre del Señor, nuestro Dios, y guárdate de pecar; observa sus preceptos. Practica la justicia todos los días de tu vida, y no sigas los caminos de la iniquidad.
6 Porque, practicando tú la verdad, serás feliz en todas tus obras, como todos los que practican la justicia.
7 Según tus facultades, haz limosna, y no se te vayan los ojos tras lo que des. No apartes el rostro de ningún pobre, y Dios no lo apartará de ti.
8 Si abundares en bienes, haz de ellos limosna; y si éstos fueren escasos, según esa tu escasez, no temas hacer

(1) Como el anciano Tobías, así la joven Sara es sometida a dura prueba. En ella se ve cómo el Señor quería acrisolarla para hacerla digna de la familia a que según los planes divinos debía unirse, llevándole la alegría y la abundancia.

limosna. 9 Con esto atesoras un depósito para el día de la necesidad,
10 pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas;
11 y es un buen regalo la limosna en la presencia del Altísimo, para todos los que la practican.

12 »Guárdate, hijo, de toda fornicación, y ante todo, toma esposa del linaje de tus padres; no tomes mujer extranjera, que no sea del linaje de tu padre; que hijos somos de profetas, Noé, Abraham, Isac y Jacob, nuestros antiguos padres. Recuerda, hijo, que éstos tomaron mujeres de entre sus hermanos, y fueron bendecidos en hijos, y heredó su descendencia la tierra. 13 Y ahora, hijo mío, ama a tus hermanos, 14 y no te ensoberbezcas en tu corazón, ni desprecies a los hijos e hijas de tu pueblo, rehusando tomar de ellas mujer; porque en el orgullo está la perdición y el desorden, y en la ruindad la penuria y el hambre, pues la madre del hambre es la ruindad. No retengas una noche el salario de un obrero que trabajare para ti: entrégaselo luego. Si sirvieres a Dios, él te recompensará. Atiende, hijo, a todas tus obras, y muéstrate prudente en tu conversación. 15 Lo que no quieras para ti, no lo hagas a nadie. No bebas vino hasta embriagarte, no vaya contigo la embriaguez. 16 Da vestidos al desnudo. Todo cuanto te sobrare, dalo en limosnas, y no se te vayan los ojos tras lo que dieres.

17 »Pon tu pan y tu vino en los sepulcros de los justos, y no comas ni bebas con los pecadores. 18 Sigue el consejo de los prudentes, y no desprecies ningún buen consejo. 19 En todo tiempo bendice al Señor Dios, y pídele que tus caminos sean rectos y todas tus sendas y consejos vayan bien encaminados; porque no es del hombre el consejo; sólo el Señor es quien da todos los bienes, y a quien quiere le humilla según su voluntad. Acuérdate, pues, hijo mío, de mis preceptos, y no se borren de tu corazón (1).

20 »Has de saber también que tengo diez talentos en poder de Gabael, hijo de Gabria, en Ragues de Media.
21 No temas, hijo; somos pobres, pero rico serás si temes a Dios, y te apartas de todo pecado y haces lo que le es grato.»

Preparativos del viaje a Media.

5 1 Respondió Tobías, diciéndole: «Cuanto me has mandado lo cumpliré. 2 ¿Pero cómo voy a poder recobrar el dinero de Gabael, si no le conozco?» 3 Dióle su padre el recibo, y le dijo: «Busca quien te acompañe, que yo le daré su recompensa, y ponte en camino para cobrar el dinero antes que yo muera». 4 Fuése en busca de uno, y se encontró con Rafael, que era un ángel. 5 No conociéndole, le dijo: ¿Podrías acompañarme a Ragues de Media, si es que conoces el camino? 6 El ángel le contestó: «Yo iré contigo, que conozco bien el camino y hasta he sido huésped de Gabael, nuestro hermano.» 7 Tobías le contestó: «Espera un poco, que voy a decírselo a mi padre.» 8 El le respondió: «Vete y no tardes.»

Se fué y dijo a su padre: «Ya hallé quien pueda acompañarme.» El le dijo: «Llámale, que quiero saber de qué tribu es, y si es de confianza para acompañarte.» 9 Llamóle, entró y se saludaron. 10 Díjole Tobit: «Dime, hermano: ¿de qué tribu y familia eres tú?» Y le contestó: «¿Quieres conocer la tribu y la familia, o informarte de la persona que va a acompañar a tu hijo?» Replicóle Tobit: «Quiero, hermano, conocer tu linaje y tu persona.»
11 «Pues yo soy hijo de Azarías, hijo de Ananías, grande entre tus hermanos.» 12 Respondióle él: «Seas bien venido, pero no te enojes de que haya querido saber tu tribu y tu familia. Por suerte eres hermano mío, de una buena y noble ascendencia, pues yo conocía a Ananías y a Jonatán, hijo de Semeí el grande, de cuando juntos íbamos a Jerusalén para adorar, llevando las primicias y los diezmos de las cosechas, que no se descarriaron ellos como nuestros hermanos. De buena raíz eres, hermano.
13 «Pero dime, ¿cuál será el salario que habré de darte? ¿Bastaría una dracma por día y el sustento para ti y para mi hijo? 14 Y cuando felizmente volváis, te añadiré algo.» 15 Convinieron en ello, y dijo a Tobías: «Prepárate para el camino, y que tengáis feliz viaje.» Una vez que el hijo preparó lo necesario para el camino, díjole su padre: «Parte con éste, y

(1) Estos consejos son muy propios de Tobías, varón temeroso de Dios, amante de su pueblo y fiel observador de la Ley.

Dios, que mora en los cielos, os dé feliz viaje y un ángel os acompañe.» Y se pusieron en camino, yendo con ellos el perro del mozo.

16 Su madre, Ana, se puso a llorar, diciendo a Tobit: «¿Por qué habrás enviado a nuestro hijo? ¿No era él nuestro báculo, viviendo con nosotros? 17 No tuviéramos nunca ese dinero, si había de costarnos nuestro hijo. 18 Hasta el presente el Señor nos dió de qué vivir y vivíamos contentos.» 19 Pero Tobit le dijo: «No digas eso, mujer. Volverá sano, y tus ojos lo verán. 20 Porque un ángel bueno le acompaña, tendrá un viaje feliz y volverá sano.» 21 Y ella dejó de llorar (1).

En viaje hacia Media.

6 1 Siguieron los caminantes su viaje, y llegaron al atardecer a las orillas del río Tigris, donde pasaron la noche. 2 Bajó el muchacho a bañarse, y salió del río un pez que quería devorarle. 3 Pero el ángel le dijo: «Cógelo». Cogiólo el joven y lo sacó a tierra. 4 Díjole el ángel: «Descuartiza el pez y separa el corazón, el hígado, con la hiel, y ponlos aparte.» 5 Hizo el muchacho lo que el ángel le decía, y asando el pez, comieron. Continuaron su camino y llegaron cerca de Ecbatana. 6 Dijo el joven al ángel: «Hermano Azarías, ¿para qué sirven el corazón y el hígado con la hiel del pez?» 7 El le respondió: «Sirven para que si un demonio o un espíritu le atormenta a uno, quemándolos ante él ya no vuelva a molestarle. 8 Cuanto a la hiel, sirve para ungir a quien tuviese cataratas, pues con ella quedará curado.»

9 Así que llegaron a Ecbatana, 10 dijo el ángel al joven: «Hoy, hermano, habremos de pernoctar en casa de Ragüel, tu pariente, que tiene una hija llamada Sara. Yo le hablaré para que te la den por mujer, 11 pues a ti te toca su herencia, pues tú eres ya el único de su linaje; la joven es bella y discreta. 12 Oye, pues, lo que voy a hacer: Yo hablaré a su padre, y cuando volvamos de Ragues celebraremos la boda; pues yo sé que Ragüel no la puede dar a ningún otro marido, según la ley de Moisés, o será reo de muerte, porque antes que a ningún otro te pertenece a ti la herencia» (1).

13 Replicó entonces el joven al ángel: «Hermano Azarías: He oído que la doncella fué dada a siete maridos, y que todos perecieron en la cámara nupcial; 14 y yo soy hijo único de mi padre, y temo que si me acerco a ella voy a morir como los anteriores, porque la ama un demonio y a ella no le hace ningún daño, pero sí a los que se le acercan. Temo ahora que si muero, llevaré al sepulcro a mi padre y a mi madre, de dolor por mí, pues no tienen otro hijo que les dé sepultura.» 15 Contestóle el ángel: «¿No te acuerdas de las palabras que tu padre te inculcó, sobre tomar mujer de tu propio linaje? Escúchame, pues, hermano: Esa será tu mujer, y del demonio no te preocupes, que esta misma noche te será dada por mujer. 16 Cuando entres en la cámara nupcial, toma un perfumador y pon en él trozos del corazón y del hígado del pez, que hagan humo; 17 que en cuanto lo huela el demonio, huirá y no volverá por los siglos de los siglos. Pero cuando a ella te acerques, levantaos ambos e invocad al Dios misericordioso, que os salvará y tendrá piedad de vosotros. No temáis, que para ti está destinada desde la eternidad, y tú la salvarás e irá contigo, y estoy seguro que tendrás de ella hijos.»

Así que oyó Tobías estas palabras, sintió grande amor por ella y se le apegó su corazón. En esto llegaron a Ecbatana.

El casamiento de Tobías y Sara.

7 1 Llegados a casa de Ragüel, les salió al encuentro Sara, que los saludó y ellos a ella, y los introdujo. 2 Dijo Ragüel a Edna, su mujer: «¡Cómo se parece este joven a Tobit, mi primo!» 3 Entonces Ragüel les preguntó: «¿De dónde sois, hermanos?» A lo que ellos contestaron: «De los hijos de Neftalí, de los cautivos de Nínive.» 4 »¿Conocéis a Tobit, nuestro hermano?» Respondiéronle: «Sí que le

(1) Al despedir a los viajeros habíales deseado Tobías la compañía de un ángel; ahora aparece con más firmeza esa esperanza, aunque sin saber aún cómo Dios realizaba sus deseos.

(1) El ángel lleva la misión de hacer la felicidad de aquellas dos familias y para ello comienza con hacer oficio de casamentero.

conocemos.» «¿Está bien?» [5] «Vive y está bien,» contestaron ellos. Y Tobías añadió: «Es mi padre.» [6] Ragüel, saltando, se echó a su cuello y le besó, derramando lágrimas. [7] Bendíjole, diciendo: «Eres hijo de un varón bueno, bonísimo.» Pero al saber que Tobit había perdido la vista, se entristeció hasta derramar lágrimas. [8] Edna, su mujer, y Sara, su hija, lloraron también; los recibieron cordialmente, sacrificaron un carnero y les ofrecieron un suntuoso banquete.

[9] Dijo luego Tobías a Rafael: «Hermano Azarías, habla de aquel asunto de que en el camino tratamos, y que se acabe este negocio.» [10] Expuso Azarías el asunto a Ragüel, que dijo a Tobías: «Come, bebe y alégrate; en efecto, a ti te toca recibir a mi hija; pero antes tengo que advertirte una cosa: [11] He dado ya mi hija a siete maridos, pero en entrando a ella, en la misma noche murieron. Tú ahora regocíjate.» Mas Tobías contestó: «No gustaré bocado hasta que no resolváis este negocio y me lo confirméis.» [12] Dijo Ragüel: «Tómala desde ahora, según la ley, pues tú eres su hermano y a ti se te debe. Que Dios misericordioso os colme de felicidades.» [13] Llamó a Sara, su hija, y cogiéndola de la mano, la entregó a Tobías por mujer, diciendo: «Anda, según la ley de Moisés, tómala y llévala a tu padre.» Y los bendijo. [14] Llamó a Edna, su mujer, tomó un rollo, escribió el contrato matrimonial, lo selló, [15] y luego comenzaron a comer.

[16] Llamó después Ragüel a Edna, su mujer, y le dijo: «Prepara, hermana, otra alcoba, y llévala a ella.» Hizo Edna lo que le mandaba, y llevó a su hija a la cámara. Lloraba Sara, y enjugando la madre las lágrimas de su hija, le decía: [17] «Ten buen ánimo, hija: el Señor del cielo y de la tierra te dará gracia en vez de esta tu tristeza; ten valor, hija mía.»

8 [1] Cuando hubieron terminado de comer, llevaron a la alcoba a Tobías. [2] El, recordando las palabras de Rafael, tomó un brasero; y poniendo encima de las brasas el corazón y el hígado del pez, hizo humo. [3] El demonio, en cuanto olió aquel humo, huyó al Egipto superior, donde el ángel le ató. [4] Una vez que quedaron los dos solos, se levantó Tobías del estrado, y dijo: «Levántate, hermana, vamos a orar para que el Señor tenga misericordia de nosotros.» [5] Y comenzó Tobías, diciendo: «Bendito eres, Dios de nuestros padres, y bendito por los siglos tu nombre santo y glorioso. Bendíganse los cielos y todas las criaturas. [6] Tú hiciste a Adán y le diste por ayuda y auxilio a Eva, su mujer; de ellos nació todo el linaje humano. Tú dijiste: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él. [7] Ahora, pues, Señor, no llevado de la pasión sensual, sino del amor de tu ley, recibo a esta mi hermana por mujer. Ten misericordia de mí y de ella, y concédenos a ambos larga vida.» [8] Ella respondió: «Amén.» [9] Y pasaron ambos dormidos aquella noche.»

Cuando Ragüel se levantó, se fué a cavar una sepultura (1), [10] diciendo: «Seguro que ha muerto éste también.» [11] Vuelto Ragüel a casa, [12] dijo a Edna, su mujer: «Manda a una de las siervas que vea si está vivo, para enterrarle si no, y que nadie se entere.» [13] Abrió la sierva la puerta, y vió que ambos dormían. [14] Salió luego, y les comunicó que estaba vivo. [15] Entonces bendijo Ragüel a Dios, diciendo: «Bendito seas tú, Dios, con toda bendición pura y santa, y bendíganse tus santos y todas tus criaturas, y todos tus ángeles y todos los elegidos; bendíganse por los siglos. [16] Bendito tú, que me has alegrado, no sucediendo lo que yo me temía, sino que has obrado con nosotros según tu gran misericordia. [17] Bendito seas tú, que tuviste misericordia de estos dos hijos únicos; ten de ellos piedad, y concédeles acabar en bien su vida con alegría y misericordia.» [18] Y mandó a sus siervos rellenar la sepultura. [19] Hízoles la fiesta de bodas por espacio de catorce días (2); [20] pues antes ya le había instado a que no partieran hasta terminar los días de la boda. [21] Pasados, le daría la mitad de su hacienda, y le dejaría irse en paz a su padre, y el resto lo recibiría cuando muriesen él y su mujer.

9 [1] Llamó entonces Tobías a Rafael y le dijo: [2] «Hermano Azarías, toma contigo un siervo y dos came-

(1) Esta conducta precipitada de Ragüel pone más de relieve la gracia de Dios en favor de Tobías.

(2) Las solemnidades nupciales solían durar siete días, ahora se duplican por lo excepcional del caso.

llos, y vete a Ragues de Media, a casa de Gabael, y cóbrame el dinero y tráele a él a la boda; [3] pues Ragüel me ha pedido con instancia que no me vaya, [4] y mi padre estará contando los días, y si ve que tardo mucho, morirá de pena.»

[5] Partió Rafael, y se hospedó en casa de Gabael, a quien dió su recibo. Trajo Gabael los talegos sellados, y se los entregó. [6] Madrugaron, y juntos vinieron a la boda, bendiciendo Gabael a Tobías y a su mujer.

Ansiedades de los padres de Tobías.

10 [1] Entretanto Tobit, su padre, contaba los días que podía durar el viaje; y cuando éstos se pasaron y vió que no volvía su hijo, [2] comenzó a decir: «Tal vez están retenidos por la cobranza del dinero, o acaso ha muerto Gabael y no hay nadie que se lo entregue.» [3] Y se entristecía sobremanera. [4] Su mujer le decía: «Sin duda que ha perecido nuestro hijo, porque tarda mucho.» Y comenzaba a llorarle, diciendo: [5] «¡Ay de mí, hijo mío! ¿Por qué te dejé ir, luz de mis ojos?» (1). [6] Tobit le decía: «Calla, no te apures, seguro que está bien.» [7] Pero ella replicaba: «Calla, no pretendas engañarme, seguro que ha muerto.» Y todos los días iba al camino por donde se fué, pasando el día sin tomar bocado, y la noche llorando sin cesar a Tobías, su hijo.

La vuelta a sus padres.

[8] Cumplidos los catorce días de la boda, que Ragüel le había rogado que pasase con ellos, dijo Tobías a Ragüel: «Déjame partir, que mis padres habrán perdido ya la esperanza de volver a verme.»

[9] Pero su suegro le respondió: «Quédate aquí, y yo enviaré un mensajero a tu padre para darle noticias de ti.» [10] Mas Tobías insistió: «Déjame ir a mi padre.» [11] Entrególe luego Ragüel su mujer, Sara, y la mitad de la hacienda, siervos, ganados y dinero; [12] y al despedirlos, los bendijo, diciendo: «Que el Dios del cielo os dé feliz viaje, hijos míos, y que vea yo vuestros hijos antes de morir.» [13] Y a su hija le dijo: «Honra a tus suegros, que ellos son ahora tus padres, y tenga yo buenas noticias de ti.» Y la besó. Edna dijo a Tobías: «Hijo mío, que el Señor del cielo te dé una vuelta feliz, y a mí ver a los hijos de Sara, mi hija, para que me alegre en presencia del Señor. Yo te la doy como en depósito, mi hija es, no le des mala vida.»

11 [1] Al punto se puso Tobías en camino, bendiciendo a Dios, que le había dado tan feliz viaje, y bendiciendo también a Ragüel y a Edna, su mujer. Así caminaron hasta llegar cerca de Nínive. [2] Entonces dijo Rafael a Tobías: «Bien te acordarás, hermano, de cómo hemos dejado a tu padre. [3] Vamos a adelantarnos nosotros a tu mujer, para prepararle. [4] Lleva contigo la hiel del pez.» Partieron ellos, siguiéndolos el perro.

[5] Entretanto Ana, sentada, miraba hacia el camino, para ver si descubría a su hijo. [6] Cuando creyó verle venir, dijo al padre: «Mira, viene nuestro hijo, y con él su compañero.

[7] Rafael dijo a Tobías: «Estoy seguro de que tu padre recobrará la vista. [8] Úntale los ojos con la hiel; al escocerle se frotará, se desprenderán las cataratas, y verá.»

[9] Ana, corriendo, se arrojó al cuello de su hijo, diciéndole: «¡Ya te veo, hijo mío! ¡Ahora ya puedo morir!» Y ambos lloraban. [10] Salió Tobit a la puerta y tropezó; pero el hijo corrió a él, [11] y cogiéndole, derramó la hiel sobre sus ojos, diciendo: «¡Ánimo, padre!» [12] En cuanto le escocieron los ojos, se frotó, [13] y se desprendieron las escamas. Al ver a su hijo se arrojó a su cuello, [14] y llorando, dijo: «¡Bendito tú, oh Dios, y bendito sea tu nombre, y benditos también todos tus santos ángeles, [15] porque después de azotarme has tenido misericordia de mí, y veo a Tobías, mi hijo!»

Entró su hijo contento, y refirió a su padre todas las maravillas que le habían sucedido en Media.

[16] Salió Tobit a las puertas de Nínive, al encuentro de su nuera, contento y bendiciendo a Dios. Y cuantos le veían se maravillaban de verle andar sin lazarillo. [17] Tobías alababa delante de ellos a Dios, porque había tenido misericordia de él. Así que llegó Tobit a Sara, su nuera, la bendijo, diciendo: «Bien venida seas, hija

(1) Como en la partida, la desconfianza de Ana hace resaltar la fe y confianza de Tobías.

mía. Bendito sea Dios, que te ha traído entre nosotros, y benditos sean tus padres.» Fué todo esto motivo de alegría para sus hermanos en Nínive. 18 Llegaron Akikar y Nasbes, su hermano, 19 y durante siete días se celebraron con regocijo las bodas de Tobías.

La revelación del ángel.

12 1 Llamó Tobit a Tobías y le dijo: «Mira, hijo mío, el salario que has de dar a ese hombre que ha ido contigo, y lo que conviene añadirle.» 2 «Padre, contestó él, no me parece mucho darle la mitad de lo que he traído; 3 pues me ha vuelto sano, curó a mi mujer, cobró el dinero, y a ti también te ha curado.» 4 Respondió el anciano: «Todo se lo merece.» 5 Y llamando al ángel, le dijo: «Toma la mitad de todo lo que habéis traído, y vete en paz» (1). 6 Entonces, el angel llamando a los dos aparte, les dijo:

«Bendecid a Dios y glorificadle, ensalzadle, pregonad a todos los vivientes lo que ha hecho con vosotros, 7 pues bueno es bendecir a Dios y ensalzar su nombre, pregonando sus obras. No os canséis de confesarle. Habéis hecho el bien y nada malo os pasará. 8 Buena es la oración con el ayuno, y la limosna con la justicia. Mejor es poco con la justicia (2) que mucho con la iniquidad. Mejor es dar limosna que acumular tesoros; 9 pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado. Los que practican la misericordia y la justicia serán colmados de felicidad, 10 mientras que los pecadores son enemigos de su propia dicha. 11 Nada os quiero ocultar. Ya os lo he dicho: Bueno es guardar los secretos del rey, pero es glorioso revelar las obras de Dios. 12 Cuando orabais tú y tu nuera, Sara, yo presentaba ante el Santo vuestras oraciones. Cuando enterrabas a los muertos, también yo te asistía. 13 Cuando sin pereza te levantabas, y dejabas de comer para ir a sepultarlos, no se me ocultaba esa buena obra, antes contigo estaba yo. 14 Por eso me envió Dios a curarte a ti, y a Sara, tu nuera. 15 Yo soy Rafael, uno de los siete santos ángeles, que presentamos las oraciones de los justos y tienen entrada ante la majestad del Santo.»

16 Los dos se quedaron turbados, y cayeron sobre su rostro, llenos de temor (1). 17 El les dijo: «No temáis; la paz sea con vosotros. Bendecid a Dios siempre; pues no he venido por mi voluntad, sino por la de Dios, por lo que a él debéis bendecir siempre. 18 Todos los días me hacía ver de vosotros; no comía ni bebía, lo que vosotros veíais era una apariencia. 19 Ahora alabad a Dios, que yo me subo al que me envió y poned por escrito todo lo sucedido.»

20 Se levantaron, pero no le volvieron a ver. 21 Y confesaron las grandezas y maravillas de Dios y cómo el ángel se les había aparecido.

Cántico de alabanza.

13 1 Y Tobit, en un transporte de júbilo, escribió una oración, y dijo (2):

«Bendito sea Dios, que vive por los siglos,
por todos los siglos permanece su reino.
2 Porque El azota y se compadece,
lleva al sepulcro y saca de él.
Nadie hay que escape de su mano.
3 Confesadle, hijos de Israel, ante las naciones,
pues El nos dispersó entre ellas.
4 Pregonad aquí su majestad,
ensalzadle ante todos los vivientes,
que El es nuestro Señor y nuestro Dios,
El nuestro Padre por los siglos de los siglos.
5 Nos azota por nuestras iniquidades,
y luego se compadece, y nos reunirá
de las naciones en que nos ha dispersado.

---

(1) Es grande la generosidad de Tobías El compañero de su hijo se lo merece todo; que lleve, pues, siquiera la mitad de lo que por él adquirieron.

(2) Hermosa perspectiva para los justos, cuyas oraciones y buenas obras son presentadas por los ángeles a Dios, que generosamente los remunera.

(1) Según el sentir tradicional, nadie puede ver a Dios sin morir y esto se extendía también a la vista de los ángeles. Por eso padre e hijo se turban y temen, y el Angel los tranquiliza.

(2) En este cántico resaltan las esperanzas de todo buen israelita. El Señor en su justicia castiga los pecados de su pueblo, pero en su misericordia tendrá piedad de él, le volverá a la patria y hará resurgir a Jerusalén, centro del reino mesiánico

6 Si os convertís a El de todo corazón y con toda vuestra alma,
para practicar la verdad en su presencia,
entonces se volverá a vosotros,
y no os ocultará su rostro.
7 Contemplad ahora lo que ha hecho con nosotros,
dadle gracias a boca llena,
bendecid al Señor de la justicia,
y ensalzad al Rey de los siglos.
8 Yo le confesaré en la tierra de mi cautiverio
y pregonaré su poder y su majestad al pueblo pecador.
Convertíos, pecadores, y practicad la justicia delante de El,
quizá tenga misericordia de nosotros.
9 Yo ensalzo a mi Dios, Rey de los cielos,
mi alma se regocijará en su grandeza.
10 Hablen todos y confiésenle en Jerusalén.
11 Jerusalén, la ciudad del Santo.
Por las obras de tus hijos te azotará,
pero de nuevo se compadecerá de los hijos de los justos.
12 Confiesa dignamente al Señor,
y bendice al Rey de los siglos,
para que de nuevo sea en ti
edificado su tabernáculo con alegría,
para que alegre en ti a los cautivos,
y muestre en ti su amor hacia los desdichados,
por todas las generaciones y generaciones.
13 Pueblos numerosos vendrán de lejos,
al nombre del Señor, nuestro Dios,
trayendo ofrendas en sus manos,
ofrendas para el Rey del cielo.
Las generaciones de las generaciones exultarán en ti.
14 Malditos todos los que te aborrecen,
y benditos para siempre todos los que te aman.
15 Alégrate y salta de gozo por los hijos de los justos,
que serán congregados, y al Señor de los justos bendecirán.
16 Dichosos los que te aman;
en tu paz se alegrarán.
Dichosos cuantos se entristecieron por tus azotes,
pues en ti se alegrarán,
contemplando tu gloria
y se regocijarán para siempre.
17 Bendice, alma mía, al Dios grande
porque Jerusalén con zafiros y esmeraldas será reedificada,
con piedras preciosas sus muros,
y con oro puro sus torres y sus almenas.
18 Y las plazas de Jerusalén serán pavimentadas
de berilo y rubí y piedra de Ofir,
y todas sus calles dirán: ¡Aleluya,
bendito sea Dios, que te ensalzó,
por todos los siglos!»

Conclusión de la historia.

14 1 Terminó Tobit su canto de alabanza. 2 Era de cincuenta y ocho años cuando perdió la vista, que recobró al cabo de ocho años. Haciendo limosnas, proseguía en temer al Señor Dios y en darle gracias.
3 Siendo ya muy viejo, llamó a su hijo y a los hijos de éste, y les habló así:
«Hijo, yo estoy ya muy viejo, y para partir de esta vida. Toma a tus hijos 4 y vete a la Media, pues estoy persuadido de que cuanto dijo el profeta Jonás sobre Nínive, se cumplirá y será destruída. En la Media habrá más paz hasta un determinado tiempo. Pasado éste, nuestros hermanos que moran en la tierra feliz serán dispersados. Jerusalén quedará desolada y la casa de Dios entregada a las llamas, durando la desolación hasta cierto tiempo; 5 pero otra vez Dios se compadecerá de ellos y los volverá a su tierra, y edificarán la casa, aunque no como la primera, hasta que se cumplan los tiempos. Después de esto volverán de la cautividad y edificarán a Jerusalén magníficamente, gloriosamente, como de ella han dicho los profetas. 6 Todas las naciones se convertirán de veras al temor del Señor Dios, y enterrarán sus ídolos. 7 Bendecirán todas las naciones al Señor, y su pueblo le dará gracias, y el Señor ensalzará a su pueblo, y se alegrarán todos los que aman al Señor Dios en verdad y en justicia, practicando la misericordia hacia sus hermanos.
8 »Vete, pues, hijo mío, de Nínive, porque enteramente se cumplirá lo que dijo el profeta Jonás. 9 Pero tú guarda la ley y los preceptos, sé misericordioso y justo, y serás feliz.
10 Dame digna sepultura y a tu madre después conmigo, y no te quedes más en Nínive. Hijo mío, mira lo que

hizo Nadán a Akikar, que le había criado; cómo le llevó de la luz a las tinieblas, y cuán mal le pagó. Pero Dios salvó a Akikar, y aquél recibió su merecido bajando a las tinieblas. Por haber practicado la limosna, fué sacado del lazo de muerte, que le había puesto, mientras que Nadán cayó en la trampa y pereció. [11] Ved, hijos, lo que hace la limosna, y cómo la justicia es salud.»

Diciendo esto, dió su alma en el lecho. Tenía ciento cincuenta y ocho años, y le dieron honrosa sepultura. [12] Cuando murió Ana, la sepultó con su padre; y partió Tobías con su mujer y todos sus hijos a Ecbatana, a casa de Ragüel, su suegro. [13] Tuvo Tobías una buena ancianidad y sepultó a sus suegros honrosamente, heredando su hacienda y la de Tobit, su padre (1). [14] Murió en Ecbatana de Media, a la edad de ciento veintisiete años. [15] Antes de morir tuvo noticia de la ruina de Nínive, cuyos habitantes llevaron cautivos Nabucodonosor y Asuero, y se alegró de la suerte de Nínive, antes de morir.

(1) En Tobías se realiza la sentencia de ver a sus hijos hasta la cuarta generación, muriendo lleno de días.

INTRODUCCION AL LIBRO DE JUDIT

RECIBE el libro su nombre de la heroína que es el personaje principal de la obra. El argumento sería un episodio importante de la historia de las naciones orientales, y principalmente del pueblo israelita. Un rey de Nínive, capital del imperio asirio, por nombre Nabucodonosor, siente ansias de ser reconocido, no sólo por soberano, sino también como dios, y por dios único de todos los pueblos. Para lograr su propósito empieza por dirigir un mensaje, que es a la vez ultimátum. Es el mensaje rechazado, y se viene entonces a los medios de fuerza. Lograda la victoria contra un cierto Arfacsad, rey de Media, el primer general de los ejércitos asirios, Holofernes, se pone al frente de ciento veinte mil infantes, doce mil caballos, mas un ejército numeroso de tropas auxiliares que se le van agregando, con el encargo de someter el resto de las naciones a la obediencia y culto de Nabucodonosor. Y, en efecto, la expedición, aunque geográficamente nada clara, procede con gran éxito hasta venir a enfrentarse con Israel por el norte de la región de Samaria.

Hacía poco que el pueblo de Dios había vuelto del cautiverio y había restaurado la ciudad de Jerusalén con su santuario y repoblado el resto de la tierra. La nación samaritana no parece existir. Vive el pueblo tranquilo, bajo el gobierno del sumo sacerdote y de un senado de ancianos (gueraría), muy confiados en la protección del Señor, por la fiel observancia de su alianza. El ataque de los asirios se dirige contra la ciudad de Betulia (Betilina), que a pesar de los detalles que se dan en 4, 4-8, no se ha logrado identificar. Más de un mes resiste el asedio de tan poderoso ejército; hasta que Judit sale de la ciudad, engaña al generalísimo asirio y le da muerte, causando la dispersión de todas sus fuerzas.

Los exégetas encuentran dificultades para encuadrar los episodios narrados

en este libro en la historia general de los pueblos orientales. Algunos los colocan en tiempos ne Asurbanípal, otros en los de Artajerjes o en los de Epifanes.

Tampoco están del todo conformes, aun los católicos, en determinar el género literario de este librito; asunto que debe resolverse en conformidad con la luminosa doctrina expresada en la citada Encíclica de Pío XII, Divino Afflante Spiritu, *empezando por resolver el problema crítico de la conservación del texto primitivo.*

En la conducta de Judit hay cosas que la moral cristiana no justifica. Santo Tomás dice de ellas: «Se recomiendan algunos en la Sagrada Escritura, no por la perfección de su virtud, sino por cierta índole virtuosa, es decir, por cierto afecto laudable, los que movía a ejercitar cosas ilícitas. Así es alabada Judit, no por haber mentido a Holofernes, sino por el afecto que a ello la indujo, es decir, el amor a su pueblo, por el cual se expuso al peligro.« (Sum. Theol. II, II, q. 110 a. 3 ad 3).

Del autor del libro nada podemos afirmar, sino que era un judío, conocedor de las Escrituras, lleno de fe en los destinos de su nación, devoto de la ley, que escribió en hebreo o arameo, hacia el fin del judaísmo, un siglo o dos antes de Jesucristo.

Se desconoce el texto original, y las versiones que nos quedan se dividen en dos grupos. Forman el primero los diversos códices de la versión griega, la antigua ítala y la versión siríaca, de la griega derivadas. El segundo grupo lo forma la versión de San Jerónimo, que tenemos en la Vulgata, de la cual dice el autor en su carta-prólogo: «Al hacer este trabajillo he traducido más bien sentido de sentido que de la palabra la palabra. He prescindido de las numerosas divergencias de los códices, dando en latín sólo aquello que del texto caldeo logré sacar en limpio.» Resulta, pues, que la versión del santo Doctor está hecha de los textos arameos en la forma que él mismo dice. Para la nuestra hemos tomado por base el texto griego, publicado en la edición que Sixto V hizo de los LXX. (Cfr. Intr. Gral.)

JUDIT

Arfacsad, rey de Ecbatana.

1 [1] Era el año duodécimo del reinado de Nabucodonosor, que reinó sobre los asirios en la gran ciudad de Nínive, en los días de Arfacsad, que reinó sobre los medos en Ecbatana, [2] a la que rodeó de un muro construído de piedras labradas, de tres codos de ancho y seis de largo, siendo la altura del muro de setenta codos y de cincuenta su anchura. [3] Levantó también torres en las puertas, hasta la altura de cien codos, y el ancho de sus cimientos era de sesenta codos. [4] Construyó sus puertas, que se levantaban hasta setenta codos, siendo su ancho de cuarenta, para dar paso a sus fuerzas poderosas y a la muchedumbre de sus infantes.

Mensaje de Nabucodonosor a las naciones y guerra contra Arfacsad.

[5] En aquellos días combatió Nabucodonosor contra Arfacsad en la gran planicie, esto es, en los confines de Ragáu. [6] Le habían salido al paso todos los habitantes de la montaña, todos los ribereños del Eufrates, del Tigris y del Hidaspes; y en la llanura de Arioc, el rey de los Elamitas y muchísimos pueblos se juntaron para hacer frente a los hijos de Jelcal, (caldeos). [7] Después mandó sus fuerzas Nabucodonosor, rey de los asirios, contra Persia, contra todos los habitantes del Occidente, contra Cilicia, Damasco, el Líbano y el Antilíbano, contra cuantos moran en la costa del mar, [8] contra los del Carmelo, contra

Galaad, Galilea la alta, contra la gran llanura de Esdrelón, [9] y los moradores de Samaria y sus ciudades, contra el otro lado del Jordán hasta Jerusalén, Betona, Quelos, Cades, contra el río de Egipto, Tafnis, Rameses y toda la tierra de Guesen, [10] hasta por encima de Tafnis y de Menfis, y todo Egipto hasta los confines de Etiopía.

[11] Despreciaron todos los moradores de la tierra el mensaje de Nabucodonosor, rey de los asirios, y se aprestaron para hacerle la guerra, porque no le temían, pues era a sus ojos como un hombre cualquiera. [12] Se irritó grandemente Nabucodonosor contra todas estas gentes, y juró por su trono y por su señorío que tomaría venganza de todos los confines de Cilicia y de Damasco y de Siria, y que aniquilaría con su espada a todos los moradores de Moab, y a los hijos de Ammón y a toda la Judea y a todos los que moran en Egipto, hasta los confines de los dos mares.

[11] Había puesto en movimiento sus fuerzas contra el rey Arfacsad, en el año diecisiete; le venció en batalla campal y aniquiló todo el poder de Arfacsad, toda su caballería y todos sus carros, [12] y se apoderó de sus ciudades, llegando hasta Ecbatana, haciéndose dueño de sus torres y devastando sus calles y convirtiendo en oprobio toda su belleza. [13] Se apoderó de Arfacsad en las montañas de Ragáu, y le atravesó con sus propias armas y acabó con él. [14] Vuelto Nabucodonosor a Nínive con todo su ejército y con todos los que se le habían unido, muchedumbre incontable de guerreros, descansó allí y banqueteó con su ejército por espacio de ciento veinte días.

Guerra contra las naciones.

2 [1] El año dieciocho, el veintidós del primer mes, corrió la voz en el palacio de Nabucodonosor, rey de los asirios, de que iba a tomar venganza de toda la tierra, como lo había dicho. [2] Llamó a todos sus oficiales y a todos sus grandes, y confirió con ellos sus secretos planes, resolviendo poner en ejecución toda la maldad que había proferido su boca contra la tierra. [3] Fueron de parecer que se destruyese a cuantos no se sometieran a los decretos del rey. [4] Terminado el consejo, llamó Nabucodonosor, rey de los asirios, a Holofernes, general de su ejército, que era el segundo después de él, y le dijo:

[5] «Esto ordena el rey grande, el Señor de toda la tierra: En saliendo de mi presencia, tomarás contigo hombres que confíen en sus fuerzas; de infantes hasta ciento veinte mil, y caballos con sus jinetes, doce mil; [6] e invadirás toda la tierra del Occidente, por haber desobedecido la orden de mi boca. [7] Les intimarás que me preparen la tierra y el agua, porque en mi furor saldré contra ellos y cubriré toda la haz de la tierra con los pies de mis soldados, y se la entregaré al saqueo; [8] y sus heridos llenarán los barrancos y los torrentes, y el río se desbordará lleno de sus muertos; [9] y conduciré sus cautivos hasta los extremos confines de la tierra. [10] Empezarás por ocupar todo su territorio, y como se te rendirán, me los reservas para el día de su castigo. [11] Mas para los rebeldes no haya perdón, sean entregados a la muerte, y al saqueo toda su tierra. [12] Por mi vida y por la fuerza de mi imperio, que cuanto dije lo ejecutaré por mi mano. No dejes de cumplir ni una palabra de tu señor, antes las ejecutarás exactamente, según te lo ordeno y sin dilación.»

[13] Partió Holofernes de la presencia de su señor, y tomó consigo a todos los magnates, generales y capitanes del ejército asirio; [14] pasó revista a las tropas escogidas para la guerra, según le había ordenado su señor, hasta ciento veinte mil infantes y doce mil arqueros a caballo, y los ordenó como se ordena la muchedumbre guerrera. [15] Tomó, además, camellos, asnos y mulos, para la impedimenta, en cantidad muy grande; ovejas, bueyes y cabras, para su aprovisionamiento, y vituallas en cantidad para toda la gente, y asimismo mucho oro y plata del tesoro del rey.

[16] Luego se puso en marcha con todo su ejército; y adelantándose al rey Nabucodonosor, cubrió toda la haz de la tierra, hacia el Occidente, con sus carros, jinetes e infantes escogidos, y una abigarrada muchedumbre como la langosta, incontable como el polvo de la tierra, que se les agregó. [17] Partieron de Nínive, caminando durante tres días por la llanura de Bectelet y asentó su campamento, desde Bectelet hasta cerca de la montaña, a la derecha de la Cilicia superior.

18 Y tomando todo su ejército, sus
infantes, sus jinetes y sus carros,
partió de allí en dirección a la mon-
taña. 19 Rompió por Put y Lud, de-
vastó a los hijos de Rarses y a los de
Ismael, que habitan los linderos del
desierto, hacia el mediodía de los
Quelos. 20 Pasó el Eufrates; y atra-
vesando la Mesopotamia, tomó por
asalto todas las ciudades fuertes del
torrente Abrona, hasta el mar. 21 Se
apoderó de todo el territorio de Cilicia,
derrotando a cuantos se le opusieron,
y llegó hasta los confines de Jafet,
por la parte del mediodía, enfrente
de la Arabia. 22 Cercó a todos los
hijos de Madián, dió al fuego sus tien-
das y saqueó sus apriscos. 23 Descen-
dió luego al territorio de Damasco,
en los días de la recolección del trigo,
incendió todos los campos, destruyó
sus rebaños y vacadas, saqueó sus
ciudades, asoló sus campiñas, e hirió
toda su juventud al filo de la es-
pada. 24 Temor y temblor se apoderó
de toda la costa, de los moradores de
Sidón y de Tiro, y de los habitantes
de Acco. Los habitantes de Azoto
y Ascalón se llenaron asimismo de
miedo.

3 1 Y le enviaron mensajeros con
propuestas de paz, diciendo: «Mira,
nosotros somos siervos del rey grande
Nabucodonosor, nos postramos en tu
presencia, para que hagas con nos-
otros según tu arbitrio (1). 2 Nuestras
majadas y todos nuestros trigales,
nuestros rebaños y vacadas, y los
apriscos de nuestros ganados, todo
está a tu disposición, dispón de todo
según te plaza. 3 Y nuestras ciudades
con sus moradores, siervos tuyos son;
ven y haz con ellos como bien te pa-
rezca.» 4 Llegados los hombres a Holo-
fernes, le hablaron en esta forma.

5 Descendió él con su ejército a la
costa y puso guarniciones en las ciu-
dades fuertes, y de ellas enroló en su
ejército gente escogida. 6 Toda la
región le recibió con coronas, danzas
y panderos. 7 Devastó todo su terri-
torio y taló sus bosques sagrados, y
ordenó destruir todos los dioses de
aquella tierra, para que sólo a Nabu-
codonosor adorasen todas las nacio-
nes, y le invocaran como a dios todas
las lenguas y todas las tribus. 8 Lle-
gado al llano de Esdrelón, cerca de
Dotán, frente a la gran llanura de
Judá, asentó su campo entre Gaba
y Escitópolis, donde permaneció un
mes esperando toda la impedimenta
de su ejército.

Llega la guerra a Judá.

4 1 Así que los hijos de Israel que
moraban en Judá oyeron todo
cuanto había hecho a los gentiles Ho-
lofernes, general en jefe del ejército
de Nabucodonosor, rey de los asirios,
y cómo había saqueado todos los
templos y los había destruído, 2 sin-
tieron grandísimo miedo y se turba-
ron por Jerusalén y por el templo del
Señor, su Dios (1); 3 pues recientemente
habían subido de la cautividad, y
hacía poco que se había reunido todo
el pueblo de Judea, y el mobiliario y
el altar y la casa habían sido santi-
ficados después de su profanación.
4 Enviaron, pues, a toda la región de
Samaria, y sus aldeas, Betorón, Bel-
maisi, Jericó, Joba, Aisora y el valle
de Solum; 5 y ocuparon todas las cimas
de los montes altos y amurallaron
sus aldeas, y se aprovisionaron de vi-
tuallas en previsión de la guerra, pues
recientemente habían recogido la co-
secha de sus campos.

6 Escribió Joaquim, que por aque-
llos días era sumo sacerdote en Jeru-
salén, a los moradores de Betulia y
de Bet-Orrestaim, enfrente de Esdre-
lón, ante la llanura que está junto a
Doraim, 7 diciéndoles que resistiesen
en las subidas de la montaña, pues
por ellas era el acceso a Judea, y como
éste era estrecho, sería fácil aún a
sólo dos hombres impedir el paso a
los que llegaban. 8 Ejecutaron los
hijos de Israel las órdenes de Joaquim,
el sumo sacerdote, y del senado de
todo el pueblo de Israel, que tenía su
asiento en Jerusalén.

9 Todos los hijos de Israel clamaron
con gran instancia a Dios y se humi-
llaron con gran fervor; 10 ellos, sus
mujeres y sus hijos, todos los extran-
jeros o jornaleros, y sus esclavos, vis-
tiéronse de saco. 11 Todos los israelitas,

(1) El autor hace resaltar el temor y el servilismo de los pueblos gentiles, que a todo se acomodan en contraposición a Israel, que, confiado en su Dios, resiste hasta lograr la humillación del invasor.

(1) También Israel teme, pero no tanto por sí, cuanto por la Ciudad Santa y el Santuario de Dios, que acababan de levantar, y por el culto divino que hacía poco habían restaurado.

las mujeres y los niños, los moradores de Jerusalén, se postraron ante el santuario, cubrieron de ceniza sus cabezas, mostraron sus sacos ante el Señor, y revistieron de saco el altar. [12] Todos a una clamaron al Dios de Israel, pidiéndole con ardor que no entregase al saqueo sus hijos, ni diese sus mujeres en botín, ni las ciudades de su heredad a la destrucción, ni el santuario a la profanación y el oprobio, regocijando a los gentiles (1).

[13] Escuchó el Señor sus clamores y miró su aflicción. Ayunaba el pueblo todos los días en Judea y en Jerusalén, ante el santuario del Señor Omnipotente. [14] Joaquim, sumo sacerdote, y todos los sacerdotes que asistían en la presencia del Señor y le servían, ceñían de saco su cintura al ofrecer el holocausto perpetuo y los votos y las ofrendas del pueblo, [15] y echaban ceniza sobre sus tiaras, y clamaban al Señor con todas sus fuerzas, pidiendo que se dignase visitar a toda la casa de Israel.

Actitud de Holofernes ante la resistencia de Israel.

5 [1] Llegó a noticias de Holofernes, generalísimo del ejército asirio, que los hijos de Israel se preparaban para la guerra; que habían cerrado las entradas de las montañas, fortificando todas las cumbres de los montes altos, y colocando barreras en el llano. [2] Montando en cólera, llamó a todos los príncipes de Moab, a los capitanes de Ammón y a todos los sátrapas de la corte, y les habló en estos términos (2): «Decidme, hijos de Canaán, ¿qué pueblo es ése que mora en las montañas? ¿Qué ciudades habitan? ¿Cuál es el número de sus soldados? ¿En qué está su fuerza y su poder? ¿A quién tienen por rey y jefe de su ejército? ¿Por qué desdeñan venir a mi encuentro, a diferencia de todos los moradores del Occidente?»

Discurso de Aquior.

[3] Le contestó Aquior, jefe de los hijos de Ammón: «Escuche mi señor una palabra de boca de tu siervo, y te diré la verdad acerca del pueblo que habita estas montañas próximas a donde tú estás, que no saldrá mentira de la boca de tu siervo. [4] Este pueblo es originario de Caldea. [5] Habitaron primero en la Mesopotamia; y por no seguir a los dioses de sus padres, que vivían en la Caldea, [6] la abandonaron y dejaron su culto para adorar al dios del cielo, el dios que se les había dado a conocer. Los padres los arrojaron de la presencia de sus dioses, y ellos huyeron a Mesopotamia, donde habitaron muchos días. [7] Les dijo su dios que salieran de sus moradas, y se encaminaran a la tierra de Canán, donde peregrinaron, enriqueciéndose de oro y plata y muchos rebaños. [8] Bajaron a Egipto, porque el hambre había invadido la tierra de Canán, y se instalaron allí, donde hallaron alimento, multiplicándose hasta hacerse incontable su número. [9] Pero se levantó contra ellos un rey de Egipto, que los oprimió con trabajos de hacer ladrillos, y los humillaba, convirtiéndolos en esclavos. [10] Clamando a su dios, hirió éste toda la tierra de Egipto con plagas, para las cuales no había cura, hasta que los arrojaron los egipcios de su presencia. [11] Secó su dios el Mar Rojo delante de ellos, [12] y los encaminó al Sinaí y a Cadesbarne; y arrojando a todos los que moraban en el desierto, [13] habitaron en la tierra de los amorreos, y con su poder aniquilaron a todos los habitantes de Hesebón. Atravesaron luego el Jordán y se posesionaron de la montaña; [14] hicieron huir delante de ellos a los cananeos, a los fereceos, a los jebuseos, a los siquemitas y a todos los gergueseos, y habitaron en esta tierra mucho tiempo. [15] Todo les fué bien mientras no pecaron contra su dios, porque éste, que aborrece la injusticia, estaba con ellos. [16] Pero cuando se apartaron del camino que les había señalado, luego fueron destruídos con muchas guerras, y llevados cautivos a tierra extraña, y el templo de su dios convertido en ruinas, y sus ciudades ocupadas por los enemigos. [17] Ahora, que se han convertido a su dios, han subido de la región en donde estuvieron dispersos, y se apoderaron de Jerusalén donde está su santuario, y se establecieron en la montaña, que estaba despoblada. [18] Ahora, pues, dueño y señor: ¿Hay escándalo en este

(1) Ante el peligro que les amenaza, su recurso es a Dios, a quien todos oran haciendo penitencia.

(2) La actitud del caudillo enemigo se ajusta a la de su representado y su orgullo al del soberano que le envía.

pueblo? Si hay en él alguna culpa o pecado contra su dios, entonces subamos, que los derrotaremos. [19] Pero si no hubiese en ellos iniquidad, pase de largo mi señor, porque su dios los protegerá y será con ellos, y vendremos a ser objeto de oprobio ante toda la tierra» (1).

[20] Y así que acabó Aquior de pronunciar estas palabras, todo el pueblo, que estaba en torno de la tienda, rompió en murmullos de reprobación. Los magnates de Holofernes y todos los moradores de la corte y de la región de Moab, pidieron que Aquior fuese descuartizado. [21] Porque nunca temeremos, decían, nada de los hijos de Israel. Es un pueblo sin ejército, sin fuerza para sostener una lucha dura. [22] Subamos, pues, y serán pasto de todo tu ejército, señor Holofernes.

Fruto inmediato del discurso de Aquior.

6 [1] En cuanto cesó el tumulto de las gentes que rodeaban al consejo, dijo Holofernes, general en jefe del ejército asirio, a Aquior, y a los moabitas, en presencia de todo el pueblo extranjero: «¿Quién eres tú, Aquior, y vosotros, mercenarios de Efraím, para profetizar como lo habéis hecho hoy, diciendo que no luchemos contra la nación israelita porque la proteje su Dios? [2] ¿Qué dios hay, si no es Nabucodonosor? [3] Este ha enviado su ejército y los borrará de la haz de la tierra, sin que su dios pueda librarlos; ante vosotros, siervos de Nabucodonosor, los aplastaremos como a un solo hombre, y no podrán resistir el empuje de nuestra caballería. [4] Con ella inundaremos su tierra y bañaremos en sangre sus montañas y llenaremos de cadáveres sus valles, y no podrán mantenerse en pie delante de nosotros, y todos enteramente perecerán, dice Nabucodonosor, señor de toda la tierra, y sus palabras no quedarán sin cumplimiento. [5] Pero tú, Aquior, mercenario de Ammón, que tales discursos has tenido en este día de tu insensatez, no volverás a ver mi rostro hasta que yo no haya castigado a esa nación de huídos de Egipto. [6] Cuando yo vuelva, atravesará tu cuerpo el hierro de mi ejército, y la muchedumbre de mis lanceros tu costado, y caerás bañado en tu sangre. [7] Mis siervos te llevarán a la montaña, y te pondrán en una de las ciudades de la subida, [8] y no perecerás hasta que con ellos seas aniquilado. [9] Ya que tan firme esperanza tienes de que no sean conquistados, no se abata tu rostro. De cuanto he dicho, ni una palabra caerá en el vacío.»

[10] Luego ordenó Holofernes a los siervos que estaban a su lado en la tienda, que tomasen a Aquior y le llevaran a Betulia, entregándole a los israelitas. [11] Cogiéronle los siervos de Holofernes y le condujeron fuera del campamento, que estaba en el llano, y le llevaron del llano a la montaña, a las fuentes que están situadas por debajo de Betulia. [12] En cuanto los de la ciudad los vieron, tomaron sus armas y salieron a la cima del monte. Los honderos se mantuvieron en sus puestos y arrojaron piedras sobre los asirios. [13] Pero ellos, ocultándose en los repliegues de la montaña, amarraron a Aquior y le abandonaron a raíz del monte, volviéndose a su amo.

[14] Bajaron de la ciudad los hijos de Israel, dieron con él y le desataron, y llevándole a Betulia, le entregaron a los jefes de la ciudad. [15] Eran éstos en aquellos días Ocías, hijo de Mica, de la tribu de Simeón, Abris, hijo de Otoniel, y Carmis, hijo de Malquiel; [16] los cuales convocaron luego a los ancianos de la ciudad. Todos los jóvenes y las mujeres concurrieron también a la asamblea, y puesto Aquior en medio del pueblo, le interrogó Ocías acerca lo sucedido. [17] Dióles cuenta él de los discursos habidos en la sesión de Holofernes, y de lo que había dicho a los príncipes asirios, y de las insolencias proferidas por Holofernes contra los israelitas. [18] Postrándose en tierra el pueblo, clamaron a Dios, diciendo: [19] «Señor, Dios del cielo; mira el orgullo de esos y apiádate de nuestro linaje humillado, y pon hoy los ojos en el rostro de tus santificados.» [20] Consolaron a Aquior y le alabaron grandemente. [21] Ocías le sacó de la asamblea y le condujo a su casa, donde le dió un banquete, al que

(1) Este relato de Aquior, además de resumir la historia de Israel, pone de relieve una ley que en la historia sagrada hagiógrafos y profetas enseñan: que Dios es el refugio de Israel y que nada tiene éste que temer mientras se mantenga fiel a Yave.

invitó a todos los ancianos (1). Toda aquella noche estuvieron invocando el auxilio del Dios de Israel.

Los asirios, sobre Betulia.

7 [1] Al día siguiente dió orden Holofernes a todo su ejército y a las tropas auxiliares, de prepararse para atacar a Betulia, ocupando las subidas de los montes y haciendo ya la guerra contra los hijos de Israel. [2] Entonces se dispusieron todos sus hombres de armas y la masa de sus guerreros, en número de ciento setenta mil infantes y doce mil jinetes, fuera de la impedimenta y de la muchedumbre de los hombres que iban con ella, que era muy grande. [3] Acamparon en el valle junto a Betulia, cerca de la fuente, y se desplegaron a lo ancho, hasta Dotain, Belmain, y a lo largo desde Betulia hasta Ciarnón, que está enfrente de Esdrelón. [4] Cuando los israelitas vieron tanta muchedumbre, quedaron consternados, y unos a otros se dijeron: «Ahora sí que van a devorar éstos toda la haz de la tierra, y ni los altos montes, ni los valles, ni los collados, podrán soportar su peso.» [5] Y tomando cada uno sus armas, encendieron hogueras sobre las torres y permanecieron guardándolas toda aquella noche. [6] Al día siguiente, hizo desfilar Holofernes toda su caballería a la vista de los israelitas que estaban en Betulia; [7] examinó las subidas de la ciudad y recorrió las fuentes de sus aguas, apoderándose de ellas y estableciendo puestos de guardia, para volverse luego a su gente. [8] Entonces se acercaron a él los príncipes de Esaú, los jefes de Moab y los capitanes de la Corte, diciéndole:

[9] «Escuche nuestro señor una palabra, si quieres que no sufra quebranto tu ejército. [10] Este pueblo de los israelitas no confía en sus lanzas, sino en las alturas de los montes en que habitan; y en efecto, no es fácil dominar las cimas de sus montes. [11] Ahora bien, señor; no luches contra ellos como se lucha en batalla campal, y evitarás que caiga ni un solo guerrero. [12] Quédate tú en el campamento, y ten en guardia a todo tu ejército; pero haz que tus siervos se apoderen de las fuentes de agua que brotan a raíz del monte, [13] porque de ella se abastecen todos los moradores de Betulia. La sed los matará, y acabarán por entregarte la ciudad, mientras que nosotros y nuestro pueblo subimos a las cimas de los montes próximos y acampamos en ellas, para guardarlas e impedir que salga de la ciudad hombre alguno. [14] Así el hambre los consumirá a ellos, a sus mujeres y a sus hijos; y antes que los alcance la espada, quedarán tendidos en las calles de su propia ciudad, [15] dándoles tú el merecido, por su malvada conducta de no haber salido a tu encuentro en son de paz.»

El asedio de Betulia.

[16] Fueron bien recibidas por Holofernes y todos sus siervos estas palabras, y al punto ordenó ejecutar cuanto se había dicho. [17] Los hijos de Ammón levantaron el campo, y con ellos cincuenta mil asirios, que acamparon en el valle y ocuparon las aguas y los manantiales de agua de los israelitas. [18] Subieron los hijos de Esaú y los de Ammón, y acamparon en la montaña frente a Dotain. Pusieron luego una división hacia el mediodía, hacia el este, contra Cesebel, que cae cerca de Huri, sobre el torrente de Macmar, y el resto del ejército asirio acampó en el llano, cubriendo toda la haz de la tierra. Las tiendas y la impedimenta se extendían en inmensa muchedumbre, con todas sus gentes, que eran en extremo numerosas. [19] Los hijos de Israel clamaron al Señor, su Dios, pues perdieron el ánimo al verse cercados por sus enemigos, sin posible escape. [20] El campo de los asirios, su infantería, sus carros y su caballería, los tuvieron cercados por espacio de treinta y cuatro días; de manera que a los habitantes de Betulia se les agotaron todas las aguas, [21] quedaron vacías las cisternas, sin que tuvieran para beber a saciedad un día, y el agua se les distribuía con medida. [22] Desmayaban las mujeres y los niños, los jóvenes desfallecían de sed, y caían sin fuerza en las calles de la ciudad y en los pasos de las puertas.

[23] Se amotinó todo el pueblo contra Ocías y contra los jefes de la ciudad,

(1) El relato de Aquior a los sitiados acrecienta en éstos la fe y confianza en Dios. ¿Cómo desconfiar ellos cuando un extraño mostraba tal seguridad?

jóvenes, mujeres, y niños, y clamaron a grandes voces contra todos los ancianos, diciendo: [24] «Sea Dios juez entre nosotros y vosotros, por habernos sometido a tamaña injusticia, no proponiendo tratos de paz a los asirios. [25] Ahora ya no hay para nosotros auxilio, y Dios nos ha entregado en sus manos, para que ante ellos caigamos de sed y suframos completa ruina. [26] Ahora, pues, llamadlos, y entregad la ciudad al saqueo de las gentes de Holofernes y de todo su ejército. [27] Más ventajoso nos será entregarnos a ellos, porque siquiera, siendo siervos suyos, viviremos, y no veremos con nuestros ojos la muerte de nuestros niños, y consumidas nuestras mujeres y nuestros hijos. [28] Os conjuramos por el cielo y la tierra, por nuestro Dios y Señor de nuestros padres, que nos castiga según nuestros pecados y según las transgresiones de nuestros padres, que desistáis.» [29] Se produjo un gran llanto en medio de la asamblea, y todos a una clamaron a grandes voces al Señor, Dios (1).

[30] Díjoles Ocías: «Tened ánimo, hermanos, esperemos cinco días, en los cuales volverá sobre nosotros su misericordia el Señor, nuestro Dios, que no nos abandonará hasta el fin. [31] Si pasados estos días no nos viniera ningún auxilio, yo haré lo que pedís.» Despidió al pueblo, y se fué cada uno a su puesto, a los muros y a las torres de la ciudad, y a las mujeres y a los niños los mandó a sus casas. Grande era el abatimiento que dominaba en la ciudad.

Judit.

8 [1] Entonces lo supo Judit, hija de Merarí, hijo de Ox, hijo de José, hijo de Ociel, hijo de Helcías, hijo de Elín, hijo de Quelcías, hijo de Eliab, hijo de Natanael, hijo de Salamiel, hijo de Saresadai, hijo de Israel. [2] Su marido, Manasés, era de su misma tribu y familia, y había muerto en los días de la siega de la cebada. [3] Hallándose con los atadores de haces en el campo, cogió una insolación y cayó en el lecho, y murió en Betulia, su ciudad. Diéronle sepultura en la de sus padres, en el campo que hay entre Dotaim y Belamán.

[4] Vivía en su casa Judit, guardando su viudez hacía tres años y cuatro meses. [5] Habíase hecho un cobertizo en el terrado de la casa, y llevaba saco a la cintura debajo de los vestidos de su viudez (1). [6] Ayunaba todos los días, fuera de los sábados, novilunios, las solemnidades y días de regocijo de la casa de Israel. [7] Era bella de formas y de muy agraciada presencia. Su marido, Manasés, la había dejado oro y plata, siervos y siervas, ganados y campos, que ella por sí administraba. [8] Nadie podía decir de ella una palabra mala, porque era muy temerosa de Dios.

[9] Llegaron a los oídos de Judit las desatinadas palabras que el pueblo había dirigido al jefe; vió cuán abatidos estaban por la escasez del agua, y supo asimismo la respuesta de Ocías, jurando entregar la ciudad a los asirios pasados cinco días. [10] Envió a su sierva, la que tenía puesta sobre todos sus bienes, e hizo llamar a los ancianos de la ciudad, Ocías, Cabrín y Carmín, [11] y cuando llegaron les dijo:

«Escuchadme, príncipes de la ciudad de Betulia: No es acertado lo que hoy habéis dicho al pueblo, como tampoco el juramento que habéis interpuesto entre Dios y vosotros, diciendo que entregaríais la ciudad a vuestros enemigos, si en esos días no viniere el Señor en vuestro auxilio. [12] ¿Quiénes sois vosotros para tentar a Dios, los que estáis constituídos en lugar de Dios, en medio de los hijos de los hombres? [13] ¿Al Dios Omnipotente pretendéis poner a prueba? ¿No acabáis de aprender? [14] Si no podéis sondear la profundidad del corazón humano, ni comprender sus pensamientos, ¿cómo vais a escudriñar a Dios, el Creador de todas las cosas, a penetrar su mente y comprender sus pensamientos? De ningún modo, hermanos, irritéis al Señor, Dios nuestro; [15] que si no quisiere ayudarnos en los cinco días, poder tiene para protegernos en el día que quisiere, o para destruirnos en presencia de nuestros enemigos. [16] No pretendáis hacer fuerza a los conse-

(1) Este incidente, al mismo tiempo que muestra el aprieto del pueblo, manifiesta la fe de Judit y la oportunidad del auxilio divino.

(1) Judit es el tipo de la piedad israelita, semejante a aquella viuda que San Lucas nos muestra sirviendo al Señor en el templo en oración y ayuno desde su temprana viudez.

jos del Señor Dios nuestro, que no es Dios como un hombre que se mueve con amenazas, ni como un hijo del hombre que se rinde. [17] Por tanto, esperando la salud, clamemos a El que nos socorra. Si fuese su beneplácito, oirá nuestra voz. [18] Porque no hay en nuestra generación, ni se conoce en nuestros días tribu, ni familia, ni región, ni ciudad, que adore dioses fabricados, como sucedía en los tiempos antiguos, [19] por causa de los cuales fueron entregados nuestros padres a la espada y al saqueo y cayeron con gran estrago delante de sus enemigos. [20] Pero nosotros no conocemos otro Dios fuera de él, por donde esperamos que no nos desatenderá, ni a nosotros ni a ninguno de nuestro linaje. [21] Considerad que si nosotros fuéramos tomados, también Judea será destruída y nuestro santuario saqueado, y entonces Dios nos pediría cuenta de su profanación. [22] Y la matanza de nuestros hermanos, y el cautiverio de la tierra y la desolación de nuestra heredad, la haría el Señor recaer sobre nuestras cabezas en medio de las naciones a quienes sirviéramos, siendo escándalo y ludibrio a los ojos de nuestros dueños. [23] Ni sería nuestra servidumbre para nuestro bien; antes en nuestra deshonra la volvería el Señor, Dios nuestro. [24] Y ahora, hermanos, mostremos a nuestros conciudadanos que de nosotros pende no sólo nuestra vista, sino que el santuario, el templo y el altar sobre nosotros se apoyan. [25] Demos gracias al Señor, nuestro Dios, que nos prueba, igual que a nuestros padres. [26] Recordad cuanto hizo con Abraham, cómo probó a Isac, y qué cosas sucedieron a Jacob en Mesopotamia de Siria, cuando apacentaba las ovejas de Labán, su tío. [27] Pues así como a aquéllos no los pasó por el crisol sino para examinar su corazón, así también a nosotros nos azota, no para castigo, sino para amonestación de los que le servimos» (1).

[28] Ocías le respondió: «Todo cuanto has dicho es salido de un buen corazón, y no hay quien a tus palabras pueda oponer nada. [29] No es hoy cuando tu sabiduría se descubre; desde el principio de tus días conoció el pueblo tu inteligencia y tu buen corazón. [30] Pero es mucho lo que el pueblo padece por la sed, y esto nos obligó a hablar como hablamos, y a hacer el juramento que no quebrantaremos. [31] Ruega por nosotros, tú que eres mujer piadosa, y el Señor enviará lluvia que llene nuestras cisternas, para que no perezcamos.»

[32] Díjoles Judit: «Escuchadme: Yo me propongo realizar una hazaña que se recordará de generación en generación entre los hijos de nuestra raza. [33] Vosotros estaos esta noche a la puerta; yo saldré con mi sierva, y en los días que pusisteis por término para entregar la ciudad a vuestros enemigos, visitará el Señor a Israel por mi mano. [34] No tratéis de averiguar mis planes, que no os los manifestaré mientras no haya dado remate a lo que me propongo ejecutar.»

[35] Y le contestaron Ocías y los jefes: «Vete en paz, y que el Señor vaya delante de ti, para que nos vengues de nuestros enemigos.» [36] Y saliendo del cobertizo, se fueron.

(1) Este discurso de Judit a los jefes del pueblo muestra la grandeza de su fe y el alto concepto que tiene del soberano poder de Dios, que sin duda cumplirá sus promesas, pero que es libre para elegir el tiempo y el modo de cumplirlas. Si tarda es que quiere probarnos, pero no dejará de venir en nuestro auxilio.

Oración de Judit.

9 [1] Judit, postrándose rostro a tierra, echó ceniza sobre su cabeza y descubrió el cilicio que llevaba ceñido. Era precisamente la hora en que se ofrecía en Jerusalén, en la casa de Dios, el incienso de la tarde, cuando clamó Judit con gran voz al Señor, diciendo (1):

[2] «Señor, Dios de mi padre Simeón, en cuya mano pusiste una espada para tomar venganza de los extranjeros que habían violado a una doncella para su deshonra, poniendo al descubierto sus muslos para su vergüenza, y profanando su seno para su oprobio. [3] Contra lo que tú tenías mandado que se hiciese obraron ellos, y por eso entregaste sus príncipes a la muerte, y su lecho, testigo de sus engaños, lo cubriste de sangre;

(1) La oración se inspira en los mismos sentimientos antes expresados a los jefes del pueblo. Algo de extraño tiene la súplica pidiendo eficacia para los medios que se propone emplear. Véase lo dicho en la introducción, según la doctrina de Santo Tomás.

heriste a los siervos con sus príncipes, y a éstos sobre su trono. [4] Diste sus mujeres en presa y sus hijos al cautiverio, y todos sus bienes en reparto a tus hijos predilectos, que se abrasaban en celo por ti, abominaban la impureza de la sangre de aquéllos y te invocaron en su auxilio. Dios, Dios mío, escucha a esta pobre viuda. [5] Tú, en efecto, ejecutas las hazañas, las antiguas, las siguientes, las de ahora, las que vendrán después; tú plancaste lo que estaba por venir, y sucedía como tú lo habías decretado, y se presentaba a ti, diciendo: Heme aquí. Pues todos tus caminos están dispuestos y previstos tus juicios. [6] Mira que los asirios tienen un ejército poderoso, se engríen de sus caballos y jinetes, se enorgullecen de la fuerza de sus infantes, tienen puesta su confianza en sus broqueles, en sus lanzas, en sus arcos y en sus hondas y no saben que tú eres el Señor que decide las batallas, cuyo nombre es Yave. [7] Quebranta su fuerza con tu poder, pulveriza su fuerza con tu ira; porque han resuelto violar tu santuario, profanar el tabernáculo en que se posa tu glorioso nombre, y derribar con el hierro los cuernos de tu altar. [8] Pon los ojos en su soberbia, descarga tu cólera sobre su cabeza, dame a mí, pobre viuda, fuerza para ejecutar lo que he premeditado. [9] Hiere con la seducción de mis labios al siervo con el príncipe, y al príncipe con el siervo, y quebranta su orgullo por mano de una mujer. [10] Que no está tu poder en la muchedumbre, ni en los valientes tu fuerza; antes eres tú el Dios de los humildes, el amparo de los pequeños, el defensor de los débiles, el refugio de los desamparados y el salvador de los que no tienen esperanza. [11] Sí, sí, Dios de mis padres, y Dios de la heredad de Israel, Señor de los cielos y de la tierra, Creador de las aguas, Rey de toda la creación; escucha mi plegaria [12] y dame una palabra seductora, que cause heridas y cardenales en aquellos que han resuelto crueldades contra tu alianza, contra tu santa casa, contra el monte de Sión, contra la casa que es posesión de tus hijos. [13] Haz que todo tu pueblo y cada una de sus tribus reconozca y sepa que tú eres el Dios de toda fortaleza y poder, y que no hay otro fuera de ti que proteja al linaje de Israel.»

Sale Judit para el campo asirio.

10 [1] Una vez que cesó de clamar al Dios de Israel y acabó todo esto, se levantó de su postración, y llamando a la esclava, bajó a la casa en que solía morar los sábados y las festividades. [2] Se quitó el saco que llevaba ceñido y se despojó de los vestidos de viudez; bañó en agua su cuerpo, se ungió con ungüentos, aderezó los cabellos de su cabeza, púsose encima la mitra, se vistió el traje de fiesta con que se adornaba cuando vivía su marido Manasés, calzóse las sandalias, se puso los brazaletes, ajorcas, anillos y aretes y todas sus joyas, y quedó tan ataviada, que seducía los ojos de cuantos hombres la miraban. [3] Entregó a su sierva una bota de vino y un frasco de aceite, llenó una alforja de panes de cebada, de tortas de higos y de panes limpios, envolviéndolo todo en paquetes, y se lo puso a la esclava a las espaldas.

[4] Al salir por la puerta de la ciudad de Betulia, encontró al prefecto de la ciudad, Ocías, y a los ancianos Cabrín y Carmín; [5] los cuales, al verla y notar su rostro mudado y sus ricos vestidos, quedaron sobremanera maravillados de su belleza, y le dijeron: [6] «Dios, el Dios de nuestros padres, te dé gracia y lleve al cabo tus proyectos para gloria de Israel y exaltación de Jerusalén.» Y adoraron a Dios. [7] Ella les dijo: «Ordenad que se abran las puertas de la ciudad, y saldré a realizar lo que con vosotros he hablado.» Y ordenaron a los jóvenes que le abriesen las puertas, como ella había dicho. [8] Hiciéronlo así, y Judit salió, seguida de su sierva. La gente de la ciudad la estuvo mirando, hasta que bajando el monte atravesó el valle y la perdieron de vista.

[9] Siguiendo la dirección del valle, caminaron hasta que les salió al paso una avanzada de los asirios, [10] que la cogieron y le preguntaron: «¿Quién eres tú y de dónde vienes y a dónde vas?» A lo que ella contestó: «Soy una hija de los hebreos, que voy huyendo de su presencia, porque están a punto de seros dados en presa. [11] Voy a presentarme a Holofernes, general en jefe de vuestro ejército, para comunicarle noticias verdaderas; quiero indicarle el

camino por donde puede subir y dominar toda la montaña, sin que perezca ni uno solo de sus hombres.»
12 Cuando oyeron tales palabras y contemplaron su rostro, que les pareció maravilloso por su extraordinaria belleza, le dijeron: 13 «Has salvado tu vida, apresurándote a bajar a nuestro señor; ve, pues, a su tienda, que de los nuestros te acompañarán hasta entregarte a él. 14 Cuando estés en su presencia, no temas, comunícale esas noticias y serás bien tratada.» 15 Escogieron de ellos cien hombres, que la acompañaron a ella y a su sierva, conduciéndolas a la tienda de Holofernes. 16 Corrió por las tiendas la voz de su venida, y se juntó un gran concurso en el campamento, que la rodeó mientras estuvo fuera de la tienda de Holofernes, esperando ser presentada. 17 Todos se maravillaban de su belleza, y por ésta, de los hijos de Israel, diciéndose unos a otros: «¿Quién se atreverá a despreciar a este pueblo que tales mujeres tiene? No se debe dejar ni una sola de éstas, porque las que quedaren serían capaces de seducir a toda la tierra.» 18 Salieron los que hacían la guardia cerca de Holofernes y todos sus servidores, y la introdujeron en la tienda.
19 Hallábase Holofernes descansando en su lecho, bajo un dosel tejido de púrpura y oro y cuajado de esmeraldas y otras piedras preciosas. 20 En cuanto se la anunciaron, salió a la antecámara, precedido de lámparas de plata. 21 Llegada Judit a presencia de Holofernes y de sus servidores, todos se quedaron maravillados de la belleza de su rostro. Postróse ante él, pero los servidores la levantaron.

Judit, ante Holofernes.

11 1 Díjole Holofernes: «Ten buen ánimo, mujer, y no te intimides, que yo nunca hice daño a nadie que estuviera dispuesto a servir a Nabucodonosor, rey de toda la tierra. 2 Si ese tu pueblo que habita en la montaña no me hubiera despreciado, nunca yo levantara contra ellos mi lanza, pero ellos lo han querido. 3 Ahora dime por qué has huído de ellos, viniéndote a nosotros. En verdad te has salvado. Ten ánimo, que salva serás esta noche y en lo futuro. 4 Nadie se atreverá a ofenderte, antes todos te harán bien, como se hace a los siervos de mi señor, el rey Nabucodonosor.»
5 Judit le respondió: «Oye las palabras de tu esclava, y deja que te hable tu sierva, que no diré a mi señor esta noche cosa que no sea verdad. 6 Si sigues las indicaciones de tu esclava, seguramente que Dios acabará por ti el negocio, y no fracasará mi señor en sus empresas. 7 Pues por la vida de Nabucodonosor, rey de toda la tierra, y por el poder de quien te ha enviado para reducir al buen camino a todos los vivientes, que no sólo los hombres serán por ti reducidos a su servidumbre, sino que aun las mismas fieras del campo y los ganados y las aves del cielo, por tu fortaleza vivirán bajo el gobierno de Nabucodonosor y de toda su casa. 8 En verdad, a nuestros oídos ha llegado la fama de tu sabiduría y la de tu gran inteligencia, y por toda la tierra se ha corrido la noticia de que tú eres el mejor de todo el reino, el que más vale por la ciencia y el más admirable por el arte de la guerra. 9 Sabemos las palabras que Aquior habló en tu consejo, y hemos oído sus dichos, pues las gentes de Betulia se apoderaron de él, y él les comunicó todo lo que había hablado en tu presencia. 10 Por esto, dueño y señor mío, no eches en olvido ninguna de sus palabras, guárdalas en tu corazón, que son verdaderas. Nunca nuestro linaje es castigado, ni la espada prevalece contra ellos, si no han pecado contra Dios. 11 Ahora, para que mi señor no sea rechazado y fracase, ya la muerte se abate sobre ellos, y se apodera de ellos el pecado con que han irritado a su Dios (1). Seguramente que han cometido un gran pecado, 12 ya que se les han agotado las provisiones, el agua escasea, y han resuelto matar sus ganados y beber su sangre, y comer cuanto Dios en sus leyes les ordenó que no comieran, 13 y hasta las primicias del trigo, los diezmos del vino y del aceite, que como cosas santas están reservadas a los sacerdotes que en Jerusalén asisten en

(1) Confirma la sentencia de Aquior, pero añade que sin duda Israel tiene irritado a su Dios y no podrá contar con El. En el aprieto en que se hallan se han atrevido a cometer graves sacrilegios contra las cosas santas.

la presencia de nuestro Dios, a pesar de que a ninguno del pueblo le es lícito tocarlo con las manos. [14] Han enviado mensajeros a Jerusalén, donde también sus moradores han hecho lo mismo, para que obtengan el perdón del senado; [15] y sucederá que en cuanto les llegue la noticia lo harán, y entonces, para ruina suya te serán entregados. [16] Por lo cual yo, tu sierva, sabedora de todas esas cosas, huí de ellos, y Dios me envía a ejecutar en ti una cosa de que se maravillará toda la tierra, cuando la oyeren. [17] Pues tu sierva es temerosa del Dios del cielo, a quien día y noche, sirve. Por ahora me quedaré aquí, señor mío, y a la noche me iré al valle a orar a mi Dios; y cuando ellos hayan cometido esos pecados, él me lo dirá y yo vendré a comunicártelo. Tú entonces saldrás con tu ejército, al que nadie podrá resistir. [18] Yo misma te guiaré por en medio de Judea hasta llegar a Jerusalén, y haré que te sientes en medio de ella, y los conduzcas como ovejas sin pastor. Ni un perro ladrará contra ti. Todo esto me ha sido comunicado por revelación, y para anunciártelo he sido yo enviada.»

[19] Mucho agradaron semejantes discursos a Holofernes y a todos sus servidores; y maravillados de su sabiduría, decían: [20] «De un extremo a otro de la tierra no hay mujer de tan hermoso rostro y de tan discretas palabras.» [21] Contestóle Holofernes: «Bien ha hecho Dios en enviarte a fortalecer mis manos y perder a los que desprecian a mi señor. [22] Cuanto a ti, muy hermosa eres y muy discreta en tus palabras. Si haces cuanto has dicho, tu Dios será mi Dios y tendrás un asiento en la casa del rey Nabucodonosor, y tu fama se extenderá por toda la tierra.»

El banquete de Holofernes.

12 [1] Mandó Holofernes que la alojaran en donde guardaba su vajilla de plata, y dispuso proveerle la mesa de sus propios manjares y darle a beber de su vino. [2] Pero Judit dijo: «No comeré de tus manjares, pues podrían ser para mí tropiezo; comeré de lo que traigo conmigo.» [3] Holofernes le contestó: «Y cuando se agoten las provisiones que traes, ¿de dónde podremos traer otras semejantes para darte? Porque no hay entre nosotros ninguno de tu nación.» [4] A lo que Judit respondió: «Juro por tu vida, mi señor, que no consumirá tu sierva las provisiones que consigo trae, antes que Dios realice por mi mano lo que tiene resuelto.»

[5] La introdujeron los servidores de Holofernes en la tienda, y durmió hasta la medianoche; levantándose a la vigilia matutina, envió a decir a Holofernes: «Ruego a mi señor ordene que sea permitido a tu sierva salir a hacer oración.» [6] Y ordenó Holofernes a los de su guardia que no la estorbasen. Así permaneció tres días en el campamento, saliendo cada noche al valle de Betulia, para bañarse en el agua de la fuente. [7] Cuando iba, oraba al Señor Dios de Israel que dirigiese sus pasos, para exaltación de los hijos de su pueblo. [8] Luego que entraba limpia, permanecía en la tienda hasta que le traían la comida, a la caída de la tarde (1).

[9] Al cuarto día dió Holofernes un banquete sólo a sus servidores, sin invitar a ninguno de sus oficiales. [10] Y al eunuco Bagoes, que tenía la intendencia de todas sus cosas, le dijo: «Ve y persuade a esa mujer hebrea que tienes encomendada, que venga acá a comer y beber con nosotros. [11] Sería vergonzoso que despidiéramos a tal mujer sin tener comercio con ella; porque si no la conquistáramos, se iría riendo de nosotros.» Salió Bagoes de la presencia de Holofernes, y vino a Judit, diciéndole: «No vacile esta hermosa sierva en venir a mi señor, para ser honrada de él y alegrarse bebiendo vino con nosotros, haciéndose este día como una hija de los asirios, que asisten en el palacio de Nabucodonosor.» [12] Judit le contestó: «¿Quién soy yo para contradecir a mi señor? Todo lo que fuere grato a sus ojos lo haré con presteza, y será esto motivo de alegría para mí, hasta el fin de mi vida.

[13] Al punto se vistió y se atavió de todo su aderezo femenil. Su sierva fué y le preparó en el suelo, enfrente de Holofernes, las pieles que había recibido de Bagoes, para su

(1) Las leyes de santidad aplicadas a las comidas eran muy graves, como vemos en el Nuevo Testamento. Judit no quiere contaminarse y por eso lleva consigo sus manjares y sale al campo a hacer sus purificaciones, sin ocultárselo a sus enemigos.

uso cotidiano, para que sentada en ellas comiese. [14] Entró Judit y se sentó. El corazón de Holofernes quedó prendado de ella, su alma hervía en deseos de unirse a ella. Desde el día que la vió estaba aguardando una ocasión para rendirla. [15] Díjole Holofernes: «Bebe y alégrate con nosotros.» [16] Y contestó Judit: «Beberé, señor, que yo tengo este día por el más grande de toda mi vida.» [17] Tomó lo que la sierva le había preparado, y comió en presencia de Holofernes, el cual se alegró sobremanera con ella, y bebió tanto vino, cuanto jamás lo había bebido desde el día que nació.

El golpe decisivo.

13 [1] Cuando ya se hizo tarde, los siervos de Holofernes se salieron aprisa, y Bagoes cerró por fuera la tienda e hizo a todos retirarse de allí, y se fueron a sus lechos, pues estaban rendidos, porque el banquete había sido largo. [2] Quedó Judit sola en la tienda, y Holofernes tendido sobre su lecho, todo él bañado en vino. Dijo Judit a su sierva que se quedase fuera de la alcoba, y aguardara su salida como en los días pasados, añadiéndole que saldría a su oración. Lo mismo había dicho a Bagoes. [3] Habíanse ido ya todos, sin quedar nadie, ni pequeño ni grande, en la estancia. Puesta entonces en pie junto al lecho de Holofernes, dijo en su corazón: «Señor, Dios todopoderoso. Mira, en esta hora, la obra de mis manos, para exaltación de Jerusalén, pues ésta es la ocasión de acoger tu heredad y de ejecutar mis proyectos, para ruina de los enemigos que están sobre nosotros.» [4] Y acercándose a la columna del lecho que estaba a la cabeza de Holofernes, descolgó de ella su alfanje; y llegándose al lecho, le cogió por los cabellos de su cabeza, y dijo: «Fortaléceme, Dios de Israel, en esta hora.» Y con toda su fuerza le hirió dos veces en el cuello, cortándole la cabeza. Envolvió el cuerpo en las ropas del lecho, quitó de las columnas el dosel, y cogiéndolo, salió en seguida, entregando a la sierva la cabeza de Holofernes, [5] que ésta echó en la alforja de las provisiones, y ambas salieron juntas como de costumbre.

Atravesado el campamento, rodearon el valle y subieron al monte de Betulia, hasta llegar a las puertas de la ciudad. Gritó de lejos Judit a los que hacían la guardia sobre las puertas. «Abridnos, abridnos las puertas; Dios, nuestro Dios, está con nosotros, para mostrar una vez más su fuerza en Israel y su poderío contra los enemigos, como hoy acaba de hacerlo.» [6] Y en cuanto los hombres de la ciudad oyeron su voz, se dieron prisa en bajar a la puerta, y avisaron a los ancianos de la ciudad. [7] Todos, desde el pequeño hasta el grande, concurrieron, porque era para ellos inesperada la llegada de Judit. Abrieron la puerta, las recibieron, y encendiendo fuego para alumbrar, las rodearon.

Judit, levantando la voz, les dijo: «Alabad a Dios, alabadle, alabad a Dios, que no ha apartado su misericordia de la casa de Israel, antes por mi mano ha herido esta noche a nuestros enemigos.» [9] Y sacando de la alforja la cabeza, se la mostró, diciendo: «He aquí la cabeza de Holofernes, el general en jefe del ejército asirio, y he aquí el dosel bajo el que yacía en su embriaguez, aquel a quien el Señor hirió por la mano de una mujer. [10] Yo juro por el señor, que me ha guardado en todos mis pasos, que mi rostro le sedujo para perdición suya, pero que no cometió contra mí pecado alguno (1) que pudiera mancillarme o avergonzarme.» [11] Todo el pueblo quedó estupefacto; y doblando las rodillas, adoraron a Dios, diciendo a una voz: «Bendito seas, Dios nuestro, que has aniquilado en este día a los enemigos de tu pueblo.»

[12] Ocías le dijo: «Bendita tú, hija, del Dios Altísimo, sobre todas las mujeres de la tierra, y bendito el Señor Dios, que creó los cielos y la tierra, y te ha dirigido hasta aplastar la cabeza del jefe de nuestros enemigos. [13] Tus alabanzas estarán siempre en la boca de cuantos tengan memoria del poder de Dios. [14] Haga él que esto sea para tu eterna gloria, y cólmete de todo bien, pues no has perdonado tu vida por librar a tu pueblo. En nuestra caída has sido

(1) Ante todo, pone esto por delante que para realizar su hazaña no ha tenido que envilecerse entregándose a la liviandad del caudillo enemigo. Dios la preservó de toda mancha.

su socorro, andando rectamente en la presencia de nuestro Dios.» Y el pueblo contestó: «Amén, Amén.»

El golpe de Judit, descubierto en el campo asirio.

14 [1] Y díjoles Judit: «Oídme, hermanos: Coged esta cabeza y colgadla de las murallas. [2] Y en cuanto amanezca y el sol se derrame sobre la tierra, tome cada uno sus armas, y salid todos los hombres de guerra fuera de la ciudad, con el jefe al frente, y haréis además de bajar al valle contra los puestos de guardia de los asirios, pero sin bajar. [3] Ellos, tomando sus armas, se encaminarán a su campo para despertar a los jefes del ejército asirio, e irán a la tienda de Holofernes; y al no hallarle, se apoderará de ellos el temor y huirán ante vosotros. [4] Se unirán a vosotros en la persecución todos los habitantes de toda la montaña de Israel, y los desbarataréis por los caminos. [5] Pero antes de hacer esto, llamad a Aquior, el ammonita, para que vea y reconozca la cabeza del que despreció a la casa de Israel y nos lo envió como destinado a la muerte.»

[6] Hicieron venir a Aquior de casa de Ocías. Cuando aquél vió la cabeza de Holofernes en las manos de un hombre en medio de la asamblea del pueblo, cayó sobre su rostro, sintiéndose desfallecido. [7] Levantáronle, se arrojó a los pies de Judit, y humillándose en su presencia, dijo: «Bendita seas tú en todas las tiendas de Judá y en todas las naciones. Cuantos oigan tu nombre quedarán asombrados. [8] Dime ahora lo que has hecho en estos días.» Y en medio de todo el pueblo le contó Judit cuanto había hecho desde el día de su salida hasta el momento en que les hablaba. [9] Cuando acabó de hablar, prorrumpió el pueblo en grandes aclamaciones y resonaron en la ciudad los gritos de alegría.

[10] Viendo Aquior lo que el Dios de Israel había hecho, creyó en él, y se circuncidó la carne de su prepucio, y hasta el día de hoy quedó agregado a la casa de Israel.

[11] En cuanto despertó la aurora, colgaron del muro la cabeza de Holofernes; y todos los hombres de Israel tomaron sus armas, y en escuadrones salieron a las subidas del monte. [12] Así que los asirios los vieron, dieron aviso a sus oficiales, y éstos a sus jefes y a sus generales. [13] Llegando a la tienda de Holofernes, dijeron al que estaba de guardia: «Di que despierten en seguida a nuestro Señor, porque estos esclavos se han atrevido a bajar contra nosotros en son de guerra y pretenden aniquilarnos.»

[14] Entró Bagoes, y llamó agitando la cortina de la tienda, pues suponía él que estaría durmiendo con Judit. [15] Y como nadie le respondía, corrió la cortina; y entrando en la alcoba, le encontró tendido sobre el estrado, muerto y con la cabeza cortada. [16] Gritó en medio de llantos, lamentos y fuertes voces, y rasgó sus vestiduras. [17] Entró luego en la tienda en que estaba alojada Judit, y no hallándola, salió corriendo al pueblo y gritó: [18] «¡Esas esclavas han cometido una traición! Una mujer hebrea ha echado la confusión en la casa del rey Nabucodonosor. Holofernes está en tierra y sin cabeza.» [19] Cuando los jefes del ejército asirio oyeron tales palabras, rasgaron sus vestiduras, y quedaron consternados, levantándose en medio del campo gran griterío y alboroto.

El ejército invasor, desbaratado.

15 [1] Llegada la noticia a los que estaban en las tiendas, quedaron fuera de sí de lo sucedido, [2] apoderándose de ellos el temor y el espanto, tanto, que ya no se vió hombre al lado de su compañero, porque todos a una se dispersaron, huyendo por los caminos del llano y de la montaña. [3] Los que estaban acampados en la montaña en torno de Betulia, se dieron a la fuga; y entonces los hijos de Israel, todos sus guerreros, se lanzaron sobre ellos. [4] Envió Ocías mensajeros a Betmastaím, a Coba y a toda la montaña de Israel, que comunicasen lo sucedido, para que todos se lanzasen sobre los enemigos hasta acabar con ellos. [5] Cuando esto oyeron los hijos de Israel, todos a una se echaron sobre ellos, y los desbarataron hasta Coba; y asimismo los que habían venido de Jerusalén y de toda la montaña, porque también a ellos había llegado la noticia de lo acontecido en el campo enemigo. Los habitantes de Ga-

laad y de Galilea les infligieron una gran derrota, hasta pasar de Damasco y sus confines. [6] Los restantes moradores de Betulia cayeron sobre el campamento de los asirios y lo saquearon, enriqueciéndose grandemente. [7] Los hijos de Israel, al volver de la persecución, se adueñaron de lo restante; y las aldeas y las alquerías que había en la montaña y en el llano se apoderaron de mucho botín, porque era éste enormemente grande.

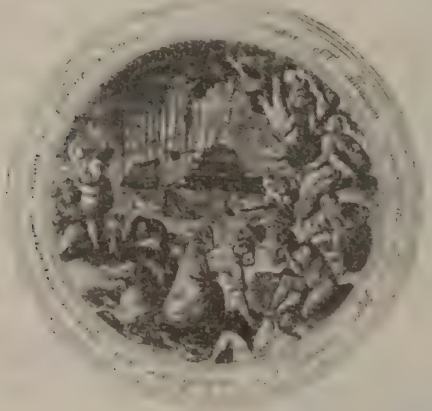
[8] Joaquim, sumo sacerdote, y el senado de los hijos de Israel, que moraba en Jerusalén, vinieron para contemplar los bienes que el Señor había hecho a Israel, y para ver a Judit y darle la enhorabuena. [9] En cuanto entraron en su casa, todos a una la aclamaron, diciendo: «Tú, orgullo de Jerusalén; tú, gloria de Israel; tú, honra de nuestra nación; [10] por tu mano has hecho todo esto; tú has realizado esta hazaña en favor de Israel. Que se complazca Dios en ella. Bendita seas tú del Señor omnipotente, por siempre jamás.» Y todo el pueblo respondió: «Amén.»

[11] Por espacio de treinta días estuvieron saqueando el campamento. A Judit le dieron la tienda de Holofernes, con toda la argentería, y los lechos y los cojines y todos los muebles. Ella enganchó la mula, los cogió y los cargó en el carro. [12] Todas las mujeres de Israel se reunieron para verla y aclamarla, y organizaron danzas en su honor. [13] Cogió tirsos en sus manos y se los dió a las mujeres que iban con ella, todas coronadas de olivo, y a cuantos las acompañaban. Delante de todo el pueblo, guiando la danza de las mujeres iba Judit, y todos los hombres de Israel la seguían armados, ceñidas las sienes con coronas y cantando himnos. [14] Y comenzó Judit este canto de acción de gracias, y todo Israel a una respondía (1).

16 [1] «Entonad a mi Dios con tímpanos
Cantad a mi Señor con címbalos,
entonadle un salmo nuevo,
ensalzad e invocad su nombre.
[2] Porque el Señor es Dios que acaba con las guerras;
porque en su campamento, en medio del ejército,
me libró del poder de mis perseguidores.
[3] Vino Asur de las montañas del Norte,
llegó con las miriadas de su ejército,
cuya muchedumbre obstruía los valles,
y cuya caballería cubría los collados.
[4] Pensó él que abrasaría mis términos,
que daría mi juventud a la espada,
que estrellaría contra el suelo mis niños de pecho,
que daría en botín mis jóvenes,
que repartiría mis doncellas.
[5] El Señor omnipotente los aniquiló por mano de una mujer.
[6] No cayó su caudillo a manos de jóvenes,
ni le hirieron tajos de titanes,
ni soberbios gigantes pusieron en él la mano;
Judit, hija de Merari,
con la hermosura de su rostro le paralizó.
[7] Se despojó del hábito de su viudez,
para exaltación de los que quedaban en Israel.
Se ungió el rostro con perfumes,
[8] prendió sus cabellos con la mitra,
se puso la túnica de lino para seducirle.
[9] Sus sandalias arrebataron los ojos del asirio,
y su belleza cautivó su alma,
y el alfanje segó su garganta.
[10] Se estremecieron los persas de su audacia,
y los medos se pasmaron de su temeridad.
[11] Dieron gritos de júbilo mis humildes,
y exultaron mis débiles.
Mas los asirios se estremecieron de espanto,
alzaron el grito y se dieron a la fuga.
[12] Hijos de madres jóvenes los atravesaron,
y como a siervos huídos los hirieron,
perecieron de las filas de su señor.
[13] Cantaré al Señor un cántico nuevo.
Señor, grande eres tú y glorioso,
admirable en poder, insuperable.
[14] A ti te sirve la creación entera,
porque tú dijiste y todo fué hecho;
enviaste tu aliento y él lo vivificó,
y no hay quien resista a tu voz.

(1) Hermoso canto de victoria que es una glorificación de Dios, autor de tanto bien. Las naciones gentiles deben aprender a respetar al pueblo de Dios.

15 Los montes se agitarán por las
aguas en sus cimientos,
Las rocas se derretirán como cera
ante tu rostro.
A los que te temen te muestras pro-
picio,
16 porque es poco para ti el sacrifi-
cio de suave olor,
y es nada toda la grasa para tus
holocaustos.
Sólo el que teme al Señor es siem-
pre grande.
17 ¡Ay de las naciones que se le-
vanten contra mi pueblo!
El Señor omnipotente los castig-
gará en el día del juicio,
dando al fuego y a los gusanos sus
carnes,
y gemirán de dolor para siempre.»
18 Llegados a Jerusalén, adoraron
a Dios; y luego que el pueblo se hubo
purificado, ofrecieron sus holocaustos,
sus votos y sus ofrendas. 20 Ofreció
Judit todos los muebles de Holofernes,
que el pueblo le había regalado, y
el dosel que había cogido de la tien-
da, y lo dió en ofrenda al Señor.
21 El pueblo pasó tres meses alegre
en Jerusalén, ante el santuario, per-
maneciendo Judit con ellos.
22 Pasados aquellos días, se volvió
cada uno a su heredad, y Judit
partió para Betulia y moró en su
posesión, y fué por toda su vida
ilustre en toda la tierra. 23 Muchos
la pretendieron, pero ningún varón
la conoció en todos los días de su
vida, desde el día que murió Mana-
sés, su marido, y se reunió con su
pueblo. 24 Llegó a muy anciana en
la casa de su marido, alcanzando la
edad de ciento cinco años. A la es-
clava le dió la libertad. Murió Judit
en Betulia, y fué sepultada en la
gruta de Manasés, su marido. 25 La
lloró la casa de Israel por espacio
de siete días. Antes de morir, repar-
tió su hacienda con los más próxi-
mos parientes de su marido, Manasés,
y con los más próximos de su propia
familia. 26 En los días de Judit, y
por mucho tiempo después de su
muerte, no hubo nadie que infundiese
temor a los hijos de Israel.



ESTER

Pictor sollicito sed non tristi omne regem, Conueniens Ester fercula ad alma vocat. Hester. cap. 5. 6.

INTRODUCCION AL LIBRO DE ESTER

EL libro de Ester recibe su nombre de la heroína que es su figura principal. Su argumento es una persecución de que la nación judía fué objeto en el imperio persa, durante el reinado de Jerjes I (485-465). Consta de dos partes. La primera, protocanónica, en lengua hebrea, forma el núcleo de la historia. La narración pone en claro que la causa de la persecución era la nacionalidad de Israel, sus leyes, sus instituciones, por las que se distingue de los otros pueblos; pero no aparece en ella el nombre de Dios. Parece manifiesto el propósito del autor de callarlo. A esta parte se añaden ciertos complementos deuterocanónicos, que sólo se han conservado en griego, y en los que se encarece la piedad de los protagonistas. Sobre el origen de esta distinción se dan diversas explicaciones, sin que ninguna se acerque siquiera a la certeza.

Respecto de la forma literaria de este libro, deben hacerse las mismas observaciones que de los dos que le preceden, y resolverse el problema en conformidad con la doctrina de S. S. Pío XII.

Para entender el libro, hay que hacerse cargo de la concepción antigua sobre las relaciones entre las divinidades y los pueblos que las veneraban. Yave es el Dios de Israel; éste es el único pueblo que le conoce y sirve; las demás naciones le ignoran. La causa de Dios en el mundo está, pues, ligada a la causa de Israel. De aquí nace el alto concepto que de sí tiene Israel; ante él y sus derechos, las demás naciones no eran nada en la presencia de Dios. Para hacerse cargo de la narración, tenga el lector presente que en esta vasta región del Asia oriental, donde en el curso de los siglos se han sucedido tantos imperios y religiones y se han acumulado tantas razas, han existido desde muy antiguo odios profundos, causa de espantosas matanzas, como la que sufrió

no hace más de veinticinco años la nación cristiana de los armenios de parte de los musulmanes, con el asentimiento y hasta con la cooperación de las autoridades turcas. Este hecho quita toda inverosimilitud a la narración de las matanzas que cuenta el libro de Ester.

ESTER

PARTE DEUTEROCANONICA

Mardoqueo. Su sueño.

1 [1] El año segundo del reinado del gran Artajerjes (1), el primero de Nisán, tuvo un sueño Mardoqueo, hijo de Jair, hijo de Semei, hijo de Quis, de la tribu de Benjamín; [2] judío que moraba en la ciudad de Susa, varón ilustre que servía en la corte del rey. [3] Era de los cautivos que Nabucodonosor, rey de Babilonia, había llevado en cautiverio de Jerusalén con Jeconías, rey de Judá.

[4] He aquí su sueño: [5] Soñó que oía voces y tumulto, truenos, terremotos y gran alboroto en la tierra; cuando dos grandes dragones, prestos a acometerse uno a otro, dieron fuertes rugidos, [6] y a su voz se prepararon para la guerra todas las naciones de la tierra, a fin de combatir contra la nación de los justos. [7] Fué aquel día, día de tinieblas, de oscuridad, de tribulación y de angustia, de oprobio y de turbación grande sobre la tierra. [8] Toda la nación justa se turbó ante el temor de sus males, y se disponía a perecer. [9] Pero clamaron a Dios; y a su clamor, una fuentecilla se hizo un río caudaloso, de muchas aguas, [10] y apareció una lumbrerita que se hizo sol, y fueron ensalzados los humildes y devoraron a los gloriosos. [11] Mardoqueo, levantándose, luego de haber visto el sueño sobre lo que Dios se proponía ejecutar, lo guardó en su corazón, y a toda costa quería penetrar su sentido, hasta que llegó la noche (1).

Conjuración contra el rey denunciada por Mardoqueo.

[12] Moraba Mardoqueo en el palacio con Gabata y Tervía, eunucos del rey, guardas del palacio; [13] y se enteró de sus planes y penetró sus proyectos, averiguando que trataban de apoderarse del rey Artajerjes, y los denunció al rey. [14] Mandó éste interrogar a los eunucos, y habiendo éstos confesado, fueron condenados a muerte. [15] Para conservar la memoria de estos sucesos, mandó el rey ponerlos por escrito, y el mismo Mardoqueo escribió un relato sobre ellos. [16] Por el servicio prestado, ordenó el rey dar a Mardoqueo un cargo en el palacio, y le otorgó otras mercedes. [17] Pero Amán, hijo de Amasata, agagita, que gozaba de gran crédito ante el monarca, buscaba cómo perder a Mardoqueo y a su pueblo, por la delación de los eunucos del rey.

PARTE PROTOCANONICA

Gran festín de Asuero.

1 [1] En tiempo de Asuero, el Asuero que reinó desde la India hasta la Etiopía, sobre ciento veintisiete provincias, [2] mientras se sentaba sobre su trono real en Susa, la capital, [3] el año tercero de su reinado, dió un festín a todos sus príncipes y servidores (2). Los comandantes del ejército de los persas y de los medos, los grandes y los jefes de las provin-

(1) Las porciones deuterocanónicas, escritas en griego, fueron traducidas por San Jerónimo y añadidas al fin del libro a continuación de las protocanónicas. Como esas adiciones se ordenan a declarar distintos puntos de la historia, hemos optado por introducirlas en los lugares que según su contenido les corresponden.

(1) Este sueño resume todo el contenido del libro.

(2) La descripción de estos festines nos da una idea de la fastuosidad oriental.

cias, se reunieron en su presencia; [4] y él hizo muestra de la espléndida riqueza de su reino y de la brillante magnificencia de su grandeza, durante muchos días, [5] durante ciento ochenta días. Pasados éstos, el rey dió a todo el pueblo de Susa, la capital, desde el más grande hasta el más pequeño, un festín que duró siete días, en el atrio de su jardín del palacio real. [6] Cortinajes blancos, verdes y azules, pendían de columnas de mármol, sujetos con cordones de lino y de púrpura a anillos de plata. Lechos de oro y de plata estaban sobre un pavimento de pórfido, alabastro, mármoles de varios colores y nácar. [7] Servíase el vino en vasos de oro de diversas configuraciones; y se servía con real abundancia, gracias a la generosidad del rey, pero a nadie se le obligaba a beber, [8] pues había mandado el rey a todas las gentes de su casa que se hiciese conforme a la voluntad de cada cual. [9] También la reina Vasti dió un festín a las mujeres en el palacio real del rey Asuero.

Desobediencia de la reina Vasti y su desgracia.

[10] El día séptimo, alegre por el vino el corazón del rey, mandó éste a Mehuman, Buzta, Harbona, Bigta, Abagta, Zetar y Carcas, los siete eunucos que servían ante el rey Asuero, [11] que trajeran a su presencia a la reina Vasti, con su real corona, para mostrar a los pueblos y a los grandes su belleza, pues era de hermosa figura; [12] pero la reina se negó a venir con los eunucos, y el rey se irritó mucho y se encendió en cólera. [13] Preguntó entonces el rey a los sabios conocedores del derecho, pues era éste el modo de tratar los negocios ante los conocedores de las leyes y del derecho, [14] de los cuales tenía junto a sí a Carsena, Setar, Admata, Tarsis, Meres, Marsena y Memucan, siete príncipes de Persia y de Media, que asistían al rey y ocupaban el primer rango en su reino, [15] qué ley habría de aplicarse a la reina Vasti, por no haber hecho lo que el rey la había mandado por medio de los eunucos.

[16] Memucan respondió ante el rey y los príncipes: «No es sólo al rey a quien ha ofendido la reina Vasti; es también a todos los príncipes y a todos los pueblos de todas las provincias del rey Asuero; [17] porque lo hecho por la reina llegará a conocimiento de todas las mujeres, y será causa de que menosprecien a sus maridos, pues dirán: El rey Asuero mandó que llevasen a su presencia a la reina Vasti, y ella no fué; [18] y desde hoy las princesas de Persia y de Media que sepan lo que ha hecho la reina, se lo dirán a todos los jefes del rey, y de aquí vendrán muchos desprecios y mucha cólera. [19] Si al rey le parece bien, haga publicar e inscribir entre las leyes de los persas y de los medos, con prohibición de traspasarlo, un real decreto mandando que la reina Vasti no parezca más delante del rey Asuero, y dé el rey la dignidad de reina a otra que sea mejor que ella. [20] El edicto del rey será conocido en todo su reino, por grande que es, y todas las mujeres honrarán a sus maridos, desde el más grande hasta el más pequeño.»

[21] Aprobó el rey este parecer, e hizo lo que aconsejaba Memucan, [22] mandando cartas a todas las provincias del reino, a cada una según su escritura y a cada pueblo según su lengua, en las que se mandaba que todo hombre había de ser el amo en su casa, y que se divulgase esto entre todos los pueblos.

Ester, reina.

2 [1] Después de esto, cuando ya se calmó la cólera del rey, pensó en Vasti y en lo que ésta había hecho y en la decisión que respecto de ella se había tomado. [2] Los servidores del rey le dijeron: «Búsquense para el rey jóvenes vírgenes y bellas, [3] poniendo el rey en todas las provincias de su reino comisarios que hagan reunir a todas las jóvenes vírgenes y de bella presencia en Susa, la capital, en la casa de las mujeres, bajo la vigilancia de Hegue, eunuco del rey y guarda de las mujeres, que les dará lo necesario para ataviarse; [4] y que la joven que más agrade al rey sea la reina, en lugar de Vasti.» Aprobó el rey este parecer, y se hizo así (1).

---

(1) Todavía en nuestros clásicos vemos cómo jóvenes hermosas que tuvieron la desgracia de caer cautivas en poder de los corsarios moros, eran enviadas como obsequio para el harén del sultán de Constantinopla.

[5] Había en Susa, la capital, un
judío llamado Mardoqueo, hijo de
Jair, hijo de Semeí, hijo de Quis,
del linaje de Benjamín, [6] que había
sido deportado de Jerusalén entre
los cautivos llevados con Jeconías,
rey de Judá, por Nabucodonosor,
rey de Babilonia; [7] y había criado
a Hadasa, que es Ester, hija de su
tío, pues no tenía padre ni madre.
La joven era bella de talle y de her-
mosa presencia, y había sido adop-
tada por Mardoqueo cuando se que-
dó sin padre y sin madre. [8] Cuando
se publicó la orden del rey y su edic-
to, al ser reunidas en Susa, la capi-
tal, jóvenes en gran número, bajo la
vigilancia de Hegue, fué también
tomada Ester y llevada a la casa
del rey, bajo la vigilancia de Hegue,
guarda de las mujeres. [9] La joven
le agradó y halló gracia a sus ojos,
y él se apresuró a proveerla de todo
lo necesario para su adorno y su
subsistencia, y le dió siete doncellas
escogidas de la casa del rey, y la
aposentó con éstas en el mejor de-
partamento de la casa de las mujeres.
[10] Ester no dió a conocer ni su
pueblo ni su nacimiento, pues Mar-
doqueo le había prohibido que ha-
blase de esto. [11] Todos los días iba
y venía Mardoqueo al vestíbulo de la
casa de las mujeres, para saber cómo
estaba Ester y cómo la trataban.
[12] Después de haber estado ya doce
meses, conforme a la ley de las mu-
jeres, ungiéndose seis meses con óleo
y mirra y otros seis con los aromas
y perfumes de uso entre las mujeres,
cuando le llegaba el turno, era lle-
vada cada joven a la presencia del
rey. [13] Así iba cada una a la pre-
sencia del rey; y cuando pasaba de
la casa de las mujeres a la casa del
rey, se la dejaba llevar cuanto ella
quería; [14] iba allá por la tarde, y
a la mañana siguiente pasaba a la
segunda casa de las mujeres, bajo la
vigilancia de Saasgaz, eunuco del
rey y guarda de las concubinas. No
volvía ya más a la presencia del rey,
a menos que éste la desease y fuese
nominalmente llamada.

[15] Cuando le llegó el turno para ir
al rey, Ester, hija de Abigail, tío
de Mardoqueo, que la había adoptado
por hija, no pidió nada al que había
sido designado por Hegue, eunuco
del rey y guarda de las mujeres.
Ester halló gracia a los ojos del rey
y de cuantos la veían. [16] Fué condu-
cida Ester a la presencia del rey
Asuero, a la casa real, el mes déci-
mo, que es el mes de Tebet, del año
sétimo de su reinado.

[17] El rey amó a Ester más que a to-
das las otras mujeres, y halló ésta gra-
cia y favor ante él más que ninguna
otra de las jóvenes. Puso la corona
real sobre su cabeza, y la hizo reina
en lugar de Vasti. [18] El rey dió un
festín a todos sus príncipes y a sus
servidores, un festín en honor de
Ester, y dió alivio a las provincias
e hizo mercedes con real liberalidad.
[19] Cuando por segunda vez reunie-
ron a las jóvenes, estaba Mardoqueo
sentado a la puerta del rey. [20] Ester
no había dado a conocer su naci-
miento ni su pueblo, porque se lo
había prohibido Mardoqueo, y seguía
cumpliendo las órdenes de Mardo-
queo tan fielmente como cuando es-
taba bajo su tutela.

[21] En aquel mismo tiempo, cuando
Mardoqueo se sentaba a la puerta
del rey, Bigtán y Teres, dos eunucos
del rey, dejándose llevar de un mo-
vimiento de ira, quisieron poner su
mano sobre el rey Asuero. [22] Mardo-
queo tuvo conocimiento de ello e
informó a la reina Ester, que se lo
comunicó al rey de parte de Mardo-
queo. [23] Averiguada la cosa y hallada
cierta, los dos eunucos fueron colga-
dos de una horca, escribiéndose el
caso en el libro de las crónicas, de-
lante del rey.

Amán, favorito del rey.

3 [1] Después de esto, el rey Asuero
elevó al poder a Amán, hijo de
Hamedata, agagita, ensalzándole y
poniendo su silla sobre la de todos
los príncipes que estaban con él.
[2] Todos los servidores del rey que
estaban a la puerta del palacio, do-
blaban ante Amán la rodilla, y se
prosternaban ante él, pues tal era
la orden del rey; pero Mardoqueo
no doblaba sus rodillas ni se pros-
ternaba (1), [3] y los servidores del rey
que estaban a la puerta dijeron a
Mardoqueo: ¿Por qué traspasas tú la
orden del rey? [4] Y como se lo repi-
tiesen todos los días y él no les
hiciese caso, se lo comunicaron a

(1) Parece indicar el texto que Mardoqueo se negaba a tales cortesías por ver en ellas actos de culto, que sólo a Dios son debidos.

Amán, para ver si Mardoqueo persistía en su resolución, pues les había dicho qúe era judío. [6] Viendo Amán que Mardoqueo no doblaba la rodilla y no se prosternaba ante él, se llenó de furor, [6] pero teniendo en poco poner su mano sobre Mardoqueo solamente, pues ya le habían dicho a qué pueblo pertenecía Mardoqueo, quiso destruir a todo el pueblo de Mardoqueo, a todos cuantos judíos se hallaban en todo el reino de Asuero.

El decreto de exterminio contra los judíos.

[7] El mes primero, que es el mes de Nisán, del duodécimo año del rey Asuero, se echó el *pur*, es decir, la suerte, ante Amán, de día en día y de mes en mes, hasta que salió el mes duodécimo, que es el mes de Adar.

[8] Dijo entonces Amán al rey Asuero: «Hay en todas las provincias de tu reino un pueblo, disperso y separado de todos los otros pueblos, que tiene leyes diferentes de las de todos los otros y no guarda las leyes del rey (1). No conviene a los intereses del rey dejarlos en paz. [9] Si al rey le parece bien, escríbase orden de exterminarlos, y yo pesaré diez mil talentos de plata en manos de los superintendentes de la hacienda, para que se ingresen en el tesoro real.» [10] Entonces el rey se quitó de la mano su anillo y se lo entregó a Amán, hijo de Amedata, agagita, enemigo de los judíos, [11] y le dijo: «La plata que ofreces, sea para ti, y para ti también ese pueblo, para que hagas con él lo que bien te parezca.»

[12] Fueron entonces llamados los secretarios del rey, el día trece del mes primero, y se escribió todo lo que ordenaba Amán a los sátrapas del rey, a los gobernadores de todas las provincias y a los jefes de todos los pueblos, a cada provincia según su escritura y a cada pueblo según su lengua. Se escribió en nombre del rey Asuero y se sellaron las cartas con el anillo del rey. [13] Fueron mandadas las cartas por medio de los correos a todas las provincias del rey, ordenando destruir, hacer perecer y matar a todos los judíos, jóvenes y viejos, niños y mujeres, en un solo día, el día trece del duodécimo mes, que es el mes de Adar, y que sus bienes fuesen dados al pillaje.

(1) En las partes protocanónicas no aparece el motivo religioso, sino el nacional. Son las leyes peculiares de Israel las que se alegan como causa de la persecución. La carta que sigue en griego no menciona tampoco expresamente el motivo religioso, pero no hay duda de que envuelta en tantas razones la oposición de Israel a las demás naciones, está implícita su religión.

PARTE DEUTEROCANONICA

13 [1] La copia de la carta es del tenor siguiente:

«Artajerjes, rey grande, a los sátrapas y gobernadores subordinados de las ciento veintisiete provincias, desde la Judea hasta Etiopía, ordena lo que sigue: [2] Aun cuando tenga el imperio de muchas naciones y haya subyugado toda la tierra, jamás he querido engreírme con la confianza del poder, sino gobernar con justicia y moderación, asegurando a mis vasallos una vida perpetuamente tranquila, y procurando la quietud y seguridad del reino, hasta los extremos confines, para que florezca la paz, tan deseada de los hombres.

[3] »Consultando con mis consejeros cómo podría llevarse esto a cabo, uno de ellos, por nombre Amán, distinguido por su discreción cerca de mí, de lealtad bien probada, de firme fidelidad, que en el palacio real ocupa la segunda dignidad, [4] me ha dado a conocer la existencia de un pueblo que vive mezclado con todas las tribus de la tierra, odioso por sus leyes, opuesto a todas las naciones, que continuamente traspasa los mandatos de los reyes e impide que tengan efecto las medidas de gobierno por mí intachablemente ordenadas.

[5] »He averiguado también que esta nación vive totalmente aislada, siempre en abierta oposición con todo el género humano, y que al tenor de sus leyes observa un género de vida extraño, hostil a nuestros intereses, y comete los más perversos excesos para impedir el buen orden del reino.

[6] »En virtud de esto, os ordeno que todos los a mí señalados en las cartas de Amán, a quien he encomendado este negocio, siendo como es mi segundo padre, todos con sus mujeres e hijos sean de raíz exterminados por la espada de sus enemigos, sin misericordia ni piedad, el día catorce del mes duodécimo de Adar, del presente

año; [7] de suerte que los enemigos de ayer y de hoy en un solo día desciendan al infierno por muerte violenta, y para el tiempo venidero sea nuestro gobierno estable y perfectamente tranquilo.»

PARTE PROTOCANONICA

[14] Las cartas encerraban una copia de este edicto, que debía publicarse en cada provincia, invitando a los pueblos a estar dispuestos para aquel día. [15] Los correos partieron apresuradamente, según la orden del rey. El edicto se publicó en Susa, la capital; y mientras el rey y Amán bebían, estaba la ciudad de Susa consternada.

Consternación de los judíos.

4 [1] Cuando supo Mardoqueo lo que pasaba, rasgó sus vestiduras, se vistió de saco y se cubrió de ceniza; luego se fué al medio de la ciudad, dando fuertes, dolorosos gemidos, [2] y llegó hasta la puerta del rey, pues no era a nadie lícito entrar vestido de saco. [3] En todas las provincias, dondequiera que llegó la orden del rey y su edicto, hubo entre los judíos gran desolación, y ayunaron, lloraron y clamaron, acostándose muchos sobre la ceniza y vestidos de saco.

[4] Las doncellas de Ester y sus eunucos vinieron a decírselo. La reina se quedó muy atemorizada, y mandó vestidos a Mardoqueo, para que se los pusiese, quitándose el saco; pero él se negó a aceptarlos. [5] Entonces llamó Ester a Hatac, uno de los eunucos que había puesto cerca de ella el rey, y le mandó que fuera a preguntar a Mardoqueo qué era aquello y de dónde venía. [6] Fué Hatac a Mardoqueo, a la plaza de la ciudad, delante de la puerta del rey; [7] y Mardoqueo le contó lo que pasaba y le dió noticia de la suma que Amán había ofrecido entregar al tesoro del rey, en pago del exterminio de los judíos. [8] Dióle también copia del edicto que había sido publicado en Susa para exterminarlos, a fin de que se la enseñase a Ester y le diese cuenta de todo, y mandó a Ester presentarse al rey para pedirle gracia y rogarle por su pueblo.

PARTE DEUTEROCANONICA

15 [1] Le dijo que la mandaba que entrase al rey y le pidiese gracia para el pueblo: [2] «Acuérdate de los días de tu abatimiento, cuando eras criada por mi mano; porque Amán, el primero después del rey, ha hablado contra nosotros para hacernos morir. [3] Invoca al Señor, y habla al rey por nosotros; líbranos de la muerte.»

PARTE PROTOCANONICA

[9] Fué Hatac y comunicó a Ester lo que le había dicho Mardoqueo. [10] Ester encargó a Hatac que fuera a decir a Mardoqueo: [11] «Todos los servidores del rey y todo el pueblo de las provincias del rey saben que hay una ley que castiga con pena de muerte a cualquiera, hombre o mujer, que entre al rey al atrio interior sin haber sido llamado; sólo se libra de la muerte aquél a quien el rey tiende su cetro de oro; y yo no he sido llamada por el rey desde hace treinta días.»

[12] Cuando recibió Mardoqueo la contestación de Ester, [13] mandó que le respondieran: «No vayas a creer tú que serás la única en escapar entre los judíos todos, por estar en la casa del rey; [14] porque si ahora callas, y el socorro y la liberación viniera a los judíos de otra parte, tú y la casa de tu padre pereceríais. ¿Y quién sabe, si no es precisamente para un tiempo como éste, para lo que tú has llegado a la realeza?»

[15] Ester mandó decir a Mardoqueo: [16] «Ve, y reúne a los judíos todos de Susa, y ayunad por mí, sin comer ni beber por tres días, ni de noche, ni de día. Yo también ayunaré igualmente con mis doncellas, y después iré al rey, a pesar de la ley; y si he de morir, moriré» (1).

[17] Mardoqueo se fué, e hizo lo que Ester le había mandado.

PARTE DEUTEROCANONICA

13 [8] Y oró al Señor, haciendo memoria de todas sus obras, [9] diciendo:

(1) Este ayuno no es ayuno de luto, sino ayuno que se acompaña a la plegaria para alcanzar piedad de Dios, aunque de esto nada diga el texto expresamente. La oración que sigue en la parte griega se ajusta bien a este concepto.

«Señor, Señor, Rey omnipotente, en cuyo poder se hallan todas las cosas, a quien nada podrá oponerse si quisieres salvar a Israel: [10] Tú que has hecho el cielo y la tierra, y todas las maravillas que hay bajo los cielos, [11] Tú eres dueño de todo, y nada hay, Señor, que pueda resistirte. [12] Tú lo sabes todo; Tú sabes, Señor, que no por orgullo ni altivez, ni por vanagloria hice yo esto, de no adorar al orgulloso Amán; [13] que de buena gana besaría las huellas de sus pies por la salud de Israel; [14] que yo hice esto por no poner la gloria del hombre por encima de la gloria de Dios; que no adoraré a nadie fuera de ti, mi Señor, y que obrando así no lo hago por altivez. [15] Y ahora, Señor mi Dios y mi Rey, Dios de Abraham, perdona a tu pueblo, cuando ponen en nosotros los ojos para nuestra perdición, con el ansia de destruir tu antigua heredad. [16] No eches en olvido ésta tu porción, que para ti rescataste de la tierra de Egipto. [17] Escucha mi plegaria y muéstrate propicio a tu heredad; vuelve nuestro duelo en alegría, para que viviendo cantemos, Señor, himnos a tu nombre, y no cierres, Señor, la boca de los que te alaban.»

[18] Y todo Israel clamó con toda su fuerza, porque tenían la muerte a la vista.

14 [1] La reina Ester, presa de mortal angustia, acudió al Señor; [2] y despojándose de sus vestidos de corte, se vistió de angustia y duelo; y en vez de los ricos perfumes, se cubrió la cabeza de polvo y ceniza, humillándose. Todo cuanto solía ella adornar por placer, lo cubrió ahora con sus cabellos.

[3] Y oró al Señor, Dios de Israel, diciendo: «Señor mío, tú que eres nuestro único Rey, socórreme a mí desolada, que no tengo ayuda sino en ti, [4] porque se acerca el peligro. [5] Desde que nací he oído en la tribu de mi familia que tú, Señor, escogiste a Israel entre todas las naciones, y a nuestros padres entre todos sus progenitores, por heredad perpetua, y que les cumpliste cuanto les habías prometido. [6] Ahora nosotros hemos pecado delante de ti, y tú nos entregaste en poder de nuestros enemigos, [7] en castigo de haber adorado a sus dioses. Justo eres, Señor. [8] Mas ellos no se contentan con imponernos dura servidumbre, y han puesto sus manos sobre las manos de sus ídolos, [9] jurando anular las promesas de tu boca borrar tu heredad, cerrar la boca, de los que te alaban, extinguir la gloria de tu casa y de tu altar, [10] abrir la boca de los gentiles para celebrar las proezas de sus ídolos, y hacer que un rey de carne sea por esto ensalzado para siempre. [11] No entregues, Señor, tu cetro a los que nada son, ni se rían de nuestra caída, antes bien haz que sus consejos se vuelvan contra ellos; haz para todos escarmiento al autor de esta guerra contra nosotros. [12] Acuérdate de nosotros, Señor; date a conocer en el día de nuestra tribulación, y fortaléceme, Rey de los dioses, Dominador de todo poder. [13] Pon en mis labios palabras apropiadas en presencia del león, y muda su corazón en odio al que nos hace la guerra, para ruina suya y de sus parciales. [14] Líbrame con tu mano, y ayúdame a mí, que estoy sola y no tengo sino a ti, Señor. [15] Tú lo sabes todo, y sabes por tanto cómo aborrezco la gloria de los inicuos, y detesto el lecho de los incircuncisos y de todos los extraños. [16] Tú conoces que sólo por necesidad estoy donde estoy; que detesto las señales de mi gloria que llevo sobre la cabeza en los día de mi pública presentación; que las abomino como paño de menstruación, que no las llevo en mis días de retiro; [17] que no ha participado tu sierva de la mesa de Amán, ni aprecio los banquetes del rey, ni bebo el vino de las libaciones; [18] que no ha tenido tu sierva día alegre desde el día de su encumbramiento hasta hoy sino en ti, Señor, Dios de Abraham. [19] ¡Oh Dios sobre todos fuerte, oye la voz de los desamparados, y líbrame del poder de los perversos, líbrame a mí de todo mal!»

Intervención de Ester.

15 [1] El día tercero, así que acabó su oración, se despojó de sus hábitos de penitencia y se vistió de gala. [2] Y así, espléndidamente aderezada, e invocando a su Dios y Salvador, testigo de todas las cosas humanas, tomó a dos de sus siervas, [3] apoyándose en una de ellas, como quien no puede de puro delicada sos-

tenerse, [7] mientras la otra la seguía, llevando la cola de su manto. [8] Aparecía enteramente hermosa, el rostro sonrosado, alegre y como encendido de amor, mas el corazón oprimido por el miedo. [9] Y atravesando todas las puertas, se detuvo delante del rey.

Hallábase éste sentado en su trono, vestido con todo el aparato de su majestad, cubierto de oro y piedras preciosas, y aparecía en gran manera terrible. [10] Levantando el rostro radiante de majestad, en el colmo de su ira, dirigió su mirada, y al punto la reina se desmayó, y demudado el rostro, se dejó caer sobre la sierva que la acompañaba. [11] Pero mudó Dios el espíritu del rey en mansedumbre, y asustado, se levantó de su trono y la puso sobre sus rodillas, hasta que ella volvió en sí. La consolaba con blandas palabras, [12] diciendo: «¿Qué es esto, Ester? Yo soy tu hermano, cobra ánimo. [13] No, no morirás, que mi mandato es para el común de las gentes. [14] Acércate.» [15] Y tomando el cetro de oro, la tocó en el cuello y la besó, diciendo: «Háblame.» [16] Ella le dijo: «Te vi, señor, como a un ángel de Dios, y mi corazón quedó turbado ante el temor de tu majestad, [17] pues eres, señor, admirable, y tu rostro está lleno de dignidad» (1). [18] Y mientras hablaba, volvió a caer desmayada. [19] Turbóse el rey, y toda la servidumbre la atendía.

PARTE PROTOCANONICA

5 [1] Al tercer día, Ester se vistió sus vestiduras reales y se presentó en el atrio interior de la casa, delante del aposento del rey. Estaba éste sentado en su real trono, en el palacio real, enfrente de la entrada; [2] y cuando vió a la reina Ester en pie, en el atrio, halló ésta gracia a sus ojos, y tendió sobre ella el rey el cetro de oro que tenía en su mano, [3] y le dijo: «¿Qué tienes, reina Ester, y qué es lo que quieres? Aunque fuera la mitad de mi reino, te sería otorgada.» [4] Ester respondió: «Si al rey le complace, que venga hoy el rey, con Amán, a un festín que yo le he preparado.» [5] El rey dijo: «Id a llamar a Amán, como lo desea Ester.»

Fué el rey con Amán al festín que había preparado Ester; y mientras se bebía el vino, [6] dijo el rey a Ester: «¿Qué es lo que pides? Todo te será concedido. ¿Qué deseas? Aunque fuera la mitad de mi reino, la tendrías.» [7] Ester respondió: «He aquí lo que pido y lo que deseo: [8] Si he hallado yo gracia a los ojos del rey, y si place al rey concederme mi petición y satisfacer mi deseo, que vuelva el rey con Amán (1) al banquete que yo les prepararé, y mañana yo daré la respuesta al rey según su mandato.»

[9] Amán salió aquel día gozoso, y lleno de contento el corazón; pero cuando vió a la puerta del rey a Mardoqueo, que no se levantó ni se movió a su paso, se llenó de ira contra Mardoqueo. [10] Supo, sin embargo, contenerse, y se fué a su casa. Luego mandó a buscar a sus amigos y a Zeres, su mujer; [11] y Amán les habló de la grandeza de sus riquezas, del número de sus hijos, de todo cuanto había hecho el rey para engrandecerle, dándole el primer lugar, por encima de los jefes y los servidores del rey. [12] Y añadió: «Sólo a mí también ha invitado la reina Ester al banquete que ha dado al rey, y me ha invitado además para mañana en su casa, con el rey. [13] Pero todo esto no es nada para mí, mientras vea a Mardoqueo, el judío, sentado a la puerta del rey.» [14] Zeres, su mujer, y todos sus amigos, le dijeron: «Prepara una horca de cincuenta codos de alta, y mañana por la mañana pide al rey que sea colgado en ella Mardoqueo, y luego te irás satisfecho al festín con el rey.» Agradó a Amán el consejo, y mandó preparar la horca.

Honores concedidos a Mardoqueo y humillación de Amán.

6 [1] Aquella noche, no pudiendo el rey conciliar el sueño, hizo que le llevaran el libro de los anales y las crónicas; y leyéndolas ante el rey, [2] hallóse escrito lo que había revelado Mardoqueo, descubriendo que Bigtán y Teres, los dos eunucos

(1) Los ángeles de Dios que asisten en su presencia, participan en algo de su majestad, como Moisés al bajar del monte venía irradiando claridad. Por esto Ester se turba, al ver al rey «como un ángel de Dios».

(1) La invitación de Amán al banquete parece tener por fin hacer más grande su ruina

del rey, guardas del atrio, habían querido llevar su mano sobre el rey Asuero. [3] El rey preguntó: «¿Qué honores y distinciones se han concedido por esto a Mardoqueo?» «Ninguna ha recibido», respondieron los servidores. [4] Entonces dijo el rey: «¿Quién está en el atrio?» Amán había venido al atrio exterior de la casa, para pedir al rey que mandara colgar a Mardoqueo de la horca que le había preparado. [5] Los servidores le respondieron: «Ahí está Amán, en el atrio.» Y dijo el rey: «Que entre.» [6] Entró Amán, y el rey le dijo: «¿Qué ha de hacerse con aquel a quien el rey quiere honrar?» Amán se dijo a sí mismo: ¿A quién otro ha de querer honrar el rey? [7] Y contestó: «Para honrar a quien el rey quiera honrar, [8] habrán de tomarse las vestiduras reales que se viste el rey, y el caballo en que el rey cabalga, y la corona real que ciñe su cabeza, [9] y dar el vestido, el caballo y la corona a uno de los más nobles príncipes del rey, para que vistan a aquél a quien el rey quiere honrar, y llevándole en el caballo por la plaza de la ciudad, vayan pregonando ante él: Así se hace con el hombre a quien el rey quiere honrar»

[10] El rey dijo a Amán: «Coge luego el vestido y el caballo, como has dicho y haz eso con Mardoqueo, el judío, que se sienta a la puerta del rey. No omitas nada de cuanto has dicho.» [11] Cogió Amán el vestido y el caballo, vistió a Mardoqueo, y le paseó a caballo por la plaza de la ciudad, gritando delante de él: «Así se hace con el hombre a quien el rey quiere honrar» (1).

[12] Volvióse Mardoqueo a la puerta del rey, y Amán se fué corriendo a su casa, desolado y cubierta la cabeza. [13] Contó Amán a Zeres, su mujer, y a todos sus amigos todo lo que le había sucedido; y sus sabios y Zeres, su mujer, le dijeron: «Si el Mardoqueo ese, delante del cual has comenzado a caer, es de la raza de los judíos, no le vencerás, antes de cierto sucumbirás ante él.» [14] Y cuando todavía estaba ella hablando, vinieron los eunucos del rey y se llevaron apresuradamente a Amán al festín que Ester había preparado.

(1) Este acto de justicia con Mardoqueo es el augurio de la caída del orgulloso ministro

Amán, acusado por Ester, es condenado a muerte.

7 [1] Fueron el rey y Amán al banquete a casa de Ester. [2] El segundo día dijo el rey a Ester otra vez, mientras bebía el vino: «¿Cuál es tu petición, reina Ester? Te será concedida. ¿Qué es lo que deseas? Aunque fuera la mitad de mi reino la tendrías.» [3] La reina Ester respondió: «Si he hallado gracia a tus ojos, ¡oh rey!, y si el rey lo cree bueno, concédeme la vida mía: he ahí mi petición, y salva a mi pueblo: he ahí mi deseo. [4] Porque estamos vendidos yo y mi pueblo, para ser exterminados, degollados, aniquilados. Si siquiera fuéramos vendidos por esclavos y siervos, me callaría, aunque no compensaría el enemigo al rey el perjuicio que le haría.» [5] Tomó el rey Asuero la palabra, y dijo a la reina Ester: «¿Quién es y dónde está el que eso se propone hacer?» [6] Y Ester le respondió: «El opresor, el enemigo, es Amán, ese malvado.» Amán se sobrecogió de terror ante el rey y la reina. El rey, en su ira, se levantó y se salió del banquete, para ir al jardín del palacio, y Amán se quedó para pedir la gracia de la vida a la reina Ester, porque veía bien que su pérdida estaba resuelta en el ánimo del rey.

[8] Cuando volvió el rey del jardín del palacio a la sala del banquete, vió a Amán, que se había precipitado hacia el lecho sobre el cual estaba Ester, y dijo: «¡Qué! ¿Será que pretende también hacer violencia a la reina en mi casa, en el palacio?» En cuanto salieron estas palabras de la boca del rey, cubrieron el rostro de Amán; [9] y Harbona, uno de los eunucos, dijo en presencia del rey: «En casa de Amán hay una horca, alta de cincuenta codos, que Amán ha preparado para Mardoqueo, el que habló para bien del rey.» El rey dijo: «Que cuelguen de ella a Amán.» [10] Y fué colgado Amán de la horca que él había preparado para Mardoqueo, y se aplacó la ira del rey (1).

Edicto en favor de los judíos.

8 [1] Aquel mismo día, el rey Asuero dió a Ester la casa de Amán, el

(1) La horca que Amán había preparado para Mardoqueo, para él mismo sirvió. La justicia de Dios resalta en este detalle.

enemigo de los judíos; y Mardoqueo fué presentado al rey, pues le había dado a conocer Ester el parentesco que a él la unía. 2 Quitóse el rey su anillo, que había retirado a Amán, y se lo dió a Mardoqueo. Ester, por su parte, estableció a Mardoqueo en la casa de Amán. 3 Volvió después a hablar Ester al rey, y echándose a sus pies, llorando, le suplicó impidiera los efectos de la maldad de Amán, agagita, y la realización de sus proyectos contra los judíos. 4 El rey tendió a Ester el cetro de oro, y ésta se levantó, quedándose en pie delante del rey, 5 y le dijo: «Si al rey le parece bien, y si he hallado yo gracia a sus ojos, que se escriba para revocar las cartas inspiradas por Amán, hijo de Hamedatán, agagita, y escritas por él para exterminar a los judíos que hay en todas las provincias del rey; 6 porque ¿cómo podría yo ver que el infortunio alcanzara a mi pueblo? ¿Cómo podría ver el exterminio de mi raza?»

7 El rey Asuero dijo a la reina Ester y al judío Mardoqueo: «Yo he dado a Ester la casa de Amán, y él ha sido colgado de la horca por haber extendido su mano contra los judíos. 8 Escribid, pues, en favor de los judíos lo que bien os parezca, en nombre del rey, y selladlo con el anillo del rey, porque edicto escrito en nombre del rey y sellado con el anillo del rey no puede ser revocado.»

9 Fueron entonces llamados los secretarios de rey, el día veintitrés del mes tercero, que es el mes de Siván; y se escribió conforme a lo que fué ordenado por Mardoqueo, a los judíos, a los sátrapas, a los gobernadores y a los jefes de las ciento veintisiete provincias, desde la Judea a la Etiopía, a cada provincia según su escritura y a cada pueblo según su lengua, y a los judíos según su escritura y su lengua. 10 Se escribió en nombre del rey Asuero, y se selló con el anillo del rey. Enviáronse las cartas por correos montados en caballos, y en mulos nacidos de asnas. 11 Se daba a los judíos, en cualquiera ciudad en que estuviesen, permiso para reunirse y defender su vida, y de destruir, matar y exterminar a todos aquellos, con sus niños y mujeres, de cada pueblo y de cada provincia, que tomaran las armas para atacarlos, y de dar sus bienes al pillaje; 12 y esto en un solo día, en todas las provincias del rey Asuero el día trece del duodécimo mes, que es el mes de Adar. 13 Estas cartas contenían una copia del edicto que había de publicarse en cada provincia, e informaban a todos los pueblos de que los judíos estarían aquel día prestos a vengarse de sus enemigos.

PARTE DEUTEROCANONICA

Copia del edicto en favor de los judíos.

16 1 La copia de la carta es como sigue:

«Artajerjes, rey grande, a los gobernadores de las regiones de las ciento veintisiete satrapías desde la India hasta la Etiopía, y a cuantos entiendan en nuestros negocios, salud. 2 Muchos, después de haber recibido honores singulares de la extremada bondad de sus bienhechores, aspiran a cosas más altas, 3 y no sólo tratan de oprimir a nuestros súbditos, sino que, incapaces de sostener el peso de su dignidad, conspiran hasta contra el que se la confirió. 4 Y no sólo destierran de entre los hombres la gratitud, sino que, hinchados con el fausto de su inesperada prosperidad, procuran escapar a la justicia vengadora de Dios, perpetuo testigo de todas las cosas. 5 Con frecuencia a muchos de los constituídos en la suprema autoridad, la falaz adulación de aquellos a quienes encomendaron la dirección de los negocios los hace cómplices de sangre inocente y les causa irremediables males, 6 engañando con la mentirosa astucia de su malignidad la noble sencillez de los soberanos. 7 Esto podemos comprobarlo, no tanto por las historias antiguas, según dejamos indicado, cuanto por el examen de sucesos que tenéis a la vista, hechos impíamente consumados por la peste de los indignos gobernantes. 8 Por eso es preciso proveer para lo futuro, procurando con la paz un reino tranquilo a todos los hombres, 9 realizando los cambios necesarios, y juzgando siempre con equidad los negocios que se ofrecieren.

10 »Vosotros sabéis, cómo Amán, hijo de Amadata, macedonio, enteramente extraño a la sangre de

los persas y sobremanera desconocedor de nuestra bondad, por mí acogido hospitalariamente, [11] alcanzó la benevolencia que usamos con todas las naciones, en tanto grado, que fuese apellidado nuestro padre y venerado por todos como poseedor de la segunda dignidad del trono real. [12] E incapaz de llevar el peso de tanta grandeza, intentó privarme del reino y de la vida, [13] y con toda suerte de maliciosos engaños trató de perder a mi salvador y bienhechor constante y a la irreprochable compañera del reino, Ester, con toda su nación. [14] Así pensaba él aislarnos y pasar a los macedonios el imperio de los persas.

[15] »Pero, hemos averiguado que los judíos, entregados a la muerte por este consumado criminal, no son malhechores, antes se gobiernan por leyes santísimas, [16] que son hijos del altísimo, sumo y viviente Dios, que conserva el reino en el mejor estado en favor nuestro, como de nuestros predecesores (1); [17] por esto haréis bien en no prestar atención a las cartas remitidas por Amán, hijo de Amadata, por cuanto el autor de ellas ha sido crucificado a las puertas de Susa, con toda su casa, habiéndole dado sin tardanza su merecido castigo el Dios omnipotente.

[19] »La copia de esta carta haréis publicarla en todas partes, para que sea permitido a los judíos vivir según sus leyes, [20] y les prestaréis apoyo para que puedan rechazar a los que en el día de la tribulación les ataquen, el día trece del mes duodécimo, de Adar; [21] pues el Dios que todo lo domina, ha convertido en día de alegría el que estaba señalado para ruina de la nación escogida (2).

[22] »Vosotros, pues, celebraréis con todo regocijo, como una de vuestras festividades, el día señalado, [23] para que ahora y en lo futuro sea día de salud para vosotros y para todos los leales a los persas, y para los que maquinaban contra vosotros sea de infausta memoria. [24] Y toda ciudad o región en general que esto no cumpliere, sea inexorablemente destruída por el hierro y el fuego, y hecha inaccesible no sólo a los hombres, sino también a las fieras y a las aves, y por siempre odiosa.»

(1) He aquí el supremo elogio de Israel, puesto en boca del rey. Sus leyes son santísimas y ellos hijos del Altísimo, sumo y viviente Dios y conservador del reino.

(2) Después de anular los edictos primeros, se manda prestar ayuda a los judíos para rechazar los ataques enemigos.

PARTE PROTOCANONICA

8 [14] Los correos, montados en caballos y mulos, partieron en seguida con toda prisa, según la orden del rey. El edicto fué publicado también en Susa, la capital. [15] Mardoqueo salió de la casa del rey, vestido con un vestido real azul y blanco, con una gran corona y un manto de lino y de púrpura. [16] Hubo para los judíos, luz y alegría, gozo y honra. La ciudad de Susa lanzaba gritos de regocijo, [17] y en cada provincia y cada ciudad, por dondequiera que llegaron la orden del rey y su edicto, hubo entre los judíos gozo y regocijo, banquetes y fiestas; y muchas de las gentes de los pueblos de las regiones se hicieron judíos, porque se había apoderado de ellos el temor a los judíos.

Venganza de los judíos.

9 [1] Al duodécimo mes, que es el mes de Adar, el día trece del mes, el día en que había de cumplirse el edicto del rey, y en que los enemigos de los judíos habían pensado dominarlos, fué lo contrario lo que sucedió, y los judíos dominaron a sus enemigos (1). [2] Reuniéronse los judíos en sus ciudades, en todas las provincias del rey Asuero, para poner la mano sobre todos aquellos que buscaban su perdición; y nadie pudo resistirlos, porque el temor de ellos se había apoderado de todos los pueblos. [3] Y todos los jefes de las provincias, los sátrapas y los funcionarios del rey, apoyaron a los judíos, por el temor que les inspiraba Mardoqueo; [4] pues era Mardoqueo poderoso en la casa del rey, y su fama se esparció por todas las provincias,

(1) Este capítulo es el más duro de todo el relato. Parece que los judíos no se limitaron a defenderse de sus enemigos, como el edicto anterior decía, sino que pasaron a la ofensiva y por su mano ejercieron la justicia contra los que habían tenido el propósito de darles muerte. Cuanto a las cifras, tal vez ocurre con ellas lo que con tantas otras de la Escritura, que están alteradas.

porque se hacía de día en día más poderoso.

5 Los judíos hirieron a espada a
todos sus enemigos, los mataron y
los hicieron perecer, y trataron como
quisieron a los que les eran hostiles.
6 En Susa, la capital, mataron los
judíos, haciéndolos perecer, a qui-
nientos hombres, 7 y degollaron a
Parsandata, Dalfon, Asfata, 8 Po-
rata, Adalía, Aridata, 9 Parmasta,
Arisai, Aridai y Jezata, 10 los diez
hijos de Amán, hijo de Amedata, el
enemigo de los judíos, pero estos
no se dieron al pillaje.

11 Llegó aquel día a conocimiento
del rey el número de los muertos en
Susa, la capital; 12 y el rey dijo a
Ester: «Los judíos han matado y
hecho perecer en Susa, la capital, a
quinientos hombres y a los diez hijos
de Amán. ¿Qué habrán hecho en el
resto de las provincias del rey? ¿Qué
más pides? ¿Qué más quieres? Se te
concederá, lo tendrás.» 13 Ester res-
pondió: «Si al rey le parece bien, que
les sea permitido a los judíos de
Susa obrar también mañana con-
forme al edicto de hoy, y que se
cuelgue en la horca a los diez hijos
de Amán.» 14 El rey mandó que así
se hiciera, y se publicó el edicto en
Susa. 15 Los judíos de Susa se reunie-
ron de nuevo el día catorce del mes
de Adar, y mataron en Susa a tres-
cientos hombres, pero tampoco se
dieron al pillaje.

16 Los otros judíos que había en
las provincias del rey se reunieron
y defendieron su vida; y se procura-
ron reposo, librándose de sus ene-
migos, y mataron a setenta y cinco
mil, pero no se dieron al pillaje.

17 Esto sucedió el día trece del mes
de Adar. Los judíos se aquietaron el
catorce, haciendo de él un día de
banquetes y regocijo. 18 Los que
había en Susa, que se habían reuni-
do el trece y el catorce, se aquietaron
el quince, haciendo de él un día de
banquetes y regocijo. 19 Por eso los
judíos del campo, que habitan ciu-
dades no amuralladas, hacen del día
catorce del mes de Adar un día de
banquete y de fiesta, en que se man-
dan presentes los unos a los otros.

La fiesta de los «purim».

20 Mardoqueo escribió estas cosas
y envió cartas a los judíos de todas
las provincias del rey Asuero, cercanas,
y lejanas, 21 mandándoles celebrar to-
dos los años el día catorce y el quince
del mes de Adar, 22 como días en que
habían obtenido el reposo, librándose
de sus enemigos, y celebrar el mes
en que su tristeza había convertido en alegría y su desolación en
regocijo; y hacer de estos días, días
de festín y de alegría, en que se
mandan presentes los unos a los otros
y se distribuyen dones a los indi-
gentes. 23 Los judíos se comprome-
tieron a hacer lo que ya habían co-
menzado y les mandaba Mardoqueo;
24 porque Amán, hijo de Hamedata,
agagita, enemigo de todos los judíos,
había concebido el proyecto de ex-
terminarlos y había echado el *pur*,
es decir, la suerte, para matarlos y
exterminarlos; 25 pero habiéndose pre-
sentado Ester al rey, mandó el rey
por escrito hacer recaer sobre la ca-
beza de Amán el maligno proyecto
que él había hecho contra los judíos,
y le colgó de la horca, a él y a sus
hijos. 26 Por eso se llaman estos días
purim, del nombre de *pur* (1).

Conforme al contenido de esta
carta, según lo que ellos mismos
habían visto y les había sucedido,
27 los judíos tomaron por ellos, por
su descendencia y por todos aquellos
que a ellos se unieran, la resolución
y el compromiso irrevocable de cele-
brar cada año estos dos días, al modo
y al tiempo prescritos. 28 Estos días
habían de ser recordados y celebrados
de generación en generación, en cada
familia, en cada provincia y en cada
ciudad; y estos días de *purim* no
habían de ser jamás abolidos entre
los judíos, ni borrado su recuerdo
entre sus descendientes.

29 La reina Ester, hija de Abigail,
y el judío Mardoqueo, escribieron
con instancia a los judíos, por se-
gunda vez, para confirmar la carta
acerca de los *purim*; 30 y se manda-
ron cartas a todos los judíos, a las
ciento veintisiete provincias del rey
Asuero. Contenían palabras de paz
y fidelidad, prescribiendo los días de
purim, al tiempo fijado, 31 como el
judío Mardoqueo y la reina Ester
los habían establecido, para ellos y
para toda su posteridad, con oca-

(1) Esta fiesta de los Purim o de las suertes, llamada también de Mardoqueo, es un testimonio permanente de la historicidad de este libro

sión de su ayuno y sus clamores. [32] Así, la orden de Ester confirmó la institución de los *purim*, y esto fué escrito en el libro.

PARTE DEUTEROCANONICA

10 [1] Y dijo Mardoqueo: «Del Señor viene esto. [2] Recuerdo, en efecto, el sueño que acerca de estos sucesos tuve, de los cuales ninguno ha quedado sin cumplimiento. [3] La fuentecilla que se convirtió en río de muchas aguas, y la lucecita convertida en sol (1).

»El río es Ester, a quien el rey tomó por esposa, haciéndola reina. [4] Los dos dragones éramos yo y Amán; [5] y las naciones son las que se juntaron para acabar con el nombre judío. [6] Mi pueblo es este mismo Israel, los que clamaron a Dios y fueron salvos. Salvó el Señor a su pueblo, y nos sacó de todos estos males, haciendo señales y prodigios grandes, cuales no se vieron entre las naciones. [7] Por esto estableció dos suertes, una para el pueblo de Dios, y otra para todas las otras naciones. [8] Y estas dos suertes han llegado a su hora y tiempo, es decir, en el día del juicio delante de Dios. [9] Y se acordó el Señor de su pueblo, y salió por la causa de su heredad. [10] Por esto serán celebrados por ellos estos días en el mes de Adar, los días catorce y quince del mes, con grande concurso, alegría y exaltación, delante de Dios, de generación en generación para siempre, en el pueblo de Israel.»

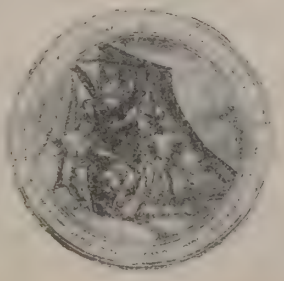
(1) Este párrafo se corresponde con el sueño referido al principio y nos da el sentido del libro que Dios sale por la causa de su pueblo, defendiéndole contra los impíos.

Subscripción.

El año cuarto del reinado de Tolomeo y Cleopatra, Dositeo, que se decía sacerdote y levita, y Tolomeo, su hijo, trajeron la presente epístola sobre los *Purim*, que dicen ser auténtica, y haber sido traducida por Lisímaco, el de Tolomeo, vecino de Jerusalén.

PARTE PROTOCANONICA

10 [1] El rey Asuero impuso un tributo a la tierra y a las islas del mar. [2] Todos los hechos concernientes a su poderío y sus hazañas, y los pormenores de la grandeza a que elevó a Mardoqueo, ¿no están contenidos en el libro de las crónicas de los reyes de los medos y de los persas? [3] Pues el judío Mardoqueo era el primero después del rey Asuero, muy considerado entre los judíos y amado de la muchedumbre de sus hermanos; buscó el bien de su pueblo y habló para el bien de su raza.



INTRODUCCION AL LIBRO I DE LOS MACABEOS

DESDE los días de Esdras y Nehemías la historia está muda, hasta los días de Seleuco IV (187-175). Israel, gobernado por un senado que presidía el sumo sacerdote, vivió en paz bajo el imperio persa, y cuando éste fué sustituído por el macedónico, pasó automáticamente al dominio de Alejandro Magno. A la muerte de éste se organizó el reino de los Seléucidas en Siria y el de los Tolomeos en Egipto. Palestina, puesta en medio, fué campo de batalla en las rivalidades de ambos reinos, y hubo de sufrir las consecuencias. El fervor religioso se fué apagando en muchos israelitas, que, contaminados con el paganismo griego, quisieron sustituir las instituciones mosaicas por las helénicas. Los reyes de Siria vieron con agrado estos propósitos y los hicieron suyos, dando con esto ocasión a las guerras heroicas de los Macabeos, que casi tuvieron tanto de civiles como de nacionales. Estas guerras son el argumento de los libros de los Macabeos, que no son una sola obra dividida en dos libros, sino dos obras distintas y en gran parte paralelas.

El libro primero, encabezado con un breve resumen histórico, que va desde Alejandro Magno hasta Antíoco IV Epífanes (1, 1-10), nos cuenta el principio de la persecución religiosa promovida por Antíoco (11-67), la sublevación de Matatías y de sus hijos (2, 1-70), y el desarrollo de estas luchas bajo la dirección sucesiva de Judas, apellidado el Macabeo (3, 1-9, 22), de Jonatán (9, 23-12, 54), y de Simón (13-16). Abarca un período de cuarenta años (175-135 a. C.). En ellos, el pueblo, bajo la dirección de esta familia, gracias a su heroísmo y a la habilidad con que supo aprovecharse de las contiendas civiles del reino seléucida, alcanzó la independencia y creó una nueva dinastía levítica, la de los Asmoneos, como la Historia denominó a la familia de Matatías.

El libro fué escrito en hebreo, entre los años 104 y 63 a. C., por un judío de Palestina, entusiasta de la nueva dinastía, cuyos orígenes parece que se propone contar. Su cronología tiene por punto de partida la era griega, que comienza en otoño del 312, aunque propiamente el punto de partida del autor es la Pascua precedente. Perdido el original hebreo, que Orígenes y San Jerónimo conocieron, nos queda una versión griega, de la cual se derivó la antigua latina, que es la que se contiene en la Vulgata, un tanto corregida.

MACABEOS I

Alejandro Magno.

1 [1] Alejandro, hijo de Filipo, macedonio, y el primero que reinó en Grecia, partiendo del país de Macedonia venció a Darío, rey de los persas y de los medos, y reinó en lugar suyo. [2] Después de esto combatió muchas batallas, expugnó muchas fortalezas y dió muerte a algunos reyes de la tierra. [3] Atravesandola hasta sus confines, se apoderó de los despojos de muchas naciones, y la tierra se le rindió. Su corazón se engrió y se llenó de orgullo. [4] Juntó poderosos ejércitos, [5] sometió a su imperio regiones y pueblos, y los soberanos le pagaron tributo. [6] Después de todo esto cayó en el lecho y entendió que se moría. [7] Llamando a sus oficiales, los nobles que con él se habían criado desde la juventud, dividió aún en vida su reino entre ellos. [8] Había reinado Alejandro doce años, cuando le arrebató la muerte.

[9] En su lugar entraron a reinar sus generales; [10] los cuales, en cuanto él murió, se ciñeron diadema, y sus hijos después de ellos durante muchos años, multiplicándose los males en la tierra.

Antíoco IV.

[11] De ellos brotó aquella raíz de pecado Antíoco Epifanes, hijo del rey Antíoco, que estuvo en Roma como rehén y se apoderó del reino el año 137 de la era de los griegos. [12] Salieron de Israel por aquellos días hijos inicuos, que persuadieron al pueblo, diciéndole: «Ea, hagamos alianza con las naciones vecinas, pues desde que nos separamos de ellas nos han sobrevenido tantos males;» [13] y a muchos les parecieron bien semejantes discursos. [14] Algunos del pueblo se ofrecieron a ir al rey, el cual les dió facultad para seguir las instituciones de los gentiles. [15] En virtud de esto, levantaron en Jerusalén un gimnasio, conforme a los usos paganos, [16] se restablecieron los prepucios, abandonaron la alianza santa, haciendo causa común con los gentiles, y se vendieron al mal.

[17] Una vez que Antíoco se consolidó en el reino, concibió el propósito de adueñarse de Egipto, a fin de reinar sobre las dos naciones. [18] Entró en él con un poderoso ejército, con carros, elefantes y jinetes, y con una gran flota, [19] e hizo la guerra a Tolomeo, rey de Egipto. Atemorizado éste, huyó ante él, y muchos cayeron heridos. [20] Antíoco se apoderó de las ciudades fuertes de Egipto, y volvió cargado de despojos. [21] El año 143, después de haber vencido a Egipto, Antíoco vino contra Israel [22] y subió a Jerusalén con un poderoso ejército. [23] Entró altivo en el santuario, arrebató el altar de oro, el candelabro de las luces con todos sus utensilios, la mesa de la proposición, las tazas de las libaciones, las copas, los incensarios, la cortina, las coronas, y arrancó todo el decorado de oro que cubría el templo. [24] Se apoderó asimismo de la plata, del oro y de los vasos preciosos, y se llevó los tesoros ocultos que pudo hallar, y con todo se volvió a su tierra.

[25] Hicieron sus gentes gran matanza, y profirieron palabras insolentes. [26] Un gran duelo se levantó en Israel y en todos sus hogares; [27] y se lamentaron los príncipes y los

ancianos; las doncellas y los jóvenes perdieron su vigor, y palideció la belleza de las mujeres. [28] Todos los novios entonaron lamentaciones, e hicieron duelo los que se sentaban en el lecho nupcial. [29] Se conmovió la tierra por la consternación de sus moradores, y toda la casa de Israel quedó cubierta de confusión.

[30] Pasados dos años, envió el rey al jefe de los tributos a las ciudades de Judá y a Jerusalén, con numerosas tropas; [31] y con falsía les habló palabras de paz, en las que ellos creyeron. [32] Pero de repente se arrojó sobre la ciudad, causando en ella gran estrago y haciendo perecer a muchos del pueblo de Israel. [33] Saqueó la ciudad y la incendió y destruyó sus casas y los muros que la cercaban. [34] Llevaron cautivas a las mujeres y a los niños, y se apoderaron de los ganados. [35] Edificaron en torno a la ciudad de David un muro alto y fuerte, y torres también fuertes, convirtiéndola en ciudadela. [36] La guarnecieron de gentes impías, hombres malvados que en ella se hicieron fuertes. [37] La aprovisionaron de armas y vituallas, y juntando los despojos de Jerusalén, los depositaron en ella, viniendo a ser para la ciudad un gran lazo.

[38] Fué una asechanza para el santuario, una grave y continua amenaza para Israel. [39] Derramaban sangre inocente en torno del santuario y lo profanaron. [40] A causa de ellos huían los moradores de Jerusalén, que vino a ser habitación de extraños. Se hizo extraña a su propia prole, y sus hijos la abandonaron. [41] Su santuario quedó desolado como el desierto; sus fiestas se convirtieron en duelo, sus sábados en oprobio, y en desprecio su honor. [42] A la medida de su gloria creció su deshonra, y su magnificencia se volvió en duelo.

La persecución religiosa.

[43] El rey Antíoco publicó un decreto en su reino, de que todos formasen un solo pueblo, dejando cada uno sus peculiares leyes. [44] Todas las naciones se avinieron a la disposición del rey. [45] Muchos de Israel se acomodaron a este culto, sacrificando a los ídolos y profanando el sábado. [46] Por medio de mensajeros, el rey envió a Jerusalén y a las ciudades de Judá órdenes escritas, de que todos siguieran aquellas leyes, aunque extrañas al país; [47] que se suprimiesen en el santuario los holocaustos, el sacrificio y la libación; [48] que se profanasen los sábados y las solemnidades; [49] que se contaminase el santuario y el pueblo santo; [50] que se edificasen altares y santuarios e ídolos, y se sacrificasen puercos y animales impuros; [51] que dejasen a los hijos incircuncisos; que manchasen sus almas con todo género de impureza y abominación, de suerte que diesen al olvido la ley, y mudasen todas sus instituciones; [52] y que quien se negase a obrar conforme a este decreto del rey, fuera condenado a muerte (1).

[53] Tal fué el decreto publicado en todo el reino. En todo Israel instituyó inspectores, [54] y a las ciudades de Judá les dió orden de que sacrificasen cada una por sí, ciudad por ciudad. [55] Se les unieron muchos del pueblo, todos los que abandonaron la ley. Fué el mal que cometieron en la tierra, [56] obligando a los verdaderos israelitas a ocultarse en todo género de escondrijos.

[57] El día quince del mes de Casleu del año 145, edificaron sobre el altar la abominación de la desolación, y en las ciudades de Judá de todo alrededor edificaron altares; [58] ofrecieron incienso a las puertas de las casas y en las calles; [59] y los libros de la ley que hallaban, los rasgaban y echaban al fuego. [60] A quien se le hallaba con un libro de la alianza en su poder y observaba la ley, en virtud del decreto del rey se le condenaba a muerte.

[61] Así hacían a Israel, a cuantos habitaban en sus ciudades, un mes y otro mes. [62] El veinticinco del mes sacrificaron en el ara levantada sobre el altar de los holocaustos. [63] Las mujeres que circuncidaban a sus hijos eran muertas, según el decreto, [64] y los niños colgados por el cuello. Saqueaban las casas y daban muerte a quienes se habían circuncidado. [65] Muchos en Israel se mantuvieron fuertes en su resolución de no comer cosa impura, prefiriendo morir a con-

(1) Aquí ya tenemos la franca persecución religiosa. En los sucesos precedentes tal vez la persecución no fuera sino lucha política contra la nación, mas ahora la lucha comienza por el decreto que trata de imponer la religión helénica y prohibe la judía.

taminarse con los alimentos y profanar la santa alianza, y por ello murieron. [66] Muy grande fué la cólera que descargó sobre Israel.

2 [1] Por entonces se levantó Matatías, hijo de Joás, hijo de Simeón, sacerdote, de los hijos de Joarib, de Jerusalén, que habitaba en Modín. [2] Tenía cinco hijos: Juan, apellidado Caddir, [3] Simón, llamado Tasi; [4] Judas, apellidado Macabeo; [5] Eleazar, apellidado Abarán, y Jonatás, apellidado Apfás. [6] Y viendo las abominaciones cometidas con Judá y en Jerusalén, [7] dijo (1):

«¡Ay de mí! ¿Por qué nací yo, para ver la ruina de mi pueblo, y la ruina de la ciudad santa, obligados a habitar aquí, cuando está en poder de enemigos [8] y su santuario en poder de extraños? Su pueblo fué tratado como un infame, [9] sus vasos preciosos llevados en botín, sus niños muertos en las plazas, y sus jóvenes caídos a la espada enemiga. [10] ¿Qué nación no se ha adueñado de su reino, y no se ha apoderado de sus despojos? [11] Todo su ornato le fué arrebatado, y la que era libre fué hecha esclava. [12] Y ved cómo nuestro santuario, que era nuestro honor y nuestra gloria, está desolado, profanado por las gentes. [13] ¿Para qué vivir?»

[14] Rasgaron Matatías y sus hijos sus vestiduras, y se vistieron de saco e hicieron gran duelo. [15] En tanto llegaron a la ciudad de Modín los delegados del rey, forzando a la apostasía mediante la ofrenda del incienso. [16] Muchos israelitas les obedecían, mientras Matatías y sus hijos se mantuvieron apartados. [17] Los enviados del rey dirigiéronse a Matatías, y le dijeron: «Tú eres príncipe e ilustre y grande en esta ciudad, apoyado por muchos hijos y parientes; [18] acércate, pues, el primero, y haz conforme al decreto del rey, como hacen todas las naciones, los hombres de Judá y los que quedaron en Jerusalén. Y seréis tú y tu casa de los amigos del rey, y seréis enriquecidos, tú y tus hijos, de plata y oro y muchas mercedes.»

[19] A lo que contestó Matatías, diciendo en alta voz: «Aunque todas las naciones que forman el imperio abandonen el culto de sus padres y se sometan a vuestros mandatos, [20] yo y mis hijos y mis hermanos viviremos en la alianza de nuestros padres. [21] Líbrenos Dios de abandonar la ley y sus preceptos. [22] No escucharemos las órdenes de rey para salirnos de nuestro culto, ni a la derecha ni a la izquierda.»

[23] Apenas había terminado de hablar en presencia de todos, cuando se acercó un judío para quemar incienso en el altar que había en Modín, según el decreto del rey. [24] Al verlo Matatías, se indignó hasta estremecerse; y llevado de justa indignación, fué corriendo y le degolló sobre el altar. [25] En el mismo instante mató al enviado del rey, que obligaba a sacrificar, y destruyó el altar. [26] Así mostró su celo por la ley, como había hecho Fines con Zambri, el hijo de Salom (1).

La sublevación.

[27] Alzó luego el grito Matatías en la ciudad, y dijo: «¡Todo el que sienta celo por la ley y sostenga la alianza, sígame!» [28] Y huyeron él y sus hijos a los montes, abandonando cuanto tenían en la ciudad. [29] Entonces muchos que suspiraban por la justicia y el juicio bajaron al desierto, [30] para habitar allí, así ellos como sus hijos, sus mujeres y sus ganados, pues la persecución había llegado al colmo. [31] Y así que llegó a noticia de los enviados del rey y de las fuerzas que había en Jerusalén, en la ciudad de David, que aquellos hombres, desobedeciendo el decreto del rey, habían bajado para esconderse en el desierto, y que muchos los habían seguido, [32] luego los sorprendieron; y acampando enfrente de ellos, se dispusieron a atacarlos en día de sábado. [33] Y les decían: «Basta con lo hecho hasta aquí. Salid y cumplid el decreto del rey, y viviréis.» [34] Ellos contestaron: «No saldremos, ni haremos lo mandado por el rey, profanando el sábado.»

(1) El anciano sacerdote Matatías es la encarnación del sentimiento patriótico y religioso de Israel, sentimiento que supo infundir a sus hijos, quienes animados de él luchan heroicamente hasta obtener la victoria.

(1) Estos actos de Matatías son como la declaración de guerra contra el rey. Como representante de la nación oprimida, pero que tiene derecho a la libertad y aspira a conquistarla, degüella al impío israelita en nombre de la ley y da muerte al enviado de Antíoco.

35 En seguida los acometieron; 36 y ellos no les respondieron, ni les lanzaron una piedra, ni taparon sus escondrijos, 37 diciendo: «Muramos todos en nuestra inocencia, y el cielo y la tierra serán testigos de que injustamente nos hacéis morir.» 38 Y acometidos en día de sábado, murieron ellos, sus mujeres, sus hijos y sus ganados, hasta mil hombres. 39 Cuando Matatías y sus amigos lo supieron, se dolieron grandemente, 40 pero dijeron: «Si todos hacemos como nuestros hermanos han hecho, no combatiendo contra los gentiles por nuestras vidas y nuestras leyes, pronto nos exterminarán de la tierra.» 41 Y tomaron aquel día esta resolución: Todo hombre, quienquiera que sea, que, en día de sábado viniere a pelear contra nosotros, será de nosotros combatido, y no nos dejaremos matar todos, como nuestros hermanos, en sus escondrijos (1).

42 Entonces se unió a ellos un grupo de asideos, israelitas valientes, todos adictos a la ley. 43 Cuantos buscaban escapar a la persecución se unían a ellos, acrecentándose así sus fuerzas, 44 hasta formar un ejército con el cual hirieron a los pecadores en su ira y a los impíos en su furor. Los restantes buscaban su salud entre los gentiles. 45 Recorrieron Matatías y sus amigos las ciudades destruyendo altares, 46 y obligando a circuncidar a cuantos niños encontraban incircuncisos en los confines de Israel. 47 Perseguían a los rebeldes a la ley, y su fuerza crecía más cada vez. 48 Defendían la ley contra los gentiles y los reyes, y no se doblegaban ante los pecadores. 49 Acercándose el fin de los días de Matatías, dijo este a sus hijos:

«Al presente triunfa la soberbia y el castigo, es tiempo de ruina y de furiosa cólera. 50 Ahora, hijos míos, mostraos celadores de la ley, y dad la vida por la alianza de nuestros mayores. 51 Acordaos de las hazañas de vuestros padres en sus días, y alcanzaréis gran gloria y nombre eterno. 52 ¿No fué Abraham hallado fiel en la tentación, y le fué imputado a justicia? 53 En el tiempo de la tribulación José guardó la ley, y vino a ser señor de Egipto. 54 Fines, nuestro padre, por su gran celo recibió la promesa del sacerdocio eterno. 55 Josué, por la observancia de la ley llegó a ser juez de Israel. 56 Caleb, por su testimonio ante el pueblo recibió la heredad de la tierra. 57 David, por su misericordia heredó el trono real, por los siglos de los siglos. 58 Elías, por su gran celo de la Ley fué arrebatado al cielo. 59 Ananías, Azarías y Misael, por su fe, fueron librados del fuego. 60 Daniel en su inocencia fué libertado del foso de los leones. 61 Recorred de este modo todas las generaciones, y veréis cómo ninguno que confía en Dios es confundido.

62 »No temáis las amenazas de ese malvado, porque su gloria se volverá en estiércol y en gusanos. 63 Hoy se engríe, pero mañana no será hallado, porque se habrá vuelto al polvo y se habrán disipado sus planes. 64 Vosotros, hijos míos, cobrad ánimo, combatid varonilmente por la ley, que con esto vendréis a ser gloriosos.

65 »Yo sé que Simeón, vuestro hermano, es hombre de consejo; oídle siempre, y sea él vuestro padre. 66 Judas, el Macabeo, es fuerte y vigoroso desde su mocedad; que sea el capitán del ejército y quien dirija la guerra contra las naciones. 67 Atraed a vosotros a todos los cumplidores de la ley, y tomad severa venganza de los ultrajes a vuestro pueblo. 68 Dad a los gentiles su merecido, y atended a la observancia de los preceptos de la ley.»

69 Y bendiciéndolos, fué a reunirse con sus padres. 70 Murió el año 146, y los hijos le sepultaron en el sepulcro de sus padres, en Modín, y todo Israel hizo por él gran duelo.

Judas Macabeo.

3 1 Le sucedió Judas, apellidado Macabeo, 2 a quien apoyaron sus hermanos y cuantos habían seguido a su padre, y combatían alegremente los combates de Israel.

3 Y dilató la gloria de mi pueblo,
y como héroe se vistió la coraza,
y se ciñó sus armas para guerrear,
y trabó batallas, protegiendo con su espada el campamento.

4 Por sus hazañas se asemejó al león,

(1) Estos que se dejaron matar por no quebrantar el sábado eran del partido de los *Hasidin* o devotos, que hacían especial profesión de piedad. Matatías y los suyos, aunque respetan la conducta de aquellos mártires, no creen que sea la más prudente ni la que ellos deben seguir, pues sería dar a los enemigos la victoria.

y al cachorro que ruge en busca de la presa.
5 Persiguió en sus escondites a los impíos,
y entregó a las llamas a los perturbadores de su pueblo.
6 Los impíos se sobrecogieron de miedo ante él,
los obradores de la iniquidad se turbaron.
En sus manos llegó a buen término la salud.
7 Dió en qué entender a muchos reyes,
y fué el regocijo de Jacob con sus hazañas.
Por los siglos perdurará su memoria en bendición.
8 Recorrió las ciudades de Judá
exterminó a los impíos de ellas, y,
y alejó de Israel la ira.
9 Llegó su nombre hasta los confines de la tierra,
y reunió a los dispersos.

Sus primeras victorias.

10 Apolonio reunió a las naciones, y vino de Samaria un gran ejército, para hacer la guerra contra Israel. 11 Así que lo supo Judas, le salió al paso, le derrotó y le dió muerte: cayeron muchos y huyeron los demás. 12 Se apoderó de sus despojos y de la espada de Apolonio, de la cual se sirvió en la guerra todos los días de su vida.
13 Cuando llegó a oídos de Serón, jefe del ejército de Siria, que Judas había juntado gente y que una muchedumbre de fieles a la ley combatía a su lado, 14 se dijo: Me haré famoso y ganaré gloria en el reino, combatiendo a Judas y a los suyos, que desprecian los decretos del rey. 15 Y preparada la segunda expedición, salió y subió con poderoso ejército, al cual se unieron los impíos, para apoyarle y tomar venganza de los fieles de Israel. 16 Llegaron hasta la subida de Betorón, donde les salió al paso Judas con una pequeña tropa. 17 Esta, viendo el ejército que venía contra ellos, dijo a Judas: «¿Cómo podremos nosotros, tan pocos, luchar contra tan poderosa muchedumbre, y menos estando, como estamos hoy, extenuados por el ayuno?»
18 Pero Judas les contestó: «Fácil cosa es a Dios entregar una muchedumbre en manos de pocos, que para el Dios del cielo no hay diferencia entre salvar con muchos o con pocos; 19 y no está en la muchedumbre del ejército la victoria en la guerra: del cielo viene la fuerza. 20 Estos llegan contra nosotros llenos de orgullo e impiedad, para apoderarse de nosotros, de nuestras mujeres e hijos, y saquearnos, 21 mientras que nosotros luchamos por nuestras vidas y por nuestras leyes. 22 Dios los aplastará a nuestros ojos; no tengáis miedo de ellos» (1).
23 Así que acabó de hablar, los acometió con decisión, derrotando enteramente a Serón y a su ejército. 24 Los persiguió Judas por la bajada de Betorón hasta el llano, quedando en el campo unos ochocientos hombres, y huyendo los demás a tierra de los filisteos. 25 Con esto, el espanto y el miedo a Judas y a sus hermanos se apoderó de las naciones vecinas. 26 La fama de su nombre llegó hasta el rey, y en todas las naciones se contaban sus batallas.

Se preparan más duros combates.

27 El rey Antíoco, en teniendo noticia de estos sucesos, se encendió en ira, y dió orden de juntar todas las fuerzas del reino, un ejército poderosísimo. 28 Abrió sus tesoros, y pagó la soldada a su ejército por un año, ordenando que estuviesen preparados para todo evento. 29 Viendo el rey que sus tesoros habían quedado exhaustos, y que los tributos eran escasos, por las disensiones y las calamidades que él había traído sobre la tierra, en su empeño de suprimir las leyes que habían estado en uso desde los días antiguos, 30 temió no tener, como otras veces le había sucedido, para los gastos y los donativos, que solía repartir con más larga mano y mayor prodigalidad que sus antecesores. 31 En este grave aprieto resolvió ir a Persia, a cobrar los tributos de las regiones y reunir mucho dinero.
32 Dejó a Lisias, hombre ilustre y de linaje real, al frente de los negocios del reino, desde el Eufrates hasta los confines de Egipto, 33 y con el encargo de velar por su hijo Antíoco,

(1) Estas palabras expresan los sentimientos de los Macabeos e indican la fuente de su fuerza incontrastable.

hasta su vuelta. [34] Puso a su disposición la mitad del ejército y los elefantes, encomendándole la ejecución de sus planes, y sobre todo lo de Judea y Jerusalén. [35] Debía enviar contra ellos el ejército, aplastar y destruir la fuerza de Israel y las reliquias de Jerusalén, hasta borrar de la tierra su memoria, [36] e instalar a los extranjeros en sus confines, distribuyéndoles la tierra por suerte. [37] La otra mitad del ejército la llevó consigo el rey, que partió de Antioquía, la capital de su reino, el año 147, y atravesando el Eufrates, se dirigió hacia las regiones altas.

[38] Luego eligió Lisias a Tolomeo, hijo de Dorimeno, a Nicanor y a Gorgias, varones valerosos de entre los amigos del rey; [39] y envió con ellos cuarenta mil hombres y siete mil caballos para invadir la Judea y arrasarla, según el mandato del rey. [40] Partieron con todo un ejército y vinieron a acampar cerca de Emaús, en la llanura. [41] Cuando los mercaderes de la región tuvieron noticia de su llegada, tomaron consigo muchísima plata, oro y siervos, y vinieron al campamento para comprar los hijos de Israel por esclavos. También se agregaron a ellos fuerzas procedentes de Siria y de la tierra de los filisteos (1).

[42] Viendo Judas y sus hermanos que las calamidades se multiplicaban y que los ejércitos estaban acampados en sus confines, y conocedores de las órdenes dadas por el rey, de destruir y exterminar al pueblo, [43] se dijeron unos a otros: «Defendamos a nuestro pueblo contra esos planes de destrucción, y luchemos por nuestra nación y por el santuario», [44] y resolvieron disponerse a la guerra, orando y pidiendo a Dios clemencia y misericordia.

[45] Jerusalén estaba despoblada como un desierto; no había quien de sus hijos entrase o saliese. Su santuario estaba conculcado, y los hijos de los extranjeros moraban en la ciudadela. Era ésta albergue de los gentiles; el gozo de Jacob había desaparecido, y habían enmudecido la flauta y la cítara.

[46] Se reunieron en Masfa, enfrente de Jerusalén, pues en otro tiempo había sido Masfa un lugar de oración para Israel; [47] y ayunaron aquel día, se vistieron de saco, pusieron ceniza sobre sus cabezas, rasgaron sus vestiduras, [48] y extendieron el libro de la ley, buscando en él (1) lo que los gentiles preguntan a las imágenes de sus ídolos. [49] Trajeron los vestidos sacerdotales, las primicias y los diezmos, e hicieron venir a nazareos que habían cumplido los días de su consagración; [50] y a voces clamaron al cielo, diciendo: «¿Qué vamos a hacer con éstos y a dónde vamos a llevarlos? [51] Porque tu santuario está hollado y profanado, tus sacerdotes en luto y humillación, [52] y ahora los gentiles se han reunido contra nosotros para destruirnos. Tú sabes las cuentas que echan sobre nosotros. [53] ¿Cómo podremos hacerles frente, si tú no nos ayudas?» [54] Y tocaron las trompetas, y clamaron a grandes voces.

[55] Después de esto instituyó Judas jefes del pueblo, de millares, centenas, cincuentenas y decenas, [56] y dijeron a los que edificaban casas, a los que habían tomado mujer, a los que habían plantado una viña, y a los tímidos, que se volvieran cada uno a su casa, conforme la prescripción de la ley, [57] y levantando el campo, vinieron a ponerse al sur de Emaús. [58] Dijo Judas a los suyos: «Preparaos y portaos como valientes, prontos a luchar mañana temprano contra estas gentes que se han reunido contra nosotros, para destruirnos y destruir el santuario. [59] Mejor es morir combatiendo, que contemplar las calamidades de nuestro pueblo y del santuario. [60] En todo caso, hágase la voluntad del cielo.»

4 [1] Gorgias, tomando cinco mil infantes y mil jinetes escogidos, levantó el campo por la noche, [2] con el propósito de atacar al ejército judío, y derrotarlo por sorpresa. Llevaban por guías hombres de la ciudadela. [3] Tuvo de ello noticia Judas, y con sus valientes movió también el campo para atacar a los del rey,

(1) El comercio de esclavos era muy lucrativo, y como los prisioneros de guerra eran por derecho común esclavos, los mercaderes vienen presurosos, esperando hacer un gran negocio.

(1) Es día de luto y de oración. A falta de profeta o de sacerdote que consulte al Señor por los *urim* y *tummim*, lo hacen por el texto de la Ley. Los nazareos terminaban su voto con un sacrificio que sólo en el templo podía ofrecerse. Pero el templo estaba profanado y en poder de los gentiles.

que estaban junto a Emaús, [4] en tanto que el grueso del ejército andaba aún disperso, lejos del campamento.

[5] Llegó Gorgias al campo de Judas por la noche; y no hallando a nadie, los buscaba por los montes, diciendo: «Estos han huído de nosotros.» [6] En cuanto fué de día apareció Judas en el llano con tres mil, que no tenían ni los escudos ni las espadas que deseaban. [7] Vieron el campamento de los gentiles, fuerte, atrincherado, rodeado de la caballería, formado por hombres diestros en la guerra. [8] Dijo Judas a los que le acompañaban: «No temáis esa muchedumbre ni su ímpetu os acobarde. [9] Recordad cómo fueron salvados nuestros padres en el Mar Rojo, cuando el Faraón los perseguía con su ejército. [10] Levantemos al cielo nuestra voz, en la esperanza de que se compadezca de nosotros y, acordándose de la alianza de nuestros padres, aplaste hoy ante nuestros ojos este campamento, [11] y conocerán todas las gentes que hay quien rescata y salva a Israel.»

[12] Alzando los enemigos sus ojos, vieron que los venían a atacar, [13] y salieron del campo para combatirlos. Los de Judas tocaron las cornetas, [14] y se trabó la lucha, siendo derrotados los gentiles, que luego se dieron a huir por el llano. [15] Fueron perseguidos hasta Guezer, los llanos de Idumea, de Azoto y de Jamnia; los rezagados cayeron todos al filo de la espada, quedando en el campo hasta tres mil de ellos. [16] Volviendo Judas con su ejército de perseguirlos, dijo a los suyos: [17] «No codiciéis los despojos, que tenemos ante nosotros el peligro, [18] pues Gorgias está con su ejército en los montes próximos. Por el momento haced frente a los enemigos y combatid contra ellos; después ya podréis tomar los despojos con seguridad.»

[19] Estaba aún Judas diciendo esto, cuando apareció, saliendo del monte, una división de Gorgias; [20] la cual, al ver cómo los suyos habían vuelto las espaldas y ardía en llamas el campamento, porque el humo que se veía daba bien a entender lo sucedido, [21] se llenó de miedo, y más viendo al ejército de Judas en el llano, en orden de batalla. [22] Todos se dieron a huir hacia la tierra de los filisteos. [23] Judas entonces se volvió y recogió el botín del campamento, donde tomaron mucho oro y plata, y telas de jacinto y de púrpura marina, y grandes riquezas. [24] A su vuelta elevaban al cielo cánticos y bendiciones al Señor: «Porque es bueno, porque es eterna su misericordia.» [25] En aquel día obtuvo Israel una gran victoria.

Nueva victoria.

[26] Cuantos extranjeros se salvaron llegaron a anunciar a Lisias lo sucedido, [27] y éste, al oír las noticias, se quedó consternado y abatido, porque las cosas no habían sucedido en Israel como el rey se lo había ordenado. [28] Al año siguiente organizó un ejército de sesenta mil hombres y cinco mil caballos, para acabar totalmente con los judíos. [29] Vino por Idumea y acampó en Betorón. Para hacerles frente sólo disponía Judas de diez mil hombres. [30] A la vista de tan fuerte ejército, oró, diciendo: «Bendito seas, Salvador de Israel, que quebrantaste el ímpetu del gigante por mano de tu siervo David, y entregaste el campamento de los filisteos en poder de Jonatán, hijo de Saúl, y de su escudero. [31] Da este campo a manos de tu pueblo de Israel, y queden avergonzados su ejército y su caballería. [32] Infúndeles miedo, abate la presuntuosa confianza en su fortaleza, y avergüéncense de su derrota. [33] Derrótalos por la espada de los que te aman, y entonen cánticos de loor todos los que conocen tu nombre.»

[34] Viniendo a las manos, cayeron del ejército de Lisias cinco mil hombres. [35] Al ver Lisias la derrota de su ejército y la audacia del de Judas, y cómo estaban dispuestos a vivir o morir gloriosamente, partió para Antioquía y reclutó mercenarios para acrecentar su ejército, con el propósito de volver contra Judas.

Restablecimiento del culto.

[36] Judas y sus hermanos se dijeron entonces: «Nuestros enemigos están derrotados; subamos, pues, y purifiquemos el santuario y restablezcamos el culto.» [37] Y juntando el ejército, subieron al monte de Sión. [38] Al ver el santuario desolado, profanado el altar, quemadas las puertas, la hierba crecida en los atrios como en un

bosque o en un monte, y las habitaciones destruídas, [39] rasgaron sus vestiduras y alzaron gran llanto, se pusieron ceniza sobre la cabeza, [40] se postraron en tierra, tocaron las trompetas de señales, y clamaron al cielo. [41] Luego ordenó Judas que algunos tuvieran en jaque a los de la ciudadela, mientras purificaban el santuario (1). [42] Eligieron sacerdotes irreprochables, amantes de la ley, [43] los cuales purificaron el templo y echaron las piedras del altar idolátrico en lugar inmundo. [44] Deliberaron qué harían del altar de los holocaustos, que había sido profanado, [45] y les pareció buen consejo destruirlo, por cuanto los gentiles lo habían profanado, [46] y depositar las piedras en el monte del templo, en lugar conveniente, hasta que viniese un profeta que diese oráculo sobre ellas. [47] Tomaron luego piedras sin labrar, conforme prescribe la ley; alzaron el santuario y el interior del Templo, purificaron los atrios, [49] hicieron nuevos vasos sagrados, e introdujeron el candelabro, el altar de los perfumes y la mesa en el templo. [50] Quemaron incienso en el altar, encendieron las lámparas del candelabro que lucían en el templo, [51] colocaron los panes sobre la mesa y colgaron las cortinas. De esta manera dieron fin a la obra. [52] En la mañana del día 25 del mes noveno, que es el de Casleu, del año 148, se levantaron de madrugada [53] y ofrecieron el sacrificio prescrito por la ley en el nuevo altar de los holocaustos que habían construído. [54] Precisamente en la misma hora y día en que le habían profanado los gentiles, fué renovado con cánticos, con cítaras, con arpas y con címbalos. [55] Todo el pueblo se postró sobre su rostro, adorando y elevando sus bendiciones al cielo, que les había dado tan feliz suceso. [56] Durante ocho días celebraron la renovación del altar, y con alegría ofrecieron los holocaustos y sacrificios de acción de gracias y alabanza. [57] Adornaron la fachada del templo con coronas de oro y escudos, y restauraron las portadas y las cámaras y les pusieron puertas.

(1) Por lo dicho se comprende la importancia de este acto de Judas, primer fruto de sus victorias, purificar el templo de las impurezas gentílicas y restablecer el culto legítimo del Dios verdadero.

[58] Fué muy grande la alegría del pueblo por haber borrado el oprobio de los gentiles. [59] Finalmente mandaron Judas y sus hermanos y toda la asamblea de Israel, celebrar los días de la renovación del altar a su tiempo, de año en año, por ocho días, desde el veinticinco del mes de Casleu, con alegría y regocijo. [60] Por aquel mismo tiempo levantaron en torno del monte Sión muros altos y torres fuertes, para que no pudieran los gentiles hollarle como habían hecho antes, [61] pusieron en él una guarnición que le defendiera. Fortificaron asimismo a Betsur, para protegerla y que el pueblo tuviese una defensa por el lado de Idumea.

Guerra contra los pueblos vecinos.

5 [1] Cuando las naciones de alrededor oyeron que el altar había sido reedificado y restaurado como antes el santuario, se enfurecieron sobremanera, [2] y decidieron destruir a los de la raza de Jacob que vivían en medio de ellos, comenzando a ejecutar matanzas y destrucciones en el pueblo (1). [3] Comenzó Judas por hacer la guerra a los hijos de Esaú, y se apoderó de Acrabatane, en Judea, desde la cual hostigaban constantemente a Israel. Les infligió una gran derrota, humillándolos y llevándose sus despojos. [4] Se acordó de la maldad de los hijos de Bayán, que tendían al pueblo lazos y emboscadas en los caminos. [5] Los obligó a encerrarse en sus torres, los cercó, y dándolos al anatema, puso fuego a las torres, que ardieron con todos los que en ellas había. [6] Pasó luego a los hijos de Ammón, y se encontró con un ejército fuerte y un pueblo numeroso, y a Timoteo por jefe. [7] Tuvo con ellos muchos encuentros, hasta que los derrotó y deshizo totalmente. [8] Se apoderó de Gazer y sus aldeas, y se volvió luego a Judea. [9] Los gentiles de Galad se conjuraron contra los israelitas que moraban en su territorio, con el propósito de aniquilarlos, pero ellos huyeron a la fortaleza de Diatema. [10] Escribieron a Judas y a sus hermanos,

(1) El ejemplo del rey cundió entre los pueblos vecinos a Jerusalén, que se dieron todos a perseguir a los judíos. Judas estaba en su legítimo derecho, al defender a sus hermanos.

diciéndoles: «Se han juntado contra nosotros las naciones de nuestro contorno, que se proponen destruirnos; [11] están dispuestas a venir y apoderarse de la fortaleza en que nos hemos refugiado; tienen a Timoteo por jefe. [12] Ven, pues, y líbranos de sus manos, porque muchos de los nuestros han caído ya, [13] y todos nuestros hermanos de la región de Tobi han sido muertos, y robadas sus mujeres, sus hijos y sus bienes, pereciendo allí unos mil hombres.»

[14] Estaban leyendo estas cartas, cuando llegaron, rasgadas las vestiduras, otros mensajeros de Galilea, [15] los cuales comunicaron que se habían juntado contra ellos gentes de Tolemaida y de Tiro y de Sidón, y los gentiles de toda la Galilea, para aniquilarlos. [16] Cuando Judas y el pueblo oyeron semejantes noticias, se reunió una gran asamblea, y deliberaron sobre lo que habían de hacer por sus hermanos, que se hallaban en grave aprieto, combatidos por los gentiles. [17] Dijo Judas a Simón, su hermano: «Toma gente contigo, y ve a librar a nuestros hermanos de Galilea; yo y mi hermano Jonatán iremos a Galad.» [18] A José, el de Zacarías, y a Azarías los dejó por jefes del pueblo, con el resto del ejército para la defensa de Judea, [19] dándoles esta orden: «Quedaos al frente del pueblo, pero no trabéis lucha con los gentiles, hasta nuestra vuelta.»

[20] Tomó Simón tres mil hombres para ir a Galilea, y Judas ocho mil para ir a Galad. [21] Partió Simón para Galilea, y después de muchos encuentros con los gentiles, los derrotó y persiguió hasta las puertas de Tolemaida, [22] quedando en el campo unos tres mil de los gentiles y apoderándose Simón de sus despojos. [23] Tomó luego a los que moraban en Galilea y en Arbata, con sus mujeres, hijos y cuanto tenían, y los trajo con gran júbilo a Judea.

[24] Judas, el Macabeo, y Jonatán, su hermano, atravesaron el Jordán y caminaron durante tres días por el desierto, [25] encontrándose con los nabateos, que los recibieron amigablemente y les contaron cuanto a sus hermanos había sucedido en la región de Galad, [26] y cómo muchos de ellos se hallaban prisioneros en Bosora, en Bosor, en Alema, en Casfor, en Maqued y en Carnaim, ciudades todas fuertes y grandes; [27] que también en las demás ciudades de Galad había prisioneros, y habían ordenado los enemigos para el día siguiente atacar las plazas fuertes, tomarlas y acabar con todos los judíos en un solo día.

[28] Judas, con su ejército, atravesando el desierto, llegó de improviso a Bosora, se apoderó de la ciudad, pasó al filo de la espada a todos los varones, se adueñó de todos sus despojos y la puso fuego. [29] Levantando el campo por la noche, se encaminó hacia la fortaleza de Diatema. [30] Al amanecer alzó los ojos y vió una muchedumbre innumerable con escalas y máquinas de guerra, dispuesta a atacar y tomar la fortaleza. [31] Entendió Judas que el ataque comenzaba y oyó que de la ciudad subía al cielo un griterío y sonido de trompetas. [32] Dijo entonces a los de su ejército: «Luchad hoy por vuestros hermanos.» [33] Y en tres secciones se dirigieron por la espalda, tocando las trompetas y clamando a Dios en oración. [34] Cuando el ejército de Timoteo se dió cuenta de que era el Macabeo, emprendieron la fuga. Les infligió una gran derrota, quedando aquel día en el campo hasta ocho mil hombres. [35] Luego se volvió Judas contra Masfa, la atacó, adueñándose de ella, matando a todos sus hombres, tomando sus despojos y entregando la ciudad a las llamas. [36] Partiendo de allí, tomó a Casfar, Maqued y Bosor, con las demás ciudades de Galad.

[37] Después de esto juntó Timoteo otro ejército y vino a acampar enfrente de Rafón, del otro lado del torrente. [38] Envió Judas a explorar el campo, y le trajeron estas noticias: «Se han juntado con Timoteo todos los gentiles de alrededor, y forman un ejército muy grande. [39] Además, han tomado a sueldo a los árabes como auxiliares suyos, y están acampados del otro lado del torrente, prontos a venir contra ti.» [40] Timoteo había dado estas instrucciones a sus capitanes: «Si al llegar Judas al torrente le permitiéramos pasar hasta nosotros, no le podríamos resistir, porque tiene una fuerza incontrastable; [41] mas si por temor acampara al otro lado del torrente, iremos contra él y le venceremos.

[42] Cuando Judas se acercó al torrente, detuvo a los intendentes de ejército y les dió esta orden: «No per

mitáis que se quede nadie en el campo; que vayan todos a luchar.» 43 Y atravesó el primero contra los enemigos y todo el pueblo en pos de él. Fueron deshechos los gentiles, que tiraron las armas y huyeron al santuario de Carnaim. 44 Pero los de Judas se apoderaron de la ciudad y pusieron fuego al santuario, que ardió con todos los que en él había. Así fué abatida Carnaím, sin que los enemigos pudieran hacer frente a Judas.

45 Juntó Judas a todos los israelitas que moraban en Galad, desde el pequeño hasta el grande, a sus mujeres e hijos y su hacienda, una muchedumbre muy grande, para traerlos a la tierra de Judá. 46 Al llegar a Efrón, ciudad grande y muy fuerte en la entrada de un desfiladero, no podían desviarse ni a la derecha ni a la izquierda, sino que habían de pasar por en medio de ella. 47 Los de la ciudad se encerraron, y murarón a cal y canto las puertas. Les envió Judas un mensaje de paz, 48 diciéndoles: «Permitidnos atravesar por vuestra tierra, camino de la nuestra; nadie os molestará, sencillamente pasaremos a pie.» Pero no quisieron abrirle.

49 Ordenó Judas entonces pregonar en todo el campo que hiciesen todos alto en el sitio en que estaban. 50 Los hombres de guerra tomaron posiciones y atacaron la ciudad todo aquel día y la noche siguiente, hasta que se rindió. 51 Pasó al filo de la espada a todos los varones, arrasó la ciudad y se apoderó de sus despojos, atravesándola luego por encima de los cadáveres. 52 Pasado el Jordán, llegaron a la gran llanura de Betsán. 53 Judas, que mandaba la retaguardia, iba exhortando al pueblo todo el camino, hasta llegar a la tierra de Judá. 54 Con gran gozo y alegría subieron al monte de Sión, y ofrecieron holocaustos, por no haber caído ninguno de ellos y haber vuelto todos en paz.

55 En los días en que Judas y Jonatán estaban en Galad, y Simón en Galilea, frente a Tolemaida, 56 llegaron a oídos de José, el de Zacarías, y Azarías, jefes del ejército, las hazañas y las batallas que llevaban a cabo; 57 y se dijeron: «Hagamos también nosotros célebre nuestro nombre, peleando contra las naciones de alrededor.» 58 Y dieron orden al ejército que con ellos tenían, de emprender la marcha hacia Jamnia. 59 Pero les salió al paso Gorgias con su gente, 60 que derrotaron a José y Azarías, persiguiéndolos hasta los confines de Judea. Dos mil hombres cayeron aquel día, del pueblo de Israel. Acaeció este gran descalabro 61 por no haber obedecido a Judas y a sus hermanos, creyéndose capaces de grandes hazañas. 62 Pero no eran ellos de la raza a que fué dado salvar a Israel. 63 Por lo contrario, el heroico Judas y sus hermanos alcanzaron gran gloria ante Israel y ante todos los pueblos, a cuyos oídos llegó su fama, 64 y en medio de aclamaciones todos los rodeaban.

65 Partieron luego Judas y sus hermanos en campaña contra los hijos de Esaú, hacia el mediodía, y se apoderaron de Hebrón y de sus aldeas, destruyeron su fortaleza y quemaron las torres de su recinto. 66 En seguida se dirigió contra la tierra de los filisteos, atravesando por Maresa. 67 Cayeron aquel día en la batalla algunos sacerdotes, que inconsideradamente salieron a luchar, queriendo dar pruebas de su valentía. 68 Se dirigió luego hacia Azoto, en tierra de filisteos, y destruyó sus altares, quemó las estatuas de sus dioses, saqueó las ciudades, y se volvió a la tierra de Judá.

Muerte de Antíoco Epífanes.

6 1 Atravesaba el rey Antíoco las regiones altas de Persia, cuando tuvo noticias de Elimaide, ciudad célebre por su riqueza de plata y oro. 2 Había en ella un templo extraordinariamente rico, en el cual se guardaban armaduras de oro, corazas y armas, que había dejado allí Alejandro, el de Filipo, rey de Macedonia, el primero que reinó entre los griegos. 3 Llegado a ella, intentó apoderarse de la ciudad, pero no pudo; porque, conocidos sus propósitos en la ciudad, 4 le resistieron con las armas, viéndose forzado a retirarse huyendo, para volverse con gran pena a Babilonia.

5 En Persia le alcanzó un correo, que le dió a saber cómo los ejércitos enviados a tierra de Judea habían sido derrotados; que Lisias, había ido contra ella, 6 con un ejército fuerte. si los hay, y había huído ante los

judíos, que se habían hecho muy fuertes en armas y soldados, con el botín grande que habían cogido a los ejércitos por ellos vencidos; [7] que habían destruído la abominación levantada por él sobre el altar de Jerusalén, y habían cercado de altos muros el santuario, como antes estaba, y la ciudad de Betsur.

[8] Cuando recibió estas noticias quedó aterrado e intensamente conmovido, tanto que cayó en el lecho enfermo de tristeza, al ver que los sucesos no habían correspondido a sus deseos. [9] Pasó allí muchos días, porque la tristeza se renovaba sin cesar, y hasta creyó morir. [10] Haciendo llamar a sus amigos, les dijo: «Huye de mis ojos el sueño, y mi corazón desfallece por la preocupación, [11] pensando en qué tribulación y tempestad grande me hallo, yo, tan bueno, tan amado por mi suave gobierno. [12] Pero ahora me acuerdo de los males que hice en Jerusalén, de los utensilios de oro y plata que de allí tomé, de los habitantes de Judea que sin causa exterminé. [13] Ahora reconozco que por esto me han sobrevenido tantas calamidades, y que de mi gran tristeza moriré en tierra extraña.» [14] Y llamando a Felipe, uno de sus amigos, le instituyó por regente del reino, [15] entregándole la diadema, el manto real y el anillo, y encargándole la tutela y educación de Antíoco, su hijo, hasta ponerlo en el trono. [16] Murió Antíoco allí en el año 149. [17] Al saber Lisias la muerte del rey, entronizó en lugar del padre a Antíoco, su hijo, a quien de joven había educado, y le apellidó Eupátor.

Expedición de Antíoco Eupátor y paz con los judíos.

[18] Entretanto, los de la ciudadela tenían a Israel asediado en el santuario, molestándoles de continuo (1) y apoyando la causa de los gentiles. [19] Judas resolvió quitarlos de en medio, y para ello convocó a todo el pueblo, para cercarlos en forma. [20] Concentradas las tropas, pusieron el cerco el año 150, y construyeron ballestas y máquinas. [21] Pero algunos de los cercados salieron; y juntándose con ellos otros de los impíos de Israel, se dirigieron al rey en queja, diciendo: ¿«Cuándo será que hagas justicia y defiendas a nuestros hermanos? [22] Nosotros con gusto nos hemos sometido a tu padre y obedecimos sus decretos, viviendo según sus disposiciones; [23] y ahora los hijos de nuestro pueblo se han vuelto contra nosotros, y tienen cercada la ciudadela. [24] A más de esto, a cuantos caen en sus manos los matan, y saquean sus bienes. [25] Y no sólo contra nosotros han alzado la mano, sino contra todos los pueblos limítrofes. [26] Ahora mismo están acampados contra la ciudadela en Jerusalén, con el intento de apoderarse de ella, y han fortificado el templo y la ciudad de Betsur, [27] y si no les tomas la delantera, harán cosas mayores y no podrás dominarlos.»

[28] El rey se irritó al oír estas noticias, y convocó a todos sus amigos, a los capitanes de su ejército y de la caballería. [29] Hasta de otros reinos de las islas del mar le vinieron tropas mercenarias. [30] Alcanzó el número de sus fuerzas a cien mil hombres de a pie, veinte mil de caballería, y treinta y dos elefantes adiestrados para la guerra; [31] todos los cuales, llegando por la Idumea, acamparon enfrente de Betsur y la combatieron por largo tiempo con máquinas; pero los cercados hicieron una salida, y luchando valientemente, les prendieron fuego.

[32] Judas levantó el cerco que tenía puesto a la ciudadela y vino a acampar junto a Bezcaría, enfrente del campamento del rey. [33] Este se levantó de madrugada, y moviendo el campo a toda prisa, se dirigió por el camino de Bezcaría. Dispuestas las fuerzas para la batalla, dió con las cornetas la señal de atacar. [34] Los elefantes, a los que habían emborrachado con zumo de uvas y moras, para excitarlos a la pelea, [35] fueron distribuídos por las falanges, colocando al lado de cada elefante mil hombres, protegidos con cotas de malla y con yelmos de bronce en la cabeza; y a más, quinientos caballos escogidos [36] precedían a la bestia dondequiera que iba, y la acompañaban, sin apartarse de ella. [37] Sobre éstas iban montadas fuertes torres de madera, bien protegidas y sujetas al elefante, y en cada una dos o

(1) Al norte del templo los gentiles habían levantado una ciudadela, desde la que hostigaban al pueblo que acudía al templo.

tres hombres valerosos, que combatían desde las torres, y su indio conductor. 38 El resto de la caballería lo colocó a la derecha y a la izquierda, en las dos alas del ejército, para hostigar al enemigo y proteger las falanges.

39 En cuanto el sol comenzó a brillar sobre los escudos de oro y bronce, brillaron los montes con ellos, y resplandecían como llamas de fuego. 40 Una parte del ejército del rey se desplegó en los montes altos, otra en el llano, y todos iban con paso seguro y buen orden. 41 Los judíos quedaron espantados al oír el estruendo de tal muchedumbre, el marchar de aquella masa y el chocar de sus armas. Era a la verdad un ejército extremadamente grande y poderoso.

42 Se acercó Judas con el suyo, se trabó la lucha, y cayeron del ejército del rey seiscientos hombres. 43 Eleazar, hijo de Savarán, vió una de las bestias protegidas con coraza regia, que superaba a todas las otras; y pareciéndole que debía de ser la del rey, 44 se propuso salvar a su pueblo y hacerse un nombre eterno. 45 Lleno de valor, corrió por en medio de la falange hacia ella, matando a derecha y a izquierda, y haciendo que todos se apartasen de él. 46 Llegado al elefante, se puso debajo de él y le hirió. Cayó el elefante encima de él, y allí mismo murió.

47 Viendo los de Judas la gran fuerza del rey y el empuje de su ejército, se retiraron hacia Jerusalén. 48 Los del rey los siguieron, entraron en Judea, y acamparon contra el monte de Sión. 49 El rey había hecho paces con los de Betsur, que salieron de la ciudad por no tener ya vituallas para prolongar más la resistencia, pues era aquel año, año de reposo para la tierra. 50 Ocupó el rey Betsur, y puso en ella guarnición para defenderla. 51 Durante mucho tiempo estuvo acampado contra el santuario, y puso allí ballestas, máquinas y lanzafuegos, catapultas, escorpiones para lanzar dardos, y honderos. 52 Los judíos, por su parte, construyeron máquinas contra las máquinas enemigas, y lucharon durante muchos días, 53 pero escaseaban los víveres en sus almacenes, por ser el año séptimo, y los que se habían refugiado en Judea, huyendo de los gentiles, habían consumido los restos de las reservas; 54 y como el hambre se había apoderado de ellos, dejaron en el santuario una poca gente, y los demás se dispersaron, yendo cada uno a su hogar.

55 Supo en esto Lisias que Filipo, a quien el rey Antíoco, antes de morir, había encomendado la crianza de su hijo Antíoco, hasta instalarle en el trono, 56 había vuelto de Persia y de Media, y con él las tropas del rey, y que pretendía apoderarse del gobierno del reino. 57 Dióse prisa Lisias entonces a volverse, diciendo al rey, a los generales del ejército y a la tropa: «De día en día perdemos fuerzas, escasean las provisiones, y la plaza que combatimos es muy fuerte, y debemos ocuparnos en las cosas del reino. 58 Tendamos, pues, la mano a estos hombres, hagamos las paces con ellos y con todo su pueblo; 59 y convengamos en que vivan según sus leyes, como antes. Precisamente a causa de esas leyes, que nosotros hemos pretendido abrogar, se han irritado y han hecho todo esto.» 60 Fué bien acogida la propuesta por el rey y los generales; y enviaron mensajeros de paz a los judíos, que la aceptaron. 61 El rey y los generales les juraron, y en virtud de esto salieron de la fortaleza. 62 Entró el rey en el monte de Sión, y viendo lo fuerte del sitio, quebrantó el juramento que había hecho y mandó destruir el muro que lo cercaba. 63 Luego se apresuró a partir, y volviéndose a Antioquía, halló a Filipo dueño de la ciudad, y la atacó, logrando apoderarse de ella por la fuerza.

Báquides y Alcimo en Judá.

7 1 El año 151 partió de Roma Demetrio, hijo de Seleuco, con unos cuantos hombres, y desembarcó en una ciudad marítima, logrando ser en ella reconocido por rey. 2 Al entrar en el palacio real de sus padres, el ejército se apoderó de Antíoco y de Lisias para entregárselos. 3 Al saberlo dijo: No quiero ni ver su cara. 4 Las tropas los mataron, y así se sentó Demetrio en su trono real. 5 Luego se llegaron a él todos los malvados e impíos de Israel, con Alcimo a la cabeza, que pretendía el sumo sacerdocio; 6 y presentaron al rey muchas acusaciones contra el pueblo, diciendo: «Judas y sus her-

manos han dado muerte a todos tus amigos, y a nosotros nos han expulsado de nuestra tierra. 7 Te rogamos envíes una persona de tu confianza, que vaya y vea todos los estragos que nos han causado a nosotros y al territorio del rey, y que los castigue a ellos y a cuantos les prestan auxilio.»

8 Eligió el rey a Báquides, uno de sus amigos, que gobernaba la región del otro lado del río, hombre grande en el reino y fiel al soberano; 9 y le envió en compañía del impío Alcimo, a quien instituyó sumo sacerdote, mandándole que tomase venganza de los hijos de Israel. 10 Partieron con un gran ejército; y llegados a la tierra de Judá, enviaron mensajeros a Judas y a sus amigos con palabras engañosas de paz, 11 a las que ellos no dieron crédito, porque veían el gran ejército que traían. 12 Acudieron a Alcimo y a Báquides muchos escribas, reclamando justicia; 13 y los asideos, que son los primeros entre los hijos de Israel, fueron a pedirles la paz, 14 porque se decían: «Es un sacerdote del linaje de Arón el que ha llegado con las tropas; no nos engañará.» 15 En efecto, les habló palabras de paz, y les juró diciendo: «No os haremos mal, ni a vosotros ni a vuestros amigos.» 16 Con esto le creyeron, pero prendió a sesenta de ellos, y en un solo día los hizo morir, según lo que está escrito:

17 «Las carnes de tus santos y su sangre derramaron en torno de Jerusalén, y no había quien los enterrase.»

18 El miedo y el espanto se apoderó de todo el pueblo, porque se decían: «No hay verdad ni justicia, pues han violado los compromisos y juramentos que habían hecho.»

19 Báquides, partiendo de Jerusalén, vino a acampar en Bezeta y mandó prender a muchos de los que habían desertado de él, y a algunos del pueblo, y los mató, arrojándolos en una gran cisterna. 20 Puso luego la tierra en manos de Alcimo, con tropas para auxiliarle, y se volvió al rey. 21 Alcimo luchaba por asegurarse en el pontificado, 22 juntándose a él todos los perturbadores de su pueblo, que se apoderaron de Judá y causaron a Israel muchos daños. 23 Así que vió Judas los grandes males que Alcimo y los suyos traían sobre Israel, mayores que los causados por los gentiles, 24 se puso en campaña, y recorriendo toda la tierra de Judea, castigó a los apóstatas, que cesaron de andar por ella.

25 Alcimo, viendo que Judas y los suyos se hacían poderosos, y conociendo, por otra parte, que él no era capaz de hacerles frente, se volvió al rey, acusándolos de muchos crímenes. 26 Envió el rey a Nicanor, uno de sus capitanes más ilustres y enemigo jurado de Israel, encargándole la destrucción del pueblo. 27 Llegó Nicanor a Jerusalén con un poderoso ejército, y envió a Judas y a sus hermanos engañosos mensajes de amistad, 28 diciéndoles: «No haya lucha entre nosotros; yo iré a ti con poca gente, nos veremos y hablaremos como amigos.» 29 Vino, en efecto, a Judas, y se saludaron amistosamente; pero los enemigos estaban dispuestos a prenderle. 30 Mas conociendo Judas que venían a él con engaño, temió, y no quiso volver a verle más. 31 Nicanor, cuando vió descubiertos sus planes, salió a combatir contra Judas cerca de Cafarsalama. 32 El resultado de la lucha fué que cayesen de las tropas de Nicanor unos cinco mil hombres, huyendo los demás a la ciudad de David.

33 Después de estos sucesos subió Nicanor al monte de Sión, y salieron del templo los sacerdotes y los ancianos del pueblo, para saludarle amigablemente y mostrarle los holocaustos que se ofrecían por el rey. 34 Pero él, burlándose de ellos, los escarneció y profanó los holocaustos con altivez; y airado, juró, diciendo: «Si Judas no se me entrega y su ejército no se me rinde ahora, cuando vuelva victorioso daré al fuego este templo.» Y partió lleno de cólera. 36 Salieron los sacerdotes, y de pie frente al altar y al templo, clamaron, diciendo: 37 «Tú, Señor, que has elegido esta casa para que en ella fuese invocado tu nombre y fuese casa de oración y de plegaria para tu pueblo, 38 toma venganza de este hombre y de su ejército, y caigan al filo de la espada. Acuérdate de sus blasfemias, y no permitas que salga con sus intentos.»

39 Partió Nicanor de Jerusalén y asentó su campo en Betorón, donde se le agregó un cuerpo de sirios. 40 En tanto, estaba Judas en Adasa con tres mil hombres, y orando, dijo: 41 «Señor, cuando los mensajeros del

rey de Asiria blasfemaron, un ángel tuyo vino e hirió a ciento ochenta y cinco mil de ellos. 42 Aplasta así hoy a este ejército ante nosotros, y que al verle castigado por su maldad, reconozcan todos que fué por haber amenazado tu santuario.»

43 Los ejércitos vinieron a las manos el día trece del mes de Adar, quedando derrotado el de Nicanor y cayendo él mismo el primero en la lucha. 44 Cuando el ejército se dió cuenta de que Nicanor había caído, arrojó las armas y huyó. 45 Les persiguieron una jornada de camino, desde Adasa hasta Gazer, tocando detrás de ellos las cornetas. 46 De todas las aldeas de Judea próximas salían para acosarlos; y luchando contra ellos, los mataron al filo de la espada, sin que quedase ni uno solo. 47 Se apoderaron de sus despojos y de su botín, y cortaron a Nicanor la cabeza y la mano derecha, que orgullosamente había alzado contra Jerusalén. 48 El pueblo se alegró extraordinariamente, y celebraron aquel día con gran regocijo, 49 y acordaron celebrarlo cada año, el mismo día trece de Adar. 50 Por algún tiempo gozó de paz la tierra de Judá.

Embajada a Roma.

8 1 Llegó a oídos de Judas la fama de los romanos, de que eran muy poderosos, (1) se mostraban benévolos con todos los que se adherían a ellos, y con quienes a ellos venían hacían alianza y amistad. 2 Le contaron de sus guerras y de las hazañas que habían realizado en Galacia, apoderándose de ella y sometiéndola a tributo; 3 cuanto habían hecho en España, apoderándose de las minas de oro y plata que allí hay, y adueñándose de toda la tierra con su prudencia y paciencia, 4 no obstante estar ese país muy alejado de ellos; y cómo a los reyes que desde los confines de la tierra habían ido contra ellos, los habían derrotado, infligiéndoles tan gran descalabro, que los restantes les pagaban tributo cada año. 5 Y que a Filipo y a Perseo, reyes de Macedonia, y a los demás que se levantaron contra ellos, los habían derrotado en guerra y los habían subyugado; 6 y a Antíoco el Grande, rey de Asia, que estuvo en guerra con ellos, y que tenía ciento veinte elefantes y caballería y carros y ejército muy numeroso, le habían vencido 7 y cogido prisionero, imponiéndole un gran tributo a él y a los que en el reino le sucedieron, obligándole a dar rehenes 8 y a ceder la Jonia, la Mesia y la Lidia, esto es, sus mejores provincias, que aquéllos cedieron al rey Eumenes. 9 Los griegos quisieron ir contra ellos y aniquilarlos; pero en cuanto les fué conocido el propósito, 10 enviaron contra ellos un general que los combatió, cayendo de los griegos muchos en el campo, siendo llevadas cautivas las mujeres y los hijos, saqueados los bienes, subyugada la tierra, destruídas las fortalezas y reducidos a servidumbre hasta hoy. 11 A los demás reinos e islas, cuantos se les opusieron, totalmente los subyugaron. 12 Pero a sus aliados y amigos que en ellos confían, les guardan fidelidad, y así habían logrado dominar los reinos próximos y remotos. Cuantos saben de su fama, los temen, 13 y cuantos son por ellos ayudados para reinar, reinan, y a los que no quieren, los destituyen, y así han adquirido gran poder. 14 Entre ellos nadie lleva diadema, ni viste púrpura, para engreírse con ella. 15 En vez de esto, se han creado un senado, y cada día deliberan trescientos veinte senadores, que de continuo miran por el bien del pueblo y por su buen gobierno. 16 Cada año encomiendan a uno solo el mando y el dominio de toda su tierra, y todos obedecen a este único, sin que haya entre ellos envidias ni celos.

17 Eligió Judas a Eupolemo, hijo de Juan, hijo de Acco, y a Jasón, hijo de Eleazar, y los envió a Roma para hacer con ellos amistad y alianza, 18 librándose así del yugo del reino griego, pues veían que los designios de éste eran someterlos a servidumbre. 19 Llegaron a Roma después de un largo viaje, entraron en el senado, y tomando la palabra, dijeron: 20 «Judas Macabeo, sus hermanos y el pueblo de los judíos, nos envían para hacer con vosotros alianza de paz, y pedir que nos inscribáis en la lista de vuestros aliados y ami-

(1) Este capítulo comienza con un gran elogio de los romanos, que poco antes habían terminado felizmente la segunda guerra púnica, extendiéndose por Oriente su fama y su dominación. El escritor sagrado expresa lo que sobre los romanos había traído a ellos la fama.

gos.» 21 Estas palabras fueron bien recibidas. 22 He aquí ahora la copia de la epístola que escribieron en tablas de bronce, y que enviaron a Jerusalén para que les fuese memorial de alianza y de paz:

23 «Salud a los romanos y al pueblo judío, por tierra y por mar, para siempre, y que la espada y el enemigo estén siempre lejos de ellos. 24 Si el pueblo de los romanos fuera primero atacado, o lo fuese alguno de sus aliados en todo su imperio, 25 el pueblo de los judíos les prestará auxilio, según las circunstancias lo dicten, con plena lealtad. 26 Al enemigo no le dará ni suministrará trigo, armas, plata, ni naves. Esta es la voluntad de los romanos, y guardarán este convenio sin compensación ninguna. 27 Asimismo, si primero el pueblo judío es atacado, los romanos le ayudarán lealmente, según las circunstancias lo dicten, 28 y al enemigo no le darán ni trigo, ni armas, ni plata, ni naves. Tal es la voluntad de los romanos. 29 Conforme a estas condiciones se conciertan los romanos con el pueblo judío. 30 Si después de este acuerdo, unos u otros quisieren añadir o quitar alguna cosa, podrán hacerlo a voluntad, y lo añadido o quitado será valedero. 31 Cuanto a los daños que les ha causado el rey Demetrio, ya hemos escrito a éste, diciendo: ¿Por qué impones tan pesado yugo sobre nuestros aliados y socios los judíos? 32 Si vuelven a quejársenos de ti, les haremos justicia, haciéndote la guerra por mar y por tierra.»

Báquides, otra vez en Judea. Muerte de Judas.

9 1 Cuando Demetrio supo que Nicanor y su ejército habían caído en la batalla, volvió a enviar por segunda vez a Báquides con Alcimo a tierra de Judá, a la cabeza del ala derecha de su ejército. 2 Tomaron el camino que llega a Gálgala, y acamparon en Masalot de Arbela, apoderándose de ella y matando a muchos.

3 En el mes primero del año 152 asentaron su campo enfrente de Jerusalén; 4 pero veinte mil hombres de infantería y dos mil caballos se dirigieron a Berea. 5 Entretanto, Judas había acampado en Laisa con tres mil hombres escogidos, 6 los cuales, viendo la muchedumbre del ejército, temieron sobremanera, huyendo muchos del campo y no quedando de todos más que ochocientos.

7 Viendo Judas que el campo había quedado desierto, y que, sin embargo, la batalla era inminente, se sintió aplanado, porque no le quedaba tiempo para volverlos a juntar, 8 y sintiendo que se le rompía el corazón, dijo a los que le quedaban: «Ea, vayamos al enemigo, a luchar contra él.» 9 Querían disuadirle, diciendo: «No podremos; mejor nos sería conservar ahora nuestra vida, y volver luego con nuestros hermanos; entonces podremos combatirlos, que ahora somos muy pocos.» 10 Pero Judas contestó: «Dios me libre de hacer tal cosa, de huir ante ellos. Si nuestra hora ha llegado, muramos valerosamente por nuestros hermanos, y no empañemos nuestro honor.»

11 En esto, el campo enemigo se movió, y ellos le hicieron frente. La caballería se dividió en dos partes; los honderos y los arqueros del ejército, todos hombres valientes, se adelantaron, ocupando la primera fila. 12 Estaba Báquides en el ala derecha, e hizo al sonido de las cornetas avanzar la falange, dividida en dos cuerpos. 13 Los de Judas dieron también la señal, y la tierra tembló al estruendo de los ejércitos. La batalla fué encarnizada, y duró desde la mañana hasta la tarde. 14 Vió Judas que Báquides, con el núcleo más fuerte de su ejército, estaba en el ala derecha; y juntando a los más animosos, 15 se echó con ellos sobre el enemigo, derrotándolo y persiguiéndolos hasta Azoto. 16 Los del ala izquierda, viendo derrotada y en huida la derecha, pudieron perseguir a Judas y a los suyos por la espalda. 17 La lucha se agravó, cayendo muchos de una y otra parte. 18 Cayó también Judas, y los restantes huyeron. 19 Jonatán y Simón tomaron a Judas, su hermano, y le dieron sepultura en el sepulcro de sus padres, en Modín. 20 Le lloraron, y todo Israel hizo por él gran duelo, y por muchos días hicieron luto, diciendo: 21 «¡Cómo ha caído el valiente, el salvador de Israel!»

22 Por lo demás, la historia de las guerras de Judas, sus hazañas, su

magnanimidad, son demasiado grandes para ser escritas (1).

Jonatán, sucesor de Judas.

23 Muerto Judas, cobraron ánimo los apóstatas en todo el territorio de Israel, y levantaron cabeza los obradores de la iniquidad. 24 Hubo por aquellos días un hambre grandísima, y el pueblo se pasó a ellos. 25 Escogió entonces Báquides hombres impíos, y los estableció por señores de la tierra. 26 Buscaban éstos insistentemente el paradero de los amigos de Judas, y los llevaban a Báquides, que los castigaba y escarnecía. 27 Fué ésta una gran tribulación en Israel, cual no se vió desde el tiempo en que no había entre ellos profetas. 28 Reuniéronse entonces los amigos de Judas, y dijeron a Jonatán: 29 «Desde que murió tu hermano Judas, no apareció ninguno semejante a él, capaz de hacer frente a los enemigos, a Báquides y a los perseguidores de nuestro pueblo. 30 Pero te elegimos en su lugar, para que seas nuestro jefe y capitán, para que nos lleves a nuestras batallas.» 31 Aceptó Jonatán el mando, y ocupó desde entonces el puesto de Judas, su hermano. 32 Cuando Báquides tuvo noticia de ello, le buscó para darle muerte. 33 Mas sabiéndolo Jonatán, su hermano Simón y sus parciales, huyeron al desierto de Tecua, y acamparon junto a las aguas de la cisterna de Asfar. 34 Súpolo Báquides, y en un día de sábado vino con todo su ejército al otro lado del Jordán.

35 Envió Jonatán a su hermano por jefe de una tropa, y rogó a los nabateos, sus amigos, les permitieran dejar a su custodia el bagaje, que era mucho. 36 Pero salieron de Madaba los hijos de Jambri, y se apoderaron de Juan y de cuanto llevaba, y se volvieron con ello. 37 Llegó después a Jonatán y a Simón, su hermano, la nueva de que los hijos de Jambri celebraban una solemne boda con gran pompa, y conducían desde Madaba la novia, hija de uno de los magnates de Canán. 38 Y acordándose de su hermano Juan, salieron, se ocultaron al abrigo de un monte, 39 alzaron los ojos, y vieron una caravana regocijada y numerosa. Era el novio, que con sus amigos y hermanos salían al encuentro de la novia con panderos, instrumentos músicos y muchas armas. 40 Lanzándose fuera de su escondite, los de Jonatán los atacaron, quedando heridos muchos y huyendo los restantes al monte, apoderándose los vencedores de todos los despojos. 41 Las bodas se convirtieron en llanto, el sonido de la música en lamentaciones; 42 y tomada venganza de la sangre de su hermano, se volvieron a la ribera pantanosa del Jordán.

43 Supo el suceso Báquides, y en día de sábado vino con mucha fuerza hasta las márgenes del Jordán. 44 Dijo entonces Jonatán a los suyos: «Ea, luchemos por nuestra vida. No es hoy como ayer y anteayer. 45 El peligro nos acosa por delante y por detrás; ahí y allí las aguas del Jordán, las márgenes pantanosas y el bosque; no hay escape. 46 Clamad, pues, al cielo, para que os salve de vuestros enemigos.» Trabóse la batalla. 47 Alzó Jonatán la mano para herir a Báquides, pero éste retrocedió, esquivando el golpe. 48 Salvaron Jonatán y los suyos el Jordán, pasando a nado a la ribera opuesta, pero los enemigos no atravesaron el Jordán para perseguirlos.

49 Aquel día cayeron como unos mil hombres de los de Báquides. Vuelto éste a Jerusalén, 50 edificó ciudades fuertes en Judea, la fortaleza de Jericó, la de Emaús, la de Betorón, la de Betel, la de Tamnata, la de Faratón y la de Tefón, con muros altos y puertas y cerrojos, 51 poniendo en ellas guarnición, para hacer la guerra a Israel. 52 Fortificó asimismo las ciudades de Betsur y Guezer y la ciudadela, y puso guarniciones y las abasteció de víveres. 53 Tomó luego a los hijos de los principales del país como rehenes, y los recluyó en la ciudadela de Jerusalén.

54 El año 153, el mes segundo, ordenó Alcimo derribar el muro del atrio interior del santuario, destruyendo la obra de los profetas. Comenzó a ejecutarlo, 55 pero le sobrevino un ataque apoplético y quedaron suspendidas las obras. Se le cerró y paralizó la boca, de modo que no

(1) Estas palabras nos dan una idea de la que el autor sagrado tenía del gran héroe de la libertad nacional. Jonatán, que le sucede, después de un desastre, se ve forzado a ir poco a poco organizando sus fuerzas, para proseguir la lucha.

pudo ya hablar palabra ni disponer de su casa. Murió Alcimo en medio de grandes tormentos. 56 Luego que Báquides vió muerto a Alcimo, se volvió al rey, y la tierra de Judá gozó de paz por dos años.

58 Entonces todos los apóstatas tomaron de común acuerdo esta resolución: «Jonatán y los suyos viven muy tranquilos y confiados; pues bien, hagamos venir a Báquides, y en una noche los prenderemos a todos.» 59 Fuéronse a Báquides con este consejo. 60 Y en efecto, se dispuso para venir con mucha fuerza. En secreto envió cartas a todos sus parciales de Judea, para que prendieran a Jonatán y a los suyos; lo que no pudieron hacer, por haber llegado tal designio a conocimiento de ellos. 61 Lejos de eso, cogieron ellos presos a unos cincuenta hombres de la tierra, cabecillas de aquella conjura y les dieron muerte. 62 Luego Jonatán y Simón, con los suyos, se retiraron a Betbasi en el desierto; levantaron sus ruinas y la fortificaron. 63 Informado Báquides de esto, reunió toda su gente y avisó a los de Judea. 64 Vino a acampar enfrente de Betbasi, y durante muchos días la atacó con máquinas de guerra.

65 Jonatán dejó en la ciudad a su hermano Simón, y él salió al campo con muchos. 66 Atacó a Odomera y a sus hermanos, y a los hijos de Fasirón en sus tiendas; y luchando, comenzó a crecer en fuerza. 67 Simón y los suyos salieron de la ciudad, pusieron fuego a las máquinas 68 y atacaron a Báquides, a quien causaron una gran derrota; le pusieron en grave aprieto haciendo fracasar su decisión y su expedición. 69 El se enfureció contra los impíos que le habían aconsejado ir a Judea, hizo dar muerte a muchos de ellos, y resolvió volverse a su tierra. 70 Así que Jonatán tuvo noticia de ello, le envió embajadores para concertar la paz y hacerle entrega de los prisioneros. 71 Asintió a ello Báquides y aceptó las proposiciones, jurando no causarle mal alguno todos los días de su vida. 72 Hízole entrega de los prisioneros, que antes había tomado de la tierra de Judá, y partió para su tierra, no volviendo más a los confines de Judea. 73 Cesó la guerra en Israel, y Jonatán estableció su residencia en Majmas, donde comenzó a gobernar al pueblo y exterminar a los impíos de Israel.

Prosperidad de Jonatán con ocasión de la guerra civil siria.

10 1 El año 160, Alejandro, hijo de Antíoco Epifanes, se alzó en armas y se apoderó de Tolemaida, siendo bien acogido y reconocido como rey. 2 Informado de ello el rey Demetrio, juntó muchas tropas y salió a campaña contra él. 3 Al mismo tiempo envió Demetrio a Jonatán cartas amistosas, con promesas de engrandecimiento, 4 porque se decía: «Apresurémonos a hacer las paces con él, antes que las haga con Alejandro contra nosotros, 5 acordándose de todos los males que le hemos hecho a él, a sus hermanos y a su pueblo.» 6 Le dió autoridad para juntar ejército, fabricar armas, le prometió que le contaría entre sus aliados, y le devolvería los rehenes que tenía en la ciudadela.

7 Vino Jonatán a Jerusalén y leyó las cartas en presencia del pueblo y de los que se hallaban en la ciudadela. 8 Un gran temor se apoderó de todos cuantos oyeron que el rey le daba autoridad para juntar ejército. 9 Los de la ciudadela le devolvieron los rehenes, que él entregó luego a los parientes de éstos; 10 y estableciendo su residencia en Jerusalén, comenzó luego a restaurarla y renovarla. 11 Mandó a los obreros construir los muros y rodear el monte de Sión de un muro de sillares, para mayor fortaleza, como se hizo. 12 Huyeron todos los extranjeros que había en la fortaleza edificada por Báquides, 13 y abandonó cada uno el lugar en que vivía, para irse a su propia tierra. 14 Sólo en Betsur quedaron algunos de los que habían abandonado la ley y los preceptos, porque les servía de refugio.

15 Pero al saber el rey Alejandro las promesas que Demetrio había hecho a Jonatán, y asimismo las guerras, las hazañas que éste y sus hermanos habían realizado y los trabajos que habían pasado, 16 se dijo: ¿Podremos encontrar otro hombre como éste? Hagámonos su amigo y aliado. 17 Y le escribió una carta, cuyo tenor era el siguiente:

18 El rey Alejandro, a nuestro hermano Jonatán, salud. 19 Hemos oído de ti que eres hombre de valor, y muy digno de ser amigo nuestro. 20 Hoy te constituímos, pues, sumo sacerdote de tu nación, y te conce-

demos el título de amigo del rey —y le envió un vestido de púrpura y una corona de oro—para que mires por nuestros negocios y guardes nuestra amistad.

21 Vistióse Jonatán la túnica santa en el mes séptimo del año 160, en la fiesta de los tabernáculos; alistó tropas y fabricó armas en gran cantidad.

22 Oído esto por Demetrio, se entristeció mucho, y dijo: 23 «¿Qué es lo que hemos hecho, que Alejandro se nos ha anticipado en hacer amistad con los judíos, para ganar su apoyo? 24 Les escribiré yo con palabras persuasivas, ofreciéndoles ventajas y mercedes, para que se hagan auxiliares míos.» 25 Efectivamente, les envió una carta del tenor siguiente: «El rey Demetrio, al pueblo de los judíos, salud. 26 Con gran alegría hemos sabido que os habéis mantenido fieles a nuestra alianza y habéis perseverado en nuestra amistad, y no os habéis unido a nuestros enemigos. 27 Perseverad, pues, en vuestra fidelidad a nosotros, y os recompensaremos con grandes mercedes por lo que hiciereis en favor nuestro. 28 Os condonaremos las deudas y os haremos muchos obsequios. 29 Desde luego declaro a todos los judíos exentos de tributos y del impuesto de la sal, y del tributo de las coronas. 30 El tercio de la cosecha y la mitad de la de los árboles frutales, que a mí me toca percibir, renuncio de hoy en adelante a percibirlo en la tierra de Judá y en los tres distritos a ella anejos, tomados de Samaria y de Galilea, desde hoy para siempre. 31 Jerusalén será ciudad santa y exenta, igual que su territorio, de diezmos y tributos. 32 Renuncio también a la autoridad sobre la ciudadela de Jerusalén, y hago de ella entrega al sumo sacerdote, que pondrá allí los hombres que él escogiere, para su guarnición. 33 Todos los judíos que hayan sido llevados cautivos de tierra de Judá a cualquier parte de mi reino, los doy por libres gratuitamente, y todos quedarán exentos de tributos, aun de los de ganados. 34 Todas las fiestas, los sábados, las neomenias, los días señalados y los tres días que preceden y siguen a las fiestas, serán días de exención y de franquicia para todos los judíos de mi reino. 35 Nadie tendrá autoridad para intentar contra ellos acción judicial, ni molestarlos en cualquier negocio. 36 De los judíos serán incorporados al ejército del rey hasta treinta mil hombres, dándoseles el sueldo como a todas las demás tropas del rey, 37 y de ellos serán puestos en las grandes fortalezas del rey, y asimismo nombrados para los negocios del reino que exigen confianza. De ellos serán sus jefes y vivirán según sus leyes, como lo ha dispuesto el rey en la tierra de Judá. 38 Y los tres distritos tomados a las regiones de Samaria e incorporados a Judea, lo serán de modo que formen una sola circunscripción y no obedezcan a otra autoridad que a la del sumo sacerdote. 39 De Tolemaida y su distrito hago obsequio al santuario de Jerusalén, para sufragar los gastos del mismo. 40 Doy cada año quince mil siclos de plata, pagaderos de los derechos del rey en los lugares que nos pertenecen. 41 Todo el sobrante que los empleados del fisco no hayan entregado, como en los años anteriores, desde ahora lo destino a las obras del templo. 42 Y los cinco mil siclos de plata que cada año percibíamos de los tributos del templo, también los condonamos, y se los damos a los sacerdotes que ejercen las funciones sagradas. 43 Cuantos se acojan al templo de Jerusalén y a todo su recinto, deudores de los impuestos reales o de cualquier otra deuda, quedarán libres, y también cuanto tengan en mi reino. 44 Los gastos para edificar y restaurar el templo serán pagados de la hacienda real. 45 Los gastos para la edificación de los muros de Jerusalén y las fortificaciones de su recinto correrán también por cuenta del rey, y asimismo la edificación de las murallas en Judea.»

46 Cuando Jonatán y el pueblo oyeron estas palabras, no las creyeron ni las aceptaron, acordándose de los grandes males que había causado en Israel y cuánto los había atribulado, 47 y se decidieron en favor de Alejandro, que les había hecho proposiciones de paz, y así le prestaron auxilio todo el tiempo.

48 Reunió el rey Alejandro grandes fuerzas, y asentó su campo enfrente del de Demetrio. 49 Trabaron la batalla los dos reyes, y huyó el ejército de Demetrio, perseguido por Alejandro, que quedó vencedor. 50 La batalla fué encarnizada y duró hasta la

puesta del sol, cayendo en aquel día el rey Demetrio.

51 Después de esto, Alejandro envió mensajeros a Tolomeo, rey de Egipto, diciéndole: 52 «Vuelto a mi reino, he logrado sentarme en el trono de mis padres y recobrar el gobierno, después de derrotar a Demetrio y apoderarme de nuestra tierra. 53 Trabada batalla con él, fué vencido él y su ejército, y nos hemos sentado en el trono de su reino. 54 Hagamos, pues, alianza; dame tu hija por mujer, y seré tu yerno, y tanto a ti como a ella os haré presentes dignos de ti.»

55 El rey Tolomeo le respondió diciendo: «Dichoso el día en que has vuelto a la tierra de tus padres y te sentaste en el trono real. 56 Con gusto haré lo que me dices. Ven a mi encuentro a Tolemaida, para que nos veamos y te haga yerno mío, según deseas.»

57 Partió de Egipto Tolomeo con su hija Cleopatra, y llegaron a Tolemaida el año 162. 58 El rey Alejandro le salió al encuentro, Tolomeo le dió su hija Cleopatra, y celebraron en Tolemaida las bodas con gran magnificencia, como de reyes. 59 El rey Alejandro escribió a Jonatán que viniese a su encuentro. 60 Vino con grande pompa a Tolemaida, se entrevistó con los dos reyes, y les hizo obsequios de oro y plata; también a sus cortesanos hizo muchos regalos, ganándose con ellos su favor. 61 Vinieron apóstatas, mandados de Israel, para acusarle, pero el rey no los atendió, 62 antes mandó quitar a Jonatán sus vestidos y vestirle de púrpura, como se hizo. Le sentó el rey a su lado, 63 y dijo a sus grandes: «Salid con él por medio de la ciudad, y pregonad que nadie se atreva a acusarle sobre ningún negocio y que nadie por ninguna causa le moleste. 64 Y cuando sus acusadores vieron los honores públicos que se le hacían y le vieron vestido de púrpura, huyeron todos. 65 Le honró mucho el rey y le inscribió en el número de sus primeros amigos, y le nombró general y gobernador de provincia. 66 Después de lo cual volvió Jonatán a Jerusalén, en paz y contento.

67 El año 165 Demetrio, hijo de Demetrio, vino de Creta a la tierra de sus padres. 68 En cuanto Alejandro lo supo, volvió a Antioquía muy contrariado. 69 Demetrio confirmó por gobernador de la Celesiria a Apolonio, que juntó un poderoso ejército, y vino a acampar en Jamnia, desde donde envió recado a Jonatán, diciéndole: 70 «¿Vas a ser tú el único que te levantes contra nosotros, y voy a ser yo objeto de risa y burla por causa tuya? ¿Por qué presumes hacerte fuerte en los montes contra nosotros? 71 Si tanto confías en tus fuerzas, desciende al llano y midamos las armas, que conmigo está la fuerza. 72 Pregunta y sabrás quién soy yo y quiénes los que me prestan auxilio, los cuales dicen que no podrás mantenerte a pie firme ante nosotros, y que por dos veces fueron vencidos tus padres en esta tierra. 73 No podrás sostener el empuje de mi caballería y de mi ejército en campo abierto, donde no hay piedras, ni guijarros, ni lugar adonde huir.»

74 Cuando Jonatán oyó las bravatas de Apolonio, se llenó de indignación; y escogiendo diez mil hombres, salió de Jerusalén, llevando consigo a Simón, su hermano. 75 Acampó frente a Jope, que le cerró las puertas, porque había en ella una guarnición de Apolonio. Pero la atacaron 76 y atemorizados los ciudadanos, le abrieron las puertas, quedando Jonatán dueño de Jope.

77 Así que Apolonio tuvo noticia del suceso, sacó al campo tres mil caballos y una poderosa fuerza de infantería, 78 y siguió el camino de Azoto, fingiendo pasar de largo frente a Jope, pero se volvió en seguida a la llanura, muy confiado en la numerosa caballería que tenía. Jonatán salió contra él hacia Azoto, y se trabó la lucha. 79 Apolonio había dejado emboscados mil caballos. 80 Supo Jonatán la asechanza que detrás de sí tenía, y aunque unos y otros cercaron el campo y estuvieron lanzando flechas contra el pueblo desde la mañana hasta la noche, 81 el pueblo se mantuvo firme, según las órdenes de Jonatán, hasta que la caballería se fatigó. 82 Luego movió Simón sus fuerzas y atacó a la falange, y como la caballería estaba ya agotada, los derrotaron y pusieron en fuga. 83 La caballería se dispersó por la llanura, huyendo hacia Azoto, y se refugiaron en el templo de Dagón, su ídolo, para salvarse. 84 Jonatán prendió fuego a Azoto y a las ciudades cercanas, se apoderó de sus despojos, y dió a las llamas el templo

de Dagón, abrasando a los que en él se habían refugiado. 85 El número de los que perecieron por la espada y por el incendio subió a ocho mil.
86 De allí levantó el campo Jonatán y se vino hacia Ascalón, cuyos moradores salieron a recibirle con gran honor. 87 Jonatán se volvió a Jerusalén con los suyos, cargados de despojos. 88 Cuando estos sucesos llegaron a oídos del rey Alejandro, concedió nuevos honores a Jonatán, 87 le envió la fíbula de oro, como es costumbre darles a los parientes de los reyes, y le dió Acarón con todos sus términos en posesión (1).

La traición del suegro contra el yerno.

11 1 El rey de Egipto juntó grandes fuerzas, como las arenas del mar, y muchas naves, con el intento de apoderarse por engaño del reino de Alejandro y agregarlo a su propio reino. 2 Con pretextos de paz se encaminó a Siria, abriéndosele las puertas de las ciudades y saliendo todos a recibirle, pues era orden de Alejandro que le saliesen al encuentro, como a suegro suyo. 3 Así que Tolomeo entraba en las ciudades, ponía en ellas guarniciones. 4 Al entrar en Azoto le enseñaron el templo de Dagón incendiado, la ciudad y sus cercanías destruídas, arrojados en el campo los cadáveres, y al borde de los caminos los montones de los que habían caído en la batalla. 5 Contáronle lo que había hecho Jonatán, con el fin de hacérsele odioso, pero el rey callaba.
6 Vino Jonatán al encuentro del rey a Jope con gran aparato, se saludaron y durmieron allí. 7 Jonatán le acompañó luego hasta el río llamado Eleutero, y luego se volvió a Jerusalén. 8 El rey Tolomeo se adueñó de todas las ciudades de la costa hasta Seleucia del mar, meditando perversos planes contra Alejandro. 9 Envió embajadores a Demetrio, diciéndole: «Ven, hagamos alianza, y te daré mi hija, la que tiene Alejandro, y reinarás sobre el reino de tus padres. 10 Me pesa haberle dado mi hija, pues ha buscado asesinarme.» 11 Y con calumnias procuraba hacerle odioso, por codicia de su reino. 12 Al fin le quitó la hija y se la dió a Demetrio, rompiendo con Alejandro y haciendo manifiestas sus enemistades. 13 Entró Tolomeo en Antioquía, y se ciñó a su cabeza dos diademas; la de Asia y la de Egipto.
14 Hallábase por aquellos días el rey Alejandro en Cilicia, por haberse rebelado los de aquellos lugares, 15 cuando oyó que su suegro venía contra él en son de guerra. Tolomeo sacó su ejército y le fué al encuentro con poderosas fuerzas, y le puso en huída. 16 Huyó Alejandro a la Arabia en busca de refugio, mientras que el rey Tolomeo quedó triunfante. 17 El árabe Zabdiel cortó la cabeza a Alejandro y se la envió a Tolomeo. 18 Tres días más tarde moría el rey Tolomeo, y los suyos, que estaban en las fortalezas, perecían a manos de los moradores de las mismas. 19 Y así reinó Demetrio el año 167.

Siguen las prosperidades de Jonatán.

20 Por aquellos días reunió Jonatán a los hombres de Judea, para tomar la ciudadela de Jerusalén, contra la cual construyó muchas máquinas de guerra. 21 Pero algunos de los impíos, enemigos de su propia nación, se fueron al rey y le informaron de cómo Jonatán tenía asediada la fortaleza. 22 Oído lo cual se irritó, y viniendo a Tolemaida escribió a Jonatán que levantase el cerco de la ciudadela, y viniera a su encuentro a toda prisa, para conferir con él en Tolemaida. 23 Recibido el mensaje, Jonatán ordenó continuar el asedio, y se rodeó de algunos ancianos de Israel y sacerdotes, y resolvió aventurarse al peligro. 24 Tomando consigo plata, oro, un vestido y otros muchos presentes, fué a ver al rey a Tolemaida, hallando en él buena acogida, 25 no obstante que algunos impíos de su nación le acusaban.
26 Hizo el rey según lo que habían hecho sus antecesores, honrándole en presencia de todos sus enemigos. 27 Le confirmó en el sacerdocio y en cuantos honores tenía de antes, y le hizo inscribir en el número de sus primeros amigos. 28 Jonatán solicitó del

(1) Si Jonatán no igualó a Judas como guerrero, sin duda que le aventajó como diplomático, sabiendo aprovecharse bien de la guerra civil que estalló en Siria.

rey que hiciese libres de tributos la Judea y las tres toparquías de Samaria, prometiéndole en cambio trescientos talentos. [29] Asintió el rey, y de todas estas cosas escribió a Jonatán una carta del tenor siguiente:

[30] «El rey Demetrio a Jonatán, su hermano, y a la nación de los judíos, salud. [31] Os enviamos, para que de ello os informéis, la copia de la carta que hemos escrito a Lástenes, nuestro pariente, acerca de vosotros: [32] El rey Demetrio a Lástenes, su padre, salud. [33] Hemos resuelto favorecer a la nación de los judíos, nuestros amigos, que nos han sido fieles. [34] Les confirmamos, pues, la posesión de los territorios de la Judea y de los tres distritos de Efraím, Lydda y Ramataim, que fueron desprendidos de Samaria e incorporados a Judea. Todos los sacrificadores de Jerusalén queden exentos del tributo que el rey percibía antes de ellos cada año, de los frutos del campo y de los de los árboles. [35] Igualmente los restantes tributos que nos pagaban, de los diezmos, de las salinas y de las coronas, que nos pertenecen, desde ahora [36] se los condonamos todos, y serán anulados desde ahora para siempre. [37] Así, pues, haced una copia de este decreto y entregádselo a Jonatán, para que se deposite en el monte santo y en lugar visible.»

[38] Viendo el rey Demetrio que había llegado a dominar el reino y nadie se le oponía, disolvió su ejército, enviándolo a sus casas, excepto a las fuerzas extranjeras que había reclutado de las islas de las gentes. Esto le atrajo la enemiga de cuantos habían pertenecido al ejército de sus padres. [39] Trifón, que había sido antes de los parciales de Alejandro, cuando vió que las tropas murmuraban contra Demetrio, se dirigió al árabe Emalcue, que criaba a Antíoco, hijo de Alejandro, niño todavía, [40] apremiándole para que se lo entregase, a fin de sentarlo en el trono de su padre. Le comunicó cuanto había hecho Demetrio, y el descontento de su ejército contra él, y permaneció allí bastantes días.

[41] Entretanto, envió Jonatán al rey una súplica para que retirase la guarnición de la ciudadela de Jerusalén y de las otras fortalezas, porque hostigaban a Israel. [42] Respondió Demetrio a Jonatán, diciéndole: «No sólo esto te haré a ti y a tu pueblo, sino que os colmaré de honores, cuando llegue la ocasión propicia. [43] Por el momento me harías un gran favor enviándome algunas tropas auxiliares, porque mi ejército está disuelto.» [44] Accedió Jonatán, mandándole a Antioquía tres mil hombres escogidos, de cuya llegada se alegró mucho el rey. [45] Amotináronse contra él los de la ciudad, en número de ciento veinte mil, pretendiendo matarle. [46] Se recluyó él en su palacio, mientras los ciudadanos ocupaban las calles de la ciudad y comenzaban el asalto.

[47] Llamó el rey en su auxilio a los judíos, que acudieron luego, se distribuyeron por la ciudad, [48] mataron aquel día hasta cien mil hombres, incendiaron la ciudad y la saquearon. Así libraron al rey. [49] Cuando vieron los de la ciudad que los judíos eran dueños de ella a su arbitrio, perdieron el ánimo, y, suplicantes, clamaron al rey, diciendo: [50] «Perdónanos y haz que cesen ya los judíos de combatir contra nosotros y contra la ciudad.» [51] Y depusieron las armas, e hicieron la paz. Los judíos adquirieron grande gloria ante el rey y ante todo su reino, y volvieron a Jerusalén cargados de botín.

Nuevas victorias de Jonatán.

[52] Sentóse Demetrio en su trono y la tierra calló ante él. [53] No cumplió el rey lo que había prometido, y se enajenó a Jonatán, porque además de no corresponder a los beneficios que le había hecho, le molestaba mucho. [54] Después de estos sucesos, volvió Trifón con el niño Antíoco, a quien proclamó rey, ciñéndole la corona. [55] Luego se juntaron a él todas las tropas que Demetrio había licenciado, e hicieron a éste la guerra, obligándole a huir derrotado. [56] Trifón se apoderó de los elefantes y ocupó Antioquía.

[57] Antíoco el joven escribió a Jonatán, diciéndole: «Yo te confirmo en el sumo sacerdocio y te constituyo sobre las cuatro ciudades, y serás de los amigos del rey.» [58] Y le envió vajilla de oro, dándole el derecho de beber en vaso de oro, de vestir púrpura y llevar la fíbula de oro. [59] A Simón, su hermano, le instituyó ge-

neral, desde la Escalera de Tiro hasta los confines de Egipto.
60 Partió Jonatán y recorrió las ciudades del lado de acá del río, y se le incorporaron todas las tropas auxiliares de Siria. 61 Vino a Ascalón, y le hicieron los de la ciudad un recibimiento muy honroso. 61 De allí pasó a Gaza, que le cerró sus puertas, pero él la asedió e incendió los arrabales, saqueándolos. 62 Entonces los de Gaza le pidieron la paz, que les fué otorgada, dándole en rehenes los hijos de sus jefes, que envió a Jerusalén, y atravesó la tierra hasta llegar a Damasco. 63 En esto tuvo noticia Jonatán de que algunos generales de Demetrio habían llegado a Cades de Galilea con grandes fuerzas, con el propósito de apartarle de toda intervención en el gobierno. 64 Dejando a su hermano Simón en Judá, les salió al paso. 65 Simón fué contra Betsur, la combatió muchos días, teniéndola cercada, 66 hasta que pidieron la paz, que les otorgó. Los arrojó de allí, apoderándose de la ciudad y poniendo guarnición en ella.
67 Entretanto acampó Jonatán con su ejército junto a las aguas de Genesaret, y muy de madrugada se puso en marcha hacia la llanura de Asor, 68 donde encontró al ejército extranjero, que había puesto una emboscada en los montes. Se trabó la batalla, 69 y los emboscados salieron de la celada, 70 y los de Jonatán huyeron, no quedando a su lado sino Matatías, hijo de Absalom, y Judas hijo de Calfi, capitanes del ejército. 71 Jonatán entonces rasgó sus vestiduras, se echó tierra sobre la cabeza, y oró. 72 Volvió luego a la lucha contra los enemigos, los derrotó y puso en fuga. 73 Viendo esto los que de los suyos huían, se volvieron de nuevo a él, y todos a una los persiguieron hasta Cades, hasta su campo, donde hizo alto. 74 Cayeron de los extranjeros en aquel día unos tres mil hombres. Jonatán se volvió a Jerusalén.

Embajadas a Roma y Esparta.

12 1 Viendo Jonatán que las circunstancias le eran favorables, escogió algunos hombres y los envió a Roma, para concertar y renovar la alianza de amistad con los romanos. 2 Y a los espartanos y a otros pueblos envió también cartas sobre lo mismo. 3 Partieron para Roma, y entrando en el Senado, dijeron: «Jonatán, sumo sacerdote, y la nación de los judíos, nos envían para renovar con vosotros la antigua amistad y alianza.» 4 Y les fueron entregadas cartas para las autoridades de cada lugar, a fin de que pudieran volver en paz a la tierra de Judá.
5 He aquí la copia de las cartas que Jonatán escribió a los espartanos: 6 «Jonatán, sumo sacerdote, y el senado de la nación y los sacerdotes y todo el pueblo de los judíos, a los de Esparta, sus hermanos, salud: 7 Ya antes recibió Onías, sumo sacerdote, de Ario, vuestro rey, cartas en que decía que sois nuestros hermanos, como lo certifica la adjunta copia. 8 Onías acogió con gran honor al mensajero, y recibió letras en que claramente se hablaba de alianza y amistad. 9 Nosotros, aunque nada necesitamos, pues tenemos nuestra confianza en las Escrituras Santas que poseemos, 10 hemos resuelto enviaros quien renueve con vosotros la fraternidad y amistad, a fin de no hacernos extraños a vosotros, pues han transcurrido ya muchos años desde vuestra embajada. 11 En todo este tiempo, en las solemnidades y en las restantes festividades no hemos cesado de hacer memoria continua de vosotros, en los sacrificios que ofrecemos y en nuestras oraciones, pues es justo y razonable acordarse de los hermanos. 12 Nos alegramos de vuestra prosperidad. 13 Cuanto a nosotros, han sido muchas las tribulaciones que nos han sobrevenido y muchas las guerras que nos han hecho los reyes vecinos. 14 No quisimos en ellas molestaros ni a los demás aliados y amigos, 15 porque contamos con la ayuda que nos viene del cielo, y con ella nos hemos librado de nuestros enemigos, y éstos fueron humillados. 16 Hemos elegido a Numenio, hijo de Antíoco, y a Antípatro, hijo de Jasón, a quienes enviamos a los romanos para renovar la antigua amistad y alianza, 17 y les hemos dado el encargo de acercarse a vosotros y saludaros y entregaros nuestras letras, para renovar la alianza y fraternidad. 18 Esperamos que nos contestéis favorablemente.
19 La carta enviada por vosotros era del tenor siguiente: 20 Ario, rey de los espartanos, a Onías, sumo sacer-

dote, salud: [21] Hemos hallado en documentos escritos que los espartanos y los judíos son hermanos, unos y otros del linaje de Abraham. [22] Desde que esto supimos, juzgamos que hacéis bien en darnos cuenta de vuestra prosperidad. [23] Nosotros a la vez os correspondemos. Vuestros ganados, vuestra hacienda, es nuestra, y la nuestra, vuestra es. Por eso he dado orden de comunicaros esto.»

[24] Tuvo Jonatán noticia de que los capitanes de Demetrio habían vuelto contra él con fuerzas mayores que antes, [25] y salió de Jerusalén a su encuentro, a la región de Hamat, porque no quiso darles lugar a que invadiesen la tierra. [26] Los exploradores enviados a espiar el ejército enemigo volvieron con la noticia de que tenían orden de caer sobre ellos aquella noche. [27] Así que se puso el sol, ordenó Jonatán a los suyos velar y estar sobre las armas, prontos a entrar en batalla durante la noche, y puso centinelas alrededor del campo. [28] Cuando los contrarios se dieron cuenta de que Jonatán y los suyos estaban preparados para la lucha, temieron, perdieron el ánimo, encendieron fuegos en su campamento, y se retiraron. [29] No lo advirtieron Jonatán y los suyos hasta la madrugada, engañados con la vista de los fuegos encendidos. [30] Los persiguió Jonatán, pero no les dió alcance, porque habían atravesado el río Eleutero. [31] Entonces se volvió Jonatán hacia los árabes, llamados zabadeos, a los que derrotó, tomándoles despojos. [32] Poniéndose de nuevo en marcha, vino a Damasco, atravesando todo el territorio.

[33] Simón, entretanto, se había puesto en marcha, llegando hasta Ascalón y a las próximas fortalezas; se volvió luego hacia Jope y la tomó, [34] porque había oído que querían entregar la fortaleza a los parciales de Demetrio, y puso allí guarnición, para conservarla en su poder. [35] Vuelto Jonatán, convocó a los ancianos del pueblo y tomó con ellos la resolución de edificar fortalezas en Judea, [36] de levantar los muros de Jerusalén, de erigir un muro fuerte entre la ciudadela y la ciudad, a fin de separar aquélla de ésta y aislarla, para que los de allí no pudiesen comprar ni vender en ésta. [37] Reunidos los obreros para edificar la ciudad, se vino al suelo un trozo de la muralla que da el valle del Este, y lo restauraron, dándole el nombre de Cafenata. [38] Simón edificó también Adida, en la Sefela, y la fortificó y puso puertas y cerrojos.

Muerte traidora de Jonatán.

[39] Trataba Trifón de apoderarse del reino de Asia y ceñirse la diadema, quitando de en medio al rey Antíoco. [40] Pero temiendo que se le opusiera Jonatán y le hiciera la guerra, buscaba un medio de apoderarse de él y darle muerte. Con este propósito se puso en camino de Betsán. [41] Salióle al encuentro Jonatán con cuarenta mil hombres escogidos para la lucha, y llegó a Betsán. [42] Cuando Trifón vió que Jonatán venía con tanta fuerza, temió poner manos en él, [43] le acogió muy honrosamente, le presentó a todos sus amigos y le hizo muchos obsequios, ordenando a su ejército que le obedeciese como a él mismo. [44] Dijo luego a Jonatán: «¿Por qué molestar a todo el pueblo, no habiendo guerra entre nosotros? [45] Mándalos a sus casas, dejando contigo unos cuantos que te acompañen, y vente conmigo a Tolemaida. Te la entregaré con las demás fortalezas, y pondré a tus órdenes el resto del ejército y los oficiales del rey. Hecho esto, yo me volveré, que sólo para eso he venido.»

[46] Dióle fe Jonatán e hizo según le decía, licenciando su ejército, que se volvió a la tierra de Judá. [47] Sólo se reservó tres mil hombres, de los que dejó dos mil en Galilea, llevándose consigo sólo mil. [48] En cuanto Jonatán entró en Tolemaida, los tolemenses cerraron las puertas, le prendieron a él y a cuantos le acompañaban y los asesinaron. (1) [49] Luego Trifón envió su ejército y su caballería a la Galilea y a la gran llanura, para aniquilar a todos los parciales de Jonatán. [50] Supieron que había sido preso y muerto Jonatán y los que le acompañaban, y unos a otros se animaron para salir a campaña para combatir. [51] Al ver sus perseguidores cuán resueltos estaban a luchar por su vida, se volvieron.

[52] Se fueron sin ser molestados a

(1) Judas murió en el campo de batalla, Jonatán, víctima de una traición de los sirios; Simón, víctima de la villanía de un yerno suyo.

la tierra de Judá y lloraron a Jonatán y a los suyos, temiendo mucho por sí. Todo Israel hizo gran duelo. 53 Entonces todas las naciones vecinas se propusieron aniquilarlos, diciéndose: «Ya no tienen caudillo que los proteja; luchemos, pues, contra ellos, y borremos su memoria de entre los hombres.»

Simón sucede a Jonatán.

13 1 Oyó Simón que había reunido Trifón un poderoso ejército, para venir contra la tierra de Judá y aplastarla; 2 y viendo al pueblo lleno de espanto y de temor, subió a Jerusalén y reunió al pueblo. 3 Los alentaba diciendo: «Ya sabéis lo que yo, mis hermanos y la casa de mi padre, hemos hecho por las leyes y el santuario, las guerras y las angustias que hemos soportado. 4 Por esta causa, que es la de Israel, dieron la vida todos mis hermanos, quedando yo solo. 5 No quiera Dios que en esta hora de tribulación rehuya el peligro por amor de la vida, que no valgo yo más que mis hermanos, 6 antes tomaré la defensa de mi nación y del santuario, de nuestras mujeres e hijos, ahora que llevados del odio se han juntado todas las naciones para aplastarnos.» 7 Se enardeció el pueblo al oír estas palabras, 8 y a grandes voces respondió, diciendo: «Sé nuestro caudillo en lugar de Judas y de Jonatán, tu hermano. 9 Combate nuestras batallas; cuanto nos digas lo haremos.»

10 Juntando todos los hombres de guerra, se dió prisa a concluir los muros de Jerusalén, que quedó fortificada todo en derredor. 11 Envió a Jonatás, hijo de Abesalom, con bastante fuerza a Jope, que echó de allí a los que la guarnecían, quedándose en ella. 12 Trifón salió de Tolemaida con un poderoso ejército, para invadir la Judea, llevando consigo a Jonatán preso. 13 Simón acampó en Adida, frente a la llanura.

14 Al conocer Trifón que habían nombrado a Simón caudillo en lugar de su hermano Jonatán, y que estaba pronto a trabar batalla, le envió mensajeros, 15 diciendo: «Hemos detenido a tu hermano, a causa de la deuda que tenía con el tesoro real, por los cargos que desempeñaba. 16 Envía, pues, cien talentos de plata y a dos de sus hijos como rehenes, porque al ser libertado no se rebele contra nosotros, y le dejaremos libre.» 17 Aunque entendía Simón que le hablaban con engaño, envió el dinero y los dos niños, por no concitar contra sí la enemiga del pueblo, que podría decir: 18 «No ha enviado el dinero y los niños, y por eso pereció Jonatán». 19 Así, pues, envió los niños y los cien talentos; pero Trifón, faltando a su palabra, no puso en libertad a Jonatán.

20 Trifón emprendió luego la marcha para invadir la tierra y devastarla. Para ello, rodeando, vino a Adora, pero Simón con su ejército le salía al encuentro dondequiera que él iba. 21 Los de la ciudadela enviaron mensajeros a Trifón, rogándole que se diera prisa a venir en su socorro por el desierto, y les trajese víveres. 22 Preparó Trifón toda su caballería para llegar aquella noche, pero no pudo, a causa de la mucha nieve que había caído. Llegó a Galad, 23 y en Bascama dió muerte a Jonatán, que fué sepultado allí. 24 Después Trifón dió la vuelta y se volvió a su tierra.

25 Mandó Simón por los restos de su hermano Jonatán y les dió sepultura en Modín, la ciudad de sus padres. 26 Todo Israel hizo por él gran duelo y le lloró muchos días. 27 Edificó Simón sobre los sepulcros de sus padres y hermanos un monumento de piedras labradas por una y otra cara, alto y visible desde muy lejos. 28 Encima levantó siete pirámides, unas enfrente de otras, dedicadas a su padre, a su madre y a sus cuatro hermanos. 29 Lo rodeó de grandes columnas, y puso en ellas panoplias para eterna memoria; y junto a las panoplias, naves esculpidas, que pudieran ser vistas de todos los que navegaban por el mar. 30 Ese sepulcro que erigió en Modín perdura hasta el día de hoy. 31 Trifón, que procedía dolosamente con el joven rey Antíoco, acabó por darle muerte, 32 se declaró rey en su lugar y se ciñó la diadema del Asia, trayendo con esto una gran calamidad sobre la tierra.

Simón consolida la libertad nacional.

33 Simón edificó las fortalezas de Judea, las rodeó de altas torres y muros fuertes, les puso puertas y

cerrojos y las proveyó de vituallas. 34 Envió algunos hombres escogidos a Demetrio, pidiendo que concediera al país la remisión de los tributos, por cuanto los actos de Trifón habían sido actos de saqueo. 35 Contestó el rey Demetrio a estas peticiones, enviándole letras del tenor siguiente: 36 «El rey Demetrio a Simón, sumo sacerdote y amigo de los reyes, y a los ancianos y a la nación judía, salud: 37 Hemos recibido la corona de oro y la palma que nos habéis enviado, y estamos dispuestos a hacer con vosotros una paz definitiva y a escribir a los intendentes reales que os condonen las deudas. 38 Todo cuanto hemos pactado con vosotros sea firme, y las fortalezas que habéis edificado sean vuestras. 39 Os perdonamos también las faltas y las ofensas cometidas hasta este día, y la corona que debéis, y si algún tributo se cobraba en Jerusalén, ya no se cobre. 40 Si algunos de vosotros estáis dispuestos a alistaros en nuestro ejército, podréis hacerlo, y que reine entre nosotros la paz.»

41 El año 170 quedó Israel libre del yugo de los gentiles, 42 y comenzaron a encabezarse así los documentos y contratos: «El año primero de Simón, gran pontífice, general y caudillo de los judíos.» 43 En los días aquellos acampó Simón contra Guezer, y la cercó con sus fuerzas, construyó máquinas de asedio y las aproximó a la ciudad, acometiendo una de las torres y apoderándose de ella. 44 Invadieron la ciudad los que estaban en la máquina, produciéndose en aquélla gran conmoción. 45 Los de la ciudad subieron a las murallas con sus mujeres e hijos, rasgadas las vestiduras, y a grandes voces clamaban pidiendo a Simón la paz, 46 y le decían: «No obres con nosotros según merecen nuestras maldades, sino según tu misericordia.» 47 Simón se dejó aplacar y suspendió las hostilidades contra ellos, pero expulsó a los de la ciudad, purificó las casas en que había ídolos, y así hizo su entrada en ella en medio de cánticos y bendiciones. 48 Después de limpiarla de toda impureza, instaló en ella gente observante de la ley, la fortificó, y construyó allí para él una morada. 49 Los de la ciudadela de Jerusalén no podían salir de ella, ni entrar en la región para comprar o vender, y pasaban mucha escasez, pereciendo de hambre muchos de ellos. 50 Clamaron a Simón en demanda de paz, y él se la otorgó, echándolos de allí y limpiando la ciudadela de impurezas. 51 El día veintitrés del mes segundo del año 171 entró en ella con cánticos, palmas y acompañamiento de cítaras, címbalos y arpas, con himnos y cánticos, porque había sido aplastado un gran enemigo de Israel. 52 Estableció que cada año se solemnizara este día con regocijo. 53 Fortificó el monte del templo, que está próximo a la ciudadela, y habitó allí él con los suyos. 54 Viendo Simón que Juan, su hijo, era hombre animoso, le hizo jefe de todas las tropas, con residencia en Guezer (1).

Prosperidad de Simón.

14 1 El año 172 reunió el rey Demetrio sus tropas y se puso en marcha hacia la Media, en busca de recursos para hacer la guerra a Trifón. 2 Sabido por Arsaces, rey de Persia y de Media, que Demetrio había invadido su territorio, mandó a su encuentro a uno de sus generales, con el encargo de cogerle vivo. 3 Partió éste, y derrotó a Demetrio, haciéndole prisionero y llevándole a Arsaces, que le encarceló.

4 Y disfrutó de paz la tierra de Judá toda la vida de Simón, que procuró la prosperidad de su pueblo: a todos fué grato su gobierno, y gozó de fama todos los días de su vida. 5 Y añadió a esta gloria la toma de Jope para puerto, teniendo así entrada a las islas del mar. 6 Extendió los términos de su nación y mantuvo el dominio de su tierra. 7 Redimió muchos cautivos, se adueñó de Guezer, de Betsur y de la ciudadela. Quitó de ella las impurezas y no hubo quien le resistiera. 8 Cultivaban en paz la tierra, y la tierra daba sus cosechas, y los árboles del campo sus frutos. 9 Los ancianos se sentaban en las plazas, todos hablaban de las prosperidades de la tierra, y los jóvenes vestían como traje de honor el traje de guerra. 10 Abasteció las ciudades y las puso en estado de

(1) Simón sucede a su hermano, consolida la próspera situación de Judá y recoge para su familia los frutos de tantas luchas como había sostenido, pero al fin acabó traidoramente asesinado por su yerno.

defensa. Llegó la fama de su nombre hasta los extremos confines de la tierra. [11] Hizo reinar la paz en toda la tierra, y gozó Israel de gran bienestar. [12] Cada uno se sentaba bajo su parra y su higuera, y nada había que les causara temor. [13] Desapareció de la tierra el que les hacía la guerra, y en sus días fueron vencidos reyes. [14] Dió seguridad a los humildes de su pueblo, tuvo celo por la ley, y desterró a todos los impíos y malvados. [15] Restauró la gloria del santuario, y aumentó los vasos sagrados.

[24] Después de estos sucesos envió Simón a Numenio a Roma, para renovar la alianza con los romanos, mandando por él, como presente, un escudo de oro de mil minas de peso. [16] Había llegado a Roma y a Esparta la noticia de la muerte de Jonatán, de la que se dolieron mucho. [17] Pero al saber que Simón, su hermano, le había sucedido en el sumo sacerdocio y que mandaba en la tierra y en sus ciudades, [18] le escribieron la renovación de la amistad y la alianza antes hecha con Judas y Jonatán, sus hermanos, en placas de bronce, [19] que fueron leídas en Jerusalén en la asamblea del pueblo. He aquí la copia de las letras enviadas por los espartanos.

[20] «Los príncipes y la ciudad de Esparta, a Simón, sumo sacerdote, y a los ancianos y a los sacerdotes y a todo el pueblo de los judíos, sus hermanos, salud: Los mensajeros que habéis mandado a nuestro pueblo nos han dado noticias de vuestra gloria y honor, y de ello nos alegranos inmensamente. [22] Hemos registrado en las deliberaciones del pueblo lo siguiente: Numenio, hijo de Antíoco, y Antíoco, hijo de Jasón, legados de los judíos, han llegado a nosotros para renovar la antigua amistad. [23] El pueblo resolvió recibir honrosamente a los mensajeros y depositar una copia de su discurso entre los documentos públicos, para que el pueblo espartano guarde la memoria de ello. Y hemos enviado una copia de esto a Simón, sumo sacerdote.

[25] Cuando el pueblo oyó tales cosas, se dijeron: «¿Qué gracias podemos dar a Simón y a sus hijos? [26] Porque valerosamente han combatido contra los enemigos de Israel, tanto él como sus hermanos y toda su familia, y han afianzado nuestra libertad.» Y grabaron en placa de bronce, que colgaron de columnas en el monte de Sión, [27] la siguiente escritura: «El día dieciséis del mes de Elul del año 172, el año tercero del pontificado de Simón, príncipe del pueblo de Dios, [28] en la asamblea general de los sacerdotes y del pueblo, de los príncipes y ancianos de la nación, se hizo saber esto: En las muchas guerras que ha habido en nuestra tierra, [29] Simón, hijo de Matatías, de los hijos de Jarib, así como sus hermanos, se expusieron al peligro e hicieron frente a los adversarios de su nación, por la conservación del santuario y de la ley, y ganaron grande gloria para su pueblo. [30] Jonatán los congregó y fué sacerdote, hasta que se reunió con sus padres. [31] Resolvieron entonces los enemigos invadir la tierra, devastarla y hacerse dueños del santuario; [32] pero se levantó Simón y salió a la defensa de su pueblo, y con grandes expensas suyas armó a los valientes de su nación y les pagó la soldada. [33] Fortificó las ciudades de Judea y a Betsur en sus confines, donde antes dominaban las armas de los enemigos. Puso allí guarnición judía, [34] fortificó a Jope, junto al mar, y a Guezer en los confines de Azoto, en la que antes habitaban los enemigos, e instaló en ellas judíos, y los proveyó de cuanto era necesario para su defensa. [35] Viendo el pueblo la conducta de Simón y la gloria que se proponía dar a su nación, le hicieron su caudillo y sumo sacerdote, en premio de haber realizado todas estas proezas y de la justicia y fidelidad que ha guardado a su pueblo, procurando por todos los medios el engrandecimiento de éste. [36] En sus días todo prosperó, y los gentiles fueron exterminados de la tierra, y en la misma Jerusalén los que ocupaban la ciudad de David, que habían convertido en ciudadela, de donde hacían salidas, profanando los alrededores del santuario con gran perjuicio de su santidad. [37] Instaló allí judíos, la fortificó para seguridad de la tierra y de la ciudad, y dió mayor altura a las murallas de Jerusalén. [38] Por todo esto el rey Demetrio le confirió el sumo sacerdocio, [39] y le inscribió en el número de sus amigos y le otorgó grandes honores, [40] pues supo que los judíos eran tenidos por los romanos como amigos, aliados y hermanos, y habían sido acogidos con honor los legados de

Simón. 41 Los judíos y sacerdotes resolvieron instituir a Simón por príncipe y sumo sacerdote por siempre, mientras no aparezca un profeta digno de fe, 42 y por su caudillo, que defienda el santuario, instituya inspectores de obras, gobernadores de la tierra, capitanes de las tropas y alcaides de las fortalezas; 43 que cuide de las cosas sagradas, que sea de todos obedecido, que se inscriban en su nombre todos los documentos públicos en la tierra, vista la púrpura y lleve la fíbula de oro. 44 A nadie será lícito, ya del pueblo, ya de los sacerdotes, traspasar ninguna de estas disposiciones ni contravenir lo que por él fuere ordenado, o convocar en la tierra asamblea sin su consentimiento, ni vestir la púrpura ni llevar la fíbula de oro. 45 El que traspasare estas disposiciones o violare alguna de ellas, incurrirá en castigo.»

46 Todo el pueblo aprobó conferir a Simón estos poderes y honores, y convino en que él obrase conforme a ellos. 47 Aceptó Simón, agradecido, el sumo sacerdocio, y ser caudillo y jefe de los judíos y de los sacerdotes, ejerciendo el mando supremo.

48 Mandaron que esto se escribiese en láminas de bronce y se pusiese en el atrio del templo en lugar visible, y que una copia de lo mismo se depositase en el tesoro del templo, a disposición de Simón y de sus hijos.

Reconocimiento de esta situación por las naciones extranjeras.

15 1 Antíoco, hijo del rey Demetrio, envió desde las islas del mar cartas a Simón, sumo sacerdote y jefe de los judíos, y a toda la nación. 2 Era el contenido de las cartas del tenor siguiente: «El rey Antíoco a Simón, sumo sacerdote y jefe de la nación judía, salud: 3 Como quiera que hombres malvados se hayan apoderado del reino de nuestros padres, es mi voluntad recobrarlo y restablecerlo en su forma antigua, para lo cual he reunido un ejército numeroso y equipado naves de guerra. 4 Me propongo desembarcar y perseguir a los que han arruinado el reino y asolado sus ciudades. 5 Te ratifico, pues, todas las exenciones que te han hecho los reyes mis predecesores, y todas las mercedes que te han otorgado. 6 Te permito acuñar moneda propia para tu tierra. 7 Que Jerusalén y su santuario sean libres; que cuantas armas has fabricado, y cuantas fortalezas has levantado y posees, queden en tu poder; 8 que todas las deudas al tesoro real y cuanto en adelante hubiere de percibir el rey te sea por siempre condonado. 9 Y cuando nos hubiéremos apoderado del reino, os honraremos, a ti y a tu nación y al templo, tan magníficamente, que vuestra gloria se extenderá por toda la tierra.»

10 El año 174 Antíoco se puso en marcha hacia su reino, y todas las tropas se declararon por él, de suerte que muy pocas fueron las que le quedaron a Trifón. 11 Perseguido por el rey Antíoco, vino huyendo hasta Dora del mar. 12 Vió entonces cuántos males se le venían encima, pues las tropas le habían abandonado. 13 Acampó el rey Antíoco contra Dora, con ciento veinte mil hombre y ocho mil caballos. 14 Cercaron la ciudad por mar y por tierra, y la estrecharon de suerte que nadie podía salir ni entrar en ella.

15 En esto llegó de Roma Numenio y los que con él habían ido, trayendo copia de cartas escritas a los reyes y a las naciones, del tenor siguiente: 16 «Lucio, cónsul de los romanos, a Tolomeo, salud: 17 Han venido a nosotros embajadores de los judíos, aliados y amigos nuestros, enviados por Simón, sumo sacerdote, y por la nación de los judíos, para renovar la antigua amistad y alianza, 18 y han sido portadores de un escudo de oro de mil minas de peso. 19 En virtud de esto nos ha parecido bien escribir a reyes y naciones, que no les causen ningún mal ni les hagan la guerra, ni a sus ciudades ni a su tierra, ni presten auxilio a quienes los combatan. 20 Nos pareció igualmente bien recibir de ellos el escudo. 21 Si, pues, hombres malhechores, huyendo de ellos, se refugiaren entre vosotros, entregadlos a Simón, sumo sacerdote, para que los castigue según su ley.» 22 En la misma forma escribieron al rey Demetrio, a Atalo, a Ariarates a Arsaces 23 y a todas las naciones: a Lampsaco, a los espartanos, a Delos y a Mindo, a Sición, a Caria, a Samos, a Panfilia, a Licia, a Halicarnaso, a Rodas, a Fasélida, a Coo, a Side, a Arados, a Gortina, a Gnido, a Chipre y a Cirene. 24 Y copia de esas cartas se la enviaron a Simón, sumo sacerdote.

25 Como hemos dicho, el rey Antíoco acampó enfrente de Dora y la estrechó, y construyó máquinas de guerra, quedando Trifón cercado, sin poder entrar ni salir. 26 Simón envió en ayuda del rey a dos mil hombres escogidos, y plata y oro y mucho material de guerra. 27 No quiso él recibirlos, antes bien revocó cuanto antes había pactado y rompió con él. 28 Mandó a Atenobio, uno de sus amigos, para tratar con él y decirle: «Vosotros retenéis a Jope y a Guezer y la fortaleza de Jerusalén, ciudades de mi reino; 29 habéis devastado sus territorios y causado grandes daños a la tierra, y os habéis adueñado de muchos lugares de mi reino. 30 Entregad luego, pues, las ciudades que habéis ocupado, y los tributos de que os habéis apoderado fuera de los confines de la Judea; 31 de no hacerlo, pagaréis por ello quinientos talentos de plata, y por los perjuicios causados y por los tributos de las ciudades percibidos, otros quinientos talentos; y si no, iré y os haremos la guerra.»

32 Llegado Atenobio, el amigo del rey, a Jerusalén, vió la magnificencia de Simón, su vajilla de oro y plata y la numerosa servidumbre, y quedó maravillado. Oído el mensaje del rey, 33 respondió Simón: «No hemos tomado tierra ajena, ni de bienes ajenos nos hemos apoderado, sino de la heredad de nuestros padres, de la que sin justicia nuestros enemigos se habían adueñado. 34 Aprovechando la ocasión, hemos recobrado la heredad de nuestros padres. 35 Cuanto a Jope y a Guezer, que reclamáis, hacían a nuestro pueblo y nuestra tierra grandes daños: por ellas daremos cien talentos.» Atenobio no le respondió palabra, 36 pero se volvió furioso al rey y le comunicó las palabras de Simón, su magnificencia y todo cuanto había visto. Airóse el rey con gran ira. 37 Entretanto, Trifón, embarcado en una nave, huyó a Ortosiada. 38 El rey instituyó a Cendebeo general de la corte, poniendo en su mano fuerzas de infantería y caballería, 39 con el encargo de acampar enfrente de Judea, y edificar a Cedrón y fortificar sus puertas, a fin de hostigar al pueblo de Israel. El rey se fué en persecución de Trifón.

40 En cuanto Cendebeo llegó a Jamnia, comenzó a molestar al pueblo, invadiendo la Judea, haciendo cautivos y muertos. Edificó a Cedrón, 41 y en ella colocó caballería e infantería, para hacer incursiones por Judea, como se lo había ordenado el rey.

16 1 Subió Juan de Guezer, y comunicó a su padre lo que Cendebeo estaba haciendo. 2 Llamó entonces Simón a sus dos hijos mayores, Judas y Juan, y les dijo: «Yo y mis hermanos y la casa de mi padre hemos combatido por Israel desde nuestra juventud hasta el presente, y nuestros esfuerzos han sido tan felices, que logramos la libertad de Israel. 3 Al presente yo estoy ya viejo; pero vosotros, por la misericordia de Dios, estáis en buena edad; tomad mi puesto y el de mi hermano, y salid a luchar por nuestra nación, y que la ayuda del cielo sea con vosotros.

4 Eligieron de la gente de todo el territorio los hombres más aguerridos y caballería hasta veinte mil, y partieron contra Cendebeo, pernoctando en Modín. 5 Puesto en marcha muy de mañana hacia la llanura, vieron un poderoso ejército de infantería y caballería, que les venía al encuentro. Sólo un torrente había de por medio. 6 Se detuvo enfrente de ellos Juan con sus hombres; y viendo que los suyos temían atravesar el torrente, lo hizo él el primero; y sus hombres, viéndole, le siguieron. 7 Dividió su gente, colocando la caballería en medio de los infantes, porque la caballería de los contrarios era muy numerosa. 8 Resonaron las trompetas sagradas, y Cendebeo y su ejército quedaron deshechos, cayendo muchos de ellos y huyendo los restantes a la fortaleza. 9 Quedó herido Judas, el hermano de Juan; pero éste persiguió a los enemigos hasta llegar a Cedrón, que Cendebeo había fortificado, 10 y huyeron hasta las torres de Azoto, que Juan dió al fuego, cayendo de los enemigos hasta tres mil hombres, y se volvió victorioso a Judá.

Muerte alevosa de Simón.

11 Tolomeo, hijo de Abubos, comandante del campo de Jericó, tenía mucha plata y oro, 12 y era yerno del sumo sacerdote. 13 Se engrió tanto, que quiso hacerse dueño de la tierra, para lo cual resolvió quitar a traición la vida a Simón y a sus hijos. 14 Visitaba Simón las ciudades del terri-

torio, a fin de proveer a sus necesidades, y bajó a Jericó con Matatías y Judas, sus hijos, el año 177 en el mes undécimo, que es el mes de Sabat. 15 Los recibió el hijo de Abubos con perfidia en una fortaleza pequeña, llamada Doc, que él había levantado. Les ofreció un gran banquete, pero ocultó a siete hombres, 16 que cuando Simón y sus hijos estaban ebrios, a una señal de Tolomeo se levantaron, y tomando las armas, dieron sobre Simón, matándole a él, a sus hijos y a algunos de su séquito, 17 cometiendo una gran traición y devolviendo mal por bien.

18 Luego escribió Tolomeo al rey, para que enviase tropas en su auxilio, a fin de poner en su mano la tierra y las ciudades. 19 Envió otras a Guezer para que se apoderasen de Juan, y escribió a los oficiales de ésta, pidiéndoles que se pasasen a él, que les daría plata y oro y regalos. 20 Mandó otros para que se apoderasen de Jerusalén y del monte del templo. 21 Pero alguno se adelantó a comunicar a Juan, en Guezer, cómo habían sido muertos su padre y sus hermanos, y que habían mandado quien le matase a él. 22 Quedó fuera de sí al oír tales noticias, y prendiendo a los que venían a él para darle muerte, los mató, pues sabía lo que intentaban.

23 Los demás sucesos de Juan, sus guerras, las hazañas que realizó, los muros que levantó y sus obras todas, 24 escritas están en los anales de su pontificado, desde el día en que fué hecho sumo sacerdote después de su padre.

II DE LOS MACABEOS

[illegible] contra Thimotheum [illegible] qui ducatum [illegible] eius praestent ipsumque defendant

Machab. [illegible] cap. 10

7

INTRODUCCION AL LIBRO II DE LOS MACABEOS

ESTE libro no es propiamente un libro segundo, una continuación del precedente; es otro libro sobre la misma materia, bastante amplia para poder ser argumento de muchos libros. Un cierto Jasón de Cirene, desconocido de nosotros, compuso cinco libros sobre Judas Macabeo; nuestro autor los compendió en este solo libro en favor de los lectores que no pudieran leer los cinco de Jasón. Abarca unos quince años, 175-161 a. C. El propósito del autor no es sólo contar los sucesos históricos, sino, mediante ellos, instruir y edificar a sus lectores. Escribe en griego, y se sirve de los recursos de la retórica griega para mejor lograr su intento. El prólogo (2, 20-33) y el epílogo (15, 38-40) ponen de relieve la gran diferencia que hay entre este libro y todos los otros escritos en lengua semítica. La cronología seguida es la del libro primero, con la diferencia de que este otro sigue en todo el cómputo oficial, empezando a contar desde el otoño de 112 a. C.

La obra va precedida de dos a modo de apéndices, que son dos cartas (1, 1-10ª) y 1, 10ᵇ-2, 19) dirigidas por los judíos de Jerusalén a los de Egipto, con el fin manifiesto de recomendarles la santidad del santuario yerosolimitano, y apartarlos del templo cismático, que habían levantado en Leontópolis.

MACABEOS II

Carta de los judíos de Jerusalén a los judíos de Egipto.

1 [1] «A los hermanos judíos que moran en Egipto, salud: Los hermanos judíos de Jerusalén y de Judea, paz y felicidad. [2] Que Dios os bendiga, acordándose de su alianza con Abraham, Isac y Jacob, sus fieles siervos. [3] Que a todos os dé corazón dispuesto para venerarle y cumplir con todo ánimo y buena voluntad sus preceptos. [4] Que os abra el corazón para entender su ley y

sus preceptos, os conceda la paz, [5] oiga vuestras súplicas, se reconcilie con vosotros y no os abandone en el tiempo de la desgracia. [6] Esta es nuestra oración por vosotros.

[7] Reinando Demetrio, el año 169, nosotros, los judíos, os escribimos cuando nos hallábamos en la gran tribulación que nos sobrevino desde que Jasón y los suyos se marcharon de la tierra santa y del reino. [8] Pues incendiaron el pórtico del templo y derramaron mucha sangre inocente. Pero suplicamos al Señor, y le ofrecimos sacrificios y flor de harina, y encendimos las lámparas, y presentamos los panes. [9] Ahora vosotros celebrad la fiesta de los tabernáculos en el mes de Casleu. Dada el año 188.»

Carta a Aristóbulo y a los judíos de Egipto.

[10] «Los moradores de Jerusalén y de Judea, el senado y Judas, a Aristóbulo, maestro del rey Tolomeo, del linaje de los sacerdotes ungidos, y a los otros judíos de Egipto, salud y prosperidad: [11] Librados por Dios de grandes peligros, le damos muchas gracias, estando prontos a luchar de nuevo contra el rey. [12] Pero Dios mismo ha aniquilado a los que combatían contra la ciudad santa. [13] Pues cuando ese caudillo, con el ejército que le acompañaba, que parecía irresistible, llegó a Persia, fueron heridos en el templo de Nanea, gracias al engaño de los sacerdotes de ésta. [14] Antíoco, acompañado de sus amigos, vino al lugar como para desposarse con ella y tomar en virtud de tal desposorio y a título de dote sus tesoros. [15] Los sacerdotes de Nanea le habían hecho esta propuesta, y él con escasa gente entró en el recinto del templo. Cerraron aquéllos las puertas [16] una vez que Antíoco hubo entrado, y abriendo luego una abertura disimulada en el techo, a pedradas aplastaron al caudillo y a sus acompañantes, los descuartizaron, les cortaron las cabezas y las tiraron fuera. [17] Por esto bendito sea Dios, que así ha castigado a los impíos. [18] Estando, pues, para hacer la purificación del templo en el mes de Casleu, hemos creído deber nuestro manifestároslo, para que también vosotros celebréis la fiesta de los Tabernáculos y del fuego que se encendió cuando Nehemías, después de edificar el templo y el altar, ofreció sacrificios. [19] Pues al ser nuestros padres llevados a Persia, los sacerdotes piadosos que había entonces, ocultamente tomaron del fuego del altar, y lo escondieron en un hueco, a manera de pozo seco, en el cual lo depositaron, tan en seguro que el sitio quedó de todos ignorado. [20] Transcurridos muchos años, Nehemías, que había sido enviado por el rey de Persia, mandó a los nietos de los sacerdotes que lo habían ocultado, a buscar el fuego, y según ellos contaron, no hallaron fuego, sino un agua espesa, [21] de la cual les mandó que sacasen. Cuando las víctimas estaban dispuestas en el altar, ordenó Nehemías a los sacerdotes que con el agua rociasen la leña y lo que encima de ella había. [22] Cumplido esto y pasado un poco de tiempo, salió el sol, que antes estaba nublado, y se encendió un gran fuego, quedando todos maravillados. [23] Y mientras oraban los sacerdotes y todos los presentes, empezando Jonatán y respondiendo los restantes, [24] hasta Nehemías, se consumía el sacrificio. La oración era ésta: Señor, Señor Dios, creador de todas las cosas, temible, justo, misericordioso y rey único bondadoso, [25] único liberal, único justo, omnipotente y eterno, que libras a Israel de todo mal, que elegiste a nuestros padres y los santificaste; [26] acepta este sacrificio por todo tu pueblo de Israel, protege tu heredad y santifícala. [27] Congrega a nuestros dispersos, vuelve la libertad a los que viven en servidumbre entre las naciones, pon los ojos en estos despreciados y abominados, conozcan las naciones que tú eres nuestro Dios. [28] Aflige a los que nos oprimen y con insolencia nos ultrajan. [29] Trasplanta tu pueblo a tu lugar santo, según dijo Moisés.

[30] Los sacerdotes entretanto cantaban himnos. [31] Cuando el sacrificio se hubo consumido, mandó Nehemías derramar el agua restante sobre grandes piedras; [32] y en cuanto lo hicieron, de la luz del altar se encendió una llama que las consumió.

[33] Cuando esto se hizo notorio, y contaron al rey de Persia que en el lugar donde los sacerdotes llevados cautivos habían ocultado el fuego, apareció agua, con la cual los que acompañaban a Nehemías habían

encendido el sacrificio, [34] después de hechas averiguaciones, hizo cercar el sitio y lo declaró sagrado. [35] Aquel día fué día de felicitaciones, en que el rey repartió y recibió ricos presentes. [36] Los de Nehemías llamaron a aquel sitio Neftar, que quiere decir purificación, pero muchos le llaman Neftai.

2 [1] Se halla en antiguos documentos, que el profeta Jeremías, al mandar a los deportados tomar del fuego antes referido, les entregó un ejemplar de la ley [2] y les recomendó que no diesen al olvido los preceptos del Señor, ni se pervirtiesen a la vista de los ídolos de oro y de plata y sus adornos. [3] Muchas cosas como éstas les dijo, exhortándolos a no apartarse jamás del amor de la Ley. [4] También en documentos está escrito que el profeta, por revelación divina, mandó que le siguiesen con el tabernáculo y el arca, y salió hasta el monte donde había subido Moisés para ver desde allí la heredad de Dios. [5] Llegado a él, Jeremías halló una gruta a modo de estancia, en la cual introdujo el tabernáculo, el arca y el altar de los perfumes, murando en seguida la entrada. [6] Algunos de los que le acompañaban vinieron luego, para poner señales en el camino, a fin de poder hallarlo después. [7] Mas así que Jeremías lo supo, los reprendió, diciéndoles: Este lugar quedará desconocido, hasta que Dios vuelva a congregar a su pueblo y tenga de él misericordia. [8] Entonces dará a conocer el paradero de estas cosas, aparecerá su gloria, y asimismo la nube, como se manifestó al tiempo de Moisés, y cuando Salomón pidió que el templo fuese gloriosamente santificado. [9] También allí se cuenta cómo el rey sabio ofreció el sacrificio de la dedicación y terminación del templo; [10] y que así como cuando Moisés oró al Señor descendió fuego del cielo que consumió el sacrificio, así también, orando Salomón, descendió fuego y consumió el holocausto. [11] Y dijo Moisés: Por no haber sido comido el sacrificio por el pecado, fué consumido por el fuego. [12] También Salomón celebró la fiesta por ocho días.

[13] Esto mismo se refiere en los escritos y memorias de Nehemías; y se dice, además, que había reunido una biblioteca y puesto en ella los libros de los reyes, los de los profetas y los de David y las cartas de los reyes sobre las ofrendas. [14] Así también Judas reunió todos los libros dispersos por la guerra que hubimos de sufrir, que ahora se hallan en nuestro poder. [15] Si de ellos tuviereis, pues, necesidad, mandadnos quienes os los lleven.

[16] Estando nosotros para celebrar la fiesta de la purificación, os escribimos estas letras: Haréis muy bien en solemnizar estos días. [17] Dios, que ha librado a su pueblo, nos ha devuelto a todos la heredad, el reino, el sacerdocio y el santuario, [18] como lo prometió en la ley. Esperamos, pues, de Dios, que pronto tendrá misericordia de nosotros y nos congregará en el lugar santo, de entre todas las naciones que existen bajo el cielo, [19] pues nos ha librado ya de grandes calamidades y ha purificado el santuario» (1).

Prefacio.

[20] La historia de Judas el Macabeo y de sus hermanos, la purificación del gran templo y la dedicación del altar, [21] las guerras de Antíoco Epifanes y de su hijo Eupátor, [22] las apariciones celestes a los que gloriosamente combatían por el judaísmo, para que, aun siendo pocos, recobrasen toda la tierra y pusieran en fuga muchedumbres de bárbaros, [23] y recuperasen el templo famoso en toda la tierra, y librasen la ciudad, y restableciesen las leyes que estaban a punto de quedar abolidas, siéndoles el Señor propicio con toda bondad, [24] fué narrada por Jasón de Cirene en cinco libros, que nosotros nos proponemos compendiar en un solo volumen. [25] Porque, considerando el número excesivo de los libros, y la dificultad que hallan, por la muchedumbre de las cosas, los que quieren aplicarse a conocer las historias, [26] hemos pensado proporcionar solaz del alma a los aficionados a leer, y dar a los estudiosos facilidad para aprender las cosas de memoria; en una palabra, alguna utilidad a todos aquellos que tomen este libro en sus manos. [27] Mas para nosotros este trabajo que hemos emprendido no ha

(1) Adviértase que el autor sagrado recoge estas cartas en su libro, pero sin dar juicio de la verdad de cuanto contienen.

sido cosa fácil, sino de mucho trabajo, sudores y desvelos. [28] Como el que prepara un festín, buscando complacer a otros, se echa encima una pesada carga, así nosotros, para merecer la gratitud de muchos, hemos tomado con gusto este trabajo. [29] Dejando al historiador el oficio de narrar detalladamente las cosas, nos hemos esforzado por seguir las normas de la condensación. [30] Pues así como el arquitecto que se propone levantar una casa nueva, ha de pensar en el conjunto de la construcción; mientras que el decorador y el pintor sólo tienen que cuidarse de lo que toca a la ornamentación, así creo yo que nos sucede a nosotros. [31] Investigar la materia histórica, examinarla en todos sus aspectos y detalles; eso compete al narrador de la historia; [32] pero procurar el compendio de la narración, sin llegar a agotar el asunto toca al compilador, [33] y con esto comenzamos nuestra narración, después de haberhos extendido tanto en el prefacio. Sería una simpleza mostrarse difusos antes de entrar en materia, para luego ser breves en ésta.

La preservación del tesoro del templo.

3 [1] Hallándose la ciudad en completa paz, observándose exactamente las leyes, por la piedad del sumo sacerdote Onías (1) y su odio a toda maldad, [2] sucedía que hasta los mismos reyes honraban el santuario y lo enriquecían con magníficos dones. [3] Y así, Seleuco, rey de Asia, concedió de sus propias rentas todos los gastos necesarios para el servicio de los sacrificios. [4] Pero un cierto Simón, de la tribu de Benjamín, constituído inspector del templo, se enemistó con el sumo sacerdote, con motivo de la fiscalización del mercado de la ciudad. [5] No pudiendo vencer la resistencia de Onías, se fué a Apolonio, hijo de Traseas, que por aquel tiempo era general de la Celesiria y Fenicia, [6] y le hizo saber cómo el tesoro de Jerusalén estaba lleno de riquezas indecibles, y que la cantidad de dinero que allí había era incalculable, y no se destinaba al sostenimiento de los sacrificios, pudiendo el rey apoderarse de ello.

[7] Apolonio se fué luego a ver al rey y le dió cuenta de los tesoros referidos. Este eligió a Heliodoro, su ministro de hacienda, a quien envió con órdenes de apoderarse de las riquezas. [8] En seguida se puso en viaje Heliodoro, con el pretexto de visitar las ciudades de Celesiria y Fenicia, pero en realidad, para ejecutar el propósito del rey. [9] Llegado a Jerusalén, fué recibido cordialmente por la ciudad y el sumo sacerdote, a quien dió luego cuenta de lo que le había sido comunicado, y del motivo de su venida, preguntando si lo que se les había dicho se ajustaba a la verdad.

[10] El sumo sacerdote le hizo ver que se trataba de depósitos para el socorro de viudas y huérfanos, [11] de una cantidad que pertenecía a Hircano, hijo de Tobías, hombre de muy buena posición, contra lo que calumniosamente había denunciado el impío Simón; (1) y que, en fin, la suma de todo el dinero era de cuatrocientos talentos de plata y doscientos de oro, [12] siendo del todo imposible cometer tal injusticia contra los que habían confiado en la santidad del lugar y en la majestad del templo, honrado en toda la tierra. [13] Pero Heliodoro, en virtud de las órdenes del rey, contestó que aquellos tesoros habían de ser necesariamente entregados al tesoro real. [14] Señalado día, se preparó a entrar, dispuesto a apoderarse de tales riquezas, lo que produjo no pequeña conmoción en toda la ciudad.

[15] Los sacerdotes, vestidos de sus túnicas sagradas, se arrojaron ante el altar; clamaban al cielo, invocando al que había dado ley sobre los depósitos, de que les fueran guardados intactos a quienes los depositaron. [16] Nadie podía mirar el rostro del sumo sacerdote sin quedar traspasado, porque su aspecto y su color demudado mostraban la angustia de su alma. [17] El temor que se reflejaba en aquel varón, y el temblor de su cuerpo, revelaban a quien le miraba

(1) Este Pontífice Onías, de quien el autor hace tan magnífico elogio, es probablemente el jefe ungido a que se refiere Daniel 9, 26, y cuya muerte señala el término de las sesenta y dos semanas de años y el principio de la última semana, que es de grandes calamidades para el pueblo.

(1) El templo era como un banco en que, cual en lugar seguro, depositaban algunos particulares sus capitales.

la honda pena de su corazón. [18] Los ciudadanos salían en tropel de sus casas, para acudir a la pública rogativa en favor del lugar santo, que estaba a punto de ser profanado. [19] Las mujeres, ceñidos los pechos de saco, llenaban las calles; y las doncellas recogidas, concurrían unas a las puertas del templo, otras sobre los muros, algunas miraban furtivamente por las ventanas, [20] y todos, tendidas las manos al cielo, oraban.

[21] Era para mover a compasión, ver la confusa muchedumbre postrada en tierra, y la ansiedad del sumo sacerdote, lleno de angustia. [22] Todos invocaban al Dios omnipotente, pidiendo que los depósitos fuesen con plena seguridad conservados intactos a los depositantes. [23] Heliodoro, por su parte, dispuesto a consumar su propósito, estaba ya acompañado de su escolta junto al gazofilacio, [24] cuando el Señor de los espíritus y rey del absoluto poder, hizo de él gran muestra a cuantos se habían atrevido a entrar en él. Heridos a la vista del poder de Dios, quedaron impotentes y atemorizados. [25] Se les apareció un jinete terrible. Montaba un caballo adornado de riquísimo caparazón, que, acometiendo impetuosamente a Heliodoro, le acoceó con las patas traseras. El que le montaba iba armado de armadura de oro. [26] Aparecieron también dos jóvenes fuertes, llenos de majestad, magníficamente vestidos, los cuales, colocándose uno a cada lado de Heliodoro, le azotaban sin cesar, descargando sobre él fuertes golpes. [27] Al instante Heliodoro, caído en el suelo y envuelto en tenebrosa oscuridad, fué recogido y puesto en una litera. [28] Y el que hacía poco, con mucho acompañamiento y con segura escolta, entraba en el gazofilacio, era ahora llevado, incapaz de auxiliarse a sí mismo, habiendo experimentado manifiestamente el poder de Dios; [29] y por la divina virtud, yacía mudo, privado de toda esperanza de salud. [30] Los judíos, por su parte, bendecían al Señor, que había defendido el honor de su casa. Y el templo, poco antes lleno de terror y de turbación, ahora rebosaba de alegría y regocijo, gracias a la intervención del Señor omnipotente.

[31] Pronto acudieron algunos de los de Heliodoro, suplicando a Onías que invocase al Altísimo, para que hiciese gracia de la vida al que se hallaba en el último extremo. [32] Y temiendo el sumo sacerdote que el rey llegase a imaginarse que los judíos habían cometido algún crimen contra Heliodoro, ofreció un sacrificio por la salud de éste. [33] Mientras el sumo sacerdote ofrecía el sacrificio de propiciación, los mismos jóvenes se aparecieron de nuevo a Heliodoro, con las mismas vestiduras de antes; y acercándose a él, le dijeron: «Da muchas gracias a Onías, el sumo sacerdote, pues a él le debes que el Señor te haya dejado la vida. [34] Tú, pues, castigado por Dios, confiesa ante todos su gran poder.» Dicho esto, desaparecieron.

[35] Heliodoro, después de ofrecer un sacrificio al Señor y de hacer grandes votos a quien le había concedido la vida, se despidió amigablemente de Onías y se volvió con sus tropas al rey, [36] dando público testimonio de las obras del Dios altísimo que con sus ojos había visto. [37] Interrogado por el rey sobre quién sería el más apto para enviarlo a Jerusalén, dijo: [38] «Si tienes algún enemigo, o alguien que conspire contra tu reino, mándalo allá, que bien castigado vendrá, si es que salva la vida; porque sin duda que hay en aquel lugar una fuerza divina. [39] El mismo que en los cielos habita tiene sus ojos puestos sobre aquel lugar para defenderlo, y hiere de muerte a los que a él se llegan con malos propósitos.» [40] Tal fué el episodio de Heliodoro y de la preservación de gazofilacio.

Onías, calumniado, destituído y asesinado.

4 [1] Simón, el delator del tesoro y de la patria, hablaba mal de Onías, afirmando ser él quien había maltratado a Heliodoro, y el autor de todo el mal. [2] Al bienhechor de la ciudad, al defensor de sus ciudadanos, al celador de las leyes, se atrevía a llamarlo traidor al reino. [3] Tan adelante fué esta enemistad, que hasta llegaron a cometerse homicidios por parte de algunos parciales de Simón; [4] tanto que Onías, considerando lo peligroso de estas rivalidades y la furia de Apolonio, general de la Celesiria y Fenicia, en favorecer la maldad de Simón, se fué a ver al rey, [5] no

como acusador de sus conciudadanos, sino mirando al interés común y particular de toda la nación; [6] pues veía que, sin la intervención del rey, era imposible lograr la paz en el gobierno y que Simón no cesaría en su locura.

[7] Muerto Seleuco y apoderado del reino Antíoco, por sobrenombre Epifanes, Jasón, hermano de Onías, comenzó a ambicionar el sumo sacerdocio; [8] y en una audiencia prometió al rey trescientos sesenta talentos de plata, ochenta talentos más de otras rentas, [9] y sobre éstos, ciento cincuenta más, si se le autorizaba para instalar un gimnasio y una mancebía (1) y se concedía a los de Jerusalén la ciudadanía antioquena. [10] Accedió el rey; y Jasón, obtenido el poder, luego se dió a introducir las costumbres griegas entre sus conciudadanos. [11] Abolió los privilegios otorgados a los judíos por el favor de los reyes gracias a las gestiones de Juan, padre de Eupolemo, el que desempeñó la embajada para obtener la amistad y alianza de los romanos; contra los derechos ciudadanos introducía costumbres impías, [12] y hasta bajo la misma acrópolis se atrevió a erigir el gimnasio, obligando a educar allí a los jóvenes más nobles (2).

[12] Así cundió en alto grado el helenismo y progresó la introducción de costumbres extranjeras, por la desalmada actitud del impío, más que sumo sacerdote, Jasón. [14] Los sacerdotes ya no se preocupaban del servicio del altar, antes mostrando poca estima del templo y descuidando los sacrificios, se apresuraban a tomar parte en los prohibidos ejercicios de la palestra, en cuanto eran invitados a lanzar el disco. [15] Desdeñando los honores patrios, estimaban en mucho las distinciones griegas. [16] Por lo cual vino sobre ellos la gran calamidad, de que aquellos mismos a quienes envidiaban y a quienes en todo querían imitar, se volviesen luego contra ellos, y fuesen sus enemigos y opresores. [17] No es cosa de poco ni que se hace impunemente violar las leyes divinas, como lo mostrará el tiempo venidero.

[18] Al celebrarse en Tiro los juegos quinquenales con asistencia del rey, [19] el malvado Jasón envió de Jerusalén espectadores, ciudadanos de Antioquía, portadores de trescientas dracmas para el sacrificio de Hércules. Pero los que las llevaban pidieron que no se empleasen en los sacrificios porque no convenía, sino que se destinasen a otras expensas. [20] Y así aquella cantidad que iba enviada, según la voluntad del donante, para el sacrificio de Hércules, por deseo de los portadores fué destinada a la construcción de trirremes.

[21] Habiendo sido enviado a Egipto Apolonio, de Menesteo, con motivo de la entronización del rey Tolomeo Filométor, vino a saber Antioco que aquel soberano era enemigo de su reino, y se propuso prevenirse contra él. Llegado a Jope, subió a Jerusalén, [22] donde Jasón y la ciudad le hicieron un magnífico recibimiento, y entró en medio de antorchas y aclamaciones. Condujo luego de allí sus tropas a Fenicia.

[23] Pasados tres años, envió Jasón a Menelao, hermano del antes mencionado Simón, para llevar dinero al rey y para gestionar ciertos asuntos importantes; [24] pero, ganada la gracia del rey, Menelao le adulaba, dándose aires de hombre influyente, con lo que obtuvo para sí el sumo sacerdocio, ofreciendo trescientos talentos más que Jasón. [25] Y así, con las credenciales del rey, se vino aquel hombre que no tenía nada que le hiciera digno del sacerdocio, sino instintos de tirano cruel y sentimientos de fiera salvaje. [26] Jasón, que había suplantado a su hermano, fué a su vez suplantado por otro y forzado a huir a la tierra de Ammón. [27] Mas como Menelao, una vez posesionado del poder, no cumpliese las promesas hechas al rey, [28] a pesar de las reclamaciones de Sóstrates, alcaide de la acrópolis, a quien pertenecía la exacción de los tributos, ambos fueron llamados por el rey. [29] Menelao hubo de dimitir el sumo sacerdocio en favor de su hermano Lisímaco, y Sóstrates fué nombrado gobernador de Chipre.

[30] Entretanto, los tarsenses y los malotas se rebelaron, por haber sido dados en regalo a Antioquida, concubina del rey. [31] A toda prisa partió

(1) Mancebía en el sentido clásico, de juventud o mocedad, y aquí, de lugar para la educación de la juventud en las costumbres helénicas. Algo semejante al gimnasio.

(2) Casos como el de Jasón los vemos con alguna frecuencia en esta historia. Nos dan a conocer a qué extremo había descendido la moral en muchos primates de Judá.

éste para aquietarlos, dejando encargado del gobierno a Andrónico, uno de sus dignatarios. 32 Menelao, juzgando la ocasión propicia, arrebató ciertos objetos del templo, que regaló a Andrónico; otros logró venderlos en Tiro y en las ciudades vecinas. 33 Cuando de esto supo con certeza Onías, que se hallaba retirado en su lugar de asilo, junto a Dafne, cerca de Antioquía, le reprendió. 34 Por lo cual Menelao, llamando aparte a Andrónico, le pidió que matase a Onías; y aquel, yendo a verle, con dolo, dándole la mano y haciendo juramento, persuadió a Onías (aunque no dejaba de serle sospechoso), a que saliese de su asilo, y al instante le mató, sin respeto alguno de la justicia

35 Fué esto motivo de que, no sólo los judíos, sino también muchos de las otras naciones, se indignaran y llevasen muy mal la inicua muerte de tal varón. 36 Vuelto de Cilicia el rey, se le presentaron los judíos de Antioquía y muchos de los griegos, que asimismo aborrecían la maldad, para hablarle de la muerte injusta de Onías. 37 Cordialmente se entristeció Antíoco, y movido de compasión derramó lágrimas, recordando la discreción y gran modestia de Onías; 38 e indignado, al instante despojó a Andrónico del manto de púrpura e hizo que, desgarrados los vestidos, le pasearan por toda la ciudad, hasta el sitio mismo en que había impíamente asesinado a Onías. Allí fué ejecutado aquel criminal, dándole el Señor su merecido.

39 Muchos fueron los robos sacrílegos cometidos en Jerusalén por Lisímaco, aconsejado de Menelao; tanto, que, difundida la fama, se amotinó el pueblo contra Lisímaco, pero cuando ya muchos objetos de oro habían desaparecido. 40 Excitada la muchedumbre e inflamada en cólera, se reunieron hasta unos tres mil hombres y comenzaron a obrar desaforadamente. Era su jefe un cierto Tirano, no menos avanzado en años que en crueldades. 41 Cuando se dieron cuenta de que Lisímaco los atacaba, cogieron unos piedras, otros estacas y algunos hasta la ceniza que tenían a mano, y confusamente las arrojaban contra los que rodeaban a Lisímaco. 42 Fueron heridos muchos de ellos, algunos derribados y todos ahuyentados; el mismo sacrílego quedó muerto junto al gazofilacio.

43 A propósito de estos hechos se entabló un juicio contra Menelao. 44 Habiendo venido el rey a Tiro, tres varones enviados por el senado propusieron ante él la causa. 45 Menelao, viéndose ya perdido, prometió mucho dinero a Tolomeo, hijo de Dorimenes, si le ganaba al rey. 46 Y en efecto, llevándole aparte hacia un peristilo, como para tomar el fresco, hizo mudar de sentencia al rey, 47 que absolvió de todos sus crímenes a Menelao, autor de toda la maldad, y condenó a muerte a aquellos desdichados, que, si ante los escitas hubieran tenido que defender su causa, habrían sido dados por inocentes. 48 Sin tardanza fueron al injusto castigo los que habían tomado la defensa de la ciudad, del pueblo y de los vasos sagrados. 49 Pero hasta los tirios, horrorizados de la maldad, les hicieron magníficos funerales. 50 Entretanto, Menelao permanecía en el poder, por la avaricia de los gobernantes, y progresaba en maldad, convertido en feroz perseguidor de sus conciudadanos.

Las crueldades de Antíoco.

5 1 Por este tiempo preparó Antíoco su segunda expedición contra Egipto; 2 y por espacio de casi cuarenta días, por toda la ciudad aparecieron en el aire carreras de jinetes vestidos con túnicas doradas, armados de lanzas, a semejanza de cohortes, 3 y escuadrones de caballos en orden de batalla, ataques y cargas de una y otra parte, movimiento de escudos, multitud de lanzas, espadas desenvainadas, lanzamiento de dardos, brillar de armaduras de oro y corazas de todo género. 4 Por lo cual, todos rogaban que tales apariciones fuesen buen presagio.

5 Difundido el rumor de que Antíoco había muerto, tomó Jasón no menos de mil hombres y atacó de improviso a la ciudad. Aunque los moradores corrieron a los muros, la ciudad fué tomada, y Menelao se refugió en la acrópolis. 6 Jasón hizo sin piedad gran matanza en sus conciudadanos, no teniendo en cuenta que una feliz jornada contra sus conciudadanos es el mayor infortunio; pensando, por lo contrario, que alcanzaba trofeos de los enemigos y no de los connacionales. 7 Mas no por eso logró

adueñarse del poder, y al fin recibió el oprobio como premio de su traición, teniendo que huir de nuevo a la tierra de Ammón. [8] El fin de su perversa vida fué éste: que, acosado por Aretas, rey de los árabes, huyendo de ciudad en ciudad, de todos perseguido, detestado como renegado de su ley, execrado como verdugo de su patria y de sus conciudadanos, fué empujado hasta Egipto; [9] y el que a tantos había desterrado de la patria, vino a morir en tierra extraña, huyendo a Lacedemonia con la esperanza de lograr un refugio en gracia del parentesco; [10] y el que a tantos había dejado sin sepultura, murió sin ser por nadie llorado, y privado de sepultura, más aún del sepulcro familiar.

[11] Llegados a noticia del rey estos sucesos, sospechó que la Judea quería rebelarse; y así, al volver de Egipto, hecho una furia, se apoderó de la ciudad por la fuerza de las armas [12] y ordenó a los soldados herir sin piedad a los que les salieran al encuentro, y degollar a los que subiesen sobre las casas. [13] Así fueron muertos jóvenes y viejos, desaparecieron hombres y mujeres y niños, y fueron degollados doncellas y niños de pecho. [14] En tres días enteros que duró, perecieron ochenta mil personas; cuarenta mil cayerón asesinadas y otras tantas fueron vendidas por esclavas. [15] No satisfecho con esto, se atrevió a entrar en el templo, el más santo de toda la tierra, siendo su guía el traidor a la religión y a la patria, Menelao. [16] Con sus impuras manos tomó los vasos sagrados, y arrebató los dones que por otros reyes habían sido ofrecidos para realzar la gloria y la dignidad del lugar, entregándolos a manos impuras.

[17] Llena el alma de orgullo, Antíoco no veía que, por los pecados de los moradores de la ciudad, el Señor se había por breve tiempo irritado, y que por esto había ocurrido aquel desprecio hacia el lugar. [18] Si no hubiese sido por estar ellos cargados de tantos pecados, igual que Heliodoro, el enviado del rey Seleuco para apoderarse del tesoro, hubiera éste sentido, en cuanto allí puso el pie, reprimida su audacia por los azotes. [19] Pero no eligió el Señor la nación por el lugar, sino el lugar por la nación; [20] por lo cual, aquél ha tenido que participar de la desdicha del pueblo, así como después participó en los beneficios del Señor, y abandonado a la cólera del Omnipotente, de nuevo ha sido restaurado con gran gloria, en la reconciliación del altísimo Señor.

[21] En suma, que Antíoco, habiendo arrebatado del templo mil ochocientos talentos, a toda prisa se retiró a Antioquía, pensando en su orgullo que podría navegar por la tierra y andar por el mar, para vanagloria de su espíritu. [22] Todavía dejó prefectos que afligieron a la nación; en Jerusalén, a un tal Filipo, frigio de nación, más cruel que el mismo que lo había puesto; y en Garizín, a Andrónico; a los cuales hay que añadir Menelao, que a todos excedió en maldad contra sus conciudadanos, [23] y era el que peores sentimientos tenía hacia sus compatriotas.

[24] Más tarde envió todavía Antíoco al abominable Apolonio, con un ejército de veintidós mil hombres, con órdenes de degollar a todos los adultos y vender a las mujeres y a las jóvenes. [25] Llegó éste a Jerusalén simulando paz, y hasta el día santo del sábado se estuvo quieto. Entonces, mientras los judíos estaban en fiesta, dió órdenes a sus soldados de hacer ejercicios, [26] y mató a todos cuantos salieron a contemplarlos, e invadiendo luego la ciudad, dió muerte a una gran muchedumbre. [27] Pero Judas Macabeo, con otros nueve, se retiró al desierto, y con los suyos vivía a la manera de las fieras en los montes, alimentándose de hierbas, por no contaminarse.

La persecución religiosa.

6 [1] No mucho tiempo después mandó el rey a un anciano ateniense para que obligara a los judíos a dejar la religión de sus padres, prohibiéndoles vivir según las leyes de Dios; [2] con orden de que profanara el templo de Jerusalén y lo dedicara a Júpiter Olímpico, y el de Garizín, según la condición de los moradores del lugar, a Júpiter Hospitalario. [3] Grave e insoportable era para la muchedumbre el progreso de la maldad; [4] porque el templo era teatro de libertinajes y orgías de los gentiles, que se solazaban allí con las meretrices, y en los atrios sagrados tenían comercio con las mujeres, llenándolo

todo de inmundicias. [5] El altar mismo estaba lleno de cosas indecentes, execradas por la ley. [6] No se observaban los sábados, ni siquiera podía uno declararse judío. Al contrario, con inexorable violencia eran arrastrados a celebrar cada mes el natalicio del rey y a participar en los sacrificios; y cuando se celebraban las fiestas de Dionisio, eran forzados los judíos a tomar parte en las procesiones, coronados de hiedra.

[8] Por sugestión de los tolemenses, se publicó un edicto en las ciudades griegas inmediatas, para obrar de igual modo con los judíos, obligándolos a participar en los sacrificios [9] y condenando a muerte a los que no consintiesen en acomodarse a las costumbres gentílicas. Era de ver qué excesos de desolación tuvieron entonces lugar. [10] Dos mujeres fueron delatadas por haber circuncidado a sus hijos; y con los niños colgados de los pechos, las pasearon públicamente por la ciudad, y luego las precipitaron de las murallas. [11] Otros que se habían reunido en próximas cavernas, para celebrar ocultos el día séptimo, denunciados a Filipo, fueron entregados a las llamas. Ni pensaron en defenderse, por el sumo respeto hacia el día santo.

[12] Por esto ruego a aquéllos (1) a cuyas manos venga a parar este libro, que no se escandalicen de estos desdichados sucesos, ni piensen que para ruina y no para corrección de nuestro linaje sucedieron tales cosas. [13] Que no dejar mucho tiempo impunes a los pecadores, sino aplicarles luego el castigo, es gran beneficio. [14] El Señor aguanta con paciencia a las otras naciones, para castigarlas cuando han llenado la medida de sus iniquidades. [15] Mas no obra así con nosotros, que sólo cuando hayamos llegado al colmo de nuestros pecados, ejerza la venganza. [16] Nunca apartará su misericordia de nosotros; y corrigiendo a su pueblo con la adversidad, no le abandona. [17] Sólo para memoria hemos dicho esto. Ahora prosigamos nuestra narración.

(1) Es de notar esta observación del autor. ¿Cómo consentía Dios tales profanaciones de su santuario y tales iniquidades contra su pueblo? Para corregir y purificar a éste y hacerle digno de mayor misericordia.

Muerte de Eleazar.

[18] A Eleazar, uno de los primeros doctores, varón de avanzada edad y de venerable presencia, abriéndole la boca querían forzarle a comer carne de puerco. [19] Pero él, prefiriendo una muerte gloriosa a una afrentosa vida, iba de su propia voluntad al suplicio, [20] y la escupía, como han de hacer los que tienen valor para rechazar de sí cuanto no es lícito comer por amor a la vida (1). [21] Los que presidían el inicuo sacrificio, por la amistad que de antiguo tenían con aquel varón, tomándole aparte, le exhortaban a traer cosas de las permitidas, preparadas por él, para simular que había comido las sacrificadas, según mandato del rey. [22] Haciendo así, se libraría de la muerte; y por la antigua amistad, hacían con él este acto de humanidad. [23] Pero él, elevándose a más altas consideraciones, dignas de su edad, de la nobleza de su vejez, de su bien ganada y respetable canicie, y de la ejemplar vida que desde niño había llevado, digna en todo de las leyes santas establecidas por Dios, respondió diciendo que cuanto antes le enviasen al Ades; [24] que era indigno de su ancianidad simular, no fuese que pudieran luego decir los jóvenes que Eleazar, a sus noventa años, se había paganizado con los extranjeros.

[25] «Mi simulación», dijo, «por amor de esta corta y perecedera vida, los induciría a errar, echando sobre mi vejez una afrenta y un oprobio; [26] pues aunque al presente lograra librarme de los castigos humanos, a las manos del Omnipotente no escaparé ni en vida ni en muerte. [27] Por lo cual animosamente entregaré la vida y me mostraré digno de mi ancianidad, [28] dejando a los jóvenes un ejemplo noble, para morir valiente y generosamente por nuestras venerables y santas leyes.» Diciendo esto, tomó el camino del suplicio, [29] conducido por aquellos mismos que poco antes se mostraban humanos para con él, pero que ahora, enfurecidos a causa de las palabras proferidas, le azotaban, teniéndole por insensato. [30] Estando para morir de los azotes, exhaló un gemido y dijo: «El Señor santísimo ve bien que pudiendo librar-

(1) Hermoso cuadro, el de la pasión de este mártir de la ley antigua.

me de la muerte, doy mi cuerpo a los crueles azotes; pero mi alma los sufre gozosa por el temor de Dios.» 31 Así acabó la vida, dejando con su muerte, no sólo a los jóvenes, sino a todos los de su nación, un ejemplo de nobleza y una memoria de virtud.

Martirio de los siete hermanos con su madre.

7 1 Es muy digno de memoria lo ocurrido a siete hermanos, (1) que con su madre fueron presos, y a quienes el rey quería forzar a comer carnes de puerco prohibidas, y por negarse a comerlas fueron azotados con zurriagos y nervios de toro. 2 Uno de ellos, tomando la palabra, habló así: «¿A qué preguntas? ¿Qué quieres saber de nosotros? Estamos prontos a morir, antes que traspasar las patrias leyes.» 3 Irritado el rey, ordenó poner al fuego sartenes y calderos. Cuando comenzaron a hervir, 4 dió orden de cortar la lengua al que había hablado, y de arrancarle el cuero de la cabeza, a modo de los escitas, y cortarle manos y pies, a la vista de los otros hermanos y de su madre. 5 Mutilado de todos sus miembros, mandó el rey acercarlo al fuego, y vivo aún, freirlo en la sartén. Mientras el vapor de ésta llegaba bastante a lo lejos, los otros, con la madre, se exhortaban a morir generosamente, 6 diciendo: «El Señor Dios nuestro nos mira y tendrá compasión de nosotros, como lo dice Moisés en el cántico de protesta contra Israel: Tendrá piedad de sus siervos.

7 Muerto de esta manera el primero, tomaron al segundo, para atormentarle. Y arrancado el cuero cabelludo, le preguntaron si estaba dispuesto a comer, antes de ser atormentado en su cuerpo, miembro por miembro. 8 El en su propia lengua, respondió: «¡No!» Por lo cual, en seguida se le dió el mismo tormento que al primero. 9 Estando para exhalar el postrer aliento, dijo: «Tú, criminal, nos privas de la vida presente; pero el Rey del universo nos resucitará, a los que morimos por sus leyes, a una vida eterna.»

10 Después el tercero fué expuesto a los insultos; y mandándole sacar la lengua, luego al punto la sacó, 11 y animosamente extendió las manos, diciendo: «Del cielo tenemos estos miembros, que por amor de mis leyes yo desdeño, esperando recibirlos otra vez de El.» 12 Tanto el rey como los que con él estaban se maravillaron del animoso joven, que en nada tenía los tormentos.

13 Muerto éste, sometieron al cuarto a las mismas torturas; 14 y estando para morir, dijo así: «Más vale morir a manos de los hombres, poniendo en Dios la esperanza de ser de nuevo resucitado por El. Pero tú no resucitarás para la vida.» 15 En seguida trajeron al quinto, que mientras le atormentaban, puestos los ojos en el rey, 16 le dijo: «Tú, aunque mortal, por tener poder sobre los hombres, haces lo que quieres; pero no pienses que nuestro linaje haya sido abandonado de Dios. 17 Aguarda un poco, y experimentarás su gran poder, y verás cómo te atormentará a ti y a tu descendencia.»

18 Después trajeron al sexto, que estando ya para morir dijo: «No te forjes ilusiones; por nuestras culpas padecemos esto; por haber pecado contra nuestro Dios han sucedido entre nosotros cosas tan tremendas. 19 Pero tú, no creas que habrás de quedar impune, por haber osado luchar contra Dios.»

20 Admirable sobre toda ponderación y digna de eterna memoria se mostró la madre, que viendo morir en un solo día a sus siete hijos, lo soportaba animosa, por la esperanza que tenía en Dios; 21 y en su patria lengua los exhortaba, llena de generosos sentimientos; y dando fuerza varonil a sus palabras de mujer, 22 les decía: «Yo no sé cómo habéis aparecido en mi seno, no os he dado yo el aliento de vida ni compuse vuestros miembros. 23 El creador del universo, autor del nacimiento del hombre y hacedor de las cosas todas, ése misericordiosamente os devolverá la vida, si ahora por amor de sus santas leyes la despreciáis.»

24 Antíoco, a pesar de creer que se burlaba de él y de sospechar que con sus palabras le insultaba, todavía al más joven que quedaba, no sólo de palabra le exhortaba sino que-

(1) Este capítulo, en que tan alta se revela la fidelidad a la ley por parte de los jóvenes Macabeos y de su madre, es el presagio de tantos martirios como en la historia de la Iglesia sufrieron los fieles de Cristo. Es de notar la viva fe en la resurrección, que tanto los alienta.

hasta con juramento le prometía, si dejaba las leyes patrias, enriquecerle y hacerle dichoso, tenerle por amigo y darle un honroso empleo. [25] Mas como el joven no le prestase atención alguna, llamó el rey a la madre y la mandó que diese al niño consejos saludables. [26] Como insistiese él mucho en ello, prometióle ella persuadirle; [27] e inclinándose hacia el niño, burlándose del cruel tirano, en lengua patria le dijo así: «Hijo, ten compasión de mí, que por nueve meses te llevé en mi seno, que por tres años te amamanté, que te crié, te eduqué y te alimenté hasta ahora. [28] Ruégote, hijo, que mires al cielo y a la tierra, y veas cuanto hay en ellos, y entiendas que de la nada lo hizo todo Dios, y todo el humano linaje ha venido de igual modo. [29] No temas a este verdugo, antes muéstrate digno de tus hermanos, y recibe la muerte, para que en el día de la misericordia me seas devuelto con ellos.»

[30] Estando aún explicándole esto, dijo el joven: «¿Qué esperas? No obedezco el decreto del rey, sino los mandamientos de la ley dada a nuestros padres por Moisés. [31] Tú, inventor de toda maldad contra los hebreos, no escaparás de las manos de Dios. [32] Nosotros por nuestros pecados padecemos; [33] y si nuestro Señor, que es el Dios vivo, se irrita por un momento para nuestra corrección, de nuevo se reconciliará con sus siervos; [34] pero tú, impío, el más criminal de todos los hombres, no te engrías neciamente, y, orgulloso y vanamente confiado te enciendas contra sus siervos; [35] no estás aún libre del juicio del Dios omnipotente, que todo lo ve. [36] Mis hermanos, después de soportado un breve tormento, han entrado en la alianza de la vida eterna; pero tú pagarás en el juicio divino las justas penas de tu soberbia. [37] Yo, como mis hermanos, entrego mi cuerpo y mi vida por las leyes patrias, pidiendo a Dios que pronto se muestre propicio a su pueblo, y que tú, a fuerza de torturas y azotes, confieses que sólo El es Dios. [38] En mí y en mis hermanos se aplacará la cólera del Omnipotente, que con encendida justicia vino a caer sobre toda nuestra raza.»

[39] Furioso, el rey se ensañó contra éste más cruelmente que contra los otros, llevando muy a mal la burla que de él hacían. [40] Así murió limpio de toda contaminación, enteramente confiado en el Señor. [41] La última en morir fué la madre. [42] Y esto baste, a propósito de los sacrificios y de los martirios extraordinarios.

Primeras victorias de Judas Macabeo.

8 Entretanto, Judas Macabeo y los suyos, entrando secretamente en las aldeas, invitaban a sus parientes y a los que habían permanecido fieles al judaísmo, y se los incorporaban, llegando a juntar hasta seis mil hombres; [2] e invocaban al Señor, para que mirase por su pueblo, de todos conculcado, tuviese piedad del templo, profanado por impíos, [3] se compadeciese de la ciudad, devastada y casi enteramente arrasada, escuchase los torrentes de sangre que a El clamaban, [4] se acordase de la inicua muerte de niños inocentes, y de las blasfemias proferidas contra su nombre, y mostrase su ira contra los malvados.

[5] Puesto el Macabeo al frente de su tropa, se hizo irresistible a los gentiles, volviendo el Señor su cólera en misericordia. [6] Llegando de improviso a las ciudades y aldeas, las incendiaba; y ocupando las posiciones convenientes, triunfaba y ponía en huída a no pocos enemigos. [7] Sobre todo aprovechaba la noche, como más acomodada para tales incursiones, y por todas partes se difundía la fama de su valor.

[8] Viendo Filipo cuánto había progresado aquél en poco tiempo, y cómo iban creciendo sus éxitos, escribió a Tolomeo, general de la Celesiria y Fenicia, para que viniese en apoyo de los negocios del rey. [9] Este llamó al instante a Nicanor, hijo de Patroclo, uno de sus más fieles, y le mandó a Judea, poniendo bajo su mando no menos de veinte mil hombres de todas las naciones, con el encargo de destruir todo el linaje de los judíos. También se le agregó Gorgias, general muy experimentado en las cosas de la guerra. [10] Se proponía Nicanor proporcionar al rey, de la venta de los judíos cautivos, dos mil talentos, que debía a los romanos como tributo, [11] y así envió a las ciudades de la costa invitaciones, para que viniesen a comprar esclavos judíos,

prometiendo darles noventa esclavos por talento. No presentía la venganza que el Omnipotente iba a descargar sobre él.

12 En cuanto llegó a oídos de Judas que Nicanor se había puesto en marcha, informó a los suyos de la venida de aquel ejército. 13 Unos, acobardados y sin fe en lá venganza divina, se dieron a la huída, yéndose a otros lugares. 14 Otros vendían cuanto les quedaba, rogando al Señor librase a los que habían sido vendidos por el impío Nicanor, antes de venir a las manos, 15 si no por ellos, siquiera por la alianza hecha con sus padres, y por su venerando y excelso nombre, que ellos llevaban.

16 Juntando el Macabeo su gente, en número de seis mil, los exhortó a no acobardarse ante el enemigo, ni tener miedo de la muchedumbre de los gentiles que injustamente venían contra ellos; sino combatir valientemente, 17 teniendo ante los ojos el ultraje inferido por aquéllos al lugar santo, la opresión de la ciudad escarnecida y la disolución de las instituciones patrias. 18 Ellos, decía, vienen confiados en sus armas y en su valor; nosotros ponemos la confianza en el Dios omnipotente, que puede con un solo ademán derribar a los que vienen contra nosotros y al mundo entero. 19 Y trajo a la memoria las ayudas prestadas a sus padres, lo de Senaquerib, en que ciento ochenta y cinco mil hombres perecieron, 20 y la batalla dada en Babilonia contra los Gálatas, en la que, entrando en lucha ocho mil judíos y cuatro mil macedonios, y hallándose en grave aprieto, los ocho mil derrotaron a un ejército de ciento veinte mil, gracias al auxilio del cielo, logrando de aquella victoria grandes ventajas. 21 Con estos discursos los alentó, y estaban prontos a morir por las leyes y por la patria.

22 Dividiendo su ejército en cuatro cuerpos, puso al frente de tres de ellos a sus hermanos Simón, Juan y Jonatán, asignando a cada uno mil quinientos hombres. 23 A Eleazar le mandó leer el libro sagrado; dióles por santo y seña: «Auxilio de Dios»; y tomando a su mando el primer cuerpo, cargó sobre Nicanor. 24 Gracias a la ayuda del Omnipotente, mataron más de nueve mil hombres, destrozando la mayor parte del ejército de Nicanor y obligando a los restantes a huir. 25 Se apoderaron, además, de todo el dinero de los que habían venido con el propósito de comprarlos. Después, habiéndolos perseguido largo trecho, 26 se volvieron, obligados por la hora, pues era víspera del sábado, y por eso no continuaron la persecución.

27 Recogidas las armas de los enemigos y los despojos, celebraron el sábado, bendiciendo de todo corazón al Señor y dándole gracias por haberlos en aquel día librado, haciéndoles experimentar la primicia de su misericordia. 28 Pasado el sábado, repartieron el botín con los que habían sufrido persecución, con las viudas y los huérfanos; el resto se lo distribuyeron entre ellos y sus hijos. 29 Acabado esto, todos a una hicieron oración, pidiendo al Señor misericordioso se reconciliase plenamente con sus siervos.

30 En combates con las tropas de Timoteo y Báquides mataron más de veinte mil de ellos, y valientemente se apoderaron de altas fortalezas, y se hicieron dueños de muchos despojos, compartiéndolos con los perseguidos, los huérfanos, las viudas y los ancianos. 31 Las armas, recogidas cuidadosamente, las depositaron en sitios convenientes; y el resto de los despojos lo llevaron a Jerusalén. 32 Al filarca de los que venían con Timoteo, le quitaron la vida por ser hombre impiísimo, que había afligido mucho a los judíos.

33 Mientras celebraban sus victorias en la capital de la patria, los que habían incendiado las puertas sagradas, Calístenes y otros más, se refugiaron en una casita, a la que aquéllos pusieron fuego, recibiendo así éstos el merecido de su impiedad. 34 Y el muy criminal Nicanor, que había traído a miles de mercaderes para la venta de los judíos, 35 con la ayuda de Dios quedó humillado por los que despreció; y despojado de sus ricas vestiduras, a través de los campos, como esclavo fugitivo, llegó solo a Antioquía, hondamente acongojado por la pérdida de su ejército. 36 Y el que había tomado a su cargo reunir de la venta de los judíos en Jerusalén el tributo para los romanos, se hacía pregonero de que los judíos tenían un Dios que luchaba por ellos y los hacía invulnerables, porque seguían las leyes dadas por él.

Fin de Antíoco Epífanes.

9 [1] Acaeció por aquel tiempo que Antíoco hubo de retirarse en desorden de Persia. [2] Había entrado en Persépolis, con el propósito de saquear el templo, y apoderarse de la ciudad. Pero, alborotada la muchedumbre, corrió a las armas, obligándole a huir; y, puesto en fuga por los naturales, hubo de emprender una retirada vergonzosa. (1) [3] Hallándose cerca de Ecbatana, recibió noticia de las derrotas sufridas por Nicanor y Timoteo; [4] y encendido en cólera, meditaba vengar en los judíos la injuria de los que le habían puesto en fuga. Con esto, dió orden al conductor de su coche de avanzar sin interrupción, apresurando la marcha, cuando se cernía ya sobre él el juicio divino. Pues en su orgullo había dicho: «En cuanto llegue allí haré de Jerusalén un cementerio de judíos.»

[5] Pero el Señor Dios de Israel, que todo lo ve, le hirió con una llaga incurable e invisible. Apenas había terminado de hablar, se apoderaron de él intolerable dolor de entrañas y agudos tormentos interiores; y muy justamente, puesto que había atormentado con muchas y extrañas torturas las entrañas de otros. [6] Mas no por eso desistió de su fiereza; lleno de orgullo y respirando fuego contra los judíos, dió orden de acelerar la marcha. Mas sucedió que en medio del ímpetu con que el coche se movía, cayó de él Antíoco, y con tan desgraciada caída, que todos los miembros de su cuerpo quedaron magullados. [7] El que con sobrehumana arrogancia se imaginaba dominar sobre las olas del mar, y pensaba pesar en una balanza la altura de los montes, ahora, caído en tierra, era llevado en una litera, poniendo de manifiesto ante todos el poder de Dios, [8] hasta el punto de manar gusanos el cuerpo del impío, y vivo aún, entre atroces dolores, caérsele las carnes a pedazos, apestando con su hedor al ejército. [9] Y al que poco antes parecía coger el cielo con sus manos, nadie ahora le quería llevar, por la intolerable fetidez.

[10] Herido así, comenzó a deponer su excesivo orgullo [11] y a entrar dentro de sí mismo, azotado por Dios con punzantes dolores. [12] No pudiendo él mismo soportar su hedor, dijo: «Justo es someterse a Dios, y que el mortal no pretenda en su orgullo igualarse a El.» [13] Y oraba el malvado al Señor, de quien no había de alcanzar misericordia, y decía [14] que la ciudad santa, a la que antes a toda prisa quería llegar para arrasarla y convertirla en un cementerio, la reedificaría y declararía libre; [15] que a los judíos, a quienes antes no tenía por dignos de sepultura, y cuyos hijos había de arrojar en pasto a las fieras, los igualaría en todo con los atenienses; [16] que el templo santo, por él saqueado, lo enriquecería de los más preciosos dones y devolvería multiplicados todos los vasos sagrados; que los gastos tocantes a los sacrificios, de sus propias rentas los suministraría; [17] finalmente, que él mismo se haría judío, y recorrería toda la tierra habitada para pregonar el poder de Dios.

[18] Mas como en ningún modo cesaban sus tormentos, porque el justo juicio de Dios había descargado sobre él, desesperanzado de su salud, escribió a los judíos una carta en forma de súplica, del tenor siguiente: [19] «A los honrados ciudadanos judíos, mucha salud, dicha y bienestar, el rey y general Antíoco. [20] Puesta en el cielo mi esperanza, me alegraría mucho de que gocéis de mucha salud, vosotros y vuestros hijos, y de que todos vuestros negocios os salgan a deseo. [21] Cuanto a mí, postrado sin fuerzas en el lecho, recuerdo las pruebas de honor y benevolencia que con amor me habéis dado. Volviendo de Persia, he caído en una enfermedad muy molesta, y he creído conveniente pensar en la seguridad común; [22] no desesperando de mi estado, antes confiando mucho que saldré de mi enfermedad; [23] y teniendo en cuenta que también mi padre, al partir en campaña hacia las altas provincias, designó sucesor, [24] a fin de que, si algo inesperado le ocurría o le llegaban noticias desagradables, no se inquietasen sus súbditos, sabiendo a quién pertenecía el gobierno. [25] Pensando, además, que los príncipes limítrofes y vecinos del reino acechan la ocasión en espera de

(1) Tres relatos hallamos en estos libros de los Macabeos de la muerte del gran tirano Antíoco IV. Todos ellos convienen en que murió miserablemente en su expedición a las provincias del Extremo Oriente, aunque en los detalles haya ligeras divergencias.

los sucesos, he designado por rey a mi hijo Antíoco, a quien muchas veces ya, recorriendo las satrapías superiores, recomendé a muchos de vosotros, y a él mismo le he escrito la carta que va a continuación. [26] Así, pues, yo os pido y ruego que, teniendo en cuenta el bien común y privado, conservéis vuestra lealtad hacia mí y hacia mi hijo, [27] persuadido de que, siguiendo con blandura y humanidad mis intenciones, se entenderá con vosotros.» [28] Así aquel homicida y blasfemo, presa de horribles sufrimientos, acabó su vida en tierra extranjera, sobre los montes, con una muerte miserable, como la que él a tantos había dado. [29] Transportó su cuerpo Filipo, su hermano de leche, que, temiendo a Antíoco, el hijo, huyó luego a Egipto, a Tolomeo Filométor.

La restauración del culto.

10 [1] El Macabeo y los suyos, con la ayuda del Señor, lograron ocupar el templo y la ciudad. [2] Destruyeron las aras alzadas por los extranjeros en las plazas y los santuarios. [3] Después de dos años de interrupción, purificado el templo, erigieron otro altar, y con fuego sacado de pedernales, ofrecieron sacrificios; encendieron de nuevo las luces, quemaron el incienso y presentaron los panes de la proposición. [4] Hecho esto, rogaban al Señor, postrados en tierra, que no volvieran a caer en semejantes males, sino que si volvían a pecar alguna vez, El mismo los corrigiese con blandura y no los entregase a los blasfemos y bárbaros gentiles. [5] El mismo día en que el templo había sido por los extranjeros profanado, ese mismo fué purificado, el día veinticinco del mes de Casleu. [6] Con gran regocijo celebraron por ocho días la fiesta, al modo de la fiesta de los tabernáculos, recordando cómo poco tiempo hacía, hubieron de pasar la fiesta de los tabernáculos en los montes y en las cavernas, a modo de fieras. [7] Por lo cual, llevando tirsos, ramos verdes y palmas, cantaban himnos al que los había favorecido hasta purificar su templo. [8] Y por común acuerdo, dieron decreto a toda la nación judía de celebrar cada año las mismas fiestas.

Derrota de Gorgias y de Timoteo.

[9] Tal fué el fin de Antíoco, apellidado Epifanes. [10] Ahora contaremos los sucesos de Antíoco Eupátor, hijo del impío, compendiando las calamitosas guerras. [11] Así que se hizo cargo del reino, puso al frente del gobierno a un cierto Lisias, general en jefe de la Celesiria y la Fenicia. [12] Tolomeo, llamado Macrón, que se había distinguido por su amor a la justicia en el trato con los judíos, reparando las iniquidades que con ellos se habían cometido, procuraba tratarlos amigablemente. [13] Mas por esto fué denunciado por los cortesanos ante Eupátor, y a cada instante tenía que oír que le tachaban de traidor; pues habiendo dejado Chipre, que Filométor le había confiado, se había pasado al bando de Antíoco Epifanes. Desesperado, viendo que no podía desempeñar honrosamente su cargo, se envenenó.

[14] Por entonces Gorgias, nombrado general de aquellas provincias, mantenía tropas mercenarias y con frecuencia hostigaba a los judíos. [15] Al mismo tiempo que él, los idumeos, dueños de fortalezas bien situadas, molestaban a los judíos, y acogiendo a los huídos de Jerusalén, procuraban fomentar la guerra. [16] Las tropas del Macabeo, después de hacer oración y pedir a Dios que viniese en su ayuda, acometieron las fortalezas de los idumeos; [17] y atacándolas con vigor, se hicieron dueños de las plazas, rechazaron a cuantos sobre los muros combatían, degollaron a cuantos cayeron en sus manos, y dieron muerte a no menos de veinte mil hombres.

[18] Habiéndose refugiado unos nueve mil en dos torres muy fuertes y bien abastecidas para resistir un largo asedio, [19] el Macabeo dejó para mantener el cerco a Simón, a José y a Zaqueo, con bastante gente, y él se dedicó a luchar donde más urgencia había. [20] Los de Simón, llevados de la avaricia, se dejaron comprar por dinero, por algunos de los que en las torres estaban, recibiendo setenta mil dracmas por dejarlos escapar. [21] Sabido esto por el Macabeo, reunió a los jefes del pueblo y los acusó de haber vendido a sus hermanos, dejando huir a sus enemigos, [22] y como a traidores los hizo matar, apoderándose luego de las dos torres. [23] Dió

feliz término a esta empresa, matando a más de veinte mil en las dos fortalezas.
24 Timoteo, el que antes había sido vencido por los judíos, juntó numerosa fuerza mercenaria; y reunida la caballería de Asia en buen número, vino con el propósito de hacer la Judea presa de guerra. 25 Al acercarse, las tropas del Macabeo se volvieron a Dios en la oración; y cubierta de polvo la cabeza y ceñidos de saco los lomos, 26 se postraron al pie del altar, rogando a Dios se les mostrase propicio y hostil a sus enemigos, oponiéndose a los adversarios según las promesas de la ley. 27 Terminada la oración, empuñaron las armas, salieron de la ciudad, e hicieron alto cuando estuvieron cerca de sus enemigos.
28 Antes que del todo amaneciera, vinieron a las manos; los unos tenían como prenda de feliz éxito y de victoria, a más de su valor, el recurso a su Dios; los otros iban al combate llevados de su pasión. 29 En lo más duro de la pelea se les aparecieron en el cielo a los adversarios cinco varones resplandecientes, montados en caballos con frenos de oro, que poniéndose a la cabeza de los judíos 30 y tomando en medio dos de ellos al Macabeo, le protegían con sus armas, le guardaban incólume y lanzaban flechas y rayos contra el enemigo, que, herido de ceguera y espanto, caía. 31 Mataron veinte mil quinientos, y de los jinetes seiscientos. 32 El mismo Timoteo huyó a la fortaleza llamada Guezer, plaza muy guarnecida, donde mandaba Quereas.
33 Las fuerzas del Macabeo, llenas de ardor, atacaron durante cuatro días la fortaleza. 34 Los de dentro, confiados en la fuerza del sitio, los ultrajaban sin cesar y proferían palabras impías y jactanciosas contra los asediantes. 35 Pero al amanecer el quinto día, veinte jóvenes de los que seguían al Macabeo, encendidos sus ánimos por las blasfemias, se lanzaron valerosamente a la muralla y la escalaron con ánimo viril, matando a cuantos se aproximaban. 36 Y otros tras ellos la escalaron igualmente en medio del desorden de los asediados, y poniendo fuego a las torres y a las puertas, encendieron hogueras en que quemaron vivos a los blasfemos. 37 Francas las puertas, penetró el resto del ejército, se apoderó de la ciudad, dando muerte a Timoteo, que se había escondido en una cisterna, a su hermano Quereas y a Apolofanes. 38 Realizada esta hazaña, con himnos y alabanzas bendecían al Señor, que tan grandes cosas hacía por Israel, dándoles tan gran victoria.

Nueva expedición de Lisias. Paz con los judíos.

11 1 Muy poco tiempo después, Lisias, tutor del rey, pariente suyo y regente del reino, muy apesadumbrado por lo sucedido, 2 juntó alrededor de ochenta mil hombres y toda la caballería, y vino contra los judíos, pensando hacer de la ciudad una población griega, 3 someter el templo a tributo como los santuarios gentiles, y hacer el sumo sacerdocio vendible y anual, 4 sin tener para nada en cuenta el poder de Dios, y muy pagado de los millares de sus infantes y caballos y de sus ochenta elefantes. 5 Entrando en Judea, se acercó a Betsur, plaza fuerte situada en un desfiladero y distante de Jerusalén unos ciento cincuenta estadios, y la atacó. 6 Así que los del Macabeo supieron que Lisias estaba atacando la fortaleza, a una con la muchedumbre rogaban al Señor, entre llantos y gemidos, que enviase un buen ángel para salvar a Israel. 7 El mismo Macabeo, tomando sus armas adelantaba a los demás para ir en socorro de sus hermanos; 8 y mientras con igual valor todos marchaban llenos de ardimiento, cerca todavía de Jerusalén, se les apareció en cabeza un jinete vestido de blanco, armado de armadura de oro y vibrando la lanza. 9 Todos a una bendijeron a Dios misericordioso y se enardecieron, sintiéndose prontos, no sólo a atacar a los hombres y a los elefantes, sino a penetrar por muros de hierro.
10 Marchaban en orden de batalla, fiados en aquel auxiliar celestial, señal de la misericordia del Señor hacia ellos, 11 y como leones se lanzaron sobre los enemigos, dejando fuera de combate once mil infantes y mil seiscientos jinetes, 12 y haciendo huir a los demás. La mayor parte de los que se salvaron quedaron desnudos y heridos, y el mismo Lisias se puso en salvo, huyendo vergonzosamente. 13 Como no carecía de dis-

creción, echando sobre sí mismo la culpa de la sufrida derrota, y entendiendo que los hebreos eran invencibles, por tener de su parte al Dios todopoderoso, les envió mensajeros [14] proponiéndoles la reconciliación en condiciones justas, y prometiendo persuadir al rey de la necesidad de hacérselos amigos. [15] Aceptó el Macabeo las proposiciones de Lisias, mirando al interés público; y en efecto, todo cuanto el Macabeo propuso por escrito a Lisias, acerca de las peticiones de los judíos, fué otorgado por el rey. [16] La carta de Lisias a los judíos era del tenor siguiente:

«Lisias, al pueblo judío, salud: [17] Juan y Abesalom, vuestros mensajeros, me han entregado una comunicación suplicando respuesta a los puntos en ella contenidos. [18] Cuanto era preciso proponer al rey, se lo hice saber, y él ha otorgado cuanto le pareció aceptable. [19] Por tanto, si tenéis vosotros la misma buena voluntad hacia el reino, yo en adelante procuraré favorecer vuestra causa. [20] En cuanto a los detalles, he dado encargo a vuestros mensajeros y a los míos de que os los comuniquen de palabra. [21] Pasadlo bien. Año 148, a veinticuatro del mes de Xántico.»

[22] La carta del rey decía así:

«El rey Antíoco, a su hermano Lisias, salud: [23] Trasladado a los dioses nuestro padre, y queriendo que los súbditos de nuestro reino vivan sin perturbaciones, atentos a sus propios intereses, [24] hemos sabido que los judíos se niegan a adoptar las costumbres helénicas, como quería nuestro padre, y prefieren conservar sus propias instituciones, y por esto piden les sea otorgado vivir según sus leyes. [25] Queriendo, pues, que esa nación viva tranquila, hemos resuelto que su templo les sea restituído y vivan según las costumbres de sus mayores. [26] Harás bien, pues, en comunicarles esto, y concertar con ellos la paz, para que, sabiendo nuestra voluntad, vivan contentos, y alegremente atiendan a sus propios negocios.»

[27] La carta del rey a los judíos es como sigue:

«El rey Antíoco, al senado de los judíos y a los demás judíos, salud: [28] Si gozáis de salud me alegraré de ello; nosotros estamos bien. [29] Menelao nos comunica que deseais volver a juntaros con los vuestros, [30] y a los que lo hagan hasta el treinta del mes de Xántico, les concedemos la paz y la seguridad; [31] y concedemos que los judíos puedan usar de sus comidas y de sus leyes como antes, y nadie sea en modo alguno molestado por los errores anteriores. [32] He mandado a Menelao que os confirme en estas seguridades. [33] Pasadlo bien. El año 148, el día quince del mes de Xántico.»

[34] También los romanos les enviaron una carta, que decía así (1):

«Quinto Memmio y Tito Manlio, legados de los romanos, al pueblo de los judíos, salud: [35] Lo que Lisias, pariente del rey, os ha otorgado, nosotros lo aprobamos. [36] Cuanto a lo que él ha creído deber someter al rey, enviad luego alguno con instrucciones precisas, a fin de que nosotros le apoyemos según vuestra conveniencia. Nosotros nos dirigimos a Antioquía. [37] Por tanto, daos prisa y enviad a algunos que nos informen de vuestros deseos. [38] Pasadlo bien. El quince del mes de Xántico del año 148.»

Diversas victorias de Judas contra los pueblos vecinos.

12 Concluído este tratado, partió Lisias al rey, y los judíos se entregaron a las labores del campo. [2] Pero de los jefes que quedaron en la región, Timoteo y Apolonio el de Genneo, y Jerónimo y Demofón, y a más de éstos Nicanor, gobernador de Chipre, no les permitían gozar de sosiego y de paz. [3] Por otra parte, los de Jope cometieron un enorme crimen. Invitaron a los judíos que entre ellos moraban, con sus mujeres e hijos, a subir en barcas dispuestas por ellos, como si no hubiera enemistad alguna [4] y obrasen conforme al común acuerdo de la ciudad. Aceptaron como deseosos de la paz y no sospechando nada malo; pero llegados a alta mar, fueron echados al fondo no menos de doscientas personas.

[5] Cuando Judas llegó a saber la crueldad cometida contra los de su nación, dió luego orden a su gente; e invocando a Dios, justo juez, [6] vino

(1) Tenemos aquí una muestra de la diplomacia romana y del modo en que Judas y sus hermanos supieron aprovechar la alianza con Roma en favor de su pueblo.

contra los asesinos de sus hermanos, y de noche puso fuego al puerto, quemó las naves y mató a cuantos allí se habían refugiado. 7 Habiéndole cerrado la plaza, se retiró, pero con el propósito de volver de nuevo y exterminar de raíz a toda la población de Jope. 8 Informado de que los de Jamnia se proponían hacer otro tanto con los judíos allí domiciliados, 9 cayó de noche sobre ellos e incendió el puerto y quemó las naves, de modo que la claridad del fuego se veía desde Jerusalén, a distancia de doscientos cuarenta estadios.

10 A nueve estadios de allí, cuando se dirigía contra Timoteo, le salieron al encuentro no menos de cinco mil árabes y quinientos jinetes. 11 Empeñada la lucha, con la ayuda de Dios los de Judas salieron vencedores; y los árabes nómadas, vencidos, pidieron la paz a Judas, comprometiéndose a darles ganado y ayudarles en todo. 12 Judas, convencido de que en mucho le podían ser útiles, hizo paces con ellos; y dadas las manos, concluída ésta, se retiraron a sus tiendas.

13 Atacó también una ciudad fuerte, rodeada de foso y murallas altas, poblada por gentes de todas las naciones, que se llamaba Caspín. 14 Los de dentro, confiados en la fortaleza de los muros y en el abastecimiento de víveres, insultaban groseramente a los de Israel y les lanzaban afrentas y dicterios. 15 Los de Judas, invocando al gran Señor del universo, que en tiempos de Josué, sin arietes ni máquinas de guerra había derribado los muros de Jericó, atacaron con fiereza las murallas. 16 Tomada por la voluntad de Dios la ciudad, hicieron en ella atroz carnicería, hasta parecer como lleno de la sangre que a él había afluído un vecino estanque, de dos estadios de ancho.

17 Después de una marcha de setecientos cincuenta estadios llegaron a Caraca, a los judíos llamados tubienses. 18 No pudieron entonces apoderarse de Timoteo, porque sin emprender nada, se había ido de aquella región, dejando en cierto lugar una muy fuerte guarnición. 19 Pero Dositeo y Sosípatro, generales del Macabeo, marcharon contra ella, y mataron a más de diez mil de los que Timoteo había dejado en guarnición.

20 El Macabeo organizó su ejército por cohortes, puso a aquellos dos al frente de ellas, y partió en busca de Timoteo, que tenía a sus órdenes ciento veinte mil infantes y mil quinientos jinetes. 21 Así que éste supo la llegada de Judas, envió las mujeres y los niños y toda la impedimenta a un lugar llamado Carnión, que era muy fuerte y de difícil acceso, a causa de lo montuoso y quebrado del terreno.

22 Al aparecer la primera cohorte de Judas, se apoderó de los enemigos el pánico. Una aparición del que todo lo ve les infundió tal miedo, que se dieron todos a la fuga, cada uno por su lado, de suerte que unos a otros se molestaban y con las puntas de las espadas se herían. 23 Judas persiguió con encarnizamiento a aquellos criminales, matando hasta treinta mil hombres. 24 El mismo Timoteo, caído en manos de Dositeo y Sosípatro, instaba mucho que le dejasen libre, pues que tenía en su poder a muchos de los padres y hermanos de judíos, que no lo pasarían bien si él moría. 25 Dada su palabra con muchas seguridades de que los restituiría incólumes, le dieron libertad por amor de los hermanos.

26 Partió Judas contra Carnión y contra el santuario de Atargates, donde dió muerte a veinticinco mil hombres. 27 Después de esta derrota y matanza, emprendió Judas la marcha hacia Efrón, ciudad fuerte, donde moraba una muchedumbre de diversas naciones. Jóvenes robustos, ordenados ante los muros, luchaban animosamente, y dentro había mucha provisión de máquinas de guerra y de proyectiles. 28 Pero los judíos, invocando al Omnipotente, que con su poder aplasta las fuerzas enemigas, se apoderaron de la ciudad y mataron a veinticinco mil de los que estaban dentro. 29 Partiendo de allí, atacaron Escitópolis, que dista de Jerusalén seiscientos estadios. 30 Pero ante el testimonio de los judíos que allí moraban, de que los escitopolitanos habían sido benévolos con ellos, y en los días de su infortunio les habían guardado muchas deferencias, 31 les dieron las gracias, exhortándolos a continuar siendo benévolos con los de su linaje; y se vinieron a Jerusalén, próxima ya la fiesta de las Semanas o Pentecostés.

32 Después de la fiesta, marchó contra Gorgias, general de los Idumeos. 33 Salió con tres mil hombres

de a pie y trescientos de a caballo;
34 y trabada la batalla, fueron pocos
los judíos que cayeron. 35 Un cierto
Dositeo, bacenorense, jinete bravo,
agarró a Gorgias por la clámide, y
tiraba de él vigorosamente, queriendo
cogerle vivo; pero vino sobre él un
jinete tracio que le derribó el hombro,
y así pudo Gorgias huir a Maresa.
36 Los soldados de Esdras hallábanse
fatigados de la larga lucha; pero Judas
invocó al Señor, para que se mostrase
su auxiliar y caudillo en la batalla.
37 Entonó en lengua patria un canto
de guerra, y cayendo de improviso
sobre los de Gorgias, los puso en
derrota. 38 Retrajo Judas su ejército
y lo condujo a Odolam. Llegado el
día séptimo, purificados según la
costumbre, celebraron allí el sábado.
39 Al día siguiente, como era nece-
sario, vinieron los de Judas para reco-
ger los cadáveres de los caídos, y
con sus parientes depositarlos en los
sepulcros de familia. 40 Entonces, bajo
las túnicas de los caídos, encontráron
objetos consagrados a los ídolos de
Jamnia, de los prohibidos por la
ley a los judíos; siendo a todos
manifiesto que por aquello habían
caído. 41 Todos bendijeron al Señor,
justo juez, que descubre las cosas
ocultas. 42 Volvieron a la oración,
rogando que el pecado cometido les
fuese totalmente perdonado; y el
noble Judas exhortó a la tropa a
conservarse limpios de pecado, te-
niendo a la vista el suceso de los
que habían caído, 43 y mandó hacer
una colecta en las filas, recogiendo
hasta dos mil dracmas, que envió
a Jerusalén, para ofrecer sacrificios
por el pecado; obra digna y noble,
inspirada en la esperanza de la resu-
rrección; 44 pues si no hubiera espe-
rado que los muertos resucitarían,
superfluo y vano era orar por ellos.
45 Mas creía que a los muertos piado-
samente les está reservada una mag-
nífica recompensa. 46 Obra santa y
piadosa es orar por los muertos. Por
eso hizo que fuesen expiados los
muertos, para que fuesen absueltos
de los pecados.

Vuelve Lisias otra vez contra Judea, y hace la paz con los judíos.

13 1 El año 149 supieron los de
Judas que Antíoco Eupátor
venía contra Judea con gran muche-
dumbre de tropas, 2 y con él Lisias, su
tutor y regente del reino. Mandaba
cada uno un ejército griego de ciento
diez mil infantes, cinco mil tres-
cientos jinetes, veintidós elefantes y
trescientos carros armados de hoces.
3 A ellos se había juntado Menelao,
que con grande astucia exhortaba a
Antíoco, no llevado de la solicitud
por la patria, sino esperando ser
restituído en el poder. 4 Pero el
Rey de reyes excitó la cólera de
Antíoco contra aquel criminal; pues
como Lisias hiciera ver al rey que
aquél había sido la causa de todos los
disturbios, ordenó fuese conducido a
Berea y muerto allí, al estilo del lugar.
5 Había allí una torre como de cin-
cuenta codos de alto, rodeada por
todas partes de cenizas ardientes y
coronada por una máquina giratoria,
6 con la cual arrojaban a las cenizas
al ladrón, sacrílego, o al autor de
algún otro crimen horrendo. 7 De
tal muerte había de acabar el impío
Menelao, sin lograr el honor de la
sepultura. 8 Muy justo era que quien
tantos pecados cometiera contra el
altar, cuyo fuego y cenizas son santos,
en cenizas recibiera la muerte.
9 Iba el rey animado de sentimientos
feroces, dispuesto a mostrarse más
duro con los judíos que lo había sido
su padre. 10 Informado de ello Judas,
mandó a su gente invocar día y
noche al Señor, para que como siem-
pre, ahora los ayudase, cuando el
pueblo, que apenas había comenzado
a respirar 11 estaba a punto de quedar
sin ley, sin patria y sin templo, y
sometido a la tiranía de las naciones
blasfemas. 12 Cuando todos a una
hubieron rogado al Señor misericor-
dioso con lágrimas y ayunos y con
postraciones durante tres días con-
tinuos, Judas los animó y ordenó
que se preparasen; 13 y después de
consultar a los ancianos, resolvió em-
prender la marcha antes que el ejér-
cito del rey entrase en Judea y se
hiciesen dueños de la ciudad; po-
niendo la cosa en las manos del Señor,
14 encomendando al Creador del uni-
verso el resultado de la batalla, y
exhortando a los suyos a luchar ani-
mosamente hasta morir por las leyes,
por el templo, por la ciudad, por la
patria y sus instituciones.
Ordenó su ejército en batalla junto
a Modín. 15 Dió a los suyos el santo
y seña: «De Dios es la victoria»; y con
la flor de sus soldados, acometió de

noche el campamento del rey, matando hasta dos mil hombres y el mayor de los elefantes con la tropa que llevaba encima. [16] Luego se retiraron victoriosos, dejando el campamento lleno de pánico y de perturbación. [17] Al ser de día, todo estaba acabado, gracias a la ayuda del Señor, que le había socorrido. [18] El rey, vista la audacia de los judíos, intentaba adueñarse por astucia de las plazas. [19] Llevó su ejército contra Betsur, plaza fuerte de los judíos, pero se veía rechazado y derrotado y cada vez menos fuerte.

[20] Judas proveía de vituallas a los de dentro. [21] Un cierto Rodoco, del ejército judío, descubrió al enemigo los secretos de la defensa. Fué buscado, cogido y encarcelado. [22] Por segunda vez el rey entró en tratos con los de Betsur, y hechas las paces, se retiró. [23] Atacó a Judas, mas fué vencido. Pero informado de que Filipo, quien había quedado por regente del reino, se había sublevado en Antioquía, quedó consternado. Luego pidió la paz a los judíos, jurándoles atender sus justas peticiones; y reconciliado con ellos, ofreció sacrificios, honró el templo y ofreció dones. [24] Al Macabeo le acogió muy bien, y le hizo general y gobernador, desde Tolemaida hasta la región de los Guerrenios. [25] Pero al llegar a Tolemaida, sus habitantes llevaron muy a mal los conciertos, e indignados, querían romper lo estipulado. [26] Subió entonces Lisias a la tribuna, se esforzó por defender la causa, logrando aplacarlos, y se volvió a Antioquía. Tal fué el suceso de la venida y retirada del rey.

La paz con Nicanor.

14 [1] Al cabo de tres años supieron los de Judas que Demetrio, hijo de Seleuco, había desembarcado en Trípoli con poderoso ejército y flota, [2] y se había hecho dueño de la tierra, dando muerte a Antíoco y a Lisias, su tutor. [3] Cierto Alcimo, que había sido antes sumo sacerdote y que en los tiempos de la confusión se había voluntariamente contaminado, considerando que no había para él otro modo de salvación y de acceso al altar santo, [4] se vino al rey Demetrio el año 151, trayéndole una corona de oro, una palma y unos ramos de olivo, que se creían procedentes del templo. Aquel día no pidió nada. [5] Pero aprovechando la ocasión propicia a su demencia, de haber sido llamado a consejo por Demetrio, para preguntarle cuáles eran las disposiciones y designios de los judíos, respondió: [6] «El partido de los judíos que llaman asideos, cuyo jefe es Judas Macabeo, fomenta las guerras y las sediciones, y no consiente que el reino goce de paz; [7] por lo cual yo, despojado de la dignidad paterna, quiero decir del sumo sacerdocio, he venido ahora aquí, [8] mirando con toda lealtad por los intereses del rey y buscando también los de mis conciudadanos, pues, por la temeridad de aquéllos, toda nuestra nación se halla en ruinas. [9] Date cuenta, pues, ¡oh rey!, de estas cosas; mira por nuestra tierra y nuestra raza oprimida, llevado de tu desinteresado amor hacia todos. [10] Mientras Judas esté con vida, no podrá el Estado gozar de paz.»

[11] Dicho esto, al punto los restantes amigos, que se hallaban indispuestos contra Judas, inflamaron más el ánimo de Demetrio, [12] logrando que éste llamase luego a Nicanor, comandante anteriormente del cuerpo de elefantes, y le nombró general de Judea, [13] dándole orden de acabar con Judas, dispersar a todos los suyos e instalar a Alcimo por sumo sacerdote del santísimo templo. [14] En seguida los gentiles, que por temor de Judas habían huído de la Judea, se agregaron como rebaño a Nicanor, pensando que el infortunio y calamidad de los judíos sería su ventura.

[15] Al saber los judíos la venida de Nicanor y la invasión de los gentiles, se cubrieron de polvo, orando al que eligió a su pueblo para siempre y protegió en todo tiempo con manifiestos prodigios su heredad. [16] A las órdenes de su jefe, se pusieron luego en marcha, y se vino a dar la batalla junto a la aldea de Desau. [17] Simón, hermano de Judas, había venido a las manos con Nicanor, pero desconcertado un momento por la repentina llegada de enemigos, sufrió un revés. [18] A pesar de lo cual, Nicanor, que sabía el valor de los judíos y cuán animosamente combatían por la patria, temía encomendar a las armas la resolución. [19] Por eso envió a Posidonio, Teodoto y Matatías a proponer

conciertos de paz. 20 Después de un largo examen de las condiciones, y de haberlo comunicado al general y a la muchedumbre, de común acuerdo convinieron hacer conciertos de paz. 21 Señalaron el día en que los dos jefes se reunirían solos, y pusieron dos sillas, una frente a otra. 22 Judas, sin embargo, había apostado hombres en lugares convenientes, dispuestos a intervenir, si los enemigos cometían alguna perfidia. Así tuvieron el amigable coloquio.

23 En adelante, Nicanor moró en Jerusalén, sin cometer injusticia, y hasta disolvió las tropas que a manera de rebaños se le habían juntado. 24 A Judas le tenía siempre a su lado, pues sentía hacia él cordial afecto. 25 Le exhortaba a que se casase y criara hijos. Y en efecto, se casó, y viviendo tranquilamente, disfrutaba de la vida. 26 Pero Alcimo, al ver la buena inteligencia de ambos y los pactos concertados, se vino a Demetrio, acusando a Nicanor de traidora deserción contra el reino, puesto que le había dado por sucesor a Judas, enemigo del reino. 27 El rey se enojó, e inducido por las calumnias de aquel malvado, escribió a Nicanor, diciéndole cuánto le habían desagradado los conciertos hechos, y ordenándole que le enviase cuanto antes preso al Macabeo a Antioquía. 28 Cuando recibió estas órdenes, Nicanor quedó confuso y sintió gravemente tener que anular lo concertado, sin haber recibido daño alguno de tal varón. 29 Mas no siendo posible oponerse al rey, aguardó una ocasión propicia para ejecutar sus mandatos.

Ruptura de relaciones.

30 Observando de su parte el Macabeo que Nicanor se conducía con él más fríamente, y que sus relaciones no eran tan amigables como de costumbre, pensó que tal conducta era mal indicio; y así, reunió a muchos de los suyos y comenzó a guardarse de Nicanor. 31 Dándose éste cuenta de cuán hábilmente había sido vencido por Judas, llegó al augustísimo y santo templo, en el momento mismo en que los sacerdotes ofrecían los acostumbrados sacrificios, y les mandó que le entregaran a Judas. 32 Asegurando ellos con juramento que ignoraban dónde estaba, extendió su diestra hacia el templo, 33 y juró así: «Si no me entregáis a Judas preso, arrasaré este templo de Dios, destruiré el altar y elevaré aquí un magnífico templo a Baco.» 34 Los sacerdotes tendieron las manos al cielo, e invocando al que siempre se había mostrado defensor de nuestro pueblo, dijeron: 35 «Tú, Señor de todas las cosas, que de nada necesitas, has tenido a bien establecer este templo de tu morada en medio de nosotros. 36 Preserva, pues, santísimo Señor, por siempre limpia esta casa, que hace poco ha sido purificada.»

El caso de Racías.

37 Un cierto Racías, de los ancianos de Jerusalén, fué denunciado a Nicanor como amante de la ciudad, donde gozaba de muy buena fama, y por su bondad era apellidado padre de los judíos. 38 En efecto, en los tiempos anteriores había evitado todo contacto con los gentiles y había atraído sobre sí la acusación de judaísmo, exponiendo por ello su cuerpo y su vida. 39 Deseando Nicanor dar muestra de su mala voluntad hacia los judíos, mandó más de cincuenta soldados a prenderle, 40 pues creía inferir, prendiendo a éste, un golpe a todos los judíos. 41 Estaba la tropa a punto de apoderarse de la torre de su casa, forzando la puerta de entrada y dada ya la orden de prenderle fuego. Racías, estando para ser apresado, se echó sobre su espada, 42 prefiriendo morir noblemente antes que caer en manos de criminales y recibir ultrajes indignos de su nobleza. 43 Mas como a causa de la precipitación no hubiera acertado a matarse, y la tropa invadiera ya la casa, resueltamente corrió al muro y virilmente se arrojó encima de la tropa. 44 En viéndole se retiraron, y vino a caer en medio del espacio libre. 45 Aún respiraba; y enardecido su ánimo, se levantó, y mientras a torrentes le corría la sangre de las graves heridas, atravesó a la carrera por entre la muchedumbre, hasta erguirse sobre una roca escarpada. 46 Allí, totalmente exangüe, se arrancó las entrañas con ambas manos y las arrojó contra la tropa, invocando al Señor de la vida y del espíritu,

que de nuevo se las devolviera. Y de esta manera acabó (1).

Derrota de Nicanor.

15 [1] Informado Nicanor de que Judas andaba por los lugares de Samaria, pensó atacarle con entera seguridad en el día de sábado. [2] Los judíos que a la fuerza le seguían le dijeron: «No pretendas aniquilarlos tan salvaje y bárbaramente; respeta el día que desde el principio ha sido declarado santo por el que todo lo ve.» [3] A lo que aquel malvado contestó, si había Soberano en el cielo que hubiera ordenado solemnizar el día del sábado. [4] Y como ellos le respondiesen: Sí, hay un Señor, Dios vivo, Soberano del cielo, que ha ordenado celebrar el día séptimo; [5] pues yo, contestó él, digo que hay un soberano en la tierra, que manda tomar las armas y cumplir lo que conviene al rey. Con todo, no pudo llevar a cabo su malvado propósito.

[6] Mientras Nicanor, en su insensato orgullo, pensaba levantar con Judas y los suyos un monumental trofeo, [7] éste, puesta siempre su confianza en el socorro del Señor, [8] exhortaba a los suyos a no temer el ataque de los paganos; antes bien, recordando los auxilios que en tiempos anteriores les habían venido del cielo, esperasen también ahora del Todopoderoso la victoria. [9] Y los alentaba, proponiéndoles testimonios de la ley y de los profetas y recordándoles los combates que habían sostenido, dándoles con esto mucho ánimo. [10] Después de haber levantado sus espíritus, les puso de manifiesto la falta de fe de los gentiles y la transgresión de sus juramentos; [11] animando a todos, no tanto con la seguridad de sus escudos y lanzas, cuanto con la confianza de sus alentadoras palabras. Sobre todo, los alegró con la relación de un sueño digno de toda fe. [12] He aquí el sueño que había tenido: Onías, que había sido sumo sacerdote, hombre bueno y bondadoso, de venerable aspecto, de suaves modales, de distinguido lenguaje, que desde su niñez se había ejercitado en toda virtud, tendía sus manos, orando por toda la comunidad de los judíos. [13] Apareciósele también otro varón, que se destacaba por la blancura de sus cabellos y por su gloriosa dignidad, nimbado de admirable y magnífica majestad. [14] Onías dijo: «Este es el amador de sus hermanos, que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa: Jeremías, profeta de Dios.» [15] Y tendía Jeremías su diestra, y entregaba a Judas una espada de oro, diciéndole: [16] «Toma esta espada santa, don de Dios, con la cual triunfarás de los enemigos.»

[17] Alentados con estas nobles palabras de Judas, capaces de vigorizar y exaltar hasta el heroísmo las almas de los jóvenes, resolvieron no atrincherarse en el campo, sino arrojarse valientemente sobre el enemigo, y luchando con todo valor decidir la cosa, puesto que se hallaban en peligro la ciudad, la religión y el templo; [18] pues la solicitud que por las mujeres, los hijos, los hermanos y parientes tenían, era menor que la que sentían por el templo santo, la más grande y primera de todas las cosas.

[19] No era pequeña la ansiedad de los que en la ciudad habían quedado, inquietos como se hallaban por la lucha de fuera. [20] Cuando todos esperaban el futuro desenlace, y los enemigos se acercaban dispuestos en orden de batalla, y los elefantes colocados en lugares oportunos, y la caballería en las alas, [21] al ver el Macabeo la muchedumbre que se acercaba, el variado aparato de las armas, la fuerza de los elefantes apostados en lugares convenientes; levantando las manos al cielo, invocó al Señor, hacedor de prodigios. Sabía que no por la fuerza de las armas se alcanza la victoria, sino que Dios la otorga a los que juzga dignos de ella. [22] La invocación fué como sigue: «Tú, Señor, que enviaste un ángel bajo Ezequías, rey de Judá, que mató del ejército de Senaquerib a ciento ochenta y cinco mil hombres, [23] envía ahora, Señor de los cielos, delante de nosotros un ángel bueno, que infunda a éstos temor y temblor. [24] Con la fuerza de tu brazo sean quebrantados los que llegan blasfemando contra tu pueblo santo.» Y con esto terminó.

(1) Al decir de Santo Tomás, el autor sagrado pondera este acto, más de soberbia que de fortaleza, por el sentimiento del amor a la patria y a la Ley, que le movía a evitar caer vivo en poder de los gentiles y recibir de ellos la muerte. La verdadera fortaleza es la del anciano Eleazar, que por la misma causa sufrió la muerte a manos de los gentiles.

25 Los de Nicanor avanzaban al
son de las cornetas y de los cantos
guerreros; 26 en tanto que los de
Judas llegaron a chocar con los ene-
migos en medio de súplicas y ora-
ciones. 27 Y mientras luchaban con
las manos, oraban en su corazón a
Dios; y así, magníficamente fortale-
cidos por una aparición de Dios,
derribaron por tierra no menos de
treinta y cinco mil hombres. 28 Ter-
minada la lucha y entregados a la
alegría, hallaron que, revestido de
sus armas, estaba Nicanor entre los
muertos. 29 Se produjo un gran clamor
y alborozo, bendiciendo al Señor en
la lengua patria. 30 Judas, que en
cuerpo y alma estaba todo él atento
a la defensa de sus conciudadanos,
y había guardado la generosidad de
la juventud para sus connacionales,
ordenó cortar a Nicanor la lengua
y el brazo hasta el hombro y llevarlos
a Jerusalén. 31 Llegado allí, convocó
a los conciudadanos y sacerdotes; y
puesto en pie ante el altar, mandó
venir a los de la ciudadela, 32 mostró
a todos la cabeza del impío Nicanor
y la mano que el blasfemo había
tendido insolente contra la santa
casa del Todopoderoso. 33 Mandó picar
en menudos trozos la lengua, echarlos
a las aves, y suspender enfrente del
templo la mano, como recompensa a su
insensatez. 34 Y todos, levantando los
ojos al cielo, bendecían al Señor, di-
ciendo: «Bendito el que ha conservado
puro este lugar.» 35 La cabeza de
Nicanor se colgó de la ciudadela,
visible a todos, como señal manifiesta
del auxilio divino; 36 y por público
decreto se mandó no dejar pasar este
día sin solemnizarlo, 37 y que se
celebrase el trece del mes duodécimo,
que en lengua siríaca se llama Adar,
un día antes del día de Mardoqueo.

Epílogo.

38 Tal fué la historia de Nicanor.
Y como desde aquellos días la ciudad
ha estado en posesión de los hebreos,
daré aquí fin a mi narración. 39 Si
está bien y como conviene a la narra-
ción histórica, eso quisiera yo; pero
si imperfecta y mediocre, perdóne-
seme. 40 Como el beber vino puro o
sola agua no es grato, mientras que
el vino mezclado con agua es agra-
dable y gustoso; así también la dis-
posición del relato siempre uniforme
no agrada a los oídos del lector.
Y con esto damos fin a la obra.

LIBROS PROFÉTICOS

DAVID.
DANIEL.
ELIAS.
Gerar. de Iode Excudebat

INTRODUCCION A LOS LIBROS PROFETICOS

1. Ya en la introducción general hemos hablado del carisma de la profecía otorgado a los autores sagrados. Necesitamos ampliar lo dicho allí en esta introducción a los libros proféticos

Tres son los nombres que principalmente se dan en la Sagrada Escritura a estos hombres de Dios; los de roh*e y* jozeh, *que significan* videntes, *y el más común de* nabi, *que traducimos por* profeta. *La etimología de este último nombre es discutida, pero su sentido ordinario resulta bien claro de las palabras de Dios a Moisés cuando se excusaba con su tartamudez: «Mira, yo te hecho un Dios para el Faraón, y Arón, tu hermano, será tu profeta. Tú le dirás todo lo que yo te mandare, y Arón, tu hermano, hablará al Faraón para que deje partir de su tierra a los hijos de Israel» (Ex. 7, 1 ss.). Nabi, pues, quiere decir el que habla en nombre de otro. Es la significación de la palabra griega* profeta. *Es, pues, profeta el encargado por especial misión divina de hablar al pueblo en nombre de su Dios.*

2. *Con estos sus enviados se proponía el Señor satisfacer dos necesidades del pueblo, de muy desigual importancia. Los antiguos no se atrevían a emprender negocio alguno, privado o público, sin antes consultar la voluntad de sus dioses. Israel padecía de la misma enfermedad. Pues para impedir que acudiesen a los oráculos gentiles o a los adivinos, los proveyó el Señor de profetas, a quienes acudiesen (Deut. 18, 11) y dió al sumo sacerdote los* urim *y* tummim *(Ex. 28, 30). Recordemos a Saúl, yendo a consultar a Samuel sobre las pollinas perdidas (I Sam. 9, 6, 11); al rey Jeroboam, que, teniendo a su hijo enfermo, manda a su mujer a consultar al profeta Ajías sobre el desenlace de la enfermedad (I Reg. 14, 1 ss.); y más todavía el caso de Ococías, que en semejante caso envió mensajeros a consultar a Baal Zebub, dios de Accarón, para saber si curaría de aquella enfermedad; a los cuales salió Elías al encuentro, por orden de Dios, y les dijo: «¿Es que no hay Dios en Israel, para que vayáis a consultar a Baal Zebub, dios de Accarón?» (Reg. 1, 2, ss.). David tenía su profeta, por quien consultaba al Señor sobre los negocios públicos (II Sam. 7, 1, ss.); y los otros reyes no emprendían cosa grave sin hacer lo mismo. (Cfr. I. Reg. 22, 5 ss.; Jer. 38, 14, ss.)*

Pero no era ésta la misión principal de los profetas. Otra tenían, ligada al destino de Israel. El Señor los había escogido para preparar los caminos del Mesías y la salud del mundo. Los patriarcas eran instruídos por Dios sobre la conducta que debían seguir para responder a la misión divina. Moisés fué llamado a organizar la vida religiosa y social del pueblo sobre las bases del monoteísmo y de las promesas mesiánicas hechas a los patriarcas. Por esto fué el más grande de los profetas de Israel, según Santo Tomás (Sum. Teol., II, II, q. 174 a 4). A Moisés le sucedieron otros profetas, encargados de explicar

la Ley, inculcar su observancia, combatir las transgresiones, llamar al pueblo a penitencia mediante amenazas y promesas. Entre éstas se destaca siempre la promesa del Mesías y de su obra salvadora. Esta es la misión principal de profetismo de Israel, por lo que se distingue del de todos los pueblos antiguos[1]

3. Como abundaban en Israel estos ministros auténticos de la palabra divina, así abundaban también sus remedos y falsificaciones, los falsos profetas, que se decían enviados de Dios y daban como palabra de Dios los sueños de su imaginación. Su norma era halagar al pueblo y a los príncipes, prometiéndoles fácil prosperidad con que los confirmaban en sus extravíos. (Cfr. II. Reg. 22 y Jer. 28.) Eran los principales adversarios de los verdaderos profetas, como fueron luego los escribas los adversarios de Jesucristo.

4. La profecía es un carisma divino, no un arte adquirido por el estudio. Sin embargo, los profetas necesitan de ordinario una formación que los prepare para mejor desempeñar la misión que Dios les confiere. Adquieren esta formación en el seno de la familia y en las asociaciones de hombres piadosos, llamadas escuelas de profetas, al parecer fundadas por Samuel (I Sam. 10, 5, 10 s.; 19, 20), y restauradas por Eliseo (II Reg. 2, 3, ss.); en la lectura de la Ley y de los profetas anteriores, en el trato con hombres doctos, en la meditación, en las luchas de cada día. Todo esto lo venía a completar y confirmar con su sello divino la iluminación profética. Recae ésta en la inteligencia, única facultad de conocer que es capaz de percibir la verdad divina; pero esta verdad suele presentárseles a los profetas envuelta en multitud de imágenes o símbolos, que son una nota característica del profetismo de Israel. Como ejemplo bastará citar las visiones de la vocación de los tres grandes profetas, Isaías (6), Jeremías (1) y Ezequiel (1-3). A estos cuadros simbólicos se añaden las acciones, también simbólicas, que dan al ministerio de los profetas un carácter enteramente dramático. En este punto se distinguen sobre todo Jeremías (16, ss.; 18, 1, ss.) y Ezequiel (3, 22, ss.), (12, 1 ss.); Cfr. Act. (21, 10, 11).

5. Los discursos de los profetas, tal como nos han llegado, en su mayoría están escritos en verso, y a veces en estrofas artificiosamente compuestas y son frecuentemente modelos, no solo de elocuencia, sino de la poesía hebrea y universal. El caso de Jeremías (36) nos muestra cómo los profetas dirigían al pueblo la palabra en el templo, en las plazas, en las puertas de las ciudades, en su propia casa, dondequiera que podían. Luego, con frecuencia escribían esos versos y los entregaban al pueblo, que los aprendía fácilmente, los recitaba y cantaba, continuando así el ministerio del profeta. Daniel es de los muy pocos profetas que ha publicado sus vaticinios sólo por escrito. Sin duda de esta divulgación de los oráculos proféticos proviene la falta de orden cronológico que en casi todos se siente; y no sólo del desorden cronológico de los diversos oráculos, sino hasta del desorden en un oráculo mismo, que viene a ser una de las dificultades más graves en el estudio de los profetas. Los expositores se esfuerzan por reducirlos a su verdadero orden; pero no teniendo a su disposición más medios que el texto actual de los oráculos mismos, ni más criterio que el orden lógico de las ideas, el ritmo de los versos y la artificiosa constitución de las estrofas, no siempre pueden alcanzar a restituirlos a su orden primitivo.

6. ¿Cómo probaban los profetas la verdad de su misión? Moisés, el primero de los profetas de Israel, necesitó señales con que mostrar al pueblo ser enviado de Dios (Ex. 3, 11-6, 9); pero los que a Moisés siguieron, con la misión de mantener al pueblo en la observancia de la Ley o de reducirle a ella, no tenían necesidad de tales pruebas. Su vida ajustada a la Ley, su celo por la causa de Dios, la fortaleza con que luchaban contra los pecados del pueblo y reprendían las iniquidades de reyes, príncipes y sacerdotes, eran para los creyentes prueba bastante de que Dios los enviaba. Si Elías y Eliseo pasaron a la historia como grandes taumaturgos, de Isaías sólo se nos cuenta un milagro,

de Jeremías y Ezequiel ninguno, como tampoco se cuenta ninguno del Bautista, el postrero de los profetas. Si al leer hoy sus discursos no puede menos de sentirse en ellos el espíritu de Dios, mucho más lo sentirían los coetáneos, que los oían y eran testigos de su vida.

7. La actividad de los profetas se desarrolló en íntima conexión con la vida religiosa, moral y hasta política del pueblo israelita. Por esto importa mucho, para entenderlos, conocer el ambiente histórico en que ejercían su ministerio. Materia de sus reprensiones son las idolatrías del pueblo, las injusticias de los jueces, la opresión de parte de los poderosos y la conculcación de la ley divina por parte de todos. La política demasiado humana de los gobernantes, que por su falta de fe en Dios acudían a alianzas peligrosas para la vida religiosa del pueblo, ofrece también a algunos profetas, como Isaías y Jeremías, materia de duros réproches.

La figura que Israel hace en la historia antigua no puede ser más humilde, no obstante su grandeza en el orden religioso. Ateniéndose a la época en que florecieron los profetas escritores, desde el siglo VIII *hasta el* IV *antes de Jesucristo, Israel vivió en vasallaje o bajo la dominación de los extranjeros, primero de la Asiria, luego de Babilonia y después de Persia. Fué Teglatfalasar III, llamado también Pul, el que, después de ampliar su imperio por Oriente, pensó en dominar las regiones de Occidente. Los reyes amenazados trataron de unir sus fuerzas para oponerse al invasor. El rey de Judá, Ajaz, no asintió a tales planes. Para obtener la cooperación de Judá, el rey de Siria, Rasín, y el de Samaria, Facea, declararon la guerra a Ajaz (734), con el propósito de sustituirle por un cierto Tabel, que se avendría a los planes de los confederados. (Cfr. Is. 7, 1-11.) Ajaz acudió en demanda de socorro a Teglatfalasar, el cual atacó luego el reino de Damasco, que pronto quedó convertido en una provincia más del reino asirio. (732 Cfr. II Reg. 16, 1-9.) Luego se dirige contra Samaria, a cuyo rey, Facea, destronó, poniendo en su lugar a Oseas (732) y llevándose muchos cautivos a Nínive (Is. 7, 1-11).*

Judá quedó también sometido al vasallaje de Asiria durante el reinado todo de Ajaz. No se pasaron muchos años, y el amor de la libertad movió a los reinos occidentales a nueva tentativa. Parece que Samaria era el centro de la misma. Salmanasar IV, sucesor de Teglatfalasar III, trató de reprimir aquellos conatos de independencia, sujetando a Samaria. Fué Sargón, su sucesor, el que en 721, y después de dos años de asedio, tomó a Samaria, llevó cautiva la mayor parte de la población y puso fin al reino de Israel (II Reg. 17). Era una dura lección para Judá, que se mantuvo quieto, aun por el año 711, en que Azoto se sublevó, siendo cercada, tomada y duramente castigada por el mismo Sargón. (Is. 20, 1.)

Pero en los últimos años del siglo VIII, *otra vez los pueblos quisieron probar fortuna. Senaquerib había sucedido a su padre; el Egipto ofrecía su apoyo a los rebeldes, y la Caldea, siempre en abierta lucha contra Nínive, entraba también en la coalición. (II Reg. 39.) Parece que Ezequías, hijo y sucesor de Ajaz, sentía simpatía por los sublevados, y si no se alzó en armas, alentó a los confederados y les prestó su ayuda. Por esto, cuando Senaquerib vino a sofocar aquellos conatos de libertad, entró por las ciudades de Judá, muchas de las cuales tomó y saqueó (II Reg. 36-37). A los egipcios, que vinieron en socorro de los confederados, los derrotó en Altacu (Eltegueh), en la tribu de Dan. Tras de dos legaciones a Ezequías para que entregara a Jerusalén, la asedió, pero no pudo tomarla. Una grave peste que se declaró en su ejército le obligó a retirarse a Nínive, sin que volviera a parecer por Palestina en los veinte años que aún reinó hasta ser asesinado por sus hijos (681).*

Sin embargo, los asirios, dueños de Damasco y de Samaria, continuaban ejerciendo su hegemonía sobre los pueblos de Canán. No sabemos que los suce-

sores de Senaquerib, Asaradón y Asurbanípal, que elevaron el imperio asirio al apogeo de su grandeza, tuvieran que intervenir con las armas. Los pueblos entendieron que les era mejor soportar el yugo asirio pagando tributo a los reyes de Nínive, que exponerse a las guerras y deportaciones que aquéllos usaban. Sólo el libro de las Crónicas nos cuenta que Manasés, hijo y sucesor de Ezequías, había sido llevado cautivo a Babilonia, de donde volvió para ocupar otra vez el trono. Su delito no debía de ser muy grave, cuando fué dado por libre y continuó reinando (II Par. 33, 11-13). Probablemente tuvo lugar esto alrededor del año 650, en que Asurbanípal luchaba contra su hermano Samasumuquin, gobernador de Babilonia, hasta tomar la ciudad y sujetar la Caldea, que había hecho causa común con el rebelde. Muerto este rey (625), que llegó a apoderarse de Egipto, la Asiria decayó rápidamente; Nínive fué tomada por los medos y caldeos en 612, y aunque su ejército continuó luchando por la conservación del imperio, éste, pocos años después, desaparció, dejando en pos de sí la memoria de su espíritu guerrero, de su ferocidad y de su sistema de deportaciones, que los caldeos imitaron luego.

8. Una señal de cuán habituados estaban los pueblos de Palestina al yugo asirio pudiera ser la conducta de Josías. Como el Faraón Necao se dirigiese con un ejército hacia la Siria, para lograr alguna parte de los despojos del reino ninivita, Josías quiso cortarle el paso. En una desgraciada batalla, que se dió en Megido, quedó gravemente herido y vino a Jerusalén a morir en 608 (II Reg. 23, 29, s.). Derrotado en Carquemis por el príncipe Nabucodonosor, no logró Necao sus propósitos; pero de vuelta a su tierra pasó por Jerusalén, y hallando el trono de Josías ocupado desde hacía tres meses por Joacaz, su hijo, destituyó a éste y puso en su lugar a Joaquim, llevando a su hermano a Egipto (Ib. 44, 31-35). Después de la retirada del Faraón, Judá pudo creerse independiente, hasta que en 604 Nabucodonosor se presentó en Palestina e impuso su vasallaje a todos los reyes de la región. Pero entonces volvió a renovarse la antigua historia. Con la esperanza de la ayuda egipcia, los reyes de Siria y Canán se confederaron, para sacudir el yugo caldeo. En 596 se presentó Nabucodonosor con su ejército, y la coalición se deshizo. Joaquim había ya muerto, Joaquín o Jeconías, su hijo y sucesor, no se atrevió a afrontar los peligros de la guerra, y cuando los caldeos se presentaron ante Jerusalén, les salió al encuentro en son de paz. Nabucodonosor le prendió, para llevárselo a Babilonia con una buena parte de lo más selecto del pueblo, y puso en el trono a un tercer hijo de Josías, Matanías, a quien mudó el nombre por el de Sedecías, exigiéndole juramento de fidelidad (II Reg. 24, 1-20).

Pronto Nabucodonosor se dió cuenta de que no podía estar seguro de la lealtad de Judá, y Sedecías hubo de ir a Babilonia para sincerarse. Al fin, en 589 acabó Sedecías por declararse en abierta rebeldía. Los caldeos llegaron y pusieron cerco a Jerusalén, tomándola al cabo de año y medio de asedio, en julio de 587. El templo fué incendiado, los muros y los palacios de Jerusalén, arrasados. A Sedecías le condenó a perder los ojos, después de haber contemplado la matanza de sus hijos y de sus cortesanos. Lo principal y más granado de la nación, en todos los órdenes, fué deportado a Caldea, quedando en Judá el pueblo humilde bajo el gobierno de Godolías (II Reg. 25; II Par. 36, 17 ss., y Jer. 52).

9. No fué larga la duración del segundo imperio caldeo. A Nabucodonosor sucedieron como relámpagos tres reyes de su dinastía. El cuarto fué Nabonides, hijo de una sacerdotisa de Harrán, cuyo principal empeño fué reformar la religión caldea. Con esto se malquistó con los sacerdotes y el pueblo, que con gusto dieron acogida al ejército persa, mandado por Gubaru, caldeo. En 539 entró éste en Babilonia, defendida por el príncipe Belsarasar, que fué muerto. Pocos días después, Ciro hacía su entrada en la ciudad y era

reconocido rey de Babilonia. Su primera medida fué ordenar la restitución de los dioses a sus antiguos santuarios, de donde la superstición de Nabonides los había sacado, y autorizar a todos los pueblos deportados para que volviesen a su tierra.

En estas medidas quedaron incluídos los judíos, a quienes restituyó los vasos sagrados, tomados del templo por Nabucodonosor, y dió permiso para volver a Judá y levantar el templo. No todos los deportados se resolvieron a emprender el viaje de vuelta. Y los que por entonces o más tarde lo hicieron, sólo pudieron levantar el altar y echar los cimientos del templo, impedidos de proseguirlo por los pueblos circunvecinos, sobre todo por los samaritanos, cuya cooperación en la obra del santuario los judíos no habían querido aceptar. Sólo en los comienzos del reinado de Darío (521), aprovechando las turbulencias originadas por el cambio de monarca y dinastía, pudieron acabar aquéllos la obra. Pero la ciudad continuaba en ruinas, hasta que Nehemías pidió y obtuvo del rey Artajerjes autoridad de gobernador, con el fin de levantar los muros de Jerusalén. Los que volvieron del cautiverio vivieron en su tierra, gozando de la amplia libertad que los persas les otorgaban, sobre todo a causa de la afinidad que creían hallar entre su religión y la judía; hasta que, caído el imperio persa a los golpes de maza de Alejandro Magno, la Palestina pasó automáticamente al dominio de los macedonios. Tal es el cuadro externo en que se desarrolló la actividad de los profetas. Veamos ahora el cuadro interior.

10. Es el argumento de este cuadro la vida religiosa y moral, cuyo principio fundamental era el monoteísmo, la adoración del único Dios de Israel, Yave, y la observancia de su Ley. En otros términos, era la fidelidad al pacto hecho con Dios en el Sinaí, cuyas condiciones se contenían en la Ley. El primer precepto de ésta era el reconocimiento del solo Dios de Israel, excluídos todos los otros dioses; luego venía el culto de ese Dios, conforme a las prescripciones de la Ley, entre las cuales ocupaba lugar importante la exclusión de toda imagen que fácilmente inducía a la idolatría; en tercer lugar estaban los otros preceptos de carácter moral y social, que regían las relaciones de los israelitas unos con otros. Hasta la vida política había de inspirarse en los mismos principios. Debía mirar a mantener la independencia de Israel, pero apoyándose en Yave y en sus promesas de protección contra los enemigos, y no buscando alianzas con las naciones, cuyo trato era un peligro para la vida religiosa del pueblo escogido.

En el reino de Samaria, Jeroboam, su fundador, para mantener a Israel separado de Jerusalén y de la dinastía davídica, había alzado unos becerros de oro en Dan y Betel, imágenes de Dios, pero condenados por la Ley, y que fueron perpetuo escándalo para el pueblo. Este es el pecado que el autor del libro de los Reyes pone de relieve en el juicio que hace de cada uno de los reyes de Israel. En estos santuarios se introdujeron, además del sacerdocio ilegítimo, pues no era de la tribu de Leví, muchas corruptelas idolátricas. Además, desde el reinado de Ajab, bajo la influencia de la reina Jezabel, fenicia, los cultos fenicios invadieron el reino, no obstante los esfuerzos de los profetas Elías, Eliseo y otros más. La idolatría era siempre fuente de inmoralidad en todos los aspectos de la vida, y de ello nos dan testimonio los discursos de los profetas. Por este camino, Samaria fué de mal en peor, hasta que cayó sobre ella el castigo definitivo por medio de Sargón, que destruyó la ciudad, llevó cautiva la mayor parte de su pueblo y trajo de Oriente otros pobladores, que ocuparon el lugar de los deportados. De la mezcla de estos elementos con los que de Israel habían quedado en la tierra, resultaron los samaritanos de la historia posterior, pueblo aborrecido de los judíos. (II Reg. 17, 24 ss.; I Exod. 4, 1-11; Jn. 4, 9-11.)

11. Cuanto a Judá, parece que en los reinados de Ozías y Joatán im-

peró el culto de Yave; pero era más bien un culto externo, sin el sentimiento íntimo de la piedad ni las obras de justicia exigidas por la Ley. De ello tenemos la prueba en el primer discurso de Isaías (Is. 1, 2 sigs.). Pero en el reinado siguiente, de Ajaz, se dejaron sentir las influencias asirias, y en pos de ellas las cananeas (II Reg. 16, 10-11; II Par. 28). Todas fueron extirpadas por Ezequías, que desde el principio de su reinado se esforzó por borrar las idolatrías que se habían introducido, especialmente en la época de su padre (II Reg. 18, 1-11; II Par. 29-31). Procuró, además, atraer a los restos de Israel, que los asirios habían dejado en Samaria (II Par. 30). Borró hasta los santuarios de los altos, porque, si bien dedicados a Yave y hasta entonces tolerados, eran contrarios a la ley deuteronómica.

Cuán arraigadas estaban las tendencias idolátricas en el pueblo, nos lo demuestra el hecho de que, a la muerte del santo rey Ezequías, toda su obra de reforma quedó anulada, y los males se agravaron en el reinado de su hijo Manasés y de su nieto Amón, ambos adoradores fervorosos de los ídolos y practicantes de todas las abominaciones gentílicas, sin excluir el sacrificio de los niños por el fuego (II Reg. 21; II Par. 33). El espíritu yavista renace de nuevo con Josías (627), el cual, al conocer el Deuteronomio, hallado en sus días en el templo por Helcías, emprendió una reforma radical, según las prescripciones del mismo código. Pero estas reformas eran sólo oficiales y externas, y por eso, en cuanto faltó Josías y se sentaron en el trono sus hijos y nietos, que no tenían su espíritu religioso, volvió a aparecer la idolatría en todas sus formas. De ello tenemos dos testimonios: los de Jeremías y Ezequiel. Con la idolatría cundió la inmoralidad, tanto en los gobernantes como en los gobernados. Para fomentar todo esto estaban los falsos profetas, que pretendían hablar en nombre de los dioses o de Yave. Deseando acabar de una vez con todas estas lacras de su pueblo, Dios decidió el destierro de los de Israel a Asiria y de los de Judá a Caldea. Bajo la violencia del azote renació la fe en los que habían de formar el resto escogido de que tanto hablan los profetas; los demás quedaron anegados en el mar de las naciones gentílicas.

12. No son Israel y Judá los únicos pueblos a quienes hablan los enviados de Dios; se dirigen también a los pueblos vecinos y aun a las naciones remotas, para anunciarles los juicios del Señor. No es de suponer que tales discursos llegasen a los reyes ni a los pueblos extraños, fuera de casos extraordinarios, como el de Jonás y el de los embajadores llegados a Jerusalén en tiempos de Jeremías (27, 2-11). Y así hemos de creer que, al proferirlos, pensaban en su propio pueblo, para mostrarle que la justicia de Dios alcanzaba a todas las naciones. Pues la prosperidad material de esos pueblos gentílicos, no obstante sus idolatrías y pecados, constituía una tentación para Israel, que no entendía por qué Dios se mostraba tan severo con su pueblo y dejaba en paz y hasta prósperas a naciones que ni siquiera le conocían. A veces miran a consolar al pueblo con el anuncio de los castigos de aquellos reinos que los habían maltratado injustamente, y aun el de aquellos que, habiendo sido instrumentos de la cólera de Dios, se habían engreído con su poder y extremado en sus rigores, y no se habían reconocido ministros de la justicia del Señor.

13. Los profetas que nos han transmitido por escrito sus vaticinios no empiezan hasta el siglo VIII *a. C., en la época en que los asirios invaden la Palestina, constituyendo un grave peligro, no sólo para la libertad de Israel, sino también para su vida religiosa y moral. Su orden cronológico es el siguiente:*

EPOCA ASIRIA (742-612)

a) *Amós y Oseas.*
b) *Isaías y Miqueas.*
c) *Nahum.*

EPOCA BABILONICA (612-539)

a) *Jeremías con Baruc.*
b) *Habacuc y Sofonías.*
c) *Ezequiel y Daniel.*

EPOCA PERSA (539-333)

a) *Ageo y Zacarías.*
b) *Malaquías.*

De época incierta quedan Abdías, Joel y Jonás. Por la extensión de sus vaticinios los dividieron ya los judíos en profetas mayores, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, aunque éste en la Biblia hebrea figura entre los hagiógrafos, y los otros doce, que formaban un solo libro, y se llamaban profetas menores.

ESAIAS.
IEREMIAS.
EZECHIEL.
INDVTVS SACCO PLANTIS
ET VERTICE NVDVS.
INCESSI TANDEM MORS
MIHI SERRA FVIT.
ASPEXI VIRGAM FERVEN-
TEMQVE IGNIBVS OLLAM.
QUA VENTVRA BREVI
TRISTIA DANA NOTANT,
TRANSIBAT DOMINVS PORTA
QVÆ CLAVSA MANEBAT
HAC QUE DEI GENETRIX
VIRGO NOTATA FVIT.

INTRODUCCION AL PROFETA ISAIAS

1. Isaías, el primero de los profetas mayores, nos cuenta en el capítulo 6 su vocación al ministerio profético, que tuvo lugar el año en que murió el rey Ozías. Desempeñó su misión durante los tres siguientes reinados, de Joatán, Ajaz y Ezequías (1, 1). No tenemos, en el extenso libro de los vaticinios de Isaías, ninguno que haga expresa mención de Joatán, aunque bien se pueden atribuir a su tiempo los primeros capítulos, 1 a 5. De la época de Ajaz es, sin duda, el libro del Emmanuel, 7 a 12, y de la de Ezequías los capítulos 36 a 39. Como la cronología de estos reyes es algo incierta, y el libro del profeta contiene pocos datos cronológicos, no podemos fijar con certeza el tiempo del comienzo ni del fin de su ministerio. Sólo podemos asegurar que empezó antes del 734, año de la guerra siroefraimita contra Ajaz (7, 1). La tradición judía asegura que murió asesinado por el rey Manasés, bien entrado ya el siglo VII, y, por consiguiente, cuando el profeta era ya muy anciano.

2. Al llamarle el Señor a profetizar, le confiere una gravísima misión: Reducir al pueblo de Judá a la obediencia, y previendo que no habrían de escucharle, anunciarle que su endurecimiento en la maldad había de atraerle el castigo de Dios «hasta que las ciudades queden devastadas y sin habitantes, la tierra saqueada y desierta, y que la soledad sea grande en toda la tierra» (6, 11). A esto se ajustan las conminaciones de los primeros capítulos, en que reprende al pueblo por su falsa piedad, su inmoralidad y su soberbia. Lo mismo hace después contra Ajaz, por su incredulidad con ocasión de la guerra siroefraimita (734), en los capítulos 7 a 12, aunque todas estas conminaciones vayan seguidas de las más hermosas promesas mesiánicas (1, 24 sigs.; 2, 2 sigs.; 8, 23-9, 6; 11, 1 sigs.). En los capítulos 36 a 39 le vemos intervenir en los graves negocios que suscitaba la invasión de Senaquerib (701), alentando a Ezequías y vaticinando la salud de Jerusalén, la

ruina del invasor, y más tarde la curación de Ezequías. Aunque no conste expresamente, ni por los escritos del profeta, ni por los libros históricos, no podemos dudar de que Isaías haya tenido gran parte en la reforma religiosa llevada a cabo por Ezequías.

3. Con qué espíritu y elocuencia haya cumplido Isaías su misión, nos lo dicen sus oráculos, tan densos de pensamiento, de tan elevada y vehemente expresión, tan variados por los temas que trata. Basta para convencerse de esto leer el primer discurso, en que reprende al pueblo por su ingratitud hacia Dios (1, 2-27); las amenazas contra Asur (10, 5-19); el oráculo contra Tiro (23); las conminaciones contra Efraím (28); la réplica a los embajadores asirios (37, 22-35), y sus muchos vaticinios mesiánicos, por los cuales mereció ser llamado el profeta evangelista.

4. Igual que los libros de los otros profetas, el de Isaías no tiene unidad de plan; en él se destacan ciertos grupos, como los vaticinios del Emmanuel (7-12), los oráculos contra las naciones (13-23), el apocalipsis (24-27), los capítulos históricoproféticos relativos a la invasión asiria (36-38), y finalmente, la última parte, dedicada a la restauración.

Es propio y singular de algunos capítulos de Isaías (13, 1-14, 23; 21, 1-10) y especialmente de toda la segunda parte (40-66) que el profeta aparezca como viviendo y moviéndose en época muy posterior a la suya, en la que inmediatamente precede a la vuelta de la cautividad. En esto se distinguen los capítulos citados y toda la segunda parte del resto de la obra y del modo ordinario de presentar sus profecías los otros profetas.

En este hecho singular pretenden apoyarse algunos para negar a Isaías la paternidad de esas partes, pero la C. P. Bíblica declara que ni ésta ni otras razones de índole principalmente literaria que aducen esos críticos son suficientes para negar su autenticidad.

He aquí sus respuestas: III. Si los profetas que anuncian cosas futuras se han de dirigir siempre a sus coetáneos, a aquellos que las pudieran entender, y por tanto, si la segunda parte de Isaías (XL-LXVI), en que el profeta no habla a los judíos, sus contemporáneos, sino a los que lloraban en el destierro, como presente entre ellos, no puede ser de Isaías, desde mucho tiempo muerto, sino de un autor desconocido, que vivía entre los desterrados. La respuesta es negativa. IV. Si el argumento tomado de la lengua y el estilo es de tal peso que fuerce a un perito de la lengua hebrea a admitir pluralidad de autores en el libro de Isaías. La respuesta es también negativa. V. Si todos los argumentos aducidos, tomados en globo, son suficientes para probar que el libro de Isaías no es sólo del profeta, sino de dos o más autores. La respuesta es siempre negativa.

El texto del libro de Isaías es quizá el que parece haber sufrido más traslocaciones, parece como si en él hubiera habido un terremoto. Hubiéramos querido restituirle al orden que nos parece fué el primitivo, mas para no producir confusiones en el lector le dejamos en el que actualmente tiene en el texto.

ISAIAS

Vanidad del culto exterior sin la santidad interior.

1 [1] Visión que Isaías, hijo de Amós, tuvo acerca de Judá y Jerusalén, en tiempos de Ozías, Joatam, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá (1).

[2] ¡Oíd, cielos; escucha, tierra! ¡Que habla Yave! Yo he criado hijos y los he engrandecido, y ellos se han rebelado contra mí.

[3] Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero Israel no entiende, mi pueblo no tiene conocimiento.

[4] ¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de iniquidad, raza malvada, hijos desnaturalizados! Se han apartado de Yave, han renegado del Santo de Israel, le han vuelto las espaldas.

[5] ¿A qué castigaros todavía, si todavía os habréis de rebelar? Toda la cabeza está enferma; el corazón, todo malo. [6] Desde la planta de los pies hasta la cabeza, no hay en él nada sano. Heridas, hinchazones, llagas podridas, ni curadas, ni vendadas, ni suavizadas con aceite.

[7] Vuestra tierra está devastada, vuestras ciudades quemadas; a vuestros ojos los extranjeros devoran vuestra tierra, asolada con asolación de enemigos.

[8] Ha quedado Sión como una cabaña de viña, como choza de melonar, como ciudad asolada.

[9] Si Yave Sebaot no nos hubiera dejado un resto, seríamos ya como Sodoma, nos asemejaríamos a Gomorra.

[10] Oíd la palabra de Yave, príncipes de Soodoma. Escucha la doctrina de nuestro Dios, pueblo de Gomorra.

[11] ¿A mí qué la muchedumbre de vuestros sacrificios?, dice Yave. Harto estoy de holocaustos de carneros, del sebo de vuestros bueyes cebados, no quiero sangre de toros ni de ovejas ni de machos cabríos. [12] ¿Quién os pide esto a vosotros, cuando venís a presentaros ante mí, hollando mis atrios?

[13] No me traigáis más vanas ofrendas. El incienso me es abominable, neomenias, sábados, fiestas solemnes; las fiestas con crimen me son insoportables. [14] Detesto vuestras neomenias y vuestras festividades me son pesadas, estoy cansado de soportarlas.

[15] Cuando alzáis vuestras manos, yo cierro mis ojos; cuando hacéis vuestras muchas plegarias, no escucho. Vuestras manos están llenas de sangre. [16] Lavaos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de vuestras acciones. Dejad de hacer el mal. [17] Aprended a hacer el bien, buscad lo justo, restituíd al agraviado, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda.

Invitación a la conversión.

[18] Venid y entendámonos, dice Yave: Aunque vuestros pecados fuesen como la grana, quedarían como la nieve. Aunque fuesen rojos como la púrpura, vendrán a ser como lana blanca.

[19] Si vosotros queréis, si sois dóciles, comeréis los bienes de la tierra. [20] Si no queréis y os rebeláis, seréis devorados por la espada. Lo dice la boca de Yave.

[21] ¿Cómo te has prostituído, ciudad fiel, llena de justicia? Antes habitaba en ella la justicia, ahora el homicidio. [22] Tu plata se ha tornado escoria, tu vino puro se ha aguado. [23] Tus príncipes son prevaricadores, compañeros de bandidos. Todos aman las dádivas y van tras los presentes, no hacen justicia al huérfano, ni tiene a ellos acceso la causa de la viuda.

[24] Por eso dice el Señor, Yave Sebaot, el Fuerte de Israel: Voy a tomar

(1) Este primer oráculo del profeta es uno de sus más elocuentes discursos, en que reprende la falsa devoción de Judá y nos declara a la vez cuál es la religión que a Dios agrada, la que sea reflejo de su santidad.

venganza de mis enemigos, voy a pedir satisfacción a mis adversarios.

Castigo de los pecadores; salvación de un resto.

25 Y tenderé mi mano sobre ti, y purificaré en la hornaza tus escorias, y separaré el metal impuro. 26 Y restituiré tus jueces como eran antes y a tus consejeros como al principio. Y te llamarán entonces ciudad de justicia, ciudad fiel. 27 Y Sión será redimida por la rectitud, y los conversos de ella, por la justicia.

28 Los rebeldes, los pecadores, todos a una serán quebrantados; los desertores de Yave serán aniquilados. 29 Entonces se avergonzarán de los terebintos que tanto estiman, y de los bosques en que se deleitan, 30 y serán como terebinto despojado de su follaje, y como jardín que carece de agua. 31 Y su poderío será como estopa y su obra como centella, y arderán ambos juntamente, sin que nadie pueda apagar el fuego.

Gloria del Israel mesiánico.

2 1 Lo que vió Isaías, hijo de Amós, acerca de Judá y Jerusalén.

2 Pero sucederá a lo postrero de los tiempos (1), que el monte de la casa de Yave será confirmado por cabeza de los montes, y será ensalzado sobre los collados, y correrán a él todas las gentes, 3 y vendrán muchedumbres de pueblos, diciendo: Venid, subamos al monte de Yave, a la casa del Dios de Jacob, y él nos enseñará sus caminos, y nosotros iremos por sus sendas, porque de Sión ha de salir la ley y de Jerusalén la palabra de Yave. 4 El juzgará a las gentes y dictará sus leyes a numerosos pueblos, y de sus espadas harán rejas de arado, y de sus lanzas, hoces. No alzarán la espada gente contra gente, ni se ejercitarán en la guerra. 5 Venid, ¡oh casa de Jacob!, y caminemos a la luz de Yave.

6 Pues ciertamente has rechazado a tu pueblo, a la casa de Jacob, por estar llena de adivinos y hechiceros, como los filisteos, y haber pactado con los extranjeros. 7 Su tierra está llena de plata y de oro, sus tesoros no tienen fin, llena de caballos y carros sin número. 8 Está su tierra llena de ídolos, se prosternan ante la obra de sus manos, ante lo que sus dedos fabricaron.

9 Todo hombre será derribado, todo mortal humillado, no los perdonarás. 10 Meteos en los escondrijos de las peñas, escondeos en el polvo, ante la presencia aterradora de Yave, ante el fulgor de su majestad, cuando venga a castigar a la tierra. 11 Entonces serán abatidas las altivas frentes de los hombres, será humillada la soberbia humana, y sólo Yave será exaltado aquel día. 12 Porque llegará el día de Yave Sebaot, sobre todos los altivos y soberbios, sobre cuantos se ensalzan, para humillarlos; 13 sobre los altos y erguidos cedros del Líbano, sobre las robustas encinas de Basán, 14 sobre los montes soberbios y sobre los altos collados, 15 sobre las altas torres y sobre las fuertes murallas, 16 sobre las naves de Tarsis y sobre todo lo bello a los ojos, 17 y será abatida la altivez del hombre, y la soberbia humana humillada, 18 y sólo Yave se exaltará aquel día, y desaparecerán todos los ídolos.

19 Meteos en los escondrijos de las peñas, escondeos en el polvo, ante la presencia aterradora de Yave, ante el fulgor de su majestad, cuando venga a castigar a la tierra. 20 Aquel día arrojará el hombre entre topos y murciélagos, sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que se hizo para adorarlos, 21 y se meterá en las hendiduras de las peñas y en las cavernas de las rocas, ante la presencia aterradora de Yave y ante el fulgor de su majestad, cuando venga a castigar a la tierra. 22 Cesad de apoyaros sobre el hombre, cuya vida es un soplo. ¿Qué estima podéis tener de él?

Castigo de Judá.

3 1 Porque he aquí que el Señor Yave Sebaot quitará a Jerusalén y a Judá todo apoyo y sostén, el

(1) Justifica la transposición de este hermoso oráculo mesiánico la regla general que veremos observada en nuestro profeta y en los demás, de dar las esperanzas mesiánicas después de las amenazas y los castigos. Jerusalén es constituída foco de luz, centro de la religión divina, y las naciones atraídas hacia ella, corren deseosas de disfrutar de tanta dicha en la paz de Yave, que será el Rey y Juez de todos.

sostén del pan y el sostén del agua, 2 el guerrero, el hombre de armas, el juez, el profeta, el adivino y el anciano, 3 el jefe de cincuenta, el grande y el consejero, el mago y el hechicero. 4 Y les dará mozos por príncipes, y reinará sobre ellos el capricho, 5 y las gentes se revolverán los unos contra los otros, cada uno contra su vecino, y el mozo se alzará contra el anciano, y el villano contra el noble. 6 Y se echarán unos sobre otros, sobre su vecino, diciéndole: Tienes un manto en la casa de tu padre; ven y sé nuestro jefe, y toma en tus manos esta ruina. 7 Y el otro aquel día les responderá: No soy médico yo, y en mi casa no hay ni pan ni vestido, no quiero ser jefe del pueblo.

8 Sí, Jerusalén está al borde de la ruina, y caerá Judá, porque sus palabras y sus obras todas son contra Yave, para irritar los ojos de su majestad. 9 Sus frentes dan testimonio contra ellos, pues llevan como Sodoma sus pecados a la vista, no los disimulan. ¡Ay de ellos, que se acarrean su propia ruina!

10 Bienaventurado el justo, porque habrá bien, comerá el fruto de sus obras. 11 ¡Ay del impío!, porque habrá mal, recibirá el pago de las obras de sus manos.

12 Mi pueblo está oprimido por caprichosos, y se han apoderado de él exactores. Pueblo mío, los que te guían te descarrían, han torcido el camino por que ibas.

13 Yave está en pie para acusar, se alza para juzgar a los pueblos. 14 Yave vendrá a juicio contra los ancianos y los jefes de su pueblo, porque habéis devorado la viña, y los despojos del pobre llenan vuestras casas. 15 Porque habéis aplastado a mi pueblo, y habéis machacado el rostro de los pobres, dice el Señor, Yave Sebaot.

16 Dice Yave: Ya que tan orgullosas son las hijas de Sión, que van con la cabeza erguida y mirando con desvergüenza, pisando como si bailaran, y haciendo sonar las ajorcas de sus pies, 17 el Señor afeitará la cabeza de las hijas de Sión, y decalvará Yave sus frentes. 18 Aquel día quitará el Señor todos sus atavíos, 19 ajorcas, redecillas y lunetas, collares, pendientes, brazaletes, 20 cofias, cadenillas, cinturones, pomos de olor y amuletos, 21 anillos, arillos, 22 vestidos preciosos, túnicas, mantos, bolsitos, 23 espejos, velos, tiaras y mantillas. 24 Y en vez de perfumes, habrá hediondez; y en vez de cinturón, un cordel; y en vez de trenzas, calvicie; y en vez de vestido suntuoso, saco; y en vez de hermosura, vergüenza. 25 Y los hombres caerán a la espada y sus fuertes en la batalla. 26 Sus puertas se entristecerán y gemirán, y ella se sentará en tierra, desolada.

Gloria del resto salvado.

4 1 En aquel día, siete mujeres echarán mano a un hombre, diciendo: Comeremos de nuestro pan, nos vestiremos con nuestras ropas, pero que podamos llevar tu nombre, quita nuestro oprobio. 2 En aquel día será el renuevo de Yave gloria y ornato (1), y el fruto de la tierra, grandeza y honra de los que de Israel quedaren. 3 Y los restos de Sión y los sobrevivientes de Jerusalén serán llamados santos, y todos los hombres inscritos entre los naturales de Jerusalén, 4 cuando lave el Señor la inmundicia de los hijos de Sión, y limpie en Jerusalén las manchas de sangre, al viento de la justicia, al viento de la devastación; 5 cuando venga Yave sobre todo el monte de Sión, y sobre los lugares de sus asambleas, en nube y humo de día, y en resplandor de fuego y llama de noche; y habrá protección sobre toda gloria, 6 y tabernáculo para proteger contra el calor del día, y para refugio y abrigo contra el turbión y el aguacero.

La parábola de la viña.

5 1 Voy a cantar a mi amado el canto de la viña de sus amores: Tenía mi amado una viña en un fértil recuesto. 2 La cavó, la descantó y la plantó de vides selectas. Edificó en medio de ella una torre, e hizo en ella un lagar, esperando que le daría uvas, pero le dió agrazones. 3 Ahora, pues, vecinos de Jerusalén, juzgad entre mí y mi viña. 4 ¿Qué más podía yo hacer por mi viña que

(1) Después de vaticinar la devastación espantosa de Judá y Jerusalén, en castigo de sus injusticias y de su orgullo, acaba prometiendo días gloriosos de restauración para el pequeño resto, que recibirá la gracia del Señor después de haber escapado de la justicia vengadora.

no le hiciera? ¿Cómo, esperando que diese uvas, dió agrazones?
5 Voy, pues, a deciros ahora lo que haré de mi viña: Destruiré su albarrada, y será ramoneada. Derribaré su cerca, y será hollada. 6 Quedará desierta, no será podada ni cavada, crecerán en ella los cardos y las zarzas, y aun mandaré a las nubes que no llueven sobre ella. 7 Pues bien, la viña de Yave Sebaot es la casa de Israel, y los hombres de Judá son su amado plantío. Esperaba de ellos juicio, pero sólo hubo sangre vertida; justicia, pero sólo rebeliones.

Amenazas contra los perversos.

8 ¡Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos y campos, hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios en medio de la tierra! 9 A mis oídos ha llegado de parte de Yave Sebaot, que las muchas casas serán asoladas; las grandes y magníficas quedarán sin moradores. 10 Y diez yugadas de viña sólo producirán un *bat*, y un *jomer* de simiente sólo dará un *efa*.
11 ¡Ay de los que se levantan con el alba, para seguir la embriaguez, y se quedan por la noche hasta que el vino los enciende, 12 en cuyos banquetes hay arpas, cítaras, panderos, flautas y mucho vino, y no reparan en las obras de Yave, ni ven las obras de sus manos. 13 Por eso mi pueblo será llevado cautivo, sin que se dé cuenta, y sus grandes serán consumidos por el hambre, y su vulgo se secará de sed. 14 Por eso el sepulcro ensanchará su seno, y abrirá su boca sin medida. 15 Y el hombre será humillado, y abatidos los varones, y bajados los ojos altivos. 16 Y Yave Sebaot ensalzado en el juicio, y el Dios Santo santificado en la justicia. 17 Ovejas pacerán allí como en su pastizal y extranjeros devorarán las destruídas posesiones de los ricos.
18 ¡Ay de los que se arrastran el castigo con cuerdas de vanidad, y las penas del pecado como con coyundas de carro! 19 ¡Ay de los que dicen: Que venga pronto, que se dé prisa, que veamos la obra de sus manos, que venga, pues, y de una vez acabe su plan el Santo de Israel, y lo veamos nosotros!
20 ¡Ay de los que al mal llaman bien, que de la luz hacen tinieblas y de las tinieblas luz, y dan lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!
21 ¡Ay de los que son sabios a sus ojos, y son prudentes delante de sí mismos! 22 ¡Ay de los que son valientes para beber vino, y fuertes para mezclar licores; 23 de los que por cohecho dan por justo al impío, y quitan al justo su justicia!
24 Por eso, como la lengua del fuego devora el rastrojo, y como se consume en la llama la hierba seca, su raíz se tornará podredumbre, y su flor será arrebatada como el polvo. Porque han rechazado la ley de Yave Sebaot, y han despreciado la palabra del Santo de Israel. 25 Por eso se ha encendido la cólera de Yave contra su pueblo, y ha tendido contra él su mano, y le ha herido; y tiemblan los montes, y yacen los cadáveres en medio de los caminos, como estiércol. Mas con todo esto no se ha aplacado la cólera, su mano queda tendida.
26 Alzará pendón a gente lejana, y llamará silbando a los del cabo de la tierra, que vendrán pronto y velozmente. 27 No hay entre ellos cansado ni vacilante, ni dormido ni somnoliento, 28 no se quitan de sus lomos el cinturón, ni se desatan la correa de los zapatos. Sus flechas son agudas, y tensos sus arcos. Los cascos de sus caballos son de pedernal, y las ruedas de sus carros un torbellino, 29 su bramido es de león; ruge como cachorro de león, gruñe y arrebata la presa, y se la lleva, sin que nadie pueda quitársela. 30 Habrá aquel día un bramar contra ellos, como bramido del mar, mirará a la tierra y no habrá sino tiniebla y angustia, se oscurecerá la luz en los cielos.

Vocación de Isaías al ministerio profético.

6 1 El año de la muerte del rey Ozías vi al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus haldas henchían el templo (1). 2 Había

(1) Este capítulo nos cuenta la vocación de Isaías, el mismo año en que murió el rey Ozías, fecha que no podemos fijar. Yave se revela a su profeta como el Dios de la santidad, que, por lo mismo, la exige de su pueblo. «Sed santos, que yo soy santo, Yave, vuestro Dios», se repite muchas veces en el Levítico. Precisamente porque el pueblo no la tiene ni parece estar dispuesto a procurársela, por esto el Señor le amenaza con

ante él serafines, que cada uno tenía seis alas; con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, [3] y con las otras dos volaban, y los unos a los otros se gritaban y se respondían: ¡Santo, Santo, Santo, Yave Sebaot! ¡Está la tierra toda llena de su gloria!

[4] A estas voces temblaron las puertas en sus quicios, [5] y la casa se llenó de humo. Yo me dije: «¡Ay de mí, perdido soy!, pues siendo un hombre de impuros labios, que habita en medio de un pueblo de labios impuros, he visto con mis ojos al Rey, Yave Sebaot.» [6] Pero uno de los serafines voló hacia mí, teniendo en sus manos un carbón encendido, que con las tenazas tomó del altar, [7] y tocando con él mi boca, dijo: Mira, esto ha tocado tus labios, tu culpa ha sido quitada y borrado tu pecado.

[8] Y oí la voz del Señor, que decía: «¿A quién enviaré, y quién irá de nuestra parte?» Y yo le dije: Heme aquí, envíame a mí. [9] Y él me dijo: Ve y di a ese pueblo: Oíd y no entendáis, [10] ved y no conozcáis. Endurece el corazón de ese pueblo, tapa sus oídos, cierra sus ojos. Que no vea con sus ojos ni oiga con sus oídos, ni entienda su corazón, y no sea curado de nuevo. [11] Y yo dije: ¿Hasta cuándo, Señor? Y él respondió: Hasta que las ciudades queden asoladas y sin habitantes, y las casas sin moradores, y la tierra hecha un desierto. [12] Hasta que Yave arroje lejos a los hombres, y sea grande la desolación en la tierra. [13] Si quedare un décimo, será también para el fuego, como la encina o el terebinto cuyo tronco se abate.

Isaías y Ajaz.

7 [1] Sucedió en tiempo de Ajaz (1), hijo de Joatam, hijo de Ozías, rey de Judá, que Rasín, rey de Siria, y Pecaj, rey de Israel, subieron contra Jerusalén para combatirla, pero no pudieron tomarla. [2] Y tuvo noticia la casa de David de que Siria y Efraím se habían confederado, y tembló su corazón y el corazón del pueblo, como tiemblan los árboles del monte a impulsos del viento.

[3] Entonces dijo Yave a Isaías: Sal luego al encuentro de Ajaz, tú y tu hijo Sear-Jasub, al cabo del acueducto de la piscina superior, [4] camino del campo del batanero, y dile: Ponte en guardia, está tranquilo, no temas nada y ten firme corazón ante esos dos cabos de tizones humeantes, el furor de Rasín, el sirio, y del hijo de Romelia. [5] Ya que la Siria ha resuelto tu ruina, con Efraím y el hijo de Romelia, diciendo: [6] Marchemos contra Judá, apoderémonos de él, enseñoreémonos de él y démosle por rey el hijo de Tabel.

[7] He aquí lo que dice el Señor, Yave: Eso no se logrará, ni será así, [8] porque la cabeza de Siria es Damasco, y la cabeza de Damasco, Rasín, [9] y la cabeza de Efraím es Samaria, y la cabeza de Samaria el hijo de Romelia. Y si no tuviereis fe, no permaneceréis.

[10] Y dijo además Isaías a Ajaz: [11] Pide a Yave, tu Dios, una señal, o de abajo en lo profundo, o de arriba en lo alto. [12] Y contestó Ajaz: No la pediré, no quiero tentar a Yave. [13] Entonces dijo Isaías: Oye, pues, casa de David. ¿Os es poco todavía molestar a los hombres, que molestáis también a mi Dios? [14] El Señor mismo os dará por eso la señal: He aquí que la Virgen grávida está dando a luz un hijo y le llama Emmanuel (1). [15] Y se alimentará de leche y miel, hasta que sepa desechar lo malo y elegir lo bueno. [16] Pues antes que el niño sepa desechar lo malo y elegir lo bueno, la tierra por la cual temes de esos dos reyes será devastada. [17] Hará venir Yave sobre ti, sobre tu pueblo y sobre la casa de tu padre,

una completa devastación. Los versículos 9 y 10 deben mirarse como una figura de permisión. El Señor, como hastiado de su pueblo, envía a un profeta a endurecer al pueblo en el mal, no porque sea éste su intento al enviar a Isaías, sino porque va a ser el resultado del ministerio de éste, a causa de las malas disposiciones del pueblo.

(1) Los capítulos 7 a 12 forman el llamado *Libro del Emmanuel*, en el cual la amable figura del Niño aparece enlazada con la invasión asiria, que amenaza a Judá y que traerá la devastación tantas veces anunciada.

(1) Las dificultades de este vaticinio han sido sentidas desde antiguo, por la unión con que aparece ligado a la devastación asiria. Para darnos cuenta del lenguaje del profeta, habremos de suponer que habría tenido de Dios una muy alta revelación de Emmanuel, la cual le dejó tan impresionado, que no podía apartar el pensamiento de ella. Así, al anunciar la inminencia de la invasión asiria, toma por señal el mismo Niño, que si entonces naciera, antes de llegar a los años de la discreción, no tendría para alimentarse más que leche y miel. Estas abundarán mucho, porque toda la tierra devastada será pastizal para los ganados.

días cuales nunca vinieron desde que Efraím se separó de Judá. 18 Y en esos días silbará Yave a la mosca que está en los cabos del río de Egipto, y a la abeja que está en la tierra de Asiria, 19 y vendrán y se abatirán en masa sobre valles y torrentes, y sobre los huecos de las rocas y sobre los zarzales y sobre los matorrales todos. 20 En esos días afeitará el Señor con navaja alquilada del lado de allá del río, y rasurará las cabezas, los pelos del cuerpo, y quitará la barba.

21 En aquel día tendrá uno una vaca y dos ovejas, 22 y por la gran cantidad de leche que darán, comerá mantequilla, pues de mantequilla y miel se alimentarán todos los que quedaren en la tierra. 23 Y el lugar donde había mil viñas por valor de mil siclos de plata, 24 se cubrirá de cardos y de zarzas. Y se entrará allá con arco y saetas, pues toda la tierra será espinas y cardos. 25 Y a los montes que se cavaban y escardaban no se irá ya, por temor de las espinas y los cardos, quedarán para pasto de bueyes y para ser pisoteados por el ganado.

La destrucción de Samaria y de Damasco.

8 1 Díjome Yave: Toma una tabla grande, y escribe en ella 2 con grandes caracteres: A Maher-solal-jas-baz. Y tómame dos testigos fieles, Urías, el sacerdote, y Zacarías, hijo de Jaberequías. 3 Acerquéme a la profetisa, que concibió y parió un hijo, y Yave me dijo: Llámale Maher-solal-jas-baz, 4 porque antes que el niño sepa decir «padre mío, madre mía», las riquezas de Damasco y el botín de Samaria serán llevados por el rey de Asiria.

La invasión de Judá por los asirios.

5 Y me habló de nuevo Yave, y me dijo: 6 Por haber despreciado este pueblo las aguas de Siloé, que corren mansamente, y haber temblado ante Rasín y el hijo de Romelia, 7 va a traer contra él el Señor aguas de ríos caudalosos e impetuosos; al rey de Asiria, con todo su poder, que saltará todos sus diques y se desbordará por todas las riberas, 8 y llegando hasta Judá, le inundará y le cubrirá, llegándole el agua hasta el cuello. Y tendiendo sus brazos, cubrirá toda la tierra, ¡oh Emmanuel!

9 Aprended, pueblos, que seréis quebrantados; oíd, todos vosotros, los de lejanas tierras. Armaos, que vais a ser quebrantados; apercibíos, que seréis quebrantados. 10 Trazad planes, que serán deshechos; haced proyectos, que no se lograrán. Porque está Dios con nosotros.

11 Así me ha hablado Yave, mientras se apoderaba de mí su mano, y me advertía que no siguiese el camino de este pueblo. Me dijo: 12 No llaméis conjuración a lo que este pueblo llama conjuración. No tengáis miedo ni temor de lo que él teme, 13 a Yave Sebaot habéis de santificar, de él habéis de temer, de él tened miedo. 14 El será piedra de escándalo y piedra de tropiezo para las dos casas de Israel, lazo y red para los habitantes de Jerusalén. 15 Y muchos de ellos tropezarán, caerán, y serán quebrantados, y se enredarán en el lazo y quedarán cogidos.

16 Guardaré el testimonio, sellaré esta enseñanza para mis discípulos, 17 y esperaré a Yave, que oculta su rostro a la casa de Jacob. En él esperaré. 18 Henos aquí a mí y a mis dos hijos, que me dió Yave, como señales y presagios en Israel, de parte de Yave Sebaot, que mora en el monte de Sión. 19 Y todavía os dirán sin embargo: Consultad a los evocadores y a los adivinos, que murmuran y susurran: ¿No debe un pueblo consultar a sus dioses y a sus muertos, 20 sobre la suerte de los vivos, para conocimiento y testimonio? Seguramente eso es lo que os dirán.

Noche sin aurora, 21 tribulación y hambre invadirán la tierra, y enfurecidos por el hambre maldecirán a su rey y a su Dios. 22 Alzarán sus ojos arriba, luego mirarán a la tierra, pero sólo angustia y tinieblas, oscuridad y tribulación. Mas se pasará la noche, 23 y no habrá ya tinieblas para el pueblo que andaba en angustia (1).

---

(1) Conquistada Damasco (732), Teglatfalasar devastó el norte del reino de Samaria, devastación que el profeta nos pinta como una tormenta, a la que sucederá la luz, que traerá el maravilloso vástago de David, a quien nos retrata con manifiestos rasgos divinos. Los versículos 5, 26-30 que nos describen la invasión con la imagen de una tormenta podrían ser la introducción a este vaticinio.

Como al principio cubrió de oprobio a la tierra de Zabulón y a la tierra de Neftalí, a lo último llenará de gloria el camino del mar y la otra ribera del Jordán, la Galilea de las gentes.

Después del castigo, Israel será liberado por el Rey Mesías.

9 [1] El pueblo que andaba en tinieblas vió una luz grande; sobre los que habitaban en la tierra de sombras de muerte resplandeció una brillante luz. [2] Multiplicaste la alegría, has hecho grande el júbilo, y se gozan ante ti, como se gozan los que recogen la mies, como se alegran los que se reparten la presa. [3] Rompiste el yugo que pesaba sobre ellos, el dogal que oprimía su cuello, la vara del exactor, como en el día de Madián. [4] Y han sido echados al fuego, y devorados por las llamas, los zapatos jactanciosos del guerrero y el manto manchado de sangre. [5] Porque nos ha nacido un niño, nos ha sido dado un hijo, que tiene sobre su hombro la soberanía, y que se llamará Maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz, [6] para dilatar el imperio y para una paz ilimitada, sobre el trono de David y sobre su reino, para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y la justicia, desde ahora para siempre jamás. El celo de Yave Sebaot hará esto.

El castigo de los perversos.

[7] El Señor ha mandado palabra para Jacob, que ha caído en Israel, [8] y llegará a conocimiento de todo el pueblo, de Efraím y de los habitantes de Samaria. Los que en su soberbia y en su dureza de corazón se decían: [9] Han caído los ladrillos, pero edificaremos con sillares; han sido cortados los sicomoros, pero en su lugar pondremos cedros. [10] Yave fortalecerá contra ellos a sus enemigos, al ejército de sus enemigos. [11] La Siria al este, y los filisteos al oeste, que a boca llena devorarán a Israel. Ni con todo esto se aplacará su ira, antes erguirá todavía tendida su mano.

[12] Pero el pueblo no se ha vuelto al que le hería, no ha buscado a Yave Sebaot; [13] y Yave cortará de Israel la cabeza y la cola, el ramo y la caña en un mismo día. [14] Los ancianos, los grandes: he ahí la cabeza; el profeta, doctor de mentiras: he ahí la cola. [15] Porque los que guían al pueblo se descarrían, y los guiados van perdidos. [16] Por eso el Señor no se complace en sus mancebos, ni tiene piedad de sus huérfanos y sus viudas. Porque todos son impíos y malvados, y toda boca dice despropósitos. Ni con esto se aplaca su ira, antes seguirá todavía tendida su mano.

[17] Porque la iniquidad se ha encendido como fuego, que devora cardos y zarzas, y consume la maleza del bosque, subiendo el humo en remolinos. [18] Por el furor de Yave Sebaot se abrasará la tierra, y el pueblo será presa del fuego. [19] Despedazan a derecha, y se quedan con hambre; devoran a izquierda, y no se sacian. [20] Cada cual devora a su prójimo, y nadie se apiada de su hermano. Manasés contra Efraím, Efraím contra Manasés, y ambos a dos contra Judá. Ni con todo esto se aplaca su ira, antes seguirá todavía tendida su mano.

10 [1] ¡Ay de los que dan leyes inicuas y prescripciones tiránicas, [2] para apartar del tribunal a los pobres, y conculcar el derecho de los desvalidos, para despojar a las viudas, y robar a los huérfanos. [3] ¿Qué haréis el día de la visitación, del huracán que viene de lejos? ¿A quién os acogeréis, para que os proteja? ¿Qué será de vuestros tesoros? [4] De no ir curvados entre los cautivos, habrán caído entre los muertos. Ni con todo esto se aplaca la ira de Yave, antes seguirá todavía tendida su mano.

El reino de Asiria será destruído.

[5] ¡Ay de ti, Asur, vara de mi cólera, bastón de mi furor! [6] Yo le mandé contra una gente impía, le envié contra el pueblo objeto de mi furor, para que saquease e hiciera de él su botín, y le pisase como se pisa el polvo de las calles, [7] pero él no tuvo los mismos designios, no eran éstos los pensamientos de su corazón. Su deseo era desarraigar, exterminar pueblos en gran número. [8] Porque él dice: Reyes son todos mis príncipes.

9 ¿No ha sido esa la suerte de Calno,
la de Carquemis, la de Ibamot, no
ha sido la de Arpad y la de Samaria,
la misma de Damasco? 10 Así se apoderó mi mano de reinos de ídolos, más en
número que los de Jerusalén y Samaria. 11 ¿No podré hacer con Jerusalén y sus ídolos lo que hice con
Samaria y los suyos? 12 Pero sucederá,
que cuando el Señor haya realizado
toda su obra sobre el monte de Sión
y Jerusalén, castigará el Señor al rey
de Asiria, por el orgullo de su corazón y sus insolentes palabras. 13 El
dice: Con la fuerza de mi brazo he
hecho eso, con mi sabiduría y mi
prudencia, y borré las fronteras de
los pueblos, y saqueé sus tesoros, y,
todopoderoso, derribé a los que se
sentaban en los tronos. 14 Mi mano
ha cogido la riqueza de los pueblos,
como se coge un nido; como quien se
apodera de huevos abandonados, me
he apoderado yo de la tierra toda.
Y nadie sacudió las alas, ni abrió el
pico, ni dió un chillido. 15 ¿Se ensoberbece el hacha contra el que la maneja, la sierra contra el que la mueve? Como si la vara dirigiera al que
la levanta, o el bastón al que lo
lleva. 16 Mas por eso el Señor, Yave
Sebaot, herirá de flaqueza ese cuerpo
tan robusto. Y debajo de su gloria
encenderá un fuego, como fuego de
incendio. 17 Y la luz de Israel se
convertirá en fuego, y su Santo en
llama, para quemar y devorar en
un solo día sus cardos y sus espinas.
18 Y la hermosura de su bosque y
de su vergel quedará del todo destruída, 19 y los árboles que de su selva
queden serán tan pocos, que un niño
podrá contarlos.

Israel será liberado.

20 En aquel día el resto de Israel y los
sobrevivientes de la casa de Jacob no
se apoyarán ya sobre el que los hirió,
sino que se apoyarán con fidelidad en
Yave, el Santo de Israel. 21 Volverá un
resto, un resto de Jacob, al Dios fuerte.
22 Porque aunque fué tu pueblo,
Israel, tan numeroso como las arenas del mar, sólo un resto volverá.
Decretada está la destrucción, que
acarreará la justicia, 23 y este decreto
de destrucción lo ejecutará el Señor,
Yave Sebaot, en toda la tierra. Por
eso dice el Señor, Yave Sebaot:

24 Pueblo mío, que habitas en Sión,
no temas que Asur te hiera con la
vara y alce contra ti su bastón, como
el Egipto. 25 Dentro de poco tiempo,
dentro de muy poco, mi cólera llegará al fin, y mi furor los destruirá.
26 Yave Sebaot alzará contra ellos
el azote, como cuando hirió a Madián
en la roca de Horeb, y el mar con
su báculo, como lo levantó un día contra Egipto; 27 y en ese día se quitará
su peso de sobre tus espaldas y su
yugo de sobre tu cuello.

Inminencia de la invasión.

28 Ya avanza del lado de Rimón,
ha llegado a Ayot; pasa por Magrón,
y deja en Miqmas su impedimenta.
29 Han pasado el desfiladero, y durante la noche han acampado en
Gueba. 30 Rama está temblando,
Gaba de Saúl está en fuga; lanza
gritos, hija de Galim, escucha, Lais,
respóndele, Anatot. 31 Madmena huye,
los habitantes de Gabim han escapado. 32 Hoy todavía hace alto en
Nob, y alza su mano contra el monte
de la hija de Sión, contra el monte
de Jerusalén.

33 He aquí que Yave Sebaot desgajará con fuerza las ramas, las cimeras serán cortadas, y las altas
abatidas. 34 La madera del bosque
será cortada a hierro, y echados a
tierra los cedros del Líbano.

El reino del Mesías, reino de paz y universal.

11 1 Y brotará una vara del tronco
de Jesé, y retoñará de sus raíces
un vástago (1). 2 Sobre el que reposará el espíritu de Yave, espíritu de
sabiduría y de inteligencia, espíritu
de consejo y de fortaleza, espíritu
de entendimiento y de temor de Yave.
3 Y pronunciará sus decretos en el

(1) Otra vez, después de describirnos la invasión del asirio y la gloria y poder de éste, semejantes a un soberbio bosque, que, sin embargo, será destruído, lo contrapone al humilde renuevo del tronco de Jesé, sobre quien descansará el espíritu de Yave y que traerá la paz, no sólo a los restos de Judá, sino a todas las naciones que le buscarán. Este Espíritu se manifestará en formas varias que la Teología llama dones del Espíritu Santo, que se hallan en Cristo de un modo eminente, de otro modo en sus fieles.

temor de Yave. No juzgará por la vista de ojos, ni argüirá por oídas de oídos, [4] sino que juzgará en justicia al pobre, y en equidad a los humildes de la tierra. Y herirá al tirano con los decretos de su boca, y con su aliento matará al impío. [5] La justicia será el cinturón de sus lomos, y la fidelidad el ceñidor de su cintura. [6] Habitará el lobo con el cordero, y el leopardo se acostará con el cabrito, y comerán juntos el becerro y el león, y un niño pequeño los llevará. [7] La vaca pacerá con la osa, y sus crías se echarán juntas, y el león, como el buey, comerá paja. [8] El niño de teta jugará junto a la hura del áspid, y el recién destetado meterá la mano en la caverna del basilisco. [9] No habrá más ya daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque estará llena la tierra del conocimiento de Yave, como llenan las aguas el mar.

[10] En aquel día el renuevo de la raíz de Jesé se alzará como estandarte para los pueblos. Y le buscarán las gentes, y será gloriosa su morada. [11] En aquel día, de nuevo la mano del Señor redimirá al resto de su pueblo, a lo que reste de Asur y de Egipto, de Patros, de Cus, de Elam, de Senaar, de Hamat y de las islas del mar. [12] Alzará su estandarte para las naciones, y reunirá a los dispersos de Israel, y juntará a los dispersos de Judá, de los cuatro confines de la tierra; y ya Judá no será más enemigo de Efraím. [13] Y cesará la envidia de Efraím, y serán destruídos los enemigos de Judá. Y no envidiará ya más Efraím a Judá, y Judá no será más enemigo de Efraím. [14] Y se lanzarán contra la costa de los filisteos a occidente, y juntos saquearán a los hijos de oriente; Edom y Moab les servirán, y los hijos de Ammón les estarán sujetos. [15] Y secará Yave la lengua de mar de Egipto y levantará con fortaleza su mano sobre el río, y herirá sus siete brazos, que podrán pasarse a seco. [16] Y abrirá camino a los restos de su pueblo, a los que quedarán de Asur, como lo abrió para Israel el día de su salida de Egipto.

Cántico de liberación.

12 [1] Y aquel día dirás: Yo te alabo, Yave, porque te irritaste contra mí, pero se aplacó tu cólera, y me has consolado. [2] Este es el Dios de mi salvación, en él confío, y nada temo, porque mi fuerza y mi canto es Yave, él ha sido para mí la salud. [3] Sacaréis con alegría el agua de las fuentes de la salud, y diréis aquel día: [4] Alabad a Yave, cantad a su nombre, pregonad sus obras en medio de los pueblos, proclamad que su nombre es sublime. [5] Cantad a Yave, que hace cosas grandes, que lo sepa la tierra toda. [6] Cantad, jubilad, moradores de Sión, porque grande es en medio de vosotros el Santo de Israel.

Oráculo contra Babilonia.

13 [1] Oráculo sobre Babilonia, que vió Isaías, hijo de Amós (1). [2] Alzad bandera sobre lo alto de un monte desnudo, gritadles, hacedles señas con las manos, para que entren por las puertas de los príncipes. [3] Yo mando a mi ejército consagrado para la guerra, y llamo a mis valientes para ejecutar mi ira, a los que triunfan para mi gloria. [4] Murmullo de muchedumbres en los montes, ruido de muchas gentes, de reinos, de gentes reunidas. Yave Sebaot revista al ejército que va a combatir. [5] Viene de tierra lejana, de los confines de los cielos, Yave, con los instrumentos de su furor, para asolar la tierra toda.

[6] Lamentaos, que se acerca el día de Yave, que vendrá como azote del Todopoderoso, [7] y desfallecerán todos los brazos, y se helarán todos los corazones de los hombres. [8] Se llenarán de terror y de angustia, y de dolor se retorcerán como parturienta. Se mirarán con estupor unos a otros, y se encenderán en llama sus rostros.

[9] Lamentaos, porque se acerca el día de Yave, y cruel, con cólera y furor ardiente, para hacer de la tierra un desierto, y exterminar a los pecadores. [10] Las estrellas del cielo y sus luceros no darán su luz, y el sol se oscurecerá en naciendo, y la luna no hará brillar sus luz. [11] Yo castigaré al mundo por su crí-

(1) Este oráculo contra Babilonia es un modelo de los discursos contra las naciones. La justicia de Yave a todos alcanza. Las naciones poderosas son instrumento de su cólera; pero como al obrar se dejan llevar de su orgullo, habrán de caer bajo la justicia divina. Dios lo anuncia para consuelo de los oprimidos.

menes, y a los malvados por sus iniquidades. Yo haré cesar la insolencia de los soberbios, y abatiré la altivez de los opresores. 12 Yo haré que sean los hombres más escasos que el oro fino, más que el oro de Ofir. 13 Yo haré estremecer a los cielos, y temblará la tierra en su lugar, ante la indignación de Yave Sebaot, el día del furor de su ira.
14 Entonces, como cierva asustada, como ovejas sin pastor, se irá cada uno a su pueblo, huirá cada uno a su tierra. 15 Cuantos fueren habidos serán degollados, cuantos fueren cogidos caerán a la espada. 16 Sus hijos serán estrellados a sus ojos, sus casas incendiadas, sus mujeres violadas. 17 Yo despertaré contra ellos a los medos, que no se cuidan de la plata ni codician el oro. 18 Y los arcos... aplastarán a los mancebos, y no harán gracia al fruto del vientre, ni tendrán sus ojos piedad de los niños. 19 Entonces Babilonia, la flor de los reinos, ornamento de la soberbia de los caldeos, será como Sodoma y Gomorra, las que destruyó Dios. 20 No volverá ya jamás a ser habitada ni poblada en los siglos venideros. No alzará allí el árabe su tienda, ni se apacentarán allí ganados. 21 Morarán allí las fieras, y los buhos llenarán sus casas. Habitarán allí los avestruces, y harán allí los sátiros sus danzas. 22 En sus palacios aullarán los chacales, y los lobos en sus casas de recreo. Está para llegar su tiempo, no se alargarán mucho sus días.

Promesa de liberación, y canto triunfal.

14 1 Yave se apiadará de Jacob, todavía escogerá a Israel, y los establecerá en su tierra. A ellos se unirán extranjeros, se unirán a la casa de Jacob. 2 Los tomarán los pueblos, y los llevarán a su lugar, y la casa de Israel los tendrá por siervos y siervas en la tierra de Yave. Cautivarán a los que los habían cautivado, y dominarán a los que los dominaron. 3 Entonces, el día en que Yave te dará el reposo de tus fatigas, de tus penas y de la dura servidumbre a que estuviste sometido, 4 cantarás este canto contra el rey de Babilonia, y dirás:
¿Cómo se acabó el opresor, y pasó la vejación? 5 Rompió Yave la vara de los impíos, el cetro de los tiranos. 6 El que castigaba a los pueblos con furor, sin cansarse de fustigar, el que en su cólera subyugaba a las naciones bajo un yugo cruel. 7 Toda la tierra está en paz, toda en reposo y en cantos de alegría. 8 Hasta los cipreses se alegraron de tu ruina, con los cedros del Líbano. Desde que tú quedaste inmóvil nadie sube ya a abatirnos. 9 El sepulcro mismo se conmueve en sus profundidades, para salir a recibirte, y despierta a las sombras de los grandes de la tierra, y hace dejar sus tronos a todos los reyes del orbe.
10 Y todos a voces te dicen: ¿También tú, también tú te debilitaste como nosotros, y has venido a ser uno de tantos? 11 Ha bajado al sepulcro tu gloria al son de arpas; los gusanos serán tu lecho, y gusanos serán tu cobertura. 12 ¿Cómo caíste del cielo, lucero brillante, hijo de la aurora? Echado por tierra el dominador de las naciones. 13 Tú, que decías en tu corazón: Subiré a los cielos; en lo alto, sobre las estrellas de Dios, elevaré mi trono. Me instalaré en el monte santo, en las profundidades del aquilón. 14 Subiré sobre la cumbre de las nubes y seré igual al Altísimo. 15 Al sepulcro es a donde has bajado, a las profundidades del abismo.
16 Para verte mejor, se detienen y te contemplan, diciéndose: ¿Es éste el que hacía temblar a la tierra, el que trastornaba los reinos, 17 el que hacía del mundo un desierto, devastaba las ciudades y no liberaba a sus cautivos? 18 Todos los reyes de las naciones reposan con honor, cada uno en su morada; 19 pero tú has sido arrojado a tu sepulcro, como un vil tronco, como un despojo de muerto a la espada, que se tira en un montón de piedras, como cadáver que se pisotea con los pies. 20 Tú no tendrás con ellos sepultura, porque mataste a tu pueblo. No se hablará ya jamás de la raza del impío.
21 Aparejaos para la matanza de los hijos, por la impiedad del padre. No se levanten para conquistar la tierra y llenar el mundo de ruinas. 22 Yo me alzaré contra ellos, dice Yave Sebaot, yo aniquilaré a Babilonia, y raeré su nombre y sus restos, su raza y su germen, dice Yave. 23 Yo la haré hura de erizos y fangosa charca, y la barreré con la es-

coba de la destrucción, dice Yave Sebaot.

Oráculo contra Asiria.

24 Yave Sebaot lo ha jurado, diciendo: Sí, lo que yo he decidido llegará, lo que yo he resuelto se cumplirá. 25 Yo romperé al asirio en mi tierra, y se les quitará de encima su yugo, y arrojarán su carga de sobre sus espaldas, 26 he ahí la resolución tomada contra toda la Asiria, he ahí la mano tendida contra todos los pueblos. 27 Yave Sebaot ha tomado esta resolución, ¿quién se le opondrá? Tendida está su mano, ¿quién la apartará?

Oráculo contra la Filistea.

28 El año de la muerte del rey Ajaz se dió este oráculo: 29 No te alegres tú, Filistea toda, por haberse roto la vara que te hería, porque de la raza de la serpiente nacerá un basilisco, y su fruto será un dragón volador. 30 Los hijos de los pobres se apacentarán en mis pastos, y los humildes dormirán seguros. Yo haré morir de hambre a tu raza, y destruiré lo que de ti queda. 31 Gime, ¡oh puerta! grita, ¡oh ciudad!, cae desfalecida la Filistea toda. Viene del aquilón una humareda, viene el enemigo en apretados haces, 32 ¿y qué se responderá a los mensajeros de las naciones? Yave fundó a Sión, y a ella se acogerán los desvalidos de su pueblo.

Oráculo contra Moab.

15 1 Oráculo sobre Moab.
Ved, atacado de noche, Ar-Moab está en ruinas; atacado durante la noche, está en ruinas Quir-Moab. 2 La gente de Dibón ha subido a los altos para llorar, y Moab se lamenta por Nebo y por Madaba. Todas las cabezas están rasuradas, todas las barbas afeitadas. 3 Salen por las calles vestidos de saco, por los terrados, por las plazas; todos se lamentan, todos lloran.

4 Hesebón y Eleale lanzan gritos, cuyos ecos se oyen hasta Jahas. Moab siente desfallecer sus riñones, y su alma desmaya. 5 Salen gritos del corazón de Moab, sus huídos llegan a Segor, a Eglat-Silisiya. Suben llorando la cuesta de Luhit, van dando gritos de angustia por el camino de Horonaim.

6 Se han secado las aguas de Nimzim, se ha secado el heno, se ha marchitado la hierba, todo verdor ha desaparecido. 7 Llévense sus bienes y sus provisiones al otro lado del torrente de los sauces. 8 El llanto rodea las fronteras de Moab, los lamentos llegan hasta Eglaim, y hasta Beer-Eliza los alaridos. 9 Porque las aguas de Dimón están llenas de sangre, y todavía mandaré sobre Dimón nuevos males. Un león para los escapados de Moab, y para los sobrevivientes de la tierra.

16 1 Enviad la hija del Señor de la tierra desde las rocas del desierto al monte de Sión (1). 2 Como aves que espantadas huyen de su nido, así van las hijas de Moab por los vados del Arnón. 3 Resuelve, decide, haz sombra como de noche en pleno mediodía, para ocultar a los desterrados; no entregues a los fugitivos. 4 Esconde dentro de ti a los desterrados de Moab, protégelos del devastador, hasta que acabe la invasión, cese la destrucción, y deje la tierra el invasor.

5 El trono se afirmará por la clemencia; y sobre ese trono se sentará siempre, en la tienda de David, un juez celoso de la justicia, y sabio en discernir el derecho. 6 Bien sabemos lo soberbio que es Moab, el orgulloso, su arrogancia, su orgullo, su insolencia, su palabrería. 7 Por eso, lamentese Moab por Moab, sean todo lamentos; suspiren profundamente conmovidos por las tortas de uvas pasas de Quir-Hareset; 8 las naciones han pisoteado la viña de Sibma, cuyas ramas se extendían hasta Jazer, cuyos sarmientos llegaban hasta muy lejos, y pasaban el mar. 9 Por eso uno mis llantos a los llantos de Jazer por la viña de Sibma, y os riego con mis lágrimas, Hesebón y Eleale, sobre cuyos frutos y cosechas estallaba el grito del lagarero. 10 Ya no hay gozo

(1) No todos los vaticinios sobre las naciones extranjeras son amenazas. Los capítulos 15 y 16 tratan de una invasión de Moab, sin duda por los asirios. El profeta muestra la benevolencia de Jerusalén hacia los invadidos descendientes de Lot, y manda que envíen la población moabita a Sión, donde encontrarán un refugio contra el invasor.

y alegría en tus vergeles, ya no hay cantos ni gritos de júbilo en las viñas, ya no se pisa el vino en los lagares, ya cesaron los gritos del lagarero. 11 Por eso mis entrañas vibran como un arpa por Moab, y mi corazón por Quir-Hares.

12 Verán a Moab subir con fatiga a sus altos, y entrar en sus santuarios para pedir y no obtener nada. 13 Esta es la palabra que sobre Moab pronunció Yave en otro tiempo; 14 y ahora dice esto Yave: Dentro de tres años, como son los años del jornalero, será abatida la soberbia de Moab, con toda su gran arrogancia, y quedará de ella bien poco, casi nada.

Oráculo sobre Damasco.

17 1 Oráculo sobre Damasco (1).
Ved a Damasco, borrada del número de las ciudades. No es más que un montón de ruinas. 2 Sus ciudades, desiertas para siempre, sirven de majada a los ganados. Allí duermen sin que nadie los espante. 3 Ya no hay ayuda para Efraím, ya no existe el reino de Damasco. Y del resto de Aram y de su gloria, será lo que de la gloria de los hijos de Israel, dice Yave Sebaot. 4 Será en aquel tiempo atenuada la gloria de Jacob, y enflaquecerá su bien nutrido cuerpo. 5 Como cuando el segador siega la mies, y coge las espigas con su mano; 6 como cuando se espiga en el valle de Refaím; como cuando se hace el rebusco después de cosechada la aceituna; dos o tres granos en la cima de la copa, cuatro o cinco en las ramas del árbol, dice Yave, Dios de Israel.

7 Aquel día se volverá el hombre a su Hacedor, sus ojos mirarán al Santo de Israel. 8 No mirará a los altares de las obras de sus manos, no se volverá a los que hicieron sus dedos, a los aseras, ni a las imágenes del sol. 9 Aquel día serán tus ciudades fortificadas, como las ciudades fuertes de los amorreos y los jeveos; 10 abandonadas al acercarse los hijos de Israel, serán tierra devastada. Porque te olvidaste del Dios de tu salud, y no te acordaste del que era tu fortaleza. Para eso plantaste los jardines de Adonis, y pusiste en ellos los pámpanos de un dios extraño. 11 El día mismo en que los plantabas los veías crecer, y al día siguiente todas las plantas tenían flores; pero la cosecha ha sido nula para el día de la angustia, y el dolor es irremediable.

12 ¡Ah! Ruido de muchedumbres innumerables, como el estruendo del mar; tumulto de naciones, como el estrépito de aguas copiosísimas. 13 Los amenaza él, y huyen lejos, ahuyentados como el tamo de los limpiadores, arrebatado del viento, como el polvo arrebatado por huracanado torbellino. 14 A la hora de la tarde será el espanto, y a la mañana habrán desaparecido. Esa será la suerte de los que nos aplastan, la suerte de los que nos saquean.

(1) Oráculo contra Damasco, subyugada por los asirios, de quienes no la pudieron librar sus ídolos. Isaías, lleno el espíritu de los tiempos mesiánicos, ve el día en que también Damasco reconocerá al Señor y se volverá al Santo de Israel.

Oráculo sobre Etiopía.

18 1 ¡Ay de la tierra del zumbido de alas, de tras los ríos de Cus! 2 La que envía mensajeros por el mar, en naves de juncos sobre las aguas. Id volando, mensajeros, al pueblo de elevada talla y piel brillante, a la nación temible y lejana, 3 a la nación fuerte y conquistadora, cuya tierra está surcada de ríos. Todos vosotros, los moradores del mundo, los habitantes de la tierra, cuando sobre el monte se alce la bandera, mirad. Cuando oigáis sonar la trompeta, escuchad.

4 Porque he aquí lo que me ha dicho Yave (1):

Yo miro tranquilo mi morada,
como calienta sereno un sol brillante,
como nube de rocío en el calor de la vendimia. 5 Porque antes de la vendimia, cuando hayan caído las flores, y los frutos se hayan hecho maduros racimos, se podarán los sarmientos con la podadera, y aun serán quitadas, arrancadas las cepas. 6 Y se dejarán a merced de los buitres de los montes y de las bestias del llano.

(1) Otro oráculo contra los etíopes, que dominaban en Egipto y eran la esperanza de muchos israelitas contra Asiria. Senaquerib los venció en Altacu, obligándolos a volverse a su tierra, donde más tarde los perseguirían los asirios. También aquí el profeta entrevé el día feliz en que este pueblo vendrá a ofrecer sus dones a Yave en su monte de Sión, lo que es anunciar los tiempos mesiánicos.

Allí pasarán los buitres el verano,
y las bestias del llano el invierno.
7 En aquel tiempo traerán ofrendas a Yave Sebaot, del pueblo de
alta talla y piel brillante, del pueblo
temible, lejano, de la nación fuerte
y conquistadora, cuya tierra está
surcada de ríos, a la morada del
nombre de Yave Sebaot, al monte
de Sión.

Oráculo sobre Egipto.

19 1 Oráculo sobre Egipto (1).
2 Ved cómo Yave, montado
sobre ligera nube, llega al Egipto.
Ante él tiemblan todos los dioses de
Egipto, y el corazón del Egipto se
queda helado de espanto. 3 Yo ar-
maré a egipcios contra egipcios, y
lucharán hermanos contra hermanos,
amigos contra amigos, ciudad contra
ciudad, reino contra reino. Y el
Egipto perderá su espíritu, y se con-
fundirán sus consejos, preguntarán
a sus ídolos y a sus magos, a sus evo-
cadores y adivinos.
4 Yo entregaré al Egipto en manos
de un dominador cruel; un rey duro
se adueñará de ellos, dice el Señor,
Yave Sebaot. 5 Las aguas del mar
se agotarán, y el río se consumirá,
se secará. 6 Los canales se estancarán,
los canales del Egipto bajarán y se
secarán; juncos y cañas se doblarán.
7 Los prados del Nilo, a las riberas
del río, cuanto el Nilo hace crecer,
se secará, caerá, morirá. 8 Gemirán y
se lamentarán los pescadores, cuantos
echan en el Nilo sus anzuelos y cuan-
tos tienden sus redes en las aguas
estarán desesperados.
9 Los que trabajan el lino estarán
consternados; peinadoras e hilado-
ras, desconcertadas. 10 Los tejedores,
afligidos, y todos los obreros en la
mayor desolación.
11 Los príncipes de Zoán son del
todo locos; el consejo de los conse-
jeros de Faraón es consejo necio.
¿Cómo decís al Faraón: Somos hijos
de sabios, hijos de los antiguos reyes?
12 ¿Dónde están, pues, tus sabios?
Dígante ahora y hágante saber lo
que Yave Sebaot ha determinado
sobre Egipto. 13 Los príncipes de
Zoán son del todo locos, los prín-
cipes de Nof van errados, los jefes
de familias engañan a Egipto. 14 Yave
ha derramado sobre ellos un espí-
ritu de vértigo, y descarrían al Egipto
en cuanto hace, como desatina el
borracho en su borrachera.
15 No le saldrá bien al Egipto cosa
alguna, haga cabeza o haga cola,
haga palma o haga junco. 16 Aquel
día serán los egipcios como mujeres,
se aterrarán y temblarán ante la
mano de Yave Sebaot, tendida contra
ellos. 17 Entonces la tierra de Judá
será para el Egipto motivo de es-
panto, y quienquiera le oiga nombrar,
se asombrará de los designios de
Yave Sebaot acerca de él. 22 Pues
Yave castigará al Egipto, hiriendo
y sanando, y se convertirán a Yave,
que se dejará mover a compasión,
y lo curará. 21 Yave hará que los
egipcios le conozcan, y el Egipto
conocerá aquel día a Yave, y le ofre-
cerán sacrificios y oblaciones, y harán
votos a Yave, y los cumplirán.
18 En aquel día habrá en tierra de
Egipto cinco ciudades que hablarán
la lengua de Canán, y jurarán por
Yave Sebaot, y de ellas una se lla-
mará la Ciudad del Sol. 19 Aquel
día habrá en tierra de Egipto altar
para Yave, y en sus fronteras estelas
de Yave. 20 Esto será para Yave
Sebaot señal y testimonio en la
tierra de Egipto, y cuando clamen a
Yave en sus tribulaciones, Yave les
mandará un salvador, un vengador
que los librará. 23 Y aquel día habrá
camino de Egipto a Asiria, y el
asirio irá a Egipto, y el egipcio a
Asiria. Y egipcios y asirios servirán
a Yave. 24 Aquel día Israel será terce-
ro con el Egipto y la Asiria, como
bendición en medio de la tierra.
25 Bendición de Yave Sebaot, que
dice: Bendito mi pueblo de Egipto;
Asiria, obra de mis manos; e Israel,
mi heredad.

Oráculo sobre Egipto y Etiopía.

20 1 El año en que el Tartán vino
a Azoto (1), mandado por
Sargón, rey de Asiria y combatió a

(1) El tema es la invasión de Egipto por los asirios, como en el vaticinio anterior; pero aquí el pensamiento mesiánico está más desarrollado. Egipto acudirá a rendir culto a Yave, y las dos naciones enemigas, Asiria y Egipto, harán las paces, siendo Israel la mediadora, y todos tres recibirán las bendiciones del Señor.

(1) En 711, Azoto se levantó contra Asiria, confiada en el auxilio del Egipto. El ejército de Asiria la sometió, haciéndola sufrir un duro cas-

Azoto y la tomó, [2] habló Yave por Isaías, hijo de Amós, diciendo: Ve, quítate de los lomos el saco y descálzate los pies. Hízolo así Isaías, andando desnudo y descalzo; [3] y dijo Yave: Como anduvo Isaías, mi siervo, desnudo y descalzo tres años, señal y pronóstico sobre Egipto y sobre Etiopía, [4] así llevará el rey de Asiria la cautividad de Egipto y la transmigración de Etiopía, de mozos y viejos, desnudos y descalzos, al aire las nalgas, vergüenza de Egipto. [5] Y los que contaban con Etiopía y se enorgullecían de Egipto quedarán consternados y confusos; [6] y los moradores de esta tierra dirán: Mirad a los que eran nuestra esperanza, a los que pensábamos acogernos para que nos sirvieran de refugio y protección contra el rey de Asiria. ¿Cómo escaparemos nosotros?

Oráculo sobre Babilonia.

21 [1] Oráculo sobre el desierto del mar.

Como del mediodía el huracán desencadenado, viene también esto del desierto, de la tierra espantosa. [2] Me ha sido mostrada una terrible visión: saqueadores saqueando; asoladores asolando. Lánzate, Elam. Asediad, medos, sin piedad. [3] Mis entrañas se han llenado de angustia, y soy presa de dolores como de parturienta, Aturdido, ya no oigo; espantado, ya no veo. [4] Pasmóse mi corazón, el terror me invadió, la plácida noche me llena de espanto.

[5] Han puesto la mesa, han tendido el mantel, comen, beben. ¡Arriba príncipes! ¡A engrasar el escudo! [6] Porque ved lo que me ha dicho el Señor: Ve, pon uno en atalaya que comunique lo que vea. [7] Si ve un tropel de caballos, de dos en dos, un tropel de asnos, un tropel de camellos, [8] que mire atentamente, muy atentamente, y que grite: Ya los veo. Así estoy yo, Señor, en atalaya, sin cesar todo el día, y me quedo en mi puesto toda la noche.

[9] Llegan tropeles de gentes, caballos de dos en dos, se alza una voz, y dice: ¡Cayó! ¡Babilonia ha caído! Todas las imágenes de sus dioses yacen por tierra destrozadas. [10] ¡Oh pueblo mío! pisado, trillado como la mies, yo te comunico de parte de Yave Sebaot, Dios de Israel, lo que vi.

Oráculo sobre Edom.

[11] Oráculo sobre Edom.

Danme voces desde Seir: Vigilante, ¿qué hay de la noche? Vigilante, ¿qué hay de la noche? [12] El vigilante responde: Viene la mañana, viene también la noche. Preguntad, si queréis, volved a preguntar.

Oráculo sobre la Arabia.

[13] Oráculo sobre Arabia.

Pasad la noche en un monte del desierto, corazones de Dedán. [14] A los que tengan sed, llevadles agua; habitantes de la tierra de Tema, dad pan a los fugitivos. [15] Porque van huyendo de la espada, ante la espada desenvainada, ante los tensos arcos, ante los horrores de la guerra. [16] Pues he aquí lo que me ha dicho el Señor: Dentro de un año, como [17] año de jornalero, se acabará toda la gloria de Cedar. Quedarán muy pocos de los valientes arqueros de Cedar. Lo dice Yave, Dios de Israel.

Oráculo sobre Jerusalén.

22 [1] Oráculo sobre el valle de la Visión.

[2] ¿Qué tienes para subirte así toda a los terrados, ciudad turbulenta, llena de tumulto, ciudad de alborotos? Tus heridos no son heridos a la espada, no han muerto en el combate. [3] Tus jefes han huído todos a la vez, han sido apresados sin la defensa del arco. Todos tus guerreros han sido cogidos en masa, huían lejos, muy lejos.

[4] Por eso digo: Apartaos de mí, dejadme verter amargas lágrimas, no me importunéis con vuestros consuelos, por la ruina de mi pueblo. [5] Porque es día de alboroto, de angustia y de confusión, de parte de Yave Sebaot. En el valle de la Visión derrumbamiento de murallas, griterío en la montaña.

[6] Elam ha cogido su aljaba, Aram

---

tigo, con gran confusión de quienes les habían prometido ayuda. El Señor manda a su profeta que vaya descehido y descalzo por las calles de Jerusalén, para dar a entender a los compatriotas que en Egipto ponían su confianza cuán frágil era el bastón en que querían apoyarse.

ha montado a caballo, Quir ha sacado el escudo. [7] Tus hermosos valles están llenos de carros, acampan los jinetes a sus puertas. [8] Cayó el velo que cubría a Judá, y en tal día miras a los arsenales de la casa del bosque, [9] y examinas las numerosas brechas abiertas en la ciudad de David, y recoges las aguas del estanque inferior. [10] Cuentas las casas de Jerusalén, y derribáis para fortalecer las murallas. [11] Y hacéis foso entre los dos muros, con las aguas de la piscina vieja; pero no miráis al que ha dispuesto estas cosas, no veis al que de mucho ha las preparó.

[12] El Señor, Yave Sebaot, os invita en ese día a llorar, a gemir, a rasurar la cabeza, a ceñir el saco. [13] Pero en vez de eso hay júbilo y alegría, matanza de bueyes y de ovejas, comilonas y borracheras. Dicen: Comamos y bebamos, que mañana moriremos. [14] Yave Sebaot me lo ha revelado: Este pecado no os será perdonado hasta la muerte, dice Yave Sebaot.

[15] Así dice Yave Sebaot: Ve a ese cortesano, a Sobna, mayordomo del palacio (1). [16] ¿Qué tienes tú aquí o a quién tienes tú aquí, para labrarte aquí sepulcro? Se está labrando sepulcro en la altura, se talla una morada en la roca. [17] Pero Yave te lanzará con fuerte golpe, te echará a rodar con ímpetu, como una bola a tierra extensa, donde morirás. [18] Allí morirás, allí tendrás tu glorioso sepulcro, ¡oh vergüenza de la casa de tu señor! [19] Yo te echaré de tu puesto, Yave te arrancará de tu lugar.

[20] Aquel día llamaré yo a mi siervo Elyaquim, hijo de Hecías, [21] y le revestiré de tu túnica, y le ceñiré con tu cinturón, y pondré en sus manos el poder. El será un padre para los habitantes de Jerusalén y para la casa de Judá. [22] Pondré sobre su hombro la llave de la casa de David; abrirá y nadie cerrará, cerrará y nadie abrirá. [23] Le hincaré como clavo en lugar firme, y será honrosa silla de la casa de su padre. [24] Será el sostén de toda la gloria de la casa de su padre, de hijos y nietos, de todos los utensilios, de vasos y fuentes. [25] Aquel día, dice Yave Sebaot, el clavo que estuvo hincado en lugar firme será arrancado, y caerá roto, y el peso que de él pendía se perderá, pues así lo dice Yave.

(1) Este fragmento es una invectiva contra el prefecto del palacio, Sobna, que debía de oponerse a la acción del profeta. Este le anuncia su caída y la sustitución por otro, Eliacín, que tendrá una conducta muy otra de la de Sobna.

Oráculo sobre Tiro.

23 [1] Oráculo sobre Tiro (1).
Gemid, naves de Tarsis. Vuestro puerto está destruído. A la vuelta de la tierra de Quitim les dieron la noticia. [2] Los habitantes de la costa del mar están estupefactos. El mercader fenicio que atraviesa los mares [3] cuyos mensajeros van sobre la muchedumbre de las aguas, cuya cosecha era el trigo de Sijor, cuya ganancia la feria de los pueblos.

[4] Avergüénzate, Sidón, pues el mar te dice, te dice la fortaleza del mar: No has sido madre, no has parido, no has criado hijos, no has educado hijas. [5] Cuando el Egipto sepa la noticia, temblarán, al conocer la caída de Tiro.

[6] Pasaos a Tarsis, lamentaos, moradores de la costa. [7] ¿Es ésta vuestra ciudad alegre, la de antiguo origen, que iba con sus pasos a lejanas regiones? [8] ¿Quién decretó tal cosa contra Tiro, la coronada, cuyos mercaderes eran príncipes, cuyos negociantes eran grandes de la tierra? [9] Yave Sebaot lo decretó, para abolir la soberbia orgullosa, para humillar del todo a los grandes de la tierra.

[10] Pasa a tu tierra, hija de Tarsis, que tu puerto no existe ya. [11] Yave tendió su mano sobre el mar, e hizo temblar a los reinos, y ordenó la destrucción de las fortalezas de Canán. [12] Dijo: No te regocijes, Fenicia, virgen deshonrada. Levántate y vete a la tierra de Quitim, que ni aun allí habrá reposo para ti. [13] Mira la tierra de los caldeos, que ha entregado él a fieras salvajes; alzaron sus torres,

(1) La grande y rica ciudad comercial de Tiro es objeto de muchos vaticinios proféticos. En los conatos de liberación emprendidos por los príncipes de Canán y Siria, Tiro tenía una parte principal y, por lo mismo, tuvo que sufrir los ataques asirios. Pero lo más interesante del oráculo es su conclusión. Lleno de la idea mesiánica el ánimo del profeta, anuncia para después de una generación, setenta años, la restauración de Tiro, que volverá a su tráfico, y entonces todas las ganancias adquiridas en el comercio y profanadas con el culto de los ídolos serán consagradas al Señor para alimentar y vestir a quienes le sirven.

edificaron sus palacios, pero él los convirtió en ruinas.
14 Gemid, naves de Tarsis, que vuestro puerto ha dejado de existir.
15 Sucederá aquel día, que Tiro quedará en olvido setenta años, los años de la vida de un rey; y al cabo de setenta años será Tiro como dice el canto de la cortesana: 16 Coge la cítara, y recorre la ciudad, ramera olvidada; toca lo mejor que sepas, y canta bien alto, a ver si se acuerdan de ti.
17 Y al cabo de setenta años, visitará Yave a Tiro, y ésta recibirá de nuevo su merced, y se prostituirá a todos los reinos del mundo, sobre la superficie de la tierra; 18 pero su merced y sus ganancias serán consagradas a Yave; no serán guardadas ni atesoradas, sino que serán para los que habitan ante Yave, para nutrirlos abundantemente y vestirlos espléndidamente.

Devastación universal.

24 1 He aquí que Yave devasta la tierra, la convierte en un desierto (1). Trastorna la superficie de la tierra y dispersa a sus habitantes, 2 lo mismo al pueblo que al sacerdote, al siervo y a su amo, a la criada y a su señora, al que compra y al que vende, al que presta y al que toma prestado, al acreedor y al deudor.
3 La tierra será devastada, entregada al pillaje; lo decretó Yave.
4 La tierra está desolada, marchita, el mundo perece, languidece, perece el cielo con la tierra. 5 La tierra está profanada por sus moradores, que traspasaron la ley, falsearon el derecho, rompieron la alianza eterna.
6 Por eso, la maldición consume la tierra, y sus moradores llevan sobre sí las penas de sus crímenes. Por eso los moradores de la tierra son consumidos y reducidos a corto número.
7 Y se pierde el vino, y enferma la vid, y suspiran cuantos antes se regocijaban. 8 Y ha cesado la alegría de los panderos, y se acabó el estrepitoso regocijo y el alegre sonar del arpa. 9 Ya no beben el vino entre cantares, y las bebidas son amargas al que las bebe. 10 Y están las ciudades desiertas, en ruinas, cerradas las casas, sin que nadie entre en ellas.
11 Laméntanse por las calles: Ya no hay vino, cesó todo gozo, desterróse de la tierra la alegría. 12 La ciudad ha quedado en soledad y las puertas, abatidas, en ruinas. 13 porque está la tierra, están los pueblos, como cuando se sacude el olivo, como cuando se hace el rebusco después de la vendimia.
14 Alzan sus voces, lanzan gritos de alegría desde las orillas del mar, cantan la majestad de Yave. 15 Glorifican a Yave en las islas, en las islas del mar, el nombre de Yave, Dios de Israel. 16 Oyese cantar desde los confines de la tierra: ¡Gloria al Justo! Pero yo en mi tristeza digo: ¡Ay de los impíos!
17 Terror, hoya, red, sobre ti, habitante de la tierra; 18 el que escape al terror, caerá en la hoya; el que escape a la hoya, se enredará en la red. Abrense las cataratas en lo alto, y tiemblan los fundamentos de la tierra. 19 La tierra se rompe con estrépito, retiembla, salta en pedazos.
20 Tiembla como un ebrio, vacila como una choza, pesan sobre ella sus pecados, y caerá para no volver a levantarse. 21 Entonces, aquel día, visitará Yave la milicia de los cielos en la altura, y abajo a los reyes de la tierra. 22 Y serán encerrados, presos en la mazmorra, quedarán encarcelados en la prisión, y después de muchos días serán visitados. 23 La luna se enrojecerá, el sol palidecerá, cuando Yave Sebaot será proclamado rey. Y sobre el monte de Sión, en Jerusalén, resplandecerá su gloria ante sus ancianos.

Gloria de los elegidos.

25 1 Yave, tú eres mi Dios; yo te ensalzaré, y alabaré tu nombre, porque has cumplido designios maravillosos, de mucho ha verdaderos con verdad. 2 Porque hiciste de la ciudad un montón de piedras; de la ciudad fuerte una ruina. Ya la ciudadela de los impíos no es ciudad, y no será jamás reedificada. 3 Por eso te alabará un pueblo fuerte, y te temerá la

(1) Este capítulo y los tres siguientes forman un verdadero apocalipsis, y como todas las obras de este género, ésta es oscura. El profeta se desliga cuanto puede del medio ambiente histórico que le rodea, y se traslada con su espíritu a tiempos futuros y cercanos del fin de las cosas, para pintarnos la manifestación de la justicia de Dios contra la impiedad y su misericordia para con los justos.

ciudad de las naciones poderosas. 4 Porque eres tú el refugio del débil, el refugio del pobre en la aflicción, amparo contra la tempestad, sombra contra el calor. Pues el aliento de los poderosos es como una borrasca de invierno, 5 como calor sobre tierra seca; humillarás el orgullo de los impíos; 6 como el calor a la sombra de una nube, se extinguirá el canto triunfal de los poderosos.

6 Y preparará Yave Sebaot a todos los pueblos, sobre este monte, un festín de suculentos manjares (1), un festín de vinos generosos, de manjares grasos y tiernos, de vinos selectos y clarificados; 7 y sobre este monte hará desaparecer el velo que vela a todos los pueblos, la cortina que cubre a todas las naciones. 8 Y destruirá a la muerte para siempre, y enjugará el Señor, Yave, las lágrimas de todos los rostros, y alejará el oprobio de su pueblo lejos de toda la tierra. Lo dice Yave.

Cántico de los redimidos.

9 Y se dirá en aquel día: He aquí nuestro Dios, hemos esperado en él que nos salvaría. Ahí está Yave, a quien esperábamos; gocémonos y alegrémonos de su salud. 10 Porque la mano de Yave se posará sobre este monte, y Moab será pulverizado, como se pulveriza la paja en el muladar, 11 allí tenderá sus brazos, como los tiende el nadador para nadar; pero Yave abatirá su soberbia y los esfuerzos de sus manos, 12 sus manos fuertes y soberbias; los destruirá, los derribará, los echará a tierra, en el polvo.

26 1 En aquel día cantarán este cántico en la tierra de Judá: Tenemos una ciudad fuerte, por muro y antemuro nos da él la salvación. 2 Abrid las puertas, que entre el pueblo justo y fiel, 3 esperanza inquebrantable, conservarás la paz y reinará en ti la confianza. 4 Confiad siempre en Yave, pues Yave es la roca eterna. 5 El destruye a los que habitan en las alturas, él derriba a la ciudad soberbia. 6 El la derriba y la humilla hasta la tierra, y es hollada por pies, por los pies de los pobres y los débiles.

7 La senda de los justos es recta, derecho es el camino que tú abres al justo. 8 Nosotros te esperamos en el sendero de tus juicios. ¡Oh Yave! Tu nombre, tu memoria, es el deseo de mi alma. 9 Deséate mi alma por la noche, y mi espíritu te busca dentro de mí, pues cuando aparezcan sobre la tierra tus juicios, aprenderán los hombres la justicia. 10 Si al impío se le hace gracia, no aprende la justicia, y en la tierra del bien él hace el mal. Desaparezca de la tierra el impío; que no vea la majestad de Yave.

11 Alzada está tu mano, ¡oh Yave!; no lo han visto, pero ya verán, confundidos, tu celo por tu pueblo, y el fuego devorará a tus enemigos. 12 Depáranos la paz, ¡oh Yave!, pues que cuanto hacemos, eres tú quien para nosotros lo haces. 13 Yave, Dios nuestro; otros señores, que no tú, se enseñorearon de nosotros. Pero gracias a ti, sólo tu nombre invocaremos. 14 Los muertos no revivirán, no resucitarán las sombras, tú los castigaste y destruíste, tú borraste su nombre.

15 Multiplica al pueblo, ¡oh Yave!, multiplica al pueblo, muéstrate glorioso, extiende los confines de la tierra. 16 En la aflicción, ¡oh Yave!, te hemos buscado, hemos clamado en la angustia, cuando tu castigo nos hería. 17 Como la mujer encinta cuando llega el parto, se retuerce y grita en sus dolores, así estábamos nosotros lejos de ti, ¡oh Yave! 18 Concebimos, y en dolores de parto parimos viento; no dimos salud a la tierra y no nacieron habitantes. 19 Revivirán tus muertos, resucitarán sus cadáveres (1). Alzaos y cantad, los que yacéis en el polvo, pues tu rocío es rocío de luz, y renacerán las sombras del seno de la tierra.

20 Anda, pueblo mío. Entra en tu casa y cierra las puertas tras de ti; ocúltate por un poco, mientras pasa la cólera. 21 Porque va a salir Yave

(1) Los sacrificios pacíficos eran ocasión de alegres festines en el recinto del santuario, a los cuales el Deuteronomio exhorta a invitar a los pobres y levitas; el Señor anuncia aquí que dará en Sión un gran banquete a todos los pueblos, a quienes, para mayor solaz, protegerá contra los ardores con una nube, como la que en el desierto protegía a Israel.

(1) Este pasaje habla de la resurrección del pueblo; pero no es fácil decidir si es la resurrección nacional de que habla Ezequiel (37) o la individual de Daniel (2, 2).

de su morada, para castigar la iniquidad de los moradores de la tierra. Y la tierra dará a ver la sangre que ha bebido, no encubrirá más sus muertos.

27 [1] Aquel día castigará Yave con su espada pesada, grande y poderosa, al Leviatán, a la serpiente huidiza, al Leviatán, la serpiente tortuosa, y matará al dragón que está en el mar.

[2] Aquel día se dirá: Cantad a la viña hermosa; yo, Yave, la guardo. [3] Yo la riego a todas horas, para que no caiga su follaje; [4] yo la guardo día y noche, sin enojo. Que salen cardos y zarzas, yo les haré la guerra y los quemaré todos, [5] a no ser que se pongan bajo mi protección, y hagan la paz conmigo, hagan conmigo la paz.

[6] Vendrá día en que Jacob echará raíces, e Israel echará flores y retoños, y llenará la tierra con su fruto. [7] ¿Le hirió acaso Yave, como hirió a los que le herían? ¿Le mató, como mató a los que le mataban? [8] Le castigó arrojándole al destierro, echándole con su soplo impetuoso, como viento solano. [9] Aquí se expió el crimen de Jacob, y he aquí el fruto del perdón de su pecado. Desmenuzó Yave las piedras de sus altares como piedras calizas, y los aseras y las estelas del sol no volverán a levantarse. [10] Sí, la ciudad fuerte fué asolada, ha quedado desierta, abandonada como un desierto. Allí pacen los bueyes, allí duermen, allí ramonean. [11] Cuando las ramas están secas, se rompen, vienen las mujeres y les prenden fuego. Es un pueblo sin conocimiento; por eso el que le hizo no tuvo piedad de él, el que le formó no se compadeció de él. [12] Entonces hará Yave la cosecha de sus frutos, desde el curso del río hasta el torrente de Egipto, y vosotros seréis recogidos uno a uno, hijos de Israel. [13] Entonces se tocará la gran trompeta, y vendrán los dispersos en la tierra de Asur y los fugitivos en Egipto, y se prosternarán ante Yave en el monte santo de Jerusalén.

Juicio contra Samaria y contra Jerusalén.

28 [1] ¡Ay de la corona soberbia de los bebedores de Efraím, de la flor marchita de la hermosura de su gloria, que se alza sobre la cima en el fértil valle de los que se atracan de vino! (1). [2] He aquí que Yave manda a un fuerte y poderoso, como turbonada de granizo, como huracán devastador, como chaparrón impetuoso de aguas torrenciales, que todo lo inundan y derriban. [3] Será pisoteada la corona soberbia de los bebedores de Efraím, y la flor marchita de la hermosura de su gloria, [4] que se alza sobre la cima en el fértil valle de los que se atracan de vino. Será como breva tempranera, que se adelanta a la cosecha, y en viéndola, se coge y se come.

[5] En aquel día Yave Sebaot será corona de gloria y diadema de hermosura para las reliquias de su pueblo. [6] Espíritu de justicia para el que anda en justicia, y de fortaleza para el que haya de rechazar el asalto de las murallas. [7] También ellos se tambalean por el vino, y se entontecen con las bebidas. Sacerdotes y profetas vacilan, embriagados por los licores inebriantes; se ahogan en el vino, y se aturden con las bebidas fuertes, y yerran en la visión, y tropiezan en el juicio. [8] Las mesas están todas llenas de vómitos e inmundicias, no hay lugar para más.

[9] ¿A quién se le va a enseñar la sabiduría? ¿A quién se van a dar lecciones de la doctrina? ¿A los recién destetados? ¿A los que apenas han sido arrancados de los pechos? [10] ¿Vamos a balbucear constantemente: *sav lasav, sav lasav, sav lasav, zer sam, zer sam*? (2). [11] Pues bien, sí, balbuceando, como quien tartamudea en una lengua extranjera, será como se enseñe a este pueblo.

[12] Habíales dicho: Aquí está el reposo, dad reposo para el fatigado, aquí está el descanso; [13] pero no han querido obedecer, y ahora Yave les dirá: *sav lasav, sav lasav, sav lasav, zer sam, zer sam*. Y así, al andar,

---

(1) El comienzo de este capítulo va dirigido contra Samaria antes de su ruina (721), y sin duda no es más que un breve fragmento de un oráculo más extenso.

(2) Estas palabras, que se repiten en el versículo 13, no tienen sentido alguno; son un remedo del balbuceo de los niños en las escuelas. El profeta dice que hablará así a los impíos, que no quieren escuchar, para que no entiendan la palabra del Señor que los podría librar. Se reproduce en otra forma el pensamiento de 6. 9.

caerán de espaldas, y serán quebrantados y cogidos en el lazo.
14 Oíd, pues, burlones, la palabra de Yavé; oídla, maestros del pueblo de Jerusalén. 15 Vosotros decís: Hemos hecho pacto con la muerte, nos hemos concertado con el sepulcro; el azote desencadenado pasará sin llegar a nosotros; nos hemos hecho de la mentira abrigo, de la perfidia refugio.
16 Por eso dice el Señor, Yavé: Yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, piedra angular, de precio, sólidamente asentada. El que en ella se apoye, no titubeará. 17 Y de la justicia haré regla, y del derecho haré nivel. La granizada echará abajo el abrigo de la mentira, y las aguas torrenciales se llevarán el refugio de perfidia. 18 Vuestro pacto con la muerte quedará roto, y vuestra convención con el Seol, anulada. 19 Cuando el azote desencadenado pase, os aplastará; siempre que pase, os llegará. Y pasará todas las mañanas, pasará de día y de noche, y su espantoso terror os servirá de lección. 20 La cama será corta para poder estirarse, y la manta demasiado estrecha para poder envolverse. 21 Porque se alzará Yavé, como en el monte de Perasim, y rugirá de cólera, como en el valle de Gabaón, para realizar su obra, obra extraordinaria, para hacer su labor, labor inaudita. 22 No os burléis, pues, no se aprieten todavía más vuestras ataduras, pues decretada está la destrucción para la tierra toda; yo se lo he oído a Yavé Sebaot.
23 Atended, oíd mi voz, escuchad, oíd mis palabras. 24 ¿Acaso está siempre el labrador arando, cavando o rastrillando? 25 Después de allanar la superficie, ¿no siembra la neguilla o esparce el comino, o echa el trigo en líneas, o la cebada en su sitio y la avena en el suyo? 26 Su Dios los instruye, y les enseña cómo han de hacer. 27 Ni tampoco se trilla la neguilla con el trillo, ni se hace pasar sobre el comino la rueda de la carreta, sino que la neguilla se bate con un palo, y el comino se bate con la vara. 28 Y el trigo, ¿se muele acaso en la era? No; es pisado sin cesar, se hace pasar sobre él la rueda del carro, pero no se muele. 29 También esto lo enseña Yavé Sebaot, cuyos consejos son admirables, y cuya sabiduría es muy grande.

Castigo de Jerusalén.

29 1 ¡Ay de Ariel, ay de Ariel, la ciudad en que habitó David! Añadid a un año otro año, hasta que se complete el ciclo de las fiestas. 2 Luego yo atacaré a Ariel, y habrá llantos y gemidos. 3 Serás para mí un verdadero Ariel. Como te asedió David, te asediaré yo; te rodearé de una circunvalación, y alzaré baluartes contra ti. 4 Y serás derribada, vendrá a tierra tu palabra, y tus ahogados sonidos saldrán del polvo, y saldrá de la tierra tu voz como la de un fantasma, y del polvo tu palabra como un murmullo. 5 Pero la muchedumbre de tus enemigos será como fino polvo, la turba de tus dominadores como paja que vuela. Y vendrá esto de repente, en un momento, porque te socorrerá Yavé Sebaot, 6 con truenos, estruendo y gran ruido, con huracán, tempestad y llama de fuego devorador. 7 Será como un sueño, como visión nocturna, la muchedumbre de las gentes que combaten a Ariel, que la atacan y embisten su fortaleza, y la estrechan de cerca. 8 Como el hambriento sueña que come, y se levanta con el estómago vacío, como sueña que bebe el sediento, y se levanta luego agotado y desfallecido, lo mismo sucederá a la muchedumbre de gentes que atacan el monte de Sión.
9 Espantaos, asombraos, ofuscaos, cegad. Embriagaos, pero no de vino; bamboleaos, pero no de embriaguez, 10 porque derrama Yavé sobre vosotros un espíritu de letargo, y cierra vuestros ojos, y vela vuestras cabezas. 11 Toda revelación es para vosotros como libro sellado; se le da a leer a quien sabe leer, diciéndole: Lee esto, y responde: No puedo, el libro está sellado. 12 O se da el libro a quien no sabe leer, diciéndole: Lee esto, y responde: No sé leer.
13 El Señor dice: Pues que este pueblo se me acerca sólo de palabra, y me honra sólo con los labios, mientras que su corazón está lejos de mí, puesto que su temor de mí no es más que un mandamiento humano aprendido de memoria, 14 voy a hacer nuevamente con este pueblo extraordinarios prodigios, ante los que fallará la ciencia de los sabios, y será confundida la prudencia de los prudentes.
15 ¡Ay de los que se esconden de Yavé, queriendo encubrir sus pen-

samientos, y para sus obras buscan las tinieblas! De los que dicen: ¿Quién nos ve? ¿Quién nos conoce? [16] ¡Qué perversidad! Tener por barro al alfarero, decir a su hacedor la obra: No me has hecho tú; y el vaso a quien lo hizo: No sabes nada.

[17] Sí, de aquí a muy poco, el Líbano será un vergel, y el vergel será un bosque. [18] Entonces oirán los sordos las palabras del libro, y los ciegos verán sin sombras ni tinieblas. [19] Se regocijarán en Yave los humillados, y aun los más pobres se gozarán en el Santo de Israel. [20] Porque se acabó la violencia, tuvo fin el escarnio, y fueron aniquilados los que se van tras la iniquidad; [21] los que por una palabra condenaban a uno; los que ponían asechanzas contra quien en la puerta los vencía; los que por un nada negaban al justo su derecho.

[22] Por eso el que redimió a Abraham, Yave, dice a la casa de Jacob: Ya no será confundido Jacob, ya no palidecerá su rostro. [23] Porque sus hijos verán mi obra en medio de ellos, y santificarán mi nombre. Y pregonarán santo al Santo de Jacob, y temerán al Dios de Israel. [24] Y los de alma descarriada aprenderán la sabiduría, y los que murmuraban aprenderán la doctrina.

30 [1] ¡Ay de los hijos rebeldes, dice Yave, que proyectan sin tenerme en cuenta a mí, que hacen pactos contra mí, añadiendo pecados a pecados! [2] Toman el camino de Egipto sin haberme consultado (1), para pedir el auxilio del Faraón, para ponerse a su sombra. [3] Pero el apoyo del Faraón será vuestra vergüenza, y el amparo de Egipto será vuestra confusión, [4] pues cuando estén tus príncipes en Zoán, y lleguen tus embajadores a Hares, [5] todos quedarán burlados por el pueblo que de nada les servirá, ni podrá socorrerlos y ayudarlos, mas será su vergüenza y su ignominia.

[6] Aparejan las bestias de carga para ir al mediodía, a través de una región desierta y desolada, de donde salen el león y la leona, la víbora y el dragón volador. Llevan a lomo de los asnos sus riquezas, y sobre la giba de los camellos sus tesoros, para un pueblo que de nada sirve. [7] Porque el socorro de Egipto no es más que vanidad, nada; y por eso le llamo: La soberbia adormilada.

[8] Ve, pues, y escribe esta visión en una tableta, consígnala en un libro, para que sea en los tiempos venideros perpetuo y eterno testimonio. [9] Porque este pueblo es un pueblo rebelde, son hijos fementidos, que no quieren escuchar la ley de Yave. [10] Que dicen a los videntes: No veis, y a los profetas: No nos habláis más que de castigos, decidnos cosas halagüeñas, profetizadnos mentiras, [11] apartaos del camino, quitaos del sendero, dejad de poner a nuestra vista al Santo de Israel. [12] Por eso, he aquí lo que el Santo de Israel dice: Ya que rechazáis la palabra, y confiáis en falsedades e iniquidades, y en ellas os apoyáis, [13] sea ese vuestro pecado para vosotros grieta en pared ruinosa, como joroba en alto muro, cuyo derrumbamiento llega de repente, en un instante, y se rompe, como sin piedad se rompe una vasija de barro, [14] hasta no quedar siquiera un tejón para llevar brasas al brasero, o para sacar agua de la cisterna.

[15] Porque ved lo que dice el Señor, Yave, el Santo de Israel: En la conversión y la quietud está vuestra salvación, y la quietud y la confianza serán vuestra fuerza; [16] pero vosotros no habéis querido obedecer, y habéis dicho: No, huiremos en caballos. Bien, huíd. Huiremos en caballos veloces. [17] Huiréis mil amenazados por cinco, hasta quedar como un mástil sobre la cumbre de un monte, o como bandera sobre su cima. [18] Por eso os está esperando Yave, para haceros gracia; por eso se levanta, para tener misericordia de vosotros, que es Yave Dios justo, y cuantos se le acogen son bienaventurados.

[19] Sí, pueblo de Sión, habitantes de Jerusalén, ya no llorarás más. El te hará gracia cuando le invoques; en oyendo tus clamores, te responderá, [20] cuando te haya dado a comer el Señor el pan de la angustia y a beber el agua tasada. Ya no se ocultarán tus maestros, sino que con tus ojos los verás, [21] y oirás con tus

(1) Desde este versículo hasta el fin del capítulo 32, tenemos una serie de discursos en que el profeta combate las vanas esperanzas de muchos israelitas en la ayuda de Egipto para luchar contra los asirios. No faltan las promesas de salud al lado de las amenazas; verbigracia: 29, 5-8; 17-24; 30, 18-29; 32, 15-20.

oídos la voz que te dirá: Ese es el camino, anda por él; si te apartas a la derecha o a la izquierda. [22] Tendréis entonces como inmundicia la plata que cubre vuestros ídolos, y el oro que decora vuestras imágenes. Y las tiraréis como cosa inmunda, diciendo: Lejos de aquí. [23] Entonces te dará él la lluvia para la simiente que siembres en la tierra, y el pan que la tierra producirá será suculento y nutritivo. [24] Entonces pacerán tus ganados en pastos pingües, y los bueyes y los asnos que labran la tierra comerán forraje salado, apaleado y bieldado. [25] Entonces en todo monte alto y en todo collado sublime habrá arroyos y corrientes de agua, al tiempo de la gran matanza, de la caída de las torres. [26] Será entonces la luz de la luna como la luz del sol, y la luz del sol siete veces mayor, al tiempo en que curará Yave la herida de su pueblo y sanará las llagas de sus azotes.

[27] He aquí el nombre de Yave, que viene de lejos. Arde su cólera, es un incendio violento. Sus labios respiran furor, su lengua es como fuego devorador. [28] Su aliento es como torrente desbordado que sube hasta el cuello, para acribar a las naciones en la criba de la destrucción, y poner un bozal de engaño a las mandíbulas de los pueblos. [29] Entonces vosotros cantaréis como en noche de fiesta, tendréis alegre el corazón como quien marcha al son de la flauta, para ir al monte de Yave, a la roca de Israel. [30] Y hará oír Yave su voz majestuosa, y mostrará su brazo amenazador, en el ardor de su ira, en medio de fuego devorador, en tempestad, en aguacero y en granizo. [31] A la voz de Yave temblará Asur, y será herido con el palo. [32] Cada golpe del palo vengador que Yave descargue sobre él, se dará al son de tambores y arpas y entre danzas. [33] Está desde hace mucho tiempo preparado un Tofet, destinado a Melec. Preparado, hondo y ancho, en que no falta paja y leña, que el soplo de Yave va a encender como torrente de azufre.

31 [1] ¡Ay de los que bajan a Egipto en busca de socorro, y confían en los caballos, y en la muchedumbre de carros y de los caballeros, pero no miran al Santo de Israel y no buscan a Yavé! [2] Porque él es diestro en traer los males, y no retira su palabra. Y se levantará contra la casa de los malvados, contra el socorro a los que obran la iniquidad. [3] El egipcio es un hombre, no es un dios, y sus caballos son carne, no son espíritu. Y en tendiendo Yave su mano, caerá el protector y caerá el protegido, ambos juntamente perecerán. [4] Porque ved lo que me ha dicho Yave: Como león que ruge, o como cachorro de león que se arroja sobre la presa, contra el cual se reúne toda la turba de pastores, pero no se acobarda ante sus gritos ni se turba ante su número, así Yave Sebaot se lanzará a la lucha en el monte de Sión, en su collado, [5] y huirán los enemigos como aves que levantan el vuelo. Así protegerá Yave Sebaot a Jerusalén, protegiendo, librando, preservando, salvando.

[6] Volveos, hijos de Israel, a aquél de quien tan profundo abismo os separa. [7] Entonces cada cual tirará sus ídolos de plata y sus ídolos de oro, que vosotros mismos os hicisteis, con vuestras manos pecadoras. [8] Asur caerá a la espada, que no es espada de hombre, herido por espada que no es de un mortal. Huirá ante la espada, y sus jóvenes guerreros serán cautivados; [9] y de miedo caerá su fortaleza, y sus jefes, espantados, abandonarán sus banderas. Así dice Yave, que tiene su fuego en Sión y su horno en Jerusalén.

32 [1] He aquí que reinará un rey en justicia, y gobernarán gobernadores en juicio. [2] Cada uno será como abrigo contra el huracán, como refugio contra la tempestad, como corriente de agua en tierra seca, como la sombra de una gran roca para tierra calurosa. [3] No se ofuscarán los ojos de los que ven, y estarán atentos los oídos de los que oyen. [4] Los fatuos juzgarán acertadamente, y la lengua tartamuda hablará claro y expedito. [5] No se llamará ya noble al loco, ni magnánimo al bellaco.

[6] El insensato dice insensateces, y su corazón maquina la maldad; cometer iniquidades, escarnecer a Yave, dejar al hambriento con su hambre, y quitar al sediento la bebida. [7] Las armas del malvado son perniciosas, traza planes malignos, para perder al desvalido con palabras mentirosas, aunque sea justa la causa del pobre; [8] mientras que el bueno tiene

nobles designios, y en sus nobles designios persevera.
9 Mujeres descuidadas, oíd mi voz; mujeres confiadas, escuchad mis palabras. 10 Dentro de un año y unos días habréis de temblar, ¡oh confiadas!, porque no habrá vendimia ni cosecha. 11 Temblad, descuidadas; estremeceos, confiadas; despojaos, desnudaos, ceñid de saco vuestros lomos. 12 Se dan golpes de pecho, llorando por los hermosos campos y las fértiles viñas. 13 En la tierra de mi pueblo no hay más que cardos y espinas; y aun en todas las casas de placer de la ciudad alegre. 14 Los palacios están desiertos, desierta la ciudad ruidosa, torres y fortalezas devastadas, para siempre convertidas en cuevas, lugar de descanso para los asnos salvajes, y de pasto para los ganados.
15 Mientras no sea derramado sobre nosotros un espíritu de lo alto, y el desierto se torne en vergel, y el vergel venga a ser selva, 16 y el derecho more en el desierto y la justicia en el vergel. 17 Y la paz será obra de la justicia; y el fruto de la justicia, el reposo y la seguridad para siempre. 18 Mi pueblo habitará en morada de paz, en habitación de seguridad, en asilo de reposo; 19 y la selva caerá a los golpes del granizo, y la ciudad será del todo abatida. 20 Venturosos vosotros, los que sembráis a la orilla de las aguas, y no atáis al buey ni al asno.

Liberación de Jerusalén.

33 1 ¡Ay de ti, devastador, que no has sido devastado! ¡Ay de ti, saqueador, que no has sido saqueado! (1). Cuando acabes de devastar, serás tú devastado; cuando acabes de saquear, serás tú saqueado.
2 Ten, ¡oh Yavé!, piedad de nosotros, que en ti hemos confiado. Sé tú nuestro brazo cada día, nuestro socorro al tiempo de la tribulación. 3 A la voz de trueno, huyen los pueblos; cuando te alzas tú, las naciones se dispersan. 4 Se recoge el botín, como cuando se recogen las langostas, y se precipitan sobre él, como sobre los campos la langosta. 5 Yavé es grande, se sienta en los cielos y llena a Sión de rectitud y de justicia. 6 La seguridad de aquellos días será tesoro de ventura; serán su riqueza: Sabiduría, entendimiento y temor de Yavé.
7 Ved: Los de Ariel lanzan gritos, y los mensajeros de paz lloran amargamente. 8 Las calles están desiertas, no hay quien pase por los caminos; él ha roto la alianza, ha aborrecido a las ciudades, no hace cuenta de nadie. 9 La tierra está en luto, entristecida; el Líbano confuso, desfallecido; Sarón es como un desierto, Basán y el Carmelo han perdido su follaje.
10 Voy a levantarme, dice Yavé, voy a alzarme, voy a subir. 11 Habéis concebido heno y pariréis paja, y vuestro soplo será fuego que os devorará. 12 Los pueblos serán reducidos a cenizas, como zarzas cortadas y consumidas por el fuego. 13 Vosotros, los que habitáis lejos, oíd lo que yo hago, y los que estáis cerca, conoced mi poder. 14 Los pecadores en Sión se espantarán, y temblarán los impíos. ¿Quién de nosotros podrá morar en el fuego devorador? ¿Quién habitar en las eternas llamas?
15 El hombre justo en sus caminos y recto en sus palabras, que no quiere ganancias fruto de la violencia, y cuya mano rechaza el presente corruptor; el que cierra sus oídos a proposiciones sanguinarias, y se tapa los ojos para no ver el mal, 16 ése habitará en las alturas y tendrá su refugio en firmes rocas, tendrá pan y no le faltará el agua.
17 Tus ojos verán al rey en su magnificencia, y verán la tierra que se extiende hasta muy lejos. 18 Tu corazón recordará los días de terror: ¿Dónde está el exactor? ¿Dónde el pesador? ¿Qué fué de los que contaban las reses? 19 A esa gente espantable, de lengua oscura, que tú no entiendes, que tartamudea palabras imposibles de descifrar, no la verás ya más. 20 Mira a Sión, la ciudad de nuestras festividades; vean tus ojos a Jerusalén, morada de quietud, tienda bien fija, cuyos clavos no serán arrancados, ni rota cuerda alguna. 21 Aquí está Yavé para nosotros en su gloria, es para nosotros río y anchos arroyos, por

(1) Este oráculo fué pronunciado hacia 701, en la época de la invasión de Senaquerib, cuya derrota predice con la salud de Jerusalén. Esta salud da pie al profeta para anunciar los tiempos mesiánicos.

donde no irán barcas de remos, ni pasará ningún poderoso navío.
22 Yave es nuestro juez, Yave es nuestro jefe, Yave es nuestro rey, él nos salva. 23 Tus cuerdas se aflojaron, ya no sostienen el mástil, ya no tienden las velas. 24 Entonces la presa que se repartirá será muy grande; hasta los cojos tomarán parte en el saqueo. 25 Nadie dirá: Estoy enfermo, pues el pueblo obtendrá el perdón de sus iniquidades.

Juicio contra las gentes.

34 1 Acercaos, pueblos y oíd; escuchad, naciones; oiga la tierra y cuantos la llenan, el mundo y cuanto en él se produce. 2 Porque está irritado Yave contra todas las naciones, airado contra todo el ejército de ellas. 3 Las destina al matadero, las entrega al exterminio y sus muertos quedarán tirados. Exhalarán los cadáveres un hedor fétido, y por los montes correrá en arroyos su sangre.
4 La milicia de los cielos se disuelve, se enrollan los cielos como se enrolla un libro; y todo su ejército caerá como caen las hojas de la vid, como caen las hojas de la higuera. 5 Mi espada se embriagará en los cielos, y va a caer sobre Edom, sobre el pueblo que he destinado al exterminio, para castigarle. 6 La espada de Yave chorrea sangre, y está cubierta de grasa; de la sangre de los corderos y los machos cabríos, de la grasa de los riñones de los carneros; porque hace Yave un sacrificio en Bosra, y gran carnicería en la tierra de Edom. 7 Caen con ellos los búfalos, y los bueyes con los toros. Su tierra está borracha de su sangre, y su suelo cubierto de grasa. 8 Es para Yave un día de venganza, un año de desquite para la causa de Sión.
9 Los torrentes de Edom se convertirán en pez, y su polvo en azufre, y será su tierra como pez que arde. 10 No se apagará ni de día ni de noche, nunca se extinguirá, subirá su humo perpetuamente. Será asolada para generaciones y generaciones, y nadie pasará más por ella. 11 Se adueñarán de ella el pelícano y el mochuelo, la habitarán la lechuza y el cuervo. Echará sobre ella las cuerdas de la confusión y el nivel del vacío, y habitarán en ella los sátiros... sus cubiles. 12 Allí ya no habrá reino, y desaparecerán todos sus grandes. 13 En sus palacios crecerán las zarzas, en sus fortalezas las ortigas y los cardos, y serán morada de chacales y refugio de avestruces. 14 Perros y gatos salvajes se reunirán allí, y se juntarán allí los sátiros. Allí tendrá su morada el fantasma nocturno, y hallará su lugar de reposo. 15 Allí hará su nido la serpiente, y pondrá sus huevos, los incubará y los sacará. Allí se reunirán los buitres, y se encontrarán los unos con los otros.
16 Buscad en el libro de Yave, y veréis que no falta ni uno, porque lo ha mandado la boca de Yave, y su soplo los ha reunido. 17 El mismo ha echado suertes entre ellos, y con su mano echó las cuerdas de la distribución de la tierra; y la poseerán por siempre, y la habitarán de generación en generación.

Liberación y gloria de Israel.

35 1 Alegraránse el desierto y la tierra árida, se regocijará la soledad y florecerá como un narciso. 2 Florecerá y exultará con júbilo y cantos de triunfo; le será dada la gloria del Líbano, la hermosura del Carmelo y del Sarón. Se verá la gloria de Yave y la magnificencia de nuestro Dios.
3 Fortaleced las manos débiles, y corroborad las rodillas vacilantes. 4 Decid a los de apocado corazón: Valor, no temáis, he ahí a nuestro Dios. Viene la venganza, viene la retribución de Dios, viene él mismo, y él os salvará. 5 Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, se abrirán los oídos de los sordos. 6 Entonces saltará el cojo como un ciervo, y la lengua de los mudos cantará gozosa. Brotarán aguas en el desierto, y correrán arroyos por la soledad. 7 La tierra seca se convertirá en estanque, y el suelo árido en fuentes. Lo que fué morada y cubil de chacales, se cubrirá de cañas y de juncos, 8 y habrá allí camino ancho, que llamarán la vía santa; nada impuro pasará por él. El mismo guiará al caminante, y los simples no se descarriarán. 9 No habrá allí leones, ni fiera alguna pondrá los pies allí. Por ella marcharán los libertados, y volverán los rescatados de Yave. 10 Vendrán a Sión, cantando cantos triun-

fales; alegría eterna coronará sus fuentes. Los llenará el gozo y la alegría, y huirán la tristeza y los llantos.

La invasión asiria. Primera tentativa de Senaquerib para rendir a Jerusalén.

36 [1] El año catorce del reinado de Ezequías (1), Senaquerib, rey de Asiria, se puso en marcha contra todas las ciudades fuertes de Judá, y se apoderó de ellas. [2] Envió el rey de Asiria a Rabsaces, con imponentes fuerzas, de Laquis a Jerusalén, al rey Ezequías. Tomó aquél posición cerca del acueducto de la piscina superior, en el camino del campo del batanero. [3] Entonces Elyaquim, hijo de Helcías, prefecto del palacio, fué con Sobna, el secretario y Joás, hijo de Asaf, el canciller, a Rabsaces, que les dijo: [4] He aquí la palabra del rey grande, del rey de Asiria: ¿De dónde te viene esa tu confianza? [5] ¿Crees que palabras vanas pueden servir de consejo y de fuerza para la guerra? ¿En qué pones, pues, tu confianza para rebelarte contra mí? [6] ¿Es que cuentas con el Egipto, y has tomado por apoyo a esa caña rota, que horada y hiere la mano que sobre ella se apoya? Porque eso es el Faraón, rey de Egipto, para todos cuando con él cuentan. [7] Y si me decís: Es en Yave, nuestro Dios, en quien ponemos nuestra confianza: ¿No ha sido el mismo Ezequías quien ha hecho desaparecer los altos y los altares, diciendo a Judá y a Jerusalén: No os postréis ante ese altar? [8] Haz, pues, convenio con mi señor el rey de Asiria. Yo te daré mis caballos, si tú eres capaz de aprontar otros tantos jinetes que los monten. [9] ¿Serías tú capaz de rechazar a uno solo de los menores servidores de mi Señor? Pero cuentas con que el Egipto te va a suministrar caballos y gentes. [10] Sin embargo, ha oído bien Yave cómo he invadido yo esta tierra para devastarla. Yave me ha dicho: Invade la tierra y devástala.

[11] Entonces Elyaquim, Sobna y Joás dijeron a Rabsaces: Habla a tus siervos en arameo, pues le entendemos, no nos hables en judío, que lo oiga la gente que hay en las murallas. [12] Rabsaces respondió: ¿Acaso a tu señor y a ti me ha mandado mi Señor dirigir estas palabras? ¿No son más bien para la gente sentada en las murallas, que con vosotros habrán de comerse sus excrementos y beberse sus orines? [13] Avanzó entonces Rabsaces, y gritó fuertemente en lengua judía:

[14] He aquí lo que dice el rey grande, el rey de Asiria: Que no os engañe Ezequías. [15] Mirad que él no podrá libraros. Que no os haga confiar en Yave, diciendo: Yave seguramente nos librará, no caerá esta ciudad en poder del rey de Asiria. [16] No escuchéis a Ezequías; he aquí lo que dice el rey de Asiria: Haced paces conmigo, rendíos, y cada cual comerá el fruto de su viña y de su higuera, y beberá el agua de su cisterna, [17] hasta que venga yo a llevaros a una tierra como la vuestra, tierra de trigo y de vino, tierra de cereales y de viñas. [18] Que no os embauque Ezequías, diciendo: Yave nos librará. ¿Acaso los dioses de los pueblos libraron cada uno a su tierra de las manos del rey de Asiria? [19] ¿Dónde están los dioses de Hamad y de Arpad? ¿Dónde los dioses de Sefarvaim?

¿Dónde los dioses de la tierra de Samaria? ¿Libraron a Samaria de mis manos? [20] ¿Cuál de los dioses de estas tierras pudo librar la suya de mis manos, para que vaya a poder librar de mis manos a Jerusalén?

[21] Ellos se callaron, y no dijeron nada, porque el rey había dado esta orden: No les respondáis. [22] Elyaquim, hijo de Helcías, prefecto del palacio, Sobna, secretario, y Joás, hijo de Asaf, canciller, rasgaron sus vestiduras, se tornaron a Ezequías, y le refirieron las palabras de Rabsaces.

Ezequías consulta a Yave por Isaías.

37 [1] En oyendo el rey Ezequías aquello, rasgó sus vestiduras, se vistió de saco, y entró en el templo de Yave, [2] y envió a Elyaquim, prefecto del palacio, a Sobna, secretario, y a los más ancianos de los sacerdotes,

(1) Los capítulos 36 a 39 son de las páginas más interesantes de la historia de Jerusalén, tomadas de II Reg. 18, 13-20, 21, en que se destaca la figura del profeta. En ella sobresale el discurso de Isaías contra el orgullo de los asirios, cuya derrota anuncia.

vestidos de saco, a Isaías, hijo de Amós, profeta, que le dijeran: [3] He aquí lo que dice Ezequías: El día de hoy es día de angustia, de castigo y de oprobio. El hijo ha llegado a término, pero no hay fuerza para darlo a luz. [4] A ver si Yave, tu Dios, ha oído las palabras de Rabsaces, mandado por el rey de Asiria, su señor, para insultar al Dios vivo, y le castiga Yave, tu Dios, por las palabras que él ha oído. Dirígele una súplica por este resto que subsiste todavía.

[5] Los servidores del rey Ezequías fueron a Isaías, e Isaías les dijo: [6] Decid a vuestro señor esto: He aquí la palabra de Yave: No te asuste el discurso que acabas de oír, en el que los servidores del rey de Asiria me han ultrajado. [7] Yo voy a poner en él un espíritu tal, que en recibiendo cierta noticia se volverá a su tierra, y allí le haré caer al filo de la espada.

Senaquerib intima de nuevo la rendición.

[8] Volvióse Rabsaces, y halló al rey de Asiria asediando a Libna, pues supo que había dejado Laquis. [9] Supo entonces el rey de Asiria que Taraca, rey de Etiopía, se había puesto en marcha contra él, y mandó otra vez sus mensajeros a Ezequías con esta orden: [10] Decid a Ezequías, rey de Judá: Que no te engañe tu Dios, en quien has puesto la confianza, diciendo: Jerusalén no será entregada en mano del rey de Asiria. [11] ¿No sabes cómo los reyes de Asiria han destruído a todos los pueblos? ¿Y vas a salvarte tú? [12] ¿Salvaron sus dioses a los pueblos que destruyeron mis padres, a Gosán y Harrán, a Resef y a los hijos de Edén, que están en Telasar? [13] ¿Dónde están el rey de Hamat, el rey de Arpad, y el rey de la ciudad de Sefarvaim, de Hena y de Iva?

Plegaria de Ezequías y respuesta de Yave.

[14] Ezequías recibió la carta de la mano de los mensajeros; y luego de leerla, subió al templo de Yave; [15] y desplegándola ante Yave, le dirigió esta plegaria: [16] ¡Oh Yave! Tú eres el solo Dios de todos los reinos de la tierra. Tú has hecho los cielos y la tierra. [17] Inclina tus oídos, ¡oh Yave!, y oye. Abre, ¡oh Yave!, tus ojos y mira. Oye todas estas palabras que me dirige Senaquerib, para escarnecer al Dios vivo. [18] Es verdad, ¡oh Yave!, que los reyes de Asiria han destruído a todos los pueblos y sus tierras, [19] que arrojaron al fuego a sus dioses, que no eran dioses, sino obra de la mano de los hombres, leño y piedra, y los destruyeron. [20] Líbranos, pues, Yave, Dios nuestro, de sus manos, y que aprendan todos los reinos de la tierra que tú eres Yave, el único.

[21] Entonces Isaías, hijo de Amós, mandó a decir a Ezequías: He aquí lo que dice Yave, Dios de Israel: Por la plegaria que tú me has dirigido por lo de Senaquerib, rey de Asiria, [22] he aquí la sentencia que Yave pronuncia contra él: Te desprecia, se burla de ti, virgen, hija de Sión, yergue detrás de ti su cabeza, hija de Jerusalén. [23] ¿A quién has ultrajado y escarnecido? ¿Contra quién has alzado tu voz, y has dirigido tus soberbias miradas? ¿Contra el Santo de Israel? [24] Por medio de tus esclavos has ultrajado al Señor, y has dicho: Con mis numerosos carros he subido, he subido a las crestas de las montañas, a las cumbres del Líbano, y he cortado los sublimes cedros y los más hermosos cipreses. He llegado a las más altas cimas, y los más espesos bosques. [25] He alumbrado y bebido aguas extranjeras. He secado con mis pies los canales de Egipto.

[26] Pues oye: Ha mucho tiempo ya que yo preparaba esto; lo resolví muy de antiguo y ahora lo cumplo. Tú habrás de hacer montones de ruinas de ciudades fuertes, [27] cuyos habitantes estarán sin fuerza, espantados y confusos. Serán como la hierba de los campos, verdura tierna; serán como el musgo que nace en los tejados, abrasado por el viento solano. [28] Yo sé cuándo te levantas y cuándo te sientas, y conozco todas tus andanzas. [29] Tu furor contra mí, tu insolencia, han llegado a mis oídos. Yo te pondré mi aro en la nariz, y mi freno en tus labios, y haré que te vuelvas por el camino por donde viniste. [30] He aquí la señal para ti: Este año se comerá lo que produzcan los granos caídos, y al siguiente lo

que de sí produzca la tierra sin sembrarse, pero al tercer año sembraréis y cosecharéis, plantaréis viñas y comeréis su fruto. 31 El resto que queda de la casa de Judá echará raíces por debajo, y llevará frutos en lo alto. 32 Porque saldrá de Jerusalén un resto, y sobrevivientes del monte de Sión; el celo de Yave Sebaot hará esto.

33 He aquí, pues, lo que dice Yave del rey de Asiria: No entrará él en esta ciudad, ni arrojará en ella una flecha; no marchará contra ella embrazando el escudo ni la rodeará de trincheras. 34 Por el camino que trajo se tornará. No entrará en esta ciudad, dice Yave. 35 Yo defenderé esta ciudad, yo la libraré por amor de mí y de mi siervo David.

La liberación.

36 Vino el ángel de Yave, e hirió en el campo de los asirios a ciento ochenta y cinco mil hombres, y a la mañana, al despertar, no se veían más que cadáveres. 37 Entonces Senaquerib, rey de Asiria, levantó el campo y se tornó, quedando en Nínive: 38 y mientras oraba en el templo de Nesroc, sus hijos Adramelec y Saresec le mataron a espada, y huyeron a la tierra de Ararat. Le sucedió su hijo Asaradón.

Enfermedad de Ezequías.

38 1 Por entonces enfermó Ezequías de enfermedad mortal; y el profeta Isaías, hijo de Amós, vino a verle, y le dijo: 2 Dispón de tu casa, porque vas a morir, no curarás. Ezequías se volvió cara a la pared e hizo a Yave esta plegaria: 3 ¡Oh Yave!, acuérdate de que he andado fielmente delante de ti de todo corazón, y que he hecho lo que te era grato. 4 Y se puso a sollozar. La palabra de Yave fué dirigida a Isaías, diciéndole: 5 He oído a Ezequías: dile: Así habla Yave, el Dios de tu padre David: He oído tu oración y he visto tus lágrimas. Voy a añadir a tu vida quince años más. 6 De la mano del rey de Asiria yo te libraré a ti y a esta ciudad; yo protegeré a esta ciudad. 22 Y preguntó Ezequías: ¿Qué señal tendré yo de que volveré a subir al templo de Yave? 7 He aquí la señal de Yave, de que hará Yave lo que ha dicho: 8 Haré retroceder la sombra en el reloj de Ajaz tantos grados cuantos en él ha avanzado, diez grados. Y en el cuadrante retrocedió la sombra los diez grados que había avanzado.

21 Isaías mandó traer una cataplasma de higos, e hizo que se la pusieran en la llaga, y Ezequías sanó.

Cántico de acción de gracias de Ezequías.

9 Escrito de Ezequías, rey de Judá, de cuando enfermó y curó de su enfermedad (1):

10 Yo dije: A la mitad de mis días voy a bajar a las puertas del sepulcro, privado del resto de mis años. 11 Dije: Ya no veré más a Yave en la tierra de los vivientes; ya no veré hombre vivo de entre los moradores del mundo. 12 Mi morada es arrancada, llevada lejos de mí, como tienda de pastores. Como tejedor corta el hilo de mi vida, y le separa de su trama. 13 Día y noche me consume, grito hasta la mañana, pues como león muele todos mis huesos. 14 Chillo como golondrina y gimo como paloma. Mis ojos se consumen mirando a lo alto. ¡Oh Yave, mira mi angustia y confórtame! 15 ¿Qué voy a decir yo? Me ha dicho él, y ha hecho; a pesar de mi mal, acabaré el curso de mis años. 16 Por eso, ¡oh Señor!, voy a gozar todavía de la vida, por eso respiro aún, me has curado y me dejas vivir. 17 Mi mal se ha tornado en bien, y has preservado mi alma del hoyo de la corrupción, y has echado tras de ti todos mis pecados. 18 Porque no puede alabarte el sepulcro, no puede celebrarte la muerte, ni pueden los que descienden a la fosa esperar en ti, en tu fidelidad. 19 Los vivos, los vivos son los que pueden alabarte, como yo te alabo hoy, y de padres a hijos pregonar

(1) Este cántico de Ezequías no se halla en II Reg., de donde está tomada la sección. Es notable porque nos da a conocer los tristes sentimientos de los israelitas ante la muerte, a causa de la oscuridad en que vivían sobre los futuros destinos del hombre. No sólo no conocían los resplandores de la futura resurrección de Jesucristo, sino que desconocían aún las promesas del libro de la Sabiduría. Una viva fe en Dios que da a cada uno según sus obras, los consolaba; pero esta fe era oscura.

tu fidelidad. [20] Que nos salve Yave, y cantaremos al arpa todos los días de nuestra vida, ante el templo de Yave.

Embajada de Merodacbaladán y predicción del cautiverio.

39 [1] Por entonces Merodacbaladán, hijo de Baladán, rey de Babilonia, mandó a Ezequías un mensaje y un presente, pues había tenido noticia de su enfermedad y de su curación. [2] Ezequías se alegró de ello, y enseñó a los embajadores su tesoro, la plata, el oro, los perfumes y ungüentos preciosos, su arsenal, y todo cuanto había en sus almacenes. No hubo nada, ni en el palacio, ni en sus dependencias, que no les enseñase Ezequías. [3] El profeta Isaías fué a ver a Ezequías, y le preguntó: ¿Qué han dicho esas gentes, y de dónde vienen? [4] Ezequías respondió: Han venido de lejos a verme, de Babilonia. ¿Y qué es lo que de tu palacio han visto?, preguntó. Y Ezequías respondió: Han visto cuanto en mi palacio hay; no ha quedado nada de cuanto hay en mis almacenes que no les haya enseñado.

[5] Entonces dijo Isaías a Ezequías: Oye la palabra de Yave Sebaot: [6] Tiempo vendrá en que todo cuanto hay en este palacio, y cuanto reunieron tus padres hasta el día de hoy, será llevado a Babilonia; nada quedará, dice Yave. [7] Y tus hijos, tus propios hijos, los engendrados por ti serán llevados y tomados por eunucos para el palacio del rey de Babilonia. [8] Y Ezequías dijo a Isaías: Buena es la palabra de Yave que me anuncias. Así, pensaba él, habrá por lo menos paz y seguridad durante mi vida.

Gloria de Yave en la liberación de su pueblo.

40 [1] Consolad, consolad a mi pueblo (1), dice vuestro Dios; animad a Jerusalén, y gritadle [2] que se acabó su servidumbre, y han sido expiados sus pecados, y que ha recibido de la mano de Yave el doble por todos sus crímenes.

[3] Una voz grita: Abrid camino a Yave en el desierto, allanad en la soledad el camino de vuestro Dios. [4] Que se rellenen todos los valles, y se rebajen todos los montes y collados; que se allanen las cuestas y se nivelen los declives. [5] Porque se va a mostrar la gloria de Yave, y la verá toda carne a una.

Ha hablado la boca de Yave. [6] Una voz dice: Grita. Y le responden: ¿Qué he de gritar? Toda carne es como hierba, y toda su gloria como flor del campo. [7] Sécase la hierba, marchítase la flor, cuando sobre ellas pasa el soplo de Yave. [8] Sécase la hierba, marchítase la flor, pero la palabra de nuestro Dios permanece por siempre.

[9] Subid a un alto monte, y anunciad a Sión la buena nueva. Alzad con fuerza la voz, y llevad la buena nueva a Jerusalén. Alzadla, no temáis nada, decid a las ciudades de Judá: He aquí a nuestro Dios. [10] He aquí al Señor, Yave, que viene con fortaleza. Su brazo dominará. Ved que viene con él su salario, y va delante de él su fruto. [11] El apacentará a su rebaño como pastor, él le reunirá con su brazo. El llevará en su seno a los corderos, y cuidará a las ovejas paridas.

[12] ¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano, y a palmos los cielos, y al tercio de *efa* el polvo de la tierra, y pesó en la romana las montañas, o en la balanza los collados? [13] ¿Quién ha sondeado el espíritu de Yave, y le aconsejó? [14] ¿Con quién deliberó él para recibir instrucciones, y que le enseñase el camino de la justicia? ¿Quién le enseñó la sabiduría y le dió a conocer el camino del entendimiento? [15] Son las naciones como gota de agua en el caldero, como un grano de polvo en la balanza. Las islas pesan lo que el polvillo que se lleva el viento [16] El Líbano no basta para leña, ni sus animales para el holocausto. [17] Todos los pueblos son delante de él como nada, son ante él nada y vanidad.

Vanidad de los ídolos.

[18] ¿Qué, pues, compararéis con Dios, qué imagen haréis que se le asemeje? [19] El ídolo es fundido o

(1) Por el comienzo de esta parte segunda de libro de Isaías, el Eclesiástico dice de este profeta que contempló el fin de los tiempos y consoló a los que lloraban a Sión. (Eccl. 48.27.)

esculpido, el orfebre le reviste de oro y le adorna con cadenillas de plata (1).

20 Para hacer a la imagen una peana, toman madera incorruptible, y buscan un buen obrero que fije el ídolo, para que no se caiga.

21 ¿No lo sabéis? ¿No os lo habéis aprendido? ¿No os lo han dicho desde el principio, desde que se fundó la tierra? 22 Está él sentado sobre el orbe de la tierra, cuyos habitantes son ante él como langostas. El tiende los cielos como ligera tela, los despliega como una tienda de morada. 23 El torna en nada a los poderosos, y en vanidad a los jueces de la tierra. 24 Apenas plantados, apenas sembrados, apenas ha echado su tronco raíces en la tierra, sopla sobre ellos, y se secan, y como pajuela los arrastra el huracán.

25 ¿A quién, pues, que me iguale me asemejaréis?, dice el Santo. 26 Alzad a los cielos vuestros ojos, y mirad. ¿Quién los creó? El que hace marchar su bien contado ejército, y a cada uno llama por su nombre, y ninguno falta, tal es su inmenso poder y su gran fuerza. 27 ¿Cómo dices tú, Jacob, cómo murmuras tú, Israel: Yave no ve lo que sucede, Yave no se da cuenta de la justicia de mi causa? 28 ¿No sabes tú, no has aprendido, que Yave es Dios eterno, que creó los confines de la tierra, que ni se fatiga ni se cansa, y que su sabiduría no hay quien la alcance? 29 El da el vigor al hombre fatigado, y multiplica las fuerzas del débil; 30 se cansan los jóvenes, se fatigan, y los guerreros llegan a flaquear; 31 pero los que ocnfían en Yave renuevan sus fuerzas, y echan alas como de águila, y vuelan velozmente sin cansarse, y corren sin fatigarse.

Yave suscita un libertador.

41 1 Oídme, islas en silencio, renovad, ¡oh pueblos!, vuestras fuerzas; acercaos y hablad, entremos en juicio juntamente. 2 ¿Quién le ha suscitado del lado de levante, y en su justicia le llamó para seguirle? ¿Quién puso en sus manos los pueblos y le entregó los reyes? Su espada los reduce a polvo, y su arco los dispersa como brizna de paja. 3 Los persigue, y va tranquilamente por caminos que no había pisado nunca. 4 ¿Quién hace esto, quién lo cumple? El que desde el principio llamó a las generaciones. Yo, Yave, que era al principio, y soy el mismo siempre, y será en los últimos tiempos. 5 Las islas le ven, y tiemblan, y se espantan los confines de la tierra. Se reúnen y juntos vienen al juicio (1).

6 Uno a otro se ayudan, uno a otro se dicen: ¡Animo! 7 El escultor anima al orfebre, y el que bate el oro al forjador, diciendo: Bien está esa soldadura. Y la afirma con clavos para que no se caiga.

Promesa de liberación.

8 Pero tú, Israel, eres mi siervo; yo te elegí, Jacob, progenie de Abraham, mi siervo. 9 Yo te traeré de los confines de la tierra, y te llamaré de las regiones lejanas. diciéndote: Tú eres mi siervo, yo te elegí y no te rechazaré. 10 No temas nada, que yo estoy contigo; no desmayes, que yo soy tu Dios. Yo te fortaleceré, yo vendré en tu ayuda, y con la mano de mi justicia te sostendré. 11 Confundidos serán y cubiertos de ignominia todos los que te persiguen. Serán reducidos a la nada, aniquilados, los que contienden contigo. 12 Buscarás, y no hallarás a los que te aborrecen, serán reducidos a la nada los que te combaten. 13 Porque yo, Yave, tu Dios, fortaleceré tu diestra; y yo te digo: Nada temas, yo voy en tu ayuda. 14 Nada temas gusanillo de Jacob, coquito de Israel; 15 Yo te haré como agudo rastrillo, nuevo y armado de dientes. Irás, trillarás y pulverizarás los montes, y desharás en menuda paja los collados. 16 Los bieldarás, y el viento los aventará, y el huracán los dispersará. Y te regocijarás en Yave, y te glorificarás en el Santo de Israel.

17 Los pobres, los menesterosos, buscan el agua y no la hallan; su lengua está seca por la sed; pero yo, Yave, los oiré; el Dios de Israel, yo, no los abandonaré. 18 Yo, Yave,

(1) Los vs. 6-7 del capítulo 41, que están allí fuera de contexto, encajan aquí perfectamente, y deberían traspasarse a este lugar.

(1) Los vs. 21-29, parece que deben preceder a 8-20, por ser la continuación del apóstrofe a las naciones cuyos dioses no han podido prever la venida del libertador suscitado por Dios.

haré brotar manantiales en las alturas peladas, y fuentes en los valles. Tornaré el desierto en estanque, y la tierra seca en corrientes de aguas. 19 Yo plantaré en el desierto cedros y acacias, mirtos y olivos en la soledad, cipreses, olmos y alerces juntamente. 20 Para que todos vean y comprendan, y todos consideren y entiendan que es la mano de Yave la que hace eso, y el Santo de Israel el que lo crea. 21 Venid y alegad vuestro derecho, presentad las pruebas, dice el Dios de Jacob: 22 Que se acerquen y nos anuncien lo que está por venir. ¿Qué predicciones hicisteis en lo pasado? Decidlo, para que las tengamos en cuenta y reconozcamos que se cumplieron. 23 Y si no, anunciad lo porvenir, decid lo que más tarde ha de suceder, para que sepamos así que sois dioses. Veamos: bien o mal, haced algo para que podamos medirnos. 24 ¡Bah! No sois nada, y vuestra obra es nada, abominable quien os elige.

25 Yo lo he suscitado del septentrión, y ya llega, llamado por su nombre del lado de levante. Pisa a los príncipes como se pisa el polvo, y como el alfarero pisa el barro con sus pies. 26 ¿Quién antes le anunció y nos le dió a conocer de antemano, para que digamos: Justamente? Nadie le anunció, nadie habló de él, nadie os oyó una palabra. 27 Yo el primero le anuncié a Sión, y di a Jerusalén la buena nueva. 28 Miro, y no se halla entre ellos un profeta; les pregunto: ¿De dónde viene?, y no saben responder. 29 ¡Bah! Todos son nada, y su obra es nada, y sus ídolos viento y vanidad.

42 (1) 1 He aquí a mi siervo, a quien sostengo yo, mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi espíritu sobre él, y él dará la ley a las naciones; 2 no gritará, no hablará recio, no alzará su voz en las plazas; 3 no romperá la caña cascada, ni apagará la mecha humeante. 4 Expondrá fielmente la ley, sin cansarse ni desmayar, hasta que establezca la ley en la tierra; las islas están esperando su doctrina.

5 Así dice Dios, Yave, que creó los cielos y los tendió, y formó la tierra y sus frutos, que da a los que la habitan el aliento, el soplo de vida a los que por ella andan. 6 Yo, Yave, te he llamado en la justicia, y te he tomado de la mano. Yo te he formado, y te he puesto por alianza para mi pueblo, y para luz de las gentes, 7 para abrir los ojos de los ciegos, para sacar de la cárcel a los presos, del fondo del calabozo a los que moran en tinieblas. 8 Soy yo, Yave es mi nombre, que no doy mi gloria a ningún otro, ni a los ídolos el honor que me es debido. 9 Han llegado las cosas predichas, y anuncio otras nuevas, antes de que sucedan las doy a conocer.

Canto triunfal en honor de Yave.

10 Cantad a Yave un cántico nuevo. Lleguen sus loores a los extremos de la tierra. Estremézcase el mar y cuanto en él se contiene, las islas con sus habitantes. 11 Alce su voz el desierto, y las ciudades y las aldeas que habita Cedar. Lancen gritos de júbilo los habitantes de Sela, y entonen sus cánticos en lo alto de los montes. 12 Que den gloria a Yave, que canten sus alabanzas en las islas. 13 Avanza Yave como un gigante, como guerrero se excita en su ardor. Lanza su grito, un potente grito de guerra, y muestra su fuerza contra sus enemigos.

Israel será vengado y liberado.

14 Mucho tiempo callé, estuve en silencio, me contuve; como mujer en parto, gemía, suspiraba y jadeaba. 15 Pero ahora devastaré los montes y los collados, y secaré todo verdor. Haré islas las corrientes de aguas, y secaré los lagos. 16 Llevaré a los ciegos por un camino ignorado, los conduciré por senderos desconocidos. Ante ellos tornaré en luz las tinieblas, y en llano los escarpados. Todo esto lo haré yo, lo cumpliré, sin que nada falte. 17 Retrocederán cubiertos de ignominia los que confían en los ídolos, los que dicen a sus imágenes fundidas: Vosotros sois nuestros dioses.

18 Oíd, sordos; mirad, ciegos, y ved. 19 ¿Quién es el ciego, sino mi siervo?

(1) Los versos 1-9 del capítulo 42 son el comienzo del poema del siervo de Yave, y deberían unirse a los otros fragmentos del mismo que en el estado actual del texto aparecen desperdigados en varios lugares. Quizá es ésta la mejor prueba de que el descuido de los copistas alteró el orden primitivo, pues la unidad del poema es evidente.

¿Quién el sordo, sino el mensajero que yo envié? ¿Quién el ciego, sino mi amigo, el sordo, sino él, el siervo de Yave? [20] Muchas cosas has visto, sin poner en ellas atención; abiertos tenías los oídos, pero no oíste. [21] Habíase complacido Yave en su justicia, en hacer grande y magnífica la Ley; [22] y he ahí a este pueblo saqueado y hollado, en cavernas, en cárceles; dados al pillaje, sin que nadie los libre; despojados, sin que nadie diga: Restituid. [23] ¿Quién de vosotros dará oído a estas cosas? ¿Quién atento las escuchará para lo por venir? [24] ¿Quién entregó Jacob a los saqueadores, Israel a los despojadores? ¿No fué Yave, contra quien hemos pecado, cuyos caminos no quisimos seguir, cuya Ley no obedecimos? [25] ¿Quién derramó sobre él el fuego de su ira, con los furores de la guerra? Rodeados de llamas, no comprendieron, quemados, no hicieron caso.

43 [1] Ahora, pues, así dice Yave, que te creó, Jacob, que te formó, Israel. Nada temas, yo te he rescatado, yo te llamé por tu nombre, y tú me perteneces. [2] Si atraviesas entre aguas, yo seré contigo, y no te sumergirán las olas. Si pasas por el fuego, no te quemarás, las llamas no te consumirán. [3] Porque yo soy Yave, tu Dios, el Santo de Israel, tu salvador. Yo doy al Egipto por rescate tuyo, doy por ti a Etiopía y Seba. [4] Porque eres a mis ojos de muy gran estima, de gran precio, y te amo, y entrego por ti reinos y pueblos a cambio de tu vida. [5] Nada temas, que yo estoy contigo; yo traeré tu descendencia del oriente, y los reuniré del occidente. [6] Diré al septentrión: Devuélvelos, y al mediodía: No los retengas. Retraed a mis hijos de las regiones lejanas, y a mis hijas de los confines de la tierra, [7] a todos cuantos llevan mi nombre, que yo los creé y formé para mi gloria. [8] Dejad que vuelva el pueblo ciego, que ya tiene ojos; el pueblo sordo, que ya tiene oídos.

[9] Los pueblos se reúnen todos, y se congregan las naciones. ¿Quién de entre ellos anuncia tales cosas, quién aduce antiguas predicciones? Que presenten sus pruebas, para justificarse, y oyéndolas, se diga: Verdad. [10] Vosotros sois mis pruebas, dice Yave, mi siervo a quien yo elegí, para que aprendáis y me creáis y comprendáis que soy yo solo. Antes de mí no había dios alguno, y ninguno habrá después de mí. [11] Soy yo, yo que soy Yave, y fuera de mí no hay salvación. [12] Soy yo el que anuncio, el que salvo, el que hablo, y no hay otro entre vosotros, dice Yave. Vosotros sois mis testigos. [13] Yo soy Dios desde la eternidad, y lo soy por siempre jamás. Nadie puede librar a nadie de mis manos; lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?

Salida de Babilonia.

[14] Así habla Yave, vuestro redentor, el Santo de Israel: Por vosotros mandé yo contra Babilonia, y rompí los cerrojos de vuestra cárcel, y los caldeos fueron atados con cuerdas. ¿Qué fué de sus gritos de alegría? [15] Yo soy Yave, vuestro Santo, el creador de Israel, vuestro rey. [16] Así habla Yave, el que abre caminos en el mar, y senderos en la muchedumbre de las aguas. [17] El que hace avanzar a carros y caballos, y a los ejércitos de fuertes guerreros, o los echa por tierra juntamente, sin que vuelvan a levantarse, extinguidos como mecha que se apaga.

[18] No os acordéis más de lo de otras veces, no hagáis atención a lo pasado; [19] que voy a hacer una obra nueva, que ya está comenzando: ¿no la veis? Voy a abrir un camino en el desierto, y a llevar ríos a la soledad; [20] y me alabarán las bestias del campo, los chacales y los avestruces. Voy a poner agua en el desierto, y torrentes en las tierras áridas, [21] para abrevar a mi pueblo, a mi elegido, al pueblo que hice para mí, que cantará mis loores.

La liberación es pura misericordia de Yave.

[22] Pero tú, ¡oh Jacob!, no me invocaste; no te fatigaste en buscarme, Israel; [23] no me ofreciste ovejas en holocausto, no me honraste con tus sacrificios; yo no te abrumé con ofrendas ni te importuné por el incienso. [24] No compraste aromas de precio para mí, ni me saciaste con la grosura de tus sacrificios, sino que me atormentaste con tus pecados, y me apenaste con tus iniquidades. [25] Soy yo, quien por amor de mí borro tus

pecados, y no me acuerdo más de tus rebeldías. [26] Hazme recordar, entremos en juicio, habla tú para justificarte. [27] Pecó tu primer padre, y tus guías se rebelaron contra mí, y tus príncipes profanaron mi santuario. [28] Por eso di Jacob al anatema, y a Israel al oprobio.

Efusión del espíritu de Yave y conversión de las gentes.

44 [1] Oye, pues, ¡oh Jacob!, mi siervo, Israel, a quien elegí yo. Así habla Yave, que te ha hecho, formándote en el seno materno, y te ha socorrido. [2] Nada temas, siervo mío, Jacob, el Jesurún, a quien yo elegí, porque yo derramaré aguas en el desierto, arroyos en lo seco, [3] y derramaré mi espíritu sobre ti, y mi bendición sobre tus descendientes, [4] que crecerán como la hierba, como prados junto a los ríos. [5] Este dirá: Yo soy de Yave; aquél tomará el nombre de Jacob; y el otro escribirá en su mano: De Yave, y querrá ser conocido con el nombre de Israel.

Vanidad de los ídolos.

[6] Así habla Yave, el rey de Israel, su redentor, Yave Sebaot: Yo soy el primero y el último, y no hay otro Dios fuera de mí. [7] ¿Quién como yo? Que venga, y hable, que anuncie y se compare conmigo. ¿Quién desde el principio anunció lo por venir? Que nos prediga lo que ha de suceder. [8] No os atemoricéis, no temáis nada. ¿No lo anuncié yo antes ya y lo predije? Vosotros sois testigos. No hay Dios alguno fuera de mí, ni otra roca que yo; no la conozco.

[9] Todos los hacedores de ídolos son nada, y sus vanas hechuras no sirven de nada. Y son testigos ellos mismos, no ven nada, no saben nada, para vergüenza suya. [10] Si un dios se hace, si se funde, bien claro es que de nada sirve. [11] Mirad, todos sus devotos serán confundidos: los que los hacen son hombres. Que se junten, que vengan todos; todos temblarán, cubiertos de vergüenza. [12] Uno forja en la fragua su obra y aguza el cincel, y hace la imagen a golpe de martillo, poniendo toda su fuerza. Tiene hambre, y está agotado; no bebe, está desfallecido. [13] Otro que trabaja en madera, toma sus medidas con la cuerda, y hace sus señales con almagre. Maneja el cepillo y marca con el compás. Hace así una semejanza de hombre, de un hombre bello, para que habite en una casa.

[14] *d*) Plántanse cedros que hace crecer la lluvia; *c*) se deja que se hagan grandes en el bosque; *b*) se escogen luego el roble y la encina, *a*) y se cortan los cedros. [15] Sirven luego de leña para el fuego, para calentarse, también para cocer el pan. Y además se hacen con ellos dioses, ante los cuales se prosternan, ídolos que adoran. [16] Ha quemado el fuego la mitad de la leña, para asar la carne y saciarse comiendo el asado. Caliéntase luego, diciendo: Me caliento, siento la lumbre. [17] y con el resto se hace un dios, un ídolo que adora, postrándose ante él, y a quien suplica, diciendo: Tú eres mi dios, sálvame. [18] Pero ellos no saben, no distinguen; porque están cerrados sus ojos y no ven, está cerrado su corazón y no entienden. [19] No reflexionan, son demasiado simples e ignorantes, para decir: He quemado la mitad de la madera, sobre sus brasas he cocido el pan, he asado la carne y me la he comido; lo que con el resto haga será un ídolo execrable, y me prosternaré ante un tronco de madera. [20] Se alimenta de ceniza, y su corazón engañado le extravía. Y no salva su alma diciéndose: ¿No es pura mentira lo que tengo en la mano?

Sólo Yave es grande.

[21] Ten en la memoria estas cosas, Jacob; mira Israel, que tú eres mi siervo, yo te he formado. Tú estás para servirme, Israel, y yo no te abandonaré. [22] Yo he disipado como nube tus pecados, como niebla tus iniquidades. Vuelve a mí, que yo te he rescatado. [23] Cantad, cielos, la obra de Yave; resonad, profundidades de la tierra; saltad de júbilo, montañas; cantad todos, árboles de la selva; que Yave ha rescatado a Jacob y ha mostrado su gloria a Israel.

[24] Así dice Yave, tu redentor, el que en el seno te formó. Yo soy Yave, el que lo ha hecho todo: yo, yo solo desplegué los cielos y afirmé la tierra. ¿Quién me ayudó? [25] Yo deshago las señales mentirosas de los adivinos, y a éstos los enloquezco.

Yo obligo a los sabios a retroceder,
y torno en locura su sabiduría; [26] pero
mantengo las palabras dadas a mis
siervos, y cumplo los designios revelados a mis mensajeros. Yo digo a
Jerusalén: Serás habitada; y a las
ciudades de Judá: Seréis reedificadas,
yo levantaré sus ruinas. [27] Yo digo
al abismo: Sécate, y deseco sus aguas.
[28] Yo digo a Ciro: Tú eres mi pastor,
y él hará lo que yo quiera. Yo digo
a Jerusalén que será reedificada, y
que su templo será reconstruído.

Ciro, el libertador de Israel.

45 [1] Así dice Yave a su ungido,
Ciro (1), a quien tomó de la
mano, para derribar ante él las naciones, para desceñir la cintura de
los reyes, para abrir ante él las puertas, y dejarle libres las entradas.
[2] Yo iré delante de ti, y te allanaré
los caminos montuosos. Yo romperé
las puertas de bronce, y arrancaré
los cerrojos de hierro; [3] yo te entregaré los tesoros escondidos, y las riquezas enterradas, para que sepas
que yo soy Yave, el Dios de Israel,
que te llamó por tu nombre. [4] Por
amor de mi siervo Jacob, por amor
de Israel, mi elegido, te he llamado
por tu nombre, y te he ceñido, aunque tú no me conoces, [5] soy yo,
Yave, no es ningún otro. Fuera de
mí no hay Dios. [6] Yo te ciño, aunque
tú no me conoces, para que sepa el
levante y el poniente que no hay
ninguno fuera de mí. [7] Yo soy Yave,
no hay ningún otro. Yo he hecho la
luz y las tinieblas, yo doy la paz,
yo traigo el mal, soy yo, Yave, quien
hace todo esto. [8] Destilad, cielos, arriba el rocío; lloved, nubes, la justicia;
ábrase la tierra, y produzca el fruto
de la salvación, y germine la justicia.
Soy yo, Yave, quien crea esto.

Inutilidad de toda oposición.

[9] ¡Ay del que contiende con su Hacedor! Es el tiesto de los tiestos de
la tierra. ¿Dice acaso el barro al
alfarero: ¿Qué es lo que haces? ¿Dícele la obra: ¿Eres un torpe? [10] ¡Ay
del que al padre dice: Por qué engendraste, o dice a la mujer: Por
qué pariste! [11] Así dice Yave, el Santo
de Israel, que te formó. ¿Os atreveríais vosotros a pedirme cuenta de
mis propósitos, a darme lecciones
acerca la obra de mis manos? [12] Yo
hice la tierra y creé sobre ella al
hombre; mis manos desplegaron los
cielos, y yo mando a todo su ejército. [13] Y yo le suscité para justicia,
y allano todos sus caminos. El reedificará mi ciudad, y libertará a mis
desterrados, no por dinero ni por
dones, dice Yave Sebaot.

La conversión de las gentes.

[14] Así habla Yave: Los trabajadores de Egipto, los mercaderes de Etiopía, los sabeos de elevada estatura,
pasarán a ti, y serán tuyos, y te seguirán y te servirán esposados, encorvados, suplicantes: Sólo tú tienes
un Dios, no hay ningún otro, no hay
ningún otro Dios. [15] En verdad que
tienes contigo un Dios escondido, el
Dios de Israel, salvador. [16] Todos los
hacedores de ídolos están cubiertos
de confusión y de ignominia, vense
todos juntos llenos de vergüenza.
[17] Israel es salvado de Yave con
salvación eterna, ni vergüenza ni confusión por los siglos para él.
[18] Sí, así habla Yave, el que creó
los cielos, el Dios que formó la tierra,
la hizo y la afirmó. No la creó en
vano, la formó para que fuese habitada. Soy yo, Yave, y ningún otro.
[19] No he hablado yo en secreto, en
un oscuro rincón de la tierra. No he
dicho yo a la progenie de Jacob:
Buscadme en vano. Soy yo, Yave,
cuya palabra es verdadera y cuya
predicción es segura.
[20] Reuníos, venid, acercaos juntamente, los sobrevivientes de las naciones. No tienen entendimiento los
que llevan un ídolo de madera y
ruegan a un dios incapaz de salvar.
[21] Hablad, exponed, consultaos unos
a otros: ¿Quién predijo estas cosas
desde mucho ha, mucho tiempo antes
las anunció? ¿No soy yo, Yave, el
único, y nadie más que yo? [22] No hay
Dios justo y salvador fuera de mí;
volveos a mí y seréis salvas, naciones
todas de la tierra. [23] Porque yo soy

(1) Desde el capítulo 41 el profeta habla de Ciro, aunque sin mencionarle por su nombre. Esta unción es su destino para ejecutar los planes divinos sobre los pueblos y sobre Israel. Ciro es el ministro de la justicia divina contra Babilonia y de la misericordia a favor de Israel. Una y otra cosa son una prueba de que Yave es verdadero Dios, y los dioses que no pueden hacer tales cosas, no son nada.

Dios, y no hay otro; por mí lo juro, sale la verdad de mi boca y es irrevocable mi palabra. Doblaráse ante mí toda rodilla, y por mí jurará toda lengua. [24] De mí dirán: Ciertamente sólo en Yave hay justicia y fuerza. A él vendrán cubiertos de ignominia todos cuantos se agitan contra él. [25] En Yave será justificada y glorificada toda la progenie de Israel.

Caída de los ídolos.

46 (1) [1] Postrado Bel, caído Nebo, sus simulacros son puestos sobre bestias de carga, cargados y llevados con trabajo. [2] Todos son humillados, todos abatidos juntamente, no pudieron preservar esta carga, antes ellos mismos fueron llevados cautivos.

[3] Oídme, casa de Jacob, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, llevados desde el seno, y carga mía desde el nacimiento. [4] Yo mismo hasta la vejez, hasta las canas os soportaré; como ya hice, yo me encargo de sosteneros y preservaros. [5] ¿A quién queréis compararme? ¿Con quién medirme? ¿A quién me haréis semejante, igual? [6] Aquéllos sacan el oro de la bolsa, pesan la plata en la balanza, pagan al orfebre, y mandan que les haga un dios; luego se postran y le adoran, [7] le cargan sobre sus hombros, le llevan, le sostienen, le ponen en su lugar, y allí se está; no se mueve de su sitio; claman a él, pero no responde ni libra de la tribulación.

[8] Acordaos de esto y tenedlo en cuenta; [9] acordaos de los tiempos pasados, desde el principio. Sí, yo soy Dios, yo, y no hay ningún otro; yo soy Dios, y no tengo igual. [10] Yo anuncio desde el principio lo por venir, y de antemano lo que no se ha hecho. Yo digo: Mis designios se realizan, y cumplo toda mi voluntad. [11] Yo llamo del levante al ave de presa, de lejana tierra al hombre de mi consejo. Como lo he dicho, así lo haré; lo he dispuesto, y lo cumpliré.

[12] Oídme, hombres de duro corazón, que estáis lejos de la justicia. [13] Yo haré que se os acerque mi justicia, ya no está lejos, y no tardará mi salvación. Yo pondré en Sión la salud y mi gloria en Israel.

(1) El contexto de este capítulo sería mucho más perfecto haciendo inversiones que dejaran el texto en este orden: 3-7; 1-2; 8-13.

Caída de Babilonia.

47 [1] Desciende y siéntate en el polvo, virgen hija de Babilonia. No más trono. Siéntate en la tierra, hija de los caldeos. Ya no te llamarán jamás la delicada, la voluptuosa. [2] Coge la muela y ve a moler la harina; quítate el velo, descalza tus pies, descubre tus piernas, y pasa los ríos. [3] Descubierta será tu desnudez, se verán tus vergüenzas. [4] Yo tomaré venganza implacable, dice nuestro redentor, Yave Sebaot es su nombre, el Santo de Israel. [5] Siéntate en silencio, súmete en tiniebla, hija de los caldeos; ya nunca más te llamarán la reina de las reinas.

[6] Estaba yo airado contra mi pueblo, y dejé profanar mi heredad, y la entregué en tus manos. Tú no tuviste piedad, e hiciste pesar tu yugo aun sobre los ancianos. [7] Tú decías: Yo seré siempre, por siempre la reina, y no reflexionaste, no pensaste en tu fin. [8] Escucha, pues, esto, voluptuosa, que te sientes tan segura, que dices en tu corazón: Yo, y nadie más que yo; no enviudaré ni me veré sin hijos. [9] Ambas cosas te vendrán de repente, en un mismo día: la falta de hijos y la viudez te abrumarán a un tiempo, a pesar de tus numerosos agüeros y de tus muchos encantamientos. [10] Tú estabas fiada en tu maldad y te decías: No ve nadie. Tu sabiduría y tu ciencia te engañaron, y te decías en tu corazón: Yo, y no más que yo. [11] Pero va a caer sobre ti un mal que no podrás conjurar, y te abrumará una ruina que no podrás remediar; caerá de repente sobre ti, sin que preveas sus golpes. [12] Acude ahora a tus encantamientos, a las muchas hechicerías con que te fatigas desde la niñez. Quizá puedan servirte, quizá puedan hacerte terrible. [13] ¿Estás cansada de tanto consultar? Que vengan ahora, que te salven, los que hacen la carta del cielo y observan las estrellas, y hacen la cuenta de los meses, de lo que ha de venir sobre ti. [14] Helos ahí como briznas de paja, que serán consumidas por el fuego. No podrán escapar de los abrazos de las llamas; brasas, mas no para calentarse a ellas, ni hoguera para sentarse ante ella. [15] Eso serán entonces para ti aquellos por quienes desde la niñez te afanaste, tus magos. Cada cual echará por su camino, y no habrá quien te salve.

Israel sale de Babilonia por pura gracia.

48 [1] Oíd esto, casa de Jacob, los que lleváis el nombre de Israel, los salidos de las entrañas de Judá. Vosotros, los que juráis por el nombre de Yave y alabáis al Dios de Israel, pero sin verdad y sin justicia; [2] aunque lleváis el nombre de la ciudad santa, y os apoyáis sobre el Dios de Israel, cuyo nombre es Yave Sebaot. [3] Lo que ha pasado, ya ha tiempo lo predije, de mi boca salió. Yo lo hice oír, y de improviso obré, y todo se ha cumplido. [4] Porque bien sé que eres duro, y es tu cerviz una barra de hierro, y que tienes una frente de bronce. [5] Yo te predije esto hace tiempo, antes de que sucediera te lo dí a saber. Para que no dijeras: Lo ha hecho mi ídolo, mi estatua, mi bronce lo mandó. [6] Ya lo has oído, míralo todo: ¿por qué no predecís también vosotros? Yo te he dado a conocer ahora cosas nuevas, cosas ocultas, que tú no sabías. [7] Se crean ahora, no en tiempos pasados; antes de hoy nada habías oído de ellas, para que no dijeras: Ya lo sabía yo. [8] No, nada habías oído, nada conocías, nada en mucho tiempo llegó a tus oídos. Porque sé que eres infiel, y tu nombre es: rebelde, desde que naciste. [9] Yo por la honra de mi nombre contengo mi ira, por amor de mi gloria te doy largas, y no llego a exterminarte. [10] Mira, te pasé por el fuego del crisol, y no había plata; te he pasado por la hornaza de la aflicción. [11] Es por mí, por amor de mí lo hago, porque no quiero que mi nombre sea escarnecido, y mi gloria a nadie se la doy.

[12] Oyeme, Jacob, y tú Israel, que yo te llamo, soy yo, yo, el primero, y yo soy el último. [13] Mi mano hizo la tierra, mi diestra desplegó los cielos, y los llamé y luego parecieron. [14] Reuníos todos y oíd, ¿quién de entre ellos anunció estas cosas? Aquel a quien Yave ama, cumplirá su voluntad contra Babilonia, y contra la raza de los caldeos. [15] Yo, yo le he hablado, yo le he llamado, yo le guío y prospero sus caminos. [16] Acercaos a mí y oíd esto: Desde el principio no os he hablado en las sombras; cuando la cosa se hacía, allí estaba yo. Y ahora yo, Yave, soy quien le envía con su espíritu.

[17] Así habla Yave, tu redentor, el Santo de Israel: Yo soy Yave, tu Dios, que para tu bien te enseña y te pone en el camino que has de seguir. [18] ¡Ah!, si atendieras a mis leyes, tu paz sería como un río, y tu justicia como las olas del mar. [19] Tu descendencia sería como los granos de arena; los frutos de tus entrañas, como el polvo. Y nada borraría, nada raería tu nombre de delante de mí. [20] Salid de Babilonia, huid de entre los caldeos con cantos de alegría; anunciad, pregonad la buena nueva, que llegue hasta los confines de la tierra. Decid: Rescata Yave a su siervo Jacob. [21] No tendrán sed en el desierto por el cual los guía; hará que broten para ellos aguas de la roca, abrirá la peña y brotarán las aguas. [22] Pero no hay paz para los malvados, dice Yave.

49 [1] ¡Oídme, islas! ¡Atended, pueblos lejanos! Yave me llamó desde antes de mi nacimiento, desde el seno de mi madre me llamó por mi nombre (1). [2] El hizo mi boca como cortante espada, él me guarda a la sombra de su mano, hizo de mí aguda saeta, y me guardó en su aljaba. [4] Yo me dije: Por demás he trabajado, en vano y para nada consumí mis fuerzas, pero mi causa está en manos de Yave, mi recompensa en las manos de mi Dios. [5a] Y ahora dice Yave, el que desde mi nacimiento me formó para siervo suyo, para traer a él a Jacob, para congregarle Israel, [3] él me ha dicho: Tú eres mi siervo, en ti seré glorificado. [5b] Yave me ha dado este honor, y él, mi Dios, será mi fuerza. [6] Díjome: Poco es para mí ser tú mi siervo, para restablecer las tribus de Jacob, y reconducir a los salvados de Israel. Yo te hago luz de las gentes, para llevar mi salvación hasta los confines de la tierra. [7] Así dice Yave, el redentor, el Santo de Israel, al menospreciado y abominado de las gentes, al esclavizado por los tiranos. Verán los reyes, y se levantarán de sus sitiales los príncipes, y se prosternarán, por obra de Yave, que es fiel, del Santo de Israel, que te ha elegido.

---

(1) El trozo 1-7 es otro fragmento del poema del siervo de Yave, que está aquí fuera de su lugar.

La liberación.

8 Así habla Yave: Al tiempo de
la gracia te escuché, el día de la
salvación vine en tu ayuda. Yo te
formé y te puse, por alianza de mi
pueblo, para restablecer la tierra y
repartirle las heredades devastadas.
9 Para decir a los presos: Salid; y a
los que moran en tinieblas: Venid a
la luz. En todos los caminos serán
apacentados, habrá pastos en todas
las laderas. 10 No padecerán hambre
ni sed, calor ni viento solano que los
aflija. Porque los guiará el que de
ellos se ha compadecido, y los lle-
vará a aguas manantiales. 11 Yo tor-
naré todos los montes en caminos, y
estarán preparadas las vías. 12 Vie-
nen de lejos: Estos, del norte y del
poniente; aquéllos, de la tierra de
Sinim.

Restauración de Sión.

13 Cantad, cielos; tierra, salta de
gozo; montes, que resuenen vuestros
cánticos, porque ha consolado Yave
a su pueblo, ha tenido compasión de
sus males. 14 Sión decía: Yave me ha
abandonado, el Señor se ha olvidado
de mí. ¿Puede la mujer olvidarse
del fruto de su vientre, no compade-
cerse del hijo de sus entrañas? 15 Y
aunque ella se olvidara, yo no te
olvidaría. 16 Mira, te tengo grabada
en mis manos, tus muros están siem-
pre delante de mí. 17 Ya vienen apri-
sa los que levantarán tus ruinas, y
tus asoladores huyen lejos de ti.
18 Echa en torno de ti los ojos y
mira, todos se reúnen para venir a ti.
Por mi vida, dice Yave, que te reves-
tirás de ellos como de ornamento, y
te ceñirás de ellos como novia. 19 Por-
que tu tierra devastada, arruinada,
desierta, será ahora estrecha para la
muchedumbre de tus habitantes, y
se alejarán los que te devoraban.
20 Esos hijos de la madre que se
quedó sin ellos, dirán a tus oídos:
La tierra es demasiado estrecha para
mí, hazme lugar para que habite en
ella. 21 Y tú dirás en tu corazón:
¿Quién, pues, me ha parido a éstos?
Yo había perdido mis hijos y quedé
estéril, desterrada, repudiada. ¿A
éstos quién los ha criado? Yo estaba
sola. ¿De dónde vienen éstos?
22 Así habla el Señor, Yave: Yo
tenderé mi mano a las gentes, y al-
zaré mi bandera a las naciones, y
traerán en brazos a tus hijos, y en
hombros a tus hijas. 23 Reyes serán
tus ayos, y reinas tus nodrizas; pos-
trados ante ti, rostro a tierra, la-
merán el polvo de tus pies. Y reco-
nocerás que yo soy Yave, y que
el que en mí confía no es con-
fundido.
25 *a*) Así habla Yave: 24 ¿Se le quita
al guerrero su botín? ¿Le escapa al
poderoso su presa? 25 *b*) Pues yo arre-
bataré al guerrero su botín, y al po-
deroso le arrancaré su presa, y de-
fenderé tu causa y salvaré a tus
hijos. 26 Y a los que te despojaron
les haré comer sus propias carnes, y se
embriagarán de su sangre como de
vino dulce. Y reconocerá toda carne
que yo soy Yave, tu salvador, tu
redentor, el Fuerte de Jacob.

50 1 Así dice Yave: ¿Dónde está
el libelo de repudio de vuestra
madre, por el cual la haya repudiado
yo? ¿O cuál es aquél de mis acree-
dores a quien os haya vendido yo?
Por vuestros crímenes fuisteis ven-
didos, y por vuestros pecados fué
repudiada vuestra madre. 2 Porque
cuando yo venía no hallaba a nadie,
y cuando llamaba nadie me respon-
día. ¿Habráse acortado mi brazo para
salvar, o no tendré ya fuerza para
librar? Con sólo mi amenaza seco
yo el mar, y torno en desierto los
ríos, hasta secarse sus peces y morir
de sed por falta de agua. 3 Yo revisto
los cielos de un velo de sombras, y
los cubro como de saco (1).
4 *a*) El Señor, Yave, me ha dado
lengua de discípulo, para sostener a
los abatidos. 5 *a*) El Señor, Yave, me
ha abierto los oídos 4 *b*) para que
aprenda la palabra. 4 *c*) Cada mañana
despierta mis oídos, para que oiga
como discípulo, 5 *b*) y yo no me resisto,
no me echo atrás. 6 He dado mis
espaldas a los que me herían, y mis
mejillas a los que me arrancaban la
barba. Y no escondí mi rostro ante
las injurias y los esputos. 7 El Señor,
Yave, me ha socorrido, y por eso no
cedí ante la ignominia, e hice mi
rostro como de pedernal, sabiendo
que no sería confundido. 8 Cerca está
mi defensor. ¿Quién quiere contender
conmigo? Comparezcamos juntos.
¿Quién es mi adversario? Que se

(1) Los versículos 4-11 son otro fragmento del poema del siervo de Yave.

ponga frente a mí. [9] Sí, el Señor, Yave, me asiste. ¿Quién me condenará? Todos ellos caerán en pedazos, como vestido viejo, la polilla los consumirá. [10] Quien de vosotros tema a Yave, oiga la voz de su siervo. El que ande en tinieblas, privado de luz, que confíe en el nombre de Yave, y se apoye sobre su Dios. [11] Los que estáis encendiendo un fuego, y preparando saetas encendidas, id a las llamas de vuestro fuego y sobre las saetas que encendéis. De mi mano os llagará esto, y seréis atormentados en un lecho de dolor.

Exhortación a los israelitas fieles.

51 [1] Oídme, vosotros, los que seguís la justicia y buscáis a Yave. Considerad la roca de que habéis sido tallados, la cantera de que habéis sido sacados. [2] Mirad a Abraham, vuestro padre, y a Sara, que os parió en dolores. Sólo a él le elegí yo, y le bendije y le multipliqué. [3] De cierto Yave consolará a Sión, consolará todas sus ruinas y tornará su desierto en vergel, y su soledad en paraíso de Yave, donde habrá gozo y alegría y cantos de alabanza.

[4] Atended, pueblos, a mi voz; prestadme oído, naciones. Que de mí viene la doctrina, y mi ley será la luz de los pueblos. [5] Mi justicia se acerca, ya viene mi salvación, y mi brazo hará justicia a los pueblos. A mí me esperan las islas y aguardan mi poder. [6] Alzad los ojos al cielo, y mirad la tierra a vuestros pies. Pasarán los cielos como humo, se envejecerá como un vestido la tierra, y morirán como las moscas sus habitantes. Pero mi salvación durará por la eternidad, y mi justicia no tendrá fin.

[7] Oídme, vosotros, los que conocéis la justicia, tú, pueblo, en cuyo corazón está mi Ley. No temas las afrentas de los hombres, no te asusten sus ultrajes. [8] Porque como a vestidura los comerá la polilla, como a lana los comerán los gusanos. Pero mi justicia durará por la eternidad, y mi salvación de generación en generación.

[9] Alzate, álzate, revístete de fortaleza, brazo de Yave. Levántate, como en los tiempos antiguos, en los siglos remotos. ¿No eres tú quien secaste a Rahab y partiste al dragón? [10] ¿No eres tú quien secaste el mar, las aguas del profundo abismo, y tornaste las profundidades del mar en camino, para que pasasen los redimidos? [11] Volverán los rescatados de Yave, volverán a Sión con cantos de triunfo, coronada de gloria eterna su frente. Se apoderará de ellos el gozo y la alegría, huirán el llanto y la tristeza.

[12] Soy yo vuestro consolador. ¿Por qué temer tú a un débil mortal, a un hombre que es como el heno, [13] olvidándote de tu Hacedor, que desplegó los cielos y fundó la tierra, para estar temiendo todo el día el furor de tu opresor, que busca destruirte? [14] ¿Dónde está el furor del que te oprimía? Bien pronto será libertado el cautivo. No morirá en su cárcel, no le faltará el pan.

[15] Yo soy Yave, tu Dios, que levanto el mar y embravezco sus olas, y cuyo nombre es Yave Sebaot. [16] Yo pondré en tu boca mi palabra y te protegeré con la sombra de mi mano, desplegando cielos, y fundando una tierra, y diciendo a Sión: Tú eres mi pueblo.

[17] Despierta, Jerusalén, despierta, levántate, tú que has bebido de la mano de Yave el cáliz de su ira, tú que has apurado hasta las heces el cáliz que aturde. [18] No hubo nadie que la guiara, de todos los hijos que ella parió; ninguno la sostuvo con su mano, de cuantos hijos crió. [19] Cayeron sobre ti estos dos males: ¿Quién se dolerá de ti? Ruina y azote, hambre y espada, ¿quién te consolará? [20] Tus hijos yacen desfallecidos en las encrucijadas de las calles, como antílopes cazados a lazo, ebrios de la ira de Yave, de los furores de tu Dios.

[21] Oye, pues, malaventurada, ebria, pero no de vino. [22] Así habla tu Señor, Yave, tu Dios, que pleitea por su pueblo:

Yo tomaré de tu mano la copa embriagadora, el cáliz de mi ira, y no lo beberás ya más. [23] Y lo pondré en la mano de los tiranos, en la mano de tus opresores, de los que dicen: Encórvate para que pasemos por encima de ti, cuando pisan tu dorso como se pisa la tierra, como camino de los que pasan.

52 [1] Levántate, levántate, revístete de fortaleza, ¡oh Sión!, viste tus vestiduras de fiesta, Jerusalén, ciudad santa; que ya no entrará más

dentro de ti incircunciso ni inmundo.
2 Sacúdete el polvo, levántate, Jerusalén cautiva. Desata las ataduras de tu cuello, cautiva, hija de Sión.
3 Así dice Yave: De balde fuisteis vendidos, y sin precio seréis rescatados. 4 Pues así dice Yave: A Egipto bajó mi pueblo en otro tiempo, para habitar allí como peregrino, y Asur le cautivó sin razón. 5 ¿Qué he de hacer yo, pues, dice Yave, ahora que ha sido tomado gratis mi pueblo? Sus opresores aúllan y continuamente, dice Yave, es blasfemado mi nombre. 6 También mi pueblo conocerá mi nombre, y que soy yo quien hace esto.

Alegría de la restauración.

7 ¡Qué hermosos sobre los montes, los pies del que te trae la buena nueva de la paz, del que te trae la alegre noticia de la salvación, diciendo a Sión: Reina tu Dios! 8 ¡Voces! Tus atalayadores alzan la voz, y todos a una cantan jubilosos, porque ven con sus ojos cómo se ha vuelto Yave hacia Sión.
9 Cantad todas a una vuestros cantos, ruinas de Jerusalén, que consuela Yave a su pueblo y rescata a Jerusalén. 10 Yave, el Santo, alza su brazo a los ojos de todos los pueblos, y los extremos confines de la tierra ven la salvación de nuestro Dios.
11 Partid, partid, salid de ahí, no toquéis nada inmundo. Salid, purificaos, los que lleváis los utensilios de Yave. 12 Pero no salgáis a la desbandada, no partáis como fugitivos, porque va Yave a vuestro frente, y vuestra retaguardia es el Dios de Israel (1).

(1) Esta sección (52.13-53.12), con los varios fragmentos dispersos que antes hemos ido indicando, forma un verdadero poema, que es a la vez el vaticinio más claro de la pasión del Siervo del Señor, y que podríamos llamar el profético y primer relato de la Pasión. Los dolores del Siervo, la causa de ellos y los frutos de la muerte, se hallan descritos con los más vivos colores. Una cosa, sin embargo, hay que notar: Que tanto aquí como en los pasajes anteriores, este Siervo aparece como Melquisedec; sin padre ni genealogía, parece como si no tuviera nada que ver con el glorioso hijo de David y restaurador de su reino. Por eso se explica que estos pasajes fueran un enigma para los judíos, como les fué después escándalo el misterio de la Cruz.

Poema del Siervo de Yave.

13 He aquí a mi siervo; él prosperará, será engrandecido y ensalzado, puesto muy alto. 14 Como de él se pasmaron muchos, tan desfigurado estaba su rostro que no parecía ser de hombre; 15 así se admirarán de él las gentes, y los reyes cerrarán ante él su boca, al ver lo que jamás vieron, al entender lo que jamás habían oído.

53 1 ¿Quién creerá lo que hemos oído? ¿A quién fué revelado el brazo de Yave? 2 Sube ante él como un retoño, como retoño de raíz en tierra árida. No hay en él parecer, no hay hermosura que atraiga las miradas, no hay en él belleza que agrade. 3 Despreciado, desecho de los hombres, varón de dolores, conocedor de todos los quebrantos, ante quien se vuelve el rostro, menospreciado, estimado en nada; 4 pero fué él, ciertamente, quien tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por castigado y herido por Dios y humillado.
5 Fué traspasado por nuestras iniquidades, y molido por nuestros pecados. El castigo salvador pesó sobre él, y en sus llagas hemos sido curados.
6 Todos nosotros andábamos errantes, como ovejas, siguiendo cada uno su camino, y Yave cargó sobre él la iniquidad de todos nosotros. 7 Maltratado y afligido, no abrió la boca, como cordero llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores. 8 Fué arrebatado por un juicio inicuo, sin que nadie defendiera su causa, cuando era arrancado de la tierra de los vivientes y muerto por las iniquidades de su pueblo. 9 Dispuesta estaba entre los impíos su sepultura, y fué en la muerte igualado a los malhechores; a pesar de no haber en él maldad, ni haber mentira en su boca, 10 quiso quebrantarle Yave con padecimientos. Ofreciendo su vida en sacrificio por el pecado, tendrá posteridad. Y vivirá largos años, y en sus manos prosperará la obra de Yave. 11 Librado de los tormentos de su alma, verá, y lo que verá colmará sus deseos. El justo, mi siervo, justificará a muchos, y cargará con las iniquidades de ellos.
12 Por eso yo le daré por parte suya muchedumbres, y recibirá muchedum-

bres por botín; por haberse entregado a la muerte, y haber sido contado entre los pecadores, cuando llevaba sobre sí los pecados de todos e intercedía por los pecadores.

Gloria de la nueva Sión.

54 (1) [1] Regocíjate, estéril, la sin hijos; entona un canto de alegría, tú que no conoces los dolores del parto. Porque los hijos de la abandonada son más numerosos que los de la casada, dice Yave.

[2] Ensancha el sitio de tu tienda, extiende las pieles que te cubren; no las recojas, alarga tus cuerdas y clava tus clavos; [3] porque te extenderás a derecha e izquierda, y tu descendencia poseerá las naciones y poblará las ciudades desiertas. [4] Nada temas, que no serás confundida; no te avergüences, que no serás afrentada. Te olvidarás de la vergüenza de la juventud, y perderás el recuerdo del oprobio de tu viudez. [5] Porque tu marido es tu Hacedor, que se llama Yave Sebaot, y tu redentor es el Santo de Israel, y se llama el Dios del mundo todo.

[6] Sí, Yave te llamó como a mujer abandonada y desolada. La esposa de la juventud, ¿podrá ser repudiada? [7] Por una hora, por un momento te abandoné, pero en mi gran amor vuelvo a llamarte. [8] Desencadenando mi ira, oculté de ti mi rostro; un momento me alejé de ti; pero en mi eterna misericordia me apiadé de ti, dice Yave, tu redentor.

[9] Será esto como al tiempo de Noé, en que juré que nunca más el diluvio se echaría sobre la tierra. Así juro yo ahora no volver a enojarme contra ti, no volver a reñirte. [10] Que se muevan los montes, que tiemblen los collados, no se apartará más de ti mi misericordia, y mi alianza de paz será inquebrantable, dice Yave, que te ama.

[11] ¡Pobrecita, azotada por la tempestad, sin abrigo! Voy a edificarte sobre jaspe, sobre cimientos de zafiro. [12] Te haré almenas de rubí y puertas de carbunclo, y toda una muralla de piedras preciosas. [13] Todos tus hijos serán adoctrinados por Yave, y gozarán de mucha paz. [14] Serás fundada sobre la justicia, y estará lejos de ti la opresión, que no habrás de temer, y la angustia, que no te llegará más.

[15] Si te atacare alguno, no será de parte mía, y quien te ataque caerá ante ti. [16] Mira, yo he hecho al herrero, que sopla las brasas del fuego, y con su trabajo forja un arma; también yo he hecho al destructor para destruir. [17] Toda arma forjada contra ti será inútil, y cualquiera que sea la lengua que contra ti se querelle, triunfarás tú. Esta es la porción de los servidores de Yave, y la justicia que de él les vendrá, dice Yave.

55 [1] ¡Oh vosotros, los sedientos! venid a las aguas; aun los que no tenéis dinero. Venid, comprad pan y comed; venid, comprad sin dinero, sin pagar, vino y leche. [2] ¿A qué gastar vuestro dinero no en pan, y vuestro trabajo no en hartura? Escuchadme y comeréis lo mejor, y os deleitaréis con manjares suculentos. [3] Dadme oídos y venid a mí; escuchadme y vivirá vuestra alma, y haré con vosotros un pacto sempiterno, el de las firmes misericordias de David. [4] De él he hecho un testimonio para las gentes, un jefe y maestro de los pueblos. [5] Llamarás a pueblos que te son desconocidos, a pueblos que no te conocen, por Yave, tu Dios, por el Santo de Israel, que te glorificará.

[6] Buscad a Yave mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cerca. [7] Deje el impío sus caminos, y el malvado sus pensamientos, y vuélvase a Yave, que tendrá de él misericordia, a nuestro Dios, que es rico en perdones. [8] Porque no son mis pensamientos vuestros pensamientos, ni mis caminos son vuestros caminos, dice Yave. [9] Cuanto son los cielos más altos que la tierra, tanto están mis caminos por encima de los vuestros, y mis pensamientos por encima de los vuestros. [10] Como baja la lluvia y la nieve de lo alto del cielo, y no vuelven allá sin haber empapado y fecundado la tierra y haberla hecho germinar, dando la simiente para sembrar y el pan para comer; [11] así

(1) Los capítulos 54.1-55.10, y después en 60.1-62.12, forman como un gran poema en que se describe la gloriosa restauración de Jerusalén, convertida en centro de las naciones, que se sienten atraídas a ella por las maravillas que ven realizadas por Yave. El tema se encuentra con frecuencia en los profetas, pero en ninguna parte tratado con la amplitud y el alto lirismo de aquí.

la palabra que sale de mi boca no vuelve a mí vacía, sino que hace lo que yo quiero y cumple su misión. 12 Sí, partiréis con regocijo, y caminaréis en paz. Montes y collados os aclamarán, y todos los árboles del campo os aplaudirán. 13 En vez de los espinos, crecerá el ciprés; en vez de ortigas, crecerá el mirto, y será esto gloria para Yave, señal eterna, imperecedera.

Vocación de las gentes.

56 1 Así dice Yave: Guardad el derecho, obrad la justicia, que pronto va a venir mi salvación y a revelarse mi justicia. 2 Bienaventurado quien esto hiciere: Que guarde el sábado sin profanarlo y guarde sus manos de toda obra mala.

3 Que no diga el extranjero allegado a Yave: Yave me excluye de su pueblo. Que no diga el eunuco: Yo soy un árbol seco. 4 Porque así dice Yave a los eunucos (1), a los que guardan mis sábados, y eligen lo que me es grato y son fieles a mi pueblo: 5 Yo os daré en mi casa, dentro de mis muros, poder y nombre, mejor que a hijos e hijas. Yo les daré un nombre, eterno, que nunca perecerá. 6 Y a los extranjeros allegados a Yave para servirle y amar su nombre, para ser sus servidores, que guarden el sábado sin profanarlo y sean fieles a mi pacto, 7 yo los llevaré al monte de mi santidad, y los recrearé en mi casa de oración. Sus holocaustos, sus sacrificios, serán gratos en mi altar, porque mi casa será llamada casa de oración para todos los pueblos.

Los malos pastores de Israel.

8 Oráculo del Señor, Yave, que reúne a los dispersos de Israel: A los reunidos yo allegaré otros. 9 Bestias del campo, fieras de la selva, venid todas a comer. 10 Mis guardianes son ciegos todos, no entienden nada. Todos son perros mudos, que no pueden ladrar; soñolientos, se acuestan, son amigos de dormir. 11 Son perros voraces, insaciables, y aun los pastores no entienden; siguen cada uno su camino, cada cual busca su interés. Dicen: 12 Venid, voy en busca de vino, y beberemos licores, y mañana será como hoy día grande, muy grande.

Idolatrías de Israel.

57 1 Perece el justo y no hay quien pare mientes; desaparecen los buenos, y no hay quien entienda que el justo es recogido ante la aflicción, 2 para entrar en la paz, para que descansen en sus lechos los que siguen el camino derecho.

3 Acercaos, pues, vosotros, hijos de bruja, generación de adúltera y de prostituta (1). 4 ¿De quién os burláis? ¿A quién hacéis muecas y sacáis la lengua? ¿No sois vosotros hijos de pecado, raza de mentira, 5 encendidos de concupiscencia bajo el terebinto y bajo todo árbol frondoso, sacrificando niños en el lecho de los torrentes, en los huecos de las peñas?

6 Los pulimentados chinarros del torrente serán tu parte, he ahí tu porción. A ellos hiciste tus libaciones y llevaste ofrendas; ¿no habré de resentirme yo? 7 Sobre un monte alto, bien alto, pones tu cama, después subes allá para sacrificar. 8 Detrás de la puerta y del umbral pones tu memoria, y lejos de mí, desvergonzadamente te desnudas, subes a la cama y la ensanchas, y te prostituyes con aquellos cuyo comercio deseas, compartiendo su lecho.

9 Corres a Moloc con ungüentos, llenas las manos de perfumes, envías lejos a tus embajadores, hasta la profundidad del sepulcro. 10 El largo viaje te fatiga, pero no dices: Renuncio a él. Hallas nuevas fuerzas y no desistes. 11 ¿De quién temes? ¿Qué te asusta, para renegar de mí, para no acordarte más de mí y no hacerme caso? No me he callado y he cerrado los ojos, y tú no me temiste? 12 Ahora voy a pregonar tu

(1) La ley deuteronómica (23.2) excluía a los eunucos de la comunidad de Israel; pero aquí el Señor declara abrogada esa ley en favor de la piedad de los eunucos, que por ella podrán alcanzar un nombre glorioso en el reino mesiánico.

(1) Este pasaje, como casi todo lo que sigue hasta el fin del libro, se distingue notablemente de lo que precede. Allí sólo suenan palabras de triunfo, de alegría, por la vuelta de Israel a la gracia de su Dios; aquí, en cambio, hallamos lo que es tan frecuente en los profetas y más en Isaías: la reprensión de los pecados y las amenazas de castigos.

justicia, y tus obras de nada te servirán. 13 Grita. Que te salven tus ídolos. A todos los llevará el viento, un soplo los arrebatará. Pero el que en mí confía heredará la tierra, y poseerá mi monte santo.

Promesa de perdón a los arrepentidos.

14 Y se dirá: Abrid, abrid camino, allanadlo, quitad los tropiezos del camino de mi pueblo; 15 porque así dice el Altísimo, cuya morada es eterna, cuyo nombre es santo: Yo habito en la altura y en la santidad, pero también con el contrito y humillado, para hacer revivir los espíritus humillados y reanimar los corazones contritos. 16 Pues yo no quiero estar siempre contendiendo, ni quiero estar siempre enojado, porque sucumbiría ante mí todo espíritu, las almas que yo he creado.

17 Por su iniquidad, un tiempo yo le herí en mi ira, y ocultándome, le castigué sañudo. El rebelde seguía por los caminos de su corazón. 18 Sus caminos los conozco yo, y le sanaré y le conduciré y le consolaré. 19 Yo pondré cantos en los labios afligidos. Salvación al que está lejos y al que está cerca, dice Yave; yo los curaré. 20 Pero los malvados son un mar proceloso, que no puede aquietarse, y cuyas olas arrojan cieno y lodo. 21 No hay paz, dice Yave, no hay paz para los impíos.

Los pecados de Israel.

58 1 Clama a voz en cuello, sin cesar; alza tu voz como trompeta, y echa en cara a mi pueblo sus iniquidades, y sus pecados a la casa de Jacob. 2 Día tras día me buscan, y quieren saber mis caminos, como si fueran un pueblo que ama la justicia, sin apartarse de la ley de su Dios. Me piden leyes justas, y pretenden acercarse a Dios. 3 ¿A qué ayunar, si tú no lo ves? ¿A qué humillar nuestras almas, si tú no te das por entendido? Sí, pero en el día de ayuno os vais tras vuestros negocios, y oprimís a todos vuestros servidores. 4 Ayunáis para mejor reñir y disputar, para herir inicuamente con el puño. No ayunéis como lo hacéis ahora, si queréis que en lo alto se oiga vuestra voz. 5 El ayuno que me agrada es el día en que se humilla el hombre. Encorvar la cabeza como un junco, y acostarse con saco y en ceniza: ¿A eso llamáis ayuno, y día agradable a Yave?

El ayuno grato a Yave.

6 ¿Sabéis qué ayuno quiero yo?, dice el Señor, Yave: Romper las ataduras de iniquidad, deshacer los haces opresores, dejar ir libres a los oprimidos y quebrantar todo yugo; 7 partir su pan con el hambriento, albergar al pobre sin abrigo, vestir al desnudo, y no volver tu rostro ante tu hermano. 8 Entonces brillará tu luz como la aurora, y se dejará ver pronto tu salvación, e irá delante de ti tu justicia, y detrás de ti la gloria de Yave. 9 Entonces llamarás, y Yave te oirá: le invocarás, y el dirá: Heme aquí.

Cuando quites de ti la opresión, el gesto amenazador y el hablar altanero; 10 cuando des de tu pan al hambriento y sacies el alma del indigente, brillará tu luz en la oscuridad, y tus tinieblas serán cual mediodía. 11 Yave será siempre tu pastor, y en el desierto hartará tu alma y dará vigor a tus huesos. Serás como huerto regado, como fuente cuyas aguas no se agotan jamás. 12 Edificarán los tuyos las desiertas ruinas, y alzarás los cimientos primeros; y te llamarán reparador de las brechas, y restaurador de las casas en ruinas.

13 Cuando te abstengas de profanar el sábado y de ocuparte en tus negocios el día santo, y hagas del sábado tus delicias, y lo santifiques, alabando a Yave, y me honres dejando tus negocios, el trabajo que te ocupa y los discursos vanos, 14 entonces será Yave tu delicia, y llevará tu carro a las alturas de la tierra. Te haré gozar de la heredad de Jacob, tu padre; habla la boca de Yave.

Poder salvador de Yave, mas para el que se enmienda.

59 1 No, no se ha acortado la mano salvadora de Yave, ni se ha hecho su oído duro para oír. 2 Vuestras iniquidades cavaron un abismo entre vosotros y vuestro Dios; vuestros pecados hacen que él oculte

su rostro para no oíros; [8] porque vuestras manos están manchadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidades; vuestros labios hablan mentira y vuestra lengua dice maldades. [4] No hay quien clame por la justicia, nadie que juzgue con verdad. Confían en vanidades y hablan vanidades; conciben maldades y paren crímenes; [5] incuban huevos de áspides, y tejen telas de araña, y el que come los huevos muere, y si los rompe sale un basilisco. [6] Sus telas no sirven para hacer vestidos, y no pueden cubrirse con su obra; sus obras son obras de iniquidad, y llevan en sus manos la rapiña. [7] Corren tras el mal sus pies, y se dan prisa a derramar sangre inocente. Sus pensamientos son pensamientos de iniquidad, y a su paso dejan el estrago y la ruina. [8] No conocen los caminos de la paz, no hay en sus sendas justicia; sus veredas son tortuosas, y quien por ellas va no conoce la paz.

[9] Por eso se alejó de nosotros el juicio, por eso no nos alcanza la justicia. Esperamos luz, y no vemos más que tinieblas; resplandor, y no hay más que oscuridad. [10] Vamos palpando como el ciego a lo largo del muro, y andamos a tientas, como quien no tiene ojos. Tropezamos en pleno día, como si fuera de noche; estamos a oscuras, como muertos; [11] gruñimos todos como osos y gemimos como palomas; esperamos la liberación, pero no viene; la salvación, pero está lejos de nosotros. [12] Porque son ante ti muy numerosos nuestros pecados, y nuestros crímenes dan testimonio contra nosotros. Presentes nos están nuestros crímenes, y conocemos nuestras iniquidades. [13] Rebelarse y renegar de Yave, apostatar y alejarnos de nuestro Dios; hablar la perfidia y la violencia; concebir en el corazón y proferir palabras de mentira; [14] y se aleja el derecho, y se ausenta la justicia, y tropieza la buena fe en las plazas, y no halla lugar la rectitud. La buena fe ha sido desterrada, y quien evita el mal es roído.

[15] Viólo Yave, y se indignó, que ya no hay justicia. [16] Vió que no había ni un hombre que pudiera interceder; y se asombró, y se apoyó en su brazo, y vino en su ayuda su justicia; [17] y se revistió de la justicia como de coraza, y puso sobre su cabeza el casco de la salvación; y se vistió de vestiduras de venganza, y se cubrió de celo como de manto.

[18] Como son las obras, así será la retribución; ira contra sus enemigos, furor contra sus adversarios. [19] Y temerán desde el poniente el nombre de Yave, y desde el nacimiento del sol su majestad; porque vendrá como torrente impetuoso, empujado por el soplo de Yave. [20] Mas para Sión vendrá como redentor, para los de Jacob que se convierten de sus pecados, dice Yave. [21] He aquí mi alianza con ellos, dice Yave: El espíritu mío que está sobre ti; y las palabras que yo pongo en tu boca, no faltarán de ella jamás, ni de la de tu descendencia, dice Yave, desde ahora, para siempre.

Gloria de la nueva Jerusalén.

60 [1] Levántate y resplandece, que ya se alza tu luz, y la gloria de Yave alborea para ti; [2] mientras está cubierta de sombras la tierra, y los pueblos yacen en tinieblas, sobre ti viene la aurora de Yave, y en ti se manifiesta su gloria. [3] Las gentes andarán en tu luz, y los reyes a la claridad de tu aurora. [4] Alza los ojos y mira en torno tuyo. Todos se reúnen y vienen a ti; llegan de lejos tus hijos, y tus hijas son traídas a ancas.

[5] Cuando esto veas resplandecerás, y palpitará tu corazón y se ensanchará. Vendrán a ti los tesoros del mar, llegarán a ti los tesoros de los pueblos. [6] Te inundarán muchedumbres de camellos, de dromedarios de Madián y de Efa. Llegarán de Saba en tropel, trayendo oro, incienso y pregonando las glorias de Yave. [7] En ti se reunirán los ganados de Cedar, y los carneros de Nebayot estarán a tu disposición. Serán víctimas gratas sobre mi altar, y yo glorificaré la casa de mi gloria.

[8] ¿Quiénes son aquellos que vienen volando, como nube, como bandada de palomas que vuelan a su palomar? [9] Sí, se reúnen las aves para mí, y los navíos de Tarsis abren la marcha, para traer de lejos a tus hijos con su oro y su plata, para el nombre de Yave, tu Dios, para el Santo de Israel que te glorifica.

[10] Los extranjeros reedificarán tus muros, y sus reyes estarán a tu servicio, pues si en mi ira te herí, en mi clemencia he tenido piedad de ti.

[11] Tus puertas estarán abiertas siempre, no se cerrarán ni de día ni de noche, para que te traigan los bienes de las gentes con los reyes al frente; [12] porque las naciones y los reinos que no te sirvan a ti, perecerán y serán exterminados.

[13] Vendrá a ti la gloria del Líbano, los cipreses, los olmos y los alerces juntamente. Para embellecer mi santuario, para decorar el lugar en que se asientan mis pies. [14] A ti vendrán humillados los hijos de los tiranos, y se postrarán a tus pies todos cuantos te infamaron. Y te llamarán la ciudad de Yave, la Sión del Santo de Israel. [15] De abandonada, odiada y detestada que eras, yo te haré eterno prodigio, delicia de los siglos. [16] Mamarás la leche de las gentes, los pechos de los reyes, y sabrás que yo, Yave, soy tu salvador, tu redentor, el Fuerte de Jacob. [17] En vez de cobre, pondré en ti oro; en vez de hierro, plata; bronce en vez de madera y hierro en vez de piedras. Te daré por magistrado la paz, y por soberano la justicia. [18] No se hablará ya de injusticia en tu tierra, de saqueo y de ruina en tu territorio. Tus muros los llamarás «salud», y a tus puertas, «gloria».

[19] Ya no será el sol tu lumbrera, ni te alumbrará la luz de la luna. Yave será tu eterna lumbrera, y tu Dios será tu luz. [20] Tu sol no se pondrá jamás, y tu luna nunca se eclipsará, porque será Yave tu eterna luz. Acabáronse los días de tu luto. [21] Tu pueblo será un pueblo de justos, y poseerá la tierra para siempre. Renuevos del plantío de Yave, obra de mis manos, hecha para resplandecer. [22] Del más pequeño de todos saldrá un millar, del menor una inmensa nación. Yo, Yave, lo he resuelto, y a su tiempo yo lo cumpliré.

61 [1] El espíritu del Señor, Yave descansa sobre mí, pues Yave me ha ungido. Y me ha enviado para predicar la buena nueva a los abatidos, y sanar a los de quebrantado corazón; para anunciar la libertad a los cautivos y la liberación a los encarcelados. [2] Para publicar el año de la remisión de Yave y el día de la venganza de nuestro Dios. [3] Para consolar a los tristes y dar a los afligidos de Sión, en vez de ceniza, una corona. El óleo del gozo, en vez del luto, la gloria, en vez de la desesperación. Se les llamará terebintos de justicia, plantación de Yave para su gloria. [4] Ellos reedificarán las ruinas antiguas, y levantarán los asolamientos del pasado. Restaurarán las ciudades asoladas, los escombros de muchas generaciones. [5] Habrá extranjeros para apacentar tus ganados, y extraños serán tus labradores y viñadores. [6] Y vosotros seréis llamados sacerdotes de Yave, y nombrados ministros de nuestro Dios. [7] Comeréis lo exquisito de las naciones, y os vestiréis de sus magnificencias. Pues como tuvieron el doble en cuanto a vergüenza y confusión, recibirán el doble también sobre la tierra y gozarán de eterna gloria.

[8] Porque yo, Yave, soy amante del derecho, y aborrezco el rapaz latrocinio. Por eso les daré fielmente su recompensa, y haré con ellos una alianza eterna. [9] Su descendencia será glorificada en los pueblos, y su posteridad en medio de las gentes. Y quien los viere, reconocerá que son la progenie bendita de Yave.

Agradecimiento a Yave de la Jerusalén restaurada.

[10] Y yo me gozaré en Yave, y mi alma saltará de júbilo en mi Dios, porque me vistió de vestiduras de salud, y me envolvió en manto de justicia, como a esposo que se ciñe la frente con diadema, y como esposa que se adorna de sus joyas. [11] Porque como produce la tierra sus gérmenes, y como hace brotar el huerto sus semillas, así el Señor, Yave, hará brotar la justicia y la gloria delante de las gentes todas.

Ya viene la salvación.

62 [1] Por amor de Sión yo no callaré, y por Jerusalén no pararé, hasta que resplandezca la justicia como aurora, y la salvación como brillante antorcha; [2] y verán las naciones tu justicia, y los reyes tu gloria, y te darán un nombre nuevo, que te pondrá la boca de Yave.

[3] Tú serás en la mano de Yave corona de gloria, real diadema en la mano de tu Dios. [4] No te llamarán ya más la desamparada, ni se llamará tu tierra desierto, sino que te llamarán a ti *Jefsi-ba*, y a tu tierra

Beula, porque en ti se complacerá Yave, y tu tierra tendrá esposo. 5 Como mancebo que se desposa con una doncella, así el que te edificará se desposará contigo. Y como la esposa hace las delicias del esposo, así harás tú las delicias de tu Dios.

6 Sobre tus murallas, ¡oh Jerusalén!, he puesto centinelas, que no se callarán ni de día ni de noche. No ceséis vosotros, los que hacéis que se acuerde Yave; no os deis descanso 7 y no le deis tregua hasta que restablezca a Jerusalén para gloria de la tierra. 8 Jura Yave por su diestra y por su brazo poderoso no dar jamás tu trigo para comida de tus enemigos; que no beberán extraños tu vino, el fruto de tu trabajo. 9 Los que hagan la recolección, la comerán, alabando a Yave; los que hagan la vendimia, beberán el vino en el atrio de mi santuario.

10 Entrad, entrad por las puertas; allanad camino para el pueblo. Abrid, abrid camino, quitad las piedras y alzad bandera para los pueblos. 11 Porque Yave proclama a todos los confines de la tierra: Decid a la hija de Sión: llega tu salvador, viene con su recompensa y le precede su retribución. 12 Los llamarán pueblo santo, los rescatados de Yave; y a ti te llamarán la deseada, la ciudad no desamparada.

Plegaria pidiendo la liberación.

63 1 ¿Quién es aquél que avanza enrojecido, con vestidos más rojos que los de un lagarero, tan magníficamente vestido, avanzando en toda la grandeza de su poder? Soy yo el que habla justicia, el poderoso para salvar. 2 ¿Cómo está, pues, rojo tu vestido, y tus ropas como las de los que pisan en el lagar? 3 He pisado en el lagar yo solo, y no había conmigo nadie de las gentes. He pisado con furor, he hollado con ira, y su sangre salpicó mis vestiduras y manchó mis ropas. 4 Porque estaba en mi corazón el día de la venganza, y llegaba el día de la redención. 5 Miré, y no había quien me ayudara, me maravillé de que no hubiera quien me apoyase; 6 y salvóme mi brazo, y me sostuvo mi furor, y aplasté a los pueblos en mi ira, y los pisoteé en mi furor, derramando en la tierra su sangre.

7 Cantaré las misericordias de Yave, ensalzaré la gloria de Yave, todo cuanto ha hecho por nosotros, lleno de piedad hacia la casa de Israel. Lo que ha hecho en su misericordia, en la inmensa muchedumbre de su piedad.

8 Dijo: Ciertamente son mi pueblo, son hijos, que no me serán infieles. Y fué su salvador en todas sus angustias. 9 No fué un mensajero, un ángel: su faz misma los salvó, y él mismo en su amor y su misericordia los rescató, y constantemente los sostuvo y los guió en los siglos pasados. 10 Pero ellos se rebelaron, y enojaron su santo espíritu, y se hizo su enemigo y combatió contra ellos.

11 Entonces su pueblo se acordó de los tiempos, de los tiempos antiguos. ¿Dónde está el que apartó las olas, el pastor de su rebaño? ¿Dónde está el que puso en medio de ellos su santo espíritu? 12 ¿Dónde está el que llevó de la mano a Moisés con su brazo poderoso, el que delante de ellos dividió las aguas, haciéndose así un nombre eterno, 13 el que los condujo por en medio de los abismos, como a caballo por el desierto, sin que tropezaran? 14 El espíritu de Yave los pastoreó, como a la bestia que se lleva al valle. Así condujiste tú a tu pueblo, haciéndote un nombre glorioso.

15 Mira desde los cielos, y ve desde la morada de tu santidad y de tu gloria. ¿Dónde está tu celo y tu fortaleza, la emoción de tus entrañas, y tus misericordias para conmigo? 16 Con todo, tú eres nuestro padre, Abraham no nos conocerá y nos desconoce Israel.

17 ¿Por qué, ¡oh Yave!, nos dejas errar fuera de tus caminos, y endureces nuestro corazón contra tu temor? Vuélvete por amor de tus siervos, de las tribus de tu heredad. 18 ¿Cómo han penetrado los impíos en tu templo, y nuestros enemigos han hollado con sus pies tu santuario? 19 Somos desde mucho ha como pueblo que no te tiene por caudillo, y que no es llamado por tu nombre.

64 1 ¡Oh, si rasgaras los cielos y bajaras, haciendo estremecer los montes, 2 como fuego abrasador que quema la leña seca, como fuego que hace hervir el agua! Para mostrar a los enemigos tu nombre, y hacer

temblar a los pueblos ante ti, [3] haciendo nunca esperados prodigios, de que no se oyó hablar jamás. Jamás oyeron oídos, jamás vieron ojos, Dios que así obrara como obras tú con los que en ti confían. [4] Tú te adelantas a los que obran el bien y tienen presentes sus caminos; pero estás irritado por nuestros pecados, y padeceremos hasta que seamos salvados.

[5] Todos nosotros somos impuros, toda nuestra justicia es como vestido inmundo. Hemos caído como hojas secas, y nuestras iniquidades como viento nos arrastran. [6] Y nadie invoca tu nombre, nadie despierta para apoyarse en ti. Has apartado tu rostro de nosotros, y nos has entregado a nuestras iniquidades.

[7] Y con todo, ¡oh Yavé!, tú eres nuestro padre; nosotros somos la arcilla y tú el alfarero; todos somos obra de tus manos. [8] ¡Oh Yavé!, no te irrites del todo, no te acuerdes siempre de nuestras iniquidades; ve, mira que somos tu pueblo.

[9] Tus ciudades santas están hechas un desierto, Sión es un desierto, Jesusalén un lugar asolado. [10] Nuestro santo y magnífico templo, donde te alababan nuestros padres, ha sido presa del fuego. [11] Toda nuestra gloria está en ruinas; ¿y a todo esto vas a mostrarte insensible, vas a callarte para humillarnos hasta el extremo?

Respuesta de Yavé.

65 [1] Yo estaba a la disposición de los que no me consultaban, podía ser hallado por los que no me buscaban. Yo decía: Heme aquí, heme aquí, a gente que no invocaba mi nombre. [2] Todo el día tendía yo mis manos a un pueblo rebelde, que iba por caminos malos, en pos de sus pensamientos. [3] Un pueblo que descaradamente y sin cesar me provocaba a ira, sacrificando en los huertos y quemando incienso sobre ladrillos; [4] que va a sentarse en los sepulcros, y pasa la noche observando los astros; que come carne de puerco y en cuyas ollas hay manjares inmundos; [5] que dice: Quédate ahí, no te llegues a mí, que te santificaría. Es como humo que sale de mis narices, fuego encendido todo el día.

[6] Todo esto escrito está delante de mí, y no callaré sin darles su pago, y retribuirles con medida colmada. [7] Vuestras iniquidades y las iniquidades de vuestros padres, dice Yavé, que quemaron incienso en los montes y me ultrajaron en los collados, yo os las pagaré cumplidamente, como se merecen.

[8] Así dice Yavé: Como cuando hay jugo en un racimo, dicen, no lo eches a perder, que hay en él bendición, así haré yo por amor de mis siervos: no los destruiré del todo, [9] sino que sacaré de Jacob una progenie, y de Judá un heredero de mis montes, y los habitarán mis elegidos, y morarán allí mis siervos. [10] Y será Sarón prado para los carneros, y el valle de Ajoz dehesa para los bueyes del pueblo que me habrá buscado. [11] Mientras que vosotros, los que dejáis a Yavé y os olvidáis de mi monte santo; los que aderezáis mesa para la diosa fortuna, y llenáis la copa para libar al destino; [12] a todos os destinaré a la espada, todos sucumbiréis en la matanza; porque cuando os llamaba no me respondisteis, y cuando os hablaba no me escuchasteis. Hacíais lo que era malo a mis ojos, y elegíais lo que me desagradaba.

[13] Por eso dice el Señor, Yavé: Sí, mis siervos comerán, y vosotros tendréis hambre; mis siervos beberán, y vosotros tendréis sed; mis siervos gozarán, y vosotros seréis confundidos; [14] mis siervos cantarán, lleno de júbilo el corazón, y vosotros gemiréis con el corazón quebrantado, y gritaréis desesperados; [15] dejaréis vuestro nombre a mis elegidos como imprecación: El Señor, Yavé, te mate, y a sus siervos les dará otro nombre.

[16] Todo el que en la tierra quiera bendecirse, se bendecirá en el Dios fiel. Todo el que en la tierra jure, jurará por el nombre del Dios verdadero; y las angustias pasadas se darán al olvido, y estarán lejos de mis ojos. [17] Porque voy a crear cielos nuevos y una tierra nueva, y ya no se recordará lo pasado, y ya no habrá de ello memoria. [18] Sino que se gozará en gozo y alegría eterna de lo que voy a crear yo, porque voy a crear a Jerusalén alegría, y a su pueblo gozo.

[19] Y será Jerusalén mi alegría, y mi pueblo mi gozo, y en adelante no se oirán más en ella llantos ni clamores. [20] No habrá allí niño que muera de pocos días, ni viejo que no

cumpla los suyos. Morir a los cien años será morir niño, y no llegar a los cien años será tenido por maldición. [21] Construirán casas y las habitarán, plantarán viñas y comerán su fruto. [22] No edificarán para que habite otro, no plantarán para que recoja otro. Porque según los días de los árboles serán los días de mi pueblo, y mis elegidos disfrutarán del trabajo de sus manos. [23] No trabajarán en vano, ni parirán para una muerte prematura, sino que serán la progenie bendita de Yave, ellos y sus descendientes. [24] Antes que ellos me llamen les responderé yo; todavía no habrán acabado de hablar y ya los habré escuchado. [25] El lobo y el cordero pacerán juntos; el león, como el buey, comerá paja, y la serpiente comerá el polvo. No habrá mal ni aflicción en todo mi monte santo, dice Yave.

La nueva Jerusalén, de la que serán excluídos los malvados.

66 [1] Así dice Yave: El cielo es mi trono, y la tierra el escabel de mis pies. ¿Qué casa podríais edificarme? ¿En qué lugar moraría yo? [2] Todo eso mis manos lo hicieron, todo es mío, dice Yave. Mis miradas se posan sobre los humildes, y sobre los de contrito corazón, que temen mis palabras. [3] Hay quien me sacrifica un buey y mata a un hombre; quien inmola un cordero y desnuca a un perro; quien presenta su ofrenda y come sangre de puerco; quien ofrece el incienso y se postra ante un ídolo. [4] ¡Ah! Ellos se complacen en sus caminos y aman sus abominaciones; pero yo me complaceré en sus males y traeré sobre ellos los que se temen. Porque llamé y nadie me respondió, hablé y nadie me escuchó. Hicieron lo que era malo a mis ojos, y escogieron lo que a mí me desagrada. [5] Oíd la palabra de Yave, vosotros, los que teméis mi palabra; ellos, vuestros hermanos, que os aborrecen y os niegan por causa de mi nombre, han dicho: Que haga Yave muestra de su gloria, y nosotros seremos testigos de vuestro contento. Pero han de ser confundidos. [6] Voces, alborotos en la ciudad, voces que salen del templo. Es la voz de Yave, que da a sus enemigos el pago merecido. [7] Antes de ponerse de parto, ha parido; antes de sentir los dolores, parió hijos. [8] ¿Quién oyó cosa semejante? ¿Quién vió nunca tal? ¿Nace un pueblo en un día? ¿Una nación nace toda de una vez? Pues Sión ha parido a sus hijos antes de sentir los dolores. [9] ¿Voy a abrir yo el seno materno para que no nazcan hijos?, dice Yave. ¿O voy a cerrarlo yo que soy quien hace nacer?, dice tu Dios. [10] Regocíjate, Jerusalén. Vosotros, los que la amáis, sea ella vuestra gloria. Llenaos con ella de alegría, los que con ella hicisteis duelo. [11] Para mamar hasta saciaros la leche de sus consolaciones; para mamar en delicia a los pechos de su gloria. [12] Porque así dice Yave: Voy a derramar sobre ella la paz como río, y la gloria de las naciones como torrente desbordado. Y sus niños serán llevados a la cadera, y acariciados sobre las rodillas. [13] Como consuela una madre a su hijo, así os consolaré yo a vosotros, y seréis por ella consolados. [14] Cuando esto veáis, latirán de gozo vuestros corazones y vuestros huesos reverdecerán como la hierba. La mano de Yave se dará a conocer a sus siervos, y su furor a sus enemigos. [15] Porque he aquí que llega Yave en fuego, y es su carro como torbellino, para tornar su ira en incendio, y sus amenazas en llamas de fuego. [16] Porque va a juzgar Yave por el fuego y por la espada a toda carne, y caerán muchos a los golpes de Yave. [17] Los que se santifican y purifican para ir a los jardines, en grupo tras uno que va delante, que comen carne de puerco y manjares abominables y ratas, todos perecerán. [18] Yo conozco sus obras y sus pensamientos. Vendré para reunir las naciones de toda lengua, que vendrán para ver mi gloria. [19] A ellos les daré yo una señal, y mandaré a los sobrevivientes, a las naciones, a Tarsis, a Put, a Lud, a Mosoc y a Ros, a Tubal y a Javán, y a las islas lejanas, que no han oído nunca hablar de mi nombre y no han visto mi gloria, y ellos pregonarán mi gloria entre las naciones. [20] Y de todas las naciones traerán a vuestros hermanos como ofrenda a Yave, a caballo, en carros, en literas, en mulos y en dromedarios, a mi monte santo, a Jerusalén, dice Yave, como traen los hijos de Israel sus ofrendas en vasos puros al templo de Yave. [21] Y yo eligiré

de entre ellos sacerdotes y levitas, dice Yave; [22] porque así como subsistirán ante mí los cielos nuevos y la tierra nueva, que voy a crear, dice Yave, así subsistirá vuestra progenie y vuestro nombre; [23] y de novilunio en novilunio, de sábado en sábado, vendrá toda carne a prosternarse ante mí, dice Yave, [24] y al salir verán los cadáveres de los que se rebelaron contra mí, cuyo gusano nunca morirá, y cuyo fuego no se apagará, y serán objeto de horror para toda carne.

INTRODUCCION AL PROFETA JEREMIAS

1. Jeremías es el segundo de los profetas mayores, que nos cuenta su vocación al principio de su libro. «Yo, «le dice Yave», te consagré antes de nacido, y te destiné para ser profeta de las naciones, para que arranques y plantes, destruyas y edifiques. Yo te haré ciudad fuerte, columna de hierro y muro de bronce, para hacer frente a toda la tierra, a reyes, a príncipes, a sacerdotes y al pueblo todo.» Esto ya dice bastante de la grave misión encomendada a Jeremías, quien desde el principio aparece ante el Señor tímido y, a su propio juicio, inepto para tal ministerio (Jer. 1. Cfr. Eclco. 49, 9). Que con la asistencia divina supo realizar su misión, nos lo dice, fuera de su libro, el elogio que le consagra Onías en el II Mac. 15, 14.

2. Nació Jeremías en Anatot, ciudad sacerdotal, al oriente de Jerusalén, en el reinado de Manasés o de Amón. Fué su padre Helcías, sacerdote, que debió de educar a su hijo en el verdadero espíritu del sacerdocio, al que por su nacimiento estaba destinado. Todavía joven, recibió el llamamiento de Dios, el año 13 de Josías, en 626 (25, 3). Cinco años más tarde Josías emprendía la reforma religiosa (621), y es extraño que no hallase en Jeremías más noticias de ella que la alusión del capítulo 11. La muerte del piadoso príncipe (608) fué una pérdida irreparable para la causa de la reforma. Como todos los buenos, sintió Jeremías la muerte de Josías, a la que dedicó unas lamentaciones, según se nos dice en II Par. 25, 25. En los reinados de Joaquim (608-597) y de Sedecías (598-587), Jeremías tuvo que realizar lo que el Señor le había dicho en su llamamiento, oponiéndose cual muro de bronce a los vicios predominantes, la idolatría y la inobservancia de la Ley, que son el tema de sus discursos, en los que anuncia la destrucción del templo y de la ciudad con la deportación del pueblo a Babilonia. Sus palabras no eran bien recibidas ni de los príncipes ni del pueblo, que oían con más gusto a los malos sacerdotes y a los falsos profetas. No es, pues, de extrañar que Jeremías hubiera

de beber muchas veces el amargo cáliz del dolor. Insultos, oprobios, cárceles, acusaciones de traición a la patria, asechanzas contra su vida, todo lo hubo de soportar, y en tanto grado, que a veces el dolor le fuerza a levantar sus ojos a Dios en son de queja y hasta a maldecir el día de su nacimiento con un tono que supera en fuerza al de Job, en 15, 10-20; 17, 12-18; 18, 18-23, 20, 28, 38. Con razón es mirado Jeremías como tipo del Redentor, aunque no ciertamente por el modo con que sobrellevó sus penalidades. De él no se puede decir lo que del Siervo de Yave escribía Isaías: «Enmudeció como un cordero ante el que lo trasquila y no abrió su boca» (Is. 53, 7). Jeremías se queja amargamente a Dios y pide que le vengue, puesto que su causa es la misma causa de Dios.

3. Nunca con más razón se dijo que el amor es causa de dolor. El corazón tierno y sensible del profeta, lleno de amor hacia su pueblo, se sentía excitado por las abominaciones de Judá y por los castigos con que Dios le amenazaba; y ante esta vista Jeremías se conmueve intensamente, hasta poner en sus labios palabras tan elocuentes, imágenes tan vivas y tan variadas, sentimientos tan tiernos, que su elocuencia supera a la del mismo Isaías. Dios le obligó a desempeñar la triste misión de vaticinar la ruina total de Judá y de presenciar con sus ojos el cumplimiento de sus vaticinios; pero también le dió el consuelo de pronosticar la futura restauración mesiánica, unida, a sus ojos, como es ordinario en los profetas, con la vuelta de los deportados a la patria. Por esto no es de maravillar que sus palabras, antes tan desagradables en los oídos de Judá, fueran luego las más consoladoras. En el II Mac. 15, 14 se nos cuenta la visión de Judas el Macabeo, en la que se le aparecen el santo pontífice Onías y nuestro profeta. El primero hace la presentación del segundo en estos términos: «Este es el amigo de sus hermanos, que ora mucho por el pueblo y por la ciudad santa, Jeremías, el profeta de Dios.» Destruída Jerusalén y asesinado Godolías, el gobernador dejado por los caldeos en Judá, Jeremías fué conducido a Egipto por los que allá huyeron. Su corazón sintió honda amargura al ver a sus hermanos entregarse a la idolatría egipcia, sin hacer caso de la dura lección que acababan de recibir. Desde este momento no tenemos noticia del profeta, ni sabemos si murió a orillas del Nilo, si volvió a Judá o se dirigió a Caldea, para cooperar a la obra de Ezequiel, consolando a los deportados.

4. El libro de Jeremías nos ofrece un capítulo, el 36, sumamente interesante y único en la literatura profética, sobre la redacción de la mayor parte de sus oráculos, que por mandato divino dictó el profeta a su secretario Baruc (36, 11; 18, 27-32). El texto hebreo de los oráculos de Jeremías, comparado con la versión griega de los LXX, presenta gran cantidad de adiciones. Los críticos discuten sobre su origen y su valor, y sus sentencias están lejos de ser unánimes. Hay quien da preferencia al texto masorético y quien prefiere el texto más corto de los LXX. Según otros no se puede adoptar una solución general, sino estudiar cada caso por separado. Tampoco el orden de los oráculos es el mismo en el texto hebreo y en la versión de los LXX. Desde el capítulo 25 hasta el 52, en que se hallan los vaticinios contra las naciones, el orden es muy diferente. La razón es, sin duda, que los oráculos se conservaron primero separados, y al reunirlos no se les dió en todas partes el mismo orden.

JEREMIAS

1 [1] **Profecías de Jeremías, hijo de Helcías, del linaje de los sacerdotes que habitaban en Anatot, tierra de Benjamín; [2] a quien llegó la palabra de Yave en tiempo de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, el año tercero de su reinado, [3] y después en tiempo de Joaquim, hijo de Josías,**

rey de Judá, hasta el fin del año undécimo de Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, hasta el quinto mes de la transmigración de Jerusalén.

Vocación y misión del profeta.

4 Llegóme la palabra de Yave, que decía: 5 Antes que te formara yo en las maternas entrañas te conocí; antes que tú salieses del seno materno te consagré (1) y te designé para profeta de pueblos. 6 Dije yo entonces: ¡Ah, Señor, Yave! No sé hablar. Soy todavía un niño. 7 Y me dijo Yave: No digas: soy todavía un niño, pues si vas, irás a donde te envié yo, y si hablas, dirás lo que te mande yo. 8 No los temas, que yo estaré contigo para protegerte. Palabra de Yave. 9 Tendió Yave su mano, y tocando con ella mi boca, me dijo: 10 Mira que pongo en tu boca mis palabras. Hoy te doy poder sobre pueblos y reinos, de arrancar, arruinar y asolar, de levantar, edificar y plantar.

Dos visiones.

11 Y me llegó palabra de Yave, que me decía: ¿Qué ves, Jeremías? Yo le contesté: Veo una vara de almendro. 12 Y me dijo: Bien ves, Jeremías, pues yo velaré sobre mis palabras para cumplirlas. 13 De nuevo me llegó palabra de Yave, que decía: ¿Qué ves, Jeremías? Yo contesté: Veo una olla al fuego, y de cara al septentrión (2). 14 Y me dijo Yave: Del septentrión vendrá el incendio que ha de abrasar a todos los moradores de esta tierra; 15 pues voy a convocar a las tribus y reinos del septentrión, pálabra de Yave, para que vengan a poner cada uno su pabellón junto a las puertas de Jerusalén, en torno de sus muros, y contra todas las ciudades de Judá. 16 Entonces pronunciaré contra ellos mis sentencias, por todas las maldades que cometieron, dejándome a mí, para ir a libar a dioses extraños y a adorar la obra de sus manos.

Confirmación en la misión.

17 Tú, pues, ciñe tus lomos, yérguete, y diles todo cuanto yo te mandaré. No te quiebres ante ellos, no sea que yo a su vista te quebrante a ti. 18 Desde hoy te hago como ciudad fortificada, como férrea columna y muro de bronce, para la tierra toda, para los reyes de Judá y sus grandes, para los sacerdotes y para todo su pueblo. 19 Ellos te combatirán, pero no te podrán, porque yo estaré contigo para protegerte. Palabra de Yave.

Las apostasías de Israel.

2 1 Vínome la palabra de Yave, diciéndome: 2 Anda, y clama con fuerte voz a los oídos de Jerusalén: He aquí lo que dice Yave:

Me acuerdo de tu fidelidad al tiempo de tu adolescencia; de tu amor hacia mí, cuando te desposé conmigo; de tu seguirme a través del desierto, tierra donde no se siembra. 3 Era entonces Israel lo santo de Yave, la primicia de sus frutos. Quien de ella comía pecaba, y caía sobre él la desgracia. Palabra de Yave.

4 Oye las palabras de Yave, casa de Israel; oye sus recriminaciones, casa de Jacob. 5 Así dice Yave: ¿Qué tacha hallaron en mí vuestros padres, para apartarse de mí, irse en pos de la vanidad de los ídolos para hacerse tan vanos como ellos? 6 No se preguntaban: ¿Dónde está ahora Yave, el que nos sacó de la tierra de Egipto; el que nos condujo a través del desierto, tierra de arenales y barrancos, tierra árida y tenebrosa, tierra por donde no transita nadie, y donde nadie habita?

7 Yo os traje a la tierra del Carmelo, para que comierais sus ricos frutos. Y en cuanto en ella entrasteis, contaminasteis mi tierra, e hicisteis abominable mi heredad. 8 Tampoco los sacerdotes se preguntaron: ¿Dónde está ahora Yave? Siendo ellos los maestros de la Ley, me desconocieron, y los que eran pastores me fueron infieles. También los pro-

(1) No parece que esta palaba signifique una santificación propiamente dicha, como suponen algunos, por la infusión de la gracia santificante. Es más bien una vocación a la misión profética, que también llamamos en castellano «consagración».

(2) La olla vista por Jeremías es símbolo de los furores que estaban para venir sobre Jerusalén y todo Judá, por la guerra de invasión y devastación que iban a hacerles los reinos del Norte, sometidos a la hegemonía de Nabucodonosor, rey de Babilonia.

fetas se hicieron profetas de Baal, y el pueblo se fué tras los que de nada valen. [9] Por eso entro hoy en juicio con vosotros, dignos hijos de vuestros padres. Palabra de Yave.

[10] Id hasta las islas de los quititas, y ved; mandad a Cedar, e informaos bien; a ver si jamás sucedió cosa como ésta. [11] ¿Hubo jamás pueblo alguno, que cambiase de dios, con no ser dioses ésos? Pues mi pueblo ha cambiado su gloria (1), por lo que de nada vale.

[12] Pasmaos, cielos, de esto. Pásmate también tú, tierra. Palabra de Yave. [13] Ya que es un doble crimen, el que ha cometido mi pueblo: Dejarme a mí, fuente de aguas vivas, para excavarse cisternas, cisternas agrietadas, incapaces de retener el agua.

[14] ¿Es por ventura Israel un siervo, un hijo de esclavos? ¿Cómo, pues, ha venido a ser presa sobre la cual rugen leones con fuerte rugido? [15] Han hecho de su tierra un desierto, han quemado y despoblado sus ciudades. [16] Hasta los habitantes de Memfise y Tafnis se duelen de ti y te compadecen. [17] Todo esto, ¿no lo ha traído sobre ti el haberte apartado de Yave, tu Dios?

[18] Y ahora, ¿qué es lo que buscas camino de Egipto? ¿Beber las aguas del Sijor? (2). ¿Qué es lo que buscas camino de Asiria? ¿Beber las aguas del Eufrates? [19] Sírvante de castigo tus perversidades, y de escarmiento tus apostasías. Reconoce y advierte cuán malo y amargo es para ti haberte apartado de Yave, tu Dios, y haber perdido mi temor. Palabra de Yave.

El culto de Baal.

[20] ¡Cuán de antiguo ya quebrantaste tu yugo, rompiste tus coyundas y dijiste: No te serviré! Y sobre todo collado alto, y bajo todo árbol frondoso, te prostituiste (3). [21] Yo te planté de la vid más generosa, toda de selectos plantones. ¿Cómo, pues, te me has vuelto vil degenerada, y te me has hecho viña ajena?

[22] Por mucho que te laves con nitro, por mucha lejía que emplees, siempre verán mis ojos la suciedad de tu depravación. Palabra del Señor, Yave. [23] Y podrás, acaso, decir: No estoy manchada, no me he ido en pos de los Baales. Repara en lo que hacías en el valle; reconoce tu culpa.

[24] La camella joven, de ligeros pies, corre de un lado para otro. ¿Quién templará su codicia? El que la busque no tendrá que fatigarse, la hallará fácilmente en el tiempo del celo. [25] Da descanso a tus pies descalzos, respiro a tus sedientas fauces. Pero tú dices: No, es en vano. Amo lo extranjero, y tras ello me voy.

Profunda degradación.

[26] Como queda confundido el ladrón al verse descubierto, así serán confundidos los hijos de Israel. Ellos, sus reyes, sus grandes, sus sacerdotes y sus profetas, [27] que dicen a un leño: Tú eres mi padre; y a una piedra: Tú me diste la vida. Pero al tiempo de la angustia me invocan: ¡Alzate y sálvanos! [28] ¿Dónde están ahora tus dioses, los que tú mismo te fabricaste? Que se alcen ellos y te salven ahora: pues tantos son tus dioses, ¡oh Judá!, cuantas tus ciudades; y cuantas son las puertas de Jerusalén, tantos son los altares de Baal.

[29] ¿Qué podéis alegar contra mí? ¿Cómo podréis contender conmigo? Todos vosotros habéis pecado, todos os habéis rebelado contra mí. Palabra de Yave. [30] En vano os he castigado en vuestros hijos; no habéis querido aprender. La espada ha devorado a vuestros profetas como devora el león. No habéis tenido temor de mis palabras.

[31] ¿Por ventura soy yo para Israel un desierto o una tierra tenebrosa, para que digan: No pasaremos por él, no iremos en pos de ti? [32] ¿Se olvida por ventura la doncella de sus galas, y de su ceñidor la esposa? Pues mi pueblo se ha olvidado de mí, ya desde días sin cuento.

[33] ¿Por qué tan mañosamente te preparas los caminos, para captarte su amor? Por eso haré yo que en

(1) La gloria de Israel, es Yave, su Dios, torpemente cambiada por la nada de los ídolos. V. Deut. 10, 21; Sal. 106, 20.

(2) Uno de los principales brazos del Nilo.

(3) El pacto entre Dios y el pueblo tiene, en el estilo profético, cierto carácter de pacto matrimonial, y su quebrantamiento por la idolatría es no sólo una fornicación, sino un verdadero adulterio. El culto idolátrico tenía principalmente lugar, además de en los templos edificados en honor de los ídolos, en las alturas de los collados y bajo los árboles.

ellos te acompañe la desdicha. [36] ¿Por qué tanto mudar de caminos? Egipto te burlará, como te burló Asiria. [37] También de ahí saldrás con las manos en la cabeza, pues el Señor hará fallar tus planes, y no se te lograrán.

[34] Hay en tus manos manchas sangrientas de pobres inocentes, no de sorprendidos en conato de robo. [35] Y dices: Soy inocente, su cólera se ha apartado ya de mí. ¡Ah! Ya te juzgaré yo por decir: No he pecado.

Pecado y penitencia.

3 [1] Cuando un hombre despide a la mujer, o ella se aparta de él, si viniere a ser de otro hombre, ¿se volverá el primero otra vez a ella? ¿No se considera tal mujer como enteramente y por siempre manchada? Tú, pues, que con tantos amadores fornicaste: ¿podrás volver a mí? Palabra de Yave. [2] Pon tus ojos en los collados, a ver en cuál de ellos no te entregaste. Andabas por los caminos en acecho de ellos, como acecha el árabe en el desierto. Contaminaste la tierra con tus perversidades y fornicaciones. [3] Faltó la lluvia, no hubo aguas tempranas; pero tú tenías una frente de bronce, no querías volver en ti.

[4] Desde poco acá me invocas, diciendo: ¡Padre mío! Tú eres mi esposo; y dices: ¿Va a durar por siempre su cólera? ¿La mantendrá hasta el fin? [5] Pero mientras esto dices, sigues cometiendo maldades, y las llevas hasta el colmo.

[6] Y me dijo el Señor en tiempo del rey Josías: ¿Has visto lo que ha hecho Israel? ¿Has visto sus apostasías? Se fué por todo monte alto, y bajo todo árbol frondoso, para fornicar allí. [7] Yo le dije: Con todo, y con haber perpetrado tantos crímenes, vuélvete a mí. Pero no se volvió. [8] Vió esto su pérfida hermana, Judá; vió que por tantas fornicaciones y apostasías despedí a Israel, dándole el libelo de repudio. Pero ella, sin temor alguno, igualó la perfidia de su hermana, y se fué, y apostató también. [9] Y contaminó la tierra con sus fornicaciones, y adulteró con la piedra y con el leño; [10] y tampoco la pérfida hermana, Judá, se volvió a mí de corazón, sino mentidamente. Palabra de Yave. [11] Y me dijo Yave: La apostasía de Judá ha hecho buena la de Israel.

[12] Anda y grita así hacia el septentrión: Vuelve, apóstata Israel, palabra de Yave, que quiero dejar de mostrarte rostro airado, porque soy misericordioso, palabra de Yave, que no es eterna mi cólera, [13] siempre que reconozcas tu maldad al pecar contra Yave tu Dios, dispersando tus caminos hacia los extraños, bajo todo árbol frondoso, y desoyendo mi voz. Palabra de Yave.

[14] Volved, hijos apóstatas. Palabra de Yave. Yo soy vuestro dueño y yo os tomaré, uno de una ciudad, dos de una familia, y os traeré de nuevo a Sión. [15] Yo os daré pastores según mi corazón, que os apacentarán sabiamente; [16] Y cuando yo os haré crecer y multiplicaros en la tierra en aquellos días, palabra de Yave, no dirán ya: ¡Ah! El arca de la alianza de Yave. No se acordarán ya de ella, se les irá de la memoria, la olvidarán, y no la echarán de menos ni harán otra. [17] Entonces será llamada Jerusalén trono de Yave, y en el nombre de Yave vendrán a ella todas las gentes, y Jerusalén no volverá ya más a irse tras los malos deseos de su corazón. [18] Entonces vendrán juntamente la casa de Judá y la de Israel de la tierra del septentrión a la tierra que di en heredad a vuestros padres.

[19] Yo me pregunté: ¿Cómo voy a contarte entre mis hijos, y a darte una tierra escogida, una magnífica heredad, preciosa entre las preciosas de todas las gentes? Y me contestaba: Llamándome tú padre, y no volviendo a apartarte de mí. [20] Sin embargo, como la infiel a su marido, así has sido tú infiel a mí, casa de Israel. Palabra de Yave.

[21] Se oyen por los montes los llantos y las súplicas de los hijos de Israel, por haber pervertido su camino y haberse olvidado de Yave, su Dios. [22] Convertíos, hijos rebeldes, y os perdonaré vuestras apostasías. Sí, ya vienen a ti, pues tú eres Yave, nuestro Dios. [23] Ciertamente sólo mentira nos ha venido de los altos, sólo ruido de los montes. Verdaderamente en Yave, nuestro Dios, está la salvación de Israel.

[24] Baal ha devorado los bienes de nuestros padres desde nuestra infancia. Sus rebaños, sus ganados, sus

hijos y sus hijas. 25 Habremos, pues, de acostarnos en nuestro oprobio, y habrá de cubrirnos nuestra vergüenza. Porque hemos pecado contra Yave, nuestro Dios, nosotros y nuestros padres, desde nuestra mocedad hasta el día de hoy, y hemos desoído la palabra de Yave, nuestro Dios.

4 1 Si te conviertes, Israel palabra de Yave, volverás a mí. Si quitas de delante de mí tus abominaciones, no serás rechazado. 2 Si juras por la vida de Yave, con verdad, con derecho y con justicia, serán en él bendecidos los pueblos, y en él se gloriarán.

3 Así dice, pues, Yave a los hombres de Judá y de Jerusalén: Roturad vuestro campo, y no sembréis en cardizales. 4 Circuncidaos para Yave. Circuncidad vuestros corazones, varones de Judá y habitantes de Jerusalén. No sea que se derrame como fuego mi ira, y se encienda, sin que haya quien pueda apagarla, por la maldad de vuestras obras.

Inminente castigo.

5 Notificádselo a Judá y a Jerusalén; haceos oír, clamad, tocad las trompetas, por la tierra; gritad con toda fuerza y decid: Congregaos y refugiémonos en las ciudades amuralladas; 6 llevad las banderas a Sión, huid apresuradamente; porque voy a hacer venir del septentrión el azote, una gran desventura. 7 El león ha salido de su cubil; el devorador de pueblos está en marcha; ha salido de su tierra, para devastar la tuya y destruir tus ciudades, hasta no dejar en ellas un morador. 8 Vestíos, pues, de saco, llorad y lamentaos: No se ha apartado, no, de nosotros la ira encendida de Yave.

9 Y sucederá entonces, palabra de Yave que desfallecerá el corazón del rey y el de los magnates; se consternarán los sacerdotes, se pasmarán los profetas. 10 y exclamarán: ¡Ah, Señor, Yave! Así han sido torpemente engañados este pueblo y Jerusalén, diciéndoseles: Paz, tendréis paz; y ahora es la espada la que se nos entra hasta el alma?

11 Entonces se le dirá a este pueblo y a Jerusalén: Un viento cálido sopla de las dunas del desierto, sobre los caminos de la hija de mi pueblo; viento, no de limpia, ni de abaleo. 12 Es un viento impetuoso que yo mandaré; ahora voy también yo a pronunciar sentencia contra ellos. 13 Ya sube como denso nublado; sus carros son como el torbellino; sus caballos, más veloces que las águilas. ¡Ay de nosotros, estamos perdidos! 14 Limpia de maldades tu corazón, Jerusalén, para que puedas ser salva. ¿Hasta cuándo guardarás en tu pecho tus culpables pensamientos?

15 Ya viene de Dan el aviso del fuego, llega el funesto mensaje del monte de Efraím. 16 Hacedlo saber al pueblo, transmitidlo a Jerusalén: Viene el enemigo, ya llegan las vanguardias; vienen de lejanas tierras; lanzan sus gritos de guerra contra Judá; 17 la rodean como guardias rurales, por haberse ella rebelado contra mí. Palabra de Yave. 18 Esto es lo que te han traído tus extravíos y tus malas obras; tu maldad es la que ha hecho que el dolor y la amargura hieran tu corazón. 19 ¡Ay mis entrañas, ay mis entrañas! Desfallezco, se me rompe el corazón, lo traspasa el dolor, no puedo callar. Ya oigo los clarines de guerra, el estrépito de la batalla. 20 Ya anuncian desastre sobre desastre. Toda la tierra devastada. De repente invadieron mis tiendas, en un instante mis tentorios. 21 ¿Hasta cuándo habré de ver sus banderas y oír el sonar de sus clarines?

22 ¡Ah! Mi pueblo está loco, me ha desconocido. Son necios, no ven; sabios para el mal, ignorantes para el bien.

23 Miré a la tierra, y todo era vacío y confusión; a los cielos, y todo eran tinieblas. 24 Miré a los montes, y todos temblaban, todos los collados se conmovían. 25 Miré, y no se veía un hombre, y las aves del cielo habían huído todas. 26 Miré, y el Carmelo era un desierto, todas sus ciudades eran ruinas, ante Yave, ante el furor de su cólera. 27 Pues así dice Yave: Toda la tierra será un desierto, consumaré la destrucción, llorará la tierra y se entenebrecerán los cielos. 28 Yo lo anuncié, yo lo he resuelto, y no me arrepentiré ni desistiré de ello.

29 ¡Ah! El vocerío de la caballería, los sacteros! Han quedado deshabitadas las ciudades, se encerraron en las cavernas, penetraron en las selvas y escalaron las montañas; todas las ciudades fueron abandonadas, sin que

en ellas quedara un hombre. [30] Y tú, la desolada, ¿qué harás ahora? ¿Te vestirás de púrpura? ¿Te adornarás con tus joyas de oro? ¿Te rasgarás los ojos con los afeites? En vano te acicalarás. Te desprecian tus amantes, te persiguen de muerte.
[31] Oigo gritos como de mujer en parto, alaridos como por la muerte del primogénito. Es la hija de Sión, que grita y se retuerce las manos. ¡Ay, ay de mí! ¡Mi alma desfallece ante los asesinos!

Maldad imperdonable.

5 [1] Recorred las calles de Jerusalén; ved e informaos; buscad por sus plazas, a ver si halláis un varón, uno solo, que obre según justicia, que guarde fidelidad, y la perdonaré. [2] Cuando juran por la vida de Yave, juran en falso. [3] ¿No es la fidelidad, ¡oh Yave!, lo que buscan tus ojos? Los has castigado y no se han dolido, los has corregido con azotes y plagas, pero no han querido escarmentar; tienen la cara más dura que una piedra; no quieren convertirse.
[4] Yo me decía: Quizá es sólo la gente baja e ignorante, que desconoce los caminos de Yave, los preceptos de su Dios. [5] Voy a dirigirme a los grandes, y les hablaré; éstos ya conocerán los caminos de Yave, los mandatos de su Dios. Pero han sido éstos, todos a una, los primeros en quebrar el yugo y en romper las coyundas. [6] Por eso los devorará el león de la selva, los asaltará de noche el lobo del desierto, y el tigre rondará en torno a sus ciudades. Cuantos salgan de ellas serán despedazados, porque son muchas sus maldades y grandes sus apostasías.
[7] ¿Cómo podré perdonarte? Tus hijos se han apartado de mí y juran por aquello que no es Dios. [8] Yo los harté, y ellos se dieron a adulterar, y se van en tropel a la casa de la prostituta. Sementales bien gordos y lascivos, relinchan todos ante la mujer de su prójimo. [9] ¿No habré de pedirles cuenta de todo esto?, diceYave. De un pueblo como éste, ¿no habré yo de tomar venganza? [10] Escalad sus bancales y arrasadlos. No deis paz a la mano. Arrancad sus sarmientos, pues no son de Yave. [11] Se ha rebelado contra mí la casa de Israel. Palabra de Yave.
[12] Renegaron de Yave, y dijeron: No está aquí. No vendrá sobre nosotros ningún mal. No veremos ni guerra ni hambre. [13] Los profetas son puro flato, y no han tenido oráculo. Todo eso les sobrevendrá a ellos. [14] Por eso dice Yave, Dios Sebaot: Porque habéis dicho todo eso, mis palabras serán en vuestra boca fuego, y este pueblo cual montón de leña. Seréis abrasados.
[15] Contra vosotros, casa de Israel, yo voy a traer de lejos un pueblo, palabra de Yave, un pueblo fuerte, un pueblo de antiguo abolengo, un pueblo de lengua extraña, cuyas palabras no entenderéis. [16] Su aljaba es como sepulcro abierto, todos ellos valerosos; [17] y devorará tus cosechas y tu pan, a tus hijos y a tus hijas. Devorará tus rebaños y tus ganados, tus viñas y tus higueras, y asolará tus ciudades muradas, en que tanto confías. [18] Pero tampoco entonces os consumiré del todo. Palabra de Yave.
[19] Y cuando te pregunten: ¿Por qué ha hecho Yave, nuestro Dios, todo esto con nosotros?, les dirás: Como os apartasteis vosotros de Yave, y servisteis a dioses extraños en vuestra propia tierra, así habréis de estar sometidos a extranjeros en tierra de éstos, no vuestra. [20] Predica esto a la casa de Jacob, pregónalo en los oídos de Judá, y di: [21] Oíd, pueblo necio e insensato: Tenéis ojos y no veis, tenéis oídos y no oís. [22] No me temeréis a mí, palabra de Yave, no temblaréis ante mí, que de arenas he hecho muro para el mar, muro perpetuo que no podrá traspasar, que aunque se enfurezca no podrá saltarlo, y por mucho que embravezca sus olas no podrá atravesarlo?
[23] Pero este pueblo tiene un corazón rebelde y contumaz; se rebelaron y desertaron, [24] y no se dijeron: Temamos a Yave nuestro Dios porque nos da a su tiempo las lluvias temporales y tempranas, y con ellas fecunda los campos que nos dan la cosecha. [25] Vuestras maldades han trastornado todo esto, vuestros pecados os han robado el bienestar.

Los ricos.

[26] Hay en mi pueblo ricos que se han enriquecido con el fraude, ten-

diendo sus redes para cazar hombres.
27 Como se llena de pájaros la cesta,
así está llena su casa de rapiñas.
28 Así se han engrandecido, así se
han enriquecido, así engordaron y se
cebaron; y aun cuando hacían mal,
no eran castigados; no se amparaba el derecho del huérfano, y no se
hacía justicia a los pobres. 29 ¿No
habré yo de pedirles cuenta de todo
esto?, dice Yave. De un pueblo como
éste, ¿no habré yo de tomar venganza?

Profetas y sacerdotes.

30 Una cosa horrenda y abominable
ha acontecido en esta tierra. 31 Los
profetas profetizaban mentiras, los
sacerdotes iban con ellos del brazo,
y el pueblo gustaba de esto. ¿Qué
cosas, pues, habrán de acontecer al
fin?

La guerra contra Jerusalén.

6 1 Buscad refugio fuera de Jerusalén, hijos de Benjamín; tocad
las trompetas en Tecua, y poned la
bandera en Betquerén, que es del
septentrión de donde amenaza el infortunio y la gran ruina. 2 ¿Es que
ha venido a ser la hija de Sión un
prado delicioso? 3 Acuden a ella pastores con sus rebaños, clavan en
derredor suyo las tiendas, cada uno
apacienta allí su manada. 4 Mueven
guerra contra ella. ¡Arriba, la asaltaremos al mediodía! ¡Ay de nosotros,
que ya cae el día, que ya se tienden
las sombras de la noche! 5 ¡Arriba!
¡Vamos a asaltarla por la noche, asolemos sus palacios!
6 Porque así dice Yave Sebaot:
Cortad sus árboles, y haced de ellos
empalizadas contra Jerusalén. ¡Ay
de la ciudad frívola! Dentro de ella
todo es injusticia y violencia. Como
mana el agua en los pozos, así mana
en ella la iniquidad. No se oye en
ella más que de injusticia y violencia,
a mi vista hay siempre vejación y
estrago. 8 Enmiéndate, Jerusalén,
antes que del todo me harte de ti y
te convierta en ruinas, en tierra de
soledad.

Amenazas del profeta.

9 Así dice Yave Sebaot: Haz cuidadoso rebusco, como en las viñas,
de los restos de Israel; mueve tu
mano como el vendimiador entre los
sarmientos. 10 ¿A quién hablaré?
¿A quién amonestaré, que me oiga?
Tienen oídos incircuncisos, no pueden
oír nada. La palabra de Yave es
para ellos objeto de escarnio, no
sienten deseo alguno de ella.
11 Yo estaba enteramente lleno de
la cólera de Yave. En vano me esforzaba por contenerla. Derramarla sobre
los niños, que juegan por las calles.
Sobre toda la juventud. Serán llevados cautivos hombres y mujeres, los
viejos, los adultos; 12 y las casas
pasarán a manos de extraños, los
campos y las mujeres a poder de los
conquistadores, cuando yo extienda
mi mano sobre los moradores de esta
tierra. Palabra de Yave. 13 Pues
todos, desde los pequeños a los grandes, todos están llenos de rapiñas,
y todos, profetas y sacerdotes, todos
llenos de fraudes. 14 Pretenden curar
el mal de mi pueblo como cosa leve,
y dicen, ¡paz, paz!, cuando no ha de
haber paz. 15 Serán confundidos, por
haber obrado abominablemente. Y
no se avergüenzan, ni conocen la
vergüenza. Por eso caerán ellos también en la común caída. Al tiempo
de la cuenta, caerán. Palabra de
Yave.
16 Así dice el Señor: Haced alto en
el camino y ved: Preguntad por
las sendas de antes. ¿Es ésta la
senda buena? Pues seguidla, y hallaréis la paz para vuestras almas.
Pero dijeron: No queremos ir por
ella. 17 Yo os había dado atalayadores. Atención a la voz de
la trompeta. Pero ellos dijeron: No
queremos oírla. 18 Por eso, oíd,
pueblos; 19 oye también tú, tierra,
lo que ha de venir sobre ellos.
Yo mandaré males sobre este pueblo, el fruto de sus malas obras;
porque no atendieron a mis palabras
y despreciaron mi ley. Por eso,
así dice Yave: Yo pondré tropiezos a
este pueblo, y en ellos tropezará.
Padres e hijos, vecinos y prójimos,
todos a una perecerán. 20 ¿A mí qué
el incienso de Saba, y las cañas aromáticas de tierras lejanas? Vuestros
holocaustos no me son gratos, vuestros sacrificios no me deleitan.

El enemigo.

22 Así dice Yave: Mira, viene de la
tierra del septentrión un pueblo, gran
muchedumbre viene del extremo de

la tierra. [23] Empuña el arco y el venablo, es cruel y despiadado; su estrépito, cuando cabalga sobre sus caballos, es como el del mar enfurecido; viene armado para la guerra contra ti, hija de Sión.

[24] Ya oímos el estruendo. Se nos caen los brazos, nos oprime la angustia, dolores como de mujer en parto. [25] No salgáis al campo, no andéis por los caminos; por todas partes nos sale al encuentro la espada del enemigo y el espanto. [26] Vístete de saco, pueblo mío. Revuélcate en la ceniza. Llora, como se llora la muerte del primogénito. Llora amargamente, porque de repente vendrá sobre nosotros el invasor.

Jeremías, fiel contraste.

[27] Te he hecho fiel contraste de mi pueblo, probador de su oro, para examinar y probar su valor. [28] Todos ellos están fuertemente adulterados, y llevan plomo, bronce y hierro; todos son moneda falsa. [29] Se enciende el fuego, se hace soplar el fuelle, pero lo fundido no es sino plomo. En vano fundió el orífice; no hay nada de oro; trabajo perdido, dinero tirado. [30] También los tirará a ellos Yave.

La vana confianza en el templo.

7 [1] Palabra de Yave que llegó a Jeremías, diciéndole: [2] Ponte a la puerta del templo de Yave, y pronuncia allí estas palabras; di: Oíd la palabra de Yave, gentes todas de Judá, que entráis por estas puertas para adorar a Yave. [3] Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Enderezad vuestros caminos y enmendad vuestras obras, y yo permaneceré con vosotros en este lugar.

[4] No pongáis vuestra confianza en vanas palabras, diciendo: ¡Oh, el templo de Yave! ¡Oh, el templo de Yave! Este es el templo de Yave! [5] Pues si de verdad enderezáis vuestros caminos y enmendáis vuestras obras; si de verdad hacéis justicia a los litigantes; [6] si no oprimís al peregrino, al huérfano y a la viuda; si no vertéis en este lugar sangre inocente; si no os vais tras dioses extraños para vuestro mal, [7] entonces yo permaneceré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres por los siglos de los siglos.

[8] Mirad que os engañáis a vosotros mismos, confiando en palabras vanas, que de nada os servirán. [9] ¡Pues qué! Robar, matar, adulterar, perjurar, adorar a Baal, e irse tras dioses ajenos que no conocíais; [10] y venir luego a poneros en mi presencia en este lugar, en que se invoca mi nombre, diciéndoos: Ya estamos salvos, [11] para luego volver a cometer todas esas iniquidades! ¿Veis, pues, en esta casa, en que se invoca mi nombre, una cueva de bandidos? Pues mirad, también yo la veo así. Palabra de Yave.

[12] Id, id a Silo, que fué al principio lugar de mi morada, y ved lo que hice con él, por las iniquidades de mi pueblo Israel. [13] Pues ahora, por todas esas vuestras iniquidades, palabra de Yave, y porque os amonesté a tiempo repetidas veces, y no me escuchasteis, os llamé y no me respondisteis; [14] haré de esta casa a mí dedicada, en que confiáis vosotros, y de esta tierra que di a vuestros padres, lo que hice de Silo; [15] y os arrojaré de mi presencia, como arrojé a vuestros hermanos, a toda la progenie de Efraím.

[16] Y tú, no me ruegues ya por este pueblo, no hagas por ellos súplicas ni oraciones, no me porfíes, porque no te oiré. [17] ¿Por ventura no ves lo que ellos hacen en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén? [18] Los hijos amontonan la leña, los padres la prenden fuego, y las mujeres amasan la harina, para hacer las tortas de la reina del cielo y libar a los dioses extraños, para darme pesadumbre. [19] ¿Pero es a mí, por ventura, a quien la dan? Palabra de Yave. ¿No es más bien para su daño? [20] Por tanto, así dice el Señor, Yave: El furor de mi ira se derramará sobre este lugar, sobre hombres y animales, sobre arboledas y campos y sobre los frutos de la tierra, y arderá y no se extinguirá.

Obediencia, no sacrificios.

[21] Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Aumentad el número de vuestros sacrificios y comed la carne de las víctimas. [22] Cuando yo saqué de Egipto a vuestros padres, no fué de holocaustos y sacrificios de lo que

les hablé, ni lo que les mandé; [23] sino que les ordené: Oíd mi voz y seré vuestro Dios, y vosotros seréis mi pueblo; y seguid los caminos que yo os mando y os irá bien. [24] Pero ellos no me escucharon, no me dieron oídos, y siguieron su consejo en la dureza de su mal corazón, y se pusieron detrás, no delante de mí. [25] Desde el día en que vuestros padres salieron de Egipto hasta hoy, les he enviado mis siervos, los profetas, día tras día; [26] pero no me escucharon, no me prestaron oído, y endurecieron su cerviz, y obraron peor que sus padres. [27] Cuando les digas todo esto, no te escucharán, y los llamarás y no te responderán. [28] Diles, pues: Sois gente que no oye la palabra de Yave, su Dios; gente sin enmienda, de cuyos labios ha desaparecido la verdad. [29] Córtate la hermosa cabellera y tírala, y entona por los montes tus lamentaciones, pues ha echado de sí el Señor y repudiado a la generación que provocó su ira.

[30] Hicieron los hijos de Judá sus maldades ante mis ojos. Palabra de Yave. Llevaron sus abominaciones a la casa a mí dedicada, para profanarla. [31] Y se hicieron altos, el Tofet (1), que está en el valle de Benjinón, para quemar allí sus hijos y sus hijas, cosa que ni yo les mandé ni pasó siquiera por mi pensamiento. [32] Por eso vienen días palabra de Yave, en que no se le llamará ya Tofet, ni valle de Jinón, sino valle de la mortandad; y tantos serán los sepultados en Tofet, que no habrá ya lugar para más; [33] y los cadáveres de este pueblo serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra, sin que haya quien las espante. [34] Y haré que deje de oírse en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén el son de los cantos de alegría y regocijo, los cantos del esposo y de la esposa, y no habrá más que desolación en esta tierra.

(1) Tofet era probablemente un pequeño montículo, a la entrada del valle de Jinón o de Benjinón, que había ido formándose con la acumulación de las cenizas que quedaban de cada sacrificio allí ofrecido a Baal. El valle de Jinón está muy próximo a Jerusalén, a su extremo meridional, y era allí donde los idólatras de Israel, contaminados por el impío e inhumano culto de los cananeos, sacrificaban a sus primogénitos en honor de Baal o de Moloc, para obtener de éstos numerosa prole.

Ruina y desolación.

8 [1] Entonces, palabra de Yave, sacarán de sus sepulcros los huesos de los reyes de Judá, los de los príncipes, los de los sacerdotes, los de los profetas, y los de los habitantes de Jerusalén; [2] y los esparcirán al sol, a la luna y a toda la milicia celeste, que ellos amaron y a que sirvieron, tras de la cual se fueron y que consultaron y adoraron; nadie los recogerá ni los sepultará, servirán de estiércol a la tierra. [3] Cuantos restos de esta mala generación sobrevivan, preferirán la muerte a la vida en los lugares a que yo los arrojaré. Palabra de Yave Sebaot.

Contumacia.

[4] Diles: Así dice Yave: ¿Por ventura quien cae no hace por levantarse? ¿Quién se va no vuelve? [5] ¿De dónde, pues, la pertinaz aversión de este pueblo, de Jerusalén, la apóstata? Tan fuertemente se ha abrazado a la mentira, que del todo rehusa convertirse. [6] Yo estoy atento y escucho; no hay quien hable con verdad, nadie a quien le remuerdan sus maldades y se pregunte: ¿Qué es lo que he hecho? Todos corren desenfrenadamente su carrera, como caballo lanzado a la batalla.

Falsa confianza en la Ley.

[7] En el cielo, la cigüeña, la tórtola, la golondrina y el vencejo conocen los tiempos de sus migraciones; pero mi pueblo no conoce los juicios de Yave. [8] ¿Cómo os decís: Tenemos la sabiduría, la Ley de Yave? La convirtieron en mentira las mentirosas plumas de vuestros escribas. [9] Han sido confundidos los sabios, avergonzados, cogidos. Arrojaron de sí la palabra de Yave. ¿Qué sabiduría les queda? [10] Por eso daré sus mujeres a extraños, sus campos a los conquistadores; porque desde el pequeño al grande, todos se llenaron de rapiñas, desde el profeta al sacerdote, todos, todos, se dieron al fraude; [11] y curaban las llagas de mi pueblo como cosa de nada, diciendo «paz, paz», cuando no había paz. [12] Serán confundidos porque hicieron abominaciones. No se avergonzaron. No conocen siquiera

la vergüenza. Por eso caerán con los demás caídos, al tiempo de la cuenta caerán. 13 Dice Yave: Los reuniré a todos. Palabra de Yave. No quedará racimo en la viña, ni higo en la higuera.

Ruina sin esperanza.

14 ¿Por qué nos estamos sentados? Reuníos y vayamos a las ciudades amuralladas, a perecer allí, pues Yave nuestro Dios nos va a destruir; nos ha dado a beber agua de adormideras, por haber pecado contra él. 15 ¡Esperar la paz, y no haber bien alguno! ¡Esperar la curación, y todo pavor! 16 Ya se oye desde Dan el relinchar de sus caballos. Al estruendo de su caballería de guerra, tiembla la tierra toda. Ya viene a devorar la tierra y cuanto hay en ella, la ciudad y cuantos la habitan. 17 Voy a mandar contra vosotros serpientes y víboras, contra las que no hay conjuro posible, y os morderán. Palabra de Yave.

18 Mi mal es sin remedio. Mi corazón está angustiado. 19 Oigo gritos de angustia de la hija de mi pueblo, desde lejana tierra. ¿No estaba por ventura Yave en Sión? No estaba en ella su rey? ¿Por qué, pues, provocaron mi ira con sus ídolos, con dioses extraños? 20 Pasó el verano, se acabó el otoño, y no hemos sido salvados. 21 Estoy quebrantado por el quebranto de la hija de mi pueblo; estoy cubierto de luto, se ha apoderado de mí el espanto. 22 ¿Por ventura no había bálsamo, en Galad, y no había médicos allí? ¿Cómo, pues, no fué vendada la herida de la hija de mi pueblo?

Dolor del profeta por la ruina del pueblo.

9 1 ¡Quien me diera que mi cabeza se hiciera agua, y mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche las llagas de la hija de mi pueblo! 2 Ojalá tuviera en el desierto un albergue de caminantes, y dejaría a mi pueblo y me iría lejos de ellos, pues todos son adúlteros, opresores, pérfidos, y sus lenguas son saetas. 3 Nada de fidelidad, sólo el fraude predomina en la tierra. Amontonan iniquidad sobre iniquidad, y a mí me desprecian. Palabra de Yave.

4 Recelan uno del otro, y nadie confía en nadie; pues todos engañan siempre, todos se difaman unos a otros, unos a otros se engañan. 5 No hay en ellos palabra de verdad. Tan avezadas están sus lenguas a la mentira, que no pueden ya sino mentir.

6 Amontonan violencia sobre violencia, engaño sobre engaño, y no quieren conocerme. 7 Palabra de Yave. Por eso, así dice Yavé Sebaot: Voy a pasarlos por el crisol, ¿pues qué otra cosa voy a hacer con la hija de mi pueblo? 8 Sus lenguas son saetas mortíferas, las palabras de su boca son dolo; dan la paz a su prójimo, y llevan la insidia en su corazón. 9 ¿No habré de pediros cuentas por todo esto? Palabra de Yave. De un pueblo como éste, ¿no habré de tomar yo cumplida venganza?

10 Yo lloraré y gemiré por los montes, haré lamentaciones por los pastizales del desierto, desolados por no haber quien pase por ellos ni oírse en ellos el balar de los rebaños. Desde las aves del cielo hasta las bestias de la tierra, todos huyeron, todos se fueron. 11 Y de Jerusalén haré un montón de ruinas, cubil de dragones; y de las ciudades de Judá, desolación, donde no habitará nadie. 12 ¿Quién será el hombre sabio que entienda esto, al cual pueda dirigirse la palabra de la boca de Yave, y haga conocer la causa por que perece la tierra, que será convertida en un desierto por donde no habrá quien pase?

13 Y dijo Yave: Porque han quebrantado la ley que yo les dí, y no han escuchado mi voz ni procedieron según ella; 14 sino que, según la pertinacia de su corazón, se fueron tras los Baales, que les enseñaron sus padres; 15 por eso, así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Yo hartaré a este pueblo de ajenjo, y le daré a beber agua de adormideras, 16 y los esparciré por entre gentes que ellos no conocieron, ni ellos ni sus padres, y haré que los persiga la espada hasta consumirlos.

De la ruina, la conversión.

17 Así dice Yave Sebaot: Atended, llamad a las plañideras; que vengan, buscad a las más hábiles en su oficio; 18 que se apresuren, que corran y hagan sobre vosotros sus lamenta-

ciones; caiga de vuestros ojos el llanto y manen lágrimas vuestros párpados; 19 porque de Sión vienen voces y lamentos. ¡Qué desolación, qué vergüenza! Nos echan de nuestras tierras, nos arrojan de nuestras casas. 20 Porque, oíd, mujeres, la palabra de Yave, y perciban vuestros oídos las palabras de su boca, para que enseñéis a vuestras hijas a lamentarse, y se lo enseñen ellas unas a otras. 21 Se entra la muerte por nuestras ventanas y penetra en nuestras moradas, para acabar con nuestros niños en las calles y con nuestros mancebos en las plazas. 22 Los cadáveres de los hombres quedan como estiércol sobre el campo, como queda tras el segador el manojo, sin haber quien lo recoja.

23 Así dice Yave: Que no se gloríe el sabio de su sabiduría; que no se gloríe el fuerte de su fortaleza; que no se gloríe el rico de su riqueza. 24 El que se gloríe, gloríese en esto: En obrar el bien y conocerme a mí, conocer que yo soy Yave, que hago misericordia, derecho y justicia sobre la tierra; pues en esto es en lo que yo me complazco. Palabra de Yave. 25 Vienen días, dice el Señor, en que yo pediré cuenta a todos, circuncisos e incircuncisos. 26 A Egipto, a Judá, a Edom, a los hijos de Ammón, a Moab y a los que se rapan las sienes y habitan el desierto; pues todos esos pueblos son incircuncisos, pero todo Israel es incircunciso de corazón.

Consejos a los desterrados.

10 Oíd, casa de Israel, lo que os dice Yave: 2 Así dice Yave: No os acostumbréis a los caminos de las gentes. No temáis de los fenómenos celestes que a ellos les producen terror; 3 pues el culto de esos pueblos es el culto a la nada, leños cortados en el bosque, labrados luego con el buril por mano del escultor. 4 Se decoran con plata y oro, y se sujetan a martillazos con clavos, para que no se caigan. 5 Son como espantajos en melonar, y no hablan. Hay que llevarlos, porque ellos no andan. No les tengáis miedo, pues no pueden haceros mal ni bien alguno.

6 No hay ninguno semejante a ti, ¡oh Yave! Tú eres grande, y grande y poderoso es tu nombre. 7 Quién no te temerá, rey de los pueblos? Pues a ti se te debe el temor, y no hay entre todos los sabios de las gentes, y en todos sus reinos, nadie como tú. 8 Todos a una no son sino suma estupidez y necedad; su entendimiento pura nada; no son más que un madero; 9 plata laminada, venida de Tarsis, oro de Ofir, obra de escultor y de orfebre, vestida de púrpura y jacinto, todo es obra de artífices.

10 Pero Yave es el Dios verdadero, el Dios vivo y rey eterno. Si él se aíra, tiembla la tierra, y todos los pueblos son impotentes ante su cólera. 11 Así, pues, habéis de decirles: Desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos los dioses que no han hecho ni los cielos ni la tierra. 12 El con su poder ha hecho la tierra, con su sabiduría cimentó el orbe, y con su inteligencia tendió los cielos. 13 A su voz se congregan las aguas en el cielo. El hace subir las nubes desde los confines de la tierra, hace brillar el rayo entre la lluvia, y saca los vientos de sus escondrijos. 14 Embrutecióse el hombre sin conocimiento; los orífices se cubrieron de ignominia haciendo sus ídolos, pues no funden sino vanidades, que no tienen vida, 15 nada, obra ridícula. El día de la cuenta perecerán. 16 No es ésta la herencia de Jacob, Israel es su pueblo.

17 Daos prisa a reunir y liar el hato, moradores de esta tierra; 18 pues así dice Yave: Voy a lanzar de una vez a los moradores de esta tierra, como se lanza la piedra con la honda, reuniéndolos, para que todos sean hallados.

19 ¡Ay de mí! ¡Qué destrucción la mía! Mi mal no tiene remedio; es terrible mi mal, es insufrible. 20 Mis tiendas devastadas, todas las cuerdas rotas, mis camas saqueadas. No habrá quien pueda ya levantar la tienda, quien pueda ya tender las lonas.

21 Fueron unos insensatos los pastores, y no buscaron a Yave; por eso no prosperaron, y todos sus rebaños han sido dispersados. 22 Oye, viene ya la noticia, viene gran alboroto de la tierra del septentrión, para hacer de las ciudades de Judá un desierto, guarida de chacales.

23 Señor, bien sé que no está en mano del hombre trazarse su camino, ni puede nadie fijar su paso por él con equidad. 24 Pero corrígeme, oh

Señor, con suavidad, no con ira, no del todo me destruyas.
25 Derrama tu furor más bien sobre las gentes que te desconocen, y sobre los pueblos que no invocan tu nombre, que han devorado a Jacob, le han consumido, y han devastado sus campos.

Exhortación a la guarda del pacto de Yave.

11 1 Palabra que dirigió Yave a Jeremías, diciendo: 2 Oíd las palabras de esta alianza, y comunicádselas a los varones de Judá y a los moradores de Jerusalén. 3 Decidles: Así habla Yave, Dios de Israel: Maldito el varón que desoiga las palabras de esta alianza, 4 que dí a vuestros padres al tiempo de sacarlos de la tierra de Egipto, del horno de hierro, diciendo: Oíd mi voz, y obrad según todo lo que os mando, y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios; 5 para que yo cumpla mi juramento a vuestros padres, de darles una tierra que mana leche y miel, como es el día de hoy. Yo respondí, diciendo: Así sea, Señor.
6 Y me dijo Yave: Anuncia todas estas palabras en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén, diciendo: Escuchad las palabras de esta alianza y cumplidlas. 7 Pues con insistencia he amonestado a vuestros padres, desde cuando salieron de la tierra de Egipto hasta hoy, y con toda diligencia los amonesté: Escuchad mi voz. 8 Pero ellos no me escucharon, no me dieron oídos, y se fueron todos en pos de los malos deseos de su corazón; y les recordé todas las palabras de esta alianza que les mandé cumplir, pero no las cumplieron.
9 Y me dijo Yave: Se han confabulado los varones de Judá y los moradores de Jerusalén. 10 Han vuelto a las iniquidades de sus primeros padres, que rehusaron cumplir mis mandatos, y se han ido tras dioses ajenos para servirles. La casa de Israel y la de Judá han roto el pacto que hice con sus padres. 11 Por eso así dice Yave: Yo traeré sobre ellos males de que no podrán librarse, y clamarán a mí, y no los oiré; 12 y clamarán a los dioses a quienes ellos sacrifican, y no podrán salvarlos en el tiempo de la tribulación. 13 Cuantas son tus ciudades, tantos fueron tus dioses, Judá; y cuantas son las calles de Jerusalén, tantos fueron los altares de ignominia, alzados para ofrecer incienso a Baal. 14 Y tú, no me supliques por este pueblo y no hagas por él oración, porque no oiré cuando ellos clamen a mí, al tiempo de la aflicción.
15 ¿Qué tienes que hacer en mi casa tú, cubierto de iniquidad? ¿Crees por ventura que los sacrificios y las carnes santificadas de las víctimas pueden evitarte el castigo? ¿Crees que te servirán de protección, cuando venga sobre ti la gran tribulación, cuando con gran estrépito se acerque la angustia?
16 Olivo siempre verde y hermoso te quiso Yave, pero ha pegado a tu copa fuego, que abrasó tu ramaje.
17 Yave Sebaot, que te plantó, ha decretado la desgracia contra ti, por los crímenes de la casa de Israel y de la casa de Judá, que han cometido para irritarme, ofreciendo incienso a Baal.

Conjuración de los de Anatot contra el profeta.

18 *a*) Y Yave Sebaot me dió a conocer esto (1):
[12] 6 Mira que también tus hermanos, los de la casa de tu padre, los de Anatot, son pérfidos y traidores, y a espaldas tuyas todos a una te maldicen. No te fíes de ellos, cuando por delante te hablan con benevolencia. 18 *b*) Entonces vi con claridad su proceder conmigo. 19 Estaba yo entre ellos como inocente cordero, que sin saberlo era llevado a la muerte, pues habían tramado una conjura contra mí, diciéndose: Vamos a darle veneno en el pan (2), le raeremos de la tierra de los vivos, y no se hará más memoria de su nombre.
20a ¡Oh Yave Sebaot, juez justo, que

(1) Parece indudable que ha habido traslocación en las partes del relato de la conjuración de los de Anatot, sus conciudadanos, contra Jeremías. Por eso los ponemos en el orden que parecen exigir.
(2) El texto en este lugar parece indudablemente alterado. La interpretación de la Vulgata parece inadmisible. No está dentro de los límites de estas notas explicativas dar cuenta de las razones que nos mueven a dar como más probable la que proponemos. De todos modos, es bien claro que se trata de un criminal proyecto para suprimir al profeta sin que éste pudiera darse cuenta.

escudriñas los riñones y el corazón!
(12) [3] Tú, ¡oh Señor!, me conoces, tú me ves, tú penetras los sentimientos de mi corazón para contigo. Reúnelos como rebaño destinado a la matanza, conságralos para el día de la mortandad. [20b] Que vea yo en ellos tu venganza, pues a ti te he confiado mi causa. [21] Por eso, así dice Yave de los hombres de Anatot, que buscan tu muerte, diciendo: No profetices en nombre de Yave, si no quieres morir a nuestras manos. [22] Por eso así dice Yave Sebaot: Yo les voy a pedir cuenta. Los fuertes morirán al filo de la espada, sus hijos y sus hijas morirán por hambre. [23] No quedará superviviente, porque yo traeré la desdicha sobre los de Anatot, cuando les pida cuentas.

Quejas del profeta.

12 [1] Muy justo eres tú, Yave, para que yo vaya a contender contigo; pero déjame decirte sólo una cosa: ¿Por qué es próspero el camino de los impíos, y son afortunados los perdidos y los malvados? [2] Tú los plantas y ellos echan raíces, crecen y fructifican; te tienen a ti en la boca, pero está muy lejos de ti su corazón. [4] Pues se dicen: No ve nuestras sendas. ¿Hasta cuándo padecerá la tierra, se secarán las hierbas del campo, por la maldad de los que habitan en ella, y perecerán bestias y aves? Dicen: No ve nuestros caminos. [5] Si corriendo con gente de a pie te vencieron, ¿cómo te vas a atrever con los de a caballo? Si en tierra abierta no te sientes seguro, ¿qué será en los boscajes del Jordán?

Los impíos serán castigados.

[7] He desamparado mi casa, he abandonado mi heredad. He entregado lo que más amaba, en manos de sus enemigos. [8] Fué mi heredad para mí león en la selva, lanza contra mí sus rugidos; por eso la aborrecí. [9] Ha venido a ser mi heredad una fiera rapaz, en torno a la cual rondan otras fieras. Venid, juntaos, fieras todas del campo. Venid a devorarla.
[10] Muchos pastores han entrado a saco en mi viña, y pisotearon mi heredad, han convertido mis deleitosos campos en desolado desierto. [11] Hicieron de ella campo de desolación, y está ante mí triste y asolada. Toda la tierra es desolación, por no haber quien recapacite en su corazón.
[12] Por todos los pastizales del desierto irrumpieron los invasores, y la espada de Yave devora la tierra de un extremo al otro, sin dar paz a ser viviente. [13] Sembraron trigo, y han recogido cardos; trabajaron en vano; heredaron y no les aprovechó, no les salió la cuenta; esperaban frutos, y el fruto fué la cólera de Yave.
[14] Así dice Yave, de todos los malos vecinos que asaltan la heredad que yo di en herencia a mi pueblo, Israel: Yo los arrojaré de sus tierras, y arrancaré a Judá de sus garras; [15] y después de haberlos arrojado, tendré misericordia de ellos, y los haré volver cada uno a su propiedad, cada uno a su tierra; [16] y cuando ellos hayan aprendido el camino de mi pueblo, y juren en mi nombre, «Vive Yave», como ellos enseñaron a mi pueblo a jurar en el nombre de Baal, habitarán prósperamente en medio de mi pueblo. [17] Pero si no obedecen, los arrancaré enteramente, y perecerán. Palabra de Yave.

La faja podrida.

13 [1] Díjome Yave (1): Ve y cómprate una faja de lino, y faja con ella tus lomos, y procura que no toque el agua. [2] Y adquirí la faja, como me mandó Yave, y me la puse sobre los lomos; [3] y me habló Yave por segunda vez, diciéndome: [4] Coge la faja que adquiriste y te pusiste, vete al Eufrates, y escóndela en una hendidura de la piedra. [5] Fuí, pues, y la escondí junto al Eufrates, según lo mandó Yave.
[6] Y al cabo de muchos días me

(1) Interpretar este pasaje como *acción* simbólica, que por orden de Dios ejecutara el profeta, presenta graves dificultades. Quizá debe mejor tomarse como una *parábola* en forma de diálogo entre Dios y el profeta. El simbolismo es claro. La prenda de que se trata no tiene correspondiente exacto en nuestra indumentaria. Se ponía a raíz de la carne, y cubría, ciñéndola al mismo tiempo, la cintura hasta medio muslo. Lo principal, en la significación parabólica, es la íntima unión entre la prenda y quien la vestía, ceñida a raíz de la carne. Es símbolo del pueblo elegido, íntimamente unido a Dios. El quitársela, y dejar que se pudriera a orillas del Eufrates, es símbolo de la destrucción del pueblo y de la gran humillación a que había de verse reducido en medio de los pueblos de la Mesopotamia.

dijo Yave: Anda, vete al Eufrates, y recoge la faja que te mandé esconder allí. 7 Fuí, pues, al Eufrates, y busqué la faja, y la saqué del lugar en que la había escondido, pero estaba podrida, no servía ya para nada.
8 Y me habló el Señor, diciéndome:
9 Así dice Yave: Así haré yo que se pudra la mucha soberbia de Judá, el gran orgullo de Jerusalén. 10 Este pueblo malvado, que rehusa escuchar mis palabras, y en la depravación de su corazón se va tras dioses ajenos para servirles y ofrecerles incienso, será como esa faja podrida, que no sirve ya para nada. 11 Como se adhiere la faja a los lomos del hombre, así quise yo que se adhiriese a mí toda la casa de Israel y toda la casa de Judá palabra de Yave, para que ellos fuesen mi pueblo, mi honra, mi prez, mi gloria; pero ellos no me escucharon.

Las tinajas rotas.

12 Vete, y diles esto: Así dice Yave, Dios de Israel: Las tinajas se llenan de vino. Y te dirán: ¿Acaso no sabemos muy bien que las tinajas se llenan de vino? 13 Pero tú les dirás: Así dice Yave: Pues así llenaré yo de embriaguez a todos los habitantes de esta tierra, a los reyes que se sientan en el trono de David, a los sacerdotes, a los profetas, y a todos los moradores de Jerusalén; 14 y se romperán, chocando unos contra otros, padres contra hijos a la vez. Palabra de Yave. No tendré de ella compasión ni clemencia, ni misericordia en su destrucción.
15 Escuchad, dadme oídos, no os envanezcáis, que es Yave quien os habla. 16 Dad gloria a Yave, vuestro Dios, antes de que se haga oscuro, y tropiecen vuestros pies por los montes en tinieblas, y en vez de la luz que esperáis vosotros, nos dé sombras de muerte y densas tinieblas.
17 Y si no escucháis, lloraré en secreto tu soberbia, lloraré sin consuelo, y mis ojos derramarán abundantes lágrimas, por la dispersión del rebaño de Yave.
18 Di al rey y a la reina: Humillaos, sentaos en el suelo, porque está para caer de vuestras cabezas la corona de vuestra gloria. 19 Las ciudades del sur están cercadas, y nadie escapará. Todo Judá será apresado, todos sin excepción. 20 Alza tus ojos y mira, Jerusalén. Vienen del septentrión. ¿Dónde está la grey que te fué dada, tu espléndido rebaño? 21 ¿Qué dirás cuando te golpeen la cabeza tus amantes, aquellos que acostumbrabas a tratar como muy queridos amigos? ¿No te dolerás con dolores como de parto? 22 Y si te preguntas en tu corazón: ¿Por qué me sucede todo eso? Por la muchedumbre de tus maldades alzaron tus faldas, y maltrataron tus talones.
25 Es tu recompensa, es la porción que yo te señalo, por haberme despreciado y haber puesto tu esperanza en la vanidad de los ídolos. 26 También yo te alzaré las faldas, hasta taparte con ellas la cara, y se verán tus vergüenzas. 27 A mi cara pusiste tú tus adulterios, tus relinchos, tus execrables fornicaciones. Sobre los collados del campo tuve que ver yo tus torpezas (1). ¡Ay de ti, Jerusalén, si no te limpias! ¿Hasta cuándo dilatarás tu conversión? 23 ¿Mudará por ventura su tez un etíope, o el tigre su rayada piel? Así podréis vosotros obrar el bien, tan avezados como estáis al mal. 24 Yo los dispersaré, como la paja que vuela al viento del desierto.

La gran sequía.

14 1 Llegó la palabra de Yave a Jeremías, con ocasión de la sequía. 2 Llora Judá, y sus ciudades están tristes, e inclinadas hacia la tierra las cabezas, y crece el grito de Jerusalén. 3 Los pudientes de ella mandaron a sus zagales por agua; fueron éstos a los pozos, pero no hallaron agua, y se volvieron con los cántaros vacíos, tristes, afligidos y cubiertas las cabezas. 4 Los agricultores se afligen y cubren sus cabezas, porque los campos están estenuados, por falta de lluvia sobre la tierra. 5 Aun las ciervas en el campo paren y abandonan la cría, por la falta de pastos. 6 Los asnos salvajes están sobre las colinas peladas, aspirando el aire con la lengua fuera,

(1) Todas estas imágenes nos parecen a nosotros demasiado crudas, acostumbrados como estamos al uso de eufemismos; pero hay que tener en cuenta que los orientales son mucho más realistas que nosotros, y que este realismo se refleja en sus literaturas.

como chacales, y hundidos los ojos por la falta de hierba fresca.

7 Aunque nuestras maldades claman contra nosotros, hazlo, ¡oh Yavé!, por la gloria de tu nombre. Grandes son nuestras rebeldías. Hemos pecado contra ti. 8 Tú eres la esperanza de Israel, su salvador en el tiempo de la tribulación. 9 ¿Cómo vas a ser cual extranjero en tu tierra, como viajero que sólo pasa en ella una noche? ¿Cómo vas a parecer como hombre azorado, como quien es incapaz de salvar? Pues tú, ¡oh Yavé!, habitas en medio de nosotros, y tu nombre es por nosotros invocado. ¡No nos abandones!

10 Esto dice Yave de este pueblo: Así se acostumbraron a vagar de un lado para otro; no daban paz a sus pies. Pero Yave no les tiene amor alguno; ahora se acordará de sus maldades, y les pedirá cuenta de sus pecados. 11 Y me dijo Yave: No ruegues por este pueblo, para que le socorra. 12 Cuando ayunen, no escucharé sus clamores, y cuando ofrezcan holocaustos y oblaciones, no los aceptaré, sino que los consumiré por la espada, con el hambre y con la peste.

13 Y yo dije: ¡Ah, Señor, Yavé! Mira que los profetas les dicen: No veréis la espada, no vendrá el hambre. Paz entera os daré en este lugar. 14 Pero Yave me dijo: Mentidamente profetizan los profetas en mi nombre; yo no los he enviado, no los he mandado, no les he hablado. 15 Falsas visiones, agüeros, vanidades y engaños de su corazón, es lo que les profetizan en mi nombre, sin haberlos yo enviado, diciendo: No habrá en esta tierra espada ni hambre.

A la espada y por hambre perecerán esos profetas. 16 Y las gentes ante quienes ellos profetizaron, serán arrojadas a las calles de Jerusalén, muertos por hambre y por espada, y no habrá quien les dé sepultura, ellos, sus mujeres, sus hijos y sus hijas, y haré caer sobre ellos su maldad. 17 Diles, pues, así: Derramen mis ojos lágrimas de noche y de día sin cesar, pues la hija de mi pueblo ha sido quebrantada con gran quebranto, herida de gravísima plaga.

18 Si salgo al campo, veo doquier muertos por la espada; si entro en la ciudad, muertos por el hambre. Profetas y sacerdotes errantes por los campos, sin llegar a entender.

19 ¿Acaso has rechazado del todo a Judá? ¿Detesta tu alma a Sión? ¿Cómo nos hieres de muerte, y mientras esperábamos paz, todo son infortunios, y a la hora del alivio sólo se presenta la angustia?

20 Reconocemos, ¡oh Yavé!, nuestra maldad, y las de nuestros padres. Hemos pecado contra ti. 21 Por la gloria de tu nombre, no nos rechaces, no desprecies el trono de tu grandeza (1). Acuérdate, no rompas tu alianza con nosotros. 22 ¿Hay por ventura entre los ídolos de las gentes quien pueda hacer llover? ¿O pueden de sí los cielos dar la lluvia? ¿No eres sólo tú? ¡Oh Yave, Dios nuestro! En ti esperamos, pues tú tienes poder para hacer todo eso.

15 1 Pero Yave me dijo: Aunque se me pusieran delante Moisés y Samuel, no los escucharía. Quita este pueblo de mi presencia, que se vayan. 2 Y si te preguntan: ¿A dónde hemos de ir? Respóndeles: Así dice Yave: El que a la mortandad, a la mortandad; el que a la espada, a la espada; el que al hambre, al hambre; el que al cautiverio, al cautiverio. 3 Yo les daré por regidores cuatro deudos (2) Palabra de Yave. La espada para matar; los perros para arrastrarlos; las aves del cielo y las fieras del campo, para devorarlos y consumirlos. 4 Y los haré el asombro de todas las regiones de la tierra, a causa de Manasés, hijo de Ezequías, rey de Judá, por lo que hizo en Jerusalén.

Los horrores de la guerra.

5 ¿Quién, pues, va a compadecerse de ti, oh Jerusalén? ¿Quién se dolerá de ti? ¿Quién se saldrá del camino para preguntar por ti, y saludarte? 6 Tú me abandonaste a mí, palabra de Yave, me volviste la espalda; y yo voy a extender contra ti mi mano, y te abatiré sin duelo. 7 Y los aventaré con el bieldo a todas las puertas de la tierra; 9c y sus restos los entregaré a la espada de sus enemigos. 7b Dejaré sin hijos a mi

(1) El trono de la grandeza, de la gloria del Señor, es Jerusalén, por estar en ella su templo.
(2) Cuatro deudos o parientes, por ir casi siempre unidos, guerra, hambre, peste y mortandad.

pueblo, y le destruiré por su impenitencia. [8] Serán más numerosas sus viudas que las arenas del mar. Lanzaré contra su juventud el ladrón diurno, y haré que caiga de repente sobre ellos el terror y la angustia. [9a b] Ajóse de tristeza la que había sido madre de siete hijos, desfalleció; púsose para ella el sol, cuando aún era de día, quedó abatida y confusa.

Lamentos del profeta.

[10] ¡Ay de mí! Madre mía, ¿cuál me engendraste? Soy objeto de querella y de contienda para todos. A nadie presté, nadie me prestó, y, sin embargo, todos me maldicen. [11] En verdad, ¡oh Yavé!, ¿soy culpable? En el tiempo del infortunio y de la angustia, ¿no te rogaba por el bien de los que me odian? [12] Por ellos rompí el hierro y el bronce (1). [13] Tú lo sabes bien, ¡oh Yavé! Ten cuenta de mí, mira por mí, y véngame de mis perseguidores. No contengas tu ira; mira que por ti soporto oprobios, de parte de los que desprecian tu palabra.

[16] Cuando llegaban a mí tus palabras, eran mi manjar; el gozo y la alegría de mi corazón, el ser tenido por cosa tuya, ¡oh Yavé, Dios Sebaot! [17] Nunca me senté entre los que se divertían, para gozarme con ellos. La acción de tu mano sobre mí me obligaba a sentarme en soledad, pues llenaba mi alma de tu ira. [18] ¿Ha de ser perpetua mi aflicción, incurable mi herida? ¡Ay! ¿Vas a ser para mí arroyo falaz, con cuyas aguas no se puede contar? (1).

[19] Por eso, así dice Yavé: Si vuelves a tu confianza en mí, yo te devolveré la mía, y seguirás a mi servicio. Si sabes distinguir lo precioso de lo vil, seguirás siendo mi boca; todos se volverán a ti, no serás tú quien te vuelvas a ellos, [20] y te haré para este pueblo inconmovible muro de bronce. Ellos combatirán contra ti; pero no podrán vencerte, porque yo estaré contigo para salvarte y protegerte, palabra de Yavé, [21] y te libraré de las manos de los malvados y de los violentos.

Jeremías, figura de la caída del pueblo.

16 [1] Llegóme la palabra de Yavé, diciéndome: [2] No has de tomar mujer, y no tendrás hijos ni hijas en esta tierra; [3] porque así dice Yavé de los hijos y las hijas nacidas en esta tierra, de las madres que los paren y de los padres que los engendran aquí: [4] Morirán de epidemias, y nadie los llorará ni los sepultará; servirán de estiércol sobre la haz de la tierra; serán devorados por la espada y por el hambre, y sus cadáveres serán pasto de las aves del cielo y de las fieras.

[5] Así, pues, dice Yavé: No entres en una casa en convite de luto, ni vayas a llorar a los muertos, ni te lamentes por ellos, pues he quitado a este pueblo mi paz, palabra de Yavé, la benignidad y la misericordia. [6] Y morirán grandes y pequeños en esta tierra; no se los sepultará, ni se los llorará, ni nadie se herirá el rostro, ni se afeitará la cabeza por ellos; [7] y nadie les partirá el pan del duelo, para consolar a uno por el muerto, ni se dará a nadie la copa para consolarle por la muerte del padre o de la madre. [8] No entres tampoco en casa donde haya ban-

(1) Este pasaje es de los más difíciles de interpretar en Jeremías. El texto parece, indudablemente, alterado, y las conjeturas de restitución y las consiguientes interpretaciones son muchas. Adoptamos la que nos parece más probable, y ésta se refleja en la traducción. Se lamenta el profeta de haber nacido para ser objeto de las maldiciones de todos, y pregunta a Dios si no es verdad que él, insistentemente y poniendo cuantos medios estaban a su alcance, rompiendo, o haciendo por romper, el hierro y el bronce, no le pidió por el bien de los que le odian. Los versículos 13 y 14 parecen una interpolación, por eso los omitimos. El 13 es casi ininteligible: «¿Va a romper el hierro el hierro del norte y el bronce?» El 14: «Yo entregaré gratis tus bienes y tus tesoros al pillaje, por todos tus pecados y sobre todo tu territorio», se refiere a la invasión, pero no se ve fácilmente de qué otro lugar ha venido aquí y dónde habría de ponerse. Quizá en 17, 3, donde hay algo muy semejante.

(1) En estas quejas de Jeremías hay ciertas dificultades de crítica y de interpretación. El sentido general más probable parece ser así: Se lamenta el profeta de que, por ser fiel a su misión, ha tenido que profetizar siempre desventuras, y no ha gozado de un momento de alegría, fuera de la de ser siervo fiel de Yavé; y pregunta ¿Va a ser siempre así? A seguida el Señor le reprende por su desconfianza y pusilanimidad, y le anuncia que, si quiere seguir siendo su profeta, su boca, vuelva a su primera fortaleza y confianza en Yavé.

quete, para sentarte a comer y a beber con ellos; [9] pues así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Voy a hacer cesar en este lugar, a vuestros ojos y en vuestros días, el canto del gozo y de la alegría, y el canto del esposo y de la esposa.

[10] Y cuando anuncies a este pueblo todo esto, y te digan: ¿Por qué nos anuncia Yave todos esos males tan grandes? ¿Cuáles son nuestras maldades, y cuáles los pecados que hemos cometido contra Yave, nuestro Dios? [11] Les responderás: Porque ya vuestros padres me abandonaron, palabra de Yave, para irse tras los dioses ajenos, para servirles y adorarlos, dejándome a mí y quebrantando mi ley; [12] pero vosotros habéis obrado peor todavía que vuestros padres, y os vais cada cual tras los malos deseos de vuestro mal corazón, sin escucharme a mí. [13] Por eso os arrojaré fuera de esta tierra, a una tierra que no conocéis ni conocieron vuestros padres, y allí serviréis día y noche a dioses extraños, y no tendré compasión de vosotros.

[14] Por eso vendrá tiempo, palabra de Yave, en que no se dirá ya: «Vive Yave, que sacó a los hijos de Israel de la tierra de Egipto»; [15] sino: «Vive Yave, que sacó a los hijos de Israel de la tierra del aquilón y de las otras en que los dispersó», cuando yo los haga volver a su tierra, a la que di a sus padres. [16] Yo voy a mandar muchos pescadores, palabra de Yave, que los pescarán; y después muchos cazadores, que los cazarán por los montes todos, por todos los collados y por las cavernas de las rocas. [17] Porque están a mi vista todos sus malos caminos, no se me esconden, y sus maldades no están ocultas a mis ojos. [18] Yo les pagaré al doble sus iniquidades y pecados, por haber profanado mi tierra con la carroña de sus ídolos y haber llenado mi heredad de abominaciones.

La salud, por la confianza de Yave.

[19] ¡Yave, mi fuerza, mi fortaleza, mi refugio al tiempo de la tribulación! A ti vendrán los pueblos, desde los confines de la tierra, y dirán: Sólo mentira fué la herencia de nuestros padres, vanidad sin provecho alguno.

[20] Si es el hombre el que se hace los dioses, entonces no son dioses.

[21] Por eso, esta vez les voy a dar a conocer, les voy a hacer ver la fuerza de mi brazo, y sabrán que mi nombre es Yave.

La culpa de Judá.

17 [1] El pecado de Judá está escrito con estilo férreo; a punta de diamante se ha grabado en la tabla de su corazón; [2] en los cuernos de sus altares, en sus *aseras*, en sus cipos, en los montes, en los collados del llano. [3] Tus riquezas, todos tus tesoros, los daré al pillaje en tus confines; te obligaré a abandonar la heredad que te di, [4] y te haré esclava de tus enemigos en tierra para ti desconocida, pues habéis encendido el fuego de mi ira, que arderá por siempre.

[5] Así dice Yave: Maldito el hombre que en el hombre pone su confianza, y de la carne hace su apoyo, y aleja su corazón de Yave. [6] Será como desnudo arbusto en el desierto; que aunque le venga algún bien, no lo siente, y vive en las arideces del desierto, en tierra salitrosa e inhabitable. [7] Bienaventurado el varón que confía en Yave y en él pone su confianza. [8] Es como árbol plantado a la vera de las aguas, que echa sus raíces hacia la corriente y no teme la venida del calor, conserva su follaje verde, en año de sequía no la siente, y no deja de dar fruto.

[9] Tortuoso es el corazón, impenetrable para el hombre. ¿Quién puede conocerle? [10] Yo, Yave, que penetro los corazones y pruebo los riñones, para retribuir a cada uno según sus caminos, según el fruto de sus obras.

[11] Perdiz que empolla huevos ajenos, es el que injustamente allega riquezas; a la mitad de sus días tendrá que dejarlas, y su fin será el de un necio.

[12] Trono de gloria es desde el principio nuestro santo templo. [13] Yave es la esperanza de Israel; todos los que le abandonan serán confundidos. Los que te dejan se cubrirán de vergüenza, porque dejaron a la fuente de aguas vivas, a Yave.

[14] Sáname, ¡oh Yave!, y seré sano; sálvame y seré salvo, pues tú eres mi esperanza. [15] Ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra de Yave? Que se cumpla. [16] Pero yo no he ido tras de ti a incitarte a su castigo; nunca he deseado el día de la cala-

midad. Tú sabes que lo que ha salido de mis labios fué lo que tú quisiste. 17 No me hagas temblar. Protégeme el día de la tribulación. 18 Sean confundidos mis perseguidores, no yo. Sean ellos los que tiemblen, no yo. Haz venir sobre ellos el día de la ira. Tritúralos con doble trituración (1).

El camino de salvación.

19 Así me dijo Yave: Ve a ponerte ante la Puerta del Pueblo, por la que entran y salen los reyes de Judá, y ante todas las otras puertas de Jerusalén; 20 y di: Oíd la palabra de Yave, vosotros, reyes de Judá, y todo Judá y todos los habitantes de Jerusalén, que pasáis por estas puertas: 21 Así dice Yave: Guardaos, por vuestra vida, de llevar cargas en día de sábado y de introducirlas por las puertas de Jerusalén. 22 No saquéis tampoco cargas de vuestras casas en día de sábado, ni hagáis labor alguna; santificad así el día del sábado, como se lo mandé a vuestros padres. 23 Ellos, sin embargo, no me oyeron, no me dieron oídos, sino que endurecieron su cerviz, sin obedecerme y sin corregirse.

24 Si me obedecéis vosotros, palabra de Yave, y dejáis de introducir cargas por las puertas de esta ciudad en día de sábado, y santificáis ese día no haciendo en él labor alguna, 25 Seguirán entrando por las puertas de esta ciudad los reyes, los que se sientan sobre el trono de David, montados en sus carros y caballos ellos, sus grandes, los hombres de Judá y los habitantes de Jerusalén, y esta ciudad estará siempre habitada. 26 Y de las ciudades de Judá y de los contornos de Jerusalén, de la tierra de Benjamín, del llano, de la montaña y del mediodía, vendrán con holocaustos, víctimas, oblaciones, incienso y sacrificios eucarísticos, y los ofrecerán en el templo de Yave. 27 Pero si no me obedecéis en santificar el día del sábado, y en no llevar cargas en él y no introducirlas por las puertas de Jerusalén, entonces encenderé yo en sus puertas un fuego que devorará los palacios de Jerusalén, y que no se apagará.

En la casa del alfarero.

18 1 Palabra que de Yave llegó a Jeremías: 2 Levántate, y baja a la casa de un alfarero, y allí te haré oír mis palabras. 3 Bajé, pues, a la casa del alfarero, y hallé a éste trabajando a la rueda. 4 Cuando se le estropeaba entre las manos la vasija que estaba haciendo, iba, y con el mismo barro hacía otra cualquiera, la que se le antojaba.

5 Y me vino palabra de Yave, diciendo: 6 ¿Acaso no puedo yo hacer de vosotros, casa de Israel, como hace el alfarero? Palabra de Yave. Como está el barro en la mano del alfarero, así estáis vosotros en mi mano, casa de Israel. 7 De pronto decido yo arrancar, destruir y hacer perecer a un pueblo o un reino; 8 pero si este pueblo se convierte, arrepentido de las maldades por las que yo le amenazaba, también yo me arrepiento del mal que había determinado hacerle. 9 Igualmente resuelvo yo de pronto edificar y plantar a un pueblo o un reino; 10 pero si este pueblo obra mal ante mis ojos y no escucha mi voz, me arrepiento del bien que había determinado hacerle.

La contumacia traerá el supremo castigo.

11 Di ahora a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén: Así habla Yave: Yo estoy trazando y planeando planes contra vosotros. Convertíos cada uno de vuestros malos caminos, mejoradlos y mejorad vuestras obras. 12 Pero ellos dicen: Es en vano, seguiremos haciendo

(1) Estas imprecaciones del profeta contra los que encarnizadamente le perseguían, así como las contenidas en 18, 21-23 y en otros lugares del A. T., como, por ejemplo, el Sal. 109, no son expresión del deseo de una venganza personal, sino más bien del deseo de que Dios castigue con castigos temporales a los enemigos del profeta, que son al mismo tiempo los enemigos de Dios; a veces más que imprecaciones son profecías. Para explicarse tales imprecaciones, es muy de tener en cuenta el carácter hiperbólico de la literatura poética de estos pueblos, y que muchas veces se trata de fórmulas usuales y como troqueladas del lenguaje. Estos pueblos, tan realistas, difícilmente distinguían en sus maldiciones entre el pecado y el pecador, y al maldecir a aquél, maldicen éste. Finalmente, y sobre todo, se ha de tener en cuenta que están estas imprecaciones dentro del marco del A. T., ley de premios y de castigos temporales, ley de justicia, que llega hasta incluir la pena del talión, y no podemos aplicarles el criterio de la ley nueva, ley de gracia y de misericordia, ley de caridad.

nuestra gana, y cada cual hará el mal que maquine su mal corazón.
13 Por eso, así dice Yave: Preguntad a los pueblos. ¿Quién oyó cosas semejantes? Muy horrible crimen es el que ha cometido la virgen de Jerusalén. 14 ¿Por ventura se aleja de las rocas la tierra, o del Líbano la nieve, o se agotan las aguas del Sijor, frescas y corrientes? 15 Pues mi pueblo se ha alejado de mí, se salió del camino antiguo. Por eso han adorado a la vanidad, y los haré yo ir de tropiezo en tropiezo por sus senderos, no por camino llano; 16 y haré de su tierra un lugar de horror, objeto de eterna burla. Cuantos pasen por ella se asombrarán y moverán su cabeza. 17 Como viento solano, los dispersaré ante el enemigo. La espalda, no el rostro, les daré yo el día de la angustia.

Imprecación del profeta.

18 Ellos dijeron: Venid, vamos a tomar una resolución contra Jeremías, pues tienen todavía la Ley los sacerdotes, el consejo los sabios y la visión los profetas. Venid, vamos a hacerle morir por la lengua, vamos a acecharle en todas sus palabras.
19 Atiéndeme, ¡oh Yavel, oye la voz de mi querella. 20 ¿Se paga por ventura bien con mal, para que traten de cogerme en una trampa? Acuérdate de que te he hablado en favor suyo para apartar de ellos tu indignación.
21 Da, pues, sus hijos al hambre, y entrégalos al poder de la espada; quédense sus mujeres sin hijos y viudas, y mueran sus maridos de peste, y sus mancebos traspasados por la espada de la guerra. 22 Salgan gritos de sus casas, cuando de repente hagas venir sobre ellos el salteador; pues han cavado una trampa donde cogerme, y tendieron a mis pies lazos ocultos. 23 Pero tú, ¡oh Yavel, conoces todas sus maquinaciones, para llevarme a la muerte. No les perdones su iniquidad, no borres su pecado de ante tus ojos; caigan ante ti en el día de tu ira, castígalos.

Rotura simbólica.

19 1 Así dice Yave: Ve y cómprate una orza de barro y lleva contigo a algunos de los ancianos del pueblo y de los sacerdotes, 2 hasta la entrada del valle de Benjinón, delante de la puerta de la alfarería, y pronuncia allí las palabras que yo te diré:
3 Les dirás, pues: Oíd la palabra de Yave, reyes de Judá y habitantes de Jerusalén: Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Yo traeré sobre este lugar males tales, que a cuantos los oigan les retiñirán los oídos, 4 por haberme dejado a mí y haber enajenado este lugar, adorando en él dioses ajenos, que no conocían ni ellos ni sus padres ni los reyes de Judá, llenando este lugar de sangre de inocentes 5 y edificándose en él el alto de Baal, donde quemaban con el fuego a sus hijos, como holocaustos a Baal, cosa que ni yo había mandado ni me había venido a la mente.
6 Por eso vendrá tiempo, palabra de Yave, en que no se llamará ya este lugar Tofet y valle de Benjinón, sino valle de la mortandad.
7 En este lugar frustraré yo los planes de Judá y de Jerusalén, y a sus moradores los haré caer a espada ante el enemigo, y los entregaré en poder de éste, en manos de los que los persiguen de muerte, y daré sus cadáveres en pasto a las aves del cielo y a las fieras de la tierra.
8 Y haré de esta ciudad el espanto y la burla, de modo que cuantos pasen se espanten y se burlen de su destrucción. 9 Les haré comer la carne de sus hijos y de sus hijas, y se comerán unos a otros en las angustias del asedio y del hambre a que los reducirán sus enemigos, los que los persiguen de muerte.
10 Y romperás la orza a la vista de los que te acompañan, 11 y les dirás: Esto dice Yave Sebaot: Así romperé yo a este pueblo y a esta ciudad, como se rompe un cacharro de alfarero, que no puede volver a componerse. 12 Así haré yo con este lugar y con sus habitantes, palabra de Yave, y haré de esta ciudad un Tofet. 13 Las casas de Jerusalén y los palacios de los reyes de Judá quedarán inmundos como el suelo de Tofet; todas las casas en cuyos terrados hicieron oblaciones a toda la milicia celeste y libaron a los dioses extraños.
14 Y se volvió Jeremías de la puerta a donde le había mandado Yave para que profetizara, y se detuvo en el atrio del Templo, y dijo a todo el pueblo: 15 Así dice Yave Sebaot,

Dios de Israel: Yo traeré, contra esta ciudad y contra todas las ciudades que de ella dependen, todos los males con que los he amenazado, por haber endurecido su cerviz y no haber escuchado mis palabras.

Martirio del profeta.

20 [1] Y Pasjur, hijo de Imer, sacerdote, que era prefecto del Templo, oyó a Jeremías pronunciar estas palabras; [2] y mandó azotar a Jeremías, profeta, y ponerle en el cepo que hay en la puerta superior de Benjamín, junto al Templo. [3] Cuando a la mañana siguiente sacó Pasjur a Jeremías del cepo, le dijo éste: No te llama Yave Pasjur, sino Nagor, terror por doquier. [4] Pues así dice Yave: Yo te traeré el terror a ti y a todos tus deudos y amigos. Caerán a la espada del enemigo, a tus propios ojos, y entregaré a todo Judá en manos del rey de Babilonia, a donde los llevará cautivos y los hará morir a espada; [5] y daré todos los bienes de esta ciudad, todas sus ganancias, todas sus preciosidades y todos los tesoros de los reyes de Judá, en mano de sus enemigos, que los saquearán, se apoderarán de ellos y se los llevarán a Babilonia. [6] Y tú, Pasjur, con todos cuantos habitan en tu casa, iréis a la cautividad, y allí moriréis y allí seréis sepultados, tú y todos tus amigos, a quienes profetizaste mentiras.

Estado de ánimo del profeta.

[7] Tú me sedujiste, ¡oh Yavel, y yo me dejé seducir (1). Tú eras el más fuerte, y fuí vencido. Ahora soy todo el día la irrisión, la burla de todo el mundo. [8] Siempre que les hablo tengo que gritarles: ¡Ruina, devastación! Y todo el día la palabra de Yave es oprobio y vergüenza para mí. [9] Y aunque me dije: No pensaré más en ello, no volveré a hablar en su nombre: es dentro de mí como fuego abrasador, que siento dentro de mis huesos, que no puedo contener y no puedo soportar.

[10] Oigo muchas maldiciones, y por todas partes me amenazan: ¡Delatadle, delatémosle! Aun los que eran mis amigos, me espían para ver si doy un paso en falso: A ver si le engañamos y triunfaremos, nos vengaremos de él. [11] Pero Yave es para mí como un fuerte guerrero; por eso mis enemigos caerán vencidos, y serán enteramente confundidos en su insipiencia con perpetua ignominia, que nunca se olvidará.

[12] ¡Oh Yave Sebaot, tú que pruebas al justo y penetras dentro del corazón y de los riñones! Que vea yo tu venganza contra ellos, pues a ti te he encomendado mi causa. [13] ¡Cantad a Yave, alabad a Yave! Porque él libra el alma del pobre de la mano de los malvados.

[14] ¡Maldito sea el día en que nací, el día en que me parió mi madre! [15] Maldito el hombre que alegre anunció a mi padre: «Un niño, tienes un hijo», llenándole de gozo. [16] Sea ese día como las ciudades que destruye Yave sin compasión, donde por la mañana se oyen gritos y al mediodía llantos. [17] ¿Por qué no me mató en el seno de mi madre, y hubiera sido mi madre mi sepulcro, y yo preñez eterna de sus entrañas? [18] ¿Por qué salí del vientre de mi madre, para no ver más que trabajo y dolor y acabar mis días en la afrenta? (1).

(1) El profeta repite aquí, pero con mucha más vehemencia, la angustiosa queja de 15, 19 y siguientes. Las imágenes y las palabras son aquí más atrevidas. El profeta se dirige a Dios con una libertad de expresión que casi podríamos tachar de irreverente: «Tú me sedujiste, eras el más fuerte y me venciste. Yo rehuía aceptar la misión que me encomendabas; pero tú me prometiste hacerme tan fuerte como un muro de bronce; y ahora me veo hecho la burla, la irrisión, el oprobio de todos. Me has engañado.» Amarga, muy amarga es, ciertamente, la queja; pero muy disculpable en el triste estado de ánimo en que debía hallarse. Acababa de ser azotado, preso y encepado, por anunciar lo que el Señor le mandara. ¿No estaba todo esto muy lejos de lo que de las promesas de protección habría cabido esperar?

(1) Estas maldiciones son supremos gritos de angustia, en que prorrumpe el profeta, transida el alma por la inmensa amargura que le produce su dura misión. Quisiera no haber vivido. Es de una valentía y una belleza insuperable la expresión: «Hubiera sido mi madre mi sepulcro, y yo preñez eterna de sus entrañas.»

Al leer estas maldiciones, vienen luego a la memoria las de Job, 3, 1-16. ¿Serán las unas imitación de las otras? No lo sabemos. En el caso de serlo, ¿quién imitó a quien? A juicio de muchos críticos, el libro de Job es posterior al de Jeremías, y desde luego las maldiciones de éste superan en nervio y energía a las de aquél, mas difusas y desleídas, y por lo general el modelo supera siempre a la imitación.

La destrucción del reino.

21 [1] Palabra que llegó de Yave a Jeremías, cuando el rey Sedecías le mandó a Pasjur, hijo de Malaquías, y a Sefonías, sacerdote, hijo de Mahasías, para que le dijeran: [2] Consulta a Yave acerca de nosotros, pues Nabucodonosor, el rey de Babilonia, nos hace la guerra. Quizá haga Yave con nosotros según su maravilloso poder, y tenga que retirarse. [3] Jeremías les respondió: [4] Así diréis a Sedecías: Esto es lo que dice Yave, Dios de Israel: Yo haré volver contra vosotros, que confiáis en las armas, las armas mismas con las que lucháis fuera de las murallas contra el rey de Babilonia y los caldeos que van a asediaros, y las amontonaré dentro de esta ciudad. [5] Y yo, yo mismo, lucharé contra vosotros con mano fuerte, con poderoso brazo, con ira, cólera e indignación grandes. [6] Y heriré a los moradores de esta ciudad, hombres y animales. Morirán de una gran peste. [7] Y después de esto, palabra de Yave, a Sedecías, rey de Judá, y a sus servidores y al pueblo, a cuantos en la ciudad se salven de la peste, de la espada y del hambre, los pondré en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, que los pasará a filo de espada sin compasión, sin piedad, sin misericordia.

[8] Y a este pueblo le dirás: Así habla Yave: Mirad, os doy a elegir entre el camino de la vida y el de la muerte. [9] Los que se queden dentro de esta ciudad, morirán por la espada, por el hambre y por la peste; los que se salgan y se entreguen a los caldeos que os cercan, vivirán, tendrán por botín la vida salva. [10] Porque yo vuelvo mi rostro a esta ciudad para mal, no para bien, palabra de Yave, y la haré caer en manos de Nabucodonosor, rey de Babilonia, que la dará al fuego.

[11] Y a la corte del rey de Judá, dile: Oíd la palabra de Yave, [12] casa de David: Así dice Yave: Haced siempre justicia, librad al oprimido de las manos del opresor, no sea que brote como fuego mi ira, y se encienda, sin que haya quien la apague, por la maldad de vuestras obras. [13] A ti me dirijo, habitante de las colinas que se alzan en el llano, palabra de Yave, que decís: ¿Quién podrá expugnarnos? ¿Quién podrá penetrar en nuestras guaridas? [14] Yo os daré la paga de vuestras obras, palabra de Yave, y prenderé fuego en derredor de vuestra colmena, y la abrasaré del todo.

Amonestación a la familia real.

22 [1] Así dice Yave: Baja al palacio del rey de Judá, y pronuncia allí estas palabras: Dirás: [2] Oye la palabra de Yave, rey de Judá, que te sientas en el trono de David, tú, tus servidores y tu pueblo, los que entráis por estas puertas. [3] Así dice Yave: Haced derecho y justicia, librad al oprimido de la mano del opresor; y no vejéis al extranjero, al huérfano y a la viuda, no los maltratéis, y no derraméis en este lugar sangre inocente. [4] Si fielmente cumplís estos mandatos, seguirán entrando por las puertas de este palacio reyes que se sienten en el trono de David, montados en carros y caballos, ellos, sus servidores y su pueblo. [5] Pero si no obedecéis estos mandatos, por mí mismo lo juro, palabra de Yave, que este palacio será un montón de ruinas.

[6] Pues así dice Yave del palacio del rey de Judá: Eres para mí como el monte de Galad, como la cumbre del Líbano. ¡Pero qué! Yo haré de ti un desierto, tierra inhabitada. [7] Yo juntaré contra ti, como para una obra santa, asaltadores, todos armados de sus armas, y destrozarán tus magníficos artesonados de cedro, y los arrojarán al fuego; [8] y pasarán muchas gentes ante esta ciudad, y se dirán unos a otros. ¿Por qué ha tratado así Yave a esta gran ciudad? [9] Y dirán: Porque rompieron la alianza de Yave, su Dios, y adoraron dioses ajenos y les sirvieron.

[10] No lloréis por el muerto ni os lamentéis por él: Llorad y gemid por el que se va, porque no volverá a ver ya más la tierra en que nació. [11] Porque así dice Yave de Salma, hijo de Josías, rey de Judá, que sucedió a su padre Josías y fué llevado de este lugar: No volverá ya más, [12] morirá en el lugar a que ha sido llevado; allí morirá y no volverá a ver ya más esta tierra.

Contra el rey Joaquim.

[13] ¡Ay del que edifica su casa con la injusticia, sus salones con la in-

quidad, haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle, sin darle el salario de su trabajo! [14] El que dice: Voy a hacerme un gran palacio, con espaciosas salas de rasgadas ventanas, pisos y techos de cedro pintado en vivos colores. [15] ¿Reinas, acaso, para rivalizar en obras de cedro? ¿No comía y bebía tu padre, y hacía derecho y justicia? Y le fué bien. [16] Hacía justicia al pobre y al desvalido. Esto es conocerme, palabra de Yave.

[17] Pero tú no tienes ojos más que para oprimir y hacer violencia. [18] Por eso, así dice Yave de Joaquim, hijo de Josías, rey de Judá: No te lamentarán: «¡Ay, hermano; ay, hermano!» No te lamentarán: «¡Ay, mi Señor; ay, Majestad!» [19] Sepultura de asno será la tuya, cogido y tirado lejos de las puertas de Jerusalén.

Contra la ciudad y contra Jeconías.

[20] Sube al Líbano y grita, alza tu voz en Basán y clama desde lo alto del Abarim; pues todos tus amadores han sido destruídos. [21] Te amonesté en el tiempo de la seguridad, y dijiste: No obedeceré. Este ha sido tu proceder, desde tu mocedad: no escuchas mi voz. [22] A todos tus pastores los arrastrará el viento, y tus amadores serán llevados cautivos. Entonces te confundirás, y te avergonzarás de todas tus maldades.

[23] Tú que te asientas en el Líbano y anidas en los cedros, ¡cómo gemirás cuando te sobrevengan temblores y dolores como de parto! [24] Por mi vida, palabra de Yave, que si fuera Jeconías, hijo de Joaquim, rey de Judá, el anillo de mi mano derecha, lo arrancaría de ella. [25] Yo te entregaré en las manos de los que buscan tu vida, en las manos de aquellos a quienes temes, en manos de Nabucodonosor, rey de Babel, y de los caldeos. [26] Y te arrojaré a ti y a la madre que te parió, a tierra extraña, en que no nacísteis, y allí moriréis. [27] Pero a esta tierra, a que con todo el anhelo de su alma querrán volver, a ésa no volverán.

[28] ¿Es, pues, este hombre, este Jeconías, un mueble inútil y despreciable, un mueble que nadie estima? ¿Por qué han sido así rechazados él y su progenie, y arrojados a tierra de ellos desconocida? [29] ¡Tierra, tierra, tierra! Oye la palabra de Yave: [30] Así dice Yave: Inscribid a ese hombre: «Estéril», pues no logrará descendiente que se siente en el trono de David y reine sobre Judá.

Contra los pastores de Israel.

23 [1] ¡Ay de los pastores que dispersan y destrozan el rebaño de mi pastizal! Palabra de Yave. [2] Por eso, así dice Yave, Dios de Israel, de los pastores que apacientan a mi pueblo: Vosotros habéis dispersado mi grey, la habéis descarriado y no habéis cuidado de ella; yo me cuidaré de pediros cuenta de vuestra mala conducta. Palabra de Yave.

Promesa de restauración

[3] Yo, yo mismo, reuniré los restos de mi grey, de todas las tierras en que los he dispersado, y los volveré a sus prados, y crecerán y se multiplicarán. [4] Y les daré pastores que de verdad los apacienten, y ya no habrán de temer más, ni angustiarse ni afligirse. Palabra de Yave. [5] He aquí que vienen días, palabra de Yave, en que yo suscitaré a David un vástago de justicia, que como verdadero rey, reinará prudentemente y hará derecho y justicia en la tierra. [6] En sus días será salvado Judá, e Israel habitará en paz, y el nombre con que le llamarán será éste: «Yave Zidquenu»: Yave, nuestra justicia (1).

[7] Por eso vendrán días, palabra de Yave, en que no se dirá ya: «Vive Yave, que sacó de la tierra de Egipto a los hijos de Israel»; sino más bien: «Vive Yave, que sacó y condujo al linaje de Israel de la tierra del aquilón y de todas las otras

(1) El nombre pudiera también traducirse «Yave, nuestra salvación.» Es uno de tantos nombres propios compuestos, en que uno de los elementos es el nombre de Yave. En 33, 16 se da este mismo nombre a la Jerusalén de la restauración. Quizá hay en él una alusión al nombre de Sedecías, de significación semejante: «Mi justicia es Yave.» Del solo nombre no puede, como algunos pretenden, deducirse una indicación profética de la naturaleza divina del Mesías restaurador.

a que los arrojó, y los hizo habitar en su propia tierra.»

Contra los profetas.

9 A los profetas: Se me parte el corazón dentro del pecho, tiemblan todos mis miembros, y estoy por Yave y por su santa palabra como un ebrio, como un harto de vino. 10 La tierra está llena de adúlteros. Por eso está maldita, por eso está triste, y están secos los prados y los pastizales. Todos corren tras la maldad, su fuerza es la injusticia. 11 Aun los profetas mismos y los sacerdotes son unos impíos; hasta en mi casa misma he tenido que soportar sus perversidades. Palabra de Yave. 12 Por eso sus caminos se les van a volver resbaladero en medio de tinieblas. Serán empujados por él y caerán, pues voy a hacer venir sobre ellos males el día de la cuenta. Palabra de Yave.

13 En los profetas de Samaria vi yo la insensatez. Profetizaban en nombre de Baal, y descarriaron a mi pueblo, a Israel. 14 Pero en los profetas de Jerusalén he visto algo horrendo, adulterio y mentira, y dar su brazo a los perversos para que nadie se convirtiera de su maldad. Todos ellos han venido a serme como Sodoma, y sus habitantes como Gomorra.

15 Por eso, así dice Yave Sebaot de los profetas: Yo les daré a comer ajenjo, y les daré a beber veneno, porque de los profetas de Jerusalén ha salido la impiedad, que se ha extendido por toda la tierra. 16 Así dice Yave Sebaot: No escuchéis lo que os profetizan los profetas: Os engañan. Lo que os dicen son visiones suyas, no procede de la boca de Yave. 17 Dicen y repiten a los que se burlan de la palabra de Yave: «Paz, tendréis paz»; y a todos los que van tras los malos deseos de su corazón, les dicen: «No vendrá sobre vosotros ningún mal.» 18 ¿Quién asistió a consejo con Yave, y vió y oyó sus palabras? ¿Quién se las oyó para comunicarlas? 19 He aquí que viene el torbellino de la ira de Yave, y una tormenta furiosa descargará sobre la cabeza de los impíos. 20 No retrocederá la ira de Yave, mientras no se hayan ejecutado y cumplido sus designios. Al fin de los tiempos los comprenderéis.

21 Yo no enviaba a los profetas, y ellos corrían. No les hablaba, y ellos profetizaban. 22 Si han asistido a mi consejo, que hagan oír mis palabras al pueblo, y le conviertan de su mal camino y de sus perversas obras. 23 ¿Soy yo, por ventura, Dios sólo de cerca? Palabra de Yave. ¿No lo soy también de lejos? 24 Por mucho que uno se oculte en escondrijos, ¿no le veré yo? Palabra de Yave. ¿No lleno yo los cielos y la tierra? Palabra de Yave.

25 Yo he oído lo que decían los profetas, que en mi nombre profetizaban mentiras, y decían: «He tenido un sueño, he tenido un sueño.» 26 ¿Hasta cuándo ha de haber en mi pueblo profetas que profetizan mentira, profetas de sus desvaríos, 27 que hacen que mi pueblo se olvide de mí por sus sueños, que unos a otros se van contando, como me olvidaron sus padres por Baal?

28 El profeta que tenga un sueño, que lo cuente como sueño; el que reciba palabra mía, que pregone fielmente mi palabra. ¿Cómo igualar el grano y la paja? Palabra de Yave. 29 ¿No es mi palabra como fuego, palabra de Yave, que quema, como martillo que tritura la roca? 30 Por eso, con verdad estoy contra los profetas, palabra de Yave, que se roban unos a otros la palabra de Yave. 31 Contra los profetas, palabra de Yave, que gastan sus lenguas pronunciando: «Oráculo» 32 Contra los profetas que sueñan mentiras, palabra de Yave, y contándolas, descarrían a mi pueblo con sus mentiras y sus jactancias, siendo así que yo no los he enviado, no les he dado misión alguna y no han hecho a este pueblo bien alguno. Palabra de Yave. 33 Cuando este pueblo o un profeta o un sacerdote te preguntare: ¿Cuál es la carga de Yave?, les responderás: Vosotros sois la carga, y yo os tiraré de mí. Palabra de Yave.

34 Y al profeta, al sacerdote o al hombre del pueblo, que en adelante diga: «Carga de Yave», yo le pediré cuenta a él y a su casa. 35 Así habéis de deciros unos a otros: ¿Qué ha respondido Yave? ¿Qué dice Yave? 36 No se mentará ya la carga de Yave, porque para cada cual la carga será su propia palabra, y vosotros habéis pervertido la palabra del Dios vivo, Yave Sebaot, nuestro Dios.

37 Así habéis de preguntar al pro-

feta: ¿Qué te ha respondido Yave? ¿Qué te ha anunciado Yavé? [38] Y si decís: «Carga de Yave», entonces así dice Yave: Por haber dicho esa palabra: «Carga de Yave», mientras que yo os lo había prohibido decir, [39] por eso ciertamente yo me descargaré de vosotros; [40] y a vosotros y a la ciudad que a vosotros y a vuestros padres di, os arrojaré de mi presencia, y de vosotros haré eterno oprobio, eterna vergüenza, que no se olvidarán jamás.

Los higos simbólicos.

24 [1] Mostróme Yave dos cestos de higos delante del templo: Fué después de haber llevado cautivos Nabucodonosor, rey de Babilonia, a Jeconías, hijo de Joaquim, rey de Judá, a los principales de Judá, y a los herreros y carpinteros de Jerusalén, a Babilonia. [2] Uno de los cestos tenía higos muy buenos, como brevas, pero el otro tenía higos muy malos, tan malos, que de malos no podían comerse. [3] Me dijo Yave: ¿Qué es lo que ves, Jeremías? Yo le respondí: Higos. Los buenos son muy buenos, pero los malos, muy malos, tan malos, que de malos no pueden comerse. [4] Y me dijo Yave:

[5] Así dice Yave Dios de Israel: Como a esos higos buenos, así miraré yo a los cautivos de Judá, que para su bien he arrojado de esta tierra a la tierra de los caldeos. [6] Pondré sobre ellos mis ojos para bien, y los haré volver a esta tierra, los edificaré y no los destruiré, los plantaré y no los arrancaré, [7] y les daré un corazón capaz de conocerme, de saber que yo soy Yave; y ellos serán mi pueblo, y yo seré su Dios, pues se convertirán a mí de todo corazón.

[8] Y de los higos malos, que de malos no pueden comerse, de éstos dice Yave: Así haré yo de Sedecías, rey de Judá, y de sus grandes y del resto de los de Jerusalén, que quedaron en esta tierra, y de los refugiados en la tierra de Egipto. [9] Los haré el vejamen, la execración de todos los reinos de la tierra, el oprobio, la fábula, la irrisión, la maldición en todos aquellos lugares a que los arrojaré; [10] y mandaré contra ellos la espada, el hambre y la peste, hasta que desaparezcan de la tierra que les di a ellos y a sus padres.

Anuncio de la cautividad.

25 [1] Palabra de Yave, que acerca del pueblo todo de Judá llegó a Jeremías el año cuarto de Joaquim, hijo de Josías, rey de Judá (es el primero de Nabucodonosor, rey de Babilonia), [2] y que pronunció el profeta Jeremías a todo el pueblo de Judá y a todos los habitantes de Jerusalén, diciendo: [3] Desde el año trece de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, hasta el día de hoy, veintitrés años ya, he recibido la palabra de Yave, y os la he predicado reiteradamente, y no habéis escuchado. [4] Os envió también Yave, todos sus siervos, los profetas, una y otra vez, y tampoco escuchasteis, no les disteis oídos.

[5] Os decía: Dejad vuestros malos caminos y vuestras malas obras y habitaréis la tierra que Yave os dió a vosotros y a vuestros padres por eternidad de eternidades. [6] No os vayáis tras los dioses ajenos para servirles y adorarlos. No provoquéis mi cólera con las obras de vuestras manos y no vendrá el mal sobre vosotros. [7] Pero no me escuchasteis, palabra de Yave, provocándome con las obras de vuestras manos para vuestro mal.

[8] Por eso, así dice Yave Sebaot: Porque no habéis escuchado mis palabras, [9] yo convocaré a todas las tribus del aquilón, palabra de Yave, y a Nabucodonosor, rey de Babilonia, mi siervo, y los haré venir contra esta tierra y contra sus habitantes y contra todos los pueblos que la rodean, y los destruiré, y haré de ellos horror, burla y oprobio eterno. [10] Y haré desaparecer de ellos los cantos de alegría, las voces de gozo, el canto del esposo y el canto de la esposa, el ruido de la muela y el resplandor de las antorchas. [11] Y toda esta tierra será desierto y desolación, y servirán estos pueblos al rey de Babilonia setenta años. [12] Y al cabo de setenta años, yo pediré cuentas al rey de Babilonia y a su pueblo, palabra de Yave, de sus maldades, a la tierra de los caldeos, y la convertiré en eterno desierto. [13] Y cumpliré contra esta tierra todo lo que contra ella anuncié, todo lo que está escrito en este libro, lo que profetizó Jeremías contra los pueblos. [14] Porque también ellos serán sojuzgados por otros pueblos grandes y por reyes

poderosos, y yo les retribuiré según su merecido, según las obras de sus manos.

El cáliz de la ira de Yave.

15 Así me dijo Yave, Dios de Israel: Toma de mi mano este cáliz, y házselo beber a todos los pueblos a los que yo te he enviado. 16 Que beban, que se tambaleen, que enloquezcan, ante la espada que yo arrojaré en medio de ellos. 17 Y tomé el cáliz de la mano de Yave, y lo di a beber a todos los pueblos contra los cuales me envió Yave. 18 A Jerusalén y a todas las otras ciudades de Judá, a sus reyes, a sus príncipes, para hacer de ellos desierto, estupor, burla y maldición, como es hoy. 19 Al Faraón, rey de Egipto, a sus servidores, a sus príncipes, a todo su pueblo y a todos sus advenedizos; 20 a todos los reyes de la tierra de Us y a todos los reyes de la tierra de los filisteos, a Ascalón, a Gaza, a Acarón y al resto de Azoto; 21 a Edom, a Moab y a los hijos de Ammón; 22 a todos los reyes de Tiro, a todos los reyes de Sidón y a los reyes de las islas que están pasado el mar. 23 A Dedán, a Tema, a Buz, a todos los que se rapan las sienes; 24 a todos los reyes de Arabia que habitan el desierto; 25 a todos los reyes de Zimri, a todos los reyes de Elam y a todos los reyes de Media. 26 A todos los reyes del norte, próximos y lejanos, y a todos los reinos de la tierra, que habitan la superficie de ella. Y el último en beber será el rey Sesac.

27 Y les dirás: Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Bebed, embriagaos, vomitad y caed para no levantaros más, ante la espada que yo echaré entre vosotros. 28 Y si rehusaren tomar de tu mano el cáliz y beber de él, les dirás: Así dice Yave Sebaot: Tendréis que beber; 29 porque si yo, al desatar el mal, he comenzado por la ciudad en que se invocaba mi nombre, ¿íbais a quedar vosotros impunes? No quedaréis, no, pues que llamaré a la espada contra todos los moradores de la tierra. Palabra de Yave.

30 Y tú anúnciales todo esto, y diles: Ruge Yave desde lo alto; desde su santa morada alza su voz, ruge fuertemente contra sus pastizales, lanza el grito de los lagareros contra todos los moradores de la tierra. 31 Llegará su estrépito hasta los confines de la tierra; porque juzgará Yave a las gentes y será juicio éste contra toda carne. Los malvados, los daré al filo de la espada. Palabra de Yave.

32 Así dice Yave Sebaot: He aquí que el mal pasará de pueblo en pueblo, un fortísimo huracán se desencadenará desde los extremos de la tierra, 33 y yacerán los heridos por Yave en ese día del uno al otro cabo de la tierra. No serán llorados, no serán recogidos, no serán sepultados. Quedarán como estiércol sobre la haz de la tierra.

34 Llorad a gritos, pastores. Clamad y encenizaos, jefes de la grey, porque llega el día de vuestra matanza, de vuestra destrucción, y caeréis como piezas selectas. 35 No escaparán los pastores, no habrá salvación para los mayorales de la grey. 36 Gritos de espanto de los pastores, clamores de los mayorales de la grey, porque ha talado Yave sus pastizales, 37 han sido devastadas sus tranquilas praderas, ante el furor de la ira de Yave. 38 Ha salido como sale el león de su cubil, y ha sido devastada su tierra, al golpe de la espada destructora, ante el furor de su ira.

Quieren condenar a Jeremías a muerte.

26 1 Al principio del reinado de Joaquim, hijo de Josías, rey de Judá, llegó a Jeremías esta palabra de Yave: 2 Así dice Yave: Ve a ponerte en el atrio del templo, y habla allí a las gentes de todas las ciudades de Judá, que vienen a adorar en él, todo lo que yo te he mandado decirles, sin omitir nada. 3 A ver si te escuchan, y se convierten cada uno de su mal camino, y me arrepiento yo del mal que por sus malas obras había determinado hacerles. 4 Diles: Así dice Yave: Si no me obedecéis, cumpliendo la ley que yo os he dado, 5 y escuchando las palabras de mis siervos los profetas, que yo os he enviado y que habéis desoído, 6 yo haré de esta casa lo que hice de Silo, y de esta ciudad haré la maldición de todos los pueblos de la tierra.

7 Y los sacerdotes, los profetas y todo el pueblo oyeron a Jeremías

decir estas palabras en el templo;
8 y cuando acabó Jeremías de hablar
todo lo que Yave le ordenara decir al
pueblo, los sacerdotes y los profetas
le cogieron, gritando: ¡Vas a morir!
9 ¿Por qué profetizas en nombre de
Yave, diciendo: Como Silo será esta
casa, y esta ciudad quedará asolada
y sin moradores? Y se reunió en tor-
no a Jeremías todo el pueblo que
había en el templo. 10 Y en sabiendo
esto los magistrados de Judá, su-
bieron del palacio del rey al templo,
y se pusieron a la entrada de la
puerta nueva del templo.
11 Los sacerdotes y los profetas
hablaron a los magistrados de Judá
y a todo el pueblo, diciendo: Reo de
muerte es este hombre; por haber
profetizado contra esta ciudad lo que
vosotros mismos habéis oído. 12 Y
dijo Jeremías a los magistrdos y a
todo el pueblo: Yave me ha man-
dado profetizar contra este templo
y contra esta ciudad todo lo que
habéis oído. 13 Ahora bien, enmendad
vuestros caminos y vuestras obras,
escuchad la voz de Yave, vuestro
Dios, y se arrepentirá Yave del mal
que había determinado haceros. 14 En
cuanto a mí, en vuestras manos estoy,
haced conmigo lo que bien os pa-
rezca. 15 Pero sabed que si me ma-
táis, será sangre inocente que echa-
réis sobre vosotros, sobre esta ciudad
y sobre sus habitantes, porque en
verdad he sido enviado a vosotros
por Yave para deciros todo esto.
16 Y dijeron los magistrados y todo
el pueblo a los sacerdotes y a los
profetas: No es reo de muerte este
hombre por habernos hablado en
nombre de Yave, nuestro Dios. 17 Y
alzándose algunos de los ancianos de
la tierra, dijeron a todo el pueblo
allí congregado: 18 Miqueas de Mo-
rasti profetizó en tiempo de Eze-
quías, rey de Judá, y habló a todo
el pueblo diciendo: Así dice Yave
Sebaot: Sión será arada como campo
de labor, Jerusalén será un montón
de ruinas, y el monte del templo será
una selva. 19 ¿Le hicieron acaso matar,
Ezequías, rey de Judá, y todo el
pueblo de Judá? ¿No temieron más
bien a Yave, y le aplacaron, y volvió
Yave sobre el mal con que los ame-
nazó? ¿Vamos a echar nosotros sobre
nuestra alma un crimen tan grande?
20 Y hubo también un hombre de los
que profetizaban en nombre de Yave,
Urías, hijo de Semaya, de Cariatia-
rim, que profetizó contra esta ciudad
y esta tierra, lo mismo que Jeremías.
21 Al oír el rey Joaquim, sus guardias
y sus ministros, lo que decía, quiso
el rey matarlo, y sabiéndolo Urías,
temió y huyó a Egipto; 22 pero el rey
Joaquim mandó a Egipto emisarios,
a Elnatán, hijo de Acobor, y a otros
que le acompañaron a Egipto; 23 y
sacando a Urías de Egipto, lo con-
dujeron al rey Joaquim, que le hizo
matar a espada, arrojando su cuerpo
a la fosa común.
24 En favor de Jeremías intervenía
Ajicam, hijo de Safán, para evitar
que fuese entregado en manos del
pueblo para matarle.

El yugo extranjero.

27 1 El año cuarto del reinado de
Sedecías, hijo de Josías, rey
de Judá, llegó a Jeremías esta palabra
de Yave: 2 Así me dijo Yave: Hazte
con una coyunda y un yugo (1),
y póntelos al cuello; 3 y manda a decir
al rey de Edom, al rey de Moab, al
rey de los hijos de Ammón, al rey
de Tiro y al rey de Sidón, por los
embajadores que han venido a tratar
con Sedecías, rey de Judá, a Je-
rusalén:
4 Que digan a sus señores: Así dice
Yave Sebaot, Dios de Israel; esto
habéis de decir a vuestros señores:
5 Yo, con mi gran poder y la fuerza
de mi brazo, he hecho la tierra; Yo
he hecho al hombre y a los animales
que hay sobre la haz de la tierra,
y la doy a quien quiero. 6 Ahora he
dado todas estas tierras al poder de
mi siervo Nabucodonosor, rey de
Babilonia; aun las bestias del campo
las he puesto a su servicio; 7 y habrán
de estarle sometidas todas las na-
ciones, a él, a su hijo y al hijo de
su hijo, hasta que venga el tiempo
también para su tierra, y la sojuz-
guen pueblos poderosos y reyes
grandes.

(1) El yugo de esta acción simbólica no es en modo alguno el yugo doble, de uso corriente entre nosotros, para uncir una pareja. Sería un yugo simple, para un solo animal, y sencillísimo, como el que todavía se usa en aquellos países, que consistía en dos ligeros palos que encajan por el extremo superior en un travesaño y por el inferior se sujetan con una cuerda al cuello del animal. De otro modo no hubiera sido fácil ni a Jeremías llevarlo sobre su cuello ni a Ananías romperlo.

8 Al pueblo y al reino que no
quiera someterse a Nabucodonosor,
rey de Babilonia, y no dé su cuello
al yugo del rey de Babilonia, le visi-
taré yo con espada, hambre y peste,
palabra de Yave, hasta someter-
los a su poder. 9 No escuchéis, pues,
a vuestros profetas, a vuestros adi-
vinos, a vuestros soñadores, a vues-
tros astrólogos y a vuestros encan-
tadores, que os dicen: No os veréis
sometidos al rey de Babel; 10 porque
es mentira lo que os profetizan, para
que seáis echados de vuestra tierra
y yo os disperse y perezcáis. 11 Al
pueblo que dé su cuello al yugo del
rey de Babel y se le someta, le deja-
ré en su tierra, palabra de Yave,
y la cultivará y habitará en ella.
12 Y a Sedecías, rey de Judá, le
hablé de todo esto, diciéndole: Dad
vuestro cuello al yugo del rey de
Babel, someteos a él y a su pueblo,
y viviréis. 13 ¿Para qué morir tú
y tu pueblo de espada, hambre y
peste, como amenaza Yave al pueblo
que no se someta al rey de Babel?
14 Y no escuchéis a los profetas que
os dicen: «No os veréis sometidos al
rey de Babel», pues lo que os profe-
tizan es mentira. 15 No los he en-
viado yo, palabra de Yave, aunque
ellos mentirosamente profeticen en
mi nombre, y serán causa de que yo
os disperse y perezcáis vosotros y
los profetas que os profetizan.
16 Y a los sacerdotes y a todo
este pueblo, les hablé, diciendo: Así
dice Yave: No escuchéis lo que os
profetizan vuestros profetas, diciendo:
«Los vasos del templo van a venir
de Babel ahora en seguida.» Porque
os profetizan mentira. 17 No los escu-
chéis; someteos al rey de Babel, y
viviréis, porque esta ciudad ha de
venir a ser un desierto. 18 Si en
verdad son profetas, si está en ellos
la palabra de Yave, que intercedan
con Yave Sebaot, para que los vasos
que todavía quedan en el templo y
en el palacio del rey de Judá y en
Jerusalén no sean también llevados
a Babel.
19 Porque así dice Yave Sebaot,
acerca de las columnas, del mar de
bronce, de los basamentos y de los
demás utensilios que todavía quedan
en esta ciudad, 20 y no han sido lle-
vados por Nabucodonosor a Babel,
al llevar cautivos de Jerusalén a Babel
a Jeconías, hijo de Joaquim, rey de
Judá, y a todos los notables de Judá
y de Jerusalén. 21 Pues así dice Yave
Sebaot, Dios de Israel, de los uten-
silios que todavía quedan en el tem-
plo, en el palacio del rey de Judá
y en Jerusalén. 22 A Babel serán lle-
vados, y allí estarán hasta el día en
que yo iré, palabra de Yave, a bus-
carlos y devolverlos a este lugar.

Audacia de Ananías.

28 1 En aquel mismo año, al co-
mienzo del reinado de Sede-
cías, en el quinto mes, Ananías, hijo
de Azur, profeta, de Gabaón, me dijo
en el templo, delante de los sacer-
dotes y de todo el pueblo: 2 Así dice
Yave Sebaot, Dios de Israel: He roto
el yugo del rey de Babel. 3 Al cabo
de dos años haré volver a este lugar
todos los utensilios del templo, que
de aquí se llevó Nabucodonosor, rey
de Babel, transportándoles a Babel;
4 y a Jeconías, hijo de Joaquim, rey
de Judá, y a todos los cautivos de
Judá llevados a Babel, los traeré a
este lugar, palabra de Yave. Porque
he roto el yugo del rey de Babel.
5 Y dijo Jeremías, profeta, al pro-
feta Ananías, delante de los sacer-
dotes y de todo el pueblo que estaba
en el templo: 6 Así sea, hágalo Yave:
Que cumpla Yave tu promesa, ha-
ciendo volver de Babel aquí los uten-
silios del templo y a todos los cau-
tivos. 7 Pero oye lo que delante de
todo el pueblo voy a decirte. 8 Los
profetas que de antiguo antes de mí
y antes de ti fueron, profetizaron a
pueblos poderosos y a grandes reinos
la espada, el hambre y la peste.
9 El profeta que profetiza paz, por
el cumplimiento de su profecía habrá
de ser tenido por profeta, y se sabrá
que en verdad le envió Yave.
10 Cogió el profeta Ananías el yugo
del cuello de Jeremías, profeta, y lo
rompió, 11 diciendo delante de todo
el pueblo: Esto dice Yave: Así rom-
peré yo dentro de dos años el yugo
de Nabucodonosor, rey de Babel, de
sobre el cuello de todos los pueblos;
y el profeta Jeremías se fué su
camino.
12 Después que Ananías, profeta,
había roto el yugo de sobre el cuello
del profeta Jeremías, tuvo éste pa-
labra de Yave, diciéndole: 13 Ve y
dile a Ananías: Así dice Yave: Has
roto un yugo de madera. En su lugar
yo haré un yugo de hierro; 14 pues

así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Yugo de hierro pondré yo sobre la cerviz de todos estos pueblos, y los haré servir a Nabucodonosor, rey de Babel, y le servirán; aun los mismos animales del campo se los he dado a él.
15 Y dijo el profeta Jeremías a Ananías, profeta: Oyeme una palabra, Ananías: No te ha enviado a ti Yave, y tú estás dando a este pueblo falsas esperanzas; 16 por eso, así dice Yave: Yo te voy a quitar de sobre la haz de la tierra; este mismo año morirás, por haber predicado la rebelión contra Yave. 17 Y murió el profeta Ananías en ese mismo año, en el séptimo mes.

La cautividad será larga.

29 1 He aquí el texto de la carta que desde Jerusalén envió Jeremías a los ancianos de la cautividad, a los sacerdotes y a los profetas y a todo el resto del pueblo, que de Jerusalén había llevado Nabucodonosor a Babel, 2 después de haber salido Jeconías, el rey, la reina, los eunucos, los notables de Judá y de Jerusalén, los herreros y los carpinteros; 3 por mano de Elasa, hijo de Safán y de Gamarías, hijo de Elcías, a quienes mandó Sedecías, rey de Judá, a Babel a Nabucodonosor, rey de Babel. Decía:
4 Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel, a todos los cautivos que yo he desterrado de Jerusalén a Babel. 5 Construid casas y habitadlas; plantad huertos y comed sus frutos. 6 Casaos y engendrad hijos e hijas. Dad mujeres a vuestros hijos y maridos a vuestras hijas, y tengan hijos e hijas; multiplicaos ahí, en vez de disminuir. 7 Laborad por el bien de la ciudad a que os he desterrado, y rogad por ella a Yave, pues su bien será vuestro bien. Porque así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: 8 No os dejéis engañar por vuestros profetas, que habitan con vosotros, y por vuestros adivinos. No escuchéis sus sueños. 9 Mienten cuando os profetizan en mi nombre. Yo no los he enviado. Palabra de Yave.
10 Pues así dice Yave: Cuando se cumplan los setenta años de Babel, yo os visitaré, y cumpliré la promesa de traeros a este lugar. 11 Yo conozco mis designios para con vosotros, palabra de Yave, designios de paz y no de aflicción, de daros término y esperanza. 12 Llamadme, pedidme, y yo os escucharé; buscadme, y me hallaréis. 13 Sí, cuando me busquéis de todo corazón, 14 yo me mostraré a vosotros, palabra de Yave; y trocaré vuestra suerte, y os reuniré de entre todos los pueblos y de todos los lugares a que os arrojé, palabra de Yave, y os haré volver a este lugar de que os eché.
15 Como vosotros decís: Yave nos ha suscitado profetas en Babel. 16 Por eso os dice Yave, del rey que se sienta sobre el trono de David y de todo el pueblo que mora en esta ciudad, vuestros hermanos, que no han sido llevados con vosotros a la cautividad. 17 Así dice Yave Sebaot: Yo mandaré contra ellos la espada, el hambre y la peste, y serán como los higos malos, que de malos no pueden comerse; 18 y los perseguiré con la espada, el hambre y la peste, y los haré el escarnio de todos los reinos de la tierra; maldición, espanto, ludibrio y oprobio entre todos los pueblos a los que los arrojaré, 19 por no haber escuchado mis palabras, palabra de Yave, que reiteradamente les anuncié por mis siervos, los profetas, a quienes yo envié y no los escucharon. Palabra de Yave.
20 Vosotros, pues, todos los cautivos que yo he llevado de Jerusalén a Babel, oíd la palabra de Yave: 21 Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel, a Acab, hijo de Colaya, y a Sedecías, hijo de Masaya, que mentirosamente os profetizan en mi nombre: Yo los entregaré en manos de Nabucodonosor, rey de Babel, que los ajusticiará ante vuestros ojos, 22 y quedará de ellos, entre los cautivos de Judá que están en Babel, la maldición: Haga contigo Yave como con Sedecías y Acab, a quienes asó al fuego el rey de Babel, 23 por haber hecho iniquidades en Israel, haber adulterado con las mujeres de sus prójimos, y haber hablado mentirosamente en mi nombre, sin que yo los mandara. Yo lo sé y lo atestiguo. Palabra de Yave.

Contra Semeías.

24 Y a Semeyas, el Nejlamita, dile: 25 Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Por cuanto tú has mandado en tu

nombre una carta a todo el pueblo de Jerusalén y a Sofonías, hijo de Masaya, sacerdote, y a todos los sacerdotes, diciéndoles: 26 Yave te ha hecho sacerdote en lugar de Joyada, para que como prefecto vigiles en el templo de Yave a todo fanático que quiera hacer el profeta, y le hagas encadenar y poner en el cepo. 27 ¿Cómo, pues, no has castigado a Jeremías, el de Anatot, que anda profetizando entre vosotros? 28 Hasta el punto de habernos escrito a Babel, diciendo: Eso será largo. Construid casas y habitadlas, plantad huertos y comed sus frutos.

29 El sacerdote Sofonías leyó al profeta Jeremías esta carta; 30 y Yave habló a Jeremías, diciéndole: 31 Manda a decir a todos los cautivos: Esto dice Yave sobre Semeyas el Nejlamita: 32 Por haberos profetizado Semeyas sin que yo le haya enviado, y haberos hecho concebir falsas esperanzas; por eso, dice Yave: Yo castigaré a Semeyas el Nejlamita y a su descendencia. No tendrá descendiente que habite entre este pueblo y vea el bien que yo haré a mi pueblo, palabra de Yave, por haber predicado la rebeldía contra Yave.

Castigo y perdón.

30 1 Llegó a Jeremías palabra de Yave, diciendo: 2 Así dice Yave, Dios de Israel: Escribe en un libro todo cuanto yo te diga. 3 Porque viene tiempo, palabra de Yave, en que trocaré la suerte de mi pueblo, Israel y Judá, y los haré volver a la tierra que di a sus padres en posesión. 4 He aquí lo que dice Yave sobre Israel y Judá: 5 Pues así dice Yave:

Oímos gritos de dolor, de espanto, no de paz. 6 Preguntad y ved. ¿Es que paren los hombres? ¿Cómo, si no, los veo a todos con las manos en los lomos, como en parto, demudados y amarillos todos los rostros? 7 ¡Ah! Es el día grande. No hay nada igual a él. Tiempo de angustia para Jacob, pero de él le vendrá la salvación. 8 Y sucederá que en ese día, palabra de Yave Sebaot, quebraré el yugo de sobre su cuello, y romperé sus coyundas; 9 y ya no serán más siervos de extranjeros, sino que servirán a Yave, su Dios, y a David, su rey, que yo les suscitaré.

10 Y tú, siervo mío, Jacob, no temas, palabra de Yave; no tiembles, Israel, porque voy a libertarte de esta tierra lejana, y a tus hijos de la tierra de su cautividad. Jacob tornará, y vivirá tranquilo y seguro, sin que nadie le perturbe. 11 No temas, no, Jacob, siervo mío, porque yo estaré contigo, palabra de Yave, para salvarte. Yo llevaré la ruina a todos los pueblos entre los que te dispersé; pero a ti no te arruinaré, sino que te castigaré con moderación. Impune no quedarás.

Herida y curación.

12 Así, pues, dice Yave: Era incurable tu herida; tu mal, sin remedio; 13 nadie se cuidó de curar tu úlcera; no había remedio para curarte; 14 todos tus amadores te han olvidado; ni preguntan por ti; pues yo herí como hiere un enemigo, con cruel castigo, por tus grandes maldades, por la muchedumbre de tus pecados. 15 ¿A qué gritas por tu herida? ¿Es incurable tu mal? Por tus grandes maldades, por tus muchos pecados, te he tratado así. 16 Pero todos los que te devoraron serán devorados, y tus enemigos irán todos al destierro. Tus saqueadores serán saqueados, y tus expoliadores serán expoliados.

17 Voy a curar tu llaga, voy a sanar tus heridas, Sión, la que no tiene quien se cuide de ella. 18 Así dice Yave: He aquí que voy a restablecer los tabernáculos de Jacob, y me compadeceré de sus tiendas, y se reedificará la ciudad sobre su colina, y el palacio en su lugar anterior. 19 Y saldrán de ellos cantos de alabanza y voces de alegría; y los multiplicaré, y no serán disminuídos; los engrandeceré, y no serán empequeñecidos; 20 y serán sus hijos como fueron primero, y su congregación estará firme ante mí, y castigaré a todos sus opresores. 21 Y su jefe saldrá de su seno, de en medio de ella saldrá, y yo le haré venir, y él se acercará a mí; ¿pues quién, si no, sería el que expusiera su vida acercándose a mí? Palabra de Yave. 22 Y vosotros seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios.

La tempestad y la calma.

23 He ahí ya la tempestad de Yave, el furor del torbellino se desata

y descargará sobre la cabeza de los malvados. [24] No se calmará el ardor de la ira de Yave, hasta ejecutar y cumplir sus designios. Vosotros los conoceréis al fin de los tiempos.

31 [1] Por entonces, palabra de Yave seré el Dios de todas las tribus de Israel, y ellos serán mi pueblo. [2] Así dice Yave: Halló gracia en el desierto el pueblo reliquia de la espada, para ir a su lugar de reposo Israel. [3] Desde lejos se hizo ver de él Yave. Con amor eterno te amé, por eso te he mantenido mi favor.

[4] Yo te restauraré, y serás restaurada, virgen de Israel. [5] Todavía volverás a adornarte con tus tímpanos, y saldrás en alegres danzas. Todavía volverás a plantar viñas en las alturas de Samaria, y los que las planten las gozarán. [6] Porque viene tiempo en que los atalayas clamarán en el monte de Efraím: Venid y subamos a Sión, a Yave, nuestro Dios. [7] Pues así dice Yave: Regocijaos y dad parabienes a Jacob, gritad loores a la primera de las naciones; cantadla, alabadla, y decid: Yave ha salvado a su pueblo, a los restos de Israel.

[8] Yo os voy a hacer volver de la tierra del aquilón, y os reuniré de los extremos de la tierra, a todos juntamente, el ciego y el cojo, la embarazada y la recién parida. ¡Qué gran muchedumbre la que vuelve! [9] Mira: Salieron entre llantos, yo los hago volver consolados; yo los guío a las corrientes de aguas por caminos llanos, para que no tropiecen, pues yo soy el padre de Israel, Efraím es mi primogénito.

[10] Oíd, pueblos, la palabra de Yave, dadla a conocer a las lejanas islas, y decid: El que dispersó a Israel le congrega de nuevo, y le protege como el pastor protege a su rebaño. [11] Yave ha libertado a Jacob, le ha salvado de la mano de sus opresores. [12] Vienen dando gritos de gozo por las alturas de Sión, a gozar de los bienes de Yave, el trigo, el vino, el aceite, los corderos y los terneros, y será su alma como jardín regado, y no volverá a padecer sequía.

[13] Entonces la virgen danzará alegre en el coro; jóvenes y viejos, todos juntos, trocaré en júbilo su tristeza, los consolaré y convertiré su pena en alegría. [14] Saciaré a los sacerdotes de la grosura de las víctimas, y hartaré a mi pueblo de mis bienes. Palabra de Yave.

Dolor y consuelo.

[15] Así dice Yave: Se oyen lamentos en Rama, amargo llanto: Es Raquel que llora a sus hijos, y rehusa consolarse de su pérdida. [16] Así dice Yave: Cese tu voz de gemir, tus ojos de llorar. Tendrán remedio tus penas. Palabra de Yave. [17] Tienes todavía una esperanza. Palabra de Yave. Volverán de la tierra enemiga, volverán los hijos a su patria.

[18] Oigo a Efraím lamentarse: Tú me has castigado, y yo he aprendido. Yo era como toro indómito; conviérteme, y yo me convertiré, pues tú eres Yave, mi Dios. Después de mi defección, me he arrepentido; [19] después que me has hecho volver a conocimiento, he azotado mis carnes. Estoy confuso y avergonzado, llevo sobre mí el oprobio de mi mocedad. [20] ¿No es Efraím mi hijo predilecto, mi niño mimado? Porque cuantas veces hablo de él, no dejo ya de recordarle; se conmueven mis entrañas, y no puedo menos de compadecerme de él. Palabra de Yave.

[21] Ponte hitos, alza jalones, pon toda la atención en el camino; ya antes le recorriste. Vuelve, virgen de Israel, retorna a tus ciudades. [22] ¿Hasta cuándo has de andar titubeando, hija descarriada? Pues hará Dios una cosa nueva en la tierra. La mujer rodeará al varón (1). [23] Así dice Yave Sebaot, Dios de

(1) Todo este poema es de carácter mesiánico. La esperanza de la restauración, la seguridad de la misma, la paz y tranquilidad en medio de la cual ha de realizarse, y el esplendor y la gloria que de ella ha de revertir al pueblo restaurado y a la nueva Jerusalén, son las líneas con que Jeremías traza el poético cuadro. El verso a que esta nota se refiere, el 22, tiene también, como parte del poema, carácter mesiánico; no, sin embargo, el estrictamente mesiánico que San Jerónimo y muchos con él le atribuyen, interpretando que la mujer es la madre del Mesías, éste el varón y la acción de rodear la concepción virginal de Jesús en el seno de María. Para interpretar así, es necesario hacer violencia al texto. Estas palabras ponen de relieve la paz, seguridad y tranquilidad que han de presidir la restauración y la vuelta de los restos de Israel, tales que no harán necesaria la protección de los hombres para evitar o rechazar irrupciones enemigas, y permitirá que las mujeres lleven en medio a los hombres mientras caminan hacia la patria

Israel: Todavía se dirán estas palabras en la tierra de Judá y en sus ciudades, cuando yo haga volver a los que volverán: Bendígate Yave, sede de la justicia, monte de la santidad. 24 Y habitarán en ella Judá y todas sus ciudades juntamente, los agricultores y los pastores de rebaños. 25 Porque yo saciaré a todos los desfallecidos y hartaré a todos los decaídos. 26 Por esto, al despertar y ver, me fué dulce mi sueño.

Restauración.

27 Ved que vienen días, palabra de Yave, en que yo sembraré la casa de Israel y la casa de Judá, de simiente de hombres y de simiente de animales; 28 y lo mismo que velé sobre ellos para arrancar y destruir, para arruinar, devastar y desolar, así velaré también sobre ellos para edificar y plantar. Palabra de Yave. 29 En esos días no se dirá ya más: Nuestros padres comieron agraces, y los hijos sufrimos la dentera. 30 Sino que cada uno morirá por su propia iniquidad; quien coma el agraz, ese sufrirá la dentera.

31 Vienen días, palabra de Yave en que yo haré una alianza nueva (1) con la casa de Israel y la casa de Judá; 32 no como la alianza que hice con sus padres, cuando tomándolos de la mano, los saqué de la tierra de Egipto; ellos quebrantaron mi alianza y yo los rechacé. Palabra de Yave. 33 Esta será la alianza que yo haré con la casa de Israel en aquellos días, palabra de Yave: Yo pondré mi ley en ellos y la escribiré en su corazón, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. 34 No tendrán ya que enseñarse unos a otros, ni exhortarse unos a otros, diciendo: Conoced a Yave, sino que todos me conocerán desde los pequeños a los grandes, palabra de Yave; porque les perdonaré sus maldades y no me acordaré más de sus pecados. 35 Así dice Yave: Yo he puesto al sol para que luzca de día; he puesto la luna y las estrellas, para que luzcan de noche; el que conturba el mar y hace bramar sus olas, tiene por nombre Yave Sebaot. 36 ¿Se romperán estas leyes ante mí? Palabra de Yave. Entonces cesará la descendencia de Israel de ser ante mí un pueblo por siempre. 37 Así dice Yave: Si pueden medirse arriba los cielos, y descubrirse abajo los fundamentos de la tierra, entonces repudiaré yo a toda la descendencia de Israel, por todo cuanto han hecho. Palabra de Yave.

38 Vienen días, palabra de Yave, en que será edificada para Yave la ciudad, desde la torre de Hanamel, hasta la puerta del ángulo. 39 Y serán de nuevo echadas las cuerdas para medir enfrente hasta la colina de Gareb, y dando vuelta después hacia Goa, 40 todo el valle de los cadáveres y de la ceniza, y todos los campos, hasta el torrente de Cedrón, hasta la esquina de la puerta de los caballos, hacia oriente, serán consagrados a Yave, y no serán ya jamás destruídos y devastados.

La compra del campo.

32 1 Palabra que recibió Jeremías de Yave, el año décimo de Sedecías, rey de Judá, que fué el año dieciocho de Nabucodonosor. 2 Entonces el ejército del rey de Babel cercaba a Jerusalén, y el profeta Jeremías estaba encerrado en el atrio de la guardia del palacio del rey de Judá; 3 pues Sedecías, el rey de Judá, le había encarcelado, diciéndole: ¿Por qué profetizas, asegurando que Yave dice que entregará la ciudad en manos del rey de Babel, que la tomará, 4 y Sedecías, rey de Judá, no escapará a las manos de los Caldeos, sino que caerá en manos del rey de Babel, y hablará con él boca a boca, y sus ojos verán sus ojos, 5 y llevará a Sedecías a Babel y allí estará hasta que le visite, palabra de Yave, y si hacéis la guerra a los caldeos nada conseguiréis?

6 Y recibió Jeremías palabra de Yave, diciéndole: 7 Mira: Hanamel, hijo de Selum, tu tío, vendrá a decirte: Cómprame el campo que tengo en Anatot, pues a ti te corresponde adquirirlo por razón de parentesco. 8 Vino, pues, Hanamel, el hijo de mi tío, a verme según lo que me

(1) Esta denominación de «nueva alianza», nuevo testamento, empleada por primera vez por Jeremías y reiterada después por San Pablo (Hebr., 8, 8-13), ha prevalecido para designar el conjunto de libros inspirados en que se contiene la realización de esta profecía: el Evangelio y los escritos apostólicos.

había dicho Yave, al atrio de la guardia, y me dijo: Cómprame el campo de Anatot, en tierra de Benjamín, pues te corresponde la herencia y la posesión por razón de parentesco. Entendí, pues, que era voluntad de Yave, [9] y compré el campo a Hanamel, mi primo, de Anatot, pagándole diecisiete siclos de plata. [10] Hice el contrato por escrito, lo sellé, tomé testigos, y pesé la plata en la balanza, [11] y recibí el contrato de venta sellado, y el acta de las estipulaciones abierta; [12] y se lo entregué todo a Baruc, hijo de Nerías, hijo de Masías, en presencia de Hanamel, mi primo, y de los testigos que habían firmado el contrato y de todos los judíos que se hallaban en el atrio de la guardia. [13] Y delante de todos di a Baruc esta orden: [14] Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Toma esos documentos, ese contrato de venta, el sellado y el abierto, y mételos en un tubo de barro cocido, para que puedan conservarse largo tiempo. [15] Porque así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Todavía se comprarán en esta tierra casas, campos y viñas.

Oración del profeta.

[16] Después de haber entregado el contrato de venta a Baruc, hijo de Nerías, hice a Yave esta oración: [17] ¡Ah, Señor, Yave! Tú has hecho los cielos y la tierra con el gran poder de tu brazo; nada es imposible para ti. [18] Tú eres quien haces gracia a millares, y quien retribuye un día a los hijos la iniquidad de sus padres; el Dios grande, el fuerte, cuyo nombre es Yave Sebaot; [19] grande en el consejo, poderoso en la obra, cuyos ojos están abiertos para ver todos los caminos de los hombres, y dar a cada uno según su camino y según el fruto de sus obras; [20] el que ha hecho maravillas y portentos en la tierra de Egipto, y después, hasta el día de hoy, en Israel y en todos los hombres, y te has hecho un nombre como lo es en el día de hoy; [21] y sacaste a Israel, tu pueblo, de la tierra de Egipto, en medio de maravillas y portentos, con mano fuerte y brazo tendido y en medio de gran pavor; [22] y les diste esta tierra; prometiste a sus padres darles una tierra que mana leche y miel; [23] y entrados en ella, la poseyeron; pero no escucharon tu voz y no cumplieron tu ley, y no hicieron lo que les mandaste hacer, e hiciste que vinieran sobre ellos todos estos males. [24] He aquí que se alzan contra la ciudad ingenios para tomarla; y la ciudad será presa de los caldeos que la combaten con la espada, el hambre y la peste; y como tú anunciaste, así ha sucedido, bien lo ves tú. [25] Y ahora, cuando la ciudad va a caer en manos de los caldeos, me dices, ¡oh Señor, Yave!: «Compra el campo y toma testigos.»

Respuesta de Yave al profeta.

[26] Y recibió Jeremías palabra de Yave, diciéndole: [27] Mira, yo soy Yave, Dios de todos los vivientes: ¿Hay algo imposible para mí? [28] Por eso, así dice Yave: Yo entregaré esta ciudad en manos de los caldeos y en manos de Nabucodonosor, rey de Babel, que la tomará. [29] Los caldeos que atacan la ciudad entrarán en ella, y le pegarán fuego y la quemarán; quemarán las casas en cuyos terrados quemaban incienso a Baal y ofrecían libaciones a los dioses extraños, para irritarme; [30] pues lo mismo los hijos de Israel que los de Judá, no hacen más que el mal a mis ojos, desde su juventud; sí, los hijos de Israel no hacen más que irritarme con las obras de sus manos. Palabra de Yave.

[31] Objeto de ira y de furor ha sido siempre para mí esta ciudad, desde el día en que fué edificada hasta hoy, para que la haga desaparecer de delante de mí, [32] por tanto mal como los hijos de Israel y los hijos de Judá han hecho para irritarme, ellos, sus reyes, sus grandes, sus sacerdotes, sus profetas, las gentes de Judá y los habitantes de Jerusalén. [33] Ellos me han vuelto la espalda, en vez de darme la cara; yo los he amonestado constantemente, pero ellos no han aprovechado la lección. [34] Han llevado sus abominaciones hasta la casa en que se invoca mi nombre, profanándola; [35] se han alzado el santuario de Baal en el valle de Benjinón, para pasar por el fuego a sus hijos y a sus hijas, en honor de Moloc, cosa que yo nunca les mandé y en que nunca soñé. ¡Cometer abo-

minaciones semejantes y hacerse Judá reo de tal crimen.
36 Por eso, así dice ahora Yave,
Dios de Israel, de esa ciudad de la
que vosotros decís: Ha sido entre-
gada en manos del rey de Babel
por la espada, por el hambre y por
la peste. 37 Yo los reuniré de todos
los lugares en que los dispersé en mi
cólera, en mi indignación y en mi
furor. Yo los volveré a este lugar,
para que en él habiten seguros.
38 Ellos serán mi pueblo, y yo seré
su Dios. 39 Yo les daré un solo cora-
zón, un solo camino, para que siempre
me teman, y siempre les vaya bien,
a ellos y a sus hijos después de ellos.
40 Y haré con ellos una alianza eterna,
de no dejar nunca de hacerles bien;
y pondré mi temor en su corazón,
para que no se aparten de mí; 41 y
me gozaré en ellos, al hacerles bien,
y los plantaré firmemente en esta
tierra, con todo mi corazón y toda
mi alma.
42 Porque así dice Yave: Como he
traído sobre este pueblo todos estos
tan grandes males, así traeré sobre
ellos todo este bien que digo de ellos;
43 y habrá todavía posesores en esta
tierra, que vosotros decís desierta
por no quedar en ella hombre ni
bestia, y haber sido entregada en
mano de los caldeos. 44 Se compra-
rán campos, dando por ellos el precio
en plata; se harán contratos escritos,
se sellarán, y se aducirán testigos
en tierra de Benjamín, en los alre-
dedores de Jerusalén, en las ciudades
de Judá, en las de la montaña y en
las del llano y en las del mediodía,
porque yo trocaré su suerte. Palabra
de Yave.

Restauración.

33 1 Fué dirigida la palabra de
Yave a Jeremías, por segunda
vez, mientras estaba preso en el atrio
de la guardia, diciéndole: 2 Así dice
Yave, el que ha hecho la tierra y la
ha formado y afirmado; Yave es su
nombre.
3 Llámame y yo te responderé, y
te comunicaré cosas grandes y ocul-
tas que tú no conoces; 4 pues así
dice Yave, Dios de Israel, de las
casas de esta ciudad y de los palacios
del rey de Judá, destruídos al servir
de baluartes y troneras para resistir
a los caldeos, 5 llenándose con los
cadáveres de los hombres que yo
herí en mi furor y mi indignación,
volviendo atrás mi rostro a esta
ciudad por tantas maldades suyas.
6 Pero mira, yo los sanaré, yo los
curaré y les abriré tesoros de paz y
seguridad; 7 yo haré volver a los
cautivos de Judá y a los de Israel,
y los restableceré como al principio,
y los limpiaré de todas las iniquida-
des que contra mí cometieron; 8 y
les perdonaré todos sus pecados y
todas sus rebeliones contra mí; 9 y
será para mí gloria, alegría, alabanza
y gozo entre todos los pueblos de la
tierra, que verán todo el bien que
yo les haré, y que se asombrarán
y admirarán de tanto bien y de tanta
paz como yo les daré.
10 Así dice Yave: Todavía en estos
lugares de que vosotros decís: Son
un desierto sin hombres y sin bestias;
en las ciudades de Judá y en las
calles de Jerusalén, desiertas, sin
hombres y sin bestias, 11 se oirán
voces de júbilo y voces de alegría,
los cantos del esposo y los cantos de
la esposa; voces que cantarán: «Ala-
bad a Yave Sebaot, porque es bueno,
porque es eterna su misericordia»;
y de los que llevan al templo sus
oblaciones; porque yo restauraré esta
tierra a su antiguo estado. Palabra
de Yave.
12 Así dice Yave Sebaot: Todavía
habrá en estos lugares, desiertos sin
hombres ni bestias, y en todas sus
ciudades, pastizales donde los pasto-
res apacentarán sus rebaños; 13 en
las ciudades de la montaña, en las
del llano y en las del mediodía, en
la tierra de Benjamín y en torno a
Jerusalén, y en las ciudades de Judá,
todavía pasará el ganado bajo la
mano del que lo cuenta. Palabra
de Yave.

Reino eterno y perpetuo sacerdocio.

14 He aquí que vienen días, pala-
bra de Yave, en que yo cumpliré
la buena palabra que he pronunciado
sobre la casa de Israel y sobre la
casa de Judá. 15 En esos días y en
ese tiempo, yo suscitaré a David un
renuevo de justicia, que hará derecho
y justicia sobre la tierra. 16 En esos
días será salvado Judá, y Jerusalén
habitará en paz, y se la llamará:
«Yave, justicia nuestra.» 17 Porque

así dice Yave: No faltará a David un varón que se siente sobre el trono de Israel. [18] Y a los sacerdotes levitas no faltará tampoco varón que me ofrezca holocausto, y queme la ofrenda y sacrifique todos los días.

[19] Y recibió Jeremías palabra de Yave, diciendo: [20] Así dice Yave: Si rompéis mi pacto con el día y mi pacto con la noche, para que no sea día y noche a su tiempo, [21] entonces se romperá mi pacto con David, mi siervo, para que no haya hijo suyo que se siente sobre su trono, y mi pacto con los levitas sacerdotes, mis ministros. [22] Como no pueden contarse las milicias celestes ni las arenas del mar, así multiplicaré yo la descendencia de David, mi siervo, y a los levitas, mis ministros.

[23] Y recibió Jeremías palabra de Yave, diciendo: [24] ¿No ves lo que dicen estas gentes? «Las dos familias que Yave eligió, las dos las ha repudiado; y desprecian a mi pueblo por no ser ya a sus ojos un pueblo. [25] Así dice Yave: Si no he hecho yo pacto con el día y con la noche, ni he dado leyes a los cielos y a la tierra, [26] entonces repudiaré yo la descendencia de Jacob y de David, mi siervo, y no tomaré de ella jefes para la progenie de Abraham, de Isac y de Jacob.

La suerte de Sedecías.

34 [1] Palabra de Yave, que recibió Jeremías, mientras Nabucodonosor, rey de Babilonia, con todo su ejército y todos los reinos de la tierra sometidos a su dominación y todos sus pueblos, atacaba a Jerusalén y a todas sus ciudades. [2] Así dice Yave, Dios de Israel: Ve a Sedecías, rey de Judá, y dile: Así dice Yave: Mira que voy a entregar esta ciudad a Nabucodonosor, que le pegará fuego; [3] y tú no escaparás a sus manos, sino que serás hecho prisionero y le serás entregado, y le verás con tus propios ojos y te hablará cara a cara, y serás llevado a Babel. [4] Oye, pues, ¡oh Sedecías!, rey de Judá, lo que dice Yave: Esto es lo que te dice a ti: No morirás a la espada; [5] morirás en paz, y como se quemaron perfumes en los funerales de tus padres, los reyes que te han precedido, así se quemarán también en los tuyos, y se te harán lamentaciones: «¡Ay, Señor!», pues soy yo quien lo digo, yo, Yave.

[6] El profeta Jeremías dijo todo esto a Sedecías, rey de Judá, en Jerusalén. [7] El ejército del rey de Babel estaba entonces atacando a Jerusalén y a las otras ciudades de Judá que no se habían rendido, a Laquis y Azeca, que aun resistían entre las ciudades amuralladas de Judá.

Quebrantamiento de la ley de la servidumbre.

[8] Palabra de Yave, que recibió Jeremías después de haber hecho el rey Sedecías un convenio con el pueblo todo de Jerusalén, [9] de que se publicase la liberación de los esclavos hebreos, hombres y mujeres, y de que no fuera retenido como esclavo ningún judío por un hermano suyo (1). [10] Todos los grandes y todo el pueblo, que habían aceptado este convenio, consintieron en libertar cada uno a sus esclavos y esclavas, y no retenerlos en la esclavitud; consintieron y los libertaron; [11] pero se arrepintieron luego, y reclamaron a los esclavos y esclavas que habían liberado, y los obligaron a ser de nuevo esclavos y esclavas. [12] Recibió, pues, Jeremías palabra de Yave, diciéndole:

[13] Así dice Yave, Dios de Israel: Yo hice con vuestros padres un pacto, al tiempo que los saqué de Egipto, de la casa de la esclavitud, diciéndoles: [14] Al llegar el año séptimo, cada uno dará libertad al hermano hebreo que se le haya vendido; te servirá durante seis años, pero luego le liberarás; mas vuestros padres no me obedecieron, no me dieron oídos. [15] Vosotros hoy os habéis convertido, y habéis hecho bien a mis ojos, proclamando la liberación de vuestros hermanos, y habéis hecho ese pacto en mi presencia, en la casa en que se invoca mi nombre; [16] luego os habéis vuelto atrás, habéis profanado mi nombre, y habéis vuelto a retraer cada uno a sus siervos y siervas que habíais liberado, redu-

(1) Los israelitas que no podían pagar sus deudas se vendían como esclavos a los acreedores, o les vendían a éstos sus hijos; pero esta esclavitud no era perpetua; había de cesar, según la ley, pasados seis años, estando los dueños obligados a dar libertad a estos siervos al año séptimo. (V. Ex. 21, 2; Deut. 15, 12.)

ciéndolos de nuevo a la servidumbre y haciéndolos vuestros esclavos y esclavas. 17 Por eso, así dice Yave: Vosotros no me habéis escuchado, proclamando cada uno la libertad de su prójimo; pues yo os proclamo la liberación, palabra de Yave, para la espada, para la peste, para el hambre, y haré de vosotros el vejamen de todos los reinos de la tierra. 18 Y haré de los que han quebrantado mi pacto y no han guardado la palabra con que ante mí se ligaron, como becerro partido por en medio, para pasar entre ambas partes. 19 Los grandes de Judá, los grandes de Jerusalén, los eunucos, los sacerdotes y todo el pueblo de esta tierra, pasarán por entre las partes del becerro; 20 y los entregaré en manos de sus enemigos, en las manos de los que de muerte los persiguen; y sus cadáveres serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra; 21 y a Sedecías, rey de Judá, y a sus príncipes, los entregaré en manos de sus enemigos, en manos de los que de muerte los persiguen, en manos del ejército del rey de Babel, que se ha retirado. 22 Yo les daré la orden, palabra de Yave, y les haré volver a esta ciudad; y la combatirán, la tomarán y la incendiarán, y haré de las ciudades de Judá un desierto, pues no habrá quien las habite.

La fidelidad de los recabitas a sus leyes.

35 1 Palabra que Jeremías recibió de Yave en tiempo de Joaquim, hijo de Sedecías, rey de Judá: 2 Anda y vete a la casa de los recabitas. Háblales y tráelos al templo, llévalos a una de las cámaras, y dales a beber vino. 3 Yo tomé a Jezonías, hijo de Jeremías, hijo de Habsanías, a sus hermanos y a todos sus hijos, y a toda la familia de los recabitas; 4 y los introduje en el templo, en la cámara de los hijos de Janán, hijo de Jegdelías, hombre de Dios, que está junto a la cámara de los grandes, debajo de la de Maasías, hijo de Selúm, el guarda del vestíbulo; 5 y puse ante los recabitas copas y vasos llenos de vino, diciéndoles: Bebed.

6 Pero ellos me contestaron: No bebemos vino, pues Jonadab, hijo de Recab (1), nuestro padre, nos mandó: No bebáis vino jamás, ni vosotros ni vuestros hijos, 7 ni construyáis casas, ni hagáis siembras, ni plantéis ni poseáis viñas; sino que habitaréis en tiendas todo el tiempo de vuestra vida, para que viváis muchos días sobre la tierra en la que sois peregrinos. 8 Nosotros hemos obedecido la voz de Jonadab, hijo de Recab, nuestro padre, en cuanto nos mandó, de no beber vino en los días de nuestra vida, ni nosotros ni nuestras mujeres ni nuestros hijos ni nuestras hijas, 9 y de no edificar casas de habitación; y no tenemos viñas ni campos de sembradura, 10 sino que habitamos en tiendas, como nos lo mandó Jonadab, nuestro padre. 11 Pero cuando Nabucodonosor, rey de Babel, subió a nuestra tierra, nos dijimos: Vamos a refugiarnos en Jerusalén, para escapar al ejército de los caldeos y al ejército de Aram, y nos vinimos a habitar en Jerusalén.

La infidelidad de los judíos.

12 Y dirigió Yave la palabra a Jeremías, diciendo: 13 Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Ve, y diles a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén: ¿No aprenderéis a obedecer mis palabras? Palabra de Yave. 14 Las palabras de Jonadab, hijo de Recab, son obedecidas; mandó a sus hijos no beber vino, y no lo han bebido hasta hoy, cumpliendo el mandato de su padre; y yo os he hablado tantas y tantas veces, y no me habéis obedecido. 15 Os he enviado una y otra vez mis siervos, los profetas, para deciros: Convertíos de vuestros malos caminos, enmendad vuestras obras, y no os vayáis tras los dioses ajenos para darles culto, y habitaréis la tierra que yo os he dado a vosotros y a vuestros padres; pero no me habéis dado oídos, no me habéis obedecido.

16 Los recabitas han obedecido lo que les mandó su padre, pero este pueblo no me ha obedecido a mí. 17 Por eso, así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Yo haré venir sobre Judá y sobre todos los habitantes de Jerusalén todos los males con que los he amenazado, pues les he

(1) V. II. Reg. 10. 15 sigs y I. Par., 2. 55.

hablado y no me han oído, los he llamado y no me han respondido. 18 Pero a la casa de los recabitas les dijo Jeremías: Esto dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Por haber obedecido el mandato de Jonadab, vuestro padre, cumpliendo cuanto os mandó, 19 por eso, así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: No dejará de haber siempre ante mi presencia un varón de la estirpe de Jonadab, hijo de Recab, que me sirva.

Lectura ante el pueblo y los grandes del libro de las profecías de Jeremías.

36 1 El año quinto de Joaquim, hijo de Josías, rey de Judá, recibió Jeremías palabra de Yave, diciéndole: 2 Toma un volumen (1) y escribe en él todo cuanto yo te he dicho contra Jerusalén y contra Judá y contra todas las gentes, desde el día en que te hablé en tiempo de Josías, hasta hoy; 3 a ver si oyendo la casa de Judá todos los males que yo pienso traer sobre ella, se convierte cada uno de sus malísimos caminos, y yo les perdonaré sus iniquidades y sus pecados.

4 Llamó, pues, Jeremías a Baruc, hijo de Nerías, y escribió éste en un volumen, dictándole Jeremías, todas las palabras que Yave le había dicho. 5 Y le dijo Jeremías a Baruc: Yo estoy impedido de ir al templo (2); 6 vete, pues, tú, y en el libro que a mi dictado has escrito, lee las palabras de Yave, oyendo el pueblo en el templo en un día de ayuno, y oyendo todos los que vienen de todo Judá y de sus ciudades; 7 a ver si acaso sus oraciones llegan a la presencia de Yave, y se convierten cada uno de sus pésimos caminos, porque grande es el furor y la indignación con que amenaza Yave a este pueblo. 8 Hizo, pues, Baruc, hijo de Nerías, lo que había mandado Jeremías, y leyó en el templo algo del volumen de las palabras de Yave.

9 Sucedió, pues, el año quinto de Joaquim, hijo de Josías, rey de Judá, en el mes noveno, que se promulgó un ayuno a todo el pueblo de Jerusalén y a todos cuantos venían a Jerusalén de las ciudades de Judá; 10 y leyó Baruc del volumen de los sermones de Jeremías, en el templo, en la cámara de Gamarías, hijo de Safán, escriba, en el vestíbulo superior, a la entrada de la puerta nueva del Templo, oyendo todo el pueblo. 11 Y habiendo oído Miqueas, hijo de Gamarías, hijo de Safán, las palabras de Yave, del libro, 12 bajó al palacio del rey, a la cámara del escriba donde se hallaban todos los grandes; Elisama, escriba; Dalaías, hijo de Semeía, y Elnatán, hijo de Ajobor, y Gamarías, hijo de Safán, y Sedecías, hijo de Ananías, y todos los grandes; 13 y les comunicó Miqueas todo lo que había oído leer a Baruc del volumen ante el pueblo.

14 Mandaron, pues, todos los grandes a Judí, hijo de Natanías, hijo de Selemías, hijo de Cusi, para decir a Baruc: Ven, y trae el volumen en que has leído al pueblo. Tomó, pues, Baruc el volumen, y vino con él a ellos, 15 que le dijeron: Siéntate y léenos eso a nosotros; y se lo leyó Baruc. 16 Cuando oyeron, pues, todo aquello, mostráronse unos a otros atónitos, y dijeron a Baruc: Tenemos que comunicar esto al rey; 17 y le dijeron: Indícanos cómo has escrito tú todo esto. 18 Baruc les dijo: El me dictaba, como si me leyese, y yo lo escribía con tinta en el volumen. 19 Y dijeron los grandes a Baruc: Ve y escóndete, y que se esconda también Jeremías, sin que sepa nadie dónde estáis.

Lectura ante el rey.

20 Ellos se fueron al rey, al atrio, dejando el volumen en la cámara de Elisama, escriba, y dijeron al rey lo que pasaba. 21 Mandó el rey a Judí que llevara el volumen, y éste lo tomó de la cámara de Elisama,

(1) A la letra, «un rollo de libro». Esto significa también, por su etimología, la palabra «volumen»; un trozo mayor o menor de la materia sobre que se escribía, que se arrollaba luego, y así se conservaba. La materia no era ya la piedra, ni la tableta de barro, como antes, ni era todavía el pergamino, como después, sino hojas de papiro provenientes principalmente de Egipto, y que se unían unas a otras en la cantidad necesaria.

(2) Impedido, probablemente, por una prohibición de la policía del templo de presentarse en él, después del episodio que se cuenta en el capítulo 26, cuando Jeremías estuvo a punto de ser muerto por el pueblo. La opinión de que el impedimento fuera la prisión no parece probable, pues entonces hubiera sido imposible que Jeremías se escondiera. V. 26.

escriba, y lo leyó en presencia del rey, en las habitaciones del rey, y en presencia de todos los grandes que estaban junto a él. 22 Estaba el rey en las habitaciones de invierno, era el noveno mes (1), y tenía delante de sí un brasero encendido; 23 y según iba leyendo Judí tres o cuatro columnas del volumen, lo iba rasgando el rey con el cuchillo del escriba y lo arrojaba al fuego del brasero, hasta que lo quemó todo.

24 No temieron ni rasgaron sus vestiduras, ni el rey ni sus cortesanos que oyeron todas aquellas palabras. 25 Sin embargo, Elnatán, Dalaías y Gamarías, rogaron al rey que no quemara el volumen, pero éste no los oyó; 26 y mandó el rey a Jeremiel, hijo de Amelec, y a Saraías, hijo de Ezriel, y a Selemías, hijo de Abdul, que apresaran a Baruc, escriba, y a Jeremías, profeta, pero Yave los ocultó.

27 Después que el rey quemó el volumen de los sermones de Jeremías, que había escrito Baruc al dictado de aquél, recibió Jeremías palabra de Yave, que le dijo: 28 Toma de nuevo otro volumen, y escribe en él todos los sermones anteriores que había en el primero, que quemó Joaquim, rey de Judá; 29 y a Joaquim, rey de Judá, le dirás: Así dice Yave: Tú has quemado aquel volumen, diciendo: ¿Por qué has escrito eso, anunciando que vendrá el rey de Babel y devastará esta tierra, no dejando en ella hombre ni jumento? 30 Pues así dice Yave contra Joaquim, rey de Judá: No tendrá descendiente que le suceda en el trono de David, y su cadáver será arrojado al calor del día y al frío de la noche; 31 y le pediré cuenta, a él y a su descendencia y a sus siervos, de sus iniquidades, y traeré sobre ellos y sobre los habitantes de Jerusalén y sobre los hombres de Judá todos los males que les he anunciado y ellos no han querido oír.

32 Tomó, pues, Jeremías otro volumen, y se lo dió a Baruc, hijo de Nerías, escriba, el cual escribió de boca de Jeremías todos los sermones que quemó Joaquim, rey de Judá, y se añadieron todavía otros muchos como aquéllos.

(1) El mes noveno, según el cómputo babilónico, que es el seguido por Jeremías y Ezequiel, comprendía los últimos días de noviembre y la mayor parte de los de diciembre, pues comenzaba el año por el mes de Nisan, aproximadamente el de abril.

Consulta de Sedecías y respuesta de Jeremías.

37 1 Reinó Sedecías, hijo de Josías, en lugar de Jeconías, hijo de Joaquim. Fué Nabucodonosor, rey de Babel, quien le hizo rey de la tierra de Judá. 2 Y no obedecieron él y sus siervos y el pueblo de la tierra lo que había mandado Yave, por medio de Jeremías, profeta; 3 y envió el rey Sedecías a Jucal, hijo de Selemías, y a Sofonías, hijo de Maasías, sacerdote, a Jeremías, profeta, diciéndole: Ruega por nosotros a Yave, nuestro Dios. 4 Jeremías andaba libremente entre el pueblo, pues todavía no le habían encarcelado. Salió entonces de Egipto el ejército del Faraón; y al saber la nueva los caldeos que asediaban a Jerusalén, se retiraron.

5 Y recibió Jeremías palabra de Yave, diciéndole: 6 Así dice Yave, Dios de Israel: Decid al rey de Judá que os ha mandado a preguntarme: Ese ejército del Faraón que ha venido en socorro vuestro, se habrá de volver a su tierra de Egipto; 7 y volverán los caldeos a combatir esta ciudad, y la tomarán y la incendiarán. 8 Así dice Yave: No os engañéis a vosotros mismos, diciéndoos: Se irán los caldeos y nos dejarán en paz; porque no se irán. 9 Pero aunque destrozarais a todo el ejército caldeo que lucha contra vosotros, y no quedasen de él más que algunos heridos, ésos saldrían de sus tiendas y pegarían fuego a esta ciudad.

Encarcelamiento de Jeremías.

10 Cuando se había retirado de Jerusalén el ejército caldeo, por la venida del ejército del Faraón, 11 salía Jeremías de Jerusalén, para ir a tierra de Benjamín, a hacer una partición en medio de su pueblo; 12 pero al llegar a la puerta de Benjamín, el jefe de la guardia, llamado Jerías, hijo de Selemías, hijo de Ananías, apresó a Jeremías, diciendo: Tú te vas a pasar a los caldeos. 13 Jeremías respondió: Mentira, no voy a pasarme a los caldeos. Pero no

escuchó Jerías a Jeremías, y arrestándole, le condujo a los jefes, 14 que airados contra Jeremías, le hicieron azotar y encerrar en la cárcel que había en la casa de Jonatán, escriba, de la cual habían hecho prisión.

15 Y entró Jeremías, y fué metido en una cisterna abovedada y estuvo allí mucho tiempo. 16 Mandó a buscarle el rey Sedecías, y le preguntó en secreto, en el palacio: ¿Hay palabra de Yave? 17 Sí, la hay, contestó Jeremías: Serás entregado en manos del rey de Babel. Y dijo Jeremías al rey Sedecías: ¿Qué pecado he cometido yo contra ti, contra tus cortesanos y contra tu pueblo, para que me hayáis metido en la cárcel? 18 ¿Dónde están ahora vuestros profetas, que os profetizaban diciendo: No vendrá el rey de Babel contra vosotros y contra esta tierra? 19 Oyeme, pues, ¡oh rey!, mi señor, te lo ruego; acoge mi súplica y no me vuelvas a la prisión de la casa de Jonatán, escriba, porque me moriré allí.

20 Mandó, pues, el rey Sedecías que fuese llevado al vestíbulo de la guardia, y se le diese cada día una torta de pan de la calle de los horneros, mientras no faltase del todo el pan en la ciudad. Así quedó Jeremías en el vestíbulo de la guardia.

Jeremías, en peligro de muerte.

38 1 Oyeron Safatías, hijo de Marán; Guedelías, hijo de Pasjur; Jucal, hijo de Selemías, y Pasjur, hijo de Melquías, que Jeremías decía delante de todo el pueblo: 2 Así dice Yave: Todos cuantos se queden en esta ciudad morirán de espada, de hambre y de peste; el que huya a los caldeos vivirá y tendrá la vida por botín. 3 Así dice Yave: Con toda certeza esta ciudad caerá en manos del ejército del rey de Babel, que la tomará.

4 Y dijeron los grandes al rey: Hay que matar a ese hombre, porque con eso hace flaquear las manos de los guerreros que quedan en la ciudad, y las de todo el pueblo, diciéndoles cosas tales. Ese hombre no busca el bien de este pueblo, sino su mal. 5 Díjoles el rey Sedecías: En vuestras manos está, pues no puede el rey nada contra vosotros.

6 Cogieron, pues, a Jeremías, y le metieron en la cisterna de Melquías, hijo del rey, que está en el vestíbulo de la cárcel, bajándole con cuerdas a la cisterna, en la que no había agua, pero sí lodo, y quedó Jeremías metido en el lodo.

7 Oyó Abdemelec, etíope, eunuco de la casa real, que habían metido a Jeremías en la cisterna. El rey estaba entonces en la puerta de Benjamín. 8 Salió Abdemelec del palacio, y fué a decir al rey: 9 Señor, rey, han hecho mal esos hombres tratando así a Jeremías, profeta, metiéndole en la cisterna, para que muera allí de hambre, pues no hay ya pan en la ciudad.

10 Mandó el rey a Abdemelec, el etíope, diciéndole: Toma contigo tres hombres, y saca de la cisterna a Jeremías, antes que muera. 11 Tomando, pues, consigo Abdemelec los hombres, se dirigió al ropero del palacio, y cogió de allí unos cuantos vestidos usados y ropas viejas, que con cuerdas hizo llegar a Jeremías en la cisterna. 12 Y dijo Abdemelec a Jeremías: Ponte estos trapos y ropas viejas debajo de los sobacos, sobre las cuerdas; hízolo así Jeremías,

Último coloquio de Jeremías con el rey.

13 y sacaron con las cuerdas a Jeremías de la cisterna; y quedó Jeremías en el vestíbulo de la cárcel.

14 El rey Sedecías mandó a buscar a Jeremías, le hizo llevar a la tercera puerta del templo, y allí le dijo: Voy a preguntarte una cosa; no me ocultes nada. 15 Dijo Jeremías a Sedecías: Y si te la digo me harás matar, y si te doy un consejo no lo seguirás, ¿no es así? 16 Hizo, pues, en secreto el rey Sedecías a Jeremías este juramento: Vive Yave, que nos ha dado la vida a nosotros, que no te daré muerte, y que no te entregaré a esos que de muerte te persiguen.

17 Dijo entonces Jeremías a Sedecías: Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Si sales y vas a entregarte a los generales del rey de Babel, salvarás tu vida, y esta ciudad no será dada a las llamas; te salvarás tú y tu familia; 18 pero si no sales a entregarte a los jefes del rey de Babel, caerá esta ciudad en manos de los caldeos, que la incendiarán, y tú no escaparás a sus manos. 19 Y dijo el rey Sedecías a Jeremías: Temo que

me entreguen a los judíos que se han pasado a los caldeos, y aquéllos me insulten.
20 Contestóle Jeremías: No te entregarán. Oye lo que te digo de parte de Yave, y te saldrá bien y vivirás.
21 Y si no quieres salir, mira lo que me ha mostrado Yave. 22 Todas las mujeres que han quedado en el palacio serán llevadas a los jefes de los caldeos, y serán ellas las que te dirán: Te han engañado, te han abandonado tus mejores amigos: Cuando se hundieron en el lodo tus pies, te han vuelto la espalda. 23 Y todas tus mujeres y tus hijos serán llevados a los caldeos, y no escaparás a sus manos, sino que serás entregado al rey de Babel, y harás que sea incendiada esta ciudad.
24 Dijo, pues, el rey Sedecías a Jeremías: Que nadie sepa nada de esto, y no morirás. 25 Si saben los grandes que he hablado contigo, y vienen a decirte: Cuéntanos lo que has dicho al rey, no nos ocultes nada, si no te mataremos, y dinos lo que el rey te ha dicho a ti; 26 les responderás: He suplicado al rey que no me haga volver a la casa de Jonatán, pues moriría allí.
27 Vinieron, en efecto, los grandes a Jeremías, y le preguntaron; y él les dijo lo que el rey le había mandado decir, y le dejaron, pues nada se había sabido. 28 Quedó Jeremías en el vestíbulo de la guardia hasta el día en que fué tomada Jerusalén.

Suerte de Sedecías y del pueblo.

39 1 Y sucedió que fué tomada Jerusalén. El año noveno de Sedecías, rey de Judá, en el décimo mes, vino Nabucodonosor, rey de Babel, con todo su ejército a Jerusalén, y la sitió; 2 y el año undécimo de Sedecías, el cuarto mes, se abrió brecha; 3 y penetraron en la ciudad todos los jefes del rey de Babel, y ocuparon la puerta media: Nebusaradán, jefe de la guardia real; Nebusasbán, jefe de los sarisim; Nergalsareser, jefe de los maguir, y todos los otros jefes del rey de Babel.
4 Al verlos, Sedecías, rey de Judá, y todos sus hombres de guerra, huyeron, saliendo de noche de la ciudad por el camino del jardín real, por la puerta de entre los dos muros, y se dirigieron hacia el Araba. 5 El ejército de los caldeos los persiguió, y alcanzó a Sedecías en los llanos bajos de Jericó, llevándole preso a Nabucodonosor, rey de Babel, que estaba en Ribla, en la tierra de Amat. El rey de Babilonia pronunció contra él su sentencia. 6 Hizo matar en Ribla a los hijos de Sedecías, a la vista de éste; dió muerte a todos los nobles de Judá, 7 e hizo sacar los ojos a Sedecías y le cargó de cadenas, para llevarle a Babel. 8 Los caldeos prendieron fuego al palacio real y a las otras casas, y arrasaron las murallas de Jerusalén. 9 El resto de los habitantes que había quedado en la ciudad, los huídos que se habían pasado a los caldeos, y todo el resto del pueblo, los deportó a Babel Nebusaradán, jefe de la guardia.
10 A los pobres del pueblo, que no tenían nada, los dejó Nebusaradán, jefe de la guardia en la tierra de Judá, y les dió viñas y campos de labor.

Jeremías, en libertad.

11 Nabucodonosor, rey de Babel, había dado orden a Nebusaradán, jefe de su guardia, respecto de Jeremías, diciéndole: 12 Cógele y mira por él, y no le hagas mal alguno, haz con él según sus deseos. 13 Y Nebusaradán, jefe de la guardia, Nebusasbán, jefe de los sarisim, Nergalsareser, jefe de los maguir, y todos los otros jefes del rey de Babel, 14 mandaron sacar a Jeremías del vestíbulo de la guardia, y se lo encomendaron a Godolías, hijo de Ajicam, hijo de Safán, para que le llevase a su casa, y quedó habitando en medio del pueblo.
15 Jeremías había recibido palabra de Yave, mientras estaba preso en el vestíbulo de la guardia, diciéndole: 16 Ve y di a Abdemelec, el etíope: Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Yo cumpliré mis palabras sobre esta ciudad, para su mal, no para bien; esto sucederá a tus propios ojos un día. 17 Entonces yo te libraré, palabra de Yave, y no serás entregado en manos de los hombres a quienes temes. 18 Yo te salvaré, y no caerás a espada y será salva tu vida, porque confiaste en mí. Palabra de Yave.

Godolías, gobernador de la tierra.

40 [1] Palabra de Yave que recibió Jeremías después que Nebusaradán, jefe de la guardia, le dejó ir de Rama, donde le halló cargado de cadenas en medio de los cautivos de Jerusalén y de Judá, que iban deportados a Babel. [2] El jefe de la guardia real dijo a Jeremías: Yave, tu Dios, había amenazado con males a este lugar; [3] y los ha traído sobre él, como lo anunció, porque habéis pecado contra Yave y no habéis escuchado su voz; por eso os ha sucedido esto. [4] Mira, yo te quito hoy las cadenas de las manos; si quieres venir conmigo a Babel, ven, que yo miraré por ti; pero si te desagrada venir conmigo a Babel, déjalo; tienes la tierra toda a tu disposición. [5] Si prefieres quedarte, vete a Godolías, hijo de Ajicam, hijo de Safán, a quien ha hecho el rey gobernador de las ciudades de Judá, y habita con él en medio del pueblo, o vete donde tú mejor quieras. Dióle también el jefe de la guardia provisiones, le hizo regalos y le despidió.

[6] Vino, pues, Jeremías a Godolías, hijo de Ajicam, que residía en Masfat, y habitó con él en medio del pueblo que había quedado en la tierra.

[7] Cuando los jefes de tropas que se habían dispersado por las varias regiones supieron, ellos y sus tropas, que el rey de Babilonia había hecho gobernador de la tierra a Godolías, hijo de Ajicam, encomendándole los hombres, mujeres y niños y los pobres de la tierra que no habían sido deportados a Babel, [8] vinieron a Godolías, en Masfat, Ismael, hijo de Natanías; Joanán, hijo de Jonatán, hijo de Carea; Sareas, deTanjumet; los hijos de Esfi, de Netofa y Jezonías, hijo de un macatita, ellos y sus hombres; [9] y los conjuró Godolías, hijo de Ajicam, hijo de Safán,a ellos y a sus compañeros: «No temáis servir a los caldeos, habitad en la tierra, servid al rey de Babel, y os reportará bien. [10] Yo me quedo en Masfat, para recibir las órdenes que de los caldeos nos vengan; pero vosotros haced la vendimia, recoged las mieses y el aceite, y guardadlos, y quedaos en las ciudades que habitáis.»

[11] También todos los judíos que estaban en Moab, entre los hijos de Ammón, en Idumea y en todas las otras regiones, al oír que el rey de Babel había dejado un resto de Judá, y que les había dado por gobernador a Godolías, hijo de Ajicam, hijo de Safán, [12] volvieron de todas las regiones en que se habían dispersado, y vinieron a la tierra de Judá, a Godolías, en Masfat, y cogieron vino y mieses en gran abundancia.

[13] Pero vinieron a Godolías, en Masfat, Joanán, hijo de Carea, y todos los jefes del ejército que se habían dispersado por el campo, [14] y le dijeron: ¿Sabes que Baalis, rey de los hijos de Ammón, ha mandado a Ismael, hijo de Natanías, para darte muerte? No lo creyó Godolías, hijo de Ajicam. [15] Y Joanán, hijo de Carea, llevó aparte a Godolías, y le dijo: Yo iré y mataré a Ismael, hijo de Natanías, sin que nadie lo sepa; no te mate él a ti, y se dispersen todos los judíos que se han reunido en torno tuyo, y perezcan los restos de Judá. [16] Y le contestó Godolías, hijo de Ajicam: No hagas eso, pues lo que dices de Ismael es falso.

Asesinato de Godolías.

41 [1] Y sucedió que en el último mes vino Ismael, hijo de Natanías, hijo de Elisama, de sangre real, de los magnates de la corte, con otros diez, a Godolías, hijo de Ajicam, en Masfat, y comieron juntos en Masfat. [2] Y se levantó Ismael, hijo de Natanías, y con él los diez que la acompañaban, y con la espada dieron muerte a Godolías, hijo de Ajicam, hijo de Safán, al que había puesto de gobernador de la tierra el rey de Babel; [3] y mataron también a muchos de los judíos que acompañaban a Godolías en Masfat, y de los hombres de guerra caldeos que con él estaban.

[4] Al segundo día de haber muerto a Godolías, sin que nadie lo supiera todavía, [5] vinieron unos hombres de Siquem, de Silo y de Samaria, ochenta en número, rasurada la barba, rasgadas las vestiduras e incisas las carnes, que traían en sus manos oblaciones e incienso para ofrecerlos en el templo. [6] Salióles al encuentro Ismael, hijo de Natanías, de Masfat: Iban llorando, y al llegar a ellos les dijo: Venid a ver a Godolías, hijo de Ajicam. [7] Cuando estuvieron en medio de la ciudad, los mató Ismael con los que le acompañaban, arro-

jándolos a la cisterna. 8 Hubo entre ellos diez que dijeron a Ismael: No nos mates, que tenemos en el campo escondida gran cantidad de trigo, de cebada, de aceite y de miel. Dejólos, y no los mató con los demás. 9 La cisterna en que arrojó Ismael todos los cadáveres de los hombres a quienes mató, es una gran cisterna que hizo construir el rey Asa, cuando se defendía de Basa, rey de Israel. Esta es la que llenó de cadáveres Ismael, hijo de Natanías. 10 Llevóse consigo Ismael a todo el resto del pueblo que se hallaba en Masfa, al cual había dado Nebusaradán, jefe de la guardia real, por gobernador a Godolías, hijo de Ajicam; Ismael, hijo de Natanías, se los llevó cautivos, y se encaminó hacia la tierra de los hijos de Ammón.

11 Joanán, hijo de Carea, y los jefes de tropas que con él estaban, supieron todo el mal que había hecho Ismael, hijo de Natanías; 12 y tomando todos sus hombres, salieron en persecución de Ismael, hijo de Natanías, y le alcazaron cerca del gran lago de Gabaón. 13 Todo el pueblo que estaba con Ismael se alegró al ver a Joanán, hijo de Carea, y los jefes de tropas que le acompañaban; 14 y todo el pueblo que Ismael llevaba de Masfat, dió la vuelta, y se fué con Joanán. 15 Ismael, hijo de Natanías, con otros ocho huyó delante de Joanán, y se refugió entre los hijos de Ammón.

16 Tomaron, pues, Joanán, hijo de Carea, y todos los jefes de tropas que le acompañaban, a todo el resto del pueblo que Ismael, hijo de Natanías, había llevado de Masfat, después de matar a Godolías, hijo de Ajicam; hombres y mujeres, niños y eunucos que había traído de Gabaón, 17 y se volvieron, deteniéndose en el albergue de Camaún, cerca de Betlem, para desde allí dirigirse a Egipto, 18 huyendo de los caldeos, a quienes temían, por haber matado Ismael, hijo de Natanías, a Godolías, hijo de Ajicam, puesto por el rey de Babel como gobernador del país.

Consulta a Jeremías sobre la huida a Egipto.

42 1 Todos los jefes de las tropas, Joanán, hijo de Carea, Azarías, hijo de Maasías, y todo el pueblo, chicos y grandes, se acercaron a Jeremías 2 y le dijeron: Acepta nuestro ruego, y pide por nosotros a Yave, tu Dios, por todos estos restos, pues de muchos hemos quedado pocos, como tú ves. 3 Que Yave, tu Dios, nos dé a conocer el camino que debemos seguir y lo que hemos de hacer.

4 El profeta Jeremías les dijo: Os oigo, y pediré por vosotros a Yave, vuestro Dios, según vuestros deseos. Todo cuanto me responda Yave os lo comunicaré, sin ocultaros nada. 5 Y ellos dijeron a Jeremías: Sea Yave contra nosotros testigo verdadero y fiel, si no hiciéremos en todo según la palabra que Yave te mande para nosotros. 6 Bueno o malo, seguiremos el mandato de Yave, nuestro Dios, a quien te enviamos, para que nos suceda bien obedeciendo la voz de Yave, nuestro Dios.

7 Pasados diez días recibió Jeremías palabra de Yave; 8 y llamó a Joanán, hijo de Carea, y a todos los jefes de tropas que con él estaban, y a todo el pueblo, chicos y grandes; 9 y les dijo: Así dice Yave, Dios de Israel, a quien me habéis mandado para presentarle vuestros ruegos: 10 Si os quedáis tranquilos en esta tierra, yo os edificaré y no os destruiré, os plantaré y no os arrancaré, pues me pesa ya del mal que os he hecho.

11 No os dé miedo el rey de Babel, a quien teméis; no temáis de él, dice Yave, pues yo estoy con vosotros para salvaros y libraros de sus manos. 12 Yo os haré hallar gracia ante él, y él os la hará y os dejará en vuestra tierra. 13 Pero si decís: No queremos seguir en esta tierra, y no escucháis la voz de Yave, vuestro Dios, 14 diciendo: Nos iremos a la tierra de Egipto, donde no veremos ya la guerra ni oiremos el sonido de la trompeta, y no habrá falta de pan, allí habitaremos; 15 entonces, restos de Judá, escuchad la palabra de Yave:

Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Si volvéis vuestros ojos a Egipto, para iros allá y habitar en él, 16 la espada que teméis os alcanzará sobre la tierra de Egipto, el hambre que receláis os sobrevendrá en Egipto y os hará morir allí. 17 Y todos cuantos vuelvan el rostro hacia Egipto, para ir a habitar allí, morirán de espada, de hambre y de peste, ni uno solo escapará ni se librará del mal que yo haré venir sobre ellos;

18 porque así dice Yave Sebaot, Dios
de Israel: Lo mismo que ha estallado
mi cólera y mi furor contra los habi-
tantes de nerusalén, así estallará
mi furor contra vosotros, si os vais
a Egipto; y seréis objeto de execra-
ción, de horror, de maldición y de
oprobio, y no veréis más a esta tierra.
19 He aquí la palabra de Yave para
vosotros, restos de Judá: No vayáis
a Egipto. Sabed que yo os lo advierto
hoy solemnemente.
20 Os engañáis a vosotros mismos.
Me habéis mandado a Yave, nuestro
Dios, diciéndome: Intercede por nos-
otros cerca de Yave, nuestro Dios:
Todo lo que diga Yave nuestro Dios
comunícanoslo, y nosotros lo hare-
mos. 21 Yo os lo hago saber hoy, y
vosotros no escucháis la voz de Yave
vuestro Dios, lo que me ha encargado
deciros. 22 Sabed, pues, que certísi-
mamente moriréis de espada, de ham-
bre y de peste, en el lugar a donde os
queréis ir a habitar.

Huída a Egipto contra la voluntad del profeta.

43 1 Sucedió, pues, que cuando
Jeremías acabó de hablar a
todo el pueblo las palabras de Yave,
su Dios, todo cuanto Yave, su Dios,
le había encargado decirles, 2 Aza-
rías, hijo de Maasías; Joanán, hijo
de Carea, y todos los hombres sober-
bios, dijeron a Jeremías: Es mentira
lo que dices: No te ha enviadoYave,
nuestro Dios, para decirnos: No va-
yáis a habitar en Egipto. 3 Es Baruc,
hijo de Nerías, que te incita contra
nosotros, para entregarnos a los cal-
deos, para que nos den muerte o nos
deporten a Babel.
4 De este modo Joanán, hijo de
Carea, todos los jefes y todo el pueblo,
desoyeron la orden de Yave, de que-
darse en la tierra de Judá. 5 Y Joanán,
hijo de Carea, y todos los jefes de
tropas, tomaron a los restos de Judá
que habían vuelto de las regiones
todas en que se habían dispersado,
para habitar en la tierra de Judá;
6 los hombres, las mujeres, los niños,
las hijas del rey y todos cuantos
Nebusaradán, jefe de la guardia real,
había dejado con Godolías, hijo de
Ajicam, hijo de Safán; y a Jeremías,
profeta, y a Baruc, hijo de Nerías;
7 y entraron en Egipto, desoyendo la
voz de Yave, y llegaron a Tafnis.
8 Y recibió Jeremías palabra de
Yave en Tafnis, diciéndole: 9 Toma
con tu mano unas piedras grandes,
y mételas en el empedrado, junto a
la puerta del Faraón en Tafnis, en
presencia de los judíos. 10 Y diles:
Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel:
Yo mandaré a buscar a Nabucodo-
nosor, rey de Babel, mi siervo, que
asentará su trono sobre estas piedras
que acabo de colocar, y extenderá
sobre ellas su tapiz. 11 Vendrá y
batirá la tierra de Egipto; los que a
la muerte, a la muerte; los que al
cautiverio, al cautiverio; los que a la
espada, a la espada. 12 Y pegará fuego
a los templos de Egipto, y los abra-
sará; y despiojará la tierra de Egipto,
como despioja el pastor su zamarra,
y saldrá de aquí en paz. 13 Y romperá
los obeliscos de Heliópolis en Egipto,
y quemará los templos de Egipto.

Idolatría y su castigo.

44 1 Palabras que dirigió Jeremías
a todos los judíos que habita-
ban en tierra de Egipto, en Migdol,
Tafnis, Memfis y en la región de
Patros. 2 Así dice Yave Sebaot,
Dios de Israel: Vosotros habéis visto
todos los males que yo he traído
sobre Jerusalén y sobre todas las
ciudades de Judá, desiertas hoy, sin
que nadie las habite, 3 por las ini-
quidades que cometieron, provo-
cando mi ira y yéndose a sacrificar y
a dar culto a los dioses ajenos, que
no conocían ni ellos ni sus padres.
4 Yo os mandé repetidamente a mis
siervos, los profetas, diciéndoos: No
hagáis esas abominaciones que de-
testo. 5 Y no obedecieron ni me dieron
oídos, convirtiéndose de sus maldades
y dejando de ofrecer incienso a los
dioses ajenos. 6 Y estalló mi cólera,
y se encendió mi furor sobre las ciu-
dades de Judá y en las plazas de
Jerusalén, convertidas en desierto y
devastación, como están hoy.
7 Ahora, pues, así dice Yave Se-
baot, Dios de Israel: ¿Por qué come-
téis contra vosotros mismos ese gran
mal, de hacer que perezcan hombres
y mujeres, niños y mamones, de en
medio de Judá, sin que quede resto
alguno de vosotros, 8 provocándome
con las obras de vuestras manos,

ofreciendo incienso a los dioses ajenos en la tierra de Egipto, a que habéis venido a habitar, y desaparezcáis y seáis maldición y oprobio de todas las gentes?
9 ¿Habéis por ventura olvidado las iniquidades de vuestros padres, de los reyes de Judá, de sus mujeres; las vuestras y las de vuestras mujeres, las cometidas en la tierra de Judá y en las calles de Jerusalén?
10 ¡No se han arrepentido todavía hoy! No han tenido temor ni han seguido la ley de Yave y mis preceptos, los que os di a vosotros y a vuestros padres.
11 Por tanto, así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Yo volveré a vosotros mi rostro para mal, y exterminaré a todo Judá;
12 y tomaré a los restos de Judá que volvieron su rostro a Egipto para venir y habitar en él, y perecerán todos en tierra de Egipto; caerán por la espada, morirán de hambre, desde el más pequeño hasta el más grande; morirán de espada o de hambre, y serán execración, asombro, maldición y oprobio.
13 Yo ajustaré cuentas a los que habitan en tierra de Egipto, como se las ajusté a los de Jerusalén, por la espada, por el hambre y por la peste.
14 No habrá fugitivos ni supervivientes de los restos de Juád venidos a habitar en Egipto, que vuelvan a la tierra de Judá, objeto de las ansias de su alma, a la que querrían volver para habitar, si no es algún fugitivo.
15 Entonces todos los hombres, sabedores de que sus mujeres ofrecían incienso a los dioses ajenos, y todas las mujeres, reunidas en gran asamblea, y todos los del pueblo que habitaban en Egipto, en la región de Patros, respondieron a Jeremías:
16 No te escucharemos en lo que nos dices en nombre de Yave,
17 sino que persistiremos en hacer todo cuanto nos venga en boca, quemando incienso a la reina del cielo y ofreciendo libaciones, como antes hemos hecho e hicieron nuestros padres, nuestros reyes y nuestros magnates, en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén, viéndonos entonces hartos de pan y felices, sin experimentar la desdicha;
18 mientras desde que dejamos de quemar incienso a la reina del cielo y ofrecerle libaciones, carecemos de todo y nos consume la espada y el hambre.
19 Y si nosotros quemamos incienso a la reina del cielo y la ofrecemos libaciones, ¿es acaso sin nuestros maridos como hacemos las tortas, para ofrecérselas a su imagen y hacerle las libaciones?
20 Y dijo Jeremías a todo el pueblo, a los hombres y a las mujeres, a todos los que así le habían respondido:
21 ¡Qué! El incienso que en las ciudades de Judá y en las plazas de Jerusalén quemásteis vosotros, vuestros padres y vuestros reyes, vuestros magnates y todo el pueblo, ¿no lo ha recordado Yave y no lo ha tenido presente?
22 No podía ya soportar Yave la malicia de vuestras perversidades y vuestras abominaciones, y por eso vuestra tierra ha sido convertida en un desierto inhabitado, hecha horror y maldición, como está hoy.
23 Por haber adorado a los ídolos, pecando contra Yave, sin oír su voz ni seguir su ley, sus preceptos y sus amonestaciones, por eso han venido sobre vosotros todos esos males que hoy padecéis.
24 Dijo, pues, Jeremías a todo el pueblo y a todas las mujeres: Oíd la palabra de Yave, todos los de Judá que habitáis en tierra de Egipto:
25 Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Vosotros y vuestras mujeres lo decís con vuestra boca, y lo haréis con vuestras manos; decís: Cumpliremos los votos que hemos hecho de quemar incienso a la reina del cielo y ofrecerle libaciones. Ciertamente los cumpliréis; ciertamente los pondréis por obra.
26 Oíd, pues, la palabra de Yave, todos los de Judá que habitáis en Egipto: Yo me juro por mi gran nombre, palabra de Yave, que no será ya más pronunciado mi nombre por boca de ningún hombre de Judá, diciendo: ¡Vive Yave!, en toda la tierra de Egipto.
27 Yo velaré sobre ellos para mal, no para bien, y todos los varones de Judá que habitan en tierra de Egipto serán consumidos por la espada y por el hambre, hasta que perezcan del todo;
28 y los que escapen a la espada, volverán de la tierra de Egipto a la tierra de Judá muy pocos en número; y los restos de Judá que han entrado en tierra de Egipto sabrán qué palabra es la que se cumple, si la mía o la suya.
29 Y he aquí la señal, palabra de Yave, de que yo os pediré cuentas en este lugar y de que se realizará mi palabra contra vosotros para vuestro mal.

30 Así dice Yave: Yo entregaré al Faraón Hofra, rey de Egipto, en manos de sus enemigos, en manos de los que de muerte le persiguen, como entregué a Sedecías, rey de Judá, en manos de Nabucodonosor, rey de Babel, su enemigo, que de muerte le perseguía.

Palabras del Señor a Baruc.

45 1 Palabras que dijo Jeremías, profeta, a Baruc, hijo de Nerías, cuando escribía estas cosas en un volumen al dictado de Jeremías, el año cuarto de Joaquim, hijo de Josías, rey de Judá. 2 Así dice Yave, Dios de Israel, a ti, Baruc: 3 Tú dices: ¡Ay mísero de mí, que Yave no hace más que añadir dolor a mi dolor! Me canso de gemir y no hallo reposo. 4 Así dice Yave: Dile esto: He aquí que lo que yo había edificado lo destruyo, lo que había plantado lo arranco. 5 ¡Y tú pides para ti grandes cosas! No las pidas, pues mientras yo hago venir males sobre toda carne, te dejo a ti salva la vida donde quiera que vas.

Contra el Egipto.

46 1 Palabras de Yave a Jeremías contra las gentes; 2 a Egipto, contra el ejército del Faraón Necao, rey de Egipto, que estaba en Carcamis, junto al río Eufrates, al que derrotó Nabucodonosor, rey de Babel, el cuarto año de Joaquim, hijo de Josías, rey de Judá.

3 Preparad escudo y broquel, marchad a la guerra, aparejad los caballos. 4 A montar, caballeros; el casco en la cabeza, limpiad las lanzas, ceñid la loriga.

5 ¿Qué veo? Vacilan, vuelven la espalda. Muertos los más valientes, huyen veloces, sin mirar atrás. Terror por doquier. Palabra de Yave. 6 No escapará el más veloz, no se librará el más fuerte. Al norte, a orillas del Eufrates, cayeron derrotados.

7 ¿Quién es ése que avanza como un río, cuyas aguas rugen como torrente? 8 Es Egipto, que sube como el Nilo, cuyas aguas rugen como torrente, que dice: Inundaré la tierra, devastaré las ciudades con sus moradores. 9 Adelante la caballería. Avancen los carros. Marchad, valientes. Cus y Put, el escudo al brazo; Ludim y Naftuim, los que empuñan y pisan el arco. 10 Pero es el día de Yave, Dios de los ejércitos, día de venganza contra sus enemigos. La espada devorará, se hartará, se saciará de su sangre. Día de gran sacrificio a Yave, Dios de los ejércitos, en tierras del norte, junto al río Eufrates.

11 Sube a Galad en busca de bálsamo, virgen hija de Egipto. En vano multiplicarás los remedios, no hay cura para ti. 12 Oyeron las gentes tu ignominia, y tus alaridos llenaron la tierra. Tropezó el fuerte con el fuerte, y ambos juntamente cayeron.

13 Palabras que dijo Yave a Jeremías, profeta, sobre la venida de Nabucodonosor, rey de Babel, a Egipto, para batirlo: 14 Anunciadlo al Egipto, publicadlo en Migdol, propaladlo en Memfis y Tafnis; decid: ¡Arriba, preparaos!, porque la espada va a devorarlo todo en torno vuestro. 15 ¿Cómo huye Apis? Tu toro ha sido abatido, porque Yave lo derribó. 16 Dícense unos a otros: ¡Ea! Volvámonos a nuestros pueblos, a la tierra en que nacimos, ante la espada destructora.

17 Al Faraón, rey de Egipto, llamadle «ruido a destiempo». 18 Vivo yo, dice el rey, Yave Sebaot es su nombre. Como el Tabor entre los montes y el Carmelo junto al mar, así de fijo vendrá. 19 Lía el hato, hija de Egipto, pues Memfis se convertirá en un desierto devastado e inhabitado. 20 Es el Egipto una hermosa novilla; del norte ha venido el tábano a picarla.

21 Sus mercenarios eran como toros cebados; pero también ellos volvieron la espalda, huyeron todos, y no resistieron cuando les llegó el día de la destrucción, el día del castigo. 22 Su voz es como silbido de serpiente en fuga, pues vienen con gran poderío, y los atacan con sus hachas, como leñadores de la selva. 23 Arrasan su bosque, palabra de Yave, pues son innumerables, más que las langostas; no pueden contarse. 24 Ha sido confundida la hija de Egipto, entregada en manos del pueblo del norte.

25 Dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Yo voy a castigar a Amón de No, y al Faraón que en él confía. 26 Y los entregaré en manos de los que

los persiguen de muerte, en manos de Nabucodonosor, rey de Babel, y en manos de sus súbditos, y después de esto el Egipto volverá a ser habitado como antes. Palabra de Yave.
27 Pero tú, siervo mío, Jacob, no temas; no temas, Israel. Yo te libertaré en la tierra lejana, y libraré a tu descendencia del país del destierro, y Jacob volverá a vivir tranquilo, seguro y sin temor. 28 No temas, no, siervo mío, Jacob, palabra de Yave, que yo estoy contigo, y destruiré a todos los pueblos en que te he dispersado; pero a ti no te destruiré, sino que te castigaré según merezcas; no te dejaré impune.

Contra los filisteos.

47 1 Palabra que dirigió Yave a Jeremías sobre los filisteos, antes que el Faraón tomara a Gaza.
2 Así dice Yave:
Mirad, las aguas suben del norte, son como torrente desbordado; inundan la tierra en toda su amplitud, la ciudad y sus moradores. Lanzan gritos los hombres, y claman todos los habitantes de la tierra, 3 al estrépito del galopar de sus caballos, al estruendo de los carros, al retumbar de sus ruedas. Los padres no cuidan de sus hijos, cáenseles los brazos.
4 Es que llega el día, el día de la ruina de los filisteos; de arrancar a Tiro y a Sidón cuantos aliados les quedan todavía. Es Yave que destruye a los filisteos, a los retoños de las islas de Caftor. 5 Gaza se ha rasurado la cabeza, Ascalón está desgreñada, los retoños de Enac se hieren sin piedad.
6 ¡Oh espada de Yave! ¿Hasta cuándo no querrás cesar? Vuelve a la vaina, descansa, reposa. 7 ¿Cómo va a cesar, si es Yave quien la manda? Contra Ascalón y contra la región marítima la mandó.

Contra Moab.

48 1 Así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: ¡Ay de Nebo! Está devastada. Confundida y conquistada está Cariataím; 2 confundida y consternada Pisga; huyó la gloria de Moab. En Hesebón se trama su mal: ¡Ea!, borrémosla de entre los pueblos. También tú, Dimón, sucumbirás. La espada se vuelve contra ti.
3 Oíd: Gritos en Horonaím. Devastación, ruina inmensa. 4 Moab está destrozado. Los alaridos se oyen hasta en Segor. 5 Por la subida de Luit suben llantos, por la bajada de Horonaím bajan gritos de angustia. 6 Huíd, salvaos, corred como onagros. 7 Por haber puesto tu confianza en tus fortalezas y en tus tesoros, también tú serás tomada. Irá Camos al destierro, y con él sus sacerdotes y sus magnates. 8 Entrará el conquistador en todas las ciudades, ninguna se salvará. El valle será arrasado, el llano devastado, como lo ha dicho Yave. 9 Alzad a Moab un sepulcro, pues ha sido enteramente destruído. Sus ciudades se convertirán en desierto, sin que haya quien las habite.
10 ¡Maldito el que ejecute negligentemente la obra de Yave, maldito quien retraiga la espada de la sangre!
11 Tranquilo estuvo Moab desde su adolescencia; reposado sobre sus heces, no había sido trasegado de tinaja en tinaja, llevado al destierro. Por eso conservó su gusto y no se disipó su aroma; 12 pero ahora viene tiempo, dice Yave, en que yo le mandaré trasegadores que le trasegarán, que vaciarán las tinajas y las romperán.
13 Y será confundido Moab por Camos, como lo fué la casa de Israel por Betel, su esperanza. 14 ¿Cómo decíais: Somos valientes, hombres fuertes para la lucha? 15 El devastador de Moab sube contra él, la flor de su juventud baja para la matanza. Palabra del Rey, Yave Sebaot su nombre.
16 Ya se acerca la ruina de Moab, su mal corre velozmente. 17 Lloradle todos sus vecinos, todos los que por su fama le conocéis. Decid: ¿Cómo así ha sido roto el cetro poderoso, el báculo glorioso? 18 Desciende de tu magnificencia y siéntate en el cieno, hija de Dibón, que ya sube contra ti el devastador de Moab, que arrasará tus fortalezas. 19 Sal al camino y atalaya, habitante de Aroer; pregunta a los huídos, a los que se han salvado, ¿qué pasó?
20 Avergonzado está Moab; ha sido derrotado. Clamad, gritad, anunciadlo en el Arnón: Moab ha sido devastado. 21 Se ha cumplido el castigo contra los moradores del Helón, contra Jasa, contra Mefat 22 y contra Dibón, contra Nebo, contra Betaiblataím; 23 contra Cariataím, contra

Betgamul, contra Betmaón, [24] contra Cariot, contra Bosra, contra todas las ciudades de Moab, cercanas y lejanas. [25] El poder de Moab ha sido abatido, roto ha sido su brazo. Palabra de Yave.

[26] Emborrachadle, pues se alzó contra Yave; que vomite, y sea también el objeto de burla. [27] ¿No te burlabas de Israel, como de ladrón cogido, y hablabas de él moviendo burlonamente la cabeza? [28] Abandonad vuestras ciudades, habitantes de Moab, y refugiaros en las cuevas. Sed como la paloma bravía, que anida en los agujeros de las rocas.

[29] Conocida es la soberbia de Moab, el soberbio; su orgullo, su altanería, su arrogancia, la altivez de su corazón. [30] Yo conozco bien su jactancia, palabra de Yave, sus vanas bravatas, sus fútiles obras. [31] Por eso gimo por Moab, me lamento por Moab todo, y lloro a las gentes de Quirheres. [32] Lloro contigo más que Jazer por la vida de Sabama. Tus ramas atravesaron el mar y se extendieron hasta Jazer. Sobre tu cosecha y tu vendimia se arrojó el devastador.

[33] Huyeron de los vergeles de Moab el regocijo y la alegría. Yo he vaciado el vino de tus tinajas, no pisará ya más el lagarero. No serán ya cantos los cantos del lagar. [34] Los alaridos llegan de Hesebón, llegan hasta Eleale. Se extiende su rumor hasta Jasa, desde Segor hasta Horonaím y Eglatselisa. Sí, aun los regadíos de Nimri se secarán.

[35] Yo haré desaparecer de Moab, palabra de Yave, a los que suben a sus alturas a ofrecer incienso a sus dioses. [36] Por eso mi corazón suspira como una fronda por Moab; por las gentes de Quirheres suspira como una flauta, por la pérdida de cuantos bienes habían adquirido.

[37] Toda cabeza ha sido rapada, toda barba rasurada. Hay cilicios en todas las manos y sacos en todas las espaldas. [38] Sobre todos los terrados de Moab y en todas sus plazas hay llantos, porque he roto a Moab, como se rompe un cacharro enojoso. Palabra de Yave.

[39] ¿Cómo volvió Moab lleno de espanto las espaldas, gritando? ¿Cómo dió al yugo la cerviz vergonzosamente? Es objeto de burla y de irrisión para cuantos le rodean. [40] Por eso dice Yave: Sí, viene volando como el águila, y extiende sobre Moab sus alas. [41] Sus ciudades serán tomadas, asaltadas sus fortalezas; y entonces el corazón de los guerreros de Moab será como el de mujer en parto. [42] Y dejará Moab de ser una nación, por haberse alzado contra Yave.

[43] Terror, hoya y red contra vosotros, moradores de Moab, palabra de Yave. [44] El que escape al terror, caerá en la hoya; el que se libre de la hoya, será cogido en la red. Yo haré venir todo esto contra Moab, el día de su castigo. Palabra de Yave. [45] Se detienen a la sombra de Hesebón, extenuados por la fuga. Pero suben de Hesebón las llamas, sale el fuego de los palacios de Sijor, que devora las sienes de Moab, la coronilla de los jactanciosos.

[46] ¡Ay de ti, Moab! Acabaste, pueblo de Camos. Tus hijos y tus hijas son llevados cautivos. Pero al fin de los días yo haré volver a los cautivos de Moab. Palabra de Yave. Hasta aquí el juicio de Moab.

Contra Ammón.

49 [1] A los hijos de Ammón, así dice Yave: ¿Por ventura no tiene hijos Israel? ¿No tiene heredero? ¿Por qué, pues, Melcom ha heredado a Gad y ocupa sus ciudades? [2] Por eso viene tiempo, palabra de Yave en que yo haré oír a Rabatamón los gritos de guerra. Quedará convertido en un montón de ruinas, sus ciudades serán quemadas. Y poseerá Israel lo de sus poseedores. Palabra de Yave.

[3] ¡Grita, Hesebón! Ha sido devastada Hai. Gritad, hijas de Rabat ceñíos cilicios, llorad, corred de uno a otro lado por los apriscos, porque Melcom será llevado cautivo, y con él sus sacerdotes y sus magnates.

[4] ¿Por qué te glorias de tus valles? Muy fértiles son, hija rebelde, y confías en tu riqueza, y dices: ¿Quién vendrá contra mí? [5] Yo traeré sobre ti el terror de cuantos te rodean, palabra de Yave, y os dispersaréis cada uno por su lado, y no habrá quien reúna a los huídos. [6] Y después de esto yo haré volver la cautividad de los hijos de Ammón. Palabra de Yave.

Contra Edom.

[7] A Edom, así dice Yave Sebaot: ¿No hay sabiduría en Temán? ¿Huyó

de sus hijos el consejo? ¿Se ha desvanecido su prudencia? [8] Huid, volved las espaldas, buscad refugios profundos, habitantes de Dedán, porque se acerca la ruina de Esaú, el tiempo de su castigo. [9] Cuando vengan contra ti los viñadores, no te dejarán un racimo. Cuando de noche te asalten los ladrones, se llevarán cuanto les convenga. [10] Soy yo quien despoja a Esaú, yo descubriré sus escondites, no podrá ocultarse. Su pueblo será destruído, sus hermanos y sus vecinos dejarán de ser.

[11] Deja a tus huérfanos, que yo los haré vivir, que cuenten conmigo tus viudas. [12] Porque así dice Yave: Los que no hubieran debido beber el cáliz, han tenido que beberlo, ¿y vas a quedar tú impune? No quedarás, no, lo beberás. [13] Porque he jurado por mí mismo, palabra de Yave; soledad, objeto de horror y de oprobio será Bosra, y sus ciudades ruinas por siempre.

[14] He recibido de Yave una noticia, ha sido enviado un heraldo por los pueblos: Reunios y marchad contra él, alzaos para hacerle la guerra. [15] Yo te haré pequeño entre los pueblos, desprecio de los hombres. [16] Te ha engañado tu arrogancia, la altanería de tu corazón. Habitas en los huecos de las rocas, y escalas las crestas de los montes. Aunque pongas tan alto como el águila tu nido, de allí te haré bajar. Palabra de Yave.

[17] Edom vendrá a ser objeto de horror, el viandante se quedará estupefacto. Y contemplará sus ruinas silbando burlonamente. [18] Destruído como Sodoma y Gomorra, con sus ciudades vecinas, dice Yave. No habrá quien la habite, ni hijo de hombre que la cultive. [19] Como un león subirá desde los boscajes del Jordán a los pastos siempre verdes. En un momento los arrojaré de ellos, y estableceré allí a quien me plazca. ¿Pues quién como yo? ¿Quién podrá ponerme plazos? ¿Quién es el pastor que me hará frente?

[20] Oíd, pues, los designios de Yave contra Edom, los planes que traza contra Temán. En verdad que serán conducidos por lo más ruin del rebaño, y a su vista se espantarán sus pastizales. [21] Temblará la tierra al fragor de su ruina, y se oirán sus alaridos en el mar Rojo. [22] Como águila subirá, volará, y extenderá sus alas sobre Bosra; y el corazón de sus guerreros será entonces como el corazón de mujer en parto.

Contra Damasco.

[23] Contra Damasco: Amat y Arfad están cubiertas de vergüenza. Les ha llegado una mala nueva, se conturbaron, y se agitan como se agita el mar, y no hallan descanso.

[24] Damasco, acobardada, se dispone a la fuga; es presa del terror, siente angustias y dolores como de parturienta. [25] ¿Cómo ha quedado desierta la ciudad gloriosa, la ciudad de la alegría? [26] Por eso caerá en sus plazas su juventud, y todos sus hombres de guerra perecerán en aquel día. Palabra de Yave Sebaot. [27] Yo pegaré fuego a los muros de Damasco, que consumirá los palacios de Benadad.

Contra los árabes.

[28] Contra Cedar y el reino de Jasor, que destruyó Nabucodonosor, rey de Babel, así dice Yave: Levantaos, marchad contra Cedar y devastad a los hijos del oriente. [29] Y se apoderarán de sus tiendas y de sus ganados, de sus tapices, de todos sus utensilios, de sus camellos, y esparcirán el terror en torno suyo.

[30] Huid, escapad a toda prisa, buscad escondidos refugios, habitantes de Jasor. Palabra de Yave. Porque Nabucodonosor, rey de Babel, ha trazado contra vosotros sus planes y está haciendo proyectos contra vosotros.

[31] Alzaos, marchad contra una gente tranquila y confiada, palabra de Yave, que no tiene puertas ni cerrojos y habita aislada. [32] Serán el botín sus camellos y la presa sus ganados. Yo dispersaré a todos los vientos a esos sienes rapadas, y de todos sus confines haré venir sobre ellos la ruina. Palabra de Yave. [33] Y se convertirá Jasor en guarida de dragones, y quedará por siempre desierta. No morará en ella nadie, ni la habitará hijo de hombre.

Contra Elam.

[34] Palabra de Yave a Jeremías, profeta, acerca de Elam, que le fué dirigida al comienzo del reinado de Sedecías, rey de Judá:

35 Así dice Yave Sebaot: Yo romperé el arco de Elam, el fundamento de su fuerza. 36 Yo desencadenaré contra Elam los cuatro vientos de los cuatro confines del cielo. A todos estos vientos los dispersaré, y no habrá nación que no vea llegar a ella a los fugitivos de Elam. 37 Yo haré temblar a Elam, ante sus enemigos, ante los que buscan su vida. Yo haré venir sobre ellos el mal, el furor de mi cólera. Palabra de Yave. Yo mandaré en su persecución la espada hasta destruirlos. 38 Yo pondré mi trono sobre Elam, y haré perecer al rey y a sus grandes. Palabra de Yave. 39 Pero al fin de los días haré volver a los cautivos de Elam. Palabra de Yave.

Contra Babel.

50 1 Palabras que dirigió Yave a Jeremías, profeta, acerca de Babel y de la tierra de los caldeos: 2 Anunciadlo a las gentes, pregonadlo, alzad bandera, publicadlo, no lo calléis: Cayó Babel, lleno de vergüenza está Bel, vencido está Marduc, confundidos sus ídolos, abatidos sus dioses (1).

3 Del septentrión avanza contra ella un pueblo que hará de su tierra soledad en que no habitará nadie; hombres y ganados huyeron, desaparecieron. 4 Entonces, en aquellos días, vendrán los hijos de Israel, y con ellos los hijos de Judá. Seguirán su camino llorando, y buscarán a Yave, su Dios. 5 Preguntarán por el camino de Sión, y se volverán hacia ella sus rostros: «Vamos y liguémonos con Yave, con pacto eterno que no se olvide jamás.»

6 Rebaño descarriado ha venido a ser mi pueblo. Sus pastores le engañaron, y le hicieron vagar por los montes. Anduvieron de monte en collado, se olvidaron del aprisco. 7 Cuantos los hallaron los devoraban, y se decían sus enemigos. No hay delito en ello, porque han pecado contra Yave, sede de la justicia. Contra Yave, firme esperanza de sus padres.

8 Huíd del recinto de Babel, de la tierra de los caldeos. Sed como cabestros a la cabeza del ganado, 9 porque voy a suscitar y a lanzar contra Babel un gran conglomerado de muchas gentes del norte, que la asediarán y la tomarán. Sus saetas, como de guerreros adiestrados, no errarán el blanco. 10 Y será dada la Caldea al pillaje, y se hartarán los conquistadores de sus despojos. Palabra de Yave.

11 Alegraos ahora, regocijaos, despojadores de mi heredad. Saltad como novilla sobre la hierba, relinchad como sementales. 12 Grande será la confusión de vuestra madre, grande la vergüenza de la que os engendró. Será la última de las naciones, un desierto, soledad, sequedad. 13 La ira de Yave la dejará deshabitada, la convertirá en soledad; cuantos pasen por Babel se espantarán, y silbarán contra ella su total destrucción.

14 Aprestaos contra Babel y sus contornos cuantos tendéis el arco. Combatidla, no escatiméis las saetas, porque pecó contra Yave. 15 Lanzad de todas partes contra ella el grito de guerra; en todas partes se rinde. Cayeron sus torres, han sido arrasados sus muros. Es la venganza de Yave. Vengaos de ellos, haced con ella lo que ella hizo (1). 16 Dispersad de Babel a los sembradores y a los que siegan al tiempo de la cosecha. Ante la espada devastadora, cada uno se volverá a su pueblo, cada uno huirá a su tierra.

17 Israel es un rebaño disperso, leones le dispersaron. Primero le devoró el rey de Asur; luego Nabucodonosor, rey de Babel, le rompió los huesos. 18 Por eso, así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: Yo castigaré al rey de Babel, y su tierra como castigué al rey de Asur. 19 Y traeré a Israel a sus pastizales, y se apacentará en el Carmelo y en Basán, y se saciará en el monte de Efraím y en Galad. 20 Entonces, en aquellos días, se buscará la iniquidad de Israel y no se hallará, el pecado de Judá y no parecerá, porque yo seré propicio a los que queden.

21 Sube, ¡oh espada!, contra la tierra de Merotaím, y contra los habitantes de Pecod. Espada, acuchilla

(1) Bel era el dios nacional de la antigua Nippuar; Marduc, el de la antigua Babel. Cuando ésta logró la hegemonía política, Marduc vino a ser el principal dios tutelar de Babilonia, y Bel fué llamado Bel-Marduc, y así Jeremías les llama Bel y Marduc.

(1) Es el logro del anhelo expresado por e autor del Sal. 137, «dichoso quien te dé tu pago, el que a nosotros nos diste tú».

y mata tras ellos, palabra de Yave, y haz cuanto yo te he mandado.
22 Estruendo de guerra en la tierra, inmensa ruina. 23 ¿Cómo has sido roto en pedazos, martillo de toda la tierra? ¿Cómo has venido a ser Babel, horror de las gentes? 24 Soy yo quien te ha tendido la red, y sin darte cuenta quedaste presa en ella. No lo dudes, Babel; estás cogida, has sido apresada, porque provocaste a Yave. 25 Yave abrió sus arsenales, ha sacado las armas de su cólera. Porque tenía un quehacer Yave Sebaot en la tierra de los caldeos. 26 Venid de los últimos confines contra ella, abrid sus graneros, haced de ella montones como de gavillas, y destruid, que no quede nada. 27 Matad todos sus toros, que vayan al matadero. ¡Ay de ellos! Les llegó su día, el día de su castigo.
28 Rumor de tumulto de los fugitivos, de los que escapan de la tierra de Babel. Anunciad en Sión la venganza de Yave, nuestro Dios, la venganza de su templo. 29 Convocad contra Babel a cuantos tienden el arco; cercadla, que no escape nadie, dadle su merecido. Haced con ella como ella hizo. Pues se irguió contra Yave, contra el Santo de Israel. 30 Por eso caerá en sus plazas su juventud, y todos sus hombres de guerra perecerán aquel día.
31 Heme aquí contra ti, insolente, palabra del Señor, Dios Sebaot, palabra de Yave; ha llegado tu día, el día de tu castigo. 32 Vacila la insolente. Caerá, y nadie podrá ya levantarla. Yo pegaré fuego a sus ciudades, que las consumirá con todos sus alrededores.
33 Así dice Yave Sebaot: Los hijos de Israel viven en la opresión, y con ellos los hijos de Judá. Cuantos los hicieron esclavos los retienen y rehusan soltarlos; 34 Pero su libertador es fuerte, se llama Yave Sebaot, él sabrá defender su causa, conmoviendo la tierra, para dar reposo a la tierra y confusión a los habitantes de Babel.
35 ¡Espada contra los caldeos! Palabra de Yave, y contra los moradores de Babel, contra sus grandes y contra sus sabios. 36 Espada contra sus mentirosos adivinos, que serán tenidos por necios. Espada contra sus hombres de guerra, que se llenarán de pavor. 37 Espada contra sus caballos y contra sus carros, y contra todo el pueblo, contra sus habitantes, que se harán como mujeres. Espada contra sus tesoros, que serán saqueados. 38 Espada contra sus aguas, que se secarán, porque es tierra de ídolos y se vuelven locos con sus terrizos. 39 Por eso se convertirá en cubil de dragones y chacales, en morada de avestruces Y no será más habitada y poblada por siglos, ni reedificada por generaciones y generaciones. 40 Como destruyó Yave a Sodoma y a Gomorra y las ciudades vecinas, no habitará hombre en ella, ni morará en ella hijo de hombre.
41 Ya viene del norte un pueblo, un pueblo grande con muchos reyes. Se alza desde los confines de la tierra. 42 Empuñan el arco y el venablo, son crueles y sin piedad. Su estrépito es como el mugido del mar; montan caballos, vienen con todos los pertrechos de guerra contra ti, hija de Babel. 43 El rey de Babel ha recibido la noticia, se le han caído los brazos, es presa de la angustia y de dolores como mujer en parto.
44 Vedle, se lanza como león que sube de los boscajes del Jordán a los pastos siempre verdes. En un momento quedan desiertos, y estableczo allí a quien me place. ¿Pues quién como yo? ¿Quién me resistirá? ¿Quién es el pastor que podrá oponérseme? 45 Oíd, pues, los designios de Yave contra Babel, sus planes contra la Caldea. Irán conducidos por lo más ruin del rebaño, y a su vista los pastizales se asombrarán. 46 Al rumor de la conquista de Babel temblará la tierra, sus ecos repercutirán en las naciones.

51 1 Así dice Yave: Yo voy a suscitar contra Babel y contra los habitantes de la Caldea el espíritu destructor; 2 y mandaré contra Babel bieldadores que la bielden, que harán evacuar su tierra, y vendrán de todas partes contra ella el día de su miseria. 3 No deje, pues, el arquero su arco de la mano, ni se desciña la malla. No perdonéis a su juventud, exterminad todo su ejército. 4 Que caigan muertos sobre la tierra de Caldea, traspasados en sus plazas. Pues ese pueblo está lleno de iniquidades ante el Santo de Israel. 5 No son ya Israel ni Judá ex viudas de su Dios, de Yave Sebaot.
6 Huid de Babel, salve cada uno

su vida, no perezcáis por su iniquidad. Es el tiempo de la venganza de Yave; va a darle su merecido. 7 Era Babel como cáliz de oro en manos de Yave. Sirvió para embriagar a toda la tierra; los pueblos bebieron de su vino y enloquecieron (1). 8 De repente Babel ha caído y se ha roto; gemid por ella. Id en busca de bálsamo para su herida, a ver si sana. 9 Hemos querido curarla, pero no se ha curado; dejémosla. Vámonos cada uno a nuestra tierra, porque sube su maldad hasta los cielos y se eleva hasta las nubes.

10 Yave ha hecho justicia a nuestra causa; venid, anunciemos en Sión la obra de Yave, nuestro Dios. 11 Afilad las saetas, llenad las aljabas, Yave ha excitado el espíritu del rey de los medos. Tiene contra Babel un proyecto: destruirla. Es la venganza de Yave, la venganza de su templo.

12 Alzad las banderas sobre los muros de Babel, estrechad el cerco, poned centinelas y disponed emboscadas; porque hará Yave como lo pensó, todo cuanto ha dicho contra los habitantes de Babel. 13 Tú que te sientas entre grandes canales, rica de tesoros, ha venido tu fin, la medida a que cortar el hilo de tu vida. 14 Por sí mismo lo juró Yave Sebaot: Te inundaré de hombres, más en número que las langostas, que lanzarán contra ti sus gritos de triunfo.

15 El con su poder ha hecho la tierra, con su sabiduría cimentó el orbe, y con su inteligencia tendió los cielos. 16 A su voz se congregan las aguas del cielo, él hace subir las nubes desde los confines de la tierra; hace brillar el rayo entre la lluvia, y saca los vientos de sus escondrijos.

17 Embrutecióse el hombre sin conocimiento; los orífices se cubrieron de ignominia, haciendo sus ídolos, pues no funden sino vanidades, que no tienen vida, 18 nada, obra ridícula. El día de la cuenta perecerán.

19 No es como ésta la herencia de Jacob, sino el creador de todas las cosas; su nombre es Yave Sebaot, e Israel es su pueblo. 20 Tú me serviste de maza de guerra. En ti y por ti aplasté pueblos; en ti y por ti destruí reinos; 21 en ti y por ti aplasté al caballo y al caballero; en ti y por ti aplasté al carro y al conductor; 22 en ti y por ti aplasté a hombres y mujeres; en ti y por ti aplasté a viejos y niños; en ti y por ti aplasté a mozos y doncellas; 23 en ti y por ti aplasté al pastor y a su rebaño; en ti y por ti aplasté al labrador y a su yunta; en ti y por ti aplasté a gobernantes y jueces.

24 Pero yo devolveré a Babel y a todos los habitantes de la Caldea todo el mal que a vuestros ojos hicieron ellos a Sión. 25 Heme aquí contra ti, monte de destrucción, palabra de Yave, que destruyó toda la tierra. Yo extenderé mi mano sobre ti y te haré rodar desde lo alto de las rocas, y haré de ti mi horno encendido. 26 No se sacará más de ti una piedra angular ni una piedra de cimiento. Serás siempre ruina. Palabra de Yave.

27 Alzad bandera en la tierra, tocad las trompetas en los pueblos, santificad para la guerra contra ella a las gentes, convocad contra ella los reinos de Azarat, de Menni y de Ascenez. Nombrad contra ella jefes, lanzad contra ella los caballos, como espesa nube de langostas. 28 Santificad para la guerra contra ella a las naciones, a los reyes de Media, a sus jefes, a todos sus gobernantes y a todo el pueblo de su jurisdicción.

29 La tierra toda tiembla y se estremece, porque va a cumplirse el designio de Yave contra Babel, de hacer de ella un desierto inhabitable. 30 Los guerreros de Babel no luchan ya en campo abierto, se han encerrado en las fortalezas. Han perdido su valor, se han vuelto mujeres. 31 Se ve correr a los correos uno tras otro, uno tras otro a los mensajeros, para anunciar al rey de Babel que su ciudad está tomada del uno al otro extremo. Sus casas están ardiendo, sus puertas han sido rotas. 32 Los vados ocupados, los cañaverales están ardiendo, y los hombres de guerra abatidos.

33 Porque así dice Yave Sebaot, Dios de Israel: La hija de Babel es como una era cuando se apisona para la trilla; bien pronto le llegará el tiempo de la recolección. 34 El rey de Babel me devoró, me consumió, me dejó como vaso vacío. Me tragó como dragón, y llenó su vientre de mis bocados más suculentos.

(1) Babel, como instrumento de la ira de Dios, desoló y oprimió a muchos pueblos, dándoles a beber el cáliz de la ira del Señor; pero también para ella ha llegado la hora, y a su vez ha de beberlo.

35 Sean sobre Babel mis carnes destrozadas, dirá Sión. Caiga mi sangre
sobre los habitantes de la Caldea,
dirá Jerusalén. 36 Por eso así dice
Yave: Yo tomaré por mi cuenta tu
causa; yo te vengaré, yo secaré su
mar y cegaré sus manantiales; 37 y se
convertirá Babel en un montón de
ruinas, en cubil de dragones, objeto
de horror y de sarcasmo.
38 Todos a una rugen como leones,
gruñen como cachorros de leona.
39 En su fiebre yo les prepararé la
bebida, los embriagaré para que des-
fallezcan y duerman el sueño eterno,
de que no despertarán. Palabra de
Yave. 40 Yo los llevaré al matadero,
como corderos, como carneros y
chivos. 41 ¿Cómo ha sido cogido
Sesac? ¿Cómo ha sido conquistada
la gloria de toda la tierra? ¿Cómo ha
venido a ser Babel objeto de horror
entre los pueblos?
42 Ha subido el mar contra Babel,
la ha sumergido bajo el cúmulo de
sus olas. 43 Sus ciudades han sido
devastadas; tierra árida y desierta,
que nadie habitará, por la que nadie
transitará. 44 Yo me ensañaré contra
Bel en Babel. Yo le haré vomitar
por la boca cuanto engulló. Ya no
concurrirán más a él las gentes.
Caerán también las murallas de Babel.
45 Sal de ella, pueblo mío. Salve cada
cual su vida, ante el furor de la cólera
de Yave.
46 No os turbéis ni temáis por los
rumores que se esparcirán por la
tierra. Un año correrá un rumor y el
otro otro, dominará en la tierra la
opresión, un tirano contra otro tirano.
47 Por eso vienen días en que yo
me ensañaré contra los ídolos de
Babel, y toda la tierra se cubrirá
de vergüenza, y sus muertos que-
darán sobre ella. 48 Y cielos y tierra
y cuanto hay en ellos aplaudirán
lo sucedido a Babel. Del norte ven-
drán sus devastadores. Palabra de
Yave.) 49 Por los muertos de Israel
caerá Babel, como por Babel cayeron
los muertos de toda la tierra. 50 Los
que hayáis podido escapar a la espada,
partid, no os detengáis. En la tierra
lejana acordaos de Yave, que vuelva
Jerusalén a vuestra memoria.
51 Estamos llenos de vergüenza,
hemos sido ultrajados, nuestro rostro
se cubre de confusión. Entraron ex-
tranjeros en el santuario del templo
de Yave. 52 Por eso vienen días,
palabra de Yave, en que yo des-
truiré sus ídolos, y por toda su tierra
se oirá el gemir de los heridos.
53 Aunque se alzase Babel hasta el
cielo, e hiciera inaccesibles por lo
altas sus murallas, vendrán contra
ella devastadores traídos por mí.
Palabra de Yave.
54 Oyense los alaridos de Babel,
ruina grande en la tierra de los cal-
deos. 55 Porque devasta Yave a Babel
y pone fin a su gran jactancia; y
mugen sus olas como aguas desbor-
dadas, retumban con estruendo,
56 porque ha venido contra ella el
devastador. Son apresados sus gue-
rreros, rotos sus arcos, porque es
Yave, Dios de retribuciones, y les
dará su merecido.
57 Y emborracharé a sus grandes,
a sus sabios, a sus jefes, a sus magis-
trados, a sus guerreros, y dormirán
un sueño eterno, del que no des-
pertarán. Palabra del Rey, Sebaot su
nombre. 58 Así dice Yave Sebaot:
La ancha muralla de Babel será
enteramente arrasada, sus altas puer-
tas quemadas; trabajaron en vano
tantas gentes, para el fuego.
59 Misión que encomendó Jeremías,
profeta, a Saraía, hijo de Nerías,
hijo de Masaía, al ir éste a Babilonia
con el rey Sedecías, el cuarto año
de su reinado. Saraía era entonces
gran intendente. 60 Escribió Jeremías
en un volumen todo el mal que había
de venir contra Babel, cuanto había
escrito contra Babilonia. 61 Y dijo
Jeremías a Saraía: Cuando llegues a
Babel, lee en voz alta todo esto;
62 y dirás: Yave, tú has hablado de
destruir este lugar, sin que haya ni
hombre ni ganado que lo habite,
hecho perpetua soledad. 63 Cuando
hayas acabado de leerlo, le atarás
una piedra y lo arrojarás en medio
del Eufrates, 64 diciendo: Así se
sumergirá Babel, sin alzarse ya más
del estrago y la destrucción que yo
traeré sobre ella. Hasta aquí las
palabras de Jeremías.

Cumplimiento de la profecía de Jeremías contra Jerusalén.

52 1 A la edad de veintiún años
comenzó a reinar Sedecías, y
reinó once años en Jerusalén. Su
madre fué Amital, hija de Jeremías,
de Lobna. 2 Hizo mal a los ojos de
Yave, como lo había hecho Joaquim,
3 encendiendo la cólera de Yave

contra Jerusalén y contra Judá, hasta hacer que los arrojase de su presencia. Sedecías se rebeló contra el rey de Babel. [4] Y sucedió que el año nono de su reinado, el décimo mes, el diez del mes, vino Nabucodonosor, rey de Babel, con todo su ejército contra Jerusalén; la cercó, levantó bastidas contra ella en derredor; [5] y estuvo sitiada la ciudad hasta el año undécimo del rey Sedecías. [6] El mes cuarto, a nueve del mes, se apoderó el hambre de la ciudad, y no había en ella ya nada que comer. [7] Abrieron brecha en los muros, y todos los hombres de guerra huyeron, saliendo de la ciudad de noche, por el camino de la puerta entre ambos muros, que está junto a los jardines reales, mientras los caldeos rodeaban la ciudad. Tomaron el camino que conduce al Araba. [8] El ejército caldeo persiguió al rey, dándole alcance en las llanuras bajas de Jericó, y todas sus tropas le abandonaron y se dispersaron. [9] Cogieron al rey, y le llevaron ante el rey de Babel, en Ribla, en la tierra de Hamat, donde le juzgó. [10] El rey de Babel hizo degollar a los hijos de Sedecías a la vista de éste, e igualmente a los grandes de Judá, en Ribla. [11] A Sedecías le hizo sacar los ojos y le cargó de cadenas de bronce, para conducirle a Babel, donde le tuvo encarcelado hasta el día de su muerte. [12] El quinto mes, el día diez del mes, que es el año décimonono de Nabucodonosor, rey de Babel, vino Nebusaradán, jefe de la guardia real, ministro del rey de Babel, a Jerusalén, [13] y puso fuego al templo y al palacio del rey y a todas las casas de Jerusalén, quemando principalmente todas las casas grandes; [14] y el ejército de los caldeos que estaba con el jefe de la guardia arrasó toda la muralla que rodeaba a Jerusalén. [15] Los pobres del pueblo y del resto del vulgo que habían quedado en la ciudad, los prófugos que se habían pasado al rey de Babel, y el resto de los artesanos, los llevó Nebusaradán, jefe de la guardia, [16] dejando sólo de los pobres de la tierra, viñadores y labradores. [17] Rompieron también las columnas de bronce que había en el templo, las basas y el mar de bronce del templo, y se llevaron todo el bronce a Babel. [18] Cogieron los calderos, las palas, los cuchillos, las copas, las cucharas y todos los utensilios del culto. [19] Igualmente tomó el jefe de la guardia los pilones, los braseros, las copas, las calderas, los candelabros, las cucharas y los platos; todo cuanto era de oro, por oro, o de plata, por plata; [20] las dos columnas, el mar de bronce y los doce toros de bronce y las basas que había hecho el rey Salomón para el templo, de un peso incalculable. [21] Las columnas eran de dieciocho codos de altura cada una, doce de anchura, y tenían cuatro dedos de grueso, pues eran huecas por dentro. [22] Tenía cada columna su capitel de bronce, de cinco codos de alto; todo en torno de los capiteles había un entretejido con granadas, todo de bronce. Lo mismo la otra columna. [23] Eran noventa y seis las granadas pendientes, ciento entre todas, sobre el entretejido en derredor. [24] Y se llevó el jefe de la guardia a Saraía, sumo sacerdote, y a Sofonías el segundo, y a los tres prefectos del vestíbulo. [25] De la ciudad llevó a un eunuco intendente de las gentes de guerra, a siete de los consejeros íntimos del rey, que estaban en la ciudad, al secretario del jefe del ejército, encargado de la recluta, y sesenta más del pueblo, que se hallaban en la ciudad. [26] Y los llevó Nebusaradán, jefe de la guardia, ante el rey de Babel, en Ribla; [27] y el rey de Babel los hizo matar en Ribla, en tierra de Emat, y Judá fué deportado de su tierra. [28] Estos son los que deportó Nabucodonosor: El año séptimo de su reinado, tres mil veintitrés judíos; [29] el año dieciocho, ochocientos treinta y dos almas; [30] el año veintitrés de Nabucodonosor deportó Nebusaradán, jefe de la guardia, setecientas cuarenta y cinco almas; entre todos, pues, cuatro mil seiscientas almas. [31] Y sucedió que en el año treinta y siete de la deportación de Joaquim, rey de Judá, en el duodécimo mes, el día veinticinco de él, Evilmerodac, rey de Babel, el año del comienzo de su reinado, hizo gracia a Joaquim, rey de Judá, y le sacó de la prisión. [32] Le habló benévolamente, y puso su silla sobre las de los otros reyes que estaban con él en Babel. [33] Dejó sus vestidos de preso y comió ya siempre a la mesa del rey, por todos los días de su vida. [34] Todo cuanto necesitaba para su mantenimiento se lo dio día por día hasta el de su muerte

INTRODUCCION A LAS LAMENTACIONES DE JEREMIAS

No es el texto hebreo, sino la versión griega, la que atribuye estos cantos a Jeremías, y en ese testimonio se debe fundar principalmente la tradición que señala a Jeremías como autor de ellos. Son las Lamentaciones cuatro cantos alfabéticos, seguidos de una oración, cuyo tema es la soledad y ruina de Jerusalén destruida por los caldeos. Tales composiciones eran usuales en Oriente, y sabemos que Jeremías dedicó unas lamentaciones a la muerte de Josías. Su ministerio profético en los últimos años de Judá, el amor intenso que hacia su pueblo sentía y lo mucho que trabajó por apartar de él las amenazas divinas, hacen de Jeremías el más apto cantor de las penas de Judá y le señalan como autor de estos tiernos cantos. Muchos críticos, sin embargo, no se dejan convencer por estas razones, y alegan otras, no decisivas, en contra de tal atribución. Todo esto ni pone en duda la inspiración divina, ni aminora el mérito literario de estas endechas, que tan solemnemente resuenan en las iglesias cristianas en los días de la Semana Santa, para llorar la ruina espiritual de Israel.

LAMENTACIONES

1 [1] Alef: ¿Cómo se sienta en soledad
la ciudad populosa, es como viuda la grande entre las naciones, la
señora de provincias ha sido hecha
tributaria?
[2] Bet.—Llora amargamente en la
noche, y corre el llanto por sus mejillas. No tiene entre todos sus amadores quien la consuele. La fallaron
todos sus amigos, y se le volvieron
enemigos.
[3] Guímel.—Emigró Judá a causa
de la aflicción y de la gran servidumbre. Mora entre las gentes sin
hallar reposo. Todos sus perseguidores la dieron alcance y la estrecharon.
[4] Dálet.—Los caminos de Sión están
en luto, por no haber quien venga a
las solemnidades. Todas sus puertas
por los suelos; sus sacerdotes gimiendo; sus vírgenes escuálidas, y
ella llena de amargura.
[5] He.—Prevalecieron sus enemigos
y prosperaron los que la aborrecían,
pues la afligió Yave por la muchedumbre de sus rebeldías. Sus niños
fueron a la cautividad delante del
enemigo.
[6] Vau.—Perdió la hija de Sión toda
su gloria. Sus príncipes fueron como
ciervos que no hallan pastos, y huyeron sin fuerzas ante el perseguidor.
[7] Zain.—Cuando cayó su pueblo en
manos del enemigo, sin que nadie
le ayudase, en los días de su aflicción
y de su vivir errante, acordóse Jerusalén de todos los bienes que de

antiguo tuvo. Miráronla sus enemigos, y se burlaron de su caída.
8 Jet.—Muchos son los pecados de Jerusalén; por eso fué objeto de aversión. Cuantos antes la honraron la desprecian, viendo su desnudez, y ella misma suspira y vuelve su rostro.
9 Tet.—Su inmundicia manchaba sus vestiduras, y no se cuidaba de su fin; y cayó de modo sorprendente, sin que nadie la consolara. Mira, ¡oh Yavel, mi aflicción, mira la arrogancia del enemigo.
10 Yod.—Echó mano el enemigo a todo lo precioso; vió penetrar en su santuario a las gentes, de las cuales mandaste que no entrasen en tu congregación.
11 Caf.—Todo su pueblo va suspirando en busca de pan. Han dado cuanto tenían de precioso para mantener la vida. Mira, ¡oh Yavel, y ve cuán abatida estoy.
12 Lámed.—¡Oh vosotros, cuantos por aquí pasáis: Mirad, y ved si hay dolor comparable a mi dolor, al dolor con que yo soy atormentada! Afligióme Yave en el día de su ardiente cólera.
13 Mem.—Mandó desde lo alto contra mí un fuego que consume mis huesos; tendió a mis pies una red, y me hizo caer hacia atrás, y me arrojó en la desolación, consumida sin cesar por la tristeza.
14 Nun.—Ató con sus manos el yugo de mis iniquidades. Entretejidas, me fueron puestas sobre la cerviz, y me entregó Yave en manos a que no puedo resistirme.
15 Sámec.—Echó a tierra Yave a todos mis guerreros en medio de mí. Reunió contra mí un ejército, para exterminar a mis mancebos. Como en lagar ha pisado el Señor a la virgen, hija de Judá.
16 Ayin.—Por eso lloro y manan lágrimas mis ojos, y se alejó de mí todo consuelo que aliviase mi alma. Mis hijos han sido destruídos al triunfar el enemigo.
17 Pe.—Tiende Sión sus manos, pero nadie la consuela. Dió Yave contra Jacob órdenes a los enemigos que le rodeaban, y Jerusalén fué para ellos objeto de abominación.
18 Sade.—Justo es Yave, pues yo fuí rebelde a sus mandatos. Oíd, pueblos todos, y ved mi dolor. Mis doncellas y mis mancebos han ido al cautiverio.
19 Qof.—Llamé a voces a mis amigos, pero me engañaron. Mis sacerdotes y mis ancianos perecieron en la ciudad, buscando comida con que sostener sus vidas.
20 Res.—Mira, ¡oh Yavel, mi angustia. Mis entrañas rugen, mi corazón se revuelve dentro de mí, por haber sido rebelde. Fuera hizo estragos la espada; dentro, la mortandad.
21 Sin.—Oyen mis gemidos, y nadie me consuela; todos mis enemigos han sabido mi desgracia, y todos se alegran de lo que has hecho. Haz venir el anunciado día, y que sean como yo.
22 Tau.—Que se ponga a tus ojos toda su maldad, y trátalos como me has tratado a mí por mis rebeldías, porque son muchos mis suspiros y está muy dolorido mi corazón.

2 1 Alef.—¿Cómo oscureció el Señor en su ira a la hija de Sión, precipitó del cielo a la tierra la magnificencia de Israel, y no se acordó del escabel de sus pies el día de su ira?
2 Bet.—Destruyó el Señor sin piedad todas las moradas de Jacob; derribó en su furor las fortalezas de la hija de Judá, echólas por tierra, y deslució el reino y a sus príncipes.
3 Guímel.—Abatió en el furor de su ira toda la potencia de Israel, retiró de él su diestra frente al enemigo, y encendió en Jacob ardorosas llamas, que de todos lados le devoran.
4 Dálet.—Tendió contra él su arco, cual enemigo; afirmó hostilmente su diestra, y destruyó cuanto era agradable a la vida, y derramó como fuego su ira, sobre la tienda de la hija de Sión.
5 He.—Ha obrado el Señor como enemigo; ha devorado a Israel, destruyó todos sus palacios, derribó sus fortalezas, y llenó a la hija de Judá de llantos y gemidos.
6 Vau.—Devastada como se devasta una tienda, destruyó el hogar de sus asambleas, hizo cesar en Sión las festividades y los sábados, y en su violenta cólera rechazó al rey y al sacerdote.
7 Zain.—Desdeñó el Señor su altar, menospreció su santuario, y entregó a manos del enemigo los muros de sus palacios. Resonaron los gritos en la casa de Yave, como en día de fiesta.
8 Jet.—Resolvió Yave destruir los muros de la hija de Sión; echó las cuerdas, y no retiró su mano hasta

destruirla, sumergiendo en el luto antemuros y muros, que gimen todos juntamente.

9 Tet.—Sus puertas fueron echadas a tierra; destruyó, quebrantó los cerrojos, su rey y sus príncipes están entre las gentes; no hay ley, y tampoco sus profetas reciben de Yave visión.

10 Yod.—Los ancianos de la hija de Sión se sientan en tierra, mudos, vestidos de saco, cubierta la cabeza, y las vírgenes de Jerusalén inclinan a tierra sus cabezas.

11 Caf.—Mis ojos están consumidos por las lágrimas, mis entrañas hierven, derrámase en tierra mi hígado, ante el desastre de la hija de mi pueblo, al ver desfallecer a los niños, aun los de pecho, en las calles de la ciudad.

12 Lámed.—Decían a sus madres: ¿Dónde está el trigo y el vino? Y caían como heridos en las calles, dando el alma en el regazo de sus madres.

13 Mem.—¿Qué te diré yo? A quién te compararé, hija de Jerusalén? ¿Quién hallar semejante a ti, para poder consolarte, virgen hija de Sión? Tu quebranto es grande como el mar, ¿Quién podrá curarte?

14 Nun.—Tus profetas te anunciaron visiones vanas y mentirosas; no pusieron al desnudo tus iniquidades, para evitar así tu cautiverio, sino que te anunciaron grandezas vanas y falaces.

15 Sámec.—Cuantos pasan baten palmas por ti, silban y menean la cabeza contra la hija de Jerusalén: ¿Es ésta la ciudad que decían del todo hermosa, la delicia de toda la tierra?

16 Pe.—Todos tus enemigos abren la boca contra ti, silban y dentellean contra ti, y dicen: La hemos devorado, es el día que esperábamos, ya llegó, ya lo vimos.

17 Ayin.—Ha realizado Yave en ti lo que había decretado; ha cumplido la palabra que de antiguo dió, ha destruído sin piedad; te ha hecho el gozo de tus enemigos, ha robustecido a los que te aborrecían.

18 Sade.—Claman al Señor sus corazones, pero nada. ¡Oh muralla de la hija de Sión, derrama día y noche lágrimas a torrentes, no te des reposo, no descansen las niñas de tus ojos!

19 Qof.—Levántate y gime al comienzo de las vigilias de la noche; derrama como agua tu corazon en la presencia del Señor; alza a él tus manos por la vida de tus pequeñuelos.

20 Res.—Mira, ¡oh Yave!, y considera a quién has tratado así. ¿Está bien que las madres hayan de comer el fruto de sus entrañas, los niños que amamantan? ¿Que de sacerdotes y profetas se haga cruel matanza en el santuario del Señor?

21 Sin.—Niños y viejos yacen por tierra en las calles. Mis doncellas y mis mancebos cayeron al filo de la espada. Has matado en el día de tu ira, has degollado sin piedad.

22 Tau.—Llamaste como a solemnidad de todas partes el terror contra mí; no hubo en el día de la cólera de Yave quien escapase ni quedase con vida. Aquellos que yo crié y mantuve, los acabó el enemigo.

3 1 Alef.—Yo soy hombre que ha visto la miseria, bajo el látigo de su furor. 2 Alef.—Llevóme y me metió en tinieblas, sin luz alguna. 3 Alef.—Todo el día vuelve y revuelve su mano contra mí.

4 Bet.—Ha hecho envejecer mi carne y mi piel, ha quebrantado mis huesos. 5 Bet.—Ha levantado contra mí un muro, me ha cercado de veneno y de dolor. 6 Bet.—Me hace habitar en tinieblas, como los ya de mucho tiempo muertos.

7 Guímel.—Me cercó por todos lados sin dejarme salida; me puso pesadas cadenas. 8 Guímel.—Y aunque clamo y voceo, no se hace accesible a mi oración. 9 Guímel.—Cerró mis caminos con sillares de piedra, torció todos mis senderos.

10 Dálet.—Fué para mí como oso en acecho, como león en escondrijo. 11 Dálet.—Me hizo caer en emboscadas, me despedazó, me asoló. 12 Dálet.—Tendió su arco, y me puso por blanco de sus saetas.

13 He.—Clavó en mis lomos las flechas de su aljaba. 14 He.—Soy el escarnio de los pueblos todos, su cantinela de todo el día. 15 He.—Me hartó de amarguras, me embriagó de ajenjo.

16 Vau.—Rompióme los dientes con una piedra, cubrióme de ceniza. 17 Vau.—Me robó la paz, ya no gozo de bien alguno. 18 Vau.—Así que me digo: Se acabaron mis fuerzas, ya para mí no hay esperanza en Yave.

19 Zain.—Cuando pienso en mi miseria y en mi aflicción, en el ajenjo y en el veneno. 20 Zain.—Cuando me acuerdo, se abate mi alma dentro

de mí. 21 Zain.—Quiero traer a la memoria lo que puede darme esperanza.
22 Jet.—No se ha agotado la misericordia de Yave, no ha llegado al límite su compasión. 23 Jet.—Se rènuevan cada día. ¡Oh! Es muy grande tu fidelidad. 24 Jet.—Yave es mi parte, dice mi alma, por eso quiero esperar en él.
25 Tet.—Es bueno Yave para los que en él esperan, para el alma que le busca. 26 Tet.—Y es bien esperar, callando, el socorro de Yave. 27 Tet.—Bueno es al hombre soportar el yugo desde la mocedad.
28 Yod.—Sentarse en soledad y en silencio, porque es Yave quien lo dispone; 29 Yod.—Poner su boca en el polvo, y no perder toda esperanza. 30 Yod.—Dar la mejilla al que la hiere, hartarse de oprobios.
31 Caf.—Porque el Señor no desecha para siempre. 32 Caf.—Sino que después de afligir, se compadece según su gran misericordia. 33 Caf.—Porque no aflige por gusto, ni de grado acongoja a los hijos de los hombres.
34 Lámed.—Aplastar con los pies a los cautivos todos, 35 Lámed.—violar la justicia y la humanidad a los ojos del Altísimo. 36 Lámed.—hacer tuerto a uno en su causa, ¿no ha de verlo el Señor?
37 Mem.—¿Quién podrá decir que una cosa sucede sin que la disponga el Señor? 38 Mem.—¿No es de la voluntad del Altísimo de donde proceden los males y los bienes? 39 Mem. ¿Por qué, pues, ha de lamentarse el viviente? Laméntese más bien cada uno de sus pecados.
40 Nun.—Escudriñemos nuestros caminos, examinémoslos, y convirtámonos al Altísimo. 41 Nun.—Alcemos nuestro corazón y nuestras manos a Dios, que está en los cielos. 42 Nun.—Hemos pecado, hemos sido rebeldes, y no nos perdonaste.
43 Sámec.—Desencadenaste tu ira y nos perseguiste, mataste sin piedad. 44 Sámec.—Te has cubierto de una nube, para que no llegue a ti la plegaria. 45 Sámec.—Y nos hiciste oprobio y escarnio en medio de los pueblos.
46 Ayin.—Abren contra nosotros su boca todos cuantos nos odian. 47 Ayin. Nuestra parte es el terror y la fosa, el saqueo y la ruina. 48 Ayin.—Corren de mis ojos ríos de agua por la ruina de la hija de mi pueblo.
49 Pe.—Mis ojos derramarán lágrimas sin descanso, sin cesar. 50 Pe.—Hasta que Yave mire y vea desde lo alto de los cielos. 51 Pe.—Mis ojos contristan mi alma por todas las hijas de mi ciudad.
52 Sade.—Me dieron caza como a un ave, los que sin causa me aborrecen. 35 Sade.—Quisieran acabar del todo mi vida en una fosa, arrojando piedras sobre mí. 54 Sade.—Suben las aguas por encima de mi cabeza, y me dije: Muerto soy.
55 Qof.—Invoqué tu nombre, ¡oh Yave!, desde lo hondo de la fosa. 56 Qof.—Y oíste mi voz, no cerraste tus oídos a mis suspiros y mis gritos. 57 Qof.—Cuando te invoqué, te acercaste y me dijiste: No temas.
58 Res.—Tú, Señor, defenderás la causa de mi alma, rescatarás mi vida. 59 Res.—Tú ves, ¡oh Yave!, cuánto me atormentan. Hazme justicia. 60 Res.—Tú ves todos sus rencores, todas sus maquinaciones contra mí.
61 Sin.—Tú, ¡oh Yave!, ves todos sus ultrajes, todas sus tramas contra mí. 62 Sin.—Las palabras de mis enemigos y los proyectos que para mi mal trazan todo el día. 63 Sin.—Tú ves cuándo se sientan, cuándo se levantan, y cómo soy su contienda.
64 Tau.—Tú les darás, ¡oh Yave!, su merecido, según las obras de sus manos. 65 Tau.—Tú los darás al endurecimiento de sus corazones, a tu maldición contra ellos. 66 Tau.—Tú los perseguirás en tu ira, y los exterminarás de debajo de los cielos, ¡oh Yave!

4 1 Alef.—¿Cómo se ennegreció el oro, cómo el oro fino perdió su brillo? Están las piedras del santuario esparcidas por los rincones de todas las calles.
2 Bet.—Los hijos de Sión, preciados y estimados como oro puro, son tenidos por vasijas de barro, obra de las manos del alfarero.
3 Guímel.—Aun las mismas hembras del chacal dan la teta y amamantan a sus crías. Pero la hija de mi pueblo se ha hecho tan cruel como los avestruces del desierto.
4 Dálet.—La lengua de los niños de teta se pega de sed al paladar; los pequeñuelos piden pan, y no hay quien se lo dé.
5 He.—Los que se nutrían de manjares delicados perecen por las calles; los que se criaron vistiendo púrpura se abrazan a los estercoleros.
6 Vau.—El castigo de la hija de

mi pueblo es más grande que el de Sodoma; destruída en un instante, sin que nadie pusiera en ella la mano.

7 Zain.—Eran sus príncipes más resplandecientes que la nieve, más blancos que la leche, más rubicundos que el coral, más bellos que el zafiro.

8 Jet.—Y están más negros que la negrura. no hay quien los conozca por las calles. Está su piel pegada a los huesos, seca como un palo.

9 Tef.—Los muertos a la espada son más dichosos que los que mueren de hambre, que mueren poco a poco extenuados por falta de los frutos de la tierra.

10 Yod.—Las mujeres, a pesar de su ternura, cocieron a sus hijos, y se alimentaron de ellos, en medio del quebranto de la hija de mi pueblo.

11 Caf.—Apuró Yave sus furores, derramó su abrasada ira, y encendió contra la hija de Sión el fuego que consume sus cimientos.

12 Lámed.—Nunca creyeron los reyes de la tierra, ni cuantos habitan el mundo, que entraría el enemigo, el adversario, por las puertas de Jerusalén.

13 Mem.—Por los pecados de sus profetas, por las iniquidades de sus sacerdotes, que derramaron en medio de ella sangre de justos.

14 Nun.—Erraban como ciegos por las calles, manchados de sangre, no se podía tocar sus vestiduras.

15 Sámec.—Apartaos, inmundos, les gritaban; alejaos, alejaos, no nos toquéis. Están en fuga, errando de acá para allá, dicen las gentes: No estén ya más aquí.

16 Ayin.—Yave los dispersó en su ira, y no vuelve a ellos su mirada. No hubo respeto para el sacerdote, ni piedad para el anciano.

17 Pe.—Se consumían nuestros ojos, esperando vanamente el socorro. Iban esperanzadas nuestras miradas hacia un pueblo que no pudo librarnos.

18 Sade.—Espiaban nuestros pasos, para impedirnos pasar por las calles; nuestro fin se acercaba, se cumplían nuestros días, y llegó nuestro fin.

19 Qof.—Eran nuestros enemigos más veloces que las águilas del cielo, y nos perseguían por los montes, y nos ponían celadas en el desierto.

20 Res.— El que era nuestro aliento, el ungido de Yave, fué cogido en su trampa; aquel de quien decíamos: A su sombra viviremos entre las naciones.

21 Sin.—Alégrate y tripudia, hija de Edom, que habitas la tierra de Us. Ya te llegará a ti el cáliz, y te emborracharás hasta vomitar.

22 Tau.—Hija de Sión, tu iniquidad está expiada, ya no volverá a arrojarte al cautiverio. Hija de Edom, él castigará tu iniquidad, y pondrá tus pecados al descubierto.

5 1 Acuérdate, ¡oh Yavel, de lo que nos ha sobrevenido, mira y ve nuestro oprobio. 2 Nuestra heredad ha pasado a manos extrañas, nuestras casas a poder de desconocidos. 3 Somos como huérfanos, sin padre, y nuestras madres son como viudas.

4 Bebemos nuestra agua a precio de dinero, y tenemos que comprar nuestra leña. 5 Somos perseguidos, llevamos yugo sobre la cerviz, estamos agotados, no hay para nosotros descanso. 6 Tendimos la mano al Egipto y a la Asiria, para saciarnos de pan. 7 Pecaron nuestros padres, mas murieron, y llevamos sobre nosotros la pena de sus iniquidades.

8 Somos dominados por esclavos, y no hay quien nos libre de sus manos. 9 Con peligro de la vida, vamos en busca de nuestro pan, ante la espada del desierto. 10 Nuestra piel quema como un horno, por el ardor del hambre.

11 Violaron a las mujeres en Sión, a las vírgenes en las ciudades de Judá. 12 Colgaron de las manos a los príncipes, y no respetaron la persona de los ancianos. 13 Los mancebos son puestos a la muela, y los niños se tambalean bajo la carga de leña. 14 Ya no van los ancianos a la puerta, ya no cantan los jóvenes.

15 Huyó de nuestros corazones la alegría, nuestras danzas se han torado en luto. 16 Cayó de nuestran cabeza la corona. ¡Ay de nosotros, que pecamos! 17 Se angustia nuestro corazón, se nublan nuestros ojos, 18 porque el monte de Sión está asolado, y por él se pasean las raposas.

19 Tú, ¡oh Yavel, reinas por siempre, y tu trono permanece por generaciones y generaciones. 20 ¿Nos olvidarás para siempre, nos abandonarás por largo tiempo? 21 Conviértenos a ti, ¡oh Yavel, y nos convertiremos. Danos todavía días como los antiguos. 22 ¿Nos vas a rechazar enteramente? ¿Te irritarás contra nosotros hasta el extremo?

INTRODUCCION AL LIBRO DE BARUC

El libro de Baruc no está comprendido en el canon judío, ni es admitido por los protestantes, que siguen en esto el canon judío. Pero la Iglesia cristiana lo recibió de los Apóstoles con la Biblia griega, y a eso nos hemos de atener. Baruc, hijo de Nerías, que figura como autor de este librito, nos es conocido como fiel discípulo y secretario de Jeremías. Pertenecía a una familia noble de Jerusalén, cuyos miembros tomaban parte en los consejos de los reyes. Aunque no parece haber duda sobre la composición del libro en lengua hebrea, hoy sólo se conserva la traducción griega de los LXX. Una de las versiones siríacas parece provenir también del original hebreo. La versión que tenemos en la Vulgata viene de la ítala, y reproduce el texto griego.

El libro habría sido escrito en Babilonia el año quinto de la cautividad (583), y publicado allí entre los cautivos, para exhortarlos a penitencia y retraerlos del culto de los ídolos. Lleva como apéndice una carta de Jeremías a los deportados, que es una verdadera sátira contra el culto de los ídolos. Podemos considerar esta carta como una ampliación de la que leemos en el profeta (c. 29), y que fué enviada a los cautivos de la primera deportación (598).

BARUC

1 [1] Discursos del libro escrito por Baruc, hijo de Nerías, hijo de Masías, hijo de Sedecías, hijo de Asadías, hijo de Helcías, en Babilonia. [2] El año quinto, el día séptimo del mes quinto, al tiempo en que los caldeos tomaron Jerusalén y la incendiaron, [3] leyó Baruc los discuros de este libro a Jeconías, hijo de Joaquim, rey de Judá, y a todo el pueblo, que venía a oír la lectura del libro, [4] y a los magnates y a los hijos de los reyes y a los ancianos y, en fin, a todo el pueblo, desde el pequeño hasta el grande, a todos los que habitaban en Babilonia, a orillas del río Lud.

[5] Lloraron y ayunaron y oraron ante el Señor; [6] y recogiendo dinero según las posibilidades de cada uno, [7] lo enviaron a Jerusalén a Joaquim, hijo de Helcías, hijo de Salán, sacerdote, y a los demás sacerdotes y todo el pueblo que se hallaba con ellos en Jerusalén. [8] Cuando tomó los utensilios de la casa del Señor, que habían sido robados del templo, para volverlos al país de Judá, el día diez de Siván, los vasos de plata que había hecho Sedecías, hijo de Josías, rey de Judá, [9] después que Nabucodonosor, rey de Babilonia, trasladó a Jerusalén a Jeconías y a los príncipes y a los prisioneros, y a los magnates y al pueblo de la tierra, y los llevó de Jerusalén a Babilonia, [10] dijeron:

Ahí os envío dinero, para que con

él compréis holocaustos y víctimas
por el pecado, e incienso para que
hagáis las oblaciones y las ofrezcáis
en el altar del Señor, nuestro Dios,
11 y oréis por la vida de Nabucodo-
nosor, rey de Babilonia, y por la
vida de Baltasar, su hijo, para que
sean sus días sobre la tierra como los
días del cielo, 12 y nos dé el Señor
fortaleza e ilumine nuestros ojos, y
vivamos bajo la sombra de Nabuco-
donosor, rey de Babilonia, y bajo la
sombra de Baltasar, su hijo, y les
sirvamos por muchos días, y hallemos
gracia en su presencia. 13 Orad
por nosotros al Señor, nuestro Dios,
porque hemos pecado contra el Señor,
nuestro Dios, y la cólera del Señor y
su furor no se apartó de nosotros hasta
el presente. 14 Leeréis este libro, que
os enviamos para que lo deis a cono-
cer en la casa del Señor, en el día
de fiesta y en los días oportunos.
15 Y diréis: Del Señor, nuestro
Dios, es la justicia; nuestra la con-
fusión y el sonrojo, como se muestra
hoy en todo varón de Judá y en los
moradores de Jerusalén, 16 y en
nuestros reyes y en nuestros prín-
cipes, y en nuestros sacerdotes, y
en nuestros profetas, y en nuestros
padres; 17 porque pecamos en pre-
sencia del Señor, 18 y no le obede-
cimos ni escuchamos la voz del Señor,
nuestro Dios, ni caminamos por los
preceptos del Señor, que él nos dió.
19 Desde el día en que sacó a nuestros
padres de la tierra de Egipto hasta
hoy, hemos sido desobedientes al
Señor, nuestro Dios, y nada hicimos
por oír su voz. 20 Y así se apegó a
nosotros el infortunio y la maldición
que el Señor intimó por Moisés, su
siervo, el día que sacó a nuestros
padres de Egipto, para darles la
tierra que mana leche y miel, como
aparece en este día. 21 No escuchamos
la voz del Señor, nuestro Dios, con-
forme a todas las palabras de los
profetas que nos envió, 22 y nos
fuimos cada uno según el pensamiento
de su corazón malvado, sirviendo a
los dioses extraños y cometiendo mal-
dades a los ojos del Señor, nuestro
Dios.

2 1 Cumplió el Señor la palabra que
había dado contra nosotros y
contra nuestros gobernantes que re-
gían a Israel, contra nuestros reyes,
contra nuestros príncipes y contra
todo varón de Israel y de Juda,
2 de traer sobre ellos grandes males
cuales no había hecho debajo de todo
el cielo, como fueron hechos en
Jerusalén, según lo que está escrito
en la ley de Moisés; 3 que comería-
mos las carnes de nuestros hijos y de
nuestras hijas, 4 y los entregaría a
poder de todos los reinos nuestros
vecinos, para escarnio y espanto de
todos los pueblos circunvecinos, entre
los cuales le dispersó el Señor. 5 Fui-
mos abatidos en vez de ser ensalza-
dos, por haber pecado contra el Señor,
nuestro Dios, desoyendo su voz.
6 Del Señor, nuestro Dios, es la
justicia, nuestra y de nuestros padres
la confusión y el sonrojo, como se ve
al presente. 7 Los males que el Señor
anunció contra nosotros, todos nos
han sobrevenido. 8 Y no aplacamos
el rostro del Señor convirtiéndonos
de los pensamientos de nuestro cora-
zón perverso. 9 Veló el Señor sobre
el castigo y los trajo sobre nosotros,
porque el Señor es justo en cuanto
ha echado sobre nosotros. 10 Pero
nosotros no oímos su voz, caminando
en los preceptos del Señor, que puso
delante de nosotros.
11 Y ahora, Señor, Dios de Israel,
que sacaste a tu pueblo de la tierra
de Egipto, con mano fuerte, con
señales y prodigios, con poder grande
y brazo tendido, y te adquiriste un
nombre, como se ve al presente:
12 Hemos pecado, hemos cometido
impiedades e injusticia, Señor, Dios
nuestro, contra todos tus justos pre-
ceptos. 13 Apártese tu ira de nosotros,
pues hemos quedado reducidos a
poco en medio de las naciones en
que nos ha dispersado.
14 Escucha, Señor, nuestra oración
y nuestra plegaria, por amor de ti,
líbranos y danos gracia en presencia
de los que nos han traído al destierro,
15 para que toda la tierra conozca
que tú eres el Señor, Dios nuestro,
que tu nombre es invocado sobre
Israel y sobre su linaje. 16 Señor,
mira desde tu santa casa y piensa en
nosotros; inclina, Señor, tu oído y
escucha. 17 Abre tus ojos y mira
que no proclaman la gloria y la
justicia del Señor los muertos, que
están en el Ades, cuyo espíritu aban-
donó sus entrañas. 18 Sólo el alma
entristecida por la grandeza de los
males que padece, que camina en-
corvada y débil, apagados los ojos,
y el alma hambrienta, pueden, Señor,
pregonar tu gloria y tu justicia.

19 Que no apoyados en la justicia
de nuestros padres y de nuestros
reyes derramamos nuestros ruegos
delante de tu rostro, Señor Dios
nuestro; 20 porque tú has derra-
mado tu ira y tu cólera sobre nos-
otros, según tenías anunciado por
tus siervos, los profetas.
21 Así dijo el Señor: Inclinad vues-
tros hombros para servir al rey de
Babilonia, y seguiréis habitando en
la tierra que yo di a vuestros padres;
22 pero si no escucháis la voz del
Señor, sirviendo al rey de Babilonia,
23 haré cesar en las ciudades de Judá
y en las calles de Jerusalén la voz
del gozo y la voz de la alegría, la
voz del esposo y la voz de la esposa,
y toda la tierra se convertirá en un
desierto sin moradores. 24 Y nos-
otros no escuchamos tu voz, sirviendo
al rey de Babilonia, y tú cumpliste
las palabras que habías dado por
tus siervos, los profetas, de que
echarías fuera de sus sepulcros los
huesos de nuestros reyes y de nues-
tros padres. 25 Y, en efecto, han
sido arrojados al calor del día y al
hielo de la noche. Han muerto en
medio de atroces males, del hambre,
de la espada y de la peste; 26 y la
casa en que era invocado tu nombre la
has puesto como hoy se halla, a
causa de la maldad de la casa de
Israel y de la casa de Judá.
27 Has obrado, Señor, con nos-
otros, según toda tu bondad y toda
tu gran misericordia, 28 conforme
hablaste por boca de Moisés, tu
siervo, en el día en que le ordenaste
escribir tu ley, en presencia de los
hijos de Israel, diciendo: 29 Si no
escucharéis mi voz, estad seguros
que esta grande y numerosa muche-
dumbre se volverá pequeña en medio
de las naciones entre las cuales os
dispersaré, 30 pues yo sé que no me
oiréis, porque este pueblo es de dura
cerviz. Pero volverán en sí en el
país de su destierro, 31 y conocerán
que yo soy el Señor, su Dios, y les
daré un corazón que entienda y
unos oídos que escuchen, 32 y me
alabarán en la tierra de su cauti-
verio y se acordarán de mi nombre,
33 y ablandarán su dura cerviz y
dejarán sus máximas perversas, acor-
dándose del camino de sus padres,
que pecaron contra el Señor; 34 y
yo los volveré a la tierra que juré
dar en posesión a sus padres, a
Abraham, Isac y Jacob, para que la
poseyesen y los multiplicaré y no
serán disminuídos; 35 y estableceré
con ellos mi alianza eterna, de ser
su Dios y de ser ellos mi pueblo; y
no moveré más a mi pueblo de Israel
de la tierra que le he dado.

3 1 Señor Todopoderoso, Dios de
Israel: el alma angustiada y el
espíritu abatido claman a ti: 2 Oye,
Señor, y ten piedad; porque hemos
pecado contra ti, 3 porque tú te
sientas en tu trono para siempre,
pero nosotros perecemos sin retorno,
para siempre. 4 Señor Todopoderoso,
Dios de Israel; oye la oración de los
muertos de Israel y de los hijos de
los que pecaron contra ti, que no
oyeron la voz de su Dios, y por
eso la miseria se apegó a ellos. 5 No
te acuerdes de las iniquidades de
nuestros padres; acuérdate más bien
en esta hora de tu diestra y de tu
nombre; 6 porque tú eres el Señor
Dios nuestro, a quien alabaremos,
Señor, 7 que por esto has infundido
tu temor en nuestros corazones, para
que invoquemos tu nombre y te
alabemos en nuestro destierro; porque
hemos alejado de nuestro corazón
toda la iniquidad de nuestros padres,
que pecaron contra ti. 8 Henos aquí
a nosotros hoy en nuestro destierro,
donde nos has dispersado para opro-
bio, castigo y pena, según las iniqui-
dades de nuestros padres, que se
apartaron del Señor, nuestro Dios.
9 Oye, Israel, los preceptos de vida,
aplicad los oídos para aprender la
prudencia. 10 ¿Qué es esto, Israel?
¿Por qué estás en tierra enemiga,
11 languideces en tierra extraña?
Te has contaminado con los muertos,
has sido contado con los que descen-
dieron al Ades. 12 Has abandonado
la fuente de la sabiduría. 13 Si hubie-
ras caminado por la senda de Dios,
habitarías en perpetua paz.
14 Aprende dónde está la prudencia,
dónde la fortaleza, dónde la inteli-
gencia, para que a la vez conozcas
dónde están la longevidad y la dicha,
dónde la luz de los ojos y la paz.
15 ¿Quién halló la morada de la sabi-
duría? ¿Quién encontró sus tesoros?
16 ¿Dónde están los príncipes de las
naciones y los domadores de las
fieras de la tierra? 17 «Los que se
divierten con las aves del cielo, los
que amontonan la plata y el oro
en que confían los hombres, que
nunca dicen «basta» en su avaricia?

18 ¿Dónde están los que funden
con fatiga la plata, con tantas ope-
raciones que casi son innumerables?
19 Han desaparecido, han bajado al
Ades, y otros surgieron en su lugar.
20 Los jóvenes que vieron la luz
y habitaron sobre la tierra, tam-
poco conocieron el camino de la
ciencia 21 ni dieron con sus senderos,
sus hijos no lograron aduenarse de
ella están muy alejados de sus ca-
minos.
22 No oyeron de ella en Canán, ni
en Temán fué vista. 23 Los hijos de
Agor conocen la ciencia humana;
los mercaderes de Madián y de Rema,
los fabulistas y los que se afanan
por adquirir prudencia e inteligencia,
no conocieron el camino de la sabi-
duría ni dieron con sus sendas.
24 ¡Oh Israel, cuán grande es la
casa de Dios, y cuán vasto su do-
minio! 25 Es muy grande y no tiene
término, alto e inmenso. 26 Allí nacie-
ron los gigantes, los famosos desde la
antigüedad, que eran de alta estatura,
diestros en la guerra. 27 Pero no eligió
Dios a éstos ni les dió a conocer el
camino de la sabiduría, 28 y así pe-
recieron por falta de prudencia, pere-
cieron a causa de su necedad.
29 ¿Quién subió al cielo y se apo-
deró de ella, y la hizo descender de
las nubes? 30 ¿Quién atravesó los
mares y la descubrió y la trajo, con
preferencia al oro más puro? 31 No
hay quien conozca sus caminos ni
quien tenga noticia de sus senderos;
32 pero el que sabe todas las cosas,
la conoce, y con su inteligencia la des-
cubre.
El que cimentó la tierra para siem-
pre y la pobló de cuadrúpedos; 33 el
que manda a la luz, que luego se
pone en marcha, la llama él. y ella
le obedece temblando. 34 Los astros
brillan en sus atalayas y en ello se
complacen. 35 Los llama y contestan:
Henos aquí. Lucen alegremente en
honor del que los hizo.
36 Este es nuestro Dios, ninguno
otro cuenta a su lado para nada.
37 El conoce todos los caminos de la
ciencia, y se la concedió a Jacob,
su siervo, y a Israel, su amado.
38 Hizo, además, que se dejara ver
en la tierra, y conversara con los
hombres.

4 1 Es el libro de los mandamientos
de Dios, y la ley perdurable para
siempre. Todos los que la guarden
alcanzarán la vida, los que la aban-
donen caerán en la muerte. 2 Vuél-
vete a ella, Jacob, y abrázala, camina
al resplandor de su luz. 3 No des a
otros tu gloria, ni tu dignidad a una
nación extraña. 4 Somos bienaven-
turados, Israel, porque conocemos lo
que a Dios place.
5 Cobra aliento, pueblo mío, cuyo
nombre de gloria es Israel. 6 Fuisteis
vendidos a las naciones, mas no para
ruina. Porque habéis irritado a Dios,
fuisteis entregados a los enemigos.
7 Habéis irritado al que os hizo,
sacrificando a los demonios y a no
Dios. 8 Os olvidasteis de quien os
engendró, el Dios eterno, trajisteis
la tristeza sobre la que os crió, Jeru-
salén, 9 que vió venir sobre vosotros
la cólera de Dios, y dijo:
Oíd, naciones vecinas de Sión:
Dios ha echado sobre mí un gran duelo.
10 Vi el cautiverio de mis hijos y mis
hijas, que el Eterno trajo sobre ellos.
11 Con alegría los había criado, pero
los despedí con llanto y duelo. 12 Na-
die se alegre de verme viuda y aban-
donada de todos. Quedé desierta por
los pecados de mis hijos, porque se
apartaron de la ley de Dios 13 y des-
preciaron sus mandamientos, y no
anduvieron por los caminos de los
preceptos divinos ni marcharon por
las sendas de la doctrina ajustada a
su justicia.
14 Venid, pueblos vecinos de Sión,
y acordaos del cautiverio de mis
hijos y mis hijas, que trajo sobre ellos
el Eterno. 15 Trajo contra ellos una
nación lejana, una nación insolente,
de lengua extraña, que no respe-
taron al anciano, ni se compadecie-
ron del niño, 16 y se llevaron el con-
suelo de la viuda, dejándola sola,
sin sus hijos. 17 ¿Pues qué socorro
podría daros yo? ¿Cómo podría yo
socorreros? 18 Sea el que trajo este
infortunio quien os libre del poder
de vuestros enemigos.
19 Id, hijos míos, id, que yo me
quedo sola, abandonada, 20 despojada
de la túnica de la alegría, vestida del
saco de la plegaria. Siempre, mien-
tras me dure la vida, estaré clamando
al Señor. 21 Y vosotros, hijos míos,
valor, clamad también al Señor, y
él os librará de la dominación de los
enemigos.
22 Yo espero del Eterno vuestra
redención, del Santo me vendrá la
alegría, por la misericordia del Eterno,
nuestro Salvador, que pronto vendrá

sobre nosotros. [23] Con llantos y con duelo os despido, con alegría y con gozo eterno me seréis devueltos por Dios. [24] Pues como ahora ven los pueblos vecinos de Sión vuestro cautiverio, así os verán pronto redimidos por Dios, con redención espléndida y gloriosa del Eterno.

[25] Soportad, hijos míos, con paciencia la cólera que sobre vosotros viene de parte de Dios. El enemigo os persigue, mas pronto verás su perdición y pondrás el pie sobre su cuello.

[26] Van mis delicadas hijas caminando por ásperos caminos, van arrastradas como rebaño robado por los enemigos. [27] Tened ánimo, hijas mías, clamad a Dios, que ya se acordará de vosotras quien os hizo ir. [28] Pues como os inclinásteis a apartaros de Dios, así, convertidas, le buscaréis con multiplicado ardor; [29] pues el que trajo sobre vosotras el castigo, os traerá con la redención la eterna alegría.

[30] Ten ánimo, Jerusalén. El que te dió su nombre te consolará. [31] ¡Desdichados los que te maltrataron y se alegraron de tu caída! [32] ¡Desgraciadas las ciudades en que tus hijos estuvieron esclavizados, desdichada la que os tuvo cautivos! [33] Pues así como se alegró en tu ruina y se regocijó en tu caída, así habrá de entristecerse de su propia soledad. [34] Yo la privaré de la alegría de sus muchedumbres, y su orgullo se convertirá en duelo, [35] pues el Eterno mandará sobre ella el fuego por largos días, y por mucho tiempo será habitación de demonios.

[36] Mira hacia el oriente, Jerusalén, y contempla la alegría que te viene de Dios. [37] Mira que llegan tus hijos, aquellos de quienes tuviste que despedirte. Llegan congregados desde el oriente y el occidente, por la palabra del Santo, llenos de alegría por la gloria de Dios.

5 [1] Despójate, Jerusalén, de tu saco de duelo y aflicción; vístete para siempre los ornamentos de la gloria que te viene de Dios; [2] envuélvete en el manto de la justicia que Dios te envía; ponte en la cabeza la mitra de gloria del Eterno, [3] que Dios hará ver tu gloria a toda nación debajo del cielo. [4] Te llamará por siempre: Paz de la justicia y Gloria de la piedad.

[5] Levántate, Jerusalén, ponte en lo alto; mira hacia oriente y contempla a tus hijos, reunidos desde el ocaso del Sol hasta su orto, por la palabra del Santo, regocijados por haberse acordado Dios de ellos. [6] De ti partieron a pie, arrastrados por los enemigos, pero Dios te los devuelve, traídos con honor, como hijos de reyes. [7] Porque Dios dispuso humillar todo monte alto y todo collado eterno, rellenar los valles hasta igualar la tierra, para que caminase Israel con seguridad para gloria de Dios. [8] Los bosques y todo árbol aromático darán sombra a Israel por disposición divina. [9] Sí, Dios mismo traerá a Israel lleno de alegría, a la luz de su gloria, con la misericordia y la justicia que de él vienen.

6 Copia de la epístola que remitió Jeremías a los que habían sido llevados cautivos a Babilonia por Nabucodonosor, rey de los babilonios, a fin de comunicarles lo que Dios le había ordenado.

[1] Por los pecados que habéis cometido contra Dios, fuisteis llevados cautivos a Babilonia por Nabucodonosor, rey de los babilonios. [2] Llegados, permaneceréis ahí muchos años, un tiempo largo, hasta siete generaciones, pasadas las cuales os sacaré de ahí en paz. [3] Ahora bien, en Babilonia veréis dioses de plata, de oro y de madera, llevados a hombros, que infunden temor a los gentiles. [4] Cuanto a vosotros, guardaos de asemejaros a los extraños, y que el temor de tales dioses no se apodere de vosotros, [5] al ver la multitud apiñada delante y detrás de ellos, adorándolos. Vosotros decid en vuestro corazón: A ti, Señor, se ha de adorar. [6] Mi ángel está con vosotros y es quien vela por vuestras almas.

[7] Esos dioses los hace un artista, los cubre de oro y plata, pero son mentira, no pueden hablar. [8] Como para doncella amiga de aderezarse, toman el oro [9] y fabrican coronas, que colocan en la cabeza de sus dioses. Y tal vez acontece que los sacerdotes roban a los dioses el oro y la plata, y la emplean para adornarse ellos, [10] y aun para regalárselos a las meretrices que moran bajo su techo. Como a hombres, visten a los dioses de plata sus vestidos, y a los dioses de oro y de madera, [11] pero no podrán evitar la herrumbre

ni la carcoma, vestidos con sus trajes de púrpura. 12 Hay que limpiarlos el rostro, para quitarles el polvo que se levanta en su templo y en abundancia se deposita sobre ellos. 13 Tienen un cetro como el juez de un distrito, mas no pueden quitar la vida a quien los ofende. 14 Tienen asimismo un puñal o un hacha en su diestra, pero no se defenderán del enemigo ni del ladrón. Por lo que se pone de manifiesto que no son dioses. No los temáis, pues.

15 Así como un vaso que un hombre tiene, si se quiebra no es ya de utilidad, 16 así son sus dioses. Colocados en sus templos, los ojos se les llenan de polvo, levantado por los pies de los que allí entran. 17 Y así como al criminal que ofendió al rey, o al condenado a muerte, se le cierran las puertas de la prisión, así los sacerdotes aseguran sus templos con puertas, con cerrojos y con palancas, para que no sean robados por los ladrones. 18 Encienden lámparas para ellos, y en mayor número que para sí mismos, pero los dioses no pueden ver ninguna. 19 Son como las vigas del templo, de las cuales se dice que les carcomen el corazón los gusanos que nacen de la tierra, y devoran así sus vestidos sin que ellos lo adviertan. 20 Su rostro se ennegrece por el humo del templo. 21 Sobre su cuerpo y sobre su cabeza se arrojan las lechuzas, las golondrinas y otras aves, y aun los gatos. 22 Por donde conoceréis que no son dioses. No los temáis, pues.

23 El oro que los cubre para su ornato se empaña, y si no se lo limpian, no brilla; ni aun cuando fueron fundidos sintieron nada. 24 Fueron comprados a este o al otro precio, y no hay en ellos ni un soplo de vida. 25 No teniendo pies, tienen que ser llevados en hombros, mostrando con esto a los hombres su ignominia, para confusión de los que los sirven. 26 Si alguna vez caen en tierra, no se levantan por sí mismos, y una vez puestos en pie no pueden enderezarse; y como a los muertos, así les ponen delante las ofrendas. 27 Los sacerdotes, vendiendo las víctimas sacrificadas, se aprovechan de ellas. Y asimismo sus mujeres ponen en sal una porción de ellas, y no dan nada al pobre ni al débil. 28 Son manoseados por mujeres impuras por el parto o la menstruación. Conociendo, pues, por todo eso, que no son dioses, no debéis temerlos.

29 ¿Cómo, pues, llamarlos dioses? Pues hasta las mujeres mismas presentan sus ofrendas a semejantes dioses de plata, de oro y de madera; 30 y en sus templos los sacerdotes están sentados, rasgadas las túnicas, rapadas la cabeza y la barba, y descubierta la cabeza, 31 y aúllan y gritan delante de ellos, como en una cena fúnebre. 32 De sus vestidos roban los sacerdotes para vestir a sus mujeres y a sus hijas. Hágaseles mal o hágaseles bien, ellos no pueden corresponder. 33 No pueden ni poner ni quitar, 34 ni pueden dar riqueza ni dinero ni una pieza de cobre. Si alguno les hace un voto y no lo cumple, no lo reclaman. 35 Ni libran al hombre de la muerte, ni arrancan al débil de las manos del fuerte. 36 No son capaces de restituir la vista al ciego, ni de librar al hombre que se halla en necesidad. 37 No pueden compadecerse de la viuda ni hacer bien al huérfano. 38 Son semejantes a las piedras arrancadas del monte. Son dioses de madera, dorados y plateados, y serán confundidos los que los sirven, 39 ¿Cómo, pues, vamos a creer y decir que son dioses?

40 Los mismos caldeos los deshonran. Cuando ven a un mudo que no puede hablar, lo conducen a Bel pidiéndole que le dé el habla, siendo como es el dios, incapaz de oírlos. 41 Y sabiendo esto no piensan en dejarlos, porque no tienen conocimiento. 42 Y las mujeres, ceñidas de cordones, se sientan en los caminos quemando salvado; 43 y cuando alguna de ellas, arrastrada, se la lleva un transeúnte y duerme con ella, injuria a las vecinas por no haber merecido ese honor de que le rompieran el cordón.

44 Todo lo que con estos dioses se hace es un embuste. ¿Cómo, pues, vamos a creer y decir que son dioses? 45 Han sido fabricados por los artistas y orfebres y no podrán ser sino lo que quieran los artistas. 46 Los mismos que los fabrican no viven largo tiempo: ¿Cómo va a vivir lo que ellos fabrican? 47 Han dejado para los venideros la mentira y el oprobio. 48 Porque cuando sobre ellos viene la guerra o la calamidad, deliberan entre sí los sacerdotes dónde podrán ocultarse con ellos. 49 ¿Cómo, pues, no comprenden que no son dioses los que ni a sí mismos

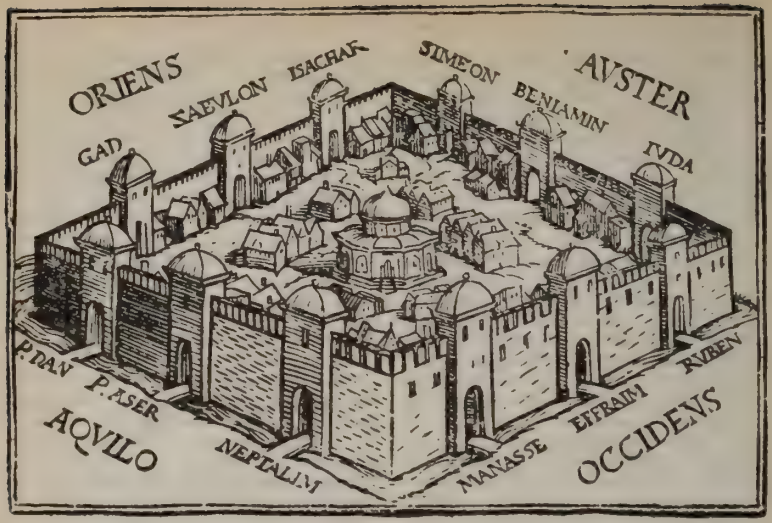
se libran de la guerra ni de las calamidades? [50] Luego se ve que siendo de madera, dorados y plateados, son un embuste para todas las naciones y los reyes, y quedará manifiesto que no son dioses, sino obras humanas, y que no hay en ellos nada divino.

[51] ¿Quién, pues, no conocerá que no son dioses? [52] No podrán jamás hacer un rey en la región, ni dar a los hombres la lluvia. [53] Su propia causa no podrán defenderla, ni protegerse contra la injusticia, por su impotencia. [54] Son como las cornejas, que vuelan entre el cielo y la tierra. Y si alguna vez prende el fuego en los templos de estos dioses de madera dorada o plateada, sus sacerdotes se salvan con la huída, pero ellos se quemarán como vigas en medio de las llamas. [55] Ni a un rey ni a los enemigos resistirán. [56] ¿Cómo, pues, admitir o pensar que son dioses?

Ni de ladrones ni de salteadores se salvarán estos dioses de madera, plateados y dorados. [57] Cualquiera más fuerte les arrebatará el oro y la plata y el vestido de que están cubiertos, y se marcharán, sin que los dioses puedan auxiliarse. [58] De suerte que mejor es un rey, que puede hacer ostentación de su poder, o un vaso cualquiera en una casa, del cual se sirve su dueño, que estos dioses falsos. Y hasta la puerta de una casa protege las cosas que hay en ella mejor que estos falsos dioses, y una columna de madera en un palacio real vale más que ellos [59] Y no digamos del sol, de la luna y de las estrellas, que alumbran, puestas para utilidad de los hombres. [60] Y asimismo el relámpago, cuando brilla, se hace ver bien; y el viento sopla en toda la tierra; [61] y las nubes, cuando Dios las ordena pasar por encima de ella, cumplen el mandato; [62] y el fuego, enviado de arriba para consumir los montes y las selvas, hace lo que le es mandado. Sus dioses, ni por la belleza ni por la potencia, son a estas cosas comparables. [63] No debe, pues, creerse ni decirse que son dioses, no siendo capaces de hacer justicia ni de hacer bien a los hombres. [64] Conociendo, pues, que no son dioses, no los temáis.

[65] Son incapaces de maldecir o bendecir a los reyes. [66] Ni pueden dar en el cielo señales a las naciones, ni pueden, como el Sol, alumbrar, ni iluminar como la luna. [67] Las fieras mismas saben más que ellos, porque huyendo a su madriguera, pueden salvarse a sí mismas. [68] No se ve, pues, por modo alguno que sean dioses; por tanto, no los temáis.

[69] Así como en el melonar nada guarda el espantajo, así sus dioses de madera, dorados y plateados. [70] Más se parecen a un espino en un huerto, sobre el cual todos los pájaros se posan. Son también, estos dioses de madera dorados y plateados, semejantes a un muerto, arrojado al sepulcro tenebroso. [71] Por la púrpura y el lino, que sobre ellos se envejece, conocerás que no son dioses. Y ellos mismos serán más tarde consumidos, viniendo a ser el oprobio de la tierra. [72] Mejor es, pues, el hombre justo, que no tiene ídolos, porque está muy lejos de temer el oprobio.



INTRODUCCION AL PROFETA EZEQUIEL

EZEQUIEL, hijo de Buzi, sacerdote, formaba parte de los deportados con Jeconías en 598. Su vida, por tanto, se había pasado en el ejercicio del ministerio sacerdotal, en Jerusalén. Nabucodonosor instaló a los cautivos a orillas del río Quebar, uno de los muchos canales que, derivados del Eufrates, servían para regar la Caldea. Tel-Abib era la localidad en que habitaba el profeta cuando comenzó a profetizar. Allí tenía su casa, donde vivía con su mujer, «las delicias de sus ojos» (24, 16). No parece que tuviera hijos. A pesar del castigo, los deportados no habían entrado por los caminos de la penitencia; continuaban entregados a la idolatría, ilusionados por los falsos profetas que entre ellos había, con la esperanza de volver pronto a la patria. La carta de Jeremías disuadiéndoles de ello no había hecho ninguna mella en sus corazones (Jer. 29, 1 sigs.).

El año quinto del cautiverio (594), Ezequiel fué llamado por Dios al ministerio profético del modo más solemne. Con aquella misteriosa visión que se nos describe en los capítulos 1 a 3, Dios quiso dar a entender a los cautivos que no sólo en Judá y en el templo moraba Yavé, sino también en la Caldea, en medio de ellos, y que allí inspiraba a un profeta para que en nombre suyo les hablase. Y, efectivamente, Ezequiel comenzó su misión, con un estilo lleno de símbolos, a modo de parábolas, y mezclado de acciones también simbólicas, que son la nota característica en los vaticinios de nuestro profeta. En éstos insiste sobre todo en las prevaricaciones idolátricas de Israel y Judá, que a veces describe hasta con crudeza. La primera parte de su libro (1-24) tiende a convencer a sus oyentes, la casa rebelde, del castigo irrevocable de Jerusalén, cuyos pecados describe para justificar la conducta de Dios hacia ella. Son notables sobre esto los capítulos 16 y 23. Cuando la sentencia del Señor se ha cumplido, entonces Ezequiel muda de tono y habla ya del retorno, de la penitencia, de la misericordia del Señor, de la restauración mesiánica (33-39). Tiene también

su sección de vaticinio contra las naciones gentílicas (25-32), entre los cuales se destacan los de Tiro (26, 1; 28, 19) y Egipto (29 a 32). Es notable la última sección del profeta (40-48), en que nos describe en forma verdaderamente geométrica la restauración de Israel después del cautiverio. El templo, la ciudad, sus arrabales y la tierra toda de Palestina, repartida por igual entre las doce tribus. Es claro que esto no responde a la realidad historica. Es uno de tantos símbolos, una descripción que ha de interpretarse a modo de parábola, cuyo sentido es el mismo que este profeta y los otros nos ofrecen en forma más llana.

Ignoramos la fecha de la muerte de Ezequiel, que debió de ocurrir en Caldea después de 570. Con su misión contribuyo a renovar el espíritu religioso entre los deportados. Gracias a él, cuando sonó la hora de Dios, no faltaron millares de israelitas que, curados de sus antiguas idolatrías, volviesen a Judá, dispuestos a secundar los planes de Dios, preparando la llegada del Mesías y de su salud.

Ha debido de ser el mismo profeta quien coleccionó sus vaticinios, que por eso se hallan en mejor orden que los de los profetas anteriores.

EZEQUIEL

Visión de la gloria de Dios.

1 [3a] Fué dirigida la palabra de Yave a Ezequiel, hijo de Buzi, sacerdote, en tierra de los caldeos, junto alrío Quebar, [1a] por unos treinta años. [2] El año quinto de nuestra cautividad, [1b] el día cinco del mes cuarto, estando yo entre los cautivos en las riberas del río Quebar, se abrieron los cielos y tuve visión de Dios, [3b] y fué sobre mí la mano de Yave.

[4] Miré, y vi venir del septentrión un nublado impetuoso, una nube densa, en torno de la cual resplandecía un remolino de fuego, que en medio brillaba como bronce en ignición. [5] En el centro de ella había semejanza de cuatro seres vivientes (1), cuyo aspecto era éste: Tenían semblante de hombre, [6] pero cada uno tenía cuatro aspectos y cada uno cuatro alas. [7] Sus pies eran derechos y la planta de sus pies era como la planta del toro. Brillaban como bronce en ignición. [8] Por debajo de las alas, a los cuatro lados, salían brazos de hombre; todos cuatro tenían el mismo semblante y las mismas alas, [9] que se tocaban las del uno con las del otro. Al moverse

no se volvían para atrás, sino que cada uno iba cara adelante. [10] Su semblante era éste: De hombre, por delante, los cuatro; de león a la derecha los cuatro, de toro a la izquierda los cuatro, y de águila por

(1) La imagen de estos seres, que para realzar la majestad de Dios nos presenta el profeta en esta visión, es imitación de los *Karibu*, que los asirios y babilonios colocaban como guardianes a las puertas de sus palacios y templos. En ella se reúnen los cuatro reyes del reino animal: El hombre, el león, el toro y el águila.

detrás los cuatro (1). 11 Sus alas estaban desplegadas hacia lo alto, dos se tocaban la del uno con la del otro y dos de cada uno cubrían su cuerpo.

12 Todos marchaban de frente, a donde les impelía el espíritu, sin volverse para atrás. 13 Había entre los vivientes fuego como de brasas encendidas cual antorchas, que discurría por entre ellos, centelleaba y salían de él rayos. 14 Y los vivientes se movían en todas direcciones semejantes al rayo. 15 Mirando a los vivientes, descubrí junto a cada uno a los cuatro lados, una rueda que tocaba a la tierra. 16 Las ruedas parecían de turquesa, eran todas iguales y cada una dispuesta como si hubiese una rueda dentro de otra rueda. 17 Marchaban hacia los cuatro lados yendo y no se volvían al caminar. 18 Mirando, vi que sus llantas estaban todo alrededor llenas de ojos. 19 Al ir los vivientes, giraban junto a ellos las ruedas, y al levantarse los vivientes sobre la tierra, se levantaban las ruedas. 20 Hacia donde los impelía el espíritu a marchar, marchaban; y las ruedas se alzaban a la vez con ellos, porque tenían las ruedas espíritu de vida. 21 Cuando iban ellos, iban las ruedas; cuando ellos se paraban, se paraban ellas, y cuando se alzaban de la tierra, se alzaban, porque había en las ruedas espíritu de vida.

22 Sobre las cabezas de los vivientes había una semejanza de firmamento, como de portentoso cristal, tendido por encima de susc abezas, 23 y por debajo del firmamento estaban tendidas sus alas, que se tocaban dos a dos, la del uno con la del otro, mientras las otras dos de cada uno cubrían su cuerpo. 24 Oía el ruido de las alas, como ruido de río caudaloso, como ruido de truenos, cuando marchaban, como el estruendo de un campamento; cuando se detenían plegaban las alas.

25 Y una voz hendió el firmamento que estaba sobre sus cabezas. 26 Sobre el firmamento que estaba sobre sus cabezas había una apariencia de piedra de zafiro a modo de trono, y sobre la semejanza de trono, en lo alto, una figura semejante a un hombre que se erguía sobre él (1); 27 y lo que de él parecía, de cintura arriba, era como el fulgor de un metal resplandeciente, y de cintura abajo, como el resplandor del fuego, y todo en derredor suyo resplandecía. 28 El esplendor que le rodeaba todo en torno era como el del arco que aparece en las

nubes en día de lluvia. Esta era la apariencia de la imagen de la gloria de Yave. A tal vista yo caí rostro a tierra, pero oí la voz de uno que me hablaba.

Vocación del profeta.

2 1 Y me dijo: Hijo de hombre, ponte en pie, que voy a hablarte. 2 Y en hablándome, entró dentro de mí el espíritu, que me puso en pie, y escuché al que me hablaba. 3 Me dijo: Hijo de hombre, yo te mando a los hijos de Israel, al pueblo rebelde, que se ha rebelado contra mí; ellos y sus padres pecaron contra mí hasta el día de hoy. 4 Son gente de cara dura y de corazón empedernido esos a quienes te mando. Diles: Así dice el Señor, Yave. 5 Acaso te escuchen. Y si no te escucharen, pues son gente rebelde, al menos conocerán que hay entre ellos profeta. 6 Tú, hijo de hombre, no los temas ni tengas miedo a sus palabras, aunque te sean cardos y zarzas y habites en medio de escorpiones. No temas sus palabras, no tengas miedo de su cara, porque son gente rebelde. 7 Diles lo que yo te diga, óigante o no te

(1) El arte mesopotámico nos ofrece la explicación de este pasaje con las estatuas de sus *Karibu*, seres divinos con cabeza y a veces manos de hombre, alas de águila, cuerpo de toro y cola y patas de león. (Véase el grabado.)

(1) Estos versos nos presentan envuelta en misterioso simbolismo una imagen de Yave. Parecen estar inspirados en la imagen del dios Asur, vestido de luz y rodeado del arco iris. (Véase el grabado.)

oigan, porque son muy rebeldes. [8] Tú, hijo de hombre, escucha lo que yo te digo, no seas tú también rebelde, como la casa de los rebeldes. Abre la boca y come lo que te presento. [9] Miré y vi que se tendía hacia mí una mano que tenía un rollo. Lo desenvolvió ante mí y vi que estaba escrito por delante y por detrás, y lo que en él estaba escrito eran lamentaciones, elegías y guayes.

3 [1] Y me dijo: Hijo de hombre, come eso que tienes delante: come ese rollo, y habla luego a la casa de Israel. [2] Yo abrí la boca, e hízome él comer el rollo, [3] diciendo: Hijo de hombre, llena tu vientre e hinche tus entrañas de este rollo que te presento. Yo lo comí y me supo a mieles. [4] Luego me dijo: Hijo de hombre: Ve, llégate a la casa de Israel y háblales mis palabras. [5] Mira que no eres enviado a un pueblo de habla abstrusa y extraña. [6] No es a pueblos de lengua abstrusa y extraña, cuyas palabras no entiendes. ¡Ah!, si a ésos te enviara, seguramente te escucharían. [7] La casa de Israel, por lo contrario, no querrá oírte, porque no quieren oírme a mí, porque toda la casa de Israel tiene frente altanera y corazón contumaz. [8] Pero yo te doy un rostro tan firme como el de ellos, y una frente dura cuanto las frentes suyas, [9] tan dura como el diamante, más que el pedernal. No los temas ni te atemorices ante ellos, porque son casa de rebeldes.

[10] Díjome también: Hijo de hombre, todas las palabras que yo te diga, recógelas en tu corazón y dales atento oído; [11] y ve luego, y llégate a los deportados, a los hijos de tu pueblo, y háblales diciéndoles: Así dice el Señor, Yave, óigante o no te oigan. [12] Entonces me arrebató el espíritu, y oí tras de mí un estruendo de fuerte terremoto, al elevarse la gloria de Yave de su lugar; [13] y oí el rumor de las alas de los cuatro seres, que daban la una contra la otra, y el ruido de las ruedas, ruido de gran terremoto. [14] Entonces me alzó el espíritu y me arrebató. Yo andaba amargado y malhumorado en mi alma; pero fué sobre mí la mano de Yave, que me confortó.

[15] Llegué así a los deportados de Telabib, que habitan en la ribera del río Quebar, a la región donde moran, y estuve entre ellos atónito durante siete días. [16] Al cabo de los siete días me fué dirigida la palabra de Yave: [17] Hijo de hombre, yo te he dado por atalaya a la casa de Israel. Tú oirás las palabras de mi boca, y de mi parte los amonestarás. [18] Si yo digo al malvado: «¡Vas a morir!», y tú no le amonestares y no le hablares para retraer al malvado de sus perversos caminos para que viva, él, el malvado, morirá en su iniquidad, pero yo te demandaré a ti su sangre. [19] Mas si, habiendo tú amonestado al malvado no se convierte él de su maldad y de sus perversos caminos, él morirá en su iniquidad, pero tú habrás salvado tu alma. [20] Y si se apartare el justo de su justicia, cometiendo maldad, y pusiere yo una trampa delante de él, él morirá. De no haberle amonestado tú, morirá en su pecado y no se recordarán las obras buenas que hubiere hecho, pero yo te demandaré a ti su sangre. [21] Pero si tú amonestaste al justo, para que no pecara y dejare de pecar, vivirá él, porque fué amonestado, y tú habrás salva tu alma (1).

El profeta, cautivo en su casa.

[22] Fué allí de nuevo sobre mí la mano de Yave, que me dijo: Levántate, vete al campo y allí te hablaré. [23] Levantéme y salí al campo, y vi que estaba allí la gloria de Yave, como la gloria que había visto en la ribera del Quebar, y caí rostro a tierra; [24] pero entró en mí el espíritu, y me puso en pie y me habló Yave, diciéndome: Ve y enciérrate en tu casa. [25] Tú, hijo de hombre, verás que echan cuerdas sobre ti, y te atan con ellas, y ya no podrás salir a ellos. [26] Y haré que se te pegue la lengua al paladar y quedarás mudo, y no serás ya para ellos un censor, porque es casa de rebeldes, [27] y cuando yo te hable, abriré tu boca, y entonces les dirás: Así habla el Señor, Yave, el que oiga, oiga, y el que no quiera oír, no oiga, porque es casa de rebeldes.

El plano de Jerusalén asediada.

4 [1] Tú, hijo de hombre, toma una tableta de arcilla, y póntela de-

(1) Estas palabras del Señor indican la grave responsabilidad que implicaba para el profeta su ministerio.

lante. Traza en la tableta el plano de una ciudad, Jerusalén. [2] Pon contra ella cerco, alza contra ella torres, levanta un vallado, asienta campamento delante de ella, y pon contra ella arietes en derredor. [3] Toma luego una plancha de hierro, y ponla como muro de hierro entre ti y la ciudad, y dirige a ella tus miradas. El cerco será estrecho, y lo estrecharás cada vez más. Es señal para la casa de Israel.

El profeta, cargado con las iniquidades de Israel y de Judá.

[4] Echate después sobre tu lado izquierdo, y pon sobre él las maldades de la casa de Israel. Tantos días como sobre él yazcas, expiarás en ti la iniquidad suya; [5] los años de su expiación te los computo a ti por días, ciento noventa días expiarás las iniquidades de la casa de Israel. [6] Acabados éstos, te echarás del lado derecho, para expiar a su vez las iniquidades de la casa de Judá por cuarenta días, computándote cada día por un año (1).

[7] Dirigirás tus miradas hacia el muro de Jerusalén, tendiendo el brazo y profetizando contra ella. [8] Yo te ataré con cuerdas, para que no puedas volverte de un lado al otro, mientras no se cumplan los días de tu atadura.

El pan, tasado e inmundo.

[9] Coge también trigo, cebada, habas, lentejas, mijo y avena, y ponlo todo en una sola vasija (2), y haz de ello tu alimento durante los días que estés echado de éste o del otro lado. [10] Lo que para comer tomes será de veinte siclos de peso por día, que es lo que comerás de un día al otro. [11] También el agua la beberás medida, un sexto de *hin*, que te servirá de bebida de un día al otro. [12] Comerás pan de cebada, que cocerás en el rescoldo de excrementos humanos y a la vista de esas gentes. [13] Y me dijo Yave: Así comerán los hijos de Israel su pan inmundo, en medio de las gentes a las cuales los arrojaré yo.

[14] ¡Ah, Señor, Yave!, exclamé yo; mi alma no se ha contaminado nunca desde mi adolescencia hasta hoy; no comí mortecino ni despedazado, y jamás entró en mi boca carne inmunda. [15] El me respondió: Mira, te concedo que en vez de estiércol humano tomes estiércol de los bueyes, para cocer en él tu pan. [16] Y añadió: Hijo de hombre, yo voy a quebrantar a Jerusalén el sustento del pan; comerán el pan por peso y con angustia, y beberán el agua tasada y con afán; [17] para que faltándoles el pan y el agua, desfallezcan los unos con los otros y se consuman en su iniquidad.

La depoblación de Judá y Jerusalén.

5 [1] Hijo de hombre, coge una espada afilada y empléala como navaja de barbero, para raerte cabellos y barba (1). Toma luego una balanza justa, y reparte el pelo. [2] Un tercio lo quemarás al fuego en medio de la ciudad, mientras se cumplen los días del asedio; otro tercio lo golpearás con la espada en derredor de ella, y el otro tercio lo esparcirás al viento, y yo lo perseguiré con la espada desnuda. [3] Toma también de ellos unos pocos, por cuenta, y átalos a la orla de tu manto. [4] Toma otros pocos, y los echas en medio del fuego, que se quemen. De ahí saldrá el fuego para toda la casa de Israel.

[5] Así dice el Señor, Yave: Esta es Jerusalén. Yo la había puesto en medio de las gentes y de las tierras que están en derredor suyo. [6] Ella se rebeló contra mis mandatos, malvada, más que las gentes, y contra mis leyes, más que las tierras que están en torno suyo, despreciando mis mandamientos y mis leyes y no andando por ellos. [7] Por tanto, así dice Yave: Por ser más rebelde que las gentes que os rodean, y no haber seguido mis mandamientos y

(1) Ya se deja entender que estas palabras no implican un mandato que el profeta debe ejecutar, pues no sería posible sin un milagro. Es una parábola para significar con aproximación la duración del cautiverio.

(2) Otra imagen nueva y extraña para declarar el hambre que Jerusalén pasará durante su asedio por los caldeos.

(1) Nueva imagen de los estragos que vendrán sobre Jerusalén, de cuya población sólo quedará una pequeña porción.

no haber obrado según mis leyes, y hasta ni siquiera haber hecho según las costumbres de las gentes que están en torno vuestro; [8] por eso, así dice el Señor, Yave: Heme aquí contra ti a mi vez, para hacer justicia en ti, a la vista de las gentes, [9] y haré en ti lo que no hice jamás y como jamás volveré a hacer, por causa de todas tus abominaciones. [10] Por eso, dentro de ti se comerán los padres a sus hijos, y los hijos se comerán a sus padres; cumpliré en ti mis juicios, y lo que de ti reste lo esparciré a todos los vientos.

[11] Por mi vida, dice el Señor, Yave, ya que tú has profanado mi santuario con todas tus fornicaciones y con todas tus abominaciones, yo también te abatiré a ti, sin que perdone mi ojo, sin misericordia. [12] Una tercera parte de ti morirá dentro de pestilencia y de hambre; otra tercera parte caerá en derredor tuyo a la espada, y la otra tercera parte la esparciré a todos los vientos e iré tras ella con la espada desenvainada. [13] Cumpliré mi furor y saciaré en ellos mi ira, y tomaré satisfacción, y sabrán que yo, Yave, he hablado en mi indignación, cuando desfogue en ellos mi furor. [14] Te tornaré en desierto y en oprobio de las gentes que están en derredor tuyo, a los ojos de todos; [15] y serás el oprobio y el escarnio, el espanto y el escarmiento de las gentes que están en derredor de ti, cuando en medio de ti haga yo justicia con furor e indignación, con terrible ira. Yo, Yave, lo he dicho.

Devastación de la tierra.

[16] Cuando dispare yo contra ellos las perniciosas saetas del hambre, que los llevarán a la destrucción, que lanzaré yo para destruirlos, y acreciente vuestra hambre y os quite todo sustento de pan; [17] cuando lance contra vosotros el hambre y las bestias feroces que te dejarán sin hijos, y pasen por tus calles la pestilencia y el estrago, y haga caer sobre ti la espada. Yo, Yave, he hablado.

6 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre, vuelve el rostro a los montes de Israel y profetiza contra ellos. [3] Di: Oíd, montes de Israel, la palabra del Señor, Yave. Así dice el Señor, Yave, a los montes, a los collados, a los torresntes y a los valles.

Voy a traer contra vosotros la espada, y destruiré todos vuestros altos. [4] Vuestros altares serán devastados, y destrozados vuestros cipos solares, y haré caer vuestros muertos ante vuestros ídolos. [5] Yo pondré los cadáveres de los hijos de Israel delante de sus ídolos y dispersaré vuestros huesos en derredor de vuestros altares. [6] Dondequiera habitéis serán arruinadas vuestras ciudades y devastados vuestros altos. Vuestros altares serán arruinados, y abandonados vuestros ídolos, destrozados, desaparecerán. Serán rotos vuestros cipos al sol y aniquiladas vuestras obras. [7] Caerán en medio de vosotros los muertos, y sabréis que yo soy Yave.

[8] Mas dejaré de vosotros entre las gentes unos restos que escaparán a la espada, cuando sean dispersados por el mundo. [9] Vuestros dispersos se acordarán de mí en las naciones en que estarán en cautiverio, porque yo quebrantaré su corazón fornicario, que se apartó de mí, y sus ojos que fornicaron tras los ídolos. Y tendrán horror de sí mismos por las iniquidades que cometieron y por todas sus fornicaciones. [10] Sabrán entonces que yo soy Yave. No en vano he dicho que había de escarmentarlos.

[11] Así dice el Señor, Yave: Hiere con la mano y hiere con el pie, diciendo: ¡Ah! Después de tantas horribles abominaciones, caerá la casa de Israel a espada, de hambre y de peste. [12] El que esté lejos morirá de peste, el que esté cerca caerá a la espada, y el que quedare y esté asediado, morirá de hambre. Desfogaré mi ira; [13] y reconoceréis que yo soy Yave, cuando yazcan sus muertos junto a sus ídolos, en derredor de sus altares; en todo alto collado y en la cima de todos los montes; bajo todo árbol frondoso y bajo toda encina copuda, allí donde ofrecían perfumes de grato aroma a todos sus ídolos; [14] yo tenderé contra ellos mi mano y tornaré la tierra desolada y solitaria, más que el desierto de Dibla, donde quiera que habiten; y sabrán que yo soy Yave.

Castigo de las idolatrías.

7 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Mira, hijo de hombre, así habla Yave: Es el fin

para la tierra de Israel, viene el fin sobre los cuatro confines de la tierra. 3 Llega para ti el fin, y desencadenaré mi ira contra ti y te pagaré según tus obras, y echaré sobre ti todas tus abominaciones. 4 No se apiadará de ti mi ojo, no tendré compasión, echaré tus obras sobre ti y en tu seno tus abominaciones y sabréis que yo soy Yave.

5 Porque así dice el Señor, Yave: Desdicha tras desdicha, ya viene; 6 llega el fin, está amenazándote el fin, ya está ahí. 7 Ya te llega la corona, habitante de la tierra; ya viene el tiempo, ya llega el día del alboroto, pero no de alegría, en los montes. 8 Ahora en seguida voy a derramar sobre ti mi ira y satisfaré en ti mi furor, juzgándote según tus obras y echando sobre ti todas tus fornicaciones. 9 No se apiadará mi ojo, no tendré compasión, sino que echaré sobre ti tus obras, y pondré en tu seno tus abominaciones y sabrás que yo, Yave, os hiero.

10 He ahí el día, ya viene, ya llega tu suerte, ya florece el cetro, ya brotó la soberbia. 11 Viene la destrucción para el cetro impío; nada quedará de ellos, nada de su soberbia, nada de su estrépito, nada de su esplendor. 12 Llega el tiempo, viene el día; que no se alegre el que compra ni se entristezca el que vende, que sobre todos vendrá la ira. 13 Quien venda no recobrará lo vendido por más que viva, porque la visión sobre todos ellos no se revocará, y por sus impiedades, ninguno vivirá.

Conversión y salvación de los restos, después del tremendo castigo.

14 Tocan las trompetas, apréstase todo, pero todos se agachan, están sin fuerzas, porque se desencadena mi ira contra toda la muchedumbre. 15 Fuera, la espada, dentro, la peste y el hambre, quien esté en el campo morirá a la espada, quien esté dentro de la ciudad será devorado por el hambre y por la peste. 16 Quien de ellos escape huirá a los montes, y gemirán todos como gime la paloma, cada uno por su propia iniquidad. 17 Todas las manos están debilitadas, y todas las rodillas se mojan en agua. 18 Cíñense de saco y cúbrense de terror, en todos los rostros se ve la confusión y todas las cabezas están rapadas.

19 Tiran en las calles su plata, y su oro se torna en horror; no los salvará su plata ni su oro el día de la ira de Yave. No saciarán su hambre y no llenarán su vientre con ellos, porque les fueron incentivo para el pecado. 20 Estaban muy orgullosos de su brillante belleza, y con ellos fabricaron sus abominables simulacros, se hicieron sus ídolos. 21 Por eso los haré yo para ellos abominación y los daré al saqueo de manos extrañas y en botín a los impíos de la tierra, para que la contaminen.

22 Apartaré de ellos mi rostro y será profanado mi tesoro, entrarán allí los invasores y lo profanarán; 23 de ellos harán cadenas, porque está la tierra llena de sangre y la ciudad llena de violencias. 24 Traeré allá lo más feroz de las gentes, para que se apoderen de sus casas; acabaré el orgullo de los poderosos, y serán profanados sus santuarios.

25 Viene la ruina; pedirán paz y no habrá paz; 26 vendrá angustia sobre angustia, y al anuncio de una seguirá el de otra. Faltará la visión a sus profetas, los sacerdotes desconocerán la ley y los ancianos el consejo. 27 El rey se enlutará y los príncipes estarán desolados, y temblarán las manos de todo el pueblo. Yo los trataré según sus caminos, y los juzgaré según su merecido, y sabrán que yo soy Yave.

La gloria de Yave abandona el templo.

8 1 El año sexto, el día cinco del sexto mes, me hallaba yo en mi casa, y estaban delante de mí los ancianos de Judá, y allí se posó sobre mí la mano del Señor, Yave. Miré, 2 y vi una figura al parecer de fuego. De lo que aparecía, de cintura arriba era fuego, y de cintura abajo era como un esplendor luminoso, como bronce brillante. 3 Tendió una a modo de mano, y me cogió por los pelos de la cabeza. El espíritu me levantó entre la tierra y el cielo, y en visión divina me llevó a Jerusalén (1), a la entrada de la puerta del atrio interior, del lado del septentrión, donde estaba puesto el ídolo

(1) Dios conduce en espíritu al profeta al templo de Jerusalén, para hacerle ver las abominaciones idolátricas que allí se cometen.

que provoca el celo. [4] Y allí estaba la gloria del Dios de Israel, semejante a la de la visión que tuve en el campo.

La idolatría, en el templo mismo.

[5] Y me dijo: Hijo de hombre, alza tus ojos hacia el lado del septentrión. Y alzando mis ojos al lado del septentrión, vi al norte de la puerta el altar del ídolo del celo, a la entrada misma, y me dijo: [6] Hijo de hombre, ¿ves lo que hacen éstos? ¿Ves las grandes abominaciones que la casa de Israel hace aquí mismo, para alejarme de mi santuario? Pero date la vuelta, y verás abominaciones todavía más grandes. [7] Y me llevó a la entrada del atrio, y mirando, vi un agujero en la pared. [8] Y me dijo: Hijo de hombre, horada en la pared. Horadé en la pared, y apareció una puerta. [9] Entra, me dijo, y mira las pésimas abominaciones que éstos hacen. [10] Entré, miré, y vi toda suerte de imágenes de reptiles y bestias abominables y todos los ídolos de la casa de Israel pintados en la pared en derredor. [11] Y setenta hombres de los ancianos de la casa de Israel, entre ellos Jezonías, hijo de Safán, estaban en pie ante ellos, cada uno con su incensario en la mano, de los que subía una nube de incienso. [12] Y me dijo: Hijo de hombre: ¿Has visto lo que hacen los ancianos de Israel en secreto, cada uno en su cámara, llena de imágenes? Pues se dicen: Yave no nos ve; se ha alejado de la tierra. [13] Y me dijo: Pues verás abominaciones todavía mayores que éstos hacen.

[14] Me condujo a la entrada de la puerta de la casa de Yave, del lado norte y estaban allí dos mujeres sentadas llorando a Tammuz; [15] y me dijo: ¿Has visto hijo de hombre? Pues todavía verás abominaciones mucho más grandes que ésta. [16] Y me llevó al atrio interior de la casa de Yave; y allí, a la misma entrada del santuario de Yave, entre el vestíbulo y el altar, había unos veinticinco hombres, de espaldas al santuario de Yave y cara al oriente, que hacia el oriente se postraban. [17] Y me dijo: Hijo de hombre, ¿has visto? ¿Será cosa ligera para la casa de Judá hacer las abominaciones que en este lugar se hacen, que han llenado la tierra de violencias para irritarme, y hasta se llevan la *zemora* (1) a sus narices? [18] Pues también yo obraré con furor, no se apiadará mi ojo y no tendré compasión, y cuando griten a mis oídos en voz alta, no los escucharé.

Los mensajeros de la destrucción.

9 [1] Y clamó en mis oídos con fuerte voz: ¡Acercaos, los que habéis de castigar a la ciudad, cada uno con su instrumento de destrucción en la mano! [2] Y llegaron seis hombres por el camino de la puerta superior del lado del septentrión, cada uno con su instrumento destructor en la mano. Había en medio de ellos un hombre vestido de lino, que traía a la cintura un tintero de escriba; y entrados, fueron a ponerse junto al altar de bronce.

[3] La gloria del Dios de Israel se alzó de sobre el querubín sobre el que estaba, hacia el umbral de la casa, y llamando al hombre vestido de lino que llevaba el tintero de escriba, [4] le dijo Yave: Pasa por en medio de la ciudad, por en medio de Jerusalén, y pon por señal un *Tau* en la frente (2) de los que se duelen de todas las abominaciones que en medio de ella se cometen. [5] Y a los otros les dijo: Pasad en pos de él por la ciudad y herid. No perdone vuestro ojo ni tengáis compasión; [6] viejos, mancebos y doncellas, niños y mujeres, matad hasta exterminarlos, pero no os lleguéis a ninguno de los que llevan el *Tau*. Comenzad por mi santuario. Comenzaron, pues, por los ancianos que estaban delante del templo. [7] Y les dijo: Profanad también el santuario, henchid de muertos los atrios. Salid. Salieron, y se pusieron a matar por la ciudad.

[8] Mientras ellos herían, quedéme yo solo y postrándome rostro a tierra, grité: ¡Oh, Señor, Yave! ¿Vas a exterminar cuanto queda de la casa de Israel, arrojando tu furor sobre Jerusalén? [9] Y me dijo: La

(1) La palabra *zemora* significa un ramito o ramillete, mas no sabemos de qué, y por eso hemos creído mejor transcribirla que traducirla. Los textos asirios sugieren ciertas raíces de virtud mágica, que creían daban vida al que las olía.

(2) La señal puesta en la frente marcaba a los piadosos que se dolían de las idolatrías del pueblo y los señalaba para la preservación.

iniquidad de la casa de Israel y de Judá es muy grande. La tierra está cubierta de sangre, la ciudad llena de injusticia, pues se han dicho: Yave se ha alejado de la tierra y no ve nada. [10] Así, pues, haré yo, no perdonará mi ojo, no tendré compasión, haré recaer sus obras sobre sus cabezas. [11] Y el hombre vestido de lino, con el tintero de escriba a la cintura, vino a hacer relación: He hecho lo que mandaste.

Nueva descripción de la gloria de Dios.

10 [1] Y miré, y vi encima del firmamento que estaba sobre las cabezas de los querubines una como piedra de zafiro que aparecía sobre ellos como a semejanza de trono; [2] y habló Yave al hombre vestido de lino, y le dijo: Ve por entre las ruedas de debajo de los querubines, y llena tus manos de las brasas encendidas que hay entre los querubines, y échalas sobre la ciudad; y él fué a vista mía. [3] Los querubines se habían parado al lado derecho de la casa cuando el hombre fué, y una nube había llenado el atrio interior. [4] La gloria de Yave se alzó sobre el querubín al umbral de la casa y ésta se llenó de la nube, y el atrio se llenó del esplendor de la gloria de Yave; [5] y el rumor de las alas de los querubines se oía hasta el atrio exterior, semejante a la voz de Dios omnipotente cuando habla.

[6] Y como dió la orden al hombre vestido de lino, «coge del fuego de entre las ruedas de en medio de los querubines», entró él y paróse entre las ruedas; [7] y uno de los querubines tendió la mano al fuego que entre ellos había, y tomó de él y lo puso en las palmas del que estaba vestido de lino, que lo tomó y salió.

[8] Mostróse entonces en los querubines una forma de mano de hombre bajo sus alas. [9] Miré, y vi cuatro ruedas junto a los querubines, una rueda al lado de uno y otra al lado de otro querubín. A la vista parecían las ruedas como de turquesa, [10] y en cuanto a su forma, las cuatro eran iguales, como rueda dentro de rueda. [11] Cuando se movían iban a sus cuatro lados, y no se volvían atrás al marchar. [12] Todo el cuerpo de los querubines, dorso, manos y alas, y las ruedas, estaban todo en derredor llenos de ojos, y todos cuatro tenían cada uno su rueda. [13] A las ruedas, como yo lo oí, las llamaban torbellino. [14] Cada uno tenía cuatro aspectos; el primero de querubín, el segundo de hombre, el tercero de león, y el cuarto de águila. [15] Levantáronse los querubines. Eran los mismos seres vivientes que había visto junto al río Quebar. [16] Al moverse los querubines, se movían las ruedas a su lado, y cuando los querubines alzaban las alas para levantarse de tierra, las ruedas, a su vez, no se apartaban de su lado; [17] cuando aquéllos se paraban, se paraban éstas, y cuando se alzaban aquéllos se alzaban éstas con ellos, pues había en ellas espíritu de vida.

[18] La gloria de Yave se quitó de sobre el umbral de la casa y se puso sobre los querubines; [19] y los querubines, saliendo fuera, tendieron las alas, se alzaron de tierra a vista mía, y con ellos se alzaron las ruedas (1). Paráronse a la entrada de la puerta oriental de la casa de Yave, y la gloria del Dios de Israel estaba arriba sobre ellos. [20] Eran los mismos seres que había visto bajo el Dios de Israel junto al río Quebar, y supe que se llamaban querubines. [21] Cada uno tenía cuatro aspectos y cada uno cuatro alas y una semejanza de mano de hombre bajo las alas. [22] La semejanza de sus rostros era la de los que vi junto al río Quebar. Cada uno iba de frente a sí.

Castigo de los jefes del pueblo.

11 [1] Me elevó el espíritu y me llevó a la puerta oriental de la casa, la que mira a levante; y vi que había a la puerta veinticinco hombres, entre los cuales Jazanías, hijo de Asur, y Peltía, hijo de Bananya, jefes del pueblo. [2] Y Yave me dijo: Hijo de hombre, éstos son los hombres que maquinan perversidades y dan en la ciudad perversos consejos; [3] y dicen: ¿No se han reconstruído bien pronto las casas de la ciudad? Ella será la olla, nosotros la carne. [4] Por tanto, profetiza contra ellos, profetiza, hijo de hombre.

[5] Y vino sobre mí el espíritu de

(1) La gloria de Yave, o sea El mismo, que moraba en el templo, lo abandona, para que el templo sea entregado a la destrucción de los caldeos.

Yave y me dijo: Di: Así habla Yave: Vosotros habéis dicho eso, casa de Israel, y yo sé muy bién lo que pensáis. [6] Habéis multiplicado los muertos en esta ciudad, habéis llenado sus calles de cadáveres. [7] Por tanto, así dice Yave: Vuestros muertos, los que habéis dejado tendidos en medio de ella, ésos son la carne y ella es la olla, pero yo os he de sacar de ella.

[8] Vosotros tenéis miedo a la espada, y yo haré venir la espada sobre vosotros, dice el Señor, Yave. [9] Yo os sacaré de en medio de ella y os entregaré en manos de los extranjeros, y haré justicia en vosotros. [10] Pereceréis a la espada, en los términos de Israel, os juzgaré y sabréis que yo soy Yave. [11] No será ella para vosotros la olla, ni seréis vosotros en ella la carne; en los términos de Israel os juzgaré, [12] y sabréis que yo soy Yave, cuyos mandamientos no habéis seguido, cuyas leyes no habéis practicado, sino que habéis obrado siguiendo las costumbres de las gentes que os rodean.

[13] Apenas había profetizado, cayó muerto Peltía, hijo de Banayas, y yo me eché rostro a tierra y grité con todas mis fuerzas: ¡Ah Señor, Yave! ¿Vas a acabar del todo con lo que queda de Israel? [14] Me fué dirigida palabra de Yave, diciendo: [15] Hijo de hombre, tus hermanos, tus hermanos, los de tu parentela, la casa de Israel toda entera, son los que dicen a los habitantes de Jerusalén: Alejaos de Yave, tenemos la tierra en posesión. [16] Diles, por tanto: Así habla el Señor, Yave: Los he alejado hacia las gentes, los he dispersado en tierras extranjeras, pero yo seré para ellos santuario, por el poco de tiempo que estarán en las tierras a que han emigrado (1).

[17] Diles, pues: Así habla el Señor, Yave: Yo os recogeré de entre las gentes, y os reuniré de entre las tierras a que habéis sido dispersados, y os daré la tierra de Israel. [18] Y entrarán en ella, y quitarán de ella todos sus ídolos y sus abominaciones. [19] Y les daré otro corazón, y pondré en ellos un espíritu nuevo, quitaré de su cuerpo su corazón de piedra, y les daré un corazón de carne, [20] para que sigan mis mandamientos y observen y practiquen mis leyes, y sean mi pueblo y sea yo su Dios. [21] Pero a los que se complacen en sus ídolos, en sus abominaciones, yo les echaré sus obras sobre la cabeza, dice el Señor, Yave.

[22] Los querubines desplegaron sus alas, y les siguieron las ruedas; y la gloria de Yave estaba sobre ellos; [23] y la gloria de Yave se alzó de en medio de la ciudad, y se posó sobre el monte que está al oriente de la ciudad. [24] Me tomó el espíritu, y me llevó a Caldea entre los cautivos, en visión del espíritu de Dios, y desapareció la visión que había tenido. [25] Yo dije a los cautivos todo lo que Yave me había mostrado.

(1) Hermosas palabras las de este verso. Los desterrados carecen de templo; pero Dios mismo será su templo: Dios no los abandona en su destierro, hasta reconducirlos a la patria, mudado su espíritu.

La fuga del rey.

12 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre: Habitas en medio de gente rebelde, que tiene ojos para ver y no ven, oídos para oír y no oyen, porque son gente rebelde. [3] Tú, hijo de hombre, dispón tus trebejos de emigración (1), y sal de día a la vista de ellos. Parte a presencia suya del lugar en que estás, para otro lugar, a ver si reconocen que son gente rebelde. [4] Saca tus trebejos, como trebejos de camino, de día, a sus ojos, y parte por la tarde a presencia suya, como parten los desterrados. [5] A sus ojos horadas la pared y sales por ella, llevando a sus ojos tus trebejos, y te los echas al hombro, y sales al oscurecer, cubierto el rostro y sin mirar a la tierra, pues quiero que seas pronóstico para la casa de Israel.

[7] Yo hice lo que se me mandaba, y salí de día con mis trebejos, como trebejos de emigración; horadé con mis manos la pared y los saqué al oscurecer, y me los eché al hombro a presencia suya. [8] Por la mañana me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: [9] Hijo de hombre, no te ha dicho la casa de Israel, esta casa de rebeldes: ¿Qué es lo que haces? [10] Pues diles: Así habla el Señor,

(1) El profeta recibe esta orden de preparar sus bártulos y partir, simbolizando la partida de Judá y su rey para el destierro.

Yave: Este oráculo es para el príncipe que está en Jerusalén y para toda la casa de Israel que allí se halla. 11 Diles: Yo soy para vosotros una señal; lo que yo hago, eso harán ellos, irán al destierro, al cautiverio.

12 El príncipe que entre ellos está se echará al hombro su bagaje en la oscuridad y partirá. Se horadará la muralla para que salga, y se cubrirá el rostro para no ver la tierra. 13 Yo le tenderé mis redes, y será cogido en mis mallas, y le llevarán a Babilonia, a la tierra de los caldeos, pero no la verá, y allí morirá. 14 Y a cuantos estén a su lado para servirle, a cuantos le acompañen los esparciré a todos los vientos y desenvainaré contra ellos mi espada. 15 Y sabrán que yo soy Yave, cuando los disemine entre las gentes y los derrame sobre la tierra. 16 Pero haré que de ellos quede un corto número, de la espada, del hambre y de la pestilencia. Para que cuenten todas sus abominaciones entre las gentes a las que llegaren y sepan que yo soy Yave.

17 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 18 Hijo de hombre, come tu pan con temor y bebe tu agua con anhelo y angustia, 19 y di al pueblo de la tierra: Así habla el Señor, Yave, de los moradores de Jerusalén y de la tierra de Israel: Comerán su pan con temor, y con espanto beberán su agua, porque su tierra será despojada de todo, por la maldad de cuantos la habitan. 20 Y serán asoladas las ciudades que habitan, y sabrán que yo soy Yave.

El castigo se acerca.

21 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 22 Hijo de hombre, ¿qué refrán es ése que corre por la tierra de Israel, diciendo: pasan los días y no se cumple la visión? (1). 23 Diles, por tanto: Así habla el Señor, Yave: Yo haré que desaparezca ese refrán, y no lo repetirán en Israel. 24 Diles, por lo contrario: Ya se acerca el día y se cumplirá toda visión. No habrá ya más en adelante visiones engañosas ni adivinaciones lisonjeras en la casa de Israel. 25 Porque yo, Yave, digo: Se cumplirá la palabra que yo pronuncie y no se dilatará. Antes en vuestros días, ¡oh casa de rebeldes!, diré mi palabra y la cumpliré. Palabra de Yave.

26 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 27 Hijo de hombre, mira cómo dice la casa de Israel: Las visiones que éste ve no son para pronto, profetiza para muy lejanos días. 28 Diles, por tanto: Así habla el Señor, Yave: No se dilatará ya más. Se cumplirá toda palabra que yo hable, dice el Señor, Yave.

(1) Interesante para entender cómo oía el pueblo las palabras del profeta. No negaban su veracidad, sabiendo que eran profetas de Dios; pero creían al ver pasar los días sin que las visiones se cumplieran, que no eran más que amenazas, que no se realizarían, o quedarían para edades remotas.

Contra los falsos profetas.

13 1 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 2 Hijo de hombre, profetiza contra los profetas de Israel (1) que profetizan; y di a esos que profetizan a capricho suyo: oíd la palabra de Yave. 3 Así dice el Señor, Yave: ¡Ay de los profetas insensatos que andan en su propio capricho, sin haber visto nada! 4 Fueron, Israel, tus profetas como zorras del desierto. 5 No habéis subido a las brechas, no habéis amurallado la casa de Israel, para que resistiera en el combate el día de Yave. 6 Vieron vanidad y adivinación mentirosa. Dicen: «Ha dicho Yave», y no los envió Yave, y hacen esperar que se cumplirán sus palabras. 7 ¿No habéis visto visiones vanas? ¿No habéis anunciado adivinaciones mentirosas, diciendo «ha dicho Yave», no habiéndolo dicho yo?

8 Por tanto, así dice el Señor, Yave: Por haber hablado vosotros vanidad y haber visto mentiras, por tanto, aquí estoy yo contra vosotros, dice el Señor, Yave. 9 Y será mi mano contra los profetas que ven vanidad y adivinan mentira. No formarán en la asamblea de mi pueblo, ni serán inscritos en el libro de la casa de Israel, ni volverán a la tierra de Israel, y sabréis que yo soy el Señor, Yave.

10 Por tanto, por haber engañado a mi pueblo, diciendo: «Paz», no habiendo paz; y mientras alzaba yo

(1) En Babilonia también vivían, entre los desterrados, profetas que profetizaban según su imaginación y afirmaban la preservación de Jerusalén y la vuelta de ellos a la patria.

una pared, ellos la jarreaban con barro, [11] di a esos jarreadores con barro que se caerá, que vendrán aguaceros, y mandaré granizadas que la derribarán y viento impetuoso que la deshará. [12] ¿Y cuando caiga la pared, no os dirán: Dónde está la embarradura con que la cubristeis?

[13] Por tanto, así dice el Señor, Yave: Yo en mi furor desencadenaré la tempestad, y vendrá en mi ira un aguacero impetuoso, y caerá furioso el granizo para destruir. [14] Y derribaré la pared que vosotros embarrasteis, la echaré a tierra y quedarán al descubierto sus cimientos. Caerá ella, y vosotros pereceréis en medio de sus escombros, y sabréis que yo soy Yave. [15] Yo saciaré mi furor contra la pared y contra los que la recubrieron de barro; y os diré: Ya no hay pared, y se acabaron los que la jarreaban, [16] los profetas de Israel que profetizan a Jerusalén y tienen para ella visiones de paz, no habiendo paz, dice el Señor, Yave. [17] Y tú, hijo de hombre, pon tus ojos en las hijas de tu pueblo que profetizan a capricho suyo, y profetiza contra ellas. [18] Di, así habla el Señor, Yave: ¡Ay de las que se hacen cintajos para todas las articulaciones de las manos, y lazos para toda clase de gentes, para cazar las almas! ¿Creéis que cazando las almas de mi pueblo mantendréis las vuestras? [19] Vosotras, por dos puñados de cebada o dos pedazos de pan, me deshonráis ante mi pueblo, predicando la muerte de quien no ha de morir y prometiendo la vida a quien no vivirá, y engañando así a mi pueblo, que se cree las mentiras.

[20] Por tanto, así dice el Señor, Yave: Heme aquí contra esos vuestros cintajos, con que cazáis las almas; yo los arrancaré de vuestros brazos y dejaré volar libres a las almas que con ellos cazáis. [21] Yo arrancaré también vuestros lazos y libraré de vuestras manos a mi pueblo. No os servirán ya más de red en vuestras manos y sabréis que yo soy Yave. [22] Por haber entristecido con vuestras mentiras el corazón del justo, cuando yo no quería entristecerle, y haber confortado las manos del impío para que no se volviese de su mal camino y viviese, [23] ya no tendréis más vanas visiones, ni pronunciaréis más oráculos. Libraré de vuestras manos a mi pueblo, y sabréis que yo soy Yave.

Exhortación a la conversión.

14 [1] Vinieron a mí algunos de los ancianos de Israel y se sentaron delante de mí (1); [2] y me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: [3] Hijo de hombre, estas gentes llevan sus ídolos dentro de su corazón, y miran con sus ojos el escándalo de su iniquidad. ¿Voy a dejarme consultar por ellos? [4] Háblales, por tanto, y diles: Así habla el Señor, Yave: A todos los de la casa de Israel, que llevando sus ídolos en su corazón y mirando con sus ojos el escándalo de su iniquidad, vinieren al profeta, les responderé yo, Yave, hablándoles de la muchedumbre de sus ídolos, [5] para agarrar a la casa de Israel por su propio corazón, ya que por sus ídolos se aparta de mí.

[6] Di, por tanto, a la casa de Israel: Así habla el Señor, Yave: convertíos y apartaos de vuestros ídolos, y apartad la vista de vuestras abominaciones; [7] porque a quienquiera de la casa de Israel que de mí se apartare para poner en su corazón sus ídolos y sus ojos en el escándalo de su iniquidad, y viniere al profeta para preguntarle, le responderé yo, Yave, por mí mismo, [8] y pondré mi rostro contra él, y le haré portento y fábula, y le arrancaré de mi pueblo de Israel, y sabréis que yo soy Yave; [9] y si el profeta, seducido, dice alguna cosa, seré yo, Yave, quien le habré seducido y tenderé sobre él mi mano, y le exterminaré de en medio de mi pueblo Israel. [10] Y llevarán sobre sí su maldad; según la maldad de quien pregunta, así será la maldad de quien responde. [11] Para que no yerre más la casa de Israel lejos de mí, ni se contamine con todas sus abominaciones, y sean mi pueblo y yo sea su Dios, dice el Señor, Yave.

Inutilidad de la intercesión.

[12] Fuéme dirigida palabra de Yave, diciendo: [13] Hijo de hombre: Cuando por haberse rebelado pérfidamente contra mí la tierra, tienda yo mi brazo contra ella, y la quebrante el sustento del pan y mande sobre

(1) Estos ancianos, que rinden culto a los ídolos, vienen a consultar a Dios por su profeta. La respuesta que reciben es la que más necesitan.

ella el hambre, y extermine en ella hombres y animales, [14] aunque hubieran estado en ella estos tres varones, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia hubieran salvado su vida, dice el Señor, Yave. [15] Y si invadiera esa tierra con bestias feroces para que la desolaran, sin que nadie por miedo a las fieras la atravesara, [16] si hubieran estado en ella esos tres varones, por mi vida, dice Yave, no hubieran salvado a sus hijos ni a sus hijas; ellos solos habrían escapado, y la tierra habría sido desolada. [17] Y si mando contra ella la espada, y digo: espada, recorre la tierra y extermina hombres y animales; [18] aunque en medio de ella estuvieran aquellos tres varones, por mi vida, dice Yave, que no salvarían a sus hijos y a sus hijas; ellos solos escaparían. [19] O si mandare sobre esa tierra la peste contra ella dentro de su sangre, derramando mi ira para exterminar hombres y bestias, [20] aunque en medio de ella estuvieran Noé, Daniel y Job, por mi vida, dice Yave, no salvarían un hijo ni una hija: por su propia justicia escaparían ellos, y salvarían la propia vida.

[21] Pues así dice el Señor, Yave: ¡Cuánto más, cuando desencadene yo contra Jerusalén esos cuatro azotes juntamente, la espada, el hambre, las bestias feroces y la peste, para exterminar en ella hombres y animales! [22] Y sin embargo, quedarán en ella algunos restos, hijos e hijas que escaparán y saldrán fuera, y vendrán con vosotros y veréis su conducta y sus obras, y comprenderéis el mal que yo voy a hacer a Jerusalén, y todo lo que voy a hacer contra ella. [23] Lo comprenderéis cuando veáis su conducta y sus obras, y reconoceréis que no sin razón hago yo cuanto hago, dice el Señor, Yave.

Israel, sarmiento inútil.

15 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre, ¿qué tiene más el palo de la viña que otro palo? ¿Qué es el sarmiento entre todas las maderas de la selva? [3] ¿Sacarán de él madera para hacer obra alguna? ¿Harán de ella estacas para colgar cualquier cosa? [4] Echase al fuego para que se consuma, de cabo a cabo es consumido, y arde también el medio: ¿servirá para nada más? [5] Cuando estaba entero no servía para hacer de él obra alguna. ¡Cuánto menos servirá después de quemado, después que fué presa del fuego!

[6] Por tanto, así dice el Señor, Yave: Como es el palo de la vid entre las maderas de la selva, leña que yo echo al fuego, así echaré a él a los habitantes de Jerusalén. [7] Volveré contra ellos mi rostro, escaparon del fuego y el fuego los devorará, y sabréis que yo soy Yave, cuando volviere contra ellos mi rostro, [8] y tornaré la tierra en desierto por cuantos prevaricaron, dice el Señor, Yave.

Horrible ingratitud de Israel.

16 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo (1): [2] Hijo de hombre, echa en cara a Jerusalén sus abominaciones, [3] y di: Esto dice el Señor, Yave, a Jerusalén: Eres por tu tierra y por tu origen una cananea, tu padre un amorreo, tu madre una getea; [4] a tu nacimiento, el día que naciste, nadie te cortó el ombligo, no fuiste lavada en el agua para limpiarte, no fuiste frotada con sal ni fajada; [5] nadie hubo que pusiera en ti sus ojos, para hacerte algo de esto compadecido de ti, sino que con horror fuiste tirada al campo el día en que naciste. [6] Pasé yo cerca de ti y te vi sucia en tus sangres, y te dije: ¡Vive, vive!, te dije en tus sangres.

[7] Te hice crecer a decenas de millares, como la hierba del campo. Creciste y te hiciste grande y llegaste a la flor de la juventud; te crecieron los pechos y te salió el pelo; pero estabas desnuda y llena de vergüenza. [8] Pasé yo junto a ti y te miré. Era tu tiempo, el tiempo del amor, y tendí sobre ti mi manto, cubrí tu desnudez, me ligué a ti con juramento e hice alianza contigo, dice el Señor, Yave, y fuiste mía. [9] Te lavé con agua, te quité de encima la sangre, te ungí con óleo, te vestí de recamado, te calcé de piel de tejón, te ceñí de lino

(1) Este largo capítulo es una narración parabólica del mas vivo realismo, en que nos pinta la historia religiosa de Israel, siempre infiel a su Dios y amante de los ídolos. A pesar de todo, acaba prometiendo la reanudación de la antigua alianza.

fino y te cubrí de seda. 11 Te atavié con joyas, puse pulseras en tus brazos y collares en tu cuello, 12 arillo en tus narices, zarcillos en tus orejas, y espléndida diadema en tu cabeza. 13 Estabas adornada de oro y de plata, vestida de lino y seda en recamado: comías flor de harina de trigo, miel y aceite, te hiciste cada vez más hermosa y llegaste hasta reinar.

14 Extendióse entre las gentes la fama de tu hermosura, porque era acabada la hermosura que yo puse en ti, dice el Señor, Yave. 15 Pero te envaneciste de tu hermosura y de tu nombradía, te diste a putañear, ofreciendo tu desnudez a cuantos pasaban, entregándote a ellos. 16 Tomaste tus vestidos, y te hiciste altos coloreados para prostituirte en ellos. 17 Tomaste las espléndidas joyas que yo te había dado, mi plata y mi oro, y te hiciste simulacros de hombres, fornicando con ellos. 18 Cogiste las telas recamadas y los cubriste con ellas, y les ofreciste mi óleo y mis aromas. 19 También el pan que yo te diera, la flor de harina de trigo y el aceite y la miel con que te mantenía, se los ofreciste en ofrenda de suave olor. Eso hiciste, dice el Señor, Yave.

20 Y a más de esto, tomaste a tus hijos y a tus hijas, los que habías engendrado para mí, y se los sacrificaste para que les sirvieran de comida. Te parecían poco tus prostituciones, 21 y sacrificaste a mis hijos haciéndolos pasar por el fuego. 22 Y al cometer todas esas tus fornicaciones y prostituciones, no te acordaste del tiempo de tu mocedad, cuando estabas desnuda en tu vergüenza y te revolvías en tus sangres; 23 antes al contrario, después de tantas maldades, ¡ay de ti!, dice Yave, 24 te hiciste en cada plaza un lupanar, 25 y en cada calle un prostíbulo, mancillando tu hermosura, entregándote a cuantos pasaban y multiplicando tus prostituciones.

26 Te prostituiste a los hijos de Egipto, tus vecinos de gordos cuerpos, multiplicando tus fornicaciones para irritarme. 27 Por eso tendí yo a ti mi mano y te quité parte de la dote, y te entregué al capricho de tus enemigas, las hijas de los filisteos, que te aborrecen y se avergüenzan de tu desenfreno. 28 No harta todavía, te prostituiste también a los hijos de Asur, fornicaste con ellos sin hartarte todavía. 29 Multiplicaste tus prostituciones desde la tierra de Canán hasta la Caldea, y ni con todo esto te saciaste.

30 ¿Cómo sanar tu corazón, dice el Señor, Yave, cuando has hecho todo esto, como desvergonzada ramera dueña de sí, 31 haciéndote prostíbulos en todas las encrucijadas y lupanares en todas las plazas? Y ni siquiera eres comparable a las rameras, que reciben el precio de su prostitución. 32 Tú eres la adúltera, que en vez de su marido acoge a los extraños. 33 A la meretriz se le paga su merced, pero tú hacías mercedes a tus amantes y les hacías regalos para que de todas partes entrasen a ti para tus fornicaciones. 34 Ha sucedido contigo en tus fornicaciones lo contrario de las otras rameras, pues no te buscaban, y pagando tú en vez de recibir paga, fuiste al contrario de las otras.

Castigo de tanta ingratitud.

35 Por tanto, oye, ¡oh ramera!, la palabra de Yave: 36 Así dice el Señor, Yave: Por haber descubierto tus vergüenzas y haber mostrado tu desnudez a tus amantes en tus fornicaciones y a todos tus abominables ídolos, y por la sangre de tus hijos que les ofreciste; 37 por eso reuniré yo a todos tus amantes, a cuantos recibiste placentera; y además de los que amaste, traeré también a los que aborreciste, y los juntaré contra ti en derredor y les descubriré tus vergüenzas y contemplarán todas tus torpezas. 38 Te entregaré a sus manos, y ellos desharán tu lecho y derribarán tus prostíbulos, te desnudarán de tus vestidos y te arrebatarán todos los ornamentos de tu hermosura, y te dejarán desnuda, en cueros. 40 Y harán venir contra ti a las muchedumbres y te lapidarán con piedras, y te atravesarán con la espada; 41 y pegarán fuego a tus casas, y harán en ti justicia a ojos de muchas mujeres, y haré que ceses de putañear y no hagas ya más regalos. 42 Saciaré en ti mi ira, y se apartará de ti mi celo. 43 Por cuanto no te acordaste de los días de tu mocedad, y me provocaste a ira con todas esas cosas, por eso yo también echaré tus caminos sobre tu cabeza, dice el Señor, Yave, y cum-

pliré mis designios contra todas tus abominaciones.
44 Mira que no habrá proverbista que no te aplique este proverbio: «Cual la madre, tal la hija.» 45 Sí, eres hija de madre que aborreció a su marido y a sus hijos. Y eres también hermana de tus hermanas, que aborrecieron a sus maridos y a sus hijos. Vuestra madre fué una getea, y vuestro padre un amorreo. 46 Tu hermana mayor es Samaria, con sus hijas, que habita a la izquierda tuya, y tu hermana menor es Sodoma, con sus hijas, que habita a tu derecha. 47 Y ni aun seguiste sólo sus caminos, ni imitaste sólo sus abominaciones; como si esto fuera muy poco para ti, te corrompiste más que ellas en todas tus sendas.
48 Por mi vida, dice el Señor, Yave, que tu hermana Sodoma con sus hijas, no hizo lo que tú con tus hijas hiciste. 49 Mira cuál fué la iniquidad de Sodoma, tu hermana: Tuvo gran soberbia, hartura de pan y mucha ociosidad. No dió la mano al pobre, al desvalido; 50 se ensoberbecieron e hicieron lo que a mis ojos es abominable, y cuando lo vi, las quité del medio. 51 Samaria no pecó ni la mitad de lo que has pecado tú. Tú multiplicaste tus fornicaciones mucho más que ellas, hasta el punto de hacer justas a tus hermanas con todas las abominaciones que tú has cometido. 52 Lleva, pues, sobre ti tu vituperio, tú que has abogado por la causa de tus hermanas con las abominaciones que más que a ellas te han hecho abominable, viniendo a ser justas ellas, comparadas contigo. Sé confundida, y soporta tu vituperio también tú, pues que has venido a justificar a tus hermanas.
53 Pero yo mudaré la suerte suya, la suerte de Sodoma y de sus hijas, la suerte de Samaria y de sus hijas, y con la de ellas mudaré también la tuya, 54 para que soportes tu confusión y tu vituperio por todo cuanto hiciste y les sirvas a ellas de consuelo. 55 Tu hermana Sodoma, con sus hijas, volverán a su anterior estado, volverán también a él Samaria con sus hijas, y tú también y tus hijas volveréis a vuestro estado primero. 56 Ni el nombre siquiera de tu hermana Sodoma se oía en tu boca, al tiempo de tu orgullo, 57 antes de que fuera descubierta tu perversidad. Así también eres tú ahora oprobio para las hijas de Aram y para las hijas de los filisteos que te rodean, que dondequiera te desprecian. 58 Lleva sobre ti tu perversidad y tus abominaciones, dice Yave.

Misericordia y rehabilitación.

59 Porque así habla el Señor, Yave: ¿Voy a hacer yo contigo lo que conmigo hiciste tú, menospreciando el juramento y rompiendo el pacto? 60 No, yo me acordaré de la alianza que contigo hice al tiempo de tu mocedad y confirmaré contigo una alianza eterna. 61 Y tú te acordarás de tus obras y te avergonzarás cuando recibas a tus hermanas mayores y menores, que yo te daré por hijas, mas no ya por el pacto hecho contigo. 62 Yo renovaré mi alianza contigo, y sabrás que yo soy Yave, 63 para que te acuerdes y sientas vergüenza, y nunca más de vergüenza te atrevas abrir la boca, cuando te habré perdonado cuanto hiciste, dice el Señor, Yave.

Humillación y resurgimiento de la casa de David.

17 1 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 2 Hijo de hombre, propón un enigma y compón una parábola de la casa de Israel (1). 3 Di: Así habla el Señor, Yave:
La gran águila de grandes alas y de largas plumas, toda cubierta de espléndido plumaje de colores varios, vino al Líbano y cogió el cogollo del cedro; 4 y arrancó el principal de sus renuevos y le llevó a tierra de mercaderes, y le puso en una ciudad de comerciantes. 5 Escogió luego un sembradío de la tierra y le puso en campo selecto para la plantación. Le puso cerca de aguas abundantes, para que estuviese copiosamente regado. 6 Echó brotes y se hizo una vid frondosa, pero de poca altura, para que dirigiese hacia el águila sus ramas y le estuvieran sometidas sus raíces. Hízose vid y echó sarmientos y extendió sus ramas.
7 Pero había otra gran águila de

(1) Esta parábola nos representa al rey de Caldea, que viene a Jerusalén a trasladar a Babilonia al rey Jeconías (el cedro del Líbano), dejando en Jerusalén a Sedecías por rey de Judá (el cogollo del cedro).

grandes alas y espeso plumaje, y la vid dirigió hacia ésta sus raíces, y tendió hacia ella sus sarmientos, desde la era en que la plantó, para que estuviera bien regada. [8] Había sido plantada en tierra buena y cerca de abundantes aguas, para que echase ramas y llevase frutos y se hiciese una vid vigorosa.

[9] Di: Así habla el Señor, Yave: ¿Prosperará? El águila primera no arrancará sus raíces, no la despojará, dejándola que se seque y se sequen todas las hojas que echó? Sin gran esfuerzo, sin necesidad de mucha gente, la arrancará de raíz. [10] Había sido plantada, ¿prosperará? ¿No se secará del todo apenas la toque el viento solano? En la era de su verdor se secará.

[11] Y me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: [12] Anda, di a la casa rebelde: ¿No habéis entendido lo que esto significa? Di: El rey de Babilonia vino a Jerusalén, cogió al rey y a sus príncipes y los deportó, llevándolos consigo a Babilonia. [13] Tomó a uno de la real estirpe, e hizo con él un pacto tomándole juramento. Llévóse a los poderosos de la tierra, [14] para que el ramo fuese modesto y no se rebelase, y guardase y mantuviese el pacto hecho con él. [15] Pero aquél se rebeló y mandó embajadores al Egipto, para que le diese caballos y mucha gente.' ¿Prosperará? ¿Escapará el que tales cosas hizo? Rompió el pacto, ¿escapará?

[16] Por mi vida, dice el Señor, Yave, que en la tierra de quien le había puesto en el trono, cuyo juramento menospreció y cuya alianza rompió, allí morirá, en Babilonia. [17] Y el Faraón no le socorrerá con gran ejército y muchas fuerzas en la lucha, cuando se levanten terraplenes y se construyan torres para destrucción de muchas vidas. [18] Menospreció el juramento, rompió el pacto, dió su mano, y luego hizo cosas tales; no escapará. [19] Por tanto, así habla el Señor, Yave: Por mi vida, que yo echaré sobre su cabeza mi juramento que él menospreció, y mi pacto que él rompió, [20] y le tenderé mi red, y quedará preso en mi lazo. Le deportaré a Babilonia, y allí le juzgaré por la infidelidad cometida contra mí. [21] Todos los fugitivos de sus tropas caerán a la espada, y los que queden serán dispersados a todos los vientos, y sabréis que yo, Yave, he hablado.

Promesa del Rey Mesías.

[22] Así dice el Señor, Yave: También yo tomaré del cogollo del cedro sublime; del principal de sus renuevos cortaré un tallo, [23] y lo plantaré sobre el monte alto y sublime, en el alto monte de Sión le plantaré; y echará ramas y dará fruto, haciéndose un magnífico cedro, y se acogerán a él todas las aves de toda pluma, y habitarán a la sombra de sus ramas; [24] y conocerán todos los árboles de la selva que yo soy Yave, y humillé al árbol sublime, y levanté el árbol bajo, sequé el árbol verde, e hice reverdecer el árbol seco. Yo, Yave, he hablado y yo lo cumpliré.

La justificación de Dios.

18 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo (1): [2] ¿Qué andáis vosotros repitiendo este proverbio en la tierra de Israel y decís: Los padres comieron los agraces y los dientes de los hijos tienen la dentera? [3] Por mi vida, dice Yave, que nunca más diréis ese refrán en Israel. [4] Mías son las almas todas; lo mismo la del padre que la del hijo mías son, y el alma que pecare, ésa perecerá.

[5] El que sea justo y haga juicio y justicia, [6] no banquetee por los montes y no alce sus ojos a los ídolos de la casa de Israel; no manche a la mujer de su prójimo, y no se llegue a la menstruada; [7] y no oprima a nadie y devuelva al deudor su prenda, no robe y dé pan al hambriento y vestido al desnudo; [8] no dé a logro, ni reciba a usura, retraiga su mano del mal y haga juicio de verdad entre hombre y hombre; [9] camine en mis mandatos y guarde mis leyes obrando rectamente, ése es justo, vivirá, dice Yave. [10] Pero si engendró un hijo ladrón, vertedor de sangre o

(1) Este capítulo es importantísimo en la historia de la revelación del A. T. Con él queda rota aquella cadena que ligaba a padres con hijos: La ley de la responsabilidad social es una ley natural. Los hijos heredan no sólo el nombre, los bienes y la gloria de los padres, sino también las enfermedades, la miseria, etc. Igual se diga de los pueblos. Esta ley la universalizaba la opinión del pueblo; el profeta la reduce a sus justos límites. Ante Dios, cada uno será juzgado según sus obras, buenas o malas, sin consideración a la conducta de los padres.

que haga alguna de esas otras cosas, y no imitando a sus padres, coma por los montes, manche a la mujer de su prójimo, [12] oprima al pobre y al desvalido, robe, no devuelva la prenda, alce los ojos a los ídolos y haga abominaciones, dé a logro y reciba usura, ¿vivirá éste? No vivirá, recaerá su sangre sobre él.

[14] Pero si éste engendró un hijo que, viendo todos los pecados de su padre, no los imita, [15] ni come por los montes, ni alza sus ojos a los ídolos de Israel, ni mancha a la mujer de su prójimo, [16] ni oprime a nadie, ni retiene la prenda, ni roba, da su pan al hambriento y viste al desnudo, [17] contiene su mano de la iniquidad, no recibe usura ni interés y cumple mis preceptos, éste no morirá por la iniquidad de su padre, vivirá. [18] Su padre que agravió y despojó a su hermano y no obró el bien en medio de su pueblo, ése morirá por su iniquidad.

[19] Y si dijéreis: ¿Por qué no ha de pagar el hijo la iniquidad del padre? Pues porque el hijo hizo juicio y justicia y guardó mis mandamientos y los puso por obra, y de cierto vivirá. [20] El alma que pecare, ésa morirá; el hijo no llevará sobre sí la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo; la justicia del justo será sobre él, y sobre él será la iniquidad del malvado. [21] Y si el malvado se retrae de su maldad y guarda todos mis mandamientos, y hace lo que es recto y justo, vivirá y no morirá. [22] Todos los pecados que cometió no le serán recordados, y en la justicia que obró vivirá.

[23] ¿Quiero yo acaso la muerte del impío?, dice el Señor, Yave. ¿No va a vivir si se aparta de su mal camino? [24] Pero si el justo se apartare de su justicia e hiciere maldad conforme a todas las abominaciones que hace el impío, ¿va a vivir? Todas las justicias que hizo no le serán recordadas; por sus rebeliones con que se rebeló, por sus pecados que cometió, por ellos morirá.

[25] Y si dijereis: No es derecho el camino del Señor; escucha, casa de Israel: ¿Que no es derecho mi camino? ¿No son más bien los vuestros los torcidos? [26] Si el justo se aparta de su justicia para obrar la maldad, y por eso muere, muere por la iniquidad que cometió. [27] Y si el malvado se aparta de su iniquidad que cometió y hace lo que es recto y justo, hará vivir su propia alma [28] Abrió los ojos y se apartó de los pecados cometidos, y vivirá y no morirá. [29] Y dice la casa de Israel: ¡No son derechos los caminos del Señor! ¿Que no son derechos mis caminos, casa de Israel? ¿No son más bien los vuestros los torcidos?

[30] Yo, pues, os juzgaré a cada uno según sus caminos, ¡oh casa de Israel!, dice el Señor, Yave. Volveos y convertíos de vuestros pecados, y así no serán la causa de vuestra ruina. [31] Arrojad de sobre vosotros todas las iniquidades que cometéis, y hacéos un corazón nuevo y un espíritu nuevo. ¿Por qué habéis de querer morir, casa de Israel? [32] Que no quiero yo la muerte del que muere. Convertíos y vivid.

Elegía de los últimos reyes de Judá.

19 [1] Canta una elegía de los príncipes de Israel, y di: [2] ¿Qué fué su madre? Una leona que se echaba entre los leones. Agazapados en medio de jóvenes leones crió a sus cachorros. [3] Levantó a uno de sus cachorros, que llegó a ser león, y aprendió a coger la presa y devorar hombres. [4] Oyeron hablar de él las gentes, y cogiéronle en sus trampas, y con grilos le llevaron a la tierra de Egipto. [5] Y viendo ella, después de esperar mucho tiempo, que se desvanecía su esperanza, tomó a otro de sus cachorros y le puso en lugar del leoncillo. [6] Se echaba entre leones y vino a ser también león, y aprendió a arrebatar la presa y a devorar hombres. [7] Rugiente en su altanería, devastó ciudades, y la tierra y cuantos en ella estaban se espantaban al oír el rugido del león. [8] Dieron sobre él las gentes de las regiones del contorno, tendieron redes contra él y le cazaron en su hambre. [9] Encerráronle en una jaula, y, encadenado, le llevaron a Babilonia, para que no se oyeran más sus rugidos en los montes de Israel.

[10] Tu madre fué como una vid plantada cerca de las aguas, vigorosa, de fruto y de follaje, por la abundancia de las aguas. [11] Echó robustos sarmientos, propios para cetros de dominador. Su tronco se alzaba por encima de los arbustos que la rodea-

ban, vistosa por su altura y por sus numerosos sarmientos. [12] Pero fué arrancada con furor y echada a tierra, y el viento solano la secó, quemó sus frutos. Secáronse sus robustos sarmientos y fueron echados al fuego, [13] y ahora está plantada en el desierto, en tierra seca y árida; [14] y ha salido de uno de sus sarmientos un fuego que ha consumido su fruto, y no queda ya en ella rama alguna fuerte, ni un solo cetro de dominio. Elegía es ésta y de elegía servirá.

Infidelidad del pueblo y fidelidad de Dios.

20 [1] El año séptimo, el quinto mes, el día diez del mes (1), vinieron algunos de los ancianos de Israel a consultar a Yave, y se sentaron delante de mí. [2] Y me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: [3] Hijo de hombre, habla a los ancianos de Israel y díles: Así dice el Señor, Yave: ¿Vosotros venís a consultarme? Por mi vida, que yo no os responderé, dice el Señor, Yave. [4] ¿Quieres juzgar a éstos, hijo de hombre? ¿Quiéres juzgarlos? Hazles saber las abominaciones de sus padres, [5] Díles: Así habla el Señor, Yave: El día en que yo elegí a Israel y alcé mi mano jurando a la posteridad de Jacob, y me mostré a ellos en la tierra de Egipto, y alcé a ellos mi mano diciendo: Yo, Yave, soy vuestro Dios; [6] aquel día alcé mi mano jurando sacarlos de la tierra de Egipto a la tierra que yo les había destinado, que mana leche y miel, y es la más hermosa de las tierras. [7] Y les dije: Quite cada uno de sus ojos los ídolos, y no os contaminéis con los ídolos de Egipto. Yo, Yave, soy vuestro Dios. [8] Pero ellos se rebelaron contra mí, y no quisieron darme oídos, ni quitaron de sus ojos los ídolos de Egipto; y dije que derramaría sobre ellos mi ira y desfogaría mi enojo sobre ellos en la tierra de Egipto.

[9] Mas, por la gloria de mi nombre, para que no fuese infamado a los ojos de las gentes en medio de las cuales estaba, a cuya vista me había dado a conocer como quien los había de sacar de la tierra de Egipto, [10] los saqué de la tierra de Egipto y los conduje por el desierto; [11] les di mis leyes y mis mandamientos y les hice saber mis disposiciones, que son la vida para quien las cumple. [12] Díles también mis sábados, para que fuesen señal entre mí y ellos, para que supiesen que yo soy Yave, que los santifico.

[13] Pero rebelóse contra mí la casa de Israel en el desierto, no anduvieron en mis preceptos, y no guardaron ni cumplieron mis ordenaciones, que son la vida para quien las cumple, y profanaron mis sábados. Entonces dije que volcaría sobre ellos mi furor, y en mi ira los exterminaría en el desierto. [14] Pero retraje mi mano, por el honor de mi nombre, para que no fuese profanando a los ojos de las gentes, a cuya vista los había sacado. [15] Alcé mi mano en el desierto, jurándoles no llevarlos a la tierra que les había dado, que mana leche y miel, la más hermosa de todas las tierras, [16] porque habían despreciado mis ordenaciones, y no habían seguido mis leyes, y habían profanado mis sábados, yéndose su corazón tras sus ídolos.

[17] Con todo, mis ojos los miraron piadosamente para no destruírlos, y no los exterminé en el desierto. [18] Pero dije en el desierto a sus hijos: No sigáis las costumbres de vuestros padres, no sigáis sus caminos ni os contaminéis con sus ídolos; [19] yo soy Yave, vuestro Dios; andad en mis ordenaciones, guardad mis mandamientos y ponedlos por obra; [20] santificad mis sábados, y sean señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Yave, vuestro Dios. [21] Pero los hijos se rebelaron contra mí, no anduvieron en mis ordenaciones, ni guardaron mis mandamientos poniéndolos por obra, los que son la vida para quien los cumple; profanaron mis sábados, y dije entonces que derramaría sobre ellos mi ira, para satisfacer en ellos mi enojo en el desierto. [22] Mas retraje mi mano por el honor de mi nombre, para que no se infamase a los ojos de las gentes a cuya vista los saqué. [23] También alcé mi mano en el desierto, jurándoles que los esparciría entre las gentes y los aventaría por las tierras; [24] porque no pusieron por obra mis mandamientos y desecharon mis ordenaciones y profanaron mis sába-

(1) Otra vez el profeta hace una síntesis de la historia israelita, para terminar con el juicio inminente, al que seguirá la restauración. Después de la justicia, la misericordia de Yave.

dos, y se les fueron los ojos tras los ídolos de sus padres. [25] Por eso les di yo también a ellos ordenaciones no buenas y decretos que no son de vida, [26] y los contaminé en sus ofrendas, cuando pasaban a sus hijos por el fuego, a todo primogénito, para desolarlos y hacerles saber que yo soy Yave.

[27] Por tanto, hijo de hombre, habla a la casa de Israel y diles: Así habla el Señor, Yave: Hasta esta injuria me hicieron vuestros padres, entre las infidelidades que cometieron contra mí. [28] Yo los conduje a la tierra que alzando mi mano había jurado darles, y ellos, mirando a todo alto collado y a todo árbol frondoso, sacrificaron allí sus víctimas y presentaron sus irritantes ofrendas, y pusieron suaves aromas y derramaron sus libaciones. [29] Yo les dije: ¿Qué es ese alto, el *Bama*, a donde vosotros vais? Y *Bama* se llama hasta hoy.

Castigo.

[30] Di, pues, a la casa de Israel: Así habla el Señor, Yave: ¡Qué! Os contamináis vosotros a la manera de vuestros padres, putañeáis con sus ídolos, [31] y ofreciendo vuestras ofrendas y pasando a vuestros hijos por el fuego, fornicáis con vuestros ídolos hasta el día de hoy; ¿voy a responderos yo, casa de Israel? Por mi vida, dice Yave, que no os responderé. [32] Y no será lo que vosotros pensáis. Porque vosotros os decís: Seremos como las gentes, como las naciones de la tierra, sirviendo al leño y a la piedra. [33] Por mi vida, dice el Señor, Yave, que con puño fuerte, con brazo tendido y en efusión de ira, he de reinar sobre vosotros. [34] Yo os he de sacar de en medio de las gentes, y os recogeré de en medio de las tierras a que con puño fuerte, con brazo tendido y en efusión de ira os desparramaré; [35] y os llevaré al inhabitable desierto, y allí cara a cara os juzgaré; [36] como juzgué a vuestros padres en el desierto de la tierra de Egipto, así os juzgaré a vosotros, dice el Señor, Yave. [37] Y os haré pasar bajo el cayado, y os conduciré con disciplina de alianza. [38] Separaré de vosotros a los rebeldes, a los que se apartaron de mí, y los sacaré de la tierra en que moran, y no entrarán en la tierra de Israel, y sabréis que yo soy Yave.

Misericordia y restauración.

[39] Y vosotros, los de la casa de Israel—así dice el Señor, Yave—andad cada uno tras sus ídolos y servidles. Pero ¡ah! Ya me daréis oídos luego, y dejaréis de profanar mi santo nombre con vuestras ofrendas y vuestros ídolos. [40] Pues en mi santo monte, en el alto monte de Israel, dice el Señor, Yave, allí me servirá toda la casa de Israel, toda ella en la tierra, y allí me complaceré en ellos y demandaré vuestras ofrendas y el don de vuestras primicias y todo cuanto me consagréis. [41] Me agradaré de vosotros como de un suave aroma, cuando os saque de en medio de las gentes y os reúna de las tierras a que fuisteis dispersados, y me santificaré en vosotros a los ojos de las gentes, [42] y sabréis que yo soy Yave, cuando os conduzca a la tierra de Israel, a la tierra que alzando la mano juré dar a vuestros padres. [43] Allí os vendrán a la memoria vuestras obras y todos los pecados con que os contaminasteis, y sentiréis vergüenza de vosotros mismos, por las maldades que cometisteis. [44] Entonces sabréis que yo soy Yave, cuando haga con vosotros conforme al honor de mi nombre, no según vuestros malos caminos, ni según vuestras perversas obras, casa de Israel, dice el Señor, Yave.

La catástrofe.

21 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre, vuélvete de cara hacia Temán y derrama la palabra sobre el mediodía. Profetiza contra el bosque de las llanuras del Negueb, y di al bosque del Negueb: [3] Oye la palabra de Yave: Así dice el Señor, Yave: Voy a encender en ti un fuego que devorará todos los árboles, los verdes y los secos. No se apagarán las abrasadoras llamas hasta no quemar todo rastro, de mediodía al septentrión; [4] y verá toda carne que soy yo, Yave, quien lo encendió. No se apagará.

[5] Dije yo: ¡Oh Señor, Yave! Mira que éstos me dicen: ¿No es éste un trovador de parábolas? [6] Y me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: [7] Hijo de hombre, vuélvete de cara a Jerusalén y derrama tu palabra sobre sus santuarios. Profetiza contra

la tierra de Israel, y 8 di a la tierra de Israel: Heme aquí contra ti; voy a desenvainar mi espada y a exterminar en ti al justo y al impío. 9 Pues para eso saldrá mi espada de la vaina contra toda carne, desde el mediodía hasta el septentrión; 10 Y sabrá toda carne que yo soy Yave, que he desenvainado mi espada y no volverá a la vaina.

11 Y tú, hijo de hombre, gime, gime con quebranto, gime a la vista suya; 12 Y cuando te digan: ¿por qué gimes? Diles: Por una noticia, que cuando llegue se encogerán los corazones todos, todas las manos se caerán, tondas las almas se consternarán y todas las rodillas se irán en agua. Y ya viene, y ya se cumple, dice el Señor, Yave.

13 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 14 Hijo de hombre, profetiza y di: Así habla el Señor, Yave: Di: ¡La espada, la espada! Viene afilada y bruñida. 15 Afilada para degollar, bruñida para fulgurar como el rayo, contra los príncipes de mi hijo, que no hace caso de la vara. 16 La he hecho bruñir para entregarla, hícela afilar y bruñir para ponerla en manos del degollador.

17 Grita y gime, hijo de hombre, porque vienen sobre mi pueblo, sobre todos los príncipes de Israel. Caen a la espada, juntamente con mi pueblo; hiere, pues, tus muslos. 18 Para prueba es. ¿Y si no hace caso de ella, como no lo hizo de la vara? No será así, dice el Señor, Yave. 19 Tú, pues, hijo de hombre, profetiza batiendo una palma contra otra. Se duplicará la espada, se triplicará; es la espada de la matanza, la espada de la gran matanza que los amenaza. 20 Para que se encojan los corazones y se multiplique el estrago, he puesto a todas sus puertas el espanto de la espada. ¡Ah! Bruñida ha sido para fulgurar, afilada para degollar. 21 Taja a derecha, raja a izquierda, donde quiera que te vuelvas, 22 y también batiré yo palmas, y desfogaré mi ira, dice Yave.

Nabucodonosor contra Jerusalén y Ammón.

23 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 24 Tú, hijo de hombre, traza dos caminos para la espada del rey de Babilonia, que salgan ambos de la misma tierra, y pon una señal al comienzo de cada camnio, que indique la ciudad a donde va. 25 Traza un camino por donde vaya la espada a Rabat, de los hijos de Ammón, y otro por donde vaya a Judá, a la ciudad fuerte de Jerusalén. 26 Porque el rey de Babilonia se ha parado en el cruce de donde parten los dos caminos, para consultar augurando por el lanzamiento de las flechas, por la pregunta a los *terafim*, por el examen de las entrañas. 27 El augurio ha señalado la derecha, Jerusalén, para dar la orden de ataque, lanzar los gritos de guerra, alzar arietes contra sus puertas, levantar terraplén y hacer vallado. 28 Para ellos, éstos son presagios vanos, pues ha habido juramentos solemnes; pero él se acuerda de su iniquidad y serán cogidos en el lazo.

29 Por tanto, así dice el Señor, Yave: Por haber traído a la memoria vuestra iniquidad, poniendo al descubierto vuestras traiciones y de manifiesto vuestros pecados en todas vuestras acciones, puesto que os jactáis, seréis entregados a su mano. 30 Y tú, profano, impío príncipe de Israel, llegó tu día, el término del tiempo de la iniquidad. 31 Así dice Yave: ¡Fuera tiara, fuera corona! Eso no será más. Será ensalzado lo humilde y humillado lo alto. 32 ¡Ruina, ruina! a ruina las reduciré!, y no serán más, mientras no venga aquel a quien de derecho pertenecen, y a él se las daré.

33 Y tú, hijo de hombre, profetiza y di: Así habla el Señor, Yave, de los hijos de Ammón y de su oprobio: Di, pues: ¡Espada! Desenvainada está la espada para degollar, bruñida para consumir, para fulgurar. 34 Te profetizan vanidad, te adivinan mentiras para hacerla caer sobre el cuello de los más inmundos de los impíos. Llegó su día en el tiempo de la consumación de la iniquidad. 35 ¿La volveré a la vaina? Yo te juzgaré en la tierra donde te criaste, en la tierra donde has vivido. 36 Derramaré sobre ti mi furor, soplaré contra ti el fuego de mi ira, y te entregaré en manos de hombres despiadados, artífices de la destrucción. 37 Serás pasto del fuego, se empapará la tierra de tu sangre, y se perderá tu memoria, porque yo, Yave, lo digo.

Los crímenes de Jerusalén.

22 1 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 2 Y tú, hijo de hombre, ¿no juzgarás a la ciudad sanguinaria, echándola en cara todas sus abominaciones? 3 Di pues: Así habla el Señor, Yave: ¡Ay de la ciudad derramadora de sangre en medio de sí! Para que venga su hora y para su su ruina, se ha hecho ídolos para contaminarse. 4 Por haberte hecho culpable de la sangre que has derramado y haberte contaminado con los ídolos que te hiciste, has apresurado tu día, has llegado al término de tus años. Por eso te haré yo oprobio de las gentes, ludibrio de la tierra toda. 5 Cercanos y lejanos se burlarán de ti, famosa por tus abominaciones, grande por tu corrupción.

6 He ahí a los príncipes de Israel, que cada uno a la medida de su poder se ocupan en derramar sangre. 7 En ti desprecian al padre y a la madre, maltratan al extranjero y oprimen al huérfano y a la viuda. 8 Menosprecias mis santuarios y profanas mis sábados. 9 Hay en ti calumniadores para derramar sangre, quienes comen por los montes, quienes hacen torpezas. 10 En ti se descubre la desnudez del padre, y se hace violencia a la mujer durante el menstruo. 11 Todos adulteran con la mujer de su prójimo, contaminan incestuosamente a la nuera y fuerzan a la hermana, a la hija de su padre. 12 Hay en ti quien recibe dones para derramar sangre, exiges usura e intereses, despojas con violencia al prójimo y a mí me olvidas, dice el Señor, Yave. 13 Yo he batido palmas ante tu avaricia y ante la sangre derramada en medio de ti. 14 ¿Resistirá tu corazón, tendrán fuerza tus manos en los días que yo te preparo? Yo, Yave, he hablado y lo haré. 15 Yo te esparciré entre las gentes y te aventaré por las tierras, y haré desaparecer tu inmundicia de en medio de ti, 16 y serás a tus ojos ignominia entre las gentes, y sabrás que yo soy Yave.

17 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 18 Hijo de hombre, la casa de Israel se me ha tornado en escoria, todos son en el crisol bronce, cobre, estaño, hierro, plomo, escorias de la plata. 19 Por tanto, así habla el Señor, Yave: Por cuanto vosotros os habéis vuelto escorias, yo os reuniré en medio de Jerusalén. 20 Como quien reúne en la hornaza plata, bronce, hierro, plomo y estaño, y sopla el fuego para fundirlos, así os reuniré yo en mi furor y en mi ira, y os echaré a la hornaza para fundiros. 21 Yo os reuniré, y soplaré contra vosotros el fuego de mi furor y seréis fundidos en medio de Jerusalén. 22 Como se funde la plata en el crisol, así seréis fundidos vosotros en medio de ella, y sabréis que soy yo Yave, que derramo mi furor sobre vosotros.

Los crímenes de los príncipes, sacerdotes y profetas.

23 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 24 Hijo de hombre, díles: Eres una tierra no bañada desde lo alto, no rociada por la lluvia, al tiempo de la canícula. 25 Dentro de ella se conjuran los príncipes; como ruge el león y despedaza la presa, así devoran ellos las almas; se apoderan de los tesoros y riquezas y multiplican en medio de ella las viudas. 26 Sus sacerdotes han violado mi ley y han profanado mis cosas santas; no hacen diferencia entre lo santo y lo profano, ni enseñan a distinguir entre lo mundo y lo inmundo; cierran los ojos a las violaciones de mis sábados, y yo soy profanado en medio de ellos; 27 sus príncipes son como lobos que despedazan la presa, derramando sangre, destruyendo las almas, para dar pábulo a su avaricia. 28 Sus profetas revocan con barro suelto, profetizándoles vanidad y prediciendo mentiras, y dicen: Así habla el Señor, Yave, sin que Yave haya hablado. 29 Y el pueblo de la tierra oprime, roba, hace violencia al desvalido y al menesteroso, y al extranjero le veja contra derecho. 30 También de entre ellos busqué yo quien levantase muro y se pusiese a la brecha frente a mí en favor de la tierra, para que yo no la devastase, y no le hallé. 31 Por tanto, derramaré sobre ellos mi ira y los consumiré con el fuego de mi furor y les echaré sobre la cabeza sus obras, dice el Señor, Yave.

Los pecados de Samaria y de Jerusalén, y su castigo.

23 1 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 2 Hijo de hombre, había dos mujeres, hijas de la

misma madre (1). [3] Se prostituyeron en Egipto al tiempo de su mocedad; allí fueron estrujados sus pechos y manoseado su seno virginal. [4] Llamábanse Oola la mayor, y su hermana Ooliba. Fueron mías y parieron hijos e hijas. [5] Oola me fué infiel, y se enloqueció por sus amantes, sus vecinos, los asirios. [6] Iban vestidos de púrpura violeta, eran jefes y oficiales, todos jóvenes, codiciables y que montaban caballos. [7] Se prostituyó a ellos, la flor de los hijos de Asur, y se contaminó con todos los ídolos de aquellos de quienes se enamoró. [8] Tampoco dejó sus prostituciones con el Egipto, porque eran los que se habían acostado con ella en su mocedad, y habían manoseado su seno juvenil y derramado sobre ella sus impurezas. [9] Yo por eso la entregué en manos de sus amantes, en manos de los hijos de Asiria, de quienes estaba enamorada. [10] Ellos descubrieron sus vergüenzas, le cogieron sus hijos y sus hijas, y a ella la hicieron perecer a la espada. Vino a ser famosa entre las mujeres por la justicia que en ella se hizo.

[11] Viendo esto Ooliba, su hermana, fué más estragada que ella en su pasión, y sus prostituciones sobrepasaron a las de su hermana. [12] Encendióse en amor por los hijos de Asur, jefes y oficiales, nobles vestidos magníficamente, caballeros en sus caballos, jóvenes todos y codiciables. [13] Yo vi que se había contaminado, que ambas habían seguido el mismo camino; [14] Pero ésta fué más lejos que la otra en sus fornicaciones; vió hombres pintados en pared, figuras de caldeos trazadas con minio, [15] ceñidos sus lomos de sus cinturones, y tiaras de varios colores a la cabeza, todos con apariencia de jefes, figuras de hijos de Babilonia, de la Caldea, su patria. [16] Y en viéndolos se encendió en amor por ellos y mandó embajadores a Caldea, [17] y entraron a ella los hijos de Babilonia, al lecho de sus amores, y la mancharon con sus inmundicias y ella se contaminó con ellos hasta hartar su deseo. [18] Hizo patentes sus fornicaciones y descubrió su ignominia, y yo me asqueé de ella, como me había asqueado de su hermana. [19] Mas todavía acrecentó sus fornicaciones, trayendo a su memoria los días de su mocedad, cuando había fornicado en la tierra de Egipto. [20] Y ardió en lujuria por aquellos lujuriosos, que tienen carne de burro y flujo de garañones. [21] Y renovaste las fornicaciones de tu mocedad, cuando los egipcios estrujaban tus pechos y manoseaban tu seno juvenil.

[22] Por eso, Ooliba, así dice el Señor, Yave: Yo suscitaré contra ti a tus amantes, aquellos de que hartaste tus deseos, y los haré venir contra ti en derredor. [23] Los hijos de Babilonia y todos los caldeos, los de Pegod, los de Soa, los de Coa y con ellos todos los hijos de Asur; mozos guapos, jefes y capitanes todos, nobles y notables todos a caballo. [24] Y vendrán contra ti con estrépito de carros y ruedas, con escudos, paveses y capacetes, se ordenarán en batalla de todas partes contra ti. Yo les he entregado a ellos tu juicio, y te juzgarán según sus leyes. [25] Desencadenaré mi celo contra ti y te tratarán con furor. Te cortarán la nariz y las orejas, y tu prole caerá a la espada. Llevaránse a todos tus hijos y tus hijas, y tu progenie será consumida por el fuego. [26] Te desnudarán de tus vestidos, y te arrebatarán todos los ornamentos de tu hermosura. [27] Yo haré que cese tu lujuria y tus prostituciones con el Egipto, y no alces ya más los ojos a ellos, y no te acuerdes más del Egipto.

[28] Porque así dice el Señor, Yave: Te entrego en las manos de aquellos a quienes llegaste a aborrecer, de quienes se hartaron tus deseos. [29] Y te tratarán con odio, se apoderarán de todo el fruto de tu trabajo, y te dejarán desnuda y en cueros, y se descubrirán las vergüenzas de tus prostituciones. Tu lujuria y tus fornicaciones [30] son causa de todo esto. Por haber putañeado con las gentes y haberte contaminado con sus ídolos. [31] Has seguido los caminos de tu hermana, y pondré en tus manos el cáliz suyo.

[32] Así habla el Señor, Yave: Beberás el cáliz de tu hermana, hondo y ancho, de gran capacidad. [33] Te embriagarás y sentirás bascas incontenibles; es el cáliz que entontece y emborracha, el cáliz de tu hermana Samaria. [34] Lo beberás hasta las heces, lo morderás, lo romperás con los dientes, y con sus fragmentos te

(1) Nueva alegoría de la historia de Samaria y Judá, narrada con el realismo que es propio de Ezequiel.

rasgarás el seno, porque yo he hablado, dice el Señor, Yave. 35 Puesto que me dejaste y me echaste a tus espaldas, también yo echaré sobre ti tu lujuria y tus prostituciones.

36 Díjome Yave: Hijo de hombre, ¿no juzgarás tú a Oola y a Ooliba? ¿No les echarás en cara sus abominaciones? 37 Diéronse al adulterio y mancharon de sangre sus manos. Adulteraron con sus ídolos, y aun los hijos que me parieron los pasaron por el fuego, para que les sirviesen a ellos de comida. 38 Hasta eso hicieron, contaminando también mi santuario y profanando mis sábados, 39 pues luego de sacrificar sus hijos a sus ídolos, entraban el mismo día en mi santuario, contaminándolo. Eso hicieron con mi casa. 40 Y aun han hecho venir de lejos hombres a los que enviaron mensajeros, y al venir ellos te lavaste, te pintaste los ojos y te ataviaste con tus joyas, 41 y echada en suntuoso estrado, te pusiste a la mesa que aderezaste para ellos, poniendo en ella mis perfumes y mi óleo, 42 entre el rumor clamoroso de los cantos. Ellos, a su vez, traían mirra y bálsamo, venidos de Saba del desierto; y ponían manillas en sus manos y coronas en sus cabezas; 43 Y dije de la envejecida en adulterios: Ahora se consumarán los adulterios de ellos y ella. 44 Pues venían ellos como quien viene a la ramera; así vinieron a Oola y a Ooliba, las depravadas.

45 Pero hombres rectos te juzgarán según la ley de las adúlteras y las sanguinarias, porque adúlteras son, y manchadas de sangre están sus manos. 46 Pues así dice el Señor, Yave: Trae turbas contra ellas, y sean entregadas al maltrato y la rapiña; 47 y las turbas las apedrearán con piedras y las acuchillarán con sus cuchillos, matarán a sus hijos y a sus hijas, y prenderán fuego a sus casas; 48 Y haré cesar en la tierra la depravación, y escarmentarán las mujeres, y no imitarán vuestras torpezas. 49 Y harán recaer sobre vosotras vuestras obscenidades y pagaréis los pecados de vuestras idolatrías y sabréis que yo soy Yave.

El asedio de Jerusalén, y sus angustias.

24 1 El año nono, el mes décimo, el día décimo del mes, me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: 2 Hijo de hombre, consigna por escrito la fecha de este día, de este día mismo. En este día el rey de Babilonia se ha echado sobre Jerusalén. 3 Compón una parábola para la casa de los rebeldes y diles: Así habla el Señor, Yave:

Pon la caldera, ponla y echa en ella agua; 4 echa en ella sus trozos, todos los trozos selectos, la pierna y la espalda, lo mejor de todo. 5 Pon debajo la leña y que cueza, que se cuezan hasta los huesos. (1) 6a Porque así dice el Señor, Yave: 6b ¡Ay de la ciudad sanguinaria! 6c Tírala trozo a trozo, sin echar suertes sobre ella. 7 Porque tiene dentro la sangre de los suyos; la ha derramado sobre una piedra lisa, no la derramó sobre la tierra, para cubrirla con ella, 8 para provocar la ira y traer sobre sí la venganza. También derramaré yo su sangre sobre una piedra lisa, sin que pueda cubrirse.

9b ¡Ay de la ciudad sanguinaria! 6c ¡Ay de la caldera herrumbrosa cuya herrumbre no ha sido quitada! 9c También yo aumentaré la hoguera. 10 Añade leña, atiza el fuego, que se cueza la carne y se evapore el caldo, que se quemen los huesos. 11 Déjala vacía sobre las brasas; que se queme y se liquide el cobre, se funda con su suciedad y se consuma su herrumbre. 12 En vano me fatigué, no desapareció su herrumbre; sólo con el fuego podrá quitarse.

13 Es execrable tu suciedad. Yo he querido limpiarte, pero no te limpiaste; no quedarás purificada de tu suciedad hasta que no derrame yo mi fuego sobre ti. 14 Yo, Yave, digo: Vendré, lo haré, no me volveré atrás, no tendré piedad, no me arrepentiré. Según tus caminos y tus obras, así serás juzgada, dice el Señor, Yave.

15 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 16 Hijo de hombre voy a quitarte de repente lo que hace tus delicias (2), pero no te lamen-

(1) Este vaticinio fué pronunciado en Babilonia el día mismo en que los caldeos establecieron el asedio contra Jerusalén. El juicio de Dios contra la ciudad está vivamente expresado por la olla en que se cuece la víctima, dividida en pedazos.

(2) Interesante acción simbólica de la conducta de Dios. El profeta acaba de perder a su mujer, «las delicias de su alma»; pero Dios le manda que no la llore. También él va a perder a su esposa, Jerusalén, con su santuario, y no hará duelo por ellos.

tes ni llores, no derrames una lágrima. 17 Suspira en silencio, sin llevar luto por el muerto; ponte el turbante en la cabeza y calza tus pies, no te cubras el rostro, ni comas el pan del duelo.

18 Yo había estado hablando al pueblo por la mañana, y a la tarde murió mi mujer. A la mañana siguiente hice lo que me había sido mandado, 19 y la gente me decía: ¿No nos explicarás lo que significa eso que tú haces? 20 Yo les respondí: Yave me ha hablado, diciendo: 21 Di a la casa de Israel: Así habla el Señor, Yave: Mirad, yo voy a profanar mi santuario, gloria de vuestra fuerza, delicia de vuestros ojos y regalo de vuestra alma; vuestros hijos y vuestras hijas caerán a la espada, 22 y entonces haréis vosotros lo que ahora hago yo. No os cubriréis el rostro, ni comeréis el pan del duelo; 23 llevaréis en vuestra cabeza los turbantes y calzaréis vuestros pies; no os lamentaréis ni lloraréis, sino que os consumiréis en vuestra iniquidad y gemiréis unos con otros. 24 Ezequiel será para vosotros una señal; cuando esto llegue, haréis vosotros lo que él hace ahora, y sabréis que yo soy Yave. 25 Y tú, hijo de hombre, el día en que yo les arrebatare a ellos su fortaleza, el orgullo de su gloria, la delicia de sus ojos, el gozo de sus almas, sus hijos y sus hijas, 26 vendrá a ti un huído, para darte la noticia; 27 y aquel día se abrirá tu boca a la llegada del fugitivo, y hablarás, no estarás ya mudo, y serás señal para ellos, y sabrán que yo soy Yave.

Oráculo contra Ammón.

25 1 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 2 Hijo de hombre, tiende tu vista hacia Ammón y profetiza contra él (1). 3 Di a los hijos de Ammón: Oíd la palabra del Señor, Yave. Así habla el Señor, Yave: Pues que tú dijiste «Bien», cuando era profanado mi santuario y la tierra de Israel era asolada, y llevada la casa de Judá al cautiverio, 4 por eso yo te entregaré en poder de los hijos de oriente, que pondrán en ti su campamento y alzarán en ti sus tiendas, y comerán tus cosechas y beberán tu leche. 5 Y haré de Raba pastizal de camellos, y de las ciudades de Ammón rediles de ovejas. Y sabréis que yo soy Yave.

6 Porque así habla el Señor, Yave: Pues que batiste palmas y pateaste con los pies, y te regocijaste en el alma con desprecio para la tierra de Israel, 7 por eso, heme aquí, tenderé mi mano contra ti, y te daré en presa a las gentes, y te extirparé de entre los pueblos de la tierra, y te haré desaparecer del número de ellos. Te exterminaré, y sabrás que yo soy Yave.

Oráculo contra Moab.

8 Así dice Yave: Puesto que Moab ha dicho: ¡Oh! La casa de Judá es entre los pueblos uno de tantos. 9 Por eso yo abriré el flanco de Moab, desde las ciudades fronterizas, gloria de la región, Bet Jerimot y Baal Meón, hasta Quiriataím. 10 Doy su tierra a los hijos de oriente, para que no sean contados más entre los pueblos. 11 También haré justicia en Moab.

Oráculo contra Edom.

12 Así dice el Señor, Yave: Por el compartimiento de Edom, que tomó venganza de la casa de Judá, y se manchó sobremanera vengándose de ellos, 13 por eso, así dice el Señor, Yave: También yo tenderé mi mano contra Edom, y exterminaré hombres y bestias, y lo reduciré a ruinas, desde Temán, y hasta Dedán caerán a la espada. 14 Y pondré la venganza contra Edom en manos de mi pueblo Israel, que tratará a Edom conforme al furor de mi ira, y sabrán que yo soy Yave y que es mía la venganza. Así dice el Señor, Yave.

Oráculo contra Filistea.

15 Así habla el Señor, Yave: Por haber obrado vengativamente los filisteos, y haberse vengado con el odio en el alma, exterminando con odio secular; 16 por eso, así dice el Señor, Yave: Yo tenderé mi mano contra los filisteos, y exterminaré a los cereteos.

(1) Aquí comienzan los oráculos contra las naciones vecinas. Los más importantes de ellos son los que aluden a Tiro (26-28) y a Egipto (29-32).

Haré perecer hasta los restos de los habitantes de las orillas del mar. 17 Haré en ellos grandes venganzas, con furor los castigaré, y sabrán que yo soy Yave, cuando haga en ellos mi venganza.

Oráculo contra Fenicia.

26 1 El año undécimo, el día primero del mes, me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: 2 Hijo de hombre: Por haber dicho Tiro de Jerusalén, «Bien», ha sido rota la barrera de los pueblos; vendrán a mí, yo me llenaré y ella se quedará desierta, 3 por eso, así dice el Señor, Yave: Heme aquí contra ti, Tiro. Yo haré subir contra ti pueblos numerosos, como hace subir el mar sus olas: 4 y destruirán las murallas de Tiro y abatirán sus torres. Y barreré de ella hasta el polvo y haré de ella una desnuda roca. 5 Será en medio del mar lugar donde se tenderán las redes, porque yo he hablado, dice el Señor, Yave. Será presa de las gentes 6 y sus hijas, las que están en el campo, serán pasadas a cuchillo, y sabrán que yo soy Yave.

7 Porque así habla el Señor, Yave: Yo enviaré desde el septentrión, contra Tiro, a Nabucodonosor, rey de Babilonia, rey de reyes, con carros, caballos y jinetes y gran muchedumbre de pueblo. 8 Pasará al filo de la espada a tus hijas del campo, pondrá contra ti cerco, levantará baluartes y alzará escudos. 9 Pondrá contra ti arietes, derrumbará tus murallas, y con sus ingenios echará por el suelo tus torres.

10 La polvareda que alzarán sus caballos te cubrirá; y al estrépito de sus caballeros, sus carros y sus ruedas, retemblarán tus muros, cuando entre él por tus puertas como se entra en ciudad conquistada. 11 Con los cascos de sus caballos hollará todas tus calles, y pasará a tu pueblo al filo de la espada, y caerán a tierra las columnas de tu fuerza.

12 Darán al saqueo todas tus riquezas, al pillaje todas tus mercancías. Demolerán tus murallas y derribarán tus magníficos palacios; hasta las piedras, las maderas y el escombro, lo arrojarán al mar. 13 Haré cesar el estrépito de tus cantares, no se oirá más el sonido de las cítaras. 14 Te tornaré desnudo escollo, apto para tender en él las redes, y no serás jamás reconstruída, porque yo, Yave, he hablado, dice el Señor, Yave.

15 Así ha hablado el Señor, Yave, de Tiro: Al fragor de tu caída, al gritar de tus heridos, a la matanza que en ti harán, temblarán las islas. 16 Todos los príncipes del mar bajarán de sus tronos, se despojarán de sus mantos y de sus recamadas vestiduras, se vestirán de espanto y se sentarán en tierra. Temblarán a cada momento, y estarán consternados ante ti. 17 Te cantarán una elegía, y te dirán: ¡Cómo! ¿Destruída tú, la poblada por los que recorrían los mares, la ciudad tan celebrada, tan poderosa en el mar? ¿Destruída con sus habitantes, los que eran el espanto de todos los que la rodeaban? 18 Estremeceránse las islas el día de tu caída, se espantarán de tu fin las islas del mar.

19 Pues así dice el Señor, Yave: Cuando yo te torne en ciudad desierta, como las ciudades deshabitadas; cuando haga yo subir el abismo contra ti, y te cubra la inmensidad de las aguas, 20 te haré bajar con los que cayeron en la fosa, con los pueblos de otros tiempos, y te pondré en las profundidades de la tierra, en las eternas soledades, junto a los que bajaron a la fosa; y no serás habitada jamás, y daré tu gloria a las tierras de los vivientes. 21 Te reduciré a la nada, no serás ya más. Te buscarán y nunca ya más te hallarán, dice el Señor, Yave.

Contra Tiro.

27 1 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 2 Tú, hijo de hombre, haz a Tiro una elegía. 3 Di a Tiro: ¡Oh tú, la que te asientas a la orilla del mar, la que comercias con los pueblos de numerosas islas! Así habla el Señor, Yave: Tiro, tú te decías: Yo soy de perfecta hermosura. 4 Mis dominios están en el corazón de los mares, los que te edificaron te hicieron perfectamente hermosa, 5 de cipreses de Samir hicieron todas tus tillas; de cedros del Líbano, tus mástiles; 6 tus remos, de encinas de Basán; tus bancos, de boj incrustado de marfil, traído de las islas de Quitim.

7 De lino recamado del Egipto eran tus velas y tus toldos; de jacinto y púrpura de las islas de Elisa tus

pabellones. [8] Los habitantes de Sidón y de Arvad eran tus remeros, y los más expertos entre ti, ¡oh Tiro!, tus pilotos. [9] Ancianos de Guebal con sus más hábiles obreros calafateaban tus junturas. Todas las naves del mar, con sus navegantes, estaban dentro de ti para cambiar sus mercancías.

[10] De Persia, de Put y de Lud, eran los soldados de tu ejército, tus hombres de guerra. Suspendían en medio de ti escudos y yelmos, dándote esplendor. [11] Hijos de Arvad y de Helec guarnecían tus murallas, y los Gamadim tus torres; todos en torno en tus murallas colgaban sus escudos, coronando tu belleza.

[12] Los de Tarsis traficaban contigo en gran abundancia de productos de toda suerte. En plata, hierro, estaño y plomo te pagaban tus mercancías. [13] Javán, Tubal y Mosoc, comerciaban también contigo y cambiaban tus mercaderías por esclavos y objetos de bronce. [14] Los de la casa de Togorma pagaban tus mercancías con caballos de tiro y de carrera y mulos. [15] Los hijos de Dedán traficaban contigo; el comercio de numerosas islas estaba en tus manos y te pagaban con dientes de marfil y con ébano. [16] Aram cambiaba contigo sus muchos productos, y te pagaba con malaquita, púrpura, recamados, lino, coral y rubíes.

[17] Contigo comerciaban Judá y la tierra de Israel, y te daban como precio el trigo de Minit, perfumes, miel, aceite y bálsamo. [18] Traficaba contigo Damasco, pagándote con sus muchos productos y sus bienes de toda suerte, vino de Helbón y lana de Sahar. [19] Los de Vedán y Jayín de Uzal te pagaban con hierro elaborado, casia y caña aromática. [20] Dan traficaba contigo en sillas de cuero para monturas.

[21] La Arabia y los príncipes de Cedar eran tus proveedores, y comerciaban con corderos, carneros y machos cabríos. [22] Los mercaderes de Seba y de Ragma comerciaban contigo, cambiaban tus mercancías por los más exquisitos aromas, piedras preciosas y oro. [23] Harrán, Cane y Edén, Asur y Quilmad, traficaban contigo. [24] Negociaban contigo en muchas cosas, vestidos preciosos, mantos de jacinto recamado, tapices tejidos en varios colores, fuertes y retorcidas cuerdas, en tu mercado. [25] Las naves de Tarsis eran las caravanas que te traían tus mercancías. Así llegaste a ser opulenta y muy gloriosa en el seno de los mares, [26] En el seno de las profundas aguas, a donde te conducían tus remeros, pero el viento solano te precipitará al seno del mar.

[27] Tus riquezas, tus mercancías, tu tráfico, tus marineros, pilotos y calafates, los mercaderes de tu tráfico, todos los guerreros que en ti hay, con toda la muchedumbre que te llena, caerán en el corazón del mar el día de tu ruina. [28] Al estrépito de los gritos de tus marineros temblarán las playas. [29] Bajarán de tus naves cuantos manejan el remo, y todos, marineros y pilotos del mar, se quedarán en tierra. [30] Alzarán a ti sus clamores y darán amargos gritos; echarán polvo sobre sus cabezas y se revolcarán en la tierra. [31] Se raerán por ti los cabellos en torno, y se vestirán de saco; te llorarán en la amargura de su alma con amarga aflicción; [32] te lamentarán con elegías y dirán de ti: ¿Quién había que fuera como Tiro, ahora silenciosa en medio del mar?

[33] Con las mercancías que tú sacabas de los mares, saciabas a numerosos pueblos; con la muchedumbre de tus riquezas y de tu comercio enriquecías a los reyes de la tierra; [34] y yaces ahora sepultada en el mar, en lo profundo de las aguas, y contigo cayeron tu tráfico y toda tu gran muchedumbre. [35] Quedáronse atónitos sobre ti los habitantes de las islas, y los reyes de ellas están temblando de espanto, demudado el rostro. [36] Los mercaderes de los pueblos silban contra ti; has sido aniquilada, ya no serás más.

Contra el rey de Tiro.

28 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre, di al príncipe de Tiro: Así habla el Señor, Yave: Por cuanto se ensoberbeció tu corazón y dijiste: «Soy un dios, habito en el corazón de los mares en la morada de Dios», y siendo tú un hombre, no un dios, igualaste tu corazón al corazón de Dios, [3] creyéndote más sabio que Daniel, que ningún secreto se te ocultaba; [4] que con tu sabiduría y tu prudencia creaste tu poderío, y acumulaste el oro

y la plata en tus tesoros, [5] y con tu gran sabiduría y tu comercio acrecentaste tu poder, y en tu potencia se ensoberbeció tu corazón;

[6] Por eso, así dice el Señor, Yave: Pues que hiciste tu corazón igual al corazón de Dios, [7] yo traeré contra ti a los extranjeros, a los más feroces de los pueblos, que desenvainarán la espada contra la belleza de tu arte y profanarán tus esplandores. [8] Te harán bajar a la huesa, y morirás con la muerte de los que mueren en medio de los mares. [9] ¿Dirás ya ante tu matador: Yo soy un dios? Hombre eres, no eres dios, en las manos de tu matador. [10] Morirás la muerte de los incircuncisos, a manos de extranjeros, porque he hablado yo, dice el Señor, Yave.

Elegía del rey de Tiro.

[11] Fuéme dirigida la palabra de Yave diciendo: [12] Hijo de hombre, canta una elegía al príncipe de Tiro, y dile: Así habla el Señor, Yave: Eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría y acabado en belleza. [13] Habitabas en el Edén, en el jardín de Dios, vestido de todas las preciosidades. El rubí, el topacio, el diamante, el crisólito, la piedra de ónice, el berilo, el zafiro, el carbunclo y la esmeralda y el oro te cubrían; tus tambores y tus flautas estuvieron a tu servicio, dispuestos para el día en que fuiste hecho rey.

[14] Eras un querubín protector, de alas desplegadas. Yo te puse en el monte santo de Dios, y andabas en medio de los hijos de Dios. [15] Fuiste perfecto en tus caminos, desde que fuiste creado hasta el día en que fué hallada en ti la iniquidad. [16] Por la muchedumbre de tus contrataciones, se llenaron tus estancias de violencia; y pecaste, y te arrojé del monte santo y te eché de entre los hijos de Dios, ¡oh querubín protector!

[17] Ensoberbecióse tu corazón de tu hermosura, y se corrompió tu sabiduría, y a pesar de tu esplendor, por tus muchos y grandes delitos yo te eché por tierra, y te doy en espectáculo a los reyes, [18] por la muchedumbre de tus iniquidades. Por la injusticia de tu comercio profanaste tus santuarios; y yo haré salir de en medio de ti un fuego devorador, y te reduciré a cenizas en medio de la tierra, a los ojos de cuantos te miran. [19] Todos cuantos de entre los pueblos te conocen se asombrarán de ti. Serás el espanto de todos, y dejarás de existir para siempre.

Contra Sidón.

[20] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [21] Hijo de hombre, vuélvete de cara a Sidón y profetiza contra ella. [22] Di: Así habla el Señor, Yave: Heme aquí contra ti, Sidón. Yo seré glorificado en medio de ti, y sabrán que yo soy Yave, cuando la juzgue y manifieste en medio de ella mi santidad. [23] Mandaré a ella la peste, y la sangre a sus calles, y caerán en ella los muertos a la espada que todo en torno la rodearán, y sabrán que yo soy Yave, [24] Y no será ya para la casa de Israel un aguijón punzante, un espino desgarrador en medio de cuantos la rodean y la aborrecen.

[25] Así dice el Señor, Yave: Cuando reúna yo a la casa de Israel de en medio de todos los pueblos en que se dispersó, yo me glorificaré ante las gentes, y habitarán en la tierra que di a mi siervo Jacob; [26] habitarán en ella seguros, y construirán en ella casas y plantarán viñas; habitarán en seguridad cuando haga yo justicia en todos aquellos que en torno a ella la aborrecen, y sabrán que yo, Yave, soy su Dios.

ORACULOS CONTRA EGIPTO

Primer oráculo.

29 [1] El año décimo, el décimo mes, a doce del mes, fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre, vuelve tu rostro hacia el Faraón, rey de Egipto, y profetiza contra el Egipto entero; [3] habla y di: Así dice el Señor, Yave: ¡Heme aquí contra ti, oh Faraón, rey de Egipto! Cocodrilo gigantesco, echado en medio de tus ríos, te dijiste: Míos son los ríos, yo mismo los he excavado.

[4] Yo pondré un aro en tus quijadas, y te sacaré de en medio de tus ríos, con todos los peces que hay en ellos, pegados a tus escamas, [5] y te arrojaré al desierto a ti y a todos los

peces de tus ríos; y caerás en la superficie de los campos, y no serás recogido ni levantado; y te daré en pasto a las fieras de la tierra y a las aves del cielo, [6] y todos los habitantes del Egipto sabrán que yo soy Yave, por haber sido tú báculo de caña para la casa de Israel, [7] que te rompiste cuando te cogieron en la mano, traspasando sus flancos. Cuando en ti se apoyaron te quebraste, deslomándolos enteramente.

[8] Por eso, así dice el Señor, Yave: Yo haré venir la espada sobre ti, y exterminaré hombres y bestias en medio de ti; [9] y la tierra de Egipto se tornará en soledad y desierto, y sabrán que yo soy Yave, por haber dicho: Míos son los ríos, yo los he hecho. [10] Por eso, heme aquí contra ti y contra tus ríos; yo haré del Egipto desierto y soledad, desde Migdol hasta Siene, hasta las fronteras de Etiopía. [11] No pasará por él pie de hombre, ni pie de animal pasará por allí, y quedará por cuarenta años deshabitado. [12] Yo haré del Egipto una tierra desierta entre las desiertas, y serán sus ciudades desiertas entre las ciudades desiertas durante cuarenta años; y diseminaré a los egipcios entre las naciones y los dispersaré en varias tierras.

[13] Así dice el Señor, Yave: Al cabo de cuarenta años reuniré al Egipto de entre los pueblos a que le había dispersado; [14] y mudaré la suerte del Egipto y le llevaré a la tierra de Patros, a la tierra de sus orígenes, y allí formará un modesto reino: [15] será el más humilde de los reinos, y no volverá a alzarse sobre las naciones. Le disminuiré para que no pueda enseñorearse de las gentes. [16] No será ya este reino para Israel apoyo de confianza, sugestión de iniquidad, a la cual se vuelva, y sabrán que yo soy Yave.

Segundo oráculo.

[17] El año veintisiete, el primer mes, en el primer día del mes, me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: [18] Hijo de hombre, el rey Nabucodonosor, rey de Babilonia, ha hecho prestar a su ejército un largo servicio contra Tiro. Encalveciéronse todas las cabezas, todos los hombres quedaron rapados, y no hubo ni para él ni para su ejército paga de Tiro por el servicio prestado contra ella. [19] Por tanto, así dice el Señor, Yave: Doy a Nabucodonosor, rey de Babilonia, la tierra de Egipto; él tomará sus riquezas y cogerá sus despojos. Pillará su botín, y esto será la paga para su ejército. [20] En pago del servicio prestado contra Tiro, yo le doy el Egipto, porque fué para mí para quien trabajaron, dice el Señor, Yave. [21] En ese día yo haré nacer el cuerno de la casa de Israel. Y abriré en medio de ellos tu boca, y sabrán que yo soy Yave.

Tercer oráculo.

30 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre, profetiza y di: Así habla el Señor, Yave: [3] Vociferad: ¡Desdichado día!; porque viene, se acerca, el día de Yave. Día tenebroso. Llega la hora de las gentes. [4] Vendrá la espada sobre el Egipto y la angustia sobre la Etiopía, cuando caigan los muertos en Egipto y sean apresadas sus muchedumbres y destruídos sus cimientos.

[5] La Etiopía, las gentes de Put y de Lud, toda suerte de pueblos, las gentes de Cub y las tierras aliadas, caerán con ellos a la espada. [6] Así dice Yave: Caerán los apoyos del Egipto, se desvanecerá la altivez de su poderío. Desde Migdol hasta Siene caerán a la espada, dice el Señor, Yave. [7] Quedará desolado entre las tierras desoladas, y sus ciudades con las ciudades en ruina. [8] Se sabrá entonces que yo soy Yave, cuando pegue fuego al Egipto y quebrante todos sus apoyos. [9] Aquel día partirán mensajeros de mi parte, que irán a esparcir el terror en la confiada Etiopía, y serán presa de la angustia, cuando le venga al Egipto su día, que se acerca.

[10] Así dice el Señor, Yave: Haré cesar el tumultuar del Egipto, por mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia. [11] El y sus gentes, los valerosos entre los pueblos, serán llevados a devastar la tierra, y desenvainará su espada contra el Egipto, y llenarán de muertos su tierra; [12] y secaré sus ríos, venderé esa tierra y cuanto tiene a gentes feroces, y devastaré su tierra y cuanto en ella hay, por mano de extranjeros; yo, Yave, lo digo.

[13] Así dice el Señor, Yave: Des-

truiré sus ídolos, haré desaparecer los dioses falsos de Memfis, y no se alzará ya príncipe alguno en la tierra de Egipto. [14] Echaré el terror sobre la tierra de Egipto; devastaré a Patros, pegaré fuego a Tanis, haré justicia en Tebas; [15] derramaré mi ira sobre Pelusio, el baluarte del Egipto, y exterminaré a la muchedumbre de Tebas. [16] Pondré fuego al Egipto, Sin se dolerá sobremanera, se abrirá brecha en Tebas, y Memfis será conquistado por los enemigos en pleno día.

[17] Las juventudes de Tebas y de Bubastis caerán a la espada, y sus mujeres irán al cautiverio. [18] En Tafnis se oscurecerá el día cuando destroce los cetros de Egipto y aniquile el orgullo de sus fuertes. Quedará envuelto en tinieblas y sus hijas serán llevadas cautivas. [19] Haré justicia en Egipto, y sabrá que yo soy Yave.

Cuarto oráculo.

[20] El año undécimo, el primer mes, el día siete del mes, me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: [21] Hijo de hombre, yo he roto el brazo del Faraón, rey de Egipto, y no ha sido vendado ni fajado, ni entablillado para soldar la rotura y que pueda manejar la espada. [22] Por tanto, así dice el Señor, Yave: Heme aquí contra el Faraón, rey de Egipto. Yo le romperé los brazos, el sano y el quebrado, y haré que la espada se le caiga de la mano; [23] y diseminaré a los egipcios entre las gentes, y los aventaré por las tierras; [24] y fortaleceré los brazos del rey de Babilonia, y pondré mi espada en su mano; pero quebraré los brazos del Faraón, que delante de aquél gemirá con gemidos de herido de muerte. [25] Fortaleceré los brazos del rey de Babilonia, y se caerán los brazos del Faraón, y sabrán que yo soy Yave, cuando ponga mi espada en mano del rey de Babilonia, y la esgrima él contra la tierra de Egipto. [26] Esparciré a los egipcios entre las gentes y los aventaré por las tierras, y sabrán que yo soy Yave:

Quinto oráculo. La caída de Asur, figura de la de Egipto.

31 [1] El año undécimo, el tercer mes, el primero del mes, fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo. [2] Hijo de hombre, di al Faraón, rey de Egipto, y a su pueblo: ¿A quién te igualaste en tu grandeza? [3] Era Asur cedro del Líbano, soberbio de su fronda y de sublime altura, que mecía su copa entre las nubes. [4] Las aguas le hicieron crecer, el abismo le encumbró; corrían ríos cerca del lugar en que estaba plantado, y mandaba sus influencias a todos los árboles del campo. [5] Por eso se encumbró sobre todos los árboles del campo, y se multiplicaron sus ramas y su fronda se extendió, por la abundancia de aguas que le hacían crecer.

[6] Anidaban en sus ramas todas las aves del cielo y parían bajo sus copas todas las bestias del campo, y eran muchos los pueblos que habitaban a su sombra. [7] Era hermoso por su grandeza, por la extensión de sus ramas, por tener sus raíces metidas en abundantes aguas. [8] No le sobrepujaban los cedros del jardín de Dios; no se le asemejaban en la fronda los cipreses; no eran los plátanos como una de sus ramas; ningún árbol del jardín de Dios le igualaba en hermosura. [9] Yo le había hecho hermoso y frondoso, y todos los árboles del Edén le miraban con envidia.

[10] Por eso, así dice el Señor, Yave, Ya que por ser encumbrado en altura, alzando tu cima hasta las nubes, se embriagó su corazón de la propia alteza, [11] le he dado yo en las manos del héroe de las gentes, que le tratará según su maldad. Le he desechado. [12] Extranjeros, los más feroces de los pueblos, le abatieron; cayeron sus ramas por los montes y por todos los valles, quedó destrozada su fronda por todas las pendientes de la tierra, y esquivando su sombra, todos los pueblos de la tierra le abandonaron. [13] Posáronse sobre sus restos todas las aves del cielo y en sus ramas hicieron sus yacijas todas las bestias del campo; [14] para que no se exalten en su altura los árboles todos de junto a las aguas, y no lancen su cima hasta las nubes, y no confíen en su altura cuantos son regados por las aguas, porque todos están destinados a morir, a ir a la morada subterránea, entre los hijos de los hombres que bajan a la fosa.

[15] Así dice el Señor, Yave: El día en que bajó al sepulcro, enluté el abismo, retuve el curso de los ríos y se estancaron las aguas caudalosas; entristecí al Líbano por él, y se secaron todos los árboles del campo. [16] Con

el fragor de su ruina hice temblar a las gentes. Cuando le hice bajar al sepulcro entre aquellos que bajan a la fosa, se consolaron en la morada subterránea todos los árboles del Edén, y los más hermosos y selectos del Líbano, todos regados por las aguas. 17 También bajarán ellos al sepulcro con él, hacia los muertos a la espada, los que fueron su brazo y se acogieron a su sombra en medio de las gentes.

18 ¿A quién te asemejas tú por gloria y por grandeza entre los árboles del Edén? Pues también tú serás llevado con los árboles del Edén a la morada subterránea. Yacerás entre los incircuncisos, con los traspasados por la espada. Eso será del Faraón y de toda su gente, dice el Señor, Yave.

Elegía de la ruina de Egipto.

32 1 El año duodécimo, el duodécimo mes, el día primero del mes, me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: 2 Hijo de hombre, canta una elegía al Faraón, rey de Egipto, y di: Eras como el león de las gentes, eras como el cocodrilo de los mares: con tus narices hacías hervir las aguas, y enturbiabas con tus patas los canales. 3 Así dice el Señor, Yave: Yo te tenderé mi red con una turba de pueblos que te subirán en mi esparavel, 4 y te echaré en tierra seca, y te dejaré en medio del campo. Haré venir sobre ti todas las aves del cielo, y saciaré de ti a todas las bestias de la tierra. 5 Esparciré tus carnes por los montes y llenaré de tu carroña los valles. 6 Regaré con tu sangre la tierra por donde nadas, la regaré. Regaré con ella hasta los montes y de ella se cubrirán los canales.

7 Al apagar tu luz, velaré los cielos y oscureceré las estrellas. Cubriré de nubes el sol y la luna no resplandecerá; 8 todos los astros que brillan en los cielos se vestirán de luto por ti, y se extenderán las tinieblas sobre la tierra, dice el Señor, Yave. 9 Llenaré de horror el corazón de muchos pueblos, cuando lleve al cautiverio a los tuyos, a tierras que no conocen; 10 dejaré por ti atónitos a muchos pueblos, y a sus reyes que temerán por sí, cuando comience a volar a su vista contra ti mi espada, al tiempo de tu ruina.

11 Porque así dice el Señor, Yave: La espada del rey de Babilonia te alcanzará; 12 exterminará a tu pueblo con la espada de los fuertes, todos valerosos entre los valerosos, que destruirán la soberbia del Egipto y todas sus muchedumbres serán deshechas. 13 Destruiré todos tus ganados de sobre las muchas aguas, que no enturbiará ya más pie de hombre ni pezuña de bestia.

14 Entonces correrán limpias sus aguas, y sus canales se deslizarán como el aceite, dice el Señor, Yave. 15 Cuando tornaré en desierto la tierra de Egipto, y asolaré cuanto la llena. Cuando heriré a todos cuantos la habitan, que sabrán que yo soy Yave. 16 Esta es la elegía que cantarán: la cantarán las hijas de las gentes, la cantarán del Egipto y de todas sus muchedumbres, dice el Señor, Yave.

Otra elegía a Egipto.

17 El año duodécimo, el quince del mes, fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 18 Hijo de hombre, compón un canto lúgubre a la muchedumbre del Egipto. Precipítale a él y las hijas de las gentes fuertes, a lo profundo de la tierra, con los que bajan a la fosa. 19b 20a Baja, y yace entre los incircuncisos, cae entre los muertos a la espada. 20b La espada ha sido ya entregada; traedlo a él y a toda su pompa. 21a En el sepulcro se dirigirán a él los fuertes entre los fuertes, diciéndole a él y a sus auxiliadores: 19a ¿En qué nos superas tú a nosotros? 21b Baja a la fosa, y yace entre los incircuncisos, entre los muertos a la espada.

22 Allí está Asur con todos sus ejércitos, cuyos sepulcros están en torno de él. 23 Están sepultados en lo profundo de la fosa rodeándote en torno, todos traspasados por la espada, los que sembraban el terror en la tierra de los vivos.

24 Allí Elam, con todas sus mesnadas en torno de su sepulcro; todos muertos a la espada cayeron, y bajaron incircuncisos a lo profundo de la fosa. Los que esparcieron el terror en la tierra de los vivos trajeron su ignominia a lo profundo del abismo. 25 En medio de los muertos pusieron su lecho para él y sus muchedumbres. Sus sepulcros le rodean, todos incir-

cuncisos, muertos a la espada. Sembraron el espanto en la tierra de los vivos, pero vinieron con su ignominia a unirse con los que bajan al sepulcro y yacen en medio de los muertos.

[26] Allí Mosoc y Túbal, con todos sus ejércitos, cuyos sepulcros les rodean; todos incircuncisos, muertos a la espada, los que aterrorizaban a la tierra de los vivos. [27] No yacen entre los héroes que cayeron entre los incircuncisos y bajaron a la morada de los muertos con sus armas de guerra, la espada bajo sus cabezas y el escudo sobre sus huesos, con haber sido el terror de los valientes en la tierra de los vivos. [28] También tú serás quebrantado entre los incircuncisos y yacerás con los muertos a la espada.

[29] Allí está Edom, sus reyes y sus príncipes todos, que a pesar de su valor yacen entre los muertos a la espada, y duermen con los incircuncisos, con los que bajaron a la fosa. [30] Allí están todos los príncipes del septentrión y todos los Sidonios, que con su ignominia descendieron a los muertos, a pesar del terror que inspiraba su valor. Incircuncisos se acostaron con los muertos a la espada, y comparten su ignominia con los que bajan a la fosa.

[31] El Faraón los verá y se consolará de sus muchedumbres, de los suyos, muertos a la espada y de todo su ejército, dice el Señor, Yave. [32] Porque yo sembraré mi terror en la tierra de los vivos y se acostarán en medio de los incircuncisos, con los muertos a la espada, el Faraón y todas sus muchedumbres, dice el Señor, Yave.

El profeta, atalaya del pueblo.

33 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre, habla a los hijos de tu pueblo y diles: Si hiciere yo venir la espada sobre una tierra, y la gente de la tierra toma un hombre de su territorio y lo pone por atalaya, y éste, viendo venir la espada sobre la tierra, toca la bocina para dar al pueblo la alarma. [4] Si el que oye el sonido de la bocina no se apercibe y llegando la espada le hiere, su sangre será sobre su cabeza. [5] Oyó el sonido de la bocina y no se apercibió, su sangre será sobre él. Si se hubiese apercibido, habría salvado su vida. [6] Mas si el atalaya, por lo contrario, viendo llegar la espada no toca la bocina para que la gente se aperciba, y llegando la espada hiere a alguno de ellos, éste quedará preso en su propia iniquidad, pero yo demandaré su sangre al atalaya.

[7] Mira, pues, ¡oh hijo de hombre!: Yo te he puesto por atalaya de la casa de Israel. Cuando oigas de mi boca la palabra, apercíbelos de parte mía. [8] Si yo digo al impío: ¡Impío, vas a morir! Si tú no hablas al impío para apercibirle de su mal camino, el impío morirá por su iniquidad, pero de su sangre te pediré yo cuenta a ti. [9] Pero si tú apercibiste al impío de su camino para que se apartase de él, y él no se apartó, él morirá por su iniquidad, pero tú habrás salvado tu alma.

La salud por la penitencia.

[10] Di, ¡oh hijo de hombre!, a la casa de Israel: Vosotros decís: Llevamos sobre nosotros nuestros pecados y nuestras rebeliones, y por eso nos vamos consumiendo: ¿cómo vamos a vivir? [11] Diles: Por mi vida, dice el Señor, Yave, que yo no me gozo en la muerte del impío, sino en que él se retraiga de su camino y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos: ¿Por qué os empeñáis en morir, casa de Israel?

[12] Hijo de hombre, di también a los hijos de tu pueblo: La justicia del justo no le salvará el día en que pecare, y la impiedad del impío no le será estorbo el día en que se convierta de su iniquidad, como no vivirá el justo por su justicia el día en que pecare. [13] Diciendo yo al justo: De cierto vivirás: Si él, fiado en su justicia, comete maldad, no serán traídas a la memoria todas sus justicias, sino que por la iniquidad que cometió morirá. [14] Y diciendo yo al impío: De cierto morirás: Si él se convirtiere de su pecado, e hiciere juicio y justicia; [15] si devolviere la prenda, restituyere lo robado y caminare por los mandatos de vida, no haciendo iniquidad, ciertamente vivirá, no morirá. [16] No se recordará ninguno de los pecados que cometió; hizo juicio y justicia, y de cierto vivirá.

[17] Y dirán los hijos de tu pueblo:

No es recta la vía del Señor. ¡Las suyas no son rectas! [18] Si el justo se aparta de su justicia y hace iniquidad, morirá por ésta, [19] y si el impío se aparta de su iniquidad y hace juicio y justicia, por esto vivirá. [20] Y decís: No es recta la vía del Señor. Yo os juzgaré, ¡oh casa de Israel!, a cada uno conforme a sus caminos.

[21] El año duodécimo de nuestro cautiverio, el mes décimo, a cinco del mes, vino a mí un escapado de Jerusalén, diciendo: La ciudad ha sido tomada. [22] La tarde anterior, antes que llegase el fugitivo, había sido sobre mí la mano de Yave, que abrió mi boca a la llegada del fugitivo, a la mañana; abrióse mi boca y en lo sucesivo ya no estuvo mudo. [23] Y me fué dirigida la palabra de Yave, diciendo: [24] Hijo de hombre, los que en la tierra de Israel moran, en aquellas ruinas andan diciendo: Abraham era él solo, y poseyó la tierra, pues nosotros somos muchos, poseeremos la tierra. [25] Diles, pues: Así habla el Señor, Yave: Vosotros banqueteáis por los montes, alzáis los ojos a vuestros ídolos, derramáis la sangre; ¿y vais a poseer la tierra? [26] Vosotros os apoyáis sobre vuestras espadas, hacéis abominaciones, y cada cual contamina a la mujer de su prójimo, ¿y vais a poseer la tierra? [27] Diles así: Esto dice el Señor, Yave: Por mi vida, que los que moran entre las ruinas perecerán a la espada, y los que están en campo abierto los daré en pasto a las fieras, y los que en las rocas y en las cuevas, morirán de peste. [28] Y desolaré la tierra hasta destruir su soberbia y su fortaleza, y los montes de Israel serán asolados sin que haya quien por ellos pase; [29] y sabrán que yo soy Yave, cuando convierta la tierra en un desierto por todas las abominaciones que han cometido.

[30] Y tú, hijo de hombre, mira que los hijos de tu pueblo se burlan de ti junto a las paredes y a las puertas de sus casas, y hablan los unos con los otros, cada uno a su prójimo, diciendo: ¡Ea, vamos a oír qué palabra sale de Yave! [31] Y vienen a ti como a las asambleas, y se sientan delante de ti los de mi pueblo, para escuchar tus palabras, pero luego no las ponen por obra; y mientras me halagan con su boca, se va su corazón tras su avaricia. [32] Eres para ellos cantor gracioso, de hermosa voz y maestro en el canto; oyen tus palabras, pero de ponerlas por obra, nada. [33] Mas cuando ello viniere, y viene ya, sabrán que hubo entre ellos un profeta.

Los malos pastores.

34 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel. Profetiza diciéndoles: Así habla el Señor, Yave: ¡Ay de los pastores de Israel que se apacientan a sí mismos! ¿Los pastores no son para apacentar el rebaño? [3] Pero vosotros coméis su grosura, os vestís de su lana, matáis lo que engorda, no apacentasteis a las ovejas. [4] No confortasteis a las flacas, no curásteis a las enfermas, no vendasteis a las heridas, no redujisteis a las descarriadas, no buscasteis a las perdidas, sino que las dominabais con violencia y con dureza. [5] Y así andan perdidas mis ovejas, por falta de pastor, siendo presa de todas las fieras del campo. [6] Andan errantes por montes y collados, derramadas por toda la haz de la tierra, sin que haya quien las busque y las congregue.

[7] Oíd, pues, pastores de Israel, la palabra de Yave. [8] Por mi vida, dice Yave, que pues mi rebaño ha sido depredado, y han sido presa mis ovejas de todas las fieras del campo por falta de pastor, pues no iban mis pastores en pos de mi rebaño, sino que le abandonaron, apacentándose a sí mismos, no a mi grey; [9] oíd, por tanto, ¡oh pastores!, la palabra de Yave: [10] Así habla el Señor, Yave: Heme aquí contra los pastores, para requerir de su mano mis ovejas. No les dejaré ya rebaño que apacienten, no serán más pastores que a sí mismos se apacienten. Les arrancaré de la boca mis ovejas, no serán ya más pasto suyo. [11] Porque así dice el Señor, Yave: Yo mismo iré a buscar a mis ovejas y las reuniré (1).

El pastor fiel.

[12] Como recuenta el pastor a sus ovejas el día en que la tormenta

(1) Este capítulo, escrito después de la ruina definitiva de Judá, está dedicado a levantar el ánimo de los cautivos con la esperanza de la restauración, enlazada con la promesa mesiánica.

dispersa a la grey, así recontaré yo mis ovejas, y las pondré en salvo en todos los lugares en que fueron dispersadas el día del nublado y las tinieblas; [13] y las retraeré de en medio de las gentes, y las reuniré de todas las tierras, y las llevaré a su tierra y las apacentaré sobre los montes de Israel, y en los valles de todas las regiones del país. [14] Las apacentaré en pastos pingües y tendrán su ovil en las más altas cimas de Israel. Allí tendrán cómoda majada y pingües pastos en los montes de Israel.

[15] Yo mismo apacentaré a mis ovejas, y yo mismo las llevaré a la majada, dice el Señor, Yave. [16] Buscaré la oveja perdida, traeré la amontada, vendaré la perniquebrada, y curaré la enferma; y mataré las gordas y robustas, las apacentaré con justicia. [17] Y tú, rebaño mío, así dice el Señor, Yave: Yo mismo juzgaré entre oveja y oveja, entre carneros y machos cabríos. [18] ¿No os bastaba a vosotros apacentaros de lo mejor de los pastos, que pisoteabais además con vuestras pezuñas el resto del pasto? Beber el agua clara y no enturbiar con vuestras pisadas la que queda? [19] ¿Ovejas mías van a tener que comer lo que vosotros hollasteis con los pies y beber lo que con ellos enturbiasteis?

[20] Por eso, así dice el Señor, Yave: Yo juzgaré entre la oveja gorda y la oveja flaca; [21] Y como empujáis con el flanco y las espaldas y acorneáis con los cuernos a las débiles, hasta que las echáis y las hacéis descarriar, [22] yo protegeré a mis ovejas para que no se descarríen, y juzgaré entre oveja y oveja.

Pastor único, el nuevo David.

[23] Suscitaré para ellas un pastor único, que las apacentará. Mi siervo David, él las apacentará, él será su pastor. [24] Yo, Yave, seré su Dios, y mi siervo David será príncipe de ellas. Yo, Yave, lo he dicho.

[25] Haré con ellas alianza de paz, haré desaparecer de la tierra las fieras, y andarán tranquilas por el desierto, y se reposarán en la selva. [26] Haré de ellas y de los alrededores de mi collado una bendición. Mandaré a su tiempo las lluvias, lluvias de bendición. [27] Darán sus frutos los árboles del campo, y la tierra los suyos. Habitarán en su tierra en seguridad y sabrán que yo soy Yave, cuando rompa las coyundas de su yugo y las arranque de las manos de los que las esclavizaron.

[28] No serán ya más presa de las gentes, no las devorarán las fieras del campo, sino que habitarán en seguridad sin que nadie las espante. [29] Les suscitará una prole de renombre; no los consumirá ya más el hambre, ni serán más el escarnio de las gentes. [30] Conocerán entonces que yo, Yave, soy su Dios, y estoy con ellos, y que ellos, la casa de Israel, son mi pueblo, dice el Señor, Yave. [31] Rebaño mío, vosotros sois las ovejas de mi grey y yo soy vuestro Dios, dice el Señor, Yave.

Oráculo contra Edom.

35 [1] Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: [2] Hijo de hombre, vuelve tu rostro hacia el monte Seir, y profetiza contra él. [3] Dile: Así habla el Señor, Yave: Heme aquí contra ti, ¡oh monte Seir! También sobre ti tenderé mi mano, [4] y te tornaré en desierto, reduciendo a ruinas tus ciudades. Serás asolado y sabrás que yo soy Yave. [5] Porque en tu secular enemiga contra Israel pasaste a sus hijos a la espada el día fatal de las desventuras, cuando llegó a su término la iniquidad. [6] Por mi vida, dice el Señor, Yave, te daré a la sangre y la sangre te perseguirá, por haber perseguido a sangre, la sangre te perseguirá, [7] y haré del monte Seir desierto y soledad, sin que haya quien por él vaya ni venga; [8] y henchiré de muertos tus colinas; en tus montes y en tus valles, en el lecho de todos tus torrentes, yacerán los muertos a la espada. [9] Te reduciré a eterna soledad. No serán ya habitadas tus ciudades, y sabrás que yo soy Yave, [10] pues que te dijiste: Míos serán ambos pueblos y ambas tierras, nosotros las poseeremos, aunque allí esté Yave.

[11] Por mi vida, dice el Señor, Yave, que te trataré conforme a tu ira y al furor con que en tu odio los trataron. [12] Y sabrás que yo soy Yave, cuando te juzgue. He oído todas las injurias que proferiste contra los montes de Israel, diciendo: ¡Destruídos! Nos los dan para que los devoremos. [13] Y os insolentasteis de boca contra mí y

multiplicasteis, oyéndolas yo, vuestras palabras contra mí.
14 Así dice el Señor, Yave: Alegrándose la tierra toda, a ti te tornaré en desierto. 15 Como te gozaste en la desolación de la heredad de la casa de Israel, asimismo haré yo contigo; os tornaréis en desierto, ¡oh montes de Seir!, y con vosotros Idumea toda entera, y se sabrá que yo soy Yave.»

En vuelta de Israel a su tierra por pura misericordia de Dios.

36 1 Y ahora, hijo de hombre, profetiza a los montes de Israel y di: Oíd, montes de Israel, la palabra de Yave (1): 2 Así habla el Señor, Yave: Pues que el enemigo dijo de vosotros: ¡Ea! Son ruinas perpetuas, se nos dan en posesión a nosotros. 3 Habla y di: Así habla el Señor, Yave: Por eso, porque os asolaron y tragaron de todas partes, dándoos por heredad a las gentes y haciéndoos objeto de habladurías y de escarnios, 4 Por eso, ¡oh montes de Israel!, oíd la palabra de Yave: Así dice el Señor, Yave, a los montes y a los collados, a los lechos de los torrentes y a los valles, a las ruinas desoladas y a las ciudades desiertas, que fueron la presa y el sarcasmo de los que de los pueblos circunvecinos quedaban.
5 Por eso, así habla el Señor, Yave: Sí, en mi celo y en mi furor hablé contra los escapados de los pueblos, y contra la Idumea toda entera, que se apropiaron mi tierra, con el corazón todo alegre y con el desprecio en el alma, para despoblarla y depredarla. 6 Por eso, profetiza a la tierra de Israel, y di a los montes y a los collados, a los lechos de los torrentes y los valles: Así habla el Señor, Yave: Heme aquí, en mi celo y en mi furor lo digo: Ya que habéis soportado el escarnio de las gentes, 7 así habla el Señor, Yave: Alzo mi mano y juro que las gentes que os rodean soportarán vuestro escarnio, 8 y vosotros, montes de Israel, germinaréis, daréis ramas y frutos a mi pueblo Israel; que va a volver. 9 Porque heme aquí, a vosotros, a vosotros me vuelvo. Todavía seréis labrados y sembrados, 10 multiplicaréis en vosotros a los hombres, la casa de Israel toda entera, y serán repobladas las ciudades y reconstruídas las ruinas.
11 Multiplicaré en vosotros a los hombres y se multiplicarán los ganados, y estaréis poblados como antiguamente, y más todavía que al principio, y sabréis que yo soy Yave. 12 Haré volver a vosotros a los hombres, mi pueblo, Israel, que os poseerán y les seréis en heredad y no volveréis a devorarlos. 13 Así dice Yave: Pues que andan diciendo de ti: Eres una tierra que devora a los hombres y mata a sus hijos, 14 no devorarás ya más a los hombres, no matarás ya más a tus hijos, dice el Señor, Yave; 15 y nunca más te haré oír los insultos de las gentes, ni tendrás que soportar los escarnios de los pueblos, y no quedarán los tuyos privados de hijos, dice el Señor, Yave.
16 Fuéme dirigida la palabra de Yave, diciendo: 17 Hijo de hombre, cuando moró en su tierra la casa de Israel, la contaminaron con sus malas obras y sus pecados. Su obrar ante mí fué como la inmundicia de la menstruada. 18 Por eso descargué yo mi ira sobre ellos, por la sangre que derramaban en la tierra y por los ídolos con que la contaminaron. 19 Y los he dispersado entre las gentes y han sido esparcidos por todas las tierras, juzgándolos conforme a sus caminos y a sus obras; 20 y llegados a las gentes a donde fueron, éstas profanaron mi santo nombre, diciendo de ellos: ¡Estos son el pueblo de Yave; han sido echados de su tierra! 21 Pero he tenido lástima de ellos, al ver mi santo nombre profanado, por causa de la casa de Israel, entre las gentes a las que han sido llevados.
22 Di, pues, a la casa de Israel: así habla el Señor, Yave: No lo hago por vosotros, casa de Israel, sino más bien por el honor de mi nombre, profanado por causa vuestra entre las gentes a que habéis ido. 23 Yo santificaré mi nombre grande, profanado entre las gentes a causa de vosotros en medio de ellas, y sabrán las gentes que yo soy Yave, dice el Señor, Yave, cuando yo me santificare en vosotros a sus ojos. 24 Yo os tomaré de entre las gentes y os reuniré de todas las tierras y os

(1) Otro capítulo como el pasado, en el cual son muy de notar los versos 25-27, que anuncian la efusión del espíritu divino sobre el pueblo de Dios, tan maravillosamente cumplida el día de Pentecostés.

conduciré a vuestra tierra; [25] Y os aspergeré con aguas puras y os purificaré de todas vuestras impurezas, de todas vuestras idolatrías.

[26] Os daré un corazón nuevo y pondré en vosotros un espíritu nuevo. Os arrancaré ese corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. [27] Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y os haré ir por mis mandamientos y observar mis preceptos y ponerlos por obra. [28] Entonces habitaréis la tierra que yo di a vuestros padres, y seréis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios. [29] Os libraré de todas vuestras impurezas, y llamaré al trigo, y lo multiplicaré, y no tendréis hambre. [30] Multiplicaré los frutos de los árboles y el de los campos, para que nunca más os escarnezcan las gentes porque padezcáis hambre.

[31] Vosotros, por vuestra parte, os acordaréis de vuestros malos caminos, de vuestras obras, que no fueron buenas, y sentiréis vergüenza de vosotros mismos por vuestras iniquidades y vuestras abominaciones. [32] No lo hago por vosotros, dice el Señor, Yave; sabedlo, confundíos y avergonzaos de vuestras obras, ¡oh casa de Israel!

Prosperidad del nuevo reino.

[33] Así habla el Señor, Yave: El día en que os habré purificado de todas vuestras iniquidades, repobla ré las ciudades y reconstruiré las ruinas. [34] La tierra desolada en que el caminante no ve más que desolación, volverá a ser labrada, [35] y se dirá: Aquella tierra inculta se ha convertido en jardín del Edén; las ciudades arruinadas, asoladas y desiertas están fortificadas y pobladas, [36] y los pueblos que en torno vuestro han sido dejados, sabrán que yo, Yave, he reedificado vuestras derribadas ruinas y he repoblado de árboles la tierra devastada. Yo, Yave, lo he dicho, y lo haré.

[37] Así dice el Señor, Yave: Aun esto más me dejaré yo inducir a hacer por la casa de Israel: Multiplicaré los hombres como se multiplican los rebaños; [38] a modo de ovejas consagradas, de ovejas de Jerusalén en sus solemnidades, así serán las ciudades arruinadas, llenas de rebaños humanos, y sabrán que yo soy Yave.

Los huesos secos.

37 [1] Fué sobre mí la mano de Yave, y llevóme Yave fuera y me puso en medio de un campo que estaba lleno de huesos (1). [2] Hízome pasar por cerca de ellos todo en derredor, y vi que eran sobremanera numerosos sobre la haz del campo, y enteramente secos. [3] Y me dijo: Hijo de hombre, ¿revivirán estos huesos? Y yo respondí: Señor, Yave, tú lo sabes. [4] Y él me dijo: Hijo de hombre, profetiza a estos huesos y diles: Huesos secos, oíd la palabra de Yave. [5] Así dice el Señor, Yave, a estos huesos: Yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu, y viviréis; [6] y pondré sobre vosotros nervios, y os cubriré de carne, y extenderé sobre vosotros piel, y os infundiré espíritu, y viviréis, y sabréis que yo soy Yave.

[7] Entonces profeticé yo como se me mandaba; y a mi profetizar se oyó un ruido, y hubo un agitarse y un acercarse huesos a huesos. [8] Miré, y vi que vinieron nervios sobre ellos, y creció la carne y los cubrió la piel, pero no había en ellos espíritu. [9] Díjome entonces: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así habla el Señor, Yave: Ven, ¡oh espíritu!, de los cuatro vientos, y sopla sobre estos huesos muertos, y vivirán. [10] Profeticé yo como se me mandaba, y entró en ellos el espíritu, y revivieron y se pusieron en pie, un ejército grande en extremo.

[11] Díjome entonces: Hijo de hombre, esos huesos son la entera casa de Israel. Andan diciendo: Se han secado nuestros huesos, ha fallado nuestra esperanza, estamos perdidos.

[12] Por eso, profetiza y diles: Así habla el Señor, Yave: Yo abriré vuestros sepulcros y os sacaré de vuestras sepulturas, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel; [13] y sabréis que yo soy Yave, cuando abra vuestros sepulcros y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío, [14] y ponga en vosotros mi espíritu y viváis, y os dé el reposo en vuestra tierra; y sabréis que yo, Yave, lo dije y lo hice, dice Yave.

---

(1) Esta estupenda visión de Ezequiel representa la resurrección nacional de Israel y a la vez la edad mesiánica.

Un sólo reino bajo el cetro único del nuevo David.

15 Fuéme dirigida la palabra de
Yave, diciendo: 16 Hijo de hombre,
toma un palo y escribe en él: «Judá y
los hijos de Israel que le están unidos.»
Toma luego otro, y escribe en él:
«José, el báculo de Efraím y de
toda la casa de Israel que le está
unida.» 17 Júntalos luego el uno con
el otro, para que sean uno solo, y
uno solo hagan en tu mano.
18 Y cuando te pregunten los
hijos de Israel: ¿No nos enseñarás
qué es eso?
19 Diles, así habla el Señor, Yave:
Mirad, yo tomaré el báculo de José,
que está en manos de Efraím y de
las tribus de Israel que le están uni-
das, y lo pondré sobre el báculo de
Judá, haciendo un solo báculo, y
será uno solo en mi mano.
20 Que estén a sus ojos los palos
en que escribas, y diles: 21 Así dice
el Señor, Yave: Mirad, yo tomaré a
los hijos deIsrael de entre las gen-
tes a que han ido, juntándolos de
todas partes, y los traeré a su tie-
rra.
22 Y haré de ellos en la tierra, en
los montes de Israel, un solo pue-
blo, y todos tendrán un solo rey;
nunca más serán dos naciones, nun-
ca más estarán divididas en dos
reinos. 23 Nunca más se contamina-
rán con sus ídolos, con sus abo-
minaciones y con todas sus rebe-
liones; los libraré de todas las re-
beliones con que pecaron, y los
purificaré y serán mi pueblo y yo
seré su Dios. 24 Mi siervo David será
su rey, y tendrán todos un solo pastor,
y caminarán por las sendas de mis
mandamientos y guardarán mis pre-
ceptos, poniéndolos por obra. 25 Y
habitarán la tierra que yo di a mi
siervo Jacob, en que habitaron vues-
tros padres. Ellos la habitarán y
los hijos de sus hijos por los siglos,
y por los siglos será su príncipe David,
mi siervo. 26 Estableceré con ellos
un pacto de paz que será pacto
eterno; los asentaré, los acrecentaré
y pondré mi santuario en medio de
ellos por los siglos. 27 Pondré en
medio de ellos mi morada, y yo seré
su Dios y ellos serán mi pueblo.
28 Y sabrán las gentes que yo, Yave,
santifico a Israel, cuando esté mi san-
tuario en medio de ellos por los
siglos.

Gog y Magog.

38 1 Fuéme dirigida la palabra de
Yave, diciendo (1): 2 Hijo de
hombre, vuelve tu rostro a Gog, a
la tierra de Magog, al príncipe de
Ros, de Mosoc y de Túbal, y profe-
tiza contra él, 3 y di: Así habla
el Señor, Yave: Heme aquí contra
ti, príncipe de Ros, de Mosoc, y de
Túbal; 4 yo te atraeré y pondré
freno en tus mandíbulas; y te sacaré
a ti y a todos los ejércitos, caballos
y jinetes, de todo en todo equipados.
Muy gran muchedumbre con rodelas
y escudos, todos con espada. 5 Persia,
Etiopía y Put con ellos, todos con
escudo y yelmo. 6 Gomer y todas sus
mesnadas, la casa de Togorma; los
extremos confines septentrionales y
todas sus hordas, pueblos innume-
rables contigo.

La invasión.

7 Prepárate, apréstate, tú y toda
la innumerable muchedumbre reunida
en torno tuyo. Sé su jefe. 8 De aquí
a muchos días te será dada la orden.
Al cabo de años vendrás a la tierra
salvada de la espada, recogida de
entre muchos pueblos, a los montes de
Israel, que habían estado reducidos
a eternas ruinas. Ha sido sacada de
entre las gentes y habita confiada-
mente. 9 Tú la invadirás, llegando
allí como un torbellino; como tor-
menta que envolverá la tierra serás
tú, con todos tus ejércitos y los in-
numerables pueblos que están con-
tigo.
10 Así dice el Señor, Yave: En
aquellos días se alzarán en tu cora-
zón pensamientos y concebirás mal-
vados designios. 11 Te dirás: Voy a
subir contra una tierra indefensa,
iré contra gentes tranquilas que habi-
tan confiadamente, todas sin mura-
llas, sin puertas ni cerrojos, 12 a
robar, a saquear, a poner tus manos
sobre ruinas repobladas. Sobre un

(1) Los dos capítulos que siguen tienen un carácter escatológico. Israel mora tranquilo en su tierra, sin temor de enemigos. De las regiones del aquilón llega una invasión feroz de pueblos desconocidos, los cuales, atraídos por la facilidad de la presa que les ofrece Israel, recién restaurado, pretenden acabar con él. Pero el Señor interviene en defensa de su pueblo, y echa la discordia sobre los invasores, que unos a otros se destrozan.

pueblo reunido de entre las gentes, que tiene ganados y propiedades y habita en el ombligo de la tierra. 13 Seba y Dedán, los mercaderes de Tarsis y todos sus leones, te dirán: ¿Vienes en busca de botín? ¿Has reunido toda esa muchedumbre para saquear, en busca de plata y de oro, para coger ganados y riquezas, para hacer gran botín?

14 Por tanto, profetiza, hijo de hombre, y di a Gog: Así dice el Señor, Yave: En aquel tiempo, cuando mi pueblo Israel habite confiadamente ¿no lo sabrás tú? 15 Y vendrás desde tus moradas, desde las extremas regiones del septentrión, tú y contigo numerosos pueblos, todos a caballo, una inmensa muchedumbre, un ejército poderoso, 16 avanzará contra mi pueblo, Israel, como nublado que va a cubrir la tierra. Al cabo de los días yo te haré marchar contra mi tierra, para que me conozcan los pueblos, cuando a sus ojos, en ti, ¡oh Gog!, seré santificado.

La destrucción del invasor.

17 Así habla el Señor, Yave: ¿No eres tú aquél de quien hablé yo en tiempos pasados, por medio de mis siervos, los profetas de Israel, que desde años profetizaron entonces que yo te traería contra ellos? 18 En aquel día, cuando marchará Gog contra la tierra de Israel, dice el Señor, Yave, subirá la ira a mis narices; 19 y en mi celo, en el incendio de mi furor, juro que habrá aquel día gran temblor en la tierra de Israel. 20 Y temblarán ante mí los peces del mar y las aves del cielo, los animales del campo y todos los reptiles que se arrastran por la tierra, y los hombres que hay en la tierra. Y los montes se desmoronarán y caerán las rocas, y todos los muros se vendrán al suelo.

21 Y llamaré contra él la espada por todos sus montes, dice el Señor, Yave; y la espada de cada uno será contra su hermano. 22 Y haré justicia en él con la peste y con la sangre, y lloveré contra él y contra los numerosos pueblos que le acompañan lluvia torrencial, piedras de granizo, fuego y azufre; 23 y me magnificaré y haré muestra de mi santidad, y me daré a conocer a pueblos numerosos, que sabrán que yo soy Yave.

39 1 Tú, pues, hijo de hombre, profetiza contra Gog y di: Así habla el Señor, Yave: Heme aquí contra ti, ¡oh Gog!, príncipe de Ros, de Mosoc y de Túbal, 2 yo te atraeré, yo te guiaré y te haré subir de los extremos confines del septentrión, y te llevaré a los montes de Israel; 3 y romperé en tu mano izquierda el arco y haré caer de tu diestra las saetas. 4 Caerás en los montes de Israel con todos los ejércitos y todos los pueblos que contigo estén. Te destino para pasto de las aves rapaces de todo plumaje, de las fieras del campo. 5 Serás abatido sobre la haz del campo, porque lo digo yo, dice el Señor, Yave.

6 Y encenderé en Magog un fuego, y en las islas que habitan confiadamente, y sabrán que yo soy Yave. 7 Haré notorio mi santo nombre en medio de mi pueblo Israel; no dejaré más que sea profanado mi santo nombre, y sabrán las gentes que yo soy Yave, el Santo en Israel. 8 Y llegarán estas cosas, vendrán, dice el Señor, Yave. Es el día de que he hablado yo. 9 Y saldrán fuera los habitantes de las ciudades de Israel, y darán al fuego y quemarán armas, escudos y paveses, arcos y flechas, mazas y lanzas, y harán lumbre con ellas por siete años. 10 No tendrán que traer leña del campo, ni cortarla en los montes. Harán el fuego con las armas, y espoliarán a sus espoliadores y depredarán a sus depredadores, dice el Señor, Yave.

11 Aquel día daré yo a Gog un lugar de sepultura en Israel; el valle de los Abarim, a oriente del mar, allí será sepultado Gog con todas sus muchedumbres, y se llamará el valle de Amon Gog. 12 Le dará sepultura la casa de Israel, para purificar la tierra, y estará sepultándolos durante siete meses. 13 Los sepultará todo el pueblo de la tierra, y quedará famoso para ellos el día en que yo seré glorificado, dice el señor, Yave. 14 Designarán hombres que vayan por la tierra continuamente, reconociéndola, para dar sepultura a los invasores, enterrando a los que queden sobre la haz de la tierra; la recorrerán buscando por espacio de siete meses; 15 y cuando al recorrerla vean osamentas humanas, tendrán alzada junto a ellas una señal, hasta que los enterradores las sepulten en el valle de Amon Gog. 16 Y Amona, será

el nombre de una ciudad. Así purificarán la tierra.

17 Y tú, hijo de hombre, así habla el Señor, Yave: Di a las aves de toda especie y a todas las bestias del campo: Reuníos y venid. Juntaos en todas partes, para comer las víctimas que yo inmolo para vosotras, sacrificio inmenso, sobre los montes de Israel. Comeréis las carnes y beberéis la sangre; 18 comeréis carne de héroes, beberéis sangre de príncipes de la tierra. Carneros, corderos, machos cabríos y toros, gordos como los de Basán. 19 Comeréis la gordura hasta saciaros; beberéis sangre hasta embriagaros, de las víctimas que para vosotras inmolaré. 20 Os saturaréis a mi mesa de caballos y jinetes, de héroes y guerreros de toda suerte, dice el Señor, Yave. 21 Haré ante las gentes muestra de mi gloria, y todas verán las justicias que yo hago y los castigos con que hiere mi mano.

22 La casa de Israel sabrá para en adelante que yo soy Yave, su Dios. 23 Y las gentes conocerán que por sus iniquidades fué llevada la casa de Israel al cautiverio, porque se había rebelado contra mí y yo escondí de ella mi rostro, y la entregué en manos de sus enemigos para que todos juntos cayesen a la espada, 24 tratándolos según sus inmundicias y sus transgresiones y escondiendo de ellos mi rostro.

Porvenir pacífico y glorioso de Israel.

25 Por tanto, dice el Señor, Yave: Ahora voy a volver la cautividad de Jacob, y tendré misericordia de toda la casa de Israel, velando por mi santo nombre. 26 Y ellos olvidarán los oprobios sufridos y sus rebeldías contra mí, cuando habiten seguros en su suelo sin que nadie los perturbe; 27 Cuando los saque de entre las gentes y los reúna de las tierras de sus enemigos, y me santifique a los ojos de las gentes; 28 y sabrán que yo soy Yave, su Dios, lo mismo cuando los llevé al cautiverio entre las gentes que cuando los reuní en su tierra. No dejaré allí ni uno solo, 29 ni les esconderé mi rostro, porque habré derramado mi espíritu sobre la casa de Israel.

El nuevo templo.

40 1 El año veinticinco de nuestro cautiverio (1), al comienzo del año, el diez del mes, el año catorce de la toma de la ciudad, aquel día mismo fué sobre mí la mano de Yave, que me condujo 2 en visión divina a la tierra de Israel, y me puso sobre un monte altísimo, sobre el cual había, al mediodía, como una edificación de ciudad. 3 Llevóme allá, y un varón de aspecto como de bronce bruñido, que tenía en su mano una cuerda de lino y una caña de medir, estaba en pie a la puerta. 4 Díjome aquel varón: Hijo de hombre, mira con tus ojos y atiende con tus oídos y pon tu atención a lo que yo te vaya mostrando, pues para que te lo haga ver has sido traído, y para que se lo cuentes todo a la casa de Israel. 5 Mira, pues, ahí la muralla exterior, que rodea la casa por todas partes.

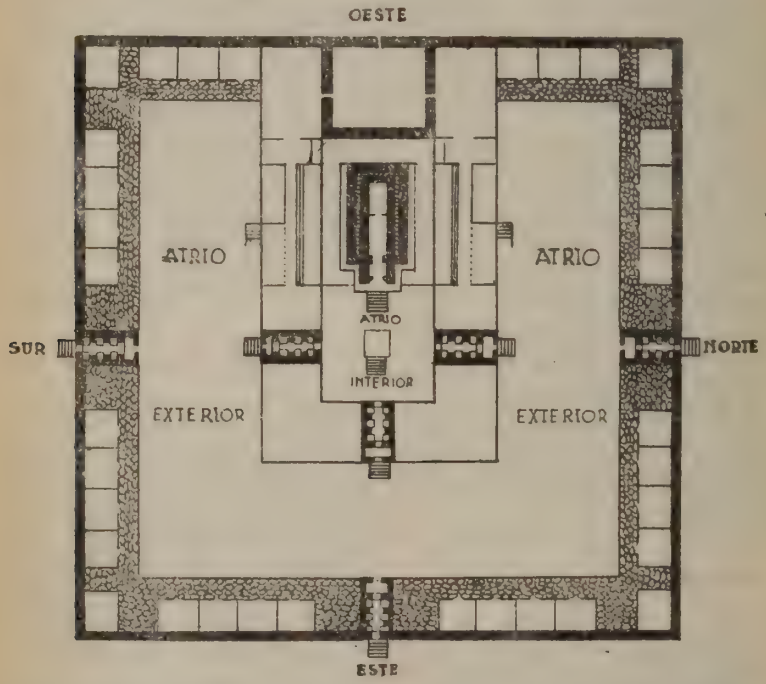
La caña de medir que aquel varón tenía en la mano era de seis codos, de codo y coto cada uno. Midió con ella el espesor del muro y era de una caña, y su altura, era de una caña. 6 Vino luego a la puerta que mira hacia el oriente, subió sus siete gradas, y midió su umbral, de una caña de profundidad. 7 Las cámaras tenían cada una una caña de largo y una caña de ancho, y había entre cámara y cámara cinco codos, 8 y el umbral de la puerta por dentro, junto al vestíbulo, de una caña. 9 Midió el vestíbulo de la puerta, de ocho codos, y sus pilastras, de dos codos; el vestíbulo de la puerta estaba a la parte de dentro. 10 Tenía la puerta oriental tres cámaras de

(1) Los nueve últimos capítulos de Ezequiel (40. 1-48. 35) forman una perfecta unidad. En ellos se traza la restauración en forma un tanto geométrica, reflejada en el grabado con que ilustramos la descripción. Empieza por describirnos el templo con los detalles de un arquitecto, aunque sin planos. La gloria del Señor vuelve a él; es decir, Yave vuelve a tomar posesión de su morada y a reanudar las relaciones de amistad con su pueblo. Los sacerdotes y levitas organizan el culto, que se celebra conforme a todas las exigencias del ceremonial. Luego se divide la tierra entre las tribus, el príncipe, los levitas y sacerdotes. Estos últimos reciben su heredad en torno del santuario, como para guardar mejor su santidad. Las tribus son instaladas todas en la Tierra de Yave (Jos. 22, 9-29); esto es, del lado acá del Jordán. El nombre de la ciudad será «Yave mora allí». Por sí solo dice bastante sobre la nueva situación de Israel.

un lado y tres del otro, todas de la misma medida, y de una misma medida también a una y otra parte las pilastras.

[11] Midió la anchura del vano de la puerta, de diez codos, y la longitud del portal, arriba, de trece codos. [12] Había delante de las cámaras un espacio, de un lado y del otro, de un codo, y cada cámara tenía seis codos de un lado y seis del otro. [13] Midió la puerta desde el techo de una cámara hasta el techo de la de enfrente, veinticinco codos de anchura, puerta contra puerta. [14] Midió el atrio, veinte codos, que daba frente a la puerta y la rodeaba por todas partes. [15] Y desde la delantera de la puerta cincuenta codos. [16] La puerta tenía todo en derredor ventanas aspilleradas, que hacia el exterior se estrechaban y estaban en las cámaras y en sus pilastras, y lo mismo había también ventanas que daban al interior del atrio en derredor, y en cada uno de los postes había palmas.

[17] Llevóme luego al atrio exterior, en el cual había cámaras, y estaba solado todo en derredor; treinta cámaras había alrededor del atrio. [18] El solado a los lados de las puertas correspondía a la anchura de ellas mismas, el solado interior. [19] Midió el espacio entre la fachada de la puerta por debajo, hasta la delantera de la puerta interior por arriba, cien codos hacia el oriente. [20] Midió el lugar y el ancho de la puerta que da al norte, al atrio exterior; [21] sus cámaras, tres a un lado, tres al otro; las pilastras y el vestíbulo eran de las mismas dimensiones que las de la puerta primera, cincuenta codos de largo y veinticinco codos de ancho. [22] Sus ventanas, su vestíbulo, sus palmas, tenían las mismas dimensiones que las de la puerta que da al oriente. Se subía a ella por siete gradas y delante de ella estaba el atrio. [23] Frente por frente de éste había en el atrio interior una puerta que estaba también frente por frente



de la puerta oriental. Midió la distancia entre puerta y puerta, cien codos.

24 Llevóme después al lado del mediodía, donde estaba la puerta que da al mediodía; y medidas las pilastras y el vestíbulo, tuvieron las mismas dimensiones que las otras. 25 Había en torno de ella y del vestíbulo ventanas iguales a las otras, cincuenta codos de largo y veinticinco codos de ancho. 26 Las gradas de subida a la puerta eran siete, y delante de ellas estaba el vestíbulo. Había a cada lado palmas en los postes. 27 Había también puerta hacia el mediodía en el atrio interior, y entre puerta y puerta midió cien codos. 28 Llevóme por la puerta del mediodía al atrio interior, y midió la puerta del mediodía, y tenía las mismas dimensiones; 29 sus cámaras, sus pilastras y el vestíbulo, de las mismas dimensiones. La puerta y su vestíbulo tenían ventanas en derredor y cincuenta codos largo y veinticinco ancho. 30 (1) 31 El vestíbulo daba al atrio exterior, en sus postes había palmas, y las gradas de subida eran ocho. 32 Llevóme luego al atrio interior por el camino de oriente, y midió la puerta, de las acostumbradas dimensiones. 33 Las cámaras, las pilastras y el vestíbulo, de las mismas dimensiones, con ventanas en ellas, y en el vestíbulo cincuenta codos de largo y veinticinco de ancho. 35 Su vestíbulo daba al atrio exterior, en los postes a uno y otro lado había palmas, y las gradas de subida eran ocho.

37 Llevóme luego a la puerta del septentrión y midió, hallando las dimensiones de las otras, 36 para cámaras, pilastras y vestíbulo, y en torno las ventanas, cincuenta codos de largo y veinticinco codos de ancho. 37 Sus postes daban al atrio exterior y había en ellos palmas, y las gradas de subida eran ocho.

38 Había también allí una cámara que se abría hacia los postes de las puertas, donde se habían de lavar los holocaustos. 39 En el vestíbulo de la puerta había a cada lado dos mesas, en las que se había de degollar el holocausto para el sacrificio expiatorio y para el sacrificio por el pecado. 40 En el lado exterior, al norte de quien subía por la entrada de la puerta, había otras dos mesas, y otras dos al otro lado, cerca del vestíbulo de la puerta. 41 Había, pues, a cada lado de la puerta cuatro mesas de una parte y cuatro de otra, ocho mesas, en las que se hacía la inmolación. 42 Había, además, otras cuatro mesas para los holocaustos, de piedra tallada, codo y medio de largas, codo y medio de anchas y un codo de altas, sobre las cuales se ponían los instrumentos con que se inmolaban los holocaustos y los otros sacrificios. 43 Tenían las mesas en derredor un reborde alto de un codo, sobre ellas se ponía la carne de las víctimas.

44 Fuera de la puerta interior, en el atrio interior, había dos cámaras; una al lado de la puerta del norte, y que se abría hacia el mediodía; otra al lado de la puerta del mediodía, que se abría hacia el norte. 45 Y me dijo: Esta cámara que se abre hacia el mediodía es para los sacerdotes que hacen la guardia del templo, 46 y la que mira al norte es la de los sacerdotes que hacen la guardia del altar. Son los hijos de Sadoc, que entre los hijos de Leví se acercan a Yave, para servirle. 47 Midió el atrio, cien codos de ancho y cien codos de largo, cuadrado, y en él, delante de la casa, estaba el altar. 48 Llevóme al vestíbulo de la casa; midió cada uno de los postes, cinco codos el de una parte, cinco codos el de la otra. 49 Tenía el vestíbulo veinte codos de largo y doce codos de ancho, y se subía a él por diez gradas. Había junto a los postes columnas, una a un lado y otra al otro.

41 1 Me introdujo en el templo, midió los postes, anchos seis codos de un lado y seis codos del otro, tal era la anchura de las pilastras. 2 El vano de la puerta era de diez codos, y los lados de la puerta cinco codos a una parte y cinco codos a la otra. Midió también el largo, y eran cuarenta codos, y el ancho, y eran veinte codos. 3 Pasó luego al interior y midió cada pilar de la puerta, dos codos, y la puerta misma, seis codos, y la anchura de la entrada, siete codos. 4 Midió también el largo, y eran cua-

(1) El versículo 30 parece una interpolación. Dice: «Había en él salientes todo en torno, veinte codos a lo largo y veinte a lo ancho.» Como se ve, rompe la simetría de la descripción, pues en ninguna otra parte se habla de estos salientes.

renta codos y el ancho, y eran veinte codos; y me dijo: éste es el santísimo.
5 Midió luego el grueso del muro de la casa, seis codos, y la anchura de las cámaras laterales, cuatro codos, todo en torno de la casa. 6 Las cámaras laterales estaban sobrepuestas unas a otras, treinta en cada uno de los tres pisos. Había retallos en el muro de la casa en derredor, para que en ellos se apoyasen las vigas de las cámaras sin entrar en el muro. 7 Había mayor anchura en las cámaras hacia arriba de piso en piso, porque los retallos de la casa iban de piso en piso todo en derredor de la casa, y así al subir dejaba el muro mayor anchura. Del piso inferior se podía subir al de en medio y de éste al superior.
8 Vi que la casa todo en torno estaba sobre una elevación. Los cimientos de las cámaras laterales eran de una caña entera, seis codos hacia el ángulo. 9 La anchura del muro exterior del edificio lateral era de cinco codos, igual al espacio de las cámaras de dentro. 10 De las cámaras a la casa había una anchura de veinte codos por todos lados, en derredor de la casa. 11 Las puertas de las cámaras, una del lado del norte y otra del lado del mediodía, daban a un espacio vacío que rodeaba toda la casa, cinco codos de ancho. 12 Una construcción separada que había frente al espacio vacío, al lado de occidente, tenía setenta codos de ancho. El muro del edificio tenía cinco codos de grueso todo en derredor, y su largo era de noventa codos.
13 Luego midió la casa, largo, cien codos; el espacio vacío, las edificaciones y los muros, cien codos; 14 la anchura de la delantera de la casa con espacio vacío, cien codos. 15 Midió la anchura de la edificación frente al espacio vacío, hacia atrás, y los portales de uno y otro lado, cien codos. El templo interior y los vestíbulos del atrio, 16 el umbral, las ventanas aspilleradas, los portales todo en torno. Los tres pisos, estaban todos en derredor cubiertos de tablas de madera desde el suelo hasta las ventanas, y las ventanas tenían cortinas.
17 Lo de encima de las puertas, en el interior de la casa y en el exterior, las paredes de lo interior y de lo exterior, estaban cubiertas de tapices, 18 adornados con querubines y palmas. Había una palma entre querubín y querubín, 19 y cada querubín tenía dos aspectos, aspecto de hombre hacia una palma y aspecto de león hacia la otra, y así en torno de la casa. 20 Desde el suelo hasta la altura de las puertas había querubines y palmas grabados por todos los muros de la casa.
21 Los pilares del templo eran cuadrangulares, y enfrente del santísimo había una cosa que parecía 22 un altar de madera, tres codos de alto, dos codos de largo y dos codos de ancho, y tenía sus cuernos, sus pies y sus costados de madera. Y me dijo: Es la mesa que está delante de Yave. 23 Había dos puertas, la del santo y la del santísimo. 24 Cada puerta tenía dos hojas que se plegaban en dos partes, dos partes para una hoja y dos para la otra. 25 En las puertas había grabados querubines y palmas, como en las paredes y en la fachada del atrio al exterior; había un portal de madera, 26 y había ventanas aspilleradas y palmas a cada lado en las paredes laterales del vestíbulo, en las cámaras laterales de la casa y en los cornisamentos.

42 1 Sacóme al atrio exterior, al lado del septentrión, y me llevó al departamento que está frente al muro del norte. 2 Era de un frente de cien codos de largo al lado norte y tenía cincuenta codos de ancho, 3 dando al espacio vacío de veinte codos del atrio interior y al enlosado del atrio exterior, terraza contra terraza en tres pisos. 4 Delante de las cámaras había un corredor de diez codos de ancho y cien codos de largo; sus puertas daban al norte. 5 Las cámaras superiores, como las terrazas, quitaban espacio, eran más estrechas que las inferiores y las intermedias del edificio, 6 pues los pisos eran tres, pero sin columnas como las columnas de los atrios. Por eso las superiores eran más estrechas que las de abajo y las de en medio.
7 El muro exterior de fuera, delante de las cámaras, que daba al atrio exterior frente a las cámaras, tenía cincuenta codos de largo, 8 pues el largo de las cámaras del lado del atrio exterior era de cincuenta codos, pero del lado del templo, de cien codos.

9 Más abajo de las cámaras había
una entrada que daba al oriente,
para el que venía del atrio exterior,
al comienzo del muro del atrio. 10 Del
lado del mediodía, frente al espacio
vacío y al muro de cintura había
cámaras; 11 delante de ellas un corre-
dor como el de las cámaras que dan
al norte, su largo y su ancho eran
los mismos, y también las varias sali-
das y toda su disposición. Como las
puertas de las primeras, 12 eran las
puertas de las cámaras que daban al
mediodía, y había unas puertas al
comienzo del corredor, en el muro
correspondiente para quien venía del
oriente.
13 Díjome: Las cámaras del norte
y las cámaras del mediodía que dan
al espacio vacío son las cámaras del
santuario, donde los sacerdotes que
se acercan a Yave comerán las cosas
santísimas, es decir, las oblaciones
y las víctimas por el pecado y por el
delito, pues este lugar es santo.
14 Cuando los sacerdotes entraren no
saldrán del lugar santo al atrio exte-
rior, sino que dejarán allí las vesti-
duras con que ministran, pues son
santas; y vestidos de otras, se acer-
carán así a lo destinado al pue-
blo.
15 Cuando hubo acabado de medir
la fábrica interior, sacóme fuera por
la puerta que da al oriente y midió
el perímetro. 16 Midió el lado de
oriente con la caña de medir, qui-
nientos codos; se volvió 17 y midió
el lado del norte, quinientos codos
de la caña de medir. 18 Midió el lado
del mediodía, quinientos codos de
la caña de medir. 19 Se volvió al lado
de occidente y midió quinientos codos
de la caña de medir. 20 Midió el muro
de cintura a los cuatro vientos; tenía
quinientos codos de largo y quinien-
tos codos de ancho, y separaba el
santuario del lugar profano.

La gloria de Dios en el nuevo templo.

43 1 Llevóme luego de nuevo a la
puerta que da al oriente, 2 y
vi la gloria del Dios de Israel venir
del oriente. Se oía un estrépito como
el estrépito de caudalosas aguas, y
la tierra resplandecía del resplandor
de la gloria. 3 El aspecto de lo que
veía era como el que vi cuando vine
a destruir la ciudad, y en todos los
aspectos como los de la visión que vi
cerca del río Quebar. Caí rostro a
tierra, 4 mientras la gloria de Yave
penetró en la casa por la puerta de la
fachada que da al oriente. 5 El espí-
ritu me levantó y me llevó al atrio
interior, y vi la gloria de Yave llenar
la casa, 6 y oí que alguno me hablaba
desde dentro de la casa, mientras el
varón aquél estaba en pie junto a
mí, 7 me decía:
Hijo de hombre, este es el lugar de
mi trono, el escabel de las plantas de
mis pies, donde habitaré para siem-
pre en medio de los hijos de Israel.
La casa de Israel no profanará ya
más mi santo nombre, ni ella ni sus
reyes, con sus abominaciones y con
homicidios de jefes en medio de ella
y con sus altos; 8 pusieron su umbral
junto a mi umbral y sus postes junto
a mis postes, y pared sólo por medio,
contaminaron mi santo nombre con
las abominaciones que cometieron.
Por eso en mi furor los consumí.
9 Pero ahora arrojarán lejos de mí
sus fornicaciones y sus homicidios
de jefes, y yo habitaré en medio de
ellos para siempre.

El altar de los holocaustos.

10 Y tú, hijo de hombre, describe a
la casa de Israel, este templo, su
traza, su diseño. 11 Si se avergüenzan
de lo que han hecho, muéstrales la
traza y el diseño de esta casa, sus sa-
lidas y sus entradas y toda su dispo-
sición, sus ritos y sus leyes, y ponlo
por escrito ante sus ojos, para que
guarden todos sus ritos y sus reglas
y los pongan por obra. 12 Esta es la
ley de la casa: Sobre la cumbre del
monte, todo en derredor, su término
será santísimo. Tal es la ley de la
casa. 13 He aquí las medidas del altar,
en codos de a codo y coto el codo.
El canal, de un codo de alto y un
codo de ancho, y el reborde que lleva
en torno, un palmo. 14 Tal es el zó-
calo del altar. Desde el canal sobre
el suelo al plano inferior, dos codos,
y la anchura de su vuelo, un codo.
Del plano inferior al plano superior,
cuatro codos, y la anchura de un
codo. 15 El Ariel tenía cuatro codos,
y del Ariel arriba los cuatro cuernos.
16 El Ariel tenía doce codos de ancho
y doce codos de largo, formando un
cuadrado perfecto. 17 El cuadro tenía
catorce codos de largo y catorce de

ancho a los cuatro lados, y en torno de él había una cornisa de medio codo y el canal de un codo todo en derredor; sus gradas estaban al lado oriental.

Su inauguración.

18 Díjome: Hijo de hombre, así habla el Señor, Yave: Estas son las leyes del altar, para cuando sea construído para ofrecer en él holocaustos y derramar la sangre de ellos. 19 A los sacerdotes, levitas de la posteridad de Sadoc, que serán los que a mí se han de acercar para servirme, dice el Señor, Yave, les darás un novillo para el sacrificio por el pecado. 20 Tomarás de su sangre y untarás con ella los cuatro cuernos y los cuatro ángulos del cuadro y el borde todo en torno. Así harás la expiación y la propiciación del altar. 21 Tomarás luego el novillo del sacrificio por el pecado, que quemarás en el lugar de la casa designado fuera del santuario. 22 Al día siguiente ofrecerás por el pecado un macho cabrío sin defecto, y expiarás el altar como lo hiciste con el novillo. 23 Cumplido que hayas el rito expiatorio, ofrecerás un novillo sin defecto y un carnero de la grey, sin defecto. 24 Los ofrecerás a Yave, los sacerdotes derramarán sobre ellos la sal, y los ofrecerán a Yave en holocausto. 25 Por siete días sacrificarás por el pecado un macho cabrío por día; ofrecerás además un novillo y un carnero de la grey, sin defecto. 26 Por siete días se hará la propiciación del altar, se purificará y se consagrará. 27 Pasados estos días, del día octavo en adelante, los sacerdotes ofrecerán en el altar vuestros holocaustos y vuestros sacrificios eucarísticos, y yo os seré propicio, dice el Señor, Yave.

Las nuevas leyes del culto.

44 1 Llevóme luego de nuevo a la puerta de fuera del santuario que daba al oriente, pero la puerta estaba cerrada; 2 y me dijo Yave: Esta puerta ha de estar cerrada, no se abrirá, ni entrará por ella hombre alguno, porque ha entrado por ella Yave, Dios de Israel; por tanto, ha de quedar cerrada. 3 Por lo que hace al príncipe, por ser el príncipe, podrá sentarse en ella para comer el pan en la presencia de Yave; entrará por el camino del vestíbulo de la puerta y por el mismo saldrá.

4 Llevóme hacia la puerta del norte por delante de la casa, y miré y vi que la gloria de Yave llenaba la casa de Yave, y me postré rostro a tierra. 5 Yave me dijo: Hijo de hombre, pon atención, mira con tus ojos, y oye con tus oídos todo lo que yo voy a hablar contigo, sobre todas las ordenaciones de la casa de Yave y todas sus leyes; pon atención a todas las entradas de la casa y a todas las salidas del santuario; 6 y di a los rebeldes, a la casa de Israel:

Así dice el Señor, Yave: Basta ya de abominaciones, ¡oh casa de Israel! 7 De traer extranjero ni incircuncisos de corazón e incircuncisos de carne, para que entren en mi santuario, contaminen mi casa, mientras vosotros me ofrecéis mi pan, el sebo y la sangre, quebrantando así mi alianza con todas vuestras abominaciones, 8 y no guardando lo establecido acerca de mis cosas santas, antes poniéndolos como ministros de mi culto en mi santuario, en lugar vuestro. 9 Así dice el Señor, Yave: Ningún extranjero incircunciso de corazón e incircunciso de carne, de cuantos están en medio de Israel, entrará en mi santuario. 10 Los levitas, que se apartaron de mí cuando Israel se alejó de mí, yéndose tras sus ídolos, llevarán su iniquidad. 11 Ellos servirán en mi santuario de guardias de las puertas de la casa y de guardias de la casa misma; ellos degollarán los holocaustos y las víctimas del pueblo, y estarán ante él para servirle. 12 Por haber servido a sus ídolos y haber sido para la casa de Israel tropiezo de iniquidad, alzo mi mano, dice el Señor, Yave, y juro que llevarán sobre sí su iniquidad; 13 que no se acercarán a mí para servirme en las funciones sacerdotales y para tocar mis cosas santas en el santísimo, sino que llevarán sobre sí la vergüenza y la pena de las abominaciones que cometieron. 14 Los dejo reducidos a hacer solamente la guardia de la casa y su servicio en lo que en ella haya de hacerse.

15 Los sacerdotes levitas hijos de Sadoc, que guardaron el ordenamiento de mi santuario, cuando se

apartaron de mí los hijos de Israel, serán mis allegados para ministros ante mí y ofrecerme la grosura y la sangre, dice el Señor, Yave. [16] Esos entrarán en mi santuario y se llegarán a mi mesa, guardando mi ordenamiento. [17] Cuando entren por las puertas del atrio interior, se vestirán vestiduras de lino, no llevarán sobre sí lana cuando ministren en las puertas del atrio interior y dentro de la casa. [18] Llevarán tiaras de lino sobre sus cabezas, y calzones de lino a sus lomos, y no se ceñirán para no sudar. [19] Pero cuando hayan de salir al atrio exterior, al pueblo, se quitarán las vestiduras con que se hace el servicio, y dejándolas en las cámaras del santuario, se vestirán otros vestidos, para no santificar al pueblo con sus vestiduras. [20] No se raparán la cabeza ni dejarán crecer sus cabellos, sino que se los cortarán motilando sus cabezas.

[21] Ningún sacerdote beberá vino cuando haya de entrar en el atrio interior. [22] No tomarán por mujer ni viuda ni repudiada, sino virgen de la casa de Israel o viuda de sacerdote. [23] Enseñarán a mi pueblo a distinguir entre lo santo y lo profano, y a discernir entre lo puro y lo impuro. [24] Juzgarán los pleitos conforme a mis leyes y guardarán mis leyes y mis preceptos en cuanto a todas mis solemnidades, y santificarán mis sábados. [25] No entrarán a muerto alguno para no contaminarse; sólo por el padre o la madre, el hijo o la hija, el hermano o la hermana que no haya tenido marido, se contaminarán. [26] Después de su purificación, contarán siete días, [27] y el día en que entren en el santuario en el atrio interior para ministrar en el santuario, ofrecerán su expiación, dice el Señor, Yave.

[28] En cuanto a su heredad, su heredad seré yo, no les daréis posesión en Israel, pues su posesión seré yo. [29] Se alimentarán de las ofrendas, de los sacrificios por el pecado y de los sacrificios por el delito, y será para ellos cuanto en Israel sea dado al anatema. [30] Las primicias de todos los primeros frutos de toda suerte, y todas las ofrendas de toda suerte, de cuanto ofreciereis, serán para los sacerdotes, y daréis también a los sacerdotes las primicias de vuestras masas, para que en vuestras casas repose la bendición. [31] No comerán mortecino alguno ni desgarrado, sea ave, sea bestia.

Nueva distribución de la tierra.

45 [1] Cuando distribuyáis por suerte la tierra para poseerla, reservaréis una suerte a Yave, que le consagraréis en la tierra, de veinticinco mil codos de largo y diez mil de ancho, que en todo su término en derredor será santa. [2] De ella será para el santuario un cuadro de quinientos por quinientos codos, que tendrá en torno un espacio libre de cincuenta codos. [3] De esa extensión la medirás, de un largo de veinticinco mil codos y un ancho de diez mil, y en ella quedará el santuario, el santísimo. [4] Esta porción santa de la tierra será para los sacerdotes que se acerquen a ministrar a Yave y servirá para sus casas y como un lugar santo para el santuario. [5] Asimismo veinticinco mil de largo y diez mil de ancho, para los levitas que hacen el servicio de la casa, y en ella tendrán ciudad de habitación. [6] Para propiedad de la ciudad destinaréis cinco mil codos de ancho y veinticinco mil de largo, paralelamente a la porción santa reservada.

[7] El príncipe tendrá su parte, lindando de ambos lados con la parte del santuario y la parte de la ciudad, ante la parte del santuario y la parte de la ciudad del lado occidental, hacia occidente, y del lado oriental hacia oriente, y de una longitud igual a una de las partes, desde la frontera occidental a la oriental. [8] Esta será su propiedad, su posesión en Israel, y así mis príncipes no oprimirán nunca más a mi pueblo, y dejarán la tierra a la casa de Israel por sus tribus. [9] Así dice el Señor, Yave: ¡Basta, príncipes de Israel! Dejad la violencia y la rapiña. Haced juicio y justicia, no haya de parte vuestra exacciones sobre mi pueblo, dice e Señor, Yave.

Nuevas ofrendas y primicias.

[10] Sean justas vuestras balanzas, justo vuestro *efa*, justo vuestro *bat*. [11] El *efa* y el *bat* serán de la misma medida, el *bat* la décima parte del *jomer*, y una décima parte del *jomer*

el *efa*. Uno y otro corresponderán al *jomer*. 12 El *siclo*, veinte *gueras*. Los cinco siclos habrán de ser cinco, los diez, diez, y cincuenta siclos la *mina*. 13 La ofrenda que reservaréis será ésta: un sexto de *efa* por *jomer* de trigo, y un sexto de *efa* por *jomer* de cebada. 14 Y la ley para el aceite, para el *bat* de aceite, ésta: la décima parte de un *bat* por *jomer*. Diez *bats* son el *jomer*, pues diez *bats* llenan el *jomer*.

15 De las reses, una por manada de doscientas, de las gordas de Israel para el sacrificio, para el holocausto, para el sacrificio pacífico y para el expiatorio, dice el Señor, Yave. 16 Todo el pueblo de la tierra hará esta oblación al príncipe de Israel, 17 y cuenta del príncipe será dar el holocausto, la ofrenda y la libación en las fiestas, en los novilunios, los sábados y en todas las solemnidades de la casa de Israel, y él ofrecerá el sacrificio expiatorio, la ofrenda, el holocausto y el sacrificio eucarístico, para expiar la casa de Israel.

18 Así dice el Señor, Yave: El día primero del primer mes tomarás un novillo sin defecto y harás la expiación del santuario. 19 El sacerdote tomará de la sangre de la víctima expiatoria, y la pondrá sobre los postes de la casa y sobre los cuatro ángulos del cuadro del altar, y sobre los postes de las puertas del atrio interior. 20 Y así harás también el mes séptimo para los que pecan por ignorancia o por error, y así purificaréis la casa. 21 El día catorce del primer mes tendréis la pascua. La fiesta durará siete días y se comerá durante ellos pan ácimo. 22 Ese día ofrecerá el príncipe, por sí y por todo el pueblo de la tierra, un novillo en sacrificio expiatorio; 23 y durante los siete días de la fiesta ofrecerá en holocausto a Yave siete toros y siete carneros sin defecto, cada uno de los siete días, y un macho cabrío en sacrificio expiatorio cada día. 24 Añadirá la ofrenda de un *efa* por toro, un *efa* por carnero y un *hin* de aceite por *efa*. 25 El día quince del séptimo mes, en la solemnidad, ofrecerá durante siete días los mismos sacrificios expiatorios y la misma ofrenda con su aceite.

46 1 Así dice el Señor, Yave: La puerta del atrio interior del lado de oriente estará cerrada los siete días de trabajo, pero se abrirá el día del sábado y en los novilunios. 2 El príncipe entrará por el camino del vestíbulo de la puerta exterior, y se estará junto a los postes de la puerta; los sacerdotes ofrecerán sus holocaustos y sus sacrificios eucarísticos, y él se prosternará en el umbral de la puerta, luego saldrá, y la puerta no se cerrará antes de la tarde. 31 El pueblo de la tierra se prosternará ante Yave a la entrada de esta puerta, los sábados y los novilunios.

4 El holocausto que el príncipe ofrecerá a Yave los sábados será de seis corderos sin defecto y un carnero sin defecto; 5 y su ofrenda, de un *efa* por el carnero y de lo que él quiera por los corderos, con un *hin* de aceite por *efa*. 6 En los novilunios ofrecerá un novillo sin defecto, seis corderos y un carnero sin defecto; 7 y su ofrenda será de un *efa* por el novillo, un *efa* por el carnero, y lo que él quisiere por los corderos, y un *hin* de aceite por *efa*. 8 Cuando el príncipe entre, entrará por el camino del vestíbulo de la puerta, y por el mismo camino saldrá. 9 Pero cuando el pueblo de la tierra se presente ante Yave en las solemnidades, el que entre por la puerta del norte para prosternarse, saldrá por la puerta del mediodía, y el que entre por la puerta del mediodía saldrá por la puerta del norte; no se saldrá por la puerta por donde se entró, sino que se saldrá por la opuesta. 10 El príncipe entrará con ellos cuando entren y saldrá con ellos cuando salgan.

11 En las fiestas y en las solemnidades la ofrenda será de un *efa* por el toro, un *efa* por el carnero, y lo que él quisiere por los corderos, con un *hin* de aceite por *efa*. 12 Si el príncipe ofreciere a Yave un holocausto voluntario o un sacrificio eucarístico voluntario, se le abrirá la puerta del lado de oriente, y ofrecerá su holocausto y su sacrificio eucarístico, lo mismo que en los sábados, y luego saldrá, y cuando haya salido se cerrará la puerta. 13 Ofrecerás cada día en holocausto a Yave un cordero primal sin defecto, todas las mañanas; 14 y todas las mañanas añadirás la ofrenda, un sexto de *efa* y un tercio de *hin* de aceite para amasar la harina. Esta es la ofrenda a Yave, ley perpetua, para siempre. 15 Se ofrecerá todas las mañanas el cor-

dero y la ofrenda con el aceite, como holocausto perpetuo.
16 Así dice el Señor, Yave: Si el príncipe hiciere a uno de sus hijos un don, tomado de su heredad, el don pertenecerá al hijo y será propiedad suya como heredad. 17 Pero si el don tomado de su heredad lo hace a uno de sus servidores, le pertenecerá a éste hasta el año de la remisión; luego volverá al príncipe, y su heredad será de sus hijos. 18 No podrá tomar el príncipe nada de las heredades del pueblo, despojándolos de su posesión. De lo suyo heredará a sus hijos, para que mi pueblo no salga de la heredad de cada uno.
19 Metióme luego por la entrada que está al lado de la puerta, en las cámaras santas destinadas a los sacerdotes, hacia el norte, y vi que había un lugar en el fondo, del lado de occidente; 20 y me dijo: Ese es el lugar donde los sacerdotes harán cocer la carne de los sacrificios por el pecado y de expiación, y donde se cocerán las ofrendas, para no llevarlas al atrio exterior, santificando al pueblo. 21 Llevóme luego al atrio exterior, y me hizo pasar por los cuatro ángulos del atrio, y vi que a cada ángulo del atrio había un patio de cuarenta codos de largo y treinta de ancho, todos cuatro de las mismas medidas en los cuatro ángulos; 23 y en todos ellos había en torno una pared, y abajo fogones alrededor de las paredes; 24 y me dijo: Estas son las cocinas donde los servidores de la casa cocerán el sacrificio del pueblo.

El torrente que sale del nuevo templo.

47 1 Llevóme luego otra vez a la entrada de la casa, y vi que debajo del umbral de la casa al oriente brotaban aguas, pues la fachada de la casa estaba al oriente, y las aguas descendían debajo del lado derecho de la casa, del mediodía del altar. 2 Me llevó por el camino de la puerta septentrional, y me hizo dar la vuelta por fuera, hasta el exterior de la puerta oriental, y vi que las aguas salían del lado derecho. 3 Al salir hacia oriente llevaba aquel varón en la mano un cordelillo, y midió mil codos, y me hizo atravesar las aguas; llegaban hasta los tobillos. 4 Midió otros mil y me hizo atravesar las aguas; llegaban hasta las rodillas. Midió otros mil y me hizo atravesar las aguas, llegaban hasta la cintura. 5 Midió otros mil, y era ya un río que me era imposible atravesar, porque las aguas habían crecido de manera que no se podía pasar más que a nado.
6 Díjome: ¿Has visto, hijo de hombre? Luego me hizo volver siguiendo la orilla del río. 7 Y entonces vi que de una y otra parte había en las riberas muchos árboles; 8 y me dijo: Hijo de hombre; estas aguas salen a la región oriental, bajan al Araba y desembocan en el mar, en aquellas aguas pútridas; y éstas se sanearán. 9 Y todos los vivientes que nadan en las aguas, por dondequiera que entren estos dos ríos, vivirán; y el pescado será allí abundantísimo, porque al llegar estas aguas, las aguas del mar se sanearán y tendrán vida hasta donde llegue el río. 10 Junto a sus orillas estarán los pescadores, y desde Engadi hasta En Eglaim será un tendedero de redes, y por sus especies será el pescado tan numeroso como los del mar grande. 11 Sus charcas y sus lagunas no se sanearán, serán dejadas para salinas. 12 En las riberas del río al uno y al otro lado se alzarán árboles frutales de toda especie, cuyas hojas no caerán y cuyo fruto no faltará. Todos los meses madurarán sus frutos, por salir sus aguas del santuario; y serán comestibles, y sus hojas medicinales.

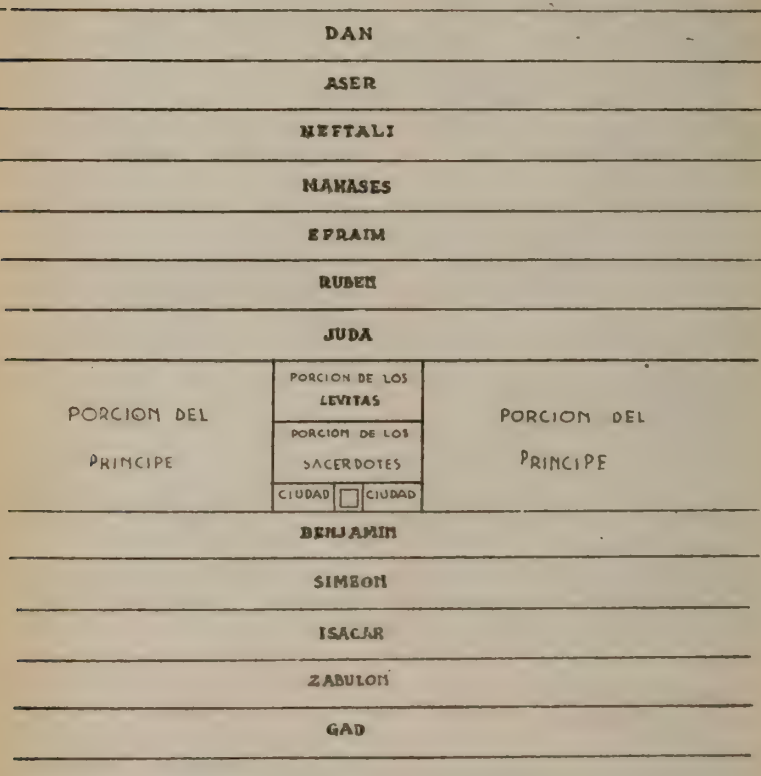
Las nuevas fronteras de la nueva tierra.

13 Así dice el Señor, Yave: Estas son las fronteras de la tierra que distribuiréis a las doce tribus de Israel, a José una parte doble; 14 cada uno de vosotros tendrá su parte igual que la de los otros, de lo que yo, alzando mi mano, juré dar a vuestros padres, y ésta será la tierra de vuestra heredad. 15 Estas, pues, serán las fronteras: Del lado del norte, desde el mar grande, camino de Hetlón, viniendo de Sedad, 16 Ibamat, Berota, Sabarim, que está en la frontera de Haurán. 17 Así la frontera del mar hasta Haser Enón, dejando al norte el territorio de Damasco y al norte el territorio de

Hamat. Esta es la frontera septentrional. [18] Del lado de oriente, la frontera entre el Haurán, Damasco, Galad y la tierra de Israel, será el Jordán; mediréis desde el confín hasta el mar oriental. Esta es la frontera oriental. [19] Del lado del mediodía, al mediodía, desde Tamar hasta las aguas de Meribot Cades, en la dirección del torrente hasta el mar grande. Esta es la frontera meridional, la del mediodía. [20] Del lado de occidente la frontera será el mar grande, desde el límite hasta frente a Hamat. Esta es la frontera occidental.

Nueva distribución de la tierra entre las tribus.

[21] Partiréis esta tierra entre vosotros, según las tribus de Israel, [22] y echaréis suertes sobre ella para heredad vuestra y los extranjeros que entre vosotros peregrinan y entre vosotros han engendrado hijos, pues los tendréis como naturales entre los hijos de Israel y entrarán en suerte con vosotros para heredarse entre las tribus de Israel. [23] En la tribu en que peregrinare el extranjero, en ella le daréis su heredad, dice el Señor, Yave.



Distribución de la tierra.

48 [1] Estos son los nombres de las tribus, partiendo de la frontera septentrional a lo largo del camino de Hetlón que lleva a Hamat, hasta Haser Enón, dejando al norte la frontera oriental y el mar. Dan, una parte. [2] Junto a Dan, del lado de oriente hasta las orillas del mar, Aser, una parte. [3] Junto a Aser, del lado de oriente hasta las orillas del mar, Neftalí, una parte. [4] Junto a Neftalí, del lado de oriente hasta el mar, Manasés, una parte. [5] Junto a Manasés, del lado de oriente hasta el mar, Efraím, una parte. [6] Junto a Efraím, del lado de oriente hasta las riberas del mar, Rubén, una parte. [7] Junto a Rubén, del lado de oriente, hasta las riberas del mar, Judá, una parte. [8] Junto a Judá, del lado de oriente hasta las orillas del mar, estará la porción que reservaréis de veinticinco mil codos de ancho, y larga cuanto cada una de las partes de oriente a occidente, y en medio de ella estará el santuario.

[9] La porción que reservaréis para Yave tendrá veinticinco mil codos de largo y diez mil codos de ancho. [10] Esta porción pertenecerá a los sacerdotes y será santa, veinticinco mil codos al norte, diez mil codos de anchura al occidente, diez mil de anchura al oriente, y veinticinco mil de longitud al mediodía, y en medio de ella estará el santuario de Yave. [11] Pertenecerá a los sacerdotes consagrados, a los hijos de Sadoc que hicieron el servicio en mi santuario, y no se descarriaron como se descarriaron los levitas, cuando se descarriaron los hijos de Israel. [12] Les pertenecerá como porción santísima reservada de la porción de tierra que se reserva, al lado de la de los levitas.

[13] Los levitas tendrán, paralelamente al límite de los sacerdotes, veinticinco mil codos de largo y diez mil de ancho, veinticinco mil en toda la longitud y diez mil en la anchura. [14] No podrán vender ni permutar nada, ni exportar las primicias de la tierra, porque están consagradas a Yave. [15] Los cinco mil codos restantes, en la anchura de los veinticinco mil, serán profanos, para la ciudad, para las casas y los alrededores; la ciudad estará en medio. [16] Estas serán sus medidas: a la parte del norte cuatro mil quinientos codos y cuatro mil quinientos codos a la parte del mediodía; a la parte de oriente cuatro mil quinientos codos, y cuatro mil quinientos codos a la parte de occidente. [17] El contorno de la ciudad será al norte de doscientos cincuenta codos y de doscientos cincuenta al mediodía; al oriente de doscientos cincuenta codos y de doscientos cincuenta al occidente.

[18] Lo que queda de longitud delante de la porción santa, diez mil codos al oriente y diez mil al occidente, los que quedan, serán para que de su producto se mantengan los que trabajan para la ciudad. [19] La labrarán los operarios de la ciudad, tomados de entre todo Israel. [20] La parte reservada tendrá en conjunto veinticinco mil codos por veinticinco mil; y para propiedad de la ciudad tomaréis la cuarta parte de porción consagrada. [21] De lo que queda a ambos lados de la porción santa y de la propiedad de la ciudad, a lo largo de los veinticinco mil codos de la porción santa hasta el oriente, y a occidente a lo largo de los veinticinco mil codos hacia la frontera occidental paralelamente a las partes, será para el príncipe. Eso será lo del príncipe; así la porción santa y el santuario estarán en medio. [22] De este modo la parte del príncipe será la comprendida desde la porción de los levitas y la porción de la ciudad, entre el límite de Judá y el límite de Benjamín.

[23] He aquí las otras tribus: Desde oriente hasta la orilla del mar, Benjamín, una parte. [24] Al lado de Benjamín, desde oriente a las orillas del mar, Simeón, una parte. [25] Al lado de Simeón, desde oriente hasta el mar, Isacar, una parte. [26] Al lado de Isacar, desde oriente hasta el mar, Zabulón, una parte. [27] Al lado de Zabulón, desde oriente hasta el mar, Gad, una parte. [28] Al lado de Gad, al lado meridional, hacia el mediodía, correrá la frontera desde Tamar hasta las aguas de Maribat Cades, a lo largo del torrente hasta el mar grande. [29] Tal es la tierra que partiréis en heredad a las tribus de Israel, y tales sus partes, dice el Señor, Yave.

[30] Estas serán las salidas de la ciudad: Al lado del norte medirá cuatro mil quinientos codos. [31] Las puertas de la ciudad tendrán los nombres de las tribus de Israel. Tendrá al norte tres puertas; una la puerta de Rubén, otra la puerta de

Judá y la otra la puerta de Leví.
32 Al lado oriental cuatro mil quí-
nientos codos y tres puertas; una la
puerta de José, otra la puerta de
Benjamín y la otra la puerta de Dan.
33 Del lado del mediodía medirá
cuatro mil quinientos codos y tendrá
tres puertas, la puerta de Simeón,
una; la puerta de Isacar, una; la
puerta de Zabulón, una. 34 Del lado
de occidente cuatro mil quinientos
codos y tres puertas; la puerta de
Gad, una; la puerta de Aser, una;
la puerta de Neftalí, una. 35 El perí-
metro dieciocho mil codos, y el
nombre de la ciudad será desde aquel
día «Yave Samma» (1).

(1) El nombre significa: «Yave allí», Yave en ella.

INTRODUCCION AL PROFETA DANIEL

DE todos los profetas, es Daniel el más misterioso. Está su libro como envuelto en misterios; no ciertamente doctrinales, aunque de éstos algunos tiene, sino históricos. Son estas dificultades de las que dice Pío XII en su encíclica Divino afflante Spiritu, *que no han sido resueltas todavía y esperan su solución de la asidua y mancomunada labor de los estudiosos. Hablando el profeta Ezequiel del estado de la causa de Judá ante la justicia de Dios, dice que aunque intercedieran por él Noé, Daniel y Job, no podrían alcanzarle perdón con sus plegarias (14, 14, 20). Tales palabras parecden indicar que Daniel era un personaje antiguo, célebre por su justicia, comparable a Noé y a Job. En 28, 3, el mismo profeta Ezequiel nos lo presenta como ya famoso por su sabiduría. Arguyendo al príncipe de Tiro, que presume de sabio, le dice: ¿Eres acaso tú más sabio que Daniel?» En el libro que lleva su nombre se nos cuenta cómo después del año tercero de Joaquim (605), en una deportación anterior a las dos que conocemos, de 598 y 587, fué escogido con otros tres jóvenes hebreos para ser educado en el palacio real de Babilonia y entrar luego al servicio del rey (1, 1-11 sigs.). Mas ya antes de esto, según el capítulo 12, el «jovencito» Daniel había salvado la vida de la inocente Susana y hecho condenar a sus acusadores.*

Introducido en el palacio real, el joven Daniel, gracias a su inteligencia y don de profecía, se ganó la confianza de Nabucodonosor y llegó a ocupar altos cargos en el gobierno de Caldea. Y así continuó al pasar ésta a los medos y persas (539), pues Darío el Medo le colocó a la cabeza de los Sátrapas gobernadores de las provincias (6, 1 sigs.). Esta confianza la conservó también bajo el sucesor de Darío, Ciro el Persa (6, 28). Su alta posición, la religión que profesaba y el celo por demostrar la inanidad de los dioses caldeos, le atrajo enemigos que pusieron en peligro su vida. Pero todo sirvió para gloria de Dios y de la religión del pueblo israelita. Del fin de Daniel nada sabemos.

Por razón de la materia el libro consta de dos partes, una histórica y profética la otra. Abarca la primera los seis primeros capítulos, y los dos últimos, que forman un apéndice. Contiene una visión profética, la de la estatua, cuyo recuerdo retrajo Daniel a la memoria de Nabucodonosor, dándole al mismo tiempo su interpretación (2, 31-45). La parte profética comprende los capítulos 7 a 12, con cuatro visiones. Tienen de singular que todas abarcan el mismo cuadro histórico y lo terminan en la persecución de Antíoco IV.

El libro se ha conservado en tres lenguas: la aramea (2, 4-7, 28), la griega (3, 24-9), inserta en la sección aramea, y el apéndice (12-14). El resto está escrito en hebreo. Las partes hebrea y aramea entran en el canon judío de las Escrituras; la parte griega es reconocida por la Iglesia, que con la versión de los LXX la recibió de los Apóstoles como parte de las Escrituras divinas. Los judíos no cuentan a Daniel entre los profetas, sino entre los hagiógrafos.

Esperamos que la investigación perseverante de los sabios, bajo la dirección de la Iglesia, acabe de poner en claro las dificultades que envuelven el libro de Daniel. Entretanto, es para nosotros suficiente que el valor de sus vaticinios mesiánicos y de todas sus enseñanzas doctrinales no disminuye en nada aunque se halle oscurecida su parte histórica por algunas dificultades cuya solución al presente no entrevemos.

DANIEL

Introducción.

1 [1] El año tercero del reinado de Joaquim, rey de Judá, Nabucodonosor, rey de Babilonia, fué contra Jerusalén y la asedió. [2] Y entregó el Señor en sus manos a Joaquim, rey de Judá, y parte de los vasos de la casa de Dios, y los trajo a la tierra de Senaar, a la casa de su dios, y metió los vasos en la casa del tesoro de su dios. [3] Dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real y del de los príncipes, cuatro mozos en los que no hubiera tacha, de buen parecer, de sabiduría, de entendimiento y educados, capaces de servir en el palacio del rey, y a quienes se instruyese en las letras y la lengua de los caldeos. [5] Asignóles el rey para cada día una porción de los manjares de su mesa, del vino que él bebía, y mandó que los criasen durante tres años, al cabo de los cuales entrasen a servir al rey.

[6] Fueron de ellos, de entre los hijos de Judá, Daniel, Ananías, Misael y Azarías, [7] a los cuales el jefe de los eunucos puso por nombre: a Daniel, Baltasar, a Ananías, Sidraj, a Misael, Misaj, y a Azarías, Abed-Nego. [8] Se propuso Daniel en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey ni con el vino que él bebía, y rogó al jefe de los eunucos que no le obligara a contaminarse. [9] Hizo Dios que hallase Daniel gracia y favor ante el jefe de los eunucos; [10] y el jefe de los eunucos dijo a Daniel: Tengo miedo de mi señor, el rey, que ha determinado lo que habéis de comer y beber, porque si viere vuestros rostros más macilentos que los de los mozos de vuestra edad, condenaríais mi cabeza ante el rey.

[11] Dijo entonces Daniel a Malasar, a quien el jefe de los eunucos había puesto para velar sobre Daniel, Ananías, Misael y Azarías: [12] Prueba a tus siervos por diez días, y que nos den a comer legumbres y agua a beber; [13] y compara luego nuestros rostros con los de los mozos que comen los manjares del rey, y haz después con tus siervos según veas. [14] Concedióles lo que le pedían y los probó por diez días, [15] al cabo de los cuales tenían mejor aspecto y estaban más metidos en carnes que los mozos que comían los manjares del rey. [16] Malasar se llevaba sus manjares y su vino y les daba legumbres.

Daniel en la corte del rey.

17 Otorgó Dios a los cuatro mancebos sabiduría y entendimiento en
todas las letras y ciencias, y Daniel
interpretaba toda visión o suceso.
18 Pasados los días al cabo de los
cuales había mandado el rey que se
los llevasen, el jefe de los eunucos se
los presentó a Nabucodonosor. 19 El
rey habló con ellos, y entre todos los
mozos no había ninguno como Daniel,
Ananías, Misael y Azarías, y fueron
puestos al servicio del rey. 20 En
cuantas cosas de sabiduría y entendimiento el rey les preguntó, hallólos
diez veces superiores a todos los magos y astrólogos que había en su
reino. 21 Así estuvo Daniel hasta el
año primero del rey Ciro.

La visión de la estatua.

2 1 El año segundo del reinado de
Nabucodonosor (1), tuvo Nabucodonosor unos sueños, y turbóse su espíritu, sin que pudiera dormir. 2 Hizo
llamar el rey a magos y astrólogos,
encantadores y caldeos, para que explicasen al rey sus sueños. Vinieron,
pues, y se presentaron ante el rey.
3 El rey les dijo: He tenido un sueño
y estoy agitado porque no sé ya cuál
fué. 21 Entonces hablaron los caldeos
al rey en lengua aramea: Vivas para
siempre, ¡oh rey! Di a tus siervos el
sueño y te daremos su interpretación.
5 Respondió el rey diciendo a los
caldeos: La cosa se me ha ido, y si
no me mostráis el sueño y su interpretación seréis hechos trozos y
vuestras casas convertidas en muladares, 6 mientras que si me decís el
sueño y su interpretación, recibiréis
de mí dones y mercedes y mucha
honra; decidme, pues, el sueño y su
interpretación.
7 Respondiéronle, diciendo por segunda vez: Diga el rey a sus siervos
su sueño, y le daremos su interpretación. 8 El rey respondió, diciendo: Veo
claro que ponéis dilaciones, porque
veis que la cosa se me ha ido. 9 Si
no me decís el sueño, caerá sobre
todos vosotros la misma sentencia.
De cierto que pretendéis prepararos
para decirme falsedades y mentiras
mientras pasa el tiempo. Decid, pues,
el sueño y conoceré que sois capaces
de darme su interpretación. 10 Los
caldeos respondieron al rey, diciéndole: No hay hombre sobre la tierra
que pueda decir lo que el rey pretende; jamás tampoco rey alguno, por
grande y poderoso que fuese, exigió
cosa semejante de mago, astrólogo o
caldeo. Lo que pide el rey es imposible, y no hay nadie que al rey pueda decírselo, a no ser los dioses, que
no moran entre los hombres. 12 El
rey, con ira y gran furor, mandó matar a todos los sabios de Babilonia.
13 Publicóse la orden, y ya iban a
ser llevados a la muerte los sabios,
y buscaban también a Daniel y a
sus compañeros para matarlos. 14 Habló entonces Daniel avisada y prudentemente a Arioj, capitán de la
guardia del rey: 15 ¿Por qué esta
orden del rey se publica tan apresuradamente? Entonces explicó Arioj
la cosa a Daniel; 16 y Daniel, entrando
al rey, le pidió que le diese tiempo,
y daría al rey la declaración. 17 Fuése
luego Daniel a su casa y comunicó
la cosa a Ananías, Misael y Azarías,
sus compañeros, 18 instándoles a pedir
al Dios de los cielos que les revelase
aquel misterio, para que no hiciese
perecer a Daniel y a sus compañeros
con el resto de los sabios de Babilonia.

Revelación de Daniel de la visión.

19 Entonces el misterio fué revelado a Daniel en visión nocturna, por
lo cual Daniel bendijo al Dios de los
cielos, 20 diciendo:
Bendito sea el nombre de Dios, de
siglos en siglos, porque suya es la
sabiduría y la fuerza. 21 El es quien
ordena los tiempos y las circunstancias, pone reyes y quita reyes, da la
sabiduría a los sabios y la ciencia a
los entendidos. 22 El revela lo profundo
y lo oculto, conoce lo que está en
tinieblas y con él mora la luz. 23 A ti,
Dios de mis padres, te confieso y te
alabo, que me has dado sabiduría y
fortaleza, y me has dado a conocer
lo que te hemos pedido, y nos has
revelado el secreto del rey.
24 Después de esto fué Daniel a

(1) Como en Egipto, así también en Caldea había sacerdotes que tenían por oficio interpretar los sueños, en los que creían recibir comunicación de los dioses. En el presente caso, Dios se vale de los sueños, como hacía con sus profetas (Núm. 12, 6), para mostrar la inanidad de la *ciencia* adivinatoria de los caldeos y la verdad de las revelaciones otorgadas por El a sus verdaderos profetas.

Arioj, a quien había mandado el rey matar a los sabios de Babilonia, y le dijo así: No mates a los sabios de Babilonia; llévame a la presencia del rey, que yo daré al rey la explicación. 25 Llevó entonces Arioj prestamente a Daniel a la presencia del rey, y díjole así: He hallado a uno de los deportados de Judá que dará al rey la explicación. 26 Respondió el rey diciendo a Daniel, a quien llamaban Baltasar: ¿Podrás tú declararme el sueño que vi y su interpretación? 27 Daniel respondió delante del rey, diciendo: Lo que pide el rey es un misterio que ni sabios ni astrólogos, ni magos ni adivinos son capaces de descubrir al rey; 28 pero hay en los cielos un Dios que revela lo secreto, y que ha dado a conocer al rey Nabucodonosor lo que sucederá en el correr de los tiempos. He aquí tu sueño y la visión que has tenido en tu lecho:

El sueño y su interpretación.

29 En tu lecho, ¡oh rey!, te vinieron pensamientos de lo que vendrá después de este tiempo, y el que revela los secretos te dió a conocer lo que sucederá. 30 Si este misterio me ha sido revelado, no es porque haya en mí una sabiduría superior a la de todos los vivientes, sino para que yo dé a conocer al rey la explicación y llegues a entender los pensamientos de tu corazón.

31 Tú, ¡oh rey!, mirabas y estabas viendo una gran estatua. Era muy grande la estatua, y de un brillo extraordinario. Estaba en pie ante ti, y su aspecto era terrible. 32 La cabeza de la estatua era de oro puro, su pecho y sus brazos de plata, su vientre y sus caderas de bronce, 33 sus piernas de hierro, y sus pies parte de hierro, parte de barro. 34 Tú estuviste mirando, hasta que una piedra desprendida, no lanzada por mano, hirió a la estatua en los pies de hierro y barro, destrozándola. 35 Entonces el hierro, el barro, el bronce, la plata y el oro, se desmenuzaron juntamente, y fueron como tamo de las eras en verano, se los llevó el viento, sin que de ellos quedara traza alguna; mientras que la piedra que había herido a la estatua se hizo una gran montaña, que llenó toda la tierra.

36 He ahí el sueño. Daremos también al rey su interpretación. 37 Tú, ¡oh rey!, eres rey de reyes, porque el Dios de los cielos te ha dado el imperio, el poder, la fuerza y la gloria. 38 El ha puesto en tus manos, dondequiera que habitasen, a los hijos de los hombres, a las bestias de los campos, a las aves del cielo, y te ha dado el dominio de todo; tú eres la cabeza de oro. 39 Después de ti surgirá otro reino, menor que el tuyo, y luego un tercero que será de bronce y dominará sobre toda la tierra. 40 Habrá un cuarto reino fuerte como el hierro, como todo lo rompe y destroza el hierro, así él lo romperá todo, como el hierro que todo lo hace pedazos.

41 Lo que viste de los pies y los dedos, parte de barro de alfarero, parte de hierro, es que este reino será dividido, pero tendrá en sí algo de la fortaleza del hierro, aunque viste el hierro mezclado con el barro. 42 Y el ser los dedos parte de hierro parte de barro, es que este reino será en parte fuerte y en parte frágil. 43 Viste el hierro mezclado con barro porque se mezclarán por alianzas humanas, pero no se pegarán unos con otros, como no se pegan el hierro y el barro.

44 En tiempo de esos reyes el Dios de los cielos suscitará un reino que no será destruído jamás, y que no pasará a poder de otro pueblo; destruirá y desmenuzará a todos esos reinos, mas él permanecerá por siempre. 45 Eso es lo que significa la piedra que viste desprenderse del monte sin ayuda de mano, que desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro. El Dios grande ha dado a conocer al rey lo que ha de suceder después. El sueño es verdadero y cierta su interpretación (1).

Daniel, jefe de los sabios caldeos.

46 Entonces el rey Nabucodonosor cayó sobre su rostro y se prosternó

(1) Esta visión representa los cuatro imperios que desde el caldeo se sucedieron en Oriente: el caldeo, el persa, el macedonio y el seléucida o sirio. No han faltado intérpretes que han querido ver en este último el imperio romano, llevados de la idea de que bajo este imperio había aparecido el Mesías. Pero Daniel no es una excepción entre los profetas, que ven el reino mesiánico al término de su horizonte histórico. Los otros vaticinios de Daniel y la historia de los Macabeos confirman esta idea.

ante Daniel, y mandó que le ofreciesen sacrificios y perfumes. [27] Dirigió el rey la palabra a Daniel y le dijo: En verdad que vuestro Dios es el Dios de los dioses y el Señor de los reyes, y que revela los secretos, pues que tú has podido descubrir este misterio. [28] En seguida el rey engrandeció a Daniel y le dió muchos y grandes dones y le hizo jefe supremo de todos los sabios de Babilonia. [29] Daniel rogó al rey que diese la intendencia de la provincia de Babilonia a Sidraj, Misaj y Abed-Nego. Daniel estaba en la corte del rey.

La estatua erigida por Nabucodonosor.

3 [1] Hizo el rey Nabucodonosor una estatua de oro, alta de sesenta codos, y seis codos de ancha. Alzóla en el llano de Dura, de la provincia de Babilonia; [2] y mandó el rey reunir a todos los sátrapas, prefectos, bajás, oidores, tesoreros, magistrados, jueces, y a todos los gobernadores de las provincias, para que viniesen a la dedicación de la estatua que había alzado el rey Nabucodonosor (1). [3] Reuniéronse, pues, los jefes, prefectos, bajás, oidores, tesoreros, magistrados, jueces y todos los gobernadores de las provincias, para la dedicación de la estatua alzada por el rey Nabucodonosor, y se pusieron ante la estatua que Nabucodonosor había alzado.

Orden de adorar la estatua.

[4] Un pregonero clamaba en voz alta: Ved lo que se os ordena, pueblos, naciones y hombres de toda lengua. [5] En cuanto oigáis el sonido de las bocinas, las cítaras, las arpas, los salterios, las gaitas y toda suerte de instrumentos, adorad postrados la estatua de oro que ha alzado el rey Nabucodonosor. [6] Todo aquel que no adore postrándose al instante será echado en un horno encendido. [7] Por tanto, los pueblos todos, en oyendo el sonido de las bocinas, las arpas, los salterios, las gaitas y de los instrumentos músicos de toda suerte, todos los pueblos, naciones y hombres de toda lengua, se prosternarán y adorarán la estatua de oro alzada por el rey Nabucodonosor.

Los tres jóvenes hebreos se niegan a adorar y son denunciados al rey.

[8] Con ocasión de esto vinieron entonces algunos caldeos y denunciaron a los judíos. [9] Hablaron al rey Nabucodonosor, diciendo: ¡Vivas por siempre, oh rey! [10] Tú, ¡oh rey!, has dado una ley, por la cual todo hombre, en oyendo el son de las bocinas, las cítaras, las arpas, los salterios, las gaitas y toda suerte de instrumentos músicos, ha de adorar postrado la estatua de oro, [11] y que quien no se postre y adore será arrojado a un horno encendido. [12] Pues hay unos hombres, judíos, a quienes has encomendado tú la dirección de los negocios de la provincia de Babilonia, Sidraj, Misaj y Abed-Nego, que sin tenerte en cuenta para nada, ¡oh rey!, no sirven a tus dioses y no adoran la estatua que has alzado.

[13] Irritado y furioso entonces Nabucodonosor, dió orden de que trajesen a Sidraj, Misaj y Abed-Nego. Traídos éstos a la presencia del rey, Nabucodonosor les habló, diciendo: ¿De propósito, Sidraj, Misaj y Abed-Nego, no servís a mis dioses y no adoráis la estatua de oro que yo he alzado? [16] Ahora, pues, aprestaos, y en oyendo el sonido de las bocinas, las cítaras, las arpas, los salterios, las gaitas y de toda suerte de instrumentos músicos, postraos y adorad la estatua que yo he hecho; y si no la adoráis, al instante seréis arrojados a un horno encendido. ¿Y quién será el dios que os libre de mis manos?

[16] Sidraj, Misaj y Abed-Nego respondieron al rey diciendo: Nabucodonosor, no tienes por qué esperar más nuestra respuesta en esto; [17] pues nuestro Dios, al que servimos, puede librarnos del horno encendido, y nos librará de tu mano. [18] Y si no quisiere, sabe ¡oh rey!, que no adoraremos a tus dioses ni nos postraremos ante la estatua que has alzado.

(1) La adoración de la estatua del rey, impuesta a todos sus súbditos, pone de relieve la condena de los tres jóvenes que se niegan a adorarla, llevados de su fidelidad a la ley y a su Dios.

Los tres mancebos son arrojados a un horno encendido.

19 Lleno entonces de ira Nabucodonosor, demudado el rostro contra Sidraj, Misaj y Abed-Nego, habló mandando que se encendiese el horno siete veces otro tanto de lo que encenderse solía; 20 y mandó a hombres muy robustos de su ejército que atasen a Sidraj, Misaj y Abed-Nego y los echasen al horno de fuego ardiente. 21 Entonces estos varones, atados, con sus bragas, sus túnicas, sus mantos y sus otros vestidos, fueron arrojados en medio del horno encendido. 22 Y como la orden del rey era apremiante y había mandado encender el horno tanto, las llamas abrasaron a los que habían echado en él a Sidraj, Misaj y Abed-Nego; 23 y los tres varones, Sidraj, Misaj y Abed-Nego, cayeron atados en medio del horno ardiente.

PARTE DEUTEROCANONICA

(Gr. 3, 24-90).

La oración de los tres mancebos.

24 sSe paseaban en medio de las llama , alabando a Dios y bendiciendo al Señor. 25 Azarías, puesto en pie, oró de esta manera, y abriendo sus labios en medio del fuego, dijo:
26 Bendito seas Señor, Dios de nuestros padres. Digno de alabanza y glorioso es tu nombre, 27 porque eres justo en cuanto has hecho con nosotros y todas tus obras son verdad, y rectos tus caminos y justos todos tus juicios; 28 Y has juzgado con justicia en todos tus juicios, en todo lo que has traído sobre nosotros, y sobre la ciudad santa, la de nuestros padres, Jerusalén; pues con juicio justo has traído todos estos males a causa de nuestros pecados.
29 Porque hemos pecado y cometido iniquidad, apartándonos de ti, y en todo hemos delinquido; 30 y no hemos obedecido tus preceptos, no los hemos guardado ni cumplido, según nos habías ordenado para que fuéramos felices, 31 y cuantos males has traído sobre nosotros, y cuanto has hecho con nosotros, con justo juicio lo has hecho.
32 Nos entregaste en poder de enemigos injustos e incircuncisos apóstatas, y a un rey el más inicuo y perverso de toda la tierra, 33 y ahora no podemos abrir nuestra boca. La vergüenza y el oprobio han caído sobre tus siervos y sobre los que te veneran. 34 Por tu nombre, no nos deseches para siempre, no anules tu alianza, 35 no apartes tu misericordia de nosotros; por Abraham, tu amado, por Isac, tu siervo, y por Israel, tu santo, 36 a quienes prometiste multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo, como las arenas que hay en las orillas del mar.
37 Porque, Señor, hemos sido empequeñecidos más que todas las naciones, y estamos hoy humillados en toda la tierra a causa de nuestros pecados. 38 Al presente no tenemos príncipes ni profeta ni jefe ni holocausto ni sacrificio ni ofrenda ni incienso 39 ni lugar en que ofrecer las primicias delante de ti y hallar misericordia. Pero con el alma contrita y el espíritu humillado hallemos acogida.
40 Como los holocaustos de los carneros y de los toros, como las miríadas de los gruesos corderos, así sea hoy nuestro sacrificio delante de ti, a fin de aplacar tu rostro, pues no serán confundidos los que en ti confían. 41 Ahora nosotros de todo corazón te seguimos y te tememos y buscamos tu rostro. 42 No nos confundas, antes obra con nosotros según tu bondad y según la grandeza de tu misericordia.
43 Líbranos en virtud de tu prodigioso poder, y da gloria, Señor, a tu nombre, 44 queden avergonzados los que maltratan a tus siervos, y queden confundidos de su tiranía y su fuerza sea deshecha. 45 Y conozcan que tú, Señor, eres el único Dios, glorioso sobre toda la tierra.
46 Los ministros del rey, que los habían metido, no cesaban de avivar el horno con betún, estopa, pez y sarmientos, 47 hasta levantarse las llamas cuarenta y nueve codos por encima del horno; y las llamas, irrumpiendo, abrasaron a cuantos caldeos estaban alrededor del horno; 49 pero el ángel del Señor había descendido al horno con Azarías y sus compañeros, y apartaba del horno las llamas de fuego y hacía que el interior del horno estuviera como si en él soplara un viento fresco; y el fuego no los tocaba absolutamente

ni los afligía ni les causaba molestia.
51 Entonces los tres a una voz alabaron y glorificaron y bendijeron a Dios en el horno, diciendo:

Cántico de los tres mancebos.

52 Bendito seas, Señor, Dios de nuestros padres, digno de alabanza, y ensalzado por los siglos. Bendito tu nombre santo y glorioso, muy digno de alabanza y muy ensalzado por todos los siglos. 53 Bendito en el templo santo de tu gloria, digno de ser cantado y glorificado por los siglos.
54 Bendito tú, que penetras los abismos, digno de alabanza y ensalzado por los siglos. Bendito tú, que estás sentado sobre los querubines, digno de alabanza, ensalzado por los siglos. 55 Bendito en tu trono real, digno de ser cantado y celebrado por los siglos. 56 Bendito tú en el firmamento de los cielos, digno de ser cantado y glorificado por los siglos.
57 Bendecid al Señor, todas las obras del Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 58 Bendecid al Señor, ángeles del Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 59 Bendecid, cielos, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 60 Bendecid al Señor, aguas todas que estáis sobre los cielos, cantadle y ensalzadle por los siglos.
61 Bendiga al Señor todo el ejército del Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 62 Bendecid, sol y luna, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 63 Bendecid, astros del cielo, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 64 Bendecid, lluvias y rocío, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 65 Bendecid, todos los vientos, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos.
66 Bendecid, fuego, calor, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 67 Bendecid, fríos y heladas, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 68 Bendecid, rocío y escarcha, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 69 Bendecid, frío y fresco, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 70 Bendecid, hielos y nieves, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos.
71 Bendecid, noche y día, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 72 Bendecid, luz y tinieblas, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos.
73 Bendecid, relámpagos y nubes, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 74 Bendiga la tierra al Señor, cántele y ensálcele por los siglos. 75 Bendecid, montes y collados, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos.
76 Bendecid al Señor, cuanto brota en la tierra, cantadle y ensalzadle por los siglos. 77 Bendecid, mares y ríos, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 78 Bendecid, fuentes, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 79 Bendecid al Señor, monstruos de las aguas y cuanto en las aguas se mueve, cantadle y ensalzadle por los siglos. 80 Bendecid, todas las aves del cielo, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 81 Bendecid todas las bestias y ganados al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos.
82 Bendecid, hijos de los hombres, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 83 Bendice, Israel, al Señor, cántale y ensálzale por los siglos. 84 Bendecid, sacerdotes del Señor, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 85 Bendecid, siervos del Señor, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 86 Bendecid, espíritus y almas de los justos, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos. 87 Bendecid, santos y humildes de corazón, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos.
88 Bendecid, Ananías, Azarías y Misael, al Señor, cantadle y ensalzadle por los siglos, porque nos sacó del infierno, y del poder de la muerte nos salvó, y de en medio del horno encendido nos libró, salvándonos del en medio del fuego. 89 Dad gracias a Señor, porque es bondadoso, porque es eterna su misericordia. 90 Bendecid todos los piadosos al Señor de los dioses, cantadle y dadle gracias porque es eterna su misericordia.

PARTE PROTOCANONICA

Nabucodonosor glorifica a Dios.

24 Espantado entonces el rey Nabucodonosor, se levantó precipitadamente, y dirigiéndose a sus consejeros, les dijo: ¿No hemos arrojado al fuego tres hombres? Ellos le respondieron: ¡Cierto, oh rey! 25 Y el rey repuso: Pues bien, yo veo allí cuatro hombres sueltos, que se pasean por en medio

del fuego sin daño alguno, y el cuarto de ellos parece un dios. [26] Acercóse entonces Nabucodonosor a la entrada del horno encendido, y hablando, dijo: Sidraj, Misaj y Abed-Nego, siervos del Dios supremo, salid y venid. Entonces salieron de en medio del fuego Sidraj, Misaj y Abed-Nego; [27] y juntándose los jefes, los prefectos, los bajás y los consejeros del reino, vieron que el fuego no había tenido poder alguno sobre los cuerpos de aquellos varones, y ni siquiera se habían quemado los cabellos de sus cabezas, que sus ropas estaban intactas y ni siquiera olían a chamuscadas.

[28] Tomó entonces la palabra Nabucodonosor, y dijo: Bendito sea el Dios de Sidraj, Misaj y Abed-Nego, que ha mandado su ángel y ha librado a sus siervos que confiaron en él y no cumplieron la orden del rey y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a dios alguno fuera de su Dios. [29] He aquí ahora lo que dispongo: Todo hombre, cualquiera que sea el pueblo, la nación o la lengua a que pertenezca, que hable mal del Dios de Sidraj, Misaj y Abed-Nego, será hecho trizas, y su casa convertida en muladar, porque no hay dios alguno que como él pueda librar (1). [3] Luego el rey engrandeció a Sidraj, Misaj y Abed-Nego en la provincia de Babilona.

La visión del árbol, interpretada por Daniel.

4 [1] Nabucodonosor, rey, a todos los pueblos, naciones y hombres de toda lengua, que habitan en toda la tierra: Paz abundante. [2] Me ha parecido bien daros a conocer las señales y prodigios que el Dios supremo ha hecho conmigo. [3] ¡Cuán grandes han sido sus señales! ¡Cuán potentes sus prodigios! Su reino es reino eterno y su dominación perdura de generaciones en generaciones.

[4] Yo, Nabucodonosor, vivía tranquilo en mi casa, feliz en mi palacio; [5] y tuve un sueño que me espantó, y los pensamientos que me perseguían en mi lecho y las visiones de mi espíritu me llenaron de espanto.

[6] Hice que vinieran ante mí todos los sabios de Babilonia, para que me diesen la interpretación del sueño. [7] Vinieron, pues, los magos, los astrólogos, los caldeos y los adivinos, y les expuse el sueño, pero nunca pudieron darme la interpretación; [8] hasta que vino ante mí Daniel, cuyo nombre es Baltasar, del nombre de mi dios, y en el cual reside el espíritu de los dioses santos. Expliquéle mi sueño, diciéndole: [9] Baltasar, tú, jefe de los magos, que tienes en ti, yo lo sé, el espíritu de los dioses santos, y a quien ningún misterio se oculta, dame la explicación de las visiones que en sueño he tenido.

[10] He aquí las visiones de mi espíritu (1) mientras estaba en mi lecho. Miraba yo, y vi en medio de la tierra un árbol alto sobremanera. [11] El árbol había crecido y se había hecho muy fuerte, y su cima tocaba en los cielos, y se le veía desde los confines de toda la tierra. [12] Era de hermosa copa y de abundantes frutos, y había en él mantenimiento para todos. Las bestias del campo se resguardaban a su sombra, y en sus ramas anidaban las aves del cielo, y todos los vivientes se alimentaban de él.

[13] En las visiones de mi espíritu en mi lecho vi que bajaba del cielo uno de esos que velan y son santos; [14] y gritando fuertemente, dijo: Abatid el árbol y cortad sus ramas, sacudid su follaje y diseminad los frutos, que huyan de debajo de él las bestias, y las aves del cielo de sus ramas; [15] pero dejad en la tierra el tronco con sus raíces, y atadle con cadenas de hierro y de bronce, y quédese así entre las hierbas del campo, que le empape el rocío, y tenga por parte suya, como las bestias, la hierba de la tierra. [16] Quítesele su corazón de hombre, y désele un corazón de bestia, y pasen sobre él siete tiempos. [17] Esta sentencia es decreto de los que velan, es resolución de los santos, para que sepan los vivientes que el Altísimo es dueño del reino de los hombres y lo da a quien le place, y puede poner sobre él al más bajo de los hombres. [18] Este es el sueño que tuve yo, el

(1) La perseverancia acaba en gloria de la nación y de la religión judía, dando el rey un decreto que impone a todos sus pueblos el respeto a la religión de Israel.

(1) Véase lo dicho en 2, 1, sobre los sueños. Este anuncia la locura del rey, que, en su demencia, se tendría por bestia. Digno castigo de su orgullo por haber creído igualarse con Dios.

rey Nabucodonosor. Tú, Baltasar, da la interpretación, ya que ninguno de los sabios de mi reino ha podido dármela; tú puedes darla, porque tienes en ti el espíritu de los dioses santos.
19 Entonces Daniel, llamado Baltasar, se quedó por algún tiempo estupefacto y turbado por sus pensamientos. Díjole el rey: Baltasar, que no te turbe el sueño y su interpretación; y Baltasar respondió: Mi señor, que el sueño sea para tus enemigos y la interpretación para tus adversarios. 20 El árbol que viste que se había hecho grande y fuerte, que con su cima tocaba a los cielos, y que se veía desde toda la tierra, 21 de hermosa copa y de tan abundante fruto que había en él alimento para todos, y bajo el cual se resguardaban las bestias del campo y en cuyas ramas anidaban las aves del cielo, 22 eres tú, ¡oh rey!, que has venido a ser grande y fuerte, y cuya grandeza se ha acrecentado y ha llegado hasta los cielos y cuya dominación se extiende hasta los confines de la tierra. 23 Vió el rey bajar de los cielos a uno de esos que velan y son santos, y decir: Abatid el árbol, y destruidle, pero dejad en la tierra el tronco con las raíces, y atadle con cadenas de hierro y de bronce entre la hierba del campo, que le empape el rocío del cielo y tenga su parte con las bestias del campo, hasta que sobre él pasen siete tiempos.
24 He aquí, ¡oh rey!, la interpretación y el decreto del Altísimo, que se cumplirá en mi señor, el rey. 25 Te arrojarán de en medio de los hombres, y morarás entre las bestias del campo, y te darán a comer hierba como a los bueyes; te empapará el rocío del cielo, y pasarán sobre ti siete tiempos, hasta que sepas que el Altísimo es el dueño del reino de los hombres y se lo da a quien le place. 26 Lo de dejar el tronco donde se hallan las raíces del árbol, significa que tu reino te quedará cuando reconozcas que el que domina está en los cielos. 27 Por tanto, ¡oh rey!, sírvete aceptar mi consejo; redime tus pecados con justicia y tus iniquidades con misericordias a los pobres, y quizá se prolongará tu dicha.

Locura de Nabucodonosor.

28 Todo esto tuvo cumplimiento en Nabucodonosor, rey. 29 Al cabo de doce meses, mientras se paseaba en su palacio de Babilonia, 30 se puso a hablar, y dijo: ¿No es ésta Babilonia, la grande, que yo por el poder de mi fuerza y la gloria de mi magnificencia he edificado para residencia real? 31 Todavía estaba la palabra en su boca, cuando bajó del cielo una voz: 32 Sabe, ¡oh rey Nabucodonosor!, que te va a ser quitado el reino. Te arrojarán de en medio de los hombres, morarás con las bestias del campo, y te darán a comer hierba como a los bueyes, y pasarán sobre ti siete tiempos, hasta que sepas que el Altísimo es el dueño del reino de los hombres y se lo da a quien le place. 33 Al momento se cumplió en Nabucodonosor la palabra; fué arrojado de en medio de los hombres, y comió hierba como los bueyes, y su cuerpo se empapó del rocío del cielo, hasta que llegaron a crecerle los cabellos como plumas de águila y las uñas como las de las aves de rapiña.

Curación.

34 Al cabo del tiempo señalado, yo, Nabucodonosor, alcé mis ojos al cielo y recobré la razón. Yo bendigo al Altísimo, alabo y glorifico al que domina con eterno dominio, y cuyo reino perdura de generaciones en generaciones. 35 A sus ojos todos los habitantes de la tierra son nada, y con el ejército de los cielos y con los habitantes de la tierra hace según su voluntad, sin que nadie pueda resistirse a su mano y decirle: ¿Qué es lo que haces? 36 Recobré entonces la razón y me fueron devueltas la gloria de mi reino, mi magnificencia y mi grandeza, y me llamaron mis consejeros y mis grandes, y fuí restablecido en mi reino, y todavía se acrecentó más mi poderío; 37 y ahora yo, Nabucodonosor, alabo, ensalzo y glorifico al rey del cielo, cuyas obras todas son verdad, cuyos caminos todos justos, y que puede humillar a los que andan en soberbia.

El festín de Baltasar.

5 1 El rey Baltasar (1) dió un gran banquete a mil de sus príncipes, y con ellos estaba bebiendo su vino.

(1) El contenido de este capítulo muestra la santidad del templo y el respeto en que debían ser tenidos los vasos sagrados. Como profanador de ellos, el príncipe caldeo recibe su merecido castigo

[2] Excitado por el vino, mandó Baltasar que le llevasen los vasos de oro y plata que Nabucodonosor, su padre, había cogido del templo de Jerusalén, para que se sirviesen de ellos para beber el rey y sus príncipes, sus mujeres y sus concubinas. [3] Se trajeron, pues, los vasos de oro que habían sido arrebatados al templo de la casa de Dios, de Jerusalén, y con ellos bebieron el rey y sus príncipes, sus mujeres y sus concubinas. [4] Bebían el vino y alababan a sus dioses de oro y plata, de hierro y de bronce, de leño y de piedra.

La escritura misteriosa en la pared.

[5] En aquellos momentos aparecieron los dedos de una mano de hombre, que escribían delante del candelero, en el revoco de la pared del palacio real, viendo el rey el extremo de la mano que escribía. [6] Mudó entonces el rey el color y sus pensamientos le turbaron; se relajaron los músculos de sus lomos, y sus rodillas daban una contra otra. [7] Gritó el rey en voz muy fuerte que llamasen a los magos, caldeos y adivinos, y hablándoles, dijo: El que descifre esa escritura y me la interprete, será vestido de púrpura, llevará collar de oro al cuello y será el tercero en el gobierno del reino. [8] Entraron todos los sabios del rey, pero ninguno pudo descifrar la escritura ni dar al rey su interpretación. [9] Turbóse sobremanera el rey Baltasar, mudó de color y se consternaron sus príncipes.

[10] La reina, llevada del clamoreo del rey y de los príncipes, entró en la sala del banquete, y tomando la palabra, dijo: Vive por siempre, ¡oh rey!, que no te turben tus pensamientos ni se demude tu rostro; [11] que hay en tu reino un hombre que tiene en sí el espíritu de los santos dioses, y ya en los tiempos de tu padre, el rey, fué hallada en él una sabiduría semejante a la sabiduría de los dioses, a quien el rey Nabucodonosor, tu padre, el rey, hizo jefe de magos, astrólogos, caldeos y adivinos, [12] porque se halló en él, en Daniel, llamado Baltasar por el rey, un espíritu superior de ciencia e inteligencia, la facultad de interpretar los sueños, de explicar os enigmas, de resolver las dudas. Llama, pues, a Daniel, y él te dará la interpretación.

Daniel interpreta la escritura.

[13] Fué, pues, introducido Daniel a la presencia del rey; y tomando el rey la palabra, dijo a Daniel: ¿Eres tú Daniel, de los hijos de Judá, que el rey, mi padre, trajo de Jerusalén? [14] Me han dicho de ti que tienes en ti el espíritu de los dioses, y que hay en ti luz y entendimiento y gran sabiduría. [15] Ahora acaban de traerme sabios y astrólogos para leer esta escritura y darme su interpretación, pero ninguno ha podido explicarme la cosa. [16] He oído de ti que puedes resolver las dudas y aclarar las oscuridades. Si me lees esa escritura y me das su interpretación, serás vestido de púrpura, llevarás al cuello collar de oro y serás el tercero en el reino.

[17] Respondió entonces Daniel, diciendo al rey: Sean para ti tus dones, ¡oh rey!, y haz a otro tus mercedes. Yo leeré al rey lo escrito y le daré la interpretación. [18] El Dios Altísimo, ¡oh rey!, dió a Nabucodonosor, tu padre, el reino, la grandeza, la gloria y la magnificencia. [19] Por la grandeza que le dió, temblaban ante él y le temían todos los pueblos, naciones y lenguas: Mataba a quien quería y a quien quería daba la vida; engrandecía a quien quería y a quien quería le humillaba. [20] Mas cuando su corazón se ensoberbeció y su espíritu se endureció altivo, fué depuesto del trono de su reino y despojado de su gloria. [21] Fué arrojado de entre los hijos de los hombres, se hizo semejante a las bestias y moró con los asnos salvajes. Diéronle a comer hierba, como a los bueyes, y se empapó su cuerpo del rocío del cielo, hasta que conoció que el Altísimo es el dueño del reino de los hombres y pone sobre él a quien le place.

[22] Y tú, Baltasar, hijo suyo, sabiendo esto, no has humillado tu corazón. [23] Té has alzado contra el Señor de los cielos, han traído ante ti los vasos de su casa y os habéis servido de ellos para beber el vino tú y tus grandes, tus mujeres y tus concubinas; has alabado a dioses de plata y de oro, de bronce y de hierro, de leño y de piedra, que ni ven, ni entienden, y no has dado gloria al

Dios que tiene en sus manos tu vida y es el dueño de todos tus caminos. 24 Por eso ha mandado él esa mano que ha trazado esa escritura. 25 La escritura es: *Mene, mene, tequel, ufarsin* (1) 26 y ésta es su interpretación: *Mene*, ha contado Dios tu reino y le ha puesto fin; 27 *tequel*, has sido pesado en la balanza y hallado falto de peso; 28 *ufarsin*, ha sido roto tu reino y dado a los medos y persas.

29 Mandó entonces Baltasar vestirle de púrpura, poner a su cuello el collar de oro, y pregonar de él que era el tercero en el reino.

La realización.

30 Aquella misma noche fué muerto Baltasar, rey de los caldeos, 31 y Darío, rey de Media, sea poderó del reino a los sesenta y dos años.

Insidias de los cortesanos de Darío contra Daniel.

6 1 Resolvió Darío constituir en su reino ciento veinte sátrapas que gobernasen el reino, 2 y sobre ellos tres presidentes de los cuales uno fué Daniel, a quien diesen cuenta los sátrapas, para que no fuese perjudicado el rey. 3 Era Daniel superior a sátrapas y presidentes, porque había en él más espíritu, y el rey pensó en ponerle sobre todo el reino. 4 Entonces presidentes y sátrapas buscaron ocasión de acusar a Daniel en lo tocante a la administración del reino, mas no hallaron ninguna cosa por que denunciarle, pues era fiel y no se veía en él falta ni negligencia.

5 Dijeron entonces aquellos hombres: No hallaremos en Daniel cosa de que acusarle, si no es por la ley de su Dios (2). 6 Vinieron, pues, presidentes y sátrapas a la presencia del rey, y le dijeron así: Vive por siempre, rey Darío, 7 todos los príncipes de tu reino, presidentes, sátrapas, magistrados y jueces, han acordado en consejo que se promulgue y confirme un real edicto, mandando que cualquiera que en el espacio de treinta días hiciere petición alguna a dios u hombre, fuera de ti, ¡oh rey!, sea arrojado al foso de los leones. 8 Confirma, pues, ¡oh rey!, el edicto, y fírmalo para que no pueda ser revocado conforme a la irrevocable ley de Media y de Persia. 9 Firmó, pues, el rey Darío el edicto y la prohibición.

Daniel no cumple el edicto del rey.

10 Cuando supo Daniel que había sido firmado el edicto, entróse en su casa, y abiertas las ventanas de su cámara que daban hacia la ciudad de Jerusalén, hincábase de rodillas tres veces al día y oraba, confesando a su Dios, como solía hacerlo antes. 11 Entonces apresuráronse a venir aquellos hombres, y hallaron a Daniel orando y rogando a su Dios. 12 Llegáronse luego al rey y le hablaron acerca del real edicto: ¿No has firmado tú un edicto mandando que cualquiera que en el espacio de treinta días hiciese petición a dios u hombre, sino a ti, ¡oh rey!, sea arrojado al foso de los leones? Respondió el rey, diciendo: Así es, según la ley de Media y Persia, que no puede revocarse. 13 Entonces respondieron ellos diciendo al rey: Pues Daniel, de los hijos de la cautividad de los judíos, no teniendo cuenta de ti, ¡oh rey!, ni del edicto firmado, tres veces al día hace su oración. 14 Al rey, cuando esto oyó, pesóle sobremanera, y se propuso salvar a Daniel, y hasta la puesta del sol estuvo haciendo esfuerzos por librarle.

15 Pero aquellos hombres se reunieron ante el rey y le dijeron: Has de saber, ¡oh rey!, que es ley de Media y de Persia que edicto u ordenanza que el rey firma es irrevocable.

Daniel arrojado al foso de los leones.

16 Mandó entonces el rey que trajeran a Daniel y le arrojaran al foso de los leones. Y hablando el rey a Daniel, le dijo: Quiera salvarte tu Dios a quien perseverante sirves. 17 Trajeron una piedra que pusieron sobre la

(1) La traducción de estas palabras es: Contado: Una mina, un cielo y dos medias minas. La interpretación la da el texto a continuación.

(2) En este capítulo tenemos un episodio de la vida de Daniel semejante al del capítulo 3, y que termina, como aquél, con la glorificación del Dios de Israel.

boca del foso, y la selló el rey con su anillo y con los anillos de sus grandes, para que en nada pudiera mudarse la situación de Daniel.

18 Fuése luego el rey a su palacio, y se acostó en ayunas, no se tocaron ante él instrumentos de música, y huyó de sus ojos el sueño. 19 Levantóse, pues, muy de mañana, y se fué apresuradamente al foso de los leones; 20 y acercándose al foso de los leones, llamó con tristes voces a Daniel, y hablando el rey a Daniel, decía: Daniel, siervo del Dios vivo, el Dios tuyo a quien perseverante sirves, ¿ha podido librarte de los leones? 21 Entonces dijo Daniel al rey: Vive por siempre, ¡oh rey! 22 Mi Dios ha enviado su ángel, que ha cerrado la boca de los leones para que no me hiciesen mal, porque delante de él ha sido hallada en mí justicia, y aun delante de ti, ¡oh rey!, nada he hecho de malo.

23 Púsose entonces muy contento el rey, y mandó que sacasen del foso a Daniel. Daniel fué sacado del foso y no hallaron en él herida alguna, porque había tenido confianza en su Dios. 24 Mandó el rey que los hombres que habían acusado a Daniel fueran traídos y arrojados al foso de los leones, ellos, sus hijos y sus mujeres, y antes que llegasen al fondo del foso, los leones los cogieron y quebrantaron todos sus huesos.

Darío da gloria a Dios.

25 Entonces el rey Darío escribió a todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra: Paz mucha. 26 Mando que en toda la extensión de mi reino teman todos y tiemblen ante la presencia del Dios de Daniel, porque él es el Dios vivo, y eternamente subsiste su reino, que no será jamás destruído, y su dominación, que perdurará hasta el fin. 27 El libra y salva, y obra señales y portentos en los cielos y en la tierra. El ha librado a Daniel del poder de los leones. 28 Daniel prosperó durante el reinado de Darío y durante el reinado de Ciro, persa.

Visión de las cuatro bestias.

7 1 El año primero de Baltasar, rey de Persia, tuvo Daniel un sueño y vió visiones de su espíritu mientras estaba en su lecho. En seguida escribió el sueño contando lo principal de él.

2 Comenzó Daniel diciendo: Yo miraba durante mi visión nocturna, y vi irrumpir en el mar grande los cuatro vientos del cielo, y salir del mar cuatro grandes bestias, diferentes una de otra (1). 4 La primera bestia era como león con alas de águila. Yo estuve mirando hasta que le fueron arrancadas las alas y fué levantado de la tierra, poniéndose sobre dos pies a modo de hombre, y le fué dado corazón de hombre. 5 Y he aquí que una segunda bestia semejante a un oso, y que tenía en su boca entre los dientes tres costillas, se estaba a un lado y le dijeron: levántate a comer mucha carne. 6 Seguí mirando después de esto; y he aquí otra tercera semejante a un leopardo, con cuatro alas en sus espaldas y cuatro cabezas, y le fué dado el dominio. 7 Seguía yo mirando en la visión nocturna, y vi la cuarta bestia, terrible, espantosa, sobremanera fuerte, con grandes dientes de hierro y garras de bronce. Devoraba y trituraba, y las sobras las machacaba con los pies. Era muy diferente de todas las bestias anteriores, y tenía diez cuernos.

8 Estando yo contemplando los cuernos, vi que salía de entre ellos otro cuerno pequeño, y le fueron arrancados tres de los primeros, y este otro tenía ojos como de hombre y una boca que hablaba con gran arrogancia.

El anciano de días y el juicio.

9 Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y vi a un anciano de muchos días, cuyas vestiduras eran blancas como la nieve y los cabellos de su cabeza como lana blanca. Su trono llameaba como llamas de fuego y las ruedas eran fuego ardiente. 10 Un río de fuego procedía y salía de delante de él, y le servían millares de millares, y le asistían millones de millones. Sentóse el tribunal, y fueron abiertos los libros.

(1) Estas cuatro fieras tienen la misma significación que las diversas partes de la estatua vista por Nabucodonosor, y no hay duda de que la cuarta sea el reino de Siria, y este cuerno que dice grandes blasfemias, Antíoco IV, el gran perseguidor de los judíos.

11 Yo seguía mirando a la bestia
a causa de las grandes arrogancias
que hablaba su cuerno, y la estuve
mirando hasta que la mataron, y su
cuerpo fué destrozado y arrojado al
fuego para que se quemase. 12 A las
otras bestias se les había quitado
el dominio, pero les había sido pro-
longada la vida por cierto tiempo.

El hijo del hombre.

13 Seguía yo mirando en la visión
nocturna; y vi venir en las nubes del
cielo a un como hijo de hombre,
que se llegó al anciano de muchos
días y fué presentado a éste (1).
14 Fuéle dado el señorío, la gloria y el
imperio, y todos los pueblos, naciones
y lenguas le sirvieron, y su dominio
es dominio eterno que no acabará
nunca, y su imperio, imperio que
nunca desaparecerá.
15 Turbéme sobremanera, yo, Da-
niel, en mi cuerpo, y las visiones de
mi mente me asombraron. 16 Llegué-
me a uno de los asistentes y le rogué
que me dijera la verdad acerca de
todo esto. Hablóme él y me declaró
la interpretación: 17 Esas grandes
bestias, cuatro, son cuatro reyes que
se alzarán en la tierra. 18 Después
recibirán el reino los santos del Altí-
simo y lo retendrán por siglos, por los
siglos de los siglos. 19 Sentí entonces
el deseo de informarme más exac-
tamente acerca de la bestia cuarta,
tan diferente de todas las otras,
sobremanera espantosa, de los dientes
de hierro y las garras de bronce,
que devoraba y trituraba y hollaba
las sobras con sus pies, 20 así como
también acerca de los diez cuernos
que tenía en la cabeza, y de aquel
otro que le había salido y ante el
cual se le habían caído tres, y que
tenía ojos y boca que decía grandes
arrogancias, y parecía más grande
que todos los otros. 21 Vi yo que este
cuerno hacía guerra a los santos y
los vencía, 22 hasta que vino el an-
ciano de muchos días y se hizo justi-
cia a los santos del Altísimo y llegó
el tiempo en que los santos se apode-
raron duraderamente del reino.

(1) Este personaje, semejante a un hijo de hombre, es el rey Mesías, a quien será conferido todo poder. Jesucristo hace alusión a este pasaje ante el Sumo Sacerdote (Mt., 26, 64). Que este reino sige el sirio, no prueba que le haya de suceder inmediatamente. Es la misma ley que observamos en todos los profetas.

El cuarto reino.

23 Díjome así: La cuarta bestia es
un cuarto reino sobre la tierra, que
se distinguirá de todos los otros reinos
y devorará la tierra toda y la hollará
y la triturará. 24 Los diez cuernos
son diez reyes que en aquel reino se
alzarán, y tras ellos se alzará otro
que diferirá de los primeros, y derri-
bará a tres de estos reyes. 25 Hablará
palabras arrogantes contra el Altísimo,
y quebrantará a los santos del Altí-
simo, y pretenderá mudar los tiempos
y la ley. Aquéllos serán entregados
a su poder por un tiempo, tiempos,
y medio tiempo. 26 Pero se sentará
el tribunal y le arrebatarán el domi-
nio, hasta destruirle y arruinarle del
todo, 27 dándole el reino, el dominio
y la majestad de todos los reinos
de debajo del cielo, al pueblo de los
santos del Altísimo, cuyo reino será
eterno y le servirán y obedecerán
todos los señoríos.
28 Aquí acabó la plática. Yo Daniel,
anduve sobremanera turbado por mis
pensamientos, demudado el color, y
guardé todo esto en mi corazón.

La visión del carnero y el macho cabrío.

8 1 El año tercero del reinado de
Baltasar, yo, Daniel, tuve una
visión a más de la que había tenido
anteriormente, 2 y estando en la
visión, parecióme hallarme en Susa,
la capital en la provincia de Elam,
y estar durante la visión cerca del
río Ulai (1). 3 Alcé los ojos, y miré,
y vi un carnero que estaba delante
del río. Tenía dos cuernos, y aunque
ambos eran altos, el uno era más alto
que el otro, habiendo crecido más
después del otro. 4 Vi al carnero
acornear a poniente, a norte y media-
día, sin que bestia alguna pudiera
resistirle, y sin que nadie pudiera
librarse de él. Hacía cuanto quería y
se engrandeció. 5 Pero en esto vino
un macho cabrío sin tocar la tierra
con sus pies y con un gran cuerno
entre los ojos. 6 Llegó al carnero de
os dos cuernos que había visto de-

(1) Los versos 2-8 nos presentan las luchas del imperio persa con el macedónico y la división de éste a la muerte de Alejandro Magno. Los versos 9-25 narran la aparición de Antíoco IV, que lucha contra el Oriente, el Occidente y contra Dios, persiguiendo a su religión y a su pueblo

lante del río, y corrió contra él con la furia de su fortaleza. 7 Vi que le acometía, rompiéndole ambos cuernos, sin que el carnero tuviera fuerza para resistirle, y echándole por tierra le pisoteó, sin que nadie pudiera librar al carnero.

8 El macho cabrío llegó a ser muy potente, pero cuando lo fué, se le rompió el gran cuerno, y en su lugar le salieron cuatro cuernos, uno a cada uno de los vientos del cielo. 9 Del uno de ellos salió un cuerno pequeño, que creció mucho hacia el mediodía y el oriente y hacia la tierra gloriosa; 10 engrandecióse hasta llegar al ejército de los cielos, y echó a tierra estrellas y las holló. 11 Aun contra el príncipe del ejército se irguió y le quitó el sacrificio perpetuo, y destruyó su santuario. 12 Convocó impíamente ejércitos contra el sacrificio perpetuo, echó por tierra la verdad, hizo con buen éxito lo que quiso. 13 Entonces oí hablar a uno de los santos, respondiendo a otro santo que le preguntaba: ¿Hasta cuándo va a durar esta visión del sacrificio perpetuo y de la asoladora prevaricación del llamar tropas, y del santuario y del ejército de los cielos quebrantados? 14 Entonces dijo: Hasta dos mil trescientos, tarde y mañana. Luego será restablecido el gran santuario.

15 Mientras yo, Daniel, contemplaba la visión y buscaba su explicación, púsose ante mí un como hombre; 16 y oí una voz de hombre que de en medio del Ulai gritaba y decía: Gabriel, explícale a éste la visión. 17 Vino éste luego cerca de donde estaba yo, y al acercarse me sobrecogí y caí sobre mi rostro. El me dijo: Atiende, hijo de hombre, que la visión es del fin de los tiempos. 18 Al hablarme caí entontecido sobre el rostro; pero él me tocó y me hizo estar en pie, 19 y me dijo: Voy a enseñarte lo que sucederá al fin del tiempo de la ira, pues tendrá fin ese tiempo.

La explicación.

20 El carnero de dos cuernos que has visto son los reyes de Media y de Persia: 21 el macho cabrío es el rey de Javán, y el gran cuerno de entre sus ojos es el rey primero; 22 el romperse y salir en su lugar otros cuernos, cuatro reyes que se alzarán en la nación, mas no de tanta fuerza como aquél. 23 Al final de su dominación, cuando se completen las prevaricaciones, levantaráse un rey impudente e intrigante; 24 su poder crecerá, no por su propia fuerza, y producirá grandes ruinas y tendrá éxitos, y destruirá a poderosos y al pueblo de los santos. 25 Por sus prosperidades y por el éxito de sus intrigas se llenará de arrogancia su corazón, y hará perecer a muchos que vivían apaciblemente y se levantará contra el Príncipe de los príncipes, pero será destruído sin que intervenga mano alguna. 26 La visión de tardes y mañanas es verdadera, guárdala en tu corazón porque es para mucho tiempo.

27 Yo, Daniel, quedé quebrantado, y estuve enfermo algunos días, y cuando convalecí, me ocupé en los asuntos del rey. Estaba asombrado de la visión, pero nadie la supo.

Profecía de las setenta semanas.

9 1 El año primero de Darío, hijo de Asuero, de la nación de los medas, que vino a ser rey del reino de los caldeos, 2 el año primero de su reinado, yo, Daniel, estaba estudiando en los libros el número de los setenta años que habían de cumplirse sobre las ruinas de Jerusalén, conforme al número de años de que dijo Yave a Jeremías, profeta (1). 3 Vol-

(1) Este vaticinio es el más conocido de Daniel. Su punto de partida es el vaticinio de los setenta años de Jeremías. Pero estos setenta años se convierten aquí en setenta semanas de años o sea en setenta años sabáticos (Lev., 25), y su término es la justicia sempiterna, el cumplimiento de las profecías y la unción del santísimo. Esas setenta semanas se dividen en cuatro grupos: el primero de siete semanas, que comprende los que van desde la cautividad hasta la liberación (587-539). El cristo que señala el término de este período debe de ser Ciro (Is., 45, 1). El segundo período, de sesenta y dos semanas, llena el largo espacio que va desde la vuelta del cautiverio con las luchas por la reedificación del templo y de la ciudad, contadas en Esdras y Nehemías, hasta la muerte de un ungido, el cual no es otro que el Pontífice Onías, cuya muerte, acaecida en 171, es narrada en el II Mac., 4, 30-42). Queda una semana, que será de persecución, la cual el intérprete divide en dos mitades con la supresión del sacrificio perpetuo realizada por Antíoco IV en 168, y que duró tres años. La salud mesiánica vendrá después; pero tampoco inmediatamente después, como acaece en los

vi mi rostro al Señor, Dios, buscándole en oración y plegaria, en ayuno, saco y ceniza; 4 y oré a Yave, mi Dios, y le hice esta confesión:

Oración y confesión de Daniel.

Señor, Dios grande y temible, que guardas la alianza y la misericordia con los que te aman y cumplen tus mandamientos: 5 Hemos pecado, hemos obrado la iniquidad, hemos sido perversos y rebeldes, nos hemos apartado de tus mandamientos y tus juicios; 6 no hemos hecho caso a tus siervos, los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes, a nuestros príncipes, a nuestros padres y a todo el pueblo de la tierra. 7 Tuya es, Señor, la justicia, y nuestra la vergüenza en el rostro, que llevan hoy todos los hombres de Judá, los moradores de Jerusalén, todos los de Israel, los de cerca y los de lejos, en todas las tierras a que los arrojaste por las rebeliones con que contra ti se rebelaron. 8 Oh Yave, nuestra es la vergüenza en el rostro de nuestros reyes, de nuestros príncipes, de nuestros padres, porque contra ti pecamos. 9 Pero es de Yave, nuestro Dios, el tener misericordia y el perdonar, aunque nos hayamos rebelado contra él. 10 No obedecimos la voz de Yave, nuestro Dios, andando en sus leyes, que por mano de sus profetas puso delante de nosotros; 11 y todo Israel traspasó tu ley, alejándose para no oír tu voz. Por eso vino sobre nosotros la maldición y el juramento escrito en la ley de Moisés, siervo de Dios; por haber pecado contra El. 12 El ha cumplido su palabra, la que dijo de nosotros y de los jefes que nos gobiernan, trayendo sobre nosotros males tan grandes como no los hubo nunca debajo del cielo, cual fué el hecho en Jerusalén. 13 Vino todo este mal sobre nosotros como está escrito en la ley de Moisés, y no hemos implorado a Yave, nuestro Dios, convirtiéndonos de nuestras iniquidades, y haciendo verdad. 14 Por eso veló Yave sobre este mal, y lo trajo sobre nosotros, porque justo es Yave, nuestro Dios, en todas cuantas obras hace; pues no obedecimos su voz.

15 Ahora, pues, Señor, Dios nuestro, que sacaste a tu pueblo de la tierra de Egipto con mano poderosa, y te hiciste nombre cual lo tienes hoy: hemos pecado, hemos obrado impíamente; 16 pero, Señor, según tu gran misericordia, aparta tu ira y tu furor de tu ciudad de Jerusalén, de tu monte santo, pues por nuestros pecados y las iniquidades de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo son el oprobio de cuantos nos rodean. 17 Oye, pues, Dios nuestro, la oración de tu siervo, oye sus plegarias, y por amor de ti, Señor, haz brillar tu faz sobre tu santuario devastado. 18 Oye, Dios mío, y escucha. Abre los ojos y mira nuestras ruinas, mira la ciudad sobre la que se invoca tu nombre, pues no por nuestras justicias te presentamos nuestras súplicas, sino por tus grandes misericordias. 19 ¡Escucha, Señor! ¡Señor, perdona! ¡Atiende, Señor, y obra, no tardes, por amor de ti, Dios mío, ya que es invocado tu nombre sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!

La respuesta de Dios por medio del ángel Gabriel.

20 Todavía estaba yo hablando, rogando, confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo, Israel, y presentando mis súplicas a Yave por el monte santo de mi Dios; 21 todavía estaba hablando en mi oración, y aquel varón, Gabriel, a quien antes vi en la visión, volando rápidamente se llegó a mí como a la hora del sacrificio de la tarde. 22 Me enseñó, hablando conmigo, y me dijo: Daniel, vengo ahora para hacerte entender. 23 Cuando comenzaste tu plegaria fué dada la orden, y vengo para dártela a conocer, porque eres el predilecto. Oye, pues, el decreto y entiende la visión:

24 Setenta semanas están prefinidas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa, para acabar las transgresiones y dar fin al pecado, para expiar la iniquidad y traer la justicia eterna, para sellar la visión y la profecía y ungir al santísimo. 25 Sabe, pues, y entiende que desde la salida del edicto de restauración y edificación de Jerusalén, hasta un ungido príncipe, habrá siete semanas y sesenta y dos semanas, y en tiem-

demás profetas. El número de los años de cada grupo no se ajusta matemáticamente a los años de la historia; pero téngase en cuenta que Daniel es un profeta, no un historiador, y aun en estos últimos cabrían tales aproximaciones.

pos de angustia se reedificarán plazas y muros. [26] Al cabo de las sesenta y dos semanas, será muerto un ungido, aunque nada haya contra él. El pueblo de un jefe que vendrá, destruirá la ciudad y el santuario, pero su fin llegará como una inundación, las devastaciones durarán hasta el fin de la guerra; [27] hará pacto con muchos en una semana, y a la mitad de ella hará cesar el sacrificio y la oblación y poner en el pináculo una abominación devastadora, hasta que la consumación decretada venga sobre el devastador.

Luchas del pueblo de Dios y su liberación.

10 [1] El año tercero de Ciro, rey de Persia, fué hecha a Daniel, llamado Baltasar, una revelación. Esta revelación es verdadera y anuncia una gran calamidad. Puso atención a la revelación, y tuvo la inteligencia de la visión (1). [2] Por aquellos días yo, Daniel, estuve en duelo tres semanas. [3] No comí manjar delicado ni entró carne ni vino en mi boca ni me ungí, hasta que no pasaron las tres semanas. [4] El día veinticuatro del primer mes hallábame a las orillas del gran río, el Jiddequel. [5] Alcé los ojos y miré, viendo a un varón vestido de lino y con un cinturón de oro de Ufaz. [6] Su cuerpo era como de crisólito, su rostro resplandecía como el relámpago, sus ojos eran como brasas de fuego, sus brazos y sus pies parecían de bronce bruñido, y el sonido de su voz era como el rumor de las muchedumbres. [7] Yo, Daniel, sólo yo vi la visión; los que conmigo estaban no vieron nada, pero se sobrecogieron de gran terror y huyeron a esconderse.

[8] Quedéme yo solo, y vi esta gran visión. No quedaron en mí fuerzas, se demudó el color de mi rostro, quedé desencajado y perdí todo mi vigor. [9] Oí el sonido de sus palabras, y en oyendo el sonido de sus palabras, caí aturdido, rostro a tierra. [10] Pero me tocó una mano, sacudiendo mis rodillas y mis manos, [11] y me dijo: Daniel, varón predilecto, está atento a las palabras que voy a decirte y ponte en pie en el lugar en que estás, pues he sido enviado a ti. Una vez que me habló, púseme en pie temblando. [12] Díjome: Nada temas, Daniel, pues desde el primer día en que diste tu corazón a entender y a humillarte en la presencia de tu Dios, fueron oídas tus palabras, y por ellas he venido yo a ti; [13] pero el príncipe del reino de Persia se me opuso veintiún días, mas Miguel, uno de los príncipes supremos, vino en mi ayuda, y yo me quedé allí junto a los reyes de Persia (1). [14] Vengo ahora para darte a conocer lo que sucederá a tu pueblo en los tiempos a venir, pues a estos tiempos se refiere la visión.

[15] Mientras me decía estas palabras, estaba yo con los ojos puestos en la tierra y mudo; [16] cuando he aquí que uno que parecía un hijo de hombre tocó mis labios, abrí la boca y hablé, diciendo al que delante de mí estaba: Mi Señor, la visión me ha llenado de espanto y he perdido todo vigor. [17] ¿Cómo va a poder el siervo de mi Señor hablar a mi Señor? Me faltan las fuerzas y no tengo aliento. [18] Entonces el que parecía hijo de hombre me tocó de nuevo y me confortó. [19] Luego me dijo: Nada temas, varón predilecto, sea contigo la paz. ¡Animo, valor! Y en hablándome recobré mis fuerzas, y dije: Hable mi Señor, pues tú me has fortalecido. [20] El me dijo: ¿Sabes para qué he venido yo a ti? Porque tengo que volverme luego a luchar con el príncipe de los persas, y en saliendo yo vendrá el príncipe de Javán. [21] Pero yo te daré a conocer lo que está escrito en el libro de la verdad. Nadie me ayuda contra ellos, si no es Miguel, vuestro Príncipe.

(1) Esta última visión de Daniel abarca los tres capítulos 10 a 12, de los cuales el primero habla de las luchas entre Persia y Macedonia; el segundo, de las luchas entre Siria y Egipto; prosigue con las invasiones de Antíoco contra la Judea, y acaba con un trozo netamente escatológico, en que se habla de la resurrección de los muertos y del fin de las cosas.

Las luchas entre Siria y Egipto.

11 [1] El año primero de Darío, medo, yo estuve allí para animarle y sostenerle. [2] Y ahora voy a darte a saber la verdad. Habrá toda-

(1) Los ángeles de los dos reinos, que defienden cada uno el que tienen encomendado, luchan como luchan los reinos mismos. Miguel, el ángel tutelar de Israel, interviene, por cuanto esas luchas no son extrañas a los intereses del pueblo de Dios.

vía tres reyes en Persia (1), y el cuarto acumulará más riquezas que los otros; cuando por sus riquezas sea poderoso, se levantará contra el reino de Javán. [3] Pero se alzará un rey valeroso que dominará con gran poder y hará cuanto quiera (2). [4] Y cuando esté en la altura se romperá su reino y será dividido hacia los cuatro vientos; no será de sus descendientes ni ya tan poderoso como fué, pues será dividido y pasará a otros distintos de ellos.

[5] El rey del mediodía vendrá, se hará fuerte, pero uno de sus jefes será más fuerte que él y dominará siendo potente su dominación (3). [6] Al cabo de algunos años se aliarán, y la hija del rey del mediodía vendrá al rey del norte para restablecer la concordia, pero no conservará ella la fuerza de brazo, ni permanecerá él ni su brazo; ella será entregada con los que la trajeron, con su padre y con el que entonces había sido su sostén. [7] Un retoño de sus raíces se alzará en su lugar, y vendrá con ejército y entrará en las plazas fuertes del rey del norte, dispondrá de ellas y se hará poderoso. [8] Aun a sus dioses, sus imágenes fundidas, y sus objetos preciosos de plata y oro, los cogerá y se los llevará a Egipto. Estará luego algunos años alejado del rey del norte, [9] y éste marchará contra el rey del mediodía y se volverá a su tierra.

[10] Sus hijos saldrán a campaña y reunirán una muy grande muchedumbre de tropas; uno de ellos avanzará y se derramará como un torrente, se desbordará, pero se volverá, y llevará las hostilidades hasta las fortalezas del rey del mediodía. [11] El rey del mediodía se enfurecerá, y saliendo, atacará al rey del norte; levantará una gran muchedumbre y las tropas del rey del norte serán puestas en sus manos. [12] Esta muchedumbre se ensoberbecerá y el corazón del rey se hinchará, derribará a muchos millares, pero no triunfará, [13] porque el rey del norte volverá con una muchedumbre más numerosa que la primera, y al cabo de algún tiempo, de unos años, marchará con un gran ejército y muchas riquezas. [14] Entonces se alzarán muchos contra el rey del mediodía, y hombres violentos de tu pueblo se rebelarán para cumplir la visión, y sucumbirán. [15] El rey del norte avanzará y alzará baluartes y se apoderará de ciudades fuertes. Los ejércitos del mediodía no resistirán, faltos de fuerza para resistir. [16] El que avanza contra él hará lo que quiera y nadie podrá resistirle, y se quedará en lo mejor de la tierra, exterminando cuanto caiga en su mano. [17] Querrá hacer lo que con el rey del mediodía, que le dará su hija por mujer con la intención de llevarle a la ruina, pero no sucederá esto y la cosa no le saldrá como quería. [18] Volverá sus ojos del lado de las islas, y tomará muchas, pero un jefe pondrá fin al oprobio que sobre ellas quiso echar y el oprobio recaerá sobre él. [19] Acogeráse luego a las fortalezas de su tierra, pero se tambaleará y caerá y no se le hallará más.

La persecución contra el pueblo de Judá.

[20] El que le sucederá mandará a lo mejor de la tierra un exactor, pero en pocos días será quebrantado y no por ira ni por guerra. [21] Un hombre despreciable ocupará su puesto, sin estar revestido de la dignidad real. Aparecerá rodeado de paz y se apoderará del reino por la intriga. [22] Las tropas, que se derramarán como un torrente quedarán sumergidas ante él y aniquiladas, así como también un jefe de la alianza. [23] Después de haberse concertado con él, usará de engaños, se pondrá en marcha y con poca gente vencerá. [24] Entrará en el suelo de la paz, en los lugares más fértiles de la provincia, y hará lo que no hicieron sus padres ni los padres de sus padres. Repartirá el botín, los despojos y las riquezas, y traerá designios contra las fortalezas, todo esto durante algún tiempo. [25] Al frente de un gran ejército empleará su fuerza y su ardor contra el rey del mediodía. El rey del mediodía se empeñará en la guerra con un

(1) Estos tres reyes son Ciro, Cambises y Darío I; el cuarto es Jerjes, que invadió la Grecia. Se omiten otros seis reyes, hasta Darío II, el vencido por Alejandro.

(2) Este rey fuerte es Alejandro Magno, cuyo imperio, después de su muerte y al cabo de grandes luchas, acabó por dividirse en cuatro reinos: Egipto, Siria, Asia Menor y Macedonia.

(3) Este trozo, hasta el verso 40, nos presenta las relaciones entre Egipto (el rey del Austro) y Siria (el rey del Norte). Los primeros son Tolomeo Lagos (323-285) y Seleuco Nicator (323-280), fundadores de estos reinos.

ejército poderoso y muy numeroso, pero no le resistirá, porque se le hará traición. 26 Los que comen su pan le quebrantarán y su ejército será destruído, cayendo muchos muertos.

27 Los dos reyes meditarán en su corazón hacerse mal, y sentados a la misma mesa se hablarán falazmente, mas no les servirá de nada, porque llegará el fin al tiempo señalado. 28 Volverá a su tierra con grandes riquezas, y será en su corazón hostil a la alianza santa, y obrará contra ella; luego se volverá a su tierra (1). 29 Al tiempo determinado marchará de nuevo contra el mediodía, pero esta última vez no sucederán las cosas como en los tiempos anteriores; 30 vendrán contra él naves de Quittim, y, descorazonado, retrocederá. Luego, furioso contra la alianza santa, no se quedará inactivo, y volverá a concertarse con los que abandonaron la alianza santa. 31 A su orden se presentarán tropas que profanarán el santuario y la fortaleza, y harán cesar el sacrificio perpetuo y alzarán la abominación desoladora (2). 32 Seducirá con sus halagos a los traidores a la alianza santa; pero el pueblo que conoce a su Dios obrará con firmeza, 33 y los sabios de entre ellos instruirán a la muchedumbre. Caerán de entre ellos por un tiempo a la espada, al fuego, al cautiverio y al pillaje, 34 y mientras sucumben tendrán poco socorro y muchos se unirán a ellos hipócritamente. 35 Sucumbirán también algunos de los prudentes para que sean depurados, purificados y blanqueados, hasta que llegue el fin, que no llegará sino al tiempo determinado.

36 El rey hará lo que quiera, se ensoberbecerá y se gloriará por encima de todos los dioses, y dirá cosas increíbles contra el Dios de los dioses. Prosperará hasta que llegue la ira a su consumación, porque lo que está decretado se cumplirá. 37 No respetará ni aun al dios de sus padres, ni a la divinidad que es la delicia de las mujeres; no respetará dios alguno, porque se glorificará a sí mismo por encima de todos. 38 Honrará, sí, en su pedestal, al dios Mauzim, dios que no conocieron sus padres; le honrará con oro y plata, con piedras preciosas y cosas de gran valor. 39 Con ese dios extraño combatirá las plazas fuertes, y colmará de honores a los que le reconozcan, y los hará dominar sobre muchos, distribuyéndoles tierras en merced.

40 Al tiempo del fin, el rey del mediodía chocará con él, y el rey del norte caerá sobre él como una tempestad, con carros y jinetes y numerosas naves; avanzará por las tierras, se derramará como un torrente y se desbordará. 41 Entrarán en la más hermosa de las tierras, y sucumbirán muchos, pero Edom, Moab y los principales de los hijos de Ammón se librarán de sus manos. 42 Extenderá su mano sobre muchas tierras, y no escapará la de Egipto; 43 se adueñará de tesoros de oro y plata y de todas las preciosidades del Egipto; libios y etíopes le seguirán. 44 Pero nuevas venidas del oriente y del norte le asustarán y partirá muy enfurecido, con ánimo de exterminar a muchos. 45 Alzará la tienda de su palacio entre los mares y el monte glorioso y santo. Mas luego llegará su fin sin que nadie pueda socorrerle (1).

(1) Este rey es Antíoco IV, que, a costa de os judíos, se desquitará de sus reveses militares de Egipto.

(2) Otra vez se vuelve contra Jerusalén, dando lugar a la sublevación de los macabeos.

Triunfo del pueblo elegido.

12 1 Entonces se alzará Miguel, el gran príncipe, el defensor de los hijos de tu pueblo, y será un tiempo de angustia, tal como no lo hubo desde que existen las naciones hasta ese día. Entonces se salvarán los que de tu pueblo estén escritos en el libro (2). 2 Las muchedumbres de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para eterna vida, otros para eterna vergüenza y confusión. 3 Los que fueron inteligentes brillarán con esplendor de cielo, y los que enseñaron la justicia a la muchedumbre resplandecerán por siempre, eternamente, como las estrellas. 4 Tú, Daniel, ten en secreto estas palabras, y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos entonces le lee-

(1) 11, 40-45. La explicación más razonable de estos oscuros versículos, 40 a 45, es que el profeta salta desde Antíoco, el gran perseguidor, al Anticristo, que nos pinta con colores tomados de la historia de Antíoco.

(2) Con esto llegamos al fin de las cosas, las postreras luchas que terminan con la resurrección final, el triunfo definitivo de todos los siervos de Dios y el castigo de los impíos.

rán y se acrecentará su conocimiento.
5 Yo, Daniel, miré y vi a dos
hombres que estaban en pie, el uno
al lado de acá del río, el otro del
lado de allá; 6 y uno de ellos dijo al
varón vestido de lino, que estaba so-
bre las aguas del río: ¿Cuándo será
el fin y sucederán esas promesas?
7 Y oí decir al varón vestido de lino
que estaba sobre las aguas del río,
y que alzando al cielo su derecha y
su izquierda, juró por el que eterna-
mente vive que eso será dentro de
un tiempo, de tiempos y de la mitad
de un tiempo, y que todo esto se
cumplirá cuando la fuerza del pue-
blo de los santos estuviera enteramente quebrantada. 8 Yo ví, pero no
entendiendo, pregunté: Mi Señor,
¿cómo será el fin de estas cosas? 9 Y
él respondió: Anda, Daniel, que esas
cosas están cerradas y selladas hasta
el tiempo del fin. 10 Muchos serán
purificados, emblanquecidos y depu-
rados; los impíos seguirán el mal y
ninguno de los malvados entenderá,
pero los que tienen entendimiento
comprenderán. 11 Después del tiem-
po de la cesación del sacrificio per-
petuo y del alzar la abominación deso-
ladora, habrá mil doscientos noventa
días. 12 Bienaventurado el que espere
y llegue a mil trescientos treinta y
cinco días. 13 Y tú caminarás a tu fin
y descansarás, y te levantarás al
fin de los días.

PARTE DEUTEROCANONICA
(Gr. 13, 14.) (1)

Historia de Susana.

13 1 Moraba en Babilonia un varón
cuyo nombre era Joaquín. 2 Ha-
bía tomado por mujer a una llamada
Susana, hija de Helcías, muy hermosa
y temerosa de Dios; 3 pues sus padres,
que eran justos, la habían educado
según la ley de Moisés. 4 Era Joa-
quín muy rico, y tenía contiguo a su
casa un jardín frutal. Concurrían a
su casa los judíos por ser él el más
ilustre de todos.

5 Aquel año habían sido designa-
dos jueces dos ancianos de esos
de quienes dijo el Señor: Salió la
iniquidad de Babilonia, de los ancia-
nos constituídos en jueces, que pare-
cían gobernar al pueblo. 6 Frecuen-
taban éstos la casa de Joaquín y a
ellos venían cuantos tenían algún plei-
to. 7 Hacia el mediodía, cuando el
pueblo se había retirado, entraba Su-
sana en el jardín de su marido para
solazarse, 8 y viéndola cada día los
dos ancianos entrar y solazarse, sin-
tieron por ella una pasión vehemente.
9 Y pervertido su juicio, no miraban
al cielo ni se acordaban de los juicios
de Dios.
10 Ambos estaban heridos de amor
por Susana, pero no se lo habían
comunicado entre sí, 11 porque sen-
tían vergüenza de confesarse uno a
otro su pasión y el deseo que tenían
de unirse a ella, y a porfía buscaban
cada día ocasión de verla. 13 Y así
se dijeron el uno al otro: Vamos a
casa, que ya es la hora de comer.
Y salieron cada uno por su lado;
14 pero dando la vuelta, vinieron a
juntarse ambos en el mismo sitio.
Preguntándose la causa, se declara-
ron su pasión, y en común espiaron
el momento que pudieran hallarla
sola.
15 Mientras esperaban ellos la opor-
tunidad, entró Susana en el jardín,
como de costumbre, acompañada
sólo de dos doncellas, para bañarse,
porque hacía mucho calor. 16 Nadie
había allí, fuera de los dos ancianos
que la observaban. 17 Y dijo a las
doncellas: Traedme el aceite y los
ungüentos y cerrad las puertas, que
quiero bañarme. 18 Hicieron ellas lo
que se las mandaba, y cerrando las
puertas del jardín se salieron por un
postigo para traer lo que se les había
mandado, pero no vieron a los ancia-
nos, que estaban escondidos.
19 En cuanto salieron las doncellas,
se levantaron éstos y se acercaron a
Susana, 20 diciéndole: Las puertas
están cerradas, nadie nos ve, y nos-
otros ardemos en pasión por ti; con-
siente, pues, y entrégate a nosotros;
21 de lo contrario, daremos testimonio
contra ti de que estabas con un jo-
ven, y que por eso despediste a las
doncellas. 22 Rompió a llorar Susana,
y dijo: Por todas partes me siento
en angustia; porque si hago lo que
me proponéis, vendrá sobre mí la
muerte, y si me niego, no escaparé

(1) Este capítulo, que nos presenta la comunidad judía gozando de amplia autonomía, hasta imponer penas capitales, nos muestra un hermoso ejemplo de castidad conyugal, que la Iglesia recuerda con frecuencia en su liturgia.

de vuestras manos. [23] Más prefiero caer inculpable en vuestras manos a pecar contra el Señor.
[24] Y levantando ella la voz, la levantaron también los dos ancianos contra ella. [25] Corrió uno de los dos a abrir las puertas del jardín. [26] Apenas oyeron los gritos los que estaban en casa, se precipitaron a entrar por el postigo en el jardín, para ver lo que pasaba; [27] Y luego los ancianos se explicaron, quedando los siervos grandemente confundidos, porque jamás semejante cosa se había dicho de Susana.
[28] Al siguiente día todo el pueblo concurrió a la casa de su marido Joaquín, y vinieron asimismo los dos ancianos, llenos de perversos pensamientos contra Susana, a quien pretendían hacer morir. Ante el pueblo todo, dijeron: [29] Enviad por Susana, hija de Helcías, y mujer de Joaquín. Y enviaron por ella. [30] Llegó Susana y con ella sus padres, hijos y todos sus parientes. [31] Era Susana muy delicada y bella. [32] Iba cubierta, y aquellos malvados mandaron que se descubriese, para saciarse con la vista de su belleza. [33] Lloraban entretanto los suyos y todos cuantos la veían.
[34] Levantáronse los dos ancianos en medio del pueblo, pusieron sus manos sobre la cabeza de Susana, [35] que llorando miraba al cielo, lleno su corazón de confianza en el Señor. [36] Los ancianos dijeron: Mientras nos paseábamos solos por el jardín, entró ésta con dos siervas, y cerrando las puertas del jardín despidió a las siervas. [37] En seguida se acercó un joven que estaba escondido en el jardín y se acostó con ella. [38] Y hallándonos nosotros en un ángulo del huerto, vimos la maldad y corrimos a ellos y los vimos que estaban pecando, [39] pero no pudimos detener al joven, por ser más fuerte que nosotros, y abriendo las puertas se escapó. [40] Pero cogimos á ésta, y preguntándola quién fuese el joven, no quiso decírnoslo. De esto damos nosotros testimonio. [41] Y la asamblea, como se trataba de ancianos del pueblo y por añadidura jueces, los creyó y la condenaron a muerte.
[42] Levantó entonces Susana la voz, y dijo: ¡Dios eterno, conocedor de todo lo oculto, que ves las cosas todas antes que sucedan! [43] Tú sabes que han declarado falsamente contra mí. Tú sabes que muero sin haber hecho nada de cuanto éstos han inventado contra mí. [44] Oyó el Señor su voz; [45] y mientras era llevada a la muerte, despertó Dios el espíritu santo de un jovencito, llamado Daniel, [46] que con voz fuerte gritó: Yo soy inocente de la sangre de ésa. [47] Y todo el pueblo se volvió a él, diciéndole: ¿Qué significan esas palabras que has proferido? [48] Y él, puesto en medio de ellos, dijo: ¿Tan insensatos sois, hijos de Israel, que sin inquirir ni poner en claro la verdad, condenáis a esa hija de Israel? [49] Volved al tribunal, porque éstos han testificado falsamente contra ella.
[50] Y todo el pueblo a gran prisa se volvió. Los ancianos le dijeron: Ven, siéntate en medio de nosotros, porque el Señor te ha dado el honor de la ancianidad. [51] Díjoles Daniel: Separadlos uno de otro, que los quiero interrogar. [52] Así que los hubieron separado uno de otro, llamó a uno de ellos y le dijo: Viejo envejecido en la maldad, ahora vienen sobre ti las maldades que tantas veces hiciste [53] juzgando injustamente, condenando a los inocentes y absolviendo a los culpables, cuando Dios dice: No matarás al inocente y al justo. [54] Vamos a ver, si viste a ésta, ¿bajo qué árbol los viste acariciarse? El contestó: Bajo un lentisco. [55] Replicó Daniel: Muy bien, has mentido contra tu propia cabeza, pues ya el ángel de Dios ha recibido de él orden de partirte por medio. [56] Y haciéndole retirar, mandó traer al otro y le dijo: Raza de Canán y no de Judá, la belleza te sedujo y la pasión pervirtió tu corazón. [57] Así hacíais a las hijas de Israel, y ellas de miedo se os rendían, pero esta hija de Judá no consintió en vuestra iniquidad. [58] Ahora, pues, ¿bajo qué árbol los habéis sorprendido acariciándose uno a otro? Contestó él: Bajo una encina. [59] Díjole Daniel: Muy bien, has mentido también tú contra tu propia cabeza, pues el ángel de Dios tiene pronta ya la espada para rajarte por el medio, para aniquilaros.
[60] Y toda la asamblea levantó la voz bendiciendo a Dios, que salva a los que en él esperan. [61] Y se alzaron contra los dos viejos a quienes Daniel había convencido por su propia declaración de haber falsamente testificado; [62] y obrando según la ley de Moisés, les hicieron como ellos mismos habían maquinado contra su prójimo.

Diéronles muerte y se salvó en aquel día la sangre inocente. 63 Helcías y su mujer alabaron a Dios por la salvación de su hija, y con ellos Joaquín, su marido, y todos sus parientes, porque no fué hallada en ella torpeza. 64 Y desde aquel día en adelante, Daniel se hizo famoso en el pueblo.

Historia de Bel y el dragón.

14 1 Reunióse Astiages con sus padres, sucediéndole en el reino Ciro, el persa (1). 2 Era Daniel uno de los comensales del rey y el más honrado de todos sus amigos. 3 Tenían los babilonios un ídolo llamado Bel, que cotidianamente consumía doce artabas de flor de harina, cuarenta ovejas y seis metretas de vino. 4 El rey le veneraba e iba cada día a adorarle; pero Daniel adoraba a su Dios. Díjole el rey: ¿Por qué no adoras a Bel? 5 A lo que Daniel respondió: Porque yo no adoro ídolos hechos por manos de hombres, sino al Dios vivo, hacedor del cielo y la tierra y soberano de toda carne. 6 El rey le replicó: ¿Crees que Bel no es un dios vivo? ¿No ves cuánto come y bebe cada día? 7 Le contestó Daniel, riendo: No se deje engañar el rey: éste, que por dentro sólo es barro y por fuera sólo bronce, no ha comido jamás.

8 Encolerizado el rey, llamó a los sacerdotes y les dijo: Si no me decís quién consume todas esas provisiones, moriréis; 9 pero si me hacéis ver que es Bel quien las consume, morirá Daniel, por haber blasfemado contra Bel. Contestó Daniel al rey: Hágase según tu palabra. 10 Setenta eran los sacerdotes de Bel, fuera de sus mujeres e hijos. Vino el rey con Daniel al templo de Bel, 11 y le dijeron los sacerdotes: Nosotros saldremos fuera y tú, rey, pondrás los alimentos y el vino mezclados, y cerrarás la puerta y la sellarás con tu anillo; 12 y si al venir por la mañana no hallamos que los alimentos han sido consumidos por Bel, moriremos; en caso contrario, Daniel nos habrá calumniado. 13 Estaban ellos muy confiados, porque debajo de la mesa habían hecho una entrada secreta, por la cual se introducían siempre para consumir las provisiones. 14 Pero así que salieron ellos y el rey colocó las provisiones, ordenó Daniel a sus siervos que trajeran ceniza, y en presencia del rey solo la extendieron por todo el pavimento del templo. Después salieron y cerraron la puerta; luego de sellada con el sello real, se retiraron. 15 Por la noche vinieron como de costumbre los sacerdotes con sus mujeres e hijos, y comieron y bebieron todas las provisiones.

16 Madrugó el rey muy de mañana y Daniel con él; 17 y dijo: Daniel, ¿están intactos los sellos? Daniel contestó: Intactos, rey. 18 Abrió luego las puertas y miró el rey la mesa, y dijo en alta voz: Grande eres, Bel, y no hay en ti engaño alguno. 19 Se sonrió Daniel, y deteniendo al rey, para que no entrase dentro, le dijo: Mira al pavimento, y ve de quién son estas pisadas. 20 Respondióle el rey: Veo pisadas de hombres, de mujeres y de niños. E irritado el rey, 21 hizo prender a los sacerdotes, a sus mujeres e hijos, que le mostraron la puerta secreta por la que entraban a consumir lo que se colocaba sobre la mesa, 22 y los mandó matar. Después entregó Bel a Daniel, que lo destruyó, así como su templo.

23 Había también un gran dragón muy venerado de los babilonios. 24 Dijo el rey a Daniel: ¡No dirás de éste que es hecho de broncel Mira que está vivo y que come y bebe; de éste no podrás decir que no es dios vivo. Adórale, pues. 25 A lo que Daniel contestó: Al Señor, mi Dios, adoraré, porque él sólo es Dios vivo. 26 Si tú, rey, me lo permites, yo mataré a este dragón sin espada ni palo. Respondióle el rey: En tu poder está. 27 Y tomando Daniel pez, grasa y pelos, lo hirvió todo junto e hizo unas bolas que luego dió al dragón, el cual las comió, reventando con ellas. Y dijo: Mirad lo que venerabais. 28 Cuando esto oyeron los babilonios, se irritaron sobremanera, y se amotinaron contra el rey, diciendo: El rey se ha hecho judío. Ha derribado a Bel, ha matado al dragón y ha degollado a sus sacerdotes. 29 Y llegándose al rey le dijeron: Entréganos a Daniel; si no, te mataremos a ti y a tu casa. 30 Y viéndose el rey muy acosado, les entregó a

(1) 14, 1. Este capítulo contiene dos episodios de la historia de Daniel, que son dos pruebas irónicamente escritas de la inanidad de los dioses gentílicos, en las que tanto insiste la literatura bíblica posterior a la cautividad.

Daniel a la fuerza, [31] y le arrojaron al foso de los leones.

Daniel otra vez en el foso de los leones.

[32] Había allí siete leones, y allí estuvo Daniel siete días. Daban a los leones cada día dos esclavos y dos ovejas. Pero durante aquellos días no les dieron nada, para que devorasen a Daniel. [33] Vivía entonces en Judea el profeta Habacuc, el cual, cocida la comida y mojado el pan en la cazuela, se iba al campo para llevarlo a los segadores. [34] Pero el ángel del Señor dijo a Habacuc: Lleva la comida que tienes preparada a Daniel, que está en Babilonia en el foso de los leones. [35] Y contestó Habacuc: Señor, nunca he visto a Babilonia y no sé qué es el foso de los leones. [36] Y tomándole el ángel del Señor por la coronilla, por los cabellos de su cabeza, le llevó a Babilonia, encima del foso, con la velocidad del espíritu. [37] Y gritó Habacuc, diciendo: ¡Daniel, Daniel!, toma la comida que Dios te envía. [38] Y contestó Daniel: ¡En verdad, ¡oh Dios!, te has acordado de mí, pues no abandonas a los que te aman! [39] Y levantándose, comió, y al instante el ángel de Dios restituyó a Habacuc a su lugar.

El rey da gloria a Dios.

[40] Al día siguiente vino el rey a llorar a Daniel, y llegando al foso, miró y vió a Daniel sentado. [41] Entonces, levantando la voz, dijo: ¡Grande eres, Señor, Dios de Daniel, y no hay otro fuera de ti! [42] Y le sacó del foso y arrojó en él a los causantes de su condena, que al instante, en su presencia, fueron devorados. [43] Entonces el rey dijo: Teman todos los moradores de la tierra al Dios de Daniel, porque es el verdadero salvador, que hace milagros y maravillas en la tierra; y libró a Daniel del foso de los leones. (Vulgata.)

OSEAS

INTRODUCCION AL LIBRO DE OSEAS

PROFETIZO Oseas, hijo de Berí, en los reinados de Jeroboam II, rey de Israel, y Ozías y Jotám, reyes de Judá, cuando el peligro asirio estaba lejos, y el Egipto, dividido entonces, no tenía fuerza. Ejerció el ministerio en el reino del Norte, del cual parece era originario. Hallábase el reino muy floreciente y poderoso, gracias a las conquistas que al Norte y al Sur había realizado Jeroboam II. Por esto dominaba el lujo y la relajación de costumbres, la avaricia y el cohecho en los gobernantes, la violencia en los poderosos. En los santuarios de Betel y Dan, se daba culto a Yave, pero en forma poco ajustada a la ley. Tampoco escaseaban los que francamente se entregaban a la superstición y al culto de los ídolos. En los vaticinios de Oseas llaman la atención los primeros capítulos, que deben tomarse como símbolos, a modo de parábolas, aunque no falten quienes los toman como episodios históricos de la vida del profeta.

OSEAS

La mujer prostituta y sus hijos, símbolo de Israel.

1 [1] Palabra de Yave, dirigida a Oseas, hijo de Berí, en tiempos de Ozías, Jotam, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá, y en tiempos de Jeroboam, hijo de Joaz, rey de Israel. [2] Comienzo del hablar de Yave en Oseas. Dijo Yave a Oseas: Ve, toma por mujer una prostituta (1) y ten hijos de prostitución, pues que se prostituye la tierra apartándose de Yave. [3] Fué, pues, y tomó por mujer a Gomer, hija de Diblaim, la

(1) Es frecuente en la Escritura la imagen del matrimonio para expresar las relaciones de Yave e Israel. Aquí se dice al profeta que se case con una ramera, añadiendo que los hijos en ella engendrados serán tenidos por lo que merecen atendiendo a la madre. La mujer representa aquí la nación infiel a Dios por sus idolatrías, y los hijos son los israelitas, que Dios no quiere mirar por suyos.

Lo contrario ocurre después, cuando la nación se vuelve a Dios por la penitencia y Dios la recibe como esposa.

cual concibió y le parió un hijo;
4 y le dijo Yave: Ponle por nombre
Jezreel, porque de aquí a poco visitaré yo las matanzas de Jezreel sobre
la casa de Jehú y pondré fin al reino
de la casa de Israel. 5 Aquel día
romperé yo el arco de Israel en el
valle de Jezreel.
6 Concibió ella de nuevo y parió
una hija; y Yave dijo a Oseas: Dale
el nombre de Lo-Rujma, porque ya
no me compadeceré de la casa de
Israel, no la perdonaré más. 8 Luego
de destetar a Lo-Rujma, volvió a
concebir y parió un hijo; 9 y dijo
Yave: Llámale Lo-Ammi, porque vosotros no sois ya mi pueblo, y yo
no soy ya vuestro Dios.

2 4 Protestad de vuestra madre,
protestad, porque ni ella es mi
mujer ni yo soy su marido. Que aleje
de su rostro sus fornicaciones y de
entre sus pechos sus prostituciones;
5 no sea que yo la despoje, y, desnuda,
la ponga como el día en que nació
y la convierta en un desierto, en
tierra árida, y la haga morir de sed.
6 Y no tendré piedad de sus hijos,
porque son hijos de prostitución. 7 Su
madre se prostituyó, la que los concibió se deshonró, y dijo: Me iré
tras de mis amantes, que ellos me
dan mi pan y mi agua, mi lana y mi
lino, mi aceite y mi bebida.
8 Por eso voy yo a cercar su camino
con zarzas y a alzar un muro para
que no pueda hallar ya sus sendas.
9 Irá en seguimiento de sus amantes,
pero no los alcanzará, los buscará
mas no los hallará, y se dirá: Voy a
volverme con mi primer marido,
pues mejor me iba entonces que me
va ahora. 10 No ha querido reconocer
que era yo quien le daba el trigo, el
mosto y el aceite; y el oro que yo pródigamente le di fué consagrado a Baal.
11 Por eso voy a recobrar mi trigo
a su tiempo y mi mosto a su sazón,
y me tomaré mi lana y mi lino, que
habían de cubrir su desnudez, 12 y
voy a descubrir sus vergüenzas a
los ojos de sus amantes. Nadie la
librará de mi mano. 13 Haré cesar
todas sus alegrías, sus fiestas, sus
novilunios, sus sábados y todas sus
solemnidades. 14 Talaré sus viñas y
sus higuerales, de los que decía: Es
el salario que mis amantes me dan.
La reduciré a un matorral y la
devorarán las bestias del campo.
15 La castigaré por los días en que
incensaba a los Baales y adornándose con sus anillos y sus collares, se
iba con sus amantes y me olvidaba
a mí, dice Yave.

Promesas de redención.

16 Así la atraeré, y la llevaré al
desierto y la hablaré al corazón;
17 y fuera ya de allí, yo le daré sus
viñas y el valle de Acor como puerta
de esperanza; y allí cantará como
cantaba en los días de su juventud,
como en los días en que subió de la
tierra de Egipto. 18 Entonces, dice
Yave, me llamará «mi marido», no
me llamará Baali. 19 Quitaré de su
boca los nombres de los Baales,
para que no vuelva nunca a mencionarlos por sus nombres. 20 En aquel
día haré en favor de ellos concierto
con las bestias del campo, con las
aves del cielo y con los reptiles de
la tierra, y quebraré en la tierra
arco, espada y guerra, y haré que
reposen seguros. 21 Seré tu esposo
para siempre, y te desposaré conmigo en justicia, en juicio, en misericordias y en piedades, 22 y yo seré
tu esposo en fidelidad, y reconocerás a Yave.
23 En aquel día yo seré propicio,
dice Yave, seré propicio a los cielos,
y los cielos serán propicios a la
tierra; 24 la tierra propicia al trigo,
al mosto y al aceite, y éstos propicios
a Jezreel. 25 Yo sembraré en la tierra
para mí, y me compadeceré de Lo-Rujma, y diré a Lo-Ammi: Tú eres mi pueblo, y él me responderá: Tú mi Dios.
[1] 7 Y tendré misericordia de la
casa de Judá, y los salvaré en Yave,
Dios; no los salvaré con arco, ni con
espada, ni con guerra, ni con caballos
y jinetes. [2] 1 Será la muchedumbre
de los hijos de Israel como las arenas
del mar, que son sin medida y sin
número; y en el lugar mismo en que
se les dijo: Vosotros no sois mi
pueblo, se dirá de ellos: Los hijos del
Dios vivo. 2 Los hijos de Judá y los
hijos de Israel se juntarán en uno y
se darán un jefe único, y se desbordarán de la tierra, pues será grande
el día de Jezreel. 3 Llamad, pues, a
vuestro hermano Ammi; a vuestra
hermana Rujma. (1)

(1) Estas trasposiciones del versículo 7 del capítulo 1 y de los versículos 1-3 del capítulo 2 parecen exigidos por el contexto. Sabido es que el texto ha sufrido traslocaciones en su transmisión.

3 [1] Díjome Yave: Ve otra vez y ama a una mujer amante de otro y adúltera; ámala como ama Yave a los hijos de Israel, a pesar de que se van tras otros dioses y se deleitan en las tortas de pasas. [2] La compré por quince siclos de plata, un *jomer* de cebada y un *letec* de vino. [3] Díjele: Has de estar reservada para mí mucho tiempo; no te prostituyas, no te entregues a hombre alguno, también yo me reservaré para ti; [4] porque mucho tiempo han de estar los hijos de Israel sin rey, sin jefe, sin sacrificio y sin cipos, sin efod y sin terafim. [5] Luego volverán los hijos de Israel, y buscarán a Yave, su Dios, y a David, su rey, y se apresurarán a venir temerosos a Yave y a sus bienes al fin de los días.

Reproches por los pecados.

4 [1] Oíd la palabra de Yave, hijos de Israel, que va a querellarse Yave contra los habitantes de la tierra, porque no hay en la tierra verdad ni misericordia ni conocimiento de Dios. [2] Perjuran, mienten, matan, roban, adulteran, oprimen, y las sangres se suceden a las sangres. [3] Por eso está en luto la tierra y desfallecen cuantos en ella moran, aun las bestias salvajes y las aves del cielo, y hasta los peces del mar perecen. [4] Pero nadie protesta, nadie reprende.

También contra vosotros me querello, ¡oh, sacerdotes! [5] Tropezarás en pleno día, y contigo tropezará también el profeta, y la noche será semejanza de tu día. [6] Perece mi pueblo por falta de conocimiento; por haber rechazado tú el conocimiento, te rechazaré yo a ti del sacerdocio a mi servicio; por haber olvidado tú las enseñanzas de tu Dios, yo me olvidaré de tus hijos. [7] Cuantos son ellos, tantos fueron sus pecados contra mí. Trocaron mi gloria por la ignominia. [8] Se alimentan de los pecados de mi pueblo y codician sus iniquidades.

[9] Pero lo que del pueblo será, eso será también del sacerdote. Yo le visitaré según sus caminos y les retribuiré según sus obras. [10] Comerán y no se saciarán, fornicarán y no se multiplicarán, porque se obstinaron en alejarse de Yave. [11] Fornicación, vino y mosto quitan el juicio. [12] Mi pueblo pregunta a sus leños, y su palo le hace revelaciones, porque el espíritu de fornicación le ha descarriado, y fornicaron alejándose de su Dios. [13] Ofrecen sacrificios en las cimas de los montes, y en los collados queman sus ofrendas bajo las encinas, bajo los álamos, bajo los terebintos de grata sombra. Por eso fornicarán vuestras hijas y adulterarán vuestras nueras; [14] y no castigaré las fornicaciones de vuestras hijas ni los adulterios de vuestras nueras, porque ellos mismos se van aparte con rameras y sacrifican con prostitutas, y el pueblo, por no entender, perecerá.

[15] Si tú, Israel, te prostituyes, que al menos no lo haga Judá, No vayáis a Guilgal, no subáis a Betaven para jurar por la vida de Yave. [16] Porque como vaca cerril, es cerril Israel; por eso en adelante le apacentará Yave como a oveja en lugar amplio. [17] Efraím está atado a los ídolos, déjale. [18] Se les ha subido el vino a la cabeza, se han dado a la fornicación, a la gloria de Yave han preferido la ignominia. [19] Arrebatarále el viento en sus alas, y se avergonzarán de sus sacrificios.

Contra los sacerdotes y los príncipes.

5 [1] ¡Oíd esto, sacerdotes! ¡Escucha, casa de Israel! ¡Atiende, casa del rey! Que es contra vosotros la querella, pues habéis venido a ser lazo para la atalaya, red tendida en el Tabor. [2] Los perseguidores llevaron la perversidad hasta el extremo, pero yo seré vara para todos ellos. [3] Yo conozco bien a Efraím, e Israel no me es desconocido. Sí, Efraím, te has prostituído, se ha contaminado Israel.

[4] No dirigen sus obras a la conversión hacia su Dios; se ha adueñado de ellos un espíritu de fornicación, desconocen a Yave. [5] La arrogancia le sale a Israel a la cara, pero tropezarán Israel y Efraím en su iniquidad, y con ellos tropezará también Judá. [6] Con sus ovejas y sus bueyes irán en busca de Yave, pero no le hallarán, porque Yave se ha retirado de ellos. [7] Han hecho traición a Yave engendrando hijos extraños, y un extraño los devorará a ellos y a sus campos.

[8] ¡Tocad la bocina en Gueba!

¡Tocad la trompeta en Rama! ¡Dad la alarma a Betaven! ¡El terror, Benjamín! 9 Efraím será campo de devastación el día del castigo; lo que anuncio yo a Israel es cosa cierta. 10 Los príncipes de Judá se han hecho como los que mudan los linderos, y yo derramaré sobre ellos mi ira como un torrente. 11 Efraím maltrata y oprime a quien le reprende, porque le exhorta a seguir la regla. 12 Yo seré, pues, la polilla de Efraím y la carcoma de Judá. 13 Efraím ve su debilidad y ve Judá su llaga, y Efraím se vuelve a Asur y Judá manda embajadores al rey grande, pero no podrá él curaros ni sanar vuestra llaga. 14 Porque yo seré como león para Efraím y como león para la casa de Judá. Yo, yo cogeré tu presa y me iré, yo la arrebataré y nadie me la arrancará. 15 Me iré, mas volveré a mi lugar cuando reconozcan su pecado y busquen mi rostro. En su angustia ya me buscarán.

Falsa conversión.

6 1 Venid y volvamos a Yave; él desgarró, él nos curará; él hirió, él nos vendará. 2 El nos dará vida a los dos días, y al tercero nos levantará y viviremos ante él. 3 Conoceremos, nos esforzaremos por conocer a Yave. Como una aurora está aparejada su aparición, vendrá como una lluvia, como lluvia temprana que riega la tierra. 4 ¿Qué voy a hacerte a ti, Efraím? ¿Qué voy a hacerte a ti, Judá? La piedad vuestra es como nube de mañana, como rocío matutino, pasajero. 5 Por eso yo los he tajado por medio de los profetas y los maté por las palabras de mi boca, y mis juicios fueron luz de aurora, 6 pues prefiero la misericordia al sacrificio y el conocimiento de Dios al holocausto.

7 Pero ellos en su hipocresía violaron la alianza establecida, rebelándose contra mí. 8 Galad, ciudad de malhechores de sangrientas huellas. 9 Tú, cuya fuerza son los bandidos, ¿si asesinaras a esa banda de sacerdotes a lo largo del camino de Siquem, que son una banda de criminales? 10 Espantoso es lo que he visto en Betel. Allí adultera Efraím. Allí se contamina Israel. 11 Pero en ti, ¡oh Judá!, injertaré yo una rama cuando restaure a mi pueblo [7] 1b cuando sane a Israel.

La iniquidad de los reyes y los grandes.

7 1a Se han revelado la iniquidad de Efraím y la perversidad de Samaria; obran fraudulentamente. Entra dentro el ladrón y fuera hace sus correrías el bandido, 2 sin que allí nadie deje nada. Yo tengo presente su malicia, sus obras las rodean y están patentes ante mí. 3 Regocijaban al rey con sus malicias y con sus mentiras a los príncipes, 4 mientras que todos respiraban furor como horno a punto de abrasar la hornada. Cesa el hornero de enrojar mientras se amasa y fermenta lo amasado. 5 Ya el día mismo de «nuestro rey» comienzan a encenderse los príncipes, con el vino mezclado que beben en compañía de bandidos, 6 prestos en su emboscada como horno. Su furor ha descansado durante la noche, pero a la mañana se encendió como ardiente fuego. 7 Todos se encendieron como horno y devoraron a sus gobernantes. Todos sus reyes sucumbieron, pero nadie de entre ellos recurrió a mí.

8 Efraím se aceita de las gentes, es como torta a que no se dió vuelta. 9 Los extraños devoran su sustancia sin que él se dé cuenta; ya tiene canas sin que él lo haya advertido; 10 a Israel le sale a la cara su arrogancia; no se vuelven a Yave, su Dios, a pesar de todas estas cosas. 11 Efraím es como paloma tonta, sin juicio; acuden al Egipto, llaman a la Asiria, 12 pero cuando van, yo les tiendo mi red, y caen en ella como las aves del cielo. Yo los castigaré conforme a lo decretado contra sus maldades.

13 ¡Ay de ellos, por haberse apartado de mí! Ruina sobre ellos, por haberse rebelado contra mí. Yo los salvaba, y ellos me mentían. 14 No me invocan de corazón. Gritan, sí, sobre sus almohadillas, pero es por el trigo y por el mosto, y por ellos se hacen incisiones. Son rebeldes contra mí. 15 Mientras yo los ceñía y los fortalecía, ellos maquinaban maldades contra mí. 16 Se vuelven hacia los que de nada sirven, se han convertido en arco engañoso. Los príncipes perecerán a la espada por sus insolentes bravatas.

El castigo.

8 Emboca la trompeta. Como
buitre se abate contra la heredad
de Yave, por haber quebrantado mi
alianza y haber prevaricado contra
mi ley. [2] Claman a mí: «¡Dios mío!»
Pero te conozco, Israel. [3] Israel ha
rechazado el bien, y el enemigo le
perseguirá. [4] Se dieron reyes, pero
no de elegidos por mí; constituyeron
príncipes, pero desconocidos para mí;
de su oro y su plata se hicieron ídolos,
mas para ser perdición. [5] Yo rechazo
tus becerros, Samaria. Mi furor se
ha encendido contra ellos, son incapaces de purificarse. [6] Porque de
Israel son; son obra de artífice, no
son Dios, y serán llevados cautivos
el día de la cólera de Yave, los becerros de Samaria.
[7] Siembran vientos y recogerán
tempestades, sin espiga de trigo que
pueda dar harina; y si se dieren, las
devorará el extranjero. [8] Devorado
será Israel; es ya entre las naciones
como cosa que no cuenta, [9] por haberse
entregado a Asur ellos mismos. El
asno salvaje busca estar solo, pero
a Efraím le ha perdido el amor.
[10] Aunque están destinados a la dispersión entre las gentes, por ahora
los dejo reunidos, para que sufran
algún tiempo la carga del rey y de
los príncipes.
[11] Efraím ha multiplicado sus altares para pecar, sólo para pecar le han
servido. [12] Escribí para él las palabras de mi ley, pero las tienen por palabras de un extraño. [13] Inmolan y
ofrecen víctimas y comen sus carnes,
pero Yave no se agrada de ellas.
Ahora se acordarán de sus iniquidades
y castigaré sus pecados. Volverán a la
servidumbre del Egipto, y comerán
inmundicias en Asiria. [14] Israel se
olvidó de su Hacedor, y construyó
palacios, Judá multiplicó sus ciudades fuertes, pero yo daré sus ciudades
al fuego, que devorará sus palacios.

9 [1] No te goces, Israel, no te regocijes como las gentes, porque
has fornicado lejos de tu Dios. Fuiste
en busca del salario por toda era
de trigo. [2] Pero la era y el lagar los
desconocerán y el vino los negará.
[3] No quedarán en la tierra de Yave;
Efraím volverá a Egipto y en Asiria
comerán manjares inmundos. [4] No
harán a Yave libaciones de vino ni
le presentarán sus víctimas; su pan
será pan de duelo entre las gentes,
cuantos lo coman se contaminarán,
no será para ellos su pan, no entrará
en la casa de Yave. [5] ¿Qué haréis
el día de fiesta, el día de la solemnidad de Yave? [6] Porque habrán de
abandonar la tierra devastada y el
Egipto los reunirá. Memfis será el
lugar de la cita. Sus preciosidades
de plata las conquistarán las ortigas,
el cardo invadirá sus moradas.
[7] Viene el día del castigo. Clama,
Israel: «Es un insensato el profeta,
presa del delirio el hombre del espíritu.» A la enormidad de tus iniquidades se añade la enormidad de
la persecución. [8] El centinela de
Efraím en unión con su Dios, el profeta, halla en todos sus caminos el
lazo del cazador y la persecución
en la casa de su Dios. [9] Llevaron al
extremo su perversidad, como en los
días de Gueba. El se acordará de su
iniquidad y castigará sus pecados.
[10] Como uvas en el desierto hallé a
Israel, como brevas en la higuera vi
a vuestros padres, y llegados a Baal-Poor se dieron a la infamia y se hicieron abominables como lo que amaron.
[11] Se volará como pájaro la gloria
de Efraím, y no habrá ya ni parto ni
maternidad ni embarazo. [12] Si crían
hijos, yo los despojaré de ellos, sin
dejar a nadie, y ¡ay de ellos también
cuando yo me aleje! [13] Como cría la
cierva sus pequeñuelos para ser cazados, así criará Efraím sus hijos para
la matanza. [14] Dales, ¡oh Yave! ¿Qué
les has de dar? Dales entrañas estériles y pechos enjutos. [15] Toda su
perversidad se ve en Guigal, allí los
aborrecí. Por la perversidad de sus
obras los arrojaré de mi casa, no
los amaré ya. Todos sus príncipes
son rebeldes. [16] Efraím está herido,
su raíz está seca, no dará frutos; y
si los diere, yo daré a la muerte los
tesoros de su seno. [17] Los ha rechazado
mi Dios, por no haber escuchado, e
irán errantes entre las gentes.

Su inminencia. Destrucción de los altares y devastación del reino.

10 [1] Israel es una viña frondosa
que da abundante fruto; pero
a medida de la abundancia de su
tierra, hizo abundar sus altares, y a
medida de la riqueza de su tierra
hizo más ricos sus cipos. [2] Su corazón
es mendaz y ahora pagarán sus culpas; él quebrantará sus altares y de-

molerá sus cipos. 3 Que si dicen:
«¿No tenemos un rey?» Sí, pero si
no tenemos a Yave, ¿qué puede hacer
por nosotros el rey? 4 Pronunciar
vanas palabras, jurar en falso, con-
traer alianzas; pero el castigo florecerá
como ajenjo en los surcos del campo.
5 Las gentes de Samaria están lle-
nas de temor por el becerro de Beta-
vén; su pueblo está en duelo, la tropa
de sus sacerdotes se lamenta por él,
por haber emigrado sus riquezas lejos
de él. 6 El mismo será llevado a
Asiria como presente para el rey
grande. Efraím cosechará la ver-
güenza de Israel, sólo confusión sa-
cará de sus consejos. 7 Se acabó
Samaria. Su rey es como espuma sobre
la superficie de las aguas. 8 Destruídos
serán los altos de la impiedad, el pe-
cado de Israel. Las zarzas y las malas
hierbas treparán a sus altares. Dirán
a los montes: «Cubridnos», y a los
collados: «Caed sobre nosotros.»
9 Tú, oh Israel, has pecado desde
los días de Gueba. Allí tomaron posi-
ciones. ¿No les va a alcanzar la guerra
en Gueba a los hijos de la iniquidad?
10 Yo iré a castigarlos, los pueblos se
reunirán contra ellos por un común
compromiso a causa de su doble
crimen. 11 Efraím es una novilla bien
tratada, hecha a pisar la era; pero
yo domaré con el yugo el vigor de su
cerviz, yo uncriré a Efraím; Israel tirará
del arado, Jacob tendrá que rastrillar.
12 Sembrad en justicia, cosechad
en misericordia, roturad el erial, bus-
cad a Yave mientras viene él a en-
señaros la justicia. 13 Habéis sembrado
la perversidad y habéis cosechado la
iniquidad, y habéis comido el fruto
de la mentira. Porque confiaste en
tus carros y en la muchedumbre de
tus guerreros, 14 se dará la alarma en
todas tus ciudades y todas tus forta-
lezas serán destruídas. Como destruyó
a Salman Bet Arbel en el día del
combate, siendo en ella aplastados
la madre y los hijos, 15 así será de ti,
casa de Israel, por la enormidad de
vuestras maldades. Muy de mañana
se verá consumada la ruina del rey
de Israel.

Amor de Dios por Israel e ingratitud del pueblo. Después de castigado, Dios se apiadará de él.

11 1 Cuando Israel era un niño
yo le amé; yo desde Egipto
llamé a mi hijo. 2 Cuando más los
llamas, más se apartan. Ofrecen sa-
crificios a los Baales y ofrendas hu-
meantes a los ídolos. 3 Yo enseñé a
andar a Efraím, le llevé en brazos,
pero no reconoció mis desvelos por
curarle. 4 Los até con ataduras hu-
manas, con ataduras de amor, fuí
para él como quien alza una criatura
hasta tocar a sus mejillas, y me ba-
jaba hasta él para darle de comer.
5 Pero se volverá al Egipto, y Asiria
será su rey, porque rehusó convertir-
se. 6 Caerá sobre sus ciudades la
espada que exterminará a sus hijos,
y se nutrirán de sus consejos. 7 Los
de mi pueblo serán colgados junto
a sus ciudades a los ojos de los que
suban a ellas, y no habrá quien los
descuelgue.
8 ¡A lo que voy a reducirte, Efraím!
¡Voy a entregarte, Israel! ¿A qué te
reduciré? ¿A lo de Adama? ¿Cómo te
pondré? ¿Como a Seboím? Mi cora-
zón se revuelve dentro de mí, se con-
mueven mis entrañas. 9 No desen-
cadenaré todo el furor de mi ira, no
destruiré del todo a Efraím, porque
yo soy Dios, no soy un hombre
santo en medio de ti, y no me com-
plazco en destruir. 10 Irán en pos de
Yave, que rugirá como un león, y
vendrán del Egipto como pájaros y
de Asiria como palomas, y los esta-
bleceré en sus casas, dice Yave.

12 1 Efraím me envuelve en la
mentira y la casa de Israel en
el fraude. Judá es un testigo infiel
a Dios y fiel a los que le engañan.
2 Efraím se apacienta de viento y
sigue al huracán. Está siempre mul-
tiplicando la falsedad y la frivolidad.
Hace alianza con la Asiria y lleva su
aceite a Egipto. 3 Yave se querellará
contra Efraím, tratará a Jacob según
lo que merece, y se vengará de él
según sus obras.
4 En el seno suplantó a su herma-
no y en su edad madura luchó con
Dios. 5 Luchó con el ángel y le
venció, lloró y le suplicó. En Betel
le hallaré allí nos hablará. 6 Yave
Sebaot, Yave es su nombre. 7 Tú a
tu Dios retornarás. Guarda la mise-
ricordia y la justicia, y pon siempre
en Dios tu esperanza.
8 Mercader de peso falso y amigo
del fraude, 9 Efraím dice: Pero me
he enriquecido, he llegado a la opu-
lencia. Mas todas tus ganancias no
bastarán para pagar tus culpas y tus
iniquidades. 10 Yo soy Yave, tu Dios,

desde la tierra de Egipto; yo te traeré todavía a habitar en tus tiendas como en los días de fiesta. 11 Yo hablé por los profetas, yo multipliqué la visión, y por los profetas te anuncié la ruina. 12 Madre de la vanidad es Galad, y vanidad se han hecho ellos. Sacrifican sus bueyes en Guilgal. Majanos de piedra serán sus altares sobre los surcos del campo.

13 Jacob huyó a la tierra de Aram; Israel sirvió por una mujer, y por una mujer apacentó los ganados. 14 Yave sacó a Israel de Egipto por mano de un profeta, y por un profeta fué guardado. 15 Efraím ha provocado la ira. El le imputará sus sangrientas crueldades. Su Señor echará sobre él los ultrajes que le ha hecho.

Condenación definitiva.

13 1 Es Efraím como Datán, el que siendo príncipe en Israel, se hizo culpable contra su Señor, y murió. 2 Ahora pecan más; de su plata se hacen obras fundidas, ídolos de su invención, obra de las manos del artífice. Llaman dioses a eso y les ofrecen sacrificios. ¡El hombre dando besos a becerros! 3 Por eso serán como nube que se levanta al nacer del día, como pasajero rocío matinal, como paja arrebatada por viento huracanado, como el humo de la chimenea.

4 Pero yo soy Yave, tu Dios desde la tierra de Egipto, y no has de reconocer a dios alguno sino a mí; fuera de mí no hay salvador. 5 Yo fuí tu pastor en el desierto, en la tierra abrasada. 6 Se hartaron en sus pastos, y hartos se ensoberbecieron y por eso me olvidaron. 7 Y seré para ellos como león, como pantera agazapada en el camino acecharé. 8 Me echaré sobre ellos como osa a quien le arrebatan las crías, despedazaré como león sus corazones, los devoraré como león, como fiera los haré pedazos.

9 Te traigo la ruina, oh Israel, y ¿quién podrá socorrerte? 10 ¿Dónde está tu rey para salvarte en tus ciudades? ¿Dónde tus jueces, de quienes dijiste: Dame rey y danos príncipes? 11 Te di rey en mi furor, y en mi ira te lo quito. 12 La iniquidad de Efraím está hacinada, su pecado está reservado. Vendrán sobre él dolores de parto, pero será el parto de hijo necio, que no sabrá ponerse al tiempo oportuno a la abertura del seno. 14 ¿Los entregaré al poder del sepulcro? ¿Los rescataré de la muerte? ¿Dónde están, oh muerte, tus plagas? ¿Dónde está, oh sepulcro, tu azote? No veo a mis ojos arrepentimiento. 15 Crezca mucho en sus juncales, que el soplo de Yave soplará del desierto y secará su fuente y su manantial, y todo cuanto tiene de precioso será saqueado.

Promesa de salvación

14 1 Viene sobre Samaria el castigo, porque se rebeló contra su Dios. Caerán a la espada sus hijos, serán estrellados, será abierto el vientre de sus encintas. 2 Vuelve Israel, vuelve a Yave, tu Dios, porque caes por tus iniquidades. 3 Buscad la palabra y volved a Yave, diciendo: Perdona toda iniquidad y acepta lo bueno. Que podamos pagar con el rendimiento de nuestros rediles. 4 No nos salvará Asiria, no montaremos a caballo; nunca más llamaremos dioses nuestros a las obras de nuestras manos. ¡Oh tú, que tienes piedad del huérfano!

5 Yo curaré su rebeldía y los amaré de corazón, pues se habrá apartado de ellos mi cólera. 6 Yo seré como rocío para Israel, y florecerá como el lirio y extenderá sus raíces como el álamo. 7 Crecerán sus ramas, y será su copa como la del olivo, y su aroma como el del incienso. 8 Volverán a habitar a su sombra creciendo como el trigo, pujando como la vid, y su fama será como la del vino del Líbano. 9 ¿Qué tendrá que ver ya Efraím con los ídolos? Yo que le afligí, le haré dichoso. Por mí, que soy como ciprés, siempre verde, recogerá él sus frutos. 10 ¿Quién es sabio para entender estas cosas, prudente para conocerlas? Pues son del todo rectos los caminos de Yave, por ellos van los justos, pero los malvados perecerán.

INTRODUCCION AL LIBRO DE AMOS

CRONOLOGICAMENTE es Amós el primero de los profetas escritores. Profetizó en el reinado de Jeroboam II, rey de Israel, poco antes que Oseas. Por su origen era de Judá, natural de Tecua, al Sur de Belén, donde se ocupaba en el oficio de pastor. De él le sacó el Señor para mandarle a pronunciar sus juicios sobre Israel, en el santuario de Betel, juicios que se extienden también a Judá y a los pueblos pequeños de alrededor. Contrasta grandemente su origen, y la educación que su profesión supone, con la elocuencia de sus oráculos, nada inferior a la de otros muchos profetas. Es que la sabiduría, como dice San Agustín, anidaba en su pecho, y ella le hacía elocuente.

AMOS

Contra Siria.

1 [1] Palabras de Amós, de los pastores de Tecua, de la visión que tuvo sobre Israel en los días de Ozías, rey de Judá, y en los días de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel, dos años antes del terremoto.
[2] Dijo: Desde Sión rugirá Yave y desde Jerusalén hará oír su voz, y estarán en duelo los pastizales de los pastores y secaráse la cima del Carmelo. [3] Así dice Yave: Por tres pecados de Damasco y por cuatro, no revocaré yo nada; por haber trillado a Galad con trillos de hierro, [4] Yo pondré fuego a la casa de Hazael, que consumirá los palacios de Benadad. [5] Yo quebraré las barras de Damasco y exterminaré a cuantos habitan el valle de Aven y al que tiene el cetro de Ben Edén, y el pueblo de Aram emigrará a Quir, dice Yave.

Contra la Filistea.

[6] Así habla Yave: Por tres pecados de Gaza y por cuatro, no revocaré yo nada. Por haber deportado muchedumbres enteras de cautivos para entregárselas a Edom, [7] yo pondré fuego al recinto de Gaza, que devorará sus edificios, [8] y exterminaré a cuantos habitan en Azoto y al que tiene el cetro de Ascalón. Volveré mi mano contra Acarón y perecerán las reliquias de los filisteos, dice Yave.

Contra Tiro.

[9] Así habla Yave: Por tres pecados de Tiro y por cuatro, no revocaré yo nada. Por haber entregado a Edom muchedumbres enteras de cautivos, sin acordarse de la alianza fraternal, [10] Yo pondré fuego al recinto de Tiro, que devorará sus edificios.

Contra Edom.

[11] Así habla Yave: Por tres pecados de Edom y por cuatro, no revocaré yo nada. Por haber perseguido a la espada a su hermano, ahogando la piedad, durando siempre su cólera y obstinándose hasta el fin en su rabia, [12] Yo pondré fuego en Temán, que devorará los edificios de Bosra.

Contra Ammón.

[13] Así habla Yave: Por tres pecados de los hijos de Ammón y por cuatro, no revocaré yo nada. Por haber abierto en canal a las encintas de Galad, para extender su territorio, [14] Yo encenderé fuego en el recinto de Rabba, que devorará sus edificios entre los

clamores el día del combate, en medio de la tempestad el día de la tormenta, 15 y su rey irá al cautiverio, y con él sus príncipes todos juntos, dice Yave.

Contra Moab.

2 1 Así habla Yave: Por tres pecados de Moab y por cuatro no revocaré yo nada. Por haber quemado los huesos del rey de Edom hasta calcinarlos, 2 Yo pondré fuego en Moab que devorará los edificios de Queriyot, y Moab hallará la muerte en medio del estruendo, entre los clamores y entre los sonidos de la trompeta. 3 Y extirparé de él a su rey y con él haré morir a todos sus príncipes, dice Yave.

Contra Judá.

4 Así habla Yave: Por tres pecados de Judá y por cuatro, no revocaré yo nada. Por haber menospreciado la ley de Yave y no haber guardado sus mandamientos, descarriándose por las mentiras tras los cuales se fueron sus padres, 5 Yo pondré fuego a Judá, que devorará los edificios de Jerusalén.

Contra Israel.

6 Así habla Yave: Por tres pecados de Israel y por cuatro, no revocaré yo nada. Por haber vendido al justo por dinero y al pobre por un par de sandalias; 7 aplastan a los desvalidos contra el polvo de la tierra en las encrucijadas del camino; rechazan a los pobres, y entran hijo y padre a la misma nuera, profanando mi santo nombre. 8 Sobre las ropas tomadas en prenda se echan junto a un altar cualquiera, y beben el vino de los multados en la casa de su Dios.

9 Yo exterminé ante ellos a los amorreos, altos como cedros del Líbano y fuertes como encinas, destruí su fruto arriba, y abajo sus raíces. 10 Yo os saqué de la tierra de Egipto, y durante cuarenta años os conduje por el desierto, para que ocuparais la tierra de los amorreos. 11 Yo suscité profetas de entre vuestros hijos y nazareos de entre vuestros mancebos; ¿no es así, hijos de Israel?, dice Yave; 12 y vosotros hicisteis beber vino a los nazareos, y a los profetas les mandasteis, diciendo: no profeticéis. 13 Pues mirad: Yo pondré estorbos a vuestros pies y os tambalearéis como se tambalea el carro sobrecargado de haces; 14 y el ágil será incapaz de huir, y al fuerte no le servirá de nada su fuerza, y el guerrero no escapará con vida; 15 el arquero no resistirá, el de ágiles pies no escapará, el jinete no se salvará, 16 y el más valiente de los valientes huirá desnudo aquel día, dice Yave.

Crímenes de Israel.

3 1 Oíd lo que de vosotros dice Yave, hijos de Israel, de todo el pueblo que yo saqué de la tierra de Egipto: Dice: 2 Sólo a vosotros conocí yo entre los pueblos todos de la tierra; por eso haré en vosotros justicia de todas vuestras iniquidades. 3 ¿Podrán ir juntos dos sin estar de acuerdo? 4 ¿Rugirá el león en el bosque no habiendo presa? ¿Dejará oír su rugido el leoncillo en su cubil sin haber despojos? 5 ¿Se echará el ave a tierra en la red, si no hubiere cebo? ¿Desaparecerá de la tierra el cebo sin haberse cazado algo? 6 ¿Tocarán la trompeta en la ciudad, sin que se alarme el pueblo? ¿Habrá en la ciudad calamidad cuyo autor no sea Yave? 7 Porque no hace nada el Señor, Yave, sin revelar su designio a sus siervos, los profetas. 8 Rugiendo el león, ¿quién no temerá? Hablando el Señor, Yave, ¿quién no profetizará?

9 Echad pregón en los palacios de Azoto y en los palacios de Egipto, diciendo: Reuníos en los montes de Samaria para ver las grandes opresiones que hay en ella y las violencias que allí se cometen. 10 No saben obrar rectamente, dice Yave, atesorando en sus palacios rapiñas y despojos.

Castigo.

11 Por eso el Señor, Yave, dice así: Rodeará la tierra por todas partes el enemigo, que te robará tus fuerzas y saqueará tus palacios. 12 Así dice Yave: Como salva el pastor de las fauces del león un par de pies o la punta de una oreja, así escaparán los hijos de Israel. Vosotros, los que

en Ascalón os sentáis en la esquina del diván y en Damasco sobre el tapiz, [13] escuchad y dad testimonio contra la casa de Jacob, dice el Señor, Yave Sebaot. [14] Porque el día que haga yo justicia sobre Israel por sus trasgresiones, [15] derribaré las casas de invierno sobre las casas de verano, y serán destruídos los palacios marfileños y desaparecerán muchas casas, dice Yave.

Lujo y desenfreno de las mujeres.

4 [1] Oíd estas palabras, vacas de Basán, que moráis en la montaña de Samaria, vosotras que oprimís a los débiles y maltratáis a los pobres y decís a vuestros señores: Trae, que bebamos. Ved lo que el Señor, Yave, jura por su santidad: Vienen sobre vosotras días en que os levantarán con bicheros y a vuestros descendientes con arpones, [3] y saldréis por las brechas, cada una frente a sí, y seréis empujadas hacia el Hermón, dice Yave. [4] Id a Betel, a prevaricar, a Guilgal a multiplicar vuestras prevaricaciones. Ofreced vuestros sacrificios matinales y cada tercer año vuestros diezmos; [5] pregonad fuera el sacrificio de alabanza, pregonad los sacrificios voluntarios, pregonadlos, pues que así lo queréis, hijos de Israel, dice Yave.

Ceguera del pueblo.

[6] Sin embargo, yo os he hecho estar a diente limpio en vuestras ciudades, y a falta de pan en todos vuestros lugares, pero no os habéis vuelto a mí, dice Yave.

[7] También os negué la lluvia desde tres meses antes de la siega, lloví en una ciudad, no lloví en otra, llovió en una parte y en otra no llovió y se secó. [8] Y venían dos o tres ciudades a una ciudad para beber el agua, sin poder saciarse, y con todo no os convertisteis a mí, dice Yave. [9] Os herí con añublo y con tizón, devasté vuestras huertas y vuestras viñas, la langosta devoró vuestras higueras y vuestros olivos, pero no os convertisteis a mí, dice Yave. [10] Os castigué con plagas a modo de las de Egipto, maté a vuestros mancebos a la espada, di al cautiverio vuestros caballos, y en mi furor abrasé con el fuego vuestros campos, pero no os convertisteis a mí, dice Yave.

[11] Os trastorné como cuando trastorné a Sodoma y Gomorra, fuisteis como tizón sacado del fuego, pero no os convertisteis a mí, dice Yave. [12] Por tanto, mira lo que voy a hacerte, Israel, mira lo que te haré. Apréstate a comparecer ante tu Dios, Israel, [13] que es el que formó los montes y creó los vientos, y pone al desnudo ante el hombre los pensamientos de éste; el que del alba hace tinieblas y marcha por las alturas de la tierra; Yave, Dios Sebaot es su nombre.

[5] [8] (1) El hizo las pléyades y el Orión, él torna las tinieblas en aurora y del día hace noche oscura. El llama a las aguas del mar y las derrama sobre la haz de la tierra, Yave es su nombre. [9] El hace resplandecer la salud para el desventurado y trae sobre la fortaleza la ruina.

Exhortación a la conversión.

5 [1] Escuchad esto, es la lamentación que yo hago sobre vosotros, casa de Israel. [2] Cayó la virgen de Israel, no podrá ya más levantarse. Yace en tierra abandonada, no habrá quien la levante. [3] Porque así dice el Señor, Yave: La ciudad que entre en campaña con mil guerreros, se quedará con ciento; la que entre con cien, se quedará con diez en la casa de Israel. [4] Así, pues, dice Yave a la casa de Israel: Buscadme y viviréis: [5] No busquéis a Betel ni vayáis a Guilgal ni paséis a Berseba, porque Guilgal será llevada al cautiverio, y Betel será destruída. [6] Buscad a Yave y vivid, no abrase a la casa de José con un fuego devorador, sin que tenga Betel quien lo apague.

[7] Tornan el juicio en ajenjo y echan por tierra la justicia. [10] En las puertas detestan al censor y aborrecen al que habla rectamente. [11] Pues porque pisáis con vuestros pies al pobre y le exigís la carga del trigo, las casas que de piedras talladas os habéis construído no las habitaréis; de las deliciosas viñas que os habéis plantado, no beberéis el vino. [12] Por-

(1) Los versículos 8 y 9 del capítulo 5 los insertamos aquí, pues donde hoy se hallan bien se ve que están fuera de su lugar.

que yo sé lo muchas que son vuestras prevaricaciones y cuán grandes son vuestros pecados, opresores del justo, que hacéis extorsiones y en las puertas hacéis perder al pobre su causa. [13] Por eso el hombre prudente tiene que callarse ahora, porque es tiempo malo.

[14] Buscad el bien y no el mal, para que viváis y así Yave Sebaot será con vosotros, como lo decís. [15] Aborreced el mal y amad el bien y haced justicia en las puertas, y quizá Yave, Dios Sebaot, tenga piedad del resto de José. [16] Por tanto, así dice Yave Sebaot, el Señor: Habrá llantos en todas las plazas y en todas las calles clamarán: ¡Ay, ay!, y llamarán al labrador para que se duela y se lamente en las filas de las plañideras. [17] Y habrá llantos en todas las viñas, porque pasaré yo por en medio de vosotros, dice Yave. [18] ¡Ay de aquellos que desean el día de Yave! ¿Qué será de vosotros? El día de Yave es día de tinieblas, no de luz. [19] Es como quien huyendo del león, diera en el oso; como quien al refugiarse en casa y poner su mano sobre la pared fuera mordido por la serpiente. [20] ¿No es tinieblas el día de Yave y no luz, y oscuridad sin resplandor?

[21] Yo odio y aborrezco vuestras asambleas, y no me complazco en vuestras congregaciones. [22] Y si me ofrecéis holocaustos y me presentáis vuestros dones, no los recibiré, ni pondré mis ojos en los pacíficos de vuestras cebadas víctimas. [23] Aleja de mí el ruido de tus cantos, que no escucharé el sonar de tus cítaras. [24] Como agua impetuosa se precipitará el juicio; como torrente que no se seca, la justicia. [25] ¿Me ofrecisteis sacrificios y presentes en el desierto en cuarenta años, casa de Israel? [26] Ya os llevaréis a *Saccut* vuestro rey, y al astro de vuestro dios *Queram*, (1) vuestros ídolos, los que os habéis fabricado; [27] y yo os deportaré más allá de Damasco, dice Yave, cuyo nombre es Dios Sebaot.

6 [1] ¡Ay de los descuidados de Sión! ¡Ay de los confiados de Samaria! Atended a las más antiguas de las naciones e id a ellas, casa de Israel. [2] Id a Calne, pasad a Hamat, la grande, bajad a Get de los filisteos. ¿Son ellos de mejor condición que estos reinos o está el territorio de éstos mejor que el vuestro? [3] Pretendéis lejano el día de la calamidad, agarrándoos al presente en un pernicioso descuido. [4] Ved cómo se tienden en marfileños divanes e indolentes se tumban en sus lechos. Comen corderos escogidos del rebaño y terneros criados en el establo. [5] Bailan al son de la cítara e inventan, como David, instrumentos músicos. [6] Gustan del vino generoso y se ungen con óleo fino y no sienten preocupación alguna por la ruina de José. [7] Por eso irán ahora al cautiverio, a la cabeza de los deportados, y desaparecerá ese hatajo de disolutos, [8] dice Yave, Dios Sebaot.

Por su vida ha jurado el Señor, Yave: Yo abomino la soberbia de Jacob, detesto sus palacios y entregaré la ciudad con todo cuanto encierra; [9] de tal modo que si de una casa no quedaren más que diez hombres, morirán. [10] Quedará un corto número de escapados para llevarse de la casa los huesos, y el uno dirá al otro que está en el fondo de la casa: ¿Queda alguno más?, y él responderá: Ninguno. Y el otro le dirá: ¡Calla, no hay que pronunciar el nombre de Yave! [11] Porque va a dar Yave la orden y en las casas grandes abrirá brechas y grietas en las pequeñas.

[12] ¿Galopan los caballos por las rocas? ¿Se ara con bueyes el mar? Pues vosotros hacéis del juicio veneno, y del fruto de la justicia ajenjo. [13] Os envanecéis por lo de lo Debar y decís: ¿No hemos tomado con nuestra fuerza a Carnaim? [14] Pero yo voy a suscitar contra vosotros, oh casa de Israel—dice Yave, Dios Sebaot—, un pueblo que os oprimirá desde la entrada de Hamat hasta el torrente de los sauces.

Certeza e inminencia del castigo.

7 [1] El señor me dió a ver esto: El criaba langostas al tiempo en que comenzaba a crecer el heno que venía después de la siega del rey, [2] e iban a acabar de devorar las hierbas tardías y el verdor de la tierra. Yo dije: ¡Oh, Señor, Yave, ten piedad! ¿Cómo se va a sostener Jacob, estando tan débil? [3] Y Yave se arrepintió y dijo: No será así, dice Yave. [4] Hízome también ver

(1) Probablemente nombres de dioses asirios.

esto el Señor, Yave: El Señor, Yave, se aprestaba a castigar con fuego que había de devorar el gran abismo e iba a consumir la heredad. 5 Yo dije: ¡Oh, Señor, Yave! Detente. ¿Cómo se va a sostener Jacob estando tan débil? 6 Yave se arrepintió y dijo: Tampoco será esto, dice Yave.

7 También me dió a ver esto: Estaba Yave cerca de un muro de plomo, y tenía plomo en su mano. 8 Yave me preguntó: ¿Qué es lo que ves, Amós? Yo respondí: Plomo. Y el Señor dijo: Pues mira, yo voy a arrojar plomo sobre mi pueblo, Israel. Ya no le perdonaré más tiempo. 9 Los altos de Isac serán devastados, y destruídos los santuarios de Israel. Yo me alzaré con la espada contra la casa de Jeroboam. 10 Amasías, sacerdote de Betel, mandó a decir a Jeroboam. Amós está conspirando contra ti en medio de la casa de Israel. La tierra no puede ya soportar sus palabras. 11 Porque Amós va diciendo: Jeroboam morirá a la espada e Israel irá al cautiverio, lejos de su tierra.

12 Y Amasías dijo a Amós: Vidente, ve y escapa a la tierra de Judá, y come allí tu pan, haciendo el profeta. 13 Pero guárdate de volver a profetizar contra Betel, mira que éste es un santuario del rey y una casa real. 14 Amós respondió a Amasías, diciendo: Yo no soy profeta ni hijo de profeta; soy boyero y hábil en preparar los higos de sicomoro. 15 Yave me tomó de detrás del ganado, y me dijo: Ve a profetizar a mi pueblo Israel. 16 Escucha, pues, ahora la palabra de Yave: Tú me dices: no profetices contra Israel, ni hagas predicciones contra la casa de Isac. 17 Por eso dice Yave: Tu mujer será deshonrada en la ciudad, tus hijos caerán a la espada, tu tierra será repartida a cordel, tú morirás en una tierra contaminada, e Israel irá al cautiverio lejos de su tierra.

8 1 El Señor, Yave, me dió a ver esto: Era un cestillo de fruta madura; 2 y me dijo: ¿Qué es lo que ves, Amós? Yo le respondí: Un cestillo de fruta madura. Y Yave me dijo: Madura está ya la suerte de mi pueblo Israel; no le perdonaré ya más tiempo. 3 Los artesonados de los palacios aullarán aquel día, dice el Señor, Yave. Serán muchos los cadáveres y serán en silencio arrojados en cualquier lugar.

4 Escuchad esto los que aplastáis al pobre y querríais exterminar de la tierra a los infelices, 5 diciendo: ¿Cuándo pasará el novilunio, que vendamos el trigo, y el sábado que abramos los graneros, achicaremos el *efa* y agrandaremos el siclo, y falsearemos fraudulentamente los pesos? 6 Compraremos por dinero a los débiles y a los pobres por un par de sandalias, y venderemos las aechaduras del trigo. 7 Yave ha jurado por la gloria de Jacob: No olvidaré yo nunca estas cosas. 8 ¿No se ha de estremecer por eso la tierra? En duelo quedarán cuantos la habitan. Alzaráse toda ella como el Nilo, temblará y se abajará como el río de Egipto.

9 Aquel día, dice el Señor, Yave, haré que se ponga el sol al mediodía y en pleno día tenderé tinieblas sobre la tierra. 10 Tornaré en duelo vuestras solemnidades y en llanto vuestros cantos; haré que todos cubran de sacos sus riñones y se rapen las cabezas. Será duelo como el duelo por el unigénito, y su remate será día de desesperación.

11 Vienen días, dice Yave, en que mandaré yo sobre la tierra hambre y sed, no hambre de pan ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yave, 12 y errarán de mar a mar y del norte al oriente en busca de la palabra, y no la hallarán. 13 Aquel día las hermosas doncellas y los mancebos desfallecerán de sed. 14 Los que juran por el pecado de Samaria y dicen: «Vive tu Dios, Dan» y «Vive tu protector, Berseba», sucumbirán para no levantarse jamás.

9 1 Vi al Señor que estaba junto al altar, y me dijo: Rompe los capiteles, que se hunda el techo y caiga sobre las cabezas de todos, y a los que queden yo los mataré a espada. Nadie se salvará huyendo, nadie podrá escapar. 2 Aunque bajasen hasta el infierno, de allí los sacaría mi mano; aunque subiesen hasta los cielos, de allí los bajaría. 3 Aunque se escondan en la cumbre del Carmelo, allí los buscaré y los cogeré; aunque se ocultaran a mis ojos en el fondo del mar, allí mandaría yo a la serpiente para que los mordiera. 4 Cuando vayan cautivos ante sus enemigos, daré a la espada la orden de exter-

minarlos, y tendré puestos sobre ellos mis ojos para mal, no para bien.
5 El Señor, Yave Sebaot, toca la tierra y ésta se funde, y lloran todos sus habitantes; la levanta toda entera como el Nilo, y la abaja como el río de Egipto. 6 El edificó en los cielos su morada, y la fundó sobre la bóveda de la tierra. El llama a las aguas del mar y las derrama sobre la haz de la tierra, su nombre es Yave.
7 Hijos de Israel, ¿no sois para mí, dice Yave, como hijos de etíopes? ¿No hice yo subir de la tierra de Egipto a los hijos de Israel y a los filisteos de Caftor y a los arameos de Quir? 8 Ved que los ojos del Señor, Yave, están puestos sobre el reino pecador, y que yo los borraré de la haz de la tierra. Pero no destruiré del todo a la casa de Jacob, dice Yave. 9 Yo daré la orden, y zarandearé a la casa de Israel entre las gentes todas, como se zarandea con la criba; no caerá toda en masa sobre la tierra. 10 A la espada perecerán todos los pecadores de mi pueblo, que dicen: «No nos alcanzará la desdicha, no se nos acercará el mal.»

Promesa de restauración.

11 Aquel día yo levantaré el tugurio de David (1) caído, repararé sus brechas, alzaré sus ruinas, y le reedificaré como en los días antiguos, 12 para que conquisten los restos de Edom y los de todas las naciones sobre las cuales sea invocado mi nombre, dice Yave, que cumplirá todo esto. 13 Vienen días, dice Yave, en que sin interrupción seguirá al que ara el que siega, al que vendimia el que siembra. Los montes destilarán mosto y correrá de todos los collados. 14 Yo reconduciré a los cautivos de mi pueblo Israel, reedificarán sus ciudades devastadas y las habitarán; plantarán viñas y beberán su vino, harán huertos y comerán sus frutos. 15 Los plantaré en su tierra y no serán ya más arrancados de la tierra que yo les he dado, diceYave, tu Dios.

(1) Después de tantas amenazas, el profeta termina con una promesa dulce, la restauración de la tienda de David, es decir, de su reino, y la dominación sobre los pueblos vecinos. Semejante promesa implica la promesa del Mesías y de su reino, como lo interpreta el Apóstol Santiago en Act., 15. 16.

INTRODUCCION AL LIBRO DE MIQUEAS

ESTE Miqueas es distinto del Miqueas hijo de Jemla, que vivió un siglo antes, reinando Ajab en Samaria, y Josafat en Jerusalén (1 Reg. 22, 8. y siguientes). Fué natural de Morasti, aldeíta de la región de Hebrón, y profetizó en los reinados de Jotán, Ajaz y Ezequías (1, 1). Es, pues, contemporáneo de Isaías y de las invasiones asirias sobre Samaria y Judá. Sus vaticinios se dirigen contra ambos reinos, reprendiendo especialmente los abusos de los ricos y conminándoles con el castigo por medio de los asirios, al que seguirá la salud mesiánica. En estos vaticinios mesiánicos debemos señalar dos pasajes: el concurso de las naciones a Jerusalén en busca de la salud (4, 1 sigs.) que a la letra se lee en Is. 2, 2 sigs., y el origen betlemítico del Mesías (5, 1 sigs.), que cita San Mateo en su evangelio (2, 6).

MIQUEAS

Contra Israel y Judá.

1 1 Palabra de Yave que fué dirigida a Miqueas, de Morastí, en días de Jotán, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá, lo que vió sobre Samaria y sobre Jerusalén. 2 ¡Escuchad, cielos! ¡Atiende, tú, oh tierra, con todo cuanto en ella se contiene! Que el Señor, Yave, va a litigar con vosotros; el Señor, desde su santo templo, 3 pues ved que Yave

va a salir de su morada, va a descender y a hollar las cumbres de la tierra; 4 y a su paso se fundirán los montes y se derretirán los valles, como al fuego se derrite la cera, como aguas que se precipitan por un despeñadero.

5 Todo por la prevaricación de Jacob, todo por los pecados de la casa de Israel. ¿Cuál es la prevaricación de Jacob? ¿No es Samaria? ¿Cuáles son los excelsos de Judá? ¿No es Jerusalén? 6 Pues yo haré a Samaria majano en heredad de tierra de viñas, y esparciré sus piedras por el valle, y pondré al desnudo sus cimientos; 7 y todas sus esculturas serán abatidas, todas sus mercedes serán abrasadas por el fuego, todos sus ídolos serán arruinados; porque son mercedes de prostitución, y en salario de prostitución se convertirán.

8 Por eso gimo yo y me lamento, y voy descalzo y desnudo, y aúllo como los chacales y gimo como avestruz; 9 porque su desastre es irremediable y ha invadido a Judá, llegando hasta la puerta de mi pueblo, hasta Jerusalén. 10 No vayáis a pregonarlo en Get ni a llorarlo a Aco. Revolcaos en el polvo en Ofra. 11 Os han traicionado los de Safir, las ciudades de la vergüenza. No salieron a campaña los habitantes de Sidón. La casa vecina os traicionó, os negó su apoyo. 12 Los habitantes de Marot esperan sacar bien de haber descendido de Yave el mal a la puerta de Jerusalén.

13 Aparejad los carros, habitantes de Laquis. Que es el comienzo de la expiación de la hija de Sión. En ti se han reproducido las prevaricaciones de Israel. 14 Por eso habrás de aprontar la dote de Moreset Get y las casas de Acrib serán arroyo engañoso para los reyes de Israel. 15 Por eso os traeré yo a vosotros el señor, moradores de Maresa, y la gloria de Israel emigrará a Adulam. 16 Motílate y ráete, por los hijos queridos, ensancha tu calvicie como la del buitre, porque fueron deportados lejos de ti.

Los ricos.

2 1 ¡Ay de los que en sus lechos maquinan la iniquidad, y se preparan a ejecutar en amaneciendo, porque tienen en sus manos el poder! 2 Codician las heredades y las roban: las casas, y se apoderan de ellas, y violan el derecho del dueño y el de la casa, el del amo y el de la heredad. 3 Por tanto, así dice Yave: Mirad, yo estoy maquinando contra esta casa un mal de que no podréis librar vuestros cuellos, y no andaréis ya erguidos, porque vendrá el tiempo de la desventura. 4 Entonces se os dirá una sátira y se cantará de vosotros una elegía:

«Ya lo había dicho Yave: es completa nuestra ruina. Ha mudado la suerte de su pueblo. ¡Cómo arrebata para no devolver, y reparte nuestros campos!»

5 Ya no habrá quien a la suerte distribuya las heredades en la congregación de Yave. 6 ¡No claméis! Que claméis que no claméis, por esto no evitaréis el oprobio. 7 ¿No se dice la casa de Jacob: «Se ha acortado la magnanimidad de Yave; dónde están sus obras»?

¿Mis palabras no están plenas de bondad para los que siguen el camino recto? 8 Pero vosotros ayudáis al enemigo contra mi pueblo. Delante de Salmanasar arrebatáis el botín de guerra a los que confiados van su camino. 9 Arrojáis a las mujeres de mi pueblo de su querido hogar, y arrebatáis para siempre a sus hijos mi gloria. 10 Levantaos y echad a andar, que no es tiempo de holganza. Por su inmundicia será atormentado con terrible tormento.

11 No profetiza falsamente el hombre inspirado. Yo te profetizo el vino y la bebida embriagante de que rebosará este pueblo. 12 Yo te reuniré, Jacob, todo entero; yo reuniré los restos de Israel, yo le congregaré como en el peligro se congregan las ovejas, como rebaño en medio de la angustia, y llenos de espanto huirán ante el desastre. 13 Irá delante de ellos el que rompe la marcha; se abrirán una salida y la atravesarán y saldrán por ella, y delante de ellos irá su rey.

Los falsos profetas.

3 1 Yo, yo digo: Oíd, príncipes de Jacob, cabezas de la casa de Israel: ¿No os toca a vosotros conocer el derecho? 2 Aborrecen el bien y aman el mal; desuellan, arrancan la carne de sobre los huesos, y luego

de haberse comido la carne de mi pueblo y de haberle arrancado la piel, y haberle roto los huesos y haberle descuartizado como carne para la olla o carne para el caldero, [4] claman a Yave; pero Yave no los oirá, ocultará de ellos entonces su rostro, por la malicia que en todas sus obras pusieron.

[5] Así habla Yave contra los profetas que descarrían a mi pueblo, que mientras muerden con sus dientes, claman: «Paz», y al que no les da que comer le hacen la guerra. [6] Por eso la visión se os hará noche y la adivinación tinieblas, y se pondrá para los profetas el sol y el día se les oscurecerá. [7] Los videntes serán cubiertos de vergüenza, y de confusión los adivinos, y se cubrirán todos el rostro, pues Dios no dará ya respuesta.

[8] Yo, empero, estoy lleno de la fuerza del Espíritu de Yave y de autoridad y fortaleza, para denunciar a Jacob sus prevaricaciones y sus pecados a Israel. [9] Oíd, pues, cabezas de la casa de Jacob y jefes de la casa de Israel, que aborrecéis lo justo y torcéis el derecho, [10] que edificáis a Sión con sangres y a Jerusalén con crímenes. [11] Sus jueces sentencian por cohecho, sus sacerdotes enseñan por salario, sus profetas profetizan por dinero, y se apoyan sobre Yave, diciendo: ¿No está entre nosotros Yave? No nos sobrevendrá la desventura» [12] Por eso, por vosotros, será Sión arada como un campo, y Jerusalén será un montón de ruinas, y el monte del templo será un breñal.

Promesa de restauración y de paz.

4 [1] Pero al fin de los tiempos el monte de la casa de Yave se alzará a la cabeza de los montes, se elevará sobre los collados, y los pueblos correrán a él (1); [2] y vendrán numerosos pueblos, diciendo: Venid, subamos al monte de Yave, a la casa del Dios de Jacob, que nos enseñe sus caminos para que marchemos por sus sendas, pues de Sión saldrá la ley y de Jerusalén la palabra de Yave. [3] Y juzgará a muchos pueblos y ejercerá la justicia hasta muy lejos con naciones poderosas, y de sus espadas harán azadas y de sus lanzas hoces; no alzará la espada gente contra gente, ni se ejercitarán ya para la guerra. [4] Sentaráse cada uno bajo su parra y bajo su higuera, y nadie les aterrorizará, porque lo dice la boca de Yave. [5] Pues los pueblos marchan cada uno en el nombre de sus dioses, pero nosotros marcharemos siempre eternamente en el nombre de Yave, nuestro Dios.

[6] En aquel día, dice Yave, yo recogeré a la coja y traeré a la descarriada a quien yo castigué; [7] y a la coja le daré descendencia, y a la descarriada la haré un pueblo poderoso, y Yave reinará sobre ellos en el monte de Sión desde ahora para siempre. [8] Y tú, torre del rebaño, fortaleza de la hija de Sión, volverá a ti tu antiguo poderío, y la realeza que es propia de la hija de Jerusalén. [9] ¿Por qué, pues, tantos clamores? ¿No hay rey en ti o te falta tu consejero, que te dueles como con dolores de mujer en parto? [10] Te dueles y gimes, hija de Sión, como mujer en parto, porque vas a salir ahora de la ciudad, y morarás en los campos y llegarás hasta Babilonia, pero allí serás liberada, allí te redimirá Yave del poder de tus enemigos.

[11] Ahora se han juntado contra ti muchas gentes y dicen: Que sea profanada y logren verlo nuestros ojos en Sión. [12] Pero no conocen los pensamientos de Yave, no penetran sus designios. El los juntará como se juntan en la era las gavillas. [13] Alzate y trilla, hija de Sión; que yo haré tu cuerno cuerno de hierro, y tus zapatos zapatos de bronce, y aplastarás a muchos pueblos, y consagrarás a Yave sus despojos, y sus riquezas al Señor de la tierra.

El rey pacífico

5 [14] Rodéate ahora de muros, Bet-Gader. Nos cercan, hieren con la clava las mandíbulas de las tribus

(1) Este hermoso vaticinio mesiánico lo leemos también en Isaías, 2, 2, contemporáneo de Miqueas. No es fácil averiguar con certidumbre a cuál de los dos pertenece o si ambos lo tomaron de un tercer profeta. Lo cierto es que fué escrito bajo la inspiración divina y que encierra uno de los más bellos anuncios de la vocación de las gentes y de la atracción que sobre ellas ejerce la Iglesia.

de Israel. [1] Pero tú Belén de Efrata, pequeño para ser contado enstre lo millares de Judá, de ti me saldrá quien señoreará en Israel, cuyos orígenes serán de antiguo, de los días de remota antigüedad (1). [2] El los entregará hasta el tiempo en que la que ha de parir parirá, y el resto de sus hermanos volverá a los hijos de Israel, [3] y estará firme y apacentará con la fortaleza de Yave y con la majestad del nombre de Yave, su Dios, y habrá seguridad, porque su prestigio se extenderá hasta los confines de la tierra.

[4] Y así será la paz: Cuando invada Asur nuestra tierra para hollar nuestros palacios, le opondremos siete pastores y ocho hombres principales; [5] y regirán la tierra de Asur con la espada y la tierra de Nemrod con la espada desnuda. El nos librará de Asur, cuando venga contra nuestra tierra para hollar nuestro territorio. [6] Y el resto de Jacob será en medio de los pueblos como rocío de Yave, como lluvia sobre la hierba, que no tienen que esperar de nadie ni necesitan nada de los hombres. [7] Será el resto de Jacob entre las naciones, en medio de numerosos pueblos, como león en medio de las bestias del campo, como joven león en medio de rebaño que arrebata la presa, sin que haya quien se la arranque.

[8] Se alzará tu mano sobre tus enemigos, y todos tus contrarios serán exterminados. [9] Aquel día, dice Yave, quitaré de en medio de ti tus caballos y destruiré tus carros, [10] y abatiré las ciudades de tu tierra, y arruinaré todas tus fortalezas. [11] Y te quitaré de las manos tus hechicerías y no habrá más en ti agüeros; [12] y destruiré tus esculturas y tus cipos en medio de ti, y nunca más te postrarás ante la obra de tus manos; [13] y arrancaré de en medio de ti tus aseras y derribaré tus árboles, [14] y haré con ira y furor venganza en las gentes que no quisieron escuchar.

(1) Este oráculo anuncia los orígenes betlemíticos del futuro libertador de Israel. Pudiera esto entenderse de dos modos: o del origen betlemítico del Mesías, como hijo de David, o de que él mismo habría de nacer en Belén. El Señor quiso que el vaticinio se cumpliese del segundo modo, acaso para poner más de relieve el primero. San Mateo lo cita en 2, 6.

Querella de Yave contra Israel y Jerusalén.

6 [1] Oíd, pues, lo que dice Yave: ¡Levántate! ¡Queréllate contra los montes y que oigan tu voz los collados! [2] Oíd, montes, y vosotros, cimientos inconmovibles de la tierra, la querella de Yave. Porque tiene Yave querella con su pueblo y va a altercar con Israel.

[3] ¿Qué te he hecho yo, pueblo mío? ¿En qué te he molestado? Respóndeme. [4] Porque yo fuí quien te sacó de la tierra de Egipto, y te redimí de la casa de la servidumbre, y te mandé para que te guiaran a Moisés, Arón y María. [5] Acuérdate, pueblo mío, de qué fué lo que pedía Balac, rey de Moab, y qué lo que le respondió Balán, hijo de Beor, de Sitim a Guilgal, para que conozcas la rectitud de Yave.

[6] ¿Con qué me presentaré yo ante Yave y me postraré ante el Dios de lo alto? ¿Vendré a él con holocaustos, con becerros primales? [7] ¿Se agradará Yave de los miles de carneros y de las miríadas de arroyos de aceite? ¿Daré mis primogénitos por mis prevaricaciones y el fruto de mis entrañas por los pecados de mi alma?

[8] ¡Oh hombre! Bien te ha sido declarado lo que es bueno y lo que de ti pide Yave: hacer justicia, amar el bien, humillarte en la presencia de tu Dios. [9] La voz de Yave interpela a la ciudad. Sabiduría es temer tu nombre. Oye tribu, oye asamblea de la ciudad: [10] ¿Voy a perder yo de vista la casa del impío, los tesoros de la iniquidad y el detestable *efa* escaso? [11] Voy a perdonar yo a pesar de las balanzas falsas y de las bolsas de pesos fraudulentos?

[12] Por haberse llenado sus ricachos de iniquidades y haber engañado a sus habitantes con palabras mentirosas, llevando en su boca una lengua mendaz; [13] por eso me he puesto yo también a herirte y devastarte a causa de tus pecados. [14] Comerás y no te saciarás, y el hambre te roerá las entrañas; apartarás, pero no lo librarás, y lo que librares yo lo daré a la espada. [15] Sembrarás y no cosecharás, pisarás la aceituna, pero no te ungirás con su óleo; la uva, pero no beberás su vino.

[16] Has seguido los mandatos de Omri y todas las obras de la casa de Ajab, y has andado según sus con-

sejos, para que yo te entregue a la devastación y dé tus habitantes al escarnio. Llevaréis, pues, sobre vosotros el oprobio de mi pueblo.

7 [1] ¡Ay de mí, que he venido a ser como quien va a coger después de hecho el rebusco que sigue a la vendimia! No hay racimo que pueda comer, anhelando yo los frutos primeros. [2] Han desaparecido de la tierra los justos, no hay ninguno recto entre los hombres, todos acechan la sangre, todos tienden redes a su prójimo. [3] Todas las manos están prontas a hacer diestramente el mal; el príncipe hace extorsión, el juez juzga por cohecho, y el grande sentencia a su capricho, [4] y pisan al justo como a rama de zarza que sale derecha del seto. Es el día anunciado por tus atalayas, viene tu castigo, ahora vendrá tu ruina.

[5] No os fiéis del amigo, no creáis al compañero, guarda las confidencias de tu boca de la que duerme en tu seno. [6] El hijo deshonra al padre, la hija se alza contra la madre, la nuera contra la suegra, y los enemigos de cualquiera son sus mismos domésticos. [11b] Aquel día no habrá ley; [12] llegará a ti desde Asiria al Egipto y desde el Egipto al río, del uno al otro mar, del uno al otro monte, [13] y la tierra será devastada a causa de sus habitantes, por sus obras.

Esperanza de restauración.

[7] Mas yo esperaré en Yave, esperaré en el Dios de mi salvación, y mi Dios me oirá. [8] No te regocijes, pues, de mí, enemiga mía. Si caí, me levantaré; si en tinieblas estoy, Yave será mi luz. [9] Habré de soportar la ira de Yave, porque pequé contra él, pero hasta que él tome en sus manos mi causa y me haga justicia. [10] Lo verá mi enemiga y se cubrirá de vergüenza, ella que me decía: ¿Dónde está Yave, tu Dios? Mis ojos lo han de ver. Ahora será ella pisoteada como el polvo de las calles.

[11a] Es el día de reedificar tus oviles. [14] Apacienta con tu cayado a tu pueblo, el rebaño de tu heredad. A los que están aislados, establécelos en medio del Carmelo. Que se apacienten en Basán y en Galad, como en los pasados tiempos. [15] Muéstranos tus prodigios como al tiempo en que nos sacaste de Egipto. [16] Lo verán las gentes, y se avergonzarán de toda su prepotencia, pondrán en la boca su dedo y ensordecerán sus oídos. [17] Lamerán el polvo como la serpiente, como los reptiles de la tierra saldrán espantados de sus escondrijos, y despavoridos se volverán a Yave, nuestro Dios, y se sobrecogerán de temor ante ti.

[18] ¿Qué Dios como tú, que perdonas la maldad y olvidas el pecado del resto de tu heredad? No persiste por siempre en su enojo, porque ama la misericordia. [19] El volverá a tener piedad de nosotros, conculcará nuestras iniquidades y arrojará a lo hondo del mar nuestros pecados. [20] Tú serás fiel a Jacob y propicio a Abraham, como a nuestros padres se lo prometiste desde tiempos antiguos.

INTRODUCCION AL LIBRO DE NAHUM

No sabemos de Nahum sino lo que nos dice su libro, que era natural de Elcos, que, según San Jerónimo, estaba en Galilea, y más probablemente, según otros, en Judea. Vaticinó el castigo y la ruina de Nínive en el reinado de Josías (638-608), y por tanto, algunos años antes de que esta tuviera lugar.

NAHUM

Yave, Dios vengador, marcha contra Nínive.

1 [1] Oráculo sobre Nínive. Libro de la visión de Nahum, de Elcos. [2] Alef.—Yave es un Dios celoso y vengador; es vengador Yave y pronto a la ira; Yave se venga de sus enemigos y es inflexible para sus adversarios. [3] Yave es paciente y grande en poderío y no deja a nadie impune. Bet.—Marcha en el torbe-

llino y la tempestad, y las nubes son el polvo de sus pies. [4] Guímel.—Amenaza a los mares y los seca, y agota los ríos todos.

Dálet.—El Basán y el Carmelo desfallecen, y se marchita el verdor del Líbano. [5] He.—Tiemblan los montes ante él, y se disuelven los collados. Vau.—Se agita en tumulto la tierra y el mundo, sus habitantes todos. [6] Zain.—¿Quién podrá permanecer ante su ira? ¿Quién arrostrar el ardor de su cólera? Jet.—Su furor se difunde como fuego. Y ante él se quebrantan las rocas. [7] Tet.—Es bueno Yave para los que en él esperan, es seguro refugio el día de la angustia.

Yod.—Conoce Yave a los que a él se acogen, [8] y los protege cuando arrecia la tormenta. Caf.—Destruye enteramente a los que se le resisten, a sus enemigos, y los lanza a las tinieblas. [9] ¿Qué maquinas contra Yave? El destruye enteramente. Lámed.—No tiene que levantarse por segunda vez contra el enemigo, [10]b Del todo los devora, como a paja seca.

[11] Mem.—De ti salió quien maquinó contra mí perversidades, quien trazó contra mí malvados designios. [12] ac Nun.—Palabra de Yave, Señor del Cielo. Yo te humillaré de suerte que no tenga que humillarte otra vez. [10]a [12]b Sámec.—Se erizan como zarzal enredado, y como él serán cortados y perecerán.

[13] Ayin.—Yo voy a quebrantar tu cetro, yo romperé tus cadenas. Pe.—[14]c Yo extirparé de en medio de ti las imágenes talladas, y del templo de tus dioses los ídolos fundidos. [14] ab Sade.—De ti ha mandado Yave: No quedará ni memoria de tu nombre. [14]d Qof.—Haré tu sepulcro lugar ignominioso. [12]d El azote será enteramente destruído.

2 [1] Res.—¡El mensajero de paz! Mira, allí en los montes. Celebra, Judá, tus festividades, cumple tus votos, que no volverán a ensañarse contra ti. [3] Sin.—Ha restaurado Yave la viña de Jacob, ha restablecido la gloria de Israel. Tau.—En torno de lo que le arrebataron los saqueadores que devastaron sus cepas.

La ruina de Nínive.

[2] Un destructor se ha puesto en marcha contra ti; guarda la plaza fuerte, escruta el camino, cíñete los lomos, concentra todo tu poder. [4] El escudo de sus guerreros está pintado de rojo, sus soldados visten púrpura; sus carros son como hachas encendidas; al atacar sus caballos son un torbellino, [5] a través de los campos. Sus carros con estruendo ruedan por las plazas, brillan como antorchas y se lanzan como el relámpago. [6] Los príncipes se disponen a huir, van tropezando por los caminos, corren a los muros, preparan las defensas, [7] abren las puertas de las aguas, el palacio está sumido en el terror; [8] la diosa Zib es desnudada y sacada a la luz, sus servidoras lloran y gimen como palomas y se dan golpes de pecho.

[9] Nínive parece un estanque de aguas, pero de aguas que se van. ¡Alto, alto! Pero ninguno vuelve. [10] ¡Saquead la plata, saquead el oro! No tienen fin los tesoros, es una riqueza inmensa de toda suerte de preciosidades. [11] Saqueo, pillaje, devastación. Corazones llenos de espanto, rodillas temblorosas, riñones doloridos, rostros demudados.

[12] ¿Dónde está el cubil de leones, la que era guarida de cachorros de león, a donde llevaba el león a sus cachorros, donde nadie podía perturbarlos? [13] Arrebataban sus leones, y llenaban la caverna de presas y su cubil de despojos. [14] Heme aquí contra ti, dice Yave Sebaot. Yo convertiré en humo tus carros. La espada devorará a tus cachorros, yo raeré de la tierra tus rapiñas. No se oirá ya más la voz de tus embajadores.

Los crímenes de Nínive

3 [1] ¡Ay de ti, ciudad sanguinaria, toda llena de mentira y de violencia y de inexhaustas rapiñas! [2] Restallido de látigo, estruendoso rodar de ruedas, galopar de caballos y rebotar de carros; [3] jinetes enhiestos, espadas relampagueantes, lanzas fulgurantes. Muchedumbre de heridos, montones de cadáveres, cadáveres sin fin, por doquier se tropieza con cadáveres. [4] Por las numerosas fornicaciones de la ramera de encantadores atractivos, maestra en brujerías, que con sus fornicaciones seducía a los pueblos y con sus hechicerías engañaba a las naciones.

[5] Heme aquí contra ti, dice Yave

Sebaot. Yo te desnudaré, alzando hasta la cara tus vestidos, yo descubriré a los pueblos tu desnudez, yo mostraré a los reinos tus vergüenzas. 6 Yo arrojaré sobre ti todas tus inmundicias, yo te cubriré de ignominia y te daré en espectáculo. 7 Cuantos te vean se apartarán de ti, diciendo: ¡Destruída Nínive! ¿Quién se compadecerá de ella? ¿Dónde te buscaré consoladores? 8 ¿Eres tú mejor que No Amón, la que se sentaba entre ríos, la rodeada de aguas, cuya muralla eran las aguas, y tenía las aguas por baluarte? 9 Su fuerza era la Etiopía y el Egipto, no tenía fin. Put y la Libia eran sus mercenarios; 10 y con todo, se fué, se fué al cautiverio y al destierro, y sus hijos fueron estrellados en las encrucijadas de todas sus calles, y su nobles fueron echados a suertes, y sus grandes fueron cargados de cadenas.

11 También tú, también tú beberás la embriaguez y serás objeto de escarnio. También tú irás en busca de un refugio contra el enemigo. 12 Todas tus plazas fuertes son higueras con brevas, que al sacudirse caen en la boca de quien las come. 13 Mira: Tu pueblo, todos son mujeres. Las puertas se abren de par en par al enemigo en toda tu tierra. El fuego devora las barras de tus puertas. 14 Abastécete de agua para el asedio; fortifica tus plazas, pisa el barro, amasa la arcilla y coge el molde de los ladrillos. 15 Allí te devorará el fuego, allí te exterminará la espada, te devorará como devora la langosta. Hazte langosta por la voracidad, hazte langosta por la multiplicación. 16 Multiplicaste tus mercaderes más que las estrellas del cielo. La langosta se deslarva y se va. 17 Tus funcionarios son como langostas, y tus escribas como enjambre de langostas que en día de frío se amontonan en un vallado; sale el sol y se van, sin que pueda conocerse el lugar donde estuvieron.

18 Tus pastores, rey de Asur, están dormidos; tus grandes tumbados, y tu pueblo se dispersa por los montes, sin que haya quien le congregue. 19 Tu ruina no tiene remedio; espantoso es tu desastre. Cuantos lo oigan batirán palmas contra ti porque, ¿sobre quién no pesó sin tregua tu maldad?

INTRODUCCION AL LIBRO DE HABACUC

NADA sabemos de Habacuc, fuera de lo que nos dice su libro. Este consta de dos capítulos y un canto, que es el tercero. En ambas partes nos presenta a los caldeos como instrumentos de la cólera divina para castigo de Judá; pero éste, a su tiempo, recaerá sobre ellos mismos, por no haberse dado cuenta de los juicios de Dios y haber atribuído a sus ídolos los triunfos alcanzados.

HABACUC

El juicio de Yave sobre las naciones por medio de los caldeos.

1 1 Oráculo que vió Habacuc, profeta. 5 Mirad a las naciones, ved y espantaos, pues se va a cumplir en vuestros días una obra, que si os la contaran, no la creeríais.

6 Voy a suscitar a los caldeos, pueblo feroz y arrebatado, que marchará por las anchuras de la tierra, para conquistar moradas ajenas. 7 Es terrible y temible, y su derecho y su elación sólo de él emanan. 8 Sus caballos son más ligeros que el tigre, más fogosos que el lobo nocturno. Sus jinetes son iracundos; vienen de lejos, volando como el buitre, con prisa de devorar. 9 Todos vienen a la presa; delante de ellos va el terror y amontona cautivos como las arenas. 10 Se burla de los reyes, y se mofa de los príncipes; se ríe de las plazas fuertes; alza un terraplén y las toma; 11 luego, el huracán muda en dirección, y pasa. Yo voy a exponer mi querella a Dios.

¿Cómo es que triunfa la violencia y la injusticia?

[2] ¿Hasta cuándo, oh Yave, suplicaré sin que me oigas, clamaré a ti
contra la violencia, sin que mandes
tu salvación? [3] ¿Por qué me haces
ver la iniquidad, y soportar la vista
de la aflicción, y ver ante mí la
opresión y la crueldad, y se producen
pleitos y contiendas? [4] Por eso se
embota la ley y es conculcado el de-
recho, pues el impío asedia al justo,
y el derecho se tuerce. [12] ¿No eres
tú desde muy antiguo Yave, mi Dios,
mi Santo? No dejarás tú, oh Yave,
perecer al que estableciste para la
justicia y fundaste sobre roca para
ejecutar el derecho. [13] Muy limpio
de ojos eres tú para contemplar el
mal, y no puedes soportar la vista
de la opresión: ¿Por qué, pues, so-
portas a los malvados, y callas mien-
tras el impío devora al que es más
justo que él, como si hicieras a los
hombres semejantes a los peces del
mar, o a los reptiles de la tierra,
que no tienen dueño? [15] El lo pesca
todo con su anzuelo, lo apresa en
sus mallas, lo barre con sus redes, y
triunfa y se regocija; [16] y ofrece sacri-
ficios a sus mallas y ofrendas humean-
tes a sus redes, pues por ellas acre-
cienta su provisión y es pingüe su
comida. [17] Cada vez que sube, vacía
su red, y no cesa la matanza de los
pueblos sin piedad alguna.

Respuesta de Dios.

2 [1] Yo me estaré en pie en mi
puesto, en pie sobre el muro, y
quedaré observando a ver qué me
dice, y qué responde a mi querella.
[2] Y Yave me respondió, diciendo:
Escribe la visión y grábala en tablas,
de modo que pueda leerse de corrido.
[3] Porque la visión es para un tiempo
fijado, y ciertamente ha de realizarse
sin falta y sin tardanza, espérala, que
ciertamente llegará, no faltará.
[4] Mira: El de alma soberbia perece,
mas el justo por su fidelidad vivirá.
[4] ¡Cuánto más habrá de perecer el
bandido, el orgulloso, que ensancha
su codicia como el infierno, y es in-
saciable como la muerte y se apo-
dera de todas las naciones y amon-
tona todos los pueblos! [7] ¿No habrán
de alzar todos éstos contra él sátiras,
burlas y proverbios? Le dirán: ¡Ay
del que amontona lo ajeno, y acre-
cienta sin cesar el peso de la deuda!
[7] ¿No se alzarán de repente tus acree-
dores, no se levantarán tus exactores
y serás presa de ellos? [8] Tú has des-
pojado a muchas gentes, y ellas te
despojarán a ti por tus matanzas de
hombres, tus violencias contra la
tierra, la ciudad y cuantos la habitan.
[9] ¡Ay del que codicioso enriquece
injustamente su casa, y quiere poner
muy en alto su nido, para escapar
al infortunio. [10] Con tu proceder has
hecho segura la vergüenza de tu casa,
asolaste muchos pueblos y debes tu
vida; [11] porque chilla en el muro la
piedra, y la responde en el enmade-
rado la viga. [12] ¡Ay del que edifica
con sangre la ciudad, y la cimenta
sobre la iniquidad! [13] ¿No es de Yave
Sebaot: Que los pueblos trabajan
para el fuego y las gentes se fatigan
por la vanidad? [14] Pero llenaráse la
tierra de la gloria de Yave, como
llenan las aguas el mar.
[15] ¡Ay del que da a beber al prójimo su cáliz emponzoñado hasta em-
briagarle, para descubrir su desnudez!
[16] Bebe tú a tu vez a saciedad la
vergüenza, en lugar de la honra, hasta
emborracharte. A ti se te dará el
cáliz de la diestra de Yave, y en vez
de la gloria, tu vergüenza. [17] Porque
han de caer sobre ti las rapiñas del
Líbano, y la destrucción de los ani-
males te será motivo de terror, y las
matanzas de hombres y el asola-
miento de la tierra y de las ciudades
y de cuantos las habitaban.
[19] ¡Ay del que dice al leño: Des-
pierta, y a la piedra: Levántate! Esos
no enseñan sino a enmudecer. Están
cubiertos de oro y de plata, pero
no hay en ellos hálito de vida. [18] ¿De
qué sirve la escultura que su autor
esculpió, de qué la imagen fundida
y el oráculo mendaz, para que el
que la hizo ponga en ella su con-
fianza, por haberse fabricado vanida-
des mudas? [20] Yave mora en su santo
palacio. ¡Calla ante él, oh tierra toda!

Plegaria y canto triunfal del profeta.

3 [1] Plegaría de Habacuc, profeta
sobre los sigyonot.
[2] Yo te oí anunciarlo, ¡oh Yave!,
y me llené de espanto ante tus
designios. Dales vida, ¡oh Yave!,
en el transcurso de los años, mani-

fiéstalos en medio de los tiempos, y en la ira acuérdate de hacer misericordia.
3 Llega Dios de Temán, viene el Santo del monte de Farán. Sela. Su majestad cubre los cielos, y la tierra se llena de su gloria. 4 Hay un resplandor de luz, de sus lados salen rayos, y vela con él la majestad de su poder. 5 Delante de él va la mortandad, y a su zaga va el azote. 6 Al levantarse él hace temblar a la tierra, y su mirada conmueve las naciones. Los montes eternos se resquebrajan, y se abajan los eternos collados, sus antiguos caminos.
7 En pago de la iniquidad llenaste de terror las tiendas de Cusán, y temblaron las tiendas de la tierra de Madián. 8 ¿Acaso se enciende tu ira contra los ríos, o es contra los mares tu furor, cuando subes sobre tus caballos y sobre tus carros de victoria? 9 Aparece al desnudo tu arco y llenas de saetas tu aljaba, Sela, y hiendes con torrentes la tierra. 10 A tu vista tiemblan las montañas e irrumpen diluvios de aguas; alza su voz el abismo y levanta sus manos a lo alto, 11 el sol y la luna se quedan en sus moradas, y para alumbrar vuelan tus saetas y fulgura tu lanza.
12 En tu ira huellas las naciones, y en tu furor trillas a los pueblos. 13 Saliste a campaña para salvar a tu pueblo para la salvación de tu ungido, abatiendo la cúspide de la casa del impío, desnudando sus cimientos hasta la roca, Sela. 14 Horadaste con tu cayado la cabeza del Faraón; 15 te metiste con tus caballos en el mar, en el hervidero de montañas de agua, que como torbellino avanzaban exultantes para dispersarnos, para devorar ocultamente al desvalido.
16 Yo oí, y se estremecieron mis entrañas, al estruendo me faltó la palabra; se reblandecieron mis huesos y mis pasos se hicieron vacilantes. Tranquilo esperaré el día de la angustia, que ha de venir del pueblo que ha de oprimirnos.
17 Que no dé sus yemas la higuera, que no den sus frutos las vides, que falte la cosecha del olivo y no den mantenimiento los campos; que desaparezcan del redil las ovejas, no haya bueyes en los establos, 18 yo siempre me alegraré en Yave y me gozaré en el Dios de mi salvación. 19 Que es Yave mi Señor, mi fortaleza, que me da pies como de ciervo, y me hace correr por las alturas. Al maestro del canto. A las cuerdas.

INTRODUCCION AL LIBRO DE SOFONIAS

SOFONIAS parece, según el epígrafe de su libro (1, 1), descendiente del rey Ezequías. Vaticinó en los días de Josías, hijo de Amón (678-608), antes de la caída del imperio asirio (612). Anunció el juicio de Dios sobre Judá y las naciones, sin excluir a Nínive, que será convertida en soledad, en desierto, en guarida de fieras (2, 13 sigs.). Termina anunciando la cesación del cautiverio y la restauración mesiánica, en que participarán todos los pueblos.

SOFONIAS

El día de Yave.

1 1 Palabra de Yave dirigida a Sofonías, hijo de Cusi, hijo de Guedalías, hijo de Amarías, hijo de Ezequías, en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá.
2 Yo haré perecer cuanto hay sobre la haz de la tierra, dice Yave. 3 Haré perecer hombres y animales, las aves del cielo y los peces del mar. Yo haré tropezar a los impíos y exterminaré a los hombres de sobre la haz de la tierra, dice Yave. 4 Yo tenderé mi mano sobre Judá y sobre todos los moradores de Jerusalén, y exterminaré de este lugar los restos de Baal, y el nombre mismo de los arús-

pices de entre los sacerdotes, y a los
que en los terrados se postran ante
la milicia de los cielos, y a los que
postrándose ante Yave juran por
Milcom, [6] y a los que se apartan de
Yave y no le buscan ni se acuerdan de él.
[7] ¡Silencio en la presencia del Señor,
Yave! Porque se acerca el día de Yave.
Porque ha preparado Yave un ban-
quete, y ha prevenido ya a sus invi-
tados. [8] Y sucederá en el día del
banquete de Yave, que haré yo jus-
ticia en los príncipes y en la casa
del rey, y en todos los que se visten
vestiduras extranjeras. [9] Y haré aquel
día justicia en los que corretean por
las calles e hinchen las casas de sus
señores de rapiñas y de fraudes.
[10] Y se alzarán aquel día, dice Yave,
gran gritería desde la puerta del pesca-
do y gran clamor desde la ciudad nue-
va y gran estruendo desde las colinas.
[11] Lamentaos, moradores de la
Muela, porque todo vuestro pueblo
de mercaderes ha sido destruído, han
sido exterminados todos los que
traían las cargas de plata. [12] Sucederá
aquel día que escudriñaré yo a Jeru-
salén con linternas, y haré justicia
en los que se sientan sobre sus heces,
diciéndose en su corazón: No hace
Yave ni bien ni mal. [13] Su opulencia
será dada al pillaje y asoladas sus
casas. Levantarán casas y no las ha-
bitarán, plantarán viñas y no beberán
su vino. [14] Se acerca, se acerca
el gran día de Yave, viene presuroso;
el estruendo del día de Yave es ho-
rrible, hasta los más fuertes lanzan
gritos de angustia. [15] Día de ira es
aquél, día de angustia, de congoja,
día de ruina y asolamiento, día de ti-
niebla y de oscuridad, día de sombras
y densos nublados, [16] día de trompeta
y alarma en las ciudades fuertes y
en las altas torres.
[17] Yo aterraré a los hombres, que
andarán como ciegos; por haber pe-
cado contra Yave, su sangre será de-
rramada como se derrama el polvo y
tirados sus cadáveres como estiércol.
[18] No podrá su plata ni su oro librarlos
el día de la ira de Yave, pues toda la
tierra será consumida por el fuego
de su furor y consumará la ruina, la
pérdida apresurada de todos los mo-
radores de la tierra.

Exhortación a la penitencia.

2 [1] Ajustaos a la regla y arreglaos,
pueblo rebelde, [2] antes que la
cólera os pulverice como tamo, antes
que caiga sobre vosotros el ardor de
la ira de Yave, antes que llegue sobre
vosotros el día de la ira de Yave.
[3] Buscad a Yave los humildes de la
tierra; cumplid su ley, practicad la
justicia, buscad la mansedumbre, y
quizá quedaréis al abrigo el día de
la ira de Yave.

Sobre los filisteos.

[4] Porque Gaza será abandonada, y
Ascalón asolada, Azoto saqueada en
pleno día, y Acarón extirpada. [5] ¡Ay
de los habitantes de la costa del mar,
del pueblo de los cereteos! La pa-
labra de Yave se alza contra vos-
otros. Canán, tierra de filisteos, yo
te destruiré hasta no dejar en ti habi-
tante. [6] Y Queret se convertirá en
pastizales de pastores y rediles para
las ovejas. [7] La región será para el
resto de Judá, allí apacentará. Dor-
mirán por la noche en las casas de
Ascalón, porque los visitará Yave,
su Dios, y los restaurará.

Sobre Moab y Ammón.

[8] Yo he oído los ultrajes de Moab
y los denuestos de los hijos de Ammón,
que afrentaron a mi pueblo y se en-
grandecieron con su territorio. [9] Y
por mi vida, dice Yave Sebaot, el
Dios de Israel, que Moab será como
Sodoma y los hijos de Ammón como
Gomorra, ortigales, mina de sal y
campo de eterna devastación. El
resto de mi pueblo los saqueará, y los
sobrevivientes de mi pueblo los he-
redarán. [10] Este será el pago de su
soberbia, por haber ultrajado a mi
pueblo y haberse insolentado contra
el pueblo de Yave Sebaot. [11] Yave
será terrible contra ellos y destruirá
a todos los dioses de la tierra; y todos,
cada uno desde su lugar y todos los
de las islas de las gentes, le ado-
rarán.

Sobre la Etiopía y la Asiria.

[12] También vosotros, los cusitas,
seréis destruídos por mi espada. [13] Y
tenderá su mano hacia el aquilón y
destruirá a Asur y hará de Nínive
un campo de devastación, árido como
desierto. [14] En medio de él dor-

mirán los rebaños y todos los animales de los pantanos, el pelícano y el alcaraván harán su morada en sus capiteles. En los huecos canta un murmullo; en los atrios, desolación; los artesonados de cedro, arrancados. 15 Hela aquí, la ciudad soberbia y llena de confianza en sí misma, que se decía: «Yo y nadie más que yo.» ¡Cómo ha sido devastada y hecha guarida de bestias! Cuantos pasen cerca de ella silbarán y moverán sus manos.

Sobre Jerusalén.

3 1 ¡Ay de la rebelde, de la contaminada, de la ciudad opresora! 2 No quiso escuchar, no se dejó enseñar, no quiso acercarse a su Dios. Sus príncipes son rugientes leones, sus jueces lobos nocturnos, que no dejan hueso que roer a la mañana. 4 Sus profetas son hombres vanos y pérfidos, sus sacerdotes profanan las cosas santas y falsean la ley. 5 Yave es justo en medio de ella, no hace él iniquidad; todas las mañanas establece su juicio para alumbrar, no falta nunca y no hay en él iniquidad.

6 Yo he exterminado a los soberbios y he asolado sus torres y devastado sus caminos, sin que haya quien pase por ellos, y sus ciudades fueron saqueadas y no queda en ellas morador. 7 Me dije: De cierto me temerás y te corregirás; no dejará de advertir los castigos con que yo la he castigado; pero se dió a corromper más y más sus caminos. 8 Por eso, dice Yave, esperadme, para el día en que me levantaré para juzgaros. Porque es mi propósito reunir a las gentes y juntar a los reinos, para derramar sobre ellos mi ira, porque la tierra toda será consumida por el ardor de mi cólera.

La restauración.

9 Entonces devolveré yo a los pueblos labios limpios, para invocar todos el nombre de Yave y servirle de común acuerdo. 10 Mis adoradores, mi dispersión, me traerá ofrendas desde más allá de Cus. 11 Entonces no te avergonzarás ya de las rebeliones con que te rebelaste contra mí, porque yo quitaré de en medio de ti a tus fanfarrones jactanciosos y no te ensoberbecerás por mi monte santo. 12 Dejaré en medio de ti como resto un pueblo humilde y modesto, que esperará en el nombre de Yave. 13 El resto de Israel no hará iniquidad, no dirá mentira, no tendrá en su boca lengua mendaz, y se apacentarán y dormirán sin que haya nadie que los espante.

14 ¡Canta, hija de Sión! Da voces jubilosas, Israel! Regocíjate con todo el corazón, hija de Jerusalén! 15 Que Yave ha revocado los decretos dados contra ti y rechazado a tu enemigo. El rey de Israel, Yave, está en medio de ti. No verás más el infortunio. 16 Aquel día se dirá a Jerusalén: No temas, Sión. Que no se caigan tus manos, 17 que está en medio de ti Yave, como poderoso salvador; se goza en ti con transportes de alegría, te ama con delirio. 18a ¡Ay de los que pretendan afrentarte! (1).

19a Aquel día arruinaré yo enteramente a tus opresores, 18b y destruiré del todo a los que te oprimieron. 19b Y salvaré a la coja y recogeré a la descarriada y las haré objeto de alabanzas, y su confusión la haré gloria de la tierra toda, 20 al tiempo en que yo os colmaré de bienes, al tiempo en que yo os reuniré. Porque yo os haré objeto de gloria y alabanza entre todos los pueblos de la tierra, cuando a vuestros ojos haré retornar a vuestros cautivos, dice Yave.

---

(1) El día del Señor, que el profeta anuncia, será un juicio sobre todas las naciones que recibirán su castigo, mientras que Israel, purificado por el cautiverio, se convertirá a Yave, que le recibirá. Entonces Sión cantará alegre, tanto más que ve el castigo de cuantos le maltrataron.

INTRODUCCION AL LIBRO DE JOEL

NADA nos dice la Escritura de Joel, hijo de Patuel, del cual sólo sabemos lo que se halla en sus oráculos. La sentencia más probable es que vivió en Judá, después de la vuelta de la cautividad. Su vaticinio es escatológico. Empieza por describirnos una asoladora invasión de langosta que había devas-

tado el territorio hasta hacer que faltase la oblación en el templo. Tales invasiones no son raras en Palestina, sobre todo en Judea. En la orilla oriental del mar Muerto se incuba de continuo la langosta, y si las circunstancias le son favorables se multiplica, y salvando el mar, invade la Judea. Los estragos de tal invasión sirven de base al profeta para describir los del «día d l Señor», que vendrá sobre Israel y sobre todas las naciones, día de justicia y día también de misericordia mesiánica, por la efusión del espíritu divino en Israel. (Vid. Act. 2, 17 sigs.)

JOEL

La terrible plaga de langosta devasta la tierra.

1 [1] Palabra de Yave, llegada a Joel, hijo de Petuel.
[2] Oíd esto, viejos. Escuchad, habitantes todos de esta tierra, a ver si sucedió en vuestros días cosa semejante. [3] Contádselo a vuestros hijos, y que se lo cuenten éstos a sus hijos, y sus hijos a la generación venidera. [4] Lo que dejó el *garam*, lo devoró el *arbe*; lo que dejó el *arbe*, lo devoró el *jelec*; lo que dejó el *jelec*, lo devoró el *jasil* (1).
[5] Despertaos, borrachos, y llorad; gemid los bebedores de vino; que os han quitado el vino de la boca. [6] Ha invadido mi tierra un pueblo fuerte, innumerable. Sus dientes son dientes de león, sus mandíbulas mandíbulas de leona. Ha devastado mis viñas, ha roto mis higueras, las descortezó, las derribó, dejándolas del todo blancas. [8] Laméntate como la doncella que viste saco por el prometido de su juventud. [9] Ha cesado la ofrenda y la libación en la casa de Yave. Los sacerdotes, ministros de Yave, están en duelo. [10] Los campos devastados, la tierra en luto, porque el trigo está seco, destruído el vino, perdido el aceite.
[11] Confundíos, labradores, gritad, viñadores, por el trigo y la cebada, porque no hay cosecha. [12] La viña está en la confusión, la higuera enferma; el granado, la palmera, el manzano y todos los árboles del campo, secos. La alegría ha huído avergonzada de entre los hombres. [13] Ceñíos y lamentaos, sacerdotes. Llorad, ministros del altar. Venid, pasad la noche cubiertos de saco, ministros de mi Dios. Porque las ofrendas y libaciones han desaparecido de la casa de vuestro Dios. [14] Promulgad ayuno, pregonad asamblea santa, congregad a los ancianos y a todo el pueblo de la tierra en la casa de Yave, vuestro Dios, y clamad a Yave. [15] ¡Ay, aquel día, el día de Yave se acerca! Vendrá como asolación del Todopoderoso. [16] ¿No ha desaparecido de vuestros ojos todo mantenimiento? ¿No ha huído la casa de nuestro Dios toda alegría? [17] La simiente se pudre debajo de los terrones; los graneros están vacíos, los alfolíes destruídos, y ya no hay nada de trigo.
[18] ¡Cómo mugen las bestias! Los hatos de bueyes andan locos por no tener pastos, y perecen los rebaños. [19] ¡Oh Yave, a ti clamo! Que el fuego ha consumido los prados del llano, y las llamas han abrasado todos los árboles del campo. [20] Las bestias salvajes se vuelven a ti también ávidas, porque se han secado las corrientes de aguas, y el fuego ha devorado los prados del llano.

(1) Son cuatro nombres con que se denominan o cuatro especies de langosta o cuatro diversos estados de ella en su desarrollo. No teniendo en nuestra lengua nombres correspondientes, no hacemos más que trascribir los hebreos.

Exhortación a la penitencia.

2 [1] Tocad la trompeta en Sión, dad en mi monte santo la voz de alarma. Tiemblen los habitantes todos de la tierra, que se acerca el día de Yave. Ya está cerca. [2] Día de tinieblas y oscuridad, día de nublados y sombras. Se extiende sobre los montes como la luz del alba, muchedumbre inmensa, fuerte, como desde los siglos no se vió ni se verá después jamás por generaciones de generaciones. [3] Delante de ellos el fuego va consumiendo y detrás la llama abrasa. Aunque delante de ellos fuera la tierra un paraíso de Edén, detrás

se convierte en desolado desierto, nada queda.
4 Parecen caballos, y como caballos se precipitan. 5 Como ruido de carros que botaran por las cimas de los montes, como el crepitar de las ardientes llamas, que devoran la paja. Son un pueblo fuerte en orden de batalla. 6 Ante ellos las gentes se llenan de zozobra, todos los rostros se demudan. 7 Corren como guerreros, asaltan los muros como soldados, marchan cada uno por su senda y no confunden los caminos; 8 ni aprieta ninguno a su vecino, va cada uno en su pelotón, y aun atravesando por entre las armas no se hieren. 9 Asaltan la ciudad, corren por las murallas, escalan las casas, y entran por las ventanas como ladrones. 10 Ante ellos tiembla la tierra, se conmueve el cielo, se oscurecen el sol y la luna y las estrellas extinguen su brillo.
11 Yave hace resonar su voz ante sus ejércitos. Su campamento es inmenso y fuerte para ejecutar sus órdenes. Grande es el día de Yave, sobremanera terrible; ¿quién lo podrá sufrir? 12 Por eso, pues, ahora, dice Yave, convertíos a mí, de todo corazón, en ayuno, en llanto y en gemido. 13 Rasgad vuestros corazones, no vuestras vestiduras, y convertíos a Yave, vuestro Dios, que es clemente y misericordioso, tardo a la ira, grande en misericordias y se arrepiente de castigar. 14 ¿Quién sabe si mudando de consejo no se arrepentirá, y dejará tras sí bendición para ofrenda y libación a vuestro Dios?
15 Tocad la trompeta en Sión, promulgad ayuno, pregonad asamblea. 16 Reunid al pueblo, ordenad congregación, convocad a los ancianos, reunid a los niños, aun los que cuelgan de los pechos. Que deje el esposo su cámara y su tálamo la esposa. 17 Entre el pórtico y el altar lloren los sacerdotes, ministros de Yave, diciendo: ¡Ten piedad de tu pueblo, oh Yave, y no des al oprobio a tu heredad, para que se enseñoreen de ella las gentes! ¿Por qué han de poder decir las gentes: Dónde está su Dios?

El perdón.

18 Entonces Yave, encendido en celo por su tierra, perdonó a su pueblo, 19 y respondiéndole dijo: Os mando el trigo, el mosto y el aceite, y os saciaréis, no os haré ya más el oprobio de las gentes. 20 Alejaré de vosotros al norteño y le echaré a tierra desierta y árida, poniendo sus vanguardias hacia el mar oriental y su retaguardia hacia el mar occidental, y subirá su hedor, y exhalará hediondez, pues hace Yave grandes cosas.

La prosperidad.

21 No temas, tierra; alégrate y gózate, porque son muy grandes cosas las que hace Yave. 22 No temáis, animales del campo, que reverdecerán los pastos del desierto y darán fruto los árboles del campo, y la higuera y la vid los suyos. 23 Alegraos y gozaos también, hijos de Sión, en Yave vuestro Dios, que os dará la lluvia a su tiempo y hará descender sobre vosotros la temprana y la tardía de otras veces. 24 Y rebosarán de trigo las eras y de vino y aceite los lagares. 25 Y os restituiré lo que comieron el *garam*, el *arbe*, el *jelec* y el *jasil*, mi gran ejército, que mandé contra vosotros. 26 Y comeréis hasta la saciedad y alabaréis el nombre de Yave, vuestro Dios, que hizo con vosotros maravillas, y jamás será confundido mi pueblo. 27 Y sabréis que en medio de Israel estoy yo, y que yo soy Yave, vuestro Dios, y no hay otro, y jamás será mi pueblo confundido.

La efusión del espíritu de Yave.

28 Y después de esto derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros ancianos tendrán sueños, y vuestros mozos verán visiones. 29 Y aun sobre vuestros siervos y siervas derramaré mi espíritu en aquellos días; 30 y haré prodigios en el cielo, y pondré en la tierra sangre y fuego y columnas de humo. 31 Y se cubrirá de tinieblas el sol y de sangre la luna, antes que venga el día grande y terrible de Yave. 32 Y todo el que invocare el nombre de Yave será salvo, porque en el monte de Sión y en Jerusalén estará el resto de los salvados, como lo ha dicho Yave, y lo mismo será de los escapados llamados por Yave.

El juicio de las gentes todas.

3 [1] Porque mirad, en esos días
cumpliré yo la restauración de
Judá y de Jerusalén, [2] y reuniré a
todas las gentes y los llevaré al valle
de Josafat, y discutiré con ellos la
causa de mi pueblo y de mi heredad,
Israel, que ellos dispersaron entre las
naciones, repartiéndose mi tierra,
[3] echando suerte sobre mi pueblo,
dando un mozo por una prostituta
y una doncella por vino que se be-
bían. [4] Y vosotros también. ¿Qué
sois vosotros para mí, Tiro y Sidón,
y todos los términos de la Filistea?
¿Es que queréis vengaros de mí?
Pues en cuanto vosotros hagáis algo
contra mí, yo haré recaer vuestra
acción sobre vuestra cabeza. [5] Vos-
otros, que os llevásteis mi plata y
mi oro, y metísteis mis tesoros en
vuestros palacios; [6] que vendisteis
los hijos de Judá y los hijos de Jeru-
salén a los hijos de los griegos, para
que los llevasen lejos de su tierra,
[7] veréis que yo los levantaré del lugar
para donde los vendisteis y haré
recaer vuestra acción sobre vuestra
cabeza; [8] y venderé vuestros hijos
y vuestras hijas a los hijos de Judá,
para que ellos los vendan a los sabeos,
nación apartada, dice Yave.

La escena.

[9] Pregonad esto entre las gentes,
proclamad la guerra, despertad a
los valientes, vengan, lléguense todos
los hombres de guerra. [10] Forjad
espadas de vuestros azadones, lanzas
de vuestras hoces; diga el flaco:
«Yo soy fuerte.» [11] Juntaos y venid,
gentes todas de en derredor, y con-
gregaos; haz bajar allá, ¡oh Yavel,
a tus guerreros. [12] Que se alcen las
gentes y marchen al valle de Josafat,
porque allí me sentaré yo a juzgar
a todos los pueblos de en derredor.
[13] Meted la hoz que está ya madura
la mies. Venid, pisad, que está lleno
el lagar y se desbordan las cubas,
porque es mucha su maldad.
[14] Muchedumbres, muchedumbres
en el valle del juicio, porque se acerca
el día de Yave en el valle del juicio.
[15] El sol y la luna se oscurecen y las
estrellas pierden su brillo.

Seguridad y prosperidad del pueblo de Dios.

[16] Ruge Yave desde Sión y hace oír
su voz desde Jerusalén; los cielos y la
tierra se conmueven, pero Yave será
un refugio para su pueblo y una forta-
leza para los hijos de Israel. [17] Sabréis
que yo soy Yave, vuestro Dios,
moradores de mi monte santo; santa
será Jerusalén, y no pasarán por ella
los extraños.
[18] En aquellos días destilarán mosto
los montes, leche los collados, y co-
rrerán las aguas por todas las torren-
teras de Judá y saldrá de la casa de
Yave una fuente que regará el valle
de Sittim. [19] Será destruído el Egipto,
Edom será un desolado desierto, por
el cruel trato dado a los hijos de
Judá, derramando en su tierra sangre
inocente. [20] Judá será por siempre
habitado, y Jerusalén por genera-
ciones y generaciones. [21] Yo vengaré
su sangre, no la dejaré impune y
Yave morará en Sión.

INTRODUCCION AL LIBRO DE JONAS

EL libro de Jonás se distingue de los de otros profetas, por contarnos la historia del profeta una persona distinta de él. De Jonás se cuenta en II Reg. 14, 25 que vaticinó las conquistas de Jeroboam II, pero nada más sabemos de su ministerio. Nínive se debatía entonces en guerras intestinas, a las que puso fin un hombre enérgico, elevado al trono desde humilde origen, Teglatfalasar III (745). El tema fundamental del relato es claro: Poner de relieve la misericordia de Dios para con los pecadores arrepentidos, aun cuando sean extraños a su pueblo. Lo que no querían entender los judíos en la predicación de Jesús. Sobre la naturaleza del relato, ya los antiguos disputaban y se daban sentencias diversas, sin que los modernos hayan venido a un acuerdo.

Algunos consideran el libro como una parábola. Mas la opinión que podemos llamar tradicional en la Iglesia defiende la historicidad de la narración.

JONAS

La orden de ir a Nínive.

1 [1] Llegó a Jonás, hijo de Amitai, palabra de Yave, diciendo: [2] Levántate y ve a Nínive, la ciudad grande, y anúnciales que su maldad ha subido ante mí.

Desobediencia y fuga del profeta.

[3] Levantóse Jonás (1), para huir lejos de Yave, a Tarsis; bajó a Jope y halló un barco que estaba para ir a Tarsis; pagó el pasaje y entró en él, para irse con ellos a Tarsis, lejos de Yave.

La tormenta en el mar.

[4] Yave levantó en el mar un violento huracán, y fué tal la tormenta en el mar, que creyeron se rompería la nave. [5] Llenos de miedo, los marineros invocaban cada uno a su dios, y echaron al mar lo

(1) Según la sentencia más probable Tarsis estaba en la provincia de Huelva, y en ella los fenicios tenían instalados puestos de tráfico.

que llevaban en la nave, para aligerarla de ello.

Jonás, que había bajado al fondo de la nave, se había acostado y dormía profundamente. 6 Llegóse a él el patrón del barco y le dijo: ¿Qué estás ahí tú durmiendo? Levántate y clama a tu dios. Quizá se cuidará Dios de nosotros y no pereceremos. 7 Dijéronse unos a otros: Vamos a echar suertes (1) a ver por quién nos viene este mal. Echaron suertes, y la suerte cayó sobre Jonás. 8 Dijéronle: A ver de dónde vienes, cuál es tu tierra y de qué pueblo eres. 9 El les respondió: Yo soy hebreo y sirvo a Yave, Dios de los cielos, que hizo los mares y la tierra.

10 Aquellos hombres se atemorizaron sobremanera, y le dijeron: ¿Por qué has hecho esto? Pues sabían que iba huyendo de Yave, porque él se lo había declarado. 11 Dijéronle: ¿Qué vamos a hacer contigo para que el mar se nos aquiete? Porque el mar iba embraveciéndose cada vez más. 12 El les respondió: Cogedme y echadme al mar, y el mar se os aquietará, pues bien sé yo que esta gran tormenta os ha sobrevenido por mí.

Jonás es arrojado al mar.

13 Aquellos hombres hicieron por volver la nave a tierra, mas no pudieron, pues el mar cada vez más se embravecía. 14 Entonces clamaron a Yave, diciendo: (2) ¡Oh Yave! Que no perezcamos nosotros por la vida de este hombre, y no nos imputes sangre inocente, pues tú, ¡oh Yave!, has hecho como te plugo. 15 Y cogiendo a Jonás le echaron al mar, y el mar se aquietó en su furia. 16 Temieron aquellos hombres a Yave, y le ofrecieron sacrificios y le hicieron votos.

(1) La suerte era en la antigüedad uno de los modos de conocer la voluntad divina o de dar con la verdad.

(2) Los marineros son sin duda fenicios y por tanto gentiles, pero aun admitiendo muchos dioses, no niegan al Dios de los hebreos y conciben como cosa razonable que pueda estar irritado éste contra uno de sus adoradores. Arrojándole al mar se aplacará, y hará cesar la tormenta.

Jonás, en el vientre del cetáceo.

2 1 Yave había dispuesto (1) un pez muy grande para que tragase a Jonás, y Jonás estuvo en el vientre del pez por tres días y tres noches. 2 Desde el vientre del pez dirigió Jonás su plegaria a Yave, su Dios, diciendo:

3 Clamé a Yave en mi angustia y él me oyó; desde el seno clamé y tú me oíste, 4 echásteme a lo profundo, al seno de los mares; envolviéronme las corrientes; todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí.

Oración.

5 Y dije: Arrojado soy de delante de tus ojos, pero todavía podré contemplar tu santo templo. 6 Las aguas me estrecharon hasta el alma, envolviéndome el abismo, las algas se enredaron a mi cabeza. 7 Había bajado ya a las bocas del sepulcro, la región cuyos cerrojos son barras eternas; pero tú, Yave, mi Dios, salvaste mi alma del sepulcro. 8 Cuando desfallecía mi alma me acordé de Yave, y mi súplica llegó a su santo templo.

9 ¡Cómo se sustraen a su misericordia, los que siguen a las mentirosas vanidades! 10 Pero yo te ofreceré a ti víctimas acompañadas de alabanzas, cumpliré mis votos. De Yave es la salvación.

Liberación.

11 Dió Yave orden al pez, y éste vomitó a Jonás en la playa.

Predicación de Jonás en Nínive.

3 1 Llegó por segunda vez a Jonás la palabra de Yave, diciendo: 2 Levántate y ve a Nínive, la ciudad grande, y pregona en ella lo que yo te diré: 3 Levantóse Jonás y fuése a Nínive, según la orden de Yave. Era Nínive una ciudad grande sobremanera, de tres días (2) de camino.

(1) Qué pez sea éste y cómo pudo vivir en él Jonás por espacio de tres días y pronunciar el salmo que sigue es una de las graves dificultades del libro, a que aludimos en la introducción.

(2) «Tres días de camino» significa que Jonás los necesitaba para hacer oír su mensaje en todos los barrios de la gran ciudad.

4 Y comenzó Jonás a penetrar en la ciudad camino de un día, y pregonaba diciendo: De aquí a cuarenta días será destruída Nínive. 5 Las gentes de Nínive creyeron a Dios y pregonaron ayuno, y se vistieron saco desde el más grande al más pequeño (1).

Penitencia de los ninivitas.

6 Llegó la cosa al rey de Nínive, y levantándose de su trono, se desnudó sus vestiduras, se vistió de saco y se sentó sobre el polvo, 7 e hizo pregonar en Nínive una orden del rey y de sus príncipes, diciendo: Hombres y animales, bueyes y ovejas, no probarán bocado, no comerán nada ni beberán agua. 8 Cúbranse de saco hombres y animales, y clamen a Dios fuertemente, y conviértase cada uno de su mal camino, de la rapiña de sus manos. 9 ¡Quién sabe si se volverá Dios, y se arrepentirá del furor de su ira, y no pereceremos!

Perdón.

10 Vió Dios lo que hicieron, convirtiéndose de su mal camino; y arrepintiéndose del mal que les dijo había de hacerles, no lo hizo.

Despecho de Jonás y reprensión de Dios.

4 1 Apesadumbróse sobremanera Jonás; se enojó (2), 2 y oró a Yave, diciendo: ¡Cómo, Yave! ¿No es lo que ya me decía yo estando en mi tierra? Por eso, precaviéndome, quise huir a Tarsis, pues sabía que tú eres Dios clemente y piadoso, tardo a la ira, de gran misericordia, y que te arrepientes del mal. 3 Ahora, pues, Yave, mátame, te ruego, porque mejor me es la muerte que la vida. 4 Díjole Yave: ¿Te parece que haces bien con enojarte tanto?

5 Salióse Jonás de la ciudad y se sentó al lado oriental de ésta, y haciéndose un chozo metióse en él a la sombra, hasta ver lo que era de la ciudad. 6 Dispuso Yave Dios un ricino, que creció hasta por encima de Jonás, y haciendo sombra sobre su cabeza, le defendía del calor. Jonás se alegró mucho por el ricino. 7 Pero dispuso Dios un gusano que a la mañana siguiente atacó al ricino, y éste se secó. 8 Al salir el sol mandó Dios un recio viento solano, y el sol hirió en la cabeza a Jonás, que angustiado se deseaba la muerte, diciendo: ¡Mejor sería para mí morir que vivir!

9 Entonces dijo Yave a Jonás: ¿Tanto enojarte por el ricino? Y él respondió: Sí, mucho me enojo, hasta la muerte. 10 Y Yave le dijo: ¡Ah! Tú tienes lástima del ricino, en el cual no trabajaste pasa hacerle crecer, que en el espacio de una noche nació y en el de otra noche pereció; 11 ¿y no voy a tener yo piedad de Nínive, la gran ciudad, donde hay más de ciento veinte mil almas que no distinguen su mano derecha de la izquierda, y numerosos animales? (1)

(1) Como los marineros fenicios, así las gentes de Nínive creyeron el mensaje de Dios, o sea, la amenaza con que el Dios de Jonás les amenaza y procuran evitarlo aplacando a Dios.

(2) Esta pesadumbre de Jonás pone más de relieve los sentimientos de Dios, tan distintos de los de su profeta. Bien sabemos que el evangelio que la misericordia de Dios, tan pregonada en el Antiguo Testamento, era, sin embargo, la que menos entendían los fariseos.

(1) En estas palabras finales está toda la enseñanza del libro encerrada.

INTRODUCCION AL LIBRO DE ABDIAS

NADA sabemos de Abdías. Su oráculo, el escrito más corto del Antiguo Testamento, es una amenaza contra los idumeos, en castigo del mal que habían cometido contra sus hermanos, los hijos de Judá, en alguna calamidad sufrida por Jerusalén. A juzgar por otros lugares (Lam. 4, 21; Ez. 25, 12 sigs.; 35, 1 sigs.; Sal. 137, 7), el profeta alude a la conducta habida por los hijos de Esaú en los días de la invasión de Caldea. Edom sufrirá el castigo de su maldad, mientras que Israel volverá triunfante y ocupará todo el territorio de Canán.

ABDIAS

Crímenes de Edom y su ruina.

1 Visión de Abdías: Así dice de
Edom, Yave. Hemos oído de parte
de Yave un rumor, y ha sido enviado
un mensajero a los pueblos. ¡Arriba!
Alcémonos en guerra contra él. 2 Mira,
te he hecho pequeño entre las gentes,
eres sobremanera despreciable. 3 Tu
orgullo y tu corazón te engañan. Quien
habita en las cavernas de las rocas y
cuya morada son las alturas, se dice a
sí mismo: ¿Quién será capaz de echar-
me a tierra? 4 Pues aunque te subas
tanto como el águila y pongas en las
estrellas tu nido, yo te derribaré, dice
Yave. 5 Si vinieran a ti de noche
ladrones, ¿no se llevarían sólo aquello
que quisieran? Si vinieran vendimia-
dores a vendimiarte, ¿no dejarían
rebusco? 6 ¡Cómo has sido sa-
queado!
¡Cómo está Esaú de hollado y de
rebuscados sus escondrijos, hasta la
frontera! 7 Todos tus aliados te han
traicionado. Te cercaron, te derro-
taron los que gozaban tu amistad.
Los que estaban en paz contigo
pusieron trampas a tus pies. No hay
en él entendimiento. 8 ¿No haré yo
aquel día—dice Yave—desaparecer
de Edom los sabios y del monte de
Esaú la prudencia? 9 Tus guerreros
¡oh Temán! se sobrecogerán de terror
para que todos sean exterminados
en las montañas de Esaú. Por los
estragos, 10 por las matanzas hechas
contra tu hermano Jacob, te cubrirá
la vergüenza y serás exterminado
para siempre.
11 El día en que, estando tú allí
presente, saqueaban los extranjeros
sus riquezas, penetraban por sus
puertas y echaban la suerte sobre
Jerusalén, fuiste también tú uno de
tantos. 12 No contemples el día de
tu hermano el día de su desastre. No
te goces de los hijos de Judá el día
de su perdición. No profieras arro-
gancias el día de la tribulación.
13 No entres por las puertas de mi
pueblo el día de su ruina, ni te estés
contemplando también su desgracia
el día de su desastre. No tiendas la
mano sobre sus riquezas el día de
su ruina. 14 No te pongas en la encru-
cijada para matar a los fugitivos. No
entregues sus huídos el día de la
tribulación.
15 Porque se acerca el día de Yave
para todos los pueblos. Como hi-
ciste, así te harán a ti; tu merecido
caerá sobre tu cabeza. 16 Como bebis-
teis vosotros, los de mi monte santo,
así beberán sin remedio todas las
gentes. Beberán, se sorberán, y
serán como si no hubieran sido.
17 Pero en el monte de Sión habrá
una porción salvada, y será santa,
y la casa de Jacob se apoderará
de los que le despojaron. 18 La casa
de Jacob será el fuego, la casa de
José será la llama, y la casa de
Esaú será la paja. Le encenderán
éstos y los devorarán y no quedará
sobreviviente de la casa de Esaú,
porque lo dice Yave. 19 Ocuparán
al mediodía la montaña de Esaú,
y la tierra baja los filisteos, y Efraím
el llano de Samaria, y Benjamín,
Galad. 20 Y los cautivos ahora
en espera, los hijos de Israel, la
Cananea hasta Sarepta; y los cautivos
de Jerusalén, que están en Sefarad,
las ciudades del mediodía. 21 Y subi-
rán salvadores al monte de Sión
para regir la montaña de Esaú, y el
imperio será de Yave.

INTRODUCCION AL LIBRO DE AGEO

NADA sabemos del origen de Ageo. Su libro contiene cuatro breves oráculos fechados en el segundo año de Darío (520), y dirigidos a los moradores de Jerusalén, vueltos del cautiverio, que hasta entonces no habían podido edificar el templo. El profeta los exhorta a emprender la obra y anuncia la gloria del segundo templo, que será mayor que la del primero, por la venida de los tiempos mesiánicos, en que las naciones concurrirán a Jerusalén cargadas de ricas ofrendas.

AGEO

1 [1] En el año segundo del rey Darío, el mes sexto, el día primero del mes, fué palabra de Yave, por mano de Ageo, profeta, a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judá, y a Josué, hijo de Jeosadac, sumo sacerdote, diciendo: [2] Así habla Yave Sebaot: Este pueblo dice: No ha venido aún el tiempo, el tiempo de reedificar la casa de Yave.

[3] Fué, pues, palabra de Yave, por mano del profeta Ageo, diciendo: [4] ¿Ha venido para vosotros el tiempo, el tiempo de morar vosotros en casas artesonadas, mientras está en ruinas esta casa? (1) [5] Pues así dice Yave Sebaot: Pensad bien en vuestra suerte [6] Sembráis mucho y encerráis poco; coméis y no os saciáis; bebéis y no os hartáis; os vestís y no os calentáis, y el que anda a jornal echa su salario en bolso roto.

[7] Así dice Yave: Pensad bien en vuestra suerte. [8] Subid al monte, y traed maderas y reconstruid la casa, y yo hallaré en ella mi gozo y mi gloria, dice Yave. [9] Esperabais mucho y habéis hallado poco; almacenabais y yo he soplado en ello. ¿Por qué, dice Yave Sebaot? Por estar mi casa en ruinas, mientras que todos os apresurabais a haceros la vuestra. [10] Por eso retuvieron los cielos sobre vosotros la lluvia y no dió sus frutos la tierra; [11] y llamé yo la sequía sobre esta tierra y sobre los montes y sobre el trigo, y sobre el vino y sobre el aceite, y sobre cuanto produce la tierra, y sobre los hombres y sobre las bestias, y sobre todo trabajo de vuestras manos.

Atiende el pueblo la exhortación del profeta.

[12] Oyó Zorobabel, hijo de Sealtiel, y Josué, hijo de Jeosadac, sumo sacerdote, y todo el pueblo la voz de Yave, su Dios, y las palabras de Ageo, profeta, conforme a la misión que Yave, su Dios, le había encomendado para ellos, y temió el pueblo ante Yave. [13] Entonces Ageo, el enviado de Yave, habló por mandato de Yave al pueblo, diciendo: Yo soy con vosotros, dice Yave. [14] Y despertó Yave el espíritu de Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judá, y el espíritu de Josué, hijo de Jeosadac, sumo sacerdote, y el espíritu de todo el pueblo, y vinieron y se pusieron a la obra de la casa de Yave Sebaot, su Dios. [15] El día 24 del mes sexto, del segundo año del rey Darío.

(1) Desalentados por las dificultades, habían desistido de la obra del templo: por esto mismo el Señor les retiraba sus bendiciones.

La gloria del nuevo templo.

2 [1] El séptimo, a los veintiuno, fué palabra de Yave por mano del profeta a Ageo, diciendo: [2] Habla ahora a Zorobabel, hijo de Sealtiel, gobernador de Judá, y a Josué, hijo de Jeosadac, sumo sacerdote, y al resto del pueblo, y diles: [3] ¿Quién queda de vosotros que viera esta casa en su primera gloria, y cuál la véis ahora? ¿No es en verdad a vuestros ojos como nada? [4] Pues anímate, Zorobabel, dice Yave, anímate tú también, Josué, hijo de Jeosadac, sumo sacerdote, y cobra ánimo, pueblo todo de la tierra, dice Yave, y a la obra, porque yo soy con vosotros, dice Yave Sebaot. [5] Conforme a la alianza que con vosotros hice a vuestra salida de Egipto, estará en medio de vosotros mi espíritu, no temáis. [6] Porque así dice Yave Sebaot: (1) De aquí a poco yo haré aún temblar los cielos y la tierra, los mares y lo seco, [7] y haré temblar a las gentes todas y vendrán las preciosidades de todas las gentes, y henchiré de gloria esta casa, dice Yave Sebaot. [8] Mía es la plata, mío es el oro, dice Yave Sebaot. [9] La gloria de esta postrera

(1) Era posible que el año 520 hubiera en Jerusalén quien hubiera visto en pie el primer templo destruído en 587. La nueva obra era pobre comparada con la antigua, pero será más gloriosa, pues será el centro de peregrinación de todas las gentes en los días mesiánicos. Es claro que no se deben tomar a la letra estas palabras del profeta, sino en sentido figurado, en cuanto anuncia la vocación de todas las gentes a formar parte del pueblo de Dios.

casa será más grande que la de la primera, dice Yave Sebaot, y en este lugar daré yo la paz, dice Yave Sebaot.
10 A veinticuatro del noveno, del segundo año de Darío, fué palabra de Yave por mano del profeta Ageo, diciendo: 11 Así dice Yave Sebaot: Pregunta esto a los sacerdotes: Si uno lleva en las haldas de su vestido carnes sagradas, y con sus haldas toca pan, manjares cocidos, vino, aceite o un alimento cualquiera, ¿quedará esto santificado? Los sacerdotes respondieron diciendo: No. 13 Y dijo Ageo: Y si un inmundo por un cadáver tocare alguna cosa de éstas, ¿serían inmundas? Y respondieron los sacerdotes, diciendo: Inmundas serán. 14 Y replicó Ageo, diciendo: Pues así era este pueblo y esta gente delante de mí, dice Yave, y así toda la obra de sus manos y cuanto ofrecían era inmundo.
15 Poned, pues, vuestra atención ahora, desde este día en adelante y para atrás, antes del día en que en esta casa pusisteis una piedra sobre otra. 16 Antes venían al montón de veinte y había diez, venían al lagar para sacar cincuenta del lagar y había veinte. 17 Os hería con el viento solano y con tizón y con granizo en toda obra de vuestras manos, mas no os volvíais a mí, dice Yave. 18 Poned vuestra atención desde este día y antes desde el veinticuatro del noveno en adelante, desde que ha sido cimentado el templo de Yave. 19 ¿No está aún la simiente en los graneros? Ni la vid, ni la higuera, ni el granado, ni el olivo, han florecido todavía, pero desde este día en adelante daré yo bendición.

Promesa de protección a Zorobabel.

20 Fué por segunda vez palabra de Yave a Ageo, a los veinticuatro del mismo mes, diciendo: 21 Habla a Zorobabel, gobernador de Judá, y dile: Yo conmoveré los cielos y la tierra, 22 y trastornaré los tronos de los reinos, y destruiré la fuerza del reino de las gentes, y volcaré el carro y a los que en él suben, y se vendrán abajo los caballos y los que en ellos cabalgan, los unos por la espada de los otros. 23 Aquel día, dice Yave Sebaot, yo te tomaré a ti, Zorobabel, hijo de Sealtiel, mi siervo, dice Yave, y te haré como anillo de sello, porque yo te he elegido, dice Yave Sebaot.

INTRODUCCION AL LIBRO DE ZACARIAS

ZACARIAS, hijo de Baraquías, es contemporáneo de Ageo, y como él trabajó en promover la obra del templo. Su primer oráculo lleva la fecha del segundo año de Darío, el mes octavo (520). Los seis primeros capítulos tratan de la restauración de Jerusalén y del templo, mezclando con esto promesas mesiánicas. Siguen las respuestas a ciertas consultas dirigidas al profeta sobre el duelo que por la ruina de Jerusalén venían guardando (7,8). Termina en los capítulos 9-14 con diversos vaticinios, en parte mesiánicos y en parte de amenaza contra Judá y las naciones. En ellos no aparece, como en los precedentes, la relación con los tiempos de la restauración, y algunos tienen un carácter apocalíptico.

ZACARIAS

Introducción.

1 1 El octavo mes del año segundo de Darío, llegó palabra de Yave a Zacarías, hijo de Baraquías, hijo de Ido, profeta, diciendo: 2 Yave se irritó fuertemente contra vuestros padres.

Exhortación a la penitencia.

3 Diles, pues: Así dice Yave Sebaot, Volveos a mí, dice Yave Sebaot, y yo me volveré a vosotros, dice Yave Sebaot. 4 No seáis como vuestros padres, a quienes vocearon los primeros profetas, diciendo: ¡Así

dice Yave Sebaot: Convertíos de vuestros malos caminos y de vuestras malas obras! Pero ellos no atendieron, no me escucharon, dice Yave Sebaot. [5] Vuestros padres, ¿dónde están? ¿Y los profetas, viven siempre? [6] Pero mis palabras y mis mandatos, lo que mandé yo a mis siervos, los profetas, ¿no alcanzaron acaso a vuestros padres? Por eso se convirtieron, y dijeron: Ha hecho Yave Sebaot con nosotros tal como según nuestros caminos decretó tratarnos.

[7] A veinticuatro del mes undécimo, que es el mes de Sebat, del año segundo de Darío, fué palabra de Yave a Zacarías, profeta, hijo de Baraquías, hijo de Ido, diciendo:

Visión de los caballos y los caballeros.

[8] Vi de noche a un varón que cabalgaba en un caballo alazán oscuro, y estaba entre los montes situados a poniente; detrás de él había caballos negros, bayos y blancos (1). [9] Yo entonces pregunté: ¿Qué son éstos, mi Señor? Y el ángel que hablaba conmigo me dijo: Voy a darte a conocer quiénes son éstos; [10] pero el que estaba entre los montes tomó la palabra y dijo: Estos son los que Yave ha mandado a recorrer la tierra. [11] Luego hablaron ellos al ángel de Yave que estaba en los montes a poniente, y le dijeron: Hemos recorrido la tierra, y toda está quieta y tranquila.

[12] Y habló el ángel de Yave, diciendo: ¡Oh Yave Sebaot! ¿Hasta cuándo no vas a tener piedad de Jerusalén y de las ciudades de Judá, contra las que estás irritado desde hace setenta años? [13] Y Yave dirigió al ángel que conmigo hablaba palabras blandas, palabras consoladoras. [14] El ángel que hablaba conmigo me dijo: Clama diciendo: Así dice Yave Sebaot: Siento grande amor hacia Jerusalén y hacia Sión, [15] y estoy muy airado contra las naciones que están tranquilas; porque yo estaba un poco airado, pero ellas agravaron el mal. [16] Por tanto, así dice Yave: Yo me he vuelto misericordioso hacia Jerusalén y mi casa será allí reedificada, dice Yave Sebaot, y sobre Jerusalén se tenderán las cuerdas. [17] Clama también diciendo: Así dice Yave Sebaot: Aún rebosarán mis ciudades de abundancia de bienes, y Yave consolará a Sión y elegirá a Jerusalén.

(1) Esta primera visión de los caballos significa que el Señor está dispuesto a realizar en seguida la restauración de Jerusalén.

La visión de los cuatro cuernos y los cuatro carpinteros.

2 [1] Luego alcé mis ojos y miré, y vi cuatro cuernos (1); [2] y pregunté al ángel que hablaba conmigo: ¿Y éstos qué son? Y él me respondió: Estos son los cuernos que dispersaron a Judá, Israel y Jerusalén. [3] Mostróme luego Yave cuatro carpinteros, [4] y yo pregunté: ¿Qué van a hacer éstos? Y me respondió, diciendo: Aquéllos son los cuernos que dispersaron a Judá de modo tal que no pudo ya levantar cabeza, y éstos vienen para rodear a aquéllos y destruir los cuernos de las gentes que alzaron el cuerno sobre la tierra de Judá para dispersarla.

[5] Alcé de nuevo los ojos, miré, y vi a un varón que tenía en la mano una cuerda de medir, [6] y le pregunté: ¿A dónde vas? Y él me respondió: A medir a Jerusalén, para ver cuánta es su anchura y cuánta su longitud (2). [7] Apareció el ángel que hablaba conmigo, y vi que venía a su encuentro otro ángel, [8] que le dijo: ¡Corre! Di a ese joven: Sin murallas será habitada Jerusalén, tal será en ella la muchedumbre de hombres y animales. [9] Y yo seré para ella, dice Yave, muro de fuego en derredor, y seré su gloria en medio de ella.

[10] ¡Arriba, arriba! Huíd de la tierra del aquilón, dice Yave, pues a los cuatro vientos del cielo os aventé, dice Yave. [11] ¡Arriba, Sión! La que habitas en Babilonia, escápate. [12] Porque así dice Yave Sebaot: Después de la aflicción, él me ha enviado a las gentes que os despojaron, porque el que os toca a vosotros toca a la niña de sus ojos; [13] y yo alzo mi mano contra ellos y serán presa de los que tuvieron por esclavos, y sabréis que Yave Sebaot me ha enviado.

(1) Los cuernos son las naciones que maltrataron a Judá, y los obreros son los instrumentos de la justicia divina contra ellos.

(2) La visión anuncia la restauración de la ciudad de Jerusalén, de la cual será Yave muro y defensa, habitando en medio de ella.

14 Jubila y regocíjate, hija de Sión,
porque llegaré y habitaré en medio
de ti, dice Yave. 15 Aquel día se
unirán a Yave muchas gentes que
serán mi pueblo, y yo habitaré en
medio de ti, y sabrás que Yave
Sebaot me ha enviado a ti. 16 Yave
poseerá a Judá, su heredad, en la
tierra santa, y será Jerusalén su
elegida. 17 Calle toda carne ante Yave,
que se ha alzado de su santa morada.

Cuarta visión. El sumo sacerdote Josué, acusado por el diablo y defendido por Yave.

3 1 Y me hizo ver a Josué, el sumo
sacerdote, que estaba en pie
delante del ángel de Yave y tenía a
su diestra a Satán, que le acusaba.
2 Y Yave dijo a Satán: ¡Que Yave te
reprima, oh Satán, que Yave te
reprima, pues él ha elegido a Jeru-
salén! ¿No es por ventura ése un
tizón que acaba de ser arrebatado a
la hoguera? 3 Porque estaba Josué
vestido de vestiduras inmundas, y
así en pie delante del ángel (1).
4a Este habló mandando a los que
estaban delante de él: Quitadle las
vestiduras inmundas, y vestidle las
vestiduras de ceremonia, 5 y poned
sobre su cabeza una tiara pura. Ellos
pusieron la tiara sobre su cabeza y
le vistieron de las vestiduras de cere-
monia; y el ángel de Yave, puesto en
pie, 4b le dijo: Mira, he quitado de
ti tu iniquidad y te he vestido de las
vestiduras de ceremonia.
6 El ángel de Yave conjuró a
Josué, diciendo: Así habla Yave
Sebaot: 7 Si andas por mis caminos
y eres fiel a mi ministerio, adminis-
trarás también tú mi casa y guardarás
mis atrios, y yo te daré puesto entre
éstos que están aquí. 8 Escucha, pues,
Josué, sumo sacerdote, tú y tus com-
pañeros que se sientan delante de ti.
Sois varones de presagio. He aquí
que yo hago venir a mi siervo Ger-
men. 9 Y la piedra que yo he puesto
ante Josué, una sola piedra con
siete caras, la esculpiré yo mismo,
yo mismo haré en ella su escultura,
dice Yave Sebaot; y aquel mismo
día quitaré de la tierra la iniquidad.
10 Aquel día, dice Yave Sebaot,
convidaréis cada uno a su vecino
bajo la parra y bajo la higuera.

(1) El sacerdocio había contribuído mucho a la pérdida de Judá. Ahora nos muestra al Pontífice con ornamentos puros, signo de la pureza del sacerdocio mismo.

Quinta visión. El candelabro.

4 6b He aquí la palabra de Yave a
Zorobabel. Dice: No con ejér-
cito, no con fuerza, sino por mi espí-
ritu, dice Yave Sebaot. 7 ¿Qué eres
tú, montaña grande? Allánate ante
Zorobabel. El pondrá la piedra de
remate en medio de aclamaciones:
¡Qué hermosa es, qué hermosa es!
8 Y me llegó palabra de Yave, di-
ciendo: 9 Las manos de Zorobabel ci-
mentaron esta casa y sus manos la
acabarán, y sabrás que Yave Sebaot
me ha enviado a vosotros. 10a Porque
los que han despreciado el día de
las cosas modestas, verán gozosos en
las manos de Zorobabel la piedra
reservada (1).
1 El ángel que hablaba conmigo,
vino y me despertó, como a hombre
que despierta de su sueño; 2 y me
dijo: ¿Qué ves? Yo le respondí: Miro
y veo un candelero, todo de oro,
con un vaso encima y sus siete lám-
paras, y siete tubos desde las lámparas
al vaso que está encima; 3 y a su lado
dos ramos de olivo, el uno a la de-
recha del vaso y el otro a la izquierda;
4 y proseguí diciendo al ángel que
hablaba conmigo: ¿Qué es esto, mi
Señor? 5 Y él entonces me habló, res-
pondiendo: ¿No sabes lo que es eso?
Y yo le dije: No, mi señor. 6a Enton-
ces él me habló, diciendo: 10b Esos
siete son los ojos de Yave, que obser-
van la tierra en toda su redondez.
11 Y yo proseguí, diciendo: Y esos
dos olivos a derecha e izquierda del
candelabro, ¿qué son? 12 Y tomando
por segunda vez la palabra, pregunté:
¿Qué son esos dos ramos de olivo que
están cerca de los dos tubos por donde
baja el aceite? 13 El me respondió,
diciendo: ¿No sabes lo que son ésos?
Yo respondí: No, mi señor. 14 Y él

(1) Antes sacerdotes y reyes se habían conjurado para la pérdida de Judá; ahora Josué, Sumo Sacerdote, y Zorobabel, príncipe de la dinastía davídica, y que ejercía el cargo de gobernador, están unidos y concordes para realizar la obra de la restauración. El pensamiento de este capítulo parece quedar oscuro no haciendo la inversión de 1-6a y 6a-10a. Tal fué seguramente el orden original del texto sagrado alterado por algún accidente.

me dijo: Son los dos hijos del oleo que están delante del Señor de toda la tierra.

Sexta visión. El rollo volando.

5 [1] Yo alcé de nuevo mis ojos, y vi en visión un rollo volando (1). [2] Preguntóme él: ¿Qué ves? Y respondí: Veo un rollo de veinte codos de largo y diez de ancho, que vuela. [3] El entonces me dijo: Eso es la maldición, que sale sobre la haz de la tierra, porque conforme a ella todo ladrón será arrojado de aquí y conforme a ella todo perjuro será arrojado de aquí. [4] Yo la he desencadenado, dice Yave Sebaot, y caerá sobre la casa del ladrón y sobre la casa del que en falso jura por mi nombre, y permanecerá en medio de su casa hasta consumir maderas y piedras.

[5] Apareció el ángel que hablaba conmigo y me dijo: Alza tus ojos y mira qué es lo que se aparece. [6] Yo dije: ¿Qué es? Y él me respondió: Es un *efa* que aparece; y añadió: es su iniquidad en toda su tierra. [7] Y vi que se alzaba una tapadera de plomo, y en medio del *efa* estaba sentada una mujer. [8] Y él me dijo: Ahí tienes su iniquidad; y la echó en medio del *efa* y tapó su boca con la tapadera de plomo. [9] Yo alcé los ojos y vi aparecer dos mujeres. Soplaba un viento en sus alas, que eran como alas de cigüeña, y alzaron el *efa* entre la tierra y el cielo. [10] Yo dije al ángel que hablaba conmigo: ¿A dónde llevan el *efa*? [11] Y él me respondió: A hacerle casa en la tierra de Senaar y Acad, donde la establecerán.

Octava visión. Los cuatro carros.

6 [1] De nuevo alcé los ojos, y mirando una visión, vi cuatro carros que salían de entre dos montes, y los dos montes eran de bronce (2). [2] El primer carro tenía caballos alazanes oscuros, el segundo carro caballos negros, [3] el tercer carro caballos blancos, y el cuarto caballos bayos, todos muy veloces. [4] Entonces, hablando al ángel que conmigo hablaba, dije: Y éstos ¿qué son, mi Señor? [5] El ángel respondió, diciéndome: Esos son los cuatro vientos del cielo, que vienen a presentarse al Señor de toda la tierra. [6] El de los caballos negros va al norte, el de los blancos al levante, y el de los bayos al mediodía. [7] Salieron, pues, los veloces, queriendo partir para recorrer la tierra, y él dijo: Id, recorred la tierra. Y ellos recorrieron la tierra. [8] Me llamó y me habló, diciendo: Los que van hacia el norte han calmado mi alma en la tierra del aquilón.

Acción simbólica. La coronación del sumo sacerdote.

[9] Llegóme palabra de Yave, diciendo: [10] Toma de los cautivos repatriados, de Harim y de Tobías y de Jedaya, y vete luego a casa de Josías, hijo de Sefanías. [11] Toma de ellos plata y oro, y haz una corona y ponla ante Josué, hijo de Jeosadac, sumo sacerdote; [12] y dile: Así habla Yave Sebaot, diciendo: He aquí que el varón cuyo nombre es Germen, y del cual se producirá germinación, [13] él edificará el templo de Yave, se revestirá de majestad, se sentará y dominará en su trono, y el sacerdote se sentará en su solio y habrá entre ambos consejo de paz. [14] La corona servirá a Harim, Tobías y Jedaya de memoria en el templo de Yave. [15] Hombres de muy lejos vendrán a trabajar en la construcción del templo de Yave, y sabréis que Yave Sebaot me ha enviado a vosotros: Sucederá esto si escucháis la voz de Yave, vuestro Dios.

Pregunta de Sarasar y respuesta de Yave acerca de los ayunos.

7 [1] Sucedió que el año cuarto del rey Darío, llegó palabra de Yave a Zacarías, el día cuarto del noveno mes, que es el mes de Casleu. [2] La casa de Israel envió a Sarasar, oficial del rey, con sus hombres, para implorar el favor de Yave [3] y habla-

(1) Las dos visiones de este capítulo significan: la del volumen, los decretos de la justicia divina contra la tierra de Judá; la del *efa*, las iniquidades del pueblo por las que es trasplantado a Caldea.

(2) Las cuatro cuadrigas, que significan los vientos, son los ministros de la justicia divina en los cuatro ángulos de la tierra. Los que van hacia la tierra del Norte son los que ejecutarán las divinas venganzas contra Babilonia

con los sacerdotes de la casa de Yave Sebaot y a los profetas, diciéndoles: ¿He de afligirme yo el quinto mes y guardar la abstinencia como de tantos años lo he hecho?

4 Y llegó palabra de Yave Sebaot, diciendo: 5 Habla a todo el pueblo de la tierra y a todos los sacerdotes, diciendo: Cuando hace setenta años ayunasteis el quinto y el séptimo mes, ¿ayunasteis para mí? 6 Y cuando coméis y bebéis, ¿coméis y bebéis para vosotros? 7 ¿No son las palabras que proclamó Yave por mano de los profetas primeros, cuando Jerusalén estaba habitada y tranquila, y habitadas las ciudades de en derredor suyo y la campiña?

8 Y fué palabra de Yave a Zacarías, diciendo: 9 Así habla y dice Yave Sebaot: Juzgad conforme a verdad, practicad la benevolencia y la misericordia hacia vuestro prójimo; 10 no oprimáis a la viuda, al huérfano, al extranjero y al pobre; no maquinéis el mal en vuestros corazones el uno contra el otro. 11 Pero no quisieron atender, y se hicieron hombres rebeldes y endurecieron sus oídos para no oír. 12 Se hicieron un corazón duro como el diamante, para no escuchar las enseñanzas y las palabras que Yave Sebaot les mandaba por medio de los profetas primeros, y estalló la gran indignación de Yave Sebaot; 13 y y sucedió que así como él los llamaba y ellos no quisieron oírle, llamaron luego ellos y él no los oyó, dice Yave Sebaot, 14 y los dispersé entre todas las gentes que ellos no conocían, y tras ellos quedó la tierra devastada, hasta no haber quien fuese ni viniese y tornaron en desierto la tierra deleitosa.

Amor de Yave por el pueblo y promesas de salud.

8 1 Y fué palabra de Yave Sebaot, diciendo: 2 Así habla Yave Sebaot: Yo siento por Sión un amor extremado y un extremado celo. 3 Así habla Yave Sebaot: Yo me he vuelto hacia Sión y habitaré en Jerusalén, y Jerusalén será llamada la ciudad fiel, y el monte de Yave Sebaot, el monte santo. 4 Así dice Yave Sebaot: Aún se sentarán en las plazas de Jerusalén viejos y viejas, que por los muchos años llevarán en la mano su báculo. 5 Y las calles de la ciudad estarán llenas de muchachos y muchachas, que jugarán en ellas. 6 Así dice Yave Sebaot: Si esto es difícil a los ojos del resto de su pueblo en estos días, ¿lo será también a los ojos de Yave?, dice Yave Sebaot.

7 Así habla Yave Sebaot: Yo salvaré a mi pueblo de la tierra de levante y de la tierra de poniente, 8 y los traeré y habitarán en Jerusalén, y ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios en verdad y en justicia.

9 Así habla Yave Sebaot: Esfuércense vuestras manos, vosotros los que en estos días oís las palabras de los profetas del tiempo en que fué cimentada la casa de Yave, para que el templo sea reconstruído; 10 porque antes de ese tiempo no había ni para pagar a los hombres ni para pagar por las bestias, ni paz alguna para el que entraba o salía, a causa del enemigo. Yo había lanzado a los hombres unos contra otros. 11 Pero ahora yo no soy ya lo que era en otro tiempo, para el resto de este pueblo. 12 Son la simiente de la paz. La vid dará su fruto y dará la tierra su rendimiento y el cielo su rocío, y yo pondré al resto de este pueblo en posesión de todo esto. 13 Y así como fuisteis la maldición de las gentes, ¡oh casa de Judá y casa de Israel!, así yo os salvaré y seréis bendición.

No temáis y que se esfuercen vuestros brazos; 14 Porque así dice Yave Sebaot: Como pensé en haceros mal cuando vuestros padres me provocaron a ira, dice Yave Sebaot, y no me arrepentí, 15 así volviéndome, he pensado en hacer bien a la casa de Judá y a Jerusalén en estos días; no temáis. 16 He aquí lo que vosotros habéis de hacer: Hablar cada cual verdad a su prójimo, juzgar en vuestras puertas juicios de salud, 17 no maquinar nadie en su corazón el mal de su prójimo, ni jurar en falso, porque todas estas cosas me son abominables, dice Yave.

18 Fuéme dirigida palabra de Yave Sebaot, diciendo: 19 Así dice Yave Sebaot: El ayuno del cuarto y el ayuno del quinto y el ayuno del séptimo y el ayuno del décimo, se tornarán para la casa de Judá en gozo y regocijo y en festivas solemnidades: Amad, pues, la paz y la verdad.

La vocación de las gentes.

10 Así dice Yave Sebaot: Aún
vendrán pueblos y moradores de
muchas ciudades, 21 y los morado-
res de la una irán a los moradores
de la otra, y les dirán: Vamos a implo-
rar el favor de Yave, y a buscar a
Yave Sebaot; yo también voy. 22 Y
vendrán muchos pueblos y fuertes
naciones a Jerusalén a buscar a
Yave Sebaot y a implorar el favor
de Yave; 23 Así dice Yave Sebaot:
En aquellos días diez hombres de
todas las lenguas de las gentes coge-
rán de la falda a un judío, diciéndole: Nos vamos con vosotros, porque hemos oído que con vosotros está Dios.

Destrucción de los enemigos.

9 1 Oráculo. Palabra de Yave.
2 En la tierra de Hadrac y de
Damasco será su morada, porque de
Yave son las ciudades de Aram y
todas las tribus de Israel. 2 Hamar
será también comprendida en el terri-
torio de éste, así como Tiro y Sidón,
que son tan sabias. 3 Bien que Tiro
se alzó baluartes y amontonó la
plata como polvo y el oro como el
polvo de las calles, 4 el Señor la
conquistará, y aplastará en el mar
su fortaleza y quedará consumida
por el fuego. 5 Al ver esto se aterrará
Ascalón, Gaza estará en extremado
dolor, lo mismo que Ascalón, porque
sus esperanzas fallaron.

No habrá ya rey en Gaza, y Acarón
no será ya habitada. 6a En Azoto
habitará el extranjero 7c y Acarón
tendrá la suerte del jebuseo; 6b Yo
abatiré la soberbia de los filisteos,
7ab y les quitaré de la boca sus san-
gres y de entre los dientes sus abo-
minaciones, y serán también un
resto perteneciente a nuestro Dios,
y como una familia de Judá. 8 Yo
pondré en mi casa guarnición de
yentes y vinientes y no marchará ya
opresor alguno contra ellos, porque
ahora velaré yo con mis ojos.

El Rey manso y pacífico.

9 Alégrate con alegría grande, hija
de Sión. Salta de júbilo, hija de Jeru-
salén. Mira que viene a ti tu rey.
Justo y salvador, humilde, montado
en un asno, en un pollino hijo de
asna (1). 10 Extirpará los carros
de guerra de Efraím y los caballos
en Jerusalén, y será roto el arco de
guerra y promulgará a las gentes
la paz, y será de mar a mar su seño-
ría, y desde el río hasta los confines
de la tierra.

11 Mas cuanto a ti, por la sangre
será consagrada tu alianza. Yo he
sacado a tus cautivos del baño.
12 Tus cautivos han vuelto a la for-
taleza llenos de esperanzas, y yo te
restituiré hoy la gloria al duplo.
13 Porque he tendido para mí el arco
de Efraím y blandiré a tus hijos,
¡oh Sión!, contra tus hijos, ¡oh Javán!,
y me serviré de ellos como de espada
de héroe. 14 Y se hará ver sobre ellos
Yave, y lanzará sus dardos como
rayos y sonará el Señor Yave la
trompeta y marchará como los tor-
bellinos del austro. 15 Yave Sebaot
los protegerá y las piedras de la
honda devorarán la carne y beberán
la sangre como se bebe el vino;
quedarán llenas como vaso de liba-
ción y como cuerno de altar; 16 y
los salvará Yave Sebaot aquel día.
Mi pueblo es como rebaño que por
falta de custodia se dispersó por mi
tierra. 17 ¡Qué ricos son! ¡Qué hermosos
son, el trigo que nutre a los mance-
bos y el vino que nutre a las doncellas!

10 1 Pedid a Yave la lluvia a su
tiempo, que es Yave el Hace-
dor de cuanto se mueve y el que
dispensa la lluvia abundante y a
cada uno la verdura de los campos,
2 porque los *terafim* dieron vanos
oráculos y los adivinos tuvieron
mentirosas visiones, y no son más
que sueños vacíos lo que dicen y
consuelos vanos los que prodigan.

3 Por eso se encendió mi cólera
contra los pastores, y castigué a los
machos cabríos: pero Yave Sebaot
visitará su rebaño, la casa de Judá,
y hará de él como su caballo de vic-
toria en el combate; 4 y a su orden
saldrá la tropa, y los gastadores y
los jefes y todos juntos se pondrán
en campaña. 5 Serán como héroes

(1) Después de anunciar el castigo de los pueblos vecinos de Judá, con lo que éste quedará libre de sus opresores, nos habla de la aparición de un rey pacífico, que convertirá en instrumentos de paz todos los instrumentos de guerra: Jesucristo, para más llamar la atención de los judíos sobre el vaticinio mesiánico, quiso cumplirlo materialmente el día de Ramos.

que pisan el lodo de los campos en el combate; combatirán, porque con ellos está Yave, y derrotarán a los que cabalgan sobre caballos.

6 Yo fortaleceré a la casa de Judá y salvaré a la casa de José, y los estableceré, porque los amo, y será como cuando no los había rechazado; porque yo, Yave, soy su Dios y los escucharé. 7 Los de Efraím serán como héroes y su corazón estará alegre como se alegran con el vino; sus hijos lo verán y se gozarán y su corazón se regocijará en Yave. 8 Yo les silbaré y los reuniré, porque los he rescatado y se multiplicarán sin cesar; 9 y aunque dispersos entre las gentes, lejos se acordarán de mí y vivirán así como sus hijos, y volverán. 10 Yo los reconduciré de la tierra de Egipto y los reuniré de Asur y los traeré a la tierra de Galad y del Líbano, y no les bastará. 11 Tan estrechos estarán, que pasarán el mar y en el mar herirán las olas y secarán las profundidades de los ríos, y será abatida la soberbia de Asur, y el Egipto perderá su cetro. 12 Yo los fortaleceré en Yave y ellos marcharán en su nombre, dice Yave.

11 1 Abre, Líbano, tus puertas, que el fuego devora tus cedros. Gime, ciprés, porque ha caído el cedro, porque son abatidos los poderosos. 2 Gemid, encinas de Basán, porque es destruído el bosque impenetrable (1).

3 Oyense lamentos de pastores por la ruina de sus riquezas: rugidos de leones, por la ruina de la gloria del Jordán. 4 Así dice Yave, mi Dios: Sé pastor del rebaño para el matadero; 5 que el comprador mate impunemente y el vendedor diga: ¡Bendito Yave, que me ha enriquecido!, sin que los pastores tengan piedad; 6 porque no tendré yo piedad de los moradores de la tierra, dice Yave; porque yo mismo entregaré a las gentes, cada uno en manos de su pastor y en las manos de su vendedor, y éstos oprimirán la tierra y yo no la libraré de sus manos.

7 Híceme, pues, pastor del rebaño de la matanza, para los compradores del rebaño; y tomé dos cayados, dando al uno por nombre «benevolencia» y al otro «reunión», y me puse a apacentar el rebaño. 8 En un mes hice matar a los tres pastores. Entonces tomé aversión al rebaño, que también por su parte estaba cansado de mí, 9 y dije: no os apacentaré ya más: la que muera, que muera; la que se pierda, que se pierda, y las que queden, que se coman unas a otras.

10 Tomé luego mi cayado «benevolencia» y lo rompí, para deshacer el pacto que había concertado con todos los pueblos; 11 y quedó deshecho en ese día, y los mercaderes del rebaño, que me tenían a sueldo, conocieron que aquello era cosa de Yave. 12 Yo les dije: Si queréis, dadme mi salario, y si no, dejadlo. Y me pesaron mi salario, treinta monedas de plata. 13 Y Yave me dijo: Tira al alfarero el rumboso precio en que te han apreciado. Y tomando las treinta monedas de plata, se las tiré al alfarero en su alfarería.

14 Rompí luego el otro cayado «reunión», para romper la hermandad entre Judá e Israel. 15 Y Yave me dijo: Hazte también el pastor insensato, porque voy a poner yo en la tierra un pastor que no se cuidará de que desaparezcan y no buscará a las descarriadas ni curará a las heridas ni alimentará a las fuertes, pero se comerá a las gordas y les romperá las uñas.

16 ¡Ay del pastor inútil, que abandona al rebaño! Hiera la espada su brazo y su ojo derecho, y que se seque del todo su brazo y quede ciego su ojo derecho (1).

[13] 7 Alzate, espada, contra el pastor, contra el hombre de mi compañía, dice Yave Sebaot. Hiere al pastor y que se disperse el rebaño, y yo volveré mi mano sobre los pequeños. 8 Y en toda la tierra, dice Yave, serán exterminados los dos tercios y perecerán, pero será preservado un tercio. 9 Y yo pondré

(1) Este capítulo parece una mirada retrospectiva a la historia de Judá. Yave, que como Dios de Israel es su pastor mayoral, se había escogido tres pastores, que no habían respondido al encargo recibido, como tampoco el rebaño indócil. Yave declara que está cansado de su oficio; quiere dejar ir al rebaño por el camino que desee, y pide su salario. Le ofrecen 30 siclos, que él arroja con despecho de verse apreciado en tan vil precio. Los evangelistas aplican el trato a la venta de Jesús por Judas.

(1) Incluímos aquí los versículos 7-9 del capítulo 13, por parecer este su lugar y estar fuera de contexto donde en el texto se hallan.

al fuego este tercio, y le fundiré como se funde la plata, y le acrisolaré como se acrisola el oro, e invocará mi nombre y yo le escucharé. Yo diré: Este es mi pueblo, y él dirá: Yave es mi Dios.

Jerusalén, cáliz de vértigo para los pueblos.

12 [1] Oráculo. Palabras de Yave sobre Israel (1). Palabra de Yave, que tiende los cielos, funda la tierra y la forma el aliento del hombre dentro de él.

[2] He aquí que voy a hacer de Jerusalén un cáliz de vértigo para todos los pueblos de en derredor. También para Judá habrá angustia que estrechará a Jerusalén. [3] Aquel día será Jerusalén piedra pesada para todos los pueblos, y cuantos con ella carguen se harán cortaduras, y se reunirán contra ella todas las gentes de la tierra. [4] Aquel día, dice Yave, yo heriré de terror a los caballos y de locura a los jinetes; abriré los ojos sobre la casa de Judá, y a todos los caballos de las gentes los heriré de ceguera. [5] Entonces se dirán los jefes de Judá: La fuerza de los habitantes de Jerusalén está en Yave Sebaot, su Dios.

[6] Aquel día haré de los jefes de Judá como brasero encendido en medio de la leña, y como antorcha ardiendo en medio de los haces, que consumirá a diestro y siniestro a todos los pueblos de en derredor, y Jerusalén será de nuevo habitada en su lugar, en Jerusalén; [7] y salvará Yave primero las tiendas de Judá, para que no se enorgullezcan contra Judá la casa de David y los habitantes de Jerusalén. [8] Aquel día alzará Yave un baluarte en torno de los moradores de Jerusalén, y la casa de David será como Dios, como el ángel de Yave ante ellos.

[9] Aquel día me pondré yo a destruir a todas las gentes que vinieron contra Jerusalén, [10] y derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén un espíritu de gracia y de oración, y alzarán sus ojos a mí; y a aquel a quien traspasaron le llorarán como se llora al unigénito, y se lamentarán por él como se lamenta por el primogénito. [11] Habrá aquel día gran llanto en Jerusalén, como el llanto de Rimón en el valle de Migrón. [12] Se lamentará la tierra, linaje por linaje; el linaje de la casa de David aparte y sus mujeres aparte; el linaje de la casa de Natán aparte y sus mujeres aparte; [13] el linaje de la casa de Leví aparte y sus mujeres aparte; el linaje de Semei aparte y sus mujeres aparte; [14] y todos los otros linajes cada uno aparte y sus mujeres aparte.

13 [1] Aquel día habrá una fuente abierta para la casa de David, y para los habitantes de Jerusalén para la purificación del pecado y de la inmundicia; [2] y aquel día, dice Yave, extirparé de la tierra los nombres de los ídolos, que no serán más recordados, y haré desaparecer a los profetas y el espíritu impuro. [3] Y cuando alguno se ponga a profetizar, le dirán su padre y su madre, los que le engendraron: No vivirás, porque has hablado mentira en nombre de Yave; y el padre y la madre, los que le engendraron, le traspasarán cuando se ponga a hablar a lo profeta.

[4] Aquel día se avergonzarán de sus visiones de cuando profetizaban todos los profetas y no se vestirán más el manto peludo para mentir. [5] Un tal dirá: Yo no soy profeta, soy labrador del campo y un labrador me asoldó desde mi mocedad. [6] Y le dirán: Pues entonces, ¿qué heridas son ésas que llevas en las manos? Y él responderá: Son heridas que me hicieron en la casa de amigos míos.

Juicio de las gentes y santificación de Jerusalén.

14 [1] Mira, viene el día de Yave, y en medio de ti se repartirán tus despojos. [2] Porque yo reuniré a todas las gentes en batalla contra Jerusalén, y será tomada la ciudad

(1) Es éste un capítulo oscuro, en parte por falta de contexto en el conjunto de los cuatro vaticinios, y en parte por el lenguaje especial. En el versículo 9 y sig., Dios promete derramar espíritu de gracia y oración sobre la casa de David y los habitantes de Jerusalén, para que miren al que han traspasado y le lloren como se llora la muerte de un hijo único. Las palabras del profeta traen a la mente a Jesucristo camino del Calvario, llorado por las mujeres de Jerusalén y compadecido por cuantos le reconocieron como su Redentor.

y saqueadas las casas y violadas las mujeres, y la mitad de la ciudad irá al cautiverio, pero el resto del pueblo no será exterminado. [3] Luego se pondrá en campaña Yave y combatirá a esas naciones como se combate el día de la batalla, al tiempo de la guerra. [4] Afirmaránse aquel día sus pies sobre el monte de los olivos, que está frente a Jerusalén, al lado de levante; y el monte de los olivos se partirá por en medio, de levante a poniente, con un gran valle; y la mitad del monte se echará al norte y la otra mitad al mediodía, [5] y huiréis por el valle de mis montes, porque el valle de los montes llegará hasta el lugar donde yo os salvaré. Huiréis como huisteis cuando el terremoto de los tiempos de Ozías, rey de Judá, y vendrá entonces Yave, mi Dios, y con él todos sus santos.

[6] En aquel día no se distinguirá el brillo de las piedras preciosas. [7] Será único ese día, conocido de Yave. No habrá ya día y noche, de noche habrá clara luz. [8] En ese día manarán de Jerusalén aguas vivas, la mitad hacia el mar de occidente, lo mismo en verano que en invierno. [9] Y reinará Yave sobre la tierra toda y Yave será único, y único su nombre. [10] Y la tierra toda se convertirá en llano, desde Gueba hasta Rimón del sur, y Jerusalén será enaltecida y habitada en su lugar, desde la puerta de Benjamín hasta el lugar de la antigua puerta, la puerta de las torrecillas, y desde la torre de Hananel hasta los lagares del rey. [11] Y morarán en ella, y ya nunca más será anatema y morarán en seguridad.

[12] He aquí la plaga con que herirá Yave a todos los pueblos que combatieron a Jerusalén: Sus carnes se corromperán mientras están en pie, se consumirán en las cuencas sus ojos, y su lengua se les deshará en la boca. [13] Habrá aquel día de parte de Yave gran perturbación entre ellos, y cogerá cada uno de la mano a su vecino, y le dará a éste la suya. [14] Y Judá estará aquel día en gran festín, y se reunirán allí las riquezas de todas las gentes de en derredor, oro, plata y vestidos en grandísima abundancia. [15] Y parecida a ésta será la plaga que herirá a caballos, mulos, camellos y asnos y a todas las bestias que hubiere en aquellos campos.

[16] Y todos cuantos quedaren de las gentes que vinieron contra Jerusalén, subirán cada año a adorar al Rey, Yave Sebaot, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos (1). [17] Y aquellos que de las gentes de la tierra no vengan a Jerusalén a adorar al Rey, Yave Sebaot, no vendrá sobre ellos la lluvia.

[18] Y si la gente de Egipto no sube y no viene, sobre ella se abatirá la plaga con que herirá Yave a las gentes que no suban a celebrar la fiesta de los tabernáculos. [19] Tal será la expiación de Egipto y la expiación de todas las gentes que no suban a celebrar la fiesta de los tabernáculos. [20] En aquellos días escribirán en sartenes y ollas: «Consagrado a Yave»; y las ollas de la casa de Yave serán como vasos de aspersión delante del altar. [21] Toda olla en Judá y en Jerusalén estará consagrada a Yave Sebaot, y cuantos sacrifiquen vendrán y las tomarán y cocerán en ellas, y no habrá aquel día más mercader en la casa de Yave Sebaot.

(1) Este capítulo tiene un carácter escatológico y, por tanto, oscuro. Las naciones se reúnen para luchar contra Jerusalén; pero el Señor la defiende y las naciones quedan aniquiladas. Los restos se convertirán a Dios y vendrán a Jerusalén a celebrar las fiestas del Señor. Jerusalén quedará hecha centro de la religión verdadera

INTRODUCCION AL LIBRO DE MALAQUIAS

VIVIO Malaquías bastante después de los dos profetas anteriores, cuando el templo estaba ya reedificado y los sacerdotes habían caído de su primer fervor, pues ofrecían víctimas viles, muestra del poco aprecio que hacían de Dios y de su culto. De esto, sobre todo, les reprende el profeta, tomando de aquí oca-

sión para vaticinar el reino mesiánico con el nuevo sacrificio que a Dios se ofrecerá, no sólo en Jerusalén, sino en todas partes, pues en todas será conocido y ensalzado el nombre del Señor (2, 11). Las últimas palabras de Malaquías anuncian la venida de Elías, como pregonero del día del Señor (4, 5). El Salvador nos dice que semejante vaticinio se cumplió en el Bautista (Mt. 17, 10 sigs; cfr. Lc. 1, 17).

MALAQUIAS

El amor de Dios a su pueblo.

1 [1] Oráculo. Palabra de Yave a Israel por medio de Malaquías. [2] Yo os he amado, dice Yave. Y vosotros decís: ¿En qué nos has amado?

¿Esaú no es hermano de Jacob?, dice Yave. Y yo he amado a Jacob, [3] mientras que he detestado a Esaú y he hecho de sus montañas campo de devastación y de su heredad pastizales de desierto (1). [4] Y si Edom dice: Hemos sido aplastados, pero nos reconstruiremos las ruinas; así dice Yave Sebaot: Ellos reconstruirán, pero yo destruiré. Y los llamarán tierra de impiedad y pueblo contra el que se irritó para siempre Yave. [5] Vuestros ojos lo verán y diréis: Es grande Yave, aun más allá de su territorio.

[6] El hijo honra a su padre, y el siervo teme a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra? Si yo soy Señor, ¿dónde está mi temor?, dice Yave Sebaot a vosotros, sacerdotes, que menospreciáis mi nombre. Y decís: ¿En qué menospreciamos tu nombre? [7] Ofrecéis en mi altar pan inmundo y decís: ¿En qué lo hemos hecho inmundo? En decir: La mesa de Yave es despreciable. [8] Y ofrecer en sacrificio lo ciego, ¿no es malo? Y ofrecer lo cojo o lo enfermo, ¿no es malo? Anda, haz presente de ello a tu gobernador, a ver si se complace en él y le será grato, dice Yave Sebaot.

[9] Buscad, pues, el favor de Dios para que él os sea propicio. Eso es lo que vosotros hacéis; ¿le seréis, pues, gratos?, dice Yave Sebaot. [10] ¡Oh, si alguno de vosotros cerrara las puertas y no encendiérais en vano el fuego en mi altar! No tengo en vosotros complacencia alguna, dice Yave Sebaot, no me son gratas las ofrendas de vuestras manos.

(1) Estas palabras sobre el amor de Jacob y el odio de Esau son una clara alusión a la bendición de Isac sobre los hijos. En ella mostró Dios que la heredad mesiánica y, en general, la gracia divina, no depende de la carne o de la sangre, sino de la libre elección de Dios.

El sacrificio de la nueva ley.

[11] Desde el orto del sol hasta el ocaso es grande mi nombre entre las gentes y en todo lugar se ofrece a mi nombre un sacrificio humeante y una oblación pura, porque grande es mi nombre entre las gentes, dice Yave Sebaot (1). [12] Pero vosotros lo profanáis, diciendo: ¡La mesa de Yave es inmunda, y despreciable lo que de ella proviene! [13] Y aun decís: ¡Oh, qué fastidio!, y la despreciáis y ofrecéis lo mutilado, lo cojo, lo enfermo, lo ofrecéis en sacrificio. ¿Voy a complacerme yo en el de vuestras manos? [14] ¡Maldito el fraudulento, que teniendo en el rebaño machos y habiendo hecho un voto, sacrifica al Señor lo estropeado! Porque yo soy rey grande, dice Yave Sebaot, y mi nombre es temible entre las gentes.

Conminación a los sacerdotes.

2 [1] Para vosotros, pues, ¡oh sacerdotes!, este decreto: [2] Si vosotros no escucháis y decidís de corazón

(1) Los sacerdotes levíticos tienen en poca estima el culto divino. En castigo, Dios les anuncia la pérdida de su privilegio y del privilegio de Jerusalén. Vendrá día en que en todo lugar se ofrecerá al Señor un sacrificio puro, el de Jesucristo, renovado en toda la redondez de la tierra.

dar gloria a mi nombre, dice Yave Sebaot, yo mandaré sobre vosotros la maldición, y haré maldición de vuestra bendición, y aun la he hecho ya maldición, porque vosotros no os decidís de corazón. 3 Por eso yo os quebrantaré el brazo, y os echaré al rostro la inmundicia, la basura de vuestras solemnidades, y seréis echados donde se echa ella.

4 Y sabréis que yo he dado este decreto, para que sea real mi pacto con Leví, dice Yave Sebaot. 5 Mi pacto con él fué, «vida» y «paz» y se las di; «temor», y él me temió, y ante mi nombre se llenaba de temor. 6 Tuvo en su boca doctrina de verdad, y no había iniquidad en sus labios; anduvo conmigo en integridad y rectitud, y apartó del mal a muchos; 7 pues los labios del sacerdote han de guardar la sabiduría y de su boca ha de salir la doctrina, porque es un enviado de Yave Sebaot. 8 Pero vosotros os habéis apartado del camino, y habéis hecho tropezar a muchos en la ley, y habéis pervertido el pacto de Leví, dice Yave Sebaot.

9 Por tanto, también yo os he hecho a vosotros despreciables y viles para todo el pueblo a la medida en que vosotros no habéis seguido mis caminos, ni habéis tenido en cuenta la ley. 10 ¿No tenemos todos un padre? ¿No nos ha criado a todos un Dios? ¿Por qué, pues, obrar pérfidamente unos con otros, quebrantar el pacto de nuestros padres?

Abominaciones del pueblo.

11 Perdido está Judá, y en Israel y en Jerusalén se comete la abominación, pues Judá profana las cosas consagradas a Yave, lo que él ama, casándose con hijas de un dios extraño. 12 Quiera Yave, a quien tal hace, privarle de testigo y defensor en las tiendas de Jacob, y de quien haga por él ofrenda de sacrificio a Yave Sebaot.

13 Y ved otra cosa más que hacéis. Bañáis el altar de Yave de lágrimas, llantos y gemidos, porque no atiende a la ofrenda y no acepta de vuestras manos nada grato; 14 y preguntáis: ¿Por qué? Porque Yave toma la defensa de la esposa de tu juventud, a la que has sido desleal, siendo ella tu compañera y la esposa de tu alianza matrimonial. 15 ¡Pues qué! ¿No los hizo él para ser uno solo, que tiene su carne y su vida? Y este único ¿para qué? Para una posteridad para Dios. Cuidad, pues, de vuestra vida, y no seas infiel a la esposa de tu juventud. 16 El que por aversión repudia, dice Yave, Dios de Israel, se cubre de injusticia por encima de sus vestidos, dice Yave Sebaot. Cuidad, pues, de vuestra vida y no seáis desleales. 17 Sois pesados a Yave con vuestras palabras. Decís: ¿En qué le somos pesados? En decir: El que hace el mal es grato a Yave, y en ellos se complace. Si no, ¿dónde está el Dios justo?

El ángel precursor.

3 1 Pues he aquí que voy a enviar a mi mensajero, que preparará el camino delante de mí, y luego en seguida vendrá a su templo el Señor a quien buscáis, y el ángel de la alianza que deseáis (1). Ved que viene, dice Yave Sebaot, 2 y ¿quién podrá soportar el día de su venida? ¿Quién podrá mantenerse firme cuando aparezca? Porque será como fuego fundido y como lejía de batanero, 3 y se pondrá a fundir y depurar la plata y a purgar a los hijos de Leví, y los depurará como se depura el oro y la plata, para que ofrezcan a Yave sacrificio de justicia. 4 Y entonces agradará a Yave el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados y como en los años antiguos. 5 Y vendré con vosotros a juicio, y seré juez pronto contra los hechiceros y contra los adúlteros, y contra los perjuros, y contra los que oprimen al jornalero y a la viuda y al huérfano, y agravian al extranjero, sin temor de mí, dice Yave Sebaot.

6 Porque yo, Yave, no me he mudado, y vosotros, hijos de Jacob, no habéis cesado. 7 Desde los días de vuestros padres os habéis apartado de mis leyes; no las habéis guardado. Volveos vosotros a mí y yo

(1) En la salida de Egipto y viaje por el desierto, Dios mandó ante Israel a un ángel para que le condujese: aquí un ángel precederá como heraldo la venida del Señor, que vendrá a su templo a hacer juicio en sus sacerdotes y purificarlos, pasándolos por el crisol. Entonces sus sacrificios le serán gratos. Los evangelistas aplican el pasaje al Precursor.

me volveré a vosotros, dice Yave Sebaot. Pero vosotros decís: ¿En qué hemos de volvernos? [8] ¿Puede el hombre robar a Dios? Pues vosotros me estáis robando, y decís: ¿En qué te robamos? ¡En los diezmos y las primicias! [9] Malditos seréis de maldición; porque vosotros me estáis robando; el pueblo todo me roba. [10] Traed íntegramente los diezmos al alfolí, para que haya alimentos en mi casa, y probadme en esto, dice Yave Sebaot, a ver si no abro yo luego las puertas del cielo y no derramo sobre vosotros la bendición, aún más de lo justo; [11] e impediré que la langosta os aflija devorando los frutos de la tierra, y las viñas de los campos no os serán estériles, dice Yave Sebaot. [12] Todas las gentes os llamarán dichosos, porque seréis una tierra de delicias, dice Yave Sebaot (1).

[13] Vuestras palabras contra mí son insoportables, dice Yave. Y decís: ¿Qué hemos hablado contra ti? [14] Decís: Por demás es servir a Dios: ¿Qué aprovecha servirle y guardar su ley y afligirnos en presencia de Yave Sebaot? [15] Bien dichosos son los soberbios, y son prosperados los impíos, y aunque tientan a Dios, escapan. [16] He ahí lo que unos a otros se dicen, los que temen a Yave. Yave lo ha oído, ha puesto atención y se ha presentado ante él un escrito en favor de los que temen a Yave e invocan su nombre. [17] Serán ellos para mí, dice Yave Sebaot, el día en que yo me ponga a hacer, posesión propia, y me llenaré de indulgencia hacia ellos, como indulgente es uno para el hijo que le sirve.

[18] Entonces mudaréis de parecer, y echaréis de ver la diferencia entre el justo y el malvado, entre el que sirve a Dios y el que no le sirve.

(1) Después de predecir el castigo de los impíos, anuncia el profeta la salud mesiánica.

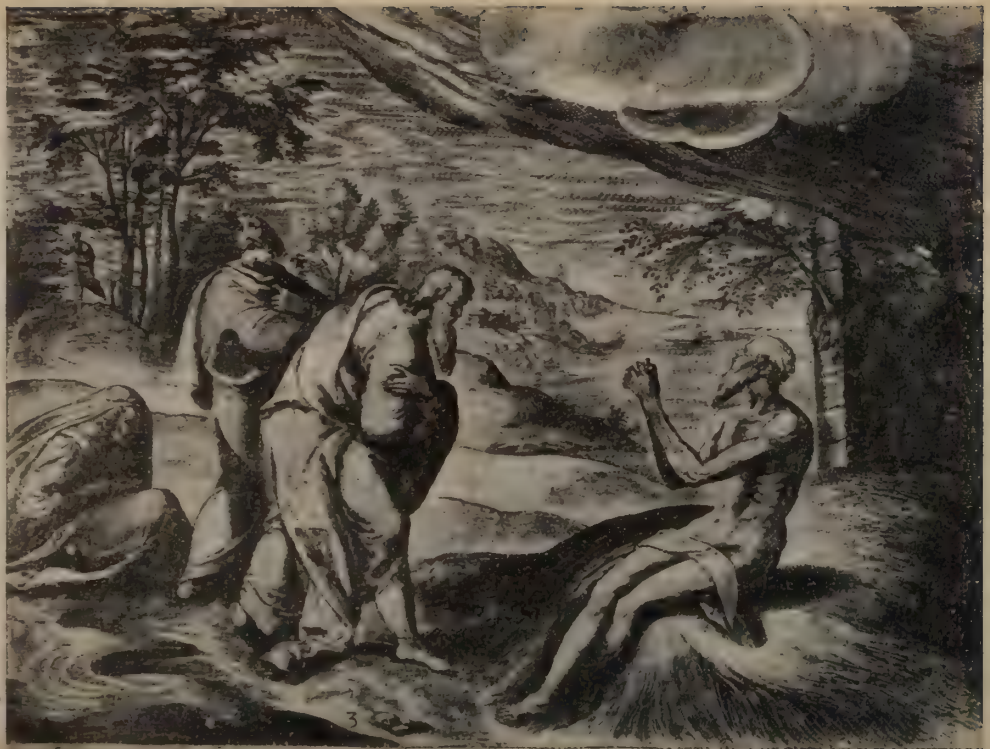
El día de Yave.

[19] Porque ved que viene el día, ardiente como horno, y serán entonces los soberbios y los obradores de la maldad la paja, y el día que viene le prenderá fuego, dice Yave Sebaot, sin dejar ni raíz ni rama. [20] Mas para vosotros, los que teméis mi nombre, se alzará un sol de justicia, que traerá en sus alas la salvación, y saldréis y saltaréis como terneros que salen del establo; [21] y pisotearéis a los malvados, que serán como polvo bajo la planta de vuestros pies, el día en en que yo me pondré a hacer, dice Yave Sebaot.

Elías, heraldo del gran día de Yave.

[22] Acordaos de la ley de Moisés, mi siervo, a quien di yo en Horeb preceptos y mandatos para todo Israel (1). [23] Ved que yo mandaré a Elías, el profeta, antes que venga el día de Yave, grande y terrible. [24] El convertirá el corazón de los padres a los hijos y el corazón de los hijos a los padres, no venga yo a dar la tierra toda al anatema.

(1) Estos versículos no parecen tener conexión con los que preceden, y faltando el contexto, no pueden menos de ser oscuros. Se anuncia el día del Señor, día grande y terrible; es decir, el día del juicio divino, que no quiere decir que sea el juicio último. Elías, el representante de los profetas, vendrá como heraldo a preparar el pueblo para tan gran suceso por medio de la reconciliación de las familias, con que éstas evitarán ser dadas al anatema. El ángel aplica estas palabras al Precursor, cuando anuncia al padre el nacimiento del niño (Luc. 1, 17).



Pectitur Ulceribus per faucia membra cruentis Mixtaque cum lachrymis tristia uerba mouet. lib. 2. ca

INTRODUCCION GENERAL A LOS LIBROS SAPIENCIALES

TENEMOS que empezar por explicar lo que es la sabiduría para los hebreos. No es, como para Aristóteles, la ciencia de las últimas causas, sino cierta agudeza y prontitud de ingenio para hallar una salida en casos apurados. Tal era la sabiduría de la mujer de Tecua (II Sam, 14, 2 ss.), de la mujer de Abel (Ibid., 20, 16 ss.) y la de Salomón (I Reg. 3, 12 ss.). Análoga a ésta es la agudeza para hallar sólución a los enigmas y acertijos de que tanto gustaban los orientales. Véase en Juec. 14, 10 ss. el enigma de Sansón a los filisteos, y en I Reg. 10, 3 ss. los de Salomón y la reina de Saba.

Extiéndese esta sabiduría a la observación de la naturaleza, de los instintos de los animales, del obrar del hombre, para sacar de todo esto enseñanzas útiles a la dirección de la vida humana; pues Dios al crear las cosas había derramado en ellas los tesoros de su sabiduría. Pero más que en la naturaleza, depositó Dios su sabiduría en la ley, que al decir de Moisés viene a ser para los israelitas la sabiduría y la inteligencia, que los haga célebres entre todos los pueblos (Deut. 4, 6 ss.). Apoyados en este doble principio, los sabios de Israel se levantan al conocimiento de aquella Sabiduría que asistió a Dios en la creación del mundo y que se derramó en las cosas creadas, sobre todo en el hombre.

Otra forma más modesta de sabiduría era el ingenio artístico para ejecutar obras de orfebrería, para componer poesías y para cantarlas con acompañamiento de instrumentos.

Todas estas manifestaciones de la sabiduría, así como podían ser naturales o adquiridas, así también pueden ser infundidas por Dios, como se dice de José, Salomón y Daniel.

Conforme a esto, los sabios de Israel nos han dejado libros como el de Job, el Eclesiastés y la Sabiduría, en que se debate el grave problema del proceder de Dios con los justos y los impíos. En el Salterio nos han legado una riquísima colección de cantos, los cuales, en artística forma, exponen los misterios de Dios reflejados en la naturaleza, su providencia con Israel, la que guarda con los justos y los malvados, etc. En los Proverbios y el Eclesiástico los sabios de Israel nos han dejado el fruto de sus meditaciones, que nos enseñan a gobernarnos según la voluntad de Dios. Finalmente, el Cantar de los Cantares es obra de sabiduría por su exquisita forma poética y por su pensamiento, que es la idea mesiánica, contenida en los profetas y expuesta en una serie de cantos que giran en torno de una imagen también profética, la del matrimonio, aplicada a las relaciones de Dios con su pueblo.

Como de lo dicho se colige, el principio de la sabiduría de Israel, más que su ingenio, es la revelación divina. Por eso hemos colocado los libros sapienciales después de los profetas. A la luz de las enseñanzas de éstos meditaban los sabios sobre la naturaleza y sobre la vida de los hombres, y de aquí se levantaban a escudriñar los misterios de la sabiduría divina. A esta consideración, que pudiéramos llamar teológica, de la naturaleza creada y de la Providencia y Misterios Divinos, basada en la Ley y los Profetas y en la historia de Israel, se añadía en los sabios que escribieron los libros sagrados la iluminaceón del Espí-

ritu Santo, que al mismo tiempo que elevaba su mente, daba valor divino a sus enseñanzas.

Decíamos que el arte de la poesía era una de las manifestaciones de la sabiduría hebrea. Porque es de saber que existe en la Biblia hebrea un arte poético. San Jerónimo y algunos antiguos asimilaron el verso hebreo al griego y al latino. Era, sin duda, una equivocación. Pero los esfuerzos hasta ahora realizados para definir la naturaleza del verso hebreo sólo han dado de sí una multitud de opiniones, que muestran en su misma multitud la dificultad del asunto y la imposibilidad de llegar hasta ahora a conclusiones ciertas. Una cosa es clara: que además de ese artificio poético, el ritmo tónico, hay en la poesía hebrea un ritmo lógico, del pensamiento, que se ha llamado paralelismo de los miembros. A una línea o verso se añade otro que expresa el mismo pensamiento (paralelismo sinónimo), o un pensamiento que desarrolla y completa el primero (paralelismo sintético), o un pensamiento contrapuesto al primero (paralelismo antitético). Véanse los siguientes ejemplos:

No prevalecerán los impíos en el juicio
Ni los pecadores en la congregación de los justos (Sal. 1, 5).

Bienaventurado el varón que no anda en consejo de impíos
Ni camina por las sendas de los pecadores
Ni se sienta en compañía de malvados (Sal. 1, 1).

Siéntate a mi diestra,
En tanto que pongo a tus enemigos
Por escabel de tus pies (Sal. 110, 1).

Extenderá Yave desde Sión tu poderoso cetro:
«Domina en medio de tus enemigos» (Sal. 110, 2).

Una respuesta blanda calma la ira,
Una respuesta áspera la enciende.

La boca del sabio hace amable la sabiduría,
La del necio sólo profiere sandeces (Prov. 15, 1, 2).

Estos versos paralelos se agrupan con frecuencia formando estrofas. El número de los versos de cada estrofa puede variar hasta en un mismo poema. La distinción de las estrofas supone, por lo general, un nuevo aspecto del tema que el poema desarrolla. Mas este principio no suele ser en la práctica norma segura para distinguir las estrofas. Lo es el alfabetismo de algunos salmos (9-10; 111, 112), de las Lamentaciones, del cántico de Habacuc, etc., o algún refrán, verso o estrofa intercalada, que al fin de cada estrofa se repite, verbigracia, salmos 42-43, y el signo sela, *que se halla con frecuencia en los salmos, aunque muchas veces fuera de lugar. Nótase también, a veces, la asonancia de las palabras y la repetición regular de ciertos vocablos o expresiones, y otros artificios literarios que muestran el ingenio de los poetas y su propósito de embellecer con ellos sus poemas.*

Es muy digno de notar que no son sólo los libros sapienciales los que están escritos en forma métrica; son numerosísimas las partes de otros libros, sobre todo los proféticos, que nos ofrecen la misma forma y emplean idéntico lenguaje. Isaías habla casi siempre en verso; en Jeremías y Ezequiel abunda también la forma poética; y los oráculos de Joel, Nahum y Habacuc son modelos maravillosos de poesía. La literatura eclesiástica nos ofrece un ejemplo análogo, que conviene advertir. San Efrem, en su lengua siríaca, compuso infinidad de sermones y tratados en forma poética, que luego enseñaba al pueblo para que los cantase. Por este medio le adoctrinaba en los dogmas de la fe y en las normas de la vida cristiana. De igual modo los profetas componían en verso sus oráculos para que mejor corriesen entre el pueblo.

INTRODUCCION AL LIBRO DE JOB

SE discute en el libro de Job una cuestión que hallamos muchas veces planteada, o por lo menos indicada, en el Antiguo Testamento, y que es el tormento de todos los ingenios de la literatura sagrada precristiana: el problema del infortunio del justo. La Escritura repite muchas veces, como un axioma, que Dios da a cada uno según sus obras. Todos aceptamos este principio, que es de elemental justicia, como la cosa más natural, porque responde enteramente a los sentimientos de equidad impresos en el corazón del hombre. Pero cuando se miran las cosas de tejas abajo, parece que tal principio flaquea no pocas veces, pues se ven justos en la miseria e impíos en la prosperidad. Y al flaquear el principio, es como si la misma justicia divina se tambalease, viniendo a poner a dura prueba la fe de los creyentes en Dios.

Los Salmos nos ofrecen con frecuencia el cuadro desgarrador que se desarrolla en el corazón de los fieles; y es, a nuestro juicio, la mejor prueba de su gran fe, el verlos sobreponerse a esta tentación en medio de la oscuridad en que vivían respecto a las sanciones en la vida futura. Ni es este problema sólo del pueblo hebreo. La literatura caldea nos presenta una lamentación del justo, que expresa ante sus dioses sentimientos análogos a los del salmista. El autor de nuestro libro quiso estudiar el problema con toda la amplitud que el estado de la revelación en su tiempo le permitía; y para ello acudió a este personaje, Job, que, a juzgar por la mención de Ezequiel (14, 14), había pasado a la posteridad como modelo de justicia y de paciencia.

El libro consta de tres partes: un prólogo y un epílogo en prosa, y el cuerpo de la obra en verso. El prólogo nos da a conocer las pruebas a que Job fué sometido por Dios y los motivos por que a ellas le somete.

Sigue luego la disputa. Tres amigos de Job, al saber las calamidades que

de repente habían caído sobre él, vienen a visitarle y a condolerse con su amigo. Al verle sentado en la ceniza, rayéndose con un tejón, la estupefacción se apodera de ellos, y por espacio de siete días y siete noches se están mirando sin hablar palabra. Al fin prorrumpe Job en un monólogo en que expresa la grandeza de su dolor. Sus palabras parecen una amplificación de las que en caso análogo profirió Jeremías (20, 14 ss.). Esta queja de Job es la señal de ataque por parte de los amigos. Los que habían venido a consolarle se convierten en acusadores, aunque con la sana intención de reducirle a penitencia. No tienen prueba alguna concreta de la culpabilidad de Job, pero les basta verle de aquel modo herido de Dios. Era ésta una prueba que no admitía réplica, a menos de negar la justicia divina. Por espacio de once capítulos van los tres amigos repitiendo en variadas formas el mismo argumento, y Job respondiendo a cada uno. No contentos con esto, vuelven todavía a la carga y consumen un segundo turno, respondiendo Job a cada réplica. Todavía insisten con una dúplica los amigos. Job les responde. Antes de esta respuesta se intercala un elogio de la sabiduría que parece desprenderse del resto, pues no sabemos siquiera en boca de quién se pone.

Los tres amigos desisten por fin de acusar a Job, al ver cómo él persiste en declararse justo. Entonces aparece un cuarto acusador, que, irritado, ataca a Job y a los tres amigos. Empieza en un tono ampuloso, exponiendo la doctrina de que los castigos impuestos por Dios tienen un valor educativo. Es la nueva idea que nos aporta Eliú—así se llama el nuevo orador—en los cuatro discursos que pronuncia, sin que el acusado profiera una palabra de respuesta. Finalmente, del seno de la tempestad, como en otro tiempo en el Sinaí, se aparece el Señor, que hace oír su voz.

El lector creería que viene como maestro soberano a definir la cuestión, poniéndo en claro el valor de los argumentos con tanta insistencia repetidos. Pero no es así; porque el Señor, dirigiéndose a Job, intenta aplanarle con la descripción de las obras en que se descubre la grandeza de su poder y de su sabiduría, para que Job entienda que los juicios de Dios son inescrutables. Y así termina el cuerpo de la obra. En el epílogo Dios se muestra irritado contra los tres amigos, por no haber hablado según verdad, como su siervo Job, y les manda ofrecer un sacrificio de siete toros y siete carneros y que Job ore por ellos. Y termina el epílogo diciendo que Job recibió la salud, y los bienes que antes poseía se le duplicaron; que vivió ciento cuarenta años y murió harto de días.

Del autor del libro nada podemos decir, sino que era un altísimo poeta. De su época, algo nos indica la comparación con Jeremías y con algunos Salmos en que se expone el mismo problema. El libro de Job sería posterior a esos otros escritos; del tiempo, por tanto, de la cautividad o inmediatamente posterior a ella.

JOB

Job, varón recto y justo.

1 [1] Hubo en tierra de Hus un varón
llamado Job, hombre recto y
justo, temeroso de Dios, y apartado
del mal. [2] Naciéronle siete hijos y
tres hijas; [3] y era su hacienda de
siete mil ovejas, tres mil camellos,
quinientas yuntas de bueyes, quinientas asnas, y siervos en gran número, siendo aquel varón grande
entre todos los orientales.

[4] Acostumbraban sus hijos a tener
banquetes en sus casas, cada uno en
su día, invitando a sus tres hermanas
a comer y beber con ellos; [5] y cuando

se completaba la rueda de los días de convite, iba Job y los purificaba, y levantándose de madrugada, ofrecía por ellos holocaustos según su número; pues decía Job: No sea que hayan pecado mis hijos y se hayan apartado de Dios en su corazón. Así hacía siempre.

Job, probado por la adversidad.

6 Vinieron un día los hijos de Dios a presentarse delante de Yave, y vino también entre ellos Satán, 7 a quien preguntó Yave: ¿De dónde vienes? Respondió Satán: Vengo de dar una vuelta a la tierra y pasearme por ella. 8 Y dijo Yave a Satán: ¿Y has reparado en mi siervo Job, que no lo hay como él en la tierra, varón íntegro y justo, temeroso de Dios y apartado del mal? 9 Respondió Satán a Yave: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? 10 ¿No le has rodeado de un vallado protector a él, a su casa y a todo cuanto tiene? Has bendecido el trabajo de sus manos y ha crecido así su hacienda sobre la tierra. 11 Pero anda, extiende tu mano y tócale en lo suyo, a ver si no te vuelve la espalda. 12 Entonces dijo Yave a Satán: Mira, todo cuanto tiene lo dejo en tu mano, pero a él no le toques. Y salió Satán de la presencia de Yave.

13 Estaban un día sus hijos y sus hijas comiendo y bebiendo vino en la casa de su hermano primogénito; 14 y llegó a Job un mensajero que le dijo: Estaban arando los bueyes y pacían cerca de ellos las asnas, 15 y de repente se echaron sobre ellos los sabeos y los cogieron, y a los siervos los hirieron a filo de espada. Yo solo he podido escapar para darte la noticia. 16 Todavía estaba éste hablando, cuando llegó otro, que dijo: Ha caído del cielo fuego de Dios que abrasó a las ovejas y a los mozos, consumiéndolos. Sólo he escapado yo para darte la noticia. 17 Todavía estaba éste hablando, cuando vino otro, que dijo: Los caldeos, divididos en tres tropeles, han dado sobre los camellos, apoderándose de ellos, y a los siervos los hirieron a filo de espada. Yo solo he podido escapar para traerte la noticia. 18 Mientras hablaba éste, todavía llegó otro, que dijo: Estaban tus hijos y tus hijas comiendo y bebiendo vino en la casa de su hermano, el primogénito, 19 y vino del otro lado del desierto un torbellino que conmovió las cuatro esquinas de la casa, que cayó sobre los jóvenes y todos han muerto. Yo solo he escapado para darte la noticia.

Fidelidad de Job.

20 Levantóse entonces Job, rasgó sus vestiduras, rasuró su cabeza, y echándose en tierra adoró, diciendo: 21 Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo tornaré allá. Yave me lo dió, Yave me lo ha quitado (1). ¡Sea bendito el nombre de Yave! 22 En todo esto no pecó Job ni atribuyó a Dios insipiencia.

Mayores pruebas.

2 1 Vinieron otro día los hijos de Dios a presentarse ante Yave, y vino también Satán entre ellos, presentándose ante Yave, 2 y dijo Yave a Satán: ¿De dónde vienes? Respondió Satán a Yave: Vengo de dar una vuelta por la tierra y pasearme por ella. 3 Y dijo Yave a Satán: ¿Y has reparado en mi siervo Job, que no hay como él en la tierra, varón íntegro y justo, temeroso de Dios y apartado del mal, y que aún persevera en su perfección, a pesar de que tú me incitaste contra él para que en vano le afligiese? 4 Respondióle Satán a Yave: ¡Piel por piel! Cuanto el hombre tiene lo dará gustoso por su vida. 5 Pero anda, extiende tu mano y tócale en su hueso y en su carne, a ver si no te vuelve la espalda. 6 Yave dijo entonces a Satán: Ahí le tienes; en tu mano le pongo, pero guarda su vida.

7 Salió Satán de la presencia de Yave, e hirió a Job (2) con una ulceración maligna, desde la planta de los pies hasta la coronilla de la cabeza. 8 Rascábase con un tejón y estaba sentado sobre ceniza. 9 Díjole entonces su mujer: ¿Aún sigues tú aferrado

(1) Admirable expresión de la fe de Job y de su conformidad con la voluntad divina cuando en un instante se ve despojado de sus bienes y de sus hijos.

(2) El texto no permite concretar la enfermedad de Job; lo que sí nos pone bien de manifiesto es la paciencia y la plena conformidad con el querer de Dios. La mujer viene aquí como auxiliar de Satanás para aumentar el dolor de Job.

a tu integridad? [10] ¡Maldice a Dios y muérete! El la respondió: Has hablado como habla cualquier mujer necia. ¿No recibimos de Dios los bienes? ¿Por qué no vamos a recibir también los males? En todo esto no pecó Job con sus labios.

Vienen a consolar a Job tres de sus amigos.

[11] Tres amigos de Job, Elifaz, temanita, Bildad, subita, y Sofar, namatita, cuando supieron todas las desgracias que le habían sobrevenido, vinieron cada uno de su lugar, pues habían convenido en juntarse para condolerse y consolarle. [12] Ya de lejos alzaron sus ojos y no le reconocieron; y se pusieron a llorar a voz en grito, rasgando cada uno sus vestiduras y esparciendo al aire polvo sobre sus cabezas. [13] Estuvieron con él sentados en tierra por espacio de siete días y siete noches, y ninguno habló palabra, viendo cuán grande era su dolor.

Lamentos de Job.

3 [1] Después de esto abrió Job su boca para maldecir el día de su nacimiento, [2] y tomando la palabra, dijo (1):

[3] Perezca el día en que nací,
y la noche en que se dijo: Ha sido
[concebido un niño.
[4] Conviértase ese día en tiniebla,
no se cuide de él Dios desde el cielo,
no resplandezca sobre él un rayo de
[luz.
[5] Apodérense de él oscuridad y som-
[bras de muerte.
Encobe sobre él negra nube,
llénelo de terrores la negrura del
[día.
[6] Hagan presa de aquella noche las
[tinieblas,
desaparezca del año,
no sea contada en los meses.
[9] Háganse tinieblas las estrellas de
[su crepúsculo.
Que en vano espere la luz y no le
[venga,
y no vea los parpadeos de la aurora.
[7] Sea noche de soledad,
no haya en ella regocijos.
[8] Maldíganla los que saben maldecir
[al día,
los que saben despertar al cocodrilo,
[10] por no haber cerrado las puertas del
[seno materno,
y no haber sustraído a mis ojos
[tanta miseria.
[11] ¿Por qué no expiré en el seno de
[mi madre?
¿Por qué no perecí al salir de sus
[entrañas?
[12] ¿Por qué hallé rodillas que me reci-
[bieron
y pechos que me amamantaron?
[13] Pues ahora, muerto, descansaría,
[dormiría y reposaría,
[14] con los reyes y los grandes de la
[tierra,
que se construyen mausoleos,
[15] con los príncipes ricos en oro
y que llenan de plata sus moradas.
[16] O ni hubiera existido, como aborto
[secreto,
o como los que, concebidos, no lle-
[garon a ver la luz.
[17] Allí no perturban ya los impíos con
[sus perversidades,
allí descansan los que codiciosos se
[afanaron,
[18] allí están en paz los esclavos,
allí no oyen ya la voz del capataz,
[19] allí son iguales grandes y pequeños,
y el esclavo no está sometido al amo.
[20] ¿Por qué dar la luz al desdichado,
dar la vida al de amargado corazón;
[21] a los que esperan la muerte y no
[les llega,
y la buscan más que se busca un
[tesoro;
[22] los que saltarían de júbilo,
y se llenarían de alegría si hallasen la
[huida;
[23] al hombre que no sabe por dónde ir,
a quien le cierra Dios toda salida?
[24] Son los suspiros mi comida,
y mis rugidos se derraman como aguas.
[25] Lo que temo, eso es lo que me llega,
lo que me atemoriza, eso es lo que
[me coge.
[26] No tengo tranquilidad, paz, ni
[descanso,
se ha adueñado de mí la turbación.

Reproches de Elifaz.

4 Tomó la palabra Elifaz, temanita
[y dijo:
[2] Te enfadará que te hablemos.
Pero ¿quién es capaz de contener la
[palabra?

(1) Este monólogo de Job es una expresión de la grandeza de los dolores que padece, y a que la naturaleza se resiste, no obstante la resignación de la voluntad.

3 Tú antes enseñaste a muchos,
confortaste muchas manos débiles.
4 Con tu palabra sostuviste a los va-
[cilantes
y fortaleciste rodillas que se doblaban.
5 ¿Y ahora que ha venido sobre ti,
[decaes?
Cuando te ha tocado, ¿te turbas?
6 ¿No es ya el temor de Dios tu con-
[fianza?
¿No es la rectitud de tus caminos la
[esperanza tuya?
7 Recuerda bien: ¿Qué inocente fué
[jamás destruído?
¿Qué justos fueron jamás extermi-
[nados? (1)
8 Por lo que siempre vi, los que aran
[la iniquidad
Y siembran la injusticia, son los que
[cosechan sus frutos.
9 Un soplo de Dios los destruye,
el huracán de su cólera los abate.
10 Los rugidos del león, los bramidos
[del rugiente,
los dientes de los cachorros de león son
[quebrantados.
11 Perece el león falto de presa.
Y se dispersan los cachorros de la
[leona.

Aparición nocturna.

12 Llegóme calladamente un hablar,
mis orejas percibieron sólo un mur-
[mullo,
13 Al tiempo en que agitan el alma las
[visiones nocturnas,
cuando duermen los hombres profun-
[do sueño.
14 Apoderóse de mí el terror y el es-
[panto,
temblaron todos mis huesos,
15 un viento azotó mi rostro,
un torbellino hizo estremecer todo mi
[cuerpo.
Allí estaba, ante mis ojos, pero no le
[conocía.
16 Estaba ante mí un fantasma,
y oí una voz que blandamente mur-
[muraba:
17 ¿Hay algún mortal que pueda te-
[nérselas con Dios?
¿Se tendrá nadie por inocente ante
[su Hacedor?

18 Mira: aun a sus ministros no se con-
[fía,
aun en sus ángeles halla tacha.
19 ¡Cuánto más en los que habitan mo-
[radas de barro
y del polvo traen su origen!
Que son aplastados como un gusano,
20 Son acabados de la noche a la ma-
[ñana,
desaparecen para siempre sin darse
[cuenta nadie;
21 se rompe el hilo de su vida,
y mueren sin saberse cómo.

5 1 Ya puedes gritar: ¿quién ha de
[oírte?
Del Santo: ¿a quién vas apelar?
2 Al insensato le mata su ira,
al loco su despecho.
3 Vi al necio echar raíces,
Mas de repente expiró en su morada,
en un momento se marchitó su loza-
[nía.
4 No prosperan sus hijos,
y en el juicio son condenados sin de-
[fensa
5 Devora el hambriento sus cosechas,
y aun entre las espinas las recogen,
y el sediento chupa su jugo.
6 Que no brota de la tierra la des-
[ventura;
ni es el suelo el que produce el infor-
[tunio:
7 Es el hombre quien lo produce,
como del fuego vuelan las chispas.

La justicia de Dios.

8 Yo que tú me volvería a Dios,
y en sus manos pondría mi causa.
9 El que hace cosas tan grandes e in-
[sondables,
maravillas sin fin;
10 que derrama la lluvia sobre la tierra,
y manda las aguas sobre los campos.
11 El ensalza a los humildes,
alivia al afligido y le prospera.
12 Aventa las tramas del astuto,
para que no hagan sus manos cosa
[conducente.
13 Coge a los sabios en sus propias redes
y frustra los designios del malvado.
14 De día tropiezan con tinieblas,
y van a tientas en pleno día, como si
[fuera de noche.
15 Así protege al desamparado contra
[su rabia.
y salva al mísero de sus potentes
[garras.
16 y sostiene la esperanza del desdi-
[chado.
y tiene que cerrar su boca la iniquidad,

(1) Aquí está contenida toda la argumentación de Elifaz contra Job. Nunca vimos perecer un inocente; ni un impío que no recogiera el fruto de sus obras. Aprovéchese Job del castigo para volverse a Dios y se verá colmado de bienes.

La felicidad está en Dios.

17 ¡Dichoso el hombre a quien castiga
[Dios!
No desdeñes, pues, el castigo del Om-
[nipotente.
18 El es el que hace la herida, él quien
[la venda,
él quien hiere y quien cura con su
[mano.
19 Seis veces te sacará de la tribulación.
y a la séptima no te alcanzará el mal.
20 En tiempos de hambre te salvará de
[la muerte,
en tiempo de guerra de los golpes de
[la espada.
21 Te preservará del azote de las len-
[guas,
no temerás la desventura si viniere,
22 te reirás de la devastación y del
[hambre,
no temerás a las fieras salvajes.
23 Harás alianza con las piedras del
[campo
y paces con las bestias de la selva.
24 Probarás las delicias de tu tienda,
nada echarás de menos al visitar tus
[apriscos.
25 Verás multiplicarse tu prole
y serán tus rebaños como la hierba
[de los campos.
26 Bajarás al sepulcro en madurez,
como a su tiempo se recogen los haces.
27 Esto es lo que yo he observado.
[Así es;
así lo hemos oído: sábelo tú para
[tu bien.

Respuesta de Job a Elifaz.

6 1 Entonces tomó Job la palabra
[y dijo (1):
2 ¡Oh! Si mis quejas pudieran pesarse,
Y a un tiempo se pusiera mi desdicha
[en la balanza,
3 luego ésta pesaría más que las arenas
[del mar.
Por eso han sido destemplados mis
[lamentos,
4 pues se han clavado en mí todas las
[saetas del Omnipotente,
y me ha dado a beber su veneno,
y los terrores de Dios combaten con-
[tra mí.
5 ¿Rebuzna el onagro junto a la hierba?
¿Muge el buey ante su pesebre?
6 ¿Gusta lo insípido, sin sal?
¿Sabe bien el caldo de malvas?
7 Por eso mi alma se niega a tomarlo.
¿Va a ser esa repugnante comida el
[remedio de mi mal?
8 ¡Oh, si se cumpliesen mis deseos
y colmase Dios mis esperanzas,
9 y pluguiera a Dios destruirme,
y extendiera su mano libertadora para
[triturarme!
10 Ese sería luego mi consuelo;
saltaría en medio de mi amargura, si
[me acabara,
por no haber moderado mis palabras
[al Santo.
11 ¿Cuál es mi fortaleza, para esperar
[todavía?
¿Cuál mi fin, para llevarlo en pa-
[ciencia?
12 ¿Es mi fortaleza la de las piedras
o es de bronce mi carne?
13 No hay en mí ayuda alguna,
todo socorro me ha sido negado.
14 ¿Es amistad desalentar al amigo,
para apartarle del temor de Dios?
15 Mis hermanos me han engañado
[como arroyo seco,
cual corriente que desaparece en el
[valle.
16 Antes se enturbiaban por el hielo
y sobre ellos se acumulaba la nieve;
17 pero apenas viene el calor, se secan,
a los primeros calores desaparecen,
18 se pierden las trazas de su curso,
se evaporan y mueren.
19 Búscanlos las caravanas de Tecua,
los mercaderes de Saba suspiraban
[por ellos;
20 pero llegados a ellos, se quedan
[confusos,
y quedan frustradas sus esperanzas.
21 Eso sois ahora vosotros para mí,
habéis visto mi angustia y teméis por
[vosotros.
22 ¿Os he pedido yo alguna cosa?
¿Os he pedido algo de vuestra ha-
[cienda?
23 ¿Os he dicho: libradme de la mano
[del opresor,
libradme de las manos de los tiranos?
24 Enseñadme vosotros y yo me ca-
[llaré;
si he errado, hacédmelo ver.
25 ¿Cómo pueden ofender palabras lle-
[nas de rectitud,
y qué prueba vuestra alegación?
26 Creéis que son prueba las pala-
[bras,
pero las palabras del desesperado, ¿no
[son como viento?

(1) Job replica ponderando la grandeza de sus dolores y mostrando que con razón se queja; luego se vuelve a Dios, maravillándose de que El, tan grande, se la haya querido tomar con un ser tan pobre y que pronto desaparecerá del mundo.

27 Os encolerizáis contra un huérfano,
y cavái la fosa a vuestro amigo.
28 Miradme, por favor,
pues no puedo mentiros en vuestra [cara.
29 Reflexionad, por favor, y desapa- [rezca la injusticia.
Reparad y triunfará mi rectitud.
30 ¿Hay en mi lengua iniquidad,
y no distingue mi boca la maldad?

7 1 ¿No es milicia la vida del hombre [sobre la tierra,
y son como los de un jornalero sus [días?
2 Como el siervo anhelando la sombra,
como el jornalero esperando su salario,
3 así he pasado yo meses llenos de [desencanto,
y me han tocado noches llenas de [dolor.
4 Me acuesto, y digo: ¿Cuándo me le- [vantaré?
Y se me hace interminable la noche,
y no hago más que dar vueltas de la [noche a la mañana.
5 Mi carne está cubierta de gusanos y [de escamas terrosas,
mi piel se arruga y se deshace;
6 mis días corrieron más rápidos que [la lanzadera,
pasaron sin dejar esperanza.
7 Acuérdate de que mi vida es un soplo,
mis ojos no verán más la felicidad.
8 No me verán más ojos de hombre.
Tú me buscarás con los tuyos y ya [no seré.
9 Como se deshace una nube y se va,
así el que baja al sepulcro no sube más,
10 no vuelve más a su casa,
no le reconoce ya su morada.
11 Por eso no reprimiré mi boca,
hablaré en la angustia de mi alma,
me quejaré de la amargura de mi vida.
12 ¿Soy yo el mar o un monstruo ma- [rino,
para que me hayas rodeado de una [guardia?
13 Cuando me digo: En mi casa hallaré [consuelo,
el lecho aliviará mis dolores,
14 tú me aterras con sueños,
y me espantas con visiones.
15 Por eso preferiría ser ahogado,
preferiría la muerte a estos tormentos.
16 Me consumo, no seré eterno.
Déjame, que mi vida es un soplo.
17 ¿Qué es el hombre para que en [tanto le tengas,
y pongas en él tu atención,
18 para que le visites cada día
y a cada momento le pruebes?
19 ¿Hasta cuándo no apartarás de mí [tu mirada,
sin dejarme siquiera tragar la saliva?
20 Si pequé, ¿qué daño te inferí con [esto,
oh protector de los hombres?
¿Por qué me haces blanco tuyo,
cuando ni a mí mismo puedo sopor- [tarme?
21 ¿Por qué no perdonar mi pecado
y borrar mi culpa?
Pues pronto me dormiré en el polvo,
y si me buscas, ya no me hallarás.

Discurso de Baldad.

8 1 Tomó la palabra Baldad, suhita, diciendo (1):
2 ¿Hasta cuándo vas a hablar así,
y serán tus palabras cual viento im- [petuoso?
3 ¿Puede Dios juzgar injustamente?
¿Puede el Omnipotente pervertir la [justicia?
4 Si pecaron tus hijos contra él,
él hizo ya recaer sobre su cabeza el [pecado.
5 Pero tú, si diligentemente le buscas
e imploras al Omnipotente
6 y vives en limpieza y rectitud,
luego se volverá él a ti
y prosperará la morada de tu justicia,
7 y tu anterior fortuna será pequeña,
comparada con la grandeza de la se- [gunda.
8 Pregunta, si no, a las generaciones [precedentes;
atiende a la sabiduría de los padres.
9 Nosotros somos de ayer y no sabe- [mos nada,
porque son una sombra nuestros días [sobre la tierra.
10 Pero ellos te enseñarán, ellos te ha- [blarán
con palabras llenas de cordura.
11 ¿Puede crecer el papiro fuera de [las lagunas?
¿Puede el junco prosperar donde no [hay agua?
12 Verde aún, sin que mano le toque,
se seca antes que cualquier otra hierba.
13 Tal es la suerte de los que se ol- [vidan de Dios.
La esperanza del impío se desvanecerá,
14 Serále arrancada su esperanza.
Es tela de araña su confianza.

(1) Baldad empieza, como su amigo, ponderando la justicia de Dios y asegurando que Job obtendrá misericordia si arrepentido se volviere a El.

15 Se apoya en una casa que se arruina,
en casa que no tiene consistencia.
16 Por lleno de jugo que estuviera a
[la faz del sol,
extendiendo sus retoños en el huerto
17 y sus raíces entre las piedras,
metiéndolas hasta la roca,
18 en cuanto se le arranca de su sitio
éste le renegará: «Nunca te vi.»
19 Esta es la buena suerte que le espera,
y brotarán otros en su lugar.
20 Así, pues, Dios no rechaza al justo
ni da la mano al malvado.
21 Aún llenará tu boca de sonrisas
y de júbilo tus labios.
22 Cubriránse de confusión tus ene-
[migos,
y no subsistirá la tienda de los malos.

Respuesta de Job.

9 1 Respondió Job, diciendo (1):
2 Sé muy bien que es así.
¿Cómo pretenderá el hombre tener
[razón contra Dios?
3 Si quisiera contender con él,
de mil cargos no podría responder
[a uno.
4 El es sapientísimo y potentísimo,
¿quién se le opondrá? ¿Saldría ileso?
5 El descuaja los montes de improviso,
y en su ira los trastorna.
6 El sacude la tierra en su sitio,
estremécense sus columnas.
7 El manda al sol, y el sol no brilla,
él guarda bajo sello las estrellas.
8 El solo tiende los cielos
y camina sobre las crestas del mar.
9 El creó la Osa, el Orión y las Plé-
[yades,
y las cámaras del cielo austral.
10 El obra cosas grandes e incompren-
sibles
y maravillas sin cuento.
11 Pasa ante mí y yo no le veo;
se aleja de mí y no lo advierto.
12 Si coge una presa, ¿quién se la
[arrebatará?
¿Quién podrá decirle: ¿Qué es lo que
[haces?
13 La cólera de Dios no hay quien la
[retenga,
bajo él se encorvan los más soberbios.
14 ¡Cuánto menos podría yo respon-
[derle,
y rebuscar razones contra él!

15 Aun teniendo razón, no podría res-
[ponderle,
y habría de implorar misericordia para
[mi causa.
16 Aunque le hablara yo y él me res-
[pondiese,
no osaría creer que había oído mi voz.
17 El que tempestuoso me acomete
y multiplica sin motivo mis heridas,
18 Que ni respirar me deja
y me harta de amarguras.
19 Si quisiera recurrir a la fuerza, el
[fuerte es él.
Si al juicio, ¿quién podrá emplazarle?
20 Aunque creyera tener razón, mis
[palabras me condenarían;
aunque me creyera inocente, él pro-
[baría mi culpabilidad.
21 Si me creyera inocente, es que no me
[conocería a mí mismo,
y yo mismo tendría que renunciar a
[mi justificación.
22 Esta es la verdad, por eso lo digo:
que consume al inocente y al cul-
[pable.
23 Cuando de repente una plaga los
[mata,
él se ríe del tormento de los inocentes.
24 La tierra es entregada a las manos
[de los impíos,
y él tapa el rostro de los jueces de ella.
Que si no es él, ¿quién va a ser?
25 Mis días pasaron más veloces que
[un correo;
huyeron sin gustar la felicidad,
26 volaron como lancha de papiro,
como águila que se lanza sobre la
[presa.
27 Si me dijere: Voy a olvidar mis ge-
[midos,
voy a alegrar mi rostro, a regocijarme;
28 temo todos mis dolores,
conozco que tú no me perdonas.
29 Yo soy ciertamente tenido por cul-
[pable.
¿A qué fatigarme en vano?
30 Aunque me lavase con agua de
[nieve
y purificase mis manos con lejía,
31 todavía me hundirías en el lodo
y mis vestidos me aborrecerían.
32 No es él un hombre como soy yo;
[no puedo decirle:
Vamos los dos a juicio.
33 No hay entre nosotros árbitro
que entre los dos pueda interpo-
[nerse.
34 Que retire su vara de sobre mí,
que no me espante su terror.
35b puesto que no es así, yo conmigo
[mismo
35a hablaré sin temor.

(1) A esto replica Job ponderando lo inescrutable de los juicios de Dios, y negando esa realización aquí en la tierra, de su justicia, que sus amigos ponderan.

10 [1] Estoy hastiado de mi vida,
voy a dar libre curso a mis [quejas,
a hablar en la amargura de mi corazón.
[2] Quiero decir a Dios: ¡No me con- [denes!
Dame a saber por qué me afliges así.
[3] ¿Es decoroso para ti oprimirme,
desdeñar la obra de tus manos
y favorecer los designios de los per- [versos?
[4] ¿Tienes tú acaso ojos de carne,
y miras como mira el hombre?
[5] ¿Son tus días los de un mortal,
son tus años los años del hombre,
[6] para que tengas que inquirir mi [culpa
y andar rebuscando mi pecado,
[7] cuando sabes que no puedo escapar [de ti,
y nadie puede sacarme de tus manos?
[8] Tus manos me hicieron y me for- [maron,
y de repente vas a aniquilarme?
[9] Acuérdate de que me modelaste [como al barro,
¿y vas a tornarme al polvo?
[10] ¿No me exprimiste como leche,
no me cuajaste como queso?
[11] Me revestiste de piel y de carne,
y con huesos y músculos me consoli- [daste.
[12] Me diste vida y me favoreciste,
y tu protección me conservó.
[13] ¿Y me guardabas esto en tu co- [razón?
Bien veo que esto entraba en tus de- [signios.
[14] Si peco, tú me ves
y no me dejarás impune.
[15] Si prevarico, ¡ay de mí!
Si soy inocente, no podré alzar mi [cabeza,
harto de amargura y colmo de mi- [serias.
[16] Y si la alzo me cazarás como león,
y volverás a mostrarte terrible con- [tra mí.
[17] Renovarás tus pruebas contra mí
acrecentarás conmigo tus iras,
como tropas de refresco.
[18] ¿Por qué me sacaste del vientre de [mi madre?
Muriera yo, sin que ojos me vieran.
[19] Fuera como si nunca hubiera exis- [tido,
llevado del vientre al sepulcro.
[20] ¿No son cortos los días de la vida?
Déme, pues, tregua; aparte de mí su [mano,
[21] y déjeme ver un poco de alegría
antes que me vaya, para no volver,
[22] a la región de las tinieblas y de las [sombras de muerte,
tierra de espantosa confusión, tinie- [blas de noche oscura.

Discurso de Sofar.

11 [1] Comenzó a hablar Sofar, na-
matita, y dijo (1):
[2] Porque sean muchas las palabras, [¿no van a tener respuesta?
¿Va a ser el hombre verboso quien [por eso tenga razón?
[3] ¿Tus declamaciones van a hacer [callar a los hombres?
¿Vas a burlarte sin que nadie te con- [funda?
[4] Tú dices: Mi doctrina es la verdadera,
y te crees limpio en su presencia.
[5] ¡Ojalá hablara Dios
y abriera sus labios contra ti,
[6] para descubrirte los secretos de la [sabiduría,
y verías que Dios te ha condonado
buena parte de tus culpas.
[7] ¿Crees tú poder sondear a Dios,
llegar al fondo de su omnipotencia?
[8] Es más alto que los cielos. ¿Qué [barás?
Es más profundo que el abismo. ¿Qué [entenderás?
[9] Es más extenso que la tierra,
más ancho que el mar.
[10] Cuando acomete, aprisiona y cita a [juicio,
¿quién podrá contrarrestarle?
[11] El conoce a los perversos,
Ve la iniquidad donde nadie podría [sospecharla.
[12] Así el necio se hace discreto,
y el estúpido onagro se humaniza.
[13] Si tú dispusieras tu corazón
y alzaras a él tus manos,
[14] si limpiaras tus manos, si hay en [ellas iniquidad,
y no dieras acogida en tu tienda a [la maldad,
[15] alzarías tu cabeza de la ignominia,
te sentirías seguro y nada temerías,
[16] te olvidarías entonces del dolor,
o si de él te acordaras, sería como [de agua que pasó.
[17] Sería esplendente tu vida como el [mediodía,
y tus tinieblas como la mañana.
[18] Vivirías seguro de lo que te espe- [raba,
y mirando en torno te acostarías [tranquilo.

---

(1) Sofar reprende la que reputa palabrería de Job e insiste en el argumento de los otros.

19 Mientras durmieras nadie te tur-
[baría,
y muchos, al contrario, buscarían tu
[rostro.
20 Pero los ojos del malvado se con-
[sumirán,
no habrá para él escape alguno,
y su esperanza será el último suspiro.

Respuesta de Job a Sofar.

12 1 Respondió Job, diciendo (1):
2 Cierto que sois vosotros la
[humanidad toda,
y con vosotros va a morir todo el saber.
3 También tengo yo, como vosotros,
[algún seso,
y no cedo ante vosotros.
Esas cosas, ¿quién las ignora?
4 Ludibrio de sus amigos, yo que
[clamo a Dios para que me oiga;
ludibrio el justo, el recto.
5 Desprecio al desgraciado. Así piensa
[el dichoso.
Desprecio a aquel cuyos pies están
[para resbalar.
6 Paz gozan las tiendas de los devas-
[tadores,
y están seguros los que provocan a
[Dios,
como si todo lo hubiera puesto Dios
[en sus manos.
7 Pregunta a las bestias, y ellas te
[enseñarán;
a las aves del aire, y te lo dirán;
8 A los reptiles de la tierra, y te
[instruirán,
y te lo harán saber los peces del mar.
9 ¿Quién no ve que todo eso lo hace
[la mano de Dios,
de Dios, que es el dueño de todo
[viviente
10 y de la vida de todos los hombres?
Se ha hecho la oreja para oír,
11 como el paladar para gustar.
Está en las canas el saber
12 y en la ancianidad la sensatez.
Pero en él están la sabiduría y el
[poder,
13 suyo es el consejo, suya la pru-
[dencia.
Lo que él destruye no puede recons-
[truírse,
14 lo que él aprisiona nadie lo liberta;
si retiene las aguas, todo se sèca;
15 si les da suelta, devastan la tierra.
De él viene el poder y la fortuna;
16 él es el señor del engañado y del
[engañador;
él despoja de consejo al consejero;
17 él entontece a los jueces;
él quebranta la autoridad de los reyes;
18b él ciñe una cuerda a su cintura;
19a él despoja al sacerdote de su gloria;
19b él abate a los poderosos;
20 él quita a los elocuentes la palabra
y priva del consejo a los ancianos;
21 él arroja sobre los grandes el des-
[precio
18a y desciñe la cintura de los fuertes;
22 él descubre lo más oculto en las ti-
[nieblas
y saca a la luz lo más recóndito;
23 él descarría a los pueblos y los abate
él destruye a las naciones y las
[abandona;
24 él quita el sentido a los gobernantes
y los hace errar en un desierto sin
[caminos,
palpando en las tinieblas sin luz,
25 Y hace que como beodos se ex-
[travíen.
Todo esto lo ven mis ojos.

13 1 Lo ha oído mi oído y lo enten-
[dió.
Lo que vosotros sabéis, lo sé yo
[también;
2 no soy menos que vosotros.
Pero yo quisiera hablar con el Om-
[nipotente
3 y quisiera presentarle mis dudas,
pues vosotros sois fabricantes de in-
[útiles remedios,
4 sois médicos que nada curais.
5 Si al menos os callarais,
os sería contado como acto de pru-
[dencia.
6 Oíd, pues, os ruego, mi querella,
atended las razones de mi defensa.
7 ¿Queréis para justificar a Dios usar
[de falsedad
y defenderle con mentiras?
8 ¿Queréis mostraros como parciales
[suyos
y ser los abogados de su causa?
9 Sería bueno que él os sondease.
¿Creéis poder engañarle como se en-
[gaña a un hombre?
10 El ciertamente os reprendería con
[severidad,
por más que pretendáis aparecer par-
[ciales suyos.
11 Su majestad, ¿no os aterrará,
no os llenará de espanto?
12 Vuestros apotegmas son verdades
[de polvo,
vuestras defensas son defensas de
[barro.

(1) Irónicamente desecha Job los argumentos de sus amigos, que pretenden hacerse abogados de Dios, que no los necesita.

13 Callad, y dejadme que hable yo,
y venga sobre mí lo que viniere.
14 Aunque llevara mi carne entre mis [dientes
y tuviera mi vida en las palmas de [mis manos,
15 aunque él me matara, no me do- [lería,
y defenderé ante él mi conducta,
16 y él vendrá a ser mi justificador,
pues no hay impío que sostenga su [presencia.
17 Oíd atentamente mis palabras,
fijad vuestra atención en mi razona- [miento.
18 ¡Ea! Pronta está mi defensa.
Persuadido estoy de que seré absuelto.
19 ¿Quién pretende litigar conmigo?
Porque, si resignado callara, moriría.
20 Asegúrame de dos cosas,
y no esquivaré tu presencia:
21 Que alejarás de mí tu mano,
y que tu indignación no me aterrará.
22 Entonces pregúntame, y yo te res- [ponderé,
o hablaré yo y tú me replicarás:
23 ¿Cuáles son mis delitos y maldades?
Dame a conocer mi iniquidad y mis [pecados.
24 ¿Por qué esconderme tu rostro,
y tenerme por enemigo tuyo?
25 ¿A una hoja que arrebata el viento [infundirás terror,
a una paja seca perseguirás,
26 dictando contra mí sentencias de [amargura,
imputándome las faltas de mi mo- [cedad?
27 Pones en el cepo mis pies,
acechas todos mis pasos,
señalas las huellas de mis pies.
28 Me deshago como leño carcomido,
como vestido que roe la polilla.

14 1 El hombre, nacido de mujer,
vive corto tiempo y lleno de [miserias,
2 brota como una flor y se marchita,
huye como sombra y no subsiste.
3 ¿Y a un tal le persigues con abiertos [ojos
y le citas a tu tribunal?
4 ¿Quién podrá sacar pureza de lo [impuro?
Nadie.
5 Pues que tienes contados sus días
y definido el número de sus meses
y le pusiste un término que no podrá [traspasar;
6 aparta de él tu mirada y déjale,
hasta que como el jornalero termine [su jornada.
7 Porque todavía para el árbol hay [esperanza;
cortado, reverdece
y echa renuevos y retoños,
8 aunque haya envejecido su raíz
y haya muerto en el suelo su tronco,
9 En sintiendo el agua, rebrota
y echa follaje, como planta nueva.
10 Pero el hombre en muriendo se [acabó.
En expirando, ¿que es de él?
11 Agótanse las aguas en el lago,
sécase un río y se consume,
12 así el hombre, una vez que se [acuesta no se levanta más.
Cuanto duren los cielos no se des- [pertará,
no se despierta de su sueño.
13 ¡Oh! Si me escondieras en el sepulcro
y allí me ocultaras hasta que se apla- [case tu ira.
fijando un término para volver a acor- [darte de mí.
14 Si muerto el hombre reviviera,
esperaría que pasara el tiempo de mi [milicia,
hasta que me llegara la hora del re- [levo.
15 Llamaríasme entonces, y yo te res- [pondería,
y te mostrarías propicio a la obra de [tus manos.
16 Entonces seguirías, sí, mis pasos,
pero no atenderías tanto a mis pe- [cados.
17 Los encerrarías como en un saco,
y borrarías mi iniquidad.
18 Pero ¡ay! que el monte se deshace [en pedazos
y se remueve de su lugar la roca,
19 Y el agua corroe las piedras
y se lleva la inundación los terrones,
y por modo semejante destruyes la [esperanza del hombre;
20 le destruyes de una vez y él se va;
desfiguras su rostro y le alejas.
21 Tengan honores sus hijos, él no lo [sabe;
sean despreciados, él no tiene noticia;
22 sólo siente los dolores de su carne,
sólo sobre sí llora su alma.

Segundo discurso de Elifaz.

15 1 Entonces replicó Elifaz, tema- [nita, diciendo:
2 ¿Es de sabios responder con vanos [razonamientos,
tener el pecho lleno de viento,
3 defenderse con palabras inútiles
y con razones inconsistentes?

4 Pero es más: tú destruyes la piedad
y socavas la plegaria que a Dios se
[hace.
5 Tu misma boca revela tu impiedad,
y hablas el lenguaje de los malvados.
6 Es tu boca, no soy yo, quien te
[condena;
son tus labios los que atestiguan con-
[tra ti.
7 ¿Eres tú por ventura el primer na-
[cido?
¿Viniste al mundo antes que los mon-
[tes?
8 ¿Fuiste admitido a consejo con Dios,
y te has apropiado toda la sabiduría?
9 ¿Qué sabes tú que nosotros no se-
[pamos?
¿Qué entiendes tú que no entendamos
[nosotros?
10 También hay entre nosotros an-
[cianos encanecidos,
de más edad aún que tu padre.
11 ¿Tienes en poco los consuelos de Dios
y las blandas palabras que te diri-
[gimos?
12 ¿A dónde te arrastra tu corazón
y por qué centellean tus ojos?
13 Vuélveste sañudo contra Dios
y salen de tu boca dicterios contra él.
14 ¿Qué es el hombre para creerse
[puro,
para decirse inocente el nacido de
[mujer?
15 Si ni sus santos gozan de su con-
[fianza,
y los mismos cielos no son bastante
[puros a sus ojos,
16 ¡cuánto menos este ser odioso y
[corrompido,
el hombre, que se bebe como agua la
[impiedad!
17 Escúchame, que quiero enseñarte,
te diré lo que sé por experiencia,
18 lo que enseñaron los sabios,
lo que no les ocultaron sus padres,
19 aquellos que poseyeron su tierra,
sin que por ella pasara el extranjero.
20 Mientras vive, el impío es ator-
[mentado,
Por los pocos años que se le dan al
[opresor.
21 Suenan siempre en sus oídos gritos
[de espanto,
en tiempo de paz se ve asaltado por
[el devastador.
22 No espera poder sustraerse a las
[tinieblas,
siempre espera el golpe de la espada.
23 Vaga errante en busca de pan, aun
[teniéndolo;
sabe que le está aparejado y vecino
[el día tenebroso.
24 Le aterra la angustia, le asalta la
[tribulación,
como a rey atacado por sorpresa,
25 porque extendió su mano contra
[Dios
y se hizo fuerte contra el Omnipo-
[tente,
26 y corrió contra él con erguida cerviz,
en espesura de puntas de escudos;
27 Y cubrió su rostro de gordura
y de grosura sus lomos.
28 Por eso habitará ciudades derri-
[badas
y casas inhabitadas,
destinadas a ser montón de ruinas.
29 No prosperará, ni se mantendrá su
[opulencia,
ni echará raíces en la tierra.
30 No escapará a las tinieblas.
Sus renuevos los devorará la llama,
su fruto caerá a impulsos del viento.
31 No se fíe a una engañosa vanidad,
pues se le tornará en tormenta,
32 y a destiempo será cortado su ra-
[maje
y sus ramas no reverdecerán.
33 Será despojado, como de las uvas la
[vid, aun en agraz,
y como el olivo dejará caer sus flores.
34 La prole de los impíos será estéril,
y el fuego devorará la casa del so-
[borno.
35 Concibe maldad y engendra des-
[ventura,
y nutre en su seno el desengaño.

Respuesta de Job a Elifaz.

16 1 Respondió Job, diciendo:
2 He oído ya muchos discursos
[semejantes.
Duros consoladores sois todos vos-
[otros.
3 ¿Tendrán término los vanos dis-
[cursos?
¿Qué es lo que a responder así te
[incita?
4 También podría yo hablar como
[vosotros,
si vosotros estuvierais en mi lugar.
Podría hilvanar palabras con que
[deslumbraros
y mover mi cabeza sobre vosotros.
5 Os alentaría con palabras,
y un movimiento de compasión cerra-
[ría mis labios.
6 Pero ¿qué hacer? Si hablo, no por
[eso cesa mi dolor.
Si callo, ¡qué se ha de apartar de mí!
7 Pero ahora estoy abrumado;
has destruído toda mi familia

8 Y me has aferrado.
Se ha levantado contra mí y atestigua [contra mí.
9 Su furor me hace trizas,
se ha encarnizado contra mí.
Rechina contra mí sus dientes.
y alza torvos sus ojos contra mí
10 Abren su boca contra mí,
abofetean con afrenta mis mejillas,
todos a una se lanzan contra mí.
11 Dios me ha entregado a los impíos,
me ha arrojado en manos de los per- [versos.
12 Feliz era yo, y él me arruinó,
me cogió por el cuello y me estrelló.
13 Púsome por blanco de sus saetas,
Me cercan sus arqueros,
me traspasa los riñones sin piedad,
derrama mis entrañas.
14 Me hace herida sobre herida
y me acomete como fuerte guerrero.
15 He cosido un saco sobre mi piel,
he revuelto mi frente en la ceniza;
16 está mi rostro hinchado por el llanto
y cubre mis ojos denso velo,
17 aunque no hubo en mis manos in- [justicia
y fué limpia mi oración.
18 ¡No cubras, oh tierra, mi sangre,
no cese mi clamor!
19 Ahora, pues, en los cielos está mi [testigo,
allá arriba está mi fiador.
20 Aunque me escarnecen mis amigos,
Las lágrimas de mis ojos imploran a [Dios,
21 Para que sentencie en favor del [hombre contra Dios,
como pide el hombre sentencia favo- [rable a su amigo,
22 pues pocos son los años que me [restan,
y el camino por donde voy no tiene [vuelta.

17 1 Mi vida se acaba,
extínguense mis días,
sólo me queda el sepulcro.
2 ¡Si al menos no tuviera escarnece- [dores junto a mí.
Pero mis ojos tienen que contemplar [su obstinación,
3 Dame, ¡oh Dios!, seguro cerca de ti!
que entonces,¿quién podrá apretarme?
4 Has cerrado su mente al conoci- [miento,
pero no dejarás que prevalezcan.
5 Invita uno a sus amigos a la presa;
mientras desfallecen los ojos de sus [hijos.
6 Me ha hecho la fábula de las gentes,
soy para todos objeto de mofa.
7 Mis ojos languidecieron de tristeza,
y mis miembros son todos como una [sombra.
8 Y alégranse de ello los buenos,
y los inocentes se alzan contra el per- [verso,
9 pero el justo persevera en su camino,
y quien tiene limpias las manos se [afirma siempre más.
10 Pero, en fin, volved todos, volved,
que no hallaré entre vosotros un solo [discreto.
11 Pasaron mis días, se desvanecieron [mis proyectos,
las prendas de mi corazón.
12 La noche me la convierten en día
y de las tinieblas me prometen próxi- [ma luz.
13 ¿Qué puedo esperar? El sepulcro [será mi morada,
en las tinieblas dispondré mi lecho.
14 Diré a la podredumbre: ¡Tú eres mi [padre!
Y a los gusanos: ¡Mi madre y mis [hermanos!
15 ¿Dónde está mi esperanza?
Mi fortuna ¿quién la verá?
16 ¿Van a bajar detrás de mí al se- [pulcro?
vamos a caer juntos en el polvo?

Segundo discurso de Baldad.

18 1 Replicó Baldad, suhita, di- [ciendo:
2 ¿Cuándo pondrás fin a los vanos [discursos?
Reflexiona primero y luego habla- [remos.
3 ¿Por qué nos tomas como bestias
y pasamos a tus ojos por estúpidos?
4 Tú, que en tu furor te desgarras a ti [mismo,
¿crees acaso que sin ti quedará despo- [blada la tierra
y lanzarás de su lugar las rocas?
5 Sí, se apagará la luz de los perversos,
no brillará la llama de su hogar.
6 Apagaráse la luz en su tienda,
se extinguirá su lámpara.
7 El cepo impedirá sus pasos vigorosos
y su propio consejo le precipitará.
8 Se enredarán en red sus pies
y caminará sobre una trampa;
9 un lazo le atará los tobillos,
se le enredará fuertemente,
10 se le ocultará en la tierra,
y la trampa estará en su misma senda.
11 De todas partes le asaltarán te- [rrores,
le seguirán, pisando sus talones.

12 Su opulencia se tornará en hambre
y la perdición le acompañará.
13 La enfermedad roerá su piel,
y devorará sus miembros el primo-
génito de la muerte. [génito de la muerte.
14 Será arrancado del apoyo de su
tienda [tienda
y le bajarán al rey de los terrores.
15 Otros, no él, habitarán su tienda,
lloverá azufre sobre su morada.
16 Secaránse sus raíces por debajo,
Cortaránle por arriba sus ramas.
17 Desaparecerá de la tierra su re-
cuerdo, [cuerdo,
no tendrá ya nombre en la región.
18 Le lanzarán de la luz a las tinieblas,
le exterminarán del mundo.
19 No tendrá familia ni parentela en
el pueblo, [el pueblo,
ni sobreviviente en su tierra.
20 De su caída se espantarán los úl-
timos [timos
y se horrorizarán los primeros.
21 Esa es la suerte del malvado,
El destino del que desconoce a Dios.

Respuesta de Job a Baldad.

19 1 Respondió Job, diciendo:
2 ¿Hasta cuándo afligiréis mi
alma [alma
y me majaréis con vanos discursos?
3 Ya me habéis afrentado diez veces
y me maltratáis sin avergonzaros.
4 Aun siendo verdad que yo haya
errado, [errado,
sobre mí recaería mi yerro.
5 ¿A qué alzaros contra mí,
aduciendo como prueba mis torturas?
6 Sabed, pues, que Dios me ha opri-
mido, [mido,
y que me ha envuelto en sus redes.
7 Grito contra la opresión, y no ob-
tengo respuesta; [tengo respuesta;
pido justicia, y no la hay para mí;
8 ha cerrado mis caminos, y no tengo
salida, [salida,
y ha llenado de tinieblas mis senderos.
9 Me ha despojado de mi gloria,
Arrancó de mi cabeza la corona.
10 Me ha demolido del todo, y perezco;
descuajó como árbol mi esperanza.
11 Encendióse contra mí su cólera,
y me contó entre sus enemigos.
12 Vinieron contra mí todas sus milicias,
se han atrincherado en mi camino,
y han acampado en torno de mi
tienda. [tienda.
13 Alejáronse de mí mis hermanos,
y mis amigos se me han hecho ex-
traños. [traños.
14 desaparecieron mis vecinos y co-
nocidos, [nocidos,
me ha olvidado hasta la gente de mi
casa. [casa.
15 Mis criados me reputan por extraño,
soy a sus ojos un forastero.
16 Llamo a mi siervo, y no me res-
ponde, [ponde,
y tengo que suplicarle con mi boca.
17 Hízose mi aliento repugnante a mi
mujer, [mujer,
y yo fétido a los hijos de mi madre.
18 Hasta los niños me desdeñan
y me insultan, si intento levantarme.
19 Me han aborrecido todos mis confi-
dentes, [dentes,
los más caros amigos se vuelven
contra mí. [contra mí.
20 Péganse a mi piel mis huesos des-
carnados, [carnados,
y apenas si conservo la piel junto a
mis dientes. [mis dientes.
21 Apiadaos, apiadaos de mí, siquiera
vosotros, mis amigos, [vosotros, mis amigos,
porque me ha herido la mano de
Dios. [Dios.
22 ¿Por qué, como Dios, me perseguís
vosotros también, [vosotros también,
y no os hartáis de mis carnes?
23 ¡Quién me diera que se escribiesen
mis palabras [mis palabras
y se consignaran en un libro (1),
24 que con punzón de hierro se gra-
basen sobre el plomo, [basen sobre el plomo,
o en la piedra se esculpiesen para
siempre! [siempre!
25 Porque yo lo sé: mi Redentor
vive, [vive,
y él se erguirá como fiador sobre el
polvo; [polvo;
26 y después que mi piel se desprenda
de mi carne, [de mi carne,
en mi carne contemplaré a Dios.
27 ¡Yo le veré, veránle mis ojos, no
otro! [otro!
Abrásanse en mi seno mis entra-
ñas. [ñas.
28 Si decís: ¡Oh, si pudiéramos escru-
tarle, [tarle,
en él hallaríamos la raíz de la cosa!
29 Temed la espada,
pues la espada es la vengadora de la
iniquidad, [iniquidad,
y sabed que hay un juez.

(1) Este deseo de Job de ver grabadas sus palabras indican claro que va a decir algo muy importante. Lo que sigue está oscuro y es objeto de diversas interpretaciones. La traducción bien conocida de la Vulgata expresa la esperanza de la resurrección; la nuestra, sin estar tan clara, todavía parece reducirse al mismo pensamiento.

Réplica de Sofar.

20 [1] Tomó Sofar, namatita, la pa-
[labra, y dijo:
[2] Por eso me hacen responder mis
[pensamientos
que se agitan dentro de mí.
[3] Te he oído mi ignominiosa reprensión,
y la indignación me impulsa a res-
[ponder según mi saber.
[4] ¿No sabes ya de siempre,
desde que vive el hombre sobre la
[tierra,
[5] que es breve el tiempo de los mal-
[vados
y dura un instante la alegría de los
[perversos?
[6] Si hasta el cielo subiere su arrogancia
y tocare en las nubes su cabeza,
[7] Cual un fantasma, desaparece para
[siempre;
y los que le vieron dirán: ¿Dónde está?
[8] Desaparecerá como un sueño y no
[le hallarán,
huirá como visión nocturna.
[9] Los ojos que le vieron no le verán
[más,
su morada no le percibirá ya más.
[11] Sus huesos, llenos aún de juvenil
[vigor,
bajarán con él al polvo del sepulcro.
[12] Aunque él dulcificara la maldad
y la ocultara bajo su lengua,
[13] La saboreará antes de tragarla,
reteniéndola en su paladar;
[14] se corromperá en su vientre aquel
[manjar,
hiel de víboras se volverá en sus en-
[trañas.
[15] Devoró riquezas, pero las vomitará,
de su vientre se las sacará Dios.
[16] Chupa veneno de áspides,
y lengua de áspid le matará.
[17] No gozará a la vista de los arro-
[yuelos, de los ríos,
de ríos de leche y de miel.
[18] Devolverá el trabajo ajeno, que no
[podrá tragar.
Cual prestada su riqueza, tendrá que
[restituirla,
[19] pues oprimió violentamente a los
[pobres,
robó casas que no construyó.
[10] Sus hijos tendrán que reparar el daño,
sus propias manos restituirán su ri-
[queza,
[20] pues no conoció hartura en su
[avaricia,
no salvará lo que tanto codició.
[21] Nada escapaba a su voracidad,
por eso su bienestar no fué du-
[rable.
[22] En el colmo de la abundancia todo
[le es poco,
y le sobrevienen desventuras de toda
[suerte.
[23] Mandará Dios contra él la llama
[de su furor,
hará llover sobre él sus saetas.
[24] Si escapa a las armas de hierro,
le traspasará el dardo de bronce.
[25] Disparó la saeta que le traspasa y
[sale por su espalda,
cual rayo de sus entrañas.
[26] Toda suerte de tinieblas le están
[reservadas;
le abrasará fuego no encendido por
[hombre,
y será destrozado cuanto de su tienda
[quedare.
[27] Revelará el cielo su impiedad
y la tierra se alzará contra él.
[28] Desaparecerá de su casa toda su
[riqueza,
arrasada será en el día del furor.
[29] Esta es la suerte que al perverso
[reserva Dios,
ésta es la parte que el Omnipotente le
[adjudica.

Respuesta de Job a Sofar.

21 [1] Respondió Job, diciendo:
[2] Escuchad atentamente mis pa-
[labras,
dadme siquiera este consuelo.
[3] Tolerad que hable,
y cuando haya terminado, burlaos.
[4] ¿Es de un hombre de quien yo me
[quejo?
¿Por qué no habré de impacientarme?
[5] Volved a mí vuestros ojos y espan-
[taos,
poned el dedo sobre vuestros labios.
[6] Yo, sólo de pensarlo me horrorizo
y tiemblan todas mis carnes.
[7] ¿Cómo es que viven los impíos,
se prolongan sus días y se aseguran
[en su poder?
[8] Su prole persiste con ellos a su pre-
[sencia,
y tienen ante sus ojos a sus retoños.
[9] Sus casas son paz, no hay en ellas
[temor,
no cae sobre ellos la vara de Dios.
[10] Sus toros fecundan y no langui-
[decen,
y sus vacas paren y no abortan.
[11] Sacan fuera a sus pequeños cual
[rebaño,
y sus niños saltan de contento;
[12] bailan al son del tambor y de la
[cítara,
y saltan al son de la flauta.

13 Pasan sus días placenteramente,
y tranquilamente bajan al sepulcro
[en un momento.
14 Y eso que decían a Dios: Apártate
[lejos de nosotros,
no queremos saber de tus caminos.
15 ¿Qué es el Omnipotente para que
[le sirvamos,
y qué provecho sacamos de rogarle?
16 Ya veis cómo gozan fortuna.
Lejos de mí aprobar el consejo de los
[malvados.
17 ¿Pero cuántas veces se apaga la
[lámpara de los malos,
los coge la merecida desventura
y los castiga en su furor?
18 ¿Son como paja arrastrada por el
[viento,
y como tamo que se lleva el torbe-
[llino?
19 Que Dios reserva el castigo para
[sus hijos...
Déle a él mismo su merecido, que lo
[sienta él,
20 que vean sus propios ojos su ruina,
y beba el furor del Omnipotente.
21 ¿Qué le importa a él de su casa
[para después de él,
cuando fuere cortado el número de
[sus días?
22 ¿Quién es el que puede enseñar a
[Dios sabiduría,
a él, que juzga a los más altos?
23 Muere éste en plena prosperidad,
cuando todo florecía y estaba en se-
[guridad,
24 cuando estaban sus lomos cubiertos
[de grosura
y bien regada la medula de sus huesos.
25 Muere aquél en medio de la amar-
gura de su alma,
sin haber gozado de bien alguno.
26 Y con todo, juntamente yacerán
[en el sepulcro,
y a uno y otro los recubren los gu-
[sanos.
27 Bien adivino vuestros pensamientos
y los improperios que contra mí ma-
[quináis.
28 Vosotros decís: ¿Dónde está la casa
[del opresor,
qué fué de la tienda en que moraban
[los perversos?
29 ¿Por qué no se lo preguntáis a los
[caminantes?
No podéis desconocer la respuesta
[que darán.
30 Que en el día de la ira se salva el
[malvado,
y es sustraído al furor en su día.
31 ¿Quién le echa en cara su mala
[conducta?
¿Quién le da su merecido por sus
[maldades?
32 Es llevado con acompañamiento al
[sepulcro,
y es honrado en su túmulo;
33 le son leves los terrones del valle,
arrastra a los hombres tras de sí,
y va delante de él gente sin número.
34 ¿A qué, pues, me dais tan vanos
[consuelos,
si en vuestras respuestas no hay más
[que falacia?

Réplica de Elifaz.

22 1 Volvió a tomar la palabra Eli-
[faz, temanita, y dijo:
2 ¿Qué favor puede el hombre hacer a
[Dios?
Sólo a sí mismo aprovecha su sensatez.
3 ¿Qué le importa a Dios que tú seas
[justo?
¿Gana algo con que sean limpios tus
[caminos?
4 ¿Será por tu piedad por lo que él
[te castiga
y entra en juicio contigo?
5 ¿No es más bien por tus muchas
[culpas,
por tus pecados sin número?
6 Exigiste injustamente prenda a tus
[hermanos,
despojaste de sus ropas al harapiento,
7 no diste de beber al sediento,
al hambriento le negaste el pan.
8 Y de quien tiene mano fuerte, suya
[es la tierra;
el que se hace temer, ése se adueña
[de ella.
9 Despediste a la viuda con las manos
[vacías
y rompiste los brazos al huérfano.
10 Por eso te hallas preso en lazos
y te sorprende de improviso el terror;
11 te rodean las tinieblas y no ves,
y te inundan aguas desbordadas.
12 ¿No está Dios en lo alto de los
[cielos?
Mira las estrellas: ¡Qué altas!
13 Y tú dirías: ¿Qué sabe Dios?
¿Puede juzgar a través de las nubes?
14 Las nubes le cubren como velo y
[no ve;
se pasea por la bóveda de los cielos.
15 ¿Quieres seguir el antiguo sendero
por donde caminaron los impíos,
16 que fueron arrancados antes de
[tiempo
y una inundación arrancó sus ci-
[mientos?

17 Que decían a Dios: Apártate de
[nosotros,
¿qué puede hacernos el Omnipotente?
18 Mientras llenaban sus casas de ri-
[quezas.
Lejos de mí el consejo de los impíos.
19 Los justos se alegraron,
los inocentes se rieron,
20 al ver aniquilada su fortuna,
y sus residuos devorados por el
[fuego.
21 Reconcíliate con él y tendrás paz,
y de ello te vendrá bien.
22 Recibe la ley de su boca,
pon sus preceptos en tu corazón.
23 Si humillándote te vuelves al Om-
[nipotente
y alejas de tu casa la iniquidad,
24 tendrás el oro como polvo
y como chinarros del torrente el Ofir;
25 será el Omnipotente tu tesoro
y plata refinada para ti;
26 hallarás en el Omnipotente tus de-
[licias,
alzarás tu rostro hacia él,
27 El escuchará tus ruegos,
y tú le cumplirás tus votos.
28 Harás proyectos y te saldrán bien,
y brillará la luz en tu camino.
29 Si te humillaren, en seguida podrás
[decir: «¡Exaltación!»
Pues a los de bajos ojos salva Dios.
30 Libertará al que es inocente,
pero en la pureza de sus manos.

Respuesta de Job.

23 1 Job respondió, diciendo:
2 Cierto que son hoy acerbas
[mis quejas,
pero es más pesada mi carga que mis
[gemidos.
3 ¡Oh, si supiese cómo hallarle,
cómo llegar hasta su mismo trono,
4 expondría ante él mi causa,
tendría la boca llena de razones.
5 Sabría lo que me respondería,
oiría lo que me diría.
6 ¿Contendería conmigo alegando su
[gran poder?
Seguro que no: Me atendería.
7 Así el justo podría disputar con él,
y mi juez para siempre me absolvería.
8 Pero si voy al oriente, no está allí;
si a occidente, no le veo.
9 Si le busco al norte, no le hallo;
si al mediodía, no le descubro.
10 Mas ya que él conoce mis caminos,
que me escudriñe y me acrisole como
[el oro.
11 Por sus huellas marchó siempre mi pie,
sus caminos seguí sin apartarme,
12 no me desvié de los mandatos de
[sus labios,
he guardado las palabras de su boca.
13 Pero cuando él decide una cosa,
[¿quién podrá disuadirle?
Lo que quiere es lo que hace.
14 Así cumple hoy en mí sus designios,
y todavía mucho más tiene él de seme-
[jante en su pensamiento.
15 Por eso me estremezco ante él,
le contemplo, y tiemblo ante él.
16 El fuerte me quita toda mi fuerza,
el Omnipotente me aterra,
17 más que las tinieblas que me en-
[vuelven,
más que la oscuridad que cubre mi
[rostro.

24 1 ¿Por qué el Omnipotente no
[se reserva sus tiempos,
para no dejar a los que le conocen
[en la ignorancia de su día?
2 Unos invaden los términos ajenos,
roban los ganados y los llevan a sus
[pastizales;
3 se llevan el asno del huérfano
y toman en prenda el buey de la
[viuda;
4 arrojan al pobre de su campo,
y obligan a esconderse a los humildes
[campesinos.
y se llevan en prenda al hijo del pobre.
5 Otros se van al desierto, como asnos
[salvajes;
el desierto es suyo, es el pan de sus hijos.
6 Siempre en acecho, siegan los campos
[de otros
y vendimian las viñas del rico.
7 Pasan desnudos las noches, sin ropa,
sin más abrigo en medio del frío.
8 Se mojan con los aguaceros en los
[montes,
sin más asilo que las rocas.
9 Arrancan de los pechos al niño
[huérfano,
10 Desnudan al harapiento,
hacen llevar sobre sí sus haces al
[hambriento,
11 moler sus aceitunas y pisar sus uvas
[al sediento.
De la ciudad salen gritos de mori-
[bundos;
12 Pide a voces venganza el alma de
[los vejados,
y Dios no atiende a estos clamores.
13 Hay quienes aborrecen la luz,
y no ven los caminos,
y no siguen sus trazas.
14ab Antes del día se levanta el ase-
[sino,
para matar al desvalido y al nece-
[sitado.

14c De noche anda el salteador,
15 Espera la oscuridad el ojo del adúl-
[tero,
diciendo: Nadie me verá.
Y se cubre el rostro con una máscara.
16 en las tinieblas asaltan las casas,
los días los pasan encerrados,
no quieren cuentas con la luz.
17 Para ellos el alba es sombra de
[muerte,
el aclarar del día los aterra mortal-
[mente.
18 Huyen veloces como curso de aguas;
es maldita su posesión sobre la tierra,
no se pisa el fruto de sus viñas.
19 Como la sequedad y el calor funden
[la nieve,
así a los malvados el sepulcro.
20 Le olvida el seno materno,
ni se menciona siquiera su nombre.
Arrancado es de cuajo como el
[árbol,
21 por haber maltratado a la estéril
[que no tiene hijos
y haber hecho mal a la viuda.
22 Pero el que con su fuerza derriba
[al poderoso,
se alza, y ya no cuenta para nada
[su vida.
23 Déjale apoyarse en su seguridad,
pero tiene sus ojos en todos sus caminos.
24 Están un tiempo en auge, y luego
[desaparecen,
perecen como hierba que se siega,
son segados como espigas.
25 ¿No es así? ¿Quién me desmentirá
y reducirá mis discursos a la nada? (1)

Réplica de Bildad.

25 1 Volvió a decir Bildad, suhita:
2 Suyos son el poder y la ma-
[jestad,
y él mantiene la paz en sus alturas.
3 ¿Tienen número sus ejércitos?
¿Sobre quién no resplandece su luz?
4 ¿Cómo, pues, justificarse el hombre
[ante él,
cómo ser puro el nacido de mujer?
5 La luna misma no brilla,
ni resplandecen bastante las estrellas
[a sus ojos.
6 ¡Cuánto menos el hombre, un gusa-
[nillo,
el hijo de Adán, un vil insecto!

26 1 Respondió Job, diciendo:
2 ¡Qué gran ayuda la que das al
[flaco,
qué socorro traes al brazo desmayado!
3 ¡Qué bien has aconsejado al ignorante,
qué profundo saber has manifestado!
4 ¿A quién has dirigido tus palabras?
¿Qué espíritu es el que ha hablado por
[tu boca?
5 Hasta los muertos tiemblan de-
[bajo de la tierra,
los mares y cuanto en ellos mora.
6 El mismo abismo está ante él des-
[nudo,
sin velos el sepulcro.
7 El tendió el septentrión sobre la
[nada,
él colgó la tierra sobre el vacío.
8 Encierra las aguas en las nubes,
y las nubes no se rasgan a su peso.
9 El roba a la vista su trono,
cubriéndose de nubes.
10 Trazó en derredor de los mares un
[círculo,
hasta el confín entre la luz y las ti-
[nieblas.
11 Las columnas del cielo tiemblan
y se estremecen a una amenaza suya.
12 El con su pujanza conmueve los
[mares
y con su poder doma al monstruo.
13 A su soplo centellean los cielos,
y su mano dirige la serpiente tortuosa.
14 Y todo esto no es, sin embargo, más
[que la orla de sus obras,
Es un leve susurro de su palabra;
que el estallido de trueno de su poder,
[¿quién podría oírlo?

27 1 Tomó de nuevo Job la palabra,
y en forma de sentencia dijo:
2 ¡Por Dios vivo, que me rehusa jus-
[ticia,
por el Omnipotente, que me ha col-
[mado de amargura!
3 Que mientras en mí quede un soplo
[de vida,
y el hálito de Dios aliente en mis na-
[rices,
4 jamás mis labios proferirán una in-
[justicia,
jamás mi lengua dirá una mentira.
5 Lejos de mí daros la razón;
mientras yo viva no dejaré que me
[arranquen mi inocencia.
6 Mantendré con firmeza mi justicia y
[no la negaré,
no me arguye mi conciencia por uno
[solo de mis días.
7 Sea a mi adversario a quien le falte
[la razón,
sea mi enemigo como el reo condenado.

(1) Parece indudable la trastocación del trozo 18-24, que, lejos de convenir a la respuesta de Job, no es más que una confirmación de la tesis de uno de sus amigos, y pertenece probablemente a la réplica de Sofar, que en el texto según está no aparece.

8 ¿En qué podrá confiar el impío cuan-
[do muera,
cuando Dios le arranque la vida?
9 ¿Escuchará Dios sus gritos
cuando le llegue la desventura?
10 ¿Podrá complacerse en el Omni-
[potente,
podrá jamás invocar a Dios?
11 Os mostraré la mano de Dios,
No os celaré los designios del Omni-
[potente.
12 Vosotros mismos podéis verlo.
¿Por qué, pues, perderos en vanas ilu-
[siones?

Réplica de Sofar (1).

13 He aquí la suerte a que destina
[Dios al hombre culpable,
la porción que del Omnipotente re-
[cibe el impío:
14 Si tiene muchos hijos, destínanse
[a la espada,
su prole no se hartará de pan.
15 A los sobrevivientes los sepultará la
[pestilencia,
sus viudas no los llorarán.
16 Aunque acumule la plata como si
[fuese tierra,
aunque a montones tenga los ves-
[tidos,
17 los prepara él, pero se los vestirá el
[justo,
y su plata irá a manos del inocente.
18 Hizo su casa, pero viene a serle
[como nido,
como cabaña de guarda.
19 Se acuesta rico, pero será por últi-
[ma vez,
En un instante dejará de existir.
20 Vendrá sobre él el terror como di-
[luvio,
en la noche le arrastra el torbellino.
21 Le arrebata el viento solano y se
[lo lleva,
y le arranca lejos de su lugar.
22 Le asaetea Dios sin piedad,
y vanamente se esforzará para esca-
[par a su mano.
23 Batirán palmas contra él,
y en su mismo lugar le silbarán.

(1) Parece que los discursos de los tres amigos habrían de cerrarse con una réplica de Sofar, que siguiera a las de los otros dos, pero ésta no va indicada en el texto con la ordinaria frase introductoria. Es, por tanto, probable que debería reconstituirse con los trozos 24, 18-24 y 27, 14-23, obteniéndose, así la simetría de las partes que se da en las primeras intervenciones; de lo contrario resultarían puestas en boca de Job afirmaciones que son las mismísimas de los amigos que con él discuten.

La Sabiduría.

28 1 Tiene la plata sus veneros (1),
y el oro lugar en que se acrisola.
2 Sácase el hierro de la tierra,
y de la roca fundida sale el bronce.
3 El hombre alumbra las tinieblas
y escudriña en lo profundo,
las rocas en densa oscuridad.
4 Abre pozos lejos de lo habitado.
No bajan por su pie,
se suspenden, no como hombres.
5 La tierra, que produce el pan,
está por debajo como fuego;
6 sus rocas son la morada del zafiro,
y sus terrones contienen oro.
7 Por caminos desconocidos de las
[águilas,
impenetrables al ojo del azor,
8 no pisados por las fieras,
inaccesibles al león.
9 Mete su mano en el pedernal
y subvierte los montes.
10 Horada las rocas
y descubren sus ojos en ellas lo pre-
[cioso.
11 Detiene las filtraciones de las aguas
y saca a luz los tesoros.
12 Pero la sabiduría, ¿dónde hallarla,
y dónde está el entendimiento?
13 No conoce el hombre el camino,
ni se halla en la tierra de los mortales.
14 El abismo dice: No está en mí.
Y el mar: Dentro de mí no se halla.
15 No se compra con el oro más fino,
ni se pesa la plata para comprarla
16 No se pone en balanza con el oro
[de Ofir,
ni con el precioso berilo, ni el zafiro.
17 No se equipara al oro ni al cristal,
ni se cambia por vasos de oro puro.
18 No cuentan a su lado corales y
[cristales;
vale más que las perlas.
19 No puede a ella compararse el to-
[pacio de Etiopía,
no entra en balanza con el oro más
[puro.
20 ¿De dónde, pues, viene la sabiduría,
dónde hallar la inteligencia?
21 Se oculta a los ojos de todos los
[mortales,
y aun a los de las aves del cielo está
[velada.
22 El infierno y la muerte dicen:
Sólo hemos oído su fama.

(1) El texto no indica quién pronuncia estas palabras en elogio de la Sabiduría. Al crear Dios el mundo, la difundió en la creación, por eso Dios la conoce, pero los hombres no alcanzan a conocer sus secretos.

23 Dios es el que conoce sus caminos,
él sabe su morada;
24 porque con su mirada abarca los
[confines de la tierra,
y ve cuanto hay bajo la bóveda del
[cielo.
25 Cuando dió su peso al viento
y dispuso las aguas con medida,
26 cuando dió la ley a la lluvia
y camino al rayo,
27 entonces la vió y la midió,
la fundó y la conoció a fondo;
28 y dijo al hombre: El temor de Dios,
[ésa es la sabiduría;
apartarse del mal, ésa es la inteli-
[gencia.

Respuesta de Job.

29 1 Volvió a tomar Job la palabra,
[y dijo:
¡Oh! ¡Si volviera a ser como en los
[pasados tiempos,
como en los días en que Dios me pro-
[tegía!
Cuando resplandecía su luz sobre mi
[cabeza,
y a su resplandor marchaba en las
[tinieblas.
4 A lo que fuí en mis días otoñales,
cuando protegía mi morada,
5 cuando el Omnipotente era conmigo
y tenía en torno mío a mis hijos;
6 cuando me lavaba en leche los pies
y me daba la piedra arroyos de aceite;
7 cuando iba a las puertas de la ciudad
y se alzaba en la plaza mi silla,
8 y los jóvenes al verme se escondían
y los viejos se alzaban en pie,
9 y los grandes contenían la palabra
y ponían el dedo sobre sus labios,
10 y callaba la voz de los caudillos,
y se pegaba su lengua al paladar.
11 El oído que me escuchaba me lla-
[maba feliz,
y los ojos que me veían se declaraban
[en mi favor.
12 porque libraba al pobre que cla-
[maba,
y al huérfano que no tenía valedor.
13 Caía sobre mí la bendición del que
[estaba para caer,
y el corazón de la viuda se colmaba
[de gozo.
14 Vestíame de justicia y ella me ro-
[deaba como vestido,
me era mi equidad como túnica y
[turbante.
15 Yo era ojos para el ciego,
era para el cojo pies,
16 era el padre de los pobres,
y estudiaba la causa aun del desco-
[nocido.
17 Quebrantaba los dientes del so-
[berbio,
y de sus dientes le arrancaba la presa.
18 Decíame yo: Moriré viejo,
prolongaránse mis días como los de
[la palmera;
19 extenderánse mis raíces hasta las
[aguas,
y caerá de noche sobre mis ramas el
[rocío.
20 Renovaráse conmigo mi gloria,
y mi arco se fortalecerá en mis manos.
21 Para escucharme me esperaban (1),
y callaban hasta oír mi opinión.
22 Nadie replicaba a mis palabras,
suavemente penetraba en ellos mi
[discurso.
23 Esperábanme como se espera la
[lluvia,
y abrían su boca como a la lluvia
[temprana.
24 Si les sonreía, no acertaban a expli-
[cárselo,
y acogían con ansia la luz de mi
[rostro.
25 Cuando acudía a sus reuniones me
[sentaba a la cabeza;
moraba entre ellos como un rey entre
[sus huestes,
como consuelo de los afligidos;

30 1 Y ahora se burlan de mí los
[más mozos que yo,
a cuyos padres me hubiera yo des-
[deñado de contar
entre los perros de mis ganados.
2 Aun el vigor de sus brazos
¿de qué podría servirme?
No tienen fuerza alguna.
3 Flacos por la miseria y por el hambre,
roen el desierto, oscura tierra, árida
[y desolada,
4 recogiendo bledos entre las reta-
[mas,
y se alimentan con raíces de retama.
5 Arrojados de en medio de los hom-
[bres,
perseguidos a gritos como ladrones,
habitan en lo escarpado de los to-
[rrentes,
en cuevas y entre rocas,
7 rugiendo entre la maleza
y reuniéndose entre la enramada.

(1) Los versículos 21-25 están en perfecto contexto después de 1-11, mientras que los versículos 12-20 dan la razón del respeto con que era tratado Job y de sus halagüeñas esperanzas para lo futuro.

8 Gente innoble, pueblo sin nombre,
pisoteados más que la misma tierra.
9 ¡Y de esos soy yo objeto de burla
y les sirvo de canción!
10 Abominan de mí, me esquivan,
y basta se atreven a escupirme a la [cara.
11 Perdido todo respeto, me insultan,
rompen todo freno en mi presencia.
12 A mi derecha se alza el populacho
y prepara los caminos para perderme.
13 Destruyen mis sendas, procuran mi [ruina,
y nadie los contiene.
14 Irrumpen contra mí como por ancha [brecha,
surgen de bajo las ruinas.
15 Han arremetido contra mí terrores,
se fué como viento mi prosperidad,
pasó cual una nube mi ventura,
16 y ahora se derrite mi vida dentro [de mí,
y me agarran días de aflicción.
17 La noche me taladra los huesos,
y no descansan los que me roen.
18 Me envuelven como vestido con [fuerza,
me ciñen como la orla de mi túnica.
19 Hame arrojado al fango
y he venido a ser como el polvo y la [ceniza.
20 ¡Clamo a ti y tú no me respondes,
insisto y no me haces caso!
21 Te has tornado para mí en despia- [dado enemigo,
con toda tu fuerza me persigues;
22 me alzas en alto, me haces cabalgar [sobre el viento,
y fuertemente me sacudes.
23 Bien sé que me llevas a la muerte,
al lugar de reunión de todos los mor- [tales.
24 Sin embargo, yo no alcé la mano [contra el pobre,
le salvé en su angustioso gritar.
25 ¿No lloraba yo todos los días con [el afligido?
¿No se llenaba de tristeza mi alma [por el pobre?
26 Y cuando esperaba el bien, vínome [el mal;
cuando esperaba la luz, vino la oscu- [ridad.
27 Mis entrañas se agitan sin descanso,
han venido sobre mí días de aflic- [ción.
28 Ando en torno enlutado, sin con- [suelo,
y me pongo a gritar entre la turba.
29 He venido a tener por hermanos a [los chacales.
y por compañeros a los avestruces,
30 Ennegrecida se va desprendiendo [mi piel,
y mis huesos queman por el ardor.
31 Hase trocado en duelo mi cítara,
y mi flauta en lamentos.

31 1 Había hecho pacto con mis ojos
de no mirar a virgen.
2 ¿Pues qué porción me reservaría Dios [desde lo alto,
y qué heredad el Omnipotente desde [las alturas?
3 ¿No es la perdición la que espera al [inicuo,
y el infortunio a los obradores de la [maldad?
4 ¿No está él mirando mis caminos
y contando todos mis pasos?
5 Ni anduve con engaños
ni corrieron hacia el fraude mis pies,
6 péseme Dios en balanza justa,
y Dios reconocerá mi inocencia.
7 Si se apartaron mis pasos de tus [sendas
y tras mis ojos se fué mi corazón,
o se pegó algo a mis manos,
8 siembre yo y coseche otro,
y sean arrancadas mis plantaciones.
9 Si mi corazón se dejó seducir por [mujer
y estuve en acecho a la puerta de mi [prójimo,
10 muela para otro mi mujer,
y sea entregada a ajenos brazos;
11 pues maldad grande es ésta,
es un grave crimen,
12 fuego que devora hasta la des- [trucción,
y consumiría toda mi hacienda.
13 Si desdeñé el derecho de mi siervo
y el de mi sierva, cuando se quejaron [de mí,
14 ¿qué haría cuando se alzara Dios [para juzgar,
cuando me pidiera cuentas, qué res- [pondería?
15 El que me hizo a mí en el materno [seno, ¿no le hizo también a él?
¿No fué él mismo el que al uno y al otro [nos formó en el vientre?
16 Si negué al huérfano su satisfacción
y defraudé la esperanza de la viuda,
17 si comí solo mi bocado
sin dar de comer de él al huérfano;
18 antes desde mi infancia le atendía [como padre,
y desde el seno materno le protegía;
19 Si vi al miserable sin vestido,
y al pobre sin ropas,
20 y no me bendijeron sus carnes,
y se calentaron con el vellón de mis [ovejas;

21 si alcé mi mano contra el inocente,
por verme superior a él en la puerta,
22 despréndase mi hombro de la espalda
y arránquese del hombro mi brazo.
23 Pues temía el castigo de Dios,
yno habría podido resistir a su majestad.
24 Si puse en el dinero mi confianza,
y dije al oro: Tú eres mi esperanza;
25 si me gocé en mis muchos bienes,
y en que mi mano mucho atesoraba;
26 Si mirando al sol cuando brillaba,
y a la luna al caminar resplandeciente,
27 se engañó en secreto mi corazón,
y les mandé con la mano el beso de
[mi boca,
28 que es también gravísimo delito,
pues habría negado a Dios que está
[en lo alto;
29 si me alegré del mal de mi enemigo,
y me gocé en que le sobreviniera la
[desgracia,
30 pues no di mi lengua al pecado,
ni conjuré al sepulcro contra su vida;
31 si no decían las gentes de mi tienda:
¿Dónde hallar quien de su mesa no se
[sacie?
32 Antes bien no se quedaba fuera el
[extranjero,
y abría mi puerta al viandante;
33 Si encubrí como hombre mi pecado,
ocultando en mi seno la maldad,
34 pues habría temido de la muche-
[dumbre,
me habría aterrado el desprecio de las
[gentes,
y mudo me habría estado sin salir de
[casa.
35 ¡Oh, si hubiera quien me escuchase!
¡Ahí va mi firma! Respóndame el To-
[dopoderoso.
Ahí está el libelo de acusación escrito
[por el adversario.
36 Ciertamente yo le llevaré sobre mis
[hombros,
me lo ceñiré como corona,
37 le daré a conocer el número de mis
[pasos,
y me acercaré a él como un príncipe.
38 si clamó la tierra contra mí,
si a una lloraban sus surcos;
39 si comí mi sustancia sin pagarla,
si afligí el ánimo de los que la cultivaban;
40 názcanme cardos en vez de trigo
y cizaña en vez de cebada (1).

Intervención de Eliú.

32 1 Dejaron aquellos tres hombres
de replicar a Job, viendo que él
se obstinaba en declararse inocente
a sus ojos; 2 pero Eliú, hijo de Bera-
quel, buzita, de la tribu de Ram, se
encendió en cólera contra Job, porque
se declaraba justo ante Dios. 3 Tam-
bién contra los tres amigos ardió su
cólera, porque no tenían qué respon-
der a Job, y a pesar de eso le conde-
naban. 4 Había esperado Eliú, mien-
tras hablaban con Job, porque ellos
eran más entrados en días que él;
5 mas al ver que no había respuesta
en la boca de aquellos tres hombres,
se encendió su cólera (1). 6 Habló,
pues, Eliú, hijo de Beraquel, buzita,
y dijo:
Yo soy joven todavía, y vosotros an-
[cianos;
por eso dudaba, temeroso,
en exponer mi pensamiento.
7 Pensaba que hablaría la ancianidad
y que los muchos años mostrarían la
[sabiduría;
8 pero ésta es en el hombre una ins-
[piración,
es el soplo del Todopoderoso el que
[la enseña.
9 No son los ancianos los sabios,
no siempre los viejos tienen el enten-
[dimiento.
10 Por eso me atrevo a decir: Oídme,
y daré yo también mi parecer.
11 Ya veis, he estado esperando vues-
[tros discursos
y escuchando vuestras razones;
12 mientras tuvisteis algo que decir
estuve atento.
Pero ya no hay quien pueda conven-
[cer a Job,
no hay entre vosotros quien responda
[a sus razones.
13 No digáis: Nosotros le hemos hecho
[ver la sabiduría,
convénzale Dios, no hombre alguno.
14 A mí nada me ha dicho,
y yo no voy a responderle con vues-
[tros argumentos.
15 Están desconcertados, no respon-
[den ya,
les falta la palabra.
16 Comenzaré yo, pues, ya que no
[hablan ellos
y se están ahí sin responder.
17 Diré yo también lo mío,
también yo expondré mi parecer.
18 Me siento lleno de cosas que decir

(1) Los vs. 38-40 están sin duda trastocados. Debieran leerse a continuación del v. 32.

(1) Este pequeño prólogo nos presenta a Eliú y los motivos de su ingerencia en el debate. El argumento nuevo que aporta es el valor educativo del dolor, que justifica la conducta de Dios y es motivo para que Job guarde silencio.

y me insta el espíritu que hay dentro
[de mí.
19 Mirad, mi interior está como vino
[encerrado,
como un odre nuevo pronto a estallar.
20 Hablaré, pues, para desahogarme,
y abriré mis labios para responder.
21 No haré acepción de personas,
llamaré a cada uno por su nombre,
22 no me andaré con circunloquios,
y me soportará por un poco mi Ha-
[cedor.

Reproches a Job.

33 1 Oye, pues, ¡oh Job!, mis pala-
[bras,
y presta atención a mis discursos.
2 Mira, soy yo, abro la boca,
es mi lengua la que se mueve en mi
[paladar.
3 Mi corazón me dicta palabras sabias,
y mis labios hablarán con franqueza.
5 Respóndeme, si puedes,
Disponte a la defensa y pónteme de-
[lante.
6 También yo, como tú, soy de Dios,
también yo fuí formado del barro.
4 El espíritu de Dios me creó,
el soplo del Todopoderoso me da vida.
7 Mira, nada tienes que temer de mí,
no te abrumará mi majestad.
8 Dijiste, pues, ante mí,
yo escuché bien el sonido de tus pa-
[labras:
9 «Puro soy, sin pecado,
limpio estoy, no hay culpa en mí,
10 y con todo El halla pretextos contra
[mí,
y me toma por enemigo suyo.
11 Pone mis pies en el cepo
y espía todos mis pasos.»
12 Mira, en esto no tienes razón.
Yo te respondo que Dios es más grande
[que el hombre.
13 ¿A qué quejarte contra El,
de que no dé razón de todo lo que hace?
14 Habla Dios de un modo, habla de
[otro,
pero el hombre no le entiende.
15 En sueños o en visión nocturna,
cuando desciende el sueño sobre los
[hombres,
cuando duermen en el lecho,
16 entonces abre sus oídos
y le aterra con sus reproches,
17 para retraerle del mal
y precaverle contra la soberbia,
18 para salvar su vida de la corrupción
y librarla de un fin desastrado.
19 Es también corregido con dolores en
[su lecho,
con dolor continuo de sus huesos;
20 cuando tiene asco del pan
y hasta del manjar más exquisito,
21 y se consume su carne hasta des-
[aparecer,
y aparecen los huesos, que antes no se
[veían;
22 está su vida próxima al sepulcro,
su alma a los espasmos de la muerte;
23 pero si para él hay un intercesor,
un ángel entre mil,
que haga ver al hombre su deber,
24 tenga piedad de él y diga:
«Líbrale del sepulcro,
halle satisfacción de sus pecados»,
25 reverdecerá su carne más que en su
[juventud,
volverá a los días de la adolescencia.
26 Suplicará a Dios y éste le acogerá,
le dará benigno su esplendente rostro,
y volverá al hombre a su ventura.
27 El entonces, dirigiéndose a los hom-
[bres, les dirá:
«Había pecado, había violado la jus-
[ticia,
y Dios no me retribuyó según mis
[obras.
28 He salvado mi vida del sepulcro,
y vuelvo a ver la luz.
29 Mira, todo esto lo hace Dios,
dos y aun tres veces con el hombre,
30 para retraer su alma de la tumba.
para alumbrarle con la luz de la vida.
31 Atiende, Job, escúchame.
Calla mientras hablo yo;
32 O si tienes que replicar, respóndeme;
habla, que yo deseo que te justifiques.
33 Si no, haz por escucharme;
calla, y te enseñaré sabiduría.

Segundo discurso de Eliú.

34 1 Prosiguió Eliú hablando así:
2 Oíd, hombres sabios, mis pala-
[bras.
Prestadme, hombres doctos, vuestro
[oído,
3 pues el oído discierne las palabras,
como prueba los manjares el paladar.
4 Discutamos la causa,
veamos entre nosotros dónde está lo
[justo.
5 Puesto que Job dice: «Yo soy ino-
[cente,
pero Dios me niega mi derecho,
6 y contra mi derecho padezco,
y es mi llaga atroz sin culpa mía»:
7 ¿Quién jamás como Job, que se bebe
[los insultos como agua,
y se va en la compañía de los obra-
[dores de maldad,

8 por los caminos de los hombres per-
[versos?
Puesto que ha dicho: «No aprovecha
[al hombre
9 estar a bien con Dios.»
Oídme, sesudos varones:
10 ¡Lejos de Dios la maldad!
¡Lejos del Todopoderoso la injusticia!
11 El retribuye al hombre según sus
[obras,
según su conducta le trata.
12 No, cierto, no es injusto Dios,
no tuerce el Todopoderoso la justicia.
13 ¿Quién le dió la tierra para que la
[gobernara?
¿Quién ha hecho el universo todo?
14 Si El a sí solo atendiera
y retrajera a sí su soplo y su aliento,
15 en un instante moriría toda carne
y el hombre se tornaría polvo.
16 Si entiendes, oye esto
y escucha el sonido de mis palabras.
17 ¿Podrá gobernar un enemigo del
[derecho?
¿Y quieres tú condenar al justo su-
[premo,
18 al que puede decir a un rey «mal-
[vado»
y «criminal» a un soberano?
19 Al que no mira a la cara a los po-
[derosos
y no prefiere el rico al pobre,
porque todos son hechura suya?
20 Mueren de improviso en el corazón
[de la noche,
son sacudidos los poderosos y desapa-
[recen.
El valiente se va sin poder hacer uso
[de su fuerza,
21 pues El tiene su mirada sobre el obrar
[de cada uno
y cuenta todos sus pasos.
22 No hay oscuridad, no hay densa
[tiniebla,
donde puedan esconderse los malhe-
[chores.
23 Conocedor de sus acciones todas,
los derriba en una noche y quedan
[aplastados.
23 Fija plazo al hombre
para presentarse al tribunal de Dios.
24 Quebranta al fuerte sin andar en
[averiguaciones,
y pone a otro en su lugar.
26 Los destroza como reos,
los hiere como perversos,
27 porque se alejaron de El
y no quisieron saber de sus caminos.
28 En cuanto llegó a El el clamor del
[oprimido,
en cuanto se hizo oír el lamento de los
[desvalidos.
29 Si El calla, ¿quién podrá condenar?
Si El esconde su rostro, ¿quién ya le
[verá?
El cela sobre las naciones y sobre los
[individuos,
30 para que no campe el impío por sus
[respetos,
para que no sufra el pueblo vejaciones;
31 puesto que si acaso dice a Dios:
«He pagado mi culpa, no pecaré más,
32 enséñame Tú lo que yo no sé,
he hecho el mal, no lo haré más»,
33 ¿castigará El según tu consejo?
Te dirá: Juzga tú en lugar mío?
Di tú lo que sepas.
34 Háblenme los sensatos,
atiéndanme los prudentes.
35 No habló Job cuerdamente,
fueron imprudentes sus discursos.
36 ¿No será Job probado a fondo
por sus respuestas, propias de un
[impío,
37 pues a su pecado añade la rebelión,
Bate palmas contra nosotros,
y multiplica sus quejas contra Dios?

Tercer discurso de Eliú.

35 1 Volvió a tomar Eliú la pala-
[bra, y dijo:
2 ¿Te parece haber pensado justamente
al decir: «Tengo razón contra Dios»,
3 y diciendo: «¿De qué me sirve,
qué ventaja he tenido por no haber
[pecado?»
4 Voy a responderte,
y a responder contigo a tus amigos.
5 Contempla el cielo, mira,
mira cuánto más alta que tú es esa
[bóveda.
6 Si pecas tú, ¿qué mal le haces?
Si multiplicas tus pecados, ¿qué per-
[juicio le causas?
7 Y con ser justo, ¿qué le das?
¿Qué recibe El de tumano?
8 A un hombre como tú perjudica tu
[mal obrar,
a un hijo de hombre aprovecha tu jus-
[ticia.
9 Gritan por la gravedad de la opre-
[sión,
piden socorro contra la tiranía de los
[poderosos;
10 pero nadie dice: «¿Dónde está el
[Dios que me creó,
que da en la noche cantares de júbilo,
11 que nos da inteligencia mayor que
[a las bestias de la tierra
y nos hace sabios más que a las aves
[del cielo?»

12 Y, claro, por mucho que griten, El no
[responde,
viendo la soberbia de los malvados.
13 Un vano gritar, cierto, no lo escucha
[Dios,
el Todopoderoso no lo atiende,
14 menos todavía cuando tú dices que
[no lo ve.
Ante El está la causa, espera en El.
15 Al decir, pues, que no es su ira la
[que castiga,
que no atiende gran cosa a la iniqui-
[dad,
16 abrió Job vanamente su boca
y multiplicó insensatamente las pa-
[labras.

Cuarto discurso de Eliú.

36 1 Continuó Eliú, diciendo.
2 Espera un poco y te enseñaré,
todavía hay más razones en favor de
[Dios.
3 Sacaré de lejos mi saber
y vindicaré la justicia de mi Hacedor.
4 Cierto, no son falaces mis razones,
te habla un perfecto conocedor.
5 Mira: Dios es poderoso,
y el poderoso de verdad no desprecia
[a nadie.
6 No deja florecer al impío
y hace justicia al desvalido;
7 No aparta sus ojos del justo,
y al fin los sienta en tronos con los
[reyes,
y son exaltados;
8 y encadenados, oprimidos en los
[lazos de la miseria,
El les hará reconocer sus obras,
9 sus pecados, porque se ensoberbe-
[cieron.
Abrirá sus oídos a la corrección,
10 y los exhorta a que se aparten del
[mal.
Si le oyen, si se le someten,
11 terminarán felizmente sus días
y sus años transcurrirán en la dicha.
12 Pero si le desoyen, acabarán mala-
[mente
y morirán cuando menos lo esperaban.
13 Los de corazón protervo se airan
y no claman a Dios cuando los enca-
[dena;
14 por eso se extingue su vida en la
[juventud
y acaba en la adolescencia.
15 Por lo contrario, salva al justo pa-
[ciente, por sus padecimientos,
y con la tribulación abre sus oídos.
16 También a ti te sacará de las fauces
[de la angustia
a lugar holgado, sin estrecheces,
a mesa llena de selectos manjares.
17 Pero si sigues los senderos del impío,
la culpa y la pena te corresponderán.
18 No te lleve, pues, la ira al arrebato,
y no te deprima la cuantía del rescate.
19 ¿Puede acaso sacarte de la angustia
[tu clamor
y todos tus vigorosos esfuerzos?
20 No anheles, pues, tanto la noche de
[la muerte,
que va arrebatando a unos tras otros.
21 Guárdate de dejarte llevar a la ini-
[quidad,
aunque fuera la miseria quien te lle-
[vara.
22 Mira: Dios es sublime en su poder.
¿Quién como El terrible?
23 ¿Quién jamás le dió normas de con-
[ducta?
¿Quién jamás pudo decirle: Has hecho
[mal?
24 Acuérdate de que debes ensalzar
[sus obras,
de tantos hombres celebradas.
25 Todos los hombres las contemplan
y se deleitan en ellas.
26 Mira: Es Dios tan grande que no le
[conocemos.
El número de sus años no es investi-
[gable.
27 El hace subir las gotas de agua
y descender en lluvia sus vapores.
28 Destilan las nubes,
y llueve sobre el hombre en abun-
[dancia.
29 ¿Quién será capaz de conocer las
[extensiones de las nubes,
los fragores de su pabellón?
30 El extiende en derredor suyo su luz,
y la hace llegar hasta las profundida-
[des de los mares.
31 Pues con esto alimenta a los pue-
[blos,
y con eso da pan a los mortales.
32 Se arma las manos de fulgores
y les manda herir al enemigo,
33 y con su fragor anuncia
el celo de su ira contra la iniquidad.

37 1 Esto hace saltar mi corazón,
y le llena de espanto,
2 Oíd, oíd el estallido de su voz,
El estampido que sale de su boca,
3 se extiende por todos los ámbitos del
[cielo,
y llega su fulgor hasta los confines de
[la tierra.
4 Y después de él resuena el trueno.
Brama con voz majestuosa,
y nada puede retener el rayo
cuando se oye la voz de su majestad.

5 Truena Dios maravillosamente con
[su voz.
Hace cosas grandes que no compren-
[demos.
6 El dice a la nieve: Baja a la tierra,
y a las lluvias copiosas: Abundad.
7 Es ante ellas impotente el hombre,
para que todos reconozcan que es
[obra de El.
8 Las fieras se meten en su cubil
y se quedan en sus guaridas.
9 Del austro viene el huracán,
viene del septentrión el frío.
10 Al soplo de Dios se forma el hielo
11 y se contrae la extensión de las
[aguas.
El carga de agua las nubes.
12 Y distiende la nube de su luz
que va todo en torno,
donde la lleva la voluntad del go-
[bernante
para hacer lo que le mande El;
13 ya para castigar como azote,
ya para regar la tierra,
para favorecer con ella al hombre.
14 Atiende a esto, Job,
y detente a considerar las maravillas
[de Dios.
15 ¿Sabes tú los designios de Dios
[sobre ellos?
¿Sabes por qué hace brillar el relám-
[pago en sus nubes?
16 ¿Conoces el equilibrio de las nubes
[en el aire,
los prodigios del que todo lo sabe?
17 ¿Sabes por qué se calientan tus ves-
[tidos
cuando el viento solano abochorna la
[tierra?
18 ¿Extenderás tú con él el firma-
[mento,
terso como fundido espejo?
19 Enséñanos lo que hemos de decirle,
pues nosotros no sabemos, envueltos
[en tinieblas.
20 ¿Quién irá a darle cuenta si habla-
[re yo?
¿Podrá decirle nadie: «Me veo avasa-
[llado»?
21 A veces no se puede ver la luz que
[resplandece en el cielo.
De pronto pasa el viento y barre las
[nubes;
22 viene del aquilón áureo resplan-
[dor,
y se viste Dios de terrible majestad.
23 Grande es su poder, grande es su
[juicio,
mucha su justicia, no oprime a na-
[die.
24 Por eso han de temerle los hombres,
y no mira El al que se cree sabio.

Intervención de Dios.

38 1 Entonces dirigió Dios a Job su palabra, de en medio de un torbellino, diciendo (1):
2 ¿Quién es éste que empaña mi pro-
[videncia
con imprudentes discursos?
3 Cíñete como varón tus lomos.
Voy a preguntarte, respóndeme tú.
4 ¿Dónde estabas al fundar yo la
[tierra?
Dímelo, si tanto sabes.
5 ¿Quién determinó, si lo sabes, sus
[dimensiones?
¿Quién tendió sobre ella la regla?
6 ¿Sobre qué descansan sus cimientos,
o quién asentó su piedra angular,
7 entre las aclamaciones de los astros
[matutinos
y los aplausos de todos los hijos de
[Dios?
8 ¿Quién cerró con puertas el mar
cuando impetuoso salía del seno,
9 dándole yo las nubes por mantillas,
y denso nublado por pañales,
10 dándole yo la ley
y poniéndole puertas y cerrojos?
11 diciéndole: De aquí no pasarás,
ahí se romperá la soberbia de tus olas.
12 ¿Acaso has mandado tú en tu vida
[a la mañana
y has enseñado su lugar a la aurora,
13 para que ocupe los extremos de la
[tierra
y eche fuera a los malhechores,
14 modelándose entonces la tierra como
[el barro bajo el sello,
y apareciendo vestida,
15 privando a los malvados de su luz
y rompiendo el brazo de los soberbios?
16 ¿Has bajado tú hasta las fuentes del
[mar,
te has paseado por las profundidades
[del abismo?
17 ¿Se te han abierto las puertas de la
[muerte?
¿has visto las puertas de la fúnebre ti-
[niebla?
18 ¿Abarcas la inmensidad de la tierra?
Dilo, si sabes todo esto.
19 ¿Cuál es el camino para las moradas
[de la luz?
y las tinieblas, ¿dónde habitan?
20 Tú sabrás conducirlas a sus domi-
[nios

(1) Dios aparece al fin, y dirigiéndose a Job trata de aplanarle presentándole la grandeza de su sabiduría, revelada en la creación. Es magnífica la descripción del caballo, del hipopótamo y del cocodrilo.

y tornarlas a los senderos de su morada.
21 ¡Seguro lo sabrás, pues ya habías [nacido
y era ya entonces grande el número [de tus días!
22 ¿Has ido a los escondrijos de la [nieve?
¿Has entrado en los almacenes del [granizo
23 que guardo yo para los tiempos de [la desdicha,
para el día de la guerra y de la ba- [talla?
24 ¿Cuál es el camino por donde se [difunde la niebla?
¿Por dónde se echa sobre la tierra el [viento solano?
25 ¿Quién abre el camino a la inunda- [ción
y sus sendas al rayo tonante,
26 para hacer llover sobre tierra de- [sierta,
sobre desiertos inhabitados por el [hombre,
27 para empapar las áridas llanuras
y hacer brotar la verde hierba?
28 ¿Tiene padre la lluvia?
¿Quién engendra a las gotas del rocío?
29 ¿De qué seno sale el hielo?,
y la escarcha del cielo, ¿quién la ha [engendrado?
30 Se endurecen las aguas como pie- [dra,
y se congela la superficie del abismo.
31 ¿Has atado tú los lazos de las Plé- [yades,
o puedes soltar las ataduras del Orión?
32 ¿Eres tú quien a su tiempo hace salir [las constelaciones
y quien guía a la Osa con sus hijos?
33 ¿Has enseñado tú a los cielos su ley
y determinado su influjo sobre la [tierra?
34 ¿Alzas tu voz hasta las nubes,
para que te cubran de copiosas aguas?
35 ¿Mandas tú a los relámpagos y van [ellos,
diciéndote: Henos aquí?
36 ¿Quién puso sabiduría en las cosas [ocultas,
y en las claras, quién puso inteli- [gencia?
37 ¿Quién dispone las nubes con cuenta [y número,
y quién derrama los odres de los cielos
38 cuando se hace una masa el polvo,
y se pegan unos a otros los terrones?
39 ¿Eres tú quien proporciona su [presa al león
y sacia el alma de los leoncillos,
40 cuando están agazapados en sus [cubiles
o se ponen en acecho en la espesura?
41 ¿Quién prepara su alimento al [cuervo,
cuando sus polluelos gritan a Dios
y riñen por falta de comida?

39 1 ¿Sabes tú el tiempo en que [paren las gamuzas?
¿Asististe al parto de la cierva?
2 ¿Contaste los meses de su preñez,
o conoces el tiempo de su parto?
3 Se encorvan, echan su cría,
poniendo fin a sus dolores.
4 Se hacen grandes sus crías, crecen en [el campo;
salen, y no vuelven más a ellas.
5 ¿Quién da libertad al asno salvaje?
¿Quién rompe las ataduras al onagro,
6 al que por casa di el desierto,
por guarida las estériles estepas?
7 Se ríe del estrépito de las ciudades,
y no oye las voces del arriero;
8 vaga por los montes al pasto,
y se va tras de toda hierba verde.
9 ¿Consentirá el búfalo en servirte
y en pasar la noche a tu pesebre?
10 ¿Podrás atarle al yugo con tus co- [yundas
y hacerle arar los surcos delante de ti?
11 ¿Contarás con él por su gran fuerza
y le encomendarás tus labores?
12 ¿Le fiarás la recogida de tu grano
y el amontonamiento de tus mieses [en la era?
13 Agítase bulliciosa el ala del avestruz,
pero ¿es acaso también pluma piadosa [y voladora?
14 Abandona sus huevos a la tierra
y los deja que se calienten en la arena,
15 Sin pensar que un pie puede rom- [perlos,
puede aplastarlos un animal salvaje.
16 Es cruel con sus hijos cómo si no [fueran suyos,
y no se cuida de que sea vana su fa- [tiga,
17 porque le negó Dios la sabiduría,
y no le dió parte en la inteligencia;
18 pero a la llegada del cazador puede [desafiarle,
y se ríe del caballo y del jinete.
19 ¿Puedes tú dar al caballo la fuerza,
llenar su cuello de relinchos?
20 ¿Le enseñas tú a saltar como la lan- [gosta,
a resoplar fiera y terriblemente?
21 Hiere la tierra su casco, lánzase [audaz,
sale al encuentro de las armas,
22 Ríese del miedo, no se empavorece,
no retrocede ante la espada;

23 cruje sobre él la aljaba,
la llama de la lanza y la saeta;
24 con estrépito y resoplido sorbe la [tierra,
y no se detiene al sonido del clarín.
25 Cuando suena la trompeta, dice: [¡Sus!
Y huele de lejos la batalla,
el clamor de los jefes y el tumulto.
26 ¿Se alza a lo alto el azor por tu sa- [biduría,
tendiendo sus alas hacia el mediodía?
27 ¿Se remonta por orden tuya el [águila,
y hace su nido en las alturas?
28 Habita en las rocas y allí pasa la [noche,
en la cresta de las rocas, en lo más [abrupto.
29 Acecha desde allí la presa
que de muy lejos descubren sus ojos.
30 Sorben la sangre sus polluelos,
y donde hubiere muertos, allí está ella.

40 1 Y continuando Yave en respon- [der a Job, dijo:
2 ¿Querrá el censor contender todavía [con el Omnipotente?
El que pretende enmendar la plana a [Dios, responda.

Respuesta de Job.

3 Y Job respondió a Yave, diciendo:
4 ¡Cuán pequeño soy! ¿Qué voy a res- [ponder?
Pondré mi mano sobre mi boca.
5 Una vez hablé, no hablaré más.
Dos veces, no añadiré palabra.

Prosigue Yave.

6 Siguió Yave replicando a Job desde [el torbellino, y dijo:
7 Ciñe tu cintura, cual varón,
Yo te preguntaré, enséñame tú.
8 ¿Aún pretenderás menoscabar mi [justicia?
¿Me condenarás a mí para justificarte [tú?
9 ¿Tienes los brazos tú como los de Dios
y puedes tronar con voz semejante a [la suya?
10 Revístete, pues, de gloria y majes- [tad,
cúbrete de magnificencia y esplendor,
11 distribuye a torrentes tu ira,
y humilla al soberbio sólo con mirarle.
12 Mira al orgulloso y abátele,
y aplasta a los malvados.
13 Ocúltalos a todos en el polvo,
y cubre su faz de eternas tinieblas.
14 Yo entonces también te alabaré,
y diré que tu diestra es capaz de [vencer.
15 Mira al hipopótamo, creado por mí, [como lo fuiste tú,
que se apacienta de hierba, como el [buey.
16 Mírale; su fuerza está en sus [lomos,
y su vigor en los músculos de su [vientre.
17 Endereza su cola como un cedro,
los nervios de sus costillas se entre- [lazan.
18 Sus huesos son como tubos de [bronce,
son como palancas de hierro.
19 Es obra maestra de Dios,
a él le entregó la espada su Hacedor.
20 Los montes le ofrecen sus pro- [ductos,
mientras retozan allí todas las bestias [del campo.
21 Echase debajo de los lotos,
en medio de los juncos del pantano;
22 los arbustos de la orilla le dan [sombra,
le rodean las mimbreras del torrente.
23 Crezca el río, él no se espanta,
Está seguro aunque le llegue un Jor- [dán al hocico.
24 ¿Le cogerán a sus ojos?
¿Taladrará nadie con el anillo su nariz?
25 ¿Puedes tú coger con anzuelo al [cocodrilo
y atarle una cuerda a la lengua?
26 ¿Le meterás un junco por la nariz,
o atravesarás con el anillo sus man- [díbulas?
27 ¿Te dirigirá ruegos suplicantes,
o te lisonjeará con palabras?
28 ¿Hará pacto contigo,
lo tomarás a tu servicio?
29 ¿Jugarás con él como con un pájaro,
o le atarás para juguete de tus niños?
30 ¿Le cogerán los pescadores en sus [redes,
se lo repartirán los mercaderes?
31 ¿Cubrirás tú de flechas su piel
y le hundirás el arpón en la cabeza?
32 Ponle encima la mano,
te quedará recuerdo de la riña y no [volverás.

41 2 Nadie se atreve a provocarle,
ni puede siquiera estar a pie [firme delante de él.
1 Si alguno se atreviere, le engañó su [ilusión,
a su solo vista quedará aterrado.

8 ¿Quién jamás le asaltó y quedó [salvo?
No lo hay debajo del cielo.
4 No callaré la forma de sus miem- [bros,
nó tiene igual en la fuerza;
5 ¿Quién jamás le despojó de su man- [to,
quién exploró la doble fila de sus [dientes,
6 le abrió las puertas de la boca?
El círculo de sus dientes infunde [terror;
7 Su dorso está armado de laminas de [escudos,
compactas y cerradas como un sello;
8 únese la una a la otra sin dejar res- [quicio,
y unidas entre sí no se separan.
9 Sus estornudos son llamaradas,
sus ojos son como los párpadeos de la [aurora;
10 de su boca sale fuego,
centellas de fuego;
11 sale de sus narices humo,
como de olla al fuego, hirviente.
12 Su aliento enciende los carbones,
saltan llamas de su boca;
13 en su cuello está su fuerza,
y ante él tiemblan de horror.
14 Las papadas de su carne son duras,
apretadas contra él;
15 aunque le fulminaran con rayos [no se movería.
Su corazón es duro como el pedernal,
16 duro como la piedra inferior de la [muela.
Si se alza tiemblan los valientes,
17 y de terror no saben por dónde tirar.
La espada que le ataca se rompe,
18 No resisten la lanza ni el dardo:
para él el hierro es como paja,
19 y el bronce cual madera carcomida.
El hijo del arco no le hace huir,
20 Las piedras de la honda son para [él estopas,
la maza le es como paja,
21 y se burla del vibrar del venablo.
Debajo lleva agudos tejos,
22 que arrastra como un trillo sobre el [cieno.
Hace hervir el abismo como olla
23 y espumar como vasija de un- [güentos.
Deja en pos de sí blanco su ca- [mino,
24 Como si fuera una cana cabe- [llera.
No hay en la tierra semejante a él,
25 Hecho para no tener miedo.
26 Todo lo ve desde arriba,
es el rey de todos los feroces.

Respuesta de Job.

42 1 Respondió Job, diciendo (1):
2 Sé que lo puedes todo,
y que no hay nada que te cohiba.
3 «¿Quién es éste que imprudente- [mente empaña mi providencia?»
Cierto que proferí lo que no sabía,
cosas difíciles para mí, que no conocía.
4 «Escucha y hablaré yo,
yo te preguntaré, enséñame tú.»
5 Sólo de oídas te conocía;
mas ahora te han visto mis mismos [ojos.
6 Por todo me retracto y hago peni- [tencia,
entre el polvo y la ceniza.

Epílogo.

7 Después de haber hablado Yave a Job estas palabras, dijo Yave a Elifaz, temanita: Se ha encendido mi ira contra ti y contra tus dos compañeros, porque no hablasteis de mí rectamente, como mi siervo Job. 8 Así, pues, tomad siete becerros y siete carneros, e id a mi siervo Job y ofreced por vosotros sacrificio; y Job, mi siervo, rogará por vosotros, y en atención a él no os haré mal, pues no hablasteis de mí rectamente, como mi siervo Job. 9 Vinieron, pues, Elifaz, temanita, Bildad, suhita, y Sofar, namatita, e hicieron lo que les mandara Yave, y Yave atendió a los ruegos de Job (2).

10 Yave restableció a Job en su estado después de haber él rogado por sus amigos, y acrecentó Yave hasta el duplo todo cuanto antes poseyera. 11 Vinieron a él todos sus hermanos y hermanas y todos sus anteriores conocidos, y comieron con él en su casa, se condolieron y le consolaron por todo el mal que sobre él hiciera venir Yave, y le regalaron cada uno una moneda y un anillo de oro. 12 Yave bendijo las postrimerías de Job más que sus principios, y llegó a poseer

(1) Job responde humilde, confesando su imprudencia.

(2) El desenlace sorprende un poco. Cuando creíamos que los amigos de Job recibirían un elogio de Dios, sucede al revés: es Job el elogiado y ellos son declarados en falta, necesitando de la intercesión del acusado para alcanzar perdón de Dios. Al fin viene a cumplirse la sentencia de que Dios colma de bendiciones a los que le temen.

Job catorce mil ovejas, seis mil camellos, mil yuntas de bueyes y mil asnas. [13] Tuvo siete hijos y tres hijas; [14] a la primera le puso por nombre Yemima, a la segunda Quesia, y a la tercera Querenapuc. [15] No había en toda aquella tierra mujeres más hermosas que las hijas de Job, y su padre les dió herencia entre sus hermanos. [16] Vivió Job después de esto ciento cuarenta años y vió a sus hijos y a los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación, [17] y murió Job anciano y colmado de días.

SALMOS

Rex rogat Uriam de bello, mittit et illi, Addita nectarys uina uorosa cibis 2. Reg cap. 11.

INTRODUCCION AL LIBRO DE LOS SALMOS

El título que este libro lleva en el texto masorético significa en general cantos, himnos, salmos, loas, etc. El libro está dividido en cinco. El primero contiene los Salmos 1-41. El segundo, los Salmos 42-72. El tercero, los Salmos 73-89. El cuarto, los Salmos 90-106, y el quinto, los Salmos 107-150.

Probablemente estos cinco libros son otras tantas colecciones de Salmos, hechas en distintas épocas y por distintos autores, como lo prueba el terminar cada una de ellas con una doxología final, y principalmente la nota que se halla al fin del segundo libro, Sal. 72. «Aquí terminan los Salmos de David, hijo de Jesé»; pues a pesar de ella, son no pocos los Salmos de David que contienen los libros siguientes, y que le atribuyen las inscripciones. Se confirma este modo de ver, por hallarse en los varios libros repetidos, con más o menos ligeras variantes, algunos Salmos. Así, por ejemplo: 14 = 53, y el estar algunos de ellos compuestos de partes de otros, como por ejemplo: el Salmo 69, que es parte del 39 vs. 14-18; el 107, compuesto de fragmentos del 56, vs. 8-12 y del 59 vs. 7-14. Sólo pueden explicarse estos hechos, suponiendo que al tiempo en que fué hecha la colección general, gozaban ya de tal prestigio las varias colecciones particulares, que el autor de aquélla las aceptó cuales eran, sin atreverse a suprimir nada en ellas.

Se confirma esto mismo por el uso sistemático que en los distintos libros se hace de los nombres divinos Yave y Elohim. En el libro primero aparece generalmente el nombre de Yave; en el segundo, generalmente el nombre de Elohim; en el tercero, casi tanto el de Yave como el de Elohim; en el cuarto, exclusivamente, y en el quinto exclusivamente o casi exclusivamente el de Yave.

El libro de los Salmos o Salterio, suele llamarse Salterio de David, y así lo llamó el Concilio Tridentino; pero esto no quiere decir que sea David el único

autor de todo él, sino que es el principal autor, pues son muchos los Salmos que él compuso, y se le considera como el más eximio de los salmistas de Israel: «Egregius psaltes Israel» (II Reg. 23, 1). Las inscripciones atribuyen a Moisés uno, el 90; a David, sesenta y cuatro; a Salomón, uno, el 72, según la interpretación que de la inscripción hacen muchos intérpretes, que, sin embargo, no nos parece la más probable; a Asaf, levita, doce; a los coreítas o hijos de Coré, doce; a Etán, uno, el 89. Los restantes, cincuenta y nueve, son anónimos —«huérfanos» los llaman los judíos—; la inscripción, si la llevan, no indica el autor. El autor de la colección general, según todas las probabilidades, parece haber sido Esdras.

La época en que fueron escritos los Salmos abarca un largo período, que va desde los comienzos de la monarquía, siglo XI *a. C., hasta después de la cautividad babilónica, siglo* V *a. C.; sin que podamos con certeza señalar fechas más recientes para algunos, como creen ciertos intérpretes, y mucho menos todavía decir que algunos de éstos sean del tiempo de los Macabeos.*

Las inscripciones que preceden a muchos Salmos, aunque no pueda afirmarse que sean de los autores, son, sin embargo, antiquísimas, muy anteriores al tiempo en que fué hecha la versión de los LXX, como lo prueba el hecho de que muchas de ellas ya eran ininteligibles para los autores de esta versión. Son, por tanto, muy respetables, aunque no tengan siempre autoridad decisiva, pues no se sabe si son del autor inspirado. Son indicaciones respecto del autor, las más; respecto del género de la composición; respecto de la melodía a cuyo tenor había de cantarse el salmo; y en fin, dan a veces los instrumentos músicos con que el canto había de acompañarse, la tesitura de las voces y el cantor que había de dirigirlo o personalmente cantarlo. Por desgracia se perdió entre los judíos la tradición de casi todo cuanto concernía al canto litúrgico, y hoy muchas de estas indicaciones son, para nosotros, o enteramente indescifrables o sólo muy problemáticamente conjeturables. Las que se refieren al género de la composición distinguen varias clases de Salmos; mas, por qué son llamados mizmor, *unos, otros* higgayon, *otros* mictam, *otros* sir, *otros* masquil, *no podemos hoy colegirlo. Las que indican la melodía, suelen repetir la primera o primeras palabras de un canto ya conocido, probablemente popular; así por ejemplo:* Mut-labben, Ajelet-Saar, *etc. Indicadoras de los instrumentos hallamos* neguinot, *instrumentos de cuerda;* nejilot, *instrumentos de aire, etc. Referentes a la tesitura, hallamos* seminit, *a la octava;* alamot, *a voces blancas, voces de doncella, etc. Finalmente se repite muchas veces «para el director del canto, para Jedutún», etc., que parecen indicar quién había de cantarlo, o quién había de dirigirlo. Todas estas indicaciones, si nos fueran ciertamente conocidas, tendrían para nosotros un valor artístico muy estimable, pero no el valor histórico que tienen las que se refieren al autor del Salmo o a las circunstancias históricas en que fué compuesto.*

Además del autor, indican varias inscripciones las circunstancias históricas en que el Salmo fué compuesto. Así, por ejemplo, el 7 lleva la inscripción: «Sigayon de David, que cantó a Yave con ocasión de lo de Cus, benjaminita». El 18: «Al maestro del coro, salmo de David, siervo de Yave, que dijo las palabras de este canto, cuando le libró Yave de todos sus enemigos y de la mano de Saúl», etc.

La autoridad de estas inscripciones históricas es, como hemos dicho, muy grande, por su gran antigüedad; no es, sin embargo, del todo decisiva. Como norma en cuanto a esto, debemos seguir las respuestas dadas por la Comisión Bíblica Pontificia en 1 de mayo de 1910 a las siguientes preguntas:

1. Las denominaciones «Salmos de David», «Himnos de David», «Libro de los Salmos de David», «Salterio de David», usadas en las antiguas colecciones y aun por los mismos Concilios, para designar el libro de ciento cincuenta

salmos del Antiguo Testamento, y la opinión de muchos Padres y Doctores, que atribuyeron a David todos los Salmos sin excepción, ¿tienen tanto peso que hayamos de tener a David por el autor único de todo el Salterio?

R.—Negativa.

II. De la concordia del texto hebreo y el texto griego de la Alejandrina y las otras versiones antiguas, ¿puede justamente deducirse que las inscripciones de los Salmos puestas en cabeza del texto hebreo son más antiguas que la versión de los LXX, y que por tanto proceden, si no directamente de los autores mismos de los Salmos, por lo menos, de una antigua tradición judía?

R.—Afirmativa.

III. Las indicadas inscripciones, testigos de la tradición judía, cuando ninguna razón grave se opone a su autenticidad, ¿pueden prudentemente ser puestas en duda?

R.—Negativa.

IV. En atención a los múltiples testimonios de la Sagrada Escritura acerca del natural ingenio de David, ilustrado por el carisma del Espíritu Santo en la composición de los poemas religiosos, las instituciones por él fundadas relativas al canto litúrgico de los Salmos, dadas las atribuciones que de Salmos se le hacen, sea en el Antiguo Testamento, sea en el Nuevo, de tanto tiempo ha puestas a la cabeza de los Salmos, añadido el consentimiento de los judíos, de los Padres y Doctores de la Iglesia, ¿puede prudentemente negarse que el autor principal de los poemas del Salterio es David?; o, por lo contrario, ¿es permisible afirmar que sólo algunos de estos poemas deben atribuirse al real salmista?

R.—Negativa a ambas partes.

V. ¿Puede en particular negarse el origen davídico de los Salmos, que en las citas del Antiguo o del Nuevo Testamento claramente se atribuyen a David, entre los cuales se deben principalmente señalar el 2, «Quare fremuerunt gentes»; el 15, «Conserva me Domine»; el 17, «Diligan te, Domine, fortitudo mea»; el 31, «Beati quorum remissae sunt iniquitates»; el 68, «Salvum me fac, Deus», y el 109, «Dixit Dominus Domino meo»?

R.—Negativa.

VI. ¿Puede admitirse la opinión de los que piensan que entre los Salmos hay algunos, bien de David, bien de otros autores, que por razones litúrgicas y musicales, por la negligencia de los escribas o por otras causas desconocidas, han sido, o divididos en varios o reunidos en uno solo; o que algunos otros, por ejemplo, el «Miserere mei, Deus», para adaptarlos mejor a las circunstancias históricas o a las solemnidades del pueblo judío, han sido ligeramente retocados, o modificados por la sustracción o la adición de algún que otro versículo, sin perjuicio, sin embargo, de la inspiración del texto sagrado todo entero?

R.—Afirmativa a ambas partes.

VII. ¿Puede sostenerse como probable la opinión de aquellos escritores modernos que, apoyándose únicamente en indicios internos o en una interpretación inexacta del texto sagrado, se esfuerzan en demostrar que muchos Salmos han sido compuestos en la época de Esdras y Nehemías, y aun en el tiempo de los Macabeos?

R.—Negativa.

VIII. ¿Hay que reconocer, por los múltiples testimonios de los Libros Santos del Nuevo Testamento, por el unánime consentimiento de los Padres y por la misma confesión de los escritores de raza judía, que hay muchos Salmos proféticos y mesiánicos que predicen el advenimiento, el reino, el sacerdocio, la pasión, la muerte y la resurrección del futuro libertador? Y, por consiguiente, ¿ha de rechazarse en absoluto la opinión de aquellos que, desnaturalizando el carácter profético y mesiánico de los Salmos, restringen estos oráculos acerca

del Cristo a predicciones meramente concernientes al porvenir del pueblo elegido?

R.—Afirmativa a ambas partes.

No sabemos qué criterio siguieron los colectores al hacer las colecciones; quizá fueron reuniéndolos según los fueron escribiendo o hallando, pues ni se sigue un orden lógico ni el cronológico; todo lo más hallamos un par de grupos que parecen haberse hecho según el uso litúrgico de ciertos Salmos. Ya San Agustín y otros Padres se lamentaban de este desorden. Sería, sin embargo, muy aventurado querer introducir en ellos un orden cualquiera, a no ser que se dejara intacta la numeración, pues de lo contrario sería un enorme embrollo verificar tantas citas como de ellos se han hecho a través de tantos siglos y en tantas y tantas obras. La numeración no es la misma en todos los Códices hebreos, y mucho menos en las diversas versiones.

La Vulgata sigue en esto a los LXX. El 9 de la Vulgata son el 9 y 10 en hebreo, y por eso a partir de 10 la numeración de la Vulgata y el hebreo se separan, siendo siempre en una unidad inferior la numeración de la Vulgata a la del hebreo. Vulg. 10-112, Hbr. 11-113. El 113 de la Vulgata es en hebreo el 114 y 115, mientras que el 114 y el 115 de la Vulgata son el 116 en el hebreo, continuando, por tanto, la numeración de aquélla en una unidad inferior a la de éste, desde el 114-115 Vulg. 116 Hebr. hasta el 145 Vulg. 146 Hebr. El 146 y 147 de la Vulgata son el 147 del hebreo; por tanto, se iguala ya la numeración en la una y el otro hasta el fin del Salterio.

Cada uno de los libros lleva al fin una doxología, que viene a equivaler a una suscripción, y el conjunto del Salterio termina con el Sal. 150, que, más que Salmo, es propiamente la doxología final de todo el Salterio.

Es tan vario el argumento de los Salmos y tan complejo el de muchos de ellos, que viene a ser muy difícil agruparlos en clases. Sin embargo, ya los Padres los dividieron en dogmáticos, morales, históricos y proféticos; pero son muchos, indudablemente, los que a la vez habrían de incluirse en varias o en todas estas categorías. Hay dos grupos de Salmos, los de Aleluya y los Graduales, que originó el uso litúrgico. Los primeros, 113-119, se cantaban en los novilunios, en la fiesta de la Pascua y en las de Pentecostés, de los Tabernáculos y la Dedicación. En la fiesta de la Pascua se cantaban primero en el templo, al inmolar el cordero, y se repetían luego a la tarde en las casas, después de comida la Pascua. Los Graduales, 120-134, los cantaban por el camino los que de toda la tierra subían a Jerusalén a celebrar las tres grandes festividades de la Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos. (Is. 30, 29; Gal. 1, 17-18). Son los dos grupos que netamente se distinguen en la colección general.

No forman grupo aparte, sino que se hallan diseminados en las varias colecciones, otros Salmos que se distinguen también netamente de los otros, unos por el argumento, los Salmos mesiánicos y los imprecatorios, otros por el artificio poético, los alfabéticos. Los Salmos mesiánicos son salmos proféticos, en los que se anuncia «la venida, el reino, el sacerdocio, la pasión, la muerte y la resurrección del Mesías». Pueden también considerarse mesiánicos aquellos que se refieren al reino de Dios, ya que es el Mesías el que ha de inaugurar este reino. El mesianismo de un Salmo puede constarnos, o con toda certeza, o con una mayor o menor probabilidad. Son ciertamente mesiánicos aquellos que del Mesías o de su reino fueron interpretados por Cristo Nuestro Señor o los Apóstoles en el Nuevo Testamento. Igualmente aquellos que unánimemente interpretaron los Padres como mesiánicos. Son, por lo contrario, sólo más o menos probablemente mesiánicos aquellos que por la materia, el contexto o la analogía con otros ciertamente mesiánicos, pueden como tales interpretarse. En esto, sin embargo, deberá proceder el intérprete con gran meticulosidad y soberidad.

Un Salmo podrá ser mesiánico, o en su sentido literal histórico, o en su sentido literal evangélico, o en sentido típico, ya que éstos son en general los sentidos de toda divina escritura. Véase acerca de esto lo dicho en la Introducción general acerca de los sentidos de la Sagrada Escritura.

No pocas veces sucede que, al cantar el salmista la bienaventuranza del justo, o al lamentarse de sus aflicciones y angustias, eleva su mente la divina inspiración, y más que dirigirse a un justo particular o al justo en general, se dirige al Justo por excelencia, el Mesías. Igualmente, al lamentarse de las persecuciones, ultrajes, afrentas, etc., con que se ve afligido, más que a sí mismo, por efecto también de la inspiración divina, se refiere al Mesías paciente y atribulado.

Es frecuente en la poesía, sobre todo en la lírica, que el poeta se revista, o revista a la persona a quien canta, de una vaga personalidad, que trasciende la realidad de la misma, y acumule sobre ella, no sólo notas reales de otras, sino también notas ideales a que su mente se eleva. Así, por ejemplo, nuestro Gabriel y Galán, al cantar al «Ama», ve en ella, no sólo las cualidades de la esposa muerta, de quien generalmente se cree, quizá sin razón, que es la persona cantada en el poema, sino las de otras amas a quienes conoció, y quizá las de una ama ideal, que sólo en su mente tuvo vida. Esto mismo sucede en la lírica sagrada; y por eso sería desacertado querer interpretar muchos Salmos que llevan una inscripción histórica, encerrándose dentro de las circunstancias históricas a que se refiere la inscripción. El poeta, aunque compusiera sus Salmos en las circunstancias históricas que la inscripción menciona, rompe generalmente ese marco, y elevándose muy por encima de él, expresa pensamientos y sentimientos que no caben dentro del mismo.

A esto parece aludir San Juan de la Cruz, cuando, en el prólogo de su «Cántico Espiritual», nos dice que estas canciones fueron compuestas: «En amor de abundante inteligencia mística», y que «los dichos de amor es mejor declararlos en su anchura, para que cada uno se aproveche según su modo y el caudal de su espíritu, que no abreviarlos a un sentido, a que no se acomode todo paladar». Si además tenemos en cuenta, como hemos indicado, la ilustración divina de la mente del salmista y el ambiente mesiánico de que está rodeado, se verá la justeza de estas observaciones acerca del mesianismo de muchos Salmos.

Hay algunos Salmos, pocos, más bien, por lo general, partes de Salmo, que contienen tremendas imprecaciones. Modelo de esto es el Salmo 109. Si hacemos aquí especial mención de ellos, es por la especial dificultad que presentan, fundada en lo tremendo de las imprecaciones, que chocan fuertemente con nuestra mentalidad cristiana. Ha de tenerse en cuenta que muchas veces no se sabe a ciencia cierta si damos con verdaderas imprecaciones o con predicciones de los males que Dios arrojará sobre los impíos; pero aun siendo así, parece que no puede negarse que muchas veces son verdaderas y tremendas imprecaciones las que el salmista lanza contra los enemigos, los impíos. La dificultad se resuelve teniendo en cuenta que los orientales son mucho más realistas que nosotros, y este realismo se refleja en sus literaturas. No distinguen fácilmente entre el mal y el malhechor, entre el pecado y el pecador; y al maldecir y execrar el pecado, maldicen y execran al pecador y arrojan sobre él las maldiciones e imprecaciones que arrojan sobre el pecado. Hemos también de considerar que los salmistas, sea que hablen en nombre de todo el pueblo de Dios, o en nombre de los justos, o de sí mismos, se consideran como los representantes de la causa de Dios y así, al pedir el castigo para sus enemigos, lo piden para los enemigos de Dios mismo, a fin de reprimir la soberbia de los impíos y levantar el ánimo de los fieles, que padecen tentación al ver la prepotencia de los malvados. De esto tenemos un vivo ejemplo con las imprecaciones de Jeremías (11, 18-12, 4). Y siempre, en último término, se ha de atender a que el marco del

Antiguo Testamento dista mucho del del Nuevo Testamento en la perfección del amor a los enemigos. En esto, como en tantas otras cosas, pretender medir el Antiguo Testamento con el rasero del Nuevo nos llevaría a no pocos absurdos.

Los llamados Salmos alfabéticos son aquellos en que cada estrofa, cada verso o cada miembro de verso comienza en hebreo con una de las letras del alfabeto hebreo, según su orden. Es, por tanto, la forma literaria la que los distingue. Así, comienzan por una misma letra todos y cada uno de los versos de cada estrofa o grupo de ocho versos en el 119; todos y cada uno de los versos en el 25, 34 y 145; cada uno de los grupos de dos versos en el 9 y 10 y 37; cada verso en el 111, 112.

Ciñéndonos más al argumento de cada Salmo, podríamos dividirlos en ocho clases: 1.ª Unos cantan la gloria de Dios, reflejada en la creación y gobernación del Universo. 2.ª Otros la especial providencia de Dios, reflejada en la historia del pueblo de Israel. 3.ª Otros, la gloria de Dios en su tabernáculo de Jerusalén. 4.ª Otros, la lucha entre el bien y el mal, y la justicia de Dios que da a cada uno según su merecido. 5.ª Otros, exaltan la confianza del justo en la divina protección. 6.ª Otros son acciones de gracias por los beneficios recibidos. 7.ª Otros, confesión de los pecados y humilde arrepentimiento. 8.ª Otros, en fin, cantan alguno de los divinos atributos, la gloria, el poder, la justicia, la sabiduría, etc., de Dios, manifestada en su ley.

En la contemplación de la naturaleza no proceden los salmistas a modo de filósofos, que del efecto se elevan a la contemplación de la causa, ni a modo de naturalistas, que quieren conocer la íntima naturaleza de las cosas creadas, sino a modo de profetas, que por divina ilustración, ya inmediata, ya mediata, saben muy bien que es Dios el autor de todas ellas, y las miran como el común de los hombres, según aparecen a los sentidos. Por lo primero ven reflejados en las cosas los divinos atributos, el poder, la gloria, la majestad, la sabiduría, la bondad de Dios, etc. Por lo segundo, tienen de los fenómenos naturales la concepción común a los hombres de su tiempo; no se detienen, sin embargo, en una concepción vulgar, sino que la llenan de sublime poesía metáforas de incomparable belleza. Los cielos son la morada de Dios; la tierra, el escabel de sus pies; su carro son las nubes; sus caballos, los vientos; el trueno, es su voz; los rayos, sus saetas, etc., etc.

La forma de los Salmos es esencialmente poética. Son verdaderos poemas que tienden a elevar el corazón a Dios, fuente inagotable de toda belleza. De estos bellísimos poemas, algunos son didácticos, otros son épicos, o por lo menos tienen algo de tales; pero la inmensa mayoría son líricos: odas, elegías, cantos, etc., en que los salmistas revisten sus pensamientos de las más bellas imágenes y metáforas, y prorrumpen en gritos, de dolor a veces, de indignación otras, de execración otras, las más de júbilo, de exaltación, de triunfo, que con frecuencia nos hacen sentir el escalofrío de lo sublime. La elocución no es tampoco la de la prosa. Ya los acentuadores se sirvieron para acentuar este libro, el de Job y los Proverbios, de un sistema especial, que se llama acentuación poética, con el cual pretendieron fijar la cantilena solemne con que en las reuniones litúrgicas se cantaban estos libros. Por desgracia se ha dejado perder la tradición acerca del valor musical de estos acentos, que tanto hubiera podido servirnos para conocer la línea melódica de la poesía hebrea, y sólo se ha conservado la tradición del valor prosódico y sintáctico de estos acentos. La más simple unidad poética es en la poesía hebrea el verso, que consta por lo general de dos o tres miembros o esticos, y los versos se van muchas veces sucediendo unidos, hasta formar una estrofa, y las estrofas se suceden unas a otras, hasta constituir el poema. Los versos presentan un ritmo tónico, en algo semejante al de nuestros versos castellanos, en virtud del cual se van agrupando las palabras en varias combinaciones de sílabas tónicas y átonas, aunque no sujetas

a un número determinado en cada verso, como en nuestra poética. Esto hace que el número de sílabas no sea siempre igual en todos los versos; sin embargo, suelen ofrecer los versos en un poema determinado el mismo número de acentos y una extensión poco más o menos igual, aunque no pocas veces el defectuoso estado del texto u otras causas desconocidas hagan fallar esta regla. Cuanto de más quisiéramos decir acerca de la estructura poética de los poemas hebreos, sería, hoy por hoy, bastante aventurado.

Claro está que toda esta estructura rítmica desaparece al traducirse los poemas hebreos a otra lengua, y que, por tanto, sólo en hebreo puede gustarse el placer estético de esta poesía, como sucede con la poesía de cualquier lengua. Sin embargo, tiene la poesía hebrea un artificio poético, que aun traducida conserva, y puede en otra lengua cualquiera gustarse como en la lengua original. Es el ritmo, no de las sílabas, sino del pensamiento, un ritmo lógico, comúnmente llamado paralelismo de las sentencias. Viene a ser un fluctuar, un balancearse del alma entre pensamientos paralelos, bien con un paralelismo de semejanza, paralelismo sinónimo, bien con un paralelismo de composición, paralelismo sintético, bien con un paralelismo de contraposición, de contraste, paralelismo antitético. Los dos primeros dan a la poesía hebrea un claroscuro tan suave en el desarrollo del pensamiento, que es un verdadero encanto; el tercero, poniendo junto a las luces fuertes sombras, le da por el contraste un acentuado relieve.

De entre los libros de la Sagrada Escritura es el de los Salmos uno de los más leídos y estimados. Los judíos los sabían de memoria y los cantaban con frecuencia. En la primitiva Iglesia cristiana sucedía otro tanto. San Cipriano, San Basilio, San Jerónimo, etc., nos ofrecen testimonios de la universal difusión de los Salmos entre los fieles de su tiempo, que llegaba hasta el punto de cantarse los Salmos por los ocupados en las faenas agrícolas; no digamos los monjes, una de cuyas principales obligaciones era aprenderlos todos de memoria. Quizá la principal razón por que no fué recibida en la Vulgata la versión de los Salmos hecha por San Jerónimo del texto hebreo, fué la gran difusión de la versión antigua entre el pueblo fiel, que se habría visto perturbado por una tal traducción.

Si, en general, los libros poéticos hebreos son como la flor de toda la divina revelación del Antiguo Testamento, mucho más lo son los Salmos. Debería ser este libro el devocionario de los devocionarios, pues por el hecho mismo de ser inspirado por Dios, podemos decir que son el devocionario que nos ha dado el mismo Dios. Tienen los Salmos una fuerza singular para excitar en nosotros los más elevados pensamientos, los más piadosos sentimientos. Son como fragante jardín, en que no falta ninguna de las flores de las virtudes, y abundan los más exquisitos frutos de virtud, piedad y devoción.

Entre las versiones de los Salmos, lo mismo que de todas las Escrituras del Antiguo Testamento, la más antigua es la Alejandrina o de los LXX. Es, por lo general, demasiado servil. De ella procede la antigua latina o ítala, que participa, por tanto, de su principal defecto. De ésta hizo San Jerónimo una primera revisión o corrección, ajustándola al texto griego de los LXX, y es tradicionalmente conocida con el nombre de Psalterium Romanum. Después hizo una nueva revisión, según el texto hexaplar de Orígenes, generalmente conocida con el nombre de Psalterium Gallicanum, que, fuera de una pequeña parte, es la que figura actualmente en las ediciones de la Vulgata y en los Breviarios. Finalmente, hizo el Santo Doctor una versión directa del texto hebreo al latín, que, a pesar de algunos lunares, es mucho mejor que ninguna de las anteriores y sobremanera estimable.

LOS SALMOS

LIBRO PRIMERO

1

Las dos sendas: La del justo y la del impío.

1 Bienaventurado el varón (1) | que no anda en consejo de impíos, | ni camina por las sendas de los pecadores (2) | ni se sienta en compañía de malvados.
2 Antes tiene en la ley de Yave su complacencia, | y a ella día y noche atiende.
3 Será como árbol que se planta a la vera del arroyo, | que a su tiempo da sus frutos, | cuyas hojas no se marchitan. | Cuanto emprenda tendrá buen suceso.
4 No así los impíos, | sino como paja que arrebata el viento.
5 No prevalecerán (3) los impíos en el juicio, | ni los pecadores en la congregación de los justos.
6 Porque conoce Yave el camino de los justos (4), | pero la senda de los pecadores acaba mal.

2

Rebelión de las gentes contra Yave y contra su ungido, y exaltación de éste.

1 ¿Por qué se amotinan las gentes, | y trazan las naciones planes vanos?
2 Se reúnen los reyes de la tierra | y a una se confabulan los príncipes, | contra Yave y contra su ungido (1).
3 «Rompamos sus coyundas, | lejos de nosotros arrojemos sus ataduras.»
4 El que mora en los cielos se ríe, | Yave se burla de ellos.
5 A su tiempo les hablará en su ira | y los consternará en su furor.
6 Y yo, yo por él he sido constituído rey | sobre Sión, su monte santo.
7 Voy a promulgar su decreto: | Yave me ha dicho:
8 «Tú eres mi hijo, hoy te he engendrado yo. | Pídeme y haré de las gentes tu heredad, | te daré en posesión los confines de la tierra.
9 Podrás regirlos con cetro de hierro, | romperlos como vasija de alfarero.»
10 Ahora, pues, ¡oh reyes!, obrad prudentemente. | Dejaos persuadir, rectores todos de la tierra.
11 Servid a Yave con temor | servidle con temblor.
12 No se aíre y caigáis en la ruina, | pues se inflama de pronto su ira. | ¡Venturosos los que a él se acogen! (2).

(1) Este salmo no lleva inscripción que indique el autor. Es el primero de los «huérfanos». Nos representa la lucha de los justos y de los impíos en el mundo y a Yave que la contempla como juez desde los cielos para dar a cada uno su merecido.
(2) La palabra *les* significa hombre desequilibrado, más con desequilibrio moral que intelectual. Es lo opuesto a *jacam*, sabio, y se usa muchas veces como sinónimo de *resa*, impío.
(3) Prevalecer en el juicio es ganar el pleito, la causa; no prevalecer es ser condenado.
(4) Conocer el Señor el camino de los justos es mirarlos con solícita benevolencia y guiarlos por buen camino.
(1) Este salmo es el primero de los mesiánicos. Nos representa el salmista, que según Mateo (4-25) es David, a las naciones conjuradas contra el Señor y su Cristo. El ungido de Yave es entronizado en Sión como Rey universal, y amonestados los pueblos a que prudentemente se le sometan. La entronización de que aquí se habla se realizó en la resurrección de Cristo, según la exégesis de San Pablo (Hech. 13, 33)
(2) Es dificilísima y muy aventurada la interpretación de las palabras *nasecu-bar*, que un comentador llama *crux interpretum*. De todas las interpretaciones hasta hoy propuestas y seguidas, ninguna satisface plenamente. Damos la que más probable nos parece.

3 y 4

Oración de un justo perseguido.

1 Salmo de David, al huir de Absalón, su hijo (1).
2 ¡Oh Yavé! ¡Cómo se han multiplicado mis enemigos! | ¡Cuántos son los que se alzan contra mí!
3 Cuántos los que de mi vida dicen: | «No tiene ya en Dios salvación» (Sela) (2).
4 Pero tú, ¡oh Yavé!, eres escudo en torno mío (3), | mi gloria, el que me hace erguir la cabeza.
5 Clamaba con mi voz a Yavé, | y él me oyó desde su monte santo. (Sela.)
6 A veces me acostaba y me dormía, | y despertaba incólume porque Yavé me defendía.
7 No temo a los muchos millares del pueblo | que en derredor se vuelven contra mí.
8 ¡Alzate, Yavé! ¡Sálvame, Dios mío! | Tú hieres en la mejilla a todos mis enemigos, | tú le rompes los dientes al impío.
9 Tuya es, ¡oh Yavé!, la victoria. | Venga sobre tu pueblo tu bendición.

---

4 1 Al maestro del coro. A la flauta. Salmo de David.
2 ¡Oyeme, pues te invoco, Dios de mi justicia! | Tú en la angustia me salvas. | Ten piedad de mí y oye mi súplica.
3 ¿Hasta cuándo los grandes habéis de ser insensatos? | ¿Por qué amáis la vanidad y seguís la mentira? (Sela.)
4 Pues sabed que Dios distingue al que le es grato, | que me oye Yavé cuando le invoco.
5 Temblad, y no pequéis. | Meditad esto en vuestras alcobas y pensad. (Sela.)
6 Sacrificad sacrificios de justicia | y esperad en Yavé.
7 Son muchos los que dicen: «¿Quién va a favorecerle?» | Alza, ¡oh Yavé!, sobre nosotros tu serena faz.
8 Tú pones en mi corazón una alegría mayor que la del tiempo | de copiosa cosecha de trigo, vino y aceite.
9 En paz me duermo, luego en cuanto me acuesto, | porque tú, ¡oh Yavé!, a mí, desolado, me das seguridad.

5

Deprecación de un justo.

1 Al maestro del coro. A la flauta. Salmo de David.
2 Escucha mis palabras, ¡oh Yavé!, | oye mis gemidos.
3 Atiende a las voces de mi súplica, | Rey mío y Dios mío, cuando te suplico.
4 Ya de mañana te hago oír mi voz, | temprano me pongo ante ti, esperándote,
5 Pues no eres Dios tú que se agrade del impío, | no goza de tu amistad el perverso.
6 No puede el insolente estar ante tus ojos, | odias a todos los obradores de la maldad.
7 Das a la perdición al mentiroso. | Al sanguinario, al fraudulento, los abomina Yavé.
8 Mas yo, fiado en la muchedumbre de tu piedad, | entro confiado en tu morada | y me prosterno ante tu santo templo.
9 Condúceme, ¡oh Yavé!, por el buen camino de tu temor, | y en tu justicia, a causa de mis enemigos,
10 Y allana ante mí tus caminos. | No hay en la boca de ésos sinceridad, | henchido está su pecho de malicia, | un abierto sepulcro es su garganta, | bruñen con el dolo sus lenguas.
11 ¡Castígalos, oh Dios, malogra sus consejos! | Por sus muchos crímenes, recházalos, | ya que se rebelan contra ti.
12 Alégrense cuantos a ti se acogen, | alégrense por siempre. | Que gocen de tu protección | y puedan

---

(1) Aunque distintos en el texto, los salmos 3 y 4 son uno solo. Muchas razones persuaden de esto. Por lo contrario, no se nos alcanza la razón de que el salmo haya sido dividido en dos.

(2) La significación de la palabra *Sela* no la conocemos con certeza. Lo más probable parece que es un término que indicaba algo perteneciente a la música litúrgica, o respecto de la alternancia de los coros o de interludios de los instrumentos, o de mayor fuerza que al canto había de darse. Quizá con ella se distinguen las estrofas; pero en este caso habría que reconocer que muchas veces no está puesta en el lugar debido.

(3) Algunos de los antiguos escudos estaban hechos de tal modo que rodeaban el cuerpo.

en ti regocijarse cuantos te aman.
13 Pues al justo, ¡oh Yavel, tú le bendices | y le rodeas de tu benevolencia | como de escudo protector.

6

Deprecación de un justo enfermo.

1 Al maestro del coro. A la cuerda. Sobre la octava. Salmo de David.
2 ¡Oh Yavel No me castigues en tu ira (1), no me aflijas en tu indignación.
3 Ten misericordia de mí, ¡oh Yavel, pues que soy débil. | Sánamé, Yave. Tiemblan todos mis huesos,
4 Está mi alma toda conturbada. | Y tú, ¡oh Yavel, ¿hasta cuándo?
5 Vuélvete, ¡oh Yavel, y libra mi alma, | sálvame por tu piedad.
6 Pues en la muerte no se hace ya memoria de ti, | en el sepulcro, ¿quién te alabará?
7 Consumido estoy a fuerza de gemir, | todas las noches inundo mi lecho | y con mis lágrimas humedezco mi estrado.
8 Ya están casi ciegos mis ojos por la tristeza, | envejecieron en medio de tantos como me son hostiles.
9 Apartaos de mí todos los obradores de maldad, | pues ha oído Yave la voz de mis llantos.
10 Ha escuchado Yave mis oraciones, | ha acogido mi deprecación.
11 Confundidos sean y vehementemente perturbados | todos mis enemigos. | Apártense, sean luego, luego, confundidos.

7

Deprecación del justo calumniado.

1 Endecha de David, que cantó a Yave cuando lo de Cus, benjaminita.
2 Yave, mi Dios, a ti me acojo, | sálvame de cuantos me persiguen, líbrame,
3 No sea que como león me arrebate alguno el alma | y me desgarre, sin que haya quien me libre.
4 Yave, mi Dios: si hice yo eso, | si hay crimen en mis manos,
5 Si pagué con mal a quien estaba en paz conmigo, | si aun al enemigo le despojé sin razón;
6 Persiga el enemigo mi alma, | alcáncela y échela por tierra | y arrastre mi gloria por el polvo.
7 Alzate, ¡oh Yavel, en tu ira, | yérguete contra la rabia de mis enemigos,| y hazme la justicia que tú mandaste.
8 Rodéate del consejo de las naciones | y siéntate en alto sobre él.
9 Es Yave quien juzga a los pueblos. | Defiende mi causa, ¡oh Yavel según la justicia y la inocencia que hay en mí.
10 Acabe de una vez la malicia de los impíos, | y confirma al justo.
11 Dios, justo, escudriña el corazón y los riñones. | Mi escudo es Dios, que salva a los rectos de corazón.
12 Todos los días los amenaza el Todopoderoso con su ira; | si no se convierten, afila su espada,
13 Tiende su arco y apunta;
14 Apareja las saetas mortíferas, | saetas que él enciende.
15 El que concibió maldad, se preñó de iniquidad | y pare el fraude.
16 El que cava y ahonda la cisterna, | caerá en la hoya que él mismo hizo.
17 Recaerá sobre su cabeza su maldad, | y su crimen sobre su misma frente.
18 Yo alabaré a Yave, por su justicia, | y cantaré el nombre del Señor Altísimo.

8

Bondad de Dios al someter al hombre toda la creación.

1 Al maestro del coro. En la Getea. Salmo de David.
2 ¡Oh Yave, Señor nuestro, cuán magnífico es tu nombre | en toda la tierra! | ¡Cómo cantan los altos cielos su majestad!
3 Las bocas mismas de los niños, |

(1) El argumento de este salmo lo hemos de ver repetido en otros muchos. Los salmistas, almas justas, acaso profetas, como Jeremías, y, por tanto, representantes de la causa de Dios en la tierra, se ven hechos el blanco de las iras y persecuciones del mundo, es decir, de los que no sienten la causa de Dios, por dejarse llevar de los vicios y de la idolatría. En esta situación, piden a Dios que defienda en ellos su propia causa. Tales salmos adquieren un sentido mesiánico, considerando al futuro Mesías como principal representante de esa causa de Dios, por la cual sufrió persecución y hasta la muerte misma. Vienen a ser estos salmos como preludios de los vaticinios de Isaías sobre el siervo de Yave, que muere por la salud del mundo.

de los que maman, | son ya fuerte argumento contra tus adversarios | para reducir al silencio al enemigo y al perseguidor.

4 Cuando contemplo los cielos, obra de tus manos (1), | la luna y las estrellas, que tú has establecido:

5 ¿Qué es el hombre, para que de él te acuerdes, | ni el hijo del hombre para que tú le visites

6 Y le hayas hecho poco menos que un dios?

Le has coronado de gloria y de honor,

7 Le diste el señorío sobre las obras de tus manos, | todo lo has puesto debajo de sus pies.

8 Las ovejas, los bueyes, todo juntamente, | y todas las bestias del campo,

9 Las aves del cielo, los peces del mar, | todo cuanto corre por los senderos del mar.

10 ¡Oh Yave, Señor nuestro, | cuán magnífico es tu nombre en toda la tierra!

9

Dios, juez supremo, que juzga y castiga a las gentes y a los impíos de su pueblo.

1 Al maestro del coro. Al Mutlabben. Salmo de David (2).

2 Alef: Quiero, ¡oh Yave!, darte gracias con todo mi corazón, | cantar tus maravillas,

3 Alegrarme y regocijarme en ti | y cantar salmos a tu nombre, ¡oh Altísimo!,

4 Bet. Por haber retrocedido ante mí mis enemigos, | por haber caído y perecido de ante tu faz;

5 Por haber tú defendido mi causa y mi derecho, | sentándote en tu trono, justo juez.

6 Guímel. Reprimiste a las gentes, hiciste perecer al impío,

7 Borrando por siempre jamás su nombre. | Aniquilaste al enemigo, perpetuas ruinas, | y con ellos desapareció el nombre de las ciudades que con ellos destruíste.

8 He. Asiéntase Yave en su trono, firme por toda la eternidad. | Establemente fundó su trono para juzgar,

9 Para regir justamente el orbe de la tierra, | para gobernar con equidad.

10 Vau. Para que sea Yave el asilo del oprimido, | asilo al tiempo de la calamidad;

11 Para que confíen en él cuantos conocen su nombre | pues no abandonas, ¡oh Yave!, a los que te buscan.

12 Zain. Cantad a Yave, que mora en Sión. | Contad a los pueblos sus grandes portentos,

13 Pues acordóse, vengador, de la sangre de aquéllos derramada, | y no se olvida de los clamores de los oprimidos.

14 Jet. Acordóse Yave de mí; | me vió reducido por mis enemigos a la angustia,

15 Y me sacó de las puertas de la muerte, | para poder cantar tus alabanzas en las puertas de la hija de Sión | y regocijarme por tu salvador auxilio.

16 Tet. Cayeron las gentes en la hoya que ellos mismos excavaron. | Enredáronse sus pies en la red que oculta tendieron.

17 Mostróse Yave, dió su juicio, | y quedó preso el impío en la obra misma de sus manos. (Higgayón. Sela.)

18 Yod. Caerán los impíos en el sepulcro, | las gentes que no se acuerdan de Dios.

19 Alzate, ¡oh Yave!, no prevalezca el hombre, | sean juzgadas ante ti todas las gentes,

20 Caf. Que no ha de ser dado el pobre a perpetuo olvido, | no ha de ser por siempre fallida la esperanza del mísero,

21 ¡Oh Yave! Arroja sobre ellos el terror, | sepan las gentes que son hombres.

---

10 1 Lámed. ¿Por qué, ¡oh Yave!, te mantienes tan alejado | y te escondes al tiempo de la calamidad,

2 Y por la soberbia del impío son consumidos los infelices | y cogidos en los lazos que les tiende?

---

(1) Es este salmo un comentario poético del relato de la creación del hombre. (Gén. 1. 26.) Elevando el salmista su pensamiento hasta el hombre por excelencia, que es Jesucristo, y en quien el salmo se realiza de un modo más alto y perfecto, el salmo puede considerarse como mesiánico.

(2) Los salmos 9 y 10 del original hebreo han sido erradamente divididos en dos por copistas y traductores. Que son realmente uno solo, lo prueba la sucesión de los caracteres alfabéticos hebreos, en su orden en ambos salmos, pues éste es el primer salmo alfabético. De aquí arranca la divergencia en la numeración de los salmos entre el texto hebreo, de una parte, y griego y el latino de otra, como advertimos en la Introducción al Salterio.

3 Mem. Gloríase el malvado en la ambición de su alma, | y el avaro se aparta de Yave con desprecio;
4 Y dice el soberbio en su fatuidad: «¡No atiende! | No hay Dios.» Estos son sus pensamientos.
5 Nun. Siempre son perversos sus caminos, | son para él tus juicios muy lejanos en la altura.
6 A cuantos se le oponen pretende apartarlos con su soplo, | y se dice en su corazón: «¡No hay quien me mueva, | siempre seré feliz, jamás infortunado!»
7 Pe. Su boca está llena de fraude y de usura; | lleva bajo su lengua la vejación y la opresión.
8 Siéntase al acecho en las aldeas, | en sus guaridas, para devorar al inocente.
9 Ayin. Acechan al pobre sus ojos, | le insidian en lo escondido, como león en la enramada, | para cogerle, para coger al miserable | y enredarle en sus redes.
10 Sade. Le espía y se arroja sobre él, | y caen los infelices en sus garras;
11 Y dice en su corazón: «¡No se acuerda Dios, | ha escondido su rostro, no ve nada!»
12 Qof. ¡Alzate, álzate, Yave! | Alza, ¡oh Dios!, tu mano,
13 No te olvides de los desvalidos. | ¿Cómo puede el impío despreciar a Dios, y decir en su corazón, que no averiguas?
14 Resch. Tú lo has visto, porque miras las penas y los trabajos, | para retribuir con tu mano. | A ti se te confía el miserable, | tú eres el auxilio del huérfano.
15 Sin. Quebranta el brazo del impío, | castiga la impiedad del malvado, | que no pueda más ser hallada.
16 Es Yave rey por los siglos eternos, | las gentes fueron borradas de su tierra.
17 Tau. Tú, ¡oh Yave!, oyes las preces del humilde, | fortaleces su corazón, le das oídos,
18 Y defiendes el derecho del huérfano y del oprimido, | para que no se atreva a ensoberbecerse el hombre en la tierra.

11. (Vulg. 10.)

Absoluta confianza del justo en el Señor.

1 Al maestro del coro. De David. | Yo confío en Yave. | ¿Cómo, pues, me decís: «Vuélate, pájaro, a tu monte?»
2 Tienden los impíos su arco, | ajustan a la cuerda sus saetas, | para asaetear en lo oculto a los rectos de corazón.
3 Si los fundamentos se destruyen, | ¿qué podrá hacer el justo?
4 Está Yave en su santo palacio. | Tiene Yave en los cielos su trono. | Ven sus ojos, | y sus párpados escudriñan a los hijos de los hombres
5 Y aprueban al justo, | pero aborrece su alma al impío | y al que ama la violencia.
6 Lloverá sobre los impíos carbones encendidos, | fuego y azufre, y huracanado torbellino será la parte de su cáliz.
7 Porque justo es Yave y ama lo justo, | y los rectos verán su benigna faz.

12. (Vulg. 11.)

Deprecación contra los impíos.

1 Al maestro del coro. A la octava. Salmo de David.
2 Salva tú, ¡oh Yave!, porque ya no hay piadosos, | ya no hay fieles entre los hijos de los hombres (1).
3 Engáñanse los unos a los otros, | hablan con labios fraudulentos y con doblado corazón.
4 Extermine Yave todo labio fraudulento, | toda lengua jactanciosa,
5 De esos que dicen: «Con nuestra lengua dominaremos, | nuestros labios son nuestros: | ¿Quién es nuestro dueño?»
6 Por la opresión de los pobres, | por los gemidos de los menesterosos,
7 Ahora mismo me levantaré, dice Yave, | y les daré la salud por que suspiran.
7 Las palabras de Yave son palabras limpias, | son plata acrisolada en el crisol, | siete veces purgada de tierra.
8 Paséanse en torno los impíos, | prevalecen insolentes sobre los hijos de los hombres;
9 Pero tú, ¡oh Yave!, los guardarás, | tú eternamente los preservarás de esta generación.

(1) Ante la general prevaricación, el salmista, como Elías (I Reg. 19, 10), se cree solo en el mundo y único representante de la causa de Dios.

13. (Vulg. 12.)

El justo, en peligro, implora el auxilio de Dios.

1 Al maestro del coro. Salmo de David.
2 ¿Hasta cuándo, por fin, te olvidarás, Yave, de mí? | ¿Hasta cuándo esconderás de mí tu rostro? (1).
3 ¿Hasta cuándo mandarás dolores sobre mi alma | y penas de continuo sobre mi corazón? | ¿Hasta cuándo mis enemigos triunfarán de mí?
4 ¡Mírame ya, óyeme, Yave, Dios mío! | Alumbra mis ojos, que no me duerma en la muerte.
5 Que no pueda decir mi enemigo: «Le vencí.» | Que mis enemigos se regocijarían si yo cayese,
6 Después de haber esperado en tu piedad. | Que se alegre mi corazón con tu socorro, | que pueda cantar a Yave: «Bien me proveyó.»

14. (Vulg. 13.)

Seguridad del justo en el castigo de los impíos.

1 Al maestro del coro. De David.
Dice en su corazón el necio: «No hay Dios.» | Todos obran torpemente, no hay quien haga el bien (2).
2 Mira Yave desde lo alto de los cielos a los hijos de los hombres, | para ver si hay entre ellos algún cuerdo que busque a Dios.
3 Todos van descarriados, todos a una se han corrompido, | no hay quien haga el bien, no hay uno solo.
4 ¿Se han vuelto del todo locos los obradores de la iniquidad, | que devoran a mi pueblo como se come el pan, | sin acordarse de Dios para nada?
5 Ya temblarán con terror a su tiempo, | porque está Dios con la generación de los justos.
6 Queréis frustrar los consejos del desvalido, | pero es Yave su seguro refugio.
7 Venga ya de Dios la salvación de Israel, | y mudando Yave la suerte de su pueblo, | jubile Jacob y alégrese Israel.

(1) En la lucha que sostiene contra la impiedad, se cree el salmista a punto de sucumbir y ver sucumbir con él la causa de Dios, y clama al Señor en demanda de socorro.
(2) Más que ateos teóricos, son los impíos ateos prácticos, que viven como si Dios no contemplara su vida malvada.

15. (Vulg. 14.)

Condiciones de pureza del que ha de estar ante el Señor.

1 Salmo de David (1).
¡Oh Yave! ¿Quién es el que podrá habitar en tu tabernáculo, | residir en tu monte santo?
2 El que anda en integridad y obra la justicia, | el que en su corazón habla verdad;
3 El que con su lengua no detrae, | el que no hace mal a su prójimo, | ni a su cercano infiere injuria;
4 El que a sus ojos se menosprecia y se humilla, | y honra a los temerosos de Yave; | el que, aun jurando en daño suyo, no se muda;
5 El que no da a usura sus dineros | y no admite cohecho para condenar al inocente. | Al que tal hace, nadie jamás le hará vacilar.

16. (Vulg. 15.)

El justo espera en el Señor, aun para después de su muerte.

1 Mictam de David (2).
Guárdame, Yave, que a ti me confío.
2 Yo digo a Yave: Mi señor eres tú, | no hay bien para mí fuera de ti.
3 Los santos que en la tierra están, son de mí muy honrados, | en ellos tengo todas mis delicias.
4 Multiplican sus ídolos los que se van tras los dioses ajenos. | No libaré yo sus sangrientas libaciones, | no mancharé mis labios con sus nombres.
5 Yave es la parte de mi heredad y de mi cáliz, | él es quien me sostiene mi heredad.
6 Cayeron para mí las cuerdas

(1) Hermoso salmo, que nos declara cómo la santidad de vida es la condición para poder acercarse al Dios santo.
(2) El salmista, tomando la persona del Mesías, ora al Señor y expresa su firme confianza de que le librará del poder de la muerte y le hará conocer los caminos de la vida eterna. Los apóstoles lo citan como vaticinio de la resurrección del Mesías (Mt. 2, 25 ss.; 13, 35.).

en lo más selecto, | y es excelente a mis ojos mi heredad.
7 Bendigo a Yave, que es quien me adoctrina. | Aun de noche me incitan a ello mis entrañas.
8 Siempre tengo ante mí a Yave. | Si él está a mi diestra, nunca resbalaré.
9 Por eso se alegra mi corazón y jubila mi alma, | y aun mi carne se siente segura.
10 Que no dejarás tú mi alma en el sepulcro, | no dejarás que tu santo experimente la corrupción.
11 Tú me enseñarás el camino de la vida, | la hartura de tus bienes junto a ti, | las eternas delicias de junto a tu diestra.

17. (Vulg. 16.)

Confianza del justo en el juicio del Señor.

1 Oración. De David.
Oye, Yave, mi justa causa, | atiende a mi súplica, | escucha mi oración, no de labios dolosos (1).
2 Proceda de ante ti mi juicio, | vean tus ojos lo justo. | Si escudriñas mi corazón, y de noche me visitas y examinas, | no hallarás que yo haya pensado cosa que no pueda proferirse.
4 En las obras humanas he guardado los caminos de la divina ley, | conforme a las palabras de tus labios,
5 Y mis pies, sin titubear, se mantuvieron firmes.
6 Te invoco, porque sé, ¡oh Dios!, que tú me oyes. | Inclina tus oídos hacia mí y oye mis palabras.
7 Ostenta tu magnífica piedad, | tú que salvas del enemigo a los que a ti se acogen.
8 Guárdame como a la niña de tus ojos, | escóndeme bajo la sombra de tus alas,
9 Ante los malos que pretenden oprimirme, | ante mis enemigos, que furiosos me rodean.
10 Cierran su duro corazón, | y hablan jactanciosamente con su boca.
11 Ya me cercan sus pasos | y clavan en mí sus ojos para echarme por tierra.
12 Parecen leones que se disponen a devorar la presa, | cachorros de león que acechan en la madriguera.
13 Alzate, Yave, sal a su encuentro, derríbalos; | con tu espada salva mi alma del impío, | de esos que ya han vivido demasiado,
14 Que tienen su vientre ahito de tus bienes, | que de ellos hartan a sus hijos, | y para sus siervos dejan las sobras.
15 Vea yo en justicia tu faz | y sácieme, vigilante, de tu gloria.

(1) El salmista se nos presenta rodeado de impíos, que pretenden acabar con él, y recurre a Dios pidiendo auxilio.

18. (Vulg. 17.)

Canto triunfal de David.

1 Para el maestro del coro. Del siervo de Dios David, que dirigió a Yave las palabras de este canto, cuando le hubo librado Dios de las manos de todos sus enemigos, y de la mano de Saúl (1).
2 Dijo, pues:
¡Yo te amo a ti, Yave, fortaleza mía!
3 Yave, mi roca, mi ciudadela, mi refugio, | mi Dios, mi roca, a quien me acojo, | mi escudo, cuerno de mi salud, mi asilo.
4 Alabándole, invoco a Yave | y quedo a salvo de mis enemigos.
5 Ya con estrépito me rodeaban las olas de la muerte, | ya me aterrorizaban los terrores del Averno,
6 Ya me aprisionaban las ataduras del sepulcro, | ya me habían cogido los lazos de la muerte;
7 Y en mi angustia invocaba a Yave | e imploraba el auxilio de mi Dios. | El oyó mi voz desde sus palacios, | mi clamor a él llegó a sus oídos.
8 Conmovióse y tembló la tierra, | vacilaron los fundamentos de los montes, | se estremecieron ante el Señor airado.
9 Subía de sus narices el humo de su ira, | y de su boca fuego abrasador, | carbones por él encendidos.
10 Abajó los cielos, y descendió. | Negra oscuridad tenía a sus pies.
11 Subió sobre los querubines y voló, | voló sobre las alas de los vientos.

(1) Este salmo se lee también en II. Sam. 22. Como lo dice el título, fué compuesto por el Real Profeta cuando ya se vió libre de todos sus enemigos. Es digna de notarse en él la forma en que Dios se aparece, envuelto en una tempestad. La descripción de la teofanía es enteramente de estilo apocalíptico, y de ella han tomado no pocos elementos descriptivos los autores posteriores.

12 Puso en derredor suyo tinieblas por velo, | se cubrió con calígine acuosa y densas nubes.
13 Ante su resplandor las nubes se deshicieron | en granizo y centellas de fuego.
14 Tronó Yave desde los cielos, | el Altísimo hizo resonar su voz, | granizo y centellas de fuego.
15 Lanzó sus saetas y los desbarató, | fulminó sus muchos rayos y los consternó.
16 Y aparecieron arroyos de aguas, | y quedaron al descubierto los fundamentos del orbe, | ante la ira increpadora de Yave, | al resplandor del huracán de su furor.
17 Y extendió desde lo alto su mano, y me cogió, | me sacó de la muchedumbre de las aguas.
18 Me arrancó de mi feroz enemigo, | de los que me aborrecían y eran más fuertes que yo.
19 Querían asaltarme en día para mí fatal, | pero fué Yave mi fortaleza.
20 Y me puso en seguro, salvándome, | porque se agradó de mí.
21 Remunerábame Yave mi justicia, | conforme a la pureza de mis manos me pagaba,
22 Pues yo había seguido los caminos de Yave, | y no me había impíamente apartado de mi Dios.
23 Tenía ante mis ojos todos sus mandatos | y no rehuía sus leyes,
24 Sino que con él fuí íntegro, | y me guardé de la iniquidad.
25 Y me retribuyó Yave conforme a mi justicia, | y según la limpieza de mis manos a sus ojos.
26 Con el piadoso muéstraste piadoso, | íntegro con el íntegro,
27 Limpio con el limpio, | y sagaz con el perverso astuto.
28 Tú salvas al humilde, | pero humillas al soberbio.
29 Y tú eres quien hace lucir mi lámpara, ¡oh Yave! | Tú, mi Dios, que iluminas mis tinieblas.
30 Cierto que, fiado en ti, soy capaz de romper ejércitos, | fiado en mi Dios, asalto las murallas.
31 Son perfectos los caminos de Dios, | acrisolada es la palabra de Yave. | El es el escudo de cuantos a él se acogen.
32 ¿Qué Dios hay fuera de Yave? | ¿Qué Dios fuera de nuestro Dios,
33 El Dios fuerte, que me ciñó de fortaleza | y prosperó mis caminos,
34 Que me dió pies como de ciervo | y me puso sobre las alturas,
35 Que adiestró mis manos para el combate | y mis brazos para tender el arco de bronce?
36 Tú me entregaste tu salvador escudo, | tu diestra me fortaleció, y tu solicitud me engrandeció.
37 Me hacías correr a largos pasos, | sin que se cansaran mis pies.
38 Perseguía a mis enemigos y los alcanzaba, | y no me volvía sin haberlos desbaratado.
39 Los machacaba, sin que pudieran resurgir; | caían bajo mis pies.
40 Me ceñiste de fortaleza para la guerra, | sometiste a los que se alzaban contra mí.
41 Obligaste a mis enemigos a darme las espaldas,
42 Y redujiste al silencio a cuantos me odiaban. | Vociferaban, pero no tenían quien les respondiese; | a Yave, pero él no los oía,
43 Y los dispersaba como el polvo lo dispersa el viento, | y como al barro de las plazas los pulverizaba.
44 Me librabas de las sediciones del pueblo | y me pusiste a la cabeza de las gentes.
45 Pueblos que no conocía me servían, | obedecíanme con diligente oído.
46 Los extraños se retiraban ante mí, palidecían. | Por eso te doy gracias, ¡oh Yave!, entre las gentes, | y cantaré salmos en tu honor,
47 Viva Yave, y bendito sea su nombre, | sea ensalzado el nombre de mi salvador.
48 El es el fuerte, el que me otorga la venganza, | el que me somete los pueblos,
49 El que me libra de mis enemigos, | el que me hace superar a los que se alzan contra mí.
50 El que me libra del hombre violento,
51 El que da grandes victorias a su rey, | el que hace misericordia a su ungido, David, | y a su descendencia por la eternidad.

19. (Vulg. 18.)

Los cielos cantan la gloria del Señor, cuya ley es perfectísima.

1 Al maestro del coro. Salmo de David (1).

(1) Este salmo consta evidentemente de dos partes. La primera habla de los cielos; la segunda,

[2] Los cielos dan cuenta de la gloria de Dios | y el firmamento anuncia la obra de sus manos.
[3] El día habla al día | y la noche comunica sus pensamientos a la noche.
[4] No hay discursos ni palabras, | no es audible su voz.
[5] Pero su pregón sale por la tierra toda, | y sus palabras llegan a los confines del orbe de la tierra. | Puso en ellos una tienda para el sol;
[6] Que semejante al esposo que sale de su tálamo, | se lanza alegre a recorrer cual gigante su camino.
[7] Sale de un extremo, | y llega en su curso a los últimos confines, | y nada se sustrae a su calor.
[8] La ley de Yave es perfecta, restaura el alma. | El testimonio de Yave es fiel, hace sabio al rudo.
[9] Los preceptos de Yave son rectos, alegran el corazón. | Los mandatos de Yave son limpios, iluminan los ojos.
[10] El temor de Yave es puro, permanece por siempre. | Los juicios de Yave son verdad, del todo justos,
[11] Más estimables que el oro acrisolado, | más dulces que la miel, que el contenido del panal.
[12] También a tu siervo le alumbran, | y en guardarlos halla gran merced.
[13] ¿Quién será capaz de conocer los deslices? | Absuélveme de los que se me ocultan.
[14] Retrae también a tu siervo de los movimientos de soberbia, | que no se adueñen de mí; entonces seré perfecto, libre de todo crimen.
[15] Séante gratas las palabras de mi boca | y los pensamientos de mi corazón. | ¡Yave, tú eres mi roca y mi redentor!

20. (Vulg. 19.)

Deprecación por el rey que va a la guerra.

[1] Al maestro del coro. Salmo de David.
[2] Oigate Yave en el día del conflicto; | protéjate el nombre del Dios de Jacob (1).
[3] Envíete su auxilio desde su santuario, | sosténgate desde Sión.
[4] Acuérdese de todas tus oblaciones, | y séale grato tu holocausto. (Sela.)
[5] Llene los deseos de tu corazón, | todos los anhelos de tu alma.
[6] Que podamos cantar tu victoria | y triunfar en el nombre de Dios. | Acceda Yave a cuanto le pidas.
[7] Ahora ya sé que da Yave la victoria a su ungido, | que le escucha desde lo alto de sus santos cielos, | y le socorre con la fuerza salvadora de su diestra.
[8] Estos en sus carros, aquéllos en sus caballos; | pero nosotros, en el nombre de Yave, nuestro Dios, somos fuertes.
[9] Ellos vacilaron y cayeron, | pero nosotros nos alzamos y nos erguimos.
[10] Da, ¡oh Yave!, al rey la victoria. | Oyenos el día en que te invocamos.

21. (Vulg. 20.)

Canto de gracias por las victorias del rey.

[1] Al maestro del coro. Salmo de David.
[2] En tu poder, ¡oh Yave!, se goza el rey (2). | ¡Cuán jubiloso está de tu socorro!
[3] Le diste cuanto su corazón deseaba, | no le negaste los deseos de sus labios;
[4] Más bien te le adelantaste con faustas bendiciones | y pusiste en su cabeza la diadema de oro.
[5] Te pidió vida, | y se la diste larga, eterna.
[6] Por tu protección es magnífica su gloria, | y amontonaste sobre él honras y honores.
[7] Le has bendecido con eterna bendición, | y le das a gozar la alegría de tu rostro,

de la ley. La misma traducción deja ver claramente la diferencia de metro entre una y otra parte. Disputan los autores si se trata de dos salmos unidos en uno, o de uno solo dividido en dos partes. Parece, sin embargo, lo más probable esto último, y que en él la primera parte es como el elemento de comparación para la segunda.

(1) Los salmistas nos presentan a Dios morando en el templo y reinando desde allí sobre su pueblo; por esto piden que proteja al rey desde Sión y le dé la victoria.
(2) Es uno de los muchos salmos en que se habla del Rey. El rey de Israel es un rey teocrático, instituído por Dios y encargado de una misión divina, y sujeto de las promesas mesiánicas hechas a David y a su descendencia; por esto es fácil ver en estos salmos un sentido más alto que el histórico, en que el autor se eleva hasta «el hijo de David» por excelencia.

8 Porque en Yave confía el rey, | y por el favor del Altísimo permanece inconmovible.
9 Caiga tu mano sobre todos tus enemigos. | Alcance tu diestra a cuantos te aborrecen.
10 Ponlos como en horno de fuego. | Al tiempo en que te mostrarás, | Yave los consumirá en su ira, | el fuego los abrasará.
11 Borrarás de la tierra su progenie, | su descendencia, de entre los hijos de los hombres.
12 Si algo malo trazan contra ti, | si maquinan el engaño, de nada les valdrá:
13 Los pondrás en fuga | apuntando tu tenso arco contra su pecho.
14 ¡Ensálzate Yave en tu fortaleza! | Que podamos en himnos y salmos cantar tu poderío.

22. (Vulg. 21.)

Quejas del justo perseguido y acción de gracias por la liberación.

1 Al maestro del coro. Sobre la cierva de la aurora. Salmo de David.
2 ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has desamparado? (1). | Lejos están de la salvación mis rugidos.
3 ¡Dios mío!, clamo de día, y no me respondes; | de noche, y no hallo remedio.
4 Con todo, tú eres el Santo, | tú habitas entre las alabanzas de Israel.
5 En ti esperaron nuestros padres, | esperaron, y tú los libraste;
6 A ti clamaron, y fueron salvados; | en ti confiaron, y no fueron confundidos.
7 Verdad que yo soy ya un gusano, no un hombre, | el oprobio de los hombres y el desprecio del pueblo.
8 Búrlanse de mí cuantos me ven, | abren los labios y mueven la cabeza.
9 «Se encomendó a Yave—dicen—, líbrele él, | sálvele él, pues que le es grato.»
10 Y en verdad, tú eres mi esperanza, ya desde el útero; | mi seguro refugio, ya desde el seno de mi madre.
11 Ya desde el útero fuí entregado a ti, | ya desde que colgaba de los pechos de mi madre, tú eres mi Dios.
12 No te estés apartado de mí, | porque se acerca el peligro | y a nadie tengo que me socorra.
13 Rodéanme toros en gran número, | cércanme novillos de Basán.
14 Abren sus bocas contra mí, | cual león rapaz y rugiente.
15 Me derramo como agua, | todos mis huesos están dislocados. | Mi corazón es como cera | que se derrite dentro de mis entrañas.
16 Seco está como un tejón mi paladar, | mi lengua está pegada a las fauces, | y ya me echan al polvo de la muerte.
17 Me rodean como perros, | me cerca una turba de malvados, | han taladrado mis manos y mis pies,
18 Puedo contar todos mis huesos. | Y ellos me miran, me contemplan.
19 Se han repartido mis vestidos | y echan suertes sobre mi túnica.
20 Tú, pues, ¡oh Yave!, no retrases tu socorro, | apresúrate a venir en mi auxilio.
21 Libra mi alma de la espada. | A mí, desolado, líbrame del poder de los perros,
22 Sálvame de la boca del león, | sálvame de los cuernos de los búfalos.
23 Que pueda yo hablar de tu nombre a mis hermanos, | y ensalzarte en medio de la congregación.
24 ¡Los que teméis a Yave, alabadle! | ¡Descendencia toda de Jacob, glorificadle! | ¡Reverenciadle todos los descendientes de Israel!
25 Porque no desdeñó, ni despreció la miseria del mísero, | ni apartó de él su rostro, | antes oyó al que imploraba su socorro.
26 Por tu favor resonarán mis himnos en la numerosa congregación, | y cumpliré mis votos ante los que te temen.
27 Comerán los pobres y se saciarán, | y alabarán a Yave los que le temen. | Y vivirá su corazón por toda la eternidad.
28 Se acordarán, y se convertirán a él todos los confines de la tierra, | le adorarán todas las familias de las gentes,
29 Porque de Yave es el reino, | y él dominará a las gentes.

(1) Lo que del salmo 6 dejamos dicho tiene especialísima aplicación a este salmo, en que los padecimientos del salmista son más atroces, y la paciencia con que los sufre perfecta, sin una palabra en que pida el castigo de sus perseguidores. Es el que más de cerca preludia al «Siervo de Yave», del que se diferencia, sin embargo, en que aquí no muere, y en que el resultado de su salvación es la alegría de los justos por verle salvo, y triunfante en él la causa de Dios, que es también la de ellos mismos, mientras que en el Siervo de Yave, su muerte por los pecados de todos es la redención del mundo.

30 Todos los grandes de la tierra
se curvarán ante ti. | Los que al
polvo cayeron no pueden levantarse.
31 Mi posteridad te servirá, y
hablará de Yave a las generaciones
venideras;
32 Y predicarán tu justicia | al
pueblo que ha de nacer, | por haber
hecho esto Yave.

23. (Vulg. 22.)
Dios, pastor del justo.

1 Salmo de David.
Yave es mi pastor y nada me falta.
2 El me pone en verdes pastos | y
me lleva a frescas aguas. (1)
3 Recrea mi alma | y me guía por
las rectas sendas, | por amor de su
nombre.
4 Aunque hubiera de pasar | por
un valle oscuro y tenebroso, | no
temería mal alguno, | porque tú
estás conmigo. | Tu clava, y tu cayado
son mi consuelo.
5 Tú pones ante mí una mesa, | en-
frente de mis enemigos. | Has derra-
mado profusamente el óleo sobre mi
cabeza, y mi cáliz rebosa.
6 Sólo bondad y benevolencia me
acompañan | todos los días de mi
vida, | y estaré en la casa de Yave | por
muy largos años.

24. (Vulg. 23.)
Canto procesional.

1 Salmo de David.
De Yave es la tierra y cuanto la
llena, | el orbe de la tierra y cuantos
le habitan;
2 Pues él es quien la fundó sobre
los mares, | y sobre las olas la esta-
bleció. (1)
3 ¿Quién subirá al monte de Yave, |
y se estará en su lugar santo?
4 El de limpias manos y puro
corazón, | el que no lleva su alma
al fraude | y no jura con mentira,
5 Ese alcanza de Yave bendición | y
justicia de Dios, su salvador.
6 Esa es la raza de los que le buscan |
de los que buscan el rostro del Dios
de Jacob. (Sela.)
7 Alzad, ¡oh puertas!, vuestras
frentes, | alzaos más, ¡oh antiguas
entradas!, | que va a entrar el rey
de la gloria. (1)
8 ¿Quién es ese rey de la gloria? | Es
Yave, el fuerte, el poderoso.
9 Alzad, ¡oh puertas!, vuestras
frentes, | alzaos más, ¡oh antiguas
entradas! | Que va a entrar el rey
de la gloria.
10 ¿Quién es ese rey de la gloria? |
Yave Sebaot | él es el rey de la gloria.
(Sela.)

(1) Siendo la vida pastoril tan frecuente en Israel, es natural que los profetas y salmistas den a Dios el nombre de Pastor del pueblo, o de los fieles de él. Además, los rectores del pueblo son llamados sus pastores, y, por tanto, Yave es su Pastor supremo.
(2) Imágenes poéticas para expresar lo maravilloso de la estabilidad de la tierra.

25. (Vulg. 24.)
Confianza del justo en el Señor.

1 De David.
2 Alef. A ti, Yave, mi Dios, alzo
mi alma, | Bet. en ti confío, no sea
confundido.
3 Guímel. No se gocen de mí mis
enemigos. | No, quien espera en ti
no es confundido: | Confundido el
que en balde se rebela contra ti.
4 Dálet. Muéstrame, ¡oh Yave!, tus
caminos, | adiéstrame en tus sendas.
5 He. Guíame en tu verdad y
enséñame, | porque tú eres mi Dios,
mi salvador, | Vau (2) y en ti
espero siempre.
6 Zain. Acuérdate, ¡oh Yave!, de
tus misericordias, | de tus gracias,
que son imperecederas,
7 Jet. No te acuerdes de los peca-
dos de mi mocedad y de mis faltas; |
acuérdate de mí conforme a tu mise-
ricordia, | y según tu bondad, ¡oh
Yave!
8 Tet. Bueno y recto es Yave, | por
eso señala a los errados el camino,
9 Yod. Y guía a los humildes por
la justicia, | y adoctrina a los mansos
en sus sendas.
10 Caf. Todas las sendas de Yave
son misericordia y verdad, | para los
que guardan el pacto y sus manda-
mientos.
11 Lámed. Por la gloria de tu
nombre, ¡oh Yave!, | perdona mis
culpas, por grandes que son (3).
12 Mem. ¿Quién es el hombre

(1) Son las puertas de los atrios del templo, que debía atravesar la procesión.
(2) Falta en el texto el verso correspondiente al *Vau*.
(3) Las causas que mueven a Dios a perdonar y tener misericordia no son extrañas a El; es, en suma, la gloria de su nombre.

temeroso de Dios? | El le enseñará el camino que ha de seguir.
13 Nun. Vive feliz, y su descendencia poseerá la tierra.
14 Sámec. Yave descubre sus secretos a los que le temen, | a los que observan su alianza.
15 Ayin. Mis ojos siempre están en Yave, | porque él es quien saca mis pies de la red.
16 Pe. Vuélvete a mí y de mí ten piedad, | que estoy solo y afligido.
17 Sade. Ensancha mi angustiado corazón | y sácame de mis estrecheras.
18 Qof. Mira mi pena, mi miseria, | y perdona todos mis pecados.
19 Res. Mira cuán numerosos son mis enemigos; | me odian con un odio feroz.
20 Sin. Guarda mi vida y sálvame, | que no tenga que confundirme de haber acudido a ti.
21 Tau. No me abandonen la integridad y la rectitud, | pues que en ti espero.
22 Libra, ¡oh Dios!, a Israel | de todas sus tribulaciones.

26. (Vulg. 25.)

Oración confiada del justo.

1 De David.
Hazme justicia, ¡oh Yave!, porque he andado en integridad, | he confiado en Yave sin vacilar. (1)
2 Ponme a prueba, ¡oh Yave!, y examíname, | acrisola mis entrañas y mi corazón.
3 Porque tengo siempre a mis ojos tus misericordias | y ando en tu verdad.
4 No me siento con los hombres falaces, | no me acompaño de los fingidos.
5 Aborrezco el consorcio de los malignos | y no me siento con los impíos.
6 Yo lavaré mis manos en la inocencia | y andaré en derredor de tu altar, ¡oh Yave!,
7 Haciendo resonar cantos de alabanza | y ensalzando todos tus prodigios.
8 ¡Oh Yave!, yo amo la morada de tu casa, | el lugar en que se asienta tu majestad.
9 No juntes con los pecadores mi alma, | ni mi vida con los sanguinarios,
10 Cuyas manos están llenas de maldad, | cuyas diestras están llenas de sobornos.
11 Yo, por lo contrario, marcharé en mi integridad, | rescátame, ¡oh Yave!, y ten misericordia de mí.
12 Ya están mis pies en tierra firme, | cantaré en la congregación a Yave.

(1) El salmista nos representa a un justo, cuidadoso de servir al Señor, y que por esto vive en lucha con los impíos. Por esto pide a Dios que salga por su causa.

27. (Vulg. 26.)

Confianza del justo en medio del peligro.

1 De David.
Yave es mi luz y mi salud, | ¿a quién temer? | Yave es el baluarte de mi vida, | ¿ante quién temblar?
2 Cuando los malignos me asaltan | para devorar mis carnes, | son ellos, mis adversarios y enemigos, | los que vacilan y caen.
3 Aunque acampase contra mí un ejército, | no temería mi corazón; | aunque se me diere la batalla, | también estaría entonces tranquilo.
4 Una cosa pido a Yave, y esa procuro: | habitar en la casa de Yave | todos los días de mi vida, | para gozar del encanto de Yave | y visitar su santuario; (1)
5 Pues él me pondrá a seguro en su tienda | el día de la desventura, | me tendrá a cubierto en su pabellón, | me pondrá en alto sobre su roca.
6 Alzaré luego mi cabeza sobre mis enemigos, | y ofreceré en su tienda sacrificios de júbilo, | cantando y ensalzando a Yave.
7 Oye, ¡oh Yave!, el clamor con que te invoco, | ten de mí piedad y escúchame.
8 De tu parte me dice el corazón: «Buscad mi rostro», | y yo, Yave, tu rostro buscaré.
9 No me escondas tu rostro, | no rechaces con ira a tu siervo. | Sé mi socorro, no me rechaces ni me abandones, | ¡oh Dios, mi salvador!
10 Aunque me abandonaron mi padre y mi madre, | Yave me recogerá.
11 Muéstrame, ¡oh Yave!, tus ca-

(1) Este versículo nos muestra cuánta parte ocupaba el templo de Jerusalén en la vida religiosa de Israel. Los justos, llenos de fe en la presencia de Yave en su templo, no tienen otro placer que asistir a él y a las solemnidades de su culto.

minos, | guíame por la recta senda, | por causa de mis enemigos.
12 No me entregues a la rabia de mis adversarios, | que se alzan contra mí falsos testigos, | y gente que respira crueldad.
13 ¡Ay, si no creyera que he de gozar de la bondad de Yave | en la tierra de los vivos!
14 Espera en Yave, esfuérzate y ten gran valor. | ¡Sí, espera en Yave!

28. (Vulg. 27.)

Oración del rey.

1 De David.
A ti clamo, ¡oh Yave, mi roca! | No te desentiendas de mí, | pues dejándome tú, vendría a ser | como los que bajan al sepulcro.
2 Oye la voz de mi súplica cuando te invoco, | cuando alzo mis manos hacia tu santo templo.
3 No me arrebates juntamente con los malvados, | con los obradores de la iniquidad, | los que hablan paz a su prójimo, | mientras está su corazón lleno de maldad.
4 Trátalos conforme a sus obras, conforme a la malicia de sus acciones; | retribúyeles conforme a la obra de sus manos, | dales su merecido (1).
5 Porque no atienden a las obras de Yave, | a la obra de sus manos. | ¡Derríbalos y no los edifiques!
6 ¡Bendito sea Yave, | que oyó la voz de mis súplicas!
7 Yave es mi fortaleza, es mi escudo, | en él confía mi corazón. | Fuí socorrido y mi corazón salta de gozo, | y le alabaré con mis cantos.
8 Es Yave la fortaleza de su pueblo, | es el salvador escudo de su ungido.
9 ¡Salva a tu pueblo, | bendice tu heredad, | sé su pastor y condúcelos por siempre.

29. (Vulg. 28.)

La gloria de Yave en la tempestad.

1 De David (2).
Dad a Yave, hijos de Dios, | dad a Yave la gloria y el poder.
2 Dad a Yave la gloria debida a su nombre, | postraos ante Yave con sacras vestiduras.
3 ¡La voz de Yave sobre las aguas! | Truena el Dios de la majestad, | Yave, sobre la inmensidad de las aguas.
4 Es poderosa la voz de Yave; | la voz de Yave es majestuosa;
5 La voz de Yave rompe los cedros, | troncha Yave los cedros del Líbano
6 Y hace saltar al Líbano como un ternero, | y al Sarión como un ternero de búfalo.
7 La voz de Yave hace estallar llamas de fuego;
8 La voz de Yave sacude el desierto, | sacude Yave el desierto de Cades.
9 La voz de Yave retuerce las encinas, | despoja las selvas, | y en su templo todo dice: «¡Gloria!»
10 Siéntase Yave sobre aguas diluviales, | siéntase como rey eterno.
11 Yave dará fortaleza a su pueblo, | Yave bendecirá a su pueblo con la paz.

30. (Vulg. 29.)

Acción de gracias después de una enfermedad grave.

1 Canto para la consagración del templo. Salmo de David.
2 Quiero ensalzarte, ¡oh Yave!, porque me has puesto en salvo | y no has alegrado a mis enemigos en mi daño (1).
3 Yave, mi Dios, clamé a ti | y tú me sanaste.
4 ¡Oh Yave, has sacado mi alma del sepulcro, | me has llamado a la vida de entre los que bajan a la fosa!
5 Cantad a Yave vosotros, sus santos, | y ensalzad la memoria de su santidad;
6 Porque un instante dura su cólera, | y su benevolencia es de por vida. | Alberga la tarde llantos, | mas a la mañana viene la alegría.

(1) Esta súplica del salmista pidiendo que Dios ejerza su justicia con los enemigos de su pueblo, nos pone de manifiesto uno de los aspectos de los salmos imprecativos. Véase la introducción.

(2) Bellísimo salmo en que se revela Yave en medio de la tempestad como Rey eterno, que desde el cielo bendice a su pueblo y le colma de paz.

(1) La enfermedad, como cualquier otro mal que puede venir sobre el hombre, es una señal de la cólera de Dios. Oyendo el Señor la oración del salmista, Dios no sólo le libró de aquel mal, sino también de los escarnios de los impíos, que se alegraban de verle humillado por Dios.

7 Yo dije en mi fortuna: | no seré jamás conmovido,
8 pues tú, ¡oh Yavel, por tu benevolencia | me asegurabas honor y poderío. | Apenas escondiste tu rostro, fuí conturbado.
9 Pero clamé a ti, ¡oh Yavel, | pedí piedad a mi Dios:
10 ¿Qué provecho hay en mi muerte, | en que yo descienda a la tumba? | ¿Te alabará el polvo? ¿Cántará tus misericordias?
11 Escuchóme Yave y tuvo piedad de mí. | Vino Yave en mi socorro.
12 Y mudaste en júbilo mi luto, | y desataste mi saco | y me ceñiste de gloria.
13 ¡Por eso te cantaré y no callaré, | y te alabaré, Yave, Dios mío, por la eternidad!

31. (Vulg. 30.)

Plegaria de un angustiado y acción de gracias por la liberación.

1 Al director del canto. Salmo de David.
2 En ti, ¡oh Yavel, confío. | No sea yo nunca confundido, | líbrame en tu justicia (1);
3 Inclina a mí tus oídos, | apresúrate a librarme, | sé para mí roca inexpugnable, | ciudadela de mi salvación.
4 Tú serás ciertamente mi roca, mi ciudadela; | por el honor de tu nombre,
5 Tú me guiarás y me conducirás, | y me sacarás de la red que me han tendido, | porque tú eres mi fortaleza.
6 En tus manos encomiendo mi alma. | Tú me has rescatado, ¡oh Yavel, tú me salvarás, Dios de Verdad.
7 Yo aborrezco a los seguidores de los vanos ídolos | y sólo espero en Yave.
8 Me alegraré y me gozaré en tu misericordia, | pues has visto mi aflicción | y conoces las angustias de mi alma.
9 Tú me librarás de las manos del enemigo, | pondrás mis pies en anchura.
10 ¡Ten piedad de mí, oh Yave, | porque estoy en tribulación! | La tristeza consume mis ojos | mi alma y mis entrañas.
11 Sí, mi vida se gasta en el dolor | y mis años en los gemidos. | Mi vigor enflaquece por la tribulación, | y se consumen mis huesos.
12 Soy el oprobio de todos mis perseguidores, | objeto de terror para mis vecinos, | y de espanto para cuantos me conocen. | Todos los que me ven huyen de mí.
13 Como muerto he sido borrado de todos los corazones, | y parezco una vasija perdida.
14 Oigo el murmurar de los que me rodean. | Espanto por todas partes, | cuando a una se confabulan contra mí | y traman arrebatarme la vida.
15 Pero yo confío en ti, ¡oh Yavel | Yo digo: Tú eres mi Dios,
16 En tus manos están mis días. | Líbrame de la mano de mis enemigos, | líbrame de mis perseguidores.
17 Haz resplandecer tu faz, sobre tu siervo, | y sálvame en tu misericordia.
18 Yave, que no sea yo confundido, | pues que te invoco. | Confundidos sean los malvados, | y que mudos bajen al sepulcro;
19 Que callen para siempre, | los labios mentirosos, | que soberbios y despectivos, | lanzan insolencias contra el justo.
20 ¡Qué grande es, oh Yave, la misericordia, | que guardas tú para los que te temen, | y que a la vista de todos haces | a los que en ti confían.
21 Tú haces de tu presencia su defensa, | contra la crueldad de los hombres, | y como en un tabernáculo los pones a cubierto | de los azotes de las lenguas.
22 ¡Bendito sea Yave, que en mí hace admirable su misericordia | como ciudad fortificada!
23 Yo en mi turbación había ya dicho: | He sido arrojado de ante tus ojos. | Pero no, tú has oído mi voz suplicante, | cuando a ti clamé.
24 Amad a Yave, vosotros todos, sus santos, | que es fiel Yave, | y paga con usura a los soberbios.
25 Esforzaos todos cuantos esperáis en Yave, | y robusteced vuestro corazón.

(1) Recordemos a Job acusado por sus amigos; con más razón el salmista puede temer su confusión ante las acusaciones y los escarnios de sus enemigos por verle afligido y como herido por la mano de Dios.

32. (Vulg. 31.)

Confesión de los pecados y acción de gracias por el perdón.

1 De David. Masquil.
¡Bienaventurado aquel a quien ha sido perdonado el pecado, | a quien le ha sido remitida su iniquidad! (1)
2 ¡Bienaventurado aquel a quien no imputa Yave la iniquidad, | y en cuya alma no hay mentira!
3 Mientras callé, consumíanse mis huesos, | con mi gemir durante todo el día,
4 Pues día y noche tu mano pesaba sobre mí, | y tornóse mi verdor en sequedades de estío. (Sela.)
5 Pero te confesé mi pecado | y descubrí mi iniquidad. | Dije: «Confesaré a Yave mi pecado», | y tú perdonaste mi iniquidad. (Sela.)
6 Invóquente, pues, todos al tiempo propicio, | y no llegará a ellos la inundación de las copiosas aguas.
7 Tú eres mi asilo, tú me preservas de la adversidad | y me rodeas de cantos de liberación. (Sela.)
8 «Yo te haré saber y te enseñaré el camino que debes seguir; | seré tu consejero, y estarán mis ojos sobre ti.
9 No seas sin entendimiento, como el caballo y como el mulo, | a los que pones brida y freno, porque si no, no se acercan a ti.»
10 Muchos son los dolores del impío, | pero la misericordia ceñirá al que espera en Yave.
11 ¡Alegraos en Yave, regocijaos, oh justos! | Saltad de gozo todos los rectos de corazón.

33. (Vulg. 32.)

Alabanza del poder y la providencia del Señor.

1 ¡Alegraos, justos, en Yave! | Bien está a los rectos la alabanza.
2 Cantad a Yave con la cítara, | ensalzadle con el harpa de diez cuerdas y el salterio.
3 Cantadle un canto nuevo, | y tañed bien a una con júbilo la lira.
4 Porque es recta la palabra de Yave | y toda su obra es obra de verdad.
5 El ama la justicia y el derecho, | y de la misericordia de Yave está llena la tierra.
6 Por la palabra de Yave fueron hechos los cielos, | y todo su ejército por el aliento de su boca.
7 El reúne como en odre las aguas del mar, | y hace de los abismos como estanques.
8 Tema a Yave toda la tierra, | témanle todos los habitantes del universo;
9 Porque dijo él, y fué hecho; | mandó, y así fué.
10 Anula Yave el consejo de las gentes | y frustra las maquinaciones de los pueblos;
11 Pero el consejo de Yave permanece por la eternidad; | los designios de su corazón, por todas las generaciones.
12 ¡Venturoso el pueblo cuyo Dios es Yave, | el pueblo que él eligió por heredad! (1)
13 Mira Yave desde los cielos, | y ve a todos los hijos de los hombres.
14 Desde la morada en que se asienta, | ve a todos los habitantes de la tierra.
15 Es él quien ha hecho todos los corazones | y conoce a fondo todas sus obras.
16 No es la muchedumbre de los ejércitos la que salva al rey, | ni se salva el fuerte por su gran robustez.
17 Vano es para la salvación el caballo, | su gran vigor no librará al jinete.
18 Están los ojos de Yave sobre los que le temen, | sobre los que esperan en su misericordia,
19 Para salvar sus almas de la muerte, | para nutrirlas en tiempo de hambre.
20 Nuestra alma confía en Yave, | él es nuestro auxilio y nuestro escudo.
21 En él se regocija nuestro corazón, | en su santo nombre está nuestra confianza.
22 Sea, ¡oh Yave!, sobre nosotros tu misericordia, | como esperamos en ti.

(1) No dice bienaventurado quien logró expiar sus pecados a fuerza de sacrificios, sino quien obtuvo la misericordia del Señor y que echara en olvido sus pecados. San Pablo cita este pasaje en Rom. 4, 7.

(1) Por encima de todos los bienes de que se pueden gloriar las naciones,, está éste, que era propio de Israel, que era el pueblo de Dios, el pueblo que El había escogido por su heredad.

34. (Vulg. 33.)

Alabanzas de Dios, protector del justo

1 De David. Cuando se fingió loco
ante Abimelec, que le echó de sí,
pudiendo así escapar.
2 Alef. Yo bendeciré siempre a
Yave, | su alabanza estará siempre
en mi boca. (1)
3 Bet. En Yave se gloriará mi alma,
lo oirán los justos y se alegrarán.
4 Guímel. ¡Cantad conmigo la gran-
deza de Yave! | Ensalcemos siempre
su santo nombre!
5 Dálet. Yo he buscado a Yave, y
él me ha escuchado, | librándome de
todos mis terrores.
6 He. Volveos todos a él y seréis
alumbrados, | y no cubrirá el oprobio
vuestros rostros.
7 Zain (2). Mira el desvalido a
Yave, y él le oye | y le salva de todas
sus angustias.
8 Jet. Acampa el ángel de Yave | en
derredor de los que le temen, | y los
salva del peligro.
9 Tet. Gustad y ved cuán bueno
es Yave. | ¡Bienaventurado el hombre
que se acoge a él!
10 Yod. Temed a Yave vosotros, los
santos, | pues nada falta a los que le
temen.
11 Caf. Empobrecen los ricos, y en
la penuria pasan hambre; | pero a
los que buscan a Yave no les falta
bien alguno.
12 Lámed. Venid, hijos, escuchad-
me, y os enseñaré el temor de
Yave.
13 Mem. ¿Quién es el hombre que
ama la vida, | y desea ver días fe-
lices?
14 Nun. Pues preserva del mal tu
lengua, | y tus labios de las pala-
bras mentirosas.
15 Sámec. Aléjate del mal y haz el
bien, | busca y persigue la paz.
17 Pe. La faz de Yave contra los
que hacen el mal, para borrar de
la tierra su memoria.
16 Ayin. Los ojos de Yave están
sobre los justos, | y sus oídos están
atentos a sus clamores.
18 Sade. Claman, Yave los oye, | y
los libra de todas sus angustias.
19 Qof. Está Yave vecino a los que
tienen el corazón contrito, | y salva
a los afligidos de espíritu.
20 Res. Muchas pueden ser las aflic-
ciones del justo, | pero de todas le
libra Yave.
21 Sin. Toma a su cuidado todos sus
huesos, | y ni uno solo de ellos será
roto.
22 Tau. La desgracia matará al
impío, | y los que aborrecen al justo
serán destruídos.
23 Yave redime el alma de sus
siervos, | y cuantos en él confían no
serán destruídos.

(1) Los justos oirán las bendiciones que de Dios recibe el salmista y se alegrarán por ello, como, al contrario, se entristecerán de verle abatido y como desamparado del Señor.

(2) Falta en el texto el verso correspondiente al *Vau*.

35. (Vulg. 34.)

Plegaria del justo contra sus perseguidores.

1 De David.
Oponte, ¡oh Yave!, a cuantos a mí
se oponen (1), | combate a los que
a mí me combaten.
2 Echa mano al escudo y a la
adarga, | y álzate en ayuda mía.
3 Saca la lanza y cierra contra mis
enemigos, | di a mi alma: «Yo soy
tu salvación.»
4 Sean confundidos y avergonza-
dos los que ponen asechanzas a mi
vida; | sean puestos en fuga y cu-
biertos de ignominia | los que maqui-
nan mi ruina (2).
5 Sean como paja al viento, | persí-
galos el ángel de Yave,
6 Sea su camino tiniebla y resba-
ladero, | y el ángel de Yave los acose.
7 Porque sin causa me tendieron
la red en una trampa, | sin razón ca-
varon una fosa contra mí.
8 Cójalos inesperadamente la ruina, |
y enrédense en la red misma que ten-
dieron, | y caigan en ella quebran-
tados.
9 Entonces se alegrará mi alma en
Yave, | y se gozará en su salvación.
10 Todos mis huesos dirán: «¡Quién
semejante a ti, oh Yave, | que libras
al desvalido de quien es más fuerte
que él, | al pobre y al afligido, de
quien le despoja!
11 Alzáronse contra mí testigos fal-
sos, | para demandarme lo que no
sabía.

(1) Este salmo desarrolla el mismo pensamiento que el 6.

(2) Libre el justo de la opresión de los impíos, éstos quedarán confundidos, el justo alegre y la causa de Dios triunfante.

12 Volviéronme mal por bien, | para abatir mi alma.
13 Cuando ellos estuvieron enfermos yo me vestí de saco, | afligiendo con el ayuno mi alma, | y repetía en mi pecho las plegarias.
14 Me porté con ellos como con un pariente o un hermano; | como si llevase luto por mi madre, me enlutaba y me humillaba;
15 Pero ellos se alegran de mi mal y se confabulan; se confabulan contra mí | para herirme a traición y destrozarme sin descanso.
16 Se burlan de mí, de mí hacen mofa, | y rechinan sus dientes contra mí.
17 ¿Hasta cuándo, ¡oh Yavel, estarás viendo esto? | Arranca mi alma de su tormento, | mi túnica de las garras del león.
18 Te alabaré en medio de la asamblea, | te ensalzaré en medio de un pueblo numeroso.
19 ¡Ah! No triunfen contra mí | los que sin causa son enemigos míos. | No guiñen el ojo los que injustamente me aborrecen.
20 No hablen de paz y urdan tramas | contra los pacíficos de la tierra.
21 Abren sus bocas contra mí, diciendo: | «¡Ah, ah! Lo vieron por fin nuestros ojos!»
22 ¿No lo ves, oh Yave? ¡No calles! | ¡Dios mío, no te alejes de mí!
23 ¡Despierta, álzate en favor mío, | Señor mío, Dios mío, en mi defensa!
24 ¡Hazme justicia según tu justicia, Señor mío, Dios mío! | ¡Que no triunfen contra mí!
25 Que no puedan decir en su corazón: «Lo conseguimos.» | Que no digan: «Le hemos devorado.»
26 Sean confundidos y avergonzados, | cuantos se gozan en mi mal. | Sean cubiertos de vergüenza y confusión | los que orgullosamente se alzan contra mí.
27 Y alégrense y salten de júbilo los que están en favor de mi inocencia, | y digan siempre: ¡Ensalzado sea Yave, que dió la paz a su siervo!
28 Mi lengua todos los días | cantará tu justicia y tus alabanzas.

36. (Vulg. 35.)

Bondad de Dios y maldad del impío.

1 Al maestro del coro. De David, siervo de Yave.
2 Dícele al impío la impiedad: «Dentro, bien dentro de mi corazón.» | No hay ante sus ojos temor de Dios.
3 Lisonjéase de que a su parecer | no será hallada y castigada su culpa.
4 Las palabras de su boca son injusticia y fraude, | no se cuida de ser cuerdo y obrar el bien.
5 En su lecho maquina iniquidades | y emprende caminos no buenos; | no se aparta del mal.
6 Se levanta hasta los cielos, ¡oh Yavel, tu misericordia, | y hasta las nubes tu verdad.
7 Tu justicia es como los montes de Dios. | Tus juicios son un insondable abismo. | Tú, ¡oh Yavel, conservas a hombres y animales.
8 ¡Cuán magnífica es tu misericordia! | Ampárense los hombres a la sombra de tus alas.
9 Sácianse de la abundancia de tu casa, | y los abrevas en el torrente de tus delicias;
10 Porque en ti está la fuente de la vida, | y en tu luz vemos la luz.
11 Extiende tu misericordia a los que te conocen, | y tu justicia a los rectos de corazón.
12 No me pise el pie del soberbio, | no me eche fuera la mano del impío.
13 Sí, caerán los obradores de la iniquidad, | serán abatidos y no podrán más levantarse.

37. (Vulg. 36.)

La providencia divina, cuanto al justo y al impío.

1 De David.
Alef. No te impacientes por los malvados (1), | no envidies a los que hacen el mal;
2 Porque presto serán segados como heno, | y como la hierba tierna se secarán.
3 Bet. Tú confía en Yave y obra el bien, | y habitarás en la tierra y serás apacentado en la verdad.

(1) El problema de la existencia del mal en el mundo y las razones del gobierno divino, bajo el cual se ve con frecuencia padecer a los buenos y prosperar a los malos, inquietaba grandemente a los autores del A. T., a quienes aun no había sido revelado el misterio de la cruz y de la Resurrección de Cristo. Así, por ejemplo, el verso 18 expresa abiertamente la aprobación divina a la conducta de los justos y lo eterno de su recompensa.

4 Haz de Yave tus delicias, | y él
te dará lo que tu corazón desea.
5 Guímel. Encomienda a Yave tus
caminos, | en él espera, y él obrará;
6 El hará resplandecer como la luz
tu justicia, | y tu derecho como la
luz del mediodía.
7 Dálet. Aquiétate en Yave y es-
pera en él; | no te impacientes por la
prosperidad de otros, | de los que
obran la maldad.
8 He. Depón el enojo y deja la
cólera, | no te excites, no te dejes
llevar al pecado.
9 Porque los malvados serán exter-
minados, | pero los que esperan en
Yave poseerán la tierra.
10 Vau. Sí, un poco todavía, y el
impío ya no será; | le buscarás en
su lugar y ya no le hallarás.
11 Los mansos poseerán la tierra, |
y gozarán de gran paz.
12 Zain. Maquina el impío contra
el justo | y rechina sus dientes
contra él.
13 Pero Yave se ríe de él, | porque
ve que su día se acerca.
14 Jet. Desenvainaron los malva-
dos su espada, tendieron el arco, |
para destruir al pobre y al menes-
teroso, | para asesinar a los que van
por el camino recto.
15 Su espada se hundirá en su
propio corazón, | y se quebranta-
rán sus arcos.
16 Tet. Mejor le es al justo lo poco |
que la opulencia de muchos impíos;
17 Porque los brazos del impío
serán rotos, | mientras que Yave
sostiene al justo.
18 Yod. Conoce Yave los días del
justo | y su posesión será eterna.
19 No serán confundidos, al tiempo
malo, | y serán saciados en el día
del hambre.
20 Caf. Cierto, los impíos pere-
cerán, | y los enemigos de Dios,
como la lozanía de los prados; | pe-
recerán, se desvanecerán como el
humo.
21 Lámed. Pide prestado el impío
y no puede pagar, | el justo se com-
padece y da.
22 Sí, los benditos de Dios here-
darán la tierra, | los malditos de él
serán exterminados.
23 Mem. Yave ordena los pasos del
hombre, | guía y sostiene al que va
por buen camino.
24 Si cayere, no yacerá postrado, |
porque Yave le tiende su mano.
25 Nun. Fuí mozo y ya soy viejo, | y
jamás vi abandonado al justo | ni a
su prole mendigar el pan.
26 Siempre se compadece y presta, |
y es bendecida su descendencia.
27 Sámec. Apártate del mal y haz
el bien, | y vivirás para siempre;
28 Porque ama Yave la rectitud | y
no desampara a sus santos. | Los im-
píos serán borrados para siempre, |
y la prole del impío será exterminada.
29 Los justos poseerán la tierra, y será
eterna en ella su morada.
30 Ayin. La bocad el justo habla
sabiduría, | y su lengua profiere
palabras de rectitud.
31 Pe. Lleva en el corazón la ley de
su Dios, | y no vacilan sus pasos.
32 Sade. El malvado espía al jus-
to, | y busca modo de arrebatarle
la vida,
33 Pero Yave no se lo entrega
en sus manos, | y no permite que
sea condenado en el juicio.
34 Qof. Confía en Yave y sigue
su camino, | y él te ensalzará para
que poseas la tierra, | y gozarás a
la vista del exterminio de los impíos.
35 Res. He visto al impío alta-
mente ensalzado, | y extenderse como
árbol vigoroso.
36 Pero pasé de nuevo, y ya no
era, | le busqué y no le hallé.
37 Sin. Considera al recto y mira
al justo, | y verás que al fin es feliz.
38 Los impíos, por lo contrario,
serán exterminados; | la posteridad
de los malvados será tronchada.
39 Tau. De Yave viene la salva-
ción de los justos, | es su refugio al
tiempo de la adversidad,
40 Yave los socorre y los libra
del impío, | porque se acogieron a él.

38. (Vulg. 37.)

Oración de un pecador arrepentido.

1 Salmo de David. Para memoria.
2 No me castigues, Yave, en tu
furor, | no me corrijas en tu ira.
3 Que tus saetas han penetrado
en mí, | y pesa gravemente sobre mí
tu mano.
4 Nada hay sano en mi carne a
causa de tu ira; | no hallan paz mis
huesos, a causa de mi pecado (1).

(1) El salmista padece una enfermedad, que todos miran como castigo de sus pecados. De aquí que venga a ser el blanco del desprecio y de la persecución, contra la cual clama a Yave para que salga por su causa, que es la de Dios.

5 Pasan por encima de mi cabeza
mis iniquidades, | pesan sobre mí
como pesada carga.
6 Hedionda podre supuran mis
llagas, | a causa de mi locura.
7 Voy encorvado y en gran manera
humillado, | todo el día en luto;
8 Porque están mis huesos abra-
sados, | y no hay en mi carne parte
sana.
9 Estoy desfallecido y sobremanera
acabado, | y la conmoción de mi
corazón me hace rugir, con rugido
de leona.
10 Mis deseos, ¡oh Yavé!, ante ti
están, | y no se te ocultan mis gemidos.
11 Está lleno de congoja mi cora-
zón, me faltan las fuerzas, | y aun
la misma luz de mis ojos me aban-
dona.
12 Mis amigos y mis compañeros
se alejan por mis llagas, | y mis
vecinos se quedan lejos y me insultan.
13 Tiéndenme lazos los que buscan
mi vida, | y me amenazan los que
desean mi ruina. | Todo el día están
maquinando engaños.
14 Yo hago que no oigo, como
sordo, | y como mudo no abro la
boca.
15 Soy como hombre que no siente, |
y en cuya boca no hay respuesta,
16 Porque es en ti, ¡oh Yavé!, en
quien confío, | y serás tú quien
por mí respondas, ¡Yavé, Dios mío!
17 Pero digo: «Que no puedan
gozarse en mi mal | los que aplau-
dían cuando resbalaba mi pie.»
18 Mira que estoy para caer, | tengo
siempre a mis ojos mi maldad.
19 Confieso mi culpa, y que peno
por mi pecado. | Pero viven y son
fuertes mis enemigos,
20 Y se multiplican los que injus-
tamente me odian; | y los que me
vuelven mal por bien
21 Me hostigan, por seguir y hacer
el bien.
22 No me abandones, ¡oh Yavé!, |
no te estés alejado de mí, ¡Dios mío!
23 ¡Corre en mi auxilio! | ¡Señor
mío, mi salud!

39. (Vulg. 38.)

Deprecación del justo atribulado.

1 Al maestro del coro. A Idutun.
Salmo de David.
2 Yo me dije: Atenderé a mis
caminos, | para no pecar con mi
lengua; | pondré un freno a mi boca, |
mientras tenga al impío frente a mí.
3 Quedé silencioso, mudo, callé
aún el bien; | pero mi dolor se exa-
cerbaba (1),
4 Me ardía el corazón dentro del
pecho, | se encendía el fuego en mi
meditación, | y prorrumpí con mi
lengua:
5 «Dame a conocer, ¡oh Yavé!,
mi fin, | y cuál sea la medida de mis
días; | que sepa cuán caduco soy.
6 Has reducido a un palmo mis
días, | y mi existencia delante de ti
es la nada; | no dura más que un
soplo todo hombre. (Sela.)
7 Muévese el hombre cual un fan-
tasma, | por un soplo solamente se
agita. | Amontona sin saber para
quién.
8 ¿Qué podría yo entonces esperar,
oh Yavé? | Pero está en ti mi es-
peranza.
9 Líbrame de todas mis iniqui-
dades, | no me hagas el escarnio
del malvado.
10 Enmudezco, no abro mi boca, |
porque sé que tú lo haces.
11 Desvía de mí tu azote, | que
el rigor de tu mano me consume.
12 Tú vengas con castigos la ini-
quidad del hombre | y destruyes
su soberbia como la polilla. (Sela.)
13 Oye, ¡oh Yavé!, mi plegaria; | da
oídos a mis clamores, | no seas insen-
sible a mis lágrimas. | Porque yo
no soy más que un peregrino para ti, |
un advenedizo, cómo todos mis padres.
14 Déjame que me reconforte un
poco, | antes que me vaya y ya no
sea.

40. (Vulg. 39.)

Acción de gracias por el auxilio recibido y petición de nuevo auxilio.

1 Al maestro del coro. Salmo de
David.
2 Confiadamente esperé a Yavé, | y
él se inclinó y escuchó mi clamor,
3 Y me sacó de una hoya de
ruina, | del fango cenagoso, | y afirmó
mis pies sobre piedra | e hizo se-
guros mis pasos.
4 Puso en mi boca un cántico

(1) Como Job sentado en la ceniza, así el salmista, oprimido por la tribulación que Dios le envía y que le convierte en escarnio de sus enemigos, que son los de Dios, enmudece, hasta que por fin prorrumpe en quejas al Señor.

nuevo, | una alabanza a nuestro Dios. | Muchos verán esto y temerán, | y esperarán en Yave.

5 Bienaventurado el hombre cuya esperanza es el nombre de Yave, | y no se vuelve a los soberbios ni a los mentirosos. | Tú, ¡oh Yave, Dios mío!,

6 Has multiplicado tus maravillas | y tus trazas en favor nuestro. | Yo quisiera contarlas, hablar de ellas, | pero sobrepasan todo número.

7 No deseas tú el sacrificio y la ofrenda (1), | pero me has dado oído abierto. | No buscas el holocausto y el sacrificio expiatorio.

8 Y me dije: «Heme aquí.» | En el rollo de la ley se escribió para mí | que haga yo tu voluntad.

9 ¡Oh Yave! Yo quiero cumplir tu voluntad, | y dentro de mi corazón está tu ley.

10 He proclamado tu justicia a numerosa asamblea; | no cerré mis labios; tú, ¡oh Yave!, lo sabes.

11 No he tenido encerrada en mi corazón tu justicia. | He anunciado tu verdad y tu redención. | No celé tu misericordia y tu fidelidad | a la numerosa asamblea.

12 No apartes de mí, ¡oh Yave!, tu misericordia. | Tu piedad y tu justicia | me guardarán eternamente;

13 Porque me rodean males sin número, | se me echan encima mis iniquidades, | y no puedo levantar la vista. | Superan en número a los cabellos de mi cabeza, | y por eso desfallece mi corazón.

14 Agrádete librarme, ¡oh Yave! | Corre, ¡oh Yave!, en mi ayuda.

15 Sean confundidos y avergonzados | los que buscan arrebatarme la vida. | Sean puestos en fuga y cubiertos de ignominia | aquellos que se alegran de mi mal.

16 Consumidos sean por su afrenta | los que me gritan: ¡Ah, ah! | Salten de gozo y alégrense en ti

17 Todos aquellos que te buscan; | los que aman la salud que de ti procede | exclamen siempre: «¡Ensalzado sea Yave!»

18 Cuanto a mí, pobre y menesteroso, | Yave cuidará de mí. | Tú eres mi socorro y mi libertador. | ¡Dios mío, no tardes!

(1) Contiene este salmo un pensamiento interesantísimo, que es el tema del primer sermón de Isaías (1, 2) contra la falsa piedad de Judá. El sacrificio que Dios desea no es el de los becerros, sino el de la voluntad, con la perfecta obediencia a su ley. Esto se realizó plenísimamente en Cristo, que hasta el fin cumplió la voluntad del Padre, y en este aspecto el salmo es mesiánico.

41. (Vulg. 40.)

Oración de un enfermo grave.

1 Al maestro del coro. Salmo de David (1).

2 Bienaventurado el que piensa en el pobre: | en el día malo, Yave le librará,

3 Le protegerá Yave y le dará vida. | Será bienaventurado sobre la tierra, | pues no le entregará al odio de sus enemigos.

4 Le sostendrá Yave en el lecho de la enfermedad. | En la enfermedad tú le aliviarás.

5 Yo digo: ¡Oh Yave, ten piedad de mí! | Sana mi alma, que pequé contra ti.

6 Mis enemigos lanzan imprecaciones contra mí, diciendo: | «¿Cuándo se morirá éste, y será borrado su nombre?»

7 Si vienen a verme hablan mentirosamente, | acumulan en su corazón malos deseos, | y cuando salen fuera, hablan.

8 Reunidos, murmuran contra mí los que me odian, | y descuentan mi ruina:

9 «Un mal terrible se ha apoderado de él, | se acostó para no levantarse ya más.»

10 Aun el que tenía paz conmigo, | aquel a quien yo me confiaba y comía mi pan, | alzó contra mí su calcañal.

11 Pero tú, ¡oh Yave!, ten piedad de mí | haz que me levante, | y entonces les daré su merecido.

12 En esto conoceré que me amas, | en que no triunfe mi enemigo contra mí.

13 Tú manténme incólume, | y consérvame por siempre en tu presencia.

14 ¡Bendito Yave, Dios de Israel, por los siglos de los siglos! | Amén, amén.

(1) Este salmo es parecido al 38. También la ocasión de él es una enfermedad del salmista. El versículo 14 es la doxología con que termina el libro primero del Salterio.

LIBRO SEGUNDO

42. 43. (Vulg. 41, 42.) (1)

Ardientes deseos del desterrado de ver nuevamente el santuario.

1 Al maestro del coro. Masquil de los hijos de Coré.
2 Como anhela el ciervo las corrientes aguas, | así te anhela a ti mi alma, ¡oh Dios!
3 Mi alma está sedienta de Dios, del Dios vivo. | ¿Cuándo vendré y pareceré delante de Dios?
4 Mis lágrimas son día y noche mi pan, | mientras continuamente me dicen: | «¿Dónde está tu Dios?»
5 ¡Ay! Cómo estalla en mi corazón el recuerdo | de cuando en medio de la muchedumbre, | iba en procesión a la casa de Dios, | entre voces de júbilo y alabanza | del pueblo en fiesta!
6 *¿Por qué te abates, alma mía,* | *¿Por qué te turbas dentro de mí?* | *Espera en Dios, que aún le alabaré.* | *¡Él es la alegría de mi rostro, él es mi Dios!*
7 Abatida está mi alma, Dios mío. | Siempre estoy acordándome de ti, desde la tierra del Jordán, | de las cumbres del Hermón y del monte Moser.
8 Un remolino llama al otro remolino. | Con el rumor de tus cascadas, | todas tus ondas y tus olas pasan sobre mí.
9 De día dispensa Dios su gracia, | de noche me acompaña su cántico, | una oración al Dios de mi vida.
10 Digo a Dios: «¡Oh roca mía! ¿Por qué te has olvidado de mí? | ¿Por qué he de andar en luto bajo la opresión del enemigo?
11 Mientras quebrantan mis huesos | mis opresores, y se burlan de mí | diciéndome continuamente: «¿Dónde está tu Dios?»
12 *¿Por qué te abates, alma mía,* | *¿Por qué te turbas dentro de mí?* | *Espera en Dios, que aún le alabaré.* | *¡Él es la alegría de mi rostro, él es mi Dios!*

(1) Aunque distintos en el texto, son un salmo único. Basta, para convencerse de ello, atender a la estrofa intercalar, que en uno y otro es la misma. El salmo es una bellísima explosión de los suspiros y anhelos del salmista por el templo, en que siente la presencia de su Dios y en El se goza.

1 Júzgame, ¡oh Yavel, y apoya mi causa, | líbrame de esta gente malvada, | de estos inicuos traidores.
2 Pues que eres tú mi refugio, ¿por qué me rechazas? | ¿Por qué he de andar en luto bajo la opresión del enemigo?
3 Manda tu luz y tu verdad. Ellas me guiarán | y me acompañarán a tu monte santo, | a tus tabernáculos.
4 ¡Oh, si pudiera acercarme al altar de Dios, | al Dios de mi alegría y de mi gozo, | y cantarle a la cítara! ¡Oh Dios, Dios mío!
5 *¿Por qué te abates, alma mía,* | *¿Por qué te turbas dentro de mí?* | *Espera en Dios, que aún le alabaré.* | *¡Él es la alegría de mi rostro, él es mi Dios!*

44. (Vulg. 43.)

Lamentación por el estado de opresión en que se halla el pueblo.

1 Al maestro del coro. Masquil, de los hijos de Coré.
2 Con nuestros oídos, ¡oh Dios!, hemos oído, | nos contaron nuestros padres | la obra que tú hiciste en sus días, | en los tiempos antiguos (1).
3 Tú, con tu mano, echaste a las gentes y los plantaste a ellos. | Afligiste a pueblos y los arrojaste, y a ellos los hiciste germinar.
4 No se apoderaron de la tierra por su espada, | ni les dió su brazo la victoria. | Fué tu diestra, tu brazo, la luz de tu rostro, | porque te complaciste en ellos.
5 Tú, ¡oh Dios!, eres mi rey, | tú das victorias a Jacob;
6 Contigo batiremos a nuestros enemigos, | en tu nombre pisotearemos a nuestros adversarios.
7 Pues no confío en mi arco, | no me dará mi espada la victoria.
8 Eres tú quien nos darás la victoria sobre nuestros enemigos, | el que confundirás a cuantos nos odian.
9 Y nosotros nos gloriaremos siempre en Yave | y eternamente cantaremos su nombre. (Sela.)
10 Pero ahora nos has abandonado, | nos has hecho caer en la ignominia.

(1) El salmista pone de relieve el contraste entre las maravillas oídas a los padres y las realidades presentes, tal vez los estragos causados por la invasión asiria en la época de Ezequías (II Reg. 18, 13 ss.).

11 No sales ya en nuestros ejércitos, | nos has hecho huir ante el enemigo,
12 Y los que nos aborrecían se enriquecieron con la presa. | Nos has hecho como ovejas destinadas al matadero,
13 Y nos has dispersado entre las gentes. | Has vendido de balde a tu pueblo,
14 No subiste mucho su precio. | Nos has hecho el oprobio de nuestros vecinos,
15 El ludibrio y la mofa de cuantos nos rodean. | Nos has hecho la fábula de las gentes,
16 Todas al vernos yerguen su cabeza. | Mi ignominia está delante de mí todo el día;
17 Cubre mi rostro la vergüenza, | ante los insultos y los ultrajes | del enemigo, del vengativo.
18 Todo esto ha venido sobre nosotros, y no te hemos olvidado | ni hemos roto tu pacto.
19 No se ha rebelado nuestro corazón, | no se salieron de tus caminos nuestros pasos,
20 Para que tú nos aplastes en la guarida de los chacales | y nos cubras de sombras de muerte.
21 Si hubiéramos olvidado el nombre de nuestro Dios, | si hubiéramos tendido nuestras manos a los dioses extraños,
22 ¿No había de saberlo Dios, | que conoce los secretos del corazón?
23 Antes por tu causa nos entregan a la muerte cada día, | y somos tenidos por ovejas para el matadero.
24 ¡Despierta! ¿Cómo es que estás dormido, Yave? | ¡Despierta, no nos dejes del todo!
25 ¿Por qué escondes tu rostro, | olvidado de nuestra aflicción, de nuestra opresión?
26 Está nuestra alma postrada en el polvo, | está nuestro cuerpo pegado a la tierra.
27 ¡Levántate y ayúdanos! | ¡Rescátanos por el honor de tu nombre!

45. (Vulg. 44.)

Canto nupcial.

1 Al maestro del coro. A los lirios. Masquil de los hijos de Coré. Canto de amor (1).

2 Bullendo está en mi corazón un bello canto, | que al rey voy a cantar. | Sea mi lengua como el cálamo de veloz escriba.
3 Eres el más hermoso de los hijos de los hombres. | En tus labios se ha derramado la gracia, | y te ha bendecido Dios con eterna bendición.
4 Cíñete la espada sobre tu robusto muslo, ¡oh héroe!, | tus galas y preseas,
5 Y marcha, cabalga sobre la verdad y la justicia. | Enséñete tu diestra maravillosas hazañas.
6 Agudas son tus saetas, ante ti caen los pueblos, | van derechas al corazón de los enemigos del rey.
7 Tu trono, ¡oh Dios!, es por los siglos eterno, | y cetro de equidad es el cetro de tu reino.
8 Amas la justicia y aborreces la iniquidad; | por eso Dios, tu Dios, te ha ungido | con el óleo de la alegría, más que a tus compañeros.
9 Mirra, áloe, casia, exhalan tus vestidos, | y el sonido de los instrumentos de cuerda te alegra en tus marfileñas estancias.
10 Hijas de reyes figuran en tu corte, | y a tu diestra está la reina, oro de Ofir.
11 Oye, hija, mira, dame tu oído. | Olvídate de tu pueblo y de la casa de tu padre,
12 Y deja que se prende el rey de tu hermosura. | Pues que él es tu señor, sírvele a él.
13 La hija de Tiro con dones, | los ricos del pueblo, buscarán tu favor.
14 Enteramente gloriosa es dentro la hija del rey; | su vestido es tejido de oro de diversos colores.
15 Por sobre recamados tapices es llevada al rey; | detrás de ella las vírgenes, sus amigas, son introducidas a ti.
16 Acompañadas de músicas y júbilo, | entran en el real palacio.
17 A tus padres sucederán tus hijos, | los constituirás príncipes por toda la tierra.
18 Yo quisiera hacer tu nombre celebrado por generaciones y generaciones. | ¡Alábente, pues, los pueblos por los siglos eternos!

(1) El mesianismo de este salmo consta ciertamente, por la interpretación que de él hace San Pablo (Heb., 1, 8). De la persona del rey, cuyo epitalamio canta, el autor inspirado se eleva a la contemplación del Rey Mesías, cuya gloria ve reflejarse en aquél. Tiene cierta semejanza con el Cantar de los Cantares en que es un canto de bodas.

46. (Vulg. 45.)

Dios, protector de su pueblo.

1 Al maestro del coro. De los hijos de Coré. Para voces altas. Cántico.
2 Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, | nuestro pronto auxilio en las tribulaciones.
3 Por eso no hemos de temer aunque tiemble la tierra, | aunque caigan los montes al seno del mar,
4 Y bramen y espumen sus olas, | y tiemblen sacudidos los montes. | *Yave Sebaot está con nosotros* (1), | *el Dios de Jacob es nuestra roca.* (Sela.)
5 Un río con sus brazos alegra la ciudad de Dios, | el santuario de la tienda del Altísimo.
6 En medio de ella está Yave; no será conmovida, | Dios la socorrerá desde el clarear de la mañana.
7 Túrbanse las naciones, vacilan los reinos, | da él su voz, se derrite la tierra.
8 *Yave Sebaot está con nosotros,* | *el Dios de Jacob es nuestra roca.* (Sela.)
9 Venid y ved las obras de Yave, | los prodigios que ha dejado él sobre la tierra.
10 El es quien hace cesar la guerra | hasta los confines de la tierra. | El rompe el arco, troncha la lanza, | y hace arder los escudos en el fuego.
11 «Aquietaos y reconoced que yo soy Dios, | poderoso entre las gentes, poderoso sobre la tierra.»
12 *Yave Sebaot está con nosotros,* | *el Dios de Jacob es nuestra roca.* (Sela.)

47. (Vulg. 46.)

Venida de las gentes al reino de Dios.

1 Al maestro del coro. De los hijos de Coré. Salmo.
2 ¡Oh pueblos todos, batid palmas! | Aclamad a Dios con voces jubilosas,
3 Porque es Yave, el Altísimo, terrible, | el gran rey de toda la tierra (1).
4 El nos sujetará los pueblos, | él pondrá las gentes bajo nuestros pies.
5 El ha elegido para sí nuestra heredad, | la hermosura de Jacob, su amado. (Sela.)
6 Sube Dios entre voces de júbilo, | Yave entre el resonar de las trompetas.
7 ¡Cantad a Yave, cantadle! | ¡Cantad a nuestro rey, cantadle!
8 Porque es Yave el rey de toda la tierra, | cantadle con maestría.
9 Es Dios el rey de las naciones, | que se asienta sobre su santo trono.
10 Los príncipes de los pueblos se reunirán bajo el Dios de Abraham; | pues de Dios son los grandes de la tierra, | de Dios, que a todo sobrepuja.

(1) Falta después de la primera estrofa el versículo intercalar, que se repite luego en los versículos 8 y 12, es decir, al fin de la segunda y la tercera estrofas. Por eso lo suplimos al fin de la primera. Se canta en él el triunfo del pueblo de Israel, debido a la asistencia de Yave, a quien, por consiguiente, lo atribuye el salmista. De aquí se eleva el salmista a la proclamación de Yave Rey universal, reconocido y acatado por todos los pueblos. Tiene, pues, un sentido ciertamente mesiánico: el reinado universal de Yave, realizado en el Mesías, Cristo Jesús.

48. (Vulg. 47.)

Canto a la liberación de Jerusalén.

1 Cántico (2). Salmo de los hijos de Coré.
2 Grande es Yave y muy glorioso, | en la ciudad de Yave, en su monte santo.
3 El monte de Sión, delicia de toda la tierra, | se yergue bello al lado del aquilón | de la ciudad del gran rey.
4 Dios en sus palacios | es conocido refugio.
5 Habíanse aliado los reyes, | habíanse unido;
6 Pero en cuanto la vieron, quedáronse espantados | y aterrados se dieron a la fuga.
7 Apoderóse de ellos el terror, | una angustia como de mujer en parto,
8 Como al viento solano, | que hace pedazos las naves de Tarsis.
9 Lo hemos oído, | lo hemos visto | en la ciudad de Yave Sebaot, | en la ciudad de nuestro Dios. | Dios la hará subsistir siempre. (Sela.)
10 Acordámonos, Dios, de tus favores, | aquí en tu templo.

(1) Esta invitación a todos los pueblos para que alaben a Yave, Rey de toda la tierra, es una manifestación del mesianismo. Véase en Rom. 15, 10 s.

(2) Es un canto de triunfo. Parece responder a la derrota de Senaquerib, debida únicamente al poder de Dios, sin la intervención de las armas de Judá, según se narra en II Reg. 19, 35 ss.

11 ¡Oh Dios! Cual es tu nombre, | así es tu gloria en los confines de la tierra. | Tu diestra está llena de bondad.
12 Alégrese el monte de Sión, | salten de júbilo las ciudades de Judá, | por tus juicios, ¡oh Yave!
13 Rocorred Sión, dad vuelta a ella; | contad sus torres,
14 Poned atención a sus murallas, | enumerad sus palacios, | para poder contárselo a las generaciones venideras.
15 Porque éste es Dios y será siempre nuestro Dios. | El nos regirá siempre.

49. (Vulg. 48.)

Todo hombre es mortal, pero el justo tiene firme esperanza de inmortalidad.

1 Al maestro del coro. Salmo de los hijos de Coré (1).
2 ¡Oíd, oíd, oh pueblos todos! | Escuchad todos vosotros, habitadores del mundo,
3 ¡Plebeyos y nobles, | ricos y pobres!
4 Mi boca proferirá sabias palabras, | y palabras de sensatez serán las de mi corazón.
5 Tenderé mis oídos al proverbio, | y al arpa expondré mi sentencia.
6 «¿Por qué temer yo el día de la desventura, | cuando la perfidia me pise los talones,
7 La perfidia de los que confían en su hacienda | y se glorian de la abundancia de sus riquezas?»
8 Nadie puede rescatar al hombre de la muerte, | nadie puede dar a Dios su precio;
9 Pues muy elevado es el precio del rescate de la vida, | y no se llegará jamás a él,
10 Para que pueda uno vivir por siempre, | sin ver el sepulcro.
11 ¡Sí, le verán! Mueren los sabios, | desaparecen el necio y el estulto, | dejan a otros sus haciendas.
12 Pensaban que duraría su casa por la eternidad, | que subsistiría perpetuamente su morada, | y ponían sus nombres a sus tierras.
13 Pero el hombre, aun puesto en suma dignidad, no dura, | es semejante a los animales, perecedero.
14 Tal es su camino, su locura; | y con todo, los que vienen detrás | siguen sus mismas máximas. (Sela.)
15 Como rebaños son echados en el sepulcro, | devóralos la muerte. | A la mañana, dominan sobre los justos, | mientras el abismo abre sus fauces, | y consumirá su lozanía.
16 Pero Dios rescatará mi alma del poder del abismo, | porque me elevará a sí. (Sela.)
17 No te impacientes, pues, si ves a uno enriquecerse, | y si acrecienta la gloria de su casa;
18 Porque a su muerte nada se llevará consigo | ni le seguirá su gloria.
19 Aunque en su vida se congratulase | y se alabase de pasarlo bien,
20 Tendrá que irse a la morada de sus padres, | para no ver ya jamás la luz.
21 Pues el hombre aun puesto en dignidad, no dura, | es semejante a los animales, perecedero.

(1) En este salmo, cuyo tema es la sentencia de muerte que pesa sobre todos los hombres, es muy de notar la seguridad que en el v. 16 expresa el salmista, de ser por Dios librado de la muerte.

50. (Vulg. 49.)

El culto aceptable a Dios.

1 Salmo de Asaf.
El Dios soberano, Yave, habla, | convoca a la tierra de levante a poniente.
2 Muéstrase en Sión, perfección de la hermosura.
3 Viene nuestro Dios y no en silencio. | Le precede ardiente fuego, | le rodea furiosa tempestad.
4 Llama arriba a los cielos y abajo a la tierra, | para hacer justicia a su pueblo.
5 «Reunid a mis santos, | los que sellaron mi alianza con el sacrificio.»
6 Y los cielos promulgan su juicio, | porque es Dios el juez. (Sela.)
7 «¡Oye, pueblo mío, que te hablo yo, | que te amonesto yo, oh Israel! | Yo soy Dios, tu Dios.
8 No te reprendo por tus sacrificios (1) | ni por tus holocaustos, que están siempre ante mí.
9 No quiero yo tomar becerros de tu casa, | ni de tus apriscos machos cabríos;

(1) Este salmo desarrolla un tema semejante al del 40. No son los sacrificios de los toros los que a Dios agradan, sino el sacrificio de alabanza y el cumplimiento de la divina ley.

10 Porque mías son todas las bestias
de los bosques, | y los millones de
animales de los montes,
11 Y en mi mano están todas las
aves de los montes | y todos los
animales del campo.
12 Si tuviera hambre, no te lo
diría a ti, | porque mío es el mundo
y cuanto lo llena.
13 ¿Como yo acaso la carne de tus
toros, | bebo yo acaso la sangre de
tus carneros?
14 Ofrece a Dios sacrificios de ala-
banza | y cumple tus votos al Altísimo,
15 E invócame en el día de la an-
gustia; | yo te libraré y tú cantarás
mi gloria. (Sela.)
16 Pero al impío, dícele Dios: |
¡Cómo! ¿Te atreves tú a hablar de
mis mandamientos, | a tomar en tu
boca mi alianza,
17 Teniendo luego en aborrecimien-
to mis enseñanzas | y echándote a
las espaldas mis palabras?
18 Si ves a un ladrón, corres a
unirte a él | y tienes tu parte con el
adúltero.
19 Pones el mal en tu boca | y
urde tu lengua el engaño.
20 Sentado difamas a tu prójimo | y
esparces la calumnia contra el hijo
de tu madre.
21 Esto lo he visto yo, y porque
callaba, | creíste que de cierto era
yo como tú. | Yo quisiera corregirte,
poniendo esto ante tus ojos.
22 Entended, pues, los que os ol-
vidáis de Dios, | no sea que os des-
troce, sin que haya quien os libre.
23 El que me ofrece sacrificios de
alabanza, ése me honra: | el que or-
dena sus caminos, | a ése le mos-
traré yo la salud de Dios.

51. (Vulg. 50.)

Confesión de los pecados y súplica de perdón.

1 y 2 Al maestro del coro. Salmo
de David (1), cuando fué a él el
profeta Natán, después de lo de Betsabé.
3 ¡Apiádate de mí, oh Dios, según tus
piedades! | Según la muchedumbre de
tu misericordia, | borra mi iniquidad.
4 Lávame de mi iniquidad | y lím-
piame de mi pecado,
5 Pues reconozco mis culpas, | y
mi pecado está siempre ante mí.
6 Contra ti, sólo contra ti he pe-
cado, | he hecho lo malo a tus ojos, |
para que sea reconocida la justicia
de tus palabras | y seas vencedor en
el juicio.
7 Ya en maldad fuí formado | y en
pecado me concibió mi madre.
8 ¡Oh tú, que amas la sinceridad
del corazón, | descúbreme los secretos
de tu sabiduría!
9 Aspérgeme con hisopo y seré
puro, | lávame y emblanqueceré más
que la nieve.
10 Dame a sentir el gozo y la ale-
gría, | y saltarán de gozo los huesos
que humillaste.
11 Aparta tu faz de mis pecados | y
borra todas mis iniquidades.
12 Crea en mí, ¡oh Dios!, un cora-
zón puro, | renueva dentro de mí un
espíritu recto.
13 No me arrojes de tu presencia, |
y no quites de mí tu santo espíritu.
14 Devuélveme el gozo de tu sal-
vación | y sosténgame un espíritu
generoso.
15 Yo enseñaré a los malos tus ca-
minos | y los pecadores se conver-
tirán a ti.
16 Líbrame de la sangre, ¡oh Dios,
Dios de mi salvación!, | y cantará mi
lengua tu justicia.
17 Abre tú, Señor, mis labios, | y
cantará mi boca tus alabanzas.
18 Porque no es sacrificio lo que
tú quieres, | si no, te lo ofrecería. | No
quieres tampoco holocaustos.
19 El sacrificio grato a Dios es un
corazón contrito. | Tú, ¡oh Dios!, no
desdeñas un corazón contrito y hu-
millado.
20 Sé benévolo en tu buena volun-
tad hacia Sión. | Edifica los muros
de Jerusalén.
21 Entonces te agradarás de los
sacrificios de justicia, | de las obla-
ciones y holocaustos. | Entonces
pondrán becerros en tu altar.

52. (Vulg. 51.)

Oración contra un enemigo jactancioso.

1 y 2 Al maestro del coro, Masquil
de David (1), cuando Doeg, idu-

(1) Verdadero acto de penitencia, que brotó del corazón y de los labios de David, cuando Natán le reprendió por su pecado. Los versículos 20 y siguiente son una adición, hecha después de la cautividad, para adaptar el salmo al estado del pueblo y a sus necesidades de entonces.

(1) En este salmo son de notar los versículos 10 y siguiente, en que el salmista expresa la

meo, fué a informar a Saúl, diciéndole: David ha venido a casa de Abimelec.
3 ¿Por qué te glorias en tu maldad, oh poderoso? | La misericordia de Dios dura siempre.
4 Tu lengua medita la maldad; | es como afilada navaja, artífice de engaños.
5 Amas el mal y no el bien, | la mentira, y no la verdad. (Sela.)
6 No tienes más que palabras perniciosas, | lengua engañosa.
7 Por eso el Dios fuerte te destruirá del todo, | te abatirá y te arrancará de tu morada, | te desarraigará de la tierra de los vivos. (Sela.)
8 Verán esto los justos, y temerán | y se reirán de él:
9 «He ahí el que no temía a Dios | por su fortaleza, | y confiaba en sus muchas riquezas | y se hacía fuerte en su maldad.»
10 Mas yo estaré en la casa de Dios | como fructífero olivo, | siempre confiado en la misericordia de Dios.
11 Siempre te alabaré por lo que has hecho, | y esperaré en tu nombre, | porque eres benigno con tus santos.

53. (Vulg. 52.)

Castigo de los enemigos de Israel.

1 Al maestro del coro. A las flautas. Masquil de David.
2 Dice el necio en su corazón: «No hay Dios.» | Están corrompidos, cometen abominables maldades, | no hay quien haga el bien (1).
3 Mira Dios desde los cielos a los hijos de los hombres, | para ver si hay algún cuerdo que busque a Dios.
4 Todos se han descarriado, todos se han corrompido; | no hay quien haga el bien, | no hay ni uno solo.
5 ¡Ah! Ya lo verán | los que obran la iniquidad, | y devoran a mi pueblo como se come el pan, | y no invocan a Dios.
6 Ved: Tiemblan de miedo | donde no hay qué temer. | Pero Dios esparcirá los huesos del que te asedia, | y tú los cubrirás de ignominia, porque Dios los rechazó.
7 ¿Quién traerá de Sión la salud para Israel? | Cuando librará Dios de la esclavitud a su pueblo, | saltará de gozo Jacob y se regocijará Israel.

54. (Vulg. 53.)

Oración contra los enemigos.

1 y 2 Al maestro del coro. A las cuerdas. Masquil de David, cuando vinieron los de Zif a decir a Saúl: Mira que David está escondido entre nosotros.
3 Sálvame, ¡oh Dios!, por el honor de tu nombre, | defiéndeme con tu poder (1).
4 Oye, ¡oh Dios!, mi oración, | da oídos a las palabras de mi boca.
5 Porque los extraños se han levantado contra mí; | poderosos que no tienen a Dios ante sus ojos, | ponen asechanzas a mi vida. (Sela.)
6 Pero es Dios quien me defiende, | es el Señor, el sostén de mi vida.
7 El volverá el mal contra mis enemigos. | ¡Por tu verdad, extermínalos!
8 Yo te ofreceré voluntario sacrificio, | cantaré, ¡oh Yavé!, tu nombre, porque propicio,
9 Me libró de toda angustia, | y pudieron ver mis ojos la ruina de mis enemigos.

55. (Vulg. 54.)

Oración contra los enemigos.

1 Al maestro del coro. A las cuerdas. Masquil de David.
2 Da oídos, ¡oh Dios!, a mi oración, | no te escondas a mi súplica.
3 Atiéndeme y respóndeme, | pues lloro y gimo en mi oración.
4 Estoy aturdido ante los gritos del enemigo, | ante la presión del malvado; | pues me echan encima el infortunio | y me persiguen con furor (2).

---

seguridad de poder alabar eternamente al Señor, su fe en una dichosa inmortalidad.

(1) La corrupción es universal entre los grandes, que devoran al pueblo, sin acordarse de que hay un Dios que juzgará a unos y a otros, cuando de Sión derramará la salud sobre su pueblo y lo librará de la esclavitud que padece. Tiempos mesiánicos.

(1) El honor de su nombre obliga a Dios a salir por aquellos que forman su pueblo; de otro modo, le declararían impotente los impíos. Es idea frecuente en los profetas.

(2) Estos enemigos son los domésticos, son los prepotentes que oprimen al pueblo y contra los cuales tanto declaman los profetas.

5 Me tiembla el corazón dentro del pecho, | asáltanme terrores de muerte.
6 Me invade el terror y el temblor, | me envuelve el espanto,
7 Y me hace exclamar: | «¡Quién me diera alas como de paloma!»
8 Volaría a un lugar de reposo, | huiría lejos y moraría en el desierto. (Sela.)
9 Apresuraríame a salvarme | del viento impetuoso, de la tempestad.
10 Confunde, Señor, divide sus lenguas; | porque veo en la ciudad la violencia y la discordia,
11 Que día y noche giran en torno a sus murallas, | y en medio de ella la iniquidad y la maldad.
12 Dentro de ella la insidia; | de sus plazas no se apartan nunca | la mentira y el fraude.
13 No, no es un enemigo quien me afrenta; | eso lo soportaría. | No es uno de los que me aborrecen | el que se insolenta contra mí; | me ocultaría de él.
14 Eres tú, un otro yo, | mi amigo, mi íntimo.
15 Ibamos ambos juntos en dulce compañía, | a la casa de Dios entre las gentes.
16 ¡Sorpréndalos la muerte! Desciendan vivos al sepulcro, | porque no hay sino maldad en sus moradas, en su corazón.
17 Yo, al contrario, invocaré a Dios, | y Yave me salvará.
18 A la tarde, a la mañana, al mediodía, | le rogaré y gemiré, | y él oirá mi voz.
19 Y me sacará sano y salvo, | de la guerra que me hacen, | aunque son muchos contra mí.
20 Dios oye, y él les responderá, | él, que permanece desde la eternidad. (Sela.) | Porque ellos no se enmiendan, no temen a Dios;
21 Tienden sus manos | contra los que con ellos están en paz: | violan el pacto.
22 Es blanda su boca más que la manteca, | pero llevan la guerra en el corazón. | Son sus palabras suaves, más que el aceite, | pero son cuchillos.
23 Echa sobre Yave el cuidado de ti, y él te sostendrá, | pues no permitirá jamás que el justo vacile.
24 Tú, ¡oh Dios!, arrojarás a ésos | a lo profundo del abismo. | Hombres sanguinarios y dolosos, | no llegarán a la mitad de sus días. | Mas yo confiaré en ti.

56. (Vulg. 55.)

Firme confianza en Dios, en medio de los peligros.

1 Al maestro del coro. Sobre «La paloma muda de los lejanos terebintos.» Mictam de David cuando los filisteos le acogieron en Get.
2 Ten misericordia de mí, ¡oh Dios!, porque me persiguen, | me oprimen y me combaten constantemente (1).
3 Sin cesar me persiguen mis enemigos; | y son muchos, en verdad, los que me combaten.
4 ¡Oh Altísimo! Cuando hay que temer | sólo en ti confío.
5 Con el favor de Dios haré triunfar mi causa, | en Dios me confío y nada temo. | ¿Qué podrá hacer el hombre contra mí?
6 Todos los días pretenden mi mal, | todos sus pensamientos son en daño mío.
7 Se conjuran, están al acecho, | espían mis pasos | y esperan arrebatarme la vida.
8 Pésales, ¡oh Dios!, a la medida de su iniquidad, | tú que abates a los pueblos en tu cólera.
9 Ten cuenta de mi vida errante, | pon mis lágrimas en tu redoma. | ¿No están escritas en tu libro?
10 Cuando yo te invoque | volverán la espalda mis enemigos,
11 Y en esto sabré que está Dios conmigo.
12 Con el favor de Dios haré triunfar mi causa, | en Dios me confío y nada temo. | ¿Qué podrá el hombre contra mí?
13 Yo te debo, ¡oh Dios!, tus ofrendas votivas, | y te ofreceré sacrificios eucarísticos,
14 Porque tú me arrancas a la muerte | y arrancas mis pies de falsos pasos, | para que pueda andar en la presencia de Dios, | en la luz de la vida.

57. (Vulg. 56.)

Oración confiada, en el peligro.

1 Al maestro del canto. Sobre: «No destruyas.» Mictam de David, cuando huyó delante de Saúl en la caverna.

---

(1) Tampoco aquí se trata de otros enemigos que de los domésticos, de los cuales el salmista confía verse libre por el favor de Dios.

[2] ¡Ten misericordia de mí, oh Dios! | Ten misericordia de mí, | porque a ti he confiado mi alma, | y me ampararé a la sombra de tus alas, | mientras pasa la angustia.
[3] Yo invocaré al Dios Altísimo, | al Dios que siempre me favorece,
[4] Y él mandará desde los cielos quien me socorra | y confunda al enemigo que me acosa. (Sela.) | Mandará Dios su misericordia y su verdad.
[5] Estoy en medio de leones; | yazgo entre hombres encendidos en furor, | cuyos dientes son lanzas y saetas, | cuya lengua es tajante espada.
[6] Alzate, ¡oh Dios!, allá en lo alto de los cielos, | haz esplender en toda la tierra tu gloria.
[7] Tendieron una red a mis pies, | para que sucumbiera. | Cavaron ante mí una fosa, | y fueron ellos los que cayeron en ella. (Sela.)
[8] Pronto está mi corazón, está mi corazón dispuesto | a cantarte y entonar salmos.
[9] ¡Despierta, gloria mía, despierta, salterio y cítara, | y despertemos a la aurora!
[10] Te alabaré entre los pueblos, ¡oh Señor! | Te cantaré salmos entre las naciones (1),
[11] Porque sobrepasa a los cielos tu misericordia | y a las nubes tu verdad.
[12] Alzate, ¡oh Dios!, allá en lo alto de los cielos, | haz esplender en toda la tierra tu gloria.

58. (Vulg. 57.)

Increpación contra los jueces injustos.

[1] Al maestro del coro. Sobre: «No destruyas.» Mictam de David.
[2] ¿Hacéis justicia en verdad, oh príncipes? | ¿Juzgáis rectamente a los hombres (2)?
[3] No. A sabiendas obráis la iniquidad. | Vuestras manos hacen que en la tierra domine la injusticia.
[4] Estos inicuos se han desviado desde el seno de su madre; | estos mentirosos se han extraviado desde que nacieron.
[5] Tienen veneno semejante al veneno de las serpientes; | son áspides sordos, que cierran su oído
[6] Para no oír la voz del encantador, | por hábil que el encantador sea.
[7] Quiébrales, ¡oh Dios!, los dientes en la boca. | Rompe, ¡oh Yavé!, las quijadas de estos leoncillos.
[8] Desaparezcan como agua que se va; | que no puedan lanzar más que dardos despuntados.
[9] Sean como el caracol que se deshace en baba, | como aborto de mujer, que no vean el sol.
[10] Antes que vuestras calderas sientan el fuego de las espinas, | espinas y fuego se los llevará el torbellino.
[11] Gozará el justo al ver el castigo, | y bañará sus pies en la sangre del impío.
[12] Y dirá cada uno: «¡Hay un premio para el justo, | hay un Dios que hace justicia al mundo!»

(1) Este será un modo de pregonar la gloria de Dios, preparando el reconocimiento de Dios de parte de los gentiles y los tiempos mesiánicos.
(2) Otra calamidad de Israel contra la cual gritan los profetas y que el salmista pide a Dios que le haga desaparecer de la tierra, afianzando con esto la fe de los justos.

59. (Vulg. 58.)

Oración contra los enemigos.

[1] Al maestro del coro. Sobre: «No destruyas.» Mictam de David cuando mandó Saúl vigilar la casa para matarle.
[2] Líbrame de mis enemigos, ¡Dios mío!, | defiéndeme de los que se alzan contra mí.
[3] Líbrame de los que obran la iniquidad, | sálvame de los hombres sanguinarios;
[4] Porque ya ves que ponen asechanzas a mi vida | y se conjuran contra mí los poderosos,
[5] Sin crimen ni pecado de parte mía, ¡oh Yavé!, | sin culpa mía corren y se preparan.
[6] ¡Despierta, ven y mira, | oh Yavé Sebaot, Dios de Israel! | Despierta para castigar a todas las gentes, | no perdones a ninguno | de los que obran pérfidamente. (Sela.)
[7] Vuelven por la tarde ladrando como perros, | y dan vueltas en torno a la ciudad (1).
[8] Abren su boca y llevan la espada en sus labios. | «¿Quién oye?», dicen.
[9] Pero tú, ¡oh Yavé!, te ríes de ellos, | haces burla de todas las gentes.

(1) En las ciudades orientales, los perros, animales inmundos, vagan libres en torno a las ciudades, haciendo la limpieza de las mismas.

10 A ti recurro contra su fuerza, | porque Dios es mi refugio.
11 Dios, piadoso conmigo, me preservará con su favor, | y me hará mirar triunfante a mis enemigos.
12 No te olvides de ellos, no sea que maten a mi pueblo. | Hazlos errar en su fuerza y abátelos, | ¡oh Yave, escudo nuestro!
13 Pecado es en su boca toda palabra de sus labios. | Queden presos en su soberbia, | en las maldiciones y mentiras que profieren.
14 Acábalos en tu furor, acábalos y dejen de ser, | y sepan que hay un Dios que domina en Jacob, | hasta los confines de la tierra.
15 Vuelven por la tarde, ladrando como perros | y dan vueltas en torno a la ciudad.
16 Van en busca de su comida, | pero no se saciarán, y gritarán.
17 Mas yo cantaré tu poder, | y de mañana alabaré tu misericordia, | porque fuiste mi refugio | y mi amparo en el día de la angustia.
18 A ti, fortaleza mía, te cantaré salmos, | porque eres, ¡oh Dios!, mi refugio, | y el Dios conmigo misericordioso.

60. (Vulg. 59.)

Petición de la victoria después de derrotas.

1 Al maestro del coro. Sobre: «Los lirios del testimonio.» Mictam de David. Para ser aprendido. Cuando hizo guerra a Aram Naharaim y a Aram de Soba, y se volvió Joab y derrotó en el valle de la sal a doce mil edomitas.
3 Tú, ¡oh Dios!, nos rechazaste y nos derrotaste, | te airaste y nos pusiste en fuga.
4 Hiciste temblar nuestra tierra y la quebraste. | Sana sus quiebras, porque vacila.
5 Hiciste ver a tu pueblo cosas duras, | nos diste a beber el vino del vértigo;
6 Pero has dado bandera a los que te temen, | para que se recojan ante el arco. (Sela.)
7 Para que sean liberados tus dilectos, | danos pues la victoria con tu diestra, óyenos.
8 Dijo Dios por su santidad: «Yo triunfaré, | dividiré a Siquem y mediré el valle de Socot (1).
9 Mío es Galad, mío es Manasés, | y Efraím es el yelmo de mi cabeza, Judá mi cetro.
10 Moab es la bacía para lavarme, | sobre Edom echo el cuidado de calzarme, | y sobre ti, Filistea, cantaré yo victoria.»
11 ¿Quién me conducirá a la ciudad fortificada? | ¿Quién me llevará a Edom?
12 ¿No has de ser tú, ¡oh Dios!, que nos has rechazado, | tú que no sales ya con nuestros ejércitos?
13 Danos auxilio contra nuestros enemigos, | porque vano es el auxilio del hombre.
14 Con Dios haremos proezas | y él aplastará a nuestros enemigos.

61. (Vulg. 60.)

Oración después del triunfo.

1 Al maestro del coro. Sobre las cuerdas. Salmo de David.
2 Oye, ¡oh Dios!, mi clamor, | atiende a mi oración.
3 Desde el cabo de la tierra clamo a ti | con angustiado corazón. | Ponme en una roca inaccesible (2),
4 Pues tú eres mi refugio, | la torre fuerte frente al enemigo.
5 Habite yo para siempre en tu tabernáculo, | me acogeré al amparo de tus alas. (Sela.)
6 Tú, ¡oh Dios!, has escuchado mis deseos, | y me diste por heredad los que temen tu nombre.
7 Añadirás días a los días del rey (3), | y sus años serán los de las primeras generaciones.
8 Siéntese siempre a la presencia de Dios, | y guárdenle la misericordia y la clemencia;
9 Así podré cantar siempre tu nombre, | cumpliendo mis votos cada día.

(1) Después de una derrota sufrida por su pueblo, Yave resuelve salir por el honor de su santidad y dar a su pueblo completo desquite.
(2) El salmista, desde la frontera de la tierra clama a Yave y expresa sus deseos de habitar en el templo, al amparo de Dios.
(3) La insistencia que el salmista pone en la larga vida del rey nos trae a la mente la idea mesiánica de que hablamos en la nota a los salmos 21 y 45.

62. (Vulg. 61.)

Sólo en Dios hay que esperar.

1 Al maestro del coro. A Idutun. Salmo de David.
2 Sólo en Dios se aquieta mi alma. | El me socorre,
3 El solo es mi roca y mi salvación, | mi refugio. No vacilaré nunca.
4 ¿Hasta cuándo habéis de ensañaros contra un hombre, | golpeando todos como contra pared inclinada, | como contra muro ruinoso?
5 Sólo buscan derribarle. | Se deleitan con la mentira, | bendicen con su boca y maldicen en su corazón. (Sela.) | En Dios sólo tranquilamente espera, alma mía.
6 Sólo en Dios aquiétate, | porque sólo de él viene lo que espero.
7 El solo es mi roca y mi salvación, | mi refugio. No vacilaré nunca.
8 De Dios viene mi protección y mi gloria, | Dios es mi fuerte roca, mi asilo.
9 ¡Oh pueblo, confía siempre en él! | Derramad ante él vuestros corazones | que Dios es nuestro asilo. (Sela.)
10 Vanos son los hijos de los hombres, vanos los grandes. | Todos juntos, puestos en balanza, | pesan menos que nada.
11 No confiéis en la violencia, ni en la rapiña os gloriéis. | Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón.
12 Una cosa ha hablado Dios, y dos le oí yo: | Que sólo en Dios está el poder.
13 Y en ti, ¡oh Señor!, está la misericordia, | pues das a cada uno según sus obras (1).

63. (Vulg. 62.)

Oración de David, fugitivo en el desierto.

1 Salmo de David. Cuando estaba en el desierto de Judá (2).
2 Dios, mi Dios, a ti te busco solícito, | sedienta de ti está mi alma, mi carne te desea, | como tierra árida, sedienta, sin aguas.
3 Cómo te contemplaba en tu santuario, | ponderando tu grandeza y tu gloria,
4 Porque es tu misericordia mejor que la vida, y te alababan mis labios.
5 Así te bendeciré toda mi vida, | y en tu nombre alzaré mis manos.
6 Mi alma se saciará de medula y de grosura, | y mi boca te cantará con labios jubilosos.
7 Aun en mi lecho me acuerdo de ti; | en ti pienso en las vigilias,
8 Pues tú eres mi asilo, | y salto de gozo a la sombra de tus alas.
9 Mi alma está apegada a ti | y tu diestra me sostiene;
10 Pero los que tienden asechanzas a mi vida | bajarán a lo profundo de la tierra.
11 Serán dados a la espada, | serán pasto de chacales,
12 Y el rey se gloriará en Dios, | se gloriarán los que juran en él, | mientras que la boca de los mentirosos se cerrará.

(1) En medio de la lucha intestina que se desarrolla en Israel, el salmista pone en Dios su confianza; en El está el poder y la misericordia; El dará a cada uno según sus obras.
(2) Hermosa plegaria del salmista que suspira por Dios y su misericordia para verse libre de sus enemigos.

64. (Vulg. 63.)

Los consejos del impío, frustrados por Dios.

1 Al maestro del coro. Salmo de David.
2 Oye, ¡oh Dios!, la voz de mi plegaria, | defiende mi vida del terrible enemigo (1).
3 Protégeme de la conjuración de los malvados, | de la conspiración de los malignos,
4 Que afilan como espada su lengua | y lanzan como flechas sus amargas palabras,
5 Para asaetear desde sus guaridas al justo, | y de improviso le asaetean sin temor.
6 Obstínanse en sus malvados designios, | se conciertan para tenderle ocultos lazos, diciendo: «¿Quién los descubrirá?»
7 Apuran criminales proyectos, | ponen por obra lo que proyectaron, | y todos tienen un corazón negro.
8 Pero dispara Dios contra ellos su saeta, | y luego son heridos.

(1) El salmista se ve acusado por sus enemigos; pero Dios viene en su auxilio, y con sus saetas acaba con los malvados, alegrando el corazón de los justos.

[9] Su lengua se vuelve contra ellos, | y cuantos los vean moverán su cabeza y se espantarán,
[10] Y proclamarán la obra de Dios | y pensarán en lo que él hace.
[11] Mientras que el justo se regocijará en Yave, | y le glorificarán todos los rectos de corazón.

65. (Vulg. 64.)

Acción de gracias por una abundante cosecha.

[1] Al maestro del coro. Salmo de David. Cántico.
[2] A ti, ¡oh Dios!, se te debe sumisión, | la alabanza en Sión. | A ti el cumplimiento de los votos;
[3] A ti, que escuchas las plegarias, | a ti recurran todos los hombres.
[4] Si prevalecen contra mí las maldades, | tú perdonas nuestras culpas.
[5] ¡Bienaventurado aquel a quien eliges tú, | para estar cerca de ti, | habitar en tus atrios | y saciarse de la dicha de tu casa, | de la santidad de tu templo!
[6] Tú nos hablas con estupendos prodigios, | ¡oh Dios de nuestra salvación!, | esperanza de todas las gentes de la tierra, | de los más alejados confines.
[7] Ceñido de poder, | das firmeza a los montes,
[8] Aplacas el furor de los mares, el furor de sus olas, | el tumulto de los pueblos.
[9] Temen tus prodigios aun los más remotos habitantes; | tú alegras las regiones de la luz matutina y vespertina;
[10] Tú visitas la tierra y la colmas, | y en mil maneras la enriqueces. | Con grandes ríos y abundantes aguas | preparas sus trigos (1).
[11] La dispones, regando sus surcos, | humedeciendo sus terrones, | temperándola con la lluvia y bendiciendo sus gérmenes.
[12] Coronas la añada con toda suerte de bienes | y tu carro destila la abundancia.
[13] La derramas sobre los pastizales del desierto, | y los collados se ciñen de alegría.
[14] Vístense los campos de rebaños de ovejas | y los valles se cubren de mieses, | y todos cantan y saltan de júbilo.

(1) Desde el templo, en que mora contento cerca de su Dios, el salmista contempla las bendiciones del Señor sobre la tierra y le da gracias por ellas.

66. (Vulg. 65.)

Acción de gracias por una liberación.

[1] Al maestro del coro. Cántico. ¡Cantad a Dios, oh tierra toda (1).
[2] Canta la gloria de su nombre, | dale la gloria de la alabanza!
[3] Di a Dios: ¡Cuán admirables son tus obras! | A la grandeza de tu poder tienen que ceder tus enemigos.
[4] Póstrese toda la tierra y entone salmos, | cante salmos a tu nombre. (Sela.)
[5] Venid y ved las obras de Dios; | cosas magníficas ha hecho en favor del hombre.
[6] El secó el mar; por el río pasaron a pie enjuto. | Y se gozaron en él.
[7] El con su poder domina por la eternidad. | Sus ojos observan a las gentes, | a los rebeldes, para que no se ensoberbezcan. (Sela.)
[8] Bendecid, ¡oh pueblos!, a nuestro Dios, | haced oír las voces de sus alabanzas.
[9] El ha conservado nuestra vida | y no ha dejado que vacilaran nuestros pies.
[10] Tú, ¡oh Dios!, nos has probado, | nos has examinado como se examina la plata.
[11] Nos metiste en red, | pusiste tu pie en nuestros lomos,
[12] Hiciste cabalgar hombres sobre nuestras cabezas. | Pasamos por el fuego y por el agua, | pero al fin nos pusiste en refrigerio.
[13] Entraré en tu casa con holocausto, | te cumpliré mis votos,
[14] Los que pronunciaron mis labios | y profirió mi boca en mi angustia.
[15] Te ofreceré pingüe holocausto con perfume de carneros, | te sacrificaré bueyes y machos. (Sela.)
[16] Vosotros todos, cuantos teméis a Dios, venid y escuchad, | y os contaré cuánto ha hecho por mí.
[17] Le invocaré con mi boca, | le cantaré himnos con mi lengua.

(1) La invitación que el salmista hace a todas las naciones para que alaben a Dios, es una expresión del pensamiento mesiánico, del reino universal de Dios, que se ha manifestado en la salud de su pueblo.

18 Si yo hubiera tenido iniquidad
en mi corazón, | no me hubiera
escuchado el Señor.
19 Pero me oyó Dios, | y atendió
a la voz de mi corazón.
20 ¡Bendito sea Dios, | que no
desechó mi oración ni me negó su
misericordia!

67. (Vulg. 66.)

Conozcan a Dios todos los pueblos.

1 Al maestro del coro. A las cuerdas.
Salmo. Cántico.
2 Apiádese Dios de nosotros y
bendíganos, | haga resplandecer su
faz sobre nosotros. (Sela.)
3 Para que se reconozcan en la
tierra tus caminos | y los pueblos
todos conozcan tu salvación (1).
4 Dente gloria, ¡oh Dios!, los pue-
blos, | dente gloria los pueblos todos.
5 Alégrense las naciones y salten
de gozo, | porque tú gobiernas a los
pueblos con equidad, | y riges a las
naciones de la tierra. (Sela.)
6 Dente gloria, ¡oh Dios!, los pue-
blos, | dente gloria los pueblos todos.
7 Da la tierra sus frutos. | Bendí-
cenos, Dios, nuestro Dios.
8 Bendíganos Dios, | y témanle
todos los confines de la tierra.

68. (Vulg. 67.)

Canto triunfal.

1 Al maestro del coro. Salmo de
David. Cántico.
2 ¡Alzase Dios! Desaparezcan sus
enemigos, | huyan a su vista todos
los que le odian (2).
3 Haz que se desvanezcan, como se
desvanece el humo; | como al fuego
se funde la cera, perezcan los impíos
ante la presencia de Dios.
4 ¡Alégrense, por lo contrario, los
justos, | gócense y salten de júbilo
ante Dios!
5 Cantad a Dios, ensalzad su nom-
bre, | preparadle el camino al que
atraviesa el desierto.
6 Yave es su nombre; saltad de
júbilo ante él. | El padre de los huér-
fanos, el defensor de las viudas, | es
Dios en su santo tabernáculo;
7 Dios, que da casa a los desampa-
rados, | que pone en libertad a los
cautivos. | Sólo los rebeldes se que-
darán en seco.
8 ¡Oh Dios! Cuando ibas a la cabeza
de tu pueblo, | cuando avanzabas
por el desierto. (Sela),
9 Tembló la tierra y se deshacían
los cielos ante ti; | aun el Sinaí, ante
Dios, el Dios de Israel.
10 Tú llovías, ¡oh Dios!, una lluvia
de dones | sobre tu heredad, | y
cuando ésta desfallecía, tú la re-
creabas.
11 Tus animales se posaron en ella. |
Tú preparabas tus bienes a los me-
nesterosos, | cumplía el Señor lo
que había prometido.
12 Venían en tropel los portadores
de buenas nuevas: | «Huyen los
reyes de los ejércitos, huyen.
13 Aun la mujer casera | participa
en el botín.»
14 ¿Os vais a estar vosotros dor-
midos entre los oviles? | Alas de
paloma en plata y en amarillo oro,
15 Y sobre ellas, piedras precio-
sas | que brillan como la nieve en
el Selmón.
16 Monte de Dios es el monte de
Basán; | monte rico en cumbres, el
monte de Basán.
17 ¿Mas por qué miráis con malos
ojos, vosotros, montes encumbra-
dos, | al monte que eligió Dios para
morada suya, | en el que por siempre
habitará Yave?
18 Los carros de Dios son millares
y millares de millares; | viene entre
ellos Yave, del Sinaí a su santuario.
19 Subiste a lo alto, apresaste cau-
tivos, | recibiendo presentes aun de
los rebeldes, | y allí estás ahora,
¡oh Yave Dios!
20 Bendito sea todos los días Yave, |
por lo que cada día nos da. | Dios es
nuestra salvación. (Sela.)
21 Dios es Dios nuestro, para sal-
varnos, | y es Yave quien tiene en
su mano las salidas de la muerte.
22 Pues Dios rompe la cabeza a
sus enemigos, | y el cuero cabelludo
del que persiste en su maldad.

---

(1) Véase la nota al salmo precedente.
(2) La especial forma poética de este bellísimo salmo ha sido causa de su defectuosa conservación y de la dificultad que hoy tenemos para entenderle. Es un canto triunfal, que idealiza la venida de Israel, guiado por su Dios, hasta tomar posesión del monte de Sión, donde se edificó su santuario; y termina con una invitación a todos los reinos para alabar a Dios. En la restitución del texto, indudablemente deformado, hemos seguido las conjeturas que más probables nos parecen, aunque no puedan darse por seguras.

23 Dios había dicho: Te haré volver de Basán, | te sacaría aun del fondo de los mares,
24 Para que puedas enrojecer tus pies en la sangre, | y la lengua de tus perros en la sangre de tus enemigos.
25 Aparece tu cortejo, ¡oh Yavé!, | el cortejo de mi Dios, del rey, en el santuario.
26 Preceden los cantores, siguen los músicos, | en medio los coros de vírgenes con címbalos.
27 Bendecid a Dios en nuestras asambleas, | a Yavé, vosotros raudales de la fuente de Israel.
28 Allí está Benjamín, el más joven, a la cabeza; | allí los príncipes de Judá, en muchedumbre; | allí los príncipes de Zabulón, los de Neftalí.
29 Sea Dios quien mande tus ejércitos. | Confirma, ¡oh Señor!, lo que en favor nuestro has hecho.
30 Por tu templo, por Jerusalén,
31 Increpa a los ejércitos de los conquistadores | que con ímpetu invaden la tierra, | y confunde a los pueblos que se deleitan en hacer la guerra. | Ofrézcante los reyes dones de plata; | desfilen los pueblos que vienen con sus presentes.
32 Vienen príncipes del Egipto, | y Etiopía se apresura a presentar sus manos a Dios.
33 Reinos todos de la tierra, cantad a Dios, | entonad salmos a Yavé. (Sela.)
34 Al que cabalga sobre los cielos de los cielos eternos, | al que hace oír su voz, su voz potente.
35 Dad a Dios el poder. | Resplandece su gloria sobre Israel | y su majestad en los cielos.
36 Eres terrible, ¡oh Dios!, en tu santuario. | Es el Dios de Israel, | el que da a su pueblo fuerza y poderío. | ¡Bendito sea Dios!

69. (Vulg. 68.)

Oración del pueblo vejado.

1 Al maestro del coro. Sobre «Los lirios». De David.
2 Sálvame, ¡oh Dios!, porque amenazan ya mi vida las aguas;
3 Húndome en el profundo cieno, donde no puedo hacer pie; | me sumerjo en el abismo y me ahogo en la hondura.
4 Cansado estoy de clamar. Ha enronquecido mi garganta | y desfallecen mis ojos en espera de mi Dios.
5 Son más que los cabellos de mi cabeza los que sin causa me aborrecen; | se han hecho fuertes y quieren destruirme sin razón, | y tengo que pagar lo que nunca tomé.
6 Tú, ¡oh Dios!, conoces mi estulticia, | no se te ocultan mis pecados.
7 No sean por mi causa confundidos los que en ti esperan, ¡oh Yavé Sebaot! | No sean por mí confundidos los que te buscan, ¡oh Dios de Israel!
8 Mira que por ti sufro afrentas | y cubre mi rostro la vergüenza.
9 He venido a ser extraño para mis hermanos, | extraño para los hijos de mi madre.
10 Porque me consume el celo de tu casa, | los denuestos de los que te vituperan caen sobre mí.
11 Lloro y ayuno, | y de esto toman pretexto para insultarme.
12 Me cubro de saco, y he venido a ser la fábula para ellos.
13 Hablan contra mí los que se sientan en las puertas; | soy la cantilena de los bebedores que se emborrachan.
14 Yo por eso oro a ti, ¡oh Yavé! Sea en tiempo oportuno, | ¡oh Dios!, por la muchedumbre de tu misericordia. | Por la verdad de tu salud, óyeme,
15 Sácame del lodo, no me sumerja; | líbrame de los que me aborrecen, de lo profundo de las aguas;
16 No me anegue el ímpetu de las aguas, | no me trague la hondura, | no cierre el pozo su boca sobre mí.
17 Oyeme, Yavé, que es benigna tu misericordia. | Mírame según la muchedumbre de tus piedades.
18 No escondas a tu siervo tu rostro, | porque estoy en angustia; apresúrate a oírme.
19 Acércate a mi alma y redímela, | líbrame por causa de mis enemigos.
20 Tú conoces el oprobio, el vituperio, la afrenta que se me hace. | Todos mis enemigos los tienes a tu vista.
21 El oprobio me destroza el corazón y desfallezco. | Esperé que alguien se compadeciese de mí, y no hubo nadie; | alguien que me consolase, y no lo hallé.
22 Diéronme a comer hiel, | y en mi sed me dieron a beber vinagre.

[23] Sea para ellos su mesa lazo,
y su prosperidad red (1).
[24] Oscurézcanse sus ojos y no vean,
y que sus lomos vacilen siempre.
[25] Derrama sobre ellos tu ira,
alcáncelos el furor de tu cólera.
[26] Asoladas sean sus moradas,
y no haya quien habite sus tiendas,
[27] Porque persiguieron al que tú habías herido,
y acrecentaron el dolor del que tú llagaste.
[28] Añade esta iniquidad a sus iniquidades,
y no tengan parte en tu justicia.
[29] Sean borrados del libro de la vida
y no sean escritos con los justos.
[30] En verdad que estoy afligido y dolorido.
Sosténgame, ¡oh Dios!, tu ayuda,
[31] Y cantaré cantos al nombre de Dios
y le ensalzaré con himnos de alabanza,
[32] Más gratos a Dios que un becerro,
más que becerro que echa los cuernos y las uñas.
[33] Lo verán los afligidos y se consolarán,
y se fortalecerá el corazón de los que buscan a Dios.
[34] Porque oye Yave a los afligidos
y no desdeña a sus prisioneros.
[35] Alábenle los cielos y la tierra,
los mares y cuanto en ellos se mueve,
[36] Pues salvará Dios a Sión
y reedificará las ciudades de Judá,
y habitarán allí y las poseerán,
[37] Y serán la heredad de la descendencia de sus siervos,
y morarán en ella los que aman su nombre,

70. (Vulg. 69.)

Instante petición de socorro.

[1] Al maestro del coro. De David. Para memoria.
[2] ¡Ven, oh Dios, a librarme!
¡Apresúrate, oh Dios, a socorrerme! (2)
[3] Sean confundidos y avergonzados los que buscan mi vida,
| puestos en huída y cubiertos de ignominia los que se alegran de mi mal.
[4] Sean consumidos por la afrenta los que me gritan: ¡Ah, ah, ah!
[5] Alégrense y regocíjense en ti cuantos te buscan,
y los que aman tu salvación exclamen:
| «Glorificado sea Dios.»
[6] Yo soy un pobre menesteroso.
| ¡Socórreme, oh Dios! Tú eres mi ayuda y mi libertador.
| ¡Oh Yave, no te detengas!

(1) Es uno de los salmos en que las imprecaciones son más fuertes. Para explicárselas, vea el lector lo dicho en la introducción, y tenga presente que, viviendo los salmistas en oscuridad acerca del modo de realizarse las sanciones divinas en la otra vida, creían que la justicia de Dios había de tener cabal cumplimiento en ésta.

(2) El salmista, a punto de sucumbir, clama a su Dios en demanda de auxilio, lo que será motivo de alegría para los justos.

71. (Vulg. 70.)

Oración de un justo en su ancianidad.

[1] En ti, Yave, he esperado
no sea nunca confundido.
[2] En tu justicia líbrame y sálvame,
dame oídos y socórreme.
[3] Sé para mí roca de refugio donde pueda ampararme.
| Tú has resuelto mi salvación,
| porque eres mi baluarte y mi fortaleza.
[4] Sálvame, Dios mío, de las manos del malvado,
| de las manos del perverso y del violento,
[5] Porque tú, ¡oh Yave!, eres mi esperanza,
desde mi infancia;
[6] Desde que comencé a existir fuiste mi apoyo.
| Tú me sacaste de las entrañas de mi madre.
| Yo siempre te alabaré.
[7] He sido para muchos un asombro,
| porque tú siempre fuiste mi seguro asilo.
[8] Llénese mi boca de tus alabanzas,
| de tu gloria continuamente.
[9] No me rechaces al tiempo de la vejez;
| cuando ya me faltan las fuerzas, no me abandones.
[10] Porque hablan contra mí mis enemigos
| y los que me espían se conjuran contra mí,
[11] Diciendo: «Dios le ha dejado,
perseguidle y cogedle, que no habrá quien le libre» (1).
[12] ¡Oh Dios, no te alejes de mí!
| Acude presto, Dios mío, en mi socorro.
[13] Sean confundidos y exterminados mis enemigos.
| Cúbranse de vergüenza y de ignominia los que buscan mi mal.
[14] Yo siempre esperaré, y a tus alabanzas añadiré nuevas alabanzas.

(1) El anciano, que había vivido fiel a Dios y seguro bajo su amparo, ahora se siente más acosado de sus enemigos, que sin duda se alientan al verle viejo y desfallecido. Pero él confía en Dios, que le dará nuevo motivo de alabanza.

15 Todos los días proclamará mi
boca tu justicia y tus prodigios, | aunque no conozca su número.
16 Para no entrar en todas las
maravillas de Yave, | recordaré ahora sólo tu justicia.
17 Tú, ¡oh Dios!, me adoctrinaste
desde mi juventud, | y hasta ahora he pregonado tus grandezas.
18 No me abandones, pues, ¡oh
Dios!, en la vejez y en la canicie. | Que pueda yo manifestar tu poderío a esta generación,
19 Y tus proezas a la venidera, y
tu justicia, ¡oh Dios!, tan excelsa. | Porque tú haces grandes cosas: | ¿Quién, ¡oh Dios!, como tú?
20 Tú me has hecho probar muchas
angustias y tribulaciones; | pero de nuevo me darás lo vida | y de nuevo me sacarás de los abismos de la tierra,
21 Y acrecentarás mi grandeza y
volverás a consolarme.
22 Y yo alabaré, ¡Dios mío!, al so-
nido del arpa, tu fidelidad.
23 Te cantarán mis labios entonando salmos, ¡oh Santo de Israel! | Y mi alma, por ti rescatada,
24 Mi lengua ensalzará tu justicia
todo el día, | por haber confundido y avergonzado | a los que buscaban mi mal.

72. (Vulg. 71.)

El rey Mesías.

1 Para Salomón (1). Da, ¡oh
Dios!, al rey tu justicia, | y tus juicios al hijo del rey,
2 Para que juzgue a tu pueblo con
justicia | y a tus oprimidos con juicio.
3 Germinen los montes la paz del
pueblo, | y los collados la justicia.
4 Haga justicia a los oprimidos
del pueblo, | defienda a los hijos del menesteroso | y quebrante a los opresores.
5 Viva mientras perdure el sol,
mientras permanezca la luna, de generación en generación.
6 Caiga como lluvia sobre el prado
segado, | como lluvia que penetra en la tierra.
7 Florezca en sus días la justicia,
y haya mucha paz mientras dure la luna.
8 Dominará de mar a mar, desde
el río hasta los cabos de la tierra.
9 Ante él se inclinarán los habi-
tantes del desierto, y sus enemigos morderán el polvo.
10 Los reyes de Tarsis y de las
islas le ofrecerán sus dones, y los reyes de Seba y de Saba le pagarán tributo.
11 Postraránse ante él todos los
reyes y le servirán todos los pueblos,
12 Porque protegerá al desvalido
que le implora y al oprimido que no tiene quien le ayude.
13 Tendrá misericordia del pobre
y del menesteroso, y defenderá la vida de los pobres.
14 Rescatará su vida de la opre-
sión y de la violencia, | y será preciosa su sangre a sus ojos,
15 Y hará que viva, y le dará
parte del oro de Seba; | y ellos elevarán de continuo preces por él, y todo el día le bendecirán.
16 Habrá abundancia de trigo, así
en el llano como en la cima de los montes. | Ondularán las mieses como el Líbano, | y florecerán las ciudades como la hierba de la tierra.
17 Será eterno su nombre, durará
mientras dure el sol, | y le bendecirán todas las gentes, todas las naciones le aclamarán bienaventurado.

Doxología final del libro segundo.

18 *Sea bendito el nombre de Yave,*
Dios de Israel, | *el único que hace maravillas,*
19 *Y bendito sea por siempre su*
glorioso nombre, | *y llénese de su gloria toda la tierra. Amén, amén.* | *Aquí acaban las preces de David, hijo de Jesé.*

LIBRO TERCERO

73. (Vulg. 72.)

Vanidad de la dicha del impío.

1 Salmo de Asaf.
¡Oh, cuán bueno es Dios para los
buenos, | para los limpios de corazón!

(1) El título del salmo es ambiguo, ya que puede interpretarse que Salomón es el autor, o es la persona a quien el salmo se dedica. Parece esto último lo más probable. Según esta hipótesis, el salmo, que es mesiánico, debe explicarse a tenor de la promesa mesiánica, que leemos en II. Sam. 7-75 ss. El rey e hijo de rey es el heredero de la gloriosa promesa, que transmitía a sus herederos hasta llegar aquél para quien el trono eterno está reservado. (Gen. 49-10.)

[1] Estaban ya deslizándose mis pies, | casi me había extraviado,
[3] Porque miré con envidia a los impíos, | viendo la prosperidad de los malos (1).
[4] Pues no hay para ellos dolores, | su vientre está sano y pingüe.
[5] No tienen parte en las humanas aflicciones, | y no son atribulados como los otros hombres.
[6] Por eso la soberbia los ciñe como collar, y les cubre la iniquidad como vestido.
[7] Sus ojos se les saltan de puro gordos, y dejan traslucir los malos deseos de su corazón.
[8] Motejan, y hablan malignamente de oprimir; | hablan altaneramente,
[9] Ponen su boca en el cielo, | y su lengua atruena la tierra.
[10] Por eso seduce a mi pueblo su palabrería, | y se sorben a boca llena esas aguas, y dicen:
[11] «¿Lo sabe acaso Dios, | lo conoce el Altísimo?
[12] Esos son unos impíos, | y con todo, a mansalva amontonan grandes riquezas.
[13] En vano, pues, he conservado limpio mi corazón | y he lavado mis manos en la inocencia,
[14] Y fuí flagelado de continuo, | y cada mañana con una nueva pena.»
[15] Pero si yo dijere: «¡Quién pudiera hablar así!» | Renegaría de la comunidad de tus hijos.
[16] Púseme a pensar para poder entender esto, | pues era ciertamente cosa ardua a mis ojos;
[17] Hasta que penetré en el secreto de Dios | y puse atención a las postrimerías de ésos.
[18] Ciertamente los pones tú en resbaladeros | y los precipitas en la ruina.
[19] ¡Oh, cómo en un punto son asolados! | Acaban y son consumidos espantosamente.
[20] Son como sueño de que se despierta. | Y tú, Señor, cuando despertares, despreciarás su apariencia.
[21] Si se exacerbaba mi corazón y me atormentaban mis pensamientos,
[22] Es porque era un necio y no sabía nada; | era para tí como un bruto animal.
[23] Pero no, yo estaré siempre a tu lado, | pues tú me has tomado de la diestra,
[24] Me gobiernas con tu consejo | y al fin me acogerás en gloria.
[25] ¿A quién tengo yo en los cielos? | Fuera de ti nada deseo sobre la tierra.
[26] Perezca mi carne y mi corazón y el vigor de mi alma, | pero mi porción es Dios por siempre.
[27] Porque los que se alejan de ti | perecerán, sin duda. Arruinas a cuantos te son infieles;
[28] Pero mi bien es estar apegado á Dios, tengo en Yave Dios mi esperanza, | para poder anunciar tus grandezas.

(1) El tema de este salmo es el problema que plantea la prosperidad de los impíos y el infortunio de los justos, que en otros muchos salmos y escritos del A. T. se desarrolla; pero aquí se vislumbra una solución más clara que en otros. En los versos 23 ss. deja entrever el salmista la recompensa del justo en la vida futura, al lado del Señor. Se preludia la doctrina consoladora del libro de la Sabiduría.

74. (Vulg. 73.)

La desolación del templo destruído.

[1] Masquil de Asaf.
¿Por qué, ¡oh Dios!, nos has rechazado del todo? | ¿Por qué arde tu furor contra las ovejas de tu pastizal? (1)
[2] Acuérdate de tu comunidad, aquella que desde el prinicpio hiciste tuya, | la que redimiste para hacerla tu tribu propia, | del monte de Sión, en que pusiste tu morada.
[3] Recorre con tus pies estas completas ruinas. | El enemigo lo destruyó todo en el santuario (2).
[4] Rugían tus enemigos en el lugar de tu asamblea, | y pusieron allí por enseñas sus enseñas.
[5] Parecían como gente que alza el hacha | en medio de tupido bosque,
[6] Y hasta los cincelados los destruyeron | con el hacha y el martillo.
[7] Prendieron fuego a tu santuario | y profanaron, arrasándola, la morada de tu nombre.
[8] Se decían: «Destruyámoslos a todos, | incendiemos todas las sinagogas de Dios en la tierra,»
[9] Ya no vemos señales prodigiosas a favor nuestro; | ya no hay ningún profeta, | ni nadie entre nosotros que sepa hasta cuándo,

(1) En la lucha entablada en el mundo enntra el mal y el bien, Dios está como juez para dar la victoria a los justos y quebrantar el poder de los malvados.
(2) El salmista llora la profanación y la ruina del santuario por un enemigo que blasfema el nombre del Señor.

10 Hasta cuándo, ¡oh Dios!, insultará el adversario, | y sin cesar blasfemará tu nombre el enemigo.
11 ¿Por qué retraes tu mano, tu diestra? | Sácala de tu seno y acaba con ellos.
12 Pues Dios es ya de antiguo mi rey, | el que obra salvaciones en la tierra.
13 Con tu poder tú dividiste el mar, | y rompiste sobre las aguas las cabezas de las fieras.
14 Tú aplastaste la cabeza del Leviatán | y le hiciste pasto de los pueblos del desierto.
15 Tú hiciste brotar fuentes y torrentes, | y secaste ríos caudalosos.
16 Tuyo es el día, tuya la noche. | Tú estableciste la luna y el sol,
17 Tú marcaste los límites a la tierra, | tú fijaste el verano y el invierno.
18 Acuérdate de esto: Que el enemigo blasfema de Yave, | y un pueblo insensato ultraja tu nombre.
19 No entregues a las fieras el alma de los que te confiesan, | y no tengas por tanto tiempo en olvido a tus desvalidos.
20 Mira a tu alianza. | Está la desdichada tierra toda llena de violencias.
21 Que no se vea confuso el afligido, | y el pobre y el menesteroso alaben tu nombre.
22 Alzate, oh Dios, y defiende tu causa. | Acuérdate de los ultrajes que continuamente te hace el insensato.
23 No olvides los gritos de tus enemigos, | el tumulto siempre creciente de los que se alzan contra ti.

75. (Vulg. 74.)

Dios, juez de los enemigos de su pueblo.

1 Al maestro del coro. A las cuerdas. Salmo de Asaf. Cántico.
2 Dámoste gracias, ¡oh Dios!, dámoste gracias, | invocamos tu nombre y ensalzamos tus grandes maravillas.
3 Cuando me tome yo el tiempo oportuno, | juzgaré justamente.
4 Aunque se disolviese la tierra con todos sus habitantes, | yo solidificaría sus columnas. (Sela.)
5 Digo a los soberbios: No os ensoberbezcáis, | y a los impíos: No irgáis vuestra cabeza.
6 No levantéis en alto vuestras frentes, | no habléis con erguida cerviz.
7 Ciertamente ni de oriente, ni de occidente, | ni del desierto vendrá la salvación.
8 Pero es Dios quien juzga, | y a unos humilla y ensalza a otros.
9 Pues tiene Dios en su mano el cáliz | del espumoso vino, lleno de mixtura, | y lo derrama sobre unos y otros. | Y beberán, beberán hasta las heces | todos los impíos de la tierra.
10 Mientras que yo siempre cantaré | y entonaré salmos al Dios de Jacob.
11 Yo quebrantaré toda la fuerza de los impíos, | y se acrecentará el poder de los justos.

76. (Vulg. 75.)

Canto triunfal después de la victoria.

1 Al maestro del coro. A las cuerdas. Salmo de Asaf. Cántico.
2 Glorioso es Dios en Judá, grande es su nombre en Israel.
3 Tiene en Salem su tabernáculo y su morada en Sión.
4 Allí rompe los rayos del arco, el escudo, la espada y todo aparato bélico. (Sela.)
5 Es grande y glorioso, majestuoso, más que los montes de la caza.
6 Los fuertes guerreros fueron allí despojados, durmieron su sueño, | y no hicieron uso de sus manos los hombres fuertes (1).
7 A tu amenaza, ¡oh Dios de Jacob!, quedáronse pasmados carros y caballos.
8 ¡Eres terrible tú, terrible! | ¿Quién puede estar ante ti cuando te airas?
9 Das desde los cielos tu sentencia, y la tierra se estremece y calla,
10 Cuando se levanta Dios para hacer justicia, para salvar a los oprimidos de la tierra. (Sela.)
11 Aun el furor del hombre sirve a tu gloria, y los salvados del furor te alabarán.
12 Haced votos a Yave, vuestro Dios, y cumplidlos. | Cuantos están en derredor traigan dones al terrible.
13 Pues él corta el soberbio respiro

(1) El salmo canta la gran derrota de Senaquerib, rey de Asiria, y de ella se levanta a cantar el reinado universal de Dios, lo cual tiene ya un carácter mesiánico

de los príncipes, | y es terrible a los reyes de la tierra.

77. (Vulg. 76.)

Los antiguos portentos, consuelo del pueblo perseguido.

1 Al maestro del coro. Para Idutun. Salmo de Asaf.
2 Yo alzo mi voz a Dios y clamo, | alzo mi voz a Dios y él me escucha.
3 En el día de mi tribulación busqué a Yave, | y se alzaban a él mis manos sin descanso por la noche, | y rehusaba mi alma todo consuelo.
4 Se acuerda mi alma de Dios y gime, | medito y se angustia mi corazón. (Sela.)
5 No me dejas pegar los ojos, | y me siento turbado y sin palabras.
6 Pienso en los días antiguos, | en los años lejanos.
7 Pensaba angustiosamente por la noche, | reflexionaba en mi corazón, | e inquiría en mi alma:
8 «¿Acaso el Señor nos rechazará por los siglos | y no nos será ya nunca favorable?
9 ¿Cesó ya para siempre su piedad, | se acabó lo que prometió para generaciones de generaciones?
10 ¿Se ha olvidado ya Dios de hacer clemencia, | y cerró airado su misericordia? (Sela.)
11 Me digo: «Mi enfermedad es ésta: | Que se ha mudado la diestra del Altísimo.» | Me acuerdo de las obras de Dios,
12 Recuerdo tus antiguas maravillas, | considero tus grandes hechos,
13 Y reflexiono sobre tus hazañas. | ¡Oh Dios, santos son tus caminos!
14 ¿Qué Dios es grande como nuestro Dios?
15 Tú eres el Dios que obras prodigios. | Tú mostraste tu poder entre las gentes,
16 Y con tu brazo rescataste a tu pueblo, | los hijos de Jacob y de José. (Sela.)
17 Viéronte las aguas, ¡oh Dios!, | viéronte las aguas y se turbaron, | y temblaron aun los mismos abismos.
18 Arrojaron las nubes torrentes de aguas, | y dieron los nublados su voz, | y volaron tus saetas.
19 Estalló tu trueno en el torbellino, | alumbraron los rayos el orbe, | y, sacudida, tembló la tierra.
20 Fué el mar tu camino | y tu senda la inmensidad de las aguas, | aunque no dejabas huellas en él.
21 Condujiste próvido a tu grey, a tu pueblo, | por mano de Moisés y de Arón.

78. (Vulg. 77.)

La historia de los padres, enseñanza para los hijos.

1 Masquil. De Asaf.
Atiende, pueblo mío, a mi doctrina. | Dad vuestros oídos a las palabras de mi boca.
2 Abriré mi boca a las sentencias, | y evocaré las enseñanzas de los tiempos antiguos,
3 Lo que hemos oído y sabemos, | lo que nos contaron nuestros padres (1).
4 No lo encubriremos a sus hijos, | contando a las generaciones posteriores | las glorias de Dios, y su gran poderío y los prodigios que ha obrado,
5 Cómo dió una norma a Jacob | y estableció una ley en Israel. | Cómo mandó a nuestros padres | enseñar estas cosas a sus hijos;
6 Para que las conociese la generación venidera, | y los hijos que habían de nacer | se las contasen a sus propios hijos;
7 Para que éstos pusieran en Dios su confianza | y no olvidasen las obras del Omnipotente | y guardasen sus mandatos,
8 Y no se hiciesen como sus padres, | gente contumaz y rebelde, | de corazón indócil | y de espíritu infiel a su Dios.
9 Los hijos de Efraím, muy diestros arqueros, | vuelven la espalda el día del combate;
10 No mantuvieron su alianza con Dios, | y rehusaron seguir su ley;
11 Dieron al olvido sus obras | y las maravillas que a sus ojos había obrado.
12 Ante sus padres había obrado maravillas, | en la tierra de Egipto, en la región de Tanis.
13 Dividió el mar para darles paso, | y paró las aguas como si fuera con un dique.

---

(1) El salmo nos cuenta la historia de Israel, vista a la luz profética; ilustrado por la cual, el poeta ve los sucesos guiados por la mano del Señor, que lleva a Israel hacia la realización de sus altos destinos mesiánicos.

14 Los guiaba de día en la nube, | y durante toda la noche con un resplandor de fuego.
15 Hendió las rocas en el desierto y los proveyó de agua. | Como de raudales inexhauribles,
16 Hizo salir arroyos de la piedra, | hizo correr las aguas como río.
17 Y con todo, volvieron a pecar contra él | y a rebelarse contra el Altísimo en el desierto.
18 Tentaron a Dios en su corazón, | y pidieron comida a su gusto.
19 Hablaron contra Dios, diciendo: | «¿Podrá acaso Dios poner mesa en el desierto?
20 Ha herido la peña y brotaron las aguas, | y corrieron como un torrente; | ¿pero podrá también darnos pan | y preparar en el desierto carne a su pueblo?»
21 Oyólo Yave y se indignó, | y se encendió su furor contra Jacob | y subió su ira contra Israel,
22 Porque no creían en Dios | y no tenían confianza en su protección.
23 Había ya dado orden a sus nubes, | había abierto las puertas del cielo,
24 Y llovió sobre ellos el maná, para que comieran, | dándoles un trigo de los cielos.
25 Comió el hombre pan de ángeles, | y les dió comida hasta la saciedad.
26 Hizo soplar en el cielo el viento solano, | y con su poder hizo soplar el austro,
27 Y caer como polvo sobre ellos la carne, | como arenas del mar aves aladas,
28 Hízolas caer dentro del campamento mismo, | en derredor de las tiendas de éste;
29 Y comieron, y se hartaron del todo, | y así les dió lo que ansiaban.
30 Pero apenas habían acabado de saciar su avidez, | todavía tenían en su boca la comida,
31 Y montó Dios en cólera contra ellos, | e hirió de muerte a los más robustos, | y abatió a la flor de Israel.
32 Con todo, volvieron a pecar | y no dieron crédito a sus maravillas;
33 Y consumió vanamente sus días | y sus años con calamidades.
34 Cuando los hería de muerte le buscaban, | se convertían, y se volvían a Dios.
35 Se acordaban de que era Dios su roca, | y el Todopoderoso, el Altísimo, su redentor.
36 Pero le engañaban con su boca | y con su lengua le mentían,
37 Mas su corazón no era sincero para él | y no eran fieles a su alianza.
38 Pero es misericordioso, y perdonaba la iniquidad | y no los exterminó; antes refrenó muchas veces su ira, | y no dejó que se desfogara toda su cólera.
39 Se acordó de que eran de carne, | un soplo que pasa y ya no vuelve.
40 ¡Cuántas veces se rebelaron en el desierto, | y le contristaron en la soledad!
41 Siguieron tentando a Dios | y enojaron al Santo de Israel.
42 No se acordaban de su gran poder, | ni del día en que los liberó de la opresión;
43 Ni de cómo obró en Egipto sus prodigios, | y sus portentos en la región de Tanis,
44 Mudando sus aguas en sangre | para que no pudiesen beber en sus canales;
45 Mandando contra ellos tábanos que los devorasen, | y ranas que los infestasen;
46 Dando sus cosechas al pulgón | y sus frutos a la langosta;
47 Devastando con el granizo sus viñas, | y sus higuerales a la piedra;
48 Dando al pedrisco sus ganados, | y al rayo sus rebaños.
49 Derramó sobre ellos su tremenda cólera, | la ira, el furor, la angustia, | como un tropel de malignos espíritus.
50 Dió rienda suelta a su enojo, | no sustrajo su vida a la muerte, | dió su vida en presa a la peste,
51 Y mató a todos los primogénitos de Egipto, | a los primogénitos de las tiendas de Cam.
52 Pero sacó a su pueblo como un rebaño, | y los condujo como grey por el desierto;
53 Y los guió seguros y sin temor, | mientras se tragaba el mar a sus enemigos.
54 Los llevó hasta sus santas fronteras, | a los montes que conquistó su diestra.
55 Arrojó ante ellos a naciones, | dividió en partes su tierra en heredad, | e hizo habitar en las tiendas de aquéllos a las tribus de Israel.
56 Y todavía volvieron a tentar y provocar a Dios, al Altísimo, y no guardaron sus mandatos.
57 Volviéndole las espaldas, prevaricando como sus padres, | y fallaron como engañoso arco.

58 Le irritaron con sus altos, | y le provocaron con sus esculturas.
59 Sintió Dios toda su cólera al verlo, | y rechazó enteramente a Israel;
60 Y dejó el tabernáculo de Silo, | la tienda que fué su morada entre los hombres.
61 Dió a la esclavitud su fuerza, | y a manos del enemigo su gloria.
62 Condenó a su pueblo a la espada | y se enfureció contra su heredad.
63 Devoró el fuego a sus jóvenes, | y no fué cantado a sus vírgenes el canto nupcial.
64 Sus sacerdotes perecieron a la espada | y no los lloraron sus viudas.
65 Mas despertóse entonces el Señor, como quien duerme, | como el valiente excitado por el vino;
66 E hirió a sus enemigos en la espalda, | cubriéndolos de eterna ignominia.
67 Pero ya rechazó a la tienda de José | y no eligió a la tribu de Efraím,
68 Sino que eligió a la tribu de Judá, | el monte de Sión, monte de su predilección.
69 Edificó su santuario con alturas de cielo, | y firme como la tierra, que cimentó por los siglos.
70 Y eligió a David, su siervo, | y le tomó de las majadas de ovejas;
71 De tras de las ovejas de cría le tomó, | para que apacentase a Jacob, su pueblo, a Israel, su heredad; | y él, con corazón recto, las apacentó
72 Y los condujo con el valor de sus manos.

79. (Vulg. 78.)

Oración pidiendo la restauración de las ruinas y el castigo de los enemigos.

1 Salmo de Asaf.
¡Oh Dios! Han invadido las gentes tu heredad, | han profanado tu santo templo (1), | y han reducido a Jerusalén a un montón de escombros.
2 Dieron los cuerpos de tus siervos por pasto a las aves del cielo, | y la carne de tus santos a las bestias de la tierra;
3 Derramaron como agua su sangre en los alrededores de Jerusalén, | sin que hubiese quien les diera sepultura.
4 Somos el escarnio de nuestros vecinos, | la irrisión y el ludibrio de los que nos rodean.
5 ¿Hasta cuándo, oh Yave? | ¿Habrás de estar airado para siempre? | ¿Arderá siempre como fuego tu furor?
6 Derrama tu ira sobre las gentes que no te conocen, | sobre los reinos que no invocan tu nombre,
7 Porque han devorado a Jacob, | han asolado sus moradas.
8 No recuerdes para nuestro mal las iniquidades antiguas. | Sálganos al encuentro tus misericordias, | porque estamos muy abatidos.
9 Socórrenos, ¡oh Dios, salvador nuestro! | Socórrenos por el honor de tu nombre, | socórrenos y perdona nuestros pecados, por tu nombre.
10 ¿Por qué han de poder decir las gentes: «Dónde está su Dios»? | Sea notoria a las gentes y a los ojos nuestros | la venganza de la sangre que de tus siervos derramaron.
11 Llegue a tu presencia el gemido de los cautivos. | Con el poder de tu brazo salva a los condenados a muerte.
12 Haz recaer sobre la cabeza de nuestros enemigos el séptuplo | de la afrenta con que quieren afrentarte, ¡oh Yave!
13 Y nosotros, tu pueblo, grey de tus pastizales, | te cantaremos eternamente, | y cantaremos tus alabanzas por generaciones y generaciones.

(1) De este salmo pudiera decirse lo que hemos dicho del 74.

80. (Vulg. 79.)

Oración por el pueblo perseguido.

1 Al maestro del coro. Sobre «Los lirios del testimonio. Salmo de Asaf.
2 ¡Oh pastor de Israel, escucha! | Tú que conduces a José como un rebaño, que te sientas sobre los querubines, muéstrate,
3 Ante Efraím, Benjamín y Manasés, | despierta tu poder y sálvanos.
4 ¡Oh Dios, restáuranos, haz esplender tu rostro y seremos salvos.
5 ¡Oh Yave, Dios Sebaot! ¿Hasta cuándo | seguirás desdeñando la oración de tu pueblo?
6 Les das a comer pan de lágrimas, | les haces beber sus lágrimas en abundancia;
7 Nos has hecho objeto de contienda para nuestros vecinos, | y nuestros enemigos se burlan de nosotros (1).

(1) La situación nacional que el salmo supone podría ser la de la época de Nehemías, si no la

[8] Dios Sebaot, restáuranos, | haz esplender tu rostro y seremos salvos.
[9] Tu trajiste de Egipto una vid, | arrojaste a las gentes y la trasplantaste aquí.
[10] Le pusiste en derredor una albarrada, | y extendió sus raíces y llenó la tierra.
[11] Cubriéronse los montes de su sombra, | y sus sarmientos llegaron a ser como los altos cedros.
[12] Extendió sus ramas hasta el mar, | y hasta el río sus vástagos.
[13] ¿Por qué has derribado su albarrada, | y la vendimian cuantos pasan por el camino?
[14] La devastan los jabalíes del monte | y pastan en ella las bestias del campo.
[15] Dios Sebaot, vuélvete ya. | Mira desde los cielos y contempla
[16] Y defiende esta viña, | la planta que plantó tu diestra, | el renuevo que tú hiciste fuerte.
[17] Está abrasada por el fuego, asolada. | Perece por el enojo de tu faz:
[18] Sea tu mano sobre el varón de tu diestra, | sobre el hombre a quien para ti corroboraste,
[19] Y no nos apartaremos más de ti | Danos la vida e invocaremos tu nombre.
[20] Yave, Dios Sebaot, restáuranos, | haz esplender tu faz sobre nosotros y seremos salvos.

81. (Vulg. 80.)

Exhortación a celebrar dignamente la Pascua.

[1] Al maestro del coro. Sobre «La Getea.» De Asaf.
[2] Saltad de júbilo en honor de Dios, nuestra fuerza. | Aclamad al Dios de Jacob.
[3] Entonad un canto, tocad los címbalos, | la dulce cítara y el arpa.
[4] Haced resonar este mes las trompetas, | en el plenilunio, en nuestra fiesta. (1)
[5] Porque ésta es ley de Israel, | precepto del Dios de Jacob,
[6] Dada por él como rito a José, | cuando salió contra la tierra de Egipto. | Oyó entonces lo que nunca había oído:
[7] «Ya voy a quitarle la carga de sobre el hombro, | ya sus manos cesarán de cargar con los cestos.
[8] Me llamaste en la tribulación y te saqué, | y te hablé oculto entre los truenos. | Te probé en las aguas de Meriba.
[9] Oye, pueblo mío, que quiero amonestarte. | ¡Oh Israel, ojalá me escucharas!
[10] No haya en ti dios ajeno, | no adores a ningún dios extranjero.
[11] Yo soy Yave, tu Dios, | que te saqué de la tierra de Egipto. | Ensancha tu boca y yo te la llenaré.»
[12] Pero no me obedeció mi pueblo, | no cumplió Israel lo que le mandé,
[13] Y los abandoné a su obstinado corazón, | que siguieran sus consejos.
[14] ¡Oh, si mi pueblo me oyera, | si marchara Israel por mis caminos,
[15] Presto humillaría yo a sus enemigos, | y volvería a extender mi mano contra sus adversarios.
[16] Sucumbirían ante ellos los que aborrecen a Dios, | y desaparecerían para siempre.
[17] Los mantendría de la flor del trigo y de miel salida de la piedra los saciaría.

82. (Vulg. 81.)

Increpación contra los jueces injustos.

[1] Salmo de Asaf.
Está Dios en el consejo de los dioses, | en medio de los dioses juzga.
[2] ¿Hasta cuándo juzgaréis injustamente, | haciendo con los impíos acepción de personas? (Sela.)
[3] Haced justicia al huérfano y al pobre, | tratad justamente al desvalido y al menesteroso.
[4] Librad al pobre y al necesitado, | sacadle de las garras de los impíos.
[5] Pero no saben ni entienden, andan en tinieblas, | vacilan los cimientos todos de la tierra.
[6] Yo dije: «Sois dioses, | sois hijos del Altísimo.
[7] Pero moriréis como hombres, | caeréis como el último de los afligidos.» (1)

de los Macabeos. Judá se ve cercado de enemigos, y todo en él necesitado de restauración.

(1) Este verso y los que siguen indican claramente que se trata de la Pascua, la fiesta más alegre, pues era la conmemoración de la libertad de Israel.

(1) Los jueces son a veces llamados dioses, como aquí, e hijos de Dios. Mas no por esto se sustraen a la muerte ni dejarán de ser juzgados con el más estricto juicio.

8 ¡Levántate, oh Dios! Juzga la tierra, | pues tuyas han de ser todas las gentes.

83. (Vulg. 82.)

Deprecación contra los enemigos, aliados contra Israel.

1 Cántico. Salmo de Asaf. (1)
2 No reposes, ¡oh Dios! | No enmudezcas, no te aquietes.
3 Mira que bravean tus enemigos, | y alzan la cabeza los que te aborrecen.
4 Tienden asechanzas a tu pueblo, | y se conjuran contra tus protegidos.
5 Dicen: «Ea, borrémoslos del número de las naciones, | no haya más memoria del nombre de Israel.»
6 Todos a una se han confabulado, | se han ligado estrechamente contra ti,
7 Las tiendas de Edom, los ismaelitas, | Moab y los agarenos,
8 Gebal y Ammón y Amalec, | los filisteos con los habitantes de Tiro.
9 También se ha unido a ellos Asur, | dando su apoyo a los hijos de Lot. (Sela.)
10 Hazles como hiciste a Madián, | a Sísara, a Jabín en el torrente de Cisón,
11 Que perecieron en Endor, | y vinieron a ser estiércol de la tierra.
12 Haz a éstos y a sus jefes como a Oreb y Zeb | y como a Zebe y Salmana, a todos sus príncipes,
13 Que dijeron: Apoderémonos de las tierras de Dios.
14 Hazlos, Dios mío, como polvo que arrastra el torbellino, | como pajuela al viento:
15 Como abrasa el fuego la selva, | como quema la llama los montes;
16 Persíguelos así con tu tormenta, | atérralos con tu huracán.
17 Cubre su rostro de ignominia, | y busquen tu nombre, ¡oh Yave!
18 Sean para siempre confundidos y aterrados; | sean llenos de vergüenza y perezcan,
19 Y reconozcan que tu nombre es Yave, | y que sólo tú eres el Altísimo sobre toda la tierra.

(1) El poeta ve a su pueblo estrechado y perseguido por todos los pueblos circunvecinos y pide a Dios le libre y le vengue de ellos, haciéndoles reconocer el sumo poderío de Yave sobre toda la tierra.

84. (Vulg. 83.)

Anhelo de la presencia de Dios en el templo.

1 Al maestro del coro. Sobre «La Getea.» Salmo de los hijos de Coré.
2 ¡Cuán amables son tus moradas, oh Yave Sebaot!
3 Anhela mi alma y ardientemente desea los atrios de Yave (1). | Salta de júbilo mi corazón y mi carne por el Dios vivo.
4 Halla una casa el pájaro, | y la golondrina un nido donde poner sus polluelos, | cerca de tus altares, ¡oh Yave Sebaot, | rey mío y Dios mío!
5 Bienaventurados los que moran en tu casa, | y continuamente te alaban. (Sela.)
6 Bienaventurado el hombre que tiene en ti su fortaleza | y anhela frecuentar tus subidas.
7 Aun pasando por el valle de Baca, | se le hace todo fuentes, | como cubierto de las bendiciones de la lluvia temprana,
8 Y siguen cada vez más animosos | para ir a Dios, a Sión.
9 Oye mi oración, ¡oh Yave, Dios Sebaot! ¡ Atiéndela, Dios de Jacob. (Sela.)
10 Pon tus ojos en nuestro defensor, ¡oh Dios! | Y mira el rostro de tu ungido.
11 Porque más que mil vale un día en tus atrios, | y prefiero estar a la puerta de la casa de mi Dios, a morar en las tiendas de la iniquidad.
12 Porque sol y escudo es Yave, Dios, | y da Yave la gracia y la gloria, | y no niega sus bienes a los que caminan en la inocencia.
13 ¡Oh Yave Sebaot! ¡Bienaventurado el hombre que en ti confía!

85. (Vulg. 84.)

Oración pidiendo la salud del pueblo.

1 Al maestro del coro. Salmo de los hijos de Coré.
2 Has sido benévolo con tu tierra, ¡oh Yave! | Has mejorado la suerte de Jacob.

(1) En este salmo se expresa muy al vivo la devoción de los buenos israelitas hacia el templo de Jerusalén, y lo que éste significaba en la vida religiosa de Israel.

[3] Has perdonado la iniquidad de tu pueblo | y has ocultado su pecado todo.
[4] Has apartado tu furor | y has alejado el ardor de tu cólera.
[5] Vuélvete a nosotros, Dios, nuestra salvación, | y haz cesar tu ira contra nosotros (1).
[6] ¿Vas a estar siempre irritado contra nosotros | y vas a prolongar tu cólera de generación a generación?
[7] ¿No vas a devolvernos la vida, | para que tu pueblo pueda gozarse en ti?
[8] Haznos ver, ¡oh Yavel, tus piedades, | y danos tu ayuda salvadora.
[9] Yo bien sé lo que dirá Dios; | que sus palabras serán palabras de paz | para su pueblo y para sus santos | y para cuantos se vuelven a él.
[10] Sí, su salvación está cercana a los que le temen, | y bien pronto habitará la gloria en nuestra tierra.
[11] Se han encontrado la benevolencia y la fidelidad, | se han dado abrazo la justicia y la paz.
[12] Brota de la tierra la fidelidad, | y mira la justicia desde lo alto de los cielos.
[13] Sí, Yave nos otorgará sus bienes | y la tierra dará sus frutos.
[14] Va delante de su faz la justicia, | y la paz sigue sus pasos.

86. (Vulg. 85.)

Petición del auxilio de Dios.

[1] Oración. De David.
Inclina, Yave, tus oídos y óyeme, | porque estoy afligido y soy un menesteroso.
[2] Guarda mi alma, pues que soy tu devoto; | salva, mi Dios, a tu siervo, que en ti confía.
[3] Ten misericordia de mí, ¡oh Yavel | Pues te invoco todo el día.
[4] Alegra el alma de tu siervo, | porque a ti alzo mi alma,
[5] Pues tú eres indulgente y piadoso, | y de gran misericordia para los que te invocan.
[6] Escucha, ¡oh Yavel, mi oración, | y atiende a la voz de mis plegarias.
[7] En el día de la angustia te llamo, | porque sé que tú me oyes.
[8] No hay en los dioses semejante a ti, | y nada hay que iguale tus obras (1).
[9] Todas las gentes que tú hiciste, | vengan, ¡oh Yavel, a postrarse ante ti | y honren tu nombre;
[10] Pues que tú eres grande y obras maravillas, | tú eres el solo Dios.
[11] Enséñame, ¡oh Yavel, tus caminos, para que ande yo en tu verdad, | y lleva mi corazón únicamente a reverenciar tu nombre.
[12] Pueda yo darte gracias, Yave, mi Dios, con todo mi corazón, | y glorificar tu nombre por la eternidad,
[13] Por tu gran misericordia para conmigo, | por haber sacado mi alma del profundo Averno.
[14] ¡Oh Dios! Gentes soberbias se alzan contra mí, | una turba feroz busca mi alma, | y no te ponen delante de sí.
[15] Pero tú, ¡oh Yavel, eres Dios misericordioso y clemente, | magnánimo y de gran piedad y fidelidad.
[16] Mírame y ten piedad de mí, | fortalece a tu siervo | y salva al hijo de tu esclava.
[17] Haz conmigo muestra de ti para bien, | y viéndola confúndanse los que me odian. | Vean que tú eres Yave, | que me socorres y me consuelas.

87. (Vulg. 86.)

Oración de un afligido.

[1] Salmo de los hijos de Coré. Cántico (2).
Fundación suya sobre los altos montes,
[2] Ama Dios las puertas de Sión, más que todas las tiendas de Jacob.
[3] Muy gloriosas cosas se han dicho de ti, ciudad de Dios. (Sela.) | Contaré a Rahab y a Babilonia entre los que me conocen;

(1) Celebra el salmista la vuelta del cautiverio y la restauración nacional. Pero ésta iba muy lentamente, no se ajustaba a las hermosas promesas contenidas en los oráculos de Isaías, Jeremías y Ezequiel. Por eso pide que llegue esa plena restauración, en la cual va ya implicada, lo mismo que en las aludidas profecías, la promesa mesiánica.

(1) En el versículo 9 se augura la venida de las naciones todas a honrar a Dios en su templo, lo que implica francamente la idea mesiánica.
(2) Bellísimo salmo mesiánico. Jerusalén vendrá a ser la ciudad en que todas las naciones gozarán de los derechos de ciudadanía, como si en ella hubieran nacido. Preludia la doctrina de San Pablo, de que en Cristo no hay judío ni griego, bárbaro ni escita, porque todos somos uno en Cristo. (Col. 3. 11 ss.)

4 La Filistea, Tiro y el pueblo de
los etíopes, allí nacieron;
5 Y de Sión dirán: «Este y el otro
allí han nacido | y es el Altísimo
mismo el que la fundó.»
6 Inscribirá Yave en el libro de
los pueblos: éste nació allí. (Sela.)
7 Y cantarán saltando de júbilo:
«En ti están mis fuentes todas.»

88. (Vulg. 87.)

Oración de un afligido.

1 Al maestro del coro. Cántico de
los hijos de Coré. Sobre Mahalat. Para
cantar. Masquil de Emán, ezraíta.
2 ¡Oh Yave, Dios de mi salvación! |
Día y noche clamo a ti (1).
3 Llegue mi oración a tu presen-
cia, | inclina tu oído a mi clamor.
4 Harta de males está mi alma, | y
mi vida al borde del sepulcro.
5 Ya me cuentan entre los que
bajan a la fosa; | soy ya hombre sin
fuerzas,
6 Abandonado entre los muertos, |
o como los traspasados que moran
en el sepulcro, | de quienes ya no
te acuerdas, | y que fueron arran-
cados a tus manos.
7 Hasme puesto en lo profundo de
la hoya, | entre las tinieblas del
abismo.
8 Pesa tu ira sobre mí | y has
desencadenado contra mí todos tus
furores. (Sela.)
9 Has alejado de mí a mis cono-
cidos, | me has hecho para ellos abo-
minable. | Estoy encerrado y no
tengo salida.
10 Mis ojos languidecen por la
aflicción. | Te invoco, ¡oh Yave!, todo
el día y | tiendo mis manos hacia ti.
11 ¿Harás tú ya prodigio alguno
para los muertos? | ¿Se levantarán
los muertos para alabarte? (Sela.)
12 ¿Cantará nadie en el sepulcro
tus piedades, | ni en el Averno tu
fidelidad?
13 ¿Será conocido prodigio alguno
tuyo en las tinieblas | ni tu justicia
en la tierra del olvido?
14 A ti clamo, pues, ¡oh Yave! | y mis
plegarias van a ti desde la mañana.
15 ¿Por qué, ¡oh Yave!, me recha-
zas, | y me escondes tu rostro?
16 Soy un mísero afligido desde
mi mocedad, | siempre en espanto,
lleno de terrores.
17 Derrámanse sobre mí tus furo-
res | y me oprimen tus espantos.
18 Continuamente me invaden como
aguas, | y todas a una me sumergen.
19 Has alejado de mí amigos y
compañeros, | y son mis parientes
las tinieblas.

(1) El poeta, profundamente afligido y contristado, pide a Dios humildemente le libre de tantas penas y le salve la vida.

89. (Vulg. 88.)

Quejas por el abatimiento del rey, a pesar de las promesas hechas a David.

1 Masquil de Etán, ezraíta (1).
2 Quiero siempre cantar las mise-
ricordias de Yave | y dar por mi
boca a conocer | a las generaciones
todas tu fidelidad;
3 Y decir: «Tu misericordia es
eterna, | y tu fidelidad la apoyas
en los mismos cielos.»
4 «He hecho alianza con mi ele-
gido, | he jurado a David, diciendo:
5 Haré durar por siempre tu prole, |
y estableceré tu trono por las gene-
raciones.» (Sela.)
6 Los cielos cantan tus maravillas,
¡oh Yave!, | y cantan tu fidelidad
en la asamblea de los santos.
7 ¿Quién sobre las nubes semejante
al Señor? | ¿Quién semejante a Yave
entre los hijos de los dioses?
8 Es terrible Dios en la congre-
gación de los santos, | es formidable
más que cuantos le rodean. | Yave,
Dios Sebaot, ¿quién que te iguale?
9 Tú eres poderoso, ¡oh Yave!, |
ceñido de tu fidelidad. | Tú dominas
la soberbia del mar.
10 Cuando se embravecen sus olas |
tú las contienes. | Tú quebrantaste
a Rahab como a un vencido ene-
migo,
11 Y con tu fuerte brazo dispersas
a tus enemigos.
12 Tuyos son los cielos, tuya la
tierra, | el orbe de la tierra y cuanto
lo llena; tú lo formaste,
13 Tú creaste el aquilón y el austro. |
El Tabor y el Hermón saltan al oír
tu nombre.

(1) Salmo de inspiración enteramente mesiánica, basada en la alianza de Dios con Israel y en la promesa divina hecha a David. Lo uno y lo otro son motivos para esperar de Dios una mejor suerte para Israel que la que entonces tenía, y para pedir al Señor que se acuerde de sus palabras y las cumpla cuanto antes.

14 Tú tienes un brazo lleno de
vigor, | fuerte es tu mano, amenaza-
dora tu diestra.
15 La justicia y el juicio son el
asiento de tu trono, | la misericordia
y la fidelidad tus heraldos.
16 Bienaventurado el pueblo que
sabe cantarte, ¡oh Yavé! | Andará
siempre a la luz de tu faz,
17 Gozará siempre de la alegría
de tu nombre, | y se alegrarán en
tu justicia.
18 Tú eres nuestra gloria y nuestra
fuerza, | y por tu benevolencia se
acrecienta nuestro poderío,
19 Pues Yavé es nuestro defensor, |
el santo de Israel.
20 Tú en tiempos hablaste en
visión, | y dijiste a tus predilec-
tos: | «He dado mi ayuda a un va-
liente, | he alzado en la nación a
un valeroso. | He hallado a David,
mi siervo.
21 Le he ungido con mi óleo con-
sagrado.
22 Mi mano le sostendrá con firme
apoyo | y mi brazo le hará fuerte.
23 No le vencerá enemigo, | no le
abatirá inicuo.
24 Destruiré ante él a sus enemi-
gos, | y quebrantaré a los que le
aborrecen.
25 Serán con él mi verdad y mi
misericordia, | y en mi nombre se
alzará su poder.
26 Pondré su mano sobre el mar |
y su diestra en los ríos.
27 El me invocará, diciendo: «Tú
eres mi padre, | mi Dios, la roca de
mi salvación.»
28 Y yo le haré mi primogénito, |
el más excelso de los reyes de la tierra.
29 Yo guardaré eternamente con
él mi misericordia, | y mi alianza
con él no será rota.
30 Haré subsistir por siempre su
descendencia, | y su trono, mien-
tras subsistan los cielos.
31 Y si traspasan sus hijos mi ley |
y no siguieren mis mandatos;
32 Si violaren mis preceptos, | y no
hicieren caso de mis mandamientos,
33 Yo castigaré con la vara sus
rebeliones | y con azotes sus pecados,
34 Pero no apartaré de él mi
piedad | ni faltaré a mi fidelidad.
35 No quebrantaré mi alianza | y no
retractaré cuanto ha salido de mis
labios.
36 Una cosa he jurado por mi san-
tidad, | y no romperé la fe a David.
37 Su descendencia durará eter-
namente, | y su trono durará ante
mí cuanto el sol,
38 Cuanto la luna: durará eterna-
mente, | cuanto durarán los altos
cielos.» (Sela.)
39 Pero con todo, has rechazado,
has alejado a tu ungido, | te has
indignado contra él.
40 Has roto la alianza con tu
siervo, | has profanado y echado a
tierra su diadema.
41 Has arruinado todas sus mura-
llas, | has reducido a escombros sus
fortalezas.
42 Cuantos pasan por el camino le
saquean, | es el oprobio de sus vecinos.
43 Has robustecido la diestra de
sus enemigos, | has alegrado a todos
sus adversarios.
44 Has embotado el filo de su
espada | y no le has socorrido en el
combate.
45 Le has despojado de su majes-
tad | y has echado por tierra su
trono.
46 Has acortado los días de su
juventud | y le has cubierto de opro-
bio. (Sela.)
47 ¿Hasta cuándo, ¡oh Yavé!, esta-
rás escondido? | ¿Ha de arder por
siempre tu ira como fuego?
48 Acuérdate, Señor, de cuán breve
es esta vida | y de cuán para poco
hiciste a todos los mortales.
49 ¿Quién es el hombre que viva
y no haya de ver la muerte? | ¿Quién
puede sustraerse al poder del se-
pulcro? (Sela.)
50 ¿Dónde están tus antiguas pie-
dades, ¡oh Yavé!, | las que por tu
verdad juraste a David?
51 Acuérdate, ¡oh Yavé!, del opro-
bio de tu siervo, | y cómo llevo yo
en mi seno las afrentas de muchos
pueblos,
52 Las que arrojan tus enemigos, ¡oh
Yavé!, | sobre los pasos de tu ungido.

Doxología final del libro.

53 Bendito sea Yavé por la eter-
nidad. Amén, amén.

LIBRO CUARTO

90. (Vulg. 89.)

Deprecación de misericordia.

1 Oración de Moisés, varón de Dios

Yave, tú eres refugio, | lo has sido para nosotros en todo tiempo (1).
2 Antes que los montes fuesen | y fuesen paridos la tierra y el orbe, | eres tú desde la eternidad hasta la eternidad.
3 No reduzcas al polvo a hombrecillos, | diciéndoles: «Volved, hijos de la tierra.»
4 Mil años son a tus ojos como el día de ayer, | que ya pasó, como una vigilia de la noche.
5 Los arrebatas y se duermen. | A la mañana como hierba verde,
6 A la mañana florece y verdea, | a la tarde se marchita y se seca.
7 Consúmenos tu ira | y nos conturba tu indignación.
8 Has puesto nuestros pecados enfrente de ti, | nuestros pecados secretos a la luz de tu faz,
9 Y todos nuestros días transcurren bajo tu ira, | y acabamos nuestros años como un suspiro.
10 Los días de nuestros años, setenta años, | y ochenta en los más robustos.
11 Pero también la robustez es apariencia, un nada, | porque se corta en un instante y volamos. | ¿Quién pesa en lo justo la severidad de tu ira | y tu indignación, en lo que debes ser temido?
12 Enséñanos, pues, a contar nuestros días, | para que adquiramos un corazón sabio.
13 Vuélvete, ¡oh Yavel, ya por fin, | y ten compasión de tus siervos.
14 Sácianos pronto de tu gracia, | para que jubilemos y nos alegremos todos los días de nuestra vida.
15 Alégranos por tantos días como nos humillaste, | por tantos años como probamos la aflicción.
16 Véase tu obra sobre tus siervos | y tu grandeza sobre sus hijos.
17 Sea sobre nosotros la suavidad de Yave, nuestro Dios, | y dirige la obra de nuestras manos.

91. (Vulg. 90.)

Canto a la providencia de Dios sobre el justo.

1 El que habita bajo la protección del Altísimo, | y mora a la sombra del Todopoderoso (1).
2 Diga a Dios: «Tú eres mi refugio y mi roca, | mi Dios, en quien confío.»
3 Y él te librará de la red del cazador, | de la peste exterminadora;
4 Te cubrirá con sus plumas, | hallarás seguro bajo sus alas, | y su fidelidad te será escudo y adarga.
5 No tendrás que temer los espantos nocturnos, | ni las saetas que vuelan de día,
6 Ni la pestilencia que vaga en las tinieblas, | ni la mortandad que devasta en pleno día.
7 Caerán a tu lado mil, | caerán a tu derecha diez mil: | a ti no llegará,
8 Con tus mismos ojos mirarás | y verás el castigo de los impíos.
9 Teniendo a Yave por refugio tuyo, | al Altísimo por fortaleza tuya,
10 No te llegará la plaga | ni se acercará el mal a tu tienda,
11 Pues te cometerá a sus ángeles | para que te guarden en todos tus caminos,
12 Y ellos te llevarán en sus manos, | para que no tropieces en las piedras.
13 Pisarás sobre áspides y víboras, | y hollarás al león y al dragón.
14 «Porque me amó, yo le salvaré; | yo le defenderé, porque confesó mi nombre.
15 Me invocará él y yo le oiré, | estaré con él en la tribulación, | le sacaré y le honraré.
16 Le saciaré de días | y le daré a ver mi salvación.»

92. (Vulg. 91.)

Alabanza de la providencia divina.

1 Salmo. Cántico. Para el día del sábado (2).
2 Justo es alabar a Yave | y cantar tu nombre, Altísimo;
3 Alabar de mañana tu piedad, | y de noche tu fidelidad.
4 Tócame a mí pulsar el decacordio y el salterio, | y el arpa con suave melodía,

(1) El poeta lamenta la brevedad y miseria de la vida y pide a Dios luz para por ella conocer la grandeza divina, ante la cual somos un día que ya pasó: nada.

(1) Hermoso canto a la benigna providencia de Dios sobre los justos, a quienes salva de todos los peligros, por muchos que sean los que le rodeen, y a quienes pone bajo la protección de sus ángeles.
(2) De este salmo puede decirse algo semejante a lo dicho del anterior.

5 Pues me has alegrado, ¡oh Yavé!,
con tus obras, | y me gozo en las
obras de tus manos.
6 ¡Qué magníficas son tus obras,
¡oh Yavé! | Cuán profundos son tus
pensamientos,
9 Y cuán excelso tú por la eter-
nidad, ¡oh Yavé!
7 No conoce esto el hombre necio, |
no entiende esto el insipiente:
8 Que germinan los impíos como
la hierba, | y florecen tantos que
obran la maldad, | para ser destruí-
dos por la eternidad.
10 Pues tus enemigos, ¡oh Yavé!,
tus enemigos perecerán | y serán
disipados todos los que obran el
mal.
11 Mientras se acrecienta sobrema-
nera mi fuerza como la del unicor-
nio. | Estoy lleno de verde aceite
como savia,
12 Y miraré desde arriba a mis
enemigos, | y oirá mi oído cosas
gratas contra los malvados que se
alzan contra mí.
13 Florecerá el justo como la pal-
ma, | crecerá como el cedro del
Líbano,
14 Plantado en la casa de Yavé, |
florecerá en los atrios de nuestro
Dios.
15 Crecerán, aun en la senectud, |
sanos y vigorosos.
16 Para anunciar: «¡Recto es Yavé,
mi roca, | no hay en él iniquidad!»

93. (Vulg. 92.)

Grandeza del dominio de Dios en la creación (1).

1 ¡Reina Yavé! Se vistió de ma-
jestad, | vistióse de poder Yavé y
se ciñó. | Estable es el mundo,
inconmovible;
2 Firme tu trono desde el prin-
cipio; | desde la eternidad eres tú.
3 Alzan los ríos, ¡oh Yavé!, | alzan
los ríos su voz, | alzan los ríos su
estrépito.
4 Más fuertes son los bramidos
del mar; | pero más grande que los
furores del mar eres tú, | más mag-
nífico en las alturas, ¡oh Yavé!
5 Tus testimonios son firmísimos, |
conviene a tu casa la santidad, ¡oh
Yavé! | Por los siglos de los siglos.

(1) Breve pero magnífico canto a la grandeza de Dios, que inmensamente supera a lo más grande de la creación.

94. (Vulg. 93.)

Invocación a Dios, que castiga a los Impíos y protege a los justos (1).

1 ¡Dios de las venganzas, Yavé, |
Dios de las venganzas, muéstrate!
2 Alzate, juez de la tierra, | da a
los soberbios su merecido.
3 ¿Hasta cuándo los impíos, ¡oh
Yavé!, | hasta cuándo los impíos
triunfarán,
4 Hablarán proterva y jactancio-
samente | los que obran la iniquidad?
5 Aplastan a tu pueblo, | oprimen
a tu heredad.
6 Dan muerte a la viuda y al
huérfano,
7 Y se dicen: «No ve Yavé, | no
sabe el Dios de Jacob.»
8 Entended, necios del pueblo. | Y
vosotros, fatuos, ¿cuándo seréis cuer-
dos?
9 El que hizo el oído, ¿no va a oír? |
El que formó el ojo, ¿no va a ver?
10 El que educa a los pueblos,
¿no va a reprender él que da al
hombre la sabiduría?
11 Conoce Yavé los pensamientos
de los hombres, | cuán vanos son.
12 Bienaventurado el hombre a
quien tú educas, ¡oh Yavé!, al que
das sabiduría con tu ley,
13 Para que esté tranquilo en los
días de aflicción, | en tanto que se
cava para el impío la fosa.
14 No abandona Yavé a su pueblo. |
No desampara su heredad.
15 Volverán a la justicia los jui-
cios, | y la seguirán todos los rectos
de corazón.
16 ¿Quién se levantará por mí
contra los malvados? | ¿Quién estará
conmigo contra los obradores de la
iniquidad?
17 Si Yavé no me hubiera ayu-
dado, | ya habitaría mi alma en el
sepulcro.
18 Apenas decía yo: «Vacilan mis
pies», | tu gracia, ¡oh Yavé!, me
sostenía,
19 Y en las grandes angustias de
mi corazón | alegraban tus consue-
los mi alma.
20 ¿Puede acaso ser aliado tuyo
el trono de la iniquidad? | ¿Puede la
tiranía sofocar al derecho,

(1) En vano pretenden los impíos tranquilizarse queriendo persuadirse de que Dios no ve sus malas obras. Las ve y las castigará, mientras que al justo nunca le abandonará.

21 Los que se echan sobre la vida
del justo | y condenan la sangre
inocente?
22 Pero Yave es refugio para mí, |
es la roca de mi salvación.
23 El arrojará sobre ellos su misma
perversidad, | y con su misma malicia
los aniquilará. | Los aniquilará Yave,
nuestro Dios.

95. (Vulg. 94.)

Exhortación a la alabanza y obediencia de Dios (1).

1 ¡Venid, cantemos jubilosamente a
Yave! | ¡Cantemos gozosos a la roca
de nuestra salvación!
2 Lleguémonos a él con alabanzas, |
aclamémosle con cánticos.
3 Porque grande es Yavé, | rey
grande sobre todos los dioses.
4 Porque tiene en sus manos las
profundidades de la tierra, | y suyas
son también las cumbres de los
montes.
5 Suyo es el mar, pues él lo hizo; |
suya la tierra, formada por sus manos.
6 Venid, postrémonos en tierra
ante él, | doblemos nuestra rodilla
ante Yave, nuestro Hacedor.
7 Porque él es nuestro Dios, y
nosotros el pueblo que él apacienta, |
y el rebaño que él guía. | No tengáis
que oír hoy de él estas palabras:
8 «No endurezcáis vuestro corazón
como en Meriba, | como el día de
Masa en el desierto,
9 Donde me tentaron vuestros padres, | me probaron, a pesar de haber
visto mis obras.
10 Cuarenta años anduve desabrido
de aquella generación, | y tuve que
decirme: «Estos son gente de torcido corazón,
11 Que desconoce mis caminos | y
les juré en mi ira que no entrarían
en mi reposo.»

96. (Vulg. 95.)

Alabanza del Señor, único Dios.

1 Cantad a Yave un cántico nuevo, | cantad a Yave la tierra toda.
2 Cantad a Yave y bendecid su
nombre, | anunciad de día en día
su salvación.
3 Cantad su gloria entre las gentes, |
en todos los pueblos sus maravillas,
4 Porque grande es Yave y digno
de toda alabanza, | terrible sobre
todos los dioses.
5 Porque todos los dioses de los
pueblos son vanos ídolos, | pero
Yave hizo los cielos.
6 A él, pues, la magnificencia y la
alabanza; | a él en su santuario la
fortaleza y la gloria.
7 Dad a Yave, ¡oh familias de los
pueblos, dad a Yave la gloria y el
poderío (1).
8 Dad a Yave el honor debido a
su nombre, | tomad ofrendas y venid a sus atrios.
9 Inclinaos ante Yave en la hermosura de su santuario, | tema ante
él toda la tierra.
10 Decid entre las gentes: «¡Reina
Yave!» | Decid también: «El afirmó
el orbe y no se conmueve, | él gobierna con equidad a los pueblos.»
11 Alégrense los cielos, regocíjese
la tierra, | truene el mar y cuanto
en él se contiene.
12 Salte de júbilo el campo y todo
cuanto hay en él, | y salten juntamente los árboles de la selva,
13 Ante la presencia de Dios, que
viene, | que viene a regir la tierra. |
El regirá al mundo con equidad | y a
los pueblos con justicia.

97. (Vulg. 96.)

Gloria de la venida de Dios a juzgar.

1 ¡Dios reina! Gócese la tierra, | alégrense sus muchas islas (2).
2 Hay en torno de él nube y calígine, | la justicia y el juicio son las
bases de su trono.
3 Precédele fuego, | que abrasa
en derredor a todos sus enemigos.
4 Sus rayos alumbran el mundo, |
tiembla la tierra al verle.
5 Derrítense como cera los montes
ante Yave, | ante el Señor de toda
la tierra.

(1) Invita el poeta a todos los fieles de Yave a postrarse ante él y prestarle obediencia cumpliendo sus leyes y a no rebelarse contra él.

(1) La invitación a los pueblos todos a venir a adorar a Dios implica la universalidad del reino de Dios, reconocido por todas las naciones, y por tanto, el reino mesiánico.

(2) Canta el reino de Dios sobre Israel, precedido del juicio sobre los que adoran a los ídolos. Canto indudablemente mesiánico.

6 Anunciad, cielos, su justicia, | y todos los pueblos vean su gloria.
7 Confundidos serán todos los que adoran sus simulacros, | los que se glorían de sus ídolos.
8 Caerán ante él todos los dioses. | Oyó Sión y se regocijó, | regocijáronse las ciudades de Judá | por tus juicios.
9 Porque tú eres Yave, el Altísimo, sobre toda la tierra, | inmensamente ensalzado sobre todos los dioses.
10 Aborreced el mal los que amáis a Yave, que él defiende la vida de sus santos | y los libra de la mano de los impíos.
11 Ya alumbra la luz para el justo | y la alegría para los rectos de corazón.
12 Alegraos en Yave, ¡oh justos!, | y honrad su santo nombre.

98. (Vulg. 97.)

Canto de alabanza a Dios después de la victoria.

1 Salmo. Cantad a Yave un cántico nuevo, | porque él ha hecho cosas maravillosas, | su diestra y su santo brazo han vencido (1).
2 Ha mostrado Yave la salvación que de él viene | y ha revelado su justicia a ojos de las gentes.
3 Se ha acordado de su benignidad | y de su fidelidad a la casa de Israel.
4 Todas las naciones de la tierra | vieron la victoria de nuestro Dios. | Saltad de júbilo ante Yave, habitantes todos de la tierra. | A él las voces, los cantos y los salmos.
5 Cantad a Yave con la cítara, | con la cítara y con voces de canto,
6 Con las trompetas y los sones de la bocina. | Saltad de júbilo ante el rey, ante Yave.
7 Salte de júbilo el mar y cuanto él contiene, | el mundo y todos sus habitantes.
8 Batan palmas los ríos, | regocíjense todos los montes,
9 Delante de Yave, que viene a juzgar a la tierra, | y juzgará al mundo con justicia | y a los pueblos con equidad.

(1) Una victoria del pueblo sirve de ocasión al poeta para dirigir a las naciones todas una invitación para que vengan a cantar a Yave, reconociendo su poderío y su fidelidad a las promesas hechas a su pueblo.

99. (Vulg. 98.)

Gloria del Señor en su santo monte.

1 ¡Dios reina! ¡Teman los pueblos! | Se asienta sobre los querubines, tiemble la tierra (1).
2 Grande es Dios en Sión, excelso sobre todos los pueblos.
3 Alabado sea tu grande y terrible nombre. Es santo.
4 Alabad el poderío del rey que ama la justicia. | Tú estableciste las normas de la rectitud, | tú hiciste en Jacob juicio y justicia.
5 Ensalzad a Yave, nuestro Dios, | y postraos ante el escabel de sus pies: es santo.
6 Moisés y Arón están entre sus sacerdotes. | Samuel, con los que invocan su nombre. | Invocaban a Yave y él los oía.
7 Les hablaba en columna de nube, | y guardaron sus testimonios y la ley que les dió.
8 ¡Oh Yave, Dios nuestro! Tú los oías | y fuiste con ellos indulgente, | aunque castigaste sus pecados.
9 Ensalzad a Yave, nuestro Dios, | y postraos ante su monte santo, | porque santo es Yave, nuestro Dios.

100. (Vulg. 99.)

Acción de gracias.

1 Salmo. Para dar gracias. | Cantad a Yave en toda la tierra (2),
2 Servid a Yave con júbilo, | venid gozosos a su presencia.
3 Sabed que Yave es Dios, | que lé nos hizo y suyos somos, | su pueblo y la grey de su pastizal.
4 Entrad por sus puertas, dándole gracias, | en sus atrios, alabándole. | Dadle gracias y bendecid su nombre.
5 Porque bueno es Yave, | es eterna su piedad, | y perpetua por todas las generaciones su fidelidad.

101. (Vulg. 100.)

Normas de vida de un príncipe bueno.

1 Salmo de David.
Quiero cantarte misericordia y jus-

(1) Yave, Rey justo, reina soberanamente en Sión, en medio de sus santos. A él vendrán los pueblos todos de la tierra.
(2) La suma bondad de Dios, Hacedor de todo y pastor de su pueblo, hace que se le hayan de dar incesantes gracias.

ticia, | quiero cantarte a ti, ¡oh Yavel,
3 Y entender el camino de la rectitud. | Cuando vienes a mí, | ando yo en integridad de corazón en mi casa.
3 No pongo mis ojos en cosa injusta; | aborrezco cometer injusticia, | no se me pegará.
4 Lejos de mí estará el corazón perverso, | desconoceré la maldad.
5 Reduciré al silencio al que en secreto detrae a su prójimo; | no toleraré al de altivos ojos y corazón soberbio.
6 Pondré mis ojos en los fieles de la tierra, para tenerlos conmigo; | Los que andan por el camino de la rectitud serán mis ministros.
7 No habitará en mi casa el que cometa fraude, | el que habla mentirosamente no permanecerá ante mí.
8 De mañana haré perecer a todos los impíos de la tierra (1) | y exterminaré en la ciudad de Yave | a todos los obradores de la iniquidad.

102. (Vulg. 101.)

Plegaria de un afligido que desfallece y se lamenta.

1 Plegaria de un afligido, que desfallece y se lamenta ante Yave.
2 Escucha, ¡oh Yavel, mi oración, | y llegue a ti mi clamor.
3 No escondas de mí tu rostro, mientras estoy en aflicción, | inclina tus oídos a mí cuando te invoco. | ¡Apresúrate, óyeme!
4 Pues se desvanecen como humo mis días, | y se tuestan mis huesos como en horno.
5 Está seco mi corazón y consumido como heno, | y me olvido de comer mi pan.
6 Por la vehemencia del gemir, | se pegan mis huesos a la piel,
7 Y he venido a ser como pelícano del desierto, | soy como buho entre las ruinas.
8 No duermo y sollozo, | como pájaro solitario sobre el tejado.
9 Continuamente se burlan de mí mis enemigos, | y se enfurecen contra mí y execran mi nombre.
10 Porque cómo el pan como si comiera ceniza, | y mi bebida se mezcla con lágrimas,
11 Por tu indignación y tu ira, | porque me cogiste y me lanzaste.
12 Mis días son como sombra que se alarga, | y me he secado como hierba.
13 Y con todo, ¡oh Yavel, tú te sientas en tu trono, | y tu memoria permanece por generaciones y generaciones.
14 Tú te alzarás y tendrás misericordia de Sión, | porque tiempo es ya de que le seas propicio; | viene ya su tiempo.
15 Porque aman tus siervos sus piedras, | y se compadecen de su polvo.
16 Entonces temerán todas las gentes el nombre de Yave, | y todos los reyes de la tierra tu gloria.
17 Cuando reedifique Yave a Sión, | cuando aparezca en su gloria.
18 Y convirtiéndose a la oración de los despojados, | no desprecie su oración.
19 Esto lo escribirá la generación posterior, y un pueblo nuevo alabará a Yave.
20 Por haber echado Yave su mirada desde su excelsa santa morada, | y haber mirado desde los cielos a la tierra.
21 Escuchando el gemir de los cautivos | y librando a los destinados a la muerte.
22 Para que sea cantado en Sión el nombre de Yave | y sus alabanzas en Jerusalén.
23 Cuando se reunirán todos los pueblos | y todos los reinos para servir a Yave (1).
24 A medio camino quebrantó mis fuerzas, | abrevió mis días.
25 Yo clamo: ¡Dios mío!, | no me lleves a la mitad de mis días, | tú, cuyos años son por generaciones y generaciones.
26 Desde el principio fundaste la

(1) El salmo nos presenta un soberano íntegro, justiciero, que, consciente de sus deberes, se propone combatir la impiedad hasta hacerla desaparecer de la tierra. Por la mañana juzgaban los tribunales, condenando a los criminales. Parece la imagen de Ezequías o Josías llevando a cabo la reforma religiosa. A esta luz se ha de entender el versículo 8.

(1) El mesianismo de este salmo es claro. Se nos presenta el salmista agobiado de miserias; mas no son las suyas personales las que lamenta, sino las del pueblo, a juzgar por la firme esperanza que muestra de que Dios haga ostenta ión de su misericordia con Sión, con lo cual temerán y reverenciarán a Yave las naciones y los reyes reunidos todos en uno. Esto anuncia el reino universal del Señor, y, por tanto, el mesiánico.

tierra, | y obra de tus manos es el cielo;
[27] Pero estos perecerán, y tú permanecerás | mientras todo envejece como un vestido.
[28] Los mudarás como se muda un amito, | pero tú siempre el mismo, y tus días no tienen fin.
[29] Habiten los hijos de tus siervos allí, | y permanezca ante ti su posteridad.

103. (Vulg. 102.)

Alabanza de la providencia de Dios.

[1] De David. ¡Bendice, alma mía, a Yave, | bendiga todo mi ser su santo nombre! (1).
[2] ¡Bendice, alma mía, a Yave, | y no olvides ninguno de sus favores!
[3] El perdona tus pecados, | él sana todas tus enfermedades.
[4] El rescata tu vida del sepulcro | y derrama sobre tu cabeza gracia y misericordia.
[5] El sacía tu boca de todo bien, | y renueva tu juventud como la del águila.
[6] Hace Yave justicia | y juicio a todos los oprimidos.
[7] Dió a conocer a Moisés sus caminos, | y sus obras a los hijos de Israel.
[8] Es Yave piadoso y benigno, | tardo a la ira, es clementísimo.
[9] No está siempre acusando | y no se aíra para siempre.
[10] No nos castiga a la medida de nuestros pecados, | no nos paga conforme a nuestras iniquidades.
[11] Sino que cuanto sobre la tierra se alzan los cielos, | tanto se eleva su misericordia sobre los que le temen.
[12] Cuan lejos está el oriente del occidente, | tanto aleja de nosotros nuestras culpas.
[13] Cuan benigno es un padre para con sus hijos, | tan benigno es Dios para con los que le temen.
[14] Pues él conoce bien de qué hemos sido hechos, | sabe que no somos más que lodo.
[15] Los días del hombre son como la hierba; | como flor del campo así florece,
[16] Pero sopla sobre ella el viento, y ya no es más, | ni se sabe ya siquiera dónde estuvo.
[17] Pero la justicia de Yave es eterna para los que le temen; | y pasa su misericordia a los hijos de los hijos,
[18] Para los que son fieles a su alianza | y tienen presentes sus mandamientos, para ponerlos por obra.
[19] Ha establecido Yave en los cielos su trono, | y su reino lo abarca todo.
[20] Bendecid a Yave, vosotros, sus ángeles, | que sois poderosos y cumplís sus órdenes, | prontos a la voz de su palabra.
[21] Bendecid a Yave, vosotras todas, sus milicias, | que le servís y obedecéis su voluntad.
[22] Bendecid a Yave, todas sus obras, | en cualquier lugar de su imperio. | ¡Bendice, alma mía, a Yave!

(1) Invita el poeta a los ángeles y a todas las obras de la creación a alabar a Dios por tantos favores como a todos y principalmente a su pueblo ha hecho, dando muestra de su infinita bondad y misericordia.

104. (Vulg. 103.)

Gloria de Dios en la creación.

[1] ¡Bendice, alma mía, a Yave! | Yave, Dios mío, tú eres grande, | estás rodeado de esplendor y majestad (1).
[2] Revístese de la luz como de un manto, | y como una tienda tendió los cielos.
[3] Alza sus moradas sobre las aguas, | hace de las nubes su carro, | y vuela sobre las plumas de los vientos.
[4] Tiene por mensajeros a los vientos, | y por ministros llamas de fuego.
[5] El fundó a la tierra sobre sus bases, | para que nunca después vacilara.
[6] La cubriste de los mares como vestido, | y las aguas cubrieron los montes.
[7] A tu increpación huyeron, | al sonido de tu voz se precipitaron,
[8] Y se alzaron los montes y se abajaron los valles | hasta el lugar que les habías señalado.
[9] Pusísteles un límite que no traspasarán. | No volverán a cubrir la tierra.
[10] Hace brotar en los valles los

(1) La gloria de Dios es inmensa, se refleja en todas las obras de sus manos y resplandece en su admirable providencia. Nunca serán suficientes nuestras acciones de gracias y nuestras alabanzas.

manantiales | que corren luego entre los montes.
11 Allí beben todos los animales del campo, | allí matan su sed los asnos salvajes.
12 Allí cerca se posan las aves del cielo, | que cantan entre la fronda.
13 De sus moradas manda las aguas sobre los montes, | y del fruto de sus obras se sacia la tierra.
14 El hace nacer la hierba para los animales | y el trigo para el uso del hombre, | para que saque éste de la tierra el pan,
15 Y el vino que alegra el corazón del hombre, | y el aceite que hace lucir su rostro, | y el pan que sustenta la vida del hombre.
16 Sacía también a los altos árboles, | a los cedros del Líbano que plantó,
17 En los cuales anidan las aves; | y los cipreses, domicilio de la cigüeña;
18 Los altos montes para las gamuzas, | las peñas para madrigueras del damán.
19 Tú hiciste la luna para los tiempos | y el sol que conoce su ocaso.
20 Tú tiendes las tinieblas y se hace noche, | y en ella corretean todas las bestias salvajes.
21 Rugen los leoncillos por la presa, | pidiendo así a Dios su alimento.
22 Sale el sol, y todos se retiran | y se acurrucan en sus cuevas.
23 Y sale el hombre a sus labores, | a sus haciendas, hasta la tarde.
24 ¡Cuántas son tus obras, oh Yave, | y cuán sabiamente ordenadas! | Está llena la tierra de tus beneficios.
25 Allá el mar, grande, inmenso, | donde vagan sin número animales pequeños y grandes, | por donde van las naves.
26 Y ese Leviatán que hiciste por que allí retozase.
27 Y todos esperan de ti | que les des el alimento a su tiempo.
28 Tú se lo das y ellos lo toman. | Abres tu mano y sácianse de todo bien.
29 Si tú escondes tu rostro se turban; | si les quitas el espíritu, mueren | y vuelven al polvo.
30 Si mandas tu espíritu se recrían, | y así renuevas la faz de la tierra.
31 Sea eterna la gloria de Yave | y gócese Yave en sus obras.
32 Mira a la tierra, y tiembla; | toca a los montes, y humean.
33 Yo cantaré toda mi vida a Yave, | entonaré salmos a mi Dios mientras viva.
34 Séale grato mi canto, | y yo me gozaré en Yave.
35 Desaparezcan de la tierra los pecadores, | y dejen de ser los impíos. | ¡Bendice, alma mía, a Yave! Aleluya.

105. (Vulg. 104.)

Fidelidad de Dios a la alianza.

1 Alabad a Yave, invocad su nombre, | dad a conocer entre los pueblos sus obras. (1)
2 Cantadle y entonadle salmos, | celebrad sus maravillas.
3 Gloriaos en su santo nombre. | Alégrese el corazón de los que buscan a Yave.
4 Buscad a Yave y fortaleceos, | buscad siempre su rostro.
5 Recordad las maravillas que ha obrado, | sus prodigios y las sentencias de su boca,
6 Vosotros, descendencia de Abraham, su siervo, | hijos de Jacob, su elegido.
7 El es Yave, nuestro Dios, | y sus juicios prevalecen en toda la tierra.
8 Fielmente guardó siempre su alianza, | y la promesa hecha a miles de generaciones,
9 El pacto hecho con Abraham, | y que con juramento prometió a Isac,
10 Y confirmó a Jacob como ley firme, | y a Israel como alianza eterna.
11 Diciendo: «Yo te daré la tierra de Canán, | como porción de vuestra heredad.»
12 Aunque fueran pocos entonces, | casi como nada, y peregrinos,
13 Pasaron de una a otra nación, | y de un reino a otro pueblo,
14 No dejó que nadie los oprimiese, | y castigó por ellos a reyes.
15 «No toquéis a mis ungidos, | no hagáis mal a mis profetas.»
16 Llevó el hambre sobre aquella tierra, | hizo que faltara todo mantenimiento,
17 Y mandó delante de ellos a un varón, | a José, vendido como esclavo.
18 Fueron puestos en el cepo sus pies, | y fué encadenado con hierros,

(1) La suma fidelidad de Dios a su alianza con Israel, mostrada sobre todo en la liberación de la servidumbre egipcia y en el darle la tierra prometida, debe ser motivo para que su pueblo incesantemente le alabe y le bendiga

19 Hasta que se realizó su presagio | y le acreditó la palabra de Dios.
20 Mandó el rey que le soltasen; | le dominador de pueblos le dejó en libertad
21 Y le hizo señor de su casa | y príncipe de todo su dominio,
22 Para que con su ejemplo enseñase a los príncipes, | y enseñase sabiduría a los ancianos.
23 Y vino Israel a Egipto, | habitó Jacob en la tierra de Cam.
24 Y multiplicó grandemente su pueblo, | e hizo que fuesen demasiado fuertes para sus enemigos.
25 Que se volviese el ánimo de éstos para odiar a su pueblo, | y para vejar dolosamente a sus siervos.
26 Mandó a Moisés, su siervo, | y a Arón, su elegido,
27 E hizo por medio de ellos sus prodigios, | y sus portentos en la tierra de Cam.
29 Convirtió en sangre sus aguas, | y mató sus peces.
30 Hormigueó de ranas la tierra, | aun dentro de la casa de su rey.
31 Mandó y vinieron los tábanos | y los mosquitos a todas sus regiones.
32 Les mandó granizo en vez de lluvia, | y llamas de fuego sobre su tierra.
33 Y abatió sus viñas y sus higueras, | y destrozó los árboles de su territorio.
34 A una señal suya vino la langosta, | y el pulgón en gran número,
35 Que royó toda la hierba de sus tierras | y devoró todos los frutos del campo.
28 Mandó a las tinieblas y las tinieblas vinieron. | Pero todavía se resistían a sus órdenes;
36 Y entonces hirió a todos los primogénitos en su tierra, | las primicias genitales de su robustez;
37 Y sacólos con plata y oro, | y no había entre sus tribus un enfermo.
38 Alegróse Egipto de que salieran, | porque se había apoderado de él su terror.
39 Les tendió como cubierta una nube | y un fuego para alumbrarlos en la noche.
40 A su petición hizo venir las codornices | y los sació de pan del cielo.
41 Hendió la roca y brotaron de ella las aguas, | que corrieron como un río por el desierto.
42 Porque se acordó de su santa promesa | y de Abraham, su siervo.
43 Así sacó a su pueblo gozoso | y a sus elegidos, llenos de alegría;
44 Y les asignó las tierras de las gentes, | y se posesionaron de las haciendas de los pueblos;
45 Para que pusiesen por obra sus mandamientos, | cumpliesen sus preceptos | y guardasen sus leyes. ¡Aleluya!

106. (Vulg. 105.)

Confesión de las rebeldías de Israel.

1 ¡Aleluya! Dad gracias a Yave, porque es bueno, | porque es eterna su misericordia. (1)
2 ¿Quién podrá contar todo lo que poderosamente hizo, | darle toda la alabanza que merece?
3 Bienaventurados los que guardan su ley, | los que siempre obran la justicia.
4 Acuérdate de mí, ¡oh Yave!, en tu benevolencia hacia tu pueblo; | visítame con tu socorro,
5 Para que pueda ver la buena suerte de tus elegidos, | y me alegre en el gozo de tu gente | y me regocije con tu heredad.
6 Hemos pecado, como nuestros padres; | hemos sido malos y perversos.
7 Nuestros padres en Egipto | no quisieron entender tus maravillas, | no pusieron mente en la muchedumbre de tus favores, | y se rebelaron contra el Altísimo junto al Mar Rojo.
8 Con todo, él los salvó, por el honor de su nombre, | para hacer muestra de su poder.
9 Gritó al Mar Rojo, y éste se secó; | y los hizo pasar entre las olas como por tierra seca.
10 El los salvó de las manos de los que los aborrecían, | y los sustrajo al poder del enemigo.
11 Y las aguas sumergieron a sus enemigos, | no escapando ni uno solo.
12 Entonces dieron fe a sus palabras | y cantaron sus alabanzas;
13 Pero bien pronto se olvidaron de sus obras | y no esperaron el cumplimiento de sus designios.
14 Dejáronse llevar de su concupiscencia en el desierto, | y tentaron a Dios en la soledad.

(1) Las continuas rebeldías del pueblo contra su Dios, humildemente confesadas, han de ser para el pueblo motivo de alabarle y bendecirle por su gran misericordia para con él.

15 Y él les dió lo que ardientemente deseaban, | pero mandó la podredumbre a sus entrañas.
16 Envidiaron a Moisés en el campamento, | y a Arón, el santo de Yave.
17 Y se abrió la tierra, y se tragó a Datán | y cubrió a los secuaces de Abirón.
18 Y el fuego devoró a los rebeldes | y las llamas consumieron a los impíos.
19 Se hicieron un becerro en Horeb, | y adoraron un simulacro fundido,
20 Trocando su gloria por la imagen de un buey que come hierba.
21 Se olvidaron de Dios, su salvador, | que tan grandes cosas había hecho en Egipto,
22 Las maravillas en la tierra de Cam, los portentos junto al Mar Rojo.
23 Y ya hubiera decretado exterminarlos, | si Moisés, su elegido, no se hubiera puesto en la brecha para resistirle, | para desviar su indignación del exterminio.
24 Despreciaron una tierra deleitable, | no tuvieron confianza en sus palabras,
25 Y murmuraron en sus tiendas | y desobedecieron a Dios.
26 Por eso alzó él su mano contra ellos, | jurando que los postraría en el desierto,
27 Y arrojaría a sus descendientes entre las gentes, | y los dispersaría por las tierras.
28 Aun se dieron al culto de Baalfogor, | y comieron los sacrificios de dioses muertos,
29 Provocándole a ira con sus obras, | y se desarrolló entre ellos una mortandad.
30 Levantóse Finés e hizo justicia, | y la plaga cesó.
31 Y le fué contado esto a justicia, | de generación en generación para siempre.
32 Le irritaron también en las aguas de Meriba, | y fué castigado Moisés por culpa de ellos,
33 Porque turbaron su espíritu, | y profirió con sus labios palabras imprudentes.
34 No destruyeron a los pueblos, | como se lo había mandado Yave,
35 Antes se mezclaron con las gentes | y adoptaron sus costumbres,
36 Y dieron culto a sus ídolos, | que fueron su ruina.
37 Sacrificaron los propios hijos y las propias hijas a los demonios;
38 Derramaron sangre inocente, | la sangre de sus hijos y sus hijas, | sacrificándolos a los ídolos de Canán, | y quedó aquella tierra contaminada por la sangre.
39 Contamináronse así con sus obras | y se prostituyeron con sus acciones,
40 Por lo cual se encendió la ira de Yave contra su pueblo | y abominó de su heredad;
41 Y los entregó al poder de las gentes | y quedaron sometidos a los que los odiaban;
42 Y fueron vejados por sus enemigos | y doblegados bajo su mano.
43 Muchas veces los libraba, | pero ellos se obstinaban en sus rebeliones | y eran humillados por sus iniquidades.
44 Mas él vió sus tribulaciones | y oyó sus lamentos,
45 Y se acordó de su alianza con ellos | y su mucha misericordia le inclinó a la piedad.
46 Y los hizo objeto de sus piedades | en presencia de cuantos los tenían en cautiverio.
47 ¡Sálvanos, Yave, Dios nuestro, y reúnenos de entre las gentes, | para que podamos cantar tu santo nombre | y gloriarnos en tus alabanzas!

Doxología final del libro.

48 Bendito sea Yave, Dios de Israel, de eternidades en eternidades, | y diga todo el pueblo: Amén. ¡Aleluya!

LIBRO QUINTO

107. (Vulg. 106.)

Benignidad de la providencia divina.

1 «¡Alabad a Yave, porque es bueno, | porque es eterna su misericordia!»
2 Digan así los que han sido libertados por Yave, | cuando los libró de la angustia
3 Y los reunió de entre las tierras | del oriente y del occidente, del aquilón y del austro (1).

(1) Este salmo, que nos describe como pasado el cautiverio babilónico, termina pintándonos la restauración con colores claramente mesiánicos, cosa frecuente en los profetas que desarrollan el mismo tema.

4 Erraban por desiertos, | no hallaban camino para ciudad habitada.
5 Hambrientos y sedientos, | desfallecía la fuerza de su alma;
6 Y clamaron a Yave en su peligro, | y los libró de sus angustias.
7 Y los llevó por camino derecho, | para que pudieran llegar a ciudad habitada.
8 Den gracias a Yave por su piedad | y por los maravillosos favores que hace a los hijos de los hombres.
9 Porque sació al hambriento, | y al famélico le llenó de sus bienes.
10 Sentábanse en tinieblas y en sombras de muerte, | cautivos en miseria y hierros,
11 Porque se habían rebelado contra los mandamientos de Dios | y habían despreciado los consejos del Altísimo.
12 Su corazón estaba abatido por el infortunio; | estaban deprimidos, sin tener quien los socorriese;
13 Y clamaron a Yave en su peligro, | y los libró de sus angustias.
14 Y los sacó de las tinieblas y de las sombras de muerte, | y rompió sus cadenas.
15 Den gracias a Yave por su piedad | y por los maravillosos favores que hace a los hijos de los hombres.
16 Por haber roto puertas de bronce | y haber desmenuzado barras de hierro.
17 Locos, por su mala conducta | y por sus maldades estaban enfermos.
18 Toda comida les producía náuseas | y estaban ya a las puertas de la muerte;
19 Y clamaron a Yave en su peligro, | y los libró de sus angustias.
20 Mandó su palabra y los sanó | y los sacó de la perdición.
21 Den gracias a Yave por su piedad | y por los maravillosos favores que hace a los hijos de los hombres,
22 Y ofrézcanle sacrificios de alabanza, | y llenos de júbilo publiquen sus obras.
23 Surcaban el mar en la nave, | para hacer su negocio en la inmensidad de las aguas;
24 También éstos vieron las obras de Yave | y sus maravillas en el piélago.
25 El dijo al huracán que soplara | y levantó las olas del mar.
26 Subían hasta los cielos y bajaban hasta los abismos. | Su alma fluctuaba entre angustias,
27 Rodaban y vacilaban como ebrios, | y toda su pericia no servía de nada.
28 Y clamaron a Yave en su peligro | y los libró de sus angustias.
29 Tornó el huracán en céfiro, | y las olas se calmaron.
30 Alegráronse porque se habían encalmado, | y los guió al deseado puerto.
31 Den gracias a Yave por su piedad | y por los maravillosos favores que hace a los hombres.
32 Y alábenle en la asamblea del pueblo, | y glorifíquenle en el consejo de los ancianos.
33 El torna desiertas, regiones regadas por ríos, | y las llenas de fuentes las hace tierra árida.
34 Hace de la tierra fértil un salobral, | por la maldad de sus habitantes.
35 Torna el desierto en lago | y la tierra seca en manantiales de aguas.
36 Hace habitar allí a los hambrientos, | y fundan allí ciudad de morada.
37 Siembran campos y plantan viñas | que dan frutos abundantes.
38 Los bendice y se multiplican, | y sus ganados no disminuyen nunca.
39 Y si vienen a ser pocos y oprimidos, | por el peso del infortunio y las fatigas,
40 El, que puede arrojar el oprobio sobre los príncipes | y los hace errar por fuera de camino,
41 Salva a los pobres de la miseria, | y multiplica como rebaños sus familias.
42 Ven esto los justos y se regocijan, | y los malvados tienen que cerrar su boca.
43 Todo el que es sabio considere esto | y ponga atención en los favores de Yave.

108. (Vulg. 107.)

Petición del auxilio divino contra los enemigos.

1 Cántico. Salmo de David (1).
2 Pronto está mi corazón, ¡oh

(1) Invoca el salmista la fidelidad de Dios en el cumplimiento de sus promesas para pedirle que libre al pueblo de sus enemigos. Los versículos 8-14 son igualmente los 8-14 del salmo 60, y los versículos 2-7 los 8-12 del 57.

Dios! | Quiero cantar y entonar salmos, | pronta está mi alma.
3 Despertad, salterio y cítara, | y hagamos despertar a la aurora.
4 Quiero alabarte entre los pueblos, ¡oh Yavé!, | y cantarte salmos entre las naciones.
5 Cantar que es más grande que los cielos tu misericordia, | y que llega hasta las estrellas tu fidelidad.
6 Alzate sobre los cielos, ¡oh Dios!, | y resplandezca en toda la tierra tu gloria.
7 Para que sean libertados tus elegidos, | da el auxilio de tu diestra y óyenos.
8 Habló Dios por su santidad: «Yo triunfaré, | dividiré a Siquem y mediré a Socot.
9 Mío es Galad, mío Manasés, | Efraím es el yelmo de mi cabeza, | Judá mi cetro;
10 Moab la bacía para lavarme; | a Edom le confió mi calzado; | de la filistea me alegraré.
11 ¿Quién me guiará a la ciudad fortificada, | quién me llevará hasta la Idumea?
12 ¿No eres por ventura tú, ¡oh Dios!, que nos has rechazado, | y no sales ya, ¡oh Dios!, con nuestros ejércitos?
13 Danos tu auxilio contra el enemigo, | porque vana es la salud que viene del hombre.
14 Con Dios haremos proezas, | y él quebrantará a nuestros enemigos.

109. (Vulg. 108.)

Oración imprecativa contra el enemigo.

1 Al maestro del coro. Salmo de David.
Dios de mi alabanza, no calles,
2 Porque la boca del impío y del doloso se abren contra mí. | Me hablan con perfidia,
3 Rodéanme de palabras de odio, | y me combaten sin causa.
4 En pago de mi amor me maltratan, | y yo no hago más que orar.
5 Me vuelven mal por bien | y odio por amor.
6 Pon sobre él a un impío, | y esté a su diestra el acusador.
7 Cuando es juzgado, sea condenado (1), | y sea ineficaz su oración.
8 Sean cortos sus días | y sucédale otro.
9 Sean huérfanos sus hijos | y su mujer viuda.
10 Vaguen errantes sus hijos y mendiguen, | busquen en su devastada casa.
11 Arrebate el acreedor cuanto tiene, | y roben extraños cuanto adquirió con su trabajo.
12 No tenga nadie que le favorezca, | ni quien tenga compasión de sus huérfanos.
13 Sea dada su posteridad al exterminio, | bórrese su nombre en una generación.
14 Venga en memoria ante Yavé la culpa de sus padres, | y no sea olvidado el pecado de su madre.
15 Estén siempre presentes a Yavé | y extirpe de la tierra su memoria,
16 Porque no se acordó de hacer misericordia, | sino que persiguió al mísero y al desvalido | y al afligido de alma, para llevarle a la muerte.
17 Amó la maldición, venga sobre él; | no quiso la bendición, apártese de él.
18 Vístase la maldición como vestido suyo, | penetre como agua en sus entrañas | y como aceite en sus huesos.
19 Sea el vestido de que se cubra | y el cinto con que siempre se ciña.
20 Esta será la merced de los que me persiguen por permisión de Yavé, | y de los que imprecan males contra mi alma.
21 Pero tú, ¡oh Yavé!, Señor, protégeme por el honor de tu nombre, | defiéndeme tú, según la bondad de tu misericordia,
22 Pues soy un mísero desvalido | y mi corazón está herido en mi pecho.
23 Voy desapareciendo como sombra que se alarga, | soy sacudido como la langosta;
24 Mis rodillas están debilitadas por el ayuno, | y mi carne, enflaquecida, desfallece.
25 Soy el oprobio de ellos, | me miran y mueven la cabeza.

(1) De todos los salmos imprecatorios, es quizá éste el que con más extensión y vehemencia expresa los sentimientos del salmista contra sus enemigos. Las palabras no pueden menos de chocar con nuestra mentalidad cristiana. Ya en otros salmos hemos dado la explicación que nos parece más probable. Si el salmista puede considerarse como tipo del siervo paciente de Yavé, es en cuanto paciente, no en el modo de padecer y sufrir, ni tampoco en cuanto a los frutos de la pasión del siervo de Yavé, que servirá para hacer triunfar la fidelidad del Señor a sus promesas.

[26] Ven en mi socorro, Yave, Dios mío, | sálvame por tu piedad.
[27] Conozcan que está en esto tu mano, | que eres tú, Yave, quien lo ha hecho.
[28] Maldicen ellos, pero tú bendecirás; | ellos se levantaron, pero serán confundidos | y tu siervo se alegrará.
[29] Se vestirán de ignominia los que me juzgan, | y serán cubiertos como de palio por la vergüenza.
[30] Yo ensalzaré grandemente a Yave con mi boca | y le alabaré en medio de la muchedumbre,
[31] Porque se pone a la derecha del pobre | y le salva de los que le sentencian a muerte.

110. (Vulg. 109.)

El Mesías, rey y sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec.

Salmo de David.
[1] Oráculo de Yave a ti, mi Señor (1): | «Siéntate a mi diestra, | en tanto que pongo a tus enemigos | por escabel de tus pies.»
[2] Extenderá Yave desde Sión tu poderoso cetro: «Domina en medio de tus enemigos.»
[3] Tu pueblo se te ofrecerá espontáneamente el día de tu esfuerzo, en ornato consagrado. | Serán para ti tus jóvenes guerreros, como rocío del seno de la aurora.»
[4] Ha jurado Yave y no se arrepentirá: «Tú eres sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec.»
[5] Yave estará a tu diestra, quebrantando reyes el día de su ira.
[6] Juzgará a las naciones, llenando la región de cadáveres. | Aplastará cabezas en vasto campo.
[7] «Beberá del torrente y por eso erguirá la cabeza.»

(1) Este salmo tiene cierta semejanza con el 2. Los judíos lo entendían del Mesías, y la objeción que Cristo Nuestro Señor presenta a los judíos en su controversia con ellos no tiende a contradecir esa creencia, sino a mostrar que el Mesías es algo más que hijo de David (Mt., 22, 42 y ss.). Los apóstoles citan varias veces los versos 1 y 4 para mostrar la exaltación de Jesucristo y su sacerdocio (I. Cor., 15, 25; Heb., 1, 13; 10, 13; 5, 6; 7, 17). Los textos griego y hebreo difieren mucho en el verso 3. Según el griego, la escena del principio tendría lugar en el cielo, entre los esplendores de la corte celestial; según el texto hebreo, en Jerusalén, donde Dios reina en su templo, y su ungido al lado de El. El pueblo le recibe con gusto y se pone a sus órdenes para emprender la guerra contra los adversarios, que quedan deshechos.

111. (Vulg. 110.)

Grandeza de las obras de Dios.

¡Aleluya!
[1] Alef: Quiero alabar a Yave con todo mi corazón, | Bet: en la congregación, en la gran asamblea de los santos.
[2] Guímel: Grandes son las obras de Yave, | Dálet: muy dignas de meditarse por todos cuantos en ellas se deleitan. (1)
[3] He: Su obra es gloria y magnificencia, | Vau: y su misericordia es eterna por los siglos.
[4] Zain: Hizo memorables sus maravillas. | Jet: Yave es misericordioso y clemente.
[5] Tet: Dió de comer a los que le temen, | Yod: acordándose siempre de su alianza.
[6] Caf: Mostró a su pueblo el poderío de sus obras, | Lámed: dándole la posesión de las gentes.
[7] Mem: Fidelidad y justicia son las obras de sus manos: | Nun: son firmes todos sus preceptos,
[8] Sámec: establecidos por los siglos, por la eternidad, | Ayin: obra de fidelidad y rectitud.
[9] Pe: Rescató a su pueblo, | Sade: ratificó por la eternidad su alianza. | Qof: Su nombre es santo y terrible.
[10] Res: El principio de la sabiduría es temer a Yave. | Sin: Los que esto hacen tienen buen entendimiento; | Tau: su alabanza permanece por los siglos.

(1) Los portentos hechos por Yave en favor de su pueblo han de ser constantemente recordados y agradecidos por sus fieles.

112. (Vulg. 111.)

Bienandanza del justo.

¡Aleluya! (2)
[1] Alef: Bienaventurado el varón que teme a Yave | Bet: y se deleita en gran manera en sus mandamientos.
[2] Guímel: Su descendencia será po-

(2) Canta el poeta la bienaventuranza del justo y la benigna providencia de Dios sobre él.

derosa sobre la tierra, | Dálet: y la generación de los rectos le bendecirá.
3 He: Hay en su casa haciendas y riquezas, | Vau: y su benevolencia permanecerá por siglos.
4 Zain: En las tinieblas resplandece la luz para los rectos. | Jet: Es misericordioso, clemente y justo.
5 Tet: Le va bien al varón que da y presta. | Yod: Mantiene su estado por la justicia.
6 Caf: Ciertamente no caerá para siempre. | Lámed: El justo será en eterna memoria.
7 Mem: No temerá la mala nueva. | Nun: Su corazón estará firme, confiado en Yave.
8 Sámec: Constante será su corazón, impávido, | Ayin: en tanto que ve la suerte de sus enemigos.
9 Pe: Da y distribuye a los pobres. | Sade: Su beneficencia permanece por los siglos, | Qof: su poder se exaltará gloriosamente.
10 Res: Verá esto el impío y se llenará de despecho, | Sin: rechinará los dientes y se repudrirá. | Tau: Los deseos del impío se frustarán.

113. (Vulg. 112.)

Benignidad de Dios con los humildes.

1 ¡Aleluya! (2). | Alabad, siervos de Yave, | alabad el nombre de Yave.
2 Sea bendito el nombre de Yave, ahora y por los siglos eternos.
3 Sea alabado el nombre de Yave, desde donde sale el sol hasta donde se pone.
4 Excelso sobre todas las gentes es Yave. | Su gloria es más alta que los cielos.
5 ¿Quién semejante a Yave, nuestro Dios, | que tan alto se sienta,
6 Que mira de arriba abajo | en los cielos y en la tierra
7 Que levanta del polvo al pobre | y alza del estiércol al desvalido,
8 Dándole asiento entre los príncipes, | entre los príncipes de su pueblo
9 Que hace a la estéril, sin familia, | sentarse gozosa madre de hijos?
¡Aleluya!

(1) Este salmo es el primero de los del grupo de Alel (113-118), que se cantaban durante las solemnidades anuales en el templo, y en las casas después del banquete pascual, como acción de gracias.

114, 115. (Vulg. 113.) (1).

El Señor es el Dios único, protector de Israel.

1 Al salir de Egipto Israel, | la casa de José del pueblo extranjero,
2 Hízose de Judá su santuario, | de Israel su imperio.
3 Vió el mar y huyó, | el Jordán se echó para atrás.
4 Saltaron los montes como carneros | y los collados como corderos.
5 ¿Qué tienes, oh mar, que huyes, | tú, Jordán, que te echas atrás?
6 Vosotros, montes, que saltáis como carneros, | vosotros, collados, como corderos.
7 A la venida de Yave tiembla, ¡oh tierra!, | a la venida del Dios de Jacob,
8 Que puede hacer de la piedra lago de aguas, | de la roca fuente de aguas.

---

1 No por nosotros, ¡oh Yave!, no por nosotros, | hazlo por la gloria de tu nombre, | por tu misericordia y tu fidelidad.
2 ¿Por qué han de decir las gentes: | «Dónde está su Dios»,
3 Estando nuestro Dios en los cielos | y pudiendo hacer cuanto quiere?
4 Sus ídolos son plata y oro, | obra, de la mano de los hombres;
5 Tienen boca y no hablan, | ojos y no ven,
6 Orejas y no oyen; | tienen narices y no huelen,
7 Sus manos no palpan, sus pies no andan, | no sale de su garganta un murmullo.
8 Semejantes a ellos sean los que los hacen | y todos los que en ellos confían.
9 La casa de Israel confía en Yave, | que es su protector y su defensor.
10 La casa de Arón confía en Yave, | que es su protector y su defensor.
11 Los que temen a Yave confían en Yave, | que es su protector y su defensor.
12 Acuérdase Yave de nosotros | y nos bendice; | bendice a la casa de

(1) Estos dos salmos, bien distintos por el tema, en el texto griego y en la Vulgata forman uno solo. Cantan los prodigios hechos por Dios en favor de su pueblo y pide el salmista que siga bendiciéndole, pues no es El impotente como los ídolos de las gentes.

Israel, | bendice a la casa de Arón,
13 Bendice a los que temen a Yave, | pequeños y grandes.
14 Acrézcaos Yave a vosotros, | a vosotros y a vuestros hijos.
15 Benditos seáis de Yave, | que hizo el cielo y la tierra.
16 Los cielos son cielos para Yave, | La tierra se la dió a los hijos de los hombres.
17 No son los muertos los que pueden alabar a Yave, | ni cuantos bajaron al silencio.
18 Pero nosotros sí, alabaremos a Yave, | ahora y por toda la eternidad. ¡Aleluya!

116. (Vulg. 114, 115.) (1).

Acción de gracias por haber sido preservado de la muerte.

1 Le amo porque oye Yave la voz de mis súplicas
2 E inclina a mí sus oídos cuando le invoco.
3 Prendido me habían los lazos de la muerte, | habíanme sorprendido las ansiedades del sepulcro. | Todo era angustia y afán para mí,
4 E invoqué el nombre de Yave: | Salva, ¡oh Yave!, mi alma.
5 Yave es misericordioso y justo; | sí, nuestro Dios es piadoso.
6 Protege Yave a los desvalidos. | Yo era un mísero y él me socorrió.
7 Vuelve, alma mía, a tu quietud, porque Yave fué generoso contigo.
8 Tú libraste mi alma de la muerte, | mis ojos de las lágrimas, | mis pies de la vacilación;
9 Y andaré en la presencia de Yave, | en la tierra de los vivientes.
10 Lleno estaba de confianza, aun cuando decía: | «Estoy en demasía afligido.»
11 Habíame dicho en mi abatimiento: | «Todos los hombres son engañosos.»
12 ¿Qué podré yo dar a Yave | por todos los beneficios que me ha hecho?
13 Tomaré el cáliz de la salud, | e invocaré el nombre de Yave.
14 Cumpliré los votos que he hecho a Dios | y ensalzaré el nombre de Yave; | en la presencia de todo el pueblo cumpliré mis votos.
15 Es cosa preciosa a los ojos de Yave | la muerte de sus justos.
16 ¡Oh Yave! Siervo tuyo soy, | siervo tuyo e hijo de una esclava tuya. | Tú rompiste mis cadenas.
17 Te ofreceré sacrificio de alabanza | y ensalzaré el nombre de Yave.
18 Cumpliré mis votos hechos a Dios, | en la presencia de todo su pueblo.
19 En los atrios de la casa de Yave, | en medio de ti, Jerusalén. | ¡Aleluya!

(1) Este salmo se halla, sin razón, dividido en dos en las versiones griega y latina. Da gracias a Dios el salmista por haberle librado de un próximo peligro de muerte.

117. (Vulg. 116.)

Invitación a las gentes para que alaben al Señor.

1 Alabad a Yave las gentes todas, | alabadle todos los pueblos (1).
2 Porque claramente se ha manifestado sobre nosotros su piedad, | y su fidelidad permanece por la eternidad. | ¡Aleluya!

(1) Este breve salmo es mesiánico, en cuanto invita a las naciones todas a alabar a Yave, por la clara manifestación de piedad y fidelidad cumpliendo las promesas mesiánicas.

118. (Vulg. 117.)

Canto triunfal.

1 Alabad a Yave, porque es bueno, porque es eterna su misericordia (2).
2 Diga Israel que es bueno, | que es eterna su misericordia.
3 Diga la casa de Arón que es bueno, | que es eterna su misericordia.
4 Digan los que temen a Yave que es bueno, | que es eterna su misericordia.
5 En la angustia invoqué a Yave, | y me oyó Yave poniéndome en salvo.
6 Está por mí Yave: ¿Qué puedo temer, | qué podrán hacerme los hombres?
7 Está Yave por mí como socorro

(2) El poeta, librado por Dios de graves peligros, canta el poder y la misericordia de Dios para con él, y muestra firme confianza en su protección.

mío: | Despreciaré, pues, a todos los que me odian.
8 Mejor es confiar en Yave | que confiar en los hombres.
9 Mejor acogerse a Yave | que fiar en los príncipes.
10 Todas las gentes me cercaban, | y confiado en el nombre de Yave, luego las derrotaba.
11 Me rodeaban, me cercaban, | y confiado en el nombre de Yave las derrotaba.
12 Me rodeaban cómo abejas, | ardían como fuego en las espinas, | y confiado en el nombre de Yave las derrotaba.
13 Fuí fuertemente empujado para que cayera, | pero fué Yave mi auxilio.
14 Yave es mi fortaleza y a él le canto salmos. | El estuvo conmigo para darme la victoria.
15 Resuenan en las tiendas de los justos | voces de júbilo y de victoria:
16 «¡La diestra de Yave ha hecho proezas, | la diestra de Yave ha mostrado su pujanza, | la diestra de Yave ha hecho proezas!»
17 No moriré, viviré, | para poder cantar las obras de Yave.
18 Castigóme, castigóme Yave, | pero no me dejó morir.
19 Abridme las puertas de la justicia, | y entraré por ellas para dar gracias a Yave.
20 Es la puerta de Yave, | entran por ella los justos.
21 Te doy gracias, ¡oh Yave!, porque me oíste | y estuviste por mí para la victoria.
22 La piedra que rechazaron los constructores | ha sido puesta por piedra angular.
23 Obra de Yave es esto, | admirable a nuestros ojos.
24 Este es el día que hizo Yave: | Alegrémonos y jubilemos en él.
25 ¡Oh Yave! Danos, danos victorias, | danos, ¡oh Yave!, prosperidades.
26 Bendito quien venga en el nombre de Yave. | Nosotros os bendecimos desde la casa de Yave.
27 Yave es Dios, él nos mandó su luz. | Entretejed guirnaldas en la la fronda | y traedlas a los cuernos del altar.
28 Tú eres mi Dios. Yo te alabaré, | mi Dios, yo te ensalzaré.
29 Alabad a Yave, porque es bueno, | porque es eterna su misericordia.

119. (Vulg. 118.)

Alef. (1).

Excelencias de la ley del Señor.

1 Bienaventurados aquellos que andan en camino inmaculado, | que andan en la ley de Yave.
2 Bienaventurados los que guardan sus mandatos | y con todo su corazón le buscan,
3 Los que no cometieron iniquidad alguna | y marcharon por sus caminos.
4 Tú mandaste que tus mandamientos | diligentemente se cumplieran.
5 Ojalá sean firmes mis caminos, | en la guarda de tus preceptos.
6 Entonces no seré confundido, | cuando atienda a todos tus mandamientos.
7 Te confesaré con rectitud de corazón, | acostumbrándome a tus justísimos decretos.
8 Guardaré tus mandamientos. | No me dejes jamás.

Bet.

9 ¿Cómo mantendrá el joven la limpieza de sus caminos? | Guardando tus palabras.
10 Yo te he buscado con todo el corazón. | No permitas que me aparte yo de tus preceptos.
11 He escondido en mi corazón tus palabras | para no pecar nunca contra ti.
12 ¡Bendito seas, oh Yave! | Enséñame tus preceptos.
13 Con mis labios he pregonado | todos los decretos de tu boca.
14 Me he alegrado por el camino de tus amonestaciones | más que por todas las riquezas.
15 Quiero meditar tus preceptos, | considerar atentamente tus caminos.

---

(1) Este salmo, el más largo de todo el salterio, canta las excelencias de la divina ley. Es alfabético, y cada estrofa consta de ocho versos, que comienzan con la letra que a cada uno corresponde según el orden del alfabeto hebreo. En cada uno de los ocho versos de la estrofa se menciona la ley divina designada con una palabra distinta: Ley, mandamientos, juicios, estatutos, etcétera. Tal vez en su origen el orden de todos estos distintos nombres fuera el mismo en todas las estrofas; pero hoy no sucede así, seguramente por los inevitables descuidos de los copistas.

16 Me deleitaré en tus estatutos, | no me olvidaré de tu palabra.

Guímel.

17 Concede a tu siervo | vivir guardando tus preceptos.
18 Abre mis ojos, | para que pueda ver las maravillas de tu ley.
19 Soy peregrino en la tierra, | no me encubras tus mandamientos.
20 Consúmese mi alma | por el deseo constante de tus decretos.
21 Tú increpas a los soberbios, | y son malditos cuantos se desvían de tus mandamientos.
22 Aparta de mí el oprobio y el desprecio, | pues he guardado tus mandamientos.
23 Aunque se sentaron los príncipes en consejo y hablaron contra mí, | tu siervo meditaba tus estatutos.
24 También tus amonestaciones son mis delicias, | mis consejeras.

Dálet.

25 Pegada al polvo está mi alma. | Conserva mi vida según tu palabra.
26 Te expuse mis necesidades y me escuchaste. | Enséñame tus preceptos.
27 Haz que entienda los caminos de tus mandamientos | y pueda meditar sobre tus maravillas.
28 Va mi alma encorvada por la tristeza. | Júzgame tú según tu palabra.
29 Apártame del camino de la mentira | y dame clemente tus enseñanzas.
30 Elegí el camino de la verdad, | hice míos tus decretos.
31 Estoy adherido a tus mandamientos, ¡oh Yavel | No permitas que sea confundido.
32 Correré por el camino de tus mandamientos | y tú ensancharás mi corazón.

He.

33 Instrúyeme, ¡oh Yavel, en el camino de tus mandatos, | para que del todo los cumpla.
34 Dame entendimiento, para que guarde tu ley | y la cumpla con todo el corazón.
35 Haz que vaya por la senda de tus mandamientos, | que es mi deleite.
36 Inclina mi corazón a tus consejos, | no a la avaricia.
37 Aparta mis ojos de la vista de la vanidad | y dame la vida de tus caminos.
38 Cumple a tu siervo tu palabra, | la que a quienes te temen prometiste.
39 Aparta de mí el oprobio que temo, | porque tus decretos son para bien.
40 Mira que he anhelado tus preceptos, | y guarda mi vida en tu justicia.

Vau.

41 Venga, pues, sobre mí tu piedad, ¡oh Yavel, | tu salud según tu palabra;
42 Para que a quienes me increpan pueda responderles | que he esperado en tu palabra.
43 No quites jamás de mi boca las palabras de verdad, | pues espero tus decretos.
44 Que guarde siempre tu ley | por todos los siglos.
45 Que marche en holgura, | porque he buscado tus preceptos.
46 De tus mandamientos hablaré aun ante los reyes, | no me avergonzaré.
47 Me deleitaré en tus mandamientos, | que es lo que amo.
48 Alzaré mis manos a tus mandamientos, que amo, | y meditaré en tus decretos.

Zain.

49 Acuérdate de la palabra dada a tu siervo, | en la cual me hiciste esperar.
50 Este es mi consuelo en mi aflicción: | que tu palabra me dió la vida.
51 Mucho se empeñan los petulantes en descarriarme, | pero yo no me aparto de tu ley.
52 Me acuerdo de tus juicios de tiempo antiguo, | ¡oh Yavel, y me consuelo.
53 Ardo al ver que los impíos | se apartan de tu ley.
54 Fueron mis cantos tus estatutos, | en la casa de mi peregrinación.
55 De noche me acuerdo de tu nombre, ¡oh Yavel, | y guardo tu ley.
56 Esta ha sido mi suerte: | Guardar tus preceptos.

Jet.

57 Mi porción, ¡oh Yavé!, dije, | es guardar tu palabra.
58 Te pido y te ruego con todo el corazón | que me seas propicio según tu palabra.
59 Miro y remiro mis caminos, | y hago que marchen mis pies por tus mandamientos.
60 Me apresuro y no vacilo | en guardar tus mandatos.
61 Las ligaduras de los impíos me estrecharon, | pero yo no me olvidé de tu ley.
62 Me levanto a medianoche, | para darte gracias por tus justos juicios.
63 Soy amigo de cuantos te temen | y guardan tus mandamientos.
64 La tierra está llena, ¡oh Yavé!, de tus piedades. | Enséñame tus mandatos.

Tet.

65 Obraste benignamente con tu siervo, | ¡oh Yavé!, según tu palabra.
66 Enséñame y dame la dicha de saber y conocer, | pues que creo en tus mandamientos.
67 Antes de ser humillado estuve descarriado, | pero ahora guardo tu ley.
68 Tú eres bueno y bienhechor: | enséñame tus estatutos.
69 Sugerían me falsedades los soberbios, | pero yo guardaré con todo corazón tus preceptos.
70 Craso está como sebo su corazón, | pero yo tengo en tu ley todas mis delicias.
71 Bien me ha estado ser humillado, | para aprender tus mandamientos.
72 Mi mayor bien es la ley de tu boca, | mejor que millares de oro y de plata.

Yod.

73 Tus manos me hicieron y me formaron. | Dame entendimiento para saber tus mandamientos.
74 Los que te temen me ven y se alegran, | porque he esperado en tu palabra.
75 Conozco, ¡oh Yavé!, que son justísimos tus juicios, | y que clementemente me afligiste.
76 Consuéleme tu piedad, | según tu palabra a tu siervo.
77 Venga a mí tu misericordia y reviviré, | porque tu ley es mi delicia.
78 Confundidos sean los soberbios que mendazmente me engañaron, | pero yo meditaré en tus amonestaciones.
79 Vengan a mí los que te temen, | los que conocen tus mandatos.
80 Sea íntegro mi corazón en tus estatutos, | no sea confundido.

Caf.

81 Deshácese mi alma por el deseo de tu ayuda. | Espero tu promesa.
82 Consúmense mis ojos por el deseo de tu palabra, | diciendo: «¿Cuándo me consolarás?»
83 Porque estoy como odre puesto al humo, | pero no olvido tus estatutos.
84 ¿Cuántos serán los días de tu siervo? | ¿Cuándo harás justicia con los que me persiguen?
85 Cavaron los soberbios hoyas para mí, | los que no son según tu ley.
86 Todos tus mandamientos son verdad, | pero pérfidamente me persiguen. ¡Socórreme!
87 Casi me han echado por tierra, | pero yo no he abandonado tus preceptos.
88 Vivifícame según tu misericordia, | para que guarde las palabras de tu boca.

Lámed.

89 Tu palabra, ¡oh Yavé!, es eterna, | persiste tanto como el cielo.
90 Es por generaciones y generaciones tu palabra. | Así formaste la tierra y perdura.
91 A tu decreto obedecen el día y la noche, | pues todo te sirve.
92 Si tu ley no fuera mi delicia, | ya antes habría perecido en mi aflicción.
93 No me olvidaré jamás de tus preceptos, | pues con ellos me has dado la vida.
94 Tuyo soy, sálvame, | pues busco tus preceptos.
95 Esperan los impíos perderme, | pero yo pongo mi atención en tus avisos.
96 A toda perfección veo fin, | pero tus mandamientos son amplísimos.

Mem.

97 ¡Cuánto amo tu ley! | Es mi asidua meditación.
98 Tu ley me hace más sabio que mis enemigos, | porque de cierto es mía eternamente.
99 Me hace más prudente que cuantos me enseñan, | si son tus mandamientos mi meditación.
100 Soy más entendido que los ancianos, | si guardo tus preceptos.
101 Retraje mis pies de todo mal camino, | para guardar tu palabra.
102 No me he apartado de tus mandatos, | porque con ellos me enseñaste.
103 ¡Cuán dulces son a mi paladar tus preceptos, | más que la miel para mi boca!
104 De tus preceptos saco inteligencia, | por eso detesto toda falsa senda.

Nun.

105 Tu palabra es para mis pies una lámpara, | la luz de mis pasos.
106 He jurado, y quiero cumplirlo, | guardar los decretos de tu justicia.
107 Soy sobremanera afligido. | ¡Oh Yave, vivifícame según tu palabra!
108 Acepta benignamente, ¡oh Yavé!, las oblaciones voluntarias de mi boca, | y enséñame tus decretos.
109 Mi vida está en constante peligro, | pero no he dado al olvido tu ley.
110 Me pusieron los impíos una trampa, | pero no me desvié de tus preceptos.
111 Son mi heredad para siempre tus palabras, | son ciertamente el gozo de mi corazón.
112 Inclino mi corazón | a cumplir tus mandamientos, desde ahora para la eternidad.

Sámec.

113 Detesto la doblez de corazón | y amo tu ley.
114 Tú eres mi defensa y mi escudo, | y espero tus palabras.
115 Aprended de mí los impíos, | y dejadme guardar los mandamientos de mi Dios.
116 Sosténme según tu palabra y viviré, | y no permitas que vea frustrada mi esperanza.
117 Susténtame para que sea salvo | y me convierta siempre a tus preceptos.
118 Tú aborreces a cuantos se apartan de tus mandamientos, | porque sus pensamientos son pérfidos.
119 Escorias son para ti todos los impíos de la tierra; | por eso yo amo tus preceptos.
120 Se estremece mi carne por temor a ti, | y temo tus juicios.

Ayin.

121 He hecho justicia y derecho, | no me dejes en manos de mis opresores.
122 Responde por tu siervo para bien, | no me opriman los soberbios.
123 Consúmense mis ojos por el deseo de tu socorro | y del edicto de tu justicia.
124 Haz con tu siervo según tu piedad, | y enséñame tus decretos.
125 Siervo tuyo soy, dame entendimiento | para conocer tus mandamientos.
126 Tiempo es de hacer, ¡oh Yavé!, | pues han violado tu ley.
127 Por eso yo amo tus mandamientos | más que el oro, el oro purísimo.
128 He procedido rectamente conforme a todos tus preceptos, | y he odiado todo camino falso.

Pe.

129 Son admirables tus testimonios, | por eso los guarda mi alma.
130 La explicación de tus palabras | ilumina y da inteligencia a los rudos.
131 Abro mi boca, y suspiro | de deseo de tus mandamientos.
132 Vuélvete a mí y seme propicio, | como haces con los que aman tu nombre.
133 Dirige mis pasos con tus palabras, | y no dejes que me domine iniquidad alguna.
134 Líbrame de la opresión de los hombres, | para que pueda guardar tus preceptos.
135 Muestra tu serena faz a tu siervo, | y enséñame tus preceptos.
136 Arroyos de aguas caen de mis ojos, | porque no guardan tu ley.

Sade.

137 Justo eres, ¡oh Yavé!, | y justos son tus juicios.
138 Mandaste tus mandamientos con justicia | y con suma benignidad.

139 El celo me consume, | porque dan al olvido tus palabras mis enemigos.
140 Acendrada del todo es tu palabra, | y tu siervo la ama.
141 Pequeño y despreciable soy, | pero no me olvido de tus preceptos.
142 Tu justicia es eterna, | y tu doctrina es firmísima verdad.
143 Si me hallaren la angustia y la aflicción, | tus mandamientos son mis delicias.
144 Justa norma son por la eternidad tus preceptos. | Haz que los entienda y viva.

Qof.

145 Clamo con todo mi corazón, óyeme, | ¡oh Yavé!, haz que guarde tus preceptos.
146 Clamo a ti, socórreme, | para que guarde tus mandamientos.
147 Muy de mañana vengo ya a implorar tu auxilio | y espero tu palabra.
148 Se anticipan a las vigilias mis ojos, | para meditar tus palabras.
149 Oye mi voz según tu misericordia, ¡oh Yavé!, | y haz que viva según tus decretos.
150 Acercáronse los que malignamente me persiguen, | los que se apartaron de tu ley;
151 Pero cercano estás tú, ¡oh Yavé!, | y todos tus mandamientos son fidelísimos.
152 Mucho ha que entendí que tus mandamientos | los fundaste para el tiempo de la eternidad.

Res.

153 Ve mi aflicción y sácame de ella, | pues que no he olvidado tu ley.
154 Defiende mi causa y protégeme; | según tu palabra dame vida.
155 Muy lejos está de los impíos la salvación, | porque no buscan tus mandatos.
156 Muy abundantes son tus misericordias, | ¡oh Yavé! Haz que viva según tus decretos.
157 Muchos son mis enemigos y perseguidores, | pero no me aparto de tus mandamientos.
158 Veo a los rebeldes y me recomo, | porque no guardan tus preceptos.
159 Mira que amo tus leyes, | ¡oh Yavé! Consérvame según tu piedad.
160 La suma de tu palabra es la verdad, | y todos los decretos de tu boca son para la eternidad.

Sin.

161 Persiguiéronme sin causa los príncipes, | pero mi corazón temía tus palabras.
162 Tan contento estoy con tus palabras, | como quien halla abundante presa.
163 Odio y abomino la falsedad | y amo tu doctrina.
164 Siete veces te alabo en el día, | por los decretos de tu justicia.
165 Mucha paz tienen los que aman tu ley; | no hay para ellos tropiezo.
166 He esperado de ti mi salvación, ¡oh Yavé!, | y he cumplido tus mandamientos.
167 Ha guardado mi alma tus enseñanzas | y las amo en extremo.
168 Guardo tus preceptos y tus enseñanzas, | porque todos mis caminos están a tus ojos.

Tau.

169 Llegue mi súplica a tu presencia, ¡oh Yavé!, | y según tu palabra dame inteligencia.
170 Venga mi deprecación a ti, | y según tu palabra, sálvame.
171 Mis labios te cantarán alabanzas, | si me enseñas tus leyes.
172 Cantará mi lengua tu fidelidad, | porque justísimos son todos tus mandamientos.
173 Sea conmigo tu mano para ayudarme, | pues he elegido tus preceptos.
174 Deseo tu salud, ¡oh Yavé!, | pues tu ley es mi deleite.
175 Viva mi alma para alabarte | y denme ayuda tus decretos.
176 Si errare como oveja perdida, busca a tu siervo, | pues no me he olvidado de tus mandamientos.

120. (Vulg. 119.)

Quejas contra los perturbadores de la paz.

Cántico gradual (1).
1 En la angustia clamé a Yave, | y él me respondió.

(1) Es el primero de los llamados salmos graduales, que terminan con el 134, grupo de cantos

[2] Libra, ¡oh Yavel, mi alma del labio mendaz, | de la lengua fraudulenta.
[3] ¿Qué se te dará y qué se te añadirá, oh lengua dolosa?
[4] Saetas de un fuerte con carbones de retama.
[5] ¡Ay de mí, peregrino en Mesec, | que habito en las tiendas de Cedar!
[6] Demasiado se ha prolongado mi destierro | entre los que son enemigos de la paz.
[7] Yo soy todo paz, pero así que les hablo | ya está la guerra.

121: (Vulg. 120.)

Seguridad del protegido por Dios.

Cántico gradual.
[1] Alzo mis ojos a los montes, | de donde me ha de venir el socorro (1).
[2] Mi socorro ha de venirme de Yave, | el Hacedor de los cielos y de la tierra.
[3] No consentirá que resbalen tus pies, | no dormirá tu custodio.
[4] No dormirá, no dormitará, | el que guarda a Israel.
[5] Yave es tu custodio, | Yave es tu protector a tu lado derecho.
[6] Por el día no te molestará el sol, | ni por la noche la luna.
[7] Yave te guardará de todo mal, | guardará tu vida;
[8] Guardará Yave tus salidas y tus entradas, | ahora y por la eternidad.

122. (Vulg. 121.)

Salutación a Jerusalén.

Cántico gradual. De David.
[1] Alegréme de lo que me decían: | «Vamos a la casa de Yave (2).»
[2] Estuvieron nuestros pies | en tus puertas, ¡oh Jerusalén!
[3] Jerusalén, edificada como ciudad | bien unida y compacta,
[4] A donde suben las tribus, las tribus de Yave, | al rito de Israel, para celebrar el nombre de Yave.
[5] Allí se alzaron las sillas del juicio, | las sillas de la casa de David.
[6] Rogad por la paz de Jerusalén. | Vivan en seguridad los que te aman.
[7] Reine la seguridad dentro de tus muros, | la tranquilidad sobre tus torres.
[8] Por amor de mis hermanos y compañeros, | te deseo la paz.
[9] Por amor de la casa de Yave, nuestro Dios, | te deseo todo bien.

123. (Vulg. 122.)

Ferviente petición del auxilio divino.

Cántico gradual (1).
[1] A ti alzo yo mis ojos, | a ti que habitas en los cielos.
[2] Como están atentos los ojos de los siervos a las manos de sus señores, | como están atentos los ojos de la esclava a la mano de su señora, | así se alzan nuestros ojos a Yave, nuestro Dios, | hasta que tenga misericordia de nosotros.
[3] Ten misericordia, ¡oh Yavel, ten misericordia de nosotros, | porque estamos del todo hartos de menosprecios.
[4] Muy harta está nuestra alma | del escarnio de los presuntuosos | y del desprecio de los soberbios.

124. (Vulg. 123.)

Acción de gracias por el auxilio recibido

Cántico gradual. De David (2).
[1] A no haber estado Yave por nosotros, | diga Israel,
[2] A no haber estado Yave por nosotros, | cuando se alzaron contra nosotros los hombres,
[3] Vivos nos habrían tragado entonces, | cuando ardía su ira contra nosotros.
[4] Ya entonces nos habrían sumergido las aguas. | Ha pasado sobre nuestra alma un torrente,
[5] Y nos habrían ahogado las bullentes aguas.

---

que cantaban los que de todas partes subían a Jerusalén (ascensiones) para celebrar las varias festividades del año. Se lamenta el salmista de su prolongado destierro entre gentes enemigas de la paz.

(1) Canta el poeta la firme seguridad de Israel, a quien protege su Dios.

(2) El poeta, lleno de entusiasmo al contemplar a la Jerusalén restaurada, pide para ella toda suerte de bendiciones.

(1) Amargado por los oprobios de que el pueblo es objeto por parte de los gentiles, pide el salmista a Dios que los haga cesar.

(2) El salmista da gracias a Dios por haber librado a su pueblo cuando parecía que no había ya salvación para él.

6 Bendito sea Yave, | que no nos dió por presa de sus dientes.
7 Escapó nuestra alma como una avecilla al lazo de los cazadores; | rompióse el lazo y fuimos librados.
8 Nuestro auxilio es el nombre de Yave, | que hizo los cielos y la tierra.

125. (Vulg. 124.)

Invocación del auxilio divino sobre Israel.

Cántico gradual (5).
1 Los que confían en Yave son como el monte de Sión, | que es inconmovible y permanece por siempre.
2 Está Jerusalén rodeada de montes, | y así rodea Yave a su pueblo, | ahora y por la eternidad.
3 De cierto no permitirá Yave que permanezca | el cetro de los impíos sobre la suerte de los justos, | para que no tiendan los justos sus manos a la iniquidad.
4 Haz, ¡oh Yave!, bien a los buenos, | a los rectos de corazón;
5 Mas a los que van por caminos tortuosos, | remuévalos Yave juntamente con los impíos. | ¡Paz sobre Israel!

126. (Vulg. 125.)

Petición de la plena restauración.

Cántico gradual.
1 Cuando restauró Yave la suerte de Sión, | estábamos como quien sueña (1).
2 Llenóse entonces de risas nuestro corazón | y de júbilo nuestra boca. | Decían entonces las gentes:
3 «¡Magníficamente ha obrado con éstos Yave!» | Magníficamente, en verdad, obró Yave con nosotros, | y nos llenamos de gozo.
4 Restaura, ¡oh Yave!, nuestra suerte, | como a los arroyos del Negueb.
5 Los que en llanto sembraron | cosechen en júbilo.
6 Van y andan tristes, llorando, | los que llevaban la semilla para arrojarla. | ¡Vengan, vengan alegres, jubilosos, | trayendo sus haces!

(1) La seguridad de los que en Dios confían es tan grande como la de Jerusalén por lo fuerte de su sitio y la protección de Yave
(2) Con grande admiración de Israel, la restauración está comenzada; el salmista pide la consumación de la misma.

127. (Vulg. 126.)

Todo éxito depende de la divina protección (1).

Cántico gradual. De Salomón.
1 Si Yave no edifica la casa, | en vano trabajaron los que la construían. | Si no guarda Yave la ciudad, | en vano vigilan sus centinelas.
2 Vano os será madrugar, acostaros tarde | y que comáis el pan del dolor: | es Yave el que a sus elegidos da el pan como en sueños.
3 Don de Yave son los hijos, | es merced suya el fruto del vientre.
4 Lo que las saetas en la mano del guerrero, | eso son los hijos de la flor de los años.
5 ¡Bienaventurados los que de ellos tienen llena su aljaba! | No serán confundidos, | cuando hayan de litigar en la puerta con su adversario.

128. (Vulg. 127.)

Felicidad del justo.

Cántico gradual.
1 Bienaventurado tú, si temes a Yave y andas por sus caminos (2).
2 Comiendo lo ganado con el trabajo de tus manos, | serás feliz y bienaventurado.
3 Tu mujer será como fructífera parra | en el interior de tu casa. | Tus hijos, como renuevos de olivo en derredor de tu mesa.
4 Así ciertamente será bendecido el varón | que teme a Yave.
5 Bendígate Yave desde Sión, | y veas próspera a Jerusalén todos los días de tu vida; | y vean los hijos de tus hijos | la paz sobre Israel.

129. (Vulg. 128.)

Oración contra los enemigos del pueblo.

Cántico gradual.
1 «Mucho me han atribulado desde mi juventud», | diga Israel (3):
2 «Mucho me han atribulado desde

(1) Sin Dios nada hay seguro; con El todo lo está.
(2) Felicidad del justo bendecido del Señor.
(3) En nombre de Israel, el salmista declara haber sufrido mucho de sus enemigos; pero Dios justo le libró de los malvados.

mi adolescencia, | pero no prevalecieron contra mí.»
3 Aradores araron sobre mis espaldas, | hicieron largos surcos.
4 Pero es justo Yave, | y rompió las coyundas de los impíos.
5 Sean confundidos y vuélvanse atrás | todos los que aborrecen a Sión.
6 Sean cómo la hierba de los tejados, | que se seca antes de crecer;
7 De que no llena su mano el segador, | ni su seno el que recoge las gavillas;
8 Ni dicen de ella los transeúntes: | «La bendición de Yave sobre vosotros, | os bendecimos en el nombre de Yave.»

130. (Vulg. 129.)

Imploración de la divina misericordia.

Cántico gradual.
1 De lo profundo te invoco, ¡oh Yavé! (1).
2 Oye, Yave, mi voz. | Estén atentos tus oídos | a la voz de mis súplicas.
3 Si guardas, ¡oh Yavé!, los delitos, | ¿quién, oh Señor, podrá subsistir?
4 Pero eres indulgente, | para que seas reverenciado con temor.
5 Yo espero en Yave, | mi alma espera sus promesas.
6 Espera mi alma a Yave, | más que el alba los centinelas nocturnos, | el amanecer los centinelas nocturnos.
7 Confíe Israel en Yave, | porque de él viene la misericordia | y generosa redención.
8 El, pues, redimirá a Israel | de todas sus iniquidades.

131. (Vulg. 130.)

Confesión de humildad.

Cántico gradual. De David (2).
1 No se ensoberbece, ¡oh Yavé!, mi corazón, | ni son altaneros mis ojos. | No corro detrás de grandezas, | ni tras de cosas demasiado altas para mí.
2 Antes he reprimido mis deseos, | como niño destetado de la madre. | Como niño destetado está mi alma.
3 Espera, ¡oh Israel!, en Yave, | ahora y para siempre.

132. (Vulg. 131.)

Canto para la dedicación del templo de Salomón.

Cántico gradual.
1 Acuérdate, ¡oh Yavé!, de David | y de su gran piedad (1).
2 Cómo juró a Yave | e hizo voto al Poderoso de Jacob.
3 «No entraré en la morada de mi casa, | ni subiré al lecho de mi estrado;
4 No daré a mis ojos el sueño, | ni el dormir a mis párpados;
5 Mientras no halle estancia para Yave, | y habitación para el Poderoso de Jacob.»
6 He aquí lo que hemos oído en Efrata, | lo que hemos hallado en el campo de la selva:
7 «Vamos a su habitación, | adoremos junto al escabel de sus pies.»
8 Levántate Yave, y ven a tu morada, | tú y el arca de tu majestad.
9 Vístanse tus sacerdotes de justicia, | y jubilen tus santos.
10 Por amor de David, tu siervo, | no te apartes de tu ungido.
11 Juró Yave a David verdaderamente, y no se apartará de ello: | «Del fruto de tus entrañas pondré sobre tu trono (2).
12 Si guardan tus hijos mi alianza y las enseñanzas que yo les daré, | también sus hijos se sentarán sobre tu trono.»
13 Ciertamente eligió Yave a Sión, | la adoptó por morada suya.
14 «Esta será por siempre mi mansión, | aquí habitaré, porque la he deseado.
15 Daré mi bendición a sus provisiones | y saciaré de pan a sus pobres.

(1) De lo profundo de su tribulación clama el salmista a Dios, seguro de alcanzar la misericordia de Yave.
(2) Humillado ante Dios, el salmista confía en El e invita a Israel a la misma confianza.

(1) Recuerda el salmista la piedad de David al trasladar el arca a Jerusalén, su propósito de levantar un templo, la promesa que Dios en pago le hizo de perpetuar su dinastía y la elección de Sión para morada de Dios.
(2) El mesianismo de este salmo es claro, atendiendo a que el tema en él desarrollado es la promesa de Dios a David. Este sentido mesiánico resalta más claramente en los versículos finales.

16 Revestiré de salud a sus sacerdotes | y sus santos se alegrarán jubilosos.
17 Aquí haré crecer altamente el cuerno de David, | y prepararé la lámpara a mi ungido.
18 A sus enemigos los cubriré de ignominia, | y brillará sobre él mi diadema.»

133. (Vulg. 132.)

Deleitosa comunión de los santos.

Cántico gradual. De David.
1 Ved cuán bueno y deleitoso es | habitar en uno los hermanos (1).
2 Es como finísimo óleo sobre la cabeza, | que desciende sobre la barba, barba de Arón, | y baja hasta la orla del vestido.
3 Como el rocío del Hermón, | que desciende sobre los montes de Sión, | pues allí envía Yave su bendición | y vida eterna.

134. (Vulg. 133.)

Acción de gracias para la tarde.

Cántico gradual (2).
1 Mirad, bendecid a Yave, vosotros todos los siervos de Yave, | los que de noche permanecéis en la casa de Yave, en los atrios de la casa de Yave, nuestro Dios.
2 Alzad vuestras manos al santuario | y bendecid a Yave.
3 Desde Sión bendígate Yave, | Hacedor de cielos y tierra.

135. (Vulg. 134.)

Canto de acción de gracias.

1 ¡Aleluya! | Alabad el nombre de Yave, | alabadlo, siervos de Yave (3).
2 Que estáis en la casa de Yave, | en los atrios de la casa de nuestro Dios.
3 Alabad a Yave, porque es bueno; | cantad salmos a su nombre, porque es benigno;
4 Porque eligió Yave para sí a Jacob, | a Israel por posesión suya.
5 Ciertamente sé que Yave es grande, | que nuestro Señor está por encima de todos los dioses.
6 Yave hace cuanto quiere, | en los cielos, en la tierra, en el mar y todos los abismos.
7 El trae las nubes desde los confines de la tierra; | él hace los relámpagos para la lluvia, | saca el viento de sus escondrijos.
8 El hirió a los primogénitos de los egipcios, | lo mismo hombres que ganados.
9 Mandó señales y portentos sobre ti, Egipto, | sobre el Faraón y todos sus súbditos.
10 El hirió a numerosas gentes | y mató a poderosos reyes.
11 A Seón, rey de los amorreos, | y a Og, rey de Basán, | y a todos los reinos de Canán;
12 Y dió sus tierras en heredad | a Israel, su siervo.
13 ¡Oh Yave! Tu nombre es eterno. | Yave, tu testimonio es por edades y edades,
14 Porque protege Yave a su pueblo, | y se muestra propicio a sus siervos.
15 Los simulacros de las gentes son oro y plata, | obra de las manos de los hombres.
16 Tienen boca y no hablan, | tienen ojos y no ven,
17 Tienen orejas y no oyen, | narices, pero no hay aliento alguno en su boca.
18 Semejantes a ellos sean los que los hacen | y cuantos en ellos confían.
19 Casa de Israel, bendecid a Yave, | casa de Arón, bendecid a Yave.
20 Casa de Leví, bendecid a Yave. | Los que teméis a Yave, bendecid a Yave.
21 Bendito sea Yave desde Sión, | el que habita en Jerusalén. ¡Aleluya!

136. (Vulg. 135.)

Canto de acción de gracias.

1 Alabad a Yave porque es bueno, | R. porque es eterna su misericordia (1).

(1) ¡Qué grata la sociedad de los que están hermanados por la piedad y el temor de Dios!
(2) Es este salmo una invitación a los sacerdotes y levitas que pernoctan en el templo para que bendigan al Señor.
(3) Alabanza a Yave, por las grandes obras que ha realizado, y ante quien los ídolos son nada.

(1) Este salmo es una verdadera letanía. En ella un coro cantaba el verso primero, y el pueblo respondía: «Porque es eterna su misericor-

[2] Alabad al Dios de los dioses, | R.
[3] Alabad al Señor de los señores, | R.
[4] Al, que es el único en hacer grandes maravillas; | R.
[5] Al que hizo sabiamente los cielos, | R.
[6] Al que afirmó la tierra sobre las aguas; | R.
[7] Al que hizo los grandes luminares, | R.
[8] El sol, para dominar de día, | R.
[9] A la luna, para dominar de noche, | R.
[10] Al que hirió a los primogénitos de Egipto, | R.
[11] Y sacó a Israel de en medio de ellos, | R.
[12] Con mano fuerte y brazo tendido, | R.
[13] Al que dividió en partes al Mar Rojo, | R.
[14] Y llevó a Israel por en medio de él, | R.
[15] Y sumergió al Faraón y a su ejército en el Mar Rojo. | R.
[16] Al que condujo a su pueblo por el desierto, | R.
[17] Que hirió a grandes reyes, | R.
[18] Y mató a reyes poderosos. | R.
[19] A Seón, rey de los amorreos, | R.
[20] Y a Og, rey de Basán, | R.
[21] Cuyas tierras dió en heredad, | R.
[22] En heredad a Israel, su siervo. |R.
[23] Que en nuestra humillación se acordó de nosotros, | R.
[24] Y nos libró de nuestros enemigos, | R.
[25] Que da pan a toda carne, | R.
[26] Alabad al Dios del cielo, | R.

137. (Vulg. 136.)

El amor de los cautivos por Sión.

[1] Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos | y llorábamos, acordándonos de Sión (1).

[2] De los sauces de sus orillas | colgábamos nuestras cítaras.
[3] Allí los que nos tenían cautivos nos pedían que cantásemos; | los que nos habían llevado atados, que nos alegrásemos: «Cantadnos alguno de los cánticos de Sión.»
[4] ¿Cómo cantar en tierra extranjera los cánticos de Yavé?
[5] Si yo me olvidare de ti, Jerusalén, olvídese de mí mi diestra;
[6] Péguese mi lengua al paladar, si yo no me acordase de ti, | si no pongo a Jerusalén por encima de cualquier alegría.
[7] Recuerda, ¡oh Yavé!, a los edomitas el día de Jerusalén. | Los que decían: «Arrasadla, arrasadla hasta los cimientos.»
[8] Hija de Babel, destinada a la devastación: | ¡Bienaventurado quien te dará lo que tú nos diste a nosotros!
[9] ¡Bienaventurado quien cogerá a tus niños | y los estrellará contra las piedras!

138. (Vulg. 137.)

Canto de acción de gracias.

De David.
[1] Quiero alabarte, oh Yavé, con todo mi corazón, | cantarte salmos ante los dioses (1).
[2] Me prosterno hacia tu santo templo, | y canto tu nombre, por tu misericordia y tu fidelidad, | pues has magnificado tu palabra, sobre todo nombre.
[3] Y cuando te invoqué me oíste, | y fortaleciste grandemente mi alma.
[4] Te alabarán, ¡oh Yavé!, todos los

día», frase que muchas veces hallamos en las Sagradas Escrituras, puesta en boca de los que alaban al Señor en el templo. La misericordia es el atributo divino que más de relieve se pone en el A. T., a pesar de lo cual, los fariseos lo entendieron tan poco, que fué necesario que el Señor les propusiese la parábola del «hijo pródigo», y les recordase aquellas palabras: Misericordia quiero, que no sacrificios (Mt., 9, 13). El estico de respuesta lo indicamos simplemente mediante la R.

(1) Otro salmo imprecatorio, compuesto, sin duda, en Babilonia durante el cautiverio, o, por lo menos, bajo la impresión producida por el cautiverio. El salmista expresa maravillosamente su entrañable amor a Jerusalén. Recuerda, como lo hacen también algunos profetas, la alegría con que los hijos de Edom vieron la ruina de Jerusalén y su templo, y pide para ellos el castigo divino; pero, sobre todo, su ánimo se vuelve contra Babilonia, la ciudad devastadora, que por la luz de las profecías sabe destinada a su vez a la ruina y a la devastación, y a sus niños cogidos por los pies y estrellados contra las rocas, cosa frecuente en estas devastaciones antiguas. La justicia de Dios para con las naciones es, a veces, en el A. T., sin misericordia; ésta se reserva sólo para Israel.

(1) Es bastante singular el pensamiento del salmista, que, habiendo recibido de Dios un beneficio, le da gracias en su templo, rodeado de todos los reyes, que con él alaban al Señor. Esto sólo tiene realización en el Mesías, cuyo rescate del sepulcro, la Resurrección, fué la salud y el triunfo de todo el mundo.

reyes de la tierra, | cuando oigan todas las palabras de tu boca.
5 Cantarán los caminos de Yave. | «¡Grande es, ciertamente, la gloria de Yave!»
6 Excelso Yave, atiende al humilde, | pero al soberbio le mira desde lejos.
7 Cuando estoy en medio de la tribulación, preservas mi vida, | extiendes tu mano contra la ira de mis enemigos, | y tu diestra me salva.
8 Cumpla Yave en mí. | Eterna es, ¡oh Yavel, tu misericordia. | No dejes sin acabar la obra de tus manos.

139. (Vulg. 138.)

La omnisciencia y omnipresencia divina.

Al maestro del coro. Salmo de David.
1 ¡Oh Yavel, tú me has examinado y me conoces, | no se te oculta nada de mi ser (1).
2 Tú conoces mi sentarme y mi levantarme, | y de lejos te das cuenta de todos mis pensamientos.
3 Escudriñas mi andar y mi acostarme, | tú investigas todos mis caminos,
4 Pues aún no está la palabra en mi lengua, | y ya tú, Yave, la sabes toda.
5 Por detrás y por delante me proteges, | y pones sobre mí tu mano.
6 Sobremanera admirable es para mí tanta ciencia, | sublime e incomprensible para mí.
7 ¿Dónde podría alejarme de tu espíritu? | ¿A dónde huir de tu presencia?
8 Si subiere a los cielos, allí estás tú. | Si bajare a los abismos, allí estás presente.
9 Si tomando las plumas de la aurora, | quisiera habitar al extremo del mar,
10 También allí me cogería tu mano y me tendría tu diestra.
11 Si dijere: Las tinieblas me ocultarán, | sea la noche mi luz en torno mío,
12 Tampoco serían para ti muy densas las tinieblas, | y la noche luciría como el día, | pues tinieblas y luz son iguales para ti.
13 Porque tú formaste mis entrañas, | tú me tejiste en el seno de mi madre.
14 Te alabaré por el maravilloso modo en que me hiciste. | ¡Qué admirables son tus obras!
15 Del todo conoces tú mi alma. | Cuando secretamente era formado, | y en el misterio me plasmaba,
16 Ya vieron tus ojos mi cuerpo informe. | Escritos estaban en tu libro todos mis días, | aun antes de ser el primero de ellos.
17 ¡Cuán admirables son para mí tus pensamientos, oh Dios, | qué ingente el número de ellos!
18 Si quisiera contarlos, son más que las arenas. | Contaría, contaría y nunca acabaría.
19 ¡Oh Dios, si exterminaras a los impíos, | si alejaras de mí a los hombres sanguinarios
20 Que impíamente se rebelan contra ti, | y soberbios se atreven a alzarse contra ti!
21 ¿Cómo no odiar, ¡oh Yavel, a los que te odian? | ¿Cómo no aborrecer a los que se levantan contra ti?
22 ¡Sí, los odio con el más completo odio | y los tengo por enemigos míos!
23 Escudriñame, ¡oh Dios!, y examina mi corazón, | pruébame y examina mis pensamientos;
24 Y mira si hay en mí camino para la ira, | y llévame por las sendas de la eternidad.

(1) El tema de este salmo es la omnisciencia de Dios, a quien nada se oculta, ni los pensamientos más recónditos de los hombres.

140. (Vulg. 139.)

Oración contra los enemigos maldicientes.

1 Al maestro del coro. Salmo de David.
2 Líbrame, ¡oh Yavel, del hombre malo, | presérvame del hombre malvado; (1)
3 De los que maquinan el mal en su corazón, | y todo el día excitan contiendas.
4 Afilan su lengua como la de la serpiente, | tienen bajo sus labios el veneno de la víbora. (Sela.)
5 Defiéndeme, Yave, de las manos del impío, | protégeme de los hombres violentos | que ponen tropiezos a mi paso;
6 Los soberbios que ponen ocultа-

(1) El salmista se siente acosado por enemigos y pide a Dios que le libre y vuelva sobre sus enemigos los males con que le amenazan.

mente trampas y lazos, | tienden sus redes junto al camino, | y ponen cepos para mí. (Sela.)
7 Pero yo digo a Yave: «Tú eres mi Dios.» | Escucha, ¡oh Yavel, la voz de mis súplicas.
8 Yave, Señor, protector y salvador mío, | tú protegerás mi cabeza el día del combate.
9 No permitas, Yave, lo que desea el impío; | no permitas que se logren sus dolosos consejos ni triunfen. (Sela.)
10 Caiga sobre la cabeza de los que me cercan | eso mismo con que ellos me amenazan.
11 Caigan sobre ellos brasas, | caigan en el fuego, | en el abismo, para no levantarse más.
12 El hombre lenguaraz no será estable sobre la tierra. | El hombre malvado será presa del infortunio, que le derribará.
13 Pero yo sé que Yave saldrá en defensa del desvalido, | a la defensa del pobre.
14 Sólo los justos alabarán tu nombre, | y los rectos habitarán en tu presencia.

141. (Vulg. 140.)

Oración en un mortal peligro.

Salmo de David.
1 ¡Oh Yave, te invoco, apresúrate a socorrerme! | Oye la voz del que a ti clama! (1)
2 Séate mi oración como incienso ante ti, | y el alzar a ti mis manos como oblación vespertina.
3 Pon, ¡oh Yavel, guarda a mi boca, | guarda a la puerta de mis labios.
4 No dejes que se incline al mal mi corazón, | a hacer impiedades con los hombres malvados, | ni a comer yo de sus golosinas.
5 Que me castigue el justo, es un favor. | Que me reprenda, es óleo sobre mi cabeza, que mi cabeza no rehusa. | Incesantemente rogaré yo por ellos en sus aflicciones.
6 Incólumes dejé ir a sus jefes junto a la roca, | y pudieron oír mis palabras, que eran blandas.
7 Como se hiende y ara la tierra, | están esparcidos nuestros huesos a la boca del sepulcro.
8 Pero mis ojos miran a ti, ¡oh Yavel | A ti me acojo, | no permitas que se derrame mi alma.
9 Guárdame para que no caiga en el lazo de los que me dan caza, | en los armadijos de los que obran el mal.
10 Caerán los impíos en sus mismas redes, | mientras que yo escaparé de ellas.

(1) El mismo pensamiento que el anterior.

142. (Vulg. 141.)

Oración en un mortal peligro.

1 Masquil de David, cuando estaba en la caverna. Oración.
2 Clamo con mi voz a Yave, | a Yave ruego con mi voz (1).
3 Derramo ante él mi querella, | expongo ante él mi angustia.
4 Ciertamente en mí se acongoja mi alma, | pero tú conoces todos mis caminos, | y que en la senda por donde voy me han escondido una trampa.
5 Si miro a la derecha, veo que no hay quien me mire con benevolencia, | no tengo escape, no hay quien vuelva por mi vida.
6 A ti clamo, ¡oh Yavel | Digo: Tú eres mi refugio, mi parte en la tierra de los vivientes.
7 Atiende a mis lamentos, pues estoy sobremanera necesitado. | Líbrame de los que me persiguen, pues son ellos los más fuertes.
8 ¡Oh! Saca mi alma de la cárcel, | para que pueda alabar tu nombre. | Me rodearán los justos, | si benignamente me fueres propicio.

143. (Vulg. 142.)

Humilde oración en un peligro.

Salmo de David.
1 Oye, Yave, mi oración, | y escucha mi plegaria, según tu fidelidad, | óyeme en tu justicia (2).
2 No entres en juicio con tu siervo, | pues ante ti no hay nadie justo.
3 Persigue el enemigo mi alma. | Ya ha postrado en tierra mi vida, | y me ha puesto en las tinieblas, como a los muertos de mucho ha.
4 Por eso está mi alma acongojada | y desfallece mi corazón.

(1) Otro semejante a los dos pasados.
(2) También éste se asemeja a los tres anteriores.

5 Me acuerdo de los tiempos antiguos, | medito en todas tus obras, | considerando lo hecho por ti;
6 Y alzo a ti mis manos | y mi alma, como tierra sedienta de ti. (Sela.)
7 Apresúrate a oírme, ¡oh Yavel, que ya desmaya mi alma. | No me ocultes tu rostro, pues sería semejante a los caídos en la fosa.
8 Haz que conozca pronto tu favor, pues en ti espero. | Dame a saber el camino por donde ir, porque a ti alzo mi alma.
9 Líbrame de mis enemigos, ¡oh Yavel, | porque a ti recurro.
10 Enséñame a hacer tu voluntad, pues eres mi Dios. | Lléveme tu buen espíritu por camino llano.
11 Por el honor de tu nombre preserva mi vida, | y en tu justicia saca mi alma del peligro de muerte.
12 Haz con tu piedad que cierren su boca mis enemigos, | y que perezcan cuantos persiguen mi alma, | pues soy siervo tuyo.

144. (Vulg. 143.)

Acción de gracias por la victoria.

De David.
1 Bendito sea Yave, mi roca, | que adiestra mis manos a la guerra, | mis dedos al combate. (1)
2 Es del todo piadoso conmigo, mi fortaleza, mi asilo y mi refugio, | mi escudo; en él confío, | él me somete los pueblos.
3 ¡Oh Yavel ¿Qué es el hombre, para que de él te cuides? | ¿Qué el hijo del hombre, para que pienses en él?
4 Es el hombre semejante a un soplo, | sus días son como sombra de uno que pasa.
5 ¡Oh Yavel Abaja tus cielos y desciende, | toca los montes y humearán;
6 Haz brillar tus rayos y dispérsalos; | lanza tus saetas y contúrbalos.
7 Tiende tus manos desde lo alto, | y líbrame de la muchedumbre de aguas; | de mano de los alienígenas,
8 Cuya boca promete mentirosamente | y cuya diestra es diestra de perfidia.
9 Quiero, ¡oh Dios!, cantarte un cántico nuevo, | entonarte un salmo con el arpa de diez cuerdas.
10 A ti que das la victoria a los reyes, | que libras a David, tu siervo, de la espada maligna.
11 Me libró y me salvó de la mano de los alienígenas, | cuya boca promete mentirosamente | y cuya diestra es diestra de perfidia.
12 Que sean así nuestros hijos, como plantas | que crecen mucho en su juventud, | y nuestras hijas como columnas angulares, | esculpidas como las de un palacio.
13 Estén nuestros graneros provistos de todo fruto, | sean nuestras ovejas mil veces fecundas, a millares multiplicadas en nuestros campos.
14 Y no haya invasión ni emigración ni clamores en nuestras plazas.
15 Bienaventurado el pueblo que tiene esto. | ¡Bienaventurado el pueblo cuyo Dios es Yavel

(1) Es un canto de victoria obtenida con la ayuda de Dios contra los extranjeros, llenos de falsía. Es digno de notarse el versículo final, que contrapone la posesión de muchos bienes materiales con tener a Yave por Dios.

145. (Vulg. 144.)

Majestad y bondad de Dios.

1 Laude. De David (1).
Alef: Quiero ensalzarte, Dios mío, Rey, | y alabar tu nombre siempre, por los siglos.
2 Bet: Quiero cantarte todo el día | y alabar tu nombre siempre, por los siglos.
3 Guímel: Es grande Yave y digno de toda alabanza, | su grandeza es inconcebible.
4 Dálet: Una generación anuncia tus obras a otra generación, | y alaba las proezas de tu poder.
5 He: Ensalzan la hermosura de la gloria de tu majestad, | de tus maravillosos hechos hablaré.
6 Vau: Cuentan el vigor de tus estupendos prodigios, | y yo cantaré tus grandezas.
7 Zain: Reproducen la memoria de tus inmensas bondades | y se gozan en tu beneficencia.
8 Jet: Clemente y misericordioso es Yave, | lento a la ira y de muy gran piedad.
9 Tet: Es benigno Yave para con

(1) El salmista alaba al Señor, admirable por su grandeza, misericordia, omnipotencia, verdad, providencia y justicia.

todos, | y su misericordia está en todas sus criaturas.
10 Yod: Alábente, ¡oh Yave!, todas tus obras, | bendígante tus santos.
11 Caf: Exalten la gloria de tu reino | y digan de tu fortaleza.
12 Lámed: Para hacer conocer a los hijos de los hombres tus hazañas | y la magnificencia de la gloria de su reino.
13 Mem: Tu reino es reino por los siglos de los siglos, | y tu señorío por generaciones y generaciones.
14 Nun: Es fiel Yave en todas sus palabras | y piadoso en todas sus obras.
15 Sámec: Sostiene Yave a los que caen | y levanta a los humillados.
16 Ayin: Todos los ojos miran expectantes a ti, | y tú les das el alimento conveniente a su tiempo.
17 Pe: Abres tu mano, | y das a todo viviente la grata saciedad.
18 Sade: Es justo Yave en todos sus caminos | y misericordioso en todas sus obras.
19 Qof: Está Yave cerca de cuantos le invocan, | de cuantos le invocan de veras.
20 Res: Satisface los deseos de los que le temen, | oye sus clamores y los salva.
21 Sin: Guarda Yave a cuantos le aman | y destruye a los impíos.
22 Tau: Cante mi boca las alabanzas de Yave, | y bendiga toda carne su santo nombre, por los siglos, para siempre.

146. (Vulg. 145.)

Sólo en Dios debe ponerse la confianza.

1 ¡Aleluya! | Alaba, alma mía, a Yave (1).
2 Alabe yo a Yave toda mi vida, | cante yo a Dios mientras exista.
3 No confiéis en los príncipes, | en los hijos del hombre, que no salvan.
4 Vuela su alma y torna a su lugar, | y en ese día perecen todos sus designios.
5 Bienaventurado aquel cuyo auxilio es el Dios de Jacob, | cuya esperanza es Yave, su Dios,
6 Hacedor de cielos y tierra, | del mar y de cuanto en ellos hay; | que guarda fe por la eternidad,
7 Da refugio a los afligidos | y da pan a los hambrientos. | Yave libera a los presos;
8 Yave devuelve la vista a los ciegos; | Yave yergue a los encorvados; | Yave ama a los justos;
9 Yave protege a los peregrinos, | sustenta al huérfano y a la viuda, | pero destruye a los impíos.
10 Reina Yave por la eternidad. | Tu Dios, ¡oh Sión!, por generaciones y generaciones. | ¡Aleluya!

(1) Sólo Dios es amparo seguro y sólo en El se debe poner la confianza.

147. (Vulg. 146, 147.)

Alabanzas a Dios por la restauración de Sión.

1 ¡Aleluya! | Alabad a Yave, que es bueno cantar salmos a nuestro Dios, | y deleitoso cantar sonoramente sus alabanzas (1).
2 Reedifica Yave a Jerusalén | y reúne a los dispersos de Israel.
3 El sana a los de quebrantado corazón | y cura sus dolores.
4 El cuenta el número de las estrellas | y llama a cada una por su nombre.
5 Es grande Yave, grande su poderío, | y su inteligencia es inenarrable.
6 Sostiene Yave a los mansos, | y humilla a los impíos hasta tierra.
7 Cantad a Yave y alabadle. Entonad salmos a nuestro Dios con la cítara.
8 El es el que cubre el cielo de nubes, | el que prepara la lluvia para la tierra. | El que hace que broten hierba los montes, | para pasto de los que sirven al hombre.
9 El que da al ganado su pasto, | y a los polluelos del cuervo que claman.
10 No se agrada de la fortaleza del caballo, | no se complace en las piernas del hombre.
11 Le complacen los que le temen, | los que esperan en su misericordia.
12 Alaba, Jerusalén, a Yave. | Alaba, Sión, a tu Dios,
13 Por haber hecho firmes las cerraduras de tus puertas, | y haber bendecido en ti a tus hijos.

(1) El objeto del salmo aparece en el versículo 2, y de él resulta que mira a la restauración, que siguió a la cautividad. Pero no sólo en esta obra: en otras muchas naturales se revela la grandeza de su poder.

14 El dió la paz a tu territorio, | te sació de la flor del trigo.
15 El manda su decreto a la tierra, | y su palabra corre velocísimamente.
16 El da la nieve como lana, | y esparce como ceniza la escarcha.
17 El hace caer su hielo como en pedazos, | ante su frío se congelan las aguas.
18 Pero manda su palabra y se liquidan, | hace soplar su viento y manan aguas.
19 El promulgó su ley a Jacob, | sus estatutos y decretos a Israel.
20 No hizo tal a gente alguna, | y a ninguna otra manifestó sus juicios. | ¡Aleluya!

148.

Gloria de Dios en los cielos y en la tierra.

1 ¡Aleluya! | Alabad a Yave en los cielos, | alabadle en lo alto (1).
2 Alabadle vosotros, sus ángeles todos. | Alabadle vosotras, todas sus milicias.
3 Alabadle, sol y luna. | Alabadle todas, lucientes estrellas.
4 Alabadle, cielos de los cielos, | y las aguas de sobre los cielos.
5 El fuego, el granizo, la nieve, la lluvia, | el viento tempestuoso, que ejecutan sus mandatos,
6 Alaben el nombre de Yave. | Porque díjolo él y fueron hechos.
6 El lo mandó y fueron creados. | E hizo que persistan por los siglos. | Púsoles la ley y no la traspasarán.
7 Alabad a Yave desde la tierra, | los cetáceos y todos los mares;
9 Los montes y todos los collados, | los árboles frutales y los cedros todos;
10 Las fieras y todos los ganados, | los reptiles y las aladas aves;
11 Los reyes de la tierra y los pueblos todos; | los príncipes y los jueces de la tierra;
12 Los mancebos y las doncellas, | los viejos y los niños.
13 Alaben el nombre de Yave, | porque sólo su nombre es sublime, | y su gloria sobrepasa la tierra y los cielos.
14 El ha elevado a su pueblo a tan gran poderío. | Alábele toda la comunidad de sus santos, | los hijos de Israel con todo el corazón. | ¡Aleluya!

(1) Siendo todas las cosas obra de Dios, todas deben formar coro para alabarle.

149.

Canto a Dios y a su pueblo, ejecutor de sus designios.

1 ¡Aleluya! | Cantad a Yave un cántico nuevo. | Alabadle en la asamblea de los santos (1).
2 Alégrese Israel en su Hacedor, | alégrense en su Rey los hijos de Sión.
3 Canten su nombre entre danzas, | canten salmos con los tímpanos y la cítara,
4 Porque se complace Yave en su pueblo | y da su salvación a los humildes.
5 Regocíjense los piadosos por su gloria, | cántenle aun en sus lechos.
6 Tengan siempre en su boca las glorias de Dios, | y en sus manos la espada de dos filos,
7 Para tomar venganza de las gentes | y castigar a los pueblos;
8 Para poner en cepo a sus reyes | y encadenar con hierros a sus príncipes,
9 Ejecutando en ellos el juicio escrito. | Gloria será ésta para todos sus santos. ¡Aleluya!

(1) Pero son los santos en quienes resplandece más la bondad de Dios; deben ser ellos quienes principalmente le alaben.

150.

Doxología final del Salterio.

Canto de alabanza.

1 ¡Aleluya! | Alabad a Dios en su santuario, | alabadle en el firmamento de su majestad.
2 Alabadle por sus hazañas, | alabadle conforme a la muchedumbre de su grandeza.
3 Alabadle al son de las trompetas, | alabadle con el Salterio y la cítara.
4 Alabadle con tímpanos y danzas, | alabadle con las cuerdas y el órgano.
5 Alabadle con címbalos resonantes, | alabadle con címbalos de júbilo.
6 Todo cuanto respira alabe a Yave. ¡Aleluya!

SAVL
DAVID
SALAMON

INTRODUCCION A LOS PROVERBIOS

CIENCIA popular se llama a la encerrada en los proverbios. Era el Oriente muy fecundo en esta ciencia, y no es de extrañar que abundase también entre los hebreos. De Salomón se dice, en ponderación de su sabiduría, que pronunció 3.000 parábolas, que son los proverbios expresados, como es frecuente, en forma figurada o mediante una comparación, v. gr., «quien a buen árbol se arrima..., etc. El libro de los Proverbios encierra una rica colección de sentencias expresadas en verso, lo más frecuentemente en dísticos antitéticos, a fin de poner más de relieve, con el contraste, las dos ideas de la máxima. Los nueve primeros capítulos sirven de introducción al libro y contienen una apremiante invitación a escuchar la sabiduría y el elogio de ésta. Se destaca entre estos capítulos el octavo, que habla de la sabiduría de Dios, cooperadora suya en la creación del mundo, por la que se derramó, en las criaturas todas, de donde los hombres la pueden sacar, aparte de la especial comunicación y familiaridad que dice tener con ellos. Sigue luego una larga serie de proverbios, que abarca los capítulos 10 a 22, que se atribuyen a Salomón. Después otra serie más corta que lleva el título «Sentencias de los sabios». Otra serie de proverbios de Salomón, recogida por los sabios de Ezequías, llena los cinco capítulos siguientes. Lo que resta puede considerarse como apéndice. Las palabras de Agur, hijo de Jaque; la exhortación de la madre de Lemuel, y el elogio del ama israelita, que es un hermoso poema alfabético.

El libro se atribuye a Salomón, aunque ya se ve que no es todo del Rey Sabio, como se atribuye a David el Salterio, por ser el principal de los salmistas. También, como la del Salterio, la compilación de los Proverbios, puesto que contiene bastantes cosas posteriores a Salomón, debe de ser posterior a él, acaso de la época de Ezequías.

PROVERBIOS

Título y fin del libro.

1 [1] Sentencias de Salomón, hijo de David, rey de Israel (1).
[2] Para aprender sabiduría y honestidad, | para entender sensatos dichos,
[3] Alcanzar disciplina y discreción, | justicia, probidad y rectitud;
[4] Para dar prudencia a los inexpertos, | perspicacia y circunspección a los jóvenes.
[5] Oyéndolos, el sabio crecerá en doctrina | y el entendido adquirirá destreza,
[6] Para entender las sentencias y los dichos agudos, | las palabras de los sabios y sus enigmas.
[7] El principio de la sabiduría es el temor de Yave, | y son necios los que desprecian la sabiduría y la disciplina (2).

Las malas compañías.

[8] Escucha, hijo mío, las amonestaciones de tu padre, | y no desdeñes las enseñanzas de tu madre;
[9] Porque serán corona de gloria en tu cabeza | y collar en tu cuello.
[10] Hijo mío, si los malos pretenden seducirte, no consientas.
[11] Si te dicen: «Ven con nosotros, | pongamos asechanzas a la vida ajena, | tendamos a placer lazos contra el justo (3);
[12] Traguémoslos vivos, como el sepulcro, | enteros, como los que bajan al sepulcro;
[13] Tendremos toda suerte de riquezas, | henchiremos nuestras casas de despojos,
[14] Tendrás tu parte como todos nosotros, | no habrá más que una bolsa para todos.»
[15] No te vayas con ellos, hijo mío, | ten tus pies muy lejos de sus sendas;
[16] Porque corren sus pies al mal, | y se apresuran a derramar sangre.
[17] Pues no en vano se tiende la red | a los ojos de las aladas aves.
[18] Con ello acechan a la propia vida | y traman su propio daño.
[19] Ahí lleva siempre la rapacidad: | Es un vicio que acaba por matar al que lo tiene.

Exhortación de la sabiduría.

[20] La sabiduría está clamando fuera, alza su voz en las plazas, (1)
[21] Clama encima de los muros, | en las entradas de las puertas de la ciudad, y va diciendo:
[22] ¿Hasta cuándo, simples, amaréis la simpleza, | y petulantes os complaceréis en la petulancia, | y aborreceréis, necios, la disciplina?
[23] Volveos a mis requerimientos: | Yo derramaré sobre vosotros mi espíritu | y os daré a saber mis palabras.
[24] Pues os he llamado y no habéis atendido, | tendí mis brazos y nadie se dió por entendido.
[25] Antes desechasteis todos mis consejos | y no accedisteis a mis requerimientos.
[26] También yo me reiré de vuestra ruina | y me burlaré cuando venga sobre vosotros el terror.
[27] Cuando sobrevenga como huracán el terror, | y como torbellino os sorprenda la ruina.
[28] Entonces me llamarán y yo no responderé; | me buscarán, pero no me hallarán,
[29] Por haber despreciado la sabiduría | y no haber seguido el temor de Yave,

---

(1) Según indicamos en la introducción, los Proverbios se dicen de Salomón por ser el principal autor, como su padre lo fué de los salmos.

(2) El temor de Dios es el principio de la sabiduría, que nos encamina hacia Dios, como disposición subjetiva que prepara el ánimo para escuchar, entender y aceptar las enseñanzas de la sabiduría. Consideremos el orgulloso, que desprecia a Dios y sus enseñanzas y veremos cuán mal dispuesto está para entender esta ciencia moral, que exige para su inteligencia la pureza del ánimo.

(3) Desde la primera página se nos ofrece la lucha del malvado y el justo, que tanto aparece en el Salterio.

(1) Hermosa prosopopeya de la Sabiduría llamando a todos a sí.

30 Y no haberse agradado de mis
consejos | y haber menospreciado mis
requerimientos.
31 Comerán el fruto de sus obras | y
se hartarán de sus consejos;
32 Porque ese desvío llevará a los
simples a la muerte, | y la prosperi-
dad de los necios los perderá.
33 Pero quien me escuche vivirá
tranquilo, | seguro y sin temor de
mal.

Excelencias de la sabiduría.

2 1 Hijo mío, si aceptas mis pala-
bras | y guardas dentro de ti mis
mandamientos,
2 Dando atento oído a la sabidu-
ría | e inclinando tu corazón a la
prudencia,
3 Si invocas a la inteligencia | y a
voces llamas a la prudencia;
4 Si la buscas como se busca la
plata, | cual si excavaras un tesoro,
5 Entonces tendrás el temor de
Yave | y hallarás el conocimiento
de Dios.
6 Porque Yave da la sabiduría | y
con su boca derrama ciencia e inte-
ligencia.
7 Da salud a los justos | y se hace
escudo de los que proceden rectamente.
8 Defiende el camino de la recti-
tud | y protege las sendas de sus santos.
9 Entenderás entonces justicia y
juicio | y equidad, en suma, buen
camino.

La sabiduría aparta de malas compañías.

10 Cuando entre en tu corazón la
sabiduría | y sea dulce a tu alma la
ciencia,
11 Te guardará el consejo | y te
preservará la inteligencia
12 Para librarte de los caminos de
los malos, | de los hombres de per-
versos razonamientos,
13 Que dejado todo buen camino |
van por sendas tenebrosas,
14 Se gozan en hacer el mal | y se
huelgan en la perversidad del vicio,
15 Siguen caminos tortuosos | y se
extravían en sus andanzas.
16 Te preservará de la mujer ajena, |
de la extraña que halaga con sus
palabras,
17 Que deja al compañero de su
mocedad | y se olvida de la alianza
jurada a su Dios.
18 Su casa lleva a la muerte | y sus
caminos a los que murieron;
19 Cuantos entran no vuelven más, |
ni toman las veredas de la vida.
20 Así seguirás la recta senda | e
irás por el camino de los justos;
21 Pues los justos habitarán la
tierra | y los rectos permanecerán en
ella;
22 Mas los impíos serán arrancados
de la tierra | y los prevaricadores
serán desarraigados.

Frutos de la honestidad.

3 1 Hijo mío, no te olvides de mis
enseñanzas, | conserva mis pre-
ceptos en tu corazón;
2 Porque te darán vida larga, | lar-
gos días de vida y prosperidad.
3 Que no te abandonen jamás la
bondad y la fidelidad, | átatelas al
cuello, escríbelas en tu corazón,
4 Y hallarás favor, buena opinión, |
ante Dios y ante los hombres.
5 Confía en Yave de todo cora-
zón | y no te apoyes en tu prudencia.
6 En todos tus caminos piensa
en él, | y él allanará todas tus sendas.
7 No te tengas por sabio, | teme a
Dios y evita el mal,
8 Que será sanidad para tu carne | y
tuétano para tus huesos.
9 Honra a Dios de tu hacienda, | de
las primicias de tus frutos,
10 Y estarán llenas tus trojes | y
rebosará de mosto tu lagar.

Excelencias de la sabiduría.

11 No desdeñes, hijo mío, las lec-
ciones de tu Dios; | no te enoje que
te corrija,
12 Porque al que ama le corrige | y
aflige al hijo que le es más caro.
13 Bienaventurado el que alcanza
la sabiduría | y adquiere inteligencia;
14 Porque es su adquisición mejor
que la de la plata, | y es de más
provecho que el oro.
15 Es más preciosa que las perlas, |
y no hay tesoro que la iguale,
16 Lleva en su diestra la longevi-
dad, | y en su siniestra la riqueza y
los honores.
17 Sus caminos son caminos delei-
tosos | y son paz todas sus sendas.
18 Es árbol de vida para quien la
consigue, | quien la abraza es bien-
aventurado.

19 Con la sabiduría fundó Yave la
tierra, | con la inteligencia consolidó
los cielos.
20 Con su ciencia hizo brotar las
fuentes | y destilan los cielos el rocío.

Felicidad del justo.

21 Hijo mío, no la pierdas nunca
de vista, | guarda siempre la pru-
dencia y el consejo,
22 Que serán vida para tu alma | y
gracia para tu cuello.
23 Entonces irás confiado tu ca-
mino | y no tropezará tu pie.
24 Cuando te acostares no sentirás
temor, | te acostarás y dormirás dulce
sueño.
25 No tendrás temor de repentinos
pavores | ni de la ruina de los impíos
cuando venga.
26 Porque Yave será tu confianza | y
preservará tu pie de quedar preso.

Atenciones debidas al prójimo.

27 No niegues un beneficio al que
lo necesita, | siempre que en tu
poder esté el hacérselo;
28 No le digas al prójimo: «Vete y
vuelve, | mañana te lo daré», si es
que lo tienes.
29 No trames mal alguno contra tu
prójimo | mientras él confía en ti.
30 No pleitees con nadie sin razón, |
si no te ha hecho agravio.
31 No envidies al injusto | ni sigas
sus caminos,
32 Porque el perverso es abominado
de Yave, | que sólo tiene sus intimida-
des para el justo.
33 En la casa del impío está la mal-
dición de Yave | que bendice la mora-
da del justo.
34 Escarnece a los escarnecedores |
y da su gracia a los humildes;
35 Da honra a los sabios | y reserva
la infamia para los necios.

Lección paternal.

4 1 Oíd, hijos míos, la doctrina de
un padre, | y atended bien para
aprender prudencia,
2 Porque la doctrina que os enseño
es buena; | no desdeñéis, pues, mis
enseñanzas.
3 También fuí yo hijo pequeñito
de mi padre, | unigénito bajo la mi-
rada de mi madre;
4 Y él me enseñaba, diciéndome: |
pon atención a mis palabras,
5 Pon por obra mis mandatos, no
los descuides | ni te apartes de mis
enseñanzas.
7 Sabiduría ante todo, adquiere la
sabiduría, | procúrate a toda costa
inteligencia,
6 Que no te abandonará y te
guardará; | ámala y ella te custo-
diará.
8 Tenla en gran estima y ella te
ensalzará | y te honrará si la abra-
zas.
9 Pondrá en tu cabeza una corona
de gracia, | te entregará una esplén-
dida diadema.

La recta senda.

10 Oye, hijo mío, y recibe mis
palabras | y se multiplicarán los años
de tu vida,
11 Que te enseño el camino de la
sabiduría | y te encamino por el
recto sendero.
12 Así cuando anduvieres no se
enredarán tus pasos, | y aun corrien-
do no tropezarás.
13 Retén firmemente la disciplina,
no la dejes, | guárdala, mira que es
tu vida.
14 No te metas por las sendas del
impío, | no vayas por el camino de
los malos.
15 Esquívale, no pases por él, |
tente apartado de él, pasa de lejos.
16 Esos no duermen tranquilos si
no han hecho el mal, | huye de ellos
el sueño si no han hecho alguna ruina.
17 Comen el pan de la maldad | y
beben el vino de la violencia.
18 Mas la senda de los justos es
como la luz de la aurora, | que va
en aumento hasta ser pleno día.
19 Al contrario, el camino del impío
es la tiniebla | y no ven donde tro-
piezan.
20 Hijo mío, atiende a mis pala-
bras, | inclina tu oído a mis razones,
21 No se aparten nunca de tus ojos, |
guárdalas dentro de tu corazón.
22 Que son vida para quien las
acoge | y sanidad para su carne.
23 Guárdalas en tu corazón con toda
cautela, | porque son manantial de
vida.
24 Lejos de ti toda falsía de la

boca | y aparta de ti toda iniquidad de los labios.
25 Mira siempre de frente con tus ojos, | vayan tus párpados derechos ante ti.
26 Mira bien dónde pones el pie, | y sean rectos todos tus caminos.
27 No te desvíes a la derecha ni a la izquierda, | y aparta del mal todos tus pasos. . .

Huye de las malas mujeres.

5 1 Hijo mío, atiende a la sabiduría, | da oídos a la inteligencia,
2 Para guardar el consejo | y mantener en tus labios la ciencia.
3 Miel destilan los labios de la mujer extraña | y es su boca más suave que el aceite,
4 Pero su fin es más amargo que el ajenjo, | punzante como espada de dos filos (1).
5 Van sus pies derechos a la muerte, | llevan sus pasos al sepulcro.
6 No va por el camino de la vida, | va errando por el camino sin saber adónde.
7 Oyeme, pues, hijo mío, | y no te apartes de las razones de mi boca.
8 Tente siempre lejos de su camino, | y no te acerques a la puerta de su casa,
9 Para no dar tu honor a los extraños | y tus años a un cruel;
10 Para que no disfruten extraños de tu hacienda, | y vayan tus trabajos a casa de un extraño,
11 Y al fin tengas que llorar | cuando veas consumidos tu carne y tu cuerpo,
12 Y hayas de exclamar: ¡Ay de mí, que odié la disciplina | y no dí oídos a los que me adoctrinaban!
13 No escuché la voz de los que me educaban | y no dí oídos a los que me enseñaban.
14 Por poco no he llegado al extremo de mis males, | en medio del consejo de la asamblea.
15 Bebe el agua de tu cisterna, | los raudales de tu pozo.
16 ¿Quieres derramar fuera tus fuentes, | por las plazas, las aguas de tu río?
17 Tenlas para ti solo, | no para que contigo las beban los extraños.
18 Bendita tu fuente, | y gózate en la compañera de tu mocedad,
19 Cierva carísima y graciosa gacela; | embriáguente siempre sus amores | y recréente siempre sus caricias.
20 ¿Para qué andar loco, hijo mío, tras la extraña, | y abrazar en tu seno a una extranjera?
21 Los caminos del hombre están a los ojos de Yave, | y él ve todos sus pasos.
22 El impío queda preso en su propia iniquidad | y cogido en el lazo de su culpa.
23 Morirá por falta de disciplina | y su gran necedad le perderá.

(1) La ley condenaba a muerte a los adúlteros, y sin duda que, como ocurre hoy en las tribus del desierto arábigo, esta ley no dejaba de cumplirse con todo rigor.

Evitar los empeños.

6 1 Hijo mío, si saliste fiador por tu prójimo, | si has estrechado la mano del extraño,
2 Si te has ligado con tu palabra | y te has dejado coger por tu boca,
3 Haz esto, hijo mío, para librarte, | ya que has caído en manos de tu prójimo: | Ve sin tardanza y asegúrate de tu amigo,
4 No des sueño a tus ojos, | no des reposo a tus párpados,
5 Ponte a salvo como de la mano del cazador el corzo, | como el pájaro del lazo del parancero.

La pereza.

6 Ve, oh perezoso, a la hormiga, | mira sus caminos y hazte sabio.
7 No tiene capitán, | ni rey, ni señor,
8 Y se prepara en el verano su mantenimiento, | reúne su comida al tiempo de la mies. | O ve a la abeja, y aprende cómo trabaja | y produce rica labor, | que reyes y simples buscan para sí | y todos apetecen, | y siendo como es pequeña y flaca, | es por su sabiduría tenida en mucha estima (1).
9 ¿Hasta cuándo, perezoso, dormirás, | cuándo despertarás de tu sueño?
10 Un poco dormitar, un poco adormecerse, | un poco mano sobre mano descansando,

(1) Lo que se dice de la abeja no se lee en el texto hebreo; lo tomamos de los LXX.

11 Y sobreviene como caminante la miseria | y como pordiosero la indigencia.

El malo.

12 El hombre malo es digno de desprecio, | anda en mendacidad de boca,
13 Hace guiños con los ojos, refriega los pies, | habla con los dedos,
14 Tiene el corazón lleno de maldad | y siembra siempre la discordia.
15 Por eso vendrá sobre él de improviso la ruina, | y será quebrantado súbitamente y sin remedio.

Cosas odiosas a Dios.

16 Seis cosas aborrece Yave, | y aun siete abomina su alma (1):
17 Ojos altaneros, lengua mentirosa, | manos que derraman la sangre inocente,
18 Corazón que trama iniquidades, | pies que corren presurosos al mal,
19 Testigo falso, que difunde calumnias | y enciende rencores entre hermanos.

Huye de la mujer disoluta.

20 Guarda, hijo mío, los mandatos de tu padre, | y no des de lado las enseñanzas de tu madre.
21 Ten siempre ligado a ellos tu corazón, | enlázalos a tu cuello,
22 Porque antorcha es el mandamiento y luz la disciplina, | y camino de vida la corrección del que te enseña.
22 Te servirán de guía en tu camino | y velarán por ti cuando durmieres, | y cuando te despiertes te hablarán;
24 Para que te guarden de la mala mujer, | de los halagos de la mujer ajena (2).
25 No codicies su hermosura en tu corazón, | no te dejes seducir por sus miradas;
26 Porque si la prostituta busca un pedazo de pan, | la casada va a la caza de una vida preciosa.
27 ¿Puede alguno llevar fuego en su regazo | sin quemarse los vestidos?
28 ¿Quién andará sobre brasas | sin que se le abrasen los pies?
29 Así el que se acerca a la mujer ajena, | no saldrá indemne quien la toca.
30 ¿No es tenido en poco el ladrón, cuando roba | para saciar su hambre, si la tiene?
31 Y si es cogido tendrá que pagar el séptuplo, | de toda la hacienda de su casa?
32 Pero el adúltero es un mentecato, | sólo quien quiere arruinarse a sí mismo hace tal cosa.
33 Se hallará con palos e ignominia | y su afrenta no se borrará nunca.
34 Porque los celos del hombre le ponen furioso | y no perdona el día de la venganza.
35 No se contentará con una indemnización | y no aceptará dones por grandes que sean.

Los halagos seductores.

7 1 Hijo mío, atiende a mis palabras | y pon dentro de ti mis enseñanzas.
2 Guarda mis preceptos y vivirás, | sea mi ley como la niña de tus ojos.
3 Atatelos al dedo, | escríbelos en la tabla de tu corazón.
4 Di a la sabiduría: «Tú eres mi hermana», | y llama a la inteligencia tu pariente,
5 Para que te preserven de la mujer ajena, | de la extraña de lúbricas palabras.
6 Estaba yo un día en mi casa a la ventana, | mirando a través de las celosías,
7 Y vi entre los simples un joven, | entre los mancebos un falto de juicio,
8 Que pasaba por la calle junto a la esquina | e iba camino de su casa.
9 Era al atardecer, cuando ya oscurecía, | al hacerse de noche, en la tiniebla.
10 Y he aquí que le sale al encuentro una mujer | con atavío de ramera y astuto corazón.
11 Era parlanchina y procaz | y sus pies no sabían estarse en casa;
12 Ahora en la calle, ahora en la plaza, | acechando por todas las esquinas.

(1) Hermosa sentencia ésta, que muestra cuánto aborrece el Señor lo que turba la paz, contra la cual van todos esos vicios.
(2) Es la segunda vez que se habla del mismo tema. Indicio de un estado moral poco lisonjero. Y eso a pesar de las duras sanciones de la ley.

13 Cogióle y le abrazó, | y le dijo
con toda desvergüenza:
14 «Tenía que ofrecer un sacrifi-
cio, | y hoy he cumplido ya mis
votos;
15 Por eso te he salido al encuen-
tro, | iba en busca de ti y ahora te
hallo.
16 He ataviado mi lecho con tapi-
ces, | con telas de hilo recamado de
Egipto,
17 He perfumado mi cámara | con
mirra, áloe y cinamomo.
18 Ven, embriaguémonos de amo-
res hasta la mañana, | hartémonos
de caricias,
19 Pues mi marido no está en casa, |
ha salido para un largo viaje;
20 Se ha llevado la bolsa | y no vol-
verá hasta el plenilunio.»
21 Con la suavidad de sus palabras
le rindió | y con sus halagos le se-
dujo;
22 Y se fué tras ella entontecido, |
como buey que se lleva al mata-
dero, | como ciervo cogido en el
lazo,
23 Hasta que una flecha le atra-
viesa el flanco; | o como pájaro que
se precipita en la red, | sin saber que
le va en ello la vida.
24 Oyeme, pues, hijo mío, | y atien-
de a las palabras de mi boca.
25 No dejes ir tu corazón por sus
caminos, | no yerres por sus sendas,
26 Porque a muchos ha hecho caer
traspasados | y son muchos los muer-
tos por ella.
27 Su casa es el camino del sepul-
cro, | que baja a las profundidades
de la muerte.

Invitación de la sabiduría.

8 1 ¿No está ahí clamando la sabi-
duría | y dando voces la inteli-
gencia?
2 En los altos cabezos, junto a los
caminos, | en los cruces de las vere-
das se para;
3 En las puertas, en las entradas
de la ciudad, | en los umbrales de
las casas da voces:
4 A vosotros, mortales, clamo, | y
me dirijo a los hijos de los hombres.
5 Entended, oh simples, la cor-
dura, | y vosotros, necios, entrad
en la discreción.
6 Escuchad, que voy a deciros
nobles palabras | y abriré mi boca
a sentencias de rectitud.
7 Sí, mi boca dice la verdad | pues
aborrezco los labios inicuos.
8 Todos mis dichos son conforme
a la justicia, | nada hay en ellos de
tortuoso y perverso.
9 Todos son rectos para la persona
inteligente, | y razonables para el
que tiene la sabiduría.
10 Recibid mi enseñanza mejor
que la plata, | y la ciencia mejor que
el oro fino,
11 Pues la sabiduría vale más que
las piedras preciosas, | y cuanto hay
de codiciable no puede comparársele.

Excelencias de la sabiduría.

12 Yo, la sabiduría, tengo conmigo
la discreción, | poseo la ciencia y la
cordura.
13 Temer a Dios es aborrecer el
mal; | la soberbia, la arrogancia, el
mal camino, | la boca perversa, las
detesto.
14 Mío es el consejo y la habilidad, |
mía la inteligencia, mía la fuerza.
15 Por mí reinan los reyes | y los
jueces administran la justicia (1).
16 Por mí mandan los príncipes | y
gobiernan los soberanos de la tierra.
17 Amo a los que me aman | y el
que me busca me hallará.
18 Llevo conmigo el bienestar y la
honra, | sólidas riquezas y justicia.
19 Mi fruto es mejor que el oro
puro, | mi ganancia mejor que la
plata acrisolada.
20 Voy por las sendas de la justi-
cia, | por los senderos de la equidad,
21 Para hacer heredar ricamente a
los que me aman | y henchir sus
tesoros.

La sabiduría en la creación.

22 Túvome Yave como principio
de sus acciones, | ya antes de sus
obras, desde entonces (2).

---

(1) Esto puede entenderse de dos maneras: que de la Sabiduría les viene el poder de reinar y administrar justicia, o que por ella tienen aquellas disposiciones de ánimo que son necesarias para gobernar y administrar justicia. Con frecuencia se entiende en el primer sentido, confundiendo la Sabiduría con la ley eterna y natural; pero más bien se debe entender en el segundo sentido, según lo que se dice en el versículo 14.

(2) Este hermoso trozo nos explica los orígenes de la Sabiduría. Ella existió con Dios

[23] Desde los más remotos tiempos
fuí constituída, | desde los orígenes,
antes que la tierra fuese.
[24] Antes que los abismos fuí engendrada yo, | antes que fuesen las fuentes de abundantes aguas;
[25] Antes que los montes fuesen cimentados, | antes que los collados fuí yo concebida.
[26] Antes que hiciese la tierra ni los campos, | ni el polvo primero de la tierra.
[27] Cuando fundó los cielos, allí estaba yo, | cuando puso una bóveda sobre la faz del abismo.
[28] Cuando daba consistencia al cielo en lo alto, | cuando daba fuerza a las fuentes del abismo.
[29] Cuando fijó sus términos al mar, | para que las aguas no traspasasen su mandato. | Cuando echó los cimientos de la tierra
[30] Estaba yo con él como arquitecto, | siendo siempre su delicia | solazándome ante él en todo tiempo;
[31] Recreándome en el orbe de la tierra, | y son mis delicias los hijos de los hombres.
[32] Oídme, pues, hijos míos; | bienaventurado el que sigue mis caminos.
[33] Atended al consejo y sed sabios, | y no lo menospreciéis.
[34] Bienaventurado quien me escucha | y vela a mi puerta cada día | y es asiduo en el umbral de mis entradas.
[35] Porque el que me halla a mí halla la vida | y alcanzará el favor de Yave.
[36] Y al contrario, el que me pierde, a sí mismo se daña, | y el que me odia ama la muerte.

El banquete de la sabiduría.

9 [1] La sabiduría se ha edificado su casa, | ha labrado sus siete columnas (1).
[2] Mató sus víctimas y mezcló su vino | y ha aderezado su mesa.
[3] Mandó sus doncellas a invitar | desde lo más alto de la ciudad.
[4] El que es simple venga acá, | al que no tiene sentido hablo.
[5] Venid y comed mi pan | y bebed mi vino que para vosotros he mezclado.
[6] Dejaos de simplezas y vivid | y andad por la senda de la inteligencia.

Consejos.

[7] El que corrige al petulante se acarrea afrenta | y el que reprende al impío se deshonra.
[8] No reprendas al petulante, que te aborrecerá, | reprende al sabio y te lo agradecerá.
[9] Da consejos al sabio y se hará más sabio todavía; | enseña al justo y acrecerá su saber.
[10] El principio de la sabiduría es el temor de Yave, | conocer al santo, eso es inteligencia.
[11] Porque por mí se aumentarán tus días | y se te añadirán años de vida.
[12] Si eres sabio lo serás para ti, | si eres petulante tú lo pagarás.

La necedad.

[13] La señora necedad es alborotadora, | es ignorante, no sabe nada.
[14] Se sienta a la puerta de su casa, | o en una silla en lo más alto de la ciudad,
[15] Para invitar a los que pasan | y van su camino.
[16] El que es simple vanga acá, | al que no tiene sentido hablo.
[17] Son dulces las aguas hurtadas | y el pan de tapadillo el más sabroso.
[18] Y no se dan cuenta de que allí está la muerte | y sus invitados van a lo profundo del averno.

Las sentencias de Salomón.

10 [1] El hijo sabio es la gloria de su padre, | el hijo necio la tristeza de su madre.
[2] No aprovechan las riquezas mal

antes de todas las cosas, es decir, que es eterna como Dios (22, 26); tomó parte en la creación de las cosas como arquitecto de Dios (27-30), por cuanto Dios, que todo lo hizo con sabiduría, se guiaba de ésta. Ella se recrea en contemplar sus obras y sobre todo en comunicarse a los hijos de los hombres, a fin de hacerlos sabios e inteligentes. El prólogo de San Juan y otros pasajes paralelos de San Pablo son explicaciones plenas de este texto, al hablarnos del Verbo, por quien todo fué creado y todo subsiste.

(1) El banquete, tantas veces empleado en al Escritura como comparación del reino del cielo, aquí lo es de la comunicación de la sabiduría, que en sustancia no está lejos de coincidir con aquél.

adquiridas, | mas la justicia salva de la muerte.
9 Yave no dejará hambrear al justo, | pero dejará insaciados los apetitos del malvado.
4 La mano perezosa empobrece, | la diligente enriquece.
5 El que en estío recoge es hombre inteligente, | el que duerme al tiempo de la siega se deshonra.
6 Bendiciones sobre la cabeza del justo,
. . . . . .
7 La memoria del justo será bendecida, | el nombre del impío será maldito.
8 El hombre sensato acepta el mandamiento, | pero el lenguaraz lo resiste.
9 El que anda en rectitud va seguro, | el que va por sendas tortuosas va a la ruina.
10 El que guiña los ojos acarrea malaventura, | el que mira francamente sana.

El hablar del justo.

11 Fuente de vida es la boca del justo, | pero la boca del malvado encubre la violencia.
12 El odio enciende contiendas, | mientras que el amor encubre las faltas.
13 En los labios del prudente se halla la sabiduría; | para las espaldas del insensato es la vara.
14 El sabio esconde su ciencia, | la boca del necio anuncia la ruina.
15 La hacienda del rico es su fortaleza, | la indigencia del pobre es su terror.
16 La ganancia del justo es para vida, | la del impío se le va en sus vicios.
17 Va por senda de vida el que acepta la corrección, | el que no la acepta va por camino falso.
18 El de labios mendaces encubre el odio, | el que esparce la difamación es un necio.
19 En el mucho charlar no falta el pecado, | el que refrena sus labios es sabio.
20 Plata acrisolada es la boca del justo, | el corazón del impío no vale nada.
21 Los labios del justo nutren a muchos, | el necio muere por falta de entendimiento.

La dicha del virtuoso.

22 La bendición de Dios es lo que enriquece, | nuestro afán no le añade nada (1).
23 Hacer el mal es para el necio cosa de juego, | y lo es para el sensato ser sabio.
24 Sobre el impío vendrá lo que él se teme, | mas el justo verá colmados sus deseos.
25 Como pasa el huracán, deja de ser el impío, | mas el justo permanece para siempre.
26 Como el vinagre a los dientes y el humo a los ojos, | así es el haragán para quien le manda.
27 El temor de Yave alarga la vida, | mas los años del impío serán abreviados.
28 Se cumplirá la esperanza del justo, | pero se desvanecerá la del impío.
29 El camino de Yave es la fortaleza del perfecto, | pero es el terror de los malhechores.
30 El justo no vacilará jamás, | pero el impío no durará sobre la tierra.
31 En la boca del justo florece la sabiduría, | pero la lengua del impío será cortada.
32 Los labios del justo están llenos de gracia, | la boca del impío, de perversidad.

11 1 La balanza falsa es abominable a Dios, | mas la pesa cabal le agrada.
2 Detrás de la soberbia viene la deshonra, | con la modestia va la sabiduría.
3 La integridad guía al recto, | la propia malicia es la ruina del pérfido.
4 De nada sirven las riquezas el día de la ira, | pero la justicia libra de la muerte.
5 La justicia del justo le allana el camino, | el malvado cae por su misma malicia.
6 La justicia del justo le salva, | los fraudulentos son cogidos en su mismo pecado.
7 A la muerte del impío perece su esperanza, | y la confianza del malvado queda burlada.

(1) No habrá de tomarse esta sentencia como una invitación a esperarlo todo, mano sobre mano, de Dios, sino como una expresión de la inutilidad de nuestros esfuerzos si Dios no los bendice.

8 El justo es librado de la tribulación, | pero el impío entra en ella en vez de él.

El bien público.

9 El impío con su boca arruina al prójimo, | el justo con su sabiduría le salva.
10 La prosperidad del justo alegra a la ciudad, | y cuando perece el impío hace fiesta.
11 La bendición del justo engrandece a la ciudad, | la boca del impío la abate.
12 El insensato desprecia al prójimo, | pero el prudente se calla.
13 El chismoso descubre los secretos, | el hombre fiel lo encubre todo.
14 Donde no hay gobierno va el pueblo a la ruina, | tener muchos consejeros le da la salvación.
15 Andará en ansiedad el que sale fiador de otro, | el que rehuye la fianza vivirá tranquilo.
16 La mujer prudente es alabada, | y el ánimoso adquirirá riquezas.

Beneficencia.

17 El misericordioso se hace bien a sí mismo, | el de corazón duro a sí mismo se perjudica.
18 El impío hace ganancias vanas, | el que siembra justicia, ése de verdad gana.
19 El que sige la justicia va a la vida, | el que va tras el mal corre a la muerte.
20 Los de corazón malo son abominables a Yave, | los de perfectos caminos le son gratos.
21 Más pronto o más tarde no quedará impune el malvado, | pero la prole del justo escapará.
22 Anillo de oro en jeta de puerco | es la mujer bella pero sin seso.
23 El deseo del justo se logra, | pero el impío no puede esperar más que ira.
24 Hay quien derrama y siempre tiene más, | otro que ahorra más de lo justo y empobrece.
25 El benéfico se sacia, | y quien largamente da, largamente tendrá.
26 Al que acapara el trigo le maldice el pueblo, | sobre la cabeza del que lo vende caen bendiciones.
27 El que hace prontamente el bien, bienes se atrae, | al que busca el mal le vendrá el mal.
28 El que en sus riquezas confía, caerá; | los justos reverdecerán como follaje.
29 El que perturba su casa cogerá viento, | y el necio será siervo del sensato.
30 El fruto del justo es árbol de vida, | y el sabio roba los corazones.
31 Si el justo tiene en la tierra su paga, | cuánto más el impío y el pecador.

12 1 El que ama la corrección ama la sabiduría, | el que odia la corrección se embrutece.
2 El bueno alcanza el favor de Yave | que condena al de mala vida.
3 No se afirma el hombre por la impiedad, | la raíz del justo no será arrancada.
4 La mujer fuerte es la corona del marido, la mala es carcoma de sus huesos.
5 Los pensamientos del justo son rectitud, | los consejos del impío, fraude.
6 Las palabras del impío son para acechar la sangre, | la boca del justo la salva.
7 Son trastornados los impíos y dejan de ser, | pero la casa del justo queda en pie.
8 Cada uno es alabado según su sabiduría, | pero el de perverso corazón es menospreciado.
9 Mejor está el hombre oscuro que tiene que comer, | que el presuntuoso que carece de pan.
10 El justo provee a las necesidades de sus bestias, | pero el corazón del impío es despiadado.
11 El que labra su campo tendrá pan a saciedad, | pero el que se va tras los vagabundos es un insensato.
12 El deseo del impío es una red de males, | la raíz del justo es fructífera.

La lengua.

13 El malvado se enreda en pecados de lengua, | el justo se libra de ellos.
14 De los frutos de su boca se sacía el hombre, | y según él trata, así será tratado.
15 Al necio le parece derecho su camino, | el sabio atiende a los consejos de los sabios.
16 El necio luego al punto descubre su cólera, | el sensato sabe disimular una afrenta.

17 El que habla verdad declara lo justo, | pero el testigo falso lo disfraza.
18 Hay quien al hablar da tantas estocadas como palabras, | pero la lengua del sabio cura las heridas.
19 El labio veraz mantiene siempre la palabra, | la lengua mentirosa sólo por un momento.
20 El corazón del que maquina el mal es fraudulento, | alegre el corazón de los de buenos consejos.
21 Sobre el justo no vendrá la adversidad, | mas para los impíos todo serán males.
22 Los labios mentirosos los aborrece Yave, | se agrada de los que proceden sinceramente.
23 El cuerdo encubre su sabiduría, | el corazón del necio pregona su necedad.

Laboriosidad.

24 La mano laboriosa señorea, | la perezosa se hace tributaria.
25 La angustia del corazón deprime al hombre, | y una palabra buena le conforta.
26 El justo aventaja a su prójimo, | el camino del impío le lleva a la ruina.
27 El indolente no asa su pieza, | pero el diligente tiene copiosa abundancia.
28 En el camino de la justicia está la vida, | el camino tortuoso lleva a la muerte.

13 1 El hijo sabio ama la corrección, | pero el petulante no escucha la reprensión.
2 Del fruto de su rectitud gozará el hombre, | el deseo de los desleales es la prepotencia.
3 El que guarda su boca guarda su vida, | el que mucho abre sus labios busca su ruina.
4 Desea el haragán, pero nada; | mas el alma del diligente se saciará.
5 Odia el justo toda palabra mentirosa, | pero el impío se deshonra y se avergüenza.
6 La justicia conserva íntegro al hombre, | el pecado subvierte al pecador.

Pobreza y riqueza.

7 Hay quien se las da de rico y no tiene nada, | y quien teniendo mucho se hace el pobre.
8 El rico con sus riquezas puede rescatar la vida, | pero el pobre no tiene con qué rescatarse.
9 La luz del justo brilla espléndidamente, | pero la lámpara del impío se extinguirá.
10 La soberbia sólo contiendas ocasiona, | pero es sabio quien toma consejo.
11 Riqueza hecha de prisa se va; | el que poco a poco allega, crece.
12 Esperanza que se dilata aflige el corazón, | deseo satisfecho es árbol de vida.

Docilidad.

13 El que menosprecia el mandato perecerá por ello, | el que lo respeta será recompensado.
14 La enseñanza del sabio es fuente de vida, | para huir los lazos de la muerte (1).
15 La cortesía concilia gracia, | los modos de los soberbios son ásperos.
16 El cuerdo todo lo hace con conocimiento, | el necio va derramando su necedad.
17 Un mal mensajero precipita en la desgracia, | el mensajero fiel es un remedio saludable.
18 Miseria y vergüenza para el que desdeña la corrección, | mas el que la guarda será honrado.
19 El deseo cumplido es deleite del alma, | pero apartarse del mal es abominación para el necio.
20 Ve con los sabios y te harás sabio; | al que a necios se allega le alcanzará la desdicha.

El premio de los justos.

21 Al pecador le persigue la desventura, | pero el justo será bien retribuído.
22 El hombre de bien será heredado por los hijos de sus hijos; | la hacienda del pecador está reservada para el justo.
23 Lo que rotura el pobre da pan en abundancia, | mas por la impiedad se disipa la hacienda.
24 Odia a su hijo el que da paz a la vara, | el que le ama se apresura a corregirle.
25 El justo tiene pan a saciedad, | pero el vientre del impío hambreará.

(1) Vida vale tanto como felicidad, y lo contrario significa la muerte.

14 [1] La mujer prudente edifica la casa, | la necia con sus manos la destruye.
[2] El que anda en rectitud teme a Yave, | el que va por sendas tortuosas le desprecia.
[3] En la boca del necio está la vara de la soberbia, | mas los labios del sabio son su guarda.
[4] Sin bueyes el granero está vacío; | por la fuerza del buey hay pan en abundancia.
[5] El testigo fiel no miente, | el testigo falso profiere mentiras.
[6] Busca el petulante la sabiduría, pero nada; | mas para el prudente es fácil la sabiduría.
[7] Apártate del necio, | en quien no hallarás labios de ciencia.
[8] La ciencia del cuerdo está en conocer su camino, | al necio le engaña su necedad.
[9] El necio desprecia la expiación, | entre los justos habita la bendición.
[10] El corazón que conoce la amargura, | en sus alegrías no se ensoberbece.
[11] La casa del malvado será asolada, | la tienda del justo florecerá.
[12] Hay caminos que nos parecen derechos, | pero acaban al fin en la muerte.
[13] Aun en la risa hay aflicción de corazón, | y a la alegría sucede la congoja.
[14] El insensato tendrá el fruto de sus obras, | y de él gozará también el hombre bueno.

Prudencia.

[15] El simple todo lo cree, | el prudente pone atención a sus respuestas.
[16] El sabio es santo y se aparta del mal, | el necio se deja llevar a él fácilmente.
[17] El que presto se enoja hará locuras, | pero el hombre reflexivo no se impacienta.
[18] El necio a su necedad se atiene, | mientras que el sabio se corona de sabiduría.
[19] Los malos se inclinarán delante de los buenos, | y los impíos ante la puerta del justo.
[20] Aun a los parientes es odioso el pobre, | pero el rico tiene muchos amigos.
[21] El que desprecia a su prójimo peca; | bienaventurado el que tiene misericordia de los pobres.
[22] ¿No yerra el que maquina el mal? | Pero el que obra el bien tendrá misericordia y fidelidad.
[23] En toda labor hay fruto, | pero la charlatanería empobrece.
[24] La cordura del sabio es su corona, | la necedad es el collar de los necios.
[25] Salva las vidas el testigo veraz, | pero el que profiere mentiras es un asesino.

Religión y Estado.

[26] El temor de Yave es la confianza del fuerte, | y sus hijos en él hallarán refugio.
[27] El temor de Yave es fuente de vida, | que aleja de los lazos de la muerte.
[28] El pueblo numeroso es el orgullo del rey, | en la falta de pueblo está la ruina del príncipe.
[29] Es tardo a la ira el prudente, | el pronto a la ira hará muchas locuras.
[30] El corazón apacible es vida del cuerpo | y la envidia es la carie de los huesos.
[31] El que maltrata al pobre injuria a su Hacedor, | el que tiene piedad del pobre le honra.
[32] El impío es arrastrado en su maldad, | el justo hallará refugio en su inocencia.
[33] En el corazón del cuerdo reposa la sabiduría, | y se hace sentir aun entre necios.
[34] La justicia engrandece a la nación, | el pecado es la decadencia de los pueblos.
[35] Al ministro inteligente da el rey su favor, | al inepto, su desprecio.

La mansedumbre.

15 [1] Una respuesta blanda aquieta la ira, | una palabra áspera enciende la cólera.
[2] La lengua del sabio hace estimable la doctrina, | la boca del necio no dice más que sandeces.
[3] Los ojos de Yave están en todas partes, | observando a los malos y a los buenos.
[4] La lengua blanda es árbol de vida, | la áspera hiere el corazón.
[5] El insensato desprecia la corrección paterna, | obra prudentemente el que la atiende.
[6] En la casa del justo reina la abundancia, | en las rentas del impío la turbación.

7 Los labios del sabio derraman sabiduría, | el corazón del necio es tortuoso.
8 Yave abomina el sacrificio del impío | y se agrada de la oración del justo.
9 Aborrece Yave el camino del impío, | pero ama al que sigue la justicia.
10 Molesta la corrección al que va por mal camino, | pero el que aborrece la corrección morirá.
11 Están delante de Yave el sepulcro y el Averno, | cuanto más los corazones de los hombres.
12 El petulante no quiere que le corrijan, | por eso no va con los sabios.

La felicidad.

13 Corazón alegre hace buena cara, | pero la pena del corazón abate el alma.
14 El corazón prudente busca la sabiduría, | pero la boca del necio se complace en la necedad.
15 Los días del pobre todos son tristes, | pero la alegría del corazón es un perenne banquete.
16 Mejor es poco en el temor de Yave, | que muchos tesoros en la turbación.
17 Mejor comer legumbres donde hay amor, | que comer buey cebado donde hay odio.
18 El iracundo promueve contiendas, | el que tarde se enoja aplaca las rencillas.
19 El camino del perezoso es seto de espinas, | el sendero de los rectos es llano.
20 El hijo sabio es la gloria de su padre, | el necio la vergüenza de su madre.
21 Al falto de sentido le agrada la necedad, | pero el hombre prudente endereza sus caminos.
22 Frústranse los planes donde no hay consejo, | pero se logran por el consejo de muchos.
23 Gusta saber qué responder, | y la palabra dicha a tiempo, ¡cuánto bien hace!
24 El inteligente va hacia arriba por el camino de la vida, | para apartarse del sepulcro abajo.

Odiosos y caros a Dios.

25 Asola Yave la casa del soberbio | y afirma los linderos de la viuda.
26 Son abominables a Yave los pensamientos del malo | y le son gratas las palabras limpias.
27 Perturba su casa el codicioso, | pero el que aborrece las dádivas vivirá.
28 El corazón del justo medita la respuesta, | pero la boca del impío echa fuera su maldad.
29 Lejos de los impíos está Yave, | mas oye la oración del justo.
30 Rostro radiante alegra corazones, | y una buena nueva conforta los huesos.
31 Oreja que escucha la corrección saludable | tendrá su puesto entre los sabios.
32 El que tiene en poco la corrección menosprecia su alma, | el que la escucha adquiere entendimiento.
33 El temor de Yave es enseñanza de sabiduría, | y a la honra precede la sumisión.

La providencia.

16 1 Del hombre es preparar la mente, | pero es Yave quien da la respuesta de la lengua.
2 Al hombre le parecen buenos todos sus caminos, | pero es Yave quien pesa las almas.
3 Encomienda a Yave todos tus afanes, | y se te lograrán tus pensamientos.
4 Todo lo ha hecho Yave para sus fines, | aun al impío para el día malo.
5 Aborrece Yave al de altivo corazón, | pronto o tarde no quedará sin castigo.
6 Con misericordia y verdad se repara el pecado, | con el temor de Yave se aparta el hombre del mal.
7 Cuando los caminos del hombre son gratos a Yave, | aun a sus mismos enemigos se los reconcilia.
8 Mejor es poco en justicia | que muchas rentas en injusticia.
9 Traza el corazón del hombre sus caminos, | pero es Yave quien dirige sus pasos.

El rey.

10 Un oráculo son los labios del rey; | no falle, pues, el juicio de su boca.
11 Peso justo y balanza justa son de Yave | y obra suya son las pesas de la bolsa.

12 Abominable es que los reyes
hagan impiedad, | pues por la justi-
cia se afirman los tronos.
13 Agradan al rey los labios vera-
ces | y ama al que habla rectamente.
14 La cólera del rey es heraldo de
la muerte, | el hombre sabio la
evitará.
15 En la alegría del rostro del rey
está la vida, | su favor es como nube
preñada de lluvia primaveral.

Sabiduría y modestia.

16 Mejor adquirir sabiduría que ad-
quirir oro, | tener inteligencia vale
más que tener plata.
17 El camino derecho es apartarse
del mal, | guarda su alma el que
guarda su camino.
18 La soberbia es heraldo de la
ruina, | y la altivez de corazón, de
la caída.
19 Mejor es humillar el corazón con
los humildes | que partir con los so-
berbios los despojos.
20 El que pone atención a la pala-
bra hallará el bien, | y quien confía
en Yave es bienaventurado.
21 El sabio de corazón es tenido
por sensato. | y la blandura de los
labios hace eficaz la doctrina.
22 Fuente de vida es la sabiduría
para el que la tiene, | y es castigo
del necio la necedad.

El don de la palabra.

23 El corazón del sabio hace di-
serta su boca | y con sus labios ava-
lora la doctrina.
24 Panal de miel son sus suaves
sentencias, | dulzura del alma y me-
dicina de los huesos.
25 Hay caminos que al hombre le
parecen derechos, | pero a su fin
son caminos de muerte.
26 El que trabaja, para sí trabaja, |
y su boca le estimula.
27 El impío se cava la fosa | y hay
en sus labios como llama de fuego.
28 El perverso excita contiendas | y
el chismoso aparta a los amigos.
29 El hombre malo lisonjea a su
prójimo | y le lleva por caminos no
buenos.
30 El que hace guiños con los ojos
maquina engaños, | y el que aprieta
los labios ha hecho ya el mal.
31 Gloriosa corona es la canicie | y
se halla en el camino de la jus-
ticia.
32 Mejor que el fuerte es el pa-
ciente, | y el que sabe dominarse vale
más que el que expugna una ciudad.
33 En el seno se echan las suertes, |
pero es Yave quien da la decisión.

Bondad con el prójimo.

17 1 Mejor es un pedazo de pan
seco en paz | que la casa llena
de carne de víctimas y de contiendas.
2 El siervo inteligente se impondrá
al hijo deshonroso | y heredará con
los hermanos.
3 El crisol para la plata, la horna-
za para el oro, | mas los corazones
los prueba Yave.
4 El malo escucha al maldiciente |
y el mentiroso da oídos a la lengua
mordaz.
5 El que insulta al pobre insulta
a su Hacedor, | y el que se goza
del mal ajeno no quedará impune.
6 Corona del anciano son los hijos
y los nietos, | y los hijos honra de
los padres.
7 No está bien al necio la grandilo-
cuencia, | cuanto menos al príncipe
la mentira.
8 Piedra de encanto es el cohecho
para el que lo recibe, | a dondequiera
que se vuelva cree tener buen suceso.
9 El que quiere amistad encubre
las faltas, | el que las descubre se
enajena el amigo.
10 Más efecto le hace al sensato un
reproche | que cien azotes al necio.
11 El malvado no busca más que
hacer mal, | mas recibirá un cruel
mensaje.
12 Mejor es dar con una osa a quien
han arrebatado la cría, | que con un
necio en el frenesí de su necedad.
13 El que devuelve mal por bien | no
verá alejarse la desventura de su casa.
14 Comenzar la pendencia es dar
suelta a las aguas, | deja la porfía
antes que se enmarañe.

La justicia.

15 Quien absuelve al reo y quien
condena al inocente, | ambos son
abominables a Yave.
16 ¿De qué le sirve al necio el precio
con que comprar la sabiduría | si no
tiene juicio?
17 El amigo ama en todo tiempo, |

es un hermano para el día de la desventura.
18 Es necio el que estrecha la mano | empeñándose por otro.
19 Ama el delito quien ama las riñas, | el que abre demasiado la puerta busca su ruina.
20 El de perverso corazón no hallará bien, | y la lengua mendaz incurrirá en el mal.
21 El que engendra a un necio para su mal le engendra, | el padre del necio no gozará alegría.
22 Corazón alegre hace buen cuerpo, | la tristeza seca los huesos.
23 El inicuo acepta dádivas | para torcer el derecho.
24 El cuerdo tiene ante los ojos la sabiduría, | los ojos del necio se van hasta los confines de la tierra.
25 El hijo necio es el tormento de su padre | y la amargura de la que le engendró.
26 No está bien multar al que tiene la razón, | pero menos aún castigar a gente honrada contra justicia.

Sabiduría práctica.

27 Es parco en palabras quien tiene a sabiduría, | y el hombre sensato es de sangre fría.
28 Aun el necio, si calla, pasará por sabio, | y por prudente si cierra sus labios.

18 1 Busca pretextos el que se desvía, | y por cualquier cosa pleitea.
2 Al necio no le agrada la prudencia, | sino sólo propalar sus necedades.
3 Con la impiedad viene la deshonra, | y con la deshonra la vergüenza.
4 Aguas profundas son las palabras del hombre, | arroyo surtidor la fuente de la sabiduría.
5 No está bien tener acepción del rostro del impío, | para perjudicar al justo en la sentencia.

Hablar necio.

6 Los labios del necio mueven contiendas | y su boca provoca litigios.
7 La boca del necio es su ruina | y sus labios lazo para su vida.
8 Las palabras del chismoso parecen dulces | y llegan hasta lo más hondo de las entrañas.
9 El que es negligente en su labor | es hermano del derrochador.
10 Torre fuerte es el nombre de Yave, | a ella se acogerá el justo y estará seguro.
11 La riqueza es para el rico fuerte ciudadela, | le parece una alta muralla.
12 Antes de la caída se exalta el corazón del hombre, | y a la gloria precede la humillación.
13 El que antes de haber escuchado responde | es tenido por fatuo para oprobio suyo.
14 El ánimo del hombre le sostiene en su aflicción, | pero ¿quién sostendrá al ánimo abatido?
15 El corazón del sensato adquiere sabiduría, | y la oreja del sabio busca la enseñanza.

Tribunales y pleitos.

16 Las dádivas abren camino al hombre | y le dan entrada entre los grandes.
17 Parece tener razón el que primero presenta su causa, | pero viene su adversario y le descubre.
18 La suerte pone fin a los pleitos | y decide entre los grandes.
19 Hermano ofendido es más que ciudad fuerte, | y el litigio con ellos es como los cerrojos de una fortaleza.
20 Cada uno llena el vientre de los frutos de su boca, | y se sacía del fruto de sus labios.
21 La muerte y la vida están en poder de la lengua; | cual sea el uso que de ella hagas, tal será el fruto.
22 El que halla una buena mujer halla un tesoro, | ha recibido un gran favor de Yave.
23 El pobre habla suplicante, | el rico responde duramente.

El verdadero amigo.

24 Hay amigos que sólo son para hacer compañía, | pero los hay más afectos que un hermano.

19 1 Mejor es el pobre que anda en sencillez de corazón | que el de labios perversos y fatuo.
2 Ya el carecer de reflexión no es cosa buena, | pero el que además es precipitado en su obrar, la yerra.
3 La necedad del hombre tuerce sus caminos | y luego le echa la culpa a Yave.

4 La riqueza allega muchos amigos, | pero al pobre sus amigos le abandonan.
5 Testigo falso no quedará sin castigo, | y el que esparce la mentira no escapará.
6 Al dadivoso le hacen muchos la rueda, | todos son amigos del munífico.
7 Al pobre aun sus hermanos le aborrecen, | ¡cuánto más le dejarán los amigos! | El que cultiva demasiadas amistades lo pagará, | como el que corre tras lo que no está a su alcance.

El prudente y el necio.

8 El que adquiere inteligencia se hace bien a sí mismo; | el que guarda el entendimiento hallará bien.
9 El testigo falso no quedará impune, | y el que esparce la mentira perecerá.
10 No están bien al necio los deleites, | cuanto menos a un esclavo mandar a los príncipes.
11 La cordura del hombre detiene su cólera, | y es honroso disimular una ofensa.
12 Rugido de león es la ira del rey, | y su favor es como rocío sobre la hierba.
13 El hijo necio es el tormento de su padre, | y gotera continua la mujer quisquillosa.
14 Casa y hacienda vienen de los padres por herencia, | pero una mujer prudente es don de Yave.
15 La pereza trae el sueño | y el haragán hambreará.

El temor de Dios.

16 El que guarda la ley a sí mismo se guarda, | el que menosprecia sus caminos morirá.
17 A Yave presta el que da al pobre, | él le dará su recompensa.
18 Castiga a tu hijo, que siempre hay esperanza, | pero no te excites hasta destruirle.
19 El que mucho se aíra pagará la pena, | y más aún si guarda rencor.
20 Escucha el consejo y acoge la corrección, | para que seas sabio en lo futuro.
21 Muchos proyectos hay en la mente del hombre, | pero es el consejo de Yave el que permanece.
22 La misericordia es al hombre provechosa, | y mejor es ser pobre que mentiroso.
23 El temor de Yave lleva a la vida, | el que de él está lleno no será visitado por la desventura.

Corrección y holgazanería.

24 Mete el perezoso su mano en el seno, | ni para llevarla a la boca la sacará.
25 Castiga al petulante y se hará cuerdo el necio, | reprende al sensato y ganará en saber.
26 El que maltrata a su padre y ahuyenta a su madre | es un hijo infame y deshonroso.
27 No des oídos, hijo mío, al resentimiento, | que te desviaría de los dictámenes de la prudencia.
28 El testigo falso se burla de la justicia | y la boca del impío se traga la iniquidad.
29 Los castigos son para los petulantes | y los azotes para las espaldas de los necios.

20 1 El vino es petulante y los licores alborotadores, | el que por ellos va haciendo eses no hará cosa buena.
2 La cólera del rey es el rugido de un cachorro de león, | el que la provoca peca contra su vida.
3 Es honor para el hombre esquivar las contiendas, | el insensato se mete en ellas.
4 El perezoso no ara en invierno; | va luego en busca de la cosecha, y nada.
5 Aguas profundas son los pensamientos del hombre, | pero el cuerdo sabe sacarlas fuera.
6 Muchos son los que a porfía se dan por amigos | pero ¿quién hallará el amigo fiel?

Rectitud.

7 El justo que anda por caminos derechos, | bienaventurados sus hijos después de él.
8 El rey sentado en su trbiunal | con su mirar disipa el mal.
9 ¿Quién puede decir: He limpiado mi corazón, | estoy limpio de pecado?
10 Peso falso y falsa medida | son abominables a Yave.
11 Aun el niño da a conocer por

sus acciones | si su obra será recta y justa.
12 El oído que oye y el ojo que ve | son ambos obra de Yave.
13 No ames el sueño porque no te empobrezcas, | abre el ojo y tendrás pan en abundancia.
14 «Malo, malo», dice el que compra, | mas en apartándose, se alaba.
15 Hay oro, hay piedras preciosas, | los labios del sabio son vaso precioso.

Buenas y malas adquisiciones.

16 Quítale la ropa al que salió fiador por un extraño, | y retén la prenda del que a extraños fió.
17 Es sabroso al hombre el pan mal adquirido, | pero después se halla la boca llena de cascajo.
18 Asegura tus designios con el consejo | y haz la guerra con mucha reflexión.
19 El chismoso no tiene secretos, | no te entrometas con el suelto de lengua.
20 El que maldice a su padre o a su madre | verá extinguirse su lámpara en oscuridad tenebrosa.
21 Lo de pronto y aprisa adquirido | no será después bendecido.
22 No digas: devolveré mal por mal; | confía en Yave, que él te salvará.
23 Peso falso es abominable a Yave | y falsa balanza no está bien.
24 De Yave son los pasos del hombre. | ¿Qué puede saber el hombre de sus propios destinos?
25 Lazo es al hombre decir luego: «consagrado», | y andar después pesquisando sobre el voto.

Rey y gobierno.

26 El rey sabio disipa a los impíos | y hace tornar sobre ellos la rueda.
27 Candela de Yave es el espíritu del hombre | que escudriña los escondrijos de las entrañas.
28 Bondad y fidelidad guardan al rey, | y la clemencia sostiene los tronos.
29 La fortaleza es la gloria de los jóvenes; | el armamento de los ancianos, la canicie.
30 Las señales del azote son medicina contra el mal | y sus llagas llegan a lo más hondo del corazón.

21 1 El corazón del rey es arroyo de aguas en mano de Yave, | y él las dirige a donde le place.
2 Al hombre siempre le parecen buenos sus caminos, | pero es Yave quien pesa los corazones.
3 Haz justicia y juicio: | es más grato a Yave que el sacrificio.
4 Ojos altivos, corazón soberbio, | luz de los impíos, son pecado.
5 Los designios del diligente prosperan, | mas para el precipitado todo son pérdidas.

Malicia inútil.

6 Allegar tesoros con lengua mentirosa | es desatentada vanidad y lazo mortal.
7 La rapiña del impío será su destrucción, | por no haber querido hacer justicia.
8 El camino del perverso es tortuoso y desviado, | pero el del justo es derecho.
9 Mejor es vivir en un rincón del desván | que en cómoda casa con mujer quisquillosa.
10 El alma del impío desea hacer el mal, | no perdona ni a su amigo.
11 Por el castigo del petulante aprende el inexperto, | el sabio de la corrección saca ciencia.
12 El justo ve la casa del impío | y cómo son trastornados por la desventura.

Caridad y justicia.

13 El que cierra sus oídos al clamor del pobre, | tampoco cuando él clame hallará respuesta.
14 El presente en secreto aplaca el furor | y el don en el seno la fuerte ira.
15 Alegra al justo que se haga justicia, | pero al malhechor le aterra.
16 El que se aparta del camino de la sabiduría | vendrá a parar en la compañía de los muertos.
17 Vendrá a parar en la miseria el que ama los deleites, | y el que ama el vino y los perfumes no se enriquecerá.
18 El rescate del justo es el impío | el de los rectos el prevaricador.
19 Mejor es vivir en un desierto | que con mujer rencillosa e iracunda.
20 Codiciable y pingüe tesoro hay

en la casa del justo, | pero el necio lo disipa.
21 El que hace justicia y misericordia | hallará vida y honor.
22 El sabio expugna la ciudad fuerte | y destruye la fuerza en que se apoya.
23 El que guarda su boca y su lengua | se preserva de la angustia.
24 Soberbio y presuntuoso | es el que obra con orgullosa saña.
25 Los deseos matan al haragán, | porque sus manos no quieren trabajar.
26 Hay quien está siempre codiciando, | pero el justo da con largueza.
27 Abominable es el sacrificio del impío, | sobre todo si lo ofrece con mala intención.
28 El testigo falso perecerá, | el hombre verdadero mantiene su palabra.
29 El impío hace cara dura, | pero el justo conoce los caminos de aquél.

El poder de Dios.

30 No hay sabiduría, no hay cordura, | no hay consejo contra Yave.
31 Apréstase el caballo para el día del combate, | pero la victoria es de Yave.

22 1 Más que las riquezas vale el buen nombre, | más que la plata y el oro la buena gracia.
2 El rico y el pobre se encuentran, | pero al uno y al otro los hizo Yave.
3 El cuerdo ve el peligro y se esconde, | pero el necio sigue adelante y la paga.
4 Riquezas, honra y vida, | son premio de la humildad y del temor de Yave.
5 Espinas y lazos hay en el camino del impío, | el que guarda su alma se aleja de él.
6 Instruye al niño en su camino, | que aún de viejo no se apartará de él.
7 El rico señorea sobre el pobre | y el que toma prestado es siervo del que le presta.
8 El que siembra iniquidad cosecha desventura | y todos sus afanes son vanos.
9 El hombre generoso es bendecido, | porque da al pobre de su pan.
10 Arroja al petulante y se acabará la contienda, | y cesará el pleito y la afrenta.
11 Ama Yave a los de puro corazón, | y agrada al rey la gracia en el decir.
12 Los ojos de Yave protegen al justo | y trastornan los planes de los perversos.
13 Dice el perezoso: Fuera hay un león | que me mataría en medio del camino.
14 Sima profunda es la boca de la extraña, | aquel que es odioso a Yave cae en ella.
15 La necedad se esconde en el corazón del niño, | la vara de la corrección la hace salir de él.
16 Oprimir al pobre es para provecho suyo, | dar al rico es tirarlo.

Sentencias de los sabios.

17 Da oído y escucha las palabras del sabio, | y aplica tu corazón a la enseñanza,
18 Pues te será dulce conservarla en tu pecho | y tenerla pronta en tus labios.
19 Para que pongas en Yave tu confianza | te señalo yo hoy sus caminos.
20 ¿No te he escrito ya ayer | y anteayer para darte consejo y enseñanzas?
21 Palabras sinceras para enseñarte la verdad, | para que sepas responder a quien te pregunte?
22 No robes al pobre, porque es pobre, | ni quebrantes en las puertas al desvalido.
23 Porque Yave defenderá su causa | y despojará a los que le despojan.
24 No te acompañes del iracundo | ni te vayas con el colérico,
25 Para que no aprendas sus maneras | y no pongas lazos a tu vida.
26 No seas de los que dan la mano | y salen fiadores de un deudor;
27 De otro modo, si no tienes con qué pagar | te quitarán de debajo de tí la cama.
28 No traslades los linderos antiguos | que pusieron tus padres.
29 ¿Has visto a uno solícito en sus cosas?, | pues ante los reyes estará, no quedará entre la gente oscura.

A la mesa.

23 1 Cuando te sientes a la mesa de un señor, | mira bien a quién tienes delante,

2 Y pon un cuchillo a tu garganta | si sientes mucho apetito.
3 No codicies sus manjares delicados, | porque es pan engañoso.
4 No te empeñes en hacerte rico | y pon coto a tus maquinaciones.
5 Pones en ello tus ojos y desaparece luego, | pues luego toma el vuelo | como vuela el águila y se remonta al cielo.
6 No comas con el avaro | ni codicies sus manjares,
7 Porque él no piensa más que en sí. | «Come y bebe» te dirá, | pero su corazón no está contigo.
8 Y vomitarás el bocado que comiste | y habrás perdido tus blandas palabras.
9 No hables a oídos del necio, | que despreciará tus sensatas razones.
10 No traslades los antiguos linderos | ni te metas en la heredad de los huérfanos,
11 Porque su defensor es el fuerte, | que sentenciará por ellos contra ti.

Docilidad.

12 Aplica tu corazón a la enseñanza | y tus oídos a las palabras de los sabios.
13 No ahorres a tu hijo la corrección, | que porque le castigues con la vara, no morirá.
14 Hiriéndole con la vara | librarás su alma del sepulcro.
15 Hijo mío, si tú fueres sabio, | también se alegrará mi corazón,
16 Y se alegrarán mis entrañas | si tus labios hablasen cosas rectas.
17 No envidies a los pecadores, | antes persevera siempre en el temor de Yave;
18 Porque ciertamente tendrás un porvenir | y no verás defraudada tu esperanza.
19 Oyeme, hijo mío, y sé sabio | y endereza tu corazón por buen camino.
20 No te vayas con los bebedores de vino | ni con los comedores de carne,
21 Porque el bebedor y el comilón empobrecerán | y el sueño hará vestir vestidos rotos.
22 Escucha a tu padre, al que te engendró, | y cuando envejeciere tu madre no la desprecies.
23 Compra verdad y no la vendas, | sabiduría, enseñanza e inteligencia.
24 Mucho se alegrará el padre del justo, | y el que engendró a un sabio se gozará en él.
25 Alégrense, pues, tu padre y tu madre, | y gócese la que te engendró.
26 Dame, hijo mío, tu corazón | y pon tus ojos en mis caminos.
27 Sima profunda es la ramera | y pozo estrecho la extraña.
28 También ella, como el ladrón, está al acecho | y multiplica entre los hombres los prevaricadores.

El borracho.

29 ¿A quién los ayes, a quién los lamentos, | a quién las contiendas, a quién las quejas, | a quién los palos por nada, a quién los ojos hinchados?
30 A quien se para mucho ante el vino | a los que se van en busca de la mixtura.
31 No mires mucho al vino cuando rojea | y cuando espuma en el vaso:
32 Entrase suavemente, pero al fin muerde como sierpe | y pica como áspid.
33 Y tus ojos verán cosas extrañas | y hablarás sin concierto;
34 Te parecerá estar acostado en medio del mar | y estar durmiendo en la copa de un árbol.
35 «Me han pegado y no me ha dolido, | me han pisoteado y no lo he sentido, | cuando me despierte volveré a buscarlo.»

24 1 No tengas envidia del malvado | ni desees ponerte en su lugar.
2 Porque su corazón maquina la ruina | y sus labios no hablan más que para dañar.
3 Con la sabiduría se edifica la casa | y con la prudencia se afirma,
4 Con la ciencia se hinchen sus cámaras | de todo lo más preciado y deleitoso.
5 Hace más el sabio que el valiente, | el hombre de ciencia más que el fuerte;
6 Porque con estratagemas se hace la guerra, | y la victoria está en la muchedumbre de los consejeros.
7 Demasiado sublime es para el necio la sabiduría, | no abrirá su boca en las puertas.
8 El que maquina el mal | será llamado hombre de malos pensamientos.
9 El pensamiento del necio es el

pecado, | y es abominable a los hombres el petulante.
10 Si eres flojo en el tiempo bueno | ¿qué fuerza tendrás el día de la desventura?

Deberes para con el prójimo.

11 Libra al que es llevado a la muerte; | al que está en peligro de muerte, sálvale.
12 Que si luego dijeres: «No lo sabía», | ¿no lo sabrá el que pesa los corazones? | Bien lo sabe el que vela por tu vida | y dará a cada uno según su merecido.
13 Come miel, hijo mío, que es buena, | y el panal es muy dulce al paladar.
14 Así es, sábelo, la sabiduría para tu alma; | si la adquieres tendrás buen porvenir | y tu esperanza no quedará incumplida.
15 No aceches, ¡oh impío!, la morada del justo, | no saquees su casa.
16 Porque el justo, aunque siete veces caiga, se levanta, | pero el impío sucumbirá en la desventura.
17 No te goces de la ruina de tu enemigo, | no se alegre tu corazón al verle sucumbir.
18 No lo vea Dios y se desagrade | y aparte de sobre él su ira.
19 No te entrometas con los perversos, | no tengas envidia del impío,
20 Porque el impío no tendrá buen fin | y la lámpara del malvado será apagada.
21 Teme, hijo mío, a Yave y al rey, | y no te unas a los veleidosos;
22 Porque de improviso viene sobre ellos la perdición | y el disfavor de entrambos, ¿quién puede soportarlo?

23 También éstas son sentencias de los sabios:

No está bien tener acepción de personas en el juicio.
24 Al que dice al culpable: «Tú tienes la razón», | le detesta el pueblo y le maldicen las gentes;
25 Pero al que rectamente juzga, todo le va bien | y sobre él desciende fausta bendición.
26 Da un beso en los labios | quien da una buena respuesta.
27 Dispón tu obra de fuera y prepárate la en el campo, | y luego métela en casa.
28 No testifiques de ligero contra el prójimo; | ¿quieres acaso engañar con tus labios?
29 No digas: «Como me ha tratado a mí le trataré yo a él | y le daré lo que se merece.»

El perezoso.

30 Pasé junto al campo del perezoso | y junto a la viña del insensato,
31 Y todo eran cardos y ortigas que habían cubierto su haz, | y su albarrada estaba destruída.
32 A su vista me puse a reflexionar, | aquello fué para mí una lección.
33 Un poco dormir, un poco cabecear, | otro poco mano sobre mano, descansando,
34 Y sobreviene como un caminante la miseria | y la pobreza como un pordiosero.

25 1 También éstas son sentencias de Salomón, el rey, | coleccionadas por los varones de Ezequías, rey de Judá (1).
2 Gloria de Dios es encubrir las cosas | y honra del rey escudriñarlas.
3 El cielo por la altura, por lo profundo el abismo, | y la mente del rey no hay quien pueda sondearlos.
4 Despoja de escorias a la plata | y el platero podrá hacer su vaso.
5 Aparta al inicuo del lado del rey, | y con la justicia se afirmará su trono.
6 No te alabes en presencia del rey | y no te sientes en la silla de los grandes.
7 Pues mejor es que te digan: «Sube acá» | que tener que ceder tu puesto a un grande.

Los litigios.

8 Lo que han visto tus ojos | no lo hagas en seguida objeto de litigio, | pues ¿qué harás luego, | cuando venga tu adversario y te ponga en evidencia?
9 Defiende tu pleito contra tu adversario, | pero no descubras el secreto de otro,

---

(1) Estas palabras pueden ser razonable fundamento de que estos varones de Ezequías fueron los coleccionadores del libro de los Proverbios.

10 Porque no pueda infamarte quien
te escucha | sin que tenga remedio
tu deshonra.
11 Fruto de oro en plato de plata |
es la palabra dicha a tiempo.
12 Zarcillo de oro y collar de plata |
es un sabio amonestador para el oído
dócil.
13 Frío de nieve en el calor de la
siega | es el mensajero fiel, para
quien le manda, | que refresca el
ánimo de su señor.
14 Nube y viento sin lluvia | es el
hombre que se jacta de vana libe-
ralidad.
15 Con longanimidad se aplaca el
príncipe, | y la lengua blanda ablanda
los huesos.

Moderación.

16 Si encuentras miel, come lo su-
ficiente, | no te hartes y tengas que
vomitarla.
17 Pon rara vez tu pie en la casa
del vecino, | no se harte de ti y te
aborrezca.
18 Maza, espada y aguda saeta, | es
el hombre que en falso testifica contra
su prójimo.
19 Diente quebrado y pie que res-
bala | es la confianza del impío en
tiempo de la angustia. | El que se
quita la ropa en día de frío...,
20 Echar vinagre sobre una herida |
es cantar canciones al corazón afli-
gido.
21 Si tu enemigo tiene hambre, dale
de comer, | si tiene sed dale de
beber (1),
22 Pues si echas ascuas sobre su
cabeza | Yave te lo pagará.
23 El viento norte trae lluvia, | y
el rostro airado la lengua detractora.
24 Mejor es estar en un rincón del
desván | que con mujer rencillosa en
casa espaciosa.
25 Agua fresca en la boca del se-
diento | es la buena nueva que viene
de lejanas tierras.
26 Fuente turbia y manantial in-
fecto | es el justo que vacila ante el
impío.
27 No hace bien comer demasiada
miel, | y no es glorioso el buscar la
propia gloria.
28 Ciudad desmantelada y sin mu-
rallas | es el que no tiene dominio
de sí mismo.

26 1 Como nieve en el verano y llu-
via en la siega, | así conviene
al necio la honra.
2 Como pájaro vago y como go-
londrina que vuela, | es la imprecа-
ción sin motivo; no se cumple.
3 Para el caballo el látigo, la cabe-
zada para el asno, | la vara para las
espaldas del necio.
4 No respondas al necio según su
necedad, | para no hacerte como él.
5 Responde al necio como merece
su necedad, | para que no se tenga
por sabio.
6 ... daños sufre | el que envía
un mensaje por mano de un necio.
7 Como cojean las piernas del
cojo, | así el proverbio en la boca
del necio.
8 Como quien liga la piedra en la
honda, | así es el que hace honor al
necio.
9 Como rama de espino en mano
de un borracho, | así es el proverbio
en la boca del necio.
10 Como saeta que hiere a cual-
quiera que pasa, | así el que asalaría
al necio y al borracho.
11 Como perro que vuelve a su
vómito, | es el necio que repite sus
necedades.
12 ¿Has visto a uno que se cree
sabio? | Más puedes esperar del necio
que de él.

El perezoso.

13 Dice el perezoso: «En el camino
hay una fiera, | un león en la plaza.»
14 Las puertas giran en sus quicios, |
y el perezoso en su lecho.
15 El perezoso mete la mano en el
seno, | y se cansa al llevársela a la boca.
16 El perezoso se cree prudente, |
más que siete que sepan responder.

El litigioso.

17 Coger a un perro por las ore-
jas | es entrometerte en un pleito
que no te importa,
18 Como el loco que lanza llamas | y
saetas mortíferas,
19 Tal es el hombre que daña a su
amigo | y dice después: «Lo hice
por broma.»
20 A falta de leña se apaga el

(1) Sentencia que preludia la doctrina del Evangelio sobre el perdón de los enemigos, San Pablo la cita en Rom. 12, 20.

fuego, | y donde no hay chismoso cesa la contienda.
21 Como el carbón para las brasas y la leña para el fuego, | así es el chismoso para encender contiendas.
22 Las palabras del chismoso son bocado suave | que baja hasta el fondo de las entrañas.
23 Baño de plata sobre vasija de barro | es la palabra lisonjera para el corazón del malvado.
24 El que aborrece se enmascara con los labios, | pero dentro lleva la traición.
25 Cuando te habla amigablemente no le creas, | porque siente abominaciones que lleva dentro del corazón.
26 Con doblez esconde su rencor, | pero su malicia será descubierta en la asamblea.
27 El que cava la fosa cae dentro de ella, | y al que rueda una piedra, se le viene encima.
28 La lengua mentirosa produce muchos males | y la boca lisonjera hace resbalar.

27 1 No te jactes del día de mañana, | pues no sabes lo que dará de sí.
2 Que te alabe el extraño, no tu boca, | el ajeno, no tus labios.
3 Pesada es la piedra, pesada la arena, | pero la ira del necio es más pesada que ambas cosas.
4 Cruel es la ira, furiosa la cólera, | pero ¿quién podrá parar ante la envidia?
5 Mejor es una abierta reprensión | que un amor encubierto.
6 Leales son las heridas hechas por quien ama, | pero los besos del que aborrece son engañosos.
7 El harto pisotea la miel, | pero al hambriento le es dulce lo amargo.
8 Como pajarillo fuera de su nido | es el hombre fuera de su puesto.
9 El perfume y el incienso alegran el corazón, | y el consejo y la ciencia son la delicia del alma.

Amigos y vecinos.

10 No dejes al amigo ni al amigo de tu padre, | y no tendrás que ir a casa de tu hermano el día de la desventura. | Mejor es el vecino cercano | que el hermano lejano.
11 Sé sabio, hijo mío, y compláceme, | para que pueda yo responder a quien me moteja.
12 El prudente ve el peligro y se esconde, | el simple sigue adelante y la paga.
13 Cógele el vestido por haber salido fiador de otro, | y retén la prenda al que fió a un extraño.
14 Al que a voces saluda al vecino de madrugada, | por maldición se le cuenta.
15 Gotera incesante en día de lluvia | y mujer rencillosa, allá se van.
16 El que quiere contenerla pretende parar el viento | o recoger el aire con su diestra.
17 El hierro con el hierro se aguza, | y el hombre aguza a su prójimo.
18 El que guarda la higuera comerá su fruto, | y el que atiende a su señor recibirá de él honores.
19 Como se parece un agua a otra agua, | así el corazón de un hombre al de otro.
20 El sepulcro y el averno no se llenan nunca, | y así el ojo del hombre no se sacía jamás.
21 Como el crisol para la plata y la hornaza para el oro, | así es para el hombre la boca que le alaba.
22 Aunque majes al necio en el mortero con el pilón de majar trigo, | no le sacarás su necedad.

Cuidado de la grey.

23 Cuida bien de tu grey | y pon atención a tus rebaños,
24 Porque no dura siempre la riqueza | y la corona va de generación en generación.
25 Sale el heno, aparece la verdura, | siéganse las hierbas de los montes;
26 Y los corderos te proporcionan vestidos | y los cabritos el precio de las labores;
27 Las cabras, leche abundante para tu comida, | para el mantenimiento de tu casa | y para el sustento de tus criados.

28 1 Huye el malvado sin que nadie le persiga, | mas el justo va seguro como cachorro de león.
2 Por los delitos de una tierra son muchos sus gobernantes, | pero con uno inteligente y prudente, dura largo tiempo.
3 El perverso que oprime a los pobres | es un torbellino huracanado que no da pan.

Observancia de la ley.

4 Los que abandonan la ley alaban
al impío, | los que la guardan le
hacen la guerra.
5 Los malvados no conocen la
justicia, | pero el que busca a Yave
lo sabe todo.
6 Mejor es el pobre que anda en
integridad | que el rico de perversos
caminos.
7 El que guarda la ley es hijo
prudente, | el que se acompaña de
glotones es vergüenza de su padre.
8 El que con usura y crecido inte-
rés aumenta sus caudales, | para los
pobres lo allega (1).
9 Es abominable la oración | de
aquel que se aparta de la ley.
10 El que extravía a los rectos de
la buena senda | caerá en su propia
sima, | pero los perfectos heredarán
el bien.
11 El rico es sabio a sus propios
ojos, | pero el pobre inteligente sabe
sondearle.
12 Cuando prevalecen los justos hay
gran gloria, | pero cuando se alzan
los impíos se esconden los hombres.
13 El que oculta sus pecados no
prosperará, | el que los confiesa y se
enmienda alcanzará misericordia.
14 Bienaventurado el hombre que
persevera en el temor, | pero el de
duro corazón caerá en la desventura.
15 León rugiente y oso hambriento |
es un mal príncipe a la cabeza de su
pueblo.
16 Un príncipe insensato multiplica
las extorsiones, | pero el que aborrece
la rapiña alarga la vida.
17 El hombre que hace violencia y
derrama sangre | corre al sepulcro
sin que nadie le socorra.
18 El que anda en integridad será
salvo, | el que va por senderos tor-
tuosos, en alguno caerá.
19 El que labra la tierra tendrá pan
abundante, | el que se va con los
ociosos se hartará de pobreza.

Bondad y equidad.

20 El hombre fiel será muy bende-
cido, | el que de prisa se enriquece
no será sin culpa.
21 No es bueno tener acepción de
personas | y se peca por un pedazo
de pan.
22 El malo se apresura a hacerse
rico | y no ve que le vendrá la po-
breza.
23 El que reprende hallará después
mayor gracia | que aquel que lisonjea
con la lengua.
24 El que roba a su padre o a su
madre y dice que no es malo, | es
digno compañero del bandido.
25 El hombre codicioso suscita liti-
gios, | el que en Dios confía se sacia.
26 El que en sí mismo confía es
un necio, | el que anda en sabiduría
será salvo.
27 El que da al pobre no tendrá
pobreza, | el que aparta de él sus
ojos tendrá muchas maldiciones.
28 Cuando están en auge los impíos
se esconde el hombre, | mas cuando
son destruídos se multiplican los
justos.

29 1 El que reprendido endurece
su cerviz, | de repente será
quebrantado sin remedio.

Buen gobierno.

2 Bajo el gobierno de los justos
está contento el pueblo, | cuando
mandan los impíos el pueblo suspira.
3 El que ama la sabiduría alegra
a su padre, | el que frecuenta rameras
pierde su hacienda.
4 El rey con la justicia mantiene
el estado, | pero el venal lo lleva a
la ruina.
5 El que adula a su prójimo | tiende
un lazo a los pies de éste.
6 Bajo los pies del malvado hay
una trampa, | pero el justo canta
alegremente.
7 El justo conoce el derecho de
los humildes, | pero el impío no
entiende nada.
8 Los petulantes sublevan la ciu-
dad, | los sabios calman la ira.
9 Si un sabio disputa con un necio, |
que se enoje, que se ría, no tendrá
reposo.
10 Los hombres sanguinarios odian
al justo, | pero a los justos no se les
da cuidado.
11 El necio desfoga toda su ira, | pero
el sabio acaba por calmarle.
12 El príncipe que da oído a la
mentira | tendrá ministros todos
malos.

(1) No es que sea ésta su intención, sino que Dios por ocultos caminos hace que, privado de herederos el avaro, vaya su hacienda a parar a manos de los pobres.

13 El pobre y el usurero se encuentran, | y es Yave quien hace brillar los ojos de entrambos.
14 El rey que hace justicia a los humildes | hace firme su trono para siempre.

Educación.

15 La vara y el castigo dan sabiduría, | el muchacho consentido es la vergüenza de su madre.
16 Con el crecer de los malos crece la iniquidad, | pero los justos verán su caída.
17 Corrige a tu hijo y te dará contento | y hará las delicias de tu alma.
18 Sin profecía el pueblo va desenfrenado, | pero el que guarda la ley, dichoso él.
19 No con solas palabras se corrige el esclavo, | porque entiende bien, pero de obedecer, nada.
20 ¿Has visto a un hombre precipitado en el hablar? | Más esperanza que en él hay en el necio.
21 El que acaricia a su siervo como a un niño, | al fin tendrá que arrepentirse.

Suavidad y humildad.

22 El iracundo levanta contiendas | y el furioso muchas veces peca.
23 La soberbia trae al hombre la humillación, | pero el de humilde corazón es ensalzado.
24 El encubridor del ladrón a sí mismo se odia, | oye el conjuro y no lo denuncia.
25 El temor del hombre es un lazo, | pero el que teme a Yave está a seguro.
26 Muchos son los que buscan el favor del príncipe, | pero el juicio de cada cual viene de Yave.
27 El inicuo es horror para el justo, | y horror para el malvado es el que obra rectamente.

30 1 Dichos de Agur, hijo de Jaque, de Masá (1).
2 Dijo aquel varón: Mucho me he fatigado, ¡oh Dios!, | mucho me he fatigado, ¡oh Dios!, y he perdido la esperanza.
3 Porque soy un ignorante y menos que hombre, | y no tengo inteligencia de hombre.
4 No he aprendido la sabiduría, | y no sé conocer al Santo. | ¿Quién subió a los cielos y bajó? | ¿Quién encerró los vientos en su puño? | ¿Quién ató las aguas en su manto? | ¿Quién fijó confines a la tierra? | ¿Cómo se llama? ¿Y cómo se llama su hijo, si lo sabes?

La divina palabra.

5 Toda palabra de Dios es acrisolada, | es el escudo de quien en él confía.
6 No añadas nada a sus eloquios, | porque no te reprenda y seas hallado mentiroso.

La áurea mediocridad.

7 Dos cosas te pido, | no me las niegues antes de que muera,
8 Tenme lejos de la mentira y del engaño, | y no me des ni pobreza ni riquezas. | Dame aquello de que he menester,
9 No sea que harto te desprecie | y diga: ¿Quién es Yave?, | o que necesitado robe | y blasfeme del nombre de mi Dios.
10 No acuses al siervo ante su amo, | si no te maldecirá y tú tendrás que oírle.

Lo peor de lo peor.

11 Hay quien maldice a su padre | y no bendice a su madre.
12 Hay quien se cree limpio | y no ha limpiado su inmundicia.
13 Hay quien mira con altanería | y cuyos párpados son altivos.
14 Hay gentes cuyos dientes son espadas | para devorar a los pobres de la tierra, | y de entre los hombres a los menesterosos.

Los insaciables.

15 Dos hijos tiene la sanguijuela: Dame, dame. | Tres cosas hay que no se hartan | y cuatro que nunca dicen: «Basta.»
16 El sepulcro, la matriz estéril, | la tierra, que no se harta de agua, | y el fuego, que nunca dice: «Basta.»
17 Al que escarnece a su padre | y

(1) Este nombre de Agur es desconocido.

pisotea el respeto de su madre, | cuervos del valle le saquen los ojos | y devórenle aguiluchos.

Cuatro maravillas.

18 Tres cosas me son estupendas | y la cuarta no la llego a entender:
19 El rastro del águila en los aires, | el rastro de la serpiente sobre la roca, | el rastro de la nave en medio del mar, | y el rastro del hombre en la doncella.
20 Este es el obrar de la mujer adúltera: | Después de haber comido se limpia la boca, | y dice: «Nada de mal he hecho.»

Los insoportables.

21 Tres cosas hay que sublevan a la tierra | y una cuarta que no puede sufrirse:
22 Siervo que llegue a dominar, | necio que se ve harto de pan,
23 Aborrecida que llegue a encontrar marido, | y esclava que hereda a su señora.

Cosas pequeñas, pero sabias.

24 Cuatro cosas hay pequeñas en la tierra | que son, sin embargo, más sabias que los sabios.
25 La hormiga, pueblo nada fuerte, | pero que se prepara su provisión en el verano;
26 El damán, pueblo nada esforzado, | que se hace su cubil en las rocas (1);
27 La langosta, que no tiene rey, | y sin embargo avanza en escuadrones;
28 El lagarto, que se coge con la mano, | y sin embargo habita en los palacios de los reyes.
29 Tres cosas hay de buen andar | y aun cuatro que muy bien se pasean:
30ab El león, el más fuerte de todos los animales, | que no retrocede ante nadie;
30c El gallo, que marcha gallardo entre sus gallinas;
31ab El macho cabrío, que va delante de su manada,
31c Y el rey, que va a la cabeza de su ejército.
32 Si te ensalzaste sin darte cuenta | o a sabiendas, mano a la boca;
33 Porque batiendo la leche se hace la manteca, | y oprimiendo la nariz se hace uno sangre,
34 Y oprimiendo la ira se excita la riña.

(1) El «damán», que la Vulgata traduce por conejo, es un animal de la fauna de Palestina que no tiene nombre correspondiente en nuestra lengua.

31 1 Sentencias de Lemuel, rey de Masa, | sentencias que le enseñó su madre (1).

El buen príncipe.

2 ¡Qué, hijo mío! ¡Qué, hijo de mis entrañas! | ¡Qué, hijo de mi alma!
3 No des a las mujeres tu vigor | ni tus caminos a las que destruyen a los reyes.
4 No está bien, ¡oh Lemuel!, | no está bien a los reyes beber vino, | ni para quien gobierna sorber licores.
5 Si no, bebe y se olvida de las leyes | y pervierte el derecho de los afligidos.
6 El licor dadlo a los miserables | y el vino a los afligidos,
7 Que bebiendo olvidan su miseria | y no se acuerdan más de sus afanes.
8 Abre tu boca por el mudo | y defiende al desvalido;
9 Abre tu boca a la sentencia justa, | y haz justicia al pobre y al miserable.

Elogio de la mujer fuerte.

10 La mujer fuerte, ¿quién la hallará? | Vale mucho más que las perlas (2).
11 En ella confía el corazón de su marido | y no tiene nunca falta de nada.
12 Dale siempre gusto, nunca disgustos, | durante todo el tiempo de su vida.
13 Ella se procura lana y lino | y hace las labores con sus manos.
14 Es como la nave del mercader, | que desde lejos trae su pan.

(1) Hemos de decir lo mismo que de Agur: no sabemos quién sea este rey de Masa.
(2) Este canto a «la mujer fuerte» es el canto a la matrona, al ama israelita, reina de su casa y gloria de su marido y de sus hijos.

15 Todavía de noche se levanta, | y prepara a su familia la comida | y la tarea de sus criados.
16 Ve un campo y lo compra, | y con el fruto de sus manos planta una viña.
17 Se ciñe de fortaleza | y esfuerza sus brazos.
18 Ve alegre que su tráfico va bien | y ni de noche apaga su lámpara.
19 Coge la rueca en sus manos | y hace bailar el huso.
20 Tiende su mano al miserable | y alarga la mano al menesteroso.
21 No teme su familia el frío de la nieve, | porque todos en su casa tienen vestidos dobles.
22 Ella se hace tapices, | y sus vestidos son de lino y púrpura.
23 Celebrado es en las puertas su marido, | cuando se sienta entre los ancianos del lugar.
24 Hace una hermosa tela y la vende, | y vende al mercader un ceñidor.
25 Se reviste de fortaleza y de gracia | y se ríe de lo por venir.
26 La sabiduría abre su boca | y en su lengua está la ley de la bondad.
27 Vigila a toda su familia | y no come su pan de balde.
28 Alzanse sus hijos y la aclaman bienaventurada, | y su marido la ensalza.
29 «Muchas hijas han hecho proezas, | pero tú a todas sobrepasas.»
30 Engañosa es la gracia, fugaz la belleza; | la mujer que teme a Dios, ésa es de alabar.
31 Dadle los frutos del trabajo de sus manos | y alábenla sus hechos en las puertas.

ECLESIASTÉS

Adonias frustra regalia sceptra cupiuit Nam successorem rex Salomona uocat. 3. Reg. Cap. 1.

INTRODUCCION AL ECLESIASTES

ECLESIASTES, en hebreo Cohelet, vale tanto como Predicador que habla a una asamblea. Una tradición judía transmitida por San Jerónimo atribuye este libro a Salomón, que lo habría escrito al fin de su vida, cuando, hastiado de los placeres y convencido de su vanidad, pronunció su famoso «vanidad de vanidades y todo vanidad». El mismo libro parecía confirmar esta sentencia, cuando en boca del autor pone estas palabras: «Yo, Cohelet, fuí rey de Israel en Jerusalén» (1, 12). A pesar de todo, los expositores modernos tienen por cosa averiguada que el autor de este libro no es Salomón, ni ninguno de su época, sino un sabio israelita, que vivió después de la cautividad, acaso al fin del judaísmo, cuando no se hablaba ya la lengua hebrea o por el gran contacto con los extranjeros se había llenado de palabras exóticas.

Este punto del autor, en un libro como éste, viene a ser, después de todo, poco menos que indiferente. Más importante es precisar el argumento que en su libro desarrolla. Y esto no es cosa fácil de lograr. Veamos de intentarlo.

Nuestros moralistas asientan su ciencia de las costumbres sobre el principio supremo del fin del hombre. Como sea el fin que al hombre se señala, así serán las normas de su vida. Los antiguos hebreos no se detenían a precisar ese supremo principio, pero insistían sobre otro a él inmediato: que toda la vida humana está sometida al juicio de Dios, que da a cada uno según sus obras. Este principio se repite frecuentemente en la Escritura del Antiguo Testamento. Pero ¿cuándo y cómo se realiza esta sanción del juicio divino? La ley apenas nos habla más que de premios y castigos temporales. De aquí que para algunos sea en la presente vida cuando se realizarán las sanciones divinas y el hombre conseguirá su fin, que es su felicidad.

Mas, aunque la experiencia ofrezca algunos argumentos a esta tesis, también ofrece otros muchos en contra de ella. El caso del malvado que prospera y triunfa

y del justo que es maltratado y perseguido no es infrecuente y produce en quienes lo contemplan gran impresión. El libro de Job no tiene otro fin que discutir este problema. Los amigos del patriarca le acusan de impiedad no por otra causa, sino porque le ven caído de su antigua prosperidad en el fondo de la miseria. El patriarca protesta contra tal argumentación, y el Señor, que al fin se aparece para poner término al debate, lo hace ponderando la sabiduría de Dios, que el hombre no es capaz de escudriñar. En algunos salmos se medita también sobre este mismo tema, y tales meditaciones ponen de relieve la grandeza de la fe de los salmistas, que parecen repetir las palabras de Job: «Aunque me mate, esperaré en Dios.»

La fe en la supervivencia e inmortalidad del alma y la confianza en la justicia divina son comúnmente enseñadas en los libros del Antiguo Testamento, aunque en ellos aparezca reflejada la opinión contraria, que no comparten los autores sagrados. Mas cómo había de ser la vida de ultratumba y cuál la manera de realizarse la justicia divina, eran puntos oscurísimos, que poco a poco fué el Señor revelando. Ya en algunos salmos se nos deja entrever una esperanza de vida dichosa cerca de Dios. Mas son la Sabiduría, Daniel y el II de los Macabeos los que nos hablan claramente de la vida inmortal y dichosa junto al Señor, y aun de la resurrección de los cuerpos. Doctrina aclarada y afianzada por Nuestro Señor y los Apóstoles en el Nuevo Testamento.

En aquella oscuridad anterior vivía el Cohelet, que estudia el problema del fin del hombre con fe en la justicia suprema de Dios, pero sin la luz sobre los celestiales horizontes que revelaciones posteriores nos descubren; y nada dispuesto a dejarse convencer por los argumentos de quienes aceptaban la doctrina de que Dios da en la presente vida a cada uno según sus obras, se apoya, para contradecirla, en la experiencia, y de sus argumentos deduce esta conclusión: Disfrutemos de los bienes de Dios, pero sin olvidarnos de su justicia.

A la luz de este principio, y teniendo presente cuán envuelta en tinieblas se hallaba la doctrina del fin supremo del hombre, nos podremos dar cuenta de las palabras del Cohelet, que algunos, sin suficiente fundamento, interpretan en sentido pesimista y materialista.

La lectura de este libro despierta en las almas el deseo de otras luces más consoladoras, como son las que nos ofrecen los libros antes citados y más todavía el Nuevo Testamento. San Pablo, queriendo calificar la miseria de los gentiles, dice que viven sin esperanza. Al contrario, a los cristianos la esperanza que tienen en Jesús les hace dulces las tribulaciones y la muerte misma: «Mi vivir es Cristo y la muerte es para mí una ganancia.»

ECLESIASTÉS

Vanidad de las cosas humanas.

1 [1] Razones del Cohelet, hijo de David, rey de Jerusalén.
[2] Vanidad de vanidades, dijo el Cohelet, vanidad de vanidades, todo es vanidad. [3] ¿Qué provecho saca el hombre de todo por cuanto se afana debajo del sol?

No hay nada nuevo.

[4] Pasa una generación y viene otra, pero la tierra es siempre la misma. [5] Sale el sol, pónese el sol, y corre con el afán de llegar a su lugar, de donde vuelve a nacer. [6] Tira el viento al mediodía, gira el norte, y va siempre rodeando de continuo y torna

de nuevo a sus giros. 7 Los ríos van todos a la mar y la mar no se llena; allá de donde vinieron tornan de nuevo, para volver a correr.

8 Todo trabaja, más de cuanto el hombre puede decir, y no se sacia el ojo de ver ni el oído de oír. 9 Lo que fué, eso será. Lo que ya se hizo, eso es lo que se hará: no se hace nada nuevo bajo el sol. 10 Una cosa de que dicen: «Mira esto, esto es nuevo», aun esa fué ya en los siglos anteriores a nosotros, 11 no hay memoria de lo que precedió, ni de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después (1).

Vanidad de la ciencia.

12 Yo, el Cohelet, he sido rey (2) de Israel, en Jerusalén; 13 y me puse en el corazón hacer sabiamente investigaciones y pesquisas sobre todo cuanto hay bajo los cielos. Es una dura labor dada por Dios a los hijos de los hombres, para que en ella se ocupen.

14 Miré todo cuanto se hace bajo el sol, y vi que todo era vanidad y apacentarse de viento. 15 Lo tuerto no puede enderezarse, y lo falto no puede completarse.

16 Y dije para mí: Heme aquí engrandecido y crecido en sabiduría, más que cuantos antes de mí fueron en Jerusalén, y hay en mi mente mucha ciencia y sabiduría. 17 Di, pues, mi mente a conocer la sabiduría y a entender la locura y los desvaríos, y vi que también esto es apacentarse de viento, 18 porque donde hay mucha ciencia hay mucha molestia, y creciendo el saber, crece el dolor (3).

Vanidad de los placeres.

2 1 Dije en mi corazón: «Ea, probemos la alegría, a gozar los placeres.» Pero también esto es vanidad. 2 Dije a la risa: «Eres una loca», y a la alegría: «¿De qué sirves?» (1)

3 Me propuse agasajar mi carne con el vino, mientras daba mi mente a la sabiduría; y me dí a la locura, hasta llegar a saber qué fuese para el hombre lo mejor de cuanto acá abajo se hace durante los contados días de su vida.

4 Emprendí grandes obras, me construí palacios, me planté viñas, 5 me hice huertos y jardines y planté en ellos toda suerte de árboles frutales. 6 Me hice estanques para regar de ellos el bosque donde los árboles crecían. 7 Compré siervos y siervas, y tuve muchos criados; tuve mucho ganado, vacas y ovejas, más que cuantos antes de mí hubo en Jerusalén, pero conservando mi sabiduría. 8 Amontoné plata y oro, tesoros de reyes y provincias. Híceme con cantores y cantoras y con cuanto es deleite del hombre, y con instrumentos músicos de toda suerte. 9 Fuí grande, más que cuantos antes de mí fueron en Jerusalén, pero conservando mi ciencia. 10 Y de cuanto mis ojos me pedían, nada les negué. No privé a mi corazón de goce alguno, y mi corazón gozaba de toda mi labor, siendo éste el premio de mis afanes. 11 Entonces miré todo cuanto habían hecho mis manos y todos los afanes que al hacerlo tuve, y vi que todo era vanidad y apacentarse de viento, y que no hay provecho alguno debajo del sol.

Vanidad de la sabiduría.

12 Me volví a mirar a la sabiduría, la estulticia y la ignorancia, porque ¿qué hombre podrá llegar hasta donde puede llegar el rey en cuanto se puede hacer? 13 Y vi que la sabiduría sobrepuja a la ignorancia, cuanto la luz a las tinieblas. 14 El sabio tiene ojos en la frente, y el necio anda en tinieblas. Conocí también que una misma es la suerte de ambos.

15 Y dije en mi corazón: «También yo tendré la misma suerte del necio; ¿por qué, pues, hacerme sabio, qué provecho sacaré de ello?» Y vi que también esto es vanidad; 16 porque del sabio, como del necio, no se hará

(1) El curso uniforme y constante de la naturaleza contrasta con el de la vida humana, agitada y que declina siempre hacia su fin. Esto es triste para el hombre, cuando en lo alto no brilla la estrella de la esperanza.

(2) La literatura seudoepigráfica abundaba entre los judíos, y a Salomón, fuera de este libro, se le atribuyó también el de la Sabiduría, y más tarde los Salmos de Salomón no canónicos.

(3) No sólo la fatiga de adquirir la ciencia, sino el dolor que produce una ciencia siempre imperfecta, que ofrece más dificultades angustiosas que soluciones tranquilizadoras.

(1) Tampoco los placeres fueron bastantes para dar tranquilidad a su espíritu.

eterna memoria, sino que todo, pasado algún tiempo, pronto se olvida. Muere, pues, el sabio igual que el necio.

17 Por eso aborrecí la vida, al ver que cuanto debajo del sol se hace, todo es vanidad y apacentarse de viento; 18 y aborrecí todo cuanto había hecho bajo el sol, porque todo tendré que dejarlo a quien vendrá después de mí. 19 ¿Y quién sabe si ése será sabio o será necio? Y con todo, dispondrá de todo mi trabajo, de lo que me costó estudio y fatiga debajo del sol. También esto es vanidad; 20 y desesperé en mi corazón de todo el trabajo que he hecho debajo del sol; 21 porque quien trabajó con conocimiento, con pericia y buen suceso, tiene después que dejárselo todo a quien nada hizo en ello; también esto es vanidad y mal grande. 22 Pues ¿qué le queda al hombre de todo su afanarse y fatigarse con que debajo del sol se afanó? 23 Todos sus días son dolor y todo su trabajar fatiga, y ni aun de noche descansa su corazón. También esto es vanidad (1).

24 No hay para el hombre cosa mejor que comer y beber y gozar de su trabajo, y vi que esto es don de Dios. 25 Porque ¿quién puede comer y beber sino gracias a él? 26 Porque al que le es grato le da sabiduría, ciencia y gozo, pero al pecador le da el trabajo de allegar y amontonar para dejárselo después a quien Dios quiera. También esto es vanidad y apacentarse de viento (2).

Todo a su tiempo.

3 1 Todo tiene su tiempo (3), y todo cuanto se hace debajo del sol tiene su hora. 2 Hay tiempo de nacer y tiempo de morir, tiempo de plantar y tiempo de arrancar lo plantado; 3 tiempo de herir y tiempo de curar, tiempo de destruir y tiempo de edificar; 4 tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de lamentarse y tiempo de danzar; 5 tiempo de esparcir las piedras y tiempo de amontonarlas; tiempo de abrazarse y tiempo de separarse; 6 tiempo de ganar y tiempo de perder; tiempo de guardar y tiempo de tirar; 7 tiempo de rasgar y tiempo de coser; tiempo de callar y tiempo de hablar; 8 tiempo de amar y tiempo de aborrecer; tiempo de guerra y tiempo de paz.

Incertidumbre de lo por venir.

9 ¿Qué provecho saca el que se afana, de aquello que hace? 10 Yo he mirado el trabajo que Dios ha dado a los hijos de los hombres para que en él se ocupen. 11 Todo lo hace él apropiado a su tiempo, y ha puesto además en su alma la idea de la perduración, sin que pueda el hombre descubrir la obra de Dios desde el principio hasta el fin. 12 Conocí que no hay para él otro bien que gozarse y hacer el bien en su vida, 13 pues el que uno coma, beba y se goce de su trabajo, es don de Dios. 14 Conocí que cuanto hace Dios es permanente y nada se le puede añadir, nada quitar, y hace así Dios que se le tema. 15 Lo que es, eso fué ya, y lo que fué, eso será, y Dios vuelve a traer lo que ya pasó.

Desórdenes sociales.

16 Otra cosa he visto debajo del sol: que en el puesto de la justicia está la injusticia, y en el lugar del derecho, la iniquidad. 17 Por eso me dije: Dios juzgará al justo y al injusto, porque hay un tiempo destinado para todo y para toda obra (1).

18 Díjeme también acerca del hombre: Dios quiere hacerles ver y conocer que de sí son como bestias (2),

(1) El sabio hace ventaja al necio e ignorante; pero, después de todo, cuanto se afana en la vida no le da la felicidad, y al fin viene a morir igual que los otros, sin dejar en pos de sí otra memoria que los demás mortales.

(2) En este supuesto, la conclusión final es que lo práctico será disfrutar de los bienes de la vida, que son don de Dios. En esta última frase el Cohelet se levanta por encima del vulgar materialista. Con todo, esto no sacia el corazón ni basta para hacerlo feliz.

(3) El pensamiento de este trozo (1-15) parece ser el mismo de antes. Todo marcha igual, y en ello el hombre no encuentra la felicidad. No queda, pues, otra cosa que gozar los bienes y «hacer el bien».

(1) En los tronos, que deben ser asiento de la justicia, se ve con frecuencia sentada la tiranía y la injusticia. Esto exige la intervención de Dios como juez supremo, y el Cohelet la espera.

(2) Para entender este punto oscuro, en que algunos quieren ver el materialismo del Cohelet, es preciso colocarse en el punto de vista del

19 pues la condición de los hijos de
los hombres es la de las bestias, y
la muerte del uno es la muerte de los
otros y no hay más que un hálito
para todos, y no tiene el hombre
ventaja sobre la bestia, pues todo
es vanidad. 20 Unos y otros van al
mismo lugar, todos han salido del
mismo polvo y al polvo vuelven
todos.
21 ¿Quién sabe si el hálito del
hombre sube arriba y el de la bestia
baja abajo, a la tierra?
22 Y vi que no hay para el hombre
nada mejor que gozar de su trabajo,
pues ésa es su parte, ¿y quién le dará
a gozar lo que ha de venir?

4 1 Torneme y vi las violencias que
se hacen debajo del sol, y las
lágrimas de los oprimidos sin tener
quien los consuele, y la fuerza en
mano de los opresores, sin tener aquéllos quien los consuele. 2 Y proclamé
dichosos a los muertos que se fueron,
más dichosos que los vivos que viven
todavía, 3 y más dichosos aún los
que nunca vivieron y no vieron lo
malo que debajo del sol se hace (1).
4 Vi también que todo trabajo y
cuanto de bueno se hace mueve la
envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y
apacentarse de viento. 5 El necio se
cruza de manos y se come su carne.
6 Más vale una sola mano llena en
reposo, que las dos llenas en trabajo
y aflicción de espíritu.
7 Volvíme de nuevo y vi otra vanidad debajo del sol: 8 Un hombre
solo que no tiene sucesor, que no
tiene hijo ni hermano (2), y no cesa
nunca de trabajar ni se hartan sus
ojos de riquezas. ¿Para quién trabajo
yo y me someto a privaciones? También esto es vanidad y duro trabajo.

autor. En la incertidumbre sobre cómo Dios dará a cada uno según sus obras y miradas las cosas conforme aparecen, no se ve diferencia entre el fin del hombre y el de la bestia: ambos acaban en el sepulcro y para ambos acaba el mundo. Por eso concluye, como atrás, que no le queda al hombre más que gozar de su trabajo (versículo 23).

(1) Esta sentencia del Cohelet ante las miserias que afligen al hombre en esta vida son la generalización de las expresiones de Jeremías y Job cuando se sentían oprimidos de dolor.

(2) Hermosa sentencia. Es, en efecto, una gran miseria la del avaro, que se afana en allegar riquezas que ni él ni sus hijos han de gozar.

Ventajas de la compañía.

9 Más valen dos que uno solo,
porque logran mejor fruto de su trabajo. Si uno cae, el otro le levanta;
pero ¡ay del solo, que si cae, no tiene
quien le levante! 11 También si duermen dos juntos, uno a otro se calientan; pero el solo, ¿cómo podrá calentarse? 12 Si uno es agredido serán
dos a defenderse, y la cuerda de tres
hilos no es fácil de romper.
13 Más vale mozo pobre y sabio que
rey viejo y necio, que no sabe escuchar
los consejos. 14 Aquél, aun de la cárcel
podrá salir para subir al trono, aunque nació pobre en su reino; éste,
aun en el trono es un pobre hombre.
15 Vi que todos los que andan y
viven debajo del sol se iban con
aquél, con el mozo que tomó su
puesto (1). 16 No tenía fin la muchedumbre del pueblo que le seguía; sin
embargo, los que vengan detrás tampoco estarán contentos de él, porque
también esto es vanidad y apacentarse de viento.

Deberes para con Dios.

17 Pon atención a tus pasos al acercarte a la casa de Dios; llegarse dócilmente vale más que el sacrificio
de los insensatos, que no saben hacer
más que mal.

5 1 No seas precipitado en tus palabras, y que tu corazón no se apresure a proferir una palabra delante
de Dios, que en los cielos está Dios
y tú en la tierra; sean, pues, pocas
tus palabras. 2 Porque de la muchedumbre de las ocupaciones nacen los
sueños, y de la muchedumbre de
palabras, los despropósitos.
3 Si haces voto a Dios no te tardes
en cumplirlo, que no hallan favor
los negligentes; lo que prometes, cúmplelo. 4 Mejor es no prometer que
dejar de cumplir lo prometido. 5 No
consientas que tu boca te haga culpable, y no digas luego ante el sacerdote que fué inadvertencia, pues se
irritaría Dios contra tu palabra y
destruiría las obras de tus manos;
6 pues de la muchedumbre de los

(1) ¿Nació el joven con derecho al trono, pero se vió privado de él por ser pobre, o nació pobre, pero sabio y predestinado al trono? En ambos casos vale más que el rey necio,

cuidados nacen los sueños y de la muchedumbre de las palabras los despropósitos. Teme, pues, a Dios.

Injusticias.

7 Si ves en la región la opresión del pobre y la violación de la justicia y del derecho, no te sorprendas, porque por encima del grande hay otro más grande que vela.
9 El fruto del campo es para todos, y aun el rey es para el campo. El que ama el dinero no se ve harto de dinero, y el que ama los tesoros no saca de ellos provecho alguno; también esto es vanidad.
10 Con la mucha hacienda, muchos son los que la comen, y ¿qué saca de ella el amo, más que verla con sus ojos? 11 Dulce es el sueño del trabajador, coma poco, coma mucho; pero la hartura no deja dormir al rico.

Afanes inútiles.

12 Hay un trabajoso afán que he visto debajo del sol: riquezas guardadas para mal de su dueño. 13 Piérdense esas riquezas en un mal negocio, y a los hijos que engendra no les queda nada en la mano. 14 Como desnudo salió del seno de su madre, desnudo se tornará, yéndose como vino, y nada podrá tomar de sus fatigas para llevárselo consigo. 15 También esto es un triste mal, que como vino así se haya de volver, y nada pueda llevarse en la mano de cuanto trabajó; 16 y sobre esto, comer todos los días de su vida en tinieblas, en afán, dolor y miseria.

El bien.

17 He aquí lo que yo he hallado de bien: que es bueno comer, beber y disfrutar, en medio de tantos afanes con que se afana el hombre debajo del sol los contados días que Dios le concede, pues ésta es su parte; 18 y el que de Dios recibió riquezas y hacienda y facultad de gozar de ellas, alegrándose con su parte en medio de sus afanes, esto también es don de Dios, 19 no tendrá mucho que pensar en los días de su vida, porque Dios le llenó de alegría el corazón.

Deseos insaciados.

6 1 Hay un mal que yo vi debajo del sol y que pesa muy gravemente sobre el hombre (1). 2 Uno a quien dió Dios riquezas, hacienda y honra, y a quien nada falta de cuanto su deseo puede desear, pero a quien Dios no le deja gozar de todo eso, sino que lo gozan los extraños. Esta es vanidad y mal trabajo. 3 Aunque tenga cien hijos y viva muchos años, si no se hartó su alma del bien y ni siquiera halla sepultura, 4 digo que mejor que él es el abortivo, que si en vano vino y oscuramente se va y cubren su nombre las tinieblas, 5 y ni vió el sol ni supo nada, todavía más quietud goza éste que aquél; 6 y aunque dos veces mil años viviese sin gustar el bien, ¿no irían todos por el mismo camino?
7 Todo el trabajo del hombre es para su boca, y nunca se harta su alma. ¿Cuál es la ventaja del sabio sobre el necio? ¿Cuál la del pobre que sabe andar su camino? 8 Mejor es tener que perderse en deseos, y también esto es vanidad y apacentarse de viento.
10 El que es ya tiene nombre, y ya se sabe que es un hombre y que no podrá contender con quien es más fuerte que él. 11 Cierto, muchas palabras aumentan la vanidad, pero ¿qué provecho hay para el hombre, 12 y quién sabe qué es lo mejor para el hombre en los días de la vida de su vanidad, que pasa como sombra? ¿Quién dará a saber al hombre lo que después de él sucederá debajo del sol?

Lo mejor.

7 1 Mejor es el buen nombre que el oloroso ungüento, y mejor el día de la muerte que el del nacimiento (2).
2 Mejor ir a casa en luto que ir a casa en fiesta, porque aquél es el fin de todo hombre y el que vive reflexiona. 3 Mejor es la tristeza que la risa, porque la tristeza del rostro es buena para el corazón. 4 El corazón del sabio está en la casa en luto, el

(1) No es la posesión de muchos bienes, sino el contento y la satisfacción lo que hace a un hombre dichoso.
(2) Consideradas las miserias y vanidades de la vida, mejor es la salida de ella que la entrada.

corazón del necio en la casa en placer.
[5] Mejor es oír el reproche de un sabio que escuchar las cantilenas de los necios; [6] porque cual el chisporrotear del fuego bajo la caldera, tal es el aplauso de los necios; y también esto es vanidad. [7] Porque la opresión puede hacer enloquecer al sabio, y las dádivas corrompen el corazón.
[8] Mejor es el fin de una cosa que su principio, y mejor es el de ánimo calmo que el irascible. [9] No te apresures a enojarte, porque la ira es propia de los necios.
[10] Nunca digas: ¿Por qué es que los tiempos pasados fueron mejores?, porque nunca preguntarás esto sabiamente (1). [11] Buena es la ciencia con hacienda, y es una ventaja para los que ven el sol. [12] Porque escudo es la ciencia y escudo es la riqueza, pero excede la sabiduría, que da la vida al que la tiene.
[13] Contempla la obra de Dios, porque ¿quién podrá enderezar lo que él torció? [14] En el día del bien goza del bien, y en el día del mal reflexiona que lo uno y lo otro lo ha dispuesto Dios, de modo que el hombre nada sepa de lo por venir.
[15] De todo he visto en mis fugaces días: un justo que muere en toda su justicia, y un impío que con todas sus iniquidades campa largo tiempo.
[16] No quieras ser demasiado justo ni demasiado sabio: ¿Para qué quieres destruirte? (2) [17] No hagas mucho mal ni seas insensato: ¿Por qué has de querer morir antes de tiempo?
[18] Bien te estará esto sin dejar aquello, que el que teme a Dios saldrá con todo.

Valor de la sabiduría.

[19] La sabiduría da al sabio una fuerza superior a diez potentes que gobiernan la ciudad.

[20] Cierto, no hay hombre en el mundo que haga sólo el bien y no peque.
[21] Tampoco apliques tu corazón a todo lo que se dice, para no tener que oír a tu siervo decir mal de ti. [22] Sabe muy bien tu conciencia que tú muchas veces has hablado mal de otros.
[23] Todo esto he querido buscarlo en la sabiduría, y dije: Quiero hacerme sabio; pero la sabiduría está lejos de mí. [24] Lejos se queda lo que estaba lejos, y profundo lo profundo. ¿Quién lo alcanzará?

La mujer.

[25] He rodeado con mi corazón, por saber e inquirir la sabiduría y la razón, y por conocer la maldad de la insensatez y los desvaríos del error.
[26] Y hallé que es la mujer más amarga que la muerte, y lazo para el corazón, y sus manos ataduras. El que agrada a Dios escapará de ella, mas el pecador en ella quedará preso.
[27] Esto hallé, dice el Cohelet, pesando las cosas una por una para hallar la razón. [28] Lo que busca mi alma y no lo encuentra: entre mil hallé un hombre, mas mujer entre todas, ni una hallé (1). [29] Lo que hallé fué sólo esto: Que Dios hizo recto al hombre, mas ellos se buscaron muchas perversiones.

El hombre de bien.

8 [1] ¿Quién como el sabio? ¿Quién como el que sabe explicar las cosas? La sabiduría del hombre alumbra el rostro y templa su aspereza.
[2] Guarda el mandato del rey como juramento hecho a Dios. [3] No te apresures a alejarte de su presencia ni persistas en cosa que le desagrade, porque puede hacer cuanto quiere.
[4] Pues la palabra del rey es eficaz, ¿y quién podrá decirle: Qué es lo que haces?
[5] El que guarda los mandamientos no tendrá mal, y la mente sabia conoce el tiempo y el juicio; [6] que para

(1) Dijo también nuestro poeta que «cualquier tiempo pasado fué mejor», pero esto para el que sufre las calamidades del presente y no ve del pasado sino los bienes.
(2) Bajo una expresión dura es preciso buscar un pensamiento verdadero y que esté en armonía con la doctrina del Cohelet. Supuesto que este consejo va dirigido al justo, le inculca evite la excesiva preocupación, el escrúpulo por la observancia de la ley, que no deja de dañar al espíritu. Al revés, el versículo siguiente se dirige al que lleva una vida despreocupada. A ése le advierte atender a las consecuencias de la vida disoluta, siquiera por amor de la vida misma.

(1) En los Proverbios hallamos esos juicios desfavorables de la mujer; ya se deja entender que tales juicios no tenían en la mente del autor la universalidad que sus expresiones aparentan. Seguramente que el Cohelet no incluía a su madre en tales juicios pesimistas.

toda cosa hay tiempo y juicio, y es mucho el afán que pesa sobre el hombre; [7] porque no sabe lo que vendrá después, ¿y quién podrá decirle cuándo ha de suceder? [8] No tiene poder el hombre sobre el espíritu para retenerle, ni tiene poder sobre el día de la muerte; y no hay armas para tal guerra ni podrá la iniquidad salvar al reo de ella.

La virtud desconocida.

[9] Esto he visto poniendo atención a cuanto sucede bajo el sol, en tiempo en que el hombre domina sobre el hombre para su mal. [10] Vi a impíos recordados (1), mientras que los que habían hecho el bien se iban del lugar santo y eran olvidados en la ciudad. También esto es vanidad. [11] Porque la sentencia contra el mal no se ejecuta prontamente, y por esto el corazón de los hijos de los hombres se llena de deseos de hacer el mal; [12] porque hace el pecador cien veces el mal y pervive; con todo, yo sé que los que temen a Dios tendrán el el bien, los que temen ante su presencia, [13] mientras que el impío no tendrá bien ni prolongará sus días, que serán como sombra porque no teme a Dios.

[14] Sin embargo, tal vanidad se da sobre la tierra, que son tratados justos como conviene a los malvados, y malvados como conviene a los justos. Y me digo también que esto es vanidad. [15] Por eso alabo la alegría, que el hombre no tiene bien bajo el sol sino comer, beber y alegrarse, y esto es lo que le queda de sus trabajos en los días de vida que le da Dios debajo del sol (2).

Incertidumbre del destino.

[16] Di, pues, mi corazón a conocer la sabiduría y a examinar el trabajo que se hace sobre la tierra, porque hay quien ni de día ni de noche ve cerrarse sus ojos por el sueño. [17] Examiné también la obra de Dios, que no puede el hombre conocer cuanto se hace debajo del sol, y por mucho que en buscar se fatigue nada llega a descubrir; y aun cuando dijere el sabio que sabe, nada llega a saber (1).

9 [1] Y poniendo en mi corazón todo esto, vi bien que el justo y el sabio y sus obras están en las manos de Dios, y ni siquiera sabe el hombre si es objeto de amor o de odio; todo está en poder de él (2). [2] Todo a todos sucede de la misma manera, una misma es la suerte que corren el justo y el impío, el puro y el impuro, el que sacrifica y el que no ofrece sacrificios, el hombre de bien y el malhechor, el que jura y el que aborrece el juramento.

La muerte.

[3] Este mal hay en todo cuanto existe debajo del sol: que es una misma la suerte de todos, y que el corazón de los hijos de los hombres esté lleno de mal y de enloquecimiento durante los días de su vida, y luego a la muerte. ¿Y quién es exceptuado?

[4] Mientras uno vive hay esperanza, que mejor es perro vivo que león muerto; [5] pues los vivos saben que han de morir, mas el muerto nada sabe y ya no espera recompensa, habiéndose perdido ya su memoria.

[6] Amor, odio, envidia, para ellos ya todo se acabó, no toman ya parte alguna en lo que sucede bajo el sol.

[7] Ve, come alegremente tu pan y bebe tu vino con alegre corazón, pues que se agrada Dios en tus buenas obras. [8] Vístete en todo tiempo de blancas vestiduras, y no falte el ungüento sobre tu cabeza. [9] Goza de la vida con tu amada compañera, todos

(1) Este versículo expresa un hecho que Job repite con frecuencia y que en los salmos ponía a prueba la fe de los justos. Los versículos siguientes parecen una solución a la dificultad. La sentencia divina llegará, sin duda, aunque parezca a veces tardar.

(2) La consecuencia expuesta en este verso ya la hemos visto atrás. En estas sentencias, al parecer epicúreas, siempre brilla el pensamiento de Dios.

(1) No es escepticismo, sino expresión un tanto extremosa de lo limitada que es la ciencia humana cuando se trata de los grandes problemas que tocan al gobierno de la vida. ¡Pobres de nosotros si no tuviéramos la antorcha de la revelación!

(2) Todo está en las manos de Dio y no es fácil por la cotidiana experiencia deducir las leyes del gobierno divino. Esto es una tentación para los justos y causa de extravío para los hombres de poca fe.

los días de la fugaz vida que Dios te da debajo del sol, porque ésa es tu parte en esta vida entre los trabajos que padeces debajo del sol. Cuando puedas hacer bien, hazlo alegremente, porque no hay en el sepulcro, a donde vas, ni obra ni industria, ni ciencia ni sabiduría.

Incertidumbre de la fortuna.

11 Torneme y vi debajo del sol que no es de los ágiles el correr, ni de los valientes el vencer, ni aun de los sabios el pan, ni de los entendidos la riqueza, ni aun de los cuerdos el favor; sino que el tiempo y el acaso en todo se entremezclan, 12 y que ni aun su hora conoce el hombre. Como pez que es cogido en una mala red y como pájaro que se enreda en el lazo, así se enredan los hijos de los hombres en el mal tiempo cuando de improviso los coge.

13 Otra cosa he visto debajo del sol, que fué para mí una gran lección: Había una ciudad pequeña con poca gente dentro; vino contra ella un gran rey y la asedió, levantando contra ella altas torres; y hubo un hombrecillo, pobre pero sabio, que con su sabiduría salvó la ciudad. Y, sin embargo, de aquel hombre pobre nadie se acordaba. Entonces me dije: Más vale la sabiduría que la fuerza, pero la sabiduría del pobre es despreciada y sus palabras no son escuchadas.

El sabio.

17 Las calmas palabras del sabio se hacen oír mejor que los gritos del que manda a necios. 18 Más vale la sabiduría que las armas de guerra, y un yerro destruye mucho bien.

10 1 Una mosca muerta en él estropea el ungüento del perfumista, y un poco de locura puede pesar más que la sabiduría y la honra.

2 Dirige el sabio su mente a la derecha, 3 y a la izquierda el necio. Por cualquier camino que el necio vaya, es siempre necio, y todos dicen: Es un loco.

4 Cuando un poderoso se enfurezca contra ti, no le repliques, porque la mansedumbre impide grandes males.

El mal gobierno.

5 Un mal que he visto debajo del sol es el mal que nace del soberano. 6 Es puesto el inepto en muchos puestos elevados, y los aptos se sientan abajo. 7 He visto al siervo a caballo y a príncipes andar a pie como siervos.

8 El que cava una fosa, dentro de ella cae; y el que deshace una pared es mordido de la sierpe. 9 El que rueda una piedra se hace mal con ella, y el que parte leña corre peligro de herirse con ella.

10 Si el filo se embota y no se aguza hay que poner más esfuerzo, pero la sabiduría da el remedio.

11 Si muerde una serpiente no encantada, de nada valen los conjuros. 12 Las palabras de la boca del sabio son graciosas, pero al necio sus labios le causan su ruina. 13 El comienzo de su hablar es necedad, y su fin loco desvarío. 14 El necio se deshace en palabras.

No sabe el hombre lo que será, y lo que sucederá nadie se lo da a saber. 15 El trabajo del necio le fatiga, pues no sabe ni por donde ir a la ciudad.

Templanza y prudencia.

16 ¡Ay de ti, tierra, que tienes por rey a un niño y cuyos gobernantes banquetean de mañana! 17 ¡Bienaventurada tú, tierra, que tienes por rey a un hombre noble y cuyos gobernantes comen a su tiempo para refección, mas no para beber!

18 Por la negligencia se cae la techumbre, y por la pereza se dan goteras en la casa.

19 Se hacen para alegrarse los banquetes, y el vino alegra la vida, y el dinero sirve para todo.

20 No digas mal del rey ni aun con el pensamiento; ni digas mal del rico, ni en tu alcoba; porque los pájaros llevan la noticia y un alado hará saber tus palabras.

11 1 Echa tu pan a las aguas, que después de mucho tiempo lo hallarás. 2 Da de lo tuyo a siete y aun a ocho, que no sabes el mal que podrá venir sobre la tierra.

3 La nube preñada de lluvia la derramará sobre la tierra, y si el

árbol cae al mediodía o al norte, allí quedará.
4 El que al viento mira no sembrará, y el que mira a las nubes no segará.
5 Como no sabes por qué camino entra el espíritu en los huesos, dentro del seno de la mujer encinta, así no conoces la obra de Dios que todo lo hace.
6 Siembra bien de mañana tu simiente, y a la tarde no dejes reposar tu mano, que no sabes qué es mejor, si esto o lo otro, o si ambas cosas son igualmente buenas.
7 Dulce es la vida y agradable a los ojos ver el sol. 8 Mas si el hombre viviere muchos años y en todos ellos gozase de alegría, piense en los días de tinieblas, que serán muchos, y cuanto sucede es vanidad.
9 Alégrate, mozo, en tu mocedad, y alégrese tu corazón en los días de tu juventud; sigue los impulsos de tu corazón y los atractivos de tus ojos, pero ten presente que de todo esto te pedirá cuenta Dios (1). 10 Echa la tristeza fuera de tu corazón y tente lejos del dolor, porque mocedad y juventud son vanidad.

La vejez.

12 1 En los días de la juventud acuérdate de tu Hacedor; antes de que vengan los días malos y lleguen los años en que dirás: No tengo ya contento; 2 antes que se oscurezcan el sol, la luna y las estrellas, y vengan las nubes después de la lluvia; 3 cuándo temblarán los guardianes de la casa y se encorvarán los fuertes y cesarán de trabajar las muelas, 4 y se oscurecerán los que miran por las ventanas, y se cerrarán las puertas de fuera y se debilitará el ruido del molino, y se agudizará la voz del ave y debilitarán la suya todas las hijas del canto, 5 y habrá temores en lo alto y tropezones en el camino, y florecerá el almendro y se pondrá pesada la langosta, y se caerá la alcaparra, porque se va el hombre a su eterna morada y andan las plañideras en torno de la plaza; 6 antes que se rompa el cordón de plata y se quiebre el platillo de oro y se haga pedazos el cántaro junto a la fuente y se caiga al fondo del pozo la polea, 7 y se torne el polvo a la tierra que antes era, y retorne a Dios el espíritu que le dió (1).
8 Vanidad de vanidades, dijo el Cohelet, y todo vanidad. 9 El Cohelet, además de ser sabio, enseñó al pueblo la sabiduría. Estudió, investigó, y compuso muchas sentencias. 10 Procuró el Cohelet decir palabras agradables y escribir rectamente palabras de verdad (2).
11 Las palabras del sabio son como aguijones, y como clavos hincados de que cuelgan provisiones, y todas son dadas por un solo pastor. 12 No busques, hijo mío, más de esto, que el componer libros es cosa sin fin y el demasiado estudio fatiga al hombre.
13 El resumen del discurso, después de oírlo todo, es éste: Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es el hombre todo. 14 Porque Dios ha de juzgarlo todo, aun lo oculto, y toda acción, sea ella buena o mala.

(1) En pocos pasajes a este paralelos se expresa con más claridad el pensamiento del Cohelet: goza de la vida, pero no olvides que Dios te pedirá cuenta del uso que haces de los bienes que te entregó.

(1) Hermosa, aunque oscura alegoría de la vejez. La falta de vigor ya no permite pensar mucho en Dios; por eso hay que hacerlo en la juventud, como edad más vigorosa para todo.
(2) Estos versículos parecen indicar que no han sido escritos por el Cohelet, sino por un discípulo, que acaso haya sido quien recogió las sentencias del maestro.

CANTAR DE LOS CANTARES

INTRODUCCION AL CANTAR DE LOS CANTARES

El título del libro no es del autor, sino de los amanuenses, que lo añadieron. En hebreo es Sir hassirim, *que los LXX traducen literalmente,* aisma aismaton, *el cantar de los cantares, o el cantar por excelencia. Figura siempre entre los libros sapienciales del Antiguo Testamento, y esto nos indica el camino para inquirir la naturaleza del mismo.*

La sabiduría *tiene entre los hebreos un sentido muy amplio (Intr. a los libros sapienciales). Particularmente viene a nuestro propósito lo que de los oficios del sabio dice el Eclesiástico: «que aplica su mente y se da a estudiar la ley del Altísimo, busca la sabiduría de todos los antiguos y consagra sus ocios a las profecías, guarda en la memoria los relatos de los hombres célebres y penetra en lo intrincado de las sentencias sutiles, investiga el sentido oculto de las parábolas y se aplica a inquirir las sentencias enigmáticas» (39, 1-3). Y a Salomón, el mismo autor le alaba de este modo: «¡Cuán sabio eres desde tu juventud, desbordando tu inteligencia como un río! Tu espíritu cubrió la tierra y la llenaste de sentencias profundas. Tus cánticos, tus proverbios, tus parábolas y tus respuestas, hicieron la admiración del mundo (47, 14-17). Y de los antiguos padres dice que fueron ilustres, entre otras cosas porque cultivaban el arte de las melodías y pusieron por escrito las narraciones proféticas (44, 3).*

Sabiduría equivale, pues, entre otras cosas, a ingenio agudo y perspicaz para entender el sentido de las sentencias enigmáticas, de las parábolas y de los discursos proféticos. Sobre esto incluye el talento literario, la inspiración del poeta asociada a la del músico o cantor, el ingenio del prosista en aquellas manifestaciones que revelan más agudeza y que parecen más aptas para cautivar la atención de los lectores u oyentes. En este sentido el Cántico es una composición sapiencial, porque es una obra poética, de profundo sentido y forma refinada.

Los profetas expresaron bajo diferentes formas las relaciones entre Dios y su pueblo. Son frecuentes las imágenes del pastor y del rey; pero la del matrimonio es la más usual, sobre todo en los profetas Oseas y Ezequiel, en los cuales Yave es el esposo de Israel y éste la esposa de su Dios; esposa infiel, la cual, olvidándose de quien la amó y escogió, se deja arrastrar por amores adúlteros hacia los dioses extraños. Según la tradición judía, tal es el tema del Cántico: los amores de Yave y de su pueblo. A esta sentencia fundamental nos debemos atener.

Pero admitido este principio, una duda salta a la vista. Los historiadores sagrados y los profetas están concordes en pintarnos a Israel como infiel a su esposo y manchada de infinitos adulterios; lo cual no está conforme con el Cántico, donde la esposa aparece siempre enamorada de su esposo, y además, toda hermosa o pura. La solución a esta dificultad nos la ofrecen los mismos profetas cuando al Israel histórico oponen el Israel de la época mesiánica, purificado de sus pecados y vuelto de todo corazón a su Dios. Las relaciones rotas por el pecado de idolatría se reanudan para siempre. Es preciso, pues, decir que el Cántico celebra los amores de Yave y de Israel en la edad mesiánica, que es el objeto de los deseos de los profetas y justos del Antiguo Testamento. En torno a esta imagen del matrimonio, usada por los profetas, reúne el sabio todas las promesas contenidas en los escritos proféticos.

Este pensamiento lo confirman y desarrollan los Santos Padres, que desde antiguo han visto y celebrado en el Cántico el amor de Jesucristo y de su Iglesia. La imagen de las bodas se halla en las parábolas evangélicas, en las epístolas de San Pablo y en el Apocalipsis de San Juan. Bastará en confirmación de lo dicho citar las hermosas palabras del Apóstol a los efesios: «Maridos, amad a vuestras esposas como Cristo amó a su Iglesia y se entregó por ella a fin de santificarla, habiéndola lavado en el lavatorio del agua por la palabra, para hacerla parecer delante de Sí una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa semejante, sino santa e inmaculada... Por esto dejará el varón a su padre y a su madre y se juntará a su mujer, y serán dos en una carne. Este misterio es grande, pero yo lo digo mirando a Cristo y a la Iglesia» (5, 25-32).

Mas en este amor de Cristo por la Iglesia va incluido el amor del Salvador por cada una de las almas que forman la misma Iglesia, las cuales son todas esposas de Cristo (II Cor. 11, 2), por cuya salud Él se sacrificó y en quienes vive por la gracia, la fe y la caridad. Y como este vínculo no es el mismo en todas las almas, antes en cada una se diferencia, síguese que esta condición de esposas de Cristo no convendrá a todas por igual, sino a cada una tanto más perfectamente cuanto mayor sea la perfección de esta gracia y de este amor. De manera que a los santos, por la perfección de su santidad, convendrá más plenamente el título de esposas de Cristo, y sobre todos los santos convendrá a la que fué llamada por el ángel «Llena de gracia». Tal es el sentido pleno del Cántico, según la Escritura y la tradición exegética de los Padres.

Las almas místicas gustan mucho del Cántico, pero la exégesis que a veces hacen de él ha contribuído no poco a desacreditarlo entre los que aspiran a una exegesis científica. Sin embargo, el fundamento de aquella exegesis es sólido, puesto que el Cántico tiene por argumento las relaciones de amor entre Jesucristo y las almas santas. Pero las amplificaciones que hacen alegorizando hasta el extremo las imágenes del libro, no pasan de una exégesis acomodada. La sustancia de su pensamiento tiene un gran valor como explicación de los misterios de amor que Dios realiza en las almas. Las imágenes del Cántico son el cañamazo sobre el cual bordan con hilo de oro la descripción de esos misterios.

Según hemos dicho, el autor del Cántico tomó de los profetas la imagen del matrimonio y el pensamiento mesiánico que ella encierra. De ellos tomó también otras imágenes con que los profetas celebran las bendiciones divinas

de la época mesiánica. Pero, además, tenía ante sus ojos la misma fuente donde los profetas habían bebido su forma literaria, ya que el pensamiento les venía de lo alto. Esta fuente era la vida de Israel, el amor conyugal y las solemnidades nupciales con que este mismo amor se manifestaba en su pueblo. Y no hay que dudar que acudiría a esta fuente en busca de elementos materiales para desarrollar el tema que se había propuesto tratar. Por donde no nos parece desacertada la conducta de aquellos autores que estudian el amor y la solemnidad de las bodas en Israel y en los pueblos vecinos para explicar el carácter literario del Cántico y el sentido de su simbólico lenguaje. Pero esto no ha de ocupar el primer plano en la explicación del canto sagrado, que en cuanto a su sentido reconoce inspiración más alta.

En suma, que el Cántico es un idilio en que se celebran los amores del Mesías con el Israel de Dios (Gal. 6, 16), tomando la forma literaria de las costumbres hebreas y el pensamiento de los vaticinios proféticos. La acción dramática es en él muy escasa. El valor significativo de las imágenes, aunque no siempre, es muchas veces alegórico, si bien difícil de definir.

Es difícil hacer la división de una obra compuesta con gran libertad literaria. Hay quien cree que se debe admitir la división en siete partes, fundada primeramente en la duración de las bodas entre los hebreos, que era de siete días, como aparece por el Gen. 29, 37, Jces. 14, 12 y Tob. 8, 23. El texto mismo hace muy razonable la siguiente división: 1.ª I, 1-II, 7; 2.ª II, 8-III, 1; 3.ª, III, 2-5; 4.ª, III, 6-V, 1; 5.ª, 3-VI, 8; 6.ª, VI, 9-VIII, 4, y 7.ª, VIII, 5-14.

La tradición judía atribuía este libro a Salomón, y de ello da testimonio el epígrafe mismo del libro. Los Santos Padres recibieron esta sentencia y la retuvieron como tradición histórica más bien que como punto de fe. En los últimos tiempos los críticos se inclinan a atribuir el libro a una época más reciente. Las razones son: primero, la forma del libro, que es más artificiosa de lo que parece corresponder a la época primitiva de la literatura hebrea. Luego el lenguaje, que es en muchos casos aramaizante, cosa que no puede convenir a la época de Salomón y sí a la época posterior a la cautividad. Tercero, el mismo tema del libro, que siendo profético y siendo el autor un sabio y no un profeta, parece suponer que el libro haya sido escrito después de los profetas. La fecha precisa no se puede fijar con certeza y menos aún el nombre del autor.

Munera magna ferens venit regina Sabæa. Magnificas pompas ingeniumque probat. 3. Reg. cap. 10

CANTAR DE LOS CANTARES

1 [1] Cantar de los Cantares, de Salomón.

El anhelo de la esposa.

[2] ¡Béseme con besos de su boca! | Son tus amores más suaves que el vino,
[3] Son tus ungüentos suaves al sentido. | Es tu nombre ungüento derramado, | por eso te aman las doncellas.

El coro

[4] Llévanos tras de ti, corramos (1). | Introdúceme, ¡oh rey!, en tus cámaras, | y nos gozaremos y regocijaremos contigo, | y cantaremos tus amores, más sueves que el vino. | Con razón eres amado.

La esposa

[5] Soy morena, pero hermosa, hijas de Jerusalén, | como las tiendas de Cedar, como los pabellones de Salomón.
[6] No miréis que soy morena, es que me ha quemado el sol. | Los hijos de mi madre, airados contra mí, me pusieron a guardar viñas (2), | no era mi viña la que guardaba.
[7] Dime, tú, amado de mi alma: ¿Dónde pastoreas, dónde sesteas al mediodía, | detrás de los rebaños de tus compañeros?

El esposo.

[8] Si no lo sabes, ¡oh la más hermosa de las mujeres!, | sigue las huellas del rebaño | y apacienta tus cabritos cabe los majadas de los pastores.
[9] Al tiro del carro del Faraón (1) | te comparo, amada mía.
[10] ¡Cuán hermosas están tus mejillas entre las guedejas, | tu cuello con los collares!
[11] Te haremos collares de oro | con sartas de plata.

La esposa.

[12] Mientras reposa el rey en su lecho, | exhala mi nardo su aroma.
[13] Es mi amado para mí bolsita de mirra | que descansa entre mis pechos.
[14] Es mi amado para mí racimito de alheña | de las viñas de Engadí.

El esposo.

[15] ¡Qué hermosa eres, amada mía, | qué hermosa eres! Tus ojos son palomas.

La esposa.

[16] ¡Qué hermoso eres, amado mío, | qué agraciado! | Nuestro pabellón verdeguea ya;
[17] Las vigas de nuestra casa son de cedro, | nuestros artesonados, de ciprés.

2 [1] Yo soy un narciso de Sarón, | una azucena de los valles.

El esposo.

[2] Como lirio entre los cardos, | es mi amada entre las doncellas.

La esposa.

[3] Como manzano entre los árboles

(1) El coro de doncellas, que forma, en las solemnidades nupciales, la corte de la Esposa, que aquí representa a las naciones, pide tener parte en el amor de la Esposa por el Esposo como en Is. 2, 2 ss.; Zac. 8, 20 ss. y expresa sus deseos de tener parte en las bendiciones mesiánicas.

(2) Habla de las aflicciones y trabajos sufridos en la época anterior, sobre todo en la cautividad, en que hubo de servir y trabajar para los enemigos, como se ve por Dt. 28, 1 5 ss.; Sal. 79; Is. 62, 8 s.

(1) Parecerá extraña esta manera de ponderar las gracias de la Esposa; pero los beduínos del desierto toman la camella como término de comparación para describir la hermosura de la novia.

silvestres, | es mi amado entre los mancebos.
4 A su sombra anhelo sentarme | y su fruto es dulce a mi paladar.
4 Me ha llevado a la sala del festín, | y la bandera que contra mí alzó es bandera de amor.
5 Confortadme con pasas, | recreadme con manzanas, | que desfallezco de amor.
6 Reposa su izquierda bajo mi cabeza | y con su diestra me abraza amoroso.

El esposo.

7 Os conjuro, hijas de Jerusalén, | por las gacelas y cabras monteses, | que no despertéis ni inquietéis a la amada | hasta que ella quiera.

La esposa.

8 ¡La voz de mi amado! Vedle que llega (1), | saltando por los montes, | triscando por los collados.
9 Es mi amado como la gacela o el cervatillo. | Vedle que está ya delante de nuestros muros, | mirando por las ventanas, | atisbando por entre las celosías.
10 Oíd qué me dice:

El esposo.

Levántate ya, amada mía (2), | hermosa mía, y ven:
11 Que ya se ha pasado el invierno | y han cesado las lluvias.
12 Ya han brotado en la tierra las flores, | ya es llegado el tiempo de los cantares | y se deja oír en nuestra tierra el arrullo de la tórtola.
13 Ya ha echado la higuera sus brotes, | ya las viñas en flor esparcen su aroma. | Levántate, amada mía, | hermosa mía, y ven.
14 Ven, paloma mía, que anidas en las hendiduras de las rocas, | en las grietas de los muros escarpados. | Dame a ver tu rostro, | dame a oír tu voz, | que tu voz es suave | y es amable tu rostro.

La esposa.

15 ¡Ah! Cazadnos las raposas, | las raposillas pequeñitas, | que destrozan las viñas, | nuestras viñas en flor.
16 Mi amado es para mí y yo soy para él. | Pastorea entre azucenas.
17 Antes que refresque el día y se extiendan las sombras, | ven, amado mío, semejante a la gacela, | semejante al cervatillo, | por los montes de Beter.

3 1 En el lecho, entre sueños, por la noche, | busqué al amado de mi alma, | busquéle y no le hallé.
2 Me levanté y recorrí la ciudad, | las calles y las plazas, | buscando al amado de mi alma.
3 Busquéle y no le hallé. | Encontráronme los guardias | que hacen la ronda en la ciudad: | ¿Habéis visto al amado de mi alma?
4 En cuanto de ellos me aparté | hallé al amado de mi alma. | Le así, ya no le soltaré, | hasta entrarle en la casa de mi madre, | en la alcoba de la que me engendró.

El esposo.

5 Os conjuro, hijas de Jerusalén, | por las gacelas y las cabras monteses, | que no despertéis ni inquietéis a mi amada, | hasta que a ella le plazca.

Coro.

6 ¿Qué es aquello que sube del desierto (1), | como columna de

(1) La Esposa se halla en su propia casa, con el pensamiento puesto en el Esposo; de repente le siente venir, y acercarse a la casa, y atisbar hacia adentro buscando, sin duda, a la Esposa.
(2) Este discurso del Esposo contiene una hermosa descripción de la primavera, que en Palestina sucede a las lluvias invernales, y que en Siria era el tiempo en que solían celebrarse las bodas. Invita a la Esposa a gozar de los encantos que la Naturaleza ofrece. Todo ello expresa muy al vivo la alegría de los tiempos mesiánicos, después de las miserias y tristezas de la cautividad. No las expresiones poéticas, pero sí el entusiasmo que domina al autor, parecen bien inspirados en la segunda parte de Isaías, cuando anuncia la llegada de la salud mesiánica.

(1) El cambio de escena es evidente. El coro ve a lo lejos subir del desierto una nube, que no es de polvo, sino de aromas; luego descubre la figura del Amado, que describe bajo la figura de Salomón, el que recibió primero las promesas hechas a su padre, con la suntuosidad y aparato que la historia describe.

humo, | como humo de mirra e incienso | y de todos los perfumes exquisitos?

7 Ved: la litera de Salomón, | sesenta valientes la rodean, | de entre los valientes de Israel.

8 Todos esgrimen la espada, | todos son diestros para el combate. | Todos llevan la espada ceñida | contra los peligros de la noche.

9 Hízose el rey Salomón | una litera de cedro del Líbano.

10 Hizo de plata sus columnas, | de oro su respaldo; | su asiento de púrpura, recamado, | obra de las hijas de Jerusalén.

11 Salid, hijas de Sión (1), | a ver al rey Salomón | con la corona de que le coronó su madre | el día de sus bodas, | el día de la alegría de su corazón.

El esposo.

4 1 ¡Qué hermosa eres, amada mía, | qué hermosa eres! | Son palomas tus ojos entre las guedejas (2).

2 Son tus cabellos rebañito de cabras, | que ondulantes van por los montes de Galad. | Son tus dientes cual rebaño de ovejas de esquila, | que suben del lavadero, | todas con sus crías mellizas, | sin que haya entre ellas estériles.

3 Cintillo de grana son tus labios | y tu hablar es suave. | Son tus mejillas mitades de granada | entre las guedejas.

4 Es tu cuello cual la torre de David, | rodeada de coronas murales, | de la que penden mil escudos, | todos escudos de valientes.

5 Tus dos pechos son dos mellizos de gacela (3) | que triscan entre azucenas.

6 Antes de que refresque el día y se extiendan las sombras, | iréme al monte de la mirra, | al collado del incienso.

7 Eres del todo hermosa, amada mía, | no hay tacha en ti.

8 Ven del Líbano, esposa, | ven del Líbano, llega, | ven de la cumbre del Amana, | de las cumbres del Sanir y del Hermón. | Guaridas de leones, | cubiles de panteras.

9 Prendiste mi corazón, hermana, esposa, | prendiste mi corazón en una de tus miradas | en una de las perlas de tu collar.

10 ¡Qué dulces tus caricias, hermana mía, esposa! Dulces más que el vino son tus amores, | y el olor de tus ungüentos es más suave que el de todos los bálsamos.

11 Miel virgen destilan tus labios, esposa mía (1), | leche y miel bañan tu lengua, | y es el olor de tus vestidos el perfume del Líbano.

12 Eres jardín cercado (2), hermana mía, esposa, | eres jardín cercado, fuente sellada.

13 Es tu plantel un bosquecillo | de granados y frutales los más exquisitos; | de alheñas y de nardos,

14 De nardos y azafrán, | canela y cinamomo, | de mirra y áloe, | y de todos los más selectos balsámicos.

15 Eres fuente que mana a borbotones (3), | fuente de aguas vivas | que descienden del Líbano.

---

(1) Es la entrada solemne del rey en Jerusalén, inspirada en la ceremonia de la entronización de Salomón, que se narra en I R. 1, 11 ss. La corona, tal vez se toma de la solemnidad de las bodas, según Is. 60, 10. Todo ello significa la entrada triunfal del rey Mesías en su ciudad.

(2) Toda esta descripción que sigue expresa los sentimientos del Esposo al contemplar la hermosura de su Esposa. Las comparaciones, por mucho que desdigan de nuestro temperamento literario, se acomodan muy bien al de los hijos del Oriente.

(3) Símbolo de la fecundidad (cf. Ez. 16, 7) y signo de la bendición divina que acompañará la edad mesiánica, según Dt. 7, 13, ss.; Sal. 112, 9; 1 s. 54, 1 ss.

(1) Recuérdese la expresión con que se describe la riqueza de Canaán, «la tierra que mana leche y miel». Ex. 3, 8; Num. 13, 28.

(2) Los frutos que luego describe se hallan protegidos contra las incursiones de las bestias. Lo contrario se dice en Is. 5, 5 s. de la viña que representa a Israel rebelde a su Dios. Algunos autores quieren corregir el texto, y leer *fuente* en vez de *jardín*. *Fuente sellada*: Y, por tanto, que guarda sus aguas puras y frescas. Los encantos del agua corriente son grandes en Palestina por la misma escasez de ellas; donde brota una fuente, allí se forma un pequeño oasis. El poeta se complace en describirnos el jardín lleno de árboles y plantas aromáticas que producen estas aguas de la fuente. Semejante imagen es muy usual en los Sapienciales para describir los frutos de la Sabiduría, y el profeta Isaías junta estas dos imágenes para pintar la riqueza y la dicha de Israel en la edad mesiánica. (58, 11.)

(3) Son los canales derivados de la fuente para distribuir el agua por el jardín y regar los árboles frutales y aromáticos, que significan la justicia, la santidad y la gracia de Israel en la edad mesiánica. (Cf. Ectés. 2, 4 ss.; 1 s., 5, 1 ss. Jer. 2, 21; Ez. 17, 22 ss.; 20, 41; Ecco. 24, 23 ss.) Imagen tomada acaso de las fuentes del Jordán, que brotan al pie del Hermón, y es expresión de la vida, como en Is. 12, 3; Jer. 2, 13; Jn. 4, 14.

La esposa.

16 Levántate, cierzo, ven también
tú, austro. | Oread mi jardín, que
exhale sus aromas, | que viene a mi
huerto el amado, | a comer de sus
frutos exquisitos.

El esposo.

5 1 Voy, voy, a mi jardín, hermana
mía, esposa, | a coger de mi mirra
y de mi bálsamo; | a comer la miel
virgen del panal, | a beber de mi
vino y de mi leche. | Venid, amigos
míos, y bebed | y embriagaos, carísimos.

La esposa.

2 Yo duermo, pero mi corazón
vela (1). | Es la voz del amado que
me llama.

El esposo.

Abreme, hermana mía, esposa mía, |
paloma mía, inmaculada mía. | Que
está mi cabeza cubierta de rocío | y
mis cabellos de la escarcha de la
noche.

La esposa.

3 Ya me he quitado la túnica. |
¿Cómo volver a vestirme? | Ya me
he lavado los pies. | ¿Cómo volver
a ensuciarlos?
4 Mi amado mete la mano por el
agujero de la llave (2). | Mis entrañas se estremecen todas.
6c Mi alma desfalleció al oírle.
5 Me levanté para abrir a mi amado, | mis manos destilaban mirra | y
mis dedos impregnaron de exquisita
mirra | el pestillo de la cerradura.
6 Abrí a mi amado (3), | pero mi
amado se había ido, desapareció. | Le
busqué, mas no le hallé. | Le llamé,
mas no me respondió.
7 Encontráronme los guardias 9 que
rondan la ciudad, | me golpearon, me
hirieron, | me quitaron el velo | los
centinelas de las murallas.
8 Os conjuro, hijas de Jerusalén, |
que si encontráis a mi amado | le
digáis que desfallezco de amor (1).

Coro de doncellas.

9 ¿Y en qué se distingue tu amado, | ¡oh! la más hermosa de las mujeres? | ¿En que se distingue tu
amado, | tú, que así nos conjuras?

La esposa.

10 Mi amado es blanco y rubio (2),
se distingue entre millares.
11 Su cabeza es oro puro, | sus rizos
son racimos de dátiles, | negros como
el cuervo.
12 Sus ojos son palomas | posadas
al borde de las aguas, | que se han
bañado en leche | y descansan a la
orilla del arroyo.
13 Sus mejillas son eras de balsameras | de perfumado aroma, | Sus
labios son dos lirios | y destilan exquisita mirra.
14 Sus dedos son barras de oro | con
rubíes engastados. | Su pecho es
marfil | cuajado de zafiros.
15 Sus piernas son columnas de
mármol | asentadas sobre basas de
oro puro. | Esbelto como el Líbano, |
gallardo como el cedro.
16 Su garganta es toda suavidad, |
todo él un encanto. | Ese es mi
amado, ése mi esposo, | hijas de Jerusalén.

Coro de doncellas.

6 1 ¿Y a dónde fué tu amado (3), |
oh tú, la más hermosa de las mujeres? | ¿A dónde fué tu amado, | que
le busquemos contigo?

(1) Durmiendo, sueña con su Amado, y en este estado siente que llega a la puerta y llama. La Esposa le responde en sueños excusándose. Cf. Lc. 11, 6 s. Son juegos del poeta para hallar una nueva forma de expresar los sentimientos de mutuo amor de los dos Esposos, que son el tema de su obra.

(2) Mete la mano por el agujero de la cerradura para abrir; al ruido despierta la Esposa asustada por la presencia del Esposo, de que ya se da mejor cuenta.

(3) Al fin, se levanta para abrirle; pero con gran pena de su alma nota que era ya ido. Llevada por el amor, sale en su busca, como en la escena 3, 2. s. Todo ello tiene un sentido mismo, que es el amor de la Esposa por el Esposo.

(1) La Esposa dirige esta súplica a la corte de sus amigas, a quienes estaba contando el episodio de la noche pasada, y que es, en manos del autor, una ocasión para la nueva descripción que sigue.

(2) Esta descripción concuerda bastante con la que nos hace Jer. en Tr. 4, 7 de los príncipes de Judá.

(3) Esta pregunta de las compañeras de la Esposa expresa la simpatía que éstas sienten por ella, la simpatía de las naciones por Israel cuando la ven hecha objeto de las bendiciones de sú Dios y de su Mesías.

La esposa.

2 Bajó mi amado a su jardín, | a
los macizos de balsameras, | para
recrearse entre las flores y coger azu-
cenas.
3 Yo soy para mi amado y mi amado
para mí, | el que se recrea entre azu-
cenas.

El esposo.

4 Eres, amada mía, hermosa como
Tirza (1), | bella como Jerusalén, |
terrible cual escuadrón ordenado en
batalla.
5 Aparta ya de mí tus ojos, | que
me matan de amor. | Es tu cabellera
rebañito de cabras | que ondulan al
subir por el monte de Galad.
6 Tus dientes, cual rebaño de ove-
jas de esquila | que suben del lava-
dero, | todas con crías gemelas, | sin
que entre ellas haya estéril.
7 Son mitades de granada tus me-
jillas, | entre las guedejas.
8 Sesenta son las reinas (2), |
ochenta las concubinas, | y las don-
cellas son sin número.
9 Pero es única mi paloma, mi per-
fecta; | es la única hija de su madre, |
la predilecta de quien la engendró. |
Viéronla las doncellas y la aclama-
ron, | y las reinas y las concubinas la
loaron.

Coro de mujeres.

10 ¿Quién es ésta que se alza como
aurora (3), | hermosa cual la luna, |
espléndida como el sol, | terrible como
escuadrones ordenados?

La esposa.

11 Bajé a la nozaleda, | para ver
cómo verdea el valle, | a ver si bro-
taba ya la viña | y si florecían los
granados.
12 Sin saber cómo, | vime sentada
en los carros del noble pueblo (1).

Coro general.

7 1 ¡Detente, detente, Sulamita, |
detente, detente, que te admi-
remos!

La esposa.

¿Qué queréis admirar en la Sula-
mita, | ordenadas en dos coros?

Coro general.

2 ¡Qué bellos son tus pies en las
sandalias, | hija de príncipes! | El
contorno de tus caderas es una joya, |
obra de manos del orfebre.
3 Tu seno es ánfora preciosa | en
que no falta el vino mezclado. | Tu
vientre, acerbo de trigo | rodeado de
azucenas.
4 Tus pechos son dos cervatillos |
mellizos de gacela.
5 Tu cuello es torre de marfil, | tus
ojos son dos piscinas de Hesebón, |
junto a la puerta de Bat-Rabim. |
Tu nariz es como la torre del Líba-
no | que mira frente a Damasco.
6 Tu cabeza es como el Carmelo | y

(1) Aquí aparece de nuevo el Esposo como atraído por las declaraciones que la Esposa acaba de hacer. La descripción que sigue, en parte tomada de las precedentes, expresa la belleza divina de la Esposa, esto es, de Israel, purificado por Dios mediante las tribulaciones de la cautividad, y hermoseado con la santidad y la justicia de su Dios, según que los profetas anunciaban para la época mesiánica.

(2) Este detalle singular de la descripción está tomado de lo que era un harén real en Persia, por ejemplo, y lo que era el del mismo Salomón, según I, R. 11, 4. El pensamiento del poeta es que la Esposa es entre muchas mujeres la favorita, la que aventaja a todas en belleza y la que triunfa del corazón del rey, su esposo. Pero esto no pertenece más que a la figura, pues el autor sagrado nos describe las bellezas del Israel de Dios en comparación de las demás naciones, que serán admitidas a participar de los amores del Mesías. El salmo 45, 10 ss. había ya hecho uso de esta misma imagen.

(3) En esta sección, el coro, al ver acercarse a los Esposos, prorrumpe en expresiones de admiración a la belleza de la Esposa; ella les responde con algo que parece referirse a la inauguración al reino mesiánico; vuelve el coro a tomar la palabra para entonar un canto a la belleza de la Esposa; al coro sigue el Esposo con otro canto, y termina con un éxtasis de amor de la Esposa.

(1) Este v. es sumamente oscuro, por la incorrección del texto, por lo singular de la imagen y por lo difícil que es establecer la conexión de este v. con los que preceden y siguen. Estas palabras son corregidas y traducidas de muy diversa manera por los expositores; no nos detendremos a justificar la traducción, pero sí el sentido, que comparamos con Is. 43, 5 ss.; 49, 22 s.; 60, 8 s.; 66, 18 ss., y con Bar. 4, 37 ss. Se habla de la vuelta de Israel de su cautiverio, ayudados de los mismos gentiles, que lo tienen a gran honor, maravillados como están de ver las grandezas de Yave sobre su pueblo, y deseosos de tener parte en ellas.

tus cabellos son púrpura real | entretejida en trenzas.

El esposo.

7 ¡Qué hermosa eres, qué hechicera, | qué deliciosa, amada mía!
8 Esbelto es tu talle como la palmera | y son tus senos sus rácimos.
9 Yo me dije: Voy a subir a la palmera | a coger sus racimos. | Sí, sean tus pechos racimos para mí. | El aliento de tu boca es aroma de manzanas;
10 Tu boca es vino generoso, | que se entra suavemente por mi paladar | y suavemente se desliza entre mis labios y mis dientes.

La esposa.

11 Yo soy para mi amado | y a mí se dirigen todos sus anhelos.
12 Ven, amado mío, vámonos al campo (1); | haremos noche en las aldeas, madrugaremos para ir a las viñas, | veremos si brota ya la vid, | si se entreabren las flores, | si florecen los granados, | y allí te daré mis amores.
13 Ya dan su aroma las mandrágoras | y abunda en nuestras puertas toda suerte de frutos exquisitos. | Los nuevos, los añejos, que guardo, amado mío, para ti.

8 1 ¡Quién me diera que fueses hermano mío, amamantado a los pechos de mi madre, | para que al encontrarte te besara | sin que nadie se burlase de mí! (2).
2 Yo te llamaría, y te entraría en la casa de mi madre, | en la alcoba de la que me engendró, | y te daría a beber vino adobado | y mosto de los granados.
3 Su izquierda descansa bajo mi cabeza, | y su diestra me abraza cariñosa.

(1) La Esposa invita al Esposo a salir y ver el campo. El sentido alegórico de estos vv. no puede ser más claro. Es la invitación a ver los frutos propios de la edad mesiánica, los frutos de la justicia y de la santidad, tantas veces representados por el jardín, los árboles, etc.

(2) Extraño deseo el de la esposa: y sin embargo, parece ser éste el punto culminante del mesianismo del poema: ver al Esposo, a quien sabe tan infinitamente superior a ella, hecho hombre y participando de su misma naturaleza.

El esposo.

4 Os conjuro, hijas de Jerusalén, | por las gacelas y las cabras monteses, | que no despertéis ni inquietéis a mi amada | hasta que a ella le plazca.

Coro general.

5 ¿Quién es ésta que sube del desierto (1) | apoyada sobre su amado?

El esposo.

Yo te suscitaré debajo del manzano | allí donde murió tu madre, donde pereció la que te engendró.

La esposa.

6 Ponme como sello sobre tu corazón, | ponme en tu brazo como sello. | Que es fuerte el amor como la muerte | y son como el sepulcro duros los celos. | Son sus dardos saetas encendidas, | son llamas de Yave.
7 No pueden aguas copiosas extinguirlo | ni arrastrarlo los ríos. | Si uno ofreciera por el amor toda su hacienda, | sería despreciado.

Los hermanos.

8 Nuestra hermana es pequeñita, | no tiene pechos todavía. | ¿Qué haremos a nuestra hermana, | cuando se trata de su boda?
9 Si muro, | edificaremos sobre ella almenas de plata. | Si puerta, le haremos batientes de cedro.

La esposa.

10 Sí, muro soy, | y torres son mis pechos. | Pero he venido a ser a sus ojos como quien halla la paz.

Los hermanos.

11 Una viña tenía Salomón en Bel-Hamón (2), | y la entregó a sus

(1) La última sección comienza como la anterior: el coro se dirige a la Esposa, maravillada de su dicha; sigue luego un diálogo entre los Esposos; entran los hermanos de la Esposa, y acaban, por fin, los dos Esposos.

(2) Esta viña es la viña de que habla Is. 5, 1 ss.; 27, 2; Sal. 79, 9 ss.; Jer. 2, 21; 12, 10; Ez. 15, 1 ss.; plantada por Dios en medio de la *multitud de los pueblos*.

guardas, | que habían de traerle por sus frutos | mil siclos de plata.

La esposa.

12 Mi viña la tengo ante mis ojos. | Para ti, Salomón, sean los mil siclos, | y doscientos más para los que la guardan.

El esposo.

13 ¡Oh tú, que habitas en jardines (1), | —los amigos lo esperan—, | hazme oír tu voz!

(1) El Esposo es el que habla. Las palabras parece que no están en el orden debido; pero el sentido no muda. La Esposa es invitada a cantar para complacer al Esposo y a los compañeros de éste, que por segunda vez aparecen aquí (1, 7). El sentido no parece ser otro que la simpatía por la Esposa, que hace graciosas todas sus cosas.

La esposa.

14 Corre, amado mío (1), | corre como la gacela o el cervatillo | sobre los montes de las balsameras.

(1) Es el cántico de la Esposa, invitando al Esposo a llegar ya al monte de los bálsamos, que será el templo de Jerusalén, donde se ofrecen a Dios las oblaciones de los perfumes.

Con esto concluye el libro de una manera semejante a la conclusión del Apocalipsis, 22, 20, con una súplica por la venida del Mesías. Era la súplica de los justos en Israel. Mt. 13, 17. Lc. 2, 25 ss

INTRODUCCION AL LIBRO DE LA SABIDURIA

EN la Biblia griega lleva este libro el título de «Sabiduría de Salomón», pero en la Vulgata no tiene más título que «Sabiduría», sin la atribución a Salomón. Y ésta es la sentencia de los Padres San Jerónimo y San Agustín y de todos los intérpretes modernos, a pesar de que en el capítulo 9 el autor se nos presenta como si fuese el Rey Sabio.

El libro fué escrito en griego y su argumento es la sabiduría, que canta, alabando sus frutos, su origen, su naturaleza y su acción en la historia antigua. En el fondo, la doctrina coincide con la de los otros libros sapienciales, pero la forma es griega, y griego también el ambiente intelectual en que el autor vive y se mueve. Se divide el libro en dos partes: la primera (1-9) es teórica, y nos habla de la sabiduría de Dios, que conduce a la inmortalidad cerca del Señor, muy distinta de la otra sabiduría del mundo, verdadera necedad, que conduce a la muerte. Aquí vemos ya levantado en gran parte el velo que en el Antiguo Testamento cubre por lo general el misterio de los destinos humanos, revelándonos la vida del alma, unida a Dios después de la muerte. La verdadera sabiduría es don de Dios y por eso el autor, bajo el nombre de Salomón, se la pide al Señor (9). La segunda parte (10-19), nos muestra cómo la historia del pueblo hebreo se desarrolla bajo la acción de la sabiduría divina, mientras que la historia de Sodoma, Egipto y Canán se desenvuelve en tinieblas, sin el influjo de esta sabiduría.

Desconocemos quién sea el autor del libro. Lo que podemos afirmar es que era judío helenista, que conocía muy bien el Egipto, y que allí debió de escribir su libro, al fin de la edad antigua, sin que podamos precisar si fué en el siglo I *o* II *antes de la era cristiana. El libro está destinado a los judíos de la dispersión. No es admitido en el canon judío, sin duda por haber sido escrito en lengua griega, pues aquél no contiene sino los libros escritos en hebreo. En la historia del canon cristiano este libro figura entre los deuterocanónicos.*

LA SABIDURIA DE SALOMON

Naturaleza de la Sabiduría.

1 1 Amad la justicia los que gobernáis la tierra; | pensad rectamente del Señor | y buscadle con sencillez de corazón,
2 Porque se deja hallar de los que no le tientan | y se manifiesta a los que no desconfían de El.
3 Los pensamientos perversos apartan de Dios, | y la virtud probada corrige a los imprudentes;
4 Porque en alma maliciosa no entrará la sabiduría | ni morará en cuerpo esclavo del pecado;
5 Porque el Santo Espíritu de la disciplina huye del engaño (1) | y se aleja de los pensamientos insensatos, | y al sobrevenir la iniquidad se aleja.
6 Porque la sabiduría es un espíritu que ama al hombre, | y no dejará impune al de blasfemos labios; | porque Dios es testigo de sus pensamientos, | y veraz observador de su corazón | y oidor de sus palabras;
7 Porque el Espíritu del Señor llena la tierra, | y él, que todo lo abarca, tiene la ciencia de todo.
8 Por esto nadie que hable impiedades quedará oculto, | ni pasará de largo ante él la justicia vengadora;
9 Porque los pensamientos del impío serán examinados; | y hasta el Señor llegará el sonido de sus palabras, | para castigo de sus iniquidades;
10 Porque su oído celoso lo oye todo, | y el rumor de las murmuraciones no quedará oculto.
11 Guardaos, pues, de murmuraciones inútiles, | preservaos de la lengua mal hablada, | porque la lengua mentirosa no quedará impune, | y la boca embustera da muerte al alma.

Destino del hombre.

12 No corráis tras la muerte por los extravíos de vuestra vida, | ni os atraigáis la ruina con las obras de vuestras manos;
13 Porque Dios no hizo la muerte, | ni se goza en la pérdida de los vivientes (1),
14 Pues El creó todas las cosas para la existencia | e hizo saludables a todas sus criaturas, | y no hay en ellas principio de muerte, | ni el reino del Ades impera sobre la tierra.
15 Porque la justicia no está sometida a la muerte (2),
16 Pero los impíos la llaman con sus obras y palabras | y hacen pacto con ella, | y merecen ser tenidos por autores suyos.

2 1 Pues se dijeron a sí mismos los que no razonan, neciamente: | «Corta y triste es nuestra vida, | y no hay remedio cuando llega el fin, | ni se sabe que nadie haya escapado del Ades.
2 Por acaso hemos venido a la existencia, | y después de esta vida seremos como si no hubiéramos sido; | porque humo es nuestro aliento, | y el pensamiento una centella del latido de nuestro corazón.
3 Extinguido éste, el cuerpo se vuelve ceniza, | y el espíritu se disipa como tenue aire.
4 «Nuestro nombre caerá en el olvido con el tiempo, | y nadie tendrá memoria de nuestras obras; | y pasará nuestra vida como rastro de una nube, | y se disipará, como niebla | que es herida por los rayos del sol | y a su calor se desvanece;
5 Pues el paso de una sombra es nuestra vida, | y sin retorno es nuestro fin, | porque se pone el sello y ya no hay quien salga.
6 «Venid, pues, y gocemos de lo presente, | démonos prisa a disfrutar de todo en nuestra juventud.
7 Hartémonos de ricos, generosos

(1) El Espíritu Santo de la disciplina es el Espíritu de Dios que, infundido en el alma, induce a observar la disciplina.

(1) El autor insiste mucho en esta idea de que Dios, creador de la vida, no hizo la muerte; ésta fué obra del diablo y lo es de los hombres que siguen las sugestiones de éste.
(2) La justicia no está sometida a la muerte del pecado en la presente vida, ni a la muerte eterna en la futura.

vinos, | y no se nos escape ninguna flor primaveral.
8 Coronémosnos de rosas antes que se marchiten; | no haya prado que no huelle nuestra voluptuosidad.
9 Ninguno de nosotros falte a nuestras orgías, | quede por doquier rastro de nuestras liviandades, | porque ésta es nuestra porción y nuestra suerte.
10 »Oprimamos al justo desvalido, | no perdonemos a la viuda | ni respetemos las canas del anciano provecto.
11 Sea nuestra fuerza norma de la justicia, | pues la debilidad bien se ve que no sirve para nada.
12 Pongamos garlitos al justo, que nos fastidia | y se opone a nuestro modo de obrar, | y nos echa en cara las infracciones de la ley | y nos reprocha nuestros extravíos.
13 »Pretende tener la ciencia de Dios | y llamarse hijo del Señor;
14 Es censor de nuestra conducta; hasta el verle nos es insoportable.
15 Porque su vida en nada se parece a la de otros, | y sus sendas son muy distintas de las nuestras.
16 Nos tiene por escorias, | y se aparta de nuestras sendas como de impurezas; | ensalza el fin de los justos | y se gloría de tener a Dios por padre.
17 «Veremos si sus palabras son verdaderas, | y cuál es su fin;
18 Porque si el justo es hijo de Dios, El le acogerá | y le librará de las manos de sus enemigos.
19 Probémosle con ultrajes y tormentos, | y veamos su resignación | y probemos su paciencia.
20 Condenémosle a muerte afrentosa, | pues según dice, Dios le protegerá (1).»
21 Estos son sus pensamientos; pero se equivocan, | porque los ciega su maldad
22 Y desconocen los misteriosos juicios de Dios, | y ni esperan que los justos tengan su recompensa, | ni estiman el glorioso premio de las almas puras.
23 Porque Dios hizo al hombre para la inmortalidad | y le hizo a imagen de su propia naturaleza;

(1) Los versículos que preceden hablan del justo en general, pero en este versículo parece que el autor, inspirado, o el Espíritu divino, que por él hablaba, designa al Justo por antonomasia y justificador de todos.

24 Mas por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, | y la experimentan los que le pertenecen.

Vida y muerte de los justos y de los impíos.

3 1 Las almas de los justos están en las manos de Dios, | y el tormento no los alcanzará.
2 A los ojos de los necios parecen haber muerto, | y su partida es reputada por desdicha,
3 Y su salida de entre nosotros, por aniquilamiento; | pero ellos gozan de paz.
4 Pues aunque a los ojos de los hombres fueran atormentados, | su esperanza está llena de inmortalidad.
5 Después de un ligero castigo serán colmados de bendiciones, | porque Dios los probó | y los halló dignos de sí.
6 Como el oro en el crisol los probó, | y los aceptó como sacrificio de holocausto.
7 Al tiempo de su recompensa brillarán | y discurrirán como centellas en cañaveral (1);
8 Juzgarán a las naciones y dominarán sobre los pueblos, | y su Señor reinará por los siglos.
9 Los que confían en El conocerán la virtud, | y los fieles a su amor permanecerán con El, | porque la gracia y la misericordia serán la parte de sus elegidos.
10 Pero los impíos, conforme a sus pensamientos, tendrán castigo, | pues despreciaron al justo y se apartaron del Señor.
11 Porque, desdichado el que desecha la sabiduría y la disciplina; | su esperanza es vana y sus trabajos infructuosos | e inútiles sus obras.
12 Sus mujeres son unas insensatas, | y perversas sus hijas, y su posteridad maldita.
13 Pero dichosa es la incontaminada, aun estéril, | que no conoció el lecho pecaminoso; | tendrá parte en el premio de las almas santas.
14 Dichoso también aun el eunuco, que no ha obrado la maldad con sus manos | ni ha concebido malos pen-

(1) Daniel dice que los justos brillarán como las estrellas en el firmamento (12, 3); la imagen de la Sabiduría parece estar tomada de las estrellas fugaces.

samientos contra el Señor, | porque le será otorgado un especial galardón por su fidelidad, | y un muy deseable puesto en el templo del Señor (1).
15 Porque glorioso es el fruto de los trabajos honrosos, | y la raíz de la sabiduría es imperecedera.
16 Pero los hijos de las adúlteras no lograrán madurez, | la descendencia de un lecho criminal desparecerá;
17 Y aun si alcanzan larga vida, serán tenidos en nada, | y su ancianidad será al fin deshonrosa.
18 Y si muriesen prematuramente, no tendrán esperanza | ni consuelo en el día del juicio. | El fin del injusto linaje es nefasto.

4 1 Mejor es la esterilidad con virtud, | pues su memoria es inmortal, | porque es conocida de Dios y de los hombres;
2 Presente, imitadla; | ausente, deseadla; | en el siglo venidero triunfará coronada, | después de haber reportado la victoria en combates inmaculados.
3 Pero la numerosa prole de los impíos es sin provecho, | y los troncos bastardos no echarán hondas raíces | ni tendrán suelo seguro;
4 Pues aunque sus ramas reverdezcan por un tiempo, | no estando fuertemente fijas, serán sacudidas por el viento | y por la violencia del vendabal, arrancadas de cuajo.
5 Las ramas serán quebradas antes de su desarrollo, | su fruto será inútil, no madurará, | y de nada servirá.
6 Porque los hijos nacidos de uniones ilegítimas, | serán testigos contra sus viciosos padres al ser interrogados.
7 Pero el justo, si muriese prematuramente, estará en la paz;
8 Que la honrada vejez no es la de los muchos años, | ni se mide por el número de los días.
9 La prudencia es la verdadera canicie del hombre, | y la verdaddera ancianidad es una vida inmaculada.
10 El que se hizo grato a Dios es amado de él, | y hallado entre los pecadores, fué trasladado (2).
11 Fué arrebatado, porque la maldad no pervirtiese su inteligencia | y el engaño no extraviase su alma;
12 Porque la fascinación del vicio corrompe el bien, | el vértigo de la pasión pervierte la mente sana.
13 Llegado en poco tiempo a la perfección, | vivió una larga vida,
14 Pues su alma era grata al Señor; | por esto se dió prisa a sacarle de en medio de la maldad.
15 Los pueblos lo vieron, pero no lo entendieron | ni sobre ello reflexionaron, | porque la gracia y la misericordia es para los elegidos, | y la visitación para los santos.
16 El justo muerto condena a los impíos vivos, | y la juventud pronto acabada condena los muchos años del impío.
17 Verán el fin del sabio, | sin entender los designios del Señor sobre él, | ni por qué le puso en seguridad.
18 Verán y se burlarán, | pero el Señor se reirá de ellos.
19 Y después de esto caerán sin honra, | y serán entre los muertos en el oprobio sempiterno; | porque los quebrantará, reduciéndolos al silencio, | y los sacudirá en sus cimientos | y serán del todo desolados, | y serán sumergidos en el dolor | y perecerá su memoria.
20 Y verán llenos de espanto sus pecados, | y sus crímenes se levantarán contra ellos, acusándolos.

Ultimo fin de los justos.

5 Entonces estará el justo en gran seguridad, | en presencia de quienes le persiguieron | y menospreciaron sus trabajos.
2 Y al verlo se turbarán con terrible espanto, | y quedarán fuera de sí ante lo inesperado de aquella salud.
3 Arrepentidos, dirán para sí, | gimiendo por la angustia de su espíritu: | «Este es el que algún tiempo tomamos a risa | y fué objeto de nuestro escarnio.
4 Nosotros, insensatos, tuvimos su vida por locura | y su fin por deshonra.
5 ¡Cómo son contados entre los hijos de Dios, | y tienen su heredad entre los santos!
6 Luego erramos el camino de la verdad, | y la luz de la justicia no nos alumbró, | y el sol no salió sobre nosotros.

(1) Isaías (56, 4) promete al eunuco observante de la voluntad divina, excluído por la ley de la asamblea de Israel (Deut. 23, 1), un nombre glorioso en el reino mesiánico.
(2) Alude a Enoc, de quien se habla en Gen. 5, 24, el cual, en comparación de los otros patriarcas, tuvo corta vida, pero aventajada en perfección.

7 Nos cansamos de andar por las
sendas de la iniquidad y la perdi-
ción, | y caminamos por desiertos
solitarios, | y el camino del Señor
no lo atinamos.
8 ¿Qué nos aprovechó nuestra so-
berbia, | y qué ventaja nos trajeron
la riqueza y la jactancia?
9 Pasó como sombra todo aquello, |
y como correo que va por la posta,
10 Como nave que atraviesa las
agitadas aguas, | sin dejar rastro de
su paso | ni del camino de su quilla
por las olas;
11 O como aves que vuelan por los
aires, | sin dejar señal de su vuelo; |
pues si baten el aire con sus alas | y
lo cortan con la violencia de su ím-
petu, | y se abren camino con el
movimiento de las alas, | después
ya no se halla señal de su paso;
12 O como flecha que se tira al
blanco, | que aunque hienda el
aire, luego éste se vuelve a cerrar, | y
no se conoce por donde pasó.
13 Así también nosotros, en na-
ciendo morimos; | sin poder dar mues-
tra alguna de nuestra virtud, | nos
extinguimos en nuestra maldad.»
14 Sí, la esperanza del impío es
como polvo arrebatado por el viento, |
como ligera espuma deshecha por el
huracán, | como el humo que disipa
el viento, | cual recuerdo del huésped
de un día que pasa de largo.
15 Pero los justos viven para siem-
pre, | y su recompensa está en el
Señor | y el cuidado de ellos en el
Altísimo.
16 Por esto recibirán un glorioso
reino | y una hermosa corona de
mano del Señor, | que con su diestra
los protege | y los defiende con su
brazo.
17 Se arma de su celo como de
armadura, | y armará a las criaturas
todas para rechazar a sus enemigos;
18 Vestirá por coraza la justicia | y
se pondrá por yelmo el sincero juicio;
19 Embrazará por escudo impene-
trable la santidad,
20 Y afilará su fuerte cólera cual
espada, | y todo el Universo luchará
con él contra los insensatos.
21 Los dardos de los rayos partirán
bien dirigidos, | y volarán de las
nubes al blanco como de arco
22 Y la ira, como lanzada por una
catapulta, arrojará violentas grani-
zadas; | y el agua del mar se enfu-
recerá contra ellos, | y los ríos se
precipitarán con furia.
23 Un soplo poderoso los embes-
tirá | y los aventará como torbellino. |
La iniquidad desolará toda la tierra, |
y la maldad derribará los tronos de
los poderosos.

La Sabiduría y los reyes.

6 1 Oíd, pues, reyes, y entended. |
Aprended, los que dominái los
confines de la tierra.
2 Aplicad el oído los que imperáis
sobre las muchedumbres | y los que
os engreís sobre la multitud de las
naciones (1).
3 Porque el poder os fué dado por
el Señor, | y la soberanía por el Altí-
simo, | que examinará vuestras obras
y escudriñará vuestros pensamientos;
4 Porque siendo ministros de su
reino, no juzgasteis rectamente | y no
guardasteis la ley, | ni según la vo-
luntad de Dios caminasteis.
5 Terrible y repentina vendrá sobre
vosotros, | porque de los que mandan
se ha de hacer severo juicio;
6 Pues el pequeño hallará miseri-
cordia, | pero los poderosos serán
poderosamente atormentados;
7 Pues el Señor de todos no teme
de nadie | ni respetará la grandeza
de ninguno; | porque él ha hecho al
pequeño y al grande, | e igualmente
cuida de todos;
8 Pero a los poderosos amenaza
poderosa inquisición.
9 A vosotros, pues, reyes, se diri-
gen mis palabras, | para que apren-
dáis la sabiduría y no pequéis.
10 Pues los que guardaron santa-
mente las cosas santas serán santifi-
cados, | y quienes hubieren aprendido
sabrán cómo responder.
11 Ansiad, pues, mis palabras, | de-
seadlas e instruíos.
12 Resplandece sin jamás oscure-
cerse la sabiduría, | fácilmente se
deja ver de los que la aman | y es
hallada de los que la buscan,
13 Y aun se anticipa a darse a
conocer a los que la desean.
14 El que temprano la busca no
tendrá que fatigarse, | pues a su
puerta la hallará sentada;
15 Pues pensar en ella es prudencia

(1) El origen divino del poder era una idea muy impresa en el ánimo de los antiguos, pero deformada para exaltación de los príncipes, que se creían dioses. Aquí se inculca la idea verdadera con su consecuencia: la cuenta que Dios pedirá a los reyes del ejercicio del poder.

consumada, | y el que vela por ella pronto se verá sin afanes.
16 Porque ella misma busca por todas partes a los dignos, | y en los caminos se les muestra benigna, | y en todos sus pensamientos les sale al encuentro.
17 Pues su principio es el deseo sincerísimo de la instrucción, | y cuidar de la disciplina es ya amarla.
18 Este amor es la guarda de sus preceptos; | la observancia de las leyes asegura la incorrupción,
19 Y la incorrupción nos acerca a Dios.
20 Por tanto, el deseo de la sabiduría nos conduce al reino.
21 Si os complacéis, pues, en los tronos y en los cetros, reyes de los pueblos, | estimad la sabiduría, para que reinéis por siempre.

Salomón, enamorado de la Sabiduría.

22 Yo os contaré qué es la sabiduría y cuál su origen; | y no os ocultaré sus misterios, | sino que me remontaré hasta el comienzo de la creación, | y pondré en claro su conocimiento | y nada omitiré de la verdad.
23 No iré con el que de envidia se consume, | porque la envidia no tiene nada que ver con la sabiduría.
24 Los muchos sabios son la salud del mundo, | y un rey prudente la prosperidad de su pueblo.
25 Así, pues, aprended mis palabras y os serán de provecho.

7 1 Yo soy hombre mortal, semejante a todos, | nacido del que primero fué formado de la tierra, | y en el seno de mi madre se formó mi carne,
2 Consolidándose por unos diez meses | la semilla de un hombre y el placer del sueño.
3 Y nacido, respiré el aire común | y caí en la misma tierra que todos, | y lloré igual que los otros,
4 Y fuí criado entre pañales y con cuidados;
5 Porque no hay rey que tenga otro modo de venir a ser:
6 Una es la entrada de todos en la vida, e igual es la salida.
7 Por esto oré y me fué dada la prudencia. | Invoqué al Señor y vino sobre mí el espíritu de la sabiduría,
8 Y la preferí a los cetros y a los tronos, | y en comparación con ella tuve en nada la riqueza.
9 No la comparé a las piedras preciosas, | porque todo el oro ante ella es un grano de arena, | y como el lodo es la plata ante ella.
10 La amé más que a la salud y la hermosura, | y antepuse a la luz su posesión, | porque el resplandor que de ella brota es inextinguible.
11 Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, | y en sus manos me trajo una riqueza incalculable.
12 Yo me gocé en todos estos bienes, | porque es la sabiduría quien los trae, | pero ignoraba que fuese ella la madre de todos.
13 Sin engaño la aprendí y sin envidia la comunico, | y a nadie escondo sus riquezas.
14 Es para los hombres tesoro inagotable, | y los que de él se aprovechan se hacen participantes de la amistad de Dios, | recomendados a él por los dones adquiridos con la disciplina.
15 Déme Dios hablar según deseo, | y pensar dignamente de los dones recibidos, | porque él es el guía de la sabiduría | y el que corrige a los sabios.
16 Porque en sus manos estamos nosotros y nuestras palabras | y toda la prudencia y la pericia de nuestras obras;
17 Porque él nos dió la ciencia verdadera de las cosas, | y el conocer la constitución del Universo y la fuerza de los elementos;
18 El principio, el fin y el medio de los tiempos; | el curso regular de los astros y los cambios de las estaciones;
19 El ciclo de los años y la posición de las estrellas;
20 La naturaleza de los animales y los instintos de las fieras; | la fuerza de los vientos y los razonamientos de los hombres; | las diferencias de las plantas y las virtudes de las raíces.
21 Todo lo que me estaba oculto lo conocí a las claras, | porque la sabiduría, artífice de todo, me lo enseñó.

Propiedades de la Sabiduría.

22 Pues en ella hay (1) un espíritu inteligente, santo, | único y múltiple,

(1) El códice alejandrino dice así: «Es ella un espíritu», etc. El texto aceptado implica un matiz que no parece indiferente. San Pablo

sutil, | ágil, penetrante, inmaculado, | cierto, impasible, benévolo, agudo, | libre, bienhechor,
23 Amante de los hombres, estable, seguro, | todopoderoso, omnisciente, | que penetra en todos los espíritus | inteligente, puro, sutil.
24 Porque la sabiduría es más ágil que todo cuanto se mueve, | se derrama a causa de su pureza y lo penetra todo;
25 Porque es un hálito del poder divino | y una emanación pura de la gloria de Dios Omnipotente, | por lo cual nada manchado hay en ella.
26 Es el resplandor de la luz eterna, | el espejo sin mancha del actuar de Dios, | imagen de su bondad (1).
27 Y siendo una, todo lo puede, | y permaneciendo la misma, todo lo renueva, | y a través de las edades se derrama en las almas santas, | haciendo amigos de Dios y profetas;
28 Que Dios a nadie ama sino al que mora con la sabiduría.
29 Es más hermosa que el sol, | supera a todo el conjunto de las estrellas, | y comparada con la luz, queda vencedora,
30 Porque a la luz sucede la noche, | pero la maldad no triunfa de la sabiduría.

Riquezas que reporta la sabiduría.

8 1 Se extiende poderosa del uno al otro extremo, | y lo gobierna todo con suavidad.
2 La amé y la busqué desde mi juventud, | y procuré desposarme con ella, | enamorado de su belleza.
3 Se manifiesta su excelsa nobleza por su convivencia con Dios, | y el Señor de todas las cosas la ama,
4 Porque está en los secretos de la ciencia de Dios, | y es directora de sus obras.
5 Si la riqueza es un bien codiciable en la vida, | ¿qué cosa más rica que la sabiduría, que todo lo crea?
6 Si la inteligencia es activa, | ¿quién más que ella, artífice de cuanto existe?

7 Y si amas la justicia, | los frutos de la sabiduría son las virtudes, | porque ella enseña la templanza y la prudencia, | la justicia y la fortaleza, | las virtudes más provechosas para los hombres en la vida.
8 Y si deseas una rica experiencia, | ella conoce lo pasado y entrevé lo venidero; | conoce las falacias de los discursos y las soluciones de los enigmas; | interpreta los signos y los prodigios, | la sucesión de las estaciones y los tiempos.
9 Resolví, pues, tomarla para que conviviera conmigo, | sabiendo que me sería buena consejera | y consuelo en mis cuidados y afanes.
10 Y por ella alcanzaré gloria ante las muchedumbres, | y joven aún, honor entre los ancianos.
11 En los juicios me mostraré agudo, | y seré admirado ante los poderosos.
12 Cuando yo calle esperarán, y si hablo me prestarán atención, | y si prolongo mis discursos se pondrán la mano en la boca.
13 Por ella gozaré de la inmortalidad | y dejaré a mi descendencia una memoria eterna.
14 Gobernaré los pueblos y las naciones me estarán sometidas;
15 Oyendo hablar de mí, temerán los temibles tiranos, | y me mostraré entre la muchedumbre bueno y en la guerra valeroso.
16 Entrando en mi casa, descansaré en ella, | porque no es amarga su conversación | ni dolorosa su convivencia, | sino alegría y gozo.
17 Pensando esto conmigo mismo, | y meditando en mi corazón | que la inmortalidad está en la compañía de la sabiduría, | y que su amistad es noble deleite, | y los trabajos de sus manos riqueza inagotable, | y pericia el trato de su conversación, | y fama participar en sus discursos, | corrí de una parte a otra buscando tomarla conmigo.
19 Era yo un niño de buen natural, | que recibió en suerte un alma buena.
20 Porque era bueno, vine a un cuerpo sin mancilla;
21 Pero conociendo que no podía alcanzarla si Dios no me la daba, | y que era parte de la prudencia conocer de quién es don, | me dirigí al Señor y le supliqué, | diciéndole de lo íntimo de mi corazón:

---

en I Cor. 12, 4 ss., nos habla de las múltiples manifestaciones del Espíritu Santo, que parece una explicación de estos versos 22-24.

(1) Estos dos versos son la revelación más alta de la Sabiduría de Dios. Aquí ya no se trata de sus relaciones con el mundo creado, sino con Dios mismo, de quien es reflejo, esplendor, imagen. Aquí parece haberse inspirado San Pablo en Col. 1, 5 ss., y Hebr. 1, 2 s.

Oración de Salomón para alcanzar la sabiduría.

9 [1] Dios de mis padres y Señor de
la misericordia, | que con tu palabra hiciste todas las cosas (1),
[2] Y en tu sabiduría formaste al
hombre, | para que dominase sobre tus criaturas | y para regir el mundo con santidad y justicia | y para administrar justicia con rectitud de corazón:
[4] Dame la sabiduría asistente de
tu trono | y no me excluyas del número de tus siervos,
[5] Porque siervo soy tuyo, soy hijo
de tu sierva, | hombre débil y de pocos años, | demasiado pequeño para conocer el juicio y las leyes.
[6] Pues aunque uno sea perfecto
entre los hijos de los hombres, | sin la sabiduría, que procede de ti, será estimado en nada.
[7] Tú me elegiste para rey de tu
pueblo | y juez de tus hijos y tus hijas.
[8] Tú me dijiste que edificase un
templo en tu monte santo | y un altar en la ciudad de tu morada, | según el modelo del santo tabernáculo que al principio habíais preparado.
[9] Contigo está la sabiduría, conoce-
dora de tus obras, | que te asistió cuando hacías el mundo, | y que sabe lo que es grato a tus ojos | y lo que es recto según tus preceptos.
[10] Mándala de tus santos cielos, | y
de tu trono de gloria envíala, | para que me asista en mis trabajos | y sepa yo lo que es grato ante ti.
[11] Porque ella conoce y entiende
todas las cosas, | y me guiará prudentemente en mis obras, | y me guardará en su esplendor;
[12] Y mis obras te serán aceptas, | y
regiré a tu pueblo con justicia, | y seré digno del trono de mi padre.
[13] Pues ¿qué hombre podrá cono-
cer el consejo de Dios, | y quién podrá atinar con lo que quiere el Señor?
[14] Porque inseguros son los pensa-
mientos de los mortales, | y nuestros cálculos muy aventurados;
[15] Porque el cuerpo corruptible
agrava el alma, | y la morada terrestre oprime la mente pensativa;
[16] Pues si apenas adivinamos lo
que en la tierra sucede | y con trabajo hallamos lo que está en nuestras manos, | ¿quién rastreará lo que sucede en el cielo?
[17] ¿Quién conoció tu consejo, si tú
no le diste sabiduría | y enviaste de lo alto tu Espíritu Santo?
[18] Así es como se han enderezado
los caminos de los que moran sobre la tierra, | y los hombres aprendieron lo que a ti es grato, | y por la sabiduría fueron salvos.

La sabiduría, guía de los patriarcas.

10 [1] Ella fué la que guardó al
primer hombre, | al que primeramente formaste para ser padre del mundo, | y le salvó en su caída,
[2] Y le dió poder para dominar
sobre todas las cosas.
[3] Por haberse apartado de ella en
su cólera | el injusto se perdió por su furor fratricida.
[4] Inundó luego la tierra el furor
de éste, | y de nuevo la salvó la sabiduría, | rigiendo al justo en leño deleznable.
[5] Cuando las naciones en una con-
cordia inicua fueron confundidas, | conoció al justo y le conservó irreprochable ante Dios, | y le mantuvo fuerte contra la ternura paternal por su hijo.
[6] Ella misma salvó de la ruina de
los impíos al justo, | en su huída del fuego que descendía sobre Pentápolis;
[7] Y en testimonio de la maldad, |
continúa la tierra desolada, humeante, | y sus árboles dan frutos que no maduran, | y una estatua de sal quedó cual monumento de un alma desobediente.
[8] Pues los que despreciaron la sa-
biduría, | no sólo sufrieron el daño de no conocer el bien, | sino que dejaron a los vivientes un monumento de su insensatez, | para que no cayesen en olvido sus pecados.
[9] Pero la sabiduría libró de las
penas a los que la servían.
[10] Libró al justo que huía de la
ira fraterna, | le condujo por caminos rectos, | le mostró el reino de Dios, | y le dió a conocer las cosas santas. | Le hizo prosperar en sus fatigas | y multiplicó el fruto de sus trabajos;

(1) El autor se inspira para esta oración, que pone en boca de Salomón, en I Reg. 3, 5 ss., donde se cuenta la visión divina y la petición que Salomón hizo de la sabiduría.

11 Le asistió contra la avaricia de
quien le oprimía | y le enriqueció.
12 Le preservó de sus enemigos | y le
protegió contra los que le acechaban, |
y le dió el premio de un rudo com-
bate, | para que aprendiera que la
piedad es más fuerte que todo.
13 No abandonó al justo vendi-
do | y le salvó del pecado; | descendió
con él al calabozo,
14 Y no le abandonó en la prisión, |
hasta entregarle los poderes del rei-
no | y el poder sobre sus opresores, |
y descubrió la mentira de sus acusa-
dores | y le dió una gloria eterna.

Moisés e Israel, guiados por la sabiduría.

15 Libró de la nación opresora al
pueblo santo, | al pueblo puro.
16 Entró en el alma del servidor de
Dios, | e hizo frente a reyes temibles
con prodigios y señales (1).
17 Dió a los santos la recompensa
de sus trabajos, | guiándolos por un
camino de prodigios, | y fué para ellos
sombra durante el día | y luz de
los astros durante la noche.
18 Les hizo atravesar el mar Rojo |
y los condujo a través de las muchas
aguas.
19 Sumergió a sus enemigos, | y del
profundo abismo arrojó a la playa
sus cadáveres.
20 Por esto los justos, despojados
los impíos, | celebraron, Señor, tu
santo nombre, | y a una alabaron
tu diestra vencedora.
21 Porque la sabiduría abrió la
boca de los mudos | e hizo elocuentes
las lenguas de los niños.

11 1 Hizo prosperar sus obras por
mano de un profeta santo;
2 Atravesaron el desierto inhabita-
ble | y fijaron sus tiendas en lugares
desiertos;
3 Resistieron a los enemigos y se
vengaron de sus adversarios.
4 Tuvieron sed, y te invocaron | y
les fué dada agua de la dura roca,
y para saciar su sed, de la áspera
piedra.

(1) Se alude aquí a la historia de Moisés guiado también por la Sabiduría. En esto el autor se extiende en contarnos las justicias de Dios con los egipcios y sus misericordias con Israel, el pueblo santo, por ser pueblo elegido de Dios, más que por su conducta indócil.

Castigo de los egipcios.

5 Pues por donde fueron castiga-
dos sus enemigos,
6 Por ahí fueron socorridos los in-
digentes.
7 En vez de las aguas perennes del
río, | se vieron turbados con sangre
podrida,
8 En castigo del decreto infanti-
cida. | Disteles a ellos contra toda
esperanza aguas abundantes,
9 Y mostraste por aquella sed | el
castigo infligido a los adversarios, |
juzgados con ira.
10 Porque aquellos, probados y
corregidos con misericordia, | cono-
cieron cómo eran atormentados los
impíos con ira.
11 Pues a unos, como padre que
amonesta, los probaste; | pero a los
otros, como rey severo que condena,
los castigaste.
12 Pues ausentes y presentes eran
igualmente atormentados
13 Y heridos por un doble pesar. |
Gimieron por la memoria de lo pasado,
14 Porque al ver que sus propios
tormentos | beneficiaban a los otros,
conocieron al Señor.
15 Pues aquél que ellos arrojaron
y despreciaron, | le admiraron al fin
de los sucesos, | cuando sintieron una
sed muy diferente de la de los justos,
16 En castigo de los pensamientos
insensatos y estúpidos | con que ex-
traviados adoraban a reptiles irra-
cionales y viles brutos, les enviaste
en castigo muchedumbres de animales,
17 Para que conocieran que por
donde uno peca, por ahí es ator-
mentado.
18 Pues no era difícil a tu mano
omnipotente, | que creó el mundo
de la materia informe, | enviarles
muchedumbre de osos o feroces leones,
19 O fieras desconocidas llenas de
furor, creadas nuevamente, | que res-
pirasen un aliento inflamado, | o que
de sus ojos lanzasen terribles cen-
tellas,
20 Que no sólo hiriéndolos les po-
dían causar la muerte, | sino que
ya sólo con su vista espantable los
podían matar.
21 Pero aun sin esto, por un simple
soplo podrían perecer | perseguidos
por la justicia | y disipados por tu
soplo poderoso; | pero todo lo dis-
pusiste con medida, número y peso,
22 Porque el realizar cosas grandes
siempre está en tu mano, | y al poder

de tu brazo, ¿quién puede resistir?
23 Pues todo el mundo es delante de ti como un grano de arena en la balanza, | y como una gota de rocío de la mañana, que cae sobre la tierra.
24 Pero tienes piedad de todos porque todo lo puedes, | y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia;
25 Pues amas todo cuanto existe, | y nada aborreces de lo que has hecho; | que no por odio hiciste ninguna cosa.
26 ¿Y cómo podría subsistir nada si tú no quisieras, | o cómo podría conservarse sin ti?
27 Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de las almas.

Castigo de los cananeos.

12 1 Porque en todas las cosas está tu espíritu incorruptible,
2 Por lo cual corriges con blandura a los que caen, | y a los que pecan los amonestas, despertando la memoria de su pecado, | para que libres de su maldad, crean, Señor, en ti.
3 Y porque aborrecías a los antiguos habitantes de tu tierra santa,
4 Que practicaban obras detestables de magia, ritos impíos,
5 Y eran crueles asesinos de sus hijos, | que se daban banquetes con la carne y sangre humanas, | y con la sangre se iniciaban en infames orgías.
6 Y a esos padres asesinos de seres inocentes, | determinaste perderlos por mano de nuestros padres (1),
7 Para que recibiese una digna colonia de hijos de Dios, | esta tierra ante ti la más estimada de todas.
8 Pero a éstos, como a hombres, los perdonaste, | y enviaste tábanos como precursores de tu ejército, | para que poco a poco los exterminaran.
9 No porque fueras tú impotente para someter por las armas los impíos a los justos, | o de una vez destruirlos por fieras feroces o por una palabra dura;
10 Pero castigándolos poco a poco, les diste lugar a penitencia, | no ignorando que era el suyo un cetro perverso, | y que era ingénita su maldad | y que jamás se mudaría su pensamiento.
11 Porque era un cetro maldito desde su origen, | y no por temor de nadie, dilataste el castigo de sus pecados,
12 Pues ¿quién te dirá: Por qué haces esto, | o quién se opondrá a tu juicio, | o quién te llamará a juicio por la pérdida de las naciones que tú hiciste, | o quién vendrá a abogar contra ti por los hombres impíos?
13 Porque no hay más Dios que tú, que de todo cuidas, | para mostrar que no juzgas injustamente.
14 Y no hay rey ni tirano que te pueda pedir cuenta de tus castigos.
15 Siendo justo, todo lo dispones con justicia, | y no condenas al que no merece ser castigado, | pues lo tienes por indigno de tu poder.
16 Porque tu poder es el principio de la justicia, | y tu poder soberano te autoriza para perdonar a todos.
17 Sólo si no eres creído perfecto en poder, haces alarde de tu fuerza, | confundes la audacia de los que dudan de ella.
18 Pero tú, Señor de la fuerza, juzgas con benignidad | y con mucha indulgencia nos gobiernas, | pues cuando quieres tienes el poder en la mano.

Lecciones que de lo dicho se infieren.

19 Por tales obras enseñaste a tu pueblo | que el justo debe ser bueno, | y diste a tus hijos buenas esperanzas, | de que das tiempo de penitencia de los pecados.
20 Pero si a los enemigos de tus hijos y reos de muerte | los castigaste con tantos miramientos e indulgencia (1), | dándoles tiempo y espacio de arrepentirse de su maldad,
21 ¿Con qué circunspección juzgarás a tus hijos, | cuyos padres recibieron de ti juramentos y alianza de buenas promesas?
22 Pues corrigiéndonos a nosotros, azotas mil veces más a nuestros enemigos, | para que cuando nosotros juzgamos conozcamos tu bondad | y al ser juzgados esperemos misericordia.

(1) Los hebreos recibieron del Señor la orden de exterminar a los cananeos como ministros de la justicia de Dios, que debía vengar tales crímenes.

(1) La sentencia dada contra los cananeos no se cumplió sino lentamente, para dar lugar al arrepentimiento, lo que significa la bondad de Dios con aquellos reos de muerte. ¡Cuánto más los hijos de Dios tendrán derecho a esperar mayor misericordia!

23 Pues a los injustos que pasan la
vida en la insensatez | los atormen-
taste por sus propias abominaciones,
24 Cuando mucho más se extra-
viaron por los caminos del error, |
teniendo por dioses los más viles
animales, | engañados a manera de
niños insensatos.
25 Y por esto, como a niños sin
juicio, | les enviaste un castigo de
burla;
26 Y los que no se corrigieron con
amonestaciones de burla, | sufrieron
un castigo digno de Dios,
27 Pues fueron castigados por medio
de aquellos mismos | que tenían por
dioses y por ellos mismos azotados, |
al ver que aquel que antes se nega-
ron a reconocer por Dios era el Dios
verdadero, | que echó sobre ellos la
suprema condenación.

Necedad de los que adoran las criaturas.

13 1 Vanos son por naturaleza todos
los hombres que carecen del
conocimiento de Dios, | y que por
los bienes que disfrutan no alcanzan
a conocer al que es su fuente, | y
por la consideración de las obras no
conocieron al artífice;
2 Sino que al fuego, al viento, al
aire ligero, | o al círculo de los astros,
o al agua impetuosa, | o a las lum-
breras del cielo tomaron por dioses
rectores del universo.
3 Pues si seducidos por su hermo-
sura los tuvieron por dioses, | debie-
ron reconocer cuánto mejor es el
Señor de ellos, | pues es el autor de
la belleza, quien hizo todas estas
cosas.
4 Y si se admiraron del poder y
de la fuerza, | debieron deducir de
aquí cuánto más poderoso es su
creador;
5 Pues de la grandeza y hermosura
de las criaturas, | por razonamiento
se llega a conocer el Hacedor de éstas.
6 Pero sobre éstos no cae tan gran
reproche, | pues yerran tal vez por
aventura, | buscando realmente a
Dios y queriendo hallarle;
7 Y ocupados en la investigación
de sus obras, | y a la vista de ellas,
se persuaden de la hermosura de lo
que ven.
8 Aunque no son excusables,
9 Porque si pueden alcanzar tanta
ciencia, | y son capaces de investi-
gar el universo, | ¿cómo no conocen
más fácilmente al Señor de él?

El culto de los ídolos.

10 Desdichados los que han puesto
sus esperanzas en los muertos, | cuan-
tos llaman dioses a las obras de sus
manos, | oro y plata, obra de arte, | e
imágenes de animales, | o una piedra
inútil, obra de una mano antigua.
11 Corta experto leñador un tronco
manejable, | le descorteza diestra-
mente, | y haciendo uso de su des-
treza y arte, | fabrica un mueble
útil para las necesidades de la vida;
12 Y los despojos de la obra, | los
consume en preparar su comida y
satisfacer su necesidad;
17 Pero el último resto, que para
nada sirve, | un leño torcido y lleno
de nudos, | lo toma y lo labra en
sus ratos de ocio; | y con su arte
le da una figura, | la semejanza de
un hombre;
14 o dándole la semejanza de un
vil animal, | y pintándole de minio
le da un color rojo, | y cubre de
pintura todas las manchas que hay
en él;
15 Y preparándole una morada
digna, | le coloca en el muro, asegu-
rándole con clavos, | cuidando bien
que no caiga,
16 Pues sabe que no puede soste-
nerse a sí mismo, | siendo una imagen
que necesita de ayuda.
17 Y luego, al dirigirle oraciones
por su hacienda, por sus mujeres y
sus hijos, | no se avergüenza de
hablar con quien carece de alma;
18 De invocar al impotente, pidién-
dole la salud; | y ruega a lo muerto
por la vida, | y suplica la ayuda de
quien es lo más inútil;
19 Y pide un feliz viaje al que no
puede usar de sus pies, | y ganancias
y empresas y el éxito de sus obras |
y energía, al más incapaz de hacer
nada con sus manos.

14 1 Pongamos otro caso. Uno se
propone navegar, | se dispone
a atravesar por las furiosas ondas, |
e invoca a un leño más frágil que la
nave que le lleva;
2 Pues ésta fué inventada por la
codicia del lucro | y fabricada con
sabiduría por un artífice.
3 Pero tu providencia, Padre, la go-
bierna, | porque tú preparaste un

camino en el mar | y en las ondas senda segura,
4 Mostrando que puedes salvar de todo peligro, | para que cualquiera, aun sin el conocimiento del arte, pueda embarcarse.
5 No quieres que las obras de tu sabiduría estén ociosas. | Por esto los hombres confían sus vidas a un frágil leño, | y atravesando las ondas en una balsa, llegan a salvo;
6 Y habiendo perecido al principio los orgullosos gigantes, | la esperanza del mundo escapó al peligro en una balsa, | que gobernada por tus manos, dejó al mundo semilla de posteridad.
7 Bendito sea, pues, el leño de que se hace recto uso.
8 Pero el ídolo, obra del hombre, es maldito, él y quien lo ejecutó. | Este porque lo hizo; aquél, porque siendo corruptible, es llamado dios.
9 Igualmente son a Dios aborrecibles el impío y su impiedad,
10 Y así serán castigados la obra y el que la ejecutó.
11 Por esto serán visitados los ídolos de las naciones; | porque las criaturas de Dios se convirtieron en abominación, | en escándalo para las almas de los hombres | y en lazo para los pies de los insensatos.
12 Pues el principio de la fornicación es la invención de los ídolos, | y su invención es la corrupción de la vida.
13 No existieron desde el principio, | ni existirán para siempre;
14 Fué la vanagloria de los hombres la que los introdujo en el mundo, | y por esto está decidido su próximo fin.

La apoteosis humana.

15 Un padre, oprimido por acerbo dolor, | hace la imagen del hijo que acaba de serle arrebatado; | y al hombre, entonces muerto, le honra ahora como a un dios, | estableciendo entre sus siervos misterios e iniciaciones.
16 Luego con el tiempo se consolida esta costumbre impía, y es guardada como ley, | y por los decretos de los príncipes son veneradas las estatuas (1).

17 Y a quienes los hombres no pueden de presente honrar por estar lejos, | de lejos se imaginan su semblante, | y hacen la imagen visible de un rey venerado, | para adular al ausente con igual diligencia que si estuviera presente.
18 Y progresando la superstición, también a los ignorantes que ni conocían al rey, | los indujo el deseo de honrar al artista.
19 En efecto, éste, queriendo congraciarse con el soberano, | extremó el arte para superar la semejanza;
20 Y la muchedumbre, seducida por la perfección de la obra, | al que hasta entonces honraba como a hombre le miró como cosa sagrada.
21 Y esto se convirtió en un lazo para los hombres; | porque los hombres, queriendo servir a la fortuna o a la tiranía, | atribuyeron a la piedra y a los leños el nombre incomunicable.

Consecuencias morales de la idolatría.

22 Y como si no bastara errar sobre el conocimiento de Dios, | los hombres, viviendo en violenta guerra de ignorancia, | llamaron paz a tan grandes males;
23 Pues celebran iniciaciones infanticidas, o misterios ocultos, | o desenfrenadas orgías de ritos extraños; | y ya no guardan la pureza de su vida ni de su lecho conyugal, | pues unos a otros se matan con asechanzas, o con el adulterio se infaman.
25 Y en todo domina la sangre y el homicidio, el robo y el engaño, | la corrupción y la infidelidad, la rebelión y el perjurio;
26 La vejación de los buenos, el olvido de los beneficios, | la contaminación de las almas, los crímenes contra naturaleza, | la perturbación de los matrimonios, el adulterio y la lascivia;
27 Pues el culto de los ídolos abominables | es principio, causa y fin de todo mal,
28 Pues en sus regocijos son locos y en sus profecías embusteros; | viven en la injusticia y de ligero perjuran,
29 Pues poniendo su confianza en ídolos sin alma, | juran falsamente sin temer ningún daño.
30 Pero un doble castigo vendrá sobre ellos, | porque sintieron mal de Dios, atendiendo a los ídolos, | y

(1) San Pablo en Rom. 1, 25 ss. explica también con su acostumbrado vigor las consecuencias morales de la idolatría.

juraron falsamente con menosprecio de la santidad.
31 Pues no es el poder de los ídolos por quienes juran, | sino la venganza sobre los pecadores, | lo que siempre sigue a la prevaricación de los injustos.

Dicha de los amigos de Dios.

15 1 Pero tú, Dios nuestro, bondadoso y veraz, | paciente y que todo lo gobiernas con misericordia;
2 Si pecamos, tuyos somos, conocemos tu poder, | no queremos pecar, sabiendo que somos tuyos;
3 Pues el conocerte es la justicia perfecta, | y conocer tu poder es raíz de inmortalidad.
4 No nos extravió la invención artificiosa de los hombres, | ni el trabajo estéril de la pintura, | la imagen emborronada con varios colores,
5 Cuya vista atrae el oprobio sobre los insensatos | que se enamoran de la figura inanimada de una imagen muerta.
6 Amadores de la maldad, dignos de tales esperanzas, | son los que los hacen, como los que los aman y los que los veneran.

Necedad de los idólatras.

7 Pues un alfarero que amasa fatigosamente el barro, | fabrica todo género de vasos para nuestro uso, | y del mismo barro modela | vasos útiles para servicios limpios | y otros para usos contrarios; | pero sobre cuál ha de ser el destino de cada uno, | es juez el alfarero.
8 Y con un trabajo inútil modela de la misma masa un dios vano, | que salido poco antes de la tierra, | vuelve poco después a aquélla de donde fué tomado, | al exigírsele la deuda de una vida prestada.
9 Pero no le da cuidado de que ha de perecer | ni de que su vida es corta. | Rivaliza con los orífices y plateros | e imita a los bronceros, | y reputa una gloria el hacer figuras engañosas.
10 Su corazón es ceniza y su esperanza más vil que la tierra; | su vida es de menos estima que el barro,
11 Porque desconoce a quien la hizo | y al que le infundió la semejanza de un alma activa | y al que le dió cierto espíritu vital.
12 Mas para los hombres nuestra existencia es un pasatiempo, | y la vida una feria en que hacer ganancias;
13 Pues dicen que es preciso ganar, aun por malos medios, | y éste sabe que peca más que todos, | pues de la misma tierra fabrica vasos frágiles y estatuas de ídolos.
14 Son en sumo grado insensatos y desdichados, más que el alma de un niño, | los enemigos de tu pueblo que dominan sobre él.
15 Porque reputaron dioses a todos los ídolos de las naciones, | que no pueden ver con sus ojos | ni pueden respirar el aire por sus narices, | ni oír con sus oídos, | ni tocar con los dedos de sus manos, | ni andar con sus inmóviles pies,
16 Pues es el hombre quien los hizo y quien los modeló; | sólo de prestado recibieron el aliento de vida, | pues no hay hombre capaz de modelar un dios semejante a sí.
17 Siendo mortal, fabrica con sus manos impías un muerto, | él es mejor que los objetos que venera, | pues él goza de vida y aquéllos no.

La zoolatría.

18 Adoran a los animales más odiosos, | pues comparados con los otros, son los más repugnantes (1);
19 Y nada hay en ellos que los haga estimables, como en otros animales en que hay bellas cualidades, | y hasta fueron excluídos de la aprobación y de la bendición de Dios.

Castigo de este pecado.

16 1 Por esto, mediante ellos fueron dignamente castigados por semejantes criaturas, | y por muchedumbre de bestias fueron atormentados.
2 En vez de este castigo, colmaste de beneficios a tu pueblo, | y para satisfacción de su apetito le diste un manjar exquisito | y le preparaste las codornices para alimento,

(1) Esta forma de religión, la más abyecta, dominaba entre el pueblo egipcio, que empezaba por representar sus dioses con cabezas de animales, y por cierto de casi todos los animales que para los hebreos eran inmundos según la ley.

[3] De suerte que aquéllos, ansiosos de alimento, | por asco de los animales enviados contra ellos, | sintieron aversión al necesario alimento; | mientras que éstos, pasada una breve privación, | gustaron un manjar maravilloso.

[4] Pues convenía que los opresores sintiesen una necesidad insaciable, | y a éstos sólo se les diese a conocer el tormento de los enemigos;

[5] Mas cuando sobre éstos vino la terrible furia de las bestias, | y perecían por las mordeduras de las tortuosas serpientes, | tu cólera no duró hasta el fin;

[6] Para su corrección fueron por un poco turbados, | y tuvieron una señal de salud | para traerles a la memoria los preceptos de la ley:

[7] Pues el que se volvía a mirarla no era curado por lo que veía, | sino por ti, Salvador de todos.

[8] Y con esto mostraste a nuestros enemigos | que tú eras el que salva de todo mal;

[9] Pues a ellos los mataron la voracidad de las langostas y las picaduras de las moscas, | sin encontrar remedio para su mal, | porque merecían ser por tales medios castigados;

[10] Pero sobre tus hijos no vencieron los dientes de las venenosas serpientes, | porque tu misericordia los socorrió y los sanó.

[11] Para memoria de tus palabras eran picados, | aunque pronto fueran curados, | para que no las echasen en olvido | y quedasen excluídos de tus beneficios.

[12] Pues ni hierba, ni emplasto los curó, | sino tu palabra, Señor, que sana todas las cosas.

[13] Que tú tienes el poder de la vida y de la muerte | y llevas a los fuertes al Ades y sacas de él.

[14] Por su maldad puede el hombre dar la muerte, | pero no hace que torne el espíritu que se fué | ni hace volver al alma ya encerrada en el Ades (1).

[15] Imposible es huir de tu mano;

[16] Y los impíos que niegan conocerte, | por el poder de tu brazo son castigados, | perseguidos con extraordinarias lluvias, con granizadas y aguaceros inevitables, | y por el fuego abrasados.

[17] Lo más maravilloso era que en medio del agua que todo lo extingue, | el fuego se mostraba más activo; | porque la Naturaleza combate por los justos,

[18] Pues unas veces la llama se aplacaba, | para que no fuesen consumidos los animales enviados contra los impíos, | para que viéndolo, entendiesen que eran empujados por el juicio de Dios;

[19] Otras veces el fuego se encendía, contra su naturaleza, en medio del agua | para destruir los productos de una tierra impía.

[20] En lugar de esto proveíste a tu pueblo de alimento de ángeles, | y sin trabajo les enviaste del cielo pan preparado, | que teniendo en sí todo sabor, se amoldaba a todos los gustos;

[21] Y ese alimento tuyo mostraba tu dulzura hacia tus hijos, | ajustándose al deseo de quien lo cogía, | y se acomodaba al gusto que cada uno quería.

[22] La nieve y el hielo soportaban el fuego sin derretirse, | para que conociesen que los frutos de los enemigos | los destruye el fuego, encendido por la tempestad | y que fulgura en medio de la lluvia.

[23] Y él, para que de nuevo se alimentasen los justos, | se olvidaba de su propia naturaleza.

[24] Pues la creación, sirviéndote a ti, que la hiciste, | despliega su energía para atormentar a los malos | y la mitiga para hacer bien a los que en ti confían.

[25] Por esto, amoldándose a todo, | servía a tu generosidad universal, nodriza de todos, | según la voluntad de los necesitados.

[26] Para que aprendan, Señor, tus amados hijos, | que no tanto la producción de los frutos alimenta al hombre | cuanto tu palabra que conserva a los que creen en ti (1).

[27] Pues lo que resistió a la acción del fuego, | al punto se derritió calentado por un tenue rayo de sol;

[28] Para que a todos sea manifiesto que es preciso anticiparse al sol | y salirte al encuentro, a la aparición de la luz.

[29] Pues la esperanza del ingrato se derrite como el hielo | y se derrama como el agua inútil.

---

(1) Nuestro autor, hablando en griego, traduce por *Ades* el *seol* hebreo. El latín traduce ambos vocablos por infierno, la morada de los muertos, no precisamente la morada de los condenados, si el contexto no lo indica.

(1) Alusión a Deut. 8, 3, palabra que opone el Salvador al tentador (Mt. 4, 4).

Las tinieblas de Egipto y la columna de fuego.

17 [1] Grandes e inescrutables son tus juicios, | y por esto las almas en tinieblas se extraviaron.
[2] Pues suponiendo los inicuos que podían dominar sobre la nación santa, | quedaron presos de las tinieblas y encadenados por una larga noche, | encerrados bajo sus techos, excluídos de tu eterna providencia.
[3] Imaginándose poderse ocultar sus secretos pecados, | bajo el oscuro velo del olvido, | fueron dispersados, sobrecogidos de terrible espanto | y turbados por espectros.
[4] Pues ni el escondrijo que los protegía los preservaba del terror | y rumores aterradores les infundían espanto, | y espectros tristes y de rostros tétricos se les aparecían;
[5] Y ninguna fuerza de fuego era capaz de dar luz, | ni la llama brillante de los astros | podía iluminar aquella horrenda noche.
[6] Sólo les aparecía un fuego repentino y temeroso; | y espantados de la visión, cuya causa no veían, | juzgaban más terribles las cosas que estaban a su vista.
[7] Las ilusiones del arte mágica quedaban por los suelos, | afrentosa corrección para los que presumían de sabiduría (1).
[8] Pues los que prometían expulsar los miedos y las turbaciones del alma enferma, | esos mismos padecían de un miedo ridículo;
[9] Pues aunque nada hubiese que les pudiera infundir espanto, | aterrados por el paso de los animales y el silbido de las serpientes se morían de miedo, | y ni querían mirar al aire que por ninguna vía podían evitar.
[10] La maldad es cobarde y da testimonio contra sí misma, | y siempre sospecha lo más grave, perturbada por su conciencia;
[11] Pues la causa del temor no es otra que la renuncia a los auxilios que proceden de la reflexión,
[12] Porque cuanto menor ayuda se recibe del fondo del alma, | tanto mayor se cree lo desconocido que atormenta.
[13] Ellos, en medio de una noche realmente impenetrable | salida del fondo del insondable Ades, | durmieron el mismo sueño.
[14] Unos eran agitados por prodigiosos fantasmas, | otros desfallecidos por el abatimiento del ánimo, | sorprendidos por un repentino e inesperado terror.
[15] Luego, si alguno de ellos caía rendido, quedaba como encerrado en una cárcel sin cadenas.
[16] El labrador o el pastor, | el obrero ocupado en los trabajos del campo, | sorprendidos soportaban lo inevitable,
[17] Ligados todos por una misma cadena de tinieblas. | Fuera el viento que silba, | o el canto suave de los pájaros entre la espesa enramada, | o el rumor de las aguas que se precipitan con violencia,
[18] O el estrépito horrísono de las piedras que se despeñan, | o la carrera invisible de animales que retozan, | o el rugido de las fieras que espantosamente rugen, | o el eco que resuena en los hondos valles, | todo los aterraba y los helaba de espanto.
[19] Mientras todo el universo era iluminado por una brillante luz, | y libremente se entregaban todos a sus trabajos,
[20] Sólo sobre aquéllos se extendía una densa noche, | imagen de las tinieblas que a poco les aguardaban; | pero ellos se eran para sí mismos más graves que las tinieblas.

18 [1] Mientras que para tus santos brillaba una espléndida luz, | aquéllos, oyendo sus voces sin ver a las personas, | las proclamaban felices aunque hubieran sufrido,
[2] Y aunque maltratados injustamente, no se habían vengado, antes daban las gracias | y pedían perdón de haberlos tenido por enemigos.
[3] Y en lugar de las tinieblas encendiste una columna, | que les diste para su camino, guía desconocido, | un sol inofensivo para una gloriosa peregrinación,
[4] Pues dignos eran de ser privados de luz, y encerrados en tinieblas | los que guardaban en prisión a tus hijos, | por quienes había de ser dada al mundo la luz incorruptible de la ley.

[5] Y a los que habían resuelto dar muerte a los hijos de tus santos, | uno

(1) Los egipcios gozaban de gran fama de sabios y magos; toda esta fama se disipó como humo ante los prodigios verdaderos hechos por Dios en favor de su pueblo.

de los cuales fué expuesto y salvado para castigo de ellos, | les quitaste la muchedumbre de sus hijos, | y a una los ahogaste en las impetuosas aguas.

6 Aquella noche fué de antemano conocida por nuestros padres; | porque sabiendo con certidumbre a qué juramentos habían dado fe, tuvieron más ánimo

7 Y fué esperada por tu pueblo | la salud de los justos y la perdición de los enemigos.

8 Pues con lo mismo que castigaste a los enemigos, | con eso nos fortificaste llamándonos a ti.

9 En secreto hicieron sus sacrificios los hijos santos de los buenos, | y de común acuerdo hicieron este pacto divino, | de que los santos participasen igualmente | de los mismos bienes y peligros, | cantando antes las alabanzas de sus padres.

10 Entretanto resonaba el grito discordante de los enemigos, | y se oía el triste llanto por los hijos muertos;

11 Y con igual pena fué castigado el siervo que el amo, | y la plebe padecía lo mismo que el rey.

12 Y todos a una, con un solo género de muerte, | tenían muertos innumerables, | y no bastaban los vivos para sepultarlos, | pues en un instante sus más nobles nacidos fueron muertos.

13 A causa de sus magias no habían creído por todos los castigos pasados, | pero con la muerte de los primogénitos, confesaron que el pueblo era hijo de Dios.

14 Un profundo silencio lo envolvía todo, | y en el preciso momento de la media noche,

15 Tu palabra omnipotente, de los cielos, de tu trono real, | cual invencible guerrero se lanzó en medio de la tierra destinada a la ruina,

16 Llevando por aguda espada tu decreto irrevocable; | e irguiéndose, todo lo llenó de muerte, | y caminando por la tierra, tocaba el cielo.

17 Al instante visiones de sueños | terriblemente los turbaron, | cayendo sobre ellos temores inesperados;

18 Y arrojados por tierra aquí y allí, | manifestaban la causa por que morían.

19 Las visiones que los turbaron les habían advertido, | para que al morir no ignorasen por qué sufrían aquellos males.

20 La prueba de la muerte alcanzó también a los justos, | y en el desierto se produjo una mortandad en la muchedumbre; | pero la cólera no duró mucho tiempo,

21 Porque un varón irreprensible se apresuró a combatir por el pueblo | con las armas de su propio ministerio, | la oración y la expiación del incienso, | y resistió a la cólera y puso fin al azote, | mostrando que era tu siervo.

22 Y venció a la muchedumbre, | no con el poder del cuerpo ni con la fuerza de las armas, | sino con la palabra sujetó al que los castigaba, | recordando los juramentos y la alianza de los padres.

23 Y caídos los muertos a montones unos sobre otros, | levantándose en medio aplacó la cólera | y le cortó el camino hacia los vivos,

24 Pues sobre sus vestiduras llevaba grabado a todo el pueblo, | los nombres gloriosos de los padres, grabados en las cuatro series de piedras, | y tu gloria sobre la diadema de su cabeza.

25 A la vista de esto retrocedió con temor el exterminador, | y dió por suficiente la manifestación de la cólera divina.

Israel y los egipcios ante el Mar Rojo.

19 1 Pero sobre los impíos llegó hasta el colmo la cólera sin misericordia, | porque Dios sabía de antemano su porvenir, lo que les iba a suceder:

2 Que habiéndoles permitido partir | y dádoles prisa para que partiesen, | luego, arrepentidos, los persiguieron.

3 Aún no habían terminado el luto y aún | lloraban sobre los sepulcros de los muertos, | cuando se lanzaron a otros planes insensatos, | y a los que suplicantes habían arrojado, los persiguieron como a fugitivos.

4 Una merecida fatalidad los arrastraba a este fin, | haciéndoles olvidar los precedentes sucesos, | para que recibiesen el pleno castigo que faltaba a sus tormentos.

5 Y mientras que tu pueblo hacía una travesía maravillosa, | encontraron ellos una extraña muerte;

6 Porque toda la creación, en su propia naturaleza, | recibió de lo alto una forma nueva, | sirviendo a tus mandatos | para que tus hijos fuesen guardados incólumes.

7 La nube daba sombra al campamento; | de las aguas que antes la invadían se vió emerger la tierra seca, | y en el Mar Rojo un camino sin tropiezos; | y las ondas impetuosas dieron lugar a un verde campo,
8 Por donde atravesaron en masa, los que por tu mano eran cubiertos, | después de haber contemplado prodigios estupendos.
9 Pues como los potros en sus pastos, | y como los corderos retozones, | ellos te alababan a ti, Señor, que los libraste;
10 Pues se acordaban que aun en su destierro, | en vez de producir otros animales, produjo la tierra mosquitos, | y en vez de peces produjo el río multitud de ranas.
11 Al fin vieron una nueva producción de aves, | cuando llevados del apetito pidieron los placeres de la comida,
12 Y para su satisfacción salieron del mar las codornices.

El castigo de los sodomitas.

13 Mientras que sobre los pecadores cayeron los castigos, | de que fueron indicios los violentos rayos, | pues justamente padecían por sus maldades | los que habían practicado tan detestable inhospitalidad.
14 Porque unos no quisieron recibir a los desconocidos que llegaban, | y otros pretendieron esclavizar a los extranjeros sus bienhechores,
15 Y sobre el castigo entonces recibido tendrán otro al fin, | por haber acogido con tan mala voluntad a los extranjeros.
16 Los egipcios recibieron con festivas manifestaciones | a los que fueron partícipes en sus beneficios, | mas luego los afligieron imponiéndoles crueles faenas.
17 También fueron heridos de ceguera, | como los que a las puertas del justo | envueltos en densa tiniebla | buscaban la entrada de la puerta.
18 Y para ejercer en ellos la justicia se pusieron de acuerdo los elementos, | como en el salterio se acuerdan los sonidos | en una inalterable armonía, | como claramente puede verse por los sucesos,
19 Pues los animales terrestres se mudan en acuáticos, | y los que nadan caminan sobre la tierra.
20 El fuego supera con el agua su propia virtud, | y el agua se olvida de su propiedad de extinguirlo.
21 Al contrario, las llamas no atacaron las carnes | de los ligeros animales que caminan por todas partes, | ni derritieron aquel alimento celestial fusible como el rocío; | pues en todas las cosas, Señor, engrandeces a tu pueblo y le glorificas, | y no le has despreciado, antes le asististe en todo tiempo y lugar.

Ecce videsaltis sublimia templa columnis, Et clari imprimis nobile regis opus. 3. Reg. Cap. 6.

INTRODUCCION AL ECLESIASTICO

EL Eclesiástico es un libro semejante a los Proverbios y fué escrito en hebreo. Un nieto del autor, que lo tradujo al griego, antepuso a su versión un prólogo en que nos habla de su abuelo, Jesús, hijo de Sirac, que habiéndose dado mucho al estudio de las divinas Escrituras, la Ley, los Profetas y los otros libros, quiso para utilidad de todos escribir éste, en que dar a conocer los frutos de su trabajo.

Sólo con alguna aproximación podemos colegir la fecha de la composición del libro, por el elogio que en él se hace del pontífice Simón, hijo de Onías (50, 1-20). La fecha de la versión es la del año 38 de Tolomeo Evergetes. Aunque hay dos de ese mismo nombre, Tolomeo III que reinó de 246 a 221, y Tolomeo VII, llamado Fiscón, que reino de 170 a 116, sólo este último puede ser, pues el primero no reinó más que veinticinco años. La fecha señalada por el traductor sería, pues, el año 136.

Divídese el libro en dos partes. La primera tiene gran parecido con los Proverbios. Canta las excelencias de la Sabiduría, y nos ofrece reglas de conducta en forma de sentencias. Se diferencia de los Proverbios en que mientras en éstos las sentencias son por lo general sueltas y sin conexión de unas con otras, en el Eclesiástico van ligadas, desarrollando un tema. La segunda parte tiene más parecido con la Sabiduría. En ella se hace el elogio de los antepasados ilustres de Israel, a quienes precisamente la sabiduría rigió y por eso adquirieron un nombre eterno.

Para la numeración de los versículos seguimos de ordinario a Vigouroux en su Biblia Poliglota, que por ajustarse a la Vulgata es de mayor comodidad para el uso, si bien difiere de la que traen los nuevos editores de los textos hebreo y griego y los traductores modernos que hemos podido consultar. Los versos cuyos números van entre corchetes ( ) no se hallan en el texto griego de los LXX.

ECLESIASTICO DE JESUS, HIJO DE SIRAC

Prólogo del traductor griego.

Grandes y ricos tesoros de instrucción y sabiduría nos han sido transmitidos en la Ley, en los Profetas y en los otros libros que les siguieron, por los cuales merece Israel grandes alabanzas. Y no solamente son útiles a los que leen, sino también a los indoctos deseosos de aprender, bien por la palabra, bien por la escritura.

Mi abuelo Jesús, habiéndose dado mucho a la lección de la Ley, de los Profetas y de los otros libros patrios, y habiendo adquirido gran competencia, se propuso escribir alguna cosa de instrucción y doctrina para quienes desearan aprenderla, y siguiéndola aprovechar mucho más, llevando una vida ajustada a la Ley. Os exhorto, pues, a leer esto con benevolencia y aplicación y a tener indulgencia por aquello en que, a pesar del esfuerzo puesto en la traducción, no hemos logrado dar la debida expresión a las palabras, pues las cosas dichas en hebreo no tienen la misma fuerza cuando se traducen a otra lengua.

No sólo este libro, sino aun la misma Ley y los Profetas y los restantes libros traducidos, difieren no poco, comparados con el original.

Llegado a Egipto el año 38 del reinado de Evergetes, y habiendo permanecido allí mucho tiempo, hallé una diferencia no pequeña en la doctrina. Y así juzgué necesario poner alguna diligencia y trabajo en traducir este libro. En este intervalo de tiempo trabajé y velé mucho y puse toda mi suficiencia en llevar a buen término la traducción de este libro, para utilidad de los que en el destierro quieran aprender y estén dispuestos a ajustar a la ley sus costumbres.

Elogio de la sabiduría.

1 [1] Toda sabiduría viene del Señor, | y con él está siempre.
[2] Las arenas del mar y las gotas de la lluvia | y los días del pasado, ¿quién podrá contarlos?
[3] La altura de los cielos y la anchura de la tierra, | la profundidad del abismo, ¿quién podrá medirlos?
[4] Antes que todo fué creada la sabiduría, | y la luz de la inteligencia existe desde la eternidad (1).
[5] La fuente de la sabiduría es la palabra de Dios en las alturas, | y sus caminos los mandatos eternos (2).
[6] ¿A quién fué dada a conocer la raíz de la sabiduría | y quién conoció sus secretos?
[7] ¿A quién fué manifestada la ciencia de la sabiduría | y quién entendió sus planes?
[8] Sólo uno es el sabio y el grandemente terrible, | que se sienta sobre su trono.
[9] Es el Señor quien la creó | y la vió y la distribuyó,
[10] La derramó sobre todas sus obras | y sobre toda carne, según la medida de su liberalidad, | y la otorgó a los que la aman (3).

El temor de Dios, principio de la sabiduría.

[11] El temor del Señor es gloria y honor, | prudencia y corona de gozo.
[13] El temor del Señor regocija el corazón, | da prudencia, alegría y longevidad.
[13] Al que teme al Señor le irá bien en sus postrimerías, | y el día de su fin hallará gracia.
[14] El temor del Señor es honra y gloria y corona de exaltación.

---

(1) La expresión «fué creada la sabiduría» no puede significar *venir a la existencia* por creación, sino simplemente *existir* desde la eternidad, pues se trata de la sabiduría de Dios. Es la idea que Prov. 8, 22 expresa diciendo: El Señor me poseyó antes de todas las cosas, es decir, desde la eternidad.

(2) La palabra creadora de Dios es la fuente de la sabiduría derramada en la creación.

(3) Dios derrama su sabiduría sobre el universo, particularmente sobre el hombre racional, y más especialmente, por la gracia, sobre los que le aman.

15 El principio de la sabiduría es
temer a Dios, | y se les comunica a
los fieles ya en el seno materno (1).
16 Hizo de los hombres su morada
para siempre, | y será siempre fiel
a la progenie humana.
(17, 18, 19). 20 La plenitud de la sa-
biduría es temer al Señor; | embriaga
con sus frutos a quien la tiene (2),
21 Llena sus casas de bienes, | y
de sus frutos hinche sus graneros.
22 El temor del Señor es la corona
de la sabiduría | y hace florecer la
paz y la salud.
23 La una y la otra es don de
Dios | y el Señor la ve y la distri-
buye.
24 Como lluvia derrama él la cien-
cia, el conocimiento y la inteligen-
cia, | y levanta la gloria de los que
le place.
25 La raíz de la sabiduría es temer
al Señor, | y sus ramas la longevidad.
(26). 27 El temor del Señor aleja el
pecado, | y quien con él perservera
aparta la cólera (3).
28 El violento arrebato no tiene dis-
culpa, | la cólera furiosa lleva a la
ruina.
29 El hombre magnánimo espera su
tiempo, | pero al fin triunfa.
30 Retiene la palabra hasta que
llega su tiempo, | y los labios de
los fieles celebran su prudencia.
31 En los tesoros de la sabiduría
hay sabias sentencias, | pero la pie-
dad para con Dios es execrable al
pecador.
(32). 33 ¿Deseas la sabiduría? Guarda
los mandamientos | y el Señor te la
otorgará (4);
34 Pues la sabiduría y la disciplina
son el temor de Dios, | y su compla-
cencia la fe y la mansedumbre.
(35). 36 No seas rebelde al temor
de Dios, | y no te llegues a El con
corazón doble.

(1) Como disposición del alma para recibir la sabiduría, el temor del Señor es el principio de ella.

(2) Los versículos 17-19, que no existen en la versión griega, se leen así en la Vulgata: 17 «El temor del Señor es la santificación de la ciencia. 18 Esta santificación guarda el corazón y lo hace justo, lo llena de alegría y gozo. 19 El que teme al Señor será feliz, y bendecido en la hora de su muerte.»

(3) En la Vulgata dice así el versículo 26: «La inteligencia y la santificación de la ciencia se hallan en los tesoros de la sabiduría, pero la sabiduría es una execración para el pecador.»

(4) En la Vulgata, versículo 32: «El culto de Dios es una execración para el pecador.»

37 No seas hipócrita delante de los
hombres, | y pon atención a tus pa-
labras.
38 No te engrías, pues caerás | y
echarás sobre ti la infamia;
39 Y el Señor descubrirá tus secre-
tos | y te derribará en medio de la
asamblea.
40 Por no haberte dado al temor
del Señor, | y estar tu corazón lleno
de engaño.

Perseverancia en medio de la tentación.

2 1 Hijo mío, si te das al servicio
de Dios, | prepara tu ánimo a la
tentación.
2 Ten recto corazón y soporta con
paciencia, | y no te impacientes al
tiempo del infortunio.
3 Adhiérete a él y no te separes, |
para que tengas buen éxito en tus
postrimerías.
4 Recibe todo cuanto El mande
sobre ti | y ten buen ánimo en las
vicisitudes de la prueba,
5 Pues el oro se prueba en el fuego, |
y los hombres gratos a Dios, en el
crisol de la tribulación.
6 Confíate a El y te acogerá, | Ende-
reza tus caminos y espera en El.

Confianza en el Señor.

7 Los que teméis al Señor, esper-
rad en su misericordia | y no os des-
carriéis, pues vendríais a caer.
8 Los que teméis al Señor, confiad
en El | y no quedaréis defraudados de
vuestra recompensa.
9 Los que teméis al Señor, esperad
la dicha, | el gozo eterno y la mise-
ricordia.
(10). 11 Considerad las generaciones
antiguas y ved: | ¿Quién confió en
el Señor, que fuese confundido (1),
12 O quién perseveró en su temor
y fué abandonado, | o quién le invocó
y se sintió defraudado?
13 Porque piadoso y compasivo es
el Señor, | perdona los pecados y
salva en el tiempo de la tribula-
ción.

(1) En la Vulgata, versículo 10, se lee: «Los que teméis al Señor amadle, y vuestros corazones serán iluminados.»

¡Ay de los cobardes!

14 ¡Ay de los corazones tímidos y
de las manos flojas, | y del pecador
que va por doble camino!
15 ¡Ay del corazón cobarde! Porque
no tiene fe, | por eso no hallará de-
fensa.
16 ¡Ay de vosotros, los impacien-
tes!
17 Pues ¿qué haréis cuando el Señor
os visite?
18 Los que teméis al Señor, no des-
confiéis de sus palabras; | los que le
amáis, seguid sus caminos.
19 Los que teméis al Señor, procu-
rad agradarle; | los que le amáis,
complaceos en su ley.
20 Los que teméis al Señor, prepa-
rad el corazón | y humillaos ante El.
(21). 22 Caigamos en las manos del
Señor | y no en las manos de los
hombres (1),
23 Pues cuanta es su grandeza, |
tánta es su misericordia.

Deberes para con los padres.

3 (1). 2 Escuchad, hijos míos, que
soy vuestro padre | y obrad de
modo que alcancéis la salud (2).
3 Pues Dios honra al padre en los
hijos, | y confirma en ellos el juicio
de la madre.
4 El que honra al padre expía sus
pecados,
5 Y atesora el que honra a su
madre.
6 El que honra a su padre se rego-
cijará en sus hijos, | y será escu-
chado en el día de su oración.
7 El que honra a su padre tendrá
larga vida,
8 Y el que obedece al Señor es
consuelo de su madre.
El que teme al Señor honra a su
padre, | y sirve como a señores a los
que le engendraron.
9 De obra y de palabra honra a tu
padre,
10 Para que venga sobre ti su ben-
dición;
11 Porque la bendición del padre
afianza la casa del hijo, | pero la
maldición de la madre la destruye
desde sus cimientos.
12 No te gloríes con la deshonra de
tu padre, | que no es gloria tuya su
deshonra;
13 Porque la gloria del hombre pro-
cede de la honra de su padre, | y
es infamia de los hijos la madre
deshonrada.
14 Hijo, acoge a tu padre en su
ancianidad, | y no le des pesares en
su vida.
15 Si llega a perder la razón,
muéstrate con él indulgente | y no le
afrentes porque estés tú en la pleni-
tud de tu fuerza; | porque la piedad
con el padre no será echada en olvido,
16 Y en vez del castigo por los
pecados, tendrás prosperidad.
17 En el día de la tribulación el
Señor se acordará de ti, | y como se
derrite el hielo en día templado, así
se derretirán tus pecados.
18 Como un blasfemo es quien
abandona a su padre, | y será maldito
del Señor quien irrita a su madre.

Modestia y misericordia.

19 Hijo mío, pórtate con modes-
tia, | y serás amado más que el
dadivoso.
20 Cuanto más grande seas, humí-
llate más, | y hallarás gracia ante
el Señor;
21 Porque grande es el poder del
Señor, | y es glorificado en los hu-
mildes.
22 Lo que está sobre ti no lo bus-
ques, | y lo que está sobre tus fuerzas
no lo procures.
23 Atente a lo que está a tus al-
cances, | y no te inquietes por lo
que no puedes conocer.
24 No te obstines en hacer lo que
no puedes,
25 Pues mucho es ya lo que ante
ti está que podrás entender.
26 A muchos extravió su teme-
ridad, | y la presunción pervirtió su
pensamiento.
27 El que ama el peligro caerá en
él, | y el corazón duro parará al fin
en la desgracia.
(28). 29 El corazón duro se verá
aplanado, | y el obstinado añadirá
pecados a pecados (1).

(1) La Vulgata: «Los que temen al Señor guardan sus mandamientos, y aguardarán hasta que ponga sobre ellos sus ojos.»
(2) La Vulgata: «Los hijos de la sabiduría forman la congregación de los justos, e hijos suyos son la obediencia y el amor.»

(1) La Vulgata: «El corazón que sigue dos caminos no tendrá éxito; y el corazón depravado tropezará en ellos.»

30 La desgracia del soberbio no
tiene remedio, | porque arraigó en
él la maldad.
31 El corazón del discreto medita
sentencias, | y da oído atento a la
doctrina del sabio.
(32). 33 El agua apaga la ardiente
llama | y la limosna expía los pe-
cados (1).
34 El que agradece los beneficios
se prepara otros nuevos, | y en el
día de la caída hallará apoyo.

Deberes para con los pobres.

4 1 Hijo mío, no arrebates al pobre
su sostén, | no vuelvas tus ojos
ante el necesitado.
2 Da al hambriento | y satisfaz al
hombre en su necesidad.
3 No irrites al corazón ya irritado, |
y no difieras socorrer al menesteroso.
4 No desdeñes al suplicante atri-
bulado, | y no vuelvas el rostro al
pobre;
5 No apartes los ojos del necesi-
tado, | y no des al hombre ocasión
de maldecirte;
6 Pues si te maldice en la amar-
gura de su alma, | su Hacedor escu-
chará su oración.
7 Muéstrate afable con la congre-
gación, | y humilla tu cabeza al po-
tentado.
8 Inclina al pobre tu oído, | y con
mansedumbre respóndele palabras
amables.
9 Arranca al oprimido del poder
de su opresor, | y no te acobardes
al hacer justicia.
10 Muéstrate padre para los huér-
fanos, | y cual marido para la madre
de éstos,
11 Y serás como hijo del Altísimo |
y más amado de tu madre.

Las ventajas de la sabiduría.

12 La sabiduría exalta a sus hijos |
y acoge a los que la buscan.
13 El que la ama, ama la vida, | y
los que madrugan para salir a su
encuentro, serán llenos de alegría.
14 El que la abraza heredará la
gloria, | y en su casa entrará la ben-
dición del Señor.
15 Los que la sirven, sirven al
Santo, | y el Señor ama a los que
la aman.
16 El que la escucha juzgará a
las naciones, | y el que se allega a
ella habitará confiado.
17 Si te confías a ella la tendrás
por heredad, | y tus descendientes la
poseerán;
18 Porque la tentación caminará
con él | y le elegirá entre los pri-
meros;
19 Traerá sobre él el miedo y el
temor, | en su infancia le azotará, |
hasta que se le confíe | y le pruebe
en sus preceptos.
20 Y de nuevo se volverá a él | y
le alegrará,
21 Y le revelará sus secretos.
22 Pero si se extraviase, le abando-
nará | y le entregará a la ruina.

La confusión buena y la mala.

23 Espera tu tiempo,
24 Y no tendrás que avergonzarte
de ti mismo;
25 Pues hay una confusión que
es fruto del pecado, | y una confusión
que trae consigo gloria y gracia.
26 No tengas respetos que sean en
perjuicio de tu alma,
27 Y no te avergüences para rui-
na tuya.
28 No retengas la palabra salva-
dora | y no ocultes tu sabiduría;
29 Pues en el hablar se da a cono-
cer la sabiduría, | y la doctrina en
las palabras de la lengua.
30 No hagas contradicción a la
verdad, | y no te avergüences de tu
falta de doctrina.
31 No te avergüences de confesar
tus pecados,
32 Y no nades contra la corriente. |
No te sometas al hombre necio, | y no
tengas acepción por la persona del
poderoso.
33 Lucha por la verdad hasta la
muerte, | y el Señor Dios combatirá
por ti.
34 No seas duro en tus palabras, |
ni perezoso ni remiso en tus obras.
35 No seas como león en tu casa, | ni
te muestres caprichoso con tus ser-
vidores.
36 No sea tu mano abierta para
recibir | y cerrada para dar.

(1) La Vulgata: «El corazón sabio e inteligente se abstendrá del pecado; y en las obras de justicia tendrá feliz éxito.»

La falsa seguridad.

5 [1] No te apoyes sobre las riquezas | y no digas: «Me basto a mí mismo.»
[2] No te apoyes en ti mismo y en tu fuerza, | para vivir según los deseos de tu corazón.
[3] No digas: «¿Quién me dominará?» | Porque sin duda te castigará el Señor.
[4] No digas: «He pecado, ¿y qué me ha sucedido?» | Porque el Señor es paciente.
[5] Aun del pecado expiado no vivas sin temor, | y no añadas pecados a pecados.
[6] Y no digas: «Grande es su misericordia, | él perdonará mis muchos pecados.»
[7] Porque aunque es misericordioso, también castiga, | y su furor caerá sobre los pecadores.
[8] No difieras convertirte al Señor, | y no lo dejes de un día para otro:
[9] Porque de repente se desfoga la ira del Señor, | y en el día de la venganza perecerás.
[10] No te apoyes en las riquezas mal adquiridas, | porque nada te aprovecharán en el día de la ira.

Moderación de la lengua.

[11] No te dejes llevar de todo viento, | y no camines por una senda cualquiera, | que así es como obra el pecador de corazón doble.
[12] Sé firme en tus juicios | y no tengas más que una palabra.
[13] Sé pronto para oír | y lento para responder.
[14] Si tienes inteligencia, responde; | si no, pon mano a la boca.
[15] En el hablar está la gloria o la deshonra, | y la lengua del hombre es su ruina.
[16] Que nadie te llame chismoso, | y no tiendas lazos con tu lengua;
[17] Porque sobre el ladrón vendrá la confusión, | y la condenación sobre el de corazón doble.
[18] No ofendas a nadie, ni en mucho ni en poco,

6 [1] Y no te hagas enemigo al amigo; | pues sobre el malo vendrá la confusión y el oprobio, | y lo mismo sobre el pecador de doble corazón.

El orgullo.

[2] No te engrías en tus pensamientos, | no seas destrozado como un toro.
[3] Si destrozas las hojas, echas a perder los frutos, | y te quedarás como árbol seco.
[4] El alma perversa se pierde a sí misma | y será el ludibrio de sus enemigos.
[5] La palabra suave multiplica los amigos, | la lengua bien hablada es rica en afabilidad.

Los amigos.

[6] Si tuvieses muchos amigos, | uno entre mil sea tu consejero.
[7] Si tienes un amigo, ponle a prueba, | y no te confíes a él tan fácilmente;
[8] Porque hay amigos de ocasión, | que no son fieles en el día de la tribulación.
[9] Hay amigo que se torna en enemigo, | y que descubrirá para vergüenza tuya tus defectos.
[10] Hay amigos que sólo son compañeros de mesa, | y no te serán fieles en el día de la tribulación.
[11] En tus días felices será otro tú | y hablará afablemente a los tuyos;
[12] Pero si te viere humillado, se volverá contra ti | y te ocultará su rostro.
[13] Apártate de tus enemigos | y guárdate de tus amigos.
[14] Un amigo fiel es poderoso protector; | el que le encuentra halla un tesoro.
[15] Nada vale tanto como un amigo fiel; | su precio es incalculable.
[16] Un amigo fiel es un remedio saludable; | los que temen al Señor lo encontrarán.
[17] El que teme al Señor es fiel a la amistad, | y como fiel es él, así lo será su amigo.

Ventajas de la sabiduría.

[18] Hijo mío, desde tu mocedad date a la doctrina, | y hasta tu ancianidad tendrás sabiduría.
[19] Allégate a ella como ara y siembra el labrador, | y espera buenos frutos;
[20] Porque el trabajo te fatigará un poco, | pero pronto comerás de sus frutos.
[21] Es muy duro para los indisciplinados, | y el insensato no permanecerá en él;
[22] Pesará sobre él como pesada

piedra de prueba, | y no tardará en arrojarla de sí;
23 Porque la sabiduría es fiel a su nombre, | y es discreta en revelarse.
24 Escucha, hijo mío, y recibe mis avisos | y no rehuyas mis consejos.
25 Da tus pies a sus cepos | y tu cuello a su argolla;
26 Dale tu hombro | y no te molesten sus ataduras.
27 Allégate a ella con toda tu alma, | y con todas tus fuerzas sigue sus caminos.
28 Sigue su rastro, búscala, y se te descubrirá, | y una vez cogida no la sueltes;
29 Porque al fin hallarás en ella tu descanso y gozo,
30 Y serán para ti sus cepos defensa poderosa, | y su argolla una túnica de gloria.
31 Es ornamento de oro, | y sus ataduras son cordón de jacinto.
32 Te la vestirás como túnica de gloria, | y te la ceñirás como corona de exaltación.
33 Si quisieres, hijo mío, adquirirás la doctrina, | y si te entregas a ella, serás avisado.
34 Si con gusto la oyes la tendrás, | si inclinas a ella tu oído serás sabio.
35 Busca la compañía de los ancianos, | y si hallas algún sabio, allégate a él. | La conversación acerca de Dios, escúchala con gusto, | y no rehuyas las sentencias de la sabiduría.
36 Si vieres a un hombre discreto, apresúrate a unirte a él, | y frecuenten tus pies la escalera de su puerta.
37 Medita en los preceptos del Señor | y ejercítate siempre en sus mandatos; | él confirmará tu corazón | y te dará la sabiduría a tu deseo.

Sentencias varias.

7 1 No hagas el mal y no te cogerá.
2 Apártate del injusto y se alejará de ti.
3 Hijo, no siembres en los surcos de la injusticia, | y no la cosecharás al séptuplo.
4 No pidas al Señor un puesto de gobierno, | ni al rey una silla de honor.
5 No te justifiques ante el Señor, | y no alardees de sabio ante el rey.
6 No busques ser hecho juez, | no sea que no tengas fuerzas para reprimir las iniquidades, | no sea que te acobardes en presencia del poderoso, | y tropiece en ello tu rectitud.
7 No ofendas a la muchedumbre | y no te arrojes en medio de ella.
8 No te ates dos veces con el pecado, | porque ya de la primera vez no saldrás impune.
9 No seas impaciente en tu oración,
10 Ni tardo en hacer limosna.
11 No digas: «Dios mirará mis muchas ofrendas, | y cuando yo ofrezca sacrificios al Dios altísimo, él los aceptará.»
12 No te burles del afligido, | porque hay uno que humilla y ensalza.
13 No levantes falso testimonio a tu hermano, | ni lo hagas tampoco a tu amigo.
14 Guárdate de mentir y de añadir mentiras a mentiras, | que eso no acaba en bien.
15 No seas hablador en la asamblea de los ancianos, | ni multipliques en tu oración las palabras.
16 No aborrezcas la labor por trabajosa, | ni la agricultura, que es cosa del Altísimo.
17 No te juntes con los pecadores,
18 Acuérdate de que la cólera no tarda.
19 Humilla mucho tu alma, | porque el castigo del impío será el fuego y el gusano.

La vida familiar.

20 No cambies un amigo por dinero, ni un hermano querido por el oro de Ofir.
21 No te apartes de la mujer discreta y buena, | porque vale su gracia más que el oro.
22 No maltrates al siervo que trabaja lealmente, | ni al jornalero que te entrega su esfuerzo.
23 Ama al siervo inteligente, | no le niegues la libertad.
24 ¿Tienes rebaños? Cuida de ellos. | Pues te son útiles, guárdalos.
25 ¿Tienes hijos? Instrúyelos, | doblega desde la juventud su cuello.
26 ¿Tienes hijas? Vela por su honra, | y no les muestres un rostro demasiado jovial.
27 Casa a tu hija y habrás hecho un gran bien | dándola a un marido sensato.

28 ¿Tienes mujer? No la detestes, | dándote a una odiosa rival.
29 De todo corazón honra a tu padre, | y no olvides los dolores de tu madre.
30 Acuérdate de que les debes la vida. | ¿Cómo podrás pagarles lo que han hecho por ti?
31 Con toda tu alma honra al Señor | y reverencia a los sacerdotes.
32 Con todas tus fuerzas ama a tu Hacedor | y no abandones a sus ministros.

Honor al sacerdote.

33 Teme al Señor y honra al sacerdote,
34 Y dale a porción que te está mandada; | las primicias y la ofrenda por el pecado,
35 La espalda reservada, | el sacrificio expiatorio | y las primicias consagradas.
36 Alarga al pobre tu mano, | para que seas cumplidamente bendecido.
37 Agradece el beneficio ante todos, | y al muerto no le niegues tus piedades.
38 No te alejes del que llora, | y llora con quien llora.
39 No seas perezoso en visitar a los enfermos, | porque por ello serás amado.
40 En toda tu obra acuérdate de tus postrimerías, | y no pecarás jamás.

Norma de buena sociedad.

8 1 No disputes con el poderoso, | no vayas a caer en sus manos.
2 No tengas contiendas con el rico, | no eche sobre ti todo su peso;
3 Porque el oro puede mucho | y pervierte el corazón de los reyes.
4 No disputes con el hombre lenguaraz, | que sería amontonar leña sobre el fuego.
5 No bromees con el indisciplinado, | no maldiga a tus progenitores.
6 No ultrajes a quien se aparta del pecado, | ten en cuenta que todos somos reos de castigo.
7 No faltes al respeto al anciano, | que también ellos fueron jóvenes.
8 No te alegres de la muerte de uno; | acuérdate de que todos moriremos.
9 No desprecies los discursos de los sabios | y sigue sus máximas,
10 Porque de ellos aprenderás la doctrina | y a servir bien a los grandes.
11 No desprecies las sentencias de los ancianos, | que de sus antepasados las aprendieron ellos;
12 Porque así aprenderás doctrina | y sabrás responder al tiempo oportuno.
13 No atices el fuego del pecado, | no te abrasen sus llamas.
14 No te enfrentes con el insolente, | no sea que se ponga en acecho para cogerte por la boca.
15 No prestes a quien puede más que tú, | y si le prestas dalo por perdido.
16 No prestes fianzas sobre tus facultades, | y si diste fianza piensa cómo pagarás.
17 No tengas litigios con el juez, | porque por su dignidad juzgarán a favor de él.
18 No vayas de camino con el temerario, | no pesen sus temeridades sobre ti; | pues él hará según su capricho, | y por su imprudencia perecerías con él.
19 No te pelees con el iracundo | y no atravieses con él el desierto, | porque nada es la sangre a sus ojos, | y te derribará donde no tengas quien te socorra.
20 Con el necio no tengas consejo, | porque no podrá callar lo que hayas dicho.
21 Ante un extraño no hagas cosa que quieras secreta, | porque no sabes lo que dará de sí.
22 No descubras a cualquiera tu corazón, | no te arrebate tu bien.

El trato con las mujeres.

9 1 No seas celoso de tu mujer, | no la vayas a maliciar en daño tuyo.
2 No te dejes dominar de tu mujer, | no se alce sobre ti.
3 Huye de la cortesana, | no caigas en sus lazos.
4 No te entretengas con la cantadora, | no te coja en sus redes.
5 No fijes tu atención en doncella, | no vayas a incurrir en castigo por su menoscabo.
6 No te entregues a las meretrices, | no vengan a perder tu hacienda.
7 No pasees tus ojos por las calles de la ciudad | ni andes rondando por sitios solitarios.
8 Aparta tus ojos de la mujer muy compuesta | y no fijes la vista en la hermosura ajena.

9 Por la hermosura de la mujer muchos se extraviaron, | y con eso se enciende como fuego la pasión.
(10, 11). 12 No te sientes nunca junto a mujer casada, | ni te recuestes con ella a la mesa (1),
13 Ni bebas con ella vino en los banquetes; | no se incline hacia ella tu corazón | y seas arrastrado a la perdición.

El trato con los hombres.

14 No abandones al amigo antiguo, | que el nuevo no valdrá lo que él.
15 Vino nuevo, el amigo nuevo, | cuando envejece es cuando se bebe con placer.
16 No envidies la gloria del pecador, | porque no sabes cuál será su suerte.
17 No te complazcas en el aplauso de los impíos; | acuérdate que ya antes del Ades no quedarán impunes.
18 Aléjate del hombre que tiene poder para matar, | y no tendrás que temer la muerte. | Si te acercas a él no cometas falta alguna, | no vaya a quitarte la vida.
20 Considera que caminas en medio de lazos | y que te paseas en medio de redes.
21 Aconseja a tu prójimo según tu leal entender. | Cuanto te sea posible guárdate de tus prójimos | y aconséjate de los sabios.
22 Los justos sean tus comensales, | y no te gloríes sino en el temor del Señor.
23 Sea con los discretos tu trato. | y tu conversación toda según la ley del Señor.
24 La mano del artífice se alaba por su obra, | y la sabiduría del príncipe del pueblo por su palabra.
25 Terrible es en la ciudad el hombre lenguaraz, | y el precipitado en hablar se hará aborrecer.

Los gobernantes.

10 1 El juez sabio instruye a su pueblo, | y el gobierno del discreto es ordenado.
2 Según el príncipe, así son sus ministros; | y según el regidor de la ciudad, así sus moradores.
3 El rey ignorante pierde a su pueblo, | y la ciudad prospera por la sensatez de los príncipes.
4 En manos del Señor está el gobierno de la tierra, | y en cada tiempo pone sobre ella a quien le place.
5 En la mano del Señor está la fortuna del hombre; | es él quien hace brillar el rostro del escriba.

El orgullo.

6 No vuelvas a tu prójimo mal por mal, cualquiera que sea el que él te haga; | No te dejes llevar de la soberbia,
7 La soberbia es odiosa al Señor y a los hombres, | y contra ambos peca quien comete injusticia.
8 El imperio pasa de unas naciones a otras | por las injusticias, la ambición y la avaricia.
10 Nada tan odioso como el avaro, | Es capaz de vender su alma.
9 ¿De qué te ensoberbeces, polvo y ceniza? | Ya en vida vomitas las entrañas.
11 Una larga enfermedad, el médico sonríe;
12 Pero hoy rey, mañana muerto.
13 Al morir el hombre, | su herencia serán las sabandijas, los bichos y los gusanos.
14 El principio de la soberbia es apartarse de Dios | y alejar su corazón de su Hacedor;
15 Porque el pecado es el depósito de la soberbia, | y la fuente que le alimenta mana maldades.
16 Por esto el Señor mandará tremendos castigos, | y los exterminará de raíz.
17 Los tronos de los soberbios los derriba el Señor, | y en lugar suyo asienta a los mansos.
18 El Señor borra las naciones, | las arranca de raíz, | barre de la tierra sus reinos.
19 Las alegrías de las naciones destruyó el Señor | y las destruyó hasta los cimientos.
20 Ya ha destruído y desarraigado algunas, | y borró de la tierra su memoria.
(21). 22 No es propia de hombres la cobardía, | ni la cólera furiosa de los nacidos de mujer (1).

(1) La Vulgata (10): «Toda prostituta es como basura en el camino, que es pisada de cuantos pasan. (11) Muchos, alucinados por la belleza de una mujer extraña, se hicieron réprobos; pues su conversación es como fuego que quema.»

(1) La Vulgata: «Dios aniquiló la memoria de los soberbios y conservó la memoria de los humildes de corazón.»

La gloria verdadera.

23 ¿Cuál es la progenie honrada? La progenie humana. | ¿Cuál es la progenie honrada? La de los que temen al Señor. | ¿Cuál es la progenie infame? La progenie humana. | ¿Cuál es la progenie infame? La de los que quebrantan los preceptos.
24 Entre sus hermanos es honrado su jefe, | pero los que le temen son más que él.
25 Advenedizo o peregrino, rico o pobre, | su gloria está en el temor del Señor.
26 No es justo afrentar al discreto, | ni conviene honrar al hombre prepotente.
27 El grande, el juez y el poderoso son honrados, | pero ninguno mejor que el que teme al Señor.
28 Al siervo sabio le servirán los libres, | y el varón docto no se queja.
29 No alardees de sabio al hacer tus obras, | y no te acobardes al tiempo de la angustia.
30 Mejor es quien trabaja y abunda en bienes, | que el pretencioso que carece de pan.
31 Hijo mío, honra tu alma con la modestia, | y dale el honor de que es digna.
32 ¿Quién justificará al que peca contra su alma, | y quién honrará al que a sí mismo se deshonra?
33 Hay pobres que son honrados por su prudencia, | y hay quien sólo es honrado por su riqueza.
34 Y quien es honrado en la pobreza, ¡cuánto más lo será en la riqueza! | Y el que es deshonrado en la riqueza, ¡cuánto más lo será en la pobreza!

11 1 La sabiduría yergue la cabeza del humilde | y le da asiento en medio de los magnates.

El juicio según la apariencia.

2 No alabes al hermoso por su hermosura, | ni afrentes al feo por su fealdad.
3 Pequeña entre los volátiles es la abeja, | pero el fruto de su labor es riquísimo.
4 No escarnezcas al pobre por sus harapos, | ni afrentes al que pasa un día amargo; | porque las obras del Señor son inescrutables, | y secretas sus obras con los hombres.
5 Muchos príncipes acabaron por sentarse en el suelo, | y quien menos se pensaba se ciñó la corona.
6 Muchos potentados fueron humillados, | y su gloria pasó a poder de otros.
7 Antes de informarte no reprendas; | explora primero y luego corrige.
Antes de oír no respondas, | y no interrumpas el discurso ajeno.

Moderación en los negocios.

8 No te metas en lo que no te importa, | ni te mezcles en contiendas de arrogantes.
9 Hijo mío, no te metas en muchos negocios, | que el que mucho abarca poco aprieta.
10 Si persiguieres muchas cosas, no cogerás ninguna, | y por mucho que corras no escaparás.
11 Hay quien trabaja, se fatiga y se apresura, | y con todo es siempre el mismo.
12 Hay quien es débil y pobre, | pobre en fuerzas y sobrado en flaqueza;
13 Pero el Señor le mira con bondad | y le levanta de su abatimiento, | y yergue su cabeza | y todos se admiran de ello.

De Dios vienen la riqueza y la pobreza.

14 Los bienes y los males, la vida y la muerte, | la pobreza y la riqueza, vienen del Señor.
15 Del Señor vienen la ciencia y el conocimiento de la ley; | el amor y los caminos del bien obrar vienen de él.
16 El error y las tinieblas son obras de los pecadores; | Los que en el mal se complacen, en el mal envejecen.
17 El don de Dios a los piadosos es permanente, | y su benevolencia asegura para siempre su prosperidad.
18 Hay quien se enriquece a fuerza de afán y de ahorro, | y con esto ya se cree recompensado;
19 Y se dice: «Hallé el reposo, | ahora voy a comerme lo mío.»
20 Pero no sabe qué tiempo le queda, | y si morirá dejando a otros lo suyo.
21 Sé constante en tu deber y vive en él, | y envejece en tu profesión.
22 No envidies el buen suceso del

pecador; | confía en el Señor y persevera en tu trabajo.
23 Porque fácil cosa es al Señor | enriquecer al pobre en un instante.
24 La bendición del Señor es la recompensa del justo; | en un momento hace que florezca su bendición.
25 No digas: ¿Qué necesito | y qué necesidad tengo ya de nada? | ¿y
26 No digas: Tengo bastante, qué calamidad podrá venir sobre mí?
27 La dicha presente hace olvidar la desdicha, | y la presente desventura hace olvidar la ventura.
28 Pero es fácil al Señor dar a cada uno lo que merece | y retribuirle según sus caminos.
29 La aflicción de una hora hace olvidar el placer, | y el fin del hombre descubre lo que él es.
30 Antes de la muerte no alabes a nadie, | que sólo al fin se conoce quién es cada uno.

La hospitalidad.

31 No admitas a cualquiera en tu casa, | que son muchas las asechanzas de la astucia.
32 Como reclamo de perdiz en su jaula | es el corazón del soberbio, | y como lobo que acecha la presa;
33 Pues pagando el bien con mal pone asechanzas, | y a las cosas mejores pone tacha.
34 Una chispa enciende las brasas, | y el malvado acecha la sangre.
35 Guárdate del astuto que maquina maldades, | no sea que te eche una mancha imborrable.
36 Mete en tu casa al extranjero | y te la revolverá, | y te enajenará el ánimo de los tuyos.

Beneficencia hacia el bueno.

12 1 Si al bueno le haces mal, ¿a quién harás bien, | y quién tendrá que agradecerte un beneficio?
2 Haz bien al justo y tendrás tu correspondencia, | si no de él, a lo menos del Altísimo.
3 No será dichoso el que alienta al impío, | y no hace con ello cosa buena.
4 Da al justo y no acojas al pecador.
5 Haz bien al humilde y no favorezcas al soberbio:
6 Porque Dios aborrece a los pecadores, y a los impíos les hará experimentar su venganza.
7 No des armas al impío, no te haga con ellas la guerra. | Hallarás al tiempo de tu necesidad males duplicados, | por los bienes que le hubieres hecho.

Desconfianza del enemigo.

8 No es en la prosperidad cuando se conoce al amigo, | ni en la desgracia cuando se oculta el enemigo.
9 En la dicha hasta el enemigo es amigo, | en la desgracia hasta el amigo se retira.
10 No te fíes jamás de tu enemigo. | pues como el ácido destruye el hierro, así es su maldad.
11 Aunque a ti acuda y se te muestre obsequioso, | ponte sobre aviso y guárdate de él. | Haz con él como quien limpia un espejo | y verás que está del todo oxidado.
12 No le pongas junto a ti | no te derribe y ocupe tu puesto. | No le sientes a tu derecha, | no sea que te quite tu silla | y al fin reconozcas la verdad de mis palabras | y te compunjas al recordar mis advertencias.
13 ¿Quién se compadecerá del encantador a quien muerde la serpiente | y del que anda con fieras? | Así del que busca la compañía del pecador | y se mezcla en sus pecados.
14 Mientras tú estés en pie no se descubrirá; | pero en cayendo tú, te abandonará.
15 El enemigo te acariciará con sus labios, | pero en su corazón medita cómo echarte en la fosa.
16 Derramarán lágrimas sus ojos, | pero si hallare oportunidad, no se hartará de sangre.
17 Si la desgracia te alcanza, le tendrás delante de ti,
18 Y fingiendo socorrerte, te echará la zancadilla.
19 Moverá la cabeza | y batirá palmas, | y murmurando mudará muchas veces el semblante.

Elección de las amistades.

13 1 El que toca la pez se mancha, | y el que trata con el soberbio se hace semejante a él.
2 No tomes sobre ti peso superior

a tus fuerzas, | ni trates con los más poderosos y ricos que tú.
[3] ¿Qué le dará el caldero a la olla? | Chocará con ella y la quebrará.
[4] El rico hace injusticias y se gloría de ello; | el pobre recibe una injusticia y pide excusa.
[5] Mientras seas útil se servirá de ti; | cuando no valgas nada te abandonará.
[6] Te despojará y te hablará blandamente, | pero te empobrecerá sin dolerse.
[7] Si le eres necesario, te adulará, | te sonreirá y te dará esperanzas, | te hablará bellas palabras y te dirá: ¿Qué quieres?
[8] Y te confundirá con sus halagos; | pero hasta dos y tres veces te despojará, | y al fin se burlará de ti. | Después de esto te verá y se te hará el desconocido, | y te insultará, moviendo la cabeza.
([9]). [10] Mira no te engañen, | y te derribe tu necedad (1).
([11]). [12] Si un poderoso te llama a sí, estate quieto | y con mayor instancia te llamará (2).
[13] No te acerques tú, no seas rechazado; | pero no te estés demasiado lejos, para no ser olvidado.
[14] No te aventures a intimar con él, | y no des fe a sus muchas palabras; | porque con su mucha charla te pondrá a prueba, | y sonriendo te sonsacará.
[15] Es un infame quien falta a su palabra | y sin miramientos forja enredos.
[16] Estate atento y guárdate mucho, porque la desgracia te ronda.
([17, 18]). [19] Todo animal ama a su semejante, | y el hombre a su prójimo.
[20] Toda carne se une a los de su especie, | y el hombre a su semejante.
[21] ¿Para qué unir el lobo con el cordero? | Pues lo mismo es unir al impío con el justo.
[22] ¿Qué paz puede haber entre la hiena y el perro? | Pues así entre el rico y el pobre.
[23] El asno salvaje es presa del león en el desierto; | así también los pobres son pasto de los ricos.
[24] Abominable es para el soberbio la humildad, | lo mismo que el pobre para el rico.
[25] El rico, si vacila, es sostenido por los amigos; | pero el pobre, si cae, es rechazado aun por los amigos.
[26] Si el rico habla, todos le aplauden; | aunque diga necedades, le dan la razón.
[27] Pero si el pobre habla le insultarán; | hablará con discreción y nadie lo reconocerá.
[28] Habla el rico, y todos callan | y ponen por las nubes su discreción.
[29] Pero habla el pobre y dicen: ¿Quién es éste?, | Y si se propasa, todos se le echan encima.

Uso de la riqueza.

[30] Buena es la riqueza sin pecado, | y mala la pobreza castigo de la soberbia.
[31] El corazón del hombre se refleja en su rostro | ya para bien, ya para mal.
[32] Rostro alegre es señal de corazón satisfecho; | rostro triste, de preocupación y afán.

14 [1] Dichoso el varón que no peca con su boca | y no siente el remordimiento del pecado.
[2] Dichoso aquél a quien no condena su corazón | y no ve defraudada su esperanza.
[3] El hombre tacaño, ¿para qué quiere la riqueza?, | y al avaro, ¿de qué le sirve el oro?
[4] El que se impone privaciones amontona para otros, | y con sus bienes otros se darán buena vida.
[5] El que para sí mismo es malo, ¿para quién será bueno? | Ni él disfruta de sus tesoros.
[6] Nadie más necio que el que para sí mismo es tacaño, | y lleva ya en eso su castigo.
[7] Si hace algún bien, es sin darse cuenta, | y al fin viene a descubrir su maldad.
[8] Es malo quien mira con envidia, | el que vuelve su rostro y mira con desdén.
[9] El ojo del codicioso no se sacia con su parte; | y mientras busca lo del prójimo, pierde lo suyo.
[10] El ojo envidioso mira con envidia el pan que otro come, | y a su

(1) La Vulgata: «Humíllate ante Dios y espera el socorro de su mano.»
(2) La Vulgata: «No te abatas en tu sabiduría, no sea que, abatido, te induzcan a hacer cosas de necio.» Como es un vicio el orgullo, también lo es el apocamiento, que no es lo mismo que la humildad.

propia mesa siempre hay alborotos.
11 Hijo mío, según tus facultades,
hazte bien a ti mismo | y ofrece al
Señor ofrendas dignas.
12 Acuérdate de que en el Ades ya
no hay goce, | de que la muerte no
tarda y no sabes cuando vendrá.
13 Antes de tu muerte haz bien
a tu prójimo, | y según tus posibles
ábrele tu mano y dale.
14 No te prives del bien del día, | y
no dejes pasar la parte de goce que
te toca.
15 Mira que tienes que dejar lo
tuyo para otros, | y tu hacienda se
la distribuirán tus herederos.
16 Da y toma y satisface tus deseos,
17 Que en el Ades no hay que
buscar placer.
18 Como vestido se envejece toda
carne, | porque esta es la ley desde
el principio, que has de morir.
19 Como las hojas verdes de un
árbol frondoso | que unas caen y otras
brotan, | así es la generación de la
carne y de la sangre, | unos mueren
y otros nacen.
20 Toda obra humana se carcome, al
fin se acaba, | y tras ella va el que
la hizo.

Ventajas de la sabiduría.

21 Dichoso el hombre que medita
la sabiduría | y atiende a la inteligencia,
22 Que estudia en su corazón sus
caminos | e investiga sus secretos.
23 Sale en pos de ella como siguiéndole los pasos, | y se pone en acecho
en sus caminos;
24 Mira por sus ventanas | y escucha a sus puertas;
25 Vigila cerca de su casa, | y en
sus muros fija las cuerdas de su
tienda; | planta su tabernáculo junto
a ella | y habita en su buena morada;
26 Pone su nido entre su follaje | y
mora bajo sus ramas;
27 Se protege allí a su sombra del
calor, | y descansa en sus habitaciones.

15 1 Así hará quien teme al Señor, | y quien se adhiere a la
ley logrará la sabiduría.
2 Como madre le saldrá al encuentro, | y como esposa virginal le acogerá.
3 Le alimentará con el pan de la
inteligencia, | y le dará a beber el
agua de la sabiduría.
4 En ella se apoyará y no vacilará, |
a ella se adherirá y no será confundido.
5 Le levantará por encima de sus
compañeros, | en la asamblea le
abrirá la boca.
6 Hallará en ella gozo y corona de
alegría, | recibirá en herencia nombre
eterno.
7 Los insensatos no la logran, | ni
la verán los soberbios.
8 Se aleja de la soberbia, | y los
mendaces no se acuerdan de ella.
9 No puede alabarla el malvado, |
porque Dios no le dió parte en ella;
10 Porque la alabanza ha de estar
en la boca del sabio, | y el que la
posee será maestro en ella.

El pecado no viene de Dios.

11 No digas: «Mi pecado viene de
Dios», | que no hace él lo que detesta.
12 Ni digas que él te empujó al
pecado, | pues no necesita de gente
mala.
13 El Señor aborrece toda abominación, | y evita que en ella incurran los que le temen.
14 Dios hizo el hombre desde el
principio, | y le dejó en manos de
su albedrío.
(15). 16 Si tú quieres, puedes guardar sus mandamientos, | y es de sabios
hacer su voluntad.
17 Ante ti puso el fuego y el agua; | a
lo que tú quieras tenderás la mano.
18 Ante el hombre están la vida y
la muerte; | lo que cada uno quiere
le será dado.
19 Porque grande es la sabiduría
del Señor; | es fuerte, poderoso y
todo lo ve.
20 Sus ojos se posan sobre los que
le temen, | y conoce todas las obras
del hombre.
21 A ninguno manda obrar impíamente, | a ninguno da permiso para
pecar.

Dios es justo.

16 1 No te agrades de tener muchos hijos inútiles para el bien, |
ni te complazcas en hijos malvados. | Por muchos que tengas no te
alegres de ello, | si no tienen temor
del Señor.

2 No confíes en ellos | ni tengas esperanza en su posteridad;
3 Porque más vale uno bueno que mil malos,
4 Y más morir sin hijos que tenerlos impíos.
5 Porque por un solo sensato prospera una ciudad, | y una tribu de inicuos la devasta.
6 Mucho de esto he visto con mis ojos, | y aun cosas más graves oyeron mis oídos.
7 En la asamblea de los pecadores se encenderá el fuego, | y en la nación rebelde se inflama la ira.
8 No perdonó a los antiguos gigantes, | que confiados en su fuerza se rebelaron;
9 Ni perdonó a los convecinos de Lot, | que se atrajeron la cólera por sus abominaciones.
10 No se compadeció del pueblo destinado a la ruina, | de los que por sus pecados fueron exterminados.
11 Ni de los seiscientos mil infantes, | que se dejaron llevar de su corazón rebelde.
Uno solo que endurezca su cerviz, | será maravilla si queda impune;
12 Porque hay en él misericordia y cólera; | aguanta y perdona, | mas sobre los impíos derrama su ira.
13 Como es grande su misericordia, así es severo su castigo, | y juzgará al hombre según sus obras.
14 No escapará el pecador con sus rapiñas, | ni se frustrará la esperanza del justo.
15 Recompensa a todos los misericordiosos, | y cada uno recibirá según sus obras.

De Dios nadie se esconde.

16 No digas: «Me esconderé del Señor: | allá en las alturas, ¿quién se acordará de mí?
17 Entre tantos pasaré por desconocido; | ¿qué soy yo en medio de todos?»
18 Mira, el cielo y los cielos de los cielos, | el abismo y la tierra, tiemblan en su presencia.
19 Igualmente los montes y los cimientos de la tierra | se estremecen cuando los mira él.
20 Y te dices: ¿Va a mirarme a mí,
21 A conocer todos mis caminos? | Si peco, ¿me verán sus ojos?
22 Si miento a escondidas, ¿lo sabrá? | ¿Conocerá también mis obras de justicia? | ¿Qué puedo esperar por vivir atado por la ley?»
23 Así piensa el insensato.

Dios, creador de todo.

24 Oyeme, hijo mío, y aprende sabiduría, | y pon dentro de tu corazón mis palabras.
25 Expondré con sensatez mis pensamientos, | ponderadamente mi doctrina.
26 Cuando el Señor desde el principio hizo sus obras, | desde el principio las distinguió,
27 Las ordenó para siempre y les asignó su oficio, | según su naturaleza.
No pasan hambre ni se fatigan, | y no interrumpen su trabajo.
28 Ninguno molesta al otro,
29 Y jamás desobedecerán sus mandatos.
30 Después de esto miró el Señor a la tierra, | y la llenó de sus bienes.
31 Cubrió de animales de toda especie la superficie de la tierra, | y a ella han de volver.

Dios, creador del hombre.

17 1 El Señor formó al hombre de la tierra
2 Y de nuevo le hará volver a ella.
3 Le señaló un número contado de días, | y le dió el dominio sobre ella. | Le vistió de la fortaleza a él conveniente, | y le hizo según su propia imagen.
4 Infundió el temor de él en toda carne, | y sometió a su imperio las bestias y las aves.
5 Dióle lengua, ojos y oídos | y un corazón inteligente;
6 Llenóle de ciencia e inteligencia, | y le dió a conocer el bien y el mal.
7 Le dió ojos, | para que viera la grandeza de sus obras,
8 Para que alabara su nombre santo, | y pregonara la grandeza de sus obras.
9 Y añadióle ciencia, | dándole en posesión una ley de vida (1).

---

(1) La Vulgata, 17, 18: «Hacerse bien a sí mismo es hacer obras por las cuales merezca las bendiciones del Señor. Estas obras son aquí los actos de cultos, sacrificios, etc., proporcionados a los bienes que de Dios haya uno recibido.

10 Estableció con ellos un pacto
eterno | y les enseñó sus juicios.
11 Contemplaron sus ojos la grandeza de su gloria, | y sus oídos oyeron su majestuosa voz, | y les dijo:
«Guardaos de toda iniquidad»,
12 Y les dió mandatos acerca de su prójimo.
13 El mira siempre sus caminos, | y nada se esconde a sus ojos.
14 Dió a cada nación un jefe,
15 Pero Israel es la porción del Señor.
16 Todas sus obras están ante él como está el sol, | y sus ojos están de continuo sobre sus caminos.
17 Sus injusticias no se le ocultan, | y todos sus pecados están delante del Señor.
18 La misericordia del hombre es como sello ante él, | y tiene cuenta del beneficio del hombre como de la propia pupila (1).
19 Luego se alzará para darle su recompensa, | y echará sobre la cabeza de cada uno el pago de sus obras.
20 Sin embargo, perdona a los que se arrepienten, | y consuela a los que pierden la esperanza.
21 Vuélvete al Señor y deja los pecados,
22 Suplícale y enmienda las ofensas
23 Conviértete al Altísimo y apártate de la iniquidad, | y aborrece de corazón todo lo abominable. | En el Ades, ¿quién alabará al Altísimo
(24) 25 Por los vivos que le tributan alabanzas?
26 El muerto, como el que no existe, ya no alaba;
27 El vivo y el sano, ese alabará al Señor.
28 ¡Cuán grande es la misericordia del Señor | y su piedad para los que se vuelven a él!
29 Pues no es del todo perfecto el hombre, | ni es inmortal el hijo del hombre.
30 ¿Qué más refulgente que el sol? | Y aun él se eclipsa. | El hombre es carne y sangre.
31 El sol preside al ejército de los altos cielos, | pero el hombre es polvo y ceniza.

18 1 El que vive eternamente crió juntamente todas las cosas. | Sólo el Señor es justo.

(1) Las obras de misericordia que el hombre hiciere las guardará Dios cómo se guarda un sello, como la pupila del ojo, para remunerarlas a su tiempo.

2 Nadie puede dignamente dar a conocer sus obras.
3 Y comprender sus grandezas.
4 El poder de su majestad, ¿quién lo cantará, | y quién podrá enumerar sus portentos?
5 Nada hay que quitar a su obra, nada que añadir, | y nadie es capaz de investigar las maravillas del Señor.
6 Cuando el hombre cree acabar, entonces comienza, | y cuando se detiene se ve perplejo.
7 ¿Qué es el hombre y de qué sirve? | ¿Qué tiene de bueno y qué de malo?
8 El número de los días del hombre, a más tirar, cien años; | como una gota de agua en el mar, | como un grano de arena, así son sus pocos años a la luz del día de la eternidad.
9 Por eso el Señor es magnánimo con ellos | y derrama sobre ellos su misericordia.
10 Ve y conoce que su fin es desventurado,
11 Y por eso multiplica sus piedades.
12 La misericordia del hombre es para con su prójimo; | la del Señor, para con toda carne.
13 Arguye, instruye y enseña, | y reduce como pastor a su rebaño.
14 Tiene piedad de quien recibe su enseñanza, | de quien es diligente en cumplir sus preceptos.

La buena conversación.

15 Hijo mío, tus beneficios no los acompañes de reproches, | ni tus obsequios de palabras amargas.
16 El rocío refresca los ardores del sol, | y así la buena palabra es mejor que el don.
17 Una buena palabra es mejor que un obsequio, | pero el hombre benéfico une la una al otro.
18 El necio hace groseros reproches, | y el don del envidioso hace mal a los ojos.
19 Antes de hablar, aprende, | y antes de la enfermedad, cuídate.
20 Antes del juicio examínate a ti mismo, | y en la hora de la visitación hallarás piedad.
21 Antes de enfermar, humíllate, | y si pecas, conviértete.
22 No dejes de cumplir a su tiempo tus votos, | no aguardes a la muerte para ello.
23 Antes de hacer un voto, míralo

bien, | no seas como quien tienta al Señor (1).
24 Acuérdate de la cólera del día postrero, | del día de la venganza, cuando Dios aparta su rostro.
25 Al tiempo de la abundancia acuérdate del hambre, | de la pobreza y de la necesidad en los días de la riqueza.
26 Como cambia el tiempo desde el amanecer hasta la tarde, | así todo pasa rápidamente ante el Señor.
27 El hombre sabio está siempre alerta, | y en el día de la tentación se guarda del pecado.
28 Del sensato es aprender sabiduría | y alabar a quien la halla.
29 Los que escuchan sabias sentencias se hacen sabios, | y derraman como lluvia los proverbios oportunos.

Moderación.

30 No te dejes llevar de tus codicias, | y cohibe tus deseos.
31 Si das a tu alma la satisfacción de tus apetitos | te harás la burla de tus enemigos.
32 No te des a la buena vida | ni te entregues al placer.
33 No te des a comer y beber con dinero prestado, | cuando nada te queda en la bolsa.

19 1 El dado a la embriaguez jamás vive rico; | el que desprecia lo poco, poco a poco se precipitará.
2 El vino y las mujeres extravían a los sensatos.
3 El que frecuenta las meretrices se hará un desvergonzado, | la corrupción y los gusanos serán su herencia, | y el procaz va a la ruina.
4 El fácil en creer de ligero | y en esto peca, a sí mismo se perjudica.

Discreción en creer y en hablar.

(5). 6 El que se goza en el mal será condenado, | y el que lleva chismes y cuentos está falto de sentido (1).
7 No esparzas la maledicencia, | y así nadie te afrentará.
8 No descubras tu corazón ni al amigo ni al enemigo, | si puedes hacerlo sin incurrir en pecado;
9 Porque quien te oyere, se pondrá en guardia contra ti, | y llegada la ocasión se te mostrará enemigo.
10 ¿Has oído alguna cosa? Pues quede sepultado en ti, | y no tengas miedo, que no te hará reventar.
11 El necio se aflige por una palabra, | como por la criatura la parturienta.
12 Como flecha clavada en el muslo, | así es la palabra en el seno del necio.
17b Amonesta al prójimo antes de reñirle,
18a Da lugar al juicio del Altísimo.
13 Habla a tu prójimo, no sea que no lo haya hecho, | y si lo hizo, que no lo repita.
14 Habla a tu amigo, no sea que no lo haya dicho, | y si lo dijo, que no lo repita.
15 Habla a tu amigo, que muchas veces se calumnia,
16 Y no creas de ligero cualquier cosa, | que muchas veces se desliza uno, pero sin intención.
17a Porque ¿quién es el que no peca con su lengua? | Da lugar a la ley del Altísimo.

La sabiduría verdadera y la falsa

18b Toda sabiduría consiste en el temor de Dios, | y toda sabiduría está en el cumplimiento de la ley.
19 No es sabiduría la ciencia de la maldad, | y no hay prudencia en los consejos de los pecadores.
20 Hay una sabiduría que es execrable, | y hay necios que ni siquiera saben hacer el mal.
21 Mejor es con poca inteligencia temer a Dios | que con mucha traspasar la ley.
22 Hay una sutileza verdadera, pero que traspasa la justicia,
23 Y que pervierte el derecho para mostrar el ingenio. | Hay quien va encorvado y enlutado, | pero en su interior está lleno de engaño,

(1) Este versículo admite ser interpretado en dos sentidos. Primero, el que damos en el texto: antes de hacer un voto mira cómo lo puedes cumplir, y no tientes a Dios con tu incumplimiento. El otro es el que nos da la Vulgata: «antes de orar prepara tu alma», sentido más espiritual y muy querido de nuestros maestros espirituales.

(1) El versículo 5 se lee en el códice griego alejandrino y en la Vulgata, y es así: «Quien se complace en la iniquidad quedará infamado; quien odia la corrección acorta su vida; quien aborrece la locuacidad extingue la maldad.»

24 Lleva la cabeza baja y se hace el sordo, | pero cuando menos lo piensas se te echa encima.
25 Y aunque no tenga fuerzas para ello, | en cuanto tenga ocasión te hará el mal.
26 Por su aspecto se descubre el hombre, | y por su semblante el prudente.
27 El vestir, el reír y el andar, | denuncian lo que hay en él.
28 Hay quien reprende importunamente, | y hay quien calla mostrando su prudencia.

La discreción en hablar.

20 1 Mejor es reprender que guardar rencor; | Quien confiesa su culpa se ahorrará el daño.
2 Como eunuco que pretende desflorar a una doncella,
3 Es el que a la fuerza hace la justicia.
4 Bueno es que el corregido manifiesta arrepentimiento, | así huirá del pecado voluntario.
5 Hay quien callando se muestra sabio, | y quien se hace odioso por su mucho hablar.
6 Hay quien calla porque no tiene qué responder, | y hay quien calla esperando su vez.
7 El sabio se calla hasta el momento oportuno; | el necio no sabe aguardar su tiempo.
8 El que mucho habla molesta, | y el que en hablar no guarda medida se hace odioso.
9 Hay éxitos que para el hombre se convierten en mal, | y hallazgos que le traen daño.
10 Hay dones que de nada sirven, | y hay otros cuyos provecho es doble.
11 A veces la prosperidad origina la humillación, | y la humillación hace erguir la cabeza.
12 Hay quien compra muchas cosas por poco, | y hay quien las paga siete veces.
13 El discreto en hablar se hace amable, | pero las gracias del necio se desprecian.
14 El don del necio no te aprovechará, | porque en vez de un ojo tiene siete.
15 Da poco y echa en cara mucho, | y lo pregonará a boca llena.
16 Hoy presta y mañana exigirá; | semejante hombre es aborrecible.
17 Dice el necio: «Yo no tengo amigos, | no hay gratitud para mis buenas obras,
18 Los que comen mi pan son malas lenguas.» ¡Cuántos y cuántas veces se burlarán de él!
(19). 20 Mejor es caer en el suelo que caer por la lengua. | La caída de los malos llega apresuradamente (1).
21 Es bocado sin sal, una gracia fuera de tiempo; | está siempre en la boca de los insensatos.
22 La palabra del necio no es bien recibida, | porque la dice fuera de tiempo.

Sentencias varias.

23 Hay quien de pobre no puede pecar, | y no es perturbado en su reposo.
24 Hay quien por respetos humanos pierde su alma, | y se da por perdido ante la mirada de un necio.
25 Hay quien por respeto humano promete al amigo, | y por una nonada se le hace enemigo.
26 Es una infamia en el hombre la mentira, | que se halla siempre en los labios de los insensatos.
27 Es preferible el ladrón al mentiroso, | uno y otro tendrán por heredad la perdición.
28 El fin del embustero es la deshonra, | y lleva siempre encima su deshonor.

Parábolas.

29 El sabio en palabras crecerá en dignidad, | y el hombre prudente agradará a los magnates.
30 El que cultiva la tierra aumentará sus parvas, | y el que agrada a los grandes, de tuerto hará derecho.
31 Los regalos y los dones ciegan los ojos de los sabios, | y son como bozal en la boca para la reprensión.
32 Sabiduría oculta y tesoro escondido, | ¿de qué sirven la una y el otro?
33 Mejor es el hombre que esconde su necedad, | que el hombre que oculta su sabiduría.

La huída del pecado.

21 1 Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más | y ora por los pecados anteriores.

---

(1) La Vulgata: «No sabe distribuir ni lo que debía reservar ni lo que debía gastar.» Que gasta sin tino ni discreción.

[2] Como de la serpiente, huye del pecado, | porque si te acercas, te morderá.
[3] Dientes de león son los suyos, | que dan muerte a los hombres.
[4] Toda iniquidad es como espada de dos filos, | no hay medicina para su llaga.
[5] La violencia y la soberbia aniquilan la hacienda, | y así será asolada la casa del orgulloso.
[6] La queja del pobre va de su boca al oído de Dios, | y el juicio viene prestamente contra el opresor.
[7] El que aborrece la reprensión va por los pasos del pecador; | el que reconoce su yerro se convierte de corazón.
[8] Desde lejos se conoce al lenguaraz en el hablar; | el discreto encubre las faltas.
[9] El que levanta su casa con los bienes ajenos, | es como el que amontona piedras para su sepultura.
[10] Montón de estopa es banda de impíos; | la llama del fuego será su fin.
[11] El camino de los pecadores está enlosado, | pero su fin es la sima del Ades.

La sabiduría y la necedad.

[12] El que guarda la ley es dueño de sí,
[13] Y el fin del temor de Dios es la sabiduría.
[14] No es educado el que no es prudente;
[15] Pero hay una prudencia que acarrea mucha amargura.
[16] La ciencia del sabio crece como una inundación, | y su consejo es como una fuente de vida.
[17] El corazón del necio es como un vaso roto, | no retiene la sabiduría.
[18] El hombre sabio oirá una palabra discreta, | la alabará y le añadirá algo más; | pero la oye el descontentadizo y mostrará su desagrado, | y se la echa a las espaldas.
[19] La conversación del necio es como carga en el camino | pero en los labios del prudente se hallará complacencia.
[20] El parecer del prudente es requerido en la asamblea, | y a lo que dijere pondrán mucha atención.
[21] Como casa en ruina es la sabiduría para el necio; | y la ciencia, para el insensato es palabra ininteligible.
[22] Grillos en los pies es la disciplina para el insensato, | y como esposas en su mano derecha.
[23] El necio, cuando ríe, ríe estrepitosamente, | el discreto apenas sonríe por lo bajo.
[24] Como joya de oro es para el prudente la disciplina, | como brazalete en su brazo derecho.
[25] Los pies del necio son ligeros para entrar en las casas, | pero el varón discreto se recela de entrar.
[26] El necio desde la puerta curiosea, | el prudente se detiene fuera.
[27] Es una grosería escuchar a las puertas; | el prudente se avergonzaría de hacerlo.
[28] Los labios de los necios dicen necedades, | las palabras del prudente pesan en la balanza.
[29] En la boca del necio está su corazón; | y en su corazón la boca del sabio.
[30] Cuando el impío maldice a su enemigo, | se maldice a sí mismo.
[31] Muestra su alma el murmurador, | y es aborrecido en la vecindad.

22 [1] Se asemeja el perezoso a una pella de barro, | todos silban sobre su infamia.
[2] Se parece a una bola de estiércol, | quien la coge se sacude las manos.

El hijo mal educado

[3] Es deshonra del padre haber engendrado un hijo indisciplinado; | una hija así le nace para su daño.
[4] La hija prudente es un tesoro para su marido; | la desvergonzada será fuente de disgustos para el que la crió.
[5] La hija necia confunde a su padre y a su marido, | y por ambos será despreciada.
[6] La música en el duelo es cuento fuera de tiempo, | pero los castigos y la disciplina son siempre oportunos.

El necio.

[7] Como quien compone un cacharro roto es el que enseña a un necio;
[8] Es despertar a un dormilón que duerme profundo sueño.
[9] Es hablar con un dormido el hablar con un necio, | que al fin acabará por decir: ¿Qué pasa?
[10] Llora por un muerto, pues ya

se extinguió su luz, | y llora por el necio, pues se extinguió su inteligencia.
11 No llores demasiado por un muerto, pues ha logrado el reposo;
12 La vida del necio es peor que la muerte.
13 El duelo por un muerto dura siete días, | pero el duelo del necio y del impío todos los días de su vida.
14 Con el necio no hables demasiado, | ni vayas con el puerco.
15 Guárdate de él si quieres evitar el fastidio, | y no te manchará con su contacto.
16 Apártate de él y tendrás descanso, | y no tendrás que sufrir de su necedad.
17 Que es más pesado que el plomo; | ¿y cómo llamarle, sino necio?
18 La carga de arena, de sal, de hierro, | son más fáciles de sobrellevar que un necio.

La fortaleza.

19 El maderamen bien ensamblado de un edificio | no se desencaja por el terremoto; | así el corazón afirmado en un consejo bien maduro,
20 No vacila en tiempo alguno. | El corazón que se apoya en un pensamiento sabio, | es como revoque mezclado con arena en muro liso.
21 Una empalizada que no se hinca bien, | no se sostiene contra la fuerza del viento.
22 Así el corazón tímido apoyado en necios pensamientos, | no resiste al temor.

La amistad.

(23). 24 El que se frota los ojos saca lágrimas, | y el que se punza el corazón descubre sus sentimientos.
25 El que tira una piedra a los pájaros los espanta, | el que afrenta al amigo rompe la amistad.
26 Si desenvainaste la espada contra el amigo, | no desesperes, todavía hay remedio.
27 Si hiciste reproches al amigo, | no temas, que hay lugar a la reconciliación. | Pero ultrajar, revelar un secreto, traicionar, | son cosas que espantan a todo amigo.
28 Sé fiel al amigo en su pobreza, | para que así goces de sus bienes en la prosperidad.
29 Permanece a su lado en el tiempo de la tribulación, | para que tengas parte en su ventura.
30 Antes del fuego sale por la chimenea el humo, | así a la sangre preceden los insultos.
31 No me avergonzaré de defender a mi amigo, | ni me ocultaré de él, | que si algún mal me sucede por él,
32 A él le echarán todos la culpa.

Oración pidiendo preservación del mal.

33 ¡Quién pusiera una guarda a mi boca, | y un sello de circunspección a mis labios, | para que por ellos no cayese | y no me perdiera preservando del mal mi lengua!

23 1 Señor, Padre, Soberano de mi vida, | no permitas que por ellos caiga.
2 ¡Quién me diera que manejases el azote contra mis pensamientos, | y contra mi corazón la disciplina de la sabiduría, | sin compasión a mis faltas, | para que no incurra en pecados de lengua,
3 A fin de que no se multipliquen mis yerros, | y se acrecienten mis pecados, | y venga a caer ante el enemigo | y éste se regocije al verlo!
4 Señor, Padre, y Dios de mi vida, | no me abandones a sus sugestiones.
5 No me haga altivo de ojos; | aparta de mí toda mala inclinación;
6 No se adueñen de mí los placeres del vientre y de la sensualidad, | y no me entregues al deseo lascivo.

Disciplina de la lengua.

7 Escuchad, hijos míos, la disciplina de la lengua, | que el que la guarde no será cogido en falta | y no será presa de los labios; | que por los labios es cogido el pecador y vienen a caer el maldiciente y el soberbio.
(8). 9 No te habitúes a proferir juramentos
10 Ni a pronunciar el nombre del Santo;
11 Pues como el esclavo puesto de continuo a la tortura | no está libre de cardenales, | así el que siempre jura y profiere el nombre de Dios | no se verá limpio de pecados.
12 El hombre que mucho jura se

llenará de iniquidades, | y el azote no se apartará de su casa.
13 Si uno peca, el pecado pesará sobre él, | y si no tiene cuenta, pecará doblemente.
14 El que jura en vano no está exento de culpa, | y su casa estará llena de penas.
15 Hay modos de hablar que llevan a la muerte; | lejos estén de la descendencia de Jacob.
16 Pues todo esto debe estar muy lejos del varón piadoso, | y así no se verá enredado en el pecado.
17 No habitúes tu lengua a libertina indisciplina, | que va acompañada del hablar pecaminoso.
18 Acuérdate de tu padre y de tu madre, | cuando te sientes en medio de los grandes;
19 No sea que olvidándote de ellos en su presencia, | vengas a hacer el necio, y querrías entonces no haber nacido.
20 El hombre de hablar vituperable | no llegará a la sabiduría en todos sus días.

El adúltero.

21 Dos suertes de hombres multiplican los pecados, | y una tercera atrae la cólera.
22 El que se abrasa en el fuego de sus apetitos, | que no se apaga hasta que del todo le consume;
23 El hombre impúdico consigo mismo, | que no cesará hasta que su fuego se extinga;
24 El hombre fornicario a quien todo pan le es dulce, | y no se cansará mientras no muera;
25 El hombre infiel al propio lecho conyugal, | que dice para sí: «¿Quién me ve?
26 La oscuridad me cerca y las paredes me ocultan, | nadie me ve, ¿qué tengo que temer? | El Altísimo no se da cuenta de mis pecados.»
27 Sólo teme los ojos de los hombres,
28 Y no sabe que los ojos del Señor | son mil veces más claros que el sol, | y que ven todos los caminos de los hombres | y penetran hasta los lugares más escondidos.
29 Antes que fueran creadas todas las cosas ya las conocía él, | y lo mismo las conoce después de acabadas.
30 Será aquél castigado en las plazas de la ciudad, | y donde menos sospecha será cogido.
(31). 32 Así también la mujer que abandona a su marido, | y de un extraño le da un heredero;
33 Porque en primer lugar desobedeció a la ley del Altísimo, | y además pecó contra su marido; | y en tercer lugar cometió adulterio, | dándole hijos de varón extraño.
34 Esta será llevada ante la asamblea | y recaerá sobre sus hijos la duda;
35 Sus hijos no echarán raíces | ni sus ramas darán fruto;
36 Dejará una memoria de maldición, | y su deshonra no se borrará,
37 Y los supervivientes conocerán | que nada hay mejor que el temor del Señor, | y nada más dulce que atenerse a sus mandamientos.

Elogio de la sabiduría.

24 1 La sabiduría se alaba a sí misma, | y se gloría en medio de su pueblo;
2 En la asamblea del Altísimo abre su boca, | y en presencia de su majestad se gloría.
(3, 4). 5 Yo salí de la boca del Altísimo (1),
6 Y como nube cubrí toda la tierra.
7 Yo habité en las alturas | y mi trono fué una columna de nube.
8 Sola recorrí el círculo de los cielos, | y me paseé por las profundidades del abismo.
9 En las ondas del mar y en toda la tierra,
10 En todo pueblo y nación imperé;
11 En todos busqué descansar, | para establecer en ellos mi morada.
12 Entonces el Criador de todas las cosas me ordenó, | mi Hacedor fijó el lugar de mi habitación,
13 Y me dijo: Habita en Jacob | y establece tu tienda en Israel.

Mora en Israel.

14 Desde el principio y antes de los siglos (2) me creó, | y hasta el fin no dejaré de ser. | En el taber-

(1) La Vulgata: «3 En medio de su pueblo será ensalzada y admirada en la congregación plena de los santos; 4 recibirá alabanzas de la muchedumbre de los escogidos y será bendecida entre los benditos.»
(2) La expresión «antes de los siglos», «antes de la creación del mundo» y otras tales significan desde la eternidad. Sobre la creación de la sabiduría véase lo dicho en la nota a 1, 4.

náculo santo, delante de él ministré,
15 Y así tuve en Sión morada
fija y estable, | reposé en la ciudad
de él amada, | y en Jerusalén tuve la
sede de mi imperio.
16 Eché raíces en el pueblo glo-
rioso, | en la porción del Señor, en
su heredad.

Sus gracias.

17 Como cedro del Líbano crecí, |
como ciprés de los montes del Hermón.
18 Como palma de Engadi crecí, |
como rosal de Jericó.
19 Como hermoso olivo en la lla-
nura, | como plátano junto a las aguas.
20 Como la canela y el bálsamo aro-
mático exhalé mi aroma, | y como la
mirra escogida di suave olor.
21 Y como gálbano, estacte y ala-
bastrino vaso de perfume, | y como
nube de incienso en el tabernáculo.
22 Como el terebinto extendí mis
ramas, | que son ramas magníficas y
graciosas.
23 Como vid eché hermosos sar-
mientos, | y mis flores dieron mag-
níficos y ricos frutos.
24 Yo soy la madre del amor puro, |
del temor, de la ciencia y de la santa
esperanza.
(25). 26 Venid a mí cuantos me de-
seáis, | y saciaos de mis frutos (1).
27 Porque recordarme es más dulce
que la miel, y poseerme, más que el
panal de miel.
(28). 29 Los que me comen tendrán
más hambre de mí, | y los que me
beben quedarán de mí sedientos (2).
30 El que me escucha jamás será
confundido, | y los que me sirven
no pecarán.

Estar en la ley.

(31). 32 La alianza de Dios Altísi-
mo, es todo esto, | la ley que nos dió
Moisés en herencia al pueblo (3).
(33, 34). 35 Llena de sabiduría como
de agua el Pisón, | como el Tigris en
los días primaverales (4);
36 Llena de inteligencia como de
agua el Eufrates; | y como el Jordán
en los días de la mies, | llena de
doctrina.
37 Rebosa como de agua rebosa el
Nilo, | y como el Gión en los días
de la vendimia (1).
38 El primero no acabó de cono-
cerla, | ni el último la agotará;
39 Porque su pensamiento es más
profundo que el mar, | y su consejo
más profundo que el grande abismo.
(40). 41 Como canal derivado del
río, | como acueducto que entra en
un jardín.
42 Díjeme: Yo regaré mi jardín, | e
inundaré mis bancales;
43 Y mi canal se hizo un río, | y
mi río se hizo un mar.
44 Más que la aurora quiero que
brille la doctrina, | y la haré resplan-
decer hasta muy lejos.
(45). 46 Quiero derramar mi doc-
trina como profecía, | y legarla a las
generaciones remotas (2).
47 Ved que no laboro sólo para
mí, | sino para todos los que buscan
la sabiduría.

Tres cosas gratas.

25 1 En tres cosas se complace mi
alma, | hermosas ante el Señor
y ante los hombres:
2 La concordia entre hermanos, la
amistad entre prójimos, | y la armo-
nía entre mujer y marido.
3 Aborrece mi alma tres suertes de
gentes, | cuya vida me da en rostro:
4 Pobre soberbio, rico embustero, |
y anciano adúltero y necio.

La corona de la ancianidad.

5 Si no cosechaste en la juventud, |
¿cómo lo hallarás en la vejez?
6 ¡Cuán bien sienta a los cabellos
blancos el juicio, | y a los ancianos el
consejo!

(1) La Vulgata: «En mí está toda la gracia del camino y de la verdad; en mí toda esperanza de la vida y de la virtud.»
(2) La Vulgata: «Perdurará mi memoria en la serie de los siglos.»
(3) La Vulgata: «Los que me honran obtendrán la vida eterna.»
(4) La Vulgata: «33 Dió a Moisés una ley formulada en preceptos justos, la herencia de la casa de Jacob, y las promesas de Israel; 34 prometió a David su siervo que de él nacería un rey fortísimo, que se sentaría en su trono para siempre.»
(1) Gión igual al Nilo, aunque propiamente era el Sijor, la rama oriental del Nilo, la primera que encontraban los que de Palestina bajaban a Egipto.
(2) La Vulgata: «Penetraré en las partes más profundas de la tierra, echaré una mirada sobre todos los dormidos, e iluminaré a los que esperan en el Señor.»

7 ¡Qué bien dice la sabiduría a los ancianos, | y la inteligencia y el consejo a los nobles!
8 La corona de los ancianos es su rica experiencia, | y el temor del Señor su gloria.

Cosas laudables.

9 Nueve cosas alabo en mi corazón, | y la décima la diré con mi lengua:
10 El varón superviviente en sus hijos, | el que en vida ve la ruina de sus enemigos,
11 El que convive con mujer discreta, | el que no ara con asno y buey, | el que no peca con su lengua, | el que no sirve a uno inferior a él,
12 El que halló un buen amigo, | y el que habla a oídos que le escuchan.
13 ¡Cuán grande es el sabio!, pero nadie aventaja al que teme al Señor.
14 A todo sobrepuja el temor del Señor.
15 El que lo tiene, ¿a quién compararle?
(16, 17). 18 Prefiero cualquier llaga a la llaga del corazón (1),
19 Y cualquier maldad a la maldad de la mujer.
20 Cualquier miseria a la miseria de los que se aborrecen,
21 Y cualquier venganza a la venganza de enemigo.
22 No hay veneno sobre el veneno de la serpiente, | y no hay cólera sobre la cólera de la mujer.
23 Prefiero morar con un león y un dragón, | a habitar con una mujer maligna.

La mujer mala.

24 La maldad de la mujer demuda su rostro, | y hace su semblante como de oso; | su marido, sentado entre amigos, | sin quererlo solloza amargamente.
(25). 26 Ligera es toda maldad comparada con la maldad de la mujer; | caiga sobre ella la suerte de los pecadores.
27 Lo que una cuesta arenosa para los pies del anciano, | es la mujer deslenguada para un marido comedido.
28 No te dejes seducir por la hermosura de una mujer, | ni la desees.
29 Esclavitud, ignominia y vergüenza
30 Es la mujer que domina al marido.
31 Abatimiento del ánimo, tristeza del rostro | y llaga del corazón es la mujer malvada.
32 Manos flacas y rodillas débiles | tiene el marido a quien su mujer no hace dichoso.
33 Por la mujer tuvo principio el pecado, | y por causa de ella morimos todos.
34 No dejes que se te escape el agua, | ni des autoridad a la mujer mala.
35 Si no va de tu mano, | sepárala de ti.

La mujer mala y la virtuosa.

26 1 Dichoso el marido de una mujer buena; | el número de sus días será doblado.
2 La mujer de valer alegra a su marido, | cuyos años llegarán en paz a la plenitud.
3 La mujer de valer es una fortuna, los que temen al Señor la tendrán;
4 Y sea rico, sea pobre, su corazón será feliz, | y en todo tiempo mostrará rostro alegre.
5 De tres cosas tiene miedo mi corazón, | y de una cuarta temo mucho:
6 La maledicencia en la ciudad, un motín de la muchedumbre
7 Y la calumnia; todas tres son peores que la muerte.
8 Dolor de corazón y duelo, es la mujer celosa de otra,
9 Y un azote de lengua para cuantos viven con ella.
10 Yunta de bueyes inquietos es la mujer mala, | y el que la toca es como el que coge un escorpión.
11 Del todo enojosa es la mujer borracha, | que no ocultará su vergüenza.
12 La liviandad de la mujer se muestra en el descaro de su mirada | y en el pestañear de sus ojos.
13 Sobre la hija indócil redobla tu vigilancia, | no sea que hallando ocasión la aproveche.
14 Vigila sin cesar a la descarada, | y no te maravilles si te la pega.

(1) Según el códice alejandrino y la Vulgata: «16 El temor de Dios es el principio de su amor, y la fe es el principio de la adhesión a El. 17 La tristeza del corazón es una llaga completa, y una suma malicia la malignidad de la mujer.»

15 Como el viajero sediento, que abre la boca | para beber de toda agua que encuentra, | así ella se sienta en cualquier parte, | y abre su carcaj a cualquier flecha.
16 La gracia de la mujer es el gozo de su marido,
17 Y su saber le vigoriza los huesos.
18 Es un don de Dios la mujer callada, | y no tiene precio la discreta.
19 Gracia sobre gracia es la mujer honesta,
20 Y no tiene precio la mujer casta.
21 Como resplandece el sol en los cielos, | así la belleza de la mujer buena en su casa.
22 Como lámpara sobre el candelero santo, | es el rostro atrayente en un cuerpo robusto.
23 Columnas de oro sobre basas de plata, | son las piernas sobre firmes talones en la mujer bella.
(24). 25 Hijo mío, guarda sana tu sangre juvenil, | y no entregues a extrañas tu vigor (1).
26 Teniendo tú un fértil campo, | conténtate con sembrar en él (2);
27 Así tus retoños serán tuyos | y no derramarás tu simiente por doquier.
28 La mujer mercenaria es el desecho; | la casada es torre de muerte para quien se le acerca.
29 La mujer impía es el castigo del indigno; | la piadosa, el premio del que teme a Dios.
30 La mujer desvergonzada desdeña la vergüenza; | la honesta tiene vergüenza aun de su marido.
31 La desvergonzada debe ser tratada como un perro; | la que tiene vergüenza teme al Señor.
32 La mujer que honra a su marido es de todos tenida por sabia; | la que le desprecia es por todos conocida por impía.
33 El disputar de la mujer es pasajero, | es una fiebre ligera.
34 La mujer regañona y ligera de lengua | es como clarín de enemigo que incita a la respuesta. | Pero si el marido es como ella regañón, | toda su vida se la pasarán en guerras.

(1) La Vulgata: «Cimientos sólidos sobre roca firme son los mandamientos de Dios en el corazón de la mujer santa.»
(2) Los versículos 26-34 están tomados del códice alejandrino y no se hallan en la Vulgata.

Tres cosas tristes.

35 Dos cosas entristecen mi corazón | y una tercera excita mi cólera:
36 El rico que se ve reducido a la miseria, | varón famoso que cae en el desprecio, | y los varones prudentes, si son menospreciados.
37 El que de la justicia cae en pecado, | a quien destina el Señor a la espada.
38 Difícilmente se libra de culpa el mercader, | y el tendero no será sin pecado.

Peligro en los negocios.

27 1 Por amor del dinero muchos incurren en pecado, | y el que busca enriquecerse cierra los ojos.
2 En huecos de piedras se fija el poste, | y entre el comprar y el vender se hinca el pecado.
(3). 4 Si no te ases fuertemente al temor de Dios, | pronto será derribada tu casa.
5 Zarandeando la criba quedan granzas; | así los defectos del hombre cuando se le remueve.

Discreción en hablar.

6 El horno prueba los vasos del alfarero, | la prueba del hombre es su conversación.
7 El árbol bien cultivado, se conoce por sus frutos, | y el corazón del hombre por la expresión de sus pensamientos.
8 Antes de oírle hablar no alabes a nadie, | porque la palabra es la prueba del hombre.
9 Si persigues la justicia, la alcanzarás | y te la vestirás como rica túnica.
10 Las aves se juntan con sus semejantes, | y la lealtad viene al encuentro de los leales.
11 El león acecha la presa; | lo mismo el pecado a los que hacen injusticia.
12 La conversación del piadoso es siempre sabia; | el necio muda como la luna.
13 Este aguarda la ocasión para irse con los insensatos, | aquél permanece siempre con los reflexivos.
14 La conversación de los necios es detestable, | y su risa resuena en orgías licenciosas.
15 El lenguaje del blasfemo pone

los pelos de punta, | y cuando riñe hay que taparse los oídos.
16 La riña entre soberbios trae sangre, | y sus altercados no pueden oírse.
17 El que revela secretos pierde la confianza | y no encontrará un amigo.
18 Ama a tu amigo y muéstrate fiel con él;
19 Si descubres sus secretos, no vayas tras él.
20 Como el hombre que dilapida su hacienda, | es el que pierde la amistad de su prójimo,
21 Y como quien deja escapar el ave de su mano, | así el que deja escapar al amigo, no volverá a verle.
22 No le sigas, que está lejos | y huye como gacela escapada del lazo.
23 Se venda una herida y una injuria se repara,

El engaño.

24 Pero revelar un secreto no tiene remedio.
25 El que hace guiños con los ojos urde males, | y quien lo ve se aleja de él.
26 Delante de ti endulzará las palabras de su boca, | hará que se admira de las tuyas, | pero acabará por mudar de tono | y hallará tachas en tus palabras.
27 Muchas cosas aborrezco, pero nada tanto como a éste, | y el Señor le aborrece también y le maldice.
28 El que tira la piedra a lo alto se expone a que le caiga en la cabeza, | y el golpe a traición hiere al traidor.
29 El que cava una hoya caerá en ella, | y el que tiende una red en ella quedará cogido.
30 El que hace el mal en él caerá, | sin que sepa de dónde le viene.
31 Los sarcasmos y ultrajes son patrimonio de los soberbios, | pero la venganza los acecha como león.
32 Serán cogidos en el lazo los que se alegren de la caída del justo, | y el dolor los consumirá antes de la muerte.
33 El rencor y la cólera son detestables, | y el hombre pecador los guarda en el corazón.

Moderación de la ira.

28 1 El que se venga será víctima de la venganza del Señor, | que le pedirá exacta cuenta de sus pecados.
2 Perdona a tu prójimo la injuria, | y tus pecados, a tus ruegos, te serán perdonados.
3 ¿Guarda el hombre rencor contra el hombre, | e irá a pedir perdón al Señor?
4 ¿No tiene misericordia de su semejante, | y va a suplicar por sus pecados?
5 Siendo carne, guarda rencor, | ¿Quién va a tener piedad de sus pecados?
6 Acuérdate de tus postrimerías y no tengas odio,
7 Y guárdate de la corrupción y de la muerte y cumple los mandamientos.
8 Acuérdate de la ley, de la alianza del Altísimo,
9 No aborrezcas a tu prójimo y perdona las ofensas.
10 Aléjate de contiendas y aminorarás los pecados,
11 Porque el hombre iracundo enciende las contiendas.
El hombre pecador siembra la turbación entre amigos, | y en medio de los pacíficos arroja la calumnia.
12 A tenor del combustible se enciende y se alimenta el fuego, | y según el poder del hombre es su ira; | según su riqueza crece su cólera, | y se enciende según la violencia de la disputa.
13 Pez y resina avivan el fuego, | y una riña violenta hace correr la sangre.
14 Si soplas sobre una brasa, se enciende, | y si escupes sobre ella, se apaga; | y ambas cosas proceden de tu boca.

La maledicencia.

15 Maldice al murmurador y al de lengua doble, | porque han sido la perdición de muchos que vivían en paz.
16 La lengua maldiciente ha desterrado a muchos, | y los arrojó de pueblo en pueblo,
17 Destruye las ciudades fuertes, | y derriba los palacios de los grandes.
(18). 19 La lengua calumniadora echa de casa a la mujer fuerte, | y la priva del fruto de su trabajo (1).
20 El que le da oídos no hallará reposo, | ni tendrá paz en su casa.
21 El golpe del azote hace carde-

(1) La Vulgata: «Destruyó los ejércitos de las naciones, y aniquiló gentes valerosas.»

nales, | el golpe de la lengua quebranta huesos.
22 Muchos caen al filo de la espada, | pero muchos más cayeron por las lenguas.
23 Feliz el que está a cubierto de ella, | que no es víctima de su rabia, | y no tiene que soportar su yugo | ni se ve preso en sus cadenas.
24 Porque su yugo es yugo de hierro, | y sus cadenas son cadenas de bronce.
25 Muerte espantosa es la muerte que da, | y el Ades es preferible a ella;
26 Pero no tendrá imperio sobre los piadosos, | y éstos no arderán en sus llamas.
27 Los que abandonan al Señor caerán en ella | y los abrasará sin extinguirse. | Sobre ellos se arrojará como león, | y como leopardo los destrozará.
28 Mira de poner a tu heredad cerca de espinos,
29 Y guarda bien tu plata y tu oro.
Haz para tus palabras balanza y pesas, | y para tu boca puerta y cerrojo.
30 Atiende a no ser cogido en ella, | y no caigas ante quien te acecha.

La misericordia.

29 1 El misericordioso presta a su prójimo, | y el que le sostiene con su mano, guarda los preceptos.
2 Presta a tu prójimo al tiempo de su necesidad; | y devuélvele a su tiempo lo prestado.
3 Mantén tu palabra, sé con él leal, | y hallarás en todo tiempo lo que necesitas.
4 Para muchos el préstamo es un hallazgo, | y fastidian a quien los socorrió,
5 Hasta recibir besan la mano del prójimo, | y con voz humilde le ponderan sus riquezas,
6 Pero al momento de la devolución dan largas, | dan vanas excusas y echan la culpa al tiempo.
7 Si paga, apenas pagará la mitad, | y tendrás que darlo por hallazgo;
8 Y si no paga te quedarás sin tu dinero, | y te habrás hecho sin buscarlo un enemigo.
9 Te pagará con maldiciones e injurias | y en vez de honor devolverá ultrajes.
10 Muchos por esto se niegan a prestar, | pues temen ser robados en tonto,
11 Sin embargo, sé generoso con el desgraciado, | y no le hagas esperar la limosna.
12 Por amor de la ley acoge al pobre, | y en su necesidad no le despidas de vacío.
13 Por amor del hermano y del amigo consiente en perder tu dinero, | no dejes que se te enmohezca bajo una piedra.
14 Hazte un tesoro según los preceptos del Altísimo, | y te aprovechará más que el oro.
15 Encierra la limosna en tus arcas, | y te librará de toda miseria (1).
(16, 17). 18 Más que un fuerte escudo y una lanza poderosa, | combatirá por ti contra el enemigo.

La fianza.

19 El varón bondadoso fía a su prójimo, | pero el que ha perdido la vergüenza le deja en la estacada.
20 No olvides el beneficio de tu fiador, | pues se empeñó por ti.
(21). 22 El malvado derrocha los bienes de su fiador, | y el ingrato deja en el brete a quien le salvó (2).
(23). 24 La fianza ha perdido a muchos que estaban bien, | y los sacudió como mar tormentoso.
25 Sacó de su casa a hombres ricos, | y los hizo peregrinar por tierras extrañas.
26 El pecador al fiar se verá burlado, | y persiguiendo ganancias se enredará en pleitos.
27 Según tu poder socorre a tu prójimo, | y mira por ti, que no caigas en necesidad.

La hospitalidad.

28 Lo necesario para la vida son el agua y el pan, | el vestido y la casa para abrigo de la desnudez.
29 Más vale vivir pobre bajo un techo de tablas, | que banquetear en casa extraña.
30 Conténtate con lo poco o con

(1) Este versículo no puede entenderse en el sentido propio, sino en el metafórico, en conformidad con el precedente, donde se habla de atesorar según los preceptos del Altísimo acerca de la limosna.
(2) La Vulgata: «El pecador y el impuro huyen de su fiador.»

lo mucho, | y no tendrás que oír que te reprochan por forastero.
31 Triste es tener que andar de casa en casa; | donde habites como extraño no osarás abrir la boca.
32 Darás hospedaje y darás de beber sin que te sea agradecido, | y a pesar de esto habrás de oír palabras amargas:

Mira si hay qué.

33 «Entra, forastero; prepara la mesa. | Mira si hay a mano que comer.
34 Sal, forastero, haz lugar a otro más honrado que tú; | tengo que recibir a mis hermanos y necesito la casa.»
35 Duras palabras son éstas para un hombre sentido, | la increpación del amo de la casa y la injuria del usurero.

La corrección de los hijos.

30 1 El que ama a su hijo tiene siempre dispuesto el azote, | para que al fin pueda complacerse en él.
2 El que educa bien a su hijo se gozará en él, | y podrá gloriarse en medio de sus conocidos.
3 El que enseña a su hijo será envidiado de su enemigo, | y ante sus amigos se regocijará en él.
4 Si muere su padre, como si no hubiera muerto, | pues deja en pos de sí uno igual a él.
5 Durante su vida lo ve y se alegra, | y al morir no siente pena.
6 Frente a sus enemigos deja un vengador, | y a sus amigos quien les pague con gratitud.
7 El que mima a su hijo tendrá luego que vendarle las heridas, | y a cada grito suyo sentirá que se le conmueven las entrañas.
8 El caballo no domado se hace indócil, | y el hijo abandonado a sí mismo, testarudo.
9 Halaga a tu hijo y te hará temblar; | juega con él y te hará llorar.
10 No te rías con él, no te haga sufrir, | y al fin rechines los dientes.
11 En su juventud no le des licencia, | y no disimules sus faltas.
12 Doblega su cuello en la juventud, | y tunde sus espaldas mientras es niño, | no se te vuelva terco y desobediente.
13 Educa a tu hijo y aplícale al trabajo, | no vengas a tropezar por su torpeza.

Sobre la salud.

14 Mejor es pobre sano y fuerte, que rico enfermo y débil.
15 La salud y el bienestar valen más que el oro, | y un cuerpo robusto más que una fortuna.
16 No hay riqueza que valga lo que la salud del cuerpo, | y no hay bien como el gozo del corazón.
17 Preferible es la muerte a una vida amarga, | y el eterno reposo a un dolor permanente.
18 Manjares exquisitos puestos en una boca cerrada, | son las ofrendas a los ídolos.
19 ¿Qué aprovecha al ídolo la ofrenda, | pues no lo come ni lo huele?
20 Así es el rico que no puede disfrutar de su riqueza;
21 La ve con sus ojos y suspira, | como eunuco que abraza a una doncella.
22 No te abandones al afán, | no te atormentes con cavilaciones.
23 La vida del hombre es el gozo del corazón, | y la alegría del varón es su longevidad.
24 Anímate y alegra tu corazón, | y echa lejos de ti la tristeza;
25 Porque a muchos mataron los afanes, | y no hay utilidad en ellos.
26 La envidia y la cólera abrevian los días, | y los cuidados traen vejez prematura.
27 El sueño de un corazón contento es mejor que los más deliciosos manjares, | y cuanto come le aprovecha.

La riqueza.

31 1 El desvelarse por la riqueza consume, | y la preocupación por ella aleja el sueño.
2 Los cuidados de la vida quitan el sueño, | y más que una enfermedad impiden dormir.
3 El rico se fatiga por acumular bienes, | y si descansa es para saciar sus ansias de placer.
4 Fatígase el pobre por sus necesidades, | y si descansa es para verse en la indigencia.
5 El que ama el oro no vivirá en

justicia, | y el que persigue el dinero pecará por conseguirlo.
6 Muchos dieron en la ruina por amor del oro, | y cayeron en la desgracia.
7 Es el oro un garlito para el necio, | y el insensato tropieza en él.
8 Venturoso el varón irreprensible, | que no corre tras el oro.
9 ¿Quién es éste y le alabaremos?, | porque hizo maravillas en su pueblo.
10 ¿Quién se apegó a él, que tuviera salud y gloria?
¿Quién pudo prevaricar y no prevaricó, | hacer el mal y no lo hizo?
11 Su dicha se consolidará, | y la asamblea pregonará sus alabanzas.

Los banquetes.

12 Hijo mío, ¿estás sentado a la mesa de un grande? | No abras tu boca,
13 Y no digas: ¡Cuántos manjares!
14 Acuérdate de que es malo el ojo codicioso.
15 ¿Qué hay peor que el ojo codicioso? | Codicia cuanto ve.
16 No tiendas la mano a cuanto veas,
17 No tropieces con tu vecino en el plato. | Ten con tu vecino las atenciones que para ti deseas.
18 Piensa del prójimo por ti mismo, | y pon reflexión en cuanto hagas.
19 Come decentemente lo que te sirvan, | y no comas vorazmente e incurras en desprecio.
20 Sé el primero en dejar de comer por cortesía, | y no te muestres insaciable para que no te desprecien.
21 Si te sientas en medio de muchos, | no extiendas el primero tu mano.
22 Con poco le basta al hombre bien criado, | y así no se siente molesto en su lecho.
23 Sueño tranquilo es el del estómago no cargado; | se levantará por la mañana dueño de sí.
24 Dolor, insomnio, fatiga y retortijón, | son la parte del intemperante.
25 Si te viste obligado a comer demasiado, | levántate, paséa y te sentirás aliviado.
26 Escúchame, hijo mío, y no me desoigas, | y al fin verás confirmadas mis palabras.
27 Sé moderado en todas tus obras, | y no vendrá sobre ti la enfermedad.
28 Muchos serán los que alaben al espléndido anfitrión | y darán testimonio de su generosidad;
29 Pero murmurarán en la ciudad del ruín con los invitados, | y darán testimonio de su tacañería.
30 No te hagas el valiente con el vino, | porque a muchos perdió la bebida.
31 La fragua templa la obra del herrero, | y el vino el corazón de los arrogantes pendenciosos.
32 El vino fortalece | si se bebe con moderación.
33 ¿Qué vida es la de los que del todo carecen de vino (1)?
(34). 35 Fué creado para alegría de los hombres.
36 Alegría del corazón y bienestar del alma, | es el vino bebido a tiempo y con sobriedad.
(37). 38 Dolor de cabeza, amargura e ignominia, | es el vino bebido con exceso, | en la excitación de una contienda (2).
(39). 40 La embriaguez excita la ira y hace tropezar, | quita las fuerzas y añade heridas (3).
41 En una reunión de bebedores no reproches a nadie, | y no trates con desdén a uno mientras está ebrio.
42 No le ultrajes | ni le apremies con reclamaciones.

32 1 Si te dan la presidencia del convite, no te engrías; | pórtate entre los convidados como uno de tantos.
2 Cuida primero de ellos y luego siéntate; | cumplido tu oficio, recuéstate,
3 Para alegrarte con los otros | y ser alabado por tus buenas disposiciones.
4 Si eres anciano, habla como a tu edad conviene,
5 Con discreción, y no impidas el canto.
6 Mientras tocan y cantan no charles, | y no hagas alarde de sabio a destiempo.
7 Como anillo de oro con rubí en-

(1) La Palestina es país rico en vino, y en la Escritura se hace mención de él con frecuencia de varios modos, según el uso que de él se haga. Aquí se habla del vino que tomado con moderación alegra el corazón del hombre, y cuya falta en ciertas ocasiones solemnes trae consigo tristeza. Por algo el Señor lo multiplicó en las bodas de Caná.
(2) La Vulgata: «La sobriedad es la salud del cuerpo y del alma.»
(3) La Vulgata: «El vino bebido en exceso es la amargura del alma.»

gastado, | es la música en el banquete.
8 Como anillo de oro con esmeralda engastada, | la melodía de la música en el festín.
(9). 10 Si eres joven, no hables, si no te vieres obligado; | sólo cuando por dos o tres veces fueres preguntado (1).
(11). 12 Abrevia el discurso diciendo mucho en pocas palabras, | y sé como quien sabiendo, sabe callar (2).
13 En medio de los grandes no te pavonees, | entre los ancianos no parlotees.
14 Como al trueno precede el relámpago, | así a la modestia precede la gracia.
15 Levántate a tiempo y no lo demores, | vete a tú casa y ocúpate en lo tuyo.
16 Si quieres, diviértete allí y obra a tu placer, | pero sin faltar a nadie con lenguaje insolente.
17 Y después bendice a tu Hacedor, | ya que te regaló con sus bienes.

La ley.

18 El que busca al Señor acepta la disciplina, | y el que a él acude es escuchado.
19 El que busca la ley obrará conforme a ella, | pero el hipócrita en ella tropezará.
20 Quien teme al Señor conocerá sus juicios, | y sus sentencias le serán antorcha luminosa.
21 El pecador rehuye la corrección, | y busca en la ley su capricho.
22 El sabio no oculta su sabiduría, | el soberbio y el burlón no tienen guarda de su lengua.
23 No hagas nada sin consejo, | y después de hecho no tendrás que arrepentirte.
24 No vayas por camino en que hay tropiezos, | y no tropieces dos veces en la misma piedra.
25 No te aventures en camino desconocido, | y ten cuidado con lo que pueda suceder.
(26). 27 En todas tus obras guarda tu alma, | pues en esto está la observancia de los preceptos.
28 Quien atiende a la ley guarda su alma, | y quien confía en el Señor no sufrirá menoscabo.

(1) La Vulgata: «Escucha en silencio, y tu actitud te ganará la estimación.»
(2) La Vulgata: «Si dos veces fueres preguntado, sea tu cabeza quien responda», o sea: responde con un movimiento de cabeza, es decir, en breves palabras.

33 1 Al que teme al Señor no le sobrevendrá la desgracia, | y si es puesto a prueba, el Señor le librará.
2 No es sabio quien no observa la ley, | y será agitado como nave en la tormenta.
3 El hombre sensato confía en la ley, | y la ley es para él fidedigna como la respuesta de los Urim (1).

El necio.

4 Reflexiona antes de responder, y serás escuchado; | recoge tus pensamientos y responde.
5 Rueda de carro es el corazón del necio, | y como eje que gira, su razonamiento.
6 El amigo burlón es como caballo semental; | relincha, cualquiera que sea quien le monte.

Diversas condiciones de los hombres.

7 ¿Por qué un día es distinto de otro día, | mientras la luz todo el año procede del sol?
8 Es la sabiduría del Señor la que los diferencia,
9 Y muda los tiempos y trae las fiestas.
10 A unos los distinguió y los santificó, | a otros los puso en el número de los días comunes. | Todo hombre viene del polvo, | y de la tierra fué creado Adan,
11 Pero con su gran sabiduría los distinguió el Señor, | y les fijó diferentes destinos,
12 A unos los bendijo y ensalzó, | los santificó y allegó a sí. | A otros los maldijo y los humilló, | y los derribó de su lugar.
13 Como el barro en manos del alfarero,
14 Que le señala el destino según su voluntad, | así son los hombres en las manos de su Hacedor, | que hace de ellos según su voluntad.
15 Enfrente del mal está el bien, | y enfrente de la muerte la vida; | así enfrente del justo, el pecador.

(1) Los *Urim* y *Tummim* era el oráculo empleado por el sumo sacerdote para consultar a Dios.

Considera de este modo todas las obras del Altísimo, | de dos en dos, una enfrente de la otra.

Epílogo del autor.

16 Y yo, he llegado el último de todos, | como quien anda al rebusco después de la vendimia.
17 Mas por la bendición del Señor me aventajé a otros, | y llené como los vendimiadores mi lagar.
18 Ved que no trabajé para mí solo, | sino para todos los que buscan la sabiduría.
19 Oídme, pues, los grandes del pueblo, | los que presidís la asamblea, prestadme atención.

De no ceder los bienes hasta la muerte.

20 Ni a tu hijo, ni a tu mujer, ni a tu hermano, ni a tu amigo, | des poder sobre ti en toda tu vida, | ni entregues a otro tus bienes, | no sea que luego tengas que pedirles a ellos.
21 Mientras en ti hay aliento de vida, | a nadie dejes tu puesto;
22 Porque mejor es que te rueguen tus hijos, | que no verte en poder de ellos.
23 En todo lo que haces sé el dueño,
24 No eches manchas en tu honor. | Al fin de los días de tu vida, | al tiempo de la muerte, distribuye tu heredad.
25 El forraje, el palo y la carga para el asno; | el pan, la corrección y el trabajo para el siervo.

El siervo.

26 Haz trabajar a tu siervo y tendrás descanso; | déjale sueltas las manos y buscará la libertad.
27 Como el yugo y las coyundas hacen doblar el cuello,
28 Así al siervo malévolo el azote y la tortura. | Hazle trabajar y no le dejes ocioso,
29 Que la ociosidad enseña muchas maldades.
30 Imponle el trabajo según lo que convenga, | y si no obedeciere, métele en el cepo. | No te excedas con nadie, | y no hagas nada sin discreción.
31 Si tienes un siervo, trátale como a ti mismo; | es para ti tan necesario como tú mismo. | Si tienes un siervo, trátale como a ti mismo, | no te enfurezcas contra tu propia sangre (1).
32 Si le maltratas y maldiciéndote huye, | ¿por qué camino le buscarás?

Variedad de los sueños.

34 1 Vanas y engañosas son las esperanzas del insensato, | y los sueños exaltan a los necios.
2 Como el que quiere coger la sombra o perseguir al viento, | así es el que se apoya en sueños.
3 El que sueña es como quien se pone frente a sí, | frente a su rostro tiene la imagen del espejo.
4 ¿De fuente impura puede salir cosa pura, | y de la mentira puede salir verdad?
5 Cosa vana son la adivinación, los agüeros y los sueños, | lo que esperas, eso es lo que sueñas. | A no ser que los mande el Altísimo a visitarte, | no hagas caso de los sueños.
7 A muchos extraviaron los sueños, | y quedaron defraudados los que les dieron fe.
8 Cumple la ley sin regateos, | que la sabiduría perfecta está en la boca fiel.

La experiencia.

9 El hombre instruído sabe muchas cosas, | y el muy experimentado puede enseñar.
10 El que no ha sido probado sabe muy poco, | y el que ha corrido mucho es rico en experiencia.
(11). 12 Yo he visto mucho en mis correrías | y sé mucho más de lo que digo (2).
13 Con frecuencia estuve en peligro de muerte, | pero me salvé gracias a mi experiencia.

Dios protector de los que le temen.

14 Vivirá el espíritu de los que temen al Señor,

---

(1) Este texto es oscuro. La Vulgata lo aclara un poco, diciendo: «Si tienes un siervo fiel», etc.
(2) La Vulgata: «El que no ha sido tentado, ¿qué puede saber? Pero el que una vez fué engañado se hará cauteloso.»

15 Porque su esperanza se apoya en quien salva.
16 El que teme al Señor de nada temerá, | y no se desalienta, porque él es su esperanza.
17 Dichosa el alma que teme al Señor.
18 ¿En quién se apoya, quién es su sostén?
19 Los ojos del Señor están puestos sobre los que le aman. | Es su fuerte escudo, su apoyo poderoso, | abrigo contra el solano, contra el ardor del mediodía,
20 Guarda contra el tropiezo, auxilio contra la caída. | El eleva el alma y alumbra los ojos, | da la salud, la vida y la bendición.

El culto grato a Dios.

21 El que sacrifica de lo mal adquirido hace una oblación irrisoria, | y no son gratas las oblaciones inicuas. (22). 23 No se complace el Altísimo en las ofrendas de los impíos, | ni por la muchedumbre de los sacrificios perdona los pecados (1).
24 Como quien inmola el hijo a la vista de sus padres, | así el que ofrece sacrificios de lo robado a los pobres.
25 Su escasez es la vida de los indigentes, | y quien se la quita es un asesino.
26 Mata al prójimo quien le priva de la subsistencia,
27 Y derrama sangre el que retiene el salario del jornalero.
28 Si uno edifica y otro destruye, | ¿qué provecho sacan, si no es la fatiga?
29 Si uno ora y otro maldice, | ¿a cuál de los dos va a escuchar el Señor?
30 Si uno se lava por un muerto y vuelve a tocarlo, | ¿qué le aprovecha su lavatorio?
31 Como si uno ayuna por sus pecados, | y luego vuelve a cometerlos, | ¿quién oirá su oración, | y qué le aprovechará el haber ayunado?

35 1 Quien observa la ley, ése es el que ofrece ricas ofrendas.
2 El sacrificio saludable es guardar los preceptos.
(3). 4 Ser agradecido a Dios es ofrecer flor de harina | y practicar la limosna es ofrecer sacrificio de alabanza (1).
5 Se complace al Señor apartándose del mal, | y se obtiene el perdón apartándose de la injusticia.
6 No te presentes ante el Señor con las manos vacías,
7 Porque así te está mandado.
8 La ofrenda del justo hace pingüe el altar, | y su buen olor llega ante el Altísimo.
9 El sacrificio del justo es acepto, | y su memoria de recordación no será olvidada.
10 Honra al Señor con corazón generoso, | y no disminuyas las primicias de tus manos.
11 Ofrece todos tus dones con rostro alegre, | y con alegría consagra los diezmos.
12 Da al Altísimo según lo que él te da, | y da con ánimo generoso lo que puedas,
13 Porque el Señor es generoso en recompensar, | y te pagará al séptuplo.
14 No pienses en sobornar al Señor, porque no recibirá tus dones;
15 Y no confíes en sacrificios injustos, | porque justo es el Señor, | y no hay en él acepción de personas.
16 No toma partido contra el pobre | y escucha la oración del oprimido.
17 Jamás desdeña la súplica del huérfano, | ni la de la viuda, si ante él derraman sus quejas.
18 ¿No corren las lágrimas de la viuda por sus mejillas, | y su clamor no se dirige contra el que las hace correr?
(19). 20 El que sirve al Señor devotamente, halla acogida | y su oración subirá hasta las nubes (2).

Castigo de los opresores de Israel.

21 La oración del humilde traspasa las nubes, | y no descansa hasta llegar a Dios, | ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada. | Juzgará el Señor y ejecutará su fallo,
22 No se hará esperar, | y sin misericordia, | hasta aplastar a los opresores.

(1) La Vulgata: «Sólo el Señor basta a los que esperan en El en el camino de la verdad y de la justicia.»

(1) La Vulgata: «Es ofrecer un sacrificio por las injusticias y orar por los pecados el apartarse de la injusticia.»
(2) La Vulgata: «De sus mejillas suben hasta el cielo, y el Señor que las oye no se complacerá en ellos.»

23 Y hará venganza en las gentes, | hasta aniquilar al ejército de los prepotentes | y romper el cetro de los inicuos;
24 Hasta dar al hombre según sus obras | y remunerarle conforme a sus intenciones;
25 Hasta defender la causa de su pueblo | y alegrarlos con su misericordia.
26 Hermosa es la misericordia en el tiempo de la tribulación, | como las nubes cargadas de agua en tiempo de sequía.

Oración por la restauración de Israel.

36 1 Ten piedad de nosotros, Señor Dios del universo, y míranos;
2 Infunde tu temor en todas las naciones;
3 Levanta tu mano sobre los pueblos extraños | y haz que sientan tu poder.
4 Como a su vista te santificaste en nosotros, | así a vista nuestra santifícate en ellos (1):
5 Para que te conozcan como nosotros te conocemos, | y sepan que no hay Dios, Señor, fuera de ti.
6 Renueva los antiguos prodigios y repite los portentos;
7 Glorifica tu mano y tu brazo derecho;
8 Despierta tu ira y derrama tu cólera;
9 Destruye al adversario y aplasta al enemigo;
10 Apresura el tiempo y acuérdate de tus promesas, | y sean celebradas tus hazañas.
11 Sea devorado el que intenta escapar al fuego de tu cólera, | y caigan en la ruina los que maltratan a tu pueblo.
12 Aplasta las cabezas de los príncipes enemigos, | que dicen: «No hay nadie fuera de nosotros.»
13 Congrega a todas las tribus de Jacob, | y dales su heredad como de antiguo. | Ten piedad, Señor, del pueblo que lleva tu nombre, | de Israel, a quien hiciste tu primogénito.
15 Compadécete de tu ciudad santa, | de Jerusalén, la ciudad de tu morada.
16 Llena a Sión de tu majestad, | y al templo de tu gloria.
17 Da testimonio a los que hiciste desde el principio, | y cumple las promesas hechas en tu nombre.
18 Da su recompensa a los que esperan en ti, | y sean hallados verdaderos tus profetas. | Escucha, Señor, la plegaria de los que te invocan,
19 Según la bendición de Arón sobre tu pueblo; | y conozcan todos los moradores de la tierra | que tú, Señor, eres Dios por los siglos (1).

(1) Es un pensamiento frecuente en los profetas. El Señor, castigando a Israel y mandándolo al cautiverio, salió por su honor ultrajado a la faz de las naciones, ahora pide que ejerza su justicia en éstas para que Israel se dé cuenta de ello.

Elección de la mujer.

20 El estómago recibe todos los manjares, | pero hay unos manjares mejores que otros.
21 El paladar distingue los manjares desabridos, y el corazón discreto las palabras mentirosas.
22 El corazón perverso causa dolor, | pero el hombre muy probado lo calma.
23 La mujer acepta el marido que le dan, | habiendo entre ellos unos mejores que otros.
24 La belleza de la mujer alegra el rostro al marido, | y aumenta en el hombre el deseo de poseerla.
25 Si tiene palabras amables y suaves, | su marido es dichoso.
26 El que tiene una mujer tiene un gran bien, | ayuda a él conveniente y columna en que apoyarse.
27 Donde no hay valla es depredada la hacienda, | y donde no hay mujer anda el hombre gimiendo y errante.
28 ¿Quién se fía de banda armada, | que corre de ciudad en ciudad? | Así tampoco del hombre que no tiene hogar, | y duerme donde le coge la noche.

El verdadero y el falso amigo.

37 1 Todo amigo dice: «Soy tu amigo»; | pero hay muchos que no lo son más que de nombre.
2 ¿No es una pena mortal | hacerse enemigo al amigo?
3 ¡Ay del mal amigo! ¿Por qué ha sido creado, | para llenar la tierra de engaños?
4 Al tiempo de la alegría es ami-

(1) En Num. 6, 24, se ordena al sacerdote bendecir al pueblo con esta fórmula: «Que el Señor os bendiga y os conserve; que haga brillar sobre vosotros la luz de su rostro y tenga piedad de vosotros; que él vuelva a vosotros su rostro y os dé la paz.»

go; | pero al tiempo de la tribulación se vuelve.
6 El buen amigo lucha al lado de su amigo, | y embraza el escudo contra el enemigo.
6 No eches en olvido al amigo en la lucha, | y no le des de lado al tomar el botín.

Los buenos y los malos consejeros.

7 El consejero mantiene su consejo, | pero hay quien aconseja en interés propio.
8 No te fíes de consejeros; | Mira antes de qué necesitan, | no te aconsejen en provecho suyo:
9 No te echen el lazo
10 Y te digan: «Este es el buen camino», | y se te opongan causando tu desgracia.
11 No te aconsejes de quien te envidia, | ni descubras tus planes a tu émulo.
12 Con la mujer no trates de su rival, | ni de la guerra con el tímido, | ni del cambio con el comerciante, | ni de la venta con el comprador, | ni del agradecimiento con el desagradecido,
13 Ni de la misericordia con el duro corazón, | ni de obra alguna con el obrero perezoso,
14 Ni del producto cosechado con el ajustado por año, | ni de ninguna tarea con el siervo perezoso, | ni te apoyes en ninguno de ellos para resolver.
15 Trata más bien con el varón piadoso, | de quien sabes que guarda los preceptos;
16 Cuyo corazón es semejante al tuyo | y que te compadecerá si te ve caído;
17 Y permanece firme en lo que resuelvas | porque ninguno será para ti más fiel que él.
18 El alma del hombre anuncia esas cosas, | mejor que siete centinelas puestos en atalaya.
19 Y en todas ellas ora al Altísimo, | para que te dirija por la senda de la verdad.

La verdadera y la falsa sabiduría.

20 El fundamento de toda obra es la resolución; | a toda empresa preceda el consejo.
21 La raíz de los consejos es el corazón, | y de él proceden cuatro ramas; | el bien y el mal, la vida y la muerte; | y entre ellas decide siempre la lengua.
22 Hay varón prudente, maestro de muchos, | pero inútil para sí mismo.
23 Y hay sabio que con sus palabras se hace odioso | y es excluído de todo festín,
24 Porque no recibió del Señor la gracia.
25 Hay quien es sabio para sí mismo, | y su sabiduría es en provecho de su cuerpo.
26 El varón sabio instruye a su pueblo, | y los frutos de su inteligencia a ellos aprovechan.
27 El varón sabio es colmado de bendiciones, | todos cuantos le ven le felicitan.
28 La vida del hombre se limita a un escaso número de días, | pero los días de Israel son innumerables.
29 El varón sabio heredará en su pueblo el honor, | y su nombre vivirá por los siglos.

La templanza.

30 Hijo, sobre tu vida consulta a tu alma, | mira lo que le es dañoso y no se lo des;
31 Porque no todo conviene a todos, | ni a todos les gusta todo.
32 No seas insaciable en el festín suntuoso, | y no te eches sobre los manjares exquisitos;
33 Porque en los muchos manjares anida la enfermedad, | y la intemperancia lleva hasta el vómito.
34 A muchos acarreó la muerte su intemperancia, | y el que se abstiene prolonga su vida.

El médico.

38 1 Atiende al médico antes que lo necesites, | que también él es hijo del Señor.
2 Pues del Altísimo tiene la ciencia de curar, | y el rey le hace mercedes.
3 La ciencia del médico le hace andar erguido, | y es admirado de los príncipes.
4 El Señor hace brotar de la tierra los remedios, | y el varón prudente no los desecha.
5 ¿No endulzó el agua amarga con el leño, | para dar a conocer su poder?
6 El mismo dió a los hombres la

ciencia, | para mostrarse glorioso en sus maravillas.
7 Con los remedios el médico da la salud y calma el dolor. | El boticario hace sus mezclas, | para que la criatura de Dios no perezca,
8 Y por él se difunde y se conserva la salud entre los hombres.
9 Hijo mío, si caes enfermo, no te impacientes; | ruega al Señor y él te sanará.
10 Huye del pecado y la parcialidad, | y purifica tu corazón de todo pecado.
11 Ofrece el incienso y la oblación de flor de harina; | inmola víctimas pingües, las mejores que puedas,
12 Y llama al médico; porque el Señor le creó, | y no le alejes de ti, pues te es necesario.
13 Hay ocasiones en que acierta;
14 Porque también él oró al Señor, | para que le dirigiera en procurar el alivio | y la salud, para prolongar la vida del enfermo.
15 El que peca en presencia de su Hacedor, | caerá en manos del médico.

El culto de los muertos.

16 Hijo mío, llora sobre un muerto, | haz luto y canta lamentaciones, | amortájale según su condición, | y no dejes de darle sepultura.
17 Llora amargo llanto, suspira ardientemente;
18 Y según la condición del muerto, haz su duelo, | un día o dos para no ser puesto en lenguas, | y luego consuélate y da fin a tu tristeza;
19 Porque de la tristeza se origina la muerte, | y la tristeza del corazón consume el vigor.
20 Con la sepultura del muerto debe cesar la tristeza, | pues la vida afligida hace mal (1).
21 No te acuerdes ya más de él, | aléjalo de la memoria y piensa en lo porvenir.
22 No pienses más en él, pues no hay retorno, | que al muerto no le aprovecha y a ti te hace daño.
23 Piensa en su destino, pues el suyo será el tuyo, | el suyo ayer, mañana el tuyo.
24 Con el descanso del muerto descanse su memoria, | y consuélate de su partida.

El escriba y el artesano.

25 La sabiduría del escriba se acrecienta con el bienestar, | pues el que no tiene otros quehaceres puede llegar a ser sabio.
26 ¿Cómo puede ser sabio el que tiene que manejar el arado, | y pone su gloria en esgrimir la ahijada, | aguijoneando a los bueyes y ocupándose en sus trabajos, | y siendo su trato con los hijos de los toros?
27 Pone todo su empeño en trazar derechos los surcos, | y su desvelo en procurar forraje para los novillos.
28 Lo mismo digamos del carpintero o del albañil, | que trabaja día y noche; | de los que graban los sellos | y se aplican a inventar variadas figuras, | y ponen toda su atención en reproducir el dibujo, | y se desvelan por ejecutarlo fielmente.
29 Lo mismo digamos del herrero, que junto al yunque considera el hierro bruto, | a quien el calor del fuego tuesta las carnes, | y que resiste perseverante el ardor de la fragua,
30 El ruido del martillo ensordece sus oídos, | y sus ojos están puestos en la obra;
31 Su pensamiento está en acabarla bien, | y su desvelo en sacarla a la perfección.
32 Lo mismo digamos también del alfarero, que sentado a su tarea | da vueltas al torno con los pies, | tiene siempre la preocupación de su obra | y de cumplir la tarea fijada;
33 Con sus manos modela la arcilla | y con sus pies ablanda su dureza; | pone su atención en acabar el vidriado, | y su diligencia en calentar el horno.
35 Todos éstos tienen su vida fiada a sus manos, | y cada uno es sabio en su arte.
36 Sin ellos no podría edificarse una ciudad;
37 Pero ellos ni viajan a países extraños, ni se pasean por las plazas, | ni se levantan en las asambleas sobre los otros;
38 Ni se sientan en la silla del juez, | porque no entienden las ordenanzas de las leyes; | ni son capaces de interpretar la justicia y el derecho, | ni

(155) Los orientales son muy extremosos en sus manifestaciones de duelo; v. gr., Moisés fué llorado por espacio de treinta días (Deut. 34, 8).

se cuentan entre los que inventan parábolas.
39 Son, sí, expertos en sus labores materiales, | y su pensamiento mira a las obras de su arte. | Muy de otro modo que el que aplica su espíritu | a meditar en la ley del Altísimo.

39 1 Este investiga la sabiduría de todos los antiguos, | y dedica sus ocios a la lectura de los profetas.
2 Guarda en la mente las historias de los hombres famosos; | penetra en lo intrincado de las parábolas;
3 Investiga el sentido recóndito de los enigmas | y se ocupa en descifrar las sentencias oscuras.
4 Sirve en medio de los grandes; | se presenta ante el príncipe;
5 Recorre tierras extrañas, | para conocer lo bueno y lo malo de los hombres.
6 Madruga de mañana, para dirigir su corazón | al Señor que le creó, | para orar en presencia del Altísimo.
7 Abre su boca en la oración y ruega por sus pecados;
8 Y si le place al Señor soberano, | le llenará del espíritu de inteligencia.
9 Como lluvia derrama las palabras de sabiduría, | y en la oración alaba al Señor.
10 Dirige su voluntad y su inteligencia | a meditar los misterios de Dios.
11 Publica las enseñanzas de su doctrina, | y se gloriará en conocer la ley de la divina alianza.
12 De muchos será alabada su inteligencia, | y jamás será echado en olvido.
13 No se borrará su memoria, | y su nombre vivirá de generación en generación.
14 Los pueblos cantarán su sabiduría, | y la asamblea pregonará sus alabanzas.
15 Mientras viva, su nombre será más ilustre que mil, | y cuando descanse crecerá más su gloria.

Bondad de las obras de Dios.

16 Después de haber meditado, quiero exponer mis reflexiones, | pues como luna llena, estoy lleno de sabiduría.
17 Oídme, hijos piadosos, y floreceréis | como rosal que crece junto al arroyo.
18 Derramad suave aroma como incienso,
19 Y echad flores como el lirio, | exhalad perfume suave y entonad cánticos de alabanza. | Bendecid al Señor en todas sus obras
20 Y ensalzad su nombre, | y unís en la confesión de sus alabanzas, en cantar con vuestros labios y las arpas. | Alabadle así con alta voz:
21 Las obras del Señor son todas muy buenas, | cuanto él quiere es a su tiempo. | No ha lugar a decir: «Es peor esto que aquello», | porque a su tiempo todo es conveniente.
22 A una palabra suya se amontonaron las aguas, | y a una orden de su boca se formaron los depósitos de las aguas.
23 A un mandato suyo se realiza todo lo que él quiere, | y no hay quien impida su obra de salud.
24 Las obras de todos los hombres están delante de él, | y nada se oculta a sus ojos.
25 De un cabo al otro del mundo se extiende su mirada, | y nada hay admirable para él.
26 No ha lugar a decir: «¿Qué es esto, para qué esto?» | Todas las cosas fueron creadas para sus fines.
27 Su bendición es como Nilo desbordado,
28 Y como el Eufrates riega la tierra seca. | Del mismo modo derrama su ira sobre las naciones
29 Y torna las aguas en salinas. | Sus caminos para los justos son rectos, | para los inicuos son tropiezos.
30 Las cosas buenas fueron creadas desde el principio para los buenos, | así como las malas para los pecadores (1).
31 Son cosas de toda necesidad para la vida del hombre | el agua, el fuego, el hierro, la sal, | el trigo, la miel y la leche, | el vino, el aceite y el vestido.
32 Todas estas cosas son buenas para los piadosos, | mas para los pecadores se convierten en malas.
33 Hay vientos destinados a la venganza; | descargan con furia sus azotes,
34 En el día de la ira despliegan su poder | y aplacan la cólera del que los hizo.
35 El fuego y el granizo, el hambre

(1) Dios creó todas las cosas buenas y para bien del hombre. Los justos se atienen a esta norma divina, mientras que los malos, usando de ellas mal, las hacen malas para sí mismos.

y la mortandad, | todos estos son instrumentos de venganza.
36 Las fieras, los escorpiones, las víboras | y la espada vengadora, son para exterminio de los impíos.
37 En cumplir los mandatos de Dios se gozan, | y se hallan prontos en la tierra para su ministerio; | cuando llega el día no traspasan el mandato.
38 Por esto desde el principio me confirmé en este juicio, | y lo medité y lo consigné por escrito.
39 Las obras del Señor todas son buenas, | y llegada la hora, todas cumplen su destino.
40 Y no hay que decir: «Esto es peor que aquello», | porque a su tiempo, todas las cosas cumplirán su fin.
41 Y ahora de todo corazón cantad con vuestra boca | y bendecid el nombre del Señor.

Miseria de la vida humana.

40 1 Una penosa tarea se impuso a todo hombre, | y un pesado yugo oprime a los hijos de Adán, | desde el día que salen del seno de su madre, | hasta el día en que vuelven a la tierra, madre de todos:
2 Los pensamientos y los temores de su corazón, | y la continua espera del día de la muerte.
3 Desde el que glorioso se sienta en el trono, | hasta el humillado en la tierra y el polvo;
4 Desde el que lleva púrpura y corona, | hasta el que viste groseras pieles; | la cólera, la envidia, la turbación, el temor, | la ansiedad de la muerte, la ira, y las querellas, | turban en sueños nocturnos su corazón,
5 Y en el tiempo del descanso en el lecho, | los sueños de la noche alteran su mente.
6 Apenas descansa un poco, casi nada, | y luego se queda dormitando como en día de guardia,
7 Se siente turbado con las visiones de su corazón, | como fugitivo que huye del enemigo. | Cuando despierta, se ve a salvo | y se admira de sus terrores.
8 En toda carne, desde el hombre hasta la bestia, | se da esto; pero siete veces más a los pecadores | se les añade:
9 Peste y sangre, fiebre y espada, discordia, | devastación, ruina y violencia, hambre y plagas.
10 Todas estas cosas fueron creadas por los inicuos, | y por ellos vino el diluvio.

Los bienes de los impíos.

11 Todo lo que viene de la tierra, a la tierra vuelve, | y lo que viene de las aguas, va al mar.
12 El soborno y la injusticia serán borrados, | pero la honradez permanece para siempre.
13 Las riquezas de los malvados se secarán como torrente, | que muge cuando al llover entre truenos
14 Crecido arrastra peñascos; | pero pronto se seca, le viene su fin.
15 La posteridad de los impíos no echará brotes, | pues las raíces malvadas están sobre roca escarpada.
16 Como berro que nace a la orilla de las aguas, | es arrancado antes que toda otra hierba.

Lo mejor.

17 La beneficencia no es nunca conmovida, | y la limosna perdura por siempre.
18 La vida con vino y licor es dulce; | pero mejor que con estas dos cosas, con hallar un tesoro.
19 La educación de los hijos y la construcción de una ciudad dan fama duradera, | más todavía tener una mujer sabia.
20 El vino y la música alegran el corazón, | pero sobre ambas cosas está el amor de la sabiduría.
21 La flauta y el arpa hacen agradable el canto, | pero sobre ambas cosas está la lengua blanda.
22 La gracia y la belleza son delicia de los ojos, | pero sobre ambas cosas está el verdor del campo.
23 El amigo y el camarada son útiles a su tiempo, | pero sobre ambos está la mujer prudente para el marido.
24 Los hermanos y parientes para el tiempo de la tribulación, | pero más que unos y otros es salvadora la limosna.
25 El oro y la plata son pie firme, | pero sobre ambas cosas es estimado el consejo.
26 Las riquezas y la fuerza levantan el corazón, | pero sobre ambas cosas está el temor de Dios.

27 No hay penuria para el que teme
al Señor, | con él no hay necesidad
de buscar apoyos.
28 El temor del Señor es como un
paraíso de bendiciones, | y como bal-
daquino sobremanera glorioso.

La mendicidad.

29 Hijo mío, no seas mendigo, | mejor es morir que mendigar.
30 El hombre que mira con ansias
a la mesa ajena, | vive una vida que
no se debe tener por vida. | Mancha
su alma con manjares extraños,
31 Que son tormento para el varón
sabio e inteligente.
32 Para el mendigo es dulce la mendicidad, | pero es fuego que le abrasa
las entrañas.

La muerte.

41 1 ¡Oh muerte, cuán amarga es tu
memoria, | para el hombre que
se siente satisfecho con sus riquezas;
2 Para el hombre a quien todo sonríe y en todo prospera, | y que aún
puede disfrutar de los placeres!
3 ¡Oh muerte, bueno es tu fallo, |
para el indigente y agotado de fuerzas;
4 Para el cargado de años y de
cuidados, | quebrantado de ánimo y
sin esperanza!
5 No temas el fallo de la muerte: |
acuérdate de los que te precedieron
y los que te seguirán, | y que éste es
el juicio del Señor sobre toda carne.
6 ¿Por qué rebelarte contra el fallo
del Altísimo? | Que vivas diez, cien
o mil años,
7 En el Ades no hay disputas sobre
la duración de la vida.

La descendencia de los impíos.

8 Descendencia abominable es la
de los pecadores, | y generación de
necios la que mora en la casa del
impío.
9 La herencia de los hijos de los
pecadores se arruinará, | y lo que
quedará a su linaje es el oprobio.
10 Al padre impío le ultrajan sus
hijos, | porque a causa de él viven
ellos en oprobio.
11 ¡Ay de vosotros, hombres impíos, | que abandonáis la ley del Dios
altísimo!
12 Si tenéis prole será para vuestro
daño, | y si engendráis será para
lamentarlo.
13 Cuanto viene de la tierra a la
tierra ha de volver, | así los impíos
van de la maldición a la ruina.
14 El cuerpo del hombre es vanidad; | el buen nombre no será borrado.
15 Ten cuidado de tu nombre, que
permanece, | más que de millares de
tesoros.
16 Los días de vida feliz son contados, | pero los del buen nombre
son innumerables.
17b Sabiduría escondida y tesoro
oculto, | ¿qué aprovechan una y otro?
18 Mejor es quien oculta su necedad, | que quien oculta su sabiduría.

La verdadera y falsa vergüenza.

17a Observad, hijos míos, la disciplina del pudor;
19 Sed pudorosos conforme a mis
palabras.
20 Pero no es laudable avergonzarse
de todo, | ni todo pudor merece aprobación.
21 Avergonzaos de la fornicación
ante vuestros padres,
22 Y de la mentira ante el juez y
el príncipe; | del fraude ante el amo
y el ama, | y de la traición ante la
asamblea y ante el pueblo.
23 De la injusticia ante el compañero y el amigo,
24 Y del robo ante tus convecinos; |
de haber quebrantado un juramento
y un pacto; | de apoyar a la mesa el
codo sobre el pan, | y del vituperio
por las cuentas que haya que dar.
25 De no responder a un saludo, |
de fijar la mirada sobre mujer ajena;
27 De acercarte a su criada y de
apoyarte en su lecho;
26 De apartar el rostro de un pariente; | de apropiarte dones y obsequios;
28 De las palabras de ultraje a los
amigos, | y de reprocharles después
de haberles dado algo.

42 1 De divulgar lo que has oído |
y de revelar secretos. | De estas
cosas has de avergonzarte con razón, |
y hallarás gracia ante todos los hombres. | Pero he aquí de qué no te has
de avergonzar | ni tener temor de
hacerlo:
2 De la ley del Altísimo y de su

alianza; | de la condenación pronunciada contra el impío;
3 De arreglar las cuentas con el amo y con el compañero, | y de la partición de una herencia o de una propiedad;
4 De la justeza en la balanza y en los pesos, ni de comprobar el peso y la medida,
5 Ni de comprar poco o mucho, | ni de ajustar el precio con el vendedor; | ni de corregir con frecuencia a los hijos, | ni de azotar hasta la sangre al siervo rebelde;
6 Ni de sellar la puerta de la casa donde hay una mala mujer, | ni de echar la llave donde hay muchas manos;
7 De marcar lo que deposites, | y anotar en libro con cuidado lo que des o recibas;
8 Ni de reprender al insensato y al necio, | y aun al anciano sospechoso de liviandad. | Así serás verdaderamente honrado de todos, | y tendrás la aprobación de todos.

Los cuidados por la hija.

9 Una hija es para el padre un tesoro que hay que guardar, | un cuidado que quita el sueño, | porque en su juventud no sea violada | y no sea aborrecida después de casada;
10 En su doncellez no sea deshonrada, | y se vea encinta en la casa de su padre; | que no sea infiel al marido, | y bien casada sea estéril.
11 Hijo mío, sobre la hija atrevida refuerza la vigilancia, | no te haga escarnio de tus enemigos, | fábula de la ciudad, objeto de burla entre el pueblo, | y te avergüence en medio de la muchedumbre. | Que su habitación no tenga ventana, | ni en la alcoba donde por la noche duerme haya entrada que dé a ella,
12 Que no muestre su belleza a ninguno, | ni tenga trato íntimo con mujeres.
13 Porque de los vestidos sale la polilla, | y de la mujer la maldad femenil.
14 Mejor es la rudeza del varón que la mujer zalamera, | y la hija deshonrada es el oprobio de los padres.

Las obras de Dios.

15 Voy a traer a la memoria las obras del Señor | y a pregonar lo que he visto. | Por la palabra del Señor existe todo, | y todo cumple su voluntad según su ordenación:
16 El sol sale y lo alumbra todo, | y la gloria del Señor se refleja en todas sus obras.
17 No pueden los santos enumerar suficientemente | ni contar todas sus maravillas. | El Señor fortaleció a todos sus ejércitos angélicos, | para asistir delante de su gloria.
18 El investiga el abismo y el corazón del hombre, | y penetra todas sus reconditeces.
19 Conoce lo pasado y lo venidero, | aun lo más oculto.
20 No hay pensamiento que se le escape, | ni palabra oculta para él.
21 El ordenó la grandeza de su sabiduría, | es uno y el mismo desde la eternidad;
22 Nada tuvo que añadir ni quitar, | y no necesitó consejo de nadie.
23 ¡Cuán deleitables son todas sus obras! | Y es sólo como una chispa lo que de ellas podemos conocer.
24 Todo vive y permanece para siempre, | y todo le obedece.
25 Difieren todas unas de otras, | y no hay nada inútil.
26 Uno contribuye al bien del otro, | ¿quién se saciará de admirar su belleza?

El sol.

43 1 Magnífico es en las alturas el firmamento, | y es bellísimo el aspecto de los cielos.
2 Sale el sol e irradia su calor, | criatura admirable, obra del Altísimo.
3 Al mediodía abrasa la tierra, | ¿y quién puede resistir sus ardores?
4 Necesita el artesano soplar el horno para las obras que requieren fuego, | pero tres veces más abrasa el sol los montes. | Sus rayos abrasan el orbe, | sus resplandores deslumbran los ojos.
5 Grande es el Señor, que le hizo, | y por cuya virtud acelera el sol su carrera.

La luna y las estrellas.

6 También la luna brilla siempre a sus tiempos, | para señalar perpetuamente su sucesión.
7 Por la luna conocemos los días de fiesta, | y mengua cuando ha llegado a su plenitud.

8 En la luna nueva, según su nombre, se renueva, | y en sus varios cambios crece maravillosamente.
9 Es prenda escogida de los ejércitos de las alturas, | al resplandecer en el firmamento de los cielos.
10 Hermosura del cielo es el resplandor de las estrellas, | brillante adorno de las alturas del Señor.
11 Por la palabra del Santo guardan su ordenanza, | y no se cansan de hacer la centinela.

Los fenómenos meteorológicos.

12 Pon la vista en el arco iris y bendice al que lo hizo. | ¡Qué hermoso es por su esplendor!
13 Con su círculo luminoso abarca el cielo; | le tendieron las manos del Altísimo.
14 El poder de Dios dirige al rayo | y hace volar sus saetas justicieras.
15 Para este fin abre el almacén de sus tesoros | y hace volar como aves las nubes.
16 Con su poder las condensa | y desmenuza las pedrezuelas del granizo.
18 A la voz de su trueno retiembla la tierra,
17 Se estremecen los montes. | A su orden sopla el viento solano, | el aquilón y el torbellino.
19 Como turbiones de aves hace volar la nieve, | que se posa en la tierra como la langosta,
20 Y con su blancura deslumbra los ojos, | y de verla caer el corazón se extasía.
21 Derrama como sal la escarcha, | que se endurece como puntas de espino.
22 Hace soplar el viento frío del norte, | y el agua se endurece y se convierte en cristal. | Se forma en los estanques una costra, | que los cubre como coraza.
23 Devora los montes y abrasa el desierto, | y como fuego quema todo verdor.
24 Remedio pronto de estos males es una niebla, | el rocío para empapar la tierra seca.
25 Hizo que el mar se hundiera. | Según su decisión, depositó en el fondo los abismos | y en medio de él las islas.
26 Los que navegan por el mar cuentan su inmensidad, | y al oírlos nos pasmamos.
27 Se ven allí obras de las más maravillosas y espantables, | mil géneros de animales y monstruos marinos.
28 El Señor da a los navegantes buen suceso, | y por su palabra tiene éxito el viaje. | Todo lo ordena su voluntad.

Las obras de Dios superan toda alabanza.

29 Mucho más diría y no acabaría, | y el resumen de nuestro discurso será: «El lo es todo.»
30 Si quisiéramos dignamente alabarle, jamás llegaríamos, | porque él es mucho más grande que todas sus obras.
31 Es terrible el Señor, muy grande, | y su poder sobre toda admiración.
32 Cuantos alabáis al Señor, alzad la voz | cuanto podáis, que está muy por encima de vuestras alabanzas.
(33). 34 Los que le ensalzáis, cobrad nuevas fuerzas, | no os rindáis, que nunca llegaréis al cabo.
35 ¿Quién le vió y puede darle a conocer, | y quién puede engrandecerle tanto como él es?
36 Lo escondido de él es mucho más que todo esto, | pues lo que vemos de sus obras es muy poco.
37 El Señor ha creado todas las cosas, | y él dió la sabiduría a los justos.

Elogio de los patriarcas.

44 1 Alabemos a los varones gloriosos, | nuestros padres, que vivieron en el curso de las edades.
2 Grande gloria les confirió el Señor, | y magnificencia desde el principio.
3 Ejercieron en sus reinos el señorío, | y fueron famosos por su valor. | Consejeros de gran prudencia, | que todo lo veían en visiones proféticas.
4 Con sus consejos guiaron al pueblo, | y por su sabiduría fueron sus príncipes.
5 Sabios escritores | y autores de sentencias llenas de doctrina; | inventores de melodías musicales | y compositores de poemas y proverbios;
6 Ricos, llenos de gran poder, | que en sus moradas gozaron pacíficamente de sus bienes,

7 Fueron honrados entre sus coetáneos | e ilustres en sus días.
8 Muchos de ellos dejaron gran nombre, | para que se canten sus alabanzas.
9 También hubo otros de ellos de quienes no hay memoria, | que pasaron como si jamás hubieran sido, | y vinieron a ser como si no hubieran nacido, | y lo mismo sus hijos en pos de ellos.
10 Mas los primeros fueron hombres piadosos, | cuya justicia no cayó en el olvido.
11 La dicha perdura con su linaje,
12 Y su heredad pasó a los hijos de sus hijos. | Su linaje se mantiene fiel a la alianza,
13 Y sus hijos lo fueron por amor de ellos. | Por siempre permanecerá su descendencia | y no se borrará su gloria.
14 Sus cuerpos fueron sepultados en paz, | y su nombre vive de generación en generación.
15 Los pueblos se hacen lenguas de su sabiduría, | y la asamblea pregona sus alabanzas.

Enoc y Noé.

16 Enoc fué grato a Dios y trasladado, | ejemplo de piedad para las generaciones venideras.
17 Noé fué hallado enteramente justo, | y en el tiempo de la cólera fué ministro de reconciliación.
18 Por él se conservó un resto en la tierra | cuando ocurrió el diluvio;
19 Y mediante una señal eterna, Dios hizo con él alianza | de no borrar con el diluvio la humanidad.

Abraham e Isac.

20 Abraham fué padre de multitud de naciones, | y no hay semejante a él en la gloria, | que guardó la ley del Altísimo | y mediante un pacto vino a unirse con él.
21 En su carne llevó la señal del pacto, | y en la prueba fué hallado fiel.
22 Por eso le confirmó con juramento, | que los pueblos serían bendecidos en su descendencia, | y que le multiplicaría como el polvo de la tierra
23 Y como los astros sería levantado su linaje, | y que los heredaría desde un mar al otro mar | y desde el río hasta el cabo de la tierra
24 También a Isac le confirmó, por Abraham, su padre,
25 El pacto y la bendición de todos los hombres, | que él hizo descender sobre la cabeza de Israel.
26 En su bendición le prefirió | y le asignó la herencia de la tierra, | que dividió en porciones | y la repartió entre las doce tribus.
27 E hizo descender de él un varón piadoso | que halló gracia ante todos los hombres.

Moisés.

45 1 Amado de Dios y de los hombres, | Moisés, cuya memoria vive en bendición, | se hizo en la gloria semejante a los santos, | y le engrandeció haciéndole espanto de los enemigos. | Con su palabra hizo cesar los vanos prodigios, | y le honró en presencia de reyes. | Le dió preceptos para su pueblo | y le hizo ver su gloria.
4 Por su fe y mansedumbre | le escogió de entre toda carne.
5 Le hizo oír su voz | y le introdujo en la nube.
6 Cara a cara le dió sus preceptos, | la ley de vida y de sabiduría, | para enseñar a Jacob su alianza | y sus juicios a Israel.

Arón.

7 Elevó a Arón haciéndole santo, semejante a sí, | hermano de Moisés, de la tribu de Leví;
8 Y estableció con él una alianza eterna, | y le dió el sacerdocio del pueblo. | Le honró con ricos ornamentos,
9 Y le ciñó una túnica espléndida; le vistió con suntuosa magnificencia | y le destinó vestidos honrosos,
10 Los calzones, la túnica y el efod; | le rodeó de granadas de oro | y de muchas campanillas en torno,
11 Para que sonasen cuando él andaba, | y se oyera su sonido en el santuario, | para avisar a los hijos de su pueblo.
12 Le vistió con vestidos santos, tejidos de oro, púrpura y jacinto; | de púrpura roja, obra primorosa, | el pectoral del juicio, los urim y los tumim, | hecho de hilo de púrpura

escarlata, obra plumaria de hábil artista; | de piedras diversas talladas como los sellos, | engastadas en oro, obra de joyero, | para memoria por la escritura tallada, | según el número de las tribus de Israel.

14 Y le puso una corona de oro sobre la tiara, | y una diadema con esta inscripción grabada: «Santidad», | insignia de honor, obra magnífica, | placer de los ojos, obra de acabada belleza.

15 Antes de Arón nadie se vistió jamás ni se vestirá como él,

16 Ningún extranjero la vestirá, sino sólo sus hijos | y los que descienden de ellos por siempre.

17 Sus sacrificios serán ofrecidos | dos veces cada día perpetuamente.

18 Moisés le llenó las manos | y le ungió con el óleo santo.

19 Y fué esta consagración un pacto eterno, para él | y para su descendencia por los días del cielo, | para servir al Señor en el ejercicio del sacerdocio | y bendecir en nombre del Señor a su pueblo.

20 Entre todos los vivientes le escogió el Señor, | para que le presentase las ofrendas, | los perfumes y el buen olor para memoria, | a fin de hacer la expiación de su pueblo.

21 Y le dió sus preceptos, | y poder para decidir sobre la ley y el derecho, | para enseñar sus mandamientos a Jacob | e instruir en su ley a Israel.

22 Se levantaron contra él extraños, | y en el desierto le tuvieron envidia | los partidarios de Datán y Abirón, | y la banda de Coré con furia y cólera.

23 Viólo el Señor y se desagradó de ellos, | y en el ardor de su cólera los exterminó;

24 Hizo contra ellos prodigios | y los consumió con un fuego abrasador;

25 Y aumentó la gloria de Arón | asignándole una heredad; | y le dió en porción las primicias de los frutos de la tierra,

26b Y comer los sacrificios del Señor;

26a Y los panes de la proposición son su porción,

26c Que le dió a él y a su descendencia.

27 Sólo en la tierra no los heredó, | no tuvieron parte en medio del pueblo, | porque «él será tu porción y tu heredad».

28 Y Finés, hijo de Eleazar, fué el tercero en la dignidad, | por haber mostrado celo por el Dios del Universo,

29 Y por haber resistido en la defección del pueblo, | con la fortaleza de su corazón generoso, | haciendo así la expiación de Israel.

30 Por esto le fué confirmada por decreto | una alianza perpetua para servir en el santuario, | a fin de que él y su descendencia | tengan el sumo sacerdocio para siempre.

31 También Dios hizo una alianza con David, | hijo de Jesé, de la tribu de Judá; | su trono lo hereda su hijo ante Dios, | como la heredad de Arón pertenece a él y a su descendencia. | Bendecid, pues, al Señor, porque es bueno | y os ha coronado de gloria; | que derrama la sabiduría en vuestros corazones, | para juzgar a su pueblo con justicia, | a fin de que no desaparezca su bienestar | ni su gloria de generación en generación.

Josué

46 1 Fuerte en las batallas fué Josué, hijo de Nun, | sucesor de Moisés en la dignidad profética; | que fué, según su nombre,

2 Grande en la salud de los elegidos del Señor, | para ejercer la venganza contra los enemigos que se le opusieron, | para poner a Israel en posesión de su heredad.

3 ¿Qué gloria no alcanzó cuando alzó sus manos, | y extendió su espada contra las ciudades?

4 ¿Quién le resistió? | Porque él combatió las batallas del Señor. | ¿No se detuvo el sol al tender su mano, | y un solo día fué igual a dos?

6 Invocó al Altísimo Soberano, | mientras acosaba por todas partes a los enemigos; | y le respondió el Señor grande | con piedras de granizo de gran potencia,

7 Que arrojó contra el pueblo enemigo, | y en la bajada aniquiló a los adversarios;

8 Para que las naciones conociesen su anatema, | y que era contra Dios la guerra que hacían, | y que él obedecía las órdenes del Todopoderoso.

9 Y en los días de Moisés mostró su misericordia | con Caleb, hijo de Jefone, | impidiendo la defección del pueblo | y reprimiendo la murmuración de los sediciosos.

10 Sólo estos dos fueron reservados | de los seiscientos mil infantes, |

para ser introducidos en la heredad, | en la tierra que mana leche y miel.
11 Y el Señor dió a Caleb vigor | que conservó hasta la vejez, | para que subiese a lo alto de la tierra; | y su descendencia obtuvo la heredad,
12 A fin de que viesen todos los hijos de Israel | que es bueno caminar en pos del Señor.
13 Y los jueces, cada uno por su nombre, | los que no pervirtieron su corazón | y no se apartaron del Señor, | 14 sea bendita su memoria, | florezcan sus huesos en la sepultura,
15 Y en sus hijos se renueve su nombre.

Samuel.

16 Samuel, amado de su Señor | y su profeta, estableció la monarquía | y ungió a los príncipes de su pueblo.
17 En la ley del Señor juzgó a la nación, | y visitó el Señor a Jacob.
18 Por su fidelidad fué interrogado como vidente, | y reconocido por su fidelidad como vidente fiel.
19a E invocó al Señor Todopoderoso | cuando los enemigos le acosaban por todas partes, | con la ofrenda de un cordero primal.
20 Y tronó del cielo el Señor, | e hizo oír su voz por medio de un gran estampido,
21 Y aplastó a los príncipes enemigos, | a todos los príncipes de los filisteos;
22 Y antes de la hora del sueño eterno | pidió testimonio ante el Señor y su ungido: | «Bienes, ni siquiera unas sandalias | de nadie be recibido.» | Y nadie pudo acusarle.
23 Y después de su muerte profetizó, | y anunció al rey su fin, | e hizo oír saliendo de la tierra su voz profética, | para borrar la iniquidad del pueblo.

David

47 1 Luego se levantó Natán, | que profetizó en los días de David.
2 Como se separa el sebo de la carne de la hostia pacífica, | así fué separado David de los hijos de Israel.
3 Jugó con leones como con cabritos, | y con osos como con corderos. | ¿No mató en su juventud al gigante, | haciendo cesar el oprobio de Israel?
5 Al levantar la mano con la piedra en la honda, | abatió la soberbia de Goliat.
6 Porque invocó al Señor altísimo, | y este dió fuerza a su diestra, | para derribar al hombre poderoso en la guerra, | y ensalzar el cuerno de su pueblo.
7 Por lo cual le cantaron las doncellas | y le aclamaron con «Diez mil». | Cuando se ciñó la corona emprendió la guerra
8 Y sujetó a los enemigos de en derredor; | puso guarniciones entre los filisteos, | y hasta el día de hoy quebrantó su poder.
9 En todas sus empresas dió gracias | al Dios altísimo con himnos de alabanza.
10 Con todo su corazón amó a su hacedor | y cada día le alabó con salmos.
11 Estableció instrumentos que habían de tocarse al cantar ante el altar, | y ordenó el canto de los salmos acompañado de arpas.
12 Dió gran esplendor a las fiestas, | y solemnizó las fiestas de todo el año, | alabando el santo nombre de Dios | desde el alba, haciendo resonar desde el alba el santuario.
13 El Señor le perdonó sus pecados, | y ensalzó para siempre su poder, | le aseguró una sucesión en el reino, | y puso su trono sobre Israel.
14 Después de él se levantó un hijo sabio, | que por su padre gozó de prosperidad.

Salomón.

15 Salomón que reinó en días de paz, | y Dios le dió descanso de todas partes, | para que levantase la casa a su nombre | y preparase un santuario eterno.
16 ¡Cuán sabio fuiste en tu juventud, | y como un río fuiste lleno de inteligencia! | Con tu inteligencia abarcaste la tierra,
17 Y la llenaste de proverbios y enigmas; | llegó tu nombre hasta las remotas islas, | y fuiste amado a causa de la paz.
18 Por los cánticos, proverbios y parábolas, | y por las respuestas, fuiste la admiración de las naciones.
19 En el nombre del Señor Dios, | que es Dios de Israel,
20 Congregaste el oro como hierro, | y como plomo amontonaste la plata;
21 Pero te diste al amor de las mu-

jeres | y les diste poder sobre tu cuerpo;
22 Y pusiste mácula en tu gloria | y deshonraste tu estrado; | y trajiste la cólera sobre tus hijos | y lamentos sobre tu linaje,
23 Cuando el pueblo se dividió en dos, | y de Efraím tuvo origen un reino rebelde.
24 Pero el Señor no abrogó su promesa misericordiosa, | ni dejó de cumplir ninguna de sus palabras, | ni borró la descendencia de su elegido, | ni extirpó el linaje del que fué su amado;
25 Y dió un resto a Jacob, | y a David un renuevo salido de él;
26 Y murió Salomón ya anciano,
27 Y dejó en pos de sí un hijo soberbio,
28 Rico en necedad, pobre en inteligencia; | Roboam, que con su resolución incitó al pueblo a la rebeldía.
29 Jeroboam, hijo de Nabat, que pervirtió a Israel | y puso a Efraím en camino de pecado; | y se multiplicaron mucho sus maldades,
30 Hasta ser expulsado de su tierra.
31 Y se precipitaron en todo género de maldades, | hasta que vino sobre ellos la venganza.

Elías y Eliseo.

48 1 Como un fuego se levantó Elías, | y su palabra era ardiente como antorcha;
2 Y trajo sobre ellos el hambre, | y en su celo los redujo a pocos.
3 Con la palabra del Señor cerró los cielos, | y por tres veces hizo bajar fuego.
4 ¡Cuán glorioso fuiste, Elías, con tus prodigios! | ¿Quién podrá gloriarse de parecerse a ti?
5 Tú que levantaste un muerto del sepulcro, | y del Ades por la palabra del Altísimo;
6 Que precipitaste los reyes en la ruina, | a los ilustres de su estrado;
7 Que oíste en el Sinaí las amenazas de Dios, | y en el Horeb los juicios vengadores;
8 Que ungiste a los reyes ejecutores de los castigos, | y a los profetas que te sucedieron;
9 Que fuiste arrebatado en un torbellino de fuego, | en un carro tirado por caballos ígneos,
10 Adscrito y preparado para los tiempos venideros, | para aplacar la cólera antes del día del Señor, | para reducir los corazones de los padres a los hijos, | y restablecer las tribus de Jacob.
11 Dichosos los que mueran después de haberte visto, | pero más feliz tú, que por siempre vivirás.
12 Cuando Elías desapareció de la vista en el torbellino, | Eliseo fué lleno de su espíritu; | duplicó sus prodigios, | y todas las palabras de su boca eran un milagro. | En sus días no tembló ante los príncipes, | ni mortal ninguno le subyugó.
14 Nada fué para él imposible, | y en el sepulcro su cadáver profetizó.
15 Vivo hizo prodigios, | y aun muerto realizó maravillas.
16 Con todo eso no se arrepintió el pueblo, | ni se apartó de sus pecados, | hasta que fué arrojado de su tierra | y dispersado entre las naciones.

Ezequías.

17 Pero quedó Judá, aunque reducido a poco, | y príncipes en la casa de David;
18 Y algunos de ellos hicieron lo que es grato a Dios, | pero otros se llenaron de iniquidad.
19 Ezequías fortificó su ciudad, | e introdujo las aguas de Gihón dentro de ella. | Con el hierro excavó la roca | y edificó estanques para las aguas.
20 En sus días subió Senaquerib, | y envió a Rabsaces, | que levantó su mano contra Sión, | y en su soberbia blasfemó contra Dios.
21 Se estremecieron entonces sus corazones | y sintieron dolores como de parto,
22 E invocaron al Señor misericordioso, | y tendieron hacia él sus manos; | y al instante los oyó el Santo desde el cielo
23 Y los libró por mano de Isaías.
24 Hirió el ángel del Señor el campo de los asirios, | y su derrota se tornó en desordenada huída,
25 Porque hizo Ezequías lo que es grato al Señor, | y siguió los pasos de David, su padre, | los preceptos que le dió Isaías, profeta, | grande y verídico en sus oráculos.
26 En sus días hizo retroceder el sol, | y prolongó la vida del rey.
27 Con grande inspiración vió los tiempos últimos, | y consoló a los

que lloraban en Sión; | hasta el fin de los tiempos anunció lo futuro, | y las cosas ocultas antes de que sucedieran.

Josías.

49 [1] El nombre de Josías es como perfume oloroso, | preparado por un perfumista.
[2] Su memoria es dulce como la miel a la boca, | y como la música en el banquete;
[3] Pues afligido por los extravíos del pueblo, | quitó de en medio las abominaciones de la iniquidad.
[4] Fué perfecto ante el Señor su corazón, | y en los días de la iniquidad afirmó la piedad.
[5] Fuera de David, Ezequías y Josías, | todos los restantes incurrieron en pecado de negligencia,
[6] Porque no siguieron la ley del Altísimo, | los reyes de Judá, hasta el último.
[7] Y así Dios los entregó en poder de otros, | y su gloria a un pueblo necio y extraño,
[8] Y dieron al fuego la ciudad santa, | y convirtieron en desierto los caminos que a ella llevaban,

Los profetas.

[9] Según los vaticinios de Jeremías' a quien maltrataron, | siendo el profeta consagrado desde el seno de su madre, | para arrancar, destruir y arruinar, | para edificar, plantar y reforzar.
[10] Ezequiel vió en visión la gloria, | que el Señor le mostró sobre el carro de los querubes,
[11] E hizo mención de Job, el profeta, | que perseveró fiel en los caminos de la justicia.
[12] También los doce profetas; | florezcan sus huesos en sus sepulturas, | porque curaron a Jacob | y le confortaron con una segunda esperanza.

Zorobabel.

[13] ¿Cómo engrandeceremos a Zorobabel, | que era como un sello en la mano derecha?
[14] Y lo mismo a Jesús, hijo de Josedec, | que en sus días reedificaron el altar, | y erigieron el templo santo, | destinado a una gloria eterna.
[15] También Nehemías, cuya memoria sea gloriosa, | levantó nuestras ruinas, | reedificó nuestras casas arruinadas, | puso puertas y cerrojos.
[16] Pocos en la tierra como Henoc, | que fué trasladado de la tierra.
[17] Y no hubo ningún nacido como José, | que fué señor de sus hermanos, sustentador de su pueblo,
[18] Cuyos huesos fueron cuidadosamente traídos.
[19] También Sem, Set y Enós son celebrados; | y sobre todos cuantos han vivido es la gloria de Adán.

Simón.

50 [1] Príncipe de sus hermanos y gloria de su pueblo | fué Simón, hijo de Onías, sumo sacerdote. | En su vida fué restaurada la Casa, | y en sus días fué consolidado el templo.
[3] En su época fué cavado el estanque, | depósito semejante al mar por la cantidad de sus aguas.
[2] En sus días fué edificado el muro, | y torres de refuerzo como en palacio real.
[4] Protegió a su pueblo contra los ladrones, | y aseguró su ciudad contra los enemigos.
[5] ¡Qué majestuoso cuando salía del santuario, | cuando se adelantaba de detrás de la cortina!
[6] Como la estrella de la mañana entre nubes, | como la luna llena en los días del plenilunio;
[7] Y como el sol radiante sobre el templo del Altísimo,
[8] Y como el arco iris, que se aparece en las nubes; | como flor entre el ramaje en los días primaverales, | como azucena junto a la corriente de las aguas; | como las flores del Líbano en los días de verano,
[9] Y como el incienso que arde sobre la ofrenda; | como vaso de oro finamente trabajado
[10] Y enriquecido con piedras preciosas;
[11] Como el verde olivo cargado de fruto, | como ciprés que se alza hasta las nubes, | cuando se ponía los ornamentos de su gloria, | y se vestía con las ropas suntuosas;
[12] Cuando subía al altar majestuoso, | y hacía resplandecer los ámbitos del santuario;
[13] Cuando recibía de sus hermanos las porciones de la víctima | y estaba en pie junto al fuego, | rodeado de una corona de hijos, | como renuevos de cedro en el monte Líbano,
[14] Y como sauces le rodeaban | todos los hijos de Arón en su majestad;
[15] Que en sus manos tenían las

ofrendas del Señor, | ante toda la congregación de Israel, | hasta acabar el servicio del altar | y acabar el sacrificio al Altísimo.
16 Tendía su mano a la libación, | y ofrecía la sangre de la vid;
17 Y derramaba al pie del altar la sangre | de olor agradable al Soberano Altísimo.
18 Tocaban entonces los hijos de Arón | las trompetas de metal laminado, | y levantaban un fuerte sonido, | para avisar que se hallaban ante el Altísimo.
19 Entonces todo el pueblo a una se apresuraba | a caer rostro a tierra, | para adorar al Señor Altísimo, | al Santo de Israel.
20 Y los cantores hacían oír su voz, | y en el vasto templo resonaba la dulce melodía;
21 Y clamaba todo el pueblo de la tierra, | orando ante el Misericordioso, | hasta acabarse el servicio del altar, | y terminar el culto prescrito.
22 Entonces Simón, bajando levantaba sus manos | sobre la congregación de los hijos de Israel, | para dar con sus labios la bendición de parte de Dios, | y gloriarse en su nombre.
23 Y de nuevo se postraban en tierra | para recibir de él la bendición:
24 «Ahora bendecid al Señor, Dios de Israel, | que hace maravillas en toda la tierra; | que forma al hombre en el seno materno, | y le hace según su voluntad.
25 Concédanos él la sabiduría de corazón | y haga reinar la paz en nuestros días.
26 Que su misericordia permanezca con Simón, | y mantenga firme el pacto de Fines. | Que no sea roto el pacto con él | ni con su descendencia por los días del cielo.»

Razas odiosas.

27 Dos pueblos me son odiosos, | y el tercero que ni siquiera es pueblo:
28 Los que moran en la montaña de Seir, y los filisteos, | y el pueblo necio que habita en Siquem.

Epílogo.

29 Doctrina sabia y sentencias prudentes | consignó en este libro | Jesús, hijo de Siraj, de Jerusalén, | que derramó la sabiduría de su corazón.
30 Dichoso el hombre que la medita; | el que la guarda en su corazón será sabio,
31 Pues el que así haga triunfará en todo, | porque el temor del Señor es su camino.

Oración de Jesús, hijo de Sirac.

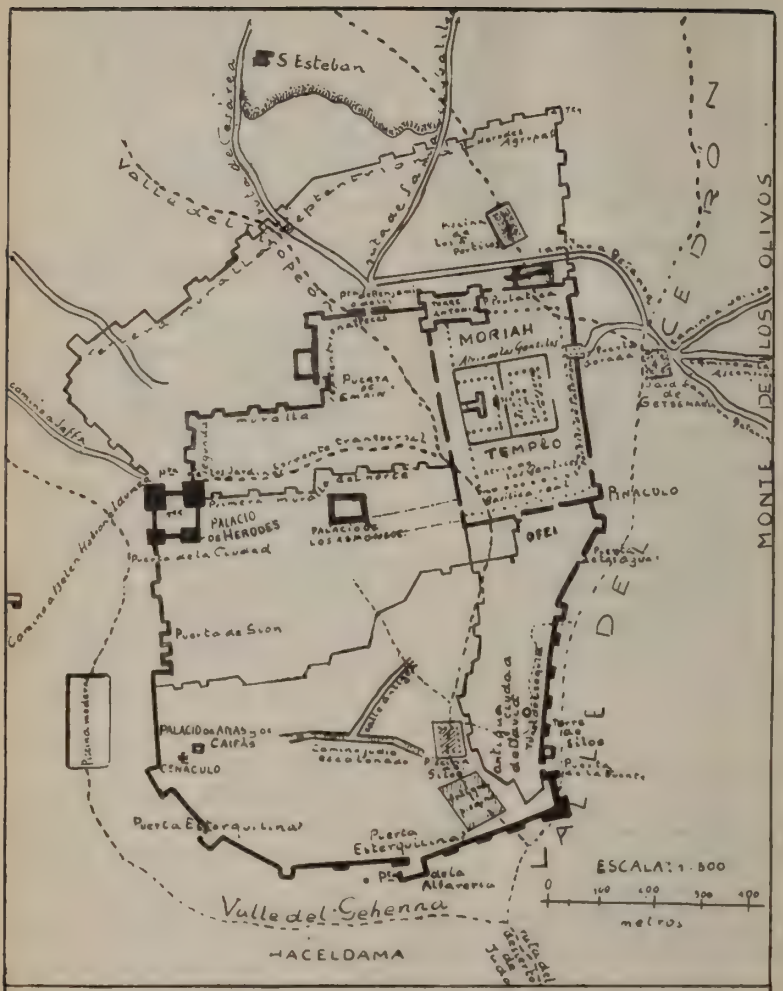
51 1 Te doy gracias, Señor y rey mío; | te alabaré, Dios de mi salud,
2 Y confesaré tu nombre; | porque has sido mi protector y mi socorro,
3 Y libraste mi cuerpo de la muerte | y mi pie del poder del sepulcro. | Me libraste de la maledicencia pública, | del azote de la lengua calumniosa, | y contra mis adversarios | fuiste mi socorro.
4 Y me libraste según tu misericordia, | del rechinamiento de los preparados a devorarme,
5 Del poder de los que atentaban contra mi vida; | de las muchas tribulaciones que me acosaban,
6 De la asfixia de las llamas que me envolvían; | y en medio del fuego no me quemé.
7 Del profundo seno del sepulcro, | de la lengua malvada, de los discursos embusteros, | de las saetas de la lengua mentirosa.
8 Estuvo mi alma al borde de la muerte,
9 Y mi vida próxima al profundo sepulcro.
10 Me volví a todas partes y no hallaba ayuda; | miré buscando socorro humano, mas en vano;
11 Pero me acordé, Señor, de tu misericordia, | de tu antigua conducta,
12 De que salvas a los que en ti esperan | y los libras de todo mal;
13 Y alcé entonces mi voz, | y te rogué a las mismas puertas del sepulcro.
14 Y clamé al Señor Altísimo: | «Señor, tú eres mi padre, el campeón de mi salud; | no me abandones en el día de la tribulación, | en el día de la ruina y de la devastación.
15 Alabaré continuamente tu nombre | y en mi acción de gracias te cantaré.» | Entonces escuchó el Señor mi oración
16 Y me salvó de la ruina | y me sacó de todo mal.
17 Por esto te daré gracias y te alabaré, | y bendeciré el nombre del Señor:

Letanía.

Alabad al Señor, porque es bueno, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al Dios de las alabanzas, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al Señor, escudo de Israel, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al Criador del universo, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al libertador de Israel, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al que reúne los dispersos de Israel, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al edificador de su ciudad y su santuario, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al que hizo brotar el cuerno de la casa de David, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al que eligió a los hijos de Sadoc para el sacerdocio, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al escudo de Abraham, | porque es eterna su misericordia.
Alabad a la roca de Isac, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al Fuerte de Jacob, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al que eligió a Sión, | porque es eterna su misericordia.
Alabad al Rey de los reyes grandes, | porque es eterna su misericordia, | y exaltó el cuerno de su pueblo, | para gloria de todos sus fieles, | para los hijos de Israel, el pueblo que a él se llega. | ¡Aleluya!

Celo del autor por la sabiduría.

18 Siendo yo joven y antes de extraviarme, | me di a buscar sinceramente la sabiduría.
19 En mi oración la pedí, | y hasta el fin la busqué,
20 Floreció, maduró como racimo, | y se regocijó en ella mi corazón, | y caminó mi pie por senda llana, | y desde mi juventud me abracé a la sabiduría.
21 Apliqué a ella mi oído y la recibí,
22 Y hallé para mí mucha ciencia | e hice en ella grandes progresos.
23 Me mostré reconocido al que me enseñó la sabiduría. | Y me propuse obrar según ella; | me esforcé por seguir el bien y no me avergonzaré de ello.
25 Mi alma se aficionó a ella | y nunca le volveré el rostro.
26 Extendí mis manos a ella | y la hallé en toda su pureza.
27 Jamás por la eternidad me apartaré de ella.
28b Alcé mis manos, | y conocí sus secretos.
28a Desde el principio adquirí por ella la inteligencia,
28c Y por eso no la abandonaré jamás.
29 Mis entrañas se encendían contemplándola, | y por eso la adquirí y la tuve por bella adquisición.
30 El Señor me dió en recompensa el don de la palabra, | y con ella le alabaré.
31 Acercaos a mí, los que carecéis de instrucción, | y frecuentad mi escuela.
32 ¿Hasta cuándo habréis de carecer de este bien, | y vuestras almas han de tener sed?
33 Yo abro mi boca y hablo, | para comunicaros de balde la sabiduría.
34 Inclinad a su yugo vuestro cuello, | y vuestra alma reciba la instrucción. | Cerca está de quien la desea, | y el que se entrega a ella la hallará.
35 Ved con vuestros ojos cuán poco me he fatigado yo, | y hallé en ella gran descanso.
36 Oíd mis instrucciones cuanto más podáis, | y la adquiriréis sin oro ni plata.
37 Alégrese de mi enseñanza vuestra alma, | y no tendréis que avergonzaros al oír mi canto.
38 Haced vuestra obra a tiempo | y en su día el Señor os dará la recompensa.



JERUSALÉN AL TIEMPO DE JESÚS

NUEVO TESTAMENTO

INTRODUCCION AL NUEVO TESTAMENTO

EL NUEVO TESTAMENTO, PLENITUD DEL ANTIGUO

1. La epístola a los Hebreos comienza dándonos en breves y lapidarias palabras la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. «Habiendo Dios hablado a nuestros padres en diversas maneras y muchas veces, por medio de los profetas, al fin, en nuestros días nos habló por su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por quien hizo el mundo; el cual, siendo el esplendor de su gloria, e imagen de su esencia, y que con el poder de su palabra sostiene todas las cosas, realizada la purificación de los pecados, está sentado a la diestra de Dios en las alturas» (Hebr. I, 1-3). En el Antiguo Testamento, Dios se sirvió de los profetas para instruir a su pueblo. Abraham, Moisés, David, Elías, Isaías, etc., reciben las comunicaciones divinas, y cada uno en su forma van enseñando al pueblo, a fin de que le sirvan de norma en la vida que el Señor le tiene trazada hacia Cristo, objeto supremo de sus esperanzas. Todos estos son, usando de una palabra de San Pablo, como «ayos» que llevan de la mano a Israel hasta conducirlo al Maestro supremo, de quien recibirán la plenitud de la revelación (Gal. III, 24). A El, Unigénito del Padre, esplendor de su gloria e imagen de su esencia, por quien hizo todas las cosas, le estaba reservada la obra de la restauración de las mismas, destruyendo el pecado y la muerte y volviéndo las cosas a aquel estado en que al principio habían sido creadas, hasta entregar después al Padre los poderes recibidos y que sea Dios todo en todas las cosas (I Cor. XV, 28).

LA PREPARACION DEL MUNDO ANTIGUO EN LOS PUEBLOS GENTILES

2. Así, el Nuevo Testamento es la plenitud, el cumplimiento del Antiguo, como éste fué la preparación de aquél. Mas la preparación para la realización de misterios tan sublimes debía por necesidad de ser larga y trabajosa, ni podía limitarse a un solo pueblo; debía extenderse a todos: que no se trataba sólo de la salud de Israel, sino de la del género humano. Y para esta preparación era ante todo preciso que el hombre, caído en el pecado por la soberbia, se convenciese por propia experiencia de su incapacidad para levantarse de su postración, para alcanzar la verdad y la vida, para lograr aquella perfección y dicha a que aspiraba cuando deseó ser como Dios (Gén. 3, 5). San Pablo llama a estos tiempos siglos de ignorancia, en los cuales Dios, Padre providente, no dejó de acudir a sus hijos para que siquiera a tientas le buscasen y se dispusiesen a recibir a Aquel por

quien tendrían la resurrección y la vida (Jn. 11. 25). De esta preparación corresponde a Israel la parte principal, y por ello fué de Dios escogido como pueblo peculiar suyo, dándole la ley y las promesas; pero también tocaba su parte a los demás pueblos de la tierra, llamados asimismo a gozar de la gracia del Mesías, pues también son ellos criaturas de Dios (Ex. 19. 5).

Estos pueblos se nos presentan al principio de la Historia aislados, con sus dioses propios y su culto, sus reyes, su territorio bien limitado, viviendo siempre con gran recelo de sus vecinos, y las relaciones de unos con otros son más que nada guerras. Entre estos pueblos hubo quienes se aventajaron en poder y en ambición de dominar. De aquí nacieron los grandes imperios orientales, que poco a poco fueron borrando las fronteras y preparando la unidad del mundo antiguo. Primero el asirio, al cual sucede el babilónico, y a éste el persa. La Biblia conoce la extensión de este imperio sobre ciento veintisiete provincias, que van desde la India hasta Etiopía. Otro imperio aparece en Occidente, el macedonio, que después de absorber las pequeñas repúblicas griegas, se adueña del imperio persa, con la aspiración de juntar en uno el Oriente y el Occidente y formar con ambos una grande unidad política informada por la cultura helénica. El ideal de Alejandro no fué realizado por él ni por sus sucesores; pero todavía se realizó en buena parte.

Viene, por fin, de las regiones occidentales la fuerza de Roma, que después de haber sometido a su imperio los pueblos del extremo occidental de Europa y del Norte de Africa, se vuelve hacia el Oriente e incorpora a sus dominios una gran parte del imperio de Alejandro. De esta suerte quedó constituída una gran unidad política, que se extendía desde el Eufrates hasta el Océano y desde el Rin y el Danubio hasta la cordillera del Atlas. Todas estas provincias obedecen ahora a una sola autoridad, habiendo desaparecido las fronteras que antes las dividían, y permitiendo a los súbditos de tan vasto imperio recorrer sin estorbo alguno todas las vastas provincias en que mantenían el orden las legiones romanas.

3. Pero no es sólo la unidad política lo que Roma impone, sino también la unidad cultural. Por encima de la cultura peculiar de cada pueblo y de la que imponía la dominación romana, se extendía la cultura helénica, la lengua, la literatura, el arte, la filosofía creada por los griegos, que Alejandro y sus sucesores extendieran por el Oriente, y que las colonias griegas y luego el mismo imperio romano, vasallo en lo cultural de los griegos, difundieron por las provincias occidentales, viniendo a constituir otro principio de unidad más fuerte que el primero.

Una parte del helenismo era la religión. Cada pueblo tenía sus dioses; pero todos sintieron el atractivo del arte y de la mitología griegos, dejándose influir por ellos, si bien compensándose de este homenaje con la influencia que ellos mismos ejercieron sobre la religión helénica. Con esto los súbditos del imperio romano salieron de la estrechez de sus concepciones culturales y religiosas que antes tenían, para adquirir otras más amplias, si no más verdaderas, pero sí un tanto depuradas por la filosofía, y que por su universalidad los preparaba a concebir una divinidad trascendente sobre todos los pueblos y provincias.

EN EL PUEBLO DE ISRAEL

4. Israel había sido llevado cautivo por los asirios a fines del siglo VIII. Judá, que vivió casi todo el siglo VII sometido al imperio de Nínive, pasó luego bajo el dominio de los imperios que se vinieron sucediendo en Oriente hasta la era cristiana. El Señor, que con tan preciosos bienes había enriquecido a Israel,

no quiso otorgarle la perpetuidad de la soberanía política. Los caldeos, que a los asirios sucedieron, castigaron duramente con el destierro de Judá los anhelos que éste tenía de independencia. Luego pasaron a formar parte del imperio persa, más tarde del macedonio, después del sirio o egipcio, según que la suerte de las armas favorevía a uno u otro de estos reinos, siempre en lucha. Los locos empeños de introducir en Judea el helenismo dieron lugar a la sublevación macabea, que terminó en la independencia de la nación bajo los príncipes de esta heroica familia, que fundaron en Judea la dinastía asmonea. Pero los hijos de aquellos valientes, que siempre unidos habían conquistado la libertad de su patria, no supieron seguir el ejemplo de sus mayores, antes se dejaron llevar del espíritu de discordia, dando lugar a que Roma se creyera autorizada a intervenir en los negocios de Judea para imponer la paz (63 a. de C.).

Los príncipes asmoneos no aprendieron la lección y dieron lugar a que un personaje idumeo de grandes ambiciones, halagando a los caudillos de la guerra civil romana, Marco Antonio y Octavio Augusto, llegara a ceñirse la corona de Judea y establecer en Jerusalén la dinastía herodiana bajo la alta soberanía de Roma (37 a. de C.). Herodes, llamado el Grande, que lo fué por sus construcciones y también por sus crímenes, receloso, como suelen serlo todos los tiranos, cometió innumerables crímenes contra los elementos influyentes de la nación, contra sus hermanos, esposas y hasta contra sus hijos. Por otra parte, quiso atraerse los corazones del pueblo embelleciendo a Jerusalén con grandes monumentos y, sobre todo, con la restauración del templo, del que hizo una verdadera maravilla, gloria de los creyentes de Israel. A su muerte, acaecida poco después del nacimiento del Salvador, le sucedieron tres de sus hijos con el título de tetrarcas. En Judea y Samaria, Arquelao; en Galilea y Perea, Herodes Antipas, y en la Traconítide, Filipo. El primero, al cabo de ocho años de reinado, fué destituído por Augusto, que puso en su lugar un procurador romano (6 d. de C.). Tal era el estado político de Israel al aparecer Jesucristo.

5. En el aspecto religioso se destaca la Judea con la ciudad santa de Jerusalén y su templo, centro de la vida religiosa de todo Israel. En toda la región imperaba el culto de Dios, excluídos totalmente los cultos gentílicos. La clase sacerdotal tenía su principal asiento en Jerusalén, donde se hallaban también los doctores más insignes de la ley y las escuelas más concurridas. Abundaban las sinagogas, fundadas muchas de ellas por las colonias de la dispersión, que en ellas tenían como su hogar cuando venían a Jerusalén en peregrinación. Por encima de la Judea está Samaria, perpetuo escándalo para los judíos. A causa de su origen gentílico y de su religión, mezcla de gentilismo y mosaísmo, los samaritanos eran aborrecidos de los judíos, que recibían de aquéllos el mismo pago. Un punto de su contienda tenía por objeto el lugar legítimo del culto, que los judíos ponían en Jerusalén, mientras que los samaritanos sostenían ser el monte Garizin. Los peregrinos del Norte de Palestina, cuando iban a Jerusalén, rehuían pasar por Samaria, situada en medio de la Palestina, prefiriendo hacer un rodeo por el valle del Jordán o por la región transjordánica hasta Jericó.

La Galilea, que se halla al norte de Samaria, era región montañosa, pero rica. Sus habitantes eran trabajadores, nobles, aunque rudos, religiosos, aunque por su mayor contacto con los gentiles, menos escrupulosos que los judíos. El centro de la región venía a ser el lago de Genesaret, de 20 kilómetros de largo y 10 de ancho, rico en pescados, y a cuyas orillas se hallan Tiberíades y Cafarnaún, Magdala, Betsaida, Corozaín. De las regiones situadas al este del Jordán, se hallaban la Traconítide al Norte y la Perea al Sur, regiones ricas también, sobre todo por sus pastos. La población era mezclada, abundando los gentiles acaso más que los judíos.

Todas estas regiones, sin excluir la Samaria, vivían en la ansiosa expectación del reino de Dios y del Mesías. Y este estado de ánimo daba lugar a que de

vez en cuando se levantasen algunos fanáticos, que se apellidaban mesías, y que siempre tenían quienes los siguiesen. Pero el Mesías y el reino de Dios no lo concebían todos igualmente. La variedad de imágenes con que los profetas nos describen al Mesías y su reino era la causa de que formasen ideas muy distintas los que se adherían a la letra del texto sagrado. Sobre todo hacían en ellos impresión los vaticinios que hablan del futuro y glorioso reino de David o de su vástago el Mesías. Avivaba más estas ideas el ver ocupado el país por los romanos, que, como dominadores y gentiles, eran de ordinario aborrecidos del pueblo. Por lo contrario, aquellos vaticinios de carácter más espiritual, como eran los del Siervo paciente del Señor, y los que hablaban de la renovación moral y de la efusión del espíritu de Dios, eran peor entendidos, como no fuera por algunas almas escogidas, tales como Zacarías y Simeón, en quienes el Espíritu Santo moraba de asiento.

6. Dominaban en Israel dos sectas principales, la de los fariseos y la de los saduceos, que venían a ser los directores espirituales de la nación. La primera era la que tenía más influencia en el pueblo. Se distinguía por su severidad en la interpretación y en la práctica de la ley, aunque la interpretación fuera excesivamente material y la práctica puramente externa. Con esta práctica externa de la ley pretendían alcanzar la justicia; pero una justicia también externa, no según Dios, sino según su propia conciencia y el parecer de los hombres. Cuán arraigada estuviera en ellos esta idea se echa de ver en la parábola del publicano y el fariseo, y en el empeño que pone San Pablo en combatir la justicia de las obras, opuesta a la justicia de la fe, que nos confiere el Espíritu Santo. El Apóstol, que había pertenecido a la secta, conocía sus ideas y cuán lejos estaban de aquellos altos principios morales que se hallan en la ley. Con ésta admitían las tradiciones, en las cuales se apoyaban para interpretarla y completarla. El Salvador reprende en ellos la falta de sentido moral, la avaricia, la ostentación, la vanagloria, la hipocresía (Mt. 23). Hasta dónde llegasen estos vicios nos lo muestran las recriminaciones que dirigían a Jesús porque milagrosamente curaba en sábado a los enfermos.

Por otra parte, los fariseos esperaban el reino de Dios y el reino del Mesías, que impondría al mundo el imperio de la ley mosaica y la hegemonía de Israel. Admitían el juicio final y la resurrección de los muertos. Aunque muy celosos de los privilegios de Israel, todavía sabían acomodarse a las circunstancias y vivir en paz con los romanos.

Los saduceos formaban la aristocracia y el partido sacerdotal, aunque no faltasen entre los sacerdotes adictos al fariseísmo. Su interpretación, y sobre todo la práctica de la ley, era más libre. La severidad la reservaban para las sanciones penales. Se mezclaban mucho con los gentiles y se mostraban muy complacientes con los romanos dominadores, con tal de poder disfrutar de los altos cargos de la nación. Esto les quitaba la popularidad de que gozaban los fariseos. Cuanto a sus doctrinas, admitían la ley, pero rechazaban las tradiciones; negaban la providencia, la resurrección y la existencia de los espíritus.

Por los Evangelios conocemos, además de los fariseos y saduceos, a los escribas. La palabra significa el que escribe, o el que sabe escribir. En los tiempos antiguos se aplicaba a los secretarios y otros funcionarios públicos. Más tarde se aplicó a los que copiaban y estudiaban la ley; luego vino a ser sinónimo de doctor de la ley. Era un oficio importante en Israel, y la mayoría de ellos era adicta al fariseísmo.

7. La Palestina con Jerusalén, y el templo como centro de ella, no era sino el hogar nacional, porque la inmensa mayoría de la nación se hallaba dispersa por todas las provincias del imperio romano y aun fuera de las fronteras de éste. Las deportaciones, ejecutadas por los asirios primero y luego por los caldeos, aventaron a las provincias orientales a muchos hijos de Israel, de los cuales sólo una pequeña porción volvió a la patria al promulgar Ciro el edicto de liber-

tad (539). En los siglos posteriores otros más abandonaron la Palestina, unas veces forzados, como prisioneros de guerra; otras espontáneamente, buscando mejores condiciones de vida. Los que de éstos perdieron su fe religiosa y nacional, quedaron como el agua de un arroyo que en el mar desemboca, diluídos entre la masa de los gentiles; pero la mayoría, que se mantuvo fiel a la fe de sus padres, formaron colonias, con frecuencia ricas por el comercio, que lograron de los poderes públicos el reconocimiento de su nacionalidad y el respeto de su religión. Todas las grandes ciudades del imperio tenían colonias numerosas, y todas las vías de tierra y mar eran recorridas por los judíos, que desde entonces adquirieron el espíritu comercial que hoy tanto los distingue. La fe religiosa y la ley, que los separaba de los gentiles, los unía entre sí, y era la sinagoga el centro de cada colonia.

8. Otro detalle importante tenemos que consignar: su proselitismo, que Jesús mismo consigna en el Evangelio. Sentían los hijos de Israel gran afán por incorporar a su pueblo multitud de gentiles, aunque no fuera una incorporación plena que igualase a los prosélitos con los israelitas; pero aquéllos renunciaban al gentilismo, reconocían y adoraban al Dios de Israel, creador del cielo y de la tierra, y guardaban los preceptos fundamentales de la ley. Sólo por la circuncisión podían adquirir pleno derecho de ciudadanía en Israel (Ex. 12, 48 ss.); pero los griegos sentían repugnancia hacia este rito. Cuánta influencia tuvo este proselitismo en la propagación del Evangelio comenzamos a notarlo en la misma historia evangélica. El centurión, cuya fe tanto alaba el Salvador, era, sin duda, un prosélito, rico y generoso además, que había levantado a sus expensas la sinagoga de Cafarnaún. Otro tanto hemos de decir del centurión Cornelio, a quien San Pedro admitió en la Iglesia. Pues San Pablo, que buscaba siempre las grandes ciudades, se dirigió siempre a la sinagoga, donde estaba seguro de hallar a los de su nación, a quienes se creía obligado a anunciar el reino de Dios, y con ellos a muchos prosélitos. Estos, con más agrado que los judíos, escuchaban la palabra de Dios y venían a formar los primeros sillares con que levantar el edificio de cada iglesia. De esta suerte, Israel venía a completar aquella preparación de los pueblos gentiles de que antes hablamos y cooperaba, sin darse de ello cuenta, a la difusión del Evangelio.

CÓMO EL EVANGELIO REALIZA LAS PROMESAS MESIÁNICAS

9. Por fin aparece en la tierra el Mesías, por quien tan ardientemente suspiraba Israel. Cuál fué el recibimiento que le hicieron bien sabido es de todos. Sólo algunas almas humildes y llenas del espíritu de Dios recibieron la gracia de reconocer al Cristo del Señor; los demás, esperando un rey glorioso, que debía aparecer envuelto en la majestad de Dios, quedaron por entonces privados de aquella gracia. Cuando le llegó la hora de manifestarse al mundo, comienza Jesús insistiendo en el tema de su Precursor: «Haced penitencia, porque se acerca el reino de los cielos.» El reino de Dios era la síntesis de los vaticinios proféticos y de las esperanzas de Israel.

Pero ¿cómo entendía Jesús ese reino? No hallamos en el Evangelio una definición de lo que El entendía por reino de Dios; pero su modo de presentarse era ya un argumento claro de que su concepción no se ajustaba a la que corría entre los doctores de Israel. Por de pronto estaba muy lejos de enseñar que para tener parte en él bastara pertenecer a la raza de Abraham y estar circuncidado. La explicación más clara de Jesús está en las bienaventuranzas. En ellas se promete el reino de los cielos a los pobres de espíritu, a los mansos, a los que sienten hambre y sed de justicia, a los que lloran las miserias

y los pecados del mundo, a los misericordiosos, a los de corazón limpio, a los pacíficos, a los que padecen persecución por la justicia (Mt. 5, 1 ss.). Al contrario, se amenaza a los ricos, a los que ríen, a los que viven en la hartura, a los que son bendecidos del mundo (Lc. 6, 24 ss.). Todo esto tiene algún parecido con el contenido de algunos salmos, en que se nos presenta a los justos humillados y abatidos por los impíos, pero salvados y bendecidos por Dios. Así declaraba Jesús la naturaleza del reino de Dios, y con esto su dignidad de Rey-Mesías e Hijo de David. Las parábolas vienen a completar estas enseñanzas del sermón de la Montaña.

10. Los doctores oían esta doctrina, y, no alcanzando su sentido, se preguntaban cuál sería la actitud de Jesús ante la ley. Contestando a sus tácitas preguntas, les responde Jesús: «No he venido a abrogar la ley y los profetas, sino a cumplirlos.» Ya hemos indicado cuán esclavos de la letra eran los doctores de la ley en la interpretación de ésta. Jesús, a través de la letra, busca la intención del legislador divino, como ya antes habían empezado a hacer los profetas, guiados del espíritu de Dios. «Habéis oído lo que fué dicho a vuestros padres: No matarás; el que matare será reo de pena capital. Mas yo os digo que quien se irrita contra su hermano será reo de la misma sentencia, e igualmente el que le insultare llamándole tonto o necio.» Todo mal sentir contra el prójimo queda incluído en la prohibición de la ley y sancionado con el fuego eterno. «Oísteis lo que fué dicho a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo que quien mire a una mujer con mal deseo, ya es adúltero en su corazón. Habéis oído lo que fué dicho a los antiguos: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. Mas yo os digo que no juréis en modo alguno. Sean vuestras palabras: sí, sí, y no, no. Lo que pasa de ahí procede del mal. Finalmente, habéis oído: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir su sol sobre buenos y malos, y manda su lluvia sobre justos e injustos. Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt. 5, 21 ss.). Tal es la interpretación que Jesús opone a los directores espirituales del pueblo judío. Para El son esos preceptos expresión de la voluntad del Padre celestial, de su justicia, de su santidad, de su amor paternal hacia los hombres, y a la luz de tales atributos interpreta los mandamientos de la ley mosaica. Las normas jurídicas externas, como las juzgaban los doctores de Israel, Jesús las declara normas concretas de aquel amor de Dios sobre todas las cosas y del prójimo como a uno mismo, en que se resumen la ley y los profetas. Principio sublime, inspirador de las más grandes abnegaciones de los santos.

11. En este mismo principio se inspira la interpretación de los demás preceptos religiosos, a los que la ley daba grande importancia, y que los doctores de Israel habían falseado con sus interpretaciones. Particularmente el precepto sabático y la ley de la limpieza habían venido a convertirse en una carga insoportable para todo israelita que tomara a pecho la exacta observancia de la ley. A ellos convenía la sentencia contenida en aquella invitación de Jesús: «Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré» (Mt. 11, 28). El sábado era para los doctores un día por naturaleza santo, contra el cual ningún precepto de caridad prevalecía. Las normas que de este principio se derivaban eran a manera de aros de hierro, que sujetaban la conciencia y la vida toda del pueblo. Jesús hubo de sostener fieros combates contra las pretensiones de los escribas. Prueba de ello es aquella cuestión que una vez les propuso: «¿Es lícito en día de sábado hacer bien, más bien que mal; salvar un alma, más bien que dejarla perecer?» (Mt. 12, 4). Esta sola pregunta basta para poner de manifiesto la falta de sentido moral de aquellos que la motivaban. Y todavía se pone esto más de relieve cuando se oye a Jesús echarles en cara que, mientras condenaban la curación milagrosa de los enfermos en día de sábado, se autorizaban a sí mismos para

sacar una bestia que hubiera caído en un pozo. De ahí la conclusión del Salvador; «Luego es lícito hacer bien en día de sábado» (Mt. 12, 12). Gran maravilla es que tal conclusión necesite ser demostrada a hombres que se tenían por sabios y hacían profesión de santidad Muy otro era el principio exegético de Jesucristo enunciado en aquella sentencia: «No fué creado el hombre por el sábado, sino, al contrario, el sábado fué establecido por amor del hombre» (Mc. 2, 27). Los doctores podían leer bien claro este pensamiento en el Deuteronomio (5, 14 s.).

Igual principio sigue en la interpretación de los preceptos tocantes a la pureza legal, en cuya observancia los doctores ponían gran parte de su justicia: no comer, ni aun tocar cosa impura: lavarse las manos y el cuerpo, y esto con frecuencia, para alejar de sí cualquier mancha que pudieran haber contraído, purificar los vasos, los platos, los asientos y hasta los lechos de su casa. El juicio de Jesús sobre la conducta de sus contradictores es aquí más severo. Es que encontraba la doctrina de ellos más alejada de la verdad de Dios. Cuando los fariseos reprendían a los discípulos de no guardar las tradiciones de los antiguos, no lavándose las manos antes de comer, les replicaba: «Y vosotros, ¿por qué traspasáis los preceptos de Dios por amor de vuestras tradiciones?» Y luego, dirigiéndose a la muchedumbre, les decía: «No es lo que entra por la boca lo que mancha al hombre, sino lo que sale por la boca.» Y explicando luego su pensamiento a los discípulos, que no habían acabado de entenderle, les decía: «¿No comprendéis que todo lo que de fuera entra por la boca va al vientre y es luego despedido: mas lo que sale del corazón, eso sí que mancha al hombre? Porque del corazón proceden los pensamientos malos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Esto sí que mancha al hombre, no el comer con las manos menos limpias» (Mt. 15, 1-20; Mc. 7, 1-23).

12. Qué juicio formaba Jesús de los sacrificios y ofrendas, que son los principales actos de la religión, nos lo dicen los dos textos siguientes: «Si al presentar una ofrenda recordares que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a hacer tu ofrenda» (Mt. 5, 25 s.). Jesús no reprueba las ofrendas, pero les antepone la caridad y la paz con el prójimo. Y en esto no es más que el continuador de los profetas y del salmista, que decía: «El sacrificio grato a Dios es el corazón contrito» (Sal. 51, 19). Tampoco quiere que por los sacrificios se eche en olvido la piedad hacia los padres, y de ello arguye duramente a los escribas, llamándoles hipócritas y aplicándoles el texto de Isaías (29, 13): «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí» (Mt. 15, 4).

Pero, sobre todo, nos revela la mente de Jesús acerca de estos actos del culto el episodio referido por San Lucas (21, 1 ss.): «Miraba el Maestro cómo los peregrinos ricos echaban sus ofrendas en el tesoro del templo. Entre ellos confundida, se acerca una pobre viuda, que echó unos céntimos. Jesús llama la atención de los discípulos, diciéndoles: «Esta viuda ha echado más que todos los otros, porque éstos hacen ofrenda de lo que les sobra, mientras que ésta ha dado lo que le era necesario para vivir.» Según esto, no es el don material lo que cuenta ante Dios, sino la devoción con que se ofrece.

De esta suerte interpretaba Jesús la ley mosaica, dando remate a la obra empezada por los profetas. Y en su interpretación llega a veces a declarar opuesta a las intenciones del supremo Legislador ciertas concesiones o indulgencias hechas posteriormente al pueblo, a causa de su indocilidad para seguir el camino recto de la justicia. Tal es el caso del repudio, que Jesús declara contrario a la primera institución divina del matrimonio. Con esto la ley mosaica adquiere un valor espiritualista, y, reducida a estos principios universales, se hace adaptable a todos los pueblos.

13. Es también muy de notar la interpretación de Jesús sobre aquella parte tan notable de preceptos que tocan a la vida política y social del pueblo israelita.

Precisamente fueron éstos los que contribuyeron más poderosamente a exaltar el nacionalismo del pueblo judío. Jesús se desliga de ellos, considerándolos como un lastre demasiado pesado para elevar las almas a Dios. En su conducta personal, se atiene a las leyes establecidas, y nadie pudo nunca acusarle con razón de rebelde a la ley y perturbador del orden. Cuando le piden su intervención en algún pleito, se excusa declarándose incompetente (Lc. 12, 14). Los doctores, queriendo tenderle un lazo, le proponen aquella cuestión torturadora de muchas conciencias israelitas: ¿Es lícito pagar tributo al César o no es lícito? Negarlo sería ponerse enfrente de la autoridad romana. Afirmarlo equivalía a negar el privilegio del pueblo israelita de ser el pueblo de Dios, y los derechos del Señor como Rey soberano de Israel. Jesús se da cuenta de las intenciones de los que le preguntan, y les responde con una severidad bien merecida: «¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme una moneda. ¿Cúya es esa imagen y esa inscripción?» «Del César», le contestan. «Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios» (Mt. 22, 15 ss.). Con esto viene a desligar los deberes para con Dios de los deberes para con los poderes humanos. Separación relativa, claro está, ya que Jesús no desconoce que también estos poderes vienen de Dios y deben ser ejercidos según la voluntad del Padre celestial. Pero esta distinción basta para eximir la vida religiosa de los poderes humanos y librarla de las pasiones y contiendas en que suele desarrollarse la vida política de los pueblos.

14. Toda esta doctrina moral tiene en el Evangelio un origen muy alto, tan alto como el concepto que Jesús tenía de Dios. Lo primero que notamos en los Evangelios es que Dios no pierde en los labios de Jesús ninguno de los atributos que le reconoce el Antiguo Testamento. Es el creador del cielo y de la tierra, es el conservador y proveedor de todos los seres, el que «ab aeterno» señala a cada ser su destino, el bueno, el misericordioso, el omnisciente. Pero Jesús nos descubre una condición de Dios que los profetas no habían hecho más que apuntar: Dios es el Padre celestial de cada uno de los fieles, y bajo este nombre quiere que le invoquemos, que le pidamos, que en El pongamos toda nuestra confianza. Sobre todo, nos descubre su misericordia hacia los pecadores, cosa que los doctores de Israel tenían muy olvidada, no obstante lo mucho que la pregonan los profetas y los salmistas. El Padre en todo perfecto, ha de ser el modelo que hemos de imitar: la voluntad justa, santa y misericordiosa del Padre debe ser la norma perpetua de nuestra conducta. Y Jesús se muestra en toda su vida el perfecto ejemplar de cuanto inculcaba a los otros.

15. Pero hablando así de Dios, nuestro Padre, muestra sentirse unido a El con especialee vínculos. En el trato con sus discípulos dise siempre «vuestro Padre»; mas hablando de sí mismo nunca tiene otro lenguaje sino «mi Padre». Dios es siempre Padre, pero no lo es de igual modo para Jesús que para nosotros. Las relaciones con el Padre son tan íntimas, que pudo decir en un desahogo de su corazón con el Padre: «Yo te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeñuelos. Bien está, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito.» Y luego añade: «Todo me ha sido dado por mi Padre. Y nadie sabe quién es el Hijo sino el Padre, ni quién es el Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo» (Lc. 10, 21 s.). Admirables sentencias, que nos ponen en las manos la llave para abrirnos la inteligencia del prólogo de San Juan, de los misteriosos discursos de Jesús, que el discípulo amado recogió en su evangelio, y la de las profundas intuiciones sobre el misterio de Jesús y de su misión salvadora, que el mismo San Juan y San Pablo nos han dejado consignadas en sus inspirados escritos.

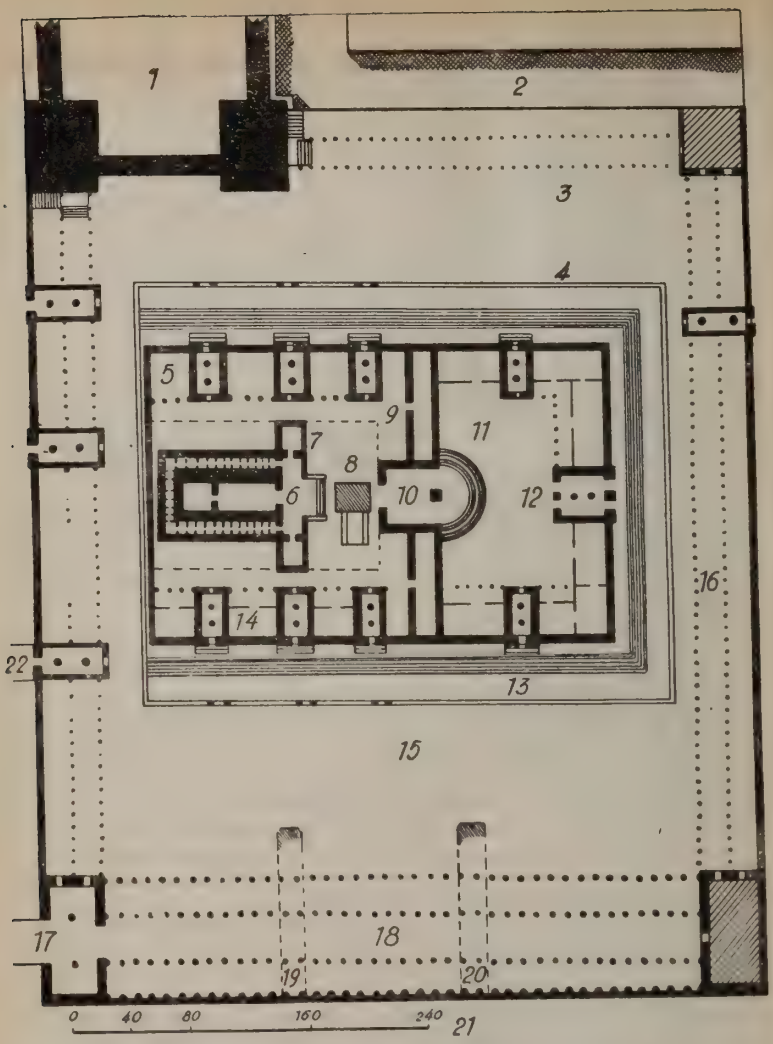
16. Esta universal paternidad divina abre horizontes universales al establecimiento de su reino entre los hombres, cual vislumbraban ya los profetas. El reino de Dios que establece Jesús no admite fronteras, ni geográficas, ni etnológicas, ni temporales.

Y al lado de la universalidad del reino de Dios, aparece en todo el Nuevo Testamento su organización interna de forma social, correspondiente a la naturaleza social del hombre. Desde los primeros momentos, Jesús traza las líneas de esta organización y prepara a los que han de constituir su piedra fundamental y ser testigos de la vida y doctrina del Maestro, y portadores de la gracia que transforma a los hombres y los hace hijos de Dios mediante el Bautismo y otros signos externos que llamamos Sacramentos. Son sus Apóstoles, o sea sus enviados, como El es el enviado del Padre. Y Pedro recibe la prelacía sobre los mismos.

Apenas hay libro en el Nuevo Testamento en que no se hallen claras las líneas esenciales de esta jerarquización, que en los Hechos de Apóstoles y en las Epístolas aparece transmitiéndose a los obispos, como sucesores de los Apóstoles, de los cuales reciben, con la imposición de manos, la misión de continuar la obra que Jesús les encomendara.

17. No se reduce a esto solo la revelación de Jesús sobre el misterio del reino de Dios. Hablando con los discípulos, les decía: «Si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (Mt. 5, 20). ¿Qué justicia es esta de que habla Jesús? Entendemos que, desde luego, ha de tener por normas las que Jesús señala, bien distintas de las que seguían los doctores y los fariseos. ¿Pero cómo adquirirla? ¿Bastarían los propios esfuerzos? En el Antiguo Testamento se habla con frecuencia del Espíritu de Dios, que, infundido en el hombre, le trae la vida, la inteligencia, la santidad, la gracia de Dios. Por esto rogaba el salmista: «No me rechaces lejos de tu rostro, ni retires de mí tu Espíritu Santo» (Sal. 51, 13). Pues la efusión de ese Espíritu es lo que los profetas señalan como característica de los tiempos mesiánicos. Esta es la alianza nueva que, según Jeremías, el Señor hará con Israel, imprimiendo su ley en sus corazones para que todos le conozcan y amen (Jer. 31, 31-34). Lo mismo dice Ezequiel, prometiendo que Dios borrará todas las iniquidades de su pueblo y les infundirá un espíritu nuevo, dándoles, en vez del corazón de piedra, un corazón de carne para que guarden sus mandamientos y ellos serán su pueblo y El será su Dios (Ez. 11, 18-20). Según se cuenta en el libro de los Números (11, 26 ss.), alguien, que quiso mostrarse celoso del honor de Moisés, le fué a decir que dos de los designados por jueces del pueblo y auxiliares suyos, estaban profetizando. A lo cual respondió el caudillo: «¡Quién me diera que todo el pueblo profetizase y Dios le diese su Espíritu!» Pues esto que Moisés deseaba lo anuncia Joel para los tiempos mesiánicos, en que Dios «derramará su Espíritu sobre toda carne» y todos profetizarán (2, 28). Esta promesa, según testimonio de San Pedro, se cumplió el día de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo descendió sobre los discípulos, que constituían la Iglesia, para no apartarse jamás de ella. El mismo apóstol decía a los oyentes que le pedían consejo sobre lo que debían hacer: «Haced penitencia, bautizaos en el nombre de Jesucristo para remisión de vuestros pecados y recibiréis el Espíritu Santo» (Act. 2, 38). Esta es la gran promesa que Jesús nos hace en el Evangelio, el don que al volver al Padre pedirá para nosotros, el que morando en nuestras almas las purifica, les infunde los sentimientos de los hijos de Dios, nos hace vivir como tales y después de la muerte nos volverá el cuerpo glorioso, a semejanza del de Jesucristo. Este Espíritu, que procede del Padre, y por eso se llama Espíritu de Dios, se dice también Espíritu de Jesús, que lo da a quien quiere. Y aquí se nos declaran dos misterios, el de nuestra santificación, que es obra del Espíritu Santo, y el de la vida íntima de Dios, resumido en el misterio de la Trinidad.

Tales son, en líneas generales, las enseñanzas del Nuevo Testamento, con que el Antiguo se completa, consumando su revelación y realizando sus promesas. Lo que el Señor nos enseña en los cuatro evangelios nos lo declaran ampliamente los Apóstoles en sus cartas, y la historia de los Actos nos lo muestra actualizado en los comienzos de la historia de la Iglesia.



EL TEMPLO EN LOS DIAS DE CRISTO N. S.

1. Torre Antonia.—2. Foso.—3. Atrio de los gentiles.—4. Cerca.—5. Gazophilakyon.—6. Naos.—7. Atrio de los sacerdotes.—8. Altar.—9. Atrio de Israel.—10. Puerta de Nicanor.—11. Patio de las mujeres.—12. Pórtico corintio.—13. Dryfaktos.—14. Gazophilakyon.—15. Atrio exterior de los gentiles.—16. Pórtico de Salomón.—17. Puente a la Ciudad Alta.—18. Pórtico Real.—19. Pórtico doble.—20. Pórtico triple.—21. Codos.—22. Puente.

INTRODUCCION GENERAL A LOS EVANGELIOS

LOS CUATRO EVANGELIOS.—El profeta Ezequiel, en el comienzo de sus vaticinios, nos describe la gloria de Dios con la imagen de una nube de fuego, que se mueve tirada por una cuadriga compuesta de cuatro seres misteriosos y raros. Tiene cada uno cuatro aspectos: de hombre, de león, de toro y de águila. El espíritu de Dios los impulsa y los lleva a donde quiere.

La tradición patrística ha querido ver en estos animales los símbolos de los cuatro evangelios, que difunden el nombre glorioso de Jesucristo por toda la tierra; y Rafael, en un maravilloso cuadro, ha dado forma plástica a esta imagen, representándonos a Jesucristo en medio de una nube arrastrada por los cuatro seres misteriosos, el hombre, el león, el toro y el águila. Han sido también los artistas los que han venido a fijar la tradición exegética de los Padres, atribuyendo a San Mateo el hombre, el león a San Marcos, el toro a San Lucas y el águila a San Juan, aunque no deja de haber en esto alguna diversidad.

Inspirándose asimismo en la Escritura, los artistas cristianos suelen representarnos al Cordero de Dios sobre un montículo, de donde brotan cuatro raudales de agua pura como el cristal, y en los cuales vienen a saciar su sed las mansas ovejas. Imagen viva de los cuatro evangelios, que brotan de los labios del divino Maestro para saciar a las almas que vienen a El en busca de la verdad y la vida. Efectivamente, por ellos la palabra de Jesús resuena en los oídos de todas las generaciones hasta el fin de los siglos. Y estas mismas generaciones repiten de continuo las palabras de San Pedro: «Señor, ¿adónde iremos? Tú tienes palabras de vida eterna.»

SU ORIGEN LITERARIO.—Como palabras de vida las recogieron en sus corazones los primeros discípulos del Salvador, y alentados por el Espíritu Santo, las repetían a los catecúmenos y neófitos de las primeras cristiandades, procurando conservar no sólo su pensamiento, sino también su expresión y su colorido. No faltaron desde los primeros días quienes intentaron ponerlas por escrito, añadiendo a los discursos y parábolas del Señor el relato de los sucesos, que forman muchas veces el marco de sus palabras, marco necesario para su inteligencia, y juntamente con éstos, el relato de innumerables prodigios obrados por Jesús, ofreciéndolos a los fieles como pruebas perennes de su divinidad.

Los tres primeros evangelistas, que conocían esos escritos y sabían cuán bien se ajustaban a la verdad, los utilizaron para la composición de sus respectivos evangelios, copiándolos con frecuencia literalmente o modificándolos conforme al plan que cada uno se proponía al escribir su obra. Además de esto parece también que alguno o algunos de los evangelistas utilizó para componer su obra la de los precedentes. Este es un detalle que nosotros entendemos mal por nuestro afán de imprimir a nuestras producciones literarias el sello de nuestra

propia personalidad. No solía ser éste el criterio de los antiguos, que consideraban los libros o escritos como propiedad común, que les era lícito aprovechar en la forma que más les agradase, y que, en casos como el nuestro, solía ser la más respetuosa con los documentos escritos.

PLAN DE LOS TRES PRIMEROS EVANGELIOS Y MODO DE SU COMPOSICION.—Con esto podemos darnos cuenta de un fenómeno fácil de observar a la simple lectura de los evangelios. Que en los tres primeros es uno el plan general de la historia evangélica: infancia de Jesús, predicación del Bautista, bautismo de Jesús y su retirada al desierto; predicación en Galilea durante un lapso de tiempo que no se puede fijar, pero que da la impresión de ser corto; ida a Jerusalén, donde entra el día de Ramos, predica los días siguientes, celebra la Pascua el jueves y muere el viernes, para resucitar el domingo. Además de este plan uniforme, que se destaca más si lo comparamos con el de San Juan, echamos de ver la agrupación también uniforme de varios milagros y discursos. Esta agrupación, más que a la tradición oral, parece deber atribuirse al empleo de documentos escritos. Sobre todo se nota con sorpresa la uniformidad con que narran dos o tres autores el mismo discurso o suceso, con el mismo orden y con palabras idénticas o muy poco diferentes, cosa sin duda difícil de explicar por la sola tradición oral.

Al contrario, habremos de recurrir a ésta para explicar las diferencias muy frecuentes que se notan, sea en las modificaciones del plan general, sea en la agrupación de los sucesos o discursos, sea, finalmente, en el modo de componer la narración de cada relato. Mas por encima de todo esto se cierne la inteligencia de los autores sagrados, a quienes el Espíritu Santo inspiraba y guiaba en la ejecución de su obra, conforme a las miras especiales de cada uno y guardando su propio temperamento psicológico. De aquí resulta una variedad notable junto a una más notable unidad, de cuya armonía proviene la admirable belleza de los evangelios. Muchos después de ellos se han propuesto narrarnos la vida del Hombre-Dios; pero ninguno consiguió su propósito, sino es en cuanto se ajustó al texto de los evangelistas. Es que la misión de narrar la historia del Verbo encarnado estaba reservada a aquellos que gozaban de la inspiración del Espíritu Santo. Jesús mismo había dicho que el Espíritu Santo daría testimonio de El, y uno de los modos de rendirle ese testimonio fué éste de inspirar a los evangelistas al contarnos su historia, y luego mover a los fieles a leer los santos evangelios, iluminando a la vez su mente para que penetren el sentido de sus palabras. Y aun podemos añadir a esto la acción de la Iglesia, que de muchos modos pone a nuestro alcance ese texto divino y nos exhorta a que de continuo lo leamos, lo meditemos y busquemos en él el alimento nutritivo de nuestra vida cristiana.

INTRODUCCION AL EVANGELIO DE SAN MATEO

EL AUTOR.—En el orden actual de los evangelios, que remonta al siglo II, ocupa el primer lugar el evangelio de San Mateo. Según San Marcos y San Lucas, se llamaba también Leví, y era hijo de Alfeo. Los tres convienen en decirnos que era publicano, es decir, arrendador de las alcabalas en Cafarnaúm, y que se convirtió y se hizo seguidor de Jesús al decirle éste: «Sígueme» (Mt. 9, 9-13; Mc. 2, 14; Lc. 5, 27). Y en prueba de que le seguía sin pesar, luego hizo preparar en su casa un gran banquete, al que no invitó sólo al Maestro y a sus discípulos, sino a los publicanos compañeros suyos. Todo esto con gran escándalo de los fariseos, a cuyas murmuraciones hubo de responder Jesús con aquella sentencia: «No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos» y «no vine a buscar a los justos, sino a los pecadores».

EL EVANGELIO.—Como de otros muchos apóstoles, los evangelistas no nos cuentan de Leví cosa alguna. El buen sentido cristiano nos obliga a pensar que no defraudó las esperanzas y los propósitos del Maestro al llamarle al apostolado, pero ignoramos en qué forma correspondió a ellos. También sabemos que fué obra suya la composición del primer evangelio, escrito en la lengua de la Palestina, que era un dialecto arameo, pues lo destinaba a sus compatriotas. Más tarde fué traducido a la lengua griega, no sabemos cuándo ni por

quién. Una cosa podemos asegurar: que la traducción no se hizo esperar muchos años, y que una vez hecha, el original arameo quedó olvidado y pereció, quizá para siempre. La Iglesia ha hecho uso de esta versión griega como si fuera el propio original de San Mateo.

Escribiendo para judíos convertidos a la nueva fe, o a quienes deseaba convertir, el evangelista les presenta su obra como una prueba de que Jesús de Nazaret es el Mesías anunciado por los Profetas, cuyos vaticinios se cumplieron en El. A esto ordena la frecuente citación de los textos proféticos. Otra nota característica de su composición es la formación de secciones, agrupando cosas semejantes, sin mirar que hayan sido dichas o hechas en ocasiones diferentes. Así nos amplifica el sermón de la montaña (5, 7) con elementos que, a juzgar por los otros evangelistas, fueron pronunciados en otros tiempos, y en el capítulo 10 añade a las instrucciones que Jesús dirigió a sus discípulos, al enviarlos a predicar por Galilea, las que sin duda más tarde les dió al enviarlos a predicar por el mundo, anunciándoles las persecuciones por que habían de pasar. La transición de un suceso a otro se halla indicada frecuentemente con ciertas expresiones vagas, v. gr., «en aquellos días, entonces, de allí», etc., las cuales, más que indicación del tiempo o del lugar en que los sucesos ocurrieron, se han de tomar como expresiones de transición o enlace de los relatos. San Mateo se cuida más de darnos los discursos del Señor, y en cuanto a los milagros, su narración se distingue por su laconismo, no atendiendo sino a lo sustancial del hecho, a lo que basta para expresar su carácter divino.

PLAN DEL PRIMER EVANGELIO.—Puede reducirse a lo siguiente: 1. Infancia del Salvador (1-2). 2. Predicación del Bautista y manifestación de Jesús como Mesías e Hijo de Dios (3, 1-4, 11). 3. Predicación de Jesús en Galilea (4, 12-13, 58). 4. Predicación en los confines de Galilea (14, 1-20, 16). 5. Ministerio de Jesús en Jerusalén (20, 17-25, 46). 6. Pasión y resurrección (26-28).

EVANGELIO DE SAN MATEO

Genealogía del Salvador.

1 [1] Genealogía de Jesucristo, hijo de David (1), hijo de Abraham: [2] Abraham engendró a Isac, Isac a Jacob, Jacob a Judá (2) y a sus hermanos, [3] Judá engendró a Fares y a Zara en Tamar (1); Fares engendró a Esrom, Esrom a Aram, [4] Aram a Aminadab, Aminadab a Naasón, Naasón a Salmón, [5] Salmón a Booz en Rahab; Booz engendró a Obed en Rut, Obed engendró a Jesé, [6] Jesé engendró al rey David (2), David a

(1) Es un título mesiánico, como se ve por Mt. 20, 30 s., y 21, 9. La genealogía comienza en Abraham, padre del pueblo escogido, y el primero que recibió las promesas mesiánicas. (Mt. 3, 9.) El texto original repite el verbo «engendró» después de cada persona de la serie genealógica; por ser fácil de suplir, y en atención a lo que pide el estilo castellano, lo omitimos en muchos casos.

(2) A diferencia de Abraham e Isac, Jacob recibió la promesa para todos sus descendientes, que vinieron a formar luego el pueblo de Dios.

(1) Las mujeres no entran de ordinario en la genealogía; pero el evangelista menciona algunas ya conocidas por la Escritura, por ser extranjeras y para mostrar cómo el Mesías no era extraño a los gentiles.

(2) Desde aquí la genealogía sigue la línea marcada por la sucesión dinástica de la casa de David, según la promesa que éste había recibido de Dios. (II Reyes, 7, 12 ss.)

Salomón en la mujer de Urías, [7] Salomón engendró a Roboam, Roboam a Abías, Abías a Asa, [8] Asa a Josafat, Josafat a Joram, Joram a Ozías (1), [9] Ozías a Joatam, Joatam a Acaz, Acaz a Ezequías, [10] Ezequías a Manasés, Manasés a Amón, Amón a Josías, [11] Josías a Jeconías y a sus hermanos en la época de la cautividad de Babilonia. [12] Después de la cautividad de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel, Salatiel a Zorobabel, [13] Zorobabel a Abiud, Abiud a Eliacim, Eliacim a Azor, [14] Azor a Sadoc, Sadoc a Aquim, Aquim a Eliud, [15] Eliud a Eleazar, Eleazar a Matán, Matán a Jacob, [16] y Jacob engendró a José, el esposo de María (2), de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

[17] De manera que las generaciones desde Abraham hasta David son catorce, catorce desde David hasta la cautividad de Babilonia y catorce desde la cautividad de Babilonia hasta Cristo (3).

El misterio de la concepción de Jesús, revelado a José.

[18] La concepción de Jesucristo fué de este modo: Estando desposada María, su madre, con José, antes de que conviviesen (4), se halló haber concebido María del Espíritu Santo. [19] José, su esposo, siendo justo, no quiso denunciarla y resolvió repudiarla en secreto. [20] Mientras reflexionaba sobre esto, he aquí que se le apareció en sueños un ángel del Señor y le dijo: José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. [21] Dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús, porque salvará a su pueblo de sus pecados. [22] Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta, que dice:

[23] He aquí que la virgen concebirá
y parirá un hijo,
Y le pondrán por nombre Emmanuel,
Que quiere decir «Dios con nosotros». [24] Al despertar José de su sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, recibiendo en casa a su esposa. [25] No la conoció hasta que dió a luz a su hijo (1), y le puso por nombre Jesús.

La adoración de los magos.

2 [1] Nacido, pues, Jesús en Belén de Judá en los días del rey Herodes, llegaron del Oriente a Jerusalén unos magos (2), [2] diciendo: ¿Dónde está el rey de los judíos que acaba de nacer? Porque hemos visto su estrella (3) en Oriente y venimos a adorarle. [3] Al oír esto el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén, y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Mesías. [5] Ellos contestaron:

(1) Según IV Reg. 8. ss., entre estos dos reyes hubo otros tres, que el evangelista omite, sin duda para obtener el número de catorce.

(2) José, hijo de David (1, 20), como esposo de María, es el que transmite a Jesús el título y los derechos de hijo de David.

(3) Como medida mnemotécnica, el evangelista divide la genealogía en tres períodos, que corresponden bien a otros tantos de la historia de Israel. De éstos, el primero abarca unos diez siglos; el segundo, cuatro, y el tercero, seis. Si la serie de las personas no está completa en el segundo período, ya se deja comprender que en los otros tampoco lo estará. Mas esto importa poco *para la verdad* y el fin de la genealogía, que *es establecer* la unión de Jesús con David y Abraham.

(4) Según la ley mosaica, a las bodas precedían los esponsales, los cuales tenían el mismo valor jurídico que el matrimonio; la solemnidad de las bodas consistía en la conducción de la novia a la casa del novio. (Deut. 20, 7.) El evangelista se propone mostrar aquí la concepción virginal de Jesús, según el vaticinio del profeta Isaías, 7, 14 ss.

(1) La intención del evangelista está en Jesús y en su concepción virginal, sin decir nada de lo que a su nacimiento siguió. La virginidad de María después del nacimiento de Jesús tiene su fundamento en los Evangelios; pero su demostración clara hay que buscarla en la tradición de la Iglesia.

(2) Originarios de la Media, donde constituían una clase sacerdotal, habían adquirido gran influencia en Babilonia. Se distinguían por su afición al estudio de la astronomía o, mejor, astrología, que era una ciencia adivinatoria basada en el principio de que la vida de los hombres se desarrolla bajo la influencia de los astros.

(3) Por el trato con los judíos, que habían difundido por todo el Oriente sus esperanzas mesiánicas, tenían conocimiento del esperado Mesías, Rey de los judíos, el cual, como todos los grandes personajes, debía tener una estrella que vaticinase su destino. De este prejuicio se sirvió Dios para conducirlos a la cuna del Salvador. La naturaleza de esta estrella es muy misteriosa; no tanto la estrella interior, con que el Espíritu Santo iluminaba su alma y los guiaba hacia el establo de Belén.

En Belén de Judá, pues así está escrito por el profeta:
6 «Y tú, Belén, tierra de Judá,
no eres ciertamente la más pequeña
entre las príncipales de Judá,
porque de ti saldrá un jefe
que apacentará a mi pueblo, Israel (1).»
7 Entonces Herodes, llamando en secreto a los magos, les interrogó cuidadosamente sobre el tiempo de la aparición de la estrella; 8 y enviándolos a Belén les dijo: Id e informaros sobre ese niño, y cuando le encontréis, comunicádmelo, para que vaya también yo a adorarle. 9 Después de oír al rey, se fueron, y he aquí que la estrella, que habían visto en Oriente, les precedía hasta que, llegada encima del lugar en que estaba el niño, se detuvo. 10 Al ver la estrella sintieron grandísimo gozo. 11 Y entrados en la casa, vieron al niño con María, su madre, y de hinojos le adoraron, y abriendo sus tesoros le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. 12 Advertidos en sueños de no volver a Herodes, se tornaron a su tierra por otro camino.

Huída a Egipto y matanza de los niños inocentes.

13 Partido que hubieron, he aquí que el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te avise, porque Herodes buscará al niño para quitarle la vida. 14 Y levantándose de noche tomó al niño y a la madre y partió para Egipto, 15 permaneciendo allí hasta la muerte de Herodes, a fin de que se cumpliera lo que había pronunciado el Señor por su profeta, diciendo: «De Egipto llamé a mi hijo» (2). 16 Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, se irritó sobremanera y mandó matar a todos los niños que había en Belén (3) y en sus términos, de dos años para abajo, según el tiempo que con diligencia había inquirido de los magos. 17 Así se cumplió la palabra del profeta Jeremías, que dice:

18 «Una voz se oye en Rama,
lamentación y gemido grande:
Raquel que llora a sus hijos,
y rehusa ser consolada porque no existen (1).»

Vuelta a Nazaret.

19 Muerto ya Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto, 20 y le dijo: Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel, porque son muertos los que atentaban contra la vida del niño. 21 Y levantándose tomó al niño y a su madre, y partió para la tierra de Israel. 22 Mas habiendo oído que en Judea reinaba Arquelao en lugar de su padre Herodes (2), temió ir allá, y advertido en sueños, se retiró a la región de Galilea, 23 yendo a habitar en una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliese lo dicho por los profetas, que sería llamado Nazareno (3).

Predicación de Juan en el desierto.

3 1 En aquellos días aparece Juan el Bautista (4) predicando en el desierto de Judea, 2 diciendo: «Arrepentíos (5), porque el reino de los cielos está cerca. 3 Este es aquél de quien habló el profeta Isaías, cuando dice:
Voz del que clama en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
haced rectas sus sendas (6).»
4 Juan iba vestido de pelo de camello, llevaba un cinturón de cuero a la cintura, y se alimentaba de langostas y miel silvestre. 5 Venían a él de Jerusalén y de toda Judea y de toda la región del Jordán, 6 y eran por él bautizados en el río Jordán, y confesaban sus pecados.

(1) Miq. 4, 2.
(2) Os. 11, 1.
(3) Como todos los tiranos, Herodes era receloso. Su historia está llena de crímenes contra los miembros de su familia. Nada tiene de extraño el suceso de Belén.

(1) Jer. 31, 15.
(2) Había sucedido a su padre en la provincia de Judea; pero a los nueve años fué privado de su dignidad por el César, a ruegos de los judíos, que estaban cansados de sus violencias.
(3) Esto es, despreciado, porque lo eran entre sus paisanos los vecinos de Nazaret (Jn. 1, 46), y lo fueron luego mucho más los discípulos de Jesús entre los judíos.
(4) Conforme a la predicción del ángel a su padre, viene Juan en hábito de austero penitente, llamando al pueblo al arrepentimiento, para preparar los caminos del Mesías.
(5) Contra lo que se imaginaban los judíos, el reino de Dios no es un privilegio de clase o de raza; está condicionado por nuestras disposiciones morales, de las cuales la fundamental es el espíritu de penitencia.
(6) Is. 40, 3.

7 Como viera a muchos saduceos y fariseos venir a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira que os amenaza? 8 Haced, pues, frutos dignos de penitencia, 9 y no os forjéis ilusiones diciéndoos: Tenemos a Abraham por padre. Porque yo os digo que Dios puede hacer de estas piedras hijos de Abraham. 10 Ya está puesta el hacha a la raíz de los árboles, y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego. 11 Yo, cierto, os bautizo en agua (1) para penitencia: pero en pos de mí viene otro más fuerte que yo, a quien no soy digno de quitar las sandalias; él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego. 12 Tiene ya el bieldo en su mano y limpiará su era y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en fuego inextinguible.

Bautismo de Jesús.

13 Vino Jesús de Galilea al Jordán y se presentó a Juan para ser bautizado por él. 14 Juan se oponía, diciendo: Soy yo quien debe ser por ti bautizado, ¿y vienes tú a mí? 15 Pero Jesús le respondió: Déjame a mí ahora hacer, pues conviene que cumplamos toda justicia (2). Entonces condescendió. 16 Bautizado Jesús, al instante salió del agua. Y he aquí que vió abrírsele los cielos y al Espíritu de Dios (3) descender como paloma y venir sobre él, 17 mientras una voz del cielo decía: Este es mi hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias (4).

La tentación de Jesús.

4 1 Entonces fué llevado Jesús por el Espíritu al desierto (5) para ser tentado del diablo. 2 Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, al fin tuvo hambre. 3 Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres hijo de Dios (1), di que estas piedras se conviertan en pan. 4 Pero él respondió diciendo: Escrito está: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios (2).» 5 Llevóle entonces el diablo a la ciudad santa y poniéndole sobre el pináculo del templo, 6 le dijo: Si eres hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues escrito está: «A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra una piedra (3).» 7 Díjole Jesús: También está escrito: «No tentarás al Señor tu Dios (4).» 8 De nuevo le llevó el diablo a un monte muy alto, y mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, 9 le dijo: Todo esto te daré, si de hinojos me adorares. 10 Díjole entonces Jesús: Apártate, Satanás, porque escrito está: «Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo servirás (5).» 11 Entonces el diablo le dejó, y llegaron ángeles y le servían.

Jesús, en Galilea.

12 Habiendo oído que Juan había sido preso, se retiró a Galilea. 13 Y dejando a Nazaret se fué a morar en Cafarnaúm (6), ciudad situada a orillas del mar, en los términos de Zabulón y Neftalí, 14 para que se cumpliese lo que anunció el profeta Isaías, que dice:

15 Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí,
camino del mar, al otro lado del Jordán,

---

(1) Este bautismo significaba un cambio de vida en quien lo recibía; pero no producía la gracia, como el bautismo cristiano, administrado en nombre de la Santísima Trinidad. (Mt. 28, 19.)

(2) Esto es, toda obra de justicia. El bautismo lo era, y Jesús lo recibe para ejemplo de los demás y para que los fariseos no pudieran devolverle la reprensión que les haría de no haber creído en Juan. (Mt. 11, 16 ss.; 21, 28 ss.)

(3) Los Padres de la Iglesia han visto aquí la consagración del agua destinada a lavar los pecados por el bautismo.

(4) La voz del Padre viene a confirmar la dignidad que en Jesús había reconocido el Bautista.

(5) La santidad de Jesús no consentía sino la tentación externa, por parte del diablo o de los hombres. Para sernos ejemplo en todo, quiso ser tentado, y para vencer en singular combate al tentador perpetuo de los hombres. (Hebr. 2, 17 s.).

(1) Las tentaciones de Jesús son todas cuales convenían al Mesías. Con ellas el tentador procura apartar a Jesús del camino que el Padre le había trazado para realizar la obra mesiánica.

(2) Deut. 8, 33.
(3) Salm. 90, 11 ss.
(4) Deut. 6, 16.
(5) Deut. 6, 13.
(6) Como sitio más céntrico y, por tanto, más acomodado para difundir la luz de la verdad anunciada por el profeta Isaías 8, 23 s. Asimismo, porque sabía que ningún profeta es bien recibido en su patria y entre los de su parentela. (Mt. 13, 57.)

Galilea de los gentiles!
16 El pueblo que habita en tinieblas
vió una gran luz
y para los que habitan en la región
[de mortales sombras
una luz se levantó (1).
17 Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de Dios se acerca.

Llamamiento de los primeros discípulos.

18 Caminando, pues, junto al mar de Galilea, vió a dos hermanos, Simón, que se llama Pedro, y Andrés, su hermano, los cuales echaban la red en el mar, pues eran pescadores; 19 y les dijo: Venid en pos de mí (2) y os haré pescadores de hombres. 20 Ellos dejaron al instante las redes y le siguieron. 21 Y pasando más adelante vió a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y Juan, su hermano, que en la barca, con Zebedeo, su padre, componían las redes, y los llamó. 22 Ellos, dejando luego la barca y a su padre, le siguieron.

Predicación de Jesús en Galilea.

23 Recorría toda la Galilea (3), enseñando en las sinagogas, predicando el evangelio del reino y curando en el pueblo toda enfermedad y toda dolencia. 24 Extendióse su fama por toda la Siria y le traían a todos los que padecían algún mal, los atacados de diferentes enfermedades y dolores y los endemoniados, lunáticos, paralíticos, y los curaba. 25 Y grandes muchedumbres le seguían de Galilea y de la Decápolis, y de Jerusalén y del otro lado del Jordán.

Las bienaventuranzas.

5 1 Viendo a la muchedumbre, subió a un monte, y cuando se hubo sentado se le acercaron los discípulos; 2 y abriendo su boca les enseñaba, diciendo (1):

3 Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los cielos. 4 Bienaventurados los mansos, porque poseerán la tierra. 5 Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados. 6 Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán hartos. 7 Bienaventurados los misericordiosos, porque alcanzarán misericordia. 8 Bienaventurados los limpios de corazón, porque verán a Dios. 9 Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios. 10 Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque suyo es el reino de los cielos.

11 Bienaventurados seréis cuando os insulten y persigan y con mentira digan contra vosotros todo género de mal, por mí. 12 Alegraos y regocijaos, porque grande será en los cielos vuestra recompensa, pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.

Misión de los discípulos en la tierra.

13 Vosotros sois sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se la salará? Para nada aprovecha ya, sino para tirarla y que la pisen los hombres.

14 Vosotros sois luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad asentada sobre un monte; 15 ni se enciende una lámpara y se la pone bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que alumbre a cuantos hay en la casa. 16 Así ha de lucir vuestra luz ante los hombres, para que viendo vuestras buenas obras, glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos.

Misión de Jesús con respecto a la ley antigua.

17 No penséis que he venido a abrogar la ley y los profetas; no he

(1) Is. 9, 1 ss.
(2) Ya conocían a Jesús, y hasta se habían adherido a su persona (Jn. 1, 35 ss.); pero ahora los llama en su seguimiento, cuando se proponía empezar su misión evangelizadora.
(3) Como respondiendo al vaticinio de Isaías, nos ofrece aquí el evangelista un cuadro de conjunto de la predicación de Jesús en Galilea.

(1) Aquí comienza el sermón de la montaña, que es un resumen y a modo de programa de la predicación del Salvador. Los Padres notan el contraste entre la promulgación de la ley antigua en el Sinaí y esta promulgación de la ley nueva. Las bienaventuranzas señalan las condiciones que han de tener los discípulos del evangelio para entrar en el reino de Dios, el cual, como dice San Pablo, no consiste en cosas terrenas, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo (Rom. 14, 17).

venido a abrogarla, sino a consumarla (1). 18 Porque en verdad os digo que antes pasarán el cielo y la tierra que falte una jota o una tilde de la ley hasta que todo se cumpla. 19 Si, pues, alguno descuidase uno de esos preceptos menores y enseñare así a los hombres, será el menor en el reino de los cielos; pero el que practicare y enseñare, éste será grande en el reino de los cielos. 20 Porque os digo que si vuestra justicia no supera a la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Declaración del quinto precepto.

21 Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás, el que matare será reo de juicio. 22 Pero yo os digo que todo el que se irrita contra su hermano será reo de juicio; el que le dijere: «Raca» será reo ante el Sanedrín; y el que le dijere «Loco» será reo de la gehenna de fuego. 23 Si vas, pues, a presentar una ofrenda ante el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, 24 deja allí tu ofrenda ante el altar, ve primero a reconciliarte con tu hermano, y luego vuelve a presentar tu ofrenda. 25 Muéstrate conciliador con tu adversario mientras vas con él por el camino, no sea que te entregue al juez y el juez al alguacil y seas puesto en prisión. 26 En verdad te digo que no saldrás de allí hasta que pagues el último ochavo.

Declaración del sexto precepto.

27 Habéis oído que fué dicho: No adulterarás. 28 Pero yo os digo que todo el que mira a una mujer para desearla, ya adulteró con ella en su corazón. 29 Si, pues, tu ojo derecho te escandaliza, sácatelo, y arrójalo de ti, porque más te conviene que perezca uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado en la gehenna. 30 Y si tu mano derecha te escandaliza, córtatela y arrójala de ti, porque más te conviene que uno de tus miembros perezca, que no que todo el cuerpo sea arrojado a la gehenna. 31 También se ha dicho: El que repudiare a su mujer déle libelo de repudio. 32 Pero yo os digo que quien repudia a su mujer—excepto el caso de fornicación—la expone al adulterio, y el que se casa con la repudiada comete adulterio (1).

Declaración del segundo precepto.

33 También habéis oído que fué dicho a los antiguos: No perjurarás, antes cumplirás al Señor tus juramentos. 34 Pero yo os digo que no juréis de ninguna manera: ni por el cielo, pues es el trono de Dios, 35 ni por la tierra, pues es el escabel de sus pies, ni por Jerusalén, pues es la ciudad del gran Rey. 36 Ni por tu cabeza jures tampoco, porque no está en ti volver uno de tus cabellos blanco o negro. 37 Sea vuestra palabra: sí, sí; no, no; todo lo que pasa de esto, del mal procede.

Declaración de la pena del talión.

38 Habéis oído que fué dicho: Ojo por ojo y diente por diente: 39 Pero yo os digo, no resistáis al mal, y si alguno te abofetea en la mejilla derecha, dale también la otra; 40 y al que quiera litigar contigo para quitarte la túnica, déjale también el manto. 41 Y si alguno te requisa para

(1) La ley mosaica, que además de ley moral era litúrgica, social y penal, tenía un aspecto muy jurídico, agravado aún más por los escribas, que habían hecho de ella la norma férrea, pero externa, de su vida individual y colectiva. Jesús la eleva a su perfección poniendo de relieve el espíritu de caridad, que en ella estaba como en germen. Conforme a esto, dirá después San Pablo que toda la ley se resume en este precepto: «Amarás al prójimo como a ti mismo». (Gal. 5. 14.)

(1) La indisolubilidad del matrimonio se demuestra por el lenguaje decisivo y tajante de Jesús en 19, 4 ss.; Mc. 10, 5 ss.; Lc. 16, 18. A estos pasajes hay que añadir la terminante declaración de San Pablo: «A los que están unidos por el matrimonio mando, no yo, sino el Señor: Que la mujer no se aparte del marido, y si se separa debe quedar sin casar o reconciliarse con el marido; y el marido no despida a la mujer». (I Cor. 7, 10 ss.). La excepción hecha por San Mateo para el caso de adulterio obedece a esta razón: la ley mosaica condenaba a la pena capital a la adúltera y a su cómplice. Si esta pena se aplicaba, el matrimonio quedaba disuelto por muerte de la adúltera. San Mateo, escribiendo para los hebreos, que vivían bajo la legislación mosaica, en la parte penal dejada intacta por Jesucristo, se expresa en el supuesto de su vigencia y de su aplicación.

una milla, vete con él dos. [42] Da a quien te pida y no vuelvas la espalda a quien te pide algo prestado.

El amor de los enemigos.

[43] Habéis oído que fué dicho: Amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo. [44] Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos (1) y orad por los que os persiguen, [45] para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llueve sobre justos e injustos. [46] Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos? [47] Y si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen esto también los gentiles? [48] Sed, pues, vosotros perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial.

Rectitud de intención.

6 [1] Estad atentos a no hacer vuestra justicia delante de los hombres (2) para que os vean; de otra manera no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos.

Método de practicar la limosna.

[2] Cuando hagas, pues, limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa. [3] Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace la derecha, [4] para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiará.

Método de hacer oración.

[5] Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar en pie en las sinagogas y en los rincones de las plazas, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo, que ya recibieron su recompensa. [6] Tú, cuando ores, entra en tu alcoba y, cerrada la puerta, ora a tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará. [7] Y orando, no seáis habladores como los gentiles, que piensan que serán escuchados por su mucho hablar. [8] No os asemejéis, pues, a ellos, porque vuestro Padre conoce las cosas de que tenéis necesidad antes que se las pidáis. [9] Así, pues, habéis de orar vosotros:

Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre; [10] venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad, así en el cielo como en la tierra. [11] El pan nuestro de cada día dánosle hoy, [12] y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores; [13] y no nos pongas en tentación, mas líbranos de mal.

El perdón de las ofensas.

[14] Porque si vosotros perdonareis a los hombres sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. [15] Pero si no perdonareis a los hombres las faltas suyas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestros pecados (1).

Modo de ayunar.

[16] Cuando ayunéis no os mostréis tristes como los hipócritas, que demudan su rostro para que los hombres vean que ayunan; en verdad os digo, ya recibieron su recompensa. [17] Tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu cara, [18] para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará.

De la solicitud de las cosas temporales.

[19] No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los consu-

(1) Esta es la suma de toda la ley y de los profetas, como luego declara en el cap. 22.

(2) En esta sección Jesús inculca, contra la doctrina y práctica de los fariseos, la rectitud de intención en nuestras obras, que debemos hacer para gloria del Padre celestial. (I Cor. 10, 31.)

(1) Este es el gran principio de la moral cristiana y última consecuencia del precepto del amor a Dios y al prójimo.

men (1), y donde los ladrones perforan y roban. 20 Atesorad tesoros en el cielo, donde ni la polilla ni el orín los consumen y donde los ladrones no perforan ni roban. 21 Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón. 22 La lámpara del cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará iluminado; 23 Pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas.

Dios y las riquezas.

24 Nadie puede servir a dos señores, pues o bien aborrecerá al uno y amará al otro, o bien se adherirá a uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas.

Abandono en manos de la Providencia.

25 Por esto os digo: No os inquietéis por vuestra vida sobre qué comeréis, ni por vuestro cuerpo sobre qué vestiréis. ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? 26 Mirad cómo las aves del cielo no siembran ni siegan, ni encierran en graneros, y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? 27 ¿Quién de vosotros con sus preocupaciones puede añadir a su estatura un solo codo? 28 Y del vestido, ¿por qué preocuparos? Mirad a los lirios del campo cómo crecen: no se fatigan ni hilan. 29 Y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. 30 Pues si a la hierba del campo, que hoy es y mañana se arroja al fuego, Dios así la viste, ¿no hará mucho más con vosotros, hombres de poca fe? 31 No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos o qué vestiremos? 32 Los gentiles se afanan por todas estas cosas. Pero bien sabe vuestro Padre celestial que de todas estas cosas tenéis necesidad. 33 Buscad, pues, primero el reino (2) y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. 34 No os inquietéis, pues, por el mañana; porque el día de mañana ya tendrá sus propias inquietudes; bástale a cada día su afán (1).

El juicio sobre los otros.

7 1 No juzguéis y no seréis juzgados (2); 2 porque con el juicio con que juzgareis seréis juzgados, y con la medida con que midiereis se os medirá. 3 ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? 4 ¿O cómo osas decir a tu hermano: Deja que te quite la paja del ojo, teniendo tú una viga en el tuyo? 5 Hipócrita: quita primero la viga de tu ojo y entonces verás de quitar la paja del ojo de tu hermano. 6 No déis las cosas santas a los perros ni arrojéis vuestras perlas a los puercos, no sea que las pisoteen con sus pies y revolviéndose os destrocen.

Eficacia de la oración.

7 Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. 8 Porque quien pide recibe, y quien busca hallará y a quien llama se le abrirá. 9 Pues ¿quién de vosotros es el que, si su hijo le pide pan, le da una piedra, 10 o si le pide pescado le da una serpiente? 11 Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a quien se las pide!

La ley de la caridad.

12 Por eso cuanto quisiereis que os hagan a vosotros los hombres, hacédselo vosotros a ellos, porque esta es la ley y los profetas.

(1) Como viajero hacia la eternidad, debe el cristiano vivir con los ojos en el cielo, y no tomar de los bienes terrenos sino cuanto es necesario para caminar hacia la patria del cielo.

(2) El Padre celestial, que promete y da lo más, que es la gracia y la gloria, no nos negará lo menos, que es el sustento corporal.

(1) Obrar de otro modo es tomar las riquezas como fin de la vida, haciéndose reo del pecado de avaricia. Contra los avaros pronunció el Señor palabras tan graves como aquéllas: «Hijos míos, ¡cuán difícil es que entren en el cielo los que confían en las riquezas! Más fácil será a un camello pasar por el hondón de una aguja, que a un rico entrar en el reino de los cielos». (Mc. 10, 24.)

(2) Es decir, no condenéis, pues de juicio condenatorio se trata aquí. Es otra aplicación del precepto de la caridad hacia el prójimo.

Las dos sendas.

13 Entrad por la puerta estrecha (1), porque ancha es la puerta y espaciosa es la senda que lleva a la perdición, y muchos los que por ella entran. 14 ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!

Los falsos profetas.

15 Guardaos de los falsos profetas (2), que vienen a vosotros con vestiduras de ovejas, mas por dentro son lobos rapaces. 16 Por sus frutos los conoceréis. ¿Por ventura se cogen racimos de los espinos, o higos de los abrojos? 17 Así que todo árbol bueno da buenos frutos, y todo árbol malo da frutos malos. 18 No puede árbol bueno dar malos frutos, ni árbol malo frutos buenos. 19 El árbol que no da buenos frutos es cortado y arrojado al fuego. 20 Por los frutos, pues, los conoceréis.

La verdadera sabiduría.

21 No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. 22 Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre obramos muchos milagros? 23 Yo entonces les diré: Nunca os conocí, apartaos de mí, obradores de iniquidad. 24 De manera que todo el que escucha mis palabras y las pone bor obra será como el varón prudente, pue edifica su casa sobre roca. 25 Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos y dieron sobre aquella casa, pero no cayó, porque estaba fundada sobre roca. 26 Y todo el que me escucha estas palabras y no las pone por obra, será semejante al necio, que edificó su casa sobre arena. 27 Cayó la lluvia, vinieron los torrentes, soplaron los vientos, y dieron sobre aquella casa, y cayó, y fué grande su ruina.

Conclusión.

28 Aconteció que, cuando acabó Jesús estos discursos (1), se maravillaban las muchedumbres de su doctrina, 29 porque les enseñaba como quien tiene poder, y no como sus doctores.

La curación de un leproso.

8 1 Como bajó del monte, le siguieron muchedumbres numerosas. 2 Y he aquí que un leproso se le acercó y se postró ante El, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. 3 Y extendió la mano y le tocó y dijo: Quiero, sé limpio. Y al instante quedó limpia su lepra. 4 Jesús le advirtió: Mira, no lo digas a nadie, sino ve a mostrarte al sacerdote y ofrece la ofrenda que Moisés mandó para que les sirva de testimonio (2).

El siervo del centurión.

5 Entrado en Cafarnaúm, se le acercó un centurión (3), suplicándole, 6 y diciéndole: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, gravemente atormentado. 7 El le dijo: Yo iré y le curaré. 8 Y respondiendo el centu-

(1) El camino de la virtud y del cielo es áspero y exige un esfuerzo constante; en cambio, el camino del vicio y de la perdición es ancho y cuesta abajo, por lo cual no hay más que dejarse ir por él.

(2) Abundaban éstos en la antigua ley, en frente de los profetas verdaderos que Dios enviaba a su pueblo. En tiempo de Jesús hacían este oficio los escribas y los fariseos, que extraviaban al pueblo con sus falsas doctrinas. En todos los tiempos abundan los que, vistiéndose el manto de la verdad, con aparato de sabiduría, tratan de extraviar a los hombres de la única senda que a Dios lleva. Por los frutos los podremos conocer. En los días en que nos ha tocado vivir se descubre por sus frutos de muerte la calidad de muchas doctrinas, que desde hace tiempo se predicaban como la expresión de la más alta sabiduría.

(1) Comparando este sermón con el de San Lucas, se echa de ver que S. Mateo, para hacer más completo su programa, insertó en él cosas que el Salvador había dicho en otras ocasiones.

(2) En el Levítico, 14, 1-32, se describe el largo ritual a que debía someterse el leproso que lograba su curación, antes de reintegrarse a la vida social, de que le había separado la enfermedad.

(3) Era gentil; pero, sin duda, prosélito de judaísmo. S. Lucas dice que no vino en persona, sino por sus amigos los judíos, a quienes creía más autorizados para presentar sus ruegos a Jesús.

rión, dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; di sólo una palabra y mi siervo será curado. [9] Porque yo soy un subordinado, pero bajo mí tengo soldados, y digo a éste: ve, y va; y al otro, ven, y viene, y a mi esclavo: haz esto, y lo hace. [10] Y oyéndole Jesús, se maravilló y dijo a los que le seguían: [11] En verdad os digo que en nadie de Israel he hallado tanta fe. [11] Os digo, pues, que del Oriente y del Occidente (1) vendrán y se sentarán a la mesa con Abraham, Isac y Jacob en el reino de los cielos, [12] mientras que los hijos del reino serán arrojados a las tinieblas exteriores, donde habrá llanto y crujir de dientes. [13] Y dijo Jesús al centurión: Ve, hágase contigo según has creído. Y en aquella hora quedó curado el siervo (2). [14] Entrando Jesús en casa de Pedro, vió a la suegra de éste, que yacía en el lecho, con fiebre. [15] Y le tomó la mano y la fiebre la dejó, y se levantó y le servía.

Curación de muchos.

[16] Ya atardecido, le presentaron muchos endemoniados, y arrojó con una palabra los espíritus, y a todos los que se sentían mal (3) los curó, [17] para que se cumpliese el anuncio del profeta Isaías, que dice: «El tomó nuestras enfermedades y cargó con nuestras dolencias» (4).

(1) La salud eterna, simbolizada por el banquete del cielo, no está vinculada a la raza escogida; será de «los hombres de buena voluntad» (Lc. 2, 14).

(2) Resalta en el relato evangélico la modestia del centurión, que se creía indigno de recibir a Jesús bajo su techo, y asimismo la fe en el poder divino del Salvador. El cuidado que muestra por el siervo tampoco debía de obedecer a interés egoísta, sino a verdadero amor por él. Por todo esto mereció aquel elogio de Jesús, que los judíos no debieron de oír con mucho agrado.

(3) Los milagros del Salvador tienen un doble sentido. Nos revelan primeramente su bondad y misericordia hacia todos los desgraciados; también son signos de la misión divina que traía al mundo en beneficio de las almas. Con las curaciones corporales pretendía que le aceptasen como médico de las almas, cuyos pecados venía a perdonar y a sanar sus llagas. Este principio, que sobre todo se hace patente en el evangelio de San Juan, se puede aplicar, en armonía con los males que el Señor remedia, a las diversas especies de milagros.

(4) Is. 43, 4.

Condiciones de los seguidores de Jesús.

[18] Viendo Jesús grandes muchedumbres alrededor de sí, dispuso partir a la otra ribera. [19] Y le salió al encuentro un escriba, que le dijo: Maestro, te seguiré adondequiera que vayas. [20] Díjole Jesús: Las raposas tienen cuevas, y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza. [21] Otro de los discípulos le dijo: Señor, permíteme ir primero a sepultar a mi padre (1). [22] Pero Jesús le respondió: Sígueme y deja a los muertos sepultar a sus muertos (2).

La tempestad calmada.

[23] Cuando hubo subido a la nave le siguieron sus discípulos. [24] Y he aquí que se produjo en el mar una agitación grande, tal que las olas cubrían la nave; pero El entretanto dormía. [25] Y acercándose le despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. [26] El les dijo: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Entonces se levantó, increpó, a los vientos y al mar y sobrevino una gran calma. [27] Los hombres se maravillaban y decían: ¿Quién es éste, que hasta los vientos y el mar le obedecen?

La curación de los endemoniados.

[28] Llegado a la otra orilla, a la región de los gadarenos, le vinieron al encuentro, saliendo de los sepulcros, dos endemoniados (3) tan furiosos, que nadie podía pasar por aquel camino. [29] Y le gritaron, diciendo: ¿Qué hay entre ti y nosotros, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a destiempo para atormentarnos? [30] Había no lejos de allí una piara de muchos puercos paciendo (4), [31] y los demonios le

(1) Que, sin duda, no había aún muerto, y así pide que se le deje atender a su padre en sus últimos días.

(2) Muertos, aquí, son los que viven en el mundo entregados a los cuidados de la vida temporal.

(3) San Marcos y San Lucas hablan de uno solo, que es, sin duda, el que, de los dos, más se distinguía y más llamó la atención de los testigos o de la tradición posterior, por haberse convertido a la fe.

(4) El Oriente del Lago estaba poblado por gentiles, los únicos que podían criar tales animales, declarados inmundos por la ley mosaica.

rogaban, diciendo: Si nos has de echar, échanos a la piara de puercos. 32 Y les dijo: Id. Ellos salieron y se fueron a los puercos, y toda la piara se lanzó por un precipicio al mar, muriendo en las aguas. 33 Los porqueros huyeron, y yendo a la ciudad contaron lo que había pasado con los endemoniados. 34 Y he aquí que toda la ciudad salió al encuentro de Jesús, y viéndole le rogaron que se retirase de sus términos (1).

Curación del paralítico.

9 1 Subiendo en la barca, hizo la travesía y vino a su ciudad (2). 2 Le presentaron un paralítico acostado en un lecho, y viendo Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: Confía, hijo, tus pecados te son perdonados. 3 Algunos escribas dijeron dentro de sí mismos: Este blasfema. 4 Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? 5 ¿Qué es más fácil: decir tus pecados te son perdonados, o decir levántate y anda? 6 Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene sobre la tierra poder de perdonar los pecados (3), dijo al paralítico: levántate, toma tu lecho y vete a casa. 7 Y levantándose, fuése a su casa. 8 Viendo esto, las muchedumbres quedaron sobrecogidas de temor y glorificaron a Dios de haber dado tal poder a los hombres.

Vocación de Mateo.

9 Pasando Jesús de allí, vió a un hombre sentado en el telonio, de nombre Mateo, y le dijo: Sígueme. Y él, levantándose, le siguió. 10 Hallándose, pues, Jesús sentado a la mesa en la casa de aquél, vinieron muchos publicanos y pecadores a sentarse con Jesús y sus discípulos. 11 Viendo esto, los fariseos decían a los discípulos: ¿Por qué vuestro maestro come con publicanos y pecadores? (1). 12 El, que los oyó, dijo: No tienen los sanos necesidad de médico, sino los enfermos. 13 Yd y aprended qué significa: «Prefiero la misericordia al sacrificio.» Porque no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores.

14 Entonces se llegaron a él los discípulos de Juan (2), diciendo: ¿Cómo es que, ayunando nosotros y los fariseos, tus discípulos no ayunan? 15 Y Jesús les contestó: ¿Por ventura pueden los compañeros del novio llorar mientras está el novio con ellos? Pero vendrán días en que les será arrebatado el esposo; y entonces ayunarán. 16 Nadie echa una pieza de paño no abatanado a un vestido viejo, porque el remiendo se llevará algo del vestido y el roto se hará mayor. 17 Ni se echa el vino nuevo en cueros viejos; de otro modo se romperían los cueros, el vino se derramaría y los cueros se perderían; sino que se echa el vino nuevo en cueros nuevos, y así lo uno y lo otro se conserva.

Curación de la hemorroisa, y resurrección de una niña.

18 Mientras les hablaba, llegó un jefe (3), y acercándosele se postró ante él, diciendo: Mi hija acaba de morir; ven, pon tu mano sobre ella y vivirá. 19 Y levantándose Jesús, le siguió con sus discípulos. 20 Entonces una mujer, que padecía flujo de sangre hacía doce años se le acercó por detrás y le tocó la orla del vestido (4), 21 diciendo para sí misma: Con sólo tocar su vestido seré sana. 22 Jesús se volvió, y viéndola

(1) Los sucesos que acababan de oír los habían puesto en un temor supersticioso, y preferían verle lejos.

(2) Cafarnaúm, que había constituído en centro de su actividad apostólica. (4, 13.)

(3) Los milagros de Jesús tienen una finalidad más alta que la de remediar los males físicos: probar su misión divina de salvador de las almas.

(1) Para los fariseos, los publicanos eran públicos pecadores, con quienes no se podía tratar sin contaminarse.

(2) Eran gentes que, habiendo recibido el bautismo de Juan, llevaban una vida de penitencia, y así se extrañaban de que Jesús y los suyos no hicieran otro tanto.

(3) Era la sinagoga el centro de la vida religiosa y social del pueblo, y tenía para su gobierno un consejo de personas respetables.

(4) A causa de la enfermedad, que constituía una impureza legal, no se atrevía a pedir francamente el remedio del mal. (Levítico. 15, 25 ss.)

dijo: Hija, ten confianza; tu fe te ha sanado. Y quedó sana la mujer desde aquel momento. [23] Cuando llegó Jesús a la casa del jefe, viendo a los flautistas y a la muchedumbre de plañideras, [24] dijo: Retiraos, que la niña no está muerta: duerme. Y se reían de El (1). [25] Una vez que la muchedumbre fué echada fuera, entró, tomó la mano de la niña y ésta se levantó. [26] La nueva se divulgó por toda aquella tierra.

Curación de dos ciegos.

[27] Partiendo Jesús de allí, le seguían dos ciegos, dando voces y diciendo: Ten piedad de nosotros, Hijo de David. [28] Y cuando hubo entrado en casa, se le acercaron los ciegos y les dijo Jesús: ¿Creéis que puedo yo hacer esto? Respondiéronle: Sí, Señor. [29] Entonces tocó sus ojos, diciendo: Hágase en vosotros según vuestra fe. [30] Y se abrieron sus ojos, y con tono severo les advirtió: Mirad que nadie lo sepa (2). [31] Pero ellos, una vez fuera, divulgaron la cosa por toda aquella tierra.

Curación de un mudo.

[32] Salidos aquéllos, le presentaron un hombre mudo endemoniado, [33] y arrojado el demonio, habló el mudo y se maravillaron las turbas, diciendo: Jamás se vió tal en Israel. [34] Pero los fariseos replicaban: Es por virtud del príncipe de los demonios como arroja a los demonios.

Actividad misional.

[35] Jesús recorría todas las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, predicando el evangelio del reino y curando toda enfermedad y toda dolencia. [36] Viendo a la muchedumbre, se enterneció de compasión por ella, porque estaban fatigados y decaídos como ovejas sin pastor. [37] Entonces dijo a los discípulos: La mies es mucha, pero los obreros pocos. [38] Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies.

Confiere a los doce el poder de hacer milagros.

10 [1] Habiendo llamado Jesús a sus discípulos, les dió poder sobre los espíritus impuros para arrojarlos y para curar toda enfermedad y toda dolencia (1).

[2] Los nombres de los doce Apóstoles son éstos: el primero Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano; Santiago, el de Zebedeo, y Juan, su hermano; [3] Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo, el publicano; Santiago, el de Alfeo, y Tadeo; [4] Simón, el Celador, y Judas Iscariote, el que le traicionó.

Instrucción a los doce.

[5] A estos doce envió Jesús, después de haberles instruído en estos términos: «No toméis el camino de los gentiles (2) ni entréis en la ciudad de los samaritanos; [6] id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. [7] Y en vuestro camino predicad diciendo: El reino de Dios se acerca. [8] Curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, arrojad los demonios; gratis lo recibís, dadlo gratis. [9] No llevéis oro ni plata ni cobre en vuestro cinto, [10] ni alforja para el camino, ni dos túnicas, ni sandalias, ni bastón; porque el obrero es acreedor a su sustento. [11] En cualquiera ciudad o aldea en que entréis, informaos de quién hay en ella digno (3), y quedaos allí hasta que partáis. [12] Y entrando en la casa, saludad. [13] Y si la casa fuere digna, sobre ella vendrá vuestra paz; si no lo fuere, vuestra paz volverá a vosotros. [14] Y si no

(1) Como gente que tenía por oficio llorar a los muertos, se ríen de Jesús; sin duda que no reirían los padres de la niña difunta.

(2) Estos mandatos de Jesús tienen su razón de ser en el estado de los ánimos, demasiado excitados en aquel momento con los milagros y prontos a estallar en manifestaciones que pudieran comprometer su ministerio. (Jn. 6, 15.)

(1) Jesús no sólo tiene poder de hacer milagros, sino facultad para conferirlo a otros. Era ésta una facultad que jamás se había visto en Israel.

(2) La misión personal de Jesús se dirigía a los hijos de Israel, por los cuales la salud había de llegar a los gentiles. (Rom. 15, 8.)

(3) La misión que llevaban los obligaba a mirar dónde se hospedaban, no fuera que la condición del huésped impidiese el ministerio apostólico.

os recibieren o no escucharen vuestras palabras, saliendo de aquella casa o de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. 15 En verdad os digo que más tolerable suerte tendrá la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio que aquella ciudad.

Nueva instrucción a los apóstoles.

16 He aquí que yo os envío como ovejas en medio de lobos (1); sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas. 17 Guardaos de los hombres, porque os entregarán a los sanedrines y en sus sinagogas os azotarán. 18 Seréis llevados a los gobernadores y reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos y los gentiles. 19 Cuando os entregaren, no os preocupe cómo o qué hablaréis; porque se os dará en aquella hora lo que debéis decir. 20 No seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu del Padre el que hablará en vosotros. 21 El hermano entregará al hermano a la muerte, el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. 22 Y seréis aborrecidos de todos por causa de mi nombre; el que persevere hasta el fin, ése será salvo.

23 Cuando os persiguieren en una ciudad, huíd a otra; y si en ésta os persiguieren, huíd a una tercera. En verdad os digo que no acabaréis las ciudades de Israel antes de que venga el Hijo del hombre. 24 No está el discípulo sobre el maestro, ni el siervo sobre su amo. 25 Bástale al discípulo ser como su maestro y al siervo como su señor. 26 Si al amo le llamaron Belcebú, ¡cuánto más a sus domésticos! 26 No los temáis, pues; porque nada hay oculto que no se venga a descubrir, ni secreto que no venga a ser conocido. 27 Lo que yo os digo en la oscuridad, decidlo a la luz, y lo que os digo al oído, predicadlo sobre los terrados. 28 No tengáis miedo a los que matan el cuerpo, que al alma no la pueden matar; temed más bien a Aquél que puede perder el alma y el cuerpo en la gehenna. 29 ¿No se venden dos pajaritos por un as? Sin embargo, ni uno de ellos caerá en tierra sin la voluntad de vuestro Padre. 30 Cuanto a vosotros, aun los cabellos todos de vuestra cabeza están contados. 31 No temáis, pues; ¿no aventajáis vosotros a los pajaritos? 32 Pues a todo el que me confesare delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre, que está en los cielos 33 Pero a todo el que me negare delante de los hombres, yo le negaré también delante de mi Padre, que está en los cielos.

34 No penséis que he venido a poner paz en la tierra (1); no vine a poner paz, sino espada. 35 Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la hija de su madre, y la nuera de su suegra, 36 y los enemigos del hombre serán los de su casa. 37 El que ama al padre y a la madre más que a mí, no es digno de mí (2), y el que ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí; 38 y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. 39 El que halla su vida la perderá, y el que la perdiere por amor de mí la hallará. 40 El que os recibe a vosotros, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. 41 El que recibe al profeta como profeta, obtendrá recompensa de profeta, y el que recibe al justo como justo, obtendrá recompensa de justo. 42 Y el que diere de beber a uno de estos pequeños, sólo un vaso de agua fresca, en razón de discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa.»

La misión del Bautista.

11 1 Aconteció que cuando hubo Jesús acabado de instruir a sus discípulos, partió de allí para enseñar y predicar en sus ciudades. 2 Y habiendo oído Juan en la cárcel las obras de Cristo, envió por medio de sus discípulos, 3 a decirle: «Eres tú

(1) Lo que sigue, sin duda, fué dicho por Jesús mirando a otra misión más lejana y más larga entre las naciones gentiles. Es, al mismo tiempo, una profecía de lo que sucederá a los apóstoles y a los fieles en los tiempos venideros. En la historia reciente de la persecución marxista pudiéramos hallar pruebas confirmatorias de lo que aquí dice el Salvador.

(1) Jesús gusta de semejantes figuras para imprimir mejor las ideas en la mente de sus oyentes. Siendo príncipe de la paz, porque nos trae el amor, lo es también de la guerra, porque El mismo y los suyos serán para el mundo blanco de contradicción.

(2) Singular pretensión, que sólo en Dios es justa, como principio y fin que es del hombre Es una expresión manifiesta de su divinidad.

el que viene (1), o debemos esperar a otro? Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y referid a Juan lo que habéis oído y visto. [5] Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados; [6] y bienaventurado aquél que no se escandalizare en mí.

Elogio de Juan.

[7] Cuando éstos se hubieron ido, comenzó Jesús a hablar de Juan a la muchedumbre: ¿Qué habéis ido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? [8] ¿Qué habéis ido a ver? ¿A un hombre vestido afeminadamente? Mas los que visten con molicie están en las moradas de los reyes. [9] ¿Pues a qué habéis ido? ¿A ver un profeta? Sí, yo os digo que más que a un profeta. [10] Este es de quien está escrito:

He aquí que yo envío a mi mensajero delante de tu faz,
Que preparará tus caminos delante de ti (2).

[11] En verdad os digo que entre los nacidos de mujer no ha parecido uno más grande que Juan el Bautista. Pero el más pequeño en el reino de los cielos es mayor que él (3). [12] Desde los días de Juan hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia y los esforzados lo arrebatan. [13] Porque todos los profetas y la ley han profetizado hasta Juan. [14] Y si queréis oírlo, él es Elías, que ha de venir. [15] El que tiene oídos, que oiga.

Juicio sobre la generación presente.

[16] ¿A quién compararé yo esta generación? Es semejante a los niños sentados en la plaza (4), que se gritan unos a otros, [17] diciendo: «Os tocamos la flauta y no bailáis, hemos endechado y no os habéis dolido.» [18] Porque vino Juan, que no comía ni bebía, y dicen: Está poseído del demonio. [19] Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: Es un comilón y un bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores. Y la Sabiduría se justifica por sus obras.

Amenaza a las ciudades infieles.

[20] Comenzó entonces a increpar a las ciudades en que había hecho muchos milagros, porque no habían hecho penitencia: [21] ¡Ay de ti, Corazaín, ay de ti, Betsaida!, porque, si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros hechos en ti, mucho ha que en saco y ceniza hubieran hecho penitencia. [22] Así, pues, os digo que Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotros en el día del juicio. [23] Y tú, Cafarnaúm, ¿te levantarás hasta el cielo? Hasta el infierno serás precipitada. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros hechos en ti, hasta hoy subsistirían. [24] Así, pues, os digo que el país de Sodoma será tratado con menos rigor que tú en el día del juicio.

Acción de gracias al Padre.

[25] En aquel tiempo tomó Jesús la palabra y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque ocultaste estas cosas a los sabios y discretos y las revelaste a los pequeñuelos (1). [26] Sí, Padre, porque así te plugo. [27] Todo me ha sido entregado por mi Padre (2), y nadie conoce al Hijo sino el Padre, y nadie conoce al padre sino el Hijo y aquél a quien el hijo quisiere revelárselo. [28] Venid a mí, todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os ali-

---

(1) El laconismo de los evangelistas no nos permite poner en claro el motivo de esta embajada. Parece lo más probable que obedeciera al deseo de que sus discípulos oyesen la verdad de labios del mismo Jesús. Hay quien cree que obedeció a un pasajero oscurecimiento del conocimiento que Juan tenía de Jesús como Mesías.

(2) Mal. 3, 1.

(3) Después del elogio que precede, la comparación no puede referirse a la dignidad de las personas, sino de los estados. Juan vive aún en la antigua alianza, que es la promesa del reino de Dios; los hijos del reino ya gozan de la posesión del mismo reino prometido.

(4) Nota característica de la enseñanza popular de Jesús. La parábola va dirigida a las clases directoras de Israel, en quienes fué bien marcada la oposición contra Jesús, hasta acabar poniéndole en la cruz.

(1) Maravilloso desahogo de Jesús con su Padre acerca de los planes de su providencia. El reino de los cielos es de los pobres y humildes; de los que presumen de sabios, la reprobación. (I Cor. 1, 18 ss.)

(2) Estas palabras expresan la íntima comunión de vida entre el Padre y el Hijo, la consustancialidad de ambos.

viaré.. [29] Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, pues mi yugo es blando y mi carga ligera.

Sobre la observancia del sábado. Primera cuestión.

12 [1] Por aquel tiempo iba Jesús, un día de sábado por los sembrados; sus discípulos tenían hambre y comenzaron a arrancar espigas y comérselas. [2] Los fariseos, que lo echaron de ver, dijéronle: Mira que tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado (1). [3] Pero El les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre él y los que le acompañaban? [4] ¿Cómo entró en la casa de Dios, y comieron los panes de la proposición, que no les era lícito comer a él y a los suyos, sino sólo a los sacerdotes? [5] ¿Ni habéis leído en la ley que el sábado los sacerdotes en el templo violan el sábado sin ser culpables? [6] Pues yo os digo que lo que aquí hay es más grande que el Templo. [7] Si hubierais entendido qué significa: Yo prefiero la misericordia al sacrificio, no condenaríais a inocentes. [8] Porque el Hijo del hombre es señor del sábado.

Segunda cuestión sobre el sábado.

[9] Y pasando de allí vino a la sinagoga, [10] donde había un hombre que tenía seca una mano. Y le preguntaron para poder acusarle: ¿Es lícito curar en sábado? [11] El les dijo: ¿Quién de vosotros, teniendo una oveja, si cayere en un pozo en día de sábado, no la coge y la saca? (2). [12] Pues ¡cuánto más vale un hombre que una oveja! Lícito es, por tanto, hacer bien en sábado. [13] Entonces dijo a aquel hombre: Extiende tu mano; y la extendió sana como la otra. [14] Los fariseos, saliendo, se reunieron en consejo (1) contra El para ver el modo de perderle.

La mansedumbre del Mesías, predicha por el profeta.

[15] Jesús, teniendo noticia de esto, se alejó de allí (2). Muchos le siguieron, y los curaba a todos, [16] encargándoles que no le descubrieran; [17] para que se cumpliera el anuncio del profeta Isaías, que dice:

[18] He aquí mi siervo, a quien elegí; mi amado, en quien mi alma se complace. Haré descansar mi espíritu sobre él, y anunciará el derecho a las gentes. [19] No disputará ni gritará, nadie oirá su voz en las plazas. [20] La caña cascada no la quebrará, y no apagará la mecha humenate, hasta hacer triunfar el derecho, [21] y en su nombre pondrán las naciones su esperanza. (42, 1-4.)

La calumnia de los fariseos.

[22] Entonces le trajeron un endemoniado ciego y mudo (3); y le curó, de suerte que el mudo hablaba y veía. [23] Y se maravillaron las muchedumbres y decían: ¿No será éste el Hijo de David? (4). [24] Pero los fariseos, que esto oyeron, dijeron: Este no echa a los demonios sino por el poder de Beelcebub, príncipe de los demonios (5). [25] Penetrando El sus pensamientos, les dijo: Todo reino en sí dividido será desolado, y toda ciudad o casa en sí dividida no subsistirá. [26] Y si Satanás arroja a Sata-

---

(1) Este episodio nos muestra hasta qué extremo llegaba la superstición de los fariseos en la interpretación del precepto sabático, pues en la prohibición de la siega y de la trilla veían condenada la simple acción de frotar unas espigas y limpiar sus granos para entretener el hambre. (Exodo 34,21.)

(2) La casuística rabínica sabía atender a sus intereses. Prohibe curar en sábado, que es oficio del médico; pero no salvar una res que está a punto de perecer.

(1) Esto nos muestra a qué extremo llegaba la oposición farisea.

(2) Cede ante la violencia de sus enemigos porque no era llegada su hora. (Jn. 11, 5 ss.)

(3) Is. 42, 1-4.

(4) La posesión diabólica solía llevar consigo alguna enfermedad, la cual desaparecía luego de echados los espíritus por el Señor.

(5) Que quiere decir Mesías. Estas expresiones populares muestran cuán vivas estaban en aquellos días las esperanzas mesiánicas.

(6) Era Beelzebub el dios de Acarón, a quien por burla los judíos llamaban Beelzebul, *señor del estiércol*. Los espíritus, aun después de perdida la gracia por el pecado, conservan su jerarquía, que tiene por base su perfección natural. Al jefe supremo de esa jerarquía le llamaban Beelzebub Jesús, según ellos, tendría pacto con éste, y en su virtud, los espíritus inferiores le estarían sujetos.

nás, estará dividido contra sí, ¿cómo, pues, subsistirá su reino? [27] Y si yo arrojo los demonios con el poder de Beelcebub, ¿con qué poder los arrojan vuestros hijos? Por esto serán ellos vuestros jueces. [28] Mas si yo, arrojo a los demonios con el espíritu de Dios, entonces es que ha llegado a vosotros el reino de Dios. [29] ¿Pues cómo podrá entrar uno en la casa de un fuerte y arrebatarle sus enseres, si no logra primero sujetar al fuerte? Ya entonces podrá saquear su casa. [30] El que no está conmigo está contra mí, y el que conmigo no recoge, desparrama.

La blasfemia contra el Espíritu Santo.

[31] Por esto os digo: Todo pecado y blasfemia les será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu (1) no les será perdonada. [32] Quien hablare contra el Hijo del hombre será perdonado; pero quien hablare contra el Espíritu Santo, no será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero. [33] Si plantáis un árbol bueno, su fruto será bueno, pero si plantáis un árbol malo, su fruto será malo, porque el árbol por los frutos se conoce. [34] ¡Raza de víboras! ¿Cómo podéis vosotros decir cosas buenas, siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. [35] El hombre bueno, de su buen tesoro saca cosas buenas, pero el hombre malo de su mal tesoro saca cosas malas. [36] Y yo os digo que de toda palabra ociosa que hablaren los hombres habrán de dar cuenta el día del juicio. [37] Pues por tus palabras serás declarado justo, o por tus palabras serás condenado.

Amenaza contra la generación actual.

[38] Entonces le interrogaron algunos de los escribas y fariseos, y le dijeron: Maestro, quisiéramos ver una señal tuya. [39] El, respondiendo, les dijo: La generación mala y adúltera, busca una señal, y no le será dada más señal que la de Jonás (1) el profeta. [40] Porque, como estuvo Jonás en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así estará el Hijo del hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra. [41] Los ninivitas se levantarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán, porque ellos hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y hay aquí algo más que Jonás. [42] La reina del Mediodía se levantará en juicio contra esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón. [43] Cuando el Espíritu impuro sale de un hombre, discurre por lugares áridos, buscando reposo y no lo halla. [44] Entonces se dice: Me volveré a mi casa de donde salí. Y va y la encuentra vacía, barrida y compuesta. [45] Entonces va, toma consigo otros siete espíritus peores que él, y entrando, habita allí, viniendo a ser las postrimerías de aquel hombre peores que sus principios. Así será de esta generación mala.

Los parientes de Jesús.

[46] Mientras El hablaba a la muchedumbre, su madre y sus hermanos estaban fuera y pretendían hablarle. [47] Alguien le dijo: Tu madre y tus hermanos (2) están fuera y desean hablarte. [48] Y El respondió y dijo al que le hablaba: ¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos? [49] Y extendiendo su mano sobre los discípulos, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque quienquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre.

---

(1) Es el pecado que directa y conscientemente va contra la verdad. Como de ella ha de venir la salud, el que la impugna se cierra a sí mismo la puerta de la salvación, y así resulta su pecado irremisible.

(1) La última señal que Jesús dará a los judíos de que es el Mesías será su resurrección. El que la rechace quedará en peor situación que antes, porque su resistencia a la verdad le habrá confirmado más en el mal.

(2) Los parientes, que no creían en El (Jn. 7, 5), antes pensaban que estaba fuera de sí (Mc. 3, 21), vienen para reducirle a casa. Jesús se aprovecha de la ocasión para poner de relieve el orden divino sobre el humano. No hemos de atribuir a la Madre los mismos sentimientos por el hecho de que acompañara a los parientes. Iban en busca de su Jesús, y no podía permanecer indiferente.

La parábola del sembrador.

13 [1] Aquel día salió Jesús de casa y se sentó junto al mar. [2] Se le acercaron numerosas muchedumbres. El, subiendo a una barca, se sentó, quedando la muchedumbre sobre la playa, [3] y les dijo muchas cosas en parábolas (1): Salió un sembrador a sembrar, [4] y de la simiente parte cayó junto al camino, y viniendo las aves, la comieron. [5] Otra cayó en sitio pedregoso, donde no había tierra y luego brotó, porque la tierra era poco profunda, [6] pero levantándose el sol la agostó, y como no tenía raíz, se secó. [7] Otra cayó entre cardos, y los cardos crecieron y la ahogaron. [8] Otra cayó sobre tierra buena y dió buen fruto, una ciento, otra sesenta, otra treinta. [9] El que tenga oídos, que oiga.

Razón de la parábola.

[10] Acercándosele los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? [11] Y les respondió diciendo: A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de los cielos, pero a ésos no. [12] Porque al que tiene se le dará más y abundará; y al que no tiene, aun aquello que tiene le será quitado. [13] Por esto les hablo en parábolas, porque viendo no vean y oyendo no oigan ni entiendan; [14] y se cumpla en ellos la profecía de Isaías, que dice:

Cierto oiréis y no entenderéis (2),
veréis y no conoceréis. [15] Porque
se ha endurecido el corazón de este
pueblo, y se han hecho duros de
oídos, y han cerrado sus ojos, para
no ver con sus ojos y no oír con sus
oídos, y para no entender en su corazón y convertirse, que yo los curaría (1). [16] ¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! [17] Pues en verdad os digo que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, y no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron.

Explicación de la parábola.

[18] Oíd, pues, vosotros, la parábola del sembrador. [19] A quien oye la palabra del reino y no la entiende, viene el maligno y le arrebata lo que había sido sembrado en su corazón: esto es lo sembrado junto al camino. [20] Lo sembrado en terreno pedregoso es el que oye la palabra y desde luego la recibe con alegría; [21] pero no tiene raíces en sí mismo, sino que es voluble, y en cuanto se levanta una tormenta o persecución a causa de la palabra, al instante se escandaliza. [22] Lo sembrado entre espinas es el que oye la palabra; pero los cuidados del siglo y la seducción de las riquezas ahogan la palabra y queda sin dar fruto. [23] Lo sembrado en buena tierra es el que oye la palabra y la entiende, y da fruto, uno ciento, otro sesenta, otro treinta.

La parábola de la cizaña.

[24] Les propuso otra parábola, diciendo: Es semejante el reino de los cielos a un hombre que sembró en su campo semilla buena. [25] Pero mientras la gente dormía, vino el enemigo y sembró cizaña entre el trigo y se fué. [26] Cuando creció la hierba y dió fruto, entonces apareció la cizaña. [27] Acercándose los criados al amo, le dijeron: Señor: ¿no has sembrado semilla buena en tu campo? ¿De dónde viene, pues, que haya cizaña? [28] Y él les contestó: Eso es obra de un enemigo. Dijéronle: ¿Quieres que vayamos y la arranquemos? [29] Y les dijo: No, no sea que al querer arrancar la cizaña, arranquéis con ella el trigo. [30] Dejad que ambos crezcan hasta la siega; y al tiempo de la siega diré a los segadores: Coged primero la cizaña y atadla en haces para quemarla, y el trigo recogedlo para encerrarlo en el granero.

---

(1) San Mateo, siguiendo su método, reúne aquí un grupo de parábolas cuyo tema es el misterio del reino de Dios. No estando el pueblo en condiciones de recibir la verdad desnuda sobre este misterio, a causa de sus prejuicios mesiánicos, el Señor le presenta la verdad en forma velada para que, poco a poco, la vaya percibiendo. Esto siempre sería mejor que negársela del todo.

(2) Hasta cinco veces se cita este texto en los evangelios y en los Hechos, 28, 26. El profeta fué enviado por Dios a predicar al pueblo y, cierto, para que su palabra le reportase la salud; pero a causa de la malicia del pueblo, el ministerio del profeta le iba a ser ocasión de mayor mal. Tal ocurría a los judíos por su oposición a la verdad, que brillaba en la predicación de Jesús y de los Apóstoles.

(1) Is 6, 9 ss

El grano de mostaza.

31 Otra parábola les propuso, diciendo: Es semejante el reino de los cielos a un grano de mostaza que toma uno y lo siembra en su campo; 32 y con ser la más pequeña de todas las semillas, cuando ha crecido es la más grande de todas las hortalizas y llega a hacerse un árbol, de suerte que las aves del cielo vienen a anidar en sus ramas.

El fermento.

33 Otra parábola les dijo: Es semejante el reino de los cielos al fermento, que una mujer toma y lo pone en tres medidas de harina hasta que todo fermenta. 34 Todas estas cosas dijo Jesús en parábolas a las muchedumbres, y no les hablaba nada sin parábolas, 35 para que se cumpliera el anuncio del profeta que dice:

Abriré en parábolas mi boca, declararé las cosas ocultas desde la creación (1).

36 Entonces, dejando a la muchedumbre, se vino a casa, y sus discípulos se acercaron a El, diciéndole: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. 37 Y respondiendo, dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del hombre; el campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino; la cizaña son los hijos del maligno; 39 el enemigo, que la siembra, es el diablo; la siega es la consumación del mundo; los segadores son los ángeles. 40 A la manera, pues, que se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será a la consumación del mundo. 41 Enviará el Hijo del hombre a sus ángeles y recogerán de su reino todos los escándalos y a todos los obradores de iniquidad, 42 y los arrojarán en el horno de fuego, donde habrá llanto y crujir de dientes. 43 Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tenga oídos, que oiga.

El tesoro y la perla.

44 Es semejante el reino de los cielos a un tesoro escondido en un campo, que quien lo encuentra lo oculta y, lleno de alegría, va, vende cuanto tiene, y compra aquel campo. 45 Es también semejante el reino de los cielos a un mercader que busca preciosas perlas, y hallando una de gran precio, va, vende todo cuanto tiene y la compra.

(1) Salm. 7, 2.

La red.

47 Es también semejante el reino de los cielos a una red barredera, que se echa en el mar y recoge peces de toda suerte; 48 y llena, la sacan sobre la playa, y sentándose recogen los peces buenos en canastos, y los malos los tiran. 49 Así será a la consumación del mundo: saldrán los ángeles y separarán a los malos de los justos, 50 y los arrojarán al horno de fuego: allí habrá llanto y crujir de dientes. 51 ¿Habéis entendido todo esto? Respondiéronle: Sí. 52 Y les dijo: Así, todo escriba instruído en la doctrina del reino de los cielos es como el amo de casa, que de su tesoro saca lo nuevo y lo añejo. 53 Cuando hubo terminado Jesús estas parábolas, se alejó de allí, 54 y viniendo a su tierra les enseñaba en la sinagoga, de manera que, admirados, se decían: ¿De dónde le viene a éste tal sabiduría y tales prodigios? 55 ¿No es éste el hijo del carpintero? (1). ¿Su madre no se llama María y sus hermanos Santiago y José, Simón y Judas? ¿Sus hermanas no están todas entre nosotros? ¿De dónde, pues, le viene todo esto? 57 Y se escandalizaban en El. Jesús les dijo: Sólo en su patria y en su casa es menospreciado el profeta. 58 Y no hizo allí muchos milagros por su incredulidad.

Juicio de Herodes sobre Jesús y muerte del Bautista.

14 1 Por aquel tiempo llegaron a Herodes el tetrarca noticias acerca de Jesús, 2 y dijo a sus servidores: Ese es Juan el Bautista que ha resucitado de entre los muertos y por eso obra en él un poder milagroso (2). 3 Pues Herodes había he-

(1) Jesús pasaba por hijo de José, ya que el misterio de su concepción virginal estaba aún velado por el secreto. Los hermanos y hermanas de que nos hablan con frecuencia los autores sagrados son parientes cercanos, primos carnales por parte de la Madre o de San José.

(2) Vuelto del otro mundo, vendría investido de poderes extraordinarios para hacer milagros. Tal era el juicio de Herodes Antipas y de otros más (Mt. 16, 14.)

cho prender a Juan, le había encadenado y puesto en la cárcel por causa de Herodías, la mujer de Filipo, su hermano (1). [4] Pues Juan le decía: No te es lícito tenerla. [5] Quiso matarle, pero tuvo miedo de la muchedumbre, que le tenía por profeta. [6] Al llegar el cumpleaños de Herodes, bailó la hija de Herodías ante todos, [7] y tanto gustó a Herodes, que con juramento le prometió darle cuanto le pidiera, y ella, inducida por su madre: Dame, le dijo, en una bandeja, la cabeza de Juan el Bautista. [9] El rey se entristeció, mas por el juramento hecho y por la presencia de los convidados (2), ordenó dársela, [10] y mandó degollar en la cárcel a Juan el Bautista, [11] cuya cabeza fué traída en una bandeja y dada a la joven, que se la llevó a su madre. [12] Vinieron sus discípulos, tomaron el cadáver y lo sepultaron, yendo luego a anunciárselo a Jesús.

Primera multiplicación de los panes.

[13] A esta noticia Jesús se alejó (3) de allí en una barca a un lugar desierto y apartado, y habiéndolo oído las muchedumbres, le siguieron a pie desde las ciudades. [14] Al desembarcar vió una gran muchedumbre y se compadeció de ella y curó a todos sus enfermos. [15] Llegada la tarde, se le acercaron los discípulos, diciéndole: El lugar es desierto y es ya tarde; despide, pues, a la muchedumbre para que vayan a las aldeas y se compren alimentos. [16] Jesús les dijo: No hay por qué se vayan; dadles vosotros de comer. [17] Pero ellos le respondieron: No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces. [18] Les dijo: Traedlos acá. [19] Y mandando a la muchedumbre que se sentara sobre la hierba, tomó los cinco panes y los dos peces y, alzando los ojos al cielo, bendijo y partió los panes y se los dió a los discípulos, y éstos a la muchedumbre. [20] Y comieron todos (1) y se saciaron, y recogieron de los fragmentos sobrantes doce cestos llenos, [21] siendo los que habían comido unos cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños.

Jesús camina sobre las aguas del lago.

[22] Luego obligó a los discípulos a subir en la barca y precederle a la otra orilla, mientras El despedía a la muchedumbre. [23] Una vez que la despidió, subió a un monte apartado para orar. Y llegada la noche, estaba allí solo. [24] La barca estaba ya en medio del mar, agitada por las olas, pues el viento le era contrario. En la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar. [26] Y en viéndole ellos andar sobre el mar, se turbaron y decían: Es una fantasma. Y de miedo comenzaron a gritar. [27] Pero al instante les habló, diciendo: Tened confianza, soy yo: no temáis. [28] Tomando Pedro la palabra, dijo: Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las aguas. [29] El dijo: Ven. Y bajando de la barca, anduvo Pedro sobre las aguas y vino hacia Jesús. [30] Pero, siendo el viento fuerte, temió y comenzaba a hundirse y gritó: Señor, sálvame. [31] Al instante Jesús le tendió la mano y le cogió, diciéndole: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? [32] Y subiendo ellos a la barca, se calmó el viento. [33] Los que en ella estaban se postraron ante El, diciendo: Verdaderamente, tú eres Hijo de Dios.

Curaciones de Jesús en Genesaret.

[34] Terminada la travesía, vinieron a la región (2) de Genesaret. [35] Y reconociéndole los hombres de aquel lugar, esparcieron la noticia por toda

(1) Este no había tenido parte en la herencia paterna, y así vivía como privado. Su mujer, ambiciosa de figurar, le dejó para irse con el cuñado, que gozaba título de rey.

(2) Herodes, disoluto y voluble, no había pensado que se llegaría a este extremo; pero por falso respeto a su imprudente juramento y al juicio de los convidados, cumplió a la fuerza los deseos de la joven bailarina.

(3) Otra vez cede Jesús a la tormenta, porque aún no era llegada su hora.

(1) Es la primera multiplicación de los panes realizada por Jesús. En las catacumbas romanas se la reproduce con frecuencia como símbolo de la Eucaristía.

(2) De esta región vino sin duda el nombre del Lago o Mar, como le llaman los evangelistas. El nombre designa una llanura muy ponderada por Flavio Josefo, pero también había una ciudad del mismo nombre.

aquella comarca y le presentaron todos los enfermos, [36] y le suplicaban que les dejase tocar siquiera la orla de su vestido, y todos los que la tocaron quedaron sanos.

Enseñanza sobre la pureza exterior y la interior.

15 [1] Entonces se acercaron a Jesús fariseos y escribas venidos de Jerusalén, diciendo: [2] ¿Por qué tus discípulos traspasan la tradición de los ancianos? (1). ¿Por qué no se lavan las manos cuando comen? [3] El respondió y les dijo: ¿Por qué traspasáis vosotros el precepto de Dios por amor de vuestras tradiciones? [4] Pues Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre (2), y quien maldijere a su padre o a su madre sea condenado a muerte (3). [5] Pero vosotros decís: Si alguno dijere a su padre o a su madre: ¡Cuanto de mí pudiere aprovecharte, sea ofrenda! [6] Ese no tiene que honrar con ello a su padre ni a su madre; y habéis anulado la palabra de Dios por vuestra tradición (4). [7] ¡Hipócritas! Bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: [8] «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; [9] en vano me rinden culto, las doctrinas que enseñan son preceptos humanos (5).»

[10] Y llamando a sí a la muchedumbre les dijo: Oíd y entended: [11] No es lo que entra por la boca lo que hace impuro al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que al hombre hace impuro. [12] Entonces se le acercaron los discípulos y le dijeron: ¿Sabes que los fariseos al oírte se han escandalizado? [13] Respondióles y dijo: Toda planta que no ha plantado mi Padre celestial será arrancada. [14] Dejadlos: Son guías ciegos; si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en la hoya. [15] Tomando Pedro la palabra, le dijo: Explícanos esa parábola. [16] Dijo El: ¿Tampoco vosotros entendéis? [17] ¿No comprendéis que lo que entra por la boca va al vientre y acaba en el seceso? [18] Pero lo que sale de la boca procede del corazón, y eso hace impuro al hombre. [19] Porque del corazón provienen malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias. [20] Esto es lo que hace impuro al hombre; pero comer sin lavarse las manos, eso no hace impuro al hombre.

La mujer cananea.

[21] Saliendo de allí Jesús, se retiró a los términos de Tiro y de Sidón. [22] Y he aquí que una mujer cananea, procedente de aquellos lugares, comenzó a gritar, diciendo: Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David; mi hija es malamente atormentada del demonio. [23] Pero El no le contestaba palabra. Y los discípulos se le acercaron y le rogaron, diciendo: Despídela, pues viene gritando en pos de nosotros. [24] El respondió y dijo: No he sido enviado (1) sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. [25] Mas ella, acercándose, se postró ante El, diciendo: ¡Señor, socórreme! [26] Contestó El y dijo: No es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los perrillos. [27] Mas ella dijo: Cierto, Señor, pero también los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores. [28] Entonces Jesús le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe! (2). Hágase contigo como tú quieres. Y desde aquella hora quedó curada su hija.

Curaciones junto al mar de Galilea.

[29] Partiendo de allí, vino Jesús cerca del mar de Galilea (3), y su-

(1) Los fariseos daban importancia a la limpieza legal, anteponiéndola en muchos casos a la pureza del alma. De esto los reprende Jesús, enseñándoles a buscar más bien la pureza del corazón que la del cuerpo.

(2) Ex. 20, 12.

(3) Ex. 21, 17.

(4) Un mal hijo, para ahorrarse los gastos de socorrer a sus padres, declara ofrecido a Dios lo que de él pudieran llegar a necesitar. Los escribas dan por válida esa ofrenda, que ni siquiera se cumple en obsequio de Dios. Era la mayor falta de sentido moral que podía darse.

(5) Is. 29, 13.

(1) Concuerda con la instrucción de 10, 5, y esto muestra que en su viaje a Tiro y Sidón Jesús iba en busca de los judíos que moraban fuera de los límites de la Palestina, no a evangelizar a los gentiles, misión que reservaba a los Apóstoles para después de su pasión. (In. 12, 20 ss.)

(2) Caso semejante al del centurión, que también mereció un elogio parecido de Jesús. (8, 10 s.)

(3) Por otro nombre, Lago de Genesaret, tantas veces mencionado en los evangelios como teatro de la actividad apostólica del Salvador.

biendo a una montaña, se sentó allí. 30 Y se le acercó una gran muchedumbre, en la que había cojos, mancos, ciegos, mudos y muchos otros enfermos, y se echaron a sus pies y los curó. 31 Y la muchedumbre se maravillaba viendo que hablaban los mudos, los mancos sanaban, los cojos andaban y veían los ciegos. Y glorificaban al Dios de Israel.

Segunda multiplicación de los panes.

32 Jesús llamó a Sí a sus discípulos y dijo: Tengo compasión de la muchedumbre, porque ha ya tres días que está conmigo y no tienen qué comer; no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino. 33 Los discípulos le contestaron: ¿De dónde vamos a sacar en el desierto tantos panes como se necesitan para saciar a tanta muchedumbre? 34 Díjoles Jesús: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos contestaron: Siete y algunos pececillos. 35 Y mandando a la muchedumbre que se sentara en tierra, 36 tomó los siete panes y los peces, y dando gracias los partió y se los dió a los discípulos, y éstos a la muchedumbre. 37 Y comieron todos y se saciaron, y se recogieron de los pedazos que quedaron siete espuertas llenas. 38 Los que comieron eran cuatro mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. 39 Y despidiendo a la muchedumbre, subió a la barca, y vino a los confines de Magadán.

La petición de una señal del cielo.

16 1 Se le acercaron los fariseos y saduceos para tentarle, y le rogaron que les mostrara una señal del cielo (1). 2 El, respondiendo, les dijo: Por la tarde decís: Buen tiempo, si el cielo está arrebolado. 3 Y a la mañana: Hoy habrá tempestad, si en el cielo hay arreboles oscuros. Sabéis discernir el aspecto del cielo, pero no sabéis discernir las señales de los tiempos nuevos. 4 La generación mala y adúltera busca una señal, mas no se le dará sino la señal de Jonás. Y dejándolos, se fué.

(1) En 12, 38, los escribas y fariseos piden a Jesús que les haga ver un milagro; aquí los fariseos y los saduceos hacen una petición más concreta: un milagro del cielo. La respuesta de Jesús se acomoda a la petición.

La levadura de los fariseos.

5 Yendo los discípulos a la otra ribera, se olvidaron de llevar pan. 6 Jesús les dijo: Ved bien de guardaros del fermento de los fariseos y saduceos. 7 Ellos pensaban entre sí y se decían: Es porque no hemos traído pan. 8 Conociéndolo Jesús, dijo: ¿Qué pensamientos son los vuestros, hombres de poca fe? ¿Que no tenéis pan? 9 Aún no habéis entendido, ni os acordáis de los cinco panes para los cinco mil hombres, y cuántas espuertas cogisteis? 10 Ni de los siete panes para los tres mil hombres, y cuántos canastos cogisteis? 11 ¿Cómo no habéis entendido que no hablaba del pan? Guardaos, os digo del fermento de los fariseos y saduceos. 12 Entonces cayeron en la cuenta de que no les había dicho que se guardasen del fermento del pan, sino de la doctrina de fariseos y saduceos.

La confesión de Pedro.

13 Viniendo Jesús a los términos de Cesárea de Filipo (1), preguntó a sus discípulos: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? 14 Ellos contestaron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que Jeremías, u otro de los profetas. 15 Y El les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy? (2). 16 Tomando la palabra Pedro, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo (3). 17 Y Jesús, respondiendo, dijo: Bienaventurado tú, Simón Baryona, por-

(1) Se halla al pie del Hermón y próxima a una de las fuentes del Jordán. Su antiguo nombre era Paneas, hoy Banias, restaurada por el tretarca Filipo y llamada Cesárea en honor de César.

(2) Como de un personaje misterioso, las opiniones son diferentes y todas tocan lo maravilloso. Por su trato más íntimo con el Maestro, los discípulos tenían razones para juzgar con más acierto que el vulgo.

(3) Esto es, tú eres el Mesías esperado por Israel; pero, además, el Hijo de Dios vivo. Lo primero no implicaba lo segundo, a juicio de los Israelitas, los cuales estaban tan lejos de alcanzar este misterio, que por confesarlo juzgaron blasfemo a Jesús y le declararon reo de muerte. (26, 63 ss.)

que no es la carne ni la sangre quien eso te ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos (1). 18 Y yo te digo a ti que tú eres Pedro (2), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. 19 Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares en la tierra será atado en los cielos, y cuanto desatares en la tierra será desatado en los cielos. 20 Entonces ordenó a los discípulos que a nadie dijeran que El era el Mesías (3).

Primer anuncio de la Pasión.

21 Desde entonces comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén para sufrir mucho de parte de los ancianos, los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y ser muerto, y al tercer día resucitar. 22 Pedro, tomándole aparte, comenzó a amonestarle diciendo: No quiera Dios (4), Señor, que esto suceda. 23 Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: Retírate de mí, Satanás; tú me sirves de escándalo, porque no sientes las cosas de Dios, sino las de los hombres.

Condiciones para seguir a Jesús.

24 Entonces dijo Jesús a sus discípulos: El que quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz (1) y sígame. 25 Pues el que quiera salvar su vida la perderá; y el que pierda su vida por mí, la hallará. 26 Pues ¿qué aprovechará ganar todo el mundo si se pierde su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio de su alma? 27 Porque el Hijo del hombre ha de venir en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras. 28 En verdad os digo que hay algunos entre los presentes que no gustarán la muerte antes de haber visto al Hijo del hombre venir en su reino (2).

La transfiguración.

17 1 Seis días después tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un monte alto, 2 y se transfiguró ante ellos (3); y brilló su rostro como el sol, y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. 3 Y se les aparecieron Moisés y Elías hablando con El (4). 4 Y tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Señor, ¡qué bien estamos aquí. Si quieres, haré aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés y otra para Elías. 5 Aún estaba él hablando, cuando los cubrió una nube luminosa, y salió de la nube una voz que decía: Este es mi Hijo muy amado (5), en quien tengo mi complacencia; escuchadle. 6 Al oírla, los discípulos cayeron sobre su rostro, sobrecogidos de gran temor. 7 Y Jesús se acercó, y tocándolos, dijo: Levantaos, no temáis. 8 Y alzando ellos los ojos, no vieron a nadie, sino sólo a Jesús. 9 Y al bajar del monte les mandó Jesús,

(1) El juicio expresado por Pedro en nombre de los Doce no fué dictado por sentimientos humanos ni israelitas, sino por el mismo Padre celestial, que había dado a Pedro el conocimiento de este misterio. Tales palabras nos dan la norma para entender rectamente la respuesta de Pedro.

(2) En la lengua hablada por Jesús, que es el arameo, el juego de palabras es más claro, porque Pedro es *Cefa*, piedra o peña. Tú eres peña, sobre la cual edificaré mi Iglesia. Estas palabras contienen en suma la misión de Pedro en la Iglesia y su dignidad de jefe supremo de la misma. Y como la Iglesia ha de ser perdurable, la dignidad de Pedro también lo es.

(3) En atención al falso concepto que el pueblo tenía del Mesías, y mientras los sucesos no fueran revelando el misterio de Jesús, manda guardar silencio sobre su persona.

(4) Los discípulos no pueden concebir al Mesías e Hijo de Dios si no es rodeado de gloria; el misterio de la cruz no lo entenderán hasta después de la resurrección del Maestro.

(1) Este misterio de la cruz se convierte en norma general de vida para los discípulos de Jesús. Todos tendrán que abrazarse con la cruz, y llevarla hasta morir en ella, como el Salvador.

(2) Este versículo, que se lee también en Mc. 9, 1, y en Lc. 9, 27, no está ligado a lo que precede. La venida de que aquí se habla no es la última, a juzgar al mundo, sino otra próxima, a juzgar a Israel, la cual tendrá gran influencia en el desarrollo de la Iglesia entre los gentiles.

(3) Fué una verdadera glorificación de su cuerpo, aunque momentánea, para alentar a los discípulos a sufrir el escándalo de la pasión.

(4) Los representantes de la ley y de los Profetas, que vienen a dar testimonio de Jesús. (Apoc. II, 3 ss.)

(5) Como en el bautismo, habla el Padre para confirmar la fe de los discípulos, según dice San Pedro. (II Pet. I, 18.)

diciendo: No deis a conocer a nadie esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. 10 Y le preguntaron los discípulos: ¿Cómo, pues, dicen los escribas que antes ha de venir Elías? (1). 11 El respondió: Elías en verdad vendrá a restablecerlo todo. 12 Sin embargo, yo os digo: Elías ha venido ya, y no le reconocieron; antes hicieron con él lo que quisieron; de la misma manera el Hijo del hombre ha de padecer de parte de ellos. 13 Entonces entendieron los discípulos que les hablaba de Juan el Bautista.

Curación del niño endemoniado.

14 Y al llegar a ellos la muchedumbre, se le acercó un hombre, y doblando la rodilla, 15 le dijo: Señor, ten piedad de mi hijo, que está lunático y sufre mucho; porque con frecuencia cae en el fuego y muchas veces en el agua; 16 lo presenté a tus discípulos, mas no pudieron curarlo (2). 17 Jesús respondió: ¡Oh generación incrédula (3) y perversa, ¿Hasta cuándo tendré que estar con vosotros? ¿Hasta cuándo habré de soportaros? Traédmelo aquí. 18 E increpó al demonio, que salió, quedando curado el niño desde aquella hora. 19 Entonces se acercaron los discípulos a Jesús, y aparte le preguntaron: ¿Cómo es que nosotros no hemos podido curarle? 20 Díjoles: Por vuestra poca fe; porque en verdad os digo que, si tuviéreis fe, aunque no fuera más que como un grano de mostaza, diríais a este monte: Vete de aquí allá, y se iría, y nada os sería imposible. 21 Esta especie no puede ser lanzada sino por la oración y el ayuno (4).

(1) La desaparición misteriosa de Elías, narrada en IV Reyes 2, 1 ss., dió origen a muchas cavilaciones sobre su persona y su destino, entre otras, que vendría a ungir al Mesías y presentarle a Israel. Jesús dice que ese Elías fué el Bautista, de quien los escribas ningún caso hicieron.

(2) Según el relato, se trata de una verdadera posesión diabólica, que llevaba consigo la epilepsia.

(3) Parece como si el misterio de la transfiguración hiciera sentir más a Jesús las miserias morales de la generación con quien vivía y desear más la vuelta al Padre.

(4) Este versículo se halla omitido en muchos códices y versiones, y se supone procedente de Mr. 9, 29.

Segundo anuncio de la Pasión.

22 Estando reunidos en Galilea, díjoles Jesús: El Hijo del hombre ha de ser entregado en manos de los hombres, 23 que le matarán, y al tercer día resucitará. Y se pusieron muy tristes (1).

El tributo del templo.

24 Entrando en Cafarnaúm, se acercaron a Pedro los perceptores de la didracma y le dijeron: ¿Vuestro Maestro no paga la didracma? (2). 25 Y él respondió: Cierto que sí. Y cuando iba a entrar en casa, le salió Jesús al paso, y le dijo: ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra, ¿de quiénes cobran censos o tributos? ¿De sus hijos o de los extraños? 26 Contestó él: De los extraños. Y le dijo Jesús: Luego los hijos son libres. 27 Mas para que no los escandalicemos, vete al mar, echa el anzuelo, coge el primer pez que pique, ábrele la boca, y en ella hallarás una estatera; tómala y dala por mí y por ti.

El más grande en el reino de los cielos.

18 1 En aquel momento se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién será el más grande en el reino de los cielos? (3). 2 Y llamando a sí a un niño, le puso en medio de ellos, 3 y dijo: En verdad os digo, si no os mudareis e hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. 4 Pues el que se humillare hasta hacerse como un niño de éstos, ése será el más grande en el reino de los cielos. 5 Y el que por mí recibiere a un niño como éste, a mí me recibe; 6 y al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de

(1) Los discípulos no se pueden acomodar a la idea de la pasión. Esta idea no cabía dentro del cuadro de su concepción mesiánica.

(2) Era el tributo que todo israelita cabeza de familia debía pagar para sostenimiento del Templo y de su culto, conforme lo había establecido Nehemías. (10, 32.)

(3) La pregunta pudo tener su origen en la atención que Jesús tuvo antes con Pedro. El Maestro responde estableciendo la ley fundamental de su reino, que es la humildad.

molino de asno y le arrojaran al fondo del mar. 7 ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque no puede menos de haber escándalos; pero ¡ay de aquél por quien viniere el escándalo!

Sacrificio que impone el deber de evitar el escándalo.

8 Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo (1) y échalo de ti; mejor te es entrar en la vida manco o cojo, que con dos manos o dos pies ser arrojado en el fuego eterno. 9 Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo y échalo de ti: más te vale entrar con un solo ojo en la vida, que con dos ojos ser arrojado en la gehenna de fuego.

Dignidad de los niños.

10 Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños, porque en verdad os digo que sus ángeles ven de continuo en el cielo la faz de mi Padre, que está en los cielos. 11 Porque el Hijo del hombre ha venido a salvar lo perdido.

La oveja descarriada.

12 ¿Qué os parece? Si uno tiene cien ovejas y se le extravía una, ¿no dejará en el monte las noventa y nueve e irá en busca de la extraviada? 13 Y si logra hallarla, cierto que se alegrará por ella más que por las noventa y nueve que no se habían extraviado. 14 Así os digo en verdad que no es voluntad de mi Padre que se pierda ni uno sólo de estos pequeñuelos.

La corrección fraterna.

15 Si pecare tu hermano, ve y repréndele a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. 16 Si no te escucha, toma contigo a uno o dos, para que por la palabra de dos o tres testigos sea fallado todo negocio. 17 Si los desoyere, comunícalo a la Iglesia (1); y si a la Iglesia desoye, sea para ti como gentil o publicano. 18 En verdad os digo, cuanto atareis en la tierra será atado en el cielo, y cuanto desatareis en la tierra será desatado en el cielo. 19 Aún más, os digo en verdad que si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir algo, os lo otorgará mi Padre que está en los cielos. 20 Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos.

El perdón de las ofensas.

21 Entonces se acercó Pedro y le preguntó: Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano si pecare contra mí? ¿Hasta siete veces? 22 Díjole Jesús: No digo yo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete (2). 23 En esto se asemeja el reino de los cielos a un rey, que quiso tomar cuentas a sus siervos. 24 Y al comenzar a tomarlas se le presentó uno que le debía diez mil talentos (3). 25 Como no tenía con qué pagar, mandó el señor que fuese vendido él, su mujer y sus hijos, y todo cuanto tenía, para que pagase la deuda. 26 Entonces el siervo, cayendo de hinojos, dijo: Señor, dame espera y te lo pagaré todo. 27 Compadecido el señor de aquel siervo, le dejó, condonándole la deuda. 28 En saliendo de allí, aquel siervo se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien denarios, y agarrándole le ahogaba, diciendo: Paga lo que debes. 29 De hinojos le suplicaba su compañero, diciendo: Dame espera y te pagaré. 30 Pero él no quiso, y le hizo encerrar en la prisión, hasta que le pagara la deuda. 31 Viendo esto sus compañeros, se disgustaron mucho, y fueron a contar a su señor lo que pasaba. 32 Entonces hízole llamar el señor, y le dijo:

(1) Siendo el escándalo pecado tan grave, es preciso soportar cualquier sacrificio antes que cometerlo. La salud del alma, propia o ajena, está antes que todas las cosas.

(1) Por segunda vez aparece la Iglesia en labios de Jesús como sociedad organizada, y aquí con poder para juzgar a sus hijos.

(2) Esto es, indefinidamente. La parábola pone bien de relieve la enseñanaza sobre el perdón de las injurias, contenida en la súplica del Padre nuestro: Perdónanos nuestras deudas...

(3) Es una cantidad fabulosa, que indica lo que son nuestras ofensas contra Dios comparadas con las que nosotros recibimos de nuestros prójimos, y ante la cual aparece ridículamente pequeña la cantidad de cien denarios.

Mal siervo, te condoné yo toda tu deuda, porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, de ley que tuvieses tú piedad de tu compañero, como la tuve yo de ti? 34 E irritado, le entregó a los torturadores hasta que pagase toda la deuda. 35 Así hará con vosotros mi Padre celestial, si no perdonare cada uno a su hermano de todo corazón.

Camino de Judea.

19 1 Y sucedió que cuando Jesús hubo acabado estos discursos, se alejó de Galilea (1) y vino a los términos de Judea, al otro lado del Jordán. 2 Y le siguieron numerosas muchedumbres, y allí los curaba.

El repudio.

3 Y se le acercaron unos fariseos con propósito de tentarle, y le preguntaron: ¿Es lícito repudiar a la mujer por cualquier causa? (2). 4 El respondió: ¿No habéis leído que al principio el Creador los hizo varón y hembra? 5 Y dijo: «Por esto dejará el hombre al padre y a la madre y se unirá a la mujer y serán los dos una sola carne (3)». 6 De manera que ya no sean dos, sino una sola carne. Por tanto, lo que Dios unió no debe separarlo el hombre. 7 Ellos le replicaron: Entonces, ¿cómo es que Moisés ordenó dar libelo de divorcio al repudiar? 8 Díjoles El: Por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio no fué así. 9 Y yo os digo que quien repudia a su mujer (salvo el caso de adulterio) y se casa con otra, comete adulterio.

(1) Hasta aquí San Mateo nos presenta a Jesús misionando en la Galilea y en los países cercanos; ahora le conduce a Jerusalén, pasando por la ribera izquierda del Jordán para repasar el río por frente a Jericó.

(2) Supuesto que la Ley autorizaba el divorcio, los escribas sólo discutían los motivos. Jesús responde que la indulgencia de la ley es contraria a la primera institución del matrimonio, y en consecuencia la declara abrogada. Sobre el caso de la fornicación, véase la nota a 5, 32.

(3) Gen. 2, 24.

La guarda de la continencia.

10 Dijéronle los discípulos: Si tal es la condición del hombre y la mujer, es preferible no casarse (1). 11 El les contestó: No todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado. 12 Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que fueron hechos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda.

Imposición de las manos a los niños.

13 Entonces le fueron presentados unos niños para que les impusiera las manos y orara; y como los reprendieran los discípulos, 14 díjoles Jesús: Dejad a los niños y no les estorbéis de acercarse a mí, porque de ellos es el reino de los cielos. 15 Y habiéndoles impuesto las manos, se fué de allí.

La respuesta al joven rico.

16 Y he aquí que se acercó uno y le dijo: Maestro, ¿qué de bueno haré yo para alcanzar la vida eterna? 17 El le dijo: ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno?: Uno sólo es bueno (2); si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. 18 Díjole él: ¿Cuáles? Jesús respondió: No matarás, no adulterarás, no hurtarás, no levantarás falsos testimonios; 19 honra padre y madre; y ama al prójimo como a ti mismo. 20 Díjole el joven: Todo eso lo he guardado. ¿Qué me queda aún? 21 Díjole Jesús: Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes (3), dalo a los pobres y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme. 22 Al oír esto el joven, se fué triste (4), porque

(1) Jesús responde a los discípulos ponderando el valor del celibato guardado por amor del reino de los cielos. San Pablo (I Cor. 7, 25 ss.) declaró este pensamiento del Salvador y redactó la carta magna del celibato cristiano.

(2) Con esta respuesta levanta Jesús el espíritu a la bondad del Padre, el único que es sustancialmente bueno.

(3) Le invita a seguirle en el apostolado, para lo cual le propone desprenderse de todo cuanto le ate a la tierra.

(4) Porque tenía su corazón pegado a sus muchos bienes. Esto es lo que hace decir a Je-

tenía muchos bienes. [23] Y Jesús dijo a sus discípulos: En verdad os digo, que difícilmente entra un rico en el reino de los cielos. [24] De nuevo os digo, es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja que el que entre un rico en el reino de los cielos. [25] Oyendo esto, los discípulos se quedaron estupefactos, y dijeron: ¿Quién, pues, podrá salvarse? [26] Mirándolos, Jesús les dijo: Para los hombres es esto imposible, mas para Dios todo es posible.

La renuncia de los apóstoles y su premio.

[27] Entonces, tomando Pedro la palabra, le dijo: Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido: ¿qué tendremos, pues, nosotros? [28] Jesús les dijo: En verdad os digo que vosotros, los que me habéis seguido, en la regeneración, cuando el Hijo del hombre se siente sobre el trono de su gloria, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel. [29] Y todo el que dejare hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o campos, por amor de mi nombre, recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna (1). [30] Y muchos primeros serán postreros y los postreros primeros (2).

Los obreros enviados a la viña.

20 [1] Porque el reino de los cielos es semejante a un amo de casa, el cual salió muy de mañana a ajustar obreros para su viña. [2] Y habiendo convenido con ellos en un denario al día, los envió a su viña. [3] Salió también a la hora de tercia y vió a muchos que estaban ociosos en la plaza. [4] Díjoles: Id también vosotros a mi viña y os daré lo que fuere justo. [5] Y se fueron. De nuevo salió hacia la hora de sexta y la de nona e hizo lo mismo. [6] Y saliendo cerca de la hora undécima, encontró a otros que estaban allí y les dijo: ¿Cómo estáis aquí sin hacer labor en todo el día? [7] Dijéronle ellos: Porque nadie nos ha ajustado. El les dijo: Id también vosotros a mi viña. [8] Llegada la tarde, dijo el señor de la viña a su administrador: Llama a los obreros y dales su salario, empezando por los últimos hasta llegar a los primeros. [9] Y viniendo los de la hora undécima, recibieron un denario. [10] Cuando llegaron los primeros, pensaron que recibirían más, pero también ellos recibieron un denario. [11] Y al cogerlo murmuraban contra el amo, [12] diciendo: Estos postreros han trabajado sólo una hora y los has igualado con los que hemos llevado el peso del día y el calor. [13] Y él respondió a uno de ellos, diciéndole: Amigo, no te hago agravio: ¿no has convenido conmigo en un denario? [14] Toma lo tuyo y vete. Yo quiero dar a este postrero lo mismo que a ti. [15] ¿No puedo hacer lo que quiero de mis bienes? ¿O ha de ver con mal ojo, porque yo sea bueno? [16] Así, los postreros serán primeros y los primeros postreros. Porque son muchos los llamados y pocos los escogidos (1).

Tercer anuncio de la Pasión.

[17] Subía Jesús a Jerusalén, y tomando aparte a los doce discípulos, les dijo por el camino: [18] Mirad, subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes

---

sús que es difícil entrar un rico en el reino de los cielos. La avaricia es un obstáculo, no sólo a la perfección apostólica, sino también a la vida cristiana.

(1) En premio de la vida que llevan tan desprendida de las cosas terrenas y tan unida a Jesús, tendrán con El parte en la gloria del cielo y en el gobierno de la Iglesia del mundo.

(2) Varias veces repite el evangelista esta sentencia, la cual no siempre está ligada con el contexto. Parece aludir a los escribas y fariseos, que se creían con derecho a ser los primeros en el reino del cielo. De ellos dice Jesús que serán precedidos por los publicanos y pecadores, a quienes tenían en poco y declaraban malditos de Dios, porque ignoraban la ley. (Jn. 7, 49.)

(1) Contra las pretensiones de los fariseos, que se tenían por más santos y se atribuían por esto especiales derechos ante Dios, la parábola nos dice que no hay más derechos que la misericordia divina. En Dios no cabe acepción de personas y quiere que todos sean salvos. (I Tim. 2, 4.) Las palabras «*porque muchos son los llamados*», faltan en muchos códices, y acaso estén tomadas de 22, 14. En todo caso, tienen el mismo sentido de la sentencia anterior. Los muchos llamados son los judíos, sobre todo las clases directoras, que más presumían de sí y más tenazmente se opusieron a la obra de Jesús.

de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte (1), 19 y le entregarán a los gentiles para que le escarnezcan, le azoten y le crucifiquen, pero al tercer día resucitará.

La madre de los hijos de Zebedeo.

20 Entonces se le acercó la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, postrándose, para pedirle una cosa: 21 Díjole El: ¿Qué quieres? Ella le contestó: Di que estos dos hijos míos se sienten uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino (2). 22 Y respondiendo Jesús, le dijo: No sabéis lo que pedís: ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Dijéronle: Podemos. 23 El les respondió: Beberéis mi cáliz, pero sentarse a mi diestra o a mi siniestra, a mí no me toca otorgarlo, sino a aquellos para quienes mi Padre lo ha dispuesto. 24 Y oyéndolo, los diez se enojaron contra los dos hermanos. 25 Pero Jesús, llamándolos a sí, les dijo: Vosotros sabéis que los príncipes de las naciones las subyugan, y que los grandes imperan sobre ellas. 26 No ha de ser así entre vosotros; al contrario, el que entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor, 27 y el que entre vosotros quiera ser primero, sea vuestro siervo. 28 Como el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención de todos.

Curación de dos ciegos.

29 Al salir de Jericó (3) les seguía una muchedumbre numerosa. 30 Y dos ciegos que estaban sentados junto al camino, oyeron que pasaba Jesús y comenzaron a gritar, diciendo: ¡Señor, ten piedad de nosotros, hijo de David! 31 La multitud les reprendía para hacerles callar, pero ellos gritaban con más fuerza, diciendo: ¡Señor, ten piedad de nosotros, Hijo de David! 32 Se paró Jesús, y llamándolos, les dijo: ¿Qué queréis? Dijéronle: Señor, que se abran nuestros ojos. 33 Compadecido Jesús, tocó sus ojos, y al instante recobraron la vista, y seguían en pos de El.

Entrada triunfal en Jerusalén.

21 1 Cuando, próximos ya a Jerusalén, llegaron a Betfagé (1), junto al monte de los Olivos, envió Jesús a dos discípulos, 2 diciéndoles: Id a la aldea que está frente a vosotros y luego encontraréis una borrica atada y con ella el pollino; soltadlos y traédmelos. 3 Y si algo os dijeren, diréis: El Señor los necesita, y al instante los dejarán. 4 Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el Profeta:

5 «Decid a la hija de Sión: He aquí que tu rey viene a ti, manso y montado sobre un asno, sobre un pollino hijo de borrica (2).» 6 Fueron los discípulos e hicieron como les había mandado Jesús; 7 y trajeron la borrica y el pollino, y pusieron sobre éste los mantos (3) y encima de ellos montó Jesús. 8 La numerosísima muchedumbre extendía sus mantos por el camino, mientras que otros, cortando ramos de árboles, los echaban también para alfombrarlo. 9 La multitud que le precedía y la que le seguía gritaba, diciendo:

«Hosanna (4) al Hijo de David. Bendito el que viene en nombre del Señor; hosanna en las alturas.»

10 Y cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, y decía: ¿Quién es éste? 11 Y la muchedumbre respondía: Este es Jesús, el profeta de Nazaret, de Galilea.

---

(1) Es la tercera vez que Jesús anuncia a los discípulos su pasión.

(2) Salomé, como los demás discípulos, no acababa de entender el misterio de Jesús, y pensaba que iba a inaugurar su reino temporal en Jerusalén. Jesús contesta reduciéndolos a la verdad, que no acabarán de comprender sino después de la resurrección.

(3) En Jericó hay que distinguir la ciudad cananea, restaurada en el siglo IX por Hiel, según I Reyes, 16, 34, y la nueva ciudad, levantada por los últimos reyes para su residencia de invierno, y en la que vino a morir el rey Herodes.

(1) Estaba situada en la vertiente oriental del monte Olivete, por donde pasaba el antiguo camino de Jericó.

(2) Zac. 9, 9.

(3) El pollino, aún no hecho al trabajo, estaba con su madre; por eso Jesús manda traer los dos. Con esta entrada solemne en la ciudad quiso recordar a los escribas el texto del profeta Zacarías y mostrarles cómo entendía El su misión mesiánica.

(4) Es una aclamación que significa *salud, salve, viva.*

La purificación del templo.

12 Entró Jesús en el templo de Dios y arrojó de allí a cuantos vendían y compraban en el templo (1), y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas, 13 diciéndoles: Está escrito: Mi casa es casa de oración, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones. 14 Y se llegaron a él ciegos y cojos en el templo y los curó. 15 Y viendo los príncipes de los sacerdotes y los escribas las maravillas que hacía, y a los niños que gritaban en el templo y decían: Hosanna al Hijo de David, se indignaron 16 y le dijeron: ¿Oyes lo que estos dicen? Respondióles Jesús: Sí. ¿No habéis leído jamás: «De la boca de los niños y de los que maman has hecho salir la alabanza? (2)» 17 Y dejándolos, salió de la ciudad, a Betania (3), donde pasó la noche.

La maldición de la higuera.

18 Y volviendo a la ciudad muy de mañana, sintió hambre. 19 Y viendo una higuera cerca del camino, se fué a ella; pero no halló en ella más que hojas, y dijo: Que jamás nazca fruto de ti. Y la higuera se secó al instante. 20 Viendo esto los discípulos, se maravillaron y dijeron: ¡Cómo de repente se ha secado la higuera! 21 Respondióles Jesús y les dijo: En verdad os digo que si tuviereis fe (4) y no dudareis, no sólo haréis lo de la higuera, sino que si dijereis a este monte: «Quítate, y échate en el mar», se haría. 22 Todo cuanto con fe pidiereis en la oración, lo recibiréis.

Los poderes de Jesús.

23 Entrado en el templo, se le acercaron los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo mientras enseñaba, diciendo: ¿Con qué poder haces tales cosas? ¿Quién te ha dado tal poder? (1). 24 Respondió Jesús y les dijo: Voy a haceros también yo una pregunta, y si me contestáis, os diré con qué poder hago tales cosas. 25 El bautismo de Juan, ¿de dónde procedía? ¿Del cielo o de los hombres? Ellos comenzaron a pensar entre sí: Si decimos que del cielo, nos dirá: ¿Pues por qué no habéis creído en él? 26 Si decimos que de los hombres, tememos a la muchedumbre, pues todos tienen a Juan por profeta. 27 Y respondieron a Jesús: No sabemos. Díjoles El a su vez: Pues tampoco os digo yo con qué poder hago estas cosas.

La parábola de los dos hijos.

28 ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos, y llegándose al mayor, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en la viña. 29 El respondió: No quiero. Pero después se arrepintió y fué. 30 Y llegándose al segundo, le habló del mismo modo, y él respondió: Voy, señor; pero no fué. 31 ¿Cuál de los dos cumplió la voluntad del padre? Respondiéronle: El primero. Díjoles Jesús: En verdad os digo que los publicanos y las meretrices os precederán en el reino de los cielos. 32 Porque vino Juan a vosotros por el camino de la justicia, y no habéis creído en él, mientras que los publicanos y las meretrices creyeron en él. Pero vosotros, aun viendo esto no os habéis arrepentido creyendo en él.

Parábola de los viñadores infieles.

33 Oíd otra parábola: Había un padre de familia que plantó una viña, la rodeó de una cerca, cavó en ella un lagar, edificó una torre y la arrendó a unos viñadores, partiéndose luego a tierras extrañas. 34 Cuando se acercaba el tiempo de los frutos, envió a sus criados a los viñadores para percibir su parte. 35 Pero los

(1) Los santuarios muy concurridos suelen ser centros comerciales, y las peregrinaciones, origen de ferias. Tal ocurría en Jerusalén. El mal estaba en que la tal feria se celebraba en el recinto sagrado, convirtiendo el santuario en lugar de tráfico.

(2) Salm. 8, 3.

(3) Se halla algo más distante de Jerusalén que Betfagé; allí vivía Lázaro con sus hermanas y Simón el leproso, sin duda curado por Jesús.

(4) Según el rigor de la letra, Jesús hizo este singular milagro para enseñar a los discípulos el poder de la fe; mas al leer el texto, no puede uno menos de recordar la parábola de la higuera estéril y aplicarla a Israel. (Lc. 13, 6 s.)

(1) Le preguntan por los poderes de su misión, que eran manifiestos. Por eso Jesús les responde haciéndoles otra pregunta para poner más en evidencia su falta de sinceridad.

viñadores cogieron a los siervos, y a uno le atormentaron, a otro le mataron, a otro le apedrearon. [36] De nuevo les envió otros siervos en mayor número que los primeros, e hicieron con ellos lo mismo. [37] Finalmente les envió a su hijo, diciendo: Siquiera respetarán que es mi hijo (1). [38] Pero los viñadores, cuando vieron al hijo se dijeron: Es el heredero; ea, a matarle, y tendremos su herencia. [39] Y cogiéndole, le sacaron fuera de la viña y le mataron. [40] Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará con esos viñadores? [41] Le respondieron: Hará perecer de mala muerte a los malvados, y arrendará la viña a otros que le entreguen los frutos a su tiempo. [42] Jesús les respondió: ¿No habéis leído alguna vez en las Escrituras:

«La piedra que los edificadores habían rechazado, ésa fué hecha cabeza de esquina; del Señor viene esto, y es admirable a nuestros ojos? (2)»

[43] Por esto os digo que os será quitado (3) el reino de Dios y será entregado a un pueblo que rinda sus frutos. [44] Y el que cayere sobre esta piedra se quebrantará, y aquel sobre quien ella cayere será pulverizado. [45] Y oyendo los príncipes de los sacerdotes y los fariseos sus parábolas, entendieron que de ellos hablaba. [46] Y queriendo apoderarse de El, temieron a la muchedumbre, que le tenía por profeta.

Parábola de los invitados a la boda.

22 [1] Tomó Jesús de nuevo la palabra y les habló en parábolas (4), diciendo: [2] El reino de los cielos es semejante a un rey, que preparó el banquete de bodas de su hijo. [3] Y envió a sus criados para llamar a los invitados, pero éstos no quisieron venir. [4] De nuevo envió a otros siervos, ordenándoles: Decid a los invitados: Mi comida está preparada, los becerros y cebones muertos, todo está pronto, venid a las bodas. [5] Pero ellos, desdeñosos, se fueron, quién a su campo, quién a su negocio. [6] Los otros, cogiendo a los siervos, los ultrajaron y les dieron muerte. [7] El rey, montando en cólera, envió sus ejércitos, hizo matar a aquellos asesinos y dió su ciudad a las llamas. [8] Después dijo a sus siervos: El banquete está dispuesto; pero los invitados no eran dignos. [9] Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis llamadlos a las bodas. [10] Salieron a los caminos los siervos y reunieron a cuantos encontraron, malos y buenos, y la sala de bodas quedó llena de convidados. [11] Entrando el rey para ver a los convidados, vió allí a un hombre que no llevaba traje de boda. [12] Y le dijo: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin el vestido de boda? Y él enmudeció. [13] Entonces el rey dijo a sus servidores: Atadle de pies y manos y arrojadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes. [14] Porque muchos son los llamados y pocos los escogidos (1).

La cuestión del tributo al César.

[15] Entonces se retiraron los fariseos y celebraron consejo sobre cómo le cogerían en alguna cosa. [16] Y le enviaron discípulos suyos con herodianos para decirle: Maestro, sabemos que eres sincero, y que con verdad enseñas el camino de Dios, y que no te da cuidado de nadie y que no tienes acepción de personas. [17] Dinos, pues, tu parecer: ¿Es lícito pagar tributo al César o no? (2). [18] Jesús, conociendo su malicia, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? [19] Mostradme

(1) La parábola tiene perfecta aplicación a la misión de Jesús entre los judíos.

(2) Salm. 117, 22.

(3) Estas palabras son la clave para la inteligencia de la parábola, que resume toda la historia de Israel y su fin, sobre el que insiste más en 23, 33-39. Véase sobre esto II Paralipomenos 36, 14 ss.

(4) Parece evidente que en este relato hay dos parábolas unidas: la primera, que termina con la destrucción de los soberbios invitados, y que tiene el mismo sentido que la de los viñadores (21, 33-44), y la segunda, cuyo tema serían las disposiciones necesarias para entrar en el banquete del reino mesiánico.

(1) Esta sentencia, varias veces repetida, debía de ser un proverbio, que aquí se aplica a las clases directoras de Israel, pues desecharon el llamamiento que a ellos primeramente se hizo.

(2) Los fariseos ponían muy alta la dignidad de Israel como nación santa, cuyo soberano legítimo era sólo Dios; mas, por otra parte, sabían adaptarse a los tiempos como varones prudentes. Al hacerle esta pregunta, quieren ponerle a mal con el pueblo o con la autoridad romana. Después le acusarán ante Pilato de lo mismo que deseaban que respondiera. (Lc. 23, 2.)

la moneda del tributo. Ellos le presentaron un denario. 20 El les preguntó: ¿De quién es esa imagen y esa inscripción? 21 Le contestaron: Del César. Díjoles entonces: Pues dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. 22 Y al oírle se quedaron maravillados, y dejándole, se fueron.

La resurrección de los muertos.

23 Aquel día se acercaron a El los saduceos (1), que niegan la resurrección, y le interrogaron: 24 Maestro, Moisés dice: «Si uno muere sin tener hijos, el hermano tomará su mujer para dar descendencia a su hermano» (2). 25 Había entre nosotros siete hermanos; y habiéndose casado el primero, murió sin descendencia y dejó la mujer a su hermano; 26 igualmente el segundo y el tercero, hasta los siete. 27 Después de todos murió la mujer. 28 Ahora bien, en la resurrección, ¿de cuál de los siete será mujer?, porque los siete la han tenido (3). 29 Y respondiendo Jesús, les dijo: Estáis en un error, y ni conocéis las Escrituras ni el poder de Dios. 30 Porque en la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como ángeles en el cielo. 31 Y cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que Dios ha dicho: 32 Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isac, y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos. 33 Y la muchedumbre, oyéndole, se maravillaba de su doctrina.

El primer mandamiento de la ley.

34 Los fariseos, oyendo que había hecho enmudecer a los saduceos, se juntaron en torno de El 35 y le preguntó uno de ellos, doctor, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la ley? 37 El le dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. 38 Este es el más grande y el primer mandamiento. 39 El segundo, semejante a éste es: Amarás al prójimo como a ti mismo. 40 De estos dos preceptos penden toda la ley y los profetas.

La cuestión del origen del Mesías.

41 Reunidos los fariseos, les preguntó Jesús: 42 ¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es hijo? Dijéronle ellos: De David. 43 Les replicó: Pues ¿cómo David, en espíritu, le llama Señor, diciendo (1):

44 «Dijo el Señor a mi Señor: siéntate a mi diestra mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies? (2).»

45 Si, pues, David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? 46 Y nadie podía responderle palabra, ni se atrevió nadie desde entonces a preguntarle más.

Los escribas y fariseos, puestos al desnudo.

23 1 Entonces Jesús habló a las muchedumbres y a sus discípulos, 2 diciendo: En la cátedra de Moisés se han sentado los escribas y los fariseos (3). 3 Haced, pues, y guardad lo que os digan, pero no los imitéis en las obras, porque ellos dicen y no hacen. 4 Atan pesadas cargas y las ponen sobre los hombros de los otros; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. 5 Todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres. Ensanchan sus filacterias, y alargan los flecos; 6 gustan de los primeros asientos en los banquetes y de las primeras sillas

(1) Vienen por grupos. Enemigos entre sí, se unen para acabar con Jesús.

(2) El texto hace referencia al Deuteronomio 25, 5. La ley llamada del levirato miraba a perpetuar las familias por medio de esta ficción jurídica.

(3) Es un cuento que debía de correr en las escuelas, y en el cual encerraban los saduceos una objeción, a su parecer insoluble, contra el dogma de la resurrección defendido por los fariseos.

(1) Los fariseos interpretaban el salmo 109 como refersnte al Mesías. Jesús pregunta: «¿Cómo le llama Señor, si es hijo suyo?» Para sacar en consecuencia que el Mesías era algo más que hijo para David.

(2) Salm. 109, 1.

(3) Cada sábado los escribas leían al pueblo la ley mosaica. Aunque venida de tales labios, debe ser escuchada, porque es la palabra de Moisés y de Dios. Otra cosa será cuando se trate de sus propias enseñanzas y de sus ejemplos. En este capítulo resume Jesús el juicio que tantas veces había proferido sobre los escribas y los fariseos, a fin de prevenir al pueblo contra sus engaños hipócritas

en las sinagogas; [7] y de los saludos en las plazas y de ser llamados por los hombres *Rabbi*. [8] Pero vosotros no os hagáis llamar *Rabbi*, porque uno solo es vuestro maestro, y todos vosotros sois hermanos. [9] Ni llaméis padre a nadie sobre la tierra, porque uno solo es vuestro Padre, el que está en los cielos. [10] Ni os hagáis llamar doctores, porque uno solo es vuestro doctor, Cristo. [11] El más grande de vosotros sea vuestro servidor. [12] El que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado.

Recriminaciones a los escribas y fariseos.

[13] ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que cerráis a los hombres el reino de los cielos! Ni entráis vosotros, ni permitís entrar a los que querrían entrar. [(14)] (1) [15] ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que recorréis mar y tierra para hacer un solo prosélito, y luego de hecho, lo hacéis hijo de la gehenna dos veces más que vosotros! [16] ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Si uno jura por el templo, eso no es nada; pero si jura por el oro del templo, queda obligado. [17] ¡Insensatos y ciegos! ¿Qué vale más, el oro o el templo que santifica el oro? [18] Si alguno jura por el altar, eso no es nada; pero si jura por la ofrenda, que está sobre él, ése queda obligado. [19] Ciegos, ¿qué es más, la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda? [20] Pues el que jura por el altar, jura por él y por lo que está en él. [21] Y el que jura por el templo, jura por él y por quien lo habita. [22] Y el que jura por el cielo, jura por el trono de Dios y por el que en él se sienta. [23] ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que diezmáis la menta, el anís y el comino, y no os cuidáis de lo más grave de la ley: la justicia, la misericordia y la buena fe. Bien sería hacer aquello, pero sin omitir esto. [24] Guías ciegos, que coláis un mosquito y os tragáis un camello. [25] ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que limpiáis por defuera la copa y el plato, que por dentro están llenos de rapiñas y codicias. [26] Fariseo ciego, limpia primero por dentro la copa y el plato, y también luego por defuera. [27] ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que os parecéis a sepulcros blanqueados, hermosos por fuera, mas por dentro llenos de huesos de muertos y de toda suerte de inmundicia! [28] Así también vosotros, por fuera parecéis justos, mas por dentro estáis llenos de hipocresía y de iniquidad. [29] ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que edificáis sepulcros a los profetas y adornáis los monumentos de los justos, [30] y decís: Si hubiéramos vivido nosotros en tiempo de nuestros padres, no hubiéramos sido cómplices suyos en la sangre de los profetas. [31] Ya con esto os dais por hijos de los que mataron a los profetas (1). [32] Colmad, pues, la medida de vuestros padres (2). [33] Serpientes, raza de víboras, ¿cómo escaparéis al juicio de la gehenna?

El juicio divino.

[34] Para esto os envío yo profetas, sabios y escribas (3), y a unos los mataréis y los crucificaréis, a otros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad, [35] para que caiga sobre vosotros toda la sangre inocente derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el Templo y el altar. [36] En verdad os digo que toda caerá sobre esta generación (4). [37] ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas (5) y apedreas a los que

(1) El versículo 14: «Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que devoráis las casas de las viudas y hacéis por aparentar largas oraciones. Por eso seréis más rigurosamente juzgados», parece ser una interpolación proveniente de Marc. 12, 40, y los críticos lo consideran como extraño al evangelio de San Mateo.

(1) Pues alardeando de tanta veneración por ellos, no habían hecho caso de Juan ni lo hacían de Jesús, a quien, además, pretendían matar.

(2) San Esteban desarrolla el mismo pensamiento en su discurso de los Hechos, cap. 7, acabando con un apóstrofe que le costó la vida: «Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, siempre resistís al Espíritu Santo. Cuales fueron vuestros padres, tales sois vosotros.»

(3) Estos profetas, sabios y escribas, son los Apóstoles y discípulos, a quienes los judíos tratarían como habían tratado sus padres a los antiguos profetas, según había anunciado en 10, 15 ss.

(4) La misma amenaza que en 24, 34, que es la destrucción de la ciudad de Jerusalén y su Templo.

(5) Palabras conmovedoras semejantes a las que refiere San Lucas en 19, 41 ss., y 23, 28 ss.

te son enviados! ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, a la manera que la gallina reúne a sus pollos bajo las alas, y no quisiste! [38] He aquí que vuestra casa quedará desierta. [39] Porque en verdad os digo que no me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor (1).

Profecía sobre la destrucción del templo.

24 [1] Saliendo Jesús del templo, se le acercaron sus discípulos y le mostraban las construcciones (2) del templo. [2] Y El les dijo: ¿Veis todo esto? En verdad os digo que no quedará aquí piedra sobre piedra; todo será destruído. [3] Y sentándose en el monte de los Olivos (3), llegáronse a El aparte unos discípulos, diciendo: Dinos cuándo será todo esto, y cuál la señal de tu venida y de la consumación del mundo.

Tiempos de angustia.

[4] Y Jesús les respondió: Cuidad que nadie os engañe. [5] Porque vendrán muchos en mi nombre, y dirán: Yo soy el Mesías (4), y engañarán a muchos. [6] Oiréis hablar de guerras y de rumores guerreros; pero no os turbéis; porque es preciso que esto suceda, mas no es aún el fin. [7] Se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá hambre y terremotos en diversos lugares; [8] pero todo esto es el comienzo de los dolores.

(1) Esta aclamación del pueblo judío a su Mesías indica la futura conversión del mismo anunciada por San Pablo a los Romanos, 11, 11 ss.

(2) Eran construcciones soberbias las que en muchos años de trabajo habían levantado los arquitectos griegos, y Josefo no se cansa de ponderar su magnificencia. Herodes había querido con esta obra ganarse la voluntad del pueblo judío y borrar su mancha de advenedizo y usurpador aunque sin conseguirlo.

(3) El monte de los Olivos, desde el cual se dominaba la fábrica del templo y la ciudad. El discurso que sigue abarca dos temas no del todo distintos, sino entremezclados: la ruina de Jerusalén y el fin de las cosas, unidos bajo la razón común de *juicio de Dios*.

(4) La expectación mesiánica en que vivía el pueblo por aquella época daba origen a la aparición de muchos falsos mesías.

La persecución contra el evangelio.

[9] Entonces os entregarán a los tormentos y os matarán (1), y seréis aborrecidos de todos los pueblos a causa de mi nombre. [10] Entonces se escandalizarán muchos y unos a otros se harán traición y se aborrecerán; [11] y se levantarán muchos falsos profetas que engañarán a muchos, [12] y por el exceso de la maldad se enfriará la caridad de muchos, [13] mas el que perseverare hasta el fin, ése será salvo. [14] Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo (2), testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin.

La desolación de Judea.

[15] Cuando viereis, pues, la abominación de la desolación (3) predicha por el profeta Daniel en el lugar santo [16] (el que leyere entienda), entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; [17] el que esté en el terrado no baje a tomar nada de su casa, [18] y el que esté en el campo no vuelva atrás en busca del manto. [19] ¡Ay de las que estuvieren encintas y de las que críen en aquellos días! [20] Orad para que vuestra huída no tenga lugar en invierno ni en sábado.

La tribulación suprema.

[21] Porque habrá entonces una tan gran tribulación (4), cual no la hubo desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá, [22] y, si no se acortasen aquellos días, nadie se salvaría; mas por amor de los elegidos se acortarán los días aquellos. [23] Entonces, si alguno os dijere: Aquí o allí está el Mesías, no le creáis, [24] porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas, y obrarán grandes

(1) Jesús insiste en anunciar las persecuciones de los suyos para que no los cojan de sorpresa.

(2) Es una prueba de que el fin de las cosas no está cercano, puesto que antes de esto el Evangelio debe llegar a noticia de todos los pueblos.

(3) Jesús da aquí una señal, que es la profanación del templo, para que los discípulos huyan de la ciudad. Efectivamente, según Eusebio de Cesárea, huyeron al otro lado del Jordán, librándose de las calamidades de la guerra judía, que acabó con Jerusalén y con el templo.

(4) Una nueva advertencia, semejante a la de 4-8, pero que mira a tiempos más lejanos.

señales y prodigios para inducir a error, si fuera posible, aun a los mismos elegidos. [25] Mirad que os lo digo de antemano. [26] Si os dicen, pues: Aquí está, en el desierto, no salgáis; aquí está, en un escondite, no lo creáis, [27] porque, como el relámpago, que sale del oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre. [28] Donde está el cadáver allí se reúnen los buitres.

La venida del Hijo del hombre.

[29] Pero luego, en seguida, después de la tribulación de aquellos días, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo (1), y las columnas del cielo se conmoverán. [30] Y entonces aparecerá el estandarte del Hijo del hombre en el cielo, y se lamentarán todas las tribus de la tierra y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran poder y majestad. [31] Y enviará sus ángeles con poderosa trompeta y reunirán de los cuatro vientos a los elegidos, desde un extremo del cielo hasta el otro.

La parábola de la higuera.

[32] Aprended de la semejanza de la higuera (2): cuando sus ramos están tiernos y brotan las hojas, conocéis que el estío se acerca; [33] así vosotros también, cuando veáis todas estas cosas, entended que está próximo, a las puertas. [34] En verdad os digo que no pasará esta generación (3) antes que todo esto suceda. [35] El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Incertidumbre del juicio.

[36] De aquel día y hora nadie sabe (4), ni los ángeles del cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre. [37] Porque como en los días de Noé, así será a la aparición del Hijo del hombre. [38] En los días que precedieron al diluvio, comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca; [39] pero ellos no se dieron cuenta hasta que vino el diluvio y los arrebató a todos; así será a la venida del Hijo del hombre. [40] Entonces estarán dos en el campo, uno será tomado y otro será dejado. [41] Dos molerán en la muela, una será tomada y otra será dejada.

Necesidad de velar.

[42] Velad, pues, porque no sabéis cuándo llegará vuestro Señor. [43] Pensad bien que si el padre de familia supiera en qué vigilia vendría el ladrón, velaría y no permitiría horadar su casa. [44] Por eso vosotros habéis de estar preparados, porque a la hora que menos pensáis puede venir el Hijo del hombre. [45] ¿Quién es, pues, el siervo fiel y prudente, a quien constituyó su amo sobre la servidumbre para darle provisiones a su tiempo? [46] Dichoso el siervo a quien, al venir su amo, hallare que hace así. [47] En verdad os digo, que le pondrá sobre toda su hacienda. [48] Pero si el mal siervo dijera para sus adentros: Mi amo tardará, [49] y comenzare a golpear a sus compañeros y a comer y beber con borrachos, [50] vendrá el amo el día que menos lo espera y a hora que no sabe, [51] y le hará azotar y le echará con los hipócritas: allí habrá llanto y crujir de dientes.

Parábola de las diez vírgenes.

25 [1] Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas salieron

(1) Todo esto son figuras para anunciar la grandeza de la majestad con que vendrá el Hijo del hombre a juzgar al mundo.

(2) Esta parábola alude a las señales indicadas en los versículos 15 ss.

(3) Como tantas otras veces, habla aquí Jesús de la generación presente, que le vió, pero que no quiso recibir su mensaje y que dentro de pocos días reclamará ante Pilato la sangre del Justo. Se cumplió este vaticinio el año 70, cuando Jerusalén fué arruinada por los Romanos.

(4) El contraste entre estas palabras y los versículos anteriores prueba que no se habla sino de la venida de Jesús al fin de los tiempos. Esta venida será repentina y para ella habrá que estar siempre preparados. Insiste el Señor sobre su incertidumbre, porque sabía cuánta era la curiosidad humana por averiguar la venida de este día y las ansiedades que podría causar esta curiosidad. Es un secreto del Padre, el cual ni a los ángeles ni al mismo Hijo lo ha comunicado para que lo anuncien a los hombres. No es que los ángeles, y menos el Hijo, lo ignoren; pero como mensajeros divinos, encargados de dar a conocer la voluntad de Dios, lo desconocen absolutamente. Véase una respuesta semejante en Act. I, 7: «No os toca a vosotros conocer los tiempos y momentos, que el Padre se ha reservado.»

al encuentro del esposo. [2] Cinco de ellas eran necias y cinco prudentes; [3] las necias, al tomar las lámparas, no tomaron consigo aceite, [4] mientras que las prudentes tomaron aceite en las alcuzas juntamente con sus lámparas. [5] Como el esposo tardaba, se adormilaron y durmieron. [6] A la media noche se oyó un clamoreo: Ahí está el esposo, salid a su encuentro. [7] Se despertaron entonces todas las vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. [8] Las necias dijeron a las prudentes: Dadnos aceite del vuestro, porque se nos apagan las lámparas. [9] Pero las prudentes respondieron: No, porque podría ser que no bastase para nosotras y vosotras; id más bien a la tienda y compradlo. [10] Pero mientras fueron a comprarlo llegó el esposo, y las que estaban prontas entraron con él a las bodas y se cerró la puerta. [11] Llegaron más tarde las otras vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. [12] Pero él respondió: En verdad os digo que no os conozco. [13] Velad, pues que no sabéis el día ni la hora (1).

Parábola de los talentos.

[14] Porque es como uno que al emprender un viaje llama a sus siervos y les entrega su hacienda, [15] dando a uno cinco talentos, a otro dos y a otro uno, a cada cual según su capacidad, y se va. [16] Luego el que había recibido cinco talentos se fué y negoció con ellos y ganó otros cinco. [17] Asimismo el de los dos ganó otros dos. [18] Pero el que había recibido uno se fué, hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su amo. [19] Pasado mucho tiempo, vuelve el amo de aquellos siervos y les toma cuentas. [20] Y llegando el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco, diciendo: Señor, tú me has dado cinco talentos, mira, pues, otros cinco que he ganado. [21] Y su amo le dice: Muy bien, siervo bueno y fiel; has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor. [22] Llegó el de los dos talentos y dijo: Señor, dos talentos me has dado, mira otros dos que gané; [23] Díjole su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel, has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu señor. [24] Se acercó también el que había recibido un solo talento y dijo: Señor, tuve en cuenta que eres hombre duro, que quieres cosechar donde no has sembrado y recoger donde no has esparcido, [25] y temiendo, me fuí y escondí tu talento en la tierra: aquí lo tienes. [26] Respondióle su amo: Siervo malo y haragán, ¿conque sabías que yo quiero cosechar donde no sembré y recoger donde no esparcí? [27] Debías, pues, entregar mi dinero a los banqueros, para que a mi vuelta recibiese lo mío, con los intereses. [28] Quitadle el talento y dádselo al que tiene diez; [29] porque al que tiene se le dará y abundará; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará. [30] Y a ese siervo inútil, echadle a las tinieblas exteriores; allí habrá llanto y crujir de dientes.

El juicio final.

[31] Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria y todos los ángeles con El (1), se sentará sobre su trono de gloria, [32] y se reunirán en su presencia todas las gentes, y separará a unos de otros, como el pastor separa a las ovejas de los cabritos, [33] y pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. [34] Entonces dirá el Rey a los que están a su derecha: Venid, benditos de mi Padre, tomad posesión del reino preparado para vosotros desde la creación del mundo. [35] Porque tuve hambre y me disteis de comer; tuve sed y me disteis de beber; peregriné y me acogisteis; [36] estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; preso y vinisteis a verme. [37] Y le responderán los justos: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento y te alimentamos, sediento y te dimos de beber? [38] ¿Cuándo te vimos peregrino y te acogimos, desnudo y te vestimos? [39] ¿Cuándo te vimos enfermo o en la cárcel y vinimos a ti? [40] Y el Rey les dirá: En verdad os digo, que cuantas veces hicisteis eso a uno de estos mis her-

(1) Continúa el discurso anterior con estas parábolas, que refiere San Mateo con el fin de inculcar más la vigilancia.

(1) Con este sublime cuadro de su venida a. juicio termina Jesús este discurso. Es muy de notar la norma suprema de su juicio, que es la *caridad del prójimo por amor de El*. La caridad, regla suprema de la vida cristiana, será también norma del juicio divino al fin de los tiempos.

manos más pequeños, a mí me lo hicisteis.
41 Y dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y para sus ángeles. 42 Porque tuve hambre y no me disteis de comer, tuve sed y no me disteis de beber. 43 Fuí peregrino y no me alojasteis; estuve desnudo y no me vestisteis: enfermo y en la cárcel y no me visitasteis. 44 Ellos responderán diciendo; Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o enfermo, o en prisión y no te socorrimos? 45 El les contestará diciendo: En verdad os digo, que cuando dejasteis de hacer eso con uno de estos pequeñuelos, conmigo no lo hicisteis. 46 E irán al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna.

La conspiración de los judíos.

26 1 Y aconteció que cuando Jesús hubo terminado estos discursos, dijo a sus discípulos: 2 Sabéis que dentro de dos días es la Pascua, y el Hijo del hombre será entregado para que le crucifiquen. 3 Se reunieron por entonces los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo (1) en el palacio del Pontífice, que se llamaba Caifás 4 y se consultaron sobre cómo apoderarse con engaño de Jesús para darle muerte. 5 Pero se decían: Que no sea durante la fiesta, no vaya a alborotarse el pueblo.

La unción en Betania.

6 Hallándose Jesús en Betania (2), en casa de Simón el leproso, 7 se llegó a él una mujer con un frasco de alabastro lleno de costoso ungüento, y lo derramó sobre su cabeza, mientras estaba recostado a la mesa. 8 Al verlo se enojaron los discípulos y dijeron: ¿A qué este derroche? Podría haberse vendido a gran precio y darlo a los pobres. 10 Dándose Jesús cuenta de esto, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? Una buena obra es la que conmigo ha hecho. 11 Porque pobres, en todo tiempo los tendréis con vosotros. 12 Con derramar ella este ungüento sobre mi cuerpo me ha ungido para mi sepultura. 13 En verdad os digo, dondequiera que sea predicado este evangelio en todo el mundo, se hablará también de lo que ha hecho ésta, para memoria suya.

La traición de Judas.

14 Entonces se fué uno de los doce, llamado Judas Iscariote, a los príncipes de los sacerdotes; 15 y les dijo: ¿Qué me dais y yo os lo entrego? Y se convinieron en treinta piezas de plata (1). 16 Y desde entonces buscaba ocasión para entregarlo.

La última cena de Jesús.

17 El día primero de los Acimos (2) se acercaron los discípulos a Jesús y le dijeron: ¿Dónde quieres que preparemos para comer la Pascua? 18 El les dijo: Id a la ciudad, a casa de fulano y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está próximo, quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. 19 Y los discípulos hicieron como Jesús les ordenó y prepararon la Pascua. 20 Llegada la tarde, se puso a la mesa con los doce (3), 21 y mientras comían dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me ha de entregar. 22 Y muy entristecidos,

(1) Desde Galilea los escribas y fariseos vienen conspirando contra Jesús; ahora son las autoridades supremas de la nación las que se echan sobre sí esta gravísima responsabilidad.
2) Según 21, 17, Jesús contaba allí con huésped amigo. Este Simón era sin duda un curado por Jesús, y la mujer de la unción era la hermana de Lázaro, el resucitado, según nos explica San Juan (12, 13).

(1) Para mejor ejecutar sus planes, el Sanedrín se ve ayudado por el discípulo traidor, que en su modo de presentarse, indica claro que va impulsado por la avaricia. En el Exodo 21, 32, se fija en treinta siclos la indemnización por un siervo que hubiera sido muerto por un buey bravo. Tal debió de ser el principio, que sirvió para fijar los honorarios de Judas.
(2) La fiesta de la Pascua se llamaba también de los Acimos, porque en los ocho días que duraba no se podía comer pan fermentado. El día solía contarse desde un atardecer a otro, pero aquí el día primero es el día natural, que precede al atardecer, porque en él debían recoger de casa todo el pan fermentado. (Exodo 12, 15.) Se llamaba también *Parasceve*, preparación, porque en él había de prepararse todo lo necesario para la Pascua.
(3) *Se reclinó, se recostó* sobre el brazo izquierdo, porque tal era el modo de comer entonces usado.

comenzaron a decirle cada uno: ¿Soy acaso yo, Señor? [23] El respondió: El que conmigo mete la mano en el plato, ése me entregará. [24] El Hijo del hombre sigue su camino, como de El está escrito; pero ¡desdichado de aquél por quien el Hijo del hombre será entregado!; mejor le fuera a ese no haber nacido. [25] Tomó la palabra Judas, el que le iba a entregar, y dijo: ¿Soy acaso yo, Rabbí? Y El respondió: Tú lo has dicho.

Institución de la Eucaristía.

[26] Mientras comían, Jesús tomó pan, y bendiciéndolo, lo partió y dándoselo a los discípulos, dijo: Tomad y comed, éste es mi cuerpo (1). [27] Y tomando un cáliz y dando gracias, se lo dió, diciendo: Bebed de él todos, [28] porque ésta es mi sangre del Nuevo Testamento, que será derramada por muchos para remisión de los pecados. [29] Yo os digo que no beberé más de este fruto de la vid, hasta el día en que lo beba con vosotros nuevo en el reino de mi Padre (2).

Predicción sobre la conducta de los discípulos.

[30] Y dichos los himnos (3), salieron camino del monte de los Olivos. [31] Entonces les dijo Jesús: Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche, porque escrito está: Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas de la manada. (4) [32] Pero después de resucitado, os precederé a Galilea (5). [33] Tomó Pedro la palabra y le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo jamás me escandalizaré. [34] Respondióle Jesús: En verdad te digo que esta misma noche, antes que el gallo cante, me negarás tres veces. [35] Díjole Pedro: Aunque tenga que morir contigo, no te negaré. Y lo mismo dijeron todos los discípulos.

(1) Con esta admirable sencillez nos cuenta el evangelista la institución del inefable misterio de la Eucaristía.

(2) Usa aquí Jesús una vez más la imagen del banquete para representar el reino del cielo.

(3) Las plegarias con que, según el ritual acostumbrado, debía terminarse la cena pascual.

(4) Zac. 13, 7.

(5) Para sostener su ánimo durante la pasión, les anuncia una vez más el triunfo de la resurrección.

La oración de Getsemaní.

[36] Entonces vino Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní y les dijo: Sentaos aquí mientras yo voy allá a orar. [37] Y tomando a Pedro y a los hijos de Zebedeo (1), comenzó a entristecerse y angustiarse. [38] Entonces les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte (2); quedaos aquí y velad conmigo. [39] Y yendo un poco más allá, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz; sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú. [40] Y viniendo a los discípulos, los encontró dormidos, y dijo a Pedro: De modo que no habéis podido velar conmigo una hora. [41] Velad y orad, para que no caigáis en la tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es flaca. [42] De nuevo, por segunda vez, fué a orar, diciendo: Padre mío, si esto no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. [43] Y volviendo, otra vez los encontró dormidos; tenían los ojos cargados. [44] Y dejándolos, de nuevo se fué a orar por tercera vez, diciendo aún las mismas palabras. [45] Luego vino a los discípulos y les dijo: Dormid ya y descansad (3), que ya se acerca la hora y el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. [46] Levantaos, vamos; ya llega el que me va a entregar.

La prisión de Jesús.

[47] Aún estaba hablando, cuando llegó Judas, uno de los doce, y con él una gran turba, armada de espadas y garrotes, enviada por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. [48] El que lo iba a entregar les dió una señal, diciendo: Aquel a quien yo besare, ése es,

(1) Los mismos que habían sido testigos de su transfiguración lo serán de su agonía.

(2) Esta frase nos revela toda la realidad de la naturaleza humana de Jesús, que repugna la muerte; pero se resigna a ella por cumplir la voluntad del Padre.

(3) Dichas estas palabras en aquel momento, tienen un dejo de ironía y contrastan con las que siguen.

prendedle. [49] Y al instante, acercándose a Jesús, dijo: Salve, Rabbí. Y le besó. [50] Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué vienes? Entonces se adelantaron y pusieron las manos sobre Jesús, apoderándose de El. [51] Uno de los que estaban con Jesús extendió la mano y sacando la espada, hirió a un siervo del Pontífice y le cortó una oreja. [52] Jesús entonces le dijo: Vuelve la espada a la vaina, pues quien toma la espada, a espada morirá. [53] ¿O crees que no puedo yo rogar a mi Padre, que me enviaría luego doce legiones de ángeles? [54] ¿Cómo van a cumplirse las Escrituras (1) de que así conviene que sea? [55] Entonces dijo Jesús a la turba: ¿Como a ladrón habéis salido con espadas y garrotes a prenderme? Todos los días me sentaba en el Templo para enseñar y no me prendisteis. [56] Pero todo esto sucedió para que se cumpliesen las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos le abandonaron y huyeron.

Jesús ante el Sanedrín.

[57] Los que prendieron a Jesús le llevaron a casa de Caifás (2), el Pontífice, donde los escribas y los ancianos se habían reunido. [58] Pedro le siguió de lejos hasta el palacio del Pontífice, y entrando, se sentó con los servidores para ver en qué paraba la cosa. [59] Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban falsos testimonios contra Jesús para condenarle a muerte, [60] pero no los hallaban, aunque se habían presentado muchos falsos testigos. Al fin se presentaron dos, [61] que dijeron: Este ha dicho: Yo puedo destruir el Templo de Dios y en tres días reedificarlo. [62] Levantándose entonces el Pontífice, le dijo: ¿Nada respondes? ¿Qué dices a lo que éstos testifican contra ti? [63] Pero Jesús callaba. Y el Pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo; di si eres tú el Mesías (1), el Hijo de Dios. [64] Díjole Jesús: Tú lo has dicho. Y yo os digo que un día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Padre y venir sobre las nubes del cielo. [65] Entonces el Pontífice rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? [66] Ellos respondieron: Reo es de muerte. [67] Entonces comenzaron a escupirle en el rostro y a darle de puñetazos (2), y otros le herían en la cara, [68] diciendo: Profetiza, Cristo, quién te hirió.

La negación de Pedro.

[69] Entretanto Pedro estaba sentado (3) en el atrio; y se le acercó una sierva diciendo: Tú también estabas con Jesús de Galilea. [70] El negó ante todos, diciendo: No sé lo que dices. [71] Pero cuando salía hacia la puerta, le vió otra sierva y dijo a los circunstantes: También éste estaba con Jesús el Nazareno. [72] Y de nuevo negó con juramento: No conozco a ese hombre. [73] Poco después se llegaron a él los que allí estaban y le dijeron: Cierto que tú eres de los suyos, pues tu mismo hablar te descubre. [74] Entonces comenzó él a maldecir y a jurar: ¡Yo no conozco a ese hombre! Y al instante cantó el gallo. [75] Pedro se acordó de lo que Jesús le había dicho: Antes que cante el gallo me negarás tres veces, y saliendo fuera, lloró amargamente.

Jesús, conducido ante Pilato.

27 [1] Llegada la mañana, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tuvieron consejo (4) contra Jesús para quitarle

(1) Dios había predicho la pasión de su Mesías. Los judíos, obedeciendo libremente a las inspiraciones de su maldad, cumplen los designios de Dios, que miraban a la salud del mundo por la pasión de su Hijo.

(2) Era entonces el Pontífice, y por tanto la autoridad suprema, y el presidente nato del Sanedrín. Esta sesión, por razón de la hora, era ilegal, más sirvió, en la intención de sus autores, para preparar el proceso y ganar tiempo.

(1) Esta pregunta, atestiguada por los cuatro evangelistas, prueba que Jesús había hablado bastante claro de su dignidad mesiánica y de su filiación divina.

(2) Esto fué sin duda obra de los esbirros encargados de guardarle, una vez terminada la sesión. Véase Lc. 22, 63 s.

(3) Pedro, que siguió al Maestro, entró en casa del Pontífice para ver en qué paraba la prisión. En este tiempo ocurrió la triple negación predicha por Jesús y narrada por los evangelistas.

(4) Celebraron entonces nueva sesión para dar valor legal a lo actuado en la sesión de la noche. La actuación de los tribunales empezaba de madrugada.

la vida; [2] y atado, le llevaron al procurador Pilato (1).

Fin desastroso de Judas.

[3] Viendo entonces Judas, el que le había entregado, cómo era condenado, se arrepintió y devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y ancianos (2), [4] diciendo: He pecado entregando sangre inocente. Dijeron ellos: ¿A nosotros qué? Viéraslo tú. [5] Y arrojando las monedas de plata al Templo, se retiró, fué y se ahorcó. [6] Los príncipes de los sacerdotes tomaron las monedas de plata y dijeron: No es lícito echarlas al tesoro (3), puesto que son precio de sangre. [7] Y resolvieron en consejo comprar con ellas el campo del alfarero para sepultura de peregrinos. [8] Por eso aquel campo se llamó campo de la sangre, hasta el día de hoy. [9] Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías:

«Y tomaron treinta piezas de plata, el precio en que fué tasado, aquel a quien pusieron precio los hijos de Israel, [10] y los dieron por el campo del alfarero (4).»

Proceso de Jesús ante Pilato.

[11] Jesús fué presentado ante el Procurador, que le preguntó: ¿Eres tú el rey de los judíos? (1). Respondió Jesús: Tú lo dices. [12] Pero a las acusaciones hechas por los príncipes de los sacerdotes y los ancianos nada respondía. [13] Díjole entonces Pilato: ¿No oyes todo lo que dicen contra ti? [14] Pero El no respondía a nada, de suerte que el Procurador se maravilló sobremanera. [15] Era costumbre que el Procurador, con ocasión de la fiesta, diese a la muchedumbre la libertad de un preso, el que pidieran. [16] Había entonces un preso famoso llamado Barrabás. [17] Estando, pues, ellos reunidos, les dijo Pilato: ¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Cristo? [18] Pues sabía él que por envidia se lo habían entregado (2). [19] Mientras estaba sentado en el tribunal, envió su mujer a decirle: No te metas con ese justo (3), pues he padecido mucho hoy en sueños por causa de él. [20] Pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a la muchedumbre que pidiesen a Barrabás e hicieran perecer a Jesús (4). [21] Tomando la palabra el Procurador, les dijo: ¿A quién de los dos queréis que os dé por libre? Ellos respondieron: A Barrabás. [22] Díjoles Pilato: Entonces, ¿qué queréis que haga con Jesús, el llamado Cristo? Todos dijeron: Que le crucifiquen. [23] Dijo el Procurador: ¿Y qué mal ha hecho? Ellos gritaron más, diciendo: ¡Que le crucifiquen! [24] Viendo, pues, Pilato que nada conseguía, sino que el tumulto crecía cada vez más, tomó agua y se lavó las manos delante de la muchedumbre, diciendo: Yo soy inocente de esta sangre; vosotros veáis (5). [25] Y todo el pueblo contestó diciendo: Caiga su sangre

(1) Roma había reservado a su representante el derecho de imponer la pena capital. Sin su aprobación, el fallo del Sanedrín no tenía valor ninguno. (Jn. 18, 30.)

(2) Los treinta siclos no le trajeron la felicidad que había soñado, y se arrepintió al ver el sesgo que tomaba el proceso en que había tenido tanta parte.

(3) Como dinero adquirido mediante un crimen, no podía ser echado en el tesoro del templo, y así resuelven emplearlo en beneficio de los peregrinos que morían en Jerusalén. Este episodio nos pinta al vivo la hipocresía de los sacerdotes, que colaban un mosquito y se tragaban un camello (23, 34). El texto del profeta citado por el evangelista es de Zac. 1, 7 ss. El Señor, que se había hecho mayoral de pastores del pueblo judío, representado bajo la figura de un rebaño, cansado de la indocilidad de los pastores y de la del rebaño, rompe su cayado y pide por medio del profeta el salario que le corresponde. Le pesan treinta siclos de plata, y el Señor dice al profeta: Echa en el tesoro del templo ese magnífico precio en que me han estimado; y el profeta los tomó y los echó en el tesoro.

(4) Jer. 32, 6 ss.; Zac. 11, 12 ss.

(1) A Pilato, que en sus funciones de gobernador, había tenido que reprimir la sublevación de algún falso mesías, le presentan a Jesús como otro tal. Pero el juez, que conoce a los judíos, no se deja engañar y rechaza la acusación.

(2) Aunque veía que por envidia se lo habían entregado, no quiso desairar a tan graves señores, y así recurre a este expediente para poner en libertad a Jesús.

(3) Este detalle viene a poner más de manifiesto la inocencia de Jesús y la maldad de sus acusadores.

(4) El recado de la esposa de Pilato tuvo lugar entre la propuesta de éste al pueblo y la respuesta del pueblo, que, trabajado por los jefes, pide la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús.

(5) Con esto creyó cumplir sus deberes de juez y alejar de sí la responsabilidad que el sueño de su mujer pudiera traer sobre él.

sobre nosotros y sobre nuestros hijos (1). [26] Entonces dió libertad a Barrabás; y a Jesús, después de haberlo hecho azotar, se lo entregó para que le crucificaran (2).

Jesús, escarnecido por los soldados.

[27] Los soldados del Procurador, tomando entonces a Jesús, lo condujeron al pretorio ante toda la cohorte. [28] Y despojándole de sus vestiduras le echaron encima una clámide de púrpura, [29] y, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron sobre la cabeza, y en la mano una caña; y doblando la rodilla delante de El, se burlaban (3) de El, diciendo: ¡Salve, rey de los judíos! [31] Y escupiéndole, tomaban la caña y le herían con ella en la cabeza. [32] Y después de haberse divertido con El, le quitaron la clámide, le pusieron sus vestidos y le llevaron a crucificar.

La crucifixión.

[33] Al salir encontraron a un hombre de Cirene, de nombre Simón, al cual requirieron para que llevase la cruz (4). [33] Y llegando al sitio llamado Gólgota, que quiere decir el lugar de la calavera, [34] diéronle a beber vino mezclado con hiel (5); mas en cuanto lo gustó, no quiso beberlo. [35] Y así que le crucificaron, se dividieron sus vestidos echándolos a suertes, [36] y sentados hacían la guardia allí. [37] Y sobre su cabeza pusieron escrita su causa: *Este es Jesús, el Rey de los judíos* (1). [38] Entonces fueron crucificados con él dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. [39] Los que pasaban le injuriaban (2), moviendo la cabeza [40] y diciendo: Tú que ibas a destruir el templo y a reedificarlo en tres días, sálvate ahora a ti mismo; si eres Hijo de Dios, baja de esa cruz. [41] E igualmente los príncipes de los sacerdotes, con los escribas y ancianos, se burlaban y decían: Salvó a otros y a sí mismo no se puede salvar. Si es el rey de Israel, que baje ahora de la cruz y creeremos en él. [43] Ha puesto su confianza en Dios, que El le libre ahora, si es que le quiere, puesto que ha dicho: Yo soy el Hijo de Dios. [44] Asimismo los bandidos que con él estaban crucificados (3) le ultrajaban.

La muerte de Jesús.

[45] Desde la hora de sexta (4) se extendieron las tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora de nona. [46] Hacia la hora de nona clamó Jesús con voz fuerte, diciendo: *¡Eli, Eli, lemma sabactani!* Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? (5). [47] Algunos de los que allí estaban, oyéndole, decían: A Elías llama éste. [48] Y luego, corriendo, uno de ellos tomó una esponja, la empapó en vinagre y la fijó en una caña y le dió a beber (6). [49] Otros decían: Deja, veamos si viene Elías a salvarle. [50] Jesús, dando de nuevo un fuerte grito, expiró.

---

(1) El cumplimiento de esta maldición que el pueblo echa sobre sí, era lo que a Jesús conmovía hasta hacerle derramar lágrimas. (Lc. 19.)

(2) San Juan, que es más detallado, nos dice que Pilato había mandado azotar a Jesús por vía de corrección y para dar alguna satisfacción a sus enemigos, después de fracasado el primer expediente de libertad. (Jn. 19, 1 ss.)

(3) El mismo S. Juan coloca esta burla luego de la flagelación, y nos dice que Pilato la quiso aprovechar para aplacar el ánimo de los judíos, aunque en vano. (Jn. 19, 4 ss.)

(4) La costumbre dictaba que el reo mismo llevase el travesano de la cruz (el pie derecho estaba plantado en el sitio); pero Jesus no podía, sin duda a causa de la crudeza de la flagelación.

(5) Era un anestésico que embotaba los sentidos para que el reo sintiese menos los tormentos; por eso Jesús no lo quiso beber, porque quería apurar hasta las heces el cáliz del dolor.

(1) Jesús muere porque se ha declarado Rey de los judíos, esto es, Mesías.

(2) Para mayor ejemplaridad, los lugares de suplicio solían estar al lado de los caminos. Por aquí se ve hasta qué punto habían logrado los jefes de la nación inficionar los ánimos del pueblo contra Jesus.

(3) Este plural genérico no se aplica sino a uno de los dos, según nos lo declara más explícitamente San Lucas 23, 39 ss.

(4) El día se dividía en cuatro partes iguales, horas, a contar desde el amanecer, como la noche en cuatro vigilias. La hora de sexta comenzaba al mediodía.

(5) Estas palabras están tomadas del salmo 21. Ese desamparo es uno de tantos misterios como ofrece la psicología del Hombre-Dios

(6) Era agua mezclada con vinagre, que los soldados encargados de la custodia de los reos tenían a mano para beber.

El duelo por Jesús.

51 La cortina del Templo se rasgó de arriba abajo (1) en dos partes, 52 la tierra tembló y se rajaron las rocas, se abrieron los monumentos (2), y muchos cuerpos de santos, que habían muerto resucitaron, 53 y saliendo de sus sepulcros, vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos. 54 El centurión y los que con él guardaban a Jesús, viendo el terremoto y cuanto había sucedido, temieron sobremanera y se decían: Verdaderamente (3), éste era hijo de Dios. 55 Había allí muchas mujeres que desde lejos le miraban (4), las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea para servirle; 56 entre ellas María Magdalena, y María, la madre de Santiago y José, y la madre de los hijos de Zebedeo.

Sepultura de Jesús.

57 Llegada la tarde, vino un hombre rico de Arimatea, de nombre José, que era discípulo de Jesús. 58 Se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato entonces ordenó (5) que le fuese entregado. 59 Y tomando el cuerpo de Jesús, lo envolvió en una sábana limpia 60 y lo depositó en su propio sepulcro, del todo nuevo, que había sido excavado en la peña (6), y corriendo una piedra grande a la puerta del sepulcro, se fué. 61 Estaban allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro.

La guardia del sepulcro por los judíos.

62 Al otro día, que era el siguiente a la Parasceve, fueron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos a Pilato 63 y le dijeron: Señor, recordamos que ese impostor, vivo aún, dijo: Después de tres días resucitaré. 64 Manda, pues, guardar el sepulcro (1) hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos, le roben y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos. Y será la última impostura peor que la primera. 65 Díjoles Pilato: Ahí tenéis la guardia, id y guardadlo como vosotros sabéis. 66 Y ellos fueron y pusieron guardia al sepulcro, después de haber sellado la piedra.

La mañana de Pascua.

28 1 Pasado el sábado, ya para amanecer el día primero de la semana (2), vino María Magdalena con la otra María a ver el sepulcro. 2 Y sobrevino un gran terremoto (3); pues un ángel del Señor bajó del cielo y acercándose removió la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. 3 Era su aspecto como el relámpago, y su vestidura blanca como la nieve. 4 De miedo de él temblaron los guardias y se quedaron como muertos. 5 El ángel, dirigiéndose a las mujeres, dijo: No temáis vosotras, pues

(1) Esta cortina se hallaba a la puerta del Santísimo, cuyo secreto quedaba con esto expuesto a los ojos profanos.

(2) Este hecho nos es transmitido sólo por San Mateo; su interpretación es difícil, y por esto objeto de varias opiniones. En el sentido obvio del lugar esos santos se habrían adelantado al Señor en la resurrección, lo que no puede admitirse. Habrá anticipado el evangelista la resurrección del Señor? Esos que resucitados salieron de sus sepulcros, volvieron a morir? Otros tantos misterios. Lo que es indudable es que esa resurrección, cualquiera y como quiera que sea, es señal de la victoria de Jesús sobre la muerte y de la liberación de los que le esperaban en el seno de Abraham.

(3) Los soldados gentiles confiesan la inocencia de Jesús, y que, en efecto, decía verdad en aquello de que le acusaban.

(4) San Lucas (8, 1 ss.) nos indica el oficio que estas mujeres tenían en compañía de Jesús y de sus discípulos.

(5) Como cadáver de un reo, estaba en poder del juez, que no lo entregó hasta haberse certificado de que estaba ya muerto (Mc. 15, 44 s.).

(6) El sepulcro en Palestina no era una hoya, sino una cámara excavada en la peña viva, rodeada en el interior de poyos, sobre los cuales se depositaban los cadáveres, bien fajados y envueltos en arcmas. La puerta baja se cubría con una losa gruesa, que se hacía rodar a un lado cuando se abría el sepulcro.

(1) Sólo San Mateo nos refiere esto; con ello los judíos vinieron a ser testigos del triunfo de Jesús y de su propia derrota. Los guardas eran soldados romanos, que Pilato puso a disposición de los sacerdotes.

(2) Aquel año coincidía el sábado con el día de la Pascua, y por doble motivo no se podía trabajar nada. En la cuenta de las Marías no son igualmente completos los evangelistas; una hay que no falta en ninguno, que es María Magdalena.

(3) A esto se ordenaba en los planes divinos la colocación del sello y de la guardia por los prudentes magistrados judíos, y sucedió, sin duda, antes de la llegada de las mujeres.

sé qué buscáis a Jesús el crucificado. 6 No está aquí, ha resucitado, según lo había dicho. Venid y ved el sitio donde fué depositado. 7 Id luego y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos, y que os precederá a Galilea (1); allí le veréis. Es lo que tenía que deciros. 8 Y partieron ligeras del monumento, llenas de temor y de gran gozo, corriendo a comunicarlo a los discípulos. 9 Y he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciéndoles: Dios os salve. Ellas, acercándose, le cogieron los pies y se postraron ante El. 10 Díjoles entonces Jesús: No temáis, id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea, y que allí me verán (2).

El anuncio a los judíos.

11 Mientras ellas iban, algunos de los guardias vinieron a la ciudad y comunicaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo sucedido. 12 Reunidos estos en con sejocon los ancianos, tomaron bastante dinero y se lo dieron a los soldados, 13 diciéndoles: Decid que, viniendo los discípulos de noche, le robaron, mientras vosotros estabais dormidos. 14 Y si llegase la cosa a oídos del Procurador, nosotros le aplacaremos y estaréis seguros. 15 Y tomando ellos el dinero, hicieron como se les había dicho. Esto se divulgó entre los judíos, hasta el día de hoy.

La aparición del Señor en Galilea.

16 Los once discípulos se fueron a Galilea (1), al monte que Jesús les había indicado, 17 y, viéndole, se postraron; algunos vacilaban (2). 18 Y, acercándose Jesús, les dijo: Me ha sido dado todo poder (3) en el cielo y en la tierra; 19 id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, 20 enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado. Yo estaré con vosotros siempre hasta la consumación del mundo.

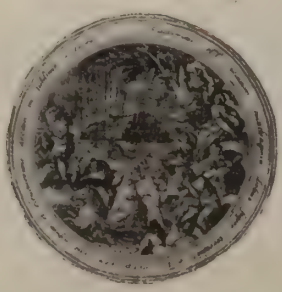
(1) Así se lo había dicho Jesús (26, 32), porque allí, más tranquilamente que en Judea, podía completar su instrucción, una vez que por la resurrección se les habían abierto los ojos.

(2) La forma demasiado compendiosa en que San Mateo nos cuenta este suceso tan importante de la mañana de Pascua, nos autoriza para interpretarlo a la luz del más detallado relato de San Juan (20, 11 ss.), identificando esta aparición con la concedida a María Magdalena.

(1) San Mateo omite las apariciones del Salvador en Judea, las cuales tuvieron por objeto convencer a los discípulos incrédulos de la resurrección del Maestro y ponerlos en camino de Galilea.

(2) San Juan nos cuenta más en detalle las dudas de Tomás, a quien, sin duda, alude aquí San Mateo. (Jn. 20, 24 s.)

(3) San Pablo dice que por las humillaciones de su pasión, Jesús recibió del Padre el título de Señor, con la plenitud del poder soberano en el cielo, en la tierra y hasta en los infiernos (Fil. 2, 6 ss.). En virtud de esos poderes, Jesús envía a los discípulos a predicar, con la facultad de perdonar los pecados y divulgar sus enseñanzas, prometiéndoles para ello su asistencia hasta la consumación de los siglos. Esto quiere decir que no habla sólo a los presentes, sino a todos los que hayan de creer en su palabra por el ministerio de ellos y ser ministros de su doctrina. (Jn. 17, 20.)



SAN MARCOS

INTRODUCCION AL EVANGELIO DE SAN MARCOS

LA tradición eclesiástica atribuye a San Marcos la composición del segundo evangelio. Marcos es un personaje bastante conocido en los escritos neotestamentarios. El mismo evangelista nos habla de un joven que la noche de la prisión del Señor en Getsemaní le siguió, envuelto en una sábana, y que, hallándose a punto de ser cogido por la tropa judía, les dejó la sábana y huyó desnudo en medio de la noche. Muchos han querido identificarle con el mismo evangelista que narra el episodio. Cuando, a principios del año 44, Pedro se encontró en medio de la ciudad de Jerusalén liberado de la prisión por el ángel, se dirigió a casa de María, madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde encontró a muchos fieles orando por su libertad (Act. 10, 12). Alrededor de aquella fecha, Pablo y Bernabé, que habían sido enviados a Jerusalén por la Iglesia de Antioquía con una limosna para socorro de los hambrientos fieles de la iglesia madre, al partir llevaron consigo a Marcos (Act. 12, 25). Poco más tarde los mismos apóstoles emprenden su primera misión para anunciar el Evangelio y toman por compañero al mismo Marcos, que cobardemente los abandona, volviéndose a Jerusalén (13, 13). Cuatro años después los mismos Apóstoles se disponen a realizar su segunda misión, y Bernabé quiere que Juan Marcos los acompañe, a lo que Pablo se opone, recordando su anterior cobardía. Al fin Pablo se fué con Silas a la vuelta de Cilicia, y Bernabé, con Marcos se encaminó a Chipre, su patria (Act. 15, 37 ss.).

Con los años, Marcos vino a ser un gran ministro del Evangelio y coadjutor de los Apóstoles. Y no hay que decir que esto le reconcilió el afecto de Pablo, a quien sólo su cobardía había disgustado. Por esto unos diez o doce años más tarde le hallamos en Roma a su lado (Col. 4, 10; Filem. 24). Hacia la misma época, Pedro, escribiendo desde Roma a los fieles del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, les saluda de parte de Marcos, su hijo en la fe (I Pet. 5, 13). Años más tarde, durante su segunda prisión, Pablo encarga a Timoteo que traiga consigo a Marcos, que le es de mucha ayuda para el ministerio (II Tim. 4, 11). Una tradición posterior, recogida por Eusebio en su «Historia Eclesiástica» (11, 9), afirma que fué el evangelizador de Egipto y fundador de la gloriosa iglesia de Alejandría. San Jerónimo le señala como padre del monacato egipcio.

EL EVANGELIO.—La tradición cristiana que, con Papias, remonta a los últimos años del siglo primero, nos dice que San Marcos escribió su evangelio en Roma, recogiendo en él la predicación de San Pedro: «Marcos, intérprete de Pedro, puso por escrito cuantas cosas recordaba de lo que Cristo había hecho y dicho, con exactitud, pero no con orden. No es que él hubiera oído al Señor o le hubiera seguido; pero, como se ha dicho, siguió después a Pedro, el cual hacía sus instrucciones según las necesidades de los oyentes, pero no narraba ordenadamente los discursos del Señor. Por esto Marcos no incurrió en error, escribiendo algunas cosas conforme las tenía en la memoria; de una cosa tenía cuidado: de no omitir nada de lo que había oído, o de no fingir cosa falsa.» Los escritores posteriores confirman en sustancia estas afirmaciones de Papias, de las cuales sacamos en consecuencia: 1.º Que San Marcos nos ha conservado la suma de la catequesis de San Pedro. 2.º Que su evangelio fué destinado a los convertidos de la gentilidad. 3.º Que fué escrito en Roma. 4.º Sobre la fecha precisa no existe la misma certidumbre, pero lo más razonable es suponer que lo escribió en la fecha en que los apóstoles San Pedro y San Pablo nos muestran a Marcos en Roma, que sería por los años 60 a 62.

El examen del evangelio nos confirma en estos puntos, v. gr., 8, 29 ss., la confesión de Pedro y la reprensión que luego recibió del Señor (cf. Mt. 16, 17 ss.); la negación de Pedro conforme a la predicción (14, 30, 66 ss.); la explicación de los vocablos hebreos y de las costumbres judías, que naturalmente debían de ser desconocidos de sus lectores, v. gr., 7, 3 s., en que declara las tradiciones judías sobre la pureza; 14, 12, en que declara el rito del día primero de los Acimos, y 15, 42, donde explica lo que era la parasceve. *Es también San Marcos, de los cuatro evangelistas, el que emplea más vocablos y construcciones latinas.*

El estilo de San Marcos es bastante incorrecto, lo que aun en la versión castellana se echará de ver; en cambio, abundan en él los rasgos pintorescos. Para hacerse cargo de esta cualidad, bastará comparar la curación del paralítico, 2, 1-12, con Mt. 9, 1-8; la tempestad calmada, 4, 35-41, con Mt. 8, 18-27, y la curación de la hemorroisa, 5, 21-34, con Mt. 9, 18-26. Es también San Marcos el que emplea un lenguaje más fuerte para hablar de la humanidad del Señor, v. gr., 3, 21, la salida de los parientes para recoger a Jesús, porque le creían fuera de sí; 6, 3, Jesús calificado de carpintero; 6, 5, por que no hace milagros en Nazaret; 8, 12, su llanto ante la incredulidad de la generación presente; 10, 18, su afirmación solemne de la bondad de sólo Dios; 13, 32; su actitud ante la revelación del día del juicio. Todo lo cual se echará bien de ver comparando estos pasajes con los paralelos de San Mateo y San Lucas.

PLAN DEL EVANGELIO.—San Marcos no nos dice nada de la infancia de Jesús. El plan de su obra responde bien al que trazaba San Pedro en casa del centurión Cornelio (Act. 10, 37-42): «Dios ha enviado la palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la paz por Jesucristo, que es Señor de todos. Vosotros conocéis lo que ha sucedido en toda la Judea, habiendo comenzado

en Galilea después del bautismo predicado por Juan, cómo Dios ha ungido con el Espíritu Santo y el poder a Jesús de Nazaret, que iba de lugar en lugar haciendo bien y curando a todos aquellos que estaban bajo el imperio del diablo, porque Dios estaba con El. Y nosotros somos testigos de todo lo que ha hecho en el país de los judíos y en Jerusalén. Ellos le dieron muerte, colgándole de un madero, pero Dios le resucitó al tercer día y permitió que se apareciese, no a todo el pueblo, sino a los testigos elegidos de antemano por Dios, a nosotros, que hemos comido y bebido con El después que hubo resucitado de entre los muertos. El nos ha ordenado predicar al pueblo y atestiguar que El ha sido establecido por Dios Juez de vivos y muertos. Todos los profetas dan testimonio de El, que quien creyere en El recibe por su nombre el perdón de los pecados.» Conforme a este programa, San Marcos trazó el plan de su evangelio, que es el siguiente: 1. Título del evangelio en que afirma la divinidad de Jesús (1, 1). 2. Predicación del Bautista, bautismo de Jesús y su retiro en el desierto (1, 2-13). 3. Ministerio de Jesús en Galilea (1, 14-9). 4. Ministerio en Judea y Jerusalén (10-13). 5. Pasión y resurrección (14-16).

SAN MARCOS

La misión de Juan.

1 [1] Principio del evangelio de Jesucristo (1), Hijo de Dios. [2] Como está escrito en el profeta Isaías (2):

«He aquí que envío delante de ti mi ángel que preparará tu camino.
[3] Voz de quien grita en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus senderos;»

[4] Apareció en el desierto Juan el Bautista, predicando el bautismo de penitencia para remisión de los pecados. [5] Y acudían a él de toda la región de Judea (3), todos los moradores de Jerusalén, y se hacían bautizar por él en el río Jordán, confesando sus pecados. [6] Llevaba Juan un vestido de pelos de camello, y un cinturón de cuero ceñía sus lomos, y se alimentaba de langostas y miel silvestre. [7] Y en su predicación les decía: Tras de mí viene uno más fuerte que yo, ante quien no soy digno de postrarme para desatar la correa de sus sandalias. [8] Yo os bautizo en agua, pero El os bautizará en el Espíritu Santo.

(1) El objeto de la misión del Bautista es Jesucristo, Hijo de Dios. Declaración bien explícita de que Jesús era el Cristo, el Mesías y el Hijo de Dios.

(2) Los dos primeros versos son de Malaquías (3, 1), los otros son de Isaías (40, 3 s.); pero ambos aluden al mismo objeto.

(3) Este versículo nos muestra la conmoción producida por el Bautista al aparecer en el desierto. Era una visión que traía a la memoria la persona de Elías, el gran celador del culto de Dios.

El bautismo de Jesús.

[9] Y sucedió que en aquellos días vino Jesús desde Nazaret, en Galilea, y fué bautizado por Juan en el Jordán. [10] Y en saliendo del agua vió los cielos abiertos y el Espíritu, como paloma, que descendía sobre El, [11] y se dejó oír de los cielos una voz: «Tú eres mi Hijo amado, en quien yo me complazco».

El retiro de Jesús.

[12] Y en seguida el Espíritu le empujó hacia el desierto. [13] Permaneció en él cuarenta días tentado por Satanás (1), y moraba entre las fieras (2), pero los ángeles le servían.

(1) Palabra hebrea que significa adversario de Dios, de Cristo, de sus fieles.

(2) En el desierto, donde no habitan los hombres, tienen su habitual y libre morada las fieras.

Su predicación.

14 Después que Juan fué preso (1),
vino Jesús a Galilea predicando el
evangelio de Dios, 15 y diciendo:
Cumplido es el tiempo, y el reino de
Dios está cercano; arrepentíos y creed
en el evangelio.

Vocación de los primeros discípulos.

16 Y caminando a lo largo del mar
de Galilea (2), vió a Simón y a
Andrés, hermano de Simón, que
echaban las redes en el mar, pues
eran pescadores. 17 Y Jesús les dijo:
Venid en pos de mí y os haré pesca-
dores de hombres. 18 Y al instante,
dejando las redes, le siguieron. 19 Y
continuando un poco más allá vió
a Santiago, el de Zebedeo, y a Juan,
su hermano, que estaban también
remendando sus redes en la barca, 20 y
los llamó. Y luego ellos dejando a su
padre Zebedeo en la barca con los
jornaleros, se fueron en pos de El.

En la sinagoga de Cafarnaúm.

21 Llegaron en Cafarnaúm, y luego,
el día de sábado, entrando en la
sinagoga, enseñaba. 22 Se maravilla-
ban de su doctrina, pues la enseña-
ba como quien tiene autoridad (3),
y no como los escribas. 23 Hallábase
en la sinagoga un hombre poseído
de un espíritu impuro (4), que
comenzó a gritar, 24 diciendo: ¿Qué
hay entre tí y nosotros (5), Jesús
Nazareno? ¿Has venido a perdernos?
Te conozco, tú eres el Santo de Dios.
25 Y Jesús le mandó: Cállate y sal
de él. 26 El espíritu impuro, agitán-
dole violentamente, dió un fuerte
grito y salió de él. 27 Y se quedaron
todos estupefactos, diciéndose unos
a otros: ¿Qué es esto? Una doctrina
nueva y revestida de autoridad, que
manda a los espíritus impuros y le
obedecen. 28 Y se extendió luego su
fama por doquiera, en todas las re-
giones limítrofes de Galilea.

Curación de la suegra de Pedro.

29 Luego, saliendo de la sinagoga,
vinieron a casa de Simón y Andrés,
con Santiago y Juan. 30 La suegra
de Simón estaba acostada con fiebre,
e inmediatamente se lo dijeron. 31 El,
acercándose, la tomó de la mano y
la levantó. La fiebre la dejó, y ella
se puso a servirlos.

Curaciones en la tarde del sábado.

32 Llegado el atardecer, puesto ya
el sol, le llevaron todos los enfermos
y endemoniados, 33 y toda la ciudad
se reunió a la puerta; 34 y curó a
muchos pacientes de diversas enfer-
medades y echó muchos demonios, y
a éstos no les permitía hablar, porque
le conocían.

Deja a Cafarnaúm secretamente.

35 A la mañana, mucho antes de
amanecer, se levantó, salió y se fué
a un lugar desierto, y allí oraba.
36 Y fué después Simón y los que
con él estaban, 37 y hallado, le dije-
ron: Todos andan en busca de ti.
38 El les contestó: Vamos a otra
parte, a las aldeas próximas, para
predicar allí, pues para esto he salido.
39 Y se fué a predicar en las sinago-
gas de toda Galilea, y echaba a los
demonios.

Curación de un leproso.

40 Vino a El un leproso, que su-
plicando y de rodillas le decía: Si
quieres, puedes limpiarme. 41 Enter-
necido, extendió la mano, le tocó y
dijo: Quiero, sé limpio. 42 Y al ins-
tante desapareció la lepra y quedó
limpio. 43 Despidióle luego con im-

(1) Si atendemos a la superficie de la letra, habríamos de decir que Jesús no comenzó a predicar hasta después de la prisión de Juan; sin duda que no es éste el pensamiento del evangelista. Recordemos la falta de orden de que nos habla Papías. Esta ida de Jesús a Galilea es la que narra San Juan 4, 1 s.

(2) Véase Mt. 4, 19.

(3) Los escribas no sabían enseñar sino invocando la autoridad de los maestros antiguos; Jesús tiene en sí mismo y en la evidencia de la verdad que enseña la fuerza de imponer sus enseñanzas.

(4) Dios es el Santo, el Puro; sus ángeles participan de su santidad y pureza; al contrario, los demonios son impuros.

(5) Este espíritu presiente en Jesús un poder divino, que viene a destruir el suyo. Es el testimonio que continuamente dan de Jesús los espíritus por boca de los posesos.

perio, diciéndole: Mira no digas nada a nadie; sino vete, muéstrate al sacerdote, y ofrece por tu purificación lo que Moisés ordenó para testimonio. [45] Y en partiendo, comenzó a pregonar a voces y a divulgar el suceso, de manera que Jesús ya no podía entrar públicamente en una ciudad, sino que se quedaba fuera, en lugares desiertos, y allí venían a El de todas partes.

Curación de un paralítico.

2 [1] Entrado de nuevo, después de algunos días, en Cafarnaúm, se supo que estaba en casa, [2] y se juntaron tantos, que ni aun en el patio (1) cabían, y El les hablaba. [3] Y vinieron trayéndole un paralítico, que llevaban entre cuatro. [4] Y no pudiendo presentárselo a causa de la muchedumbre, descubrieron el terrado por donde El estaba (2), y hecha una abertura, descolgaron la camilla en que el paralítico estaba acostado. [5] Viendo Jesús su fe, dijo al paralítico: Hijo, tus pecados te son perdonados. [6] Estaban sentados allí algunos escribas, que pensaban entre sí: [7] ¿Cómo habla así éste? Blasfema. ¿Quién puede perdonar pecados sino Dios? [8] Y luego, conociendo Jesús lo que pensaban les dijo: ¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? [9] ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados te son perdonados, o decirle: Levántate, toma tu camilla y vete? [10] Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra de perdonar los pecados, se dirige al paralítico. [11] Yo te digo: Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa. [12] El se levantó, y tomando luego la camilla, salió a la vista de todos, de manera que todos se maravillaron y glorificaban a Dios diciendo: Jamás hemos visto cosa tal.

Vocación de Leví y respuesta a ciertas críticas.

[13] Salió de nuevo a la orilla del mar, y toda la muchedumbre se llegó a El, y les enseñaba. [14] Al pasar vió a Leví el de Alfeo (1), sentado al telonio, y le dijo: Sígueme. Y levantándose, le siguió. [15] Sucedió que estando sentado a la mesa en casa de éste, muchos publicanos y pecadores estaban recostados con Jesús y con sus discípulos, que eran muchos los que le seguían. [16] Los escribas y fariseos, viendo que comía con pecadores y publicanos, decían a sus discípulos: ¿Pero es que come con publicanos y pecadores? [17] Y oyéndolo Jesús, les dijo: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos; ni he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores.

[18] Los discípulos de Juan y los fariseos ayunaban. Vinieron, pues, y le dijeron: ¿Por qué, ayunando los discípulos de Juan y los de los fariseos, tus discípulos no ayunan? [19] Y Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los compañeros del esposo ayunar mientras está con ellos el esposo? Mientras tienen con ellos al esposo no pueden ayunar. [20] Días vendrán, cuando les arrebatarán el esposo, y entonces ayunarán. [21] Nadie cose un pedazo de paño sin tundir en un vestido viejo; pues el remiendo nuevo se llevaría lo viejo y la rotura se haría mayor. [22] Ni echa nadie vino nuevo en cueros viejos; pues el vino rompería los cueros, y se perderían vino y cueros; el vino nuevo se echa en cueros nuevos.

Defensa de los discípulos sobre la observancia del sábado.

[23] Y aconteció que, caminando El a través de las mieses en día de sábado (2), sus discípulos, mientras iban, comenzaron a arrancar espigas. [24] Y los fariseos le decían: Mira. ¿Cómo hacen en sábado lo que no está permitido? [25] Y les dijo: ¿Nunca habéis leído lo que hizo David cuando tuvo necesidad, y sintió hambre él y los suyos? ¿Cómo entró en la casa de Dios, bajo el pontífice Abiatar, y comió los panes de la proposición, que no es lícito comer sino a los sacerdotes, y los dió asimismo a los suyos? [26] El sábado ha sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. [27] Y dueño es además el Hijo del hombre del sábado.

(1) Las casas tenían delante como un patio cercado, que servía de desahogo a la casa.

(2) Las casas no tenían tejado, sino terrado de tierra apisonada. Como no son altas, o tienen una escalera exterior, la subida al terrado no era difícil.

(1) Por aquí conocemos otro nombre de Mateo y además el de su padre.

(2) Véase Mt. 12, 1.

PALESTINA
AL TIEMPO DE N. S.
Límites de Estados — Carreteras
10 5 0 10 20 30 Km.
Beirut
ITUREA
ABILENA
Abil
Damasco
Hermón
Sidón
Sarepta
Tiro
Lago Huleh
GALILEA
TRACONITIS
Tolemaida
Cafarnaum
Betsaida-Julias
Kursi
Magdala
Gamala
Cana
Nazareth
Hippos
Naim
Gadara
DECÁPOLIS
Cesarea
Escitópolis
Pella
SAMARIA
Sebaste (Samaria)
Siquem
Gerasa
Joppe
Jaffa
Arimatea
Lydda
Efrén
Archelais
Filadelfia
Betel
Jericó
Jamnia
Accarón
Emaús
JERUSALEN
Betania
Betabara
Madaba
Axoto
Belén
Ascalón
Gaza
Hebrón
Maqueronte
JUDEA
Rafia
Masada
Bersabé
MARMUERTO
Lago Huleh
Merón
Corozain
Jotapa
Magdala
Cafarnaum
Kursi
Tiberiades
Cana
Susita
NAZARETH
Naim
Endor
Gadara
JORDÁN

Curación en sábado del hombre de la mano seca.

3 [1] Entró de nuevo en la sinagoga, donde había un hombre con una mano seca, [2] y le observaban a ver si le curaba en sábado, para poder acusarle. [3] Y dijo al hombre de la mano seca: Levántate y sal al medio. [4] Y les preguntó: ¿Es lícito en sábado hacer bien y no mal, salvar un alma y no dejarla perecer? (1). [5] Y dirigiéndoles una mirada airada (2), entristecido por la dureza de su corazón, dijo al hombre: Extiende tu mano. Y la extendió y fuéle restituída la mano. [6] Y saliendo los fariseos, luego se concertaron con los herodianos contra El para prenderle.

Predicación al pueblo y curaciones numerosas.

[7] Se retiró Jesús con sus discípulos hacia el mar, y una numerosa muchedumbre de Galilea, de Judea, de Jerusalén, de Idumea, de Transjordania y de los alrededores de Tiro y de Sidón, una muchedumbre grande, oyendo lo que hacía, acudía a El. [9] Y dijo a sus discípulos que le preparasen una barca, a causa de la muchedumbre, para que ésta no le oprimiese; [10] pues curaba a muchos, y cuantos padecían algún mal se echaban sobre El para tocarle (3). [11] Y los espíritus impuros, al verle se arrojaban ante El y gritaban: Tú eres el Hijo de Dios. [12] Y con imperio les mandaba que no le diesen a conocer (4).

(1) En Mt. 12, 11, el Señor expone el argumento usando de otra semejanza para venir a la misma conclusión.

(2) Aquí tenemos un rasgo de San Marcos en esta nota de la ira y tristeza de Jesús, a causa de la perversidad de que dan muestra los fariseos.

(3) Porque su fe les decía que sólo en El podían hallar el remedio de sus males.

(4) No pudiendo alcanzar los espíritus el misterio divino de Jesús, estas palabras no significarían otra cosa que Mesías. Sin duda, no tienen certeza de que lo sea; pero lo proclaman para excitar los entusiasmos del pueblo. Por la misma razón, Jesús les impone silencio, como lo impone muchas veces a los curados por El. Marcos es, de todos los evangelistas, el que más insiste sobre esta imposición de silencio.

Elección de los Doce.

[13] Subió a un monte, y llamando a los que quiso vinieron a El. [14] Y designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar a los demonios. [16] A Simón, a quien puso por nombre Pedro, [17] a Santiago el de Zebedeo, y Juan, hermano de Santiago, a quienes dió el nombre de Boanergus, esto es, hijos del trueno, [18] a Andrés y Felipe, a Bartolomé y Mateo, a Tomás y Santiago el de Alfeo, a Tadeo y Simón el Cananeo, y a Judas Iscariote, el que le entregó.

Diversos juicios sobre Jesús.

Llegados a casa, se volvió a juntar la muchedumbre, tanto que no podían ni comer. [21] Y oyendo esto sus allegados, salieron para llevárselo, pues decían: Se ha vuelto loco (1). [22] Los escribas, que habían bajado de Jerusalén, decían: Está poseído de Beelcebub, y, por virtud del príncipe de los demonios echa a los demonios.

Réplica de Jesús a los escribas.

[23] Llamólos a sí y les dijo en parábolas: ¿Cómo puede Satanás expulsar a Satanás? [24] Si un reino está dividido contra sí mismo, no puede durar. [25] Y si una casa está dividida contra sí misma, no podrá subsistir. [26] Si, pues, Satanás se levanta contra sí mismo y se divide, no puede sostenerse, sino que ha llegado su fin. [27] Mas nadie puede entrar en la casa de un fuerte y saquearla si primero no ata al fuerte, y entonces saqueará la casa. [28] En verdad os digo que todo les será perdonado a los hombres, los pecados y aun las blasfemias que hayan proferido; [29] pero si alguno blasfemare contra el Espíritu Santo, no tendrá perdón jamás, es reo de eterno pecado. [30] Porque ellos decían: Tiene espíritu impuro.

(1) Otra nota característica de San Marcos. Los parientes, que hasta ahora no le habían tenido sino por un carpintero, hijo de María y de José, al ver que se daba a predicar, le creyeron trastornado, y van en su busca para reducirle a casa. Véase Mt. 12, 47.

La verdadera familia de Jesús.

31 Vinieron su madre y sus hermanos,
y desde fuera le mandaron a llamar.
32 Estaba la muchedumbre sentada
en torno de El, y le dijeron: Ahí
fuera están tu madre y tus hermanos,
que te buscan. 33 Y El les respondió:
35 ¿Quién es mi madre y quiénes son
mis hermanos? 34 Y echando una
mirada sobre los que estaban en
derredor suyo, dijo: He aquí mi
madre y mis hermanos. 35 Quien hiciere la voluntad de Dios, ése es mi
hermano, y mi hermana y mi madre.

La parábola del sembrador.

4 1 Y de nuevo comenzó a enseñar
junto al mar. Había en torno a
El una numerosísima muchedumbre,
de manera que tuvo que subir a una
barca en el mar y sentarse; y la muchedumbre estaba a lo largo del mar,
en la ribera. 2 Y les enseñaba muchas
cosas en parábolas, y les decía en su
enseñanza: 3 Escuchad (1): Salió
un sembrador a sembrar. 4 Y sucedió
que al sembrar, una parte cayó
junto al camino, y vinieron las aves
y se la comieron. 5 Otra parte cayó
en terreno pedregoso, donde no había
casi tierra, y al instante brotó por
no ser mucha la tierra; 6 pero en
cuanto salió el sol, se marchitó, y
por no haber echado raíz, se secó.
7 Otra parte cayó entre cardos, y en
creciendo los cardos la ahogaron y
no dió frutos. 8 Otra cayó en tierra
buena, y dió fruto, que subía y crecía, dando uno treinta, otro sesenta
y otro ciento. 9 Y decía: El que tenga
oídos para oír, que oiga.
10 Cuando se quedó solo, le preguntaron los que estaban en torno
suyo con los Doce acerca de las parábolas; 11 y El les decía: A vosotros
os ha sido dado conocer el misterio
del reino de Dios, pero a los otros
de fuera todo se les dice en parábolas,
para que:
12 Mirando, miren y no vean (2);
oyendo, oigan y no entiendan,
no sea que se conviertan y sean perdonados.
13 Y les dijo: ¿No entendéis esta parábola? ¿Pues cómo vais a entender
todas las otras? 14 El sembrador siembra la palabra. 15 Unos están junto al
camino donde se siembra la palabra,
pero en cuanto la oyen, viene Satanás y arrebata la palabra que en
ellos se había sembrado. 16 Y asimismo
los que reciben la simiente en terreno
pedregoso son aquellos que al oír la
palabra la reciben desde luego con
alegría, 17 pero no tienen raíces en sí
mismos, sino que son inconstantes, y
en cuanto sobreviene la adversidad
y la persecución por la palabra, al
instante se escandalizan. 18 Otros hay
para quienes la siembra cae entre
espinas; ésos son los que oyen la
palabra, 19 pero sobrevienen los cuidados del siglo, la fascinación de las
riquezas y las demás codicias, y la
ahogan, quedando sin dar fruto. 20 Los
que reciben la siembra en tierra buena, son los que oyen la palabra, la
reciben y dan fruto, quién treinta,
quién sesenta, quién ciento.

Deber de conocer el misterio del reino.

21 Y les decía: ¿Acaso se trae la
candela para ponerla bajo un celemín o bajo la cama? ¿No es para
ponerla sobre el candelero? Porque
nada hay oculto sino para ser descubierto, y no hay nada escondido
sino para que venga a la luz. 23 Si
alguno tiene oídos, que oiga. 24 Y les
decía: Prestad atención a lo que
oís: Con la medida con que midiereis
se os medirá y se os añadirá. 25 Pues
al que tiene se le dará, y al que no
tiene, aún lo que tiene le será quitado.

La parábola de la semilla que crece.

26 Y decía: El reino de Dios es
como un hombre que arroja la semilla en la tierra, 27 y ya duerma, ya vele
de noche y de día, la semilla germina
y crece (1), sin que él sepa cómo.
28 De sí misma da fruto la tierra,
primero la hierba, luego la espiga,
en seguida el trigo que llena la es-

(1) Esta llamada de atención nos muestra la forma familiar de enseñar que tenía Jesús. Véase Mt. 13, 1.
(2) Véase Mt. 13, 14.

(1) Esta parábola, que es propia de San Marcos, significa que el reino de Dios seguirá su desarrollo normal, sin la intervención espectacular y fulgurante de Dios, con que los judíos esperaban que había de establecerse el reino mesiánico.

piga; [29] y cuando el fruto está maduro, se mete la hoz, porque la mies está en sazón.

El grano de mostaza.

[30] Y decía: ¿A qué asemejaremos el reino de Dios, o de dónde tomaremos parábola? Es semejante al grano de mostaza, que cuando se siembra es la más pequeña de todas las semillas de la tierra; [32] pero una vez sembrado, crece y se hace más grande que todas las hortalizas, y echa ramas tan grandes que a su sombra pueden abrigarse las aves del cielo. [33] Y con muchas parábolas como éstas les proponía la palabra, según podían entender, [34] y no les hablaba sin parábolas; pero a sus discípulos se las explicaba todas aparte.

La tempestad calmada.

[35] En aquel día les dijo, llegada ya la tarde: Pasemos al otro lado. [36] Y despidiendo a la muchedumbre, le llevaron según estaba en la barca, acompañado de otras barcas. [37] Y se levantó un fuerte vendaval (1), y las olas se echaban sobre la barca, de suerte que ésta estaba ya llena. [38] El estaba en la popa durmiendo sobre un cabezal. Y le despertaron y le dijeron: Maestro, ¿no te cuidas de que estamos ahogándonos? (2). [39] Y despertando, mandó al viento, y dijo al mar: Calla, enmudece. Y se aquietó el viento y se hizo completa calma. [40] Y les dijo: ¿Por qué sois tan tímidos? ¿Aún no tenéis fe? [41] Y sobrecogidos de gran temor, se decían unos a otros: ¿Quién será éste, que hasta el viento y la mar le obedecen?

Curación de un poseso.

5 [1] Llegaron al otro lado del mar, a la región de los Gerasenos, [2] y en cuanto salió El de la barca vino a su encuentro, saliendo de entre los sepulcros, un hombre poseído de un espíritu impuro, [3] que tenía su morada en los sepulcros, y ni aun con cadenas le podía nadie sujetar, [4] pues muchas veces le habían puesto grillos y cadenas y los había roto. [5] Y continuamente, noche y día, iba entre los monumentos y por los montes, gritando e hiriéndose con las piedras. [6] Viendo desde lejos a Jesús, corrió y se postró ante El; [7] y gritando en alta voz, decía: ¿Qué hay entre ti y mí, Jesús, Hijo del Dios altísimo? Por Dios (1) te conjuro que no me atormentes. [8] Pues El le decía: Sal, espíritu impuro (2), de ese hombre. [9] Y le preguntó: ¿Cuál es tu nombre? Y le dijo: Legión es mi nombre, porque somos muchos. [10] Y le suplicaba insistentemente que no le echase fuera de aquella región. [11] Como hubiera por allí en el monte una gran piara de puercos paciendo, [12] le suplicaban aquéllos, diciendo: Envíanos a los puercos para que entremos en ellos. [13] El se lo permitió. Y los espíritus impuros salieron y entraron en los puercos, y la piara, en número de dos mil, se precipitó por un acantilado en el mar, y en él se ahogaron. [14] Los porqueros huyeron y difundieron la noticia por la ciudad y por los campos; y vinieron a ver lo que había sucedido. [15] Y llegándose a Jesús contemplaban al endemoniado sentado, vestido y en su sano juicio: el que había tenido toda una legión, y temieron. [16] Y los testigos les referían el suceso del endemoniado y de los puercos. [17] Y se pusieron a rogarle que se alejase de sus términos. [18] Subido El en la barca, el endemoniado le suplicaba que le permitiese acompañarle. [19] Mas no se lo permitió, antes le dijo: Vete a tu casa y a los tuyos y cuéntales cuanto hizo el Señor contigo y cómo tuvo de ti misericordia. [20] Y él se fué y comenzó a predicar en la Decápolis cuanto le había hecho Jesús, y todos se maravillaban.

(1) Es propio de este pequeño lago sufrir estas repentinas y fuertes tormentas.

(2) Compárese esta expresión de San Marcos con la de San Mateo 8, 25, y se verá en ella la nota propia del estilo de San Marcos.

(1) Es singular esta súplica del espíritu, que habla según el estilo de los hombres.

(2) Jesús parece seguir aquí el estilo de los exorcistas. Manda al espíritu salir; pero éste, aunque se siente torturado, no acaba de dejar a su víctima. Le pregunta su nombre, como si con esto tratara de obligarle más, y el espíritu se escapa, diciendo que son muchos. Pero en todo momento se deja sentir el poder de Jesús, hasta que, al fin, deja el cuerpo del poseso. Véase Mt. 8, 28.

Resurrección de la hija de Jairo y curación de la hemorroisa.

21 Habiendo Jesús ganado en la
barca la otra ribera, se reunió una
gran muchedumbre, y El estaba junto
al mar. 22 Y llegó uno de los jefes de
la sinagoga llamado Jairo, que en
viéndole, se arrojó a sus pies, 23 e
instantemente le rogaba diciendo: Mi
hija está muriéndose, ven e imponle
las manos, para que sane y viva.
24 Y se fué con él. Y le seguía una
gran muchedumbre que le apretaba.
25 Una mujer, que padecía flujo de
sangre desde hacía doce años 26 y
había sufrido grandemente de mu-
chos médicos, gastando toda su ha-
cienda sin provecho alguno, antes iba
de mal en peor, como hubiese oído
lo que se decía de Jesús, vino entre
la muchedumbre por detrás y tocó
su vestido; 28 pues se decía: En to-
cando siquiera su vestido seré sana.
29 Y al punto se secó la fuente de la
sangre, y sintió en su cuerpo que
estaba curada de su mal. 30 Y luego
Jesús, sintiendo en sí mismo la vir-
tud que había salido de El, se volvió
a la multitud y dijo: ¿Quién ha to-
cado mis vestidos? (1). 31 Y los
discípulos le contestaron: Ves que la
muchedumbre te aprieta por todas par-
tes, (2) y dices: ¿Quién me ha toca-
do? 32 Y echando una mirada en derre-
dor, para ver a la que lo había hecho,
33 la mujer, llena de temor y tembloro-
sa, conociendo lo que en ella había
sucedido, se llegó y postrada ante El
declaróle toda la verdad. 34 Y El le
dijo: Hija, tu fe te ha salvado, vete
en paz y sana de tu mal. 35 Aún es-
taba El hablando cuando llegaron de
casa del jefe de la sinagoga, diciendo:
Tu hija ha muerto; ¿por qué moles-
tas ya al Maestro? 36 Pero oyendo
Jesús lo que decían, dijo al jefe de
la sinagoga: No temas, ten fe. 37 Y no
permitió que nadie le siguiera, más
que Pedro, Santiago y Juan, el her-
mano de Santiago. 38 Y llegados a
la casa del jefe de la sinagoga, notó
el gran alboroto de las lloronas y
plañideras, y entrando les dijo: ¿A qué
ese alboroto y ese llanto? La niña
no ha muerto, duerme. 40 Y se bur-
laban de El. Pero El, echando todos
fuera, tomó consigo al padre de la
niña, y a la madre y a los que iban
con El, y entró donde la niña estaba;
y tomándole la mano le dijo: *Talitha, qumi*, que quiere decir: Niña, leván-
tate. 42 Y al instante se levantó la
niña y echó a andar, pues tenía doce
años, y se llenaron de espanto.
43 Recomendóles mucho que nadie
supiera aquello, y mandó que diesen
de comer a la niña.

(1) Es de notar esta manera, muy humana, de expresarse, propia de San Marcos, la cual parecería indicar que el milagro le había sido arrancado por sorpresa.

(2) He aquí otra expresión que revela la viveza de San Marcos. Jesús, que unas veces quiere ocultar sus milagros, otras hace que vengan en conocimiento del pueblo, conforme a las diversas circunstancias apreciadas por su prudencia.

Jesús, en Nazaret.

6 1 Salió de allí y vino a su patria,
siguiéndole sus discípulos. 2 Y lle-
gado el sábado, se puso a enseñar
en la sinagoga; y la muchedumbre
que le oía se maravillaba, diciendo:
¿De dónde le vienen a éste tales cosas
y qué sabiduría es ésta que le ha sido
dada, y cómo se hacen por su mano
tales milagros? 3 ¿No es acaso el
carpintero, hijo de María (1) y her-
mano de Santiago y de José, y de
Judas y de Simón? ¿Y sus hermanas
no viven aquí entre nosotros? Y se
escandalizaban a causa de El. 4 Y
Jesús les decía: Ningún profeta es
tenido en poco sino en su patria y
entre sus parientes y en su familia.
5 Y no pudo hacer allí ningún mila-
gro, fuera de que a algunos enfer-
mos les impuso las manos y los curó.
6 Y se admiraba de su incredulidad.

La misión de los Apóstoles.

Recorría las aldeas del contorno
enseñando. 7 Y llamando a Sí a los
Doce (2), comenzó a enviarlos de
dos en dos, dándoles poder sobre los
espíritus impuros. 8 Y les encargó
que no tomasen (3) para el camino

(1) Entre las piadosas mujeres que con la Magdalena asistieron a la muerte de Jesús, menciona San Marcos una María «madre de Santiago el Menor y de José», sin duda cuñada de la Virgen, ya que lleva su mismo nombre, y no es probable que fuera hermana suya.

(2) Véase Mt. 10, 1.

(3) La suma de esta instrucción es que vayan a la ligera, sin bagajes ni nada que denuncie interés temporal o falta de confianza en la providencia del Padre celestial, de quien son mensajeros.

nada más que un bastón, ni pan, ni alforja, ni dinero en el cinturón, 9 y se calzasen con sandalias, y no llevasen dos túnicas. 10 Y les decía: Dondequiera que entrareis en una casa, quedaos en ella hasta que salgáis de aquel lugar. 11 Y si un lugar no os recibe ni os escucha, al salir de allí sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos. 12 Y partidos, predicaron que se arrepintiesen, 13 y echaban muchos demonios, y ungiendo con óleo a muchos enfermos, los curaban (1).

Juicio de Herodes sobre Jesús.

14 Llegó esto a oídos del rey Herodes, porque se había hecho célebre su nombre, y decía: Este es Juan el Bautista, que ha resucitado de entre los muertos, y por esto obra en El el poder de hacer milagros; 15 pero otros decían: Es Elías; y otros decían que era un profeta, como uno de los profetas. 16 Pero Herodes, oyendo esto, decía: Es Juan, a quien yo degollé, que ha resucitado. 17 Porque, en efecto, Herodes se había apoderado de Juan y le había encerrado en prisión a causa de Herodías, la mujer de su hermano Filipo, con la que se había casado. 18 Pues decía Juan a Herodes: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. 19 Y Herodías estaba enojada contra él y quería matarle, pero no podía; 20 porque Herodes sentía respeto por Juan, conociendo ser hombre justo y santo, y le amparaba, y, oyéndole, vacilaba pero le escuchaba con gusto. 21 Llegado un día oportuno, cuando Herodes en su cumpleaños ofrecía un banquete a sus magnates y a los tribunos y a los principales de Galilea, 22 entró la hija de Herodías y, danzando, gustó a Herodes y a los comensales. Y el rey dijo a la muchacha: Pídeme lo que quieras y te lo daré. 23 Y le juró: Cualquier cosa que me pidas te la daré, aunque sea la mitad de mi reino. 24 Y saliendo ella dijo a su madre: ¿Qué quieres que pida? Y ella le contestó: La cabeza de Juan el Bautista. 25 Y entrando luego con presteza hizo su petición al rey, diciendo: Quiero que al instante me des en una bandeja la cabeza de Juan el Bautista. 26 Y el rey, entristecido por su juramento y por los convidados, no quiso desairarla. 27 Y al instante envió el rey un verdugo, ordenándole traer la cabeza de Juan. Aquél se fué y le degolló en la cárcel, 28 trayendo su cabeza en una bandeja, y se la entregó a la muchacha, y la muchacha se la dió a su madre. 29 Y sus discípulos, que lo supieron, vinieron y tomaron el cadáver, y le pusieron en un monumento.

Vuelta de los discípulos y primera multiplicación de los panes.

30 Volvieron los Apóstoles a reunirse con Jesús, y le contaron cuanto habían hecho y enseñado. 31 Y les dijo: Venid que nos retiremos a un lugar desierto y descanséis un poco; pues eran muchos los que iban y venían, y ni espacio les dejaban para comer. 32 Y se fueron en la barca a un sitio desierto y apartado. 33 Pero los vieron ir, y muchos supieron dónde iban, y a pie de todas las ciudades vinieron a aquel sitio, y se les adelantaron. 34 Y al desembarcar vió una gran muchedumbre, y se compadeció de ellos, porque eran como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles largamente. 35 Y siendo ya hora avanzada, se le acercaron los discípulos y le dijeron: El sitio es desierto y avanzada la hora; 36 despídelos para que vayan a las alquerías y aldeas del contorno y se compren algo que comer. 37 El respondió y les dijo: Dadles vosotros de comer. Y le dijeron: ¿Vamos nosotros a comprar doscientos denarios de pan para darles de comer? 38 Y El les contestó: ¿Cuántos panes tenéis? Id a ver. Y habiéndose informado, le dijeron: Cinco panes y dos peces. 39 Y les mandó que les hicieran recostarse por grupos sobre la hierba verde. 40 Y se recostaron por grupos de ciento y de cincuenta. 41 Y tomando los cinco panes y los dos peces, alzando los ojos al cielo, bendijo y partió los panes y se los entregó a los discípulos para que se los sirvieran, y los dos peces los repartió entre todos. 42 Y comieron todos y se hartaron. 43 Y recogieron doce canastos llenos de las sobras de los

(1) El óleo se cuenta entre los remedios caseros en Oriente. No leemos que Jesús lo empleara nunca, ni aun aquí lo emplean los discípulos como médicos, sino como taumaturgos, que al mismo tiempo anuncian la institución del sacramento de la Extremaunción.

panes y de los peces. 44 Y eran los que comieron de los panes cinco mil hombres.

Jesús andando sobre el mar.

45 En seguida mandó a sus discípulos subir a la barca y precederle al otro lado, frente a Betsaida, mientras El despedía a la muchedumbre. 46 Y después de haberlos despedido, se fué a un monte a orar. 47 Y llegado el anochecer, se hallaba la barca en medio del mar y El solo en tierra. 48 Y viéndolos fatigados en remar, porque el viento les era contrario hacia la cuarta vigilia de la noche vino a ellos andando sobre el mar, e hizo ademán de pasar de largo. 49 Pero ellos, así que le vieron andar sobre el mar, creyeron que era un fantasma y comenzaron a dar gritos, 50 porque todos le veían y estaban espantados. Pero El les habló en seguida y les dijo: Animo, soy yo, no temáis. 51 Y subió con ellos en la barca, y el viento se calmó. Y se quedaron en extremo estupefactos, 52 Pues no se habían dado cuenta de lo de los panes, sino que su corazón estaba embotado.

Jesús, en Genesaret y sus cercanías.

53 Y habiendo hecho la travesía, llegaron a tierra en Genesaret, y atracaron. 54 En cuanto salieron de la barca, le conocieron, 55 y corrieron de toda aquella región, y comenzaron a traer en camillas a los enfermos donde oían que El estaba. 56 Y a dondequiera que llegaba, en las aldeas o en las ciudades o en las alquerías, colocaban a los enfermos en las plazas y le rogaban que les permitiera tocar siquiera la orla de su vestido; y cuantos le tocaban quedaban sanos.

Las tradiciones rabínicas.

7 1 Se reunieron en torno de El los fariseos y algunos escribas venidos de Jerusalén; 2 los cuales vieron que algunos de los discípulos comían pan con las manos impuras, esto es, sin lavárselas; 3 pues los fariseos y todos los judíos, si no se lavan cuidadosamente, no comen (1), cumpliendo la tradición de los antiguos, 4 y de vuelta de la plaza, si no se aspergen, no comen, y otras muchas cosas que han aprendido a guardar por tradición: el lavado de las copas, de las ollas y de las bandejas. 5 Y le preguntaron los escribas y los fariseos: ¿Por qué tus discípulos no siguen la tradición de los antiguos, sino que comen pan con manos impuras? 6 Y El les dijo: Muy bien profetizó Isaías de vosotros, hipócritas, según está escrito:

«Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; pues me dan un culto vano, enseñando doctrinas que son preceptos humanos.»

8 Y dejando a un lado el precepto de Dios, os aferráis a la tradición humana. 9 Y les decía: En verdad que anuláis el precepto de Dios para establecer vuestra tradición. 10 Porque Moisés ha dicho: Honra a tu padre y a tu padre, y el que maldiga a su padre o a su madre es reo de muerte. 11 Pero vosotros decís: Si un hombre dijere a su padre o a su madre: Corbán, esto es, ofrenda sea todo lo que de mí pudiera serte útil, 12 ya no le permitís hacer nada por su padre o por su madre, 13 anulando la palabra de Dios por vuestra tradición que se os ha trasmitido, y hacéis otras muchas cosas por el estilo.

La verdadera pureza.

14 Y llamando de nuevo a la muchedumbre, les decía: Oídme todos y entended: 15 Nada hay fuera del hombre, que entrando en él pueda mancharle; lo que sale del hombre, eso es lo que mancha al hombre (2). 16 El que tenga oídos para oír, que oiga. 17 Y cuando se hubo retirado de la muchedumbre y entrado en casa, le preguntaron los discípulos por la parábola. 18 Y El les contestó: ¿Tan faltos estáis vosotros de sentido? ¿No comprendéis—añadió, de-

(1) San Marcos, que escribía para gentes desconocedoras de las costumbres judías, da aquí una amplia noticia de las preocupaciones de éstas por la pureza legal o corporal practicada con espíritu religioso. Véase Mt. 15, 2.

(2) La verdadera pureza es la del corazón, no la del cuerpo o de los muebles y utensilios domésticos.

clarando puros todos los alimentos—, que todo lo exterior que entra en el hombre no puede mancharle, [19] porque no entra en el corazón, sino en el vientre, y sale al seceso? [20] Decía, pues: Lo que sale del hombre, eso es lo que mancha al hombre, [21] porque de dentro, del corazón de los hombres, proceden los pensamientos malos, fornicaciones, hurtos, homicidios, [22] adulterios, codicias, maldades, fraude, impureza, envidia, blasfemia, altivez, insensatez. [23] Todos estos males proceden del hombre y manchan al hombre.

La mujer cananea.

[24] Y partiendo de allí, se fué hacia los confines de Tiro. Y entrando en una casa, no quería ser de nadie conocido; pero no le fué posible ocultarse; [25] porque luego, en oyendo hablar de El, una mujer cuya hijita tenía un espíritu impuro, entró y se postró a sus pies. [26] Era gentil, sirofenicia de nación. Y le rogaba que echase al demonio de su hija. [27] Y El le decía: Deja primero hartarse a los hijos (1), pues no está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los cachorrillos. [28] Y ella le contestó diciendo: Sí, Señor, pero los cachorrillos, debajo de la mesa, comen de las migajas de los hijos. [29] El le dijo: Por lo que has dicho, vete, el demonio ha salido de tu hija. [30] Y llegada a casa, halló a la niña echada en la cama y que el demonio había salido.

Vuelta hacia Galilea.

[31] Dejando de nuevo los términos de Tiro, se fué por Sidón hacia el mar de Galilea, atravesando los términos de la Decápolis (2). [32] Y le llevaron un sordo y tartamudo, rogándole que le impusiera las manos. [33] Y tomándole aparte de la muchedumbre, metióle los dedos en los oídos y escupió en el dedo y le tocó la lengua, [34] y mirando al cielo, suspiró y dijo: *Epheta* (3), que quiere decir, ábrete; [35] y se abrieron sus oídos y se le soltó la lengua, y hablaba expeditamente. [36] Y les encargó que no lo dijesen a nadie. Pero cuanto más se lo encargaba, mucho más lo publicaban. [37] Y sobremanera se admiraban, diciendo: Todo lo ha hecho bien, a los sordos hace oír y a los mudos hablar.

(1) Esto indica que también a los otros, a los gentiles, les llegaría su hora. Véase Mt. 15, 24.

(2) Era un distrito de diez ciudades situadas al oriente del lago de Genesaret.

(3) El evangelista nos da aquí, como en otros lugares, la misma palabra aramea pronunciada por Jesús.

Segunda multiplicación de los panes.

8 [1] En aquellos días, hallándose otra vez (1) rodeado de una gran muchedumbre que no tenía qué comer, llamó a los discípulos y les dijo: [2] Tengo compasión de la muchedumbre, porque ya hace tres días que me siguen y no tienen que comer; [3] y si los despido en ayunas para sus casas, desfallecerán en el camino, y algunos de ellos son de lejos. [4] Y sus discípulos le respondieron: ¿Y cómo podría saciárseles de pan, aquí en el desierto? [5] Y les preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Dijeron: Siete. [6] Y mandó a la muchedumbre recostarse sobre la tierra; y tomando los siete panes, dando gracias, los partió y los dió a sus discípulos para que los sirviesen, y sirvieron a la muchedumbre. [7] Y tenían unos pocos pececillos, y dando gracias, dijo que los sirviesen también. [8] Y comieron y se saciaron, y recogieron de los mendrugos que sobraron siete cestos. [9] Eran unos cuatro mil. Y los despidió.

Los fariseos piden un prodigio del cielo.

[10] Subiendo luego a la barca con sus discípulos, vino a la región de Dalmanuta; [11] y salieron los fariseos, que comenzaron a disputar con El, pidiéndole, para probarle, señales del cielo. [12] Y exhalando un profundo suspiro (2), dijo: ¿Por qué esta

(1) Repitiéndose las necesidades, nada tiene de extraño que Jesús renueve el milagro en circunstancias semejantes.

(2) Con estas palabras nos indica San Marcos uno de los rasgos de la naturaleza humana de Jesús: el sentimiento que en su alma causaba la ceguedad de las clases directoras de Israel, que acabarían por conducir al pueblo a su ruina total. Cuando Jesús les ofrece tantas y tan evidentes señales, ellos piden una señal del cielo, como queriendo imponer la ley a Dios mismo, único autor de los milagros.

generación pide una señal? En verdad os digo que no se le dará ninguna. 13 Y dejándolos, subió de nuevo a la barca y se dirigió a la otra ribera.

La levadura de los fariseos.

14 Se olvidaron de tomar consigo panes, y no tenían en la barca sino un pan. 15 Y les recomendaba, diciendo: Mirad de guardaros del fermento de los fariseos y del fermento de Herodes. 16 Y ellos iban discurriendo entre sí, que no tenían panes. 17 Y conociéndolo El, les dijo: ¿Qué caviláis de que no tenéis panes? ¿Aún no entendéis ni caéis en la cuenta? ¿Tenéis vuestro corazón embotado? 18 ¿Teniendo ojos no veis, y teniendo oídos no oís? Ya no os acordáis de cuando partí los cinco panes a los cinco mil hombres, cuántos cestos llenos de sobras recogisteis? 19 Dijéronle: Doce. 20 Cuando los siete a los cuatro mil, ¿cuántos cestos llenos de mendrugos recogisteis? Y le dijeron: Siete. 21 Y les dijo: ¿Pues aún no caéis en la cuenta? (1).

Curación de un ciego.

22 Y llegaron a Betsaida. Y le llevaron un ciego, rogándole que le tocara. 23 Y tomando al ciego de la mano, le sacó fuera de la aldea, y poniendo saliva en sus ojos e imponiéndole las manos, le preguntó: ¿Ves alguna cosa? Mirando él dijo: Veo hombres, algo así como árboles que andan. 25 Y de nuevo le impuso las manos sobre los ojos, y al mirar se sintió curado, y lo veía todo claramente. 26 Y le envió a su casa diciéndole: Cuidado con entrar en la aldea.

La confesión de Cesárea.

27 Y se fué Jesús con sus discípulos a las aldeas de Cesárea de Filipo, y en el camino les preguntó: ¿Quién dicen los hombres que soy yo? 28 Y ellos le respondieron, diciendo: Unos que Juan Bautista; otros que Elías, y otros que uno de los profetas.

(1) San Marcos se complace en poner de relieve la rudeza de los discípulos.

29 El les preguntó: Y vosotros, ¿quién decís que soy? Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo (1). 30 Y les encargó que a nadie dijeran esto de El.

Primera predicción de su muerte.

31 Y comenzó a enseñarles cómo era preciso que el Hijo del hombre padeciese mucho, y que fuese rechazado por los ancianos y los príncipes de los sacerdotes y los escribas, y que fuese muerto, y resucitase después de tres días. Y claramente les hablaba de esto. 32 Pedro, tomándole aparte, comenzó a reprenderle. 33 Pero El, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro (2) y le dijo: Quítate allá, Satán, porque no sientes según Dios, sino según los hombres.

Condiciones del seguimiento de Jesús.

34 Y llamando a la muchedumbre y a los discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. 35 Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; y quien perdiere la vida por mí y el evangelio, ése la salvará. 36 ¿Y qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo y perder su alma? 37 ¿Pues qué dará el hombre a cambio de su alma? 38 Porque si alguien se avergonzare de mí y de mis palabras ante esta generación adúltera y pecadora, también el Hijo del hombre se avergonzará de él cuando venga en la gloria del Padre, con los santos ángeles.

La transfiguración.

9 1 Y les decía: En verdad os digo que hay algunos de los aquí presentes que no gustarán la muerte hasta que vean venir en poder el reino de Dios. 2 Y pasados seis días,

(1) Esto es, el Mesías esperado por Israel; pero no cual Israel le concebía, sino como Dios se lo quiso dar, cumpliendo los vaticinios proféticos, que los judíos interpretaban en su propia honra y glorificación.

(2) San Marcos, que pasa en silencio la elección de Pedro, referida por San Mateo, no omite, en cambio, la reprensión recibida de Jesús. Véase Mt. 16, 22.

tomó Jesús a Pedro, a Santiago y a Juan, y los condujo solos a un monte alto y apartado, y se transfiguró ante ellos. [3] Y sus vestidos se volvieron resplandecientes, muy blancos, como no los puede blanquear lavandero (1) sobre la tierra. [4] Y se les aparecieron Elías y Moisés, que hablaban con Jesús. [5] Y tomando Pedro la palabra, dijo a Jesús: Rabbi (2), ¡qué bueno es estarnos aquí! Hagamos tres tiendas, una para ti, una para Moisés y una para Elías. [6] No sabía lo que decía, porque estaban espantados. [7] Y se formó una nube que los cubrió con su sombra, y una voz se dejó oír desde la nube: Este es mi Hijo amado, escuchadle. [8] Y luego, mirando en derredor, no vieron a nadie con ellos, sino a Jesús solo. [9] Y bajando del monte, les prohibió contar a nadie lo que habían visto, hasta que el Hijo del hombre resucitase de entre los muertos. [10] Y guardaron aquella orden, y se preguntaban qué era aquello de «cuando resucitase de entre los muertos». [11] Y le preguntaron diciendo: ¿Cómo, pues, dicen los escribas que primero ha de venir Elías? [12] Y El les dijo: Cierto que Elías vino primero, para restablecer todas las cosas, pero ¿cómo está escrito del Hijo del hombre que padecerá mucho y será despreciado? [13] Y yo os digo que Elías ha venido ya, y que hicieron con él lo que quisieron, conforme a lo que de él está escrito.

Curación del epiléptico.

[14] Y viniendo a los discípulos, vió a una gran muchedumbre en torno suyo y a escribas que con ellos disputaban. [15] Y luego toda la muchedumbre al verle se quedó sorprendida, y corriendo hacia El le saludaban. [16] Y les preguntó: ¿Qué disputabais con ellos? [17] Y le dijo uno de la muchedumbre: Maestro, te he traído a mi hijo (3), que tiene un espíritu mudo, y dondequiera que se apodera de él, le derriba y le hace echar espumarajos y rechinar los dientes, y se queda rígido; y dije a tus discípulos que lo arrojasen, pero no han podido. [19] Y les contestó, diciendo: ¡Oh generación incrédula! ¿Hasta cuándo habré de estar con vosotros? ¿Hasta cuándo os tendré que soportar? Traédmelo. [20] Y se lo llevaron. Y en cuanto lo vió, le agitó el espíritu, y arrojado en tierra se revolcaba y echaba espumarajos por la boca. [21] Y preguntó a su padre: ¿Cuánto tiempo hace que le pasa esto? El contestó: Desde la infancia. [22] Y muchas veces le arroja en el fuego y en el agua para hacerle perecer; pero, si algo puedes, ayúdanos por compasión hacia nosotros. [23] Díjole Jesús: Si puedes creer (1), todo es posible al que cree. [24] Y al instante, gritando, dijo el padre del niño: ¡Creo! Ayuda a mi incredulidad.

[25] Y viendo Jesús que se reunía mucha gente, mandó al espíritu impuro, diciendo: Espíritu mudo y sordo, yo te lo mando, sal de él y no vuelvas a entrar más en él. [26] Y dando un grito y agitándole violentamente, salió; y quedó como muerto, de suerte que muchos decían: Está muerto. [27] Pero Jesús, tomándole de la mano, lo levantó, y se mantuvo en pie. [28] Y entrado en casa, a solas le preguntaban los discípulos: ¿Por qué no hemos podido echarle nosotros? [29] Y les contestó: Esta especie no puede ser expulsada por ningún medio, si no es por la oración (2).

Segunda predicción de la muerte de Jesús.

[30] Y saliendo de allí, atravesaban de largo la Galilea (3), queriendo que no se supiese. [31] Iba enseñando a sus discípulos, y les decía: El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres y le matarán, y muerto, resucitará al cabo de tres días. [32] Y

(1) Rasgo característico del estilo de San Marcos.

(2) *Rabbi*, igual que maestro en la lengua aramea.

(3) Es muy de notar la gráfica pintura que del poseso nos da el evangelista.

(1) Esta sola palabra nos revela la honda pena que a Jesús causaba la poca fe de aquella gente, después de tantos prodigios como le veían hacer.

(2) La oración es el arma poderosa contra el espíritu impuro; los discípulos se habían olvidado de ello, empleando el poder que de Jesús habían recibido, sin la conciencia de que era algo que les venía prestado de arriba.

(3) Quiere hacer esa travesía como de incógnito, para dedicarse más a los discípulos. A la instrucción que estos días les daba pertenece la predicción segunda sobre su próxima muerte. San Marcos se complace en decir que los discípulos no entendían.

ellos no entendían estas palabras, pero temían preguntarle.

Quién es el mayor.

33 Y vinieron a Cafarnaúm. Y estando en casa les preguntaba: ¿Qué discutíais en el camino? (1). 34 Y ellos se callaron, porque en el camino habían discutido entre sí sobre quien sería el mayor. 35 Y sentándose, llamó a los Doce a Sí y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos. 36 Y tomando un niño, le puso en medio de ellos, y abrazándole (2) les dijo: 37 Quien recibe a uno de estos niños en mi nombre, a mí me recibe, y quien me recibe a mí, no es a mí a quien recibe, sino al que me ha enviado.

La invocación del nombre de Jesús.

38 Díjole Juan: Maestro, vimos a uno (3) que en tu nombre echaba los demonios y no está con nosotros, y se lo hemos prohibido. 39 Y Jesús les dijo: No se lo prohibáis, pues ninguno que haga un milagro en mi nombre hablará luego mal de mí. 40 El que no está contra nosotros, está con nosotros.

La caridad hacia los discípulos.

41 Pues el que os diere un vaso de agua (4) en razón de discípulos de Cristo, os digo en verdad que no perderá su recompensa. 42 Y el que escandalízare a uno de estos pequeñuelos que creen, mejor le sería que le echasen al cuello una muela asnal y le arrojasen al mar. 43 Y si tu mano te escandaliza (1), córtatela; mejor te será entrar manco en la vida, que con las dos manos ir a la gehenna, al fuego inextinguible, donde ni el gusano se acaba ni el fuego se apaga. 45 Y si tu pie te escandaliza, córtatelo; mejor te es entrar en la vida cojo, que con los dos pies ser arrojado en la gehenna, 46 donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga. 47 Y si tu ojo te escandaliza, sácatelo; mejor te es entrar tuerto en el reino de Dios, que con dos ojos ser arrojado en la gehenna, 48 donde ni el gusano muere ni el fuego se apaga. 49 Porque todos han de ser salados al fuego. 50 Buena es la sal, pero si la sal se hace sosa, ¿con qué se la salará? Tened sal en vosotros, y vivid en paz unos con otros.

(1) En el reino de Jesús, la humildad es la que impera; quien desee subir, debe humillarse más que los otros.

(2) Rasgo sublime éste de Jesús abrazando y bendiciendo a los niños y proponiéndolos como modelos a los aspirantes al reino de los cielos.

(3) Los judíos usaban de exorcismos para expulsar los espíritus de los posesos. Viendo a Jesús dotado de tanto poder contra ellos, invocaban su nombre en esos exorcismos. Véase en Act. 19, 13 ss. un caso curioso de este mismo género.

(4) Concepción verdaderamente divina de la vida humana, cuyas obras quedan así enaltecidas; pero manera bien singular de revelar la grandeza de Cristo, que sublima cuanto toca.

Camino de Judea, por la Perea.

10 1 Y partiendo de allí, vinieron a los confines de la Judea y de la Perea, y de nuevo se le juntaron en el camino muchedumbres, y les enseñaba.

La cuestión del divorcio.

2 Y llegándosele los fariseos, le preguntaron, tentándole, si es lícito al marido repudiar a la mujer. 3 El respondió y les dijo: ¿Qué os ha mandado Moisés? 4 Contestaron ellos: Moisés manda escribir el libelo de repudio y despedirla. 5 Díjoles Jesús: Por la dureza de vuestro corazón, os dió Moisés esta ley; 6 pero al principio de la creación los hizo Dios varón y hembra; 7 por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, 8 y serán los dos una carne. De manera que no son dos, sino una carne. 9 Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. 10 Y vueltos a casa (2) de nuevo, le preguntaron sobre esto los discípulos; 11 y les dijo: El que repudia a su mujer y se casa con otra, come-

(1) La salud del alma está por encima de todo, y a ella es preciso sacrificar hasta la vida; en esto se halla la fuerza de una conciencia cristiana.

(2) La solución del Maestro dejó a los discípulos muy impresionados; les parecía demasiado dura. Jesús responde inculcándoles la misma idea. Véase Mt. 19, 10.

te adulterio contra aquélla. [12] Y si la mujer repudia al marido y se casa con otro, comete adulterio.

Bendice Jesús a los niños.

[13] Presentáronle unos niños para que los tocase (1), pero los discípulos los reprendían. [14] Viéndolo Jesús, se enojó y les dijo: Dejad que los niños vengan a mí, y no los estorbéis, porque de ellos es el reino de Dios. [15] En verdad os digo, quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él. [16] Y abrazándolos, los bendijo y les impuso las manos.

El peligro de las riquezas.

[17] Salido al camino, corrió a El uno, que, arrodillándosele, le preguntó: Maestro bueno, ¿qué he de hacer para alcanzar la vida eterna? [18] Y Jesús le dijo: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios. [19] Ya sabes los mandamientos: No matarás, no adulterarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no harás daño a nadie, honra a tu padre y a tu madre. [20] Y él le dijo: Maestro, todo esto lo he guardado desde mi juventud. [21] Y Jesús, poniendo en él los ojos (2), le amó, y le dijo: Una sola cosa te falta; vete, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme. [22] Ante estas palabras se anubló su semblante y fuése triste, porque tenía muchas haciendas. [23] Y mirando en torno suyo dijo Jesús a los discípulos: ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen haciendas!... [24] Los discípulos se quedaron espantados al oír esta sentencia. Tomando entonces Jesús de nuevo la palabra, les dijo: Hijos míos, ¡cuán difícil es entrar en el reino de los cielos! [25] Es más fácil a un camello pasar por el hondón de una aguja que a un rico entrar en el reino de Dios. [26] Y más aún se espantaron, y decían entre sí: Entonces, ¿quién puede salvarse? [27] Y fijando en ellos Jesús su mirada, dijo: A los hombres sí, es imposible, más no a Dios, porque a Dios todo le es posible.

Recompensa de los que todo lo renuncian por Cristo.

[28] Pedro comenzó a decirle: Pues nosotros hemos dejado todas las cosas y te hemos seguido. [29] Respondió Jesús: En verdad os digo que no hay nadie que, habiendo dejado casa o hermanos o hermanas o madre o padre o hijos o campos, por amor de mí y del Evangelio, [30] no reciba el céntuplo ahora en este tiempo en casas, hermanos, hermanas, madres e hijos y campos, con persecuciones, y la vida eterna en el siglo venidero. [31] Y muchos primeros serán los últimos, y los últimos los primeros.

Tercera predicción de la muerte.

[32] Iban subiendo hacia Jerusalén, y Jesús iba delante, y ellos iban sobrecogidos y le seguían medrosos (1). Y tomando de nuevo a los Doce, comenzó a declararles lo que había de sucederle. [33] Subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles, [34] que se burlarán de El y le escupirán, y le azotarán y le darán muerte, y a los tres días resucitará.

Petición de los hijos de Zebedeo.

[35] Y se le acercaron Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, diciéndole: Maestro, queremos que nos hagas lo que te vamos a pedir. [36] Díjoles El: ¿Qué queréis que os haga? [37] Ellos le respondieron: Que nos sentemos el uno a tu derecha y el otro a tu izquierda en tu gloria. [38] Jesús les respondió: ¡No sabéis lo que pedís! ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber y ser bautizados con el bautis-

(1) Creían las madres que, sin duda, el contacto de un hombre tan santo como Jesús sería saludable a sus hijitos.

(2) He aquí una bella observación que nos transmite el evangelista. Jesús, al ver aquel joven, sintió hacia él viva simpatía; era bueno, pero estaba demasiado apegado a su hacienda. Gran miseria la de los ricos, no saber corresponder al amor de Dios, que los invita y llama a Sí.

(1) Es un rasgo de San Marcos. Jesús camina delante de los discípulos, absorto en el pensamiento de su pasión, hacia la cual marcha con paso acelerado.

mo con que yo he de ser bautizado? [39] Le contestaron: Sí que podemos. Les dijo Jesús: El cáliz que yo he de beber, lo beberéis, y con el bautismo con que yo he de ser bautizado, seréis bautizados vosotros; [40] pero sentaros a mi diestra o mi siniestra, no me toca a mí dároslo, sino que es para aquellos para quienes está preparado. [41] Y los diez, oyendo esto, se enojaron contra Santiago y Juan. [42] Pero llamándolos Jesús a Sí, les dijo: Ya sabéis (1) cómo los que en las naciones pasan por príncipes, las dominan con imperio, y sus grandes ejercen poder sobre ellas. [43] No ha de ser así entre vosotros; antes si alguno de vosotros quiere ser grande, sea vuestro servidor; [44] y el que de vosotros quiera ser el primero, sea siervo de todos; [45] pues tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida para redención de muchos.

Curación del ciego Bartimeo.

Y llegaron a Jericó. Al salir ya de Jericó con sus discípulos y una crecida muchedumbre, el hijo de Timeo, Bartimeo un mendigo ciego, que estaba sentado junto al camino, oyendo que era Jesús de Nazaret, comenzó a gritar y decir: ¡Hijo de David, Jesús, ten piedad de mí! [48] Y muchos le increpaban para que callase; pero él gritaba mucho más: ¡Hijo de David, ten piedad de mí! [49] Se detuvo Jesús y dijo: Llamadle. Y llamaron al ciego, diciéndole: Animo, levántate, que te llama. [50] Y él tiró el manto (2), y saltando se llegó a Jesús. [51] Y tomando Jesús la palabra, le dijo: ¿Qué quieres que te haga? Y el ciego le respondió: Señor, que vea. [52] Y Jesús le dijo: Anda, tu fe te ha salvado. Y al instante recobró la vista, y le seguía por el camino.

Entrada triunfal en Jerusalén.

11 [1] Y cuando se aproximaban a Jerusalén, a Betfagé, y a Betania, al Monte de los Olivos (1), envió a dos de los discípulos [2] y les dijo: Id a la aldea que está enfrente, y luego que entréis en ella, encontraréis un pollino atado, sobre el que nadie montó aún; soltadlo y traedlo. [3] Y si alguno os dijere: ¿Por qué hacéis esto?, decidle: El Señor tiene necesidad de él; y al instante os lo dejará traer. [4] Y se fueron y encontraron el pollino atado a la puerta, fuera en el camino, y le soltaron. [5] Algunos de los que allí estaban les dijeron: ¿Por qué desatáis el pollino? [6] Ellos les contestaron como Jesús les había dicho, y los dejaron. [7] Llevaron el pollino a Jesús, y echándole encima sus vestidos, montó en él. [8] Muchos extendían sus vestidos sobre el camino, otros cortaron follaje de los árboles. [9] Y los que le precedían y le seguían gritaban:

¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor. [10] Bendito el reino, que viene, de David nuestro padre. ¡Hosanna en las alturas!

[11] Y entró en Jerusalén, en el templo, y después de haberlo visto todo, ya de tarde, salió para Betania con los doce.

La maldición de la higuera.

[12] A la mañana siguiente, saliendo de Betania, sintió hambre; [13] y vió una higuera (2), y llegándose a ella, no encontró sino hojas porque no era tiempo de higos. [14] Y tomando la palabra, dijo: Que nunca jamás coma ya nadie fruto de ti. Los discípulos le oyeron.

Expulsión de los vendedores.

[15] Llegaron a Jerusalén y, entrando en el Templo, comenzó a expulsar a los que allí vendían y compraban (3),

(1) El ejercicio de la autoridad será en su reino muy otro de lo que es entre los príncipes de la tierra. En este pasaje se inspiró S. Gregorio para introducir la fórmula protocolaria papal: *Siervo de los siervos de Dios.*

(2) Hermoso rasgo éste del ciego y expresión viva de su fe. Echa de sí el manto para correr mejor a tientas hacia Jesús, de quien espera recibir la vista, y con la vista corporal, la de su alma.

(1) Singular modo de escribir esta yuxtaposición de cuatro lugares como puntos de aproximación. Véase Mt. 21, 1.

(2) San Marcos nota que no era aún el tiempo de los higos, por donde no era maravilla que no los tuviese. Esto pone más de relieve el sentido parabólico de este hecho. Véase Mt. 21, 18 ss.

(3) San Mateo pone este suceso el mismo día de Ramos. Esto pone de manifiesto el aprecio que los evangelistas hacen de la cronología. Los

y derribó las mesas de los cambistas y los asientos de los vendedores de palomas; [16] y no permitía que nadie transportase fardo alguno por el Templo. [17] Y los enseñaba y decía: ¿No está escrito: Mi casa será casa de oración para todas las gentes? Pero vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones. [18] Y llegó todo esto a oídos de los príncipes de los sacerdotes y de los escribas, y buscaban cómo perderle, pero le temían, pues toda la muchedumbre estaba maravillada de su doctrina. [19] Y cuando se hizo tarde, salió de la ciudad.

La higuera seca.

[20] Pasando de madrugada (1), vieron que la higuera se había secado de raíz. [21] Y acordándose Pedro le dijo: Rabbi, mira, la higuera que maldijiste se ha secado. [22] Y respondiendo Jesús, le dijo: Tened fe en Dios. [23] En verdad os digo que si alguno dijere a este monte: Quítate y arrójate al mar, y no vacilare en su corazón, sino que creyere que lo dicho se ha de hacer, se le hará. [24] Por esto os digo, todo cuando orando pidiereis, creed que lo recibiréis y se os dará. [25] Y cuando os pusiereis en pie para orar, si tenéis alguna cosa contra alguien perdonadlo primero, para que vuestro Padre que está en los cielos os perdone a vosotros vuestros pecados (2). [26] Porque si vosotros no perdonáis, tampoco vuestro Padre que está en los cielos os perdonará vuestras ofensas.

La cuestión sobre los poderes de Jesús.

[27] Llegaron de nuevo a Jerusalén, y paseándose El por el templo, se le acercaron los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos; [28] y le dijeron: ¿Con qué poder haces estas cosas, o quién te ha dado poder para hacerlas? [29] Jesús le contestó: También voy a haceros yo una pregunta, y si me respondéis, os diré con qué poder hago estas cosas. [30] El bautismo de Juan ¿era del cielo o era de los hombres? Respondedme. [31] Y comenzaron a cavilar entre sí, diciendo: Si decimos del cielo, dirá: Pues ¿por qué no habéis creído en él? [32] Pero si decimos de los hombres, es de temer la muchedumbre, porque todos tenían a Juan por verdadero profeta. [33] Y respondiendo a Jesús, le dijeron: No sabemos. Y Jesús les dijo: Entonces tampoco yo os digo con qué poder hago estas cosas.

La parábola de los viñadores.

12 [1] Y comenzó a hablarles en parábolas: Un hombre plantó una viña (1) y la cercó de muro, y cavó un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a unos viñadores, y se partió lejos. [2] A su tiempo, envió a los viñadores un siervo para percibir de ellos una parte de los frutos de su viña. [3] Y cogiéndole le azotaron y le despidieron con las manos vacías. [4] De nuevo les envió otro, y le hirieron en la cabeza y le ultrajaron. [5] Envió otro, y a éste le dieron muerte; igualmente a muchos otros, de los cuales a unos los azotaron y a otros los mataron. [6] Le quedaba todavía su hijo amado, y se lo envió también por último, diciéndose: A mi hijo le respetarán. [7] Pero aquellos viñadores se dijeron para sí: Este es el heredero. ¡Ea! Matémosle y será nuestra la heredad. [8] Y cogiéndole le mataron y le echaron fuera de la viña. [9] ¿Qué hará el dueño de la viña? ¿Vendrá y hará perecer a los viñadores, y dará la viña a otros. [10] ¿Y no habéis leído esta escritura: La piedra que desecharon los edificadores, ésa vino a ser cabeza de esquina; [11] del Señor procede esto y es admirable a nuestros ojos?

---

hechos son para ellos lo substancial, las circunstancias de lugar y tiempo las pasan por alto, como cosas indiferentes.

(1) San Mateo (21-21), que gusta de referir los hechos sucintamente, dice que la higuera se secó enseguida.

(2) El perdón de las ofensas, la paz con nuestros hermanos, es la condición para lograr la paz con Dios. Grave enseñanza para los rencorosos.

(1) Esta parábola nos resume la historia de Israel en sus relaciones con Dios. La dureza de cerviz que Moisés echa en cara a los hebreos en el desierto, prosigue con la resistencia a los profetas y se consuma con la muerte del Mesías, Hijo de Dios. En castigo les será quitado el reino, o sea el privilegio de pueblo de Dios, para darlo a otro que le sea más fiel. Véase Mateo, 23, 2.

12 Y buscaban apoderarse de El,
pero temían a la muchedumbre, pues
conocieron que de ellos había sido
dicha la parábola. Y dejándole, se
fueron.

El tributo del César.

13 Le enviaron algunos de los fari-
seos y herodianos para cogerle en
una trampa. 14 Y llegados le dijeron:
Maestro, sabemos que eres sincero,
que no te da cuidado de nadie, pues
no tienes respetos humanos, sino que
enseñas según verdad el camino de
Dios: ¿Es lícito pagar el tributo a
César, o no? ¿Debemos pagar, o no
debemos pagar? (1). 15 El, conoci-
endo su hipocresía, les dijo: ¿Por
qué me tentáis? Traedme un dena-
rio para que lo vea. 16 Se lo trajeron,
y les dijo: ¿De quién es esta imagen
y esta inscripción? Ellos le dijeron:
Del César. 17 Y Jesús replicó: Dad,
pues, al César lo que es del César,
y a Dios lo que es de Dios. Y se admi-
raron de El.

Cuestión de la resurrección.

18 Se le llegaron algunos saduceos,
de los que dicen que no hay resu-
rrección, y le preguntaban diciendo:
Maestro, Moisés nos ha prescrito que
si el hermano de uno viniere a morir
y dejare la mujer sin hijos, tome el
hermano esa mujer y dé sucesión a
su hermano. 20 Eran siete hermanos.
El primero tomó mujer, pero al
morir no dejó descendencia. 21 La
tomó el segundo, y murió sin dejar
sucesión, e igual el tercero, 22 y de los
siete ninguno dejó sucesión. Después
de todos murió la mujer. 23 Cuando en
la resurrección resuciten, ¿de quién
será la mujer? Porque los siete la
tuvieron por mujer (2).
24 Díjoles Jesús: ¿No está bien
claro que erráis y que desconocéis las
Escrituras y el poder de Dios? 25 Por-
que, cuando resuciten de entre los
muertos, ni se casarán ni serán dados
en matrimonio, sino que serán como
ángeles de Dios en los cielos. 26 Por
lo que toca a la resurrección de los
muertos, ¿no habéis leído en el libro
de Moisés, en lo de la zarza, cómo
habló Dios, diciendo: Yo soy el Dios
de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios
de Jacob? 27 No es Dios de muertos,
sino de vivos. Muy errados andáis.

El primer precepto.

28 Y se le acercó uno de los escri-
bas, que había escuchado la disputa,
que viendo cuán bien había respon-
dido (1), le preguntó: ¿Cuál es el
primero de todos los mandamientos?
29 Y Jesús contestó: El primero es:
Escucha, Israel, al Señor, vuestro
Dios, el único Señor, 30 y amarás
al Señor tu Dios, con todo tu cora-
zón, con toda tu alma, con toda
tu mente y con todas tus fuerzas.
31 Y el segundo es éste: Amarás a tu
prójimo como a ti mismo. Mayor
que éstos no hay mandamiento al-
guno. 32 Díjole el escriba: Muy bien,
Maestro: con razón has dicho que
El es único y que no hay otro fuera
de El, 33 y que amarle con todo el
corazón, con todo el entendimiento,
y con todas las fuerzas, y amar al
prójimo como a sí mismo es mucho
mejor que todos los holocaustos y
sacrificios. 34 Y viendo Jesús cuán
atinadamente había respondido, le
dijo: No estás lejos tú del reino de
Dios (2). Y nadie se atrevió ya más
a preguntarle.

Origen del Mesías.

35 Tomando Jesús la palabra, decía,
enseñando en el Templo: ¿Cómo dicen
los escribas que el Mesías es hijo de
David? 36 David mismo ha dicho,
inspirado por el Espíritu Santo: Dijo
el Señor a mi Señor: Siéntate a mi
diestra, hasta que ponga a tus ene-
migos debajo de tus pies. 37 El mismo

(1) Véase Mt. 22, 16.
(2) Véase Mt. 22, 25.

(1) Los que hasta aquí se le acercaron venían con intenciones torcidas; pero este fariseo es, en parte al menos, una excepción de la regla. Viendo cómo Jesús había confundido a los saduceos, se acerca a El para proponerle una cuestión que, sin duda, debía de agitarse mucho en las escuelas, y que a la verdad lo merecía por su trascendencia. Pero si va con intención de probar la sabiduría de Jesús (Mt. 22, 35), no procede con la mira de perderle, sino de instruirse o de ver si es confirmada su propia opinión.

(2) Esto muestra claro que este fariseo era una excepción entre los muchos que de ordinario nos presentan los evangelistas. La palabra del Señor es una invitación a seguir por el camino que llevaba hasta el fin, el reino de Dios.

David le llama Señor; ¿de dónde, pues, viene que sea hijo suyo? Y una gran muchedumbre le escuchaba con agrado. 38 En su enseñanza les decía: Guardaos de los escribas, que gustan de pasearse con rozagantes túnicas, de ser saludados en las plazas, 39 y de ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes, 40 mientras devoran las casas de las viudas y simulan largas oraciones. Estos tendrán un juicio muy severo.

El óbolo de la viuda.

41 Y estando sentado enfrente del gazofilacio, observaba cómo la multitud iba echando monedas de cobre en el tesoro, y muchos ricos echaban mucho. 42 Y llegándose una viuda pobre echó dos leptos, que hacen un cuadrante. 43 Y llamando a los discípulos les dijo: En verdad os digo que esta pobre viuda ha echado más que todos cuantos echan en el tesoro (1), 44 pues todos echan de lo que les sobra, pero ésta de su miseria ha echado todo cuanto tenía, todo su sustento.

La magnificencia del templo.

13 1 Y al salir El del templo, díjole uno de los discípulos: Maestro, mira qué piedras y qué construcciones (2). 2 Y Jesús le dijo: ¿Veis estas grandes construcciones? No quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruída.

La cuestión del fin.

3 Y habiéndose sentado en el monte de los Olivos, enfrente del templo, le preguntaban aparte Pedro y Santiago, Juan y Andrés: 4 Dinos cuándo será esto (1), y cuál será la señal de que todo esto va a cumplirse.

Tiempos de angustia.

5 Y Jesús comenzó a decirles: Mirad que nadie os induzca a error. 6 Muchos vendrán en mi nombre, diciendo: Yo soy; y extraviarán a muchos (2). 7 Cuando oyereis hablar de guerras y rumores de guerras, no os turbéis: Es preciso que esto suceda; pero eso no es aún el fin. 8 Porque se levantarán pueblo contra pueblo, y reino contra reino; habrá terremotos por diversos lugares; habrá hambres: Ese es el comienzo de los dolores.

Las persecuciones contra el Evangelio.

9 Estad alerta (3): Os entregarán a los sanedrines, y en las sinagogas seréis azotados, y compareceréis ante los gobernadores y los reyes por amor de mí, para dar testimonio ante ellos. 10 Y antes habrá de ser predicado el Evangelio a todas las naciones. 11 Y cuando os lleven para ser entregados, no os preocupéis de lo que habéis de hablar, porque en aquella hora se os dará qué habléis, pues no seréis vosotros los que habléis, sino el Espíritu Santo. 12 Y el hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres y les darán muerte. 13 Y seréis aborrecidos de todos por mi nombre. El que perseverare hasta el fin, ése será salvo.

Desolación de la Judea

14 Cuando viereis la abominación de la desolación instalada donde no

(1) He aquí otra sentencia que pone de manifiesto la espiritualidad del Evangelio. Dios no atiende tanto a lo material de las ofrendas cuanto a la devoción de quien las hace. Esta devoción es la que da valor más grande a dos ochavos de la pobre que a los doblones de los ricos.

(2) En la parte del recinto actual del templo, que remontaba a la época de Herodes, y *sobre que* descansaron los ojos de Jesús y de sus discípulos, se ven aún hoy bloques que miden cinco metros de longitud, y las columnas monolíticas se elevan hasta ocho y diez metros de altura. Había motivo para admirarse de esto, y más todavía del arte con que estaban tra bajadas.

(1) La pregunta abarca dos puntos: cuándo será la ruina del templo y cuál será la señal de que eso se va a cumplir. Dan por seguro que la ruina del templo va ligada a una gran catástrofe.

(2) Primero vendrán falsos mesías, de quienes se deben guardar; luego, calamidades públicas. Pero ni aun esto es el fin, sino sólo el comienzo de los dolores.

(3) Una vez más anuncia las persecuciones de los judíos y de los infieles contra los suyos. Pero ni esto será *el fin*, porque es preciso que el Evangelio sea predicado a todas las naciones. Véase Mt. 24, 14.

debe—el que lee entienda—, entonces los que están en Judea huyan a los montes, [15] el que esté en el terrado no baje ni entre para tomar cosa alguna de su casa. [16] Y el que esté en el campo no vuelva atrás para recoger su manto. [17] ¡Ay de aquellas que estén encintas y de las que críen en aquellos días! [18] Orad para que no suceda esto en invierno.

La tribulación suprema.

[19] Pues serán aquellos días de tribulación tal como no la hubo desde el principio de la creación que Dios creó hasta ahora, ni la habrá. [20] Y si el Señor no abreviase aquellos días, nadie sería salvo; pero por amor de los elegidos, que El eligió, abreviará esos días. [21] Y entonces, si alguno os dijere: He aquí o allí al Mesías, no le creáis. [22] Porque se levantarán falsos mesías y falsos profetas y harán señales y prodigios para inducir a error, si fuera posible, aun a los elegidos. [23] Pero vosotros estad sobre aviso, de antemano os he dicho todas las cosas.

La venida del Hijo del hombre.

[24] Pero en aquellos días, después de aquella tribulación, se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, [25] y las estrellas se caerán del cielo, y las columnas de los cielos se conmoverán. [26] Y entonces verán al Hijo del hombre, viniendo sobre las nubes, con gran poder y majestad. [27] Y enviará a sus ángeles, y juntará a sus elegidos de los cuatro vientos, del extremo de la tierra hasta el extremo del cielo.

Parábola de la higuera.

[28] Aprended de la higuera la parábola (1). Cuando sus ramas están tiernas y echa hojas, conocéis que el estío está próximo. [29] Así también vosotros, cuando veais suceder estas cosas, entended que está próximo, a la puerta. [30] En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todas estas cosas sucedan. [31] El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Incertidumbre del fin.

[32] Cuanto a ese día o a esa hora, nadie la conoce, ni los ángeles del cielo, ni el Hijo (1), sino sólo el Padre. [33] Estad alerta, velad, porque no sabéis cuándo será el tiempo. [34] Como el hombre que parte de viaje, al dejar su casa, encargó a sus siervos a cada uno su obra y al portero le encargó que velase. [35] Velad, pues, vosotros, porque no sabéis cuándo vendrá el amo de la casa, si por la tarde, si a medianoche, o al canto del gallo, o a la madrugada, [36] no sea que, viniendo de repente, os encuentre dormidos. [37] Lo que a vosotros os digo a todos lo digo, velad (2).

La conspiración de los judíos.

14 [1] Faltaban dos días para la Pascua y los Acimos, y buscaban los príncipes de los sacerdotes y los escribas cómo apoderarse de El con engaño y darle muerte, [2] pero decían: No en la fiesta, no sea que se alborote el pueblo.

La unción de Betania.

[3] Y hallándose en Betania, en casa de Simón el leproso, cuando estaba recostado a la mesa, vino una mujer trayendo un vaso de alabastro lleno de ungüento de nardo auténtico, de

---

(1) La perspectiva se acerca hasta la presente generación, que verá la ruina del templo y las calamidades en que irá envuelta.

(1) Contrasta este v. con 30 s. Gravísima resulta la afirmación de que ni el Hijo conoce el día ni la hora. Esto sólo quiere decir que siendo el Padre el autor del plan de la salud del mundo, cuya ejecución se encomendó a Jesús, así como su revelación a los hombres, este punto no les ha encomendado revelarlo ni a El ni a los santos ángeles, que con frecuencia son los mensajeros divinos para dar a conocer a los hombres la voluntad de Dios. En suma, que ni los ángeles ni el Hijo conocen este día como mensajeros del Padre, para comunicarlo a los mortales. Esta sentencia prueba el valor que tienen tantas revelaciones o conjeturas como corren a veces sobre el fin del mundo. Véase Jn. 1, 18; Act. 1, 6 s.; 1 Tim. 6, 16.

(2) Como en San Mateo, notamos aquí la misma intención de inculcar la vigilancia sobre nosotros mismos, a fin de que el día del Señor nos halle siempre prevenidos.

gran valor, y rompiendo el vaso de alabastro se lo derramó sobre la cabeza. [4] Había algunos que indignados se decían unos a otros: ¿Para qué se ha hecho este derroche del ungüento? [5] Porque pudo venderse en más de trescientos denarios y darlo a los pobres. Y murmuraban de ella. [6] Y Jesús dijo: Dejadla, ¿por qué la molestáis? Es una buena obra la que ha hecho conmigo, porque pobres siempre los tenéis con vosotros, y cuando queráis podéis hacerles bien; [7] pero a mí no siempre me tenéis. Ha hecho lo que ha podido, se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. [9] En verdad os digo, dondequiera que se predicare el Evangelio en todo el mundo, se hablará de lo que ésta ha hecho, para memoria de ella.

La traición de Judas.

[10] Judas Iscariote, uno de los doce, se fué a los príncipes de los sacerdotes para entregárselo. [11] Ellos al oírle, se alegraron y prometieron darle dinero. Y buscaba ocasión oportuna para entregarle.

Preparación de la última cena.

[12] El primer día de los Acimos (1), cuando se sacrificaba la Pascua, dijéronle los discípulos: ¿Dónde quieres que vayamos para preparar la Pascua y la comas? [13] Y envió a dos de sus discípulos y les dijo: Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre con un cántaro de agua; seguidle, [14] y donde él entrare, decid al dueño: El Maestro dice: ¿Dónde está mi departamento en que pueda comer la Pascua con mis discípulos? [15] Y él os mostrará una sala alta, grande, alfombrada, pronta. Allí haréis los preparativos para nosotros. [16] Y sus discípulos se fueron y vinieron a la ciudad y hallaron lo que les había dicho y prepararon la Pascua.

Anuncio de la traición

[17] Llegada la tarde, vino con los doce, [18] y recostados y comiendo (2), dijo Jesús: En verdad os digo que uno de vosotros me entregará; uno que come conmigo.

[19] Comenzaron a entristecerse y a decirle uno en pos de otro: ¿Soy yo?

[20] El les dijo: Uno de los doce, el que moja conmigo en el plato (1); [21] pues el Hijo del hombre sigue su camino, según de El esta escrita; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre sera eutregado! Mejor le fuera a ese hombre no haber nacído.

Institución de la Eucaristía.

[22] Y mientras comían (2), tomó pan, y bendiciéndolo lo partió, y se lo dió, y dijo: Tomad, éste es mi cuerpo. [23] Y tomando el cáliz, después de dar gracias, se lo entregó y bebieron de él todos. [24] Y les dijo: Esta es mi sangre, de la alianza, que es derramada por la muchedumbre. [25] En verdad os digo que ya no beberé del fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.

Tristes predicciones.

Y después de haber dicho los himnos salieron para el monte de los Olivos. [27] Díjoles Jesús: Todos os escandalizaréis, porque escrito está: Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas; [28] pero después de haber resucitado os precederé a Galilea.

[29] Mas Pedro le dijo: Aun cuando todos se encandalizaren de ti, no yo. [30] Y Jesús le respondió: En verdad te digo (3) que tú, hoy, esta

---

(1) La tarde de ese día, el 13 de Nisan según el calendario hebreo, se sacrificaba el cordero pascual, que se debía comer por la noche, o sea el 14, que comenzaba a la puesta del sol.

(2) Según la usanza griega, los judíos comían recostados en el brazo izquierdo sobre cojines y alrededor de una mesa baja.

(1) Uno de los actos que, según las costumbres orientales, establecen más estrechas relaciones entre los hombres, es el acto de comer juntos. Así que la frase de Jesús resulta una ponderación de la deslealtad de Judas.

(2) En tres versículos narra San Marcos, así como los otros evangelistas, la institución del gran misterio de la Eucaristía. San Pablo, escribiendo a los Corintios (I Cor. 11, 23 ss.), hace, al relatar la institución, que declara haber recibido del Señor, algunas reflexiones que nos muestran mejor el sentido de este misterio. Asimismo, San Juan (6, 41-59) nos refiere más ampliamente la explicación que Jesús hace a los judíos de este inefable misterio de su cuerpo y su sangre.

(3) Es muy de notar en el relato de San Marcos la forma más precisa que la de los otros evangelistas: antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres.

misma noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres. [31] Pero él más y más insistía: Aunque fuera preciso morir contigo, jamás te negaré.

La agonía de Getsemaní.

Otro tanto decían todos. [32] Y llegaron a un lugar, cuyo nombre era Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí mientras voy a orar. [33] Y tomando consigo a Pedro, a Santiago y a Juan, comenzó a sentir temor y angustia, [34] y les decía: Triste está mi alma hasta la muerte; permaneced aquí y velad. [35] Y adelantándose un poco, cayó en tierra, y oraba que, si era posible, pasase de El aquella hora. [36] Y decía: Abba, Padre, todo te es posible; aleja de mí este cáliz; mas no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú. [37] Y vino y los encontró dormidos, y dijo a Pedro: ¿Simón, duermes? ¿No has podido velar una hora? [38] Velad y orad para que no entréis en tentación; el espíritu está pronto, mas la carne es flaca. [39] Y de nuevo se retiró y oró haciendo la misma súplica. [40] Y viniendo otra vez, los encontró dormidos, porque estaban sus ojos pesados; y no sabían qué responderle. [41] Y llegó por tercera vez y les dijo: Dormid ya y descansad (1). Basta. Ha llegado la hora; he aquí que el Hijo del hombre es entregado en mano de los pecadores [42] Levantaos; vamos. Ya se acerca el que me ha de entregar.

La prisión de Jesús.

[43] Y en aquel instante, cuando aún estaba El hablando, llegó Judas, uno de los doce, y con él un tropel con espadas y garrotes, de parte de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y de los ancianos (2). [44] Y el traidor les había dado esta señal, diciendo: A quien besare yo, ése es; cogedle y conducidle con seguridad. [45] Y al instante llegó y se le acercó, diciendo: Rabbi, y le besó. [46] Ellos le echaron mano y se apoderaron de El. [47] Pero uno de los presentes, sacando la espada, hirió a un siervo del Pontífice y le cortó una oreja. [48] Y tomando la palabra Jesús, les dijo: ¿Como contra ladrón habéis salido con espadas y garrotes para prenderme? Todos los días estaba yo en medio de vosotros en el Templo enseñando y no me prendisteis; mas para que se cumplan las Escrituras. [50] Y abandonándole, huyeron todos. [51] Y un cierto joven le seguía envuelto en una sábana sobre el cuerpo desnudo, y trataron de apoderarse de él; [52] mas él, dejando la sábana en sus manos, huyó desnudo.

Jesús ante el Sanedrín.

[53] Condujeron a Jesús al Pontífice y se juntaron todos los príncipes de los sacerdotes, los ancianos y los escribas. [54] Y Pedro le siguió de lejos, hasta entrar dentro del atrio del Pontífice y sentado con los servidores se calentaba a la lumbre. [55] Los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín buscaban un testimonio contra Jesús para hacerle morir, y no lo encontraban. [56] Porque muchos testificaban falsamente contra El, pero no eran acordes sus testimonios. [57] Y algunos se levantaron a testificar contra El, y decían: Nosotros le hemos oído decir: Yo destruiré este Templo hecho por mano de hombre, y en tres días levantaré otro, que no será hecho por manos humanas. [59] Y ni aun así, sobre esto era concorde su testimonio.

[60] Y levantándose en medio el Pontífice preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué es esto que testifican contra ti? [61] El se callaba y no respondía palabra. De nuevo el Pontífice le preguntó y dijo: ¿Eres tú el Mesías (1), el Hijo del Bendito? [62] Y Jesús dijo: Yo soy, y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo. [63] Y el Pontífice, rasgando sus vestiduras, dijo: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? [64] Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué

(1) Resulta este verso un tanto oscuro por el cambio de ánimo que supone en Jesús. La incitación a dormir después de la reprensión precedente indica un tanto de ironía, la cual desaparece en las palabras siguientes: «Ha llegado la hora.»

(2) El evangelista enumera los tres elementos que componían el sanedrín, senado o tribunal supremo de la nación.

(1) Que quiere decir el ungido. *El Hijo del Bendito*. Por no pronunciar el nombre de Yave, los judíos usaban de otros como éste.

os parece? Y todos contestaron ser reo de muerte. 65 Comenzaron a escupirle, y le cubrían el rostro y le abofeteaban, diciendo: Profetiza. Y los criados le daban de bofetadas (1).

La negación de Pedro.

66 Y estando Pedro abajo, en el atrio, llegó una de las siervas del Pontífice, 67 y viendo a Pedro a la lumbre, fijó en él sus ojos, y le dijo (2): Tú también estabas con el Nazareno, con Jesús. 68 Y él le negó, diciendo: Ni sé, ni entiendo lo que tú dices. Y salió fuera al vestíbulo, y cantó el gallo. 69 Pero la sierva, viéndole, comenzó de nuevo a decir a los presentes: Este es de ellos. 70 Y él de nuevo negó. Y pasado un poco, otra vez los presentes decían a Pedro: Efectivamente, tú eres de ellos, porque eres galileo. 71 Pero él se puso a maldecir y a jurar: Yo no conozco a ese hombre que vosotros decís. 72 Y al instante, por segunda vez, cantó el gallo. Y se acordó Pedro de la palabra que Jesús le había dicho: Antes que el gallo cante dos veces, tú me negarás tres, y rompió a llorar.

Jesús ante Pilatos.

15 1 Y en cuanto amaneció celebraron consejo los príncipes de los sacerdotes, con los ancianos y escribas; y todo el Sanedrín, atando a Jesús, le llevaron y entregaron a Pilatos. 2 Y le preguntó Pilatos: ¿Eres tú el rey de los judíos? Y Jesús le respondió, diciendo: Tú lo has dicho. 3 E insistentemente le acusaban los príncipes de los sacerdotes. 4 Pilatos de nuevo le interrogó, diciendo: ¿No respondes nada? Mira de cuántas cosas te acusan. 5 Pero Jesús ya no respondió nada, de manera que Pilatos se maravilló. 6 Por la fiesta solía soltárseles un preso, el que pedían. 7 Había uno llamado Barrabás, encarcelado con sediciosos, que en una sedición (1) había cometido un homicidio. 8 Y subiendo la muchedumbre comenzó a pedir lo que solía otorgárseles (2). 9 Pilato les preguntó, diciendo: ¿Queréis que os suelte al rey de los judíos? Pues conocía que por envidia se lo habían entregado los príncipes de los sacerdotes. 11 Pero los príncipes de los sacerdotes excitaban a la muchedumbre para que más bien les soltase a Barrabás.

12 Y Pilato de nuevo preguntó y dijo: ¿Qué queréis, pues, que haga de este que llamáis rey de los judíos? 13 Y ellos otra vez gritaron: ¡Crucifícale! 14 Pero Pilato les dijo: ¿Pues qué mal ha hecho? Y ellos gritaron más fuerte: ¡Crucifícale! 15 Pilato, queriendo dar satisfacción a la plebe, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de haberle azotado, le entregó para que le crucificasen.

La flagelación.

16 Los soldados le llevaron dentro del atrio, esto es, al pretorio, y convocaron a toda la cohorte, 17 y le vistieron una púrpura, y le ciñeron una corona tejida de espinas, 18 y comenzaron a saludarle: Salve, rey de los judíos. 19 Y le herían en la cabeza con una caña, y les escupían, e hincando la rodilla le hacían reverencias. 20 Y después de haberse burlado de El, le quitaron la púrpura y le vistieron sus propios vestidos.

La crucifixión.

Le sacaron para crucificarle, 21 y requisaron a un transeúnte, un cierto

(1) La sesión terminó con la declaración de que era reo de muerte. Estos ultrajes son de los encargados de custodiarle, sin duda los mismos que le habían preso en Getsemaní.

(2) Curioso detalle, que indica un testigo más que de vista y muy interesado en conservar la memoria de lo sucedido. Lo que sigue se ajusta a la profecía anterior: Pedro niega tres veces antes que el gallo cante dos.

(1) El evangelista nos habla aquí de un movimiento sedicioso, reciente y conocido, al cual, por otra parte, no da mucha importancia. Barrabás habría tomado parte en él, y por esto estaría condenado. Eran estos movimientos frecuentes en Palestina por esta época, y Pilato se había distinguido por su dureza en reprimir algunos.

(2) Como era cosa acostumbrada la libertad del preso, así debía de serlo la hora y el sitio de hacer la petición. En aquel momento se hallaban reunidos los sanedritas ante el juez para acusar a Jesús, y aprovechan la ocasión para ganar a la plebe y sugerirle que pidan la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús

Simón de Cirene (1), que venía del campo, el padre de Alejandro y de Rufo, para que llevase la cruz. [22] Y le llevaron al lugar del Gólgota, que quiere decir lugar de la calavera. [23] Y le dieron vino mirrado, pero no lo tomó. [24] Le crucificaron, y se repartieron sus vestidos, echando suertes sobre ellos, para saber qué llevaría cada uno. [25] Era la hora de tercia cuando le crucificaron. [26] Y el título de su causa estaba escrito: El rey de los judíos. [27] Y crucificaron con El a dos bandidos, uno a la derecha y otro a la izquierda. [28] Y se cumplió la escritura que dice: Fué contado entre malhechores. [29] Y los transeúntes le injuriaban moviendo la cabeza y diciendo: ¡Ah!, tú que destruías el templo de Dios y lo edificabas en tres días, sálvate bajando de esa cruz! [31] Igualmente los príncipes de los sacerdotes se mofaban entre sí con los escribas, diciendo: A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. [32] ¡El Mesías, el rey de Israel! Baje ahora de la cruz para que lo veamos y creamos. Y los que estaban con El crucificados le ultrajaban (2).

[33] Y llegada la hora sexta hubo oscuridad sobre la tierra hasta la hora de nona. [34] Y a la hora de nona gritó Jesús con voz fuerte (3): *Eloy, Eloy, lamma sabactani*? Que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? [35] Y algunos de los presentes, oyéndole, decían: Mirad, llama a Elías. [36] Y uno corrió, empapó una esponja en vinagre, la puso en una caña y se lo dió a beber, diciendo: Dejad, veamos si viene Elías a bajarle.

Muerte de Jesús.

[37] Jesús, dando una voz fuerte, expiró. [38] Y el velo del Templo se partió en dos partes de arriba abajo. [39] Viendo el centurión, que estaba en frente a El, de qué manera expiraba, dijo: Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios. [40] Había también unas mujeres, que de lejos le miraban, entre las cuales estaba María Magdalena, y María la madre de Santiago el Menor y de José, y Salomé, las cuales, cuando El estaba en Galilea, le seguían y le servían, y otras muchas que habían subido con El a Jerusalén.

La sepultura de Jesús.

Y llegada ya la tarde, porque era la parasceve, es decir, la víspera del sábado, vino José de Arimatea, miembro ilustre del Sanedrín, el cual también esperaba el reino de Dios, que se atrevió a entrar a Pilato y pedirle el cuerpo de Jesús. [44] Pilato se maravilló de que ya hubiera muerto (1), y haciendo llamar al centurión le preguntó si en verdad había muerto ya. [45] E informado del centurión dió el cadáver a José, [46] el cual compró una sábana, lo bajó, lo envolvió en la sábana y lo depositó en un monumento, que estaba cavado en la peña, y volvió la piedra sobre la puerta del monumento. [47] María Magdalena y María la de José miraban dónde se le ponía.

El sepulcro, vacío.

16 [1] Pasado el sábado, María Magdalena, y María la de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a ungirle. [2] Y muy de madrugada, el primer día después del sábado, en cuanto salió el sol, vinieron al monumento. [3] Y se decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la puerta del monumento? [4] Y mirando, vieron que la piedra estaba removida, era muy grande. [5] Y entrando en el monumento vieron un joven sentado a la derecha, vestido de una túnica blanca, y quedaron sobrecogidas de espanto. [6] Y les dijo: No os asustéis. Buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí, mirad el sitio en que le pusieron. [7] Pero id a decir a sus discípulos y a Pedro que os precederá a Gali-

(1) Indicio claro de que eran dos fieles bien conocidos en la comunidad cristiana de Roma. El Señor pagó, sin duda, largamente a Simón el servicio que le había prestado.

(2) Señala el evangelista tres grupos de los que insultan al Señor: los transeúntes (pues de ordinario, para mayor ejemplaridad, las ejecuciones solían hacerse cerca de los caminos); los sacerdotes, que entre sí comentaban el suceso, y los otros crucificados.

(3) Palabras tomadas del salmo 21, 1, un poco diversamente transcritas de como las cita San Mateo.

(1) El suplicio de la cruz añadía a *sus horrores* el ser muy prolongado, de varios días a veces.

lea (1), allí le veréis, como os ha dicho. [8] Y saliendo, huían del monumento (2), porque el temor y el espanto se habían apoderado de ellas, y a nadie dijeron nada, tal era el miedo que tenían.

Aparición a María Magdalena.

[9] Habiendo resucitado (3) Jesús, a la mañana del primer día de la semana se apareció primero a María Magdalena, de quien había echado siete demonios. [10] Y ella fué quien lo anunció a los que habían vivido con El, que estaban sumidos en la tristeza y el llanto. [11] Pero oyendo que vivía y que había sido visto por ella, no lo creyeron.

Aparición a los discípulos.

[12] Después de esto se mostró en otra forma a dos de ellos, que iban de camino y se dirigían al campo. [13] Estos, vueltos, dieron la noticia a los demás; ni aun a éstos creyeron.

Aparición a los once.

[14] Al fin se manifestó a los once (1) estando recostados a la mesa y les reprendió su incredulidad y dureza de corazón, por cuanto no habían creído a los que le habían visto resucitado de entre los muertos. [15] Y les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. [16] El que creyere y fuere bautizado se salvará, mas el que no creyere se condenará. [17] A los que creyeren les acompañarán estas señales: En mi nombre echarán los demonios, hablarán lenguas nuevas, [18] tomarán en las manos las serpientes, y si bebieren una ponzoña, no les dañará, pondrán las manos sobre los enfermos, y éstos recobrarán la salud.

Fin del Evangelio.

[19] Y el Señor Jesús, después de haber hablado con ellos, fué levantado a los cielos y está sentado a la diestra de Dios. [20] Ellos se fueron, predicando por todas partes, cooperando con ellos el Señor y confirmando su palabra con las señales consiguientes (2).

---

(1) A Pedro, como jefe de los discípulos en ausencia del Maestro. Como en San Mateo, les da cita para Galilea, donde fué la conversación más prolongada de los discípulos con Jesús después de resucitado éste.

(2) Espantadas por la sorpresa de la visión y por el mensaje que el ángel les había dado. Esto prueba lo poco que en la resurrección del Maestro creían, a pesar de las predicciones de éste. *A nadie dijeron.* Se entiende de los extraños que en el camino encontraban.

(3) Lo que sigue hasta el fin del capítulo es lo que llaman *final de San Marcos*, que tiene el carácter de apéndice, en que se apuntan diversas apariciones que se leen en los evangelistas San Lucas y San Juan. Estos primeros versículos 9-11 responden a la aparición narrada en Jn. 20, 11-18.

(1) Es lo que leemos en Lc. 24, 36-43, y Jn. 20, 19-23, con las instrucciones de Mt. 28, 16-20.

(2) Brevemente narra la Ascensión del Señor, que San Lucas cuenta en 24, 50, y más ampliamente en Hech. 1, 3, ss. El Señor cooperaba a la obra de los discípulos mediante los milagros y la acción interior de su Espíritu sobre las almas.

INTRODUCCION AL EVANGELIO DE SAN LUCAS

EL AUTOR.—La tradición hace a nuestro evangelista gentil de nacimiento, originario de Antioquía de Siria, la primera ciudad griega donde los fieles comenzaron a multiplicarse y recibieron el nombre de cristianos. Debió de ser Lucas uno de estos convertidos, y no de los menos fervientes, puesto que el Apóstol San Pablo le asoció a su labor misionera, en la que le acompañó hasta el fin. Por los Hechos de los Apóstoles (16, 1) sabemos que se hallaba en compañía del Apóstol en Tróade cuando por revelación divina se disponía a pasar a Macedonia. Con él y con Silas llegó a Filipos, donde, sin duda, participó en los trabajos apostólicos y en las penalidades que hubieron de experimentar en aquella primera ciudad de Europa. Sin embargo, el historiador no menciona, cuando habla de la prisión, más que a Pablo y a Silas. Otra vez le volvemos a hallar en Macedonia, cuando San Pablo, en su tercera misión, volvía de Corinto y por la costa de Asia se encaminaba a Jerusalén (año 58). Fué Lucas uno de los que acompañaron al Apóstol hasta la Ciudad Santa y no le abandonó en sus años de prisión en Jerusalén, Cesárea y Roma. Cuando San Pablo escribió las epístolas a Filemón y a los colosenses (Fil. 24; Col. 4, 16), Lucas figura entre los compañeros y auxiliares del Apóstol en su ministerio: «Os saluda Lucas,

médico carísimo.» En la segunda epístola a Timoteo, escrita durante la segunda prisión romana de San Pablo, cuando ya éste daba por consumada su carrera, se queja de la poca fidelidad de muchos que le abandonaron, pero Lucas se mantuvo fiel al maestro (4, 11). Las noticias de la tradición sobre los años posteriores de San Lucas son menos seguras. Se da como cierto que evangelizó Acaya y Bitinia, donde habría sellado con su sangre la verdad del Evangelio.

SUS OBRAS.—La tradición cristiana está conteste en atribuir a San Lucas dos obras, el tercer evangelio y los Hechos de Apóstoles. Eusebio de Cesárea resume sobre este punto la tradición en las siguientes palabras: «Lucas, procedente de una familia de Antioquía, médico de profesión, fué por largo tiempo compañero de San Pablo y vivió en continuas relaciones con los otros Apóstoles. Nos ha dejado una prueba de que había aprendido de ellos el arte de curar las almas, pues nos ha dado dos libros inspirados por Dios: el Evangelio, que asegura haber compuesto según las informaciones de aquellos que desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra, con quienes afirma haber tratado íntimamente en otro tiempo, y los Hechos de Apóstoles, que escribió, no según lo que había oído contar, sino según lo que había visto con sus ojos.» Se dice que San Pablo acostumbraba hablar del Evangelio de San Lucas como de una obra propia, pues escribe: «Según mi evangelio» (Rom. 2, 16; II Tim. 2, 8; Hist. Eccles. III, 4.) Estas dos obras se distinguen a primera vista entre los escritos del Nuevo Testamento por sus prólogos, en los cuales se destaca la persona del autor, sus fuentes de información, y, en fin, por la dedicatoria de los libros a Teófilo, para mostrarle la firmeza de la fe que había abrazado. A esta primera prueba de ser uno mismo el autor de las dos obras, se añade la redacción, el lenguaje, el estilo, que corresponde a un cristiano gentil de nacimiento y griego de cultura.

EL EVANGELIO.—No sabemos a ciencia cierta cuándo compuso San Lucas su Evangelio, pero parece lo más probable que fué en Roma, donde hacia el fin de la primera prisión de San Pablo se hallaba al lado del Apóstol, juntamente con San Marcos. Así lo testifica el mismo Apóstol en la epístola a Filemón: «Te saludan... Marcos... Lucas, mis auxiliares.» San Lucas concibe su obra como la historia de la Buena Nueva, que baja del cielo, es anunciada en Jerusalén y en Nazaret, aparece en Belén, y se derrama por el país de Galilea, para venir a consumarse en Jerusalén. El libro de los Hechos nos la presenta difundiéndose por la Judea, Samaria hasta Roma y hasta los confines de la tierra.

Según nos indica en el prólogo del Evangelio, fué propósito del autor narrar la historia con orden, *el cual no es siempre el orden cronológico; a veces es el geográfico, el lógico o el psicológico, trabando siempre los hechos y discursos de suerte que resulte la historia una. Resalta esto en los primeros capítulos, que contienen la historia de la infancia del Precursor y la de Jesús.*

Para escribir sus obras utiliza San Lucas documentos escritos en arameo o hebreo, que traduce en lengua griega con fidelidad, pero sin el rigorismo literal de los otros evangelistas, templando el literalismo y limando las expresiones que pudieran sonar duras en los oídos griegos. Como gentil y discípulo del Apóstol de los gentiles, trata de poner más de relieve el aspecto universalista del Evangelio, lo que se echa de ver en la omisión de ciertas sentencias o expresiones como éstas: «No iréis por el camino de los gentiles», «acaso los gentiles no hacen esto», «no fui enviado sino a las ovejas que perecieron de la casa de Israel». En cambio destaca la misericordia de Dios o de Jesús, que más podía cautivar el ánimo de sus lectores. Es San Lucas el que nos ha conservado mayor número de parábolas, las cuales va repartiendo a lo largo de su historia, como perlas preciosas con que enriquecer la obra.

Las fuentes de información las señala él mismo en el prólogo. Son «los que

desde el principio fueron testigos de las cosas y ministros de la palabra. Se puede señalar en muchos puntos la dependencia de San Marcos, lo que prueba que conoció y utilizó el segundo Evangelio. También es de advertir la insistencia con que nota que la Virgen María observaba y meditaba cuanto ocurría en torno del niño Jesús (2, 19, 33, 51), lo cual indica que para esta parte, tan propia de San Lucas, contó el autor con las verídicas referencias de María.

PLAN DEL EVANGELIO.—*En general se ajusta al de los Sinópticos: 1) La aurora de la salud en la infancia del Salvador (1-2). 2) La investidura de Jesús como Salvador (3, 1-4, 13). 3) Su manifestación en Galilea (4, 14-9, 50). 4) Sigue una sección propia de San Lucas, en que recoge una gran cantidad de material evangélico en su mayor parte omitido por los otros evangelistas (9, 51-18, 30). 5) Viaje a Jerusalén y ministerio en la Ciudad Santa (18, 31-21, 38). 6) Pasión y resurrección (22-24).*

SAN LUCAS

Prólogo.

1 [1] Puesto que ya muchos (1) han
intentado escribir la historia de
lo sucedido entre nosotros, [2] según
que nos ha sido transmitida por los
que, desde el principio, fueron tes-
tigos oculares y ministros de la
palabra (2); [3] me ha parecido tam-
bién a mí, después de informarme
exactamente de todo desde los orí-
genes, escribirte ordenadamente, óp-
timo Teófilo (3), [4] para que conozcas
la firmeza de la doctrina que has
recibido.

Anunciación del Precursor.

[5] Hubo en los días de Herodes,
rey de Judea, un sacerdote, de nom-
bre Zacarías, del turno de Abías (4),
cuya mujer, de la descendencia de
Arón, se llamaba Isabel. [6] Eran
ambos justos en la presencia de Dios,
e irreprensibles caminaban en los
preceptos y observancias del Señor.
[7] No tenían hijos, pues Isabel era
estéril, y los dos ya avanzados en
edad.

[8] Sucedió, pues, que ejerciendo él
sus funciones sacerdotales delante
de Dios según el orden de su turno,
[9] conforme al uso del servicio divino,
le tocó entrar en el santuario del
Señor para ofrecer el incienso (1),
[10] y toda la muchedumbre del pueblo
estaba orando fuera durante la hora
de la oblación del incienso (2). [11] Y se
le apareció un ángel del Señor, de
pie a la derecha del altar del incienso.
[12] Al verle se turbó Zacarías (3) y
se apoderó de él el temor. [13] Díjole
el ángel: «No temas, Zacarías, porque
tu plegaria ha sido escuchada, e Isa-
bel, tu mujer, te dará a luz un hijo,
al que pondrás por nombre Juan (4);
[14] Será para ti gozo y regocijo, y
muchos se alegrarán en su naci-

(1) El ejemplo de los que antes de él habían acometido narrar la historia del Salvador es lo que alienta al evangelista a una empresa tan atrevida por lo grandiosa.

(2) Estas expresiones designan en primer término a los Apóstoles; pero no sólo a ellos, sino también a otros testigos y propagadores del Evangelio, con quienes San Lucas vivió en íntima familiaridad.

(3) Prueba esto la diligencia del autor y la seguridad que tenía de sus informaciones. El autor dedica su obra a Teófilo, es decir, a todo el que se sienta amado de Dios por su amor a la verdad.

(4) Los sacerdotes estaban divididos en veinticuatro turnos, que se sucedían regularmente en el servicio del templo cada semana. (I Par. 24, 10, 19.)

(1) Los sacerdotes se distribuían por suertes los diversos oficios del templo. Esta vez tocó a Zacarías ofrecer dentro del santuario el incienso. (Ex. 30, 1 ss.)

(2) Se asociaba con espíritu de oración al ofrecimiento del incienso, que el sacerdote hacía en el interior del santuario.

(3) Es natural que toda visión divina produzca en el ánimo turbación y temor, que luego se convierte en paz y alegría íntima.

(4) El deseo de tener sucesión los movía a orar pidiéndosela a Dios.

miento, [15] porque será grande en la presencia del Señor. No beberá vino ni licores (1), y desde el seno de su madre será lleno del Espíritu Santo; [16] y a muchos de los hijos de Israel convertirá al Señor su Dios, [17] y caminará delante del Señor en el espíritu y el poder de Elías (2), para reducir los corazones de los padres a los hijos, y los rebeldes a los sentimientos de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto.»

[18] Y dijo Zacarías al ángel: ¿Y qué señal tendré de esto? Porque yo soy ya viejo y mi mujer muy avanzada en edad. [19] Y el ángel le contestó diciendo: «Yo soy Gabriel, que asisto ante Dios y he sido enviado para hablarte y comunicarte esta buena nueva (3). [20] He aquí que tú estarás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto se cumpla, por cuanto no has creído mis palabras, que se cumplirán a su tiempo.»

[21] El pueblo esperaba a Zacarías y se maravillaba de que se retardase en el templo. [22] Y cuando salió no podía hablar, por donde conocieron que había tenido alguna visión en el templo. El les hacía señas, pues se había quedado mudo. [23] Cumplidos los días de su servicio, volvióse a casa. [25] Y concibió Isabel, su mujer, que se ocultó durante cinco meses (4), diciendo: Así ha hecho conmigo el Señor, acordando quitar mi oprobio entre los hombres.

La anunciación de Jesús.

[26] En el mes sexto fué enviado el ángel Gabriel de parte de Dios a una ciudad de Galilea llamada Nazaret (5), [27] a una virgen, desposada con un varón de nombre José (1), de la casa de David; el nombre de la virgen era María. [28] Y entrando a ella le dijo: Dios te salve (2), llena de gracia, el Señor es contigo. [29] Y ella se turbó (3) al oír estas palabras y discurría qué podría significar aquella salutación. [30] Y el ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios (4). [31] y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. [32] Será grande (5) y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor el trono de David su padre, [33] y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin.

[34] Y dijo María al ángel: ¿Cómo podrá ser esto (6), pues que yo no conozco varón? [35] Y el ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo (7) vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será Hijo de Dios. [36] Isabel, tu pariente (8), también ha con-

---

(1) Será nazareo todo el tiempo de su vida. (Núm. 6, 1 ss.)

(2) El gran celador del honor de Dios y debelador del culto de Baal pasó a la historia como el modelo del verdadero profeta. (Mal, 3, 1.)

(3) Juan será la aurora que anuncia al sol, Jesús. (Mal. 3, 1.)

(4) Durante este tiempo el misterio de la concepción de Isabel queda oculto, hasta que con la venida de María se declara para dar lugar a la expansión de las dos madres, tan agraciadas por Dios y llenas de su espíritu.

(5) Pequeña ciudad de Galilea, que tuvo el alto honor de abrigar en su seno al Verbo encarnado; no es conocida ni en el Antiguo Testamento ni en las obras de F. Josefo. Señal clara de su poca importancia.

(1) Virgen, pero ligada ya a un varón, pues los esponsales tenían en la ley mosaica la misma fuerza que el matrimonio, el cual sólo exigía ya la conducción de la novia a casa del novio. (Deut. 22, 22 ss.) *De la casa de David.* El cual, en virtud de su matrimonio con María, había de conferir al hijo de ésta el título legal de hijo de David.

(2) En griego, *alégrate, regocíjate,* que era el saludo corriente en griego. *Llena de gracia.* Es la traducción que dan las antiguas versiones al participio griego *agraciada, gratificada en sumo grado.* El ángel emplea este participio a modo de nombre propio, lo que da más expresión a la frase. La piedad y la teología cristianas han sacado de aquí todas las grandezas de María. *El Señor es contigo.* Te acompaña, te asiste, para que lleves a cabo los planes que sobre ti tiene formados. (Ex. 3, 12; Jos. 1, 5.)

(3) Esta turbación no la impide reflexionar sobre la significación del saludo que acaba de oír.

(4) Declaración de la expresión «llena de gracia».

(5) Estos dos versículos nos presentan al niño anunciado como Hijo del Altísimo, destinado a realizar las promesas mesiánicas, que Dios había hecho a su padre David. (II Reg. 7, 14 ss.)

(6) La dificultad de la Virgen no se explica sino en el supuesto de que los esposos tuvieran el propósito de vivir en perfecta continencia.

(7) Estas palabras responden a la dificultad de María; la concepción que se le anuncia no será obra de varón, sino del Espíritu Santo. Y por eso «el fruto de tu concepción milagrosa será santo y llamado Hijo de Dios». Esto último no sólo por la manera de la concepción, sino por otro misterio, que no se declara, pero queda indicado arriba al llamarle Hijo del Altísimo.

(8) Para informarla plenamente de los planes

cebido un hijo en su vejez, y éste es ya el mes sexto de la que era estéril, porque nada hay imposible para Dios. 38 Y dijo María: He aquí a la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra (1). Y se fué de ella el ángel.

La visitación de Isabel.

39 En aquellos días se puso María en camino y con presteza se fué a la montaña, a una ciudad de Judá (2) 40 y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel (3). 41 Y así que oyó Isabel el saludo de María saltó el niño en su seno, e Isabel se llenó del Espíritu Santo, y clamó con fuerte voz: ¡Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre! 43 ¿De dónde a mí, que la madre de mi Señor (4) venga a mí? 44 Porque apenas sonó la voz de tu salutación en mis oídos ha saltado de gozo el niño en mi seno. 45 Dichosa tú que has creído, porque se cumplirá lo que se te ha dicho de parte del Señor. 46 Y dijo María (5):

Mi alma magnifica al Señor,
47 y salta de júbilo mi espíritu en Dios, mi Salvador,
48 porque ha mirado la humildad de su sierva,
y por eso todas las generaciones me llamarán bienaventurada,
49 porque ha hecho en mí maravillas el Poderoso,
y cuyo nombre es santo,
50 Y su misericordia de generación en generación,
sobre los que le temen.
51 Desplegó el poder de su brazo,
y dispersó a los que se engríen con los pensamientos de su corazón.
52 Derribó a los potentados de sus tronos
y ensalzó a los humildes.
53 A los hambrientos llenó de bienes,
y a los ricos despidió vacíos.
54 Acogió a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia.
55 Según lo que había prometido a nuestros padres,
a Abraham y su descendencia para siempre.

56 María permaneció con ella como unos tres meses (1), y se volvió a su casa.

Nacimiento del Bautista.

57 Le llegó a Isabel el tiempo de dar a luz y parió un hijo. 58 Y oyendo sus vecinos y parientes que el Señor le había mostrado la grandeza de su misericordia, se congratulaban (2) con ella. 59 Y al octavo día vinieron a circuncidar (3) al niño, y querían llamarle con el nombre de su padre, Zacarías. 60 Pero tomó la madre la palabra y dijo: No, se llamará Juan. 61 Y le decían: ¡Si no hay ninguno en tu parentela que se llame con ese nombre! 62 Y entonces preguntaron por señas al padre cómo quería que se llamase. 63 Y pidiendo unas tablillas escribió: Juan es su nombre.

---

divinos le comunica la concepción de Isabel y lo que ella significaba.

(1) Informada de la voluntad de Dios, la Virgen presta su asentimiento, y en ese instante se realiza el misterio divino de la encarnación del Verbo en su seno virginal.

(2) Se halla esta ciudad, hoy Ain Karim, pocos kilómetros al sur de Jerusalén. Esto nos explica que María pudiera realizar su viaje con alguna de las caravanas de peregrinos que de continuo se dirigían a la Ciudad Santa, bien a las fiestas o en cumplimiento de sus votos.

(3) Las dos madres, llenas del espíritu de Dios, aunque en diverso grado, mutuamente se felicitan y juntas alaban al Señor, que las quiso bendecir tan maravillosamente. Pero María lleva en su seno al Santificador de los hombres, el cual hace sentir sus efectos en Isabel y en el fruto de su vientre por una santificación prematura.

(4) También Isabel estaba informada, sin duda por revelación divina, del misterio que María llevaba en su seno.

(5) Este cántico, que está inspirado en los salmos davídicos y formado de las frases tomadas de ellos, expresa los sentimientos de María, su humildad ante la grandeza de la gracia recibida, su reconocimiento hacia Dios y la admirable providencia del Señor, que ensalza a los humildes y humilla a los soberbios.

(1) Con esto cierra San Lucas este capítulo de la anunciación y visitación, para pasar al segundo de los nacimientos, sin cuidarse de informarnos sobre la asistencia de María al nacimiento del Precursor.

(2) Los hijos son la bendición del matrimonio, y la esterilidad era un oprobio, como una señal de maldición divina.

(3) La circuncisión es un rito religioso. En Israel se practicaba a los ocho días de nacido el niño, que por ella era incorporado al pueblo de Dios. Sin la circuncisión estaba como excomulgado y excluído del pueblo de Dios y de su alianza. (Gén. 17, 10 ss.) Era uso imponer entonces el nombre.

Y todos se maravillaron (1). [64] Y se abrió al instante su boca y habló bendiciendo a Dios.
[65] Se apoderó el temor de todos los vecinos (2), y en toda la montaña de Judea se contaban todas estas cosas, y cuantos las oían pensativos se decían: ¿Qué irá a ser este niño? Porque, en efecto, la mano del Señor estaba con él. [67] Y Zacarías, su padre, se llenó del Espíritu Santo y profetizó diciendo (3):

[68] Bendito el Señor, Dios de Israel,
porque ha visitado y redimido a su pueblo,
[69] y levantó en favor nuestro un cuerno de salvación,
en la casa de David, su siervo,
[70] como había prometido por la boca
de sus santos profetas desde antiguo,
[71] salvándonos de nuestros enemigos
y del poder de todos los que nos aborrecen,
[72] para hacer misericordia con nuestros padres, y acordarse de su alianza santa,
[73] el juramento, que juró a Abraham nuestro padre darnos,
[74] para que, sin temor, libres del poder de los enemigos,
le sirvamos, [75] en santidad y justicia
en su presencia, todos nuestros días.
[76] Y tú, niño, serás profeta del Altísimo,
pues tú irás delante del Señor
para prepararle sus caminos,
[77] para dar la ciencia de la salud a su pueblo,
con la remisión de sus pecados,
[78] por las entrañas de misericordia de nuestro Dios,
en las cuales nos visitará naciendo de lo alto,
[79] para iluminar a los que están sentados
en tinieblas y sombras de muerte,
para enderezar nuestros pies
por el camino de la paz.

[80] El niño crecía y se fortalecía en espíritu y moraba en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.

(1) Aunque ignorantes del misterio, las circunstancias que rodeaban la concepción y el nacimiento del niño Juan les hacían presentir en él algo grande.
(2) Es un temor religioso procedente del misterio que presienten.
(3) El cántico consta de dos partes: una, en que bendice a Dios porque realizó la obra de salud sobre su pueblo (vv. 68-75); otra, que va dirigida al niño, declarando la misión a que está destinado (vv. 76-79).

Nacimiento de Jesús.

2 [1] Aconteció, pues, en los días aquellos que salió un edicto de César Augusto (1) para que se empadronase todo el mundo. [2] Fué este empadronamiento anterior al hecho siendo gobernador de Siria Cirino (2). [3] Iban todos a empadronarse (3), cada uno en su ciudad. [4] Y subió de Galilea José, de la ciudad de Naret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama de Belén, por ser de la casa y de la familia de David, [5] para empadronarse con María su esposa, que estaba encinta. [6] Y estando allí, se cumplieron los días de su parto [7] y dió a luz a su hijo primogénito (4) y le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, por no haber sitio para ellos en el mesón.
[8] Había en la región unos pastores (5) que moraban en el campo y estaban velando las vigilias de la noche sobre su rebaño. [9] Y se les presentó un ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió con su luz, y quedaron sobrecogidos de temor. [10] Díjoles el ángel: No temáis, os anuncio una gran alegría, que es

(1) Respondía este edicto a las medidas de gobierno tomadas por Augusto para organizar la vida del Imperio. Estas medidas se extendían también a los reinos *socios* del Imperio, como era el de Herodes.
(2) Cuando el hijo de Herodes, Arquelao (Mat. 2, 22) fué destituído por Augusto, y la Judea incorporada al Imperio romano, Cirino, legado de Siria, hizo un empadronamiento, que fué muy mal recibido por los judíos y dió ocasión a la sublevación de Judas Galileo, de que nos habla Josefo (Ant. XVIII, 1) y a que alude Gamaliel en Act. 5, 37. San Lucas tomó este suceso como punto de partida para fijar la fecha del nacimiento del Salvador.
(3) Roma, en este punto, como en otros más, respetaba las costumbres de las provincias, y los orientales nunca se creen desarraigados de la tribu, región o ciudad donde tienen su origen. Y así, Belén era el solar de todos cuantos se creían hijos de David, aunque de tiempo atrás tuvieran su residencia lejos de ella.
(4) Recibe este nombre el hijo primero, «el que abre el seno materno», sin mirar a que otros puedan venir después, por los deberes particulares que la Ley le impone. La tradición, que remonta a mediados del siglo II con San Justino, originario de Palestina, dice que nació en una de las grutas en que abunda el suelo calcáreo de Belén, y que los naturales utilizan como abrigo para sí o para los ganados.
(5) Estos podían ser betlemitas, que en la estación benigna hacen vida en el campo con sus ganados, o nómadas, que viven de continuo bajo tiendas en el desierto que comienza al este y al sudeste de Belén.

para todo el pueblo: [11] os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. [12] Y esto tendréis por señal: encontraréis al niño, envuelto en pañales y acostado en un pesebre. [13] Y al instante se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial que alababa a Dios, diciendo: [14] «Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.»

[15] Y así que los ángeles se fueron al cielo, se dijeron los pastores unos a otros: Vamos a Belén a ver esto que el Señor nos ha anunciado. [16] Y fueron con presteza y encontraron a María, a José y al niño acostados en un pesebre. [17] Y viéndole hicieron saber lo que se les había dicho acerca del niño. [18] Y cuantos lo oían se maravillaban de lo que les decían los pastores. [19] María guardaba todo esto y lo meditaba (1) en su corazón. [20] Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, según se les había dicho.

Circuncisión del Señor.

[21] Cuando se hubieron cumplido los ocho días para circuncidar al Niño, le dieron el nombre de Jesús, impuesto por el ángel antes de ser concebido en el seno.

La presentación en el templo.

[22] Y así que se cumplieron los días de la purificación (2), conforme a la Ley de Moisés, le llevaron a Jerusalén para presentarle al Señor, [23] según está escrito en la Ley del Señor que «todo varón primogénito sea consagrado al Señor», [24] y para ofrecer en sacrificio, según lo prescrito en la Ley del Señor, un par de tórtolas o dos pichones.

[25] Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, que era justo y piadoso y esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. [26] Y le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de ver al Cristo del Señor. [27] Movido del Espíritu vino al templo, y al entrar los padres con el niño Jesús para cumplir lo que prescribe la Ley sobre El, Simeón le tomó en sus brazos (1), y bendiciendo a Dios, dijo:

[29] Ahora, Señor, puedes dejar ir
a tu siervo
en paz según tu palabra;
[30] porque han visto mis ojos tu salud,
[31] la que has preparado ante la faz
de todos los pueblos,
[32] luz para iluminación de las gentes,
y gloria de tu pueblo Israel.

[33] Su padre y su madre (2) estaban maravillados de las cosas que se decían de El. [34] Y Simeón los bendijo, y dijo a María su madre (3): Puesto está para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para blanco de contradicción; [35] y para que se descubran los pensamientos de muchos corazones, una espada atravesará tu alma.

[36] Había una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, muy avanzada en años; casada en los días de su adolescencia, vivió siete años con su marido, [37] y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro. No se apartaba del templo, sirviendo con ayunos y oraciones, noche y día.

[38] Y como viniese en aquella misma hora, alabó también a Dios y hablaba de El (del Niño) a cuantos esperaban la redención de Jerusalén. [39] Cumplidas todas las cosas según la Ley del Señor (4), se volvieron a Galilea, a la ciudad de Nazaret.

---

(1) Por vez primera nota San Lucas cómo María observaba y meditaba cuanto ocurría en torno de Jesús.

(2) Engloba aquí San Lucas dos cosas: la presentación del Niño en el Templo para cumplir los deberes que como primogénito le imponía la Ley (Ex. 13, 2 ss.), y la purificación de la Madre, prescrita en el Levítico 12, 1 ss.

(1) Es ésta una segunda manifestación del Niño, que nos muestra cómo en Israel había almas que vivían en las esperanzas mesiánicas. El anciano se da por satisfecho con haber visto al Salvador, que será la gloria de Israel y la luz de las naciones.

(2) San José es llamado padre, porque ejerce los oficios de tal. El y María se maravillan al ver cómo el Señor les va descubriendo los destinos de Jesús.

(3) Aun humanamente, la vida del hijo se considera más íntimamente unida con la de la madre. Simeón descubre aquí a María un misterio, la acogida que su Hijo tendrá en Israel y el dolor que por esto ella habrá de sentir. Aquí se halla encerrada la cruz de Jesús y de María.

(4) San Lucas no refiere la venida de los Magos ni la huída a Egipto, acaecidos entre la presentación del templo y la vuelta a Galilea.

El niño Jesús, en el templo.

40 El Niño crecía y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba en El (1). 41 Sus padres iban cada año a Jerusalén (2) en la fiesta de la Pascua. 42 Y cuando era ya de doce años, al subir sus padres según el rito festivo, 43 al volverse acabados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin que sus padres lo echasen de ver. 44 Pensando que estaba en la caravana (3), anduvieron camino de un día. Buscáronle entre los parientes y conocidos, 45 y al no hallarlo, se volvieron a Jerusalén en busca suya. 46 Y aconteció que al cabo de tres días le hallaron en el templo (4), sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. 47 Y cuantos le oían se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas.

48 Cuando sus padres le vieron se maravillaron, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? Mira que tu padre y yo, apenados, te andábamos buscando. 49 Y El les dijo: ¿Y por qué me buscábais? (5). ¿No sabíais que conviene que me ocupe en las cosas de mi Padre? 50 Y ellos no entendieron lo que les decía. 51 Bajó con ellos, y vino a Nazaret, y les estaba sujeto, y su madre conservaba todo esto en su corazón. 52 Jesús crecía en sabiduría y edad y gracia ante Dios y ante los hombres.

(1) Como en 1, 80 nos dijo de Juan, así nos dice de Jesús, que crecía en estatura y robustez, y además en sabiduría y gracia, las cuales discretamente iba descubriendo a medida que crecía en edad.

(2) Ordenaba la Ley (Ex. 23, 14 ss.) que los israelitas se presentasen tres veces al año ante el Señor, en las tres grandes festividades de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos, para dar gracias a Dios por los beneficios recibidos. Llegado a la edad en que pudiera hacer el viaje a pie, el Niño acompañaba a sus padres.

(3) Para la vuelta se dan cita los del mismo pueblo o familia; pero la costumbre impone que las mujeres vayan separadas de los hombres. Los niños pueden formar grupo aparte o agregarse a uno cualquiera de los de los mayores. Así se explica que el Niño pudiera quedarse en la ciudad sin que lo echaran de ver sus padres.

(4) Se entiende al tercer día. Jesús aparece en los atrios del templo, donde los doctores ponían cátedra y los oyentes, sentados en el suelo, escuchaban sus lecciones. Jesús está como uno de tantos escuchando y preguntando; pero con sus preguntas descubre su maravillosa sabiduría y ciencia precoz con que hace meditar a los doctores sobre los sentidos de las divinas Escrituras.

(5) La pérdida de Jesús no fué involuntaria de su parte. Teniendo plena conciencia de quién era y de la misión que traía, quiso empezar a cumplirla. Igual que hará después, ahora busca cumplir la voluntad de su Padre celestial sin atender a la de sus padres terrenos. Fué esto para ellos, sobre todo para la Madre, una dolorosa prueba; pero también un rayo de luz, que les va descubriendo el misterio de la vida de Jesús.

Presentación de Juan a Israel.

3 1 El año quintodécimo del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, tetrarca de Galilea Herodes, y Filippo su hermano tetrarca de Iturea y de la Traconitide, y Lisania tetrarca de Abilena, 2 bajo el pontificado de Anás y Caifás (1) fué dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto, 3 y vino por toda la región del Jordán predicando el bautismo de penitencia en remisión de los pecados, 4 según está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:

Voz del que grita en el desierto:
Preparad el camino del Señor,
enderezad sus sendas.
5 Todo barranco será rellenado,
y todo monte y collado allanado,
y los caminos tortuosos rectificados
y los ásperos igualados.
6 Y toda carne verá la salud de Dios (2).

Predicación del Bautista.

7 Decía, pues, a las muchedumbres que venían para ser bautizadas por él: Raza de víboras (3), ¿quién os ha enseñado a huir de la ira que llega? 8 Haced, pues, dignos frutos de penitencia, y no vengáis dicién-

(1) Con esta introducción se propone S. Lucas colocar su narración en el cuadro general de la Historia. Tiberio sucedió a Augusto, muerto el 19 de agosto del año de Roma 767. Pudiera suceder que, según la cuenta de San Lucas, el primer año sólo alcanzase hasta el 1.° de octubre, en que comenzaba a contarse el año en Siria. Esto nos daría el año 780 ó 781 para el principio de la misión de Juan.

(2) Is. 4, 3-5.

(3) Expresión dura, pero bien merecida de los directores de Israel, tan pagados de su justicia exterior y tan sañudos en perseguir a los verdaderos justos si no les rendían homenaje.

doos: Tenemos por padre a Abraham. Porque yo os digo que puede Dios sacar de estas piedras hijos a Abraham. [9] Ya el hacha está puesta (1) a la raíz del árbol; todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego.

[10] Y las muchedumbres le preguntaban: ¿Pues qué hemos de hacer? [11] Y El respondía: El que tiene dos túnicas, dé una al que no la tiene, y el que tiene alimentos haga lo mismo. [12] Vinieron también los publicanos a bautizarse y le decían: Maestro, ¿qué debemos hacer? [13] Y les contestaba: No exigir nada fuera de lo que está tasado (2).

[14] Le preguntaban también los soldados: Y nosotros, ¿qué hemos de hacer? Y les respondía: No hagáis extorsión a nadie, ni denunciéis falsamente; contentaos con vuestra soldada.

[15] Hallándose el pueblo en ansiosa expectación y pensando todos entre sí de Juan, si sería él el Mesías, [16] Juan respondió a todos, diciendo: Yo os bautizo en agua, pero llegando está otro más fuerte que yo, a quien no soy digno de soltar la correa de sus sandalias; El os bautizará en Espíritu Santo y fuego. [17] En su mano tiene el bieldo (3) para bieldar la era y almacenar el trigo en su granero, mientras la paja la quemará con fuego inextinguible.

Prisión de Juan.

[18] Muchas veces, haciendo otras exhortaciones, evangelizaba al pueblo. [19] Pero el tetrarca Herodes (4), reprendido por él a causa de Herodías, la mujer de su hermano, y por todas las maldades que cometía, [20] añadió ésta a todas las otras, encarcelando a Juan.

(1) Los profetas anuncian con frecuencia la inauguración del reino de Dios como un juicio sobre Israel, como sobre la higuera estéril (13, 6 ss.). Este juicio se halla próximo y será el resultado de la vida pública de Jesús.

(2) No condena el Bautista la exacción de los tributos impuestos por la legítima autoridad, sino las extorsiones injustas de los publicanos, a que los soldados cooperaban.

(3) Es ésta otra imagen del juicio que hará en su pueblo recogiendo el grano en sus paneras y condenando la paja al fuego que no se extingue. (Mt. 3, 12.)

(4) Con esto da San Lucas por terminada la misión del Bautista, refiriéndonos su muerte.

Bautismo de Jesús.

[21] Aconteció, pues, cuando todo el pueblo se bautizaba, que, bautizado Jesús y orando, se abrió el cielo [22] y descendió el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma, sobre El, y se dejó oír del cielo una voz: Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco.

Genealogía de Jesús.

[23] Jesús al empezar tenía unos treinta años (1), y era, según se creía, hijo de José, hijo de Heli, [24] hijo de Matat, hijo de Leví, hijo de Melqui, hijo de Janai, hijo de José, [25] hijo de Matatías, hijo de Amós, hijo de Naum, hijo de Esli, hijo de Nagai, [26] hijo de Maat, hijo de Matatías, hijo de Semei, hijo de Josec, hijo de Judá, [27] hijo de Joanan, hijo de Resa, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Neri, [28] hijo de Melqui, hijo de Addi, hijo de Cosam, hijo de Elmadam, hijo de Er; [29] hijo de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Matat, hijo de Leví, [30] hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonam, hijo de Eliacím; [31] hijo de Melea, hijo de Menna, hijo de Natan, hijo de David, [32] hijo de Jesé, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Sala, hijo de Naassón, [33] hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arni, hijo de Esrón, hijo de Fares, hijo de Judá, [34] hijo de Jacob, hijo de Isac, hijo de Abraham, hijo de Taré, hijo de Nacor, [35] hijo de Saruc,

(1) Como ignoramos lo que duró la misión del Bautista, no podemos precisar por aquí la edad de Jesús, aparte de que la cifra es sólo aproximada, *unos* treinta años, *según se creía*. El misterio de la concepción virginal era desconocido, y Jesús pasaba fuera de la casita de Nazaret por hijo de José. La genealogía es aquí, como en San Mateo, la de San José, pero en orden ascendente y prolongada hasta Adán, para mostrar que Jesús no sólo era hijo de Abraham, sino también de Adán, y Salvador del género humano, que es criatura de Dios, no menos que el pueblo de Israel (Rom. 3, 29). La discordancia de las dos genealogías hasta David es manifiesta. Varias soluciones se han propuesto para resolver la dificultad. La más fundada y más sencilla, es la que considera la de San Mateo como la genealogía legal y dinástica, que señala la transmisión de los derechos mesiánicos desde David hasta Jesús, y la de S. Lucas la genealogía natural que va de padres a hijos desde San José hasta David.

hijo de Ragau, hijo de Falec, hijo de Eber, hijo de Sala, [36] hijo de Cainán, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lamec, [37] hijo de Matusalá, hijo de Enoc, hijo de Jared, hijo de Malelel, hijo de Cainán, [38] hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios.

La tentación en el desierto.

4 [1] Jesús, lleno del Espíritu Santo, se volvió del Jordán y fué llevado por el Espíritu al desierto, [2] y tentado allí por el diablo durante cuarenta días. No comió nada en aquellos días y, pasados, tuvo hambre. [3] Díjole el diablo: Si eres Hijo de Dios di a esta piedra que se convierta en pan. [4] Y Jesús le respondió: Escrito está: No de sólo pan vive el hombre. [5] Y llevándole a una altura le mostró desde allí en un instante todos los reinos del mundo (1), [6] y le dijo: Todo este poder y su gloria te daré, pues a mí me ha sido entregado y a quien quiero se lo doy; [7] si, pues, te postras delante de mí, todo será tuyo. [8] Y Jesús respondiendo, le dijo: Escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a El sólo servirás. [9] Le condujo luego a Jerusalén y le colocó sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres Hijo de Dios échate de aquí abajo; [10] porque escrito está: A sus ángeles ha mandado sobre ti que te guarden, [11] y te tomen en las manos para que no tropiece tu pie contra las piedras. [12] Y respondiendo, díjole Jesús: Dicho está: No tentarás al Señor tu Dios. [13] Y acabado todo género de tentaciones el diablo se retiró de El hasta el tiempo determinado.

Vuelta de Jesús a Galilea.

[14] Jesús, impulsado por el Espíritu, se volvió a Galilea, y su fama corrió por toda la región, [15] y enseñaba en las sinagogas siendo alabado por todos.

Jesús, en Nazaret.

[16] Vino a Nazaret, donde se había criado, y entró según su costumbre el día del sábado en la sinagoga y se levantó para hacer la lectura (1). [17] Le entregaron el libro del profeta Isaías, y desenrollándolo dió con el pasaje donde está escrito:

[18] El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres, me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista, para poner en libertad a los oprimidos, [19] para anunciar año de gracia del Señor (2).

[20] Y enrollando el libro se lo devolvió al servidor, y se sentó. Los ojos de cuantos había en la sinagoga estaban fijos en El. [21] Y comenzó a decirles: Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír. Y todos le aprobaban (3) y maravillados de las palabras llenas de gracia, que salían de su boca, decían: ¿No es éste el hijo de José? [23] Y El les dijo: Seguro que me diréis este proverbio: Médico, cúrate a ti mismo; todo cuanto hemos oído que has hecho en Cafarnaum (4) hazlo aquí en tu patria. [24] Y El les dijo: En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria. [25] Pero en verdad os digo también que muchas viudas había en Israel, en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses y sobrevino una gran hambre en toda la tierra, [26] y a ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a Sarepta de Sidón, a una mujer viuda. [27] Y muchos leprosos había en Israel en tiempo del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fué curado sino el sirio Namán.

[28] Al oír esto se llenaron de cólera cuantos estaban en la sinagoga, [29] y levantándose le arrojaron fuera de la ciudad y le llevaron a la cima del monte, sobre el cual está edificada su ciudad, para precipitarle de allí, [30] pero El, atravesando por medio de ellos, se fué.

---

(1) San Lucas invierte el orden de San Mateo en las dos últimas tentaciones (Mt. 4, 1, 3).

(1) El culto de las sinagogas en los sábados constaba, entre otras cosas, de lecturas bíblicas, que los doctores explicaban a la asistencia. Cuando se hallaba presente algún personaje conspícuo, se le invitaba a hacer esa explicación (Act. 13, 14 ss.).

(2) Is. 61. 1. ss.

(3) Como conocían su vida anterior, no podían menos de dar testimonio favorable de ella.

(4) Esto parece indicar que Jesús había obrado ya muchos milagros en Cafarnaum. San Mateo y San Marcos ponen la venida de Jesús a Nazaret algo más tarde. Acaso San Lucas adelanta los sucesos y junta en una dos visitas (Mateo, 13, 53 ss.; Mc. 6, 1 ss.).

En la sinagoga de Cafarnaum.

31 Bajó a Cafarnaum, ciudad de Galilea (1), y les enseñaba los días de
sábado, 32 y se maravillaban de su
doctrina, porque su palabra iba acompañada de autoridad. 33 Y había en
la sinagoga un hombre poseído del
espíritu de un demonio impuro que
gritaba a grandes voces: 34 ¡Ah! ¿Qué
hay entre ti y nosotros, Jesús Nazareno? ¿Has venido a perdernos?
Bien sé quién eres, el Santo de Dios.
35 Y Jesús le ordenó, diciendo: Cállate y sal de él. Y el demonio, arrojando al poseso en medio, salió de
él sin hacerle daño. 36 Y quedaron
todos pasmados, y mutuamente se
hablaban diciendo: ¿Qué palabra es
ésta, que con autoridad y poder impera a los espíritus impuros y salen?
37 Y por todos los lugares de la comarca se divulgó su fama.

Curación de la suegra de Pedro.

38 Saliendo de la sinagoga entró
en casa de Simón. La suegra de
Simón estaba con una gran calentura, y le rogaron por ella. 39 Y acercándosele mandó a la fiebre, y la
fiebre la dejó. Al instante se levantó
y les servía.

Nuevas curaciones.

40 Puesto el sol, todos cuantos
tenían enfermos de cualquiera enfermedad los llevaban a El, y El,
imponiéndoles las manos, los curaba. 41 Y los demonios salían también de muchos, gritando y diciendo:
Tú eres el Hijo de Dios. Pero El les
reprendía y no les dejaba hablar,
porque conocían que era El el Mesías.

Jesús sale de Cafarnaum.

42 Llegado el día, salió y se fué a
un lugar desierto; y las muchedumbres le buscaban, y vinieron hasta
El y le retenían para que no se partiese de ellos. 43 Pero El les dijo:
Es preciso que anuncie también el
reino de Dios en otras ciudades, porque para esto he sido enviado.
44 E iba predicando por las sinagogas de Judea.

(1) Desde este punto, San Lucas sigue su narración paralela a San Marcos (Mc. 1, 21 ss.).

La pesca milagrosa.

5 1 Agolpándose sobre El la muchedumbre para oír la palabra de
Dios, y hallándose junto al lado de
Genesaret, 2 vió dos barcas que estaban al borde del lago, y los pescadores, que habían bajado de ellas,
estaban lavando las redes. 3 Subió,
pues, a una de las barcas, que era
de Simón, y le rogó que se apartase
un poco de tierra, y sentándose,
desde la barca enseñaba a las muchedumbres. 4 Así que cesó de hablar,
dijo a Simón: Boga mar adentro y
echad vuestras redes para la pesca.
5 Simón le contestó y dijo: Maestro,
toda la noche hemos estado trabajando y no hemos pescado nada, mas
por que tú lo dices echaré las redes.
6 Y haciéndolo, cogieron una gran
cantidad de peces, tanto que las
redes se rompían. 7 E hicieron señas
a sus compañeros de la otra barca
para que vinieran a ayudarles. Y vinieron, y llenaron las dos barcas,
tanto que se hundían. 8 Y viendo esto
Simón Pedro se postró a los pies de
Jesús diciendo: Señor, apártate de
mí (1), que soy hombre pecador.
9 Pues así él como todos sus compañeros habían quedado sobrecogidos
de espanto ante la pesca que habían
hecho, 10 e igualmente Santiago y
Juan, hijos de Zebedeo, que eran
socios de Simón. Y dijo Jesús a Simón: No temas, en adelante vas a
ser pescador de hombres (2). 11 Y
atracando a tierra las barcas, lo dejaron todo y le siguieron.

Curación de un leproso.

12 Estando El en una ciudad (3),
y viendo a Jesús un hombre cubierto
de lepra, se postró ante El y le su-

(1) Pedro siente en el milagro la grandeza divina de Jesús y teme por su vida, no creyéndose bastante puro para estar cerca de El (Jueces, 13, 20 ss.).

(2) Estas palabras dan a la pesca un sentido más alto que el histórico. Jesús hizo aquel prodigio para que sus discípulos le reconociesen como Mesías y le siguiesen, proponiéndose asociarlos a su misión salvadora. Los primeros evangelistas narran el llamamiento sin el milagro (Mateo, 4, 18 ss.; Mc. 1, 16 ss.).

(3) Es extraño se presente en poblado, estando excluídos de toda sociedad por temor del contagio. Tal vez llevado del deseo de su curación, se atrevió a infringir la Ley. Esto mismo significaría su actitud suplicante.

plicó, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. 13 Y extendiendo El la mano, le tocó diciendo: Quiero, ser limpio. Y luego desapareció la lepra. 14 Le encargó: No se lo digas a nadie, sino: Vete y muéstrate al sacerdote y ofrece por tu limpieza lo que prescribió Moisés para que les sirva de testimonio. 15 Y cada vez más se extendía su fama y concurrían numerosas muchedumbres para oírle y ser curados de sus enfermedades. 16 Pero El se retiraba a lugares solitarios y se daba a la oración.

Curación de un paralítico.

17 Sucedió un día que mientras enseñaba, estaban sentados algunos fariseos y doctores de la Ley, que habían venido de todas las aldeas de Galilea, y de Judea, y de Jerusalén; y la virtud del Señor estaba en su mano para curar. 18 Y he aquí que unos hombres que traían en una camilla un paralítico, buscaban introducirle y presentárselo, 19 pero no encontrando por donde meterlo, a causa de la muchedumbre, subieron al terrado y por el techo le bajaron con la camilla y le pusiern en medio, delante de Jesús. 20 Viendo su fe dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados. 21 Comenzaron a murmurar los escribas y fariseos, diciendo: ¿Quién es este que así profiere blasfemias? ¿Quién puede perdonar los pecados ino sólo Dios? 22 Conociendo Jesús sus pensamientos, respondió y les dijo: ¿Por qué murmuráis en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y anda? 24 Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder sobre la tierra para perdonar los pecados—dijo al paralítico: A ti te hablo, levántate, toma la camilla y vete a casa. 25 Y al instante se levantó delante de ellos, tomó la cama en que yacía y se fué a casa glorificando a Dios. 26 Quedaron todos fuera de sí y glorificaban a Dios, y llenos de temor decían: Hoy hemos visto maravillas.

Vocación de Leví.

27 Después de esto salió y vió a un publicano por nombre Leví sentado al telonio, y le dijo: Sígueme. 28 Y él dejándolo todo se levantó y le siguió. 29 Leví le ofreció un gran banquete en su casa, y asistían gran multitud de publicanos y otros que venían con ellos. 30 Y los fariseos y los escribas murmuraban hablando con los discípulos (1): ¿Por qué coméis y bebéis con publicanos y pecadores? 31 Y respondiendo Jesús, les dijo: No tienen necesidad de médico los sanos, sino los enfermos. 32 Y no he venido yo a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia.

Por qué no ayunan los discípulos de Jesús.

33 Ellos le dijeron: Los discípulos de Juan ayunan con frecuencia y hacen oraciones, y asimismo los de los fariseos; pero tus discípulos comen y beben. 34 Respondióles Jesús: ¿Podéis vosotros hacer ayunar a los convidados a la boda mientras con ellos está el esposo? 35 Días vendrán en que les será arrebatado el esposo, entonces en aquellos días ayunarán. 36 Y les dijo una parábola: Nadie rasga una pieza de un vestido nuevo para ponerla a un vestido viejo; de lo contrario romperá el nuevo y el remiendo tomado del vestido nuevo no ajustará sobre el viejo. 37 Ni echa nadie vino nuevo en cueros viejos; de lo contrario el vino nuevo romperá los cueros y se derramará, y los cueros se perderán; 38 sino que el vino nuevo se ha de echar en cueros nuevos. 39 Y nadie que tenga vino añejo, quiere el nuevo, porque dice: El añejo es mejor.

Sobre la observancia del sábado.

6 1 Aconteció que un sábado, atravesando El por los sembrados, sus discípulos arrancaban espigas y frotándolas con las manos las comían. 2 Algunos de los fariseos dijeron: ¿Cómo hacéis lo que no está permitido en sábado? 3 Y Jesús les respondió: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre, él y sus acompañantes? ¿Cómo entró en la casa de Dios y, tomando los panes de la proposición, comió y dió a los que

(1) En San Lucas se dirige la acusación contra los discípulos; pero ésta iba de rechazo contra su Maestro (Mt. 9, 11; Mc. 2, 16).

venían con El, siendo así que no es lícito comerlos sino sólo a los sacerdotes? Y les dijo: Dueño es del sábado el Hijo del hombre.

6 En otro sábado, entrando en la sinagoga, enseñaba; y había allí un hombre que tenía una mano seca. 7 Y le observaban los escribas y fariseos para ver si curaría en día de sábado, a fin de tener de qué acusarle. 8 El, que conocía los pensamientos suyos, dijo al hombre de la mano seca: Levántate y ponte en medio. Y él levantándose se quedó en pie. 9 Díjoles Jesús: Voy haceros una pregunta sobre si es lícito hacer bien o hacer mal en sábado, salvar un alma o perderla. 10 Y dirigiendo su mirada a todos ellos, le dijo: Extiende tu mano. El lo hizo y su mano quedó sana. 11 Ellos se llenaron de furor y trataban entre sí qué podrían hacer contra Jesús.

Elección de los doce.

12 Y aconteció en aquellos días que salió El hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios (1). 13 Y cuando llegó el día, llamó a Sí a los discípulos y escogió a doce de ellos, a quienes dió el nombre de apóstoles: Simón, a quien puso también el nombre de Pedro, y Andrés, su hermano, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, 13 Mateo y Tomás, Santiago el de Alfeo y Simón llamado el Celador. 16 Judas de Santiago y Judas Iscariote, que fué el traidor. 17 Y bajando con ellos del monte se detuvo en un llano (2), y la muchedumbre de sus discípulos, y una gran multitud del pueblo de toda la Judea y de Jerusalén y del litoral de Tiro y de Sidón, 18 que habían venido para oírle y ser curados de sus enfermedades; y los que eran molestados de los espíritus impuros eran curados. 19 Y toda la multitud buscaba tocarla, porque salía de El una virtud que sanada a todos.

(1) Es muy de notar la conducta del Señor contada por San Lucas. Antes de escoger a los doce pasa la noche en oración ante su Padre, como si buscara el acierto en la elección que va a hacer.

(2) Baja del monte y encuentra en una llanura a la muchedumbre con los enfermos, que buscan de El la salud. En esta llanura, que bien puede ser una meseta, como escribe San Mateo, pone San Lucas el Sermón del Monte. Mt. 5-7.)

Las bienaventuranzas.

20 Y El levantando sus ojos sobre los discípulos decía: Bienaventurados los pobres (1), porque vuestro es el reino de Dios. 21 Bienaventurados los que ahora padecéis hambre, porque seréis hartos. Bienaventurados los que ahora lloráis, porque reiréis. 22 Bienaventurados seréis, cuando aborreciéndoos los hombres, os excomulguen, y maldigan y proscriban vuestro nombre por amor del Hijo del hombre, 23 alegraos en aquel día y regocijaos, pues vuestra recompensa será grande en el cielo. Así hicieron sus padres con los profetas.

Las imprecaciones.

24 Pero ¡ay de vosotros (2), ricos, porque habéis recibido vuestro consuelo! 25 ¡Ay de vosotros los que ahora estáis hartos, porque tendréis hambre! ¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis! 26 ¡Ay de vosotros si todos dijeren bien de vosotros, porque así hicieron sus padres con los falsos profetas!

El amor hacia los enemigos.

27 Pero yo os digo a vosotros que me escucháis, amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen, 28 bendecid a los que os maldicen y orad por los que os calumnian. 29 Al que te hiere en una mejilla ofrécele la otra, y a quien te tome el manto no le estorbes tomar la túnica, 30 da a todo el que te pida, y no reclames de quien toma lo tuyo. 31 Tratad a los hombres de la manera en que vosotros queréis ser de ellos tratados. 32 Si amáis a los que os aman, ¿qué gracia tendréis? ¿Porqué los pecadores aman también a quienes les aman? 34 Y si prestáis a aque-

(1) San Lucas nos da sólo cuatro bienaventuranzas, y en las tres primeras es de notar la forma más material de su redacción, pues nombra sólo a «los pobres», mientras San Mateo dice «los pobres de espíritu»; «los que padecen hambre», cuando San Mateo dice «hambre de justicia». No hay duda que San Lucas se debe interpretar por San Mateo.

(2) A las cuatro bienaventuranzas añade San Lucas las cuatro amenazas, desconocidas de los otros evangelistas, que deben explicarse según el mismo espíritu de las bienaventuranzas.

llos de quienes esperáis recibir, ¿qué gracio tendréis? Los pecadores prestan a los pecadores para recibir de ellos igual favor. [35] Pero amad a vuestros enemigos, haced bien y prestad sin esperanza de remuneración, y será grande vuestra recompensa, y seréis hijos del Altísimo, que es bondadoso para los ingratos y los malos. [36] Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso. [37] No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; absolved y seréis absueltos. [38] Dad y se os dará; una medida buena apretada, colmada, rebosante será derramada en vuestro seno. La medida que para otros usareis, ésa se usará para vosotros.

Espíritu de benevolencia.

[39] Y les dijo también una parábola: ¿Puede un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán ambos en el hoyo? [40] Ningún discípulo está sobre su maestro; para ser perfecto ha de ser como su maestro. [41] ¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo? [42] ¿O cómo puedes decir a tu hermano: Hermano, déjame quitarte la paja que tienes en el ojo, cuando tú no ves la viga que hay en el tuyo? Hipócrita, quita primero la viga de tu ojo, y entonces verás de quitar la paja que hay en el de tu hermano. [43] Porque no hay árbol bueno que dé fruto malo, ni árbol malo que dé fruto bueno. [44] Pues cada árbol se conoce por su fruto; y no se cogen higos de los espinos, ni de la zarza se vendimian racimos. [45] El hombre bueno del buen tesoro de su corazón saca cosas buenas; y el malo saca cosas malas de su mal tesoro; pues de la abundancia del corazón habla la lengua. [46] ¿Por qué me llamáis: Señor, Señor, y no hacéis lo que os digo?

Conclusión final.

[47] Todo el que viene a mí, y oye mis palabras, y las pone en práctica, os diré a quién es semejante. [48] Es semejante al hombre que edifica una casa, que cava y profundiza y cimenta sobre roca; y sobreviniendo una inundación, el río va a chocar contra la casa, pero no puede conmoverla, porque está bien edificada. [49] El que oye y no hace es semejante al hombre que edifica su casa sobre tierra, sin cimentar; contra la cual choca el río, y luego se cae, y viene a ser grande la ruina de aquella casa.

El centurión de Cafarnaum.

7 [1] Cuando hubo acabado de pronunciar estos discursos a oídos del pueblo entró en Cafarnaum. [2] Estaba a punto de morir un siervo de cierto centurión, que le era muy querido. [3] Este oyendo hablar de Jesús envió a El algunos ancianos (1) de los judíos, rogándole que viniese para salvar de la muerte a su siervo. [4] Estos, llegados a Jesús, le rogaban con instancia, diciéndole: Merece que le hagas esto, [5] porque ama a nuestro pueblo, y él mismo nos ha edificado la sinagoga. [6] Y Jesús echó a andar con ellos. Ya no estaba lejos de la casa, cuando el centurión envió algunos amigos, que le dijeron: Señor, no te molestes, pues no soy digno de que entres bajo mi techo. [7] Ni yo me he creído digno de ir a ti. Di sólo una palabra y mi siervo será sano. [8] Porque también yo soy un hombre sometido a la autoridad, pero tengo también soldados bajo mi mando, y digo a éste: Vete, y va, y al otro: Ven, y viene, y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. [9] Oyendo esto Jesús se maravilló de él y, vuelto a la multitud que le seguía, dijo: Yo os digo que tal fe como ésta no la he hallado en Israel. [10] Vueltos a casa los enviados encontraron sano al siervo.

La resurrección de Naím.

[11] Aconteció tiempo después que iba a una ciudad llamada Naím, e iban con El sus discípulos y una gran muchedumbre. [12] Cuando se acercaba a la puerta de la ciudad vieron que llevaban un muerto, hijo único

(1) La comparación de este relato con el que nos da San Mateo (8, 5-13) sirve para entender mejor el estilo de uno y otro evangelistas. San Mateo nos da la suma del suceso, y hace ejecutar al centurión mismo lo que en San Lucas cumplen otros intermediarios. La intervención de éstos pone más de relieve la fe y la humildad del centurión, y explica mejor la admiración de Jesús.

de su madre, viuda, y una muchedumbre bastante numerosa de la ciudad la acompañaba. 13 Y viéndola el Señor se compadeció de ella (1) y le dijo: No llores. 14 Y acercándose, tocó el féretro; los que lo llevaban se detuvieron, y El dijo: Joven, a ti te hablo, levántate. 15 Y se sentó el muerto y comenzó a hablar, y El se lo entregó a su madre. 16 Se apoderó de todos el temor, y glorificaban a Dios diciendo: Un gran profeta se ha levantado entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. 17 Y la fama de este suceso corrió por toda la Judea y por todas las regiones vecinas.

El mensaje del Bautista.

18 Los discípulos de Juan dieron a éste noticia de todas estas cosas y, llamando Juan a dos de ellos, 19 los envió al Señor para decirle: ¿Eres tú el que viene, o esperamos a otro? 20 Llegados a El le dijeron: Juan el Bautista nos envía a ti, para preguntarte: ¿Eres tú el que viene, o esperamos a otro? 21 En aquella misma hora curó a muchos de sus enfermedades y males, y de los espíritus malignos, e hizo gracia de la vista a muchos ciegos, 22 y tomando la palabra les dijo: Id y comunicad a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. 23 Y bienaventurado es quien no se escandaliza en mí.

El panegírico del Bautista.

24 Cuando se hubieron ido los mensajeros de Juan, comenzó Jesús a decir a la muchedumbre acerca de él: ¿Qué habéis salido a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? 25 ¿Qué salisteis a ver? ¿Un hombre vestido con molicie? Los que visten suntuosamente y viven regalados están en los palacios de los reyes. 26 ¿Qué salisteis, pues, a ver? ¿Un profeta? Sí, yo os digo, y más que profeta. 27 Este es aquel de quien está escrito: He aquí que yo envío delante de tu faz a mi mensajero, que preparará tu camino delante de ti. 28 Yo os digo, no hay entre los nacidos de mujer ningún profeta más grande que Juan; pero el más pequeño en el reino de Dios es mayor que él.

Actitud de los publicanos y de los fariseos ante la misión de Juan.

29 Todos los que le escucharon, aun los publicanos, recibieron el bautismo de Juan, reconociendo la justicia de Dios; 30 pero los fariseos y los doctores de la Ley anularon el consejo divino respecto de ellos no haciéndose bautizar por él. 31 ¿A quién, pues, compararé yo a los hombres de esta generación, y a quién son semejantes? 32 Son semejantes a los niños que, sentados en la plaza, invitan a los otros, diciendo: Os tocamos la flauta y no danzáis, os hemos cantado lamentaciones y no habéis llorado. 33 Porque vino Juan, el Bautista, que no comía pan, ni bebía vino, y decíais: Tiene el demonio. 34 Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: Es comilón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores. 35 Pero la sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos.

La pecadora arrepentida.

36 Le invitó un fariseo a comer con él, y entrando en su casa se puso a la mesa. 37 Y he aquí que llegó una mujer pecadora, que había en la ciudad, la cual sabiendo que estaba a la mesa en casa del fariseo, con un pomo de alabastro de ungüento, se puso detrás de El, junto a sus pies, llorando, y bañaba en lágrimas sus pies y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, y besaba sus pies (1) y los ungía con el ungüento. 39 El fariseo que le había invitado. dijo para sí: Si éste fuera profeta, conocería quién y cuál es esta mujer que le toca, porque es una pecadora. 40 Y tomando Jesús la palabra, le dijo: Simón, tengo una cosa que decirte: Y él dijo: Maestro, habla. Un

(1) Este milagro, propio de San Lucas, nos muestra admirablemente la tierna compasión para con la pobre y desolada viuda y para con su hijo.

(1) Esta conducta de la pecadora, que resueltamente entra en la casa y se postra a los pies de Jesús, contrasta con la actitud de los fariseos, recriminados en el párrafo anterior.

acreedor tenía dos deudores, el uno le debía quinientos denarios, el otro cincuenta. 42 No teniendo ellos con qué pagar, se lo condonó a ambos. ¿Quién, pues, le amará más? 43 Respondiendo Simón, dijo: Supongo que aquel a quien condonó más. Díjole: Bien has respondido. 44 Y vuelto a la mujer, dijo a Simón: ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa, y no me diste agua para lavar los pies; mas ella ha regado mis pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. 45 No me diste el ósculo de paz; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besarme los pies. 46 No ungiste mi cabeza con óleo, y ésta ha ungido mis pies con ungüento. 47 Por lo cual te digo que le son perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho (1). Pero a quien poco se le perdona, poco ama. 48 Y a ella le dijo: Tus pecados te son perdonados. 49 Y comenzaron los convidados a decir entre sí: ¿Quién es éste para perdonar los pecados? (2). 50 Y dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado, vete en paz.

Las proveedoras de Jesús.

8 1 Yendo por las ciudades y aldeas predicaba y evangelizaba el reino de Dios. Le acompañaban los doce 2 y algunas mujeres, que habían sido curadas de espíritus malignos y de enfermedades, María, llamada Magdalena, de la cual había echado siete demonios, 3 Juana mujer de Cusa, administrador de Herodes, y Susana, y otras varias que le servían con sus bienes (3).

La parábola del sembrador.

4 Reunida una gran muchedumbre de los que venían a El de cada ciudad, dijo en parábola: 5 Salió un sembrador a sembrar su simiente, y al sembrar, una parte cayó junto al camino, y fué pisada, y las aves del cielo la comieron. 6 Otra cayó sobre peña, y nacida, se secó por falta de humedad. 7 Otra cayó en medio de espinas, y creciendo con ella las espinas, la ahogaron. 8 Otra cayó en tierra buena, y nacida, dió un fruto céntuplo. Dicho esto, clamó: El que tenga oídos para oír que oiga.

Razón de las parábolas.

9 Preguntábanle sus discípulos qué significaba aquella parábola. 10 Y El contestó: A vosotros os ha sido dado conocer los misterios del reino de Dios, a los demás sólo en parábolas, de manera que viendo no vean y oyendo no entiendan.

Explicación de la parábola del sembrador.

He aquí la parábola: La semilla es la palabra de Dios. 12 Los que están a lo largo del camino son los que oyen; pero en seguida viene el diablo y arrebata de su corazón la palabra, para que no crean y se salven. 13 Los que están sobre peña son los que, cuando oyen, reciben con alegría la palabra; pero no tienen raíces, creen por algún tiempo y al tiempo de la tentación sucumben. 14 Lo que cae entre espinas son aquellos, que oyendo, van, y se ahogan en los cuidados, la riqueza y los placeres de la vida, y no llegan a madurez. 15 Lo caído en buena tierra son aquellos que, oyendo con corazón generoso y bueno, retienen la palabra y dan fruto por la perseverancia.

El misterio del reino debe ser conocido.

16 Nadie, después de haber encendido una lámpara, la cubre con un

(1) Expuesto el contraste entre la conducta de Simón y la observada por la pecadora, declara Jesús que por esas muestras de amor le fueron perdonados sus muchos pecados. *Pero a quien poco se le perdona*, es una señal de que ama poco, como sería el caso del fariseo. «La caridad cubre la muchedumbre de los pecados.» (I Pet. 4, 8.)

(2) Más atrás (5, 17 ss.) se nos cuenta cómo Jesús hizo un milagro para probar que poseía el poder de perdonar los pecados.

(3) Es San Lucas el único que menciona al lado de los discípulos a las mujeres que seguían la compañía de Jesús y atendían a sus necesidades materiales. No era esto extraño a las costumbres de los rabinos, si hemos de creer a F. Josefo (Ant. XVII, 11). De ambos ejemplos se autorizaban los Apóstoles, según indica San Pablo (I Cor. 9, 5). La piedad y la gratitud por la salud recibida eran la causa que las movía a ejercer esta obra de misericordia. Una de ellas es María Magdalena, o de Magdala, ciudad situada en la ribera occidental del lago de Genesaret. No hay motivos para creer que la posesión diabólica signifique una vida culpable; pero el número siete acaso indique una recaída en el mismo mal. (Mt. 12, 45.) Esta presentación de la Magdalena demuestra también que no tiene nada que ver con la pecadora de 7, 37 ss.

utensilio cualquiera ni la pone debajo de la cama, sino que la coloca sobre el candelero para que los que entren vean. 17 Pues nada hay oculto que no haya de descubrirse, ni secreto que no haya de conocerse y salir a la luz. 18 Mirad, pues, cómo escucháis, porque al que tiene se le dará, y al que no tiene, aun lo que le parece tener, se le quitará.

Los parientes de Jesús.

19 Vino su madre con sus hermanos, y no lograron acercarse a El a causa de la muchedumbre. 20 Y le comunicaron: Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y desean verte. 21 Y El contestó diciéndoles: Mi madre y mis hermanos son éstos, los que oyen la palabra de Dios y la ponen por obra.

La tempestad calmada.

22 Sucedió, pues, un día que subió con sus discípulos a una barca, y les dijo: Pasemos a la otra ribera del lago, y se dieron a la mar. 23 Mientras navegaban se durmió. Vino sobre el lago una borrasca, y el agua que entraba los ponía en peligro. 24 Llegándose a El le despertaron diciendo: Maestro, Maestro, que perecemos. Despertó El e increpó al viento y al oleaje del agua, que se aquietaron, haciéndose calma. 25 Y les dijo: ¿Dónde está vuestra fe? Y llenos de temor se admiraban y se decían unos a otros: ¿Pero quién es éste, que manda a los vientos y al agua y le obedecen?

La curación del endemoniado y la muerte de la piara.

26 Arribaron a la región de los gerasenos, que está frente a Galilea, 27 y bajando El a tierra le salió al encuentro un hombre de la ciudad poseído de los demonios, que en mucho tiempo no se había vestido, ni morado en casa, sino en los sepulcros. 28 Cuando vió a Jesús, gritando se postró ante El, y en alta voz dijo: ¿Qué hay entre mí y ti, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te pido que no me atormentes. Porque El ordenaba al espíritu impuro que saliese del hombre. Pues muchas veces se apoderaba de él, y le ataban con cadenas y le sujetaban con grillos, pero rompía las ligaduras y era arrebatado por el demonio a los desiertos. 30 Preguntóle Jesús: ¿Cuál es tu nombre? Contestó él: Legión, porque habían entrado en él muchos demonios. 31 Y le rogaban que no los mandase volver al abismo. 32 Había allí una piara de puercos bastante numerosa paciendo en el monte, y le rogaron que les permitiese entrar en ellos. Y se lo permitió. 33 Y saliendo los demonios del hombre entraron en los puercos, y se lanzó la piara por un precipicio abajo hasta el lago, y se ahogó.

34 Viendo los pastores lo sucedido huyeron, y lo anunciaron en la ciudad y en los campos. 35 Y salieron a ver lo ocurrido, y vinieron a Jesús, y encontraron al hombre, de quien habían salido los demonios, vestido y en su pleno juicio y sentado a los pies de Jesús, de lo que se quedaron espantados. 36 Los que habían visto cómo el endemoniado había sido curado lo contaban, 37 y toda la gente del territorio de los gerasenos le rogó se retirase de allí, porque estaban dominados de un gran temor. El, subiendo a la barca, se volvió. 38 El hombre, de quien había echado los demonios le suplicaba quedarse con El. Pero El le despidió, diciendo: Vuélvete a tu casa y refiere lo que te ha hecho Dios. Y se fué por toda la ciudad pregonando cuanto le había hecho Jesús.

La hija de Jairo y la hemorroisa.

40 Cuando Jesús estuvo de vuelta le recibió la muchedumbre, pues todos estaban esperándole. 41 Y llegó un hombre, llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga y, cayendo a los pies de Jesús, le suplicaba que entrase en su casa, 42 porque tenía una hija única, de unos doce años, que estaba a punto de morir. Y mientras iba, las muchedumbres le ahogaban. 43 Y una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que en médicos había gastado toda su hacienda sin lograr ser de ninguno curada, 44 se acercó por detrás y tocó la orla de su vestido, y al instante cesó el flujo de su sangre.

45 Y dijo Jesús: ¿Quién me ha

tocado? Como todos negaban, dijo Pedro y los de su compañía: Maestro, las muchedumbres te rodean y te oprimen. 46 Pero Jesús dijo: Alguno me ha tocado, porque yo he conocido que una virtud ha salido de mí. 47 La mujer, viéndose descubierta, se llegó temblando, y postrándose ante El, le dijo ante todo el pueblo por qué le había tocado y cómo al instante había quedado sana. 48 El le dijo: Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz.

49 Aún estaba hablando, cuando llegó uno de casa del jefe de la sinagoga diciendo: Tu hija ha muerto, no molestes ya al Maestro. 50 Pero Jesús que lo oyó, respondió: No temas, cree y será sana. 51 Llegado a la casa, no permitió que entrasen con El más que Pedro, Juan y Santiago y el padre y la madre de la niña. 52 Todos lloraban y plañían por ella. Y les dijo El: No lloréis, porque no está muerta, es que duerme. 53 Y se burlaban de El, pues sabían muy bien que estaba muerta. 54 El, tomándola de la mano, le dijo en alta voz: Niña, levántate. 55 Y volvió a ella el espíritu, y al instante se levantó, y El mandó que le diesen de comer. 56 Los padres se quedaron estupefactos, pero El les mandó que no contasen a nadie lo sucedido.

La misión de los Apóstoles.

9 1 Habiendo convocado a los doce les dió poder sobre todos los demonios y de curar enfermedades, 2 y los envió a predicar el reino de Dios y a hacer curaciones. 3 Y les dijo: No toméis nada (1) para el camino, ni báculo, ni alforja, ni pan, ni dinero, ni llevéis dos túnicas. 4 Y en cualquier casa en que entréis, quedaos allí, sin dejarla hasta partir. 5 Cuanto a los que no quieran recibiros, saliendo de aquella ciudad, sacudíos el polvo de los pies en testimonio contra ellos. 6 Y partieron y recorrieron las aldeas anunciando el Evangelio y curando en todas partes.

Opinión de Herodes sobre Jesús.

7 Tuvo noticias Herodes el tetrarca de todos estos sucesos, y estaba vacilante, por cuanto algunos decían que era Juan que había resucitado de entre los muertos, 8 otros que era Elías que se había aparecido, y otros que había resucitado alguno de los antiguos profetas. 9 Dijo Herodes: A Juan le degollé yo, ¿quién puede ser éste de quién oigo tales cosas? Y deseaba verle.

Regreso de los discípulos y multiplicación de los panes.

A su vuelta, los Apóstoles le contaron cuanto habían hecho. 10 Y El, tomándolos consigo, se retiró a un lugar apartado hacia una ciudad llamada Betsaida. 11 Pero la muchedumbre se dió cuenta y fué en pos de El. Y habiéndolos recibido, les hablaba del reino de Dios y curaba a todos los necesitados. 12 Empezaba ya a declinar el día, y acercándosele los doce, le dijeron: Despide a la muchedumbre para que vayan a las aldeas y alquerías de alrededor, donde se alberguen y encuentren alimentos, porque aquí estamos en el desierto. 13 Y les contestó: Dadles vosotros de comer. Ellos le dijeron: No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que nosotros vayamos a comprar provisiones para todo este pueblo... 14 Porque eran unos cinco mil hombres. Y dijo a sus discípulos: Hacedlos recostarse por grupos como de cincuenta. 15 Y lo hicieron así, diciéndoles que se recostasen todos. 16 Y tomando los cinco panes y los dos peces, alzó los ojos al cielo, los bendijo y se los dió a los discípulos para que los sirviesen a la muchedumbre. 17 Comieron, se saciaron todos y se recogieron de las sobras doce cestos de mendrugos.

La confesión de Pedro.

18 Y aconteció que orando El a solas, estaban con El los discípulos, a los cuales preguntó: ¿Quién dicen las muchedumbres que soy yo? 19 Respondiendo ellos, le dijeron: Juan Bautista; otros Elías, otros que uno de los antiguos profetas que ha resucitado. 20 Díjoles El: ¿Y vosotros quién decís que soy? Respondiendo Pedro, dijo: El Cristo de Dios. 21 El les prohibió decir esto a nadie, añadiendo: Es preciso que el Hijo del hombre padezca mucho, y que sea

(1) Que pueda en algún modo servir de estorbo a vuestra misión.

rechazado de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y sea muerto y resucite al tercer día.

Necesidad de seguir a Jesús.

23 Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome cada día su cruz y sígame. 24 Porque quien quisiere salvar su vida, la perderá; pero quien perdiere su vida por amor de mí, la salvará. 25 Pues ¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si él se pierde o se condena? 26 Porque quien se avergonzare de mí y de mis palabras, de él se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en su gloria y en la del Padre y de los santos ángeles. 27 En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no gustarán la muerte antes que vean el reino de Dios.

la transfiguración.

28 Y aconteció como unos ocho días después que, tomando a Pedro, a Juan y a Santiago, subió a un monte a orar. 29 Y mientras oraba, el aspecto de su rostro se transformó, y sus vestidos se hicieron resplandecientes. 30 Y hablaban con El dos varones, que eran Moisés y Elías, que aparecían gloriosos y le hablaban de su muerte, que había de cumplirse en Jerusalén. 32 Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño; y al despertar vieron su gloria y a los dos varones que con El estaban. 33 Y al desaparecer éstos, dijo Pedro a Jesús: Maestro, qué bueno es estar aquí, hagamos tres cabañas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías, sin saber lo que se decía. 34 Mientras esto decía, apareció una nube que los cubrió, y quedaron atemorizados al entrar en la nube. 35 Y salió de la nube una voz que dijo: Este es mi Hijo, mi elegido, escuchadle. 36 Mientras sonaba la voz estaba Jesús solo. Ellos callaron, y por aquellos días no contaron nada de cuanto habían visto.

Curación del epiléptico endemoniado.

37 Al día siguiente, al bajar del monte, vino a su encuentro una numerosa muchedumbre. 38 Y he aquí que de entre ella comenzó a gritar un hombre, diciendo: Maestro, te ruego que eches una mirada sobre este mi hijo, porque es mi hijo único, 39 y el espíritu le coge, le hace gritar, le agita haciéndole echar espumarajos, y a duras penas se retira de él después de haberle molido. 40 He suplicado a tus discípulos que lo echasen, y no han podido. 41 Y Jesús, respondiendo, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo habré de estar con vosotros y soportaros? Tráemelo acá. 42 Y al acercarse, el demonio le echó por tierra y lo agitó fuertemente. Pero Jesús increpó al espíritu impuro, y curó al niño y se lo entregó a su padre. 43 Y todos se maravillaron al ver la grandeza de Dios.

Profecía de la pasión.

Admirándose todos de cuanto hacía, dijo El a sus discípulos: 44 Estad atentos a lo que voy a deciros: El Hijo del hombre ha de ser entregado en poder de los hombres. 45 Pero ellos no sabían lo que significaban estas palabras, estaban para ellos veladas, de manera que no las entendieron, y temían preguntarle sobre ellas.

Quién será el mayor.

46 Les vino a ellos este pensamiento, ¿quién sería entre ellos el mayor? 47 Y conociendo Jesús los pensamientos de su corazón, tomó a un niño, le puso junto a sí, 48 y les dijo: El que recibiere a este niño en mi nombre a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe al que me envió, y el menor de entre vosotros, ése será el más grande.

La invocación del nombre de Jesús por los extraños.

49 Tomando la palabra Juan, dijo: Maestro, hemos visto a uno echar los demonios en tu nombre y se lo hemos estorbado, porque no era de nuestra compañía. 50 Contestóle Jesús: No se lo estorbéis, pues el que no está contra vosotros está con vosotros.

La mala acogida de los samaritanos.

51 Estando para cumplirse los
días de su asunción (1), se dirigió
resueltamente a Jerusalén, 52 y envió
mensajeros (2) delante de sí, que
en su camino entraron en una aldea
de samaritanos para prepararle al-
bergue. 53 No fueron recibidos (3),
porque iban a Jerusalén. 54 Viéndolo
los discípulos, Santiago y Juan dije-
ron: Señor, ¿quieres que digamos
que baje fuego del cielo que los consuma? 55 Y volviéndose, Jesús los
reprendió, 56 y se fueron a otra aldea.

Varias vocaciones.

57 Y siguiendo ellos el camino,
vino uno que le dijo: Te seguirá a
donde quiera que vayas. 58 Jesús
le respondió: Las raposas tienen cue-
vas, y las aves del cielo nidos; pero
el Hijo del hombre no tiene donde
reclinar la cabeza (4). 59 A otro le
dijo: Sígueme, y respondió: Señor,
déjame ir primero a sepultar a mi
padre. 60 Y El le contestó: Deja a
los muertos sepultar a sus muertos,
y tú vete y anuncia el reino de Dios.
61 Otro le dijo: Te seguiré, Señor,
pero déjame antes despedirme de los
de mi casa. 62 Jesús le dijo: Nadie
que después de haber puesto la mano
sobre el arado mire atrás (5) es
apto para el reino de Dios.

10 1 Después de esto, designó Jesús
a otros setenta y dos y los
envió de dos en dos (6), delante de
sí, a toda ciudad y lugar adonde El
había de venir, 2 y les dijo: La mies
es mucha y los obreros pocos; rogad,
pues, al amo que mande obreros a
su mies. 3 Id, que yo os envío como
corderos en medio de lobos. 4 No
llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias, y a nadie saludéis por el camino.
5 En cualquiera casa que entréis,
decid primero: La paz sea con esta
casa. 6 Y si hubiere allí un hijo de
la paz, descansará sobre él vuestra
paz; si no, se volverá a vosotros.
7 Permaneced en esa casa, y comed y
bebed lo que os sirvieren, porque el
obrero es digno de su salario. No
vayáis de casa en casa. 8 Y en cual-
quier ciudad donde entrareis y os
recibieren, comed lo que os fuere
servido y curad a los enfermos que
en ella haya, y decidles: El reino
de Dios está cerca de vosotros.
10 En cualquier ciudad donde en-
tréis y no os recibieren, salid a las
plazas y decid: Hasta el polvo que
de vuestra ciudad se nos pegó a los
pies os lo sacudimos, pero sabed que
el reino de Dios está cerca. 12 Yo os
digo que aquel día Sodoma (1) será
tratada con menos rigor que esa
ciudad. 13 ¡Ay de ti, Corazaín! ¡Ay de
ti, Betsaida! (2) Que si en Tiro y en
Sidón hubieran sido hechos los mila-
gros, que en vosotras se han hecho,
tiempo ha que en saco y sentados
en ceniza hubieran hecho penitencia.
14 Pero Tiro y Sidón serán tratados
con más blandura que vosotras en
el juicio. 15 Y tú, Cafarnaum, que te
levantas (3) hasta el cielo, hasta
el infierno serás abatida. 16 El que
a vosotros os oye, a mí me oye, y el
que a vosotros os desecha a mí
me desecha (4), y el que me desecha
a mí, desecha al que me envió.

---

(1) En este punto comienza la cuarta parte del Evangelio, y por esta frase vemos que San Lucas encamina al Salvador hacia Jerusalén, donde ha de morir. Esto nos suministra una indicación general del lugar y tiempo a que pertenece todo el conjunto de sucesos, que no suelen llevar indicación alguna geográfica ni cronológica.

(2) Un grupo de discípulos caminaba delante del grueso de la comitiva, para buscar hospedaje en los lugares por donde debían pasar.

(3) Las relaciones de los samaritanos y de los judíos no eran nada amistosas, y más cuando intervenía un motivo religioso. (In. 4, 9.)

(4) Muéstrale con esto el espíritu de abnegación de que ha de venir animado.

(5) Debe de ser éste un proverbio común, e indica que quien se da al reino de Dios no debe mirar a otra cosa.

(6) Se parece esta misión de los setenta y dos discípulos, referida sólo por San Lucas, a la misión de los doce, que nos cuenta San Mateo en 10, 1 ss.

(1) En Gén. (18-19) se refieren los pecados de Sodoma y la justicia que Dios hizo en ella, quedando como ejemplar de la cólera divina. (Deut. 29, 23.)

(2) San Mateo (11, 20 ss.) parece colocar este discurso del Salvador a la vista de las ciudades situadas a orillas del lago. San Lucas enlaza este pasaje con los versículos anteriores, en que habla de la ciudad hipotéticamente incrédula. *Si en Tiro y en Sidón.* Ciudades fenicias situadas en la costa, al norte de Galilea, y que más de una vez fueron objeto de las amenazas de los profetas.

(3) La prosperidad material era causa de su orgullo, que tendrá por castigo el abatimiento.

(4) Hermosa sentencia que muestra el valor de la misión que los discípulos reciben.

Vuelta de los setenta.

17 Volvieron los setenta y dos
llenos de alegría, diciendo: Señor,
hasta los demonios se nos sometían
en tu nombre (1). 18 Y El les dijo:
Veía yo a Satanás caer del cielo (2)
como un rayo. 19 Yo os he dado
poder para andar sobre serpientes
y escorpiones y sobre toda potencia
enemiga, y nada os dañará. 20 Mas
no os alegréis de que los espíritus
os estén sometidos, alegraos más bien
de que vuestros nombres están escri-
tos en los cielos.

Revelación del Padre a los pequeños.

21 En aquella hora se sintió inun-
dado de gozo en el Espíritu Santo y
dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del
cielo y de la tierra, porque has ocul-
tado estas cosas a los sabios y pru-
dentes y las revelaste a los pequeños,
es, Padre, porque tal ha sido tu
beneplácito. 22 Todo me ha sido
entregado por mi Padre, y nadie
conoce quién es el Hijo sino el Padre,
y quién es el Padre sino el Hijo,
y aquel a quien el Hijo quisiere
revelárselo. 23 Y vuelto a los discí-
pulos, aparte les dijo: Dichosos los
ojos que ven lo que vosotros veis,
24 porque yo os digo que muchos
profetas y reyes quisieron ver lo
que vosotros veis y no lo vieron,
y oír lo que oís, y no lo oyeron.

El mayor precepto.

25 Levantóse un doctor de la Ley
para tentarle, y le dijo: Maestro,
¿qué haré para alcanzar la vida eterna?
26 El le dijo: ¿Qué está escrito en la
Ley? ¿Cómo lees? 27 Le contestó
diciendo: Amarás al Señor tu,
Dios (3), con todo tu corazón, con
toda tu alma, con todas tus fuerzas
y con toda tu mente, y al prójimo
como a ti mismo. 28 Y le dijo: Bien
has respondido. Haz esto y vivirás.
29 El, queriendo justificarse, pre-
guntó a Jesús: ¿Y quién es mi pró-
jimo? (1).

Parábola del samaritano.

30 Tomando Jesús la palabra, dijo:
Bajaba un hombre de Jerusalén a
Jericó y cayó en poder de ladrones,
que le desnudaron, le cargaron de
azotes, y se fueron dejándole medio
muerto. 31 Por casualidad, bajó un
sacerdote por el mismo camino, y
viéndole, pasó de largo. 32 Asimismo
un levita, pasando por aquel sitio,
le vió también y pasó adelante.
33 Pero un samaritano, que iba de
camino, llegó a él, y viéndole, mo-
vido a compasión, 34 acercándosele,
le vendó las heridas derramando en
ellas aceite y vino, y haciéndole
montar sobre su propia cabalga-
dura, le condujo al mesón y cuidó de
él. 35 A la mañana, sacando dos
denarios, se los dió al mesonero y
dijo: Cuida de él, y lo que te cueste,
a la vuelta te lo pagaré. 36 ¿Quién
de estos tres (2) te parece haber
sido prójimo de aquel que cayó en
poder de ladrones? 37 El contestó:
El que hizo con él misericordia.
Contestóle Jesús: Vete y hazlo tú
mismo.

Marta y María.

38 Yendo de camino, entró en una
aldea, y una mujer, Marta de nom-
bre, le recibió en su casa. 39 Tenía
ésta una hermana llamada María (3),

---

(1) Como niños, los discípulos vuelven alegres de las obras realizadas; Jesús levanta sus pensamientos a considerar un motivo más alto de alegría.

(2) La expulsión de los demonios significaba una victoria sobre el príncipe de las tinieblas y un retroceso de su imperio ante el reino de Dios. (11, 20.)

(3) San Mateo (22, 34 ss.) y San Marcos (12, 28 ss.) proponen la misma cuestión en forma un poco diferente; mas para venir a la misma conclusión, que el amor es la suma de toda la Ley. Este principio constituye la diferencia radical entre el Evangelio y la Ley, tal como los doctores la entendían, a modo de norma jurídica que regula los actos exfernos de la vida.

(1) Esta instancia es propia de San Lucas, que con ella introduce la hermosa parábola del samaritano.

(2) Tal pregunta, a la que luego responde el «vete y haz tú lo mismo», no responde directamente a la cuestión arriba propuesta por el escriba, «quien es mi prójimo». Pero, aunque indirecta, esta respuesta es bien clara, para que todos puedan entenderla.

(3) Con este episodio nos traslada el evangelista a Betania. Aparece claro que esta María que aquí se nos presenta no tiene nada que ver ni con la Magdalena ni con la pecadora. San Lucas nos hace su presentación como si no la conociéramos.

la cual, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra. 40 Marta andaba afanada en los muchos cuidados del servicio, y acercándose, dijo: ¿Señor, no te da enfado que mi hermana me deje a mí sola en el servicio? Dile, pues, que me ayude. 41 Respondió el Señor y le dijo: Marta, Marta, tú te inquietas y te turbas por muchas cosas; pero pocas son necesarias, o más bien una sola. 42 María ha escogido la mejor parte (1), que no le será arrebatada.

La oración dominical.

11 1 Acacció que, hallándose El orando en cierto lugar, así que acabó, le dijo uno de los discípulos: Señor, enséñanos a orar, como también Juan enseñaba a sus discípulos (2). 2 Y El les dijo: Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea el tu nombre; venga a nos el tu reino; 3 danos cada día el pan cotidiano; 4 perdónanos nuestras deudas, porque también nosotros perdonamos a todos nuestros deudores y no nos pongas en tentación (3).

Parábola del amigo importuno.

5 Y les dijo (4): Si alguno de vosotros tuviere un amigo y viniese a él a medianoche, y le dijera: Amigo, préstame tres panes; 6 pues un amigo mío ha llegado de viaje y no tengo qué darle. 7 Y él, respondiendo desde dentro, le dijese: No me molestes, la puerta está ya cerrada, y mis niños están ya conmigo en la cama, no puedo levantarme para dártelos. 8 Yo os digo que, si no se levanta y se los da por ser amigo suyo, a lo menos por la importunidad, se levantará y le dará cuanto necesite. 9 Y os digo: Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá; 10 porque quien pide recibe, y quien busca halla, y al que llama se le abre. 11 ¿Qué padre entre vosotros, si el hijo le pide un pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará en vez del pez una serpiente? ¿O si le pide un huevo le dará un escorpión? 13 Si vosotros, pues, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo (1) a los que se lo piden?

Origen del poder sobre los demonios.

14 Estaba expulsando a un demonio mudo, y así que salió el demonio, habló el mudo. Y las muchedumbres se admiraron, 15 pero algunos de ellos dijeron: Por poder de Beelzebul, príncipe de los demonios, expulsa éste los demonios; 16 otros, para tentarle, le pedían una señal del cielo. 17 Pero El, conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será devastado, y caerá casa sobre casa. 18 Si, pues, Satanás se halla dividido contra sí mismo, ¿cómo se mantendrá su reino? Puesto que decís que por virtud de Beelzebul expulso yo a los demonios. 19 Si yo expulso a los demonios por Beelzebul, vuestros hijos ¿por quién los expulsan? Por esto ellos mismos serán vuestros jueces. 20 Pero si expulso a los demonios por el dedo de Dios, sin duda que el reino de Dios ha llegado a vosotros. 21 Cuando un fuerte, bien armado (2), guarda su palacio, seguros están sus bienes 22 pero, si llega uno más fuerte que él, le vencerá, le quitará las armas en que confiaba, y repartirá sus despojos. 23 El que no está conmigo está contra mí, y el que conmigo no recoge, derrama. 24 Cuando un espíritu impuro sale de un hombre (3), recorre los luga-

(1) La cual no era otra cosa que el reino de Dios, que ella veía en la palabra de Jesús. En la historia de la espiritualidad cristiana, estas dos hermanas representan la vida activa y la vida contemplativa.

(2) San Mateo inserta la oración dominical en la sección del Sermón del Monte, que dedica a la oración (6, 5-15); mas parece que la ocasión de su enseñanza debe de ser ésta. La antigua tradición coloca este suceso en el Monte de los Olivos, en la Eleona.

(3) Como las bienaventuranzas, así el padrenuestro está más abreviado. La Iglesia prefirió desde el principio la forma más completa de San Mateo para la oración litúrgica.

(4) Esta parábola se liga a lo que precede, y con ella trata de enseñar la confianza y la perseverancia en la oración.

(1) Es este el don mesiánico, en el cual se resumen todas las gracias divinas. (Act. 2, 28; 19, 2 ss.)

(2) Parábola para mostrar que El, que expulsa los demonios, es más fuerte que éstos.

(3) Espíritu impuro, porque induce a actos de impureza, como se le llama mudo porque produce la mudez. La parábola enseña el mal de la recaída en el pecado, pintada de un modo muy gráfico.

res áridos buscando reposo, y no hallándolo se dice: Volveré a la casa de donde salí; [25] y viniendo la encuentra barrida y aderezada. [26] Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él y, entrando, habitan allí, y vienen a ser las postrimerías de aquel hombre peores que los principios.

Elogio de la madre de Jesús.

[27] Mientras El decía estas cosas, levantó la voz una mujer de entre la muchedumbre y dijo: Dichoso el seno que te llevó y los pechos que mamaste (1). [28] Pero El dijo: Más bien, dichosos los que oyen la palabra de Dios y la guardan.

Juicio severo sobre la presente generación.

[29] Creciendo la muchedumbre, comenzó a decir: Esta generación es una generación mala; pide una señal, y no le será dada otra señal que la de Jonás. [30] Porque como fué Jonás señal para los ninivitas, así también lo será el Hijo del hombre para esta generación. [31] La reina del Mediodía (2) se levantará en el juicio contra los hombres de esta generación y los condenará; porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y hay aquí algo más que Salomón. [32] Los ninivitas se levantarán en el juicio contra esta generación y la condenarán, porque hicieron penitencia a la predicación de Jonás, y hay aquí más que Jonás.

La luz de Cristo, luz del alma.

[33] Nadie enciende la lámpara (3) y la pone en un rincón, ni bajo el celemín, sino sobre un candelero, para que los que entren tengan luz. [34] La lámpara de tu cuerpo (4) es tu ojo; si tu ojo es puro, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si fuese malo, también tu cuerpo estará en tinieblas. [35] Cuida, pues, que tu luz no tenga parte de tinieblas. [36] Porque si todo tu cuerpo es luminoso, sin parte alguna tenebrosa, todo él resplandecerá como cuando la lámpara te ilumina con vivo resplandor.

Reprensión de los fariseos y doctores.

[37] Estaba hablando, y le invitó un fariseo a comer con él; y fué y se puso a la mesa. [38] El fariseo se maravilló de ver que no se había lavado antes de comer. [39] Y el Señor le dijo: Mira, vosotros los fariseos limpiáis la copa y el plato por de fuera, pero vuestro interior está lleno de rapiña y maldad. [40] ¡Insensatos! Acaso el que ha hecho lo de fuera no ha hecho también lo de dentro? [41] Sin embargo, dad limosna según vuestras facultades y todo será puro para vosotros. [42] ¡Ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, y de la ruda, y de todas las legumbres, y descuidáis la justicia y el amor de Dios! Hay que hacer esto sin omitir aquello. [43] ¡Ay de vosotros, fariseos, que amáis los primeros asientos en las sinagogas y los saludos en las plazas! [44] ¡Ay de vosotros, que sois sepulturas que no se ven, que los hombres pisan sin saberlo!

[45] Tomando la palabra un doctor de la Ley le dijo: Maestro, hablando así nos ultrajas también a nosotros. [46] Pero El le dijo: ¡Ay también de vosotros, doctores de la Ley, que echáis pesadas cargas sobre los hombres, y vosotros ni con uno de vuestros dedos las tocáis! [47] ¡Ay de vosotros, que edificáis monumentos a los profetas, a quienes vuestros padres dieron muerte! [48] Vosotros mismos atestiguais que consentís en la obra de vuestros padres; ellos los mataron; vosotros les edificáis sepulcros. [49] Por esto dice la Sabiduría de Dios: Yo les envío profetas y apóstoles, y ellos los matan y persiguen, [50] para que sea pedida cuenta a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde el principio del mundo, [51] desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, asesinado entre el altar y

(1) Curiosa exclamación la de esta mujer, madre sin duda, que se entusiasma oyendo a Jesús enseñar. La respuesta del Salvador concuerda con la de Mt. 12, 50; Mc. 3, 35.

(2) Es la reina de Saba, en la Arabia Meridional, de que se habla en I Reg. 10, 1 ss.

(3) Esa lámpara es el mismo Jesús, predicador de la verdad, que lleva a Dios.

(4) Es la misma verdad evangélica, que, depositada en el alma, debe servir de guía para caminar hacia la consecución de la salud.

el santuario; sí, os digo que le será pedida cuenta a esta generación. 52 ¡Ay de vosotros, doctores de la Ley, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia; y ni entráis vosotros ni dejáis entrar! 53 Cuando salió de allí comenzaron los escribas y fariseos a acosarle terriblemente y a proponerle muchas cuestiones, 54 armándole trampas para cogerle por alguna palabra de su boca.

Advertencia a los discípulos.

12 1 Entretanto se fué juntando la muchedumbre por millares, hasta el punto de pisarse unos a otros, y comenzó El a decir a sus discípulos: Ante todo guardaos del fermento de los fariseos, que es la hipocresía, 2 pues nada hay oculto que no haya de descubrirse (1), y nada escondido que no haya de llegar a saberse. 3 Por esto, todo lo que decís en las tinieblas (2) será oído en la luz, y lo que habláis al oído en vuestros aposentos, será pregonado desde los terrados. 4 Y a vosotros, mis amigos, os digo: No temáis a los que matan el cuerpo y después no tienen ya más que hacer. 5 Yo os diré a quién habéis de temer; temed al que, después de haber dado la muerte, tiene poder para echar en la gehenna. Sí, yo os digo que temáis a ése. 6 ¿No se venden cinco pájaros por dos ases? Y, sin embargo, ni uno de ellos está en olvido ante Dios. 7 Y aun hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No temáis, vosotros valéis más que muchos pájaros. 8 Yo os digo: a quien me confesare delante de los hombres, el Hijo del hombre le confesará delante de los ángeles de Dios. 9 El que me negare delante de los hombres, será negado ante los ángeles de Dios. 10 A quien dijere una palabra contra el Hijo del hombre le será perdonado; pero al que blasfemare contra el Espíritu Santo no le será perdonado. 11 Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o qué habéis de responder o decir, 12 porque el Espíritu Santo os enseñará en aquella hora lo que habéis de decir.

Cuidado con la avaricia.

13 Díjole uno de la muchedumbre: Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia. 14 El le respondió: Pero hombre, ¿quién me ha constituído juez o partidor entre vosotros? 15 Y les dijo: Mirad de guardaros de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho no está la vida en la hacienda. 16 Y les dijo una parábola: Había un hombre rico, cuyas tierras le dieron gran cosecha. 17 Y él comenzó a pensar dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, pues no tengo dónde encerrar mi cosecha? 18 Y dijo: Ya sé lo que voy a hacer; demoleré mis graneros y los haré más grandes, y almacenaré en ellos todo mi grano y mis bienes, 19 y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes almacenados para muchos años, descansa, come, bebe, regálate. 20 Pero Dios le dijo: Insensato, esta misma noche te pedirán el alma, y todo lo que has acumulado, ¿para quién será? 21 Así será el que atesora para sí y no es rico ante Dios (1).

Confianza en la Providencia.

22 Y dijo a sus discípulos: Por esto os digo: No os preocupéis de vuestra vida por lo que comeréis, ni de vuestro cuerpo por lo que vestiréis, 23 porque la vida es más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido. 24 Mirad a los cuervos (2), que ni hacen sementera ni cosecha, que no tienen ni despensa ni granero y Dios los alimenta; ¿cuánto más valéis vosotros que un ave? 25 ¿Quién de vosotros, a fuerza de cavilar, puede añadir un codo a su estatura? 26 Si, pues, no podéis ni lo menos, ¿por qué preocuparos de lo más? 27 Mirad los lirios cómo crecen; ni trabajan, ni hilan, y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió

(1) La hipocresía de los fariseos vendrá también a la luz.

(2) El misterio del reino de Dios, que a ellos se comunica aparte, a las claras deberán publicarlo y a la luz del día, aunque sea con peligro de su vida, por la cual no deberán temer, pues Dios tiene cuenta de ella y la guardará para la eternidad.

(1) En esta parábola muestra la inanidad de los bienes terrenos ante el valor eterno del alma.

(2) Hermosa página ésta, que nos enseña, a la luz de las obras naturales, la providencia del Padre celestial. Confiados en ella, hemos de buscar sin afán el pan de cada día. (Mt. 6, 25 ss).

como uno de ellos. [28] Y si a la hierba, que hoy está en el campo, y mañana es arrojada al horno, así la viste Dios, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? [29] No andéis buscando lo que comeréis o lo que beberéis, no andéis ansiosos, [30] porque todas estas cosas las buscan las gentes del mundo, pero vuestro Padre sabe que tenéis de ellas necesidad. [31] Vosotros buscad su reino (1), y todo eso se os dará por añadidura. [32] No temas, rebañito mío (2), porque vuestro Padre se ha complacido en daros el reino. [33] Vended vuestros bienes y dadlos en limosna; haceos bolsas que no se gastan, un tesoro inagotable en los cielos (3), a donde ni el ladrón llega, ni la polilla roe; [34] porque donde está vuestro tesoro, allí está vuestro corazón.

Necesidad de la vigilancia.

[35] Tened ceñidos vuestros lomos (4) y encendidas las lámparas, [36] y sed como hombres, que esperan a su amo, de vuelta de las bodas, para que, al llegar él y llamar, al instante le abran. [37] Dichosos los siervos a quienes el amo hallare en vela; en verdad os digo que se ceñirá, y los sentará a la mesa, y se prestará a servirles. [38] Ya llegue a la segunda vigilia, ya a la tercera, si los encontrare así, dichosos ellos. [39] Vosotros sabéis bien que si el amo de casa conociera a qué hora habría de venir el ladrón, velaría y no dejaría horadar su casa. [40] Estad, pues, prontos, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre. [41] Dijo Pedro: Señor, ¿es a nosotros a quienes dices esta parábola, o a todos? [42] Y el Señor contestó: ¿Quién es, pues, el administrador fiel, prudente, a quien pondrá el amo sobre su servidumbre para distribuirle la ración de trigo a su tiempo? [43] Dichoso ese siervo a quien el amo, al llegar, le hallare haciendo así. [44] En verdad os digo que le pondrá sobre todos sus bienes. [45] Pero si ese siervo dijere en su corazón: Mi amo tarda en venir, y comenzase a golpear a los siervos y siervas, a comer, y beber, y embriagarse, [46] llegará el amo el día que menos lo espere y a la hora que no sabe, y le quitará y le pondrá entre los infieles. [47] Y ese siervo, que conocía la voluntad de su amo y no se preparó, y no hizo conforme a ella, recibirá muchos azotes. [48] Pero el que no la conocía y hace cosas dignas de castigo, recibirá menos. A quien mucho se da, mucho se le reclamará, y a quien mucho se ha entregado mucho se le pedirá.

Por Jesús, o contra Jesús.

[49] Yo he venido a echar fuego (1) en la tierra, ¿y qué he de querer sino que se encienda? [50] Tengo que recibir un bautismo (2), ¡y cómo me siento constreñido hasta que se cumpla! [51] ¿Pensáis que he venido a traer la paz a la tierra? Os digo que no, sino la disensión. [52] Porque en adelante estarán en una casa cinco divididos, tres contra dos y dos contra tres; [53] se dividirán el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre, y la madre contra la hija, y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera, y la nuera contra la suegra.

Las señales del tiempo.

[54] Y a la muchedumbre le decía también: Cuando veis levantarse una nube por el poniente, al instante decís: Va a llover. Y así es. [55] Y cuando sentís el viento sur que sopla, decís: Va a hacer calor. Y así sucede. [56] Hipócritas; sabéis juzgar del aspecto de la tierra y del cielo; ¿pues cómo no juzgáis de los tiempos presentes? [57] ¿Por qué no juzgáis por vosotros mismos lo que es justo? [58] Cuando vayas, pues, con tu adversario al magistrado, procura en el

(1) Este debe ser el objeto de nuestros afanes; lo demás se nos dará por añadidura.

(2) Expresión consoladora para los discípulos de todos los tiempos, que se ven hechos objeto de las persecuciones del mundo.

(3) Nuevo modo de hacer que los bienes terrenos contribuyan a la felicidad eterna del alma.

(4) Desarrolla en esta sección el mismo tema que San Mateo nos ofrece en 24, 26 ss., el de la preparación o vigilancia con que hemos de vivir para presentarnos ante el tribunal de Dios a darle cuenta de nuestra vida.

(1) Es el fuego santificador del Espíritu, que da vida eterna. Por eso desea Jesús que se propague.

(2) Singular expresión que muestra cómo Jesús vivía con ansias de consumar su obra con el bautismo de sangre, que era su muerte.

camino desembarazarte de él, no sea que te entregue al juez (1), y el juez te ponga en manos del alguacil, y el alguacil te meta en la cárcel. 59 Te digo que no saldrás hasta que hayas pagado el último ochavo.

Invitación a la penitencia.

13 1 Por aquel tiempo se presentaron algunos (2), que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de los sacrificios que ofrecían. 2 Y respondiéndoles dijo: ¿Pensáis que esos galileos fueran más pecadores que los otros por haber padecido todo esto? 3 Yo os digo que no; y que si no hiciereis penitencia, todos igualmente pereceréis. 4 Y aquellos dieciocho sobre los que cayó la torre de Siloé matándolos, ¿creéis que eran más pecadores que todos los otros, que moraban en Jerusalén? 5 Os digo que no, y que si no hiciereis penitencia, todos igualmente pereceréis. 6 Y dijo esta parábola: Tenía uno plantada una higuera en su viña, y vino en busca del fruto y no lo halló. 7 Dijo entonces al viñador: Van ya tres años que vengo en busca del fruto de esta higuera, y no lo hallo; córtala: ¿por qué ha de ocupar la tierra en balde? 8 Y le respondió y dijo: Señor, déjala aún por este año, que la cave y la abone a ver 9 si da fruto para el año que viene...; si no, la cortarás.

Una curación en sábado.

10 Enseñaba en una sinagoga un sábado. 11 Y había allí una mujer, que tenía un espíritu de enfermedad hacía dieciocho años, y estaba encorvada, y no podía en modo alguno enderezarse. 12 Viéndola Jesús la llamó y le dijo: Mujer, estás curada de tu enfermedad. 13 Y le impuso las manos y al instante se enderezó, y glorificaba a Dios. 14 Y tomando la palabra el jefe de la sinagoga, indignado porque había curado en sábado (1), decía a la muchedumbre: Hay seis días en los cuales se puede trabajar; en ésos, venid y curaos, y no en día de sábado. 15 Respondióle el Señor y dijo: Hipócritas, ¿cualquiera de vosotros no suelta del pesebre su buey o su asno en sábado y lo lleva a beber? 16 ¿Pues esta hija de Abraham, a quien Satanás tenía ligada dieciocho años ha, no había de ser soltada de su atadura en día de sábado? 17 Y diciendo esto confundía a todos sus adversarios; y la muchedumbre se alegraba de las obras prodigiosas que hacía.

El grano de mostaza.

18 Decía, pues: ¿A qué es semejante el reino de Dios, y a qué lo compararé? 19 Es semejante a un grano de mostaza (2), que uno toma y arroja en su huerto, y crece y se convierte en un árbol, y las aves del cielo anidan en sus ramas. 20 Y de nuevo dijo: ¿A qué compararé el reino de Dios? 21 Es semejante al fermento, que una mujer toma y echa en tres medidas de harina hasta que fermenta todo (3).

La salud de los gentiles y la reprobación de los israelitas.

22 Y recorría las ciudades y las aldeas, enseñando y siguiendo su camino hacia Jerusalén. 23 Y le dijo uno: Señor, ¿son pocos los que se salvan? El le dijo: 24 Esforzaos a entrar por la puerta estrecha (4),

(1) Mientras caminamos por la vida tenemos tiempo para arreglar nuestras cuentas con Dios por medio de la penitencia.

(2) Vienen a darle la triste nueva, suponiendo que, como a galileo, le habrá de interesar. Como siempre, Jesús saca de aquí una lección para invitar a la penitencia. Ni de este episodio ni del siguiente se tiene otra noticia.

(1) Un ejemplo más que nos pone de manifiesto la aberración moral de los doctores judíos en la interpretación de la Ley. (Mc. 2, 23 ss.)

(2) Esta parábola declara la desproporción entre los orígenes humanos del reino de Dios, o sea, la vida humilde de Jesús, su pasión, los comienzos de la Iglesia, etc., y su maravilloso desarrollo ulterior en la tierra y en el cielo. Lo cual tiene una aplicación perfecta a la vida de los Santos, que se apoyan sólo en Dios. (Mt. 13, 31; Mc. 4, 31.)

(3) Así va el Evangelio y su gracia transformando al individuo y la sociedad, callada, pero eficazmente. (Mt. 13, 33.)

(4) Jesús rehuye responder a la pregunta de los discípulos; pero enseña lo que debemos hacer tratándose de negocio tan grave como el de nuestra salvación. Esta exige esfuerzos, y para asegurarla hay que violentarse, porque una vez excluídos del reino de los cielos ya no hay remedio.

porque os digo que muchos serán los que busquen entrar y no podrán, 25 una vez que el amo de casa se levante y cierre la puerta, y quedaréis fuera y llamaréis a la puerta diciendo: Señor, ábrenos, y os responderá: No sé de dónde sois. 26 Entonces comenzaréis a decir: Hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas. 27 Y él dirá: Os repito que no sé de dónde sois. Apartaos de mí todos, obreros de iniquidad. 28 Allí habrá llanto y crujir de dientes, cuando viereis a Abraham, a Isac, y a Jacob y a todos los profetas en el reino de Dios, mientras vosotros sois arrojados fuera. 29 Y vendrán de Oriente y de Occidente, del Septentrión y del Mediodía (1), y se sentarán a la mesa en el reino de Dios. 30 Y los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos.

La astucia de Herodes.

31 En aquella hora se le acercaron algunos de los fariseos diciéndole: Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte (2). 32 Y El les dijo Id y decid a esa raposa: Yo expulso demonios y hago curaciones hoy y las haré mañana, y al día tercero consumaré mi obra. 33 Pues he de andar hoy y mañana, y al día siguiente, porque no puede ser que un profeta perezca fuera de Jerusalén.

Amenaza contra Jerusalén.

34 ¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos como el ave su nidada debajo de las alas y no quisiste! 35 Se os deja vuestra casa. Y os digo que no me veréis hasta que digáis: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! (3).

(1) Anuncio de la vocación de los gentiles análogo a Mt. 8, 11.

(2) Se trata del verdugo de Juan. Tal vez Jesús se hallaba próximo a su castillo de Maqueronte, situado al este del mar Muerto, donde fué degollado el Bautista, y los comunicantes sospechan algún ardid de Herodes contra Jesús. Pero Jesús no hace caso, porque sabe que no puede morir sino en Jerusalén.

(3) Jerusalén quedará desolada (19, 43 s.); pero un día llegará en que Israel reconozca y aclame al Mesías, que ahora desecha. ¿Cuándo? ¿Cómo? Misterio de Dios. (Rom. 11, 25 ss.)

El hidrópico curado en sábado.

14 1 Habiendo entrado en casa de uno de los principales fariseos para comer en día de sábado le estaban observando. 2 Y había delante de él un hidrópico. 3 Y tomando Jesús la palabra habló a los doctores de la Ley y a los fariseos, diciendo: ¿Es lícito curar en sábado, o no? 4 Ellos guardaron silencio. Y asiéndole, le curó y le despidió. 5 Y les dijo: ¿Quién de vosotros, si su hijo, o su asno, cayere en un pozo, no le saca al instante, en día de sábado? 6 Y no podían replicarle (1).

Invitación a la modestia.

7 Decía a los invitados una parábola, observando cómo escogían para sí los primeros puestos: 8 Cuando seas invitado a una boda, no te sientes en el primer puesto, no sea que venga otro más honrado que tú invitado por aquél, 9 y llegando el que al uno y al otro os invitó, te diga: Cede a éste el sitio, y entonces con vergüenza vayas a ocupar el último puesto. 10 Cuando seas invitado, ve y siéntate en el postrer lugar para que, cuando venga el que te invitó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces tendrás gran honor en presencia de todos los comensales. 11 Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

Sobre la elección de los invitados.

12 Y dijo también al que le había invitado: Cuando hagas una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a los parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos a su vez te inviten y tengas ya tu recompensa. 13 Cuando hagas una comida, llama a los pobres (2), a los tullidos, a los cojos y a los ciegos, 14 y tendrás la dicha de que no puedan pagarte, porque recibirás la re-

(1) El argumento se apoya en la exégesis rabínica, la cual queda calificada con sólo exponerla.

(2) Los banquetes de ostentación y camaradería quiere que sean sustituídos por actos de misericordia, que Dios recompensará en la vida eterna.

compensa en la resurrección de los justos.

La parábola de los invitados descorteses.

15 Oyendo esto uno de los invitados, dijo: Dichoso el que coma pan en el reino de Dios (1). 16 Y El le contestó: Un hombre hizo un gran banquete e invitó a muchos. 17 Y a la hora del banquete envió a su siervo a decir a los invitados: Venid, que ya está preparado todo. 18 Y todos unánimemente comenzaron a excusarse, el primero dijo: He comprado un campo, y tengo que salir a verlo; te ruego que me des por excusado. 19 Otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y tengo que ir a probarlas; ruégote que me des por excusado. 20 Y otro dijo: He tomado mujer, y no puedo ir. 21 Y vuelto el siervo comunicó a su amo estas cosas. Entonces el amo de casa, irritado, dijo a su siervo: Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad, y a los pobres, tullidos, ciegos y cojos tráelos aquí. 22 Y el siervo le dijo: Señor, está hecho lo que mandaste y aún queda lugar. 23 Y dijo el amo al siervo: Sal a los caminos y a los cercados, y obliga a entrar, a fin de que se llene mi casa, 24 porque os digo que ninguno de aquellos que habían sido invitados gustará mi cena.

Necesidad de la abnegación para tomar la cruz.

25 Se le juntaron numerosas muchedumbres, y, vuelto a ellas, les decía: 26 Si alguno viene a mí y no aborrece al padre, a la madre, a la mujer, a los hijos, a los hermanos, a las hermanas y aun su propia vida (2), no puede ser mi discípulo. 27 El que no toma su cruz y viene en pos de mí, no puede ser mi discípulo. 28 Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene para terminarla? 29 No sea que, echados los cimientos y no pudiendo acabarla, todos cuantos lo vean se burlen de él diciendo: Este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar. 31 ¿O qué rey saliendo a campaña para guerrear con otro rey, no considera primero y delibera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? 32 Si no, hallándose aún lejos aquél, le envía una embajada, haciéndole proposiciones de paz. 33 Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes (1), no puede ser mi discípulo. 34 Buena es la sal (2); pero si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se sazonará? 35 Ni para la tierra es útil, ni aun para el estercolero; la tiran fuera. El que tenga oídos para oír, que oiga.

La censura de los fariseos.

15 1 Se acercaban a El todos los publicanos y pecadores para oírle. 2 Y los fariseos y escribas murmuraban (3), diciendo: Este acoge a los pecadores y come con ellos.

La oveja perdida.

3 Y les propuso esta parábola, diciendo: 4 ¿Quién habrá entre vosotros que teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas no deje las noventa y nueve en el desierto y vaya en busca de la perdida hasta que la halle? 5 Y, una vez hallada, alegre la pone sobre sus hombros, y vuelto a casa convoca a los amigos y vecinos, diciéndoles: Alegraos conmigo, porque hallé la oveja perdida. 7 Yo os digo que en

(1) La imagen del banquete para representar al reino mesiánico era familiar a los judíos. De aquí la exclamación del comensal, de la cual Jesús toma pie para proponer otra parábola, con que muestra la poca estima que se hacía del banquete, a juzgar por el desprecio de los invitados.

(2) He aquí una pretensión que sería excesiva, si Jesús no fuera Hijo de Dios, y si el seguirle a El no fuera lo más trascendental para el hombre, su salud eterna.

(1) Que no pospone todos los bienes al seguimiento de Jesús, de manera que prefiera perderlos todos antes que renunciar a la fe y amor del Salvador. Tal ha sido la conducta de los mártires en todos los tiempos.

(2) Esta sal son los discípulos para la tierra (Mt. 5, 13); si perdiesen su virtud para nada aprovecharían.

(3) Esta es la clave para entender la razón de las parábolas siguientes, por las cuales Jesus muestra a estos celadores de la virtud cuánta es la misericordia de Dios y cómo se alegran los santos ángeles, buenos conocedores de esta misericordia, de la conversión de los pecadores

el cielo será mayor la alegría por un pecador que haga penitencia que por noventa y nueve justos, que no necesitan de penitencia.

La dracma perdida.

8 ¿O qué mujer, teniendo diez dracmas, si pierde una no enciende la luz, y barre la casa, y busca cuidadosamente hasta hallarla? 9 Y, una vez hallada, convoca a las amigas y vecinas, diciendo: Alegraos conmigo; porque hallé la dracma que había perdido. 10 Tal os digo que será la alegría entre los ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia.

El hijo pródigo.

11 Y añadió: Un hombre tenía dos hijos. 12 Y dijo el más joven de ellos al padre: Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde. Y les dividió la hacienda. 13 Y pasados pocos días, el más joven, reuniéndolo todo, partió a una tierra lejana, y allí disipó toda su hacienda viviendo disolutamente. 14 Después de haberlo gastado todo sobrevino una fuerte hambre en aquella tierra y comenzó a sentir necesidad. 15 Y se fué y se puso a servir a uno de los de aquella tierra, que le mandó a sus campos a apacentar puercos. 16 Deseaba llenar su estómago de las algarrobas que comían los puercos, y no le era dado. 17 Y volviendo en sí, dijo: ¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre! 18 Me levantaré, e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra ti. 19 No soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros. 20 Y levantándose, se vino a su padre. Y cuando aún estaba lejos vióle el padre, y compadecido corrió a él y se arrojó a su cuello, y le cubrió de besos. 21 Díjole el hijo: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; y no soy digno de ser llamado hijo tuyo. 22 Pero el padre dijo a sus criados: Pronto, traed la túnica más rica, y vestídsela, poned un anillo en su mano y unas sandalias en sus pies, 23 y traed un becerro bien cebado y matadle, y comamos y alegrémonos, 24 porque éste mi hijo que había muerto ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado. Y se pusieron a celebrar la fiesta.

25 El hijo mayor se hallaba en el campo, y cuando, de vuelta, se acercaba a la casa, oyó la música y los coros; y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. 26 El le dijo: Ha vuelto tu hermano, y tu padre ha mandado matar un becerro cebado, porque ha venido sano. 28 El se enojó, y no quería entrar; pero su padre salió y le llamó. 29 El respondió y dijo a su padre: Hace ya tantos años que te sirvo (1) sin jamás haber traspasado tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer fiesta con mis amigos; 30 y al venir este hijo tuyo, que ha consumido su fortuna con meretrices, le matas un becerro cebado. 31 Y él le dijo: Hijo, tú estás siempre conmigo, y todos mis bienes tuyos son; 32 mas era preciso hacer fiesta y alegrarse, porque éste tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, se había perdido y ha sido hallado.

El administrador infiel.

16 1 Y decía a los discípulos (2): Había un hombre rico, que tenía un mayordomo, que fué acusado de disiparle la hacienda. 2 Y llamándole le dijo: ¿Qué es lo que oigo de ti? Da cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir de mayordomo. 3 Y se dijo para sí el mayordomo: ¿Qué haré, pues mi amo me quita la mayordomía? Cavar no puedo, mendigar me da vergüenza. 4 Ya sé lo que he de hacer, para que cuando me destituya de la mayordomía me reciban en sus casas. 5 Y llamando a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? 6 El dijo: Cien batos (3) de aceite. Y le dijo: Toma tu caución, siéntate al instante

(1) Habla como hablaría un esclavo o un jornalero, no como un hijo que se siente de casa y que mira como suyo cuanto hay en ella. Muy otro es el sentir del padre.

(2) Es esta una nueva lección sobre el uso de las riquezas, las cuales, si no por el modo de adquirirlas, por el apego que a ellas tienen los hombres, se pueden bien llamar «riquezas de iniquidad». (12, 33 ss.)

(3) Medida hebrea, equivalente a 38 litros.

y escribe cincuenta. 7 Luego dijo a otro: ¿Y tú cuánto debes? El dijo: Cien coros (1) de trigo. Díjole: Toma tu caucóin y escribe ochenta. 8 Y el amo alabó al mayordomo infiel de haber obrado industriosamente, pues los hijos de este siglo son más avisados en el trato con los suyos que los hijos de la luz. 9 Y yo os digo: Con las riquezas injustas haceos amigos, para que, cuando éstas falten, os reciban en los eternos tabernáculos. 10 El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho; y el que en lo poco es infiel, también es infiel en lo mucho (2). 11 Si vosotros, pues, no sois fieles en las riquezas injustas, ¿quién os confiará las riquezas verdaderas? 12 Y si en lo ajeno no sois fieles, ¿quién os dará lo vuestro? 13 Ningún criado puede servir a dos señores (3); porque, o aborrece al uno y amará al otro, o se allegará al uno y menospreciará al otro; no podéis servir a Dios y a las riquezas.

Reprensión de los fariseos.

14 Oían estas cosas los fariseos, que son avaros, y se mofaban de El. 15 Y les dijo: Vosotros pretendéis pasar por justos ante los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es para los hombres estimable es abominable ante Dios. 16 La Ley y los Profetas llegan hasta Juan (4); desde entonces se anuncia el reino de Dios y todos se esfuerzan por entrar en él. 17 Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra, que el faltar un solo ápice de la Ley. 18 Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, adultera, y el que se casa con la repudiada por el marido, comete adulterio.

El rico epulón y el pobre Lázaro.

19 Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba cada día espléndidos banquetes. 20 Y un pobre, por nombre Lázaro, estaba echado en su portal, cubierto de úlceras, 21 y deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico; hasta los perros venían a lamerle las úlceras. 22 Sucedió, pues, que murió el pobre, y fué llevado por los ángeles al seno de Abraham; y murió también el rico y fué sepultado. 23 Y en el infierno, en medio de los tormentos, levantó sus ojos y vió a Abraham desde lejos y a Lázaro en su seno. 24 Y, gritando, dijo: Padre Abraham, ten piedad de mí, y envía a Lázaro para que, con la punta del dedo mojado en agua, refresque mi lengua, porque estoy atormentado en estas llamas. 25 Dijo Abraham: Hijo, acuérdate de que recibiste ya tus bienes en vida, y Lázaro recibió males, y ahora él es aquí consolado y tú eres atormentado. 26 Además, entre nosotros y vosotros hay un gran abismo, de manera que los que quieran atravesar de aquí a vosotros no pueden, ni tampoco pasar de ahí a nosotros (1).

27 Y dijo: Te ruego, padre (2), que siquiera le envíes a casa de mi padre, 28 porque tengo cinco hermanos, para que les advierta, a fin de que no vengan también ellos a este lugar de tormento. 29 Y dijo Abraham: Tienen a Moisés y a los Profetas, que los escuchen. 30 Y él dijo: No, padre Abraham; que si alguno de los muertos fuese a ellos, harían penitencia. 31 Y le dijo: Si no oyen a Moisés y a los Profetas, tam-

(1) Medida también hebrea, equivalente a 589 litros.

(2) Estas sentencias sobre el uso de los bienes temporales y de los eternos tienen analogía con el pensamiento de la parábola; pero no son explicación de la misma.

(3) Entre Dios y las riquezas hay una oposición irreductible, y no puede caber el amor de ambos en el corazón humano.

(4) Distingue aquí Jesús la época del Antiguo Testamento, que llega hasta Juan, y la época del Reino, que empieza con el Bautista. La misión que representaban los escribas ha caducado, y asimismo las promesas terrenas que la Ley hacía a sus guardadores (Lev. 26, y Deut. 28), son sustituidas por las eternas, las cuales no dejarán de cumplirse.

(1) Con esta parábola quiere confirmar Jesús lo dicho sobre el valor de los bienes terrenos. El rico con toda su hacienda y con los placeres que ésta le procura, acabó en los ardores del infierno, donde se ve precisado a pedir a Lázaro una gota de agua, que no recibe. En cambio, el mendigo Lázaro es llevado por los ángeles al seno de Abraham, es decir, a la santa compañía de los patriarcas y amigos de Dios.

(2) No se ha de tomar como suena este lenguaje del condenado. El Señor se vale de expresiones parabólicas para poner de relieve la enseñanza de la parábola, que es la dicha anteriormente.

poco se dejarán persuadir si un muerto resucita.

El escándalo.

17 [1] Y dijo a sus discípulos: Es inevitable (1) que haya escándalos: sin embargo, ¡ay de aquel por quien vengan! [2] Mejor le fuera que le atasen al cuello una rueda de molino y fuese arrojado al mar, antes que escandalizar a uno de estos pequeños. [3] Mirad por vosotros.

El perdón del prójimo.

[3] Si peca tu hermano contra ti, corrígele, y si se arrepiente, perdónale. [4] Y si siete veces al día peca contra ti, y siete veces se vuelve a ti diciéndote: Me arrepiento, le perdonarás.

El poder de la fe.

[5] Y dijeron los Apóstoles al Señor: Acrecienta nuestra fe. [6] Dijo el Señor: Si tuvierais fe tanto como un grano de mostaza, diréis a este sicomoro: Desarráigate y plántate en el mar, él os obedecerá.

Siervos inútiles ante el Señor.

[7] ¿Quién de vosotros, teniendo un siervo arando o apacentando el ganado, al volver él del campo le dice: Pasa en seguida y siéntate a la mesa, [8] y no le dice más bien: Prepárame la cena, ciñete para servirme hasta que yo coma y beba, y luego comerás y beberás tú? [9] Deberá gratitud al siervo, porque hizo lo que le había sido ordenado? [10] Así también vosotros, cuando hicereis estas cosas que os están mandadas, decid: Somos siervos inútiles (2); lo que teníamos que hacer, eso hicimos.

(1) Dada la condición humana, no puede faltar el escándalo entre los hombres; pero esto no quita la grave responsabilidad del escandaloso.

(2) El texto de la parábola inducirla a pensar que el intento de Jesús es declararnos los sentimientos de Dios; pero más bien quiere mostrar os que deben tener los discípulos en el servicio del Señor.

Los diez leprosos.

[11] Yendo hacia Jerusalén, atravesó por entre la Samaria y la Galilea, [12] y entrando en una aldea le vinieron al encuentro diez leprosos, que a lo lejos se pararon, [13] y levantando la voz, decían (1): Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. [14] Y viéndolos, les dijo: Id y mostraos a los sacerdotes. Y en el camino quedaron limpios. [15] Uno de ellos viéndose curado, volvió glorificando a Dios a grandes voces: [16] y cayendo a sus pies, rostro en tierra, le daba gracias. Y era un samaritano (2). [17] Tomando Jesús la palabra dijo: ¿Acaso no han sido diez los curados? Y los otros nueve ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviera a dar gracias a Dios sino este extranjero? [19] Y le dijo: Levántate y vete, tu fe te ha salvado.

La venida del reino de Dios.

[20] Preguntado por los fariseos acerca de cuándo llegaría el reino de Dios, respondióles y dijo: No llegará el reino de Dios ostensiblemente. [21] Ni podrá decirse: Helo aquí, o allí, porque el reino de Dios está dentro de vosotros (3). [22] Y dijo a los discípulos: Llegará tiempo en que desearéis ver un solo día del Hijo del hombre, y no lo veréis. [23] Y os dirán: Hele allí, o hele aquí. No vayáis ni le sigáis, [24] porque así como el rayo relampaguea y fulgura desde un extremo al otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su día. [25] Pero antes ha de padecer mucho, y ser reprobado por esta generación. [26] Y como sucedió en los días de Noé, así será en los días del Hijo del hombre. [27] Comían y bebían, los hombres tomaban mujer y las mujeres marido, hasta el día en que Noé entró en el arca, y vino el diluvio y los hizo perecer a todos. [28] Lo

(1) Obedientes a la Ley, que les prohibe e. trato con los no contagiados, gritan de lejos! Jesús responde como en 5, 14, con la diferencia de que allí curó primero al leproso.

(2) La común miseria lo había unido a los otros, que serían judíos. Los samaritanos acataban también la ley de Moisés; pero éste creyó más sagrado volver a dar gracias a Jesús, que acudir al cumplimiento del precepto legal.

(3) Viene callado a las almas, que escuchan con docilidad la voz de Dios.

mismo en los días de Lot: comían y bebían, compraban y vendían, plantaban y edificaban; [29] pero en cuanto Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre que los hizo perecer a todos. [30] Así será el día en que el Hijo del hombre se revele. [31] Aquel día, el que esté en el terrado y tenga en casa sus enseres, no baje a cogerlos; e igualmente el que esté en el campo no vuelva atrás. [32] Acordaos de la mujer de Lot. [33] El que busque guardar su vida, la perderá, y el que la perdiere la conservará. [34] Dígoos que en aquel día estarán dos en una misma cama, uno será tomado y otro dejado. [35] Estarán dos moliendo juntas una será tomada y otra será dejada. [36] Y tomando la palabra le dijeron: ¿Dónde será, Señor? Y les dijo: Donde esté el cuerpo, allí se juntarán los buitres (1).

Parábola del juez inicuo.

18 [1] Y les dijo una parábola (2) para mostrar que es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer, [2] diciendo: Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios, ni respetaba a los hombres. [3] Y había asimismo en aquella ciudad una viuda que vino a él, diciendo: Hazme justicia contra mi adversario. [4] Y por mucho tiempo no le hizo caso; pero luego se dijo para sí: Aunque a la verdad yo no tengo temor a Dios ni respeto a los hombres, [5] mas, porque esta viuda me está cargando, le haré justicia para que no acabe por molerme. [6] Dijo el Señor: Oíd lo que dice este juez inicuo. [7] Y Dios no hará justicia a sus elegidos, que claman a El día y noche, aun cuando los haga esperar? [8] Yo os digo que hará justicia prontamente. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra? (3).

El fariseo y el publicano.

[9] Y dijo también esta parábola a algunos, que confiaban mucho en sí mismos teniéndose por justos (1), y despreciaban a los demás: [10] Dos hombres subieron al Templo a orar, el uno fariseo y el otro publicano. [11] El fariseo, en pie, oraba para sí de esta manera: O Dios, yo te doy gracias de que no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni soy como este publicano. [12] Ayuno dos veces en la semana, pago el diezmo de todo cuanto poseo. [13] El publicano se quedó allá lejos y ni se atrevía a levantar los ojos al cielo y hería su pecho, diciendo: O Dios, sé propicio conmigo pecador. [14] Os digo que bajó éste justificado a su casa, más bien que aquél. Porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

Los niños vienen a Jesús.

[15] Y también le presentaban niños (2) para que los tocase, pero viéndolo los discípulos les reprendían. [16] Y Jesús los llama a sí, diciendo: Dejad que los niños vengan a mí y no se lo prohibáis, porque de tales es el reino de Dios. [17] En verdad os digo, quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él.

La abnegación y renuncia de todo.

[18] Y cierto personaje le preguntó, diciendo: Maestro bueno (3), ¿qué haré para alcanzar la vida eterna? [19] Jesús le respondió: ¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sino sólo Dios. [20] Ya sabes los preceptos: No adulterarás, no matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio,

---

(1) Este versículo, según los códices más autorizados, está tomado de San Mateo 24, 28.

(2) Este relato muestra a las claras la diferencia entre la parábola y la alegoría. Sería absurdo decir qué el juez inicuo era Dios. La forma de la aplicación de la parábola está en el versículo 7.

(3) No tiene conexión con lo que precede. El mismo pensamiento en Mt. 24, 12; Mc. 13, 32, y II Tes. 2, 3 ss. Se habla del estado del mundo al fin de los tiempos.

(1) Hermosa pintura del espíritu fariseo, que presumiendo de su justicia, despreciaba a los demás por impuros, así como del ánimo humilde de tantos publicanos y pecadores que se acercaban a Jesús en demanda de perdón.

(2) Las madres le ofrecen los niños para que les imponga las manos, no dudando que con esto descendería sobre ellos la bendición divina. Jesús se complace en bendecirlos, porque los ve exentos de los prejuicios de sus padres para recibir el reino de Dios.

(3) El preguntante nota la bondad de Jesús; pero El levanta su espíritu a la bondad soberana de Dios.

honra padre y madre. [21] Díjole él: Todos esos preceptos los he guardado desde la juventud. [22] Oyendo esto Jesús le dijo: Aún te queda una cosa: Vende cuanto tienes (1), y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y luego, sígueme. [23] El, oyendo esto, se puso triste, porque era muy rico. [24] Viéndolo Jesús, dijo: ¡Qué difícilmente entran en el reino de Dios los que tienen riquezas! [25] Porque más fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja que el que un rico entre en el reino de Dios. [26] Dijeron los que le oían: Entonces, ¿quién puede salvarse? [27] El respondió: Lo que es imposible a los hombres es posible para Dios.

El premio de los Apóstoles.

[28] Díjole Pedro: Pues nosotros (2), dejando todo lo que teníamos, te hemos seguido. [29] Y El les dijo: En verdad os digo que ninguno que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por amor del reino de Dios [30] dejará de recibir mucho más en este siglo y la vida eterna en el venidero.

Nuevo vaticinio de la pasión.

[31] Tomando aparte a los doce les dijo: He aquí que subimos a Jerusalén y se cumplirán todas las cosas escritas del Hijo del hombre por los profetas, [32] que será entregado a los gentiles y escarnecido e insultado, y escupido, [33] y después de haberle azotado le quitarán la vida, y al tercer día resucitará. [34] Pero ellos no entendían nada de esto (3), eran cosas ininteligibles para ellos, no entendían lo que les decía.

(1) Jesús nos presenta dos caminos: uno el de los preceptos, otro el de renunciar a todas las cosas para seguir a Jesús consagrando su vida a la predicación del Evangelio como los Apóstoles. A ambos es un obstáculo la avaricia.

(2) Le siguieron no sólo con la práctica de la ley divina, sino con el abandono de todas las cosas, para unirse a su compañía. A estos les promete la mayor abundancia en la tierra por la mayor satisfacción que causa el goce de los bienes espirituales y luego la vida eterna en el cielo.

(3) Los evangelistas notan esa falta de inteligencia en los discípulos siempre que Jesús les habla de la pasión.

El ciego de Jericó.

[35] Y acercándose a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino pidiendo limosna. [36] Oyendo a la muchedumbre que pasaba, preguntó qué era aquello. [37] Le contestaron que era Jesús Nazareno que pasaba. [38] Y él se puso a gritar, diciendo: Jesús, hijo de David, ten piedad de mí. [39] Los que iban en cabeza le reprendían para que callase, pero él gritaba cada vez más fuerte: Hijo de David, ten piedad de mí. [40] Deteniéndose Jesús, mandó que se lo llevasen, y cuando se le hubo acercado, le preguntó: [41] ¿Qué quieres que te haga? Dijo él: Señor, que vea. [42] Y Jesús le dijo: Ve, tu fe te ha hecho salvo. [43] Y al instante recobró la vista, y le seguía glorificando a Dios. Y todo el pueblo que esto vió daba gloria a Dios.

Zaqueo.

19 [1] Y entrando, atravesó Jericó. [2] Había allí un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos y rico. [3] Y hacía por ver a Jesús, pero a causa de la muchedumbre, no podía, porque era de poca estatura. [4] Y corriendo delante se subió a un sicomoro para verle, pues había de pasar por allí. [5] Cuando llegó a aquel sitio, levantó los ojos Jesús, y le dijo: Zaqueo, baja pronto, porque hoy he de hospedarme en tu casa. [6] El bajó a toda prisa (1), y le recibió con alegría. [7] Y viéndolo, todos murmuraban de que hubiera entrado a alojarse en casa de un hombre pecador. [8] Zaqueo, en pie, dijo al Señor: Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres y, si a alguien he defraudado en algo, le devuelvo el cuádruplo (2). [9] Díjole Jesús: Hoy ha venido la salud a esta casa, por cuanto éste es también hijo de Abraham; [10] pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido.

Parábola de las minas.

[11] Oyendo ellos esto añadió Jesús

(1) Es éste otro ejemplo del espíritu dócil, que mostraban aquellos publicanos tan despreciados de los fariseos.

(2) Era la pena que la Ley imponía a los ladrones. (Ex. 22, 1.)

una parábola (1), por cuanto estaba próximo a Jerusalén, y les parecía que el reino de Dios iba a manifestarse luego. 12 Dijo, pues: Un hombre noble se partió a una región lejana para recibir la dignidad real y volverse; 13 y llamando a diez siervos suyos, les entregó diez minas, y les dijo: Negociad mientras vuelvo. 14 Sus conciudadanos le aborrecían y enviaron detrás de él una legación, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros. 15 Y sucedió que al volver él, después de haber recibido el reino, hizo llamar a aquellos siervos, a quienes había entregado el dinero, para saber cómo habían negociado. 16 Se presentó el primero diciendo: Señor, tú mina ha producido diez minas. 17 Díjole: Muy bien, siervo bueno, puesto que has sido fiel en lo poco, recibirás el gobierno de diez ciudades. 18 Vino el segundo que dijo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. 19 Díjole también a éste: Y tú recibe el gobierno de cinco ciudades. 20 Llega otro diciendo: Señor, ahí tienes tu mina, que tuve guardada en un pañuelo, 21 pues tenía miedo de ti, que eres hombre severo, que quieres recoger lo que no pusiste y segar donde no sembraste. 22 Díjole: Por tu boca misma te condeno, mal siervo. Sabías que yo soy hombre severo, que cojo donde no deposité, y siego donde no sembré, 23 ¿por qué, pues, no diste mi dinero al banquero? Y yo, al volver, lo hubiera recibido con los intereses. 24 Y dijo a los presentes: Cogedle a éste la mina y dádsela al que tiene diez. 25 Y le dijeron: Señor, tiene ya diez minas. 26 Díjoles: Os digo que al que tiene se le dará, y al que no tiene, aun lo que tiene, le será quitado. 27 Cuanto a esos mis enemigos, que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá, y delante de mí degolladlos. 28 Y diciendo esto, siguió adelante subiendo hacia Jerusalén.

Entrada triunfal en Jerusalén.

29 Al acercarse a Betfagé y Betania, en el monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, 30 diciendo: Id a la aldea, que está enfrente, y en entrando en ella hallaréis un pollino atado, que todavía no ha sido montado por nadie, y desatándole le traéis. 31 Y si alguno os dijere: ¿Por qué lo soltáis?, diréis así: El Señor tiene de él necesidad. 32 Fueron los enviados y lo hallaron así como les había dicho. 33 Desatando ellos el pollino les dijeron sus amos: ¿Por qué desatáis el pollino? 34 Les respondieron: El Señor tiene necesidad de él. 35 Y lo llevaron a Jesús, y echando sus mantos sobre el pollino, montaron a Jesús.

36 Según El iba, extendían sus vestidos en el camino. 37 Y cuando ya se acercaba a la bajada del monte de los Olivos, comenzó la muchedumbre de los discípulos a alabar alegres a Dios, a grandes voces, por todos los milagros que habían visto, 38 diciendo: «Bendito el que viene, el Rey, en el nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las alturas.» 39 Y algunos de los fariseos de entre la muchedumbre le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos. 40 Y El contestó, y dijo: Yo os digo que, si ellos callasen, las piedras gritarían (1).

El llanto sobre Jerusalén.

41 Y así que estuvo cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella (2), diciendo: Si al menos hoy conocieras tú lo que hace a la paz tuya! Pero ahora está oculto a tus ojos. 43 Porque días vendrán sobre ti, y te rodearán de trincheras tus enemigos, y te cercarán, y te estrecharán por todas partes, 44 y te abatirán al suelo a ti y a los hijos que tienes dentro, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por no haber conocido el tiempo de tu visitación.

Expulsión de los vendedores.

45 Y entrando en el templo comenzó a echar a los vendedores, 46 diciéndoles: Escrito está: Será mi

(1) Dos temas encierra esta parábola: el primero es la cuenta que debemos dar de los bienes a nosotros encomendados por el Señor, y concuerda con la de los talentos (Mt. 25, 14 ss.); el otro es el juicio de los que no quisieron recibir a Jesús como Rey y Mesías.

(1) La petición de los fariseos implica una acusación de imprudencia cuando menos contra Jesús. Su respuesta afirma la razón con que claman los reprendidos.

(2) Es conmovedor este episodio referido por San Lucas. En medio de las aclamaciones populares, Jesús llora al descubrir la Ciudad desde el Olivete, previendo la cercana ruina como castigo de su incredulidad.

casa de oración: pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones. 47 Y enseñaba cada día en el templo; pero los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, así como los primates del pueblo, buscaban perderle, 48 y no sabían qué hacer, porque el pueblo todo estaba pendiente de El escuchándole.

Origen de los poderes de Jesús.

20 1 Y aconteció uno de aquellos días que, enseñando El al pueblo en el templo y evangelizándolo, se presentaron los príncipes de los sacerdotes, y los escribas con los ancianos, 2 y le dirigieron la palabra, diciendo: Dinos con qué poder haces estas cosas, o quién te ha dado ese poder. 3 Y tomando la palabra les dijo: También quiero yo haceros una pregunta; decidme, pues: 4 ¿El bautismo de Juan procedía del cielo o de los hombres? 5 Ellos comenzaron a cavilar entre sí diciéndose: Si decimos: Del cielo, dirá: ¿Por qué no le habéis creído? 6 Si decimos: De los hombres, todo el pueblo nos apedreará, porque está persuadido de que Juan era un profeta. 7 Y así respondieron que no sabían de dónde procedía. 8 Y Jesús les dijo: Pues tampoco os digo yo con qué poder hago estas cosas.

Parábola de los viñadores.

9 Y comenzó a decir al pueblo esta parábola: Un hombre plantó una viña y la arrendó a unos viñadores y se partió de viaje para largo tiempo. 10 En el tiempo oportuno envió un siervo a los viñadores para que le diesen de los frutos de la viña; pero los viñadores le azotaron, y le despidieron con las manos vacías. 11 Y volvióles a enviar otro siervo, y a éste también le azotaron, le ultrajaron y le despacharon vacío. 12 Y aun les envió un tercero, y también a éste le echaron fuera, después de haberle herido. 13 Dijo entonces el amo de la viña: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado, a lo menos a éste le respetarán. 14 Pero en viéndole los viñadores, se hablaron unos a otros, diciendo: Este es el heredero; matémosle y será nuestra la heredad. 15 Y arrojándole fuera de la viña, le mataron. ¿Qué hará pues con ellos el amo de la viña? 16 Vendrá, y hará perecer a esos viñadores, y dará la viña a otros. Oyendo lo cual dijeron: No lo quiera Dios. 17 El, fijando en ellos su mirada, les dijo: ¿Pues qué significa aquello que está escrito: La piedra que reprobaron los edificadores, ésa ha venido a ser cabecera de esquina? 18 Todo el que cayere contra esa piedra se quebrantará, y aquel sobre quien ella cayere quedará desmenuzado.

El tributo al César.

19 Los escribas y príncipes de los sacerdotes quisieron echarle mano en aquella hora, porque conocieron que a ellos iba dirigida aquella parábola; pero temieron al pueblo. 20 Y quedándose al acecho, enviaron espías que se presentaron como varones justos, para cogerle en algo, de manera que pudieran entregarle a la autoridad y poder del gobernador. 21 Y le preguntaron, diciendo: Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud, y no tienes miramientos, sino que enseñas según verdad los caminos de Dios. 22 ¿Nos es lícito a nosotros pagar tributo al César, o no? 23 Viendo El su falsía, les dijo: 24 Mostradme un denario. ¿De quién es la efigie y la inscripción que tiene? Dijeron: Del César. Y El les respondió: Pues dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios. 26 Y no pudiendo cogerle por nada delante del pueblo, y maravillados de su respuesta, callaron.

La resurrección de los muertos.

27 Se le acercaron algunos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron, 28 diciendo: Maestro, Moisés nos ha prescrito que si el hermano de uno viniere a morir dejando mujer y sin hijos, su hermano tome la mujer para dar descendencia a su hermano. 29 Pues había siete hermanos, y el primero tomó mujer y se murió sin dejar hijos. 30 También el segundo. 31 Y el tercero tomó la mujer, e igualmente los siete no dejaron hijos, y se murieron. 32 Por fin murió también la mujer. 33 En la resurrección ¿de cuál de ellos será mujer? Porque los siete la tuvieron por mujer. 34 Díjoles Jesús: Los hijos de este siglo toman

mujeres y maridos. 35 Pero los juzgados dignos de tener parte en aquel siglo y en la resurrección de los muertos, ni tomarán mujeres ni maridos, 36 porque ya no pueden morir, y son semejantes a los ángeles e hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. 37 Pues que han de resucitar los muertos, el mismo Moisés lo da a entender en el pasaje de la zarza, cuando dice: El Señor, Dios de Abraham, Dios de Isac, y Dios de Jacob. 38 Dios no es Dios de muertos, sino de vivos, porque para El todos viven. 39 Tomaron entonces la palabra algunos escribas, y dijeron: Maestro, muy bien has dicho. 40 Porque ya no se atrevían a proponerle ninguna cuestión.

Origen del Mesías.

41 Entonces les dijo El: Y ¿Cómo dicen que el Mesías es hijo de David? 42 Pues el mismo David dice en el libro de los salmos:

Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, 43 hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies.

44 Pues si David le llama Señor, ¿cómo es hijo suyo? 45 Oyéndole todo el pueblo, dijo a sus discípulos: 46 Guardaos de los escribas, que gustan de ir vestidos de largas túnicas, y buscan los saludos en las plazas, y los primeros asientos en las sinagogas, y los primeros puestos en los convites, 47 mientras devoran las casas de las viudas, hacen ostentación de largas oraciones. Estos tendrán un juicio más severo.

El óbolo de la viuda.

21 1 Levantando la vista, vió ricos que echaban sus ofrendas en el gazofilacio, 2 y vió también a una viuda pobre que echaba dos ochavos, 3 y dijo: En verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos los otros, 4 porque los demás echaron para las ofrendas de Dios de lo que les sobraba, mientras que ésta echó de su indigencia todo lo que tenía para el sustento.

La hermosura del templo, arruinada.

5 Hablando algunos del templo, que estaba edificado con hermosas piedras y adornado de ex votos, dijo: 6 De todo esto que veis, vendrán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruído. 7 Y le preguntaron diciendo: Maestro, ¿pues cuándo sucederá y cuál es la señal de que estas cosas comiencen a suceder? (1).

Tiempos de angustia.

8 Y El les dijo: Mirad que no os dejéis engañar, porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: «Soy yo», y: «El tiempo está cerca». No los sigáis. 9 Cuando oyereis hablar de guerras y revueltas, no os aterréis; porque es preciso que sucedan estas cosas primero, pero aún no vendrá luego el fin. 10 Entonces les decía: Se levantará nación contra nación y reino contra reino, 11 habrá grandes terremotos, y en diversos lugares hambres, pestes, espantos y grandes señales del cielo.

Persecución de los discípulos.

12 Pero antes de todas estas cosas pondrán sobre vosotros las manos y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y metiéndoos en prisiones, conduciéndoos ante los reyes y gobernadores por amor de mi nombre. 13 Será para vosotros ocasión de dar testimonio. 14 Haced propósito de no preocuparos de vuestra defensa, 15 porque yo os daré un lenguaje y una sabiduría, a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros enemigos. 16 Seréis entregados aun por los padres, por los hermanos, por los parientes y por los amigos, y harán morir a muchos de vosotros, 17 y seréis aborrecidos de todos a causa de mi nombre. 18 Pero no se perderá un solo cabello de vuestra cabeza. 19 Por vuestra paciencia salvaréis vuestras almas.

La ruina de Jerusalén.

20 Cuando viereis a Jerusalén cercada (2) por ejércitos, entended que se aproxima su desolación. 21 Enton-

(1) Dos puntos abarca esta pregunta: cuándo sucederá y cuáles serán las señales.

(2) Con esto concuerdan las palabras de 19, 41 ss.

ces los que estén en Judea huyan a los montes, los que estén en medio de la ciudad retírense, quienes en los campos no entren en ella, [22] porque días de venganza serán ésos para que se cumpla todo lo que está escrito. [23] ¡Ay entonces de las encintas y de las que estén criando en aquellos días! Porque vendrá una gran calamidad sobre la tierra y gran cólera contra este pueblo. [24] Y caerán al filo de la espada, y serán llevados cautivos entre las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles, hasta que se cumplan los tiempos de las naciones (1).

La venida del Hijo del hombre.

[25] Y habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra perturbación de las naciones, aterradas por los bramidos del mar y la agitación de las olas, [26] exhalando los hombres sus almas por el terror y el ansia de lo que viene sobre la tierra, pues las columnas de los cielos se conmoverán. [27] Y entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con poder y majestad grandes.

Señales de la proximidad del reino de Dios.

[28] Cuando estas cosas comenzaren a suceder cobrad ánimo y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención. [29] Y les dijo una parábola: Ved la higuera y todos los árboles, [30] cuando echan ya brotes, viéndolos, conocéis por ellos que se acerca el verano. [31] Así también vosotros, cuando veáis estas cosas, conoced que está cerca el reino de Dios. [32] En verdad os digo, que no pasará esta generación antes que todo suceda. [33] El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

La vigilancia.

[34] Estad atentos, no sea que se emboten vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, y de repente venga sobre vosotros aquel día [35] como un lazo; porque vendrá sobre todos los moradores de la tierra. [36] Velad, pues, en todo tiempo y orad, para que podáis evitar todo esto que ha de venir, y comparecer ante el Hijo del hombre (1).

[37] Y enseñaba durante el día en el templo, y por la noche salía para pasarla en el monte llamado de los Olivos (2). [38] Y todo el pueblo madrugaba para escucharle en el templo (3).

La conspiración contra Jesús.

22 [1] Estaba cerca la fiesta de los Acimos, que se llama la Pascua. [2] Y los príncipes de los sacerdotes y los escribas buscaban cómo quitarle de enmedio, pero temían al pueblo. [3] Entró Satanás en Judas, llamado Iscariote, que era de los doce, [4] y fué a tratar con los príncipes de los sacerdotes y los oficiales sobre la manera de entregárselo. [5] Ellos se alegraron, y convinieron con él en darle dinero. [6] Y puestos de acuerdo, buscaba ocasión para entregárselo sin ruido.

La preparación de la última cena.

[7] Llegó pues el día de los Acimos, en que habían de sacrificar la Pascua, [8] y envió a Pedro y a Juan, diciendo: Id y preparadnos la Pascua para que la comamos. [9] Ellos le dijeron: ¿Dónde quieres que la preparemos? [10] Díjoles El: En entrando vosotros en la ciudad, os saldrá al encuentro un hombre con un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en que entre, [11] y decid al amo de la casa: El Maestro te dice: ¿Dónde está la sala en que he de comer la Pascua con mis discípulos? [12] Y él os mostrará una sala grande, aderezada; preparad allí. [13] Idos, en-

(1) La Ciudad Santa será hollada por los gentiles, y su pueblo muerto al filo de la espada o llevado cautivo. Esto durará hasta que se cumpla la edad de las naciones. Para aclarar este misterio de la suerte de Israel servirán las palabras de San Pablo sobre la ceguedad de Israel y su fin, en Rom. 11, 25 ss. La misma idea expresa San Mateo en 24, 14.

(1) Estos versículos contienen en resumen el tema más ampliamente desarrollado por San Mateo en 24, 37 ss.

(2) San Lucas nos da aquí una noticia sobre la actividad de Jesús en estos últimos días de su vida.

(3) Notas como ésta ponen de relieve la diferente conducta entre los directores del pueblo y éste, y, por tanto, la responsabilidad de aquéllos en haber apartado con su influencia al pueblo del camino de la salud, a que Jesús le llamaba.

contraron al que les había dicho, y prepararon la Pascua.

Institución de la Eucaristía.

14 Y cuando llegó la hora se puso
a la mesa y los Apóstoles con El.
15 Y les dijo: Ardientemente he de-
seado comer esta Pascua (1) con
vosotros antes de padecer, 16 porque
os digo que no la comeré más hasta
que sea cumplida en el reino de Dios.
17 Y tomando el cáliz, dió gracias, y
dijo: Tomadlo y distribuidlo entre
vosotros; 18 porque os digo, que desde
ahora no beberé del fruto de la vid
hasta que llegue el reino de Dios.
19 Y tomando el pan, dió gracias,
lo partió y se lo dió, diciendo: Este
es mi cuerpo, que se entrega por
vosotros: haced esto en memoria de
mí. 20 Y asimismo el cáliz, después
de haber cenado, diciendo: Este cáliz
es la nueva alianza en mi sangre,
que es derramada por vosotros. 21 Y
mirad, la mano del que me entrega
está conmigo a la mesa. 22 Porque
el Hijo del hombre va su camino,
según está decretado, pero ¡ay de
aquel por quien será entregado! 23 Y
ellos comenzaron a preguntarse unos
a otros sobre quién de ellos sería el
que había de hacer esto (2).

Cuestión de la primacía.

24 Se suscitó entre ellos (3) una
contienda sobre quién de ellos había
de ser tenido por mayor. 25 Y El les
dijo: Los reyes de las naciones im-
peran sobre ellas y los que ejercen
la autoridad sobre ellas son llamados
Bienechores; 26 pero no será así entre
vosotros; sino que el mayor entre
vosotros será como el menor, y el
que manda como el que sirve. 27 Por-
que quién es mayor, ¿el que está
sentado a la mesa, o el que sirve?
¿No es el que está sentado a la mesa?
Pues yo estoy en medio de vosotros
como quien sirve. 28 Vosotros sois
los que habéis permanecido conmigo
en mis pruebas, 29 y yo dispongo
del reino en favor vuestro como mi
Padre ha dispuesto de él en favor mío,
30 para que comáis y bebáis a mi mesa,
en mi reino, y os sentéis sobre tronos
como jueces de las doce tribus de
Israel.

La prueba de Pedro y el vaticinio de la negación.

31 Simón, Simón (1), Satanás os
busca para zacharos, como trigo;
32 pero yo he rogado por ti para que
no desfallezca tu fe, y tú, una vez
convertido, confirma a tus hermanos.
33 Díjole él: Señor, preparado estoy
para ir contigo, no sólo a la prisión,
sino a la muerte. 34 Y El dijo: Yo te
aseguro, Pedro, que no cantará hoy
el gallo antes que tres veces hayas
negado conocerme.

La gran prueba que se acerca.

35 Y les dijo: Cuando os envié sin
bolsa, sin alforjas, sin sandalias, ¿os
faltó alguna cosa? Dijeron ellos: Nada.
36 Pues ahora el que tenga bolsa, tó-
mela (2), e igualmente la alforja, y
el que no la tenga, venda su manto
y compre una espada. 37 Porque os
digo que ha de cumplirse en mí esta
escritura: Fué contado entre los mal-
hechores; porque también lo que a
mí toca llega a su término. 38 Dijé-
ronle ellos: Aquí hay dos espadas.
Respondióles: Es bastante.

La oración en Getsemaní.

39 Y saliendo se fué, según costum-
bre, al monte de los Olivos, y le si-

(1) Los versículos 15-18, que son propios de San Lucas, pertenecen a la Pascua judía, celebrada por Jesús antes de anularla con la institución de la Pascua cristiana, la Eucaristía.

(2) En este relato se echa de ver la semejanza de San Lucas con su maestro San Pablo. (I Cor. 11, 23, ss.)

(3) Los primeros evangelistas colocan este incidente en otra ocasión. (Mt. 18, 1; Mc. 10, 42.)

(1) San Lucas omite, después de la confesión de San Pedro (7, 20 ss.), el privilegio que el Señor le confiere del primado; en cambio, nos ofrece aquí este pasaje, en que anuncia a los discípulos la gran prueba a que serán sometidos, la caída de Pedro, su conversión y el encargo de confirmar a los otros en la fe, que es en otra forma la idea de la primacía sobre los demás discípulos.

(2) Cuando los envió antes, contaban con la benevolencia del pueblo para atender a sus necesidades; ahora las cosas han mudado tanto, que los Apóstoles no podrán contar sino con la oposición del pueblo israelita. El lenguaje metafórico no fué entendido por los discípulos.

gueron también sus discípulos. 40 Llegado allí, díjoles: Orad para que no entréis en tentación. 41 Y se apartó de ellos como un tiro de piedra y, puesto de rodillas, oraba. 42 diciendo: Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. 43 Y se le apareció un ángel del cielo que le confortaba. 44 Y lleno de angustia oraba con más instancia. Y sudó como gruesas gotas de sangre (1), que corrían hasta la tierra. 45 Y levantándose de la oración, vino a los discípulos, y los encontró adormilados por la tristeza, 46 y les dijo: ¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entréis en tentación.

La prisión.

47 Aún estaba El hablando, y he aquí que llegó una turba, y el llamado Judas, uno de los doce, los precedía, y acercándose a Jesús, le besó. 48 Jesús le dijo: Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? 49 Y viendo los que estaban en torno de El lo que pasaba, le dijeron: Señor, ¿herimos con la espada? Y uno de ellos hirió a un siervo (2) del Sumo Sacerdote y le llevó la oreja derecha. 51 Tomando Jesús la palabra le dijo: Basta ya. Dejad (3). Y tocando la oreja le curó. 52 Dijo Jesús a los príncipes de los sacerdotes, oficiales del templo y ancianos, que habían venido contra El: ¿Como contra un ladrón habéis venido con espadas y garrotes? 53 Estando yo cada día en el templo con vosotros, no habéis puesto las manos en mí; pero ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas (4).

(1) Ninguno de los evangelistas nos pinta con tan vivos colores la agonía de Jesús. Ante la representación de su próxima pasión, con todos sus detalles y con todas las consecuencias desastrosas para Israel, Jesús se aflige y suda gotas de sangre en tanta abundancia, que corren por el suelo. El Padre, a quien ora que, si es posible, le haga gracia de tanto dolor, le envía un ángel, no para servirle, como en el desierto (Mc. 1, 13), sino para confortarle y animarle a cargar con la cruz. La tradición se sintió a veces tan impresionada de este fenómeno, que suprimió los versículos 43 y siguiente de los códices sagrados.

(2) Y sin aguardar la licencia que pedía, hirió al siervo cortándole una oreja, que Jesús bondadosamente curó.

(3) Dejadlos ir hasta el extremo de prenderme, pues así está escrito de mí. (Mt. 26, 54.)

(4) Antes lo habían intentado muchas veces, y nada habían podido, porque no era llegada su hora; al presente es ya llegada, y la de infierno que los mueve.

La negación de Pedro.

54 Y apoderándose de El le llevaron e introdujeron en casa del Sumo Sacerdote, y Pedro le seguía de lejos. 55 Había fuego encendido en medio del atrio y estaban sentados y Pedro se sentó también entre ellos. 56 Y viéndole una sierva sentado a la lumbre y fijándose en él, dijo: Este estaba también con El. 57 El lo negó, diciendo: No le conozco, mujer. 58 Y después de poco, le vió otro, y dijo: Tú eres también de ellos. Y Pedro dijo: Hombre, no soy. 59 Y transcurrido como una hora, otro insistió, diciendo: En verdad que éste estaba con El, porque es galileo. 60 Dijo Pedro: Hombre, no sé lo que dices. Y al instante, hablando aún él, cantó el gallo. 61 Y vuelto el Señor miró a Pedro, y Pedro se acordó de la palabra del Señor, cuando le dijo: Antes que el gallo cante hoy, me negarás tres veces. 62 Y saliendo fuera lloró amargamente.

Jesús, escarnecido.

63 Los que le guardaban se burlaban de El y le maltrataban, 64 y vendándole, le preguntaban, diciendo: Profetízanos: ¿quién es el que te hirió? 65 Y otras muchas injurias proferían contra El.

El consejo y la condenación.

66 Y cuando fué de día se reunió el consejo (1) de los ancianos del pueblo, y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y le condujeron ante su tribunal, 67 diciendo: Si tú eres el Mesías, dínoslo. El les dijo: Si os lo digo, no me creeréis; 68 y si pregunto, no responderéis; 69 pero el Hijo del hombre estará sentado desde ahora a la diestra del poder de Dios. 70 Y todos dijeron: ¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Díjoles: Vosotros decís, yo soy. 71 Dijeron ellos: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca.

(1) San Lucas omite la sesión preparatoria de la noche, de la cual nos hablan los otros evangelistas, y traslada todo el proceso a la sesión de la mañana, que los primeros evangelistas no hacen sino mencionar. (Mt. 27, 1; Mc. 15, 1.

Acusación ante Pilato.

23 [1] Y levantándose todos le llevaron a Pilato, [2] y comenzaron a acusarle, diciendo: Hemos encontrado a éste que pervierte a nuestro pueblo, y prohibe pagar tributo al César y dice ser El el Mesías rey. [3] Pilato le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? El respondió, y dijo: Tú dices. [4] Pilato dijo a los príncipes de los sacerdotes y a la muchedumbre: Ningún delito hallo en este hombre. [5] Pero ellos insistieron, diciendo: Subleva al pueblo enseñando por toda la Judea, desde Galilea hasta aquí.

Presentación a Herodes.

[6] Oyendo esto Pilato, preguntó si aquel hombre era galileo, [7] y enterado de que era de la jurisdicción de Herodes, lo envió a Herodes (1), que estaba también en Jerusalén por aquellos días. [8] Viendo Herodes a Jesús se alegró mucho, porque desde hacía bastante tiempo deseaba verle, pues había oído hablar de El, y esperaba ver de El que hiciera alguna señal. [9] Le hizo bastantes preguntas, pero él no le contestó nada. [10] Estaban presentes los príncipes de los sacerdotes y los escribas, que insistentemente le acusaban. [11] Herodes con su escolta le despreció (2), y por burla le vistió una vestidura blanca y se lo devolvió a Pilato. [12] En aquel día se hicieron amigos uno del otro, Herodes y Pilato, pues antes eran enemigos (3).

Jesús y Barrabás.

[13] Pilato, convocando a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: [14] Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, y habiéndole interrogado yo ante vosotros no hallé en él delito alguno de los que alegáis contra El. [15] Y ni aun Herodes, pues nos lo ha vuelto a enviar. Nada, pues, ha hecho digno de muerte. [16] Le corregiré, y le soltaré. [17] Tenía que soltarles uno por la fiesta (1). [18] Pero todos a una comenzaron a gritar, diciendo: Quítale, y suéltanos a Barrabás, [19] que había sido encarcelado por un motín ocurrido en la ciudad y por un homicidio. [20] De nuevo Pilato se dirigió a ellos, queriendo librar a Jesús. [21] Pero ellos gritaban diciendo: Crucifícale, crucifícale. [22] Por tercera vez les dijo: ¿Qué mal ha hecho? Yo no encuentro en El nada digno de muerte; le corregiré y le soltaré. [23] Pero ellos a grandes voces instaban pidiendo que fuese crucificado, y sus voces prevalecieron. [24] Decidió, pues, Pilato acceder a su petición. [25] Soltó al que por el motín y el homicidio había sido puesto en la cárcel, según le pedían, y entregó a Jesús a la voluntad de ellos.

Camino del Gólgota.

[26] Y cuando le llevaban echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron con la cruz, para que la llevase en pos de Jesús. [27] Y le seguía una gran muchedumbre del pueblo y de mujeres que se herían y lamentaban por El. [28] Vuelto a ellas Jesús, dijo: Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, [29] porque días vendrán en que se dirá: Dichosas las estériles (2), y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron. [30] Entonces dirán a los montes: Caed sobre nosotros, y a los collados: Ocultadnos, [31] porque si esto se hace en el leño verde, ¿en el seco qué será? [32] Y con El llevaban dos malhechores para ser ejecutados.

La crucifixión.

[33] Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí, y a los

(1) Episodio propio de San Lucas, y que muestra hasta qué punto la causa resultaba enojosa para Pilato.

(2) Su modo de conducirse entonces no respondía a lo que de El había oído y a lo que esperaba ver, y no entendiendo los motivos, le desprecia teniéndole por fatuo.

(3) No es improbable que la causa de esta enemistad fuera alguna cuestión de competencia. Algunos piensan en los galileos muertos por Pilato en el templo. (13, 4.)

(1) El v. 17, excesivamente lacónico para introducir la petición de Barrabás, falta en muchos códices, y graves expositores lo consideran como tomado de los otros evangelios.

(2) Este pasaje, propio de San Lucas, se corresponde con el de 19, 41 ss. Ambos muestran el extremo dolor de Jesús por la rebeldía de Israel y sus tristes consecuencias.

dos malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda. 34 Y Jesús decía: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (1). Y dividiendo sus vestidos, echaron suertes sobre ellos. 35 Y el pueblo estaba allí mirando. Y los príncipes mismos se burlaban, diciendo: A otros salvó; sálvese a sí mismo, si es el Mesías de Dios, el Elegido. 36 Y le escarnecían también los soldados, que se acercaban a El ofreciéndole vinagre, 37 y diciendo: Si eres el rey de los judíos, sálvate a ti mismo. 38 Había también una inscripción sobre El: Este es el rey de los judíos.

Los dos ladrones.

39 Uno de los malhechores crucificados le insultaba, diciendo: ¿No eres tú el Mesías? Sálvate a ti mismo y sálvanos a nosotros. 40 Pero el otro, tomando la palabra, le reprendía, diciendo (2): ¿Ni tú que estás sufriendo el mismo suplicio temes a Dios? 41 Y nosotros justamente, porque recibimos el digno castigo de nuestras obras; pero éste nada malo ha hecho. 42 Y decía: Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino. 43 Y le dijo: En verdad te digo, hoy serás conmigo en el paraíso. 44 Y era ya como la hora de sexta y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la hora de nona, 45 oscureciéndose el sol, y el velo del templo se rasgó por medio. 46 Y Jesús, dando una gran voz, dijo: Padre, en tus manos entrego mi espíritu. Y diciendo esto expiró.

La hora de la verdad.

47 Y viéndolo el centurión (3) glorificó a Dios, diciendo: Verdaderamente este hombre era justo. 48 Y toda la muchedumbre que había asistido a aquel espectáculo, viendo lo sucedido, se volvía hiriéndose el pecho. 49 Todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido de Galilea estaban a distancia y contemplaban todo esto.

La sepultura.

50 Un varón, de nombre José, que era miembro del Consejo, hombre bueno y justo, 51 que no había dado su asentimiento a la resolución y a los actos de aquéllos, originario de Arimatea, ciudad de Judea, que esperaba el reino de Dios, 52 se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. 53 Y bajándole le envolvió en una sábana y le depositó en un monumento cavado en la roca, donde ninguno había sido aún sepultado. 54 Era día de Parasceve, y estaba para comenzar el sábado. 55 Y las mujeres, que habían venido con El de Galilea, le siguieron y vieron el monumento y cómo fué depositado su cuerpo. 56 Y a la vuelta prepararon aromas y mirra. Y durante el sábado se estuvieron quietas por causa del precepto.

El sepulcro, vacío.

24 1 Mas el primer día de la semana, muy de mañana, vinieron al monumento trayendo los aromas que habían preparado, 2 y encontraron removida del monumento la piedra, 3 y entrando no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. 4 Y aconteció que estando ellas perplejas sobre esto, se les presentaron dos hombres vestidos con unas vestiduras deslumbrantes. 5 Mientras ellas se quedaron aterrorizadas y bajaron la cabeza hacia el suelo, les dijeron: ¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? 6 No está aquí, ha resucitado. Acordaos cómo os habló estando aún en Galilea, 7 diciendo que el Hijo del hombre había de ser entregado en poder de los hombres pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer día. 8 Y ellas se acordaron de sus palabras, 9 y volviendo del monumento, comunicaron todas estas cosas a los once y a todos los demás. 10 Eran éstas María la Magdalena, y Juana, y María de San-

(1) Súplica sublime, que confirma toda su doctrina sobre el amor del prójimo.

(2) San Lucas precisa más la conducta de los ladrones, y, según él, se han de entender los otros evangelistas.

(3) El centurión gentil reconoce la inocencia de Jesús ante los fenómenos naturales; el pueblo confiesa su culpa, y vuelve a la simpatía que mostraba por Jesús. Pero sus directores vuelven también a la carga, y acaban por extraviarle definitivamente y atraer sobre su cabeza el castigo anunciado y llorado por Jesús.

tiago; y las demás (1) que estaban con ellas, decían estas cosas a los Apóstoles. [11] A ellos les parecieron desatinos estos relatos, y no los creyeron. [12] Pero Pedro se levantó y corrió al monumento, e inclinándose vió sólo los lienzos, y se volvió a casa admirado de lo ocurrido.

En el camino de Emaús.

[13] Y he aquí que, el mismo día, dos de ellos iban a una aldea, que dista de Jerusalén sesenta estadios, llamada Emaús, [14] y hablaban entre sí de todos estos acontecimientos. [15] Y mientras iban hablando y razonando, el mismo Jesús se les acercó e iba con ellos, [16] pero sus ojos no podían reconocerle. [17] Y les dijo: ¿Qué razonamientos son estos que vais haciendo entre vosotros mientras camináis? Y ellos se detuvieron entristecidos. [18] Y tomando la palabra uno de ellos, por nombre Cleofás, le dijo: ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no conoce los sucesos en ella ocurridos estos días? [19] Y les dijo: ¿Cuáles? Contestáronle: Lo de Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo; [20] cómo le entregaron los príncipes de los sacerdotes y los magistrados para que fuese condenado a muerte y crucificado. [21] Nosotros esperábamos que sería El quien rescataría a Israel; mas, con todo esto, van ya tres días desde que todo esto ha sucedido. [22] Nos asustaron ciertas mujeres de las nuestras que, yendo de madrugada al monumento, [23] no encontraron su cuerpo, y vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles que les dijeron que vivía. [24] Y algunos de los nuestros se fueron al monumento, y hallaron las cosas como las mujeres decían, pero a El no le vieron.

[25] Y El les dijo: ¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! [26] No era preciso que el Mesías padeciese y entrase en su gloria? Y comenzando por Moisés y por todos los profetas les fué declarando en todas las escrituras las cosas tocantes a El. [28] Cuando se acercaron a la aldea a donde iban, y El fingió seguir adelante. [29] Y le obligaron diciendo: Quédate con nosotros, pues el día ya declina. Y entró para quedarse con ellos.

[30] Puesto a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo y se lo dió partido. [31] Y se les abrieron los ojos y le reconocieron (1), y desapareció de su presencia. [32] Se dijeron uno a otro: ¿No ardían nuestros corazones dentro de nosotros, mientras en el camino nos hablaba y nos declaraba las Escrituras? [33] Y en el mismo instante se levantaron, y volvieron a Jerusalén y encontraron reunidos a los once y a sus compañeros, [34] que les dijeron: El Señor en verdad ha resucitado y se apareció a Simón. [35] Y ellos contaron lo que les había pasado en el camino, y cómo le reconocieron en la fracción del pan.

Aparición a los once.

[36] Mientras esto hablaban, se presentó en medio de ellos (2), y les dijo: La paz sea con vosotros. [37] Aterrados y llenos de miedo, creían ver un espíritu. [38] Y El les dijo: ¿Por qué os turbáis y por qué suben a vuestro corazón esos pensamientos? [39] Ved mis manos y mis pies, que yo soy. Palpadme y ved que el espíritu no tiene carne ni huesos como véis que yo tengo. [40] Y diciendo esto les mostró las manos y los pies. [41] Y no creyendo aún ellos, en fuerza del gozo y de la admiración, les dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? [42] Y le dieron un trozo de pez asado. [43] Y tomándolo comió delante de ellos.

---

(1) No concuerdan los evangelistas en la enumeración de las mujeres que acudieron al sepulcro la mañana de Pascua. San Lucas menciona por segunda vez a Juana, que, sin duda, debió de ser una de sus fuentes de información. *Decían estas cosas a los Apóstoles.* San Lucas es sobre este punto algo más explícito que los dos primeros evangelistas, aunque todavía no nos da la luz que hallamos en San Juan.

(1) Este episodio, propio de San Lucas, nos muestra claro cuáles eran los sentimientos de los discípulos sobre el fin de Jesús, cuán difícil era volverlos al camino de la verdad y cuánta fué su alegría cuando, al fin, lograron convencerse de ella.

(2) Esta aparición debe de ser la de Jn. 20, 19 ss., no obstante que aquí se habla de los once como expresando el grupo de los Apóstoles, igual que antes se decía los doce sin atender a que el grupo estuviera completo.

Ultimas instrucciones.

44 Les dijo (1): Esto es lo que yo
os decía estando aún con vosotros:
que era preciso que se cumpliera todo
lo que está escrito en la ley de Moisés
y en los Profetas y en los Salmos de
mí. 45 Entonces les abrió la inteli-
gencia para que entendiesen las Es-
crituras, 46 y les dijo: Que así estaba
escrito, que el Mesías padeciese y al
tercer día resucitase de entre los
muertos. 47 Y que se predicase en su
nombre la penitencia para la remi-
sión de los pecados a todas las na-
ciones, comenzando por Jerusalén.
48 Vosotros daréis testimonio de esto.
49 Pues yo os enviaré lo prometido por
mi Padre; pero habéis de permanecer
en la ciudad hasta que seáis revesti-
dos de lo alto.

(1) En estos versículos resume San Lucas las instrucciones dadas por Jesús a los discípulos durante los cuarenta días que permaneció con ellos. Entonces ya estaban en mejores condiciones de entenderle, aunque el Espíritu Santo debía aún completar esta obra.

Ascensión.

50 Los llevó hasta cerca de Beta-
nia (1), y levantando sus manos
los bendijo, 51 y mientras los bendecía
se alejaba de ellos, y era llevado al
cielo. 52 Ellos se postraron ante El,
y se volvieron a Jerusalén con grande
gozo 53 y estaban de continuo en el
templo bendiciendo a Dios.

(1) Si no tuviéramos los Hechos de los Apóstoles, diríamos que la ascensión ocurrió el mismo día de esta aparición. San Lucas, que, sin duda, tenía ya idea del segundo libro, dejó para él estos últimos sucesos.

INTRODUCCION AL EVANGELIO DE SAN JUAN

EL AUTOR.—Fué Juan, hijo de Zebedeo y de Salomé, natural de Galilea y de las cercanías del Lago. El padre era pescador, y como él sus hijos. El Evangelio indica que Zebedeo era patrón de la barca y dueño de los aparejos de pesca con que trabajaba, ayudado de algunos jornaleros (Mc. 1, 20). Esto prueba que Zebedeo tenía una posición distinguida entre sus compañeros de profesión. Juan debe ser contado, junto con Andrés, hermano de Pedro, entre los discípulos del Bautista, y los primeros que se unieron a Jesús (1, 35 ss.). Con el salvador volvió de las riberas del Jordán, donde Juan bautizaba, a Galilea, y fué testigo del primer milagro en Caná. Algo más tarde, después de la pesca milagrosa, fué llamado con su hermano Santiago y con los otros dos hermanos, Simón y Andrés, al seguimiento de Jesús, para no separarse ya de El. Formaba parte del grupo de los tres que solían ser distinguidos por el Maestro, y hemos de creer que, correspondiendo a esta distinción, también él se destacaba por su adhesión al Salvador. Tal vez hemos de tomar como una señal de esto la proposición que los dos hermanos hicieron a Jesús, cuando le vieron rechazado en una aldea de samaritanos: «¿Quieres que pidamos que baje fuego del cielo que los destruya?» A lo que Jesús les replicó: «No sabéis de qué espíritu sois hijos» (Lc. 9, 54 s.). Acaso por esto los llamó Boanerges, que quiere decir «hijos del trueno» (Mc. 3, 17). Esa misma adhesión los llevó, juntamente con su madre, a hacer al Señor un atrevido ruego: que reservase para ellos los primeros puestos del reino de Jesús, que creían pronto a inaugurarse en Jerusalén. A esto Jesús les respondió: «No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz, que yo he de beber?» A lo que ellos respondieron: «Sí que podemos.» Mi cáliz, les dijo Jesús, lo beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me toca a mí darlo, sino al Padre, que está en los cielos.» Y no desmintió Juan la pala-

bra que dió al Maestro, porque, si huyó como sus compañeros en Getsemaní la noche de la prisión, luego se presentó en casa del Pontífice Caifás y, valiéndose de los conocimientos que allí tenía, obtuvo de la portera la entrada para Pedro. A la tarde se halló presente, en compañía de María, a la muerte de su Maestro, el cual, agradeciendo su lealtad, le encomendó el cuidado de su Madre. La mañana de la resurrección, al oír de labios de la Magdalena que el sepulcro estaba vacío, corre con Pedro a comprobarlo, y viendo el sepulcro vacío, creyó en la resurrección (20, 8).

En los Hechos de los Apóstoles Juan aparece varias veces al lado de Pedro: en el templo, acudiendo a la oración, y a dar testimonio ante el Sanedrín que los manda azotar (3-4); en Samaria, confirmando a los convertidos por el diácono Felipe (8, 14). Años más tarde continuaba en Jerusalén, donde le vió y trató el Apóstol de los gentiles, San Pablo, que le cuenta entre las columnas de la Iglesia (Gal. 2, 9). La tradición nos refiere que moró en Efeso, de donde, en tiempo de Domiciano, habría sido llevado a Roma, y allí echado en una caldera de aceite hirviendo, de la que salió ileso. Vuelto a Oriente, fué después relegado a la desierta isla de Patmos, enfrente del Asia, donde escribió el Apocalipsis. Libre del destierro en tiempo de Nerva, volvió a Efeso y allí murió, reinando Trajano. Siglos después se mostraba en aquella ciudad su sepulcro, como se muestran hoy los restos de la casa en que habría vivido con la Virgen María. En la misma ciudad de Efeso escribió el Evangelio, en una fecha que no se puede precisar, pero que fué ya al fin de su vida.

EL EVANGELIO.—Que sea Juan el autor del cuarto Evangelio, nos lo dice él mismo con su empeño en ocultarse. Efectivamente, es este Evangelio el que con más frecuencia introduce a los Apóstoles hablando o haciendo alguna cosa, y el autor siempre los llama por sus nombres. Hay uno, sin embargo, que siempre queda incógnito. Cuando a orillas del Jordán se presentan a Jesús dos discípulos del Bautista, el autor nos dice que uno de ellos es Andrés, hermano de Simón Pedro; el otro no parece tener nombre (1, 10). Durante la última cena, cuando Jesús anuncia que uno de los doce le hará traición, Pedro hace señas al que se recostaba sobre el pecho de Jesús, y que era de El especialmente amado, y el Maestro accede a su ruego revelándole en secreto el nombre de Judas (13, 23); pero tampoco se dice su nombre. Aquella misma noche, preso el Señor y conducido a casa de Caifás, Simón Pedro le sigue, aunque de lejos, con el otro discípulo, que, por ser conocido en el Palacio, pudo entrar y obtener de la portera que Pedro fuese también admitido (18, 15 ss.), sin que tampoco se diga su nombre. A la tarde de aquel mismo día, el discípulo amado de Jesús se le presenta en el Gólgota en compañía de su Madre. Conmovido el Maestro de aquella lealtad, encomienda a su fiel discípulo lo que más amaba en este mundo, que era su Madre (19, 26 ss.), igualmente sin nombrarlo. La mañana de Pascua, cuando María Magdalena lleva a los discípulos la noticia de que el cuerpo de Jesús había desaparecido del sepulcro, el único que corre con Pedro a comprobar el hecho es el discípulo amado de Jesús (20, 2 ss.), siempre sin el nombre. En la misma forma se habla de él en la última aparición del Salvador a los Apóstoles, que nos es referida por el cuarto Evangelio (21, 7 ss.). Por exclusión podemos sacar en consecuencia que este personaje, que ocupa un lugar distinguido entre los doce y que nunca tiene nombre, no puede ser otro que Juan, el hermano de Santiago e hijo de Zebedeo, y esta deducción la vemos confirmada por la tradición cristiana desde los comienzos del segundo siglo.

Ya se deja entender que en el lugar y en la fecha en que San Juan escribió no podía destinar su Evangelio sino a las iglesias de la gentilidad que había en Asia, fundadas por el Apóstol San Pablo. El fin que el autor se propuso al redactar su obra se halla indicado en 20, 31: «Estas cosas han sido escritas

para que creáis que Jesucristo es el Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis la vida por su nombre.» Esta intención general no quita otras particulares, como la de completar y aclarar el relato de los Sinópticos y la de refutar la herejía cerintiana.

PLAN DEL EVANGELIO.—Lo primero que advertimos en el cuarto Evangelio es la diferencia con los Sinópticos cuanto a su contenido. Sólo tiene de común con ellos la expulsión de los vendedores del Templo (2, 13 ss.), la primera multiplicación de los panes (6, 1 ss.), la marcha de Jesús sobre las aguas (6, 16 ss.), la unción de Betania (12, 1 ss.), la entrada triunfal en Jerusalén (12, 12 ss.), y finalmente, la pasión y la resurrección. Pero aun en estos puntos no existe entre San Juan y los Sinópticos ninguna dependencia literaria. Convienen en el fondo de los sucesos, mas no en la redacción.

El teatro de la historia, que en los Sinópticos es Galilea, es en San Juan principalmente la Judea. Jesús va y viene de Galilea a Jerusalén y de Jerusalén a Galilea, y sus conversaciones y disputas no son con el pueblo, sino con los doctores. Por eso los temas son más altos, y en vez de las parábolas más o menos alegorizadas de los Sinópticos, encontramos en San Juan verdaderas alegorías, como la de la viña (15, 1 ss.) y la del pastor y el redil (10, 1 ss.). Por esto los Padres llaman a este Evangelio el Evangelio espiritual. *El número de los milagros referidos se reduce a siete, sin ninguno de aquellos cuadros generales sobre la actividad taumatúrgica del Salvador que abundan en los Sinópticos, fuera de las palabras que se leen en 20, 30 s. sobre la infinidad de las señales obradas por El y las alusiones a sus obras, señales o milagros, que a cada paso leemos en sus disputas con los judíos. La mayor parte del Evangelio la forman discursos, que a veces se apoyan en los milagros mismos, de los cuales vienen a ser como una explicación; v. gr., a la multiplicación del pan, sigue el discurso sobre el pan de vida (6); la curación del ciego de nacimiento sirve de base a la declaración de ser El la luz del mundo (9); a la resurrección de Lázaro va unida la afirmación de ser El la resurrección y la vida (11).*

DIVISION DEL EVANGELIO.—1) En vez del Evangelio de la infancia, que San Mateo y San Lucas nos dan, San Juan nos ofrece en el prólogo de su Evangelio los orígenes eternos del Verbo (1, 1-18); 2) la misión de Jesús en Judea y Galilea (1, 19-12, 50); la pasión y resurrección (13-21). Los viajes entre las dos regiones, que son el teatro de la actividad del Salvador, se hallan señalados en los siguientes pasajes: 1, 29; 1, 43; 2, 12 s.; 4, 3; 4, 43; 5, 1; 6, 1; 6, 16 ss.; 7, 1-14; 10, 40; 11, 17 s.; 11, 54; 12, 1; 12, 12.

SAN JUAN

Prólogo.

1 [1] Al principio era el Verbo (1),
y el Verbo estaba con Dios,
y el Verbo era Dios.
[2] Estaba al principio con Dios.
[3] Todas las cosas (2) fueron hechas por El,
y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho.
[4] En El estaba la vida (3),
y la vida era la luz de los hombres.
[5] Y la luz luce (4) en las tinieblas,
pero las tinieblas no la abrazaron.
[6] Hubo un hombre
enviado por Dios,
de nombre Juan.
[7] Vino éste a dar testimonio de la luz.
para testificar (5) de ella.
y que todos creyeran por él.
[8] No era él la luz,
sino que vino a dar testimonio de la luz.
[9] La luz verdadera (6) era ya
e ilumina a todo hombre,
viniendo a este mundo.

[10] Estaba en el mundo (1)
y por El fué hecho el mundo,
pero el mundo no le conoció.
[11] Vino a los suyos (2)
pero los suyos no le recibieron.
[12] Mas a cuantos le recibieron,
dióles poder (3) ser hijos de Dios,
a aquellos que creen en su nombre:
[13] que no de la sangre (4),
ni de la voluntad carnal,
ni de la voluntad de varón
sino de Dios son nacidos.
[14] Y el Verbo se hizo carne (5),
y habitó entre nosotros,
y hemos visto su gloria,
gloria como de Unigénito del Padre,
lleno de gracia y de verdad.
[15] Juan da testimonio de El clamando:
Este es de quien os dije:
«El que viene en pos de mí (6),
ha pasado delante de mí,
porque era primero que yo.
[16] Pues de su plenitud (7) recibimos todos,
gracia sobre gracia.
[17] Porque la Ley fué dada por Moisés,

(1) Cuando Dios creó el cielo y la tierra, existía ya el Verbo. Manera de expresar la eternidad del mismo, igual, aunque menos expresiva, que la empleada por Jesús en 17, 5, 24. El Logos, la Sabiduría eterna de Dios, de que empiezan a hablarnos los Proverbios 8, 22 ss., y la Sabiduría 7, 1 ss., la segunda persona de la Trinidad. *El Verbo estaba en Dios.* Expresa esta frase la íntima unión del Verbo con Dios, de la Sabiduría de Dios con Dios mismo, del Hijo con el Padre. *Y el Verbo era Dios.* Era tan estrecha esta unión, que ambos comunicaban en la naturaleza divina, eran consubstanciales el Verbo de Dios y el Padre.

(2) Porque Dios todo lo creó por su Sabiduría, que es el Verbo. (Proverbios 8, 30.)

(3) La vida divina, que había de comunicar a los hombres, por lo que San Pedro le llama «autor de la vida». (Act. 3, 15.)

(4) Es la luz de la verdad y de la vida, que Jesús trajo al mundo, que era El mismo (8, 12; 9, 5), como era la vida (11, 25; 14, 6), luce en medio de las tinieblas del error y del vicio en que viven los hombres; pero éstos no quisieron darse cuenta.

(5) Tal fué el oficio de Juan respecto del Verbo encarnado. (Lc. 1, 16, 67.)

(6) Juan no era la luz, sino un reflejo de la misma. Como enviado de Dios, su oficio era dar testimonio de la luz, que era el Verbo, el cual viene a este mundo para iluminar a todos los hombres.

(1) Porque habiendo sido hecho por El, había derramado los tesoros de su sabiduría por todas las cosas creadas. (Prov. 8, 30; Ecl. 1, 10; Sab. 13, 1 ss.)

(2) A los israelitas, que eran el pueblo de Dios y su heredad predilecta. (Ecl. 24, 21 ss.) Pero su pueblo no le recibió.

(3) Esto es, a cuantos creyeron en El les confirió el nombre y el ser de hijos de Dios. (I, Jn. 3, 1.)

(4) Contrapone al principio de vida, que viene de Dios por su Verbo, la causa material de la generación humana y la voluntad racional, todo lo humano.

(5) Esto es, hombre que connota la flaqueza humana en oposición a la gloria divina. Por medio de su humanidad moró en medio de nosotros, mucho mejor que antes había morado en medio de Israel por su presencia en el Templo. (Ex. 25, 8; Ecl. 24, 11.) *Vimos su gloria.* La gloria de la divinidad, que se reflejaba en sus obras, milagros, sabiduría, etc.

(6) Juan, como precursor, vino primero; pero Jesús, como Hijo de Dios, pasó delante de él, por la misión más excelente que traía. (Heb. 1, 1 s.)

(7) En Cristo, luz y vida, está la plenitud de la gracia, de la cual todos participamos una gracia, que va siempre creciendo hasta su última expansión en la gloria.

la gracia y la verdad (1) vino por [Jesucristo.
18 A Dios nadie le vió jamás,
Dios Unigénito, que está en el seno [del Padre,
ese (2) nos le ha dado a conocer.

Primer testimonio de Juan.

19 Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos desde Jerusalén le enviaron sacerdotes y levitas (3), para preguntarle: Tú, ¿quién eres? 20 Y él confesó y no negó, y confesó: No soy yo el Mesías. 21 Y le preguntaron: Entonces, ¿qué eres? ¿Eres Elías? Y él dijo: No soy. ¿Eres el Profeta? Y contestó: No. 22 Dijéronle, pues: Entonces, ¿quién eres?, para que podamos dar respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo? 23 Dijo: Yo soy la voz del que clama en el desierto: «Enderezad el camino del Señor», según dijo el profeta Isaías. 24 Los enviados eran fariseos. 25 Y le preguntaron, diciendo: Pues entonces, ¿por qué bautizas, si no eres el Mesías, ni Elías, ni el Profeta? 26 Juan les contestó, diciendo: Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros está uno a quien vosotros no conocéis, 27 que viene en pos de mí, a quien no soy digno de desatar la correa de la sandalia. 28 Esto sucedió en Betania, al otro lado del Jordán, donde Juan bautizaba.

Segundo testimonio de Juan.

29 Al día siguiente vió a Jesús que venía y dijo: He aquí el Cordero de Dios (4), que quita el pecado del mundo. 30 Este es aquel de quien yo dije: En pos de mí viene un varón, que ha pasado delante de mí, porque era primero que yo. 31 Yo no le conocía; mas para que El fuese manifestado a Israel he venido yo, y bautizo en agua. 32 Y Juan dió testimonio diciendo: Yo he visto al Espíritu descender del cielo, como paloma, y posarse sobre El. 33 Yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar en agua me dijo: Sobre quien vieres descender el Espíritu y permanecer en El ése es el que bautiza en el Espíritu Santo. 34 Y yo vi, y doy testimonio de que éste es el Hijo de Dios.

Primeros discípulos de Jesús.

35 Al día siguiente, otra vez estaban allí Juan y dos de sus discípulos (1), 36 y fijando la vista en Jesús, que pasaba, dijo: He aquí el Cordero de Dios. 37 Y los dos discípulos, que le oyeron, siguieron a Jesús. 38 Vuelto Jesús a ellos, viendo que le seguían, les dijo: ¿Qué buscáis? Dijéronle ellos: Rabbi, que quiere decir Maestro, ¿dónde moras? 39 Les dijo: Venid y ved. Fueron, pues, y vieron donde moraba, y permanecieron con El aquel día. Era como la hora décima. 40 Era Andrés, el hermano de Simón Pedro, uno de los dos que oyeron a Juan y le siguieron. 41 Encontró él luego a su hermano Simón, y le dijo: Hemos hallado al Mesías, que quiere decir el Cristo. 42 Le condujo a Jesús, que mirándole dijo: Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú serás llamado Cefas, que quiere decir Pedro.

43 Al otro día quiso El salir hacia Galilea, y encontró a Felipe, y le dijo Jesús: Sígueme. 44 Era Felipe, de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. 45 Encontró Felipe a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas, Jesús hijo de José, el de Nazaret. 46 Díjole Natanael: ¿De Nazaret puede salir algo bueno? (2). Díjole Felipe: Ven y verás. 47 Vió Jesús a Natanael, que venía hacia El, y dijo de él: He aquí

(1) La Ley era la preparación, la promesa, la figura de la gracia y de la verdad, que nos trajo Jesucristo. (Heb. 10, 1 ss.)

(2) Ni aun los profetas le vieron; pero el Unigénito del Padre, que mora en el seno del Padre, le conoce y ha bajado a darnos noticia de El.

(3) Habiendo comenzado Juan su misión en el desierto, las autoridades religiosas de Jerusalén se creen en el deber de informarse acerca de la misión del nuevo profeta. La respuesta de Juan concuerda con lo referido por los Sinópticos.

(4) Este nuevo testimonio tuvo lugar después del bautismo de Jesús, el Cordero de Dios, por la pureza de su vida, y que, no teniendo pecado, puede quitar los pecados del mundo entero.

(1) Eran Andrés y Juan. Para entender este suceso es preciso hacerse cargo del ambiente mesiánico que reinaba en torno del Bautista.

(2) Natanael era de Caná, ciudad próxima a Nazaret, y no es extraño que entre ambas existieran celos.

un verdadero israelita, en quien no hay dolo. [48] Díjole Natanael: ¿De dónde me conoces? Contestó Jesús y le dijo: Antes que Felipe te llamase, cuando estabas debajo de la higuera, te vi. [49] Natanael le contestó: Rabbi, tú eres el Hijo de Dios (1), tú eres el Rey de Israel. [50] Contestó Jesús, y le dijo: ¿Porque te he dicho que te había visto debajo de la higuera crees? Cosas mayores has de ver (2). [51] Y añadió: En verdad, en verdad os digo, que veréis abrirse el cielo y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.

Primer milagro de Jesús.

2 [1] Al tercer día (3) hubo una boda en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. [2] Fué invitado también Jesús con sus discípulos a la boda. [3] Y no tenían vino, porque el vino de la boda se había acabado. En esto dijo la madre de Jesús a éste: No tienen vino (4). [4] Díjole Jesús: Mujer, ¿qué nos va a mí y a ti? (5). No es aún llegada mi hora. [5] Dijo la madre a los servidores: Haced lo que El os dijere (6).

[6] Había allí seis tinajas de piedra (7) para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres metretas. [7] Díjoles Jesús: Llenad las tinajas de agua. Y las llenaron hasta el borde. [8] El les dice: Sacad ahora y llevad al maestresala. Y se lo llevaron. [9] Luego que el maestresala probó el agua convertida en vino—él no sabía de dónde venía (1), pero lo sabían los servidores, que habían sacado el agua—, llamó al novio, [10] y le dijo: Todos sirven primero el vino bueno, y cuando están ya bebidos, el peor; pero tú has guardado hasta ahora el vino mejor. [11] Este fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea, manifestando su gloria y creyeron en El sus discípulos (2).

(1) La expresión Hijo de Dios, puede tener diversos sentidos: el justo, el Mesías, el Hijo de Dios. Aquí parece que debe entenderse Mesías.

(2) Sólo habían oído los testimonios de Juan y la profecía de Jesús; pronto verán cosas que les muestren mejor quién es El.

(3) No es claro desde cuándo se ha de contar, si desde la partida para Galilea (1, 43) o desde el último discurso.

(4) Es de advertir la discreta manera de pedir el remedio de aquella necesidad en tan solemne momento.

(5) La trata como en la cruz, lo que no expresa falta alguna de respeto. La negativa, sin duda, iría suavizada por el tono de la voz con que Jesús la pronunció y por la razón alegada de no ser hora de obrar milgros.

(6) A pesar de la negativa, la Madre confía que Jesús hallará modo de remediar la necesidad. Más tarde accederá a los ruegos de la cananea, no obstante decir que no había venido sino a las ovejas de Israel. (Mt. 15, 24.)

(7) En que tenían depositada el agua necesaria para las frecuentes abluciones prescritas por la costumbre judía. (Mc. 7, 3 s.) La medida o metreta equivalía a unos 40 litros.

Residencia en Cafarnaum.

[12] Después de esto bajó a Cafarnaum (3), El, su madre, sus hermanos y sus discípulos, y permanecieron allí no pocos días.

Expulsión de los vendedores del Templo.

[13] Estaba próxima la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. [14] Y encontró en el Templo (4) a los vendedores de bueyes, de ovejas y de palomas, y a los cambistas sentados; [15] y haciendo de cuerdas un azote los arrojó a todos del Templo, con las ovejas y los bueyes, y derramó el dinero de los cambistas, y derribando las mesas; [16] y a los que vendían palomas les dijo: Quitad de aquí todo esto y no hagáis de la casa de mi Padre casa de contratación. [17] Y se acordaron sus discípulos que está escrito: «El celo de tu casa me consume.» [18] Los judíos tomaron la palabra y le dijeron: ¿Qué señal das para obrar así? (5).

[19] Respondió Jesús, y dijo: Destruid este Templo, y en tres días lo

(1) Por razón de su oficio, debía estar enterado de los elementos de que disponía, y al encontrarse con la sorpresa de aquel vino no puede menos de manifestarlo.

(2) Con este primer milagro comenzó Jesús a manifestar la gloria de su divinidad, que sus discípulos comenzaron a ver. (1, 14.)

(3) Aun no se trata de la bajada definitiva de que nos hablan Mt. 4, 14 ss.; Lc. 4, 31.

(4) Discútese si es el mismo episodio de que hablan los Sinópticos, los cuales, por no llevar a Jesús sino una vez a Jerusalén, se verían precisados a ponerlo al fin de su carrera apostólica.

(5) Son las autoridades del templo las que le piden las credenciales de sus poderes para entrometerse en el orden del mismo.

levantaré. [20] Replicaron los judíos: Cuarenta y seis años se han empleado (1) en edificar este Templo, ¿y tú lo vas a levantar en tres días? [21] Pero El hablaba del templo de su cuerpo. [22] Y cuando resucitó de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho esto, y creyeron en la Escritura y en la palabra que Jesús había dicho.

Primeros frutos del ministerio de Jesús.

[23] En el tiempo en que estuvo en Jerusalén por la fiesta de la Pascua creyeron muchos en su nombre viendo los milagros que hacía. [24] Pero Jesús no se confiaba a ellos, porque los conocía a todos, [25] y porque no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues El conocía lo que en el hombre había.

Visita de Nicodemo.

3 [1] Había un hombre de los fariseos, de nombre Nicodemo, principal entre los judíos, [2] que vino de noche a Jesús, y le dijo: Rabbi, sabemos que has venido como maestro de parte de Dios, pues nadie puede hacer esos milagros que tú haces si Dios no está con él. [3] Respondió Jesús, y le dijo: En verdad, en verdad te digo que quien no naciere de arriba (2) no podrá entrar en el reino de Dios. [4] Díjole Nicodemo: ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y nacer? [5] Respondió Jesús: En verdad, en verdad te digo que quien no naciere del agua (3) y del Espíritu no puede entrar en el reino de los cielos. [6] Lo que nace de la carne, carne es (1); pero lo que nace del Espíritu, es espíritu. [7] Y no te maravilles de que te he dicho: Es preciso nacer de arriba. [8] El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo el nacido del Espíritu.

[9] Respondió Nicodemo, y dijo: ¿Cómo puede ser eso? [10] Jesús respondió, y dijo: ¿Eres maestro en Israel (2) y no sabes esto? [11] En verdad, en verdad te digo que nosotros hablamos de lo que sabemos, y de lo que hemos visto damos testimonio; pero vosotros no recibís nuestro testimonio. [12] Si hablándoos de cosas terrenas (3) no creéis, ¿cómo creeríais si os hablase de cosas celestiales? [13] Y nadie sube al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. [14] Y a la manera en que Moisés levantó la serpiente en el desierto (4), así es preciso que sea levantado el Hijo del hombre, [15] para que todo el que creyere en El tenga la vida eterna.

[16] Porque tanto amó Dios al mundo (5), que le dió su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna; [17] pues Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo (6), sino para que el mundo sea salvo por El. [18] El que cree en El no es juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del

---

(1) La obra del templo, que tanta admiración causaba a los Apóstoles (Mc. 13, 1), había sido comenzada por Herodes el año 18 ó 19 antes de Cristo, y acaso no estuviese totalmente acabada. (Fl. Josefo, *Antigüedades*, XV, 14.)

(2) Este nacimiento espiritual ha de tener su principio en el cielo, es decir, que deben ser del cielo los principios que informan esa nueva vida.

(3) Tal nacimiento tiene su principio espiritual en la fe; su causa ritual es el bautismo del agua, por el cual se comunica el Espíritu Santo, según lo que Juan había ya declarado.

(1) La vida religiosa de Israel, inspirada en la interpretación material de la Ley y de las promesas mesiánicas, no pasaba de una vida material; pero la que Jesús proponía tenía principios más altos y divinos.

(2) Motivo había para maravillarse de que un doctor no entendiese el lenguaje de Jesús, y esto es una prueba más de cuán materializados estaban.

(3) La oposición de que habla Jesús entre las cosas celestiales y las terrenas debe entenderse, de una parte, del nacimiento espiritual, que de alguna manera es objeto de nuestro conocimiento experimental, y de otra, su causa misma, que es el Espíritu Santo.

(4) Mirando a la serpiente, sanaban los israelitas picados de las serpientes venenosas; mirando con fe a Jesucristo levantado en la cruz se alcanza la salud eterna. Es un segundo aspecto del tema propuesto.

(5) Estos versículos son reflexiones del evangelista sobre lo dicho por Jesús acerca de la fe en su persona.

(6) Juzgar aquí equivale a condenar, y se opone a salvar.

Unigénito Hijo de Dios. [19] Y el juicio consiste en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas (1) que la luz, porque sus obras eran malas. [20] Porque todo el que obra mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas. [21] Pero el que obra la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean manifiestas, pues están hechas en Dios.

Tercer testimonio de Juan.

[22] Después de esto vino Jesús con sus discípulos (2) a la tierra de Judea, y permaneció allí con ellos y bautizaba. [23] Juan bautizaba también en Ainón, cerca de Salum, donde había mucha agua, y venían a bautizarse, pues Juan aún no había sido metido en la cárcel. [24] Se suscitó una discusión entre los discípulos de Juan y cierto judío acerca de la purificación, [26] y vinieron a Juan, y le dijeron: Rabbi, aquel que estaba contigo al otro lado del Jordán, de quien tú diste testimonio, está ahora bautizando, y todos se van en pos de El. [27] Juan les respondió, diciendo: No debe el hombre tomarse nada (3) si no le fuere dado del cielo. [28] Vosotros mismos sois testigos de que dije: Yo no soy el Mesías, sino que he sido enviado ante El. [29] El que tiene esposa es el esposo; el amigo del esposo, que le acompaña y le oye, se alegra grandemente de oír la voz del esposo. Pues así este mi gozo es cumplido. [30] Es preciso que El crezca y yo mengue. [31] El que viene de arriba está sobre todos (4). El que procede de la tierra es terreno y habla de la tierra; el que viene del cielo, [32] da testimonio de lo que ha visto y oído, pero su testimonio nadie lo recibe. [33] Quien recibe su testimonio pone su sello (5) a que Dios es veraz. [34] Porque aquel a quien Dios ha enviado habla palabras de Dios, pues Dios no le dió el espíritu con medida. [35] El Padre ama al Hijo, y ha puesto en su mano todas las cosas. [36] El que cree en el Hijo tiene la vida eterna; el que rehusa creer en el Hijo no verá la vida, sino que está sobre él la cólera de Dios.

(1) He aquí explicado el misterio de la incredulidad de tantos hombres. Como sus obras son malas y su alma impura, temen que la luz descubra lo que son.

(2) De Jerusalén no se dirigió directamente a Galilea, sino a la región del Jordán, donde Juan continuaba ejerciendo su misión.

(3) Aquí está el fundamento supremo de la humildad cristiana, enunciado por San Pablo en I Cor. 4, 7.

(4) Jesús está sobre todos. Son reflexiones del evangelista acerca de la declaración de Juan.

(5) El que por la fe recibe el testimonio de Jesús, recibirá el Espíritu Santo, y con él testificará que Dios ha cumplido sus promesas, que se resumen en la donación del Espíritu Santo. (Jer. 31, 33 s.; Joel 2, 28; Ez. 36, 25 ss.)

Partida de Jesús para Galilea.

4 [1] Así, pues, que supo el Señor que habían oído los fariseos cómo Jesús hacía más discípulos y bautizaba más que Juan, [2] aunque Jesús mismo no bautizaba, sino sus discípulos, [3] abandonó la Judea, y partió de nuevo para Galilea (1).

Encuentro con la samaritana.

[4] Tenía que pasar por Samaria. [5] Llegó, pues, a una ciudad de Samaria llamada Sicar (2), próxima a la heredad que dió Jacob a José su hijo, [6] donde estaba la fuente de Jacob (3). Jesús, pues, fatigado del camino, se sentó sin más junto la fuente; era como la hora de sexta. [7] Llegó una mujer de Samaria a sacar agua, y Jesús le dijo: Dame de beber; [8] los discípulos habían ido a la ciudad a comprar provisiones.

[9] Díjole la mujer samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, una samaritana? (4). Porque

(1) Ya comienza la preocupación de los fariseos por la actividad de Jesús. Los discípulos practicaban el bautismo de agua, como habían aprendido de Juan; pero no era éste el bautismo del Espíritu, pues aun no había sido glorificado Jesús. (7, 39; Act. 1, 5.) Esta partida de la región del Jordán coincide con la narrada por los Sinópticos después de la prisión de Juan. (Mt. 4, 12; Mc. 1, 14.)

(2) La provincia ocupa el centro de la Palestina. Sicar se halla situada a la entrada del valle en que están Siquem y Naplusa, en medio de los dos montes Ebal y Garizim. Sobre este último se hallaba el templo opuesto al de Jerusalén, y centro de la vida religiosa de los samaritanos.

(3) Es un pozo manantial de unos 30 metros de profundidad, que aun subsiste en medio de las ruinas de una iglesia cristiana.

(4) La enemistad entre judíos y samaritanos, de que nos da testimonio San Lucas (9, 53), remonta a la vuelta de la cautividad, como se narra en los libros de Esdras y Nehemías.

no se tratan judíos y samaritanos. 10 Respondió Jesús, y dijo: Si conocieras el don de Dios (1) y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a El, y El te daría a ti agua viva. 11 Ella le dijo: Señor, no tienes cubo con que sacar el agua, el pozo es hondo; ¿de dónde, pues, te viene esa agua viva? Acaso eres tú más grande que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, y de él bebió él mismo, sus hijos y sus rebaños? 13 Respondió Jesús, y le dijo: Quien bebe de esa agua volverá a tener sed; 14 pero el que beba del agua que yo le diere no tendrá jamás sed, que el agua que yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna. 15 Díjole a El la mujer: Señor, dame de esa agua, para que no sienta más sed ni tenga que venir aquí a buscarla. 16 El le dijo: Vete, llama a tu marido y ven acá. 17 Respondió la mujer, y le dijo: No tengo marido. Díjole Jesús: Bien dices: No tengo marido; 18 porque cinco tuviste, y el que ahora tienes no es tu marido; en esto has dicho verdad. 19 Díjole la mujer: Señor, veo que tú eres profeta. 20 Nuestros padres adoraron en este monte (2), y vosotros decís que es Jerusalén el sitio donde hay que adorar. 21 Jesús le dijo: Créeme, mujer, que es llegada la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. 22 Vosotros adoráis lo que no conocéis, nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos (3); pero luego llega la hora, y ésta es cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que el Padre busca. 24 Dios es espíritu y los que le adoran deben adorarle en espíritu (4) y en verdad. 25 Díjole la mujer: Yo sé que el Mesías, el que se llama Cristo, está para venir, y que cuando El viniere nos hará saber todas las cosas (1). 26 Díjole Jesús: Soy yo, el que contigo habla (2).

27 Y en esto llegaron los discípulos, y se maravillaban (3) de que hablase con una mujer; nadie, sin embargo, le dijo: ¿Qué deseas? O ¿qué hablas con ella? 28 Dejó, pues, su cántaro la mujer, y se fué a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será el Mesías? 30 Salieron de la ciudad y vinieron a El. 31 Entretanto los discípulos le rogaban, diciendo: Rabbi, come. 32 Díjoles El: Yo tengo una comida que vosotros no sabéis. 33 Los discípulos se decían unos a otros: ¿Acaso alguien le ha traído de comer? 34 Jesús les dijo: Mi alimento (4) es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra. 35 ¿No decís vosotros, aún cuatro meses (5) y llegará la mies? Pues bien, yo os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, que ya están amarillos para la siega. 36 El que siega recibe su salario y recoge el fruto para la vida eterna, para que se alegren juntamente el sembrador y el segador. 37 Porque en esto es verdadero el proverbio, que uno es el que siembra y otro el que siega. 38 Yo os envío a segar lo que no trabajasteis; otros lo trabajaron y vosotros os aprovecháis de su trabajo.

39 Muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en El por la palabra de la mujer, que atestiguaba: «Me ha dicho todo cuanto he hecho.» 40 Pero así que vinieron a El le roga-

(1) Es la gracia del Espíritu Santo, representada con frecuencia por el agua viva que brota de un manantial. (7, 38 s.)

(2) Era éste uno de los puntos fundamentales de la división entre judíos y samaritanos, el lugar del culto legítimo.

(3) Jesús empieza por declarar que en cuanto al lugar no está ni con unos ni con otros, porque el Padre pide un culto en espíritu y verdad, y, por tanto, no ligado a lo material del lugar, ni exterior, como el que Jesús reprende en los judíos. (Mt. 15, 8.) Pero en todo caso la salud vendrá de los judíos, que tienen la Ley y las promesas mesiánicas. (Rom. 9, 4 s.)

(4) El culto divino debe estar en armonía con su objeto. Un dios localizado en un lugar, en ese lugar debe ser adorado; pero Dios, que está por encima de todos los lugares, no puede consentir que su culto se estreche a un solo lugar. Jesús deja aquí entrever la universalidad del culto divino predicha por Malaquías (1, 10 s.).

(1) Y nada más natural que esperar de él la solución de este pleito.

(2) Después de las declaraciones del Bautista, no nos debe maravillar ésta de Jesús a una mujer.

(3) Efectivamente, no estaba muy conforme con las costumbres del país; pero el respeto al Maestro selló sus labios, y nadie le dijo nada.

(4) Es el alimento de su alma el amor del Padre y la satisfacción de cumplir su voluntad.

(5) Es un proverbio vulgar (4, 37). La madurez de la mies es el estado de las almas, manifestado en aquella mujer del cántaro que acababa de traer a Dios.

ron que se quedase con ellos; y permaneció allí dos días. [41] Y muchos más creyeron al oírle. [42] Y decían a la mujer: Ya no creemos por tu palabra, pues nosotros mismos hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo. [43] Pasados dos días, se partió de allí para Galilea. [44] El mismo Jesús declaró que ningún profeta es honrado en su propia patria (1). [45] Cuando llegó a Galilea, le acogieron los galileos, que habían visto cuántas maravillas había hecho en Jerusalén durante la fiesta, pues también ellos habían ido a la fiesta.

Regreso a Galilea y curación del hijo de un cortesano.

[46] Llegó, pues, otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había allí un cortesano (2), cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaum. [47] Oyendo que llegaba Jesús de Judea a Galilea partió a su encuentro, y le rogó que bajase y curase a su hijo, porque estaba para morir. [48] Jesús le dijo: Si no viereis señales y prodigios (3) no creéis. [49] Díjole el cortesano: Señor, baja antes que mi hijo muera. [50] Jesús le dijo: Vete, tu hijo vive. Creyó el hombre en la palabra que le dijo Jesús, y se fué. [51] Y ya bajaba él, cuando le salieron al encuentro sus siervos, diciéndole: Tu hijo vive. [52] Preguntóles entonces la hora en que se había puesto mejor, y le dijeron: Ayer, a la hora octava le dejó la fiebre. [53] Conoció, pues, el padre que aquella misma era la hora en que Jesús le dijo: Tu hijo vive, y creyó él y toda su casa. [54] Este fué el segundo milagro que hizo Jesús viniendo de Judea a Galilea (4).

(1) La citación de esta sentencia viene de la contraposición entre la benévola acogida que le hicieron los samaritanos y la frialdad de sus compatriotas los de Nazaret. (Lc. 4, 24.)

(2) Se trata de algún dignatario de la corte del tetrarca Herodes Antipas, que tenía su residencia habitual en Tiberíades.

(3) Se entiende prodigios estupendos, de relumbrón, como los judíos esperaban de su Mesías. (Lc. 17, 20 s.)

(4) Fué el primero el de Caná (2, 11). Y los nota por cuanto Jesús no había comenzado aún su misión en Galilea, que es el objeto principal de la historia sinóptica.

Curación del enfermo de la piscina.

5 [1] Después de esto se celebraba una fiesta de los judíos (1), y subió Jesús a Jerusalén. [2] Hay en Jerusalén, junto a la puerta probática, una piscina, llamada en hebreo Bezata (2), que tiene cinco pórticos. [3] En éstos yacía una multitud de enfermos, ciegos, cojos, mancos, que esperaban el movimiento del agua. [4] Porque el ángel del Señor (3) descendía de tiempo en tiempo a la piscina y revolvía el agua, y el primero que bajaba, después de la agitación del agua, quedaba sano de cualquiera enfermedad que padeciese. [5] Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo; [6] Jesús le vió acostado, y conociendo que llevaba ya mucho tiempo, le dijo: ¿Quieres ser curado? [7] Respondióle el enfermo: Señor, no tengo a nadie que al moverse el agua (4) me meta en la piscina, y mientras yo voy, baja otro antes de mí. [8] Díjole Jesús: Levántate, toma la camilla y anda. [9] Y al instante quedó el hombre sano, y tomó su camilla y se fué.

Discusión sobre el sábado.

Era día de sábado, [10] y los judíos decían al curado: Es sábado. No te es lícito llevar la camilla. [11] Res-

(1) Una de las tres señaladas por la Ley (Lc. 2, 41); pero no la Pascua, que sería la del año segundo. Esta la suele denominar San Juan por su propio nombre. (2, 23; 6, 4.)

(2) La puerta de las ovejas, *probática*, se hallaba en el ángulo NE. del Templo, y no lejos de esa puerta; pero fuera del recinto sagrado estaba la piscina, de forma rectangular, rodeada de cuatro pórticos y dividida en dos partes por otro pórtico, que hacía el quinto. Se alimentaba por un manantial de aguas intermitentes y termales.

(3) Todo este versículo falta en los mejores códices griegos y es ignorado de los Padres antiguos, que comentaron a San Juan, San Agustín, San Crisóstomo y San Cirilo de Alejandría. Algunos comentaristas modernos lo dan por una glosa añadida por un copista al Evangelio.

(4) En este lugar había un manantial de aguas termales, que si no curaban todos los males aliviarían muchos de ellos. Según el texto el manantial era intermitente. Sabido es que esta clase de aguas es más eficaz al brotar del manantial que después. En el supuesto de la autenticidad del v. 4, habría que admitir en esas curaciones una intervención sobrenatural.

pondióles: El que me ha curado me ha dicho: Coge tu camilla, y vete. 12 Le preguntaron: ¿Y quién es ese hombre que te ha dicho: Coge y vete? 13 El curado no sabía quién era, porque Jesús se había retirado de la muchedumbre que había allí. 14 Después de esto, le encontró Jesús en el templo, y le dijo: Mira que has sido curado; no vuelvas a pecar (1), no sea que te suceda algo peor. 15 Fuése el hombre y dijo a los judíos que era Jesús el que le había curado. 16 Y los judíos perseguían a Jesús, por haber hecho esto en sábado. 17 Pero El les respondió (2): Mi Padre sigue obrando todavía, y por eso obro yo también. 18 Por esto los judíos buscaban con más ahinco matarle, porque no sólo quebrantaba el sábado, sino que decía a Dios su Padre, haciéndose igual a Dios.

El Hijo obra en unión con el Padre.

19 Respondió, pues, Jesús, y les decía: En verdad, en verdad os digo que no puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque lo que Este hace lo hace igualmente el Hijo. 20 Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que El hace, y le mostrará aún mayores obras que éstas, de suerte que vosotros quedéis maravillados. 21 Como el Padre resucita a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida. 22 Aunque el Padre no juzga a nadie, sino que ha entregado al Hijo todo el poder (3) de juzgar, 23 para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo no honra al Padre, que le envió. 24 En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado, porque pasó de la muerte a la vida. 25 En verdad, en verdad os digo que llega la hora, y es ésta, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios (1), y los que la escucharen vivirán. 26 Pues así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así dió también al Hijo (2) tener vida en sí mismo. 27 Y le dió poder de juzgar (3), por cuanto El es Hijo del hombre. 28 No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que cuantos están en los sepulcros oirán su voz, 29 y saldrán los que han obrado el bien para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal para la resurrección del juicio. 30 Yo no puedo hacer de mí mismo nada; según le oigo, juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió.

El testimonio del Padre a favor del Hijo.

31 Si yo diera testimonio de mí mismo, mi testimonio no sería verídico; 32 es otro el que de mí da testimonio (4), y yo sé que es verídico el testimonio que de mí da. 33 Vosotros habéis mandado a preguntar a Juan, y el dió testimonio de la verdad. 34 Pero yo no recibo testimonio de hombre; mas os digo esto para que seáis salvos. 35 Aquél era la lámpara, que arde y alumbra; y vosotros habéis querido gozar una hora de su luz; 36 pero yo tengo un testimonio mayor que el de Juan, porque las obras que mi Padre me dió a hacer, esas obras que yo hago, dan en favor mío testimonio, de que el Padre me ha enviado, 37 y el Padre que me ha enviado, ése da testimonio de mí. Vosotros

(1) La enfermedad es muchas veces consecuencia de los vicios, y tal era, sin duda, este caso.

(2) Para entender esta argumentación de Jesús, debe tenerse en cuenta que los milagros, como obras sobrenaturales que son, sólo por Dios pueden ser hechos como causa principal, y como obras *ad extra*, deben ser atribuídas a la Trinidad en común; sin embargo, siendo el Padre el principio de la Trinidad, la primera de las personas divinas, a El se le apropia la iniciativa en estas obras de la omnipotencia de Dios.

(3) Cuando se habla del Hijo se puede considerar como Dios y como hombre, y en cuanto hombre, ha recibido el ministerio de juzgar al mundo en premio de su pasión. (Fil. 2, 8 ss.)

(1) Los que ahora están espiritualmente muertos, escucharán la palabra de Jesús, que es palabra de vida, y resucitarán a la vida de la gracia, que es germen de la vida eterna.

(2) Como Hijo encarnado, tiene la plenitud de la gracia y de la vida, de la cual recibimos todos. (1, 16.)

(3) El poder de juzgar viene a ser una consecuencia de su poder de comunicar la vida, ya que, en suma, el juicio versará sobre el modo como los hombres recibieron y aprovecharon esa gracia.

(4) Es el Padre, con los milagros que ejecuta a favor del Hijo encarnado, y para mostrar la misión divina que le ha dado. La misión de Juan era señalar a Jesús y dirigir hacia El la atención del pueblo.

no habéis oído jamás su voz, ni habéis visto su semblante, [38] ni tenéis su palabra en vosotros, porque no habéis creído en Aquel que El ha enviado. [39] Escudriñad las Escrituras (1), ya que en ellas creéis tener la vida eterna, pues ellas dan testimonio de mí; [40] y no queréis venir a mí para tener la vida. [41] Yo no recibo gloria de los hombres (2), [42] pero os conozco y sé que no tenéis en vosotros el amor de Dios. [43] Yo he venido en nombre de mi Padre y vosotros no me recibís; si otro viniere usurpando mi nombre, le recibiríais. [44] ¿Cómo podéis creer vosotros que recibís la gloria unos de otros y no buscáis la gloria del Unico? [45] No penséis que vaya yo a acusaros ante mi Padre; hay otro que os acusará, Moisés, en quien vosotros tenéis puesta la esperanza. [46] Porque, si creyerais en Moisés, creeríais en mí, pues de mí escribió él. [47] Pero si no creéis en sus Escrituras (3), ¿cómo vais a creer en mis palabras?

Multiplicación de los panes y de los peces.

6 [1] Después de esto, partió Jesús al otro lado del mar de Galilea, de Tiberíades, [2] y le seguía una gran muchedumbre, porque veían los milagros que hacía con los enfermos. [3] Y subió Jesús a un monte y se sentó con sus discípulos. [4] Estaba cercana la Pascua, la fiesta de los judíos. [5] Levantando, pues, los ojos Jesús, y contemplando la gran muchedumbre que venía a El, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos pan para dar de comer a éstos? [6] Esto lo decía para probarle, porque El bien sabía lo que había de hacer. [7] Contestó Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un pedacito. [8] Díjole uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero esto ¿qué es para tantos? [10] Dijo Jesús: Mandad que se acomoden. Había en aquel sitio mucha hierba verde. Se acomodaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. [11] Tomó entonces Jesús los panes (1), y, dando gracias, dió a los que estaban recostados, e igualmente de los peces, cuanto quisieron. [12] Así que se saciaron, dijo a los discípulos: Recoged los fragmentos que han sobrado para que no se pierdan. [13] Los recogieron, pues, y llenaron doce cestos de fragmentos, que de los cinco panes de cebada sobraron a los vue habían comido. [14] Y los hombres, viendo el milagro que había hecho, decían: Verdaderamente éste es el Profeta (2), que ha de venir al mundo. [15] Y Jesús, conociendo que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, se retiró otra vez al monte El solo.

Vuelta hacia Cafarnaum.

[16] Llegada la tarde (3), bajaron sus discípulos al mar, [17] y subiendo en la barca se dirigían al otro lado del mar, hacia Cafarnaum. Ya había oscurecido y aún no había vuelto a ellos Jesús, [18] y el mar se había alborotado por el viento fuerte que soplaba. [19] Habiendo, pues, navegado como unos veinticinco o treinta estadios vieron a Jesús, que caminaba sobre el mar y se acercaba ya a la barca, y temieron. [20] Pero El les dijo: Soy yo, no temáis. [21] Querían ellos tomarle en la barca; pero al instante se halló la barca en la ribera, a donde se dirigían.

---

(1) Eran éstas la norma de vida para Israel; pero todas ellas se ordenan al Mesías, a preparar sus caminos y dar testimonio de El.

(2) Los judíos, jactanciosos de ser los únicos que conocen y honran a Dios, acusan a Jesús de este vicio; pero El rechaza esta acusación y la devuelve contra sus acusadores.

(3) Por los Sinópticos resulta bien claro hasta qué extremo llegaba la aberración de los judíos en la interpretación de la Ley. Esto era lo que los tenía apartados de Moisés y de los Profetas, y era también la venda que cubría sus ojos para que no viesen en Jesús al enviado del Padre.

(1) Esta multiplicación de los panes es la primera que leemos en los Sinópticos, aunque con algunas variantes. (Mt. 14, 13 ss.; Mc. 6, 32 ss.; Lc. 9, 10 ss.)

(2) Más de una vez aparece este personaje en labios judíos. No es fácil saber quién sea. Puede ser un nombre del Mesías, o algún profeta que se creería anunciado en Deuteronomio 18, 15, que, a modo de Elías, vendría a preparar el advenimiento del Mesías. En todo caso, este episodio nos explica por qué Jesús rehuye ciertas manifestaciones populares.

(3) Con algunas variantes, también esto se lee en los Sinópticos.

Concurso de los oyentes en busca de Jesús.

22 Al otro día, la muchedumbre que estaba al otro lado del mar, echó de ver que no había sino una barquilla y que Jesús no había entrado con sus discípulos en la barca, sino que los discípulos habían partido solos; 23 pero llegaron de Tiberíades barcas cerca del sitio donde habían comido el pan, después de haber dado gracias al Señor. 24 Y cuando la muchedumbre vió que Jesús no estaba allí, ni sus discípulos tampoco, subieron en las barcas y vinieron a Cafarnaum (1) en busca de Jesús.

Jesús, pan de vida para los que creen en El.

25 Habiéndole hallado al otro lado del mar, le dijeron: Rabbi, ¿cuándo has venido aquí? 26 Les contestó Jesús, y dijo: En verdad, en verdad os digo, vosotros me buscáis, no porque habéis visto los milagros (2), sino porque habéis comido los panes y os habéis saciado; 27 procuraos, no el alimento perecedero, sino el alimento que permanece hasta la vida eterna, el que el Hijo del hombre os da, porque Dios Padre le ha sellado con su sello (3). 28 Dijéronle, pues: ¿Qué haremos para hacer obras de Dios? 29 Respondió Jesús, y les dijo: La obra de Dios es que creáis en Aquel, que El ha enviado. 30 Y ellos le dijeron: Pues tú, ¿qué señales haces para que veamos y creamos? ¿Qué haces? 31 Ya nuestros padres comieron el maná en el desierto (4), según está escrito: Les dió a comer pan del cielo. 32 Díjoles, pues, Jesús: En verdad, en verdad os digo: Moisés no os dió pan del cielo; es mi Padre el que os da el verdadero pan del cielo; 33 porque el pan de Dios es el que bajó del cielo y da la vida al mundo. 34 Dijéronle, pues, ellos: Señor, danos siempre ese pan.

35 Les contestó Jesús: Yo soy el pan de vida (1); el que viene a mí no tendrá más ya hambre, y el que cree en mí jamás tendrá sed. 36 Pero yo os digo que vosotros me habéis visto y no me creéis. 37 Todo lo que el Padre me da (2) viene a mí, y al que viene a mí yo no le echaré fuera, 38 porque yo he bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió. 39 Y ésta es la voluntad del que me envió, que yo no pierda nada de lo que me ha dado, sino que lo resucite en el último día. 40 Porque ésta es la voluntad de mi Padre, que todo el que ve al Hijo y cree en El, tenga la vida eterna y yo le resucitaré en el último día. 41 Murmuraban de El los judíos, porque había dicho: Yo soy el pan que bajó del cielo, 42 y decían: ¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? (3). ¿Pues cómo dice ahora: Yo he bajado del cielo?

43 Respondió Jesús, y les dijo: No murmuréis entre vosotros. 44 Nadie puede venir a mí, si el Padre, que me ha enviado, no le trae, y yo le resucitaré en el último día. 45 En los profetas está escrito: Y serán todos enseñados de Dios (4). Todo el que oye a mi Padre y recibe su enseñanza viene a mí. 46 No porque alguno haya visto al Padre (5),

(1) Fué en esta ciudad, y en su sinagoga, donde tuvo lugar el discurso que sigue (v. 59), para cuya inteligencia hemos de observar que no todos los oyentes ni todos los interlocutores participan de los mismos sentimientos respecto de Jesús, aunque sean designados con el mismo nombre por el evangelista.

(2) Los milagros pueden considerarse como señales de la misión divina de Jesús, que con ellos invita a la fe, o como objetos extraordinarios, propios para satisfacer la curiosidad, o como fuente de provechos materiales.

(3) Este sello son los milagros.

(4) Recordando el maná del desierto, con que Dios alimentó a Israel por tanto tiempo, les parecía poca cosa la multiplicación de los panes y de los peces. Tal vez los que esto dicen no habían visto el milagro ni participado de él.

(1) Jesús, Salvador, objeto de nuestra fe y amor, es el pan bajado del cielo, el verdadero maná de las almas.

(2) La fe es don de Dios, y es el Padre quien, por ella, conduce las almas a su Hijo para que les dé la vida y las resucite en el último día. (Rom. 8, 30 ss.)

(3) Para los que le habían conocido en su vida humilde y de artesano, era este lenguaje un gran motivo de escándalo, del cual no se libraban sus mismos parientes. (7, 5.)

(4) El texto es de Isaías 54, 13. Esa doctrina del cielo consiste en hacernos conocer en Jesucristo al enviado del Padre. Jesús nos instruirá en los misterios de Dios y nos resucitará en el último día.

(5) Es dicho repetido en la Escritura: «Nadie vió a Dios»; pero San Juan ha dicho ya que el Unigénito del Padre, ése le ha visto y nos ha descubierto sus misterios. (1, 18.)

sino sólo el que está en Dios, ése ha visto al Padre. [47] En verdad, en verdad os digo: El que cree tiene la vida eterna.

El pan eucarístico.

[48] Yo soy el pan de vida; [49] vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. [50] Este es el pan que baja del cielo, para que el que lo coma no muera. [51] Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno come de este pan, vivirá para siempre, y el pan que yo le daré es mi carne (1), vida del mundo.

[52] Disputaban entre sí los judíos, diciendo: ¿Cómo puede éste darnos a comer su carne? [53] Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre (2), no tendréis vida en vosotros. [54] El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día. [55] Porque mi carne es verdadera comida (3) y mi sangre es verdadera bebida. [56] El que come mi carne y bebe mi sangre está en mí y yo en él. [57] Así como me envió mi Padre (4) vivo, y vivo yo por mi Padre, así también el que me come vivirá por mí. [58] Este es el pan bajado del cielo, no como el pan que comieron los padres y murieron; el que come este pan vivirá para siempre. [59] Esto lo dijo enseñando en una sinagoga de Cafarnaum.

Efecto del sermón en los discípulos.

[60] Luego de haberle oído, muchos de sus discípulos dijeron: ¡Qué duras son estas palabras! ¿Quién puede oírlas? [61] Conociendo Jesús que murmuraban de estos sus discípulos, les dijo: ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué será al ver (1) al Hijo del hombre subir allí a donde estaba antes? [63] El espíritu es el que da vida (2), la carne no aprovecha para nada. Las palabras, que yo os he hablado, son espíritu y son vida; [64] pero hay algunos de vosotros que no creen. Porque sabía Jesús desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién era el que le había de entregar. [65] Y decía: Por esto os dije que nadie puede venir a mí, si no le ha sido dado de mi Padre. [66] Desde entonces muchos de sus discípulos se retiraron (3), y ya no le seguían. [67] Entonces dijo Jesús a los doce: ¿Queréis iros vosotros también? [68] Respondióle Simón Pedro: Señor, ¿a quién iríamos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios. [70] Respondióle Jesús: ¿No he elegido yo a los doce? Y uno de vosotros es un diablo. [71] Hablaba de Judas Iscariote, porque éste, uno de los doce, había de entregarle.

Estado de los ánimos en Galilea y Jerusalén.

7 [1] Después de esto andaba Jesús por Galilea, pues no quería ir a Judea, porque los judíos le buscaban para darle muerte. [2] Estaba cerca la fiesta de los judíos (4), la de los Tabernáculos. [3] Dijéronle sus hermanos (5): Sal de aquí y vete a

(1) Hasta aquí el pan del cielo, el pan verdadero, que da la vida eterna y la resurrección, era Jesús, objeto de la fe y del amor. Se trataba de una comunión espiritual. Ahora da un paso más hacia la comunión sacramental. El pan es su misma carne, su cuerpo, que será entregado a los dolores y a la muerte para dar vida al mundo.

(2) Aquí se declara más el misterio, pues ya no se habla sólo de comer la carne, sino también de beber la sangre como medio indispensable de alcanzar la vida eterna y llegar a la resurrección.

(3) Es consecuencia de lo dicho; pero contribuyó a aumentar el escándalo de sus oyentes.

(4) Es el Padre la fuente de la vida que el Hijo goza; esta vida del Hijo, difundiéndose luego a su humanidad, constituye aquella plenitud de que todos hemos de recibir. (1, 16.)

(1) Esto podría aumentar el escándalo en quienes persistiesen en ver en El sólo al hijo de José; pero sería la solución del misterio para quienes se resolviesen a ver en El algo más que eso, y tal era el propósito de Jesús.

(2) La solución está no en la inteligencia grosera de sus oyentes, sino en la espiritual de los discípulos fieles.

(3) Así se va haciendo la selección entre los oyentes de Jesús, y con la selección el juicio divino anunciado por los Profetas y por el Bautista.

(4) Era la tercera de las fiestas prescritas por la Ley; se celebraba a fines del verano, con gran solemnidad, para dar gracias por los últimos frutos de la tierra y pedir la lluvia para la próxima sementera. Era la que más concurso de peregrinos atraía, porque la bonanza del tiempo estival facilitaba la navegación de los judíos de la Diáspora.

(5) Son éstos sus parientes, que podían serlo en diverso grado, los cuales padecían del mismo mal de la incredulidad que los nazarenos.

Judea para que tus discípulos vean las obras que haces; nadie hace esas cosas en secreto, si pretende manifestarse. Puesto que eso haces, muéstrate al mundo. [5] Pues ni sus hermanos creían en El. [6] Jesús les dijo: Mi tiempo no ha llegado aún, pero vuestro tiempo está pronto. [7] El mundo no puede aborreceros a vosotros, pero a mí me aborrece, porque yo doy testimonio contra él de que sus obras son malas. [8] Vosotros, subid a la fiesta; yo no subo a esta fiesta, porque aún no se ha cumplido mi tiempo. [9] Habiendo dicho esto, se quedó en Galilea.

[10] Una vez que sus hermanos subieron a la fiesta, entonces subió El también, no manifiestamente, sino en secreto. [11] Y los judíos le buscaban en la fiesta y decían: ¿Dónde está ése? Y había entre las muchedumbres gran cuchicheo acerca de El: Los unos decían: Es bueno. Pero otros decían: No, seduce a las masas. [13] Sin embargo, nadie hablaba libremente de El por temor de los judíos (1).

La defensa de Jesús acerca del quebrantamiento del sábado.

Mediada ya la fiesta, subió Jesús al templo y enseñaba. [15] Admirábanse los judíos, diciendo: ¿Cómo es que éste, no habiendo estudiado, sabe letras? [16] Y Jesús les respondió y dijo: Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. [17] Quien quiere hacer la voluntad de El (2), conocerá si mi doctrina es de Dios o si es mía. [18] El que de sí mismo habla busca su propia gloria; pero el que busca la gloria del que le ha enviado, ése es veraz y no hay en él injusticia. [19] ¿No os dió Moisés la Ley? (3). Y ninguno de vosotros cumple la Ley. ¿Por qué buscáis darme muerte? [20] La muchedumbre respondió: Tú estás poseído del demonio (1), ¿quién busca darte muerte? [21] Respondió Jesús, y les dijo: Una obra he hecho, y todos os maravilláis. [22] Moisés os dió la circuncisión—no que proceda de Moisés, sino de los padres—, y vosotros circuncidáis a un hombre en sábado. [23] Si circuncidáis en sábado, para que no quede incumplida la Ley de Moisés, ¿por qué os irritáis contra mí (2) porque he curado del todo a un hombre en sábado? [24] No juzguéis según las apariencias, juzgad según justicia.

Origen divino del Mesías.

[25] Decían, pues, algunos de los de Jerusalén: ¿No es éste a quien buscan matar? [26] Y está hablando libremente y no le dicen nada. ¿Será que de verdad habrán reconocido las autoridades que es el Mesías? [27] Pero de éste sabemos de dónde viene; mas del Mesías, cuando venga, nadie sabrá de dónde viene (3). [28] Y Jesús, enseñando en el Templo, gritó y dijo: Vosotros me conocéis y sabéis de dónde soy; y yo no he venido de mí mismo; pero el que me ha enviado (4) es veraz, aunque vosotros no le conocéis. [29] Yo le conozco, porque procedo de El, y El me ha enviado. [30] Buscaban, pues, prenderle, pero nadie le ponía las manos, porque aún no había llegado su hora.

Desaparición misteriosa de Jesús.

[31] Muchos de la muchedumbre creyeron en El, y decían: El Mesías, cuando venga, ¿hará más milagros de los que éste hace? [32] Oyeron los fariseos a la muchedumbre que cuchicheaba acerca de El, y enviaron los príncipes de los sacerdotes y los

(1) «Judíos» equivale aquí a los que conspiraban contra Jesús. Es ordinario en San Juan el sentido peyorativo de la palabra.

(2) Las disposiciones morales son fundamentales para entender toda doctrina que se refiera al gobierno de la vida humana, mucho más si esta doctrina es sobrenatural.

(3) La Ley es la expresión de la voluntad de Dios, y vosotros no la guardáis; por eso no entendéis mi doctrina.

(1) Es el demonio quien le sugiere esa manía persecutoria, que le lleva a pensar tales propósitos. Así pensaba la muchedumbre, ignorante de lo que pasaba entre bastidores.

(2) Los judíos, a falta de mejores argumentos contra Jesús, acuden a sus curaciones en sábado, como si éstas fueran un crimen.

(3) El Mesías será hijo de David, pero aparecería en el mundo por caminos misteriosos, con lo que autorizaría más su persona. Así no podrían decirle: «¿No es éste el hijo de José?»

(4) Jesús contrapone su origen humano a su misión divina.

fariseos alguaciles (1) para que le prendiesen. [33] Dijo entonces Jesús: Aún estaré con vosotros un poco de tiempo, y me iré al que me ha enviado. [34] Me buscaréis y no me hallaréis (2), y a donde yo voy vosotros no podéis venir. [35] Dijéronse entonces los judíos: ¿A dónde quiere ir éste, que nosotros no le hayamos de hallar? ¿Acaso quiere irse a la dispersión de los gentiles y enseñarlos a ellos? [36] ¿Qué es esto que dice: Me buscaréis y no me hallaréis, y a donde yo voy vosotros no podéis venir?

La promesa del agua viva.

[37] El último día, el día grande de la fiesta, se detuvo Jesús y gritó, diciendo: Si alguno tiene sed (3), venga a mí y beba. [38] El que cree en mí, según dice la Escritura, ríos de agua viva correrán de su seno. [39] Esto dijo del Espíritu, que habían de recibir los que creyesen en El, pues aún no había sido dado el Espíritu, porque Jesús no había sido glorificado (4).

Diversos pareceres sobre Jesús.

[40] De la muchedumbre, algunos que escuchaban estas palabras, decían: Verdaderamente que éste es el profeta. [41] Otros decían: Este es el Mesías. Pero otros replicaban: ¿Acaso el Mesías puede venir de Galilea? (5). [42] ¿No dice la Escritura que del linaje de David, y de la aldea de Belén, de donde era David (6) ha de venir el Mesías? [43] Y se originó un desacuerdo en la multitud por su causa. [44] Algunos de ellos querían apoderarse de El, pero nadie le puso las manos. [45] Volvieron, pues los alguaciles a los príncipes de los sacerdotes y fariseos, y éstos les dijeron: ¿Por qué no le habéis traído? [46] Respondieron los alguaciles: Jamás hombre alguno habló como éste. [47] Pero los fariseos les replicaron: ¿Es que también vosotros os habéis dejado engañar? [48] ¿Acaso alguno de los magistrados o de los fariseos ha creído en El? [49] Pero esta gente ignora la Ley (1) y son unos malditos. [50] Les dijo Nicodemo, el que había ido antes a El, que era uno de ellos: ¿Acaso nuestra Ley condena a un hombre antes de oírle y sin averiguar lo que hizo? [52] Le respondieron y dijeron: ¿También tú eres de Galilea? Investiga y verás que de Galilea no ha salido profeta alguno. [53] Y se fueron cada uno a su casa (2).

La mujer adúltera.

8 [1] Se fué Jesús al monte de los Olivos, [2] pero de mañana otra vez volvió al templo (3), y todo el pueblo venía a El, y sentado los enseñaba. [3] Los escribas y fariseos trajeron a una mujer cogida en adulterio y, colocándola en medio, [4] le dijeron: Maestro, esta mujer ha sido sorprendida (4) en flagrante delito de adulterio. [5] En la Ley nos ordena Moisés apedrear a estas tales; tú, pues, ¿qué dices? [6] Esto decían tentándole, para tener de qué acusarle. Jesús, inclinándose hacia abajo, es-

(1) Viendo que la muchedumbre se volvía favorable a Jesús, resuelven poner en ejecución sus propósitos. Esos alguaciles eran la policía interior del templo.

(2) En los días de angustia que seguirán a la muerte de Jesús, los judíos buscarán a su Mesías para que los salve; pero éste no responderá a sus clamores.

(3) Esta exclamación de Jesús parece coincidir con cierto rito que practicaban el día séptimo de la fiesta arrojando agua de un lugar alto, como para imitar la lluvia que pedían a Dios. El evangelista nos explica su sentido en armonía con las palabras de 4, 13.

(4) Más tarde dirá Jesús que lo pedirá al Padre cuando haya vuelto a El (16, 26), y que El mismo lo enviará. (15, 26.)

(5) Se ve por aquí que los jerosolimitanos tenían mucho más alta idea de sí mismos que de los galileos.

(6) Así lo dice el profeta Miqueas. (5, 2; Mt. 2, 4 s.)

(1) Esta expresión muestra el desprecio que los fariseos hacían del pueblo rudo y el alto valor que daban a su ciencia de la Ley.

(2) Esta respuesta dada a la observación prudente de Nicodemo manifiesta a qué punto llegaba el apasionamiento de los fariseos contra Jesús.

(3) Concuerda este comienzo con Lc. 21, 38, y el relato que sigue se parece a uno de los varios lazos que los directores de Israel tendían a Jesús con el intento de perderle.

(4) El lazo consistía en esto: la Ley sancionaba con la muerte el adulterio (Lev. 20, 10; Deut. 22, 22 ss.); pero las costumbres habían mudado mucho desde la época de Moisés, y la pena se había mitigado en la práctica. Los que preguntan pretenden poner a Jesús enfrente de la Ley o echar sobre El la nota de cruel, lo que le comprometería ante el pueblo.

cribía con el dedo en tierra. [7] Como ellos insistieran en preguntarle, se levantó y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la piedra el primero. [8] E inclinándose de nuevo (1), escribía en tierra. [9] Ellos, que le oyeron, fueron saliéndose uno a uno comenzando por los más ancianos, y quedó El solo y la mujer en medio. [10] Y levantándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están? ¿Nadie te ha condenado? [11] Dijo ella: Nadie, Señor. Jesús dijo: Ni yo te condeno tampoco (2); vete, y en adelante no peques más.

Jesús, luz del mundo, atestiguado por el Padre.

[12] Otra vez, pues, les habló Jesús diciendo: Yo soy la luz del mundo (3); el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá luz de vida. [13] Dijéronle, pues, los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo, y tu testimonio no es verdadero. [14] Respondió Jesús, y dijo: Aunque yo dé testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero, porque sé de dónde vengo y a dónde voy, mientras que vosotros no sabéis de dónde vengo y a dónde voy. [15] Vosotros juzgáis según la carne; yo no juzgo a nadie. [16] Y si yo no juzgo, mi juicio es verdadero (4), porque no estoy solo, sino yo y el Padre (5) que me ha enviado. [17] Y en vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos es verdadero. [18] Yo soy el que da testimonio de mí mismo, y el Padre que me ha enviado da testimonio de mí. [19] Pero ellos le decían: ¿Dónde está tu padre? Respondió Jesús: Ni a mí me conocéis, ni a mi Padre; si me conocierais a mí, conocierais también a mi Padre. [20] Estas palabras las dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo. Y nadie puso en El las manos, porque aún no había llegado su hora.

(1) Como hombre absorto en sus pensamientos, escribe en tierra aparentando no darse cuenta de lo que hace, o más bien escribe algo que, leído por sus interlocutores, los ahuyenta. Por desgracia, los acusadores no estaban en moralidad por encima de la acusada, y así se fueron escabullendo temiendo una rociada mayor.

(2) Sentencia muy conforme con la conducta de Jesús, que había venido a salvar a los pecadores, no a juzgarlos. Este episodio se halla omitido en bastantes códices y versiones antiguas, y los Padres que comentaron a San Juan parecen ignorarlo. De los códices, hay algunos que lo traen a continuación de Lc. 21, 38, o de Jn. 7, 36. Esto no significa que no sea auténtico e inspirado, sino que lo omitieron los copistas por temor de que fuera ocasión para abusar de la indulgencia del Salvador.

(3) Esta sentencia acaso fué sugerida a Jesús por la iluminación que en algunos días de esta fiesta se hacía en el Templo. (1, 9.)

(4) Porque no he venido a juzgar, sino a salvar. (13, 17.)

(5) Jesús se presenta aquí como Hijo de Dios y unido con el Padre en cuantas cosas hace éste. (5, 17.)

Peligro de los judíos en desconocer a Jesús.

[21] Todavía les dijo: Yo me voy (1), y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado; a donde yo voy no podéis venir vosotros. [22] Y los judíos se decían: ¿Acaso se va a matar, que dice: A donde yo voy, no podéis venir vosotros? [23] Y El les decía: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. [24] Os dije que moriríais en vuestro pecado; porque, si no creyereis, moriréis en vuestros pecados. [25] Y ellos le decían: ¿Tú quién eres? Jesús les dijo: Es enteramente lo que os estoy diciendo (2). [26] Mucho tengo que hablar y juzgar de vosotros, pues el que me ha enviado es veraz, y yo hablo al mundo lo que le oigo a El. [27] No comprendieron que El les hablaba del Padre. [28] Dijo, pues, Jesús: Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, entonces conoceréis que soy yo (3), y no hago nada de mí mismo, sino que, según me enseña el Padre, así hablo. [29] Y el que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado. [30] Hablando El estas cosas, muchos creyeron en El.

(1) Alusión a su muerte y a la incredulidad de los judíos. (7, 33 s.)

(2) La expresión es oscura y da lugar a diversas explicaciones. San Crisóstomo la glosa así: «Absolutamente no sois dignos de oír mis palabras ni de aprender quién soy yo.» Sin embargo, cumple la voluntad del Padre, que le envió a enseñar.

(3) La resurrección fué el mayor argumento dado a los judíos sobre la misión divina de Jesús, y el que mejor mostraba que Dios estaba con El.

Los judíos no son hijos de Abraham ni de Dios, sino hijos del diablo.

31 Jesús decía a los judíos que habían creído en El: Si vosotros permanecéis en mi palabra, seréis en verdad discípulos míos, 32 y conoceréis la verdad, y la verdad os librará. 33 Respondiéronle ellos (1): Somos linaje de Abraham, y de nadie hemos sido siervos; como dices tú: ¿Seréis libres? 34 Jesús le contestó: En verdad, en verdad os digo que todo el que comete pecado es siervo del pecado. 35 El siervo no permanece en la casa para siempre; el hijo permanece para siempre. 36 Si, pues, el Hijo os librare, seréis verdaderamente libres. 37 Sé que vosotros sois linaje de Abraham; pero buscáis matarme, porque mi palabra no ha sido acogida por vosotros. 38 Yo hablo lo que he visto en el Padre; y vosotros también hacéis lo que habéis oído de vuestro padre. 39 Respondieron y dijéronle: Nuestro padre es Abraham. Jesús les dijo: Si sois hijos de Abraham, haced las obras de Abraham. 40 Pero ahora buscáis quitarme la vida, a un hombre que os ha hablado la verdad, que oyó de Dios; eso Abraham no lo hizo. 41 Vosotros hacéis las obras de vuestro padre.

Dijéronle ellos: Nosotros no somos fruto de fornicación, tenemos por padre (2) a Dios. 42 Díjoles Jesús: Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a mí; porque he salido y vengo de Dios, pues yo no he venido de mí mismo, antes es El quien me ha enviado. 43 ¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis oír mi palabra. 44 Vosotros sois nacidos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El es homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad, porque la verdad no estaba en él. Cuando habla la mentira, habla de lo suyo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira. 45 Pero a mí, porque os digo la verdad, no me creéis. 46 ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (1). Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? 47 El que es de Dios oye las palabras de Dios; por eso vosotros no las oís, porque no sois de Dios. 48 Respondieron los judíos y le dijeron: ¿No decimos bien nosotros que eres samaritano (2) y tienes el demonio en el cuerpo? 49 Respondió Jesús: Yo no tengo demonio, sino que honro a mi Padre y vosotros me deshonráis a mí. 50 Yo no busco mi gloria, hay quien la busque y juzgue. 51 En verdad, en verdad os digo: Si alguno guardare mi palabra, no verá jamás la muerte (3).

52 Dijéronle los judíos: Ahora nos convencemos de que estás endemoniado. Abraham murió, también los profetas, y tú dices: Quien guardare mi palabra no gustará la muerte nunca. 53 ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murió? Y los profetas murieron. ¿Quién pretendes ser tú? 54 Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo (4), mi gloria no es nada; es mi Padre quien me glorifica, de quien vosotros decís que es vuestro Dios, 55 y no le conocéis, pero yo le conozco; y si dijere que no le conozco sería semejante a vosotros, embustero; mas yo le conozco y guardo su palabra. 56 Abraham, vuestro padre, se regocijó pensando en ver mi día; lo vió y se alegró. Pero los judíos le dijeron: ¿No tienes aún cincuenta años, y has visto a Abraham? 58 Respondió Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes que Abraham naciese (5), era yo. 59 Entonces tomaron piedras para arrojárselas; pero Jesús se ocultó y salió del templo.

---

(1) No es fácil que sea a los creyentes a quienes Jesús dirige estas palabras, sino a otros de los presentes, que muestran en la prontitud de su réplica el espíritu que los anima.

(2) Más de una vez Dios se dice padre del pueblo israelita; pero a los judíos les faltaba el espíritu de adopción para pronunciar y sentir la palabra Padre. (Is. 63, 16; Rom. 8, 15.)

(1) Sorprendente desafío éste dirigido a sus adversarios. Cuanto contra El dicen, todo se funda en su propia malevolencia.

(2) Era éste el nombre más aborrecible para un judío; poco menos que el de dominio.

(3) La muerte eterna se entiende (6, 39), cosa que los judíos, llevados de sus prejuicios, entienden de la muerte temporal.

(4) La alabanza en boca propia envilece; pero Jesús, enviado al mundo por su Padre, recibe de El la gloria por las obras maravillosas que le concede ejecutar.

(5) La eternidad se expresa ordinariamente por la anterioridad al mundo (Lc. 11, 50; Jn. 17, 24); aquí la declara por la anterioridad al Patriarca, cosa que los judíos toman por una blasfemia.

La curación del ciego de nacimiento.

9 [1] Pasando vió a un hombre ciego de nacimiento, [2] y sus discípulos le preguntaron, diciendo: Rabbi, ¿quién pecó, éste o sus padres (1), para que naciera ciego? [3] Contestó Jesús: Ni pecó éste, ni sus padres; sino para que se manifiesten en él las obras de Dios. [4] Es preciso que yo haga las obras del que me envió mientras es de día (2); venida la noche, ya nadie puede trabajar. [5] Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo. [6] Diciendo esto, escupió en el suelo, hizo con la saliva un poco de lodo y untó con el lodo los ojos, [7] y le dijo: Vete y lávate en la piscina de Siloé, que quiere decir, *enviado*. Fué, pues, se lavó y volvió con vista. [8] Los vecinos y los que antes le veían, pues era mendigo, decían: ¿No es éste el que estaba sentado pidiendo limosna? [9] Unos decían que era él; otros decían: No, se le parece. El decía: Soy yo. [10] Entonces le decían: ¿Pues cómo se te han abierto los ojos? [11] Respondió él: Ese hombre llamado Jesús hizo lodo, me untó los ojos, y me dijo: Vete a Siloé y lávate; fuí, pues, me lavé, y recobré la vista. [12] Y le dijeron: ¿Dónde está ése? Contestó: No lo sé.

Discusión sobre el valor del milagro.

[13] Llevando a presencia de los fariseos al antes ciego, [14] pues era sábado el día en que Jesús hizo lodo y le abrió los ojos, [15] los fariseos le preguntaron de nuevo cómo había recobrado la vista. Y él les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, me lavé, y veo. [16] Dijeron entonces algunos de los fariseos: No puede venir de Dios (3) este hombre, pues no guarda el sábado. Otros decían: ¿Y cómo puede un hombre pecador hacer tales milagros? Y había desacuerdo entre ellos. [17] Otra vez dijeron al ciego: ¿Qué dices tú de ése que te abrió los ojos? El contestó: Que es un profeta.

[18] No querían creer los judíos (1) que aquél era ciego y que había recobrado la vista, hasta que llamaron a sus padres, [19] y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, de quien vosotros decís que nació ciego? ¿Cómo ahora ve? [20] Respondieron los padres, y dijeron: Lo que sabemos es que éste es nuestro hijo y que nació ciego; [21] ahora, cómo ve no lo sabemos; quién le abrió los ojos, nosotros no lo sabemos; preguntádselo a él, edad tiene; que él hable por sí. [22] Esto dijeron sus padres, porque también temían a los judíos, pues ya los judíos habían convenido en que si alguno le confesaba Mesías fuera excluído (2) de la sinagoga. [23] Por esto sus padres dijeron: Edad tiene, preguntadle a él. [24] Llamaron, pues, por segunda vez al ciego, y le dijeron: Da gloria a Dios (3); nosotros sabemos que ese hombre es pecador. [25] A esto respondió él: Si es pecador, no lo sé (4); lo que sé es que, siendo ciego, ahora veo. [26] Dijéronle también: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? [27] El les respondió: Os lo he dicho ya, y no habéis escuchado. ¿Para qué queréis oírlo otra vez? ¿Es que queréis haceros discípulos suyos? [28] Y ellos, insultándole, dijeron: Sé tú discípulo suyo; nosotros somos discípulos de Moisés. [29] Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés; cuanto a éste, no sabemos de dónde viene. [30] Respondió el hombre, y les dijo: Es de maravillar (5) que vosotros no sepáis de dónde viene, habiéndome abierto a mí los ojos. [31] Sabido es que Dios no oye a los pecadores; pero si uno es piadoso y hace su voluntad, a ése le escucha. [32] Jamás se oyó decir que nadie haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. [33] Si éste no fuera de Dios, no podría

(1) Las palabras de Jesús al paralítico debieron confirmar a los discípulos en la idea corriente de que todo mal proviene de algún pecado, lo que en este ciego de nacimiento ofrecía una dificultad.

(2) Este lenguaje metafórico se inspira, sin duda, en la condición del ciego privado de luz.

(3) Era una de las acusaciones de los judíos contra Jesús, aunque no aparezca luego en el proceso.

(1) La incredulidad de los judíos deja sin excusa la de todos los incrédulos con la discusión de este milagro.

(2) Es decir, excomulgado.

(3) Declarando la verdad. (Js. 7, 19.)

(4) Es una discreta manera de excusar la discusión con los doctores, que trataban de convencerle de ser Jesús pecador.

(5) Esto muestra la íntima convicción del ciego. Por él habla el buen sentido, que va a estrellarse contra la malevolencia de los judíos.

hacer nada. 34 Respondieron y dijéronle: Eres todo pecado desde que naciste (1), ¿y pretendes enseñarnos? Y le echaron fuera.

La fe y la ceguera.

35 Oyó Jesús que le habían echado fuera, y encontrándole, dijo: ¿Crees tú en el Hijo del hombre? 36 Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor (2), para que crea en El? 37 Díjole Jesús: Le estás viendo, es el que habla contigo. 38 Dijo él: Creo, Señor, y se postró ante El. 39 Jesús dijo: Yo he venido al mundo para un juicio (3), para que los que no ven vean, y los que ven se vuelvan ciegos. 40 Oyeron esto algunos de los fariseos que estaban con El, y le dijeron: ¿Conque nosotros somos también ciegos? 41 Díjoles Jesús: Si fuerais ciegos no tendríais pecado; pero decís: Nosotros vemos, y vuestro pecado es permanente.

El pastor y el rebaño.

10 1 En verdad, en verdad os digo que el que no entra por la puerta en el aprisco de las ovejas, sino que sube por otra parte, ése es ladrón y salteador. 2 Pero el que entra por la puerta, ése es pastor de las ovejas. 3 A éste le abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y llama a sus ovejas por su nombre, y las saca afuera. 4 Y cuando las ha sacado todas, va delante de ellas, y las ovejas le siguen, porque conocen su voz; 5 pero no seguirán al extraño, antes huirán de él porque no conocen la voz de los extraños. 6 Les dijo esta semejanza (4); pero no entendieron qué era lo que les hablaba. 7 De nuevo les dijo Jesús: En verdad, en verdad os digo: Yo soy la puerta de las ovejas, 8 todos cuantos han venido eran ladrones y salteadores; pero las ovejas no los oyeron. 9 Yo soy la puerta; el que por mí entrare se salvará, y entrará y saldrá y hallará pasto. 10 El ladrón no viene sino para robar, y matar, y destruir; yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante. 11 Yo soy el buen pastor, el buen pastor da su vida por sus ovejas. 12 El asalariado, el que no es pastor, dueño de las ovejas, ve venir al lobo, y deja las ovejas, y huye, y el lobo arrebata y dispersa las ovejas, 13 porque es asalariado y no se cuida de las ovejas. 14 Yo soy el buen pastor (1), y conozco a las mías, y las mías me conocen a mí, 15 como el Padre me conoce y yo conozco a mi Padre; y pongo mi vida por las ovejas. 16 Tengo otras ovejas (2) que no son de este aprisco, y es preciso que yo las traiga, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor.

La muerte de Jesús.

17 Por esto el Padre me ama, porque yo doy mi vida (3), para tomarla de nuevo. 18 Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo. Tengo poder para darla y poder para volver a tomarla. Tal es el mandato que del Padre he recibido.

Pareceres contrarios.

19 Otra vez se suscitó desacuerdo entre los judíos a propósito de estos razonamientos. 20 Pues muchos de ellos decían: Está endemoniado, ha perdido el juicio; ¿por qué le escucháis? 21 Otros decían: Estas palabras no son de un endemoniado, ni el demonio puede abrir los ojos a los ciegos.

---

(1) En virtud del principio indicado antes por los Apóstoles. (9, 2.)

(2) El ciego se muestra en estas palabras totalmente rendido a Jesús, en quien reconoce al enviado de Dios.

(3) Ese juicio lo realizaba con su enseñanza y sus obras, dando así ocasión para que se descubriesen los ocultos sentimientos de muchos, según lo había anunciado a María el anciano Simeón. (Lc. 2, 35.)

(4) Pastores son, en el lenguaje de la Escritura, los príncipes, sacerdotes y profetas de Israel; pastor era el Mesías, y pastor de su pueblo el mismo Dios (Zac. 10, 2 s.; Ez. 34, 2 s.) Los oyentes de Jesús podían entender sus palabras; lo que no entenderían era el propósito a que las decía.

(1) No sólo es la puerta del redil; es también el pastor supremo de las almas. (I Pet. 5, 4.)

(2) Son éstas las naciones de la gentilidad, que en Lc. 13, 29, nos hace entrever sentadas a la mesa, en el reino de los cielos, en compañía de los Patriarcas.

(3) Jesús, dueño de su destino, se entrega a la muerte y recobra la vida según la voluntad del Padre.

Jesús, uno con su Padre.

22 Se celebraba entonces en Jerusalén la dedicación (1); era invierno, 23 y Jesús se paseaba en el templo por el pórtico de Salomón. 24 Le rodearon, pues, los judíos y le decían: ¿Hasta cuándo nos vas a tener en vilo? (2). Si eres el Mesías, dínoslo claramente. 25 Respondióles Jesús: Os lo dije y no lo creéis; las obras que yo hago en nombre de mi Padre dan testimonio de mí; 26 pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. 27 Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y ellas me siguen, 28 y yo les doy la vida eterna, y no perecerán para siempre, y nadie las arrebatará de mi mano. 29 Lo que mi Padre me dió es mejor que todas las cosas, nadie podrá arrebatar nada de la mano de mi Padre. 30 Yo y el Padre somos una sola cosa (3).

31 De nuevo los judíos cogieron piedras para apedrearle. 32 Jesús les respondió: Muchas obras os he mostrado de parte de mi Padre, ¿por cuál de ellas me apedreáis? Respondiéronle los judíos: Por ninguna obra buena te apedreamos, sino por la blasfemia, porque tú, siendo hombre, te haces Dios. 34 Jesús les replicó: ¿No está escrito en vuestra Ley (4): Yo digo: Dioses sois? 35 Si llama dioses a aquellos a quienes fué dirigida la palabra de Dios, y la Escritura no puede fallar, 36 de aquél, a quien el Padre santificó y envió al mundo, decís vosotros: Blasfemas, porque dije: ¿Soy Hijo de Dios? 37 Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis; 38 pero si las hago, ya que no me creáis a mí, creed a las obras, para que sepáis y conozcáis que el Padre está en mí, y yo estoy en el Padre. 39 De nuevo buscaban cogerle, pero El se deslizó de entre sus manos.

(1) En memoria de la restauración del culto por Judas Macabeo en 165 a. de C., después de la profanación de Antíoco IV, se instituyó esta fiesta. (I Mac. 4, 59.)

(2) No nacía esta suspensión de la falta de claridad en las palabras de Jesús, sino de la resistencia a las mismas.

(3) Esta sentencia es la declaración de su divinidad, que tantas veces, en palabras menos claras, ha manifestado; pero lo toman por una blasfemia, sin hacer caso de los testimonios con que lo probaba a sus ojos.

(4) No trae estas palabras para atenuar el sentido de su declaración anterior, sino para decir a los judíos que no deben escandalizarse de la declaración; antes examinar y ver, según los testimonios que le rodean, el sentido que puede tener.

Huída de Jesús hacia el Jordán.

40 Y partió de nuevo al otro lado del Jordán (1), al sitio en que Juan había bautizado la primera vez, y permaneció allí. 41 Y muchos venían a El y decían: Juan no hizo milagro alguno, pero todas cuantas cosas dijo Juan de éste eran verdaderas. 42 Y muchos allí creyeron en El.

Vuelta a Betania.

11 1 Había un enfermo, Lázaro, de Betania (2), de la aldea de María y Marta, su hermana. 2 Era esta María, la que ungió al Señor con ungüento y enjugó sus pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo. 3 Enviaron, pues, las hermanas a decirle: Señor, el que amas está enfermo. 4 Oyéndolo Jesús, dijo: Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios (3), para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella. 5 Jesús amaba a Marta y a su hermana y a Lázaro. 6 Y aunque oyó que estaba enfermo, permaneció en el lugar en que se hallaba dos días más; 7 pasados los cuales dijo a los discípulos: Vamos otra vez a Judea.

8 Los discípulos le dijeron: Rabbi, los judíos te buscan para apedrearte, ¿y de nuevo vas allá? 9 Respondió Jesús: ¿No son doce las horas del día? Si alguno camina (4) durante el día, no tropieza, porque ve la luz de este mundo; 10 pero, si camina de noche, tropieza, porque no hay luz en él. 11 Esto dijo, y después añadió: Lázaro, nuestro amigo, está dormido, pero yo voy a despertarle. 12 Dijéronle

(1) Aunque dueño de su vida, según declaró en el versículo 17, se retira del peligro, porque no es voluntad del Padre hacer milagros para defenderse, mientras llega la hora. El sitio señalado es el mismo de 1, 28.

(2) Esta familia ya nos es conocida por Lc. 10, 39 ss.; pero no la persona de Lázaro.

(3) Para manifestación de la gloria de Dios mediante el milagro de la resurrección.

(4) El día, como la noche, se dividía en doce horas, que eran mayores o menores, según la estación del año. *Si alguno camina.* Declara con esto que no hay peligro ninguno mientras no sea llegada la hora decretada por el Padre.

entonces los discípulos: Señor, si duerme (1), sanará. [13] Hablaba Jesús de su muerte, y ellos pensaron que hablaba de sueño. [14] Entonces les dijo Jesús francamente: Lázaro ha muerto, [15] y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creáis; pero vamos allá. [16] Dijo, pues, Tomás, llamado Dídimo, a los compañeros: Vamos también nosotros a morir con El (2).

Conversaciones con Marta y María.

[17] Fué, pues, Jesús, y se encontró con que llevaba cuatro días en el sepulcro. [18] Estaba Betania cerca de Jerusalén, como unos quince estadios (3), [19] y muchos judíos habían venido a Marta y a María para consolarlas por su hermano. [20] Marta, pues, en cuanto oyó que Jesús llegaba, le salió al encuentro; pero María se quedó sentada en casa. [21] Dijo, pues, Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; [22] pero sé que cuanto pidas a Dios, Dios te lo otorgará. [23] Díjole Jesús: Resucitará tu hermano. [24] Marta le dijo: Sé que resucitará en la resurrección, en el último día (4). [25] Díjole Jesús: Yo soy la resurrección y la vida (5), el que cree en mí, aunque muera vivirá; [26] y todo el que vive y cree en mí, no morirá (6) para siempre. ¿Crees tú esto? [27] Díjole ella: Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que ha venido a este mundo. [28] Diciendo esto, se fué y llamó a María, su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está ahí y te llama. [29] Cuando oyó esto, se levantó al instante y se fué a El. [30] Pues aún no había entrado Jesús en la aldea, sino que se hallaba aún en el sitio donde le había encontrado Marta. [31] Y los judíos, que estaban con ella en casa, y consolándola, viendo que María se levantaba con prisa y salía, la siguieron pensando que iba al monumento para llorar allí. [32] Así que María llegó a donde Jesús estaba, viéndole, se echó a sus pies (1), diciendo: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano.

La resurrección de Lázaro.

[33] Viéndola Jesús llorar, y que lloraban también los judíos que venían con ella, se conmovió hondamente (2), y se turbó, [34] y dijo: ¿Dónde le habéis puesto? Dijeron: Señor, ven y ve. [35] Lloró Jesús. [36] Y los judíos decían: ¡Cómo le amaba! [37] Algunos de ellos dijeron: ¿No pudo éste, que abrió los ojos del ciego, hacer que no muriese? [38] Jesús, otra vez conmovido en su interior, llegó al monumento, que era una cueva cubierta con una piedra. [39] Dijo Jesús: Quitad la piedra. Díjole Marta, la hermana del muerto: Señor, ya hiede, pues lleva cuatro días. [40] Jesús le dijo: ¿No te he dicho que si crees verás la gloria (3) de Dios? [41] Quitaron, pues, la piedra, y Jesús, alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has escuchado; [42] yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea lo digo, para que crean (4) que tú me has enviado. [43] Y diciendo esto gritó con fuerte voz: Lázaro, sal fuera. [44] Salió el muerto ligados con fajas pies y manos y el rostro envuelto en un sudario (5). Jesús les dijo: Soltadle y dejadle ir.

---

(1) El sueño suele ser buen síntoma en un enfermo.

(2) Esto muestra la decisión de los discípulos; pero también declara cómo veían la situación de Jerusalén.

(3) Tiene el estadio 185 metros, de donde resultan unos tres kilometros.

(4) Hay entre estas palabras y las del versículo 21 cierta oposición. Marta tiene gran fe en el poder de la oración de Jesús; pero no se atreve a pensar en la resurrección de su hermano, enterrado hacía ya cuatro días.

(5) De lo último habla San Juan (1, 3); lo primero lo repite Jesús (6, 40, 43).

(6) Se entiende de muerte eterna, que es lo opuesto a vida eterna.

(1) *María se echó a sus pies.* Se nota aquí el distinto temperamento de las dos hermanas, lo mismo que en Lc. 10, 38 ss.

(2) Jesús amaba a Lázaro, y participa de la emoción de las hermanas hasta derramar lágrimas, como pocos días más tarde las derramará sobre Jerusalén. No era extraño a los sentimientos de la amistad.

(3) El milagro estupendo de la resurrección de un muerto de cuatro días.

(4) Por todos los milagros realizados en el cúrso de su ministerio; ahora pide éste que parece mayor, en beneficio, más que del muerto y de las hermanas, de la muchedumbre que lo presencia, a fin de que crean, pues ésta era la razón principal de los milagros de Jesús.

(5) Así fué también emoalsamado el cuerpo de Jesús, ligado con fajas bien empapadas en aromas para retardar la corrupción.

Resolución del Consejo.

45 Muchos de aquellos judíos que habían venido a Marta y vieron lo que había hecho, creyeron en El. 46 Pero algunos de ellos se fueron a los fariseos y les dijeron lo que había hecho Jesús. 47 Convocaron entonces los príncipes de los sacerdotes y los fariseos una reunión (1) y dijeron: ¿Qué hacemos, que este hombre hace muchos milagros? 48 Si le dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar santo y nuestra nación. 49 Uno de ellos, Caifás, que era Sumo Sacerdote aquel año, les dijo: Vosotros no sabéis nada; 50 ¿No comprendéis que conviene que muera un hombre por todo el pueblo (2), no que perezca todo el pueblo? 51 Y no dijo esto de sí mismo, sino que como era Pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por el pueblo, 52 y no sólo por el pueblo, sino para reunir en uno todos los hijos de Dios, que estaban dispersos. 53 Desde aquel día tomaron la resolución de matarle.

54 Jesús, pues, ya no andaba en público entre los judíos; antes se fué a una ciudad llamada Efrem (3), y allí moró con los discípulos. 55 Estaba próxima la Pascua de los judíos, y muchos subían del campo a Jerusalén antes de la Pascua (4) para purificarse. 56 Buscaban, pues, a Jesús, y unos a otros se decían en el Templo: ¿Qué os parece? ¿No vendrá a la fiesta? 57 Pues los príncipes de los sacerdotes y los fariseos habían dado órdenes para que si alguno supiese dónde estaba lo indicase, a fin de echarle mano.

(1) Este milagro, que debía abrirles los ojos, no hizo sino poner el colmo a su furor.

(2) Porque este hombre los comprometía ante los romanos, y, quitado de delante, se salvaba la situación. Pero en estas palabras ve el evangelista un sentido más alto, en que Caifás no pensaba. Dios realizó mediante la muerte de Jesús la salud del mundo.

(3) Si antes había venido a Judea, aun a trueque de chocar con los judíos, ahora, terminada su obra, se retira de nuevo al desierto. Efrem, o Efrom en el Antiguo Testamento, se halla al NE. de Jerusalén, en el límite del desierto.

(4) La celebración de la Pascua, como la participación en otros actos del culto, exigía el estado de pureza legal, que muchos, sobre todo los que moraban entre gentiles, no tendrían. De esa pureza hablan Ex. 12, 43 ss.; Num. 9, 13 ss.; II Par. 30, 2 ss.; Jn. 18, 28.

La unción en Betania.

12 1 Seis días antes de la Pascua (1) vino Jesús a Betania, donde estaba Lázaro, a quien Jesús había resucitado de entre los muertos. 2 Y le dispusieron allí una cena; y Marta servía (2), y Lázaro era de los que estaban recostados con El. 3 Y María, tomando una libra de ungüento de nardo legítimo, de gran valor, ungió los pies de Jesús y los enjugó con sus cabellos, y la casa se llenó del olor del ungüento. 4 Y Judas Iscariote (3), uno de los discípulos, el que había de entregarle, dijo: 5 ¿Por qué este ungüento (4) no se vendió en trescientos denarios, para darlo a los pobres? 6 Esto decía, no por amor a los pobres, sino porque era ladrón, y, llevando él la bolsa, hurtaba de lo que en ella echaban. 7 Pero Jesús dijo: Déjala, lo tenía guardado (5) para el día de mi sepultura. 8 Porque pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no me tenéis siempre.

Concurso de curiosos a Betania.

9 Una gran muchedumbre de judíos supo que estaba allí, y vinieron, no sólo por Jesús, sino por ver a Lázaro, a quien había resucitado de entre los muertos. 10 Habían resuelto los príncipes de los sacerdotes matar a Lázaro, pues por él muchos judíos se iban y creían en Jesús.

Entrada triunfal en Jerusalén.

11 Al día siguiente, la numerosa muchedumbre, que había venido a

(1) Fué esto el sábado, víspera de la entrada en Jerusalén.

(2) Siempre se revela la mujer activa y hacendosa, en oposición a su hermana, más quieta y contemplativa.

(3) San Juan limita a Judas lo que San Mateo atribuye a «los discípulos». Igual ocurre con la conducta de los ladrones entre Mt. 27, 44 y Lc. 23, 39. San Mateo gusta del plural genérico en vez del singular.

(4) San Marcos nota que era legítimo (14, 3), y, por consiguiente, de gran precio. Y lo era en verdad, pues valía 300 denarios. El denario era el jornal de un obrero. (Mt. 20, 2.)

(5) La frase de Juan es un tanto oscura; pero explicada a la luz de Mt. 27, 12, significa que María, como si presintiera la muerte de su Maestro, anticipa la unción, que no podrá ejecutar sobre su cadáver, y satisface así su amor y su gratitud por la resurrección de Lázaro.

la fiesta, habiendo oído que Jesús llegaba a Jerusalén, [13] tomaron ramos de palmeras y salieron a su encuentro gritando: ¡Hosanna! Bendito el que viene en el nombre del Señor, el Rey de Israel.

[14] Y habiendo Jesús encontrado un pollino, montó sobre él, según está escrito: [15] No temas, hija de Sión, he aquí que viene tu rey, montado sobre un pollino de asna. [16] Esto no lo entendieron desde luego (1) los discípulos, pero cuando fué glorificado Jesús, entonces se acordaron que de El estaban escritas estas cosas que ellos le habían hecho. [17] Y le rendía testimonio la muchedumbre que estaba con El cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos. [18] Por esto le salió al encuentro la multitud, porque habían oído que había hecho este milagro. [19] Entretanto los fariseos se decían entre sí: Ya veis que no adelantamos nada, he aquí que todo el mundo se va en pos de El (2).

Griegos deseosos de ver a Jesús.

[20] Había algunos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. [21] Estos, pues, se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo (3): Señor, queremos ver a Jesús. [22] Felipe fué y se lo dijo a Andrés; Andrés y Felipe vinieron y se lo dijeron a Jesús.

El triunfo de Jesús en su muerte.

[23] Y Jesús les contestó diciendo: Es llegada la hora en que el Hijo del hombre será glorificado (4). [24] En verdad, en verdad os digo que, si el grano de trigo no cayere en la tierra y muriere, quedará solo, pero si muriere llevará mucho fruto. [25] El que ama su alma la pierde (1); pero el que aborrece su alma en este mundo, la guardará para la vida eterna. [26] Si alguno me sirve, que me siga, y donde yo esté, allí estará también mi servidor; si alguno me sirve, mi Padre le honrará. [27] Ahora mi alma se siente turbada (2). ¿Y qué diré? ¿Padre, líbrame de esta hora? ¡Mas, para esto he venido yo a esta hora! [28] Padre, glorifica tu nombre. Llegó entonces una voz del cielo: Le he glorificado y le glorificaré. [29] La muchedumbre que allí estaba y oyó, decía que había tronado; otros decían: Un ángel le ha hablado.

[30] Jesús respondió y dijo: No por mí se ha dejado oír esta voz, sino por vosotros. [31] Ahora es el juicio de este mundo (3), ahora el príncipe de este mundo será arrojado fuera, [32] y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré a todos a mí. [33] Esto lo decía indicando de qué muerte había de morir.

Desconcierto en la muchedumbre.

Y la multitud le contestó: Nosotros sabemos por la Ley que el Mesías permanece para siempre: ¿Cómo, pues, dices tú que el Hijo del hombre ha de ser levantado? ¿Quién es ese Hijo del hombre? (4). [35] Díjoles Jesús: Por poco tiempo aún está la luz en medio de vosotros (5). Caminad mientras tenéis luz, para que no os sorprendan las tinieblas, pues el que camina en tinieblas no sabe por dónde va. [36] Mientras tenéis luz, creed en la luz, para ser hijos de la luz. [37] Esto dijo Jesús, y partiendo se ocultó de ellos.

---

(1) Quiere decir San Juan que los discípulos cumplieron el vaticinio profético movidos por instinto divino, pero sin darse cuenta de ello.

(2) Hermosa expresión, que muestra el estado de ánimo de los judíos.

(3) Es una muestra de las disposiciones de estos prosélitos venidos de la gentilidad, y que contrasta con la conducta de los directores del pueblo israelita.

(4) Por la resurrección que seguirá a la muerte. Entonces será llegada la hora de anunciar su nombre a los gentiles, y el grano de la palabra evangélica se multiplicará.

(1) El hecho de la glorificación de Jesús es convertido en ley general para todos sus seguidores.

(2) Como en Getsemaní, Jesús siente el horror de la muerte, que se le acerca, y, movido de él, hace esta petición al Padre. Pero luego vuelve sobre sí para pedir la glorificación del Padre y el cumplimiento de su voluntad.

(3) Este juicio se realizará por la victoria definitiva sobre el diablo, príncipe de este mundo. Esta victoria, iniciada en el desierto, continuada con la expulsión de los espíritus, se consumará con la muerte y la resurrección.

(4) Los oyentes entienden lo que Jesús quiere significar con esa exaltación; pero no lo compaginan con la dignidad del Mesías.

(5) Esa luz es el mismo Jesús, que con su palabra busca iluminar las almas. Caminar en la luz es recibir su palabra y vivir según ella.

La incredulidad judía, prevista por Jesús.

Aunque había hecho tan grandes milagros en medio de ellos, no creían en El (1), [38] para que se cumpliese la sentencia del profeta Isaías que dice: «Señor, ¿quién prestó fe a nuestro mensaje?, ¿y el brazo del Señor a quién ha sido revelado?» [39] Por esto no pudieron creer, porque también había dicho Isaías: [40] «El ha cegado sus ojos y ha endurecido su corazón, no sea que con sus ojos vean, con su corazón entiendan, y se conviertan y los sane.» [41] Esto dijo Isaías, porque vió su gloria y habló de El. [42] Sin embargo, aun muchos de los jefes creyeron en El; pero por causa de los fariseos no le confesaban, temiendo ser excluídos de la sinagoga, [43] porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios.

Necesidad de creer en Jesús.

[44] Jesús, gritando, dijo: El que cree en mí, no cree en mí, sino en el que me ha enviado, [45] y el que me ve, ve al que me ha enviado. [46] Yo he venido como luz al mundo, para que todo el que cree en mí no permanezca en tinieblas. [47] Si alguno escucha mis palabras (2) y no las guarda, yo no le juzgo, porque no he venido a juzgar al mundo, sino a salvar al mundo. [48] El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene ya quien le juzgue (3); la palabra que yo he hablado, ésa le juzgará en el último día, [49] porque yo no he hablado de mí mismo; el Padre mismo que me ha enviado es quien me mandó lo que he de decir y hablar. [50] Y yo sé que su precepto es la vida eterna. Así, pues, las cosas que yo hablo, las hablo según el Padre me ha dicho.

(1) San Juan, en este lugar, como los Sinópticos al narrar las parábolas del reino, se maravilla de la incredulidad de Israel, y buscando la razón la hallan en el vaticinio de Isaías. Pero ya se ve que el vaticinio sólo anuncia la incredulidad, no la causa. Esta nace de la libertad humana, que resiste a la gracia divina. Por esto los judíos son responsables.

(2) Este versículo se enlaza con el 41 y siguiente, y se refiere a los que, sintiendo simpatía por la doctrina de Jesús, no se resolvían a aceptarla por respetos humanos. Los tales, a sí mismos se juzgaban.

(3) La palabra misma le juzgará. Así, en otra ocasión, decía que Moisés, su Ley, daba testimonio de El. (5, 45.)

Lavatorio de los pies.

13 [1] Antes de la fiesta de la Pascua (1), viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, al fin extremadamente los amó. [2] Y comenzada la cena, como el diablo hubiese ya puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, el propósito de entregarle, [3] con saber que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas y que había salido de Dios y a El se volvía, se levantó de la mesa, se quitó los vestidos, y tomando una toalla se la ciñó; [5] luego echó agua en la jofaina, y comenzó a lavar los pies de los discípulos (2) y a enjugárselos con la toalla que tenía ceñida.

[6] Llegó, pues, a Simón Pedro, que le dijo: Señor, ¿tú lavarme a mí los pies? [7] Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo sabes ahora, lo sabrás después (3). [8] Díjole Pedro: Jamás me lavarás tú los pies. Le contestó Jesús: Si no te los lavo, no tendrás parte conmigo. [9] Simón Pedro le dijo: Señor, entonces no sólo los pies, sino también las manos y la cabeza. [10] Jesús le dijo: El que se ha bañado no necesita lavarse, está todo limpio; y vosotros estáis limpios, pero no todos. [11] Porque sabía quién le había de entregar, y por eso dijo: No todos estáis limpios. [12] Y cuando les hubo lavado los pies, y tomado sus vestidos, y puéstose de nuevo a la mesa, les dijo: ¿Entendéis lo que he hecho yo con vosotros? [13] Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque lo soy. [14] Si yo, pues, os he lavado los pies, siendo vuestro

(1) San Juan pone la última cena un día antes del en que los judíos celebraron la Pascua en Jerusalén. La razón de este cambio es incierta; pero no lo es que Jesús celebró la Pascua legal antes de instituir la nueva Pascua.

(2) No obstante la alteza de su dignidad, y que tenía recibido del Padre el poder sobre todas las cosas, etc., ejecutó aquel acto de humildad y amor hacia sus discípulos. Era un obsequio que se prestaba a los huéspedes al llegar a casa fatigados de caminar a pie y con calzado que protegía poco del polvo del camino. (Gén. 24, 32; 43, 24; Lc. 7, 44; I Tim. 5, 10.)

(3) Cuando yo os explique la razón de lo que hago. (13, 12 ss.)

Señor y Maestro, también habéis de lavaros vosotros los pies unos a otros. 15 Porque yo os he dado el ejemplo (1), para que vosotros hagáis también como yo he hecho. 16 En verdad, en verdad os digo: No es el siervo mayor que su señor, ni el enviado mayor que quien le envía. 17 Si esto aprendéis, seréis dichosos si lo practicáis. 18 No lo digo de todos vosotros; yo sé a quiénes escogí, más lo digo para que se cumpla la Escritura: El que come mi pan, levantó contra mí su calcañar. 19 Desde ahora os lo digo, antes de que suceda (2), para que, cuando suceda creáis que yo soy. 20 En verdad, en verdad os digo que quien recibe al que yo enviare, a mí me recibe, y el que me recibe a mí, recibe a quien me ha enviado.

Anuncio de la traición.

21 Habiendo dicho esto, se turbó Jesús en su espíritu (3), y demostrándolo, y dijo: En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me entregará. 22 Se miraban los discípulos unos a otros, sin saber de quién hablaba. 23 Uno de ellos, el amado de Jesús, estaba recostado (4) ante el pecho de Jesús. 24 Simón Pedro le hizo señal, diciéndole: Pregúntale de quién habla. 25 El que estaba recostado ante el pecho de Jesús, le dijo: Señor, ¿quién es ése? 26 Y Jesús le contestó (5): Aquel a quien yo mojando le dé un bocado. Y mojando un bocado lo tomó y se lo dió a Judas, hijo de Simón Iscariote. 27 Después del bocado, en el mismo instante, entró en él Satanás. Jesús le dijo (6): Lo que has de hacer hazlo pronto. 28 Ninguno de los recostados conoció a qué propósito decía aquello. 29 Algunos pensaron que, como Judas tenía la bolsa, le decía Jesús: Compra lo que necesitamos para la fiesta, o que diese algo a los pobres. 30 Y él, tomando el bocado, se salió luego: era de noche (1).

Comienza la despedida.

31 Así que salió, dijo Jesús: Ahora ha sido glorificado el Hijo del hombre (2), y Dios ha sido glorificado en El. 32 Si Dios ha sido glorificado en El, Dios también le glorificará a El, y le glorificará en seguida. 33 Hijitos míos, un poco aún estaré todavía con vosotros; me buscaréis, y como dije a los judíos: A donde yo voy vosotros no podéis venir, también os lo digo a vosotros ahora. 34 Un precepto nuevo os doy: que os améis los unos a los otros (3); como yo os he amado, así también amaos mutuamente. 35 En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros.

La negación de Pedro.

36 Díjole Simón Pedro: Señor, ¿a dónde vas? Respondió Jesús: A donde yo voy, no puedes tú seguirme ahora; me seguirás más tarde. 37 Pedro le dijo: Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? (4). Yo daré por ti mi vida. 38 Respondió Jesús: ¿Darás por mí tu vida? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo antes que tres veces me niegues.

Volverán a encontrarse cerca del Padre.

14 1 No se turbe vuestro corazón (5); creéis en Dios, creed

(1) Jesús había enseñado que la caridad era la ley fundamental de su reino, y quiso dejarla más impresa en la mente de sus discípulos con este hecho.

(2) Contrapone a la conducta de los once la del traidor, anunciándola de antemano para que no se escandalizasen, viendo que no le había cogido de sorpresa. (Act. 2, 22.)

(3) La vista del traidor y su suerte le turba, como antes le había arrancado lágrimas la vista de Jerusalén. (Lc. 19, 41.)

(4) Estaba recostado delante de Jesús, pudiendo hablarle en secreto con sólo volver la cabeza y Jesús a él al oído con sólo inclinarse.

(5) Sin duda en voz baja y sin que los demás se dieran cuenta. *A quien yo diere un bocado.* Era una muestra de afecto que Jesús daba a Judás al tiempo que servía de señal a Juan.

(6) Las palabras de Jesús a Judas eran ambiguas; el traidor resolvió aprovecharlas para salir a ejecutar sus planes.

(1) En efecto, el banquete pascual se celebraba después de puesto el sol. El evangelista nota la hora de la noche como algo extraña para cumplir ningún mandato.

(2) Con la salida del traidor sintió Jesús un desahogo en su espíritu; ya podía expansionarse con los que permanecían fieles. Habla de su muerte como de una glorificación para no asustar a los discípulos. El Hijo glorifica al Padre con su obediencia y el Padre al Hijo con los prodigios de su pasión y con la resurrección.

(3) Esta es la suma de la ley evangélica.

(4) Pedro presiente que algún grave peligro amenaza a Jesús, y no quiere abandonarle.

(5) Por lo que os he dicho antes, debéis tener

también en mí. [2] En la casa de mi Padre hay muchas moradas; si no fuera así os lo diría, pero voy a prepararos el lugar. [3] Y cuando yo me haya ido, y os haya preparado el lugar, de nuevo volveré y os tomaré conmigo, para que, donde yo estoy, estéis también vosotros. [4] Pues para donde yo voy, vosotros conocéis el camino.

[5] Díjole Tomás: No sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino? [6] Jesús le dijo: Yo soy el camino (1), la verdad, y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. [7] Si me habéis conocido, conoceréis también a mi Padre (2). Desde ahora le conocéis y le habéis visto. [8] Felipe le dijo: Señor, muéstranos al Padre, y nos basta. [9] Jesús le dijo: Felipe, ¿tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habéis conocido? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? [10] ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo, no las hablo de mí mismo; el Padre, que mora en mí, hace sus obras. [11] Creedme, que yo estoy en el Padre y el Padre en mí; a lo menos creedlo por las obras mismas.

Promesas hechas a los discípulos para la ausencia.

[12] En verdad, en verdad os digo que el que cree en mí, ése hará también las obras que yo hago (3), y las hará mayores que éstas, porque yo voy al Padre. [13] Y lo que pidiéreis en mi nombre eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; [14] si me pidiéreis alguna cosa en mi nombre yo la haré. [15] Si me amáis, guardaréis mis mandamientos; [16] y yo rogaré al Padre (1), y os daré otro Abogado que estará con vosotros para siempre, [17] el Espíritu de verdad, que el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; vosotros le conocéis, porque permanece con vosotros y está en vosotros. [18] No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros. [19] Todavía un poco y el mundo no me verá; pero vosotros me veréis (2), porque yo vivo y vosotros viviréis. [20] En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí y yo en vosotros. [21] El que recibe mis preceptos y los guarda, ése es el que me ama; el que me ama a mí será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él.

[22] Díjole Judas, no el Iscariote: Señor, ¿qué ha sucedido (3) para que te hayas de manifestar a nosotros y no al mundo? [23] Respondió Jesús y les dijo: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a El y en El haremos morada. [24] El que no me ama no guarda mis palabras; y la palabra que oís no es mía, sino del Padre que me ha enviado. [25] Os he dicho estas cosas mientras permanezco entre vosotros; [26] pero el Abogado, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho.

Despedida y palabras de aliento.

[27] La paz os dejo, mi paz os doy (4); no como el mundo la da, os la doy yo. No se turbe vuestro corazón, ni se intimide. [28] Habéis oído lo que os dije: Me voy y vengo a vosotros. Si me amaseis, os alegraríais, pues voy

---

fe en mí, como la tenéis en Dios, de que no os olvidaré; antes volveré a buscaros y llevaros conmigo.

(1) El término es el Padre. Para llegar a El, es Jesús el camino, por su vida y doctrina; es la verdad, por cuanto cumple las promesas divinas contenidas en la Ley y los Profetas; es la vida, porque ésta se halla en El y El la comunica a los demás. (1, 3; 6, 33; 40.)

(2) Siendo tan estrecha la unión de Jesús con el Padre, según ha dicho (10, 30), conociéndole a El conocerían también al Padre.

(3) Como Jesús hace obras divinas por el Padre, así quien creyere en El hará otras semejantes por su unión con El.

(1) Después de asegurarles que no los abandonará, añade algo más, la venida del Espíritu Santo, que, como nuevo abogado y defensor, les alcanzará del Padre.

(2) Entenderá esto quien considere cuán real era la presencia de Jesús entre los Apóstoles después de la venida del Espíritu Santo.

(3) No entendiendo la honda razón de lo dicho, cree que obedecerá a algún privilegio. Jesús, en su respuesta, prosigue la exposición del misterio, dejando sin respuesta la pregunta del discípulo.

(4) La paz es el saludo oriental y el que empleaba Jesús después de resucitado. Sólo se conoce el valor de esta palabra cuando se ha vivido mucho tiempo en guerra. Pero sobre todo tiene valor la paz de Dios, la única que llena el alma.

al Padre (1), porque el Padre es mayor que yo. [29] Y os lo he dicho ahora antes que suceda, para que cuando suceda creáis. [30] Ya no hablaré muchas cosas con vosotros, porque viene el príncipe de este mundo, que en mí no tiene nada (2); [31] pero conviene que el mundo conozca que yo amo al Padre y que, según el mandato que me dió el Padre, así hago. Levantaos, vámonos de aquí (3).

La alegoría de la vid.

15 [1] Yo soy la vid verdadera (4) y mi Padre es el viñador. [2] Todo sarmiento que haya en mí, que no lleve fruto, lo cortará; todo el que dé fruto, lo podará para que dé más fruto. [3] Vosotros estáis ya limpios por la palabra que os he hablado; [4] permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el sarmiento no puede dar fruto de sí mismo, si no permaneciere en la vid, tampoco vosotros, si no permaneciereis en mí. [5] Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada. [6] El que no permanece en mí es echado fuera como el sarmiento y se seca, y los amontonan y los arrojan al fuego para que ardan. [7] Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que quisiéreis y se os dará. [8] En esto será glorificado mi Padre, en que deis mucho fruto y así seréis discípulos míos.

(1) Porque en el Padre alcanzará la gloria de su humanidad, y es ésta tan grande, que aun ir a ella por la pasión es cosa de gran consuelo. Como lo ha sido siempre para los mártires la muerte vista a través de la gloria celestial.

(2) En Jesús no tiene derecho alguno, por cuanto en Jesús no hay pecado. Sin embargo, por un momento le será dado poder sobre El, a fin de realizar la obra de Dios. (Lc. 22, 53.)

(3) Estas palabras implican una dificultad, por cuanto el discurso parece continuar sin cambio alguno. Se proponen diversas soluciones, de las cuales la más sencilla sería trasladar esas frases después de 16, 31, si esto tuviera algún apoyo en los códices antiguos. Luego seguiría la oración sacerdotal, que puede bien suponerse haber dicho Jesús en pie y en actitud de partir.

(4) Contrapuesta a la vid condenada en Isaías (5, 1 ss.; Salmo 39, 9 ss.), que es el pueblo de Israel. El es la vid verdadera, como en 6, 32 se declara el pan verdadero. El sentido de la alegoría es claro para quien entienda cómo Jesús es fuente de vida para todos.

Los discípulos, elevados a la categoría de amigos.

[9] Como el Padre me amó (1), yo también os he amado; permaneced en mi amor. [10] Si guardareis mis preceptos, permaneceréis en mi amor, como yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor. [11] Esto os lo digo para que yo me goce en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido. [12] Este es mi precepto, que os améis unos a otros, como yo os he amado. [13] Nadie tiene amor mayor que este de dar uno la vida por sus amigos. [14] Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que os mando. [15] Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor; pero os digo amigos, porque todo lo que oí de mi Padre os lo he dado a conocer. [16] No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca, para que cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo dé. [17] Esto os mando, que os améis unos a otros.

Odio del mundo contra Jesús y los suyos.

[18] Si el mundo os aborrece (2), sabed que me aborreció a mí primero que a vosotros. [19] Si fueseis del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, sino que yo os escogí del mundo, por esto el mundo os aborrece. [20] Acordaos de la palabra que yo os dije: No es el siervo mayor que su señor. Si me persiguieron a mí, también a vosotros os perseguirán; si guardaren mi palabra, también guardarán la vuestra. [21] Pero todas estas cosas haránlas con vosotros por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado. [22] Si no hubiera venido y les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero

(1) Es el amor la liga que une a Jesús con el Padre, a los discípulos entre sí y a éstos con Jesús y con el Padre. Este amor borra las distancias y establece la igualdad, que es condición de la amistad.

(2) Como en otros pasajes de los Sinópticos, Jesús anuncia a los discípulos que serán objeto de odio de parte del mundo, como El lo es, y por el mismo motivo, porque representan la causa de Dios, a quien el mundo no conoce. La historia confirma de continuo estas palabras de Jesús.

ahora no tienen excusa de su pecado. 23 El que me aborrece a mí, aborrece también a mi Padre. 24 Si no hubiera hecho entre ellos obras que ninguno otro hizo, no tendrían pecado; pero ahora, no sólo han visto, sino que me aborrecieron a mí y a mi Padre. 25 Pero es para que se cumpla la palabra que en la Ley de ellos está escrita: Me aborrecieron sin motivo.

26 Cuando venga el Abogado, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí, 27 y vosotros daréis también testimonio (1), porque desde el principio estáis conmigo.

Anuncio de la persecución judía.

16 1 Esto os lo he dicho para que no os escandalicéis. 2 Os echarán de la sinagoga (2); pues llega la hora en que todo el que os quite la vida pensará prestar un servicio a Dios. 3 Y esto lo harán, porque no conocieron al Padre ni a mí. 4 Pero yo os he dicho estas cosas para que, cuando llegue la hora, os acordéis de ellas, y de que yo os las he dicho; pero esto no os lo dije desde el principio, porque estaba con vosotros.

La promesa del Espíritu Santo.

Mas ahora voy al que me ha enviado y nadie de vosotros me pregunta (3): ¿A dónde vas? 6 Antes, porque os hablé estas cosas, vuestro corazón se llenó de tristeza. 7 Pero os digo la verdad, os conviene que yo me vaya. Porque si no me fuere, el Abogado no vendrá a vosotros; pero, si me fuere, os le enviaré. 8 Y en viniendo, éste argüirá al mundo de pecado (4), y de justicia y de juicio. 9 De pecado, porque no creyeron en mí; 10 de justicia (1), porque voy al Padre y no me veréis más; 11 de juicio (2), porque el príncipe de este mundo está ya juzgado. 12 Muchas cosas tengo aún que deciros (3), mas no podéis llevarlas ahora; 13 pero cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, os guiará hacia la verdad completa, porque no hablará de sí mismo, sino que hablará lo que oyere y os comunicará las cosas venideras. 14 El me glorificará, porque tomará de lo mío, y os lo dará a conocer. Todo cuanto tiene el Padre es mío; 15 por esto os he dicho que tomará de lo mío y os lo dará a conocer.

El gozo tras de la tristeza.

16 Todavía un poco, y ya no me veréis (4), y todavía otro poco, y me veréis. 17 Dijéronse entonces algunos de los discípulos: ¿Qué es esto que nos dice: Todavía un poco y no me veréis, y todavía otro poco y me veréis? Y: Porque voy al Padre. 18 Decían, pues: ¿Qué es esto que dice un poco? No sabemos lo que dice.

19 Conoció Jesús que querían preguntarle: ¿De esto inquirís entre vosotros, porque os he dicho: Todavía un poco, y no me veréis, y todavía otro poco, y me veréis? 20 En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará; vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza (5) se volverá en gozo. 21 La mujer, cuando pare, siente tristeza, porque llega su hora; pero cuando ha dado a luz un hijo, ya no se acuerda de la tribulación, por el gozo que tiene de haber venido al mundo un hombre. 22 Vosotros, pues, ahora tenéis tristeza; pero de nuevo os veré, y se alegrará vuestro corazón, y nadie será capaz de quitaros

(1) Con las obras maravillosas que hará por medio de los Apóstoles.

(2) Esto ya había comenzado. (9, 22.) Más de una vez nos refieren los Sinópticos el anuncio de estas persecuciones. (Mt. 10, 16 ss.; Mc. 13, 9 ss.; Lc. 12, 11.)

(3) La pregunta se halla en 13, 36; 14, 5, 28, y Jesús les dice que va al Padre, adonde es tanta dicha ir, que, aunque sea por la cruz, todavía es cosa deseable. Pero los Apóstoles persisten dominados por la tristeza, no considerando el término de la partida. Por eso Jesús insiste en lo dicho, para consuelo suyo.

(4) El gran pecado de Israel, rechazar al Mesías y ponerle en la cruz.

(1) Es la de Jesús, que se mostrará en su resurrección y en su vuelta al Padre.

(2) Es el juicio que los judíos habían formado acerca de Jesús, del cual había sido inspirador el príncipe del mundo, Satanás.

(3) Pero su capacidad es muy reducida mientras no venga el Espíritu Santo a ensancharla.

(4) Porque se acerca la hora de la pasión, pasada la cual vendrá la resurrección, que los llenará de alegría.

(5) Cuanto mayor fué el dolor y el desconcierto de los discípulos en la muerte del Maestro, otro tanto será grande su gozo en la resurrección. Al revés le sucederá al mundo, esto es, a los judíos,

vuestra alegría. 25 Y en aquel día no me preguntaréis nada; en verdad, en verdad os digo: Cuanto pidiereis al Padre os lo dará en mi nombre. 24 Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre (1); pedid y recibiréis, para que sea cumplido vuestro gozo.

Promesa de una revelación más clara.

25 Esto os lo he dicho en parábolas; llega la hora en que ya no os hablaré más en parábolas, antes os hablaré claramente del Padre. 26 Aquel día pediréis en mi nombre, y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros, 27 pues el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado y creído que yo he salido de Dios. 28 Salí del Padre y vine al mundo; de nuevo dejo el mundo y me voy al Padre. 29 Dijéronle los discípulos: Ahora hablas claramente y no dices parábola alguna. 30 Ahora sabemos que conoces todas las cosas y que no necesitas que nadie te pregunte; en esto creemos que has salido de Dios. 31 Respondióles Jesús: ¿Ahora creéis? 32 He aquí que llega la hora (2), y ya es llegada, en que os dispersaréis cada uno por su lado y a mí me dejaréis solo; pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo. 33 Esto os lo he dicho para que tengáis paz en mí; en el mundo habéis de tener tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo (3).

Jesús ora al Padre por sí mismo.

17 1 Esto dijo Jesús, y levantando sus ojos al cielo añadió: Padre, llegó la hora (4); glorifica a tu Hijo, para que el Hijo te glorifique, 2 según el poder que le diste sobre toda carne, para que a todos los que tú le diste, les dé El la vida eterna. 3 Esta es la vida eterna (1) que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo. 4 Yo te he glorificado sobre la tierra, llevando al cabo la obra que me encomendaste. 5 Y ahora tú, Padre, glorifícame cerca de ti mismo con la gloria que tuve (2), cerca de ti, antes que el mundo existiese.

Ruega por los discípulos.

6 He manifestado tu nombre a los hombres que me has dado de este mundo. Tuyos eran, y tú me los diste, y han guardado tu palabra. 7 Ahora saben que todo cuanto me diste viene de ti; 8 porque yo les he comunicado las palabras que tú me diste, y ellos las recibieron y conocieron verdaderamente que yo salí de ti, y creyeron que tú me has enviado. 9 Yo ruego por ellos (3); no ruego por el mundo, sino por los que tú me diste; porque son tuyos, 10 y todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío, y yo he sido glorificado en ellos. 11 Y yo ya no estoy en el mundo; pero ellos están en el mundo, mientras yo voy a ti. Padre santo, guarda en tu nombre a éstos, que me has dado, para que sean uno (4) como nosotros. 12 Cuando yo estaba con ellos, yo los conservaba en tu nombre a éstos que me has dado, y los guardé, y ninguno de ellos pereció, si no es el hijo de la perdición, para que la Escritura se cumpliese. 13 Pero ahora yo vengo a ti, y hablo estas cosas en el mundo para que tengan mi

(1) Cuando vean a Jesús sentado a la diestra del Padre, pedirán en su nombre, esto es, alegarán su nombre para ser escuchados, cosa que hasta ahora no habían hecho. (Act. 4, 20 ss.)

(2) La próxima prueba dirá cuáles son los quilates de esa fe vuestra.

(3) No sólo por la prueba aludida, por otras muchas tribulaciones tendrán que pasar en el mundo; pero tengan confianza, porque El venció al mundo y por El también ellos vencerán.

(4) De la que tantas veces había dicho que no era aún llegada, la hora de la pasión. *Glorifica a tu Hijo.* Por los milagros de la muerte y el de la resurección, para que, a su vez, el Hijo glorificado glorifi que al Padre, dándole a conocer.

(1) El conocimiento de Dios Padre y de Jesucristo; pero un conocimiento que engendre amor, la fe que obra por la caridad. (Gal. 5, 6.)

(2) La gloria, que como a Hijo de Dios le corresponde, no la perdió, ni la podía perder jamás siendo inherente a la naturaleza divina; lo que pide es la gloria de su humanidad, efusión de la gloria de la divinidad.

(3) Por los que creyeron que Jesús había venido del Padre y como de tal habían recibido sus palabras. *Porque tuyos son.* Esos que el Padre le dió son también del Padre, porque todo cuanto tiene el Padre es también del Hijo, y viceversa.

(4) Porque la fe y el amor sean uno, a semejanza del Padre y del Hijo; y en esa vida de fe y de amor será Jesús glorificado. Este es el principio de la admirable unidad de la Iglesia Católica.

gozo cumplido en sí mismos. 14 Yo les he dado tu palabra, y el mundo los aborreció, porque no eran del mundo, como yo no soy del mundo. 15 No pido que los tomes del mundo (1), sino que los guardes del mal. 16 Ellos no son del mundo, como no soy del mundo yo. 17 Santifícalos en la verdad, pues tu palabra es verdad. 18 Como tú me enviaste al mundo, así yo los envié a ellos al mundo. 19 Y yo por ellos me santifico (2), para que ellos sean santificados por la verdad.

Ruega por todos los creyentes.

20 Pero no ruego sólo por éstos, sino por cuantos crean en mí por su palabra (3), para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros, y el mundo crea que tú me has enviado. 22 Y yo les he dado a ellos la gloria que tú me diste (4), a fin de que sean uno como nosotros somos uno. 23 Yo en ellos y tú en mí, para que sean consumados en la unidad, y conozca el mundo que tú me enviaste y amaste a éstos como tú me amaste. 24 Padre, lo que tú me has dado, quiero yo que donde yo esté, estén ellos también conmigo (5), para que vean mi gloria, que tú me has dado, porque me amaste antes de la creación del mundo. 25 Padre justo (6), si el mundo no te ha conocido, yo te conocí, y éstos conocieron que tú me has enviado, 26 y yo les di a conocer tu nombre, y se lo haré conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos.

(1) Sabiendo que serán objeto de las persecuciones del mundo, le pide que los defienda.
(2) Ofreciéndose como hostia en obsequio del Padre y en expiación de los pecados del mundo, para que los discípulos sean santificados, y así preservados del contagio del mundo.
(3) Sino por todos los que por el ministerio de los Apóstoles crean en El; para todos pide la unión en la fe y el amor, que sea ante el mundo un argumento de la divinidad de la Iglesia.
(4) La gloria de los milagros y demás dones divinos ordenados a fomentar en los fieles la unión de la fe y el amor del nombre de Dios.
(5) Sentado a la diestra del Padre, allí estén ellos participando de la gloria del Padre.
(6) Esta justicia del Padre mira a discernir el mundo, que no le conoció, de los discípulos, que reconocieron ser el enviado del Padre.

Prisión de Jesús.

18 1 En diciendo esto salió Jesús con sus discípulos al otro lado del torrente Cedrón, donde había un huerto, en el cual entró con sus discípulos. 2 Y Judas, el que le había de traicionar, conocía el sitio, porque muchas veces concurría allí Jesús con sus discípulos. 3 Judas, pues, tomando la cohorte, y los alguaciles de los pontífices y fariseos (1), vino allí con linternas, y hachas, y armas. 4 Conociendo, pues, Jesús todo lo que iba a sucederle, salió, y les dijo: ¿A quién buscáis? 5 Respondiéronle: A Jesús Nazareno. El les dijo: Yo soy. Y Judas el traidor estaba con ellos. 6 Así que les dijo: Yo soy, retrocedieron (2) y cayeron en tierra.

7 Otra vez les preguntó: ¿A quién buscáis? Ellos dijeron: A Jesús Nazareno. Respondió Jesús: Ya os dije que yo soy; si, pues, me buscáis a mí, dejad ir a éstos. 9 Para que se cumpliese la palabra que había dicho: De los que me diste no se perdió ninguno. 10 Y Simón Pedro, que tenía una espada, la sacó e hirió a un siervo del Pontífice, cortándole la oreja derecha (3). Este siervo se llamaba Malco. 11 Pero Jesús dijo a Pedro: Mete la espada en la vaina; ¿el cáliz que me dió mi Padre no lo he de beber?

Conducción a casa de Anás.

12 La cohorte, pues, y el tribuno, y los alguaciles de los judíos se apoderaron de Jesús, y le ataron, 13 y le condujeron primero a Anás (4), porque era suegro de Caifás, que era Pontífice aquel año. 14 Era Caifás

(1) Es San Juan el único que menciona la tropa romana, pedida sin duda por los judíos a Pilato para asegurar el golpe contra la posible resistencia de los partidarios de Jesús. La palabra cohorte lo mismo puede significar la cohorte entera que una sección.
(2) Otro detalle propio de San Juan. Jesús parece haber querido darles una última prueba de que sólo por su voluntad se les entregaba.
(3) Debía de ser conocido del evangelista, que nos da a conocer su nombre.
(4) Debe esto entenderse como un acto de cortesía para con el suegro del Pontífice, que también lo había sido y conservaba grande autoridad (Lc. 3, 2), y tal vez también en atención a la gravedad del caso.

el que había aconsejado a los judíos: «Conviene que un hombre muera por el pueblo.»

Negación de Pedro.

15 Seguían a Jesús Simón Pedro y otro discípulo (1). Este discípulo era conocido del Pontífice, y entró, al tiempo que Jesús, en el atrio del Pontífice, mientras que Pedro se quedó fuera. Salió, pues, el otro discípulo, conocido del Pontífice, y habló a la portera e introdujo a Pedro. 17 Y dijo la portera a Pedro: ¿Eres tú acaso de los discípulos de este hombre? El dijo: No soy. 18 Los siervos del Pontífice y los alguaciles, habían preparado un brasero, porque hacía frío, y se calentaban, y Pedro estaba también con ellos calentándose.

Jesús ante Caifás.

19 El Pontífice, pues, preguntó a Jesús sobre sus discípulos y sobre su doctrina. 20 Respondióle Jesús: Yo públicamente he hablado al mundo (2); yo siempre enseñé en las sinagogas y en el Templo, a donde concurren todos los judíos, y nada hablé en secreto. 21 ¿Qué me preguntas? Pregunta a los que han oído qué es lo que yo he hablado; ellos deben saber lo que les dije: 22 Habiendo dicho esto Jesús, uno de los alguaciles, que estaba a su lado, le dió una bofetada, diciendo: ¿Así respondes al Pontífice? 23 Jesús le contestó: Si he hablado mal, muéstrame en qué, y si bien, ¿por qué me abofeteas? 24 Anás, le envió atado a Caifás (3), el Pontífice.

(1) La intervención de este misterioso discípulo es asimismo propia de San Juan, para quien no debía ser desconocido.

(2) No es buen proceder pedir al reo que sea acusador de sí mismo; los testigos dirán si ha habido en su conducta alguna culpa. Termina el interrogatorio sin decir una palabra de la condenación de Jesús, cosa que supone el versículo 28.

(3) Todo el relato precedente, y los paralelos de los Sinópticos, prueban que el interrogatorio fué ante Caifás y en su casa, lo que exige la transposición, propuesta ya por San Cirilo de Alejandría, del versículo 24 a continuación del 13. Anás, satisfecho con la deferencia de su yerno, remitió a éste el preso. Los Sinópticos omiten este detalle por no haber tomado Anás más parte en el proceso de Jesús.

Negación de Pedro.

25 Entretanto Simón estaba de pie y calentándose, y le dijeron: ¿No eres tú también de sus discípulos? Negó él, y dijo: No soy. 26 Díjole uno de los siervos del Pontífice, pariente de aquél, a quien Pedro había cortado la oreja: ¿No te he visto yo en el huerto con El? 27 Y de nuevo Pedro negó, y al instante cantó el gallo.

Jesús ante Pilato.

28 Y llevaron a Jesús de casa de Caifás al Pretorio. Era muy de mañana (1). Ellos no entraron en el Pretorio por no contaminarse y poder comer la Pascua. 29 Salió, pues, Pilato fuera a ellos, y dijo: ¿Qué acusación traéis contra este hombre? 30 Ellos respondieron, diciéndole: Si no fuera malhechor (2), no te lo traeríamos. 31 Díjoles Pilato: Tomadle vosotros y juzgarle según vuestra Ley. Le dijeron entonces los judíos: Es que a nosotros no nos es permitido (3) dar muerte a nadie: 32 Para que se cumpliese la palabra que Jesús había dicho, significando de qué muerte (4) había de morir.

33 Entró Pilato de nuevo en el Pretorio, y llamando a Jesús le dijo: ¿Eres tú el rey de los judíos? 34 Respondió Jesús: ¿De ti mismo dices eso, o te lo han dicho otros de mí? 35 Pilato contestó: ¿Soy yo judío por ventura? Tu nación y los pontífices te han entregado, ¿qué has hecho? 36 Jesús respondió: Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis ministros habrían luchado para que yo no fuese entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí. 37 Le dijo entonces Pilato: ¿Luego tú eres rey?

(1) Los jueces romanos eran muy madrugadores. *Y ellos no entraron.* El solo contacto con un pagano impedía comer la Pascua. He aquí una prueba de que Jesús no la celebró el día oficial en Jerusalén.

(2) Aquellos graves varones se enojan de la pregunta, muy natural en el juez, como si éste estuviera obligado a firmar en blanco la sentencia que ellos habían pronunciado.

(3) Roma se había reservado en el estatuto de autonomía dado a los judíos el derecho de la espada, y los judíos no pedían para Jesús pena más suave que la de muerte.

(4) Los judíos no usaban el suplicio de la cruz, que Jesús había predicho para sí (12, 32).

Respondió Jesús: Tú dices, que soy rey. Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad (1); todo el que es de la verdad oye mi voz. [38] Pilato le dijo: ¿Y qué es la verdad? Y dicho esto, de nuevo salió a los judíos, y les dijo: Yo no hallo en éste ningún crimen.

Expedientes para librarle.

[39] Hay entre vosotros costumbre de que os suelte a uno en la Pascua (2): ¿Queréis, pues, que os suelte al rey de los judíos? [40] Entonces de nuevo gritaron, diciendo: ¡No, a éste no, a Barrabás! Era Barrabás un bandolero.

19 Tomó entonces Pilato a Jesús, y le hizo azotar. [2] Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, y le vistieron un manto de púrpura, y acercándose a El le decían: Salve, rey de los judíos, y le daban de bofetadas. [4] Otra vez salió fuera Pilato, y les dijo (3): Aquí os le traigo, para que veáis que no hallo en El ningún crimen. [5] Salió, pues, Jesús fuera con la corona de espinas y el manto de púrpura, y Pilato les dijo: Ahí tenéis al hombre. [6] Cuando le vieron los príncipes de los sacerdotes y sus satélites gritaron, diciendo: ¡Crucifícale, crucifícale! Díjoles Pilato: Tomadle vosotros y crucificadle, pues yo no hallo crimen en El. [7] Respondieron los judíos: Nosotros tenemos una Ley, y, según la Ley, debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios (4).

Tercer interrogatorio.

Cuando Pilato oyó estas palabras temió más, [9] y entrando otra vez en el Pretorio, dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Jesús no le dió respuesta ninguna. [10] Díjole entonces Pilato: ¿A mí no me contestas? ¿No sabes que tengo poder para soltarte y para crucificarte? [11] Respondióle Jesús: No tendrías ningún poder sobre mí (1) si no te hubiera sido dado de lo alto; por esto los que me han entregado a ti tienen mayor pecado. [12] Desde entonces Pilato buscaba librarle; pero los judíos gritaron diciéndole: Si sueltas a ése, no eres amigo del César; todo el que se hace rey va contra el César.

La condenación.

[13] Cuando oyó Pilato estas palabras sacó a Jesús fuera, y se sentó en el tribunal, en el sitio llamado *litóstrotos*, en hebreo *gabbata*. [14] Era el día de Parasceve, preparación de la Pascua, alrededor de la hora sexta. Y dijo a los judíos: Ahí tenéis a vuestro rey. [15] Gritaron entonces ellos: ¡Quítalo, quítalo de delante! ¡Crucifícale! Díjoles Pilato: ¿A vuestro rey voy a crucificar? Contestaron los príncipes de los sacerdotes: No tenemos más rey que el César. [16] Entonces se lo entregó para que fuese crucificado (2).

Camino del Calvario.

Tomaron, pues, a Jesús; [17] que llevando su cruz salió al sitio llamado Calvario, que en hebreo se dice *Gólgota*, [18] donde le crucificaron, y con El a otros dos, uno a cada lado y Jesús en medio. [19] Escribió Pilato un título, y lo puso sobre la cruz; estaba escrito (3): *Jesús*

(1) Esta respuesta debió de hacer pensar a Pilato que Jesús era un ideólogo, rey de la ciencia, y sus vasallos los discípulos que le seguían. Reyes como éste no hacían competencia a Roma.

(2) Ya conocemos este expediente de Pilato y cómo fracasó.

(3) Otro expediente, bien cruel por cierto, para librar a Jesús y contentar a sus acusadores. De propia iniciativa, los soldados organizan aquella sangrienta burla, con la que pretendían escarnecer a los judíos en su rey, y Pilato se aprovecha de aquella ocurrencia de sus soldados para ver de mover a clemencia a los acusadores de Jesús.

(4) Esto constituía un nuevo embrollo para Pilato. ¿Qué significaba semejante acusación? ¿Qué alcance político podía tener? Y por tercera vez vuelve a preguntar a Jesús.

(1) Jesús no quiere dejar sin correctivo la pretensión de Pilato.

(2) Esto era el colmo. Los judíos, cuyas sublevaciones tantas veces había reprimido Pilato, pretenden darle lecciones de lealtad al César. Al fin, cansado de luchar en defensa de aquel hombre, que para él no era más que un judío, se lava las manos, queriendo con esto declinar la responsabilidad de aquella condena.

(3) El título de Juan es el más extenso y sin duda la reproducción del texto original, que los Sinópticos abrevian, dándonos sólo la causa de la condenación «rey de los judíos».

Nazareno, Rey de los Judíos. [20] Muchos de los judíos leyeron este título, porque estaba cerca de la ciudad el sitio donde fué crucificado Jesús, y estaba escrito en hebreo, en latín y en griego.

[21] Dijeron, pues, a Pilato los príncipes de los sacerdotes de los judíos: No escribas rey de los judíos, sino que El ha dicho: Soy rey de los judíos. [22] Respondió Pilatos: Lo escrito, escrito está. [23] Los soldados, una vez que hubieron crucificado a Jesús, tomaron sus vestidos (1), haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica. Era la túnica sin costura, tejida toda desde arriba. [24] Dijéronse, pues, unos a otros: No la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella para ver a quién le toca, a fin de que se cumpliese la Escritura. «Dividiéronse mis vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes.» Es lo que hicieron los soldados.

[25] Y estaban junto a la cruz de Jesús, su Madre, y la hermana de su Madre, María la de Cleofás y María Magdalena. [26] Y Jesús, viendo a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a la Madre: Mujer, he ahí a tu hijo. [27] Luego dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y desde aquella hora el discípulo la tuvo en su casa (2).

[28] Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura dijo: Tengo sed (3). [29] Había allí un vaso lleno de vinagre. Fijaron en un venablo una esponja empapada en vinagre y se la acercaron a la boca. [30] Cuando hubo gustado el vinagre, dijo Jesús: Todo está acabado, e inclinando la cabeza entregó el espíritu.

La lanzada.

[31] Y los judíos, como era el día de la Parasceve (1), para que no quedasen los cuerpos en la cruz el día de sábado, porque era día grande el de aquel sábado, rogaron a Pilato que les rompiesen las piernas y los quitasen. [32] Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaban crucificados con El; [33] pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, [34] sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado (2), y al instante salió sangre y agua. [35] El que lo vió da testimonio, y su testimonio es verdadero (3), y él sabe que dice verdad, para que vosotros creáis. [36] Porque esto sucedió para que se cumpliese la Escritura: «No romperéis ni uno de sus huesos.» Y otra Escritura dice también: «Mirarán al que traspasaron.»

La sepultura.

[38] Después de esto rogó a Pilato José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque secreto por temor de los judíos, que le permitiese tomar el cuerpo de Jesús, y Pilatos se lo permitió. Vino, pues, y tomó su cuerpo. [39] Y llegó Nicodemo, el mismo que había venido a El de noche al principio, y trajo una mezcla de mirra y áloe, como unas cien

(1) En pago de sus servicios, la justicia dejaba a la escuadra encargada de la ejecución los despojos del reo. *Era la túnica.* Así solían llevarla las personas de distinción. La de Jesús, hijo único, era tal vez una muestra del cariño de su Madre, si no lo era de la gratitud de alguna persona beneficiada con sus milagros.

(2) Desde la muerte de San José era Jesús el cabeza de familia, y tenía a su cargo la Madre. Al morir no la olvida, y la encomienda al cuidado de su fiel discípulo. Tal es el sentido histórico. Mas la piedad cristiana ve aquí algo más. Por el misterio de la encarnación somos todos elevados en Cristo a la dignidad de hijos de Dios, siendo Jesús el primogénito entre muchos hermanos (Rom. 8, 29). La Madre de Jesús ve por aquí extendidos sus deberes maternales a todos estos hermanos de su Primogénito, hijos también del Padre.

(3) Era la pérdida de sangre la causa de esta sed. Un soldado le socorre con la bebida que allí tenía para su propio uso, la *posca*, agua mezclada con vinagre. Los evangelistas no ven en este acto una muestra de crueldad, sino de misericordia hacia el moribundo.

(1) La Ley declara maldito el cadáver del reo, que contamina la tierra. Por esto se le debe quitar del palo al ponerse el sol (Deut, 21, 23). Esto debía hacerse con mayor razón en la víspera del gran día de la Pascua, día sobre todos santo (Ex. 12, 16). *No le rompieron las piernas.* Era este un nuevo suplicio, que aplicaban a los esclavos y desertores, pero que también se aplicaba a otros, para acelerar su muerte con la mayor pérdida de sangre.

(2) Como estaba ya muerto se ahorraban el trabajo de romperle las piernas; pero la crueldad de un soldado le abrió el costado para asegurarse mejor de su muerte.

(3) El evangelista, presente lo atestigua, y los Padres no han creído que esto careciese de misterio, aunque no todos lo expliquen de igual modo.

libras. 40 Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo fajaron con bandas y aromas, según es costumbre sepultar entre los judíos. 41 Había cerca del sitio donde fué crucificado un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo, en el cual nadie aún había sido depositado. 42 Allí, pues, a causa de la Parasceve de los judíos, por estar cerca el monumento, pusieron a Jesús (1).

La Magdalena encuentra removida la piedra.

20 1 El día primero de la semana, María Magdalena (2) vino muy de madrugada, cuando aún era de noche, al monumento, y vió la piedra quitada del monumento. 2 Corrió, pues, y vino a Simón Pedro y al otro discípulo a quien Jesús amaba (3), y les dijo: Han quitado al Señor del monumento y no sabemos dónde le han puesto.

Comprobación por Pedro y Juan.

3 Salió, pues, Pedro y con él otro discípulo, y fueron al monumento. 4 Ambos corrían, pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro y llegó primero al monumento, e inclinándose vió las bandas; sin embargo, no entró. 6 Llegó, pues, Simón Pedro después de él, y entró en el monumento, y vió las fajas allí colocadas, 7 y el sudario que estaba sobre su cabeza, no puesto con las fajas, sino envuelto en un sitio aparte. 8 Entonces entró también el otro discípulo, que vino primero al monumento, y vió y creyó; 9 porque aún no se habían dado cuenta de la Escritura, según la cual era preciso que El resucitase de entre los muertos. 10 Y los discípulos se fueron de nuevo para casa.

(1) La sepultura fué practicada a toda prisa, porque se acercaba el fin del día, y con él el comienzo de la Pascua. Sin embargo, la devoción de los discípulos le tributó aquella muestra de afecto, cubriendo el cadáver de aromas, según la costumbre de los judíos.

(2) Los Sinópticos mencionan algunas compañeras de ésta. San Juan, al omitir sus nombres, no quiere decir que estuviera sola.

(3) San Lucas, 24, 12, menciona sólo a Pedro, el cual, seguramente, como antes la Magdalena, no debía de ir solo. El relato que sigue está hecho por quien fué testigo del suceso y había conservado la memoria de todos los detalles de aquella histórica mañana.

Aparición a María Magdalena.

11 María se quedó junto al monumento (1), fuera, llorando. Mientras lloraba, se inclinó hacia el monumento, 12 y vió a dos ángeles vestidos de blanco (2), sentados, uno a la cabecera y otro a los pies, de donde había estado el cuerpo de Jesús. 13 Y le dijeron: ¿Por qué lloras, mujer? Ella les dijo: Porque han tomado a mi Señor y no sé dónde le han puesto. 14 En diciendo esto se volvió para atrás, y vió a Jesús que estaba allí (3), pero no conoció que fuese Jesús. 15 Díjole Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, le dijo: Señor, si lo has cogido tú, dime dónde lo has puesto, y yo lo tomaré. 16 Díjole Jesús: ¡María! Ella, volviéndose, le dijo en hebreo: ¡Rabboni!, que quiere decir: Maestro. 17 Jesús le dijo: No me toques (4), porque aún no he subido al Padre; pero ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios. 18 María Magdalena vino a anunciar a los discípulos: He visto al Señor, y las cosas que le había dicho.

Primera aparición a los discípulos.

19 La tarde del primer día de la semana, estando cerradas las puertas (5) del lugar donde se hallaban los discípulos, por temor de los judíos, vino Jesús y, puesto en medio de

(1) Las compañeras se habían quedado ya en casa; sólo ella volvió al sepulcro con los Apóstoles, e idos éstos, ella se queda, como quien más había sentido la pérdida de su Maestro.

(2) En figura de jóvenes, que son los primeros en dar la noticia de Jesús (Lc. 24, 4).

(3) Jesús resucitado no estaba sometido a las leyes físicas; por eso María no le conoce hasta que Jesús quiso dársele a conocer con aquella palabra: María.

(4) María, en cuanto conoció al Maestro, se echó a sus pies y los abrazó (Mt. 28, 9 s.); Jesús le dice: «No me toques.» La dificultad está en lo que sigue, que San Crisóstomo glosa: «No te me acerques como antes, pues no me hallo en el mismo ser, no he de tratar con vosotros en la misma forma de antes.» *Subo a mi Padre.* Quiere esto decir que Dios no es Padre ni Dios de igual modo para nosotros que para El.

(5) El cuerpo glorificado de Jesús, y por la gloria espiritualizado (I Cor. 15, 44) no está sometido a las leyes que los demás cuerpos.

ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. [20] Y diciendo esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se alegraron viendo al Señor. Díjoles aún: La paz sea con vosotros. Como me envió mi Padre (1), así os envío yo. [22] Y diciendo esto, sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo, a quien perdonareis los pecados les serán perdonados, a quienes se los retuviereis les serán retenidos.

Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. [25] El les dijo: Si no veo en sus manos la señal de los clavos (2), y meto mi dedo en el lugar de los clavos, y mi mano en su costado, no creeré.

Segunda aparición.

[26] Pasados ocho días, otra vez estaban dentro los discípulos, y Tomás con ellos. Vino Jesús, cerradas las puertas, y puesto en medio de ellos, dijo: La paz sea con vosotros. [27] Luego dijo a Tomás: Alarga acá tu dedo, y mira mis manos, y tiende tu mano y métela en mi costado y no seas incrédulo, sino fiel. [28] Respondió Tomás, y dijo (3): ¡Señor mío y Dios mío! [29] Jesús le dijo: Porque me has visto, has creído; dichosos los que sin ver creyeron (4).

[30] Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de los discípulos que no están escritas en este libro; [32] y éstas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre (5).

(1) Ya se lo había dicho en 18, 18.—*Recibid el Espíritu.* Ya se lo había prometido en 14, 16; 15, 26.—*A quien perdonáreis.* Este es un poder nuevo, que Jesús había ejercido antes, pero que no había conferido aún a los Apóstoles. Ahora se lo confiere para que persevere en la Iglesia hasta el fin de los siglos.

(2) La actitud de Tomás muestra cuáles eran las disposiciones de los discípulos en orden a la resurrección.

(3) El discípulo incrédulo de una manera inequívoca expresa su fe en la divinidad de Jesús, de la que El tantas veces les había hablado.

(4) Estas palabras van dirigidas a cuantos por la palabra de los discípulos creerán en su resurrección (17, 20).

(5) San Juan escribe para dar a conocer a Jesucristo, lo que puede abarcar muchos fines particulares.

Postrera aparición a los discípulos.

21 [1] Después de esto se apareció Jesús a los discípulos junto al mar de Tiberíades (1); y se apareció así: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, Natanael, el de Caná de Galilea y los de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. [3] Díjoles Simón Pedro: Voy a pescar. Los otros le dijeron: Vamos también nosotros contigo. Salieron y entraron en la barca, y en aquella noche no cogieron nada. [4] Llegada ya la mañana, se hallaba Jesús en la playa; sin embargo, los discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús.

[5] Díjoles, pues, Jesús: Muchachos, ¿no tenéis a la mano nada que comer? (2). Le respondieron: No. El les dijo: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis. La echaron, pues, y ya no podían arrastrar la red por la muchedumbre de los peces. [7] Dijo, pues, a Pedro aquel discípulo a quien amaba Jesús (3): ¡Es el Señor! Así que oyó Simón Pedro que era el Señor, se ciñó un zamarrón—pues estaba desnudo—y se arrojó al mar. [8] Los otros discípulos vinieron en la barca, porque no estaban lejos de tierra, sino como unos doscientos codos, tirando de la red con los peces. [9] Así que bajaron a tierra, vieron unas brasas encendidas (4) y un pez puesto sobre ellas y pan. [10] Díjoles Jesús: Traed de los peces que habéis cogido ahora. [11] Salió, pues, Pedro y arrastró la red a tierra, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes (5); y con ser tantos no se rompió la red.

(1) Jesús, después de convencidos los discípulos de su resurrección, los encaminó a Galilea, y allí, libres del temor de los judíos (20, 19), se les aparece y los instruye sobre los misterios del reino de Dios (Act. 1, 3).

(2) Espera la respuesta negativa con la intención de poder remediar su necesidad.

(3) El discípulo anónimo, al ver la pesca milagrosa, recuerda sin duda la de otro tiempo, y esto le lleva a reconocer al Señor.—*Pedro se ciñó.* El texto no es claro. Parece que Pedro se hallaba sin túnica y con sola una zamarra de cuero o de piel de carnero, buena para el trabajo del mar, la cual se ciñó, apretando el cinturón antes de echarse al agua.

(4) Era el desayuno que Jesús les tenía preparado después de la fatigas de la noche.

(5) Este milagro tiene sin duda el sentido simbólico que según Lc. 5, 10 tuvo la primera pesca milagrosa.

12 Jesús les dijo: Venid y comed. Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: ¿Tú quién eres?, sabiendo que era el Señor. 13 Se acercó Jesús, tomó el pan y se lo dió, e igualmente el pez. 14 Esta fué la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos (1) después de resucitado de entre los muertos.

La triple confesión de Pedro.

15 Cuando, pues, hubieron comido, dijo Jesús a Simón Pedro: Simón (hijo) de Juan, ¿me amas más que éstos? El le dijo: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Díjole: Apacienta mis ovejas. 16 Por segunda vez le dijo: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro le respondió: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dijo; Apacienta mis ovejas. 17 Por tercera vez le dijo: Simón (hijo) de Juan, ¿me amas? (2) Pedro se puso triste de que por tercera vez le preguntase: ¿Me amas? Y le dijo: Señor, tú lo conoces todo, tú sabes que te amo. Díjole Jesús: Apacienta mis ovejas. 18 En verdad, en verdad te digo: Cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas a donde querías; cuando envejezcas, extenderás tus manos (3), y otro te ceñirá y te llevará a donde no quieras. 19 Esto lo dijo indicando con qué muerte había de glorificar a Dios. Y después de dicho esto, añadió: Sígueme.

El discípulo amado.

20 Se volvió Pedro y vió que seguía detrás el discípulo a quien amaba Jesús (1) y que en la cena se había recostado en su pecho, y le había preguntado: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? 21 Viéndole, pues, Pedro dijo a Jesús: Señor, ¿y éste, qué? 22 Jesús le dijo: Si yo quisiera (2) que éste permaneciese hasta que yo venga, ¿a ti qué? Tú sígueme. 23 Y se divulgó la voz entre los hermanos de que aquel discípulo no moriría, mas no dijo Jesús que no moriría, sino: Si yo quisiera que éste permaneciese hasta que venga, ¿a ti qué?

24 Este es el discípulo que da testimonio de esto (3), que lo escribió, y sabemos que su testimonio es verdadero.

25 Muchas otras cosas hizo Jesús, las cuales, si se escribiesen una por una, creo que este mundo no podría contener los libros.

---

(1) La tercera de las narradas por el evangelista, siendo la primera la aparición a los diez y la segunda a los mismos con Tomás.

(2) En castigo de su presunción había incurrido en la triple negación de su Maestro, éste le exige ahora una triple confesión de su lealtad antes de confirmarle en el oficio de jefe y cabeza de los Apóstoles y pastor de su rebaño.

(3) Pedro había presumido de ir hasta la muerte con Jesús y había ido a la negación; ahora es Jesús quien le anuncia que dará su vida por El. En efecto, Pedro morirá en la cruz.

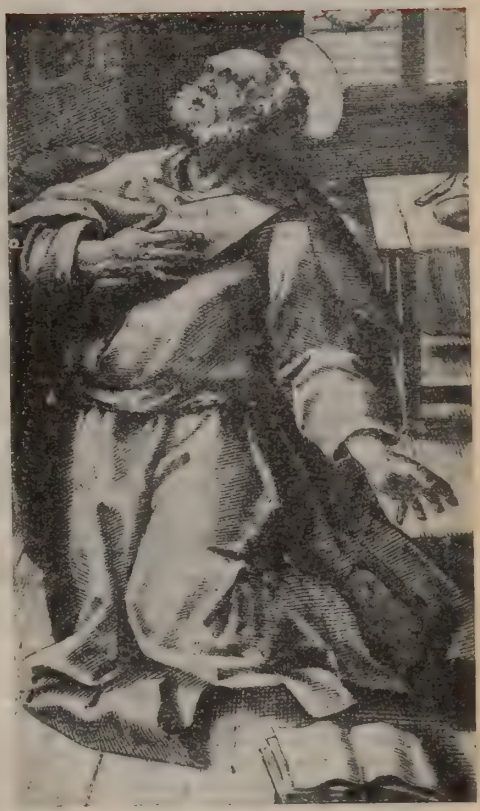
(1) Muchas veces vemos a Pedro íntimamente unido con Juan. En este momento Jesús parece alejarse. Pedro le sigue y asimismo Juan. Entonces Pedro se interesa por el amigo y pregunta cuál será su fin.

(2) Jesús no es afirmativo, sino hipotético. Si yo dispusiera esto, como podría hacerlo, ¿a ti qué te iba en ello? Como si le dijera: Tú atiende a lo tuyo y deja lo demás. Y en este sentido lo interpreta el autor en el versículo 23. Juan vivió hasta fines del siglo, pero murió.

(3) Termina el Evangelio con una solemne declaración de la verdad del testimonio, que en él se da a favor de Jesús.

Pneuma ſacrum accipiunt, vario ſermone loquentes,
Et Chriſtian fortj prædicat ore, Petrus.

INTRODUCCION A LOS HECHOS DE APOSTOLES



LOS Hechos o Actos de Apóstoles son obra de San Lucas, según dejamos consignado en la introducción al tercer evangelio, y han debido de ser escritos en Roma, poco después del evangelio y cuando estaba para ser fallada favorablemente la causa de San Pablo (60-62). No sería inexacto decir que una y otra obra fueran fruto de los ocios relativos a que por la prisión del maestro estaba forzado el discípulo.

El objeto de esta segunda obra no es la actividad misional de los Apóstoles todos, como el título pudiera inducirnos a creer, sino la predicación del nombre de Jesucristo en Jerusalén y en Judea, en Samaria y hasta los confines de la tierra, según el programa trazado por Jesús a sus discípulos al despedirse de ellos el día de su ascensión. En la ejecución de este programa, sin duda que tomaron parte todos los Apóstoles, a quienes ayudaron otros muchos discípulos; pero San Lucas, tal vez por carecer de informes acerca de otros, sólo nos habla de la actividad de San Pedro en Jerusalén y Palestina, y luego de la de San Pablo, que llegó preso a Roma. Allí otros le habían precedido en sembrar la fe en la capital del Imperio y en fundar aquella iglesia, de la que él mismo hace tan gran elogio en la epístola que a los fieles de la misma dirigió.

En el desarrollo de este tema San Lucas nos muestra como, según la promesa de Jesús, el Espíritu Santo, que descendió sobre los Apóstoles y los fieles el día de Pentecostés, es el principio de vida y actividad de los discípulos, mudándolos en otros hombres e impulsándolos a propagar por todas partes el

nombre adorable de Jesús. Por esto, no sin razón San Crisostomo llama a los Hechos el evangelio del Espíritu Santo. Movidos por El, los discípulos empiezan desde el día de Pentecostés a predicar el cumplimiento de las promesas mesiánicas en Jesús de Nazaret, quien después de crucificado por los príncipes del pueblo, había resucitado y subido al cielo, enviando a los suyos el Espíritu Santo que les había prometido, asegurándoles que sólo por Jesús podían todos alcanzar la penitencia y recibir el Espíritu Santo. Su palabra, confirmada con muchos prodigios y con sobrehumanas virtudes, conmueve a Jerusalén, la Judea y Samaria, incorporando a la Iglesia «a cuantos estaban de antemano ordenados a la vida eterna» (13, 48). Las persecuciones suscitadas por los judíos, dispersando a los Apóstoles y a los fieles de la ciudad, sirvieron para propagar la semilla evangélica por las naciones gentiles. En todo esto San Lucas sólo hace mención del Apóstol Pedro, de Juan, su compañero, y de los discípulos Esteban y Felipe, diáconos.

Uno de los frutos del martirio de San Esteban fué la conversión del gran perseguidor Saulo, transformado por la gracia de Jesús en el gran predicador de su nombre. San Lucas, olvidados los doce, se dedica a narrar la maravillosa actividad de este Apóstol, que recibió de Jesucristo la misión de evangelizar a los gentiles, y con haber llegado después de los otros, había, con la gracia de Dios, trabajado más que todos. Partiendo de Antioquía del Orontes, Saulo, llamado Pablo, emprende tres grandes misiones hacia las regiones de Occidente, llegando en la segunda a Europa, para terminar luego preso en Jerusalén por las malas artes de los judíos. De Jerusalén fué llevado a Cesárea, donde permaneció dos años, partiendo luego para Roma, en que aguardó otros dos a que se diera sentencia en su causa. San Lucas no nos dice expresamente que su maestro haya sido absuelto y puesto en libertad; pero el modo de acabar su libro indica esto, y lo confirman las epístolas de la cautividad.

La narración de San Lucas nos pone en contacto con la vida del pueblo judío en Jerusalén y en las ciudades de la dispersión, y con lavida de las muchas naciones y ciudades recorridas por el Apóstol, y no es el menor argumento de la fidelidad del escritor, la que tiene en narrarnos con exactitud las diversas características de cada región. De este libro deducimos algunos datos cronológicos que, si bien no del todo precisos, todavía sirven para suplir la casi completa falta de cronología del libro. Así sabemos que la huida de San Pablo a Damasco aconteció entre la muerte de Tiberio (37) y la de Aretas IV, rey de los nabateos (40); que la muerte de nuestro Apóstol Santiago ocurrió poco antes de la muerte de Herodes Agripa (44); que la fundación de la iglesia de Corinto por San Pablo tuvo lugar en el procónsulado de Junio Galión, hermano de Séneca (51-53).

Como guía de nuestra historia, señalaremos las principales fechas, aunque no sean del todo ciertas ni siempre precisas.

Pasión de Jesucristo	*30*	*de la era cristiana.*
Conversión de San Pablo	*34-36*	» » » »
Muerte de Santiago el Mayor	*43-44*	» » » »
Primera misión de San Pablo	*45-48*	» » » »
Concilio de Jerusalén	*49*	» » » »
Segunda misión de San Pablo	*49-52*	» » » »
Estancia en Corinto	*51-52*	» » » »
Tercera misión de San Pablo	*52-57*	» » » »
Estancia en Efeso	*53-56*	» » » »
Prisión del Apóstol	*57*	» » » »
Partida para Roma	*59*	» » » »
Libertad	*62*	» » » »

HECHOS DE APOSTOLES

Prólogo.

1 [1] En el primer libro, ¡oh caro Teófilo! (1), traté de todo lo que Jesús hizo y enseñó, [2] hasta el día en que fué levantado al cielo, una vez que, movido por el Espíritu Santo, tomó sus disposiciones acerca de los Apóstoles que se había elegido; [3] a los cuales, después de su pasión, se dejó ver en muchas ocasiones, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios; [4] y comiendo con ellos (2), les mandó no apartarse de Jerusalén, sino esperar la promesa del Padre, que de mí habéis escuchado; [5] porque Juan bautizó en agua, pero vosotros, pasados no muchos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo. [6] Y los reunidos le preguntaban: Señor, ¿es ahora cuando vas a restablecer el reino de Israel? [7] El les dijo: No os toca a vosotros conocer los tiempos ni los momentos que el Padre ha fijado en virtud de su poder soberano; [8] pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea, en Samaria y hasta los extremos de la tierra.

La ascensión.

[9] Diciendo esto, y viéndolo ellos, se elevó, y una nube le ocultó a sus ojos. [10] Y estando mirando al cielo, fija la vista en El, que se iba, he aquí que dos varones con hábitos blancos se les pusieron delante [11] y les dijeron: Varones galileos, ¿qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que ha sido llevado de entre vosotros al cielo, vendrá así, del modo que le habéis visto ir al cielo. [12] Entonces se volvieron del monte llamado Olivete a Jerusalén, que dista de allí el camino de un sábado. [13] Y cuando hubieron llegado, subieron al piso alto, en donde permanecían Pedro y Juan; Santiago y Andrés; Felipe y Tomás; Bartolomé y Mateo; Santiago de Alfeo y Simón el Zelotes y Judas de Santiago. [14] Todos éstos perseveraban unánimes en la oración, con algunas mujeres, con María, la Madre de Jesús, y con los hermanos de éste.

Elección de San Matías.

[15] En aquellos días se levantó Pedro en medio de los hermanos, que eran en conjunto unas ciento veinte personas, y dijo: [16] Hermanos, era preciso que se cumpliese la Escritura, que por boca de David había predicho el Espíritu Santo acerca de Judas, que fué guía de los que prendieron a Jesús; [17] y era contado entre nosotros, habiendo tenido parte en este ministerio. [18] Este adquirió un campo con el precio de su iniquidad, pero precipitándose, reventó y todas sus entrañas se derramaron; [19] y fué público a todos los habitantes de Jerusalén, tanto que el campo se llamó en su lengua Haceldama, que quiere decir campo de sangre. [20] Pues está escrito en el libro de los Salmos:

Quede desierta su morada y no haya quien habite en ella, otro se alce con su cargo (1).

[21] Ahora, pues, conviene que de todos los varones que nos han acompañado todo el tiempo en que vivió entre nosotros el Señor Jesús, [22] a partir del bautismo de Juan, hasta el día en que fué tomado de entre nosotros, uno de ellos sea testigo con nosotros (2) de su resurrección. [23] Y

(1) Estas palabras hacen manifiesta referencia al tercer Evangelio, también dedicado a Teófilo.

(2) Por última vez el Señor come con los discípulos, aunque ya El no necesitaba de comida, para darles el último argumento de la realidad de su resurrección. Cfr. Lc. 24, 25 ss., 44; Jo. 21, 60 ss.; Act. 10, 41. Los discípulos viven aún con la ilusión del reino temporal; sólo la luz del Espíritu Santo acabará de corregir sus prejuicios judaicos y les dará a conocer la verdad de Dios sobre el Evangelio.

(1) Salms. 79-26 y 109-8.

(2) Señalan estos versículos las condiciones que han de reunir los Apóstoles, a quienes Jesús dijo que serían testigos suyos ante las naciones.

fueron presentados dos, José, por sobrenombre Barsaba, llamado Justo, y Matías. [24] Y orando dijeron: Tú, Señor, que conoces los corazones, muestra a cuál de estos dos escoges [25] para ocupar el lugar de este ministerio y el apostolado de que prevaricó Judas, para irse a su lugar. [26] Y echaron suertes sobre ellos (1), y cayó la suerte sobre Matías, que quedó agregado a los doce Apóstoles.

Pentecostés.

2 [1] Cuando llegó el día de Pentecostés (2), estando todos juntos en un lugar, [2] se produjo de repente un ruido del cielo, así como el de un viento impetuoso (3), que invadió toda la casa en que residían. [3] Y aparecieron, como divididas, lenguas de fuego (4), que se posaron sobre cada uno de ellos, [4] quedando todos llenos del Espíritu Santo; y comenzaron a hablar en lenguas extrañas (5), según que el Espíritu les daba. [5] Residían en Jerusalén judíos, varones piadosos, de cuantas naciones hay bajo el cielo, [6] y habiéndose corrido la voz, se juntó una muchedumbre que se quedó confusa al oírlos hablar cada uno en su propia lengua. [7] Estupefactos de admiración, decían: Y todos éstos que hablan, ¿no son galileos? [8] Pues ¿cómo nosotros los oímos cada uno en nuestra propia lengua, en la que hemos nacido? [9] ¿Cómo partos, medos, elamitas, los que habitan la Mesopotamia, la Judea, la Capadocia, el Ponto y el Asia, [10] la Frigia y Pamfilia, el Egipto y las partes de Libia que están contra Cirene, y los forasteros romanos, [11] judíos y prosélitos, cretenses y árabes, los oímos hablar en nuestras propias lenguas las grandezas de Dios? [12] Y todos, atónitos y fuera de sí, se decían unos a otros: ¿Qué es esto? [13] Otros, burlándose, decían: Están cargados de mosto.

[14] Entonces se levantó Pedro con los once, y alzando la voz les habló: Judíos y todos los habitantes de Jerusalén, oíd y prestad atención a mis palabras. [15] No están éstos borrachos, como vosotros suponéis (1), pues no es aún la hora de tercia; [16] esto es lo dicho por el profeta Joel:

[17] Y sucederá en los últimos días,
dice Dios, | que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, | y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, | y vuestros jóvenes verán visiones, | y vuestros ancianos soñarán sueños;
[18] Y sobre mis siervos y sobre mis siervas | derramaré mi Espíritu en aquellos días | y profetizarán.
[19] Y haré prodigios arriba en el cielo, | y señales abajo en la tierra | sangre y fuego y nubes de humo.
[20] El sol se tornará tinieblas | y la luna sangre, | antes que llegue el día del Señor, grande y manifiesto.
[21] Y todo el que invocare el nombre del Señor se salvará (2).

[22] Vosotros, israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por El en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis, [23] éste, entregado según los

(1) Para resolver el caso, echan suertes sobre los dos, después de invocar al Señor para que, según la sentencia de Prov. 16, 33, él dirija las suertes.

(2) Pentecostés era una de las tres fiestas nacionales impuestas por la Ley (Ex. 23, 16). Se celebraba siete semanas después de la Pascua y marcaba el fin de la recolección, por lo que en ella se hacía a Dios la ofrenda de los primeros panes. A este primer sentido la tradición judía añadió la conmemoración de la promulgación de la Ley en el Sinaí, y a ésta corresponde la promulgación de la Ley nueva, que consiste principalmente en la gracia del Espíritu Santo.

(3) El viento fuerte, como en el Sinaí, para llamar la atención de los de fuera.

(4) Las llamas de fuego son el signo sensible del Espíritu Santo, que invisiblemente se comunica a los fieles, como el fuego del Sinaí era el signo de Yave que hablaba al pueblo.

(5) Este don de lenguas prometido en Marc. 16, 17 lo vemos repetido luego en 10, 46; 11, 16 y explicado por San Pablo en I Cor. 14. Consiste en alabar a Dios sin tener inteligencia clara de lo que se dice, sino sólo conciencia de hablar con Dios bajo la acción del Espíritu Santo. Por esto el Apóstol no quiere que los glosolalos hablen en la iglesia, si no hay quien interprete sus palabras para común edificación (I Cor. 14, 28).

(1) Pedro empieza explicando el fenómeno de la glosolalia, que a las muchedumbres tenía pasmadas, y lo hace con las palabras de Joel, que anuncian la efusión del Espíritu Santo para los tiempos mesiánicos; después presenta a Jesús de Nazaret aprobado por Dios con tantas señales y por divino consejo crucificado. Pero su resurrección, ya predicha por David, prueba que Dios no le había abandonado. Concluye dándose a sí y a sus compañeros por testigos de tales verdades y exhortándolos a creer en el único Salvador dado por Dios y, mediante esta fe, alcanzar el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo.

(2) Jo. 3, 1-5.

designios de la presciencia de Dios, le alzasteis en la cruz y le disteis muerte por mano de los infieles. 24 Pero Dios, rotas las ataduras de la muerte, le resucitó, por cuanto no era posible que fuera dominado por ella, 25 pues David dice de El:

Traía yo al Señor siempre delante de mí, | porque El está a mi derecha, para que no vacile.

26 Por esto se regocijó mi corazón y exultó mi lengua, | y hasta mi carne reposará en la esperanza.

27 Porque no abandonarás en el Ades mi alma, | ni permitirás que tu Santo experimente la corrupción.

28 Me has dado a conocer los caminos de la vida, | y me llenarás de alegría con tu presencia (1).

29 Hermanos, séame permitido deciros con franqueza que David murió y fué sepultado, y que su sepulcro se conserva entre nosotros hasta hoy. 30 Pero siendo profeta, y sabiendo que le había Dios jurado solemnemente que un fruto de sus entrañas se sentaría sobre su trono, 31 le vió de antemano y habló de la resurrección de Cristo, que no sería abandonado en el Ades, ni vería su carne la corrupción. 32 A este Jesús le resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos (2). 33 Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, le derramó, según vosotros veis y oís. 34 Porque no subió David a los cielos, antes dice:

Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra

35 Hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies (3).

36 Tenga, pues, por cierto toda la casa de Israel que Dios le ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado.

37 En oyéndole, se sintieron compungidos de corazón y dijeron a Pedro y a los demás Apóstoles: ¿Qué hemos de hacer, hermanos? 38 Pedro les contestó: Arrepentíos y bautizaos en el nombre de Jesucristo (4) para remisión de vuestros pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo. 39 Porque para vosotros es esta promesa y para vuestros hijos, y para todos los de lejos, cuantos llamare a sí el Señor Dios nuestro. 40 Y con otras muchas palabras atestiguaba y los exhortaba diciendo: Salvaos de esta generación perversa. 41 Ellos, pues, recibieron su palabra y se bautizaron, y se convirtieron aquel día unas tres mil almas. 42 Y perseveraban en oír la enseñanza de los Apóstoles, y en la unión en la fracción del pan y en la oración.

43 Se apoderó de todos el temor, a la vista de los muchos prodigios y señales que hacían los Apóstoles; 44 y todos los que creían vivían unidos (1) teniendo todos sus bienes en común; 45 pues vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según la necesidad de cada uno. 46 Y todos acordes acudían con asiduidad al templo, partían el pan en las casas y tomaban su alimento con alegría y sencillez de corazón, 47 alabando a Dios en medio del general favor del pueblo. Y cada día el Señor iba incorporando a los que habían de ser salvos.

Sermón de San Pedro en el templo.

3 1 Pedro y Juan subieron a la hora de la oración, que era la de nona. 2 Había un hombre tullido desde el seno de su madre, que traían y ponían cada día a la puerta del templo, llamada la Hermosa, para pedir limosna a los que entraban en el templo. 3 Este, viendo a Pedro y a Juan que se disponían a entrar en el templo, extendió la mano pidiendo la limosna. 4 Pedro y Juan, fijando en él los ojos, le dijeron: Míranos. 5 El los miraba, esperando recibir de ellos alguna cosa. 6 Pero Pedro le dijo: No tengo oro ni plata; lo que tengo, eso te doy: En nombre

(1) Salm. 16. 8-11.
(2) Salm. 110. 1.
(3) La resurrección de Jesús es su exaltación a la soberanía que de El estaba profetizada, y en la cual recibe el título de Señor. Fil. 2. 9.
(4) El Señor declaró en forma categórica que el bautismo debe administrarse en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt. 28, 19). La frase que encontramos en los Hechos, del bautismo en el nombre de Jesús, no puede tener otro sentido que el bautismo de Jesús, instituído por El, que de El tiene la virtud de santificar, por contraposición al bautismo de Juan. Otras veces se dice bautismo en Jesús, para incorporarse a El.
(1) Esta vida común de los fieles de Jerusalén no obedecía a ningún precepto del Señor, sino al espíritu de caridad, y tal vez a la persuasión en que muchos vivían, traída del judaísmo, de que la segunda venida del Salvador estaba muy cerca.

de Jesucristo Nazareno, anda. 7 Y tomándole de la diestra, le levantó, y al punto sus pies y sus talones se consolidaron; 8 y de un brinco se puso en pie, y comenzando a andar entró con ellos en el templo, saltando y brincando y alabando a Dios. 9 Y todo el pueblo, que le vió andar y alabar a Dios, 10 reconoció ser el mismo que se sentaba a pedir limosna en la puerta Hermosa del templo, y quedaron llenos de admiración y espanto por lo sucedido. 11 El cogió a Pedro y a Juan, y todo el pueblo espantado concurrió a ellos en el pórtico llamado de Salomón. 12 Visto lo cual por Pedro, habló así al pueblo:

Varones israelitas, ¿qué os admiráis de esto o qué nos miráis a nosotros, como si por nuestro poder o por nuestra virtud hubiéramos hecho andar a éste? 13 El Dios de Abraham y de Isac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a su siervo Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis en presencia de Pilato, cuando éste juzgaba que le había de soltar. 14 Vosotros negasteis al Santo y al Justo y pedisteis que se os hiciera gracia de un homicida. 15 Pedisteis la muerte para el autor de la vida, a quien Dios resucitó de entre los muertos, de lo cual nosotros somos testigos. 16 Y por la fe en su nombre, éste, a quien veis y conocéis, ha sido por su nombre consolidado, y la fe que de El nos viene dió a éste la plena salud en presencia de todos vosotros. 17 Ahora bien, hermanos, ya sé que por ignorancia habéis hecho esto, como también vuestros príncipes. 18 Dios ha sido así cumplimentado a lo que había anunciado por boca de todos los profetas, la pasión de su Cristo. 19 Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados, 20 a fin de que lleguen los tiempos del refrigerio de parte del Señor y envíe a Jesús, el Cristo, que os ha sido destinado, a quien fué preciso que el cielo recibiese, hasta llegar los tiempos de la restauración de todas las cosas (1), de que Dios habló desde antiguo por boca de sus santos profetas. 22 Dice, en efecto, Moisés: «Un profeta hará surgir el Señor Dios de entre vuestros hermanos, como yo; vosotros le escucharéis todo lo que os hablare; 23 toda persona que no escuchare a ese profeta, será exterminada de su pueblo» (1). 24 Y todos los profetas, desde Samuel y los siguientes, cuantos hablaron, anunciaron también estos días. 25 Vosotros sois los hijos de los profetas y de la alianza que Dios estableció con vuestros padres, cuando dijo a Abraham: En tu descendencia serán bendecidas todas las familias de la tierra (2). 26 Dios, resucitando a su siervo, os lo envía a vosotros primero para que os bendiga, al convertirse cada uno de sus maldades.

(1) San Pedro alude aquí a la segunda venida del Señor, que los ángeles prometieron | día de la Ascensión.

Los dos Apóstoles, ante el Sanedrín.

4 1 Mientras ellos hablaban al pueblo, sobrevinieron los sacerdotes, el oficial del templo y los saduceos. 2 Indignados de que enseñasen al pueblo y anunciasen cumplida en Jesús la resurrección de los muertos, 3 les echaron mano y los metieron en prisión hasta la mañana, porque era ya tarde. 4 Pero muchos de los que habían oído la palabra creyeron, hasta el número de unos cinco mil.

5 A la mañana se juntaron todos los príncipes, los ancianos y los escribas, en Jerusalén, 6 y Anás, el sumo sacerdote, y Caifás y Juan y Alejandro, todos los que eran del linaje pontifical; 7 y colocándolos en medio, les preguntaron: ¿Con qué poder o en nombre de quién habéis hecho esto vosotros? 8 Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, les dijo: Príncipes del pueblo y ancianos: 9 Ya que somos hoy interrogados sobre la curación de este inválido, por quién haya sido curado, 10 sea a todos vosotros manifiesto y a todo el pueblo de Israel, que en nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros habéis crucificado, a quien Dios resucitó de entre los muertos, por El, éste se halla sano ante vosotros. 11 El es la piedra rechazada por vosotros los constructores, que ha venido a ser piedra angular. 12 Y en ningún otro hay salud, pues ningún otro hombre nos ha sido dado bajo el cielo, entre los hombres, por el cual podamos ser salvos.

(1) Dent. 18. 15.
(2) Gen. 22. 18.

13 Viendo la libertad de Pedro y
Juan, y considerando que eran hom-
bres sin letras y plebeyos, se maravi-
llaban, pues los habían conocido de
que estaban con Jesús; 14 y viendo
por otra parte al curado que estaba
con ellos, no sabían qué replicar;
15 y mandándoles salir fuera del Con-
sejo, conferían entre sí, 16 diciendo:
¿Qué haremos a éstos? Porque el
milagro hecho por ellos es manifiesto,
notorio a todos los habitantes de
Jerusalén y no podemos negarlo.
17 Mas para que no se difunda la
cosa en el pueblo, conminémosles
que no hablen a nadie en este nom-
bre. 18 Y llamándolos, les intimaron
no hablar absolutamente ni enseñar
en el nombre de Jesús. 19 Pero Pedro
y Juan respondieron y dijeron: Juz-
gad por vosotros mismos si es justo
ante Dios que os obedezcamos a vos-
otros más que a El; porque nosotros
no podemos dejar de decir lo que
hemos visto y oído. 21 Pero ellos los
despidieron con amenazas, no hallan-
do motivo para castigarlos, y por
causa del pueblo, porque todos glo-
rificaban a Dios por el suceso. El
hombre en quien se había realizado
el milagro de la curación pasaba de
los cuarenta años. 23 Los apóstoles,
despedidos, se fueron a los suyos y
les comunicaron cuanto les habían
dicho los pontífices y los ancianos.
24 Ellos, en oyéndoles, a una levan-
taron la voz a Dios y dijeron: Señor,
tú que hiciste el cielo y la tierra, el
mar y cuanto en ellos hay, 25 que por
boca de David tu siervo dijiste:

¿Por qué braman las gentes | y
los pueblos meditan cosas vanas?
26 Los reyes de la tierra han cons-
pirado | y los príncipes se han fede-
rado | contra el Señor y contra su
Cristo (1).

27 En efecto, juntáronse en esta
ciudad contra tu santo siervo Jesús,
a quien ungiste, Herodes y Poncio
Pilato, con los gentiles y el pueblo
de Israel, para ejecutar cuanto tu
mano y tu Consejo habían decretado
de antemano que sucediese. 29 Y aho-
ra, Señor, mira sus amenazas, y da
a tus siervos hablar con toda liber-
tad tu palabra, 30 extendiendo tu
mano para realizar curaciones, se-
ñales y prodigios, por el nombre de
tu santo siervo Jesús. 31 Y después
de haber orado, tembló el lugar en
que estaban reunidos, y todos fueron
llenos del Espíritu Santo y hablaban
la palabra de Dios con libertad.

(1) Salm. 2. 1 s.

La vida común entre los fieles.

32 La muchedumbre de los que
habían creído tenía un solo corazón
y un alma sola, y ninguno tenía por
propia cosa alguna, antes todo lo
tenían en común. 33 Los Apóstoles
atestiguaban con gran poder la re-
surrección del Señor Jesús, y todos
los fieles gozaban del favor del pueblo.
34 No había entre ellos indigentes,
pues cuantos eran dueños de hacien-
das o casas las vendían y llevaban
el precio de lo vendido, 35 y lo depo-
sitaban a los pies de los Apóstoles,
y a cada uno se le repartía según su
necesidad. 36 José, el llamado por
los Apóstoles Bernabé, que significa
hijo de la consolación, levita, chiprio-
ta de naturaleza, que poseía un
campo, lo vendió y llevó el precio,
y lo depositó a los pies de los Apóstoles.

5 1 Pero cierto hombre llamado
Ananías, con Safira, su mujer,
vendió un campo 2 y retuvo una parte
del precio, siendo sabedora de ello
también la mujer, y llevó el resto a
depositarlo a los pies de los Após-
toles. 3 Dijole Pedro: Ananías, ¿por
qué se ha apoderado Satanás de tu
corazón, moviéndote a engañar al
Espíritu Santo, reteniendo una parte
del precio del campo? 4 ¿Acaso sin
venderlo no lo tenías para ti, y ven-
dido, no quedaba a tu disposición el
precio? ¿Por qué has hecho tal cosa?
No has mentido a los hombres, sino
a Dios. 5 Al oír Ananías estas palabras,
cayó y expiró. Se apoderó de cuan-
tos lo supieron un temor grande.
6 Luego los jóvenes se levantaron, y
envolviéndolo, lo llevaron y le dieron
sepultura. 7 Pasadas tres horas entró
la mujer, ignorante de lo sucedido, y
Pedro le dirigió la palabra: Dime si
habéis vendido en tanto el campo.
Dijo ella: Sí, en tanto; 9 y Pedro a
ella: ¿Por qué os habéis concertado
en tentar al Espíritu Santo? Mira,
los pies de los que han sepultado a
tu marido están ya a la puerta, y
ésos te llevarán a ti. 10 Cayó al ins-
tante a sus pies y expiró. Entrando
los jóvenes, la hallaron muerta y la
sacaron, dándole sepultura con su
marido. 11 Gran temor se apoderó

de toda la iglesia y de cuantos oían tales cosas (1).

El Sanedrín contra los Apóstoles.

12 Eran muchos los milagros y prodigios que se realizaron en el pueblo por mano de los Apóstoles. Y estando todos reunidos en el pórtico de Salomón, 13 nadie de los otros se atrevía a unirse a ellos, pero el pueblo los tenía en gran estima. 14 Y crecían más y más los creyentes, en gran muchedumbre de hombres y mujeres, 15 hasta el punto de sacar a las calles los enfermos y ponerlos en los lechos y camillas para que llegando Pedro, siquiera su sombra los cubriese; 16 y la muchedumbre concurría de las ciudades vecinas a Jerusalén, trayendo enfermos y atormentados por los espíritus impuros, y todos eran curados.

17 Con esto, levantándose el sumo sacerdote y todos los suyos de la secta de los saduceos, llenos de envidia, 18 echaron mano a los Apóstoles y los metieron en la cárcel pública. 19 Pero el ángel del Señor les abrió de noche las puertas de la prisión, y sacándolos les dijo: 20 Id, estad en el templo y predicad al pueblo todas estas palabras de vida. 21 Ellos obedecieron; y entrando al amanecer en el templo, enseñaban. Entretanto, el sumo sacerdote y los suyos convocaron el Consejo, es decir todo el senado de los hijos de Israel, y enviaron a la prisión para que se los llevasen. 22 Llegados los alguaciles, no los hallaron en la prisión. Volvieron y se lo hicieron saber, 23 diciendo: La prisión estaba cerrada y bien asegurada y los guardias en sus puertas; pero abriendo, no encontramos dentro a nadie. 24 Cuando el oficial del templo y los pontífices oyeron tales palabras, se quedaron sorprendidos, pensando lo qué habría sido de ellos.

25 En esto llegó uno que les comunicó: Los hombres ésos que habéis metido en la prisión están en el templo enseñando al pueblo. 26 Entonces se fué el oficial con sus alguaciles y los condujo, pero sin hacerles fuerza, porque temían que el pueblo los apedrease. 27 Conducidos, los presentó en medio del Consejo. Dirigiéndoles la palabra el sumo sacerdote, les dijo: 28 Solemnemente os hemos ordenado que no enseñáseis sobre este nombre, y he aquí que habéis llenado a Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis traer sobre nosotros (1) la sangre de ése hombre.

29 Respondiendo Pedro y los Apóstoles, dijeron: Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros habéis dado muerte suspendiéndole en un madero. 31 Pues a ése le ha levantado Dios a su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel penitencia y remisión de los pecados. 32 Nosotros somos testigos de estos sucesos, y también el Espíritu Santo que Dios otorgó a los que le obedecen. Oyendo ellos esto, rabiaban de ira y trataban de quitarles de delante. 34 Pero levantándose en el Consejo un fariseo, de nombre Gamaliel, doctor de la ley, muy estimado del pueblo, mandó echar fuera a los Apóstoles por un momento y dijo:

35 Varones Israelitas, mirad bien lo que vais a hacer con estos hombres. 36 Los días pasados se levantó Téodas, diciendo que él era alguien, y se le allegaron como unos cuatrocientos hombres. Este fué muerto y todos cuantos le seguían se disolvieron, quedando reducidos a nada. 37 Después de esto se levantó Judas el Galileo, en los días del empadronamiento, y arrastró al pueblo en pos de sí; mas pereciendo él también, cuantos le seguían se dispersaron. 38 Y ahora os digo: Dejad a estos hombres, dejadlos; porque si esto fuera Consejo y obra de hombres, se disolverá; pero si viene de Dios, no podréis disolverlos, y quizá algún día os halléis con que habéis hecho guerra a Dios.

Se dejaron persuadir; 40 e introduciendo luego los Apóstoles, después de azotados, les conminaron que no hablasen en el nombre de Jesús y

(1) Este relato es, sin duda, impresionante, y no es maravilla que lo fuera el hecho para los fieles que de él fueron testigos. Las palabras de Pedro dicen claro que los dos esposos no estaban obligados a vender su campo ni a entregar el precio a la comunidad; pero ellos quisieron pasar por generosos y a la vez quedarse una parte del dinero. Esta fué su culpa y por ella fueron de Dios castigados.

(1) Se queja el Pontífice de que quieran los Apostoles echar sobre el pueblo la responsabilidad de la sangre de Jesús, sin acordarse de que ellos mismos habían pedido que esa sangre cayese sobre ellos y sobre sus hijos.

los despidieron. 41 Ellos se fueron contentos de la presencia del Consejo, porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús; 42 y en el templo y en las casas no cesaban todo el día de enseñar y anunciar a Cristo Jesús.

La elección de los diáconos.

6 1 Por aquellos días, habiendo crecido el número de los discípulos, se produjo una murmuración de los helenistas contra los hebreos, porque las viudas de aquéllos eran mal atendidas en el servicio cotidiano. 21 Los doce, convocando a la muchedumbre, dijeron: No es razonable que nosotros abandonemos el ministerio de la palabra de Dios para servir a las mesas. 3 Elegid, hermanos, de entre vosotros a siete varones estimados de todos (15), llenos de espíritu de sabiduría, a los que constituyamos sobre este ministerio, 4 pues nosotros debemos atender a la oración y al ministerio de la palabra. 5 Fué bien recibida la propuesta por toda la muchedumbre y eligieron a Esteban, lleno de fe y del Espíritu Santo, y a Felipe, a Procoro, a Nicanor, a Timón, a Parmenas y a Nicolás, prosélito antioqueno; 6 los cuales fueron presentados a los Apóstoles, quienes, orando, les impusieron las manos. 7 Y la palabra de Dios fructificaba, y se multiplicaba grandemente el número de los discípulos en Jerusalén, y numerosa muchedumbre de sacerdotes se sometía a la fe.

San Esteban.

8 Esteban, lleno de gracia y de virtud, hacía prodigios y señales grandes en el pueblo. 9 Se levantaron algunos de la sinagoga llamada de los Libertos, de la de los cirenenses, de la de los alejandrinos y de la de los de Cilicia y Asia, a disputar con Esteban, 10 sin poder resistir a la sabiduría y al espíritu (1) con que hablaba. 11 Entonces sobornaron a algunos que dijesen: Nosotros hemos oído a éste blasfemar contra Moisés y contra Dios. 12 Con esto, los ancianos y escribas conmovieron al pueblo y le arrebataron y le llevaron ante el Sanedrín. 13 Presentaron los testigos falsos que decían: Este hombre no cesa de proferir palabras contra el lugar santo y contra la Ley; 14 y nosotros le hemos oído decir que ese Jesús de Nazaret destruirá este lugar y mudará las costumbres que nos dió Moisés. 15 Fijando los ojos en él, todos los que estaban sentados en el Sanedrín vieron su rostro como el rostro de un ángel.

7 1 Díjole el sumo sacerdote: ¿Es así como éstos dicen? 2 El contestó: Hermanos y padres, escuchad (2): El Dios de la gloria se apareció a nuestro padre Abraham cuando moraba en Mesopotamia, antes que habitase en Jarán, 3 y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela y ve a la tierra que yo te mostraré. 4 Entonces salió del país de los caldeos y habitó en Jarán. De allí, después de la muerte de su padre, se trasladó a esta tierra en la cual vosotros habitáis ahora; 5 y no le dió en ella heredad, ni aun de un pie de tierra, mas le prometió dársela en posesión a él y a su descendencia después de él, cuando no tenía hijos. 6 Sin embargo, Dios le habló de esta manera: Habitará tu descendencia en tierra extranjera y la esclavizarán y la maltratarán por espacio de cuatrocientos años; 7 pero al pueblo a quien han de servir le juzgaré yo, dice Dios, y después de esto saldrán y me adorarán en este lugar. 8 Luego le otorgó el pacto de la circuncisión; y así engendró a Isac, a quien circuncidó el día octavo, e Isac a Jacob y Jacob a los doce patriarcas. 9 Pero los patriarcas, por envidia de José, le ven-

(1) Conformándose con aquel espíritu de caridad que los llevaba a la vida común, la Iglesia había ya nombrado ministros para atender a las viudas y demás personas necesitadas. Estos ministros debían de ser de los judíos palestinos; los helenistas, o judíos de la dispersión, se quejan, y los Apóstoles proveen nombrando estos siete diáconos o ministros, para remediar aquella necesidad.

(1) Lo que aquí se dice de San Esteban prueba que los diáconos no eran sólo administradores de las cosas temporales, sino también ministros de la palabra divina.

(2) Es difícil formarse idea del plan que el santo diácono desarrolló en su discurso. Va siguiendo la historia de Israel por sus principales etapas, poniendo de relieve la conducta generosa de Dios y la dureza del pueblo, hasta parar en aquella explosión del versículo 51: Duros de cerviz, etc., que fué causa de otra explosión en el pueblo.

dieron para Egipto; [10] Mas Dios estaba con él y le sacó de todas sus tribulaciones y le dió gracia y sabiduría delante del Faraón, rey de Egipto, que le constituyó gobernador del Egipto y de toda su casa. [11] Entonces vino el hambre sobre toda la tierra de Egipto y de Canán, y una gran tribulación, de modo que nuestros padres no encontraban provisiones; [12] mas oyendo Jacob que había trigo en Egipto, envió primero a nuestros padres, [13] y a la segunda vez José fué reconocido por sus hermanos y su linaje dado a conocer al Faraón. [14] Envió José a buscar a su padre con toda su familia, en número de setenta y cinco personas; [15] y descendió Jacob a Egipto, donde murieron él y nuestros padres. [16] Y fueron trasladados a Siquem y depositados en el sepulcro que Abraham había comprado a precio de plata, de los hijos de Get en Siquem.

[17] Cuando se iba acercando el tiempo de la promesa hecha por Dios a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto, [18] hasta que surgió en Egipto otro rey que no había conocido a José. [19] Usando de malas artes contra nuestro linaje, afligió a nuestros padres hasta hacerlos exponer a sus hijos para que no viviesen. [20] En aquel tiempo nació Moisés, hermoso a los ojos de Dios, que fué alimentado por tres meses en casa de su padre; [21] y al ser expuesto, fué recogido por la hija del Faraón, que le hizo criar como hijo suyo. [22] Y fué Moisés instruído en toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en palabras y obras. [23] Así que cumplió los cuarenta años, sintió deseos de visitar a sus hermanos, los hijos de Israel; [24] y viendo a uno maltratado, le defendió y le vengó, matando al egipcio que le maltrataba. [25] Creía él que entenderían sus hermanos que Dios les daba por su mano la salud, pero ellos no lo entendieron. [26] Al día siguiente vió a otros dos que estaban riñendo, y procuró reconciliarlos, diciendo: ¿Por qué, siendo hermanos, os maltratáis unos a otros? [27] Pero el que maltrataba a su prójimo le rechazó diciendo: ¿Y quién te ha constituído príncipe y juez sobre nosotros? [27] Acaso pretendes matarme, como mataste ayer al egipcio? [29] Al oír esto huyó Moisés, y moró extranjero en la tierra de Madián, en la que engendró dos hijos.

[30] Pasados cuarenta años, se le apareció un ángel en el desierto del Sinaí, en la llama de una zarza que ardía. [31] Se maravilló Moisés al advertir la visión, y acercándose para examinarla, le fué dirigida la voz del Señor: [32] «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, de Isac y de Jacob.» Estremecióse Moisés y no se atrevía a mirar. [33] Y el Señor le dijo: «Desata el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra santa. [34] He visto la aflicción de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído sus gemidos. Por eso he descendido para librarlos; ven, pues, que te envíe a Egipto.» [35] Pues a este Moisés a quien ellos negaron diciendo: ¿Quién te ha constituído príncipe y juez?, a éste le envió Dios por príncipe y libertador, por mano del ángel, que se le apareció en la zarza. [36] El los sacó, haciendo prodigios y milagros en la tierra de Egipto, en el Mar Rojo, y en el desierto, por espacio de cuarenta años. [37] Ese es el Moisés que dijo a los hijos de Israel: Dios os suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo. [38] Ese es el que estuvo en medio de la asamblea por el desierto, con el ángel que en el monte de Sinaí le habló a él y nuestros padres; ese es el que recibió la palabra de vida para entregárosla a vosotros, y a quien no quisieron obedecer nuestros padres, antes le rechazaron y con sus corazones se volvieron a Egipto, [40] diciendo a Arón: Haznos dioses que vayan delante de nosotros, porque ese Moisés que nos sacó de la tierra de Egipto, no sabemos qué ha sido de él. [41] Entonces se hicieron un becerro y ofrecieron sacrificios al ídolo, y se regocijaron con las obras de sus manos. [42] Y Dios se apartó de ellos y los entregó al culto del ejército celeste, según que está escrito en el libro de los profetas.

¿Acaso me habéis ofrecido víctimas y sacrificios | durante cuarenta años en el desierto, casa de Israel?

[43] Habéis llenado la tienda de Moloc, | y el astro del dios Remfam, | las imágenes que vosotros os habéis hecho, para adorarlas. | Por eso yo os transportaré al otro lado de Babilonia.

[44] Nuestros padres tuvieron en el desierto la tienda del testimonio, según lo había dispuesto el que ordenó a Moisés que la hiciesen, conforme al modelo que había visto. [15] Esta tien-

da la recibieron nuestros padres, y la introdujeron cuando con Josué ocuparon la tierra de las gentes, que Dios arrojó delante de nuestros padres; y así hasta los días de David, 46 que halló gracia en la presencia de Dios y pidió hallar habitación para el Dios de Jacob. 47 Pero fué Salomón quien le edificó una casa. 48 Sin embargo, no habita el Altísimo en casas hechas por mano de hombre, según dice el profeta:

Mi trono es el cielo | y la tierra el escabel de mis pies; | ¿qué casa me edificaréis a mí, dice el Señor, | o cuál será el lugar de mi descanso?
50 No es mi mano la que ha hecho todas las cosas?

51 Duros de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros siempre habéis resistido al Espíritu Santo. Como vuestros padres, así también vosotros. 52 ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Dieron muerte a los que anunciaban la venida del Justo, a quien vosotros habéis ahora traicionado y crucificado, vosotros, que recibisteis por ministerio de los ángeles la ley y no la guardasteis.

54 Al oír estas cosas, se llenaban de rabia sus corazones y rechinaban los dientes contra él. 55 El, lleno del Espíritu Santo, miró al cielo y vió la gloria de Dios y a Jesús a la diestra de Dios; 56 y dijo: Estoy viendo los cielos abiertos y al Hijo del hombre en pie, a la diestra de Dios. 57 Ellos, gritando a grandes voces, tapáronse los oídos, y se arrojaron a una sobre él. 58 Y sacándole fuera de la ciudad, se dispusieron a apedrearle (1). Los testigos depositaron sus mantos a los pies de un joven llamado Saulo; 59 y mientras le apedreaban, Esteban oraba, diciendo: Señor, Jesús, recibe mi espíritu. 60 Puesto de rodillas, gritó con fuerte voz: Señor, no les imputes este pecado. Y diciendo estos se durmió.

Saulo aprobaba su muerte.

8 1 Aquel día comenzó una gran persecución contra la iglesia de Jerusalén, y todos, fuera de los Apóstoles, se dispersaron por las regiones de Judea y Samaria. 2 A Esteban le recogieron algunos varones piadosos, e hicieron sobre él gran luto. 3 Por lo contrario, Saulo devastaba la Iglesia, y entrando en las casas, arrastraba a hombres y mujeres y los hacía encarcelar.

(1) Decir que veía a Jesús a la diestra de Dios, como participante de la soberanía divina, era, en los oídos de los judíos, una blasfemia inaudita. Por eso se tapan los oídos y como a blasfemo arrebatan al predicador y, sin aguardar a formarle un proceso regular, le llevan y le apedrean. La muerte de San Esteban es semejante a la de Jesús en pedir el perdón para sus verdugos.

El Evangelio en Samaria.

4 Los que se habían dispersado iban por todas partes predicando la palabra. 5 Felipe bajó a la ciudad de Samaria y predicaba a Cristo. 6 La muchedumbre a una oía atentamente lo que Felipe le decía y admiraba los milagros que hacía; 7 pues muchos espíritus impuros salían gritando a grandes voces, y muchos paralíticos y cojos eran curados, 8 lo cual produjo gran alegría en aquella ciudad. 9 Pero había allí un hombre llamado Simón (1), que de tiempo atrás venía practicando la magia en la ciudad y maravillando al pueblo de Samaria, y diciendo ser él algo grande. Todos, del mayor al menor, le seguían y decían: Este es gran poder de Dios; 11 y se adherían a él, porque durante bastante tiempo los había embaucado con sus magias. 12 Mas cuando creyeron a Felipe, que les anunciaba el reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres. 13 El mismo Simón creyó, y bautizado, se adhirió a Felipe, y viendo las señales y milagros grandes que hacía, estaba fuera de sí.

14 Cuando los Apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron cómo había recibido Samaria la palabra de Dios, enviaron allí a Pedro y a Juan, los cuales, bajando, oraron sobre ellos para que recibiesen el Espíritu Santo, 16 pues aún no había venido sobre ninguno de ellos; sólo habían sido bautizados en el nombre del Señor Jesús. 17 Entonces les impusieron las manos y recibieron el Espíritu Santo. 18 Viendo Simón que por la imposición de las manos de los Apóstoles se comunicaba el Espíritu Santo, les

(1) Felipe era otro de los diáconos. Simón, que aquí nos es presentado como seductor de los samaritanos y dado a las artes mágicas, es bien conocido en la historia de las herejías primeras que nacieron en la Iglesia.

ofreció dinero, [19] diciendo: Dadme a mí ese poder de imponer las manos, de modo que se reciba el Espíritu Santo. [20] Díjole Pedro: Sea ese tu dinero para perdición tuya, pues has creído que con dinero se podía comprar el don de Dios. [21] No tienes en esto parte ni heredad, porque tu corazón no es recto delante de Dios. [22] Arrepiéntete, pues, de ésta tu maldad, y ruega al Señor que te perdone este mal pensamiento de tu corazón; [23] porque veo que estás lleno de maldad y envuelto en lazos de iniquidad. [24] Y Simón respondió diciendo: Rogad vosotros por mí al Señor para que no me sobrevenga nada de eso que habéis dicho. [25] Ellos, después de haber atestiguado y predicado la palabra del Señor, volvieron a Jerusalén, evangelizando muchas aldeas de los samaritanos.

La conversión del eunuco etíope.

[26] El ángel del Señor habló a Felipe, diciendo: Levántate y vete hacia el mediodía, por el camino que del desierto baja de Jerusalén a Gaza. [27] Púsose luego en camino, y se encontró con un varón etíope, eunuco (1), ministro de Candaces, reina de los Etíopes, intendente de todos sus tesoros. Había venido a adorar a Jerusalén, [28] y se volvía sentado en su coche, leyendo al profeta Isaías. [29] Dijo el Espíritu a Felipe: Acércate y llégate a este coche. [30] Aceleró el paso Felipe; y oyendo que leía al profeta Isaías, le dijo: ¿Entiendes por ventura lo que lees? [31] El le contestó: ¿Cómo voy a entenderlo, si alguno no me guía? Y rogó a Felipe que subiese y se sentase a su lado. [32] El pasaje de la Escritura que iba leyendo era éste:

«Como una oveja llevada al matadero, y como un cordero ante el que lo trasquila, enmudeció y no abrió su boca. [33] En su humillación ha sido consumado su juicio; su generación, ¿quién la contará?, porque en vida ha sido arrebatado de la tierra» (2).

[34] Preguntó el eunuco a Felipe: Dime de quién dice eso el profeta, ¿de sí mismo o de otro? [35] Y abriendo Felipe sus labios, comenzando por esta Escritura, le anunció a Jesús. [36] Y siguiendo su camino, llegaron a donde había agua, y dijo el eunuco: Aquí hay agua; ¿qué impide que me bautices? [37] Y Felipe dijo: Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios (1). [38] Y mandó parar el coche y bajaron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó. [39] En cuanto subieron del agua el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, y ya no le vió más el eunuco, que continuó alegre su camino. [40] Cuanto a Felipe, se encontró en Azoto, y de paso evangelizaba todas las ciudades hasta llegar a Cesárea.

(1) Este versículo, que contiene una clara confesión de la divinidad de Jesucristo, se lee de muy varios modos en los Padres y en los códices antiguos que lo tienen, pues los más autorizados lo omiten del todo.

(2) Is. 53. 7 s.

La conversión de Saulo.

9 [1] Saulo (2), respirando amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se llegó al sumo sacerdote, [2] pidiéndole cartas de recomendación para Damasco, a las sinagogas, a fin de que si allí hallaba quienes siguiesen este camino, fueran hombres o mujeres, los llevase atados a Jerusalén. [3] Estando ya cerca de Damasco, de repente se vió rodeado de una luz del cielo; [4] y cayendo a tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? [5] El contestó: ¿Quién eres, Señor? Y el Señor: Yo soy Jesús (3), a quien tú persigues. [6] Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que has de hacer. [7] Los hombres que le acompañaban quedaron atónitos oyendo la voz, pero sin ver a nadie. [8] Saulo se levantó de tierra, y con los ojos abiertos nada veía. Lleváronle de la mano y le

(1) Este eunuco, prosélito del judaísmo, era ministro de Hacienda de la reina de Etiopía, cuya capital era Nepata, al sur del Egipto. El nombre de Candaces era el nombre común, como los de Tolomeo o Faraón.

(2) Los Hechos nos ofrecen tres relatos de la conversión de Saulo. Esta, contada por San Lucas como historiador; la de 22, 4-16, narrada por Pablo al pueblo, y la de 26, 9-18, contada por el mismo en Cesárea, ante el rey Agripa. Habla Jesucristo en persona, que se aparece al que tiene destinado para ser testigo de su resurrección, como se había aparecido antes a los doce con el mismo fin.

(3) Estas palabras, interpretadas a la luz de I Cor. 15, 8, dicen que es el mismo Jesús quien se le aparece glorioso, para que Saulo pueda ser testigo de la resurrección.

introdujeron en Damasco, [9] donde estuvo tres días sin ver, y sin comer ni beber.

[10] Había en Damasco un discípulo, de nombre Ananías, a quien dijo el Señor en visión: ¡Ananías! El contestó: Heme aquí, Señor. Y el Señor a él: Levántate y vete a la calle llamada Recta, y busca en casa de Judas a Saulo de Tarso, que está orando. [12] Y vió Saulo en visión a un hombre llamado Ananías, que entraba y le imponía las manos para que recobrase la vista. [13] Y contestó Ananías: Señor, he oído a muchos de este hombre cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén, [14] y que viene aquí con poder de los príncipes ds los sacerdotes para prender a cuantos invocan tu nombre. [15] Pero el Señor le dijo: Ve, porque para mí es vaso de elección para que lleve mi nombre ante las naciones y los reyes y los hijos de Israel. [16] Yo le mostraré cuánto habrá de padecer (1) por mi nombre.

[17] Fué Ananías y entró en la casa, e imponiéndole las manos, le dijo: Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino que traías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo. [18] Al punto se le cayeron de los ojos unas escamas, y recobró la vista y levantándose fué bautizado, [19] tomó alimento y se repuso. Pasó algunos días con los discípulos de Damasco, y luego se dió a predicar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios; [21] y cuantos le oían quedaban fuera de sí, diciendo: ¿No es éste el que en Jerusalén perseguía a cuantos invocaban este nombre, y que a esto había venido aquí, para llevarlos atados a los sumos sacerdotes? [22] Pero Saulo cobraba cada día más fuerzas y confundía a los judíos de Damasco, demostrando que éste es el Mesías. [23] Pasados bastantes días, resolvieron los judíos matarle; [24] pero su resolución fué conocida de Saulo. Día y noche guardaban las puertas (2) para darle muerte; [25] pero los discípulos, tomándole de noche, le bajaron por la muralla, descolgándole en una espuerta. [26] Llegado que hubo a Jerusalén, quiso unirse a los discípulos, pero todos le temían (1), no creyendo que fuese discípulo.

[27] Tomóle Bernabé entonces y le condujo a los Apóstoles, a quienes contó cómo en el camino había visto al Señor, que le había hablado, y cómo en Damasco había predicado valientemente el nombre de Jesús. [28] Estaba con ellos, yendo y viniendo dentro de Jerusalén, predicando con valor el nombre del Señor [29] y hablando y disputando con los helenistas, que intentaron quitarle la vida, [30] pero sabiendo esto los hermanos, le llevaron a Cesárea y de allí le enviaron a Tarso.

Milagros de Pedro en Lida.

[31] Por toda Judea, Galilea y Samaria, la Iglesia gozaba de paz y se fortalecía y andaba en el temor del Señor, llena de los consuelos del Espíritu Santo. [32] Acaeció que yendo Pedro por todas partes, vino también a los santos que moraban en Lida. [33] Allí encontró a un hombre llamado Eneas que estaba paralítico desde hacía ocho años, echado en una camilla. [34] Díjole Pedro. Eneas, Jesucristo te sana; levántate y coge la camilla. Y al punto se levantó. [35] Visto lo cual, todos los habitantes de Lida y de Sarona se convirtieron al Señor.

[36] Había en Joppe una discípula llamada Tabita, que quiere decir Gacela. Era rica en buenas obras y en limosnas. [37] Sucedió, pues, en aquellos días que enfermando murió, y lavada, la colocaron en el piso alto de la casa. [38] Está Joppe próximo a Lida; y sabiendo los discípulos que se hallaba allí Pedro, le enviaron dos hombres con este ruego: No tardes en venir a nosotros. [39] Se levantó Pedro, se fué con ellos, y luego le

---

(1) Anuncian estas palabras todo lo que será la vida de Saulo, el cual tenía por las más auténticas señales de su apostolado los sufrimientos por Jesucristo (II Cor. 12, 12), en que nos ofrece el cuadro de sus trabajos y penas.

(2) Los judíos, que en Damasco, como en otras partes, gozaban de grandes privilegios y contaban, además, con la benevolencia de las autoridades nabateas, que por aquellos años mandaban allí, velaban para prender al nuevo predicador de Jesús, a quien miraban como un traidor a su nación.

(1) Saulo se ve en esta situación: de una parte, los judíos le consideran como traidor a la Ley y a la nación; y de otra, los fieles no se fían de él, conociéndole como fiero perseguidor; por eso el Señor le manda ir a donde no conozcan su historia. Y se fué a su patria, Cilicia.

condujeron a la sala donde estaba y le rodearon todas las viudas, que lloraban, mostrando las túnicas y mantos que en vida les diera Tabita. 40 Pedro los echó a todos fuera, y puesto de rodillas, oró; luego, vuelto al cadáver, dijo: Tabita, levántate. Abrió ella los ojos, y viendo a Pedro, se sentó. 41 En seguida le dió éste la mano y la levantó, y llamando a los santos y viudas, se la presentó viva. 42 Se hizo esto público por toda Joppe y muchos creyeron en el Señor. 43 Pedro permaneció bastantes días en Joppe, en casa de Simón el curtidor.

La conversión del centurión Cornelio.

10 1 Había en Cesárea un hombre llamado Cornelio (1), centurión de la cohorte denominada Itálica; 2 piadoso, temeroso de Dios, como toda su casa, y que hacía muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios continuamente. 3 Este, como a la hora de nona, vió claramente en visión a un ángel de Dios, que acercándose a él le decía: Cornelio. 4 El le miró, y sobrecogido de temor, dijo: ¿Qué quieres, Señor? Y le dijo: Tus oraciones y limosnas han sido recordadas ante Dios. 5 Envía, pues, unos hombres a Joppe, y haz que venga un cierto Simón, llamado Pedro, 6 que se hospeda en casa de Simón, el curtidor, cuya casa está junto al mar.

7 En cuanto desapareció el ángel que le hablaba llamó a dos de sus domésticos y a un soldado, también piadoso, de sus asistentes, 8 y contándoles todo el suceso, los envió a Joppe. 9 Al día siguiente, mientras ellos caminaban y se acercaban a la ciudad, subió Pedro a la terraza para orar hacia la hora de sexta. 10 Sintió hambre y deseó comer; y mientras preparaba la comida, le sobrevino un éxtasis. 11 Vió el cielo abierto, y que bajaba algo como un mantel grande, sostenido por las cuatro puntas y que descendía sobre la tierra. 12 En él había todo género de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo.

(1) San Lucas, gentil de nacimiento, se complace en presentar a personajes como Cornelio, prosélito del judaísmo, piadoso, y de cuya conversión tomó el Señor ocasión para declarar a Pedro ser llegada la hora de admitir a los gentiles en la Iglesia.

13 Oyó una voz que le decía: Levántate, Pedro, mata y come. 14 Dijo Pedro: No, Señor, que jamás he comido cosa alguna manchada e impura. 15 Y de nuevo le dijo la voz: Lo que Dios ha purificado, no lo llames impuro. 16 Sucedió esto por tres veces, y luego el lienzo fué recogido al cielo.

17 Estaba Pedro dudoso y pensativo sobre lo que sería aquella visión que había tenido, cuando los hombres enviados por Cornelio llegaron a la puerta preguntando por la casa de Simón; 18 y llamando preguntaron si se hospedaba allí cierto Simón llamado Pedro. 19 Meditando Pedro sobre la visión, le dijo el Espíritu: 20 Ahí están unos hombres que te buscan. Levántate, pues, baja y vete con ellos sin vacilar, porque yo los he enviado. 21 Bajó Pedro y dijo a los hombres: Yo soy el que buscáis. ¿Qué es lo que traéis? 22 Ellos dijeron: El centurión Cornelio, varón justo y temeroso de Dios, que en todo el pueblo de los judíos es muy estimado, ha recibido de un santo ángel el mandato de hacerte llevar a su casa y escuchar tu palabra. 23 Pedro les invitó a entrar y los hospedó. Al día siguiente partió con ellos, acompañado de algunos hermanos de Joppe; 24 y al otro día entró en Cesárea, donde los esperaba Cornelio, que había invitado a todos sus parientes y amigos íntimos. 25 Así que entró Pedro, Cornelio le salió al encuentro, y postrándose a sus pies, le adoró. 26 Pedro le levantó, diciendo: Levántate, que yo también soy hombre. 27 Conversando con él, entró y encontró allí a muchos reunidos, 28 a quienes dijo: Bien sabéis cuán ilícito es a un hombre judío llegarse a un extranjero o entrar en su casa, pero Dios me ha mostrado que a ningún hombre debía llamar manchado o impuro, 29 por lo cual, sin vacilar he venido, obedeciendo el mandato. Decidme, pues, para qué me habéis llamado.

30 Cornelio contestó: Hace cuatro días a esta hora de nona, orando yo en mi casa, vi a un varón vestido de refulgentes vestiduras, 31 que me dijo: Cornelio, ha sido escuchada tu oración y tus limosnas recordadas delante de Dios. 32 Envía, pues, a Joppe y haz llamar a Simón, llamado Pedro, que se hospeda en casa de Simón, el curtidor, junto al mar. 33 Al ins-

tante envié por ti, y tú te has dignado venir. Ahora, pues, todos nosotros estamos en presencia de Dios, prontos a escuchar de ti lo ordenado por el Señor. [34] Tomando entonces Pedro la palabra, dijo:

Ahora reconozco que no hay en Dios acepción de personas, [35] sino que en toda nación el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto. [36] El ha enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la paz de Jesucristo, que es el Señor de todos. [37] Vosotros sabéis lo acontecido en toda Judea, comenzando por la Galilea, después del bautismo predicado por Juan; [38] esto es, cómo a Jesús de Nazaret le ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder, y cómo pasó haciendo bien y curando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con El. [39] Nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la tierra de los judíos y en Jerusalén, y de cómo le dieron muerte, suspendiéndole de un madero. [40] Dios le resucitó al tercer día y le dió manifestarse, no a todo el pueblo, sino a los testigos de antemano elegidos por Dios, a nosotros, que comimos y bebimos con El después de haber resucitado de entre los muertos. [42] Y nos ordenó predicar al pueblo y atestiguar que por Dios ha sido instituído juez de vivos y muertos. [43] De El dan testimonio todos los profetas, que dicen que por su nombre cuantos crean recibirán el perdón de los pecados.

[44] Aún estaba Pedro pronunciando estas palabras, cuando descendió el Espíritu Santo sobre todos los que le oían; [45] quedando fuera de sí los fieles de la circuncisión que habían venido con Pedro, de que el don del Espíritu Santo se derramase sobre los gentiles, [46] porque les oían hablar en varias lenguas y glorificar a Dios. Entonces tomó Pedro la palabra: [47] ¿Podrá acaso alguno negar el agua del bautismo a estos que han recibido el Espíritu Santo igual que nosotros? [48] Y mandó bautizarlos en el nombre de Jesucristo. Le rogaron que se quedase allí algunos días.

La noticia del suceso en Jerusalén.

11 [1] Oyeron los Apóstoles y los hermanos de Judea que también los gentiles habían recibido la palabra de Dios. [2] Pero cuando subió Pedro a Jerusalén disputaban con él los que eran de la circuncisión, [3] diciendo: ¿Cómo tú has ido a los incircuncisos (1) y has comido con ellos? [4] Y comenzó Pedro a contarles por menudo, diciendo: [5] Estaba yo en la ciudad de Joppe orando, y vi en éxtasis una visión, algo así como un mantel grande suspendido por las cuatro puntas, que bajaba del cielo y llegaba hasta mí; [6] y volviendo a él los ojos, vi cuadrúpedos de la tierra, fieras, reptiles y aves del cielo. [7] Oí también una voz que me decía: Levántate, Pedro, mata y come. [8] Pero yo dije: No, Señor, jamás cosa manchada e impura entró en mi boca. [9] Por segunda vez me habló la voz del cielo: Lo que Dios ha purificado, no lo llames tú impuro. [10] Esto sucedió por tres veces, y luego todo volvió al cielo. [11] En aquel instante se presentaron tres hombres en la casa en que estábamos, enviados a mí desde Cesárea. [12] Al mismo tiempo el Espíritu me dijo que fuese con ellos sin vacilar. Conmigo vinieron también estos seis hermanos, y entramos en la casa de aquel varón, [13] que nos contó cómo había visto en su casa al ángel, que presentándosele, dijo, Envía a Joppe y haz venir a Simón: llamado Pedro, [14] el cual te hablará palabras por las cuales serás salvo tú y tu casa. [15] Y comenzando yo a hablar, descendió el Espíritu Santo sobre ellos, igual que al principio sobre nosotros. [16] Yo me acordé de la palabra del Señor cuando dijo: Juan bautizó en el agua, pero vosotros seréis bautizados en el Espíritu Santo. [17] Si Dios, pues, les había otorgado igual don que a nosotros, que creíamos en el Señor Jesucristo, ¿quién era yo para oponerme a Dios? [18] Al oír estas cosas, callaron y glorificaron a Dios, diciendo: Luego Dios ha concedido también a los gentiles la penitencia para la vida.

La predicación fuera de Palestina.

[19] Los que con motivo de la persecución suscitada por lo de Esteban se habían dispersado, llegaron hasta Fenicia, Chipre y Antioquía, no pre-

(1) Estas palabras nos muestran cuáles eran las disposiciones de los judíos, aun convertidos, hacia los gentiles.

dicando la palabra más que a los judíos. [20] Pero había entre éstos algunos hombres de Chipre y de Cirene, que llegando a Antioquía predicaron también a los griegos, anunciando al Señor Jesús. [21] La mano del Señor estaba con ellos, y un gran número creyó y se convirtió al Señor. [22] Llegó la noticia de esto a la iglesia de Jerusalén, y enviaron a Antioquía a Bernabé, [23] el cual, así que llegó y vió la gracia de Dios, se alegró, y exhortaba a todos a perseverar fieles al Señor; [24] porque era hombre bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe, y se convirtió al Señor numerosa muchedumbre. [25] Bernabé partió a Tarso en busca de Saulo, y hallándole, le condujo a Antioquía, donde por espacio de un año estuvieron juntos en la iglesia, e instruyeron a una muchedumbre numerosa, tanto que en Antioquía comenzaron los discípulos a llamarse «cristianos» (1).

[27] Por aquellos días bajaron de Jerusalén a Antioquía profetas, y levantándose uno de ellos, por nombre Agabo, vaticinaba por el Espíritu una grande hambre (2) que había de venir sobre toda la tierra, y que vino bajo Claudio. [29] Los discípulos resolvieron enviar socorro a los hermanos que habitaban en Judea, [30] cada uno según sus facultades, y lo hicieron, enviándoselo a los ancianos por medio de Bernabé y Saulo.

La persecución de Herodes Agripa.

12 [1] Por aquel tiempo, el rey Herodes (3) se apoderó de algunos de la iglesia para maltratarlos. [2] Dió muerte a Santiago, hermano de Juan, por la espada. [3] Viendo que esto era grato a los judíos, llegó a prender también a Pedro. Era por los días de los Acimos, y cogiéndole, le metió en la cárcel, encargando su guarda a cuatro escuadras de soldados con el propósito de exhibirle al pueblo después de la Pascua. [5] En efecto, Pedro era custodiado en la cárcel; pero la Iglesia oraba instantemente a Dios por él. [6] La noche anterior al día en que Herodes se proponía exhibirle al pueblo, hallándose Pedro dormido entre dos soldados, sujeto con dos cadenas y guardada la puerta de la prisión por centinelas, [7] un ángel del Señor se presentó, y el calabozo quedó iluminado; y golpeando a Pedro en el costado, le despertó, diciendo: Levántate pronto; y se cayeron las cadenas de sus manos. [8] El ángel añadió: Cíñete y cálzate. Y lo hizo así. Y agregó: Envuélvete en tu manto y sígueme. [9] Y salió en pos de él. No sabía Pedro si era realidad lo que el ángel hacía; más bien le parecía que fuese una visión.

[10] Atravesando la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad. La puerta se les abrió por sí misma, y salieron y avanzaron por una calle, desapareciendo luego el ángel. [11] Entonces Pedro, vuelto en sí, dijo: Ahora me doy cuenta de que realmente el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y a toda la expectación del pueblo judío. [12] Reflexionando, se fué a la casa de María, la madre de Juan, por sobrenombre Marcos, donde estaban muchos reunidos y orando. [13] Golpeó a la puerta del vestíbulo y salió una sierva llamada Rode, que luego que conoció la voz de Pedro, fuera de sí de alegría, sin abrir la puerta, corrió a anunciar que Pedro estaba ante el vestíbulo. [15] Ellos le dijeron: Estás loca. Insistía ella en que era así; y entonces dijeron: Será un ángel. [16] Pedro seguía golpeando, y cuando le abrieron y le conocieron quedaron estupefactos. [17] Haciéndoles señal con la mano de que callasen, les contó cómo el Señor le había sacado de la cárcel, y añadió: Contad esto a Santiago y a los hermanos. Y salió, yéndose a otro lugar.

[18] Cuando se hizo de día se produjo entre los soldados no pequeño

(1) La fundación de la iglesia de Antioquía de Siria por los fieles dispersos de Jerusalén es un punto importantísimo y una señal del progreso de la fe.

(2) Durante el gobierno de Claudio (41-53), el Imperio fué afligido con muchas hambres. A Judea le tocó bajo el gobernador Alejandro (45-48). Los convertidos de la gentilidad procuran en Judea socorrer a sus hermanos en la fe. Luego veremos cómo San Pablo fomentaba esta práctica y se valía de ella para borrar los prejuicios de los judíos contra los gentiles.

(3) Este Herodes, hijo de Aristóbulo y nieto de Herodes el Grande, recibió el reino del emperador Cayo Calígula, el año 40, y murió por la Pascua del 44.

alboroto por lo que habría sido de Pedro. [19] Herodes le hizo buscar, y no hallándole, interrogó a los guardias y los mandó conducir al suplicio. Luego, bajando de la Judea, residió en Cesárea. [20] Estaba irritado contra los tirios y sidonios, que de común acuerdo se presentaron a él, y habiéndose ganado a Blasto, camarero del rey, le pidieron la reconciliación, por cuanto su región se abastecía del territorio del rey. [21] El día señalado, Herodes, vestido de las vestiduras reales, se sentó en su estrado y les dirigió la palabra. [22] Entonces el pueblo comenzó a gritar: Palabra de Dios y no de hombre. [23] Al instante le hirió el ángel del Señor, por cuanto no había glorificado a Dios, y comido de gusanos, expiró. [24] La palabra del Señor más y más se extendía y se difundía. [25] Bernabé y Saulo, cumplido su ministerio, volvieron de Jerusalén, llevando consigo a Juan, llamado Marcos.

Pablo y Bernabé, en Chipre.

13 [1] Había en la Iglesia de Antioquía profetas y doctores: Bernabé y Simeón, llamado Niger, Lucio de Cirene, Manahem, hermano de leche del Tetrarca Herodes, y Saulo. [2] Mientras celebraban la liturgia y guardaban los ayunos, dijo el Espíritu Santo (1): Segregadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los llamo. [3] Entonces, después de orar y ayunar, les impusieron las manos y los despidieron.

[4] Mandados, pues, por el Espíritu Santo, bajaron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre. [5] En Salamina predicaron la palabra de Dios en las sinagogas de los judíos, teniendo a Juan por auxiliar. [6] Luego atravesaron la isla hasta Pafos, y allí encontraron a un mago, falso profeta, judío, de nombre Barjesus. [7] Hallábase al servicio del precónsul, Sergio Paulo, varón prudente, que hizo llamar a Bernabé y a Pablo, deseando oír la palabra de Dios. [8] Pero Elimas, —el mago, que eso significa este nombre—se le oponía y procuraba apartar de la fe al procónsul. [9] Mas Saulo (1), también llamado Pablo, lleno del Espíritu Santo, clavando en él los ojos, [10] le dijo: ¡Oh, lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia! ¿No vas a cesar de torcer los caminos rectos del Señor? [11] Ahora mismo la mano del Señor caerá sobre ti y quedarás ciego, sin ver la luz del sol por cierto tiempo. Al punto se apoderó de él la tiniebla y la oscuridad, y daba vueltas buscando quien le diera la mano. [12] Al verlo, creyó el procónsul, maravillado de la obra del Señor.

Pasan los misioneros al Asia Menor.

[13] De Pafos navegaron Pablo y los suyos, llegando a Perge de Pamfilia, y Juan se apartó de ellos y se volvió a Jerusalén. [14] Ellos, partiendo de Perge, llegaron a Antioquía de Pisidia, y entrando en la sinagoga en día de sábado, se sentaron. [15] Hecha la lectura de la Ley y de los Profetas, les invitaron los jefes de la sinagoga, diciendo: Hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación al pueblo, decidla.

[16] Entonces se levantó Pablo, y haciendo señal con la mano, dijo (2): Varones israelitas y prosélitos, escuchad: [17] El Dios del pueblo de Israel eligió a nuestros padres y acrecentó al pueblo durante su estancia en la tierra de Egipto, y con brazo fuerte los sacó de ella. [18] Durante unos cuarenta años los soportó en el desierto; [19] y destruyendo a siete naciones de la tierra de Canán se la dió en heredad [20] al cabo de unos cuatrocientos cincuenta años. Después les dió jueces, hasta el profeta Samuel. [21] Luego pidieron rey y les

(1) Es el Espíritu Santo quien dirige la actividad de la Iglesia, y aquí quien ordena la partida de Saulo y Bernabé para una empresa lejana. Ante todo los preparan mediante la imposición de las manos, que será su consagración, con la que reciben la plenitud del sacerdocio.

(1) Desde este momento Saulo es llamado Pablo. Nunca fué mayor que en esa época el crédito de los magos, caldeos o no caldeos, aun cerca de las autoridades y de los Césares, a pesar de estar prohibido por las leyes el ejercicio de la magia.

(2) San Lucas nos transmite este discurso del Apóstol, sin duda para darnos un modelo de la oratoria de San Pablo cuando hablaba a los judíos, presentándoles su historia como ordenada toda ella al Mesías y mostrando en Jesús de Nazaret el acabamiento de ella.

dió Dios a Saúl, hijo de Cis, de la tribu de Benjamín, por espacio de cuarenta años. [22] Rechazado éste, alzó por rey a David, de quien dió testimonio, diciendo: He hallado a David, hijo de Jesé, varón según mi corazón, que hará en todo mi voluntad [23]. Del linaje de éste, según su promesa, suscitó Dios para Israel un salvador, Jesús, [24] precedido por Juan, que predicó antes de la llegada de aquél el bautismo de penitencia al pueblo de Israel. [25] Cuando Juan estaba para acabar su carrera, dijo: «No soy yo el que vosotros pensáis; viene otro después de mí, a quien no soy digno de soltar el calzado. [26] Hermanos, hijos de Abraham, y los que entre vosotros temen a Dios: a nosotros se nos envía este mensaje de salud.»

[27] Los moradores de Jerusalén y sus príncipes, rechazándole, dieron cumplimiento a las palabras de los profetas que se leen cada sábado: [28] y sin haber hallado ninguna causa de muerte, le condenaron y pidieron a Pilato que le quitase la vida. [29] Y cumplido todo lo que de El estaba escrito, le bajaron del leño y le depositaron en un sepulcro. [30] Pero Dios le resucitó de entre los muertos; [31] y durante muchos días se apareció a los que con El habían subido de Galilea a Jerusalén, que son ahora sus testigos ante el pueblo. [32] Nosotros os anunciamos el cumplimiento de la promesa hecha a nuestros padres, [33] que Dios cumplió en nosotros, sus hijos, resucitando a Jesús, según está escrito en el salmo segundo: «Tú eres mi hijo, yo te engendré hoy.» (1) [34] Pues le resucitó de entre los muertos, para no volver a la corrupción. También dijo: «Yo os cumpliré las promesas santas y firmes hechas a David.» (2) [35] Por lo cual, en otra parte, dice: «No permitirás que tu Santo vea la corrupción.» (3) [36] Pues bien, David, habiendo hecho durante su vida la voluntad de Dios, se durmió y fué a reunirse con sus padres y experimentó la corrupción; [37] pero aquel a quien Dios ha resucitado, éste no vió la corrupción.

[38] Sabed, pues, hermanos, que por Este se os anuncia la remisión de los pecados y de todo cuanto por la ley de Moisés no podíais ser justificados. [39] Todo el que en El creyere será justificado. [40] Mirad, pues, que no se cumpla en vosotros lo dicho por los profetas:

[41] «Mirad, menospreciadores, admiraos y anonadaos, porque voy a ejecutar en vuestros días una obra tal que no la creeríais si os la contaran» (1).

[42] A la salida, les rogaron que al sábado siguiente (2) les volviesen a hablar de esto. [43] Disuelta la reunión, muchos de los judíos y prosélitos siguieron a Pablo y a Bernabé, que les hablaban para persuadirlos que permaneciesen en la gracia de Dios. [44] Al sábado siguiente casi toda la ciudad se juntó para escuchar la palabra de Dios; [45] pero viendo los judíos a la muchedumbre, se llenaron de envidia e insultaban y contradecían a Pablo. [46] Mas Pablo y Bernabé respondían valientemente, diciendo: A vosotros os habíamos de hablar primero la palabra de Dios, mas puesto que la rechazáis y os juzgáis indignos de la vida eterna, nos volveremos a los gentiles. [47] Así nos lo ordenó el Señor:

«Te he hecho luz de las gentes para ser su salud hasta los confines de la tierra.» (3).

[48] Oyendo esto los gentiles se alegraban y glorificaban la palabra del Señor, creyendo cuantos estaban ordenados a la vida eterna. [49] La palabra del Señor se difundía por toda la región; [50] pero los judíos concitaron a las mujeres devotas y principales y a los primates de la ciudad, promovieron una persecución contra Pablo y Bernabé y los arrojaron de sus términos. [51] Ellos, sacudiendo el polvo de sus pies contra aquéllos, se dirigieron a Iconio, [52] mientras los fieles quedaban llenos de alegría y del Espíritu Santo.

---

(1) Salm. 2. 7.
(2) Is. 55. 3.
(3) Salm. 16. 10.

(1) Hab. 1. 5.
(2) Los judíos estaban dispersos por el Imperio y en todas partes tenían su sinagoga. San Pablo solía dirigirse a ella, donde encontraba un campo preparado para su siembra, en los judíos mismos y en los muchos prosélitos que éstos lograban agregar a la sinagoga. El resultado solía ser que algunos israelitas se rindieran a la palabra del Apóstol, mientras la masa general de ellos se revolvía contra el predicador, al ver sus éxitos entre los prosélitos y gentiles y al oír la doctrina que Pablo predicaba, de la igualdad de todos en Jesucristo, con la consiguiente supresión de la Ley y de los privilegios de la nación escogida.
(3) Is. 49. 6.

Prosigue la misión en Asia hasta la vuelta a Antioquía.

14 [1] Igualmente en Iconio entraron en la sinagoga de los judíos, donde hablaron de modo que creyó una numerosa multitud de judíos y griegos. [2] Pero los judíos incrédulos excitaron y exacerbaron los ánimos de los gentiles contra los hermanos. [3] Con todo, moraron allí bastante tiempo, predicando con gran libertad al Señor, que confirmaba la palabra de su gracia realizando por su mano señales y prodigios. [4] Al fin se dividió la muchedumbre de la ciudad, y unos estaban por los judíos y otros por los Apóstoles. [5] Y como se produjese un tumulto de gentiles y judíos con sus jefes, pretendiendo ultrajar y apedrear a los Apóstoles, [6] dándose éstos cuenta de ello huyeron a las ciudades de Licaonia, Listra y Derbe, y a las regiones vecinas, [7] donde predicaron el Evangelio.

[8] En Listra vieron a un hombre inválido de los pies, paralítico desde el seno de su madre y que nunca había podido andar. [9] Estaba escuchando a Pablo, que fijando en él los ojos y viendo que tenía fe para ser salvo, [10] le dijo en alta voz: Levántate sobre tus pies. Y él, dando un salto, echó a andar. [11] La muchedumbre, al ver lo que había hecho Pablo, levantó la voz, diciendo en licaónico: Dios en forma humana ha descendido a nosotros. [12] Y aclamaban a Bernabé como Zeus y a Pablo como Hermes, porque éste era el que llevaba la palabra. [13] El sacerdote del templo de Zeus, que estaba a la puerta de la ciudad, trajo toros enguirnaldados, y acompañado de la muchedumbre quería ofrecerles un sacrificio.

[14] Cuando esto oyeron los Apóstoles, Bernabé y Pablo rasgaron sus vestiduras y arrojándose entre la muchedumbre, gritaban, diciendo: [15] ¿Qué es lo que hacéis? Nosotros somos hombres como vosotros, que os predicamos para convertiros de estas vanidades al Dios vivo, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo cuanto hay en ellos; [16] que en las pasadas generaciones permitió que todas las naciones siguieran cada cual su camino, [17] aunque no las dejó sin testimonio de Sí, haciendo el bien y dispensando desde el cielo las lluvias y las estaciones fructíferas, proveyéndoos de alimento y alegrando vuestros corazones.

[18] Con todo esto, a duras penas desistió la muchedumbre de sacrificarles. [19] Pero judíos venidos de Antioquía e Iconio sedujeron a las turbas, que apedrearon a Pablo y le arrastraron fuera de la ciudad, dejándole por muerto. [20] Rodeado de los discípulos, se levantó y entró en la ciudad. Luego salió con Bernabé, camino de Derbe. [21] Evangelizada aquella ciudad, donde hicieron muchos discípulos, se volvieron a Listra, a Iconio y a Antioquía, confirmando a los discípulos y exhortándolos a permanecer en la fe, diciéndoles que por muchas tribulaciones nos es preciso entrar en el reino de Dios. [23] Les constituyeron presbíteros en cada iglesia, por la imposición de las manos, orando y ayunando, y los encomendaron al Señor, en quien habían creído. [24] Atravesando la Pisidia, llegaron a Pamfilia y, habiendo predicado la palabra en Perge, bajaron a Atalía, y de allí navegaron hasta Antioquía, de donde habían salido encomendados a la gracia de Dios, para la obra que habían realizado. [27] Llegados, reunieron la iglesia y contaron (1) cuanto había hecho Dios con ellos y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe; [28] y moraron con los discípulos bastante tiempo.

El problema de la obligación de la Ley.

15 [1] Algunos que habían bajado de Jerusalén decían a los hermanos: Si no os circuncidáis conforme a la Ley de Moisés, no podéis ser salvos. [2] Con esto se produjo una controversia y disputa no pequeña, levantándose Pablo y Bernabé contra ellos (2). Al cabo determinaron que subieran Pablo y Bernabé a

(1) Después de tres años de lucha por la verdad, vuelven los Apóstoles como triunfadores, contando sus combates y sus victorias.

(2) Este capítulo es de sumo interés para la historia de la Iglesia. Conforme a los vaticinios proféticos, los gentiles han sido admitidos a la fe. Pero ¿cuáles eran sus relaciones con la Ley mosaica? Los judíos, aun después de bautizados, continuaban viviendo según ella, ya que el Señor no la había derogado y estaban habituados a ver en ella la norma de la piedad hacia Dios. Los elementos venidos del fariseísmo a la fe eran los más celosos por la conservación de la Ley, que creían necesaria para la salud

Jerusalén, acompañados de algunos otros de aquéllos, a los Apóstoles y presbíteros de Jerusalén, para consultarlos sobre esto. [3] Ellos, despedidos por la Iglesia, atravesaron la Fenicia y Samaria, contando la conversión de los gentiles y causando gozo a todos los hermanos. [4] A su llegada a Jerusalén fueron acogidos por la Iglesia y por los Apóstoles y presbíteros, y les contaron cuanto había hecho por ellos el Señor. [5] Pero se levantaron algunos de la secta de los fariseos que habían creído, los cuales decían: Es preciso que se circunciden, y mandarles guardar la Ley de Moisés.

[6] Se reunieron los Apóstoles y los presbíteros para examinar este asunto. [7] Después de una larga deliberación, se levantó Pedro y dijo: Hermanos, vosotros sabéis cómo, desde mucho tiempo ha, determinó Dios aquí entre vosotros que por mi boca oyesen los gentiles la palabra del Evangelio y creyesen. [8] Y Dios, que conoce los corazones, ha testificado en su favor, dándoles el Espíritu Santo igual que a nosotros [9] y no haciendo diferencia alguna entre ellos y nosotros, purificando con la fe sus corazones. [10] Ahora, pues, ¿por qué tentáis a Dios queriendo imponer sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nosotros ni nuestros padres fuimos capaces de soportar? Por la gracia del Señor Jesucristo creemos ser salvos nosotros, lo mismo que ellos. [12] Toda la muchedumbre escuchó en silencio a Bernabé y a Pablo, que referían cuantas señales y prodigios había hecho Dios entre los gentiles por medio de ellos. [13] Luego que callaron, tomó Santiago la palabra y dijo: [14] Hermanos, oídme: Simón nos ha dicho de qué modo Dios por primera vez visitó a los gentiles para consagrarse de ellos un pueblo a su nombre. [15] Con esto concuerdan las palabras de los profetas, según está escrito:

[16] «Después de esto volveré | y edificaré la tienda de David, que estaba caída, | y reedificaré sus ruinas | y la levantaré,

[17] A fin de que busquen los demás hombres al Señor, | y todas las naciones sobre las cuales fué invocado mi nombre, | dice el Señor que ejecuta estas cosas, [18] Conocidas desde antiguo» (1).

[19] Por lo cual es mi parecer que no se inquiete a los que de los gentiles se conviertan a Dios, sino escribirles que se abstengan de las contaminaciones de los ídolos, de la fornicación, de desgarrado y de sangre. [21] Pues Moisés desde antiguo tiene en cada ciudad quienes lo expliquen leyéndolo en las sinagogas todos los sábados.

[22] Pareció entonces bien a los Apóstoles y a los ancianos, con toda la Iglesia, escoger de entre ellos, para mandarlos a Antioquía con Pablo y Bernabé, a Judas, llamado Barsabas, y a Silas, varones principales entre los hermanos, [23] y escribirles por mano de éstos (2):

«Los Apóstoles y ancianos hermanos, a sus hermanos de la gentilidad que moran en Antioquía, Siria y Cilicia, salud: [24] Habiendo llegado a nuestros oídos que algunos de entre nosotros, sin que nosotros les hubiéramos mandado nada para vosotros, os han turbado con palabras y han agitado vuestras almas, de común acuerdo, nos ha parecido enviaros varones escogidos en compañía de nuestros amados Bernabé y Pablo, hombres que han expuesto la vida por el nombre del Señor Jesucristo. Enviamos, pues, a Judas y a Silas para que os refieran de palabra estas cosas. [28] Porque ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros no imponeros ninguna otra carga más que estas necesarias: [29] Que os abstengáis de las carnes inmoladas a los ídolos, de sangre y desgarro, y de la fornicación, de lo cual haréis bien en guardaros. Pasadlo bien.»

[30] Los enviados bajaron a Antioquía, y reuniendo a la muchedum-

---

junto con la fe en Jesucristo. Pablo y Bernabé protestan contra tal exigencia, y Pedro les da la razón al declarar, con la aprobación de la asamblea, que sólo por Jesucristo podemos alcanzar la vida eterna. Pero, considerando la condición de los judíos convertidos y por fomentar la unión de los fieles todos y de las Iglesias, se acepta la propuesta de Santiago

(1) Am. 9. 11. s.

(2) El decreto abarca tres puntos: la fornicación, que no obstante ser prohibida por la ley natural, no era tenida por los gentiles como falta grave; las carnes inmoladas a los ídolos que se vendían al público, y que San Pablo declarará luego permitidas (I Cor. 7, 1 ss.); y la carne no sangrada, que la Ley prohibía al vedar comer la sangre. Estos dos preceptos, que eran un obsequio a la Ley mosaica, quedaron anulados una vez que la Iglesia de la gentilidad se desprendió de la Sinagoga.

bre les entregaron la epístola, [31] que, leída, los llenó de consuelo. [32] Judas y Silas, que también eran profetas, con muchos discursos exhortaron a los hermanos y los confirmaron. [33] Pasado allí algún tiempo, fueron despedidos en paz por los hermanos a aquellos que los habían enviado.

Segunda misión de San Pablo.

[34] Pero Silas decidió permanecer allí, y partió solamente Judas. [35] Pablo y Bernabé se quedaron en Antioquía enseñando y evangelizando con otros muchos la palabra del Señor. [36] Pasados algunos días, dijo Pablo a Bernabé: Volvamos a visitar a los hermanos por todas las ciudades en que hemos evangelizado la palabra del Señor, y veamos cómo están. [37] Bernabé quería llevar consigo también a Juan, llamado Marcos; pero Pablo juzgaba que no debían llevarle, por cuanto los había dejado desde Pamfilia y no había ido con ellos a la obra. [39] Se produjo cierto disentimiento entre ellos, de suerte que se separaron uno de otro, y Bernabé, tomando consigo a Marcos, se embarcó para Chipre, [40] mientras que Pablo, llevando consigo a Silas, partió encomendado por los hermanos a la gracia del Señor. Atravesó la Siria y la Cilicia, confirmando las iglesias.

16 [1] Llegaron a Derbe y a Listra. Había allí un discípulo llamado Timoteo, hijo de una mujer judía creyente y de padre griego, muy recomendado por los hermanos de Listra a los de Iconio. [3] Quiso Pablo que se fuera con él, y tomándole, lo circuncidó a causa de los judíos que había en aquellos lugares, pues todos sabían que su padre era griego. [4] Atravesando las ciudades, les comunicaba los decretos dados por los Apóstoles y ancianos de Jerusalén, encargándoles que los guardasen. [5] Las iglesias, pues, se afianzaban en la fe y crecían en número de día en día.

[6] Atravesada la Frigia y el país de Galacia, el Espíritu Santo les prohibió predicar en Asia. [7] Llegaron a Misia e intentaron dirigirse a Bitinia, mas tampoco se lo permitió el Espíritu de Jesús; [8] y así, pasando de largo por Misia, bajaron a Tróade: [9] Por la noche tuvo Pablo una visión. Un varón macedonio se le puso delante, y rogándole, decía: Pasa a Macedonia y ayúdanos. [10] Luego que vió la visión, al instante buscaron cómo pasar a Macedonia, seguros de Dios que los llamaba para evangelizarlos.

Pablo, en Europa.

[11] Zarpando de Tróade, navegamos derechos a Samotracia (1); el día siguiente llegamos a Neápolis, [12] de allí a Filipos, que es la primera ciudad de esta parte de Macedonia, colonia romana, donde pasamos algunos días. [13] El sábado salimos fuera de la puerta, junto al río, donde pensamos que estaba el lugar de la oración; y sentados hablábamos con algunas mujeres que se hallaban reunidas. [14] Cierta mujer llamada Lidia, temerosa de Dios, purpuraria, de la ciudad de Tiatira, escuchaba atenta. El Señor había abierto su corazón para atender a las cosas que Pablo decía. [15] Una vez que se bautizó con toda su casa, nos rogó, diciendo: Puesto que me habéis juzgado fiel al Señor, entrad en mi casa y quedaos en ella, y nos obligó.

[16] Aconteció que yendo nosotros a la oración, nos salió al encuentro una sierva que tenía espíritu pitónico, la cual, adivinando, procuraba a sus amos grandes ganancias. [17] Ella nos seguía a Pablo y a nosotros, y gritando decía: Estos hombres son siervos del Dios Altísimo y os anuncian el camino de la salvación. [18] Hizo esto muchos días. Molestado Pablo, se volvió y dijo al espíritu: En nombre de Jesucristo, te mando salir de ésta, y en el mismo instante salió. [19] Viendo sus amos que había desaparecido la esperanza de su ganancia, cogieron a Pablo y a Silas y los llevaron al foro, ante los magistrados; [20] y presentándoselos a los pretores, dijeron: Estos hombres perturban nuestra ciudad, porque siendo judíos, predican costumbres que a nosotros no nos es lícito aceptar ni practicar, siendo como somos romanos. [22] Y toda la muchedumbre se levantó contra ellos, y los pretores mandaron

(1) San Pablo pone en este momento los pies en Europa, y pasando por el puerto de Neápolis se dirige a Filipos, colonia romana y organizada, por tanto, a imagen de Roma. Aquí funda una iglesia, que fué de él la más amada, según la epístola que más tarde le dirigió.

que, desnudos, fueran azotados con varas, [23] y después de hacerles muchas llagas los metieron en la cárcel, intimando al carcelero que los guardase con cuidado. [24] Este, recibido tal mandato, los metió en el calabozo y les sujetó bien los pies en el cepo.

[25] Hacia medianoche Pablo y Silas, puestos en oración, alababan a Dios, y los presos les oían. [26] De repente se produjo un gran terremoto, hasta conmoverse los cimientos de la cárcel, y al instante se abrieron las puertas y se soltaron los grillos. [27] Despertó el carcelero, y viendo abiertas las puertas de la cárcel, sacó la espada con intención de darse muerte, creyendo que se hubiesen escapado los presos. [28] Pero Pablo gritó en alta voz, diciendo: No te hagas ningún mal, que todos estamos aquí; [29] y pidiendo una luz, se precipitó dentro, arrojándose tembloroso a los pies de Pablo y de Silas. [30] Luego los sacó fuera y les dijo: Señores, ¿qué debo yo hacer para ser salvo? [31] Ellos le dijeron: Cree en el Señor Jesús, y serás salvo tú y tu casa. [32] Y le expusieron la palabra de Dios a él y a todos los de su casa; [33] y en aquella hora de la noche los tomó, les lavó las heridas, y en seguida se bautizó él con todos los suyos. [34] Subiólos a su casa y les puso la mesa, y se regocijó con toda su familia de haber creído en Dios.

[35] Llegado el día, enviaron los magistrados a los lictores con esta orden: Pon en libertad a esos hombres. [36] El carcelero comunicó a Pablo cómo los pretores habían mandado soltarlos. [37] Pero Pablo dijo: Después que a nosotros, ciudadanos romanos, nos han azotado públicamente sin juzgarnos y nos han metido en la cárcel, ¿ahora en secreto nos quieren echar fuera? No será así. Que vengan ellos y nos saquen. [38] Comunicaron los lictores a los magistrados estas palabras, y temieron al oír que eran romanos. [39] Vinieron y les presentaron sus excusas, y sacándolos, les rogaron que se fueran de la ciudad. [40] Ellos, al salir de la cárcel, entraron en casa de Lidia, y viendo a los hermanos los exhortaron y se fueron.

17 [1] Pasando por Anfípolis y Apolonia, llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de judíos. [2] Según su costumbre, Pablo entró en ella, y por tres sábados discutió con ellos sobre las Escrituras, [3] explicándoselas y probando cómo era preciso que el Mesías padeciese y resucitase de entre los muertos, y que éste era Jesucristo, a quien yo os anuncio. [4] Algunos de ellos se dejaron convencer, se incorporaron a Pablo y a Silas, y asimismo una gran muchedumbre de prosélitos griegos y no pocas mujeres principales. [5] Pero los judíos, movidos de envidia, reunieron algunos hombres malos de la canalla, promovieron un alboroto en la ciudad y se presentaron ante la casa de Jasón buscando a los Apóstoles, para llevarlos ante el pueblo. [6] Pero no hallándolos, arrestaron a Jasón y a algunos de los hermanos y los llevaron ante los politarcas, gritando: Estos son los que alborotan la tierra. Al llegar aquí han sido hospedados por Jasón, [7] y todos obran contra los decretos del César, diciendo que hay otro rey, Jesús. [8] Con esto alborotaron a la plebe y a los politarcas que tales cosas oían; [9] pero habiendo recibido fianza de Jasón y de los demás, los dejaron ir libres. [10] Aquella misma noche los hermanos encaminaron a Pablo y a Silas para Berea. Así que llegaron, se fueron a la sinagoga de los judíos.

[11] Eran éstos más nobles que los de Tesalónica, y recibieron con toda avidez la palabra, consultando diariamente las Escrituras, para ver si era así como los Apóstoles enseñaban. [12] Muchos de ellos creyeron, y además mujeres griegas de distinción y no pocos hombres. [13] Pero en cuanto supieron los judíos de Tesalónica que también en Berea era anunciada por Pablo la palabra de Dios, vinieron allí y agitaron y alborotaron a la plebe. [14] Al instante los hermanos despidieron a Pablo, camino del mar, quedando allí Silas y Timoteo. [15] Los que conducían a Pablo le llevaron hasta Atenas, recibiendo de él encargo para Silas y Timoteo de que se le reuniesen cuanto antes.

Pablo, en Atenas.

[16] Mientras Pablo los esperaba en Atenas (1), se consumía su espíritu

(1) Atenas, la ciudad de las artes helénicas, más que ninguna otra estaba inundada de monumentos religiosos que afligían el corazón del

viendo la ciudad llena de ídolos. 17 Disputaba en la sinagoga con los judíos y los prosélitos, y cada día en el ágora con los que le salían al paso. 18 Ciertos filósofos, tanto epicúreos como estoicos, conferenciaban con él, y unos decían: ¿Qué es lo que propala este charlatán? Otros contestaban: Parece ser predicador de divinidades extranjeras; porque anunciaba a Jesús y la resurrección. 19 Y tomándole, le llevaron al Areópago, diciendo: ¿Podemos saber qué nueva doctrina es ésta que enseñas? 20 Pues eso es muy extraño a nuestros oídos; queremos saber qué quieres decir con esas cosas. 21 Todos los atenienses y los forasteros allí domiciliados no se ocupan en otra cosa que en decir y oír novedades.

22 Puesto en pie Pablo en medio del Areópago, dijo: Atenienses, veo que sois sobremanera religiosos; 23 porque al pasar y contemplar los objetos de vuestro culto, he hallado un altar en el cual está escrito: Al dios desconocido (1). Pues ése que sin conocerle veneráis es el que yo os anuncio. 24 El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que hay en él, ése, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por mano de hombre, 25 ni por manos humanas es servido, como si necesitase de algo, siendo El mismo quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas. 26 El hizo de uno todo linaje humano, para poblar toda la faz de la tierra. El fijó las estaciones y los confines de los pueblos, 27 para que busquen a Dios, y siquiera a tientas le encuentren, aunque no está lejos de nosotros, 28 porque en El vivimos y nos movemos y existimos, como alguno de vuestros poetas ha dicho:

«porque somos linaje suyo.»

29 Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad es semejante al oro o a la plata o a la piedra, obra del arte y del pensamiento humano. 30 Y Dios, disimulando los tiempos de la ignorancia, intima ahora en todas partes a los hombres que se arrepientan, 31 por cuanto tiene fijado el día en que juzgará a la tierra con justicia, por medio de un Hombre a quien ha constituído juez, acreditándole ante todos por su resurrección de entre los muertos.

32 Cuando oyeron lo de la resurrección de los muertos, unos se echaron a reír, otros dijeron: Te oiremos sobre esto otra vez. 33 Así salió Pablo de en medio de ellos. 34 Algunos se adhirieron a él y creyeron, entre los cuales estaban Dionisio el Areopagita y una mujer de nombre Damaris y otros más.

El Evangelio en Corinto.

18 1 Después de esto Pablo se retiró de Atenas y vino a Corinto. 2 Allí encontró a un judío, llamado Aquila, originario del Ponto, recientemente llegado de Italia con Priscila, su mujer, a causa del decreto de Claudio que ordenaba salir de Roma a todos los judíos. Pablo se unió a ellos; 3 y como era del mismo oficio que ellos, se quedó en su casa (1) y trabajaban juntos, pues eran ambos fabricantes de lonas. 4 Los sábados disputaba en la sinagoga, persuadiendo a los judíos y a los griegos. 5 Mas luego que llegaron de Macedonia Silas y Timoteo, se dió del todo a la predicación de la palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Mesías. 6 Y como éstos le resistían y blasfemaban, sacudiendo sus vestiduras, les dijo: Caiga vuestra sangre sobre vuestras cabezas; limpio soy yo de ella. Desde ahora me dirigiré a los gentiles. 7 Y partió, yéndose a la casa de un prosélito de nombre Ticio Justo, que vivía junto a la sinagoga.

8 Crispo, jefe de la sinagoga, con toda su casa, creyó en el Señor; y

Apóstol. Allí se encontró también con los representantes de la filosofía griega, muy caída entonces, los estoicos y los epicúreos, con los cuales disputaba.

(1) Para que ningún dios quedase sin ser honrado en Atenas, y enojado por esta preterición los castigase, se había erigido este altar. San Pablo, considerando que entre tantos dioses el único desconocido y sin culto era Dios, toma ocasión de aquí para anunciarlo a los atenienses. Su discurso se diferencia de los predicados a los judíos. Aquí empieza predicando al Dios creador del cielo y de la tierra, conservador y proveedor de todo, para venir a hablar del juicio por Jesucristo, resucitado de entre los muertos.

(1) El año noveno de su imperio, el 49 ó 50, Claudio había expulsado de Roma a los judíos, muy alborotados con ocasión de la predicación evangélica. Pablo, que gustaba de no ser gravoso a nadie y vivir del trabajo de sus manos, se agregó a este matrimonio cristiano, mientras Dios le mandó dedicarse del todo a la predicación.

muchos corintios, óyendo la palabra, creían y se bautizaban. [9] Por la noche dijo el Señor a Pablo en una visión: No temas, sino habla y no calles; yo estoy contigo y nadie se atreverá a hacerte mal, porque tengo yo en esta ciudad (1) un pueblo numeroso. [11] Y moró allí un año y seis meses, enseñando entre ellos la palabra de Dios.

[12] Siendo Galión procónsul de Acaya, se levantaron a una los judíos contra Pablo y le condujeron ante el tribunal, diciendo: Este persuade a los hombres a dar culto a Dios de un modo contrario a la Ley. [14] Disponíase Pablo a hablar, cuando Galión dijo a los judíos: Si se tratase de una injusticia o de algún grave crimen, oh judíos, razón sería que os escuchase; pero tratándose de cuestiones de doctrina de nombres y de vuestra Ley, allá vosotros lo veáis, yo no quiero ser juez en tales cosas. [16] Y los echó del tribunal. [17] Entonces se echaron todos sobre Sóstenes, el jefe de la sinagoga, y le golpearon delante del tribunal, sin que Galión se cuidase de ello.

[18] Pablo, después de haber permanecido aún allí bastantes días, se despidió de los hermanos y navegó hacia Siria, yendo con él Priscila y Aquila, después de haberse rapado la cabeza en Cencres, porque habían hecho voto. [19] Llegados a Efeso, los dejó; él entró en la sinagoga, donde conferenciaba con los judíos. [20] Rogábanle éstos que se quedase más tiempo, pero no consintió, diciendo: Si Dios quiere, volveré a vosotros. Partió de Efeso, [22] y desembarcando en Cesárea, subió a Jerusalén y saludó a la Iglesia, bajando luego a Antioquía.

misión del Apóstol.

[23] Pasado algún tiempo, partió de nuevo, y atravesando sucesivamente el país de Galacia y la Frigia, confirmaba a todos los fieles.

[24] Cierto judío, de nombre Apolo (2), de origen alejandrino, varón elocuente, había llegado a Efeso. Era muy perito en el conocimiento de las Escrituras. [25] Estaba bien informado del camino del Señor y con fervor de espíritu hablaba y enseñaba con exactitud lo que toca a Jesús; pero sólo conocía el bautismo de Juan. [26] Este, pues, comenzó a hablar con valentía en la sinagoga; pero Priscila y Aquila, que le oyeron, le tomaron aparte y le expusieron más completamente el camino de Dios. [27] Queriendo pasar a Acaya, le animaron a ello los hermanos y escribieron a los discípulos para que le recibiesen. Llegado allí, aprovechó mucho por su gracia a los que habían creído, [28] porque vigorosamente argüía a los judíos en público, demostrándoles por las Escrituras que Jesús era el Mesías.

San Pablo, en Efeso.

19 [1] En el tiempo en que Apolo se hallaba en Corinto, Pablo, atravesando las regiones altas de Asia, llegó a Efeso (1), donde halló algunos discípulos; [2] y les dijo: ¿Habéis recibido el Espíritu Santo al abrazar la fe? Ellos le contestaron: Ni hemos oído nada del Espíritu Santo. [3] Díjoles él: ¿Pues qué bautismo habéis recibido? Ellos le respondieron: El bautismo de Juan. [4] Dijo Pablo: Juan bautizaba en bautismo de penitencia, diciendo al pueblo que creyese en el que venía en pos de él, esto es, en Jesús. [5] Al oír esto, se bautizaron en el nombre del Señor Jesús, [6] imponiéndoles Pablo las manos; descendió sobre ellos el Espíritu Santo, y hablaban lenguas y profetizaban. [7] Eran unos doce.

[8] Entrando en la sinagoga habló con libertad por tres meses, conferenciando y discutiendo acerca del reino de Dios. [9] Pero así que algunos endurecidos e incrédulos comenzaron a maldecir del camino del Señor delante de la muchedumbre, se retiró de ellos, separando a los discípulos, y predicaba todos los días en la escuela

(1) Era Corinto una gran ciudad comercial y centro del culto sensual a Venus. Aquí quería el Señor fundar una de las iglesias más insignes de la edad apostólica.

(2) Este Apolo, alejandrino docto, aunque mal informado de la fe, es un argumento de cómo la fe se iba difundiendo y con qué celo se daban a predicarla, aun aquellos que no tenían del Señor ni de la Iglesia la misión de predicar.

(1) Efeso, gran ciudad comercial y sede del culto de cierta divinidad asiática asimilada a Artemisa o Diana, era un gran centro para que de ella la fe se difundiese por toda el Asia Menor. Aquí perseveró el Apóstol cerca de tres años, predicando a Jesucristo con gran éxito.

de Tirano. 10 Esto hizo durante dos años, de manera que todos los habitantes de Asia oyeron la palabra del Señor, tanto los judíos como los griegos.

11 Obraba Dios por mano de Pablo milagros extraordinarios, 12 de suerte que hasta los pañuelos y delantales que habían tocado su cuerpo, aplicados a los enfermos, hacían desaparecer de ellos las enfermedades y salir a los espíritus malignos. 13 Hasta algunos exorcistas judíos ambulantes llegaron a invocar sobre los que tenían espíritus malignos el nombre del Señor Jesús, diciendo: Os conjuro por Jesús, a quien Pablo predica. 14 Eran los que esto hacían siete hijos de Esceva, judío de familia pontifical; 15 pero respondiendo el espíritu maligno, les dijo: Conozco a Jesús y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois? 16 Y arrojándose sobre ellos aquel en quien estaba el espíritu maligno, se apoderó de los dos y los sujetó, de modo que desnudos y heridos tuvieron que huir de aquella casa.

17 Fué esto conocido de todos los judíos y griegos que moraban en Efeso, apoderándose de todos un gran temor y siendo glorificado el nombre del Señor Jesús. 18 Muchos de los que habían creído, venían, confesaban y manifestaban sus prácticas supersticiosas; 19 y bastantes de los que habían profesado las artes mágicas traían sus libros y los quemaban en público, llegando a calcularse el precio de los quemados en cincuenta mil monedas de plata; 20 tan poderosamente crecía y se robustecía la palabra del Señor.

21 Después de esto resolvió Pablo ir a Jerusalén, atravesando la Macedonia y la Acaya, porque se decía: Desde allí iré a Roma. 22 Y enviando a Macedonia dos de sus auxiliares, Timoteo y Erasto, él se detuvo algún tiempo en Asia.

El motín de Efeso.

23 Pero hubo por aquellos días un alboroto no pequeño, a propósito del camino del Señor, 24 ocasionado por un platero llamado Demetrio, que hacía en plata templos de Artemisa que proporcionaban a los artífices no poca ganancia; y convocándolos, así como a todos los obreros de este ramo, les dijo: Bien sabéis que nuestra vida depende de este oficio. 26 Asimismo estáis viendo y oyendo que no sólo en Efeso, sino en casi toda el Asia, este Pablo ha persuadido y llevado tras sí a una gran muchedumbre, diciendo que no son dioses los hechos por manos de hombres. 27 Esto, no solamente es un peligro para nuestra industria, sino que es en descrédito del templo de la gran diosa Artemisa, que será reputada en nada y vendrá a quedar despojada de su majestad, aquélla a quien toda el Asia y el orbe veneran.

28 Al oír esto, se llenaron de ira y comenzaron a gritar, diciendo: Grande es la Artemisa de los efesios. 29 Y toda la ciudad se llenó de confusión y a una se precipitaron en el teatro, arrastrando consigo a Gayo y Aristarco, macedonios, compañeros de Pablo. 30 Quería Pablo entrar allá, pero no se lo permitieron los discípulos. 31 Algunos de los notables de la ciudad, que eran sus amigos, le mandaron recado rogándole que no se presentase en el teatro. 32 Unos gritaban una cosa y otros otra. Estaba la asamblea llena de confusión, y muchos no sabían por qué se habían reunido. 33 En esto, empujado por los judíos, se destacó de entre la multitud Alejandro, que con la mano hacía señas de que quería hablar al pueblo. 34 Pero en cuanto supieron que era judío, todos a una levantaron la voz, y por espacio de dos horas estuvieron gritando: ¡Grande es la Artemisa de los efesios!

35 Habiendo logrado el secretario calmar a la muchedumbre, dijo: Efesios, ¿quién no sabe que la ciudad de Efeso es la guardiana de la gran Artemisa y de su estatua bajada del cielo? 36 Siendo esto incontestable, conviene que os aquietéis y no os precipitéis. 37 Os digo esto, porque habéis traído aquí a unos hombres que ni son sacrílegos ni blasfeman de nuestra diosa. 38 Si Demetrio y los de su profesión tienen alguna queja contra alguno, públicas asambleas se celebran y procónsules hay; que recurran a la justicia para defender cada uno su derecho. Si algo más pretendéis, debe tratarse eso en una asamblea legal, 40 porque hay peligro de que seamos acusados de sedición por lo de este día, pues no hay motivo alguno para justificar esta reunión tumultuosa. Y dicho esto, disolvió la asamblea.

Viaje hacia Jerusalén.

20 [1] Luego que cesó el alboroto, hizo Pablo llamar a los discípulos, y exhortándoles, se despidió de ellos (1) y partió camino de Macedonia; [2] y atravesando aquellas regiones los exhortaba con largos discursos, y así llegó a Grecia, [3] donde estuvo por tres meses; y en vista de las asechanzas de los judíos, cuando vieron que se proponía embarcarse para Siria, resolvió volver por Macedonia. [4] Le acompañaban Sopatros de Pirro, originario de Berea, los tesalonicenses Aristarco y Segundo, Gayo de Derbes, Timoteo y los asiáticos Tiquico y Trófimo. [5] Estos se adelantaron y nos esperaron en Tróade. [6] Nosotros partimos de Filipos algunos días después de los Acimos, y a los cinco días nos reunimos con ellos en Tróade, donde nos detuvimos siete días.

[7] El primer día de la semana (2), estando nosotros reunidos para partir el pan, platicando con ellos Pablo, que debía partir al día siguiente, prolongó su discurso hasta la medianoche. [8] Había muchas lámparas en la sala donde estábamos reunidos. [9] Un joven llamado Eutico, que estaba sentado sobre una ventana, abrumado por el sueño, porque la plática de Pablo se alargaba mucho, se cayó del tercer piso abajo, de donde le levantaron muerto. [10] Bajó Pablo, se echó sobre él y, abrazándole, dijo: No os turbéis, porque está vivo. [11] Luego subió, partió el pan, lo comió y prosiguió la plática hasta el amanecer, y luego partió. [12] Le trajeron vivo al muchacho, con gran consuelo de todos.

[13] Nosotros, adelantándonos en la nave, llegamos hasta Asón, donde habíamos de recoger a Pablo, porque él había dispuesto hacer hasta allí el viaje por tierra. [14] Cuando se nos unió Asón, en le tomamos en la nave y llegamos hasta Mitilene. [15] De aquí navegamos al día siguiente, pasando enfrente de Quío; al tercer día navegamos hasta Samos, y al otro día llegamos a Mileto. [16] Había Pablo resuelto pasar de largo por Efeso, a fin de no retardarse en Asia, pues quería, a ser posible, estar en Jerusalén el día de Pentecostés.

[17] Desde Mileto mandó a Efeso a llamar a los presbíteros de la Iglesia. [18] Cuando llegaron a él, les dijo (1): Vosotros sabéis bien cómo me conduje con vosotros todo el tiempo desde que llegué a Asia, sirviendo al Señor con toda humildad, con lágrimas y tentaciones que me venían de las asechanzas de los judíos; [20] cómo no omití nada de cuanto os fuera de provecho, predicándoos y enseñándoos en público y en privado, dando testimonio a los judíos y a los griegos sobre la conversión a Dios y la fe en nuestro Señor Jesús. [22] Y ahora, encadenado por el Espíritu, voy hacia Jerusalén, sin saber lo que allí me sucederá, [23] sino que en todas las ciudades el Espíritu Santo me advierte diciendo que me esperan cadenas y tribulaciones. [24] Pero yo no hago ninguna estima de mi vida, con tal de acabar mi carrera y el ministerio que recibí del Señor Jesús, de anunciar el evangelio de la gracia de Dios. [25] Sé que no veréis más mi rostro, vosotros todos por quienes he pasado predicando el reino de Dios; [26] por lo cual en este día os testifico que estoy limpio de la sangre de todos, [27] pues os he anunciado plenamente el consejo de Dios. [28] Mirad por vosotros y por todo el rebaño, sobre el cual el Espíritu Santo os ha constituído obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que El adquirió con su sangre. [29] Yo sé que después de mi partida vendrán a vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño, [30] y que de entre vosotros mismos se levantarán hombres que enseñen doctrinas perversas, para arrastrar a los discípulos en su seguimiento. [31] Velad, pues, acordándoos de que por tres años, noche y día, no cesé de exhortaros con lágrimas. [32] Yo os encomiendo al Señor y a la palabra de su gracia, al que puede edificar y dar la herencia a todos los que han sido santifi-

(1) Pasado el tumulto, San Pablo se dirigió por Macedonia a Corinto, y luego por el mismo camino se volvió a Tróade, en el Asia. Desde este punto, el autor nos hace seguir día por día el itinerario del Apóstol hasta Jerusalén.

(2) El primer día de la semana es el domingo. Es un indicio de que ya por aquella fecha los fieles habían olvidado el sábado por el *día del Señor*.

(1) Ninguna página más interesante, para conocer el alma de San Pablo, que esta de su despedida de las iglesias asiáticas.

cados. 33 No he codiciado plata, oro
o vestidos de nadie. 34 Vosotros sabéis
que a mis necesidades y a las de los
que me acompañan han suministrado estas manos. 35 En todo os he
dado ejemplo, mostrándoos cómo, trabajando así, socorráis a los necesitados, recordando las palabras del
Señor Jesús, que El mismo dijo:
Mejor es dar que recibir.

36 Y en diciendo esto, se puso de
rodillas con todos y oró; 37 y se levantó un gran llanto de todos, que,
echándose al cuello de Pablo, le
besaban, 38 afligidos sobre todo por lo
que les había dicho, de que no volverían a ver su rostro. Y le acompañaron hasta la nave.

21 1 Así que separándonos de ellos
nos embarcamos, fuimos derechos a Cos y al siguiente día a Rodas,
y de allí a Pátara, 2 donde habiendo
hallado una nave que hacía la travesía a Fenicia, nos embarcamos y
nos dimos a la mar. 3 Luego dimos
vista a Chipre, que dejamos a la
izquierda, navegamos hasta Siria y
desembarcamos en Tiro, porque allí
había de dejar su carga la nave.
4 En Tiro nos encontramos a los
discípulos, con los cuales permanecimos siete días. Ellos, movidos del
Espíritu, decían a Pablo que no
subiese a Jerusalén. 5 Pasados aquellos días, salimos e iban acompañándonos todos con sus mujeres e
hijos hasta fuera de la ciudad. Allí,
puestos de rodillas en la playa, oramos, 6 nos despedimos y subimos a
la nave, volviéndose ellos a su casa.
7 Nosotros (1), yendo de Tiro a Tolemaida, acabamos nuestra navegación, y saludados los hermanos, nos
quedamos un día con ellos. 8 Al
día siguiente salimos y llegamos a
Cesárea, y entrando en casa de Felipe, el evangelista, que era uno
de los siete, nos quedamos con él.
9 Tenía éste cuatro hijas vírgenes que
profetizaban.

10 Habiéndonos quedado allí varios
días, bajó de Judea un profeta llamado Agabo, 11 el cual, llegándose a
nosotros, tomó el cinto de Pablo,
y atándose los pies y las manos con
él, dijo (2): «Esto dice el Espíritu
Santo: Así atarán los judíos en Jerusalén al varón cuyo es este cinto,
y lo entregarán en poder de los gentiles.» 12 Cuando oímos esto, tanto
nosotros como los del lugar le instamos a que no subiese a Jerusalén.
13 Pablo entonces respondió: ¿Qué
hacéis con llorar y quebrantar mi
corazón? Pues pronto estoy, no sólo
a ser atado, sino a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús.
14 Y no pudiendo disuadirle, guardamos silencio, diciendo: Hágase la
voluntad del Señor.

Llegada a Jerusalén.

15 Después de esto, provistos de lo
necesario, subimos a Jerusalén. 16 Iban
con nosotros algunos discípulos de
Cesárea, que nos condujeron a casa
de Mnasón chipriota, discípulo antiguo, en la cual nos hospedamos.
17 Llegados a Jerusalén, fuimos recibidos por los hermanos con alegría.
18 Al día siguiente, Pablo, acompañado de nosotros, visitó a Santiago,
reuniéndose allí todos los presbíteros.
19 Después de saludarlos, contó una
por una las cosas que Dios había
obrado entre los gentiles por su
mano.

20 Ellos, oyéndole, glorificaban a
Dios, y le dijeron (1): Ya ves,
hermano, cuántos millares de creyentes hay entre los judíos, pues
todos son celadores de la Ley. 21 Pero
han oído de ti que enseñas a los
judíos de la dispersión que hay que
renunciar a Moisés y les dices que
no circunciden a sus hijos ni sigan
las costumbres mosaicas. 22 ¿Qué
hacer, pues? Seguro que sabrán que
has llegado. 23 Haz lo que vamos a
decirte: Tenemos cuatro varones que
han hecho voto; 24 tómalos, purifícate con ellos y págales los gastos
para que se rasuren la cabeza, y así
todos conocerán que no hay nada

(1) Este versículo es de dudosa autenticidad; falta en los mejores códices griegos.

(2) Agabo, varias veces mencionado como profeta, emplea aquí el estilo frecuente en otros del Antiguo Testamento. San Pablo y los suyos ya presentían algún grave percance en Jerusalén y Agabo se lo confirma (v. 22).

(1) Estas palabras muestran cuán aferrados a la Ley vivían en la Ciudad Santa los convertidos del judaísmo y con qué poca simpatía miraban la predicación paulina de la libertad de la Ley mosaica y la salud sólo por la fe en Jesucristo, tanto para los gentiles como para los judíos. El Apóstol no se niega a condescender con esta flaqueza y se ofrece a hacer de *padrino* de aquellos nazareos cristianos.

de cuanto oyeron sobre ti, sino que sigues en la observancia de la Ley. 25 Cuanto a los gentiles que han creído, ya les hemos escrito nuestra sentencia de que se abstengan de las carnes sacrificadas a los ídolos, de la sangre, de las carnes desgarradas y de la fornicación.

26 Entonces Pablo, tomando consigo a los cuatro varones, purificado con ellos al día siguiente, entró en el templo, anunciando el cumplimiento de los días de la consagración, para saber el día en que pudiese presentar la ofrenda por cada uno de ellos.

Prisión de Pablo.

27 Cuando estaban para acabarse los siete días, los judíos de Asia, que le vieron en el templo alborotaron a la muchedumbre y pusieron las manos sobre él, 28 gritando: Israelitas, ayudadnos; éste es el hombre que por todas partes anda enseñando a todos contra el pueblo, contra la ley y contra este lugar, y como si fuera poco ha introducido a los gentiles en el templo y ha profanado este lugar santo.

29 Era que habían visto con él en la ciudad a Trófimo, el efesio, y creyeron que Pablo le había introducido en el templo. 30 Toda la ciudad se conmovió y se agolpó en el templo, y cogiendo a Pablo, le arrastraron fuera del templo, cerrando en seguida las puertas. 31 Mientras trataban de matarle llegó noticia al tribuno de la cohorte de que toda Jerusalén estaba amotinada; 32 y tomando al instante los soldados y los centuriones, corrió hacia ellos. En cuanto vieron al tribuno y a los soldados, cesaron de golpear a Pablo. 33 Acercóse entonces el tribuno, y cogiéndole, ordenó que le echasen dos cadenas y le preguntó quién era y qué había hecho. 34 Los de la turba decían cada uno una cosa, y no pudiendo sacar nada en claro a causa del alboroto, ordenó llevarle al cuartel.

35 Al llegar a las escaleras fué necesario, en vista de la violencia de la multitud, llevar a Pablo entre los soldados, 36 pues la muchedumbre seguía gritando: ¡Quítalo! 37 A la entrada del cuartel dijo Pablo al tribuno: ¿Me permites decirte una cosa? El le contestó: ¿Hablas griego? 38 ¿No eres tú acaso el egipcio que hace algunos días promovió una sedición y llevó al desierto cuatro mil sicarios? 39 Respondió Pablo: Yo soy judío, originario de Tarso, ciudad ilustre de la Cilicia; te suplico que me permitas hablar al pueblo. 40 Y permitiéndoselo él, Pablo, puesto de pie en lo alto de las escaleras, hizo señal al pueblo con la mano. Luego se hizo un gran silencio y Pablo les dirigió la palabra en hebreo, diciendo:

Discurso al pueblo.

22 1 Hermanos y padres, escuchadme la defensa que ahora os dirijo. 2 Oyendo que les hablaba en lengua hebrea, guardaron mayor silencio, y prosiguió. 3 Yo soy judío nacido en Tarso de Cilicia, educado en esta ciudad e instruído a los pies de Gamaliel, según el rigor de la Ley patria. Me mostraba celador de Dios como todos vosotros lo sois hoy. 4 Perseguí de muerte esta doctrina, encadenando y encarcelando a hombres y mujeres, 5 como podrá testificar el sumo sacerdote y el colegio de los ancianos, de quienes recibí cartas para los hermanos de Damasco, adonde fuí para traer a Jerusalén a los que allí había encadenados, a fin de castigarlos. 6 Pero acaeció que, yendo mi camino, cerca ya de Damasco, hacia el mediodía, de repente me envolvió una gran luz del cielo. 7 Caí al suelo y oí una voz que me decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? 8 Yo respondí: ¿Quién eres, Señor? Y me dijo: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues. 9 Los que estaban conmigo vieron la luz, pero no oyeron la voz del que me hablaba. 10 Yo dije: ¿Qué he de hacer, Señor? El Señor me dijo: Levántate y entra en Damasco, y allí se te dirá lo que has de hacer.

11 Como yo no veía a causa de la claridad de aquella luz, conducido por los que me acompañaban entré en Damasco. 12 Y un cierto Ananías, varón piadoso según la Ley, acreditado por todos los judíos que allí habitaban (1), vino a mí, y acer-

(1) En este discurso San Pablo procura poner de relieve la persona de Ananías, muy apreciado de los judíos, para apoyar mejor su causa y probar que su cambio, en virtud de aquella visión, no había sido una imaginación suya.

cándoseme me dijo: Saulo, hermano, mira. Y en el mismo instante le vi: 14 Y prosiguió: El Dios de nuestros padres te ha elegido para que conocieras su voluntad y vieras al Justo y oyeras la voz de su boca; 15 porque tú le serás testigo ante todos los hombres de que le has visto y oído. 16 Y ahora ¿qué te detiene? Levántate, bautízate y lava tus pecados, invocando su nombre.

17 Cuando volví a Jerusalén, orando en el templo tuve un éxtasis, 18 y vi al Señor que me decía: Date prisa y sal pronto de Jerusalén, porque no recibirán tu testimonio acerca de mí. 19 Yo contesté: Señor, ellos saben que yo era el que encarcelaba y azotaba en las sinagogas a los que creían en ti, y cuando fué derramada la sangre de tu testigo Esteban, yo estaba presente, y me gozaba y guardaba los vestidos de los que le apedreaban. 21 Pero El me dijo: Vete, porque yo quiero enviarte a naciones lejanas.

22 Hasta aquí le prestaron atención, pero luego, levantando su voz, dijeron: Quita a ése de la tierra, que no merece vivir. 23 Y gritando tiraron sus mantos y lanzaban polvo al aire. 24 En vista de esto, ordenó el tribuno que lo introdujesen en el cuartel, que le azotasen y le diesen tormento, a fin de conocer por qué causa gritaban así contra él. 25 Y así que le sujetaron para azotarle, dijo Pablo al centurión que estaba presente: ¿Os es lícito azotar a un romano (1) sin haberle juzgado? 26 Al oír esto el centurión, se fué al tribuno y se lo comunicó, diciendo: ¿Qué ibas a hacer? Porque este hombre es romano. 27 El tribuno se le acercó y dijo: ¿Eres tú romano? Y él contestó: Sí. 28 Añadió el tribuno: Yo adquirí esta ciudadanía por una gran suma. Pablo replicó: Pues yo la tengo por nacimiento. 29 Al instante se apartaron de él los que le iban a dar tormento, y el mismo tribuno temió al saber que siendo romano le había encarcelado.

(1) La ley romana concedía a los ciudadanos romanos el privilegio de que no pudiesen ser azotados. Julio César había concedido a los ciudadanos de Tarso el derecho a la ciudadanía romana, por la ayuda que le prestaron en la guerra civil. De este privilegio participaba la familia de Pablo, domiciliada en aquella ciudad.

Pablo, ante el Sanedrín.

30 Al día siguiente, deseando saber con seguridad de qué era acusado por los judíos, le soltó y ordenó que se reuniesen los príncipes de los sacerdotes y todo el Sanedrín, y llevando a Pablo se lo presentó.

23 1 Pablo, puestos los ojos en el Sanedrín, dijo: Hermanos, siempre hasta hoy me he conducido delante de Dios con toda rectitud de conciencia. 2 El pontífice Ananías mandó a los que estaban junto a él que le hiriesen en la boca. 3 Entonces Pablo le dijo: Dios te herirá a ti, pared blanqueada. Tú, en virtud de la Ley, te sientas aquí como juez, ¿y contra la Ley mandas herirme? 4 Los que estaban a su lado dijeron: ¿Así injurias al pontífice de Dios? 5 Contestó Pablo: No sabía, hermanos, que fuese el pontífice: Escrito está: No injuriarás al príncipe de tu pueblo. 6 Conociendo Pablo que unos eran saduceos y otros fariseos, gritó dirigiéndose al Sanedrín: Hermanos yo soy fariseo (1) e hijo de fariseos. Por la esperanza en la resurrección de los muertos soy ahora juzgado. 7 En cuanto dijo esto, se produjo un alboroto entre los fariseos y saduceos y se dividió la asamblea. 8 Porque los saduceos niegan la resurrección y la existencia de ángeles y espíritus, mientras que los fariseos profesan lo uno y lo otro. 9 En medio de un gran griterío se levantaron algunos doctores de la secta de los fariseos, que disputaban violentamente, diciendo: No hallamos culpa en este hombre. ¿Y qué, si le habló un espíritu o un ángel? El tumulto se agravó, y temiendo el tribuno que Pablo fuese por ellos despedazado, ordenó a los soldados que bajasen, le arrancasen de en medio de ellos y le condujesen al cuartel. 11 Al día siguiente por la noche se le apareció el Señor y le dijo: Ten ánimo, porque como has dado testimonio de mí en Jerusalén, así has de darlo también en Roma.

(1) San Pablo muestra gran talento de abogado. Era de familia de fariseos y había sido él celoso fariseo. Punto principal de esta secta era la doctrina de la resurrección de los muertos. Pablo, para quien la resurrección de Jesucristo era punto principal de su fe, como lo era de su esperanza en la resurrección universal, se declara aquí fariseo.

Pablo, en Cesárea.

12 Cuando fué de día tramaron una
conspiración los judíos, jurando no
comer ni beber hasta matar a Pablo.
13 Eran más de cuarenta los conju-
rados, 14 y se llegaron a los pontí-
fices y a los ancianos, diciéndoles:
Bajo anatema nos hemos comprome-
tido a no gustar cosa alguna mientras
no matemos a Pablo; 15 vosotros,
pues, y el Sanedrín rogad al tribuno
que le conduzca ante vosotros, ale-
gando que necesitáis averiguar con
más exactitud algo acerca de él;
nosotros estaremos prontos para ma-
tarle, antes que se acerque.
16 Habiendo tenido noticia de esta
asechanza el hijo de la hermana de
Pablo, vino, y entrando en el cuartel
se lo comunicó a Pablo. 17 Llamó éste
a un centurión y le dijo: Lleva a
este joven al tribuno, porque tiene
algo que comunicarle. 18 El centu-
rión le llevó al tribuno, y dijo a
éste: El preso Pablo me ha llamado
y rogado que te trajera a este joven,
que tiene algo que decirte: 19 Toman-
dole el tribuno de la mano, se retiró
aparte y le preguntó: ¿Qué es lo que
tienes que decirme? 20 Y él contestó:
Que los judíos han concertado pe-
dirte que mañana lleves a Pablo
ante el Sanedrín, alegando que tienen
que averiguar con más exactitud
algo acerca de él. 21 No les des cré-
dito, porque se han conjurado contra
él más de cuarenta hombres de
entre ellos, y se han obligado bajo
anatema a no comer ni beber hasta
matarle, y ya están preparados, en
espera de que les concedas lo que
van a pedirte.
22 El tribuno despidió al joven
encargándole no decir a nadie que
le hubiera dado a saber aquello;
23 y llamando a dos centuriones les
dijo: Preparad doscientos infantes
para que vayan hasta Cesárea, se-
tenta jinetes y doscientos lanceros,
para la tercera vigilia de la noche.
24 Asimismo preparad cabalgadura
a Pablo, para que sea llevado en
seguridad al procurador Félix. 25 Y
escribió una carta del tenor siguiente:
«Claudio Lisias al muy excelente
procurador Félix, salud: 27 Estando
el hombre que te envío a punto de
ser muerto por los judíos, llegué con
la tropa y le arranqué de sus manos.
Supe entonces que era ciudadano
romano, 28 y para conocer el crimen
de que le acusaban, le conduje ante
su Sanedrín, y hallé que era acusado
de cosas de su ley, pero no había
cometido delito digno de muerte o
prisión; 30 y habiéndome sido reve-
lado que se habían conjurado para
matarle, al instante resolví enviár-
tele a ti, comunicando también a
los acusadores que expongan ante
tu tribunal lo que tengan contra él.»
31 Los soldados, según la orden que
se les había dado, tomaron a Pablo
y durante la noche le llevaron hasta
Antipátrida; 32 y al día siguiente,
dejando con él a los jinetes, se vol-
vieron al cuartel. 33 Así que llegaron
a Cesárea, entregaron la epístola al
procurador y le presentaron a Pablo.
34 El procurador, leída la epístola,
preguntó a Pablo de qué provincia
era, y al saber que era de Cilicia,
35 te oiré, dijo, cuando lleguen tus
acusadores; y dió orden de que fuese
guardado en el pretorio de Herodes.

El proceso de San Pablo, ante el procurador Félix.

24 1 Cinco días después bajó el
sumo sacerdote Ananías con
algunos ancianos y cierto orador,
llamado Tértulo, los cuales presen-
taron al procurador la acusación
contra Pablo. 2 Citado éste, comenzó
Tértulo su alegato, diciendo: 3 Gra-
cias a ti, óptimo Félix, gozamos de
mucha paz y por tu providencia se
han hecho en esta nación conve-
nientes reformas, que en todo y por
todo hemos recibido de ti con suma
gratitud. 4 No te molestaré más;
sólo te ruego que me oigas breve-
mente, con tu acostumbrada bondad.
5 Pues bien, hemos hallado a este
hombre que es una peste y excita a
sedición a todos los judíos del orbe
y es jefe de la secta de los nazarenos.
6 Le prendimos cuando intentaba
profanar el templo, y quisimos juz-
garle según nuestra ley; 7 pero llegó
Lisias, el tribuno, con mucha fuerza,
y le arrebató de nuestras manos,
mandando a los acusadores que se
presentasen a ti. 8 Puedes, si quieres,
interrogarle tú mismo y sabrás así
por él de qué le acusamos nosotros.
9 Los judíos, por su parte, confirma-
ron lo dicho, declarando ser así.
10 Pablo, una vez que el procurador
le hizo señal de hablar, contestó:
Sabiendo que desde muchos años ha

eres juez de este pueblo, hablaré confiadamente en defensa mía. 11 Puedes averiguar que sólo hace doce días que subí a Jerusalén para adorar, 12 y que ni en el templo ni en las sinagogas ni en la ciudad me encontraron disputando con nadie o promoviendo tumultos en la turba, 13 ni pueden presentarte pruebas de las cosas de que ahora me acusan. 14 Te confieso que sirvo al Dios de mis padres con plena fe en todas las cosas escritas en la Ley y en los profetas, según el camino que ésos llaman secta, 15 y con la esperanza que ellos mismos tienen de la resurrección de los justos y de los malos. 16 Según esto, he procurado en todo tiempo tener una conciencia irreprensible para con Dios y para con los hombres. 17 Después de muchos años he venido para traer limosnas a los de mi nación y a presentar mis oblaciones. 18 En esos días me encontraron purificado en el templo, no con turbas ni produciendo alborotos. Son algunos judíos de Asia los que deberían hallarse aquí presentes, para acusarme, si algo tienen contra mí. 20 Y si no, que éstos mismos digan si cuando comparecí ante el Sanedrín, hallaron delito alguno contra mí, 21 como no fuera ésta mi declaración, que yo pronuncié en medio de ellos: Por la resurrección de los muertos soy juzgado hoy ante vosotros.

22 Félix, que sabía bien lo que se refiere a este camino, difirió la causa, diciendo: Cuando venga el tribuno Lisias fallaré vuestra causa. 23 Y mandó al centurión que le guardase, dejándole cierta libertad y permitiendo que los suyos le asistiesen.

24 Pasados algunos días, vino Félix con su mujer Drusila, que era judía, e hizo venir a Pablo y le escuchó acerca de la fe en Cristo. 25 Disertando él sobre la justicia, la continencia y el juicio venidero, se llenó Félix de terror. Al fin le dijo: Por ahora retírate; cuando tenga tiempo volveré a llamarte. 26 Entretanto, esperando que Pablo le diese dinero (1), le hizo llamar otras veces y conversaba con él. 27 Transcurridos dos años, Félix tuvo por sucesor a Porcio Festo; pero queriendo congraciarse con los judíos, dejó a Pablo en la prisión.

(1) Félix era hermano de Palante, favorito de Nerón, y según Tácito, gobernó la provincia tiránicamente hasta que, caído su hermano, fué destituído. Pablo fué una de las víctimas de su arbitrariedad.

Apelación al César.

25 1 Llegó Festo a la provincia, y a los tres días subió de Cesárea a Jerusalén, 2 y los príncipes de los sacerdotes y los principales de los judíos le presentaron sus acusaciones contra Pablo. 3 Pidieron la gracia de que le hiciese conducir a Jerusalén. Hacían esto con ánimo de prepararle una asechanza para matarle en el camino. 4 Festo les respondió que Pablo estaba preso en Cesárea y que él mismo había de partir en breve para allá: 5 Así pues, que los principales de vosotros bajen conmigo para acusar allí a ese hombre, si tienen de qué.

6 Habiendo pasado entre ellos sólo unos ocho o diez días, bajó a Cesárea, y al día siguiente se sentó en su tribunal, ordenando presentar a Pablo. 7 Una vez presentado éste, los judíos que habían bajado de Jerusalén le rodearon, haciéndole muchos y graves cargos, que no podían probar, 8 replicando Pablo que ni contra la Ley de los judíos, ni contra el templo, ni contra el César había cometido delito alguno. 9 Pero Festo (1), queriendo congraciarse con los judíos, se dirigió a Pablo y le dijo: ¿Quieres subir a Jerusalén y allí ser juzgado ante mí de todas estas acusaciones? 10 Pablo contestó: Estoy ante el tribunal del César; en él debo ser juzgado. Ninguna injuria he hecho a los judíos, como tú bien sabes. 11 Si he cometido alguna injusticia o crimen digno de muerte, no rehuso morir. Pero si no hay nada de todo eso de que me acusan, nadie puede entregarme a ellos: Apelo al César. 12 Festo entonces, después de hablar con los de su consejo, respondió: Has apelado al César: al César irás.

(1) El sucesor de Félix, Porcio Festo, se muestra muy otro de aquél. Pero, como recién llegado e ignorante de los negocios, quiere, por una parte, hacer justicia a Pablo, mas por otra quiere condescender con los deseos de los judíos. Pablo, cansado ya de tan larga dilación, apela al César, haciendo uso de su derecho de ciudadanía romana. Así preparaba el cumplimiento de lo que el Señor le había dicho: que daría testimonio de El en Roma (23, 11).

Pablo expone su causa ante el rey Agripa.

13 Transcurridos algunos días, el
rey Agripa y Berenice llegaron a
Cesárea para saludar a Festo. 14 Ha-
biendo pasado allí varios días, dió
cuenta Festo al rey del asunto de
Pablo, diciendo: Aquí hay un hombre
que fué dejado preso por Félix, al
cual, cuando yo estuve en Jerusalén,
acusaron los príncipes de los sacer-
dotes y los ancianos de los judíos,
pidiendo su condena. 16 Yo les con-
testé que no es costumbre de los
romanos entregar (1) a un hombre
cualquiera sin que al acusado, en
presencia de los acusadores, se le dé
lugar para defenderse de la acusa-
ción.
17 Habiendo, pues, venido ellos
aquí a mí, luego al día siguiente, sen-
tado en el tribunal, ordené traer al
hombre ese. 18 Presentes los acusa-
dores, ningún crimen adujeron de
los que yo sospechaba, 19 sólo cues-
tiones sobre su propia superstición
y de cierto Jesús muerto, de quien
Pablo asegura que vive. 20 Vacilan-
do yo en la investigación, le dije
que si quería ir a Jerusalén y ser
allí juzgado. 21 Pero Pablo interpuso
apelación para que su causa fuese
reservada al conocimiento del Au-
gusto, y así ordené que se le guar-
dase, hasta que le pueda remitir al
César.
22 Dijo Agripa a Festo: Tendría
gusto en oír a ese hombre. Mañana,
dijo, le oirás. 23 Al otro día llegaron
Agripa y Berenice, con gran pompa,
y entrando en la audiencia con los
tribunos y personajes conspicuos de
la ciudad, ordenó Festo que Pablo
fuera llevado. 24 Y dijo Festo:
Rey Agripa y todos los que estáis
presentes: he ahí a este hombre
contra quien toda la muchedumbre
de los judíos en Jerusalén y aquí
me instaban gritando que no es digno
de la vida. 25 Pero yo no he hallado
en él nada que le haga reo de muerte,
y habiendo él apelado al César, he
resuelto enviarle a él. 26 Por esto le
he mandado conducir ante vosotros,
y especialmente ante ti, rey Agripa,
a fin de que con esta inquisición
tenga yo qué poder escribir; 27 por-
que me parece fuera de razón enviar
un preso y no informar acerca de las
acusaciones que sobre él pesan.
1 Dijo Agripa a Pablo: Se te per-
mite hablar en tu defensa.

26 1 Entonces Pablo, tendiendo la
mano, comenzó así su defensa:
2 Por dichoso me tengo, rey Agripa,
de poder defenderme hoy ante ti
de todas las acusaciones de los judíos;
3 sobre todo, porque tú conoces las
costumbres de los judíos y las contro-
versias que existen entre ellos. Te
pido, pues, que me escuches con pa-
ciencia. 4 Todos los judíos conocen
cómo he vivido yo desde el principio
de mi juventud en Jerusalén, en
medio de mi pueblo; 5 y si quisieren
dar testimonio, saben de mucho
tiempo atrás que viví como fariseo,
según la secta más estrecha de nuestra
religión. 6 Al presente estoy sometido
a juicio por la esperanza en las pro-
mesas hechas por Dios a nuestros
padres, 7 cuyo cumplimiento nues-
tras doce tribus, sirviendo continua-
mente a Dios día y noche, esperan
alcanzar. Pues por esta esperanza,
¡oh rey!, soy yo acusado por los ju-
díos.
8 ¿Tenéis por increíble que Dios
resucite a los muertos? 9 Yo me creí
en el deber de hacer mucho contra
el nombre de Jesús Nazareno. 10 Y lo
hice en Jerusalén, donde encarcelé
a muchos de los santos, con poder
que para ello tenía de los príncipes
de los sacerdotes, y cuando eran
muertos, yo daba mi voto. 11 Muchas
veces por todas las sinagogas los
obligaba a blasfemar a fuerza de cas-
tigos, y loco de furor contra ellos, los
perseguí hasta en las ciudades extrañas.
12 Para esto mismo iba yo a Da-
masco, con poder y autorización de
los príncipes de los sacerdotes; 13 y
al mediodía, ¡oh rey!, vi en el camino
una luz del cielo, más brillante que
el sol, que me envolvía a mí y a los
que me acompañaban. 14 Caídos todos
a tierra, oí una voz que me decía
en lengua hebrea: Saulo, Saulo, ¿por
qué me persigues? Duro te es dar
coces contra el aguijón. 15 Yo con-
testé: ¿Quién eres, Señor? El Señor
me dijo: Yo soy Jesús, a quien tú
persigues. 16 Levántate y ponte en
pie (1), pues para esto me he dejado

(1) Entregar aquí equivale a condenar, pues la entrega era a los encargados de ejecutar la sentencia.

(1) En este discurso el Apóstol no hace mención de Ananías, e insiste en su primera

ver de ti, para hacerte ministro y testigo de lo que has visto y de lo que te mostraré aún, [17] librándote del pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te envío [18] para que les abras los ojos y que se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios y reciban la remisión de los pecados y la herencia entre los debidamente santificados por la fe en mí.

[19] No fuí, ¡oh rey Agripa!, desobediente a la visión celestial, [20] sino que primero a los de Damasco, luego a los de Jerusalén y por toda la región de Judea y a los gentiles, anuncié la penitencia y la conversión a Dios, por obras dignas de penitencia. [21] Sólo por esto los judíos, al cogerme en el templo, intentaron quitarme la vida. [22] Pero gracias al socorro de Dios, persevero firme hasta hoy, dando testimonio a pequeños y a grandes, y no enseñando otra cosa sino lo que los profetas y Moisés han dicho que había de suceder: [23] que el Mesías había de padecer, y siendo el primero en la resurrección de los muertos, había de anunciar la luz al pueblo y a los gentiles.

[24] Defendiéndose él de este modo, dijo Festo en alta voz: ¡Tú estás loco, Pablo! Las muchas letras te han sorbido el juicio. [25] Pablo le contestó: No estoy loco, nobilísimo Festo; lo que digo son palabras de verdad y sensatez. [26] Bien sabe el rey estas cosas, y a él hablo confiadamente, porque estoy persuadido de que nada de esto ignora, pues no son cosas que se hayan hecho en un rincón. [27] ¿Crees, rey Agripa, en los profetas? Yo sí que creo.

[28] Y dijo Agripa a Pablo: Poco más, y me persuades a que me haga cristiano. [29] Y Pablo: Por poco más o por mucho más, pluguiese a Dios que no sólo tú, sino todos los que me oyen se hicieran hoy tales como lo soy yo, aunque sin estas cadenas.

[30] Se levantaron el rey y el procurador, Berenice y cuantos con ellos estaban sentados; [31] y al retirarse se decían unos a otros: Este hombre no ha hecho nada que merezca la muerte o la prisión. [32] Y Agripa dijo a Festo: Se le podría poner en libertad, si no hubiera apelado al César.

conducta contra los cristianos y en la visión divina.

De viaje para Roma.

27 [1] Cuando estuvo resuelto que emprendiésemos la navegación a Italia (1), entregaron a Pablo y a algunos otros presos en manos de un centurión llamado Julio, de la cohorte Augusta. [2] Embarcados en una nave de Adramecia, que estaba para hacerse a la vela para los puertos de Asia, levamos anclas, llevando en nuestra compañía a Aristarco, macedonio de Tesalónica. [3] Al otro día llegamos a Sidón, y Julio, usando con Pablo de gran humanidad, le permitió ir a visitar a sus amigos y proveer a sus necesidades. [4] De allí levamos anclas; y a causa de los vientos contrarios navegamos a lo largo de Chipre, y atravesando los mares de Cilicia y Pamfilia, llegamos a Mira de Licia; [6] y como el centurión encontrase allí una nave alejandrina que navegaba a Italia, hizo que nos trasladásemos a ella. [7] Navegando durante varios días lentamente y con dificultad, llegamos frente a Gnido; luego, por sernos contrario el viento, bajamos a Creta junto a Salmona; [8] y costeando penosamente la isla, llegamos a cierto lugar llamado Puerto Bueno, cerca del cual está la ciudad de Laséa.

[9] Transcurrido bastante tiempo y siendo peligrosa la navegación por ser ya pasado el ayuno (1), les advirtió Pablo, [10] diciendo: Veo, amigos, que la navegación va a ser penosa y peligrosa, no sólo para la carga y la nave, sino también para nuestras personas. [11] Pero el centurión dió más crédito al piloto y al patrón del barco que a Pablo; [12] y por ser el puerto poco a propósito para invernar en él, la mayor parte fué de parecer que partiésemos de allí, a ver si podríamos alcanzar Fenice e invernar allí, por ser un puerto de Creta que mira contra el nordeste y sudeste. [13] Comenzó a soplar el solano y creyeron que se lograría su propósito.

(1) Este relato del viaje por mar, desde Cesárea hasta Pozzuoli, cerca de Nápoles, es el documento más interesante que nos ha dejado la antigüedad sobre semejante tema, y está hecho con toda la precisión técnica que el asunto requería.

(1) El día de ayuno judío, el 10 del mes séptimo, que correspondía a septiembre u octubre. Por este tiempo se suspendía la navegación, pues comenzaba a ser peligrosa.

Levando anclas, fueron costeando
más de cerca la isla de Creta; [14] mas
de pronto se desencadenó sobre ella
un viento impetuoso llamado eura-
quilón (NE), [15] que arrastraba la
nave sin que pudiera resistir, y nos
dejamos ir a merced del viento.
[16] Pasando por debajo de una islita
llamada Cauda, a duras penas pudi-
mos recoger el esquife. [17] Una vez
que lograron izarlo, ciñeron por de-
bajo la nave con cables, y luego,
temiendo no fuesen a dar en la Sirte,
plegaron las velas y se dejaron ir a
merced del viento. [18] Al día siguiente,
fuertemente combatidos por la tem-
pestad, aligeraron, y al tercer día
arrojaron por sus propias manos los
aparejos. [20] En varios días no apare-
cieron el sol ni las estrellas, y conti-
nuando con fuerza la tempestad, perdi-
mos al fin toda esperanza de salvación.
[21] Habíamos pasado largo tiempo
sin comer, cuando Pablo se levantó
y dijo: Mejor os hubiera sido, amigos,
atender a mis consejos: no hubiéra-
mos partido de Creta y nos hubiéra-
mos ahorrado estas penas y daños.
[22] Pero cobrad ánimo, porque sólo
la nave, ninguno de nosotros, pere-
cerá. [23] Esta noche se me ha apare-
cido un ángel de Dios, cúyo soy y
a quien sirvo, [24] que me dijo: No
temas, Pablo, comparecerás ante el
César, y Dios te hará gracia de todos
los que navegan contigo. [25] Por lo
cual, cobrad ánimo, amigos, que yo
confío en Dios que así sucederá como
se me ha dicho. Sin duda daremos
con una isla.
[27] Llegada la décimacuarta noche
en que así éramos llevados de una a
otra parte por el mar Adriático,
hacia la mitad de la noche sospe-
charon los marineros que se halla-
ban cerca de tierra, [28] y echando la
sonda, hallaron veinte brazas; y
luego de adelantar un poco, de nuevo
echaron la sonda y hallaron quince
brazas. [29] Ante el temor de dar en
algún bajío, echaron a popa cuatro
áncoras y esperaron a que se hiciese
de día. [30] Los marineros, buscando
huir de la nave, trataban de echar al
agua el esquife, con el pretexto de
echar las áncoras de proa.
[31] Pablo advirtió al centurión y
a los soldados: Si éstos no se quedan
en la nave, vosotros no podréis sal-
varos. [32] Entonces cortaron los sol-
dados los cables del esquife y lo
dejaron caer. [33] Mientras llegaba el
día, Pablo exhortó a todos a tomar
alimento, diciendo:
Catorce días hace hoy que estamos
ayunos (1) y sin haber tomado cosa
alguna. [34] Os exhorto a tomar ali-
mento, que nos es necesario para nues-
tra salud, pues estad seguros de que
ni un solo cabello de vuestra cabeza
perecerá. [35] Y diciendo esto, dió
gracias a Dios delante de todos, y
partiendo el pan comenzó a comer.
[36] Animados ya todos, tomaron tam-
bién alimento. [37] Eramos los que en
la nave estábamos doscientos setenta
y seis. [38] Cuando estuvieron satisfe-
chos aligeraron la nave, arrojando
trigo al mar.
[39] Llegado el día, no conocieron la
tierra, pero vieron una ensenada
que tenía playa, en la cual acordaron
encallar la nave, si podían. [40] Levando
las anclas, se abandonaron al mar,
y sueltas las amarras de los timones e
izado el artimón, empujados por la
brisa, se dirigieron a la playa. [41] Lle-
gados a un sitio que daba a dos mares,
encalló la nave, e hincada la proa
en la arena, quedó inmóvil, mientras
que la popa era quebrantada por la
violencia de las olas. [42] Propusieron
los soldados matar a los presos, para
que ninguno escapase a nado; [43] pero
el centurión, queriendo salvar a Pa-
blo, se opuso a tal propósito y ordenó
que quienes supieran nadar se arroja-
sen los primeros y saliesen a tierra,
[44] y los demás saliesen, bien sobre ta-
blas, bien sobre los despojos de la
nave. Y así todos se salvaron.

En la isla de Malta.

28 [1] Una vez que estuvimos en
salvo, supimos que la isla se
llamaba Malta. [2] Los bárbaros nos
mostraron singular humanidad; en-
cendieron fuego y nos invitaron a
todos a acercarnos a él, pues llovía
y hacía frío. [3] Juntó Pablo un montón
de ramaje, y al echarlo al fuego, una
víbora que huía del calor le mordió
en la mano. [4] Cuando vieron los
bárbaros al reptil colgado de su
mano, dijeron: Sin duda que éste es
un homicida, pues escapado del mar,

(1) No es posible tomar las palabras como suenan, que los hombres de la nave hubieran pasado catorce días sin comer, y además luchando contra el temporal. Parece debe entenderse en sentido hiperbólico, de que en todo aquel tiempo no habrían hecho ninguna comida formal y en reposo, como entonces lo podían hacer

la Justicia le persigue. [5] Pero él sacudió el reptil sobre el fuego y no le vino mal alguno, [6] cuando ellos esperaban que pronto se hincharía y caería repentinamente muerto. Luego de esperar bastante tiempo, viendo que nada extraño se le notaba, mudaron de parecer y empezaron a decir que era un dios.

[7] Había en aquellos alrededores un predio que pertenecía al principal de la isla, de nombre Publio, el cual nos acogió y por tres días amistosamente nos hospedó. [8] El padre de Publio estaba postrado en el lecho, afligido por la fiebre y la disentería. Pablo se llegó a él, y orando, le impuso las manos y le sanó. [9] A la vista de este suceso, todos los demás que en la isla padecían enfermedades venían y eran curados. [10] Ellos a su vez nos honraron mucho, y al partir nos proveyeron de lo necesario.

[11] Pasados tres meses, embarcamos en una nave alejandrina, que había invernado en la isla y llevaba por insignia los Dióscoros. [12] Arribados a Siracusa, permanecimos allí tres días; [13] de allí, costeando, llegamos a Regio, y un día después comenzó a soplar el sur, con ayuda del cual llegamos al segundo día a Pozzuoli, [14] donde encontramos hermanos que nos rogaron permanecer con ellos siete días. Y así llegamos a Roma. [15] De allí los hermanos que supieron de nosotros nos vinieron al encuentro (1) hasta el Foro de Apio y Tres Tabernas. Pablo, al verlos, dió gracias a Dios y cobró ánimo. [16] Cuando entramos en Roma, permitieron a Pablo morar en casa suya, con un soldado que tenía el encargo de guardarlo.

[17] Al cabo de tres días, convocó Pablo a los primates de los judíos, y cuando estuvieron reunidos, les dijo: Yo, hermanos, no he hecho nada (2) contra el pueblo ni contra las costumbres patrias. [18] Preso en Jerusalén, fuí entregado a los romanos, los cuales, después de haberme interrogado, quisieron ponerme en libertda, por no haber en mí causa ninguna de muerte; [19] mas oponiéndose a ello los judíos, me vi obligado a apelar al César, no para acusar de nada a mi pueblo. [20] Por esto he querido veros y hablaros. Sólo por la esperanza de Israel llevo estas cadenas.

[21] Ellos le contestaron: Nosotros ninguna carta hemos recibido de Judea acerca de ti, ni ha llegado ningún hermano que nos comunicase cosa alguna contra ti. [22] Querríamos oír de ti lo que sientes, porque de esta secta sabemos que en todas partes se la contradice. [23] Le señalaron día y vinieron a su casa muchos, a los cuales expuso la doctrina del reino de Dios, y desde la mañana hasta la noche los persuadía de ser Dios Jesús el Mesías. [24] Unos creyeron lo que les decía, otros rehusaron creer. [25] No habiendo acuerdo entre ellos, se separaron, y Pablo les dijo estas palabras: Bien habló el Espíritu Santo por el profeta Isaías a vuestros padres, [26] diciendo:

«Vete a ese pueblo y diles: | Con los oídos oiréis, pero no entenderéis, | mirando miraréis, pero no veréis; [27] porque se ha embotado el corazón de este pueblo | y sus oídos se han vuelto torpes para oír, | y sus ojos se han cerrado, | para que no vean con los ojos | ni oigan con los oídos, | ni con el corazón entiendan y se conviertan y los sane.»

[28] Sabed, pues, que esta salud de Dios ha sido ya comunicada a los gentiles y éstos oirán. [29] Y habiendo dicho esto, los judíos salieron, teniendo entre sí gran contienda.

[30] Dos años enteros permaneció en una casa alquilada, donde recibía a todos los que venían a él, [31] predicando el reino de Dios y enseñando con toda libertad (1) y sin obstáculo lo tocante al Señor Jesucristo.

---

(1) La noticia de que el Apóstol se acercaba a la capital le precedió a Roma, y sin duda algunos de los muchos amigos que, según la epístola a los Romanos, tenía en Roma, le salieron al encuentro. Llegado a la ciudad, fué puesto en prisión doméstica. Pablo vivía en una casa alquilada, ligado con una cadena a un pretoriano, encargado de su custodia. En la casa vivía con sus amigos y podía recibir visitas.

(2) Sus primeras palabras son sobre su causa, a fin de que los judíos no la entorpeciesen con sus influencias. Luego pasa a persuadirles la verdad del Evangelio, con el resultado de siempre: algunos creen, otros se muestran rebeldes, y San Pablo les repite a todos el texto de Isaías, que por quinta vez aparece en el Nuevo Testamento, siempre al mismo propósito.

(1) Este versículo no dice expresamente que el Apóstol hubiera sido absuelto; pero, en verdad, fuera de la expresión formal, es difícil hallar una manera de decirlo que deje menos lugar a duda. El pretor que en nombre de Nerón había de fallar su causa, era Afranio Burro, hombre íntegro, amigo de Séneca y, como él, maestro de Nerón.

S. PAVLVS

INTRODUCCION GENERAL A LAS EPISTOLAS DE SAN PABLO

SAULO era natural de Tarso, capital de la Cilicia, gran centro comercial y cultural a la vez. Los padres del Apóstol eran judíos, fariseos. En esta ciudad vivió los primeros años de su vida, y en la casa de sus padres y en la sinagoga, que no podía faltar en Tarso, aprendió las primeras letras y los elementos de la ciencia sagrada. Para perfeccionarse en ella fué enviado a Jerusalén, y en la escuela de Gamaliel, maestro no menos ilustre por su ciencia que por la gravedad de sus costumbres, hizo sus estudios hasta alcanzar la perfección de aquella ciencia, que era el más rico tesoro de Israel, manteniéndose fiel a la secta que había aprendido a amar en casa de su padre. No conoció personalmente a Jesús; pero cuando San Esteban comenzó a predicar entre los judíos helenistas la abrogación de la Ley, del templo y de toda la economía judía, Saulo sintió su corazón de sincero fariseo conmoverse ante aquella doctrina y se sublevó contra ella. En el martirio del Protomártir tomó parte, guardando los vestidos de quienes, por haber sido testigos, tenían el deber de arrojar las primeras piedras. Luego se dió a perseguir a los fieles, entrando en las casas y sacando de ellas a hombres y mujeres, para que fuesen castigados. Este celo por la causa de su nación le ganó la confianza de las autoridades judías, que le dieron cartas para las sinagogas de Damasco, para promover allí la persecución y traer presos a los fieles de aquella ciudad.

El relato de su conversión nos lo hace San Lucas con la objetividad de un historiador, y luego el mismo Apóstol en dos discursos de abogado, en los que pone de relieve éste o el otro punto, según veía convenir para su defensa. El programa que el Señor le comunicó por medio de Ananías fué éste: que había de

llevar el nombre de Jesús a las naciones y a los hijos de Israel, y padecer mucho por ese mismo nombre. Luego comenzó a predicar en las sinagogas de Damasco, con gran admiración de los judíos. Pasó tres años en las regiones próximas a Damasco, ignoramos si predicando, o más bien meditando y rehaciendo su espíritu a la luz de su nueva fe y de las revelaciones que el Señor le comunicaba. Pasados aquellos años, vuelve a Damasco, de donde tuvo que salir descolgado en una espuerta por el muro, para escapar a las manos de los judíos y de las gentes de Aretas IV, rey de los nabateos, que entonces reinaba en Damasco. Llegado a Jerusalén, se encontró con el vacío, porque nadie se fiaba de él. Bernabé se hizo su introductor cerca de los Apóstoles, pero pronto, por revelación del Señor, partió para su tierra.

Nada sabemos de sus ocupaciones en Cilicia, de donde vino a sacarle Bernabé para llevarle a campo más apropiado para él, Antioquía, donde la fe era acogida con mucha alegría por los gentiles. Por el año 45, en virtud de una orden del Espíritu Santo, Saulo, en compañía de Bernabé y de Juan Marcos, sobrino de éste, emprende su primera misión desde Antioquía, por Chipre, hacia Pamfilia, Pisidia y Licaonia, volviendo otra vez a Antioquía después de tres años de grandes éxitos y de no menores penalidades (45-48). En seguida hubieron de partir los dos amigos para Jerusalén a defender la causa de los gentiles contra las exigencias de los fariseos convertidos. Vueltos a Antioquía triunfantes, Saulo, en compañía de Silas, se dirige por la Cilicia a visitar las iglesias del Asia Menor, y continuando su viaje llegó a Tróade, donde una visión divina le obligó a pasar a Europa. Recorre las provincias de Macedonia y Acaya, deteniéndose en las ciudades en que había sinagogas judías, Filipos, Tesalónica, Berea, Atenas y Corinto. En esta ciudad se detuvo año y medio, y luego por mar, haciendo escala en Efeso, vuelve a Antioquía. Nuevamente se pone en viaje y, atravesando el Asia Menor, llega a Efeso, donde predica el Evangelio con gran éxito por espacio de tres años. Los devotos del gran santuario de Artemisa promueven una sublevación, y Pablo sale de la ciudad, dirigiéndose por Macedonia a Corinto. De aquí vuelve por el mismo camino hasta Tróade, y costeando el Asia, llega al fin a Cesárea de Palestina y sube a Jerusalén, donde a los pocos días es preso. Dos años de prisión en Cesárea, más de medio en su viaje a Roma y otros dos preso en la capital del Imperio pusieron a prueba el ánimo dinámico de Pablo. Cuando en su segunda estancia en Corinto escribió la epístola a los romanos tenía propósito firme de encaminarse a España. ¿Conservaría esos propósitos en los años de su prisión y los realizaría cuando fué puesto en libertad? Muchos dicen que sí, creyéndose apoyados por testimonios de algunos Padres. Según las epístolas de la cautividad y las pastorales, Pablo se volvió a Oriente, estuvo en Efeso, en Creta, en Acaya y luego volvió a Roma, donde murió, decapitado, durante el imperio de Nerón.

No parece que Saulo asistiese a las clases de gramática, retórica o filosofía griegas, que abundaban en la ciudad de Tarso. De la lengua y de la cultura griegas sólo poseía aquellos conocimientos que un hombre inteligente puede adquirir en el hogar familiar, en el trato con sus conciudadanos, en la vista de los monumentos y de todas las manifestaciones de la vida social. Al contrario, estudió y aprendió la ciencia de Israel, encerrada en la Sagrada Escritura y en las exposiciones de los doctores. Estos se dividían en varias escuelas, y Saulo perteneció a la más rigurosa de todas, que era la de los fariseos. Conforme a los principios hermenéuticos de los rabinos, aprendió a interpretar la Escritura. Estos principios eran muy otros que los de nuestra Hermenéutica científica, mas para ellos tenían valor. Entre estos principios había algunos más fundamentales. Eran éstos el concepto de la justicia y del modo de adquirirla por la estricta observancia de la ley, los privilegios de Israel en razón de ser el pueblo de Dios, el concepto del reino mesiánico y del rey Mesías.

Cuando Saulo fué derribado en el camino de Damasco, también lo fué del andamiaje de estos principios, con ayuda del cual pensaba elevarse a la cumbre de la perfección y alcanzar la vida eterna. Entonces le fué preciso retraer su espíritu, reorganizando toda su ciencia escrituraria y sus experiencias religiosas sobre la base de los nuevos principios, que la fe en Jesucristo había traído a su alma. Entonces vió la economía divina de la revelación y la historia de Israel ordenadas al misterio de la encarnación. Y todas las grandezas humanas, que había soñado para Israel, las reputó por nada comparadas con las que veía encerradas en la cruz de Cristo y en su resurrección.

La actividad apostólica de San Pablo se ejerció de viva voz, con aquella palabra suya ardiente y comunicativa, que subyugaba las inteligencias y cautivaba los corazones. (Hech. 20, 17 ss.; 24, 24 ss.) Pero no pocas veces le fué necesario hacer uso de la escritura, escribiendo él mismo o dictando a otros cartas con que atender a las consultas de las iglesias y a las demás necesidades de su vida apostólica. No son estas epístolas suyas cartas familiares, ni tampoco tratados doctrinales en los que pretenda el Apóstol exponer algunos puntos de doctrina agotando la materia. Tienen de lo uno y de lo otro. Su alma, tan afectuosa y comunicativa, escribiendo a iglesias o personas, que le estaban tan íntimamente unidas, no podía prescindir de aquellos tonos y modos de decir que son propios de amigos. Por otra parte, tampoco podía olvidar que, como padre, doctor y apóstol de Jesucristo, escribía a aquellos a quienes ante todo debía la verdad evangélica. Y estando su espíritu tan lleno de ella, la derrama a torrentes, aun sin proponérselo, con las más insignificantes ocasiones.

El número de las epístolas que se han conservado es de catorce, divididas en los siguientes grupos, por su orden cronológico: 1.º Epístolas a los Tesalonicenses, escritas desde Corinto en 51-52. 2.º Epístolas mayores, escritas en Efeso y en el viaje de Efeso a Corinto en 55-57, y son las dos a los Corintios, la de los Gálatas y la de los Romanos. 3.º Las cuatro de la cautividad, enviadas desde su prisión romana el año 62, a los Filipenses, Efesios, Colosenses y Filemón. 4.º Las pastorales escritas en los postreros años de su vida, dos desde Grecia y una desde Roma, y son la I de Timoteo, la de Tito, y la II de Timoteo; y 5.º La epístola a los Hebreos. Las de los dos primeros grupos son probablemente los más antiguos escritos del N. T., anteriores a los mismos evangelios sinópticos: las del tercero y quinto grupo son de la época de los evangelios de San Marcos y San Lucas y de los Hechos, escritas muy probablemente en Roma; las otras del grupo 4.º son poco posteriores a dichos evangelios y muy anteriores a los escritos de San Juan.

Todas las epístolas tienen un plan general uniforme: después de un encabezamientos de saludo, en que asocia a sí a sus compañeros, seguido de una introducción más o menos larga, en forma de alabanza o acción de gracias, sigue una exposición de la doctrina evangélica o una defensa de la misma, luego una exhortación a la práctica de la doctrina y vida cristianas, para acabar con saludos y recomendaciones a particulares.

La tradición ha mirado como de San Pablo la epístola a los Hebreos, aunque tan diferente en la redacción de las paulinas y no obstante admitir que el escritor de ella sea otro que San Pablo. Estas observaciones, bien obvias, pudieran venir muy a propósito para dar razón de ciertas diferencias en el estilo de las epístolas, diferencias en que a veces se apoyan los críticos heterodoxos para negar al Apóstol, en todo o en parte, algunas epístolas. Claro que esto no iría en nada contra la inspiración total de los escritores que la Iglesia recibe como obra de San Pablo. Admitiendo la inspiración de tantos escritos cuyos autores se ignoran, no había razón para negarla a los secretarios de los Apóstoles.

INTRODUCCION A LAS DOS EPISTOLAS A LOS TESALONICENSES

TESALONICA, hoy Salónica, situada en el fondo del golfo Térmico, se llamó primero Terma. Casandro la agrandó, convirtiéndola en ciudad importante y dándole el nombre de su mujer, hermana de Alejandro Magno, Tesalónica (315). Los romanos, al convertir la Macedonia en provincia de su Imperio (167), designaron a Tesalónica como capital de la cuarta demarcación en que la provincia quedaba dividida. En la época de San Pablo era una ciudad importante y puerto de gran tráfico. Tenía una numerosa colonia judía con su sinagoga, y en torno de ella muchos prosélitos del judaísmo, entre los cuales no pocas mujeres principales.

Llegó San Pablo a Tesalónica en su segunda misión, cuando, obligado a dejar Filipos, se dirigía por la vía de Grecia hacia el Occidente, buscando campos apropiados para sembrar la palabra evangélica. Según su costumbre, se fué a la sinagoga y por tres sábados expuso a los asistentes a ella el mensaje que traía. El resultado fué el de siempre: muchos prosélitos abrazaron la fe, y con ellos algunos judíos, pero la mayoría de éstos se volvió contra el predicador, suscitando un motín que le obligó a partir hacia Berea. Aquí encontró mejor acogida en la sinagoga; mas, sobreviniendo los judíos de Tesalónica, se vió forzado a salir camino de Atenas. Allí, a las tristezas que le causaba ver aquella ilustre ciudad tan dada a la idolatría y el escaso éxito de su predicación a judíos y gentiles, vinieron a añadirse las ansiedades por la suerte de sus queridos tesalonicenses, que había dejado en medio de la tormenta sin una perfecta formación cristiana y sin la debida organización. Desde Atenas envió a Timoteo para informarse del estado de aquella cristiandad y acabar la obra comenzada de su organización. Volvió Timoteo a San Pablo, que ya había pasado a Corinto, con las mejores noticias que el Apóstol podía desear sobre la firmeza en la fe de aquellos fieles y su adhesión a la persona de su maestro y padre espiritual. También le trajo la noticia de que algunos, llevados de la idea de la próxima venida del Señor, llevaban una vida haragana, sin trabajar y comiendo a costa de los otros.

San Pablo, al oír tales noticias, escribe la primera carta, desahogando su corazón en acción de gracias al Señor (1); recuerda cómo había predicado el Evangelio en Tesalónica (2), las calamidades que pasó después de su partida (3), y amonesta a sus hijos a la castidad, al trabajo y a la práctica de la vida cristiana (4, 1-12), advirtiéndoles que no se inquieten por la inminencia de la parusía o segunda venida del Señor (4, 13-18) y velen en el cumplimiento de la voluntad de Dios (5).

El portador de esta primera epístola volvió al Apóstol con buenas noticias sobre la acogida que había tenido su carta, pero Pablo creyó necesario insistir aún en los puntos tratados en la primera, sobre todo en el de la parusía, porque los ilusos no se reducían a la vida laboriosa, ocasionando no pequeños trastornos en aquella naciente cristiandad. Comienza también la 2.ª epístola por la acción de gracias a Dios (1); insiste luego en el punto de la inminencia de la parusía (2), y termina con una apremiante exhortación al trabajo y a la vida cristiana (3). El tema caliente de estas epístolas es el de la escatología. Ambas fueron escritas en Corinto, con pocos meses de intermedio, a los comienzos de la predicación del Apóstol en esta ciudad (51-52).

I A LOS TESALONICENSES

Salutación.

1 [1] Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de Tesalónica, en Dios Padre y en el Señor Jesucristo, gracia y paz.

Fidelidad de la iglesia de Tesalónica al Evangelio.

[2] Siempre estamos dando gracias a Dios (1) por vosotros y recordándoos en nuestras oraciones, [3] haciendo sin cesar ante nuestro Dios y Padre memoria de la obra de vuestra fe, del trabajo de vuestra caridad y de la perseverante esperanza en nuestro Señor Jesucristo, [4] sabedores de vuestra elección, amados de Dios. [5] Pues nuestro evangelio entre vosotros no fué sólo en palabras, sino en poder y en el Espíritu Santo y en plenísima confianza. Bien sabéis cuáles fuimos con vosotros por amor vuestro. [6] Os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, recibiendo la palabra con gozo en el Espíritu Santo, aun en medio de grandes tribulaciones, [7] hasta venir a ser ejemplo para todos los fieles de Macedonia y de Acaya. [8] Y así de vosotros, no sólo se ha difundido la palabra del Señor en Macedonia y en Acaya, sino que en todo lugar vuestra fe en Dios se ha divulgado, sin que tengamos necesidad de decir palabra, [9] pues ellos mismos refieren la acogida que nos hicisteis, y cómo os convertisteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero y esperar del cielo a Jesús, su Hijo, a quien resucitó de entre los muertos, quien nos libró de la ira venidera.

(1) En forma de acción de gracias, San Pablo desahoga su corazón por las buenas noticias recibidas de Tesalónica.

Cómo ejerció Pablo su ministerio en Tesalónica.

2 [1] Bien sabéis, hermanos, que nuestra llegada a vosotros (1) no fué vana; [2] sino que después de sufrir mucho y soportar muchas afrentas en Filipo, como sabéis, confiados en nuestro Dios, os predicamos el evangelio de Dios en medio de mucha contrariedad. [3] Y sabéis también que nuestras exhortaciones no procedían de error ni de concupiscencia ni de engaño; [4] sino de que, probados por Dios, se nos había encomendado la misión de evangelizar; y así hablamos no como quien busca agradar a los hombres, sino sólo a Dios, que prueba nuestros corazones. [5] Porque nunca, como bien sabéis, hemos usado de lisonjas ni hemos procedido con propósitos de lucro, Dios es testigo; [6] ni hemos buscado la alabanza de los hombres, ni las vuestras, ni las de nadie; y aun pudiendo hacer pesar sobre vosotros nuestra autoridad como Apóstoles de Cristo, [7] nos hicimos como pequeñuelos. Y como nodriza que cría a sus niños, [8] así, llevados de nuestro amor por vosotros, queríamos no sólo daros el evangelio de Dios, sino aun nuestras propias almas; tan amados nos vinisteis a ser.

[9] Ya os acordaréis, hermanos, de nuestras penas y fatigas, y de cómo día y noche trabajábamos para no ser gravosos a nadie, y así os predicamos el evangelio de Dios. [10] Vosotros y Dios sois testigos de nuestra conducta santa, justa, irreprochable para

(1) Para deshacer los muchos juicios que los judíos, sus enemigos, propalaban sobre los sentimientos del Apóstol hacia los tesalonicenses, recuerda la forma en que se llevó a cabo la evangelización de Tesalónica, cómo se condujo él y cómo le recibieron ellos.

MAR NEGRO
ITALIA
DALMACIA
MAR ADRIÁTICO
MACEDONIA
TRACIA
ROMA
APIO
TRES TABERNAS
PUTEOLOS
TESALONICA
FILIPOS
BEREA
TROAS
PERGAMO
TIATIRA
FILADELFIA
ANTIOQUIA
LACIA
ANCIRA
TAVIUM
CAPADOCIA
CILICIA
ISSOS
TARSO
ICONIO
LISTRA
DERBE
GRECIA
ATENAS
CORINTO
MITILENE
ESMIRNA
EFESO
COLOSOS
LAODICEA
PERGE
MILETO
PATMOS
PATARA
RODAS
REGIO
SICILIA
SIRACUSA
MELITA
CRETA
CHIPRE
SALAMINA
PAFOS
ANTIOQUIA
SELEUCIA
SIRIA
DAMASCO
SIDON
TIRO
CESAREA
JOPPE
GAZA
JERUSALEN
IDUMEA
ARABIA
BUENOS PUERTOS
M A R
MEDITERRÁNEO
CIRENE
ALEJANDRIA
LIBIA
EGIPTO
VIAJES
DE
SAN PABLO
1º viaje .....
2º »» ——
3º »» + + + + +
4º »» — — — —

con los que creíais. 11 Sabéis que como un padre a sus hijos, así a cada uno 12 os exhortábamos y alentábamos, y os conjurábamos a andar de modo digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria. 13 Por esto, incesantemente damos gracias a Dios, de que al oír la palabra de Dios que os predicamos, la acogisteis no como palabra de hombre, sino como palabra de Dios, cual en verdad es, y obra eficazmente en los que creeéis. 14 Hermanos, os habéis hecho imitadores de las iglesias de Dios en Cristo Jesús de Judea, pues habéis padecido de vuestros conciudadanos, lo mismo que ellos de los judíos, 15 de aquellos que dieron muerte al Señor Jesús y a los profetas y nos persiguen, y no agradan a Dios y están contra todos los hombres; 16 que impiden que se hable a los gentiles y se procure su salvación. Con esto colman la medida de sus pecados. Mas la ira viene sobre ellos y está para descargar hasta el colmo.

Deseo del Apóstol de volver a ver a los tesalonicenses, y su alegría por las buenas noticias acerca de ellos recibidas.

17 Hermanos, privados por el momento de vuestra vista, no de vuestro afecto, quisimos ardientemente volver a veros (1) cuanto antes, 18 y pretendimos ir, al menos yo, Pablo, una y otra vez, pero Satanás nos lo estorbó. 19 ¿Pues cuál ha de ser nuestra esperanza, nuestro gozo, nuestra corona de gloria ante nuestro Señor Jesucristo a su venida? ¿No sois vosotros? 20 Cierto, vosotros sois nuestra gloria y nuestro gozo.

3 1 Por eso, no pudiendo sufrir más, determinamos quedarnos solos en Atenas, 2 y enviamos a Timoteo, nuestro hermano y ministro de Dios en el evangelio de Cristo, 3 a fin de que nadie se inquiete por estas tribulaciones. Bien sabéis que para eso estamos, 4 pues ya estando entre vosotros os lo prevenimos, que habíamos de ser atribulados, como sucedió, bien lo sabéis. 5 Por esto, no pudiendo sufrir ya más, he mandado a saber de vuestro estado en la fe, no fuera que el tentador os hubiera tentado y se hiciese vana nuestra labor. 6 Ahora, con la llegada de Timoteo y con las buenas noticias que nos ha traído de vuestra fe y caridad y de la buena memoria que siempre tenéis de nosotros, deseando vernos lo mismo que yo a vosotros, 7 hemos recibido gran consuelo por vuestra fe en medio de todas nuestras necesidades y tribulaciones. Ahora ya vivimos, sabiendo que estáis firmes en el Señor. 9 ¿Pues qué gracias daremos a Dios en retorno de todo este gozo que por vosotros disfrutamos ante nuestro Dios, 10 orando noche y día con la mayor instancia por ver vuestro rostro y completar lo que falte a vuestra fe? 11 Que el mismo Dios y Padre nuestro y nuestro Señor Jesucristo dirija hacia vosotros nuestros pasos, 12 y os acreciente y haga abundar en caridad de unos con otros y con todos, lo mismo que la sentimos nosotros por vosotros, 13 a fin de fortalecer vuestros corazones y haceros irreprensibles en la santidad ante Dios, Padre nuestro, a la venida de nuestro Señor Jesús con todos sus santos.

Exhortación a la santidad, a la caridad y al trabajo.

4 1 Por lo demás, hermanos, os rogamos y amonestamos en el Señor Jesús, que andéis según lo que de nosotros habéis recibido acerca del modo en que habéis de andar y agradar a Dios, como andáis ya, para adelantar cada vez más. 2 Bien sabéis los preceptos que os hemos dado en nombre del Señor Jesús. 3 Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación; que os abstengáis de la fornicación; 4 que cada uno sepa tener a su mujer en santidad y honor, 5 no con afecto libidinoso, como los gentiles, que no conocen a Dios; 6 que nadie se atreva a ofender en esto a su hermano, porque vengador en esto es el Señor, como antes os lo dijimos y atestiguamos; 7 que no nos llamó Dios a la impureza, sino a la santidad.
8 Por tanto, quien estos preceptos desprecia, no desprecia al hombre, sino a Dios, que os dió su Espíritu

(1) Prosigue manifestando sus sentimientos hacia ellos después de su partida de Tesalónica y la conducta de los fieles,, que encomienda al Señor.

Santo. 9 Tocante a la caridad, no necesitamos escribiros, porque sabéis por Dios cómo habéis de amaros unos a otros, 10 y practicáis esta caridad con todos los hermanos que hay en toda la Macedonia. Todavía os exhortamos, hermanos, a progresar más, 11 y a que os esforcéis por llevar una vida quieta, laboriosa en vuestros negocios, y trabajando con vuestras manos, como os lo hemos recomendado, 12 a fin de que viváis honradamente a los ojos de los extraños y no padezcáis necesidad.

La resurrección de los muertos y la parusía.

13 No queremos, hermanos, que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis (1) como los demás que carecen de esperanza. 14 Pues si creemos que Jesús murió y resucitó, así también que Dios por Jesús tomó consigo a los que se durmieron en El. 15 Os decimos como palabra del Señor que nosotros, los vivos, no nos anticiparemos a los que se durmieron; 16 pues el mismo Señor, a una orden, a la voz del arcángel, al sonido de la trompeta de Dios, descenderá del cielo (2), y los muertos en Cristo resucitarán primero; 17 después nosotros, los vivos, los que quedemos, seremos arrebatados con ellos en las nubes, al encuentro del Señor en los aires. 18 Y así estaremos siempre con el Señor. Consolaos, pues, mutuamente con estas palabras.

(1) En este tiempo habían pasado a mejor vida algunos de los fieles de Tesalónica. Los tesalonicenses, absortos por la idea de la parusía y pensando acaso que sólo podrían entrar en el reino del cielo en compañía del Salvador, sentían tristeza por la suerte de sus hermanos. San Pablo los consuela con la esperanza que tenemos en Jesucristo y de que carecen los gentiles.

(2) En este versículo, San Pablo, se expresa en una forma que pudiera dar motivo a creer que también pensaba como los tesalonicenses. Pero sin duda que su pensamiento es muy otro, puesto que los corrige, tratando de reducirlos al sendero de la verdad y de la discreción. Los que se hallen vivos al tiempo de la venida del Señor no se anticiparán a los muertos, antes a la voz del arcángel y al sonido de la trompeta que transmite los mandatos divinos resucitarán los muertos, luego se incorporarán a ellos los vivos, y todos juntos saldrán al encuentro al Señor, que viene en las nubes.

5 1 Cuanto al tiempo y a las circunstancias, no hay (1), hermanos, por qué escribir. 2 Sabéis bien que el día del Señor llegará como el ladrón en la noche. 3 Cuando se dicen: «Paz y seguridad», entonces de improviso les sobrevendrá la ruina, como los dolores del parto a la preñada, y no escaparán. 4 Cuanto a vosotros, hermanos, no viváis en tiniebla, para que ese día no os sorprenda como ladrón; 5 porque todos sois hijos de la luz e hijos del día; no lo sois de la noche ni de las tinieblas. 6 Por consiguiente, no os durmáis como los otros, antes bien velad y vivid sobriamente. 7 Los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. 8 Pero nosotros, hijos del día, seamos sobrios, revestidos de la coraza de la fe, del yelmo de la caridad y de la esperanza de la salvación. 9 Que no nos destina Dios a la ira, sino a la salvación por nuestro Señor Jesucristo, 10 que murió por nosotros, para que en vida y en muerte estemos siempre unidos a El. Así pues, consolaos mutuamente unos a otros, como ya lo hacéis.

Amonestaciones y saludos.

12 Os rogamos, hermanos, que acatéis a los que laboran con vosotros presidiéndoos en el Señor y amonestándoos, 13 y que tengáis con ellos mayor caridad por su labor, y que entre vosotros viváis en paz. 14 También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los revoltosos, alentéis a los pusilánimes, acojáis a los enfermos y seáis sufridos con todos. 15 Mirad que ninguno vuelva a nadie mal por mal, sino que en todo tiempo os hagáis el bien unos a otros y a todos. 16 Estad siempre gozosos 17 y orad sin cesar. 18 Dad en todo gracias a Dios, porque tal es su voluntad en Cristo Jesús.

19 No apaguéis al Espíritu. 20 No despreciéis la profecía. 21 Probadlo todo y quedaos con lo bueno. 22 Absteneos hasta de la apariencia de mal. 23 El Dios de la paz os santifique

(1) Aquí insiste en la doctrina que el Salvador tanto inculcara en el evangelio, sobre la ignorancia de la segunda venida del Señor y la necesidad de velar entretanto llevando una vida santa.

cumplidamente, y que se conserve entero vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo sin mancha, para la venida de nuestro Señor Jesucristo. 24 Fiel es el que os llama, y El hará. 25 Hermanos, orad por nosotros. 26 Saludad a todos los hermanos con el ósculo santo. 27 Os conjuro por Jesucristo que esta epístola sea leída a todos los hermanos. 28 La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros.

II A LOS TESALONICENSES

Salutación.

1 1 Pablo, Silvano y Timoteo, a la Iglesia de Tesalónica en Dios nuestro Padre y en el Señor Jesucristo, 2 gracia y paz sean con vosotros de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo.

Progresos de los tesalonicenses en la fe y la caridad.

3 Hemos de dar a Dios gracias incesantes por vosotros, hermanos; y es esto muy justo, porque se acrecienta en gran manera vuestra fe y va en progreso vuestra mutua caridad, 4 y nosotros mismos nos gloriaremos de vosotros en las iglesias de Dios, por vuestra paciencia y vuestra fe en todas vuestras persecuciones y en las tribulaciones que soportáis. 5 Todo esto es prueba del justo juicio de Dios, para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual padecéis.

6 Sí, es justo a los ojos de Dios retribuir con tribulación a los que os atribulan, 7 y a vosotros, atribulados, con descanso en compañía nuestra en la manifestación del Señor Jesús, desde el cielo con sus milicias angélicas, 8 tomando venganza en llamas de fuego sobre los que desconocen a Dios y no obedecen al Evangelio de nuestro Señor Jesús. 9 Esos serán castigados a eterna ruina, lejos de la faz del Señor y de la gloria de su poder, cuando venga para ser glorificado en sus santos y admirado aquel día en todos, por habernos recibido vosotros, recibiendo por consiguiente nuestro testimonio. 11 Para eso sin cesar rogamos por vosotros, para que nuestro Dios os haga dignos de su vocación, 12 y el nombre de nuestro Señor Jesús sea glorificado en vosotros y vosotros en El, según la gracia de Dios y del Señor Jesucristo y con toda eficacia cumpla todo su bondadoso beneplácito y la obra de vuestra fe.

Sobre la parusía.

2 1 Por lo que hace a la venida de nuestro Señor Jesucristo y a nuestra reunión con El, os rogamos, hermanos, 2 que no os turbéis de ligero, perdiendo el buen sentido, y no os alarméis, ni por espíritu ni por discurso, ni por epístola, como si fuera nuestra (1), que digan que el día del Señor es inminente. 3 Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad (2), el hijo de la perdición,

---

(1) Los que vivían inquietos con la inminencia de la parusía debían de alegar profecías antiguas o nuevas, y hasta alguna carta del Apóstol. El procura volverlos al camino de la sensatez: no es cierto que sea inminente el día del Señor, puesto que su hora es un secreto del Padre. Después señala los sucesos que han de preceder a ese día.

(2) Dos cosas precederán a ese día: primero la apostasía, luego la aparición del Anticristo, el hombre del pecado, que se levanta contra toda manifestación religiosa y acaba por declararse a sí mismo Dios y reclamar su culto. De estas cosas ya había hablado el Apóstol a sus discípulos. Qué es lo que impide la aparición de ese hombre de pecado, ya lo conocían por las enseñanzas de San Pablo los tesalonicenses; pero nosotros lo ignoramos y no tenemos sobre esto más que conjeturas, entre las cuales la más fundada parece la tomada de Daniel, c. 10. Los ángeles de Persia y Grecia

4 que se opone y se alza contra todo
lo que se dice Dios o es adorado,
hasta sentarse en el templo de Dios
y proclamarse dios a sí mismo.
5 ¿No recordáis que, estando entre
vosotros, ya os decía esto? 6 Y ahora
sabéis qué es lo que le contiene,
hasta que llegue el tiempo de mani-
festarse. 7 Porque el misterio de ini-
quidad está ya en acción, sólo falta
que el que le retiene sea apartado.
8 Entonces se manifestará el inicuo,
a quien el Señor Jesús matará con
el aliento de su boca, destruyéndole
con la manifestación de su venida.
9 La venida del inicuo irá acompa-
ñada del poder de Satanás (3), de
todo género de milagros, señales y
prodigios engañosos, 10 y de seduc-
ciones de iniquidad para los desti-
nados a la perdición, por no haber
recibido el amor de la verdad para
ser salvos. 11 Por eso Dios les envía
un poder engañoso para que crean
en la mentira, y sean condenados
cuantos, no creyendo en la verdad, se
complacen en la iniquidad.
13 Pero nosotros debemos dar ince-
santes gracias a Dios por vosotros,
hermanos amados del Señor, a quie-
nes Dios ha elegido desde el principio
para haceros salvos por la santifi-
cación del espíritu y la fe verdadera.
14 A ésta precisamente os llamó por
medio de nuestra evangelización, para
que alcanzaseis la gloria de nuestro
Señor Jesucristo. 15 Manteneos, pues,
firmes, y guardad las enseñanzas
que recibisteis, ya de palabra, ya por
nuestras cartas. 16 El mismo Señor
nuestro Jesucristo y Dios, nuestro
Padre, que de gracia os amó y os
otorgó una consolación eterna, una
buena esperanza, 17 consuele vuestros
corazones y los confirme en toda
obra y palabra buena.

luchan entre sí para defender la causa de los pueblos que tienen encomendados. Miguel, uno de los más altos príncipes y defensor del pueblo de Dios, toma parte en esta contienda en favor del pueblo santo. Según esto, el obstáculo que se opone a la aparición del Anticristo sería este arcángel, príncipe de los ejércitos celestiales, que velan sobre la Iglesia y la defienden. A pesar de todo, el Anticristo trabaja, y el misterio de iniquidad, o sea las fuerzas del mal, va obrando hasta que le llegue la hora del triunfo momentáneo, que Dios le tiene señalado en su providencia.

(3) La fuerza del Anticristo procederá de Satán, para que con ella haga prodigios engañosos, pero capaces de seducir a los que no acogieron la caridad y la verdad.

Exhortaciones y saludos.

3 1 Por lo demás, hermanos, orad
por nosotros, para que la pala-
bra del Señor se difunda y sea El
glorificado como lo es entre vosotros,
2 y para que nos libre de los hombres
perversos y malvados, que no de
todos es la fe. 3 Pero fiel es el Señor,
que os confirmará y guardará del
maligno. 4 Confiamos en el Señor que
cumplís y cumpliréis lo que os hemos
encomendado. 5 El Señor guíe vues-
tros corazones en la caridad de Dios
y en la paciencia del Cristo. 6 En
nombre de nuestro Señor Jesucristo
os mandamos apartaros de todo her-
mano que vive desordenadamente y no
sigue las enseñanzas que de nosotros
habéis recibido. 7 Sabéis bien cómo
debéis imitarnos, pues no hemos vi-
vido entre vosotros en ociosidad,
8 ni de balde comimos el pan de
nadie (1), sino que con afán y con
fatiga trabajamos día y noche, para
no ser gravosos a ninguno de vos-
otros. 9 Y no porque no tuviéramos
derecho, sino porque queríamos daros
un ejemplo que imitar. 10 Y mien-
tras estuvimos entre vosotros, os
advertimos que el que no quiere
trabajar, que no coma. 11 Porque
hemos oído que algunos viven entre
vosotros en la ociosidad, sin hacer
nada, sólo ocupados en curiosearlo
todo. 12 A estos tales les ordenamos
y rogamos por amor del Señor Jesu-
cristo, que, trabajando sosegada-
mente, coman su pan. 13 Cuanto a
vosotros, hermanos, no os canséis
de hacer el bien. 14 Y si alguno no
obedece este mandato que por la
epístola os damos, a ése señaladle
y no os juntéis con él, para que se
avergüence. Mas no por eso le miréis
como enemigo, antes corregidle como
a hermano. 16 El mismo Señor de la
paz os conceda vivir en paz siempre
y dondequiera. 17 El saludo es de
mi mano, Pablo. Esta es la señal en
todas mis epístolas, así escribo. 18 La
gracia de nuestro Señor Jesucristo
sea con todos vosotros.

(1) El Apóstol hace varias veces alusión a sus anteriores enseñanzas de palabra a los tesalonicenses. Entre estas enseñanzas está la del trabajo, para vivir honradamente y para ayudar a los que no pueden trabajar. Es admirable el equilibrio de aquel espíritu, a quien el haberse elevado a las alturas de la contemplación no le impide descender a las pequeñeces de la vida material.

INTRODUCCION A LA I A LOS CORINTIOS

CORINTO era una ciudad importante, de gran comercio, a causa de su posición en el istmo de su nombre y de sus dos puertos, el de Cencres, en el mar Egeo, y el de Lequeo, en el golfo de Lepanto, que algo más tarde Nerón trató de unir por un canal. La ciudad había sido levantada de sus ruinas por Julio César, el año 44, y repoblada por gentes venidas de todas partes. Era su vida muy licenciosa, como que su culto religioso era el de Venus, en su suntuoso santuario situado en la Acrocorinto. Los judíos habían también acudido allí y tenían una sinagoga, muy frecuentada por los gentiles que más o menos simpatizaban con el judaísmo. En tiempo de San Pablo, Corinto era capital de la provincia de Acaya y residencia del procónsul romano.

San Pablo fundó esta cristiandad en su segundo viaje (51-53), comenzando a predicar en la sinagoga, hasta que, expulsado de ella, se retiró con algunos israelitas convertidos y muchos más gentiles (Act. 18, 6 ss.). La carta fué escrita en Efeso, cuando, en su tercera misión, predicó en aquella ciudad por espacio de tres años. Las comunicaciones comerciales entre Corinto y Efeso eran fáciles y frecuentes, por tratarse de dos ciudades comerciales importantes. Por algunos fieles de Corinto, que iban a Efeso para sus negocios, se enteró el Apóstol de la situación poco satisfactoria de la cristiandad. Además, los fieles mismos le dirigieron un largo capítulo de consultas. Con este motivo les escribió esta larga epístola, por el 56.

El plan de la epístola, después del saludo y acción de gracias, es el siguiente: 1.ª parte, corrección de abusos: a) *Espíritu de partido (1. 10-4, 21).* b) *El caso del incestuoso* (5). c) *Los pleitos entre los fieles (6, 1-11).* d) *La impureza (6, 12-20) 2.ª parte, respuesta a las consultas:* a) *El estado de matrimonio y la virginidad* (7). b) *Las carnes de los sacrificios (8, 1-11, 1).* c) *Disciplina de las reuniones (11, 2-34).* d) *Los dones espirituales (12, 1-14, 40).* e) *La resurrección de los muertos* (15). f) *Conclusión de la epístola* (16).

I A LOS CORINTIOS

Salutación.

1 [1] Pablo, por la voluntad de Dios llamado a ser Apóstol de Cristo Jesús, y Sóstenes, hermano, [2] a la iglesia de Dios, de Corinto, a los santificados en Cristo Jesús, llamados a ser santos, con todos los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo en todo lugar, suyo y nuestro: [3] la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y de Jesucristo.

Acción de gracias por los dones concedidos a los corintios.

[4] Doy continuamente gracias a Dios (1) por la gracia que os ha sido

(1) Después de su acostumbrado saludo, en que asocia a sus compañeros de apostolado, San Pablo da gracias a Dios por los bienes que ha derramado sobre la cristiandad de Corinto. Tenía el Apóstol muy impreso en el alma que la fe y los otros dones que la siguen son gracia de Dios y no industria ni mérito del hombre.

otorgada en Cristo Jesús, [5] porque en El habéis sido enriquecidos en todo; en toda palabra y en todo conocimiento, [6] a la medida en que el testimonio de Cristo ha sido confirmado entre vosotros. [7] Así no escaseéis en don alguno, mientras llega para vosotros la manifestación de nuestro Señor Jesucristo, [8] que a su vez os confirmará plenamente, para que seáis hallados irreprensibles en el día de nuestro Señor Jesucristo. [9] Pues fiel es Dios, por quien habéis sido llamados a participar con Jesucristo su Hijo y Señor nuestro.

Exhortación a la caridad.

[10] Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que todos habléis igualmente, y no haya entre vosotros cismas, antes seáis concordes en el mismo pensar y en el mismo sentir. [11] Esto, hermanos, os lo digo, porque he sabido por los de Cloe que hay entre vosotros discordias, [12] y cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo (1), yo de Apolo, yo de Cefas, yo de Cristo. [13] ¿Por ventura está dividido Cristo? ¿O ha sido Pablo crucificado por vosotros, o habéis sido bautizados en su nombre? [14] Doy gracias de no haber bautizado a ninguno de vosotros, si no es a Crispo y a Gayo; [15] para que nadie pueda decir que habéis sido bautizado en mi nombre. [16] También bauticé a la casa de Estéfana, mas fuera de éstos no sé de ningún otro.

La sabiduría del mundo y la de Dios.

[17] Que no me envió Cristo a bautizar, sino a evangelizar, y no con artificiosas palabras (2), para que no se desvirtúe la cruz de Cristo; [18] porque la doctrina de la cruz de Cristo es necedad para los que se pierden, pero es poder de Dios para los que se salvan. [19] Según que está escrito:

«Perderé la sabiduría de los sabios,
y reprobaré la prudencia de los prudentes.»

[20] ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde el letrado? ¿Dónde el disputador de las cosas de este mundo? ¿No ha hecho Dios necedad la sabiduría de este mundo? [21] Pues por no haber conocido el mundo a Dios en la sabiduría de Dios por la humana sabiduría, plugo a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación. [22] Los judíos piden señales, los griegos buscan sabiduría, [23] mientras que nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, [24] mas poder y sabiduría de Dios para los llamados, ya sean judíos, ya griegos. [25] Porque la locura de Dios es más sabia que los hombres, y la flaqueza de Dios más poderosa que los hombres.

[26] Y si no, mirad, hermanos, vuestra vocación; pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos (1), ni muchos nobles. [27] Antes eligió Dios la necedad del mundo para confundir a los sabios y la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; [28] y lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que no es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es, [29] para que nadie pueda gloriarse ante Dios. [30] Por El sois en Cristo Jesús, que ha venido a seros de parte de Dios sabiduría, justicia, santificación y redención, [31] para que, según está escrito, «el que se glorie, se gloríe en el Señor».

El modo y el fin de la evangelización de Pablo.

2 [1] Yo, hermanos, llegué a anunciaros el testimonio de Dios no con sublimidad de elocuencia o de

(1) Había entre aquellos griegos, siempre ligeros y dados a divisiones y partidos, preferencias por unos u otros predicadores del evangelio, lo que el Apóstol reprueba enérgicamente.

(2) Entiende San Pablo que la raíz de toda división o partido está en que los corintios no miran bastante a la sabiduría encerrada en la cruz de Cristo, en la cual está nuestra salud, sino a cosas humanas, la elocuencia, la erudición, la gracia en el decir, etc., cosas todas humanas que por sí nada valen, sino en cuanto sirven de vehículo a la verdad de Cristo.

(1) Jesucristo proclamaba bienaventurados a los pobres de espíritu, porque de ellos, más que de los ricos y doctos orgullosos, era el reino de los cielos; eso mismo acaecía en Corinto, donde los convertidos eran principalmente los que ante el mundo no tenían nada de que enorgullecerse. Esto significa en qué aprecio tiene el Señor todos esos bienes humanos y qué aprovechan para conseguir la vida eterna.

sabiduría, [2] que nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y éste crucificado. [3] Y me presenté a vosotros en debilidad, temor y temblor; [4] mi palabra y mi predicación no fué en persuasivos discursos de humana sabiduría, sino en la manifestación y el poder del Espíritu, [5] para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios. [6] Hablamos, sin embargo, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo (1), ni de los príncipes de este siglo, que ante ella quedan desvanecidos; [7] enseñamos una sabiduría divina, misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria; [8] que no conoció ninguno de los príncipes de este siglo; pues si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria. [9] Pero, según escrito está:

«Ni el ojo vió, y ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre, lo que Dios ha preparado para los que le aman.»

[10] Pues Dios nos la ha revelado por su Espíritu, que el Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios. [11] ¿Pues qué hombre conoce lo que en el hombre hay, sino el espíritu del hombre, que en él está? Así también las cosas de Dios, nadie las conoce sino el Espíritu de Dios. [12] Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu de Dios, para que conozcamos los dones que Dios nos ha concedido. [13] De estos os hemos hablado, y no con estudiadas palabras de humana sabiduría, sino con palabras aprendidas del Espíritu, adaptando a los espirituales las enseñanzas espirituales, [14] pues el hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son para él una locura y no las puede entender, porque hay que juzgarlas espiritualmente. [15] Al contrario, el espiritual juzga de todo, pero a él nadie puede juzgarle. [16] Porque ¿quién conoció la mente del Señor, para poder enseñarle? Mas nosotros tenemos el pensamiento de Cristo.

(1) Hay, sin embargo, una sabiduría cristiana que no alcanzaron los sabios de este mundo, porque trasciende toda inteligencia creada, y sólo la comunica el Espíritu Santo a los perfectos en la fe y en la humildad.

Divisiones en la iglesia de Corinto.

3 [1] Y yo, hermanos, no pude hablaros como a espirituales, sino como a carnales. Como a niños en Cristo os di a beber leche, no comida, [2] porque aún no la admitíais. Y ni aun ahora podéis admitirla, [3] porque sois todavía carnales. Sí, pues hay entre vosotros envidias y discordias; ¿no prueba esto que sois carnales y vivís a lo humano? [4] Cuando uno dice: Yo soy de Pablo, y otro, yo de Apolo, ¿no procedéis a lo humano? [5] Pues ¿qué es Apolo y qué es Pablo? Ministros según lo que a cada uno ha dado el Señor (1), por cuyo ministerio habéis creído.

[6] Yo planté, Apolo regó; pero quien dió el crecimiento fué Dios. [7] Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento. [8] El que planta y el que riega son iguales, cada uno recibirá su recompensa conforme a su trabajo. [9] Porque nosotros, sólo somos cooperadores de Dios, y vosotros sois arada de Dios, edificación de Dios.

[10] Según la gracia de Dios que me fué dada, yo, como sabio arquitecto, puse los cimientos, otro edifica encima. Cada uno mire cómo edifica, [11] que cuanto al fundamento, nadie puede poner otro sino el que está puesto, que es Jesucristo. [12] Si sobre este fundamento uno edifica oro, plata, piedras preciosas o maderas, heno, paja, [13] su obra quedará de manifiesto, pues en su día el fuego lo revelará y probará cuál fué la obra de cada uno. [14] Aquel cuya obra subsista recibirá el premio, [15] y aquel cuya obra sea consumida sufrirá el daño; él, sin embargo, se salvará, pero como quien pasa por el fuego.

[16] ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno profana el templo de Dios, Dios le destruirá. [17] Porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros. [18] Nadie se engañe; si alguno entre vosotros cree que es sabio según este siglo,

(1) Ni Pablo, ni Apolo, ni ninguno de los otros ministros de la predicación son nada de suyo, sino ministros de Cristo, que por ellos da la gracia y la salud. Sobre Cristo hay que alzar el edificio de la perfección cristiana; sólo el que sobre este fundamento haya edificado y a él corresponda, se salvará en el día último en que el Señor someta todas las cosas al juicio del fuego.

hágase necio, para llegar a ser sabio. 19 Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios. Pues escrito está: El caza a los sabios en su astucia. 20 Y en otra parte: El Señor conoce cuán vanos son los planes de los sabios. 21 Nadie, pues, se gloríe en los hombres, que todo es vuestro; 22 ya Pablo, ya Apolo, ya Cefas, ya el mundo, ya la nada, ya la muerte, ya lo presente, ya lo venidero, todo es vuestro; 23 y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios.

4 1 Es preciso que los hombres vean en nosotros ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. 2 Por lo demás, lo que en los dispensadores se busca es que sean fieles. 3 Cuanto a mí, muy poco se me da de ser juzgado por vosotros o de cualquier tribunal humano, que ni aun a mí mismo me juzgo. 4 Cierto que de nada me arguye la conciencia, mas no por eso me creo justificado; quien me juzga es el Señor. 5 Tampoco, pues, juzguéis vosotros antes de tiempo, mientras no venga el Señor, que iluminará los escondrijos de las tinieblas y hará manifiestos los propósitos de los corazones, y entonces cada uno recibirá de Dios su merecido.

6 Esto, hermanos, por vía de ejemplo de mí y de Apolo, os lo aplico a vosotros, para que en nosotros aprendáis lo de «no ir más allá de lo que está escrito», y que nadie por amor de alguno se infle en perjuicio de otro. 7 Porque ¿quién es el que a ti te hace preferible? ¿Qué tienes que no hayas recibido? 8 Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías, como si no lo hubieras recibido? 8 ¿Ya estáis llenos? ¿Ya estáis ricos? ¿Sin nosotros habéis logrado el reino? Ojalá que lo hubierais logrado, para que también nosotros con vosotros reináramos. 9 Porque, a lo que pienso, Dios a nosotros, los Apóstoles, nos ha asignado el último lugar, como a condenados a muerte, pues hemos venido a ser espectáculo para el mundo entero, para los ángeles y para los hombres. 10 Hemos venido a ser necios por amor de Cristo; vosotros, sabios en Cristo; nosotros débiles, vosotros fuertes; vosotros ilustres, nosotros viles; 11 Pasamos hambre, sed y desnudez, somos abofeteados y andamos vagabundos, 12 y penamos trabajando con nuestras manos; 13 afrentados, bendecimos; hemos venido a ser hasta ahora como desecho del mundo, como estropajo de todos.

14 No escribo esto para confundiros (1), sino para amonestaros, como a hijos míos carísimos. 15 Porque aunque tengáis diez mil pedagogos en Cristo, pero no muchos padres, que quien os engendró en Cristo por el Evangelio soy yo. 16 Os exhorto, pues, a ser imitadores míos. 17 Por esto os envío a Timoteo, que es mi hijo muy amado y fiel en el Señor, que os traerá a la memoria mis caminos en Cristo Jesús, y os dirá cuál es mi enseñanza por doquier en todas las iglesias. 18 Como si yo no hubiese ya de ir a vosotros, así se han hinchado algunos. 19 Pues iré, y pronto, si Dios quiere, y entonces conoceré, no de las palabras de que se hinchan, sino de su eficacia, 20 que no está en palabras el reino de Dios, sino en realidades. 21 ¿Qué preferís? ¿Que vaya a vosotros con la vara o que vaya con amor y espíritu de mansedumbre?

Estado moral de la iglesia de Corinto.

5 1 Es ya público que entre vosotros reina la fornicación, y tal fornicación, cual ni entre los gentiles (2), pues se da el caso de tener uno la mujer de su padre. 2 Y vosotros, tan hinchados, ¿no habéis hecho luto para que desapareciera de entre vosotros quien tal hizo? 3 Pues yo, ausente en cuerpo, pero presente en espíritu, he condenado ya cual si estuviera presente al que eso ha hecho. 4 Congregados en nombre del

(1) Después del párrafo precedente, lleno de ironía, en que reprende la presunción de sus hijos al constituirse jueces de los predicadores evangélicos, vuelve al tono suyo paternal, que iba mejor a su temperamento y a su estilo ordinario.

(2) La cristiandad de Corinto, viviendo en medio de aquella corrupción pagana, era testigo de un caso escandaloso en su propio seno. Esto debía de causarles horror y excitar en ellos la protesta más viva. Un individuo se había casado con la que había sido mujer de su propio padre, y sin duda repudiada por él. Semejante escándalo debía de tener confundidos a todos los fieles y no dar lugar a presunciones de ningún género. San Pablo, excomulgándole, le arroja de la iglesia en que reina Cristo y le entrega a Satanás, que impera en el mundo, para que avergonzado se arrepienta y haga penitencia.

Señor Jesucristo vosotros y mi espíritu, con la autoridad de nuestro Señor Jesús, entrego a ese tal a Satanás, para ruina de su carne, a fin de que el espíritu sea salvo en el día del Señor.

6 No está bien que os jactéis. ¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? 7 Alejad la vieja levadura, para ser masa nueva, como sois ácimos, porque vuestra Pascua, Cristo, ya ha sido inmolada. 8 Así pues, festejémosla, no con la vieja levadura, no con la levadura de la malicia y la maldad, sino con los ácimos de la pureza y la verdad.

9 Os escribí en carta que no os mezclarais con los fornicarios. 10 No, cierto, con los fornicarios de este mundo, con los avaros, con los ladrones, con los idólatras, porque para para eso tendríais que saliros de este mundo. 11 Lo que os digo es que no os mezcléis con ninguno que llevando el nombre de hermano, sea adúltero, avaro, idólatra, maldiciente borracho o ladrón; con éstos ni comer; 12 ¿pues qué a mí juzgar a los de fuera? ¿No es a los de dentro a quienes os toca juzgar? 13 Dios juzgará a los de fuera; vosotros extirpad el mal de entre vosotros.

6 1 ¿Y osa alguno de vosotros que tiene un litigio con otro (1), acudir en juicio ante los injustos, y no ante los santos? 2 ¿Acaso no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si habéis de juzgar al mundo, ¿seréis incapaces de juzgar esas otras causas más pequeñas? 3 ¿No sabéis que hemos de juzgar aun a los ángeles? Pues mucho más las naderías de esta vida. 4 Cuando tengáis diferencias sobre estas nonadas de la vida, poned por jueces a los más despreciables de la Iglesia. 5 Para vuestra confusión os hablo de este modo. ¿No hay entre vosotros nadie prudente, capaz de ser juez entre hermanos? 6 En vez de esto, ¿el hermano pleitea con el hermano, y esto ante los infieles? 7 Ya es una mengua que tengáis pleitos unos con otros. ¿Por qué no preferís sufrir la injusticia? 8 Y en vez de esto sois vosotros los que hacéis injusticias y cometéis fraudes, y esto con hermanos. 9 ¿No sabéis que los injustos no poseerán el reino de Dios? No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los sodomitas, ni los ladrones, ni los avaros, ni los ebrios, ni los maldicientes, ni los rapaces poseerán el reino de Dios. 11 Y algunos esto erais, pero habéis sido lavados; habéis sido santificados; habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesucristo, y por el Espíritu de nuestro Dios.

12 «Todo me es lícito», pero no todo te conviene. «Todo me es lícito», pero yo no me dejaré dominar de nada. 13 «Los manjares para el vientre y el vientre para los manjares»; pero Dios destruirá el uno y los otros. El cuerpo no es para la fornicación (1), sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo; 14 y Dios, que resucitó al Señor, nos resucitará también a nosotros por su poder. 15 ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Y voy a tomar yo los miembros de Cristo, para hacerlos miembros de una meretriz? ¡No lo quiera Dios! 16 ¿No sabéis que quien se allega a una meretriz se hace un cuerpo con ella? Porque serán dos, dice, en una carne. 17 Pero el que se allega al Señor se hace un espíritu con El. 18 Huíd la fornicación. Cualquier pecado que cometa un hombre, fuera de su cuerpo queda; pero el que fornica peca contra su propio cuerpo. 19 ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto, no os pertenecéis? 20 Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo.

(1) Otro escándalo reprende el Apóstol en los corintios: el andar en pleitos entre sí y llevar sus causas a los tribunales ordinarios, en vez de resolverlas amigablemente dentro de casa. Con esta ocasión el Apóstol nos da una lista de los vicios frecuentes entre los gentiles y que deben estar muy lejos de quienes han sido santificados por la gracia de Dios.

Respuesta a la pregunta de los corintios acerca del matrimonio.

7 1 Comenzando a tratar de lo que me habéis escrito; bueno es al

(1) Con este mismo argumento los persuade a la guarda de la castidad. Sus cuerpos son miembros de Cristo, templos del Espíritu Santo: ¿cómo profanarlos con la lujuria? Más bien deben glorificar a Dios, a quien llevan en su propio cuerpo.

hombre no tocar mujer; [2] mas por evitar la fornicación, tenga cada uno su mujer, y cada una tenga su marido. [3] El marido pague a la mujer, e igualmente la mujer al marido. [4] La mujer no es dueña de su propio cuerpo: es del marido; e igualmente el marido no es dueño de su propio cuerpo: es de la mujer. [5] No os defraudéis uno al otro, a no ser de común acuerdo por algún tiempo, para daros a la oración, y de nuevo volved al mismo orden de vida, a fin de que no os tiente Satanás de incontinencia. [6] Esto os lo digo, condescendiendo, no mandando.

[7] Quisiera yo que todos fuesen como yo, pero cada uno tiene de Dios su propia gracia, éste una, aquél otra. [8] Sin embargo, a los no casados y a las viudas les digo que les es mejor permanecer como yo. [9] Pero si no pueden guardar continencia, cásense, que mejor es casarse que abrasarse. [10] Cuanto a los casados, precepto es, no mío, sino del Señor, que la mujer no se aparte del marido, [11] y de apartarse, que no vuelva a casarse, o reconcíliese con el marido; y que el marido no despida a su mujer.

[12] A los demás les digo yo, no el Señor (1), que si algún hermano tiene mujer infiel y ésta consiente en cohabitar con él, no la despida. [13] Y si una mujer tiene marido infiel y éste consiente en cohabitar con ella, no lo abandone. [14] Pues se santifica el marido infiel por la mujer, y se santifica la mujer infiel por el marido. De otro modo vuestros hijos serían impuros, y ahora son santos. [15] Pero si la parte infiel se retira, que se retire. En tales casos no está esclavizado el hermano o la hermana, que Dios nos ha llamado a la paz. [16] ¿Qué sabes tú, mujer, si salvarás a tu marido; y tú, marido, si salvarás a tu mujer?

[17] Pero cada uno ande según el Señor le dió y según le llamó. Y esto lo mando en todas las iglesias. [18] ¿Ha sido uno llamado en la circuncisión? No falsee el prepucio. ¿Ha sido llamado en el prepucio? No se circuncide. [19] Nada es la circuncisión, nada el prepucio, sino la guarda de los preceptos de Dios. [20] Cada uno permanezca en el estado en que fué llamado. [21] ¿Fuiste llamado en la servidumbre? No te dé cuidado, y aun pudiendo hacerte libre, aprovéchate más bien de tu servidumbre. [22] Pues el que siervo fué llamado por el Señor, es liberto del Señor; e igualmente el que libre fué llamado, es siervo de Cristo. [23] Habéis sido comprados a precio, no os hagáis siervos de los hombres. [24] Hermanos, persevere cada uno ante Dios en la condición en que por El fué llamado.

[25] Acerca de las vírgenes, no tengo precepto del Señor, pero puedo dar consejo (1), como quien ha obtenido del Señor la misericordia de ser fiel. [26] Creo, pues, que por la instante necesidad, es bueno que el hombre quede así: ¿Estás ligado a mujer? No busques la separación. ¿Estás libre de mujer? No busques mujer. [28] Si te casares, no pecas; y si la doncella se casa, no peca; pero tendréis así que estar sometidos a la tribulación de la carne, que quisiera yo ahorraros.

[29] Dígoos pues, hermanos, que el tiempo es corto. Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no poseyesen, [31] y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen; porque pasa la apariencia de este mundo. [32] Yo os querría libres de cuidados. El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. [33] El casado ha de cuidarse de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer, [34] y así está dividido. La mujer no casada y la doncella sólo tienen que preocuparse de las cosas del Señor, de ser santas en cuerpo y en espíritu. Pero la casada ha de preocuparse de las cosas del marido, de agradar al marido. [35] Esto os lo digo para vuestra conveniencia, no para tenderos un lazo, sino mirando a lo que es mejor

(1) En estos versículos se halla contenido el privilegio canónico que llaman *paulino*. Si un cristiano o cristiana está casado con un infiel que consiente en vivir con la parte fiel respetando su conciencia, el matrimonio se mantiene firme; pero en caso contrario, el matrimonio puede disolverse en beneficio de la parte fiel.

(1) La necesidad de inculcar la observancia de la ley conyugal no impide al Apóstol poner de relieve como más perfecto el consejo de la virginidad o de la viudez consagrada al servicio de Dios, según la recomendación hecha por Jesucristo en su propia persona y en la de su Madre, y además en su enseñanza (Mt. 19,12).

y os permite uniros más al Señor, libres de impedimentos.
36 Si alguno estima indecoroso para su hija doncella dejar pasar la flor de la edad, y que debe casarla, haga lo que quiera: no peca; que la case. 37 Pero el que firme en su corazón, no necesitado, sino libre y de voluntad, determina guardar virgen a su hija, hace mejor. 38 Quien, pues, cása su hija doncella, hace bien, y quien no la casa hace mejor. 39 La mujer está ligada por todo el tiempo de vida de su marido, mas una vez que se duerme el marido, queda libre para casarse con quien quiera, pero en el Señor. 40 Más feliz será si permanece así, conforme a mi consejo, pues también creo tener yo el espíritu de Dios.

Respuesta a la pregunta de los corintios acerca de las carnes sacrificadas a los ídolos.

8 1 Cuanto a lo de las carnes sacrificadas a los ídolos (1), sabemos que todos tenemos ciencia. Pero la ciencia hincha, sólo la caridad edifica. 2 Si alguno cree saber algo, aún no sabe lo que conviene saber; pero el que ama a Dios, ése es conocido por El. 4 Pues bien, acerca del comer las carnes sacrificadas a los ídolos, sabemos que el ídolo no es nada en el mundo, y que no hay más Dios que uno solo. 5 Porque aunque algunos sean llamados dioses, ya en el cielo, ya en la tierra, de manera que hubiera muchos dioses y muchos señores, para nosotros no hay más que un Dios, Padre, de quien todo procede y para quien somos nosotros, y un solo Señor, Jesucristo, por quien son todas las cosas y nosotros también.
7 Pero no todos saben esto; habituados de antiguo a los ídolos, comen esas carnes como realmente sacrificadas al ídolo, y su conciencia se mancha por su flaqueza. 8 Pero no es la comida la que nos hace aceptos a Dios, y ni por abstenernos escasearemos, ni por comer abundaremos. 9 Mas cuidad de que esa vuestra facultad no sea tropiezo para los débiles. 10 Porque si alguno te viere a ti, que tienes ciencia, sentado a la mesa en un santuario de ídolos, en la flaqueza de su conciencia, ¿no se creerá inducido a comer las carnes sacrificadas a los ídolos? 11 Entonces perecerá por tu ciencia el hermano flaco por quien Cristo murió. 12 Y pecando contra los hermanos e hiriendo su conciencia flaca, pecáis contra Cristo. 13 Por lo cual, si mi comida ha de escandalizar a mi hermano, no comeré carne jamás, por no escandalizar a mi hermano.

9 1 ¿No soy libre yo? ¿No soy apóstol? ¿No he visto a nuestro Señor Jesucristo? ¿No sois vosotros mi obra en el Señor? 2 Si para otros no soy apóstol, a lo menos para vosotros lo soy, pues sois el sello de mi apostolado en el Señor. 3 Y he aquí mi defensa contra todos cuando me discuten: 4 ¿Acaso no tenemos derecho a comer y beber? 5 ¿No tenemos derecho a llevar en nuestras peregrinaciones una hermana, igual que los demás Apóstoles y los hermanos del Señor y Cefas? 6 ¿O acaso solamente yo y Bernabé estamos obligados a vivir de nuestro trabajo? 7 ¿Quién jamás milita a sus propias expensas? ¿Quién planta una viña y no come de su fruto? ¿Quién apacienta un rebaño y no come de su leche?
8 Y esto, no sólo según el común sentir de los hombres, la misma Ley dice también esto. 9 Porque en la Ley de Moisés está escrito: No pongáis bozal al buey que trilla. ¿Es que Dios se ocupa de los bueyes? 10 ¿No es más bien por nosotros por quienes lo dice? Por nosotros sin duda se escribió. Que esperando los frutos ara el que ara y trilla el que trilla. 11 Si sembramos en vosotros bienes espirituales, ¿qué mucho que recojamos bienes materiales? 12 Si otros tienen derecho a participar en vuestros bienes, ¿no lo tendremos más nosotros? Pero no hemos hecho uso de este nuestro derecho, antes hemos soportado todo género de privaciones para no poner obstáculo alguno al Evangelio de Cristo. 13 ¿No sabéis que los que ejercen las funciones sagradas viven del santuario, y los

(1) El decreto de la asamblea jerosolimitana prohibía comer las carnes sacrificadas a los ídolos, que se vendían públicamente en el mercado. Los fieles proponen este caso de conciencia a su maestro, el cual les responde que, puesto que los ídolos no son nada, las carnes de las víctimas a ellos ofrecidas no quedan por esto manchadas. Sin embargo, es preciso atender a la conciencia flaca de los que sienten de otra manera, para no escandalizarlos.

que sirven al altar, del altar participan? 14 Pues así ha dispuesto el Señor que los que anuncian el Evangelio vivan del Evangelio.

15 Pero yo no hago uso de este derecho. Ni escribo esto ahora para hacerlo valer. Prefiero morir antes que privarme de esta mi gloria. 16 Porque evangelizar no es gloria para mí, sino necesidad. ¡Ay de mí, si no evangelizara! 17 Si de mi voluntad lo hiciera, tendría recompensa; pero si lo hago por fuerza, es como si ejerciera una administración que me ha sido confiada. 18 ¿En que está, pues, mi mérito? En que al evangelizar lo hago gratuitamente, sin hacer valer mis derechos por la evangelización. En que siendo del todo libre, me hago siervo (1) de todos para ganarlos a todos, 20 y me hago judío con los judíos para ganar a los judíos. Con los que viven bajo la Ley, me hago como si yo estuviera sometido a ella, no estándolo, para ganar a los que bajo ella están. 21 Con los que están fuera de la Ley, me hago como si estuviera fuera de la Ley, para ganarlos a ellos, no estando yo fuera de la ley de Dios, sino bajo la ley de Cristo. 22 Me hago con los flacos flaco, para ganar a los flacos; me hago todo para todos, para salvarlos a todos. 23 Todo lo hago por el Evangelio, para participar en él.

24 ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos corren, pero uno sólo alcanza el premio? Corred, pues, de modo que lo alcancéis. 25 Y quien se prepara para la lucha, de todo se abstiene, y eso para alcanzar una corona corruptible; mas nosotros para alcanzar una incorruptible. 26 Y yo corro, no como a la ventura, por un premio incierto; no como quien azota el aire, 27 sino que castigo mi cuerpo y lo esclavizo, no sea que, habiendo sido heraldo para los otros, resulte yo descalificado.

10 1 No quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres estuvieron todos bajo la nube, que todos atravesaron el mar, 2 y todos siguieron a Moisés bajo la nube y por el mar; 3 que todos comieron el mismo pan espiritual, y todos bebieron la misma bebida espiritual, 4 pues bebían de la roca espiritual que los seguía, y la roca era Cristo; 5 pero Dios no se agradó de la mayor parte de ellos, pues fueron postrados en el desierto. 6 Esto fué en figura nuestra, para que no codiciemos lo malo como lo codiciaron ellos, ni idolatréis, como algunos de ellos, según está escrito: «Se sentó el pueblo a comer y beber y se levantaron para danzar.» 8 Ni forniquemos, como algunos de ellos fornicaron, cayendo veintitrés mil en un día. 9 Ni tentemos al Señor, como algunos de ellos le tentaron y perecieron por las serpientes. 10 Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, acabando a manos del exterminador.

11 Estas cosas les sucedieron a ellos en figura y fueron escritas para amonestarnos a nosotros, para quienes ha llegado la plenitud de los tiempos. 12 Así pues, el que cree estar en pie, mire no caiga; no os ha sobrevenido tentación que no fuera humana, y fiel es Dios, que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el éxito, para que podáis resistirla.

14 Por lo cual, amados míos, huíd la idolatría. 15 Os hablo como a discretos. Sed vosotros jueces de lo que os digo: 16 El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? 17 Porque el pan es uno, somos muchos un solo cuerpo, pues todos participamos de ese único pan. 18 Mirad al Israel carnal. ¿No participan del altar los que comen de las víctimas? 19¿Qué digo, pues? ¿Que las carnes sacrificadas a los ídolos son algo, o que los ídolos son algo? 20 Antes bien digo que lo que sacrifican, a los demonios y no a Dios lo sacrifican. Y no quiero yo que vosotros tengáis parte con los demonios. 21 No podéis beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios. No podéis tener parte en la mesa del Señor y en la mesa de los demonios. 22 ¿O queremos provocar la ira del Señor? ¿Somos acaso más fuertes que El?

23 «Todo es lícito», pero no todo conviene; «todo es lícito», pero no todo edifica. 24 Nadie busque su provecho, sino el de los otros. 25 Todo cuanto se vende en el mercado, co-

(1) Intenta persuadir el sacrificio de la libertad en obsequio de la caridad fraterna, con su propio ejemplo, pues teniendo derecho a vivir del ministerio apostólico, consiente en vivir de su trabajo para dar ejemplo a los fieles.

medlo, sin inquirir su origen por motivos de conciencia, [26] porque del Señor es la tierra y cuanto la llena. [27] Si alguno de los infieles os invita y vais, comed de todo lo que os sirvan, sin preguntar nada por motivos de conciencia. [28] Pero si alguno os dijere: Esto es inmolado, no comáis, por el que lo indicó y por la conciencia. [29] No digo por la tuya, sino por la del otro. Pero ¿por qué ha de coartarse mi libertad por la conciencia ajena? [30] Si yo con agradecimiento participo, ¿por qué he de ser reprendido por aquello mismo de que doy gracias? [31] Ya comáis, ya bebáis, hacedlo todo para gloria de Dios, [32] y no seáis objeto de escándalo ni para judíos, ni para griegos, ni para la Iglesia de Dios; [33] como procuro yo agradar a todos en todo, no buscando mi conveniencia, sino la de todos para que se salven. [1] Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo.

La mujer en la iglesia.

11 [2] Os alabo de que en todo os acordéis de mí y retengáis las tradiciones que yo os he transmitido. [3] Pues bien, quiero que sepáis que la cabeza de todo varón es Cristo, y la cabeza de la mujer, el varón, y la cabeza de Cristo, Dios. [4] Todo varón que ora o profetiza velada la cabeza, deshonra su cabeza, es lo mismo que si se rapara. [6] Pero si una mujer no se cubre, que se rape. Y si es indecoroso para una mujer cortarse el pelo o raparse, que se vele. [7] El varón no debe cubrir la cabeza, porque es imagen y gloria de Dios; mas la mujer es gloria del varón, [8] pues no procede el varón de la mujer, sino la mujer del varón; [9] ni fué creado el varón para la mujer, sino la mujer para el varón.

[10] Debe, pues, llevar la mujer la señal de la sujeción por respeto a los ángeles. [11] Pero ni la mujer sin el varón, ni el varón sin la mujer en el Señor. [12] Porque así como la mujer procede del varón, así también el varón viene a la existencia por la mujer, y todos vienen de Dios. [13] Sed vosotros jueces: ¿Es decoroso que ore a Dios descubierta la mujer? [14] Y no os enseña la misma naturaleza que el varón se afrenta si deja crecer su cabellera, [15] mientras que la mujer se honra dejándola crecer? Es que el cabello le ha sido dado por velo. [16] Si a pesar de esto, alguno gusta de disputar, nosotros no acostumbramos a hacerlo ni las iglesias de Dios tampoco.

Sobre el modo de celebrar los ágapes.

[17] Y al recomendaros esto, no puedo alabar que vuestras reuniones sean no para bien, sino para daño vuestro. [18] Pues primeramente oigo que al reuniros hay entre vosotros cismas, y en parte lo creo, [19] pues es preciso que haya disensiones a fin de que se destaquen los de probada virtud. [20] Y cuando os reunís no es para comer la cena del Señor, [21] porque cada uno se adelanta a tomar su propia cena (1), y mientras uno pasa hambre, otro está ebrio. [22] Pero ¿es que no tenéis casas para comer y beber? ¿O en tan poco tenéis la Iglesia de Dios y así avergonzáis a los que no tienen? ¿Qué voy a deciros? ¿Os alabaré? En esto no puedo alabaros.

[23] Porque yo he recibido del Señor lo que os he transmitido, que el Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan, [24] y después de dar gracias, lo partió y dijo: Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros, haced esto en memoria mía. [25] Y asimismo, después de cenar, tomó el cáliz, diciendo: Este cáliz es el nuevo Testamento en mi sangre: cuantas veces lo bebáis, haced esto en memoria mía. [26] Pues cuantas veces comáis este pan y bebáis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que El venga. [27] Así pues, quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, es reo del cuerpo y de la sangre del Señor. [28] Examínese, pues, el hombre a sí mismo antes de comer del pan y beber del cáliz; [29] pues el que sin discernir come y bebe el cuerpo del Señor, se come y bebe su propia condenación.

[30] Por esto hay entre vosotros muchos flacos y débiles, y muchos

(1) El sentido histórico de estos versículos es muy discutido. Sin duda se trata de las cenas de caridad, que, a juicio del Apóstol, ya no lo eran en Corinto, por la manera de celebrarlas. De aquí toma ocasión para referir la cena del Señor, en términos más parecidos a los empleados por San Lucas en su evangelio,

dormidos. 31 Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos condenados. 32 Mas juzgados por el Señor, somos corregidos para no ser condenados con el mundo. 33 En resumen, hermanos míos, que cuando os juntéis para comer, os esperéis unos a otros. 34 Si alguno tiene hambre, que coma en su casa, pero que no os reunáis para vuestra condenación. Lo demás lo dispondré cuando vaya.

Sobre los dones espirituales.

12 1 No quiero que de lo que toca a los dones espirituales (1) estéis en la ignorancia. 2 Sabéis que cuando erais gentiles, ciegamente os dejabais arrastrar hacia los ídolos mudos; 3 por lo cual os hago saber que nadie, hablando en el Espíritu de Dios, puede decir «anatema sea Jesús», y nadie puede decir «Jesús es el Señor», sino en el Espíritu Santo.

4 Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. 5 Hay diversidad de ministerios, pero uno mismo es el Señor. 6 Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos. 7 Pero a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad. 8 A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; 9 a otro fe en el mismo Espíritu; a otro don de curaciones en el mismo Espíritu; 10 a otro operaciones de milagros; a otro profecía, a otro discreción de espíritus, a otro géneros de lenguas, a otro interpretación de lenguas. 11 Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere.

12 Porque así como siendo el cuerpo uno tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único, así es también Cristo. 13 Porque también todos nosotros hemos sido bautizados en un solo Espíritu, para constituir un solo cuerpo, y todos, ya judíos, ya gentiles, ya siervos, ya libres, hemos bebido del mismo Espíritu. 14 Porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos. 15 Si se dijere el pie: porque no soy mano, no soy del cuerpo, no por esto deja de ser del cuerpo. 16 Y si dijere la oreja: porque no soy ojo, no soy del cuerpo, no por esto deja de ser del cuerpo. 17 Si todo el cuerpo fuera ojos, ¿dónde estaría el oído? Y si todo él fuera oídos, ¿dónde estaría el olfato? 18 Pero Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos como ha querido. 19 Si todos fueran un miembro, ¿dónde estaría el cuerpo? 20 Los miembros son muchos, pero uno solo el cuerpo. 21 Y no puede el ojo decir a la mano: No tengo necesidad de ti. Ni tampoco la cabeza a los pies: No necesito de vosotros.

22 Aún hay más: Los miembros del cuerpo que parecen más débiles son los más necesarios; 23 y a los que parecen más viles, los rodeamos de mayor honor, y a los que tenemos por indecentes, los tratamos con mayor decencia, 24 mientras que los que de suyo son decentes no necesitan de más. Ahora bien, Dios dispuso el cuerpo dando mayor decencia al que carecía de ella, 25 a fin de que no hubiera escisiones en el cuerpo, antes todos los miembros se preocupen por igual unos de otros. 26 De esta suerte, si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro es honrado, todos los otros a una se gozan. 27 Pues vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno en parte, 28 según la disposición de Dios en la Iglesia, primero Apóstoles, luego Profetas, luego Doctores, luego el poder de milagros, las virtudes, después las gracias de curación, de asistencia, de gobierno, los géneros de lenguas. 29 ¿Son todos Apóstoles? ¿Son todos Profetas? ¿Son todos Doctores? ¿Tienen todos el poder de hacer milagros? 30 ¿Tienen todos la gracia de curaciones? ¿Hablan todos en lenguas? ¿Todos interpretan? 31 Aspirad a los mejores dones. Pero quiero mostraros un camino mejor.

La caridad.

13 1 Si hablando lenguas de hombres y de ángeles, no tengo caridad (1), soy como bronce que

(1) El Espíritu Santo se mostraba en la Iglesia primitiva por la abundancia de sus carismas o dones, que derramaba en los fieles. Parece que los fieles de Corinto se pagaban mucho de ellos y San Pablo les explica cómo todos ellos han de contribuir al bien común de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo.

(1) Sobre todos los dones está la caridad, sin la cual nada valen todas las otras gracias.

suena o címbalo que retiñe. 2 Y si teniendo el don de profecía y conociendo todos los misterios y toda la ciencia tuviere tan gran fe que trasladase los montes, si no tengo caridad, no soy nada. 3 Y si repartiere toda mi hacienda y entregare mi cuerpo al fuego; no teniendo caridad, nada me aprovecha.

4 La caridad es paciente, es benigna; no es envidiosa, no es jactanciosa, no se hincha; 5 no es descortés, no es interesada, no se irrita, no piensa mal; 6 no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; 7 todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.

8 La caridad no pasa jamás: las profecías tienen su fin, las lenguas cesarán, la ciencia se desvanecerá. 9 Al presente, nuestro conocimiento es imperfecto y lo mismo la profecía; 10 cuando llegue el fin desaparecerá eso que es imperfecto. 11 Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, razonaba como niño; 12 cuando llegué a ser hombre, dejé como inútiles las cosas de niño. Ahora veo por un espejo y oscuramente, entonces veremos cara a cara. Al presente conozco sólo en parte, entonces conoceré como soy conocido. 13 Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza, la caridad; pero la más excelente de ellas es la caridad.

El don de lenguas y el de profecía.

14 1 Procuraos la caridad, aun aspirando a los dones espirituales (1), sobre todo al de profecía; 2 pues el que habla en lengua exótica habla a Dios, no a los hombres, pues nadie le entiende, diciendo su espíritu cosas misteriosas; 3 mas el que profetiza habla a los hombres para su edificación, exhortación y consolación. 4 El que habla en lenguas se edifica a sí mismo; el que profetiza edifica a la Iglesia. 5 Yo veo muy bien que todos vosotros habléis en lenguas, pero mejor que profeticéis; pues mejor es el que profetiza que el que habla en lenguas, a menos que también interprete para edificación.

6 Ahora bien, hermanos, si yo fuere a vosotros hablando en lenguas, ¿qué os aprovecharía si no os hablase con revelación o con ciencia o con profecía o con doctrina? 7 Las cosas inanimadas, por ejemplo, la flauta o la cítara, que producen también sonidos, si no los producen con distinción, ¿cómo se conocerá lo que con la flauta o la cítara se toca? 8 Como también, si la corneta diera un toque indefinido, ¿quién se prepararía para la lucha? 9 Así también vosotros, si con el don de lenguas no proferís un discurso inteligible, ¿cómo se sabrá lo que decís? Seríais como quien habla al aire. 10 Tantas hablas como hay en el mundo, y no hay quien no tenga la suya. 11 Pero si no conozco la significación de las palabras, seré para el que me habla un bárbaro, y el que me habla será para mí un bárbaro.

12 Ya, pues que sois amantes de los carismas, procurad abundar en ellos para edificación de la Iglesia. 13 Por eso, el que habla en lenguas, ore para poder interpretar. 14 Porque si oro en lenguas, mi espíritu ora, pero mi mente queda sin fruto. 15 ¿Qué hacer, pues? Oraré con el espíritu y oraré también con la mente; salmodiaré con el espíritu, pero salmodiaré también con la mente. 16 Pues si tú das gracias a Dios en espíritu, ¿cómo podrá decir amén a tu acción de gracias el simple asistente? Porque no sabe lo que dices. 17 Tu darás gracias muy bien, pero el otro no se edifica. 18 Doy gracias a Dios de que hablo en lenguas más que todos vosotros; 19 pero en la Iglesia prefiero hablar diez palabras con sentido para instruir a otros, a decir diez mil palabras en lenguas. 20 Hermanos, no seáis niños en el juicio, sed párvulos sólo en la malicia, pero adultos en el juicio. 21 Está escrito en la Ley:

En ella se resumen todas las virtudes que constituyen la vida cristiana. Aventaja a la fe y a la esperanza y es la única de las virtudes que permanece en el cielo. La caridad de que aquí nos habla es la caridad del prójimo, pero practicada por amor de Dios, como un reflejo del mismo amor de Dios.

(1) Este capítulo está consagrado a los dones de profecía y de lenguas y al ejercicio de los mismos en las asambleas cristianas. San Pablo estima en mucho el don de profecía, porque es útil para edificar, exhortar y consolar a los fieles. Los favorecidos con este don, ejercítenlo por turno, con orden, en provecho de todos. Cuanto al don de lenguas, es una oración del espíritu, no de la mente. El agraciado con ese don habla misterios, pero no los entiende, ni tampoco los que le oyen, a menos de tener el don de interpretación. Por esto el Apóstol manda que se callen, si no son capaces de ser de provecho a los demás.

«En lenguas extrañas y con labios de extranjeros hablaré a este pueblo, y ni así me entenderán», dice el Señor. 22 De suerte que las lenguas son señal, no para los creyentes, sino para los incrédulos, mientras que la profecía no es para los infieles, sino para los creyentes.

23 Supongamos, pues, que la iglesia toda se halla reunida en un lugar y que todos hablan en lenguas: si entraren no iniciados o infieles, ¿no dirían que estáis locos? 24 Pero si profetizando todos entrare algún infiel o no iniciado, se sentirá argüido de todos, juzgado por todos, 25 los secretos de su corazón quedarán de manifiesto, y cayendo de hinojos, adorará a Dios, confesando que realmente está Dios en medio de vosotros.

26 ¿Qué pues, decir, hermanos? Que cuando os juntéis, tenga cada uno su salmo, tenga su instrucción, tenga su revelación, tenga su discurso en lenguas, tenga su interpretación, pero que todo sea para edificación. 27 Si algunos han de hablar en lenguas, sean dos o a lo más tres, por turno y con quien interprete. 28 Si no hubiere intérprete, cállese y hable para sí mismo y para Dios. 29 Cuanto a los profetas, que hablen dos o tres y los otros juzguen. 30 Y si hablando uno, otro que está sentado tuviere una revelación, cállese el primero, 31 porque uno a uno podéis profetizar todos, a fin de que todos aprendan y todos sean exhortados. 32 El espíritu de los profetas está sometido a los profetas, 33 porque Dios no es Dios de confusión, de alboroto, sino de paz.

Como en todas las iglesias de los santos, 34 las mujeres cállense en las asambleas, porque no les toca a ellas hablar, sino vivir sujetas, como dice la Ley. 35 Si quieren saber algo, que en casa pregunten a sus maridos, porque no es decoroso para la mujer hablar en la iglesia. 36 ¿Acaso creéis que la palabra del Señor ha tenido origen en vosotros o que sólo a vosotros ha sido comunicada? 37 Si alguno cree ser profeta o estar dotado de algún carisma, reconocerá que esto que os escribo es precepto del Señor. 38 Si alguno lo desconoce, será él desconocido. 39 Así que, hermanos míos, aspirad al don de profecía, y no estorbéis hablar en lenguas; 40 pero hágase todo con decoro y orden.

La resurrección.

15 1 Os traigo a la memoria, hermanos, el evangelio que os he predicado, que habéis recibido, en el que os mantenéis firmes, 2 y por el cual sois salvos, si lo retenéis tal como yo os lo anuncié, a no ser que hayáis creído en vano. 3 Pues a la verdad os he transmitido lo que yo mismo he recibido, que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, 4 que fué sepultado, que resucitó al tercer día según las Escrituras, 5 y que se apareció a Cefas, luego a los Doce. 6 Después se apareció una vez a más de quinientos hermanos, de los cuales muchos viven todavía, y algunos murieron; 7 luego se apareció a Santiago, luego a todos los Apóstoles; 8 y después de a todos, como a un aborto, se me apareció también a mí. 9 Porque yo soy el menor de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios. 10 Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que me confirió no ha sido estéril, antes he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo. 11 Pues, tanto yo como ellos, esto predicamos y esto habéis creído.

12 Pues si de Cristo se predica que ha resucitado de los muertos, ¿cómo entre vosotros dicen algunos (1) que no hay resurreciión de los muertos? 13 Si la resurrección de los muertos no se da, tampoco Cristo resucitó. 14 Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación, vana vuestra fe. 15 Seremos falsos testigos de Dios, porque contra Dios testificamos que ha resucitado a Cristo, a quien no resucitó, puesto que los muertos no resucitan. 16 Porque si los muertos no resucitan ni Cristo resucitó, vana es vuestra fe, aún estáis en vuestros pecados. 17 Y hasta los que murieron en Cristo perecieron. 19 Si sólo mirando a esta vida tenemos la esperanza puesta en Cristo, somos los más miserables de todos los hombres.

20 Pero no: Cristo, primicia de los

(1) Este capítulo nos revela algo singular; había en Corinto quien participaba de los sentimientos de los saduceos, o de los de aquellos filósofos atenienses que se reían al oír hablar de la resurrección de los muertos. San Pablo empieza sentando un hecho: la resurrección de Jesucristo, comprobada por múltiples apariciones, de las cuales la postrera fué la que él disfrutó.

dormidos, ha resucitado (1) de entre los muertos, [21] porque, como por un hombre vino la muerte, así por un hombre vino la resurrección de los muertos. [22] Y como en Adán hemos muerto todos, así también en Cristo somos todos vivificados. [23] Pero cada uno a su tiempo; el primero Cristo; luego los de Cristo cuando El venga; [24] después será el fin y entregará a Dios Padre el reino, cuando haya reducido a la nada a todo principado, a toda potestad y a todo poder. [25] Pues preciso es que El reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies. [26] El último enemigo reducido a la nada será la muerte, [27] pues ha puesto todas las cosas bajo sus pies. Cuando dice que todas las cosas están sometidas, evidentemente no incluyó a Aquél que todas se las sometió; [28] antes cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a El todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todo.

[29] Por otro lado, ¿qué sacarán los que se bautizaron (2) por los muertos? Si en ninguna manera resucitan los muertos, ¿por qué se bautizan también por ellos? [30] Y nosotros mismos, ¿por qué estamos siempre en peligro? [31] Os lo aseguro, hermanos, por la gloria que de vosotros tengo en Jesucristo nuestro Señor, que cada día muero. [32] Si por solos motivos humanos luché con las fieras en Efeso, ¿qué me aprovechó? Si los muertos no resucitan, comamos y bebamos, que mañana moriremos. [33] No os engañéis. Las conversaciones malas estragan las buenas costumbres. [34] Volved, como es justo, a la cordura y no pequéis, porque algunos viven en la ignorancia de Dios. Para vuestra confusión os lo digo.

[35] Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitan los muertos? (3). ¿Con qué cuerpo vuelven a la vida? [36] ¡Necio! Lo que tú siembras no nace si no muere. [37] Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de nacer, sino un simple grano, por ejemplo, de trigo, o algún otro tal. [38] Y Dios le da el cuerpo según ha querido, a cada una de las semillas el propio cuerpo. [39] No es toda carne la misma carne, sino que una es la de los hombres, otra la de los ganados, otra la de las aves y otra la de los peces. [40] Y hay cuerpos celestes y cuerpos terrestres, y uno es el resplandor de los cuerpos celestes y otro el de los terrestres. [41] Uno es el resplandor del sol, otro el de la luna y otro el de las estrellas; y una estrella se diferencia de la otra en el resplandor.

[42] Pues así en la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción y resucita en incorrupción. [43] Se siembra en ignominia y se levanta en gloria. Se siembra en flaqueza, y se levanta en poder. [44] Se siembra cuerpo animal y se levanta espiritual. Pues si hay un cuerpo animal, también lo hay espiritual. [45] Que por eso está escrito: El primer hombre Adán fué hecho alma viviente, el último Adán espíritu vivificante. [46] Pero no es primero lo espiritual, sino lo animal, después lo espiritual. [47] El primer hombre fué de la tierra, terreno; el segundo hombre fué del cielo. [48] Cual es el terreno, tales son los terrenos; cual es el celestial, tales son los celestiales. [49] Y como llevamos la imagen del terreno, llevaremos también la imagen del celestial.

[50] Pero yo os digo, hermanos, que la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios, ni la corrupción heredará la incorrupción. [51] Voy a declararos un misterio (1): No todos

(1) Esta resurrección de Jesucristo prueba que la resurrección es posible; negarla sería negar las esperanzas cristianas, hacer de los cristianos los más miserables de los hombres. Pero Cristo resucitó, y en virtud de nuestra unión con El, nosotros también resucitaremos, participando de su gloria y de su reino.

(2) Texto oscuro y diversamente interpretado. Los corintios se bautizaban por los muertos que no lo habían sido, esperando, al parecer, hacerlos participantes de las esperanzas cristianas, resumidas en la resurrección gloriosa.

(3) ¿Cómo resucitaremos? Primero trata de explicar el misterio por el ejemplo de las semillas. Luego los diversos grados de gloria por la comparación con los astros.

(1) El reino del cielo no podemos gozarlo sin despojarnos antes de la corrupción del cuerpo. Supuesto lo que precede, va a declararnos un misterio. ¿Cuál será? Según nos indica la Vulgata, que todos resucitaremos, pero que no todos experimentaremos la inmutación que nos capacite para poseer el reino de Dios, porque los réprobos están excluídos de él. El texto griego dice más bien que no todos moriremos, aunque todos seremos inmutados para entrar en la gloria. San Pablo habla sólo con los fieles y respecto de los fieles; lo contrario supone el texto de la Vulgata. Esto es un misterio ya anunciado en la I Tes. 4, 14 y en la II Cor. 5, 2 s. A pesar de la universalidad de la sentencia pronunciada en el Pa-

dormiremos, pero todos seremos inmutados. 52 En un instante, en un abrir y cerrar de ojos, al último toque de la trompeta, pues tocará la trompeta y los muertos resucitarán incorruptos, y nosotros seremos inmutados. 53 Porque es preciso que lo corruptible se revista la incorrupción y que éste ser mortal se revista la inmortalidad. 54 Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá lo que está escrito:

55 La muerte ha sido sorbida por la victoria. ¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Donde está, muerte, tu aguijón?

56 El aguijón de la muerte es el pecado, y la fuerza del pecado la Ley. 57 Pero gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por nuestro Señor Jesucristo. 58 Así pues, hermanos míos muy amados, manteneos firmes, inconmovibles, abundando siempre en la obra del Señor, teniendo presente que vuestro trabajo no es vano en el Señor.

La colecta en favor de los fieles de Jerusalén.

16 1 Cuanto a la colecta en favor de los santos (1), haréis según lo que dispuse en las iglesias de Galacia. 2 El día primero de la semana, cada uno ponga aparte en su casa lo que bien le pareciere, de modo que no se hagan las colectas cuando yo vaya. 3 Y cuando llegue yo, aquéllos que tengáis a bien, los enviaré yo con cartas, para llevar vuestro obsequio á Jerusalén. 4 Y si pareciese bien que también vaya yo, irán conmigo. 5 Yo iré después de atravesar la Macedonia, pues tengo el propósito de pasar por Macedonia, 6 y podría ser que me detuviese entre vosotros, y aun que pasara ahí el invierno, para que luego me acompañéis adonde fuere. 7 No quiero ahora veros de paso; espero más bien permanecer algún tiempo entre vosotros, si el Señor lo permitiere. 8 Me quedaré en Efeso hasta Pentecostés, 9 porque se me ha abierto una puerta grande y prometedora, aunque hay muchos adversarios.

Encargos, exhortaciones y saludos.

10 Si llega Timoteo ahí, mirad que no se sienta acobardado entre vosotros, porque trabaja en la obra del Señor igual que yo. 11 Que nadie, pues, le tenga en poco, y encaminadle en paz para que venga a mí, pues le espero con los hermanos. 12 Cuanto al hermano Apolo, mucho le encarecí que se llegara a vosotros con los hermanos, pero no quiso en modo alguno ir ahora; irá cuando tenga oportunidad.

13 Velad y estad firmes en la fe, obrando varonilmente y mostrándoos fuertes. 14 Que todas vuestras obras sean hechas en caridad. 15 Un ruego os voy a hacer, hermanos: Vosotros conocéis la casa de Estéfanas, que es la primicia de Acaya y se ha consagrado al servicio de los santos. 16 Mostraos deferentes con ellos y con todos cuantos como ellos trabajan y se afanan. 17 Me alegré de la llegada de Estéfanas, de la de Fortunato y de la de Acaico, porque han suplido vuestra ausencia. 18 Han traído la tranquilidad a mi espíritu y al vuestro. Quedadles, pues, reconocidos.

19 Os saludan las iglesias de Asia. También os mandan muchos saludos en el Señor Aquila y Prisca, con su iglesia doméstica. 20 Os saludan todos los hermanos. Saludaos mutuamente con el ósculo santo. 21 El saludo es de mi mano, Pablo. 22 Si alguno no ama al Señor, sea anatema. Maranata. 23 La gracia del Señor Jesús sea con todos vosotros. 24 Mi amor está con todos vosotros en Cristo Jesús.

---

raíso, algunos, tal vez muchos, los justos que en los últimos tiempos sean, en premio de los sufrimientos tolerados durante las postreras luchas del Anticristo, obtendrán un indulto, para que, sin morir, pasen del estado actual corruptible al de la incorruptibilidad exigida para la posesión del reino de los cielos.

(1) Es de notar la delicadeza con que procede el Apóstol al hacer la colecta en favor de los fieles de Jerusalén.

INTRODUCCION A LA II A LOS CORINTIOS

La cristiandad de Corinto preocupó mucho a San Pablo el tiempo que pasó ausente de Corinto. Esto le movió a escribir la primera carta. Parece que ésta produjo buen efecto; pero que pronto se volvieron a sentir nuevos males, que le obligaron a mandar como delegados suyos, primero a Timoteo, y luego a Tito, quizá con cartas que no han llegado a nuestras manos. Hasta parece que se puede pensar en un rápido viaje del Apóstol a Corinto. Terminada su misión en Efeso, se encaminó a Macedonia, donde encontró a Tito, que tranquilizó su ánimo sobre el estado de la iglesia, y fué portador de esta carta segunda y anunciador de la pronta llegada del Apóstol (57). Esta epístola revela en su composición que el autor no la escribió o dictó de una sentada y con el ánimo sereno. Se notan en ella interrupciones, cambios de pensamiento, páginas que indican muy diverso estado de ánimo, tanto, que han dado motivo a que algunos autores pensaran si podría estar compuesta de varias cartas del Apóstol. Su plan y contenido es el siguiente: Después del saludo y acción de gracias (1, 1-11), I parte: Apología del Apóstol: a) relaciones entre San Pablo y los corintios desde la primera epístola (1, 12-2, 17); b) el apostolado en el Nuevo Testamento (3, 1-4, 6); c) la potencia de Dios en la flaqueza humana (4, 7-5, 10); d) conducta de San Pablo en su apostolado (5, 11-6, 10); e) exhortaciones y desahogos del Apóstol (6, 11-7, 16). II parte, la colecta en favor de los fieles de Jerusalén (8, 1-9, 15). III parte, polémica con sus adversarios de Corinto: a) réplica a las acusaciones (10, 1-18); b) elogio de San Pablo hecho por sí mismo (11, 1-12, 10); c) excusas del Apóstol (12, 11-21); d) Conclusión (13).

II A LOS CORINTIOS

Salutación.

1 [1] Pablo, por la voluntad de Dios Apóstol de Jesucristo, y el hermano Timoteo, a la iglesia de Dios en Corinto, con todos los santos de toda la Acaya: [2] sea con vosotros la gracia y la paz de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Consuelos de Dios.

[3] Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo (1), Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo, [4] que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos consolar nosotros a todos los atribulados con el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios. [5] Porque, así como abundan en nosotros los padecimientos de Cristo, así por Cristo abunda nuestra consolación. [6] Pues si somos atribulados, es para vuestro consuelo y salud; si somos consolados, es por vuestro consuelo, que se muestra eficaz en la tolerancia de los mismos trabajos que nosotros padecemos; [7] y es firme nuestra esperanza en vosotros, sa-

(1) Como de costumbre, empieza San Pablo bendiciendo a Dios por sus gracias. Aquí es por los consuelos sobre él derramados después de los muchos trabajos que pasaron en Efeso (Act. 19). De estos consuelos, una parte venía de las buenas noticias recibidas de Corinto por medio de Tito.

biendo que así como participasteis en nuestros padecimientos, así también participáis en el consuelo.
8 No queremos, hermanos, que ignoréis la tribulación que nos sobrevino en Asia, pues fué muy sobre nuestras fuerzas, tanto que desesperábamos ya de salir con vida. 9 Aún más, temimos como cierta la sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios, que resucita a los muertos, 10 que nos sacó de tan mortal peligro y nos socorrió. En El tenemos puesta la esperanza de que seguirá socorriéndonos, 11 cooperando vosotros con la oración a favor nuestro, a fin de que la gracia que por las plegarias de muchos se nos concedió sea de muchos agradecida por nosotros.

La sinceridad de San Pablo.

12 Pues nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia. Que no en sabiduría carnal, sino en la santidad y sinceridad de Dios, en la gracia de Dios, hemos vivido en el mundo, y más especialmente entre vosotros. 13 No os escribimos sino lo que ya habéis leído, y os es conocido, y espero que hasta el fin lo conoceréis, 14 así como nos habéis también en parte conocido que somos vuestra gloria, como sois vosotros la nuestra, en el día de nuestro Señor Jesucristo.

El plan de su viaje.

15 En esta confianza quise ir primero a veros, para que tuvieseis una segunda gracia, 16 y pasando por vosotros ir a Macedonia, y de nuevo desde Macedonia volver por ahí y ser por vosotros encaminado hacia Judea. 17 Al proponerme esto, ¿obré a la ligera? O lo que yo me he propuesto, ¿me lo propuse llevado de sentimientos humanos, de manera que haya en mí sí y no? 18 Dios me es fiel testigo de que nuestra palabra con vosotros no es sí y no. 19 Porque el Hijo de Dios, Cristo Jesús, que os hemos predicado, yo, Silvano y Timoteo, no ha sido sí y no, antes ha sido sí. 20 Cuantas promesas hay de Dios, son en El sí; y por El decimos amén para gloria de Dios en nosotros. 21 Es Dios quien a nosotros y a vosotros nos confirma en Cristo, nos ha ungido, 22 nos ha sellado y nos ha dado las arras del Espíritu en nuestros corazones.

Por qué no fué a Corinto.

23 Pongo a Dios por testigo sobre mi alma de que por amor vuestro (1) no he ido todavía a Corinto. 24 No por que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino porque queremos contribuir a vuestro gozo, por vuestra firmeza en la fe.

2 1 He hecho propósito de no ir otra vez a vosotros en tristeza. 2 Porque si yo os contristo, ¿quién va a ser el que a mí me alegre sino aquél a quien yo contristé? 3 Y esto mismo os lo escribo, para que cuando vaya no tenga que entristecerme de lo que debiera alegrarme, confiando en todos vosotros, pues mi gozo es también el vuestro. 4 Os escribo en medio de una gran tribulación y ansiedad de corazón con muchas lágrimas, no para que os entristezcáis, sino para que conozcáis el gran amor que os tengo.

Perdón al incestuoso.

5 Si alguno me contristó, no me contristó a mí, sino en cierto modo, por no exagerar, a todos vosotros. 6 Bástele a ése la corrección de tantos, 7 pues casi habríamos de perdonarle y consolarle, para que no se vea consumido por excesiva tristeza. 8 Por eso os ruego que públicamente le ratifiquéis vuestra caridad, 9 pues para esto os escribo, a fin de conocer vuestra virtud y vuestra obediencia. 10 Y al que vosotros algo perdonéis, también le perdono yo, pues lo que yo perdono, si algo perdono, por amor vuestro lo perdono en la presencia de Cristo, 11 para no ser víctimas de los ardides de Satanás, ya que no ignoramos sus propósitos.

Sucesos gratos para San Pablo.

12 Habiendo ido a Tróade para anunciar el evangelio de Cristo, no obstante hallar una puerta abierta

(1) El motivo por que desistió de su proyectado viaje a Corinto fué el estado mismo de esta iglesia. El viaje hubiera resultado muy doloroso para ambas partes. Se contentó con escribirles una carta de tonos severos, de la que Tito fué portador.

en el Señor, [13] no hallé reposo por no haber encontrado allí a Tito (1), mi hermano; y despidiéndome de ellos, partí para Macedonia. [14] En todo tiempo doy gracias a Dios, que nos hace triunfar en Cristo, y por nosotros manifiesta en todo lugar el aroma de su conocimiento; [15] porque somos para Dios penetrante olor de Cristo, los que se salvan y los que se pierden; [16] en éstos olor de muerte para muerte, en aquéllos olor de vida para vida. Y para esto, ¿quién es suficiente? [17] Porque no somos como muchos, que trafican con la palabra de Dios, sino que sinceramente, como de Dios, hablamos delante de Dios en Cristo.

Las cartas comendaticias.

3 [1] ¿Voy a comenzar de nuevo a recomendarme a mí mismo? ¿O necesito, como algunos, de letras que nos recomienden a vosotros, o en que vosotros me recomendéis? [2] Mis letras sois vosotros mismos (2), escritas en mi corazón, conocidas y leídas de todos, [3] pues notorio es que sois carta de Cristo, expedida por nosotros mismos, escrita, no con tinta, sino con el Espíritu de Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en las tablas de carne que son vuestros corazones.

Pablo, ministro de la nueva alianza.

[4] Tal es la confianza que por Cristo tenemos en Dios: No que de nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, que nuestra suficiencia viene de Dios. [6] El nos capacitó como ministros de la nueva alianza, no de la letra, sino del Espíritu, que la letra mata, pero el espíritu da vida. [7] Pues si el ministerio de muerte escrito con letras sobre piedras fué glorioso, hasta el punto de que no pudieran los hijos de Israel mirar el rostro de Moisés a causa de su resplandor, con ser transitorio, [8] ¡cuánto más no será glorioso el ministerio del espíritu! [9] Si el ministerio de condenación es glorioso, mucho más glorioso será el ministerio (1) de la justicia. [10] Y en verdad en este aspecto aquella gloria deja de serlo, comparada con esta otra eminente gloria mía. [11] Porque si lo transitorio fué glorioso, ¿cuánto más lo será lo que permanece?

La libertad cristiana.

[12] Teniendo, pues, tal esperanza, procedemos con libertad, [13] y no como Moisés, que ponía un velo sobre su rostro para que los hijos de Israel no pusiesen los ojos en una gloria destinada a perecer. Pero sus entendimientos estaban velados y lo están hoy por el mismo velo que continúa sobre la lección de la antigua alianza, sin percibir que sólo por Cristo ha sido removido. [15] Hasta el día de hoy, siempre que leen a Moisés, el velo persiste tendido sobre sus corazones; [16] mas cuando se vuelvan al Señor, será corrido el velo. [17] El Señor es Espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, está la libertad. [18] Todos nosotros a cara descubierta contemplamos la gloria del Señor como en un espejo y nos transformamos en la misma imagen, de gloria en gloria, a medida que obra en nosotros el Espíritu del Señor.

Pablo, heraldo de la verdad.

4 [1] Por esto, investido de este ministerio por la misericordia, no desfallecemos, [2] sino que desechando todo indigno tapujo y toda astucia, en vez de adulterar la palabra de Dios, manifestamos la verdad, y nos recomendamos nosotros mismos a toda humana conciencia ante Dios. [3] Si nuestro evangelio queda encubierto, es para los infieles, que van a la perdición, cuya inteligencia cegó

(1) Salído de Efeso y encaminándose hacia Macedonia, iba con el corazón lleno de angustia, esperando en todas partes encontrar a Tito con buenas noticias.

(2) Tomando ocasión de la carta antes mencionada, insiste ahora en otra carta de recomendación del Apóstol, que son los mismos corintios por él convertidos a la fe. Con ella se acrece su confianza en Jesucristo, que le instituyó ministro del Evangelio.

(1) Este ministerio aventaja infinitamente al de Moisés, el cual cuando bajaba del monte, donde había conversado con Dios, tuvo que cubrirse el rostro, porque el pueblo no podía soportar la claridad que le circundaba, por tener ojos obtusos. Esto es símbolo (o tipo) del velo que cubre aún la mente de los israelitas, que no ven la claridad del Evangelio.

el dios de este mundo, para que no brille en ellos la luz del Evangelio, de la gloria de Cristo, que es imagen de Dios. [5] Pues no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Cristo Jesús, Señor nuestro, y cuanto a nosotros, siervos vuestros nos decimos por amor de Jesús. [6] Porque Dios, que dijo: Brille la luz del seno de las tinieblas, es el que ha hecho brillar la luz en nuestros corazones para que demos a conocer la ciencia de la gloria de Dios en el rostro de Cristo (1).

Debilidad y fortaleza de los ministros del Evangelio.

[7] Pero llevamos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no parezca nuestra. [8] En mil maneras somos atribulados, pero no nos abatimos; [9] en perplejidades, no nos desconcertamos, abatidos no nos anonadamos, llevando [10] siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. [11] Mientras vivimos estamos siempre entregados a la muerte por amor de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal. [12] De manera que en nosotros obra la muerte, en vosotros la vida. [13] Pero teniendo el mismo espíritu de fe, según lo que está escrito: Creí, por eso hablé; también nosotros creemos, y por esto hablamos; [14] sabiendo que quien resucitó al Señor Jesús, también con Jesús nos resucitará y nos hará estar con vosotros; [15] porque todas las cosas suceden por vosotros, para que la gracia difundida en muchos acreciente la acción de gracias para gloria de Dios. [16] Por lo cual no desmayamos, sino que mientras nuestro hombre exterior se corrompe, nuestro hombre interior se renueva de día en día. [17] Pues por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable, y no ponemos los ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las visibles son temporales; las invisibles, eternas.

Las esperanzas de los ministros evangélicos.

5 [1] Pues sabemos que si la tienda de nuestra mansión terrena se deshace, tenemos de Dios una sólida casa (1), no hecha por mano de hombres, eterna en los cielos. [2] Gemimos en esta nuestra tienda, anhelando sobrevestirnos de aquella nuestra habitación celestial, [3] supuesto que seamos hallados vestidos, no desnudos. [4] Pues realmente, mientras moramos en esta tienda, gemimos, por cuanto no queremos ser desnudados, sino sobrevestidos, para que nuestra mortalidad sea absorbida por la vida. [5] Y es Dios quien así nos ha hecho, dándonos las arras de su Espíritu. [6] Así estamos siempre confiados, persuadidos de que mientras moramos en este cuerpo, estamos ausentes del Señor, porque caminamos en la fe y no en la visión, [8] pero confiamos y quisiéramos más partir del cuerpo y estar presentes al Señor. [9] Por esto, presentes o ausentes, nos esforzamos por serle gratos, [10] puesto que todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo, para que reciba cada uno según lo que hubiere hecho en las cosas del cuerpo, buenas o malas.

La conducta de San Pablo.

[11] Sabedores, pues, del terrible juicio del Señor, hacemos por sincerarnos ante los hombres, que a Dios bien de manifiesto le estamos; creo que también a vosotros. [12] No es que otra vez pretendamos recomendarnos, sino daros ocasión para gloriaros en nosotros, a fin de que tengáis motivo de gloria ante aquellos que ponen la gloria en lo exterior y no en lo interior. [13] Porque si loqueamos es por Dios; si juicioseamos es por vosotros.

---

(1) Habiendo recibido tan alto ministerio del Señor, no se avergüenza de predicar a Jesucristo, para iluminar a los hombres. Este ministerio es como un tesoro divino, encerrado en el vaso frágil de su cuerpo. Tal fragilidad se muestra en las tribulaciones que pasa, a las que resiste, sin embargo, por la gracia del Señor, que está en él.

(1) El vaso se convierte aquí en una casa terrena, destinada a ser destruída para dejar lugar a otra, que será el cuerpo glorioso, objeto de nuestra esperanza. Aunque a la verdad nuestro natural deseo no es ver destruída esta casa o este vestido, sino revestirnos de otro vestido de gloria, que absorba lo terreno del primero. En esto San Pablo vuelve con más fuerza sobre la idea enunciada en la I Tes. y repetida en I Cor., sobre la exención de la muerte.

14 La caridad de Cristo nos constriñe, persuadidos como lo estamos de que si uno murió por todos, luego todos son muertos; 15 y murió por todos para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para Aquél que por ellos murió y resucitó. 16 De manera que desde ahora a nadie conocemos según la carne; y aun a Cristo si le conocimos según la carne, pero ahora ya no así. 17 De suerte que el que es de Cristo, se ha hecho criatura nueva y lo viejo pasó, se ha hecho nuevo. 18 Mas todo esto viene de Dios, que por Cristo nos ha reconciliado consigo y nos ha confiado el ministerio de la reconciliación. 19 Porque a la verdad, Dios estaba en Cristo reconciliando al mundo consigo y no imputándole sus delitos, y puso en nuestras manos la palabra de reconciliación. 20 Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros. Por Cristo os rogamos: Reconciliaos con Dios. 21 A quien no conoció el pecado, le hizo pecador por nosotros, para que en El fuéramos justicia de Dios.

Descripción de la conducta de San Pablo.

6 1 Cooperando, pues, con El os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios, 2 porque dice: «En el tiempo propicio te escuché, y en el día de la salud te ayudé.» Este es el tiempo propicio, éste el día de la salud. 3 En nada demos motivo alguno de escándalo, para que no sea vituperado nuestro ministerio, 4 sino que en todo mostrémonos como ministros de Dios (1), en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en prisiones, en tumultos, en fatigas, en desvelos, en ayunos, 6 en santidad, en ciencia, en longanimidad, en bondad en el Espíritu Santo, en caridad sincera, 7 en palabras de veracidad, en el poder de Dios, en armas de justicia ofensiva y defensiva, 8 en honra y deshonra, en mala o buena fama; cual seductores, siendo veraces; cual desconocidos, siendo bien conocidos; cual moribundos, bien que vivamos; cual castigados, mas no muertos; 10 como tristes, pero siempre alegres; como pobres, pero enriqueciendo a todos; como quienes nada tienen, poseyéndolo todo.

(1) El Señor había dicho a Saulo que estaba destinado a sufrir muchos trabajos por su Nombre; esta página en que el Apóstol nos pinta cómo ejerció su ministerio, nos prueba cómo cumplió la misión a él encomendada.

Desahogos del corazón de Pablo.

11 Os abrimos, ¡oh corintios!, nuestra boca, ensanchamos nuestro corazón; 12 no estáis al estrecho en nosotros, estáis en nuestras entrañas; 13 pues para corresponder de igual modo, como a hijos os hablo; ensanchaos también vosotros.

Huída de la sociedad pagana.

14 No os unáis en yunta desigual con los infieles. ¿Qué consorcio hay entre la justicia y la iniquidad? ¿Qué comunidad entre la luz y las tinieblas? 15 ¿Qué concordia entre Cristo y Belial? ¿Qué parte del creyente con el infiel? 16 ¿Qué concierto entre el templo de Dios y los ídolos? Pues vosotros sois templo de Dios vivo, según Dios dijo: «Yo habitaré y andaré en medio de ellos, y seré su Dios y ellos serán mi pueblo. 17 Por lo cual salid de en medio de ellos y apartaos, dice el Señor; y no toquéis cosa inmunda, y yo os recibiré 18 y seré vuestro padre, y vosotros seréis mis hijos y mis hijas, dice el Señor todopoderoso.»

7 1 Pues que tenemos estas promesas, carísimos, purifiquémonos de toda mancha de nuestra carne y nuestro espíritu, acabando la obra de la santificación en el temor de Dios.

Gozo de San Pablo.

2 Acogednos en vuestros corazones; a nadie hemos agraviado, a nadie hemos perjudicado, a nadie hemos explotado. 3 No lo digo para condenaros, que ya antes os he dicho cuán dentro de nuestro corazón estáis para vida y para muerte. 4 Tengo mucha confianza en vosotros; estoy lleno de consuelo, reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones.

Elogio de los corintios.

5 Pues aun llegados a Macedonia, no tuvo nuestra carne ningún reposo, sino que en todo fuimos atribulados

luchas por fuera, por dentro temores. [6] Pero Dios, que consuela a los humildes, nos consoló con la llegada de Tito: y no sólo con su llegada, sino con el consuelo que de vosotros nos trajo, al anunciarnos vuestra ansia, vuestro llanto y vuestro celo por mí, con lo que creció más mi gozo. [8] Porque si con la epístola os entristecí, no me pesa. Y si estaba pesaroso viendo que aquella carta, aunque por un momento, os había contristado, [9] ahora me alegro, no porque os contristé, sino porque os entristecisteis para penitencia. Os contristasteis según Dios, sin recibir daño alguno de nuestra parte. [10] Pues la tristeza según Dios es causa de penitencia saludable, de que jamás hay por qué arrepentirse; mientras que la tristeza según el mundo lleva a la muerte. [11] Ved cuánta solicitud os ha causado esa misma tristeza, según Dios, y qué excusas, qué enojos, qué temores, qué deseos, qué celo y qué vindicaciones. Totalmente limpios os habéis mostrado en este asunto. [12] Pues si yo os escribí, no fué por el que cometió el agravio, ni por el que lo recibió, sino para que se manifestase vuestra solicitud por nosotros delante de Dios. [13] Con esto nos hemos consolado. Y a este consuelo nuestro vino a unirse el extremado gozo de lo de Tito, cuyo espíritu habéis todos confortado. [14] Que si en algo me gloríé con él de vosotros, no he quedado confundido, sino que así como en todo os habíamos hablado verdad, así era también verdadero nuestro gloriarnos con Tito. [15] Y su cariño por vosotros se ha acrecentado viendo vuestra obediencia y el temor y temblor con que le recibisteis. [16] Me alegro de poder en todo confiar en vosotros.

Generosidad de los macedonios.

8 [1] También quiero, hermanos, haceros conocer la gracia que Dios ha hecho a las iglesias de Macedonia, [2] que la gran tribulación con que han sido probados abundó en gozo, y su extremada pobreza se convirtió en riqueza de liberalidad; [3] doy testimonio de que según sus facultades y aun por encima de sus facultades, de iniciativa propia, [4] instantemente nos rogaban que les hiciésemos la gracia de participar en el socorro a favor de los santos: [5] y no como esperábamos, sino que a sí mismos se entregaron, primeramente al Señor, y luego a nosotros, por la voluntad de Dios. [6] Así que encargué a Tito, que, según había comenzado, así también hiciese entre vosotros esta obra de caridad.

Invitación a los corintios.

[7] Y así como abundáis en todo, en fe, en palabra, en ciencia, en toda obra de celo y en amor hacia nosotros, así abundéis también en esta obra de caridad. [8] No os lo digo como imponiéndoos un precepto, sino en vista de la solicitud de aquéllos y para que probéis vuestra caridad. [9] Pues conocéis la caridad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza; [10] y os aconsejo esto, por conveniros así, ya que no sólo comenzasteis el año pasado a proponéroslo, sino a realizarlo. [11] Acabad, pues, ahora vuestra obra, a fin de que, según la prontitud de la voluntad, así sea la ejecución de aquélla, conforme a vuestras facultades. [12] Cuando está pronta la voluntad es acepta en la medida de lo que se tiene, no de lo que no se tiene, [13] porque no se trata de que para otros haya desahogo y para vosotros estrechez, sino de que ahora con equidad [14] vuestra abundancia alivie la escasez de aquéllos, para que asimismo su abundancia alivie vuestra penuria, de manera que haya equidad, [15] según está escrito: «Ni el que recogió mucho abundaba, ni el que recogió poco estaba escaso.»

Envío de Tito.

[16] Y gracias sean dadas a Dios que puso en el corazón de Tito esta solicitud por vosotros, [17] pues no sólo acogió nuestro ruego, sino que solicitó por propia iniciativa partir a vosotros. [18] Y con él enviamos a otro hermano, cuyo elogio en la predicación del Evangelio está difundido por todas las iglesias: [19] y no sólo esto, sino que también fué elegido por las iglesias para compañero nuestro de viaje en esta obra de caridad que hacemos para gloria del

mismo Señor y para cumplimiento de nuestra pronta voluntad, [20] mirando a que nadie nos vitupere en esta colecta que promovemos. [21] Pues procuramos hacer el bien, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. [22] También enviamos con ellos a otro hermano nuestro, cuya solicitud tenemos bien probada con frecuencia en muchos negocios y ahora se ha mostrado muy solícito por la gran confianza que tiene en vosotros. [23] Por lo que hace a Tito, mi compañero y cooperador es entre vosotros; cuanto a nuestros hermanos, enviados son de las iglesias, gloria de Cristo. [24] Mostrad, pues, para con ellos vuestra caridad a la faz de las iglesias y nuestra gloria en vosotros y la razón de nuestra gloria por vosotros.

Motivos de la colecta.

9 [1] Cuanto al socorro en favor de los santos, no es necesario que yo os escriba; [2] conozco vuestra pronta voluntad que es para mí motivo de gloria de vosotros ante los macedonios, pues Acaya está apercibida desde el año pasado, y vuestro celo ha estimulado a muchos. [3] A pesar de esto, envío a los hermanos, para que nuestra gloria en vosotros no resulte vana en este asunto, y que según he dicho estéis dispuestos, [4] no sea que al llegar los macedonios conmigo os encuentren desprevenidos y quedemos confundidos nosotros, por no decir vosotros, en este negocio. [5] Por eso he creído necesario rogar a los hermanos que anticiparan el viaje y preparasen de antemano vuestra prometida bendición, y con esta preparación resulte obra de liberalidad, y no de mezquindad. [6] Pues os digo: El que escaso siembra, escaso cosecha; el que siembra con largura, con largura cosechará. [7] Cada uno haga según se ha propuesto en su corazón, no de mala gana ni obligado, que Dios ama al que da con alegría. [8] Y poderoso es Dios para acrecentar en vosotros todo género de gracias, para que teniendo siempre y en todo lo bastante, abundéis en toda obra buena, [9] según que está escrito:

«Con largueza repartió, dió a los pobres; su justicia permanecerá para siempre.»

[10] El que da la simiente al que siembra, también le dará el pan para su alimento y multiplicará vuestra sementera, y acrecentará los frutos de vuestra justicia. [11] Y en todo seréis enriquecidos para toda liberalidad, que por nuestra mediación produzca acción de gracias a Dios. [12] Pues el ministerio de este servicio no sólo remedia la escasez de los santos, sino que hace rebosar en ellos copiosa acción de gracias a Dios, [13] por cuanto experimentando esta suministración, y por la comunicación de vuestra largueza a ellos y a todos, glorifican a Dios por vuestra obediencia al Evangelio de Cristo, [14] y asimismo por su oración por vosotros a quienes aman a causa de las gracias eminentes de Dios en vosotros. [15] Gracias sean dadas a Dios por su inefable don.

Pablo se defiende.

10 [1] Yo, pues, el mismo Pablo, que presente soy humilde entre vosotros, pero ausente soy resuelto con vosotros, os ruego por la mansedumbre y la bondad de Cristo, que cuando esté presente no tenga que atreverme con la energía con que pienso resueltamente obrar (1) con algunos que nos tienen como si procediésemos según la carne. [3] Pues aunque vivimos en la carne, no militamos según la carne; [4] pues las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas, destruyendo consejos, [5] y toda altanería que se levante contra la ciencia de Dios y doblegando todo pensamiento a la obediencia de Cristo, [6] prontos a castigar toda desobediencia, y a reduciros a perfecta obediencia.

Hará valer su autoridad.

[7] Mirad sólo lo que a la vista tenéis. Si alguno confía en que es de Cristo, piense también que como él lo es, así lo somos nosotros. [8] Porque aunque con exceso me gloríe yo de la autoridad que me dió el Señor

(1) Otra vez el Apóstol siente atacada su autoridad y la defiende con vigor, y no contento con esto, ataca a sus adversarios, que se gloriaban de la suya.

para edificación y no para destrucción vuestra, no por eso me avergonzaré. Y que nadie crea que pretendo amedrentaros con las cartas. [10] Porque hay quien dice que las cartas son duras y fuertes, pero la presencia corporal es poca cosa y la palabra menospreciable. [11] Piense ese tal que cuales somos ausentes por las cartas, tales somos presentes de obra.

Motivos de gloria de San Pablo.

[12] Porque no osamos igualarnos o compararnos con los que a sí mismos se recomiendan: mas midiéndose a sí mismos y tomándose a sí mismos por medida, no tienen juicio. [13] Nosotros no nos gloriamos desmedidamente, sino según la regla que Dios nos ha dado por medida para llegar aun hasta vosotros. [14] Porque no nos salimos fuera de los límites prescritos, como si no llegásemos hasta vosotros, pues hasta vosotros llegamos en el Evangelio de Cristo. [15] No gloriándonos desmedidamente de trabajos ajenos, sino esperando que creciendo vuestra fe, crezcamos más y más entre vosotros, conforme a nuestra medida, [16] evangelizando a los que están más allá de vosotros, no para gloriarnos, en ajena regla de lo ya laborado. [17] El que se gloría, que se gloríe en el Señor. [18] Pues no es el que a sí mismo se recomienda quien está probado, sino aquel a quien recomienda el Señor.

Pablo y los predicadores, sus émulos.

11 [1] Ojalá soportéis un poco mi demencia. Pero soportadla, [2] porque os celo con celo de Dios, pues os he desposado a un solo marido para presentaros a Cristo como casta virgen. [3] Pero temo que, como la serpiente engañó a Eva con su astucia, también corrompa vuestros pensamientos, apartándolos de la fidelidad y de la santidad debidas a Cristo. [4] Porque si viniese alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o dándoos otro espíritu, lo soportaríais. [5] Pero yo creo que en nada soy inferior (1) a esos preclaros apóstoles, [6] y aunque imperito de palabra, no de ciencia, pues en todo y siempre la hemos manifestado entre vosotros. [7] ¿O es que he cometido un pecado humillándome a mí mismo para que vosotros fueseis ensalzados predicándoos el Evangelio de Dios? [8] Despojé a otras iglesias, recibiendo de ellas estipendio para serviros a vosotros; [9] y estando entre vosotros y hallándome necesitado, a nadie fuí gravoso, pues a mis necesidades subvinieron los hermanos venidos de Macedonia; y en todo momento me guardé y me guardaré de seros gravoso. [10] Y por la verdad de Cristo que está en mí, que esta gloria no sufrirá mengua en las regiones de Acaya. [11] ¿Por qué? ¿Porqué no os amo? Eso Dios lo sabe. [12] Lo que yo ahora hago también lo haré en lo futuro, para cortar toda ocasión a los que la buscan, de hallar en qué gloriarse igual que nosotros. [13] Pues esos falsos apóstoles, obreros engañosos, se disfrazan de apóstoles; [14] y no es maravilla, pues el mismo Satanás se disfraza de ángel de luz. [15] No es, pues, mucho que sus ministros se disfracen de ministros de la justicia: Su fin será el que corresponde a sus obras.

San Pablo, superior a sus émulos.

[16] Una vez más os digo, que nadie me tenga por insensato, y en todo caso, toleradme como insensato, permitiéndome que un poco me gloríe. [17] Lo que voy a decir, no lo digo según el Señor, sino como en locura, que me da pie para gloriarme. [18] Puesto que muchos se glorían según la carne, también yo me gloriaré. [19] Pues con gusto soportáis a los insensatos, siendo vosotros sensatos. [20] Soportáis que os esclavicen, que os devoren, que os engañen, que se engrían, que os abofeteen.

[21] Con sonrojo mío lo digo, que me he mostrado débil. En aquello en que cualquiera ose gloriarse, en locura lo digo, también osaré yo. ¿Son hebreos? También yo. ¿Son israelitas? También yo. ¿Son descendencia de Abraham? También yo. [23] ¿Son ministros de

---

(1) Prosigue el mismo tema, declarando, de una parte, no ser inferior a los verdaderos Apóstoles de Cristo, y muy superior a los falsos apóstoles, los cuales imitan al diablo, que se transfigura en ángel de luz. En lo que resta del capítulo, San Pablo establece un paralelo entre él y sus adversarios, enumerando todos los trabajos que padeció por el Evangelio.

Cristo? Hablando en locura, más yo; en muchos trabajos, en muchas prisiones, en muchos azotes, en frecuentes peligros de muerte. [24] Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes menos uno. [25] Tres veces fuí azotado con varas, una vez fuí apedreado, tres veces naufragué, un día y una noche pasé en los abismos del mar; [26] muchas veces en viaje me vi en peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi linaje, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos, [27] peligros y miserias, en prolongadas vigilas en hambre y sed, en ayunos frecuentes, en frío y en desnudez; [28] esto sin hablar de otras cosas, de mis cuidados de cada día, de la preocupación por todas las iglesias.

[29] ¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abrase? [30] Si es menester gloriarse, me gloriaré en lo que es mi flaqueza. [31] Dios y Padre del Señor Jesucristo, el Bendito por los siglos, sabe que no miento. [32] En Damasco el etnarca del rey Aretas puso guardia en la ciudad para prenderme, [33] y por una ventana, en una espuerta, fuí descolgado por el muro, y escapé a sus manos.

12 [1] Si es menester gloriarse (1), aunque no conviene, vendré a las visiones y revelaciones del Señor. [2] Sé de un hombre en Cristo que hace catorce años—si en el cuerpo no lo sé, si fuera del cuerpo tampoco lo sé, Dios lo sabe—, fué arrebatado hasta el tercer cielo; [3] que este hombre—si en el cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe— [4] fué arrebatado al paraíso y oyó palabras inefables que el hombre no puede decir. [5] De tales cosas me gloriaré, pero de mí mismo no me he de gloriar, si no es de mis flaquezas. [6] Si quisiera gloriarme, no haría el loco, pues diría verdad. Me abstengo, no obstante, para que nadie juzgue de mí por encima de lo que en mí ve y oye de mí, [7] a causa de la alteza de mis revelaciones. Por lo cual, para que yo no me engría, fuéme dado el aguijón de la carne, el ángel de Satanás, que me abofetea, para que no me engría. [8] Por esto rogué tres veces al Señor que se retirase de mí. [9] Y El me dijo: Te basta mi gracia, que en la flaqueza llega al colmo el poder. Muy gustosamente, pues, continuaré gloriándome en mis debilidades para que habite en mí la fuerza de Cristo. [10] Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades, en las persecuciones, en las angustias por Cristo; pues cuando parezco débil, entonces es cuando soy fuerte.

(1) Prosigue el tema, enumerando las gracias místicas que recibió del Señor y las miserias con que el Señor ha querido contrarrestarlas para que no le fueran ocasión de orgullo.

San Pablo defiende su conducta en Corinto.

[11] He hecho el loco, vosotros me habéis obligado. Porque necesitaba ser estimado de vosotros, pues en nada fuí inferior a los más eximios apóstoles, aunque nada soy. [12] Las señales de Apóstol se realizaron entre vosotros en mucha paciencia, en portentos y prodigios y milagros. [13] ¿Pues en qué habéis sido inferiores a las otras iglesias, sino en que no os fuí gravoso. Perdonadme este agravio. [14] He aquí que por tercera vez (1) estoy para ir a vosotros y no os seré gravoso; porque no busco vuestros bienes, sino a vosotros; pues no son los hijos los que deben atesorar para los padres, sino los padres para los hijos. [15] Yo de muy buena gana gastaré y me desgastaré hasta agotarme, por vuestra alma. Porque os amo con mayor amor, ¿seré menos amado? [16] Bien, en nada os fuí gravoso, pero en mi astucia os cacé con engaño. [17] ¿Os he explotado acaso por medio de alguno de los que os envié? [18] Yo animé a Tito a ir y envié con él al otro hermano; ¿acaso Tito os explotó? ¿No procedimos ambos según el mismo espíritu? ¿No seguimos los mismos pasos?

Temores de San Pablo.

[19] Hace tiempo creéis que nos justificamos ante vosotros. No, ante Dios, en Cristo, hablamos: todo, carísimos, es para vuestra edificación,

(1) Resulta claro que San Pablo, en el largo tiempo de su ministerio en Efeso, estuvo una vez en Corinto.

20 pues temo que cuando vaya no
os halle cual querría, y no me halléis
vosotros cual querríais; temo que haya
contiendas, envidias, iras, ambicio-
nes, detracciones, murmuraciones, hin-
chazones, sediciones; 21 que al llegar
de nuevo a vosotros sea de Dios hu-
millado a causa vuestra, y tenga que
llorar por muchos de los que antes
pecaron y no hicieron penitencia de
su impureza, de su fornicación y de
su lascivia (1).

Hará valer su autoridad.

13 1 Por tercera vez (2) voy a vos-
otros: Por el testimonio de dos
o de tres es firme toda sentencia.
2 Os lo he dicho ya, y ahora de ante-
mano lo repito ausente, como cuan-
do por segunda vez estuve presente,
y declaro a los que han pecado y a
todos los demás, que cuando otra vez
vuelva no perdonaré; 3 puesto que
buscáis experimentar que en mí hable
Cristo, que no es débil para con vos-
otros, sino fuerte en vosotros. 4 Por-
que aunque fué crucificado en su de-
bilidad, vive por el poder de Dios.
Y así somos nosotros débiles en El,
pero vivimos con El para vosotros
por el poder de Dios. 5 Examinaos a
a vosotros mismos si estáis en la fe;
probaos a vosotros mismos. ¿No re-
conocéis que Jesucristo está en vos-
otros, a no ser que estéis reprobados?
6 Pero confío que conoceréis que no
estáis reprobados, 7 y rogamos a Dios
que no hagáis ningún mal, no para
que nosotros aparezcamos probos,
sino para que vosotros practiquéis
el bien, y nosotros seamos como ré-
probos. 8 Pues nada podemos contra
la verdad, sino por la verdad. 9 Nos
gozamos siendo nosotros débiles y
vosotros fuertes. Lo que pedimos es
vuestra perfección. 10 Por eso os es-
cribo esto ausente, para que presente,
no necesite usar de la autoridad que
el Señor me confirió para edificar,
no para destruir.

Conclusión.

11 Por lo demás, hermanos, alegraos,
perfeccionaos, exhortaos, tened un
mismo sentir, vivid en paz, y el Dios
de la caridad y de la paz será con
vosotros. 12 Saludaos mutuamente en
el ósculo santo. Todos los santos os
saludan.

13 La gracia del Señor Jesucristo
y la caridad de Dios y la comuni-
cación de Espíritu Santo sean con
todos vosotros.

(1) Estos últimos versículos nos hacen olvidar lo que antes nos había dicho de los consuelos que le había traído Tito. Aquí son los temores de lo que se va a encontrar en Corinto lo que le preocupa.

(2) Por segunda vez nos habla de que éste es su tercer viaje a Corinto.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA A LOS GALATAS

GALACIA estaba situada en el centro del Asia Menor. Recibió su nombre de los galos, que en el siglo III a. C. atravesaron el Mediodía de Europa y el Helesponto e invadieron el Asia, y después de muchos años de guerrear y saquear ciudades y provincias, al fin, en 230, fueron vencidos por Atalo I, rey de Pérgamo, y obligados a cesar en sus correrías y tomar asiento. Poco a poco vinieron a adoptar la cultura griega, que dominaba en la región, pero conservando su organización política. Fueron sus ciudades principales Pesimente, Ancira (hoy Angora) y Tavium. Cuando, a principios del siglo II, entraron los romanos en Asia, se les hicieron amigos y aliados, gracias a lo cual ensancharon sus territorios, hasta que el año 5 a. C., muerto el último rey gálata, Augusto convirtió la Galacia en provincia romana. Comprendía ésta no sólo las provincias primitivamente ocupadas por los galos, sino las que más

tarde conquistaron, o sea la Galacia del Norte, que es la primera, y la del Sur, que es la segunda, que abarca parte de Frigia, Pamfilia, Pisidia y Licaonia.

San Pablo, en compañía de Bernabé, había evangelizado esta última región en su primera misión apostólica, detalladamente narrada en los Hechos (11-14). En la segunda misión, acompañado de Silas, volvió a recorrer en rápida visita las mismas cristiandades. El autor de los Hechos nos dice que luego atravesaron la Frigia y la región de Galacia, y que fueron impedidos de predicar en la provincia de Asia por el Espíritu Santo, que los empujaba hacia Europa. Algo semejante nos dice en el tercer viaje de San Pablo, que vino a terminar primeramente en Efeso, capital de la provincia de Asia. Resulta de todo esto que si sabemos cómo y cuándo predicó San Pablo en la Galacia meridional, no tenemos noticias ciertas de su predicación en la Galacia septentrional, es decir, en la Galacia propiamente dicha.

Dió ocasión a esta epístola el cambio acaecido en aquellas iglesias por la predicación de ciertos predicadores judaizantes. Eran éstos del grupo de aquellos fariseos medio convertidos que predicaban la necesidad de la circuncisión para salvarse, y a quienes San Pablo y Bernabé habían tenido que resistir en la asamblea de Jerusalén. Pretendían éstos que los gentiles se incorporasen a Cristo mediante su incorporación al antiguo pueblo de Dios. Como San Pablo prescindía de esta incorporación, le miraban aquéllos como enemigo de su nación, y de ahí el seguirle a todas partes, como la sombra al cuerpo, para deshacer su obra evangelizadora de Jesucristo, único Salvador. Era, en sustancia, el motivo por el cual los judíos incrédulos le perseguían con tal ensañamiento. De buena fe los gálatas se dejaron persuadir de aquellos predicadores, pensando sin duda que sólo les traían un complemento al evangelio recibido de San Pablo, y, aunque debía de repugnarles bastante, aceptaron hasta la circuncisión.

Cuando San Pablo lo supo, lo sintió en lo más vivo del alma, y luego se puso a dictar esta epístola, que fué escrita de una sentada, bajo el impulso del dolor que le produjo ver a sus amados gálatas alejados de la pureza del evangelio que él les había predicado. No se sabe a ciencia cierta el lugar y la fecha en que fué escrita. Hay quienes dicen que fué escrita en Antioquía, aun antes de la asamblea de Jerusalén, de cuyo decreto no se hace mención. Otros creen que en Corinto, después de las epístolas a los tesalonicenses. Pero lo más probable es que la epístola a los gálatas, que es como un esbozo de la epístola a los romanos, ha debido de ser escrita o en Macedonia, durante el viaje en que dirigió la segunda a los corintios, o en Corinto, donde escribió la de los romanos por los años 56-57.

El tema de la carta es la suficiencia de la sola fe en Jesucristo y la inutilidad de la Ley y de la circuncisión para alcanzar la salud. Consta de tres partes: Después de la acostumbrada introducción (1, 1-10), una parte apologética de su ministerio (1, 11-2, 21); sigue una segunda, dogmática, sobre el tema de la epístola (3, 1-5, 12); luego una exhortación (5, 13-6, 10), y termina con un epílogo (6, 11-18).

A LOS GALATAS

Salutación.

1 1 Pablo, Apóstol, no de parte
de los hombres, ni por los hombres, sino por Jesucristo y por
Dios Padre, que le resucitó de
entre los muertos, 2 y todos los
hermanos que conmigo están, a
las iglesias de Galacia: 3 La
gracia y la paz sean con vosotros
de parte de Dios, nuestro Padre, y
del Señor Jesucristo, 4 que se entregó
por nuestros pecados, para librarnos
de este siglo malo, según la voluntad
de nuestro Dios y Padre, 5 a quien
sea la gloria por los siglos de los
siglos. Amén.

Sólo hay un Evangelio.

6 Me maravillo de que tan pronto,
abandonando al que os llamó a la
gracia de Cristo, os hayáis pasado
a otro evangelio. 7 No es que haya
otro (1); lo que hay es que algu-
nos os turban y pretenden pervertir
el Evangelio de Cristo. 8 Pero aunque
nosotros o un ángel del cielo os anun-
ciase otro evangelio distinto del que
os hemos anunciado, sea anatema.
9 Os lo he dicho antes, y ahora de
nuevo os lo digo: Si alguno os pre-
dica otro evangelio distinto del que
habéis recibido, sea anatema. 10 ¿Bus-
co yo ahora el favor de los hombres
o el de Dios? ¿Acaso busco agradar
a los hombres? Si aún buscase agra-
dar a los hombres, no sería siervo
de Cristo.

El evangelio de Pablo.

11 Os hago saber, hermanos, que
el evangelio por mí predicado no
es de hombre, 12 pues yo no lo recibí
o aprendí de los hombres, sino por
revelación de Jesucristo. 13 Habéis
oído mi conducta de otro tiem-
po (1) en el judaísmo, cómo con
gran furia perseguía a la Iglesia de
Dios y la devastaba, 14 aventajando
en el celo por el judaísmo a muchos
de los coetáneos de mi nación y
mostrándome extremadamente cela-
dor de las tradiciones paternas. 15 Pero
cuando plugo al que me segregó
desde el seno de mi madre, y me
llamó por su gracia 16 para revelar
en mí a su Hijo anunciándole a los
gentiles, al instante, sin pedir con-
sejo a la carne ni a la sangre, 17 sin
subir a Jerusalén a los Apóstoles
que eran antes de mí, partí para la
Arabia y de nuevo volví a Damasco.
18 Luego, pasados tres años, subí a
Jerusalén para conocer a Cefas, a
cuyo lado permanecí quince días.
19 A ningún otro de los Apóstoles vi,
si no fué a Santiago, el hermano del
Señor. 20 En esto que os escribo,
bien sabe Dios que no miento. 21 En
seguida vine a las regiones de Siria
y de Cilicia, 22 y era, por tanto, per-
sonalmente desconocido para las igle-
sias de Cristo en Judea. 23 Sólo oían
decir: «El que en otro tiempo nos
perseguía, ahora anuncia la fe que
antes pretendía destruir.» 24 Y glo-
rificaban a Dios en mí.

Su viaje a Jerusalén.

2 1 Luego, al cabo de catorce
años (2), subí otra vez a Jeru-
salén, acompañado de Bernabé y

(1) Este comienzo de la epístola, tan exabrupto, indica bien claro el estado de ánimo del Apóstol. No hay más que un evangelio, el que él les ha predicado. Lo que no sea esto, será una perversión del mismo, reprobable, aunque un ángel del cielo lo enseñase.

(1) Esta primera parte es de sumo interés para la vida del Apóstol. Con ella quiere probar que él tiene su evangelio por revelación de Jesucristo, no por enseñanza alguna de los hombres, aunque sean tan conspicuos como los Apóstoles de Jesús. Su conducta en el judaísmo y su completo cambio después son una prueba de la sinceridad de su ánimo, que rehuye todo engaño.

(2) La opinión común es que estos catorce años se han de contar a partir de su última estancia en Jerusalén, y no desde su conversión. Se trata de la subida con Bernabé y Tito para defender ante la iglesia de Jerusalén la libertad de los gentiles.

llevando conmigo a Tito. 2 Subí, pues, en virtud de una revelación, y les comuniqué el evangelio que predico entre los gentiles, particularmente a los que eran algo, para saber si corría o había corrido en vano. 3 Pero ni Tito que iba conmigo, con ser gentil, fué obligado (1) a circuncidarse, 4 a pesar de los falsos hermanos que secretamente se entrometían para coartar la libertad que tenemos en Cristo y querían reducirnos a servidumbre. 5 Ni por un momento cedimos, para que la verdad del Evangelio se mantuviese íntegra entre vosotros. 6 De los que parecían ser algo —lo que hayan sido en otro tiempo no me interesa, que Dios no es aceptador de personas—, de ésos nada recibí; antes al contrario, cuando vieron que yo había recibido el evangelio de la incircuncisión, como Pedro el de la circuncisión—8 pues el que obró en Pedro para el apostolado de la circuncisión, obró también en mí para el de los gentiles—. 9 Santiago, Cefas y Juan (2), que pasan por ser las columnas, reconocieron la gracia a mí dada, y nos dieron a mí y a Bernabé la mano en señal de comunión, para que nosotros nos dirigiésemos a los gentiles y ellos a los circuncisos. 10 Solamente nos pidieron que nos acordásemos de los pobres, cosa que procuré yo cumplir con mucha solicitud.

El incidente de Antioquía.

11 Pero cuando Cefas fué a Antioquía, en su misma cara le resistí (3), porque se había hecho reprensible; 12 pues antes de venir algunos de los de Santiago, comía con los gentiles; pero en cuanto aquéllos llegaron, se retraía y apartaba, por miedo a los de la circuncisión. Y consintieron en la misma simulación los otros judíos, tanto que hasta Bernabé se dejó arrastrar a su simulación. 14 Pero cuando yo vi que no caminaban rectamente según la verdad del Evangelio, dije a Cefas delante de todos: Si tú, siendo judío, vives como gentil y no como judío, ¿por qué obligas a los gentiles a judaizar?

Los judíos convertidos, exentos de la Ley.

15 Nosotros somos judíos de nacimiento (1), no pecadores procedentes de la gentilidad; 16 y sabiendo que no se justifica el hombre por las obras de la Ley, sino por la fe en Jesucristo, hemos creído también en Cristo Jesús, esperando ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la Ley, pues por éstas nadie se justifica. 17 Mas si buscando ser justificados por Cristo, somos aún tenidos por pecadores, ¿será que Cristo es ministro de pecado? De ninguna manera. 18 Si vuelvo a edificar lo que había destruído, a mí mismo me doy por desertor. 19 Mas yo, por la misma Ley he muerto a la Ley, por vivir para Dios; estoy crucificado con Cristo, 20 y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí (2). Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se entregó por mí. 21 No anulo la gracia de Dios, pues si por la Ley se obtiene la justicia, en vano murió Cristo.

Por la fe y no por la Ley recibieron los judíos el Espíritu Santo.

3 1 ¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó a vosotros, ante cuyos ojos fué presentado Jesucristo como

(1) Tito era gentil de origen, y aceptar su circuncisión habría sido conformarse con las exigencias judías. Más tarde él mismo hizo circuncidar a Timoteo, judío por su madre, para facilitarle el acceso a los judíos.

(2) Aquí sería la ocasión de mencionar el decreto de la asamblea, y es extraño cómo lo calla, contentándose con esta declaración del acuerdo con los tres Apóstoles.

(3) Prueba de la conformidad de Pedro con Pablo es que cuando fué a Antioquía trataba con los gentiles con entera libertad, dejando a un lado los prejuicios judaicos; mas luego que llegaron a Jerusalén algunos fariseos convertidos, por respeto a ellos comenzó a retirarse de los gentiles, arrastrando a otros con su ejemplo. Este acto de inconsecuencia práctica fué el que movió a Pablo a reprender a Pedro. San Jerónimo y San Agustín sostuvieron una polémica sobre si había sido seria la reprensión o fingida, para reprender a otros.

(1) Lo que sigue es explicación del argumento lanzado al rostro de Pedro, que es el mismo expuesto por Pedro en la asamblea; la imposibilidad de alcanzar la justicia por la Ley, y la necesidad de la fe en Jesucristo.

(2) Después de decir que no tiene más cuenta con la Ley que si estuviese muerto, y que vive crucificado con Cristo, añade estas palabras, que son la síntesis de toda la vida cristiana, la vida en Cristo o la vida de Cristo en nosotros, pues no habla de sí solo el Apóstol, sino de los cristianos.

muerto en la cruz? [2] Decidme: ¿Habéis recibido el Espíritu (1) por virtud de las obras de la Ley, o por virtud de la predicación de la fe? [3] ¿Tan insensatos sois? Habiendo comenzado en Espíritu, ahora acabáis en carne? [4] ¿Tantos dones habréis recibido en vano? Sí, que sería en vano. [5] El que os da el Espíritu y obra milagros entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley o por la predicación de la fe?

Abraham, justificado por la fe.

[6] Como escrito está, Abraham creyó (2) y le fué imputado a justicia. [7] Entended, pues, que los nacidos de la fe, ésos son los hijos de Abraham, [8] pues previendo la Escritura que por la fe justificaría Dios a los gentiles, pronunció de Abraham: «En ti serán bendecidas todas las gentes.» [9] Así que los que nacen de la fe son benditos con el fiel Abraham. [10] Pero cuantos confían en las obras de la Ley se hallan bajo la maldición (3), porque escrito está: «Maldito todo el que no se mantiene en cuanto está escrito en el libro de la Ley, cumpliéndolo. [11] Y que por la Ley nadie se justifica ante Dios, es manifiesto, porque «el justo vive de la fe.» [12] Y la Ley no es fe: «el que la cumple, en ella vivirá» (4).

(1) Con este nuevo ex abrupto comienza a tratar el aspecto dogmático de la cuestión. Lo que ellos hicieron fué una completa falta de reflexión, una fascinación. Los gálatas habían recibido el Espíritu Santo, lo que era manifiesto por los abundantes carismas que en ellos se daban como en las demás iglesias. ¿Debían estos carismas a la Ley o a la fe en Jesucristo? En las sinagogas no los veían.

(2) Para probar que la justicia no era debida a las obras materiales prescritas por la Ley, sino al espíritu interior de fe, el Apóstol recurre a Abraham, de quien los judíos se decían hijos. Según Gen. 15, 6, cuando Dios prometió al patriarca un hijo, no obstante su ancianidad y la esterilidad de Sara, dió fe a la palabra del Señor, y esta fe le fué imputada como acto de justicia. De este hecho saca el Apóstol la ley general de la justicia por la sola fe.

(3) Al contrario, quien pone la esperanza de su justicia en la Ley y no la cumple, como no la cumplían los judíos, según el testimonio de San Pedro (Hech. 15. 7) están bajo las maldiciones de la misma Ley, es decir, de las sanciones de ella. Esas maldiciones las ha soportado Jesucristo en la cruz, en que expió nuestros pecados.

(4) Lev. 18, 5. (Deut. 27, 26).

La obra de Cristo.

[13] Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, haciéndose por nosotros maldición, pues escrito está: «Maldito todo el que es colgado del madero», (1) [14] para que la bendición de Abraham se extendiese sobre las gentes en Jesucristo, y por la fe recibamos la promesa del Espíritu.

El testamento.

[15] Voy a hablaros, hermanos, a lo humano. El testamento, con ser de hombre, nadie lo anula, nadie le añade nada. [16] Pues a Abraham y a su descendiente fueron hechas las promesas (2). No dice a sus descendientes, como si se tratara de muchos, sino de uno solo: «Y a tu descendiente», que es Cristo. [17] Y digo yo: El testamento otorgado por Dios no puede ser anulado, de modo que la promesa sea invalidada por una Ley que vino cuatrocientos treinta años después. [18] Pues si la herencia es por la Ley, ya no es por la promesa. Y, sin embargo, a Abraham le otorgó Dios la donación por la promesa. [19] ¿Por qué, pues, la Ley? Fué dada por causa de las transgresiones, promulgada por ángeles, por mano de un mediador, hasta que viniese «el descendiente», a quien la promesa había sido hecha. [20] Ahora bien, el mediador no es de una persona sola, y Dios es uno solo. [21] ¿Luego la Ley está contra las promesas de Dios? Nada de eso. Si hubiera sido dada una Ley capaz de vivificar realmente, la justicia vendría de la Ley; [22] pero la Escritura lo encerró todo bajo el pecado, para que la promesa fuese dada a los creyentes por la fe en Jesucristo. [23] Y así, antes de

(1) Son palabras que se dicen del ajusticiado (Deut. 29, 23).

(2) Abraham recibió muchas veces la promesa mesiánica, confirmada por Dios con juramento solemne para él y para su descendencia. Esta no puede ser anulada por la Ley, que vino después. Entre las promesas y la Ley hay esta diferencia: Las primeras vienen a ser un pacto unilateral. Dios promete por sí mismo, por su bondad, sin imponer condiciones; la Ley del Sinaí es un pacto bilateral, cada una de las partes se obliga a lo suyo; Dios a introducir a Israel en Canán. Israel a cumplir los preceptos de la Ley. Como Israel tantas veces lo quebrantó, por esto Dios lo da por anulado, aunque para sustituirle por otro, al tenor de las promesas hechas a Abraham, que se cumplirán en el Mesías.

venir la fe estábamos guardados bajo la Ley, en espera de la fe que había de revelarse. [24] De suerte que la Ley fué nuestro ayo para llevarnos a Cristo, para que fuéramos justificados por la fe. [25] Pero, llegada la fe, ya no estamos bajo el ayo.

La verdadera posteridad de Abraham.

[26] Todos, pues, sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. [27] Porque cuantos en Cristo habéis sido bautizados, os habéis vestido de Cristo. [28] No hay ya judío, o griego, no hay siervo o libre, no hay varón o hembra, porque todos sois uno solo en Cristo Jesús. [29] Y si todos sois de Cristo, luego sois descendientes de Abraham, herederos según la promesa.

Situación de los hombres hasta Jesucristo.

4 [1] Digo yo, pues, ahora: En el tiempo que el heredero es menor, siendo el dueño de todo no difiere del siervo, [2] sino que está bajo tutores y curadores hasta la fecha señalada por el padre. [3] De igual modo nosotros: mientras fuimos niños vivíamos en servidumbre, bajo los elementos del mundo; [4] mas al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, [5] para redimir (1) a los que estaban bajo la Ley, para que recibiésemos la adopción. [6] Y por ser hijos, envió Dios a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que grita: ¡Abba, Padre! [7] De manera que ya no es siervo, sino Hijo, y si hijo, heredero por la gracia de Dios.

Someterse a la Ley sería volver a la servidumbre.

[8] En otro tiempo no conocíais a Dios, y servisteis a los que no son realmente dioses. [9] Ahora que habéis conocido a Dios (2), o mejor, habéis sido de Dios conocidos, ¿cómo de nuevo os volvéis a los flacos y pobres elementos a los cuales de nuevo queréis servir? [10] Observáis los días, los meses, las estaciones y los años. [11] Temo que hagáis vanos tantos afanes como entre vosotros pasé.

Recuerdos y ansiedades de San Pablo.

[12] Hermanos, os suplico que os hagáis como yo, pues que yo me hice como vosotros. En nada me habéis herido. [13] Bien sabéis que estaba enfermo de enfermedad corporal cuando por primera vez os anuncié el Evangelio, [14] y puestos a prueba por mi enfermedad, no me desdeñasteis ni me despreciasteis, antes me recibisteis como a un ángel de Dios, como a Cristo Jesús. [15] ¿Dónde está ahora aquel vuestro afecto? Pues yo mismo testifico que, de haberos sido posible, los ojos mismos os hubierais arrancado para dármelos. [16] ¿Me he hecho, pues, enemigo vuestro por deciros le verdad? [17] Os cortejan, no para bien; lo que pretenden es apartaros de mí, para que luego vosotros los cortejéis a ellos. [18] Sin embargo, bien será que con buen celo me queráis siempre, y no sólo cuando estoy entre vosotros. [19] ¡Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto, hasta ver a Cristo formado en vosotros! [20] Querría hallarme a esta hora entre vosotros y hablaros en varios modos, porque no sé cómo voy a hacer con vosotros.

El Evangelio reemplaza a la Ley.

[21] Decidme, los que queréis someteros a la Ley, ¿no habéis oído la Ley? [22] Porque está escrito que Abraham tuvo dos hijos, uno de sierva y otro de libre. [23] Pero el de sierva nació según la carne, el de libre en virtud de la promesa. [24] Lo cual tiene un sentido alegórico (1). Esas dos mujeres son dos testamentos, el uno, que procede del monte Sinaí,

(1) Cristo nos libró de esa servidumbre de la Ley, y nos dió por la fe la justicia interior.
(2) Los gálatas conocieron a Dios, más bien fueron de El conocidos, porque con amor los llamó a la gracia de Jesucristo.

(1) El Apóstol hace aquí uso de la exégesis alegórica, para declarar más su pensamiento. Abraham recibió las promesas mesiánicas para él y para su descendencia. Pero el mismo texto segundo dice que el heredero de estas promesas será Isac, el hijo del ama, no Ismael, el hijo de la sierva. Los que creen en Jesucristo, la descendencia de Abraham, en quien según las promesas serían bendecidas todas las naciones, son los hijos de Isac, los herederos de las pro-

engendra para la servidumbre. Esta es Agar. 25 El monte Sinaí se halla en Arabia y corresponde a la Jerusalén actual, que es, en efecto, esclava en sus hijos. 26 Pero la Jerusalén de arriba es libre, ésa es nuestra madre; 27 pues de ella está escrito:

«Alégrate, estéril, que no pares,
prorrumpe en gritos, tú que no [conoces los dolores del parto,
porque más serán los hijos de la [abandonada,
que los hijos de la que tiene ma- [rido.» (1).

28 Y vosotros, hermanos, sois hijos de la promesa, a la manera de Isac. 29 Mas así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el Espíritu, así también ahora. 30 Pero ¿qué dice la Escritura? «Echa a la sierva y a su hijo, que no será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre.» (2) 31 En fin, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre.

Conclusión: o judíos o cristianos.

5 1 Con la libertad con que Cristo nos ha librado, así pues, mantened firmes y no os dejéis sujetar al yugo de la servidumbre. Ved que es Pablo quien os lo dice: Si os circuncidáis, Cristo no os aprovechará de nada. 3 De nuevo declaro a cuantos se circuncidaron, que se obligan a cumplir toda la ley. 4 Os desligáis de Cristo los que buscáis la justicia en la Ley, habéis perdido la gracia. 5 Mientras que nosotros con seguridad esperamos de la fe, por el Espíritu, el premio de la justicia. 6 Pues en Cristo Jesús ni vale la circuncisión ni vale el prepucio, sino la fe actuada por la caridad. 7 Corríais bien: ¿quién os ha impedido obedecer a la verdad? Esa sugestión no procede de quien os llamó. 9 Un poco de levadura hace fermentar toda la masa. 10 Yo confío de vosotros en el Señor, que no sentiréis de otro modo. El que os perturba llevará su castigo, quienquiera que sea. 11 Pero yo, hermanos, si aún predicara la circuncisión, ¿por qué soy aún perseguido? Luego ¿se acabó el escándalo de la cruz? 12 ¡Ojalá se castraran del todo los que os perturban! (1).

La caridad suple por la Ley.

13 Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; pero cuidado con tomar la libertad por pretexto para servir a la carne, antes servios unos a otros por la caridad. 14 Porque toda la Ley se resume en este solo precepto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo.» (2). 15 Pero si mutuamente os mordéis y os devoráis, mirad que acabaréis por consumiros unos a otros.

Las obras de la caridad.

16 Os digo, pues: Andad en espíritu y no deis satisfacción a la concupiscencia de la carne. 17 Porque la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne, pues uno y otro se oponen de manera que no hagáis lo que queréis. 18 Pero si os guiáis por el Espíritu, no estáis bajo la Ley. 19 Ahora bien, las obras de la carne son manifiestas, a saber: Fornicación, impureza, idolatría, hechicería, odios, discordias, envidias, arrebatos de ira, rencillas, discusiones, divisiones, homicidios, embriagueces, orgías y otras como éstas, de las cuales os prevengo, como antes lo hice, que quienes las hacen no heredarán el reino de Dios. 22 Los frutos del Espíritu son: Caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe,

---

mesas, y están exentos de la servidumbre de los infinitos preceptos de la Ley; los judíos incrédulos, aferrados a la esclavitud de la Ley, resultan los hijos de la esclava, y por tanto esclavos y excluídos de las promesas, que forman la herencia transmitida por Abraham a sus hijos, según la promesa.

(1) Is. 54, 1.

(2) Gen. 21, 10.

(1) La circuncisión había sido dada a Abraham como señal de la alianza por Dios otorgada al patriarca. Por esta señal hecha en la carne quedaba uno incorporado al pueblo de Abraham y a las promesas divinas. Los profetas comienzan a explicarlo, al hablar de la circuncisión del corazón y de los oídos, que es la obediencia a la ley de Dios. Esta era tipo del bautismo, por el cual somos incorporados a Jesucristo y a su Iglesia. Los judíos hacían extremado aprecio de este rito, que implicaba la obligación de todos los preceptos de la Ley. San Pablo, cansado ya de tanto oír hablar de circuncisión, y recordando las costumbres de los sacerdotes de Cibeles, que se mutilaban, pronuncia estas palabras de desahogo.

(2) A todos los preceptos de la Ley, el Evangelio sustituye este único precepto: el amor, que el Espíritu Santo infunde en nuestros corazones por la fe en Jesucristo. La cita es del Lev. 19, 18.

23 mansedumbre, templanza. Contra
éstos no hay Ley. 24 Los que son de
Cristo Jesús han crucificado su carne
con las pasiones y concupiscencias.
25 Si vivimos del Espíritu, andemos
también según el Espíritu. 26 No
seamos codiciosos de la gloria vana
provocándonos y envidiándonos unos
a otros.

Consejos varios.

6 1 Hermanos, si alguno fuere ha-
llado en falta, vosotros, los espi-
rituales, corregidle con espíritu de
mansedumbre, cuidando de ti mismo,
no seas también tentado. 2 Ayudaos
mutuamente a llevar vuestras car-
gas, y así cumpliréis la ley de Cristo.
3 Porque si alguno se imagina ser
algo, no siendo nada, a sí mismo se
engaña. 4 Que cada uno examine sus
obras, y entonces tendrá de qué
gloriarse en sí y no en otro.
5 Pues cada uno tiene que llevar
su propia carga. 6 El catecúmeno
comunique todos sus bienes con el
que le catequiza. 7 No os engañéis;
de Dios nadie se burla. Lo que el
hombre sembrare, eso cosechará.
7 Quien sembrare en su carne, de la
carne cosechará la corrupción; pero
quien siembre en el Espíritu, del
Espíritu cosechará la vida eterna.
9 No nos cansemos de hacer el bien,
que a su tiempo cosecharemos, si no
desfallecemos. 10 Por consiguiente,
mientras hay tiempo, hagamos bien
a todos, pero especialmente a los
hermanos en la fe.

Conclusión.

11 Ved con qué grandes letras (1)
os escribo de mi propia mano. 12 Los
que quieren gloriarse en la carne,
ésos os fuerzan a circuncidaros, sólo
para no ser perseguidos por la cruz
de Cristo. 13 Ni los mismos circun-
cidados guardan la Ley, pero quie-
ren que vosotros os circuncidéis para
gloriarse en vuestra carne. 14 Cuanto
a mí, no quiera Dios que me gloríe
sino en la cruz de nuestro Señor
Jesucristo (2), por quien el mundo
está crucificado para mí y yo para
el mundo; 15 que ni la circuncisión es
nada ni el prepucio, sino la nueva
criatura. 16 La paz y la misericordia
será sobre cuantos se ajusten a esta
regla, y sobre el Israel de Dios.
17 Por lo demás, que nadie me mo-
leste, que llevo en mi cuerpo las
señales de Jesús.
18 La gracia de nuestro Señor Jesu-
cristo sea, hermanos, con vuestro
espíritu. Amén.

---

(1) San Pablo había dictado la carta; pero al fin añade de su puño y letra las últimas líneas, como señal de autenticidad.

(2) Los judaizantes pretendían imponer la circuncisión y la Ley, primero para incorporar a su nación a los nuevos convertidos y gloriarse así en ellos; luego para no aparecer ante los judíos incrédulos como traidores a su nación y desertores de ella. Mas a Pablo nada le importa el título de hijo de Israel; su gloria está toda en la cruz de Cristo. Los devotos de Cibeles solían marcarse en las carnes como siervos de la diosa; igual hacían los esclavos que llevaban la marca de su señor, y los soldados la del ejército. San Pablo no tiene otra marca que la de Cristo, de quien se declara siervo.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA A LOS ROMANOS

NOS son desconocidos los orígenes de la iglesia romana. En los días de Jesús los judíos eran numerosos en la capital del Imperio, y por su origen se les daba el nombre de libertinos o libertos, pues en su mayor parte procedían de los prisioneros de guerra llevados por Pompeyo. Tenían en Jerusalén una sinagoga, y el día de Pentecostés se hallaban presentes muchos de estos libertos en Jerusalén, adonde habían acudido para la fiesta. Parece natural suponer que entre los muchos convertidos por los Apóstoles los primeros días habría algunos judíos romanos, los cuales al volver a su casa llevaron consigo la fe y el espíritu de proselitismo, que antes desplegaban a favor del mosaísmo. Es

además admitido por muchos que cuando Pedro, el año 44, se vió libre de la prisión se encaminó a Roma. El 48, Claudio publicó un decreto desterrando de Roma a los judíos (Act. 18, 2). La causa habría sido, según Tácito, un cierto Cresto, que promovía alborotos en la ciudad. Es muy de creer que el tal Cresto no es otro que Cristo, que sería el motivo de discusión entre los judíos que se adherían a la fe y los que a ella resistían.

En todo caso, lo que sí nos consta es que San Pablo, al escribir su carta a esta iglesia, por el año 57, tenía en Roma muchos conocidos, que de las ciudades de Oriente habían ido a instalarse en Roma. Estos eran portadores de la fe, que luego propagaban entre sus connacionales y entre los gentiles. En fin, que por la fecha indicada Roma poseía una cristiandad numerosa, compuesta de judíos y gentiles, que San Pablo creyó digna de la más importante de sus epístolas.

Discuten los expositores sobre el motivo de esta carta. San Pablo nos dice que, creyéndose obligado por la misión que del Señor recibiera de predicar a todos, judíos o gentiles, no quiso que una iglesia como la de Roma, llamada a ejercer tanta influencia en la Iglesia universal, quedara privada de su doctrina. Además, tenía el propósito de predicar la fe en el Occidente, en España, y para ella el camino era Roma, donde podría recoger informaciones sobre la nueva tierra que se proponía evangelizar. Según la tradición más segura, escribió esta epístola en Corinto, cuando desde Efeso se dirigió a aquella ciudad, hacia el año 57, y fué llevada de Cencres por Febe, que iba a Roma a negocios personales. (16, 1 ss.).

Como escrita a una iglesia con la que no tenía relaciones, la epístola a los romanos había de ser, por necesidad, menos familiar y más doctrinal que las otras suyas. Es ésta, en efecto, la más larga y la más densa en doctrina. Supuesta la catequesis ordinaria, quiere San Pablo exponer una parte de aquella sabiduría de que habla en la I Cor. El argumento de la epístola parece hallarse indicado en 1, 16: «No me avergüenzo del Evangelio, que es el poder de Dios para la salud de todo creyente, del judío primero, luego del gentil, porque en él se revela la justicia de Dios, pasando de la fe a la fe, según está escrito: «El justo vive de la fe.» En la exposición de este argumento nos da San Pablo todo su conocimiento del ministerio de Jesucristo, con sus experiencias religiosas y las luchas que en todas partes tenía que sostener contra los judíos y los judaizantes.

La epístola se divide claramente en dos partes, fuera de la introducción (1, 1-17). La primera, que podemos llamar dogmática (1, 18-11, 36); la segunda moral (12, 1-15, 13), y termina con un largo epílogo. La primera parte se puede dividir en la siguiente forma:

1) Los gentiles están fuera del camino de la justicia (1, 18-32).—2) Igualmente los judíos (2, 1-3, 19).—3) La justicia sólo nos viene por la fe (3, 20-4, 25).—4) La reconciliación con Dios (5).—5) La libertad del pecado (6).—6) La libertad de la servidumbre de la Ley (7). —7) La filiación divina (8). —8) El problema de la incredulidad judía (9-11).

La parte moral abarca los siguientes puntos: 1) Deberes para con Dios (12, 1-8).—2) Deberes para con el prójimo (12, 9-13, 10).—3) Deberes para consigo mismo (13, 11-14).— 4) Del buen uso de la libertad cristiana (14, 1-15, 13).

El epílogo abarca: 1) Excusas por haberles escrito en la forma en que lo hace (15, 14-33).—2) Recomendaciones y saludos (16, 1-24).—3) Doxología (16, 25-27).

A LOS ROMANOS

Saludo a los fieles de Roma.

1 [1] Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado al apostolado, elegido para predicar el Evangelio de Dios, [2] que por sus profetas había prometido en las Santas Escrituras, [3] acerca de su Hijo, nacido de la descendencia de David, según la carne, [4] constituído Hijo de Dios, poderoso según el Espíritu de santidad a partir de la resurrección de entre los muertos (1), Jesucristo nuestro Señor, [5] del cual hemos recibido la gracia y el apostolado para promover la obediencia a la fe para gloria de su nombre en todas las naciones, [6] entre los cuales os contáis también vosotros, los llamados de Jesucristo (2); [7] a todos los amados de Dios, llamados santos, que estáis en Roma, la gracia y la paz con vosotros, de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Pablo deseó mucho venir a Roma.

[8] Ante todo doy gracias a mi Dios por Jesucristo, por todos vosotros, de que vuestra fe es conocida en todo el mundo. [9] Testigo me es Dios, a quien sirvo en mi espíritu, mediante la predicación del Evangelio de su Hijo, que sin cesar hago memoria de vosotros, [10] suplicándole siempre en mis oraciones, que por fin algún día, por voluntad de Dios, se me allane el camino para ir a veros. [11] Porque, a la verdad, deseo veros para comunicaros algún don espiritual, para confirmaros, [12] o mejor, para consolarme con vosotros por la mutua comunicación de nuestra común fe. [13] No quiero que ignoréis, hermanos, que muchas veces me he propuesto ir—pero me ha sido impedido hasta el presente—, para recoger algún fruto también entre vosotros (1), como en las demás gentes. [14] Me debo tanto a los griegos como a los bárbaros, tanto a los sabios como a los ignorantes. [15] Así que en cuanto en mí está, pronto estoy a evangelizaros también a vosotros los de Roma.

Argumento de la epístola.

[16] Pues yo no me avergüenzo del Evangelio (2), que es poder de Dios para la salud de todo el que cree, del judío primero, pero también del griego, [17] porque en él se revela la justicia de Dios, pasando de una fe a otra fe, según está escrito: «El justo vive de la fe» (3).

---

(1) El participio, que traducimos por «constituído», lo traduce la Vulgata «predestinado». El verbo *orizo* de que el citado participio procede, significa definir, fijar, constituir. (Hech. 2, 23; 17, 26; Heb. 4, 7). En este último sentido, dice San Pedro (Hech. 10, 42), que Cristo fué constituído juez de vivos y muertos, y San Pablo asegura que Dios juzgará al mundo por el varón (Cristo) a quien constituyó para este oficio (Hech. 17, 31). Según esto, el Apóstol, en el lugar que anotamos, quiere decir que Jesucristo, Hijo de Dios, nacido según la carne de la descendencia de David, y sometido, por tanto, a las miserias de la humanidad, fué constituído poderosa causa de santificación a partir de la resurrección de entre los muertos, por la que entró en la gloria del Padre para obtenernos de El y enviarnos el Espíritu Santo.

(2) Estos seis primeros versículos contienen el saludo, que de ordinario no lleva más que un par de versículos. Es ejemplo del estilo de San Pablo, en el que las ideas se van enlazando unas con otras, y todas juntas nos explican lo qué es Pablo, ministro del Evangelio.

(1) Después de decir que desea ir a Roma, para darles parte de los tesoros de gracia y verdad que atesora, se corrige, limitando sus deseos a consolarse con los romanos en la fe común de todos.

(2) El Evangelio se fundaba en la cruz de Cristo. Era, hablando humanamente, para avergonzarse ante la grandeza de Roma, ante los templos monumentales del paganismo, ante la ciencia de Grecia. Sólo la fe divina podría sobreponerse a todas estas grandezas humanas.

(3) Según la doctrina que San Pablo expone ampliamente en esta epístola, la fe es el principio de la justificación, así en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, pero con esta diferencia: que en el Antiguo Testamento el objeto de la fe eran las divinas promesas, que todas se concentraban en el Mesías, mientras que en el Nuevo Testamento el objeto de la fe es Cristo, muerto y resucitado, en quien el Padre puso la salud del mundo.

La gentilidad desconoció a Dios.

18 Pues la ira de Dios se manifiesta
desde el cielo sobre toda impiedad
e injusticia (1) de los hombres,
de aquellos que en su injusticia aprisionan la verdad con la injusticia.
19 Lo cognoscible de Dios les es
manifiesto (2), pues Dios se lo
manifestó; 20 porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios,
sú eterno poder y su divinidad, se
alcanzan a conocer por las criaturas.
De manera que son inexcusables,
21 por cuanto, conociendo a Dios,
no le glorificaron como a Dios ni
le dieron gracias, sino que se entontecieron en sus razonamientos, viniendo a oscurecerse su insensato
corazón; 22 y alardeando de sabios,
se hicieron necios, 23 y trocaron la
gloria del Dios incorruptible por la
semejanza de la imagen del hombre
corruptible, y de aves, cuadrúpedos
y reptiles.

El castigo de la gentilidad.

24 Por esto los entregó Dios a los
deseos de su corazón, a la impureza,
con que deshonran sus propios cuerpos, 25 pues trocaron la verdad de
Dios por la mentira, y adoraron y
sirvieron a la criatura en lugar del
Criador, que es bendito por los siglos,
amén. 26 Por lo cual los entregó
Dios a las pasiones vergonzosas, pues
las mujeres mudaron el uso natural
en uso contra naturaleza; 27 e igualmente los varones, dejando el uso
natural de la mujer, se abrasaron
en la concupiscencia de unos por
otros, los varones de los varones,
cometiendo torpezas y recibiendo en
sí mismos el pago debido a su extravío. 28 Y como no procuraron
conocer a Dios, Dios los entregó a su
réprobo sentir, que los lleva a cometer torpezas, 29 y a llenarse de toda
injusticia, malicia, avaricia, maldad;
llenos de envidia, dados al homicidio, a contiendas, a engaños, a malignidad; chismosos, 30 calumniadores, aborrecidos de Dios, ultrajadores, orgullosos, fanfarrones, inventores de maldades, rebeldes a los
padres, 31 insensatos, desleales, desamorados, despiadados; 32 y conocedores de la justicia de Dios y de que
quienes tales cosas hacen son dignos
de muerte, no sólo las hacen, sino
que aplauden a quienes las hacen.

Tampoco los judíos están en camino de salvación.

2 1 Por lo cual eres inexcusable, ¡oh
hombre!, quienquiera que seas, al
juzgar: pues en lo mismo en que juzgas a otro (1), a ti mismo te condenas, ya que haces eso mismo que
condenas. 2 Pues sabemos que el juicio
de Dios es conforme a verdad, contra
todos los que cometen tales cosas.
3 ¿Y piensas tú, que condenas a los
que eso hacen y con todo lo haces tú,
que escaparás al juicio de Dios?
4 ¿O es que desprecias las riquezas
de su bondad, paciencia y longanimidad, desconociendo que la bondad de Dios te atrae a penitencia?
5 Pues conforme a tu dureza y a la
impenitencia de tu corazón, te vas
atesorando ira para el día de la ira
y de la revelación del justo juicio
de Dios, 6 que dará a cada uno según
sus obras; 7 a los que con perseverancia en el bien obrar buscan la
gloria, el honor y la incorrupción,
la gloria eterna; 8 pero a los contumaces, rebeldes a la verdad, que
obedecen a la injusticia, ira e indignación. 9 Tribulación y angustia
sobre todo el que hace el mal, primero sobre el judío, luego sobre el
gentil; 10 pero gloria, honor y paz
para todo el que hace el bien, primero para el judío, luego para el
gentil; 11 pues en Dios no hay acepción de personas.

La Ley de gentiles.

12 Cuantos hubiesen pecado sin
Ley, sin Ley perecerán; y los que pe-

(1) Desde ahora la cólera de Dios se revela sobre toda impiedad e injusticia, por cuanto Dios entregó a estos tales a su réprobo sentido a los vicios más infames, frutos del paganismo.

(2) La Sabiduría (13, 1 ss.) declara insensatos a los filósofos gentiles, que del estudio de las criaturas no supieron elevarse al Hacedor de ellas. San Pablo, en Atenas, expone este mismo argumento (Hech. 17, 22); pero aquí declara mejor esta doctrina, definida de fe por el Concilio Vaticano.

(1) Se imagina a los judíos que aplauden la precedente filípica contra los gentiles, y encarándose con ellos, les viene a decir que no son mejores que los gentiles.

caron en la Ley, por la Ley serán juzgados; 13 porque no son justos ante Dios los que oyen la Ley, sino los cumplidores de la Ley, ésos serán declarados justos. 14 En verdad, los gentiles que guiados por la razón natural sin Ley cumplen los preceptos de la Ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos Ley. 15 Y con esto muestran que los preceptos de la Ley están escritos en sus corazones, siendo testigos sus conciencias y las sentencias con que entre sí unos a otros se acusan o se excusan. 16 Así se verá el día en que Dios por Jesucristo, según mi evangelio, juzgará las acciones secretas de los hombres.

El judío violador de la Ley, es más culpable.

17 Pero si tú, ¡oh judío!, que confías en la Ley y te glorías en Dios, 18 conoces su voluntad, e instruído por la Ley, sabes estimar lo mejor, 19 y presumes de ser guía de ciegos, luz de los que viven en tinieblas, 20 preceptor de rudos, maestro de niños, y tienes en la Ley la norma de la ciencia y de la verdad; 21 tú, en suma, que enseñas a otros, ¿cómo no te enseñas a ti mismo? ¿Tú, que predicas que no se debe robar, robas? ¿Tú, que dices que no se debe adulterar, adulteras? ¿Tú, que abominas de los ídolos, te apropias los despojos de los templos? 23 ¿Tú, que te glorías en la Ley, ofendes a Dios traspasando la Ley? Pues escrito está: «Por causa vuestra es blasfemado entre los gentiles el nombre de Dios» (1).

La verdadera circuncisión.

25 Cierto que la circunción es provechosa si guardas la Ley (2); pero si la traspasas, tu circuncisión se hace prepucio. 26 Mientras que, si el incircunciso guarda los preceptos de la Ley, ¿no será tenido por circuncidado? 27 Por tanto, el incircunciso natural que cumple la Ley te juzga a ti, que, a pesar de tener la letra y la circuncisión, traspasas la Ley. 28 Porque no es judío el que lo es en lo exterior, ni es circincisión la circuncisión exterior de la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y es circuncisión la del corazón, según el espíritu, no según la letra. La alabanza de éste no es de los hombres, sino de Dios.

Los judíos, reos ante el tribunal de Dios.

3 1 ¿En qué, pues, aventaja el judío (1), o de qué aprovecha la circuncisión? Mucho en todos los aspectos, 2 porque primeramente les ha sido dada la palabra de Dios. 3 ¡Pues qué! Porque algunos hayan sido incrédulos, va a anular su incredulidad la fidelidad de Dios? 4 No, ciertamente. Antes hay que confesar que Dios es veraz y todo hombre falaz, según está escrito:

«Para que seas reconocido justo
[en tus palabras,
y triunfes cuando fueres juzga-
[do» (2).

5 Pero, si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? No es Dios injusto en desfogar su ira? A lo humano lo digo: 6 De ninguna manera (3). Si así fuese, ¿cómo podría Dios juzgar al mundo? 7 Pero si la veracidad de Dios resalta más por mi mendacidad, para gloria suya, ¿por qué voy a ser yo juzgado pecador? 8 ¿Y por qué no decir lo que algunos calumniosamente nos atribuyen, asegurando que decimos: Hagamos el mal para que venga el bien? La condenación de ésos es justa. 9 ¿Qué, pues, diremos? ¿Los aventajamos? No en todo. Pues ya hemos probado que

---

(1) Son palabras que dirigía Ezequiel (36, 20) a los judíos cautivos entre los gentiles, a quienes daban ocasión de creer que el Señor no había podido defenderlos.

(2) La circuncisión es signo de la alianza y, por tanto, de la Ley, que encierra las condiciones de la alianza. Quien practica la circuncisión y no observa la Ley es como si no estuviera circuncidado. Al contrario, el que sin la circuncisión observa la Ley, será reputado como circunciso.

(1) Responde a una objeción, declarando que el judío aventaja al gentil por la revelación divina. Que muchos no se aprovechen de ella no quiere decir que no sea de ningún valor.

(2) Cuando el mundo haga juicios sobre la conducta de Dios. Son palabras del Salmo 51, 6.

(3) Insiste en la objeción de un modo singular. Si de nuestra iniquidad Dios saca gloria de justiciero, parece que alcanza alguna ventaja, y así que injustamente nos castiga. Y todavía insiste en lo mismo en el versículo 7.

judíos y gentiles nos hallamos todos bajo el pecado, 10 según que está escrito:

«No hay justo, ni siquiera uno,
11 no hay uno sabio, no hay quien [busque a Dios.
12 Todos se han extraviado, todos [están corrompidos,
no hay quien haga el bien, no hay [ni siquiera uno.»
13 «Sepulcro abierto es su garganta, con sus lenguas urden engaños,
veneno de áspides hay bajo sus labios,
14 su boca rebosa maldición y amar- [gura,
15 veloces son sus pies para derramar [sangre,
16 calamidad y miseria abunda en [sus caminos,
17 y la senda de la paz no la cono- [cieron,
18 no hay temor de Dios ante sus ojos.»

19 Ahora bien, sabemos que cuanto dice la Ley (1) lo dice a los que viven bajo la Ley para tapar toda boca y que todos se confiesen reos ante Dios. 20 De aquí que por las obras de la Ley nadie será reconocido justo ante El, pues de la Ley sólo nos viene el conocimiento del pecado (2).

Dios ha otorgado a la Humanidad la salud por Cristo.

21 Mas ahora, sin la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, atestiguada por la Ley y los profetas; 22 la justicia de Dios por la fe en Jesucristo, para todos los que creen, sin distinción; 23 pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios, 24 y ahora son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, 25 a quien ha puesto Dios como sacrificio de propiciación, mediante la fe en su sangre, para manifestación de su justicia, por haber tolerado en su paciencia los pecados pasados, 26 para manifestar su justicia en el tiempo presente y para probar que es justo y que justifica a todo el que cree en Jesús.

Toda gloria humana queda excluída.

27 ¿Dónde está, pues, tu jactancia? Ha quedado excluída. ¿Por qué ley? ¿Por la ley de las obras? No, sino por la ley de la fe, 28 pues sostenemos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la Ley. 29 ¿Acaso Dios es sólo Dios de los judíos? ¿No lo es también de los gentiles? Sí, también lo es de los gentiles, 30 puesto que no hay más que un solo Dios, que justifica a la circuncisión por la fe y al prepucio por la fe. 31 ¿Anulamos, pues, la Ley con la fe? No, ciertamente, antes la confirmamos (1).

La justificación de Abraham.

4 1 ¿Qué diremos, pues, haber obtenido Abraham, nuestro padre según la carne? 2 Si Abraham fué justificado por las obras, tendrá motivos de gloriarse, aunque no ante Dios. 3 Pero ¿qué dice la Escritura? «Abraham creyó en Dios y le fué computado a justicia» (2). 4 Ahora bien, al que trabaja no se le computa el salario como gracia, sino como deuda. 5 Mas al que no trabaja, sino que cree en el que justifica al impío, la fe le es computada por justicia. 6 Así es como David proclama bienaventurado al hombre, a quien Dios imputa la justicia sin las obras:

7 «Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han sido velados.
8 Venturoso el varón a quien no tomó cuenta el Señor de su pecado» (3).

9 Ahora bien, esta bienaventuranza ¿es sólo de los circuncidados o también de los incircuncisos? Porque decimos que a Abraham le fué computada la fe por justicia. 10 Pero

(1) Con este rimero de textos tomados de los salmos 14, 1-3; 53, 2-4, que hablan todos de los judíos, concluye que en lo que toca a poseer la justicia, están iguales judíos y gentiles. La Ley sólo da el conocimiento del pecado, pero no la justicia.

(2) A este mal de que adolecen así judíos como gentiles, remedió Dios dándonos gratuitamente la justicia y la gloria por la fe en Jesucristo, a todos sin distinción, judíos o gentiles.

(1) Con el Evangelio no se anula la Ley, antes se confirma, interpretandola no en el sentido jurídico de los judíos, sino en el sentido moral, a la luz del precepto de la caridad, que trajo Jesucristo y que era el sentido divino de la Ley.

(2) Gen. 14, 6.

(3) Salmo 32, 1, s.

¿cuándo le fué computada? ¿Cuando ya se había circuncidado o antes? No después de la circuncisión, sino antes. 11 Y recibió la circuncisión por señal, por sello de la justicia, que obtuvo en la incircuncisión, para que fuese padre de todos los creyentes no circuncidados, para que también a ellos la fe (4) les sea computada por justicia; 12 y padre de los circuncidados, pero no de los que son solamente de la circuncisión, sino de los que siguen también los pasos de la fe de nuestro padre Abraham antes de ser circuncidado.

La promesa de Abraham.

13 A Abraham y a su posteridad no le vino por la Ley la promesa de que sería heredero del mundo, sino por la justicia de la fe. 14 Pues si los hijos de la Ley son los herederos, quedó anulada la fe y abrogada la promesa; 15 porque la Ley trae consigo la ira, ya que donde no hay ley no hay transgresión. 16 Por consiguiente, la promesa viene de la fe, para que en virtud de la gracia sea firme la promesa hecha a toda la descendencia, no a los hijos de la Ley, sino a los hijos de la fe de Abraham, padre de todos nosotros, según está escrito: «Te he puesto por padre de muchas naciones», ante Aquél en quien creyó, Dios, que da vida a los muertos y manda a lo que es, lo mismo que a lo que no es.

18 Abraham, contra toda esperanza, creyó que había de ser padre de muchas naciones, según está dicho: «Así será tu descendencia», 19 y no flaqueó en la fe al considerar su cuerpo sin vigor, pues era casi centenario y estaba ya amortiguado el seno de Sara; 20 sino que ante la promesa de Dios no vaciló, dejándose llevar de la incredulidad, antes, fortalecido por la fe, dió gloria a Dios, 21 convencido de que Dios era poderoso para cumplir lo que había prometido; 22 y por esto le fué computado a justicia. 23 Y no sólo por él está escrito que le fué computado a justicia, sino también por nosotros, a quienes debe imputársenos, a nosotros, que creemos en el que resucitó de entre los muertos, nuestro Señor Jesús, que fué entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación.

La justificación, prenda de la salud eterna.

5 1 Justificados, pues, por la fe (1) tenemos paz con Dios por mediación de nuestro Señor Jesucristo, 2 por quien en virtud de la fe hemos obtenido también el acceso a esta gracia, en que nos mantenemos y nos gloriamos, en la esperanza de la gloria de Dios. 3 Y no sólo esto, sino que nos gloriamos hasta en las tribulaciones, sabedores de que la tribulación produce la paciencia, 4 la paciencia la virtud probada, y la virtud probada la esperanza. 5 Y la esperanza no quedará confundida, pues el amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado. 6 Porque cuando todavía éramos débiles, Cristo, a su tiempo, murió por los impíos. 7 En verdad, apenas habrá quien muera por un justo; y aun pudiera ser, que muriera alguno por uno bueno (2); 8 pero Dios probó su amor hacia nosotros, en que siendo pecadores, murió Cristo por nosotros. 9 Con mayor razón, pues, justificados ahora por su sangre, seremos por El salvos de la ira; 10 porque si, siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, seremos salvos en su vida. 11 Y no sólo reconciliados, sino que nos gloriamos en Dios por

(4) La economía divina de la justificación por la fe no es nueva. A Abraham le fué imputado a justicia un simple acto de fe interna, con que dió gloria a Dios. Y a esta fe están ligadas las promesas que el patriarca recibió de Dios, mucho antes de que la Ley se diera, y esto que en Abraham acaeció, fué ejemplo de lo que había de acaecer en todos los imitadores de la fe de Abraham.

(1) Una vez justificados por la fe alcanzamos la reconciliación, en virtud de la cual nos acercamos a Dios como hijos y nos gloriamos en la esperanza de la gloria, y hasta en las tribulaciones, que nos ayudan a conquistarla.

(2) Los dos miembros de este versículo están unidos por lo adversativo «sin embargo», que viene a ser una corrección del miembro primero, pues en efecto, aunque raro, podría darse el caso de que uno se sacrificara por un hombre de bien.

nuestro Señor Jesucristo, por quien recibimos ahora la reconciliación (1).

La obra de Adán y la de Jesucristo.

12 Así pues, como por un hombre entró el pecado en el mundo, y por el pecado la muerte, que pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado... 13 Porque hasta la Ley, había pecado en el mundo, pero como no existía la ley, el pecado, no existiendo la Ley, no era imputado a pena. 14 Pero la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, aun sobre aquellos que no habían pecado como pecó Adán, que es tipo del que había de venir. 15 Mas no es el don como fué la transgresión. Si por la transgresión de uno solo mueren todos, mucho más la gracia de Dios y el don de la gracia de uno solo, Jesucristo, se difundió copiosamente sobre todos. 16 Y no fué del don lo que fué la obra de un solo pecador, pues por el pecado de uno solo vino el juicio en la condenación, mas el don, después de muchas transgresiones, acabó en la justificación. 17 Si, pues, por la transgresión de uno solo, esto es, por obra de uno solo, reinó la muerte, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia reinarán en la vida por obra de uno solo, Jesucristo. 18 Por consiguiente, como por la transgresión de uno solo llegó la condenación a todos, así también por la justicia de uno solo llega a todos la justificación de vida. 19 Pues, como por la desobediencia de uno, todos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno todos serán hechos justos. 20 Se introdujo la Ley para que abundase el pecado; pero donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia, 21 para que, como reinó el pecado por la muerte, así también reine la gracia por la justicia para la vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor.

(1) Esta idea de la reconciliación lleva a San Pablo a tratar del origen de la enemistad del hombre con Dios, del pecado original, para mostrar que si Adán trajo sobre la humanidad una inmensa calamidad, Jesucristo la remedió sobreabundantemente. El versículo 12 queda suspenso. Orígenes lo completa así: De la misma suerte, por un hombre entró la justicia en el mundo, y por la justicia la vida, y así pasó la vida a los hombres por cuanto fueron todos vivificados.

El cristiano, unido a Cristo por el bautismo.

6 1 ¿Qué diremos, pues? Permaneceremos en el pecado para que abunde la gracia? 2 Lejos de eso. Los que hemos muerto al pecado, ¿cómo vivir todavía en él? 3 ¿O ignoráis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados para participar en su muerte? 4 Con El hemos sido sepultados por el bautismo (1), para participar en su muerte, para que como El resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. 5 Porque, si hemos sido injertados en El por la semejanza de su muerte, también lo seremos por la de su resurrección. 6 Pues sabemos que nuestro hombre viejo ha sido crucificado para que fuera destruído el cuerpo del pecado y ya no sirvamos al pecado. 7 En efecto, el que muere queda absuelto de la pena de pecado, 8 si hemos muerto con Cristo, también viviremos con El; 9 pues sabemos que Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no muere, la muerte no tiene ya dominio sobre El. 10 Porque muriendo, murió al pecado una vez para siempre; pero viviendo, vive para Dios. 11 Así pues, haced cuenta de que estáis muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús.

El servicio del pecado y el de Dios.

12 Que no reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal obedeciendo a sus concupiscencias; 13 ni deis vuestros miembros como armas de iniquidad al pecado, sino ofreceos más bien a El como quien, muerto, ha resucitado, y dad vuestros miembros a Dios como instrumento de justicia. 14 Porque el pecado no tiene

(1) Esta parte que trata del bautismo nos explica el sacramento de la iniciación cristiana como una incorporación a Cristo muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación. Así ya no debemos vivir sino la la vida de Cristo en Dios, alejados del pecado.

ya dominio sobre vosotros (1), pues que no estáis bajo la Ley, sino bajo la gracia. [15] ¡Pues qué! ¿Pecaremos porque no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia? De ningún modo. [16] ¿No sabéis que ofreciéndoos a uno para obedecerle os hacéis esclavos de aquél a quien os sujetáis, sea del pecado para la muerte, sea de la obediencia para la justicia? [17] Pero gracias sean dadas a Dios, porque siendo esclavos del pecado, obedecisteis de corazón a la norma de doctrina a que os disteis, [18] y libres ya del pecado, recobrada la libertad, habéis venido a ser siervos de la justicia.

[19] Os hablo a la llana, en atención a la flaqueza de vuestra carne. Pues bien, como pusisteis vuestros miembros al servicio de la impureza y de la iniquidad para la iniquidad, así ahora entregad vuestros miembros al servicio de la justicia para la santidad. [20] Pues cuando erais esclavos del pecado, estabais libres respecto de la justicia. [21] ¿Y qué frutos obtuvisteis entonces? Aquellos de que ahora os avergonzáis, porque su fin es la muerte. [22] Pero ahora, libres del pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación y por fin la vida eterna. [23] Pues la soldada del pecado es la muerte; pero el don de Dios es la vida eterna en nuestro Señor Jesucristo.

Los cristianos, libres de la Ley.

7 [1] ¿O ignoráis, hermanos—hablo a los que saben de leyes—que la Ley domina al hombre todo el tiempo que éste vive? [2] Por tanto, la mujer casada está ligada al marido mientras éste vive; pero muerto el marido, queda desligada de la ley del marido. [3] Por consiguiente, viviendo el marido, será tenida por adúltera si se uniere a otro marido; pero si el marido muere, queda libre de la ley, y no será adúltera si se une a otro marido. [4] Así que, hermanos míos, vosotros habéis muerto también a la Ley por el cuerpo de Cristo (1), para ser de otro que resucitó de entre los muertos, a fin de que deis frutos para Dios. [5] Pues cuando estábamos en la carne, las pasiones de los pecados, vigorizadas por la Ley, obraban en nuestros miembros y daban frutos de muerte; [6] mas ahora, desligados de la Ley, estamos muertos a lo que nos sujetaba, de manera que sirvamos en espíritu nuevo, no en la letra vieja.

La Ley y el pecado.

[7] ¿Qué diremos entonces? ¿Que la Ley es pecado? ¡No, por Dios! Pero yo no conocí el pecado sino por la Ley (1). Pues yo no conocería la codicia si la Ley no dijera: «No codiciarás» (2). [8] Mas, con ocasión del precepto, obró en mí el pecado, toda concupiscencia, porque sin la ley el pecado está muerto. [9] Y yo viví algún tiempo sin Ley, pero, sobreviviendo el precepto, revivió el pecado [10] y yo quedé muerto, y hallé que el precepto, que era para vida, fué para muerte. [11] Pues el pecado, con ocasión del precepto, me sedujo y por él me mató. [12] En suma, que la Ley es santa y el precepto santo, y justo y bueno.

La potencia maligna del pecado.

[13] ¿Luego lo bueno me ha sido mortal? Nada de eso; pero el pecado, para mostrar toda su malicia, por lo bueno me dió la muerte, haciéndose por el precepto sobremanera pecaminoso. [14] Porque sabemos que la Ley es espiritual, pero yo soy carnal (3), vendido por esclavo

(1) Otro aspecto de la justificación es que, arrancándonos de la servidumbre del pecado, nos hace libres de él, pero siervos de la justicia y de Dios.

(1) No sólo nos libra Cristo del pecado, sino también de la obligación de las observancias mosaicas. El argumento con que aquí declara su pensamiento es muy singular. La mujer casada, mientras vive el marido está ligada a él, pero muerto éste, queda libre para casarse con otro. Cristo murió y con la muerte quedó libre de la Ley; nosotros, incorporados a la muerte de Cristo, quedamos asimismo exentos de la Ley, y debemos vivir según el espíritu nuevo y no según la Ley vieja.

(1) El modo como hasta aquí se habló de la Ley parecería dar a entender que es mala, que es pecado. ¿Será así? No, contesta San Pablo. Pero la Ley nos da mayor conocimiento de nuestros deberes, sin darnos gracia para cumplirlos, y así, dándonos mayor conciencia del pecado, nos hace más pecadores.

(2) Ex. 20, 17, y Deut. 4, 18.

(3) Esto no es culpa de la Ley, que es de suyo buena, sino del pecado que habita en nos-

al pecado. 15 Porque no sé lo que hago; pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que no quiero, lo que aborrezco. 16 Si, pues, hago lo que no quiero, reconozco que la Ley es buena. 17 Pero entonces ya no soy yo quien obra esto, sino el pecado, que mora en mí. 18 Pues yo sé que no hay en mí, en mi carne, cosa buena. Porque el querer el bien está en mi, pero el hacerlo no. 19 En efecto, no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero. 20 Pero si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. 21 Por consiguiente, tengo en mí esta ley, que queriendo hacer el bien, es el mal el que se me apega; 22 pues siento otra ley en mis miembros, que repugna a la ley de mi mente y me encadena a la ley del pecado que está en mis miembros. 24 ¡Desdichado de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?... 25 Gracias a Dios, por Jesucristo nuestro Señor... Así pues, yo mismo que con la mente sirvo a la ley de Dios, sirvo con la carne a la ley del pecado.

La vida del espíritu.

8 1 No hay, pues, ya condenación alguna para los que son de Cristo Jesús, 2 porque la ley del espíritu de vida en Cristo Jesús te libró de la ley del pecado y de la muerte. 3 Pues lo que a la Ley era imposible por ser débil a causa de la carne, lo hizo Dios enviando a su propio Hijo en carne semejante a la del pecado y por el pecado y le condenó en la carne, 4 para que la justicia de la Ley se cumpliese en nosotros, los que no andamos según la carne, sino según el espíritu. 5 Los que son según la carne sienten las cosas carnales; los que son según el espíritu sienten las cosas espirituales. 6 Porque el apetito de la carne es muerte, pero el apetito del espíritu es vida y paz. 7 Por lo cual el apetito de la carne es enemistad de Dios, que no se sujeta ni puede sujetarse a la ley de Dios (1).

Los que caminan según la carne.

8 Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios; 9 pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, si es que de verdad el Espíritu de Cristo habita en vosotros. Pero si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, ése no es de Cristo. 10 Mas si Cristo está en vosotros, el cuerpo está muerto por el pecado, pero el espíritu vive por la justicia. 11 Y si el Espíritu de Aquél que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó a Cristo Jesús de entre los muertos dará también vida a vuestros cuerpos mortales por virtud de su Espíritu (2), que habita en vosotros. 12 Así pues, hermanos, no somos deudores a la carne de vivir según la carne, 13 que si vivís según la carne moriréis; mas si con el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis.

El cristiano, hijo de Dios.

14 Porque los que son movidos por el Espíritu de Dios (3), ésos son hijos de Dios. 15 Que no habéis recibido el espíritu de siervos para recaer en el temor, antes habéis recibido el espíritu de adopción, por el que clamamos: ¡Abba, Padre! 16 El Espíritu mismo da testimonio a nuestra alma de que somos hijos de Dios, 17 y si hijos, también herederos, herederos de Dios, coherederos de

---

otros, esto es, de este desorden e inclinación al mal que domina en nosotros como consecuencia del pecado original. Con este motivo San Pablo hace aquí un sutil y vivo análisis de la conciencia humana, que de una parte conoce el bien y lo ama, y de otra se deja llevar del mal. Sólo la gracia de Jesucristo nos puede librar de esta miseria.

(1) El Apóstol expone en este párrafo la vida del cristiano justificado por la acción del Espíritu Santo, que tiende siempre a destruir la vida de la concupiscencia, que nos lleva al pecado. Habla aquí considerando esta vida en sí misma, no con la imperfección con que suele hallarse en nosotros.

(2) La gracia es el germen de la gloria, y el Espíritu Santo, que nos comunica la vida de la gracia, es también quien nos comunicará la gloria de las almas y la resurrección de los cuerpos.

(3) Son hijos de Dios los que viven como tales, guiados y marcados por el Espíritu de Dios.

Cristo, supuesto que padezcamos con El, para ser con El glorificados (1).

Los sufrimientos presentes, comparados con la gloria futura.

18 Tengo para mí que los sufrimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros; 19 porque el continuo anhelar de las criaturas (2) ansía la manifestación de los hijos de Dios. 20 Pues las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por razón de quien las sujeta, pero con la esperanza 21 de que también ellas mismas serán libertadas de la servidumbre de la corrupción, para participar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios, 22 pues sabemos que la creación entera hasta ahora gime y siente dolores de parto. 23 Y no sólo ella, sino también nosotros, que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos dentro de nosotros mismos, suspirando por la adopción, por la redención de nuestro cuerpo. 24 Porque en esperanza somos salvos; que la esperanza que se ve, ya no es esperanza. Porque lo que uno ve, ¿cómo esperarlo? 25 Pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos.

El Espíritu ora en nosotros.

26 Y el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene; mas el mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables, 27 y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios.

(1) Este verso sintetiza todas las esperanzas cristianas. Siendo por Cristo hijos de Dios tendremos como hijos derecho a la herencia de Dios, con Jesucristo, que es el hermano mayor.

(2) Hermoso pensamiento éste del Apóstol. Dios creó al hombre como remate y fin del universo, que viene a sintetizarse todo en el hombre. De aquí la simpatía de todas las cosas con el hombre y su asociación a las dichas y esperanzas del hombre. Son, dice San Crisóstomo, como la nodriza o como la servidumbre que se goza con los éxitos de su hijo o de su señor y participa de sus esperanzas.

El plan de Dios sobre los elegidos.

28 Ahora bien; sabemos que Dios hace concurrir todas las cosas para el bien de los que le aman (1), de los que según sus designios son llamados. 29 Porque a los que de antes conoció, a ésos los predestinó a ser conformes con la imagen de su Hijo, para que Este sea el primogénito entre muchos hermanos; 30 y a los que predestinó, a ésos los llamó; y a los que llamó, a ésos los justificó; y a los que justificó, a ésos los glorificó. 31 ¿Qué diremos, pues, a esto? Si Dios está por nosotros, ¿quién contra nosotros? 32 El que no perdonó a su propio hijo, antes le entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos ha de dar con El todas las cosas? 33 ¿Quién acusará a los elegidos de Dios? Siendo Dios quien justifica, ¿quién condenará? 34 Cristo Jesús, el que murió, aún más: el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, es quien intercede por nosotros. 35 ¿Quién nos arrebatará al amor de Cristo. ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? 36 Según está escrito:

«Por tu causa somos entregados
[a la muerte todo el día,
somos mirados como ovejas des-
[tinadas al matadero» (2).

37 Mas en todas estas cosas vencemos por Aquél que nos amó. 38 Porque persuadido estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo venidero, ni las virtudes, ni la altura, ni la profundidad, ni ninguna otra criatura podrá arrancarnos al amor de Dios en Cristo Jesús, nuestro Señor (3).

(1) He aquí el principio del optimismo cristiano. La Providencia divina, que lo gobierna todo, todo lo endereza a la salud de los elegidos. Y señala los pasos que abarca esta Providencia. Empieza por un conocimiento acompañado de amor, que es el principio de la predestinación eterna; sigue la puesta en práctica de los medios, la vocación y la justificación en el tiempo, para terminar con la glorificación, que es el término de la predestinación. Dentro de esto entran todos los accidentes que pueden afectar a la vida de cada hombre, los cuales van dirigidos por Dios a la ejecución de sus planes, inspirados en el amor.

(2) Palabras del Salmo 44, 23, con que expone el justo que por la causa de Dios sufre los males que sufre.

(3) Esta caridad de Cristo es la que El nos

Sentimientos del Apóstol por los judíos.

9 [1] Os digo la verdad en Cristo, no miento, y conmigo da testimonio mi conciencia en el Espíritu Santo, [2] que siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón, [3] porque desearía ser yo mismo anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, [4] los israelitas (1), cuya es la adopción y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas; [5] cuyos son los patriarcas, y de quienes según la carne procede Cristo, que está por encima de todas las cosas, Dios bendito por los siglos, amén. [6] Y no es que la palabra de Dios haya quedado sin efecto. Es que no todos los nacidos de Israel son Israel, [7] ni todos los descendientes de Abraham son hijos de Abraham, sino que «por Isac será tu descendencia». [8] Esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios, sino los hijos de la promesa son la descendencia. Los términos de la promesa son éstos: «Por este tiempo volveré y Sara tendrá un hijo.» [10] Ni es sólo esto; también Rebeca concibió de un solo varón, nuestro padre Isac. Pues bien, [11] cuando aún no habían nacido ni habían hecho aún bien ni mal, para que el propósito de Dios, conforme a la elección, no por las obras, sino por el que llama, permaneciese, [12] le fué a ella dicho: «El mayor servirá al menor», [13] según lo que está escrito: «Amé a Jacob más que a Esaú.»

La justicia de Dios para con los gentiles y los judíos.

[14] ¿Qué diremos, pues? ¿Que hay injusticia en Dios? No, [15] pues a Moisés le dijo: «Tengo misericordia de quien tengo misericordia, y compasión de quien tengo compasión.» [16] Por consiguiente, no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. [17] Porque dice la Escritura al Faraón: «Precisamente para esto te he levantado, para mostrar en ti mi poder, y para dar a conocer mi nombre en toda la tierra.» Así que tiene misericordia de quien quiere, y a quien quiere le endurece. [19] Pero me dirás: Entonces ¿por qué reprende? Porque ¿quién puede resistir a su voluntad? [20] ¡Oh hombre! ¿Quién eres tú para pedir cuentas a Dios? Acaso dice el vaso al alfarero: ¿Por qué me has hecho así? [21] ¿O es que no puede el alfarero hacer del mismo barro un vaso de honor y un vaso indecoroso? [22] ¿Qué, pues, si para mostrar Dios su ira y dar a conocer su poder, soportó con mucha longanimidad a los vasos de ira, aptos para la perdición, [23] y al contrario, quiso hacer ostentación de la riqueza de su gloria sobre los vasos de su misericordia que él preparó para la gloria? [24] Vosotros los que El llamó, no sólo de los judíos, sino también de los gentiles?...

[25] Como dice en Oseas: «Al que no es mi pueblo llamaré mi pueblo, y a la que no es mi amada, mi amada.» [26] Y donde les fué dicho: «No sois mi pueblo, allí serán llamados hijos del Dios vivo» (1).

[27] E Isaías clama de Israel: «Aunque fueran los hijos de Israel como la arena del mar, sólo un resto será salvo, [28] porque el Señor ejecutará sobre la tierra un juicio consumado y decisivo» (2).

---

tiene, no la que nosotros le tenemos. El Padre nos predestina en Cristo, porque nos ama en Cristo, a quien nos contempla unidos como miembros a su cabeza, como hermanos menores al primogénito.

(1) San Pablo comienza aquí a tratar el gravísimo y para él torturante problema de la incredulidad judía. La solución se puede resumir en los siguientes puntos: 1.° Dios dió a Israel un pacto, una Ley, y con esto las promesas mesiánicas. 2.° El motivo de esta distinción de Israel entre todos los pueblos de la tierra, no fueron los méritos del pueblo, sino la sola misericordia de Dios. De ahí aquella sentencia: Amé a Jacob y le preferí a Esaú (Mal. 1, 2). Es cierto que no todos los israelitas correspondieron a los amorosos planes de Dios sobre su pueblo, pero esto no anula esos planes. ¿De dónde viene la distinción entre unos y otros? De Dios, que como el alfarero puede fabricar de la misma masa vasos de honor y vasos viles. Luego si todo depende de Dios, ¿dónde está la responsabilidad humana? San Pablo nos lo indica en el versículo 22: Dios, queriendo hacer ostentación de su justicia, soportó con mucha paciencia a los vasos viles aptos para la cólera, mientras que a los otros quiso mostrarles las riquezas de su gloria preparándolos para la gloria. Y éstos no son sólo los israelitas, son también los gentiles.

(1) Os. 2, 21 y 25, donde habla el profeta de la conducta de Dios para con Israel, primero rebelde, luego arrepentido.

(2) Is. 11, 22 s.

29 Y según predijo Isaías: «Si el Señor de los Ejércitos no nos dejara un renuevo, como Sodoma hubiéramos venido a ser y a Gomorra nos asemejaríamos» (1).

Por qué los judíos no admitieron la fe.

30 ¿Pues qué diremos? Que los gentiles, que no perseguían la justicia, alcanzaron la justicia, es decir, la justicia por la fe; 31 mientras que Israel, persiguiendo la Ley de la justicia, no alcanzó la Ley. 32 ¿Y por qué? Porque no fué por el camino de la fe, sino por el de las obras. 32 Tropezaron con la piedra de escándalo, según está escrito: «He aquí que pongo en Sión una piedra de tropiezo, una piedra de escándalo, y el que creyere en ella no será confundido» (2).

10 1 Hermanos, a ellos va el afecto de mi corazón y por ellos se dirigen a Dios mis súplicas, para que sean salvos. 2 Yo declaro en favor suyo que tienen celo por Dios, pero no según la verdadera sabiduría; 3 porque ignorando la justicia de Dios y buscando afirmar la propia, no se sometieron a la justicia de Dios; 4 porque el fin de la Ley es Cristo, para la justicia de todo el que cree.

Las dos justicias.

5 Pues Moisés escribe que el hombre que cumpliere la justicia de la Ley vivirá en ella. 6 Pero la justicia, que viene de la fe, dice así: (3) «No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? Esto es, para bajar a Cristo; o ¿quién bajará al abismo? Esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos.
8 ¿Pero qué dice? «Cerca de ti está la palabra, en tu boca, en tu corazón, esto es, la palabra de la fe, que predicamos. 9 Porque si confesares con tu boca al Señor Jesús y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo. 10 Porque con el corazón se cree para la justicia, y con la boca se confiesa para la salud. 11 Pues la Escritura dice: «El creyente en El no será confundido. 12 No hay distinción entre judío y gentil. Uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan, pues todo el que invocare el nombre del Señor será salvo.

El Evangelio, predicado a los judíos y desechado por ellos.

14 Pero ¿cómo pueden invocar a Aquél en quien no han creído? ¿Y cómo creerán sin haber oído de El? ¿Y cómo oirán si nadie les predica? 15 ¿Y cómo predicarán si no son enviados? Según está escrito: «¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian la paz!» (1) 16 Pero no todos obedecen al Evangelio. Porque Isaías dice: «Señor, ¿quién creyó nuestro anuncio?» (2) 17 Por consiguiente, la fe es por la predicación, y la predicación por la palabra de Cristo.
18 Pero digo yo: ¿Es que no han oído? Cierto que sí. «Por toda la tierra se difundió su voz, y hasta los confines del orbe su pregón (3).
19 ¿Pero acaso Isarael no conoció? Es Moisés el primero que dice: «Yo os provocaré a celos en no pueblo, os provocaré a cólera en pueblo insensato» (4). 20 E Isaías se atreve a decir: «Fuí hallado de los que no me buscaban, me dejé ver de los que no preguntaban por mí.»
21 Pero a Israel le dice: «Todo el día tendí mis manos hacia el pueblo incrédulo y rebelde» (5).

La reprobación de los judíos no es total.

11 1 Según esto, pregunto yo: ¿Pero es que Dios ha rechazado a su pueblo? No, cierto (6). Que

(1) Is. 1, 9.
(2) Is. 28, 16.
(3) Por una prosopopeya introduce aquí el Apóstol a la justicia que viene por la fe, repitiendo y glosando las palabras de Moisés en Deut. 30, 12, s.

(1) Is. 52, 7.
(2) Is. 53, 1, hablando de la pasión del Mesías.
(3) El Salm. 19, 15, dice esto de los cielos, y el Apóstol lo aplica a los heraldos del evangelio.
(4) Del gran cántico de Moisés (Deut. 31, 21).
(5) Is. 65, 1.
(6) Pero en fin, Dios no rechazó definitivamente a su pueblo. Los dones de Dios son

yo soy israelita, del linaje de Abraham, de la tribu de Benjamín. 2 No ha rechazado Dios a su pueblo, a quien de antemano conoció. ¿O es que no sabéis lo que en lo de Elías dice la Escritura, cómo ante Dios acusa a Israel: 3 «Señor, han dado muerte a tus profetas, han arrasado tus altares, he quedado yo solo, y aún atentan contra mi vida.» 4 ¿Pero qué le contesta el oráculo divino? Me he reservado siete mil varones que no han doblado la rodilla ante Baal» (1). 5 Pues así también en el presente tiempo ha quedado un resto, en virtud de una elección graciosa. 6 Pero si por gracia, ya no es por las obras, que en este caso la gracia ya no sería gracia.

7 ¿Qué, pues? Que Israel no logró lo que buscaba, pero los elegidos lo lograron. Cuanto a los demás, se han encallecido, 8 según está escrito: «Dióles Dios un espíritu de aturdimiento, ojos para no ver y oídos para no oír, hasta el día de hoy» (2). 9 Y David dice: «Vuélvase su mesa un lazo y una trampa, y un tropiezo, y su justa paga; 10 oscurézcanse sus ojos para que no vean, y doblega siempre su cerviz» (3).

La reprobación de Israel.

11 Pero pregunto: ¿Han tropezado de suerte que del todo cayesen? No, ciertamente. Pues gracias a su transgresión obtuvieron la salud los gentiles para excitarlos a emulación. 12 Y si su caída es la riqueza del mundo, y su menoscabo la riqueza de los gentiles, ¡cuánto más lo será su plenitud! 13 Y a vosotros, los gentiles, os digo que mientras sea apóstol de los gentiles, haré honor a mi ministerio, 14 por ver si despierto la emulación de los de mi linaje y salvo a algunos de ellos. 15 Porque si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración sino una resurrección de entre los muertos? 16 Que si las primicias son santas, también la masa; y si la raíz es santa, también las ramas. 17 Y si algunas de las ramas fueron desgajadas, y tú, siendo acebuche, fuiste injertado en ella y hecho partícipe de la raíz, es decir, de la pinguosidad del olivo, no te engrías contra las ramas. 18 Y si te engríes, ten en cuenta que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti. 19 Pero dirás: Las ramas fueron desgajadas para que yo fuera injertado. 20 Bien, por su incredulidad fueron desgajadas, y tú por la fe estás en pie. No te engrías, antes teme. 21 Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, tampoco a ti te perdonará.

22 Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios; la severidad para con los caídos, para contigo la bondad, si permaneces en la bondad, que de otro modo también tú serás desgajado. 23 Mas ellos, de no perseverar en la incredulidad, serán injertados, que poderoso es Dios para injertarlos de nuevo. 24 Porque si tú fuiste cortado de un olivo silvestre y contra naturaleza injertado en un olivo legítimo, ¡cuánto más éstos, los naturales, podrán ser injertados en el propio olivo! 25 Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no presumáis de vosotros mismos: Que el endurecimiento vino a una parte de Israel, hasta que entrase la plenitud de las naciones; 26 y entonces todo Israel será salvo, según está escrito: «Vendrá de Sión el Libertador, para alejar de Jacob las impiedades. 27 Y ésta será mi alianza con ellos, cuando borre sus pecados» (1).

28 Por lo que toca al Evangelio, son enemigos por bien vuestro; mas según la elección, son muy amados de Dios a causa de los padres, 29 que los dones y la vocación de Dios son irrevocables. 30 Pues así como vosotros algún tiempo fuisteis desobedientes a Dios, pero ahora habéis alcanzado misericordia por su desobediencia, 31 así también ellos, que ahora se niegan a obedecer, para dar lugar a la misericordia a vosotros concedida, alcanzarán a su vez misericordia; 32 pues Dios nos encerró a todos en la desobediencia, para tener de todos misericordia. 33 ¡Oh profundidad de la riqueza, de la

---

sin arrepentimiento de su parte. La reprobación de Israel acaeció para facilitar la vocación de los gentiles; pero al fin, cuando haya entrado en la fe la plenitud de los gentiles, también Israel entrará y tendrán pleno cumplimiento los oráculos de los profetas. ¡Oh alteza de la justicia de Dios!

(1) Se refiere a I Reg. 19, 10, 18.
(2) Deut. 29, 3, e Is. 29, 10.
(3) Salm. 69, 23.

(1) Is. 49, 20, y Jer. 31, 33 s.

sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios y cuán inescrutables sus caminos! [34] Porque (1) «¿quién conoció el pensamiento del Señor? ¿O quién fué su consejero? [35] ¿O quién primero le dió, para tener derecho a retribución?» [36] Porque de El y por El y para El son todas las cosas. A El la gloria por los siglos. Amén

La vida nueva.

12 [1] Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios (2), que tal sea vuestro culto racional. [2] Que no os conforméis a este siglo, sino que os transforméis por la renovación de la mente, para que procuréis conocer cuál es la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta.

Sentimiento de modestia.

[3] Por la gracia que me ha sido dada, os encargo a cada uno de vosotros no sentir por encima de lo que conviene sentir, sino sentir modestamente, cada uno según Dios le repartió la medida de la fe. [3] Pues a la manera que en un solo cuerpo (3), tenemos muchos miembros, y todos los miembros no tienen la misma función, [5] así nosotros, siendo muchos, somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de otros miembros. [6] Así todos tenemos dones diferentes, según la gracia que nos fué dada: unos, la profecía, según la medida de la fe; [7] otros, ministerio para servir; otros, el don de enseñar, para enseñar; [8] quién, el de exhortación, para exhortar; quién, el de dar con sencillez; quien preside, presida con solicitud; quien practica la misericordia, hágalo con alegría.

[9] Vuestra caridad sea sincera, aborreciendo el mal, adhiriéndoos al bien, amándoos los unos a los otros con amor fraternal, honrándoos a porfía unos a otros. [11] Sed diligentes sin flojedad, fervorosos de espíritu, como quienes sirven al Señor. Vivid alegres con la esperanza, pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. [13] Subvenid a las necesidades de los santos, sed solícitos en la hospitalidad. [14] Bendecid a los que os persiguen, bendecid y no maldigáis. [15] Alegraos con los que se alegran, llorad con los que lloran. [16] Sed unánimes entre vosotros, no seáis altivos, mas allanaos a los humildes. No seáis prudentes a vuestros propios ojos. [17] No volváis mal por mal, procurad lo bueno a los ojos de todos los hombres. [18] A ser posible y cuanto de vosotros depende, tened paz con todos. [19] No os toméis la justicia por vosotros mismos, amadísimos, antes dad lugar a la justicia de Dios; pues escrito está: «A mí la venganza, yo haré justicia, dice el Señor.» [20] Por lo contrario, «si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que haciendo así amontonaréis carbones encendidos sobre su cabeza» (1). [21] No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien.

Obediencia a los poderes públicos.

13 [1] Todos habéis de estar sometidos a las autoridades superiores (2), que no hay autoridad sino por Dios, y las que hay por Dios han sido ordenadas, [2] de suerte que quien resiste a la autoridad resiste a la disposición de Dios, y los que la resisten se atraen sobre sí la condenación. [3] Porque los magistrados no son de temer para los que obran bien, sino para los que obran mal. ¿Quieres no tener que temer a la autoridad? Haz el bien y tendrás su aprobación, [4] porque es ministro de Dios para tu bien. Pero si haces

(1) Is. 40, 3, y Job 41, 1.

(2) En la ley mosaica se ofrecían a Dios sacrificios de animales; en la ley evangélica esos sacrificios son de los mismos fieles, que con su vida santa ofrecen a Dios el sacrificio que más le agrada.

(3) Esta imagen del cuerpo místico, que es la Iglesia, la desarrolla también en I Cor, 12, 27, con el ánimo de exhortar a la colaboración de todos en procurar el bien de la Iglesia con la gracia que cada uno haya recibido.

(1) Dos sentencias de los Proverbios. La primera de 3, 4, pero según el texto griego; la segunda de 25, 21.

(2) La obediencia a las autoridades civiles es para el cristiano un deber de conciencia, pues la autoridad que ejercen emana de Dios, que, como es autor del hombre social, es, por lo mismo, autor de la sociedad y de la autoridad, que es la forma de la sociedad misma. Cuando San Pablo escribió esto desempeñaba Nerón la dignidad imperial.

el mal, teme, que no en vano lleva la espada. Es ministro de Dios, vengador para castigo del que obra el mal. 5 Es preciso someterse no sólo por temor del castigo, sino por conciencia. 6 Pagadles, pues, los tributos, que son ministros de Dios constantemente ocupados en eso. 7 Pagad a todos lo que debáis, a quien tributo, tributo; a quien aduana, aduana; a quien temor, temor; a quien honor, honor.

La perfección de la caridad.

8 No estéis en deuda con nadie, sino amaos los unos a los otros, porque quien ama al prójimo ha cumplido la Ley. 9 Pues «no adulterarás, no matarás, no robarás, no codiciarás» y cualquier otro precepto, en esta sentencia se resume: «Amarás al prójimo como a ti mismo.» 10 El amor no obra el mal del prójimo, pues el amor es el cumplimiento de la Ley.

El día de la salud está próximo.

11 Y ya conocéis el tiempo, y que ya es hora de levantarnos del sueño, pues nuestra salud está ahora más cercana que cuando creímos. 12 La noche va muy avanzada y se acerca ya el día. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas, y vistamos las armas de la luz. 13 Andemos decentemente como de día, no viviendo en comilonas y borracheras, no en amancebamiento y libertinaje, no en querellas y envidias, 14 antes vestíos del Señor Jesucristo y no os déis a la carne para satisfacer sus concupiscencias.

Los fuertes y los débiles en la fe.

14 1 Acoged al flaco en la fe, sin entrar en disputas sobre opiniones. 2 Hay quien puede comer de todo (1); otro, flaco, tiene que contentarse con verduras. 3 El que come no desprecie al que no come y el que no come no juzgue al que come, porque Dios le acogió. 4 ¿Quién eres tú para juzgar al criado ajeno? Para su amo está en pie o cae, pero se mantendrá en pie, que poderoso es el Señor para sostenerle. 5 Hay quien distingue un día de otro día, y hay quien juzga iguales todos los días; cada uno proceda según su propio sentir. 6 El que distingue los días, por el Señor los distingue; y el que come, por el Señor come, dando gracias a Dios. 7 Porque nadie para sí mismo vive, y nadie para sí mismo muere; pues si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, morimos para el Señor. 8 En fin, viviendo o muriendo, del Señor somos. 9 Que por esto murió Cristo y resucitó, para dominar sobre muertos y vivos. 10 Y tú, ¿cómo juzgas a tu hermano o por qué le desprecias? Pues todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios. 11 Porque escrito está: «Vivo yo, dice el Señor, que a mí se doblará toda rodilla y toda lengua rendirá homenaje a Dios» (1). 12 Por consiguiente, cada uno dará a Dios cuenta de sí.

13 No nos juzguemos ya más unos a otros; y sobre todo, no pongamos tropiezos o escándalo al hermano. 14 Yo sé y confío en el Señor Jesús, que nada hay de suyo impuro; mas para el que juzga que algo es impuro, para ése lo es. 15 Si por tu comida tu hermano se escandalizase, ya no andas según caridad. Mira que por tu comida no seas ocasión de que se pierda aquél por quien Cristo murió. 16 No sea, pues, vuestra buena obra materia de maledicencia, 17 porque el reino de Dios no es comida ni bebida (2), sino justicia y paz y gozo en el Espíritu Santo. 18 Pues el que en esto sirve a Cristo es grato a Dios y aplaudido de los hombres. 19 Por tanto, trabajemos por la paz y por nuestra edificación.

20 No destruyas, por amor de la comida, la obra de Dios. Todas las cosas son puras, pero es malo para el hombre comer escandalizando. 21 Bueno es no comer carne ni beber vino, ni hacer nada en que tu hermano

(1) Este párrafo nos indica que en la iglesia romana abundaban los judíos, que serían los que sentían esos escrúpulos de las comidas. Precisamente en atención a ellos y para no impedir la buena convivencia de ellos con los gentiles, se impuso a éstos el decreto de Jerusalén, que nos refiere San Lucas (Act. 15, 11).

(1) Is. 45, 23.

(2) El reino de Dios no es comida ni bebida, porque la ley evangélica no nos dice nada sobre los alimentos, fuera de que éstos no manchan al hombre (Mt. 15, 11 ss.).

tropiece. 22 La convicción que tú tienes, guárdala para ti y para Dios (1). Dichoso el que a sí mismo no tenga que reprocharse lo que siente. 23 El que duda, si come se condena, porque ya no procedió según conciencia, y todo lo que no es según conciencia es pecado.

15 1 Los fuertes debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles, sin complacernos a nosotros mismos. 2 Cada uno cuide de complacer al prójimo, para su bien, para su edificación, 3 que Cristo no buscó su propia complacencia, según está escrito: «Sobre mí cayeron los ultrajes de quienes me ultrajaban» (2). 4 Pues todo cuanto está escrito, para nuestra enseñanza fué escrito, a fin de que por la paciencia y por la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza. 5 Que el Dios de la paciencia y de la consolación os dé un unánime sentir en Cristo Jesús, 6 para que unánimes, a una sola voz, glorifiquemos a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo. 7 Por lo cual acogeos mutuamente, según que Cristo nos acogió a nosotros para gloria de Dios.

8 Os digo que Cristo fué ministro de la circuncisión por la veracidad de Dios, para cumplir las promesas a los padres, 9 mientras que los gentiles glorifican a Dios por su misericordia, según está escrito: «Por esto te alabaré entre las gentes, cantaré salmos y salmodiaré a tu nombre» (3). 10 Y otra vez dice: «Regocijaos, gentes, con su pueblo» (4). 11 En otra parte: «Alabad al Señor todas las gentes, y ensalzadle los pueblos todos» (5). 12 Y otra vez dice Isaías: «Aparecerá la raíz de Jesé, y el que se levanta para mandar a las naciones; y en él esperarán las naciones» (6). 13 Que el día de la esperanza os llene de cumplida alegría y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por la virtud del Espíritu Santo.

14 Bien persuadido estoy de que estáis llenos de bondad, llenos de toda ciencia, para poder amonestaros unos a otros; 15 sin embargo, os he escrito más libremente (1), en virtud de la gracia que por Dios me fué dada, de ser ministro de Jesucristo entre los gentiles, encargado de un ministerio sagrado en el Evangelio de Dios, para procurar que la oblación de los gentiles sea aceptada, santificada por el Espíritu Santo. 17 Tengo, pues, esta gloria en Cristo Jesús, por lo que mira al servicio de Dios; 18 porque no me atreveré a hablar de cosa que Cristo no haya obrado por mí para la conversión de los gentiles, de obra o de palabra, mediante el poder de milagros y prodigios y el poder del Espíritu Santo. 19 De suerte que desde Jerusalén hasta la Iliria y en todas direcciones (2), he predicado cumplidamente el Evangelio de Cristo. 20 Sobre todo me he hecho un honor de predicar el Evangelio donde Cristo no era conocido, para no edificar sobre fundamentos ajenos, 21 sino, según lo que está escrito: «Le verán aquellos a quienes no fué anunciado, y los que no han oído entenderán» (3). 22 Por lo cual me he visto impedido muchas veces de llegar hasta vosotros; 23 pero ahora, no teniendo ya campo en estas regiones, y deseando ir a veros desde hace bastantes años, 24 espero veros al pasar cuando vaya a España y ser allá encaminado por vosotros, después de haber gozado un poco de vuestra conversación.

25 Mas ahora parto para Jerusalén en servicio de los santos, 26 porque Macedonia y Acaya han tenido a bien hacer una colecta a beneficio de los pobres de entre los santos de Jerusalén. 27 Y lo han querido así considerándose deudores suyos, ya que, si los gentiles comunican en los bienes espirituales de ellos, deben ellos servirles con los bienes materiales. 28 Una vez cumplido este oficio, cuando les entregue este fruto, pasando por vosotros me encaminaré

(1) Establece el mismo principio que en la I Cor. 8, la indiferencia de los alimentos, pero la obligación de no dar escándalo ni ofender la conciencia débil de quienes piensan de otro modo.
(2) Salm. 69, 10.
(3) Salm. 18, 50.
(4) Deut. 32, 43.
(5) Salm. 117, 1.
(6) Is. 11, 1, 10.

(1) Al terminar, vuelve San Pablo a excusar su audacia de escribir a los romanos, no para enseñarles, sino para traerles a la memoria cosas que ya debían conocer.
(2) Le parece que en Oriente ha terminado su labor, habiendo dado a conocer a Jesucristo desde Jerusalén hasta la Iliria, donde nadie había predicado.
(3) Is. 52, 15.

a España (1), [29] y sé que yendo a vosotros iré con la plenitud de la bendición de Cristo.

[30] Os exhorto, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu, a que me ayudéis en esta lucha, mediante vuestras oraciones a Dios por mí, [31] para que me libre de los incrédulos en Judea y que el servicio que me llevá a Jerusalén sea grato a los santos. [32] Con esto iré alegre a veros, por la voluntad de Dios, y me recrearé con vosotros. [33] El Dios de la paz sea con todos vosotros. Amén.

Recomendaciones.

16 [1] Os recomiendo a nuestra hermana Febe (2), diaconisa de la iglesia de Cencres, [2] para que la recibáis en el Señor de manera digna de santos y la asistáis en todo lo que le fuere necesario, pues ella ha favorecido a muchos y a mí mismo. [3] Saludad a Prisca y a Aquila, mis cooperadores en Cristo Jesús (3), los cuales por salvar mi vida expusieron su cabeza, a quienes no sólo estoy agradecido yo, sino todas las iglesias de la gentilidad. [5] Saludad también a la iglesia de su casa. Saludad a mi amado Epéneto, las primicias de Cristo en Asia (4). [6] Saludad a María, que soportó muchas penas por nosotros. [7] Saludad a Andrónico y a Junia, mis parientes y compañeros de cautiverio, que son muy estimados entre los apóstoles y fueron en Cristo antes que yo. [8] Saludad a Ampliato, a quien amo en el Señor. [9] Saludad a Urbano, nuestro cooperador en Cristo, y a Eustaquio, mi amado. [10] Saludad a Apeles, probado en Cristo. Saludad a los de la casa de Aristóbulo. [11] Saludad a Herodiano, mi pariente. Saludad a los de Narciso, los que son del Señor. [12] Saludad a Trifena y a Trifosa, que han pasado muchas penas en el Señor. Saludad a Pérsida, muy amada, que sufrió muchas penas en el Señor. [13] Saludad a Rufo, el elegido del Señor, y a su madre, que lo es mía. [14] Saludad a Asincrito y Flegón, Patroba, Hermes, y a los hermanos que viven con ellos. [15] Saludad a Filólogo y a Julia, a Nereo y a su hermana, y a Olimpia y a todos los hermanos que viven con ellos. [16] Saludaos unos a otros con el ósculo santo. Os saludan todas las iglesias de Cristo.

[17] Os recomiendo, hermanos, que tengáis los ojos sobre los que producen divisiones y escándalos fuera de la doctrina que habéis aprendido y que os apartéis de ellos, [18] porque ésos no sirven a nuestro Señor Cristo, sino a su vientre, y con discursos suaves y engañosos seducen los corazones de los incautos.

[19] Vuestro comportamiento ha llegado a noticia de todos; me alegro, pues, en vosotros, y quiero que seáis prudentes para el bien, sencillos para el mal, y el Dios de la paz aplastará pronto a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesús sea con vosotros. [21] Os saluda Timoteo, mi colaborador, y Lucio, Jasón y Sosípatro, mis parientes. [22] Os saludo yo, Tercio (1), que escribo esta epístola, en el Señor. [23] Os saluda Cayo, huésped mío y de toda la Iglesia. Os saluda Erasto, tesorero de la ciudad, y el hermano Cuarto.

Doxología.

[25] Al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo—según la revelación del misterio tenido secreto en los tiempos eternos, [26] pero manifestado ahora mediante los escritos proféticos, conforme a la disposición de Dios eterno, que se dió a conocer a todas las gentes para que se rindan a la fe—, [27] al Dios solo sabio, sea por Jesucristo, la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

---

(1) Cuando haya cumplido la comisión de las iglesias en favor de los fieles a Jerusalén, quiere buscar nuevos campos de apostolado, y pone los ojos en las provincias más occidentales, la de España, adonde desea que los romanos le encaminen.

(2) Fué la portadora de la carta esta Febe que iba a Roma a sus negocios.

(3) Este matrimonio es una prueba de la facilidad con que se trasladaban los judíos, que, desterrados de Roma el año 48, pararon un tiempo en Corinto (Act. 18, 2), luego en Efeso (Act. 18, 18; 18, 26), donde continuaban cuando San Pablo escribía la I Cor. 16, 19, y donde estaban de nuevo al escribir San Pablo su testamento, la II Tim. 4, 19.

(4) Los nombres que siguen, griegos o latinos, son muchos propios de judíos y esclavos, que debían de abundar en la Iglesia romana.

(1) Aquí tenemos la simpática figura del ecretario de San Pablo en esta ocasión. Lleva un nombre bien romano, igual que el Cayo y el Cuarto que siguen.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA A LOS FILIPENSES

FILIPOS, ciudad de Macedonia, colonia romana desde Augusto, fué la primera ciudad que el Apóstol evangelizó en Europa, al entrar en ella en su segundo viaje. Hech. 16, 11-40. La iglesia de Filipos fué siempre muy adicta a San Pablo, hasta el punto de que éste, contra toda su costumbre, aceptase de los filipenses socorros en dinero (4, 15). Cuando supieron que el Apóstol se hallaba preso en Roma, se creyeron más obligados a atender a las necesidades del que había sido su padre en la fe. Enviáronle, pues, a un cierto Epafrodito, de quien hace el más cumplido elogio (2, 25-30), con el oportuno socorro y para que se pusiese al servicio de San Pablo. Pero habiendo enfermado aquél gravemente en Roma, los filipenses, al saberlo, se afligieron mucho de ello, por lo cual Pablo resolvió remitírselo a Filipos con la carta correspondiente.

Empieza, como de ordinario, dando gracias al Señor por la fe y la caridad de los filipenses (1, 1-11); habla de su causa y de cuánto contribuyó a propagar el Evangelio (1, 12-26). Exhortando a los filipenses a llevar una vida digna del creyente, se levanta a hablar del ministerio de Cristo de la manera más alta (1, 27-3, 18). Habla luego del envío de Timoteo y de Epafrodito (2, 19-30) y los exhorta a huir de los judaizantes (3, 1-4, 1); les inculca la paz (4, 2-7) y acaba dándoles las más expresivas gracias por su caridad hacia él (4, 8-23).

A LOS FILIPENSES

Saludo.

1 [1] Pablo y Timoteo, siervos de Jesucristo, a todos los santos en Cristo Jesús que están en Filipos con los obispos y diáconos, [2] la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

Acción de gracias.

[3] Siempre que me acuerdo de vosotros doy gracias a mi Dios; [4] siempre en todas mis oraciones pidiendo con gozo por vosotros, [5] a causa de vuestra comunión en el Evangelio, desde el primer día hasta ahora. [6] Cierto estoy de que el que comenzó en vosotros la buena obra la llevará al cabo hasta el día de Cristo Jesús. [7] Así es justo que sienta de vosotros, pues os llevo en el corazón, y en mis prisiones, en mi defensa y en la confirmación del Evangelio, sois todos vosotros participantes de mi gracia. [8] Testigo me es Dios de cuánto os amo a todos en las entrañas de Cristo Jesús. [9] Y por esto ruego que vuestra caridad crezca más y más en conocimiento y en toda discreción, [10] para que sepáis discernir lo mejor y seáis puros e irreprensibles para el día de Cristo, [11] llenos de frutos de justicia por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.

Sus cadenas contribuyen a la difusión del Evangelio.

[12] Y quiero que sepáis, hermanos, que mi prisión ha contribuído al progreso del Evangelio, [13] de manera

que en el pretorio (1) y fuera de él es notorio cómo llevo mis cadenas por Cristo, [14] y la mayor parte de los hermanos en Cristo, alentados por mis cadenas, sienten más ánimos para hablar sin temor la palabra de Dios.

[15] Hay quienes predican a Cristo por espíritu de envidia y competencia, otros lo hacen con buena intención; unos por caridad, sabiendo que estoy puesto para la defensa del Evangelio; otros por competencia predican a Cristo, no con santa intención, pensando añadir tribulación a mis cadenas. [18] ¿Pero qué importa? De cualquier manera, sea hipócrita, sea sinceramente, que Cristo sea anunciado, yo me alegro de ello y me alegraré. [19] Porque sé que esto redundará en ventaja mía por vuestras oraciones y por la donación del Espíritu de Jesucristo. [20] Conforme a mi constante esperanza, de nada me avergonzaré, antes con entera libertad, como siempre, también ahora, Cristo será glorificado en mi cuerpo, ya por la vida, ya por la muerte. [21] Que para mí la vida es Cristo y la muerte ganancia (2). [22] Y aunque el vivir en la carne es para mí fruto de apostolado, todavía no sé qué elegir. [23] Por ambas partes me siento apretado; pues de un lado deseo morir para estar con Cristo, que es mucho mejor; [24] por otro, quisiera permanecer en la carne, que es más necesario para vosotros. [25] Por el momento estoy firmemente persuadido de que quedaré y permaneceré con vosotros para vuestro provecho y gozo en la fe, [26] a fin de que vuestra gloria en Cristo crezca por mí con mi segunda ida a vosotros.

Exhortación a vivir dignamente.

[27] Sólo os ruego que viváis de manera digna del Evangelio de Cristo, para que, sea que yo vaya y os vea, sea que me quede ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un espíritu, luchando a una por la fe del Evangelio, [28] sin aterraros por nada ante vuestros enemigos, lo que es para ellos una señal de perdición, mas para vosotros señal de salud, y esto de parte de Dios. [29] Porque os ha sido otorgado no sólo creer en Cristo, sino también padecer por El, [30] sosteniendo el mismo combate que habéis visto en mí y ahora oís de mí.

Exhortación al olvido de sí mismo.

[1] Si hay, pues, en vosotros algún poder de consolar en Cristo, algún refrigerio de amor, alguna comunicación del Espíritu y entrañas de misericordia, [2] haced cumplido mi gozo, teniendo todos el mismo pensar, la misma caridad, el mismo ánimo, el mismo sentir. [3] No hagáis nada por espíritu de competencia, nada por vanagloria, antes llevados de la humildad, teneos unos a otros por superiores, [4] no atendiendo cada uno a su propio interés, sino al de los otros. [5] Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, siendo Dios en la forma, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, [7] antes se anonadó, tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres, y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, [8] por lo cual Dios le exaltó y le otorgó un nombre sobre todo nombre, [10] para que al nombre de Jesus doble la rodilla cuanto hay en los cielos, en la tierra y en los abismos, [11] y toda lengua confiese que Jesucristo es Señor para gloria de Dios Padre (1).

---

(1) El pretorio era la residencia del pretor o gobernador romano. En Roma se conserva aún el Castro Pretorio, que era el cuartel de la guardia imperial o pretoriana. San Pablo vivía fuera, en una casa alquilada, pero tenía siempre consigo un pretoriano, encargado de su custodia, que era relevado cada día o varias veces al día.

(2) La vida del Apóstol es Cristo, porque Cristo ha tomado posesión de todo su ser, y ya no ama ni busca sino a Cristo, y morir es para él una ganancia, porque alcanza la unión perfecta con Cristo.

(1) Textos como éste revelan la altísima sabiduría del Apóstol, pues hasta para dar razón de pensamientos tan sencillos como éste nos levanta a los más altos misterios de la fe. Para hacerse cargo del sentido de este pasaje hay que considerar que el Dios de la gloria habita en una gloria inaccesible. Aun cuando quiere manifestarse a los hombres, se presenta envuelto en una gloria que es un reflejo de la que tiene en el cielo. Pues Jesucristo, que como Hijo de Dios vive en la gloria del Padre, no se aferró tanto a ella que no consintiera en mostrarse a los hombres, no ya rodeado de la gloria en que Isaías y Ezequiel vieron al Señor, sino en la humilde condición de hombre mortal. Y en esto estuvo su anonadamiento, en su renuncia a la gloria en que Dios se mos-

12 Así pues, amados míos, como
siempre habéis obedecido, no sólo
cuando estaba presente, sino mucho
más ahora que estoy ausente, con
temor y temblor trabajad por vues-
tra salud. 13 Pues Dios es el que obra
en vosotros el querer y el obrar según
su beneplácito. 14 Hacedlo todo sin
murmuraciones ni discusiones, 15 a
fin de que seáis irreprensibles y sen-
cillos, hijos de Dios sin mancha, en
medio de esta generación mala y
perversa, entre la cual aparecéis como
antorchas en el mundo, 16 llevando
en alto la palabra de vida, que en
el día de Cristo será para gloria mía
no haber corrido en vano ni haberme
en vano afanado. 17 Y aunque tu-
viera que libarme (1) sobre el sacrifi-
cio y el servicio de vuestra fe, me ale-
graría y me congratularía con todos
vosotros. 18 Alegraos, pues, también
vosotros de esto mismo y congratu-
laos conmigo.

Timoteo, enviado de Pablo.

19 Espero en el Señor Jesús poder
enviaros pronto a Timoteo, a fin de
que yo también cobre ánimo cono-
ciendo vuestro estado. 20 Porque a
ningún otro tengo tan unido a mí,
que sinceramente se preocupe de
vuestras cosas, 21 pues todos buscan
sus intereses, no los de Jesucristo.
22 Vosotros conocéis su probada fide-
lidad y que, como un hijo a su padre,
me sirvió en el Evangelio, 23 A éste
espero enviaros, en seguida que sepa
el resultado de mi causa, 24 y confío
en el Señor que yo mismo podré ir
pronto (2).

Epafrodito.

25 He creído necesario enviaros a
Epafrodito, nuestro hermano, coope-
rador y camarada mío, vuestro en-
viado y ministro en mis necesidades,
26 puesto que está suspirando por
todos vosotros y está angustiado por-
que sabe que ha llegado a noticia
vuestra que estuvo enfermo. 27 Cier-
tamente que estuvo a punto de morir;
pero Dios tuvo misericordia de él, y
no sólo de él, sino también de mí,
para que yo no tuviera tristeza sobre
tristeza. 28 Así pues, le envío más
prestamente, para que, viéndole de
nuevo, os alegréis y yo quede más tran-
quilo. 29 Recibidle, pues, en el Señor
con toda alegría, y honrad a los que
son como él, 30 que por el servicio
de Cristo estuvo a la muerte, habien-
do puesto en peligro su vida para
suplir en mi servicio vuestra ausencia.

Deben guardarse de los judaizantes.

3 1 Por lo demás, hermanos míos,
alegraos en el Señor. Escribiros
siempre lo mismo no es molesto para
mí, y es para vosotros saludable.
2 Ojo al perro (1), guardaos de los ma-
los obreros (2), cuidado con la mutila-
ción; 3 porque la circuncisión somos
nosotros, los que servimos en el Es-
píritu de Dios y nos gloriamos en
Cristo Jesús y no ponemos nuestra
confianza en la carne (3). 4 Aunque yo
podría confiar en la carne, y si hay
alguno que crea poder gloriarse en
ella, yo más todavía. Circunciso al
octavo día, de la raza de Israel, de
la tribu de Benjamín, hebreo, hijo
de hebreos, y según la Ley, fariseo,
6 y por el celo de ella perseguidor de
la Iglesia; según la justicia de la
Ley, irreprensible. 7 Pero cuanto tuve
por ventaja lo reputo daño por amor
de Cristo, 8 y aun todo lo tengo por
daño, a causa del sublime conoci-
miento de Cristo Jesús, mi Señor, por

---

traba en las teofanías del Antiguo Testamento. Nada más frecuente en el Nuevo Testamento que el título de Señor dado a Cristo. Le corresponde este título por su naturaleza divina en que es uno con el Padre y el Espíritu Santo. Le corresponde también por su naturaleza humana, por la excelsa dignidad que como hombre tiene; pero aquí San Pablo considera este título como merecido por su humillación y recibido del Padre en premio de ella, siempre y como todas las obras del Verbo encarnado, para gloria de Dios Padre.

(1) La liberación se añadía al sacrificio, y así el Apóstol consiente en ser libación añadida al sacrificio en que por los filipenses se ofrece.

(2) Después de lo dicho en 1, 25, de nuevo insiste en la seguridad que tiene de ser absuelto pronto.

(1) Esta frase debe de ser el «cave canem» que se leía a la entrada de las casas romanas.

(2) Los judíos y judaizantes perseguían al Apóstol por doquier, con un ensañamiento que no sabemos tuvieran con los otros Apóstoles. No podían perdonarle su «traición» a la antigua fe y su completo olvido de los privilegios nacionales de Israel.

(3) En la carne, es decir, en la circuncisión carnal y en la descendencia de Abraham.

cuyo amor todo lo sacrifiqué y lo tengo por estiércol, con tal de gozar a Cristo [9] y ser hallado en El, no en posesión de mi justicia de la Ley, sino de la justicia que procede de Dios, que se funda en la fe y que nos viene por la fe de Cristo; [10] para conocerle a El y el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, conformándome a El en la muerte, [11] por si logro alcanzar la resurrección de los muertos (1).

La perfección de Pablo.

[12] No es que la haya alcanzado ya, es decir, que haya logrado la perfección, sino que la sigo por si le doy alcance, por cuanto yo mismo fuí alcanzado por Cristo Jesús. [13] Hermanos, yo no creo haberla aún alcanzado; pero dando al olvido lo que ya queda atrás, me lanzo en persecución de lo que tengo delante, [14] corro hacia la meta, hacia el galardón de la soberana vocación de Dios en Cristo Jesús (2). [15] Y cuantos hemos llegado, esto mismo sintamos; y si en algo sentís de otra manera, Dios os hará ver eso que os digo. [16] De cualquier modo que sea, por lo menos perseveremos firmes en eso que hubiéremos alcanzado.

La imitación de Pablo.

[17] Sed, hermanos, imitadores míos, y atended a los que andan según el modelo que en nosotros tenéis. [18] Porque son muchos los que andan, de quienes frecuentemente os dije, y ahora con lágrimas os lo digo, que son enemigos de la cruz de Cristo (3). [19] El término de esos será la perdición, su Dios es el vientre, y la confusión la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas. [20] Pero somos ciudadanos del cielo, de donde esperamos al Salvador y Señor Jesucristo, [21] que reformará el cuerpo de nuestra vileza, conforme a su cuerpo glorioso, en virtud del poder que tiene para someter a sí todas las cosas.

4 [1] Así que, hermanos míos amadísimos y muy deseados, mi alegría y mi corona, perseverad firmes en el Señor, carísimos. [2] Ruego a Evodia y a Sinteque tener los mismos sentimientos en el Señor. [3] Y a ti también, generoso colaborador, te ruego que ayudes a esos que han luchado mucho por el Evangelio, conmigo y con Clemente y con los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

La alegría y la paz.

[4] Alegraos siempre en el Señor; de nuevo os digo, alegraos. [5] Vuestra modestia sea notoria a todos los hombres. El Señor está próximo. [6] Por nada os inquietéis, sino que en todo tiempo, en la oración y en la plegaria, sean presentadas a Dios vuestras peticiones, acompañadas de acción de gracias. [7] Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento, guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. [8] Por lo demás, hermanos, atended a cuanto haya de verdadero, de honorable, de justo, de puro, de amable, de laudable, de virtuoso, de digno de alabanza; a eso estad atentos, [9] y practicad lo que habéis aprendido y recibido, y habéis oído y visto en mí, y el Dios de la paz será con vosotros.

Generosidad de los filipenses para con San Pablo.

[10] Grande fué mi gozo en el Señor desde que vi que habéis reavivado vuestro afecto por mí. [11] En verdad sentíais afecto, pero no teníais oportunidad de manifestarlo. Y no es por mi necesidad por lo que os digo esto, pues sé muy bien contentarme con lo que tengo. [12] Sé pasar necesidad y sé vivir en la abundancia; a todo y por todo estoy bien enseñado, a la tortura y al hambre, a abundar y a carecer. [13] Todo lo puedo en Aquél que me conforta. [14] Sin embargo, habéis hecho bien tomando parte en mis tribulaciones. [15] Bien sabéis, vosotros, filipenses, que al

---

(1) Todo este razonamiento está apoyado en sus antiguas experiencias del ningún valor de sus pretensiones fariseas de haber logrado la justicia de Dios con la observancia de la Ley. A ellas opone la certidumbre de la justicia lograda por la fe en Jesucristo y en su resurrección gloriosa.

(2) Imagen tomada de las carreras en el estadio, ordinarias en las ciudades griegas.

(3) Los judaizantes que no podían resignarse a poner su confianza en sólo Cristo crucificado.

comienzo del Evangelio, cuando partí de Macedonia, con ninguna iglesia tuve cuenta de dado y recibido, sólo con vosotros (1). Porque estando en Tesalónica, más de una vez me enviasteis con que atender a mi necesidad. [17] No es que yo busque dádivas, sino que busco fruto que produzca interés en vuestra cuenta. [18] Tengo ya de todo, vivo en abundancia y estoy al colmo, después que recibí de Epafrodito lo que de vosotros me trajo, olor de suavidad, hostia acepta a Dios. [19] Mi Dios os dará todo lo que os falta, según sus riquezas en gloria, en Cristo Jesús. [20] A Dios y Padre nuestro, gloria por los siglos de los siglos. Amén.

(1) San Pablo, según afirma en II Cor., se gloriaba de vivir del trabajo de sus manos y no ser gravoso a las iglesias en que predicaba. Creía esto como un deber suyo. Por esto presenta como un privilegio de los filipenses y una señal de su predilección que les aceptase el socorro pecuniario; mas se mostraba solícito en recoger limosnas con destino a los fieles de Jerusalén.

Conclusión.

[21] Saludad a todos los santos en Cristo Jesús. Os saludan los hermanos que están conmigo. [22] Os saludan todos los santos, y principalmente los de la casa del César (1). [23] La gracia del Señor Jesucristo sea con vuestro espíritu.

(1) Entre la servidumbre del palacio imperial abundaban los cristianos, como también los prosélitos judíos.

INTRODUCCION A LAS EPISTOLAS DE LA CAUTIVIDAD

ES sentencia común, por pocos contradicha, que San Pablo estuvo preso dos veces: la primera la que nos cuenta San Lucas (Hec6. 21, 17-28, 31), y la segunda aquella en que escribió la segunda epístola a Timoteo, y que acabó en su martirio. A la primera se atribuyen cuatro epístolas, dirigidas una a los efesios, otra a los filipenses, otra a los colosenses y la otra a Filemón. Nos atenemos al orden de la Vulgata. En estas cartas se habla de su cautiverio, y de cómo el Señor lo hizo redundar en beneficio del Evangelio, y manifiesta las buenas esperanzas que tenía de su libertad. Entre los que contradicen la opinión común de que hayan sido escritas en Roma, algunos quieren que lo hayan sido en Cesárea, en los dos años que allí estuvo detenido por Félix, pero no se ve cómo en aquella situación pudiera tener el Apóstol tan buenas esperanzas de libertad, hasta decir a Filemón que le preparase hospedaje (Filem. 22), sobre todo si a esto se añade la revelación del Señor de que daría testimonio de El en Roma (Hech. 23, 11). Otros quieren que haya sido Efeso la ciudad en que San Pablo estuvo preso y escribió estas epístolas. En la II Cor. 1, 8, habla de la gran tribulación sufrida en Asia; en I Cor., 15, 32, asegura haber luchado con fieras (humanas) en Efeso. Sin negar que San Pablo haya podido sufrir alguna breve prisión como la de Filipos (Act. 16, 11 ss.), no es razonable admitir una prisión larga, que hubiera interrumpido su ministerio, tan fructuoso, sin que hubiera sido mencionada por San Lucas.

En el patético discurso de despedida que San Pablo dirigió a los presbíteros de Efeso (Hech. 20, 18 ss.), asegura el Apóstol que de entre ellos se levantarán lobos rapaces que formarán sectas perversas. En estas cartas, escritas unos cuatro o cinco años más tarde, habla ya San Pablo de esas sectas, que comienzan a aparecer. Son las del gnosticismo, que en el siglo II alcanzarán todo

su desarrollo. Al presente sólo las conocemos por los escasos datos de San Pablo. Parece que reducían a Jesucristo al orden de las jerarquías angélicas, y además intentaban imponer las observancias de la ley mosaica en lo que toca a los alimentos y a las fiestas. Hasta es posible que hubiera aquí algunos elementos dualistas de origen persa, que entran luego en la composición de los varios sistemas gnósticos. Estas doctrinas dieron ocasión al Apóstol para descubrirnos nuevos aspectos de la persona de Jesús en sus relaciones con la Divinidad y con la Iglesia. La inteligencia de San Pablo estaba tan llena de la idea de Jesús, que no necesitaba más que una ligera excitación para derramar nuevos rayos de luz sobre El.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA A LOS EFESIOS

ERA Efeso una gran ciudad, muy rica por su comercio, y capital de la provincia romana de Asia. En ella se veneraba una antigua divinidad asiática, asimilada a Artemisa, la Diana latina. Su templo, considerado como la séptima maravilla del mundo, se llamaba Artemisión y era centro de peregrinación de toda el Asia. San Pablo predicó en esta ciudad durante su tercera misión y permaneció en ella casi tres años predicando el Evangelio con gran éxito, pues de Efeso se derramó la fe por todas las provincias de Asia. (Act. 18, 23-20, 1).

La epístola ha sido escrita durante su prisión por Jesucristo (3, 1). Pero acerca de los destinatarios de ella se han suscitado diversas dudas y propuesto distintas opiniones. Ante todo es de extrañar que una epístola escrita a una iglesia recientemente fundada por el Apóstol, de la cual tan patéticamente se despidió al dejarlos (Hech. 20, 17 ss.), sea tan impersonal, sin ninguno de aquellos desahogos afectuosos que tanto abundan en las epístolas de San Pablo, y sin aquella serie de saludos y recomendaciones personales que dan a estas epístolas el carácter de cartas familiares. Añádase a esto que la única expresión que en esta epístola nos recuerda a Efeso «a todos los santos que están en Efeso», falta en algunos códices antiguos, o está añadida de segunda mano. En tercer lugar, Marción da esta epístola como escrita a los laodicenses. Finalmente, San Pablo mismo, en la epístola a los colosenses (4, 16) habla de una epístola escrita a los de Laodicea.

Por esto se ha supuesto, para resolver estas dificultades, que se trata de una encíclica llevada por Tíquico, portador de todas estas epístolas, el cual debía dejar una copia en cada iglesia por donde pasaba. Esto explicaría el carácter más abstracto de la epístola y también que entre los varios destinatarios hubiera prevalecido Efeso por la importancia de la sede, aunque no sin dejar vestigios en contrario.

La carta, después del saludo (1, 1-2), empieza con una bendición a Dios, en que expone el misterio de la redención por Jesucristo (1, 3-14); sigue luego explicándonos el misterio de la Iglesia, creación del mismo Jesucristo Redentor (1, 15-3, 21). A esta primera parte dogmática sigue la moral o parenética, en que exhorta a conservar la unidad (4, 1-16), la santidad de la vida en todos los estados de la Iglesia (4, 17-6, 9), y termina con un epílogo en que los anima a volver sobre sí mismos, armados con las armas de las virtudes cristianas (6, 10-20). A Tíquico, portador de la carta, le encomienda informarlos acerca del estado de su causa.

A LOS EFESIOS

Saludo.

1 [1] Pablo, Apóstol de Jesucristo por la voluntad de Dios, a los santos y fieles de Jesucristo de Efeso; [2] sean con vosotros la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo.

El plan divino de la salud.

[3] Bendito sea Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que en Cristo nos bendijo (1) con toda bendición espiritual en los cielos; [4] por cuanto que en El nos eligió antes de la constitución del mundo, para que fuésemos santos e inmaculados ante El, [5] y nos predestinó en caridad a la adopción de hijos suyos por Jesucristo, conforme al beneplácito de su voluntad [6] para alabanza y gloria de su gracia (2). Por esto nos hizo gratos en su Amado, [7] en quien tenemos la redención por la virtud de su sangre, la remisión de los pecados, según las riquezas de su gracia, [8] que superabundantemente derramó sobre nosotros en perfecta sabiduría y prudencia. [9] Por éstas nos dió a conocer el misterio de su voluntad, conforme a su beneplácito, que se propuso realizar en Cristo [10] en la plenitud de los tiempos, reuniendo todas las cosas, las de los cielos y las de la tierra, en El, en quien hemos sido heredados por la predestinación, según el propósito de Aquél que hace todas las cosas conforme al consejo de su voluntad, [12] a fin de que cuantos esperamos en Cristo seamos para alabanza de su gloria. [13] En El también vosotros, que escuchasteis la palabra de la verdad, el Evangelio de nuestra salud, en el que habéis creído, fuisteis sellados con el sello del Espíritu Santo prometido (1), [14] prenda de nuestra herencia, rescatando la posesión que El se adquirió para alabanza de su gloria (2).

Acción de gracias.

[15] Por lo cual yo también, conocedor de vuestra fe en el Señor Jesús y de vuestra caridad para con todos los santos, [16] no ceso de dar gracias por vosotros y de hacer de vosotros memoria en mis oraciones, [17] para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo y Padre de la gloria, os conceda espíritu de sabiduría y de consolación en el conocimiento de El, [18] iluminando los ojos de vuestro corazón. Con esto entenderéis cuál es la esperanza a que os ha llamado, cuáles las riquezas y la gloria de la herencia otorgada a los santos, [19] y cuál la excelsa grandeza de su poder para con nosotros, los creyentes, según la fuerza de su poderosa virtud (3), [20] que El ejerció en Cristo, resucitándole de entre los muertos y sentándole a su diestra en los cielos, [21] por encima de todo principado, potestad, virtud y dominación y de todo cuanto tiene nombre,

(1) En forma de bendición a Dios Padre, el Apóstol nos traza aquí el plan de la redención en Jesucristo, hasta el fin de ella, que es la consecución de la gloria.

(2). En forma de acción de gracias prosigue el mismo tema, hablando de la vocación de los destinados a la fe en Jesucristo, superior a todas las jerarquías y cabeza de la Iglesia. Jesucristo es el principio de todo nuestro bien. En El fuimos elegidos y predestinados desde la eternidad; por El recibimos la gracia y la adopción de hijos de Dios.

(1) El Espíritu Santo es sello que nos marca como hijos de Dios y es prenda de la vida eterna.

Como rescató Dios a Israel de la servidumbre, haciendo de él su heredad o posesión, así hace ahora con nosotros por Jesucristo.

(3) La grandeza del poder divino que tanto pondera San Pablo, se muestra en haber resucitado a Jesucristo y en que por El nos recucitará a nosotros.

no sólo en este siglo, sino también en el venidero. [22] Y sujetó todas las cosas bajo sus pies y a El le puso por cabeza de todas las cosas en la Iglesia, [23] que es su cuerpo, la plenitud del que todo en todos lo llena.

El poder de Dios en los cristianos.

2 [1] Y vosotros estabais muertos por vuestros delitos y pecados, [2] en los que en otro tiempo habéis vivido, siguiendo el espíritu de este mundo, bajo el príncipe de las potestades aéreas, bajo el espíritu que actúa en los hijos rebeldes (1). [3] Entre los cuales todos nosotros fuimos también contados en otro tiempo y seguimos los deseos de nuestra carne, cumpliendo la voluntad de ella y sus depravados deseos, siendo por nuestra conducta hijos de ira, como los demás; [4] pero Dios, que es rico en misericordia, por el gran amor con que nos amó, y estando nosotros muertos por nuestros delitos, nos dió vida por Cristo —de gracia habéis sido salvados—(2), [6] y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo Jesús, [7] a fin de mostrar en los siglos venideros las excelsas riquezas de su gracia, por su bondad hacia nosotros en Cristo Jesús. [8] Pues de gracia habéis sido salvados por la fe, y esto no os viene de vosotros, es don de Dios. [9] No viene de las obras, para que nadie se gloríe; [10] que hechura suya somos, creados en Cristo Jesús, para hacer buenas obras, que Dios de antemano preparó para que en ellas anduviésemos.

Reconciliación de judíos y gentiles por Cristo.

[11] Por lo cual, acordaos de que un tiempo vosotros, gentiles según la carne, llamados incircuncisión por los llamados circuncisión, que se hace en la carne, [12] estuvisteis entonces sin Cristo, alejados de la sociedad de Israel, extraños a la alianza de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo; [13] mientras que ahora, por Cristo Jesús, los que un tiempo estabais lejos, habéis sido acercados por la sangre de Cristo. [14] Pues El es nuestra paz (1), que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separación, la enemistad, [15] anulando en su carne la ley de los mandamientos formulada en decretos, para hacer en Sí mismo de los dos un solo hombre nuevo, y dando la paz (2), [16] y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios, por la cruz, dando muerte en Sí mismo a la enemistad. [17] Y viniendo nos anunció la paz a los de lejos y la paz a los de cerca, [18] pues por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo Espíritu. [19] Por tanto ya no sois extranjeros y huéspedes, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios, [20] edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y de los Profetas, siendo piedra angular el mismo Cristo Jesús, [21] en quien bien trabada se alza toda la edificación, para templo santo en el Señor, en quien vosotros también sois edificados para morada de Dios en el Espíritu (3).

La misión de Pablo.

3 [1] Por esto yo, Pablo, estoy prisionero de Cristo Jesús por amor de vosotros, los gentiles (4), [2] puesto que habéis oído la dispensación de la gracia de Dios a mí conferida (5) en beneficio vuestro, cuando por una revelación me fué dado a conocer el misterio que brevemente arriba os dejo expuesto. [4] Por su lectura podéis conocer mi inteligencia del misterio de Cristo, que [5] no fué dado a conocer a las generaciones pasadas,

(1) Para que mejor estimen lo que ahora son, les recuerda lo que antes fueron.

(2) San Pablo, que recuerda sus antiguos sentimientos de fariseo, no se cansa de repetir que la salvación es don gratuito de Dios.

(1) Cristo es nuestra paz, es decir, nuestro pacificador, que quita de en medio el motivo de separación entre judíos y gentiles, la Ley, para hacer de judíos y gentiles un solo pueblo, el pueblo de Dios.

(2) Prosigue declarando la obra de salud en sus destinatarios, que siendo antes gentiles y sujetos a tantos pecados, han sido incorporados a Cristo y por El hechos conciudadanos de los santos y familiares de Dios.

(3) El templo era la morada de Dios y eso es ahora la Iglesia y lo es cada alma fiel; como morada santificada por el Espíritu Santo y hecha digna de Dios.

(4) Era en efecto su condición de Apostol de los gentiles, lo que concitaba el odio de los judíos contra Pablo.

(5) San Pablo ha recibido de Dios la misión de dar a conocer a los gentiles este misterio de salud.

a los hijos de los hombres, como ahora ha sido revelado a sus santos Apóstoles y Profetas por el Espíritu. [6] Este misterio es el ser los gentiles coherederos y miembros todos de un mismo cuerpo, copartícipes de las promesas por Cristo Jesús mediante el Evangelio (1), cuyo ministro fuí hecho yo por don de la gracia de Dios a mí otorgada por la acción de su poder. [8] A mí, el menor de todos los santos, me fué otorgada esta gracia, de anunciar a los gentiles la incalculable riqueza de Cristo, [9] y darles luz acerca de la dispensación del misterio oculto desde los siglos en Dios, creador de todas las cosas, [10] para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora notificada por la Iglesia a los principados y potestades en los cielos, [11] conforme al plan eterno que El ha realizado en Cristo Jesús, nuestro Señor, [12] en quien tenemos la franca seguridad de acercarnos a El confiadamente por la fe. [13] Por lo cual os pido que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, pues ellas son vuestra gloria.

Pablo ora por sus correspondientes.

[14] Por esto yo doblo mis rodillas ante el Padre, [15] de quien procede toda familia (2) en los cielos y en la tierra, [16] para que, según los ricos tesoros de su gloria, os conceda ser poderosamente fortalecidos en el hombre interior por su Espíritu, [17] que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, y arraigados y fundados en la caridad, podáis comprender en unión con todos los santos cuál es la anchura, la longitud, la altura y la profundidad, [19] y conocer la caridad de Cristo, que supera toda ciencia, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios.

Doxología.

[20] Al que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pensamos, en virtud del poder que actúa en nosotros, [21] a El sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, en todas las generaciones, por los siglos de los siglos. Amén.

(1) El Apostol llama misterio, y gran misterio, el de reunir a todos los pueblos para hacerlos uno solo en Cristo, borrando los privilegios de Israel.

(2) Familiares aquí el conjunto de las jerarquías celestes y humanas, todas creadas por Dios para constituir su familia en los cielos, siendo El el padre de todos.

Exhortación a la unidad.

4 [1] Así pues, os exhorto yo, preso en el Señor, a andar de una manera digna de la vocación con que fuisteis llamados, [2] con toda humanidad, mansedumbre y longanimidad, soportándoos unos a otros con caridad, [3] solícitos de conservar la unidad del espíritu (1) mediante el vínculo de la paz. [4] Sólo hay un cuerpo y un Espíritu, como también una sola esperanza, la de vuestra vocación. [5] Sólo un Señor, una fe, un bautismo, [6] un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos. (2)

Diversidad de dones.

[7] A cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo. [8] Por lo cual dice (3): Subiendo a las alturas, llevó cautiva la cautividad, repartió dones a los hombres. [9] Eso de «subir», ¿qué significa, sino que primero bajó a estas partes bajas de la tierra? [10] El mismo que bajó es el que subió sobre todos los cielos para llenarlo todo; [11] y El constituyó a unos apóstoles, a otros profetas, a éstos evangelistas, a aquéllos pastores y doctores, [12] para la perfección consumada de los santos, para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, [13] hasta que todos alcancemos la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, cual varones perfectos, a la medida de la plenitud de Cristo, [14] para que ya no seamos niños, que fluctúan y se

(1) La primera norma del vivir cristiano es la concordia y la general conspiración de todos los que participan de diversas gracias a la edificación de la Iglesia.

(2) Todo concurre a la unidad: la Iglesia, que es una; Dios, que es uno.

(3) Estas palabras son del salmo 68, 19. Se dicen de Dios entrando triunfante con su pueblo en Sión, donde recibe los homenajes y ofrendas de los hombres. San Pablo las acomoda a Jesucristo entrando triunfante en la gloria, no para recibir dones, sino para repartir los dones de su gracia a los redimidos.

dejan llevar de todo viento de doctrina por el engaño de los hombres, que para engañar emplean astutamente los artificios del error. [15] Al contrario, abrazados a la verdad, en todo crezcamos en caridad, llegándonos a Aquél que es nuestra cabeza, Cristo, [16] de quien todo el cuerpo, trabado y unido por todos los ligamentos que lo unen y nutren para la operación propia de cada miembro, crece y se perfecciona en la caridad (1).

El hombre viejo.

[17] Os digo, pues, y os exhorto en el Señor, a que no viváis como viven los gentiles, en la vanidad de sus pensamientos, [18] oscurecida su razón, ajenos a la vida de Dios, por su ignorancia y la ceguera de su corazón. [19] Embrutecidos, se entregaron a la lascivia, derramándose ávidamente con todo género de impureza. [20] No es esto lo que vosotros habéis aprendido de Cristo, [21] si es que le habéis conocido y habéis sido instruídos en la verdad de Jesús. [22] Dejando vuestra antigua conversación, despojaos del hombre viejo, viciado por la corrupción del error; [23] renovaos en vuestro espíritu [24] y vestíos del hombre nuevo, creado según Dios, en justicia y santidad verdaderas (2).

Consejos varios.

[25] Por lo cual, despojándoos de la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo, pues que todos somos miembros unos de otros (3). [26] Si os enojáis, no pequéis (4); ni se ponga el sol sobre vuestra iracundia. No déis entrada al diablo. [28] El que robaba, ya no robe, antes bien afánese trabajando con sus manos en algo de provecho, de que poder dar al que tiene necesidad. [29] No salga de vuestra boca ninguna palabra áspera, sino palabras buenas y oportunas para edificación, a fin de ser gratos a los oyentes. [30] Guardaos de entristecer al Espíritu Santo de Dios (1), en el cual habéis sido sellados para el día de la redención. [31] Alejad de vosotros toda amargura, arrebato, cólera, indignación, blasfemia y toda malignidad. [32] Sed más bien unos para otros bondadosos, compasivos, y perdonaos los unos a los otros, como Dios os ha perdonado en Cristo.

5 [1] Sed, en fin, imitadores de Dios, como hijos amados suyos, y vivid en caridad, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio a Dios en olor suave. [3] Cuanto a la fornicación y cualquier género de impureza o avaricia, que ni siquiera pueda decirse que lo hay entre vosotros, como conviene a santos! [4] ni palabras torpes, ni groserías, ni truhanerías, que desdicen de vosotros, sino más bien, acción de gracias (2). [5] Pues habéis de saber que ningún fornicario, o impuro, o avaro, que es como adorador de ídolos, tendrá parte en la heredad del reino de Cristo y de Dios. [6] Que nadie os engañe con palabras de mentira, pues por esto viene la cólera de Dios sobre los hijos de la rebeldía (3). [7] No tengáis parte con ellos.

Hijos de la luz.

[8] Fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; andad, pues, como hijos de la luz. [9] El fruto de la luz es todo bondad, justicia y verdad. [10] Buscad lo que es grato al Señor, [11] sin comunicar

(1) Este pasaje contiene la idea del cuerpo místico de Cristo expresada con mayor claridad que en cualquier otro lugar. Como en el cuerpo hay muchos miembros, todos trabados por ligamentos, unidos por el sistema nervioso y el vascular por los que se les transmite el alimento y se les imprime el movimiento para obrar, así en la Iglesia. Estos miembros son los varios oficios jerárquicos que reciben todos su fuerza y virtud de la cabeza, que es Cristo.

(2) El hombre viejo es Adán, pecador, y los hijos nacidos de él en pecado. El nuevo es Cristo y los hijos nacidos de El por la gracia.

(3) Somos miembros del mismo cuerpo para ayudarnos unos a otros.

(4) En rigor puede uno irritarse contra el mal sin exceder los términos de la razón, y por tanto sin pecar, aunque esto sea raro.

(1) El Espíritu Santo, que mora en las almas y las santifica y gobierna, se entristece, hablando a lo humano, cuando su acción no es obedecida. El día de la redención definitiva es el día del juicio final.

(2) Tal debe ser la vida de las almas que el Espíritu Santo santificó e hizo templos suyos.

(3) Los hijos de rebeldía son los judíos, que trabajan por apartar de la fe a los creyentes, o son los judaizantes, que buscan pervertirlo.

en las obras vanas de las tinieblas, antes bien estigmatizadlas, sacándolas a la luz; [12] pues lo que éstos hacen en secreto repugna decirlo; [13] y todas estas torpezas, una vez manifestadas por la luz, quedan al descubierto (1), [14] y todo lo descubierto, luz es, por lo cual dice: «Despierta, tú que duermes, y levántate de entre los muertos y te iluminará Cristo» (2).

[15] Mirad, pues, que viváis circunspectamente, no como necios, sino como sabios, aprovechando bien el tiempo, porque los tiempos son malos. [17] Por esto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál es la voluntad del Señor. [18] Y no os embriaguéis, pues en el vino está la liviandad. Llenaos, al contrario, del Espíritu, [19] siempre en salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones, [20] dando siempre gracias por todas las cosas a Dios Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo, [21] sujetos los unos a los otros en el temor de Cristo.

Deberes de los cónyuges.

[22] Las casadas estén sujetas a sus maridos como al Señor; [23] porque el marido es cabeza de la mujer, como Cristo es cabeza de la Iglesia, y salvador de su cuerpo. [24] Y como la Iglesia está sujeta a Cristo, así las mujeres a sus maridos en todo. [25] Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia (3) y se entregó por ella, [26] para santificarla, purificándola mediante el lavado del agua con la palabra, [27] a fin de presentársela a Sí gloriosa, sin mancha o arruga o cosa semejante, sino santa e intachable. [28] Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, [29] y nadie aborrece jamás su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, [30] porque somos miembros de su cuerpo. [31] «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una carne» (1). [32] Gran misterio es éste (2), pero entendido de Cristo y de la Iglesia. [33] Por lo demás, ame cada uno a su mujer, y ámela como a sí mismo, y la mujer reverenciе a su marido.

Deberes de los hijos y los padres.

6 [1] Hijos, obedeced a vuestros padres en el Señor, porque es justo. [2] «Honra a tu padre y a tu madre.» Tal es el primer mandamiento seguido de promesa, [3] «para que seáis felices y tengáis larga vida sobre la tierra» (3). [4] Y vosotros, padres, no exasperéis a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y en la enseñanza del Señor.

Siervos y amos

[5] Siervos, obedeced a vuestros amos según la carne, como a Cristo, con temor y temblor, en la sencillez de vuestro corazón; [6] no sirviendo al ojo, como buscando agradar a un hombre, sino como siervos de Cristo, que cumplen de corazón la voluntad de Dios; [7] sirviendo con buena voluntad, como quien sirve al Señor y no a hombre; [8] considerando que a cada uno le retribuirá el Señor lo bueno que hiciere, tanto si es siervo, como si es libre. [9] Y vosotros, amos, haced lo mismo con ellos, dejándoos de ame-

(1) Alude aquí San Pablo a los nuevos errores que ocultaban en las tinieblas la corrupción moral que llevaban dentro.

(2) Estas palabras no se hallan en la Escritura. Deben de estar tomadas de algún himno cristiano litúrgico.

(3) En el Antiguo Testamento es frecuentísima la imagen del matrimonio para expresar las relaciones de Dios con Israel; esta misma emplea el Apóstol para expresar las de Jesucristo con la Iglesia; y de ella, como de principio, infiere los normas de conducta entre los casados.

(1) Son palabras del Gen. 2, 24, que contienen la institución del matrimonio.

(2) Este misterio del matrimonio no es grande en las uniones humanas, que obedecen a la ley dada por Dios al principio e impresa en el ser humano como en todos los vivientes; pero sí lo es en Cristo y en la Iglesia, cuya unión viene a ser expresada por el matrimonio cristiano. En el Antiguo Testamento el matrimonio humano era el medio para declarar el matrimonio divino; en el Nuevo Testamento, el matrimonio de Cristo con la Iglesia es el misterio declarado por el matrimonio cristiano en cuanto sacramento.

(3) Ex. 20, 12, y Deut. 9, 16. Efectivamente este mandamiento lleva aneja la promesa de la bendición que acompaña a toda familia en que reina la piedad de los hijos hacia los padres.

nazas, considerando que en los cielos está su Señor y el vuestro, y que no hay en El acepción de personas. (1).

La milicia cristiana.

10 Por lo demás, confortaos en el Señor y en la fuerza de su poder: 11 vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis resistir a las insidias del diablo: 12 que no es nuestra lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus malos de los aires. 13 Tomad, pues, la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo, y, vencido todo os mantengáis firmes. 14 Estad, pues, alerta, ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia, 15 y calzados los pies, prontos para anunciar el evangelio de la paz. 16 Embrazad en todo momento el escudo de la fe, con que podáis hacer inútiles los encendidos dardos del maligno. 17 Tomad el yelmo de la salud y la espada del espíritu (1), que es la palabra de Dios, 18 con toda suerte de oraciones y plegarias, orando en todo tiempo con fervor, y siempre en continuas súplicas por todos los santos 19 y por mí, a fin de que me sean dadas palabras de libertad con que dar a conocer el misterio del Evangelio, 20 del que soy embajador para anunciarlo con toda libertad y hable de él como conviene hablar.

21 Y para que sepáis lo que a mí se refiere y qué hago, os lo dará a saber Tíquico, hermano amado y fiel ministro en el Señor, 22 que os envío para que sepáis de nosotros y consuele vuestros corazones. 23 Paz a los hermanos y caridad con fe, de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo. 24 Sea la gracia con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con creciente fervor en la incorrupción de la vida.

(1) El Apóstol, no pudiendo abolir la esclavitud, procura suavizarla con estas altas reflexiones, que brotan del Evangelio, diciendo la verdad a los siervos y a los amos.

(1) Hermosamente nos describe el Apóstol las armas de la milicia cristiana, tomando la imagen de las de los legionarios romanos.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA A LOS COLOSENSES

DANDONOS San Lucas a conocer el éxito de la predicación de San Pablo en Efeso, dice que por dos años predicó en la escuela de Tirano, de suerte que todos los moradores de Asia, judíos y gentiles, oyeron la palabra (Hech. 19, 10). Uno de los que la oyeron con más fruto fué un cierto Epafras, natural de Colosas, ciudad próxima a Laodicea y a Hierápolis, y que Plinio señala entre las más célebres ciudades de la Frigia. Epafras, vuelto a su patria con el tesoro de la fe de Cristo, que había hallado en Efeso, se dió a comunicarselo a sus compatriotas, llegando a fundar una iglesia que se mostró muy devota del Apóstol. No mucho después vino a encontrarse con San Pablo en Roma, informándole del estado de las iglesias de Frigia y de los peligros que corría la fe a causa de los nuevos doctores que iban apareciendo. San Pablo tomó de aquí ocasión para escribir esta carta a los colosenses y otra a los laodicenses, de que habla en la primera (4, 16).

Al saludo acostumbrado sigue una acción de gracias por la fe y la virtud de los colosenses (1, 1-14). Luego habla de Jesucristo y de su excelentísima dignidad (1, 15-24). El Apóstol está encargado de pregonar el misterio de

Cristo, y ello le lleva a preocuparse de los colosenses y laodicenses (1, 25-2, 3) y a impugnar a los falsos doctores, que de una parte rebajan la dignidad de Cristo y de otra quieren imponer la circuncisión y otras prácticas judaicas (2, 4-23). A esto siguen las amonestaciones a la práctica de las virtudes cristianas (3, 1-4, 6), y concluye diciéndoles que Tíquico, portador de las cartas, les informará del estado de sus cosas (4, 7-9) y les envía saludos de cuantos estaban en su compañía, Aristarco, Marcos, Epafras y Lucas (4, 10-18).

A LOS COLOSENSES

Saludo.

1 [1] Pablo, Apóstol de Cristo Jesús por la voluntad de Dios, y el hermano Timoteo, [2] a los santos y fieles, hermanos en Cristo, que moran en Colosas: la gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre.

Acción de gracias.

[3] Incesantemente damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, en nuestras oraciones por vosotros, [4] pues hemos sabido de vuestra fe en Cristo Jesús y de la caridad que tenéis hacia todos los santos, [5] por vuestra esperanza, depositada en los cielos. En ella habéis sido instruídos por la palabra verdadera del Evangelio, [6] que os llegó, y como en todo el mundo, también entre vosotros fructifica y crece desde el día en que oísteis y conocisteis la gracia de Dios en su pureza, [7] según que la aprendisteis de Epafras, nuestro amado consiervo y fiel ministro de Cristo por nosotros, [8] el cual nos ha dado a conocer vuestra caridad en el Espíritu (1).

Oración por los colosenses.

[9] Por esto, también desde el día en que tuvimos esta noticia, no cesamos de orar y pedir por vosotros; para que seáis llenos del conocimiento de la voluntad de Dios, con toda sabiduría e inteligencia espiritual, [10] y andéis de una manera digna del Señor, procurando serle gratos en todo, dando frutos de toda obra buena, y creciendo en el conocimiento de Dios, corroborados en toda virtud por el poder de su gloria, para el ejercicio alegre de la paciencia y de la longanimidad en todas las cosas, [12] dando gracias a Dios Padre, que os ha hecho capaces de participar de la herencia de los santos en el reino de la luz (1).

Jesucristo.

[13] El Padre nos libró del poder de las tinieblas (2) y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, [14] en quien tenemos la redención y la remisión de los pecados; [15] que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura; [16] porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, los tronos, las dominaciones, los principados, las potestades; todo fué creado por El y para El. [17] El es antes que todo, y todo subsiste en El. [18] El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia; El es el principio, el primogénito de los muertos, para que tenga la primacía sobre todas las cosas. [19] Y plugo al Padre que en El habitase toda la plenitud de la divinidad y por El reconciliar consigo, pacificando por la sangre de

(1) El motivo mayor para la acción de gracias a Dios es el don de la fe y de la piedad cristianas que el Apóstol ve crecer y desarrollarse en las iglesias. En verdad que éste es el mayor beneficio de Dios a los hombres.

(1) A la acción de gracias se une la oración para pedir la perseverancia y el progreso en las gracias recibidas. En todo esto se deja sentir la caridad del Apóstol y la comunión de los santos.

(2) El reino de las tinieblas es el reino del error y del pecado; el reino de Jesucristo es el reino de la luz y de la verdad.

su cruz todas las cosas, así las de la tierra como las del cielo (1).

Los colosenses.

21 Y a vosotros, otro tiempo extraños y enemigos de corazón por las malas obras, pero ahora reconciliados en el cuerpo de su carne, por su muerte, para presentaros santos e inmaculados e irreprensibles delante de El, 23 si perseveráis firmemente fundados e inconmovibles en la fe, y no os apartáis de la esperanza del Evangelio que habéis oído, que ha sido predicado a toda criatura bajo los cielos, y cuyo ministro he sido constituído yo, Pablo.

Pablo y el misterio de la Cruz.

24 Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros (2), y suplo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia. 25 Ministro suyo soy yo en virtud de la dispensación divina a mí confiada en beneficio vuestro, para llevar a cabo la predicación de la palabra de Dios, 26 el misterio escondido desde los siglos y generaciones y ahora manifestado a sus santos, 27 a quienes de entre los gentiles quiso Dios dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio (3). Este, que es el mismo Cristo en medio de vosotros, es la esperanza de la gloria, 28 a quien anunciamos, amonestando a todos los hombres e instruyéndolos en toda sabiduría, a fin de presentarlos a todos perfectos en Cristo, por lo cual me fatigo (4), luchando con la energía de su fuerza, que obra poderosamente en mí.

2 1 Quiero que sepáis qué lucha sostengo por vosotros y por los de Laodicea, y por cuantos no han visto mi rostro en carne (1), 2 para que se consuelen vuestros corazones, a fin de que, unidos en la caridad, alcancéis todas las riquezas de la plena inteligencia y conozcáis el misterio de Dios, esto es, a Cristo, 3 en quien se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

Deben guardarse de los errores.

4 Esto os digo para que nadie os engañe con argumentos capciosos; 5 pues aunque estoy ausente en la carne, en el espíritu estoy en medio de vosotros, alegrándome de vuestro buen concierto y de la firmeza de vuestra fe en Cristo. 6 Pues como habéis recibido al Señor Cristo Jesús, andad en El, 7 arraigados y fundados en El, corroborados por la fe, según la doctrina que habéis recibido, abundando en acción de gracias. 8 Mirad que nadie os engañe con filosofías falaces (2) y vanas, fundadas en tradiciones humanas, en los elementos del mundo y no en Cristo. 9 Pues en Cristo habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente (3), 10 y estáis llenos en El, que es la cabeza de todo

(1) En este pasaje traza de mano maestra la excelsa dignidad de Cristo en sus relaciones con Dios, en su participación en la obra creadora y conservadora y en sus relaciones con la Iglesia, de la que es cabeza y fuente de su vida, en quien los gentiles son llamados a la santidad.

(2) La actualización de la gracia de Cristo en las almas exige muchos trabajos y penalidades de parte del Apóstol y de los demás ministros del Evangelio.

(3) Este gran misterio encomendado a San Pablo para que lo diese a conocer al mundo es la incorporación de los gentiles a Cristo, o sea, Cristo morando en medio de los gentiles para incorporarlos a Sí.

(4) Estas fatigas del Apóstol, necesarias para llevar a las almas la gracia de Jesucristo, son una especie de complemento de los sufrimientos de Cristo, aunque de Cristo es el quien recibe el Apóstol la energía con que los realiza.

(1) Como otras veces, insiste en que padece sus prisiones por los gentiles, esto es, por la libertad de los gentiles de la Ley mosaica.

(2) Esta página alude a las nuevas doctrinas, la falsa filosofía, que comenzaba a difundirse en Asia. Contra ellas afirma lo que antes había dicho de Jesucristo Dios y Redentor, en quien los colosenses fueron circuncidados con la circuncisión espiritual, que perdona los pecados y da la vida de la justicia. Este detalle indica que los nuevos doctores imponían la circuncisión, como lo que sigue indica que querían imponer las fiestas judías, que eran sombra de los misterios cristianos.

(3) Este adverbio puede interpretarse en dos sentidos. El uno, que la plenitud de la divinidad habita en Cristo *real y verdaderamente*, pues se hace patente en el cuerpo mismo que El tomó. El otro, que encarnó, tomando un cuerpo y revelándose a través de él, según lo que dice San Juan: «Vimos su gloria, como la que el Unigénito del Padre tiene de El» (Jn. 1, 14). Y en otra parte (I Jn. 1, 1 s.) dice: «Lo que desde el principio hemos oído, lo que con nuestros ojos hemos visto, lo que palparon nuestras manos del Verbo de la vida, se manifestó para la vida y nosotros la vimos y damos de ello testimonio.»

principado y potestad, [11] en quien fuisteis circuncidados con una circuncisión no de mano del hombre, no por la amputación de la carne, sino con la circuncisión de Cristo. [12] Con El fuisteis sepultados en el bautismo, y en El asimismo fuisteis resucitados por la fe en el poder de Dios, que le resucitó de entre los muertos. [13] Y a vosotros, que estabais muertos por vuestros delitos y por el prepucio de vuestra carne, os vivificó con El, perdonándoos todos vuestros delitos, [14] borrando el acta (1) de los decretos que nos era contraria, que era contra nosotros, quitándola de en medio y clavándola en la cruz; [15] y despojando a principados y potestades, los sacó valientemente a la vergüenza, triunfando de ellos en la cruz.

La ascesis frigia.

[16] Que ninguno, pues, os juzgue por la comida o la bebida, por las fiestas, los novilunios o los sábados, sombra de lo futuro, cuya realidad es Cristo. [17] Que nadie con afectada humildad o con el culto de los ángeles (2) os prive del premio, haciendo alarde de lo que ha visto, hinchándose sin fundamento de su inteligencia carnal, [19] y no teniendo la cabeza, por la cual el cuerpo entero, alimentado y trabado por las coyunturas y ligamentos, crece con crecimiento divino. [20] Pues si en Cristo estáis muertos a los elementos del mundo, ¿por qué, como si vivieseis en el mundo, os sometéis a preceptos rituales? [21] «No cojas, no gustes (3), no toques.» [22] ¿Todos estos no son preceptos y enseñanzas humanas de cosas que con el uso se consumen? [23] Son preceptos que implican cierta especie de sabiduría, de afectada piedad, humildad y severidad con el cuerpo, pero sin valor alguno, si no es para satisfacción de la carne.

3 [1] Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo (1), buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; [2] pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra. [3] Estáis muertos, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. [4] Cuando se manifieste Cristo, vuestra vida, entonces también os manifestaréis con El en gloria.

Huída de los vicios antiguos.

[5] Mortificad en vosotros la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscencia y la avaricia, que es una especie de idolatría, [6] por las cuales viene la cólera de Dios, [7] y en las que también vosotros anduvisteis un tiempo, cuando vivíais con ellos. [8] Pero ahora deponed también todas estas cosas: ira, indignación, maldad, maledicencia, obscenidad y torpe lenguaje. [9] No os engañéis unos a otros; despojaos del hombre viejo con todas sus obras, [10] y vestíos del nuevo, que sin cesar se renueva para lograr el perfecto conocimiento, según la imagen de su Creador, [11] en quien no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro o escita, siervo o libre, porque Cristo lo es todo en todos.

Las virtudes cristianas.

[12] Vosotros, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, [13] soportándoos y perdonándoos mutuamente, siempre que alguno diere a otro motivo de queja. Como el Señor os perdonó, así también perdonaos vosotros. [14] Pero por encima de todo esto, vestíos de la caridad (2), que es vínculo de perfección. [15] Y la paz

(1) Esta acta es la Ley mosaica con sus preceptos y sanciones, que pesaba sobre el pueblo de Dios y de la cual nos libró Jesucristo, admitiéndonos a formar parte de su pueblo por sola la fe y sin las obligaciones de la Ley.

(2) La expresión «culto de los ángeles» es prueba de que los falsos doctores predicaban una religión en que entraban los ángeles como intermediarios entre Dios y los hombres, en perjuicio del único mediador, Jesucristo.

(3) Tales palabras, remedos del lenguaje de los falsos doctores, señalan otro punto de la nueva religión, que distinguía en las cosas, unas puras y otras impuras. Esta distinción existía en la Ley mosaica, pero también en algunas religiones orientales, de donde pasó luego a las sectas gnósticas.

(1) Se trata de la resurrección espiritual, del alma, a la vida de la justicia.

(2) La caridad es la atadura que sujeta todas las virtudes y gracias que integran la vida cristiana, para darles la debida perfección, ya que sin la caridad nada valdrían en orden a la vida eterna, según expresamente lo enseña en I Cor. 13.

de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo. Sed agradecidos. 16 La palabra de Cristo habite en vosotros abundantemente, enseñándoos y exhortándoos unos a otros con toda sabiduría, con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y dando gracias a Dios en vuestros corazones. 17 Y todo cuanto hacéis de palabra o de obra, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por El.

Los deberes familiares.

18 Las mujeres estén sometidas a los maridos, como conviene, en el Señor. Y vosotros, maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis duros con ellas. 20 Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, que esto es grato al Señor. 21 Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, porque no se hagan pusilánimes. 22 Siervos, obedeced en todo a vuestros amos en la carne, no sirviendo al ojo, como quien busca agradar a los hombres, sino con sencillez de corazón, por temor del Señor. 23 Todo lo que hagáis, hacedlo de corazón como al Señor y no a los hombres, 24 teniendo en cuenta que del Señor recibiréis por recompensa la herencia. Servid, pues, al Señor, Cristo. 25 El que hace injuria recibirá la injuria que hiciere, que no hay en El acepción de personas.

Oración y prudencia.

4 1 Mandad a vuestros siervos lo que es justo y equitativo, mirando a que también vosotros tenéis amo en los cielos. 2 Aplicaos a la oración, velad en ella con hacimiento de gracias, 3 orando a una también por nosotros, para que Dios nos abra puerta para la palabra, para anunciar el misterio de Cristo, por amor del cual estoy preso, 4 a fin de que lo pregone según conviene que yo hable. 5 Conversad discretamente con los de fuera, aprovechando las ocasiones. 6 Sea vuestro discurso agradable, salpicado de sal, de manera que sepáis cómo os convenga corresponder con cada uno.

Tíquico.

7 De mis cosas os informará Tíquico, el hermano amado, fiel ministro y consiervo en el Señor, 8 que os envío con este fin, para que tengáis noticias nuestras y lleve el consuelo a vuestros corazones, 9 junto con Onésimo, el hermano fiel y querido, que es de los vuestros. Ellos os informarán de lo que aquí pasa.

Despedida.

10 Os saluda Aristarco, mi compañero de cautiverio, y Marcos, primo hermano de Bernabé; acerca del cual habéis recibido algunos avisos; si llega a vosotros, acogedle; 11 y Jesús, llamado Justo, que son de la circuncisión y mis únicos colaboradores en el reino de Dios, habiéndome sido de gran consuelo. 12 Os saluda Epafras, que es de los vuestros, siervo de Cristo Jesús, que en todo momento combate por vosotros en sus oraciones, a fin de que perseveréis perfectos y cumplidos en todo lo que Dios quiere de vosotros. 13 Yo le rindo testimonio de que se toma mucho trabajo por vosotros y por los de Laodicea y Hierápolis. 14 Os saluda Lucas, el médico amado, y Demas. 15 Saludad a los hermanos de Laodicea y a Ninfa, y a la iglesia de su casa. 16 Y cuando hayáis leído esta epístola, haced que sea también leída en la iglesia de Laodicea, y la que a Laodicea he escrito, leedla también vosotros. 17 Decid a Arquipo: Atiende al ministerio que del Señor has recibido, para ver de cumplirlo bien.

El saludo, es de mi mano, Pablo. Acordaos de mis cadenas. La gracia sea con vosotros.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA A FILEMON

UN cristiano de Colosas, en otro tiempo convertido a la fe por San Pablo, probablemente en Efeso, tenía un siervo de nombre Onésimo, que se escapó de casa de su amo, llevando acaso dinero o cosa que lo valía. Huyendo de la justicia, que no dejaría de perseguirle, llegó a Roma y a la morada del Apóstol, que le convirtió a Jesucristo y le decidió a volver a su amo. Se fué, en efecto, en compañía de Tíquico, con una carta de recomendación, que es la más breve y la más delicada de cuantas salieron de la pluma de San Pablo.

Tiene esta epístola especial interés por referirse al grave problema de la esclavitud. La vida económica y social antigua se basaba en la servidumbre. Jesucristo nada dijo de ella. San Pablo exhorta a los siervos a servir y obedecer a sus amos y a éstos a tratar con caridad a sus siervos. No se cree llamado a cambiar el estado de aquellos infelices, si no es predicando a todos que son libres en Cristo y siervos del Señor, iguales ante el Padre celestial y hermanos en nuestro Salvador Jesucristo.

A FILEMON

Saludo.

1 Pablo, preso de Cristo Jesús,
y el hermano Timoteo, a Filemón,
nuestro amado y colaborador, 2 a
la hermana Apia, a Arquipo, nuestro
camarada, y a la iglesia de su casa:
Con vosotros sea la gracia y la paz
de parte de Dios, nuestro Padre, y
del Señor Jesucristo.

Acción de gracias.

4 Haciendo sin cesar memoria de
vosotros en mis oraciones, doy gra-
cias a mi Dios, 5 porque sé la fe y la
caridad que tenéis hacia el Señor
Jesús y hacia todos los santos.
6 Que la comunicación de tu fe venga
a ser eficaz en orden a Cristo, en el
conocimiento perfecto de todo el
bien que hay en vosotros. 7 He reci-
bido gran alegría y consuelo de tu
caridad, hermano, porque sé que con-
fortas a los santos.

Petición por Onésimo.

8 Por lo cual, aunque tendría plena
libertad en Cristo para ordenarte lo
que es justo, 9 más prefiero apelar
a tu caridad. Siendo el que soy,
Pablo, embajador y ahora prisio-
nero de Cristo Jesús, 10 te suplico
por mi hijo, a quien entre cadenas
engendré, por Onésimo, 11 un tiempo
inútil para ti, mas ahora, para ti y
para mí muy útil (1), 12 que te remito,
mejor diría, que no te lo remito a él
sino que te remito mis entrañas (2).

(1) San Pablo juega aquí con el nombre de Onésimo, que precisamente significa «útil».
(2) Hermosa expresión que muestra toda la ternura del corazón del Apóstol.

13 Querría retenerlo junto a mí, para
que en tu lugar me sirviera en mi pri-
sión por el Evangelio; 14 pero sin tu
consentimiento nada he querido hacer,
a fin de que ese favor no me lo hicieras
por necesidad, sino por voluntad (1).
15 Tal vez se te apartó por un mo-
mento, para que por siempre le
tuvieras, 16 no ya como simple
siervo, sino además como hermano
amado, muy amado para mí, pero
mucho más para ti, según la ley
humana y según el Señor (2). 17 Si me
tienes, pues, por compañero, acógele
como a mí mismo. 18 Si en algo te
ofendió o algo te debe, ponlo a mi
cuenta. 19 Yo, Pablo, de mi puño
lo escribo, yo te lo pagaré, por no
decirte que tú mismo te me debes (1).
20 Sí, hermano, que obtenga yo de
ti esta satisfacción en el Señor.
Consuela en Cristo mis entrañas.
21 Te escribo confiado en tu obe-
diencia, y cierto de que harás más
de lo que yo te digo. 22 Y vete pre-
parándome el hospedaje, porque es-
pero, por vuestras oraciones, seros
restituído. 23 Te saluda Epafras, com-
pañero de mi cautiverio en Cristo
Jesús, 24 Marcos, Aristarco, Demas,
Lucas, mis colaboradores.
25 La gracia del Señor Jesucristo
sea con vuestro espíritu.

(1) Es grande la delicadeza del Apóstol en este y en otros casos análogos, por ejemplo, cuando se trata de hacer la colecta para los fieles de Jerusalén, que quiere se haya en ausencia suya, para que nadie se sienta coaccionado por su presencia.

(2) Aquí se contiene toda la novedad que el Evangelio aporta al grave problema social de la esclavitud.

(1) Emplea el Apóstol el lenguaje comercial. Filemón, que debe al Apóstol la fe y la esperanza de la salud eterna, tiene contraída con el Apóstol una deuda mucho mayor que todas las de Pablo con él.

INTRODUCCION A LAS EPISTOLAS PASTORALES

LLEVAN este nombre las tres epístolas a Timoteo y a Tito, porque no van dirigidas a las cristiandades, sino a los colaboradores de San Pablo en el oficio pastoral. Son los postreros documentos que nos quedan del gran Apóstol, escritos entre su primera cautividad y la segunda, en que acabó su vida. En ellas habla particularmente de cómo sus correspondientes han de conducirse en el gobierno de las iglesias, cómo han de enseñar la doctrina de la verdad y confutar a los propaladores de errores, cómo han de escoger los ministros de las iglesias, cómo han de instruir y tratar a cada categoría de fieles. Por ellas vemos cómo los errores que las epístolas de la cautividad nos daban a conocer, continúan desarrollándose, errores que acabarán en las múltiples formas de gnosticismo del siglo siguiente. En cuanto a la constitución de las iglesias, nos hacen ver cómo va progresando. En los principios la autoridad parecía estar concentrada casi toda en los Apóstoles y en sus delegados; ahora, que los Apóstoles faltan o sienten que van a faltar, se completa cada cristiandad con todos aquellos elementos que son necesarios para su desarrollo futuro.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA I A TIMOTEO

ERA Timoteo natural de Listra, en Licaonia, hijo de padre gentil y madre judía. Cuando San Pablo pasó por Listra en su primera misión, Timoteo, joven aún, y que parece había perdido a su padre, vivía con su madre, Eunice, y su abuela materna, Loida, en una fervorosa piedad judía. Toda la familia

abrazó la fe que San Pablo predicaba. En la segunda misión el Apóstol, oyendo los buenos informes que la iglesia de Listra le daba, resolvió tomarle consigo, después de hacerle circuncidar, por respeto a los judíos de aquellas regiones, que sabían era hijo de padre gentil y no estaba circuncidado (Hech. 16, 3 ss.). Incorporado a la compañía del Apóstol, fué su fiel servidor en sus peregrinaciones, y de ello dan testimonio todas las epístolas de San Pablo. Cuando éste, libre de su primer proceso, se dirigió a Oriente, encargó a Timoteo el gobierno de la iglesia de Efeso. Para su instrucción le dirigió desde Macedonia esta primera epístola.

Después del acostumbrado saludo, le enseña cómo se ha de conducir en la confutación de las novedades que cundían en Asia (1, 3-20); trata luego de la oración común de los fieles por todos los hombres, por los príncipes y gobernantes (2, 1-15); de las condiciones que han de tener los presbíteros y diáconos de la iglesia (3, 1-13); vuelve a insistir en el tema de los falsos predicadores (3, 14-4, 16); le instruye cómo ha de tratar a las diversas clases de personas de la iglesia (5, 1-6, 2); cómo ha de gobernarse en lo que toca a sí mismo (6, 3-19), y termina con esta recomendación: «¡Oh Timoteo!, guarda el depósito, y evita las vanas disputas y las oposiciones de la pretendida ciencia, que perdió a los que a ella se adhirieron, extraviándolos de la fe.» (6, 20 ss.)

I A TIMOTEO

Saludo.

1 [1] Pablo, Apóstol de Cristo Jesús, por el mandato de Dios nuestro Salvador y de Cristo Jesús, nuestra esperanza, [2] a Timoteo, verdadero hijo en la fe: la gracia, la misericordia, la paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, nuestro Señor.

Timoteo, en Efeso.

[3] Te rogué, al partir para Macedonia, que te quedaras en Efeso, para que requirieses a algunos que no enseñasen doctrinas extrañas, [4] ni se ocupasen en fábulas y genealogías inacabables (1), más a propósito para engendrar disputas que para la edificación de Dios en la fe. [5] El fin del Evangelio es la caridad de un corazón puro, de una conciencia buena y de una fe sincera (2), [6] de las cuales algunos se desvían, viniendo a dar en vaciedades, [7] alardeando de doctores de la Ley, sin entender lo que dicen ni lo que afirman.

(1) Esas fábulas y genealogías pueden ser los comienzos de las genealogías de eones que tanto abundaron luego en los sistemas gnósticos.

(2) Hermosa sentencia que resume la sustancia de la vida cristiana.

La Ley.

[8] Pues sabemos que la Ley es buena, para quien use de ella convenientemente; [9] teniendo en cuenta que la Ley no es para los justos, sino para los inicuos (1), para los rebeldes, para los impíos y pecadores, para los que carecen de religión y piedad, para los parricidas y matricidas, para los homicidas, [10] para los prostitutos y sodomitas, ladrones de esclavos, embusteros, perjuros, y si algún otro hay que se oponga a la sana doctrina, [11] conforme al Evangelio glorioso del bienaventurado Dios que me ha sido encomendado.

La misión de San Pablo.

[12] Gracias doy a nuestro Señor Cristo Jesús (2) que me fortaleció, de haberme juzgado fiel al confiarme el ministerio, [13] a mí, que primero fuí

(1) La Ley puede considerarse de dos modos: como norma directiva, y ésta es para justos y pecadores, y como norma que lleva consigo la coacción y la sanción, y ésta sólo es para quienes no se someten a ella de propia voluntad.

(2) San Pablo reconoce la gracia del Señor en haberle conferido tan alta misión después de haber perseguido a la Iglesia.

blasfemo y perseguidor violento, mas fuí recibido a misericordia porque lo hacía por ignorancia en mi incredulidad (1); [14] y sobreabundó la gracia de nuestro Señor con la fe y la caridad en Cristo Jesús. [15] Cierto es y digno de ser por todos recibido, que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. [16] Mas por esto conseguí la misericordia, para que en mí primeramente mostrase Jesucristo toda su longanimidad y sirviera de ejemplo a los que habían de creer en El para la vida eterna. [17] Al Rey de los siglos, inmortal, invisible, único Dios, el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Advertencia a Timoteo.

[18] Te recomiendo, hijo mío, Timoteo, que conforme a los augurios de ti hechos anteriormente (2), puestos en ellos los ojos, sostengas el buen combate [19] con fe y buena conciencia. Algunos que la perdieron naufragaron en la fe; [20] entre ellos Himeneo y Alejandro, a quienes entregué a Satanás para que aprendan a no blasfemar (3).

Oración por todos los hombres.

2 [1] Ante todo te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos los hombres, [2] por los emperadores y por los constituídos en dignidad (4), a fin de que gocemos de vida tranquila y quieta con toda piedad y honestidad. [3] Esto es bueno y grato ante Dios nuestro Salvador, [4] el cual quiere que todos los hombres sean salvos (1) y vengan al conocimiento de la verdad. [5] Porque uno es Dios, uno también el mediador de Dios y los hombres, el hombre Cristo Jesús, [6] que se entregó a Sí mismo para redención de todos; testimonio dado a su tiempo, [7] para cuya promulgación he sido yo hecho heraldo y apóstol—digo verdad en Cristo, no miento—, maestro de los gentiles en la fe y en la verdad.

Modo de orar.

[8] Así pues, quiero que los hombres oren en todo lugar, levantando las manos puras sin ira ni discusiones. [9] Asimismo que las mujeres, en hábito honesto, con recato y modestia, sin rizado de cabellos, ni oro ni perlas ni vestidos costosos, [10] sino con obras buenas, cual conviene a mujeres que hacen profesión de piedad. [11] La mujer aprendá en silencio, con plena sumisión. [12] No consiento que la mujer enseñe ni domine al marido, sino que se mantenga en silencio, [13] pues el primero fué formado Adán, después Eva. [14] Y no fué Adán el seducido, sino Eva, que, seducida, incurrió en la transgresión (2). [15] Se salvará por la crianza de los hijos, si permaneciere en la fe, en la caridad y en la castidad, acompañada de la modestia (3).

Cualidades de los obispos.

3 [1] Palabra de verdad: Si alguno desea el episcopado (4), buena

(1) Esto de la ignorancia suya no fué un mérito para obtener la gracia, sino una disposición que allanaba el camino a su conversión. No había en él pecado contra la verdad, es decir, contra el Espíritu Santo.

(2) Estos augurios son los que los fieles hacían al recomendar a Timoteo, ponderando sus buenas cualidades y las esperanzas que ofrecía.

(3) Los arrojó, por la excomunión, de la Iglesia, donde reina Cristo, yendo a parar al mundo sometido al imperio de Satanás (I Cor. 5, 4).

(4) Dios ordenó todas las cosas a la salud de los elegidos. Entre estas cosas ocupa un lugar importante la organización política del mundo, por lo cual debemos rogar por los gobernantes, quienesquiera que sean, para que nos ayuden a llevar una vida quieta y tranquila, en la piedad.

(1) Enseñanza importante sobre el deber y la eficacia de la oración para cooperar a la voluntad de Dios, que quiere que todos seamos salvos.

(2) El texto del Gen. 3, 6-12, nos presenta el pecado de Adán motivado por la condescendencia con Eva, aunque como quiera que fuese, las consecuencias del primer pecado dependían de Adán, como cabeza del género humano.

(3) Hermoso programa para la santificación de la mujer en la vida familiar.

(4) Es doctrina católica que el episcopado es de origen divino. Pero no es tan claro cómo se pasó en la Iglesia del régimen primitivo, en que los Apóstoles ejercían la suprema autoridad en las iglesias, al régimen episcopal que dicen monárquico, el cual vemos implantado en los comienzos del siglo II sin que se echen de ver vestigios de lucha. En estas epístolas,

obra desea; [2] pero es preciso que el obispo sea irreprensible, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, morigerado, hospitalario, capaz de enseñar; [3] no dado al vino, ni pendenciero, sino ecuánime, pacífico, no codicioso; que sepa gobernar bien su propia casa, que tenga los hijos en sujeción, con toda honestidad; [5] pues quien no sabe gobernar su casa, ¿cómo gobernará la Iglesia de Dios? No neófito, no sea que, hinchado, venga a incurrir en el juicio del diablo. [7] Conviene asimismo que tenga buena fama ante los de fuera, porque no caiga en infamia y en las redes del enemigo.

Los diáconos.

[8] Conviene que los diáconos sean asimismo honorables, exentos de doblez, no dados al vino ni a torpes ganancias; [9] que guarden el misterio de la fe en una conciencia pura. [10] Sean probados primero, y luego ejerzan su ministerio, si fueren irreprensibles. [11] También las mujeres deben ser honorables, no chismosas, sobrias y en todo fieles (1). [12] Los diáconos sean maridos de una sola mujer, que sepan gobernar a sus hijos y su propia casa. [13] Pues los que desempeñaren bien su ministerio alcanzarán honra y gran autoridad en la fe que tenemos en Cristo Jesús.

La Iglesia.

[14] Esto te escribo con la esperanza de ir a verte pronto, [15] para que si tardo, veas por aquí cómo te conviene conducirte en la casa de Dios, que es la Iglesia de Dios vivo, columna y fundamento de la verdad. [16] Y sin duda que es grande el misterio de la piedad: «Que se ha manifestado en la carne, ha sido mostrado a los ángeles, predicado a las naciones, creído en el mundo, ensalzado en la gloria» (2).

obispo y presbítero son una misma cosa y parece ser que colegialmente gobernaban las iglesias, poseyendo todos la plenitud del sacerdocio (Hech. 20, 17). Al fin, el presidente del presbiterio queda como jefe de la iglesia y los demás como sus auxiliares.

(1) Estas mujeres son sin duda las mujeres de los diáconos.

(2) Esta estrofa ddbe de ser de un himno cristiano. No es de la Escritura.

Los nuevos doctores, vaticinados por el Espíritu.

4 [1] Pero el Espíritu claramente dice que en los últimos tiempos apostatarán algunos de la fe, dando oídos al espíritu del error y a las enseñanzas de los demonios, [2] embaucadores, hipócritas, de cauterizada conciencia, [3] que prohiben las bodas y se abstienen de alimentos creados por Dios para que los fieles (1) conocedores de la verdad, los tomen con hacimiento de gracias. [4] Porque toda criatura de Dios es buena y nada hay reprobable, tomado con hacimiento de gracias, [5] pues con la palabra de Dios y la oración queda santificado.

Reprobación de tales doctrinas.

[6] Si enseñas esto a los hermanos, serás buen ministro de Cristo Jesús, nutrido en las palabras de la fe y de la buena doctrina que has alcanzado. [7] Cuanto a las fábulas impías y a los cuentos de viejas, deséchalos. Ejercítate en la piedad, [8] porque la piedad es útil para todo y tiene promesas para la vida presente y para la futura. [9] Verdadera doctrina es ésta y digna de ser plenamente recibida; [10] pues por esto penamos y combatimos, porque esperamos en Dios vivo, que es el Salvador de todos los hombres, sobre todo de los fieles (2).

[11] Esto has de predicar y enseñar. [12] Que nadie tenga en poco tu juventud, antes sirvas de ejemplo a los fieles en la palabra, en la conversación, en la caridad, en la fe, en la castidad. [13] Mientras llego, aplícate a la lección, a la exhortación y a la enseñanza. [14] No descuides la gracia que posees, que te fué conferida en medio de buenos augurios, con la imposición de manos de los presbí-

(1) Nuevas notas de las sectas condenadas: reprobación del matrimonio, no para vivir en castidad, sino en disolución; diferencia en los alimentos, establecidas en la Ley, pero con otro espíritu. Dios había declarado bueno cuanto había creado, pero estos nuevos doctores lo declaraban malo, viciado en su origen mismo.

(2) La expresión «sobre todo de los fieles» debe entenderse en consonancia con lo que arriba dice: «penamos y combatimos». Dios, que tiene universal providencia, es salvador de todos, pero mira con especial predilección a los fieles que luchan por la verdad.

teros (1). 15 Esta sea tu ocupación, éste tu estudio, de manera que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto. 16 Vela sobre ti, atiende a la enseñanza, insiste en ella. Haciendo así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan.

Conducta que ha de tener con los ancianos.

5 1 Al anciano no le reprendas con dureza, más bien exhórtale como a padre; a los jóvenes, como a hermanos; 2 a las ancianas, como a madres; a las jóvenes como a hermanas, con toda castidad. 3 Honra a las viudas que lo son de verdad. 4 Si la viuda tiene hijos o nietos, enséñeles ante todo a reverenciar a los suyos y a corresponder con sus padres, que esto es muy grato en la presencia de Dios. 5 La que es de verdad viuda y desamparada, ponga en Dios su confianza, e inste en la plegaria y en la oración noche y día. 6 La que lleva vida libre, viviendo está muerta. 7 Incúlcales esto, para que sean irreprensibles.

8 Si alguno no mira por los suyos, sobre todo por los de su misma casa, ha negado la fe y es peor que un infiel. 9 No sea elegida ninguna viuda de menos de sesenta años (2), mujer de un solo marido, 10 recomendada por sus buenas obras, en la crianza de los hijos, en la hospitalidad con los peregrinos, en lavar los pies a los santos, en socorrer a los atribulados y en la práctica de toda obra buena. 11 Evita el trato con las viudas jóvenes, porque una vez que lujurian contra Cristo, buscan marido, 12 incurriendo en reproche por haber faltado a la primera fe. 13 Y además, se hacen ociosas y andan de casa en casa; y no sólo ociosas, sino también parleras y curiosas, hablando lo que no deben (3). 14 Quiero, pues, que las jóvenes se casen, crían hijos, gobiernen su casa, y no den al enemigo ningún pretexto de maledicencia, 15 porque algunas ya se han extraviado en pos de Satanás. 16 Si algún fiel tiene viudas en su casa, asístalas y no sea gravada la Iglesia, para que ésta pueda asistir a las que son viudas de verdad (1).

Del trato con los presbíteros.

17 Los presbíteros que presiden bien, sean tenidos en doble honor, sobre todo los que se ocupan en la predicación y la enseñanza. 18 Pues dice la Escritura: «No pondrás bozal al buey que trilla» (2), y «Digno es el obrero de su salario» (3). 19 Contra un presbítero no recibas acusación alguna, si no fuere de dos o tres testigos. 20 A los que falten, corrígelos delante de todos, para infundir temor a los demás. 21 Delante de Dios, de Cristo Jesús y de los ángeles elegidos, te conjuro que hagas esto sin prejuicios, guardándote de todo espíritu de parcialidad. 22 No seas precipitado en imponer las manos a nadie, no vengas a participar de los pecados ajenos. Guárdate puro. 23 No bebas agua sola, sino mezcla un poco de vino por el mal de estómago, y tus frecuentes enfermedades. 24 Los pecados de los hombres, unos son manifiestos aun antes de ser juzgados, otros sólo después de juzgados. 25 Así las obras buenas, unas son manifiestas; las que no lo son no podrán permanecer ocultas.

Sobre los siervos.

6 1 Los que están bajo el yugo de la servidumbre tengan a sus amos por acreedores a todo honor, para que no sea deshonrado el nombre de Dios ni su doctrina. 2 Los que tengan amos fieles no los desprecien por ser hermanos, antes sírvanles mejor, porque son fieles y amados los que reciben el beneficio. Esto es lo que debes enseñar e inculcar.

(1) El colegio presbiteral de la iglesia tomaba parte en la ordenación o consagración episcopal.

(2) Estas viudas son las que, a modo de diaconisas, ejercían en la iglesia el ministerio de caridad o de catequesis.

(3) Estas jóvenes viudas con su vida de liviandad injurian a Cristo, a la profesión cristiana, y además a sus difuntos maridos, por lo cual se atraen la pública censura. Este parece ser el sentido del Apóstol, más bien que suponer un voto de castidad, del que nada dice el texto.

(1) La asistencia de la Iglesia a las viudas aparece ya en los Hechos de Apóstoles, 6, 9.

(2) Deut. 25, 1.

(3) Mat. 18, 16.

Los falsos doctores.

3 Si alguno enseña de otra manera
y no presta atención a las saludables
palabras de nuestro Señor Jesucristo
y a la doctrina que se ajusta a la
piedad, es un orgulloso, que nada
sabe, que desvaría en disputas y va-
nidades, de donde nacen envidias,
contiendas, blasfemias, suspicacias.
5 porfías de hombres de inteligencia
corrompida y privados de la verdad,
que tienen la piedad por materia de
lucro. 6 Pero es gran riqueza la piedad
acompañada de la frugalidad.
7 Nada trajimos al mundo y nada
podemos llevarnos de él. En teniendo
con que alimentarnos y con que cu-
brirnos, estemos con eso contentos.
8 Los que quieren enriquecerse caen
en tentaciones, en lazos y en muchas
codicias locas y perniciosas, que hun-
den a los hombres en la perdición
y en la ruina, 10 porque la raíz de
todos los males es la avaricia, y mu-
chos, por dejarse llevar de ella, se
extravían en la fe, y a sí mismos se
atormentan con muchos dolores.

Exhortación a la perseverancia.

11 Pero tú, hombre de Dios, huye
de estas cosas, y sigue la justicia, la
piedad, la fe, la caridad, la paciencia,
la mansedumbre. 12 Combate los bue-
nos combates de la fe, asegúrate la
vida eterna, para la cual fuiste lla-
mado y de la cual hiciste solemne
profesión delante de muchos testi-
gos. 13 Te mando ante Dios, que da
vida a todas las cosas, y ante Cristo
Jesús, que hizo la buena confesión
en presencia de Poncio Pilato, 14 que
te conserves sin tacha ni culpa en
el mandato, hasta la manifestación
de Nuestro Señor Jesucristo, 15 quien
hará aparecer a su tiempo al bien-
aventurado y solo Monarca, Rey de
reyes y Señor de los señores, 16 el
único inmortal, que habita una luz
inaccesible, a quien ningún hombre
vió ni puede ver, al cual el honor y
el imperio eterno. Amén.

Consejos a los ricos.

17 A los ricos de este mundo en-
cárgales que no sean altivos ni pon-
gan su confianza en la incertidumbre
de las riquezas, sino en Dios, que
abundantemente nos provee de todo,
para que lo disfrutemos 18 practi-
cando el bien, enriqueciéndonos de
buenas obras, siendo liberales en re-
partir y atesorando para lo futuro con
que alcanzar la verdadera vida (1).

Conclusión.

20 ¡Oh Timoteo!, guarda el depósito
a ti confiado, evitando las vanida-
des impías y las contradicciones de
la falsa ciencia, que algunos profe-
san, extraviándose de la fe. La gracia
sea con vosotros (2).

(1) Este es el uso que debemos hacer de los bienes temporales de que Dios nos colma.
(2) No sólo con Timoteo, sino con los fieles a él encomendados.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA II A TIMOTEO

ESTA segunda epístola a Timoteo, que es la postrera del Apóstol, fué escrita en la prisión (1, 8). La situación no se parecía a la anterior, cuando se mostraba tan satisfecho de que el Señor hubiese convertido su cárcel en provecho del Evangelio. Ahora se siente solo, porque los de Asia le han abandonado todos (1, 15). Sólo están con él Lucas y la familia de Onésimo, que no se avergonzó de sus cadenas y le consoló en su prisión. En tal estado el Apóstol se acuerda de sus fieles discípulos ausentes, y manda que vengan a él Timoteo y Marcos (4, 9 ss.), trayéndole algunas cosas que había dejado en Tróade (4, 11).

Después del acostumbrado saludo y acción de gracias, insiste el Apóstol en exhortar a su discípulo a que conserve la sana doctrina que recibió, y con ella combata a los propaladores de errores; y como despidiéndose ya de la vida, dice: «Mi libación está derramada y el tiempo de mi partida se acerca» (4, 6). En medio de sus penas le consuela la esperanza de la corona que le dará el justo Juez, como a cuantos desean su venida (4, 8).

II A TIMOTEO

Saludo.

1 [1] Pablo, por la voluntad de Dios Apóstol de Cristo Jesús, según la promesa de vida en Cristo Jesús, a Timoteo, mi amado hijo: Gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Jesucristo, nuestro Señor.

Acción de gracias.

[3] Doy gracias a Dios, a quien sirvo, a ejemplo de mis mayores, con pura conciencia, y sin cesar hago memoria de ti en mis oraciones noche y día, [4] deseoso de verte, acordándome de tus lágrimas. Me gozo con la memoria de tu sincera fe, que fué también la de tu abuela, Loida y la de tu madre, Eunice, y que no dudo es la tuya.

No debe avergonzarse del Evangelio.

[6] Por esto te amonesto que hagas revivir la gracia de Dios que hay en ti (1) por la imposición de mis manos. [7] Que no nos ha dado Dios espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza. [8] No te avergüences jamás del testimonio de nuestro Señor, ni de mí, su prisionero, antes soporta con fortaleza los trabajos por la causa del Evangelio en el poder de Dios, [9] que nos salvó y nos llamó con vocación santa, no en virtud de nuestras obras, sino en virtud de su propósito y de la gracia que nos fué dada en Cristo Jesús antes de los tiempos eternos, [10] y manifestada al presente por la aparición de nuestro Salvador, Cristo Jesús, que aniquiló a la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por medio del Evangelio, [11] del cual yo he sido hecho heraldo, apóstol y doctor. [12] Por esta causa sufro, pero no me avergüenzo, porque sé a quién me he confiado y estoy seguro de que puede guardar mi depósito para aquel día. [13] Retén la forma de los sanos discursos (1) que de mí oíste, inspirados en la fe y en la caridad en Cristo Jesús. [14] Guarda el buen depósito por la virtud del Espíritu Santo, que mora en nosotros.

Conducta de los discípulos hacia el Apóstol.

[15] Ya sabes cómo me han vuelto la espalda todos los de Asia, entre ellos Figelo y Hermógenes. [16] Haga el Señor misericordia a la familia de Onésimo, porque muchas veces me ha aliviado y no se avergonzó de mis cadenas, [17] antes estando en Roma, me buscó solícito hasta hallarme. [18] El Señor le dé hallar misericordia en aquel día, cerca del Señor. Cuántos servicios me hizo en Efeso, tú bien lo sabes.

(1) Timoteo había recibido del Apóstol la consagración episcopal, que le encarga aquí comunicar a quienes sean dignos de desempeñar tal ministerio.

(1) Es de notar la insistencia del Apóstol en estas epístolas sobre el lenguaje empleado en la enseñanza. Se conoce que los falsos doctores abusaban de él para engañar a los incautos, dándoles bajo palabras inocentes doctrinas perversas.

Entréguese por entero al ministerio.

2 [1] Tú, pues, hijo mío, ten buen cuidado, confiado en la gracia de Cristo Jesús; [2] y lo que de mí oíste ante muchos testigos, encomiéndalo a hombres fieles, capaces de enseñar a otros. [3] Soporta las fatigas como buen soldado de Cristo Jesús. [4] El que milita, para complacer al que le alistó como soldado no se embaraza con los negocios de la vida. [5] Y quienquiera que compite en el estadio no es coronado si no compite legítimamente. [6] El labrador ha de fatigarse antes de percibir los frutos (1). [7] Entiende bien lo que quiero decir, porque el Señor te dará la inteligencia de todo.

Acuérdese de Jesucristo.

[8] Acuérdate de que Jesucristo, del linaje de David, resucitó de entre los muertos, según mi evangelio, [9] por el cual sufro estas sus cadenas como un malhechor; pero la palabra de Dios no está encadenada. [10] Todo lo soporto por amor de los elegidos, para que éstos alcancen la salud en Cristo Jesús y la gloria eterna. [11] Verdadera es la palabra: «Que si padecemos con El, también con El viviremos. [12] Si sufrimos con El, con El reinaremos (2). Si le negamos, también El nos negará. [13] Aun si no le fuéremos fieles, El permanecerá fiel, que no puede negarse a Sí mismo» (3).

Conducta que Timoteo debe observar con los nuevos doctores.

[14] Esto has de enseñar, protestando ante Dios no ocuparse en disputas vanas, que para nada sirven, si no es para perdición de los oyentes. [15] Mira bien cómo presentarte ante Dios, probado como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que distribuye sabiamente la palabra de la verdad. [16] Evita las profanas y vanas parlerías, que fácilmente llevan a la impiedad, [17] y cunden como gangrena. De ellos son Himeneo y Fileto, [18] que, extraviándose de la verdad, dicen que la resurrección se ha realizado ya (1), pervirtiendo con esto la fe de algunos. [19] Pero el sólido fundamento de Dios se mantiene firme con este sello: «El Señor conoce a los que son suyos» (2) y: «Apártese de la iniquidad quien tome en sus labios el nombre del Señor.»

[20] En una casa grande no hay sólo vasos de oro y plata, sino también de madera y de barro; y los unos para usos de honra, los otros para usos viles. [21] Quien se mantenga puro de estos errores será vaso de honor, santificado, idóneo para uso del Señor, dispuesto para toda obra buena. [22] Huye las pasiones juveniles, y sigue la justicia, la fe, la caridad, la paz, con todos los que invocan al Señor con puro corazón. [23] Evita también las cuestiones necias y tontas, pues siempre engendran altercados, [24] y al siervo del Señor no le conviene altercar, sino mostrarse manso con todos, pronto para enseñar, sufrido, [25] y con mansedumbre corregir a los adversarios, por si Dios les concede el arrepentimiento y reconocer la verdad [26] y librarse del lazo de diablo, a cuya voluntad están sujetos.

Huída de los nuevos doctores.

3 [1] Has de saber que en los últimos días sobrevendrán tiempos difíciles, [2] porque habrá hombres egoístas, avaros, altivos, orgullosos, maldicientes, rebeldes a los padres, ingratos, impíos, [3] desnaturalizados, desleales, calumniadores, disolutos, inhumanos, enemigos de todo lo bueno, [4] traidores, protervos, hinchados, amadores de los placeres más que de Dios, [5] que con una apariencia de piedad (3), están en realidad lejos de ella. Guárdate de esos. [6] Pues hay entre ellos quienes se introducen en las casas y se captan el ánimo de mujerzuelas cargadas de pecados, que se dejan arrastrar de diversas con-

(1) Nadie puede esperar la corona de la gloria sin luchar y sufrir, y así merecerla.
(2) Cristo es el modelo de los predestinados. Como El hemos de padecer, y merecer la vida eterna.
(3) Dios no se muda como nosotros; sus promesas son sin arrepentimiento, por El no dejarán nunca de cumplirse.

(1) La reducían a la resurreción espiritual de la muerte del pecado a la vida de la gracia.
(2) Núm. 18-6.
(3) Nunca los falsos doctores han sido modelos de perfección moral, porque la verdad de la doctrina que ilustra la inteligencia influye mucho en la bondad del corazón, pero esto

cupiscencias, [7] que siempre están aprendiendo, sin lograr jamás llegar al conocimiento de la verdad. [8] Y a la manera que Jannes y Mambres (1) se opusieron a Moisés, así también éstos resisten a la verdad, como hombres de entendimiento corrompido, reprobados en la fe. [9] Mas no saldrán con sus intentos, porque su insensatez es a todos manifiesta, como lo fué la de aquéllos.

Timoteo debe perseverar en la verdad.

[10] Pero tú has seguido de cerca mis enseñanzas, mi conducta, mis planes, mi fe, mi longanimidad, mi caridad, mi paciencia, mis persecuciones y aflicciones, las que hube de soportar en Antioquía, Iconio y Listra, donde tantas persecuciones sufrí, de las cuales, sin embargo, me libró el Señor. [12] Y todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones. [13] Los hombres malos y seductores irán de mal en peor, engañándose, [14] pero tú permanece en lo que has aprendido y te ha sido confiado (2), considerando de quiénes lo aprendiste, [15] y que desde la infancia conoces las Escrituras Sagradas, que te pueden instruir en orden a la salud por la fe en Jesucristo. [16] Pues toda la Escritura es divinamente inspirada y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia, [17] a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena (3).

Aliento a Timoteo.

4 [1] Te conjuro delante de Dios y de Cristo Jesús, que ha de juzgar a vivos y muertos, por su aparición y por su reino: [2] Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, enseña, exhorta con toda longanimidad y doctrina; [3] pues vendrá un tiempo en que no sufrirán la sana doctrina, antes, deseosos de novedades, se amontonarán maestros conforme a sus pasiones y apartarán los oídos de la verdad para volverlos a fábulas. [5] Pero tú vela en todo, soporta los trabajos, haz obra de evangelista, cumple tu ministerio.

Actitud de San Pablo.

[6] Cuanto a mí, a punto estoy de derramarme en libación, siendo ya inminente el tiempo de mi partida (1). [7] He combatido el buen combate, he terminado mi carrera, he guardado la fe. [8] Ya me está preparada la corona de la justicia, que me otorgará aquel día el Señor, justo Juez, y no sólo a mí, sino a todos los que aman su venida.

Noticias.

Date prisa a venir a mí, [10] porque Denas me ha abandonado por amor de este siglo, y se marchó a Tesalónica, Crescente para Galacia y Tito para Dalmacia. [11] Sólo Lucas está conmigo. A Marcos tómalo y tráelo contigo, que me es muy útil para el ministerio. [12] A Tíquico le mandé a Efeso. [13] El capote que dejé en Tróade, en casa de Carpio, tráelo al venir, y asimismo los libros, sobre todo los pergaminos. [14] Alejandro, el herrero, me ha hecho mucho mal. El Señor le dará la paga según sus obras. [15] Tú guárdate de él, porque ha mostrado gran resistencia a nuestras palabras. [16] En mi primera defensa nadie me asistió, antes me desampararon todos. No les sea tomado en cuenta. [17] El Señor me asistió y me dió fuerzas, para que por mí fuese cumplida la predicación y todas las naciones la oigan. Así fuí librado de la boca del león. [18] El Señor me librará de todo mal y me guardará

tendrá más lugar en los últimos tiempos, en que los errores dominaran más, según la palabra del Señor (Mt. 24, 22).

(1) La tradición judía desginaba con estos dos nombres a los magos que trataron de oponerse a Moisés (Ex. 7, 22).

(2) Insiste siempre en la guarda del depósito de la doctrina, que debe encomendar, no precisamente a los libros, sino a personas fieles (1, 2).

(3) Estas breves palabras nos dicen todo lo que es la Sagrada Escritura, libro de Dios que la inspiró, y útil para todas las necesidades de la vida y del apostolado cristianos.

(1) El gran Apóstol se despide de la vida y no mira sino a la corona que espera. Como una libación, que poco a poco se derrama en el altar, así se consumió su vida en la predicación del Evangelio. Su fin está próximo; espera la corona de los largos combates sostenidos por Jesucristo.

para su reino celestial. A El sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

[19] Saluda a Prisca y a Aquila y a la casa de Onesíforo. [20] Erasto quedó en Corinto. A Trófimo le dejé enfermo en Mileto. [21] Date prisa a venir antes del invierno. Te saludan Eubulo, Pudente, Lino, Claudio y todos los hermanos.

[22] El Señor sea con tu espíritu. La gracia sea con vosotros.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA A TITO

DE los orígenes de Tito no sabemos nada sino que era gentil. Por primera vez aparece en la historia durante la asamblea de Jerusalén, en compañía de Pablo. Allí el Apóstol hubo de luchar contra los partidarios de la Ley, que intentaban obligarle a que se circuncidara (Gal. 2, 21). Acompañó a San Pablo durante su estancia en Efeso, y por dos veces fué enviado por él a Corinto, dando buena cuenta de la delicada misión que llevaba (II Cor. 2, 12; 7, 6 s.; 8, 16 s.). Libre el Apóstol de su prisión, pasó por Creta, en donde, al partir, dejó a Tito encargado de aquellas iglesias. Desde Nicópolis, en Epiro, le escribió esta carta, rogándole en ella que viniera a él, una vez que le enviara como suplentes a Artemes o a Tíquico. Por la segunda a Timoteo sabemos que luego le mandó a Dalmacia.

La carta es breve. Después del saludo acostumbrado (1, 1-4), instruye a Tito sobre las condiciones que han de tener los presbíteros (5-9); habla de los cretenses (10-16); le da normas para tratar a los ancianos, a los jóvenes, a los siervos (2, 1-10); le manda que inculque en todos la sujeción a las autoridades (3, 1-7), y sólo dos líneas dedica a los falsos doctores: tanto parecían abundar en Asia (8-10).

A TITO

Saludo.

1 [1] Pablo, siervo de Dios y Apóstol de Jesucristo, conforme a la fe de los escogidos de Dios y al conocimiento de la verdad, que se ajusta a la piedad, [2] en la esperanza de la vida eterna desde los tiempos antiguos, prometida por Dios, que no miente, [3] que a su debido tiempo manifestó su palabra por la predicación a mí confiada, según el mandato de nuestro Salvador, Dios; [4] a Tito, hijo mío verdadero, según la fe común, la gracia y la paz de parte de Dios Padre y de Cristo Jesús, nuestro Salvador.

Condiciones de los obispos.

[5] Te dejé en Creta, para que acabases de ordenar lo que faltaba y constituyeses por las ciudades presbíteros (1) en la forma que te ordené. [6] Que sean irreprochables maridos de una sola mujer, cuyos hijos sean fieles, que no estén tachados de liviandad o desobediencia (2). [7] Por-

(1) Esta ordenanza sobre las condiciones de los obispos—presbíteros—, concuerda con la de I Tim. 3, 1 ss., y sin duda que fué escrita por sí mismo tiempo.

(2) El Apóstol no condena las segundas nupcias, pero excluye del sacerdocio a los que se hayan casado segunda vez. La Iglesia ha rete-

que es preciso que el obispo sea inculpable, como administrador de Dios; no soberbio, ni iracundo, ni dado al vino, ni pendenciero, ni codicioso de torpes ganancias, [8] sino hospitalario, amador de los buenos, modesto, justo, santo, continente, [9] guardador de la palabra fiel; que se ajuste a la doctrina, de suerte que pueda exhortar con doctrina sana y argüir a los contradictores.

Los cretenses.

[10] Porque hay muchos indisciplinados, charlatanes, embaucadores, sobre todo los de la circuncisión (1), [11] a los cuales es preciso tapar la boca, que revuelven del todo las casas, enseñando lo que no deben, llevados del deseo de torpe ganancia. [12] Bien dijo uno de ellos, su propio profeta (2): «Los cretenses, siempre embusteros, bestias malas, poltrones y glotones». [13] Verdadero es tal testimonio. Por tanto, repréndelos con suavidad, para que se mantengan sanos en la fe, [14] que no den oídos a las fábulas judaicas y a los preceptos de los hombres que reniegan de la verdad. [15] Todo es limpio para los limpios, mas para los impuros y para los infieles nada hay puro, porque su mente y su conciencia están contaminadas (3). [16] Alardean de conocer a Dios, pero con las obras le niegan, abominables, rebeldes e incapaces de toda obra buena.

Consejos a las diversas categorías.

2 [1] Cuanto a ti, habla de modo conveniente y ajustado a la sana doctrina. [2] Que los ancianos sean sobrios, graves, discretos, sanos en la fe, en caridad, en paciencia. [3] De igual modo, que las ancianas observen un porte santo, no sean calumniadoras, ni esclavas del vino, sino buenas maestras, [4] para que enseñen a las jóvenes a amar a sus maridos y a cuidar a sus hijos, a ser prudentes y honestas, hacendosas, bondadosas, dóciles a sus maridos, a fin de que no sea infamada la palabra de Dios (1). [6] Asimismo a los jóvenes exhórtalos a ser prudentes en todo. Tú mismo muéstrate ejemplo de buenas obras, de integridad en la doctrina, de gravedad, [8] de palabra sana e irreprensible, para que los adversarios se confundan, no teniendo nada malo que decir de nosotros. [9] Que los siervos estén sujetos a sus amos en todo, complaciéndoles y no contradiciéndoles, [10] ni defraudándoles en nada, sino mostrándose fieles en todo, para hacer honor a la doctrina de Dios nuestro Salvador.

Manifestación de la gracia de Dios.

[11] Porque se ha manifestado la gracia salutífera de Dios a todos los hombres, [12] enseñándonos a negar la impiedad y los deseos del mundo, para que vivamos sobria, justa y piadosamente en este siglo, [13] con la bienaventurada esperanza en la venida gloriosa del gran Dios y de nuestro Salvador Cristo Jesús, [14] que se entregó por nosotros para rescatarnos de toda iniquidad y adquirirse un pueblo propio, celador de obras buenas (2). [15] He aquí lo que has de decir, exhortando y reprimiendo con todo imperio; que nadie te desprecie.

Consejos generales.

3 [1] Amonéstales que vivan sumisos a los príncipes y a las autoridades; que las obedezcan, que estén prontos para toda obra buena; [2] que a nadie infamen, que no sean pendencieros, que sean afables y muestren para con todos una perfecta mansedumbre. [3] Pues nosotros fuimos también alguna vez necios, desobedientes,

---

nido esta disciplina. El celibato era para San Pablo el estado ideal del cristiano, y más del ministro del Evangelio (I. Cor. 7), pero esto de nadie lo exigía. Más tarde la Iglesia juzgó que era tiempo de exigirlo de los que se sintieran con vocación para ejercer el ministerio sagrado.

(1) Este versículo nos indica que los predicadores de falsas doctrinas, en buena parte al menos, eran judíos.

(2) La sentencia, tan poco lisonjera para los cretenses, es de Epiménides, poeta del siglo VI, que debía de conocerlos.

(3) Mira, sin duda, a los alimentos de que habla en otros pasajes.

(1) El Apóstol mira mucho a que la conducta de los cristianos no sea motivo de censura para los extraños, antes les sirva de edificación para atraerlos a la fe.

(2) Como Dios se había adquirido a Israel, rescatándole de la servidumbre egipcia, así Cristo se adquirió el pueblo cristiano, comprándolo al precio de su sangre.

extraviados, esclavos de toda suerte de concupiscencias y placeres, viviendo en la maldad y en la envidia, dignos de odio, y aborreciéndonos unos a otros. [4] Mas cuando apareció la bondad y el amor hacia los hombres de Dios, nuestro Salvador, [5] no por las obras justas que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, nos salvó mediante el lavatorio de la regeneración y renovación del Espíritu Santo, [6] que abundantemente derramó sobre nosotros por Jesucristo, nuestro Salvador, [7] a fin de que, justificados por su gracia, seamos herederos de la vida eterna según nuestra esperanza.

Consejos para Tito.

[8] Esta es la fiel verdad, y quiero que con tesón la afirmes, para que aprendan a ejercitarse en buenas obras los que han creído en Dios. Esto es lo bueno y útil para los hombres. [9] Evita las cuestiones necias, las genealogías y las contiendas y debates sobre la Ley, porque son inútiles y vanas. [10] Al sectario, después de una y otra amonestación, evítale, [11] considerando que está pervertido; peca, y por su pecado se condena.

[12] Cuando mande a ti a Artemas o a Tíquico, date prisa a venir a verme a Nicópolis, porque tengo el propósito de pasar allí el invierno. [13] A Zenas, el jurisconsulto, y a Apolo, mira de proveerlos solícitamente y de que nada les falte. [14] Y que los nuestros aprendan a ejercitarse en buenas obras para atender a las apremiantes necesidades, y que no sean hombres infructuosos. [15] Te saludan todos los que están conmigo. Saluda a todos los que nos aman en la fe. La gracia sea con todos vosotros.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA A LOS HEBREOS

EL lector de esta epístola advierte desde el primer momento su diferencia de las otras epístolas paulinas. El comienzo no es el de una carta, sino el de un tratado. No aparece por ninguna parte el nombre del autor, que San Pablo no omite en las demás epístolas, acompañándolo del de sus compañeros. Lo mismo se diga de la conclusión del escrito. Ni un saludo para nadie, ni una amonestación personal, nada, en fin, de cuanto caracteriza a las epístolas paulinas. Esto ha debido de impresionar a los primeros lectores de ésta, y de ahí provinieron, sin duda, las dificultades sobre su canonicidad, por las cuales fué anotada entre las deuterocanónicas.

La tradición de la iglesia alejandrina fué constante en reconocerla como canónica; no tanto en la atribución al Apóstol, pues Orígenes, considerando su forma literaria, concluye que la doctrina es de San Pablo, mas la redacción es de otro. Quién sea éste, Dios lo sabe. Las otras iglesias de Oriente, Siria Capadocia, etc., mantienen a la vez la canonicidad y la autenticidad paulina de la epístola. En Occidente vemos a ésta citada por San Clemente a fines del siglo I. Asimismo la citan como paulina algunos otros escritores de los siguientes siglos; pero en general podemos decir que en Occidente hubo bastantes dudas acerca de su canonicidad, como lo atestigua San Jerónimo, hasta que por la mayor comunicación entre las iglesias, a fines del siglo IV y principios del V, vino a uniformarse la tradición sobre esta epístola, como sobre otras de canonicidad dudosa.

La paternidad de la epístola queda aún incierta. Los antiguos la atribu-

yeron a San Clemente Romano, a Timoteo, a Apolo, a Erasto, y después de tantas disputas queda en pie la sentencia de Orígenes, que el autor sólo es conocido de Dios.

La Pont. Com. Bíblica ha venido a sancionar esta sentencia. Después de resumir en dos preguntas las razones que abogan por la autenticidad paulina, y las objeciones en contra de esta autenticidad, armoniza las dos sentencias en una tercera cuestión formulada así: «Si el Apóstol San Pablo ha de ser tenido por autor de esta epístola, de suerte que necesariamente se deba afirmar, no sólo que él la concibió y planeó bajo la inspiración del Espíritu Santo, sino que él mismo le dió la forma que tiene.» La respuesta es negativa. Quedamos, pues, en que la epístola tiene por autor a Pablo, pero a otro, que no sabemos quién sea, por redactor. Para darnos cuenta cabal de este hecho, recordemoe, de una parte el celo del Apóstol por la salvación de sus hermanos, los israelitas, y de otra la oposición que le hacían, no sólo los rebeldes a la fe, sino aun muchos de los convertidos, que perseveraban apegados a la Ley y a loe privilegios nacionales de Israel.

Para darse cuenta del argumento y fin de la epístola, convendrá recordar cuanto los Hechos de los Apóstoles y las epístolas paulinas nos dicen del apego que los fieles de Jerusalén tenían a la Ley mosaica. Ya no es aquella asistencia de los Apóstoles y de los fieles al templo a las horas de la oración, sino el empeño en imponer la circuncisión a los gentiles y, con la circuncisión, otras observancias legales. Precisamente la contraria actitud de San Pablo fué la que le atrajo la enemiga de los elementos más dominados por este prejuicio fariseo, que seguían al Apóstol como la sombra al cuerpo, pretendiendo deshacer su obra basada en el principio de la justicia por la sola fe en Jesucristo.

Nuestra epístola supone que los fieles de Judea se sentían atraídos por la suntuosidad del templo y la solemnidad de su culto, en cuya comparación era nada la pobreza del culto cristiano, reducido a la cena del Señor, la lectura de las Escrituras y la instrucción de los Apóstoles. Considerando esto, el redactor de la epístola, que era un fiel discípulo de San Pablo, y escribía bajo la inspiración del mismo, redactó esta carta mostrando a los fieles la superioridad de la ley evangélica y de su culto, sobre la ley y el culto mosaico.

Desarrolla este argumento en la forma siguiente: Considera primero a los dos fundadores, Jesucristo y Moisés, y pone de relieve la superioridad del primero sobre el segundo (1-4); luego trata del sacerdocio de Cristo y del de Arón, corroborando con su conclusión la precedente (5-7); habla en tercer lugar del principal ministerio del sacerdocio, que es la expiación de los pecados, concluyendo que sólo el sacerdocio de Cristo realiza esa expiación de un modo eficaz (8-10). En cada uno de estos puntos la exposición doctrinal va seguida de una exhortación. Los dos postreros capítulos están consagrados a la fe, por la cual agradaron a Dios todos los patriarcas del Antiguo Testamento, cuya historia recorre, imitando al Eclesiástico en la segunda parte de su libro.

Semejantes razonamientos sólo pudieron ser escritos cuando el templo de Jerusalén y su culto subsistían; por consiguiente, antes del 70, o por mejor decir, del 67, en que la guerra estaba ya encendida. La carta pudo haber sido escrita en Italia, a juzgar por las palabras de 13, 24. El autor promete visitar pronto a los fieles, en compañía de Timoteo.

A LOS HEBREOS

El Hijo de Dios, postrer Apóstol del Padre.

1 [1] Muchas veces y en muchas maneras habló Dios en otro tiempo a nuestros padres por ministerio de los profetas; [2] más últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo (1), a quien constituyó heredero de todo, por quien hizo también el mundo; [3] que siendo el esplendor de su gloria y la imagen misma de su sustancia, y el que con su poderosa palabra sustenta todas las cosas, después de hacer la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas, [4] hecho tanto mayor que los ángeles, cuanto heredó un nombre más excelente que ellos.

Cristo, superior a los ángeles.

[5] ¿Pues a cuál de los ángeles dijo alguna vez (2): «Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy?» (3). Y luego: «Yo seré para El padre, y El será Hijo para mí» (4). [6] Y cuando de nuevo introduce a su Primogénito en el mundo dice: «Adórenle todos los ángeles de Dios» (5). [7] De los mismos ángeles dice: «El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llamas de fuego.» [8] Y al Hijo: «Tu trono, ¡oh Dios!, subsistirá por los siglos de los siglos, cetro de equidad es el cetro de tu reino. [9] Amaste la justicia, y aborreciste la iniquidad, por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de exaltación sobre tus compañeros» (1). [10] «Y tú, Señor, al principio, fundaste la tierra, y los cielos son la obra de tus manos. [11] Ellos perecerán, pero tú permaneces, y todos, como un vestido, envejecerán, [12] y como un manto los envolverás, y como un vestido se mudarán, pero tú permaneces el mismo, y tus años no se acabarán». (2) [13] ¿Y a cuál de los ángeles dijo alguna vez: «Siéntate a mi diestra, mientras pongo a tus enemigos por escabel de tus pies?» (3). [14] ¿No son todos ellos espíritus administradores, enviados para servicio, en favor de los que han de heredar la salud?

Perseverancia en la fe.

2 [1] Por tanto, es menester que con la mayor diligencia atendamos a lo que hemos oído, no sea que nos deslicemos. [2] Pues si la palabra proferida por los ángeles fué firme, hasta el punto de que toda transgresión y desobediencia recibió la merecida sanción, [3] ¿cómo lograremos nosotros rehuirla, si tenemos en poco tan gran salud, que, habiendo comenzado a ser promulgada por el Señor, fué entre nosotros confirmada por los que le oyeron, [4] atestiguando Dios con señales, prodigios y diversos milagros y dones del Espíritu Santo, conforme a su voluntad? (4).

---

(1) Empieza contraponiendo la revelación del Antiguo Testamento, en que Dios habla en varios modos y repetidas veces por los profetas, mientras que últimamente nos habló por su Hijo. Inspirándose en la Sabiduría (7, 26), nos expone la relación del Hijo con el Padre y su participación en la creación y conservación del mundo, como en Col. 1, 16 ss.

(2) Estos textos no todos están tomados en su sentido literal histórico. En su reciente encíclica «Divino Afflante Spiritu», n. 20 ss., Pío XII habla de la necesidad de estudiar los géneros literarios de los orientales para entender la Sagrada Escritura. En estos géneros literarios entran también los métodos de interpretación y empleo de la Biblia, que no en todo se ajustan a los nuestros. Téngase esto presente en toda la epístola, que cita fielmente la versión de los LXX.

(3) Salm. 2, 7.
(4) II Sam. 7, 14.
(5) Salm. 97, 7.

(1) Salm. 45, 7.
(2) Salm. 102, 6.
(3) Salm. 110, 1.
(4) La ley antigua, dada por los ángeles, amenaza con graves sanciones a los infractores; ¿cuánto más la nueva, dada por el Hijo de Dios?

El mundo, sujeto a Jesús.

5 Que no fué a los ángeles a quienes
sometió el mundo venidero de que
hablamos. 6 Ya lo testificó en cierto
lugar al decir: «¿Qué es el hombre
para que te acuerdes de él, o el hijo
del hombre para que tú le visites?
7 Hicístele poco menor que a los
ángeles, coronástele de gloria y de
honor, 8 todo lo pusiste debajo de
sus pies» (1).

Pues al decir que «se lo sometió
todo», es que no dejó nada que no
le sometiera. Al presente no vemos
aún que todo le esté sometido, pero
sí vemos al que Dios hizo poco menor
que a los ángeles, a Jesús, coronado
de gloria y honor, por haber padecido
la muerte, para que por gracia de
Dios gustase la muerte por todos.

Razón de la muerte de Jesús.

10 Pues convenía que Aquel para
quien y por quien son todas las cosas,
que se proponía llevar muchos hijos
a la gloria, perfeccionase por las tri-
bulaciones al Autor de la salud de
ellos. 11 Porque todos, así el que san-
tifica como los santificados, de uno
solo vienen (2), y por tanto no se
avergüenza de llamarlos hermanos,
12 diciendo: «Anunciaré tu nombre
a mis hermanos, en medio de la asam-
blea te alabaré» (3). 13 Y luego: «Yo
pondré en El mi confianza» (4). Y
aún: «Heme aquí a mí y a los hijos
que me dió el Señor.» Is. 8. 18.

14 Pues como los hijos participan
en la sangre y en la carne, de igual
manera El participó de las mismas,
para destruir por la muerte al que
tenía el imperio de la muerte, esto es,
al diablo, 15 y librar a aquellos que
por el temor de la muerte estaban
toda la vida sujetos a servidumbre.
16 Pues, como es sabido, no socorrió
a los ángeles, sino a la descendincia
de Abraham. 17 Por esto hubo de
asemejarse en todo a sus hermanos,
a fin de hacerse Pontífice miseri-
cordioso y fiel, en las cosas que tocan
a Dios, para expiar los pecados del
pueblo. 18 Porque en cuanto El mismo
padeció siendo tentado, es capaz de
ayudar a los tentados.

(1) Salm. 8, 5 ss.
(a) Insiste en señalar la comunidad de naturaleza entre el Redentor y los redimidos.
(3) Salm. 22. 23
(4) Is. 8. 17

Cristo, superior a Moisés.

3 1 Vosotros, pues, hermanos santos,
que participáis de la vocación
celeste, considerad al Apóstol y
Pontífice de nuestra confesión, Jesús;
2 fiel al que le hizo, como lo fué Moi-
sés en toda su casa. 3 Y es tenido
por digno de tanta mayor gloria
que Moisés (1), cuanto mayor que
la gloria de la casa es la del que la
fabricó. 4 Pues toda casa es fabricada
por alguno, pero el Hacedor de todas
las cosas es Dios. 5 Y Moisés fué fiel
en toda su casa, como ministro que
había de dar testimonio de todo lo
que se había de decir; 6 pero Cristo
está como Hijo sobre su casa, que
somos nosotros, si retenemos firme-
mente hasta el fin la confianza y la
gloria de la esperanza.

La incredulidad y la cólera de Dios.

7 Por lo cual, según dice el Espíritu
Santo: «Si oyereis su voz hoy, 8 no
endurezcáis vuestros corazones como
en la rebelión, como el día de la ten-
tación en el desierto, 9 donde vues-
tros padres me tentaron y me pusieron
a prueba, y vieron mis obras 10 du-
rante cuarenta años; por lo cual me
irrité contra esta generación, y dije:
Andan siempre extraviados en su
corazón y no conocen mis caminos,
11 y así juré en mi cólera, que no
entrarán en mi descanso (2).

12 Mirad, hermanos, que no haya
entre vosotros un corazón malo e
incrédulo, que se aparte del Dios
vivo; 13 antes exhortaos mutuamente
cada día, mientras perdura el «hoy»
a fin de que ninguno de vosotros se
endurezca con el el engaño del pecado.
14 Porque hemos sido hechos parti-
cipantes de Cristo en el supuesto
de que hasta el fin conservemos la
firme confianza del principio; 15 mien-
tras se dice: «Si hoy oyereis su voz,
no endurezcáis vuestros corazones
como en la rebelión.»

16 ¿Quiénes, en efecto, se rebelaron
después de haber oído? ¿No fueron
todos los que salieron de Egipto
bajo la conducta de Moisés? 17 Y

(1) Contrapone la dignidad de Moisés, el siervo fiel, en cumplir la misión que el Señor le encomendara, con la de Cristo, el Hijo; las amonestaciones del Espíritu Santo a los coetáneos de Moisés, en figura van dirigidas a nosotros mismos.
(2) Salm. 95, 7. ss.

contra quiénes se irritó por espacio de cuarenta años? ¿No fué contra los que pecaron, cuyos cadáveres cayeron en el desierto? 18 ¿Y a quiénes sino a los desobedientes juró que no entrarían en el descanso? 19 En efecto, vemos que no pudieron entrar por su incredulidad.

Hay que entrar en el descanso de Dios.

4 1 Temamos, pues, no sea que perdurando aún la promesa de entrar en su descanso, alguno de vosotros no acuda a ella. 2 Porque igual que a ellos se dirige también a nosotros este mensaje: y no les aprovechó a aquéllos haber oído la palabra, por cuanto la oyeron sin fe los que la habían escuchado.

3 Entramos, pues, en el descanso los que hemos creído, según que dijo: «Como juró en su cólera: No entrarán en mi descanso», aunque acabadas las obras desde la creación del mundo. 4 Pues en cierto pasaje habla así del día séptimo: «Y descansó Dios en el día séptimo de todas sus obras» (1). 5 Y en éste dice de nuevo: «No entrarán en mi descanso.» 6 Queda, pues, que algunos han de entrar en el descanso, y no habiendo entrado los primeramente invitados a causa de su incredulidad, 7 de nuevo señala un día, «hoy», declarando por David después de tanto tiempo, lo que arriba queda dicho: «Si hoy oyereis su voz, no endurezcáis vuestros corazones.» 8 Pues si Josué los hubiera introducido en el descanso, no hablaría (David) de otro día, después de lo dicho. Por tanto, queda otro descanso para el pueblo de Dios. 10 Y el que ha entrado en su descanso, también descansa de sus obras, como Dios descansó de las suyas.

11 Démonos prisa, pues, a entrar en este descanso, a fin de que nadie caiga en este mismo ejemplo de desobediencia. 12 Que la palabra de Dios es viva, eficaz y tajante, más que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la medula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. 13 Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia, antes son todas desnudas y manifiestas a los ojos de Aquel a quien hemos de dar cuenta.

(1) Gen. 2, 2.

Jesucristo, gran sacerdote.

14 Teniendo, pues, un gran Pontífice (1) que penetró en los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, mantengámonos adheridos a la confesión. 15 No es nuestro Pontífice tal que no pueda compadecerse de nuestras flaquezas, antes fué tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado. 16 Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, a fin de recibir misericordia y hallar gracia para el oportuno auxilio.

5 1 Pues todo Pontífice tomado de entre los hombres, en favor de los hombres es instituído para las cosas que miran a Dios, para ofrecer ofrendas y sacrificios por los pecados, 2 para que pueda compadecerse de los ignorantes y extraviados, por cuanto él está también rodeado de flaquezas, 3 y a causa de ellas debe por sí mismo ofrecer sacrificios por los pecados, igual que por el pueblo. 4 Y ninguno se toma por sí este honor, sino el que es llamado por Dios, como Arón.

5 Y así Cristo no se exaltó a Sí mismo, haciéndose Pontífice, sino el que le dijo: «Hijo mío eres tú, hoy te engendré» (2). 6 Y conforme a esto dice en otra parte: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec» (3).

7 Habiendo ofrecido en los días de su vida mortal oraciones y súplicas con poderosos clamores y lágrimas al que era poderoso para salvarle de la muerte, fué escuchado por su reverencial temor. 8 Y aunque era Hijo, aprendió por sus padecimientos la obediencia, 9 y por ser consumado, vino a ser para todos los que le obedecen causa de salud eterna, 10 declarado por Dios Pontífice según la orden de Melquisedec.

Estado imperfecto de los destinatarios.

11 Sobre lo cual tenemos mucho que decir, de difícil inteligencia, porque os habéis vuelto torpes de oídos. 12 Pues los que después de tanto tiempo debíais ser maestros, necesitáis que alguien de nuevo os

(1) Empieza a tratar el segundo punto, el sacerdocio de Jesucristo, según el orden de Melquisedec.
(2) Salm. 2, 7.
(3) Salm. 110, 1

enseñe los primeros rudimentos de los oráculos divinos, y os habéis vuelto tales, que tenéis necesidad de leche en vez de manjar sólido. [13] Pues todo el que se alimenta de leche no es capaz de entender la doctrina de la justicia, porque es aún niño; [14] mas el manjar sólido es para los perfectos, los que en virtud de la costumbre tienen los sentidos ejercitados en discernir lo bueno de lo malo.

Propósito del autor.

6 [1] Por lo cual, dejando a un lado las doctrinas elementales sobre Cristo (1), tendamos a lo más perfecto, no echando de nuevo los fundamentos de la penitencia de las obras muertas y de la fe en Dios, [2] la doctrina sobre los bautismos, sobre la imposición de las manos, la resurrección de los muertos y el juicio eterno.

[3] Lo que toca a la perfección, eso es lo que me propongo exponer con la ayuda de Dios. [4] Porque quienes, una vez iluminados, gustaron el don celestial y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, [5] gustaron de la dulzura de la palabra de Dios y los prodigios del siglo venidero, [6] y cayeron en la apostasía; es imposible que sean renovados otra vez a penitencia (2) y de nuevo crucifiquen para sí mismos al Hijo de Dios y le expongan a la afrenta. [7] Porque la tierra, que a menudo absorbe la lluvia caída sobre ella y produce frutos de bendición para el que la cultiva (3), recibirá las bendiciones de Dios; [8] pero la que produce espinas y abrojos es estéril y está próxima a ser maldita, y su fin será el fuego.

Palabras de esperanza y de aliento

[9] Aunque hablamos de este modo, sin embargo, confiamos y esperamos de vosotros, carísimos, algo mejor y más conducente a la salvación. [10] Que no es Dios injusto para que se olvide de vuestra obra y del amor que habéis mostrado hacia su nombre, habiendo servido a los santos y perseverando en servirlos. [11] Deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma diligencia por el logro de nuestra esperanza hasta el fin, [12] no emperezándoos, sino haciéndoos imitadores de los que por la fe y la paciencia han alcanzado la herencia de las promesas.

[13] Cuando Dios hizo a Abraham la promesa, como no tenía ninguno mayor por quien jurar, juró por Sí mismo, diciendo: [14] «Te bendeciré abundantemente, te multiplicaré grandemente» (1). [15] Y así, perseverando en esperar, alcanzó la promesa. [16] Porque los hombres suelen jurar por alguno mayor, y el juramento pone entre ellos fin a toda controversia y les sirve de garantía. [17] Por lo cual, queriendo Dios mostrar solemnemente a los herederos de las promesas la inmutabilidad de su consejo, interpuso el juramento, [18] a fin de que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos firme consuelo los que corremos hasta dar alcance a la propuesta esperanza. [19] La cual tenemos como segura y firme áncora de nuestra alma, y que penetra hasta detrás del velo, [20] a donde entró por nosotros como precursor Jesús, instituído Pontífice para siempre según el orden de Melquisedec.

El sacerdocio de Melquisedec, superior al de Leví.

7 [1] Pues éste, Melquisedec, rey de Salem, sacerdote del Dios altísimo, que salió al encuentro de Abraham cuando volvía de derrotar a los reyes, y le bendijo, [2] a quien dió las décimas de todo, se interpreta primero rey de justicia, y además, rey

(1) El autor supone los elementos de la catequesis cristiana, que sus destinatarios deben conocer, y sobre esta base quiere elevarse a cosas más altas.

(2) Es imposible para quienes, una vez iniciados por la fe y el bautismo en la vida cristiana, se vuelven atrás, ser de nuevo renovados a penitencia por el bautismo. Pudiera objetarse a estas palabras del autor, que queda el sacramento de la penitencia; pero el autor, atento a mantener firmes a sus fieles en la fe recibida en el bautismo, no mira a este segundo sacramento, sino a la imposibilidad de renovar el bautismo del agua. Y como el bautismo es la incorporación a la muerte de Cristo, un segundo bautismo exigiría una segunda muerte del Salvador en provecho de aquellos que por el pecado habrían anulado su primer bautismo y el valor de la primera muerte de Cristo. De un modo semejante habla en 10, 26 ss.

(3) Corrobora lo dicho con la comparación análoga a la evangélica de la higuera estéril (Lc. 13, 6 ss.).

(1) Gen. 22, 16 s.

de Salem (1), es decir, rey de paz. [3] Sin padre, sin madre, sin genealogía, sin principio de sus días ni fin de su vida, se asemeja en eso al Hijo de Dios, que es sacerdote para siempre.

[4] Y ved cuán grande es éste, a quien dió el patriarca Abraham el diezmo de lo mejor del botín. [5] Los hijos de Leví que reciben el sacerdocio, tienen a su favor un precepto de la Ley, en virtud del cual pueden recibir el diezmo del pueblo, esto es, de sus hermanos, no obstante ser también ellos de la estirpe de Abraham. [6] Al contrario, aquel, que no venía de Abraham, recibió los diezmos de Abraham (2) y bendijo a aquel a quien fueron hechas las promesas. [7] No cabe duda que el menor es bendecido por el mayor. [8] Y aquí son ciertamente los hombres mortales los que reciben los diezmos, pero allí uno de quien se da testimonio que vive. [9] Y, por decirlo así, en Abraham, el mismo Leví, que recibe los diezmos, los pagó. [10] Porque aún se hallaba en la entraña de su padre, cuando le salió al encuentro Melquisedec.

Imperfección del sacerdocio levítico.

[11] Pues si la perfección viniera por el sacerdocio levítico (pues bajo él recibió el pueblo la Ley), ¿qué necesidad había de suscitar otro sacerdocio, según el orden de Melquisedec (3), y no denominarlo según el orden de Arón? [12] Mudado el sacerdocio, de necesidad ha de mudarse también la Ley. [13] Pues bien: Aquel de quien esto se dice, pertenece a otra tribu, de la cual ninguno se consagró al altar. [14] Bien notorio es que nuestro Señor nació de Judá, a cuya tribu nada dijo Moisés tocante al sacerdocio. [15] Y este cambio de Ley es aún evidente en el supuesto de que, a semejanza de Melquisedec, se levanta otro sacerdote, [16] instituído, no en virtud del precepto de una ley carnal, sino de un poder de vida indestructible; [17] pues de él se da este test mon o: «Tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec.» [18] Con esto se anuncia la abrogación del precedente mandato, a causa de su ineficacia e inutilidad, [19] pues la Ley no llevó nada a la perfección, sino que fué sólo una introducción a una esperanza mejor, mediante la cual nos acercamos a Dios.

El sacerdocio de Cristo, confirmado con juramento.

[20] Y por cuanto no fué hecho sin juramento; pues aquéllos fueron constituídos sacerdotes sin juramento, [21] mas éste lo fué con juramento por el que le dijo: «Juró el Señor y no se arrepentirá. Tú eres sacerdote para siempre.» [22] De tanto mejor testamento fué hecho fiador Jesús. [23] Y de aquéllos fueron muchos los hechos sacerdotes, por cuanto la muerte les impidió permanecer; [24] pero éste, por cuanto permanece para siempre, tiene un sacerdocio perpetuo. [25] Y es, por tanto, perfecto su poder de salvar a los que por él se acercan a Dios, y siempre vive para interceder por ellos.

[26] Y tal convenía que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos; [27] que no necesita, como los pontífices, ofrecer cada día víctimas, primero por sus propios pecados, luego por los del pueblo, pues esto lo hizo una sola vez, ofreciéndose a Sí mismo. [28] En suma, la Ley hizo pontífices a hombres débiles, pero la palabra del juramento que sucedió a la Ley, instituyó al Hijo para siempre perfecto.

---

(1) De Melquisedec se habla en Gen. 14, 18 ss., y de él se dice que era rey y sacerdote a la vez. Nada se dice de su ascendencia, y de esto toma pie el autor de la epístola para añadir ese rasgo a su significación típica.

(2) La superioridad del sacerdocio de Melquisedec sobre el de Leví la prueba nuestro autor con este argumento: Abraham pagó diezmos a Melquisedec; Leví estaba en Abraham, su abuelo, luego fué el mismo Leví quien le pagó, y confesó con esto ser Melquisedec superior a él. Otra forma del mismo argumento es ésta: Melquisedec bendijo a Abraham: pero el que da la bendición es superior al que la recibe; luego Melquisedec es superior a Abraham y a Leví, su hijo.

(3) Si el sacerdocio levítico hubiera realizado la santificación, que es su fin, ¿para qué hablar David en el salmo 110 de este nuevo sacerdocio de Melquisedec? El sacerdocio tiene su ley, norma de su ministerio, luego a un nuevo sacerdocio síguese una nueva ley; luego el sacerdocio de Cristo debe poseer la ley evangélica.

Cristo Pontífice entra en el Santuario del cielo.

8 [1] La suma de todo lo dicho es que nosotros tenemos un Pontífice que está sentado a la diestra del trono de la Majestad en los cielos; [2] ministro del Santuario y del tabernáculo verdadero (1), hecho por el Señor, no por el hombre. [3] Pues todo pontífice es instituído para ofrecer ofrendas y sacrificios, por lo cual es preciso que tenga algo que ofrecer. [4] Si El morara en la tierra, no podría ser sacerdote, habiendo ya quienes al tenor de la Ley ofrezcan dones. [5] Estos sacerdotes sirven en un santuario que es imagen y sombra del celestial, según que fué revelado a Moisés, cuando se disponía a ejecutar el tabernáculo: «Mira—se le dijo—, y hazlo todo según el modelo que te ha sido mostrado en el monte» (2). [6] Pero nuestro Pontífice ha recibido en suerte un ministerio tanto mejor, cuanto El es mediador de una más excelente alianza, concertada sobre mejores promesas. [7] Pues si aquella primera estuviera exenta de defecto, no habría lugar a una segunda.

[8] Sin embargo, fué vituperándolos, que les dijo: «He aquí que vendrán días, dice el Señor, en que concertaré con la casa de Israel y con la casa de Judá un pacto nuevo, [9] no conforme el pacto hecho con sus padres, el día en que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, puesto que ellos no permanecieron fieles a mi pacto, y yo los menosprecié, dice el Señor. [10] Este será el pacto que yo haré con la casa de Israel, después de aquellos días, dice el Señor: Imprimiré mis leyes en su mente, y en sus corazones las escribiré. Y yo seré su Dios, y ellos serán mi pueblo. [11] Y nadie enseñará a su prójimo ni a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el menor hasta el mayor, [12] porque tendré misericordia de sus iniquidades, y de sus pecados jamás me acordaré» (1).

[13] Al decir «un pacto nuevo» declara envejecido el primero. Ahora bien, lo que envejece y se hace antiguo está a punto de desaparecer.

El santuario de la antigua alianza.

9 [1] Y el primer pacto tenía su ceremonial y su santuario material. Fué construído un tabernáculo, y en él una primera estancia, en que estaban el candelabro y la mesa y los panes de la proposición. Esta estancia se llamaba el Santo. [2] Después del segundo velo, otra estancia del tabernáculo, que se llamaba el Santo de los Santos, [3] en el que estaba el altar de oro de los perfumes (2) y el arca de la alianza, cubierta toda ella de oro, y en ella un vaso de oro que contenía el maná, la vara de Arón, que había reverdecido, y las tablas de la alianza. [5] Encima del arca estaban los querubines de la gloria, que cubrían el propiciatorio, de los cuales nada hay que decir en particular.

[6] Dispuestas así las cosas, en la primera estancia del tabernáculo entraban cada día los sacerdotes, que desempeñaban sus ministerios; [7] pero en la segunda, una sola vez en el año entraba el pontífice solo, no sin haber ofrecido la sangre en expiación de sus ignorancias y las del pueblo. [8] Quería mostrar con esto el Espíritu Santo que aún no estaba expedito el camino del Santuario, mientras el primer tabernáculo subsistiese. [9] Era esto figura que miraba a los tiempos presentes, pues en aquél se ofrecían dones y sacrificios que no eran eficaces para hacer perfecto en la conciencia al que ministraba. [10] Sus preceptos eran carnales, sobre alimentos, bebidas y diferentes lava-

(1) Los sacerdotes levíticos ejercían su ministerio en el tabernáculo de la tierra. Jesucristo en el tabernáculo del cielo, en la presencia del Padre, donde está intercediendo siempre por nosotros. El sacerdocio levítico respondía a la alianza sinaítica, el de Cristo a una alianza nueva, espiritual, que supone la abrogación de la antigua, según lo habían anunciado los profetas.

(2) Ex. 25, 40.

(1) Jer. 31, 31 ss.

(2) Según la descripción del Exodo, 30, 1 ss., el altar de oro de los perfumes estaba en la primera estancia, con la mesa de los panes y el candelabro. Con esto concuerda el relato de San Lucas, al contar la visión de Zacarías (1, 8 ss.). Esto es claro y no podía ignorarlo el autor. ¿Qué quiso, pues, significar al poner el altar en el Santísimo? Tal vez el incensario en que el sumo sacerdote ofrecía el incienso cuando entraba en el Santísimo el día de la expiación (Lev. 16, 11 ss.).

torios, establecidos hasta el tiempo de la sustitución (1).

La purificación de los pecados por Cristo.

11 Pero Cristo, constituído Pontífice de los bienes futuros, entró una vez para siempre en un tabernáculo mejor y más perfecto, no hecho por manos de hombres, no de esta creación, 12 ni por la sangre de los machos cabríos y de los becerros, sino por su propia sangre entró en el Santuario, realizada la redención eterna. 13 Porque si la sangre de los machos cabríos y de los toros, y la aspersión de la ceniza de la vaca, santifica a los inmundos y les da la limpieza de la carne, 14 ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu eterno a sí mismo se ofreció inmaculado a Dios, limpiará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios vivo! 15 Por esto es el mediador de una nueva alianza, a fin de que, por su muerte, para redención de las transgresiones cometidas bajo la primera alianza, los que han sido llamados reciban las promesas de la herencia eterna.

Necesidad de la muerte de Cristo.

16 Porque donde hay testamento, es preciso que intervenga la muerte del testador. 17 El testamento es valedero por la muerte, pues nunca el testamento es firme mientras vive el testador. 18 Y ni el primero fué otorgado sin sangre; 19 porque, habiendo sido leídos al pueblo todos los preceptos de la ley de Moisés, tomando éste la sangre de los becerros y de los machos cabríos, con agua y lana teñida de grana, e hisopo, aspergió el libro y a todo el pueblo, 20 diciendo: «Esta es la sangre de la alianza que Dios ha contraído con vosotros» (2). 21 Y el mismo tabernáculo y los vasos del culto, los aspergió del mismo modo con sangre, 22 y según la ley, casi todas las cosas han de ser purificadas con sangre, y no hay remisión sin efusión de sangre.

(1) Habla aquí de la celebración de la alianza sináltica, sellada con la sangre de las víctimas, a la que sucede la evangélica, sellada con la sangre de Jesucristo.

(2) Ex. 24, 6 ss.

Necesidad del sacrificio de Cristo.

23 Era, pues, necesario que las figuras del santuario celestial fuesen purificadas, pero el santuario mismo del cielo había de serlo con más excelentes sacrificios; 24 que no entró Cristo en un santuario hecho por mano de hombres, figura del verdadero, sino en el mismo cielo, para comparecer en la presencia de Dios a favor nuestro. 25 Ni para ofrecerse muchas veces, a la manera que el pontífice entra cada año en el santuario en sangre ajena; 26 de otra manera sería preciso que padeciera muchas veces desde la creación del mundo. Pero una sola vez en la plenitud de los tiempos se manifestó para destruir el pecado por el sacrificio de Sí mismo. 27 Y como a los hombres les está establecido morir una vez, y después de esto el juicio, 28 así también Cristo, que se ofreció sólo una vez para soportar los pecados de todos, por segunda vez aparecerá, sin pecado, a los que le esperan para recibir la salud.

Impotencia de la Ley para santificar.

10 1 Pues como la Ley sólo es la sombra de los bienes futuros, no la verdadera realidad de las cosas (1), en ninguna manera puede con los sacrificios que cada año sin cesar se ofrecen, siempre los mismos, perfeccionar a quienes los ofrecen. 2 De otro modo cesarían de ofrecerlos, por no tener conciencia ninguna de pecado los adoradores, una vez ya purificados. 3 Pero en esos sacrificios cada año se hace memoria de los pecados, 4 por ser imposible que la sangre de los toros y de los machos cabríos borre los pecados. 5 Por lo cual entrando en este mundo dice: «No

(1) En la fiesta de la expiación, el pontífice, después de ofrecer el sacrificio por sus pecados y los del pueblo, entraba en lo interior del santuario, llamado Santo de los Santos o Santísimo, a ofrecer la sangre y hacer expiación de los pecados. Jesucristo hizo esto una vez para siempre, entrando en el cielo después de su sacrificio.

quisiste sacrificios ni oblaciones, pero
me has preparado un cuerpo. [6] Los
holocaustos y sacrificios por el pe-
cado no los recibiste. [7] Entonces yo
dije: Heme aquí que vengo—en el vo-
lumen del Libro está escrito de mí—,
para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad» (1).
[8] Habiendo dicho arriba: «Las ofren-
das y los holocaustos y sacrificios por
el pecado no los quieres, no los acep-
tas», siendo todos ofrecidos según la
Ley, [9] dijo entonces: «He aquí que
vengo para hacer tu voluntad.» Abro-
ga lo primero para establecer lo se-
gundo. [10] En virtud de esta volun-
tad somos nosotros santificados por
la oblación del cuerpo de Jesucristo,
hecha una sola vez.

Los antiguos sacrificadores y Cristo.

[11] Y mientras que todo sacerdote
asiste cada día para ejercer su minis-
terio y ofrecer muchas veces los
mismos sacrificios, que nunca pue-
den quitar los pecados. [12] Este, ha-
biendo ofrecido un sacrificio por los
pecados, para siempre se sentó a la
diestra de Dios, [13] esperando lo que
resta «hasta que sean puestos sus
enemigos por escabel de sus pies».
[14] De manera que con una sola obla-
ción perfeccionó para siempre a los
santificados. [15] Y nos lo certifica el
Espíritu Santo, porque después de
haber dicho: [16] «Esta es la alianza
que contraeré con vosotros, dice el
Señor: después de aquellos días, de-
positaré mis leyes en sus corazones
y en su mente las escribiré, [17] y de
sus pecados e iniquidades no me acor-
daré más.» [18] Pues donde hay remi-
sión ya no hay oblación por el pecado.

Exhortación y resumen.

[19] Teniendo, pues, hermanos, en
virtud de la sangre de Cristo, firme
confianza de entrar en el Santuario
[20] que El nos abrió, como camino
nuevo y vivo a través del velo, esto
es, de su carne; [21] y teniendo un
gran sacerdote sobre la casa de
Dios, [22] acerquémonos con sincero
corazón, con fe perfecta, purificados
los corazones de toda conciencia mala
y lavado el cuerpo con el agua pura.
[23] Retengamos firmes la confesión de
la esperanza, porque es fiel el que la
ha prometido.

[24] Miremos los unos por los otros,
para excitarnos a la caridad y a las
buenas obras; [25] no abandonando
nuestra asamblea, como es costumbre
de algunos, sino exhortándonos, y
tanto más cuanto que vemos que se
acerca el día. [26] Porque si voluntaria-
mente pecamos después de recibir
el conocimiento de la verdad, ya no
queda sacrificio por los pecados, [27] sino
un temeroso juicio, y la cólera terri-
ble que devora a los enemigos. [28] Si
el que menosprecia la ley de Moisés,
sin misericordia es condenado (1) a
muerte sobre la palabra de dos o
tres testigos, [29] ¿de cuánto mayor
castigo pensáis que será digno el que
pisotea al Hijo de Dios y reputa por
inmunda la sangre de su testamento,
en el cual El fué santificado, e in-
sulta al Espíritu de la gracia? [30] Por-
que conocemos al que dijo: «Mía es
la venganza; yo daré la paga» (2). Y
luego: «El Señor juzgará a su pue-
blo» (3). [31] Terrible cosa es caer en las
manos del Dios vivo.

Exhortación a la perseverancia en sufrir por el Evangelio.

[32] Recordad los días pasados, en
los cuales, después de iluminados,
soportasteis una grave lucha de mise-
ria; [33] de una parte fuisteis dados en
espectáculo a las públicas afrentas y
persecuciones (4); de otra os ha-
béis hecho partícipes de los que así
están. [34] Pues habéis tenido compa-
sión de los presos, y recibisteis con
alegría el despojo de vuestros bienes,
conociendo que tenías una hacienda
mejor y perdurable. [35] No perdáis,
pues, vuestra confianza, que tiene
una gran recompensa. [36] Porque te-
néis necesidad de paciencia, para que,
cumpliendo la voluntad de Dios, al-

(1) Salm. 40, 7 ss.

(1) En términos solemnes pone de relieve la gravedad de la culpa y del peligro de la salud eterna que implica el pecado después de recibida la gracia por el bautismo. Para urgir más su argumento, trae a colación las sanciones que imponía la ley mosaica.
(2) Deut. 32, 35.
(3) Salm. 135, 14.
(4) Por aquí conocemos que los fieles habían sufrido persecuciones por la fe, de lo cual nos informa bien San Lucas en los Hechos.

cancéis la promesa. [37] «Porque aún un poco de tiempo, y el que llega vendrá y no tardará. [38] Mi justo vivirá de la fe, pero no se complacerá ya mi alma en el que cobarde se oculta» (1). [39] Pero nosotros no somos de los que se ocultan para perdición, sino de los que perseveran fieles para ganar el alma.

La fe y su valor en la historia de los patriarcas.

11 [1] Ahora bien; es la fe la firme seguridad de lo que esperamos (2), la convicción de lo que no vemos; [2] pues por ella adquirieron gran nombre los antiguos. [3] Por la fe conocemos que los mundos han sido dispuestos por la palabra de Dios, de suerte que de lo invisible ha tenido origen lo visible (3). [4] Por la fe Abel ofreció a Dios sacrificios más excelentes que Caín, y por ellos fué declarado justo, dando Dios testimonio a sus ofrendas; y por ella habló aun después de muerto (4). [5] Por la fe fué trasladado Enoc, sin pasar por la muerte, y no fué hallado, porque Dios le trasladó. Pero antes de ser trasladado recibió el testimonio de haber agradado a Dios (5), [6] cosa que sin la fe es imposible. Que es preciso que quien se acerque a Dios crea que existe y que es remunerador de los que le buscan.

[7] Por la fe, Noé, avisado por divina revelación de lo que aún no se veía, movido de temor fabricó el arca para salvación de su casa; y por aquella misma fe condenó al mundo, haciéndose heredero de la justicia según la fe (6). [8] Por la fe Abraham, al ser llamado, obedeció y salió hacia la tierra que había de recibir en herencia, pero sin saber a dónde iba. [9] Por la fe moró en la tierra de sus promesas como en tierra extraña, habitando en tiendas, lo mismo que Isac y Jacob, coherederos de la misma promesa. [10] Porque esperaba él ciudad asentada sobre firmes cimientos, cuyo arquitecto y constructor sería Dios (1). [11] Por la fe la misma Sara recibió el vigor, principio de una descendencia, y esto fuera ya de la edad propicia, por cuanto creyó que era fiel el que se lo había prometido (2). [12] Y por eso de uno, y éste ya sin vigor para engendrar, nacieron hijos numerosos como las estrellas del cielo y como las arenas incontables que hay en las riberas del mar (3).

[13] En la fe murieron todos sin recibir las promesas; pero viéndolas de lejos y saludándolas y confesándose peregrinos y huéspedes sobre la tierra, [14] pues los que tales cosas dicen dan bien a entender que buscan la patria. [15] Que si se acordaran de aquélla de donde habían salido, tiempo tuvieron para volverse a ella. [16] Pero deseaban otra mejor, esto es, la celestial. Por eso Dios no se avergüenza de llamarse Dios suyo, porque les tenía preparada una ciudad (4).

[17] Por la fe ofreció Abraham a Isac cuando fué puesto a prueba, y ofreció a su primogénito el que había recibido las promesas, [18] y de quien se había dicho: «Por Isac tendrás tu descendencia», [19] pensando que hasta de entre los muertos podría Dios resucitarle, y así le recuperó en el instante en que le creía perdido (5). [20] Por la fe dió Isac las bendiciones de los bienes futuros a Jacob y a Esaú (6). [21] Por la fe Jacob, moribundo, bendijo a cada uno de los hijos de José, apoyándose en su báculo (7). [22] Por la fe José, estando para acabar, se acordó de la salida de los hijos de Israel y dió órdenes acerca de sus huesos (8). [23] Por la fe Moisés, recién nacido, fué ocultado durante tres meses por sus padres, que viendo al niño tan hermoso, no se dejaron amedrentar por el decreto del rey (9). [24] Por la fe Moisés, llegado ya a la madurez, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón, [25] prefiriendo ser afligido

(1) Hab. 2, 3 s.
(2) Este capítulo nos muestra al fiel discípulo de San Pablo. Los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento iban guiados por la fe en Dios y en las promesas que Dios les había hecho. Esa fe en la palabra divina y la esperanza de que Dios la cumpliría, era la fuerza propulsora de su vida.
(3) Gen. 1.
(4) Gen. 4, 4.
(5) Gen. 5, 4.
(6) Gen. 6, 8 s.

(1) Gen. 12, 1 ss.
(2) Gen. 17, 19.
(3) Gen. 15, 5.
(4) Ex. 3, 6.
(5) Gen. 22.
(6) Gen. 27.
(7) Gen. 48, 15 s.
(8) Gen. 50, 24.
(9) Ex. 2, 2

con el pueblo de Dios a disfrutar de las ventajas pasajeras del pecado, [26] teniendo por mayor riqueza que los tesoros de Egipto los vituperios de Cristo, porque ponía los ojos en la remuneración (1).

[27] Por la fe abandonó el Egipto sin miedo a las iras del rey, pues, como si viera al Invisible, perseveró firme en su propósito. [28] Por la fe celebró la Pascua y la aspersión de la sangre, para que el exterminador no tocase a los primogénitos de Israel (2). [29] Por la fe atravesaron el Mar Rojo, como por tierra seca, mas probando a pasar los egipcios, fueron sumergidos (3). [30] Por la fe cayeron los muros de Jericó, después de haber sido rodeados siete días. [31] Por la fe Rahab, la meretriz, no pereció con los incrédulos, por haber acogido benévolamente a los espías (4).

[32] ¿Y qué más diré? Porque me faltaría el tiempo para hablar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, de Samuel y de los profetas, [33] los cuales por la fe subyugaron reinos, ejercieron la justicia, alcanzaron las promesas, obstruyeron la boca de los leones, [34] extinguieron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, convalecieron de la enfermedad, se hicieron fuertes en la guerra, desbarataron los campamentos de los extranjeros. [35] Las mujeres recibieron sus muertos resucitados, otros fueron sometidos a tormento, rehusando la liberación por alcanzar una resurrección mejor; [36] otros soportaron irrisiones y azotes, aún más, cadenas y cárceles; [37] fueron apedreados, tentados, aserrados, murieron al filo de la espada, anduvieron errantes, cubiertos de pieles de cabras, desprovistos de lo necesario, atribulados, maltratados; [38] aquellos de quienes no era digno el mundo, perdidos por los desiertos y por los montes, por las cavernas y por las grietas de la tierra. [39] Y todos éstos, con ser recomendables por su fe, no alcanzaron la promesa, [40] porque Dios tenía previsto algo mejor sobre nosotros, para que sin nosotros no llegasen ellos a la perfección (1).

(1) Quiere decir que Moisés renunció a la adopción de la princesa egipcia por amor de las promesas mesiánicas hechas a su pueblo, a las cuales no podría llegar sino pasando por trabajos y afrentas.
(2) Ex. 14.
(3) Jos. 2, 11 s.
(4) Ex. 2, 11 s.

Exhortación.

12 [1] Teniendo, pues, nosotros tal nube de testigos que nos envuelve, arrojemos todo el peso del pecado que nos asedia, y por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece, [2] puestos los ojos en el autor y conservador de la fe, Jesús; el cual, en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz, sin hacer caso de la ignominia, y está sentado a la diestra del trono de Dios. [3] Traed, pues a vuestra consideración al que soportó tal contradicción de los pecadores contra sí mismo, para que no decaigáis de ánimo rendidos por la fatiga.

La corrección divina.

[4] Aún no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado, [5] y os habéis ya olvidado de la exhortación que a vosotros como a hijos se dirige: «Hijo mío, no menosprecies la corrección del Señor, y no desmayes reprendido por El; [6] porque el Señor, a quien ama le reprende, y azota a todo el que recibe por hijo» (2).

[7] Soportad la corrección. Como con hijos se porta Dios con vosotros. ¿Pues qué hijo hay a quien su padre no corrija? [8] Pero si no os alcanzase la corrección de la cual todos han participado, argumento es de que sois bastardos y no legítimos. [9] Por otra parte, hemos tenido a nuestros padres carnales que nos corregían, y nosotros los respetábamos; ¿no hemos de someternos mucho más al Padre de los espíritus, para vivir? [10] En efecto, aquéllos, según bien les parecía, nos corregían para proporcionarnos una felicidad de pocos días; pero Este, mirando a nuestro provecho nos corrige, para hacernos participantes de su santidad. [11] Ninguna corrección parece por el momento agradable,

(1) Todos estos de quienes habla vivieron, lucharon y padecieron alentados por la fe en los destinos de su nación, las promesas mesiánicas hechas por Dios a Israel, causa de la divina elección de su pueblo.
(2) Prov. 3, 11 s.

sino dolorosa; pero al fin ofrece frutos apacibles de justicia a los ejercitados por ella.

Hay que tener alientos.

12 Por lo cual, enderezad las manos caídas y las rodillas debilitadas, 13 y enderezad vuestros pasos, para que los cojos no se salgan del camino, antes bien sean curados. 14 Procurad la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá a Dios; 15 mirando bien que ninguno sea privado de la gracia de Dios, que ninguna raíz amarga, brotando, os impida y corrompa la fe e inficione a muchos de los fieles. 16 Mirad que ninguno incurra en fornicación, impureza o impiedad, como Esaú, que vendió su primogenitura por una comida. 17 Bien sabéis cómo queriendo después heredar la bendición, fué desechado y no halló lugar de penitencia, aunque con lágrimas lo buscó (1).

Excelencia de la nueva alianza.

18 Que no os habéis allegado al monte tangible, al fuego encendido, al torbellino, a la oscuridad, a la tormenta, 19 al sonido de la trompeta y a la voz de las palabras, que quienes las oyeron rogaron que no se les hablase más; 20 porque no podían oírla sin temor (2). Si un animal tocaba al monte, había de ser apedreado. 21 Y tan terrible era la aparición, que Moisés dijo: «Estoy aterrado y tembloroso.» 22 Pero vosotros os habéis allegado al monte de Sión, a la ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén celestial, y a las miríadas de ángeles, a la asamblea, 23 a la congregación de los primogénitos, que están escritos en los cielos, y a Dios, que es Juez de todos, y a los espíritus de los justos perfectos, 24 y al Mediador de la nueva alianza, Jesús, y a la aspersión de la sangre, que habla mejor que la de Abel.

25 Mirad que no recuséis al que habla; porque si aquéllos, recusando al que en la tierra les hablaba, no escaparon al castigo, mucho menos vosotros, si desecháis al que desde el cielo os habla, cuya voz entonces estremecía la tierra y ahora hace esta promesa: «Todavía una vez, yo conmoveré no sólo la tierra, sino también el cielo» (1). 27 Este «todavía una vez» muestra el cambio de las cosas movibles, por razón de haberse ya cumplido, a fin de que permaneciesen las no conmovibles. 28 Por lo cual, ya que recibimos el reino inconmovible, guardemos la gracia, por la cual serviremos agradablemente a Dios con temor y reverencia, 29 porque mostró Dios ser un fuego devorador.

(1) Gen. 25, 33; 27, 30 ss.
(2) Recuerdo de la promulgación de la ley en el Sinaí (Ex. 19, 6).

Diversos preceptos morales.

13 1 Permanezca entre vosotros la fraternidad, 2 no os olvidéis de la hospitalidad, pues por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a ángeles (2). 3 Acordaos de los presos, como si vosotros estuvierais presos con ellos, y de los que sufren malos tratos, como si estuvierais en su cuerpo. 4 El matrimonio sea tenido por todos en honor; el lecho conyugal sea sin mancha, porque Dios ha de juzgar a los fornicarios y a los adúlteros. 5 Sea vuestra vida exenta de avaricia, contentándoos con lo que tengáis, porque el mismo Dios ha dicho: «No te dejaré ni te desampararé» (3). De manera que animosos podemos decir: «El Señor es mi ayuda, no temeré; ¿qué me podrá hacer el hombre?» (4).

7 Acordaos de vuestros pastores, que os predicaron la palabra de Dios, y considerando el fin de su vida, imitad su fe. 8 Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos. 9 No os dejéis llevar de doctrinas varias y extrañas; porque es mejor fortalecer el corazón con la gracia que con viandas, de las que ningún provecho sacaron (5) los que a ellas se apegaron. 10 Nosotros tenemos un altar, del que no tienen facultad de comer los que sirven en el tabernáculo. 11 Los cuerpos de aquellos animales cuya sangre, ofrecida por los pecados, es

(1) Ag. 2, 6.
(2) Gen. 18, 3.
(3) Jos. 1, 5.
(4) Salm. 118, 6.
(5) La distinción de los alimentos en puros e impuros no aprovecha de nada para la justicia.

introducida en el santuario por el pontífice, son quemados fuera del campamento. [12] Por lo cual también Jesús, a fin de santificar con su propia sangre al pueblo, padeció fuera de la puerta.

[13] Salgamos, pues, a El fuera del campamento, cargados con su oprobio, que no tenemos aquí ciudad permanente, antes buscamos la futura. [15] Por El ofrezcamos de continuo a Dios sacrificio de alabanza, esto es el fruto de los labios que bendicen su nombre. [16] De la beneficencia y de la mutua asistencia no os olvidéis, que en tales sacrificios se complace Dios. [17] Obedeced a vuestros pastores y estadles sujetos, que ellos velan sobre vuestras almas, como quien ha de dar cuenta de ellas, para que lo hagan con alegría y sin gemidos, que esto sería para vosotros poco venturoso (1). [18] Orad por nosotros. Confiamos en que tenemos buena conciencia y que queremos vivir bien en todo. [19] Sobre todo os ruego que hagáis oración para que yo os sea pronto restituído. [20] El Señor de la paz, que sacó de entre los muertos, por la sangre de la alianza eterna, al gran Pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesús, [21] os haga perfectos en todo bien, para hacer su voluntad, cumpliendo en vosotros lo que es grato en su presencia, por Jesucristo, a quien sea la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

(1) Efectivamente no es una dicha para los súbditos, sino todo lo contrario, el hacer llorar a sus superiores por su indisciplina.

Conclusión.

[22] Os ruego, hermanos, que llevéis con paciencia este discurso de exhortación, porque en verdad os he escrito brevemente. [23] Sabed que ha sido puesto en libertad vuestro hermano Timoteo, en cuya compañía, si viniere pronto, os he de ver. [24] Saludad a vuestros pastores y a todos los santos. Os saludan los de Italia. [25] La gracia sea con todos vosotros.

EPÍSTOLA DE SANTIAGO

S PETRVS

INTRODUCCION A LA EPISTOLA DE SANTIAGO

EL nombre de Santiago, Jacobo, era muy común entre los judíos. Tres son los personajes de este nombre que los Evangelios nos dan a conocer. El primero es Santiago el Mayor, hijo de Zebedeo, Apóstol, que selló con su muerte la fe de Cristo, el año 44 (Hech. 12, 2). Otro es Santiago el Menor, hijo de Alfeo, también Apóstol (Mc. 3, 18). El tercero es Santiago, hijo de María, (Mc. 16, 1), hermana de la Virgen y llamada en otro lugar María de Cleofás, por su marido (Jn. 19, 25). Este es, sin duda, el que en los Actos y en San Pablo recibe el título de hermano del Señor (Gal. 1, 19). Parece que su padre era hermano de San José, su madre cuñada, en sentido lato hermana de la Virgen, y por tanto primo del Señor (Lc. 9, 54). Se disputa si este tercero se identifica con el segundo. La tradición de la Iglesia oriental los distingue, mientras la de la Iglesia occidental, con mayor probabilidad, los considera como una misma y única persona, y que su padre, Cleofás o Cleopatro, es el mismo que Alfeo.

Este Santiago, hermano del Señor, gobernó hasta su muerte la iglesia de Jerusalén. Tanto la Escritura como la tradición histórica nos lo presentan como muy adicto a la Ley y a las prácticas de la devoción judía, sin perjuicio, claro es, de la fe en Jesucristo; tanto que aquellos judaizantes que por todas partes perseguían a San Pablo pretendían escudarse con el nombre de Santiago. A pesar de esa su piedad, por la que era venerado de los mismos judíos, el pontífice Anano le hizo prender y condenar a muerte el año 62, aprovechando la partida del gobernador romano Porcio Festo.

A juzgar por lo que vemos en Jerusalén (Hech. 21, 20 ss.), hemos de suponer que muchos judíos de la dispersión, convertidos a la fe, conservaban su amor al templo y su devoción por aquellas formas de piedad en que se habían criado. De aquí debía originarse mayor devoción por la iglesia madre de Jerusalén. Este fué, sin duda, el motivo de la carta escrita por Santiago «a las doce tribus de la dispersión».

La carta contiene una serie de normas morales inspiradas en los libros sapienciales, pero desarrolladas en el ambiente de espiritualidad propia del sermón de la montaña.

EPISTOLA DE SANTIAGO

Saludo.

1 [1] Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus de la dispersión, salud.

De la perseverancia en las pruebas.

[2] Tened, hermanos míos, por sumo gozo veros rodeados de diversas ten-

taciones, [3] considerando que la prueba de vuestra fe engendra la paciencia. [4] Mas tenga obra perfecta la paciencia, para que seáis perfectos y cumplidos, sin faltar en cosa alguna. [5] Si alguno de vosotros se halla falto de sabiduría, pídala a Dios, que a todos da largamente y sin reproche, y le será otorgada. [6] Pero pida con fe, sin vacilar en nada, que quien vacila es semejante a las olas del mar, movidas por el viento y llevadas de una a otra parte. [7] Hombre semejante no piense que recibirá nada de Dios. [8] Es varón indeciso, e inconstante en todos sus caminos.

[9] Gloríese el hermano pobre en su exaltación, [10] el rico en su humillación, porque como la flor del heno pasará. [11] Se levantó el sol con sus ardores, secóse el heno, se marchitó la flor y desapareció su belleza. Así también el rico se marchitará en sus empresas. [12] Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque, probado, recibirá la corona de la vida que Dios prometió a los que le aman.

[13] Nadie en la tentación diga: «Soy tentado por Dios.» Porque Dios ni puede ser tentado al mal ni tienta a nadie. [14] Cada uno es tentado por sus propias concupiscencias, que le atraen y seducen. [15] Luego la concupiscencia, cuando ha concebido, pare el pecado, y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte. [16] No os engañéis, hermanos míos carísimos (1). [17] Todo buen don y toda dádiva perfecta viene de arriba, desciende del Padre de las luces, en el cual no se da mudanza ni sombra de alteración. [18] De su propia voluntad nos engendró por la palabra de la verdad, para que seamos como primicias de sus criaturas.

Deberes hacia la verdad.

[19] Sabéis, hermanos míos carísimos, que todo hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse, [20] porque la cólera del hombre no obra la justicia de Dios. [21] Por esto, deponiendo toda sordidez y todo resto de maldad, recibid con mansedumbre la palabra injerta en vosotros, capaz de salvar vuestras almas. [22] Ponedla en práctica y no os contentéis sólo con oírla, que os engañaríais; [23] pues quien se contente con sólo oír la palabra sin practicarla, será semejante al varón que contempla en un espejo su rostro, [24] y apenas se contempla, se va y al instante se olvida de cómo era; [25] mientras que quien atentamente considera la ley perfecta, la de la libertad, ajustándose a ella, no como oyente olvidadizo, sino como cumplidor, éste será bienaventurado por sus obras.

[26] Si alguno cree ser religioso y no refrena su lengua, se engaña, porque su religión es vana. [27] La religión pura e inmaculada ante Dios Padre es visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones, y conservarse sin mancha en este mundo (1).

La caridad.

2 [1] Hermanos míos, no juntéis la acepción de personas con la fe de nuestro glorioso Señor Jesucristo. [2] Porque si entrando en vuestra asamblea un hombre con anillos de oro en los dedos, en traje magnífico, y entrando asimismo un pobre con traje raído, [3] fijáis la atención en el que lleva el traje magnífico y le decís: Tú siéntate aquí honrosamente; y al pobre le decís: Tú quédate en pie, o siéntate bajo mi escabel, ¿no juzgáis por vosotros mismos y venís a ser jueces perversos? [5] Escuchad, hermanos míos carísimos: ¿No escogió Dios a los pobres según el mundo para enriquecerlos en la fe y hacerlos herederos del reino que tiene prometido a los que le aman? [6] Y vosotros afrentáis al pobre. ¿No son los ricos los que os oprimen y os arrastran ante los tribunales? [7] No son ellos los que blasfeman el buen nombre invocado sobre nosotros? [8] Si en verdad cumplís la real ley de la Escritura, «amarás al prójimo como a ti mismo», bien hacéis; [9] pero si obráis con acepción de personas, co-

(1) El pensamiento de Santiago es claro y en nada contrario, aunque sí distinto, del de San Pablo. Santiago quiere obras que sean manifestación de la fe; San Pablo quiere fe «activa en obras por la caridad».

(1) Esta concepción de la religión, que consiste en obras de caridad, está muy conforme con la doctrina de San Pablo, que exhorta a hacer de la vida una hostia santa y continua a Dios (Rom. 12, 1; Fil. 4, 18).

metéis pecado, y la Ley os argüirá de transgresores. 10 Porque quien observe toda la Ley, pero quebrante un solo precepto, viene a ser reo de todos; 11 pues el mismo que dijo: «no adulterarás», dijo también: «no matarás». Y si no adulteras, pero matas, te has hecho transgresor de la Ley. 12 Hablad y juzgad como quienes han de ser juzgados por la ley de la libertad. 13 Porque sin misericordia será juzgado el que no hace misericordia. La misericordia aventaja al juicio.

La fe y las obras.

14 ¿Qué le aprovecha, hermanos míos, a uno decir «yo tengo fe», si no tiene obras? ¿Podrá salvarle la fe? 15 Si el hermano y la hermana están desnudos y carecen del alimento cotidiano, 16 y alguno de vosotros les dijere: «Id en paz, que podáis calentaros y hartaros», pero no les diereis con qué satisfacer la necesidad de su cuerpo, ¿qué provecho les vendría? 17 Así también la fe, si no tiene obras es de suyo muerta. 18 Mas dirá alguno: «Tú tienes fe y yo tengo obras.» Muéstrame sin las obras tu fe, que yo por mis obras te mostraré la fe. 19 ¿Tú crees que Dios es uno? Haces bien. Mas también los demonios creen y tiemblan. 20 ¿Quieres saber, hombre vano, que es estéril la fe sin las obras? 21 Abraham, nuestro padre, ¿no fué justificado por las obras cuando ofreció sobre el altar a Isac, su hijo? 22 ¿Ves cómo la fe cooperaba con sus obras y que por las obras se hizo perfecta la fe? 23 Y cumplióse la Escritura que dice: «Pero Abraham creyó y le fué imputado a justicia, y fué llamado amigo de Dios.» 24 Ved, pues, cómo por las obras y no por la fe solamente se justifica el hombre. 25 Y asimismo Rahab, la meretriz, ¿no se justificó por las obras, recibiendo a los mensajeros y despidiéndolos por otro camino? 26 Pues como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así también es muerta la fe sin las obras.

Pecados de la lengua.

3 1 Hermanos míos, no seáis muchos en pretender haceros maestros, sabiendo que seremos juzgados más severamente, 2 porque todos ofendemos en mucho. Si alguno no peca de palabra, es varón perfecto, capaz de gobernar con el freno todo su cuerpo. 3 A los caballos les ponemos freno en la boca para que nos obedezcan y así gobernamos todo su cuerpo. 4 Ved también las naves, que, con ser tan grandes y ser empujadas por vientos impetuosos, se gobiernan por un pequeño timón a voluntad del piloto. 5 Así también la lengua, con ser un miembro pequeño, se atreve a grandes cosas. Ved qué un poco de fuego basta para quemar todo un gran bosque. 6 También la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad. Colocada entre nuestros miembros, la lengua contamina todo el cuerpo, e inflamada por el infierno, inflama a su vez toda nuestra vida.

7 Todo género de fieras, de aves, de reptiles y animales marinos es domable y ha sido domado por el hombre; 8 pero a la lengua nadie es capaz de domarla, es un azote irrefrenable y está llena de mortífero veneno. 9 Con ella bendecimos al Señor nuestro y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que han sido hechos a imagen de Dios. 10 De la misma boca proceden la bendición y la maldición. Y esto, hermanos míos, no debe ser así. 11 ¿Acaso la fuente echa por el mismo caño agua dulce y amarga? 12 Puede acaso, hermanos míos, la higuera producir aceitunas, o higos la vid? Y tampoco un manantial puede dar agua salada y agua dulce.

La sabiduría.

13 ¿Quién de entre vosotros es sabio e inteligente? Pues muestre con sus obras y conducta su mansedumbre y su sabiduría. 14 Pero si tenéis en vuestros pechos un corazón lleno de amarga envidia y rencilloso, no os gloriéis ni mintáis contra la verdad; 15 que no será sabiduría de arriba la vuestra sino sabiduría terrena, animal, demoníaca. 16 Porque donde hay envidias y rencillas, allí hay desenfreno y todo género de males. 17 Mas la sabiduría de arriba es primeramente pura, luego pacífica, modesta, indulgente, llena de misericordia y de buenos frutos, imparcial, sin hipocresía, 18 y el fruto de la justicia se siembra en la paz para aquellos que obran la paz.

Los enemigos de la concordia.

4 [1] ¿Y de dónde entre vosotros tantas guerras y contiendas? No es de las pasiones, que luchan en vuestros miembros? [2] Codiciáis, y, no teniendo, mataríais; ardéis en envidia y, no alcanzando nada, os combatís y os hacéis la guerra (1). [3] Pero no tenéis porque no pedís, y si pedís, no recibís, porque pedís mal, para dar satisfacción a vuestras pasiones. [4] Adúlteros, ¿no sabéis que la amistad del mundo es enemiga de Dios? Quien pretende ser amigo del mundo se hace enemigo de Dios. [5] ¿O pensáis que sin causa dice la Escritura: «El Espíritu que mora en vosotros se deja llevar de la envidia?» [6] Al contrario, El con gran generosidad da la gracia. Por lo cual dice: «Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes da la gracia» (2).

[7] Someteos, pues, a Dios, y resistid al diablo y huirá de vosotros. [8] Acercaos a Dios, y El se acercará a vosotros. Lavaos las manos, pecadores, y purificaos, hombres de doble corazón. [9] Sentid vuestras miserias, llorad y lamentaos; conviértase en llanto vuestra risa, y vuestra alegría en tristeza: [10] Humillaos delante del Señor y El os ensalzará. [11] No murmuréis unos de otros, hermanos; el que murmura de su hermano o juzga a su hermano, murmura de la Ley, juzga la Ley. Y si juzgas la Ley, no eres ya cumplidor de ella, sino juez. [12] Uno solo es el legislador y el juez, que puede salvar y perder. Pero tú, ¿quién eres para juzgar a tu prójimo?

A los comerciantes y a los ricos.

[13] Y vosotros, los que decís: «Hoy o mañana iremos a tal ciudad, y pasaremos allí el año, y negociaremos, lograremos buenas ganancias», [14] no sabéis cuál será vuestra vida de mañana, pues sois humo, que aparece un momento y al punto se disipa. [15] En vez de esto debíais decir: Si el Señor quisiere y vivimos, haremos esto o aquello. [16] Pero del otro modo os jactáis fanfarronamente, y esa jactancia es mala. [17] Pues al que sabe hacer el bien y no lo hace, se le imputa a pecado.

Contra los ricos.

5 [1] Y vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. [2] Vuestra riqueza está podrida; vuestros vestidos, consumidos por la polilla; [3] vuestro oro y vuestra plata, comidos del orín, y el orín será testigo contra vosotros y roerá vuestras carnes como fuego. [4] Habéis atesorado para los últimos días. El jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudado por vosotros, clama, y los gritos de los segadores han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos. [5] Habéis vivido en delicias sobre la tierra, entregados a los placeres, y habéis engordado para el día de la matanza. [6] Habéis condenado al justo, le habéis dado muerte sin que él os resistiera.

De la paciencia.

[7] Tened pues, paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Ved cómo el labrador, con la esperanza de los preciosos frutos de la tierra, aguarda con paciencia las lluvias tempranas y las tardías. [8] Aguardad también vosotros con paciencia, fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cercana. [9] No os quejéis, hermanos, murmurando unos de otros, para que no incurráis en juicio; mirad que el Juez está a las puertas. [10] Tomad, hermanos, por modelo de tolerancia y de paciencia a los profetas, que hablaron en nombre del Señor. [11] Ved cómo ahora aclamamos bienaventurados a los que padecieron. Sabéis la paciencia de Job, el fin que el Señor le otorgó, porque el Señor es compasivo y misericordioso.

Juramento.

[12] Pero ante todo, hermanos, no juréis, ni por el cielo, ni por la tierra, ni con otra especie de juramentos; que vuestro sí sea sí, y vuestro no sea no, para no incurrir en juicio.

---

(1) El pensamiento general de este versículo no parece ofrecer dificultad, pero la forma gramatical de su expresión no es tan clara. En el texto damos la que nos parece más probable.

(2) Prov. 3, 34, según los LXX.

Oración.

13 ¿Está afligido alguno entre vosotros? Ore. ¿Está de buen ánimo? Cante. 14 ¿Alguno entre vosotros enferma? Haga llamar a los presbíteros de la iglesia y oren sobre él, ungiéndole con óleo en el nombre del Señor (1), 15 y la oración de la fe salvará al enfermo, y el Señor le aliviará, y los pecados que hubiese cometido le serán perdonados. 16 Confesaos, pues, mutuamente vuestras faltas, y orad unos por otros para que os salvéis (2). Mucho puede la oración fervorosa del justo. 17 Elías hombre era, semejante a nosotros, y oró para que no lloviese, y no llovió sobre la tierra durante tres años y seis meses; 18 y de nuevo oró, y envió el cielo la lluvia, y produjo la tierra sus frutos.

19 Hermanos míos, si alguno de vosotros se extravía de la verdad y otro logra reducirle, sabed que quien convierte a un pecador de su errado camino salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados.

(1) Estas palabras han sido interpretadas por el Concilio Tridentino (Sess. XIV, 1), como alusivas al sacramento de la extremaunción.

(2) Es propio de los humildes confesar las faltas y pedir perdón de ellas, como es propio del orgulloso excusar sus faltas y aun negarlas. Con lo primero se obtiene el perdón de los hombres y el de Dios, con lo segundo las faltas se agravan ante los hombres y ante Dios, a quien agrada la humildad y desagrada la soberbia.

INTRODUCCION A LAS EPISTOLAS DE SAN PEDRO

SIMON, hermano de Andrés, fué natural de Betsaida, al Norte del mar de Genesaret. Fué puesto en comunicación con el Señor por su hermano al día siguiente de hacerse él y Juan encontradizos con Jesús y de pasar con El la noche. Cuando la pesca milagrosa, recibió con su hermano y sus compañeros, los hijos del Zebedeo, la invitación de Jesús, y se adhirió a El para seguirle a todas partes. Fué uno de los tres íntimos del Salvador, que le mudó el nombre en Cefas o Pedro, para significar el puesto eminente que le daba en la Iglesia. Subido a los cielos el Maestro, es Pedro el jefe de los discípulos, y el día de Pentecostés se presenta al pueblo con plena conciencia de la misión que había recibido.

San Lucas, en los Hechos, nos lo muestra, ya en compañía de Juan, ya de otros fieles anónimos, predicando y haciendo prodigios en Jerusalén y en Judea. Es el que recibe del Señor la orden de admitir a los gentiles a la fe, acudiendo a la invitación del centurión Cornelio. El rey Agripa quiso darle muerte para complacer a los judíos, pero el Señor le libró milagrosamente. Libre, salió de la ciudad para ir «a otra parte». Una antigua tradición, conservada por muchos Padres, dice que fué a Roma en los primeros años del emperador Claudio (41-54), tal vez al ser librado de las garras de Agripa (44). Por el año 49 le vemos ejercer su autoridad en la asamblea de Jerusalén y fallar el pleito sobre las condiciones con que debían ser recibidos los gentiles en la Iglesia. San Pablo nos dice en su epístola a los Gálatas que estuvo después en Antioquía de Siria. Desde este momento las noticias que tenemos de San Pedro se reducen a sus cartas escritas en Roma y a la firme tradición de la Iglesia de que, reinando Nerón murió en Roma, crucificado cabeza abajo, siendo sepultado su cuerpo en el monte Vaticano. La cronología oficial de la Iglesia señala como fecha de su muerte el año 67.

Durante los años en que le perdemos de vista, San Pedro debió de ejercer su ministerio entre los judíos de las provincias del Asia Menor, y éste sería el motivo de escribirles las dos cartas que de él poseemos. La primera va dirigida «a los elegidos de la dispersión del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia». La escribió en Babilonia (Roma), y Silvano o Silas fué el encargado de llevarla a su destino. Con el Apóstol se hallaba entonces «Marcos, su hijo».

La segunda epístola no señala los destinatarios, como tampoco tiene ninguno de aquellos rasgos particulares que son propios del género epistolar y que no faltan en la primera epístola. En ésta nos habla de los herejes que comenzaban a pulular en las regiones de Asia, y que no serían otros que los condenados por San Pablo en sus epístolas de la cautividad. No son los gnósticos del siglo II, sino los primeros gérmenes del gnosticismo, que en el siglo siguiente llegan a su madurez y plena expansión.

La II ofrece en la composición ciertas dificultades, que desaparecen si suponemos haberse dado en el texto una traslocación, y leemos: 3. 1-16, inmediatamente después de 2. 3.ª, de modo que el orden del texto primitivo fuera 1-2. 3.ª; 3. 1-16; 2. 3b-22; 3. 17-18.

I DE SAN PEDRO

Saludo.

1 [1] Pedro, Apóstol de Jesucristo, a
los elegidos extranjeros de la dispersión, del Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia, elegidos según la
presciencia de Dios Padre en la santificación del Espíritu para la obediencia y la aspersión de la sangre de
Jesucristo (1): la gracia y la paz os
sean multiplicadas.

Acción de gracias.

[3] Bendito sea Dios y Padre de
nuestro Señor Jesucristo, que por su
gran misericordia nos reengendró a
una viva esperanza por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, [4] para una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible,
que os está reservada en los cielos, [5] a
los que por el poder de Dios habéis
sido guardados mediante la fe, para
la salud que está dispuesta a manifestarse en el tiempo oportuno. [6] Por
lo cual exultáis, aunque ahora tengáis
que entristezcáis un poco, en las
diversas tentaciones, [7] para que vuestra fe, probada, más preciosa que el
oro, que se corrompe aunque acrisolado por el fuego, aparezca digna de
alabanza, gloria y honor, en la revelación de Jesucristo, a quien amáis
sin haberle visto, en quien ahora
creéis sin verle, y os regocijáis con
un gozo inefable y glorioso [9] recibiendo el fruto de vuestra fe, la salud
de las almas. [10] Acerca de la cual inquirieron e investigaron los Profetas,
que vaticinaron la gracia a vosotros
destinada, [11] escudriñando (1) qué y
cuál tiempo indicaba el Espíritu de
Cristo, que en ellos moraba, y de
antemano testificaba los padecimientos de Cristo y las glorias que habían
de seguirlos. [12] A ellos fué revelado
que no a sí mismos, sino a vosotros,
servían con esto, que os ha sido anunciado ahora por los que os evangelizaron, movidos del Espíritu Santo
enviado del cielo y que los mismos
ángeles desean contemplar.

(1). Se indica aquí la parte que en la obra de nuestra salud se atribuye a cada una de las personas de la Santísima Trinidad.

(1) Los profetas veían de lejos los misterios de Cristo, y por tanto, oscuramente, no satisfaciendo el Señor su deseo de verlos con claridad y sobre todo de verlos realizados.

Dignidad del cristiano.

13 Por lo cual, ceñidos los lomos de
vuestra mente (1) y apercibidos, tened
vuestra esperanza completamente
puesta en la gracia que os ha traído
la revelación de Jesucristo. 14 Como
hijos de obediencia, no os conforméis
a las concupiscencias que primero te-
níais en vuestra ignorancia, 15 antes,
conforme a la santidad del que os
llamó, sed santos en todo, 16 porque
escrito está: «Sed santos, porque santo
soy yo» (2). 17 Y si llamáis Padre al
que sin acepción de personas juzga a
cada cual según sus obras, vivid con
temor todo el tiempo de vuestra
peregrinación, 18 considerando que
habéis sido rescatados de vuestro
vivir según la tradición de vuestros
padres, no con plata y oro, corrupti-
bles, 19 sino con la sangre preciosa de
Cristo, como de cordero sin defecto
ni mancha, 20 ya conocido antes de
la creación del mundo, y manifes-
tado al fin de los tiempos por vos-
otros (3), 21 los que por El creéis en
Dios, que le resucitó de entre los
muertos y le dió la gloria, de manera
que en Dios tengamos nuestra fe y
esperanza.

22 Pues que por la obediencia a la
verdad habéis purificado vuestras
almas para una sincera caridad,
amaos entrañablemente unos a otros,
23 como quienes han sido engendra-
dos de semilla no corruptible, sino
incorruptible, por la palabra viva y
permanente de Dios, 24 porque
«Toda carne es como heno, y toda
su gloria como flor de heno. Secóse
el heno y se cayó la flor, 25 mas la
palabra del Señor permanece para
siempre» (4). Y esta palabra es la que
os ha sido anunciada.

2 1 Despojaos, pues, de toda maldad
y de todo engaño, de hipocre-
sías, envidias y maledicencias, 2 y
como niños recién nacidos, apeteced
la leche espiritual, para con ella
crecer en orden a la salvación, 3 si
es que habéis gustado cuán bueno es
el Señor (1). 4 A El habéis de allegaros,
como a piedra viva, rechazada por
los hombres, pero por Dios escogida,
preciosa. 5 Vosotros como piedras
vivas sois edificados en casa espiritual
y sacerdocio santo, para ofrecer a
Dios sacrificios espirituales, aceptos
por Jesucristo. 6 Por lo cual en la
Escritura se lee: « He aquí que yo
pongo en Sión una piedra escogida,
angular, preciosa, y el que creyere
en ella no será confundido» (2).

7 Para vosotros, los creyentes, es
honor, mas para los incrédulos esa
piedra, desechada por los construc-
tores y convertida en cabeza de
esquina, 8 es «piedra de tropiezos
y roca de escándalo». Rehusando
creer, vienen a tropezar en la palabra,
pues también a eso fueron destinados.
9 Pero vosotros sois «linaje escogi-
do (3), sacerdocio real, nación santa,
pueblo adquirido para pregonar el
poder del que os llamó de las tinie-
blas a su luz admirable. 10 Vosotros
que un tiempo no erais pueblo,
ahora sois pueblo de Dios; no habíais
alcanzado misericordia, pero ahora
habéis conseguido misericordia.

Conducta con los extraños.

11 Os ruego, carísimos, que, como
peregrinos advenedizos, os absten-
gáis de los apetitos carnales que com-
baten contra el alma, y observéis
entre los gentiles una conducta ejem-
plar, a fin de que, en lo mismo por-
que os afrentan como malhechores,
considerando vuestras buenas obras,
glorifiquen a Dios en el día de la
visitación (4).

Obediencia a las autoridades.

13 Por amor del Señor, estad suje-
tos a toda autoridad humana; 14 ya

(1) Ceñirse es propiode quien se prepara para hacer algo; ceñirse los lomos de la mente será prepararse de veras para la obra y acometerla de hecho.

(2) Lev. 19, 2.

(3) Conocido por Dios desde la eternidad y manifestado al fin de los tiempos por amor de los elegidos.

(4) Is. 40, 8.

(1) El Señor aquí es Jesucristo, objeto de la fe.

(2 Is. 28, 16. Jesucristo es esa piedra angular principio de salud para los que creen, pero tropiezo para los incrédulos, que se escandalizan de la cruz.

(3) Lo que el Señor había dicho de Israel (Ex. 19, 6) el Apóstol lo aplica con más razón al pueblo cristiano, que debe hacer de su vida un servicio continuo del Señor.

(4) El ejemplo de una vida pura es el mejor atractivo para lograr que los infieles respondan a la gracia, cuando ésta los visite.

al Emperador (1) como soberano, ya a los gobernadores, como delegados suyos para castigo de los malhechores y elogio de los buenos. [15] Pues la voluntad de Dios es que, obrando el bien, amordacemos la ignorancia de los hombres insensatos; [16] como libres, y no como quien tiene la libertad cual cobertura de la maldad, sino como siervos de Dios. [17] Honrad a todos, amad la fraternidad, temed a Dios y honrad al Emperador.

Los siervos.

[18] Los siervos estén con todo temor sujetos a sus amos, no sólo a los bondadosos y humanos, sino también a los rigurosos (2). [19] Agrada a Dios que por amor suyo, soporte uno las ofensas injustamente inferidas. [20] Pues ¿qué mérito tendríais, si delinquiendo y castigados por ello, lo soportáis? Pero si por haber hecho el bien padecéis y lo lleváis con paciencia, esto es lo grato a Dios. Pues para esto fuisteis llamados, ya que también Cristo padeció por nosotros y os dejó ejemplo para que sigáis sus pasos. [22] El, en quien no hubo pecado y en cuya boca no se halló engaño, [23] ultrajado, no replicaba con injurias, y atormentado, no amenazaba, sino que lo remitió al que juzga con justicia. [24] Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia, y por sus heridas hemos sido curados. [25] Porque «erais como ovejas descarriadas»; mas ahora os habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras almas.

Los cónyuges.

3 [1] Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, para que si alguno se muestra rebelde a la palabra, sea ganado sin palabras por la conducta de su mujer, [2] considerando vuestro respetuoso y honesto comportamiento. [3] Y vuestro ornato no ha de ser el exterior del rizado de los cabellos, del ataviarse con joyas de oro, o el de la compostura de los vestidos, [4] sino el oculto en el corazón, que consiste en la incorrupción de un espíritu manso y tranquilo; ésa es la hermosura en la presencia de Dios. [5] Así es como en otro tiempo se adornaban las santas mujeres que esperaban en Dios, obedientes a sus maridos. [6] Como Sara (1), cuyas hijas habéis venido a ser vosotras, obedecía a Abraham y le llamaba señor, obrando el bien sin intimidación alguna.

[7] Igualmente vosotros, maridos, tratadlas con discreción, como a vaso más frágil, honrándolas como a corherederas de la gracia de vida, para que nada impida vuestras oraciones (2).

Deberes para con los fieles.

[8] Finalmente, todos tengan un mismo sentir, sean compasivos, fraternales, misericordiosos, humildes, [9] no devolviendo mal por mal ni ultraje por ultraje; al contrario, bendiciendo, que para esto hemos sido llamados, para ser herederos de la bendición: [10] «Pues quien quisiere amar la vida y ver días dichosos, cohiba su lengua del mal y sus labios de hablar engaño. [11] Apártese de mal y obre el bien, busque la paz y sígala, [12] que los ojos del Señor miran a los justos, y sus oídos a sus oraciones, pero el rostro del Señor está contra los que obran el mal» (3).

[13] ¿Y quién os hará mal, si fuereis celosos promovedores del bien? [14] Y si con todo padeciereis por la justicia, bienaventurados vosotros. No los temáis ni os turbéis, antes glorificad en vuestros corazones a Cristo Señor y estad siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os la pidiere; [16] pero con mansedumbre y respeto y en buena conciencia, para que en aquello mismo en que sois calumniados queden confundidos los que denigran vuestra buena conducta en Cristo; [17] que mejor es padecer haciendo el

(1) Era Nerón cuando esta carta fué escrita. Pero era el que ejercía la autoridad, y como representante del Señor había de ser obedecido.

(2) Como San Pablo, insiste en la obediencia de los siervos a sus amos. Debía de ser tan necesaria esta admonición, dada la dureza de la vida de los esclavos...

(1) Si Abraham es nuestro padre en la fe, Sara será por analogía nuestra madre.

(2) Si no hay paz no puede haber oración grata a Dios.

(3) Salm. 34, 13 ss.

bien, si tal es la voluntad de Dios, que padecer haciendo el mal (1).

Ejemplo de Cristo.

18 Porque también Cristo murió una vez por los pecados, el Justo por los injustos, para llevaros a Dios. Murió en la carne (2), pero volvió a la vida por el Espíritu 19 y en El fué a predicar a los espíritus que estaban en la prisión, 20 incrédulos en otro tiempo, cuando en los días de Noé los esperaba la paciencia de Dios, mientras se fabricaba el arca, en la cual pocos, esto es, ocho personas, se salvaron por el agua. 21 Esta os salva ahora a vosotros como antítipo en el bautismo (3), no, quitando la suciedad de la carne, sino en demanda a Dios de una buena conciencia por la resurrección de Jesucristo, 22 que, una vez sometidos a El los ángeles, las potestades y las virtudes, subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios.

4 1 Puesto que Cristo padeció en la carne, armaos también del mismo pensamiento, de que quien padeció en la carne ha roto con el pecado, 2 para vivir el resto del tiempo, no en codicias humanas, sino en la voluntad de Dios. 3 Basta ya de hacer como en otro tiempo la voluntad de los gentiles, viviendo en el desenfreno, en liviandades, en crápula, en comilonas y embriagueces y en abominables idolatrías. 4 Ahora, extrañados de que no concurráis a su desenfrenada liviandad, os insultan; 5 pero tendrán que dar cuenta al que está pronto para juzgar a los vivos y a los muertos. 6 Que por esto fué anunciado el Evangelio a los muertos (1), para que, condenados en carne según los hombres, vivan en el espíritu según Dios.

Ayuda mutua de los fieles.

7 El fin de todo está cercano. Sed, pues, discretos y velad en la oración. 8 Ante todo tened los unos para los otros ferviente caridad, porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados. 9 Sed hospitalarios unos con otros, sin murmuración. 10 El don que cada uno haya recibido, póngalo al servicio de los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios. 11 Si alguno habla, sean sentencias de Dios; si alguno ejerce un ministerio, sea como con poder que Dios otorga, a fin de que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

De la alegría en las persecuciones.

12 Carísimos, no os sorprendáis como de un suceso extraordinario del incendio que se ha producido entre vosotros, que es para vuestra prueba; 13 antes habéis de alegraros en la medida en que participáis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria (2) exultéis de gozo. 14 Bienaventurados vosotros, si por el nombre de Cristo sois ultrajados, porque el Espíritu de la gloria, que es el Espíritu de Dios, reposa sobre vosotros.

15 Que ninguno padezca por homicida o por ladrón, o por malhechor, o por entrometido; 16 mas si por cristiano padece, no se avergüence, antes glorifique a Dios en este nombre. 17 Porque ha llegado el tiempo de que comience el juicio (3) por la casa de Dios. Pues si empieza por nosotros, ¿cuál será el fin de los que rehusan obedecer al Evangelio de

(1) Siguiendo esta doctrina, los cristianos triunfaron de los gentiles, y los santos triunfarán del mundo.

(2) Cristo murió en su carne mortal, pero resucitó glorioso, cuando su alma gloriosa se unía a su cuerpo, al que comunicó la gloria de que ella estaba inundada. Esa misma alma gloriosa descendió a los infiernos llevando a todos, a los creyentes y a los incrédulos, la noticia de su resurrección, a unos para su gloria, a otros para su confusión.

(3) Como el agua elevando el arca de Noé salvó al patriarca y a su familia, así ahora el agua bautismal, figurada en la del diluvio, nos salva, limpiándonos, no la suciedad del cuerpo, sino las manchas de la conciencia. Los contemporáneos de Noé tomaron a cuento el diluvio anunciado por el patriarca y se burlaban de él cuando le veían hacer el arca.

(1) Los muertos por el pecado, para volverlos a la vida.

(2) La revelación de la gloria de Cristo tendrá lugar el día del juicio, cuando vendrá a dar a cada uno según sus obras.

(3) Este juicio son las pruebas a que Dios somete a los suyos. No se salvan sino superando las pruebas por que el Señor los hace pasar.

Dios? [18] Y si el justo a duras penas se salva, ¿qué será del impío y el pecador? [19] Así, pues, los que padecen según la voluntad de Dios (1), encomienden al Creador fiel sus almas mediante la práctica del bien.

A los presbíteros.

5 [1] A los presbíteros que hay entre vosotros los exhorto yo, copresbítero, testigo de los sufrimientos de Cristo y participante de la gloria que ha de revelarse: [2] Apacentad el rebaño de Dios que os ha sido confiado, no en fuerza, sino en blandura según Dios, ni por sórdido lucro, sino con prontitud de ánimo; [3] no como dominadores sobre la heredad, sino sirviendo de ejemplo al rebaño. [4] Así, al aparecer el Pastor soberano, recibiréis la corona inmarcesible de la gloria.

[5] Igualmente vosotros los jóvenes, vivid sumisos a los presbíteros, y todos ceñidos de humildad en el trato mutuo, porque Dios resiste a los soberbios y a los humildes da su gracia. [6] Humillaos, pues, bajo la poderosa mano de Dios, para que a su tiempo os ensalce. [7] Echad sobre El todos vuestros cuidados, puesto que tiene providencia de vosotros. [8] Estad alerta y velad, que vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda rondando y busca a quien devorar. [9] Habéis de resistirle firmes en la fe, considerando que los mismos padecimientos soportan vuestros hermanos dispersos por el mundo. [10] Y el Dios de la gloria, que os llamó en Cristo a su gloria eterna, después de un breve padecer os perfeccionará y afirmará, os fortalecerá y consolidará. [11] A El el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

[12] Por Silvano, a quien tengo por hermano fiel para con vosotros, os escribo brevemente, amonestándoos y testificándoos ser la verdadera gracia de Dios, ésa en que vosotros os mantenéis firmes. [13] Os saluda la iglesia de Babilonia, partícipe de vuestra elección, y Marcos, mi hijo. [14] Saludaos mutuamente en el ósculo de caridad. La paz a todos vosotros los que estáis en Cristo.

(1) Este verso está tomado de los Prov. 11, 31.

II DE SAN PEDRO

Saludo.

1 [1] Simón Pedro, siervo y apóstol de Jesucristo, a los que han obtenido la misma preciosa fe por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo. [2] Que la gracia y la paz se os multipliquen mediante el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús.

Fidelidad a la vocación cristiana.

[3] Pues que por el divino poder nos han sido otorgadas todas las cosas que tocan a la vida y a la piedad, mediante el conocimiento del que nos llamó por su propia gloria y virtud, [4] y nos hizo merced de preciosas y ricas promesas para hacernos así partícipes de la divina naturaleza (1), huyendo de la corrupción que por la concupiscencia existe en el mundo; [5] habéis de poner todo empeño por mostrar en vuestra fe virtud, en la virtud ciencia, [6] en la ciencia templanza, en la templanza paciencia, en la paciencia piedad, [7] en la piedad fraternidad, y en la fraternidad caridad. [8] Si éstas tenéis y en ellas abundáis, no os dejarán ellas ociosos ni estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

(1) Estas breves palabras «partícipes de la divina naturaleza» contienen todo el misterio de la gracia de Dios, por la cual somos, no sólo de nombre, sino en realidad, hijos de Dios, según lo inculca San Juan (I Jn. 3, 1).

9 Mas el que de ellas carece es de
muy corta vista, es un ciego que ha
dado al olvido la purificación de sus
antiguos pecados. 10 Por lo cual, her-
manos, tanto más procurad asegurar
vuestra vocación y elección, cuanto
que haciendo así jamás tropezaréis,
11 y tendréis ancha entrada al reino
eterno de nuestro Señor y Salvador
Jesucristo.

Postreras exhortaciones.

12 Por eso no cesaré de traeros a la
memoria estas cosas, por más que
las sepáis y estéis afianzados en la
verdad que al presente poseéis,
13 pues tengo por deber, mientras
habité en esta tienda (1), estimu-
laros con mis amonestaciones, 14 con-
siderando que pronto veré abatida
mi tienda, según me lo ha manifes-
tado nuestro Señor Jesucristo. 15 Quie-
ro, pues, que después de mi partida
en todo tiempo recordéis esto.

Dónde se debe buscar la verdadera fe.

16 Porque no fué siguiendo artifi-
ciosas fábulas como os dimos a
conocer el poder y la venida de nues-
tro Señor Jesucristo, sino como quie-
nes han sido testigos oculares (2) de
su majestad. 17 El recibió de Dios
Padre el honor y la gloria, cuando de
la magnífica gloria se hizo oír aquella
voz que decía: «Este es mi Hijo
muy amado, en quien tengo mis com-
placencias» (3). 18 Y esa voz bajada del
cielo la oímos los que con El está-
bamos en el monte santo. 19 Y tene-
mos aún algo más firme, a saber la
palabra profética (4), a la cual muy
bien hacéis en atender, como a lám-
para que luce en lugar tenebroso,
hasta que luzca el día y el lucero se
levante en vuestros corazones. 20 Pues
debéis ante todo saber que ninguna
profecía de la Escritura ha sido pro-
ferida por humana voluntad, antes
bien, movidos del Espíritu Santo ha-
blaron los hombres de Dios.

(1) La tienda es el cuerpo mortal. Así habla también San Pablo (II Cor. 5, 1).

(2) Alude a la transfiguración del Señor, en que los Apóstoles presentes vieron la gloria que después había de aparecer en su cuerpo resucitado, y oyeron, además, la voz del Padre, que le reconocía por Hijo suyo amado.

(3) Mat. 17, 5.

(4) Otro testimonio más firme que el personal del Apóstol es para los fieles y para todos el de los profetas, que dan testimonio de Cristo, y este testimonio no viene de los hombres, sino de Dios mismo.

Los falsos doctores.

2 1 Como hubo en el pueblo pro-
fetas falsos, así habrá falsos doc-
tores que introducirán sectas perni-
ciosas, llegando hasta a negar al Señor
que los rescató, y atraerán sobre sí
una repentina ruina. 2 Muchos los
seguirán en sus liviandades, y por
causa de ellos será blasfemado el
camino de la verdad. 3 Llevados de
la avaricia, harán de vosotros mer-
cadería con palabras mentirosas, pero
su condenación, ya antigua, no tar-
dará, su ruina no se retrasará.
4 Porque si Dios no perdonó a los
ángeles que pecaron, sino que, preci-
pitados en el tártaro, los entregó a
las prisiones tenebrosas, reservándolos
para el juicio; 5 ni perdonó tampoco
al viejo mundo, sino que sólo guardó
al octavo, a Noé, para pregonero de la
justicia, cuando trajo el diluvio sobre
el mundo de los impíos; 6 y a las ciu-
dades de Sodoma y de Gomorra las
condenó a la destrucción, reduciéndo-
las a cenizas para escarmiento de los
impíos venideros; 7 mientras que libró
al justo Lot, acosado por la conducta
de los desenfrenados en su lascivia,
8 al justo que habitaba entre ellos
diariamente y sentía su alma ator-
mentada viendo y oyendo sus obras
inicuas... (1).

9 Pues sabe el Señor librar de la
tentación a los piadosos y reservar
a los malvados para castigarlos en el
día del juicio, 10 sobre todo a los
que van en pos de la carne, llevados
de los deseos impuros, y desprecian
la autoridad del Señor. Audaces, pa-
gados de sí mismos, no temen blas-
femar de las potestades superiores,
11 cuando los ángeles, aun siendo su-
periores en fuerza y poder, no pro-
fieren ante el Señor un juicio injuri-
oso contra ellas. 12 Pero éstos, blas-
femando de lo que no conocen, como
bestias, naturalmente destinados a
ser presa de la corrupción, perecerán
en su corrupción, 13 recibiendo con
esto la justa paga de su iniquidad;

(1) Como hallamos varias veces en San Pablo, que el sentido queda suspenso, así parece quedar aquí, mas parece fácil de completar.

pues hacen sus delicias de los placeres de cada día; hombres sucios, corrompidos, se gozan en sus extravíos, mientras banquetean con vosotros. 14 Sus ojos están llenos de adulterio, son insaciables de pecado, seducen a las almas inconstantes, tienen el corazón ejercitado en la avaricia; son hijos de maldición (1).

15 Dejando la senda recta, se extraviaron y siguieron el camino de Balam, hijo de Beor, que buscando el salario de la iniquidad halló la reprensión de su propia demencia, 16 cuando una muda bestia de carga, hablando con voz humana, reprimió la insensatez del profeta (2). Son éstos fuentes sin agua, nubes empujadas por el huracán, a quienes está reservado el Orco tenebroso. 18 Profiriendo palabras hinchadas de vanidad, atraen a los deseos carnales a aquellos que apenas se habían apartado de los que viven en el error (3), 19 prometiéndoles libertad, cuando son ellos esclavos de la corrupción, puesto que cada cual es esclavo de quien triunfó de él. 20 Si, pues, una vez retirados de las corruptelas del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, de nuevo se enredan en ellas y se dejan vencer, sus postrimerías se hacen peores que los principios (4).

21 Mejor les fuera no haber conocido el camino de la justicia, que después de conocerlo, abandonar los santos preceptos que les fueron dados. 22 En ellos se realiza aquel proverbio verdadero: «Volvióse el perro a su propio vómito, y la cerda lavada vuelve a revolcarse en el cieno.»

La venida del Señor.

3 1 Esta es, carísimos, la segunda epístola que os escribo (5) y en ella he procurado excitar con mis avisos vuestra sana inteligencia a fin de que traigáis a la memoria las palabras predichas por los santos profetas y el precepto del Señor y Salvador, predicado por vuestros Apóstoles. 3 Y ante todo debéis saber cómo en los postreros días vendrán con sus burlas escarnecedores, que viven según sus propias concupiscencias: 4 y dicen: «¿Dónde está la promesa de su venida? Porque desde que murieron los padres, todo permanece igual desde el principio de la creación» (1).

5 Es que voluntariamente quieren ignorar que en otro tiempo hubo cielos y hubo tierra, salida del agua y en el agua asentada por la palabra de Dios; 6 por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en el agua (2), 7 mientras que los cielos y la tierra actuales están reservados por la misma palabra para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los impíos (3). 8 Carísimos, no se os caiga de la memoria, que delante de Dios un solo día es como mil años, y mil años como un solo día. 7 No retrasa el Señor la promesa, como algunos creen; es que pacientemente os aguarda (4), no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia. 10 Pero vendrá el día del Señor como ladrón, y en él pasarán con estrépito los cielos, y los elementos, abrasados se disolverán y asimismo la tierra con las obras que en ella hay.

Hay que vivir prevenidos.

11 Pues si todo de este modo se ha de disolver, ¿cuáles debéis ser vosotros en vuestra santa conversación y en vuestra piedad, 12 en la espectación de la llegada del día de Dios, cuando los cielos, abrasados se disolverán y los elementos, abrasados se derretirán? 13 Pero nosotros esperamos otros cielos nuevos y otra tierra

(1) Nos describe aquí Pedro a los falsos doctores, que tantas veces vemos condenados en las epístolas de Pablo.
(2) Num. 22, 28.
(3) Los que apenas habían comenzado a andar por el camino de la conversión.
(4) Cuando mayor es el conocimiento del mal, mayor pecado es cometerlo.
(5) Estas primeras palabras indican que los destinatarios son los mismos de la primera.

(1) Estos burlones arguyen pasando de la constancia del universo a su indestructibilidad.
(2) Contra este juicio de los escarnecedores recuerda cómo para el diluvio volvió la tierra al estado en que se halló al principio antes de la separación de las aguas y la tierra para formarse los mares en el día tercero de la creación.
(3) Señala una nueva destrucción del mundo no por el agua, sino por el fuego, purificador de toda impiedad.
(4) Los herejes de que antes habla niegan la venida del Señor al juicio, apoyados en que esta venida se difiere. San Pedro da la mejor solución a esta dificultad: Dios es eterno y no tiene prisas.

nueva en que tiene su morada la justicia, según la promesa del Señor.
14 Por esto, carísimos, viviendo en esta esperanza, procurad con diligencia ser hallados en paz, limpios e irreprochables delante de El, 15 y creed que la paciencia del Señor es para nuestra salud, según que nuestro amado hermano Pablo os escribió conforme a la sabiduría que a él le fué concedida. 16 Es lo mismo que hablando de esto enseña en todas sus epístolas, en las cuales hay algunos puntos de difícil inteligencia, que hombres indoctos e inconstantes pervierten, no menos que las demás Escrituras, para su propia perdición.

Conclusión.

17 Vosotros, pues, amados, que de antemano sois avisados, estad alerta, no sea que, dejándoos llevar del error de los libertinos, vengáis a decaer de vuestra firmeza. 18 Creced más bien en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A El la gloria, así ahora como en el día de la eternidad.

INTRODUCCION A LAS EPISTOLAS DE SAN JUAN

SAN Juan, hijo de Zebedeo y hermano de Santiago el Mayor, fué uno de los dos discípulos de Juan Bautista que en oyendo las palabras de éste: «He ahí el cordero de Dios» (Jn. 1, 35 ss.), se fueron tras de Jesús, pasando con El hasta el día siguiente. Sin duda que la memoria de aquellas conversaciones quedó grabada en el corazón joven de Juan para toda la vida. Llamado luego con su hermano cuando estaban con su padre y los jornaleros remendando las redes, siguió al Maestro para no separarse ya de El. Fué uno de los más íntimos de Jesús, y sin duda el más amado, como se echa de ver por el hecho de haberle dejado encomendada la Madre. El haber sido pescador con Pedro en el lago de Genesaret, debió de ser causa de mayor amistad con aquél. Así en la mañana de Pascua los dos recibieron el mensaje de la Magdalena y corrieron a ver el sepulcro. Después de Pentecostés los dos amigos suben a orar al templo y curan al paralítico, por lo cual fueron llevados ante el Sanedrín, y castigados y conminados para que no predicasen el nombre de Jesús. Cuando Felipe el diácono predicó la fe en Samaria fueron también los dos Apóstoles a imponerles las manos y conferirles el Espíritu Santo. Pero en todos estos lances de la vida de Juan no le oímos pronunciar una sola palabra.

La tradición primitiva, transmitida por los más antiguos escritores de la Iglesia, nos dice que en la última época de su vida, cuando tal vez habían desaparecido ya todos los otros Apóstoles, Juan moró en la provincia de Asia y especialmente en Efeso; que bajo Domiciano fué traído a Roma y allí condenado a morir en una caldera de aceite hirviendo, de donde salió más joven. Luego fué desterrado a Patmos, una islita de la costa del Asia Menor, donde escribió el Apocalipsis. En esta misma región escribió el último evangelio y las tres cartas que llevan su nombre, muriendo a una avanzada edad y siendo sepultado en Efeso, en los postreros años del siglo, y según algunos testimonios, ya en el reinado de Trajano (98-117).

La epístola primera tiene gran parecido con el cuarto evangelio, y, según la probable sentencia de algunos, parece haber sido escrita como prefacio o presentación del evangelio mismo. No tiene nombre de autor ni de destinatario,

Es como un sermón en que se advierten las sentencias y el estilo del evangelio. El discípulo amado de Jesús se revela aquí el predicador de la caridad. Esta carta fué desde el principio recibida en el canon como de San Juan.

Las otras dos, más cortas y como billetes, están dirigidas, la primera a una dama llamada Electa, que acaso es un nombre simbólico, y a sus hijos, para alabar su fe y prevenirlos contra los falsos doctores. La segunda está dirigida a un cierto Gayo, «a quien mucho ama en la verdad», y cuya hospitalidad hacia los hermanos alaba, a la vez que censura la conducta contraria de cierto Diotrefes, que se mostraba además poco respetuoso hacia la persona del Apóstol.

I DE SAN JUAN

El Verbo de vida.

1 [1] Lo que era desde el principio,
lo que hemos oído, lo que hemos
visto con nuestros ojos, lo que con-
templamos y palparon nuestras ma-
nos tocante al Verbo de vida, [2] por-
que la vida se ha manifestado y nos-
otros hemos visto y testificamos y
os anunciamos la vida eterna, que
estaba en el Padre y se nos mani-
festó (1). [3] Lo que hemos visto y oído;
os lo anunciamos a vosotros a fin
de que viváis también en comunión
con nosotros. Y esta comunión nues-
tra es con el Padre y con su Hijo
Jesucristo (2). [4] Os escribimos esto
para que sea completo nuestro gozo.

La luz y el pecado.

[5] Este es el mensaje que de El
hemos oído y os anunciamos, que Dios
es luz (3), y que en El no hay tiniebla
alguna. [6] Si dijéremos que vivimos
en comunión con El y andamos en
tiniebla, mentiríamos y no obraríamos
según verdad. [7] Pero si andamos en
la luz, como El está en la luz, enton-
ces estamos en comunión unos con
otros, y la sangre de Jesús, su Hijo,
nos purifica de todo pecado (1). [8] Si
dijéremos que no tenemos pecado, nos
engañaríamos a nosotros mismos, y la
verdad no estaría en nosotros. [9] Si con-
fesamos nuestros pecados, fiel y justo
es El para perdonarnos y limpiarnos
de toda iniquidad. [10] Si decimos que
no hemos pecado, le desmentimos y
su palabra no está en nosotros (2).

2 [1] Hijitos míos, os escribo esto
para que no pequéis. Si alguno
peca, abogado tenemos ante el Padre,
a Jesucristo, justo. [2] El es la propi-
ciación por nuestros pecados. Y no
sólo por los nuestros, sino por los de
todo el mundo.

De la guarda de los mandamientos.

[3] Sabemos que le hemos conocido (3),
si guardamos sus mandamientos. [4] El
que dice que le conoce y no guarda
sus mandamientos miente, y la verdad
no está en él. [5] Pero el que guarda su
palabra, en ése la caridad de Dios es
verdaderamente perfecta. En esto

(1) Estas palabras son un comentario de lo que en el prólogo del evangelio dice San Juan del Verbo, «en quien estaba la vida, vida que es la luz de los hombres» (v. 4). Esta vida es la vida misma de Dios, que se manifestó en la encarnación, para comunicarse a los hombres por la gracia y luego por la gloria, la vida eterna.

(2) Por esta comunicación de la vida entramos a formar parte de la familia de Dios, somos hijos de Dios.

(3) Dios es la luz de la verdad, y comunicándola a los hombres es la luz de los hombres (Jn. 1, 5).

(1) Participando de la luz, participamos de la vida de Dios, y por Dios y en Dios nos unimos a El como los hijos a los padres de quienes proceden.

(2) El hombre, aun justificado por la gracia, siempre es pecador, viciado por malas inclinaciones, y siempre tiene que repetir el «perdónanos nuestras deudas».

(3) En la Sagrada Escritura el conocimiento de Dios implica su amor, y por tanto la guarda de sus mandamientos.

conocemos que estamos en El. [6] Quien dice que permanece en El debe andar como El anduvo.

[7] Carísimos, no os escribo un mandato nuevo, sino un mandato antiguo, que tenéis desde el principio (1). Y ese mandato antiguo es la palabra que habéis oído. [8] Mas de otra parte os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en El y en vosotros, a saber, que las tinieblas pasan y aparece ya la luz verdadera. [9] El que dice que está en la luz y aborrece a su hermano, ése está aún en las tinieblas (2). [10] El que ama a su hermano, está en la luz, y en él no hay escándalo. [11] El que aborrece a su hermano, está en tinieblas y en tinieblas anda sin saber a dónde va, porque las tinieblas ciegan sus ojos.

Huída del mundo.

[12] Os escribo, hijitos, porque por su nombre os han sido perdonados los pecados. [13] Os escribo, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os escribo, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. [14] Os escribo, niños, porque habéis conocido al Padre. Os escribo, padres, porque habéis conocido al que es desde el principio. Os escribo, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros y habéis vencido al maligno. [15] No améis el mundo ni lo que hay en el mundo. Si alguno ama el mundo, no está en él la caridad del Padre. [16] Porque todo lo que hay en el mundo, concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y el orgullo de la vida, no viene del Padre, sino que procede del mundo (3). [17] Y el mundo pasa, y también sus concupiscencias; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre.

Los anticristos.

[18] Hijitos, ésta es la hora postrera, y como habéis oído que está para llegar el Anticristo (1), os digo ahora que muchos se han hecho anticristos, por lo cual conocemos que ésta es la hora postrera (2). [19] De nosotros han salido, pero no eran de los nuestros. Si de los nuestros fueran, hubieran permanecido con nosotros, mas para que se manifieste que no todos son de los nuestros (3). [20] Cuanto a vosotros, tenéis la unción del Santo y no os escribo porque no conozcáis la verdad, [21] sino porque la conocéis y sabéis que la mentira no procede de la verdad. [22] ¿Quién es el embustero, sino el que niega que Jesús es Cristo? Ese es el Anticristo, que niega al Padre y al Hijo. [23] El que niega al Hijo tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo tiene también al Padre (4). [24] Lo que desde el principio habéis sido, procurad que prevalezca en vosotros. Si en vosotros permanece lo que habéis oído desde el principio, también vosotros permaneceréis en el Hijo y en el Padre. [25] Y ésta fué la promesa que El nos hizo, la vida eterna.

[26] Os escribo esto a propósito de los que pretenden extraviaros. La unción que de El habéis recibido (5) permanece en vosotros, y no necesitáis que nadie os enseñe, porque, como la unción os lo enseña todo y es verídica y no mentirosa, permaneced en El, según que os enseñó.

Los hijos de Dios.

[28] Ahora, pues, hijitos, permaneced en El, para que, cuando apareciere, tengamos confianza y no seamos apartados de El a su venida, en confusión. Si sabéis que El es justo, sabed también que todo el que practica la justicia es nacido de El.

---

(1) Desde el principio se les inculcó a los fieles el precepto del amor.

(2) Las tinieblas del pecado, pues no vive en caridad.

(3) Esas tres concupiscencias son lo que constituye el mundo, y los que las siguen todos son mundanos.

(1) Por anticristos entiéndase el espíritu del Anticristo, que luego comenzará plenamente en éste, pero que ahora está en algunos precursores.

(2) Es decir, la hora de los combates supremos para los fieles a quienes escribe.

(3) No quiere decir que quien cae en el error o en el pecado antes no haya estado en la verdad o en la justicia, sino que frecuentemente los que caen en el error es que antes no se han adherido sinceramente a la verdad de la fe.

(4) Padre e Hijo son correlativos. Quien niega que Dios es Padre, niega que Jesús sea su Hijo, y quien esto niega, niega la paternidad de Dios.

(5) La unción del Espíritu Santo, que nos ilumina y nos da a conocer la verdad divina.

3 [1] Ved qué amor nos ha mostrado el Padre, que llamados hijos de Dios, lo seamos. Por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoce a El. [2] Carísimos, ahora somos hijos de Dios, aunque aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Sabemos que cuando aparezca, seremos semejantes a El, porque le veremos tal cual es. [3] Y todo el que tiene en El esta esperanza se santifica, como santo es El. [4] El que comete pecado traspasa la ley, porque el pecado es transgresión de la ley. [5] Sabéis que apareció para destruir el pecado, y que en El no hay pecado. [6] Todo el que permanece en El no peca (1); y todo el que peca no le ha visto ni le ha conocido.

[7] Hijitos, que nadie os extravíe: el que practica la justicia es justo, según que El es justo; [8] el que comete pecado, ése es del diablo, porque el diablo desde el principio peca. Y para esto apareció el Hijo de Dios, para destruir las obras del diablo. [9] Quien ha nacido de Dios no peca, porque la simiente de Dios está en él, y no puede pecar porque ha nacido de Dios. [10] En esto se conocen los hijos de Dios y los hijos del diablo. El que no practica la justicia no es de Dios, y tampoco el que no ama a su hermano. [11] Porque éste es el mensaje que desde el principio habéis oído, que nos amemos unos a otros. [12] No como Caín, que, inspirado del maligno, mató a su hermano. ¿Y por qué le mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano justas.

La caridad fraterna (2).

[13] No os maravilléis, hermanos, si el mundo os aborrece. [14] Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte. [15] Quien aborrece a su hermano es homicida, y ya sabéis que todo homicida no tiene en sí la vida eterna. [16] En esto hemos conocido la caridad, en que El dió su vida por nosotros; y nosotros debemos dar nuestras vidas por nuestros hermanos (1). [17] El que tuviere bienes de este mundo, y viendo a su hermano padecer necesidad le cierra sus entrañas, ¿cómo mora en El la caridad de Dios? [18] No amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad. [19] En eso conoceremos que somos de la verdad, y nuestros corazones descansarán tranquilos en El, [20] porque si nuestro corazón nos arguye, mejor que nuestro corazón es Dios, que conoce todas las cosas.

[21] Carísimos, si el corazón no nos arguye, podemos acudir confiados a Dios [22] y si pedimos, recibimos de El, porque guardamos sus preceptos (2) y hacemos lo que es grato en su presencia. [23] Y su precepto es que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo y nos amemos mutuamente, conforme al mandamiento que nos dió. [24] El que guarda sus mandamientos permanece en Dios y Dios en El; y nosotros conocemos que permanece en nosotros por el Espíritu que nos ha dado.

El espíritu del error y el Espíritu de la verdad.

4 [1] Carísimos, no creáis a cualquier espíritu; sino examinad los espíritus si son de Dios, porque muchos seudoprofetas se han levantado en el mundo. [2] Podéis conocer el espíritu de Dios por esto: Todo espíritu que confiese que Jesucristo ha venido en carne es de Dios (3); [3] pero todo espíritu que no confiese a Jesús, ése no es de Dios, es del Anticristo, de quien habéis oído que está para llegar (4) y que al presente se halla ya en el mundo. [4] Vosotros, hijitos, sois de Dios y los habéis vencido, porque mayor es quien está en vosotros que

(1) No peca mientras se deje gobernar por el Espíritu de Dios que ha recibido.

(2) La caridad fraterna es el signo más auténtico de que estamos en gracia, de que hemos pasado de la muerte del pecado a la vida de la justicia y de la gracia.

(1) La más alta revelación del amor de Dios está en el misterio de la encarnación y en la muerte de Jesucristo.

(2) Jesucristo nos invita a acudir al Padre con la confianza de hijos, que nada nos negará si de verdad lo somos.

(3) La piedra de toque para conocer la verdadera piedad es la sinceridad de la fe; quien ésta no tenga no tendrá las demás virtudes cristianas, sino, a lo más, una apariencia de ellas.

(4) San Juan nos anuncia en el Apocalipsis la venida del Señor para pronto. Es un modo de exhortar a la vigilancia, puesto que no sabemos cuándo vendrá el Señor. Pero recordemos la sentencia de San Pedro que para Dios mil años son como el día de ayer.

quien está en el mundo. 5 Ellos son del mundo, por eso hablan del mundo y el mundo los oye. 6 Nosotros somos de Dios. El que conoce a Dios nos escucha; el que no es de Dios no nos escucha. Por aquí conocemos el espíritu de la verdad y el espíritu del error.

La caridad de Dios es caridad fraterna.

7 Carísimos, amémonos unos a otros, porque la caridad procede de Dios, y todo el que ama es nacido de Dios y a Dios conoce. 8 El que no ama no conoce a Dios, porque Dios es caridad. 9 La caridad de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su Hijo unigénito, para que nosotros vivamos por El. 10 En eso está la caridad, no en que nosotros hayamos amado a Dios; sino en que El nos amó y envió a su Hijo, víctima expiatoria de nuestros pecados (1).

11 Carísimos, si de esta manera nos amó Dios, también nosotros debemos amarnos unos a otros. 12 A Dios nunca le vió nadie; si nosotros nos amamos mutuamente, Dios permanece en nosotros y su amor es en nosotros perfecto (2). 13 Conocemos que permanecemos en El y El en nosotros en que nos dió su Espíritu. 14 Y hemos visto y damos de ello testimonio, que el Padre envió a su Hijo por Salvador del mundo. 15 Quien confiese que Jesús es Hijo de Dios, Dios permanece en él y él en Dios. 16 Y hemos conocido y creído la caridad que Dios nos tiene. Dios es caridad, y el que vive en caridad, permanece en Dios y Dios en él.

17 La perfección del amor en nosotros se muestra en que tengamos confianza en el día del juicio, porque, como es El, así somos nosotros en este mundo. 18 En la caridad no hay temor; pues la caridad perfecta echa fuera el temor (3); porque el temor supone castigo y el que teme no es perfecto en la caridad. 19 Cuanto a nosotros, amemos a Dios, porque El nos amó primero. 20 Si alguno dijere: Amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve. 21 Y nosotros tenemos de El este precepto, que quien ama a Dios ame también a su hermano (1).

(1) La gran manifestación del amor de Dios por Jesucristo lleva a San Juan a formular esta definición de Dios, de que sobre todo es caridad.

(2) No habiendo visto nadie a Dios, nadie puede tampoco conocer si nosotros nos parecemos a Dios como hijos suyos, pero tenemos un modo de comprobarlo, la caridad fraterna.

(3) Efectivamente, el amor de hijo a padre engendra plena confianza y excluye todo temor de castigo.

Los tres testigos.

5 1 Todo el que cree que Jesús es el Cristo, ése es nacido de Dios, y todo el que ama al que le engendró, ama al engendrado de El. 2 Conocemos que amamos a los hijos de Dios, en que amamos a Dios y cumplimos sus mandamientos. 3 Pues ésta es la caridad de Dios, que guardemos sus preceptos. Y sus preceptos no son pesados, 4 porque todo el engendrado de Dios vence al mundo; y la victoria que ha vencido al mundo es nuestra fe. 5 ¿Y quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? 6 El es el que viene por el agua y por la sangre, Jesucristo; no en agua sólo, sino en el agua y en la sangre. Y es el espíritu el que lo certifica, porque el espíritu es la verdad (2). 7 Porque tres son los que testifican (3), 8 el espíritu, el agua y la sangre, y los tres se reducen a uno solo (4). 9 Si aceptamos

(1) En una familia son los padres el lazo de unión entre los hijos; por esto el amor fraterno nace del amor y piedad hacia los padres, más aún en Dios. Todo amor para ser santo ha de fundarse en Dios, en el prójimo hemos de amar a Dios, cuyo hijo es el prójimo y como tal hermano nuestro. Por esto San Juan y San Pablo reducen la ley del Evangelio al único precepto del amor del prójimo.

(2) El Espíritu Santo nos certifica por la certidumbre de la fe que El nos da.

(3) Este versículo que en la Vulgata dice: «Tres son los que dan testimonio en el cielo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y los tres son uno» falta en los códices antiguos, así griegos como latinos, etc., y es desconocido de los Padres. Parece tener origen español y haber ido poco a poco saliendo por vía de exégesis del versículo precedente. Sólo en el siglo XIII adquirió la forma que hoy tiene en la Vulgata. No hya duda que la supresión del versículo no dice nada contra el misterio de la Trinidad beatísima, que en tantas formas se halla atestiguado en la Escritura.

(4) La sangre de Cristo derramada en la cruz, el agua del bautismo, por que somos in-

el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios, que ha testificado de su Hijo. [10] El que cree en el Hijo de Dios, tiene este testimonio en sí mismo. El que no cree en Dios le hace embustero, porque no cree en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo. [11] Y el testimonio es que Dios nos ha dado la vida eterna, y esta vida está en su Hijo. [12] El que tiene al Hijo tiene la vida, el que no tiene al Hijo, tampoco tiene la vida.

Oración y confianza.

[13] Esto os escribo a los que creéis en el nombre del Hijo de Dios, para que conozcáis que tenéis la vida eterna. [14] Y la confianza que tenemos en El, es que si le pedimos alguna cosa conforme con su voluntad, El nos oye (1). [15] Y si sabemos que nos oye en cuanto le pedimos, sabemos que obtenemos las peticiones que le hemos hecho. [16] Si alguno ve a su hermano cometer un pecado que no lleva a la muerte, ore y alcanzará vida para los que no pecan de muerte (1). Hay un pecado de muerte, y no es por éste por el que digo yo que ruegue. [17] Toda injusticia es pecado, pero hay pecado que no es de muerte. [18] Sabemos que todo el nacido de Dios no peca (2), sino que el nacido de Dios se guarda a sí mismo, y el maligno no le toca. [19] Sabemos que somos de Dios, mientras que el mundo todo está bajo el maligno, [20] y sabemos que el Hijo de Dios vino y nos dió inteligencia para que conozcamos al que es verdadero, y estemos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. [21] El es el verdadero Dios y la vida eterna. Hijitos, guardaos de los ídolos.

corporados a la muerte del Salvador, el Espíritu Santo, que por la fe en la sangre y en el agua del bautismo nos santifica; y esto es lo uno.

(1) He aquí la norma de la oración: pedir según la voluntad de Dios, que es la norma de nuestra vida.

(1) Este pasaje nos enseña que hay pecados mortales y no mortales. Manda orar por los que caen en tales pecados para que conserven la vida.

(2) No peca mientras se deje gobernar por el Espíritu de Dios que ha recibido.

II DE SAN JUAN

Saludo.

[1] El presbítero, a la señora Electa y a sus hijos, a los cuales amo yo en la verdad; y no sólo yo, sino también cuantos conocen la verdad, [2] por amor de la verdad, que mora en nosotros y con nosotros está para siempre. [3] Con vosotros sea la gracia, la misericordia y la paz de parte de Dios Padre y de Jesucristo, Hijo del Padre, en la verdad y en la caridad.

Los falsos doctores.

[4] Mucho me he alegrado al saber que tus hijos caminan en la verdad, conforme al mandato que hemos recibido del Padre. [5] Ahora te ruego, señora, no como quien escribe un precepto nuevo, sino el que desde el principio tenemos, que os améis unos a otros; [6] y ésta es la caridad, que caminemos según sus preceptos. Y el precepto es que andemos en caridad, según habéis oído desde el principio.

[7] Ahora se han levantado en el mundo muchos seductores, que no confiesan que Jesucristo ha venido en carne (1). Estos son los seductores, el Anticristo. [8] Guardaos, no vayáis a perder lo que habéis trabajado, sino haced por recibir un galardón cumplido. [9] Todo el que se extravía y no permanece en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que permanece en la doctrina, ése tiene al Padre y al Hijo. [10] Si alguno viene a vosotros y no lleva esta doctrina, no le recibáis en

(1) Estos seductores negaban la realidad de la encarnación y enseñaban que ésta había sido sólo aparente.

casa, ni le saludéis, [11] pues el que le saluda comunica en sus malas obras (1).

Conclusión.

[12] Mucho más tendría que escribiros, pero no he querido hacerlo con papel y tinta, porque espero ir a vosotros y hablaros cara a cara, para que sea cumplido nuestro gozo. [13] Te saludan los hijos de tu hermana Electa (1).

(1) En la primitiva Iglesia, siendo escaso el número de los fieles en comparación del de los gentiles, vivían aquéllos en más íntima unión, ligados por el vínculo de la fe. Cuando éste faltaba porque uno se corrompía era natural la ruptura con él por el peligro de contagio.

(1) Este nombre, igual al del versículo 1, parece indicar que ambos son simbólicos. Sería raro que dos hermanas llevasen ambas el mismo nombre.

III DE SAN JUAN

El presbítero, a Gayo.

[1] El presbítero, al amado Gayo, a quien amo en la verdad.

La hospitalidad.

[2] Carísimo, deseo que en todo prosperes y goces de buena salud, así como prospera tu alma. [3] Mucho me alegré con la venida de los hermanos y con el testimonio de tu verdad, es decir, de cómo andas en la verdad. [4] No hay para mí mayor alegría que oír de mis hijos que andan en la verdad. [5] Carísimo, bien haces en todo lo que practicas con los hermanos y aun con los peregrinos; [6] ellos hicieron el elogio de tu caridad en presencia de la iglesia. Muy bien harás en proveerlos para su viaje de manera digna de Dios; [7] pues por el Nombre partieron sin recibir nada de los gentiles. [8] Por tanto, debemos nosotros acogerlos para ser cooperadores de la verdad.

[9] He escrito a la iglesia; pero Diotrefes, que ambiciona la primacía entre ellos, no nos recibe. [10] Por esto, si voy allá, le recordaré las malas obras que hace, diciendo desvergonzadamente contra nosotros cosas falsas. No contento con esto, no recibe a los hermanos, y a los que quieren recibirlos se lo prohibe y los echa de la iglesia.

[11] Carísimo, no imites lo malo, sino lo bueno. El que obra el bien es de Dios, el que obra el mal, no ha visto a Dios. [12] De Demetrio todos dan testimonio, y lo da aun la misma verdad, y aun nosotros mismos damos testimonio, y tú sabes que nuestro testimonio es verdadero.

[13] Muchas cosas tendría que escribirte, pero no quiero hacerlo con tinta y cálamo; [14] espero verte pronto, y hablaremos cara a cara. La paz sea contigo. Los amigos te saludan. Saluda a los amigos en particular.

INTRODUCCION A LA EPISTOLA DE SAN JUDAS

JUDAS, Tadeo, era uno de los Apóstoles y hermano de Santiago el Menor. Tanto en los evangelios como en los otros escritos del Nuevo Testamento pasa enteramente sin ser notado, sólo conocido por las listas de los Apóstoles. Sin embargo, hemos de creer que respondió a los designios del Señor al elegirle y agregarle al colegio apostólico. Hegesipo, escritor judío convertido, del siglo II, nos cuenta que algunos nietos de Judas fueron denunciados al emperador Do-

miciano como peligrosos, a título de parientes del Señor, pero que al verlos pobres y con las manos encallecidas del trabajo, los dejó libres.

La breve carta de San Judas, que a sí mismo se dice hermano de Santiago, debió de ser escrita para aquellos fieles entre quienes su hermano era conocido, por consiguiente para los judíos convertidos. El tema principal de la carta son los falsos doctores de que en otras epístolas se habla. La descripción que de ellos se hace tiene gran parecido con la que nos ofrece la II de San Pedro, sin otra diferencia que el tener en San Pedro ampliado lo que en San Judas está más resumido. La sentencia más probable es que fué el primero quien se inspiró en el segundo, amplificando lo que en él encontró. Otro detalle singular de esta epístola son las citas de libros apócrifos, la Asunción de Moisés y el de Enoc. Como San Pablo cita dos veces los poetas griegos, así San Judas cita obras tenidas en su tiempo en más estima de la que nosotros hacemos de ellas hoy, y las cita no para declararlas canónicas, sino para ilustrar o explicar su pensamiento con las palabras de libros estimados entre aquéllos a quienes escribía.

SAN JUDAS

Saludo.

1 Judas, siervo de Jesucristo y
hermano de Santiago, a los amados de
Dios Padre, llamados y conservados
en Jesucristo: 2 la misericordia, la
paz y la caridad abunden más y más
en vosotros.

Los falsos doctores.

3 Carísimos, deseando vivamente
escribiros acerca de nuestra común
salud, he sentido la necesidad de
hacerlo exhortándoos a combatir por
la fe, que una vez para siempre ha
sido dada a los santos. 4 Porque
disimuladamente se han introducido
algunos impíos, ya desde antiguo
señalados para esta condenación (1),
que convierten en lascivia la gracia de
nuestro Dios y niegan al único Dueño
y Señor nuestro, Jesucristo (2).
5 Quiero recordaros a vosotros que
ya habéis conocido todas las cosas,
cómo el Señor, después de salvar de
Egipto a su pueblo, hizo luego pere-
cer a los incrédulos; 6 y cómo a los
ángeles, que no guardaron su digni-
dad y abandonaron su propio domi-
cilio, los tiene reservados en perpetua
prisión, en el Orco, para el juicio
del gran día. 7 Cómo Sodoma y
Gomorra y las ciudades vecinas, que
de igual modo que ellas habían forni-
cado, yéndose tras los vicios contra
naturaleza, fueron puestas para escar-
miento, sufriendo la pena del fuego
perdurable (1).
8 También éstos, dejándose llevar
de sus delirios, manchan su carne,
menosprecian la autoridad y blas-
feman de las dignidades (2). 9 El ar-
cángel Miguel, cuando altercaba con el
diablo, contendiendo sobre el cuerpo
de Moisés, no se atrevió a proferir
un juicio de blasfemia, sino que dijo:
«Que el Señor te reprenda» (3). 10 Pero
éstos blasfeman de cuanto ignoran;
y aun en lo que naturalmente, como
brutos irracionales, conocen, en eso
mismo se corrompen. 11 ¡Ay de ellos,
que han seguido la senda de Caín,
y se dejaron seducir del error de
Balán por amor de la recompensa,
y perecieron en la rebelión de Coré!
12 Estos son deshonra de vuestros
ágapes, banquetean con vosotros sin
vergüenza, apacentándose a sí mis-

(1) De tiempo atrás, se veía la senda que seguían y se auguraba cuál sería su fin.
(2) Esta negación debía de consistir en negar la realidad de la encarnación.

(1) En todos estos hechos se manifiesta la justicia divina, que no dejará de venir sobre los falsos doctores.
(2) Estas dignidades son las jerarquías angélicas.
(3) Estas palabras, según el testimonio de los antiguos, están tomadas del libro llamado *Ascensión de Moisés*, que hoy, sólo incompleto, se conserva.

mos; son nubes sin agua, arrastradas por los vientos, árboles tardíos sin fruto, dos veces muertos, desarraigados; [13] olas bravas del mar, que arrojan la espuma de sus impurezas; astros errantes, a los cuales está reservado el Orco tenebroso para siempre. [14] De ellos también profetizó el séptimo desde Adán, Enoc, cuando dijo: «He aquí que viene el Señor con sus santas miríadas, [15] para ejercer un juicio contra todos y convencer a todos los impíos de todas las impiedades que cometieron y de todas las crudezas que contra El hablaron los pecadores impíos» (1). [16] Estos son murmuradores, querellosos, que viven según sus pasiones, cuya boca habla con soberbia, que por interés fingen admirar a las personas.

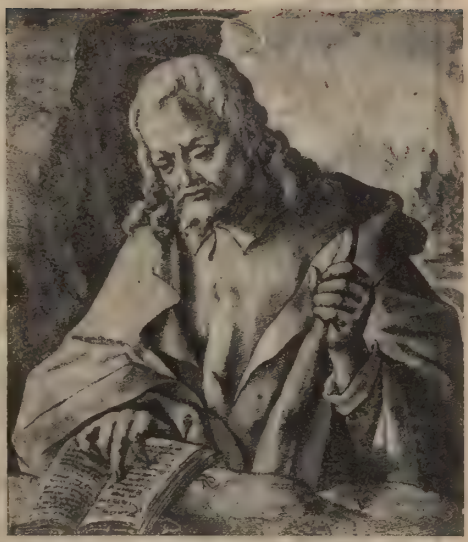
[17] Pero vosotros, carísimos, acordaos de lo predicho por los Apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. [18] Ellos os decían que a lo último del tiempo habría mofadores que se irían tras sus impíos deseos. [19] Estos son los que fomentan las discordias; hombres animales, sin espíritu. [20] Pero vosotros, carísimos, edificándoos por vuestra santísima fe, orando en el Espíritu Santo, [21] conservaos en el amor de Dios, esperando la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna. [22] Cuanto a aquéllos, a unos reprendedlos, pues que todavía vacilan; a otros salvadlos, arrancándolos del fuego; de los otros compadeceos con temor, execrando hasta la túnica contaminada por su carne (1).

[24] A Aquel que puede guardaros sin pecado y haceros ante su gloria irreprensibles con alegría, [25] el solo Dios, Salvador nuestro por Jesucristo nuestro Señor, sea la gloria, la magnificencia, el imperio y la potestad desde antes de los siglos, ahora y por todos los siglos. Amén.

(1) Esta cita es del libro de Enoc, 1, 9.

(1) No todos estaban igualmente manchados del error. De los maestros hay que compadecerse y execrar su compañía; con los otros, los seducidos, hay que obrar de otro modo, reducirlos al camino de la verdad.

INTRODUCCION AL APOCALIPSIS



APOCALIPSIS significa revelación, *y viénele la significación del mismo libro* (I, 1). *El objeto de esta revelación son los juicios de Dios sobre el mundo y la Iglesia. Con ello no miró el profeta a satisfacer la curiosidad, más o menos legítima, que tampoco Jesucristo quiso llenar cuando a la pregunta de los discípulos sobre si restauraría entonces el reino de Israel, les replicó: «No os toca a vosotros averiguar los tiempos y momentos que el Padre se ha reservado, pero recibiréis el Espíritu Santo y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y en Samaria, y hasta los confines de la tierra». (Hech. 1, 7 ss.) Juan mira en su profecía a dar testimonio de Jesús y fortalecer el ánimo de los fieles para mantener ese mismo testimonio. El divino Maestro, al despedirse de sus discípulos, les había dicho: «En el mundo sufriréis grandes aprietos, pero tened fe, porque yo he vencido al mundo», y por mí vosotros también venceréis. (Jn. 16, 33.) El Apocalipsis aspira a ser una explanación de estas palabras, que forman parte del testamento de Jesús. San Juan desempeña aquí los oficios que a los profetas del Nuevo Testamento atribuye San Pablo: «edificar, exhortar y consolar». (1 Cor. 14, 3.)*

El título griego de este libro, Apocalipsis, ha servido para designar un género literario especial, que no es exclusivo de la obra de San Juan, y cuyo conocimiento es indispensable para la recta inteligencia del mismo. El género apocalíptico es un género profético, pero un tanto diferente del género común de los videntes del Antiguo Testamento. Eran éstos ministros de la palabra divina, encargados de explicar e inculcar al pueblo el contenido de la ley y alentarlo en la observancia de la misma con las promesas que tantas veces había hecho Dios a Israel. (Sum. Theol. 11, 11, q. 174 a. 4.) Su espíritu, lleno de

celo de Dios, mira los pecados presentes del pueblo y los reprende, esforzándose por hacerle ajustar su vida a la norma que de Dios han recibido. Las calamidades presentes y futuras le sirven de tema para mostrar la justicia de Dios e infundirle aquel temor, que el mismo Yave se proponía infundirle en las teofanías del Sinaí. (Ex. 20, 20.) Las profecías mesiánicas entran en este plan para consolar a los fieles, afligidos con las miserias del presente, y para alentarlos a esperar en la fidelidad de Dios. El profeta es, pues, el hombre de su tiempo, y que habla a sus coetáneos. Su lenguaje está calcado en la misma realidad, vista por él con aquella su mirada viva y penetrante, y a la que el Espíritu de Dios daba tintes sublimes.

El género apocalíptico, en cambio, parece desligarse del presente para trasladarse a las edades futuras, al fin de las cosas. Esto, sin embargo, tiene algo de artificioso, ya que en realidad el vidente no puede desligarse de la edad presente, para la cual escribe y en la cual quiere ejercer su influencia. El estilo es alegórico, y en él abundan las visiones imaginarias, las escenas teatrales, en las que todos los elementos de la naturaleza entran en acción, siendo los ángeles los directores del movimiento escénico. Con apariencias de precisión cronológica, emplean cifras aritméticas, que en ellos no suelen tener más que un valor simbólico. Las comparaciones son simples aproximaciones, como si quisieran con esto decir que las realidades de que hablan superan toda comparación. A pesar de las apariencias, los apocalípticos son hombres de libro. Sus imágenes, visiones, etc., están tomadas de los libros del Antiguo Testamento. En el mismo San Juan hay pocos elementos de expresión que no sean copia o imitación de la historia sagrada, de los profetas, de los salmos.

San Pablo nos muestra, sobre todo en las epístolas a los Tesalonicenses, cuán grande era la expectación de la parusía, o sea de la segunda venida de Jesús, que los ángeles habían anunciado el día de su Ascensión. Por otra parte, el Salvador, en el curso de su instrucción a los Apóstoles, había declarado cuál sería la suerte que él estaba reservada, la pasión, y cuál la que aguardaba también a los que quisieran ser sus discípulos, que no podía ser el discípulo de mejor condición que el maestro. La realidad vino a confirmar estas predicciones y a mostrar cuán grande era la virtud que el Espíritu Santo daba a los fieles y la fuerza consiguiente de su testimonio ante los jueces y los tiranos. Pero las persecuciones se prolongaban, y la victoria parecía más lejana cada día. Sobre todo, cuando, después de los judíos, Roma se declaró enemiga del nombre cristiano y al culto del Señor Jesús opuso el culto de los señores del mundo, Roma y sus Césares. Se necesitaba una fe a toda prueba, para no desfallecer a la vista de una lucha tan desigual. ¿Qué podían los cristianos, escasos en número, pobres de cultura, faltos de recursos y con la opinión pública en contra suya, para luchar con el Imperio, poderosamente organizado, penetrado de paganismo, y que contaba con el apoyo de las religiones todas y de la sabiduría humana?

Pues a fortificar esa fe, a acrecentar el valor de los soldados de Cristo, se ordena esta arenga del último apóstol, del postrer general de los ejércitos del Cordero, que aún continúa con vida en lo rudo de la batalla. Y para esto levantó su espíritu a considerar la lucha entablada y tan repetidas veces anunciada por Jesucristo. En ella combatían Dios y su Cordero de una parte, y de la otra el dragón y sus satélites, la bestia, el falso profeta y los reyes de la tierra, aliados de la bestia. El número y el poder de los enemigos son grandes, y mayor aún la rabia infernal que los anima; pero en contra está el poder de Dios, que arma a sus criaturas para luchar contra los impíos (Sab. 5, 18); y el poder del Cordero, que es Rey de reyes y Señor de señores. La lucha será fiera, pero la victoria no puede ser dudosa. Y a la victoria seguirá el juicio de Dios, que dará a cada uno según sus obras. Tal es el tema del Apocalipsis.

En el Apocalipsis hay que considerar dos cosas, la doctrina y la forma literaria. La doctrina no es otra que la revelación de Jesucristo. Como San Crisóstomo llama a los Hechos «el evangelio del Espíritu Santo», así podríamos llamar al Apocalipsis el evangelio de la resurrección, y por consiguiente, el evangelio de los triunfos y de las esperanzas cristianos. Conviene que el lector no olvide esto, y no se deje llevar de la ilusión de tantos visionarios, que buscan aquí lo que Jesucristo nos negó por innecesario a nuestra salud.

La forma literaria la bebió el profeta en el Antiguo Testamento. A éste, y más aún a sus partes apocalípticas, debe acudir el estudioso lector para entender el sentido material de tantas imágenes y figuras, y penetrar luego el sentido íntimo que el profeta les atribuye. No hay que decir que este origen literario de los elementos de las visiones no prejuzga en nada la realidad de las visiones mismas. Sólo muestra la suavidad con que Dios obra en la mente de los profetas, así del Antiguo como del Nuevo Testamento, ordenando los múltiples elementos sensibles que atesora la memoria del profeta y combinándolos del modo más conveniente para la expresión de nuevos conceptos. (Sum. Theol. 11, 11, q. 173, a. 2, c.) Bajo el manto de los antiguos profetas hemos, pues, de entender al Apóstol de Jesucristo. Que algunas de esas imágenes puedan tener un origen más antiguo y acaso pagano, es cosa que no cambia en nada su sentido. Pero esto se debe tener en cuenta para explicar la adaptación, no siempre natural y aun a veces algo violenta, que tienen las imágenes entre sí, o con la idea que han de expresar. No han sido creadas de primera intención para ella.

Para darse bien cuenta del Apocalipsis, no estará de más compararlo con alguno de los canónicos anteriores, con los que, a nuestro juicio, tiene mayor semejanza. Y sea primero con la última visión de Daniel. (10-12.) Comienza el profeta presentándonos una extraña lucha entre el ángel de Grecia y el de Persia. Miguel, jefe del pueblo santo, interviene a favor del primero. Representa esta lucha la caída del imperio persa, que sería sustituido por el de Alejandro. A éste sucederán los diadocos, y una larga lucha entre los Tolomeos de Egipto y los seléucidas de Siria, cuyos incidentes nos cuenta el profeta con la precisión de un historiador, hasta venir a parar en Antíoco y en las profanaciones de Jerusalén, que son el término de todos los vaticinios de Daniel. Después de estos males y como una proyección de ellos en el lejano futuro, ve el profeta otro tiempo de angustia, y otro Antíoco, que levantará contra el pueblo santo nueva y más fiera persecución, la cual también tendrá su fin. «Entonces se alzará Miguel, el príncipe grande, que defiende a los hijos de Israel, y será tiempo de angustia, como no la hubo desde que hay gentes hasta aquel tiempo. Pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallaren escritos en el libro. Y la muchedumbre de los que duermen en el polvo de la tierra despertará, unos para la vida eterna y otros para el eterno oprobio y confusión. Y los sabios resplandecerán como la luz del firmamento, y los que enseñaron a muchos la justicia como estrellas para siempre jamás.» (12. 1-2). En lo cual podemos distinguir tres tiempos: la preparación, *que llega hasta Antíoco; luego* las persecuciones *de éste, y* el fin, *que es una reproducción agrandada de las persecuciones anteriores.*

En los Sinópticos tenemos también un largo discurso apocalíptico del Salvador. No cabe duda que Jesús conocía todo el futuro desenvolvimiento de la Iglesia en la tierra; sin embargo, se atiene también a las normas de los profetas y usa un lenguaje apocalíptico. Insiste el Salvador en los peligros que amenazan a sus discípulos y en la próxima ruina de Jerusalén, que sucederá antes que la presente generación pase. Era éste un suceso que había de tener gran influencia en los destinos de la Iglesia, y que a los Apóstoles importaba mucho conocer. Pero después de este suceso, pasa de vuelo la serie de los siglos, que sólo del Padre son conocidos (Mrc. 13, 32), para hablarnos de los postreros

días del mundo, del juicio, de la resurrección y de las otras postrimerías. Sobre la historia de la Iglesia entre las naciones y sobre el tiempo de su segunda venida, Jesús no nos da ningún detalle.

En el plan del Apocalipsis podemos distinguir tres partes: Introducción (1. 1-8); cuerpo de la obra (1. 9-22. 5); conclusión (22. 6-21). En el cuerpo de la obra se destaca bien el principio de ella, que contiene la visión de Jesucristo y las epístolas a las siete iglesias (1. 9- 3. 22). El resto de la obra es lo que forma propiamente el Apocalipsis, cuyo plan es como sigue:

a) *Descripción del Juez Soberano y de su corte. (4-5.)*

b) *Apertura de los siete sellos por el Cordero y despliegue en el cielo de las fuerzas con que Dios ejercerá su justicia sobre la tierra. (6-8. 1.)*

c) *Las siete trompetas, o sea la acción de esas fuerzas de Dios sobre el mundo antiguo y sobre Israel. (8, 2-11. 18.)*

d) *La encarnación del Hijo de Dios y las encarnaciones del dragón. (11. 19-14. 5.)*

e) *Los primeros anuncios del juicio de Dios sobre Roma. (14. 6-20.)*

f) *Las siete copas de la cólera de Dios sobre Roma. (15-16.)*

g) *Ultimo anuncio del juicio de Dios sobre Roma. (17-19. 10.)*

h) *La derrota de Roma y sus consecuencias. (19. 11-21.)*

i) *El milenio y la batalla contra Gog, y sus consecuencias. (20.)*

j) *La nueva Jerusalén. (21. 1-22. 5.)*

En este cuadro podemos distinguir cuatro tiempos: El pasado, *que abarca la historia antigua, así del mundo pagano como de Israel, y sirve de argumento para probar el principal intento del autor;* el presente, *o sea la aparición del Mesías, con sus consecuencias hasta el futuro próximo, en que el profeta ve la conclusión de la lucha actual; el milenio, o sea la paz, después de las luchas que amenazan;* el fin lejano, *que viene después del milenio, con la victoria definitiva de Cristo sobre el dragón, y la restauración de todas las cosas en Dios.*

Origen del libro.—*Era por los años 96-98 del siglo primero. El discípulo amado del Señor, último representante del colegio de los Doce, y por esto más estimado de las iglesias, había sido desterrado por Domiciano a la isla de Patmos, cerca de la costa occidental del Asia Menor, enfrente de Mileto. Allí recibió la inspiración divina de escribir su Apocalipsis y de dirigirlo a siete iglesias de la provincia proconsular de Asia. Tal es el testimonio de la tradición cristiana, representada por San Ireneo, Clemente de Alejandría, Orígenes y San Jerónimo.*

La historia de la interpretación del libro sería larga de narrar. De una parte, el deseo de novedades, y de otra la ignorancia acerca del carácter literario del Apocalipsis, han sido causa de no pocas cavilaciones. Felizmente, la recta aplicación del método histórico, que nos traslada a la época de San Juan y nos da idea de las necesidades de sus destinatarios, facilitan la inteligencia general del libro, por más que no pocos detalles secundarios queden aún, y quedarán al vez para siempre, en la oscuridad.

APOCALIPSIS

Introducción.

1 [1] Apocalipsis de Jesucristo (1), que para instruir a sus siervos sobre las cosas que han de suceder pronto, ha dado Dios a conocer por su ángel a su siervo Juan, [2] el cual da testimonio de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo (2), esto es, de todo lo que él ha visto. [3] Bienaventurado el que lee (3), y los que escuchan las palabras de esta profecía, y los que observan las cosas en ella escritas, pues el tiempo está próximo.

[4] Juan, a las siete iglesias que hay en Asia (4): Con vosotros sean la gracia y la paz, de parte del que es, del que era y del que viene, y de los siete espíritus, que están delante de su trono [5] y de Jesucristo (5), el testigo veraz, el primogénito de los muertos, el príncipe de los reyes de la tierra. [6] El que nos ama, y nos ha absuelto de nuestros pecados por la virtud de su sangre, y nos ha hecho un reino y sacerdotes (1) de Dios, su Padre. A El la gloria y el poder por los siglos de los siglos, amén.

[7] Ved que viene (2) en las nubes del cielo, y todo ojo le verá, y cuantos le traspasaron; y se lamentarán todas las tribus de la tierra. Sí, amén. [8] Yo soy el alfa y la omega (3), dice el Señor Dios, el que es, el que era, el que viene, el Todopoderoso.

Visión introductoria.

[9] Yo, Juan, vuestro hermano (4) y compañero en la tribulación, en el reino y en la paciencia, en Jesús, hallándome en la isla llamada Patmos, por la pabrabra de Dios y por el testimonio de Jesús, [10] fuí arrebatado en espíritu el día del Señor, y oí tras de mí una voz fuerte, como de trompeta, que decía: [11] Lo que vieres escríbelo en un libro, y envíalo a las siete iglesias, a Efeso, a Esmirna, a Pérgamo, a Tiatira, a Sardes, a Filadelfia y a Loadicea. [12] Y me volví para ver al que hablaba conmigo; [13] y vuelto, vi siete candeleros de oro, y en medio de los candeleros a uno, semejante a un hijo del hombre, vestido de una túnica talar y ceñidos los pechos con un cinturón de oro. [14] Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca, como la nieve; sus ojos como llamas de fuego; [15] sus pies, semejantes al azófar, como azófar incandescente en

---

(1) Jesucristo es ministro principal de la revelación, según Jn. 1, 18. La idea del inminente juicio de Dios domina en el Apocalipsis y le es común con los profetas, los cuales suelen contemplar en los límites de su horizonte el cumplimiento de sus vaticinios. A veces esta representación es verdadera en sentido humano, otras sólo en sentido divino. Los ángeles son los intermediarios de la divina revelación en los vaticinios apocalípticos, como en Dan. 9 y 10.

(2) Según Jn. 3, 32, es el mensaje que Jesucristo nos trae de su Padre, y aquí nos es comunicado por el profeta, como en Jn. 21, 24.

(3) Menciona al que hace la lectura del mensaje en la asamblea de los fieles, y luego a éstos, que escuchaban.

(4) El *que es*, etc.: es una declaración del nombre de Yave (Ex. 3, 14) que los Targum explicaban por *el que fué, es y será*, y significa la eternidad e inmutabilidad de Yave, que domina las mudanzas de la historia humana. El último miembro, «el que viene», da a esta declaración un sentido histórico muy en armonía con el Apocalipsis, que anuncia la venida de Dios a juzgar al mundo. *Los siete espíritus* significan la plenitud de los siete dones del Espíritu de Dios, y en último término el mismo Espíritu divino.

(5) Los tres atributos que aquí se dan a Jesús son muy propios del Apocalipsis. «Al que nos ama.» El amor de Dios hacia los hombres es causa de nuestra salud; éste viene a ser el principio de la teología del Apóstol (Jn. 13, 1; I Jn. 3, 16).

(1) Esto es, miembro de un reino y sacerdotes. La expresión está tomada del Ex. 19, 6 que la emplea del pueblo de Israel, y luego se aplica al pueblo cristiano en I Pet. 2, 9.

(2) Imagen tomada de Dan. 7, 13, que Jesús se aplica a Sí ante el tribunal de Caifás (Mt. 24, 30).

(3) Esto es, el principio y el fin.

(4) Después de la introducción general del libro, siguen las epístolas a las siete iglesias, precedidas de una visión, en que Jesús aparece al profeta y le va dictando estas epístolas.

el horno, y su voz como la voz de muchas aguas. [16] Tenía en su diestra siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda de dos filos, y su aspecto era como el sol, cuando resplandece en toda su fuerza. [17] Así que le vi, caí a sus pies como muerto, pero él puso su diestra sobre mí, diciendo: [18] No temas, yo soy el primero y el último, el viviente (1), que fuí muerto y ahora vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del infierno. [19] Escribe, pues, lo que vieres, tanto lo presente como lo que ha de ser después de esto. [20] Cuanto al misterio de las siete estrellas, que has visto en mi diestra, y los siete candeleros de oro; las siete estrellas (2) son los ángeles de las siete iglesias, y los siete candeleros las siete iglesias.

Carta a la iglesia de Efeso.

2 [1] Al ángel de la iglesia de Efeso escríbele: Esto dice el que tiene en su diestra las siete estrellas, el que se pasea en medio de los siete candeleros de oro. [2] Conozco tus obras, tus trabajos, tu paciencia, y que no puedes tolerar a los malos, y que has probado a los que se dicen apóstoles, pero no lo son, y los hallaste mentirosos. [3] Y tienes paciencia, y sufriste por mi nombre, sin desfallecer. [4] Pero tengo contra ti (3) que dejaste tu primera caridad. [5] Considera, pues, de dónde has caído, y arrepiéntete, y practica las obras primeras; si no, vendré a ti y removeré tu candelero de su lugar, si no te arrepientes. [6] Mas tienes esto a tu favor, que aborreces las obras de los nicolaítas como yo las aborrezco. [7] El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias: Al vencedor le daré a comer del árbol de la vida, que está en el paraíso de mi Dios.

(1) El viviente es Jesucristo, que murió y resucitó para vivir eternamente a la diestra del Padre, y adquirió por aquí el señorío sobre la muerte y sobre la mansión de los muertos, que es el infierno.

(2) No es del todo claro el sentido de los siete ángeles simbolizados por las siete estrellas. La sentencia más probable es que significan *el espíritu que informaba a las iglesias*, que bien podía *estar personificado en* sus pastores, y ser el de la generalidad de los fieles.

(3) Es la segunda parte de la epístola, que aquí contiene una grave reprensión, con la grave amenaza de remover el candelero e. d. de suprimir temporal o perpetuamente la misma iglesia, ya que sin caridad no hay vida y el que no vive no existe (I Jn. 3, 14).

Carta a la iglesia de Esmirna.

[8] Y al ángel de la iglesia de Esmirna (1), escríbele: Esto dice el primero y el último, que estuvo muerto y ha vuelto a la vida: [9] Conozco tu tribulación y pobreza, aunque estás rico, y la blasfemia de los que dicen ser judíos (2) y no lo son, antes son la sinagoga de Satán. [10] Nada temas por lo que tienes que padecer. Mira que el diablo os va a arrojar a algunos en la cárcel, para que seáis probados, y tendréis una tribulación de diez días. Sé fiel hasta la muerte, y te daré la corona de la vida. [11] El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. El vencedor no sufrirá daño de la segunda muerte.

Carta a la iglesia de Pérgamo.

[12] Al ángel de la iglesia, de Pérgamo (3), escríbele: Esto dice el que tiene la espada, la espada de dos filos, la aguda: [13] Conozco dónde moras, donde está el trono de Satán (4), y que mantienes mi nombre, y no negaste mi fe, aun en los días de Antipas, mi testigo, mi fiel, que fué muerto entre vosotros, donde Satán habita. [14] Pero tengo algo contra ti: que toleras allí a quienes siguen la doctrina de Balán (5), el que ense-

(1) Ciudad situada al Norte de Efeso y que gracias a su puerto ha vuelto a florecer en los tiempos modernos. Se mostró siempre muy afecta a Roma, y antes que ninguna otra levantó templos en su honor y en el del César. La iglesia es alabada del Señor.

(2) En los martirios de San Policarpo y San Pionio aparecen los judíos como fieros perseguidores de los fieles.

(3) Antigua capital del reino de los atálidas, residencia del procónsul romano y centro del culto imperial.

(4) Es sin duda el santuario donde, en nombre de la provincia, daba culto a Roma y al César el sacerdocio provincial. Antipas es sin duda un mártir de esta ciudad, muerto en alguna explosión de furor anticristiano.

(5) La figura de Balan, tomada de Num. 22 y siguientes significa el culto de los ídolos, o mejor, el tomar parte en los banquetes sagrados, que era considerado como un acto de idolatría (1 Cor. 10, 14, 22.)

ñaba a Balac a poner tropiezos delante de los hijos de Israel, para inducirlos a comer de los sacrificios de los ídolos y fornicar. [15] Así también toleras tú a quienes siguen de igual modo la doctrina de los nicolaítas. [16] Arrepiéntete, pues, si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca. [17] El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Al que venciere le daré del maná escondido (1), y le daré una piedrecita blanca, y en ella escrito un nombre nuevo, que nadie conoce sino el que lo recibe.

Carta a la iglesia de Tiatira.

[18] Al ángel de la iglesia de Tiatira (2), escríbele: Esto dice el Hijo de Dios, cuyos ojos son como llamas de fuego, y cuyos pies son semejantes al azófar: [19] Conozco tus obras, tu caridad, tu fe, tu ministerio, tu paciencia, y tus obras últimas, mayores que las primeras. [20] Pero tengo contra ti que permites a Jezabel (3), esa que a sí misma se dice profetisa, y enseña, y extravía a mis siervos hasta hacerlos fornicar y comer de los sacrificios de los ídolos. [21] Yo le he dado tiempo para que se arrepintiese, pero no quiere arrepentirse de su fornicación (4), [22] y yo voy a arrojarla en cama, y a los que con ella adulteran en tribulación grande, por si se arrepienten de sus obras. [23] Y a sus hijos los haré morir con muerte arrebatada, y conocerán todas las iglesias que yo soy el que escudriña las entrañas y los corazones, y que os daré a cada uno según vuestras obras. [24] Y a vosotros los demás de Tiatira, los que no seguís semejante doctrina, y no conocéis las que dicen profundidades de Satán (1), no arrojaré sobre vosotros otra carga. [25] Solamente la que tenéis, tenedla fuertemente, hasta que yo vaya. [26] Y al que venciere y al que conservare hasta el fin mis obras, yo le daré poder sobre las naciones, [27] y las apacentará con vara de hierro, y serán quebrantados como vasos de barro, [28] como yo lo recibí de mi Padre y le daré la estrella (2) de la mañana. [29] El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Carta a la iglesia de Sardes.

3 [1] Al ángel de la iglesia de Sardes (3), escríbele: Esto dice el que tiene los siete espíritus de Dios: Conozco tus obras y que tienes nombre de vivo, pero estás muerto. [2] Estate alerta y consolida lo demás, que está para morir, pues no he hallado perfectas tus obras en la presencia de mi Dios. [3] Por tanto, acuérdate de lo que has recibido y has escuchado, y guárdalo, y arrepiéntete. Porque si no velas, vendré como ladrón, y no sabrás la hora en que vendré a ti. [4] Pero tienes en Sardes algunas personas que no han manchado sus vestidos y caminarán conmigo vestidos de blanco (4), porque son dignos. [5] El que venciere, ése se vestirá de vestiduras blancas, jamás borraré su nombre (5) del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles. [6] El que tenga oídos, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias.

---

(1) Imagen tomada del Ex. 16, 23 que tal vez significa la Eucaristía, el pan de vida (Jn. 6, 50 ss.), opuesto a los banquetes sacrílegos de guija blanca. Era como el billete para que los vencedores de los juegos fuesen admitidos en los banquetes públicos.

(2) Pequeña ciudad industrial en el valle del Lico, en que abundaban las asociaciones profesionales ligadas al culto de Apolo Tirimneo y al culto imperial.

(3) La figura de Jezabel está tomada de I. Reg. 16, 31 s., y representa sin duda alguna persona importante que engañaba a los fieles, sobre la licitud de asistir a los banquetes, que con frecuencia celebraban las dichas sociedades.

(4) Está tomada la palabra en sentido metafórico, como en los profetas, por el culto de los ídolos.

(1) Son sin duda los principios, acaso gnósticos, en que apoyaban esa conducta práctica que aquí reprende el profeta.

(2) Es decir, le haré brillar en el cielo como la estrella matutina, según el uso de esta imagen en Dan. 12, 3 y I Cor. 15, 40.

(3) Antigua capital de la Lidia, muy importante por su comercio y famosa por su molicie y sensualidad (Herod. 1, 155). No puede ser más triste la imagen que nos traza de la iglesia de Sardes, muerta a la vida de la gracia, acaso por la influencia de la molicie reinante.

(4) Con la corrupción pagana y que por eso se vestirán conmigo de blanco, que es vestidura de fiesta y de triunfo.

(5) Esta imagen derivada de Ex. 32, 33 y Salmo 68, 29, representa el libro en que están escritos los justos, los que tienen vida delante de Dios, y están destinados a vida eterna.

Carta a la iglesia de Filadelfia.

7 Al ángel de la iglesia de Filadelfia (1), escríbele: Esto dice el
Santo, el Verdadero, el que tiene la
llave de David, el que abre y nadie
cierra, y cierra y nadie abre. 8 Conozco tus obras, mira que he puesto
ante ti una puerta abierta (2) que
nadie puede cerrar, porque teniendo
poco poder guardaste, sin embargo, mi
palabra y no negaste mi nombre.
9 He aquí que yo te entregaré algunos de la sinagoga de Satán, de esos
que dicen ser judíos (3) y no lo son,
sino que mienten; yo los obligaré a
venir y postrarse a tus pies, y a reconocer que te amo. 10 Porque has conservado mi paciencia, yo también te
guardaré en la hora de la tentación,
que está para venir sobre la tierra,
para probar a los moradores de ella.
Vengo pronto. 11 Guarda bien lo que
tienes, no sea que otro se lleve tu
corona. 11 Al vencedor yo le haré columna (4) en el templo de mi Dios,
y no saldrá ya jamás fuera de él,
y sobre él escribiré el nombre de
Dios y el nombre de la ciudad de mi
Dios, de la nueva Jerusalén, la que
desciende del cielo, y mi nombre
nuevo. 13 El que tenga oídos, oiga
lo que el Espíritu dice a las iglesias.

Carta a la iglesia de Laodicea.

14 Y al ángel de la iglesia de Laodicea (5), escríbele: Esto dice el
Amén, el testigo fiel y veraz, el
principio de la creación de Dios:
15 Conozco tus obras y que no eres
ni frío ni caliente. 16 Ojalá fueras
frío o caliente, mas porque eres
tibio (1), y no eres caliente ni frío,
estoy para vomitarte de mi boca.
17 Porque dices: Yo soy rico y me he
enriquecido y de nada tengo necesidad, y no sabes que eres un desdichado, un miserable, un indigente,
un ciego, y un desnudo; 18 te aconsejo
que compres de mi oro acrisolado por
el fuego, para que te enriquezcas,
y vestiduras blancas para que te
vistas, y no aparezca la vergüenza
de tu desnudez, y colirio para ungir
tus ojos a fin de que veas. 19 Yo reprendo y corrijo a cuantos amo:
ten, pues, celo y arrepiéntete. 20 Mira
que estoy a la puerta y llamo: si
alguno escucha mi voz y abre la
puerta, yo entraré a él y cenaré con
él y él conmigo. 21 Al que venciere le
haré sentarse conmigo en mi trono,
así como yo también vencí, y me
senté con mi Padre en su trono.
22 El que tenga oídos, oiga lo que el
Espíritu dice a las iglesias.

(1) Ciudad al Sudeste de Sardes, gran centro de comunicaciones, situada en una región fértil pero muy expuesta a los terremotos.

(2) Acaso una alusión a la facilidad de sus comunicaciones, y significa un campo abierto a la evangelización, para crecer y desarrollarse.

(3) No lo son por la fe sincera en las promesas divinas, que distinguen al pueblo de Israel; a éstos los traerá Dios a sincera conversión y a postrarse ante la pequeña comunidad de Filadelfia.

(4) Le daré un puesto de honor en el templo de Dios, puesto que conservará para siempre, y llevará el nombre de Dios como cosa que le pertenece y está consagrada.

(5) Ciudad de la Frigia, en el valle del Lico, famosa por sus manufacturas de lana, por su escuela de medicina, su templo de Esculapio y sus específicos para curar la vista. Era rica, como que al ser destruída el año 61 por un terremoto rehusó el socorro imperial para su restauración.

El Juez Supremo y su corte

4 1 Después de estas cosas tuve
una visión (2); y vi una puerta
abierta en el cielo, y la voz, aquella primera, que había oído como
de trompeta, me hablaba y decía:
Sube acá, y te mostraré las cosas
que han de acaecer después de éstas.
2 Al instante, en espíritu, vi un
trono (3), que estaba colocado en
medio del cielo, y sobre el trono, uno
sentado. 3 Y el que estaba sentado
me parecía semejante a la piedra de
jaspe y al sardónico, y el arco iris
que rodeaba el trono era semejante
a una esmeralda. 4 Y alrededor del
trono vi otros veinticuatro tronos (4),
y sobre los tronos estaban sentados
veinticuatro ancianos, vestidos de
vestiduras blancas y con coronas de
oro sobre sus cabezas. 5 Y salían del

(1) Imagen natural, tomada del agua tibia, que excita el vómito.

(2) Los dos capítulos 4 y 5 se hallan inspirados, sobre todo, en Is. 6, Ez. 1, 3, y Dan. 7 y nos describen la corte celestial en que mora el Soberano del universo y el Cordero divino, que comparte su trono.

(3) Es el trono de Dios, que no es designado sino bajo la fórmula vaga que sigue, para indicar que supera toda descripción.

(4) Que forman como el senado de Dios, igual en Is. 24, 23 y I Reg. 22, 19 ss.

trono relámpagos, y voces, y truenos, y siete lámparas (1) de fuego ardían delante del trono, que eran los siete espíritus de Dios; [6] Y delante del trono había como un mar de vidrio (2) semejante al cristal, y en medio del trono y en rededor de él cuatro vivientes, llenos de ojos por delante y por detrás. [7] El primer viviente era semejante a un león, el segundo viviente semejante a un toro, el tercero tenía semblante como de hombre, y el cuarto era semejante a un águila voladora.

[8] Los cuatro vivientes tenían cada uno de ellos seis alas, y todo en torno y dentro estaban llenos de ojos, y no se daban reposo día y noche, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso, el que era, el que es y el que viene. [9] Y siempre que los vivientes daban gloria, honor y acción de gracias al que está sentado en el trono, que vive por los siglos de los siglos, [10] los veinticuatro ancianos caían delante del que está sentado en el trono, y se postraban ante el que vive por los siglos de los siglos, y arrojaban sus coronas delante del trono, diciendo: [11] Digno eres, Señor, Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen, y fueron creadas.

El Cordero.

5 [1] Y vi a la derecha del que estaba sentado en el trono un libro (3), escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos. [2] Y vi un ángel poderoso, que pregonaba a grandes voces: ¿Quién será digno (1) de abrir el libro y desatar sus sellos? [3] Y nadie podía, ni en el cielo, ni en la tierra, ni debajo de la tierra abrir el libro, ni verlo. [4] Y yo lloraba mucho, porque ninguno era hallado digno de abrirlo y de verlo. [5] Pero uno de los ancianos me dijo: No llores, mira que ha vencido (2) el león de la tribu de Judá, la raíz de David, para abrir el libro y sus siete sellos. [6] Y vi en medio del trono y de los cuatro vivientes, y en medio de los ancianos, un Cordero, que estaba en pie como degollado (3), que tenía siete cuernos y siete ojos, que son los siete espíritus de Dios, enviados a toda la tierra. [7] Y vino y tomó el libro (4) de la derecha del que estaba sentado en el trono. [8] Y cuando lo hubo tomado, los cuatro vivientes y los veinticuatro ancianos cayeron delante del Cordero (5), teniendo cada uno su cítara y copas de oro llenas de perfumes, que son las oraciones de los santos. [9] Y cantaron un cántico nuevo, que decía: Digno eres de tomar el libro y abrir sus sellos, porque fuiste degollado y con tu sangre has comprado (6) para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación, [10] y los hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes, y reinan sobre la tierra. [11] Y vi y oí la voz de

(1) Las *siete lámparas* derivadas de Zac. 4, 2 ss. que significan al Espíritu Santo por la plenitud de sus siete dones, como en 1, 4.

(2) Es la vasta extensión de los cielos concebida como un océano inmenso. Estos cuatro vivientes misteriosos, que no se pueden decir animales, porque uno tiene el aspecto de hombre, derivan de Ez. 1, 5 ss. y 10, 12 ss., donde sostienen y mueven el trono de Dios. Su número guarda relación con las cuatro partes del universo, y sus ojos indican la parte que tienen en el gobierno del mismo o de la Iglesia esparcida por todo él. Son los cuatro reyes del reino animal: el rey de las selvas y de las fieras, el rey de los ganados, el rey de los aires y el rey de la creación. Como el trono está asentado sobre los vivientes, resulta que éstos están debajo del trono y alrededor de él.

(3) Este libro, derivado sin duda de Ez. 2, 9, es el libro de los juicios de Dios sobre el mundo, los cuales habrán de ser revelados por el Cordero y consignados luego en el Apocalipsis.

(1) Manera dramática de hacer saber que sólo el Cordero de Dios es digno de revelar los juicios del Altísimo.

(2) La victoria de que aquí se trata no es otra que la pasión de Jesucristo, por la cual mereció recibir del Padre la soberanía sobre la tierra, el cielo y el infierno. Fil. 2, 8 ss.; Jn. 5, 22, 27; Act. 10, 42; Dan. 7, 13 s.

(3) Por el sacrificio mereció el Cordero este poder de abrir los sellos. *Siete cuernos*. El número *siete* significa plenitud, perfección; el cuerno es símbolo de la fuerza y el poder (Dan. 7, 7; 8, 3 s.; Zac. 1, 18 ss.), cuya plenitud el Cordero posee. Los siete ojos significan el Espíritu Santo, que da testimonio de Jesúcristo (Jn. 15, 26 s.), y cuya comunicación, según el mismo San Juan, es el fruto de la pasión y glorificación de Jesucristo (Jn. 7, 36).

(4) El libro es un rollo, que de ordinario se escribía por dentro; pero éste tiene de singular que está escrito también por fuera, o mejor, por detrás.

(5) Con esta imagen tomada del salmo 141, 2, no sólo por sí le rinden homenaje, sino que lo hacen en nombre de la Iglesia, que aun lucha en la tierra. (Cf. Tob. 12, 12.)

(6) El cántico nuevo es la confesión de la obra mesiánica, la redención del mundo por la sangre del Cordero (I Cor. 6, 20; Gal. 3, 13; II Pet. 2, 1).

muchos ángeles (1) en rededor del trono, y de los vivientes, y de los ancianos; y era su número de miríadas de miríadas, y de millares de millares, [12] que decían a grandes voces: Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición. [13] Y todas las criaturas que existen en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el la mar (2), y todo cuanto hay en ellas, oí que decían: Al que está sentado en el trono y al Cordero la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. [14] Y los cuatro vivientes respondieron: Amén. Y los ancianos cayeron de hinojos y adoraron.

La apertura de los siete sellos descubre los ministros de justicia divina.

6 [1] Y así que el Cordero abrió el primero de los siete sellos, vi y oí a uno de los cuatro vivientes, que decía con voz como de trueno: [2] Ven. Y miré y vi un caballo blanco (3), y el que montaba sobre él tenía un arco, y le fué dada una corona, y salió vencedor, y para vencer aún. [3] Y cuando abrió el segundo sello, oí al segundo viviente que decía: Ven. [4] Y salió un caballo bermejo (4), y al que cabalgaba sobre él le fué concedido desterrar la paz de la tierra, y sue se degollasen unos a otros, y le fué dada una gran espada.

[5] Y cuando abrió el sello tercero oí al tercer viviente que decía: Ven. Y miré y vi un caballo negro (1), y el que le montaba tenía una balanza en la mano. [6] Y oí como una voz en medio de los cuatro vivientes que decía: Dos libras de trigo por un denario, y seis libras de cebada por un denario, pero el aceite y el vino ni tocarlos. [7] Y cuando abrió el sello cuarto oí la voz del cuarto viviente que decía: Ven. [8] Y mire y vi un caballo bayo (2), y el que cabalgaba sobre él tenía por nombre Mortandad, y el infierno le acompañaba. Y fuéles dado poder sobre la cuarta parte de la tierra. para matar con la espada, y con el hambre, y con la peste, y con las fieras de la tierra.

[9] Y cuando abrió el quinto sello, vi debajo del altar (3) las almas de los que habían sido degollados por la palabra de Dios y por el testimonio que guardan. [10] Y clamaban a grandes voces, diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor (4), Santo, Verdadero, no juzgarás y vengarás nuestra sangre en los que moran sobre la tierra? [11] Y a cada una le fué dada una túnica blanca (5), y les fué dicho que estuvieran callados un poco de tiempo aún, hasta que se completaran sus consiervos y sus hermanos, que también habían de ser muertos como ellos.

---

(1) A la voz de aquéllos, que ocupan el primer lugar en la corte de Dios, siguen luego todos los demás coros celestiales, aclamando al Cordero y pregonándole digno del poder recibido (Deut. 33, 2; Dan. 7, 10).

(2) No sólo la corte celestial, sino todas las demás criaturas se asocian a esta glorificación de Dios y del Cordero. En el hombre rescatado, toda la naturaleza se siente redimida y suspira por la redención plena de los hijos de Dios, según dice San Pablo Rom. 8, 19. La asociación del Cordero a esta glorificación de Dios creador y la expresión de la consustancialidad de las divinas Personas como el «tribus honor unus», que tanto se repite en la Liturgia.

(3) Los cuatro caballos proceden sin duda de la visión de Zac. 6, 1-7. Van apareciendo en la escena; para que el profeta se dé cuenta de ellos, a la voz de los cuatro vivientes, que tienen la superintendencia del mundo, como ministros de la divina Providencia. El color del caballo blanco indica victoria y salud (19, 11) y representa a Jesucristo o más bien a sus Apóstoles y ministros, que llevan el Evangelio por el mundo, que han logrado ya grandes triunfos, pero que aún alcanzarán otros mayores.

(4) Este caballo, de color de sangre, simboliza la guerra, como instrumento de la justicia de Dios.

(1) Representa el hambre negra, en la cual un litro de trigo valdría un denario, esto es, el jornal de un obrero (Mt. 20, 2); el aceite y el vino debían ser mirados como artículos de lujo, inasequibles de todo punto.

(2) El nombre indica que simboliza la peste, el tercer azote con que Dios castiga a la humanidad, y que suele andar en compañía de los dos anteriores.

(3) Como en el templo, concibe el profeta que había delante de Dios un altar, el de los holocaustos, bajo el cual están las almas de los mártires, que fueron sacrificadas por la palabra de Dios y por dar testimonio de ella.

(4) Esta súplica de los mártires, el primero de los cuales es San Esteban, que murió pidiendo perdón para sus verdugos, está concebida en la forma de las imprecaciones de los salmos. Lo que piden al Señor es el cumplimiento de su justicia (Lc. 18, 7).

(5) La túnica blanca es la vestidura de los triunfadores. Los mártires desde ahora participan de la gloria y del triunfo, y con esto tienen mayor motivo para esperar el pleno cumplimiento de las promesas divinas.

12 Y oí, cuando abrió el sexto sello,
y hubo un gran terremoto (1), y
el sol se volvió negro como un saco
de pelo de cabra, y la luna se tornó
toda como sangre, 13 y las estrellas
del cielo cayeron sobre la tierra,
como la higuera deja caer sus higos
sacudida por un viento fuerte, 14 y
el cielo se enrolló como un libro que
se enrolla, y todos los montes e islas
se movieron en sus lugares. 15 Y los
reyes de la tierra, y los magnates, y
los tribunos, y los ricos, y los pode-
rosos, y todo siervo, y todo libre se
ocultaron en las cuevas y en las peñas
de los montes. 16 Y decían a los
montes y a las peñas: Caed sobre
nosotros y ocultadnos de la cara del
que está sentado en el trono y de la
cólera del Cordero, 17 porque ha lle-
gado el día grande de su ira, ¿y quién
podrá tenerse en pie?

La muchedumbre de los mortíferos.

7 1 Después de esto vi cuatro ánge-
les (2), que estaban en pie sobre
los cuatro ángulos de la tierra, y
retenían los cuatro vientos de ella,
para que no soplase viento alguno
sobre la tierra, ni sobre el mar, ni
sobre ningún árbol. 2 Y vi otro ángel,
que subía del naciente del sol, y
tenía el sello de Dios vivo, y gritó
con voz fuerte a los cuatro ángeles,
a quienes había sido encomendado
dañar a la tierra y al mar, diciendo:
3 No hagáis daño a la tierra, ni al
mar, ni a los árboles, hasta que ha-
yamos sellado (3) a los siervos de
nuestro Dios en sus frentes. 4 Y oí
que el número de los sellados era de
ciento cuarenta y cuatro mil sella-
dos (1), de todas las tribus de los
hijos de Israel: 5 De la tribu de Judá
doce mil sellados, de la tribu de Rubén
doce mil, de la tribu de Gad doce
mil, 6 de la tribu de Aser doce mil,
de la tribu de Neftalí doce mil, de la
tribu de Manasés, doce mil, 7 de la
tribu de Simeón doce mil, de la tribu
de Isacar doce mil, 8 de la tribu de
Zabulón doce mil, de la tribu de José
doce mil, de la tribu de Benjamín
doce mil.

9 Después de esto miré y vi una
muchedumbre grande (2), que nadie
podía contar, de toda nación, tribu,
pueblo y lengua, que estaban de-
lante del trono y del Cordero, vesti-
dos de túnicas blancas y con palmas
en sus manos. 10 Y clamaban con
grande voz, diciendo: Salud a nuestro
Dios, al que está sentado en el trono,
y al Cordero. 11 Y todos los ángeles
estaban en pie alrededor del trono
y de los ancianos y de los cuatro
vivientes, y cayeron sobre sus rostros
delante del trono y adoraron a Dios,
diciendo: Amén. 12 Bendición, gloria,
sabiduría, acción de gracias, honor,
poder y fortaleza a nuestro Dios por
los siglos de los siglos (3), amén.
13 Y tomó la palabra uno de los an-
cianos y me dijo: Estos, vestidos de
túnicas blancas, ¿quiénes son y de
dónde vinieron? 14 Y le respondí:
Señor mío, eso tú lo sabes. Y me re-
plicó: Estos son los que vienen de
la gran tribulación (4), y lavaron sus

(1) Toda esta larga descripción de la naturaleza que parece desquiciarse, es un elemento principal del estilo apocalíptico, como puede verse en Is. 24, 19 ss.; Jer. 4, 20 ss.; Jo. 2, 10 ss.; Mt. 24, 29 ss., y significan la grandeza del poder y majestad de Dios, y asimismo la grandeza del juicio divino que toda la naturaleza presiente.

(2) Estos ángeles son los que gobiernan los cuatro vientos principales, portadores de males, y como tales, instrumentos de la justicia divina (Jer. 49, 36; Zac. 6, 5).

(3) Esta imagen recuerda la señal puesta en las casas de los hebreos, según Ex. 12, 21 ss. y mejor Is. 44, 5 y Ez 9, 4. que habla de sellar cada individuo. El sello mira a preservarlos de los males con que el mundo es amenazado.

(1) Todos estos ciento cuarenta y cuatro mil son los fieles convertidos del judaísmo. Para conservar el número sagrado de doce, se omite en la enumeración de las tribus la de Dan. Claro es que los números no tienen más que valor simbólico. Tal vez este cuadro provenga de Ez. 48, 1 ss.

(2) Después del Israel de Dios (Gal. 6, 16), el profeta, no menos enamorado de la idea de la salud de Israel que San Pablo, pasa a describirnos la muchedumbre de los convertidos de la gentilidad, que son sin número. El profeta los ve a todos anticipadamente en el cielo aclamando a Dios y al Cordero, autor de su salud. Con esto mira el autor a avivar más en sus lectores la esperanza del triunfo, que es la idea fundamental del libro.

(3) Es la respuesta que dan los ejércitos angélicos a la aclamación de la Iglesia, a la cual ellos añaden una nueva aclamación, un nuevo hosanna.

(4) Según Mt. 24, 21, es la última tribulación la mayor que hubo ni habrá jamás; pero sin duda aquí no tiene significación tan concreta, pues mira a todos los fieles a los cuales no han de faltar pruebas y persecuciones, según la promesa del Señor y la historia de la Iglesia

túnicas y las blanquearon en la sangre del Cordero. 15 Por eso están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche (1) en su templo, y el que está sentado en el trono extiende sobre ellos su tabernáculo. 16 Ya no tendrán hambre, ni tendrán ya sed, ni caerá sobre ellos el sol, ni ardor alguno, 17 porque el Cordero, que está en medio del trono, los apacentará y los guiará a las fuentes de aguas de vida, y Dios enjugará toda lágrima de sus ojos.

Los cuatro primeros de los siete trompetas.

8 1 Y cuando abrió el séptimo sello, hubo un silencio en el cielo (2) por espacio como de media hora. 2 Y vi siete ángeles, que estaban en pie delante de Dios (3), a los cuales fueron dadas siete trompetas. 3 Y llegó otro ángel, y púsose en pie junto al altar, con un incensario de oro, y fuéronle dados muchos perfumes, para unirlos a las oraciones de todos los santos sobre el altar de oro, que está delante del trono. 4 Y el humo de los perfumes subió con las oraciones de los santos, de la mano del ángel a la presencia de Dios. 5 Y tomó el ángel el incensario, y lo llenó del fuego del altar, y lo arrojó sobre la tierra (4); y hubo truenos, voces, relámpagos y temblores. 6 Y los siete ángeles, que tenían las siete trompetas se dispusieron a tocarlas.

7 Y tocó el primero la trompeta, y hubo granizo y fuego mezclado con sangre, que fué arrojado sobre la tierra; y quedó abrasada la tercera parte de la tierra, y quedó abrasada la tercera parte de los árboles, y toda hierba verde quedó abrasada. 8 Y el segundo ángel tocó la trompeta y fué arrojada en el mar como una gran montaña ardiendo en llamas, y convirtióse en sangre la tercera parte del mar, 9 y murió la tercera parte de las criaturas que hay en el mar de las que tienen vida, y la tercera parte de las naves fué destruída. 10 Y tocó la trompeta el tercer ángel, y cayó del cielo un astro grande (1), ardiendo como una tea, y cayó en la tercera parte de los ríos, y en las fuentes de las aguas. 11 Y el nombre de ese astro es Ajenjo. Y convirtióse en ajenjo la tercera parte de las aguas, y muchos de los hombres murieron por las aguas, que se habían vuelto amargas. 12 Y tocó el cuarto ángel la trompeta, y fué herida la tercera parte del sol (2), y la tercera parte de la luna, y la tercera parte de las estrellas, de suerte que se oscureció la tercera parte de las mismas, y el día perdió una tercera parte de su brillo, y asimismo la noche. 13 Y vi y oí un águila (3), que volaba por medio del cielo, diciendo con poderosa voz: ¡Ay, ay, ay de los moradores de la tierra por los restantes toques de trompeta, de los tres ángeles, que todavía han de tocarla!

Los tres últimos trompetas.

9 1 Y el quinto ángel sonó la trompeta, y vi una estrella (4), que caía del cielo sobre la tierra, y le fué dada la llave del pozo del abis-

---

(Jn. 16, 33; II Tim. 3, 12). Las túnicas blancas representan la blancura de sus almas, adquirida por los méritos del Cordero (Hebr. 9, 14; I Jn. I, 7; Apoc. 22, 14).

(1) Como sacerdotes de Dios, según la sentencia de 5, 10.

(2) Es un entreacto, durante el cual se preparan los actores, que comenzarán a actuar en el versículo siguiente. En esta sección la escena pasa del cielo a la tierra, y marca la ejecución de los juicios de Dios contra el mundo.

(3) Los siete trompetas son como los ordenanzas divinos, que traerán sobre el mundo las calamidades con que Dios ejerce sus juicios.

(4) El fuego santo, al caer sobre el mundo manchado de pecados, excita más la cólera divina y acelera el castigo. Esto indican los truenos y relámpagos que siguen a la caída del fuego sagrado.

(1) La amargura del ajenjo se menciona en Jer. 9, 15; 23, 15; Lam. 3, 15 para expresar las interiores amarguras y pesares, que Dios derramará sobre los corazones de los malos.

(2) Es un eclipse, expresado en términos ponderativos, con más la lluvia de estrellas, presagio de grandes calamidades para los antiguos (Is. 13, 10 s.; Jo. 4, 15; Am. 8, 9 s.). Al contrario, Is. 30, 26; 60, 19 s.

(3) El águila, como mensajera de calamidades, es usada por Jer. 48, 40; 49, 22. La introducción del águila sirve al profeta para dividir las trompetas en dos grupos de cuatro y tres, y prolongar el efecto de la visión, que es pintarnos la grandeza de la justicia divina y la magnitud de sus castigos sobre la tierra.

(4) La estrella es Satán, según Is. 14, 12 ss. y Lc. 10, 18. La nube de langostas es una imagen tomada de Jo. 1, 4 ss., y simboliza a los espíritus infernales encargados de dañar a los hombres que no tienen el sello de Dios en su frente.

mo; [3] y abrió el pozo del abismo, y subió del pozo humo, como el humo de un gran horno, y se oscureció el sol y el aire a causa del humo del pozo. [3] Y del humo salieron langostas sobre la tierra, y les fué dado poder, como el poder que tienen los escorpiones de la tierra. [4] Y les fué dicho que no dañasen la hierba de la tierra, ni ninguna verdura, ni ningún árbol, sino sólo a los hombres que no tienen el sello de Dios sobre sus frentes. [5] Y se dió orden de que no los matasen, sino que fuesen atormentados durante cinco meses (1); y su tormento era como el tormento del escorpión cuando hiere al hombre. [6] Y los hombres buscarán en aquellos días la muerte y no la hallarán, y desearán morir y la muerte huirá de ellos. [7] Y las langostas eran semejantes a caballos (2) preparados para la guerra, y tenían sobre sus cabezas como coronas semejantes al oro, y sus rostros eran como rostros de hombre; [8] y tenían cabellos como cabellos de mujeres, y sus dientes eran como de león; [9] y tenían corazas como corazas de hierro, y el ruido de sus alas era como el ruido de muchos caballos, que corren a la guerra. [10] Y tenían colas semejantes a los escorpiones, y aguijones, y en sus colas residía su poder de dañar a los hombres por cinco meses. [11] Y por rey tienen sobre sí al ángel del abismo, cuyo nombre es en hebreo Abadon (3), y en griego tiene por nombre Apolyon. [12] El primer ¡ay! pasó (4); he aquí que vienen aún otros dos ¡ayes! después de esto.

[13] Y el sexto ángel sonó la trompeta, y oí una voz que salía de los cuatro ángulos del altar de oro (5), que está en la presencia de Dios, [14] que decía al sexto ángel, que tenía la trompeta: Suelta los cuatro ángeles que están ligados sobre el gran río (1) Eufrates. [15] Y fueron sueltos los cuatro ángeles, que estaban preparados para la hora, y para el día, y para el mes, y para el año, a fin de que diesen muerte a la tercera parte de los hombres. [16] Y el número de los del ejército de la caballería era de dos miríadas de miríadas; yo oí su número. [17] Y asimismo vi en la visión los caballos y los que cabalgaban sobre ellos, que tenían corazas color de fuego, y de jacinto, y de azufre; y las cabezas de los caballos eran como cabezas de leones, y de su boca salía fuego (2), y humo, y azufre. [18] Y con las tres plagas perecieron la tercera parte de los hombres, es a saber, por el fuego, y por el humo, y por el azufre, que salía de su boca. [19] Y el poder de los caballos estaba en su boca y en sus colas, pues las colas eran semejantes a serpientes, tenían cabezas y con ellas dañaban.

[20] Y el resto de los hombres (3), que no murió de estas plagas, no se arrepintieron de las obras de sus manos, no adorando más a los demonios, ni a los ídolos de oro y de plata, de bronce y de piedra y de madedera, los cuales ni pueden ver ni oír, ni andar; [21] y no se arrepintieron de sus homicidios, ni de sus maleficios, ni de su fornicación, ni de sus robos.

El librito profético.

10 [1] Y vi otro ángel poderoso (4), que descendía del cielo, envuel-

(1) Esta cifra de cinco meses está tomada del tiempo que dura la plaga de la langosta en Asia.

(2) La descripción está inspirada en Joel, pero agravada con nuevos elementos para hacerlas más terribles y para que mejor respondan a la nueva realidad, que el profeta por ellas quiere significar.

(3) Abaddon vale tanto como ruina, destrucción, y en hebreo suele tomarse por sinónimo de *seol*, infierno, personificado aquí para atribuirle el principado de todos los espíritus infernales.

(4) Pasó la descripción del primer «¡ay!» en la plaga anterior; pero su realización continuará hasta el fin, como la de las otras.

(5) Este altar es el de los perfumes, donde se ofrecen a Dios las oraciones de la Iglesia, que son las que traen sobre los hombres estas plagas de su justicia, aunque ordenadas más bien a la conversión de los hombres, según la conclusión del versículo 20 s.

(1) Era el Eufrates el límite oriental del Imperio y el baluarte contra los partos, la gran pesadilla de Roma, y más aún de las provincias orientales. De aquí toma el profeta la imagen de este nuevo azote.

(2) Estos rasgos indican que la caballería descrita con caracteres tan espeluznantes es la caballería infernal, cuyas armas son el fuego, el humo y el azufre, elementos del abismo.

(3) Las plagas hasta aquí mencionadas, por su naturaleza espiritual sólo dañan a los paganos, no a los fieles, y como los egipcios del tiempo del éxodo, lejos de arrepentirse, se endurecen más y más en sus pecados, que son la idolatría y los otros que el profeta, como el Apóstol, considera como frutos de esta (Rom. 1, 24 ss.).

(4) Toda la descripción de este ángel, la

to en una nube; tenía sobre su cabeza el arco iris y su rostro era como el sol, y sus pies como columnas de fuego, [2] y en su mano tenía un librito abierto. Y poniendo su pie derecho sobre el mar y el izquierdo sobre la tierra, [3] gritó con poderosa voz, como león que ruge. Y cuando gritó, hablaron los siete truenos con sus propias voces. [4] Y cuando hubieron hablado los siete truenos, iba yo a escribir; pero oí una voz del cielo, que me decía: Sella las cosas que han hablado los siete truenos y no las escribas. [5] Y el ángel, que yo había visto estar sobre el mar y sobre la tierra, levantó al cielo su mano derecha, [6] y juró por el que vive por los siglos de los siglos, que creó el cielo y cuanto hay en él, la tierra y cuanto en ella hay, y el mar y cuanto existe en él, que no habrá más tiempo, [7] sino que en los días de la voz del séptimo ángel (1), cuando él suene la trompeta, se cumplirá el misterio de Dios, como El lo anunció a sus siervos los profetas. [8] Y la voz que yo había oído del cielo, de nuevo me habló y me dijo: Ve, toma el librito abierto de mano del ángel que está sobre el mar y sobre la tierra. [9] Y fuíme hacia el ángel, diciendo que me diese el librito. Y él me respondió: Toma y cómelo (2), y amargará tu vientre, mas en tu boca será dulce como la miel. [10] Y tomé el librito de la mano del ángel, y me puse a comerlo, y era en mi boca como miel dulce; pero cuando lo hube comido sentí amargadas mis entrañas. [11] Y me dijeron: Es preciso que de nuevo profetices (3) a los pueblos, a las naciones, a las lenguas y a los reyes numerosos.

claridad de rostro, el arco iris que rodea su cabeza, indica que viene en son de paz, que anuncia un juicio de benevolencia y amor. El librito que trae en la mano está abierto, porque las cosas que contiene ya están patentes al profeta.

(1) No habrá más tiempo, esto es, más dilación de las promesas divinas sobre la salud mesiánica, las cuales están a punto de cumplirse. Este pasaje nos indica claramente que nos hallamos en el punto decisivo de la acción de Dios en el mundo, la plenitud de los tiempos, el cumplimiento de las promesas tantas veces repetidas por los profetas.

(2) La imagen está tomada de Ez. 3, 1 s., y significa el apropiarse el contenido del libro. Su gusto dulce y amargo significa la naturaleza de su contenido, que es a la vez de amor y de justicia.

(3) Esta nueva profecía mira a las naciones y a Israel mismo, que deben sufrir un juicio divino antes de cumplirse el misterio de Dios,

Los dos testigos.

11 [1] Y fuéme dada una caña (1), semejante a una vara, diciendo: Levántate y mide el templo de Dios, y el altar, y a los que adoran en él. [2] Y el atrio exterior del templo, déjalo fuera, y no lo midas, porque ha sido entregado a las naciones, que hollarán la ciudad santa, durante cuarenta y dos meses. [3] Y mandaré a mis dos testigos (2) para que profeticen, durante mil doscientos sesenta días, vestidos de saco. [4] Estos son los dos olivos y los dos candeleros, que están delante del Señor de la tierra. [5] Si alguno quisiere hacerles daño, saldrá fuego de su boca, que devorará a sus enemigos. Todo el que quiera dañarlos morirá. [6] Ellos tienen poder de cerrar el cielo para que la lluvia no caiga los días de su ministerio profético, y tienen poder sobre las aguas para tornarlas en sangre, y para herir la tierra con todo género de plagas cuantas veces quisieren. [7] Y cuando hubieren acabado su testimonio (3), la bestia, que sube del abismo, les hará la guerra, y los vencerá, y les quitará la vida. [8] Y su cuerpo yacerá en la plaza de la gran

o sea el misterio del Mesías. Y aunque es verdad que el Hijo del hombre no vino a juzgar (Jn. 12, 47), sino a salvar y dar su vida en redención por muchos (Mt. 20, 28); pero también lo es que quien no cree en El a sí mismo se condena (Jn. 3, 18).

(1) La imagen está tomada de Ez. 40, 3, Zac. 2, 1, y tiene por objeto hacer en el templo, que es la representación de la religión de Israel, un deslinde entre la parte que será entregada a la profanación de los idólatras y la parte que quedará libre de esta profanación, y en que se desarrollará la vida religiosa de los fieles al Señor

(2) La descripción que luego hace de los dos testigos por los caracteres tomados de la historia de Moisés y Elías, es evidente que mira a estos dos personajes, en cuanto representan la ley y el profetismo. Los mismos y con la misma representación aparecen en la transfiguración de Jesucristo, según los relatos evangélicos.

(3) Estos dos versículos nos dicen el fin de los que en la historia de Israel llevaron la representación de la verdad de Dios. Son infinitos los pasajes de la Escritura en que se da de esto claro testimonio. Cf. II Cr. 36, 14 ss., que resume la historia antigua, y Lc. 13, 34 s., en que Jesucristo hace el mismo resumen en términos más patéticos.

ciudad (1), que espiritualmente se llama Sodoma y Egipto, donde su Señor fué crucificado. [9] Y los pueblos, las tribus, las lenguas y las naciones verán sus cuerpos durante tres días y medio, (2) y no permitirán que sus cuerpos sean puestos en el sepulcro. [10] Y los moradores de la tierra se alegrarán a causa de ellos, y se regocijarán, y mutuamente se mandarán regalos, porque estos dos profetas eran el tormento de los moradores de la tierra. [11] Y después de tres días y medio, un espíritu de vida que procede de Dios entró en ellos, y los hizo levantarse sobre sus pies, y un temor grande se apoderó de quienes los contemplaban. [12] Y oí una gran voz del cielo, que les decía: Subid acá. Y subieron al cielo en una nube, y viéronlos subir sus enemigos. [13] Y en aquella hora se produjo un gran terremoto (3), y vino al suelo la décima parte de la ciudad, y perecieron en el terremoto hasta siete mil seres humanos, y los restantes quedaron llenos de espanto, y dieron gloria al Dios del cielo. [14] El segundo ¡ay! ha pasado; he aquí que llega el tercer ¡ay!.

Llega el reino de Dios.

[15] Y el séptimo ángel tocó la trompeta (4), y oyéronse en el cielo grandes voces, que decían: Ya llegó el reino de nuestro Dios y de su Cristo sobre el mundo, y reinará por los siglos de los siglos. [16] Y los veinticuatro ancianos (5), que estaban sentados delante del trono de Dios, cayeron sobre sus rostros y adoraron a Dios, diciendo: [17] Dámoste gracias, Señor, Dios todopoderoso, el que es, el que era, porque has cobrado tu gran poder, y entrado en posesión (1) de tu reino. [18] Las naciones se habían enfurecido, pero llegó tu ira, y el tiempo de que sean juzgados los muertos, y de dar la recompensa a tus siervos los profetas, a los santos y los que temen tu nombre, a los pequeños y a los grandes, y destruir a los que destruían la tierra.

La encarnación del Hijo de Dios y las encarnaciones del dragón. (11. 19-14. 5.)

[19] Y se abrió el templo de Dios (2), que está en el cielo, y dejóse ver el arca del testamento en su templo, y hubo relámpagos, y voces, y rayos, y un temblor, y granizo fuerte.

El Mesías y el dragón.

12 [1] Y apareció en el cielo una señal grande, una mujer envuelta en el sol (3), con la luna debajo

(1) Era la mayor calamidad que podía acaecer ser privado de sepultura, pero aquí sirve para poner más de manifiesto su triunfo.

(2) Los profetas reprendían la idolatría y los vicios de las naciones, y anunciaban su castigo, por eso figuran aquí alegrándose por la muerte de los profetas con la Jerusalén infiel.

(3) Es la ciudad de Jerusalén la que sufre el terremoto y son sus habitantes los que mueren en castigo de su infidelidad. No se ve que corresponda a ningún suceso particular; es una imagen de la justicia vengadora de Dios sobre a ciudad rebelde.

(4) Con esto llegamos al momento decisivo de la venida del reino de Dios. Las voces que suenan lo dicen bien claro y concuerdan con el anuncio del ángel en 10, 5 ss.

(5) Dan gracias a Dios por esta suprema manifestación de su amor y de su gloria, y al mismo tiempo de su justicia. El profeta toma los colores de los profetas del Antiguo Testamento, que ven el reino de Dios inaugurado con un acto de justicia sobre Israel y sobre el mundo.

(1) Lo da como sucedido, según el estilo de los profetas, pero su cumplimiento viene luego en el versículo 19. Por eso omite en los calificativos del nombre divino «el que llega», porque ya le da por presente. Contiene este capítulo una síntesis de la historia sagrada del Antiguo Testamento, y el juicio que tantas veces anuncian los profetas como previo al establecimiento del reino de Dios en la tierra. De este juicio sólo el *resto escogido* se salvaría, quedando los demás condenados por su infidelidad. La destrucción de Jerusalén por Tito, que anunció el Salvador, no es todo este juicio, pero es el episodio más importante de él, sobre todo por la destrucción del templo, que implica la ruptura de la antigua alianza de Dios con Israel.

(2) Este versículo señala el comienzo de la segunda parte, la revelación del gran misterio de Dios. La imagen es clara, ya que el templo era la morada de Dios y el arca su símbolo. Uno y otra estaban ocultos a los ojos de los mortales, a causa de su misma santidad. El abrirse indica la revelación de Dios por el Misterio de la Encarnación, por la cual «el Verbo habitó entre nosotros» y «nos dejó ver la gloria del Padre» (Jn. 1, 14, 18). Los relámpagos y los truenos son las salvas con que la naturaleza saluda la aparición de Dios en la tierra.

(3) Esta mujer es la Iglesia del Antiguo Testamento, que da a luz al Mesías en medio de grandes pruebas y ansias, con que suspiraba tantos siglos por su venida.

de sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas, [2] y estando encinta, gritaba con los dolores de parto y las ansias de parir. [3] Y apareció en el cielo otra señal, y vi un gran dragón (1), de color de fuego, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre las cabezas siete coronas. [4] Y con su cola arrastró la tercera parte de los astros del cielo, y los arrojó a la tierra. Y se paró el dragón (2) delante de la mujer, que estaba a punto de parir, para tragarse a su hijo en cuanto lo pariese [5] Y parió un varón (3), que ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro, pero el Hijo fué arrebatado a Dios y a su trono. [6] La mujer huyó al desierto (4), en donde tenía un lugar preparado por Dios, para que allí la alimentasen durante mil doscientos sesenta días.

La batalla en el cielo.

[7] Y hubo una batalla en el cielo (5): Miguel y sus ángeles peleaban con el dragón, [8] y peleó el dragón y sus ángeles, y no pudieron triunfar ni fué hallado su lugar en el cielo. [9] Y fué arrojado el dragón grande, la antigua serpiente, llamada Diablo y Satanás, que extravía a toda la redondez de la tierra, y fué precipitado en la tierra, y sus ángeles fueron con él precipitados. [10] Y oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora llega la salvación, el poder, el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo, porque fué precipitado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios de día y de noche. [11] Pero ellos le han vencido por la sangre del Cordero, y por la palabra de su propio testimonio, y menospreciaron su vida hasta morir. [12] Por eso, regocijaos, cielos y todos los que moráis en ellos. ¡Ay de la tierra y de la mar!, porque descendió el Diablo a vosotras (1) animado de gran furor, por cuanto sabe que le queda poco tiempo.

El dragón persigue a la mujer.

[13] Cuando el dragón se vió precipitado en la tierra, se dió a perseguir a la mujer (2) que había parido al Hijo varón. [14] Pero fuéronle dadas a la mujer dos alas del águila grande,

(1) El dragón es el enemigo de Dios y de su Verbo. Como la mujer, aparece en el cielo meteorológico, donde pueden ser visto de todos. Su color es rojizo, de sangre, porque es homicida desde el principio (Jn. 8, 44). Las siete cabezas y los diez cuernos, derivados de la bestia de Dan. 7, 7, indican su poder y su resistencia. Con la cola arrastra en pos de sí a una buena parte de los espíritus celestiales.

(2) Indica esto cuáles son sus propósitos: destruir en su cuna misma y en su cabeza el reino de Dios. Realización de ellos son las tentaciones de Jesucristo, la oposición a su ministerio (Lc. 10, 18; 22, 31) y la condenación a muerte por ministerio de los judíos (Jn. 13, 2, 27; Lc. 22, 53).

(3) Este versículo sintetiza la historia terrestre de Jesucristo, y las palabras del salmo 2, 9 no dejan lugar a duda sobre la naturaleza del personaje que viene al mundo, para ser luego levantado al mismo trono de Dios.

(4) La mujer, madre del Mesías, es la misma Iglesia, el Israel de Dios, sin distinción de antiguo o nuevo, el cual queda en la tierra. Y en el desierto del mundo, bajo la protección de Dios, vive mil doscientos sesenta días, es decir, media semana, tanto como había durado el ministerio profético de los dos testigos. Aquella media semana pertenece al Antiguo Testamento, esta otra al Testamento Nuevo; ambas juntas forman una semana entera, símbolo de las luchas de la Iglesia en el mundo. La imagen cronológica está tomada también de Dan. que en varias formas la repite. En el desierto la Iglesia será alimentada como Israel con el pan de la Verdad y el maná de la Eucaristía.

(5) La región propia del diablo es el cielo atmosférico, donde, además, la batalla puede ser contemplada desde la tierra por el profeta. Miguel es en Dan. 10, 12, 21; 12, 1, el arcángel, el jefe de los ejércitos celestes y el protector del pueblo de Dios; por eso figura aquí como generalísimo en esta batalla contra Satanás.

(1) El diablo, furioso por su derrota y augurando para dentro de poco otra más definitiva, se vuelve contra los moradores de la tierra, para ganarlos a sí y hacer la guerra a Dios (Ef. 2, 2).

(2) No persigue a los hijos de la infidelidad, que le están sometidos, sino a los de Dios, representados por la mujer, que es la Iglesia, y los persigue lleno de rabia, como quien sabe que en ellos persigue a Cristo. *Pero fuéronle dadas*, etc.: Esta huída de la mujer está tomada de la huída de Israel al desierto para escapar del Faraón. En el desierto, o en el alejamiento del mundo, en que reina el diablo, es alimentada por Dios, como lo fué Israel, con el maná. El tiempo de esta estancia es el señalado anteriormente en el versículo 6. Derivada de Dan. 7, 25; 12, 7, significa la media semana de duración que, según la cronología del profeta, han de durar las luchas de la Iglesia. Es posible también que esta huída de la mujer al desierto aluda a la retirada de los fieles a Pela, al otro lado del Jordán, al acercarse la guerra judía, según la palabra del Señor (Mt. 24, 16). Pero esto no cambia el simbolismo.

para que volase al desierto, a su propio lugar, donde es alimentada por un tiempo y dos tiempos y medio tiempo, lejos de la vista de la serpiente. 15 Y la serpiente arrojó de su boca, detrás de la mujer, como un río de agua, para hacer que el río la arrastrase. 16 Pero la tierra vino en ayuda de la mujer, y abrió la tierra su boca, y se tragó el río (1) que el dragón había arrojado de su boca. 17 Y se enfureció el dragón contra la mujer, y fuése a hacer la guerra contra el resto de su descendencia (2), contra los que guardan los preceptos de Dios y tienen el testimonio de Jesús. 18 Y se apostó sobre la playa del mar.

La bestia.

13 1 Y vi cómo salía del mar (3) una bestia, que tenía diez cuernos y siete cabezas, y sobre los cuernos diez diademas y sobre las cabezas nombres de blasfemia. 2 Y era la bestia, que yo vi semejante a una pantera, y sus pies eran como de oso, y su boca como la boca de un león. Y dióle el dragón su poder (4), su trono, y una autoridad muy grande. 3 Y vi a la primera de las cabezas (5) como herida de muerte, pero su llaga mortal fué curada. Y toda la tierra seguía admirada (1) a la bestia. 4 Y adoraron al dragón, porque había dado el poder a la bestia, y adoraron a la bestia diciendo: ¿Quién como la bestia? ¿Quién podrá guerrear con ella? 5 Y diósele asimismo una boca (2), que profiere palabras llenas de arrogancia, y de blasfemia, y fuéle concedida autoridad para hacerlo (3) durante cuarenta y dos meses. 6 Y abrió su boca, profiriendo blasfemias contra Dios, blasfemando de su nombre, y de su tabernáculo, de los que moran en el cielo. 7 Y fuéle otorgado hacer la guerra a los santos y vencerlos. Y fuéle concedida autoridad sobre toda tribu, y pueblo y lengua y nación. 8 Y la adoraron todos los moradores de la tierra, cuyo nombre no está escrito, desde el principio del mundo, en el libro de la vida del Cordero degollado.

La bestia segunda.

9 Si alguno tiene oídos, que oiga. 10 Si alguno está destinado a la cautividad, a la cautividad irá; si alguno mata por la espada, por la espada morirá. En esto está la paciencia y la fe de los santos. 11 Y vi otra bestia (4), que subía de la tierra, y tenía dos cuernos, semejantes a los de un cordero, pero hablaba como un dragón. 12 Y ejerció toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella, e hizo que la tierra y

(1) Las aguas, como imagen de las persecuciones, son frecuentes en los salmos; el río significa las persecuciones suscitadas contra la Iglesia con el fin de aniquilarla, y aquí especialmente las persecuciones de los judíos contra la Iglesia naciente.

(2) Desesperado de poder vencer a la mujer, es decir, a la Iglesia naciente, se vuelve el dragón contra los restantes hijos de la misma, que son los de la gentilidad, para lo cual busca los auxiliares, que el capítulo siguiente nos presenta.

(3) El mar designa aquí el Occidente, porque la bestia no es otra que Roma. La descripción de la misma está derivada de Dan, 7, 4 ss., donde nos describe los varios imperios del mundo y sobre todo el de Antíoco.

(4) La bestia es una verdadera encarnación del dragón, que en ella obra, lucha y aspira a ser adorada como Dios. Es una copia de Antíoco, según Dan. 7, 8; 11, 36.

(5) La bestia es un remedo del Cordero, y como aquél llevaba la cicatriz de su herida mortal, así la bestia tiene herida una de sus cabezas, que es uno de los emperadores (17, 10), cuya vida puso en peligro la vida misma del Imperio. Que fuera César, Augusto o Nerón, no es cosa segura.

(1) La tierra admira el poder de Roma, poder que en cuanto perseguidor no viene de Dios (Rom. 13, 1 ss.), sino del dragón; éste aspira a ser adorado en su imagen y en el culto que se daba a la diosa Roma y a sus césares.

(2) Tomado de la descripción de Antíoco; sus blasfemias son la declaración de su divinidad y la exigencia del culto religioso durante los tres años y medio que durará la vida de lucha de la Iglesia, según vimos atrás (11, 3).

(3) Como San Pedro en sus discursos ante los judíos (Act. 2, 23), así San Juan advierte que la persecución de la bestia contra los fieles y su momentánea victoria no es debida a que su poder supere el de Dios, sino a sola permisión divina.

(4) Esta segunda bestia, que es un auxiliar de la anterior, y cuya actividad se ordena a fomentar el culto de la primera y, por tanto, del dragón en ella, es la filosofía religiosa, la magia, etc., que se avenían muy bien con el culto pagano y con el culto imperial, y que por esto se declararon adversarias del cristianismo. Sus apariencias exteriores son como de cordero, pero las anima el mismo espíritu del dragón que a la primera bestia.

todos los moradores de ella adorasen a la primera bestia, cuya llaga mortal había sido curada. [13] E hizo grandes señales, hasta hacer bajar fuego del cielo a la tierra, delante de los hombres. [14] Y extravió a los moradores de la tierra con las señales que le fué dado ejecutar delante de la bestia, diciendo a los moradores de la tierra que hiciesen una imagen en honor de la bestia, que tiene una herida de espada y que ha revivido. [15] Y fuéle dado infundir espíritu en la imagen de la bestia, para que hablase la imagen e hiciese morir a cuantos no se postrasen ante la imagen de la bestia, [16] e hizo que a todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y siervos, se les imprimiese una marca (1) en la mano derecha y en la frente, [17] y que nadie pudiese comprar o vender, sino el que tuviera la marca, el nombre de la bestia o el número de su nombre (2).

[18] En esto está la sabiduría. El que tenga inteligencia calcule el número de la bestia, porque es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis.

El Cordero y su séquito.

14 [1] Y vi, y he aquí el Cordero, que estaba sobre el monte de Sión (3), y con El ciento cuarenta y cuatro mil, que llevan su nombre y el nombre de su Padre escrito en sus frentes. [2] Y oí una voz del cielo, como voz de grandes aguas, como voz de gran trueno; y la voz que oí era de citaristas, que tocaban sus cítaras [3] y cantaban un cántico nuevo, delante del trono y de los cuatro vivientes y de los ancianos; y nadie podía aprender el cántico sino los ciento cuarenta y cuatro mil, aquellos que fueron rescatados de la tierra. [4] Estos son los que no se mancharon con mujeres y son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero a dondequiera que va. Estos fueron rescatados de entre los hombres, como primicias para Dios y para el Cordero. [5] Y en su boca no se halló mentira, son inmaculados.

Los preludios del juicio contra Roma.

[6] Y vi otro ángel, que volaba por medio del cielo y tenía un evangelio eterno (1) para pregonarlo a los moradores de la tierra y a toda nación, tribu, lengua y pueblo, [7] diciendo a grandes voces: Temed a Dios y dadle gloria, porque llegó la hora de su juicio (2), y adorad al que ha hecho el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas. [8] Y un segundo ángel siguió, diciendo: Cayó, cayó Babilonia (3), la grande, que a todas las naciones dió a beber del vino del furor de su fornicación. [9] Y un tercer ángel los siguió, diciendo con voz fuerte: Si alguno adora la bestia y su imagen (4), y recibe su marca en la frente o en la mano, [10] éste beberá del vino del furor de Dios, que ha sido derramado sin mezcla en la copa de su ira, y

(1) La imagen se deriva del uso de marcar a los esclavos con el nombre de su señor. Los adoradores de la bestia son marcados para que sean reconocidos, y sólo ellos puedan participar en la vida ciudadana. En las persecuciones de Decio y Diocleciano se vino a cumplir esto casi al pie de la letra contra los fieles.

(2) El nombre de la bestia está escrito en cifras, cuyo valor es 666, o según algunos mss., 616. Estas cifras están representadas por letras, que no sabemos si estarán tomadas del alfabeto griego o del hebreo, puesto que el autor quiere aquí envolver en el misterio el nombre de la bestia. Por esto son muchos los nombres que se han propuesto, y todos convienen en designar a Roma, al César o a un emperador en particular, v. gr., Nerón.

(3) En oposición al dragón y a sus auxiliares, nos presenta aquí el profeta al Cordero en el monte Sión, símbolo del templo y de la ciudad santa, rodeado de otros ciento cuarenta y cuatro mil escogidos, que no son los de antes, sino la porción escogida de la Iglesia, los fieles que han consagrado a Dios su pureza. En razón de esta especial consagración, aparecen más unidos al Cordero, que había dicho: Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.

(1) Este evangelio eterno se halla contenido en las palabras siguientes del ángel, que es temer y adorar a Dios, huyendo de la idolatría. Esta será la norma de su juicio sobre las naciones todas, a quienes se dió a conocer por sus obras, pero no le quisieron reconocer por su Criador y Señor, adorando, en cambio, a las criaturas (Rom. 1, 18 ss.).

(2) No se trata del juicio universal, sino del particular sobre la Roma pagana y perseguidora de los santos, y en ellos de Jesucristo.

(3) En toda esta sección el autor insiste en anunciar la inminente ruina de Roma, para levantar el ánimo y las esperanzas de los fieles, y alentarlos a sufrir la persecución con la esperanza del triunfo.

(4) Era el gran peligro de los tiempos del profeta, el culto imperial, encubierto con el manto de la lealtad a Roma; de aquí la insistencia del profeta en este punto.

será atormentado con el fuego y el azufre delante de los santos ángeles y delante del Cordero. 11 Y el humo de su tormento subirá por los siglos de los siglos, y no tendrán reposo día y noche aquellos que adoren a la bestia y a su imagen, y los que reciban la marca de su nombre.

12 En esto está la paciencia de los santos (1), aquellos que guardan los preceptos de Dios y la fe de Jesús. 13 Y oí una voz del cielo, que decía: Escribe: Bienaventurados los que mueren en el Señor (2). Sí, dice el Espíritu, para que descansen de sus trabajos, pues sus obras los siguen.

14 Y miré y vi una nube blanca (3), y sentado sobre la nube a uno, semejante a un hijo del hombre, con una corona de oro sobre su cabeza, y una hoz en su mano. 15 Y salió del templo otro ángel, y gritó con fuerte voz al que estaba sentado sobre la nube: Arroja la hoz y siega, porque es llegada la hora de la siega, porque está seca la mies de la tierra. 16 Y el que estaba sentado sobre la nube arrojó su hoz sobre la tierra, y la tierra quedó segada. 17 Y otro ángel salió del templo (4), que está en el cielo, y tenía también en su mano una hoz aguda. 18 Y salió del altar otro ángel, que tenía poder sobre el fuego, y clamó con fuerte voz al que tenía la hoz aguda, diciendo: Arroja la hoz aguda y vendimia los racimos de la viña de la tierra, porque sus uvas están maduras. 19 Y el ángel arrojó su hoz sobre la tierra, y vendimió la viña de la tierra, y echó las uvas en la gran cuba del furor de Dios, 20 y fué pisada la uva fuera de la ciudad (5), y salió la sangre de la cuba hasta los frenos de los caballos por espacio de mil seiscientos estadios.

Las copas de la cólera divina, contra la ramera.

15 1 Y vi en el cielo otra señal grande y maravillosa (1), siete ángeles, que tenían siete plagas, las postreras, porque con ellas se consuma la ira de Dios. 2 Y vi como un mar de vidrio (2), mezclado de fuego, y a los vencedores de la bestia, y de su imagen y del número de su nombre, que estaban en pie sobre el mar de vidrio y tenían las cítaras de Dios, 3 y cantaban el cántico de Moisés, siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y estupendas son tus obras, Señor, Dios todopoderoso; justos y verdaderos tus caminos, Rey de las naciones. 4 ¿Quién no te temerá, Señor, y no glorificará tu nombre? Porque tú solo eres santo, y todas las naciones vendrán (3) y se postrarán delante de ti, pues tus fallos se han hecho manifiestos.

5 Y después de esto vi cómo se abrió el Templo de la tienda del testimonio en el cielo, 6 y salieron del templo (4) los siete ángeles que tenían las siete plagas, vestidos de lino puro, brillante, y ceñidos los pechos con cinturones de oro. 7 Y uno de los cuatro vivientes dió a los siete ángeles siete copas de oro, llenas de la cólera de Dios, que vive por los siglos de los siglos. 8 Y se llenó el templo de

---

(1) La sabiduría de los santos está en entender el fin de los unos y de los otros, y su paciencia en ser fieles a los dictados de esta sabiduría.

(2) El Espíritu Santo, que mora en la Iglesia, que anima al profeta, Ese es el que dice estas venturosas palabras, con que enseña a los fieles a despreciar la muerte. Lo que importa es morir en el Señor, unidos con El por la fe y por la fiel observancia de sus preceptos.

(3) El personaje de la nube recuerda al de Dan. 7, 10. Es Jesucristo, que viene a recoger la mies y guardarla en los graneros de Dios (Mt. 9, 27; Mc. 4, 29; Jn. 4, 35 ss.).

(4) Muy distinto del anterior, este ángel viene a ejecutar la justicia de Dios contra los impíos, arrojándolos en la cuba de la cólera divina, para ser en ella pisados (Is. 63, 3 s.).

(5) Fuera de Jerusalén, junto a la cual ponen los profetas el juicio de Dios (Jo. 3, 12; Zac. 14, 4). El *estadio* vale 185 metros. La imagen de esta matanza, inspirada en Dt. 32, 42, se encuentra en el libro apócrifo de Enoc: «Y su sangre (la de los pecadores) corra como un río, el caballo hollará la sangre hasta el pecho y el carro se sumergirá en ella (100, 1)».

(1) Esta sección tiene su parecido con las siete trompetas de atrás, y de ella se sirve el profeta para mostrar la cólera divina contra la ciudad perseguidora de los mártires, con el fin de sostener el valor de éstos.

(2) Representa San Juan a los vencedores celebrando las alabanzas de su Dios. Es una anticipación en el triunfo para alentar a los soldados de Cristo a la lucha.

(3) Los profetas nos presentan con frecuencia a las naciones atraídas a Dios por la vista de los prodigios que hace en favor de su pueblo. Así también aquí, y es en sustancia la fuerza indestructible de la Iglesia, sostenida por Dios, que es un argumento de su divinidad.

(4) Como si dijera que salieron de parte de Dios, cuyos mensajeros eran ejecutores de su justicia, que es una especie de sacerdocio para los ángeles.

humo (1) de la gloria de Dios y de su poder, y nadie podía entrar en el templo hasta que se hubieron consumado las siete plagas de los siete ángeles.

Las copas.

16 [1] Y del Templo oí una gran voz, que decía a los siete ángeles: Id y derramad las siete copas de la ira de Dios sobre la tierra. [2] Y fué el primero y derramó su copa sobre la tierra, y sobrevino una úlcera maligna y perniciosa sobre los hombres (2) que tenían la marca de la bestia, y que se postraban ante su imagen. [3] Y el segundo derramó su copa sobre el mar y se convirtió en sangre como de muerto (3), y murió todo ser viviente en el mar. [4] Y el tercero derramó su copa sobre los ríos, y sobre las fuentes de las aguas, y se convirtieron en sangre. [5] Y oí al ángel de las aguas, que decía: Justo eres, Tu, el que es, el que era, el Santo, porque así has juzgado. [6] Puesto que derramaban la sangre de los santos y de los profetas, tú les has dado a beber sangre; bien se lo merecen. [7] Y oí al altar que decía: Sí, Señor, Dios todopoderoso, verdaderos y justos son tus juicios.

[8] Y el cuarto derramó su copa sobre el sol (4), y fuéle dado abrasar a los hombres con el fuego. [9] Y eran abrasados los hombres con grandes ardores, y blasfemaban el nombre de Dios, que tiene poder sobre estas plagas; pero no se arrepintieron para darle gloria. [10] Y el quinto derramó su copa sobre el trono de la bestia, y su reino se cubrió de tinieblas (5), y de dolor se mordían las lenguas, [11] y blasfemaban del Dios del cielo a causa de sus trabajos y de sus úlceras, pero de sus obras no se arrepentían. [12] Y el sexto derramó su copa sobre el gran río Eufrates (1), y secóse su agua, de suerte que quedó expedito el camino a los reyes del naciente del sol. [13] Y vi que de la boca del dragón, y de la boca de la bestia, y de la boca del falso profeta salían tres espíritus inmundos (2), como ranas, que son los espíritus de los demonios, que hacen señales, que se dirigen hacia los reyes de la tierra para juntarlos a la batalla del día grande de Dios todopoderoso. [15] He aquí que voy como ladrón (3); bienaventurado el que vela y guarda sus vestidos, para no andar desnudo y que se vean sus vergüenzas. [16] Y los juntó en el sitio, que en hebreo se llama Harmagedón. [17] Y el séptimo derramó su copa en el aire, y salió del templo una gran voz, que procedía del trono de Dios, diciendo: Hecho está. [18] Y hubo relámpagos (4), y voces, y truenos y un gran terremoto, cual no lo hubo desde que existen los hombres sobre la haz de la tierra. [19] Y la gran ciudad se hizo tres partes, y hundiéronse las ciudades de las naciones, y la gran Babilonia fué recordada delante de Dios, para darle el cáliz del vino del furor de su cólera. [20] Y huyeron todas las islas, y las montañas desaparecieron. [21] Y una granizada grande, como de un talento, cayó del cielo sobre los hombres, y blasfemaron los hombres contra Dios por la plaga del granizo, porque era grande en extremo su plaga.

---

(1) Como en la inauguración del templo salomónico, donde la gloria de Dios, que lo llenaba impedía a los sacerdotes ejercer sus funciones (Ex. 22, 40, 32 s.; I Reg. 8, 10 s.).

(2) Es la sexta plaga de Egipto; con ella amenaza Dios a los infractores de su ley en Deut. 28, 27, 35.

(3) En sangre podrida ya. Es la primera plaga de Egipto, que figura ya en la segunda trompeta (8, 8 s.).

(4) Los ardores del sol los abrasan, pero sin inducirlos a penitencia, no obstante conocer la causa del azote. Antes con las blasfemias vienen a merecer mayores castigos.

(5) Es la novena plaga de Egipto (Ex. 10, 22), que viene sobre el reino de la bestia, como antes sobre el del Faraón.

(1) El Eufrates, mencionado ya en la sexta trompeta (9, 13 ss.).

(2) La descripción que nos hace de estos espíritus inmundos indica que se trata de sacamuelas y prestidigitadores, que con sus charlas y embustes embaucan a los reyes y a los pueblos y los inducen a hacer la guerra a los santos. Esta guerra es la descrita en 19, 11 ss.

(3) La moraleja de estas profecías es la misma que la del discurso apocalíptico, la exhortación a la vigilancia, porque el Señor viene cuando menos se piensa (Mt. 24, 43; Lc. 12, 39). Los vestidos son las obras buenas.

(4) Los fenómenos meteorológicos y sísmicos son siempre, en el estilo apocalíptico, los prodromos que anuncian la justicia divina sobre el mundo impío. Como el Faraón, que cuantos más azotes le enviaban, más se endurecía, así éstos se endurecen en sus pecados y no se arrepienten de ellos, para justificar así la cólera de Dios.

Ultimos anuncios del castigo de la gran Babilonia.

17 [1] Y vino uno de los siete ángeles, que tenían las siete copas, y habló conmigo, y me dijo: Ven, te mostraré el juicio de la gran ramera (1) que está sentada sobre las grandes aguas, [2] con quien han fornicado los reyes de la tierra, y los moradores de la tierra se embriagaron con el vino de su fornicación. [3] Y llevóme en espíritu al desierto, y vi una mujer sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, la cual tenía siete cabezas y diez cuernos. [4] Y la mujer estaba vestida de púrpura y grana, y adornada de oro, y piedras preciosas y perlas, y tenía en su mano una copa de oro, llena de abominaciones y de las impurezas de su fornicación. [5] Y sobre su frente llevaba escrito un nombre: Misterio (2): Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra. [6] Y vi a la mujer embriagada con la sangre de los mártires de Jesús, y viéndola me maravillé sobremanera. [7] Y díjome el ángel: ¿De qué te maravillas? Yo te declararé el misterio de la mujer y de la bestia, que la lleva, que tiene siete cabezas y diez cuernos. [8] La bestia que has visto era (3), pero ya no es, y está a punto de subir del abismo y camina a la perdición; y se maravillarán los moradores de la tierra, cuyo nombre no está escrito en el libro de la vida desde la creación del mundo, viendo la bestia, porque era y no es, y reaparecerá. [9] Aquí está el sentido, que encierra la sabiduría. Las siete cabezas son siete montañas, sobre las cuales está sentada la mujer. [10] Y son siete reyes (4), de los cuales cinco cayeron, el uno existe, y el otro no ha llegado todavía, pero cuando venga permanecerá poco tiempo. [11] Y la bestia, que era y ya no es, es también un octavo, que es de los siete, y camina a la perdición.

[12] Y los diez cuernos que ves son diez reyes (1), los cuales no han recibido aún la realeza, pero con la bestia recibirán la autoridad, como reyes por una hora. [13] Estos tienen el solo pensamiento de prestar a la bestia su poder y autoridad. [14] Pelearán con el Cordero (2), y el Cordero los vencerá, porque es el Señor de señores y Rey de reyes, y también los que están con El, llamados y escogidos y fieles. [15] Y me dijo: Las aguas que ves, sobre las cuales está sentada la ramera, son los pueblos, las muchedumbres, las naciones y las lenguas. [16] Y los diez cuernos que ves (3), igual que la bestia, aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda, y comerán sus

(1) La nueva imagen representa lo mismo que la anterior, como aparece claro por los caracteres de la bestia sobre que cabalga la ramera idolátrica vestida de púrpura que simboliza la sangre de los mártires. Con ésta fornican todos los reyes de la tierra, que reconocen su divinidad y le rinden culto, al igual que sus súbditos. Entre la bestia y la ramera hay una unión estrecha, de suerte que ambas vengan a representar una misma idea.

(2) El profeta no puede declarar este nombre de otro modo que llamándole *misterio;* pero lo que sigue es bien claro para quienes conocen el simbolismo de los apocalípticos; se trata de Roma, la perseguidora de los fieles de Jesús.

(3) Por lo que precede, es indudable que aquí se trata de Roma, del Imperio pagano, que exige la adoración de sí mismo; pero este Imperio se halla representado por el emperador, que asimismo era adorado como representación de la majestad romana. Esto es preciso tenerlo en cuenta para deshacer este jeroglífico del ángel exegeta.

(1) Que son una misma cosa con la bestia, por cuanto son la representación del poder del Imperio. El primero de estos reyes debe de ser el primer perseguidor, que fué Nerón; el sexto sería Domiciano, en cuyo tiempo escribió el profeta; el séptimo reinará poco, porque el tiempo de la paz será breve. Luego vendrá un octavo, que traerá la más furiosa persecución, será un nuevo Nerón o un nuevo Domiciano, en el cual se encarnará el poder de la bestia y del dragón; será como Antíoco en los capítulos 11 y 12 de Daniel. Se dice que camina a su ruina, porque desde el principio la mano de la divina justicia pesa sobre él y acabará por aplastarle.

(2) Estos diez reyes representan a los príncipes bárbaros y aliados, que prestan a Roma su fuerza para perseguir a los fieles y hacer la guerra al Cordero. En el asedio de Jerusalén tomaron parte, junto con las legiones romanas, las naciones aliadas de Roma con sus reyes.

(3) Después nos describe la batalla de la bestia y todos sus aliados contra el Cordero, que los vencerá con sólo presentarse en el campo de batalla. Con el Cordero y por El vencerán asimismo sus fieles, que luchan a su lado. Así el profeta alienta a los fieles a la lucha, que se acerca.

(4) Esta imagen, igual que la batalla siguiente, está tomada de la invasión de Gog en Ez. 37 s., en donde los invasores se vuelven unos contra otros y acaban por destruirse mutuamente; tal ocurrirá aquí: todos se volverán contra la ramera y la aniquilarán.

carnes, y la quemarán al fuego. 17 Porque Dios puso en su corazón ejecutar su designio, un solo designio, y dar a la bestia la soberanía sobre ellos, hasta que se cumplan las palabras de Dios. 18 Y la mujer que has visto es aquella ciudad grande, que tiene la soberanía sobre todos los reyes de la tierra.

Lamentación sobre Babilonia.

18 1 Después de estas cosas vi otro ángel, que bajaba del cielo con gran poder, a cuya claridad quedó la tierra iluminada. 2 Y gritó con poderosa voz, diciendo: Cayó, cayó la gran Babilonia (1), y quedó convertida en morada de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de toda ave inmunda y abominable; 3 porque del vino de la cólera de su fornicación bebieron todas las naciones, y con ella fornicaron los reyes de la tierra, y los comerciantes de toda la tierra con el poder de su lujo se enriquecieron.

4 Y oí otra voz del cielo, que decía: Salid de ella (2), pueblo mío, para que no os contaminéis con sus pecados, y para que no os alcance parte de sus plagas; 5 porque sus pecados se amontonaron hasta llegar al cielo, y Dios se acordó de sus iniquidades. 6 Dadle según lo que ella dió (3), y dadle el doble de sus obras; en la copa en que ella mezcló, mezcladle al doble; 7 cuanto se envaneció y entregó al lujo dadle otro tanto de tormento y duelo. Ya que dijo en su corazón: Como reina estoy sentada, yo no soy viuda ni veré duelo jamás; 8 por eso vendrán en un día sus plagas, la mortandad, el duelo y el hambre; y será consumida por el fuego, pues poderoso es el Señor Dios que la ha juzgado.

9 Y llorarán, y por ella se herirán los reyes de la tierra (1) que con ella fornicaban y se entregaban al lujo, cuando vean el humo de su incendio, 10 y se detendrán a lo lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay de la ciudad grande, de Babilonia, la ciudad fuerte, porque en una hora ha venido su juicio! 11 Y llorarán y se lamentarán los mercaderes de la tierra por ella (2), porque no hay quien compre sus mercaderías, 12 las mercaderías de oro, de plata, de piedras preciosas, de perlas, de lino, de púrpura, de seda, de grana, toda madera olorosa, todo objeto de marfil, y todo objeto de madera preciosa, de bronce, de hierro, de mármol, 13 cinamomo y aromas, mirra e incienso, vino, aceite, flor de harina, trigo, bestias de carga, ovejas, caballos, y coches, esclavos, y almas de hombres. 14 Los frutos sabrosos a tu apetito te han faltado, y todas las cosas más exquisitas y delicadas perecieron para ti y ya no serán halladas jamás. 15 Los mercaderes de estas cosas, que se enriquecían con ella se detienen a lo lejos por el temor de su tormento, llorando y lamentándose, diciendo: 16 ¡Ay, ay de la ciudad grande, que se vestía de lino, púrpura y grana, y se adornaba de oro, piedras preciosas y perlas, porque en una hora quedó devastada tanta riqueza! 17 Y todo piloto y navegante, los marineros y cuantos bregan en el mar, se detuvieron a lo lejos, 18 y clamaron, al contemplar el humo de su incendio, y dijeron: ¿Quién había semejante a la ciudad grande? 19 Y arrojaron ceniza sobre sus cabezas, y gritaron llorando y lamentándose, y diciendo: ¡Ay, ay de la ciudad grande, en la cual se enriquecieron todos cuantos tenían navíos en el mar, a causa de su suntuosidad, porque en una hora quedó devastada!

---

(1) Como cosa ya hecha anuncia la caída de Babilonia con las palabras con que los antiguos profetas anunciaban la ruina de la capital de los caldeos. Cf. Is. 13, 21 s.; 21, 9 s.; 34, 13 ss.; Jer. 50, 39; 51, 37 ss.

(2) Esta orden de abandonar la ciudad es una expresión de la certeza y prontitud de su castigo. Las palabras se leen casi a la letra en Is. 48, 20; Jer. 50, 8; 51, 6, 45; Zac. 2, 7.

(3) La justicia divina agrava la pena en razón del orgullo de la ciudad. El profeta recoge aquí todos los pasajes de los antiguos profetas para lanzarlos sobre la nueva Babilonia. Cf. Jer. 16, 18; 17, 18; 51, 13 ss.

(1) Los reyes de la tierra son los vasallos de Roma, que se lamentan de la ruina de la ciudad, por quien sentían una veneración grande y hasta supersticiosa. Ez. 26, 15 ss.; 27, 35 s., trae una lamentación semejante sobre Tiro. Aquí aparecen llenas de veneración por Roma y dolidas de su ruina; atrás son ellos los que se levantan contra ella y la aniquilan (17, 21 s., 16 s.). Ambas cosas responden a la historia. Los que primero la sirvieron, luego se alzaron contra ella.

(2) Esta larga lamentación está inspirada en la análoga de Ez. 27, 5 ss. sobre Tiro. Todo concurre a pintar la grandeza del juicio de Dios sobre la gran ciudad.

Regocijo de los santos.

20 Regocíjate por ello (1), ¡oh cielo!, y los santos y los apóstoles y los profetas, porque Dios ha juzgado nuestra causa contra ella.
21 Y un ángel poderoso levantó una piedra (2), como una rueda grande de molino, y la arrojó al mar, diciendo: Con tal ímpetu será arrojada Babilonia, la gran ciudad, y no será hallada. 22 Y nunca más se oirá en ella la voz de los citaristas, de los músicos, de los flautistas y de los trompeteros, ni artesano de ningún arte será hallado jamás en ti, y la voz de la muela no se oirá ya más en ti, 23 la luz de la lámpara no brillará más en ti, ni se oirá más la voz del esposo y de la esposa, porque tus comerciantes eran magnates de la tierra, porque con tus maleficios se han extraviado todas las naciones, 24 y en ella se halló la sangre de los profetas y de los santos y de todos los degollados sobre la tierra.

19 1 Después de esto oí una fuerte voz, como de una muchedumbre (3) numerosa en el cielo, que decía: Aleluya, salud, gloria, honor y poder a nuestro Dios, 2 porque verdaderos y justos son sus juicios, pues ha juzgado a la gran ramera, que corrompía la tierra con su fornicación, y en ella ha vengado la sangre de sus siervos. 3 Y por segunda vez dijeron: Aleluya. Y el humo de la ciudad (4) sube por los siglos de los siglos. 4 Y cayeron de hinojos los veinticuatro ancianos, y los cuatro vivientes, y adoraron a Dios, que está sentado en el trono, diciendo: Amén, aleluya.
5 Y del trono salió una voz, que decía: Alabad a nuestro Dios, todos sus siervos, y cuantos le teméis, pequeños y grandes. 6 Y oí una voz como de gran muchedumbre, y como voz de muchas aguas, y como voz de fuertes truenos, que decía: Aleluya, porque ha establecido su reino el Señor (1), Dios todopoderoso; 7 alegrémonos y regocijémonos, démosle gracias, porque han llegado las bodas del Cordero, y su Esposa está dispuesta, 8 y fuéle otorgado vestirse de lino brillante, puro, pues el lino son las obras justas de los santos
9 Y me dijo: Escribe: Bienaventurados los invitados al banquete de bodas del Cordero. Y me dijo: Estas son las palabras verdaderas de Dios. 10 Y me arrojé a sus pies (2) para adorarle. Y me dijo: Mira, no hagas eso; consiervo tuyo soy y de tus hermanos, los que tienen el testimonio de Jesús. Adora a Dios. Porque el testimonio de Jesús es el espíritu de profecía.

La batalla de Harmagedon.

11 Y vi el cielo abierto, y he aquí un caballo blanco (3), y el que le montaba es llamado Fiel, Verídico, y con justicia juzga, y hace la guerra. 12 Sus ojos son como llama de fuego, lleva en su cabeza muchas diademas, y tiene un nombre escrito, que nadie conoce sino él mismo, 13 y viste un manto empapado en sangre, y tiene por nombre Verbo de Dios. 14 Y le siguen los ejércitos celestes sobre caballos blancos, vestidos de lino

---

(1) Los reyes se lamentan porque ven destruída la ciudad de sus amores, los mercaderes porque pereció la plaza de sus ganancias; pero los moradores del cielo se alegran porque ven cumplida la justicia de Dios sobre la que perseguía a los fieles de Jesucristo.
(2) Imagen tomada de Jer. 51, 63 s., que la aplica a Babilonia. La enumeración del versículo 22 se deriva del mismo profeta 25, 10, que la aplica a Jerusalén y Judá.
(3) Las miríadas de miríadas del cielo celebran ya con un canto anticipado el triunfo de la justicia de Dios, que va a ejecutar sus venganzas sobre la ciudad impía.
(4) El humo de la ciudad es el auténtico testimonio de la justicia divina, y pide la repetición del himno de triunfo.

(1) Ha establecido su reino, esto es, lo ha consolidado; pues hasta el presente le era disputado el campo por el dragón y sus satélites. Mira, igual que cuanto sigue, a la victoria del Cordero, que se acerca. Las bodas son una imagen distinta para expresar la misma idea. Son las bodas del Verbo encarnado con la Iglesia. Cf. Mt. 25, 1 ss.
(2) Se arroja a sus pies en señal de gratitud por tantas revelaciones como por su medio había recibido. El profeta sabe sin duda que no es Dios quien se las ha hecho, sino un siervo suyo, y que la adoración no es una adoración de latría; todavía el ángel rehusa esta señal de reverencia, por más insistir en la condenación de la idolatría, que es el culto de las criaturas, en oposición al de Dios.
(3) Hasta aquí todo contribuía a darnos idea de la victoria de Dios y de su Cristo sobre el dragón y la bestia. Ahora aparece pronto a dar la batalla el Generalísimo de los ejércitos celestes, cuyas insignias son bien manifiestas. El será el ejecutor de los juicios de Dios, hasta aquí anunciados (I Cor. 15, 24).

blanco, puro. [15] Y de su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y Él las regirá con vara de hierro, y Él pisa el lagar del vino del furor de la cólera de Dios todopoderoso. [16] Y tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: Rey de reyes, Señor de señores.

[17] Y vi un ángel puesto de pie en el sol (1), que gritó con una gran voz, diciendo a todas las aves que vuelan por lo alto del cielo: Venid, congregaos al gran festín de Dios, [18] para comer las carnes de los reyes, las carnes de los tribunos, las carnes de los valientes, las carnes de los caballos y de los que cabalgan en ellos, las carnes de todos los libres y de los esclavos, de los pequeños y de los grandes.

[19] Y vi a la bestia, y a los reyes de la tierra, y a sus ejércitos, reunidos para hacer la guerra al que montaba el caballo y a su ejército. [20] Y fué aprisionada la bestia (2), y con ella el falso profeta, que hacía señales delante de ella, con las cuales extraviaba a los que habían recibido el carácter de la bestia y a los que adoraban su imagen: vivos fueron arrojados ambos al lago de fuego, que arde con azufre. [21] Y los demás fueron muertos (3) por la espada, que le salía de la boca, y todas las aves se hartaron de sus carnes.

El milenio.

20 [1] Y vi un ángel (4) que descendía del cielo, trayendo la llave del abismo y una gran cadena en su mano. [2] Y cogió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo, Satanás, y le encadenó por mil años. [3] Y le arrojó al abismo y cerró, y encima de él puso un sello, para que no extraviase más a las naciones hasta terminados los mil años, después de los cuales será soltado por poco tiempo. [4] Y vi tronos (1), y sentáronse en ellos, y fuéles dado el poder de juzgar, y vi las almas de los que habían sido degollados por el testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, y cuantos no habían adorado a la bestia, ni a su imagen, y no habían recibido la marca sobre su frente y sobre su mano; y vivieron y reinaron con Cristo mil años. [5] Los restantes muertos (2) no vivieron hasta terminados los mil años. Esta es la primera resurrección. [6] Bienaventurado y santo (3) el que tiene parte en la primera resurrección; sobre ellos no tendrá poder la segunda muerte, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con El por mil años.

---

(1) Esta invitación, hecha desde el sol a todas las aves, anuncia una gran carnicería y derrota de los ejércitos contrarios; está tomada de la batalla dada por Dios contra Gog en Ez. 39, 17-20.

(2) Sin detenerse a narrar los incidentes de la lucha, muy desigual, pues es lucha entre Dios y las criaturas, pasa a darnos el resultado de la batalla, o sea, la prisión de los jefes enemigos, que son arrojados al abismo.

(3) Los jefes, como encarnación del espíritu idolátrico y perseguidor del dragón, son arrojados al abismo; los ejércitos son muertos, lo cual no se ha de entender sino en sentido espiritual, esto es, como auxiliares de los enemigos de Dios. A veces Dios destruye a sus enemigos como hizo con San Pablo, convirtiéndolos.

(4) Este ángel viene para encadenar al dragón y encerrarlo en el pozo del abismo, donde estaban ya sus auxiliares, la bestia y el falso profeta. Allí estará por mil años, durante los cuales Dios y su Cristo reinarán en la tierra sin contradicción alguna, y sus santos gozarán de paz, pero paz relativa, si se compara con la edad pasada, que fué la edad heroica de la Iglesia. No se debe olvidar el punto de vista en que el profeta se coloca, para fijar el sentido histórico de sus palabras.

(1) Estos tronos están destinados para los que con Cristo pelearon y vencieron, esto es, para los mártires, a quienes corresponde la palma de la victoria. Como quienes sobre todo sostuvieron el peso de la lucha con su Capitán, recibirán un premio que no corresponde a los demás muertos, y éste es juzgar, que en el sentido bíblico vale tanto como regir y gobernar el mundo junto con su Capitán, a quien por haberse humillado hasta la muerte le fué dado reinar sobre todo el universo (Fil. 2, 8 s.).

(2) Los restantes muertos no son los infieles, porque éstos no *vivirán*, sino los fieles que no alcanzaron la palma del martirio, y a quienes no corresponde el premio de los mártires.

(3) El que tenga parte en esta primera resurrección, que es este premio especial de los mártires, tiene asegurada la resurrección final, porque el Señor ha dicho: Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

¿En qué consiste este reinado especial de los mártires con Cristo? A nuestro juicio, en lo que se halla simbolizado por la aureola de gloria de que la Iglesia rodea a los mártires, y los rodeaba sobre todo en los primeros siglos, en que sólo los mártires eran objeto de culto y veneración. Entonces sólo ellos reinaban en la Iglesia con Cristo, y con El regían la Iglesia, y éste es el

La batalla final y el juicio universal.

7 Y cuando se hubieren acabado los mil años (1), será Satanás soltado de su prisión 8 y saldrá a extraviar a las naciones (2) que moran en los cuatro ángulos de la tierra, a Gog y a Magog, y reunirlos para la guerra, cuyo ejército será como las arenas del mar. 9 Y subirán sobre la anchura de la tierra, y cercarán el campamento de los santos, y la ciudad amada. Pero descenderá fuego del cielo y los devorará. 10 Y el diablo, que los extraviaba, será arrojado en el estanque de fuego y azufre (1), donde están también la bestia y el falso profeta, y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos.

11 Y vi un trono alto y brillante (2), y al que en él se sentaba, de cuya presencia huyeron el cielo y la tierra, y no dejaron rastro de sí. 12 Y vi a los muertos (3), grandes y pequeños, que estaban delante del trono; y fueron abiertos los libros, y fué abierto otro libro, que es el libro de la vida. Y fueron juzgados los muertos, según sus obras, según las obras que estaban escritas en los libros. 13 Y entregó la mar los muertos que tenía en su seno, y asimismo la muerte y el infierno entregaron los que tenían, y fueron juzgados cada uno según sus obras. 14 Y la muerte y el infierno (4) fueron arrojados al estanque de fuego; ésta es la segunda muerte, el estanque de fuego. 15 Y todo el que no fué hallado escrito (5) en el libro de la vida, fué arrojado en el estanque de fuego.

poder que a ellos se otorga y que no se concedía a los demás muertos en el Señor.

(1) Este versículo, como el 4, implica una de las mayores dificultades del Apocalipsis. Para su solución es preciso tener presente que los profetas nos presentan siempre las luchas que han de preceder al establecimiento del reino de Dios, encarnadas en los sucesos históricos que más afectaban a ellos y a sus coetáneos. Son éstos las invasiones asirias, en la primera parte de Isaías; la cautividad y la vuelta, en la segunda parte, y asimismo en Jeremías, Ezequiel, etc.

En nuestro profeta es la Roma imperial pagana, que pretende exigir para sí el culto y adoración que sólo a Dios es debido, y que para lograr su propósito derrama la sangre de muchos mártires de Jesús. Según esto la victoria de Jesucristo sobre la bestia significa la victoria sobre el paganismo romano; el período de la lucha abarca la época de las persecuciones, la época de los mártires, que se considera terminada con la paz de Constantino. Luego con esta paz debe empezar el reinado de Cristo, el período de los mil años, que no se ha de tomar a la letra, como ninguna de las cifras del Apocalipsis, sino como expresión de aquella duración sin fin que los profetas atribuyen al reino de Dios una vez que logre establecerse en el mundo (Is. 9, 7; Sal. 72, 3; Lc. 1, 32).

La concepción de esta época es ideal, como lo es en los profetas antiguos, los cuales a la época de las idolatrías y pecados, de las violencias y persecuciones, hacen suceder la era de la justicia y la santidad, de la paz y de la más cumplida bienandanza. Pero no nos debemos equivocar sobre la verdadera mente del profeta, que sin duda no tenía olvidadas las sentencias del Divino Maestro: «No es el siervo de mejor condición que el Señor. Si, pues, a mí me persiguieron, también a vosotros os perseguirán» (Jn. 15, 20).

Es preciso dejarnos de fantasías y atenernos a los datos de la fe, en la cual está nuestra salud, que era precisamente lo que el profeta buscaba.

(2) Este trozo nos pinta la postrera lucha que habrá de preceder a la consumación del reino de Dios en la tierra, según nos lo presentan Dan. 11. s., los Sinópticos en el discurso apocalíptico, y San Pablo en la epístola a los tesalonicenses (II Tes. 2, 3-12). La forma literaria está tomada de Ez. 10, 38 s., en que nos describe la invasión de Gog y de los pueblos escitas con innumerables aliados, que en el siglo VII invadieron el Oriente y fueron a morir a las fronteras del Egipto.

(1) Viene a sufrir la pena definitiva, a que habían sido condenados antes la bestia y el falso profeta, esto es, el abismo.

(2) El trono es el del Juez soberano, que va a dar la sentencia definitiva sobre el mundo. Viene rodeado de tan grande majestad, que los cielos y la tierra huyen ante ella.

(3) Los muertos todos, vueltos a la vida, son juzgados cada uno según sus obras. Esta es la expresión que más frecuentemente se halla en la Escritura, como norma de la justicia de Dios (Sal. 61, 13; Jer. 25, 14; 32, 19; Rom. 2, 6; II Tim. 4, 14).

(4) La muerte y el infierno personificados como auxiliares del pecado; con él quedan destruídos para siempre, como San Pablo declara en I Cor. 15, 26, 54 ss.

(5) Además de los libros en que se hallan escritas las obras de los muertos todos, hay otro, que es el libro de los predestinados para la vida, y cuantos no están escritos en este libro son condenados a la segunda y definitiva muerte, que es el lago de fuego o el infierno, adonde los manda la sentencia de Jesús, a hacer compañía a Satanás y a sus ángeles (Mt. 25, 41).

(6) Semejantes frases de cielo nuevo y tierra nueva están tomadas de Is. 65, 17; 66, 22. Serán nuevos por el cambio que la destruc-

La Jerusalén celestial.

21 1 Y vi un cielo nuevo (6) y una tierra nueva, porque el

primer cielo y la primera tierra habían desaparecido; y el mar no existía ya. [2] Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén (1), que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. [3] Y oí una voz grande, que del trono decía: He aquí el Tabernáculo (2) de Dios entre los hombres, y erigirá su tabernáculo entre ellos, y ellos serán su pueblo y el mismo Dios será con ellos, [4] y enjugará las lágrimas de sus ojos, y la muerte no existirá más, ni habrá duelo, ni gritos, ni trabajo, porque todo esto es ya pasado.

[5] Y dijo el que estaba sentado en el trono: He aquí que hago nuevas todas las cosas (3). Y dijo: Escribe, porque éstas son las palabras fieles y verdaderas. [6] Y díjome: Hecho está. Yo soy el alfa y la omega, el principio y el fin. Al que tenga sed le daré gratis de la fuente de agua de vida. [7] El que venciere heredará estas cosas, y seré su Dios, y él será mi hijo. [8] Y los cobardes (4), los infieles, los abominables, los homicidas, los fornicadores, los deshonestos, los hechiceros, los idólatras y todos los embusteros tendrán su parte en el estanque, que arde con fuego y azufre, que es la segunda muerte.

[9] Y vino uno de los siete ángeles, que tenían las siete copas, llenas de las siete últimas plagas, y habló conmigo, y me dijo: Ven y te mostraré la novia (1), la esposa del Cordero. [10] Y me llevó en espíritu a un monte grande y alto (2), y me mostró la ciudad santa, Jerusalén, que descendía del cielo, de parte de Dios, que tenía la gloria de Dios. [11] Su brillo era semejante a la piedra más preciosa, como la piedra de jaspe pulimentado. [12] Tenía un muro (3) grande y alto y doce puertas, y sobre las doce puertas doce ángeles y nombres escritos, que son los nombres de las doce tribus de los hijos de Israel: [13] de la parte de Oriente tres puertas, de la parte del Norte tres puertas, de la parte de Mediodía tres puertas, y de la parte del Poniente tres puertas. [14] Y el muro de la ciudad tenía doce hiladas, y sobre ellas los nombres de los doce Apóstoles del Cordero.

[15] Y el que hablaba conmigo tenía una medida, una caña de oro, para medir la ciudad, sus puertas y su muro. [16] Y la ciudad estaba asentada sobre una base cuadragunlar, y su longitud era tanta como su anchura. Y midió con la caña la ciudad (4), y tenía doce mil estadios, siendo iguales su longitud, su latitud y su altura. [17] Y midió su muro, que tenía ciento cuarenta y cuatro codos, medida humana, que era la del ángel. [18] Y su muro era de jaspe, y la ciudad oro puro, semejante al vidrio puro; [19] y las hiladas del muro de la ciudad

---

ción del pecado y de sus efectos, la muerte, etc., traerá consigo. San Pedro, II Pet. 3, 10 ss., reproduce esta idea de los profetas, indicando que tal renovación será espiritual (Rom. 8, 19 ss.).

(1) La imagen de la ciudad de Jerusalén, que baja del cielo, es de origen judío; pero la idea expresa bien la naturaleza de esa ciudad, que como el reino de Jesucristo no es de este mundo, porque es todo espiritual.

(2) El tabernáculo, como el templo que lo sustituyó, era el monumento de la presencia de Dios en medio de su pueblo. Por la Encarnación se realizaba más perfectamente (Jn. 1, 14) y ahora alcanza su ápice por la visión facial, que hace felices a los santos.

(3) En el orden humano y espiritual, pues que, renovado el hombre por la glorificación, todas quedan renovadas en él. Es el mismo pensamiento de San Pablo cuando en Rom. 8, 19 ss. nos pinta a las criaturas gimiendo y sufriendo dolores de parto por la glorificación de los hijos de Dios y su completa redención.

(4) Para los contaminados con los vicios de los paganos, que San Pablo enumera largamente en Rom. 1, 28 ss.; II Tim. 3, 2 ss. y que excluían del reino de los cielos.

(1) Porque, como en las parábolas (Mt. 25, 1), las fiestas del cielo son las fiestas de boda del Cordero con la ciudad santa de los elegidos.

(2) De donde pudiera como de una atalaya contemplar la ciudad, cuya descripción luego nos da.

(3) Puesto a describir la ciudad, lo hace tomando por base una ciudad antigua con su muro, sus puertas, etc. Los ángeles de estas puertas son sin duda los centinelas, y las puertas llevan por nombre los de las doce tribus, hacia las cuales dan salida, como acontecía en Jerusalén. Ni esta geometría ni la semejante de Ez. 48, 30 ss., de donde ésta se deriva, tiene mucho que ver con la topografía de la Jerusalén histórica.

(4) La forma de la ciudad era un cuadrado perfecto, como la de Ez. 45, 2; 48, 16 ss. Los 12.000 estadios a 185 metros el estadio dan 2.220 kilómetros, lo que indica que se trata de una ciudad ideal, bien represente esa medida la totalidad de su perímetro, bien un solo lado. Aún no es claro cómo puede la ciudad tener la misma altura que longitud y latitud, como no sea que la suponga edificada sobre un monte alto, como solían estar las ciudades de Palestina para su mejor defensa, y aquí para que resultase más airosa, más visible y más dominante.

eran de todo género de piedras preciosas: la primera de jaspe, la segunda de zafiro, la tercera de calcedonia, [20] la cuarta de esmeralda, la quinta de sardónica, la sexta de cornalina, la séptima de crisolito, la octava de berilo, la novena de topacio, la décima de crisoprasa, la undécima de jacinto, y la duodécima de amatista. [21] Y las doce puertas eran doce perlas, cada una de las puertas era de una perla, y la plaza de la ciudad era de oro puro, como vidrio transparente. [22] Pero templo no vi en ella (1), pues el Señor, Dios todopoderoso con el Cordero, era su templo. [23] La ciudad no había menester de sol (2) ni de luna que la iluminasen porque la gloria de Dios la iluminaba, y su lumbrera era el Cordero. [24] Y a su luz caminarán las naciones (3), y los reyes de la tierra llevarán a ella su gloria. [25] Sus puertas no se cerrarán de día, pues noche allí no habrá, [26] y llevarán a ella la gloria y el honor de las naciones. [27] Y en ella no entrará cosa impura (4), ni quien cometa iniquidad y mentira, sino los que están escritos en el libro de la vida del Cordero.

22 [1] Y me mostró un río (5) de agua de vida, clara como el cristal, que salía del trono de Dios y del Cordero. [2] Entre la calle y el río, a uno y otro lado, había un árbol de vida, que daba doce frutos, cada fruto en su mes, y las hojas del árbol eran saludables para las naciones. [3] Y no habrá ya maldición alguna (6). Y el trono de Dios y del Cordero estará en ella, [4] y sus siervos le servirán, y verán su rostro, y llevarán su nombre sobre la frente. [5] No habrá ya noche, ni tendrá necesidad de luz de antorcha, ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará, y reinarán por los siglos de los siglos (1).

Epílogo

[6] Y me dijo: Estas son las palabras fieles y verdaderas (2), y el Señor, Dios de los espíritus de los profetas envió su ángel para mostrar a sus siervos las cosas que están para suceder pronto.

[7] Y he aquí que vengo presto (3). Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro. [8] Y yo, Juan, soy el que oí y vi estas cosas. Y cuando las oí y vi, caí de hinojos, para adorar, ante los pies del ángel, que me las mostraba. [9] Pero me dijo: No hagas eso, pues yo soy consiervo tuyo y de tus hermanos los profetas, y de los que guardan las palabras de este libro; adora a Dios. [10] Y me dijo: No selles los discursos de la profecía de este libro (4), porque el tiempo está cercano. [11] El que es injusto (5) continúe en sus injusticias, el torpe prosiga en sus torpezas, y el justo practique aún la justicia, y el santo santifíquese más. [12] He aquí que vengo presto (6), y conmigo mi recompensa, para dar a cada uno según sus obras. [13] Yo soy el alfa y la omega,

(1) Si el templo era el monumento de la presencia divina, estaba de sobra allí, donde Dios se mostraba tan presente a los suyos.

(2) Los ciudadanos están iluminados por la gloria de Dios que los inunda. Con Dios junta siempre el Cordero, Verbo de Dios e Hijo de Dios y una sola cosa con el Padre.

(3) Palabras tomadas de Is. 60, 3 ss. que expresan la universalidad del reino mesiánico.

(4) Este versículo está inspirado en Is. 35, 8; 52, 1, y significa la pureza y santidad de vida, que resplandecerá en los moradores de aquella ciudad, que por algo se dice *santa*.

(5) La imagen del río se halla en Gen. 2, 9, Sal. 45, 4, y sobre todo en Ez. 47, 1 ss., y representa las aguas de la vida eterna, que riegan el árbol, asimismo de vida.

(6) No habrá cosa digna de execración, es decir, cosa de pecado, y por consiguiente de pena, que nace del pecado.

(1) El reino sin fin de Dios y de su Cristo será participado por los que a Cristo fueron fieles.

(2) Palabras fieles, cuyo cumplimiento no puede faltar, para alentar a los fieles a sufrir las persecuciones que les amenazan.

(3) Como en el Evangelio, el Salvador procura excitar de la pereza a los fieles con la inminencia de la venida de Dios a juzgar.

(4) «No selles el libro»: como si dijera que estaba cercano el tiempo de su cumplimiento. Son palabras de Jesucristo que se prolongan hasta el versículo 16.

(5) Como si dijera: los juicios de Dios están declarados, ahora que haga cada uno lo que le plazca. La palabra de Dios no dejará de cumplirse. Es una permisión retórica, como en Is. 6, 9 s.; Jer. 15, 2; Zac. 11, 9; pues bien claro está cuál es el deseo del profeta y el del Señor, que le habla.

(6) Estas palabras de Jesucristo insisten en la inminencia de su venida, que será para cada uno cuando menos lo espere.

el primero y el último, el principio y el fin. [14] Bienaventurados los que lavan sus túnicas, para tener derecho al árbol de la vida, y a entrar por las puertas que dan acceso a la ciudad. [15] Fuera perros (1), hechiceros, fornicarios, homicidas, idólatras, y todos los que aman y practican la mentira.

[16] Yo, Jesús, envié a un ángel para testificaros estas cosas en las iglesias. Yo soy la raíz y el linaje de David, la estrella brillante de la mañana. [17] Y el Espíritu y la Esposa (2) dicen: Ven. Y el que escucha diga: Ven. Y el que tenga sed venga, y el que quiera tome gratis el agua de la vida.

[18] Yo atestiguo (1) a todo el que escucha las palabras de la profecía de este libro: que si alguno añade a estas cosas, Dios añadirá sobre él las plagas escritas en este libro; [19] y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, quitará Dios su parte del árbol de la vida, y de la ciudad santa, que están escritos en este libro. [20] Dice el que testifica estas cosas: Sí, vengo pronto (2). Amén. Ven, Señor Jesús. [21] La gracia del Señor Jesús con todos los santos. Amén.

(1) «Fuera perros», que son los sodomitas, según el lenguaje de la Biblia (Dt. 23, 18), a los cuales siguen todos los contaminados con los vicios de los gentiles, ya enumerados en 21, 8.

(2) El Espíritu Santo anima el corazón de la Esposa, la Iglesia militante, y la hace suspirar por la venida del Esposo. Estos mismos son los deseos de los verdaderos fieles, que escuchan esta profecía (Fil. 1, 23).

(1) Con estas palabras, inspiradas en las advertencias y ruegos con que los autores o copistas suelen terminar sus libros, da a entender el profeta la certidumbre de su inspiración divina.

(2) Jesucristo insiste una vez más en la prontitud de su venida. «Ven, Señor», es la respuesta a la promesa del Señor y que concuerda con el *Maran ata*, de I Cor. 16, 22.

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA VERSIÓN
DIRECTA DE LA SAGRADA BIBLIA EL
DÍA 18 DE MARZO DEL AÑO DE
GRACIA DE 1944, VÍSPERA
DE LA FIESTA DE SAN
JOSÉ, PATRONO DE
LA IGLESIA
UNIVERSAL

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI

SECCIONES DE LA B. A. C.

1. Sagradas Escrituras. — 2. Teología y Cánones.
3. Santos Padres. — 4. Ascética y Mística.
5. Historia y Hagiografía. — 6. Filosofía.
7. Pensamiento social y político cristiano.
8. Literatura y arte cristianos.

La flor de la Antigüedad y la flor de las Ciencias Sagradas modernas, en una colección rigurosamente pensada y escogida, con carácter orgánico y formativo.

LOS 14 PRIMEROS VOLÚMENES DE LA B. A. C.

1-2. **Sagrada Biblia,** de Nácar-Colunga.
Primera versión directa del hebreo y griego al castellano.

3. **Suma Poética.—Antología de la Poesía Religiosa Española,** por J. M. Pemán y M. Herrero García.

4. **Obras espirituales completas de San Ignacio de Loyola,** por el R. P. V. Larrañaga, S. J.

5-6. **Código de Derecho Canónico comentado,** por el Dr. Don L. Miguélez, Fray Sabino A. Morán, O. P., y D. M. Cabreros de Anta.

7. **Vida de San Ignacio.—Vida de San Francisco de Borja.—Vida del P. Diego Laínez.—Historia del cisma en Inglaterra,** por el P. Rivadeneyra.

8-9. **Suma Teológica.** Tomo I (en latín y castellano), por Santo Tomás de Aquino.

10-11. **Obras completas de Fray Luis de León.**

12. **Tratado de la Virgen Santísima,** de Alastuey.

13. **Obras de Fray Luis de Granada.**

14. **Biblia Vulgata Latina.**

OBRAS MAGISTRALES

Obras de San Agustín. Filosóficas, teológicas, pastorales y apologéticas.
Edición bilingüe, latina y castellana, en 12 volúmenes.

Obras de Santo Tomás de Aquino. Suma Teológica y Suma contra gentes.

Obras selectas de San Buenaventura.

Disputaciones metafísicas del P. F. Suárez, S. J.

Y otras que están en preparación.

El orden enunciado no coincidirá exactamente con el de publicación.

SECCIONES DE LA B. A. C.

1. Sagradas Escrituras. — 2. Teología y Cánones.
3. Santos Padres. — 4. Ascética y Mística.
5. Historia y Hagiografía. — 6. Filosofía.
7. Pensamiento social y político cristiano.
8. Literatura y arte cristianos.

La flor de la Antigüedad y la flor de las Ciencias Sagradas modernas, en una colección rigurosamente pensada y escogida, con carácter orgánico y formativo.

LOS 14 PRIMEROS VOLÚMENES DE LA B. A. C.

1-2. **Sagrada Biblia**, de Nácar-Colunga.
Primera versión directa del hebreo y griego al castellano.

3. **Suma Política.—Antología de la Poesía Religiosa Española**, por J. M. Pemán y M. Herrero García.

4. **Obras espirituales completas de San Ignacio de Loyola**, por el R. P. V. Larrañaga, S. J.

5-6. **Código de Derecho Canónico comentado**, por el Dr. Don L. Miguélez, Fray Sabino A. Morán, O. P., y D. M. Cabreros de Anta.

7. **Vida de San Ignacio.—Vida de San Francisco de Borja.—Vida del P. Diego Laínez.—Historia del cisma en Inglaterra**, por el P. Rivadeneyra.

8-9. **Suma Teológica**, Tomo I (en latín y castellano), por Santo Tomás de Aquino.

10-11. **Obras completas de Fray Luis de León.**

12. **Tratado de la Virgen Santísima**, de Alastuey.

13. **Obras de Fray Luis de Granada.**

14. **Biblia Vulgata Latina.**

OBRAS MAGISTRALES

Obras de San Agustín, Filosóficas, teológicas, pastorales y apologéticas.
Edición bilingüe, latín y castellano, en 12 volúmenes.

Obras de Santo Tomás de Aquino. Suma Teológica y Sumas contra Gentes.

Obras selectas de San Buenaventura.

Disputaciones metafísicas del R. P. Suárez, S. J.

Y otras que están en preparación.

El orden anunciado no coincidirá exactamente con el de publicación.

Princeton Theological Seminary Libraries
1 1012 01259 8936